A. -27. -9=
7124
64.32.4-8

LOS HÉROES

Y LAS

GRANDEZAS DE LA TIERRA.



TOMO PRIMERO.

BARCELONA:
ADMINISTRACION DE LA IMPRENTA

(Mém. 2. typ.)

LOS HÉROES

Y LAS

GRANDEZAS DE LA TIERRA.

ANALES DEL MUNDO, FORMACION, REVOLUCIONES
Y GUERRAS DE TODOS LOS IMPERIOS, DESDE LA CREACION HASTA NUESTROS DIAS.

GRAN MONUMENTO DE LA HISTORIA GENERAL, QUE COMPRENDE ÍNTEGRAS LAS OBRAS SIGUIENTES:

LA FAMOSA É INAPRECIABLE HISTORIA UNIVERSAL,

ESCRITA POR LOS BENEDICTINOS, Y SU TAN ENCARECIDO ARTE DE COMPROBAR LAS FECHAS HISTÓRICAS; LA DEL PUEBLO HEBREO, LA DEL EGIPTO, SIRIA, TIRO Y SIDONIA, LOS SELEUCIDAS, BABILONIA, ASIRIA, MEDIA, PERSIA, INDIA, LA CHINA, Y DEMAS PUEBLOS CUYO ORIGEN SE PIERDE EN LA NOCHE DE LOS TIEMPOS; LA DE ATENAS, LACEDEMONIA Y DEMAS PAISES DE LA GRECIA; LA DE LOS PARTOS, EL PONTO, MACEDONIA, TROYA Y SU RUINA;

LA DE ALEJANDRO EL GRANDE,

ESCRITA POR QUINTO CURCIO; LA DE CARTAGO Y ROMA, ANIBAL Y LOS ESCIPIONES, POMPEYO Y CÉSAR, TRASLADADOS ÍNTEGROS LOS COMENTARIOS ADMIRABLES DE ESTE; LA DE LA GUERRA DE YUGURTA Y DE CATILINA, CONTINUADO COMPLETO EL SALUSTIO;

LA DE LAS GUERRAS DE LOS JUDIOS Y DESTRUCCION DE JERUSALEN

SIN QUITAR UN ÁPICE DE LA ENCOMIADA OBRA DE FLAVIO JOSEFO; LA DE LA TIERRA SANTA Y LAS CRUZADAS, ROMA CRISTIANA, VENECIA; LA DE LOS ESTADOS Y TIEMPOS MODERNOS; RUSIA Y TURQUIA Y SUS SANGRIENTAS LIDES; LA DE TODOS LOS CONQUISTADORES DESDE NEMBROT, LLAMADO POR MUCHOS EL PRIMER CAUDILLO DE GENTES, HASTA NAPOLEON EL BATALLADOR Y NICOLÁS TERROR DEL TURCO; LA HISTORIA DE LAS ARTES, CIENCIAS, LETRAS; DEL COMERCIO, LA INDUSTRIA, ARQUITECTURA, ESCULTURA, PINTURA; LA DE LA MÚSICA; LA DEL ARTE MILITAR:

ilustrada la historia con las célebres

TABLAS CRONOLÓGICAS,

de los mismos BENEDICTINOS, en las cuales están consignadas todas las fechas históricas por olimpiadas, eras, ciclos, indicciones, etc., etc., archivados los eclipses pasados, calculados los futuros, y continuados los calendarios solar y lunar perpétuos, etc., etc.;

SEGUIDO TODO DE LAS MAGNÍFICAS PINTURAS DEL HOMBRE Y DE LAS MARAVILLAS QUE LE RODEAN, POR EL CÉLEBRE BUFFON; Y PRECEDIDO DEL DISCURSO SOBRE LA HISTORIA UNIVERSAL, POR EL INCOMPARABLE BOSSUET;

COMPLETADO EL CONJUNTO HASTA EL DIA DE LA TERMINACION DE LA OBRA

POR EL DR. D. MANUEL ORTIZ DE LA VEGA,

con índices copiosos de los héroes y hombres eminentes de todas las edades.

OBRA ADORNADA

CON UNA COLECCION DE LÁMINAS ADMIRABLES, QUE REPRESENTAN LOS SUCESOS MEMORABLES, LOS GRANDES HOMBRES, LOS MONUMENTOS MAS PRECIADOS DE LAS BELLAS ARTES, VISTAS PRECIOSAS, TRAJES, MONEDAS, MAPAS HISTÓRICOS, PLANOS, DIBUJOS DE CIENCIAS Y ARTES; BANDERAS, Y OBJETOS DE HISTORIA NATURAL, ILUMINADAS ESTAS ÚLTIMAS CON EL MAYOR ESMERO.



TOMO PRIMERO.

MADRID,
LIBRERÍA DE D. JOSÉ CUESTA,
CALLE MAYOR,
Y EN LA LIBRERÍA DE LA PUBLICIDAD, PASAJE MATEU.

BARCELONA,
ADMINISTRACION DE LA IMPRENTA
DE CERVANTES,
CALLE DE FERNANDO, N. 2, ESQUINA Á LA RAMBLA.

1854.

PROPIEDAD GARANTIDA POR LA LEY.



Barcelona: Imprenta de Cervantes, á cargo de A. Sierra, calle de la Aurora, núm. 12.—1854.

PRÓLOGO DEL EDITOR.

ÉMULA del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, y advertencia de lo porvenir, llama el inmortal Cervantes á la historia, sin cuyo estudio no hay mas que degradacion y miseria del espíritu, y con el cual hay verdadera sabiduría fundada en la experiencia de los siglos.

Pero no es muy fácil el dar satisfaccion á esa universal necesidad de conocer todo cuanto en el mundo ha pasado desde que salió de las manos del Hacedor hasta nuestros dias; á saber, la marcha de las sociedades, los adelantos en las ciencias y en las artes, los progresos de la civilizacion, la formacion, el engrandecimiento, las convulsiones y la ruina de los imperios. Hojéense todas las historias universales hasta el dia publicadas, inclusas las de mas fama, y mas generalmente difundidas. En todas ellas los traductores han tenido que confesar, acatando los conocimientos y el talento del autor, que este se equivocó en lo relativo á la patria del que traduce, por lo que no es posible trasladar el original sin corregirle ó sentar plaza de ignorantes. Y si no lo dicen es porque son tales sin sentar plaza. Y como los traductores de los demás países dicen idénticamente lo mismo de su propia patria, resulta que nadie admite una historia universal sin inventariar los hechos y anatomizarlos; y, comparadas todas las traducciones, es muy poco ó nada lo que queda del autor primitivo. Todos le reconocen bueno para los demás países, nó para el suyo. Y hé aquí porque decia el ilustre Chateaubriand: «Poseo muchas historias universales y ninguna me sirve; en todas mis dudas ningun libro me da luz fuera de la obra maestra de los benedictinos. Cuando no tengo á la mano este libro hago cuenta que me faltan todos.... De esos sabios modestos, añade en otro lugar, á quienes cupo la triple gloria de dar la Europa al arado, de cristianizarla y de escribir y archivar sus anales.» Y lo mismo están repitiendo los hombres eminentes de todas las naciones, afirmando á una voz que sin aquella obra ninguna biblioteca es buena, y que ella sola basta para formar una.

Y no hay que extrañarlo. La mas afamada academia histórica de Alemania manifestó el deseo de que todas las corporaciones científico históricas de Europa se relacionasen á fin de poder dar á luz una historia universal que fuese la

expresion genuina y pura de los hechos y de las tradiciones de todos los países. Pero lo que no pudieron conseguir unas corporaciones compuestas de miembros muy dignos, bien que entregados al torbellino del mundo y á unas pompas y ceremonias vanas, lo llevaron á cabo unos cenobitas dados á la soledad y á sus meditaciones, á una investigacion incesante y á un trabajo asíduo, con una perseverancia infatigable. Académicos de todos los países, escribian á sus hermanos de Francia, España, Inglaterra, Italia, Alemania, Rusia, etc., y á los misioneros derramados por el mundo, y obtenian documentos históricos originales de todas las comarcas de la tierra. Y en efecto, ninguna nacion existe, dice el sabio Mabillon, que no se reconozca deudora á esos cenobitas de la conservacion y ordenamiento de sus tesoros históricos: hasta un célebre protestante inglés, Marshan, se vió obligado á confesar que sin aquellos solitarios su patria careceria de historia, «NOS SANE IN HISTORIA PATRIÆ ESSEMUS PUERI.» Cuyo elogio se explica, diciendo, que en casi todas las naciones en donde existian abadías benedictinas, se comisionaba al mas hábil de la comunidad para que anotase todo cuanto sucedia en aquella comarca: y, muerto el príncipe reinante, eran llevados todos estos apuntes al capítulo general para reducirlos á cuerpo de historia. Jamás se vió mayor constancia en llevar adelante una empresa inmensa; pero jamás salló á luz una obra humana mas digna de ser leida.

Y con todo esto, hasta el dia, su obra colosal, su inestimable monumento levantado á la historia de todos los tiempos y de todas las edades, solo ha sido patrimonio de los poderosos y de los sabios, así por su coste como por lo rara. Citada, encomiada, puesto á las nubes su mérito, no podian sin embargo consultarla mas que algunos hombres privilegiados que nos hacian paladear trozos de ella y debian ser creidos sobre su palabra. Nuestros amigos, los que saben que estamos acostumbrados á vencer grandes dificultades para conseguir la publicacion de libros útiles, nos instaban hace tiempo vivamente para que acometiésemos la empresa de poner en nuestra lengua vulgar y al alcance de los menos acomodados, aquella obra inapreciable. Esperad, les decíamos: veinte años ha que trabajamos en traducir, ordenar, españolizar, continuar hasta nuestros dias y difundir aquel portento de erudicion y de doctrina: esperad que ya les llegará á aquellos sabios su dia. Mirad, insistian, que las prensas están sudando historias sobre historias. Cuantas mas haya, les respondíamos, mas se avivará en los lectores el deseo de conocer y poseer la historia universal por excelencia, la única admirable que existe, la obra maestra de los filósofos cristianos que poseian en alto grado aquel eminente don de los antiguos de saber historiar sin acrimonia, y de dar lecciones al entendimiento sin inflamar ardores peligrosos.

Este dia ha llegado ya. Cuando las mas grandes naciones del mundo se creen llamadas á apoyar sobre el hierro lo que llaman su derecho, el genio de la historia extiende sus alas, se remonta, evoca lo pasado para explicar lo presente, y hace oir sus fatídicos acentos. Pasó el tiempo en que pudo decirse impunemente que nuestra sociedad, poco profunda para la historia, solo era digna de leer novelas: ya las novelas han de denominarse históricas para encontrar lectores, porque la historia, antorcha que ilumina el ingenio, es la reina del mundo. Y la obra preciosa de los benedictinos no se parece en nada á esas historias en que no se enarra, sino que se discute, y no se da enseñamiento al espíritu sino irritacion á las malas pasiones; no es como aquellos torrentes que en vez de dar vida á los campos siembran en ellos la destruccion y la ruína: es una corriente majestuosa, vivificadora y cristalina. Graves, sesudos, severos, investigadores infatigables, siguen los cenobitas su marcha acompasada é imponente, mientras algun fuerte obstáculo no les sale al paso, que entónces saben vencerle y superarle con sagacidad y con esfuerzo. Trátese por ejemplo de conocer el año verdadero del nacimiento de nuestro Redentor divino, y veráse á aquellos venerables historiadores indagar, compulsar, atesorar doctrina, y convencernos al fin de que, por un error histórico lamentable, que ya no tiene remedio, creemos hallarnos en el año 1854 del nacimiento del Salvador del mundo, siendo así que en realidad estamos á lo menos en el 1859 de aquel hecho para siempre memorable.

Imparcialidad, ciencia profunda, perfecto conocimiento del corazon humano, ha dicho una de las mas famosas academias históricas de Italia, hé aquí los dotes de los autores de este inmortal monumento histórico: de manera que, para levantar una pirámide indestructible á la historia de todas las comarcas y de todos los siglos, no hay mas que añadir á su colosal trabajo aquellos tesoros históricos de cuya lectura no es posible que nadie prescinda. Así, la retirada de los diez mil se leerá siempre en Jenofonte, la vida de Alejandro Magno en Quinto Curcio, la revolucion de Catilina y la guerra de Yugurta en Salustio, las campañas de César en sus Comentarios, la ruína de Jesusalen en Flavio Josefo, la introduccion general á la historia del mundo en Bossuet, así como las maravillas de la creacion en Buffon.

Este monumento vamos á levantar á la historia del hombre y de todo cuanto le rodea. Fuera de él la historia universal no es mas que un vasto palenque abierto á las disputas de los hombres: en él todo es sólido, majestuoso, rico en doctrina pura, todo fortaleza y vida. Para ello era preciso reducir á un solo cuerpo una multitud de enormes tomos en folio, poner el precio á una baratura increible, plantear al efecto un establecimiento tipográfico expresamente para poder popularizar aquellos admirables tesoros, adquirir las mejores prensas, costear láminas y viñetas preciosas, hacer fabricar un papel excelente, y fundir un carácter de letra bello al mismo tiempo que compacto y de agradable lectura, es decir, que no perjudicase en lo mas mínimo la vista apesar de dar en ocho tomos la lectura de quinientos en octavo regular. Todo esto hemos hecho; este portento tipográfico llevamos adelante, reduciendo á tal punto el coste de aquel monumento histórico, que nuestros suscriptores le obtendrán por la décima parte de lo que hubiera costado la sola encuadernacion de dichas obras, obtenidas en lengua extraña, al afortunado bibliófilo que hubiese podido reunirlas.



El primer castigo.

TOMO PRIMERO.

MADRID,
CUESTA Y PUBLICIDAD.

BARCELONA,
IMPRENTA DE CERVANTES.

1854.

LOS HÉROES

Y LAS

GRANDEZAS DE LA TIERRA.

TOMO PRIMERO.

INTRODUCCION GENERAL.

DISCURSO

SOBRE

LA HISTORIA UNIVERSAL,

POR J. BENIGNO BOSSUET.

OBJETO GENERAL DE ESTE DISCURSO.

Cuán importante y útil para todos es la historia, y especialmente para los príncipes.

Aun cuando fuese inútil la historia á los demás hombres, seria necesario facilitarla á los príncipes: porque no hay mejor medio para descubrirles lo que pueden las desordenadas pasiones y los intereses, los tiempos y las coyunturas, los buenos y los malos consejos. Solo están compuestas las historias de las acciones que ordinariamente los ocupan: cuanto hay en ellas, parece que está hecho para su uso. Y si la experiencia les es tan necesaria para adquirir la sesuda prudencia que se requiere para reinar bien, nada habrá mas útil á su instruccion que juntar, con los ejemplos de los siglos pasados, las cotidianas experiencias que adquieren. Así no aprenderán á juzgar, como ordinariamente sucede, á costa de sus vasallos y de su propia gloria, de los peligrosos negocios que les ocurren: pues con el auxilio de la historia forman su juicio sobre los sucesos pasados sin que nada aventuren; al paso que, al ver hasta los vicios mas ocultos de los príncipes puestos á la vista de todos los hombres, y desvanecidas las alabanzas que les dan mientras viven, se avergüenzan de aquella vana complacencia que les causa la adulacion; y conocen, que solo en el mérito puede estribar la verdadera gloria.

Fuera de que seria vergonzoso, no digo para un príncipe, sino generalmente para cualquier hombre de calidad, ignorar el ser del género humano y las mudanzas memorables que ha producido en el mundo el curso de los tiempos. Si no se aprende de la historia á distinguirlos, se representarán los hombres debajo de la ley natural ó de la escrita, como se hallan debajo de la evangélica; se hablará de los persas vencidos por Alejandro, como de los persas victoriosos dominándolos Ciro; se hará á la Grecia tan libre en tiempo de Filipo, como en el de Temístocles ó Milcíades; al pueblo romano tan altivo en tiempo de los emperadores, como en el de los cónsules; á la iglesia tan tranquila en el de Diocleciano, como en el de Constantino; y á la Francia destrozada por las guerras civiles en los de Cárlos IX y Enrique III, tan poderosa como en el de Luis XIV, en que reunida debajo de tan gran rey, triunfa ella sola del resto de la Europa.

Para evitar estos inconvenientes ha leido V. A. (1) tantas historias antiguas y modernas. Fué necesario que primero leyese en la Escritura la historia del pueblo de Dios, que es el fundamento de la religion. No se le ha dejado ignorar la historia griega ni la romana; y, como la mas importante para V. A., se le ha hecho ver con cuidado la de este gran reino, cuya felicidad está afianzada en su ilustracion. Pero, temiendo que estas y otras, que aun debe V. A. saber, puedan confundirse en su memoria, nada me ha parecido mas necesario que presentarle con distincion, aunque en epílogo, toda la série de los siglos.

Es este modo de HISTORIA UNIVERSAL respecto de cada país y cada pueblo, lo que un mapa general respecto de los particulares. En estos ve V. A. toda la descripcion de un reino ó provincia reducida á sí misma. En los universales aprende á situar estas partes de mundo dentro de su todo: conoce lo que es Paris ó la isla de Francia en el reino, lo que es el reino en Europa, y lo que es la Europa en el universo.

(1) Es necesario observar que Bossuet habla siempre con el Delfin, para quien escribió esta obra maestra, circunstancia que le sirve admirablemente para hacer notar al príncipe ciertos acontecimientos y sus consecuencias: de manera, que la filosofía de la historia se desprende del discurso como de una conversacion afectuosa.

Así, las historias particulares representan la continuacion de las cosas sucedidas á un pueblo en la descripcion individual de todas ellas; pero es necesario, para entenderlo todo, saber la conexa relacion que pueda tener con las otras cada historia, lo cual se logra por medio de una obra en que en un instante examina la vista todo el órden de los tiempos.

Este libro ofrece á V. A. un grande espectáculo. Ve en él V. A. desenvolverse todos los siglos, por decirlo así, en pocas horas delante de sus ojos: mira como se suceden los imperios unos á otros, y como se sostiene igualmente la religion en sus diferentes estados desde el principio del mundo hasta nuestros dias.

La continuacion, pues, de estas dos cosas, quiero decir, de la religion y de los imperios, es la que debe V. A. imprimir en la memoria; y como la religion y el gobierno político son los dos polos en que giran las cosas humanas, el ver todo lo que conduce á ellas reducido á un epílogo breve, y descubrir por este medio todo su órden y continuacion, es comprender todo lo grande que hay entre los hombres, y tener (por decirlo así) el hilo de todos los sucesos del universo.

Á la manera, pues, que, considerando un mapa universal, sale V. A. del país en que ha nacido y del lugar en que reside para recorrer toda la tierra habitable, la cual con todos sus mares y países abraza V. A. con el pensamiento: así, considerando el epítome cronológico, sale V. A. de los estrechos límites de su edad y se extiende por todos los siglos.

Y, como para ayudar á la memoria, se retienen en ella ciertas ciudades principales en cuyos contornos se sitúan otras, segun su distancia, es del mismo modo necesario en el órden de los siglos tener ciertos tiempos señalados con algun suceso extraordinario á que haga relacion todo lo restante.

Llámase esto ÉPOCA, de una palabra griega que significa detenerse; porque allí se detiene uno para considerar, como desde un lugar de reposo, todo lo que antes ó después ha sucedido; y evitar de esta suerte los anacronismos, que son aquel linaje de errores que hacen confundir los tiempos.

Es desde luego preciso aplicarse á poco número de épocas, como son en la ley antigua, Adan ó la creacion, Noé ó el diluvio, la vocacion de Abrahan ó el principio de la alianza de Dios con los hombres, Moisés ó la ley escrita, la toma de Troya, Salomon ó la fundacion del templo, Rómulo ó Roma fundada, Ciro ó el pueblo de Dios librado del cautiverio de Babilonia, Escipion ó Cartago vencida, el nacimiento de Jesucristo, Constantino ó la paz de la iglesia, Carlo-Magno ó el establecimiento del nuevo imperio.

Esta última propongo á V. A. como fin de la historia antigua; porque allí verá del todo fenecido el antiguo imperio romano, y por eso le detengo en un punto tan considerable de la HISTORIA UNIVERSAL. Su continuacion ofrezco á V. A. en la segunda parte, la cual le conducirá hasta el siglo que vemos ilustrado con las acciones inmortales del rey su padre, y á quien el constante ardimiento que muestra V. A. en imitar un ejemplo tan grande, hace esperar nuevos esplendores.

Una vez explicado á V. A. en general el designio de esta obra, debo hacer tres cosas para sacar de ella toda la útilidad que me prometo.

Es primeramente necesario que yo recorra con V. A. todas las épocas que le he propuesto, y que, señalándole en pocas palabras los principales sucesos que á cada una de ellas pertenecen, acostumbre su entendimiento á colocarlos en su lugar, sin atender en esto á otra cosa que al órden de los tiempos. Pero, como mi principal intento es hacer observar á V. A. en la sucesion de ellos la de la religion y la de los grandes imperios, después de haber hecho ir juntos, segun el curso de los años, los hechos que miran á ambas cosas, repetiré particularmente, y con las reflexiones necesarias, primero los que nos manifiestan la estabilidad de la religion, y después los que nos descubren las causas de las grandes mudanzas sucedidas en los imperios.

No habrá después parte alguna de la historia antigua que lea V. A. que no redunde en su provecho; ni acaecimiento de que no advierta las consecuencias. Admirará V. A. las consejos de Dios en los sucesos de la religion: verá tambien el encadenamiento de los negocios humanos, y deducirá de esto con cuánta reflexion y prevision deben gobernarse.

PRIMERA PARTE.

ÉPOCA I.—Adan ó la creacion.—Primera edad del mundo.

La primera época presenta desde luego á V. A. un admirable y grande espectáculo. Pues le representa á Dios que cria el cielo y la tierra con su palabra, y que hace al hombre á imágen suya. Desde aquí empieza Moisés, el mas antiguo de los historiadores, el mas sublime de los filósofos, y el mas sabio de los legisladores.

Este es el fundamento que pone, así de su historia como de su doctrina y de sus leyes (4004). Después nos hace ver á todos los hombres contenidos en un hombre solo, y su misma mujer sacada de él: la concordia de los matrimonios y la sociedad del género humano establecida sobre este fundamento; la perfeccion y el poder del hombre, en tanto que lleva en su total integridad la imágen y semejanza de la divinidad: su inocencia y juntamente su felicidad en el paraíso, cuya memoria se ha conservado en la edad de oro de los poetas: el precepto divino dado á nuestros primeros padres: la malicia del espíritu tentador y su aparicion debajo de la figura de serpiente: la caída de Adan y Eva, funesta á toda su posteridad: el primer hombre justamente castigado en todos sus hijos, y el género humano maldito de Dios: la primera promesa de la redencion y la victoria futura de los hombres contra el demonio, autor que habia sido de su ruína.

Empieza la tierra á llenarse de gentes, y los delitos se aumentan (3875) (1). Caín, primer hijo de Adan y Eva, hace ver al mundo recien nacido la primera accion trágica con el fratricidio (3875): y desde entónces empieza la virtud á ser perseguida del vicio (2). Allí se descubren las costumbres contrarias de los dos hermanos: la inocencia de Abel, su vida pastoril y sus ofrendas agradables á Dios: las de Caín desechadas: su avaricia, su impiedad, su fratricidio, y la envidia, madre de los homicidios: el castigo de este delito: la conciencia del fratricida agitada de continuos temores: la primera ciudad fundada por este

(1) Si se quiere saber á qué año del mundo corresponde este, que es año antes de Jesucristo, no hay mas que restar este número del 4004 en que principia la cronología segun Bossuet, y el residuo, es decir 129, será el año del mundo que aquí corresponde. Así no hay necesidad de continuar mas que un órden de años. Por lo demás, en lo relativo á los datos cronológicos, nos atendremos á los cálculos de los benedictinos y á sus tablas que se darán al fin de la obra.

(2) Gen. III. v. 4. etc.

impío malhechor que se buscaba un asilo contra el odio y horror del género humano: la invencion de algunas artes por sus hijos, y la espantosa malignidad del corazon humano, inclinado siempre á hacer mal: la posteridad de Seth, fiel á Dios en medio de aquella depravacion: el piadoso Enoc (3017) milagrosamente sacado del mundo que no era digno de poseerle: la distincion de los hijos de Dios de entre los hijos de los hombres; esto es, de los que vivian segun el espíritu, de entre los que vivian segun la carne: la mezcla de ellos y la corrupcion universal del mundo: la ruina de los hombres resuelta por justo juicio de Dios (3017): su enojo anunciado á los pecadores por su siervo Noé (2468): su impenitencia y su dureza castigadas en fin con el diluvio (2348): Noé y su familia reservados para la reparacion del linaje humano.

Esto es cuanto sucedió en 1656 años, y este es el principio de todas las historias en que se descubren la omnipotencia de la sabiduría y la bondad de Dios: la inocencia feliz bajo de su proteccion: su justicia en castigar los delitos, y al mismo tiempo su paciencia en esperar la conversion de los pecadores: la grandeza y dignidad del hombre en su institucion primera: la índole natural del género humano después de su corrupcion: el maligno genio de la envidia y las causas secretas de las violencias y de las guerras que son en suma todos los fundamentos de la religion y la moral.

Noé con el género humano conservó las artes, tanto las que servian de fundamento á la vida, y que los hombres sabian desde su orígen, como las que después habian inventado (2348). Las primeras, que desde luego aprendieron, y verosímilmente de su criador, fueron la agricultura (1), el arte pastoril (2), la de vestirse y quizá la de albergarse (3): así vemos en el oriente su principio, hácia la parte de donde se fué derramando el linaje humano.

Hállase en todo el mundo la cierta tradicion del diluvio universal; y en todos tiempos ha sido célebre en el oriente la figura de la iglesia, el arca, en que los residuos del género humano se salvaron: particularmente en aquellos lugares en que después del diluvio se detuvo: otras muchas circunstancias de esta famosa historia se hallan señaladas en los anales y tradiciones de los pueblos antiguos (4); y todo concuerda tanto como podia esperarse de antigüedad tan remota.

ÉPOCA II.—Noé ó el diluvio.—Segunda edad del mundo.

Al diluvio sucedieron inmediatamente la declinacion de la vida humana, la mudanza en el modo de vivir, y nuevos alimentos sustituidos á los frutos de la tierra (2348): algunos preceptos dados á Noé, de viva voz solamente: la confusion de las lenguas sucedida en la torre de Babilonia (2347), primer monumento de la soberbia y de la flaqueza de los hombres: el repartimiento entre los tres hijos de Noé y la primera distribucion de la tierra (2247).

La memoria de estos tres primeros autores de las naciones y pueblos se ha conservado siempre entre los hombres. Jafet, que pobló la mayor parte del occidente, ha sido en él siempre célebre bajo el famoso nombre de Iapet. Cam y su hijo Canaan no han sido conocidos entre los egipcios y fenicios: y la memoria de Sem (2247) ha durado siempre en el pueblo hebreo que de él reconoce su orígen.

Poco después de este primer repartimiento del linaje humano, Nembrod, hombre feroz, se hace por su genio altivo el primero de los conquistadores: tal es el orígen de las conquistas. Establece su reino en Babilonia (1) en el mismo lugar en que se habia dado principio á la torre, y elevádola á muy grande altura, aunque no tanta como deseaba la vanidad humana. Cerca de este tiempo fué Nínive fundada, y algunos reinos antiguos establecidos, pero muy pequeños por entónces: pues en solo Egipto se hallan cuatro dinastías ó principados, la de Tebas, la de Tin, la de Memfis y la de Tanis, que era la capital del Egipto bajo. Á este tiempo tambien se puede atribuir el principio de las leyes y policía de los egipcios, el de sus pirámides todavía permanentes, y el de las observaciones astronómicas así de estos pueblos como de los caldeos (2233). Y hasta él se ve asimismo que suben, nó mas arriba, las que los propios caldeos, que quiere decir sin controversia los primeros observadores de los astros, dieron en Babilonia á Calístenes para Aristóteles.

Comienza todo: nada de lo criado deja de tener principio debido á Dios: y no hay historia antigua en que no se descubran, no solo en aquellos primeros tiempos, sí aun mucho después, vestigios manifiestos de la infancia del mundo. Se ven establecerse las leyes, pulirse las costumbres y formarse los imperios. El género humano sale poco á poco de la ignorancia: la experiencia le instruye, y las artes se inventan ó se perfeccionan. Al paso que los hombres se multiplican, se va poblando sucesivamente la tierra: se pasan los montes y los precipicios: se atraviesan los rios y en fin los mares: se establecen nuevas habitaciones. La tierra, que solo era en su principio una selva inmensa, recibe nueva forma: los bosques talados dan lugar á los campos, á las dehesas, á las aldeas, á los lugares y en fin á las ciudades. Se aprende á cazar algunos animales, á domesticar otros y á acostumbrarlos al servicio. Fué necesario al principio combatir con las fieras, en cuyas guerras se señalaron los primeros héroes; y ellas hicieron inventar las armas, que después convirtieron los hombres contra sus semejantes. Nembrod, el primer guerrero y conquistador, es llamado en la Escritura un gran cazador (2). Domesticados los animales supo tambien el hombre hacer sazonar los frutos y las plantas; ablandó hasta los metales para su uso; y poco á poco se hizo servir de toda la naturaleza. Pero así como es verosímil que obligase el tiempo á inventar muchas cosas, lo es tambien que hiciese olvidar otras, por lo menos á la mayor parte de los hombres. Las primeras artes que habia Noé conservado y que se ven siempre florecer en aquellos parajes donde se hizo el primer establecimiento del linaje humano, se fueron perdiendo al paso que se alejó de ellos, y fué necesario con el tiempo volver á aprenderlas, ó que las llevasen á los demás que las ignoraban los que las habian conservado. Por eso vemos que todo viene de aquellas tierras siempre habitadas, donde los fundamentos de las artes permanecieron en su ser; y que tambien en ellas muchas cosas importantes todos los dias se aprendian. Conservóse allí el conocimiento de Dios y la memoria de la creacion; pero se iba poco á poco debilitando. Las antiguas tradiciones se olvidaban y se oscurecian: las fábulas que les sucedieron solo rete-

(1) Gen. II. 15. III. 17. 18. 19. IV. 2. (2) Ibid. cap. IV. 2. (3) Ibid. c. III. 21. (4) Beros. Chald. Histor. Chald. Hieron. Ægypt. Phæn. Histor. Mnas. Nic. Damasc. lib. 96. Abyd. de Med. et Assyr. Ap. Ios. Antiq. lib. 1. cap. 4. et lib. 1. cont. Apion et Euseb. Lix. Præp. Ev. c. 11. 12. Plut. Opusc. Plus ne Solent. terr an aquat. Lucian. de Dea Syr.

(1) Gen. c. X. 8. 9. 10. 11. (2) Gen. c. X. 9.

nian de ellas unas toscas ideas: las falsas deidades se multiplicaban; y esto causó la vocacion de Abrahan.

ÉPOCA III.—La vocacion de Abrahan, ó la alianza.—Tercera edad del mundo.

Cuatrocientos veinte y seis años después del diluvio, como fuésen los pueblos cada uno por el camino de su corrupcion, y olvidasen á su criador, este gran Dios, para embarazar el progreso de tan gran mal, empezó á separar y reservar para sí un pueblo escogido de enmedio de ellos. Fué Abrahan elegido (1921), para ser cabeza y padre de todos los creyentes. Llamóle Dios á la tierra de Canaan donde queria establecer su culto, y á los hijos de este patriarca á quienes habia resuelto multiplicar como las estrellas del cielo y las arenas del mar. Á la promesa que le hizo de dar esta tierra á sus descendientes, añadió una cosa de mucho mayor gloria, que fué aquella gran bendicion que habia de difundirse sobre todos los pueblos del mundo en Jesucristo nacido de su estirpe. Este mismo Jesucristo es á quien honra Abrahan en la persona del sumo pontífice Melquisedec que le representa: este es á quien paga la décima de los despojos que ha ganado de los reyes vencidos: y este es de quien recibe la bendicion (1). Entre riquezas inmensas y con un poder que igualaba con el de los reyes, conservó Abrahan las costumbres antiguas. Tuvo siempre una vida sencilla y pastoril, sin que dejase de estar acompañada de la magnificencia que este patriarca hacia principalmente lucir ejercitando con todos la hospitalidad. El cielo le dió huéspedes (1856); los ángeles le revelaron los consejos de Dios; él los creyó y en todo se mostró lleno de fé y de piedad.

En su tiempo Inaco, el mas antiguo de todos los reyes conocidos de los griegos, fundó el reino de Argos. Después de Abrahan hallamos á su hijo Isaac y á su nieto Jacob, imitadores de su fé y de su sencillez en la propia vida pastoril. Reíterales tambien Dios las mismas promesas que habia hecho á su padre y los conduce como á él en todas sus cosas. Isaac bendice á Jacob en perjuicio de Esaú (1759), su hermano primogénito; y aunque en apariencia engañado, ejecuta en efecto los consejos de Dios y regula el destino de dos pueblos. Esaú tuvo además el nombre de Edom, á quien deben su orígen los idumeos. Jacob, á quien Dios protejia en todo, era ventajoso á Esaú. Un ángel, con quien tuvo una lucha llena de misterios, le dió el nombre de Israel, por cuya razon son llamados sus hijos israelitas. De él nacieron los doce patriarcas, padres de las doce tribus del pueblo hebreo: entre ellos Leví, de quien habian de salir los ministros de las cosas sagradas: Judas, de quien habia de descender, con el linaje real, Jesucristo Rey de los reyes y Señor de los señores; y José, el mas amado de Jacob entre todos sus hijos. Allí se declaran nuevos secretos de la providencia divina. Primeramente se ven la inocencia y la sabiduría del jóven José, siempre enemigo de los vicios, y cuidadoso de reprimirlos en sus hermanos; sus sueños misteriosos y proféticos; sus hermanos envidiosos, y la envidia, causa, segunda vez, de intentar un fratricidio; la venta de este grande hombre (1728), la fidelidad que guarda á su amo y su castidad admirable; las persecuciones que esta le ocasiona, su prision y su constancia (1717); sus predicciones, su liberacion milagrosa (1715); aquella famosa explicacion de los sueños de Faraon; el mérito de tan grande hombre reconocido, su genio elevado y justo, y la proteccion de Dios que le hace dominar en cualquiera parte que se halla; su prevision, sus sabios consejos y su poder absoluto en el reino del Egipto bajo (1706): de donde nace el bienestar de su padre Jacob y de su familia. Así esta casa, amada de Dios, se estableció en aquella parte del Egipto, cuya capital era Tanis, y cuyos reyes todos tomaban el nombre de Faraon. Muere Jacob, y poco antes hace aquella célebre profecía, en que, revelando á sus hijos el estado de su posteridad, descubre en particular á Judas los tiempos del Mesías (1689), que habia de descender de su estirpe. Hácese en poco tiempo un gran pueblo la familia de este patriarca: esta prodigiosa multiplicacion excita los celos de los egipcios; y los hebreos son injustamente odiados y desapiadadamente perseguidos (1571). Hace Dios nacer á Moisés su libertador, á quien libra de las aguas del Nilo, y le pone en manos de la hija de Faraon; críale ella como á hijo suyo y hace instruirle en toda la sabiduría de los egipcios (1536). En estos tiempos se establecieron los pueblos de Egipto en diversas partes de la Grecia. La colonia que de él condujo Cecrope fundó doce ciudades, ó mas propiamente doce poblaciones, de que compuso el reino de Atenas, donde, con las leyes de su país, estableció los dioses que en él se adoraban. Un poco después sucedió en Tesalia el diluvio de Deucalion, confundido por los griegos con el universal. Heleno, hijo de Deucalion, reinó en Pthiotide, país de la Tesalia, y dió su nombre á la Grecia, cuyos pueblos, llamados antes griegos, tomaron siempre el de helenos; bien que los latinos les conservaron su antiguo nombre. Cerca de este tiempo Cadmo, hijo de Agenor, transportó á Grecia una colonia de fenicios, y fundó la ciudad de Tebas en la Beocia; con él entraron en la Grecia los dioses de la Siria y de la Fenicia. Entretanto Moisés se adelantaba en edad, y á los cuarenta años de ella despreció las deliciosas riquezas de la corte de Egipto (1531); y penetrado de íntimo dolor á vista de los males de los israelitas, sus hermanos, cruelmente oprimidos, aventuró su vida para socorrerlos. Mas ellos, en vez de aprovecharse de su valor y celo, le expusieron al furor de Faraon que resolvió su ruina. Moisés, huyendo de Egipto, se salvó en Arabia, en la tierra de Madian, donde su virtud, siempre pronta al socorro de los oprimidos, le hizo hallar una segura retirada. Perdiendo este grande hombre la esperanza de libertar á su pueblo, ó esperando tiempo mas oportuno, habia pasado cuarenta años apacentando los ganados de su suegro Jetró (1491), cuando vió en el desierto la zarza encendida, que no se quemaba, y oyó la voz del Dios de sus padres que volvia á enviarle á Egipto á sacar á sus hermanos de la servidumbre. Allí se manifiestan la humildad, el esfuerzo y los milagros de este legislador divino: la dureza de Faraon y los terribles castigos que Dios le envia: la pascua, y la mañana siguiente el paso del mar Rojo; Faraon y los egipcios sepultados en sus aguas, y la milagrosa salvacion de los israelitas.

ÉPOCA IV.—Moisés ó la ley escrita.

Empiezan los tiempos de la ley escrita. Fué esta dada á Moisés cuatrocientos treinta años después de la vocacion de Abrahan, ochocientos cincuenta y seis después del diluvio, y el mismo año que salieron de Egipto los hebreos: cuya data es notable porque sirve para señalar todo el tiempo que corre desde Moisés hasta Jesucristo. Ha sido todo este tiempo llamado tiempo de la ley escrita (1491), para distinguirle

(1) Hebr. VII. 1, 2, 3 y siguientes.



Los ángeles buenos y el ángel málo.



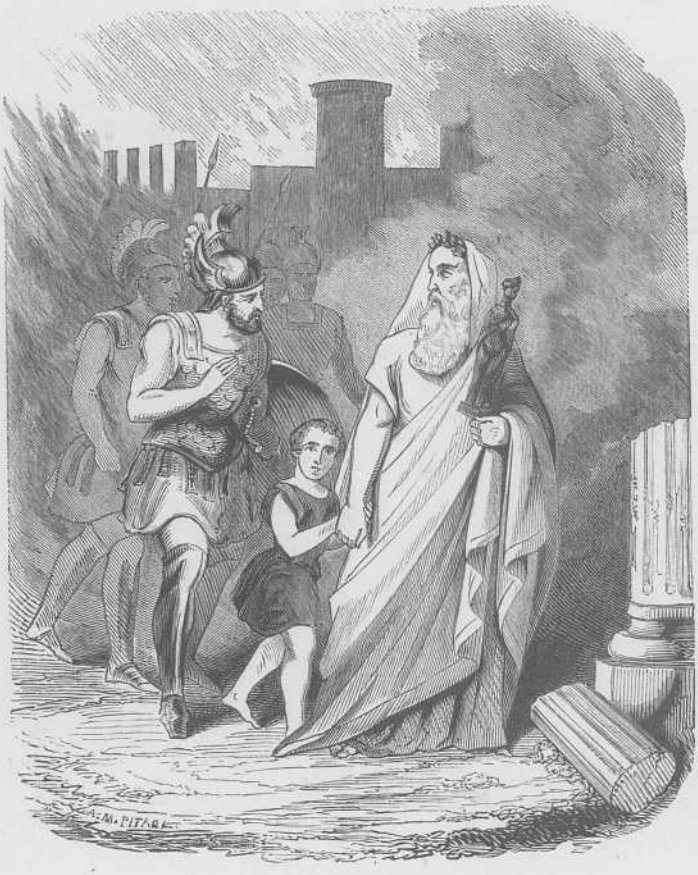
El primer pecado.





LA VENGANZA Y LA JUSTICIA PERSIGUIENDO AL CRIMEN.

(Lámina en bronce.)



TROYA DESTRUIDA.

del antecedente, que se llama de la ley natural, en que los hombres solo se gobernaban por la razon natural y por las tradiciones de sus antepasados.

Habiendo, pues, Dios libertado á su pueblo de la tiranía de los egipcios para conducirle á la tierra donde quiere ser servido, le propone antes de establecerse en ella la ley á que debe arreglar sus operaciones. Escribe de su propia mano en dos tablas, que da á Moisés en el Sinaí, el fundamento de esta ley, que es la del decálogo ó los diez preceptos, que contienen los principios del culto de Dios y de la sociedad humana. Dicta al mismo Moisés otros preceptos con que establece el tabernáculo, figura del tiempo futuro (1), el arca, en la cual Dios se manifestaba por sus oráculos, y en que las tablas de la ley estaban escritas; la exaltacion de Aaron, hermano de Moisés, al sumo sacerdocio ó pontificado, dignidad única dada á él y á sus hijos; las ceremonias de su consagracion y la forma de sus misteriosas vestiduras; las funciones de los sacerdotes, hijos de Aaron; las de los levitas, con otras observancias de la religion; y lo que es mas admirable, las reglas de las buenas costumbres, la policía y el gobierno de su pueblo escogido, de quien él mismo quiere ser el legislador. Esto es todo lo notable que contiene la ley escrita. Después se ve el viaje continuado por el desierto; las rebeliones; las idolatrías; los castigos; las desolaciones del pueblo de Dios, á quien este legislador omnipotente forma poco á poco por este medio (1451); la consagracion de Eleazar, sumo pontífice, y la muerte de su padre Aaron; el celo de Fineo, hijo de Eleazar; y el sacerdocio asegurado á sus descendientes por una promesa particular. Continúan en estos tiempos los egipcios, en diversas regiones, el establecimiento de sus colonias, principalmente en la Grecia, donde Dánao, egipcio, se hace rey de Argos, desposeyendo á los antiguos reyes procedentes de Inaco. Hácia el fin de los viajes del pueblo de Dios por el desierto se ven comenzar los combates, que las oraciones de Moisés hacen felices. Muere él, y deja á los israelitas toda la historia de su pueblo, que diligentemente habia formado desde el principio del mundo hasta su propio fallecimiento. Continuóse por órden de Josué y de sus sucesores, y fué después dividida en muchos libros; de donde nos vinieron el de Josué, el de los jueces y los cuatro de los reyes que tenemos. La historia que habia Moisés escrito, en que toda ley estaba comprendida, fué tambien dividida en cinco libros llamados Pentateuco, que son el fundamento de la religion. Después de la muerte del hombre de Dios se hallan las guerras de Josué (1445), la conquista y repartimiento de la Tierra Santa y las rebeliones del pueblo tantas veces castigado y restablecido. Allí se ven las victorias de Otoniel que le libra de la tiranía de Cusan (1405), rey de Mesopotamia; y ochenta años después la de Aod (1325), contra Églon, rey de Moab. Cerca de este tiempo Pelope, frigio (1322), hijo de Tántalo, reina en el Peloponeso y da su nombre á este famoso país; y Belo, rey de los caldeos, recibe de estos pueblos honores divinos. Recaen (1305) los ingratos israelitas en la servidumbre. Sujetólos Jabin, rey de Canaan; pero Débora la profetisa, que juzgaba al pueblo (1285), y Barac, hijo de Abinoam, derrotan á Sisara, general de los ejércitos de aquel rey. Treinta años después Gedeon victorioso sin pelear persigue y abate á los madianitas (1245). Abimelec su hijo usurpa la autoridad con la muerte de sus hermanos (1236), la ejerce tiránicamente, y al fin la pierde con la vida. Jefté (1187), ensangrienta su victoria con un sacrificio que solo puede hacerse excusable por un órden secreto de Dios de que no tenemos luz alguna. Suceden en este siglo cosas muy considerables entre los gentiles. Porque, siguiendo el cómputo de Herodoto (1), que parece el mas exacto, es menester colocar en estos tiempos y en el de Débora (1267), quinientos y catorce años antes de Roma, á Nino, hijo de Belo; y la fundacion del primer imperio de los asirios. Fué la silla de él establecida en Nínive, ciudad antigua y ya célebre (2), pero adornada é ilustrada por Nino. Los que dan mil trescientos años á los primeros asirios, se fundan en la antigüedad de ella; y Herodoto, que no les da sino quinientos, habla solo de la duracion del imperio que empezaron á extender por el Asia mayor, bajo la dominacion de Nino, hijo de Belo. Un poco después, durante el reinado de este conquistador, tiene su lugar la fundacion ó renovacion de la antigua ciudad de Tiro (1252), á quien sus navegantes y sus colonias hacen tan célebre (3).

Algun tiempo después de Abimelec se encuentran los famosos combates de Hércules, hijo de Anfitrion; y los de Teseo, rey de Atenas, el cual compuso una ciudad sola de las doce poblaciones de Cécrope, y dió mejor forma al gobierno de los atenienses. En tiempo de Jefté, y en tanto que Semíramis, viuda de Nino y tutora de Ninias, engrandecia el imperio de los asirios con sus conquistas, la célebre ciudad de Troya, ocupada ya una vez por los griegos en tiempo de Laomedonte, tercer rey de ella, fué en el de Príamo (1184), su hijo, después de un sitio de diez años, reducida á cenizas por la misma nacion.

ÉPOCA V.—La toma de Troya.—Cuarta edad del mundo.

Esta época de la toma de Troya, sucedida cerca del año trescientos ocho después de la salida de Egipto, y mil ciento sesenta y cuatro después del diluvio, es digna de consideracion, así por la importancia de tan gran suceso celebrado por los dos mayores poetas de Grecia é Italia, como porque se puede referir á esta data todo lo mas notable que hay en los tiempos llamados fabulosos ó heróicos: fabulosos, por las fábulas en que están envueltas las historias de ellos; y heróicos, por aquellos que los poetas han llamado hijos de los dioses y héroes, cuyas vidas no están distantes de esta empresa, pues en tiempo de Laomedonte, padre de Príamo, florecian todos los héroes del vellocino de oro, Jason, Hércules, Orfeo, Castor, con Pólux, y los demás de quienes tiene V. A. noticia, y en el del mismo Príamo, durante el último sitio de Troya, se ven los Aquiles, los Agamenones, los Menelaos, Héctor, Sarpedon, hijo de Júpiter, Eneas, hijo de Venus, á quien los romanos reconocen por su fundador; y tantos otros, de quienes se glorian de descender familias ilustres y naciones enteras. Esta época, pues, es propia para reunir todo lo que los tiempos fabulosos tienen de mas cierto y mas famoso. Pero lo que se ve en la sagrada Escritura es de todos modos mas notable: la fuerza (1177) prodigiosa de un Sanson y su pasmosa flaqueza: Helí (1176), sumo pontífice venerable por su piedad y desgraciado por el crímen de sus hijos: Samuel (1095), juez irreprensible y profeta escogido de Dios para consagrar á los reyes: Saúl, el primer rey del pueblo de Dios, sus victorias, su presuncion en sacrificar sin los sacerdotes, su desobediencia mal excusada con

(1) Hebr. IX. 9. 13.

(1) Herod. lib. I. c. 95. (2) Gen. X. 11. (3) Jos. XIX. 29. Joseph. antiq. VIII. 21.

pretexto de religion, su reprobacion, su caída funesta. Por este tiempo Codro, rey de Atenas, se sacrifica á la muerte por la salud de su pueblo, dejándole con ella victorioso. Sus hijos Medon y Nileo disputaron entre sí la corona; y con esta ocasion los atenienses anularon la dignidad real y declararon á Júpiter por único rey de Atenas. Crearon gobernadores ó presidentes perpétuos, pero sujetos á dar cuenta de su administracion. Estos magistrados fuéron llamados arcontes; y Medon, hijo de Codro, fué el primero que ejerció esta dignidad, la cual permaneció largo tiempo en su familia. Los atenienses esparcieron sus colonias por aquella parte del Asia menor que fué llamada Jonia. Las Eolias (1035) se formaron casi en el mismo tiempo, y toda el Asia menor se llenó de ciudades griegas. Después de Saúl se deja ver David, aquel famoso pastor vencedor del fiero Goliat y de todos los enemigos del pueblo de Dios; gran rey, gran conquistador, gran profeta; digno de cantar las maravillas de la omnipotencia divina; hombre, en fin, segun el corazon de Dios, como él mismo le nombra; y que por su penitencia ha hecho convertir hasta su mismo delito en gloria de su criador (1034). Á este piadoso guerrero sucedió Salomon su hijo (1014), sabio, justo, pacífico, cuyas manos, nada ensangrentadas, fueron juzgadas dignas de edificar el templo de Dios (1012).

ÉPOCA VI.—Salomon ó el templo edificado.—Quinta edad del mundo.

Cerca del año 3000 del mundo, en el de 488 después de la salida de Egipto, y para ajustar los tiempos de la historia santa á los de la profana, ciento ochenta años después de la ruína de Troya, doscientos cincuenta antes de la fundacion de Roma, y mil años antes de Jesucristo, acabó Salomon de fabricar aquel portentoso edificio, cuya dedicacion celebró con una piedad y magnificencia extraordinarias. Fué esta accion prodigiosa seguida de otras maravillas que sucedieron en su reinado, cuyo fin desacreditaron sus vergonzosas fragilidades. Abandónase al amor de las mujeres; su entendimiento se entorpece, su corazon se afemina y su piedad degenera en idolatría. Dios, justamente irritado, aunque en memoria de su siervo David le eximió del castigo, no quiso dejar enteramente sin él su grande ingratitud; y dividió su reino después de su muerte, bajo el gobierno de Roboam su hijo. El orgullo brutal hizo perder á este jóven príncipe diez tribus que Jeroboan separó de su Dios y de su rey (975): y temiendo Jeroboan que volviesen al dominio de los reyes de Judá, prohibió que fuésen sus moradores á sacrificar al templo de Jerusalen, y erigió los becerros de oro, dándoles el nombre de Dios de Israel, á fin de que pareciese menos extravagante la mudanza. La misma razon le hizo retener la ley de Moisés (1), aunque interpretándola á su modo; pero hacia observar casi toda la policía, tanto civil como religiosa; de manera que el Pentateuco fué siempre venerado de las tribus separadas. Así fué erigido el reino de Israel contra el de Judá. En aquél triunfaron la impiedad y la idolatría, en éste, aunque oscurecida frecuentemente la religion, no dejó siempre de conservarse. Eran poderosos en estos tiempos los reyes de Egipto, porque sus cuatro reinos se habian reunido bajo el de Tebas. Créese que Sesostris, aquel famoso conquistador de los egipcios, es el Sesac, rey de Egipto (971), de quien Dios se sirvió para castigar la impiedad de Roboam. En el reinado de Abías, hijo de Roboam, se ve la famosa victoria que alcanzó su piedad contra las tribus cismáticas. Á su hijo Asa (917), cuya piedad alaba la Escritura, tambien nota de haber en sus enfermedades atendido mas á los socorros de la medicina que á la bondad de su Dios. En su tiempo, Amri (924), rey de Israel, fabricó á Samaria donde estableció la silla de su reino.

Sigue á este tiempo el reinado admirable de Josafát (914), en que florecen la piedad, la justicia, la navegacion y el arte militar. Entretanto que este sabio rey en su persona hacia ver al reino de Judá otro David, por el contrario, Acab y su mujer Jezabél, que reinaban en Israel, juntaban, con la idolatría de Jeroboan, todas las impiedades de los gentiles (899). Ambos perecieron miserablemente: porque Dios, que habia tolerado sus idolatrías, resolvió vengar de ellos la sangre de Nabot á quien habian hecho morir, por haber este rehusado, en conformidad de la ley de Moisés, venderles en perpetuidad la heredad de sus padres. Fuéles pronunciada la sentencia por boca del profeta Elías (897), y algun tiempo después Acab (892), fué muerto sin embargo de las precauciones que habia tomado para librarse. Es necesario datar de este tiempo la fundacion de Cartago, que Dido, venida de Tiro, fabricó en un lugar en donde á ejemplo de esta ciudad pudiese comerciar con ventaja y aspirar al imperio del mar. Es difícil señalar el tiempo en que tomó forma de república, la cual, como estaba mezclada de tirios y africanos, fué juntamente guerrera y mercantil. Los historiadores antiguos, que ponen su orígen antes de la ruína de Troya, dan motivo para conjeturar que Dido solo la aumentó y fortificó, pero que no puso los fundamentos de ella. Mudaron (888) las cosas de semblante en el reino de Judá, porque Atalía, hija de Acab y de Jezabél, llevó consigo la impiedad á la casa de Josafát; y Joram, hijo de un príncipe tan piadoso, quiso mas imitar á su suegro que á su padre (885). Hízole Dios sentir la fuerza de su poderosa mano; fué corto su reinado y su fin espantoso. En medio de estos castigos obraba Dios prodigios inauditos, en favor tambien de los israelitas, llamándoles por este medio al arrepentimiento. Vieron estos claramente, sin convertirse, las maravillas de Elías y Eliseo, porque profetizaron durante los reinados de Acab y de cinco sucesores suyos. En este tiempo floreció Homero (1), y treinta años antes que él Hesíodo. Las costumbres antiguas que nos representan, y los vestigios, que no sin grande esplendor todavía mantienen de la antigua llaneza, no poco nos sirven para hacernos conocer antigüedades aun mucho mas remotas, y la divina sencillez de la Escritura. En los reinos de Judá y de Israel se vieron espectáculos asombrosos (884). Jezabél fué precipitada de órden de Jehú, desde lo alto de una torre, y pisada de caballos sin que nada le hubiese servido su prevenido brillante atavío. Tambien hizo Jehú matar á Joram, hijo de Acab, cuya familia quedó enteramente exterminada; y poco faltó para que envolviese en sus ruínas la de los reyes de Judá. El rey Ocosías, hijo de Joram, rey de Judá, y de Atalía, fué muerto en Samaria con sus hermanos, como hermano y amigo de los hijos de Acab. Luego que llegó esta noticia á Jerusalen, resolvió Atalía hacer morir el resto de la familia real, sin reservar á sus hijos, sacrificando á su ambicion de reinar ella sola la vida de todos. Solo Joas, hijo de Ocosías, mecido aun en la cuna, fué arrebatado y libre del furor de su abuela.

(1) III. Reg. XII. 32.

(1) Marm. Arund.

Jesabét, hermana de Ocosías y mujer de Joïada, sumo pontífice, le ocultó en la casa de Dios, y salvó este precioso residuo de la familia de David; quedando Atalía sin temor por creerle muerto con todos los demás. Por este tiempo daba Licurgo leyes á Lacedemonia. Ha sido reprendido de haberlas ordenado todas para la guerra, á ejemplo de Minos, cuyas instituciones habia seguido (1); y de haber dado poca providencia tocante á la modestia de las mujeres, cuando para tener soldados, obligaba á los hombres á una vida tan laboriosa y templada. No habia entretanto en Judea quien inquietase á Atalía, y ya se creia segura trás un reinado de seis años; pero Dios le criaba un vengador dentro del sagrado asilo de su templo (878). Cuando llegó á la edad de siete años, le dió Joïada á conocer á algunos principales cabos del ejército real, cuya confianza cuidadosamente habia ganado; y asistido de los levitas, consagró en el templo al jóven rey. Todo el pueblo reconoció sin dificultad al heredero de David y de Josafát; y Atalía, que acudió al rumor para disipar la conjuracion, fué arrancada del recinto del templo y tratada como sus delitos merecian. Mientras que Joïada vivió hizo Joas guardar la ley de Moisés; pero después de la muerte de aquel santo pontífice, corrompido por las lisonjas de sus cortesanos, se abandonó con ellos á la idolatría (840). Quiso reprenderle Zacarías, hijo de Joïada; y Joas, sin acordarse de lo que debia á su padre, mandó apedrearle; pero sintió inmediatamente sobre sí la venganza; porque derrotado el año siguiente por los sirios, cayó en desprecio de los suyos, y, asesinado por ellos, fué Amasías, su hijo, mas digno que él, elevado al trono (839). El reino de Israel, á quien las victorias de los reyes de Siria y las guerras civiles habian abatido, recobraba sus fuerzas bajo de Jeroboan II (825), mas piadoso que sus predecesores. Ozías, ó por otro nombre Azarías, hijo de Amasías, no gobernaba entónces con menor gloria el reino de Judá (809). Este es el famoso Ozías, infecto de la lepra, tantas veces reprendido en la Escritura por haberse atrevido en sus últimos dias á ejercer el oficio sacerdotal, y á ofrecer él mismo el incienso sobre el altar de los perfumes, contra la prohibicion de la ley. Fué segun ella preciso, aunque era rey, suspenderle en el ejercicio de su dignidad; y Joatan, su hijo, y después su sucesor, gobernó sabiamente el reino. En el reinado de Ozías, los santos profetas, de quienes los principales de aquel tiempo fueron Oseas é Isaías, empezaron á publicar sus profecías por escrito (2), y en libros particulares, cuyos originales depositaban en el templo para que sirviesen de monumento á la posteridad. Las profecías de menor extension, y hechas solamente á viva voz, se registraban, segun costumbre, en los archivos, con la historia del tiempo. Restablecióronse los juegos olímpicos, instituidos por Hércules y largo tiempo interrumpidos (776). De este restablecimiento proceden las olimpiadas, por donde los griegos computaban los años. Este término tienen los tiempos que Varron llama fabulosos; porque hasta esta data se hallan las historias profanas llenas de confusion y de fábulas. Desde él tienen principio los tiempos históricos, en que por relaciones mas fieles y puntuales se refieren los sucesos del mundo. Es señalada la primera olimpíada por la victoria de Corebo. Renovábanse estas cada cinco años, y después de la revolucion cada cuatro. Congregada entónces toda la Grecia, primero en Pise y despues en Hélida, se celebraban aquellos famosos combates en que con aplausos increibles eran coronados los vencedores: tal era el honor en que estaban aquellos ejercicios, y tal el medio con que se hacia la Grecia mas fuerte cada dia, y se pulian sus costumbres. Estaba aun la Italia casi del todo inculta, y los reyes latinos descendientes de Eneas reinaban en Alba. Ful era rey de Asiria. Creésele padre de Sardanápalo, llamado segun la costumbre de los orientales Sardan Ful; esto es, Sardan hijo de Ful ó Pul. Créese tambien que este Ful ó Pul, fuese el rey de Nínive, que hizo penitencia con todo su pueblo, convertido por la predicacion del profeta Jonás (771). Convidado este príncipe de las disensiones del reino de Israel, iba á invadirle; pero aplacado por Manahem, aseguró á este en el trono que acababa violentamente de usurpar, y recibió en reconocimiento un tributo de mil talentos. En tiempo de su hijo Sardanápalo, y después de Alcmeon, último arconte perpétuo de los atenienses, este pueblo, á quien insensiblemente conducia su genio al estado popular, disminuyó el poder de sus magistrados y redujo á diez años la administracion de los arcontes; siendo Carope el primero que la ejerció de este modo. Rómulo y Remo, descendientes de los antiguos reyes de Alba, por su madre Ilia, restablecieron en este reino á Numitor su abuelo, á quien habia desposeido su hermano Amulio, y después fundaron á Roma mientras que Joatan reinaba en la Judea.

(1) Plat. de Rep. lib. 8. de Leg. cap. 1. Arist. polit. lib. 2. cap. 9. (2) Os. cap. 1. 1. Isai. 1. 1.

ÉPOCA VII.—Rómulo ó Roma fundada.

Esta ciudad, que habia de ser señora del universo, y despues silla principal de la verdadera religion, fué fundada el tercer año de la sexta olimpíada (754), cerca de cuatrocientos treinta años después de la toma de Troya, de donde creian los romanos haber salido sus progenitores, y setecientos cincuenta y tres años antes de Jesucristo. Rómulo (753), criado laboriosamente entre pastores, y siempre en los ejercicios de la guerra, consagró aquella ciudad al dios de las batallas, á quien llamaba su padre. Hácia los tiempos del nacimiento de Roma, la vida torpe y perezosa de Sardanápalo (748) causó la caida del primer imperio de los asirios. Los medos, pueblos belicosos, excitados de los razonamientos de Arbaces su gobernador, dieron á todos los vasallos de aquel príncipe afeminado el ejemplo de despreciarle. Todo se sublevó contra él; y en fin, pereció en su corte donde se vió precisado á quemarse con sus mujeres, sus eunucos y sus riquezas. De las ruínas de este imperio se ven levantarse tres grandes reinos. Arbaces ú Orbaces, á quien algunos llaman Farnaces, libertó á los medos, que después de una larga anarquía tuvieron muy poderosos reyes (747). Sucedida la muerte de Sardanápalo se ve salir luego un segundo reino de los asirios cuya capital permaneció Nínive, y un reino de Babilonia. Estos dos últimos no son desconocidos á los autores profanos y son célebres en la historia santa. El segundo reino de Nínive fué fundado por Tilgat ó Teglat, hijo de Falasar, llamado por esta razon Teglatfalasar, á quien tambien se dá el nombre de Nino el jóven. Baladan, llamado entre los griegos Belesis, estableció el reino de Babilonia, donde es conocido con el nombre de Nabonasar. De allí proviene la era de Nabonasar, célebre para Tolomeo y los astrónomos antiguos, que computaban los años por el reinado de este príncipe. Es conveniente advertir aquí, que esta palabra ERA significa una numeracion de años comenzada en cierto punto que algun grande acaecimiento ha hecho señalado. Por estos tiempos (740), Acaz, rey de Judá, impío y malvado, estrechado

por Razin, rey de Siria, y por Faceo, hijo de Romelías, rey de Israel, en vez de recurrir á Dios, que le suscitaba estos enemigos para castigarle, llamó á Teglatfalasar, primer rey de Asiria ó de Nínive, que redujo al extremo el reino de Israel y destruyó enteramente el de Siria; pero taló al mismo tiempo el de Judá que habia implorado su asistencia. De esta manera los reyes de Asiria se abrieron el camino de la Tierra Santa y resolvieron su conquista (721). Empezaron por el reino de Israel, que Salmanasar, hijo y sucesor de Teglatfalasar, destruyó enteramente. Óseas, rey de Israel, se habia fiado en el socorro de Sabacon, ó por otro nombre Sua ó Sous, rey de Etiopía, que habia invadido el Egipto; pero no pudo este poderoso conquistador librarle de las manos de Salmanasar. Las diez tribus en que el culto de Dios se habia extinguido, fueron transportadas á Nínive; y, esparcidas entre los gentiles, de tal modo se perdieron, que jamás ha podido descubrirse ningun vestigio suyo. Algunos que de ellas quedaron, fueron mezclados entre los judíos y compusieron una pequeña parte del reino de Judá (715). En este tiempo sucedió la muerte de Rómulo, habiendo vivido siempre en guerra, y siempre victorioso; pero en medio de las guerras puso los fundamentos de la religion y de las leyes. Una larga paz dió medio á Numa, su sucesor, para perfeccionar la obra (714). Formó la religion y suavizó las costumbres feroces del pueblo romano. En su tiempo, unas colonias, venidas de Corinto y de otras ciudades de la Grecia, fundaron á Siracusa, en Sicilia, y á Crotona, Taranto y quizá otras ciudades en aquella parte de Italia á que muchas colonias griegas antiguas, esparcidas por todo el país, habian ya dado el nombre de la Grande Grecia. Entretanto Ezequías, el mas piadoso y justo de todos los reyes, despues de David, reinaba en Judea (710). Sitióle en Jerusalen Senaquerib, hijo y sucesor de Salmanasar, con un inmenso ejército que pereció en una noche á manos de un ángel. Libre Ezequías de un modo tan maravilloso, sirvió á Dios con todo su pueblo mas fielmente que antes. Pero después de la muerte de este príncipe (698) y de su hijo Manasés, aquel pueblo ingrato olvidó á Dios y se multiplicaron los desórdenes. Formábase entónces el estado popular entre los atenienses, los cuales comenzaron á elegir anuales los arcontes; y Creon fué el primero (687). Entretanto que la impiedad se aumentaba en el reino de Judea, el poder de los reyes de Asiria, que debian ser instrumentos de la venganza divina, creció bajo el dominio de Asaraddon, hijo de Senaquerib (681), el cual reunió el reino de Babilonia con el de Nínive, y elevó su imperio en el Asia menor á la misma grandeza que tuvieron los primeros asirios. En tiempo de su reinado los cuteanos, pueblos de la Asiria, llamados después samaritanos, fueron enviados á habitar en Samaria (1). Juntaron estos el culto de Dios con el de los ídolos, y obtuvieron de Asaraddon un sacerdote israelita que les enseñase á servir al Dios del país: esto es, las observancias de la ley de Moisés (2). No quiso Dios que su nombre quedase enteramente olvidado en una tierra que habia dado á su pueblo; y así dejó allí su ley en testimonio. Pero su sacerdote solamente les dió los libros de Moisés, que las diez tribus rebeladas habian retenido en su cisma: porque las escrituras compuestas después por los profetas, que sacrificaban en el templo, eran entre ellos detestadas; por lo cual, aun el dia de hoy, solo admiten los samaritanos el Pentateuco de Moisés.

(1) II. Reg. XVII. 24. 1. Esd. IV. 2. (2) II. Reg. XVII. 27. 28. etc.

Entretanto que Asaraddon y los asirios se establecian tan poderosamente en el Asia mayor, comenzaban tambien los medos á hacerse respetables. Deïoces, primer rey, nombrado en la Escritura Arfaxad, formó la soberbia ciudad de Ecbatana y puso los fundamentos de un grande imperio. Habíanle elevado al trono para coronar sus virtudes y poner fin á los desórdenes que causaba entre ellos la anarquía (1): y gobernados por tan gran rey, se mantenian contra sus vecinos, mas sin extenderse. Roma tambien crecia, pero débilmente (671). En tiempo de Tulio Hostilio, su tercer rey, y por el famoso combate de los Horacios y Curiacios fué Alba vencida y arruinada; sus ciudadanos, incorporados á la ciudad victoriosa, la engrandecieron y fortificaron. Rómulo habia sido el primero que practicó este medio de aumentarla, recibiendo en ella á los sabinos y otros pueblos vencidos, que, olvidándose de su desgracia, se hacian afectuosos vasallos. Al paso que Roma se extendia con sus conquistas, arreglaba su milicia: y en tiempo de Tulio Hostilio comenzó á aprender aquella admirable disciplina que después la hizo señora del universo. El reino de Egipto, debilitado por sus largas divisiones, se restablecia bajo de Psammético (670). Este príncipe, que debia su libertad á los jonios y carios, los estableció en Egipto, cerrado hasta entónces á los extranjeros. Con esta ocasion entraron los egipcios en comercio con los griegos: y después de este tiempo la historia de Egipto, mezclada hasta entónces con pomposas fábulas por el artificio de los sacerdotes, empieza tambien segun Herodoto (2) á tener certidumbre. Entretanto los reyes de Asiria (667), se hacian mas y mas formidables en el oriente. Saordoquin, hijo de Asaraddon, llamado Nabucodonosor en el libro de Judit, deshizo en formal batalla á Arfaxad, rey de los medos (656). Desvanecido por este suceso, emprendió la conquista de todo el mundo, y con este designio pasó el Eúfrates, y todo lo taló hasta la Judea. Habian los judíos irritado á Dios y abandonádose á ejemplo de Manasés á la idolatría; pero habiendo después hecho penitencia, juntamente con su príncipe, Dios los recibió bajo su proteccion: así las conquistas de Nabucodonosor y de Holofernes quedaron de repente contenidas por mano de una mujer insigne. Deïoces, aunque derrotado por los asirios, dejó su reino capaz de que lo engrandeciesen sus sucesores. Entretanto que Fraortes su hijo y Ciáxares su nieto sujetaban la Persia (643), y adelantaban sus conquistas en el Asia menor hasta las riberas del Alis (641), vió pasar la Judea el reinado detestable de Amon, hijo de Manasés; y Josías, hijo de Amon, sabio desde su infancia, trabajaba en reparar los desórdenes causados por la impiedad de los reyes sus predecesores. Roma, que tenia por rey á Anco Marcio, sujetaba bajo su mando á algunos latinos, y continuando en hacerse ciudadanos sus enemigos, los encerraba dentro de sus murallas (626). Anco adelantó sus conquistas hasta el mar vecino y fabricó la ciudad de Ostia en la embocadura del Tíber. Fué en este tiempo invadido el reino de Babilonia por Nabopolasar. Este traidor, á quien Chinaladan, Sarac por otro nombre, habia hecho general de sus ejércitos contra Ciáxares, rey de los medos, se juntó con Astíages, hijo de Ciáxares, prendió á Chinaladan en Nínive, destruyó esta gran ciudad, señora por largo tiempo del oriente, y se sentó en el trono de su señor. Ensoberbecióse Babilonia bajo de un príncipe tan ambicioso. Todo debia infundir temor á la Judea, cuya impiedad cre-

(1) Herod. lib. I, 96. (2) Herod. lib. II., 154.

cia sin medida. El santo rey Josías con su profunda humildad suspendió por algun tiempo (624) el castigo que habia su pueblo merecido; pero fué mas grave en el reinado de sus hijos. Nabucodonosor II, mas terrible que Nabopolasar su padre, fué su sucesor (610). Este príncipe altivamente criado y siempre ejercitado en la guerra (607), hizo prodigiosas conquistas: y Babilonia amenazaba con la esclavitud á todo el mundo. Bien presto tuvieron efecto sus amenazas en el pueblo de Dios. Jerusalen fué abandonada á este soberbio vencedor que la ocupó tres veces: la primera al principio de su reinado y al cuarto año del de Joakim, desde donde empiezan los sesenta años del cautiverio de Babilonia, notados por el profeta Jeremías (1); la segunda en tiempo de Jeconías (599) ó Joaquin, hijo de Joakim, y la última bajo de Sedecías, en que fué la ciudad enteramente destruida (598), el templo reducido á cenizas y el rey llevado cautivo á Babilonia con Saraja sumo pontífice, y la mejor parte del pueblo. Los mas ilustres de estos cautivos fueron los profetas Ezequiel y Daniel. Tambien se cuentan entre ellos los tres mancebos que Nabucodonosor no pudo obligar á que adorasen su estátua, ni consumirlos con las llamas á las cuales los entregó. Grecia por entónces estaba floreciente (594), y sus siete sabios se hacian ilustres. Algun tiempo después de la última desolacion de Jerusalen, Solon, uno de ellos, daba leyes á los atenienses y establecia la libertad de la justicia. Los focenses de Jonia conducian su primera colonia á Marsella. Tarquino Prisco, rey de Roma (578), después de haber sujetado una parte de la Toscana y adornado la ciudad con obras magníficas, terminó su reinado. En su tiempo los galos, conducidos por Belloveso, ocuparon en Italia todos los contornos del Pó (566), en tanto que Segoveso su hermano penetró en lo interior de la Germania con otra copiosa multitud de la misma nacion. Servio Tulio, sucesor de Tarquino, estableció el censo, ó la enumeracion de los ciudadanos distribuidos en ciertas clases, por donde esta gran ciudad quedó reglada como una familia particular. Nabucodonosor hermoseaba á Babilonia, enriquecida ya con los despojos de Jerusalen y del oriente; pero no gozó de ellos largo tiempo; pues este mismo rey (562), que la habia adornado, vió al morir la próxima ruina de esta ciudad soberbia (2). Su hijo Evilmerodac á quien hacian odiosos sus desórdenes, no reinó mucho (560), y fué muerto por Neriglisor, su cuñado, que usurpó el reino. Tambien Pisistrato usurpó en Atenas la autoridad suprema que entre muchas alternativas supo conservar por espacio de treinta años, y pudo asimismo dejarla á sus hijos. Habiéndose hecho insufrible á Neriglisor el poder de los medos, que se engrandecian en oriente, les declaró la guerra. En tanto que Astiages, hijo de Ciáxares I, se prevenia para la defensa, murió, dejando este cuidado á Ciáxares II, su hijo (559), llamado por Daniel Dario el Medo. Nombró este por general de su ejército á Ciro, hijo de Mandane, su hermana, y de Cambises, rey de Persia sujeto al imperio de los medos. La reputacion de Ciro, que se habia señalado en diversas guerras, en tiempo de Astiages, su abuelo, unió la mayor parte de los reyes de oriente bajo de los estandartes de Ciáxares. Hizo prisionero en su corte á Creso (548), rey de Lidia, y gozó de sus inmensas riquezas; domó á los demás aliados de los reyes de Babilonia (543), y extendió su dominio, no solo por toda la Siria, sino aun muy adelante en el Asia menor. Marchó finalmente contra Babilonia, tomóla (538) y la sujetó á Ciáxares su tio, quien movido, no menos de su felicidad que de sus hazañas, le dió su hija única y heredera en matrimonio. En el reinado de Ciáxares, Daniel, (537) ya favorecido en los precedentes de muchas visiones celestiales, en que vió pasar delante de sí en figuras muy manifiestas, tantos reyes y tantos imperios, supo por una nueva revelacion aquellas famosas setenta semanas, en que los tiempos de Cristo, y el destino del pueblo judaico están explicados. Eran semanas de años, y así contenian cuatrocientos noventa, y tambien era ordinario este modo de contar entre los hebreos que honraban el séptimo año, como el séptimo dia, con un religioso descanso. Algun tiempo después de esta vision (536) murió Ciáxares y tambien Cambises, padre de Ciro, con lo cual este grande hombre que les sucedió, juntó el reino de Persia, obscuro hasta entónces, con el reino de los medos, tan grandemente aumentado con sus conquistas. Así quedó dueño pacífico de todo el oriente y fundó el mayor imperio que habia habido en el mundo. Pero lo mas digno de nota para la continuacion de nuestras épocas, es, que este famoso conquistador, desde el primer año de su reinado, expidió un decreto para restablecer el templo de Dios en Jerusalen, y los judíos en Judea.

Es necesario detenernos un poco en esta parte que es la mas confusa de la cronología antigua, por la dificultad de conciliar la historia profana con la sagrada. Habrá sin duda observado ya V. A., que lo que refiero de Ciro, es muy distinto de lo que ha leído en Justino, el cual no hace mencion del segundo imperio de los asirios, ni de aquellos famosos reyes de Asiria y de Babilonia, tan célebres en la historia sagrada; y que en fin mi relacion no conviene mucho con lo que nos cuenta este autor de las tres primeras monarquías; de la de los asirios, fenecida en Sardanápalo, de la de los medos, terminada en Astiages, abuelo de Ciro, y de la de los persas, comenzada por Ciro y destruída por Alejandro.

Tambien podrá V. A. juntar con Justino á Diodoro, y la mayor parte de los autores griegos y latinos, cuyos escritos nos han quedado, los cuales refieren estas historias de diverso modo del que he seguido.

Por lo que mira á Ciro, en nada son concordes sobre su historia los autores profanos; y así he creído deber antes seguir á Jenofonte con san Gerónimo (1), que á Cresias, autor fabuloso, á quien han copiado la mayor parte de los griegos, como á estos Justino, y los latinos; y tambien antes que á Herodoto, aunque sea muy juicioso. Lo que me ha determinado á esta eleccion, es, que la historia de Jenofonte, mas seguida ó conexa, y mas verosímil en sí misma, tiene la ventaja de conformarse mas con la Escritura, la cual por su antigüedad, y por la relacion de los sucesos de los judíos con los del oriente, merecia ser preferida á todas las historias griegas, aun cuando no se supiese estar dictada por el Espíritu Santo.

En cuanto á las tres primeras monarquías, lo que han escrito la mayor parte de los griegos ha parecido dudoso á los mayores sabios de la Grecia. Platon hace ver en general bajo el nombre de los sacerdotes de Egipto, que estaban los griegos en una profunda ignorancia de las antigüedades (2): y Aristóteles puso entre los que cuentan fábulas (3) á los que han escrito las Asiríacas.

(1) Jerem. xxv. 11. 12. cap. xxix. 10. (2) Abid. ap. Euseb. lib. ix. Præp. Ev. lib. ix, c. 41.

(1) Hieron. in Dan. cap. 5: tom. 3, col. 1691. (2) Plat. in Tim. (3) Arist. Polit. v. 10.

Esto es que los griegos escribieron tarde, y queriendo divertir á la Grecia, siempre curiosa, con historias antiguas, las formaron de memorias confusas, contentándose con ponerlas en un órden agradable, sin cuidarse mucho de la verdad.

Y ciertamente el modo con que comunmente se colocan las tres primeras monarquías, es visiblemente fabuloso. Porque después que se ha hecho fenecer en Sardanápalo el imperio de los asirios, se hace aparecer sobre el teatro á los medos, y después á los persas; como si los medos hubiesen sucedido en todo el poder á los asirios, y los persas se hubiesen establecido arruinando á los medos.

Siendo al contrario cierto, que, cuando Arbaces sublevó á los medos contra Sardanápalo, no hizo sino libertarlos; mas no sujetó á ellos el imperio de Asiria. Herodoto, seguido en esto de los mas hábiles cronólogos, dá á ver su primer rey Deïoces cincuenta años después de su rebelion (1); y es fuera de eso constante por testimonio uniforme de este grande hombre, y de Jenofonte (2) (omitiendo otros), que durante el tiempo, que se atribuye al imperio de los medos, habia en Asiria reyes muy poderosos, y temidos de todo el oriente, cuyo imperio abatió Ciro con la toma de Babilonia.

Si la mayor parte, pues, de los griegos y de los latinos que les han seguido, no hablan de estos reyes de Babilonia; si no dan lugar alguno á este gran reino entre las primeras monarquías, cuya continuacion refieren; en fin, si casi nada vemos en sus obras de aquellos famosos reyes Teglatfalasar, Salmanasar, Senaquerib, Nabucodonosor, y tantos otros tan nombrados en la Escritura y en las historias orientales, es necesario atribuirlo, ó á la ignorancia de los griegos, mas elocuentes en referir que diligentes en investigar, ó á que se ha perdido lo mas inquirido, y mas exacto que habria en sus historias.

En efecto, Herodoto habia prometido una historia particular de los asirios (3) que no ha llegado á nuestros tiempos, ó porque se ha perdido ó porque le faltó la comodidad de escribirla; y se puede creer de un historiador tan juicioso que no se hubiera olvidado de los reyes del segundo imperio de los asirios, pues Senaquerib, que era uno de ellos, se halla tambien nombrado, como rey de los asirios y de los árabes en los libros que hay de este grande autor (4). Estrabon, que vivia en tiempo de Augusto, refiere (5) lo que Megástenes, autor antiguo y coetáneo con los de Alejandro, dejó escrito sobre las famosas conquistas de Nabucodonosor, rey de los caldeos, á quien hace atravesar la Europa, penetrar la España y llevar sus armas hasta las columnas de Hércules. Eliano nombra á Tilgamo, rey de Asiria (6), que es sin dificultad el Tilgath, ó Telgath de la historia sagrada, y tenemos en Tolomeo una numeracion de los príncipes que han poseído los grandes imperios, entre los cuales se ve una larga série de reyes de Asiria que fácilmente concuerda con la historia sagrada.

Si yo quisiese referir lo que nos dicen los anales de los sirios, un Beroso, un Abideno, un Nicolás de Damasco, haria un muy largo discurso. Josefo y Eusebio de Cesarea nos han conservado los preciosos fragmentos de todos estos autores (7) y de otros infinitos que se hallaban enteros en sus tiempos, cuyo testimonio confirma lo que nos dice la sagrada Escritura tocante á las antigüedades orientales, y en especial á las historias siríacas.

Por lo que mira á la monarquía de los medos, á quien la mayor parte de los historiadores profanos pone la segunda en la numeracion de los grandes imperios, como separada de la de los persas, es cierto que la Escritura siempre las une; y V. A. ve, que aun sin la autoridad de los libros sagrados, el órden solo de los hechos manifiesta, que es necesario atenerse á esto.

Los medos, aunque poderosos antes de Ciro, y respetados, estaban obscurecidos por la grandeza de los reyes de Babilonia; pero habiendo Ciro conquistado este reino con las fuerzas reunidas de los persas y los medos, de quienes después se hizo señor, por una sucesion legítima, como lo hemos notado en Jenofonte, parece que el grande imperio de que fué fundador, debió tomar su nombre de las dos naciones; de modo que el de medos y el de persas es una misma cosa; aunque la gloria de Ciro haya hecho prevalecer el de los persas.

Tambien se puede pensar que habiendo los reyes medos extendido sus conquistas antes de la guerra de Babilonia hácia las colonias griegas del Asia menor, han sido por este medio célebres entre los griegos, los cuales les han atribuido el imperio del Asia mayor, por ser los únicos que se conocian de los reyes de oriente; y al mismo tiempo los reyes de Nínive y de Babilonia, mas poderosos, y mas desconocidos á la Grecia, han sido casi olvidados en todo lo que nos ha quedado de historias griegas, y se ha dado á los medos solos todo el tiempo que corrió desde Sardanápalo hasta Ciro.

Así no es ya necesario fatigarse mucho en conciliar la historia profana con la sagrada en este punto: porque en lo que mira al primer reino de los asirios, solamente de paso dice de él la Escritura una palabra y no nombra á Nino, fundador de aquel imperio, ni, excepto Ful, á ninguno de sus sucesores, por no tener su historia conexion alguna con la del pueblo de Dios. Los segundos asirios, ó fuéron enteramente ignorados de los griegos, ó por no haberlos bien conocido, los confundieron con los primeros.

Á cualquiera objecion, pues, que se hiciere con los autores griegos, que colocan á su arbitrio las tres primeras monarquías, y hacen suceder los medos al antiguo imperio de Asiria, sin hablar del nuevo que la Escritura hace ver tan poderoso, solo deberá responderse que han ignorado enteramente esta parte de la historia, y que no menos se oponen á otros mas curiosos y mejor instruidos autores de su nacion que á la Escritura.

Y para cortar en una palabra toda la dificultad, cuando los historiadores sagrados no tuviesen otra ventaja sobre los griegos y latinos, que vivieron después, que solo el haber sido mas vecinos por los tiempos y por los lugares á los reinos de oriente, y escrito á mas de eso la historia de un pueblo cuyos sucesos se hallan tan enlazados con los de aquellos grandes imperios, podrian sin duda hacer callar á todos ellos.

Pero, si no obstante se defendiere con obstinacion ese órden célebre de las tres primeras monarquías; y por conservar á los medos solos el segundo lugar que se les ha dado, se quisiere que sean sus súbditos los reyes de Babilonia: confesando en cualquier caso, que, después de cien años de sujecion, se eximieron estos con una rebelion del vasallaje, se salva de todos modos la continuacion de la historia sagrada; pero no concuerda esto mucho con los mejores historiadores profanos, á quienes favorece mas la Escritu-

(1) Herod. lib. 1. c. 26. 27. (2) Id., lib. 1. Jenof. Cirop. V. VI, etc. (3) Herod., lib. 1, cap. 106, 184. (4) Id. lib. 2. c. 141. (5) Strab. lib. XV. init. (6) Elian. Hist. Anim. l. 12, c. 21. (7) Joseph Antiq., lib. IX, cap. ult. et X. cap. 2. lib. I, contr. Ap. Euseb. præp. Ev. lib. IX.

ra en que siempre une el imperio de los medos con el de los persas.

Aun falta descubrir á V. A. una de las causas de la obscuridad de las historias antiguas: esta es, que como los reyes de oriente tomaban muchos nombres, ó bien muchos títulos que con el tiempo les servian de nombres propios; y los pueblos los traducian ó pronunciaban diversamente, segun la variedad de los idiomas de cada lengua, ha sido preciso que unas historias de tanta antigüedad y de que tan pocas buenas memorias han quedado, se hallen por esto muy obscurecidas. La confusion de los nombres habrá sin duda introducido dudas en las mismas cosas y en las personas, y de ahí nace la dificultad que hay en colocar en la historia griega los reyes que han tenido el nombre de Asuero, tan desconocido de los griegos como conocido de los orientales.

¿Quién creerá en efecto, que Ciáxares sea el mismo nombre que Asuero, compuesto de la palabra Ky, que significa señor, y de la diccion Axares, que manifiestamente concuerda con Axuero ó Asuero? Tres ó cuatro príncipes llevaron este nombre, aunque tuviesen tambien otros. Si no se advirtiese que Nabucodonosor, Nabucodrosor y Nabocolasar son el mismo nombre ó el nombre de la misma persona, habria dificultad en creerlo, y no obstante es cosa cierta. Sargon es Senaquerib; Ozías es Azarías; Sedecías es Matanías; Joacás tambien se llama Sellum; Asaradon, que tambien se pronuncia Esar-Haddon ó Asorhaddan, está nombrado Asenafar por los cuteanos (1); y por una extravagancia, cuyo orígen se ignora, se halla Sardanápalo nombrado por los griegos Tonos-Concoleros. Una larga lista podria yo hacer á V. A. de orientales que han tenido en la historia muchos nombres diversos; pero basta quedar instruido en lo general de esta costumbre, la cual no es desconocida á los latinos, entre los cuales los títulos y las adopciones multiplicaron los nombres en muchas maneras. Así el título de Augusto y el de Africano se hicieron nombres propios de César Octaviano, y de los Escipiones; y así los Nerones fueron Césares; esto es indudable, y sería inútil hacer un exámen mas largo de un hecho tan constante.

No pretendo embarazar mas de ahora en adelante con discusiones de la cronología, que son tan poco necesarias. Esta era muy importante para no aclararla desde luego, y habiendo ya dicho lo que basta á nuestro intento, vuelvo á la continuacion de nuestras épocas.

ÉPOCA VIII.—Ciro, ó los judíos restablecidos.—Sexta edad del mundo.

Doscientos diez y ocho años después de la fundacion de Roma, quinientos treinta y seis antes de Jesucristo, setenta después del cautiverio de Babilonia, y el mismo año que fundó Ciro el imperio de los persas, fué cuando este príncipe, escogido de Dios para ser libertador de su pueblo y restaurador de su templo, puso la mano en esta su grande obra. Luego que se publicó su órden, Zorobabel, acompañado de Jesús, hijo de Josedec, sumo pontífice, restituyó los cautivos á su patria (535), los cuales reedificaron el altar y pusieron los fundamentos del segundo templo. Celosos los samaritanos de su gloria, quisieron tener parte en ella, y bajo el pretexto de que adoraban al Dios de Israel, aunque juntasen su culto con el de sus falsos dioses, rogaron á Zorobabel que les permitiese concurrir á la reedificacion del templo de Dios (2); pero los hijos de Judá, que detestaban la mezcla de su culto, desecharon su proposicion; y los samaritanos, irritados, impidieron su intento con todo género de artificios y violencias. Hácia este tiempo, Servio Tulio, después de haber engrandecido la ciudad de Roma, formó el designio de erigirla en república; mas pereció en medio y en lo mejor de estos pensamientos (533) por los malignos consejos de su hija, y de órden de Tarquino el soberbio, su yerno; y este tirano invadió el reino donde ejercitó por largo tiempo todo género de violencias. Iba entretanto creciendo el reino de los persas, y á mas de las inmensas provincias del Asia mayor, todo el dilatado continente de la menor le obedecia; los sirios y los árabes fueron sujetados: el Egipto, aunque tan celoso de sus propias leyes (525), recibió las suyas. Fué (522) hecha esta conquista por Cambises, hijo de Ciro. No sobrevivió mucho este hombre brutal á su hermano Esmerdis, á quien hizo matar en secreto por un sueño dudoso. Un mago astuto reinó (521) algun tiempo con el nombre de Esmerdis, hermano de Cambises; pero bien presto fué descubierto su engaño. Conjuráronse contra él los siete principales señores, y uno de ellos fué elevado al trono. Este fué Darío, hijo de Histapes, que se llamaba en sus inscripciones el mejor y mas bien formado de todos los hombres (1). Muchas señales persuaden, que fuese el Asuero del libro de Ester; pero no se ha convenido en esto. Al principio de su reinado fué acabado el templo, después de diversas interrupciones causadas por los samaritanos (2). Un odio implacable se introdujo entre los dos pueblos, y no hubo cosa mas opuesta que Jerusalen y Samaria. En tiempo de este Darío comienzan la libertad de Roma y de Atenas (513) y la gran gloria de la Grecia. Armodio y Aristogiton, atenienses, libertan su país de Hiparco, hijo de Pisistrato, y son muertos por sus guardias. Hipias, hermano de Hiparco, procura inútilmente mantenerse: es expulsado, y queda enteramente extinguida la tiranía de los Pisistratos (510). Libres los atenienses levantan estátuas á sus libertadores, y restablecen el estado popular. Hipias se echa en los brazos de Darío, á quien halla ya dispuesto á emprender la conquista de la Grecia, y pone en su proteccion el resto de su esperanza. Al tiempo de su expulsion, Roma se deshizo tambien de sus tiranos. Tarquino el Soberbio habia hecho odioso (509) por sus violencias el gobierno monárquico: la lascivia de Sexto su hijo acabó de destruirle. Lucrecia deshonrada se mató á sí misma: su sangre, y las declamaciones de Bruto animaron á los romanos. Fuéron desterrados los reyes, y el imperio consular establecido, siguiendo los proyectos de Servio Tulio; pero bien presto quedó debilitado por los celos del pueblo. Desde el primer consulado, P. Valerio, cónsul célebre por sus victorias, se hizo sospechoso á sus ciudadanos, y fué necesario á fin de contenerlos establecer una ley que permitió apelar para ante el pueblo contra todas las sentencias del senado y de los cónsules dadas en aquellas causas en que se tratase de castigar á algun ciudadano. Los tarquinos expulsados hallaron protectores; los reyes vecinos miraron su destierro como una injuria hecha á la magestad de todos; y Pórsena, rey de los clusienos, pueblos de la Etruria (507), tomó las armas contra Roma. Reducida al extremo y casi tomada, se libertó por el valor de Horacio Clocles. Los romanos hicieron prodigios por su libertad. Escévola, jóven ciudadano, se quemó la mano que habia errado á Pórsena. Clelia, doncella jóven, pasmó á este prín-

(1) 1. Esd. IV, 2, 10. (2) 1. Esd. IV, 2, 3.

(1) Herod. lib. IV, c. 91. (2) 1. Esd. V. VI.

cipe con su varonil osadía. Pórsena dejó á Roma en paz, y quedaron los tarquinos sin recurso. Hipias, por quien se declaró Dario (500), tenia mejores esperanzas. Toda la Persia se conmovió en su asistencia, y una gran guerra amenazaba á Atenas. Entretanto que Dario hacia prevenciones para ella (493), Roma, que tan bien se habia defendido de los extranjeros, estuvo para arruinarse por sí misma. Habíanse despertado los celos entre los patricios y el pueblo, porque el poder consular, aunque ya moderado por la ley de P. Valerio, aun pareció excesivo á aquel pueblo demasiadamente celoso de su libertad. Retiróse al monte Aventino, las medidas violentas fueron inútiles; y solo las apacibles representaciones de Menenio Agripa pudieron reducirle; pero fué necesario hallar temperamentos y dar al pueblo tribunos con que defenderle de los cónsules. La ley que estableció esta nueva magistratura fué llamada la ley sagrada, y este es el orígen de los tribunos del pueblo. Dario se habia en fin declarado contra la Grecia; y Mardonio, su yerno, después de haber atravesado el Asia, creía oprimir á los griegos con el número de sus soldados; pero Milciades deshizo este inmenso ejército (490) en la llanura de Maraton con diez mil atenienses. Roma derrotaba á todos los enemigos de sus contornos y parecia que no debiese temer sino á sí propia. Coriolano, celoso patricio y el mayor de sus capitanes, desterrado de ella, á pesar de sus servicios, por la faccion popular, meditó la ruina de su patria, llevó los volscos contra ella (489), la redujo al extremo (488), y solamente su madre pudo aplacarle. No gozó la Grecia largo tiempo del reposo que la batalla de Maraton le habia dado. Por vengar la afrenta de la Persia y de Dario (480), Jerjes, su hijo y sucesor, y nieto de Ciro, por su madre Atose, atacó á los griegos con un millon y cien mil combatientes (otros dicen un millon y setecientos mil), sin comprender su armada de mil y doscientas naves. Leonidas, rey de Esparta, con solos trescientos hombres que tenia, le mató veinte mil, en el paso de los Termópilas, y murió gloriosamente con los suyos. Por los consejos de Temístocles, ateniense, fué deshecha la armada de Jerjes el mismo año cerca de Salamina. Este príncipe repasó atemorizado el Helesponto, y un año después su ejército de tierra, mandado por Mardonio (479), fué destrozado junto á Platea por Pausanias, rey de Lacedemonia, y por Aristides, ateniense, llamado el Justo. La batalla se dió por la mañana; y por la tarde de aquel famoso dia los griegos jonios, que habian sacudido el yugo de los persas, les mataron treinta mil hombres en la batalla de Micale, bajo el mando de Leotiquides. Este general, para animar á sus soldados, les dijo, que Mardonio habia en la Grecia sido derrotado: la noticia se verificó, ó por un efecto prodigioso de la fama, ó mas bien por un acierto afortunado, y todos los griegos del Asia menor conquistaron su libertad. En todas partes alcanzaba esta gran nacion grandes ventajas; y poco antes los cartagineses, poderosos entónces, fueron derrotados en Sicilia donde querian extender su dominacion á solicitud de los persas. No obstante este mal suceso no dejaron de formar después nuevos designios sobre una isla tan cómoda para asegurarles el imperio del mar que deseaba su república. Teníale entónces Grecia, pero solo ponia su atencion en el oriente y en los persas (477). Pausanias acababa de libertar la isla de Chipre de su yugo (476), cuando formó el designio de sujetar á su patria; pero se desvanecieron sus proyectos, aunque le habia Jerjes prometido toda su asistencia (474): el traidor fué vendido por la persona á quien mas queria, y le costó la vida un amor infame. Fué Jerjes muerto el mismo año por Artabano, capitan de sus guardias (1), ó porque este pérfido quiso ocupar el trono de su amo, ó porque temió los rigores de un príncipe, cuyas órdenes crueles no bien puntualmente habia ejecutado. Artajerjes, su hijo, llamado Longimano, comenzó su reinado; y poco después recibió una carta de Temístocles (473), quien, proscrito por sus conciudadanos, le ofrecia su servicio contra los griegos. Supo él estimar cuanto debia á tan famoso capitan, y le remuneró pródigamente á pesar de la envidia de los sátrapas. Este magnánimo rey protegió (467) al pueblo judaico (2); y en su año vigésimo (454), memorable por las consecuencias, permitió á Nehemías restablecer á Jerusalen con sus murallas (3). Este decreto de Artajerjes difiere del de Ciro en que el de este miraba solo al templo, y aquel á la ciudad. Desde este decreto previsto por Daniel, y notado en su profecía (4), comienzan los cuatrocientos noventa años de sus semanas, cuya importante data tiene sólidos fundamentos. El destierro de Temístocles está puesto en la crónica de Eusebio en el último año de la olimpíada setenta y seis, que corresponde á los doscientos ochenta años de Roma: los demás cronólogos le ponen poco después: la diferencia es corta, y las circunstancias del tiempo aseguran la data de Eusebio. Sácanse estas de Tucídides, historiador muy exacto. Este grave autor, casi contemporáneo, como tambien conciudadano de Temístocles, le hace escribir la carta al principio del reinado de Artajerjes (5). Cornelio Nepote, autor antiguo, no menos juicioso que elegante, no quiere que se dude de esta data á vista de la autoridad de Tucídides: proposicion tanto mas sólida, cuanto otro autor aun mas antigüo que Tucídides (6) concuerda con él: este es Caron de Lamsaco, citado por Plutarco (7); y el mismo Plutarco añade, que son conformes á estos dos autores los anales de Persia; pero con todo eso no los sigue, bien que no alega razon alguna; y los historiadores que ponen ocho ó nueve años mas tarde el principio del reinado de Artajerjes, ni son de su tiempo, ni de tan grande autoridad. Parece pues indudable que se debe colocar hácia el fin de la olimpíada setenta y seis y próximo al año doscientos ochenta de Roma; de modo que el vigésimo año de este príncipe debe llegar hácia el fin de la olimpíada ochenta y uno y cerca del año trescientos de Roma. Últimamente, los que, por conciliar á estos autores, ponen después el principio de Artajerjes, se hallan reducidos á conjeturar que su padre le habia por lo menos elegido por compañero en el trono, cuando Temístocles le escribió la carta; y de cualquier modo que sea, queda nuestra data asegurada. Puesto ya este fundamento, el resto de la cuenta es fácil de hacer y lo hará palpable la continuacion. Después del decreto de Artajerjes trabajaron los judíos en restablecer su ciudad y sus murallas como habia Daniel profetizado (8). Nehemías dirigió la obra con mucha prudencia y constancia en medio de la oposicion de los samaritanos, árabes y amonitas; el pueblo, animado con el ejemplo del sumo pontífice Eliasib, hizo el último esfuerzo. Entretanto los nuevos magistrados, concedidos al pueblo romano, aumentaban las discordias de la ciudad; y faltaban á Roma, formada bajo la dominacion de reyes, las leyes necesarias á la buena constitucion de una república. La reputacion de la Grecia, mas célebre aun por su gobierno que por sus victorias, exci-

(1) Arist. Polit. v. 10. (2) 1. Esd. vii. viii. (3) 2. Esd. ii. 1. (4) Dan. ix. 25. (5) Tucid. lib. 1. (6) Corn. Nep. in Temist. c. 9. (7) Plutarc. in Temist. (8) Dan. ix. 25.

tó á los romanos á arreglarse á su ejemplo (452). Así enviaron diputados para inquirir las leyes de las ciudades de la Grecia, y particularmente las de Atenas, mas conformes al estado de su república. Sobre este modelo, diez magistrados absolutos (451), que fueron creados el año siguiente con el nombre de decemviros (450), ordenaron las leyes de las doce tablas que son el fundamento del derecho romano. Absorto el pueblo de la equidad con que las compusieron, les dejó usurpar el poder supremo que tiránicamente ejercieron (449). Hubo entónces grandes conmociones por la incontinencia de Apio Claudio, uno de los decemviros, y por la muerte de Virginia á quien su padre mas quiso matar por su propia mano que dejarla abandonada á la pasion de Apio. La sangre de esta segunda Lucrecia dispertó al pueblo romano, y fueron expulsados los decemviros. Mientras las leyes romanas se formaban por ellos, Esdras, doctor de la ley, y Neemías, gobernador del pueblo de Dios, nuevamente restablecido en Judea, reformaban los abusos y hacian observar la ley de Moisés, en lo que eran ellos los primeros (1). Uno de los principales artículos de su reforma, fué obligar á todo el pueblo, principalmente á los sacerdotes, á separarse de las mujeres extranjeras con quienes se habian desposado contra la prohibicion de la ley. Puso Esdras en órden los libros sagrados, de que hizo una exacta revista, y recogió las memorias antiguas del pueblo de Dios, para componer los libros de los Paralipómenos ó crónicas, á los cuales juntó la historia de su tiempo, que fué acabada por Neemías. Por estos libros se termina la dilatada historia que Moisés comenzó y que los autores que le sucedieron continuaron sin interrupcion hasta el restablecimiento de Jerusalen. El resto de la historia santa no está continuado en esta forma. Entretanto que Esdras y Neemías hacian la última parte de esta grande obra, Herodoto, á quien los autores profanos llaman el padre de la historia, empezaba á escribir. Así los últimos autores de la sagrada se encuentran con el primero de la griega; y cuando esta comienza ya incluye quince siglos la del pueblo de Dios, aun tomándola solamente desde Abrahan. No cuidó Herodoto de hablar de los judíos en la historia que nos dejó, ni tenian los griegos necesidad de informarse sino de los pueblos, que la guerra, el comercio ó una gran fama hacian conocidos: así la Judea, que apenas empezaba á levantarse de sus ruínas, no atraia atencion alguna. En aquellos tiempos infortunados cesó la lengua hebrea de ser vulgar. Durante el cautiverio, y después con el comercio, que fué necesario tener con los caldeos, aprendieron los judíos la lengua caldea, muy parecida á la suya, y que tenia casi el mismo carácter. Esto les hizo mudar la forma antigua de las letras hebraicas, y escribieron el hebreo con las caldeas, mas usadas entre ellos y mas fáciles de formarse. No fué difícil esta mutacion entre dos lenguas vecinas, cuyas letras eran del mismo valor y que no se diferenciaban sino en la figura. Desde este tiempo no se halla la Sagrada Escritura entre los judíos sino en letras caldeas; pero los samaritanos retuvieron siempre el antiguo modo de escribir, y sus descendientes han perseverado en este uso hasta nuestros dias; conservándonos por este medio el Pentateuco, que se llama samaritano, en los antiguos caracteres hebraicos: tales, como se hallan en las medallas y en todos los monumentos de los siglos pasados.

Vivian los judíos tranquilamente bajo la autoridad de Artajerjes. Reducido este príncipe por Simon, hijo de Milcíades, ateniense, á hacer una paz ignominiosa, perdió la esperanza de vencer á los griegos con la fuerza, y pensó solamente en aprovecharse de sus discordias. Fueron grandes las que sobrevinieron entre los atenienses y los lacedemonios, cuyos dos pueblos, celoso el uno del otro, dividieron la Grecia. Pericles, ateniense (431), principia la guerra del Peloponeso, durante la cual Teramenes, Trasíbulo y Alcibíades, atenienses, se hacen célebres; Brasidas y Míndares, lacedemonios, mueren en ella peleando por su patria. Duró esta guerra veinte y siete años, y terminó con ventaja de Lacedemonia, la cual habia atraido á su partido á Dario, llamado el Bastardo, hijo y sucesor de Artajerjes. Lisandro, general de la armada naval de los lacedemonios, tomó á Atenas (404), y mudó su gobierno. Pero bien pronto advirtió la Persia que habia hecho muy poderosos á los lacedemonios. Sostuvieron estos al jóven Ciro en su rebelion contra Artajerjes, su hermano mayor (401), llamado Mnemon, por su escelente memoria, hijo y sucesor de Dario. Libre este jóven príncipe de la prision y de la muerte por su padre Parísatis, piensa en la venganza, gana á los sátrapas con su infinito agrado, atraviesa el Asia menor, va á presentar una batalla al rey su hermano en el centro de su imperio, le hiere por su propia mano, y creyéndose antes de tiempo vencedor, perece por temerario. Los diez mil griegos que le servian hacen aquella pasmosa retirada, en que, al finalizarse, mandaba Jenofonte, gran filósofo y gran capitan, el cual escribió esta historia. Los lacedemonios continuaban en atacar el imperio de los persas (396), á quienes Agesilao, rey de Esparta, hizo temblar en el Asia menor; pero las discordias de la Grecia le hicieron dar la vuelta á su país. En este tiempo, la ciudad de Veies, cuya gloria casi rivalizaba con la de Roma, después de un sitio de diez años y de mucha diversidad de sucesos, fué tomada por los romanos bajo el mando de Camilo. Su generosidad le valió tambien á este otra conquista. Los faliscos, á quienes sitiaba, se le entregaron (394), movidos de haberles restituido sus hijos, que un maestro de escuela habia puesto en sus manos. No queria Roma vencer con traiciones, ni aprovecharse de la perfidia de un cobarde que abusaba de la obediencia de una edad inocente. Poco después, los galos senones entraron en Italia (391), y sitiaron á Clusio. Los romanos perdieron contra ellos la famosa batalla de Allia (390). Roma fué tomada y abrasada; mas entretanto que se defendia en el Capitolio, fueron restablecidas sus cosas por Camilo á quien habia desterrado. Los galos permanecieron siete meses señores de Roma; y llamados fuera de allí por otras ocurrencias, se retiraron cargados de despojos (1). Durante las discordias de la Grecia, Epaminondas (371), tebano, no menos se señaló por su equidad y moderacion que por sus victorias. Se nota con razon, que tenia por loable regla no mentir jamás, ni aun en chanza. Sus grandes acciones resplandecen en los últimos años de Mnemon, y en los primeros de Oco. Conducidos por tan gran capitan, quedan los tebanos victoriosos y el poder de Lacedemonia abatido. El de los reyes de Macedonia empezó con Filipo (359), padre de Alejandro-Magno. Á pesar de las oposiciones de Oco, y de Arses, su hijo, reyes de Persia, y á pesar de las dificultades, todavía mayores, que le suscitaba en Atenas la elocuencia de Demóstenes, poderoso defensor de la libertad, este príncipe victorioso sujetó en veinte años toda la Grecia (338), en donde

(1) 2. Esdr. 9, 10. Deut. xxiii. 3.

(1) Polib. lib. i. c. 6. lib. ii. c. 18. 21.

la batalla de Queronea, que ganó contra los atenienses y sus aliados, le dió un poder absoluto. Entretanto que Filipo rompia en esta famosa batalla á los atenienses, tuvo el regocijo de ver á Alejandro, en edad de diez y ocho años, desbaratar á las tropas tebanas de la disciplina de Epaminondas, y entre ellas al escuadron sagrado, llamado de los amigos, y creido invencible. Dueño así de la Grecia y sostenido de un hijo de tan grandes esperanzas, concibió tan altos designios, que no meditó menos que la ruina de los persas (337), contra quienes fué declarado capitan general. Pero este triunfo estaba reservado á Alejandro. Entre las solemnidades de un nuevo matrimonio fué asesinado Filipo por Pausanias (336), mancebo noble á quien no habia administrado justicia. El eunuco Bogoas mató el mismo año á Arses, rey de los persas, é hizo reinar en su lugar á Dario, hijo de Arsames, llamado Codomano, el cual merece por su valor que nos pongamos de parte de la opinion (fuera de esto mas verosímil), que le hace descender de la familia real. Así, dos reyes animosos comenzaron á un tiempo su reinado; Dario, hijo de Arsames, y Alejandro, hijo de Filipo. Mirábanse uno á otro con ojos celosos, y parecian nacidos para disputarse el imperio del mundo. Pero Alejandro quiso asegurarse antes de acometer á su competidor. Vengó la muerte de su padre, domó los pueblos rebeldes que menospreciaban su juventud (335), derrotó á los griegos que inútilmente intentaron sacudir el yugo, y arruinó á Tebas, donde solo reservó la casa y los descendientes de Píndaro, cuyas odas admiraba la Grecia (334). Poderoso y vencedor marcha después de tantas expediciones á la cabeza de los griegos contra Dario (333), á quien deshace en tres batallas campales (331). Entra triunfante en Babilonia y en Susa (330), destruye á Persépolis, silla antigua de los reyes de Persia (327), extiende sus conquistas hasta las Indias, y vuelve para morir (324) á Babilonia de edad de treinta y tres años.

En su tiempo Manasés, hermano de Jaddo, sumo pontífice, turbó la quietud de los judíos. Habíase casado (333) con la hija de Sanaballat, samaritano, á quien Dario habia hecho sátrapa de aquellas provincias, y quiso mas abrazar el cisma de los samaritanos, que repudiar á aquella extranjera, á que el consejo de Jerusalen y su hermano Jaddo querian obligarle. Juntáronsele muchos judíos para evitar semejante censura, y resolvió desde entónces fabricar un templo junto á Samaria, sobre el monte de Garizim, que los samaritanos creian bendito, y hacerse pontífice. Su suegro, muy acreditado con Dario, le aseguró su proteccion, y las consecuencias le fueron aun mas favorables; porque, engrandecido Alejandro (332), Sanaballat dejó á su señor y llevó tropas al vencedor durante el sitio de Tiro: así alcanzó cuanto quiso; el templo de Garizim fué fabricado, y la ambicion de Manasés satisfecha. Los judíos, no obstante, siempre fieles á los persas, negaron á Alejandro el socorro que les pedia. Fué á Jerusalen resuelto á vengarse; pero quedó totalmente convertido en benignidad su enojo al ver al sumo pontífice que le salió al encuentro con los sacerdotes, revestidos de sus hábitos de ceremonia y precedidos de todo el pueblo vestido de blanco. Mostráronsele las profecías de Daniel que predecian sus victorias; y habiendo concedido á los judíos cuanto le pidieron, le guardaron la misma fidelidad que habian siempre mantenido á los reyes de Persia.

Durante sus conquistas peleaba Roma contra los samnitas sus vecinos (326); y apesar del valor y prudencia de Papirio Cursor, el mas ilustre de sus capitanes, hallaba suma dificultad en subyugarlos. Después de la muerte de Alejandro fué dividido su imperio (324). Perdicas, Tolomeo, hijos de Lago, Antígono, Seleuco, Lisímaco, Antípatro, su hijo Casandro, y en suma, todos sus capitanes, criados en la escuela de tan gran conquistador, pensaron en apoderarse del mismo imperio con las armas; sacrificaron á su ambicion toda la familia de Alejandro; su hermano, su madre, sus mujeres, sus hijos y hasta sus hermanas: no se vieron sino batallas sangrientas y revoluciones espantosas. Muchos pueblos del Asia menor y de sus vecindades, aprovechándose de tantos desórdenes, se libertaron y formaron los reinos de Ponto, de Bitinia y de Pérgamo, que la bondad del país hizo después ricos y poderosos. Al mismo tiempo sacudió tambien la Armenia el yugo de los macedonios y se hizo un gran reino. Los dos Mitridates, padre é hijo, fundaron el de Capadocia. Pero las dos mas poderosas monarquías que se levantaron entónces fuéron la de Egipto (323), fundada por Tolomeo, hijo de Lago, de quien provienen los Lagides; y la de Asia ó Siria (312), fundada por Seleuco, de quien descienden los seleucidas. Esta comprendia á mas de la Siria aquellas dilatadas y ricas provincias del Asia mayor que componian el imperio de los persas. Así, todo el oriente se sujetó á la Grecia y aprendió su lengua. La Grecia misma estaba tambien oprimida por los capitanes de Alejandro. La Macedonia, su antiguo reino, que daba dueños al oriente, era presa del primero que llegaba. Los hijos de Casandro se arrojaron unos á otros de aquel reino (296). Á Pirro, rey de los epírotas, que habia ocupado una parte (294) de ella, echóle Demetrio Poliórcetes, hijo de Antígono (289); pero fué después (286) echado por el mismo Pirro. Á (281) Pirro expulsó nuevamente Seleuco, á quien Tolomeo Cerauno (280), arrojado de Egipto por su padre Tolomeo I, mató alevosamente, olvidado de sus beneficios. Apenas este pérfido hubo invadido la Macedonia, cuando fué atacado de los galos (279) y muerto en una batalla que les dió. Pendientes las turbaciones del oriente, fuéron los galos al Asia menor, conducidos por su rey Breno, y se establecieron en la Gallo-Grecia ó Galacia, llamada así del nombre de ellos, de donde se arrojaron sobre la Macedonia y la talaron, haciendo temblar á toda la Grecia. Pero su ejército pereció (278) en la sacrílega empresa del templo de Delfos. Todo lo inquietaba esta nacion, y en todo era desgraciada. Algunos años antes del suceso de Delfos (283), los galos de Italia, á quienes sus guerras continuas y sus victorias frecuentes habian hecho el terror de los romanos, fueron excitados contra estos (282) por los samnitas, los brucienos y los etruros (1). Consiguieron desde luego un nuevo triunfo, pero mancharon su gloria matando á unos embajadores. Indignados los romanos marchan contra ellos, los deshacen, entran en sus tierras donde fundan una colonia; los derrotan otras dos veces; sujetan una parte de ellos y reducen la otra á pedirles la paz. Después que los galos de oriente fueron echados de la Grecia (277), Antígono Gonatás, hijo de Demetrio Poliórcetes, que doce años habia reinaba en la Grecia, aunque con muy poca quietud, invadió sin dificultad la Macedonia. Estaba Pirro ocupado entónces en otra parte. Arrojado de este reino (280), esperó satisfacer su ambicion con la conquista de la Italia, á donde fué llamado por los tarentinos, á quienes la batalla que contra ellos y los samnitas habian ganado los romanos, no habia dejado otro recurso. Consiguió contra los romanos victorias (279) que le arruinaban. Asom-

(1) Polib. lib. II. 20.

bráronles sus elefantes, pero bien presto les hizo conocer el cónsul Fabricio que no era Pirro invencible. Parecia que el rey y el cónsul, aun mas se disputasen la gloria de la generosidad que la de las armas. Pirro restituyó al cónsul todos los prisioneros sin rescate, diciendo que para hacer la guerra necesitaba del hierro y nó del oro (278); y Fabricio entregó al rey su pérfido médico que habia ido á ofrecerle envenenar á su señor. Empezó en estos tiempos la religion, y la nacion judaica á sobresalir entre los griegos. Los judíos, bien tratados de los reyes de Siria, vivian tranquilamente segun sus leyes. Antíoco, llamado el dios, nieto de Seleuco, los esparció por el Asia menor, desde donde se extendieron á la Grecia y gozaron en todas partes de los mismos derechos y de la misma libertad que los demás ciudadanos (1). Tolomeo, hijo de Lago, los habia ya establecido en el Egipto. En tiempo de su hijo Tolomeo Filadelfo (277), sus escrituras fuéron traducidas en griego, y salió á luz aquella célebre version llamada de los setenta. Estos fuéron ciertos sabios ancianos, que, á peticion del rey, le envió Eleazar, sumo pontífice. Algunos suponen que no tradujeron sino los cinco libros de la ley. El resto de los sagrados libros pudo mas adelante verterse en griego para el uso de los judíos esparcidos por el Egipto y por la Grecia (2), donde no solo olvidaron su antigua lengua, que era la hebrea, sí que tambien la caldea que les hizo aprender su cautiverio. Así se hicieron un griego, mezclado de hebraismos, que se llama lenguaje helenístico, en que está escrita la version de los setenta y todo el Nuevo Testamento. Durante esta dispersion de los judíos, fué célebre su templo por todo el mundo, y todos los reyes del oriente presentaban allí sus ofrendas. El occidente estaba atento á la guerra de los romanos con Pirro. En fin, este rey fué deshecho por el cónsul Curio (275), y se volvió á Epiro. No permaneció allí largo tiempo en quietud, y quiso recompensarse en la Macedonia de los malos sucesos de la Italia. Antígono Gonatás fué encerrado en Tesalónica (274), y obligado á abandonar á Pirro todo el resto del reino. Recobró el ánimo, entretanto que Pirro inquieto y ambicioso hacia la guerra (272) á los lacedemonios y argivos. Los dos reyes fuéron á un tiempo introducidos en Argos por dos inteligencias contrarias y por dos puertas diversas. Dióse en la ciudad una gran batalla: una madre que vió á su hijo perseguido de Pirro, á quien habia herido, mató á este de una pedrada. Libre Antígono de tal enemigo, volvió á entrar en la Macedonia, la cual después de algunas alteraciones, permaneció pacíficamente en su familia. La liga de los aqueos le impidió engrandecerse. Este fué el último baluarte de la libertad de la Grecia, y el que produjo los últimos héroes en Arato y Filopemen. Los tarentinos, á quienes alimentaba Pirro de esperanzas, llamaron después de su muerte á los cartagineses. Fuéles inútil su socorro, y quedaron derrotados con los brucienos y samnitas, sus aliados. Estos, despues de 72 años de guerra continua, se vieron forzados á sujetarse al yugo de los romanos; Tarento hizo luego lo mismo; las ciudades vecinas no pudieron resistir: así, todos los pueblos antiguos de Italia quedaron sujetos. Los galos, frecuentemente derrotados, no osaban moverse. Después de cuatrocientos ochenta años de guerra se vieron los romanos dueños de la Italia, y empezaron á extender la vista á lo que sucedia fuera de ella (3). Concibieron celos de los cartagineses, vecinos muy poderosos, por las conquistas que hacian en la Sicilia, desde donde acababan de insultarles á ellos y á la Italia socorriendo á los tarentinos. La república de Cartago dominaba en las dos costas del mar Mediterráneo. Á mas de la de África, que casi enteramente poseia, se habia extendido por la parte de España por el Estrecho. Señora ya del mar y del comercio, habia invadido las islas de Córcega y Cerdeña. La Sicilia resistia con dificultad; y la Italia no podia dejar de temer estando tan inmediatamente amenazada. De allí nacieron las dos guerras púnicas (264), sin embargo de los tratados, mal observados por una y otra parte. La primera (260) enseñó á los romanos á pelear en el mar; y fuéron desde luego maestros en un arte que ignoraban. El cónsul Duilio, que dió la primera batalla naval (259), quedó victorioso. Régulo mantuvo esta gloria (256) y abordó con ella en África, donde tuvo que pelear con una prodigiosa serpiente, necesitando emplear contra ella todo su ejército. Todo cede finalmente, todo se rinde: Cartago reducida al extremo, solo se salva por el consejo de Jántipo, lacedemonio. El general romano es derrotado y preso (255); pero la prision le hace mas ilustre que sus victorias. Restituido sobre su palabra para disponer el cange de los prisioneros, sostiene en el senado la ley que quitaba toda esperanza á los que se dejaban aprisionar, y vuelve á su muerte segura. Dos naufragios espantosos obligaron á los romanos á abandonar de nuevo á los cartagineses el imperio del mar. Duró la victoria largo tiempo dudosa entre las dos naciones, y estuvieron ya los romanos para cederla, pero rehicieron su armada. Una batalla sola decidió (241) la guerra, y la acabó el cónsul Lutacio. Fué Cartago precisada á pagar tributo y dejar, con la Sicilia, todas las islas que están entre ella y la Italia. Los romanos ganaron toda aquella isla, fuera de lo que poseia Hieron, rey de Siracusa, su aliado (1). Fenecida la guerra creyeron perecer los cartagineses por una sublevacion de su ejército. Habíanle compuesto, segun su costumbre, de tropas extranjeras que se amotinaban por sus pagas. Su cruel dominacion hizo juntar con los amotinados casi todas las ciudades de su imperio; y Cartago, estrechamente sitiada, se hubiera perdido á no tener á Amilcar Barca. Él solo habia sostenido la última guerra (238); y sus conciudadanos le debieron tambien la victoria que consiguieron contra los rebeldes; pero les costó la Cerdeña, cuya puerta abrió á los romanos la rebelion de la guarnicion (2). Temerosa Cartago de embarazarse con ellos en una nueva guerra, les cedió, aunque mal su grado, tan importante isla, y aumentó su tributo. Pensaba restablecer en España su imperio vacilante por la rebelion. Pasó Amilcar á esta provincia con su hijo Aníbal (230), niño de nueve años, y murió en una batalla. En el curso de otros nueve, que con menos industria que valor, hizo en ella la guerra, se criaba el hijo en la escuela de tan gran capitan, y al mismo tiempo concebia un odio implacable contra los romanos. Fué nombrado por sucesor de Amilcar, Asdrúbal, su parcial, que gobernó muy prudentemente su provincia y fundó en ella la nueva Cartago que puso en sujecion la España. Los romanos estaban ocupados en la guerra contra Teuta, reina de Iliria, que desenfrenadamente ejercitaba la piratería en toda la costa. Desvanecida por las presas que hacia á los griegos y epirotas (229), menospreció á los romanos y mató á sus embajadores. Pero quedó bien presto oprimida, porque no le dejaron los romanos

(1) Joseph. ant. lib. 12. c. 3. (2) Joseph. l. 1. ant. c. 1. l. 12. c. 2. (3) Polib. lib. 17. c. 11. 1.

(1) Polib. lib. 1. c. 62. 63. lib. II. c. 1. (2) Polib. lib. I. c. 79. 83. 88.

sino una pequeña parte de la Iliria (228), y ganaron la isla de Corfú, que habia ella usurpado. Entónces se hicieron respetar de la Grecia con una solemne embajada; y esta fué la vez primera que se conoció allí su poder. Los grandes progresos de Asdrúbal les daban celos; pero los galos de Italia les impedian dar providencia á las cosas de España (1). Cuarenta y cinco años habia que se mantenian aquellos en quietud. La juventud que en este tiempo se habia criado, como no escarmentada de las pasadas pérdidas, empezaba á amenazar á Roma (2). Para atacar los romanos con seguridad á tan inquietos vecinos, firmaron paces con los cartagineses. Un tratado fué concluido con Asdrúbal que prometió no excederse mas allá del Ebro. Hízose con furor la guerra de una parte y otra entre los romanos y galos (224): los transalpinos se juntaron á los cisalpinos: todos fueron derrotados. Concolitano, uno de los reyes galos, fué preso en la batalla. Aneroesto, otro rey, se mató á sí mismo. Los romanos victoriosos pasaron el Pó, por primera vez, resueltos á quitar á los galos las vecindades de aquel rio, de que tantos siglos habia estaban en posesion. Acompañóles la victoria por todas partes. Fué tomada Milan y sujetado casi todo el país. En este tiempo murió Asdrúbal (220), y fué puesto en su lugar Aníbal, aunque de edad de veinte y cinco años. Desde entónces se previó la guerra. El nuevo general intentó descubiertamente sujetar á la España sin hacer aprecio de los tratados (219). Escuchó entónces Roma los lamentos de Sagunto su aliada. Los embajadores romanos van á Cartago. Los cartagineses restablecidos no estaban ya en ánimo de ceder. La Sicilia arrebatada de sus manos, la Cerdeña injustamente quitada, y el tributo aumentado, les tenian penetrado el corazon. Así, la faccion que deseaba se abandonase á Aníbal, se halló débil. Este general pensaba en todo. Estaba asegurado, por secretas embajadas, de los galos de Italia, quienes no sintiéndose capaces de intentar nada con sus propias fuerzas, habian aprovechado esta ocasion para restablecerse. Aníbal atraviesa el Ebro, los Pirineos, toda la Galia transalpina, los Alpes, y cae como un torrente sobre la Italia. No faltan los galos á fortificar su ejército y hacen el último esfuerzo por su libertad (218). Cuatro batallas perdidas hacen creer próxima la caida de Roma (217). Sicilia sigue el partido del vencedor. Hieron (216), rey de Siracusa, se declara contra los romanos, casi toda la Italia los abandona (215); y parece que el postrer recurso de la república perezca en España con los dos Escipiones (212). En peligros tan extremos debió Roma su libertad á tres hombres grandes. La constancia de Fabio Máximo, que, mostrándose superior á las voces populares, hacia la guerra con retirarse, fué un baluarte para su patria. Marcelo, que hizo levantar el sitio de Nola (214), y tomó á Siracusa (212), dió vigor á sus tropas con estas acciones. Pero, aunque Roma admiraba á estos dos grandes hombres, creia ver en el jóven Escipion indicios de mayor heroicidad. El maravilloso éxito de sus consejos confirmó la opinion recibida de que procedia de estirpe divina, y que conversaba con los dioses. De edad de veinte y cuatro años (211) emprende el viaje á España, donde su padre y tio acababan de perecer (210). Ataca á la nueva Cartago, como movido de cierto impulso, y desde luego la toman sus soldados. Cuantos le miran quedan ganados para el pueblo romano. Los cartagineses le abandonan la España (206): pasa al África y se le dan los reyes: Cartago tambien tiembla y ve deshechos sus ejércitos (203). Aníbal, victorioso en el curso de diez y seis años, es sin fruto llamado y no puede defender su patria. Dále Escipion la ley (202): el renombre de Africano es su recompensa. Habiendo el pueblo romano abatido á los galos y africanos, no halla mas que temer, y guerrea en adelante sin peligro.

(1) Polib. lib. II. c. 12. 22. (2) Polib. lib. 2, c. 21.

Á la mitad de la primera guerra púnica, Teodoto, gobernador de la Bactriana (250), quitó mil pueblos á Antíoco, llamado el dios, hijo de Antíoco Sotero, rey de Siria. Casi todo el oriente siguió su ejemplo. Los partos se rebelaron bajo el mando de Arsaces, cabeza de familia de los Arsácides y fundador de un imperio que se extendió poco á poco por toda el Asia mayor.

Los reyes de Siria y los de Egipto, encarnizados los unos con los otros, no pensaban sino en arruinarse recíprocamente, ó por fuerza ó por engaño. Damasco y su territorio, que se llamaba la Celo-Siria, y confinaba con los dos reinos, fué el motivo de sus guerras; y los negocios del Asia estaban del todo separados de los de Europa.

En el curso de estos tiempos florecia en Grecia la filosofía. La secta de los filósofos itálicos y la de los jónicos la llenaban de hombres célebres, entre los cuales se mezclaron muchos extravagantes, que tambien debieron á la curiosa Grecia el nombre de sabios. En tiempo de Ciro y de Cambises principió Pitágoras la secta itálica en la Grande-Grecia, sita en los contornos de Nápoles. Casi por el mismo tiempo, Tales Milesio formó la secta jónica. De allí salieron los grandes filósofos Heráclito, Demócrito, Empédocles, y Parménides; Anaxágoras, que poco antes de la guerra del Peloponeso hizo ver demostrativamente que fué formado y construído el mundo por un Espíritu eterno; Sócrates, que poco después dirigió la filosofía al estudio de las buenas costumbres, y fué el padre de la filosofía moral; Platon, su discípulo, jefe de los académicos; Aristóteles, discípulo de Platon y maestro de Alejandro, cabeza de los peripatéticos; bajo los sucesores de Alejandro, Zenon, llamado Citio, de una ciudad de la isla de Chipre en que habia nacido, jefe de los estoicos, y Epicuro, ateniense, jefe de los filósofos que llevan su nombre, si es que pueden llamarse filósofos los que descubiertamente negaban la inegable divina providencia, y que ignorando todo lo que es obligacion, definian á la virtud por el placer ó deleite. Tambien se puede contar entre los mayores filósofos á Hipócrates, padre de la medicina, que sobresalió entre los demás en estos tiempos felices de la Grecia. Los romanos tenian al mismo tiempo otra especie de filosofía que no consistia en disputas, ni discursos, sino en la templanza, en la pobreza, en los trabajos de la vida rústica y en los de la guerra, en que todos tenian por propia la honrosa gloria de su patria y del nombre romano; esto al fin les hizo dueños de Italia y de Cartago.

ÉPOCA IX.—Escipion ó Cartago vencida.

El año de quinientos cincuenta y dos de la fundacion de Roma, cerca de doscientos cincuenta después de la del imperio de los persas, y doscientos dos antes de Jesucristo, quedó Cartago sujeta á los romanos. No dejaba Aníbal de suscitarles secretamente enemigos donde podia; pero no hizo mas que envolver á todos sus amigos antiguos y modernos en la ruina de su patria y suya. Por las victorias del cónsul Flaminio, Filipo, rey de Macedonia, aliado de los cartagineses, fué abatido (198), los reyes de Macedonia, estrechados, y la Grecia (196) libertada de su yugo. Intentaron los romanos la ruina de Aníbal, que aun ven-

cido les era formidable enemigo. Reducido este gran capitan (195) á librarse de su mismo país, conmovió el oriente contra ellos y se atrajo sus armas al Asia. Por sus eficaces razonamientos entró Antíoco, llamado el gran rey de la Siria, en celos de su poder (193), y les hizo la guerra; pero, aunque se dejó llevar de Aníbal para el empeño, no abrazó sus consejos para la direccion. Derrotado por mar y tierra recibió la ley que le impuso el cónsul Lucio Escipion, hermano de Escipion Africano, y fué acorralado en el monte Tauro. Refugiado Aníbal en la corte de Prusias, rey de Bitinia (182), escapó de los romanos con el veneno. Hácense estos formidables á todo el mundo, y no quieren sufrir ya otro poder que el suyo. Los reyes estaban obligados á darles sus hijos en prendas de su fé. Antíoco, llamado después el Ilustre, ó Epífanes, hijo segundo de Antíoco el gran rey de Siria, estuvo largo tiempo en Roma con este carácter; pero hácia el fin del reinado de Seleuco Filopator, su hermano mayor, fué restituido (176); y quisieron los romanos tener en su lugar á Demetrio Sotero, hijo del rey, de edad entónces de diez años. Murió Seleuco (175) en este contratiempo, y Antíoco usurpó el reino á su sobrino. Los romanos estaban aplicados á las cosas de Macedonia, donde Perseo inquietaba á sus vecinos y no queria sujetarse á las condiciones impuestas al rey Filipo su padre. Entónces fué cuando comenzaron (173) las persecuciones del pueblo de Dios. Antíoco el Ilustre reinaba como un furioso: volvió toda su rabia contra los judíos, é intentó arruinar el templo, la ley de Moisés y toda la nacion. La autoridad de los romanos le impidió hacerse señor del Egipto (171). Hacian ellos la guerra á Perseo, el cual, mas dado á los intentos que á las ejecuciones, perdia á sus aliados por su avaricia, y á sus ejércitos por su cobardía. Vencido por el cónsul Paulo Emilio (168), se vió obligado á ponerse en sus manos. Gencio, rey de la Iliria, humillado en treinta dias por el pretor Anicio, acababa de experimentar una igual suerte. El reino de Macedonia, que habia durado setecientos años, y dado señores, no solo á la Grecia sí que tambien á todo el oriente, quedó reducido á provincia romana. Los furores de Antíoco se aumentaban contra el pueblo de Dios. Vénse entónces la resistencia de Matatías, sacerdote de la estirpe de Fineo, é imitador de su celo; las órdenes que deja al morir para la salud de su pueblo (167); las victorias de Judas Macabeo (166), su hijo, á pesar del número infinito de sus enemigos; la elevacion de la familia de los asmoneos ó macabeos (165); la nueva dedicacion del templo profanado por los gentiles; el pontificado de Judas y la gloria del sacerdocio restablecido (164); la muerte de Antíoco, digna de su impiedad y de su altivez; su falsa conversion en su última enfermedad, y el implacable enojo de Dios contra aquel rey soberbio. Su hijo Antíoco Eupator, de edad aun tierna, le sucedió bajo la tutela de Lisias su ayo. Durante su menor edad, Demetrio Sotero, que en Roma estaba en rehenes, creyó restablecerse; pero no pudo obtener del senado que le restituyese su reino; pues la política romana queria mas en el trono un rey niño. En tiempo de Antíoco Eupator continúan las persecuciones del pueblo de Dios (163) y las victorias de Judas Macabeo (162). Introdúcese la division en el reino de Siria. Demetrio se escapa de Roma; los pueblos le reconocen; el jóven Antíoco es muerto con Lisias, su tutor. Pero los judíos no son mejor tratados por Demetrio que por sus predecesores; tambien él experimenta la misma suerte; sus generales son derrotados por Judas Macabeo; y la mano del soberbio Nicanor con que habia tan frecuentemente amenazado al templo, queda allí clavada. Pero poco después, oprimido Judas de la multitud (161), muere peleando con un valor asombroso. Su hermano Jonatás le sucede en su empleo y mantiene su reputacion. Aun reducido al extremo mantuvo siempre su brio. Alegres los romanos con la humillacion de los reyes de Siria, acordaron y concedieren á los judíos su proteccion; la alianza que Judas habia enviado á pedirles, fué tambien concedida, aunque sin socorro alguno; pero la gloria del nombre romano no dejaba de ser de un grande apoyo al afligido pueblo. Las turbaciones de Siria crecian cada dia. Alejandro Balas, que blasonaba de ser hijo de Antíoco el Ilustre (154), fué por los parciales de éste elevado al trono. Los reyes de Egipto, enemigos perpétuos de la Siria, se mezclaban, para aprovecharse de ellas, en sus discordias. Tolomeo sostuvo á Balas. La guerra fué sangrienta y murió en ella Demetrio Sotero (150), no dejando otros vengadores de su muerte que á Demetrio Nicator y Antíoco Sidetes, príncipes de edad aun tierna. Así, el usurpador quedó sin inquietud; y el rey de Egipto le dió á su hija Cleopatra en matrimonio. Balas, que se creyó superior á cualquier peligro, se sumergió en los desórdenes y se granjeó el desprecio de todos sus vasallos. En este tiempo Filometor (150) juzgó el famoso proceso que los samaritanos hicieron á los judíos. Aquellos cismáticos, siempre opuestos al pueblo de Dios, jamás dejaban de unirse con sus enemigos; y por complacer á Antíoco el Ilustre, su perseguidor, habian consagrado su templo de Garizim (167) á Júpiter Hospitalario (1). No obstante esta profanacion, no dejaron estos impíos de sostener algun tiempo después de Alejandro, delante de Tolomeo Filometor, que su templo debia ser preferido al de Jerusalen. Las partes contestaron delante del rey, y se empeñaron una y otra, pena de la vida, á justificar sus pretensiones por los términos de la ley de Moisés (2). Los judíos ganaron su causa, y fuéron los samaritanos castigados con pena de muerte segun el pacto. El mismo rey permitió á Onías, de la estirpe sacerdotal, fabricar en Egipto el templo de Heliópolis, segun el modelo del de Jerusalen (3): empresa que fué condenada por todo el consejo de los judíos, y juzgada contraria á la ley. Entretanto Cartago, que con dificultad toleraba las leyes que Escipion Africano le habia impuesto, se rebeló. Los romanos resolvieron su total ruína, y se emprendió la tercera guerra púnica. Saliendo de la infancia el jóven Nicator (148), pensaba en restablecerse en el trono de sus antepasados, prometiéndoselo todo la vida afeminada del usurpador. Turbóse Balas al verle cerca: su suegro Filometor se declaró contra él por no haberle dejado Balas (146) ocupar su reino: la ambiciosa Cleopatra se apartó de él por casarse con su enemigo: y en fin, pereció á manos de los suyos, después de la pérdida de una batalla. Filometor murió pocos dias después de las heridas que recibió en ella, y la Siria quedó libre de dos enemigos. Por este mismo tiempo se vió la caída de dos grandes ciudades. Cartago fué tomada y reducida á cenizas por Escipion Emiliano, que con esta victoria confirmó en su casa el renombre de Africano, y se mostró digno heredero del grande Escipion su abuelo. Corinto tuvo el mismo destino y pereció con ella la república de los aqueos. El cónsul Mummio arruinó del todo esta ciudad, la mas deliciosa de la Grecia, como la mas adornada; y transportó á Roma sus incomparables estátuas sin conocer su precio: que los

(1) 2. Mach. VI. 2. Joseph. Ant. XII. 7. (2) Joseph. Ant. XIII. c. 6. (3) Idem.

romanos ignoraban las artes de la Grecia, contentándose con saber la guerra, la política y la agricultura. Fortificáronse los judíos durante las turbaciones de la Siria, Jonatás se vió solicitado de los dos partidos, y Nicator, victorioso, le trató como hermano, y tuvo bien presto la recompensa. En una sedicion (144) acudieron los judíos, y le sacaron de entre las manos de los rebeldes. Jonatás fué colmado de honores; mas cuando el rey se creyó seguro, abrazó las máximas de sus antepasados, y afligió como ellos á los judíos. Revivieron las turbaciones de la Siria: Diodoro Trifon elevó á un hijo de Balas, llamándole Antíoco el Dios, y le sirvió de tutor en su menor edad. La soberbia de Demetrio sublevó á los pueblos; toda la Siria ardia: Jonatás supo aprovecharse de la coyuntura (143), y renovó con los romanos la alianza. Todo le sucedia prósperamente, cuando Trifon, faltándole á la palabra, le hizo perecer con sus hijos. Sucedióle su hermano Simon, el mas prudente y feliz de los macabeos; y los romanos le favorecieron, como habian hecho con sus predecesores. No fué menos infiel Trifon á su pupilo Antíoco, que lo habia sido á Jonatás. Hizo morir á ese niño por medio de los médicos, con el pretexto de hacerle cortar una enfermedad de piedra que no padecia, y se apoderó de una parte del reino. Simon tomó el partido de Demetrio Nicator, rey legítimo, y después de haber obtenido de él la libertad de su provincia, la mantuvo con las armas contra el rebelde Trifon. Fuéron echados los sirios de la ciudadela, que tenian en Jerusalen (142), y después, de todas las plazas de la Judea. Libres así los judíos del yugo de los gentiles por el esfuerzo de Simon, acordaron las preeminencias reales á él y á sus sucesores; y Demetrio Nicator consintió en este nuevo establecimiento. Este principio tuvo el nuevo reino del pueblo de Dios, y el principado de los asmoneos, siempre unido al sumo sacerdocio. En estos tiempos se extendió el imperio de los partos en la Bactriana y las Indias, por las victorias de Mitridates (141), el mas valeroso de los arsácides. Entretanto que este avanzaba hácia el Eufrates, Demetrio Nicator, llamado por los pueblos de aquella region, que Mitridates acababa de sujetar, esperaba reducir á la obediencia á los partos, á quienes los sirios trataban siempre de rebeldes. Consiguió muchas victorias; y estando para volver á la Siria á acabar en ella con Trifon, cayó en el lazo que un general de Mitridates le habia armado, y quedó prisionero de los partos. Trifon, que con la desgracia de este príncipe se creía seguro, se vió de improviso abandonado de los suyos (140), á quienes era ya insufrible su soberbia. Durante la prision de Demetrio, su rey legítimo, se entregaron á su muger Cleopatra y á sus hijos; pero fué necesario buscar defensor para estos príncipes aun de edad tierna. Tocaba naturalmente este cuidado á Antíoco Sidetes, hermano de Demetrio, á quien hizo Cleopatra acatar en todo el reino: hizo mas, pues sabiendo que Fraates, hermano y sucesor de Mitridates, trataba á Nicator como á rey, y le daba su hija Rodoguna en matrimonio, Cleopatra, en odio de esta competidora, que le quitaba la corona y el marido, se casó con Antíoco Sidetes, y se resolvió á reinar á costa de cualquier delito. El nuevo rey atacó á Trifon: Simon se le juntó en esta empresa (139); y acometido el tirano en todas sus plazas acabó como merecia. Antíoco, dueño ya del reino (135), olvidó bien presto los servicios que le habia hecho Simon en esta guerra, y le quitó la vida. Mientras recogia todas las fuerzas de la Siria contra los judíos, Juan Hircano, hijo de Simon, sucedió á su padre en el pontificado, y se le sometió todo el pueblo. Sostuvo después un sitio dentro de Jerusalen con mucho esfuerzo; y la guerra que Antíoco meditaba contra los partos, para libertar á su hermano, le hizo acordar condiciones tolerables á los judíos. Al mismo tiempo que se concluyó esta paz, los romanos, que comenzaban á ser demasiado ricos, hallaron unos formidables enemigos en la espantosa multitud de sus esclavos. Euno, uno de ellos, los sublevó en Sicilia (133); y fué necesario para reducirles todo el poder romano. Poco después la sucesion de Atalo, rey de Pérgamo, que nombró en su testamento heredero suyo al pueblo romano, introdujo la discordia en la ciudad. Empezaron los alborotos de los Gracos. Con un sedicioso tribunado labró Tiberio Graco, uno de los primeros hombres de Roma, su propia ruína: todo el senado le mató por mano de Escipion Nasica, pues no se halló otro medio para impedir la perniciosa distribucion del dinero, con que aquel elocuente tribuno lisonjeaba al pueblo. Escipion Emiliano restablecia la disciplina militar; y este grande hombre, que habia destruido á Cartago, arruinó tambien en España á Numancia, segundo terror de los romanos. Halláronse débiles los partos contra Sidetes, cuyas tropas (132), aunque estragadas por un lujo prodigioso, obtuvieron maravillosas ventajas. Juan Hircano, que le habia seguido en esta guerra con sus judíos, dió en ella pruebas de su valor é hizo respetar la religion judaica, deteniéndose el ejército para darle lugar á celebrar el dia del descanso (1). Todo cedia, y vió Fraates reducido su imperio á sus antiguos límites; pero, lejos de desesperar de sus cosas, creyó que su prisionero le ayudaria á restablecerlas y á invadir la Siria. En esta coyuntura experimentó Demetrio las extravagancias de la suerte, fué muchas veces suelto, y otras tantas retenido segun prevalecian la esperanza ó el temor en el ánimo de su suegro. En fin, un momento feliz en que no vió Fraates mas recurso que la diversion que por medio de Demetrio queria hacer en la Siria (130), le puso enteramente en libertad. Mudóse en este punto la suerte. Sidetes, que no podia sostener sus gastos inmensos sino con robos intolerables, fué de repente oprimido por una sublevacion general de los pueblos y pereció con su ejército, tantas veces victorioso. Hizo Fraates seguir aceleradamente á Demetrio, pero en vano, por haber entrado ya en su reino. Cleopatra, su mujer, en quien solo prevalecia el deseo de reinar, volvió luego con él y quedó olvidada Rodoguna. Hircano se aprovechó del tiempo: tomó á Sichem de los samaritanos y arruinó enteramente el templo de Garizim, doscientos años después que le fabricó Senaballat. No impidió su ruína á los samaritanos el continuar su culto sobre aquel monte, y quedaron irreconciliables los dos pueblos. El año siguiente (129) unida toda la Idumea, por las victorias de Hircano, al reino de Judea, recibió la ley de Moisés con la circuncision. Continuaron los romanos su proteccion á Hircano é hicieron restituirle las ciudades que los sirios le habian quitado. No dejaron á la Siria mucho tiempo tranquila la soberbia y las violencias de Demetrio Nicator (128). Los pueblos se rebelaron (125); y el Egipto su enemigo por mantener la sedicion les dió por rey á Alejandro Zebina, hijo de Balas. Fué Demetrio derrotado; y Cleopatra, que creyó reinar en nombre de sus hijos, mas absolutamente que en el de su marido, le hizo morir. No trató mejor á Seleuco, su hijo mayor, que á pesar de ella queria reinar. Antíoco, su hijo segundo (124), llamado Gripo, habia deshecho á los rebeldes y volvia victorioso (121). Presentóle Cleopatra, segun ceremonia, una copa pero enve-

(1) Nic. Damasc. apud Joseph Ant. lib. 13. cap. 16, al 8.

nenada; y advertido su hijo de sus designios la obligó á que la bebiese. Dejó ella con su muerte una eterna semilla de discordias entre los hijos que habia tenido de los dos hermanos, Demetrio Nicator y Antíoco Sidetes (109). Agitada así la Siria, no fue capaz de perturbar ya mas á los judíos. Juan Hircano tomó á Samaria, pero no pudo convertir á los samaritanos. Murió cinco años después y dejó la Judea pacífica á sus dos hijos Aristóbulo (104) y Alejandro Janéo (103) que reinaron sucesivamente sin ser incomodados de los reyes de Siria. Dejaban los romanos que se consumiese por sí mismo este rico reino, y se extendian por el lado del occidente. Entretanto que duraban las guerras de Demetrio Nicator y de Zebina (125), comenzaron á dilatar su dominio á la otra parte de los Alpes (124); y Sextio, vencedor de los galos llamados salienos, estableció en la ciudad de Axis una colonia que todavía mantiene su nombre. Defendíanse mal los galos. Fabio domó á los alobrogos y á todos los pueblos vecinos (123). El mismo año que Gripo hizo beber á su madre el veneno que le habia ella preparado (121), ennoblecida la Galia Narbonense, recibió el nombre de provincia romana. Así el imperio romano se engrandecia, é iba poco á poco ocupando todas las provincias y mares del mundo conocido. Pero cuanto mas bello y excelente en lo exterior parecia el semblante de la república por sus conquistas, tanto mas estaba interiormente desfigurada por la desordenada ambicion de sus ciudadanos y por sus guerras internas. Los mas ilustres romanos se hicieron los mas perniciosos al bien público. Los dos Gracos, lisonjeando al pueblo, comenzaron las discordias que no se terminaron sino con la misma república. Cayo, hermano de Tiberio, no pudo sufrir que se hubiese hecho morir á tan grande hombre de una manera tan trágica. Animado á la venganza por sacudimientos que se creyeron inspirados por la sombra de Tiberio, armó unos contra otros á todos los ciudadanos, pero en la víspera de la total ruina, pereció de muerte semejante á la que deseaba vengar. Todo lo podia en Roma el dinero (119 y 114). Yugurta, rey de Numidia, que habia manchado su opinion con la muerte de sus hermanos, á quienes el pueblo romano protegia, mas largo tiempo se defendió con sus liberalidades que con sus armas; y Mario (106), que acabó de vencerle, no pudo llegar al mando sino enfureciendo al pueblo contra la nobleza. Tomaron los esclavos otra vez las armas en Sicilia (103), y no costó menos sangre á los romanos su segundo alboroto que el primero. Mario derrotó á los teutones (102), los cimbrios y otros pueblos del norte, que penetraban en las Galias, en España y en Italia. Las victorias (100) que habia conseguido, dieron motivo á nuevos repartimientos de tierras. Metelo, que le contradecia, fué obligado á acomodarse al tiempo (94); y no quedaron extinguidas estas discordias sino con la sangre de Saturnino, tribuno del pueblo. Entretanto que Roma protegia (88) la Capadocia contra Mitridates, rey de Ponto, y que un tan grande enemigo, juntamente (86) con la Grecia que habia abrazado sus intereses, cedia á la fuerza romana: la Italia, hecha á las armas en tantas guerras, sostenidas ó contra los romanos ó con ellos (91), arriesgó su imperio por una general revolucion. Vióse Roma en aquellos mismos tiempos despedazada por los furores de Mario (88, 87 y sig.) y Sila; famoso el uno por haber hecho temblar al mediodía y al norte, y el otro como vencedor de la Grecia y del Asia. Sila (82), á quien llamaban el Afortunado, lo fué mucho contra su patria, y la puso en servidumbre su tiránica dictadura (79). Bien pudo él renunciar voluntariamente la potestad suprema; pero no pudo impedir los efectos de su mal ejemplo. Cada uno quiso dominar. Sertorio, celoso parcial de Mario, se acantonó en España (74) y se coligó con Mitridates. Contra tan gran capitan ni fué útil la fuerza, ni Pompeyo pudo reducir su partido, sino sembrando en él la discordia (73). No hubo quien no creyese, aun hasta Espartaco, gladiador, que por sí podia aspirar al mando. No dió este esclavo menos que hacer á los pretores y cónsules (71) que á Luculo Mitridates. Hízose formidable á la potencia romana la guerra de los gladiadores; y teniendo Craso dificultad en fenecerla, fué necesario enviar contra ellos al gran Pompeyo. En el oriente prevalecian las fuerzas de Luculo. Los romanos pasaron el Eufrates (68); pero su general, aunque invencible contra sus enemigos, no pudo contener dentro de los límites de su obligacion á sus propios soldados. Mitridates, frecuentemente derrotado y siempre animoso, se restablecia; y tambien parecia necesaria la fortuna de Pompeyo para terminar esta guerra. Acababa de limpiar los mares (67) de los piratas que desde la Siria hasta las columnas de Hércules los infestaban, cuando fué enviado contra Mitridates. Pareció entónces su gloria elevada al mas alto punto. Sujetó á este rey valeroso (65); á la Armenia, en que se habia refugiado; á la Iberia y la Albania, que le sostenian; á la Siria despedazada por las facciones (63); á la Judea, donde la division de los asmoneos solo dejó á Hircano II, hijo de Alejandro, una sombra de poder; y en fin á todo el oriente; pero no hubiera podido triunfar de tantos enemigos sin el cónsul Ciceron, que salvó á Roma del incendio que Catilina, seguido de la mas ilustre nobleza romana, le preparaba. Mas por la elocuencia de este insigne orador que por las armas de su compañero Antonio, fué arruinado este formidable partido. Pero no quedó mas segura la libertad del pueblo romano. Pompeyo dominaba en el senado; y su gran fama le hacia árbitro de todas las deliberaciones. Julio César hizo á su patria, domando á las Galias (58 y sig.), la mas útil conquista que jamás ella hubiese conseguido. Este tan gran servicio le puso en estado de establecer en su país su dominacion. Quiso al principio ser igual á Pompeyo, y después superior. Persuadieron á Craso sus inmensas riquezas, que podria tener parte en la honrosa gloria de aquellos dos grandes hombres como ya la tenia en la autoridad. Emprendió temerariamente una guerra (54) contra los partos, funesta á sí y á su patria. Los arsácides vencedores (53) le insultaron con burlas crueles á la ambicion de los romanos y á la insaciable avaricia de su general. Pero no fué la ignominia del nombre romano el peor efecto de la derrota de Craso. Contrapesaba su poder los de Pompeyo, y César, á quienes, aunque violentos, mantenia unidos. Rompióse con su muerte (49) el dique que los contenia. Y los dos competidores decidieron su contienda con una sangrienta batalla en Farsalia (48). En un momento se dejó ver César victorioso por todo el mundo: en Egipto, en Asia (47), en Mauritania (46), en España (45). Vencedor en todas partes, fué reconocido como señor en Roma (44), y en todo el imperio. Creyeron Bruto y Casio libertar á sus conciudadanos, matándole (43), como á tirano, á pesar de su clemencia. Pero recayó Roma en el poder de Marco Antonio, de Lépido, y del jóven César Octaviano, sobrino de Julio César y su hijo adoptivo (42), tres intolerables tiranos, cuyo triunvirato y proscripciones horrorizan al leerlas. Pero fuéron muy violentas para ser duraderas. Dividen estos tres hombres el imperio. César se reserva la Italia, y cambiando al instante en benignidad sus primeras crueldades, hace creer haber sido impulso de

sus compañeros el ejercitarlas (36). Perecen los residuos de la república con Bruto y Casio. Después de haber Antonio y César arruinado á Lépido (32), vuelven uno contra el otro el furor de sus armas. Entrégase al mar todo el poder romano. Gana César la batalla de Accio (31), quedando disipadas las fuerzas que del oriente y Egipto llevaba Antonio consigo: todos sus amigos abandonan á este, hasta su Cleopatra, por quien se habia perdido. Herodes, idumeo, que le debia toda su fortuna, se halla obligado á darse al vencedor (30); y se mantiene por este medio en la posesion del reino de Judea, que la debilidad del viejo Hircano habia hecho enteramente perder á los asmoneos. Todo cede á la fortuna de César: Alejandría le abre sus puertas: el Egipto se convierte en provincia romana: Cleopatra, desperanzada de poder reinar, se mata á sí misma, después de muerto Antonio: Roma abre los brazos á César (27), que con el nombre de Augusto y el título de emperador queda único señor de todo el imperio. Doma después hácia los Pirineos (24) á los cántabros y asturianos sublevados. La Etiopía le pide la paz (22). Asombrados los partos (20), le restituyen los estandartes tomados á Craso, con todos los prisioneros romanos: las Indias solicitan su alianza (15): sus armas se hacen sentir de los rezios ó grisones (12), sin que la aspereza de sus montañas pueda defenderlos: la Pannonia le reconoce: la Germania le teme (7); y recibe sus leyes el Weser. Vencedor por tierra y mar, cierra el templo de Jano. Vive en paz todo el universo bajo su dominio (5), y viene Jesucristo al mundo.

ÉPOCA X.—El nacimiento de Jesucristo.—Séptima y última edad del mundo.

Ya hemos, en fin, llegado á aquellos tiempos, tan deseados de nuestros padres, de la venida del Mesías. Este nombre significa el Cristo ó el ungido del Señor: y se debe á Jesucristo como á pontífice, como á rey y como á profeta. No concuerdan todos en el año preciso en que vino el Salvador al mundo, pero convienen en que su nacimiento excede ciertamente en algunos años á nuestra era vulgar, que no obstante seguimos con todos los demás para mayor comodidad. Y sin disputar ya sobre el año del nacimiento de Nuestro Señor, basta sepamos que fué cerca del 4000 del mundo. Unos le ponen algo antes; otros un poco después, y otros precisamente en este año; cuya diversidad nace, no menos de la incertidumbre de los años del mundo, que de la del nacimiento de Nuestro Señor. De cualquier modo que sea, fué cerca de este tiempo: mil años después de la dedicacion del templo, y el 754 de Roma, cuando Jesucristo, hijo de Dios en la eternidad, hijo de Abrahan y de David en el tiempo, nació de una purísima Vírgen. Esta es, de todas, la mas considerable época, no solo por la importancia de tan gran suceso, sino por ser tambien de donde ha tantos siglos que comienzan los cristianos á contar sus años. Tiene asimismo de notable, que coincide á poca diferencia con el tiempo en que vuelve Roma al estado monárquico, bajo el pacífico imperio de Augusto. Todas las artes florecieron á su sombra; y la poesía latina fué elevada á su mayor perfeccion por Virgilio y Horacio, excitados de este príncipe, no solo con beneficios, sí que tambien con el honor concedido de una libre entrada cerca de su persona. Siguió luego al nacimiento de Jesucristo la muerte de Herodes. Su reino fué dividido entre sus hijos, y no tardaron los romanos en apoderarse de su mayor parte. Acabó Augusto su reinado con honrosa gloria. Sucedióle sin contradiccion Tiberio, á quien habia adoptado; y fué reconocido el imperio por hereditario en la familia de los Césares. Roma sufrió mucho con la cruel política de Tiberio; pero lo restante de sus dominios gozó de entera tranquilidad. Germánico, sobrino de Tiberio, apaciguó los ejércitos amotinados, rehusó el imperio, derrotó al fiero Arminio, y habiendo con el amor de los pueblos atraido á sí los celos de su tio, este príncipe bárbaro le hizo morir ó de disgusto ó con veneno. En el año décimo-quinto de Tiberio se deja ver San Juan Bautista. Hácese Jesucristo bautizar por este divino precursor. El Padre Eterno reconoce á su muy amado hijo con una voz que viene de lo alto. El Espíritu Santo desciende sobre el Salvador bajo la forma pacífica de una paloma. Toda la Trinidad se manifiesta. Allí empieza con la septuagésima semana de Daniel la predicacion de Jesucristo. Esta última semana era la mas importante y la mas señalada. Habíala Daniel separado de las otras como semana en que la alianza debia confirmarse, y los antiguos sacrificios perder su virtud en medio de ella (1). Nosotros la podemos llamar la semana de los misterios. En ella estableció Jesucristo su mision y su doctrina con innumerables milagros, y después con su muerte. Sucedió esta en el cuarto año de su ministerio, que fué tambien el cuarto de la última semana de Daniel; y de este modo se halla esta gran semana justamente partida en la mitad con esta santísima muerte.

Así es fácil hacer el computo de estas semanas, ó por mejor decir está del todo hecho; pues juntando á los cuatrocientos cincuenta y tres años que se hallarán desde el 300 de Roma y el 20 de Artajerjes hasta el principio de la era vulgar, los veinte años de esta era que se ven confinar con el décimo-quinto año de Tiberio y con el bautismo del Señor, de estas dos sumas se formarán cuatrocientos ochenta y tres años; de los siete que faltan aun para cumplir los cuatrocientos noventa, el cuarto, que hace la mitad, es aquel en que murió Jesucristo; y todo lo que profetizó Daniel está visiblemente incluído dentro del término que prescribió. Fuera de que tampoco es necesaria tanta puntualidad, y nada hay que obligue á entender con este extremado rigor aquella mitad notada por Daniel, pues los mas escrupulosos se satisfarian con hallarla en cualquier punto que estuviese entre los dos extremos: digo esto, á fin de que los que creyeren tener razones para poner algo antes ó poco después el principio de Artajerjes ó la muerte de Nuestro Señor, no se fatiguen en su cálculo, y que los que intentaren oscurecer una cosa tan clara con cavilaciones de la cronología, depongan sus inútiles sutilezas.

Las tinieblas que cubrieron en lleno toda la superficie de la tierra del mediodía, y el punto en que Jesucristo fué crucificado (2), están recibidas por un eclipse ordinario de los autores paganos que han notado este memorable suceso (3). Pero los primeros cristianos que hablaron de él á los romanos como de un prodigio, no solamente señalado por los autores, sí que tambien por los registros públicos (4), hicieron ver que ni al tiempo de la luna llena en que Jesucristo murió, ni en todo aquel año en que se observó este eclipse, podia haber alguno que no fuese sobrenatural. Acerca de esto, tenemos las propias palabras de Flegon, liberto de Adriano, citadas en tiempo en que estaba su libro entre las manos de todos, así como las historias siríacas de Talo que le siguieron: y el

(1) Dan. IX. 27. (2) Matth. XXII. 45. (3) Phleg. 13. Olymp. Thal. Hist. 3. (4) Tertull. Apol. 21. Orig. 2. cont. Cels. et Tr. 35. in Matth. Eusch. et Hyeron. in Chro. Jul. Afric. Ibi.

cuarto año de la doscientas dos olimpíada notada en los Anales de Flegon es el de la muerte de Nuestro Señor.

Para cumplir los misterios sale triunfante Jesucristo del sepulcro al tercero dia, aparécese á sus discípulos, sube á los cielos en su presencia, envíales el Espíritu Santo, la iglesia se forma, empieza la persecucion, san Estéban es apedreado, san Pablo se convierte, poco después Tiberio muere. Calígula, su sobrino, su hijo adoptivo y su sucesor, pasma al universo con su cruel y brutal locura: hácese adorar y ordena que sea colocada su estátua en el templo de Jerusalen. Cereas libra de este mónstruo al mundo. Claudio reina sin embargo de su estupidez. Es deshonrado por Mesalina su mujer; y después de haberla hecho matar la llora. Cásase después con Agripina, hija de Germánico. Los apóstoles juntan el concilio de Jerusalen (1), en que san Pedro habla el primero como lo hace en todos los demás. Los gentiles convertidos son allí libertados de las ceremonias de la ley: se pronuncia la sentencia en nombre del Espíritu Santo y de la iglesia. San Pablo y san Bernabé llevan el decreto del concilio á las iglesias y enseñan á los fieles á sujetarse á él (2). Tal fué la forma del primer concilio. El insensato Claudio desheredа á su hijo Británico y adopta á Neron, hijo de Agripina. Ella en recompensa envenena á tan débil marido. Pero el imperio de su hijo no fué menos funesto á ella misma que á todo el resto de la república. Debióse á Corbulon toda la gloria de este reinado por las victorias que obtuvo contra los partos y los armenios. Neron principió á un mismo tiempo la guerra contra los judíos y la persecucion contra los cristianos. Este es el primer emperador que persiguió á la iglesia. Hizo morir en Roma á san Pedro y á san Pablo. Pero como al mismo tiempo perseguia á todo el género humano, se halló rodeado de sublevaciones: supo que el senado le habia condenado á muerte y se mató á sí mismo. Cada ejército se hizo un emperador: decidióse la contienda cerca de Roma, y en Roma misma, con espantosas batallas en que Galba, Oton y Vitelio perecieron. El afligido imperio reposó bajo el dominio de Vespasiano. Pero los judíos fuéron reducidos al extremo, y Jerusalen tomada y abrasada. Tito, hijo y sucesor de Vespasiano, dió una breve alegría al mundo; y sus dias, que creia perdidos cuando no los señalaba algun beneficio, transcurrieron muy apresuradamente. Vióse revivir á Neron en la persona de Domiciano: renovóse la persecucion. Habiendo salido san Juan de entre los hervores del aceite, fué desterrado á la isla de Patmos en donde escribió su Apocalipsis. Poco después escribió su evangelio, siendo ya de edad de noventa años, y juntó la calidad de evangelista á la de apóstol y profeta. Desde este tiempo fueron los cristianos siempre perseguidos, tanto bajo de los buenos como de los malos emperadores. Hacíanse estas persecuciones, ya de órden suya, y por el odio particular de los magistrados, ya por la sublevacion de los pueblos, y ya por los decretos auténticamente pronunciados en el senado, segun los rescriptos de los príncipes, ó en su presencia. Era entónces la persecucion mas universal y mas sangrienta: y así, el odio de los infieles, siempre obstinado en arruinar á la iglesia, se excitaba á sí mismo de tiempo en tiempo á nuevos furores. Estas renovaciones de violencias han dado ocasion á los historiadores eclesiásticos para contar diez persecuciones en tiempo de diez emperadores. En medio de tan largo padecer, jamás excitaron los cristianos ni la mas mínima sedicion. Entre todos los fieles eran siempre los obispos los mas combatidos; entre todas las iglesias la de Roma fué perseguida con mayor violencia; treinta papas firmaron y confirmaron con su sangre el evangelio que anunciaban á todo el mundo. Matan á Domiciano; y comienza el imperio á respirar en tiempo de Nerva. No permite á este su avanzada edad restablecer las cosas; y para asegurar la quietud pública elige por sucesor á Trajano. Tranquilo el imperio en el interior y triunfante en el exterior, no cesa de admirar á un tan buen príncipe; quien tenia por máxima que era necesario que sus ciudadanos le hallasen tal como él hubiera querido hallar á un emperador si fuese solo ciudadano. Domó este príncipe á los dacios y á Decebalo, su rey; extendió sus conquistas al oriente; dió un rey á los partos, y les hizo temer el poder romano: feliz si la embriaguez y los amores infames, vicios tan deplorables en tan gran príncipe, nada le hubiesen hecho intentar contra la justicia. Á tiempos tan ventajosos para la república sucedieron los de Adriano, mezclados de bueno y de malo. Mantuvo este la disciplina militar, vivió él tambien militarmente y con mucha templanza, alivió á las provincias, hizo florecer las artes y á la Grecia, madre de ellas, tuvo con sus ejércitos y con su autoridad atemorizados á los bárbaros, reedificó á Jerusalen y le dió su nombre, de donde le viene el de Ælia; pero desterró á los judíos, siempre rebeldes al imperio, y estos, obstinados, hallaron en él un desapiadado vengador. Mas deslustró con sus crueldades y con sus amores monstruosos un reinado tan esclarecido. Su infame Antinoo, de quien hizo un dios, cubre de ignominia toda su vida. Pareció después que el emperador enmendase sus errores y restableciese su oscurecida gloria, adoptando á Antonino el Pio, el cual adoptó después á Marco-Aurelio, el sabio y filósofo. Descúbrense en estos dos príncipes dos admirables cualidades: el padre, siempre en paz, está siempre pronto, siendo necesario, á hacer la guerra: el hijo, siempre en guerra, siempre está pronto á dar á sus enemigos y al imperio la paz. Habíale enseñado su padre Antonino, que importaba mas libertar á un solo ciudadano, que deshacerse de mil enemigos. Los partos y los marcomanos probaron el valor de Marco Aurelio. Eran los marcomanos unos alemanes que este emperador acababa de sujetar, cuando murió. Por las virtudes de estos dos Antoninos se hizo este nombre la delicia del pueblo romano; y no pudo quedar borrada su gloria, por la cobarde flojedad de Lucio Vero, hermano de Marco Aurelio, ni por las brutalidades de Cómodo su hijo y sucesor. Este, indigno de tener tal padre, olvidó sus instrucciones y sus ejemplos: se hizo abominable al senado y á los pueblos; su misma dama, con los que mas le obsequiaban, le hicieron morir. Pertináz, su sucesor vigoroso, defensor de la disciplina militar, se vió sacrificado al furor de los soldados licenciosos que habian poco antes elevádole, á su pesar, al supremo poder. Puesto el imperio en almoneda por el ejército, encontró un comprador. El juris-consulto Didio Juliano se arriesgó á esta atrevida compra y le costó la vida: Severo Africano le hizo morir, vengó á Pertinaz, pasó del oriente al occidente, triunfó en la Siria, en la Galia y en la Gran Bretaña. Rápido conquistador igualó á César en las victorias, pero no le imitó en la clemencia. No pudo poner paz entre sus hijos. Apenas murió, cuando Basano ó Caracalla, que era el primogénito, falso imitador de Alejandro, mató á su hermano Geta, tambien emperador, en el seno de Julia, madre de ambos: pasó después su vida en

(1) Act. xv. 39. (2) Act. xvi. 4.

crueldades y sangrientos estragos, y se buscó una trágica muerte. Habíale Severo ganado el corazon de los soldados y pueblos, dándole el nombre de Antonino; pero él no supo mantener su gloria. El sirio Heliogábalo, ó por mejor decir, Alagábalo su hijo, á lo menos reputado por tal, aunque el nombre de Antonino le diese desde luego el corazon de los soldados y la victoria contra Macrino, tambien se hizo después por sus infamias el horror del género humano y fué causa de su misma perdicion. Alejandro Severo, hijo de Mamea, su pariente y sucesor, vivió muy poco para el bien del mundo. Lamentábase de tener mas dificultad en contener á sus soldados, que en vencer á sus enemigos. Su madre, que le gobernaba, fué causa de su ruína, como antes lo habia sido de su gloria. En su tiempo, Artajerjes, persa, mató á su señor Artabano, último rey de los partos, y restableció en el oriente el imperio de los persas.

La iglesia, aunque recien nacida, llenaba ya en estos tiempos toda la tierra (1); no solo el oriente, en que habia empezado, esto es, la Palestina, la Siria, el Egipto, el Asia Menor y la Grecia, sí que tambien, en el occidente, á mas de la Italia, las diversas naciones de las Galias, todas las provincias de España, el África, la Germania, la Gran Bretaña, en lugares impenetrables á las armas romanas; y tambien fuera del imperio la Armenia, la Persia, las Indias, los pueblos mas bárbaros, los sármatas, los dacios, los escitas, los mauritanos, los getulios y hasta las islas mas desconocidas. La sangre de sus mártires la fecundaba. En tiempo de Trajano, san Ignacio, obispo de Antioquía, fué expuesto á las bestias feroces. Marco Aurelio, desgraciadamente preocupado de las calumnias de que cargaban al cristianismo, hizo morir á san Justino el filósofo y apologista de la religion cristiana. San Policarpo, obispo de Esmirna, discípulo de san Juan, fué en edad de ochenta años condenado al fuego, imperando el mismo príncipe. Los santos mártires de Leon y de Viena sufrieron tormentos inauditos, como san Fotino, su obispo, que en edad de noventa años les dió ejemplo con su constancia. La iglesia galicana llenó todo el universo de su gloria. San Ireneo, discípulo de san Policarpo y sucesor de san Fotino, imitó á su predecesor y murió mártir en tiempo de Severo con un gran número de fieles de su iglesia. Mitigábase alguna vez la persecucion. En una extrema falta de agua que Marco Aurelio padeció en Germania, una legion cristiana obtuvo una lluvia capaz de extinguir la sed de su ejército, acompañada de rayos que atemorizaron á sus enemigos. El nombre de FULMINANTE fué dado y confirmado á la legion por este milagro; y quedó el emperador tan movido de él, que escribió al senado en favor de los cristianos. En fin, sus adivinos le persuadieron á atribuir á sus dioses y á sus ruegos un milagro, que ni aun desearlo habian advertido los paganos. Otras causas suspendian ó moderaban algunas veces la persecucion por algun tiempo; pero la supersticion, vicio que Marco Aurelio no pudo evitar; el odio público y las calumnias que se imputaban á los cristianos, prevalecian bien presto. Revivia el furor de los paganos, y corria por todo el imperio la sangre de los mártires. La sana doctrina animaba á los perseguidos. En tiempo de Severo, y poco después, Tertuliano, presbítero de Cartago, ilustró á la iglesia con sus escritos, la defendió con una admirable apología, y la abandonó después, ciego de una orgullosa severidad y engañado de las visiones del falso profeta Montano. Casi por el mismo tiempo, el santo presbítero Clemente Alejandrino desenterró las antigüedades del paganismo, para confundirle, convencerle y extinguirle enteramente. Orígenes, hijo del santo mártir Leonidas, se hizo célebre por toda la iglesia, desde su juventud primera; y enseñó grandes verdades que mezclaba con muchos errores. El filósofo Ammonio hizo servir la filosofía platónica á la religion, y se ganó hasta el respeto de los paganos. Entretanto los valentinianos, los gnósticos y otras sectas impías confundieron el evangelio con las falsas tradiciones. San Ireneo les opuso la tradicion y la autoridad de las iglesias apostólicas, mayormente la de Roma, fundada por los apóstoles san Pedro y san Pablo, que es la principal de todas (1). Tertuliano hizo lo mismo (2). Nunca ha vacilado la iglesia ni por las heregías, ni por los cismas, ni por la caída de sus mas ilustres doctores; y la santidad de sus costumbres es tan esclarecida, que le atrae las alabanzas aun de sus mismos enemigos.

Hallábanse en terrible y confusa turbacion las cosas del imperio (235): el tirano Maximino, aunque de estirpe gótica, se hizo dueño de él después de haber quitado la vida á Alejandro. Opúsole el senado cuatro emperadores, que en menos de dos años perecieron (238). Entre ellos estaban los dos Gordianos, padre é hijo, amados del pueblo romano. El jóven Gordiano, aunque desde niño mostrase una consumada sabiduría, pudo defender difícilmente contra los persas el imperio, debilitado por sus discordias. Habia ya recobrado Maximino muchas plazas importantes, cuando Filipo, árabe, mató á aquel buen príncipe; y temiendo Maximino ser oprimido de dos emperadores elegidos por el senado, hizo una paz indigna con Sapor, rey de Persia. Este fué el primero de los romanos, que abandonó por un tratado parte de su imperio. Dícese que abrazó la religion cristiana en tiempo que de repente se vieron mejoradas sus costumbres: y es cierto que fué favorable á los cristianos. En odio de este emperador, Decio, que le mató, renovó la persecucion con mas violencia que nunca (3). Extendióse la iglesia por todas partes, principalmente en las Galias (4), y bien presto perdió el imperio á Decio, que vigorosamente le defendia. Gallo y Volusiano pasaron muy acelaradamente. Emiliano no hizo sino dejarse ver (254). Fué dado á Valeriano el poder supremo, á que ascendió este venerable anciano por todas las dignidades. No fué cruel sino con los cristianos. En su tiempo san Estéban, papa, y san Cipriano, obispo de Cartago, sin embargo de sus disputas, que no habian podido romper su comunion, recibieron ambos la misma corona. El error de san Cipriano, que reprobaba el bautismo dado por los herejes, no fué á él, ni á la iglesia perjudicial. Se mantuvo la tradicion de la santa sede por su propia fuerza contra los especiosos discursos, y contra la autoridad de tan grande hombre, aunque otros tambien grandes defendiesen la misma doctrina. Mayor daño hizo otra disputa. Confundió Sabelio juntas las tres divinas personas; y no conoció en Dios, sino una sola bajo de tres nombres. Pasmó á la iglesia esta novedad; y san Dionisio, obispo de Alejandría, descubrió al papa Sixto II los errores de aquel heresiarca (5). Este santo papa siguió bien presto al mártir san Estéban, su predecesor: cortáronle la cabeza, y dejó otro mayor combate que sostener á su diácono san Lorenzo. Vese entónces comenzar la inun-

(1) Tertul. Adv. Iud. 7. Apol. 37.

(1) Iren. lib. III. 1. 2. 3. (2) De Præsc. « adv. Hær. » c. 36. (3) Euseb. lib. IV. c. 39. (4) Greg. Tur. lib. I. Hist. Franc. 28. (5) Euseb. Hist. lib. VII. c. 6.

dacion de los bárbaros. Los borgoñones (258) y otros pueblos germanos, los godos, llamados antes getas, y otros pueblos que habitaban hácia el Ponto Euxino, y á la otra parte del Danubio, entraron en Europa. El oriente fué invadido por los escitas asiáticos, y por los persas. Deshicieron estos á Valeriano: siguióse el prenderle por una infidelidad; y después de haberle hecho terminar su vida en una penosa esclavitud, le quitaron la piel para que sirviese de monumento á su victoria. Galieno, su hijo y compañero, acabó de perderlo todo. Treinta tiranos se repartieron el imperio. Odenato, rey de Palmira, ciudad antigua, fundada por Salomon, fué el mas ilustre de todos: salvó las provincias del oriente de las manos de los bárbaros, y se hizo reconocer en ellas. Marchaba con él su muger Zenobia al frente de sus ejércitos, que después de su muerte mandó ella sola, y se hizo célebre en todo el mundo, por haber juntado la castidad con la belleza, y la sabiduría con el valor. Claudio II, y después de él Valeriano, restablecieron los asuntos del imperio. Entretanto que ellos abatian á los godos y á los germanos con señaladas victorias, conservaba Zenobia para sus hijos las conquistas de su padre. Inclinábase esta princesa al judaísmo. Paulo de Samosata, obispo de Antioquía, hombre vano é inquieto, enseñó, por darla gusto, su opinion judaica, sobre la persona de Jesucristo, á quien hacia solamente un puro hombre (1). Después de una larga disimulacion de doctrina tan nueva, fué convencido y condenado en el concilio de Antioquía. La reina Zenobia sostuvo la guerra contra Aureliano, que no se desdeñó de triunfar de una muger tan célebre. Entre contínuos combates supo él hacer observar á los soldados la disciplina romana; y mostró, que, siguiendo las órdenes antiguas, y la antigua templanza, podian tenerse en campaña grandes ejércitos dentro y fuera sin gravámen del imperio. Empezaban entónces los francos á hacerse temibles (2). Eran estos una liga de pueblos germanos, que habitaban á lo largo del Rhin. Su nombre manifiesta que estaban unidos por el amor de la libertad. Aureliano los habia derrotado siendo un mero particular, y los tuvo atemorizados siendo emperador. Este tan gran príncipe se hizo aborrecible por sus acciones sangrientas; y su cólera formidable le causó la muerte, anticipándose á dársela los que se creian en peligro de padecerla: su mismo secretario, amenazado, se puso al frente de una conjuracion. El ejército que le vió perecer por la conspiracion de tantos cabos, rehusó elegir emperador, temiendo elevar al trono á uno de los asesinos de Aureliano: y el senado, restablecido en su antiguo derecho, eligió á Tácito. Era este nuevo príncipe venerable por su edad y por su virtud; pero las violencias de un pariente, á quien dió el mando del ejército, le hicieron odioso, y pereció con él en una sedicion el sexto mes de su reinado. Así su exaltacion no hizo mas que precipitar el curso de su vida. Su hermano Floriano pretendió el imperio por derecho de sucesion como heredero mas próximo. Desestimóse este motivo: Floriano fué muerto, y á Probo le obligaron los soldados á admitir el imperio, sin embargo de haberles amenazado que les haria vivir en órden. Todo cedió á tan gran capitan: los germanos y los francos, que pretendian entrar en las Galias, fueron rechazados; y en el oriente, no menos que en el occidente, respetaron todos los bárbaros las armas romanas. Un guerrero tan formidable aspiraba á la paz; é hizo esperar al imperio que no le seria ya necesaria la milicia. Vengóse el ejército de esta palabra y de la regla severa que le hacia observar su emperador. Asombrado instantáneamente de la violencia que habia usado contra tan gran príncipe, honró su memoria y dióle por sucesor á Caro, que no menos que él era celoso de la disciplina. Vengó este valeroso príncipe á su predecesor, y reprimió á los bárbaros á quienes la muerte de Probo habia restituido los brios. Fué á oriente, con Numeriano su hijo segundo, á atacar á los persas; y opuso á los enemigos del lado del norte á su hijo mayor Carino, á quien hizo césar. Era esta la segunda dignidad y el escalon mas próximo para llegar al imperio. Todo el oriente tembló á la vista de Caro: sujetósele la Mesopotamia: los persas divididos no pudieron resistirle. Pero cuando todo le cedia, le detuvo el cielo con un rayo. Estuvo Numeriano para cegar á fuerza de su llanto. ¡Qué no puede en los corazones el deseo de reinar! Tan lejos estuvo Apro, su suegro, de compadecerse de su llanto, que le quitó la vida; pero Diocleciano vengó su muerte, y en fin, llegó al imperio que con tanto ardimiento habia deseado. Despertóse Carino á pesar de su vida perezosa y derrotó á Diocleciano; pero, persiguiendo á los fugitivos, fué muerto por uno de los suyos, á cuya mujer habia violado. Así quedó libre el imperio del mas violento y perdido de los hombres. Gobernó Diocleciano con vigor pero con una insufrible vanidad. Para resistir á tantos enemigos, que tanto en el interior como en lo exterior se levantaban, nombró á Maximiano por su compañero en el imperio; pero supo conservarse la principal autoridad. Cada emperador hizo un césar. Constancio Cloro y Galerio fuéron elevados á esta alta dignidad. Apenas pudieron sostener los cuatro príncipes el peso de tantas guerras. Huyó Diocleciano de Roma, cuya libertad no podia sufrir, y se estableció en Nicomedia, donde se hizo adorar á la moda de los orientales. Entretanto los persas, vencidos por Galerio, abandonaron á los romanos grandes provincias y reinos enteros. Obtenidas tantas ventajas no quiere Galerio ser ya súbdito, y desdeña el nombre de césar. Comienza intimidando á Maximiano. Una larga enfermedad habia abatido el espíritu de Diocleciano; y Galerio, aunque yerno suyo, le obligó á renunciar el imperio (1). Fué necesario que Maximiano siguiese su ejemplo: así el imperio vino á poder de Constancio Cloro y de Galerio: dos nuevos césares, Severo y Maximiano, fuéron creados en su lugar por los emperadores que deponian el mando. Las Galias, la España y la Gran Bretaña fueron felices, aunque por muy poco tiempo, bajo Constancio Cloro. Enemigo de las exacciones, y acusado de arruinar por este medio al fisco, mostró que tenia tesoros inmensos en el amor de sus vasallos. El resto del imperio padecia mucho en el tiempo de tantos emperadores y tantos césares; los criados se multiplicaban con los príncipes: los gastos y exacciones eran infinitas. Iba haciéndose ilustre el jóven Constantino, hijo de Constancio Cloro (2); pero se hallaba entre las manos de Galerio, que, celoso de su gloria, le exponia á nuevos riesgos cada dia. Érale preciso combatir con las bestias feroces, como por entretenimiento; pero, no menos que ellas, era Galerio, para temido. Escapado Constantino de sus manos, encontró á su padre espirando. En este tiempo Majencio, hijo de Maximiniano y yerno de Galerio, se hizo emperador en Roma á pesar de su suegro; y las discordias

(1) Euseb. Hist. Eccl. VII. c. 27. et seqq. Athan. ad solit. Theod. lib. II. hær. fab. 8. Niceph. l. 6. cap. 27. (2) Hist. Aug. Aurel. c. 7. Flor. c. 2. Prop. c. 11. 12. Firm. etc. cap. 13.

(1) Euseb. Hist. lib. 8. 13. Or. Const. ad Sanct. cæt. 25. Lact. de mort. persec. c. 17. 18. (2) Lact. ibid. 24.

internas se juntaron á los otros males del estado. La imágen de Constantino, que acababa de suceder á su padre, llevada á Roma segun costumbre, fué desechada de órden de Majencio. Era la admision de las imágenes la forma ordinaria de reconocer á los nuevos príncipes. Hácense por todas partes prevenciones de guerra. El césar Severo, enviado de Valerio contra Majencio, le hizo temblar en Roma (1). Por darse algun apoyo en su espanto, volvió á llamar á su padre Maximiano. El ambicioso viejo dejó su retiro, en que á su pesar se mantenia; y procuró, aunque sin fruto, sacar á Diocleciano del jardin que cultivaba en Salona. Al nombre de Maximiano, segunda vez emperador, abandonaron á Severo sus soldados. Hace matarle el anciano emperador; y por sostenerse al mismo tiempo contra Galerio, dá su hija Faustina á Constantino. Érale tambien necesario otro apoyo á Galerio después de la muerte de Severo; y así se resolvió á nombrar emperador á Licinio (2), cuya eleccion ofendió á Maximino, que, en calidad de césar, se creia mas próximo á este supremo honor. Nada pudo persuadirle á sujetarse á Licinio, y se hizo absoluto en el oriente. Casi no quedaba á Galerio mas que la Illiria, donde se habia retirado después de haber sido arrojado de Italia. El resto del occidente obedecia á Maximiano, á su hijo Majencio y á su yerno Constantino. Pero no menos le disgustaban por compañeros en el imperio los hijos que los extraños: procuró echar de Roma á su hijo Majencio; pero él fué el expulsado. Constantino, que le recibió en las Galias, no le halló menos pérfido. Después de varios atentados, hizo Maximiano la última conjuracion, en que creyó haber empeñado á su hija Fausta contra su marido. Engañábale ella; y Maximiano, que pensaba haber muerto á Constantino matando á su eunuco, que se habia echado en su cama, se vió precisado á darse él mismo la muerte. Encendióse una nueva guerra. Majencio, con pretexto de vengar á su padre, se declara contra Constantino, que marcha á Roma con sus tropas (3). Hace al mismo tiempo derribar las estátuas de Maximiano; y la misma suerte tuvieron las de Diocleciano, que estaban allí juntas. Turbó este desprecio el reposo de Diocleciano, y murió algun tiempo después, no menos de pesar que de vejez.

En este tiempo Roma, siempre enemiga del cristianismo, hizo el último esfuerzo para extinguirle, y por el contrario, acabó de restablecerle. Galerio, notado de los historiadores como autor de la postrera persecucion (4), dos años antes que se viese Diocleciano obligado por él á dejar el imperio, le implusó á firmar aquel sangriento edicto, que ordenaba perseguir á los cristianos con mas violencia que nunca. Maximiano, que los aborrecia y jamás habia cesado de atormentarlos, excitaba á los magistrados y á los verdugos; pero, por mas extremada que fuese su violencia, de ningun modo igualaba á las de Maximiano y de Galerio. Inventábanse cada dia nuevos castigos. La pureza de las vírgenes cristianas no era menos combatida que su fé. Se buscaban con extraordinaria diligencia los sagrados libros para borrar su memoria: y no se atrevian los cristianos á tenerlos en sus casas, ni casi á leerlos. Así, después de trescientos años de persecucion, se hacia mas cruelmente fiero el odio de los perseguidores. La paciencia de los cristianos los dejó cansados. Los pueblos, movidos de su santa vida, se convertian en tropas. Galerio desesperó de vencerlos. Asaltado de una enfermedad extraordinaria, revocó sus edictos y murió de una muerte como la de Antíoco y con un igualmente falso arrepentimiento. Maximino continuó la persecucion; pero Constantino el Grande, príncipe sabio y victorioso, abrazó pública y solemnemente el cristianismo.

(1) Lact. de mort. persecut. c. 26. 27. (2) Lact. ibid. 28. 29. 30. 31. 32. (3) Lact. ibid. 42. 43. (4) Euseb. 8. Hist. Eccl. de vita Const. l. 57. Lact. de mort. pers. 9. et seq.

ÉPOCA XI.—Constantino ó la paz de la iglesia.

Esta célebre, felíz é importantísima declaracion de Constantino sucedió en el año trescientos doce de Nuestro Señor. Entretanto que este dichoso príncipe sitiaba en Roma á Majencio, se le apareció en el aire y á vista de todos una cruz resplandeciente, con una inscripcion que le prometia la victoria: lo mismo le fué confirmado en un sueño. El dia siguiente ganó aquella célebre batalla, que libró á Roma de un tirano y á la iglesia de un perseguidor. Fué enarbolada la santa cruz como defensa del pueblo romano y de todo el imperio. Poco después Maximino fué tambien vencido por Licinio, que estaba de acuerdo con Constantino: teniendo aquel un fin semejante al de Galerio. Consiguientemente fué dada la paz á la iglesia, y Constantino la colmó de honores y de bienes. La victoria le acompañaba por todas partes, y los bárbaros fueron reprimidos así por él, como por sus hijos. Entretanto Licinio rompe con él, y renueva la persecucion: derrotado por mar y tierra, se ve obligado á dejar el imperio, y en fin á perder la vida. En este tiempo juntó Constantino en Nicea de Bitinia el primer concilio general, en que trescientos diez y ocho obispos, que representaban á toda la iglesia, condenaron al presbítero Arrio, enemigo de la divinidad del Hijo de Dios, y formaron el símbolo en que la consubstancialidad del Padre y del Hijo está establecida. Los sacerdotes de la iglesia romana, enviados por el papa san Silvestre, precedieron en él á todos los obispos: y un antiguo autor griego (1) cuenta entre los legados de la santa sede al célebre Osio, obispo de Córdoba, que presidió el concilio. Constantino tomó en él su asiento, y recibió sus decisiones como oráculos del cielo; y, ocultando los arrianos sus errores, volvieron con esta disimulacion á entrar en su gracia. Entretanto que su valor mantenia el imperio en suma quietud, se turbó el reposo de su familia por los artificios de su muger Fausta. Crispo, hijo de Constantino, de otro matrimonio, acusado por su madrastra de haber querido violarla, halló inflexible á su padre. Quedó su muerte bien presto vengada: porque, convencida Fausta, fué sufocada en el baño; y el deshonor de Constantino, causado por la malicia de su mujer, fué al mismo tiempo recompensado con mucho honor por la piedad de su madre. Descubrió esta, en las ruínas de Jerusalen, la verdadera cruz fecunda en milagros. El santo Sepulcro fué tambien hallado. La nueva ciudad de Jerusalen, que habia Adriano mandado edificar, el pesebre en que habia nacido el Salvador del mundo, y todos los santos lugares, fuéron adornados de soberbios templos por Elena y Constantino. Cuatro años después el emperador reedificó á Bizancio, la puso el nombre de Constantinopla y la hizo segunda silla del imperio. La iglesia, aunque tranquila bajo de Constantino, fué en Persia cruelmente afligida. Una infinidad de mártires dieron testimonio de su fé. Fuéron inútiles las diligencias del emperador para aplacar á Sapor y atraerle al cristianismo, y la proteccion de Constantino solo sirvió á los cristianos perseguidos de un favorable refugio. Murió este príncipe colmado de bendiciones de toda la iglesia, y lleno de alegría y de esperanza,

(1) Gel. Cyriac. Hist. Conc. Nic. lib. II. c. 6. 27.

después de haber dividido el imperio entre sus hijos Constancio, Constantino y Constante. Su concordia se turbó bien presto. Murió Constantino en la guerra que tuvo con su hermano Constante sobre los límites de su imperio. No hubo mucha mayor union entre Constancio y Constante. Constante defendió la fé de Nicea. Echado de su silla por Constancio, fué restablecido por el papa san Julio I, cuyo decreto apoyó Constante (1). No vivió mucho este buen príncipe: matóle alevosamente el tirano Majencio, quien, vencido poco después por Constancio, se suicidó. En la batalla que causó su ruina, Valente, obispo arriano, secretamente advertido por sus amigos del estado de ella, aseguró á Constancio que el ejército del tirano estaba en fuga: haciendo creer á este débil emperador que lo sabia por revelacion. Con este falso fundamento se entrega Constancio á los arrianos. Los obispos ortodoxos son echados de sus sillas: toda la iglesia se llena de confusion y espanto. La constancia del papa Liberio cede á las penalidades del destierro: los tormentos rinden la del anciano Osio, apoyo que habia sido de la iglesia: el concilio de Rímini, tan constante desde el principio, cede al fin por engaño y violencia: nada se hace con formalidad: la autoridad del emperador es la única ley; pero los arrianos, que lo pueden todo con él, no pueden concordarse entre sí y mudan cada dia su símbolo: la fé de Nicea subsiste firme y estable: san Atanasio, y san Hilario, obispo de Potiers, sus principales defensores, se hacen célebres por todo el mundo. Mientras que el emperador Constancio, ocupado de las cosas del arrianismo, se descuidaba de las del imperio, consiguieron los persas grandes ventajas. Los alemanes y los francos tentaron por todas partes la entrada en las Galias. Juliano, pariente del emperador, los detuvo y derrotó. El mismo emperador deshizo á los sármatas y marchó contra los persas. Descúbrese allí la rebelion de Juliano contra el emperador, su apostasía, la muerte de Constancio, el reinado de Juliano, la equidad de su gobierno, y el nuevo género de persecucion que hizo padecer á la iglesia: él mantuvo sus discordias: excluyó á los cristianos, no solo de los honores, si que tambien de los estudios; y fingiendo que imitaba la disciplina de la iglesia, creyó poder convertir contra ella sus propias armas. Usábase con moderacion de los castigos y se imponian con otros pretextos que el de la religion. Los cristianos se mantuvieron fieles al emperador; pero la gloria, que este buscaba, le hizo perecer; y fué muerto en Persia, donde temerariamente se habia empeñado. Joviano, su sucesor, cristiano celoso, halló las cosas incapaces de restablecimiento y solo vivió para concluir una paz ignominiosa. Después de él hizo Valentiniano la guerra como gran capitan; condujo á ella su hijo Graciano desde su primera juventud; mantuvo la disciplina militar, derrotó á los bárbaros, fortificó las fronteras del imperio, y protegió en occidente la fé de Nicea. Valente su hermano, á quien hizo su compañero, la perseguia en oriente; y no pudiendo ganar ni rendir á san Basilio, ni á san Gregorio Nacianceno, desesperó de vencerla. Algunos arrianos juntaron nuevos errores á los antiguos dogmas de su secta. Aerio, sacerdote arriano, está notado en los escritos de los santos padres como autor de una nueva herejía (2), por haber igualado el sacerdocio con el carácter de obispo, y juzgado inútiles las oraciones y oblaciones que hacia toda la iglesia por los difuntos. El tercer error de este heresiarca era contar entre las servidumbres de la ley la observancia de ciertos ayunos señalados y querer que el ayuno fuese siempre libre. Aun vivia Aerio cuando san Epifanio se hizo célebre por su obra de las herejías, en que aquel está refutado con los demás. San Martin fué hecho obispo de Tours, el cual durante su vida y después de ella ha llenado todo el universo con la fama de su santidad y de sus milagros. Murió Valentiniano después de un discurso violento que hizo contra los enemigos del imperio. Su impetuosa ira, que le hacia formidable á los demás, le fué fatal á él mismo. Su sucesor Graciano vió sin envidia la elevacion de Valentiniano II, su hermano menor, que, aunque solamente tenia nueve años, fué hecho emperador. Su madre Justina, protectora de los arrianos, gobernó durante su tierna edad. Aquí se ven maravillosos acaecimientos en pocos años: la rebelion de los godos contra Valente: dejar este príncipe á los persas por reprimir á los rebeldes: acudir Graciano para socorrerle, después de haber conseguido una señalada victoria contra los alemanes: la muerte de Valente juntó á Andrinópoli, por haber precipitado la batalla, queriendo vencer por sí solo: los godos victoriosos quemáronle en una aldea en donde se habia retirado. Oprimido Graciano de los negocios, elige por compañero en el imperio al gran Teodosio, y le deja el oriente. Son vencidos los godos; puestos en temor los bárbaros; y lo que Teodosio no menos estimaba, los herejes macedonianos, que negaban la divinidad del Espíritu Santo, condenados en el concilio de Constantinopla. No se halló en él sino la iglesia griega; pero el consentimiento de todo el occidente y del papa san Dámaso, hizo llamarle el segundo concilio general. Entretanto que Teodosio gobernaba con tanto vigor y acierto, Graciano, que no era menos esforzado y piadoso, abandonado de sus tropas, compuestas de extranjeros, fué sacrificado al tirano Máximo. La iglesia y el imperio lloraron un príncipe tan bueno. Reinó el tirano en las Galias, y pareció que con este repartimiento se contentase. La emperatriz Justina publicó edictos con el nombre de su hijo á favor del arrianismo. No le opuso san Ambrosio, obispo de Milán, sino la santa doctrina, las oraciones y la paciencia; y supo con estas armas, no solo conservar á la iglesia las basílicas que los herejes querian ocupar, sino tambien ganar á favor de ella al jóven emperador. El tirano Máximo se alborota; y no halla Faustina otro mas fiel que el santo obispo, á quien ella antes trataba de rebelde. Envíale al tirano; pero le hallan inflexible sus discursos. Vese obligado el jóven Valentiniano á tomar la fuga con su madre. Maximino se hace señor de Roma, donde restablece el culto de los falsos dioses por complacer al senado, pagano aun casi todo. Después que hubo ocupado todo el occidente y cuando él se creia mas tranquilo, Teodosio, auxiliado de los francos, le derrotó en la Pannonia, le sitió en Aquilea y le dejó matar por sus soldados. Teodosio, hecho dueño absoluto de los dos imperios, restituyó el de occidente á Valentiniano, que no lo conservó largo tiempo. Este jóven príncipe elevó y abatió mucho á Arbogasto, capitan de los francos, valiente y desinteresado, pero capaz de mantener, á costa de cualquier delito, el poder que habia adquirido sobre sus tropas. Exaltó este al tirano Eugenio, en quien estaba la lengua desacompañada de espíritu, y mató á Valentiniano, que no queria ya estar sujeto al soberbio franco. Consumóse esta detestable accion en las Galias, junto á Viena. San Ambrosio, á quien el jóven emperador habia llamado para recibir de su mano el bautismo, lloró su pérdida y tuvo grande esperanza de su

(1) Soc. Hist. Eccles. II. 15. Sozom. III. 8. (2) Epiph. hær. 75. tom. 1. p. 906. Aug. hær. 53. tom. 8, col. 18.

salvacion. No quedó su muerte sin castigo. Un milagro visible dió la victoria á Teodosio contra Eugenio y los falsos dioses. Cayó este prisionero, y fué necesario sacrificarle á la venganza pública y extinguir la rebelion con su muerte. El fiero Arbogasto, mas quiso matarse que recurrir á la clemencia del vencedor, que todos los demás rebeldes acababan de experimentar. Teodosio, ya único emperador, fué la alegría y la admiracion de todo el mundo. Apoyó y protegió la religion: hizo enmudecer á los herejes: desterró los sacrificios impuros de los paganos: corrigió el lujo y reprimió los gastos supérfluos: confesó humildemente sus culpas é hizo de ellas penitencia. Escuchó á san Ambrosio, celebérrimo doctor de la iglesia, que le reprendia su ira, único vicio de tan gran príncipe. Siempre victorioso, solo por necesidad sostuvo guerras. Hizo felices á sus pueblos, y murió en paz, mas ilustre por su fé que por sus victorias. En su tiempo san Jerónimo, sacerdote, retirado en la gruta de Belen, emprendió trabajos inmensos para explicar la santa Escritura: leyó todos los intérpretes: desenterró todas las historias sagradas y profanas que podian iluminarle; y compuso segun el original hebreo la version de la Biblia, que toda la iglesia ha recibido y reconocido bajo el nombre de «Vulgata.» El imperio que, dominado de Teodosio, parecia invencible, mudó repentinamente de semblante mandado por sus dos hijos. Arcadio tuvo el oriente, y el occidente Honorio: ambos gobernaron por sus ministros, los cuales hicieron servir el poder público á los intereses particulares. Rufino y Eutropeo sucesivamente favorecidos de Arcadio, y tan malo el uno como el otro, perecieron bien presto; pero no mejoró la direccion de las cosas en el tiempo de un príncipe tan débil. Su mujer Eudoxia hizo que persiguiese á san Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla y luminar del oriente. El papa san Inocencio y todo el occidente sostuvieron á este grande obispo contra Teófilo, patriarca de Alejandría, ministro de las violencias de la emperatriz. Estaba el occidente turbado por la inundacion de los bárbaros. Radagaifo, godo y pagano, taló la Italia. Los vándalos nacion gótica y arriana, ocuparon una parte de la Galia y se derramaron por España. Alarico, rey de los visigodos, pueblos arrianos, compelió á Honorio á abandonarle aquellas grandes provincias, ocupadas ya por los vándalos. Embarazado Estilicon entre los bárbaros, ya los derrota, ya los conserva y se entiende con ellos; ya rompe su amistad; y aunque lo sacrifica todo á su interés, mantiene no obstante el imperio que tenia designio de usurpar. Murió entretanto Arcadio, creyendo tan falto el oriente de buenos vasallos, que dejó á su hijo Teodosio, de edad de ocho años, bajo la tutela de Isdegerdes rey de Persia; pero Pulqueria, hermana del niño emperador, se sintió capaz de grandes cosas, y se mantuvo el imperio de Teodosio por la prudencia y valor de esta princesa. Parecia el de Honorio próximo á su ruina. Hizo este príncipe morir á Estilicon, pero no pudo llenar el lugar de tan hábil ministro. La rebelion de Constantino, la total pérdida de la Galia y de la España, la toma y saqueo de Roma por las armas de Alarico, fueron las consecuencias de la muerte de Estilicon. Ataulfo, mas furioso que Alarico, saqueó nuevamente á Roma, y solo pensaba en borrar el nombre romano; pero, por dicha del imperio, cautivó á Placidia, hermana del emperador, y esta princesa, con quien se casó, templó su saña. Capitularon los godos con los romanos, y se establecieron en España, reservándose en las Galias las provincias que miraban hácia los Pirineos. Su rey Walia condujo sabiamente estos grandes designios. Mostró la España su constancia y no se alteró su fé bajo la dominacion de estos arrianos. Entretanto los borgoñones, pueblos germanos, ocuparon la vecindad del Rhin, desde donde fuéron poco á poco ganando el país que aun conserva su nombre. Tampoco fueron omisos los francos: resueltos á hacer nuevos esfuerzos para abrirse la entrada en las Galias, elevaron á la corona á Ferramundo, hijo de Marcomiro: y la monarquía de Francia, una de las mas antiguas y mas nobles que hay en el mundo, les debió su principio. La Italia, saqueada por los bárbaros, pierde su libertad. El desgraciado Honorio murió sin hijos y dejó tristemente huérfano el imperio. Teodosio nombró emperador á su primo Valentiniano III, hijo de Placidia, y de Constantino, su segundo marido; y le puso, durante su menor edad, bajo la tutela de su madre, á quien dió el título de emperatriz. En estos tiempos, Celestino y Pelagio negaron el pecado original y la gracia por la cual somos cristianos. Á pesar de sus hipocresías fuéron por los concilios de África condenados. Los papas san Inocencio y san Zozimo, á quienes después siguió el papa san Celestino, autorizaron la condenacion y la extendieron por todo el universo. San Agustin confundió á estos perniciosos herejes é ilustró á la iglesia con sus maravillosos escritos. El mismo santo padre, secundado por san Próspero, su discípulo, hizo enmudecer á los semi-pelagianos que atribuian el principio de la justificacion á las fuerzas solas del libre albedrío. Un siglo tan desgraciado para el imperio y en que se levantaban tantas herejías, fué afortunado para el cristianismo. Ninguna turbacion le movió; ninguna herejía pudo viciarle. La iglesia, fecunda en grandes hombres, confundió todos los errores. Después de las persecuciones quiso Dios hacer resplandecer la gloria de sus mártires. Todas las historias y todos los escritos están llenos de los milagros que su implorado socorro y sus sepulcros venerados obraban por todo el mundo (1). Vigilancio, que se oponia á dictámenes tan recibidos, refutado por san Gerónimo, quedó sin secuaces: la fé cristiana se afirmaba y todos los dias se extendia. Pero ya no podia mas el imperio de occidente. Atacado por tantos enemigos fué tambien debilitado por los celos de sus generales. Bonifacio, conde de África, se hizo sospechoso á Placidia por los artificios de Aecio. Maltratado el conde hizo venir de España á Genserico, y á los vándalos, acosados por los godos, y se arrepintió muy tarde de haberlos llamado. Fué el África quitada al imperio. Padeció la iglesia muchos males por la violencia de estos arrianos, y vió coronar una infinidad de mártires. Levantáronse dos furiosas herejías. Nestorio, patriarca de Constantinopla, dividió la persona de Jesucristo; y veinte años después, Eutiquio, abad, confundió sus dos naturalezas. San Cirilo, patriarca de Alejandría, se opuso á Nestorio, el cual fué condenado por el papa san Celestino. En ejecucion de esta sentencia el tercer concilio general de Efeso depuso á Nestorio, y confirmó el decreto de san Celestino, á quien los obispos del concilio llaman en su definicion su padre (2): fué la Vírgen santísima reconocida por madre de Dios y celebrada la doctrina de san Cirilo por todo el mundo. Teodosio después de algunos disturbios, se sujetó al concilio y desterró á Nestorio. Eutiquio, que no supo impugnar esta herejía sin incurrir en otro exceso, no fué con menor fuerza repelido. Condenóle el papa san Leon el Grande, y juntamente le refutó en una carta que fué

(1) Hieronim. cont. Vig. tom. 4. part. 2. col. 282. Gennad. de Scrip. Eccl. (2) Part. II. Conc. Eph. act. I. Sent. depos. Nest. tom. 3. Conc.

venerada en todo el mundo. El cuarto concilio general de Calcedonia, en el que este gran papa, así por su doctrina, como por la autoridad de su silla, tenia el primer lugar, anatematizó á Eutiquio, y á Dióscoro, patriarca de Alejandría, su protector. La carta del concilio á san Leon, manifiesta que este papa le presidia por sus legados, como la cabeza á sus miembros (1). El mismo emperador Marciano asistió á esta gran congregacion, á ejemplo de Constantino, y recibió sus decisiones con el propio respeto. Habíale poco antes Pulqueria elevado al trono casándose con él: porque, reconocida por emperatriz, después de la muerte de su hermano, que falleció sin hijos, fué preciso que diese un señor al imperio, y Marciano se grangeó con su virtud este honor. Durante el tiempo de estos dos concilios, se hizo famoso Teodoreto, obispo de Ciro, cuya doctrina estaria sin tacha, si los escritos violentos que publicó contra san Cirilo, no hubiesen necesitado muy grandes aclaraciones. Él los escribió de buena fé, y así fué contado entre los obispos ortodoxos. Empezaban las Galias á reconocer por señores á los francos. Habíalas Aecio defendido contra Faramundo y contra Clodion, el cabelludo. Pero Meroveo fué mas dichoso, y se estableció en ellas con mayor firmeza, casi al mismo tiempo que los ingleses, pueblos sajones, ocuparon la gran Bretaña. Diéronla estos su nombre y fundaron en ella muchos reinos. Entretanto los hunos, pueblos de las lagunas Meótides, asolaron todo el universo bajo el mando de su rey Atila, el mas formidable de todos los hombres. Aecio, que le derrotó en las Galias, no pudo impedirle que talase la Italia. Las islas del mar Adriático sirvieron á muchos de retirada contra su furor; y se erigió Venecia en medio de las aguas. El papa san Leon, mas poderoso que Aecio y que los ejércitos romanos, se hizo respetar de aquel rey bárbaro y pagano, habiendo librado á Roma de un inminente saqueo; pero poco después estuvo expuesta por las disoluciones de su emperador Valentiniano. Máximo, á cuya mujer habia este violado, halló modo de arruinarle disimulando su dolor y haciendo mérito de su complacencia. Por sus engañosos consejos hizo este ciego emperador morir á Aecio, única columna del imperio. Máximo, autor de la muerte, excitó á los amigos de Aecio á la venganza, é hizo matar al emperador. Asciende al trono por estas gradas y obliga á la emperatriz Eudoxia, hija de Teodosio el jóven, á casarse con él. Para librarse ella de sus manos, no teme ponerse en las de Genserico. Queda Roma presa del bárbaro, y solo san Leon, papa, le impide reducirlo todo á sangre y fuego: el pueblo despedaza á Máximo, como si aliviase sus males este funesto consuelo. Túrbase todo el occidente: vénse levantar muchos emperadores y caer al mismo tiempo. Mayoriano fué el mas ilustre. Ávito mantuvo mal su reputacion, y se eximió con un obispado. Las Galias no pudieron defenderse mas contra Meroveo, ni contra Childerico su hijo. Pero este último estuvo á punto de perecer por sus desórdenes. Sus vasallos le destronaron: pero un fiel amigo dispuso que volviesen á llamarle. Su valor le hizo temido de sus enemigos, y sus conquistas se extendieron mucho en el interior de las Galias. Estaba tranquilo el imperio de oriente bajo Leon, tracio, sucesor de Marciano, y bajo Zenon, yerno y sucesor de Leon. La rebelion de Basilisco, bien pronto reprimida, solo causó á este emperador una breve inquietud; pero el imperio de occidente pereció sin remedio. Augusto, llamado Augústulo, hijo de Orestes, fué el último emperador reconocido en Roma; é inmediatamente desposeído por Odoacro, rey de los hérulos. Estos eran unos pueblos venidos del Ponto Euxino, cuya dominacion no fué larga. El emperador Zenon intentó en oriente señalarse de una manera inaudita. Fué este el primero de los emperadores, que se mezcló en arreglar las cuestiones de la fé. En tanto que los semi-eutiquianos se oponian al concilio de Calcedonia, publicó contra el concilio su henótico; esto es, su decreto de union detestado por los católicos y condenado por el papa Felix III. Fuéron bien presto los hérulos echados de Roma por Teodorico, rey de los ostrogodos, que es lo mismo que godos orientales, el cual fundó el reino de Italia; y, aunque arriano, dejó á la religion católica bastante libertad para ejercitarse. Turbábala en oriente el emperador Anastasio que seguia las pasos de Zenon, su predecesor, y apoyó á los herejes. Enagenóse con esto los ánimos de sus vasallos, y jamás pudo recobrarlos; ni aun aliviándolos de pesados impuestos. Italia obedecia á Teodorico; y los hérulos se vieron precisados á abandonarlo todo. Á mas de la Italia poseía tambien Teodorico la Provenza. En su tiempo san Benito, retirado en un desierto de Italia, empezaba desde su infancia á practicar las máximas santas, de las que compuso aquella regla admirable que los monjes de occidente recibieron con el mismo respeto que tienen los de oriente á la de san Basilio. Acabaron los romanos de perder las Galias por las victorias de Clodoveo, hijo de Childerico. Tambien ganó contra los alemanes la batalla de Tolbiac, por el voto que hizo de abrazar la religion cristiana, á que con exhortaciones no cesaba de inclinarle su mujer Clotilde. Era esta princesa de la casa de los reyes de Borgoña, y católica celosa, aunque de familia y de nacion arriana. Instruido Clodoveo por san Vedasto, fué bautizado en Reims con sus franceses por san Remigio, obispo de aquella antigua metrópoli. Solo él, de todos los príncipes del mundo, mantuvo la religion católica y mereció el título de « Cristianísimo » para sus sucesores. Por la batalla, en que por su propia mano mató á Alarico, rey de los visigodos, fuéron unidas á su reino Tolosa y la Aquitania. Pero una victoria de los ostrogodos le impidió el ocuparlo todo hasta los Pirineos, y el fin de su reinado obscureció la gloria de sus principios. Repartiéronse el reino sus cuatro hijos, y no cesaron de inquietarse los unos á los otros. Anastasio murió herido de un rayo. Justino, de bajo nacimiento, pero hábil y muy católico, fué hecho emperador por el senado. Sujetóse con todo el pueblo á los decretos del papa san Hormisdas, y puso fin á las turbulencias de la iglesia de oriente. En su tiempo Boecio, hombre no menos célebre por su doctrina que por su nacimiento, y Símaco, su suegro, elevados ambos á los cargos mas eminentes, fuéron sacrificados á los envidiosos celos de Teodorico, quien sospechó, sin motivo, que conspiraban contra el estado. Asombrado el rey de su delito, creyó ver la cabeza de Símaco en un plato que se le servia, y murió algun tiempo después. Amalasunta, su hija, y madre de Atalarico, que subió al trono por la muerte de su abuelo, fué impedida por los godos de hacer instruir al jóven príncipe como su nacimiento merecia; y precisada á abandonarle á gentes de su edad, vió que se perdia y no pudo remediarlo. Murió Justino el año siguiente después de haber elegido por compañero en el imperio á Justiniano, su sobrino, cuyo largo reinado se ha hecho célebre por los desvelos de Triboniano, compilador del derecho romano, y por las hazañas de Belisario y del eunuco Narsés. Estos dos famosos capitanes reprimieron á los persas, der-

(1) Relat. Sa. Syn. Chal. ad Leon. Conc. part. 3. tom. 4. col. 837.

rotaron á los ostrogodos, como tambien á los vándalos, y devolvieron á su señor el África, la Italia y Roma; pero, celoso el emperador de sus glorias sin querer participar de sus fatigas, mas los embarazaba que los asistia. Ibase aumentando el reino de Francia. Después de una larga guerra, Childeberto y Clotario, hijos de Clodoveo, conquistaron el reino de Borgoña, y sacrificaron al mismo tiempo á su ambicion los hijos menores de su hermano Clodomiro, cuyo reino repartieron entre sí. Algun tiempo después, y en tanto que Belisario atacaba tan vivamente á los ostrogodos, lo que estos poseían en las Galias, quedó abandonado á los franceses. Extendíase entónces mucho la Francia hácia la otra parte del Rhin; pero los repartimientos de los príncipes, que formaban otros tantos reinos, le impedian reunirse bajo una sola dominacion. Fuéron sus principales partes la Neustria, que es la Francia oriental, y la Austrasia, que es la occidental. El mismo año que Roma fué recobrada por Narsés, hizo Justiniano juntar en Constantinopla el quinto concilio general, que confirmó los precedentes y condenó algunos escritos favorables á Nestorio. Llamábanse estos los tres capítulos, á causa de sus tres autores, muertos largo tiempo antes, de los cuales entónces se trataba. Fué condenada la memoria y los escritos de Teodoro, obispo de Mopsuesto, y una carta de Ibas, obispo de Edessa; y de los escritos de Teodoreto, los que habia compuesto contra san Cirilo. Fuéron tambien reprobados los de Orígenes que turbaban todo el oriente un siglo hacia. Este concilio, comenzado con malos designios, tuvo una feliz conclusion; y fué recibido de la santa sede, que desde el principio se habia opuesto á él. Dos años después del concilio, Narsés, que habia quitado la Italia á los godos, la defendió de los franceses; y obtuvo una completa victoria contra Bucelino, general de las tropas de Austrasia. Apesar de estas ventajas no quedó la Italia en poder de los emperadores. En tiempo de Justino II, sobrino de Justiniano, y después de la muerte de Narsés, fué el reino de Lombardía fundado por Albuíno. Tomó á Milán y á Pavía: apénas se salvaron de sus manos Roma y Rávena; y los lombardos hicieron padecer á los romanos los mayores trabajos. Fué Roma mal socorrida de sus emperadores, á quienes los ávares, nacion escítica, los sarracenos, pueblos de la Arabia, y mas que todos los persas, por todos lados atormentaban en el oriente. Justino, que solo á sí propio y á sus pasiones daba crédito, fué siempre derrotado por los persas, y por su rey Cosroés: tal fué su turbacion por tantas pérdidas que vino tambien á perder el juicio. Sofía, su mujer, sostuvo el imperio. El desgraciado príncipe recobró muy tarde su razon; y conoció al morir la malicia de sus favoritos. Después de él, Tiberio II, á quien habia nombrado emperador, reprimió á los enemigos, alivió á los pueblos, y se enriqueció con las limosnas que distribuía. Las victorias de Mauricio Capadocio, general de sus ejércitos, hicieron morir de pesar al soberbio Cosroés; y fuéron de Tiberio recompensadas con el imperio y con su hija Constantina que le dió al morir. En este tiempo la ambiciosa Fredegunda, mujer del rey Chilperico I, introducia en Francia un general incendio, y no cesaba de excitar guerras crueles entre los reyes franceses. En medio de las desgracias de Italia, hallándose Roma afligida de una peste espantosa, fué san Gregorio el Grande exaltado á su pesar á la silla de san Pedro. Aplaca este gran papa la peste con sus oraciones, instruye á los emperadores, y juntamente les hace dar la obediencia que se les debe; consuela á África y la fortifica; confirma en España á los visigodos convertidos del arrianismo, y al católico Recaredo que acababa de entrar en el gremio de la iglesia; convierte á la Inglaterra; reforma la disciplina en Francia, á cuyos reyes, siempre ortodoxos, exalta sobre todos los demás de la tierra; templa el furor de los lombardos; salva á Roma y á Italia, incapaz de ser socorrida por los emperadores; reprime el recien nacido orgullo de los patriarcas de Constantinopla; ilustra á toda la iglesia con su doctrina; gobierna el oriente y occidente con no menos vigor que humildad, y da al mundo un perfecto modelo del gobierno eclesiástico. No tiene la historia de la Iglesia cosa mas bella que la entrada del santo monje Agustin en el reino de Cant, con sus cuarenta compañeros, que, precedidos de la cruz, hacian votos solemnes por la conversion de Inglaterra (1). San Gregorio, que los habia enviado, los instruia con cartas, verdaderamente apostólicas, y enseñaba al santo Agustin á temblar entre los continuos milagros que obraba Dios por su ministerio (2). Berta, princesa de Francia, atrajo al cristianismo al rey Edhilberto su marido. Los reyes de Francia y la reina Brunequilde protegieron la nueva mision. Los obispos de Francia entraron en esta buena obra y consagraron de órden del papa al santo Agustin. El refuerzo que san Gregorio envió al nuevo obispo produjo buenos frutos; y tomó forma la iglesia anglicana. Habiendo experimentado el emperador Mauricio la fidelidad de san Gregorio, se corrigió por sus amonestaciones y recibió de él aquella alabanza tan digna de un príncipe cristiano: que en su tiempo los herejes no osaban despegar sus labios. Este emperador tan piadoso cayó no obstante en un gran yerro. Pereció un infinito número de romanos entre las manos de los bárbaros, por no haberlos rescatado á escudo por cada uno. Vense después los remordimientos del buen emperador; la súplica que hace á Dios de castigarle en este y nó en el otro mundo; la rebelion de Focas que á su vista mata á toda su familia: Mauricio, muerto el último, pronunciando en todos sus males este verso del salmista: «Vos sois justo, ó señor, y todos vuestros juicios son rectos (3).» Elevado Focas al imperio por una accion tan detestable, procuró ganar á los pueblos, honrando á la Santa Sede, cuyos privilegios confirmó. Pero ya estaba pronunciada su sentencia. Heraclio, proclamado emperador por el ejército de África, marchó contra él. Entónces experimentó Focas, que ordinariamente las disoluciones dañan mas á los príncipes que las crueldades: porque Fotino, cuya mujer habia violado, le entregó á Heraclio que hizo matarle. Vió poco después la Francia una mucho mas extraordinaria tragedia. Entregada la reina Brunequilde á Clotario II, fué sacrificada á la ambicion de este príncipe: abominada fué su memoria; y su virtud, tan alabada del papa san Gregorio, con dificultad puede defenderse. Estaba entretanto asolado el imperio. El rey de Persia Cosroés II, con el pretexto de vengar á Mauricio, habia emprendido la ruína de Focas. Adelantó sus conquistas en tiempo de Heraclio. Vióse el emperador derrotado, y la verdadera cruz arrebatada por los infieles: después, con una maravillosa alternativa, Heraclio cinco veces vencedor, la Persia penetrada por los romanos, Cosroés muerto por su hijo, y recobrada la santa cruz. En tanto que el poder de los persas estaba tan reprimido, se levantó un mayor mal contra el imperio y contra toda la cristiandad. Elevóse Mahoma á profeta entre los sarracenos, y echado de la Meca

(1) Beda Hist. Angl. l. lib. 1. c. 25. (2) Greg. l. 9. ep. 58 ind. 4. (3) Ps. 118. 137.

por los suyos, comenzó desde su fuga la famosa Égira, desde donde cuentan sus años los mahometanos. El falso profeta dió sus victorias por única señal de su mision. Sujetó en nueve años, ó de grado ó por fuerza, toda la Arabia, y echó los fundamentos del imperio de los califas. Juntóse á estos males la herejía de los monotelitas, que, por una extravagancia casi incomprensible, reconociendo en Nuestro Señor dos naturalezas, no querian conocer en él sino una sola voluntad. El hombre, segun ellos, nada queria; y no habia en Jesucristo, en sentir de ellos, sino la sola voluntad del Verbo. Ocultaban estos herejes su veneno bajo palabras ambiguas: un falso amor de paz les hizo proponer que no se hablase de una ni de dos voluntades. Engañaron con estos artificios al papa Honorio I que entró con ellos en un pernicioso temperamento, y consintió en un silencio en que la mentira y la verdad fueron igualmente suprimidas. Para colmo de desgracia, el emperador Heraclio intentó, algun tiempo después, decidir la cuestion de propia autoridad, y propuso su tésis ó exposicion favorable á los monotelitas; pero en fin, fuéron descubiertos los artificios de los herejes. El papa Juan IV condenó la tésis. Constantino, nieto de Heraclio, sostuvo el edicto de su abuelo, por el suyo, llamado TIPO. La Santa Sede y el papa Teodoro se oponen á este intento. El papa san Martin I junta el concilio lateranense en que anatematiza al tipo y á las cabezas de los monotelitas. San Máximo, célebre en todo el oriente por su piedad y su doctrina, sale de la corte, infecta de la nueva herejía; reprende descubiertamente á los emperadores que habian osado hablar sobre cuestiones de fé, y padece infinitos trabajos por la religion católica. Arrastrado el papa de desierto en desierto, y siempre rigurosamente tratado por el emperador, muere en fin, entre sus penalidades, sin lamentarse ni aflojar en nada de lo que debe á su ministerio. Entretanto, la nueva iglesia anglicana, fortificada por el desvelo de los papas Bonifacio V y Honorio, se hacia célebre por todo el mundo. Los milagros abundaban en ella con las virtudes, como en tiempo de los apóstoles; y nada resplandecia tanto como la santidad de sus reyes. Eduino abrazó con todo su pueblo la fé que le habia dado la victoria contra sus enemigos; y convirtió á sus vecinos. Oswaldo sirvió de intérprete á los predicadores del evangelio, y, famoso por sus conquistas, les prefirió la gloria de ser cristiano. Los mercianos fueron convertidos por Osuino, rey del Nortumberland: sus vecinos y sus sucesores siguieron sus pasos, y fuéron inmensas sus obras. En el oriente todo se iba arruinando. Mientras los emperadores se consumen entre las disputas de la religion, é inventan herejías, los sarracenos penetran en el imperio; ocupan la Siria y la Palestina; la santa ciudad se les sujeta; la Persia les está abierta por sus divisiones, y toman este gran reino sin resistencia: entran en África dispuestos á reducirla bien pronto á provincia suya; la isla de Chipre les obedece; y en menos de treinta años juntan todas estas conquistas con las de Mahoma. La Italia, siempre infeliz y abandonada, gemia bajo las armas de los lombardos. Constante desesperó de echarlos de ella, y resolvió talar lo que no podia defender. Mas cruel aun que los lombardos, solamente fué á Roma para saquear sus tesoros: las iglesias no quedaron exentas: arruinó la Cerdeña y la Sicilia; y, hecho odioso á todos, pereció á manos de los suyos. En tiempo de su hijo Constantino Pogonato, que significa el Barbudo, se apoderaron los sarracenos de la Cilicia y de la Licia; y á Constantinopla sitiada solo pudo salvarla un milagro. Los búlgaros, pueblos venidos de la embocadura del Volga, se juntaron á los muchos enemigos de que estaba oprimido el imperio; y ocuparon aquella parte de la Tracia, llamada después Bulgaria, que era la antigua Misia. Nacian de la iglesia anglicana nuevas iglesias: y san Wilfredo, obispo de York, echado de su silla, convirtió la Frisia. Recibió toda la iglesia una nueva luz con el sexto concilio general de Constantinopla, al cual el papa san Agaton presidió por sus legados; y explicó la fé católica en una carta admirable. Fulminó el concilio el anatema contra un obispo, célebre por su doctrina, contra un patriarca de Alejandría, y contra cuatro patriarcas de Constantinopla, que son, en suma, todos los autores de la secta de los monotelitas, sin eximir al papa Honorio que habia contemporizado con ellos. Después de la muerte de Agaton acaecida durante el concilio, confirmó el papa Leon II sus decisiones y aprobó todos los anatemas. Constantino Pogonato, imitador del gran Constantino y de Marciano, entró en el concilio, hizo como ellos las mismas sumisiones, y fué allí honrado con los mismos títulos de ortodoxo, de religioso, y de pacífico emperador y restaurador de la religion. Su hijo Justiniano II le sucedió, siendo todavía niño. En su tiempo, la fé se extendia y resplandecia hácia el norte. San Kiliano, enviado por el papa Conon, predicó el evangelio en la Francónia. En tiempo del papa Sergio, Ceadual, uno de los reyes de Inglaterra, fué en persona á prestar la obediencia á la iglesia romana, de donde la fé habia pasado á su isla; y después de haber recibido el bautismo de mano del papa, murió como él mismo habia deseado. La casa de Clodoveo habia caído en una lastimosa flaqueza: las frecuentes minorías habian habituado á los príncipes á una flojedad de que nunca acertaban á salir siendo mayores. De aquí provino aquella larga série de reyes perezosos que no tenian sino el nombre de rey, y dejaban todo el poder á los maestres de palacio. Con este título Pepino Heristel lo gobernó todo, y elevó su familia á las mas altas dignidades. Por su autoridad, y después del martirio de san Vigberto, la fé se estableció en la Frisia, que acababa la Francia de añadir á sus conquistas. San Siviberto, san Willebrodo y otros varones apostólicos, sembraron el evangelio en las provincias vecinas. Habia entretanto pasado felizmente la memoria de Justiniano. Las victorias de Leoncio habian abatido á los sarracenos y restablecido en el oriente la gloria del imperio. Pero, preso injustamente este gran capitan y suelto fuera de sazon, cortó á su señor las narices y le expulsó. Igual tratamiento recibió este rebelde de Tiberio, llamado Absimaro, que tampoco se sostuvo mucho tiempo. No fuéron en Roma recibidas las imágenes de Filípico su sucesor, porque favorecia á los monotelitas y se declaraba enemigo del concilio sexto. Eligieron en Constantinopla á Anastasio II, príncipe católico, y sacaron los ojos á Filípico. Por este tiempo, las liviandades del rey Rodrigo pusieron á España en manos de los moros, que así nombraban á los sarracenos de África. Llamó el conde don Julian á estos infieles por vengar á su hija Florinda, violada por Rodrigo. Los moros acuden con tropas inmensas, el rey perece, la España queda cautiva y el imperio de los godos extinguido en ella. Fué puesta entónces la iglesia de España á una nueva prueba; pero, enseñada á mantenerse firme bajo de los arrianos, no pudieron los moros abatirla. Dejáronla al principio con bastante libertad; pero fuéle preciso en los siglos siguientes sufrir grandes combates; y la castidad tuvo sus mártires, así como la fé, bajo la tiranía de una

nacion no menos brutal que infiel. No vivió mucho el emperador Anastasio. Obligó el ejército á Teodosio III á vestirse la púrpura. Fué forzoso pelear: el nuevo emperador ganó una batalla, y Anastasio fué puesto en un monasterio. Dueños los moros de la España, esperaban extenderse bien presto hácia la otra parte de los Pirineos; pero Cárlos Martel, destinado á reprimirlos, se habia engrandecido en Francia, y sucedido, aunque bastardo, en el poder, á su padre Pepino Heristel, que dejó á su casa la Austrasia, como una especie de principado soberano, y el mando en Neustria, por el empleo de maestre de palacio. Todo lo reunió Cárlos por su valor. Las cosas del oriente estaban muy turbadas. Leon Isauro, prefecto de él, no reconoció por señor á Teodosio, el cual sin repugnancia dejó el imperio que con ella habia admitido, y retirado á Efeso, solamente se ocupó en las verdaderas grandezas. Los sarracenos recibieron fuertes golpes durante el imperio de Leon. Levantaron ignominiosamente el sitio de Constantinopla. Pelayo, que se acantonó en las montañas de Asturias con los godos mas resueltos que tenia, después de una señalada victoria, opuso á aquellos infieles un nuevo reino que algun dia los echaria de España. Á pesar de los esfuerzos y del inmenso ejército de Abderramen, su general, ganó contra ellos Cárlos Martel la famosa batalla de Tours. Pereció en ella un número infinito de aquellos infieles, y el mismo Abderramen quedó en el campo. Fué seguida esta victoria de otras ventajas con que Cárlos Martel detuvo á los moros, y extendió el reino hasta los Pirineos. Casi nada tenian ya entónces las Galias que no obedeciese á los franceses, y todos reconocian por señor á Cárlos Martel. Poderoso en paz y en guerra, y dueño absoluto de la corona, reinó bajo de muchos reyes que hizo y deshizo á su arbitrio, sin atreverse á tomar este gran título: que los celos de los señores franceses solo así podian deslumbrarse. En Alemania se restablecia la religion. El sacerdote san Bonifacio convirtió aquellos pueblos, y fué allí hecho obispo por el papa Gregorio II que le habia enviado. Gozaba el imperio de bastante tranquilidad; pero Leon introdujo la turbacion en él por largo tiempo. Intentó derribar, como á ídolos, las imágenes de Jesucristo y de sus santos; y como no pudiese atraer á sus dictámenes á san Germano, patriarca de Constantinopla, obró de propia autoridad; y después de una orden del senado, se le vió inmediatamente romper una imágen de Jesucristo que estaba colocada sobre la puerta principal de la iglesia de Constantinopla. Este orígen tuvieron las violencias de los iconoclastas, voz que significa rompe-imágenes. Las demás, que los emperadores, los obispos, y todos los fieles habian erigido desde la paz de la iglesia en lugares públicos y particulares, fuéron tambien destruidas. Alborotóse el pueblo con este espectáculo y fuéron en varias partes derribadas las imágenes del emperador. Creyóse ultrajado en su persona. Reconvínosele de semejante ultraje que hacia á Jesucristo y á sus santos, ya que por su propia confesion la injuria hecha á la imágen, recaia sobre el original. Aun procedió á mas la Italia. Negó al emperador por su impiedad los tributos ordinarios. Luitprando, rey de los lombardos, se sirvió del mismo pretexto para tomar á Rávena, residencia de los exarcas: así llamaban á los gobernadores que los emperadores enviaban á Italia. El papa Gregorio II se opuso justísimamente al abatimiento de las imágenes; pero al mismo tiempo se oponia á los enemigos del imperio, y procuraba contener á los pueblos en la obediencia. Hízose la paz con los lombardos, y el emperador ejecutó su decreto contra las imágenes con mas violencia que antes. Pero el célebre Juan de Damasco le dijo claramente que en materia de religion él no conocia otros decretos que los de la iglesia; y padeció mucho. El emperador echó de su silla al patriarca san Germano, que murió en el destierro á la edad de noventa años. Volvieron poco después los lombardos á tomar las armas; y en los trabajos que hacian padecer al pueblo romano, solo los contuvo la autoridad de Cárlos Martel, cuya asistencia habia implorado el papa Gregorio II. El nuevo reino de España, que se llamaba en aquellos tiempos el reino de Oviedo, se iba aumentando con las conquistas y victorias de Alfonso, yerno de Pelayo, que, á ejemplo de Recaredo, de quien descendia, tomó el renombre de Católico. Murió Leon y dejó, así el imperio como la iglesia, en una grande agitacion. Artabaces, pretor de Armenia, se hizo proclamar emperador en lugar de Constantino Copronimo, hijo de Leon, y restableció las imágenes. Después de la muerte de Cárlos Martel, amenazó Luitprando nuevamente á Roma: el exarcado de Rávena estuvo en peligro, y la Italia debió su libertad á la prudencia del papa san Zacarías. Embarazado Constantino en el oriente, solo cuidaba de restablecerse; derrotó á Artabaces, tomó á Constantinopla y la aterró con castigos. Los dos hijos de Cárlos Martel, Carloman y Pepino, habian sucedido en el poder á su padre; pero, disgustado Carloman del siglo, en medio de sus grandezas y de sus victorias, abrazó la vida monástica. Por este medio reunió Pepino todo el poder en su persona: súpole mantener con su gran mérito, y formó el designio de elevarse al trono. Childerico, el mas infeliz de todos los príncipes, le abrió el camino y juntó á la calidad de perezoso la de insensato. Disgustados de ambas los franceses y acostumbrados tanto tiempo hacia á la casa de Cárlos Martel, fecunda en hombres grandes, no tenian otro embarazo que el juramento que habian prestado á Childerico. Con la respuesta del papa Zacarías se creyeron libres, y tanto mas separados de él, cuanto hacia ya mas de doscientos años que su rey y sus antepasados parecian haber renunciado al derecho de mandarlos, dejando unir todo el poder al cargo del maestre del palacio. Así, Pepino fué elevado al trono, y reunió el nombre de rey al de la autoridad. Halló el papa Estéban en el nuevo rey el mismo celo que Cárlos Martel habia tenido para la Santa Sede contra los lombardos. Después de haber infructuosamente implorado el socorro del emperador, se echó este papa en brazos de los franceses. Recibióle el rey en Francia con respeto, y quiso ser consagrado y coronado por su mano. Al mismo tiempo pasó los Alpes, libertó á Roma y al exarcado de Rávena, y redujo á Astolfo, rey de los lombardos, á una paz justa. El emperador entretanto hacia la guerra á las imágenes, y por buscarse el apoyo de la autoridad eclesiástica, juntó un numeroso concilio en Constantinopla. Pero no comparecieron, contra la costumbre, los legados de la Santa Sede, ni los obispos ó legados de las otras sillas patriarcales (1). En este concilio ilegítimo, no solo se condenó como idolatría todo el culto dado á las imágenes en memoria de los originales, sí que tambien la escultura y pintura, como artes detestables (2): opinion peculiar de los sarracenos, cuyos consejos, se decia, haber Leon seguido cuando derribó las imágenes. Con todo esto, nada se dijo contra las reliquias; y así el concilio de Copronimo

(1) Conc. Nic. II. act. 6. t. 7. Conc. col. 395. (2) Ibid. definis. Pseudo syn. C. P. col. 458, 506.

no prohibió el honrarlas, antes bien fulminó el anatema contra los que rehusasen recurrir á las oraciones de la Vírgen Santísisima y de los santos (1). Los católicos, perseguidos por el culto que daban á las imágenes, respondieron al emperador que antes sufririan las mas extremadas penalidades que dejar de honrar á Jesucristo, aun en su sombra. Entretanto Pepino repasó los Alpes y castigó al infiel Astolfo que rehusaba ejecutar el tratado de paz. No recibió jamás la iglesia romana dón mas bello que el que le hizo entónces este piadoso príncipe. Dióle las ciudades que habia recobrado de los lombardos burlándose de Copronimo que pedia su restitucion; siendo él quien no habia podido defenderlas. Desde este tiempo fuéron poco reconocidos en Roma los emperadores, pues se hicieron allí despreciables por su flaqueza y odiosos por sus errores; y Pepino fué mirado como protector del pueblo y de la iglesia romana, cuya calidad se hizo como hereditaria en su casa y en los reyes de Francia. Carlo-Magno, hijo de Pepino, la mantuvo con no menor esfuerzo que piedad. El papa Adriano recurrió á él contra Desiderio, rey de los lombardos, que habia tomado muchas ciudades y amenazaba á toda la italia. Pasó Carlo-Magno los Alpes: todo se le humilló; Desiderio vino á su poder; los reyes lombardos, enemigos de Roma y de los papas, fuéron destruídos; Carlo-Magno se hizo coronar rey de Italia, y tomó el título de rey de los franceses y de los lombardos. Ejerció al propio tiempo, en Roma misma, la autoridad suprema, con el carácter de patricio, y confirmó á la Santa Sede las donaciones del rey su padre. Los emperadores resistian con dificultad á los búlgaros, y en vano imploraban contra Carlo-Magno á los lombardos desposeidos. La contienda sobre las imágenes duraba siempre. Pareció al principio que Leon III, hijo de Copronimo, se hubiese aplacado; pero renovó la persecucion desde el punto en que se creyó seguro. Murió bien presto. Sucedióle su hijo Constantino á la edad de diez años, y reinó bajo la tutela de la emperatriz Irene, su madre. Comenzaron entónces las cosas á mudar de aspecto. Paulo, patriarca de Constantinopla, declaró al fin de su vida que habia hecho guerra á las imágenes contra su conciencia, y se retiró á un monasterio donde delante de la emperatriz lloró la infelicidad de la iglesia de Constantinopla, separada de las cuatro sillas patriarcales, y le propuso la celebracion de un concilio general, como único remedio para mal tan grave. Su sucesor Tarasio sostuvo que la cuestion no se habia juzgado segun su órden, por haberse principiado por un decreto del emperador seguido de un concilio tenido contra la forma regular, cuando en materias de religion toca al concilio empezar y á los emperadores apoyar el juicio de la iglesia. Fundado en esta razon, no aceptó el patriarcado sino con la condicion de que se tendria un concilio universal. Empezóse este en Constantinopla y continuó en Nicea; el papa envió á él sus legados; fué el concilio de los iconoclastas condenado, y ellos detestados como gentes, que, á ejemplo de los sarracenos, acusaban de idólatras á los cristianos. Decidióse que fuesen honradas las imágenes en memoria y reverencia de los originales, lo cual se llama en el concilio « culto relativo, adoracion y salutacion honoraria, » que se opone al « culto supremo y á la adoracion de latría ó de entera sujecion, » que el concilio reserva solo á Dios (2). Á mas de los legados de la Santa Sede, y de la presencia del patriarca de Constantinopla, concurrieron allí legados de otras sillas patriarcales, oprimidas entónces por los infieles. Algunos les han disputado su mision; pero lo que no se les ha disputado es, que, tan lejos estuvieron de negarla, como que todas aceptaron el concilio sin que se descubran señas de contradiccion; y así fué recibido en toda la iglesia. Rodeados los franceses de idólatras ó de cristianos nuevos, cuyas ideas temian turbar, y fuera de esto, embarazados por la voz equívoca de adoracion, dudaron largo tiempo. Entre todas las imágenes no querian dar culto sino á la de la cruz, absolutamente diversa de las figuras que creian los paganos llenas de divinidad. Conservaron no obstante en lugar decente, y aun en las iglesias, las demás imágenes, y desterraron á los iconoclastas, y la diferencia que en esto quedó, no produjo cisma alguno. Conocieron en fin los franceses que no pedian los padres de Nicea para las imágenes sino el propio género de culto, observada toda la proporcion, que ellos mismos practicaban con las reliquias, con el libro del evangelio y con la cruz: en fin, fué venerado este concilio en toda la cristiandad con el nombre de séptimo concilio general.

Así, hemos visto los siete concilios generales recibidos con igual reverencia en el oriente que en el occidente, en la iglesia griega que en la latina. Convocaban los emperadores estas grandes asambleas por la suprema autoridad que tenian sobre todos los obispos, ó á lo menos sobre los mas principales, de quienes dependian los demás, y que eran entónces súbditos del imperio. Érales suministrado carruaje público de órden de los príncipes, aunque siempre se hacian estas sagradas juntas con la aprobacion y consentimiento de los sumos pontífices. Juntábanse estos concilios en el oriente donde tenian su residencia; y ordinariamente enviaban á ellos sus comisarios para mantener el órden. Congregados así los obispos con los legados de la sede apostólica, si el pontífice no asistia personalmente, llevaban estos consigo la autoridad del Espíritu Santo y la tradicion de las iglesias. Habia, desde el orígen del cristianismo, tres sedes principales que precedian á las demás; la de Roma, la de Alejandría, y la de Antioquía. El concilio niceno habia aprobado que el obispo de la santa ciudad tuviese la misma preeminencia (1). El segundo y cuarto concilio elevaron la sede de Constantinopla y quisieron que fuese la segunda (2). Así se formaron cinco sedes que con el curso del tiempo se hicieron patriarcales. Érales concedida la preferencia en el concilio. Entre estas sedes, la de Roma era siempre mirada como la primera; el concilio de Nicea regló las otras sobre su modelo (3). Habia tambien obispos metropolitanos que eran las cabezas de las provincias y precedian á los demás obispos. Empezóse bien tarde á llamarlos arzobispos; pero no era menos reconocida su autoridad. Cuando estaba formado el concilio se proponia la Sagrada Escritura y se leian los lugares antiguos, testigos de la tradicion; y la tradicion era lo que interpretaba la Escritura: creíase que su sentido verdadero era aquel en que los siglos pasados habian convenido; y ninguno presumia tener autoridad para interpretarlo de otro modo. Los que rehusaban sujetarse á las decisiones del concilio eran anatematizados. Una vez quedaba explicada la fé, se reglaba la disciplina eclesiástica y se formaban los cánones, esto es, las reglas de la iglesia. Creíase que la fé era inalterable;

(1) Ibid. Pseudo synod. C. P. Can. IX. et XI. Col. 523, 527.
(2) Con. Nic. II. act. 7. t. 7. Conc. col. 555.

(1) Con. Nic. can. 7. tom. 2, Conc. col. 31. (2) Conc. C. P. I. can. 3. ibid. col. 948. Conc. Chalced. Can. 28. tom. 4. col. 769. (3) Conc. Nic. can 6. ubi sup.

y que, aunque pudiese la disciplina recibir algunas alteraciones segun los tiempos y lugares, era necesario aplicarse en todo lo posible á una perfecta imitacion de la antigüedad. En cuanto á lo demás, los papas no asistieron á los primeros concilios generales sino por sus legados; pero expresamente aprobaron la doctrina, y no hubo en la iglesia absolutamente mas que una fé.

Hicieron Constantino é Irene ejecutar religiosamente los decretos del séptimo concilio; pero no tuvo igual firmeza el resto de su conducta. El jóven príncipe, á quien su madre hizo casar á disgusto, se entregaba á amores ilícitos; y cansado de obedecer á una madre tan imperiosa, procuraba alejarla de los negocios en que, á su pesar, ella intervenia y se mantenia. Reinaba en España Alfonso el Casto. La continencia perpétua que guardó este príncipe le merece este excelente renombre, y le hizo digno de libertar á la España del infame tributo de cien doncellas que habia su tio Mauregato concedido á los moros. Setenta mil de aquellos infieles, muertos en una batalla con Magut, su general, fuéron testigos del valor de Alfonso. Tambien procuraba Constantino señalarse contra los búlgaros; pero no correspondieron los sucesos á sus esperanzas. Destruyó en fin todo el poder de Irene; é incapaz de gobernarse por sí, tanto como de sufrir el mando de otro, repudió á su mujer María, por casarse con Teodora, que estaba á su servicio. Irritada su madre, fomentó las turbulencias que causaron un grande escándalo; é hizo morir á Constantino por sus artificios. Ganó al pueblo moderando los tributos; y con una aparente piedad atrajo los monjes y el clero á sus intereses. Logró finalmente ser reconocida por única emperatriz. Despreciaron los romanos este gobierno y volvieron los ojos á Carlo-Magno, que sujetaba á los sajones, reprimia á los sarracenos, destruia las heregías, protejia á los papas, atraia al cristianismo las naciones infieles, restablecia las ciencias y la disciplina eclesiástica, solicitaba que se juntasen famosos concilios donde era admirada su profunda doctrina, y hacia sentir, no solo á Francia y España, sí que tambien á Inglaterra y Alemania, y por todas partes, los efectos de su piedad y de su justicia.

ÉPOCA XII.—Carlo-Magno ó el establecimiento del nuevo imperio.

En fin, el año 800 de Nuestro Señor, el gran protector de Roma y de Italia, ó por mejor decirlo, de toda la iglesia y de toda la cristiandad, elegido emperador por los romanos, sin que él pensase en esto, y coronado por el papa Leon III que habia inclinado al pueblo romano á esta eleccion, se hizo fundador del nuevo imperio y de la grandeza temporal de la Santa Sede. Tal fué Carlo-Magno.

Estas son, en resúmen, las doce épocas que he seguido en este epítome. Á cada una he aplicado los hechos principales que de ella dependen. Cada cual podrá ahora sin mucha dificultad disponer, segun el órden de los tiempos, los grandes acaecimientos de la historia antigua; y colocarlos, por decirlo así, cada uno bajo su estandarte.

No he olvidado en este epílogo aquella célebre distincion que hacen los cronólogos de la duracion del mundo en siete edades; y así, el principio de cada una nos sirve de época: si con estas mezclo otras, es á fin de que las cosas estén mas distinguidas; y que con menos confusion vea seguido el órden de los tiempos.

Cuando hablo de este órden, no pretendo que escrupulosamente se embarace nadie con todas las datas, ni menos que entre en todas las disputas de los cronólogos, en que por lo comun no se trata sino de pocos años de diferencia. La cronología contenciosa, que escrupulosamente se pára en estas minuciosidades, tiene sin duda su uso; pero no llama tan vivamente la atencion aunque sirve para ilustrar el entendimiento de un príncipe grande. De ningun modo he querido refinar los cálculos sobre este exámen de los tiempos; contentándome con seguir entre los ya hechos el que me ha parecido mas verosímil, sin empeñarme en su abono.

Que en el computo que se hace de los años desde el tiempo de la creacion hasta Abrahan sea necesario seguir á los setenta que hacen el mundo de mas edad, ó al hebreo que le hace de muchos menos siglos, aunque la autoridad del original hebreo deba prevalecer, es una cosa tan indiferente en sí misma, que la iglesia, que ha seguido con san Gerónimo el computo del hebreo en nuestra Vulgata, admite el de los setenta en nuestro martirologio. En efecto, ¿qué importa á la historia disminuir ó multiplicar siglos vacíos de que no hay que decir? ¿No basta que los tiempos en que son importantes las datas tengan señas fijas, y que esté la distribucion apoyada sobre fundamentos ciertos? Y, aun cuando en estos tiempos se disputase de algunos años, casi nunca serviria esto de embarazo; como por ejemplo, que sea preciso poner algunos años antes ó después la fundacion de Roma ó el nacimiento de Jesucristo: pues se ha podido reconocer que esta diversidad nada daña á la continuacion de las historias ni al cumplimiento de los consejos de Dios. Evítense los anacronismos que confunden el órden de los tiempos, y déjese disputar de las demás cosas á los sabios.

Tampoco quiero embarazar la memoria con la cuenta de las olimpíadas, aunque los griegos que usan de ellas las hagan necesarias para fijar los tiempos. Importa saber lo que son para recurrir á ellas en la necesidad; pero en cuanto á lo demás, bastará que se atenga uno á las datas que he propuesto como las mas llanas y las mas seguidas, que son, las del mundo hasta Roma, las de Roma hasta Jesucristo, y las de Jesucristo enteramente continuadas.

SEGUNDA PARTE.

LA CONTINUACION DE LA RELIGION.

CAPÍTULO I.—La creacion y los primeros tiempos.

Pero el verdadero designio de este epítome no es explicar el órden de los tiempos, aunque sea absolutamente necesario para atar todas las historias y mostrar la relacion que entre sí tienen. He dicho que mi principal objeto es hacer considerar en el órden de los tiempos la continuacion del pueblo de Dios y la sucesion de los grandes imperios.

Estas dos cosas andan juntas en este grande movimiento de los siglos en que tienen, por decirlo así, un mismo curso; pero es menester, para entenderlas bien, desunir algunas veces la una de la otra, y considerar todo lo que conviene á cada una de ellas.

Sobre todo la religion y la continuacion del pueblo de Dios, considerada de este modo, es el mayor y mas útil de todos los objetos que pueden proponerse á los hombres. Cosa excelente y bella es la representacion de los diversos estados de aquel pueblo, bajo la ley de la naturaleza y de los patriarcas; en tiempo de Moisés y de la ley escrita; en el de David y de los

profetas: después de la vuelta del cautiverio hasta Jesucristo; y finalmente en el de Jesucristo mismo, esto es, bajo la ley de gracia y del evangelio; con los siglos en que fué el Mesías esperado, y en los que vino; en los que el culto de Dios estuvo reducido á un solo pueblo, y en los que en conformidad con las antiguas profecías se ha difundido por todo el mundo; en aquellos en fin, en que los hombres, enfermos aun y toscos, necesitaron el ser sostenidos con recompensas y castigos temporales, y en los que los fieles mejor instruídos deben solamente vivir con la fé, asidos y aplicados íntimamente á los bienes eternos, tolerando con la esperanza de poseerlos todos los males que puedan ejercitar su paciencia.

Ciertamente, no es posible idear, ni se puede concebir cosa mas digna de Dios que haber escogido para sí un pueblo que fuese ejemplo palpable de su eterna providencia; un pueblo cuya buena ó mala fortuna dependiese de su piedad; y cuyo estado diese auténtico testimonio de la sabiduría y justicia del que le gobernaba. Por aquí empezó Dios, y esto es lo que hizo ver en el pueblo judaico. Pero después de haber establecido por tantas y tan perceptibles pruebas el incontrastable fundamento de que él solo dirige segun su voluntad todos los sucesos de la vida presente, era tiempo de elevar á los hombres á mas sublimes pensamientos; y de enviar á Jesucristo, á quien estaba reservado descubrir al nuevo pueblo, formado de todos los pueblos del mundo, los secretos de la vida futura.

Fácilmente podrá uno observar la historia de estos dos pueblos; y notar como Jesucristo hace la union de uno y otro: pues, ya esperado, ya venido, fué y es en todos tiempos el consuelo y la esperanza de los hijos de Dios.

En ella, pues, veremos la religion siempre uniforme, ó por mejor decir, siempre la misma desde el orígen del mundo del cual el mismo Dios ha sido reconocido como autor, y el mismo Jesucristo como Salvador del género humano.

Así conoceremos que nada hay mas antiguo entre los hombres que la religion cristiana; y que no sin razon nuestros antepasados y progenitores han puesto su mayor gloria y honra en ser protectores de ella.

¿Qué testimonio no es de su verdad ver claramente que en los tiempos en que las historias profanas solo tienen fábulas que contarnos, ó á lo mas hechos confusos y medio olvidados, la Escritura, que sin contradiccion puede llamarse el libro mas antiguo del mundo, nos conduce y guía por tantos sucesos individuales y por la misma continuacion de las cosas á su verdadero principio, que es Dios, autor de todas; y nos muestra tan distintamente la creacion del universo, particularmente la del primer hombre, la felicidad de su primer estado, las causas de sus miserias y de sus flaquezas, la corrupcion del mundo y el diluvio, el orígen de las artes y el de las naciones, la distribucion de las tierras, en fin la propagacion del género humano, y otros hechos de la misma importancia de que no hablan sino confusamente las historias humanas, obligándonos á buscar fuera de ellas sus orígenes ciertos?

Pues, si la antigüedad de la religion ha dado á esta tanta autoridad, su sucesion, continuada sin interrupcion ni alteracion por el curso de tantos siglos, y á pesar de tantos impedimentos sobrevenidos, da á ver manifiestamente ser la mano de Dios quien la sostiene.

¿Qué cosa hay mas maravillosa que verla subsistir siempre sobre los mismos fundamentos, desde el principio del mundo, sin que la idolatría ni la impiedad que por todas partes la cercaban, ni los tiranos que la han perseguido, ni los herejes é infieles que han procurado adulterarla, ni los cobardes que la han vendido, ni sus sectarios indignos que han intentado deshonrarla con sus delitos, ni en fin lo largo del tiempo, que por sí solo basta á abatir todas las cosas humanas, hayan podido jamás, no digo extinguirla, sino ni aun alterarla?

Si queremos considerar ahora la idea que esta religion, cuya antigüedad veneramos, nos da de su objeto, que es el PRIMER SER, confesaremos que es superior á todos los pensamientos, y digna de ser mirada como venida del mismo Dios.

Este Dios, á quien siempre han servido los hebreos y los cristianos, en nada tiene semejanza con aquellas deidades llenas, no solo de imperfeccion sino aun de vicio, que del resto del mundo eran adoradas. Nuestro Dios es uno, infinito, perfecto, el solo digno de vengar los delitos y de coronar las virtudes, porque solo él es la misma santidad.

Es infinitamente superior á aquella primera causa, y á aquel primer móvil conocido de los filósofos, aunque con todo eso no adorado. Los que de entre ellos sobresalieron mas, nos han propuesto un dios, que hallando una materia eterna y existente de sí misma, así como él, se sirvió de ella y la labró, como un artífice vulgar, forzado de sus eternas é increadas calidades á acomodarse en la obra á su naturaleza, sin poder jamás comprender que, si la materia existia por sí misma, no debió esperar su perfeccion de mano agena; y que, si Dios es infinito y perfecto, no necesitó para hacer todo lo que queria sino de sí mismo y de su voluntad omnipotente. Pero el Dios de nuestros padres, el Dios de Abrahan, el Dios cuyas maravillas nos escribió Moisés, no solamente ordenó el mundo, sí que enteramente le crió é hizo en su materia y su forma. Antes que él hubiese dado el sér, ninguna cosa le tuvo sino él solo. Está representado, como quien lo hace todo y que todo lo hace con su palabra omnipotente, así porque todo lo hace con suma razon, como porque todo lo hace sin dificultad; y que al ejecutar obras tan grandes, no le cuesta sino una palabra, esto es, que no le cuesta sino el quererlo.

Y seguiremos la historia de la creacion ya que la hemos empezado. Moisés nos ha hecho saber que este arquitecto poderoso á quien tan poco ó nada le cuestan las cosas, quiso hacerlas en muchas veces y criar el universo en seis dias, para mostrarnos que no obraba por necesidad ó por un ciego ímpetu, como lo imaginaron algunos ilusos filósofos. El sol despide, de un golpe solo, sin poder contenerse, cuantos rayos tiene; pero Dios, que obra por inteligencia y con una suprema libertad, aplica su virtud á donde quiere y cuando quiere: y como en hacer el mundo con su palabra muestra que nada le es difícil, en hacerle en muchas veces, manifiesta que es dueño de su materia, de su accion, de todo su intento, y que no tiene otra regla en el obrar que la de su voluntad, siempre recta por sí misma.

Esta árbitra conducta de Dios nos hace tambien ver que todo sale inmediatamente de su propia mano. Los pueblos y los filósofos que ilusos creyeron que la tierra mezclada con el agua y ayudada, si se quiere, del calor del sol, habia producido por sí misma y por su propia fecundidad las plantas y los animales, se engañaron muy neciamente. Pues la santa Escritura nos ha hecho entender que los elementos son estériles, si la palabra de Dios no los fecunda. Ni la tier-

ra, ni el agua, ni el aire habrian jamás tenido en sí las plantas y animales que en ellos vemos, si Dios, que habia hecho y preparado su materia, no las hubiese tambien formado con toda su poderosa voluntad, y dado á cada cosa las semillas propias para multiplicarse en todos los siglos.

Los que ven nacer y crecer las plantas por el calor del sol podrian creer ser este su criador: pero la Escritura nos hace ver á la tierra vestida de yerbas, y de toda especie de plantas, antes que el sol fuese criado, á fin de que concibamos que todo depende de Dios solo.

Quiso este grande artífice criar la luz, aun antes de reducirla á la forma que le dió en el sol y en los astros: porque el mismo Señor queria enseñarnos que estos grandes y magníficos luminares, que algunos engañados gentiles han querido convertir en deidades, no tenian por sí mismos ni la materia preciosa y resplandeciente de que han sido compuestos, ni la forma admirable á que los vemos reducidos.

En fin, la relacion de la creacion del modo que está hecha por Moisés, nos descubre el gran secreto de la verdadera filosofía de que solo en Dios reside la fecundidad y el poder absoluto; bienaventurado, sabio, omnipotente, solo suficiente en sí mismo, obra sin precision, como obra sin necesidad, jamás forzado ni embarazado por la materia, de la cual hace lo que quiere, porque le ha dado por su voluntad el fondo de su sér. Por este supremo derecho la da vida, la forma, la mueve sin dificultad; todo depende inmediatamente de él; y si una cosa depende de otra, segun el órden establecido en la naturaleza, como por ejemplo el nacimiento y crecimiento de las plantas del calor del sol, es porque este mismo Dios, que ha hecho todas las partes del universo, ha querido enlazar las unas con las otras, y hacer resplandecer su sabiduría por esta encadenacion maravillosa.

Pero todo lo que nos enseña la sagrada Escritura sobre la creacion del universo, es nada en comparacion de lo que dice de la creacion del hombre.

Hasta aquí todo lo habia hecho Dios mandando y con solo decir: « Sea hecha la luz; que se extienda el firmamento en medio de las aguas; que las aguas se retiren; quede la tierra descubierta y produzca; que haya dos grandes astros que dividan el dia de la noche; que las aves y los peces salgan del seno de las aguas; que la tierra produzca los animales, segun sus diferentes especies (1). » Pero cuando se trata de criar al hombre, halla Moisés en Dios un nuevo modo de explicarse, diciendo: « Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza (2). »

Ya no es aquella palabra imperiosa y dominante; es una palabra mucho mas dulce, aunque no menos eficaz: pues aquí observamos que Dios tiene consejo en sí mismo; que Dios se excita como para manifestarnos que la obra que va á emprender excede á cuantas hasta entónces habia hecho. Con decir despues de lo demás: « Hagamos al hombre, » Dios habla en sí mismo; habla á alguno que hace como él; á alguno, cuya criatura é imágen es el hombre; habla á un otro sí mismo; habla á aquel por quien todas las cosas han sido hechas; aquel, que dice en su evangelio: « Todo lo que el Padre hace, el Hijo igualmente lo hace (3). » Hablando á su Hijo ó con su Hijo, habla al mismo tiempo con el Espíritu todo poderoso, igual y coeterno al uno y al otro.

Cosa es inaudita en todo el estilo de la Escritura, que otro que Dios haya hablado de sí mismo en número plural, diciendo: « Hagamos. » Aun Dios mismo no habla así en ella sino dos ó tres veces; y empieza este extraordinario estilo á descubrirse cuando se trata de criar al hombre.

Cuando Dios muda de estilo y en alguna manera de conducta, no es que se mude en sí mismo; sí que nos muestra que en conformidad con sus consejos eternos va á empezar un nuevo órden de cosas.

Así, el hombre tan altamente elevado sobre todas las criaturas cuya generacion nos habia descrito Moisés, está producido de un modo todo nuevo. La Trinidad empieza á declararse al hacer á la criatura racional, cuyas operaciones intelectuales son una imágen, aunque imperfecta, de aquellas eternas operaciones por quienes Dios es fecundo en sí mismo.

La palabra « Consejo, » con que Dios procede y se explica, denota que la criatura que va á hacer es la única que puede obrar con consejo y por inteligencia. No es menos extraordinario todo lo restante. Ni habiamos hasta allí visto, en la historia del Génesis, el dedo de Dios aplicado sobre una materia corruptible. Para formar el cuerpo del hombre él mismo toma la tierra (1); y esta tierra ordenada debajo de tal mano, recibe la mas bella y excelente forma que se haya hasta ahora dejado ver en el mundo.

Esta atencion particularmente singular, que se descubre en Dios cuando hace al hombre, nos muestra la consideracion especial que para él tiene, aunque por otra parte todo vaya inmediatamente dirigido por su sabiduría.

Pero el modo con que produce el alma es mucho mas maravilloso: porque no la saca de la materia, sino que desde arriba la inspira: este es un aliento de vida que viene de él mismo: pues el sagrado texto dice: « Et inspiravit in faciem ejus (hominis) spiraculum vitæ, et factus est homo in animam viventem. »

Cuando crió los animales dijo: « Que el agua produzca los peces, » y de esta suerte crió los mónstruos marinos y todas las almas que viven y se mueven, que debian llenar las aguas. Tambien dijo: « Que la tierra produzca toda alma viviente, las bestias de cuatro piés y los reptiles (2). »

Así debian nacer las almas que viven una vida bruta y bestial, á quienes no da Dios otra accion que unos movimientos dependientes del cuerpo; y á estas las saca del seno de las aguas; pero aquella alma cuya vida habia de ser una imitacion de la suya; que debia vivir como él de razon y de inteligencia; que debia estarle unida por medio de la contemplacion y del amor; y que por esto debia ser hecha á su imágen, no podia ser sacada de la materia. Dios bien puede, labrando la materia, formar un bello cuerpo, pero de cualquier modo que la tornee y que la figure ó la forme, jamás hallará en ella su imágen, y el alma que puede ser bienaventurada poseyéndole, debe ser producida por una nueva creacion; debe venir de arriba; y esto es lo que significa aquella respiracion de vida que saca Dios de su boca (3).

Acordémonos que Moisés propone á los hombres carnales, por medio de imágenes sensibles, verdades puras é intelectuales. No creamos que Dios respire á la manera de los animales. Ni creamos que nuestra alma sea un aire sutil, ni un vapor aéreo. Pues el aliento que Dios inspira, y que en sí mismo lleva la imágen de Dios, no es aire ni vapor. No creamos tampoco que sea nuestra alma una porcion de la naturaleza divina, segun el delirio de algunos filósofos. Dios no es un todo que se parte ni se divide. Y

(1) Gen. 1. 3. etc. (2) Ibid. 26. (3) Joan. v. 19.

(1) Gen. II. 7. (2) Ibid. I. 20. 24. (3) Ibid. II. 7.

aun cuando Dios tuviese partes, serian partes increadas: porque el Criador, el ser increado no estaria compuesto de criaturas. El alma está hecha, y de tal modo hecha, que nada de ella es de la naturaleza divina; pero es cosa hecha solamente á su imágen y semejanza: una cosa que debe siempre permanecer unida al que la ha formado: esto es lo que significa aquel aliento divino; esto es lo que nos representa aquel espíritu de vida.

Ya está el hombre formado. De él forma Dios tambien la compañera que quiere darle. Todos los hombres nacen de un solo matrimonio, á fin de ser siempre, por esparcidos y multiplicados que estén, de una sola y misma familia.

Formados así nuestros primeros padres, se les da, para que le habiten, aquel delicioso jardin que se llama paraíso: Dios, pues, se debia á sí mismo hacer dichosa y feliz á su imágen, mirándola como suya.

Impone al hombre un precepto, para hacerle conocer que tiene Señor; un precepto aplicado á una cosa sensible, porque el hombre está hecho con sentidos: un precepto fácil, porque así queria hacerle la vida cómoda, en tanto que fuese inocente y se mantuviese obediente y sin culpa.

No guarda el hombre un precepto de tan fácil observancia: escucha al espíritu tentador y se escucha á sí mismo, en vez de escuchar únicamente á Dios: su perdicion es ya inevitable; pero es menester considerarla así en su orígen como en sus consecuencias.

Habia Dios hecho al principio á sus ángeles, espíritus puros, sin mezcla de materia. Y como no hace cosa que no sea buena, los habia criado á todos en la santidad; y ellos podian asegurar su felicidad con darse voluntariamente á su Criador. Pero todo lo que ha salido de la nada, es defectuoso. Una parte de aquellos ángeles se dejó engañar de su amor propio. Pobre criatura la que en sí misma se complace y no en Dios, pues pierde en un momento todos sus bienes. Extraño efecto del pecado. Aquellos espíritus resplandecientes se mudaron, se transformaron en tinieblas, no hubo luz de cuantas tuvieron que no se convirtiese en maliciosas astucias. Una maligna envidia ocupó en ellos el lugar de la caridad; su natural grandeza no fué despues sino soberbia: su felicidad fué trocada en el triste consuelo de procurarse compañeros en su miseria; y sus bienaventurados ejercicios en el miserable empleo de tentar á los hombres. El mas perfecto de todos, que tambien habia sido el mas soberbio, se halló el mas pernicioso, y el mas infeliz. El hombre «á quien Dios habia criado de naturaleza un poco inferior á los ángeles, uniéndole á un cuerpo (1),» se hizo para aquel espíritu tan perfecto un objeto de envidia. Quiso, pues, arrastrarle á su rebelion para envolverle despues en su ruina. Escuchemos cómo le habla y penetremos en el fondo de sus artificios. Encamínase á Eva, como á la mas flaca; pero en la persona de Eva no menos habla á su marido que á ella misma, y le pregunta: «¿Porqué os ha puesto Dios esta prohibicion (2)?» Si os ha hecho racionales, debeis saber la razon de todo: este fruto no es veneno, «no morireis por él.» Hé aquí por donde empieza el espíritu de la rebelion. Discurre en esto sobre el precepto y pone en duda la obediencia. «Vosotros sereis como dioses,» libres é independientes; felices en vosotros mismos; sabios por vosotros mismos: «Sabreis el bien y el mal (3),» nada os será impenetrable. Por estos motivos se levanta el espíritu contra el órden de su Criador y quiere hacerse superior á la regla dada por Dios. Eva, medio rendida, mira el fruto cuya belleza prometia «un gusto excelente (1).» Viendo que Dios habia unido el espíritu y el cuerpo en el hombre, creyó que tambien podria, en favor suyo, haber aplicado á las plantas virtudes sobrenaturales, y dones intelectuales á los objetos sensibles. Después de haber comido de aquel hermoso fruto, le presentó ella misma á su marido. En peligroso combate está Adan puesto. El ejemplo y la complacencia fortifican la tentacion; abraza los dictámenes de un tentador, tan perfectamente secundado; una engañosa curiosidad; un lisonjero pensamiento de altivez; el gusto secreto de obrar por sí mismo, y segun sus propios pensamientos, le atrae y le ciega; resuélvese á hacer una peligrosa prueba de su libertad; y gusta con el fruto prohibido la perniciosa dulzura de contentar su espíritu; mezclan los sentidos su atraccion á este nuevo encanto: síguelos él, sujétase á ellos, y se hace su cautivo el que era su señor.

Todo al mismo tiempo se muda para él. Ya no le es risueña ni obediente la tierra, como antes; ni le rendirá nada sin un porfiado trabajo; ya el cielo no tiene aquella serenidad primera; los animales, que todos, aun los mas horribles y feroces le servian de un divertimiento inocente, toman para afligirle formas espantosas (2). Dios, que lo habia hecho todo para su felicidad, todo en un punto lo convierte en su castigo; á sí mismo se sirve de tormento, el que tanto amor se habia tenido á sí propio; la rebelion de sus sentidos le hace advertir en sí un no sé qué de vergonzoso. Ya no es esta aquella primera obra del Criador, llena de toda hermosura; el pecado ha hecho otra obra que es preciso encubrirla. No puede el hombre tolerar ya su afrenta; y quisiera poder ocultarla á sus propios ojos. Pero Dios se le hace aun mas insufrible. Este gran Dios, que le habia criado á su semejanza y dádole sentidos, como un socorro necesario para su espíritu, se dignaba mostrársele bajo una forma perceptible: no puede el hombre tolerar ya su presencia, y busca lo mas oculto de las selvas por robarse al que era antes toda su delicia (3). Su conciencia le acusa primero que Dios le hable; sus pobres excusas acaban de confundirle. Forzoso es que muera: ha perdido ya la inmortalidad; y una muerte mas espantosa, que es la del alma, le está figurada en esta corporal á que se le condena.

Pero heos aquí nuestra sentencia pronunciada en la suya. Dios, que habia resuelto recompensar su obediencia en toda su posteridad, luego que se le rebela le condena y castiga, no solo en su persona, sí que tambien en todos sus hijos, como en la mas viva y mas amada parte de sí mismo: así, todos estamos malditos en nuestro principio; así, nuestro nacimiento está viciado é infecto en su orígen.

No examinemos aquí estas reglas terribles de la justicia divina, por las cuales está maldita en su orígen la extirpe humana. Adoremos los juicios de Dios que mira á todos los hombres como á un hombre solo en aquel de quien quiere que desciendan todos. Miremonos tambien como degradados en nuestro padre rebelde; como deslustrados para siempre por la sentencia que le condena; como desterrados con él y excluidos del paraíso, que es la patria que habia de darnos.

Las reglas de la justicia humana nos podrán ayudar á entrar en las profundidades de la justicia divina, de que son una sombra; pero no son capaces de

(1) Ps. VIII. 6. (2) Gen. III. 1. (3) Ibid. 5.

(1) Gen. 6. (2) Ibid. III. 7. (3) Ibid. 3.

descubrirnos el fondo de este abismo. Creamos que, así la justicia como la misericordia de Dios, no pueden ser medidas por las de los hombres, y que aquellas tienen efectos mucho mas extensos y mucho mas profundos.

Pero en tanto que los rigores de Dios con el género humano nos espantan, admiremos como vuelve nuestra atencion á un objeto mas agradable. Bajo de la figura de la serpiente (1), cuyo torcido arrastramiento era una viva imágen de las perniciosas insinuaciones y de los rodeos engañosos del espíritu maligno, hace Dios ver á Eva nuestra madre, vencido su enemigo, y le muestra la « semilla bendita, » que habia « de quebrantar la cabeza » á aquel pernicioso vencedor, esto es, que habia de humillar su soberbia y abatir su imperio por todo el mundo.

Esta semilla bendita era Jesucristo, hijo de una inmaculada vírgen; el cual en Adan no habia pecado, porque descenderia de Adan de un modo divino; concebido nó del hombre sino del Espíritu santo.

Pero antes de darnos al Salvador, era preciso que por una larga experiencia conociese el género humano la necesidad que tenia de tal socorro. Fué, pues, el hombre abandonado á sí mismo; sus inclinaciones se corrompieron; sus desórdenes llegaron al exceso; y la inquietud cubrió toda la superficie de la tierra.

Resolvió Dios imponer un castigo del cual quiso se acordasen siempre los hombres; y les envió el diluvio universal, cuya memoria en efecto aun dura entre todas las naciones, así como la de los delitos que le causaron.

No piensen, pues, ya los hombres que el mundo por sí mismo se rija; y que lo que ha sido será siempre como de sí mismo: pues Dios, que todo lo ha hecho y por quien todo subsiste, quiere anegar á todos los animales con todos los hombres; esto es, quiere destruir la mas hermosa parte de su obra, afeada por el pecado.

No necesitaba Dios sino de sí mismo para destruir lo que con una palabra habia hecho; pero halló por mas digno de su grandeza el que sirviesen sus criaturas de instrumento á su venganza; y llamó las aguas para asolar la tierra cubierta é inundada de abominables delitos.

Hallóse no obstante entre tantos pecadores un hombre justo, Noé, á quien Dios, antes de salvarle del diluvio de las aguas, habia preservado por su gracia del diluvio de la iniquidad. Fué su familia reservada para volver á poblar la tierra expuesta á no ser ya mas que una soledad inmensa. Por el cuidado de este hombre justo salva Dios á los animales á fin de que el hombre entienda que están hechos para él y sujetos á su imperio por su Criador.

El mundo se renueva y sale otra vez la tierra del seno de las aguas, pero queda en esta renovacion una impresion eterna de la venganza divina. Era toda la naturaleza hasta el diluvio muy fuerte y vigorosa; pero con aquella inmensa cantidad de aguas que Dios condujo sobre la tierra, y por la dilatada mansion que en ella hicieron, las substancias que en sí encerraba fueron alteradas: el aire cargado de una humedad excesiva fortificó los principios de la corrupcion; y hallándose debilitada la primera constitucion del universo, la vida del hombre que se esforzaba á llegar á cerca de mil años, se disminuyó poco á poco; las yerbas y los frutos no tuvieron ya su primitiva fuerza, y fué preciso dar á los hombres un alimento mas substancioso en la carne de los animales.

(1) Gen. III. 14. 15.

Así habian de desaparecer y borrarse poco á poco los residuos de la primera institucion, y la naturaleza mudada advertia al hombre que ya Dios no le miraba tan propiciamente después que estuvo irritado por tantos delitos.

Aquella larga vida de los primeros padres notada en los anales del pueblo de Dios, no ha sido desconocida á los demás pueblos, y sus antiguas tradiciones han conservado su memoria (1). La muerte, que se anticipaba, hizo sentir á los hombres una venganza mas pronta; y como cada dia se sumergian mas y mas en los vicios, era preciso que tambien fuesen, por decirlo así, mas sumergidos cada dia en su castigo.

La mudanza sola de alimentos podia advertirles cuánto se iba su naturaleza deteriorando: pues al paso que se hacian mas débiles, se hacian mas voraces y sangrientos. El alimento que antes del diluvio tomaban los hombres en los frutos, que por sí mismos caian, y en las yerbas que con tanta presteza sazonadas se enjugaban, era sin duda algun vestigio de la primera inocencia, y de la dulzura que la naturaleza nos infundia. Ahora para alimentarnos, es preciso derramar sangre, apesar del horror que nos causa; y todos los primores de que nos servimos para cubrir nuestras mesas, apenas bastan á disfrazar los cadáveres que necesitamos comer para satisfacernos y tal vez hartarnos.

Pero no es esto mas que una mínima parte de nuestras desgracias. La vida ya acortada se abrevia tambien por las violencias que se introducen en el género humano. El hombre, que en los primeros tiempos se abstenia de ensangrentarse en los animales, se ha acostumbrado á no ser ya piadoso con la vida de sus semejantes. En vano, por nuestra causa, Dios prohibió inmediatamente después del diluvio el cruel acto de verter sangre humana: en vano, por salvar algun vestigio de la primera dulzura de nuestra naturaleza, permitiendo comer la carne de los animales, exceptuó su sangre (2). Los homicidios se multiplicaron sin medida. Verdad es que Caín, antes del diluvio, habia sacrificado á su hermano á su envidia (3): que Lamec, descendiente de Caín, habia cometido el segundo homicidio (4); y es creible que se consumasen otros con estos detestables ejemplares. Pero aun no estaban inventadas las guerras. Después del diluvio fué cuando salieron aquellos asoladores de provincias á quienes han llamado conquistadores, que, impelidos solo de la falaz honra del mundo, exterminaron á tantos inocentes. Nembrot, maldito renuevo de Cam y maldito por su padre, empezó á hacer la guerra solo por fundar un imperio (5). Desde entónces ha jugado la ambicion sin límite alguno la vida de los hombres; y ellos han llegado al punto de matarse entre sí, aun sin aborrecerse; teniendo por colmo de honrosa gloria y por la mas noble de todas las artes el destruirse los unos á los otros.

Estos son los principios del mundo, tales como la historia de Moisés nos los representa: principios en su orígen felices, llenos después de infinitos males; y atendiendo á Dios que todo lo hace, siempre admirables: tales en fin, que con repasarlos por nuestra memoria, aprendemos á considerar al universo y al género humano, siempre bajo la mano del Criador; sacado de la nada por su palabra; conservado por su bondad; gobernado por su sabiduría; castigado por

(1) Manetth. Beros. Hæstiæ. Nic. Dam. et alii apud Joseph. Antiq. lib. 4. Hesiod. Op. et dic. (2) Gen. IX. 4. (3) Ibid. IV. 8. (4) Gen. lib. 23. (5) Gen. X. 9.

su justicia; librado por su misericordia; y siempre sujeto á su poder.

No es, pues, este universo como le concibieron los filósofos, formado, segun algunos, por un concurso casual de primeros cuerpos; ó que, segun los mas científicos entre ellos, suministró el mismo su materia á su autor; y que por consiguiente no depende de él, ni en el fondo de su sér, ni en su primer estado; antes bien le sujeta á ciertas leyes que no puede alterar. Es muy otro de lo que ellos se imaginaron.

Moisés, y nuestros antiguos padres, cuyas tradiciones recogió, nos dan diversos conceptos. El Dios que él nos ha mostrado tiene muy diferente poder: puede hacer y deshacer como quiere; da leyes á la naturaleza y las altera cuando es su gusto, como autor supremo.

Si para darse á conocer cuando la mayor parte de los hombres le habia olvidado, obró milagros asombrosos, y obligó á la naturaleza á salir de sus leyes mas constantes, fué para continuar mostrando en esto que él era el dueño absoluto, y que su voluntad es el único lazo y vínculo que mantiene el órden del universo.

Esto es puntualmente lo que habian los hombres olvidado: la estabilidad de un órden tan acorde y tan hermoso, no servia mas que para persuadirles que este órden habia siempre sido y era de sí mismo; y esto les inducia á adorar, alucinados, al mundo en general ó á los astros, á los elementos, y en fin á todos aquellos grandes cuerpos que le componen. Dios, pues, ha dado testimonio al género humano de una bondad digna de sí, invirtiendo en ocasiones magníficas este órden que no solamente les hacia ya impresion, porque á él estaban acostumbrados, sí que aun les inclinaba (tan ciegos estaban) á imaginar fuera de Dios la eternidad y la independencia.

La historia del pueblo de Dios, autorizada por su misma continuacion y por la religiosidad, así de los que la escribieron como de los que tan cuidadosamente la conservaron, ha guardado como en un fiel registro la memoria de aquellos milagros con que nos da la verdadera idea del supremo imperio de Dios, Señor omnipotente en sus criaturas, ya sea para tenerlas sujetas á las leyes generales que ha establecido, ó ya para darles otras, cuando juzgare que es necesario despertar con algun golpe asombroso al género humano adormecido.

Este es el Dios que Moisés nos propuso en sus escritos como el único á quien debíamos servir. Este es el Dios que adoraron los patriarcas antes de Moisés; en una palabra, el Dios de Abrahan, de Isaac y de Jacob, á quien nuestro padre Abrahan quiso sacrificar su hijo único; de quien Melquisedec, figura de Jesucristo, era el pontífice; á quien nuestro padre Noé ofreció un sacrificio al salir del arca; á quien el justo Abel habia reconocido ofreciéndole lo mas precioso que tenia; á quien Sem, dado á Adan en lugar de Abel, habia hecho conocer á sus hijos, llamados tambien los hijos de Dios; á quien Adan habia asimismo mostrado á sus descendientes, como á aquel de cuyas manos se habia visto recientemente salir formado, y como el único que podia poner fin á los males de su posteridad desgraciada.

Excelente filosofía la que nos da ideas tan puras del autor de nuestro sér. Bella tradicion la que nos conserva la memoria de sus obras magníficas. Santo pueblo el de Dios pues por una continuacion no interrumpida desde el orígen del mundo hasta nuestros dias, ha conservado siempre una tradicion y una filosofía tan santa.

Pero como el pueblo de Dios tomó en el tiempo del patriarca Abrahan una forma mas arreglada, es necesario, detenernos un poco tocante á este grande hombre, celebérrimo padre de los creyentes.

CAP. II. — Abrahan y los patriarcas.

Nació este santo patriarca cerca de trescientos cincuenta años después del diluvio, en un tiempo que la vida humana, aunque reducida á límites mas estrechos, era aun muy larga. Noé acababa de morir. Sem, su hijo mayor, aun vivia, y Abrahan pudo pasar con él casi toda la vida.

Representémonos, pues, el mundo todavía nuevo, y digámoslo así, todo mojado por las aguas del diluvio, cuando los hombres, tan cerca del orígen de las cosas, no necesitaban para conocer la unidad de Dios y el servicio que le era debido, sino de la tradicion, que desde Adan hasta Noé se habia conservado: tradicion, á mas de esto, tan conforme con las luces de la razon que parecia que una verdad tan clara y tan importante no podria jamás obscurecerse, ni olvidarse entre los hombres. Este fué el primer estado de la religion que duró hasta Abrahan, en que para conocer las grandezas de Dios, no tenian los hombres que consultar, sino con su razon y su memoria.

Pero estaba la razon muy débil y viciada: y al paso que se alejaban del orígen de las cosas, confundian los hombres las especies que habian recibido de sus antepasados. Los hijos indóciles ó mal enseñados, no querian dar crédito á sus abuelos decrépitos, á quienes al través de tantas generaciones apenas conocian: embrutecida la mente humana, no podia elevarse á las cosas intelectuales; y no queriendo ya los hombres adorar sino lo que veían, se iba difundiendo la idolatría por todo el mundo.

Entónces el espíritu que habia engañado al primer hombre, probaba todo el fruto de su seduccion y veía el entero efecto de aquellas palabras: « Sereis como dioses. » Desde el punto que las pronunció tendia á confundir en el hombre la idea de Dios con la de la criatura; y á dividir un nombre cuya majestad consiste en ser incomunicable. Lograba su designio: porque, sepultados los hombres en la carne y sangre, habian con todo conservado una idea obscura del poder divino, que se mantenia por su propia fuerza, y que confundida con las especies introducidas por los materiales sentidos, les hacia adorar todas las cosas en que se descubria algun poder. Así el sol y los astros, que desde tan lejos ostentaban su fuerza, el fuego y los elementos, cuyos efectos eran tan universales, fuéron los primeros objetos de la adoracion pública. Los grandes reyes, los grandes conquistadores, que lo podian todo sobre la tierra; y los autores de las invenciones útiles á la vida humana, tuvieron después bien presto los honores divinos. Los hombres llevaron la pena de haberse sujetado á sus sentidos: fuéron los sentidos árbitros de todo, y fabricaron, á pesar de la razon, todos los dioses que han sido adorados en la tierra.

Muy alejado pareció entónces el hombre de su primera formacion. Muy desfigurada estaba en él la imágen de Dios. ¿Podia Dios haberle hecho con aquellas perversas inclinaciones, que cada dia se iban mas y mas declarando? Y aquella extraordinaria propension, que tenia á sujetarse á todo lo que no fuese su señor natural, ¿no mostraba muy visiblemente la mano enemiga, que tan profundamente habia alterado la obra de Dios en el espíritu humano, que apenas podia reconocerse en él algun vestigio suyo? Impelido de aquella ciega pasion que le dominaba, se sumergia

en la idolatría, sin que nadie pudiese detenerle: y hacia este gran mal extraordinarios progresos. Así, para que la idolatría no infestase á todo el linaje humano, y enteramente extinguiese el conocimiento de Dios, este gran Dios llamó desde lo alto á su siervo Abrahan, en cuya familia queria establecer su culto, y conservar la antigua creencia así de la creacion del universo, como de la providencia particular con que gobierna las cosas humanas.

Ha sido siempre Abrahan célebre en el oriente; y no son solos los hebreos los que le miran como á padre. Los idumeos se glorían del mismo orígen. Ismael, hijo del mismo Abrahan, es conocido entre los árabes, como el padre de quien descienden (1). Hales quedado la circuncision como señal de su orígen; y la han recibido en todos tiempos, nó al octavo dia á la manera de los judíos, sino á los trece años como nos dice la Escritura que fué dada á su padre Ismael (2): costumbre que aun dura entre los mahometanos. Otros pueblos árabes se acuerdan de Abrahan, y de Celura; y estos son los mismos que hace ver la Escritura como nacidos de aquel matrimonio (3). Era caldeo este patriarca; y aquellos pueblos, famosos por sus observaciones astronómicas, colocaron á Abrahan entre sus mas sabios observadores (4). Los historiadores de la Siria le han hecho rey de Damasco, aunque extranjero, y venido de los contornos de Babilonia; y refieren que dejó el reino de Damasco por establecerse en el país de los cananeos, llamado despues Judea (5). Pero mas importa notar lo que la historia del pueblo de Dios nos refiere de este grande hombre. Ya hemos visto que Abrahan seguia el mismo modo de vivir que habian los antiguos observado antes que estuviese reducido á reinos todo el universo. Reinaba él en su familia, con la cual se daba aquella vida pastoril tan famosa por su sinceridad é inocencia: rico en ganados, en esclavos y en dinero, pero sin tierras y sin dominio (6), vivia no obstante en un reino extranjero, respetado é independiente como príncipe (7). Su piedad y rectitud, protegidas de Dios, le conciliaban este respeto. Trataba de igual con los reyes, los cuales solicitaban su alianza, de donde nació la antigua opinion que le hace rey. Aunque fuese su vida sincera y pacífica, sabia hacer la guerra, pero solo para defender á sus aliados oprimidos (8). Ejecutólo así, y los vengó con una señalada victoria: volvióles todas sus riquezas, recobradas de sus enemigos, sin reservar otra cosa que la décima que ofreció á Dios, y la parte que pertenecia á las tropas auxiliares que habia conducido á la batalla. En cuanto á lo demás, despues de un tan gran servicio, rehusó los presentes de los reyes con una magnanimidad sin ejemplar; y no pudo sufrir que hombre alguno blasonase de haber enriquecido á Abrahan: pues á solo Dios, que le protegia, y á quien servia con una fé y obediencia perfecta, queria deberlo todo.

Guiado de esta fé, habia dejado su tierra natal, para venir al país que Dios le mostraba. Dios, que le habia llamado, y hechole digno de su alianza, la concluyó con estas condiciones:

Declaróle que seria su Dios y de sus hijos (9); esto es, que seria su protector, y que ellos le servirian como al solo Dios, criador del cielo y de la tierra.

(1) Gen. XVI. 18. (2) Ibid. XVII. 23. Joseph. Ant. lib. 1. c. 13. al 22. (3) Gen. XXV. Alex. Polyb. apud Josep. antiq. l. 1. c. 16. (4) Beros. Hecat. Eup. Alex. Poly. et alii ap. Joseph. ant. lib. 8. et Euseb. Præp. Ev. IX. cap. 16. 17. 18. 19. 20. etc. (5) Nic. Dam. l. 4. Hist. Univ. in excerpt. Vales. p. 491. et ap Joseph. ant. lib. 8. et Euseb. Præp. XV. IX. 16. (6) Gen. XIII. etc. (7) Gen. XIV. XXI. 22. 27. XXIII. 6. (8) Gen. XIV. (9) Ib. XII, XXVII.

Le prometió una tierra (que fué la de Canaán) para que sirviese de mansion fija á su posteridad, y de silla á la religion (1).

Abrahan no tenia hijos, y Sara su mujer era estéril. Juróle Dios por sí mismo y por su eterna verdad, que de él y de aquella mujer, naceria una estirpe, que igualaria á las estrellas del cielo, y á las arenas del mar (2).

Sigue aquí el artículo mas memorable de la promesa divina. Todos los pueblos se precipitaban en la idolatría. Dios prometió á este santo patriarca, que en él, y en su semilla todas aquellas ciegas naciones, que olvidaban á su Criador, serian benditas (3); esto es, serian reducidas á su conocimiento, en que consiste y se halla la verdadera bendicion.

Por esta divina palabra fué hecho Abrahan padre de todos los creyentes; y su posteridad escogida para ser la fuente desde donde la bendicion habia de derramarse y de difundirse por toda la tierra.

Estaba incluida en esta celestial promesa la venida del Mesías, tantas veces anunciado á nuestros padres; pero siempre anunciado como quien habia de ser el salvador de todos los gentiles, y de todos los pueblos del mundo.

Así aquel vástago bendito, prometido á Eva, se hizo tambien el vástago y el renuevo de Abrahan.

Este fué el fundamento de la alianza, y estas sus condiciones. Recibió Abrahan la marca de la circuncision (4): ceremonia cuyo propio efecto era señalar que aquel santo hombre era ya de Dios con toda su familia.

Se hallaba Abrahan sin hijos cuando empezó Dios á bendecir su estirpe; y le dejó sin ellos muchos años. Tuvo después á Ismael, que habia de ser padre de un gran pueblo, pero nó de aquel pueblo escogido tan prometido á Abrahan (5). El padre de este pueblo habia de descender de él y de su mujer Sara, que era estéril. En fin, trece años después de Ismael, le vino aquel deseado hijo: fué nombrado Isaac (6), que es lo mismo que risa; hijo de alegría; hijo de milagro; hijo de divina promesa, que denota con su nacimiento, que los verdaderos hijos de Dios nacen de la gracia.

Era ya grande este hijo bendito; y en edad que podia esperar su padre tener otros por él, es cuando de improviso le mandó Dios que le sacrificase (7). Á duras pruebas está expuesta la fé. Abrahan llevó á Isaac al monte que Dios le habia mostrado para sacrificar aquel hijo, en quien únicamente le habia prometido hacerle padre así de su pueblo como de su Mesías; presentaba Isaac el pecho á la espada con que iba su padre á herirle, cuando Dios, satisfecho de la obediencia de ambos, solo con esto se contenta. Después que estos dos grandes hombres dieron al mundo una imágen tan viva y tan bella de la voluntaria oblacion de Jesucristo; y que probaron en el ánimo las amarguras de la cruz, fuéron juzgados verdaderamente dignos de ser sus ascendientes. Merece la fidelidad de Abrahan que Dios le confirme todas sus promesas (8); y bendice nuevamente, no solo á su familia, sino tambien por ella á todas las naciones del universo.

En efecto, continuó Dios su proteccion á Isaac su hijo, y á Jacob su nieto: ellos fueron sus imitadores constantes, como él, en la creencia antigua, en el sencillo modo de vida, que era la pastoril, y en el buen gobierno del linaje humano, en que cada padre de fa-

(1) Gen. XII. XXVII. (2) Gen. XII. 2. XV. 4. 5. XVII. 19. (3) Ib. XII. 3. XVII. 18. (4) Ibid. XVII. (5) Ibid. XII. XV. XVI. 3. 4. XVII. 20. XXI. 23. (6) Ibid. XXI. 2. (7) Ibid. XXII. 1. (8) Ib. XXII. 18.

milia era príncipe de la suya. Así, en medio de las mudanzas, que cada dia se introducian entre los hombres, revivia la santa antigüedad en la religion, y en la conducta de Abrahan, y de sus hijos.

Reiteró tambien Dios á Isaac y á Jacob las mismas promesas que habia hecho á Abrahan (1); y así como se habia llamado el Dios de Abrahan, tomó tambien el nombre de Dios de Isaac y de Dios de Jacob.

Con esta divina proteccion empezaron estos tres grandes hombres á residir en la tierra de Canaán; pero como extranjeros, y sin poseer en ella « un pié de tierra (2), » hasta que el hambre llevó á Jacob á Egipto, donde multiplicados sus hijos se hicieron bien presto un gran pueblo, como lo habia Dios prometido.

En cuanto á lo demás, aunque este pueblo, á quien Dios hacia nacer en su alianza, hubiese de extenderse por la generacion, y hubiese la bendicion de acompañar á la sangre, no dejó el Eterno de señalar en él la eleccion de su gracia. Porque, después de haber escogido á Abrahan entre las naciones, entre los hijos de Abrahan escogió á Isaac, y de los dos mellizos de Isaac escogió á Jacob, á quien dió el nombre de Israel.

Tuvo Jacob doce hijos, que fuéron los doce patriarcas, autores de las doce tribus. Todos habian de entrar en la alianza; pero fué Judas escogido entre todos sus hermanos, para ser el padre de los reyes de Israel, y el padre del Mesías, tan prometido á sus progenitores.

Habia de venir tiempo en que disminuido el pueblo de Dios de diez tribus, castigadas por su infidelidad, solo conservaria la posteridad de Abrahan su antigua bendicion; esto es, la religion, la tierra de Canaán y la esperanza del Mesías en la tribu de Judá, la cual daria su nombre al resto de los israelitas, que fuéron llamados judíos, y á todo el país que fué nombrado Judea.

Así la eleccion divina se descubria siempre en aquel pueblo carnal, que habia de conservarse por la propagacion ordinaria.

Vió Jacob espiritualmente el secreto de aquella eleccion (3). Como se hallase próximo á morir, y sus hijos al rededor de su lecho pidiendo la bendicion de un tan buen padre, le descubrió Dios el estado de las doce tribus, cuando estarian en la tierra prometida; y se lo explicó con pocas palabras; pero palabras llenas de innumerables misterios.

Todo cuanto Jacob dice de los hermanos de Judas, está expresado con una magnificencia extraordinaria, y denota un hombre elevado por el espíritu de Dios: pero, cuando llega á Judas, mucho mas se remonta. « Judas, dice (4), tus hermanos te alabarán: tu mano será sobre el cuello de tus enemigos: los hijos de tu padre se postrarán en tu presencia. Judas es un leon jóven y vigoroso. Hijo mio, tú has ido al despojo. Tú has reposado como un leon y una leona. ¿Quién osará dispertarte? El cetro, esto es, la autoridad, no saldrá de Judas; y siempre se verán capitanes y magistrados, ó cuerpos nacidos de su estirpe, hasta que venga Aquel, que ha de ser enviado y que será la esperanza de los pueblos, » ó como dice otra letra, que quizá no sea menos antigua, y que substancialmente no difiere de esta, « hasta que venga Aquel, á quien las cosas están reservadas, » y lo restante como acabamos de referir.

La continuacion de la profecía mira literalmente al territorio que habia de ocupar la tribu de Judá en la Tierra Santa. Pero las últimas palabras, que hemos visto, de cualquier modo que se las quiera entender, no significan otra cosa, que aquel que habia de ser enviado de Dios, el ministro, y el intérprete de su voluntad, el cumplimiento de sus promesas, y el rey del nuevo pueblo, esto es, el Mesías ó el ungido del Señor.

No habla en esto expresamente Jacob mas que con Judas, de quien habia de descender el Mesías; pero en la suerte de Judas comprende la de toda la nacion, que después de dispersa veria los residuos de las otras tribus reunidos bajo los estandartes de Judá.

Todos los términos de la profecía son claros: solo hay la palabra « cetro, » que el uso de nuestra lengua nos podria hacer entender por sola la dignidad real; cuando en el idioma santo significa en general el poder, la autoridad y el magistrado. Hállase el uso de esta palabra « cetro » en todas las páginas de la Escritura; déjase asimismo ver manifiestamente en la profecía de Jacob; y quiere este patriarca decir, que en los dias del Mesías cesará toda la autoridad en la casa de Judas, lo cual se lleva consigo la ruína de un estado.

Así los tiempos del Mesías están aquí señalados con una doble mudanza. Por la primera, el reino de Judas y del pueblo judaico está amenazado de su postrera ruína. Por la segunda ha de levantarse un nuevo reino, nó de un pueblo solo, sí que de todos los pueblos cuya cabeza y esperanza ha de ser el Mesías.

Es el pueblo judaico, en el estilo de la Escritura, llamado en nombre singular; y por excelencia «el pueblo ó el pueblo de Dios (1); » y cuando se hallan « los pueblos (2), » entienden los versados en las escrituras, los demás pueblos que estaban tambien prometidos al Mesías en la profecía de Jacob.

Comprende esta gran profecía en pocas palabras toda la historia del pueblo judaico, y del Redentor que le estaba prometido. Señala toda la continuacion del pueblo de Dios, y el efecto manifiestamente dura todavía.

Así no pretendo hacer de ella un comentario de que no necesita; pues notando llanamente la continuacion del pueblo de Dios, veremos descifrarse por sí mismo el sentido del oráculo; y ser solos los sucesos sus intérpretes.

CAP. III. — Moisés, la ley escrita, y la introduccion del pueblo de Dios en la tierra prometida.

Después de la muerte de Jacob, permaneció en Egipto el pueblo de Dios hasta el tiempo de Moisés, que fué casi doscientos años.

Así pasaron cuatrocientos treinta antes que Dios diese á su pueblo la tierra que le habia prometido.

Queria acostumbrar á sus escogidos á confiar en su palabra: asegurados de que presto ó tarde se cumpliria, y siempre en los tiempos señalados por su eterna providencia.

Las iniquidades de los amorreos, cuya tierra y despojos queria darles, no habian aun llegado, como lo declara Abrahan (3), al colmo donde los esperaba para entregarlos á la dura y desapiadada venganza, que, por mano de su pueblo escogido, queria tomar de ellos.

Era necesario dar á este pueblo tiempo de multiplicarse, á fin de que se hallase en estado de llenar la tierra que le era destinada (4), y de ocuparla por fuerza, exterminando á sus habitadores malditos de Dios.

(1) Gen. XXV. 2. XXVI. 4. XXVIII. 14. (2) Act. VII. 5. (3) Genes. XLIX. (4) Ibid. 8.

(1) Isai. LXV. etc. Rom. X. 21. (2) Is. II. 2. 3. XLIX. 6. 18. LX. 4. 5. etc. (3) Gen. XV. 16. (4) Ibid.

Queria que probase en Egipto un duro é intolerable cautiverio, á fin de que, siendo libertado con prodigios inauditos, amase á su libertador, y eternamente celebrase sus misericordias.

Este es el órden de los consejos de Dios, tales como él mismo nos los ha revelado para enseñarnos á temerle, y esperar en él con fé y paciencia.

Habiendo llegado el tiempo, escucha el Señor los clamores de su pueblo, cruelmente afligido por los egipcios; y envia á Moisés para librar á sus hijos de su tiranía.

Dase Dios á conocer á este grande hombre mas de lo que hasta entónces ningun otro viviente lo habia merecido (1). Aparécesele en una forma igualmente magnífica y consoladora: declárale, que « él es quien es. » Á su vista todo lo que es, no es mas, que una sombra. « Yo soy, le dice, quien soy (2): » el ser, y la perfeccion pertenecen á mí solo. Toma un nuevo nombre, que denota el ser y la vida en él como en su orígen: y es este el gran nombre de Dios, terrible, misterioso, incomunicable, bajo el cual quiere en adelante ser servido.

No referiré en particular las plagas de Egipto, ni la obstinacion de Faraon, ni el paso del mar Rojo, ni el humo, ni los relámpagos, la trompeta resonante, el ruido espantoso que oyó el pueblo sobre el monte Sinaí. Allí Dios grababa con su mano, sobre dos tablas de piedra, los preceptos fundamentales de la religion y de la sociedad: y dictaba lo restante á Moisés en alta voz. Para mantener esta ley en su vigor, dióle órden de formar una junta venerable de setenta consejeros (3), que podia llamarse el senado del pueblo de Dios, y el consejo perpétuo de la nacion. Mostróse Dios patentemente; é hizo publicar su ley en su presencia, con una demostracion pasmosa de su majestad y de su poder.

Hasta entónces nada habia dado Dios por escrito, que pudiese servir de regla á los hombres. Los hijos de Abrahan tenian solamente la circuncision, y las ceremonias que la acompañaban, por señal de la alianza que habia Dios contraido con aquella familia escogida. Estaban ellos por esta señal separados de los pueblos, que adoraban á las falsas deidades: en cuanto á lo demás conservábanse en la alianza de Dios porque retenian en su memoria las promesas hechas á sus padres; y eran conocidos como un pueblo que servia al Dios de Abrahan, de Isaac y de Jacob. Estaba Dios tan profundamente olvidado, que era menester discernirle por el nombre de los que le habian adorado, y de quienes era declarado protector.

No quiso el Eterno abandonar mas largo tiempo á la memoria sola de los hombres el misterio de la religion y de su alianza. Era ya preciso poner mas fuertes reparos contra la idolatría que inundaba á todo el género humano, y acababa ya de extinguir en él el resto de la luz natural.

Habian la ignorancia y la ceguedad espantosamente crecido desde el tiempo de Abrahan. En él, y poco después aun se dejaba ver el conocimiento de Dios en Palestina y Egipto. Melquisedec, rey de Salem, era « el pontífice del altísimo Dios, que hizo el cielo y la tierra (4). » Abimelec, rey de Gerara, y su sucesor, llamado como él, temian á Dios, juraban en su nombre, y estaban admirados de su poder (5). Las amenazas de este gran Dios eran formidables á Faraon, rey de Egipto (6): pero en el tiempo de Moisés estaban pervertidas estas naciones. El verdadero Dios no era ya conocido en Egipto como el Dios de todos los pueblos del universo, sino « como el Dios de los hebreos (1). » Eran adoradas las bestias, hasta los viles gusanos (2). Todo era dios, á escepcion del mismo Dios á quien no se conocia. Dios mismo, y el mundo que habia Dios hecho para manifestar su poder, parecia haberse convertido en un templo de ídolos. Llegó el deslumbramiento del linaje humano hasta adorar y tributar culto á sus vicios, y á sus pasiones: y no hay que admirarse, porque no habia poder mas inevitable y tiránico que el de estas. Acostumbrado el hombre á creer divino todo lo que era poderoso: como se sentia arrastrado al vicio por una fuerza que le dominaba, creyó fácilmente, que esta fuese una fuerza externa y le dió bien presto honores de deidad. De allí nació que el amor impúdico tuviese tantos altares; y que impurezas que horrorizan empezasen á mezclarse en los sacrificios (3).

La crueldad se introdujo en esto al mismo tiempo. El hombre culpable, que estaba turbado por el conocimiento de su delito, y miraba á la divinidad como á enemiga, creyó no poder aplacarla con las víctimas ordinarias; y consideró preciso verter la sangre humana con la de los animales; un ciego espanto y terror impelia á los padres á sacrificar sus hijos á sus dioses, y á abrasarlos en vez de incienso. Eran comunes estos sacrificios desde el tiempo de Moisés; y solo formaban una pequeña parte de las horribles iniquidades de los amorreos, cuya venganza encomendó Dios á los israelitas.

Pero no eran solo comunes á estos pueblos. Sábese, que en todos los del mundo, sin exceptuar alguno, sacrificaron los hombres á sus semejantes (4); y ningun paraje hay sobre la tierra donde no se hayan servido de aquellas malignas y espantosas deidades, cuyo odio, implacable para con el género humano, exigia víctimas semejantes.

Llegaron á tanto las necedades del hombre, que vino á adorar hasta las obras de sus propias manos. Creyó poder encerrar el espíritu divino en las estátuas; y olvidó tan profundamente que Dios le habia hecho, que tambien se juzgó capaz de hacer un Dios. ¿Quién podria creer, si la experiencia no lo manifestase, que un error tan craso, y tan brutal, fuese, no solamente el mas universal, sino aun el mas arraigado y el mas incorregible entre los hombres? Así es forzoso reconocer, para confusion del género humano, que la primera de las verdades, aquella que el mundo predica, aquella cuya impresion es la mas poderosa, era la mas distante de la mente humana. La tradicion que la conservaba en los ánimos, aunque todavía clara y bastantemente presente, estaba próxima á desvanecerse: ocupaban su lugar fábulas ridículas, no menos llenas de impiedad, que de extravagancia. Habia llegado el caso, en que, mal guardada la verdad entre los hombres, no podia conservarse sin estar escrita; y habiendo, fuera de esto, resuelto Dios criar y formar á su pueblo en la virtud, por medio de leyes mas expresas y en mayor número, resolvió al mismo tiempo dárselas por escrito.

Moisés fué llamado para esta obra. Recogió este grande hombre la historia de los siglos pasados; la de Adan, la de Noé, la de Abrahan, la de Isaac, la de Jacob, la de José, ó por mejor decir la de Dios mismo y de sus hechos maravillosos.

---

(1) Exod. III. (2) Ibid. 14. (3) Exod. XXIV. et Num. XI. (4) Gen. XIV. 18. 19. (5) Ibid. XXI. 22. 23. XXVI. 28. 29. (6) Ibid. XII. 17. 18.

(1) Exod. V. 1. 2. 3. IX. 1. etc. (2) Ibid. VIII. 26. (3) Lev. XX. 2 3. (4) Herod. l. II. Cæsar. de Bell. Gall. V. 1. Diod. lib. I. 5. Plin. l. 30. Aten. lib. XIII. Porph. de abst. l. II. Jorn. de reb. Get. c. 49 etc.

No necesitó desenterrar desde lejos las tradiciones de estos antepasados, pues él nació cien años después de la muerte de Jacob. Los ancianos de su tiempo habian podido conversar muchos años con aquel santo patriarca: la memoria de José, y las maravillas que Dios habia obrado por medio de este gran ministro de los reyes de Egipto, estaba aun reciente. La vida de tres ó cuatro hombres, se remontaba hasta Noé, que habia visto á los hijos de Adan, y tocado, por decirlo así, el orígen de las cosas.

Así las tradiciones antiguas del género humano, y las de la familia de Abrahan, no eran difíciles de recoger: aun estaba viva su memoria; y no hay que admirarse de que, prescindiendo de la divina revelacion, Moisés en su Génesis hable de las cosas sucedidas en los primeros siglos como de cosas constantes y que aun se veian en los pueblos vecinos, y en la tierra de Canaan, notables monumentos.

En el tiempo que Abrahan, Isaac y Jacob habitaron aquella tierra, habian erigido por toda ella monumentos de las cosas que les sucedieron. Mostrábanse aun allí los lugares, en que habian habitado: los pozos, que en aquellos países secos habian abierto para beber con su familia y sus ganados: los montes en que habian hecho sacrificios á Dios, y en que este se les habia aparecido: las piedras que habian levantado y amontonado, para que sirviesen de recuerdo á la posteridad: los sepulcros, en que sus cenizas benditas reposaban. Estaba reciente la memoria de aquellos grandes hombres, no solo en todo el país, sino en todo el oriente, donde muchas naciones célebres jamás se han olvidado de que venian de su estirpe.

Así, cuando el pueblo hebreo entró en la tierra prometida, no habia allí cosa que no celebrase á sus antepasados: no habia ciudad, no habia monte, no habia piedra que no hablase de aquellos hombres maravillosos, y de aquellas pasmosas visiones con que les habia Dios confirmado en la antigua y verdadera creencia.

Los que saben algo de la antigüedad, no ignoran cuán curiosos eran los primeros hombres en erigir y conservar semejantes monumentos; y cuán cuidadosamente retenia la posteridad en su memoria las causas que los habian motivado. Este era uno de los modos de escribir la historia: mas adelante se labraron y pulieron las piedras; y las estátuas después de las columnas sucedieron á las masas rústicas y sólidas, que en los primeros tiempos se erigian.

Hay tambien grandes razones para creer que en la línea donde se conservó el conocimiento de Dios, tambien se conservaron por escrito las memorias de los tiempos antiguos; porque nunca estuvieron los hombres sin este cuidado. A lo menos es seguro que se hacian cánticos, los cuales cantados en las fiestas y en los concursos, perpetuaban la memoria de las acciones mas sobresalientes de los siglos pasados.

De ahí nació la poesía variada con el curso del tiempo en muchas formas, de las cuales la mas antigua todavía se conserva en las odas, y en los cánticos empleados por todos los antiguos, y aun hoy en dia por los pueblos que carecen del uso de las letras, en alabar á la divinidad, y á los hombres grandes.

El estilo de estos cánticos, animoso, extraordinario pero natural en su propiedad de representar á la naturaleza en sus emociones; y que por esta razon camina por vivas é impetuosas ocurrencias, libre de las ligaduras ordinarias que piden unido el discurso; encerrado á mas de esto en cadencias numerosas, que aumentaban su fuerza, sorprende el oido, cautiva la imaginacion, mueve el corazon, y se imprime con mas facilidad en la memoria.

Entre todos los pueblos del mundo, el que mas ha usado de tales cánticos, fué el pueblo de Dios. Moisés señala un gran número de ellos (1), que indica con los primeros versos, porque el pueblo sabia lo restante. Él mismo compuso dos de esta naturaleza. El primero (2) nos representa el paso triunfante del mar Rojo, y los enemigos del pueblo de Dios; los unos ya anegados, y los otros medio vencidos del terror. Por el segundo (3) confunde Moisés la ingratitud del pueblo, celebrando las bondades y las maravillas de Dios. Los siglos siguientes le imitaron. Dios y sus obras maravillosas fuéron el objeto de las odas que se compusieron: Dios mismo las inspiraba; y no hay propiamente otro que el pueblo de Dios, en donde la poesía haya nacido del entusiasmo.

Habia Jacob pronunciado en este lenguaje místico los oráculos que contenian el porvenir de sus hijos, á fin de que cada tribu retuviese mas fácilmente en la memoria lo que le tocaba; y les enseñó á alabar á aquel que no era menos magnífico en sus promesas que fiel en cumplirlas.

Estos fuéron los medios de que Dios se sirvió para conservar hasta Moisés la memoria de las cosas pasadas. Instruido por todos ellos este grande hombre, y mas altamente ilustrado por el Espíritu Santo, escribió las obras de Dios con una exactitud, y una sinceridad que atrae la creencia y la admiracion, nó para sí, sino para Dios mismo.

Juntó las cosas pasadas, que contenian el orígen y las tradiciones antiguas del pueblo de Dios, con las maravillas que obraba actualmente para su libertad, de que no cita á los israelitas otros testigos que sus mismos ojos. No les refiere Moisés cosas sucedidas en retiros impenetrables, y en profundas cuevas: no habla sin fundamento: particulariza y circunstancia todas las cosas, como quien no teme ser desmentido. Funda todas sus leyes y toda su república en las maravillas que ellos vieron. No eran estas nada menos que la naturaleza mudada de improviso en diversas ocasiones, para libertarlos, y castigar á sus enemigos; el mar dividido en dos partes, la tierra entreabierta, un pan celestial, aguas abundantes sacadas de las peñas con un golpe de vara, el cielo que les daba una señal visible para mostrarles su marcha, y otros milagros semejantes que vieron obrarse por espacio de cuarenta años.

No era el pueblo de Israel ni mas inteligente, ni mas sutil que los otros pueblos, que habiéndose entregado á sus sentidos, no podian comprender un Dios invisible. Al contrario, era tosco y rebelde, tanto ó mas que cualquier otro. Pero ese Dios invisible en su naturaleza, se hacia de tal modo sensible por sus contínuos milagros, y Moisés los celebraba con tanta fuerza, que en fin aquel pueblo carnal se dejó persuadir de la idea tan pura de un Dios, que todo lo hacia por su palabra; de un Dios, que no era sino espíritu, razon, é inteligencia.

De este modo, en tanto que la idolatría, tan tristemente aumentada después de Abrahan, cubria toda la superficie de la tierra, sola la posteridad de este patriarca estaba exenta de tan gran mal. Sus enemigos la daban este testimonio: y los pueblos, donde la verdad de la tradicion no estaba aun enteramente extinguida, exclamaban con asombro (4): « No se ve en Jacob ídolo alguno, no se ven presagios supersticiosos, no se ven adivinaciones ni sortilegios: este es un pueblo que se fia en el Señor su Dios, cuyo poder es invencible. »

(1) Num. XXI. 14. 17. 18. 27. etc. (2) Exod. XV. (3) Deut. XXXII. (4) Num. XXIII. 21. 22. 23.

Para imprimir en los ánimos la unidad de Dios, y la perfecta uniformidad que pedia en su culto, repite frecuentemente Moisés (1), que en la tierra prometida este Dios único escogeria un lugar, en el cual se harian las fiestas, los sacrificios, y todo el servicio público. Entretanto que se esperaba este lugar deseado, y que andaba el pueblo errante por el desierto, construyó Moisés el tabernáculo, templo portátil, donde los hijos de Israel presentaban sus votos al Dios que habia hecho el cielo y la tierra, y que no se desdeñaba de viajar (digámoslo así) con ellos, y de conducirlos.

Sobre este principio de religion; sobre este fundamento sagrado estaba edificada toda la ley: ley santa, justa, benéfica, honesta, sabia, próvida, y sencilla, que ligaba y unia íntimamente la sociedad de los hombres por medio de la santa sociedad del hombre con Dios.

Con estas santas instituciones juntó ceremonias majestuosas, fiestas que renovaban la memoria de los milagros con que habia el pueblo de Israel sido libertado, y, lo que ningun otro legislador habia osado hacer, seguridades precisas de un buen suceso en todo, mientras viviesen sujetos á la ley, y amenazas ciertas de que su desobediencia seria seguida de una manifiesta é inevitable venganza (2): así, era preciso estar asegurado de Dios, para dar este fundamento á sus leyes; y el suceso ha justificado muy bien, que habló Moisés lo que dictaba Dios.

En cuanto á aquel gran número de observancias que encomendó á los hebreos, aunque ahora nos parecerian supérfluas, eran entónces necesarias para separar el pueblo de Dios de los otros pueblos, y servian como de antemural contra la idolatría, para que no arrastrase á este pueblo escogido hácia la corriente en que los demás estaban sumergidos.

Para mantener la religion, y todas las tradiciones del pueblo de Dios, es entre todas las tribus escogida una, á quien dá Dios en el repartimiento, con las décimas y las oblaciones, el cuidado de las cosas sagradas. El mismo Leví y sus hijos son consagrados á Dios como la décima de todo el pueblo. En la tribu de Leví, Aaron es elegido para ser sumo pontífice, y se hace en su familia hereditario el sacerdocio.

Así los altares tienen sus ministros; la ley sus defensores particulares; y la continuacion del pueblo de Dios se justifica por la sucesion de sus pontífices, que viene sin interrupcion desde Aaron el primero de todos.

Pero lo mejor que habia en esta ley es que preparaba el camino á otra ley mas augusta, menos cargada de ceremonias, y mas fecunda en virtudes.

Para mantener Moisés al pueblo en la esperanza de esta ley, le confirma la venida de aquel gran profeta, que descenderia de Abrahan, de Isaac, y de Jacob: «Dios, dice (3), levantará de enmedio de vuestra nacion, y del número de vuestros hermanos, un profeta semejante á mí. Escuchadle.» Este profeta semejante á Moisés, legislador como él, no podia ser sino el Mesías, cuya doctrina habia algun dia de reglar y santificar á todo el universo.

Hasta él no habia de verse en todo Israel profeta alguno semejante á Moisés á quien Dios hablase cara á cara y que diese leyes á su pueblo (4). Por eso hasta los tiempos del Mesías, siempre, y en todas las dificultades no se funda el pueblo sino en Moisés. Así como Roma reverenciaba las leyes de Rómulo, de Numa y de las doce tablas; como Atenas recurria á las de Solon; como Lacedemonia conservaba y respetaba las de Licurgo: así el pueblo hebreo incesantemente alegaba las de Moisés. En cuanto á lo demás, habia el legislador arreglado tan bien en ellas todas las cosas, que jamás hubo necesidad de alterar nada. Por esto el cuerpo del derecho judaico no es una recopilacion de diversas leyes, hechas en tiempos y en ocasiones distintas. Moisés, iluminado del espíritu de Dios, todo lo habia previsto. Ninguna ordenanza se ve de David, ni de Salomon, ni de Josafat ó de Exequías, aunque todos muy celosos por la justicia. No necesitaban los buenos príncipes sino hacer guardar la ley de Moisés; y así se contentaban con recomendar su observancia á sus sucesores (1). Añadirla ó disminuirla en un solo artículo (2) era un atentado que hubiera mirado con horror el pueblo. Cada momento se necesitaba de la ley; no solo para arreglar las fiestas, los sacrificios, y las ceremonias, sino tambien todas las demas acciones públicas y particulares: los juicios, los contratos, los matrimonios, las sucesiones, los funerales, aun hasta la forma de los vestidos, y generalmente todo lo que mira á las costumbres. Ningun otro libro habia en que se estudiasen los preceptos del vivir bien. Era necesario hojearle y meditarle noche y dia, entresacar de él sentencias y tenerlas siempre presentes. En él era donde los niños aprendian á leer. La única regla de educacion, que estaba dada á sus padres, era enseñarles, imprimirles, hacerles observar esta santa ley, que podia por sí sola hacerles sabios desde la infancia. Así debia estar entre las manos de todos. Á mas de la lectura continua, que cada uno debia hacer de ella en particular, se hacia cada siete años, en el año solemne de la remision y del reposo, una lectura pública, y como una nueva publicacion en la fiesta de los tabernáculos (3), en que por ocho dias estaba congregado todo el pueblo. Hizo Moisés depositar junto al arca el original del Deuteronomio, que era un epítome de toda la ley (4). Pero temiendo que con el curso del tiempo fuese alterado por la malicia, ó negligencia de los hombres, á mas de las copias que corrian entre el pueblo, se hacian ejemplares auténticos, que cuidadosamente revistos y guardados por los sacerdotes y por los levitas, hacian veces de originales. Los reyes (porque Moisés habia bien previsto, que aquel pueblo llegaria en fin á tener reyes como todos los demás), los reyes, digo, estaban obligados, por una ley expresa del Deuteronomio (5), á recibir de mano de los sacerdotes uno de aquellos ejemplares, tan religiosamente corregidos, á fin de copiarle y leerle toda su vida. Los ejemplares así revistos por autoridad pública estaban en singular veneracion en todo el pueblo, y eran mirados como inmediatamente salidos de las manos de Moisés, tan puros y enteros como Dios se los habia dictado. Habiéndose hallado un antiguo volúmen de esta severa y religiosa correccion en la casa del Señor, reinando Josías (6), que puede ser fuese el original mismo que habia Moisés hecho poner junto al arca, excitó la piedad de aquel santo rey y le dió ocasion para mover al pueblo á penitencia. Los grandes efectos que produjo en todos tiempos la lectura pública de esta ley, son innumerables. En una palabra, era un libro perfecto, que estando unido por Moisés con la historia del pueblo de Dios, todo se lo enseñaba junto, su orígen, su religion, su policía, sus costumbres, su filosofía, todo lo que sirve para arreglar la vida, todo lo que une y forma la sociedad,

(1) Deut. XII. XIV. XV. XVI. XVII. (2) Deut. XXVII. XXVIII. etc. (3) Ibid. XVIII. 15. 18. (4) Ibid. XXXIV. 10.

(1) III. Reg. XI. 2. etc. (2) Deut. IV. 2. XII. 32. etc. (3) Ib. XXXI. 10. II. Esdr. VII. 17. 18. (4) Deut. XXX. 26. (5) Ibid. 17. 28. (6) 4. Reg. 22. 8. etc. 2. Paral. 34. 14. etc.

los buenos y los malos ejemplos, la recompensa de los unos, y los rigurosos castigos que habian seguido á los otros.

Por esta admirable disciplina un pueblo libertado del cautiverio, y tenido cuarenta años en un desierto, llega todo formado á la tierra que ha de ocupar. Condúcele Moisés hasta la puerta; y advertido de su próximo fin, confia á Josué todo lo restante (1). Pero antes de morir compone aquel largo y admirable cántico, que empieza por estas palabras: « Ó cielos escuchad mi voz: dé la tierra oidos á las palabras de mi boca (2). » En este silencio de toda la naturaleza, habla luego al pueblo con una fuerza inimitable; y previendo sus infidelidades, le descubre el horror de las mismas. Arrebátase de repente, como hallando todo discurso humano inferior á un motivo tan grande: refiere lo que Dios dice, y le hace hablar con tanta grandeza y tanta bondad, que no se sabe que es lo que mas inspira, si el temor y la confusion, ó el amor y la confianza.

Aprendió de memoria todo el pueblo este divino cántico de órden de Dios y de Moisés (3). Después de esto murió contento este grande hombre, como quien no habia perdonado ni omitido diligencia alguna para conservar entre los suyos la memoria de los beneficios y de los preceptos de Dios. Dejó á sus hijos entre sus ciudadanos sin distincion alguna, y sin ningun establecimiento extraordinario. Ha sido admirado no solo de su pueblo, sino tambien de todos los del mundo; y nunca legislador alguno ha tenido nombre tan grande entre los hombres.

Créese que escribió el libro de Job. Lo sublime de los pensamientos, y la majestad del estilo hacen esta historia digna de Moisés. Por temor de que los hebreos se ensoberbeciesen, atribuyéndose á sí solos la gracia de Dios, era conveniente hacerles entender que este gran Dios tenia tambien sus escogidos en la estirpe de Esaú. Ninguna doctrina habia mas importante. Ninguna recreacion mas útil podia dar Moisés al pueblo, afligido en el desierto, que el de la paciencia de Job, que dejado entre las manos de Satanás, para que le ejercitase con todo género de penas, se ve privado de sus bienes, de sus hijos, y de todo consuelo sobre la tierra; inmediatamente después infecto de una horrible enfermedad, y agitado en lo interior de la tentacion de la blasfemia, y de la desesperacion; y que no obstante, permaneciendo firme, hace ver que un alma fiel, sostenida del socorro divino, en medio de las pruebas mas espantosas, y á pesar de los mas abominables pensamientos que el espíritu maligno pueda sugerir, sabe no solamente conservar una confianza invencible, sino tambien elevarse por sus propios trabajos á la mas alta contemplacion, y reconocer en las penas que sufre la nada del hombre, el supremo imperio de Dios, y su sabiduría infinita. Esto es lo que enseñaba el libro de Job (4). Y como lo pedia la condicion de aquel tiempo, se ve la fé del santo varon coronada de prosperidades temporales: y el pueblo de Dios aprende juntamente á conocer, cual es la virtud de la tolerancia, y á probar la gracia que habia algun dia de estar unida con la cruz.

Habíala Moisés probado, cuando prefirió las penalidades y la ignominia, que le era preciso padecer entre su pueblo, á las delicias y á la abundancia de la casa del rey de Egipto (5). Desde entónces le hizo Dios probar los oprobios de Jesucristo (6). Aun mas los probó en su precipitada fuga y en su destierro de cuarenta años. Pero entónces apuró hasta el fondo el cáliz de Jesucristo, cuando escogido para salvar al pueblo, le fué forzoso tolerar continuas rebeliones con riesgo de su vida (1). Entónces aprendió lo que cuesta salvar á los hijos de Dios, é hizo ver desde lejos lo que una mas alta mision costaria algun dia al Salvador del mundo.

Tampoco tuvo este grande hombre el consuelo de entrar en la tierra prometida: vióla solamente desde la cumbre de un monte; y no se avergonzó de escribir, que estaba excluido de ella por un pecado (2), que por leve que pareciese, mereció ser tan severamente castigado en un hombre cuya gracia era tan eminente. Fué Moisés ejemplo de los severos celos de Dios, y del juicio que ejerce con tan terrible exactitud en los que se hallan obligados por sus dones á una mas perfecta fidelidad.

Pero un mas alto misterio se nos muestra en la exclusion de Moisés. Este sabio legislador, que con tantas maravillas no hace sino conducir á los hijos de Dios hasta los lindes de su tierra, nos sirve él mismo de prueba de que su ley nada lleva á la perfeccion (3); y que sin poder darnos el cumplimiento de las promesas, nos las hace saludar desde lejos (4), ó cuando mas, nos conduce como á la puerta de nuestra heredad. Un Josué es un Jesús, que este era el verdadero nombre de Josué, quien por este nombre y por su oficio, representaba el Salvador del mundo: este es aquel hombre tan altamente elevado sobre Moisés en todo, y aun superior solo por el nombre; este es aquel, repito, que ha de introducir al pueblo en la Tierra Santa.

Por las victorias de este grande héroe, á cuya vista el Jordán retrocede en su curso, los muros de Jericó caen por sí mismos y el sol se detiene en la mitad del cielo, Dios establece á sus hijos en la tierra de Canaan, de donde arroja por su medio pueblos abominables. Con el odio que infundia contra ellos á sus fieles, les inspiraba un extremo desvío de su impiedad: así quedaron al mismo tiempo llenos de temor á la justicia divina, de cuyos decretos eran ejecutores por el castigo que contra los otros ejercitaba por su ministerio. Una parte de aquellos pueblos, que echó Josué de su tierra, se estableció en el África, donde largo tiempo después se halló en una inscripcion antigua (5) el monumento de su fuga y de las victorias de Josué.

Después que estas milagrosas victorias pusieron á los israelitas en posesion de la mayor parte de la tierra prometida á sus padres, Josué y Eleazar, sumo pontífice, con las cabezas de las doce tribus, hicieron el repartimiento segun la ley de Moisés (6); y asignaron á la tribu de Judá la primera, y mayor suerte (7). Habíase esta desde el tiempo de Moisés engrandecido sobre las demás en número, en esfuerzo, y en dignidad (8). Murió Josué, y el pueblo continuó la conquista de la Tierra Santa: quiso Dios que la tribu de Judá marchase al frente, y declaró que le habia entregado aquel país (9).

En efecto, ella deshizo á los cananeos, y tomó á Jerusalen (10) que habia de ser la ciudad santa, y la capital del pueblo de Dios. Esta era la antigua Salem, donde en tiempo de Abrahan habia reinado aquel famoso Melquisedec, aquel « rey de justicia » (que

(1) Deut. 31. (2) Ibid. 32. (3) Ibid. 31. 19. 22. (4) Job. XIII. 15. XIV. 14. 15. XVI. 21. XIX. 25. (5) Exod. II. 10. 11. (6) Heb. XI. 24. 25. 26.

(1) Num. XIX. 10. (2) Ib. XX. 20. (3) Hebr. VII. 19. (4) Ib. XI. 13. (5) Procop. lib. II. de bell. Vandal. (6) Jos. XIII. XIV. et seq. Num. XXVI. 53. XXXIV. 17. (7) Jos. XIV. XV. (8) Num. II. 3. 9. VII. 12. X. 14. (9) Judic. I. 1. 2. (10) Ibid. 4. 8.

esto es lo que significa su nombre), y al mismo tiempo «rey de paz» pues «Salem» significa «paz (1),» á quien habia Abrahan reconocido por el mayor pontífice que habia en el mundo, como si desde entónces hubiese Jerusalen sido destinada á ser una ciudad santa, y cabeza de la religion. Fué desde luego dada esta ciudad á los hijos de Benjamin, que débiles, y en pequeño número, no pudieron echar de ella á los jebuseos, antiguos habitadores del país, y se quedaron entre ellos (2). En tiempo de los jueces es el pueblo de Dios diversamente tratado, segun sus buenas ó malas obras. Despues de la muerte de los ancianos, que habian sido testigos de los milagros de la mano de Dios, se debilitó la memoria de aquellas grandes obras y la universal propension del género humano arrastró al pueblo á la idolatría. Cuantas veces cae en ella es castigado, y libertado tambien cuantas se arrepiente. La fé de la providencia y la verdad de las promesas y de las amenazas hechas á Moisés, se confirma mas y mas en el corazon de los verdaderos fieles. Pero aun preparaba Dios mayores ejemplos de ellas. Pidió el pueblo un rey, y Dios le dió á Saúl, bien presto reprobado por sus pecados. Resolvió en fin establecer una familia real, de donde saliese el Mesías, y la escogió en Judá. Era David un jóven pastor descendiente de esta tribu, el último de los hijos de Jessé, cuyo mérito ni su padre ni su familia conocian; pero Dios le halló á medida de su corazon, y fué consagrado por Samuél en Belen su patria, para que ejerciese la real dignidad (3).

CAP. IV.—David, Salomon, los demás reyes y los profetas.

Aquí toma el pueblo una forma mas augusta. Queda la corona asegurada en la casa de David. Esta casa empieza por dos reyes de condicion diversa, pero admirables ambos. David, belicoso y conquistador, sujeta á los enemigos del pueblo de Dios, cuyas armas hace que sean temidas en todo el oriente; y Salomon, famoso dentro y fuera de él por su sabiduría, hace feliz al pueblo con una paz profunda. Pero la continuacion de la religion reclama aquí algunas observaciones particulares sobre la vida de estos grandes reyes.

Desde luego reinó David en Judá, poderoso y vencedor; despues fué reconocido por todo Israel. Tomó de los jebuseos la fortaleza de Sion, que era la ciudadela de Jerusalen. Dueño de esta ciudad, estableció allí de órden de Dios el trono de la Majestad y la silla de la religion. Fué Sion su residencia: llenó de edificios su contorno, y la nombró la ciudad de David (4). Joab, hijo de su hermana (5), fabricó lo restante de ella, y tomó Jerusalen una nueva forma. Los de Judá ocuparon todo el país; y la tribu de Benjamin, pequeña en número, quedó mezclada con ellos.

El arca de la alianza, fabricada por Moisés, en que Dios reposaba sobre los querubines, y en que las dos tablas del decálogo estaban guardadas, no tenia lugar fijo. Llevóla David en triunfo á Sion (6), cuya conquista habia hecho con el socorro todo poderoso de Dios, á fin de que Dios reinase en Sion y fuese reconocido como el protector de David, de Jerusalen y de todo el reino. Pero el tabernáculo, donde habia el pueblo servido á Dios en el desierto, aun estaba en Gabaon (7), y allí era donde se ofrecian los sacrificios sobre el altar que habia Moisés erigido. Era esto tan solo entretanto se esperaba hubiese un templo en que el altar fuese reunido con el arca, y en que se hiciese todo el servicio. Cuando hubo David deshecho á todos sus enemigos y dilatado las conquistas del pueblo de Dios hasta el Eufrates (1), pacífico y victorioso volvió todos sus pensamientos al establecimiento del culto divino (2); y sobre el mismo monte en que Abrahan yendo á sacrificar á su hijo único fué detenido por la mano de un ángel (3), delineó de órden de Dios el lugar del templo.

Hizo todos los diseños; recogió los ricos y preciosos materiales; destinó á este fin los despojos de los pueblos y reyes vencidos. Pero este templo que debia ser dispuesto por el conquistador, habia de ser construido por el pacífico. Salomon le fabricó segun el modelo del tabernáculo. El altar de los holocaustos, el altar de los perfumes, el candelero de oro, las tablas de los panes de proposicion, todos los demás muebles sagrados del templo, todos fueron formados segun piezas semejantes que habia hecho Moisés labrar en el desierto (4); y Salomon no añadió mas que la magnificencia y la grandeza. El arca, que el hombre de Dios habia construido, fué puesta en el santo de los santos: lugar inaccesible, símbolo de la impenetrable majestad de Dios y del cielo, vedado á los hombres hasta que Jesucristo les abriese la entrada con su preciosísima sangre. El dia de la dedicacion del templo dejó Dios ver allí su majestad. Escogió este lugar para establecer en él su nombre y culto. Prohibióse el sacrificar fuera de él, y se mostró la unidad de Dios por la unidad de su templo. Jerusalen se hizo y vino á ser una ciudad santa, imágen de la iglesia, donde Dios habia de habitar como en su verdadero templo, y del cielo donde nos hará eternamente felices con la manifestacion de su gloria.

Despues de haber Salomon fabricado el templo, edificó tambien el palacio de los reyes (5), de una arquitectura digna de tan gran príncipe. Su casa de campo, que se llamó el bosque del Líbano, era igualmente soberbia, magnífica y deliciosa. El palacio que levantó para la reina fué un nuevo ornamento para Jerusalen. Todo era grande en aquellos edificios; los patios, los corredores, las salas, las galerías, el trono del rey y el tribunal donde administraba justicia: el cedro fué la única madera que empleó en estas obras. En todo resplandecian el oro y las piedras. Los ciudadanos y los extranjeros admiraban la majestad de los reyes de Israel. Lo demás correspondia á esta magnificencia; las villas inmediatas, los arsenales, los caballos, los carros, la guardia del príncipe (6). El comercio, la navegacion y el buen órden, con una paz profunda, habian hecho á Jerusalen la mas rica ciudad de todo el oriente. El reino estaba tranquilo y abundante: todo representaba allí la gloria celestial. En los combates de David se veian los trabajos que eran necesarios para merecerla; y se experimentaba en el reinado de Salomon cuán apacible y sumamente precioso era el goce de ella.

En cuanto á lo demás, la elevacion de estos dos grandes reyes y de la familia real, fué efecto de una eleccion particular. El mismo David celebra la maravilla de ella con estas palabras (7): «Dios ha escogido los príncipes en la tribu de Judá. En la casa de Judá ha elegido la casa de mi padre. Entre los hijos de mi padre ha sido de su agrado elegirme rey sobre todo su pueblo de Israel; y entre mis hijos (porque mi

(1) Hebr. VII. 2. (2) Jud. I. 21. (3) I. Reg. XVI. (4) 2. Reg. V. 6. 7. 8. 9. I. Par. XI. 6. 7. 8. (5) I. Par. II. 16. (6) 2. Reg. VI. 18. (7) I. Par XVI. 30. XXI. 39.

(1) 2. Reg. VIII. I. Par. XVIII. (2) 2. Reg. XXIV. 25. I. Par. XXI. XXII. et seq. (3) Joseph. ant. VII. 10. (4) 3. Reg. VI. VII. VIII. 2. Par. III. IV. V. VI. VII. (5) 3. Reg. IX. 3. (6) 3. Reg. X. 2. Paralip. VIII. IX. (7) I. Paralip. XXVIII. I. 5.

señor me ha dado muchos), ha escogido á Salomon para que se siente en el trono del Señor y reine en Israel. »

Tenia esta divina eleccion un objeto mas alto, que el que desde luego se descubre. El Mesías tantas veces prometido como hijo de Abrahan, habia tambien de ser hijo de David y de todos los reyes de Judá. En atencion al Mesías y á su reino eterno, fué el haber Dios prometido á David que su trono eternamente subsistiria: Salomon, escogido para sucederle, estaba destinado á representar la persona del Mesías. Por esto Dios dice de él: « Yo seré su padre y él será mi hijo (1). » Cosa que no dijo jamás con esta fuerza de rey ni de hombre alguno. En tiempo de David tambien, y en el de los reyes sus hijos, el misterio del Mesías se manifiesta mas que nunca con profecías magníficas y mas claras que el sol.

Viólo David desde lejos y lo cantó en sus salmos con un esplendor que jamás tendrá igual. Muchas veces pensaba solamente en celebrar la gloria de Salomon su hijo, y de repente arrebatado de sí mismo y transportado á mucha mayor altura vió á aquel, «que es mas Salomon en gloria, así como en sabiduría (2).» Apareciósele el Mesías sentado sobre un trono mas permanente que el sol y que la luna. Vió á sus piés « todas las naciones » vencidas, y juntamente «benditas en él (3), » segun la promesa hecha á Abrahan. Remontó mas la vista: vióle « en los resplandores de los santos, y antes de la aurora, saliendo eternamente del seno » de su padre, « pontífice eterno » y sin sucesor: no pudiendo tenerle persona criada extraordinariamente, nó segun el órden de Aaron, sino « segun el órden de Melquisedec, » órden nuevo, no conocido de la ley. Vióle « sentado á la diestra de Dios, » mirando desde lo mas alto de los cielos « á sus enemigos abatidos. » Queda atónito de tan grande espectáculo; y absorto de la gloria de su hijo le llama su « Señor (4). »

Vió que era « Dios, á quien Dios habia ungido, » para hacerle reinar sobre toda la tierra « por su mansedumbre, por su verdad y por su justicia » (5). Asistió en espíritu al consejo de Dios, y oyó de la propia boca del eterno Padre, esta palabra que dirige á su Hijo único: « Yo te he engendrado el dia de hoy, » á que junta Dios la promesa de un imperio perpetuo, « que se extenderá sobre todos los gentiles, y no tendrá otros límites que los del mundo (6). Los pueblos murmuran en vano: los reyes y los príncipes hacen conspiraciones inútiles. » El Señor desde lo mas alto de los cielos (7) se ríe de sus insensatos proyectos y establece á su pesar el imperio de Jesucristo. Estableécele sobre ellos mismos; y es preciso que sean los primeros súbditos de este Cristo, cuyo yugo querian sacudir (8). Pero, aunque el reino de este gran Mesías esté frecuentemente profetizado en las Escrituras bajo ideas magníficas, no encubrió Dios á David las ignominias de este bendito fruto de sus entrañas. Era esta instruccion necesaria al pueblo de Dios. Porque si este pueblo, todavía débil de espíritu, necesitaba el ser atraido con promesas temporales, era por lo mismo preciso no dejarle mirar las grandezas humanas como su felicidad suma y como su única recompensa. Por eso Dios muestra desde lejos este Mesías tan prometido y tan deseado, el modelo de la perfeccion, y el objeto de sus complacencias, sumergido en el dolor. Aparecésele la cruz á David, como el trono verdadero de este nuevo rey. Ve « sus manos y sus piés traspasados todos sus huesos (1), » que podian contársele, por el peso de su cuerpo violentamente suspendido; « sus vestidos repartidos; su túnica sorteada; su lengua abrevada con hiel y vinagre; sus enemigos blasfemando al rededor de él, y saciándose de su sangre (2). » Pero ve al mismo tiempo las gloriosas consecuencias de sus humillaciones; « todos los pueblos de la tierra acordarse de su Dios », olvidado en tantos siglos; « los pobres venir » los primeros « á la mesa » del Mesías, y después « los ricos y los poderosos, todos á adorarle y bendecirle; » presidiendo él en la grande y numerosa iglesia, esto es en la congregacion de las naciones convertidas; « y anunciando en ella á sus hermanos el nombre de Dios, » y sus verdades eternas (3). Al ver David estas cosas conoció que el reino de su Hijo no era de este mundo: y no se maravilla porque no ignora que el mundo pasa; y un príncipe, tan humilde siempre sobre el trono, bien sabia que no era el trono una felicidad en que debiesen terminarse sus esperanzas.

Los demás profetas no vieron menos el misterio del Mesías. No hay cosa grande ni gloriosa que no hayan dicho de su reinado. El uno ve á « Belen, la mas pequeña villa de Judá », ilustrada por su nacimiento; y al mismo tiempo, mas altamente elevado, ve otro nacimiento, por el cual « sale ab eterno » del seno de su Padre (4): el otro ve la virginidad de su Madre; « un Manuel, un Dios con nosotros (5) salir de aquel seno virginal, y un hijo « admirable » á quien llama « Dios (6). » Este le ve entrar « en su templo (7): » aquel le ve « glorioso en su sepulcro, » en que la muerte ha sido vencida (8). Pero al publicar sus magnificencias, no callan sus oprobios. Hánle visto «vendido á su pueblo »: han sabido el número y el empleo de las « treinta monedas de plata en que fué comprado (9). » Al mismo tiempo que le han visto « grande y elevado (10), » le han visto « despreciado y desconocido en medio de los hombres: el asombro del mundo; » tanto por su bajeza como por su altura: «el último de los hombres; el varon de dolores; cargado de todos nuestros pecados; bienhechor y desconocido; desfigurado por sus llagas y sanando con ellas las nuestras; tratado como un delincuente; llevado al suplicio entre malhechores; y entregándose como un cordero » inocente, pacíficamente, « á la muerte: nacer de él una larga posteridad» (11) por este medio; y desplomada la venganza sobre su pueblo incrédulo. Y á fin de que nada faltase á la profecía, contaron los años hasta su venida (12); de modo, que sino es queriendo estar ciego, nadie puede ya dejar de conocerle, reconocerle y confesarle.

No solamente los profetas veian á Jesucristo, sí que tambien eran su figura y representaban sus misterios, principalmente el de la cruz. Casi todos padecieron persecucion por la justicia; y nos figuraron en sus penas la inocencia y la verdad perseguida en Nuestro Señor. Se ve á Elías y Eliseo siempre amenazados. ¿Cuántas veces fué Isaías la risa del pueblo y de los reyes que, como dice la tradicion constante de los judíos, al fin le sacrificaron á sus furores? Zacarías, hijo de Joïada, es apedreado; Ezequiel siempre aparece entre aflicciones; los males de Jeremías son continuos é inexplicables. Daniel se ve dos veces en me-

(1) 2. Reg. VII. 14. 1. Paralip. XXII. 10. (2) Matth. VI. 29. XII. 42. (3) Ps. LXXI. 5. 11. 17. (4) Ibid. CIX. (5) Ibid. XLIV. 3. 4. 5. 6. 7. 8. (6) Ibid. 2. v. 7. 8. (7) Ibid. V. 1. 2. 4. 9. (8) Ibid. II. 10. etc.

(1) Psal. XXI. 17. 18. 19. (2) Ibid. LXVIII. 22. Ps. XXI. 8. 13. 14. 17. 21. 22. (3) Ibid. 26. 27. etc. (4) Mich. V. 2. (5) Isai. VII. 14. (6) Ibid. IX. 6. (7) Mal. III. (8) Isai. XI. 10. LII. 9. (9) Zach. XI. 12. 13. (10) Isai. LII. 13. (11) Ibid. LIII. (12) Dan. IX.

dio de los leones. Todos fuéron impugnados y maltratados; y todos nos han hecho ver con su ejemplo, que si la flaqueza del antiguo pueblo necesitaba en lo general ser sostenida con bendiciones temporales, no obstante, los fuertes de Israel y los hombres de una santidad extraordinaria se alimentaban del pan de la afliccion y bebian anticipadamente, para santificarse, en el cáliz preparado al hijo de Dios: cáliz tanto mas lleno de amargura, cuanto la persona de Jesucristo era mas santa.

Pero lo que vieron mas claramente los profetas, y lo que tambien declararon con términos mas magníficos es la bendicion difundida por el Mesías sobre los gentiles: « Este renuevo de José » y de David se apareció al profeta Isaías « como una señal » dada por Dios « á los pueblos y á los gentiles á fin de que le invocasen (1). » El varon de dolor, cuyas llagas « habian de ser nuestra medicina », estaba escogido «para lavar á los gentiles con un santo rocío » que se reconoce en su sangre y en el bautismo. «Los reyes» ocupados del respeto en su presencia, « no osan despegar sus labios á su vista. Los que jamás han oido hablar de él le ven, y los que no le han conocido son llamados para contemplarle (2). » Este es « el testigo dado á los pueblos; esta es la cabeza y el maestro de los gentiles. » Debajo de él « un pueblo no conocido se juntará al pueblo de Dios, y los gentiles acudirán á él de todas partes (3). » Este es « el justo de Sion, que se elevará como una luz; este es su Salvador que estará encendido como una antorcha. Los gentiles verán á este justo y todos los reyes conocerán á este hombre tan celebrado en las profecías de de Sion (4). »

Aun está aquí mejor descrito y con unas señas particulares. Un hombre de una mansedumbre admirable, singularmente « escogido de Dios y el objeto de sus complacencias, declara á los gentiles su juicio tremendo; las islas esperan su ley: » que así llaman los hebreos á la Europa y los países distantes. « No hará rumor alguno; apenas se oirá su voz »: tan dulce será y apacible. « No pisará una caña quebrada, ni apagará una mínima parte de lienzo quemado que humee. » Tan lejos estará de oprimir á los débiles y pecadores, que antes bien su voz caritativa los llamará y su mano benéfica será su apoyo. « Abrirá los ojos á los ciegos y sacará de la prision á los cautivos (5). » Su poder no será menor que su bondad. Es su carácter esencial el tener junta la dulzura con la eficacia: por eso aquella voz tan dulce pasará en un momento de un extremo del mundo al otro; y sin causar sedicion alguna entre los hombres, excitará á toda la tierra. No es áspero ni impetuoso, y aquel que apenas era conocido cuando estaba en la Judea, no solo será el fundamento de la alianza del pueblo, sí que tambien la luz de todos los gentiles (6). En su reinado admirable « los asirios y los egipcios ya no formarán con los israelitas sino un mismo pueblo de Dios (7). Todo se vuelve Israel, todo se vuelve santo. Ya no es Jerusalen una ciudad particular: es la imágen de una nueva congregacion en que todos los pueblos se juntan: la Europa, el África, y el Asia reciben predicadores, en que Dios ha puesto su señal, á fin de que descubran su gloria á los gentiles. Los elegidos, llamados hasta entónces con el nombre de Israel, tendrán otro nombre, en que estará señalado el cumplimiento de las promesas, y un fin bienaventurado. Los sacerdotes y los levitas, que descendian hasta entónces de Aaron, saldrán en adelante de entre la gentilidad (1). Un nuevo sacrificio, mas puro y agradable que los antiguos, será substituido en su lugar (2); y se sabrá porque David habia celebrado un pontífice de un nuevo órden (3). « El justo descenderá del cielo como un rocío, la tierra producirá su pimpollo, y este será el Salvador, con el cual se verá nacer la justicia (4). » El cielo y la tierra se unirán para producir, como de un comun parto, á aquel ser celestial y juntamente terrestre: descubriránse al punto nuevos modelos de virtudes en sus ejemplos y en su doctrina; la gracia que derramará los imprimirá en los corazones, y Dios « jura » por sí mismo, que no habrá rodilla que en su presencia no se doble, ni lengua que su poder supremo no reconozca (5).

Esta es una parte de las maravillas que Dios ha mostrado á los profetas en tiempo de los reyes, hijos de David, y á David antes que á los demás. Todos anticipadamente han escrito la historia del hijo de Dios, que habia tambien de ser hijo de Abrahan y de David. Así todo ha sido consiguiente en el órden de los consejos de Dios. Aquel Mesías mostrado desde léjos como hijo de Abrahan, ha sido después mostrado desde mas cerca hijo de David. Un imperio eterno le está prometido: el conocimiento de Dios, difundido por todo el universo, está notado como la señal cierta y como el fruto de su venida: la conversion de los gentiles y la bendicion de todos los pueblos del mundo, prometida tanto tiempo antes á Abrahan, á Isaac y á Jacob, es nuevamente confirmada, y todo el pueblo de Dios vive en esta esperanza.

Entretanto continúa Dios en gobernarle de un modo admirable. Hace un nuevo pacto con David, y se obliga á proteger á él y á los reyes, sus descendientes, si se arreglaren á los preceptos que Moisés les ha dado; y si no, les anuncia rigurosos castigos (6). David, que se olvida por poco tiempo, es el primero que los prueba (7): pero habiendo reparado su culpa con su penitencia, es colmado de bienes, y propuesto como modelo de un rey perfecto. El trono se afirma en su casa. En tanto que Salomon su hijo imita su piedad, es dichoso: descamínase en la vejez; y Dios, que le sufre por su siervo David, le anuncia que le castigará en la persona de su hijo (8). Así manifiesta á los padres, que segun el órden secreto de sus juicios, hace durar después de su muerte, ó sus recompensas, ó sus castigos; y los tiene sujetos á sus leyes por su mas apreciado interés, que es el interés de su familia. En ejecucion de sus decretos, Roboan, naturalmente temerario, es abandonado á un consejo insensato; y su reino queda disminuido de diez tribus (9). Pero al paso que estas, rebeldes y cismáticas, se apartan de su Dios y de su rey, los hijos de Judá, fieles á Dios y á David su escogido, permanecen en la alianza y en la fé de Abrahan. Los levitas se les juntan con Benjamin: subsiste por su union el reino del pueblo de Dios, bajo el nombre del reino de Judá, y se mantiene allí enteramente la ley de Moisés. Sin embargo de las idolatrías y de la espantosa corrupcion de las diez tribus separadas, se acuerda Dios de su alianza con Abrahan, Isaac y Jacob. No se extingue su ley entre aquellos rebeldes, ni cesa él de llamarlos á penitencia con milagros innumerables, y conti-

(1) Is. xi. 10. id. liii. 3. (2) Id. lii. 13. 14. (3) Id. lv. 4. 5. (4) Id. lxii. (5) Id. xlii. 1. 2. 3. 4. 5. 6. (6) Id. xlix. 6. (7) Id. xix. 24. 25.

(1) Is. lx. 1. 2. 3. 4. 11. lxi. 1. 2. 3. 11. lxv. 19. 20. 21. (2) Malach. i. 10. 11. (3) Ps. cix. (4) Is. xlv. 8. 23. 24. (5) Id. xlv. 23. (6) 2. Reg. vii. 8. et seq. 3. Reg. ix. 4. et seq. 2. Par. 17. et seq. (7) 2. Reg. xi. xii. et seq. (8) 3. Reg. xi. (9) 3. Reg. xii.

nuas advertencias que por sus profetas les envia; pero obstinados en su delito, no puede ya sufrirlos y los arroja de la tierra prometida sin esperanza de restablecimiento (1).

Con todo eso, la historia de Tobías, sucedida en aquel mismo tiempo y en los principios del cautiverio de los israelitas (2), nos hace ver la conducta de los escogidos de Dios que en las diez tribus separadas quedaron. Residiendo aquel santo varon entre ellas antes del cautiverio, no solo supo conservarse puro de las idolatrías de sus hermanos, sino tambien practicar la ley, y adorar públicamente á Dios en el templo de Jerusalen, sin que el mal ejemplo ni el temor se lo impidiesen. Cautivo, y perseguido en Nínive, persistió en la piedad con su familia (3); y la manera admirable con que su fé y la de su hijo fueron recompensadas, aun en la tierra, muestra que sin embargo del cautiverio y de la persecucion, tenia Dios medios secretos de hacer alcanzar á sus siervos las bendiciones de la ley; pero siempre elevándolos por los males que habian de sufrir á mas sublimes pensamientos. Por los ejemplos de Tobías y por sus santos consejos eran excitados los israelitas á reconocer, á lo menos por el azote, la mano de Dios que los castigaba; pero casi todos permanecian en su obstinacion. Los de Judá, en vez de escarmentar con los castigos de Israel, imitan sus malos ejemplos. Dios no deja de advertirles por los profetas que sucesivamente les envia, desvelándose por la noche y madrugando por la mañana, como él mismo dice (4) para expresar su paternal cuidado. Desechados ya por su ingratitud, se irrita contra ellos, y los amenaza con tratarlos como á sus hermanos rebeldes.

CAP. V.—La vida y el ministerio profético: los juicios de Dios declarados por los profetas.

No hay cosa mas notable en la historia del pueblo de Dios, que este ministerio de los profetas. Vénse hombres separados de lo restante del pueblo por una vida retirada y por un traje particular (5). Tienen habitaciones en que se les ve vivir en una especie de comunidad bajo un superior que Dios les señala (6). Su vida pobre y penitente era figura de la mortificacion que se anunciaria bajo del Evangelio. Comunicábase Dios con ellos de un modo particular, y hacia brillar á los ojos del pueblo esta maravillosa correspondencia; pero jamás resplandeció con tanta fuerza como durante los tiempos de mayor relajacion en que parecia que la idolatría estuviese ya para borrar la ley de Dios. En estas tristes ocasiones hacian los profetas resonar por todas partes, así de viva voz como por escrito, las amenazas de Dios y el testimonio que daban de su verdad. Los escritos que esparcian andaban entre las manos de todo el pueblo y eran cuidadosamente guardados (7). Los que perseveraban fieles á Dios se unian con ellos; y así vemos tambien que en Israel, donde la idolatría reinaba, los fieles que allí habia celebraban con los profetas el sábado y las fiestas establecidas por la ley de Moisés (8). Ellos eran los que esforzaban á los buenos á persistir firmes en la alianza. Muchos padecieron la muerte; y se vió á su ejemplo en los peores tiempos, quiero decir en el reinado de Manasés (9), una infinidad de fieles que vertieron su sangre por la verdad; de modo, que no hubo momento en que le faltase testimonio.

Así la congregacion del pueblo de Dios siempre subsistia: los profetas vivian en ella: un gran número de fieles perseveraba altamente en la ley de Dios con ellos y con «los sacerdotes, hijos de Sadoc,» que, como dice Ezequiel (1), «en los tiempos en que andaban los hijos de Israel descaminados, habian siempre observado las ceremonias del santuario.»

Con todo eso, á pesar de los profetas y á pesar de los sacerdotes fieles, y del pueblo, unido con ellos en la observancia de la ley: la idolatría, que habia arruinado á Israel, arrastraba tambien en Judá frecuentemente así á los príncipes como á los mas del pueblo. Y aunque los reyes olvidasen al Dios de sus padres, este sufrió largo tiempo sus iniquidades por su siervo David. Siempre David está presente á sus ojos. Cuando los reyes, hijos de David, siguen los buenos ejemplos de su padre, hace Dios milagros asombrosos en favor suyo; pero cuando degeneran, sienten la fuerza invencible de su mano que sobre ellos se sienta. Los reyes de Egipto, los de Siria, y sobre todo los de Asiria y de Babilonia, sirven de instrumento á la venganza. La impiedad se aumenta; y Dios hace salir del oriente un rey mas soberbio y formidable que los que hasta entónces se habian visto: este es Nabucodonosor, rey de Babilonia, el mas terrible de los conquistadores. Muéstrale desde lejos á los pueblos y á los reyes, como el vengador destinado á castigarlos (2). Acércase, y delante de él marcha el terror. Toma por primera vez á Jerusalen, y transporta á Babilonia una parte de sus habitadores (3). Ni estos, ni los que quedan en el país, aunque advertidos los unos por Jeremías y los otros por Ezequiel, hacen penitencia. Prefieren á estos santos profetas «otros que les predicaban ilusiones (4)» y los lisonjeaban en sus delitos. Vuelve el vengador á Judea, y el yugo de Jerusalen se agrava, pero no queda enteramente destruida. En fin, la iniquidad llega á lo sumo: la soberbia crece con la flaqueza; y Nabucodonosor lo reduce todo á cenizas (5).

No reserva Dios su santuario. Aquel célebre y hermoso templo, ornamento del mundo, que habia de eternizarse si los hijos de Israel hubiesen perseverado en la piedad (6), fué consumido por el fuego de los asirios. En vano decian los judíos sin cesar: «El templo de Dios, el templo grande, el templo del Eterno está entre nosotros (7).» Habia Dios resuelto hacerles entender, que no tenia su voluntad fijada en un edificio de piedra, sino que principalmente queria hallar corazones fieles, que son los verdaderos y vivos templos en que habita de asiento. Así destruyó el templo de Jerusalen y dió sus tesoros al pillaje; tantos ricos vasos consagrados por reyes piadosos fueron abandonados á un rey impío.

Pero la caída del pueblo de Dios habia de ser la instruccion de todo el universo. En la persona de aquel rey impío y juntamente victorioso, vemos claramente lo que son los conquistadores. No son estos por lo comun sino instrumentos de la divina venganza. Dios ejerce por su medio su justicia, empleándolos en la administracion de la misma como tales instrumentos de su justa ira, y despues la ejecuta sobre ellos mismos. Armado Nabucodonosor del poder divino y hecho invencible por este ministerio, castiga á todos los enemigos del pueblo de Dios. Destruye á los idumeos,

(1) 4 Reg. XVII. 7. et seq. (2) Tob. 1. 5. 6. 7. (3) Ibid. II. 12. 21. 22. (4) 4. Reg. XVII. 10. XXIII. 26. 27. 2. Paralip. XXVI. 15. (5) 1. Reg. 28. 14. 3. Reg. 20. 19. 4. Reg. I. 8. Is. 20. 2. Zach. 13. 5. (6) 1. Reg. X. 10. XIX. 19. 20. 3. Reg. 284. Reg. II. 3. 15. 18. 19. 23. IV. 10. 33. VI. 12. (7) Exod. 27. 14. Is. 39. 8. 34. 16. Jer. 22. 30. XXVI. 2. 21. 2. Paral. 26. 22. 1. Esd. I. 1. Dan. 9. 2. (8) 4 Reg. 4. 23. (9) 4 Reg. XXI. 16.

(1) Ezeq. XLIV. 15. (2) Jer. XXV. etc. Ezeq. XXVI, etc. (3) 4. Reg. XXIV. 1. 2. Paralip. XXXVI. (4) Jer. XIV. 14. (5) 1. Reg. XXV. (6) 4. Reg. XXI. 7. 8. (7) Jer. VII. 4.

á los amonitas y los moabitas; abate á los reyes de Siria; el Egipto, bajo cuyo poder habia tantas veces gemido la Judea, es despojo de este soberbio vencedor y queda su tributario (1): no es menos fatal su potencia á la Judea misma, que no sabe aprovecharse de los respiros que Dios le da. Todo cae; todo es abatido por la justicia divina, cuyo ministro es Nabucodonosor: él caerá á su tiempo; y Dios, que para castigar á sus hijos y abatir á sus enemigos emplea la mano de este príncipe, le deja reservado á su propia mano omnipotente.

CAP. VI.—Juicios de Dios contra Nabucodonosor, contra los reyes sus sucesores, y contra todo el imperio de Babilonia.

No quiso Dios que ignorase su pueblo la suerte de aquel rey que le castigaba, y la del imperio de los caldeos, cuyo cautivo habia de ser. Así, temiendo que fuese sorprendido por la falsa gloria de los impíos y de su soberbio reinado, le anunciaron los profetas su corta duracion. Isaías, que vió la gloria de Nabucodonosor y su insensata altivez mucho tiempo antes de su nacimiento, profetizó su repentina caída y la de su imperio (2). Casi nada era Babilonia, cuando vió aquel profeta su prepotencia y poco después su ruína. Así las revoluciones de las ciudades y de los imperios, que atormentaban al pueblo de Dios, ó se utilizaban de su perdicion, estaban escritas en sus profecías. Eran estos oráculos seguidos de una pronta ejecucion; y los judíos, tan ásperamente castigados, vieron caer, ó antes, ó con ellos, ó poco después, segun las predicciones de sus profetas, no solamente á Samaria, Idumea, Gaza, Ascalon, las ciudades de los amonitas, y de los moabitas, sus perpétuos enemigos, sino tambien las capitales de los grandes imperios, Tiro, la señora del mar, Tanis, Memfis, Tébas, la de las cien puertas, con todas las riquezas de su Sesostris, la misma Nínive, silla de los reyes de Asiria sus perseguidores, y la soberbia Babilonia, vencedora de todas las demás y enriquecida con sus despojos.

Es verdad que Jerusalen pereció al mismo tiempo por sus pecados; pero no la dejó Dios sin esperanza. Isaías, que profetizó su ruína, habia tambien visto su glorioso restablecimiento, y nombrádole á Ciro, su libertador, doscientos años antes que naciese (3). Jeremías, cuyas profecías habian sido tan individuales, para advertir á aquel pueblo ingrato su cierta ruína, le habia prometido su vuelta después de setenta años de cautiverio (4). Durante este término era aquel abatido pueblo respetado en sus profetas: aquellos cautivos pronunciaban á los reyes y á los pueblos sus terribles destinos. Nabucodonosor, el cual queria hacerse adorar, adora él mismo á Daniel (5), atónito por los secretos divinos que le descubria: sabe de él su sentencia, y ve luego la ejecucion (6). Triunfaba este príncipe victorioso en Babilonia, á la cual hizo la mayor, la mas fuerte y la mas hermosa ciudad que jamás el sol hubiese visto (7). Este momento esperaba Dios para aniquilar su soberbia. Feliz é invulnerable, por decirlo así, al frente de sus ejércitos y durante todo el curso de sus conquistas (8), habia de perecer en su casa, segun el oráculo de Ezequiel (9). Cuando admirando su grandeza y la hermosura de Babilonia, se quiere hacer mas que humano, descarga Dios el golpe, le degrada de racional y le pone entre los brutos. Vuelve en sí al tiempo señalado por Daniel (1), y reconoce al Dios del cielo, cuyo poder habia probado; pero sus sucesores no escarmentaron con su ejemplo. Túrbanse las cosas de Babilonia; y el tiempo señalado por los profetas para el restablecimiento de Judá llega entre estas alteraciones. Aparece Ciro al frente de los medos y de los persas (2): todo cede á este formidable conquistador. Avanza lentamente hácia los caldeos con una marcha frecuentemente interrumpida. Vienen las noticias de tarde en tarde como habia profetizado Jeremías (3): determínase en fin: Babilonia, frecuentemente amenazada por los profetas y siempre soberbia é impenitente, ve llegar su vencedor y le desprecia. Sus riquezas, sus altos muros, su pueblo innumerable, su prodigioso recinto que comprendia un gran país, como lo testifican todos los antiguos (4), y sus provisiones infinitas la llenan de vanidad. Asediada largo tiempo sin sentir incomodidad alguna, se rie de los enemigos y de los fosos que al rededor de ella cavaba Ciro: no se hablaba allí sino de bailes y regocijos. Su rey Baltasar, nieto de Nabucodonosor, tan soberbio como él, pero nó tan hábil, da un solemne festin á todos los señores (5). Celébrase con escesos inauditos esta funcion. Baltasar hace llevar los sagrados vasos, robados del templo de Jerusalen, y mezcla la profanacion con el lujo: el enojo de Dios se declara: una mano celestial escribe palabras terribles sobre la pared del salon regio en que se da la fiesta. Daniel interpreta el sentido de aquellas tremendas palabras; y este profeta, que habia predicho la caída funesta del abuelo, hace tambien ver al nieto el rayo que se desprende para consumirle. En ejecucion de este divino decreto abre Ciro de improviso una entrada en Babilonia. Metido el Eufrates en unos fosos preparados mucho tiempo habia, descubre á Ciro su inmenso lecho y entra por este paso inopinado. Así quedó por la justicia divina hecha despojo «de los medos, de los persas y de Ciro,» como habian dicho los profetas, «aquella soberbia Babilonia (6).» Así pereció con ella el reino de los caldeos, que habia destruido á tantos otros reinos (7); «y el martillo que habia quebrantado todo el universo fué tambien roto.» Bien lo habia profetizado Jeremías (8). El Señor «rompió la vara con que habia golpeado á tantas naciones.» Isaías lo habia previsto (9). Los pueblos, acostumbrados al yugo de los reyes caldeos, los miran tambien á ellos bajo del yugo: «Ahí estais, les dijeron (10), heridos como nosotros: nuestros semejantes os habeis vuelto; vosotros que deciais en vuestro corazon: yo elevaré mi trono sobre las estrellas, y yo seré semejante al Altísimo.» Esto es lo que habia el mismo Isaías pronunciado: «Cae, cae,» como lo habia predicho el profeta (11), «esta gran Babilonia, y sus ídolos son rotos; Bel es derribado, y Nabon,» su gran Dios, de quien los reyes tomaban su nombre, «cae á tierra (12):» porque los persas, sus enemigos, que adoraban al sol, no sufrian ídolos ni reyes á quienes se diese el culto de deidades. Pero ¿cómo pereció aquella Babilonia? Como lo habian declarado los profetas. Sus aguas fuéron desecadas, como Jeremías habia profetizado (13), para dar paso á su vencedor: embriagada, adormecida, vendida por su propia alegría, segun el mismo profeta, se halló en poder de sus enemigos, «y presa

(1) 4. Reg. XXIV. 7. (2) Isai. XIII. XIV. XXI. XLV. XLVI. XLVIII. XLVIII. (3) Isai. XLIV. XLV. (4) Jer. XXV. 21. 12. XXIX. 10. (5) Dan. II. 46. (6 Ibid. IV. 1. (7) Ibid. IV. 26. (8) Jer. XXVII. (9) Ezeq. XXI. 30.

(1) Dan. IV. 31. (2) Herod. l. 1 Xenoph. lib. II. 3. et Pædag. (3) Jer. LI. 46. (4) Xenoph. l. 7. Pædag. Arist. 3. Pol. l. 3. (5) Dan. V. (6) Is. XIII. 17. XXI. 2. XLV. XLVI. XLVII. Jerem. LI. 11. 28. (7) Isai. XIV. 14. 16. 17. (8) Jer. I. 23. (9) Isai. XIV. 5. 6. (10) Ibid. 10. (11 Id. XXI. 9. (12 Id. XLVI. 1. (13) Jer. L. 38. LI. 36.

como en un lazo sin saberlo (1). » Todos sus habitantes son pasados por el filo de la espada; porque los medos sus vencedores, como habia dicho Isaías (2), « no buscaban el oro ni la plata, » sino la venganza, y saciar su odio con la ruina de un pueblo cruel al cual hacia su soberbia enemigo de todos los pueblos del mundo. « Venian los correos uno sobre otro á anunciar al rey que el enemigo entraba en la ciudad. » Así lo habia previsto Jeremías (3). Sus astrólogos, en quienes ella creia y que le prometian un imperio eterno, « no la pudieron salvar de su vencedor. » Isaías y Jeremías son los que de comun acuerdo se lo anuncian (4). En aquel espantoso estrago, los judíos, muy anticipadamente advertidos, se escaparon solos de la espada del vencedor (5). Hecho Ciro con esta conquista dueño de todo el oriente, reconoce en aquel pueblo tantas veces vencido, una inesplicable calidad de divino. Absorto ante los oráculos que habian profetizado sus victorias, confiesa que debe su imperio « al Dios del cielo, » á quien los judíos servian; y señala el primer año de su reinado con el restablecimiento de su templo y de su pueblo (6).

CAP. VII.—Diversidad de los juicios de Dios: juicio de rigor contra Babilonia y juicio de misericordia sobre Jerusalen.

Muy admirable es aquí la providencia divina, tan evidentemente declarada sobre los judíos y sobre los caldeos, sobre Jerusalen y sobre Babilonia. Dios quiere castigar á entrambas; y para que no se ignore que él solo es quien lo hace, se digna declararlo por tantas profecías. Jerusalen y Babilonia, ambas amenazadas á un mismo tiempo y por unos mismos profetas, caen sucesivamente al tiempo señalado. Pero Dios descubre el grande arcano de los dos castigos de que se sirve: un castigo riguroso sobre los caldeos: un castigo paternal sobre los judíos, que son sus hijos. La soberbia de los caldeos (que este era el genio de la nacion y el espíritu de todo el imperio) queda para siempre abatida. « El pueblo ha caido y no volverá á levantarse, » decia el profeta Jeremías (7); y antes que él Isaías: « Babilonia la gloriosa, cuyos caldeos insolentes se ensoberbecian, ha quedado semejante á Sodoma y Gomorra (8), » á quien Dios no ha dejado remedio alguno. No ha sucedido así con los judíos. Dios los ha castigado como á hijos desobedientes que reduce á su obligacion con el castigo; y movido después de sus lágrimas, olvida sus culpas. « Nada temas, Jacob, dice el Eterno (9), porque yo estoy contigo; yo te castigaré con justicia, y no te perdonaré, como si estuvieses inocente; pero no te destruiré como á las naciones entre quienes te he esparcido. » Así Babilonia, quitada para siempre á los caldeos, es entregada á otro pueblo; y Jerusalen, restablecida por una mudanza maravillosa, ve volver sus hijos de todas partes.

CAP. VIII.—Regreso del pueblo en tiempo de Zorobabel, Esdras y Nehemías.

Zorobabel, de la tribu de Judá y de la sangre de los reyes, fué quien los restituyó del cautiverio. Los de Judá vuelven á tropas y llenan todo el país. Las diez tribus dispersas se pierden entre los gentiles, fuera de aquellos que con el nombre de Judá y reunidos bajo de sus estandartes, vuelven á entrar en la tierra de sus padres.

(1) Jer. L. 24. LI. 39. 57. (2) Isai. XIII. 15. 16. 17. 18. Jer. L. 35. 36. 37. 42. (3) Jer. LI. 31. (4) Isai. XLVII. 12. 13. 14. 15. Jer. L. 36. (5) Isai. XLVIII. 20. Jer. L. 8. 28. LI. 6. 10. 50. (6) 2. Paralip. XXXVI. 22. 1. Esd. I. 2. (7) Jer. I. 32. 40. (8) Isai. XIII. 19. (9) Jer. XLVI. 28.

Entretanto, el altar nuevamente se erige, el templo se reedifica y los muros de Jerusalen vuelven á levantarse. Los celos de los pueblos vecinos son reprimidos por los reyes de Persia, hechos protectores del pueblo de Dios. El pontífice se restituye á su ejercicio con todos los sacerdotes que probaron su descendencia por los registros públicos, quedando excluidos los demás (1). Esdras, sacerdote y doctor de la ley, y Nehemías gobernador, reforman todos los abusos que habia introducido el cautiverio, y hacen guardar la ley tan pura como era. El pueblo llora con ellos las transgresiones que les habian causado aquellos grandes castigos, y reconoce que Moisés los habia profetizado. Leen todos juntos en los santos libros las amenazas del hombre Dios (2): reconocen su exacto cumplimiento: el oráculo de Jeremías (3), y la vuelta tan prometida después de setenta años de cautiverio los pasma y los consuela al mismo tiempo: adoran los terribles juicios de Dios, y reconciliados con él, viven en paz.

CAP. IX.—Dispuesto y pronto Dios á hacer que cesasen las profecías, derrama oportunamente sus luces con mas abundancia que nunca; y todo lo hace á su tiempo.

Habia Dios escogido aquel tiempo para hacer cesar los medios extraordinarios, esto es, las profecías, en su pueblo desde entónces bastantemente instruido. Faltaban cerca de quinientos años hasta los dias del Mesías. Quiso Dios, que por la majestad de su Hijo, callasen los profetas todo este tiempo para tener á su pueblo en la espectativa del que habia de ser el cumplimiento de todos sus misteriosos oráculos.

Pero hácia el fin de los tiempos en que habia Dios resuelto poner término á las profecías, parecia que quisiese difundir abundantísimamente todas sus luces, y descubrir todos los consejos de su providencia: tanta fué la claridad con que expresó los secretos de los tiempos futuros.

Durante el cautiverio, y principalmente hácia los tiempos en que estaba para terminarse, Daniel, venerado por su piedad hasta de los infieles, y empleado por su prudencia en las materias mas graves de su Estado (4), vió por órden, en diversas veces y bajo diferentes figuras, cuatro monarquías bajo las cuales habian de vivir los israelitas (5). Denótalas por sus propias señas. Se mira y admira pasar como un torrente el imperio de un rey de los griegos: este era el de Alejandro. Por su caida se ve con pasmo levantarse otro imperio, menor que el suyo, y enflaquecido por sus divisiones (6): este era el de sus sucesores, entre los cuales hay cuatro; Antipatro, Seleuco, Tolomeo y Antígono, visiblemente señalados en la profecía. Es constante por la historia que fuéron estos mas poderosos que los otros, y los únicos cuyo poder pasó á sus hijos. Se registran sus guerras, sus celos y sus engañosas alianzas; la aspereza y la ambicion de los reyes de Siria; la soberbia y las demás señas que hacen á Antíoco el Ilustre implacable enemigo del pueblo de Dios; la brevedad de su reinado y el pronto castigo de sus excesos (7). Por último, se ve nacer hácia el fin, y como en el seno de estas monarquías, el reinado « del Hijo del Hombre. » Ya se conocerá por este nombre á Jesucristo; pero este reinado del Hijo del Hombre tambien se llama « el reinado de los santos del Altísimo. » Todos los pueblos están sujetos á este grande y pacífico reino; la eternidad le está

(1) 1. Esd. II. 62. (2) 2. Esd. 18. Ib. VIII. 9. (3) 1. Esd. I. 1. (4) Dan. II. 3. 5. 8. 27. (5) Id. II. VII. VIII. X. XI. (6) Id. VII. 6. VIII. 21. 22. (7) Id. XI.

prometida; y ha de ser el único «cuyo poder no pasará á otro imperio (1).»

Cuándo vendrá este Hijo del Hombre y cómo cumplirá la obra que le está cometida, que es la redencion del género humano, Dios lo descubre manifiestamente á Daniel. Ocupado todo su espíritu en el cautiverio de su pueblo en Babilonia y en los setenta años á que Dios habia querido limitarle, en lo mas ardiente de sus ruegos por la libertad de sus hermanos, es de repente elevado á mas altos designios. Ve otro número de años y otra libertad mucho mas importante. En vez de los setenta años profetizados por Jeremías, observa setenta semanas que, con el curso del tiempo, empezarian desde el decreto de Artajerjes, dado el año vigésimo de su reinado, para reedificar la ciudad de Jerusalen (2). Así está en términos precisos señalada, hácia el fin de aquellas semanas, la remision de los pecados, el reinado eterno de la justicia, el entero cumplimiento de las profecías y la uncion del Santo de los santos (3). «Cristo» ha de ejercer su cargo y dejarse ver, como conductor del pueblo, después de las sesenta y nueve semanas. Despues de las sesenta y nueve semanas, (que el profeta tambien lo repite), «se hará morir al Cristo (4);» de muerte violenta ha de morir; es preciso que sea sacrificado para cumplir con los misterios. Una semana se distingue entre las otras, y es la postrera de las setenta: esta es aquella en que Cristo será sacrificado, en que será la alianza confirmada, y en cuya mitad la hostia y los sacrificios serán cancelados (5), sin duda por la muerte de Cristo; porque en consecuencia de ella se halla expresada esta mudanza. Después de la muerte de Cristo y de la extincion de los sacrificios, solamente se ve horror y confusion: se ve la ruína de la santa ciudad y del santuario; un pueblo y un capitan que vienen á destruirlo todo; la abominacion en el templo; la última é irremediable desolacion (6) del pueblo ingrato á su Salvador.

Ya hemos visto que estas semanas reducidas á semanas de años, segun el estilo de la Escritura, suman cuatrocientos noventa años, y nos conducen precisamente desde el vigésimo de Artajerjes á la postrera semana: semana llena de misterios en que Jesucristo sacrificado da fin con su muerte á los sacrificios de la ley, y cumplimiento á sus figuras. Hacen los doctos diversos computos para ajustar puntualmente este tiempo: pero no tiene dificultad el que dejo consignado; y tan lejos está de obscurecer la continuacion de la historia de los reyes de Persia, que antes bien la aclara: aunque no seria extraño que se hallase alguna incertidumbre en las datas de aquellos príncipes, y ocho ó nueve años, á lo mas, de que se podria disputar, jamás fueran asunto de una cuestion importante. ¿Pero por qué me detengo en esto? Dios ha cortado la dificultad, si alguna habia, con una decision que no tiene réplica. Un suceso tan manifiesto nos da la superioridad sobre los mas refinados cálculos de los cronólogos, y la ruína total de los judíos que tan inmediatamente siguió á la muerte de Jesucristo hace ver á los menos perspicaces el cumplimiento de la profecía.

Solo debo ahora hacer observar una circunstancia. Daniel nos descubre un nuevo misterio. El oráculo de Jacob nos habia enseñado que el reino de Judá habia de cesar con la venida del Mesías; pero nos decia que su muerte seria la causa de la caída de aquel reino. Dios reveló á Daniel este importante secreto, él lo declara, y así se ve que la ruína de los judíos es la consecuencia de la muerte de Cristo y de haberle desconocido. Nótese, si se tiene á bien, este hecho, que la continuacion de los sucesos hará bien presto de él un excelente comentario.

(1) Dan. II. 44. 45. VII. 13. 14. 27. (2) Ibid. IX. 23. etc. (3) Ibid. 24. (4) Ibid. 25. 26. (5) Ibid. 27. (6) Ib. IX. 26. 27.

CAP. X.—Profecías de Zacarías y de Ageo.

Hemos visto que Dios manifestó al profeta Daniel de antemano las victorias de Ciro y el restablecimiento del templo. Durante su reedificacion iluminó á los profetas Ageo y Zacarías, é inmediatamente después envió á Malaquías que habia de cerrar las profecías del antiguo pueblo.

¿Qué no vió Zacarías? Podria decirse que estuvo abierto á este profeta el libro de los decretos divinos y que leyó en ellos toda la historia del pueblo de Dios desde su cautividad.

Fuéronle descubiertas las persecuciones de los reyes de Siria y sus guerras contra Judá desde que empiezan hasta que fenecen (1). Ve á Jerusalen presa y saqueada; un saqueo espantoso; desórdenes infinitos; el pueblo fugitivo por el desierto; dudoso de su porvenir y suspenso entre la muerte y la vida; en vísperas de su postrera desolacion aparecésele una nueva luz, y ve á los enemigos vencidos y á los ídolos derribados en toda la Tierra Santa; la paz y la abundancia en la ciudad y en el país, y reverenciado el templo en todo el oriente.

Una circunstancia memorable de estas guerras fué revelada á este profeta (2); y es, que Jerusalen habia de ser vendida por sus hijos y que se hallarian muchos judíos entre sus enemigos.

Alguna vez augura una larga série de felicidades (3): á Judá lleno de fuerza (4); los reinos que le han oprimido humillados (5); castigados los vecinos que no han cesado de atormentarle; algunos convertidos é incorporados al pueblo de Dios. Mira el profeta á este pueblo colmado de beneficios divinos, entre los cuales cuenta el triunfo no menos modesto que glorioso «del rey pobre, del rey pacífico, del rey salvador que entra montado sobre un jumento en su ciudad de Jerusalen (6).»

Después de haber referido las prosperidades, vuelve á tomar desde su orígen toda la série de desgracias (7). Ve de repente el fuego del templo; todo el país arruinado con la ciudad capital; homicidios y violencias; un rey que las autoriza. Advierte que Dios tiene piedad de su pueblo abandonado; que él mismo se hace su pastor y su proteccion le sostiene; y que al fin se encienden guerras civiles y las cosas van en decadencia. El tiempo de esta mudanza está indicado con ciertas señas, y tres príncipes, depuestos en un mismo mes, muestran su principio (8).

Entre estas infelicidades aun se descubre otra mayor desgracia. Un poco después de estas divisiones, y en los tiempos de la decadencia, «Dios es comprado en treinta dineros» por su pueblo ingrato; y lo ve todo el profeta, hasta «el campo del alfarero» en que se emplea el dinero. Síguense de allí gravísimos desórdenes entre los pastores del pueblo; en fin, continúa su ceguedad y queda destruido su poder (9).

¿Qué diré de la maravillosa vision de Zacarías que mira herido al pastor y á sus ovejas esparcidas (10)? ¿Qué diré «de la atencion con que mira el pueblo á su Dios á quien ha traspasado?» ¿Y qué de las lágrimas que le hace verter una muerte mas lamenta-

(1) Zach. XIV. (2) Zach. XIV. 14. (3) Zach. IX. X. (4) Id. X. 6. (5) Ibid. 11. (6) Zach. IX. 1. 2. 3. 4. 5. 6. 7. 8. 9. (7) Id. XI. (8) Id. XI. 8. (9) Ibid. 11. 15. 16. 17. (10) Ibid. XIII. 7.

ble que la de un hijo único (1) y que la de Josías? Todo esto vió Zacarías; pero lo mas notable que vió, « es al Señor enviado por el Señor á habitar en Jerusalen, desde donde llama á los gentiles para agregarlos á su pueblo y morar entre ellos (2). »

Menos dice Ageo, pero es asombroso lo que dice. En tanto que se fabrica el segundo templo y que los ancianos que han visto el primero se deshacen en lágrimas, comparando la pobreza de este último edificio con la magnificencia del otro (3); el profeta, que á mayor distancia extiende su vista, publica la gloria del segundo templo y le prefiere al primero (4). Explica de dónde vendrá la gloria á esta nueva casa: es, dice, que « llegará el deseado de las gentes: » este Mesías prometido dos mil años ha, y desde el orígen del mundo, como Salvador de los gentiles, aparecerá en este nuevo templo. « La paz se establecerá en él; movido todo el universo » dará testimonio de la verdad de su redentor; « poco tiempo » se le ha de esperar ya, porque todo lo destinado á este fin se halla en el último período.

CAP. XI. — Profecías de Malaquías, que es el último de los profetas; y la conclusion del segundo templo.

En fin, el templo se acaba; las víctimas se sacrifican; pero los judíos avaros ofrecen hostias defectuosas. Malaquías es elevado á mas alta veneracion; y en la ocasion de las ofrendas inmundas de los judíos, ve «la ofrenda siempre pura» y nunca manchada, no ya solamente en el templo de Jerusalen, como antes, sino « desde donde el sol nace, hasta donde se pone; » no ya por los judíos sino « por los gentiles, » entre los cuales predice « que el nombre de Dios será grande (5). »

Tambien ve, como Ageo, la gloria del segundo templo, y al Mesías que le honra con su presencia: pero mira al mismo tiempo que el Mesías es el Dios á quien este templo está dedicado. « Yo envio mi ángel, » dice el Señor (6), « para prepararme los caminos, é inmediatamente vereis llegar á su santo templo al Señor que buscais y al ángel de la alianza que deseais.

Un ángel es un enviado; pero aquí hay un enviado de una dignidad maravillosa; un enviado que tiene un templo; un enviado que es Dios; y que entra en el templo como en su propia morada; un enviado deseado de todo el pueblo que viene á hacer una nueva alianza, y que por eso es llamado el ángel de la alianza ó del testamento.

En este, pues, segundo templo era donde este Dios enviado de Dios habia de aparecerse; pero otro enviado le precede y le prepara los caminos: aquí vemos al Mesías precedido de su precursor. El carácter de este precursor tambien se muestra al profeta. Este seria un nuevo Elías notable por su santidad, por la austeridad de su vida, por su autoridad y por su celo (7).

Así, el último profeta del antiguo pueblo señala el primer profeta que vendrá después de él, que es aquel nuevo « Elías, » precursor del Señor, que habia de manifestarse. Hasta aquel tiempo no tenia el pueblo de Dios que esperar profeta alguno: la ley de Moisés debia bastarle: por eso Malaquías acaba con estas palabras (8): « Acordaos de la ley que he dado sobre el monte Horeb á Moisés mi siervo, para todo Israel. Yo os enviaré al profeta Elías que unirá los corazones de los padres con los corazones de los hijos, » que mostrará á estos lo que esperaron aquellos.

Á esta ley de Moisés habia Dios juntado los profetas que hablaron en conformidad de ella; y la historia del pueblo de Dios, hecha por ellos mismos, en que estaban confirmadas por experiencias visibles las promesas y las amenazas de la ley. Todo estaba cuidadosamente escrito, todo ordenado segun el curso de los tiempos; y esto es lo que Dios dejó para la instruccion de su pueblo cuando hizo cesar las profecías.

CAP. XII.—Los tiempos del segundo templo.—Frutos de los castigos y de las profecías.—Cesacion de la idolatría y de los falsos profetas.

Causaron estas instrucciones una gran mudanza en las costumbres de los israelitas. Ya no necesitaban de aparicion ni prediccion manifiesta, ni de aquellos prodigios inauditos que Dios hacia tan frecuentemente por su libertad. Bastábanles los testimonios que habian recibido; y su incredulidad, no solamente convencida por el suceso, sí que tambien tan frecuentemente castigada, los habia, en fin, hecho dóciles.

Por eso, desde aquel tiempo no se les nota ya reincidir mas en la idolatría á que eran extrañamente inclinados: Habíales sido muy costoso el haber desechado al dios de sus padres. Acordábanse siempre de Nabucodonosor y de su ruína, tan frecuentemente profetizada con todas sus circunstancias; y siempre sucedida mas presto de lo que habian creido. No estaban menos admirados de su restablecimiento, hecho contra toda apariencia, en el tiempo y por aquel que se les habia mostrado.

Jamás veian el segundo templo sin acordarse de lo que causó la ruína del primero, y de qué manera habia sido restablecido: así se confirmaban en la fé de sus escrituras de que todo su estado daba testimonio.

Ya no habia entre ellos profetas falsos. De una vez se habian separado de la propension que tenian á creerlos, y de la que les arrastraba á la idolatría. Zacarías habia predicho en un mismo oráculo que estas dos cosas les sucederian (1): y su profecía tuvo un manifiesto cumplimiento. Cesaron los profetas falsos en el tiempo del segundo templo: escarmentado el pueblo de sus engaños no queria ya darles oídos. Los verdaderos profetas de Dios eran leidos y releidos incesantemente, y no necesitaban de comentario; porque las cosas que cada dia sucedian, y que ya en sus profecías habian predicho, eran sus mas fieles intérpretes.

CAP. XIII. — La dilatada paz que gozaban por quiénes fué predicha.

En efecto, todos los profetas habian prometido una paz profunda. Aun se lee con gusto la bella pintura que hacen Isaías y Ezequiel (2) de aquellos felicísimos tiempos que llegarian acabado el cautiverio de Babilonia. Todas las ruínas se reparan; las ciudades y los lugares se reedifican magníficamente; el pueblo es innumerable; los enemigos son humillados; florece la abundancia en las ciudades y en el campo; allí se ven la alegría, el reposo y en fin todos los frutos de una paz dilatada. Dios promete tener á su pueblo en una durable y perfecta tranquilidad (3). Gozáronla ellos durante el dominio de los reyes de Persia; y en tanto que se mantuvo este imperio, los favorables decretos de Ciro aseguraron á los judíos el reposo. Aunque estuvieron amenazados de su postrera ruí-

(1) Zach. XII. 10. (2) Id. II. 8. 9. 10. 11. (3) 1. Esd. III. 12. (4) Agg. II. 7. 8. 9. 10. (5) Malach. I. 11. (6) Ib. III. 1. (7) Ib. III. 1. IV. 5. 6. (8) Ibid. IV. 5. 6.

(1) Zach. XIII. 2. 3. 4. 5. 6. (2) Isai. XLI. 11. 12. 14. XLIII. 18. 19. 21. 22. LII. 1. 2. LIV. LV. etc. Ezeq. XXXVI. XXX. 13. 14. (3) Jer. XLVI. 27.

na bajo Asuero, sea este quien fuere, aplacado Dios con sus lágrimas mudó repentinamente el corazon del rey, y les hizo conseguir una gran venganza de su enemigo Aman (1). Fuera de este acaecimiento que pasó muy pronto, vivieron siempre sin temor. Inducidos por sus profetas á obedecer á los reyes, á quienes los habia Dios sujetado (2), fué inviolable su fidelidad. Así fuéron siempre benignamente tratados. Á costa de un tributo muy ligero que pagaban á sus soberanos, que mas eran sus protectores que sus dueños, vivian segun sus propias leyes; el poder sacerdotal se conservó en su total entereza; los pontífices dirigian al pueblo; el consejo público, primeramente establecido por Moisés, tenia toda su autoridad; y ellos ejercian entre sí el derecho de vida y el de muerte, sin que nadie se mezclase en sus decisiones: asi lo ordenaban los reyes (3). La ruína del imperio de los persas en nada alteró sus cosas. Alejandro respetó su templo, admiró sus profecías y aumentó sus privilegios (4). Algo padecieron en tiempo de sus primeros sucesores. Tolomeo, hijo de Lago, sorprendió á Jerusalen y se llevó á Egipto cien mil cautivos (5); pero bien presto dejó de aborrecerlos. Él mismo los hizo ciudadanos de Alejandría, capital de su reino, ó por mejor decir, les confirmó el derecho que ya Alejandría les habia dado; y no hallando en todo su reino quien le fuese mas fiel que los judíos, llenó de ellos sus ejércitos y les confió las plazas mas importantes. Si los Lagos les dispensaron su proteccion, todavía fuéron mejor tratados por los Seleucos bajo cuyo imperio vivian. Seleuco Nicator, cabeza de esta familia, los estableció en Antioquía; y habiendo Antíoco, su nieto, llamado el Dios, hecho recibirles en todas las ciudades del Asia menor, los hemos visto esparcirse por toda la Grecia, vivir allí segun su ley, y gozar de los mismos derechos que los demás ciudadanos, como hacian en Alejandría y en Antioquía (6). Entretanto su ley es traducida en griego por órden de Tolomeo Filadelfo, rey de Egipto (7); la religion de los judíos es conocida entre los gentiles; el templo de Jerusalen es enriquecido con los dones de los reyes y de los pueblos; los judíos viven en paz y con libertad bajo el poder de los reyes de Siria; de modo, que no habian gozado mucho de semejante tranquilidad en tiempo de sus propios reyes.

CAP. XIV.—Interrupcion y restablecimiento de la paz.—Disension en este pueblo santo. — Persecucion de Antíoco: todo lo cual estaba predicho.

Eterna parecia que debiese ser, si ellos mismos no la hubiesen turbado con sus disensiones, la paz que se disfrutaba. Trescientos años hacia que gozaban de esta quietud tan anticipadamente anunciada por sus profetas (8), cuando la ambicion y los celos que se introdujeron en ellos estuvieron á punto de perderlos. Algunos de los mas poderosos fueron traidores á su pueblo por lisonjear á los reyes, queriendo hacerse ilustres á la manera de los griegos; y prefirieron esta vana pompa á la gloria sólida que podian adquirir entre sus ciudadanos, con la observancia de las leyes de sus predecesores. Celebraron juegos, como los gentiles. Esta novedad deslumbró los ojos del pueblo; y la idolatría revestida de esta magnificencia pareció bien á muchos judíos. Con estas mudanzas se mezclaron las disputas del sumo sacerdocio, que era la principal dignidad de la nacion. Los ambiciosos procuraban ganar la benevolencia de los reyes de Siria para llegar á ella; y esta dignidad sagrada fué el premio dado á la lisonja de aquellos cortesanos. No tardaron los celos y las divisiones de los particulares á causar, como suelen, grandes desventuras á todo el pueblo. Antíoco el Ilustre, rey de Siria, formó el designio de destruir este pueblo dividido, para aprovecharse de sus riquezas. Apareció entónces aquel príncipe con todas las señas que Daniel habia anunciado (1). Ambicioso, avaro, artificioso, cruel, insolente, impío, insensato, desvanecido con sus victorias, y después irritado por sus pérdidas. Entra en Jerusalen dispuesto á avasallarlo todo, incitándole á ello mas el aspecto de los judíos que sus propias fuerzas: así lo habia previsto Daniel (2). Practica crueldades inauditas; su soberbia le arrebata á los mayores excesos, y vomita blasfemias contra el Altísimo, como el mismo profeta habia predicho. En ejecucion de estas profecías (3), se le ha dado, por los pecados del pueblo, la fuerza contra el sacrificio perpétuo. Profana el templo de Dios que los reyes, sus antepasados, habian reverenciado; saquéalo, y con las riquezas que halla, repara las ruínas de su tesoro exhausto (4). Con el pretexto de reformar las costumbres de sus vasallos, pero en realidad para saciar su avaricia con los despojos de toda la Judea, ordena á los judíos que adoren á los mismos dioses que los griegos: sobre todo quiere que sea adorado Júpiter Olímpico, cuyo ídolo coloca en el templo mismo; y mas impío que Nabucodonosor, intenta destruir las fiestas, la ley de Moisés, los sacrificios, la religion y todo el pueblo. Pero los sucesos de este príncipe tambien tenian sus límites señalados por las profecías (5). Matatías se opone á sus violencias, y reune la gente en quien florecia la piedad (6). Judas Macabeo con un corto número de tropas ejecuta hazañas inauditas y purifica el templo de Dios, tres años y medio después de su profanacion, como habia profetizado Daniel. Persigue á los idumeos y á todos los demás gentiles que seguian á Antíoco; y habiéndoles tomado sus mejores plazas, vuelve victorioso y humilde, tal como le habia visto Isaías (7), cantando las alabanzas de Dios que habia puesto en sus manos á los enemigos de su pueblo, y teñido todavía con la sangre de ellos. Continúa sus victorias apesar de los ejércitos numerosos de los capitanes de Antíoco. No habia Daniel (8) dado sino seis años á aquel reino impío para atormentar al pueblo de Dios; y véase como en el término prefijado sabe en Ecbatana los heróicos hechos de Judas; cae luego Antíoco en una profunda melancolía, y muere, como el santo profeta habia predicho (9), infeliz, pero nó de mano airada, después de haber reconocido, aunque muy tarde, el poder del Dios de Israel.

No es ya necesario referir de qué manera sus sucesores prosiguieron la guerra contra la Judea, ni la muerte de Judas el libertador, ni las victorias de sus dos hermanos Jonatás y Simon, sucesivamente sumos pontífices, cuyo valor restableció la antigua gloria de Dios. Estos tres grandes héroes vieron á los reyes de Siria y á todos los pueblos vecinos, conjurados contra ellos; y lo que era mas lamentable, vieron diversas veces á los del mismo Judá, armados contra su

(1) Esth. IV. V. VII. VIII. IX. (2) Jer. XXVII. 12. 17. XL. 9. Bar. I. 11. 12. (3) I. Esd. VII 25. 26. (4) Joseph. Antiq. XI. 8. 2. Cont. Ap. (5) Id. Ant. XII. 1. 2. Cont. Ap. (6) Joseph. Ant. et lib. XII. 3. et lib. 2. Cont. Ap. (7) Id. Præf. Ant. et lib. XII. c. 2. et lib. II. cont. Apion. (8) I. Malach. I. 12. 13. etc. 2. Malach. III. IV. I. etc. 14. 15. 16. etc.

(1) Dan. VII. 24. 25. VIII. 9. 10. 11. 12. 13. 24. 25. Polib. lib. XXVI. et XXXI. in exerp. et ap. Ath. lib. X. (2) Id. VIII. 24. (3) Id. VII. 8. 11. 25. VIII. 11. 12. 13. 14. 25. (4) I. Mach. I. 43. 46. 57. 2. Mach. VII. 12. (5) Dan. VII. 25. XII. 7. 11. (6) Joseph. Prol. lib. de Bell. Jud. et lib. I. I. 5. 6. 11. (7) Isai. LXIII. I. Mach. IV. 15. V. 3. 26. 28. 36. 54. (8) Dan. VIII. 14. I. Mach. V. 2. Id. IX. (9) Dan. VIII. 25.

patria y contra Jerusalen, cosa hasta entónces inaudita, pero expresamente notada por los profetas (1). En medio de tantos males, la confianza que en Dios tuvieron les hizo intrépidos é invencibles. Fué siempre el pueblo feliz bajo de su mando; y en fin, libertado en tiempo de Simon del yugo de los gentiles, se sujetó á él y á sus hijos con beneplácito de los reyes de Siria.

Pero el acto por el cual el pueblo de Dios transfiere en Simon toda la pública potestad, y le acuerda y concede las preeminencias reales, es notable. El decreto dice: «que le gozarán él y su posteridad hasta que venga un fiel, y verdadero profeta (2).»

Acostumbrado el pueblo desde su orígen á un gobierno divino, y sabiendo que desde el tiempo que David habia sido, de órden de Dios, elevado al trono, pertenecia el poder supremo á su casa, á la cual debia al fin ser restituido en tiempo del Mesías, puso expresamente esta restriccion al poder que dió á sus pontífices, y continuó viviendo sumiso con ellos, esperando á Cristo, tantas veces prometido.

En esta forma, pues, aquel reino, absolutamente libre, usó de su derecho y proveyó á su gobierno; y la posteridad de Jacob, por la tribu de Judá y por los restos de las otras que se alistaron bajo sus estandartes, se conservó en cuerpo de estado y gozó independiente y pacífica la tierra que se le habia señalado.

En virtud de este decreto del pueblo, de que acabamos de hablar, Juan Hircan, hijo de Simon, sucedió á su padre. Bajo su mando los judíos se engrandecen por sus conquistas considerables. Sujetan á Samaria (Ezequiel y Jeremías lo habian profetizado (3)), doman á los idumeos, los filisteos y los amonitas, sus perpétuos enemigos; y estos pueblos abrazan su religion (4): habíalo notado Zacarías (5). En fin, á pesar del odio y de los celos de los pueblos que les rodean, gobernados por sus pontífices, que por último se hacen sus reyes, fundan el nuevo reino de los asmoneos ó macabeos, mas extenso que nunca, si se exceptuan los tiempos de David y de Salomon.

De esta manera subsistió siempre el pueblo entre tantas mudanzas: y ya castigado, ya consolado en sus desgracias con las penas ó favores, que segun sus méritos recibe, da un público testimonio de la providencia divina que rige al mundo.

CAP. XV.—Expectacion de la venida del Mesías y sobre qué estaba fundada.—Preparacion de su reinado y de la conversion de los gentiles.

Pero en cualquier estado que se hallase, vivia siempre en expectacion de los tiempos del Mesías en que esperaba nuevas gracias, y mayores que cuantas habia recibido; y nadie puede dejar de conocer, que esta fé del Mesías y de sus maravillas, que aun dura el dia de hoy entre los judíos, les ha venido de sus patriarcas y de sus profetas desde el orígen de su nacion (6). Porque en aquella larga serie de años, en que ellos mismos reconocian que por un consejo de la providencia no se descubria allí profeta alguno, ni Dios les hacia nuevas predicciones, ni nuevas promesas, esta fé del Mesías que habia de venir era mas viva que nunca. Tan bien establecida estuvo, cuando se fabricó el segundo templo, que no hubo necesidad de mas profetas para confirmar al pueblo en ella. Vivian bajo la fé de sus antiguas profecías que habian visto cumplirse tan puntualmente á sus ojos en tantos puntos; después de cuyo tiempo no les pareció dudoso lo demás, ni tuvieron dificultad en creer que Dios, tan fiel en todo, cumpliria tambien á su tiempo lo que aludia al Mesías; esto es, la principal de sus promesas y el fundamento de todas las demás.

En efecto, toda su historia, todo lo que les sucedia de dia en dia, no era sino un contínuo descifrarse los oráculos que el Espíritu Santo les habia dejado. Si restablecidos en su tierra, después del cautiverio, gozaron trescientos años de una paz profunda; si su templo fué venerado y respetada su religion en todo el oriente; si en fin se turbó su paz por sus disensiones; si aquel soberbio rey de Siria hizo esfuerzos inauditos para destruirlos; si prevaleció algun tiempo; si poco después fué castigado; si la religion judaica y todo el pueblo de Dios volvieron á levantarse con un esplendor mas admirable que nunca, y el reino de Judá fué aumentado hácia el fin de los tiempos con nuevas conquistas, ya se ha visto que todo esto se hallaba escrito en sus profecías. Sí: todo estaba en ellas prevenido; hasta los lugares en que se darian las batallas; hasta las tierras que habian de conquistarse.

He referido en globo algun tanto de estas profecías; que el particularizarlas seria asunto mucho mas largo. No pretendo dar aquí sino el primer tinte á aquellas verdades importantes que tanto mas se conocen, cuanto mas se individualizan. Notaré solamente, que las profecías del pueblo de Dios tuvieron en todos aquellos tiempos un cumplimiento tan manifiesto, que después, cuando los paganos mismos, cuando un Porfiro (1), cuando un Juliano apóstata, enemigos por otra parte de las escrituras, han querido dar ejemplares de predicciones proféticas, las han buscado entre los judíos.

Y yo tambien puedo decir con verdad que, si en el curso de quinientos años el pueblo de Dios estuvo sin profeta, todo el estado de aquellos tiempos era profético: la obra de Dios se adelantaba, y los caminos se preparaban insensiblemente al entero cumplimiento de los antiguos oráculos.

La vuelta del cautiverio de Babilonia no era sino una sombra de aquella libertad, mayor y mas necesaria, que habia el Mesías de traer á los hombres cautivos del pecado. El pueblo esparcido en diversas partes, en el Asia mayor, en el Asia menor, en el Egipto y en la Grecia misma, empezaba á hacer resplandecer entre los gentiles el nombre y la gloria del Dios de Israel. Las escrituras que habian de ser algun dia la luz del mundo, fuéron traducidas en lengua la mas conocida del universo: su antigüedad está reconocida. Al paso que el templo es reverenciado, y las escrituras están esparcidas entre los gentiles, da Dios alguna idea de su futura conversion, y va desde lejos echando los fundamentos de ella.

Lo que tambien pasaba entre los griegos, era una especie de preparacion para el conocimiento de la verdad. Sus filósofos conocieron que el mundo era regido por un Dios, muy diferente de los que el vulgo adoraba, y al que ellos mismos servian con el vulgo. Las historias griegas dan fé de que aquella admirable filosofía venia del oriente y de los territorios en que habian estado derramados los judíos; pero de cualquier parte que hubiese venido una verdad tan importante, esparcida entre los gentiles, aunque impugnada y mal seguida, hasta de los mismos que la enseñaban, empezaba á dispertar al género humano, y proveia

(1) Zach. XIV. 4. 1. Mach. I. 12. X. XI. 20. 21. 22. XVI. 2. Mach. IV. 22. et seq. (2) 1. Mach. XIV. 41. (3) Ezech. XIV. 53. 54. 55. 56. 61. Jer. XXXI. 5. (4) 1. Mach. XI. 34. Joseph. Ant. XIII. 8. 17. 18. (5) Zach. IX. 2. 1. et seq. (6) Joseph. I. cont. Ap.

(1) Porph. de abstr. lib. IV. Id. et Jul. apud Cir. lib. V. et VI. in Jul.

anticipadamente de pruebas ciertas á los que algun dia habian de sacarle de su ignorancia.

CAP. XVI.—Monstruosa ceguedad de la idolatría antes de la venida del Mesías que era el que habia de disipar todas las tinieblas de la gentilidad.

Con todo eso, como la conversion de la gentilidad debia ser una obra reservada al Mesías, y al propio carácter de su venida, el error y la impiedad universalmente prevalecian. Las naciones mas perspicaces y mas sabias, los caldeos, los egipcios, los fenicios, los griegos, los romanos, eran los mas ignorantes y los mas ciegos en la religion: tan cierto es que para elevarse á ella se necesita de una gracia particular y de una sabiduría mas que humana. ¿Quién osaria referir las ceremonias de sus falsos dioses, llamados inmortales, y sus misterios impuros? Sus amores, sus crueldades, sus celos y todos los otros excesos eran el asunto de sus fiestas, de sus sacrificios, de los himnos que les cantaban, y de las pinturas que les consagraban en sus templos. Así, el delito era adorado y tenido por necesario para el culto de los dioses. El mas grave de los filósofos (1) prohibe beber con exceso, á no ser en las fiestas de Baco y en honor de este dios. Otro (2), después de haber severamente vituperado todas las imágenes deshonestas, exceptúa la de los dioses que querian ser honrados por aquellas infamias. No se pueden leer sin asombro los honores que era preciso rendir á Venus, y las prostituciones que estaban establecidas para adorarla (3). La Grecia con toda su policía y sabiduría habia recibido aquellos misterios abominables. En sus aprietos, los particulares y las repúblicas votaban á Venus damas cortesanas; y no se avergonzaba la Grecia de atribuir su salud á las rogativas que hacian ellas á su Diosa (4). Después de la derrota de Jerjes y de sus formidables ejércitos, se puso en el templo una pintura en que estaban representados sus votos y sus procesiones, con esta inscripcion de Simonides, poeta famoso: « estas han rogado á la diosa Venus, la cual por su intercesion ha salvado la Grecia. »

Si creian preciso adorar al amor, solo el amor honesto deberia haber sido objeto de su culto; pero no era así, Solon (¿quién podria creerlo y quién esperaria de tan célebre hombre tan grande infamia?) Solon, digo, estableció en Atenas el templo de Venus, la prostituida, la del amor impúdico. Toda la Grecia estaba llena de templos consagrados á esta deidad; y el amor conyugal, ni uno tenia en todo el país.

Con todo eso, detestaban en los hombres y en las mujeres el adulterio; la sociedad conyugal era entre ellos sagrada. Pero cuando se aplicaban á la religion, parecian como poseídos de otro espíritu, y su luz natural los abandonaba.

No trató la gravedad romana mas seriamente á la religion, pues consagraba en honor de los dioses las impurezas del teatro y los sangrientos espectáculos de los gladiadores: es decir, lo mas corrompido y bárbaro que podia imaginarse.

Pero yo no sé si las locuras ridículas que mezclaba Roma con la religion eran aun mas perniciosas, pues tanto desprecio la acarreaban. Ni podia guardarse el respeto que se debe á las cosas divinas entre las impertinencias que contaban las fábulas, cuya representacion ó memoria formaba una gran parte del culto divino. No era todo el servicio público sino una antigua profanacion ó una irrision del nombre de Dios, á que era forzoso concurriese alguna potencia enemiga de este nombre sagrado que, solicitando envilecerle, impelia á los hombres á emplearle en cosas tan despreciables, y aun á desperdiciarle en sugetos tan indignos.

Verdad es que los filósofos habian al fin reconocido que habia otro Dios que el que el vulgo adoraba; pero no osaban confesarlo. Al contrario, Sócrates (1) daba por máxima que era preciso que cada uno siguiese la religion de su país. Platon, su discípulo (2), que veia á la Grecia y á todos los países del mundo seguir un culto necio y escandaloso, no deja de poner como uno de los fundamentos de su república « que jamás se altere en nada la religion que se hallare establecida, y que el pensar en esto es haber perdido el juicio. » Filósofos tan graves, y que dijeron tan admirables cosas de la naturaleza divina, no osaron oponerse al error público, y desesperaron de poder vencerle (3). Cuando Sócrates fué acusado de negar los dioses que el público adoraba, se defendió como si fuese delito lo que le imputaban: y Platon (4), hablando del Dios que habia formado el universo, dice que es difícil hallarle; y que está prohibido declararlo al pueblo; y protesta que no hablará de él jamás, sino en enigma, temiendo que se haga burla de una verdad tan grande y refulgente.

¿En qué abismo estaba el género humano, que se le hacia insufrible la menor idea del verdadero Dios? Atenas, la mas culta y la mas sabia de todas las ciudades de la Grecia, tenia por ateos á los que hablaban de cosas intelectuales: y esta fué una de las razones que habian hecho condenar á Sócrates (5). Si algunos filósofos se atrevian á enseñar que las estátuas no eran dioses, como lo entendia el vulgo, se veian forzados á retractarse; y aun después de esto eran desterrados como impíos, por sentencia del Areópago. Toda la tierra estaba poseida del mismo error, y no se osaba descubrir la verdad. Este gran Dios, criador del universo, no tenia templo ni culto sino en Jerusalen. Cuando los gentiles presentaban en él sus ofrendas, no hacian otro honor al Dios de Israel que el de juntarle con las demás deidades. Solo la Judea conoció sus santos y severos juicios, y sabia, que partir la religion entre él, y los otros dioses, era destruirla.

CAP. XVII.—Corrupciones y supersticiones entre los judíos. —Falsas doctrinas de los fariseos.

Con todo eso, al fin de los tiempos, los mismos judíos que le conocian y que eran los depositarios de la religion, empezaron (que tanto van siempre los hombres desfigurando la verdad) nó á olvidar al Dios de sus padres, sino á mezclar con la religion supersticiones indignas de su grandeza. En el reinado de los asmoneos, y desde el tiempo de Jonatás, comenzó entre los judíos la secta de los fariseos (6). Adquiriéronse desde luego un gran crédito por la pureza de su doctrina y por la exacta observancia de la ley; juntóse á esto que su conducta era suave, bien que arreglada; y que vivian entre sí con grande union (7). Las recompensas y los castigos de la vida futura que celosamente predicaban, les atraian mucho honor. Al fin, se introdujo en ellos la ambicion; quisieron gobernar, y en efecto se tomaron un poder absoluto sobre el pueblo (8). Hiciéronse los árbitros de la doctrina y de la religion que insensiblemente torcieron á prácticas supersticiosas útiles á su interés y á la do-

(1) Plat. de leg. iv. (2) Arist. vii. Polit. (3) Baruch. vi. 10. 12. 13. Herop. lib. 1. Strab. lib. 15. (4) Ath. lib. 13.

(1) Xenoph. mem. lib. 10. (2) Plat. de Leg. v. (3) Apol. Soc. apud Plat. et Xenoph. (4) Ep. 2. ad Dionys. (5) Diog. Laert. lib. II. Socrat. III. Plat. id. lib. II. Suid. (6) Joseph. ant. xiii. 9. (7) Ibid. 18. (8) Id. lib. II. de Bell. Jud. 7.

minacion que procuraban establecer sobre las conciencias; el verdadero espíritu de la ley estaba para perderse.

Juntóse á estos males otro mayor mal: la soberbia y la presuncion; pero una presuncion que se dirigia á atribuirse á sí misma el don de Dios. Los judíos, acostumbrados á sus beneficios é ilustrados por tantos siglos de su conocimiento, olvidaron que solo su bondad les habia separado de los otros pueblos, y miraron su gracia como una deuda.

Estirpe escogida y bendita siempre, dos mil años hacia que ellos solos se juzgaban dignos de conocer á Dios, y se creian de otra especie mas digna que los demás hombres que se veian privados de este don. Por esto miraban á los gentiles con un desprecio insufrible. El descender de Abrahan segun la carne les parecia una distincion que les hacia naturalmente superiores á todos los demás; y desvanecidos por tan alto orígen, se creian santos por naturaleza y nó por gracia: error que aun dura entre ellos. Los fariseos fueron los que solicitando hacerse gloriosos por ser mas ilustrados y por la exacta observancia de las ceremonias de la ley, introdujeron esta opinion hácia el fin de los tiempos. Como solo se cuidaban de distinguirse de los demás hombres, multiplicaron sin límite los ejercicios exteriores, y vendieron todos sus pensamientos, por mas contrarios que fuesen á la ley de Dios, como tradiciones auténticas.

CAP. XVIII. — Continuacion de las depravaciones entre los judíos. — Señal de su decadencia conforme Zacarías lo habia predicho.

Aunque estos dictámenes no hubiesen pasado por decreto público á dogmas de la Sinagoga, se iban insensiblemente derramando y difundiendo entre el pueblo, el cual se hacia inquieto, turbulento y sedicioso. En fin, las divisiones que habian de ser segun los profetas (1) el principio de su decadencia, principiaron con las alteraciones sobrevenidas á la casa de los asmoneos. Apenas faltaban setenta años hasta Jesucristo, cuando Hircan y Aristóbulo, hijos de Alejandro Janeo, se disputaron el sacerdocio á que la dignidad real estaba anexa (2). Este es el punto fatal en que nota la historia la primera causa de la ruina de los judíos. Pompeyo, llamado por los dos hermanos para pacificarlos, sujetó á entrambos, al mismo tiempo que destronó á Antíoco, llamado el Asiático, último rey de Siria. Estos tres príncipes degradados juntos, y como de un solo golpe, fuéron la señal de la decadencia profetizada en términos precisos por Zacarías (3). Es cierto, segun la historia, que esta mudanza de las cosas de Siria y de Judea, fué hecha á un mismo tiempo por Pompeyo, cuando después de haber concluido la guerra de Mitridates, y estando para volver á Roma, arregló las cosas del oriente. Previno solamente aquel profeta lo que hacia relacion con la ruina de los judíos: y de los dos hermanos que habian sido reyes, se vió al uno prisionero servir para el triunfo de Pompeyo, y al otro (que es el débil Hircan) á quien el mismo Pompeyo quitó con la diadema una gran parte de sus dominios, no retener mas que un vano título de autoridad que perdió bien presto. Quedaron entónces los judíos tributarios de los romanos; y la ruina de la Siria les atrajo la suya; porque, reducido aquel gran reino á una provincia, aumentó de tal modo el poder romano, que solo en obedecerle consistia la única salud que les quedaba. Pero no cesaron los gobernadores de la Siria de molestar continuamente la Judea, hasta que los romanos se hicieron de ella dueños absolutos y debilitaron el gobierno en muchas cosas. En fin, porque así lo quisieron, pasó el reino de Judá de las manos de los asmoneos, á quienes se habia sometido, á las de Herodes, extranjero é idumeo. La política cruel y ambiciosa de este rey, que solo en la apariencia profesaba la religion judaica, mudó las máximas del gobierno antiguo. Ya se acabaron aquellos judíos, dueños de su suerte en el dilatado imperio de los persas, y de los primeros seleucos, donde tenian asegurada una vida apacible. Herodes, que los tiene inmediatamente sujetos á su poder, turba todas las cosas; confunde á su arbitrio la sucesion de los pontífices; debilita el pontificado y le hace arbitrario; enerva la autoridad del consejo de la nacion sin dejarle facultad alguna; toda la potestad pública está en las manos de Herodes y de los romanos, cuyo esclavo es; y él desquicia así los principales fundamentos de la república judaica.

Los soberbios fariseos y el pueblo obcecado, que solo á sus propios sentimientos ó nociones sensitivas daban oidos, llevaban este estado con impaciencia, sin reconocer la mano de Dios, que para su enmienda los corregia y castigaba. Cuanto mas se sentian oprimidos del yugo de los gentiles, tanto mayor era el desprecio y mortal odio que concebian contra ellos. Ya no quisieron Mesías que no fuese osado, guerrero, y formidable á las humanas potencias que los tenian cautivos. Así, olvidando tantas profecías divinas que les hablaban tan expresamente de sus humillaciones, no tuvieron ya ojos, ni oídos, sino solo para los que les anunciaban triunfos, aunque bien diferentes de los que ellos querian.

CAP. XIX. — Jesucristo, su celestial doctrina y su divina moral.

En esta ya notada decadencia de la religion y de las cosas de los judíos, al fin del reinado de Herodes, y en los tiempos en que los fariseos introducian tantos abusos, fué Jesucristo enviado al mundo á fin de restablecer el reino en la excelsa casa de David de una manera mas alta que la que los judíos carnales entendian; y tambien para predicar la celestial doctrina que habia Dios resuelto hacer anunciar á todo el mundo. Este admirable y divino infante, llamado por Isaías el Dios fuerte, el padre del siglo futuro, el brazo del Señor y el autor de la paz, nace de una purísima Vírgen en Belen, y allí reconoce el real orígen de su linaje (1). Concebido del Espíritu Santo, santo por su nacimiento, el solo digno de reparar el vicio del nuestro, recibe el nombre de Salvador porque viene á salvarnos de nuestras flaquezas. Luego que nació, una nueva estrella, figura de luz, que habia de iluminar á los gentiles, se deja ver en oriente y conduce al Salvador, aunque recien nacido, las primicias de la gentilidad convertida. Un poco después, este Señor tan deseado va á su templo, donde Simeon le mira, nó solamente como «la gloria de Israel,» sí que tambien como «la luz de las naciones infieles (2).» Cuando se acercó el tiempo de predicar su Evangelio, san Juan Bautista, que habia de preparar los rectos caminos á su predicacion divina, llamó á los pecadores á penitencia, é hizo resonar sus clamores en todo el desierto, en el que desde sus primeros años habia vivido con tanta austeridad como inocen-

(1) Zach. XI. 6. 7. 8. (2) Joseph. ant. XIV. 3. XX. 8. 1. de Bell. Jud. 4. 5. Appian. Bell. Syr. Mithrid. et Liv. lib. 5. (3) Zach. XI. 8.

(1) Matth. I. 21. (2) Luc. II. 32.

cia. El pueblo, que por espacio de quinientos años no habia visto profetas, reconoció á este nuevo Elías, enteramente dispuesto á recibirle por su Salvador; tan grande parecia su santidad: pero él mismo mostraba al pueblo « á aquel cuyo calzado él no era digno de desatar (1). » En fin, Jesucristo empieza á predicar su Evangelio y á revelar los altísimos secretos que veia ab eterno en el seno de su eterno Padre (2). Pone los sólidos fundamentos á su predilecta iglesia con la vocacion de los doce pescadores (3), y coloca á san Pedro al frente de todo el amado rebaño, con una prerogativa tan manifiesta que los evangelistas, los cuales en la enumeracion que hacen de los apóstoles no observan órden alguno cierto, concuerdan en nombrar á san Pedro antes que á los demás, y como el primero. Recorre Jesucristo toda la Judea, á la cual llena de sus beneficios, socorriendo y sanando á los enfermos, apiadándose de los pecadores, cuyo verdadero médico se muestra con la benigna franqueza con que los admite cerca de sí; y haciendo experimentar á los hombres una suma autoridad, y al mismo tiempo una suavísima mansedumbre que jamás se habia visto sino en su persona. Anuncia grandes misterios, pero los confirma con grandes milagros; ordena grandes virtudes, pero da al mismo tiempo grandes luces, grandes ejemplos y grandes gracias. Muéstrase tambien por esto « lleno de gracia y de verdad; y nosotros lo recibimos todo de su plenitud (4). »

Todo resalta en su divina persona; su vida, su doctrina, sus milagros. En ella, la misma verdad resplandece en todo: todo concurre á hacer ver allí al maestro del género humano y al modelo de la suma perfeccion.

Él solo, viviendo entre los hombres y á vista de todo el mundo, pudo decir sin temor de ser desmentido: « ¿Quién de vosotros me argüirá ni reprenderá de pecado (5)? » Y tambien: « Yo soy la luz del mundo, mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre: aquel que me ha enviado está conmigo y jamás me deja solo; porque siempre hago lo que es de su agrado (6). »

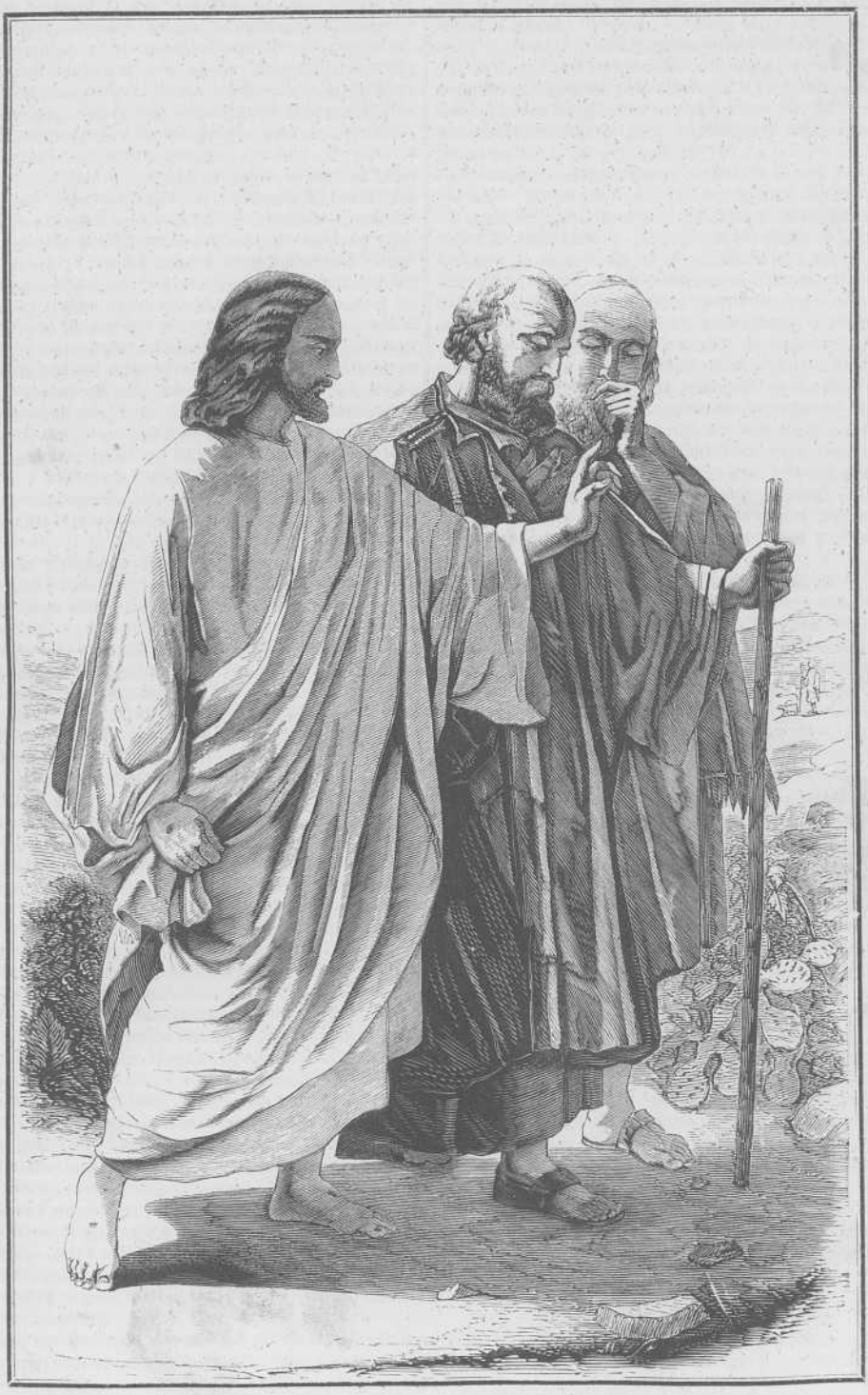
Sus milagros son de una clase particular y de un nuevo carácter. No son « señales en el cielo, » como pedian los judíos (7). Casi todos los obra en los hombres mismos y por curar sus enfermedades. Mas tienen todos de bondad que de poder; y no es tanto lo que sorprenden á los que los ven, como lo que en lo íntimo de sus corazones los penetran. Ejecútalos con imperio; los demonios y las enfermedades le obedecen; á su voz los ciegos de nacimiento reciben la vista; los muertos salen del sepulcro y los pecados son perdonados; el orígen de sus milagros está en sí mismo. Salen del manantial. « Yo siento, dice, que una virtud ha salido de mí (8). » Así, nadie los habia hecho ni tan grandes ni en tanto número; y promete, no obstante, que sus discípulos aun harán en su nombre « mayores cosas (9) : » tan fecunda é inagotable es la virtud que en sí mismo tiene.

¿Quién no se admiraria de la condescendencia con que templa la dulzura de su celestial doctrina? Leche es para los niños y juntamente pan para los fuertes. Vésele lleno de los secretos de Dios, pero se ve que no está admirado de ellos como los demás mortales á quienes Dios se comunica: de todos habla naturalmente, como nacido en secreto y en esta gloria; y « lo que él tiene sin medida (1) » lo reparte con medida, á fin de que nuestra debilidad pueda llevarlo. Aunque es enviado para todo el mundo, solo se encamina desde luego á las ovejas perdidas de la casa de Israel, para las cuales era tambien principalmente enviado; pero prepara el camino para la conversion de los samaritanos y de los gentiles. Una mujer samaritana le reconoce por el Cristo que su nacion esperaba no menos que los judíos; y sabe por él mismo que el misterio del nuevo culto no estaria ya limitado á un lugar determinado (2). Una mujer cananea é idólatra, aunque desechada, le arranca, por decirlo así, la salud de su hija (3). Reconoce en diversos parajes á hijos de Abrahan dentro del gentilismo, y habla de su doctrina como que habia de ser predicada, impugnada y recibida de toda la tierra (4). Jamás el mundo habia visto cosa semejante, y quedan de esto pasmados sus apóstoles. No encubre á los suyos las tristes pruebas y tribulaciones por las que habrán de pasar. Háceles ver empleadas contra ellos las violencias y la seduccion, las persecuciones, las falsas doctrinas, los falsos hermanos, la guerra tanto en el interior como el exterior, la fé acrisolada por estas pruebas, y en el fin de los tiempos, la debilidad de esta fé y la suma tibieza de la caridad entre sus discípulos; mas en medio de tantos peligros, su iglesia y la verdad siempre invencibles (5).

Aquí tenemos ya una nueva conducta y un nuevo órden de cosas; ya no se habla á los hijos de Dios de recompensas temporales; Jesucristo les muestra una vida futura; y teniéndolos pendientes de esta esperanza, les enseña á desasirse de todas las cosas terrenas: la cruz y la paciencia han de ser en el mundo su patrimonio; y se les propone « el cielo » como que ha de « ser alcanzado por fuerza (6). » Jesucristo, que muestra á las gentes este nuevo camino, es el primero que entra en él; predica verdades puras que asombran á los hombres soberbios, aunque ignorantes; descúbrese la altivez encubierta, la hipocresía de los fariseos y de los doctores de la ley que con sus interpretaciones la adulteraban. Sin embargo de estas reprensiones honra á su ministerio y á « la cátedra de Moisés en que están sentados (7). » Frecuenta el templo cuya santidad hace respetar, y envia á los sacerdotes los leprosos que habia sanado. Enseña con esto á los hombres cómo deben reprender y reprimir los abusos sin perjuicio del ministerio establecido por Dios; y muestra que el cuerpo de la sinagoga subsistia á pesar de la corrupcion de los particulares. Pero visiblemente caminaba hácia su ruina. Los pontífices y los fariseos incitaban contra Jesucristo al pueblo judío cuya religion se convertia en supersticion. No puede sufrir este pueblo al Salvador del mundo que le llama á prácticas sólidas, pero difíciles. Lo mas santo y lo mejor de todos los hombres, la misma santidad y bondad se hace lo mas envidiado y lo mas aborrecido. No por eso se ofende, ni deja de hacer bien á sus conciudadanos; pero ve su ingratitud. Profetízales con lágrimas su castigo, y anuncia á Jerusalen que se aproxima su mayor ruina. Profetiza tambien que los judíos, enemigos de la verdad que les anunciaba, serán entregados al error y se harán el juguete de los profetas falsos. Con todo eso, los envidiosos celos de los fariseos y de los sacerdotes, le conducen á un infame suplicio; sus discípulos le

(1) Joan. I. 27. (2) Matth. X. 2. Marc. III. 16. Luc. VI. 14. Act. I. 13. (3) Matth. XVI. 18. (4) Joan. I. 14. 15. 16. (5) Joan. VIII. 46. (6) Ibid. 12. 29. Id. IV. 34. (7) Matth. XVI. 1. (8) Luc. VI. 19. VIII. 46. (9) Joan. XIV. 12.

(1) Joan. III. 34. (2) Ibid. IV. 21. 22. 25. (3) Matth. XV. 28. (4) Marc. VIII. 10. 11. (5) Matth. XVI. 18. (6) Ibid. XI. 12. (7) Ibid. XXIII. 2.



El redentor del mundo y sus discípulos

abandonan; uno de ellos le vende pérfidamente; el primero y mas celoso de todos, tres veces le niega. Acusado delante del consejo, honra, hasta el fin, el ministerio de los sacerdotes, y responde en términos precisos al pontífice que juridicamente le pregunta. Pero habia llegado el momento en que debia ser reprobada la sinagoga. El pontífice y todo el consejo condenan á Jesucristo, porque se llama Cristo, hijo de Dios. Es entregado á Poncio Pilato, presidente romano: su inocencia es reconocida por su juez; pero la política y el interés le hacen proceder contra su conciencia; el justo es condenado á muerte; el mayor de todos los delitos da lugar á la mas perfecta obediencia que jamás hubo; Jesús, dueño de su vida y de todas las cosas, se abandona voluntariamente al furor de los impíos, y ofrece el sacrificio que habia de ser la expiacion del género humano. Crucificado, mira en las profecías lo que le falta que hacer; acábalo, y dice en fin: « Todo está consumado (1): » Á esta palabra, todo se muda en el mundo; la ley cesa; sus figuras pasan; sus sacrificios son cancelados por una oblacion mas perfecta. Hecho esto, Jesucristo expira dando una gran voz la cual solo podia proferir en aquel trance un Hombre-Dios. Toda la naturaleza se extremece; el centurion que le guardaba, asombrado de tal muerte, exclama: aquel es verdaderamente el hijo Dios, y los circunstantes se retiran dándose golpes en los pechos. Al tercer dia resucita; aparécese á los suyos que le habian abandonado y se obstinaban en no creer su resurreccion. Le ven, le hablan, le tocan, quedan convencidos. Para confirmar la fé de su resurreccion, se muestra varias veces en diversas circunstancias. Sus discípulos le ven en particular, y tambien todos en comun. Una vez se apareció á mas de quinientos hombres juntos. El apóstol que lo ha escrito (2) asegura, que los mas vivian todavía cuando él escribia esto. Resucitado Jesucristo, da á sus apóstoles todo el tiempo que desean para reconocerle bien; y después de haberse puesto á este fin en sus manos como han querido, de suerte que no pueda quedarles ni aun la menor duda, les ordena que lleven testimonio de lo que han visto, de lo que han oido y de lo que han tocado; y para que ni de su buena fé ni de su persuasion pueda dudarse, les obliga á rubricar con su misma sangre su testimonio. Así su predicacion es incontrastable, su fundamento un hecho positivo atestiguado uniformemente por los que le vieron. Su sinceridad esta justificada con la mas fuerte prueba que pueda imaginarse, que es la de los tormentos y de la muerte misma. Estas son las instrucciones que recibieron los apóstoles (3). Sobre este fundamento emprenden doce pescadores la conversion del mundo entero, que veian tan opuesto á las leyes que iban á prescribirle, y á las verdades que iban á anunciarle. Tienen órden de empezar por Jerusalen y esparcirse desde allí por toda la tierra, « para instruir á todas las naciones y bautizarlas en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (4). » Jesucristo les promete « estar con ellos hasta la consumacion de los siglos, » y asegura por esta gran palabra la perpétua duracion del ministerio eclesiástico: dicho lo cual, asciende á los cielos en su presencia.

Ya llegó el tiempo de que se cumplan las promesas y tengan su postrera declaracion las profecías. Los gentiles son llamados al conocimiento de Dios de órden de Jesucristo resucitado; una nueva ceremonia queda instituida para la generacion del nuevo pueblo; y los fieles aprenden que el verdadero Dios, el Dios de Israel, este Dios uno é indivisible á quien están consagrados por el bautismo, es juntamente Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Aquí, pues, se nos proponen las profundidades del ser divino, la grandeza inefable de su unidad y las riquezas infinitas de aquella naturaleza, aun mas fecunda dentro de sí misma que fuera de ella, como capaz de comunicarse, sin dividirse, á tres personas iguales.

Se hallan aquí explicados los misterios que estaban envueltos y como sellados en las antiguas Escrituras.

Con esto entendemos el secreto y el misterio de aquellas palabras: « hagamos al hombre á nuestra imágen (1). » Y la Trinidad señalada en la creacion del hombre está expresamente declarada en su regeneracion. Con esto aprendemos qué es aquella sabiduría « concebida, » segun Salomon (2), « antes de todos los tiempos en el seno de Dios: » Sabiduría que es toda su delicia y por quien están ordenadas todas sus obras. Con esto sabemos quién es aquel á quien David ha visto engendrado « antes de la aurora (3); » el nuevo testamento nos enseña que este es el Verbo, la palabra interior de Dios, engendrado por su pensamiento eterno, que está siempre en su seno y por quien todas las cosas han sido hechas.

Con esto respondemos á la misteriosa cuestion que está propuesta en los proverbios: « Díme el nombre de Dios y el nombre de su Hijo, si lo sabes (4). » Porque sabemos, que este excelso nombre tan misterioso y tan oculto, es el nombre de Padre (entendido en este sentido profundo que le hace concebir en la eternidad), Padre de un Hijo igual á sí; y que el nombre de su Hijo es el nombre de Verbo, Verbo que él engendra eternamente, contemplándose á sí mismo, el cual es la expresion perfecta de su verdad, su imágen, su Hijo único, « el resplandor de su claridad y de la impresion de su sustancia (5). »

Con el Padre y el Hijo conocemos tambien al Espíritu Santo, el amor del uno y del otro, y su eterna union. Este es aquel espíritu que anima á los profetas, y que existe en ellos para descubrirles los consejos de Dios y los secretos del porvenir. Espíritu de quien está escrito: « El Señor me ha enviado, y su espíritu (6)» que está distinguido del Señor y que tambien es el Señor mismo; pues envia los profetas y les descubre las cosas futuras. Este espíritu que habla á los profetas y por los profetas, está unido al Padre y al Hijo, é interviene con ellos en la consagracion del nuevo hombre.

Así el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, un solo Dios en tres personas, mostrado mas obscuramente á nuestros padres, está claramente revelado en el nuevo Testamento. Instruidos de tan alto misterio y atónitos de su profundidad incomprensible, cubrimos nuestro rostro delante de Dios con los querubines que vió Isaías (7), y adoramos con ellos á aquel que es tres veces santo.

Tocaba al Hijo único « que estaba en el seno del Padre (8) » y que al salir de él venia con nosotros; á él tocaba el descubrirnos completamente estos admirables secretos de la naturaleza divina que Moisés y los profetas solo superficialmente habian tocado.

Á él tocaba hacernos comprender porque el Mesías, prometido como un hombre que habia de salvar á los demás hombres, fuese al mismo tiempo

(1) Joan XIX. 30. (2) 1. Corint. XV. 6. (3) Luc. XXIV. 47. Act. 1. 8. (4) Matth. XXVIII. 19. 20.

(1) Gen. 1. 26. (2) Prov. VIII. 22. (3) Psal. LIX. (4) Prov. XXX. (5) Hebr. 1. 3. (6) Is. XLVIII. 16. (7) Is. VI. 1. 2. 3. (8) Joan. 1. 18.

mostrado como Dios en número singular, y absolutamente del modo con que nos ha sido manifestado Criador nuestro: y esto es tambien lo que ha ejecutado enseñándonos que, aunque hijo de Abrahan, « era antes que Abrahan tuviese ser: que ha bajado del cielo y que al mismo tiempo está en el cielo (1): » que es Dios, hijo de Dios, y juntamente hombre, hijo del hombre: el verdadero « Emanuel, esto es, Dios con nosotros (2): » en una palabra, el Verbo hecho carne, uniendo en su persona la naturaleza humana con la divina á fin de reconciliar en sí mismo todas las cosas.

Así se nos han revelado los dos principales misterios, el de la Trinidad y el de la Encarnacion. Pero el que nos los ha revelado, nos hizo hallar la imágen de ellos en nosotros mismos, á fin de que los tengamos siempre presentes y reconozcamos la dignidad de nuestra naturaleza.

En efecto, si imponemos silencio á nuestros sentidos y nos retiramos por algun tiempo al interior de nuestra alma, esto es, á aquella parte donde la verdad se hace entender, allí verémos alguna imágen de la Trinidad que adoramos. El pensamiento que sentimos nacer como fruto de nuestra mente, como hijo de nuestra inteligencia, nos dá alguna idea del hijo de Dios concebido eternamente en la inteligencia del padre celestial. Por eso el hijo de Dios toma el nombre de Verbo, á fin de que entendamos que nace en el seno del padre, nó como se nace en los cuerpos, y sí como nace en nuestra alma esta palabra interior que allí sentimos cuando contemplamos la verdad (3).

Pero la fecundidad de nuestro espíritu no se termina en esta palabra interior, en este pensamiento intelectual, en esta imágen de la verdad que en nosotros se forma. Nosotros amamos, así á esta palabra interior como á la mente de que nace; y amándola, sentimos en nosotros cierta cosa que no apreciamos menos que á nuestra mente y á nuestro pensamiento, que es el fruto de ambos, que los une y se une á ellos, y no hace con ambos sino una misma vida.

Así, en cuanto puede hallarse alguna relacion entre Dios y el hombre, así digo, se produce en Dios el amor eterno que sale del padre que conoce, y del hijo que es engendrado por este conocimiento, para ser con los dos una misma naturaleza igualmente bienaventurada y perfecta.

En una palabra; Dios es perfecto, y su Verbo, imágen viva de una verdad infinita, no es menos perfecto que él: y su amor, que saliendo del manantial inagotable del bien tiene de él toda la plenitud, no puede dejar de tener una infinita perfeccion; y siendo la idea de lo infinitamente perfecto la única que tenemos de Dios, cada una de estas tres cosas, considerada en sí misma, merece ser llamada Dios: pero, porque todas tres convienen necesariamente á una misma naturaleza, hacen todas tres un solo y verdadero Dios.

Nada, pues, debe concebirse de desigual ó separado en esta Trinidad adorable; y por incomprensible que sea esta igualdad, nuestra alma, si la escuchamos, nos dirá de ella alguna cosa bien importante para nosotros.

Criada el alma, y cuando sabe perfectamente lo que ella es, no es menor su inteligencia que la verdad de su ser. Amando ella en su ser con su inteligencia todo cuanto merece ser amado, es su amor igual á uno y á otro en la perfeccion que tienen. Nunca estas tres cosas se separan, antes bien en cada una se incluyen las demás. Nosotros entendemos que somos y que amamos, é igualmente amamos este ser y esta inteligencia que tenemos. Nadie lo podrá negar si á sí mismo se observa bien. Y no solamente cada una de estas cosas no es mejor que la otra, sí que todas tres juntas no son mejores que cada una en particular: porque cada una lo incluye todo y en las tres consiste la felicidad y la dignidad de la naturaleza racional. Así, y con infinita superioridad, es perfecta, inseparable, una en su esencia, y en fin, igual en todo sentido, la Trinidad á la cual servimos y á quien estamos consagrados por el bautismo.

Pero nosotros mismos, que somos la imágen de la Trinidad, somos tambien mirados en otra luz, en la imágen de la Encarnacion (1). Nuestra alma, de naturaleza espiritual é incorruptible, está unida con un cuerpo sobremanera corruptible, de cuya union resulta un todo que es el hombre, espíritu y cuerpo todo junto, incorruptible y corruptible, inteligente y puramente animal. Estos atributos convienen al todo por relacion á cada una de sus dos partes: así el Verbo divino, cuya virtud todo lo sostiene, se une de un modo particular, ó por mejor decir, él mismo se hace por una perfecta union hijo de María, por lo cual es Dios y hombre juntamente engendrado en la eternidad, y engendrado en tiempo: siempre vivo en el seno de su padre, y muerto en la cruz por salvarnos y darnos la vida eterna.

Pero donde entra Dios, las comparaciones sacadas de cosas humanas siempre son imperfectas. Nuestra alma no tiene ser antes de nuestro cuerpo; y cuando está de él separada, ya le falta algo de lo que tenia. El Verbo, perfecto en sí mismo desde la eternidad, solo se une á nuestra naturaleza para honrarla. Esta alma, que preside al cuerpo y causa en él diversas mudanzas, tambien tiene que padecer por causa suya. Si el cuerpo está alterado obedeciendo al alma, queda esta turbada, queda afligida, queda agitada de mil maneras, ó molestas ó agradables, segun las varias disposiciones del cuerpo; de suerte, que como el alma eleva el cuerpo á sí, gobernándole, queda inferior á él en lo que por su causa padece. Pero, en Jesucristo, el Verbo preside á todo, el Verbo lo tiene todo debajo de su mano. Así, el hombre en él está elevado y el Verbo de ningun modo llega á estar abatido. Inmóvil é inalterable, domina en todo y por todo á la naturaleza que le está unida.

De aquí nace que en Jesucristo el hombre absolutamente sujeto á la direccion íntima del Verbo que le eleva á sí, no tiene pensamientos, ni movimientos que no sean divinos, sin dejar de ser humanos. Todo lo que piensa, todo lo que quiere, todo lo que dice, todo lo que en lo interior oculta, todo lo que en lo exterior manifiesta, es animado por el Verbo, conducido por el Verbo, digno del Verbo, esto es, digno de la razon misma, de la sabiduría misma y de la verdad misma. Todo es por esto luz en Jesucristo; su conducta es rectísima regla; sus milagros son divinas instrucciones, y sus palabras son espíritu y vida.

No es dado á todos entender bien estas sublimes verdades, ni ver perfectamente en sí esta maravillosa imágen de las cosas divinas que san Agustin y los demás padres han creido tan ciertas. Nos dejamos gobernar mucho de los sentidos; y nuestra imaginacion, que en todos nuestros pensamientos quiere mezclarse,

(1) Joan. VIII. 58. (2) Id. III. 13. (3) Greg. Naz. Orat. 36. Aug. de Trin. IX. 4. et. seq. in Joan. Evang. tr. 1. et de Civ. XI. 26. 27. 28.

(1) Aug. epist. III. ad volus. cap. 3. De Civit. Dei. X. 29. Tyr. Ep. ad. Valerian. p. III. Con. Eph. etc. Symb. Ath. etc.

no siempre nos permite detenernos en una luz tan pura y refulgente. No nos conocemos á nosotros mismos; ignoramos las riquezas que envolvemos en el fondo de nuestra naturaleza, y solamente los ojos mas puros pueden percibirlas. Pero por poco que penetremos este secreto y que sepamos observar en nosotros la imágen de estos dos misterios que son el fundamento de nuestra fé, es lo bastante para elevarnos sobre todo sin que haya cosa mortal que mas pueda inclinarnos á sí.

Tambien nos llama Jesucristo á una gloria inmortal; y este es el fruto de la fé que tenemos en los misterios.

Este Dios hombre, esta verdad y esta sabiduría encarnada que nos hace y facilita creer cosas tan grandes sobre su autoridad sola, nos promete en la eternidad la clara y beatífica vision, como recompensa cierta y segurísima de nuestra fé.

De esta suerte la mision de Jesucristo tiene una infinita superioridad á la de Moisés.

Moisés era enviado para despertar con temporales recompensas á los hombres sensuales y embrutecidos. Porque, habiéndose hecho estos todo cuerpo y carne, era preciso desde luego atraerlos por los sentidos, é imprimir en ellos por este medio el conocimiento de Dios y el horror á la idolatría á que el género humano estaba tan espantosamente inclinado.

Este era el ministerio de Moisés: á Jesucristo estaba reservado inspirar al hombre pensamientos mas altos, y hacerle conocer con total evidencia la dignidad, la inmortalidad y la felicidad eterna de su alma.

En tanto que reinaba la ignorancia, esto es, durante los tiempos que precedieron á Jesucristo, lo que el alma conocia de su dignidad y de su inmortalidad, la inducia de ordinario al error. El culto á los hombres muertos era casi todo el fondo de la idolatría: casi todos los hombres hacian sacrificios á los manes, esto es, á las almas de los difuntos. Tan antiguos errores verdaderamente nos manifiestan cuán remota era la creencia de la inmortalidad del alma; y nos muestran que sin duda estaba colocada entre las primeras tradiciones del linaje humano. Pero el hombre que lo viciaba todo habia tan extrañamente abusado de ella, que le inducia á sacrificar á los difuntos. Llegábase hasta el punto de sacrificar hombres vivos; daban la muerte á sus propios esclavos y aun á sus propias mujeres para que fuesen á servirles en el otro mundo (1). Los galos lo practicaban, y con ellos otros muchos pueblos; y los indios, notados por los autores paganos entre los primeros defensores de la inmortalidad del alma, fuéron tambien los primeros en introducir en la tierra, con el pretexto de religion, estos abominables homicidios. Los mismos indios se mataban á sí mismos por adelantarse la felicidad de la vida futura; y esta lamentable ceguedad aun permanece en el dia de hoy entre aquellos pueblos: tan dañoso es enseñar la verdad en otro órden que el que Dios ha seguido, y explicar claramente al hombre todo lo que él es antes que haya perfectamente conocido á Dios.

Falta fué de este conocimiento que la mayor parte de los filósofos no pudiesen creer inmortal al alma, sin creerla parte de la divinidad; una divinidad ella misma, un ser eterno, tan increada como corruptible, y sin principio como sin fin. ¿Qué diré de los que creian en la transmigracion de las almas, que las hacian bajar desde los cielos á la tierra, despues subir de la tierra á los cielos, pasar de los animales á los hombres, y de los hombres á los animales, de la felicidad á la miseria, y de la miseria á la felicidad, sin que estas revoluciones jamás tuviesen término ni órden cierto? Muy obscurecida estaba la justicia, la providencia y la bondad divina entre tantos errores, y muy necesario era conocer á Dios y las reglas de su sabiduría antes que conocer al alma y á su inmortal naturaleza.

Por eso, la ley de Moisés daba solamente á los hombres una primera demostracion de la naturaleza del alma y de su felicidad. Hemos visto el alma hecha al principio por el poder de Dios, así como las demás criaturas; pero con un carácter particular: y es, que fué hecha á su imágen y por su divino aliento, á fin de que entendiese á quien pertenecia ella por su ser, y no se creyese jamás ser de la misma naturaleza que los cuerpos, ni formada del concurso de ellos. Pero las consecuencias de esta doctrina y las maravillas de la vida futura no fuéron por entónces universalmente declaradas; tocaba esto al dia del Mesías en el cual esta gran luz debia del todo descubrirse y manifestarse al mundo.

Habia Dios esparcido algunos rayos de esta luz en las antiguas escrituras. Salomon habia dicho ya, que « como el cuerpo vuelve á la tierra de que ha salido, el espíritu vuelve á Dios que nos le ha dado (1). » Los patriarcas vivieron en esta esperanza; y Daniel habia profetizado que vendria tiempo « en que los que duermen en el polvo despertarian, unos para la vida eterna, y otros para una eterna confusion, á fin de ver siempre (2). » Pero al mismo tiempo que se le revelan estas cosas, ordenásele que selle « el libro, y le tenga cerrado hasta el tiempo ordenado por Dios (3). » para darnos á entender que estaba reservado para otra sazon y para otro siglo el entero descubrimiento de aquellas verdades.

Pues aunque los judíos tuviesen en sus escrituras algunas promesas de felicidades eternas, y hácia los tiempos del Mesías, en que habian de declararse, hablaron mucho mas de ellas, como parece por los libros de la sabiduría y de los macabeos: tenia, con todo eso, esta verdad tan poca fuerza para formar un dogma universal del antiguo pueblo, que los saduceos sin conocerla, no solo eran admitidos en la Sinagóga, sino elevados tambien al sacerdocio; que el poner por fundamento de la religion la fé de la vida futura, es uno de los caracteres del nuevo pueblo; y este habia de ser el fruto de la venida del Mesías.

No quiso el Eterno por eso contentarse con decirnos que estaba reservada á los hijos de Dios una vida eternamente bienaventurada, sí que nos explicó tambien en qué consistia (4). La vida bienaventurada es estar con Dios en la gloria del eterno padre; es ver la gloria que tiene en el seno de su padre desde el orígen del mundo; es que Jesucristo esté en nosotros, como en sus miembros; y que el amor eterno que el padre tiene á su hijo, extendiéndose sobre nosotros, nos colme de los mismos dones: la vida bienaventurada es, en una palabra, conocer al solo verdadero Dios y á Jesucristo enviado por él; pero conocerle de aquel modo que se llama la vision clara, « la vision cara á cara (5) » y descubiertamente: la vision que reforma en nosotros y perfecciona la imágen de Dios, como dice san Juan: « que le seremos semejantes, porque le veremos como el es (6). » Esta vision será seguida de un amor inmenso, de un regocijo inexplicable, de un

(1) Ces. de bell. Gall. VI.

(1) Eccle. XII. 9. (2) Dan. XII. 2. 3. (3) Ibid. 4. (4) Joan XVII. (5) 1. Cor. XIII. 9. 12. Joan. I. ep. 3. (6) Apoc. VII. 12. XIX. 1. 2. 3. 4. 5. 6.

triunfo sin fin. Un aleluya eterno, y un eterno amen que se oyen resonar en toda la Jerusalen celestial, hacen ver desterradas todas las miserias y satisfechos todos los deseos; no hay allí sino alabanzas de la bondad divina.

Con tan nuevas recompensas, era necesario que Jesucristo propusiese tambien nuevas ideas de virtudes; ejercicios mas perfectos y mas acendrados, el fin de la religion, el alma de las virtudes y el compendio de la ley, que es la caridad. Pero hasta Jesucristo, se puede decir, que la perfeccion y los efectos de esta virtud no eran enteramente conocidos. Jesucristo es propiamente quien nos enseña á contentarnos con Dios solo. Para establecer el reinado de la caridad y descubrirnos todas sus obligaciones, nos propone el amor de Dios hasta aborrecernos á nosotros mismos y perseguir con incesante ardor el principio de corrupcion que en nuestro corazon tenemos todos. Nos propone el amor del próximo hasta extender sobre todos los hombres esta inclinacion benéfica, sin esceptuar á nuestros enemigos; nos propone la moderacion de los deseos sensuales hasta cortar nuestros propios miembros, esto es, lo que mas viva y mas íntimamente está asido á nuestro corazon; nos propone la sumision á las órdenes de Dios hasta regocijarnos de las penalidades que nos envia; nos propone la humildad hasta amar los oprobios por la gloria de Dios, y creer que ninguna injuria puede abatirnos tanto á la vista de los hombres que no estemos aun mas abatidos en la presencia de Dios por nuestros deslices.

Sobre este fundamento de la caridad perfecciona él todos los estados de la vida humana. De allí nace que el matrimonio esté reducido á su forma primitiva: ya no se divide el amor conyugal, ni una tan santa sociedad tiene otro término que el de la vida, ni ven los hijos repeler á su madre para poner en su lugar una madrastra. El celibato está mostrado como una imitacion de la vida de los ángeles, únicamente ocupada en Dios y en las castas delicias de su amor. Los señores aprenden que deben servir á los demás y dedicarse á su bien; los inferiores reconocen el órden del cielo en las potestades legítimas, aun cuando abusan de su autoridad; esta consideracion suaviza las penas de la sujecion, y ya no le es molesta al verdadero cristiano la obediencia bajo un dueño molesto.

Con estos preceptos hermana consejos de perfeccion eminente: renunciar á todos los gustos; vivir en el cuerpo como si se estuviese sin cuerpo; dejarlo todo; darlo todo á los pobres para no poseer sino á Dios solo; vivir de poco y casi de nada; y esperar ese poco de la providencia divina.

Pero la ley mas ajustada al evangelio es la de llevar cada uno su cruz. La cruz es la verdadera prueba de la fé, el verdadero fundamento de la esperanza, el perfecto acrisolamiento de la caridad; en una palabra, el camino del cielo; y á este precio pone la vida eterna. El primero á quien promete nuestro Salvador en particular el reposo del siglo futuro, es al compañero de su cruz: «Tú serás hoy, dice, conmigo en el paraíso (1).» Así que estuvo en la cruz, el velo que cubria el santuario se rasgó de arriba abajo, y se abrió para las almas santas el cielo. Al salir de los tormentos de la cruz y de los horrores de su suplicio, fué cuando se apareció á sus apóstoles glorioso y vencedor de la muerte, á fin de que comprendiesen que la cruz era la puerta por donde habian de entrar en su gloria, y que no mostraba á sus hijos otro camino.

Así fué dada al mundo en la persona de Jesucristo la imágen de una virtud cumplida que nada tiene y nada espera sobre la tierra; que no halla en los hombres otra recompensa que persecuciones contínuas; que no cesa de hacerles bien, y se atrae con sus propios beneficios el último suplicio. Muere Jesucristo sin hallar ni reconocimiento en los que obliga con inefables beneficios, ni fidelidad en sus amigos, ni equidad en sus jueces. Su inocencia, aunque reconocida, no le salva; su mismo padre en quien solo tenia puesta su esperanza, retira todas las señales de su proteccion. El justo es entregado á sus enemigos; y muere, en cuanto á la humanidad, abandonado de Dios y de los hombres.

Pero era necesario hacer ver al hombre que sirve á Dios que en los mayores extremos no necesita de consuelo humano, ni aun de señal alguna sensible de socorro divino; que ame solamente y confie; asegurado de que Dios cuida de él, aunque no se lo manifieste, y que le está reservada una felicidad eterna.

Buscando el mas sabio de los filósofos (1) la idea de la virtud, halló que de todos los malos seria el peor aquel que sabiendo diestramente encubrir su malicia fuese tenido por bueno y gozase con este arte de todo el crédito que puede granjear la virtud; así, habia sin duda de ser el mas virtuoso aquel á quien su virtud atrajese por su perfeccion la envidia de todos los hombres; de modo que no tuviese en su favor sino su propia conciencia y se viese expuesto á todo género de injurias, hasta ser clavado en una cruz sin que pudiese darle su virtud el débil socorro de eximirle de tal castigo. No parece que Dios puso esta maravillosa idea de la virtud en el entendimiento de un filósofo sino para hacerla efectiva en la divina persona de su hijo; y manifestar que el justo tiene otra gloria, otro reposo, en fin, otra felicidad que la que puede gozarse en la tierra.

El establecimiento de esta verdad y el mostrarla tan visiblemente cumplida en sí mismo á costa de su propia vida, era la mayor obra que pudiese hacer un hombre; y Dios la consideró tan grande que la reservó á este Mesías tan prometido, á este hombre á quien ha hecho una misma persona con su único hijo.

En efecto, mayor cosa no podia reservarse á un Dios viniendo al mundo. Ni podia él hacer nada mas digno de sí que mostrar la virtud en toda su pureza, y la bienaventuranza eterna á donde la conducen los mayores males del mundo.

Pero si llegamos á considerar lo mas alto é íntimo que hay en el misterio de la cruz, ningun delicado y lince entendimiento humano podrá comprenderlo. Allí se nos muestran virtudes que solo un hombre Dios era capaz de practicar. Nadie sino él podia ponerse en lugar de todas las víctimas antiguas, y anularlas substituyéndolas una víctima de dignidad y mérito infinito, y hacer que en adelante solo él fuese ofrecido á Dios. Este es el acto de religion que ejerce Jesucristo en la cruz. Ni podia el eterno padre hallar entre los ángeles ó entre los hombres una obediencia igual á la que encuentra en su muy amado hijo, cuando no habiendo poder para quitarle la vida él voluntariamente la dá por complacerle. ¿Qué diré de la perfecta union de todos sus deseos con la divina voluntad, y del amor con que se mantiene unido «á Dios, que estaba en él, reconciliándose con el mundo? (2)» En esta union incomprensible abraza á todo el género humano; pacifica el cielo y la tierra; se sumerge con ardor inmenso en aquel diluvio de sangre en que «habia de ser bautizado» con todos los suyos; y hace salir de sus

(1) Luc. xxiii. 63.

(1) Socr. apud Plat. Dial. II. de Rep. (2) 2. Cor. v. 19.

llagas aquel fuego del amor divino « que habia de abrasar toda la tierra (1). » Pero lo que excede á toda la inteligencia, es la justicia practicada por este hombre Dios que se deja condenar por el mundo á fin de que el mundo quede eternamente condenado por la enorme iniquidad de esta sentencia. « Ahora el mundo es juzgado, y el príncipe de este mundo está para ser repelido (2), » como el mismo Jesucristo pronuncia. El infierno que habia avasallado al mundo está á punto de perderle; insultando al inocente será forzoso que suelte los culpados que tenia cautivos; la infeliz obligacion que nos tenia en las manos de los ángeles rebeldes, es anulada (3); Jesucristo la ha fijado en su cruz; á ella la ha clavado para borrarla con su sangre: el infierno despojado gime; la cruz es lugar de triunfo para nuestro Salvador; las potencias enemigas siguen temblando el carro del vencedor. Pero otro mayor triunfo se descubre á nuestra vista; la misma justicia divina queda tambien vencida; el pecador que le era debido, como su víctima, es arrancado de sus manos; ha hallado una caucion capaz de pagar por él un precio infinito. Jesucristo une á sí eternamente á los escogidos por quienes se dá (4); sus miembros son y su cuerpo; ya el eterno padre no puede mirarlos sino en la cabeza de ellos: así extiende el padre sobre todos el infinito amor que tiene á su hijo. Su mismo hijo es quien se lo pide: porque no quiere estar separado de los hombres que ha redimido: « Padre mio, yo quiero, dice, que estén conmigo (5): » llenos estarán de mi espíritu; gozarán de mi gloria; yo partiré con ellos hasta mi mismo trono. Colmo de una bondad infinita.

Después de tan gran beneficio ya no hay ni debe haber sino voces de alegría que puedan expresar nuestro reconocimiento. « Insigne maravilla, exclama un gran filósofo, y un gran martir; trueque incomprensible y pasmoso artificio de la sabiduría divina (6). » Uno solo padece y todos quedan libres. Deja Dios condenar á su hijo inocente en atencion á los hombres culpados, y perdona á los hombres culpados en atencion á su hijo inocente. « El justo paga lo que no debe y libra á los pecadores de lo que deben: porque, nadie podia mejor encubrir nuestros pecados que su justicia, ni podia quedar mejor expiada la rebelion de sus siervos que por la obediencia de su hijo. La iniquidad de muchos está oculta dentro de un solo justo; y la justicia de uno solo hace que muchos sean justificados. ¿Qué no podremos, pues, pretender? » Aquel que nos « ha amado siendo pecadores, hasta dar la vida por nosotros, ¿qué nos negará después que nos ha reconciliado y justificado por su sangre (7)?» Todo es para nosotros en atencion á él: la gracia, la santidad, la vida, la gloria, la bienaventuranza; el reino del hijo de Dios es nuestra herencia; nada hay que nos sea desproporcionado como nosotros mismos no nos envilezcamos.

Y al paso que colma nuestros deseos y excede á nuestras esperanzas, consuma la obra de Dios empezada en tiempo de los patriarcas y en la ley de Moisés.

Entónces queria Dios hacerse conocer por experiencias sensibles; mostrábase magnífico en promesas temporales; bueno, colmando á sus hijos de bienes que lisonjeaban sus sentidos; poderoso librándolos de las manos de sus enemigos; fiel manteniéndolos en la tierra prometida á sus padres; justo por las recompensas y los castigos que manifiestamente les enviaba segun sus acciones.

(1) Luc. XII. 49. 50. (2) Joan. XII. 31. (3) Col. II. 13. 14. 15. (4) Joan. XVIII. 22. 25. 26. (5) Apoc. III. 21. (6) Just. Ep. ad Diog. (7) Rom. V. 5. 7. 8. 9. 10.

Todas estas maravillas preparaban el camino á las verdades que Jesucristo venia á enseñar. Si el Eterno es tan bueno que nos dá hasta lo que desean nuestros sentidos, mucho mas nos dará lo que apetece nuestro espíritu hecho á su imágen. Si es tan tierno y benéfico con sus hijos, no concretará su amor y sus liberalidades solamente á estos pocos años que componen nuestra vida. No dará á los que ama con tan paternal é inefable cariño únicamente una sombra de felicidad y una tierra fértil en trigo y en aceite: seguramente reservará otro país en que con abundancia reparta los verdaderos é interminables bienes.

Sin duda que lo hará, y Jesucristo nos lo viene á mostrar: porque en fin, el Omnipotente no habria hecho sino obras poco dignas de sí, si toda su magnificencia se terminase en grandezas expuestas á nuestros débiles sentidos. Todo lo que no es eterno, no corresponde á la majestad de un Dios eterno ni á las insaciables esperanzas del hombre á quien ha hecho conocer su eternidad; y aquella inalterable fidelidad que guarda á sus siervos, jamás tendria un objeto proporcionado sino se extendiese á lo inmortal y subsistente.

Era, pues, necesario que al fin Jesucristo nos abriese los cielos para descubrir á nuestra fé « aquella ciudad permanente (1) » en que todos hemos de descansar después de esta vida. Hácenos ver, que si Dios toma por su título eterno el nombre de Dios de Abrahan, de Isaac y de Jacob, es porque siempre están vivos á sus ojos aquellos santos hombres, pues leemos; « Dios no es el Dios de los muertos (2); » no es digno de él el obrar como los hombres que acompañan á sus amigos hasta el sepulcro sin dejarles para mas allá esperanza alguna; ni le seria decoroso llamarse con tanta fuerza el Dios de Abrahan, si no hubiese fundado en el cielo una ciudad eterna en que Abrahan y sus hijos pudiesen vivir felices.

En esta forma nos ha declarado Jesucristo las verdades de la vida futura. Tambien nos la muestra en la ley. La verdadera tierra prometida es el reino eterno. Esta es la bienaventurada patria por la cual suspiraban Abrahan, Isaac y Jacob (3): la Palestina no merecia que en ella se terminasen todos sus deseos, ni ser el único objeto de tan larga esperanza como era la de nuestros primeros padres.

El Egipto, de que es necesario salir; el desierto, por el cual es preciso pasar; la Babilonia, cuyas cadenas es forzoso romper para entrar ó para volver á nuestra patria, son el mundo con sus placeres y vanidades; en él es donde estamos verdaderamente cautivos y errantes, engañados por los sentidos y por sus apetitos; es forzoso que sacudamos este yugo para hallar en Jerusalen y en la ciudad de nuestro Dios la verdadera libertad y un santuario, « no hecho de mano de hombre (4), » donde la gloria del Dios de Israel se nos manifieste para nuestra suma felicidad.

Esta doctrina de Jesucristo nos ha descubierto el secreto de Dios; la ley es toda espiritual; sus promesas nos introducen en las del Evangelio y sirven allí de fundamento; una misma luz nos alumbra siempre; en tiempo de los patriarcas se levanta; crece en el de Moisés y en el de los profetas; Jesucristo, mayor que los patriarcas, mas autorizado que Moisés y mas ilustrado que todos los profetas, nos la muestra en su plenitud.

Á este Cristo, á este Hombre-Dios, á este Hombre que ocupa sobre la tierra, como dice san Agustin, el

(1) Heb. XI. 8. 9. 10. 13. 14. 15. 16. (2) Matth. XXII. 32. Luc XX. 38. (3) Heb. XI. 14. 15. 16. (4) 2. Cor. V.

lugar de la verdad y la hace ver en persona residente entre nosotros; á este, digo, estaba reservado el mostrarnos toda la verdad; quiero decir, la de los misterios, la de las virtudes y la de las recompensas que Dios ha destinado á los que ama y le aman.

Estas eran las grandezas que debian los judíos buscar en su Mesías; que no hay cosa tan grande como llevar en sí mismo, y descubrir entera á los hombres, toda la verdad que les alimenta, que les dirige y que purifica sus ojos hasta hacerles capaces de ver á Dios.

En el tiempo en que la verdad habia de mostrarse á los hombres con esta plenitud, estaba tambien ordenado que fuese anunciada por toda la tierra y en todos los tiempos. Dios no dió á Moisés sino un solo pueblo y un tiempo determinado; todos los siglos y todos los pueblos del mundo están dados á Jesucristo; en todas partes tiene sus escogidos; y su iglesia difundida por todo el universo no cesa jamás de producirlos. Así, dice: «Id, enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, é instruyéndolas en guardar todo lo que os he mandado; y mirad que yo estoy con vosotros hasta el fin de los siglos (1).»

CAP. XX.—La venida del Espíritu Santo, el establecimiento de la iglesia, y los juicios de Dios sobre los judíos y los gentiles.

Para difundir en todos los lugares y en todos los siglos verdades tan altas, y poner en vigor prácticas tan acendradas en medio de la corrupcion, era necesaria una virtud mas que humana. Por esto promete Jesucristo enviar al Espíritu Santo para fortificar á sus apóstoles y animar eternamente el cuerpo de la iglesia.

Para hacerse manifiesta la fuerza del Espíritu Santo habia de aparecer durante la enfermedad: «Yo os enviaré,» dice Jesucristo á sus apóstoles, «lo que mi padre ha prometido,» que es el Espíritu Santo; entretanto, «descansad en Jerusalen;» y nada intenteis «hasta que esteis revestidos de la virtud del cielo (2).»

Para conformarse con esta órden, se mantienen encerrados los apóstoles ciertos dias. El Espíritu Santo desciende en el tiempo señalado; las lenguas de fuego asentadas sobre ellos denotan la eficacia de su divina palabra; la predicacion empieza; los apóstoles dan testimonio de Jesucristo, dispuestos á padecerlo todo por sostener que le han visto resucitado; los milagros acompañan á sus palabras; en dos sermones que pronunció San Pedro ocho mil judíos se convierten; y llorando su error se lavan de la sangre que cruelmente habian vertido.

Así fué la iglesia fundada en Jerusalen y entre los judíos á pesar de la incredulidad de casi toda la nacion. Los discípulos de Jesucristo ofrecen al mundo una caridad, una fuerza y una dulzura que jamás habian tenido semejantes. La persecucion se levanta; la fé se aumenta; los hijos de Dios aprenden mas y mas á no desear sino el cielo; los judíos con su obstinada malicia se atraen la venganza de Dios, y se anticipan las extremas calamidades de que estaban amenazados; su Escritura y sus cosas empeoran. En tanto que Dios continúa en separar de ellos un gran número que coloca entre sus escogidos, es san Pedro enviado á bautizar á Cornelio, centurion romano. Sabe, primeramente por una vision celestial y después por experiencia, que los gentiles son llamados al conocimiento de Dios. Jesucristo, que queria convertirlos, habla desde lo alto á san Pablo que habia de ser el doctor de ellos; y con un milagro inaudito hasta entónces, le hace de perseguidor, no solo defensor sino celoso predicador de la fé; descúbrele el secreto profundo de la vocacion de los gentiles por la reprobacion de los judíos ingratos que cada dia se hacen mas indignos del Evangelio. San Pablo abre los brazos á los gentiles y dilucida con una fuerza maravillosa las siguientes é importantes cuestiones: «Si Cristo debia padecer, y si era el primero que debia anunciar su verdad al pueblo y á los gentiles después de haber resucitado de entre los muertos (1):» prueba la afirmativa con Moisés y con los profetas; y llama á los idólatras al conocimiento de Dios en nombre de Jesucristo resucitado. Conviértense estos á millares; y san Pablo hace ver que su conversion es un efecto de la gracia que ya no distingue ni judíos ni gentiles. El furor y la envidia arrebatan á los judíos; traman terribles conjuraciones contra san Pablo, irritados principalmente de que predique á los gentiles y los conduzca al verdadero Dios; entréganle en fin á los romanos como habian hecho con Jesucristo. Conmuévese todo el imperio contra la recien nacida iglesia; y Neron, perseguidor de todo el género humano, fué el primer perseguidor de los fieles. Hace este tirano morir en Roma á san Pedro y san Pablo. Roma queda consagrada con su sangre; y el martirio de san Pedro, príncipe de los apóstoles, establece en la capital del imperio la silla principal de la religion. Acercábase entretanto el tiempo en que la venganza divina habia de manifestarse contra los judíos impenitentes; el desórden se introduce en ellos; un falso celo los ciega y les hace odiosos á todos los hombres; sus falsos profetas los embelesan con promesas de su reino imaginario. Seducidos con sus engaños no pueden sufrir ya mas imperio alguno que sea legítimo, ni ponen límite alguno á sus atentados. Tito mismo, que los arruina, reconoce que solo sirve de instrumento «á Dios irritado contra ellos (2).» Adriano acaba de exterminarlos; y perecen con todas las señales de la venganza divina: echados de su tierra y esclavos por todo el universo, no tienen ya ni templo, ni altar, ni sacrificio, ni provincia, ni se ve en Judá forma alguna de pueblo.

Dios entretanto habia previsto lo conveniente para la eternidad de su culto; los gentiles abren los ojos y se unen espiritualmente con los judíos convertidos. Entran por este medio en la estirpe de Abrahan; y hechos sus hijos por la fé, heredan las promesas que les habian sido hechas. Fórmase un nuevo pueblo; y el nuevo sacrificio, tan celebrado por los profetas, empieza á ofrecerse por toda la tierra.

Así se cumplió puntualmente el antiguo oráculo de Jacob. Judas descuella desde el principio entre todos sus hermanos; y habiendo conservado una cierta preeminencia, recibe en fin el reino como hereditario. Es mas adelante reducido el pueblo de Dios á sola su estirpe; y contenido en su tribu toma su nombre. Continúase en Judá este gran pueblo, prometido á Abrahan, á Isaac y á Jacob; en él se perpetúan las demás promesas; el culto de Dios, el templo, los sacrificios y la posesion de la tierra prometida, que ya no se llama sino la Judea. No obstante sus diversos estados, permanecen siempre los judíos en forma de pueblo reglado y de reino, usando de sus leyes. Obsérvase siempre nacer allí reyes, magistrados ó jueces hasta que el Mesías viene; llega, y poco á poco se va arruinando el reino de Judá. Queda enteramente destruído, y el pueblo judío es echado, sin esperanza, de la tierra de sus padres. El Mesías es el

(1) Matth. xxviii. 19. 20. (2) Luc. xxiv. 49.

(1) Act. xxvi. (2) Philostr. vit Apoll. Tyan. l. vi. Joseph de bell. Jud. lib. vii. cap. 16.

único objeto de la confianza de las naciones, y reina sobre un nuevo pueblo.

Mas para guardar la sucesion y la continuacion, era preciso que este nuevo pueblo fuese ingerido, por decirlo así, en el primero, y como dice san Pablo, « el acebuche en el olivo, á fin de participar de su buena substancia (1). » Así, pues, ha sucedido que la iglesia, establecida primeramente entre los judíos, recibió al fin á los gentiles para formar con ellos un mismo árbol, un mismo cuerpo, un mismo pueblo; y hacerlos partícipes de sus gracias y de sus promesas. Lo que después de esto sucede á los judíos incrédulos, en tiempo de Vespasiano y de Tito, ya no tiene relacion con la continuacion del pueblo de Dios. Este es un castigo de rebeldes, que por su infidelidad á la semilla prometida á Abrahan y á David, no son ya judíos, ni hijos de Abrahan, y sí tan solo segun la carne; y renuncian la promesa que aseguraba la bendicion de las naciones.

Así, esta última y espantosa desolacion de los judíos, no es ya una transmigracion, como la de Babilonia; no es una suspension del gobierno ni del estado del pueblo de Dios, ni del servicio solemne de la religion; el nuevo pueblo, ya formado y continuado con el antiguo, en Jesucristo, no es transportado; se extiende y se dilata sin interrupcion desde Jerusalen, donde debia nacer, hasta las extremidades de la tierra. Los gentiles, agregados á los judíos, se convierten, de aquí en adelante, en los verdaderos judíos, en el verdadero reino de Judá, opuesto á aquel cismático, y separado del pueblo de Dios; y en el verdadero reino de David, por la obediencia que rinden á las leyes y al Evangelio de Jesucristo, hijo de David.

Después del establecimiento de este nuevo reino, no es extraño que todo pereciese en la Judea. El segundo templo de nada servia ya después que el Mesías habia cumplido en él lo que estaba notado en las profecías. Habia este templo tenido la gloria que se le prometió cuando el deseado de las naciones vino á él. La Jerusalen visible habia obrado lo que le quedaba que hacer; pues la iglesia habia tomado allí su nacimiento, y todos los dias extendia desde allí sus ramas por toda la tierra. En nada sirven ya á Dios ni á la religion la Judea ni los judíos; y es justo que en castigo de su obstinada dureza estén esparcidas sus ruínas por todo el mundo.

Esto es lo que habia de suceder en tiempo del Mesías, segun Jacob, segun Daniel, segun Zacarías y segun todos sus profetas (2); pero como han de volver algun dia á este Mesías que desconocieron, y el Dios de Abrahan aun no ha agotado sus misericordias sobre la estirpe, aunque infiel, de este patriarca, ha encontrado un medio, de que solo este ejemplar hay en el mundo, de conservar á los judíos fuera de su provincia, y siempre dentro de su ruína, aun mas largo tiempo que las naciones que los han vencido. Ya no se ve resto alguno de los antiguos medos, ni de los antiguos persas, ni de los antiguos griegos, ni aun de los antiguos romanos. Sus vestigios se han perdido, y están confundidos con los demás pueblos. Los judíos, que fuéron el despojo de estas naciones antiguas, tan célebres en las historias, les han sobrevivido; y conservándolos Dios, nos tiene en expectacion de lo que todavía quiere hacer con los infelices restos de un pueblo, en otro tiempo tan favorecido. Entretanto, su obstinacion sirve para la salud de los gentiles, y les da la ventaja de hallar en manos no sospechosas las Escrituras donde están profetizados Jesucristo y sus misterios (1). Entre otras cosas vemos en estas Escrituras, que tan cuidadosamente conservan los judíos, su ceguedad y sus calamidades. Así nos utilizamos de su desgracia: su infidelidad es uno de los fundamentos de nuestra fé; ellos nos enseñan á temer á Dios, y nos sirven de un espectáculo eterno de los juicios que ejerce sobre sus hijos ingratos, á fin de que aprendamos á no gloriarnos de las gracias hechas á nuestros padres.

Un hecho tan maravilloso y tan útil á la instruccion del género humano, es muy digno de consideracion. Mas no necesitamos discursos humanos para entenderle. El Espíritu Santo ha cuidado de explicarle por boca de san Pablo; y rogamos se escuche lo que este apóstol escribió á los romanos (2). Después de haber hablado del pequeño número de judíos que habia recibido el bautismo, y de la ceguedad de los demás, entra en una profunda consideracion sobre el destino que ha de tener un pueblo favorecido con tantas gracias, y juntamente nos descubre el provecho que sacamos de su caída, y los frutos que producirá algun dia su conversion. «¿Han caído, pues, dice (3), los judíos, para no volver jamás á levantarse? No lo quiera Dios. Pero su caída ha ocasionado la salud de los gentiles, á fin de que esta les cause una emulacion » que les haga volver en sí. « Que si su caída ha sido la riqueza de los gentiles, » que se han convertido en tan gran número, « ¿qué gracia no veremos resplandecer cuando los judíos reconozcan su error? Mas si su reprobacion ha sido la reconciliacion del mundo, ¿su nueva conversion no será una resurreccion de muerte á vida? Y si las primicias sacadas de este pueblo son santas, la masa lo es tambien; si la raíz es santa, las ramas asimismo lo son; y si algunas ramas han sido cortadas, y tú, gentil, que no eras sino un acebuche, has sido ingerido entre las ramas que han quedado en el olivo de modo que participas de la sustancia que fluye de la raíz, cuida el no levantarte contra las ramas naturales; y si te levantas, advierte que no eres tú quien sostiene la raíz, sino que la raíz te sostiene á tí. Dirás quizá: las ramas naturales han sido cortadas á fin de que yo fuese ingerido en su lugar. Es verdad: la incredulidad ha causado este tallo, y tú fé es la que le sostiene. Pero ten cuidado en no desvanecerte y vive siempre temeroso; porque si Dios no ha reservado las ramas naturales, debes recelar que menos aun te reservará á ti. »

Todos temblarian al escuchar estas palabras del apóstol. Y en verdad no podemos mirar sin espanto la venganza que tantos siglos ha se manifiesta contra los judíos cuando san Pablo nos advierte, que nuestra falta de virtud nos atraerá un tratamiento semejante. Pero escuchemos la continuacion de este gran misterio. Prosigue el apóstol hablando á los judíos convertidos: « Considerad, » les dice (4), « la clemencia y la severidad de Dios; su severidad con los que han decaido de su gracia y su clemencia con vosotros si permaneceis siempre firmes en el estado en que su bondad os ha puesto; de otro modo, sereis como ellos cortados. Pero si cesare su incredulidad serán nuevamente ingeridos; pues Dios, que los ha cortado, es bastante poderoso para volverlos á unir. Porque si vosotros habeis sido desunidos del acebuche donde la naturaleza os habia hecho nacer para ser ingeridos en el olivo, contra el órden natural, ¿cuánto mas fá-

(1) Rom. xi. 17. (2) Ose. iii. 4. 5. Isai. lix. 20. 21. Rom. xi. 11. etc.

(1) Is. vi. li. liii. lxv. Dan. xi. 25. Mat. xiii. Joan. xii. Act. xxviii. Rom. xi. (2) Rom. xi. 1. 2. etc. (3) Ibid. 11. etc. (4) Rom. 22. et seq.

cilmente las ramas naturales del mismo olivo serán ingeridas en su propio tronco? » Aquí se remonta el apóstol sobre todo lo que acaba de decir; y entrando en las profundidades de los consejos de Dios, prosigue así su discurso (1): « No quiero, hermanos mios, que ignoreis este misterio á fin de que aprendais á no presumir de vosotros mismos. Una parte de los judíos es la que ha caído en la ceguedad, á fin de que entretanto la multitud de los gentiles entrase en la iglesia, y que así todo Israel se salvase, segun está escrito: saldrá de Sion un libertador que desterrará la impiedad de Jacob, y hé aquí la alianza: yo estaré con ellos cuando habré borrado sus pecados (2). »

Este lugar de Isaías que cita aquí san Pablo, segun los setenta, como acostumbraba, por ser su version conocida en toda la tierra, es aun mas fuerte en su original y atendida su continuacion. Porque ante todas cosas predice el profeta la conversion de los gentiles con estas palabras: los del occidente temerán el nombre del Señor y los del oriente verán su gloria (3). Después, « bajo la figura de un rio rápido, impelido por un fuerte viento, vaticina Isaías de antemano las persecuciones que harán crecer á la iglesia. En fin, el Espíritu Santo le descubre el destino de los judíos y le declara: « Que el Salvador vendrá á Sion y se acercará á los de Jacob, que entónces se convertirán de sus pecados. «Y hé aquí, dice Dios, la alianza que haré con ellos. Mi espíritu que está en tí ¡oh profeta! y las palabras que en tu boca he puesto, permanecerán eternamente no solo en tu boca, sí que tambien en la de tus hijos, ahora y siempre, dice el Señor (4). »

Hácenos, pues, ver claramente, que después de la conversion de los gentiles, el Salvador, á quien Sion habia desconocido y los hijos de Jacob habian desechado, se apiadará de ellos, borrará sus pecados, y les restituirá la inteligencia de las profecías que durante un largo tiempo habrán perdido, para que pase sucesivamente, y de mano en mano, á toda la posteridad, y no esté ya olvidada.

Así, los judíos volverán algun dia, y volverán para no extraviarse jamás; pero no volverán sino después que el oriente y el occidente, esto es, todo el universo, estará lleno del temor y del conocimiento de Dios.

El Espíritu Santo hace ver á san Pablo que esta bienaventurada restitucion de los judíos será efecto del amor que Dios ha tenido á sus padres. Por eso acaba así su razonamiento: « En cuanto al Evangelio, dice (5), que ahora os predicamos, los judíos son enemigos por causa vuestra: » si Dios los ha reprobado, esto ha sido ¡oh gentiles! por llamaros: pero en cuanto á la eleccion por la cual son escogidos desde el tiempo de la alianza jurada con Abrahan, « siempre permanecen en su amor por causa de sus padres; porque los dones y la voluntad de Dios son sin arrepentimiento. Y como vosotros nada creiais en otro tiempo, y habeis ahora alcanzado misericordia por la incredulidad de los judíos, » habiendo Dios querido escogeros para que ocupeis su lugar, « así los judíos no han creido que Dios haya querido tener misericordia de vosotros, á fin de que algun dia ellos la reciban; porque todo lo ha incluido Dios en la incredudad para tener de todos misericordia » y que conozcan todos la necesidad que tienen de su ausilio. « Insondable profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios. Incomprensibles son sus juicios é impenetrables sus caminos. Porque ¿quién ha conocido los designios de Dios, ó ha penetrado sus arcanos, ó bien ha sido el primero que se le ha dado, para merecer de él una recompensa, siendo de él, por él y en él todas las cosas? Séale, pues, tributada gloria por el curso de todos los siglos. »

Esto es lo que dice San Pablo sobre la eleccion de los judíos, sobre su caída, sobre su vuelta, regreso, ó restitucion; y en fin, sobre la conversion de los gentiles que son llamados para ocupar su lugar y para restituirles al fin de los siglos á la bendicion prometida á sus padres; esto es, á Cristo á quien desconocieron. Hácenos ver este grande apóstol la gracia que pasa de pueblo á pueblo, para tener á todos en el temor de perderla; y nos muestra su invencible y eficaz fuerza con la que, después de haber convertido á los idólatras, se reserva para su última obra el convencer la dureza y la perfidia judaica.

Por este profundo consejo de Dios subsisten aun los judíos entre las naciones en que están esparcidos y cautivos; pero subsisten con el carácter de su reprobacion; decaídos visiblemente por su infidelidad á las promesas hechas á sus padres, desterrados de la tierra prometida, sin tener ni aun tierra que cultivar, esclavos en cualquiera parte que se hallan, sin honor, sin libertad, sin figura alguna de pueblo ni carácter alguno de estimacion.

En este lamentable estado cayeron treinta y ocho años después que crucificaron á Jesucristo; y después de haber empleado en perseguir á sus discípulos el tiempo que se les dejó para arrepentirse. Pero en tanto que el antiguo pueblo está reprobado por su infidelidad, se aumenta el nuevo todos los dias entre los gentiles; la alianza hecha en otro tiempo con Abrahan se extiende, segun la promesa, á todos los pueblos del mundo que habian olvidado á Dios; la iglesia cristiana llama á él á todos los hombres; y durando tranquila muchos siglos entre persecuciones inauditas, les enseña á no esperar su felicidad sobre la tierra.

Este era el mas digno fruto del conocimiento de Dios y el efecto de aquella gran bendicion que debia el mundo esperar de Jesucristo. Iba esta difundiéndose cada dia de familia en familia y de pueblo en pueblo; y cada dia los hombres abrian mas los ojos para conocer la ceguedad en que los habia sumergido la idolatría; y á pesar de todo el poder romano, se veia á los cristianos sin rebelion, sin causar alboroto alguno, y sufriendo solamente todo género de inhumanidades, mudar la faz del mundo y extenderse por todo el universo.

La prontitud inaudita con que se hizo esta gran mudanza, es un milagro visible. Jesucristo habia profetizado que su evangelio seria bien pronto predicado por toda la tierra: esta maravilla habia de suceder inmediatamente después de su muerte; y el mismo habia dicho, que « después que le habrian elevado de la tierra, » esto es, que le habrian clavado en la cruz, atraeria á sí todas las cosas (1). Aun no habian sus apóstoles acabado su curso, y ya san Pablo decia á los romanos: « que su fé estaba anunciada á todo el mundo (2). » Decia á los colosenses « que en toda la tierra se habia oido el evangelio que se hallaba debajo del cielo; que estaba predicado; que fructificaba, y que crecia por todo el universo (3). » Una tradicion constante nos asegura que santo Tomás le llevó á las Indias, y los demás á otros países remotos. Pero no se necesita ya de historiadores para confirmar esta

(1) Rom. 25. et. seq. (2) Isai. LIX. 20. (3) Ibid. LII. 19. (4 Ibid. 20. 21. (5) Rom. XI. 28. etc.

(1) Joan. VIII. 28. XII. 32. (2) Rom. I. 8. (3) Greg. Naz. orat. 25.

constante verdad; el efecto habla y bastantemente se ve con cuanta razon san Pablo aplica á los apóstoles estas palabras del salmista: « Sus voces se han hecho oir por toda la tierra, y su palabra ha sido conducida hasta las extremidades del mundo (1). » Casi no habia país, por desconocido que fuese, donde por la predicacion de sus discípulos no hubiese penetrado el evangelio. Cien años después de Jesucristo, contaba ya san Justino (2) entre los fieles á muchas naciones salvajes, y hasta á aquellos pueblos vagabundos, errantes sobre carros de una parte á otra, sin tener mansion fija. No era esta una vana exageracion: era un hecho constante y notorio que exponia en presencia de los emperadores y á vista de todo el universo. Viene poco después san Irineo (3), y se ve crecer el número de las iglesias. Su concordia era admirable; lo que se creía en las Galias, en las Españas, en la Germania, se creía en Egipto y en el oriente; y así como « no habia sino un mismo sol en todo el universo, así se veía en toda la iglesia, desde la una hasta la otra extremidad del mundo, la misma luz de la verdad (4). »

Por poco que se pase adelante, pasman los progresos que se ven; á mediados del siglo tercero, Tertuliano (5) y Orígenes (6) hacen adherir á la iglesia pueblos enteros que poco antes no lo estaban. Los que Orígenes exceptuaba, que eran los mas distantes del mundo conocido, son unidos poco después por Arnobio (7). ¿Qué podia el mundo haber visto para rendirse con tanta prontitud á Jesucristo? Si vió milagros, visiblemente se manifestó en ellos la mano de Dios. Y si fuera posible que no los hubiese visto, « ¿No seria un nuevo milagro (8), » mayor y mas increíble que los que no son creídos, ¿haber convertido el mundo sin milagro? ¿haber hecho penetrar entre tantos ignorantes tan altos misterios? ¿haber inspirado á tantos sabios una humilde sumision? ¿y haber imbuido tantas cosas increibles á los incrédulos? ¿Qué mayor portento, repito?

Pero el milagro de los milagros, si me es lícito hablar así, es, que con la fé de los misterios las virtudes mas eminentes, y las prácticas mas penosas y pias al mismo tiempo, se han esparcido y difundido por toda la tierra. Por los caminos mas difíciles han seguido á Jesucristo sus discípulos: el sufrirlo todo por la verdad ha sido entre sus hijos un ejercicio ordinario; y por imitar á aquel han corrido con mas vehemente ardor á los tormentos que los demás á las delicias. No se pueden enumerar los ejemplos de los ricos que se han empobrecido por ayudar á los pobres, ni de los pobres que han preferido la pobreza á las riquezas, ni de las vírgenes que han imitado en la tierra la vida de los ángeles, ni de los pastores ó prelados caritativos que se han reducido á todo por todos; siempre prontos á dar á su rebaño, no solo sus desvelos y sus trabajos, si que tambien sus propias vidas. Y tocante á la penitencia y mortificacion, no administran los jueces mas severamente la justicia contra los reos, como los cristianos penitentes la han ejercitado consigo mismos para satisfacer á la justicia divina. Mucho mas: los inocentes han castigado en sí con rigor increíble la espantosa inclinacion que tenemos nosotros al mal. La vida de san Juan Bautista, que tan asombrosa pareció á los judíos, se ha hecho comun entre los fieles; los desiertos han estado poblados de sus imitadores; y ha habido allí tantos cenobitas que algunos mas perfectos se han visto precisados á buscar soledades mas profundas; tanto se ha huido del mundo y tanto se ha apetecido la vida solitaria.

Tales eran los frutos preciosos que habia de producir el evangelio. Que no es menos rica la iglesia en ejemplos que en preceptos; y su doctrina ha parecido santa produciendo una infinidad de santos. Dios, que sabe que las mas robustas virtudes nacen entre las penalidades, la fundó con el martirio; y por el curso de trescientos años la tuvo en este estado, sin que tuviese un solo momento de reposo. Después que el mismo hizo ver, por tan larga experiencia, que no necesitaba de socorro humano ni de las potencias de la tierra para establecer su Iglesia, llamó en fin á los emperadores é hizo del gran Constantino un protector declarado del cristianismo. Después de este tiempo, los reyes de toda la tierra han acudido á formar parte de ella; y cuanto estaba escrito en las profecías, tocante á su gloria futura, se ha cumplido á vista de todo el mundo.

Pues si ella ha sido invencible contra los esfuerzos del exterior, no menos lo ha sido contra las divisiones intestinas. Llegaron aquellas herejías tan profetizadas por Jesucristo y por sus apóstoles; y la fé, perseguida por los emperadores, padecia al mismo tiempo la persecucion mas dañosa de los herejes. Pero nunca fué esta mas violenta que cuando se vió cesar la de los paganos. Hizo el mal entónces sus mayores esfuerzos para destruir por sí misma esta iglesia, á quien los combates de sus enemigos declarados habian dado mayor firmeza. Ápenas empezaba á respirar con la paz que le dió Constantino, cuando hé aquí que Arrio, aquel infeliz sacerdote, la suscitó mayores turbaciones que las que antes habia padecido. Constancio, hijo de Constantino, seducido por los arrianos, cuyo dogma autoriza, atormenta á los católicos por toda la tierra; nuevo perseguidor del cristianismo, y tanto mas espantoso cuanto, bajo el nombre de cristiano, hace la guerra á Jesucristo mismo. Para colmo de las desgracias, dividida así la iglesia, cae en las manos de Juliano Apóstata, que nada hay que no practique para destruir el cristianismo, y no halla medio mas á propósito que el de fomentar las facciones que le tenian despedazado. Sucédele un Valente, tan afecto á los arrianos como Constancio, pero mas violento. Otros emperadores protegen otras herejías con igual furor. La iglesia se convence por tantas experiencias que no le queda otro medio que sufrir, bajo el yugo de los emperadores cristianos, cuanto habia tolerado en tiempo de los emperadores infieles, y que debe verter su sangre por defender, no solo el todo de su doctrina, sí que tambien cada artículo particular de ella. En efecto, ninguno ha habido que no le haya visto impugnado, aun por sus mismos hijos. Mil sectas y mil herejes, apóstatas de su doctrina, se han levantado contra ella. Pero, si ha visto su nacimiento segun las predicciones de Jesucristo, tambien ha visto la caída de aquellas segun su promesa, aunque frecuentemente sostenidas por los emperadores y reyes. Sus verdaderos hijos han sido, como dice san Pablo, reconocidos por esta prueba; la verdad ha quedado mas justificada, cuanto mas combatida ha sido, y la iglesia ha permanecido incontrastable.

CAP. XXI.—Reflexiones sobre la historia del castigo de los judíos y sobre las profecías de Jesucristo, que lo habia predicho.

En tanto que hemos trabajado en demostrar sin interrupcion la continuacion de los consejos de Dios en

(1) Rom. x. 18. (2) Just. Apol. 2. et adv. Triph. (3) Irin. 1. 2. 3. (4) Ibid. (5) Tertull. adv. Jud. Apol. 37. (6) Orig. Tr. 28. in Matth. Homil. 4. in Ezech. (7) Arnob. lib. II. (8) Aug. XXI. de Civ. Dei 7. XXII. 5.

la historia de su pueblo, hemos pasado aceleradamente por muchos sucesos que merecen reflexiones profundas. Séanos, pues, permitido retroceder á ellos para no dejar perder cosas tan grandes.

Y primeramente suplicamos, que se fije muy en particular la atencion en la caida de los judíos, cuyas circunstancias todas dan testimonio del evangelio. Tenémoslas explicadas por los autores infieles, por judíos y por paganos, que sin entender en la continuacion de los consejos de Dios, nos han contado y referido claramente los hechos importantes con que él ha querido declararla.

Tenemos á Josefo, autor judío, historiador muy fiel y muy instruido de las cosas de su nacion, cuyas antigüedades tambien ilustró con una obra admirable. Este describió la última guerra que causó su ruina, despues de haberse hallado presente en todo, y servido á su provincia en un mando considerable.

Tambien nos suministran lo necesario otros autores judíos, muy antiguos, cuyos testimonios daré, que hacen comentarios remotos sobre los libros de la Escritura, y entre otros los paráfrasis de los caldeos que imprimen en sus biblias. Tienen los judíos el libro que llaman Talmud, esto es, doctrina, que no respetan menos que la misma Escritura. Este es una recopilacion de los tratados y de las sentencias de sus antiguos maestros; y aunque las partes de que esta grande obra está compuesta no sean todas de una misma antigüedad, los últimos autores que en ella se citan vivieron en los primeros tiempos de la iglesia. Allí, entre una infinidad de fábulas supersticiosas que la mayor parte empiezan despues de los tiempos de Jesucristo, se hallan restos admirables de las tradiciones antiguas del pueblo judaico y de las pruebas para convencerle.

Y desde luego es cierto, por confesion de los mismos judíos, que jamás la venganza divina se ha declarado mas terrible ni mas visiblemente que en esta postrera desolacion.

Es tradicion constante, testificada en su Talmud y confirmada por todos sus rabinos, que cuarenta años antes de la ruina de Jerusalen, que á poca diferencia concuerda con el tiempo de la muerte de Jesucristo, se veían incesantemente en el templo cosas extrañas. Todos los dias se dejaban ver allí nuevos prodigios; de suerte, que un famoso rabino exclamó un dia: «¡Oh templo, oh templo! ¿quién es el que te mueve, y porque tú á tí mismo te atemorizas (1)?»

No hay cosa mas notada que aquel ruido espantoso que fué oido por el sacerdote en el santuario el dia de Pentecostes; y aquella voz clara que salió del interior de aquel lugar sagrado: «Salgamos de aquí, salgamos de aquí.» Los santos ángeles protectores del templo altamente declararon que le abandonaban, porque Dios, que habia establecido su mansion en él por tantos siglos, le habia reprobado.

Josefo (2) y Tácito (3) refirieron tambien este prodigio, el cual fué solamente advertido por los sacerdotes; pero aquí hay otro que resaltó á vista de todo el pueblo, y tal, que ninguno jamás habia visto cosa semejante. «Cuatro años antes de la declaracion de la guerra, un hombre, dice Josefo (4), empezó á gritar: una voz ha salido de hácia el oriente; una voz ha salido de hácia el occidente; una voz ha salido de hácia los cuatro vientos; voz contra Jerusalen y contra el templo; voz contra los recien casados y recien casadas; voz contra el pueblo.» Y desde entónces no cesó dia y noche de gritar: «¡Ay de tí Jerusalen! ¡ay de tí Jerusalen!» Redoblaba sus clamores los dias de fiesta; y ninguna otra palabra salió jamás de su boca; los que le compadecian, los que le maldecian, los que le socorrian en sus necesidades, jamás le oyeron sino esta terrible palabra: «Ay de tí Jerusalen.» Fué preso, preguntado y condenado á azotes por los magistrados; á cada pregunta y á cada golpe respondia sin lamentarse: «Ay de tí Jerusalen.» Echado de allí como un idiota, recorria todo el país repitiendo sin cesar su triste prediccion; y continuó siete años gritando de aquel modo, sin descansar y sin que se le debilitase la voz. En tiempo del último sitio de Jerusalen se encerró en la ciudad dando vueltas infatigablemente por las murallas, y gritando con toda su fuerza: «¡ay del templo; ay de la ciudad; ay de todo el pueblo!» al fin añadió: «¡ay de mí mismo!» y en el instante fué muerto por una piedra lanzada por una máquina.

¿Podia haber aliento para negar que la venganza divina se habia hecho como visible en aquel hombre que no subsistia sino para pronunciar sus sentencias, y que aquella le habia llenado de su fuerza á fin de que sus gritos igualasen á las desventuras de su pueblo? ¿Y por último, que debia él perecer por un efecto de aquella misma venganza que tan largo tiempo habia anunciado, á fin de hacerla mas palpable y mas presente cuando fuese, no solamente el profeta y el testigo, sino tambien la víctima?

Este profeta de las calamidades de Jerusalen se llamaba Jesús. Parecia que el nombre de Jesús, nombre de salud y de paz, debia convertirse entre los judíos que le despreciaban en la persona del Mesías, en un funesto presagio; y que habiendo aquellos ingratos desechado á un Jesús que les anunciaba la gracia, la misericordia y la vida, Dios les enviaba otro Jesús que no tenia que anunciarles sino males irremediables y el inevitable decreto de su próxima ruina.

Penetremos mas en lo interior de los juicios de Dios, debajo de la luz de sus escrituras. Jerusalen y su templo han sido dos veces destruidos; la una por Nabucodonosor, la otra por Tito. Pero en cada uno de estos dos tiempos, la justicia de Dios se ha declarado por unos mismos medios, aunque mas descubiertamente en el último.

Para entender mejor este órden de los consejos de Dios, supongamos primero esta verdad tan frecuentemente establecida en las sagradas letras; esto es, que uno de los mas terribles efectos de la venganza divina, es cuando, en castigo de nuestros delitos precedentes, nos abandona á nuestro sentido reprobado, de modo que estamos sordos á todas las sabias advertencias; ciegos á los caminos de la salud que se nos muestran; prontos á creer todo lo que nos pierde, como nos lisonjee; y atrevidos á intentarlo todo sin medir jamás nuestras fuerzas con las de los enemigos á quienes irritamos.

Así perecieron, la primera vez bajo la mano de Nabucodonosor, rey de Babilonia, Jerusalen y sus príncipes. Débiles y siempre derrotados por aquel príncipe victorioso, habian frecuentemente experimentado que todos los esfuerzos que contra él hacian eran infructuosos; y así se vieron precisados á jurarle fidelidad. El profeta Jeremías les declaraba de parte de Dios, que Dios mismo les habia puesto en manos de aquel príncipe, y que no habia para ellos otra salud que sujetarse al yugo (1). Decia á Sedecías, rey de

(1) R. Jobauan, hijo de Zacai. Tr. de Fest expiat. (2) Joseph. lib. VII. de bel. Jud. c. 12. (3) Tac. Hist. lib. V. c. 13. (4) Joseph. lib. VII. de bel. Jud. c. 12.

(1) 2. Paralip. XXXVI. 13.

Judea y de todo su pueblo, «sujetaos á Nabucodonosor, rey de Babilonia, á fin de que vivais; ¿por qué quereis perecer y hacer de esta ciudad un desierto (1)?» Ellos no le creyeron, y teniéndolos Nabucodonosor estrechamente cerrados con los prodigiosos trabajos con que habia circunvalado su ciudad, se dejaban encantar de sus falsos profetas que les llenaban el espíritu de victorias imaginarias, y les decian en nombre de Dios, aunque no eran enviados de él: «Yo he roto el yugo del rey de Babilonia; dos años solos os falta que llevarle; y después vereis á este príncipe forzado á volveros los vasos sagrados que ha robado al templo (2).» Engañado el pueblo por estas promesas, sufria hambre, sed y los males mas extremos; y tanto hizo con su audacia insensata, que ya no hubo para él mas misericordia. La ciudad fué arruinada, el templo quemado y todo perdido.

Por estas señales conocieron los judíos que la mano de Dios estaba sobre ellos. Pero á fin de que la venganza divina les fuese tan manifiesta en la última ruina de Jerusalen como lo habia sido en la primera, se vió en una y en otra la misma seduccion, la misma temeridad y la misma obstinacion.

Aunque su rebelion hubiese atraido sobre sí las armas romanas y sacudiesen temerariamente un yugo, bajo el cual habia doblado la cerviz todo el universo, no queria Tito arruinarlos; antes bien hizo frecuentemente ofrecerles el perdon, no solo al principio de la guerra, sino aun cuando no podian librarse ya de sus manos. Habia ya levantado al rededor de Jerusalen una larga y gruesa muralla, fortificada de torres y reductos, tan fuertes como la ciudad misma, cuando les envió á Josefo, su conciudadano, uno de sus capitanes y uno de sus sacerdotes, el cual habia quedado prisionero defendiendo su país en esta guerra. ¿Qué no les dijo este para moverles? ¿De qué fuertes razones no se valió para convidarles á reducirse á la obediencia? Hízoles ver el cielo y la tierra conjurados contra ellos; su ruina inevitable en la resistencia; y juntamente su salud en la clemencia de Tito. «Salvad, les decia, la ciudad santa; salvaos á vosotros mismos; salvad este templo, maravilla del mundo, que los romanos respetan: y que á su pesar ve Tito perecer (3).» Pero, ¿cómo se habian de salvar gentes tan obstinadas en quererse perder? Seducidos por sus falsos profetas, no escuchaban estos sabios discursos. Estaban reducidos al extremo: el hambre mataba mas que la guerra; y los hijos eran alimento de las madres. Compadecido Tito de sus calamidades, ponia á sus dioses por testigos de no ser él la causa de su ruina. Durante estas desventuras, daban mas fé á las falsas predicciones que les prometian el imperio del universo (4). Aun mucho mas: estaba ya tomada la ciudad y el fuego se apoderaba de ella por todos lados, y aquellos insensatos creian todavía á los falsos profetas que les aseguraban haber llegado el dia de su salud, á fin de que siempre resistiesen y no hubiese para ellos mas misericordia. En efecto, todo fué mortandad, la ciudad fué totalmente arruinada; y fuera de algunos fragmentos de torres que dejó Tito para que sirviesen de monumento á la posteridad, no quedó allí piedra sobre piedra.

Ya vemos, pues, manifestarse sobre Jerusalen la misma venganza que otra vez se dejó ver en tiempo de Sedecías. Tito es tambien enviado de Dios, como Nabucodonosor; los judíos perecen del mismo modo; en Jerusalen se ve la misma rebelion, la misma hambre, los mismos extremos, las mismas tragedias, los mismos caminos de salud abiertos, la misma seduccion, la misma obstinacion, la misma caida; y á fin de que todo sea semejante, el segundo templo es abrasado por Tito el mismo mes y el mismo dia, que lo habia sido el primero, bajo Nabucodonosor (1): preciso era, que todo estuviese meditado, y que el pueblo no pudiese dudar de la venganza divina.

Hay, con todo eso, entre estas dos caídas de Jerusalen y de los judíos, notables diferencias; pero todas se dirigen á evidenciar en la última una justicia mas rigurosa y mas declarada. Nabucodonosor hizo quemar el templo; Tito nada omitió para salvarle; aunque sus capitanes le dijesen que, en tanto que subsistiese aquel, los judíos, que creian dependiente de él su destino, no cesarian de ser rebeldes. Pero el dia fatal habia llegado; este era el 10 de agosto, en el que ya se habia visto abrasar el templo de Salomon, cuando, sin embargo de las prohibiciones de Tito, pronunciadas delante de los romanos y de los judíos, y á pesar de la natural inclinacion de los soldados, á quienes habia de mover mas el saqueo que el que se consumiesen tantas riquezas, un soldado, impelido, dice Josefo (2), «por inspiracion divina,» hizo que sus compañeros le levantasen hasta lo alto de una ventana, é introdujo el fuego en aquel augusto templo. Tito acude y manda que apresuradamente se extinga la llama que principiaba; pero prende por todas partes en un instante, y el admirable edificio queda reducido á cenizas.

Y si la obstinacion de los judíos en tiempo de Sedecías era el síntoma mas terrible y la señal mas cierta de la venganza divina, ¿qué diremos de la ceguedad que mostraron en el de Tito (3)?

En la primera ruina de Jerusalen habia á lo menos union entre los judíos; en la última, sitiada Jerusalen por los romanos, estaba despedazada por tres facciones enemigas. Si el odio que tenian á los romanos rayaba en furor, no estaban menos encarnizadas las unas con las otras; y los combates con sus enemigos no costaban menos sangre á los judíos que los que mediaban entre ellos mismos dentro de la ciudad; un momento después de resistidos los asaltos del extranjero, renovaban los ciudadanos su guerra interna: la violencia y el latrocinio reinaban en toda la ciudad: perecia ella, y no era sino un gran campo cubierto de cadáveres, y los jefes de las facciones peleaban matándose por la preferencia en el mando. Parecia esto una imágen del infierno donde los condenados, no menos se aborrecen unos á otros que aborrecen á los demonios que son sus enemigos comunes; y donde todo está lleno de soberbia, de horrible confusion, y de furiosa rabia.

Confesemos, pues, que la justicia que Dios descargó en los judíos por mano de Nabucodonosor, no era mas que una sombra de la que experimentaron cuando Tito. ¿Qué ciudad vió jamás perecer un millon y cien mil hombres en siete meses y en un solo sitio? Esto es lo que vieron los judíos en el último de Jerusalen. Nada semejante habian padecido con los caldeos. Bajo estos, solo duró tres años su cautiverio; mil y ochocientos ha que son esclavos por todo el universo sin hallar todavía alivio alguno en su esclavitud y desolacion.

No hay, pues, que admirarse de que Tito victorioso, después de la toma de Jerusalen, rehusase las enhorabuenas de los pueblos vecinos y las coronas

(1) Jeremías XXVII. 12. 17. (2) Ibid. XXVIII. 2. 3. (3) Joseph. VII. de bell. Jud. 4. (4) Joseph. Ibid. 11.

(1) Joseph. 10. (2) Ibid. lib. 10. (3) Ibid. lib. VI. VII.

que le enviaban para honrar su victoria. Tan memorables circunstancias, la ira de Dios tan manifiesta, y su omnipotente mano que aun estaba tan presente á su vista, le tenian en un profundo pasmo; y esto es lo que le hizo decir lo que hemos oido; que él no era el vencedor; y sí tan solo un débil instrumento de la venganza divina.

Y no sabia él todo el secreto; pues no habia llegado la hora en que los emperadores debiesen reconocer á Jesucristo. Este era el tiempo de las humillaciones y de las persecuciones de la iglesia. Por eso Tito, aunque bastante ilustrado para conocer que perecia la Judea por un efecto manifiesto de la justicia divina, no comprendió qué delito habia Dios querido castigar tan terriblemente; y era el delito mayor de todos los delitos; delito hasta entonces inaudito: era el deicidio, que tambien mereció una venganza de que aun no habia el mundo visto ejemplar alguno.

Pero si reflexionamos un poco y consideramos la marcha de los sucesos, ni este delito de los judíos, ni su castigo puede ocultársenos.

Acordémonos solamente de lo que Jesucristo les habia profetizado; que era la total ruina de Jerusalen y del templo: « No quedará, dijo, piedra sobre piedra (1). » Habia profetizado el cómo esta ciudad ingrata seria sitiada, y la espantosa circunvalacion que habia de ceñirla; habia profetizado aquella horrible hambre que atormentaria á sus ciudadanos; y no habia olvidado á los falsos profetas de quienes se dejarian seducir. Habia advertido á los judíos que el tiempo de su desventura estaba cerca; habia dado señales ciertas que denotarian la hora precisa; habíales explicado la larga continuacion de delitos que les atraeria este castigo: en una palabra, les habia hecho visible toda la historia del sitio y de la desolacion de Jerusalen, sin omitir circunstancia alguna.

Y observemos que tambien les hizo estas predicciones hácia el tiempo de su pasion, á fin de que conociesen mejor la causa de todos sus males é infelicidades. Acercábase su pasion cuando les dijo: « La sabiduría divina os ha enviado profetas, sabios y doctores; vosotros matareis á los unos, crucificareis á los otros; los azotareis en vuestras sinagogas; los perseguireis de pueblo en pueblo, á fin de que toda la sangre inocente que ha sido derramada sobre la tierra recaiga sobre vosotros, desde la sangre de Abel, el justo, hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, que habeis muerto entre el templo y el altar. En verdad os digo que todas estas cosas vendrán sobre la generacion presente. Jerusalen, que matas á los profetas y apedreas á los que te son enviados, ¡cuántas veces he querido recoger tus hijos, como una gallina recoge á sus polluelos debajo de sus alas, y tú lo has rehusado! El tiempo se acerca en que vuestras casas quedarán desiertas (2). »

Esta es la historia de los judíos. Ellos han perseguido á su Mesías, en su persona y en la de los suyos; han conmovido á todo el universo contra sus discípulos, y no les han dejado reposar en parte alguna; han armado á los romanos y á los emperadores contra la recien nacida iglesia; han apedreado á san Estéban; han quitado la vida á los dos Santiagos, á quienes su santidad hacia venerables entre ellos mismos; han sacrificado á san Pedro y san Pablo con la espada y con las manos de los gentiles á quienes irritaban. Preciso es que perezcan. Tanta sangre mezclada con la de los profetas á quienes han muerto, clama por la venganza delante de Dios. « Sus casas y su ciudad están próximas á quedar desiertas (1): » Su desolacion no será menor que su delito; Jesucristo se lo ha advertido; el tiempo se acerca. « Todas estas cosas sucederán sobre la generacion presente (2). » Y tambien: « Esta generacion no pasará sin que estas cosas sucedan (3); » como si dijese que los hombres que vivian entónces debian ser testigos de todas ellas.

Pero escuchemos la continuacion de las profecías del mismo. Al hacer su entrada en Jerusalen algunos dias antes de su muerte, compadecido sobremanera de los males que esta muerte debia atraer á aquella ciudad infeliz, la mira llorando: « ¡Ah, dice, ciudad desgraciada, si tú á lo menos conocieses en este dia que aun se te ha dado, para arrepentirte, lo que podria atraerte la paz! Pero todo esto es ahora oculto á tus ojos. Vendrá el tiempo en que tus enemigos te circunvalarán de trincheras, te cerrarán y estrecharán por todas partes, y destruirán enteramente á tí y á tus hijos, y no te dejarán piedra porque no has conocido el tiempo en que Dios te ha visitado. »

Esto era demostrarles bien claro, así el modo del sitio como los efectos de la venganza. Pero era tambien preciso que no fuese Jesucristo al suplicio sin anunciar á Jerusalen cuánto seria algun dia castigada por haberle tratado con tanta indignidad. Cuando iba al calvario, llevando la cruz sobre sus hombros, « era seguido de una gran multitud de pueblo, de la que formaban parte muchas mujeres que se daban golpes en los pechos y lloraban su muerte (4). » Detúvose, volvióse hácia ellas, y les dijo estas palabras: « Hijas de Jerusalen, no lloreis por mí; pero llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos; porque se acerca el tiempo en que se dirá: ¡Dichosas las estériles! ¡Felices las entrañas que no han concebido hijos y los pechos que no los han alimentado! Entónces empezarán á decir á los montes: caed sobre nosotros; y á los collados: cubridnos; porque si la leña verde es tratada así, ¿qué le sucederá á la seca? » Si el inocente, si el justo padece tan rigoroso castigo, ¿qué deben esperar los culpados?

¿Lloró nunca Jeremías mas amargamente la ruina de los judíos? ¿De qué palabras mas fuertes podia usar jamás para hacerles entender sus calamidades, su desesperacion y aquella horrible hambre, funesta á los hijos y á las madres que veian secarse sus pechos, que no tenian sino lágrimas que dar á sus hijos, y que se comieron el fruto de sus entrañas?

CAP. XXII.—Explícanse dos memorables profecías de Jesucristo, y se justifica su cumplimiento por la historia.

Tales son las profecías que hizo Jesucristo á todo el pueblo (5). Las que hizo en particular á sus discípulos aun son dignas de mayor atencion. Hállanse comprendidas en aquel largo y maravilloso discurso en que están juntas la ruina de Jerusalen y la del universo; enlace que no carece de misterio; hé aquí el diseño.

Jerusalen, ciudad bienaventurada y escogida del Señor, fué, en tanto que se mantuvo en la alianza y en la fé de las promesas, figura de la iglesia y figura del cielo donde Dios se deja ver de sus hijos. Por eso vemos frecuentemente que juntan los profetas en la continuacion de un mismo discurso lo que tiene relacion con Jerusalen con lo que la hace á la iglesia y tambien á la gloria eterna. Este es uno de los arcanos de las profecías, y una de las llaves que abren

(1) Matth. XXIV. 1. 2. Marc. XIII. 1. 2. Luc. XXI. 5. 6. (2) Ib. XXIII. 34. etc.

(1) Matth. XXIV. 34. (2) Marc. XXIII. 30. (3) Luc. XIX. 32. (4) Luc. XXIII. 27. (5) Math. XXIV. Mach. XIII. Luc. XXI.

su inteligencia: pero Jerusalen, reprobada é ingrata con su Dios, habia de ser tambien la imágen del infierno. Sus pérfidos ciudadanos habian de representar á los condenados; y el juicio terrible que Dios ejerceria sobre ellos era la figura del que ejercerá sobre todo el universo cuando vendrá al fin de los siglos en su Majestad á juzgar á los vivos y á los muertos. Es estilo de la Escritura, y uno de los medios de que se sirve para imprimir los misterios en los entendimientos, mezclar para nuestra instruccion la figura con la verdad. Así, Jesucristo juntó la historia de Jerusalen desolada, con la del fin de los siglos, y esto es lo que se deja ver en el discurso de que hablamos.

No creamos con todo eso que se hallen estas cosas de tal modo confusas que no podamos discernir lo que pertenece á la una de lo que concierne á la otra. Pues Jesucristo las distinguió con ciertos caractéres que podria fácilmente señalar si esto se disputase. Pero basta ahora hacer entender lo que tiene relacion con la desolacion de Jerusalen y de los judíos.

Juntos los apóstoles (esto era aun en el tiempo de la pasion) con su maestro, le mostraban el templo y los edificios del contorno: admirábanse de las piedras, del órden, de la belleza, de la solidez; y él les dijo: « ¿Veis estas grandes fábricas? No quedará piedra sobre piedra en ellas (1). » Atónitos de oir estas palabras, le preguntaron el cuándo de un suceso tan terrible; y Jesucristo, que no queria fuesen sorprendidos en Jerusalen al tiempo de su saqueo, (porque sin duda queria que en el de aquella ciudad hubiese una imágen de la postrera separacion de los buenos y de los malos), empezó á referirles todas las calamidades tales como habian de suceder, una despues de otra.

Primeramente, les señala las pestes, hambre y terremotos (2); y las historias dan fé de que jamás estas cosas habian sido, ni mas frecuentes, ni mas notables que durante este tiempo. Añade, que habria por todo el universo « alborotos, rumores de guerra, guerras sangrientas; que todas las naciones se sublevarian unas contra otras (3), » y que se veria la tierra en grande agitacion. ¿Podia representarnos mejor los últimos años de Neron, cuando todo el imperio romano, esto es, todo el universo, tan tranquilo desde la victoria de Augusto y bajo el poder de los emperadores, comenzó á vacilar, y se vieron las Galias, las Españas, y todos los reinos de que estaba el imperio compuesto, moverse de improviso, levantarse cuatro emperadores casi al mismo tiempo contra Neron, y los unos contra los otros; las cohortes pretorianas, los ejércitos de Siria, de Germania y todos los demás que estaban repartidos en oriente y occidente, recíprocamente batirse, y atravesar, bajo el mando de los emperadores, desde la una á la otra extremidad del mundo para decidir la contienda con sangrientas batallas? Grandes males son estos, dijo nuestro Salvador, « pero aun no se terminarán aquí (4). » Los judíos padecerán como los demás en esta conmocion universal del mundo; pero despues, bien presto les sobrevendrán calamidades mas particulares, y « solo será esto el principio de sus dolores (5). »

Añade el mismo á esto que su iglesia, siempre afligida desde su primer establecimiento, veria encenderse contra ella la persecucion, durante estos tiempos, con mas violencia que nunca (6). Ya hemos visto que Neron en sus primeros años intentó la ruina de los cristianos é hizo morir á san Pedro y san Pablo. Esta persecucion, excitada por la celosa envidia y por las violencias de los judíos, adelantaba su perdicion; pero no denotaba todavía su término preciso. La venida de los falsos cristianos y de los profetas fementidos parecia ser una senda mas próxima á su última ruina; porque la suerte ordinaria de los que rehusan dar oídos á la verdad es dejarse llevar de engañosos profetas á su perdicion. No ocultó aquel á sus apóstoles que sucederia esta desgracia á los judíos. « Se levantará, les dijo, un gran número de falsos profetas que engañarán á muchas gentes (1). » Y tambien: « Guardaos de los falsos profetas (2). »

No se diga que esto era una cosa fácil de adivinar á quien conocia el genio de la nacion; muy al contrario; ya hemos hecho ver que, irritados los judíos contra estos seductores que habian causado tan frecuentemente su ruina, principalmente en tiempo de Sedecías, de tal modo se desengañaron ya de ellos, que no quisieron oirles mas. Mas de quinientos años pasaron sin que profeta alguno pareciese en Israel. Pero el genio del mal que los excita se despertó á la venida de Jesucristo; y Dios, que tiene sujetos, en tanto que es de su agrado, los espíritus engañosos, les soltó la rienda á fin de enviar al mismo tiempo este castigo á los judíos y esta prueba á los fieles. Jamás aparecieron tantos profetas falsos como en los tiempos siguientes á la muerte de Jesucristo. Sobre todo hácia los de la guerra judaica y bajo el reinado de Neron, que la empezó, nos da á ver Josefo (3) una infinidad de aquellos impostores que atraian al pueblo al desierto con vanos prestigios y secretos de magia, prometiéndoles una pronta y milagrosa libertad. Esta es tambien la razon de estar señalado el desierto en las profecías de Jesucristo (4) como uno de los lugares donde estarian encubiertos aquellos falsos libertadores, á quienes por último hemos visto arrastrar al pueblo á su postrera ruina. Y bien podemos creer que el nombre de Jesucristo, sin el cual ninguna libertad perfecta podian alcanzar los judíos, estaria mezclado en aquellas promesas imaginarias; y en nuestro apoyo veremos, en la continuacion de este discurso, razones que de esto nos convenzan.

No fué la Judea la única provincia expuesta á estas ilusiones. Comunes fueron en todo el imperio; y no hay tiempo alguno en que las historias no nos hagan ver mayor número de estos impostores que se jactan de predecir lo futuro y engañan á los pueblos con sus prestigios. Un Simon el Mago, un Elimas, un Apolonio Tianeo y un número infinito de otros encantadores, notados en las historias sagradas y profanas, se levantaron durante este siglo en que parecia hiciese el mal sus mayores esfuerzos para sostener su desquiciado imperio. Por eso Jesucristo señala en este tiempo, principalmente entre los judíos, aquel número espantoso de falsos profetas. Quien considerare atentamente sus palabras verá, que estos habian de multiplicarse antes y despues de la ruina de Jerusalen; pero principalmente hácia estos tiempos, y que entónces seria cuando, fortificada la seduccion con falsos milagros y con falsas doctrinas, seria tan sutil y juntamente tan poderosa, que los « escogidos mismos, si fuese posible, serian engañados (5). »

No digo que al fin de los siglos no haya asimismo de suceder alguna cosa semejante, y aun mas per-

(1) Math. XXIV. 1. 2. Marc. XIII. 1. 2. Luc. XVI. 5. 6. (2) Ib. XXIV. 7. Marc. XII. 1. 8. Luc. XXI. 9. (3) Ibid. XXIV. 6. Mar. XIII. 7. Luc. XXI. 9. 10. (4) Ibid. XXIV. 6. 8. (5) Marc. XIII. 7. 8. Luc. XXI. 9. (6) Math. XXIV. 9. Marc. XIII. 9. Luc. XXI. 12.

(1) Math. XXIV. 11. 23. 24. (2) Marc. XIII. 22. 23. Luc. XXI. 8. (3) Jos. Ant. XX. 6. de bell. Jud. 22. (4) Math. XXIV. 26. (5) Ibid. XXIV. 24. Marc. XIII. 22.

judicial; pues tambien acabamos de ver que cuanto acaece en Jerusalen es figura manifiesta de aquellos últimos tiempos; pero es cierto que el Mesías ha predicho esta seduccion como uno de los efectos palpables del enojo de Dios contra los judíos, y como una de las señales de su ruina. El suceso ha justificado su profecía; y todo está autorizado por testimonios irrefragables. En el Evangelio leemos la prediccion de sus errores; y en sus historias, principalmente en la de Josefo, vemos su exacto cumplimiento.

Después que el Mesías predijo esto, como era de su agrado, y preservó á los suyos de las calamidades de que estaba Jerusalen amenazada, empiezan á verse las señales próximas á la última desolacion de esta ciudad.

No siempre da Dios á sus escogidos semejantes avisos. En aquellos terribles castigos que hacen sentir su poder á naciones enteras, hiere frecuentemente al justo con el culpado; porque tiene mejores medios de separarlos que los que se descubren á nuestros sentidos. Los mismos golpes que quebrantan la paja separan el buen trigo; el oro se acrisola en el mismo fuego en que la paja se consume; y los mismos castigos que exterminan á los malos purifican á los buenos (1). Pero en la desolacion de Jerusalen, á fin de que la imágen del juicio postrero fuese mas expresa y la venganza mas manifiesta sobre los culpables, no quiso que los judíos que habian recibido el Evangelio fuesen confundidos con los otros; y así dió á sus discípulos señales ciertas que les hiciesen conocer cuándo seria tiempo de salir de aquella ciudad reprobada. Fundóse, segun su costumbre, en las antiguas profecías de que era así el intérprete como el fin; y repasando el lugar en que la última ruina de Jerusalen fué demostrada tan claramente á Daniel, dijo estas palabras: « Cuando viéreis la abominacion de la desolacion que Daniel profetizó: el que lea entienda; cuando la viéreis establecida en el lugar santo (2), ó (como está en san Marcos) en el lugar donde no debe estar: entónces los que se hallen en la Judea huyan á las montañas (3). » San Lúcas refiere lo mismo en otros términos: « Cuando viéreis los ejércitos circundar á Jerusalen, sabed que su desolacion está próxima; entónces los que están en la Judea retíranse á los montes (4). »

Un evangelista explica el otro; y comparando estos pasos es fácil comprender que esta abominacion predicha por Daniel es lo mismo que los ejércitos al rededor de Jerusalen. Los santos padres lo han entendido así (5), y la razon nos convence totalmente.

La palabra abominacion en el estilo de la lengua santa significa ídolo; ¿y quién ignora que los ejércitos romanos llevaban en sus banderas las imágenes de sus dioses y de sus césares, que eran los mas respetados de todos sus dioses? Eran estas banderas un objeto de culto en los soldados; y porque los ídolos, segun las órdenes de Dios, no debian jamás perecer en la tierra santa, estaban de ella desterradas las banderas romanas. Así vemos en las historias (6), que en tanto que conservaron los romanos alguna atencion á los judíos, jamás hicieron parecer en la Judea sus banderas. Por eso Vitelio, cuando pasó por aquella provincia para llevar la guerra á la Arabia, hizo marchar sin ellas á sus tropas, porque todavía era entónces respetada la religion judaica, y no querian violentar á aquel pueblo á sufrir cosas tan contrarias á su ley. Pero, en tiempo de la última guerra, bien se puede creer que los romanos no contemporizarian con un pueblo á quien intentaban exterminar. Así, cuando fué Jerusalen sitiada, estaba cercada de no menos ídolos que banderas romanas habia allí; y la abominacion nunca estuvo tanto como entónces « donde no debia estar, » esto es, en la tierra santa y al rededor del templo.

¿Es esta, pues, se dirá, aquella gran señal que habia de dar Jesucristo; y era tiempo de huir cuando Tito sitió á Jerusalen y le cerró tan de cerca los pasos que ya no habia modo de escapar? Aquí es donde está la maravilla de la profecía. Jerusalen fué dos veces sitiada en aquellos tiempos; la primera por Cestio, gobernador de la Siria, el año de sesenta y ocho de Jesucristo (1); la segunda por Tito, cuatro años después, que fué en el de setenta y dos. En el último sitio ya no habia modo de libertarse. Hacia Tito la guerra con mucho ardimiento; sorprendió á toda la nacion, encerrada en Jerusalen durante la fiesta de la Pascua, sin que nadie escapase; y aquella formidable circunvalacion que hizo al rededor de la ciudad, cerró tambien del todo á sus habitantes la puerta de la esperanza. Pero nada hubo á esto semejante en el sitio (2) de Cestio: estaba acampado á cincuenta estadios, que es á seis millas de Jerusalen. Su ejército se extendia por su contorno, pero sin hacer trincheras; y él hacia la guerra con tal negligencia, que malogró la ocasion de tomar la ciudad, cuyo terror, sediciones y aun inteligencias le abrian las puertas. En este tiempo tan lejos, estuvo de ser imposible la fuga, que la historia expresamente refiere (3) haberse retirado muchos judíos. Entónces, pues, era cuando se debia salir; esta era la señal que el hijo de Dios daba á los suyos. Así distinguió muy claramente los dos sitios: el uno en que « la ciudad seria cercada de fosos y de fuertes (4), » y no habria sino muerte para todos los que se hallasen dentro: el otro, en que solo seria « ceñida del ejército (5), » y mas propiamente embestida, que formalmente sitiada; entónces es cuando era preciso huir y retirarse á las montañas.

Obedecieron los cristianos la palabra de su maestro; y, aunque hubiese millares de ellos en Jerusalen y en la Judea, no leemos en Josefo, ni en las demás historias (6), que se hallase alguno en la ciudad cuando fué tomada. Al contrario, es constante por la historia eclesiástica y por todos los monumentos de nuestros antepasados, que se retiraron á la pequeña ciudad de Pella, en un país montuoso, vecino al desierto, en los confines de la Judea y de la Arabia.

De aquí se puede conocer cuán individualmente habian sido advertidos; y nada hay mas notable que esta separacion de los judíos incrédulos de entre los judíos convertidos al cristianismo: los unos se quedaron en Jerusalen para padecer allí la pena de su infidelidad, y los otros se retiraron, como los de Sodoma, á una pequeña ciudad donde temblando consideraban los efectos de la divina venganza de que Dios les habia claramente querido preservar.

Á mas de las profecías de Jesucristo hubo otras de muchos discípulos suyos, y entre ellas las de san Pedro y san Pablo. Cuando iban al suplicio aquellos dos fieles testigos de Jesucristo crucificado, anunciaron á los judíos, que les entregaban á los gentiles, su próxima ruina. Dijéronles: « que Jerusalen seria entera-

(1) Aug. l. de Civ. Dei c. 8. (2) Math. XXIV. 15. (3) Marc. XIII. 14. (4) Luc. XX. 20. 21. (5) Orig. Tr. 23. in Math. Aug. epist. 80. ad Hesych. (6) Joseph. XVIII. c. 7.

(1) Joseph. II. de bel. Jud. c. 23. 24. Idem. lib. VI. VII. (2) Joseph. lib. II. c. 23. 24. (3) Ibid. ibid. (4) Luc. XIX. 41. (5) Ibid. XXI. 20. 21. (6) Euseb. III. Hist. Eccl. c. 5. Epiph. hær. vii. Nazar. et lib. de pon. et meds.

mente arruinada; que ellos perecerian de hambre y desesperacion: que serian desterrados para siempre de la tierra de sus padres y enviados cautivos por todo el mundo; que el término no estaba distante; y que todos estos males les sobrevendrian por haber insultado con tan crueles irrisiones al muy amado hijo de Dios que con tantos milagros se les habia manifestado (1). » La antigüedad nos ha conservado esta profecía de los apóstoles cuyo cumplimiento habia de ser tan inmediato. San Pedro habia hecho otras muchas, sea por inspiracion particular, sea explicando las palabras de su Maestro; y Fegon, autor pagano, cuyo testimonio reproduce Orígenes, dejó escrito que todo lo que aquel apóstol habia predicho se cumplió puntualmente.

Así, nada sucede á los judíos que no les haya sido profetizado. La causa de sus calamidades está claramente señalada en el desprecio que hicieron de Jesucristo y de sus discípulos; el tiempo de las gracias habia pasado y su ruina era inevitable.

En vano, pues, queria Tito salvar á Jerusalen y al templo. La sentencia habia bajado de arriba; no debia quedar allí piedra sobre piedra: que si un emperador romano intentó inútilmente impedir la ruína del templo, mas inútilmente intentó su restablecimiento otro emperador romano.

Después de haber Juliano Apóstata declarado la guerra á Jesucristo, se creyó con bastantes fuerzas para desvanecer sus profecías. Deseoso de suscitar en todas partes enemigos á los cristianos, se humilló hasta con los judíos que eran la escoria del mundo. Excitóles á reedificar su templo; dióles sumas inmensas y les asistió con toda la fuerza del imperio (2). Escuchemos el suceso y veamos como Dios confunde á los príncipes soberbios. Los santos padres y las historias eclesiásticas lo refieren uniformemente y lo justifican con monumentos que todavía duraban en su tiempo. Pero era necesario que el caso fuese atestiguado hasta por los mismos paganos. Amiano Marcelino, gentil de religion, y celoso defensor de Juliano, lo refiere en estos términos: « En tanto que Alipio, ayudado del gobernador de la provincia, adelantaba la obra cuanto podia, salieron de los fundamentos terribles globos de fuego que los desquiciaron con vaivenes violentos: los obreros, que volvieron muchas veces á empezar su labor, fueron en varias de ellas abrasados; el lugar se hizo inaccesible y la empresa cesó (3). »

Los autores eclesiásticos, mas exactos en narrar un suceso tan memorable, juntan el fuego del cielo con el fuego de la tierra. Pero en fin, la palabra del Mesías permaneció firme. San Juan Crisóstomo exclama, diciendo: « Él ha fabricado su iglesia sobre la piedra: nadie ha podido derribarla; él ha derribado el templo, nadie ha podido volver á levantarle: ninguno puede abatir lo que Dios levanta; ninguno puede levantar lo que Dios abate (4). »

No hablemos ya de Jerusalen ni del templo. Pongamos los ojos en el pueblo mismo, en algun tiempo templo vivo del Dios de los ejércitos y ahora objeto de su aborrecimiento.

Los judíos están visiblemente mas abatidos que su templo y que su ciudad. El espíritu de verdad no se halla ya entre ellos; la profecía está allí extinguida; las promesas sobre que apoyaban su esperanza se han desvanecido: todo ha caido en este infeliz pueblo, «y no ha quedado en él piedra sobre piedra.»

(1) Zact. Div. Inst. lib. IV. c. 11. (2) Amm. Marc. lib. XXIII. c. ult. (3) Ibid. (4) Orat. in Jud.

Y veamos hasta qué punto se han abandonado á su error. Jesucristo les habia dicho: « Yo he venido á vosotros en nombre de mi padre y no me habeis recibido; otro vendrá en su nombre y le recibireis (1). » Desde aquel tiempo reina de tal suerte entre ellos el espíritu de seduccion, que aun están prontos cada momento á dejarse llevar de él. No bastaba que los falsos profetas hubiesen puesto á Jerusalen en las manos de Tito; no estaban aun los judíos desterrados de la Judea, y el amor que tenian á Jerusalen habia obligado á muchos á escoger su morada entre aquellas ruínas. Pues véase cómo un falso Cristo va á acabar de perderles. Cincuenta años después de la toma de Jerusalen, en el siglo de la muerte de Jesucristo, el infame Barchochevas, un ladron, un hombre depravado, por significar su nombre el hijo de la estrella, se llamó la estrella de Jacob predicha en el libro de los Números (2), y se fingió el Cristo. Akibas, el mas autorizado de todos los rabinos, y á su ejemplo todos aquellos que los judíos llaman sus sabios, entraron en su partido sin que el impostor les diese otra señal de su mision que decir á Akibas que ya el Cristo no podia tardar mucho (3). Sublevároнse los judíos por todo el imperio romano bajo el mando de Barchochevas que les prometia no menos que el imperio del mundo. Adriano mató seiscientos mil de ellos; el yugo de aquellos infelices se hizo mas gravoso, y fueron para siempre desterrados de la Judea.

El espíritu de seduccion se habia apoderado fuertemente de su corazon. « El amor á la verdad, en el que encontraban la salud, se ha extinguido en ellos. Dios les ha permitido pagarse tanto del error que les hace creer la mentira (4). » No hay impostura por necia que sea que no crean. En nuestros dias un impostor se llamó el Cristo en oriente. Todos los judíos empezaban á juntarse en masa á su lado: vímoslos en Holanda, en Alemania y en Metz disponerse á venderlo todo y á dejarlo todo por seguirle. Ya se imaginaban dueños del mundo cuando supieron que su Cristo se habia hecho turco abandonando la ley de Moisés.

CAP. XXIII.—Continuacion de los errores de los judíos, y el siniestro y abusivo modo con que explicaban las profecías.

No hay que pasmarse de que hayan caido en tales desvaríos, ni de que la tempestad los haya disipado después que han dejado su derrota. Este rumbo les está mostrado en sus profecías, principalmente en las que señalaban el tiempo de Cristo. Dejaron pasar, sin aprovecharse, aquellos preciosos momentos, y por ello se les vé desde entónces entregados á la mentira sin que sepan ya en qué fijarse.

Permítasenos todavía un instante para referir la continuacion de sus errores y todos los pasos que han dado para sumergirse en el abismo. Las sendas para perderse dependen siempre del camino real, y sabedores de en donde comenzó el extravío, se marcha con mas seguridad por la via derecha.

Hemos visto que dos profecías señalan á los judíos el tiempo de Cristo; la de Jacob y la de Daniel. Ambas predicen la ruína del reino de Judá en el tiempo en que Cristo vendria; pero Daniel explicaba que la total destruccion de aquel reino seria una consecuencia de la muerte de Cristo; y Jacob decia claramente que en la decadencia del reino de Judá, Cristo, que vendria entónces, seria la espectacion de los pueblos,

(1) Joan. v. 43. (2) Núm. XIV. 17. Euseb. Histor. Eccl. IV. 6. 8. (3) Talm. hic. tr. de jejun. et in vol. Gom. sup. Lam. Jer. Maimanid. lib. de jur. reg. cap. 12. (4) Tess. II. 10. 11.

esto es, que seria su libertador, y que se haria un nuevo reino, no ya compuesto de un solo pueblo, sino de todos los pueblos del mundo. Las palabras de la profecía no pueden tener otro sentido, y era constante tradicion de los judíos que debian entenderse de este modo.

De allí viene la opinion difundida entre los antiguos rabinos (1), que aun se ve en su Talmud; esto es, que en el tiempo en que Cristo vendria, habria ya cesado toda la autoridad de sus tribunales; de modo, que nada les importaba mas para conocer el tiempo de su Mesías que el cuidado de observar cuando caian en aquel estado miserable.

En efecto, bien habian ellos empezado; y si no hubiesen tenido el espíritu ocupado en las grandezas humanas que anhelaban y querian hallar en el Mesías, para tener parte en ellas debajo de su imperio, no habrian podido desconocer á Jesucristo. El fundamento que habian puesto era cierto; porque luego que la tiranía del primer Herodes y la mudanza de la república judaica, que sucedió en su tiempo, les hizo ver el punto de la decadencia notada en la profecía, no dudaron que Cristo debiese venir y que bien presto se veria aquel nuevo reino en que habian de reunirse todos los pueblos.

Una de las cosas que observaron (2) es, que les fué quitado el derecho de la vida y de la muerte, que era una grande novedad; porque en cualquier dominacion á que hubiesen estado sujetos, y aun dentro de Babilonia durante su cautiverio, siempre se les habia conservado hasta entónces.

La historia de Susana (3) bastantemente lo manifiesta, y es entre ellos tradicion constante. Los reyes de Persia que los restablecieron les dejaron esta regalía por un decreto expreso que notamos en su lugar; y tambien hemos visto que los primeros seleucos mas habian aumentado que disminuido sus privilegios (4).

No necesito hablar aquí otra vez del reinado de los macabeos en que, no solo fuéron libertados, sino poderosos y formidables á sus enemigos. Pompeyo, que los debilitó del modo que hemos dicho, contento con el tributo que les impuso y con reducirlos á un estado en que pudiese el pueblo romano, necesitándolo, disponer de ellos, les dejó su príncipe con toda la jurisdiccion. No se ignora que así lo estilaban los romanos, y no se mezclaban con el gobierno interior de los países á quienes dejaban sus naturales reyes.

Los judíos, en fin, están conformes en que perdieron este derecho de la vida y de la muerte, solo cuarenta años antes de la desolacion del segundo templo; y no se puede dudar que fuese el primer Herodes quien empezó á violar su libertad (5). Porque, despues que por vengarse del Sanedrin que le habia obligado á comparecer en él, antes de ser rey, y en su consecuencia por arrogarse toda la autoridad, se opuso á aquel tribunal, que era como el senado y el consejo perpétuo de la nacion fundado por Moisés, donde la suprema jurisdiccion se ejercia: aquel gran cuerpo perdió lentamente su poder, y le quedaba muy poco cuando vino al mundo el Mesías. Empeoraron las cosas en tiempo de los hijos de Herodes, cuando el reino de Arquelao, cuya capital era Jerusalen, reducido á provincia romana, fué gobernado por los presidentes que enviaban los emperadores. En este infeliz estado conservaron tan mal los judíos el derecho de vida y de muerte, que por ver morir á Jesucristo, á quien querian á cualquier costa hacer quitar la vida, les fué necesario recurrir á Pilatos; y habiéndoles dicho aquel tímido gobernador que le hiciesen ellos morir, respondieron todos á una voz: « No tenemos nosotros el poder de hacer morir á nadie (1). » Así, por mano de Herodes, quitaron tambien la vida á Santiago, hermano de san Juan, y prendieron á san Pedro (2). Cuando tuvieron resuelta la muerte de san Pablo, le entregaron á los romanos, como habian hecho con Jesucristo; y el voto sacrílego de sus caudillos, que juraron no comer ni beber hasta que hubiesen muerto á aquel santo apóstol, muestra claramente que se creían decaídos del poder de hacerle morir jurídicamente. Cuando apedrearon á san Esteban (3) fué tumultuariamente y como efecto de aquellos furores sediciosos que no siempre los romanos podian reprimir en los que se llamaban entónces los zeladores. Se debe, pues, tener por cierto, así por las historias como por el consentimiento de los judíos y por el estado de sus cosas, que hácia los tiempos de Jesucristo, y principalmente en los que empezó á ejercer su ministerio, perdieron enteramente la autoridad temporal. Ni pudieron ver ellos esta pérdida sin acordarse del antiguo oráculo de Jacob que les predecia que en tiempo del Mesías no habria ya entre ellos ni poder, ni autoridad, ni jurisdiccion. Uno de sus mas antiguos autores (4) lo observa; y confiesa con razon que el cetro no estaba ya entónces en Judá, ni la autoridad en las cabezas del pueblo, pues todo el poder público se le habia quitado; y que estando degradado el Sanedrin, no eran ya considerados los miembros de aquel gran cuerpo como jueces, y sí solo como simples doctores. Así, segun ellos mismos, era tiempo de que viniese Cristo. Como veían aquella señal cierta del próximo arribo de aquel nuevo rey cuyo imperio habia de extenderse sobre todos los pueblos, creyeron que en efecto estaba para manifestarse. Esparcióse la voz por los contornos; y se persuadieron en todo el oriente de que no pasaria mucho tiempo sin ver salir de Judea á los que reinarian sobre toda la tierra.

Tácito y Suetonio (5) refieren esta voz como establecida por una opinion constante y por un antiguo oráculo que se hallaba en los libros sagrados del pueblo judáico. Josefo (6) cuenta esta profecía en los mismos términos, y dice como ellos que se hallaba en los santos libros. La autoridad de estos libros, cuyas predicciones se habian visto tan visiblemente cumplidas en tantas ocasiones, era grande en todo el oriente; y los judíos, mas dispuestos que los demás á observar las circunstancias que estaban principalmente escritas para su instruccion, reconocieron en su decadencia el tiempo del Mesías señalado por Jacob. Así fuéron justas las reflexiones que hicieron sobre su estado; y, sin engañarse en los tiempos conocieron que habia de venir cuando en efecto vino. Pero, la flaqueza del entendimiento humano, y la vanidad son orígen inevitable de la ceguedad. La humildad del Salvador encubrió á aquellos soberbios las verdaderas grandezas que debian buscar en su Mesías (7). Querian ellos que fuese un rey semejante á los de la tierra. Por eso, los aduladores del rey Herodes, deslumbrados de la grandeza y magnificencia de aquel príncipe que, aunque tirano, no dejó de enriquecer la Judea, dijeron que él era aquel rey tan prometido. De ahí vino la secta de los herodianos de

(1) Gem. Tr. Saned. c. IX. (2) Talm. Hier. Tr. Saned. (3) Dan. XIII. (4) 1. Esd. VII. 25. 26. (5) Joseph. ant. 16. 17.

(1) Joan. XVIII. 31. Act. XII. 1. 2. 3. (2) Actor. XXIII. 24. (3) Act. VII. 56. 57. (4) Tract. vac. magnæ. Gen. sen comm. in Gen. - (5) Suet. Vespas. Tac. lib. v. Hist. c. 13. (6) Joseph. de bell. Jud. VII. 12. Reges. de exod. Jer. v. 44. (7) Epiph. lib. 1. hær. 20. Herodian.

que tanto se habla en el Evangelio (1) y que los paganos han conocido; pues Persio (2) y su escoliador nos informan de que, aun en tiempo de Neron, era celebrado el nacimiento del rey Herodes por sus sectarios con la misma solemnidad que el sábado. Josefo (3) cayó tambien en otro semejante desvarío: Este hombre, «instruido, como él mismo dice, en las profecías judaicas por ser sacerdote y descendiente de estirpe sacerdotal,» reconoció en verdad que la venida de aquel rey, prometido por Jacob, convenia á los tiempos de Herodes en que él mismo nos muestra con tanto cuidado un principio manifiesto de la ruína de los judíos; pero, como no vió en su nacion cosa que llenase aquellas ambiciosas ideas que habia ella concebido de su Cristo, prefijó para un poco mas adelante el tiempo de la profecía; y aplicándola á Vespasiano, aseguró que «aquel oráculo de la Escritura significaba á este príncipe declarado emperador en la Judea (4).»

Así tergiversaba la Sagrada Escritura para autorizar su lisonja; ciego, transferia á los extranjeros la esperanza de Jacob y de Judá; buscaba en Vespasiano al hijo de Abrahan y de David; y atribuia á un príncipe idólatra el título de aquel cuyas luces habian de sacar á los gentiles de las tinieblas de la idolatría.

La coyuntura del tiempo le favorecia. Pero en tanto que él atribuia á Vespasiano lo que Jacob habia dicho de Cristo, los celadores que defendian á Jerusalen se lo aplicaban á sí mismos. Sobre este solo fundamento se prometian el imperio del mundo, como refiere Josefo; y eran mas racionales que él, porque, á lo menos, no salian de su nacion para buscar el cumplimiento de las promesas hechas á sus padres.

Asombra el ver cómo no abrian los ojos al considerar el fruto que alcanzaba desde entónces entre los gentiles la predicacion del Evangelio, y el ver aquel nuevo imperio que establecia el Mesías en toda la tierra. ¿Podia haber cosa tan admirable como un imperio donde la piedad reinaba; donde el verdadero Dios triunfaba de la idolatría; donde la vida eterna se predicaba á los infieles; y que en su comparacion el imperio mismo de los Césares era solamente una sombra vana? Pero no tenia este imperio la brillantez que ellos deseaban á los ojos del mundo.

Es muy necesario estar desengañado de las grandezas humanas para conocer al Mesías. Los judíos conocieron los tiempos; los judíos veian á los pueblos llamados hácia el Dios de Abrahan, segun el oráculo de Jacob por Jesucristo y por sus discípulos; y con todo eso, desconocieron á este Jesús que les estaba declarado con tantas señas. Y, aunque en el curso de su vida y despues de su muerte confirmó su mision con tantos milagros, le desecharon aquellos ciegos porque solamente tenia en sí aquella sólida y verdadera grandeza destituida de todo aquel vanísimo aparato que solo satisface á los sentidos materiales; y que mas propio era para condenar que para coronar una ambicion ciega é ilusa.

Y con todo eso, forzados por las coyunturas y circunstancias del tiempo, y á pesar de su ceguedad, daban alguna vez señales de salir de sus engaños. Todo se disponia de tal suerte en tiempo de Jesucristo para la manifestacion del Mesías, que sospecharon que san Juan Bautista podia serlo (5). Aquella vida austera, extraordinaria y pasmosa les aturdió; y en defecto de las grandezas humanas parecia que desde luego querian contentarse con el resplandor de una vida tan prodigiosa. La de Jesucristo, sencilla y comun, era enfadosa á aquellos espíritus tan necios como soberbios que, incapaces de ser atraidos, y sí tan solo por los sentidos, y fuera de esto distantes de una conversion sincera, nada querian admirar sino lo que miraban como inimitable. Así, san Juan Bautista, á quien juzgaron digno de ser el Cristo, no fué creido cuando mostró el Cristo verdadero; y Jesucristo, á quien era necesario imitar cuando se le creyese, pareció muy humilde á los judíos para seguirle.

Con todo eso, la impresion que habian concebido de que el Mesías debia venir en aquel tiempo era tan fuerte, que permaneció entre ellos casi un siglo. Creyeron que el cumplimiento de sus profecías podia ir mas allá, y que no siempre estaba todo él reducido á un punto preciso; de modo que, por espacio de cien años, no se hallaron entre ellos sino falsos Cristos que se hacian seguir, y falsos profetas que los anunciaban. Los siglos precedentes no habian visto cosa semejante; ni los judíos fueron pródigos del nombre de Cristo, aun cuando Judas Macabeo obtuvo contra su tirano tantas victorias, ni cuando su hermano Simon los libertó del yugo de los gentiles, ni cuando el primer Hircan hizo tantas conquistas. Los tiempos y las demás señas no convenian; y solamente en el siglo de Jesucristo se comenzó á hablar de todos aquellos Mesías. Los samaritanos que leian en el Pentateuco la profecía de Jacob, se fabricaron tambien sus Cristos como los judíos; y poco después de Jesucristo reconocieron á su Dositeo (1). Simon el Mago, del mismo país, tambien blasonaba de ser el Hijo de Dios; y Menandro, su discípulo, se llamaba el salvador del mundo. Desde que Jesucristo vivia, la Samaritana habia creido que estaba próximo á venir el Mesías (2); tan constante era en la nacion, y entre todos los que leian el antiguo oráculo de Jacob, que se manifestaria Cristo en aquella coyuntura.

Cuando el término hubo de tal modo pasado que no habia ya que esperar, y hubieron los judíos visto por experiencia que todos los Mesías que habian seguido, en vez de sacarlos de sus males no habian hecho sino sumergirlos mas en ellos, estuvieron largo tiempo sin que pareciesen nuevos Mesías; y Barcochevas fué el último que reconocieron en aquellos primeros tiempos del cristianismo. Pero su antigua impresion no pudo enteramente quedar borrada. En vez de creer que se habia Cristo manifestado, como aun se lo persuadieron en tiempo de Adriano, dieron en decir en el de los Antoninos, sus sucesores, que su Mesías estaba en el mundo, aunque no se hubiese dejado ver todavía; porque este Mesías esperaba al profeta Elías que habia de venir á consagrarle. Era entre ellos comun esta opinion en tiempo de san Justino (3); y hallamos tambien en su Talmud la doctrina de uno de sus mas antiguos maestros (4) que decia: «Que Cristo habia venido segun las predicciones de los profetas; pero que se mantenia oculto en Roma entre los pobres mendigos.»

No pudo tal desvarío introducirse totalmente en los ánimos; y en fin, forzados los judíos á confesar que el Mesías no habia venido, cuando tenian, segun sus antiguas profecías, razon justa para esperarle, cayeron en otro abismo. Casi estuvieron para renunciar á la esperanza de aquel Mesías que les faltaba en el tiempo conceptuado; y muchos siguieron á un famoso Rabi-

(1) Pers. et vet. Schol. sac. v. 11. 180. (2) Joseph. de bel. Jud. III. 14. (3) Lib. III. de bell. Jud. 14. VII. 12. (4) Joseph. de bell. Jud. lib. VII. (5) Luc. III. 15. Joan. I. 19. 20.

(1) Orig. tract. 27. in Math. tom. 14. in Joan. 1. cont. Cels. Iren. I. 20. 21. (2) Joan. IV. 25. (3) Just. adv. Tryph. (4) R. Judas filius Levi. Gen. San. XI.

no, cuyas palabras se conservan en su Talmud, que, viendo pasado el término tanto tiempo hacia, dijo, que «los israelitas no tenian ya otro Mesías que esperar, porque se les habia dado en la persona del rey Ezequías.»

Disgustó tanto esta opinion que, no solo no fué recibida, sino detestada por los judíos. Pero, como no se extiende á mas su conocimiento en los tiempos señalados por sus profetas, y no saben cómo salir de este laberinto, han hecho un artículo de fé de estas palabras que leemos en el Talmud: «Todos los términos que están señalados para la venida del Mesías han pasado:» y han pronunciado de comun acuerdo: «Malditos sean los que computarán los tiempos del Mesías (1):» como se ve en una tempestad que ha desviado el bajel muy lejos de su rumbo, desesperado al piloto, abandonar su cálculo y seguir hácia donde le lleva la fortuna.

Desde este tiempo todo su estudio ha sido eludir las profecías en que el tiempo de Cristo estaba señalado; y no reparando en trastornar todas las tradiciones de sus padres como pudiesen quitar á los cristianos aquellas admirables profecías, han llegado hasta á decir que no tenia relacion con Cristo la de Jacob.

Pero sus mismos libros antiguos los desmienten (2). Esta profecía está en su Talmud aludiendo al Mesías; y el modo tal como la explicamos, se encuentra en sus paráfrases (3), que son los comentarios mas auténticos y respetados que tienen.

Allí hallamos en términos precisos, que la casa y el reino de Judas á que habia algun dia de reducirse toda la posteridad de Jacob y todo el pueblo de Israel, produciria «jueces y tribunales» hasta la venida del Mesías, bajo el cual se formaria un reino compuesto de todos los pueblos.

Este es el testimonio que aun daban á los judíos en los primeros tiempos del cristianismo sus mas célebres y mas recibidos doctores. Una tradicion antigua tan firme y tan establecida, no podia borrarse de repente; y aunque los judíos no aplicasen á Jesucristo la profecía de Jacob, no se habian atrevido á negar que no conviniese al Mesías, ni llegaron á este exceso hasta mucho después, cuando, estrechados por los cristianos han, en fin, advertido, que su propia tradicion militaba contra ellos.

En cuanto á la profecía de Daniel, en que la venida de Cristo estaba incluida en el término de cuatrocientos y noventa años, contando este tiempo desde el vigésimo de Artajerjes, como este plazo llegaba al fin de los cuatro mil años del mundo, era asimismo tradicion muy antigua en los judíos que el Mesías se manifestaria hácia el fin de estos cuatro mil años y cerca de dos mil después de Abrahan. Un Elías, cuyo nombre, aunque no es el del profeta, es grande entre los judíos, lo habia así enseñado antes del nacimiento de Jesucristo; y la tradicion se ha conservado en el libro del Talmud (4). Hemos visto cumplido este término con la venida de Jesucristo; pues, en efecto, vino cerca de dos mil años después de Abrahan, y hácia el cuatro mil del mundo. Los judíos con todo eso no le han conocido; y frustrados en su esperanza, han dicho que sus pecados habian retardado el Mesías que debia venir. Nuestras datas, no obstante, están aseguradas por su propia confesion; y es muy grande ceguedad querer que dependa del arbitrio de los hombres un término que Dios señaló tan precisamente en Daniel.

Cáusales tambien un grande embarazo ver que este profeta ponga el tiempo de Cristo antes de la ruína de Jerusalen; de suerte que, cumplido este último tiempo, debe estarlo tambien el que le precede.

Aquí se engañó muy tristemente Josefo (1). Bien contó él las semanas que debian ser seguidas á la desolacion del pueblo judaico; y viéndolas cumplidas en el tiempo que Tito puso sitió á Jerusalen, no dudó que el término fatal de la ruína de aquella ciudad hubiese llegado; pero no consideró que esta desolacion debia ser precedida de la venida de Cristo y de su muerte; de suerte, que no entendió sino la mitad de la profecía.

Los judíos que vinieron después de él quisieron suplir este defecto; y nos forjaron un Agripa, descendiente de Herodes, á quien los romanos, dicen ellos, hicieron morir poco antes de la ruína de Jerusalen; y quieren que este Agripa, Cristo por su título de rey, sea el Cristo de quien se habló en Daniel: nueva prueba de su ceguedad. Porque fuera de que Agripa no pudo ser el justo ni el santo de los santos, ni el fin de las profecías, como habia de serlo el que Daniel señalaba en aquel lugar; y que la muerte de este Agripa, de que los judíos estaban inocentes, no podia ser la causa de su desolacion como lo seria de la muerte del Mesías de Daniel; lo que dicen sobre esto los judíos es una fábula. Pues este Agripa, descendiente de Herodes, fué siempre del partido de los romanos, y bien visto de los emperadores; reinando en un ángulo de la Judea largo tiempo después de la toma de Jerusalen, como lo testifican Josefo y los demás contemporáneos (2).

Así, todo cuanto los judíos inventan para eludir las profecías, los confunde enteramente. Ni ellos mismos se fian en invenciones tan necias, y su mejor defensa está en la ley que han establecido de no computar ya mas los dias del Mesías. Con eso cierran voluntariamente los ojos á la verdad y renuncian las profecías en que el mismo Espíritu Santo ha contado los años; pero las cumplen al paso que las renuncian, y hacen ver la verdad de lo que dicen de su ceguedad y de su caída; así se contradicen condenándose á sí mismos.

Respondan lo que quisieren y como quisieren á las profecías, es innegable que la desolacion que predecian les ha llegado en el tiempo señalado; el suceso es mas poderoso que todas sus sutilezas; y si el Mesías no vino en aquella fatal coyuntura de los profetas, en quienes esperaban, los engañaron miserablemente.

CAP. XXIV.—Circunstancias memorables de la manifiesta caida de los judíos.—Continuacion de sus falsas interpretaciones.

Y para acabar de convencerlos, notamos dos circunstancias que han acompañado á su caída y á la venida del Mesías: la una que la sucesion de los pontífices, perpétua é inalterable desde Aaron, feneció entónces; la otra, que la distincion de las tribus y de las familias, siempre conservada hasta aquel tiempo, pereció en él, segun ellos mismos confiesan, y con esto se confirma lo dicho.

Esta distincion era necesaria hasta los tiempos del Mesías. De Leví habian de nacer los ministros de las cosas sagradas. De Aaron habian de salir los sacerdotes y pontífices. De Judas habia de descender el Mesías mismo. Si la distincion de las familias no hubiese subsistido hasta la ruína de Jerusalen y hasta la ve-

(1) Rab. Hill. ibid. Is. Abr. de c. fidei. Gen. Sam. cap. x. Moses Maim. in Epist. Tal. Is. Abr. de cap. fidei. (2) Gen. tract. Saned. c. xi. (3) Paraph. Onklos. Jam. et Jerosol. v. Polig. Aug. (4) Gen. Tr. San. c. xi.

(1) Ant. x. c. ult. De bell. Jud. vii. 4. (2) Joseph. lib. vii. de bel. Jud. Just. Tiber. Biblioth. Phat. cod. 33.

nida de Jesucristo, en tal caso hubieran los sacrificios judaicos terminado antes de tiempo, y se le habria frustrado á David la gloria de ser reconocido por padre del Mesías. Pero, pregunto: ¿ha llegado el Mesías? ¿El nuevo sacerdocio, segun el órden de Melquisedec, ha tenido principio en su persona, y el nuevo reino, que no era de este mundo, se ha dejado ver? Es evidente ya, pues no se necesita de Aaron, ni de Leví, ni de Judas, ni de David, ni de sus familias. Ya no es Aaron necesario cuando deben, segun Daniel (1), cesar los sacrificios. La casa de David y de Judas dió cumplimiento á su destino desde el punto que el Mesías nació de ella; y como si los mismos judíos renunciasen á su esperanza, olvidan, precisamente en este tiempo, la sucesion de las familias hasta entónces tan cuidadosa y religiosamente retenida y conservada.

No omitamos una de las señales de la venida del Mesías; y quizá puede ser la principal si la sabemos entender bien, aunque sea el escándalo y el horror de los judíos. Esta es la remision general en nombre de un Salvador paciente, de un Salvador humillado y obediente hasta la muerte. Daniel entre sus Semanas habia notado la « Semana Misteriosa (2)» en que hemos dicho que aquel seria sacrificado, la alianza confirmada con su muerte y extinguida la virtud de los sacrificios antiguos. Juntemos á Daniel con Isaías (3) y hallaremos todo el fondo de tan gran suceso; veremos « al Hombre de dolores, que está cargado de las iniquidades de todo el pueblo, dar su vida por el pecado y sanarle con sus llagas.» Abrian los incrédulos los ojos: ¿no es verdad que se les ha predicado la remision general en nombre de Jesucristo crucificado? ¿Se habia jamás pensado en tal misterio? ¿Algun otro que Jesucristo, ántes ó despues de él, se ha gloriado de lavar los pecados con su sangre? ¿Se habrá hecho crucificar tan solo por adquirir un vano honor y cumplir en sí mismo una tan funesta profecía? ¿Pero habrá quien se atreva á pensar así? Callemos, y adoremos una doctrina que, ni aun al pensamiento de hombre alguno podria ofrecerse no siendo verdadera.

Es grande en este punto la confusion de los judíos: hallan en sus escrituras muchos lugares en que se habla de las humillaciones de su Mesías. ¿Qué, pues, vendrán á ser, y á qué se reducirán aquellos otros pasajes en que se habla de su gloria y de sus triunfos? El modo natural de conciliarlos es, que vendrá á los triunfos por los combates y á la gloria por las tolerancias. Pero han preferido los judíos admitir dos Mesías. En su Talmud vemos, y en otros libros de igual antigüedad (4), que esperan un Mesías paciente y un Mesías lleno de gloria; el uno muerto y resucitado; el otro siempre feliz y siempre vencedor; el uno á quien convienen todos los lugares donde se ha hablado de abatimiento; el otro, á quien se ajustan todos los en que se habla de grandeza; el uno, en fin, hijo de José, porque no se ha podido negar uno de los caractéres de Jesucristo, que fué entre ellos reputado por hijo de José; y el otro, hijo de David, sin querer jamás entender que este Mesías, hijo de David (5), habia, segun el mismo David « de beber del torrente ántes de levantar la cabeza; » esto es, ser afligido ántes de ser « triunfante, » como lo dice el mismo hijo de David. « Muy insensatos y tardos de corazon son los que no pueden creer lo que han dicho los profetas (1). » ¿Y no era preciso que el Mesías padeciese todo esto y que entrase en su gloria por este medio?

En cuanto á lo demás, si referimos al Mesías aquel gran lugar en que Isaías tan vivamente nos representa « el Hombre de dolores herido por nuestras faltas y desfigurado como un leproso (2), » tambien nos hallamos apoyados en esta explicacion como en las demás, por la antigua tradicion de los judíos; y á pesar de cuantas ilusiones tenian concebidas, el capítulo tantas veces citado en su Talmud nos enseña, que « ese leproso cargado de los pecados del pueblo será el Mesías (3).» Los dolores que al Mesías le causarán nuestros crímenes, son célebres en el mismo lugar y en los demás libros de los judíos (4). Allí se habla frecuentemente de la entrada, no menos gloriosa que humilde, que habia de hacer en Jerusalen, montado sobre un jumento, y se le aplica aquella célebre profecía de Zacarías. ¿De qué, pues, se lamentan los judíos? Todo les estaba prevenido en términos precisos por sus profetas; su antigua tradicion habia conservado la explicacion natural de aquellas célebres profecías; y no hay cosa mas justa que esta reprension que les dió el Salvador del mundo: « Hipócritas, vosotros sabeis juzgar por los vientos, y por lo que aparece en el cielo, si el tiempo será sereno ó lluvioso, y no sabeis conocer por tantas señales y milagros que se os han dado el tiempo en que estais (5).»

Concluyamos, pues, que los judíos han tenido razon al decir, « que todos los términos de la venida del Mesías han pasado.» Ya no es Judá reino ni pueblo; otros pueblos han reconocido al Mesías que habia de ser enviado. Este ha sido mostrado á los gentiles; á esta señal han acudido al Dios de Abrahan, y la bendicion de este patriarca se ha difundido por toda la tierra. El hombre de dolores ha sido predicado, y la remision general anunciada por su muerte. Todas las semanas han pasado; la desolacion del pueblo y del santuario, justo castigo de la muerte del Mesías, ha tenido su último cumplimiento; en fin, él ha venido con todos los caractéres que la tradicion de los judíos reconocia en él; y su incredulidad no tiene ya excusa ni disculpa alguna.

Así, vemos desde aquel tiempo señales indudables de su reprobacion. Despues de Jesucristo no han hecho sino sumergirse mas y mas en la ignorancia y en la miseria, de donde solo lo extremo de sus males y la ignominia de haber sido tan frecuentemente esclavos de su error les hará salir; ó, por mejor decir, la bondad eterna, cuando se haya cumplido el tiempo decretado por su providencia para castigar su soberbia.

Entretanto, son el ludibrio de todos los pueblos y el objeto de su aversion, sin que un tan largo cautiverio les haga volver en sí, aunque debia bastar para convencerlos. Porque en fin, como les dice san Gerónimo. « ¿Qué esperas, ó incrédulo hebreo? Tú has cometido muchos delitos durante el tiempo de tus jueces; tu idolatría te ha hecho esclavo de todas las naciones vecinas; pero el Eterno ha tenido piedad de ti y no ha tardado en enviarte quien te salve. Tú has multiplicado tus idolatrías debajo de tus reyes, pero las abominaciones en que has caido en los tiempos de Acaz y de Manasés, solo se te han castigado con setenta años de cautiverio. Ciro ha venido y te ha vuelto tu patria, tu templo y tus sacrificios. Al fin has sido arruinado por Vespasiano y por Tito. Cincuenta años

(1) Dan. IX. 27. (2) Ibid. IX. 26. 27. (3) Isai. LIII. (4) Tr. fuita. et com. sive Paraphr. sup. Cant. c. 7. v. 3. (5) Psal. CIX.

(1) Luc. XXIV. 25. 26. (2) Isai. LIII. (3) Gem. Tr. Saned. lib. XI. (4) Ibid. (5) Math. XVI. 2. 3. 4. Luc. XII. 56.

después, Adriano ha acabado de exterminarte, y ha cuatrocientos que permaneces oprimido (1).»

Esto es lo que decia san Gerónimo. El argumento se ha fortificado después, y mil y doscientos años se han añadido á la desolacion del pueblo judaico. Digámosle, pues, ahora, que, en vez de cuatrocientos años, diez y seis siglos han visto durar su cautiverio sin que se aligere su yugo. «¿Qué has hecho, pueblo ingrato? Esclavo en todos los países y de todos los príncipes, pues tú no sirves á dioses extranjeros: ¿cómo, Dios, que te habia elegido te ha olvidado y qué se han hecho sus antiguas misericordias? ¿Qué delito, qué atentado mayor, que la idolatría, te hace sentir un castigo que jamás tus idolatrías te habian causado? ¿Enmudeces? ¿No puedes comprender lo que hace á Dios tan inexorable? Acuérdate de aquella palabra de tus padres: su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos; y tambien: nosotros no tenemos otro rey que al César. El Mesías, pues, no será tu rey; mira bien lo que has escogido, quédate esclavo de César y de los reyes, hasta que todos los gentiles hayan entrado, y que en fin, todo Israel sea salvo (2).

CAP. XXV.—Reflexiones particulares sobre la conversion de los gentiles.—Profundos consejos.—Razonamiento sobre este modo de conversion.

Esta conversion de los gentiles era la segunda cosa que habia de suceder en tiempo del Mesías y la señal mas segura de su venida. Ya hemos visto, cómo la habian claramente predicho los profetas, y cómo se han verificado sus promesas en los tiempos señalados.

Es cierto que, solo entónces, y nó antes ni después, lo que los filósofos no osaron intentar, lo que los profetas ni el pueblo judaico, cuando estaba mas protegido y mas fiel, no pudieron hacer, doce pescadores, enviados por Jesucristo y testigos de su resurreccion, lo han cumplido. Esto es, que la conversion del mundo no habia de ser obra de filósofos ni aun de profetas; al Mesías estaba reservada; y este era el fruto de la cruz.

Era en verdad necesario que aquel y sus apóstoles fuesen de la estirpe judaica, y que la predicacion del Evangelio empezase en Jerusalen. «Un monte elevado habia de aparecer en los últimos tiempos,» segun Isaías (3): este era la iglesia cristiana. «Todas las gentes habian de venir á él y muchos pueblos congregarse allí. En este dia, solo el Señor debia ser elevado, y quedar los ídolos totalmente rotos (4).» Pero Isaías, que vió estas cosas, tambien vió al mismo tiempo que «la ley que habia de juzgar á todas las gentes saldria de Sion; y que la palabra de Dios que habia de corregir á los pueblos saldria de Jerusalen (5), lo cual hizo decir al Salvador: «que la salud habia de venir de los judíos (6). Y era conveniente que la nueva luz, con que los pueblos sumergidos en la idolatría habian algun dia de ser iluminados, se derramase y difundiese por todo el universo desde el lugar en que siempre habia estado. Aquel hijo de David y de Abrahan, era en quien habian de ser benditas y santificadas todas las naciones. Frecuentemente lo hemos notado; pero no hemos aun observado la causa, porqué aquel paciente, crucificado y anonadado, habia de ser el único autor de la conversion de los gentiles y el único vencedor de la idolatría.

San Pablo nos explica este grande evento en el primer capítulo de la epístola primera á los Corintios, cuyo admirable lugar se debe enteramente considerar. «El Señor, dice (1), me ha enviado á predicar el Evangelio, nó con la sabiduría ni con el discurso humano, sino para no hacer inútil la cruz de Jesucristo; porque la predicacion del misterio de la cruz es locura para los que perecen; y no parece efecto del poder divino sino á los que se salvan; esto es, á nosotros. En efecto, está escrito (2): yo destruiré la sabiduría de los sabios y desecharé la ciencia de los doctos. ¿Dónde están ahora los sabios y dónde los doctos? ¿Qué se han hecho los que indagaban las ciencias de este siglo? ¿No ha hecho ver Dios que es locura la sabiduría de este mundo?» Sin duda: pues esta no ha podido sacar á los hombres de su ignorancia. Pero he aquí la razon que da san Pablo, y es: «que viendo Dios que el mundo con la sabiduría humana no le habia reconocido por las obras de su sabiduría,» que son las criaturas que tan maravillosamente habia ordenado, ha tomado otro medio «y ha resuelto salvar á sus fieles con la predicacion;» esto es, con el misterio de la cruz del que nada puede comprender la humana sabiduría.

Nueva y admirable idea de la divina providencia. Habia Dios puesto al hombre en el mundo, donde á cualquiera parte que volviera los ojos, resplandecia la sabiduría del Criador, en la grandeza, en la riqueza y en la disposicion de tan maravillosa obra. Con todo eso, le desconoció el hombre; las criaturas que se le ofrecian á la vista, para elevar mas altamente su espíritu, sirvieron solo para detenerle; y este las sirvió ciego y embrutecido; y, no contento con adorar la obra salida de las manos de Dios, llegó al sumo delirio y error de adorar la material y frágil obra de sus propias manos. De fábulas mas ridículas que las que se cuentan á los niños compuso el hombre su religion: olvidóse de su razon enteramente; pues Dios quiere ahora hacérsela olvidar de otro modo. Una obra, cuya sabiduría entendia, no le hizo fuerza; hásele presentado otra obra en que su discurso se pierde y en que todo le parece locura: esta es la cruz de Jesucristo. No es raciocinando como se entiende este suceso, y sí «cautivando la propia inteligencia debajo de la obediencia de la fé, y destruyendo los discursos humanos y toda la altivez que se eleva contra la ciencia de Dios (3).»

En efecto, ¿qué comprendemos nosotros de este misterio en que el Señor de la gloria está cargado de oprobios, en que la sabiduría divina es tratada de locura, en que aquel que, asegurado en sí mismo de su natural grandeza, «no ha creido atribuirse mucho cuando se ha declarado igual á Dios y se ha anonadado él mismo, hasta tomar la forma de esclavo y padecer la muerte de la cruz (4)?» Todos nuestros pensamientos se confunden al considerar este evento; y, como decia san Pablo, nada hay que parezca mas insensato á los que no están ilustrados del cielo.

Este era el remedio que Dios preparaba á la idolatría. Conocia muy bien la mente humana, y sabia que no se habia de destruir con discursos un error que no habia establecido el recto discurso. Hay errores en que caemos discurriendo, porque, á fuerza de discurrir, se confunde frecuentemente nuestra razon; pero la idolatría habia venido por el extremo contrario; esto es, extinguiendo nuestro discurso y dejando dominar los sentidos que querian revestirlo todo de las calidades de que estaban prendados los mismos sentidos. Por eso se habia hecho para ellos visible y material

(1) Hier. epist. ad Dar. tom. 3. epistol. (2) Matth. xxvii. 26. Joan. xix. 15. Rom. (3) Isai. ii. 2. (4) Isai. 2. 3. Ibid. 17. 18. (5) Ibid. 3. 4. (6) Joan. iv. 22.

(1) 1. Cor. i. 17. 18. 19. 20. (2) Is. xxxix. 14. xxxiii. 13. 3) 2. Cor. x. 4. 5. (4) Philip. ii. 7. 8.

la divinidad. Los hombres le dieron su figura, y, lo que era aun mas vergonzoso, sus vicios y sus pasiones. No tenia parte el discurso en un error tan brutal: esto era un monstruoso desórden de la razon, un delirio, un frenesí. Filosofemos ó hablemos con un frenético ó con un hombre á quien una fiebre ardiente obliga á delirar; no haremos mas que irritarle y hacer irremediable el mal; por eso es forzoso ir á la causa, reparar el temperamento y calmar los humores cuya violencia causa tan extraños arrebatos. Así, no ha de ser el discurso quien cure el delirio de la idolatría. ¿Qué han ganado los filósofos con sus discursos pomposos, con su estilo sublime, con sus arengas tan artificiosamente ordenadas? ¿Qué han adelantado? Platon con su elocuencia, creida divina, ¿ha derribado un solo altar en que aquellas monstruosas deidades eran adoradas? Al contrario, él, sus discípulos y todos los sabios del siglo han sacrificado á la mentira: « se han perdido en sus pensamientos; su corazon insensato se ha llenado de tinieblas; y bajo el nombre de sabios, que se dieron á sí mismos, se han hecho mas locos que los demás (1), » pues han adorado á las criaturas contra lo que su propia razon les dictaba.

En consecuencia, pues, san Pablo debió exclamar en nuestro texto: « ¿dónde están los sabios, dónde están los doctores? ¿Qué han hecho los que indagaban las ciencias de este siglo? (2) ¿Han podido destruir solamente las fábulas de la idolatría? ¿Han sospechado, á lo menos, que era necesario oponerse descubiertamente á tantas blasfemias, y padecer, no digo el último suplicio, si que ni tan solo la menor afrenta por la verdad? Tan lejos estuvieron de hacerlo, que « la han retenido cautiva (3) y han puesto por máxima; que en materia de religion era preciso seguir al pueblo; el pueblo, al que tanto despreciaban, ha sido su regla en la materia mas importante de todas y donde las luces del entendimiento parecian mas necesarias. ¿De qué, pues, ha servido la filosofía? ¿No estaremos convencidos de que es locura una sabiduría tan material y tan vaga? ¿No ha destruido aquel suceso la arrogancia de los sabios y mostrado la inutilidad de la ciencia de los doctos?

Así se vió por experiencia que la ruina de la idolatría no podia ser obra de solo el discurso humano. Pues en vez de encomendar á este la curacion de esta enfermedad, Dios ha acabado de confundirle con el misterio de la cruz, y juntamente ha traido y aplicado el remedio hasta el orígen del mal para sanarle.

La idolatría, si sabemos entenderlo, traia su nacimiento de este profundo apego que tenemos á nosotros mismos. Esto nos habia hecho inventar dioses semejantes á nosotros. Dioses, que en efecto no eran sino hombres sujetos á nuestras pasiones, á nuestras flaquezas, y á nuestros vicios: de suerte que, bajo el nombre de falsas deidades, eran en realidad sus propios pensamientos, sus propios placeres y sus fantasías lo que adoraban los gentiles.

El Mesías caminó por otras sendas. Su pobreza, sus ignominias y su cruz le hacen objeto horrible á nuestros sentidos. Es menester salir de sí mismo, renunciarlo todo, crucificarse todo para seguirle. El hombre, arrancado de sí mismo y de todo lo que su corrupcion le obliga á amar, se hace capaz de adorar á aquella verdad eterna cuyas reglas quiere en adelante seguir.

Con esto acaban y se desvanecen todos los ídolos, así los que eran adorados en los altares, como los que cada uno servia en su corazon. Estos habian elevado á aquellos. Adoraban los hombres á Venus porque se dejaban dominar del amor impuro y amaban á su poder. Baco, el mas placentero de todos los dioses, tenia sus altares, porque se abandonaban y sacrificaban, por decirlo así, al gusto de los sentidos, mas dulce y eficaz en embriagar que el vino. El Mesías con el misterio de la cruz viene á imprimir en nuestros corazones el amor á los trabajos en vez del amor á los gustos. Los ídolos, á quienes el culto exterior se dedicaba, fueron disipados, porque los que interiormente se adoraban ya no subsistian: el corazon purificado (1), puede decirse que se ha hecho capaz de ver á Dios; y el hombre está ya tan lejos de querer hacer á Dios semejante á sí, que antes bien procura, en cuanto lo permite su miseria, hacerse él mismo semejante á Dios.

La venida del Mesías ha hecho ver cómo podia la divinidad, sin envilecerse, estar unida á nuestra naturaleza y revestirse de nuestras flaquezas. El verbo se ha encarnado; aquel que tenia « la forma y la naturaleza de Dios, sin perder lo que era, ha tomado la forma de esclavo (2).» Inalterable en sí mismo, se une y se apropia una naturaleza extranjera. Vosotros queriais dioses que no fuesen ni existiesen; es decir: hombres, y aun hombres viciosos. Gran ceguedad era esta. Pero veis aquí un nuevo objeto de adoracion que se os propone; este es un Dios y juntamente un hombre; pero un hombre que nada ha perdido de lo que era tomando lo que somos. La divinidad permanece en él inmutable; porque, no siendo capaz de abatirse, no puede dejar de elevar sumamente lo que une consigo.

¿Pero qué ha tomado de nosotros? ¿Ha sido acaso nuestros vicios y nuestros pecados? Nó, no ha tomado del hombre sino lo que en el hombre habia hecho el Eterno; y bien cierto es que no habia hecho ni el crímen ni el vicio; habia hecho la naturaleza y la tomó. Puede decirse que habia hecho la mortalidad con la enfermedad que la acompaña, porque, aunque no fuese del primer diseño, era justo castigo de una culpa, y en esta calidad, obra de la justicia divina. Tampoco se desdeñó Dios de tomarla; y tomando la pena del crímen, sin el crímen mismo, mostró que no era él un culpado á quien se castigaba, sino un justo que espiaba los crímenes de los delincuentes.

De modo que, en lugar de los vicios que atribuian los hombres á sus dioses, se han descubierto todas las virtudes en aquel enviado; y á fin de que se manifestasen en las mayores pruebas, han resplandecido entre los mas horribles tormentos. No busquemos, pues, otro Dios visible después de este; él es solo el digno de abatir todos los dioses; y la victoria que habia de obtener contra ellos está fijada en la historia de su cruz.

Esto es, está fijada á una aparente locura: « porque los judíos, prosigue san Pablo (3), piden milagros » con los cuales, desquiciando Dios con ostentacion de su poder á toda la naturaleza, como hizo á la salida de Egipto, los haga visiblemente superiores á sus enemigos: « y los griegos ó los gentiles buscan la sabiduría y oraciones artificiosas, como las de su Platon ó su Sócrates. » Pero nosotros, continúa el apóstol, « predicamos á un Crucificado, escándalo para los judíos, nó milagro; locura para los gentiles, nó sabiduría: mas es para los judíos y para los gentiles, llamados al conocimiento de la verdad, el poder y la sabiduría de Dios; porque lo que en Dios

(1) Rom. I. 21. 22. (2) 1. Cor. I. 20. (3) Rom. I. 18.

(1) Matth. v. 8. (2) Phil. II. 6. (3) 1. Cor. I. 22. 23. 24. 25.

parece locura, es mas sabiduría que toda la sabiduría humana; y lo que parece debilidad es mayor fortaleza que toda la fortaleza humana.» Este es el postrer golpe que era forzoso dar á nuestra soberbia é ignorancia. La sabiduría á que nos conduce es tan sublime, que parece locura á nuestra sabiduría; y sus reglas son tan altas, que todo ello nos parece un extravío.

Pero si esta alta sabiduría nos es impenetrable en sí misma, se nos hace por sus efectos manifiesta. Una virtud sale de la cruz, y no hay ídolo que no vacile; los vemos caer todos á tierra, aunque apoyados del poder romano. No son los sabios, no son los nobles, no son los poderosos los que han hecho tan grande milagro. La obra de Dios ha tenido un mismo curso, y lo que él empezó por las humillaciones de Jesucristo lo ha consumado con las humillaciones de sus discípulos. «Considerad, hermanos mios, que así acaba san Pablo su admirable discurso (1), considerad á los que Dios ha llamado entre nosotros,» y de qué ha compuesto esta iglesia vencedora del mundo: «pocos sabios hay en ella de los que el mundo admira: pocos poderosos y pocos nobles; pero él ha elegido lo que es loco, segun el mundo, para confundir á los sabios: ha escogido lo que era débil, para confundir á los poderosos; ha elegido lo mas despreciable, lo mas vil, y en fin lo que nada era, para destruir lo que era; á fin de que ningun hombre se glorifique á su vista.» Sus apóstoles y sus discípulos, la escoria del mundo y la misma nada, mirados con los ojos humanos, han prevalecido sobre todos los emperadores y todo el imperio. Habian los hombres olvidado la creacion; y él la ha renovado sacando de esta nada su iglesia, á la cual ha hecho poderosa contra el error. Ha confundido juntamente con los ídolos toda la grandeza humana que se interesaba en defenderlos; y ha hecho una tan grande obra del mismo modo que la del universo, con sola la fuerza de su palabra omnipotente.

CAP. XXVI.—Diversas formas de idolatría: los sentidos, el interés, la ignorancia, el falso respeto de la antigüedad, la política, la filosofía y las herejías vienen á socorrer á la misma idolatría; pero en vano.

Parécenos la idolatría la misma flaqueza, y al mismo tiempo nos es difícil comprender cómo ha sido necesaria tanta fuerza para poderla destruir. Pero su extravagancia hace conocer la dificultad que habia para vencerla; y un tan gran desconcierto de la razon muestra bastantemente cuán viciado estaba el principio. Habia el mundo envejecido en la idolatría; y encantado por sus ídolos se habia hecho sordo á toda la naturaleza que clamaba contra ellos. ¿Qué poder no seria necesario para renovar en la memoria de los hombres el verdadero Ser, tan profundamente olvidado, y dispertar al género humano de tan espantoso letargo?

Todos los sentidos, todas las pasiones, todos los intereses militaban por la idolatría. Ella estaba hecha para el gusto; los divertimientos, los espectáculos, y, en fin, la licencia misma personificada, formaban una parte del culto que se conceptuaba divino. Las fiestas no eran sino juegos; no habia ejercicio en la vida humana de donde estuviese mas cuidadosamente desterrado el pudor que de los misterios de la religion supersticiosa. ¿Cómo, pues, se podrian acostumbrar espíritus tan corrompidos á la regularidad de la religion verdadera, casta, sencilla, enemiga de los sentidos y únicamente fijada en los bienes invisibles? San Pablo hablaba á Félix, gobernador de Judea, «de la justicia, de la castidad y del juicio futuro.» Atemorizado este hombre le dijo: «en cuanto á eso, vete por ahora, que mandaré llamarte cuando sea necesario (1).» Ya se conoce que esta era una conversacion muy diferida para un hombre que deseaba gozar sin escrúpulo, y á cualquier precio, de los atractivos bienes de la tierra.

¿Queremos ver cómo se mezcla el interés á aquel prodigioso ingenio que da movimiento á las cosas humanas? En aquel gran bando contra la idolatría que comenzaban á causar en toda el Asia las predicaciones de san Pablo, los plateros, que ganaban su sustento haciendo pequeños templos de plata dedicados á la diosa de Efeso, se juntaron, y el mas acreditado entre ellos objetó que estaba para cesar su ganancia. «Y no solamente, dijo, corremos riesgo de perderlo todo, si que tambien el templo de la gran Diana está expuesto á un próximo desprecio; y la majestad de la que es adorada en toda el Asia, y aun en todo el universo, se aniquilará poco á poco (2).»

Muy poderoso es el interés, muy atrevido, y mas cuando puede cubrirse con el velo sagrado. No se necesitó mas para conmover á aquellos artistas. Salieron todos juntos, gritando como furiosos: «la gran Diana de los Éfesos;» y arrastrando á los compañeros de san Pablo al teatro, donde toda la ciudad estaba junta, redoblaron entónces los gritos, y por espacio de dos horas resonaron en la plaza estas palabras: «la gran Diana de los Éfesos.» San Pablo y sus compañeros fueron con dificultad arrancados de las manos del pueblo por los magistrados, que temieron sucediesen mayores desórdenes en aquel tumulto. Juntemos al interés de los particulares el interés de los sacerdotes, próximos á caer con sus mismos dioses; añadamos tambien el interés de las ciudades, á las que su falsa religion hacia ilustres; como la ciudad de Efeso que debia á su templo sus privilegios, y al concurso de los forasteros sus riquezas. Gran tempestad debió levantarse contra la iglesia que iba naciendo. ¿Y causará maravilla ver á los apóstoles, tan frecuentemente maltratados, apedreados y dejados por muertos en medio del furioso vulgo? Pero otro mas grande interés va á mover otra mayor máquina; el interés del estado va dar impulso al senado, al pueblo romano y á los emperadores para que hagan suya propia esta causa y la defiendan con todas sus fuerzas.

Hacia ya largo tiempo que las ordenanzas del senado prohibian las religiones extranjeras. Los emperadores habian abrazado la misma política; y en aquella prudente deliberacion en que se trataba de reformar los abusos del gobierno, uno de los principales reglamentos que Mecenas propuso á Augusto fué impedir las innovaciones en la religion, pues siempre causaban peligrosas alteraciones en los estados (3). La máxima era verdadera; pues, ¿qué cosa hay que mas violentamente mueva los ánimos, y los conduzca á los mas extraños excesos? Pero queria Dios manifestar que el establecimiento de la religion verdadera no excitaba semejantes turbaciones; y esta es una de las maravillas que muestran que él era el que dirigia esta grande obra. Porque, ¿quién no se pasmará al ver que en el espacio de trescientos años en que la iglesia tuvo que padecer todo lo mas cruel que la rabia de sus perseguidores podia inventar, entre tan-

(1) 1. Cor. I. 26. 27. 28. 29.

(1) Act. XXIV. 25. 26. (2) Ibid. XIX. 24. 25. 26. 27. (3) Lib. XXXIX. et orat. Mec. apud Dian. l. II. Tertull. Apolog. v. Euseb. Hist. Eccl. II. 2.

tas sediciones y guerras civiles, y tantas conjuraciones contra la persona de los emperadores, jamás se mezcló en ellas un solo cristiano ni bueno ni malo (1). Los cristianos desafiaban á sus mayores enemigos á que les nombrasen uno solo; jamás le hubo; tanta veneracion inspiraba la doctrina cristiana sobre la autoridad pública, y tan profunda fué la impresion que hizo en todos los ánimos esta palabra del hijo de Dios: « Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios (2). »

Esta gran distincion ilustró los ánimos con una luz tan clara, que jamás los cristianos dejaron de respetar la imágen de Dios aun en los príncipes perseguidores de la verdad. Brilla de tal modo este carácter de sumision en todas sus apologías que aun en el dia de hoy inspiran á quien las lea el amor del estado público; y manifiestan que solo esperaban de lo alto el establecimiento del cristianismo (3). Ni una vez sola, en tantos siglos de padecer, se desviaron de aquel precepto unos hombres tan determinados á padecer la muerte, siendo tantos que llenaban todo el imperio, y todos los ejércitos: á ellos mismos se prohibian, no solamente las acciones sediciosas, sí que tambien las murmuraciones. Luego el dedo supremo estaba en esta obra; y ninguna otra mano que la suya hubiera podido contener unos ánimos extremadamente violentados con tantas injusticias.

Duro les era, á la verdad, ser tratados como enemigos públicos, y enemigos de los emperadores; ellos eran los que no respiraban sino obediencia, y cuyos votos mas ardientes tenian por objeto la salud de los príncipes y la felicidad del estado. Pero la política romana se creia combatida en sus fundamentos cuando despreciaban sus dioses. Gloriábase Roma de ser una ciudad santa por su fundacion; consagrada desde su orígen con auspicios divinos; y dedicada por su autor al dios de la guerra. Poco faltó para que no creyese á Júpiter mas presente en el capitolio que en el cielo (4). Creia deber sus victorias á su religion; por eso habia sujetado á las naciones y á sus dioses, que así se discurria en aquel tiempo; de suerte que los dioses romanos debian ser señores de los otros dioses, como los romanos lo eran de los demás hombres. Luego que Roma sujetó á la Judea, habia contado al dios de los judíos entre los que habia vencido: querer hacerle reinar, era desquiciar los fundamentos de la república; era aborrecer las victorias y el poder romano. Así, los cristianos, enemigos de los dioses, eran mirados al mismo tiempo como enemigos de la república. Mas cuidado ponian los emperadores en exterminarlos que en aniquilar los partos, los marcomanos y los dacios. Con tanta pompa se dejaba ver en sus inscripciones el cristianismo abatido, como los sármatas deshechos. Pero sin razon alguna se jactaban de haber destruido una religion que, cuanto mas la oprimian, mas se dilataba. Las calumnias se juntaron sin fruto á la crueldad. Eran los cristianos acusados de vicios que horrorizan á la naturaleza, siendo unos hombres que practicaban virtudes superiores al hombre. Eran acusados de incestuosos aquellos cuyas delicias eran la castidad. Eran acusados de comer sus propios hijos, aquellos que eran benéficos con quien les perseguia. Pero, á pesar del ódio público, la fuerza de la verdad sacaba favorables testimonios de la boca de sus enemigos. Todos saben lo que Plinio el menor escribió á Trajano sobre las costumbres de los cristianos (1). Á la verdad fuéron justificados, pero no eximidos del fatal suplicio: porque aun necesitaban de esta última mano para perfeccionar en ella la imágen del Mesías y debian, como él, ir á la cruz con una declaracion pública de su acrisolada inocencia.

Nó puso la idolatría toda su fuerza en el rigor; porque, aunque fuese su fondo una ignorancia brutal y una entera depravacion del sentido humano, queria adornarse con forjadas razones. Muchas veces procuró disfrazarse y de muchos modos se transformó para cubrir su ignominia. Mostrábase alguna vez respetuosa hácia la divinidad; todo lo que es divino, decia, es desconocido; y sola la divinidad á sí misma se conoce; no es para nuestro corto entendimiento discurrir de cosas tan altas; y así, es preciso creer á los antiguos y seguir cada uno la religion que halla establecida en su país ó provincia. Con estas máximas, aquellos errores tan crasos como impíos que llenaban toda la tierra eran irremediables; y la voz de la naturaleza que anunciaba al verdadero Dios, estaba ahogada y como enmudecida.

Motivo habia para pensar que la flaqueza de nuestra razon descaminada necesita de una autoridad que la restituya al principio: y que de la antigüedad es de quien se debe aprender la religion verdadera. Ya hemos visto su continuacion inmutable desde el principio del mundo. ¿Pero de qué antigüedad habia de gloriarse el paganismo que no podia leer sus propias historias sin hallar el orígen, no solo de su religion sí que tambien de sus dioses? Varron, Ciceron y otros autores lo han hecho ver muy claramente (2). ¿Qué se inferiria si recurriéramos á aquellos millares infinitos de años que llenaban los egipcios de fábulas confusas é impertinentes para establecer la antigüedad de que vanamente blasonaban? Pero allí se veían nacer y morir las deidades de Egipto; y este pueblo no podia hacerse antiguo sin señalar el principio de sus dioses.

Véase aquí otra forma de idolatría. Queria ella que se diese culto á todo lo que se respetaba por divino. La política romana, que tan severamente prohibia las religiones extranjeras, permitia que fuesen adorados los dioses de los bárbaros como los hubiese ella adoptado; queriendo mostrar así su equidad no menos con los dioses que con los hombres. Alguna vez ofrecía inciensos al dios de los judíos con todos los demás. Una carta hallamos de Juliano Apóstata (3) en que promete á los judíos restablecer la santa ciudad y sacrificar con ellos á Jesucristo. Aquel era un error comun. Hemos visto que los paganos querian adorar al verdadero Dios, pero nó á él totalmente solo; y no consistió en los emperadores el que tambien Jesucristo, á cuyos discípulos perseguian, tuviese altares entre los romanos.

¿Pues qué, se dirá, acaso pudieron los romanos pensar en honrar como á Dios, á aquel á quien sus magistrados habian condenado al último suplicio, y á quien muchos de sus escritores cargaron de oprobios? Mas no hay que pasmarse de esto; el hecho es incontestable, no admite disputa.

Primeramente distinguirémos lo que hace decir en general un odio ciego de los hechos positivos cuya prueba se alega. Es cierto que los romanos, aunque condenasen á Jesucristo, jamás le imputaron algun delito particular; así, Pilatos le condenó con repug-

(1) Tertul. Apol. 35. 37. etc. (2) Matth. xxii. 21. (3) Tertul. Apol. 37. (4) cic. Orat. pro Flarco. Orat. Simon. ad Imp. Valer. Theod. et Anc. ap. Amb. tom. v. iv. ep. 30. Zozym. hist. lib. ii. 2. etc.

(1) Plin. lib. x. ep. 97. (2) De natu. Deor. lib. i, et iii. (3) Jul. Epist. ad comm. Judæor.

nancia, violentado de los gritos y de las amenazas de los judíos. Pero lo que es mucho mas maravilloso, los judíos mismos, á cuyas instancias fué el Mesías crucificado, no han conservado en sus libros antiguos memoria de alguna accion que manchase su vida, y mucho menos que le hiciese merecer el último suplicio; por dónde manifiestamente se confirma que todo el crímen de aquel fué, el haberse nombrado hijo de Dios.

En efecto, Tácito (1) nos refiere bien el suplicio de Jesucristo bajo de Poncio Pilato y durante el imperio de Tiberio; pero no cuenta otro delito que le hiciese merecer la muerte, que el ser autor de una nueva secta convencida de aborrecer al género humano ó de serle odiosa. Este es el delito de Jesucristo y de los cristianos, y sus mayores enemigos nunca han podido acusarlos sino en términos vagos; sin alegar jamás un hecho positivo que se les haya podido imputar.

Es verdad que en la última persecucion, trescientos años después del Mesías, los paganos, que no sabian ya que reprender en él ni en sus discípulos, publicaron unos autos falsos de Pilatos, pretendiendo que se verian en ellos los delitos por los que habia sido crucificado. Pero como no hay memoria de estos autos en todos los siglos precedentes, y ni bajo de Neron, ni de Domiciano, que reinaron en el orígen del cristianismo y eran de él tan enemigos, nada de todo eso se encuentra, parece que los hicieron á su gusto, y que como veian á los romanos sin prueba alguna constante contra Jesucristo, se hallaron sus contrarios reducidos á inventarlas para tenerlas.

Este es, pues, el primer hecho; la inocencia irreprensible de Jesucristo. Juntémosle el segundo; la santidad de su vida y de su doctrina reconocida. Uno de los mayores emperadores romanos, quiero decir, Alejandro Severo (2), estaba admirado de Jesucristo y hacia escribir, así en las obras públicas como en su palacio, algunas sentencias de su Evangelio. El mismo emperador alababa y proponia como ejemplo las precauciones con que los cristianos ordenaban á los ministros de las cosas sagradas. No es esto todo; se veia en su palacio una especie de capilla en que sacrificaba desde la mañana. Allí habia consagrado las imágenes « de las almas santas (3), » entre las cuales colocaba con Orfeo á Jesucristo y á Abrahan. Tenia otra capilla, ó como se quiera traducir la palabra latina « lararium, » de menor dignidad que la primera, en que se veia la imágen de Aquiles y de otros hombres grandes; pero Jesucristo estaba puesto en la primera clase. Un pagano es quien lo ha escrito, y cita por testigo á un autor del tiempo de Alejandro Severo: dos testigos de un mismo hecho, y ved aquí otro hecho que no es menos pasmoso.

Aunque al abjurar Porfirio el cristianismo se declaró su enemigo, no dejó de confesar en su libro intitulado: « La filosofía por los oráculos, » que los hubo muy favorables á la santidad de Jesucristo (4).

Mas no quiera Dios que sepamos por oráculos engañosos la gloria de su Hijo que los hizo enmudecer con su nacimiento. Pero bueno es saber lo que los paganos hacian decir á sus dioses sobre el Mesías. El mismo Porfirio, pues, nos asegura, que ha habido oráculos « en que Jesucristo es llamado un hombre piadoso y digno de la inmortalidad, y los cristianos al contrario, hombres impíos y seducidos. » Después refiere el oráculo de la diosa Hecates, en que habla de Jesucristo como « de un hombre ilustre por su piedad, cuyo cuerpo cedió á los tormentos, pero cuya alma está en el cielo entre las bienaventuradas. Esta alma, decia la diosa de Porfirio, por una especie de fatalidad ha inspirado el error á las almas á quien el destino no ha asegurado los dones de los dioses y el conocimiento del gran Júpiter; y que por eso son sus enemigas. Pero tened cuidado de no blasfemar de él, prosigue hablando de Jesucristo, y compadeced solamente el error de aquellos cuyo infeliz destino os he contado. » Palabras pomposas y enteramente vacías de sentido; pero que muestran que la verdad ha forzado á sus enemigos á tributarla elogios.

Á mas de la inocencia y santidad de Jesucristo, aun hay un tercer punto no menos importante, que es el de sus milagros. Es cierto que los judíos jamás los han negado; y en su Talmud hallamos algunos de los que los discípulos del Mesías hicieron en su nombre (1). Solamente han dicho, para obscurecerlos, que los hizo por los encantamientos que habia aprendido en Egipto ó por el nombre de Dios (2); aquel nombre desconocido é inefable cuya virtud todo lo puede, y que Jesucristo habia descubierto no se sabia cómo en el santuario, ó en fin, porque era uno de aquellos profetas notados por Moisés, cuyos milagros engañosos habian de llevar al pueblo á la idolatría. Jesucristo, vencedor de los ídolos, y cuyo Evangelio ha hecho reconocer un solo Dios por todo el mundo, no necesita ser justificado de esta calumnia: los verdaderos profetas no han predicado su divinidad menos que él; y lo que debe resultar del testimonio de los judíos, es que Jesucristo hizo milagros para justificar su mision.

En cuanto á lo demás, cuantos le calumnian de haberlos hecho por magia, deben advertir que Moisés fué acusado del mismo delito. Esta era opinion antigua en los egipcios, que, atónitos de las maravillas obradas en su país, por medio de aquel grande hombre, le habian puesto en el número de sus principales magos. Puede tambien verse esta opinion en Plinio y Apuleyo (3), donde Moisés se halla nombrado con Jannès y Marbré, aquellos célebres encantadores de Egipto de quienes habla san Pablo, y á quienes habia Moisés confundido con sus milagros. Las ilusiones de los magos jamás tienen un efecto durable ni se dirigen á establecer, como hizo Moisés, el culto verdadero y la santidad de la vida: además, que bien sabe Dios mostrarse omnipotente y hacer obras que sea incapaz el poder enemigo de imitarlas. Las mismas razones hacen á Jesucristo superior á una tan vana acusacion, que desde su orígen solo sirve para justificar, como hemos notado, que son incontestables sus milagros.

En efecto lo son tanto, que ha sido igualmente imposible á los gentiles como á los judíos, no convenir en ellos. Celso (4), el grande enemigo de los cristianos, y que desde los primeros tiempos les hace la guerra con toda la habilidad imaginable, inquiriendo con infinita diligencia cuanto podia dañarles, no negó todos los milagros del Mesías; defiéndese solo de ellos diciendo con los judíos que Jesucristo habia aprendido los secretos de los egipcios, esto es, la magia, y que quiso atribuirse la divinidad con las maravillas que obró en virtud de este arte detestable (5). Por eso pasaban por mágicos los cristianos; y tenemos un lugar de Juliano Apóstata (6), que desprecia los milagros del Redentor, pero sin ponerlos en duda.

(1) Tac. An. xv. 44. (2) Lam. in Alex. Sev. cap. 45. 51. (3) Id. c. 29. 11. (4) Porph. lib. de Philos. per Orac. Eus. dem. Ev. III. 8. Aug. de Civ. Dei, III. c. 23.

(1) Trat. de Idol. et com. in Eccles. (2) Tr. de Sab. c. 12. lib. General. Jesu. seu hist. Jesu. (3) Plin. xxx. 1. Apul. Apol. 2. Tim. III. 8. (4) Orig. cont. Cel. I. II. (5) Orig. Ibid. et in Act. Max. Passim. (6) Jul. ap. Cyr. VI.

Volusiano (1) en su carta á san Agustin hace lo mismo, y este discurso era comun entre los paganos.

No es, pues, maravilla que, acostumbrados los paganos á hacer dioses de todos los hombres en quienes resplandeciá alguna cosa extraordinaria, quisiesen colocar á Jesucristo entre sus deidades. Tiberio, por los informes que le iban de Judea, propuso al senado que concediese á Jesús los honores divinos. Y no es un hecho dudoso, pues Tertuliano le refiere como público y notorio en su apologético (2) presentado al senado en nombre de la iglesia, y no podria querer desacreditar una tan buena causa, como la suya, con cosas en que fácilmente se le podia confundir, no siendo verdaderas. Y, si se quiere el testimonio de un autor pagano, Lampridio nos dirá: «Que Adriano habia erigido y levantado á Jesucristo templos que aun duraban y se veian cuando él escribia (3);» y que Alejandro Severo, después de haberle venerado como particular, queria erigirle públicamente altares y ponerle en el número de los dioses, siendo emperador (4).

Mucha injusticia es verdaderamente no querer dar crédito en lo tocante á Jesucristo, sino á lo que escriben los que no han estado alistados entre sus discípulos; porque esto es buscar la fé en los incrédulos, ó el cuidado y la diligencia en los que ocupados en las demás cosas miraban á la religion como cosa indiferente. Pero no obstante, es cierto que la gloria del Mesías ha tenido tan gran lustre que no ha podido el mundo resistirse á darle algun testimonio; y yo no puedo referir otro mas auténtico que el de tantos emperadores.

No dejo con todo eso de reconocer que tambien tenian otro designio. Mezclábase algo de política en los honores que tributaban á Jesucristo. Pretendian, que al fin todas las religiones se unirian, y los dioses de todas las sectas se harian comunes. Los cristianos, que no conocian este culto mixto, no menos despreciaron las condescendencias que los rigores de la política romana. Pero quiso Dios, que otra idea hiciese desechar á los paganos los templos que destinaban los emperadores á Jesucristo. Los sacerdotes de los ídolos, segun refiere el autor pagano tantas veces citado, declararon al emperador: «Que, si para el uso de los cristianos consagraba aquellos templos, todos los demás serian abandonados y todo el mundo abrazaria la religion cristiana.» Con que aun la misma idolatría, herida de muerte, sentia ya en nuestra religion una fuerza invencible á que no podian resistir los falsos dioses; y ella misma justificaba la verdad de esta sentencia del apóstol. «¿Qué convencion puede haber entre Jesucristo y Belial? ¿Y cómo puede concordar el templo de Dios con los ídolos (5)?»

Así por la virtud de la cruz, la religion pagana, confundida por sí misma, se iba arruinando; y la unidad de Dios de tal modo se establecia, que al fin la idolatría no se mostró distante de reconocerla. Decia, que la naturaleza divina, tan grande y tan extendida, no podia exprimirse con un nombre solo ni bajo una sola forma; pero que Júpiter, Marte, Juno y los demás dioses no eran en substancia sino un mismo Dios, cuyas virtudes infinitas se explicaban y representaban con tantos nombres diferentes (6). Cuando después se llegaba á las impuras historias de los dioses, á sus infames genealogías, á sus amores deshonestos, á sus fiestas y á sus misterios, que no tenian otro fundamento que aquellas espantosas fábulas, toda aquella religion se convertia en alegorías. El mundo ó el sol era á quien reconocian por único Dios: eran las estrellas, era el aire, el fuego, el agua, la tierra; y sus diversas conjunciones eran, repito, las que estaban ocultas bajo los nombres de los dioses y en sus torpes amores. Débil y miserable recurso; porque á mas de que las fábulas eran escandalosas y todas las alegorías frías y violentas, ¿qué se hallaba al fin sino que este Dios único era el universo en todas sus partes? De suerte, que el fondo de la religion venia á ser solo la naturaleza, y siempre era la criatura adorada en lugar de su Criador.

Estas flacas excusas de la idolatría, aunque sacadas de la filosofía de los estoicos, no contentaban mucho á los filósofos. Celso y Porfirio buscaron nuevos socorros en la doctrina de Platon y de Pitágoras; y he aquí como conciliaban la unidad de Dios con la multiplicidad de los dioses vulgares. No habia, decian ellos (1), sino un Dios supremo; pero era tan grande, que no se mezclaba en las cosas pequeñas. Contento con haber hecho el cielo y los astros, segun su errado sentir, no se habia dignado poner la mano en este mundo inferior, el cual habia dejado formar á sus subalternos dioses; y el hombre, aunque nacido para conocerle, no era, por ser mortal, obra digna de tales manos: era asimismo inaccesible á nuestra naturaleza; habitaba una region muy elevada para nosotros; los espíritus celestiales que nos habian hecho, nos servian de mediadores para con él; y esto es lo que precisaba á adorarlos; este era su necio sentir é ilusion (2).

No trato de refutar estos sueños de los platónicos, pues por sí mismos ellos se desvanecen. El misterio del Mesías los destruia de raiz por el fundamento. Enseñaba este misterio á los hombres que no los habia hecho Dios á su imágen para despreciarlos; que si tenian necesidad de mediador, no era por defecto de su naturaleza, la cual, como todas las otras, habia debido el ser á su poderosa mano, sino por causa de su pecado, de que ellos eran los únicos autores: y en cuanto á lo demás, que su naturaleza los alejaba tan poco de Dios, que este no se desdeñaba de unirse á ellos haciéndose hombre; y les daba por mediador, nó á aquellos espíritus celestiales que los filósofos llaman demonios y la Escritura ángeles, sino á un hombre que, juntando la fuerza de Dios con nuestra naturaleza enferma, nos hizo un remedio de nuestra misma flaqueza.

Y, si la soberbia de los platónicos no podia abatirse hasta las humillaciones del eterno verbo hecho carne; ¿no debia á lo menos comprender que no por ser el hombre de menos excelente naturaleza que el ángel, deja de ser capaz, como él, de gozar de Dios; y que así, mas es su compañero que su súbdito; no obligado á adorarle á él solo, sino á adorar con él en espíritu de sociedad al que crió á ambos á su semejanza? Era, pues, no solo mucha bajeza é indignidad en el género humano, sino aun mucha ingratitud detestable tributar sacrificios á quien no fuese Dios; ni podia haber ceguedad igual á la del paganismo, que en vez de reservarle este supremo culto, le rendia y tributaba á tantas indignidades.

Mas aquí es donde la idolatría, que parecia reducida al mayor aprieto, descubrió enteramente su flaqueza.

(1) Ap. Aug. tom. II. ep. 3. 4. (2) Tert. Apolog. 5. Euseb. Hist. Eccl. II. 2. (3) Lamp. in Alex. c. 4. (4) Ibid. (5) 2. Cor. VI. 15. 16. (6) Macrob. I. Satur. 17. et seq. Apol. de Deo. Sec. Aug. de Civ. IV. 10. 11.

(1) Orig. cont. Cels. lib. V. VI. etc. Plut. con Tim. etc. Porphir lib. II. de abts. Apul. de Deo Socr. August. de Civ. VIII. 14. et seq. IX. 36. etc. (2) Aug. Ep. III. ad. Volus. etc.

Al fin de las persecuciones, estrechado Porfirio por los cristianos, se vió precisado á decir que el sacrificio no era el culto Supremo (1). Véase á qué punto llegó su extravagancia. Este altísimo Dios, decia, no recibe sacrificios; todo lo que es material es para él impuro y no puede ofrecérsele. Aun la palabra no debe emplearse en su culto porque la voz es cosa corporal; es necesario adorarle en silencio y con simples pensamientos; que todo otro culto es indigno de majestad tan alta.

Así, Dios era muy grande para ser alabado; y era delito expresar, como podemos, lo que concebimos de su grandeza. El sacrificio, aunque solamente sea un modo de declarar nuestra profunda dependencia y un reconocimiento de su soberanía, era indigno de su majestad. Así lo decia expresamente el iluso Porfirio; ¿y qué otra cosa era todo esto sino aniquilar la religion y dejar enteramente sin culto á aquel que era reconocido por el Dios de los dioses?

Pero sepamos qué significaban aquellos sacrificios que ofrecian los gentiles en sus templos. Porfirio encontró este secreto. Habia, decia él (2), espíritus impuros, engañosos, malignos, que con soberbia insensata querian ser tenidos por dioses y hacerse servir de los hombres. Era forzoso aplacarlos para que no hiciesen daño. Unos, mas alegres y festivos, se dejaban ganar con los espectáculos y juegos; el humor mas melancólico de otros queria el humo de la carne humana y se alimentaba de sacrificios sangrientos. ¿Mas de qué sirve refutar estos horrendos absurdos? Sobraron razones para que los cristianos ganasen su causa y quedase como hecho que todos los dioses á quienes sacrificaban los gentiles eran espíritus malignos cuya soberbia se atribuia á sí la divinidad; de suerte, que la idolatría, mirándola en sí misma, parecia solamente efecto de una ignorancia brutal; pero, buscando su orígen, era una obra conducida de lejos y adelantada hasta el mayor exceso por maliciosos espíritus. Esto es lo que los cristianos habian siempre pretendido; esto lo que enseñaba el Evangelio; y esto era lo que cantaba el salmista: «todos los dioses de los gentiles son demonios, pero el Señor ha hecho los cielos; el único Señor los crió y los conserva (3).»

Y con todo eso, véase cuán extraña es la ceguedad del género humano. La idolatría, reducida al extremo y confundida por sí misma, no dejaba de sostenerse. No era menester mas que revestirla de alguna apariencia y explicarla con voces de sonido agradable á los oídos para introducirla en los ánimos. Porfirio era admirado. Jamblico, su secuaz, era tenido por un hombre divino porque sabia envolver los delirantes conceptos de su maestro en términos misteriosos, aunque en efecto nada significativos. Juliano apóstata, con toda su astucia, quedó prendado de estas apariencias; los mismos paganos lo refieren (4). Los encantamientos verdaderos ó falsos de que aquellos filósofos blasonaban; su austeridad mal entendida; su abstinencia ridícula, que llegaba á hacer delito el comer los animales; sus purificaciones supersticiosas; en fin, su contemplacion, que se exhalaba en vanos pensamientos, y sus palabras tan poco sólidas cuanto en la apariencia magníficas, engañaban al mundo. Pero aun no he tocado á la raiz. La santidad de las costumbres cristianas, el desprecio que ordenaba de los placeres, y sobre todo, la humildad, que es la base del cristianismo, era insufrible á los hombres, y si sabemos comprenderlo, la soberbia, la feísima sensualidad y la disolucion eran las únicas defensas de la idolatría.

Iba la iglesia desarraigándola todos los dias con su sublime doctrina, y aun mas con su invicta paciencia. Pero aquellos espíritus malignos, que jamás habian cesado de engañar á los hombres, y que los habian sumergido en la idolatría, no pusieron en olvido su malicia. Suscitaron en la iglesia aquellas herejías, que hemos visto. Algunos hombres curiosos, y por eso vanos é inquietos, quisieron ganarse nombre entre los fieles, y no supieron contentarse con aquella sabiduría sobria y templada que el apóstol habia recomendado tanto á los cristianos (1). Profundizaban mucho en los misterios que pretendian medir con nuestras débiles inteligencias; nuevos filósofos, mezclaban las razones humanas con la fé, é intentaban disminuir las dificultades del cristianismo, no pudiendo digerir toda la locura que el iluso y fanático mundo imaginaba hallar en el Evangelio. Así sucesivamente, y con una especie de método, fueron impugnados todos los artículos de nuestra fé: la creacion, la ley de Moisés, fundamento necesario de la nuestra; la divinidad de Jesucristo, su encarnacion, su gracia, sus sacramentos, todo en fin, dió materia á divisiones escandalosas. Celso y otros nos redarguian con ellas (2). Muy triunfante se ostentaba ya la idolatría. Parecíale la iglesia una obra humana y ya próxima á caer por sí misma. Ya se concluia que en punto de religion no debiamos sutilizar mas que nuestros antepasados ni intentar introducir novedades en el mundo.

En esta confusion de sectas que blasonaban de ser cristianas, no faltó Dios á su iglesia. Conservóle siempre un carácter de suma autoridad que las herejías no podian adquirir. Ella era católica y universal; abrazaba todos los tiempos y se extendia por todas partes (3). Era apostólica: la continuacion, la sucesion, la cátedra de la unidad, la autoridad primitiva, eran sus peculiares dotes. Todos los que la dejaban la habian primero reconocido, y no podian ellos borrar el carácter de su novedad ni el de su rebeldía. Los mismos paganos la miraban como á quien era la raiz, como á quien era el todo de donde se habian desunido aquellas partecillas ó ramas viciosas, permaneciendo siempre vivo el tronco y siempre entero, sin que las ramas cortadas le hubiesen disminuido. Celso, que redarguia á los cristianos con sus divisiones en tantas iglesias cismáticas que veia levantarse, señalaba una iglesia distinguida de todas las demás, y siempre mas fuerte; y por eso la llamaba tambien «la Grande Iglesia. Hay, decia (4), entre los cristianos, algunos que no reconocen al Criador, ni las tradiciones de los judíos;» queria con esto hablar de los marcionistas; pero, proseguia él, «la Grande Iglesia las recibe (5).» En la turbacion que excitó Paulo de Samosata, no tuvo dificultad el emperador Aureliano en conocer la verdadera iglesia cristiana á la cual pertenecia «la casa de la Iglesia,» ya fuese esta el lugar de la oracion ó la casa del obispo; y la adjudicó á los «que estaban en comunion con los obispos de Italia y el de Roma,» porque en todos tiempos veia lo principal del cristianismo en esta comunion.

Cuando el emperador Constancio causó tanta turba-

(1) Porph. lib. II. de abst. Aug. de Civ. x. (2) Porph. l. II. de abst. Lab. ap. de Aug. de Civ. VIII. 13. (3) Psalm. XCV. 3. (4) Eunop. Maxim. Orib. Crysant. Ep. Jul. ad Xam. Amm. Marcell. lib. XXI. XXIII. XXIV.

(1) Rom. XII. 6. (2) Orig. IV. contr. Cel. (3) Iren. III. 1. 2. 3. 4. Tertul. de Cara. Ch. 1. de præsc. 20. 21. 32. 36. (4) Orig. l. v. (5) Euseb. Hist. Eccl. lib. VII. cap. 30.

cion á la iglesia, no pudo la confusion que introdujo en ella, protegiendo á los arrianos, impedir que Ammiano Marcelino (1), aunque pagano, conociese que aquel emperador se desviaba del camino derecho « de la religion cristiana, sencilla, y por sí misma precisa en sus dogmas y en su conducta.» Esto es que la verdadera iglesia tenia una majestad y una derechura ó rectitud que las herejías no podian imitar ni obscurecer; antes bien, sin advertirlo ellas mismas, daban testimonio de esto á la iglesia católica. Constancio, que perseguia á san Atanasio, constantísimo defensor de la antigua fé, « deseaba con ardor, dice Ammiano Marcelino (2), hacerle condenar por medio de la autoridad que el obispo de Roma tenia sobre los demás: » solicitando él este apoyo, hacia conocer á los mismos paganos el defecto de su secta, y honraba á la iglesia de la cual le habian separado los arrianos: así los gentiles conocian tambien á la iglesia católica. Si alguno les preguntaba dónde tenian sus congregaciones, y quiénes eran sus obispos, jamás se equivocaban. Mas las herejías, por más que hiciesen, no podian deshacerse del odioso nombre de sus autores. Los sabelianos, los paulianistas, los arrianos, los pelagianos y los demás, en vano se ofendian del título del partido que se les daba; y el mundo, por mas que les pesase, queria hablar naturalmente y distinguia á cada secta por su autor. Pero por lo que mira á la Grande Iglesia, á la iglesia católica y apostólica, jamás ha podido atribuírsele otro que el mismo Jesucristo; ni contarle sus primeros pastores sin subir hasta los apóstoles; ni darle otro nombre que el que ella tomaba. Así, por mas que hicieron los herejes, no podian ocultarla á los paganos. Abriales ella su seno por toda la tierra y acudian á tropel. Puede ser que quizá algunos se perdiesen en las sendas torcidas; pero la iglesia católica era el camino real en que siempre entraban la mayor parte de los que buscaban á Jesucristo; y la experiencia ha hecho ver que solo á ella se habia concedido el privilegio de recoger á los gentiles. Tambien era combatida con toda su fuerza por los emperadores infieles. Pocos herejes han padecido por la fé, segun nos informa Orígenes (3). San Justino (4), mas antiguo que él, nota que la persecucion preservaba á los marcionitas y demás herejes. No perseguian los paganos sino á la iglesia que veian extenderse por toda la tierra y á quien únicamente conocian por la iglesia de Jesucristo: ¿Qué importa que se le arrancasen algunas ramas? No por eso su virtud se perdia; brotaba en otras partes; y el corte de la madera supérflua solo servia para mejorar sus frutos con esa poda. En efecto, si su historia atentamente se considera, se verá como, siempre que una herejía la ha disminuido, la misma iglesia ha reparado sus pérdidas; ya extendiéndose por el exterior, ya aumentándose por el interior la luz y la piedad, en tanto que ha visto secarse en ángulos remotos las ramas cortadas. Las obras de los hombres han perecido á pesar del infierno que las sostenia; pero la de Dios ha subsistido; y la verdad ha triunfado de la idolatría y de todos los errores.

CAP. XXVII.—Reflexion general sobre la historia de dicha continuacion y sobre la armoniosa y acorde relacion que hay entre los libros santos.

Este culto, combatido siempre y jamás vencido, es un milagro perpétuo y un manifiesto testimonio de la inmutabilidad de los consejos de Dios. En medio de la agitacion de las cosas humanas se mantiene siempre con una fuerza invencible; de suerte, que por una série no interrumpida de muchos siglos la vemos llegar hasta Jesucristo, en quien recogió la succesion del antiguo pueblo, y se halla reunida con los profetas y con los patriarcas.

Así, tantos milagros asombrosos como vieron los antiguos hebreos, sirven tambien el dia de hoy para confirmar la nueva fé. El Eterno que los obró para dar testimonio de su unidad y omnipotencia, no podia formar otro mas auténtico para conservar esta memoria que el de dejar entre las manos de tan gran pueblo los autos que los testificasen, dispuestos segun el órden de los tiempos. Esto es lo que tambien tenemos en los libros del Testamento antiguo; quiero decir, en los libros que datan desde lo mas remoto de los tiempos, en los libros que son los únicos de la antigüedad en que el conocimiento del verdadero Dios se haya enseñado, y ordenado su servicio: en los libros que el pueblo judaico siempre ha guardado tan religiosamente. Y es certísimo que este pueblo es el único que desde su orígen ha conocido á Dios criador del cielo y de la tierra; y el único por consiguiente que debia ser el depositario de los secretos divinos.

Por esto los ha guardado con una religion sin ejemplar. Los libros que los egipcios y demás pueblos llamaban divinos hace ya muchos siglos que se perdieron; y apenas nos ha quedado alguna memoria confusa de ellos en las historias antiguas. Los libros sagrados de los romanos, en que habia Numa, autor de su religion, escrito sus misterios, perecieron á manos de los romanos mismos; y el senado los hizo abrasar como libros que se dirigian á destruir la religion (1). Los mismos romanos dejaron al fin perecer los libros sibilinos, tan largo tiempo venerados entre ellos, como proféticos, donde querian se creyese que estaban los decretos de los dioses inmortales sobre su imperio, sin embargo de no haber jamás mostrado al público, no digo un solo volúmen, sino ni un solo oráculo. Los judíos han sido los únicos cuyas sagradas escrituras tanto mas han sido veneradas, cuanto han sido mas conocidas. De todos los pueblos antiguos ellos son los únicos que han conservado los primitivos monumentos de su religion, aunque estén llenos de testimonios de su infidelidad y de la de sus antepasados. Y aun el dia de hoy subsiste en el mundo este mismo obcecado pueblo para llevar por disposicion divina á todas las naciones en que ha estado disperso, con la continuacion de la religion, los milagros y las predicciones que la manifiestan incontrastable.

Cuando el Mesías, enviado por su padre, vino á cumplir las promesas de la ley, confirmó su mision y la de sus discípulos con nuevos milagros, y fuéron estos escritos con la misma puntualidad. Sus actos se publicaron por todo el mundo; las circunstancias de los tiempos, de las personas y de los lugares hicieron fácil su exámen á quien tuvo cuidado de hacerle; el mundo lo ha considerado; lo ha creído; y por poco que se premediten los antiguos monumentos de la iglesia, se confesará que jamás asunto alguno se ha juzgado con mas reflexion y conocimiento.

Pero en la armoniosa relacion que entre sí tienen los libros de los dos testamentos, hay una diferencia que considerar. Esta es, que los libros del pueblo antiguo fuéron compuestos en diversos tiempos; unos en los tiempos de Moisés; otros en los de Josué y de los jueces; otros en los de los reyes; otros en los que el

(1) Amm. Marcel. lib. xxi. (2) Ibid. (3) Orig. contr. Cels. v. (4) Just. Apol. 2.

(1) Tit. Liv. lib. 49. c. 29. Varr. lib. de cult. Deor. ap. August. de Civ. vii. 34.

pueblo fué sacado de Egipto y en los que recibió la ley; otros en los que conquistó la tierra prometida; otros en los que fué restablecido en ella por milagros visibles. Para convencer á la incredulidad de un pueblo entregado á los materiales sentidos, tomó Dios una larga extension de siglos en cuyo curso distribuyó sus milagros y sus profetas, á fin de renovar frecuentemente los testimonios palpables con que testificaba sus santas verdades. En el nuevo Testamento ha seguido Dios otra conducta. Nada mas quiere revelar de nuevo á su iglesia después de Jesucristo. En él está la perfeccion y la plenitud; y todos los libros divinos que han sido compuestos en la nueva alianza lo fuéron en tiempo de los apóstoles.

Esto es, que el testimonio del Mesías y el de los que él mismo se dignó elegir por testigos de su resurreccion, ha bastado en la iglesia cristiana. Todo lo que ha venido después la ha edificado; pero ella no ha mirado como inspirado de Dios sino lo que sus apóstoles escribieron ó confirmaron con su autoridad.

Mas en esta diferencia que se halla entre los libros de los dos Testamentos, Dios guardó siempre este órden admirable de hacer escribir las cosas en el tiempo que habian sucedido ó en que estaba reciente su memoria. Así, los que las sabian, recibieron los libros que daban de ellas testimonio; los unos y los otros las dejaron á sus descendientes como una preciosa herencia; y la piadosa posteridad las ha conservado uniformemente.

De este modo, pues, se formó el cuerpo de las escrituras santas, así del antiguo como del nuevo Testamento, escrituras que han sido miradas desde su orígen como verdaderas en todo, como dadas por Dios mismo, y conservadas por eso con tanta religion que no se ha creido poder sin impiedad alterarlas en una sola letra.

En esta forma han llegado hasta nosotros, siempre santas, siempre sagradas y siempre inviolables; conservadas las unas por la tradicion constante del pueblo judaico; y las otras por la tradicion del pueblo cristiano, tanto mas cierta, cuanto ha sido confirmada con la sangre y el martirio así de los que escribieron estos libros divinos, como de los que los han recibido.

San Agustin (1) y los demás padres preguntan sobre qué fé atribuimos los libros profanos á tiempos y á autores ciertos. Todos responden luego que los libros están distinguidos por las diversas relaciones que hacen á las leyes, á las costumbres y á las historias de un cierto tiempo; como tambien por el estilo que lleva impreso el carácter de las edades y de los autores particulares; sobre todo por la fé pública y por una tradicion constante. Todas estas cosas concurren á establecer los libros divinos, á distinguir sus tiempos y á observar sus autores; y cuanto mayor ha sido el cuidado de conservarlos en su integridad, tanto mas incontrastable es la tradicion que los autoriza.

Así ha sido siempre reconocida, no solo por los ortodoxos, sí que tambien por los herejes y aun por los infieles. Moisés ha sido siempre tenido en todo el oriente, y después en todo el universo, por el legislador de los judíos y por el autor de los libros que se le atribuyen. Los samaritanos, que los recibieron de las diez tribus separadas, los han conservado tan religiosamente, como los judíos. Ya hemos visto en este discurso su tradicion y su historia.

(1) Aug. cont. Faust. XI. 2. XXXII. 21. XXXIII. 6. Iren. I. 2. 17. Tertull. adv. Marc. IV. 1. 4. 5. Aug. de util. Cred. 3. 17. cont. Faust. Manich. XXII. 79. XXVIII. 4. XXXII. XXXIII. cont. adv. leg. et Proph. I. 29. etc.

Dos pueblos, tan opuestos, no la han recibido el uno del otro; sino ambos de su orígen comun, desde los tiempos de Salomon y de David. Los antiguos caractéres hebreos que aun conservan los samaritanos, muestran bastantemente que no han seguido á Esdras, que los ha mudado.

Así, el Pentateuco de los samaritanos y el de los judíos son dos originales completos é independientes el uno del otro. La perfecta conformidad que allí se ve en la sustancia del texto, justifica la buena fé de los dos pueblos. Estos son testigos fieles que convienen sin estar convenidos, ó por mejor decir, que convienen á pesar de sus enemistades; y á los cuales solo la tradicion inmemorial de una y otra parte los ha unido en el mismo pensamiento.

Aquellos, pues, que han querido decir, aunque sin razon alguna, que, habiéndose perdido estos libros, ó no habiéndolos habido, fuéron, ó restablecidos ó compuestos de nuevo, ó alterados por Esdras, á mas de estar desmentidos por este mismo, como han podido observarlo en la continuacion de su historia, lo están tambien por el Pentateuco, que aun se halla el dia de hoy entre las manos de los samaritanos, tal como le habian leido en los primeros siglos Eusebio de Cesarea, san Gerónimo y los demás autores eclesiásticos; tal como los pueblos le habian conservado desde su orígen; y parece que una secta tan débil no dure tan largo tiempo sino para dar este testimonio de la antigüedad de Moisés.

Los autores que escribieron los cuatro evangelios no los adoptan menos seguros del unánime consentimiento de los fieles, de los paganos y de los herejes. El gran número de pueblos diversos que recibieron y tradujeron estos libros divinos luego que fuéron hechos, convienen todos en su data y en sus autores. Los paganos no contradijeron esta tradicion; ni aun Celso, que impugnó estos libros sagrados casi en el orígen del cristianismo; ni Juliano Apóstata, aunque nada hay que ignorase ni omitiese de lo que podia desacreditarlos; ni algun otro pagano, los tuvieron jamás por supuestos: al contrario, todos les atribuyeron los mismos autores que los cristianos. Los herejes, aunque oprimidos por la autoridad de estos libros, nunca osaban decir que no fuesen de los discípulos de Jesucristo: y hay entre ellos algunos que vieron los principios de la iglesia y á cuya vista se escribieron los libros del Evangelio. Con que no era dable que pudiese consumarse un fraude que desde luego habia de descubrirse. Es cierto que, después de los apóstoles, y cuando estaba ya la iglesia extendida por todo el mundo, Marcion y Manés, sin duda los mas temerarios y los mas ignorantes de todos los herejes, no obstante la tradicion venida de los apóstoles y continuada por sus discípulos y por los obispos á quienes habian dejado su cátedra juntamente con el mando de los pueblos, y recibida uniformemente por toda la iglesia cristiana, se atrevieron á decir que tres evangelios eran supuestos; y que el de san Lúcas, que ellos preferian á los demás, no se sabe porqué, pues no habia este venido por diverso camino que los otros, habia sido falsificado. ¿Pero qué pruebas daban de esto? Nada mas que puros delirios; ningun hecho positivo. Su única razon era que todo lo contrario á su sentir no podia dejar de haberse inventado por otros que los apóstoles; y su única prueba, las mismas opiniones que se les contestaban; opiniones fuera de eso tan extravagantes y tan manifiestamente insensatas, que aun no se sabe cómo pudieron caber en el entendimiento humano. Pero ciertamente, para acusar la buena fé de la iglesia, era

necesario tener en la mano originales diferentes de los suyos ó alguna prueba constante. Incitados ellos y sus discípulos á producirlos, enmudecieron (1); y dejaron con su silencio una prueba indubitable, de que en el segundo siglo del cristianismo, en que escribian, no habia ni un solo indicio de falsedad, ni la menor conjetura que pudiese oponerse á la venerada tradicion cristiana.

¿Qué diré de la acorde conformidad de los libros de la Escritura y del testimonio admirable que todos los tiempos del pueblo de Dios se dan unos á otros? los tiempos del segundo templo suponen los del primero y nos llevan á Salomon. Como no vino la paz sino por medio de los combates, las conquistas del pueblo de Dios nos hacen ascender hasta los jueces, hasta Josué y hasta la salida de Egipto. Al mirar todo un pueblo salido de un reino en el que era extraño, viene á la memoria cómo habia entrado en él. Los doce patriarcas se descubren al punto, y un pueblo que jamás ha sido mirado sino como una misma familia, naturalmente nos conduce á Abrahan que es su cabeza. ¿Es este pueblo mas sabio y menos dado á la idolatría despues de su vuelta de Babilonia? Este era efecto natural de un gran castigo que sus culpas pasadas le habian acarreado. Si se gloria de haber visto por el curso de muchos siglos milagros que los demás pueblos jamás han visto, puede tambien gloriarse de haber tenido el conocimiento de Dios que ningun otro pueblo tenia. ¿Qué pueden significar la circuncision, la fiesta de los tabernáculos, la pascua y las demas fiestas celebradas por la nacion desde tiempo inmemorial, sino las causas que se hallan notadas en los libros de Moisés? ¿Y á qué puede atribuirse que un pueblo distinguido de los otros por una religion y unas costumbres tan particulares, que conserva, desde su orígen, sobre el fundamento de la creacion y sobre la fé de la Providencia, una doctrina tan seguida y tan elevada, una memoria tan viva de una no interrumpida série de hechos tan necesariamente encadenados, ceremonias tan regladas y costumbres tan universales, estuviese sin una historia que le manifestase su orígen, y sin una ley que le prescribiese sus costumbres por el espacio de mil años que permaneció en aquel estado, y que empezase Esdras á querer darle de repente bajo el nombre de Moisés, con la historia de sus antigüedades, la ley que formaba sus costumbres, cuando hecho cautivo este pueblo vió su antigua monarquía totalmente arruinada? una fábula mas increible no podria jamás inventarse, ni podrá dársele crédito sin juntar la mas torpe ignorancia á la blasfemia.

Para perder semejante ley, ya una vez recibida, es preciso que un pueblo sea exterminado ó que por sus diversas mudanzas haya llegado á no tener sino una idea confusa de su orígen, de su religion y de sus costumbres. Si esta desgracia sucedió al pueblo judaico, y la ley, tan conocida en tiempo de Sedecías, se perdió setenta años después, á pesar de los cuidados de un Ezequiel, de un Jeremías, de un Baruch, de un Daniel, sin contar los otros, y en el tiempo que esta ley tenia sus mártires como lo muestran las persecuciones de Daniel y de los tres jóvenes; si esta santa ley, repito, se perdió en tan poco tiempo, y quedó tan profundamente olvidada que tuvo Esdras el arbitrio de restablecerla á su gusto, no es este el único libro que le era forzoso fabricar. Érale necesario componer al mismo tiempo todos los profetas antiguos y nuevos, esto es, todos los que antes y despues del cautiverio se habian escrito; así los que habia visto el pueblo escribir, como aquellos cuya memoria conservaba, y no solamente los profetas, si que tambien los libros de Salomon, los salmos de David y todos los libros de historia; pues apenas se hallará en toda ella un solo hecho considerable, ni en todos los demás libros un solo capítulo, que, separado de Moisés tal como le tenemos, pueda solo un momento subsistir. Todo habla allí de Moisés; todo está fundado en Moisés, y así debia ser; pues Moisés, su ley y la historia que escribió, era en efecto en el pueblo judaico todo el fundamento de la conducta pública y particular. Era verdaderamente para Esdras una asombrosa empresa, y bien nueva en el mundo, hacer hablar á tantos hombres de carácter y estilo diverso, y cada uno de una manera uniforme y siempre semejante á sí misma; y hacer creer de repente á todo un pueblo, que estos eran los libros antiguos que siempre ha venerado, y los nuevos que ha visto hacer, como si jamás hubiese oido hablar de nada de ellos, y como si su conocimiento, así del tiempo presente como del pasado, se hubiese borrado de improviso. Tales son los monstruosos prodigios que es preciso creer cuando no se quiere dar crédito á las maravillas del omnipotente, ni recibir el testimonio por el cual consta que se dijo á todo un gran pueblo que él las habia visto con sus propios ojos.

Pero, si este pueblo volvió de Babilonia á la tierra de sus padres tan nuevo y tan ignorante que apenas se acuerda de lo que ha sido, de suerte que ha recibido, sin examinarlo, todo lo que Esdras quiso darle; pregunto, ¿cómo estamos viendo en el libro que Esdras escribió (1), y en el de Nehemías su contemporáneo, todo lo que allí se dice de los libros divinos? ¿Cómo tan arrojadamente Esdras y Nehemías osan hablar de la ley de Moisés en tantos lugares, y públicamente, como de una cosa conocida de todos y que todos tenian entre sus manos? ¿Cómo se ve á todo el pueblo obrar naturalmente, en consecuencia de esta ley, como si la hubiese siempre tenido presente? Pero ¿cómo se dice hácia el mismo tiempo y la vuelta del pueblo, que todo él se admiró del cumplimiento del oráculo de Jeremías tocante á los setenta años de cautiverio (2)? Aquel Jeremías, que segun esa suposicion, Esdras acaba de forjar con todos los demás profetas, ¿cómo de repente se granjeó tanto crédito? ¿Con qué nuevo artificio se pudo persuadir á todo un pueblo y á los ancianos que habian visto á aquel profeta y esperado siempre la libertad milagrosa que en sus escritos les habia anunciado? Pero todo esto será tambien supuesto: Esdras y Nehemías tampoco habrán escrito la historia de su tiempo. Algun otro la habrá compuesto en su nombre; y los que fabricaron todos los demás libros del Antiguo Testamento habrán sido tan favorecidos de la posteridad que otros falsarios se los habrán imputado á aquellos mismos para dar mayor crédito á su impostura.

Sonrojo causará sin duda el proferir tantas extravagancias; y en vez de decir que Esdras haya hecho parecer de repente tantos libros y tan distintos unos de otros por los caractéres del estilo y del tiempo, se dirá, que habrá podido ingerirles los milagros y las predicciones que les daban la fama de divinos; error aun mas craso que el precedente; porque aquellas predicciones y milagos están de tal modo esparcidos por todos aquellos libros, de tal manera inculcados, tan frecuentemente repetidos y de tan diversos modos

(1) Iren. Tertull. Aug. loc. cit.

(1) 1. Esdr. III. VII. 2. Esd. V. VIII. IX. XII. XIII. (2) 2. Paralip. XXXVI. 22. 2. Esd. I. 2.

y con tan gran variedad de eficaces figuras; en una palabra, componen de tal suerte todo aquel cuerpo, que seria necesario no haber abierto aquellos santos libros para no conocer, que mas fácil seria fundirlos de nuevo, por decirlo así, que insertarles cosas que con tanto disgusto suyo hallan en ellas los ateos. Y aun cuando se les concediese lo que pretenden, es de tal manera lo milagroso y lo divino el fondo de aquellos libros, que por mas que lo resistiese la voluntad seria forzoso encontrarlo allí. Demos que Esdras, si se quiere, haya después del suceso juntado las predicciones cumplidas en su tiempo; pero las que después se cumplieron, y en tan gran número, ¿quién las habrá añadido? ¿Quizá Dios hubiese dado á Esdras el don de profecía á fin de que su impostura fuese mas verosímil? ¿Y se querrá mas que un falsario sea profeta que Isaías, Jeremías ó Daniel? ¿Habrá cada siglo producido un falsario feliz á quien todo el pueblo haya creido, y nuevos impostores, por un admirado zelo de religion, habrán siempre continuado las adiciones á los libros divinos, aun después de estar cerrado el cánon, los cuales esparcidos con los judíos por toda la tierra habrán sido traducidos en tantas lenguas extranjeras? ¿No hubiera sido esto destruir la religion por el fundamento en vez de querer establecerla? ¿Deja acaso todo un pueblo mudar tan fácilmente lo que cree ser divino, créalo por razon ó por error? ¿Podrá alguno esperar que persuadirá á los cristianos, ó aun á los turcos, el añadir un solo capítulo al Evangelio ó al Alcoran? ¿Si serian los judíos mas dóciles ó menos religiosos que los demás pueblos en conservar sus santos libros? ¡Qué máximas tan erróneas es forzoso introducir en el entendimiento cuando quieren los hombres sacudir el yugo de la autoridad suprema y no reglar sus dictámenes ni sus costumbres sino solo por su razon descaminada y poseida de una imaginacion tumultuaria!

CAP. XXVIII.—Las dificultades que se forjan contra los dichos libros son fáciles de vencer, y de ser disipadas por los hombres de sano criterio y de buena fé.

No se diga que el exámen de estos hechos es embarazoso; mas aunque lo fuese seria necesario referirse á la autoridad sagrada y á la tradicion de tantos siglos, ó apurar la cuestion; y no creer que se cumple, diciendo que esto pide mas tiempo que el que se quiere dar á la propia salud. Pero realmente, sin revolver con un trabajo infinito los libros de los dos Testamentos, basta leer el libro de los salmos, en que están recogidos tantos cánticos antiguos del pueblo de Dios, para ver en la mas divina poesía que jamás hubo, los inmortales monumentos de la historia de Moisés, de los jueces y de los reyes, impresos por el canto y por el metro en la memoria de los hombres. Y por lo que mira al Nuevo Testamento, solas las epístolas de san Pablo, tan vivas, tan originales, tan propias del tiempo, de los negocios y de los movimientos que entónces habia, y en fin, de un carácter tan distinguido; estas epístolas, recibidas de todas las iglesias á quienes se dirigian, y comunicadas por ellas á las demás, bastarian para convencer á los entendimientos bien ordenados, de que todo es sincero y original en las escrituras que nos dejaron los apóstoles.

Así, ellas se sostienen las unas á las otras con una fuerza invencible. Los actos de los apóstoles no hacen sino continuar el Evangelio; sus epístolas necesariamente le dan por hecho; pero á fin de que todo sea uniforme, los actos, las epístolas y los evangelios en todo citan los libros antiguos de los judíos (1). San Pablo y los demás apóstoles no cesan de alegar lo que Moisés dijo, lo que escribió (1), lo que los profetas han dicho y escrito después de Moisés. El Mesías (2) trae por testimonio la ley de Moisés, los profetas y los salmos, como testigos que todos deponen de la misma verdad. Si quiere explicar sus misterios, empieza por Moisés y por los profetas (3); y cuando dice á los judíos, que Moisés ha escrito de él (4), pone por fundamento lo mas constante que entre ellos habia, y los conduce al mismo orígen de sus tradiciones.

Veamos, no obstante, lo que se opone á una autoridad tan reconocida y al consentimiento de tantos siglos; porque, habiendo en nuestros dias habido osadía para publicar en todo género de lenguas libros contra ella, no debe disimularse lo que se dice para desacreditar sus antigüedades. ¿Qué se dice, pues, para autorizar la maliciosa suposicion del Pentateuco, y qué se puede oponer á una tradicion de tres mil años, sostenida por su propia fuerza y por la continuacion de las cosas? Nada razonable: nada positivo, nada importante; cavilaciones sobre números, sobre lugares, sobre nombres; y unas observaciones que, aun en cualquier otra materia pasarian, á lo mas, por vanas curiosidades incapaces de penetrar el fondo de las cosas; y no obstante, aquí se nos alegan como decisivas del negocio mas serio que jamás ha habido en el mundo.

Hay, se dice, dificultades en aquel libro: así es en efecto; pero no las habria si el libro fuese menos antiguo ó hubiese sido supuesto, como osan decir, por un hombre hábil é industrioso; si hubiese habido menos religiosidad en darle tal cual se hallaba y se hubiese tomado la libertad de corregir en él lo que causase embarazo. Hay las dificultades que motiva un largo tiempo, cuando los lugares han mudado de nombre ó de estado; cuando se han olvidado las datas; cuando las genealogías no son ya conocidas; y no hay ningun remedio, pues los errores que el mas leve descuido de una copia introduce tan fácilmente en tales cosas, hacen que los hechos, deslizados en la memoria de los hombres, dejan obscuridad en alguna parte de la historia. Pero en fin, esta obscuridad ¿consiste, ó está acaso en la misma continuacion ó en el fondo de las cosas? De ninguna manera. Todo está allí seguido, todo consecuente, todo connexo: y lo que llega á quedar obscuro, solo sirve para hacer patente en los libros sagrados una mas venerable antigüedad, una majestad mas respetable.

Pero dirán: hay alteraciones en el texto; las versiones antiguas no concuerdan; el hebreo en varios lugares es diverso de sí mismo; y el texto de los samaritanos, á mas de la palabra que se les acusa haber mudado en él expresamente á favor de Garizim (5), discrepa tambien en otras partes del de los judíos. Y de esto, ¿qué se concluirá? ¿Que los judíos, ó Esdras, habrán supuesto el Pentateuco á la vuelta del cautiverio? Pues todo lo contrario es justamente lo que deberia concluirse. Las diferencias del Samaritano solo sirven para confirmar lo que hemos ya establecido, y es, que su texto es independiente del de los judíos. Con que, tan lejos está de poder imaginarse que aquellos cismáticos hayan tomado algo de los judíos y de Esdras, que antes bien hemos visto que, en odio de los judíos y de Esdras, y en aversion del primero y del segundo templo, inventaron su quimera de Garizim. ¿Quién, pues, no conoce que an-

(1) Act. III. 22. VII. 32. etc.

(1) Rom. X. 19. (2) Luc. XXIV. 44. (3) Ibid. 27. (4) Joan. V. 46. 47. (5) Deut. XXVII. 4.

tes habrian acusado que seguido las supuestas imposturas de los judíos? Aquellos rebeldes que despreciaron á Esdras y á todos los profetas de los judíos con su templo, y así á Salomon que le habia fabricado, como á David que habia señalado su sitio, ¿qué viene á ser lo que han respetado en su Pentateuco sino una antigüedad, no solo superior á la de Esdras y de los profetas, sí que tambien á la de Salomon y de David; y en una palabra, la antigüedad de Moisés en que ambos pueblos concuerdan? Es incontestable, pues, la autoridad de Moisés y del Pentateuco cuando todas las objeciones no sirven mas que para asegurarla y establecerla.

Pero en fin, ¿de dónde provienen estas variedades de texto y de versiones? De donde han de provenir sino del mismo libro que ha pasado por las manos de tantos copiantes despues de tantos siglos que dejó de ser comun la lengua en que se escribió. Pero dejemos disputas vanas, y cortemos, con una palabra, la dificultad por la raíz. Dígaseme sino es constante que de todas las versiones y de todo el texto, sea como fuere, resultarán siempre las mismas leyes, los mismos milagros, las mismas predicciones, la misma continuacion de la historia, el mismo cuerpo de doctrina, y en fin, la misma substancia. ¿En qué dañan, asegurado esto, las diversidades de los textos? ¿De qué mas necesitábamos que de este fondo inalterable de los libros sagrados? ¿Qué mas podíamos pedir á la Providencia? Y por lo que mira á las versiones, ¿acaso es señal de suposicion ó de novedad que la lengua de la Escritura haya perdido, por tan antigua, sus delicadezas, y se halle dificultad en restituirle toda la elegancia con toda la fuerza en el último rigor? ¿No es antes una prueba de la mayor antigüedad? Y si quisieren echar mano de frivolidades, díganme si de tantos lugares en que hay embarazo se ha restablecido uno solo por discurso ó por conjetura. Justamente se ha seguido la fé de los ejemplares; y como la tradicion nunca permitió que pudiese alterarse la sana doctrina, se ha creido que las demás faltas, si quedaba alguna, solo servirian para probar que nada se ha innovado de motu propio.

Pero en fin, y hé aquí lo fuerte de la objecion. Si nada han añadido al texto de Moisés, ¿de qué nace que se halle su muerte al fin del libro que se le atribuye? Mas ¿qué extraño es que los que continuaron su historia añadiesen su dichoso fin al resto de sus acciones, para reducirlo todo á un mismo cuerpo? Veamos lo que hay en cuanto á las demás adiciones. ¿Es alguna ley nueva, alguna nueva ceremonia, algun dogma, algun milagro, alguna prediccion? Ni aun imaginarlo: no hay de esto la menor sospecha ni el menor indicio; esto hubiera sido retocar la obra divina; la ley lo habia prohibido (1); y el escándalo que hubiera causado hubiera sido horrible. ¿Se habrá, quizá, continuado una genealogía comenzada; ó explicado el nombre de una ciudad mudado por el tiempo? esto es factible. En la ocasion del maná, de que fué el pueblo alimentado cuarenta años, se habrá notado el tiempo en que cesó aquel manjar celestial; y este hecho, escrito después en otro libro (2), habrá quedado por nota en el de Moisés, como un hecho constante y público de que todo el pueblo era testigo; cuatro ó cinco observaciones de esta naturaleza, hechas por Josué, Samuel, ó por algun otro profeta de igual antigüedad, porque no miraban sino á hechos notorios y en que constantemente no habia dificultad alguna, habrán naturalmente pasado en el texto; y la misma tradicion nos las habrá traido con todo lo demás. ¿Estará por eso alterado lo restante? ¿Será acusado Esdras, aunque el Samaritano, en el que se hallan estas observaciones, nos muestre que son de una antigüedad, no solamente superior á Esdras, sí que tambien al cisma de las diez tribus? No importa, replicarán: es preciso que todo recaiga sobre Esdras. Mas, si estas observaciones viniesen de mas arriba, el Pentateuco seria tambien mas antiguo de lo que debe ser, y no podria vanagloriarse la antigüedad de un libro, cuyas notas datarian asimismo de época tan remota. Esdras, pues, habrálo fabricado todo: Esdras se olvidaria de que él queria hacer hablar á Moisés, y le habrá hecho incurrir en la torpeza de escribir, como ya sucedido, lo que después de él ha pasado. ¿Pero será toda una obra convencida de supuesta por esta sola objecion? ¿La autoridad de tantos siglos y la fé pública no le servirán ya de nada? Como, si al contrario, no se viese que estas observaciones de que se valen los críticos son una prueba de la sinceridad y buena fé, no solo de los que las hicieron, sí que tambien de los que las copiaron. ¿Se ha juzgado jamás de la autoridad, no digo de un libro divino, sino de cualquier otro, sea el que fuere, por razones tan ligeras? No nos detengamos; todo está y consiste en que tienen á la Escritura por un libro enemigo del género humano, que quiere obligar á los hombres á sujetar su entendimiento, y á reprimir sus pasiones desordenadas; por lo que es forzoso que perezca; y á cualquier precio que sea ha de ser sacrificado á la temeraria disolucion de los licenciosos, impíos y soberbios.

En cuanto á lo demás, no se crea que la impiedad se empeñe sin necesidad en todos los absurdos que hemos visto. Si contra el testimonio del género humano y contra todas las reglas de una razon bien ordenada, se obstinan en quitar al Pentateuco y á las profecías sus autores, siempre reconocidos, y á contestarles sus datas, es porque en ellas consiste todo este asunto por dos razones. La primera, porque si unos libros llenos de tantos hechos milagrosos y que se ven allí revestidos de sus mas particulares circunstancias, y expuestos no solo como públicos sino como presentes, hubiesen podido ser desmentidos, hubieran traido consigo su condenacion; y en vez de sostenerse por su propia fuerza, ha ya largo tiempo que hubieran caido por sí mismos. La segunda razon es, porque, siendo una vez fijas sus datas, no puede borrárseles la marca infalible de la inspiracion que llevan impresa en el grande número y en la larga continuacion de profecías memorables de que se hallan llenos.

Para evitar y eludir, pues, estos milagros y estas predicciones, han caido los ateos en los absurdos que ya hemos admirado. Pero no piensen escapar de Dios; que él ha reservado á aquellos libros una señal de divinidad incapaz de ser obscurecida. Esta es la relacion entre los dos testamentos. Y á lo menos no disputan que todo el antiguo haya sido escrito antes que el Nuevo, pues á esto no se atreven. Aquí no hay un nuevo Esdras que haya podido persuadir á los judíos á inventar ó falsificar su Escritura en favor de los cristianos á quienes perseguian. Con que ya no se necesita mas. Por la relacion entre los dos testamentos se prueba que uno y otro son divinos. Ambos tienen la misma idea y la misma continuacion: el uno prepara la perfeccion que el otro manifiesta; el uno pone el fundamento y el otro acaba el edificio; en una palabra, el uno predice lo que el otro hace ver cumplido exactamente.

(1) Deut. IV. 3. XII. 12. (2) Josué V. 12. Exod. XVI. 34.

Así, todos los tiempos están entre sí unidos, y se nos ha revelado un designio eterno de la divina Providencia. La tradicion del pueblo judaico y la del pueblo cristiano solo hacen juntas una misma continuacion perpétua del culto: y las Escrituras de los dos testamentos tampoco forman mas ni menos que un mismo cuerpo y un mismo libro.

CAP. XXIX.—Las predicciones reducidas á tres hechos constantes y palpables.—Parábola que establece la uniforme conexion de ellos.

Y como el exámen de las profecías particulares, aunque en sí llenas de luz, depende de muchos hechos que no todos los hombres pueden igualmente comprender, Dios ha escogido algunos y los ha hecho palpables á los mas iguorantes. Estos hechos ilustres, estos hechos magníficos de que todo el universo es testigo, son los que hemos procurado hasta aquí hacer ver; es decir, la desolacion del pueblo judaico y la conversion de los gentiles, juntamente sucedidas, y ambas precisamente en el mismo tiempo en que el Mesías vino y en que fué predicado el Evangelio.

Estas tres cosas unidas en el órden de los tiempos, mucho mas de lo que lo están en el de los consejos eternos, las hemos visto ir juntas en las antiguas profecías; pero el Mesías, fiel intérprete de ellas y de la voluntad de su padre, nos ha explicado mejor en su Evangelio este armonioso enlace. Hácelo en la parábola de la viña tan familiar á los profetas. El padre de familias habia plantado esta viña, que es la verdadera creencia, fundada sobre su alianza, y habíala dado á cultivar á los obreros, esto es, á los judíos. Para recoger sus frutos envió en varias veces sus criados que son los profetas. Aquellos infieles obreros los hacen morir. Inclínale su bondad inefable á enviar á su propio Hijo. Ellos le tratan aun peor que á sus criados. Al fin quítales su viña y la da á otros obreros; quítales la gracia de su alianza para darla á los gentiles.

Estas tres cosas habian de suceder juntamente, á saber; la mision del Hijo de Dios, la reprobacion de los judíos y la vocacion de los gentiles. No necesita de mas comentario una parábola que se halla interpretada por el suceso y por los mismos hechos.

Ya hemos visto como confiesan los judíos que el reino de Judá y el estado de su república empezó á caer en los tiempos de Herodes y cuando Jesucristo vino al mundo. Pero, si las alteraciones que hacian en la ley de Dios disminuyeron en tan gran manera su poder, su última desolacion, que todavía dura, debia ser castigada por otro mayor delito, que fué el deicidio.

Es visiblemente la causa de este castigo la perfidia é ingratitud para con el Mesías que venia á instruirlos y libertarlos. Así, desde aquel tiempo está sobre sus cervices un yugo de hierro que ya hubiera con ellos acabado si Dios no los reservase para servir algun dia al mismo á quien crucificaron.

Es pues un hecho ya verificado y público que la ruina total del pueblo judaico está en el tiempo de Jesucristo. La conversion de los gentiles que habia de llegar entónces, no está menos cumplida. Al mismo tiempo que el antiguo culto es en Jerusalen destruido con su templo, la idolatría es combatida por todas partes; y los pueblos, que tantos millares de años habian olvidado á su hacedor, felizmente despiertan de tan profundo letargo.

Y á fin de que todo convenga, las antiguas promesas se descifran con la predicacion del Evangelio, en el tiempo que el pueblo judaico, que las habia recibido solamente temporales, reprobado manifiestamente por su incredulidad y cautivo por toda la tierra, no tiene ya humana grandeza que esperar. Entónces, en el Evangelio fué el porvenir prometido á los que padecen persecucion por la justicia; los secretos de la vida futura fueron predicados; y la bienaventuranza fué mostrada lejos de aquella mansion en que reina la muerte y en que abunda el crímen con todos los males juntos.

Quien aquí no descubriere un designio siempre sostenido y siempre continuado, quien no viere aquí un mismo órden en los consejos supremos que prepara desde el orígen del mundo lo que al fin de los tiempos perfecciona, y que bajo diversos estados, pero con una sucesion siempre constante, perpetúa á vista de todo el universo la sociedad en que el Eterno quiere ser servido; quien esto no vé, merece no ver nada y ser abandonado á su propia, obstinada, é inflexible dureza, como al mas justo y mas riguroso de todos los castigos.

Y á fin de que sea mas clara á los mas perspicaces esta continuacion anunciada, el mismo eterno la hace sensible y palpable con hechos que nadie puede ignorar, si voluntariamente no cerrare los ojos á la verdad. El Mesías es esperado por los hebreos; viene y llama á los gentiles, como habia predicho. El pueblo que le reconoce como venido, es incorporado con el que le esperaba, sin que haya en esto un solo momento de interrupcion; este pueblo se ha derramado y difundido por toda la tierra; los gentiles no cesan de agregársele; y el templo que el mismo ha establecido sobre la piedra á pesar de los esfuerzos del infierno jamás ha sido ni será derribado.

CAP. XXX.—Constante y perpétua continuacion del culto, y su victoria contra todas las sectas.

Es un consuelo para los creyentes, y un convencimiento de la verdad, el ver que desde nuestros tiempos nos remontamos sin interrupcion hasta san Pedro, establecido por Jesucristo, príncipe de los apóstoles, desde donde, contando los pontífices que sirvieron bajo la ley, subimos hasta Aaron, hasta Moisés y desde allí hasta los patriarcas y hasta el orígen del mundo. Muy acorde continuacion, muy venerada tradicion, y muy maravilloso encadenamiento. Si nuestro ánimo, naturalmente incierto y hecho por sus incertidumbres juguete de sus propios discursos, necesita en las cuestiones en que va no menos que la eternidad, ser fijado y determinado por alguna autoridad cierta, no hay otra mayor que la del culto que reune en sí mismo toda la autoridad de los siglos pasados y las antiguas tradiciones del género humano hasta su primer orígen.

Así, la congregacion que Jesucristo, esperado por tantos siglos pasados, fundó, en fin, sobre la piedra, y la en que san Pedro y sus sucesores han de presidir de órden suya, ella misma le justifica con su propia continuacion y lleva en su duracion eterna el carácter de la mano omnipotente.

Y esta continuacion ninguna herejía, ninguna secta, ninguna otra comunidad, sino sola la del culto verdadero ha podido dársela á sí misma. Las falsas religiones han podido, de una manera ridícula, imitar á aquella en muchas cosas; y sobre todo la imitan en decir, como ella, que Dios es quien las ha fundado; pero no pueden imitarla en la seguridad con que la católica lo dice. Porque, si Dios ha criado al género humano, si criándole á su imágen no se ha desdeñado de enseñarle el medio de servirle y de agradarle, cualquiera secta que no muestre su sucesion desde el orígen del mundo, evidentemente no es ni viene de Dios.

Aquí caen á los pies del culto verdadero todas las congregaciones y todas las sectas que los hombres han establecido dentro y fuera del cristianismo. Por ejemplo, bien pudo el falso profeta de los árabes decirse enviado de Dios; pero, después de haber engañado á unos pueblos sumamente ignorantes y de aprovecharse de las divisiones de sus vecinos para dilatar con las armas una religion toda sensual y torpe, no se atrevió á suponer que hubiese sido esperado; y en fin, no pudo dar ni á su persona, ni á su religion algun enlace real ni aparente con los siglos pasados. El expediente que halló para eximirse de esto es nuevo é inaudito hasta entónces. Pues temiendo que quisiesen inquirir en las escrituras de los cristianos testimonios de su mision semejantes á los que hallaba Jesucristo en las de los judíos, dijo que los cristianos y los judíos habian falsificado todos los libros. Sus secuaces ignorantes le creyeron sobre su palabra seiscientos años despues del Mesías; y él se anunció á sí mismo, no solo sin algun testimonio precedente, sino tambien sin que él ni los suyos hayan osado suponer algun milagro visible que pudiese autorizar su mision. Del mismo modo los heresiarcas que han fundado entre los cristianos nuevas sectas han podido hacer en su iluso sentir mas fácil la fé negando los misterios superiores á la esfera de los sentidos. Bien han podido deslumbrar á los hombres con su elocuencia y con una apariencia de piedad; conmoverlos por sus pasiones; empeñarlos por sus intereses; atraerlos con la novedad y con la licenciosa libertad, ya sea con la del entendimiento ó ya con la de los sentidos; en una palabra, han podido fácilmente ó engañarse ó engañar á otros; porque no hay cosa mas natural; pero fuera de que tampoco han podido alabarse de haber hecho algun milagro en público ni reducir su religion á hechos positivos, de que fuesen testigos sus secuaces, tienen siempre contra sí un hecho que los confunde y es su propia novedad. Siempre será patente á los ojos de todo el universo que se han separado de este gran cuerpo y de esta iglesia antigua que fundó el hacedor, y donde san Pedro y sus sucesores tenian el primer lugar, y en el que todas las sectas los han hallado establecidos. El punto de su separacion será siempre tan constante, que los herejes mismos no podrán dejar de confesarlo, ni aun osarán solamente intentar que procedan de aquel orígen por un curso que jamás se haya visto interrumpido. Esta debilidad inevitable tienen todas las sectas que los hombres han establecido. Nadie puede mudar los siglos pasados ni darse predecesores ó hacer que los haya él hallado en posesion. Sola la iglesia católica llena todos los siglos precedentes con una perpétua continuacion que no puede contestársele; la ley viene delante del Evangelio; la sucesion de Moisés y de los patriarcas no hace sino una misma y acorde continuacion con la del Mesías; ser esperado, venir, ser reconocido por una posteridad que dura al igual del mundo, es el carácter del Mesías, en quien creemos. «Este es hoy, era ayer y será siempre.»

Así, á mas de la ventaja que tiene el verdadero culto de ser el único fundado sobre hechos milagrosos y divinos que altamente escribieron sus cronistas, y sin temor de ser desmentidos, en el tiempo en que sucedieron, hay en favor de los que no vivieron entónces un milagro, siempre subsistente, que confirma la verdad de todos los demás: tal es la continuacion del mismo culto, siempre victorioso de los errores que han procurado destruirle, y á la que podremos tambien juntar otra, que es la continuacion visible de un incesante castigo sobre los judíos que no han recibido al Mesías prometido á sus padres.

Espéranle aun no obstante: y su esperanza, siempre frustrada, forma una parte de su castigo. Espéranle, y hacen ver esperándole que siempre ha sido esperado. Condenados por sus propios libros, aseguran, aunque no quieran, la verdad de la religion; llevan, por decirlo así, escrita sobre su frente toda la continuacion de ella; á una sola vista se ve lo que han sido, porque son como se les vé, y para lo que están reservados.

Así, cuatro ó cinco hechos auténticos y mas claros que la luz del sol hacen ver nuestra religion tan antigua como el mundo. Muestran por consecuencia que esta no tiene otro autor que al fundador del universo, que teniéndolo todo en su mano pudo él solo así comenzar como conducir un designio en que están todos los siglos comprendidos.

No hay, pues, ya que admirarse, como ordinariamente sucede, de que Dios nos dé á creer cosas dignas de su grandeza y juntamente tan impenetrables al entendimiento humano. De lo que debemos pasmarnos es, de que habiendo establecido la fé sobre una autoridad tan firme y tan manifiesta, aun se hallen en el mundo ciegos é incrédulos, obstinadamente pertinaces.

Nuestras pasiones desordenadas, nuestro apego á nuestros sentidos y nuestra altivez indomable, son la causa de esto. Mas queremos arriesgarlo todo que violentarnos; mas queremos cubrir nuestra ignorancia que confesarla; mas queremos satisfacer á una vana curiosidad, y alimentar en nuestro indócil entendimiento la libertad de pensar todo lo que nos gusta, que rendirnos al yugo de la autoridad divina.

De aquí nace que haya tantos incrédulos, y Dios así lo permite para la instruccion de sus hijos. Sin los ciegos, sin los salvajes, sin los infieles que permanecen hasta dentro del seno mismo del cristianismo, no conoceríamos bastantemente la corrupcion profunda de nuestra naturaleza, ni el abismo de que nos ha sacado Jesucristo. Si la verdad no fuese contradicha, no veríamos la maravilla de hacerla durar entre tantas contradicciones; y al fin, nos olvidaríamos de que estamos salvados por la gracia. Ahora la incredulidad de los unos humilla á los otros; y los rebeldes que se oponen á los designios eternos, hacen resplandecer aquel poder independiente y supremo con que cumple las promesas que ha hecho á su iglesia.

¿Qué espera, pues, el ateo para sujetarse y rendirse ya de una vez? ¿Acaso que Dios haga siempre nuevos milagros, que los vuelva inútiles con la continuacion, que acostumbre á ellos nuestros ojos, como lo están á la carrera del sol y á todas las demás maravillas de la naturaleza? ¿Espera que todos los enemigos enmudezcan, que los virtuosos y los licenciosos dén igual testimonio de la verdad, que todo el mundo de comun acuerdo la prefiera á su pasion, y que la falsa ciencia que solo debe á la novedad su brillo deje de sorprender á los hombres? ¿Acaso no es bastante el ver que no puede combatirse la religion sin hacer ver con monstruosas extravagancias que se tiene trastornado el entendimiento y que sola la presuncion ó la ignorancia son motivos de tanta obstinacion? Y un culto tan victorioso de los siglos y de los errores, no podrá vencer en nuestros entendimientos los lastimosos discursos que se le oponen? Y las promesas supremas que vemos cumplirse cada dia, ¿no podrán elevarnos sobre nuestros materiales sentidos, á los cuales debe corregir la razon?

No se nos diga que aun están suspensas estas promesas y que, como se extienden hasta el fin del mundo, entónces será cuando podremos gloriarnos de

haber visto su cumplimiento. Porque antes bien, lo que ha pasado nos asegura de lo futuro; tantas predicaciones antiguas y tan visiblemente cumplidas, nos manifiestan que ninguna habrá que no se cumpla; y que el templo, contra el cual el abismo, segun la promesa del hijo de Dios, no puede jamás prevalecer, subsistirá siempre hasta la consumacion de los siglos; pues el Mesías, claro y verídico en todo, no puso otros límites á su duracion indefectible.

Las mismas promesas nos aseguran la vida futura. Dios, que se ha mostrado tan fiel, cumpliendo lo que mira al siglo presente, no menos lo será en cumplir lo que pertenece al siglo futuro, cuya preparacion es solamente todo lo que vemos; y su templo estará siempre sobre la tierra inmóvil é inflexible, hasta que sea transportado á su verdadera morada.

Para los que serán excluidos de ella está reservado un rigor eterno; y después de haber perdido por su culpa una bienaventurada eternidad, no les quedará mas que otra infeliz en el abismo.

Así se terminan los consejos de Dios en un estado inmutable; sus promesas y sus amenazas son igualmente ciertas; y lo que ejecuta dentro del tiempo, asegura lo que nos ordena que esperemos ó temamos en los tiempos interminables.

Esto es lo que nos enseña la continuacion de la religion puesta aquí en compendio; el tiempo nos conduce á la eternidad; vemos un órden constante en todos los designios del Hacedor y una señal visible de su poder en la duracion perpétua de su pueblo; reconocemos que el culto tiene una raiz siempre subsistente de que no puede separarse sin perderse; y que los que están unidos á él, y obran como tales, infaliblemente se aseguran el supremo galardon debido á la virtud.

Estudiemos, pues, pero con atencion, aquella perpétua continuacion que tan claramente nos asegura todas las promesas del eterno. Todo lo que rompe esta cadena, todo lo que sale de esta continuacion, todo que se levanta de sí mismo y no proviene en virtud de aquella perpetuidad desde el orígen del mundo, debe horrorizarnos. Empleemos todas nuestras fuerzas en volver á llamar hácia aquella unidad todo cuanto de ella se ha desviado, y en hacer que sea escuchada la voz por la cual la sabiduría pronuncia sus oráculos.

No consiste la gloria de los príncipes tan solo en no haberla jamás abandonado, si que tambien en haberla siempre sostenido, y merecido ser llamados sus hijos primogénitos: el mas glorioso de todos los títulos.

No hablemos de Clodoveo, de Carlo Magno, ni de san Luis. Consideremos solamente el tiempo en que vivimos y de qué padre nos ha hecho nacer Dios. Un rey (1) grande en todo, mas se distingue por su fé que por otras maravillosas prendas. Protege á la religion dentro y fuera del reino y hasta las extremidades del mundo. Sus leyes son uno de los mas firmes baluartes del templo. Su autoridad reverenciada, tanto por el mérito de su persona como por la majestad de su cetro, nunca se sostiene mejor que cuando defiende la causa de la moral pública. La blasfemia enmudece; la impiedad tiembla delante de él; este es el rey señalado por Salomon que disipa todo lo mâlo con su vista. Si combate por tantos medios las innovaciones religiosas, y aun mas de lo que siempre con grande esfuerzo practicaron sus predecesores, no es porque dude de la seguridad de su trono; todo está postrado y tranquilo á sus piés, y sus armas son formidables por toda la tierra: lo hace porque ama á sus pueblos; y viéndose elevado por la mano de Dios á una potestad que no tiene igual en el universo, conoce que en nada puede ejercitarla mejor que en hacerla servir para curar las llagas de la moral pública. Digno es de ser imitado tan noble ejemplo, y de dejarle testificado á los descendientes. Recomiéndeseles el templo aun mas que el imperio; y sean los príncipes, ya que son primeros en la dignidad, los primeros tambien en defenderle, y en derramar su luz por el orbe entero, toda vez que de allí nace la mas honrosa gloria.

(1) Se refiere Bossuet á Luis XIV.

TERCERA PARTE.

DE LOS IMPERIOS Y SU INSTABILIDAD.

CAPÍTULO I.—Las revoluciones de los imperios son regladas por la providencia y sirven para humillar á los príncipes.

Aunque nada hay comparable con esta permanente continuacion del verdadero culto que hemos expuesto, debemos poner á la vista la sucesion de los imperios.

Tienen primeramente estos imperios, en su mayor parte, un enlace necesario con la historia del pueblo de Dios. Sirvióse este de los asirios y de los babilonios como de instrumento para castigarle; y de los persas para restablecerle; de Alejandro y sus primeros sucesores para protejerle; de Antíoco el ilustre y de sus sucesores para mortificarle; de los romanos para sostener su libertad contra los reyes de Siria que solo pensaban en destruirle. Los judíos permanecieron hasta Jesucristo bajo el poder de las legiones romanas. Cuando le desconocieron y crucificaron, los mismos romanos se hicieron, sin advertirlo, instrumento de la venganza divina, y exterminaron á aquel pueblo ingrato. Dios, que habia resuelto formar al mismo tiempo el nuevo pueblo de todas las naciones, reunió primeramente las tierras y los mares bajo aquel mismo imperio. El comercio de tantos pueblos diversos, extranjeros antes los unos para los otros, y después reunidos bajo la dominacion romana, fué uno de los mas poderosos medios de que se sirvió la Providencia para dar curso al Evangelio. Y si el mismo imperio persiguió por el espacio de trescientos años á este nuevo pueblo que nacia por todas partes dentro de su recinto, esta persecucion coronó á la iglesia cristiana é hizo resplandecer su gloria con su fé y su paciencia. En fin, cedió el imperio romano; y habiendo hallado una cosa, una poderosa fuerza que fué mas invencible que él, recibió pacíficamente en su seno á aquella iglesia á la cual habia hecho tan larga y tan sangrienta guerra. Los emperadores romanos emplearon su poder en hacer que la iglesia fuese obedecida; y Roma ha sido y es la cabeza del imperio espiritual que Jesucristo ha querido extender por toda la tierra.

Cuando llegó el tiempo en que habia de caer la potencia romana, y en que aquel grande imperio que vanamente se habia prometido la eternidad debia sujetarse á la suerte de los demás, Roma, hecha despojo de los bárbaros, conservó por la religion su antigua majestad. Las naciones que invadieron el imperio romano, aprendieron allí poco á poco la piedad cristiana que suavizó su barbarie; y cada uno de sus reyes, ocupando en su nacion el lugar de los emperadores, no halló ya entre sus títulos otro mas glorioso que el de protector de la iglesia.

Pero aquí es forzoso descubrir los secretos juicios de Dios sobre el imperio romano y sobre la misma Roma. Misterio que fué revelado á san Juan, y que este grande hombre, apóstol, evangelista y profe-

ta, explicó en su Apocalipsis. Roma, que habia envejecido en el culto de los ídolos, tenia una extremada dificultad en deshacerse de ellos, aun en tiempo de los emperadores cristianos; y el senado creia honrarse defendiendo los dioses de Rómulo á quienes atribuia todas las victorias de la antigua Roma (1). Estaban fatigados los emperadores de las legacías de aquel gran cuerpo que pedia el restablecimiento de sus ídolos, y creia por su ilusion que corregir á Roma de sus antiguas supersticiones era hacer injuria al nombre romano.

Así, aquella junta, compuesta de lo mas grande que tenia el imperio, y una inmensa multitud de pueblo en que se hallaban casi todos los mas poderosos de Roma, no podian ser sacados de sus errores, ni con la predicacion del Evangelio ni con un tan visible cumplimiento de las antiguas profecías, ni con la conversion de casi todo el resto del imperio, ni en fin, con la de los príncipes, cuyos decretos todos autorizaban el cristianismo. Al contrario continuaban llenando de oprobios al nuevo culto á quien tambien acusaban, á ejemplo de sus padres, atribuyéndole todas las desgracias del imperio, prontos siempre á renovar las antiguas persecuciones sino hubiesen sido reprimidos por los emperadores. En este estado se hallaban las cosas en el cuarto siglo de la iglesia y cien años despues de Constantino, cuando en fin, Dios se acordó (digámoslo así) de tantos y tan sangrientos decretos del senado contra los fieles, y juntamente de los gritos furiosos que todo el pueblo romano, sediento de la sangre cristiana, habia hecho resonar en el anfiteatro. Entregó, pues, á los bárbaros aquella ciudad «embriagada con la sangre de los mártires», como dice san Juan (2), y renovó sobre ella los terribles castigos que habia ejercitado sobre Babilonia; que Roma tambien es llamada por este nombre. Esta nueva Babilonia, imitadora de la antigua, desvanecida, como ella, por sus victorias, triunfante en sus delicias y en sus riquezas, manchada por sus idolatrías y perseguidora del pueblo de Dios, dá tambien, como ella, una gran caída, y san Juan canta su ruína (3). La gloria de sus conquistas que atribuia á sus dioses le es quitada; queda hecha despojo de los bárbaros; tomada tres ó cuatro veces, es robada, saqueada y destruida. No perdona la espada sino á los cristianos. Otra Roma, toda cristiana, se levanta sobre las ruínas de la primera; y después de la inundacion de los bárbaros es cuando se perfecciona enteramente la victoria de Jesucristo sobre los dioses romanos que se ven, no solamente destruidos, sino olvidados enteramente.

En esta forma, pues, han servido los imperios del mundo á la religion y á la conservacion del pueblo de Dios; por esto, el Eterno, que hizo predecir á sus profetas los diversos estados de su pueblo, les hizo profetizar tambien la sucesion de los imperios. Ya hemos visto los lugares en que Nabucodonosor fué señalado como el que habia de venir para castigar á los pueblos soberbios, y principalmente al pueblo judaico, ingrato para con su autor. Hemos oido nombrar á Ciro doscientos años antes de su nacimiento, como al que habia de restablecer el pueblo de Dios y castigar la soberbia de Babilonia. La ruína de Nínive no fué menos claramente predicha. Daniel, en sus admirables visiones, hizo pasar en un instante por nuestra vista el imperio de Babilonia, el de los medos y el de los persas, el de Alejandro y el de los griegos. Las blasfemias y las crueldades de un Antíoco, el ilustre, fueron allí profetizadas, así como las milagrosas victorias del pueblo de Dios contra tan violento perseguidor. Allí se ven aquellos famosos imperios caer los unos después de los otros; y el nuevo imperio que habia de establecerse se halla tan expresamente denotado por sus propias señas, que es imposible desconocerle. Este es el imperio de los santos del Altísimo; es el imperio del Hijo del Hombre; del Hombre Dios; imperio que ha de subsistir entre las ruínas de los otros, y el único á quien está prometida la eternidad.

No se nos han ocultado los juicios de Dios sobre el mayor de todos los imperios del mundo, quiero decir sobre el imperio romano. San Juan acaba de hacérnoslo saber por su propia boca. La misma Roma ha sentido la mano de Dios y sido, como las demás, un ejemplo de su justicia. Pero su suerte era mas feliz que la de las otras ciudades. Purgada con sus infortunios de los abominables restos de la idolatría, solo subsiste por el cristianismo que incesantemente anuncia á todo el universo.

Así, todos los grandes imperios, que hemos visto sobre la tierra, han concurrido de varios modos al bien del culto, y á la gloria de Dios, como él mismo lo ha declarado por sus profetas.

Cuando en sus escritos leemos tan frecuentemente que los reyes entrarán de tropel en el templo, que serán sus protectores y alimentadores, reconocemos en estas palabras á los emperadores, y demás príncipes cristianos; y como los reyes se han señalado mas que todos en proteger y dilatar el verdadero culto, no temeremos asegurar que ellos son entre todos los príncipes los mas claramente predichos en aquellas ilustres profecías.

Dios, pues, que tenia el designio de servirse de varios imperios para castigar ó ejercitar, para extender ó proteger á su pueblo, queriendo hacerse conocer por autor de tan admirable consejo, descubrió este secreto á sus profetas y les hizo predecir lo que habia resuelto ejecutar. Por eso, como los imperios entraban en el órden de los designios eternos sobre el pueblo que habia elegido, se halla la fortuna de aquellos imperios anunciada por los mismos oráculos que predicen la sucesion del pueblo fiel.

Cuanto mas nos acostumbremos á observar las cosas grandes, y á llamarlas á sus principios, tanto mas nos admiraremos de los consejos de la Providencia. Es menester que nos fijemos desde luego en estas ideas, que cada dia se aclararán mas y mas en nuestro entendimiento; y que aprendamos á apropiar las cosas humanas á las máximas de aquella eterna sabiduría de que dependen.

No declara Dios siempre su voluntad por órdenes á los reyes y monarquías que engrandece ó destruye. Pero, habiéndolo tantas veces hecho en aquellos grandes imperios de que acabamos de hablar, nos muestra con estos famosos ejemplares lo que obra en todos los demás, y enseña á los reyes estas dos verdades fundamentales; la primera, que él es quien forma los reinos para repartirlos, y la segunda, que sabe hacerlos servir en los tiempos y segun el método que ha resuelto para lo que tiene decretado sobre los imperios.

Esto debe tener á todos los príncipes enteramente atentos á fin de concurrir á lo que dispone la Providencia para bien comun en todas las ocasiones que se les presentan.

Pero esta sucesion de los imperios, considerándola

(1) Zozym. IV. Grat. Symm. ap. Amb. tom. V. lib. V. Ep. 30. Aug. de Civ. Dei, lib. I. etc. (2) Apoc. XVII. 6. (3) Ibid. XVII. XVIII.

tambien mas humanamente, produce grandes útilidades, particularmente á los príncipes, por quedar la arrogancia, compañera ordinaria de tan eminente condicion, muy fuertemente humillada con este espectáculo. Porque si los hombres aprenden á moderarse al ver morir los reyes, ¿cuánto mas escarmentados quedarán viendo morir los reinos mismos? ¿Y de dónde podrá sacarse mas útil enseñanza de lo que es la vanidad de las grandezas humanas?

Así, cuando vemos pasar como de repente por delante de nuestros ojos, no digo los reyes y los emperadores, sí que tambien aquellos grandes imperios que hicieron temblar á todo el universo; cuando vemos los asirios antiguos y nuevos, los medos, los persas, los griegos y los romanos presentarse sucesivamente y caer, por decirlo así, los unos sobre los otros: este espantoso fracaso nos hace conocer que nada hay sólido entre los hombres, y que la inconstancia y la agitacion es la propia dote de las cosas humanas.

CAP. II.—Las revoluciones de los imperios tienen causas particulares que los príncipes deben estudiar con toda detencion.

Pero lo que hará mas útil y agradable este espectáculo serán las reflexiones, no solo sobre la elevacion y caída de los imperios, si que tambien sobre las causas de sus progresos y de su decadencia.

Porque, este Dios que ha labrado el encadenamiento del universo, y que, Omnipotente por sí mismo, ha querido, para establecer el órden, que las partes de un todo tan grande y armonioso dependiesen las unas de las otras, este mismo Dios ha querido tambien que el curso de las cosas humanas tuviese su continuacion y sus proporciones, es decir, que los hombres y las naciones han tenido calidades proporcionadas á la elevacion á que estaban destinados, y que fuera de ciertos golpes extraordinarios en que Dios queria que únicamente se descubriese su mano poderosa, no han sucedido grandes mudanzas que no hayan tenido sus causas en los siglos precedentes.

Y como en todas las cosas hay un ser que las prepara, que determina á emprenderlas y que consigue su logro, la verdadera ciencia de la historia consiste en observar en cada tiempo aquellas secretas disposiciones que han preparado las grandes mudanzas, y las circunstancias importantes que las han hecho llegar á efectuarse.

En efecto, no basta tener solamente presentes, esto es, considerar aquellos grandes sucesos que de repente deciden de la fortuna de los imperios. Quien fundamentalmente quisiere entender las cosas humanas, debe tomarlas de mas allá y observar las inclinaciones y las costumbres; y para decirlo todo en una palabra, el carácter, así de los pueblos dominantes en general como de los príncipes en particular, y en fin, de todos los hombres extraordinarios que por la importancia que han debido tener en el mundo han contribuido en bien ó en mal á la mudanza de los estados y á la fortuna pública.

Hemos procurado preparar el ánimo para estas importantes reflexiones en la primera parte de este discurso: allí habremos podido observar el genio de los pueblos y el de los grandes hombres que los rigieron.

Hemos mostrado los sucesos que extendieron á lo futuro sus influencias, y á fin de tener á nuestros lectores atentos al encadenamiento de los grandes negocios del mundo, que hemos querido principalmente hacerles entender, hemos omitido muchos hechos particulares cuyas consecuencias fueron tan considerables. Pero, porque habiéndonos aplicado á la continuacion del culto hemos pasado muy ligeramente por muchas cosas para poder hacer las reflexiones que merecian, debemos ahora detenernos en ellas con particular atencion, y acostumbrar el entendimiento á indagar los efectos por sus causas mas distantes.

Por este medio aprenderemos lo que es tan necesario que sepamos; que si bien, á no mirar sino los accidentes particulares, parece que la fortuna sola decide del establecimiento y ruína de los imperios, si se observa todo, sucede casi lo que en el juego, en que vence por último el mas hábil.

En efecto, en aquel juego sangriento en que los pueblos se disputaron el imperio y el poder, el que de mas léjos lo previó, el que mas se aplicó, el que sufrió mas largo tiempo los trabajos, y en fin, el que supo mejor ó adelantarse ó detenerse segun la ocasion, tuvo al fin la ventaja é hizo servir la misma fortuna á sus designios.

No nos cansemos, pues, al examinar las causas de las varias y grandes mudanzas, porque nunca hallaremos cosa que tanto nos instruya; inquirámoslas principalmente en la sucesion de los grandes imperios donde la magnitud de los acaecimientos las hace mas palpables.

CAP. III.—Los escitas, los etíopes y los egipcios.

No contaremos aquí entre los grandes imperios el de Baco ni el de Hércules, aquellos famosos vencedores de las Indias y del Oriente; porque sus historias nada tienen de cierto y sus conquistas nada de seguido; celébrenlos los poetas que han hecho de ellas el principal asunto de sus fábulas y ficciones.

Tampoco hablaremos del imperio que el Madies de Herodoto (1), que no tiene poca semejanza con el Indathirso de Megástenes (2) y con el Tanao de Justino (3), estableció por breve tiempo en el Asia Mayor. Los escitas que aquel príncipe conducia á la guerra, mas hacian correrías que conquistas; y solo por accidente, y persiguiendo á los cimerianos, entraron en la Media, deshicieron á los medos y les quitaron aquella parte del Asia en que habian fundado su dominacion. No reinaron allí estos nuevos conquistadores sino veinte y ocho años; porque su impiedad, su avaricia y su brutalidad fueron causa de que la perdiesen; y Ciaxares, hijo de Fraortes, de quien la habian conquistado, los echó de ella mas por industria que por fuerza. Reducido á un ángulo de su reino, en el que los vencedores ó descuidaron de atacarle ó no pudieron vencerle, esperó con paciencia á que aquellos conquistadores brutales se conciliasen el ódio público y se deshiciesen ellos mismos por el desórden de su gobierno.

Hallamos tambien en Estrabon (4), que lo sacó del mismo Megástenes, á un Tearcon rey de Etiopía, que será el Taraca de la Escritura (5), cuyas armas fueron formidables en tiempo de Senaquerib, rey de Asiria. Este príncipe penetró hasta las Columnas de Hércules, á lo largo de la costa de África, y pasó hasta Europa. ¿Pero qué hemos de decir de un hombre de quien no vemos en las historias sino cuatro ó cinco palabras, y cuya dominacion no tuvo consecuencia ni continuacion alguna?

Los etíopes eran, segun Herodoto, los mas bien dispuestos de todos los hombres y del mejor talle. Su entendimiento era vivo y firme; pero aplicábanse con poco cuidado á cultivarle, poniendo su confianza en sus cuerpos robustos y en sus brazos nervosos. Sus reyes eran electivos, y elevaban al trono al mas alto

(1) Herod. lib. I. 1. (2) Strab. l. xv. (3) Just. l. 1. (4) L. xv. (5) 4. Reg. xix. 9. Is. xxxii. 4.

y mas fuerte. Puédese hacer juicio de su humor por una accion que nos refiere Herodoto. Cuando Cambises, para sorprenderlos, les envió embajadores y aquellos presentes, que solian hacer los persas, de púrpura, de brazaletes de oro y de composiciones de perfumes, no menos se burlaron de sus presentes, en los que nada veian útil para la vida, que del artificio de sus embajadores conocidos luego por espías. Pero quiso su rey hacer tambien un presente á su modo al rey de Persia; y tomando en la mano un arco, que apenas un persa habria podido sostener cuanto menos disparar, le armó en presencia de los embajadores y les dijo: ved aquí el consejo que el rey de Etiopia da al rey de Persia: «Cuando los persas podrán servirse tan fácilmente, como acabo de hacer, de un arco de esta grandeza y de esta fuerza, que vengan á atacar á los etíopes y traigan mas tropas que las que tiene Cambises. Entretanto den gracias á los dioses de no haber puesto en el corazon de los etiopes el deseo de extenderse fuera de su provincia.» Dicho esto, desarmó el arco y dióle á los embajadores. No puede decirse cuál habria sido el éxito de la guerra. Irritado Cambises con esta respuesta, marchó contra Etiopia como un insensato, sin órden, sin convoyes, sin disciplina; y vió perecer su ejército por falta de víveres entre los arenales antes de acercarse al enemigo.

No eran, con todo eso, estos pueblos de Etiopia tan justos como blasonaban ni tan contenidos en su provincia. Sus vecinos, los egipcios, habian frecuentemente probado sus fuerzas. Nada hay consiguiente en los consejos de estas naciones salvajes y mal cultivadas; si su naturaleza empieza muchas veces á producir en ellos buenos dictámenes, jamás los perfecciona; y asi poco vemos allí que aprender ni que imitar. No hablemos mas de estas gentes y vamos á los pueblos mas cultos.

Los egipcios son los primeros que han sabido las reglas del gobierno. Esta nacion grave y séria conoció desde luego el verdadero fin de la política, que es hacer cómoda la vida y felices á los pueblos. El temperamento, siempre uniforme, del país, daba á los entendimientos solidez y constancia. Y como la virtud es el fundamento de la sociedad la cultivaron con diligencia (1). Su principal virtud era el reconocimiento. La honrosa gloria que se les ha dado de ser los mas reconocidos de todos los hombres, hace ver que tambien eran los mas sociables. Los beneficios son las ligaduras y los lazos de la concordia pública y particular. Quien reconoce las gracias desea hacerlas; y, desterrada la ingratitud, el gusto de hacer bien queda tan vivo, que ninguno puede dejar de sentirle. Sus leyes eran sencillas, llenas de equidad y propias para unir entre sí á los ciudadanos (2). El que pudiendo salvar á un hombre acometido no lo hacia, era castigado con la muerte como un asesino, y si no podia socorrerle debia á lo menos denunciar al autor de la violencia, y habia penas establecidas contra los que faltaban á esta obligacion. Así los ciudadanos se guardaban unos á otros; y todo el cuerpo del estado estaba unido contra los malos. No era permitido ser inútil al estado: la ley señalaba á cada uno su oficio, que se perpetuaba de padre á hijo. No se podian tener dos ni mudar de profesion; pero eran tambien todos decentes (3).

Era preciso que hubiera empleos y personas mas distinguidas, como lo es que haya ojos en los cuerpos; pero, así como el resplandor de aquellos no hace despreciables á los piés ni á las partes mas ínfimas, así entre los egipcios, los sacerdotes y los soldados tenian distinciones particulares de honor; pero todas las ocupaciones, hasta las menores, eran estimadas; y no se creia poder, sin delinquir, despreciar á los ciudadanos cuyas labores, cualesquiera que fuesen, contribuian al bien público. Por este medio llegaban todas las artes á su perfeccion; el honor que las mantenia tocaba á todas; mejorábase lo que siempre se habia visto hacer, y en lo que cada uno se habia ejercitado desde su infancia.

Pero habia una ocupacion que debia ser comun; era esta el estudio de las leyes y de la sabiduría. La ignorancia de la religion y de la policía del país no se perdonaba á estado alguno. En cuanto á lo demás, cada profesion tenia su cierto ángulo que le era señalado, sin que esto causase incomodidad en una provincia no muy grande; y con tan buen órden no sabian los holgazanes donde ocultarse (1).

Lo mejor que habia entre tan buenas leyes era, que se criaban todos en la máxima de observarlas. Una costumbre nueva era en Egipto un prodigio; hacíase todo allí siempre de un modo; y la exactitud que se tenia en observar las cosas pequeñas mantenia á las grandes. Así, jamás hubo pueblo que mas largo tiempo conservase sus usos y sus leyes. El órden de sus juicios contribuia á mantener esta máxima (2). Eran entresacados treinta jueces de las principales ciudades para componer la junta que juzgaba á todo el reino. No solian verse en estas plazas sino las personas mas honradas del país y las mas graves. El príncipe les señalaba ciertas rentas á fin de que libres de los embarazos domésticos pudiesen aplicar todo su tiempo al cuidado de la observancia de las leyes. Ninguna útilidad sacaban de los procesos; pues aun no se habia pensado en que la administracion de la justicia pudiese ser lucrativa. Por no dejarse sorprender tratábanse los negocios por escrito en esta junta. Temíase allí la falsa elocuencia que deslumbra los entendimientos y conmueve las pasiones. No se podia explicar la verdad de un modo demasiadamente árido. Llevaba el presidente del senado un collar de oro y de piedras preciosas del que pendia una figura sin ojos, á la que llamaban la verdad (3). Cuando la tomaba, era la señal de empezar la sesion; y el aplicarla á la parte que debia ganar la causa, era la forma de pronunciar la sentencia. Uno de los mejores artificios de los egipcios para conservar sus antiguas máximas, era el vestirlas de ciertas ceremonias que las imprimian en los ánimos. Observábanse estas con reflexion, sin que permitiese la seriedad de los egipcios que se convirtiesen en simples formalidades. Los que no tenian negocios y profesaban una vida arreglada, podian evitar el exámen de aquel severo tribunal. Pero habia en Egipto una especie de juicio del todo extraordinario y del que nadie estaba exento. Es de algun consuelo al morir dejar de sí buena memoria en el mundo; y de todos los bienes humanos éste es el único que no puede arrebatarnos la muerte. Pero no era permitido entre los egipcios alabar indistintamente á todos los difuntos; era preciso conseguir este honor por pública sentencia. Luego que un hombre moria era llevado á juicio. Escuchaban al acusador público; si probaba que la conducta del difunto hubiese sido mala, condenaban su memoria y privábanle de sepultura. Admiraba el pueblo el poder de las leyes que se extendia hasta después de la vida; y cada uno,

(1) Diod. lib. 1. sect. 2. (2) Ibíd. (3) Diod. lib. 1. sect. 2.

(1) Herod. lib. 1. sect. 2. Plat. de leg. 11. (2) Diod. Ibíd. (3) Diod. lib. 1. sect. 2. Plat. de Leg. 11.

escarmentado con el ejemplo, temia dejar su memoria y familia deshonradas. Pero si el difunto no era convencido de culpa alguna, era honoríficamente sepultado y hacíanle su panegírico, pero sin mezclar en él nada de su nacimiento. Todo egipcio era noble, y fuera de eso no gustaban de otras alabanzas que de las que con el propio mérito se adquirian.

Todos saben con cuánta diligencia conservaban los egipcios los cadáveres. Aun se ven sus momias. Así era inmortal su reconocimiento para con sus padres. Los hijos, al ver los cuerpos de sus antepasados, acordábanse de sus virtudes, ejecutoriadas por autoridad pública, y se excitaban á amar las leyes que les habian dejado.

Para impedir los empréstitos, de donde nacen la holgazanería, los fraudes y las trampas, no permitia la ordenanza del rey Asichis (1) que se prestase sino con condicion de quedar empeñado el cuerpo del padre del deudor á favor del que prestaba. Era una impiedad, y juntamente una infamia, no desempeñar una prenda tan preciosa; y el que moria sin haber cumplido con esta deuda, era privado de sepultura.

El reino era hereditario, pero estaban los reyes mas obligados que los súbditos á vivir segun las leyes (2). Habíalas para ellos particulares, compiladas por un rey, y formaban una parte de los libros sagrados. No era esto porque se disputase algo á los reyes ó porque alguno tuviese el derecho de precisarles á ello; pues antes bien eran respetados como dioses; sino porque una costumbre antigua lo habia todo reglado, y no pensaban en vivir de otro modo que sus antepasados. Así toleraban sin dificultad, no solamente que la calidad de los manjares y la medida en el beber, y en el comer, les fuese tasada (porque esto era una cosa ordinaria en Egipto donde todos eran sobrios y donde el aire del país inspiraba la frugalidad), sino tambien que les fuesen destinadas todas sus horas (3). Despertaban al amanecer; y entónces, cuando está el entendimiento mas despejado y los pensamientos son mas puros, leian sus papeles para formar un juicio mas recto y verdadero de los negocios que habian de decidir. Luego que estaban vestidos, iban al templo á sacrificar. Allí, rodeados de toda su córte y puestas las víctimas en el altar, asistian á una rogativa llena de instruccion, en que el pontífice suplicaba á los dioses diesen al príncipe todas las virtudes reales; de modo, que fuese religioso con los dioses, benigno con los hombres, moderado, justo, magnánimo, sincero, enemigo de la mentira, liberal, dueño de sí mismo, largo en el premio y escaso en el castigo. Hablaba despues el pontífice de las faltas en que podian incurrir los reyes; pero siempre suponia que no caian en ellas sino por malicia agena ó ignorancia propia, llenando de maldiciones á los ministros que les daban malos consejos y les disfrazaban la verdad. Este era el modo de instruir á los reyes (4). Creíase que no sirviesen de mas las reprensiones que de exasperar sus ánimos; y que el medio mas eficaz de infundirles la virtud, fuese mostrarles su obligacion en las alabanzas conformes á las leyes y pronunciadas gravemente delante de los dioses. Despues de la rogativa y del sacrificio leíanse al rey en los santos libros los consejos y las acciones de los hombres grandes, á fin de que con sus máximas gobernase su estado y mantuviese las leyes que habian hecho á sus predecesores no menos felices que á sus vasallos.

El efecto que producian estas exhortaciones manifiesta la seriedad con que se hacian y con que se escuchaban. Entre los tebanos, es decir, en la dinastía principal, en aquella en que las leyes estaban en su vigor, y que en fin, se hizo señora de todas las demás, los mas grandes hombres fueron los reyes. Los dos Mercurios, autores de las ciencias y de todas las instituciones de los egipcios, el uno que vivió por los tiempos del diluvio y el otro á quien llamaron el Trismegisto ó tres veces grande, contemporáneo de Moisés, fueron ambos reyes de Tebas. Todo el Egipto se aprovechó de sus luces; y Tebas debe á sus instrucciones haber tenido pocos príncipes malos (1). Eran estos durante su vida tolerados, por exigirlo así el público reposo; pero no quedaban exentos del juicio, á que era preciso sujetarse después de la vida. Algunos fueron privados de sepultura; pero vénse de esto pocos ejemplares; al contrario fueron los reyes, en su mayor parte, tan amados de los pueblos, que no menos lloraba cada uno su muerte que la de su padre ó la de sus hijos.

Esta costumbre de juzgar á los reyes después de su vida, pareció tan santa al pueblo de Dios, que la practicó siempre. En la Escritura vemos que los malos reyes eran privados de la sepultura de sus antepasados, y sabemos de Josefo (2) que duraba aun esta costumbre en tiempo de los asmoneos; costumbre que hacia comprender á los reyes que, si la majestad los hace superiores á los juicios humanos durante su vida, vuelven en fin á ellos cuando la muerte los ha igualado con los demás hombres.

Tenian los egipcios el entendimiento inventivo y aplicábanle siempre á las cosas útiles. Los dos Mercurios llenaron el Egipto de invenciones maravillosas, y casi nada le dejaron ignorar de lo que podia hacer cómoda, tranquila y suave la vida. Pero no puedo dejar á los egipcios la gloria que dieron á su Osiris de haber inventado la labranza: porque en todos tiempos se halla en los países vecinos á la tierra desde donde se fué esparciendo el linaje humano; y es indudable que desde el orígen del mundo fué conocida. Los mismos egipcios dan tambien á Osiris una tan grande antigüedad (3), que bien se conoce que confundieron su tiempo con el de los principios del diluvio; y quisieron atribuirle cosas cuyo orígen excede en mucho á todos los tiempos conocidos en su historia. Pero, si los egipcios no inventaron la agricultura ni las demás artes, que vemos antes del diluvio, las perfeccionaron de tal modo y pusieron tan grande cuidado en restablecerlas entre los pueblos en que la barbarie habia hecho olvidarlas, que no es menos grande su gloria que si las hubiesen inventado.

Otras hay tambien muy importantes cuya invencion les es indisputable. Como su país era unido y llano, y su cielo claro y sin nubes, fuéron los primeros en observar el curso de los astros (4). Tambien lo fuéron en reglar el año. Estas observaciones los introdujeron naturalmente en la aritmética: y si es cierto lo que dice Platon que el sol y la luna enseñaron á los hombres la ciencia de los números, esto es, que se empezaron las cuentas regladas por la de los dias, de los meses y de los años, los egipcios son los primeros que escucharon á estos maravillosos y celestiales maestros. No les fuéron menos conocidos los planetas y demás astros; y hallaron aquel año grande que vuelve todo el cielo á su primer punto. Por reconocer sus tierras cubiertas todos los años por las inundacio-

(1) Herod. l. III. Diod. I. sect. 2. (2) Ibid. (3) Herod. II. Diod. I. sect. 2. (4) Ibid.

(1) Herod. l. II. Pla. Epin. Diod. I. sect. 2. Ib. (2) Ant. III. 23. (3) Diod. lib. I. sect. I. Plat. de Isid. et Osir. (4) Plat. Epin. Diod. I. sect. 2. Herod. lib. II.

nes del Nilo, se vieron obligados á recurrir á la medida de las tierras, la cual enseñó bien presto la geometría. Eran grandes observadores de la naturaleza que en un clima sereno y bajo un sol tan ardiente, era en aquel país fuerte y fecunda. Hízoles esto tambien inventar ó perfeccionar la medicina. Así, todas las ciencias merecieron allí un grande honor (1).

Los inventores de las cosas útiles recibian, así en vida como después de ella, recompensas dignas de sus trabajos. Esto es lo que consagró los libros de los dos Mercurios é hizo mirarlos como divinos. El primero de todos los pueblos en que se ven bibliotecas es el Egipto. El título que se les daba inspiraba deseo de entrar en ellas y de penetrar sus secretos; eran llamadas «el Tesoro de los remedios del alma (2):» porque allí se curaba esta de la ignorancia, que es la mas peligrosa de sus enfermedades y el orígen de todas las demás.

Una de las cosas que mas fuertemente se imprimia en el ánimo de los egipcios era el amor á su patria. Ella era, decian, la mansion de los dioses, los cuales habian allí reinado infinitos millares de años; era la madre de los hombres y de los animales, que la tierra de Egipto habia producido, en tanto que lo restante de la naturaleza era estéril (3). Los sacerdotes, que componian la historia de Egipto de esta série inmensa de siglos que únicamente llenaban de fábulas y de las genealogías de sus dioses, lo hacian por imprimir en el ánimo de los pueblos la antigüedad y nobleza de su país. Por lo demás, su verdadera historia estaba incluida en límites razonables; pero se deleitaban en sumergirse y perderse en un abismo infinito de tiempo que parecia rozarse con la eternidad.

Con todo eso, el amor á la patria tenia fundamentos mas sólidos. Era el Egipto en efecto el mas bello país del universo, el mas abundante por la naturaleza, el mas bien cultivado por el arte, el mas rico, mas cómodo y mas adornado por el cuidado y magnificencia de sus reyes.

No habia cosa que no fuese grande en sus designios y en sus labores. Lo que hicieron del Nilo es increible.

Llueve raras veces en Egipto; pero este célebre rio, que enteramente le riega con sus inundaciones regladas, le lleva las lluvias y las nieves de los demás países (4). Para multiplicar un rio tan benéfico, estaba el Egipto atravesado de una infinidad de canales tan largos y anchos que parecia increible. Á todas partes llevaba el Nilo la fecundidad con sus aguas saludables; unia á las ciudades entre sí, y el mar Grande con el mar Rojo; mantenia el comercio dentro y fuera del reino, y le fortificaba contra el enemigo; de suerte, que era el que alimentaba y juntamente el que defendia al Egipto. Dejábasele libre el campo, pero, encumbradas las ciudades con trabajos inmensos, y elevándose como islas en medio de las aguas, miraban con regocijo desde aquella altura todo el llano inundado y juntamente fertilizado por el Nilo. Cuando salia de madre, los grandes lagos, cavados de órden de los reyes, ofrecian su seno á las aguas derramadas por el campo. Tenian sus desaguaderos preparados, y abrian ó cerraban, segun la necesidad, grandes compuertas; y teniendo las aguas su receptáculo no permanecian sobre las tierras sino lo que era preciso para beneficiarlas.

Para esto servia el lago que se llamaba de Miris ó de Mœris, que era el nombre del rey que habia hecho formarle (1). No puede leerse sin asombro, por ser cierto, que tenia casi ciento ochenta leguas francesas de circunferencia. Por no malograr muy buenas tierras al abrirle, habíase principalmente extendido por el lado de la Libia. Su pesca valia al príncipe sumas inmensas; y así cuando la tierra nada producia, se sacaban tesoros de ella cubriéndola de aguas. Dos pirámides, que cada una sostenia sobre un trono dos estátuas colosales, la una de Miris y la otra de su mujer, se elevaban hasta trescientos piés en medio del lago, y ocupaban sobre las aguas igual espacio (2). Así manifestaban haber sido erigidas antes que aquella concavidad se hubiese llenado, y que un lago de tan grande extension habia sido hecho por la mano del hombre, en el tiempo y reinado de un solo príncipe.

Los que no saben hasta qué punto puede economizarse la tierra, tienen por fábula lo que se cuenta del número de las ciudades de Egipto. Su riqueza no es menos increible (3). Ninguna habia que no estuviese llena de templos magníficos y de palacios soberbios. La arquitectura mostraba en todo aquella noble sencillez y aquella grandeza que llena el ánimo. Las largas galerías ostentaban esculturas que tomaba la Grecia por modelos (4). Podia Tebas competir con las mas bellas ciudades del universo. Sus cien puertas, cantadas por Homero (5), son conocidas de todo el mundo. No era menor su poblacion que su grandeza; y se ha dicho que podian salir al mismo tiempo diez mil combatientes por cada una de sus puertas; y aunque haya en esto alguna exageracion, siempre es cierto que era innumerable su pueblo. Los griegos y los romanos celebraron su magnificencia y su grandeza, aunque solo fueron testigos de sus ruínas; tan apreciados eran sus restos (6).

Si nuestros peregrinos hubiesen penetrado hasta el sitio en que aquella ciudad estaba fabricada, aun habrian sin duda hallado alguna cosa incomparable en sus ruínas; porque las obras de los egipcios estaban hechas para resistir al poder del tiempo. Sus estátuas eran colosales; sus columnas inmensas. Tenia el Egipto puesta su atencion en lo grande, y queria asombrar á los ojos desde lejos; pero contentándolos siempre con lo justo de las proporciones (7).

Hánse descubierto en el Sayd (que ya sabemos es el nombre de la Tebaida), templos y palacios aun casi enteros en que estas columnas y estátuas son innumerables (8). Allí se admira sobre todo, un palacio cuyas ruínas parece no haber subsistido sino para borrar la gloria de todos los mayores edificios. Cuatro calles, en que se pierde la vista, ceñidas por una y otra parte de esfinjes de no menos rara materia que notable grandeza, sirven de entrada á cuatro pórticos cuya altura pasma á los ojos. Los que nos han descrito este prodigioso edificio no tuvieron tiempo de recorrerle todo, ni están ciertos de haber visto la mitad; pero era asombroso cuanto vieron. Una sala, que al parecer formaba el centro de este soberbio palacio, era sostenida por ciento y veinte columnas de seis brazas de corpulencia, grandes en proporcion, y mezcladas de obeliscos que no habia podido abatir la fuerza de tantos siglos. Hasta los colores, que es lo que mas pronto experimenta el poder del tiempo, se mantienen tambien entre las ruínas de aquel maravilloso edificio y conservan su viveza; tanto sabia imprimir el Egipto en todas sus obras el carácter de la in-

(1) Diod. lib. 1. sect. 2. Diod. Ibid. Diod. III. nit. (2) Diod. lib. 1. sect. 2. (3) Plat. in Tim. Diod. 1. sect. 2. (4) Herod. II. Diod. 1. sect. 2.

(1) Herod. et Diod. (2) Herod. II. Diod. 1. 2. (3) Herod. Ib. (4) Diod. Ibid. (5) Pomp. Mela. lib. 9. (6) Strab. XVII. Tac. Ann. 1. 60. (7) Herod. et Diod. loc. cit. (8) Viajes impresos por M. de Thavenot.

mortalidad. Ahora que el hombre penetra hasta las partes mas desconocidas del mundo y que de órden suya se extienden los descubrimientos de las mas bellas obras de la naturaleza y del arte á regiones tan remotas, ¿no seria un objeto digno de aquella noble curiosidad el descubrir los primores que encierra la Tebaida en sus desiertos, y enriquecer nuestra arquitectura con las invenciones del Egipto? ¿Qué poder ó que arte ha sido capaz de hacer de tal país la maravilla del universo? ¿Y qué perfecciones no se hallarian si se pudiese llegar á la corte, pues tan lejos de ella se descubren cosas tan maravillosas?

Solo era propio del Egipto erigir monumentos para la posteridad. Sus obeliscos son el dia de hoy, así por su belleza como por su altura, el principal ornamento de Roma; y, desesperando el poder romano de igualar á los egipcios, creyó hacer bastante para su grandeza con tomar prestados los monumentos de sus reyes.

Aun no habia visto el Egipto edificios grandes, á excepcion de la torre de Babel, cuando ideó sus pirámides que tanto por su figura como por su grandeza triunfan del tiempo, y de los bárbaros. El buen gusto de los egipcios les hizo desde entónces amar la solidez y la regularidad totalmente desnuda. ¿No es esto, decir, que la naturaleza inclina por sí misma á aquel aire sencillo á que con tanta dificultad se vuelve cuando se ha viciado el gusto con novedades, y osadías extravagantes? Sea como fuere, los egipcios no amaron mas que los arrojos reglados; no buscaron lo nuevo ni lo asombroso sino en la variedad infinita de la naturaleza, y se gloriaban de ser los únicos que habian hecho, como los dioses, obras inmortales. No eran menos nobles las inscripciones de las pirámides que su artificio (1). Hablaban con quien las miraba. Una de las pirámides, fabricada de ladrillo, advertia con su título que se abstuviesen de compararla con las demás, « y que era tan superior á todas las pirámides como Júpiter á todos los dioses. »

Pero, por mas que se esfuercen los hombres, en todo se descubre su nada. Eran estas pirámides unas sepulturas (2); y los reyes que las fabricaron ni tuvieron el poder de enterrarse allí, ni gozaron de su sepulcro.

No hablaríamos de aquel bello palacio que llamaban el laberinto si Herodoto (3), que le vió, no asegurase que era mas pasmoso que las pirámides. Estaba fabricado sobre la márgen del lago de Miris y tenia una vista proporcionada á su grandeza. En cuanto á lo demás, no era tanto un palacio como un cúmulo magnífico de doce palacios regularmente dispuestos, que se comunicaban entre sí. Mil quinientos aposentos, mezclados de terrados, estaban ordenados al rededor de doce salas, y no dejaban salida á los que se empeñaban en reconocerlos. Otra tanta estancia habia debajo de tierra. Estos edificios subterráneos estaban destinados á la sepultura de los reyes y tambien (¿quién podrá decirlo sin rubor y sin lastimarse de la ceguedad del entendimiento humano?) servian para alimentar á los cocodrilos sagrados, de quienes aquella nacion, apesar de ser tan sabia, hacia sus dioses.

Pasma el ver tanta magnificencia en los sepulcros del Egipto. Esto era, porque á mas de erigirlos como monumentos sagrados para llevar á los siglos futuros la memoria de tan grandes príncipes, eran tambien mirados como albergues eternos (4). Las casas eran llamadas posadas en que no se estaba sino de paso, y durante una vida muy corta, para terminar nuestros designios; pero las verdaderas casas eran los sepulcros que debíamos habitar por el espacio de infinitos siglos.

En cuanto á lo demás, no eran las cosas inanimadas en lo que mas trabajaban los egipcios. Sus mas nobles fatigas y su arte mas excelente consistia en formar á los hombres (1). La Grecia estaba tan persuadida de esto, que sus mayores hombres, un Homero, un Pitágoras, un Platon, hasta el mismo Licurgo y Solon, aquellos dos grandes legisladores, y otros que no es necesario nombrar, fuéron á aprender en Egipto la sabiduría (2). Dios quiso que tambien Moisés fuese instruido en todo lo que sabian los Egipcios, y este fué el orígen de que empezase á ser poderoso en palabras y en obras. La verdadera sabiduría se sirve de todo, y no quiere Dios que los que se hallan favorecidos por sus inspiraciones omitan los medios humanos que así se derivan de él como de su indefinido orígen.

Aquellos sabios habian estudiado el régimen que hace los ánimos sólidos, los cuerpos robustos, las mujeres fecundas y los niños vigorosos. Por este medio crecia el pueblo en número y en fuerzas. Era sano el país naturalmente; pero habíales enseñado la filosofía que quiere ser ayudada la naturaleza (3). Hay un arte así para formar los cuerpos como los ánimos. Este arte, que nos ha hecho perder nuestro descuido, era bien conocido de los antiguos y habia sido hallado por los egipcios. La frugalidad y los demás ejercicios eran de lo que principalmente se servian para este admirable intento. En un gran campo de batalla que Herodoto vió (4), observó los cráneos de los persas que eran fáciles de ser penetrados, y los de los egipcios mas duros que las piedras con que estaban mezclados, lo que mostraba la blandura de los unos y la robusta consistencia que un alimento frugal y los ejercicios vigorosos daban á los otros. La carrera á pié, la de á caballo y en carros se practicaban en Egipto con una maravillosa destreza; y no habia en todo el universo mejores hombres de á caballo que los egipcios. Cuando Diodoro nos dice (5) que desechaban la lucha como ejercicio que daba una fuerza perjudicial y poco durable, hablaria de la lucha inmoderada de los atletas que la misma Grecia, que la coronaba en sus juegos, habia vituperado como poco conveniente á las personas libres; pero que con una cierta moderacion era digna de cualquier hombre de calidad; y el mismo Diodoro (6) nos hace saber que el docto Mercurio de los egipcios habia inventado sus reglas como tambien el arte de formar los cuerpos. Del mismo modo se ha de entender lo que dice este autor tocante á la música (7). La que él hace ver despreciada por los egipcios, como capaz de ablandar los ánimos, es sin duda aquella música suave y afeminada que no inspira sino placer y una falsa ternura. Porque la música generosa, cuyos nobles conciertos elevan el espíritu y el corazon, no estuvo sujeta al desprecio de los egipcios, pues segun el mismo Diodoro (8) la habia inventado su Mercurio, como asimismo el mas grave de los instrumentos de la música. En la procesion solemne de los egipcios en que se llevaban segun sus ritos los libros de Trismegisto, se vé al cantor marchar al frente, llevando en la mano «un símbolo de la música» (no sé por qué), y el libro « de los himnos sagrados (9).» En fin, nada omitia el Egipto de lo que podia pulir el entendimiento, ennoblecer el

(1) Herod. II. (2) Herod. Ib. Diod. 1. sect. 2. (3) Herod. et Diod. Ib. (4) Diod. Ib.

(1) Diod. Ib. Plat. de Isid. (2) Acto. VII. 22. (3) Diod. 1. sect. 2. (4) Herod. III. (5) Diod. 1. sect. 2. (6) Id. 1. sect. 1. (7) Id. 1. sect. 2. (8) Id. 1. sect. 1. (9) Cle. Alex. Strom. 1. 6.

corazon y fortificar el cuerpo. Cuatrocientos mil soldados que mantenia eran los que entre sus ciudadanos ejercitaba con mayor diligencia. Las leyes de la milicia se conservaban fácilmente y como por sí mismas; porque los padres las enseñaban á sus hijos por ser la profesion de la guerra hereditaria como las otras; y después de las familias sacerdotales, eran estimadas por mas ilustres, como entre nosotros, las destinadas á las armas. No queremos con todo esto decir que fuese guerrero el Egipto. Por mas cuidado que se tenga en tener tropas regladas y mantenidas, y por mas diligencia que se aplique á ejercitarlas, en tiempo de paz, en los trabajos militares y con simulacros de combates, solo la guerra y las batallas verdaderas son las que hacen belicosos á los hombres. El Egipto amaba la paz, porque amaba la justicia, y solo tenia soldados para su defensa. Contento con su reino donde todo abundaba, no pensaba en hacer conquistas. Extendíase de otro modo; enviando sus colonias por toda la tierra y con ellas la policía y las leyes. Las ciudades mas célebres iban al Egipto á estudiar sus antigüedades y el orígen de sus mas excelentes instituciones. De todas partes era consultado sobre las reglas de la sabiduría (1).

Cuando los de Élida hubieron establecido los juegos olímpicos, las mas ilustres ciudades de la Grecia solicitaron, por medio de una solemne embajada, la aprobacion de los egipcios, y aprendieron de ellos nuevos modos de animar á los combatientes (2). Reinaba el Egipto por sus consejos; y este imperio del entendimiento le pareció mas noble y mas glorioso que el que se establece por las armas. Aunque los reyes de Tebas fuesen sin comparacion los mas poderosos de todos los del Egipto, jamás inquietaron á las naciones vecinas y solo las ocuparon cuando las vieron invadidas por los árabes; de modo que en verdad mas bien las quitaron á los extranjeros que desearon dominar á los naturales del país. Pero cuando pensaron en ser conquistadores excedieron á todos los demás. No hablo de Osiris, vencedor de las Indias, que, al parecer, es Baco ó algun otro héroe igualmente fabuloso (3). El padre de Sesostris (los doctos quieren que este sea Amenofis, ó por otro nombre Memnon), por instinto, por genio, ó como dicen los egipcios por la autoridad de un oráculo, resolvió hacer de su hijo un gran conquistador. Aplicóse á esto á la manera de los egipcios; es decir, con grandes reflexiones. Todos los niños que nacieron el mismo dia que Sesostris fueron llevados á la córte de órden del rey. Hízolos cuidar como á sus hijos y con el mismo cuidado que á Sesostris, cerca del cual eran alimentados, No podia darle mas fieles ministros ni mas zelosos compañeros en sus combates. Cuando le vió algo adelantado en edad hízole aprender los primeros rudimentos de la milicia en una guerra contra los árabes. Allí se acostumbró este jóven príncipe á sufrir el hambre y la sed, y sujetó á aquella nacion hasta entónces indómita. Familiarizado con los trabajos militares por esta conquista, le hizo su padre volver del Egipto hácia el occidente: atacó á la Libia y sujetó la mayor parte de aquella region dilatada. Murió su padre en este tiempo dejándole ya capaz de acometer cualquier empresa (4). La que concibió, fué nada menos que la conquista del mundo; pero antes de salir de su reino se aseguró en el interior ganando el corazon de todos sus pueblos con la liberalidad y con la justicia; reglando en lo demás el gobierno con una exacta prudencia. Entretanto hacia sus prevenciones, levantaba tropas y las daba por capitanes á aquellos mancebos á quienes su padre habia hecho criar en su compañía. Tenia de estos mil setecientos, capaces de derramar y difundir por todo el ejército el esfuerzo, la disciplina y el amor al príncipe. Hecho esto, entró en Etiopía y la hizo tributaria. Continuó sus victorias en el Asia, y fué Jerusalen la primera en sentir la fuerza de sus armas. No pudo resistirle el temerario Roboan; y Sesostris arrebató las riquezas de Salomon, las cuales por justo castigo puso Dios en sus manos. Penetró en la India hasta mas allá que Hércules y que Baco, y mas de lo que después hizo Alejandro; pues sujetó el país de la otra parte del Ganjes. Júzguese por esto si los países mas cercanos le resistirian. Los escitas obedecieron hasta el Tanais; la Armenia y la Capadocia le quedaron sujetas. Dejó una colonia en el antiguo reino de Colcos, donde después las costumbres de los egipcios siempre han permanecido. Herodoto vió en el Asia menor, y del un mar al otro monumentos de sus victorias con las soberbias inscripciones de Sesostris titulado rey de los reyes y señor de los señores, como si fuera Dios. Habíalas hasta en la Tracia; porque extendió su imperio desde el Ganjes hasta el Danubio. Impidióle la dificultad de los víveres entrar mas adelante en Europa; y después de nueve años volvió cargado de despojos de todos los pueblos vencidos. Hubo algunos que defendieron vigorosamente su libertad, y otros que cedieron sin resistencia; Sesostris tuvo cuidado de notar en sus monumentos las diferencias de aquellos pueblos vencidos, y lo hizo en figuras geroglíficas como los egipcios. Para describir su imperio inventó los mapas. Cien templos famosos, erigidos en accion de gracias á los dioses tutelares de todas las ciudades, fuéron así las primicias como las mejores señales de sus victorias; y tuvo la advertencia de publicar por sus inscripciones, que todas aquellas obras se habian acabado sin fatiga de sus vasallos (1). Ponia él su gloria en conservarlos y en no hacer trabajar en ellas sino á sus cautivos. Salomon le habia dado el ejemplo (2). Este sabio príncipe solo habia empleado los pueblos tributarios en las grandes obras que han hecho inmortal su reinado. Estaban los ciudadanos aplicados á mas nobles tareas; aprendian á hacer la guerra, y á mandar en ella. No podia Sesostris reglarse por un modelo mas perfecto (3). Reinó 33 años y gozó largo tiempo de sus triunfos; y hubiera sido mucho mas digno de gloria, si á impulsos de su vanidad no hubiese hecho uncir á su carro á los reyes vencidos. Parece que se desdeñó de morir como los demás hombres. Habiendo cegado en su vejez, se dió la muerte á sí mismo, y dejó el Egipto rico para siempre (4). Con todo esto, su imperio no pasó á su cuarta generacion. Pero aun duraban en tiempo de Tiberio monumentos magníficos que manifestaban su extension y la cantidad de los tributos (5). Volvió bien presto el Egipto á su humor pacífico; y tambien se ha escrito que fué Sesostris el primero en suavizar, después de sus conquistas, las costumbres de los egipcios, temerosos de sus alteraciones. Si esto merece crédito, no podia ser sino una precaucion que tomaba para sus sucesores; porque, siendo sabio y absoluto, parece que nada podia temer de unos pueblos que le adoraban. Por lo demás es este pensamiento poco digno de tan gran príncipe; y era mal modo de proveer á la se-

(1) Plat. in Tim. (2) Herod. II. (3) Diod. I. sect. 2. (4) Diod. Ibid.

(1) Herod. et Diot. Ibid. (2) II, Par. VIII. 9. (3) Diod. I. sect. 2. (4) Tac. Anal. II. (5) Nymphod. lib. XII. rerum barbar. post. Herod.

guridad de sus conquistas dejar debilitarse el brio de sus vasallos. Es cierto tambien que este grande imperio no subsistió mucho (1); ¿pero qué cosa hay en el mundo que siempre dure y de uno ú otro modo no se acabe? Introdújose la division en Egipto. En tiempo de Anisis el ciego, el etíope Sabacon invadió el reino; trató á los pueblos no menos bien que sus reyes naturales, y obró tan grandes cosas como cualquiera de ellos. Jamás se vió moderacion igual á la suya; porque, después de un reinado feliz de cincuenta años, volvió á Etiopía por obedecer á advertencias que creyó divinas. Abandonado el reino, cayó en las manos de Seton, sacerdote de Vulcano, príncipe religioso á su modo, pero poco guerrero y que acabó de enervar la milicia maltratando á los militares. Despues de este tiempo solo se mantuvo el Egipto con tropas extranjeras. Hállase una especie de anarquía. Vénse doce reyes, elegidos por el pueblo, que partieron entre sí el gobierno del reino. Estos son los que fabricaron aquellos doce palacios que componian el Laberinto. Aunque no pudiese el Egipto olvidar sus magnificencias, fué débil, dividido bajo aquellos doce príncipes. Uno de ellos, que fué Samnético, se hizo últimamente dueño de todo con el socorro de los extranjeros. Restablecióse el Egipto, y permaneció bastantemente poderoso por el curso de cinco ó seis reinados. En fin, despues de haber durado este antiguo reino cerca de mil y seiscientos años, debilitado por los reyes de Babilonia y por Ciro, fué hecho despojo de Cambises, el mas insensato de todos los príncipes (2).

Los que penetraron el genio del Egipto conocieron que no era belicoso por las razones que llevamos expuestas. Habia vivido en paz cerca de mil y trescientos años cuando produjo su primer guerrero, que fué Sesostris. Así, no obstante su milicia tan cuidadosamente mantenida, vemos que al último toda su fuerza consistia en tropas extranjeras, que es uno de los mayores defectos que puede tener un estado. Pero no pueden ser tan acabadas las cosas humanas y es muy difícil tener en sumo grado de perfeccion las artes de la paz junto con las ventajas de la guerra. Muy buena duracion es la de diez y seis siglos. Algunos etíopes reinaron en Tebas en este intermedio, entre otros Sabacon y segun se cree Taraco. Pero el Egipto sacaba esta útilidad de la excelente constitucion de su estado; esto es, que los extranjeros antes tomaban sus costumbres que introducian las propias; así, mudando de señores, no mudaba de gobierno. Tuvo dificultad en sufrir á los persas cuyo yugo quiso sacudir muchas veces. Pero no era bastante belicoso para mantenerse por su propia fuerza contra una potencia tan grande; y los griegos que le defendian, ocupados en otras partes, se veian obligados á abandonarle; de suerte que siempre recaia bajo sus antiguos señores; mas siempre obstinadamente asido á sus costumbres antiguas é incapaz de degenerar de las máximas de sus primeros reyes. Y, aunque retuvo mucho de ellas en los tiempos de los Tolomeos, fué tan grande entónces la mezcla de las costumbres griegas y asiáticas, que ya casi no se reconocia el Egipto antiguo.

No se debe olvidar que los antiguos reyes de Egipto son muy inciertos aun en la misma historia de los egipcios (3). Hay dificultad en hacer lugar á Osimanduas, de quien vemos tan magníficos monumentos en Diodoro y tan buenas señas de sus combates. Parece que los egipcios no conocieron al padre de Sesostris, el cual no ha sido nombrado por Herodoto ni Diodoro. Aun mas señalado quedó su poder por los monumentos que dejó por toda la tierra que por las memorias de su provincia; y estos motivos nos persuaden á que no creamos, como algunos, que lo que el Egipto publicaba de sus antigüedades fuese tan exacto como blasonaba: pues él mismo se halla tan incierto de los tiempos mas ilustres de su monarquía.

(1) Herod. et Diod. Ibid. (2) Strab. l. XVII. (3) Diod. I. s. 2.

CAP. IV.—Los asirios primeros y segundos, los medos y Ciro.

El grande imperio de los egipcios está como separado de todos los demás, y no tiene, como ya sabemos, larga continuacion. Lo que nos queda que decir ha sido mas durable y tiene datas mas precisas.

No obstante, tenemos tambien muy poco que sea cierto tocante al primer imperio de los asirios; pero en fin, en cualquier tiempo que quieran colocarse sus principios, segun las diversas opiniones de los historiadores, veremos que cuando estaba dividido el mundo en muchos estados pequeños, cuyos príncipes mas pensaban en mantenerse que en dilatarse, Nino, mas atrevido y mas poderoso que sus vecinos, oprimió á los unos despues de los otros, y extendió mucho sus conquistas hácia la parte de oriente (1). Su mujer Semíramis, que juntó á la ambicion, muy ordinaria en su sexo, un valor y una firmeza de consejos que no suele hallarse en él, sostuvo los vastos designios de su marido y acabó de formar aquella monarquía.

No puede disputársele su grandeza; y sola la de Nínive, que suponen excedia á la de Babilonia, lo manifiesta en gran manera. Pero, así como los historiadores mas juiciosos (2) no hacen á esta monarquía tan antigua como nos la representan otros (3), tampoco nos la pintan tan grande. Vénse durar muy largo tiempo los pequeños reinos de que era preciso componerla si fuese tan antigua y tan dilatada como el fabuloso Etesias, y los que le han creido sobre su palabra, nos la describen. Es cierto que Platon (4), curioso observador de las antigüedades, hace al reino de Troya en tiempo de Príamo dependiente del imperio de los asirios. Pero nada de esto se descubre en Homero, quien, deseoso de realzar la gloria de la Grecia, no hubiera olvidado aquella circunstancia; y se puede creer que los asirios eran poco conocidos por la parte del occidente; pues un poeta tan sabio y tan diligente en adornar su poema con todo lo que tenia relacion con esto, no les dió en él lugar alguno.

Con todo esto, segun el computo que hemos juzgado mas razonable (5), el tiempo del sitio de Troya era el mas florido de los asirios, pues es el de las conquistas de Semíramis; pero solo se extendió hácia el oriente y los que mas la adulan hacen volver sus armas por aquel lado. Habia ella tenido tanta parte en los consejos y en las victorias de Nino, que no es verosímil dejase de seguir sus designios tan convenientes, fuera de eso, á la situacion de su imperio; y tengo por indudable que pondria Nino toda su atencion en el oriente; pues tambien Justino, que le favorece cuanto puede, le hace terminar en las fronteras de la Libia las empresas que acaudilló por la parte de occidente. Tampoco sé en qué tiempo habria Nínive podido adelantar sus conquistas hasta Troya, habiendo tan poca apariencia de que Nino, ni Semíramis intentasen tal cosa; y todos sus sucesores, empezando desde su hijo Ninias, vivieron con tal flojedad y con tan poca accion, que apenas ha llegado á nosotros su nombre, y mas

(1) Diod. II. Just. 2. (2) Herod. I. (3) Dion. Hal. I. App. innic. op. Gen. XIV. 1. 2. Jud. III, 8. (4) Plat. de leg. III. (5) Just. I. Diod. II.

debemos humillarnos de que su imperio pudiese subsistir, que creer que se pudiese dilatar.

Las conquistas de Sesostris sin duda le disminuyeron mucho; pero, como fueron de corta duracion y poco mantenidas por sus sucesores, es creible que los países que quitaron á los asirios, acostumbrados por largo tiempo á esta dominacion, volverian naturalmente á ella; de suerte, que este imperio se mantuvo con gran poder y en gran paz hasta que, habiendo Arbaces descubierto la flojedad de sus reyes, tan largo tiempo oculta en lo secreto del palacio, Sardanápalo, famoso por sus infamias, se hizo no solamente despreciable á sus vasallos sino aun insufrible.

Ya hemos visto los reinos que se levantaron sobre las ruínas del primer imperio de los asirios, entre otros el de Nínive y el de Babilonia. Retuvieron los reyes de Nínive el nombre de reyes de Asiria y fueron los mas poderosos. No hubo límites que bien presto no excediese su altivo orgullo con las conquistas que hicieron entre las cuales se cuenta la del reino de los israelitas ó Samaria. No fué menester menos que la mano de Dios y un milagro visible para impedir que acabasen con la Judea, dominada entónces por Ezequías; y ya no se halló barrera que oponerles cuando poco después invadieron en su vecindad el reino de Babilonia en que la familia real habia faltado.

Parecia Babilonia haber nacido para mandar á todo el mundo. Sus pueblos estaban llenos de ingenio y de valor. Reinaba siempre entre ellos la filosofía con las bellas artes, y no tenia el oriente mejores soldados que los caldeos (1). La antigüedad admiró las ricas cosechas de un país que la negligencia de sus habitantes deja en nuestros tiempos sin cultura; país cuya abundancia le hizo mirar en el de los antiguos reyes de Persia, como la tercera parte de tan grande imperio (2). Así los reyes de Asiria, desvanecidos de un aumento que añadia á su monarquía una ciudad tan opulenta, concibieron nuevos designios. Creyó Nabucodonosor I que seria indigna su persona en el imperio sino le agregaba todo el universo. Nabucodonosor II, mas soberbio que todos los reyes sus predecesores, después de sucesos inauditos y de conquistas asombrosas, desdeñó el nombre de rey y quiso ser adorado como Dios. ¡Qué obras no emprendió en Babilonia! ¡Qué muros, qué torres, qué puertas y qué recinto no se vieron en ella! Parecia que la antigua torre de Babel quisiese renovarse en la altura prodigiosa del templo de Belo, y que Nabucodonosor amenazase nuevamente al cielo. Su orgullo, aunque abatido por la mano de Dios, no dejó de revivir en sus sucesores, que no pudiendo sufrir cerca de sí dominacion alguna y queriendo sujetarlo todo á su yugo, se hicieron intolerables á los pueblos vecinos. Estos zelos reunieron contra ellos á los reyes de Media y los de Persia con una gran parte de los pueblos de oriente (3). Su soberbia se convirtió fácilmente en crueldad. Como los reyes de Babilonia tratasen inhumanamente á sus vasallos, así los pueblos enteros como los señores principales de su imperio se juntaron á Ciro y á los medos. Acostumbrada Babilonia á mandar y á vencer, mira sin temor á tantos enemigos coligados contra ella; y cuando se cree invencible, queda cautiva de los medos á quienes queria sujetar, y perece en fin por su soberbia.

La suerte de esta ciudad fué extraordinaria pues pereció con sus propias invenciones. Hacia el Eufrates en sus vastas llanuras casi el mismo efecto que el Nilo en las de Egipto; pero se necesitaba para utilizarse de sus aguas mas industria y trabajo (1). Era el Eufrates derecho en su corriente y jamás salia de sus límites. Fué preciso abrirle en todo el país un número infinito de canales á fin de que pudiese regar las tierras cuya fertilidad se hacia incomparable con este beneficio. Para romper la violencia de sus aguas muy impetuosas, fué necesario hacerle pasar por mil rodeos y cavarle grandes lagos que una sabia reina acabó con una magnificencia increible. Nitocris, madre de Labinito, por otro nombre Nabonidas ó Baltasar, último rey de Babilonia, hizo estas grandes obras. Pero otro trabajo mucho mas maravilloso emprendió esta reina; este fué levantar sobre el Eufrates un puente de piedra á fin de que las dos partes de la ciudad que la inmensa anchura del rio tenia muy separadas, pudiesen entre sí comunicarse. Fué, pues, necesario dejar en seco un rio tan rápido y tan profundo, torciendo sus aguas hácia un lago inmenso que habia hecho cavar la reina. Al mismo tiempo se fabricó el puente cuyos sólidos materiales estaban preparados; y fuéron revestidas de ladrillo las dos orillas del rio hasta una prodigiosa altura, dejando en él unos declives igualmente labrados y de no menos bello artificio que las murallas de la ciudad (2). La diligencia en el trabajo igualó á la grandeza. Pero una reina tan perspicaz no advirtió que enseñaba á sus enemigos el modo de tomar la ciudad. Aquel mismo lago que habia cavado fué por donde Ciro divirtió el Eufrates, cuando, desesperando de reducir á Babilonia por fuerza ó por hambre, se abrió entre las dos partes de la ciudad el paso que hemos visto tan señalado por los profetas.

Si Babilonia hubiese podido creer que era perecedera como todas las cosas humanas, y no la hubiera cegado una confianza insensata, no solo habria podido prever lo que hizo Ciro (3), pues era reciente la memoria de semejante obra, si que, guardando todos los declives, hubiera acabado con los persas en el lecho del rio por donde pasaban. Pero ni allí habia órden, ni mando reglado, ni se pensaba sino en regocijos y bailes. Así perecen, no solamente las mas fuertes plazas, si que tambien los mayores imperios. El espanto se apoderó de todo; el rey impío fué muerto; y Jenofonte (4), que dá este título al último rey de Babilonia, parece que denota con esta palabra los sacrilegios de Baltasar que Daniel nos hace ver castigados con una caída tan pasmosa.

Los medos, que habian destruido el primer imperio de los asirios, destruyeron tambien el segundo; como si hubiese esta nacion debido ser siempre fatal á la grandeza asiria. Pero esta última vez hizo el valor y el gran nombre de Ciro que los persas, sus vasallos, tuviesen la honrosa gloria de esta conquista (5).

En efecto, debióse enteramente á este héroe que, habiendo sido criado con una disciplina severa y regular, segun la costumbre de los persas, pueblos entónces tan moderados como después viciosos, se acostumbró desde su infancia á una vida sobria y militar.

Los medos, en otro tiempo tan laboriosos y guerreros, pero al fin estragados por la abundancia, como siempre sucede, tenian necesidad de tal general. Sirvióse Ciro de sus riquezas y de su nombre (6), siempre respetado en oriente; pero ponia la esperanza del suceso en las tropas que habia conducido de Persia. Desde la primera batalla fué muerto el rey de Babi-

(1) Xenoph. Cyr. III. IV. (2) Herod. I. (3) Xenoph. Cyr. III. IV.

(1) Herod. I. (2) Ibid. (3) Ibid. (4) Xenoph. VII. (5) Xenoph. Cyr. I. (6) Pol. V. 14. X. 24.

lonia y derrotados los asirios (1). Ofreció el vencedor el desafío al nuevo rey; y al paso que mostró su esfuerzo, se granjeó la reputacion de un príncipe clemente que conserva la sangre de sus vasallos. Juntó la política con el valor. Temiendo arruinar tan bello país, que ya miraba como propio, hizo resolver que no fuesen maltratados los labradores de una y otra parte. Supo despertar los zelos de los pueblos vecinos contra la orgullosa potencia de Babilonia que intentaba avasallarlo todo: y finalmente, habiendo la gloria que se habia adquirido, tanto por su generosidad y su justicia como por la felicidad de sus armas, reunido á todos bajo sus estandartes, sujetó aquella vasta extension de tierra de que compuso su imperio.

De este modo se levantó aquella monarquía. Hízola Ciro tan poderosa que no podia dejar de crecer en tiempo de sus sucesores. Pero, á fin de conocer lo que causó después su ruína, basta comparar los persas y los sucesores de Ciro con los griegos y sus generales, principalmente con Alejandro.

CAP. V.—Los persas, los griegos y Alejandro.

Cambises, hijo de Ciro, fué quien corrompió el humor de los persas. Su padre, aunque tan bien criado entre los cuidados de la guerra, no tuvo bastante tino para dar al sucesor de tan grande imperio una educacion semejante á la suya; y por suerte ordinaria de las cosas humanas, la mucha grandeza dañó á la virtud (2). Darío, hijo de Histaspes, quien de una vida privada fué exaltado al trono, subió con mejores disposiciones al poder supremo é hizo algunos esfuerzos para reparar los desórdenes. Pero la corrupcion era ya muy universal, la abundancia habia introducido mucho desarreglo en las costumbres, y Darío mismo no habia conservado tanta fuerza en las suyas que fuese capaz de enderezar enteramente las agenas. Todo degeneró en tiempo de sus sucesores, y no tuvo ya límite alguno el lujo de los persas.

Pero, aunque estos pueblos hubiesen perdido con el poder mucho de su antigua virtud, abandonándose á las delicias, habian siempre conservado algunos restos de la grandeza y nobleza que tenian. ¿Qué otra cosa podremos mencionar mas digna que el horror con que miraban á la mentira que estuvo siempre reputada entre ellos por vicio bajo y vergonzoso (3)? Lo que después de la mentira tenian por mas vil, era el vivir de empréstitos. Parecíales esta vida holgazana, afrentosa, servil y tanto mas despreciable, cuanto abria puerta á la mentira. Por una generosidad natural á su nacion trataban bien á los reyes vencidos (4). Por poco que los hijos de estos príncipes se acomodasen con los vencedores les dejaban mandar en sus provincias casi con todas las señas de su autoridad antigua. Eran los persas honestos, atentos, liberales con los extranjeros, y sabian servirse de ellos. Las personas de mérito eran entre ellos conocidas y procuraban ganarlas á cualquier precio. Es cierto que no llegaron al perfecto conocimiento de aquella sabiduría que enseña á gobernar bien, y que su grande imperio fué siempre regido con alguna confusion. Jamás hallaron aquel arte excelente, tan bien practicado después por los romanos, de unir todas las partes de tan grande estado y de hacer de ellas un todo perfecto. Por esto, eran en él muy frecuentes y considerables las alteraciones. No les faltaba, con todo eso, la política. Conocian las reglas de la justicia y tuvieron grandes reyes que hacian observarlas con admirable exactitud (5). Los delitos eran severamente castigados; pero con la moderacion de que, perdonando fácilmente las primeras culpas, se reprimian las recaídas con rigurosas penas. Tenian muy buenas leyes, casi todas recibidas de Ciro y de Darío, hijo de Histaspes (1). Tenian máximas de gobierno, consejos reglados para mantenerlas y una grande subordinacion en todos los empleos. Cuando se decia que los grandes que componian el consejo eran los ojos y los oídos del príncipe, se advertia á este que tenia sus ministros como tenemos todos nosotros los órganos de nuestros sentidos, nó para reposar sino para obrar por su medio; y juntamente á los ministros, que no debian obrar para sí mismos y sí solo para el príncipe, que era su cabeza, y para todo el cuerpo del estado. Debian estos ministros ser instruidos en todas las antiguas máximas de la monarquía. El registro que se tenia de las cosas pasadas servia de regla á la posteridad (2). Allí se notaban los servicios que cada uno habia hecho, temiendo que con desdoro del príncipe y con gran perjuicio del estado quedasen sin recompensa (3). Bello modo era de aplicar los particulares al bien público el cuidado de enseñarles que jamás debian sacrificarse por sí solos, sino por el rey y por todo el estado en que cada uno se hallaba con todos los demás. Uno de los primeros cuidados del príncipe era hacer florecer la agricultura; y los sátrapas, cuyos gobiernos eran los mas bien cultivados, tenian la mayor parte en las gracias (4). Como habia cargos establecidos para el gobierno de las armas, los habia tambien para velar sobre las labores rurales; y estas dos ocupaciones eran semejantes; pues si la una tenia cuidado de guardar el país, la otra le tenia de cultivarle. El príncipe las protegia con casi igual afecto y hacíalas concurrir al bien público (5). Después de los que habian conseguido alguna ventaja en la guerra, los mas favorecidos eran los que habian educado muchos niños. El respeto que se inspiraba á los persas desde su infancia á la autoridad real, llegaba hasta el exceso, porque estaba mezclado con la adoracion, y mas parecian esclavos que vasallos sujetos por la razon á un imperio legítimo; este era el espíritu de los orientales, y puede ser que el natural vivo y violento de aquellos pueblos pidiese un gobierno mas firme y mas absoluto.

El modo con que se criaban los hijos de los reyes fué admirado por Platon (6) y propuesto á los griegos como modelo de una educacion perfecta. Sacábanlos á la edad de siete años de las manos de los eunucos para hacerlos montar á caballo y ejercitarse en la caza. En la de catorce, cuando el entendimiento empieza á formarse, dábanles para su instruccion cuatro hombres de los mas virtuosos y sabios del estado. El primero, dice Platon, les enseñaba la magia, que quiere decir en su idioma el culto de los dioses, segun las máximas antiguas y conforme á las leyes de Zoroastres, hijo de Omases. El segundo los acostumbraba á decir la verdad y á administrar la justicia. El tercero les enseñaba á no dejarse vencer de sus apetitos, para ser siempre libres y verdaderamente reyes, dueños de sí mismos y de sus deseos. El cuarto fortificaba su ánimo contra el temor, para no dejarse cautivar de él ni quitar la confianza tan necesaria en quien gobierna. La juventud de la primera nobleza era criada en el palacio del rey en compañía del príncipe. Teníase particular cuidado en que no viesen ni entendiesen cosas indecorosas. Dábase cuenta al rey de su conducta y seguíanse á ella de su órden los castigos y las re-

(1) Xenoph. Cyr. IV. V. (2) Plat. de leg. III. (3) Plat. Alcib. I. Herod. lib. I. (4) Herod. III. (5) Herod. I.

(1) Plat. de leg. III. Esth. I. 13. (2) Esth. I. 13. (3) Her I. (4) Xenoph. Oecon. (5) Herod. I. (6) Plat. Alcib. I.

compensas (1). La juventud que le rodeaba aprendia desde luego con la virtud la ciencia de obedecer y de mandar. Con una tan excelente regla, ¿qué ventaja no deberia esperarse de los reyes de Persia y de su nobleza si hubiese tenido tanto cuidado de dirigirlos bien en el progreso de su edad como se tenia en instruirlos en su infancia? Mas las costumbres corrompidas de la nacion los arrastraban bien presto á los placeres á que no hubo educacion que resistiese. Pero es preciso confesar, que, no obstante la flojedad de los persas, y sin embargo del cuidado que tenian de su hermosura y de su adorno, no les faltaba el valor. Siempre se preciaron de esto y siempre dieron de él pruebas ilustres (2). Tenia entre ellos el arte militar la preferencia que merecia, á cuyo abrigo podian las demás pacíficamente ejercitarse. Pero jamás conocieron el fundamento de ella ni supieron lo que puede en un ejército la severidad, la disciplina, la ordenanza de las tropas, el órden de las marchas y de los campamentos, y en fin una cierta conducta que hace mover estos grandes cuerpos sin confusion y á tiempo. Creian que todo estaba hecho cuando habian recogido sin eleccion un pueblo inmenso que iba al combate con bastante resolucion pero sin órden, y que se hallaba embarazado de una muchedumbre infinita de personas inútiles que el rey y los grandes solo conducian para sus deleites. Porque su delicadeza era tan grande, que anhelaban encontrar en el ejército la misma magnificencia y las mismas delicias que en los sitios reales donde la córte hacia su residencia ordinaria: de suerte, que los reyes marchaban acompañados de sus mujeres y de sus concubinas, de sus eunucos y de todo lo que servia á sus gustos. Las vajillas de oro, plata y los muebles preciosos seguian en una abundancia prodigiosa; y en fin, todo el aparato que pide semejante vida. Un ejército así compuesto y ya embarazado de la multitud excesiva de sus soldados, tenia de sobrecarga el número desmesurado de los que no peleaban. En aquella confusion no podian moverse de acuerdo; las órdenes jamás llegaban á tiempo; y en una funcion todo iba como podia, y á la ventura ó casualidad, sin que nadie se hallase en estado de dar providencia. Juntábase tambien que era forzoso concluir bien presto y pasar rápidamente por el país; porque aquel cuerpo inmenso y codicioso, no solo de lo necesario á la vida, sino de lo que servia tambien al gusto, lo consumia todo en poco tiempo; y es difícil comprender de dónde podia sacar su permanente subsistencia.

Con todo esto, los persas asombraban con aquel grande aparato á los pueblos que no sabian hacer la guerra mejor que ellos. Hasta los mismos que en ello eran hábiles se hallaron ó debilitados por sus propias divisiones ó discordias, ú oprimidos por la multitud de sus enemigos; y así el Egipto tan ensoberbecido de su antigüedad, de sus sabias instituciones y de las conquistas de su Sesostris, quedó sujeto á los persas. No les fué difícil domar el Asia menor, ni aun las colonias griegas contaminadas por la flojedad del Asia. Pero cuando llegaron á la Grecia misma, hallaron lo que no habian visto jamás; una milicia reglada; cabos veteranos y entendidos; soldados acostumbrados á vivir y contentarse con poco; cuerpos endurecidos al trabajo, adiestrados con la lucha y otros ejercicios ordinarios en aquel país: ejercicios, á la verdad, medianos, pero semejantes á aquellos cuerpos vigorosos donde parece que todo sea nervio y todo esté lleno de espíritus; en cuanto á lo demás, tan bien mandados y tan dóciles á las órdenes de los generales, que podia creerse no habia en todos los soldados mas que un mismo acorde y valeroso ánimo: tanto concierto se veia en sus movimientos.

Pero lo mayor que la Grecia tenia, era una política firme y prevenida, que sabia abandonar, arriesgar y defender lo que le importaba, y lo que aun es mas, un brío que el amor á la libertad y á la patria hacia invencible.

Los griegos, naturalmente llenos de viveza y de valor, habian sido civilizados con tiempo por los reyes y por las colonias venidas del Egipto, que, habiéndose en los primeros tiempos establecido en diversas partes del país, habian por todo él difundido aquella excelente policía de los egipcios. Esta fué la causa de que aprendiesen los ejercicios del cuerpo, la lucha, la carrera á pié, la de á caballo y sobre carros, con los demás ejercicios que pusieron en su perfeccion con las gloriosas coronas de los juegos olímpicos. Pero lo mejor que les habian los egipcios enseñado, era á hacerse dóciles y dejarse instruir por las leyes para el bien público. No eran los griegos como aquellos particulares que, atentos solamente á sus cosas, no sienten los males del Estado sino en cuanto estos los comprenden ó turban el reposo de su casa. Estaban enseñados á mirarse y mirar á su familia, como parte de un cuerpo mayor, que era el del Estado. Los padres criaban á sus hijos en esta máxima, y los hijos aprendian desde la cuna á mirar por la patria, considerándola como una madre comun á quien aun mas que á sus padres pertenecian. La palabra civilizacion no significaba solamente entre los griegos el agrado y mútua condescendencia que hace sociables á los hombres; no era allí el hombre civil otra cosa que un buen ciudadano que se mira siempre como miembro del estado; que se deja dirigir por sus leyes, y conspira con ellas al bien público sin ser molesto á nadie. Los antiguos reyes que la Grecia habia tenido en diversos países, un Minos, un Cécrope, un Teseo, un Codro, un Temenes, un Cresfonte, un Euristenes, un Patroclo, habian difundido esta máxima en la nacion (1). Todos ellos fueron populares, esto es, propios del pueblo, nó lisonjeando á este, sino procurando su bien haciendo reinar la ley.

¿Qué diré de la severidad de los juicios? ¿Qué tribunal hubo nunca mas grave que el Areopago tan reverenciado en toda la Grecia que se decia que los dioses mismos habian en él comparecido? Desde los primeros tiempos fué célebre; y Cécrope, segun la apariencia, le habia fundado sobre el modelo de los tribunales de Egipto. No ha conservado congreso alguno por tan largo tiempo la reputacion de su antigua severidad; y siempre estuvo desterrada de él la engañosa elocuencia.

Cultivados así los griegos se creyeron poco á poco capaces de gobernarse por sí mismos, y la mayor parte de las ciudades se erigieron en repúblicas. Pero los sabios legisladores que produjo la Grecia en cada país, un Tales, un Pitágoras, un Pítaco, un Licurgo, un Solon, un Filotas y tantos otros que la historia señala, impidieron que la libertad degenerase en licencia. Unas leyes sencillamente escritas, y en poco número, contenian á los pueblos en su obligacion y los hacian concurrir al bien comun del país. La idea de libertad, que semejante conducta inspiraba, era admirable. Porque la libertad que se figuraban los griegos era una libertad sujeta á la ley, esto es, á la razon misma, reconocida por todo el

(1) Xenoph. de exped. Cyr. Fund. lib. I. (2) Xen. Oecon.

(1) Plat. de leg. III.

pueblo. No querian que los hombres tuviesen entre sí poder licencioso. Los magistrados temidos durante el tiempo de su ministerio volvian á ser particulares, sin conservar mas autoridad que la que les daba la experiencia. Era la ley mirada como la señora: ella era la que establecia los magistrados, la que reglaba su conferido poder, y en fin la que castigaba su mala administracion ó abuso de ella.

No se disputa aquí si estas ideas son tan sólidas como especiosas. En fin, la Grecia estaba pagada de ellas, y preferia los inconvenientes de la libertad á los de la sucesion legítima, aunque en efecto mucho menores. Pero como cada forma de gobierno tiene sus ventajas, la que Grecia sacaba de la suya era que los ciudadanos tanto mas se aficionaban á su país, cuanto le regian en comun: y cada particular podia llegar á los primeros honores.

No es creible lo que hizo la filosofía por conservar el estado de la Grecia. Cuanto mas libres eran aquellos pueblos, tanto era mas necesario establecer en ellos con razones buenas las reglas de las costumbres y de la sociedad. Pitágoras, Tales, Anaxágoras, Sócrates, Architas, Platon, Jenofonte, Aristóteles y una infinidad de otros llenaron la Grecia de estos buenos preceptos. Hubo algunos extravagantes que tomaron el nombre de filósofos; pero los que fueron seguidos, eran los que enseñaban á sacrificar el interés particular y aun la propia vida al interés general y á la salud del estado; siendo su máxima mas comun, que era necesario ó retirarse de los negocios ó no mirar en ellos sino el bien público.

¿Mas para qué nos detenemos en los filósofos? Los poetas mismos, que estaban entre las manos de todo el pueblo, aun mas le enseñaban que le divertian. El mas famoso de los conquistadores miraba á Homero como á un maestro que le instruia á reinar bien. Este gran poeta no menos enseñaba á obedecer bien que á ser buen ciudadano. Él, y tantos otros poetas cuyas obras no son menos graves que agradables, no celebran sino las artes útiles á la vida humana; no respiran sino el bien público, la patria, la sociedad y aquella admirable civilizacion que hemos explicado.

Cuando la Grecia, así educada, miraba á los asiáticos con su delicadeza, con su adorno y con su hermosura semejante á la de las mujeres, solo le merecian el desprecio. Pero su forma de gobierno, que no tenia otra regla que la voluntad del príncipe, señora de todas las leyes, aun de las mas sagradas, les infundia horror: y el objeto mas odioso que tuvo toda la Grecia eran los bárbaros (1).

Este aborrecimiento les habia venido á los griegos desde los primeros tiempos, y habíaseles hecho como cosa natural. Una de las cosas que hacia amable la poesía de Homero, es, que cantaba las victorias y las ventajas de la Grecia sobre el Asia. De parte del Asia estaba Venus, como si dijésemos, los placeres, los amores torpes y la delicadeza; de parte de la Grecia estaba Juno, esto es, la gravedad con el amor conyugal, Mercurio con la elocuencia, Júpiter y la sabiduría política. De parte del Asia estaba Marte impetuoso y brutal, quiero decir la guerra hecha con furor; de parte de la Grecia estaba Palas, esto es, el arte militar y el valor conducido por el entendimiento. Habia desde aquel tiempo creido siempre la Grecia que la inteligencia y el verdadero brío eran sus dotes naturales. No podia sufrir que pensase el Asia en sujetarla; y hubiera creido, rindiéndose á este yugo, que sujetaba la virtud al vicio, el espíritu al cuerpo, y el verdadero valor á una fuerza insensata que, invertido el órden, solo consistia en la multitud.

La Grecia estaba llena de estos dictámenes cuando fué atacada por Dario, hijo de Histaspes, y por Jerjes, con ejércitos cuya grandeza parece fabulosa; tanto tiene de desmesurada. Inmediatamente cada uno se previno para la defensa de su libertad. Aunque todas las ciudades de la Grecia formasen otras tantas repúblicas, el interés comun las reunió á todas; y solo se trataba entre ellas de ver quién obraria mas para el público. Ningun dolor costó á los atenienses abandonar la ciudad al pillaje y al incendio; y después que salvaron sus ancianos y sus mujeres con sus hijos, embarcaron todos los que eran capaces de llevar armas. Para detener el ejército persa en un paso difícil, y hacerle sentir lo que era la Grecia, trescientos lacedomonios corrieron con su rey á una muerte cierta; contentos al morir de haber sacrificado á su patria un infinito número de aquellos bárbaros, y dejado á sus compatriotas el ejemplo de un arrojo inaudito. Contra tales ejércitos y tal conducta, se halló débil la Persia, y probó muchas veces á su costa lo que puede la disciplina contra la multitud y la confusion, como lo que puede el valor regido con arte contra un ímpetu ciego.

No quedaba mas recurso á la Persia, tantas veces vencida, que sembrar la division entre los griegos, cuya empresa le facilitaba el mismo estado en que se hallaban por sus victorias. Así como el temor los habia unido, así la victoria y la confianza habia roto esta union (1). Acostumbrados á pelear y vencer, cuando creyeron no tener ya que temer el poder de los persas, se volvieron los unos contra los otros. Pero es necesario explicar algo mas el estado de los griegos y el secreto de la política persa.

Entre todas las repúblicas de que se componia la Grecia, Atenas y Lacedemonia eran sin comparacion las principales. No podia hallarse ingenio superior al que habia en Atenas ni mayor fuerza que la de Lacedemonia. Atenas queria el placer; la vida de los lacedemonios era áspera y laboriosa. Una y otra amaban la honrosa gloria y la libertad; pero en Atenas la libertad declinaba naturalmente en licencia; y compelida por leyes severas en Lacedemonia, cuanto mas reprimida estaba por dentro, tanto mas solicitaba extenderse dominando por fuera. Tambien queria Atenas dominar, pero por otro principio. Mezclábase el interés con la gloria. Aventajábanse sus ciudadanos en el arte de navegar, y debian sus riquezas al mar donde ella reinaba. Para quedar la única señora de todo el comercio, nada habia que no quisiese sujetar; y sus riquezas, que le infundian este deseo, le suministraban el medio de satisfacerle. Al contrario, en Lacedemonia era despreciado el dinero. Como todas sus leyes tendian á formar una república guerrera, así la gloria de las armas era el único atractivo de las voluntades de sus ciudadanos. De aquí procedia naturalmente su anhelo de dominar; y cuanto mas superiores eran al interés, tanto mas se abandonaban á la ambicion.

Lacedemonia en cuanto á su vida, era reglada, firme en sus máximas y en sus designios. Atenas era mas viva, y en ella el pueblo mandaba demasiado. La filosofía y las leyes hacian, á la verdad, grandes efectos en unos naturales tan excelentes; pero la razon, totalmente desacompasada y sola, no era capaz de contenerlos. Un sabio ateniense (2), que admirablemente conocia el genio de su provincia, nos enseña que el temor

(1) Isoc. Paneg.

(1) Plat. de leg. III. (2) Plat. de Leg. III.

era necesario para aquellos espíritus muy vivos y muy libres; y que no hubo ya mas medio de gobernarlos desde que la victoria de Salamina los dejó asegurados de la Persia.

Dos cosas los perdieron entónces; la gloria de sus admirables acciones y la seguridad en que creian estar. Ya no querian dar oidos á los magistrados; de suerte que, como la Persia estaba afligida por una excesiva sujecion, así Atenas, dice Platon, sentia los males de una demasiada libertad.

Estas dos grandes repúblicas, tan contrarias en sus costumbres y en su conducta, se impedian la una á la otra en el designio que tenian ambas de sujetar á toda la Grecia; de modo, que eran siempre enemigas, aun mas por la contrariedad de sus intereses que por la incompatibilidad de sus humores.

No querian las ciudades griegas la dominacion de una ni de otra; porque á mas de que cada una deseaba poder conservar su libertad, tenia por muy molesto el imperio de estas dos repúblicas. Era áspero el de Lacedemonia. Notábase en su pueblo un espíritu feroz (1): un gobierno demasiadamente rígido y una vida sobradamente laboriosa, hacia aquellos ánimos muy fieros, muy austeros y muy imperiosos. Juntábase á esto que era necesario resolverse á no vivir jamás en paz, bajo el dominio de una ciudad, que estando formada para la guerra, no podia conservarse sino continuándola sin cesar (2). Así, los lacedemonios querian mandar y todos temian que mandasen. Los atenienses eran naturalmente mas benignos, y mas agradables (3). No habia cosa mas deliciosa á la vista que su ciudad, en que las fiestas y los juegos eran perpétuos, y en que el entendimiento ó la libertad y las pasiones daban todos los dias nuevos espectáculos. Pero su conducta desigual disgustaba á sus aliados y era aun mas intolerable á sus súbditos. Era preciso sufrir las extravagancias de un pueblo lisonjeado que, segun Platon (4), es mas perjudicial que un príncipe corrompido por la adulacion.

Estas dos ciudades no dejaban permanecer á la Grecia en reposo. Ya hemos visto la guerra del Peloponeso y las demás; siempre causadas ó mantenidas por los envidiosos zelos de Lacedemonia y de Atenas. Pero estos mismos zelos que turbaban á la Grecia, en algun modo la sostenian y embarazaban que viniese á quedar independiente de una ú otra de estas repúblicas.

Advirtieron bien presto los persas esta constitucion de la Grecia. Así, todo el secreto de su política era mantener estos zelos y fomentar estas divisiones. Lacedemonia, que era la mas ambiciosa, fué la primera en introducirlos en las contiendas de los griegos. Aquellos abrazaron la ocasion con el designio de hacerse dueños de toda la nacion; y cuidadosos de debilitar á los griegos, los unos con los otros, no esperaban sino coyuntura para oprimirlos á todos juntos (5). Ya las ciudades griegas no atendian en todas sus guerras sino al rey de Persia á quien llamaban el gran rey ó el rey por excelencia; como si ya se reputasen por sus súbditos; pero era imposible que el antiguo espíritu de la Grecia no se dispertase en vísperas de caer en la servidumbre y en las manos de los bárbaros. Algunos pequeños reyes de Grecia quisieron oponerse á aquel gran rey y arruinar su imperio. Con un corto ejército, pero criado en la disciplina que hemos visto, Agesilao, rey de Lacedemonia, hizo temblar á los persas en el Asia menor, y mostró que podian ser abatidos (1). Solo las divisiones de la Grecia pudieron detener sus conquistas; pero sucedió en aquellos tiempos que el jóven Ciro, hermano de Artajerjes, se rebeló contra él. Habia en sus tropas diez mil griegos que fuéron los únicos que no pudieron ser deshechos en la derrota universal de su ejército. Murió él en la batalla y á manos de Artajerjes, segun se ha dicho. Hallábanse nuestros griegos sin protector en medio de los persas y en las vecindades de Babilonia. No obstante, el victorioso Artajerjes no pudo obligarles á deponer voluntariamente las armas ni compelerles á rendirse. Formaron ellos el osado designio de atravesar en cuerpo de ejército todo su imperio para restituirse á su provincia, y lo consiguieron. Entónces vió la Grecia, mas que nunca, que criaba una milicia invencible á la que todo debia ceder; y que sus discordias solas podian sujetarla á un enemigo muy débil para resistirla cuando estuviese unida. Filipo, rey de Macedonia, igualmente hábil que valiente, manejó tan bien las ventajas que le daba contra tantas ciudades y repúblicas divididas un reino, pequeño á la verdad, pero unido, y donde el poder real era absoluto, y procedió de tal modo, que parte por artificio, parte por fuerza, se hizo el mas poderoso de la Grecia y obligó á todos los griegos á marchar bajo sus estandartes contra el enemigo comun. Fué muerto en esta coyuntura; pero Alejandro, su hijo, le sucedió en su reino y en sus elevadas empresas.

Halló á los macedonios, no solo habituados á la guerra, sí que tambien triunfantes; y hechos por tantos sucesos tan superiores en valor y disciplina á los demás griegos, como lo eran estos á los persas y á sus semejantes.

Dario, que en su tiempo reinaba en Persia, era justo, valiente, generoso y amado de sus pueblos; y no le faltaba entendimiento ni valor para ejecutar sus altos y vastos intentos. Pero, si le comparamos con Álejandro, y su entendimiento, unido á aquel ingenio penetrante y sublime, con el valor, con la grandeza y firmeza de aquel esfuerzo invencible de que se sentia animado aun de los mismos impedimientos; con aquel inmenso ardimiento y anhelo de extender todos los dias su nombre que le hacia preferir á todos los peligros, á todos los trabajos y á mil muertes el menor grado de gloriosa honra; en fin, con aquella confianza que le hacia sentir en lo íntimo de su corazon que todo debia ceder y rendírsele como hombre á quien su destino hacia superior á los demás hombres; confianza que infundia él no solo á sus cabos, sino aun á sus mas ínfimos soldados á quienes elevaba por este medio sobre las dificultades, y aun sobre sí mismos: juzgaremos fácilmente á quién de los dos pertenecia la victoria. Y si á esto unimos las ventajas de los griegos y de los macedonios sobre sus enemigos, confesaremos que, atacada la Persia por tal héroe y por tales ejércitos, le era ya inevitable la mudanza de soberano. Así descubriremos á un mismo tiempo lo que arruinó el imperio de los persas y lo que elevó el de Alejandro.

Para facilitar la victoria, sobrevino la muerte en Persia al único general que pudo Dario oponer á los griegos, que era Memnon rodiano (2). En tanto que Alejandro tuvo al frente tan famoso capitan, pudo gloriarse de haber vencido á un enemigo digno de sí. En vez de arriesgar contra los griegos una batalla general, Memnon queria que se les disputasen los pasos, que se les cortasen los víveres, que se fuese á atacarlos en su casa, y que

(1) Arist. Pol. VIII. (2) Arist. Pol. VII. 14. (3) Xenoph. de Rep. Lac. (4) Plat. de Rep. VIII. (5) Plat. de Leg. III. Isoc. Paneg. etc.

(1) Polib. lib. III. cap. 6. (2) Dio. XVII. sect. 2.

con una invasion vigorosa se les forzase á volver á la defensa de su provincia. Alejandro habia dejado en ella disposiciones y tropas á Antipatro, bastantes para guardar la Grecia. Pero su buena fortuna le libró de una vez de este embarazo. Al principiar una diversion que ya inquietaba á toda la Grecia, Memnon murió y Alejandro lo puso todo á sus piés.

Hizo este príncipe su entrada en Babilonia con un esplendor que excedia á cuanto habia hasta entónces visto el universo; y después de haber vindicado á la Grecia y sujetado con una celeridad increible todas las tierras de la dominacion de los persas para asegurar por todos lados su nuevo imperio, ó mas bien para contentar su insaciable ambicion y hacer su nombre mas famoso que el de Baco, entró en la India donde extendió sus conquistas mas léjos que aquel célebre conquistador. Pero aquel á quien los desiertos, los rios ni los montes eran capaces de detener, fué obligado á ceder al disgusto de sus soldados que le pedian reposo. Así, reducido á contentarse con los soberbios monumentos que dejó sobre la márgen del Araspe, condujo su ejército por distinta direccion de la que habia seguido; y domó todos los países y pueblos que halló al paso.

Volvió á Babilonia temido y respetado, nó como conquistador, sino como un Dios. Pero aquel formidable imperio que habia conquistado no tuvo mas larga vida ni duracion que la suya, que fué muy corta. De edad de treinta y tres años, en lo mejor de las empresas mas vastas que jamás hombre alguno hubiese concebido, y con las mas fundadas y positivas esperanzas de un feliz éxito, murió sin haber tenido lugar de establecer sólidamente las cosas; dejando un hermano inhábil y unos hijos de tierna edad, é incapaces de sostener tan grande peso. Pero lo mas funesto que habia para su casa y su imperio era que dejaba capitanes á quienes habia enseñado á no respirar sino ambicion y guerra. Previó los excesos á que llegarian cuando él muriese; para contenerlos, y temeroso de no ser obedecido, no osó nombrar sucesor ni tutor para sus hijos. Solamente predijo que sus amigos celebrarian sus exequias con batallas sangrientas, y espiró en la flor de su edad presagiando la confusion que habia de seguirse á su muerte.

En efecto, hemos visto el repartimiento de su imperio y la ruína espantosa de su casa. La Macedonia, su antiguo reino, poseida de sus antepasados por tantos siglos, fué por todas partes invadida como una sucesion vacante; y después de haber sido largo tiempo la presa del mas fuerte, pasó, en fin, á otra familia. Así, aquel gran conquistador, el mas famoso y el mas ilustre, que jamás hubo en el mundo, fué el último rey de su linaje. Si se hubiera contentado con la pacífica posesion de la Macedonia, la grandeza de su imperio no habria tentado á sus capitanes; y hubiera podido dejar á sus hijos el reino de sus padres. Pero el haber sido muy poderoso fué causa de la ruína de todos los suyos; y este es el fruto glorioso de tantas conquistas.

Su muerte fué el único motivo de aquella revolucion espantosa. Porque es preciso decir con honra suya, que si jamás hombre alguno hubiera sido capaz de sostener un tan vasto imperio, aunque nuevamente conquistado, lo fué sin duda Alejandro; pues tuvo un entendimiento que igualó lo raro de su espíritu y magnanimidad. No debe, pues, imputarse á culpa suya, aunque las cometiese muy grandes, la caída de su familia, y sí tan solo á su muerte, á no decirse que un hombre de su génio y á quien su ambicion empeñaba todos los dias en nuevas empresas, no habria jamás hallado lugar para establecer las cosas exactamente.

Sea como fuere, su ejemplo nos enseña que, á mas de los errores que los hombres podrian corregir, como son los que ó por impetuosa ira ó por ignorancia se cometen, hay un defecto irremediable, inseparablemente unido á los designios humanos, que es la mortalidad. Todo puede caer en un momento por este lado, lo cual nos obliga á confesar que, como el vicio mas inherente, si me es lícito hablar así, y mas inseparable de las cosas humanas, es nuestro caduco sér, así, el que sabe conservar y afirmar un estado, halló un punto mas alto de sabiduría que el que sabe conquistar y ganar batallas.

No necesito referir minuciosamente lo que hizo perecer los reinos formados de los fragmentos del imperio de Alejandro; como son, el de Siria, el de Macedonia y el de Egipto. La causa comun de su ruína fué el haber sido precisados á ceder á otra mayor potencia que fué la romana. Con todo esto, si quisiésemos considerar el último estado de aquellas monarquías hallaríamos fácilmente las causas inmediatas de su ruína; y entre otras cosas veríamos que la mas poderosa de todas, que fué la de Siria, después de haber estado vacilante por la delicadeza y lujo de la nacion, recibió en fin el golpe mortal por la division y discordia de sus príncipes.

CAP. VI.—El imperio de los romanos y el de Cartago con su mala constitucion.

Hemos, en fin, llegado al grande imperio que se tragó todos los imperios del universo, de cuyas ruínas salieron los mayores reinos del mundo que habitamos, cuyas leyes respetamos aun, y á quien por consiguiente debemos conocer mejor que á todos los demás imperios. Ya se entenderá que hablamos del imperio romano, pues hemos visto toda su larga y memorable historia. Pero, para entender perfectamente las causas de la elevacion de Roma y las de las grandes mudanzas que sucedieron en su estado, consideremos atentamente, con las costumbres de los romanos, los tiempos de que dependen todos los movimientos de aquel vasto imperio.

De todos los pueblos del mundo, el mas altivo y el mas atrevido, pero juntamente el mas reglado en sus consejos, el mas advertido, el mas laborioso, y en fin, el mas paciente, fué el pueblo romano.

Formóse de todo esto la mejor milicia, la política mas prevenida, la mas firme y mas consecuente que jamás hubo en el mundo.

El fondo de un romano, por decirlo así, era el amor de su libertad y de su patria. Cada una de estas dos cosas le hacia amar á la otra; pues porque amaba á la libertad, amaba tambien á su patria como á una madre que la amamantaba con sentimientos igualmente generosos y libres.

Bajo el nombre de libertad se figuraban los romanos como los griegos, un estado en que nadie estuviese sujeto sino á la ley, y en que la ley fuese mas poderosa que los hombres.

En cuanto á lo demás, aunque Roma hubiese nacido bajo un gobierno regio, tenia tambien en tiempo de sus reyes una libertad poco conforme á una monarquía reglada. Porque, á mas de ser los reyes electivos y hacerse la eleccion por todo el pueblo, pertenecia tambien al pueblo junto confirmar las leyes y resolver la paz ó la guerra. Habia asimismo casos particulares en que los reyes deferian al pueblo el juicio supremo. Testigo Tulio Hostilio, que, no osando condenar ni absolver á Horacio, colmado de honor por haber vencido á los Curiaceos, y juntamente de igno-

minia, por haber muerto á su hermana, le hizo juzgar por el pueblo. Así, los reyes no tenian mas que el mando de los ejércitos y la autoridad de convocar las juntas legítimas, proponer en ellas los negocios, mantener las leyes y ejecutar los decretos públicos.

Cuando Servio Tulio formó el designio, que hemos visto, de reducir á Roma á república, ¿cuánto aumentaria en un pueblo ya tan libre el amor á la libertad? Y de allí podremos juzgar cuán celosos de ella serian los romanos cuando enteramente la gozaron en tiempo de sus cónsules.

Horror causa aun el ver en las historias la triste firmeza del cónsul Bruto, cuando á su vista hizo morir sus dos hijos que se habian dejado arrastrar por las ocultas pláticas que tenian en Roma los Tarquinos para restablecer en ella su dominacion. ¡Cuán afirmado quedaria en el amor á la libertad un pueblo que veia á aquel cónsul severo sacrificar por ella su propia familia! No es pues de admirar que fuesen despreciados en Roma los esfuerzos de los pueblos vecinos que intentaron el restablecimiento de los Tarquinos desterrados (1). En vano el rey Pórsena los admitió bajo su proteccion. Casi muertos de hambre, los romanos le hicieron conocer por su firmeza que á lo menos querian morir libres (2). Mas firme estuvo aun el pueblo que el senado; y toda Roma hizo decir á aquel rey poderoso, cuando acababa de reducirla al extremo, que cesase de interceder por los Tarquinos; porque, resuelta á arriesgarlo todo por la libertad, antes recibiria á sus enemigos que á sus tiranos. Atónito Pórsena de la firmeza de aquel pueblo y del arrojo mas que humano de algunos particulares, resolvió dejar á los romanos gozar en paz de una libertad que tan bien sabian defender.

Érales, pues, la libertad un tesoro que preferian á todas las riquezas del universo. Así hemos visto en sus principios, y mas adelante en sus progresos, que no era para ellos trabajo la pobreza; antes bien la miraban como un medio de conservar su libertad mas entera; no habiendo cosa mas libre ni mas independiente que un hombre que sabe vivir de poco, y que sin esperar nada de la proteccion ó liberalidad agena, solo funda su propia subsistencia en su trabajo y su industria.

Esto es lo que hacian los romanos. Alimentar ganado, cultivar la tierra, escasearse cada uno á sí mismo cuanto podia, vivir con economía y del trabajo; esta era su vida; de este modo mantenian su familia y la acostumbraban á semejantes ejercicios.

Razon bien fundada tiene Tito Livio en decir que no hubo jamás pueblo en que la frugalidad, la economía y la pobreza hayan sido mas largo tiempo estimadas. Los senadores mas ilustres, atendido solo el exterior, se diferenciaban poco de los labradores, y no se adornaban del esplendor ni de la majestad sino en público y en el senado. En cuanto á lo demás, hallábanlos ocupados en la labranza y en otros cuidados de la vida rústica cuando iban á buscarlos para mandar los ejércitos. Frecuentes son estos ejemplos en la historia romana. Curio y Fabricio, aquellos grandes capitanes que vencieron á Pirro, un rey tan rico, no tenian sino vajilla de barro; y habiendo los samnitas ofrecídosela de oro y plata al primero, les respondió, que su gusto no consistia en tenerla sino en mandar á quien la tenia. Después de haber triunfado y enriquecido á la república con los despojos de sus enemigos, no dejaban ni aun para su entierro. Aun duraba esta moderacion cuando las guerras púnicas. En la primera se ve á Régulo, general de los ejércitos romanos, pedir licencia al senado para ir á cultivar su quinta, abandonada durante su ausencia (1). Después de la ruina de Cartago se ven tambien grandes ejemplos de la sencillez primitiva. Emilio Paulo, que aumentó el erario público con el rico tesoro de los reyes de Macedonia, vivia segun las reglas de la antigua frugalidad, y murió pobre (2). Mummio, arruinando á Corinto, quiso que solo recayesen en provecho del público los tesoros de aquella ciudad opulenta y viciosa; así eran despreciadas las riquezas; así la moderacion y sinceridad de los generales eran la admiracion de los pueblos vencidos.

No obstante este grande amor á la pobreza, nada escaseaban como sirviese para la grandeza y hermosura de la ciudad. Desde sus principios fuèron tales las obras públicas, que Roma no se sonrojó de ellas, aun después que se vió señora del mundo. El capitolio, fabricado por Tarquino el Soberbio (3), y el templo que levantó á Júpiter en aquella fortaleza, eran desde entónces dignos de la majestad del mayor de sus dioses y de la gloria futura del pueblo romano. Todo lo demás era correspondiente á esta grandeza. Los principales templos, los mercados, los baños, las plazas públicas, los caminos reales, los acueductos, las mismas cloacas y hasta los albañales de la ciudad, tenian una magnificencia que pareceria increible si no se hallase atestiguada por todos los historiadores, y confirmada por los restos, que todavía vemos (4). ¿Qué diré de la pompa de los triunfos, de las ceremonias de la religion, de los juegos y de los espectáculos que se daban al pueblo? En una palabra, todo lo que servia al público, y todo lo que podia dar al pueblo una grande idea de su patria comun, se hacia con toda la profusion que permitia el tiempo. El ahorro reinaba solo en las casas particulares. El que aumentaba sus rentas y hacia con su industria y trabajo mas fértiles sus tierras, el mas económico y el mas escaso consigo mismo, se tenia por el mas libre, el mas poderoso y el mas feliz.

Á semejante vida no hay cosa mas opuesta que la delicadeza; y en ellos todo se encaminaba al extremo contrario que es la austeridad. Así, las costumbres romanas naturalmente tenian algo, nó solo de áspero y rígido, sino de silvestre y feroz. Pero no hubo cosa que no hiciesen para reducirse á buenas leyes; y el pueblo mas celoso que jamás habia visto el universo, se halló al mismo tiempo el mas sumiso á sus magistrados y á la potestad legítima.

No podia dejar de ser maravillosa la milicia de semejante pueblo; pues se hallaba en ella con ánimos firmes y cuerpos vigorosos una tan pronta y tan exacta obediencia.

Duras eran las leyes de esta milicia, pero necesarias. La victoria era peligrosa y muchas veces mortal á los que contra las órdenes la ganaban. La vida iba, nó solo en huir, en dejar las armas, en abandonar su puesto, sino en moverse, por decirlo así, y en menearse un poco sin órden del general. Quien echaba las armas á tierra á vista del enemigo, quien queria mas dejarse prender que morir gloriosamente por su patria, era juzgado indigno de toda asistencia (5). De ordinario los prisioneros no eran ya contados entre los ciudadanos, sino dejados á los enemigos como miembros podridos de la república. Hemos visto en Ciceron y en Floro la historia de Régulo que persuadió al se-

(1) Dion. Hal. lib. v, (2) Tit. liv. II. 13. 15.

(1) Tit. Liv. Ep. lib xviii. (2) Cic. II. Offi. (3) Tit. liv. I. 13. 55. 56. VI. 3. Dion. Hal. III. IV. Tac. hist. III. 72. Plin. xxxvi. 15. (4) Dion. Hal. VII. Ant. Rom. (5) Cic. de Of. III. Flor. II. 2.

nado, á costa de su propia vida, á abandonar los prisioneros á los cartagineses. En la guerra contra Aníbal, y después de la batalla de Canas (1), esto es, en el tiempo que exhausta Roma por tantas pérdidas le faltaban soldados, quiso mas el senado armar, contra su costumbre, ocho mil esclavos, que rescatar ocho mil romanos que no le habrian sido mas costosos que la nueva milicia que intentaba levantar. Así, en el mayor ahogo, quedó mas establecido que nunca, como ley inviolable, que un soldado romano debia vencer ó morir (2).

Por esta máxima, los ejércitos romanos, aunque deshechos y rotos, peleaban y se rehacian hasta el último extremo; y, como observa Salustio (3), mas gentes se hallan entre los romanos castigadas por haber peleado sin licencia, que por haber huido y dejado su puesto: de modo, que mas necesitaba el esfuerzo romano el ser reprimido, que la cobardía el ser estimulada.

Juntaron al valor el entendimiento y la invencion. Á mas de ser por sí mismos ingeniosos y aplicados, sabian aprovecharse admirablemente de todo lo que veian en otros pueblos útil para los campamentos, para el órden de las batallas y hasta para el género de las armas; en una palabra, para facilitar tanto el acometimiento como la defensa. En el mismo Salustio y en los demás autores hemos visto lo que aprendieron los romanos de sus vecinos y de sus mismos enemigos. ¿Quién ignora que aprendieron de los cartagineses la invencion de las galeras con las cuales después los derrotaron; y en fin, que sacaron de todas las naciones conocimientos para superarlas?

En efecto, es constante por su propia confesion, que los galos les excedian en fuerza corporal y que no les cedian en ánimo. Polibio nos hace ver (4) que en un encuentro decisivo, los galos, aun sin la ventaja de ser mas numerosos, mostraron mayor osadía que los romanos, por mas determinados que estos fuesen; y vemos, no obstante, en este mismo encuentro, á aquellos romanos, inferiores en todo lo demás, triunfar de los galos; porque sabian elegir mejores armas, ordenarse con mayor concierto y aprovecharse mas bien del tiempo en la refriega. Todo lo cual podremos reconocer algun dia mas exactamente en el citado Polibio; y frecuentemente hemos observado en los comentarios de César que, mandados los romanos por este grande hombre, sujetaron á los galos mas por los ardides del arte militar que por su esfuerzo.

Los macedonios, tan celosos de conservar el antiguo órden de su milicia, formada por Filipo y Alejandro, creian invencible su falanje, y no podian persuadirse que fuese capaz el entendimiento humano de hallar otra cosa mas firme. Con todo eso, Polibio mismo (5), y después de él Tito Livio (6), han demostrado que, considerando solamente la naturaleza de los ejércitos romanos y de los macedonios, no podian estos dejar por último de ser vencidos; porque la falanje macedónica, que no era otra cosa que un grueso batallon cuadrado, muy doble por todas partes, no podia moverse sino de una vez; cuando el ejército romano, dividido en cuerpos pequeños, estaba mas pronto y mas dispuesto á todo género de movimientos.

Hallaron, pues, los romanos, ó aprendieron bien presto el arte de dividir los ejércitos en muchos batallones y escuadrones, y el de formar el cuerpo de reserva, cuyo movimiento es tan propio para ayudar en el avance ó para sostener en la defensa lo que en cualquiera parte del ejército vacila. Hagamos marchar con tropas, así dispuestas, la falanje macedónica: esta gruesa y grave máquina será en la verdad terrible á un ejército sobre quien caiga con todo su peso; pero, como dice Polibio, no puede conservar largo tiempo su natural propiedad; esto es, su solidez y consistencia; porque necesita lugares propios, y, por decirlo así, hechos expresamente, y no teniéndolos, ella misma se embaraza, ó mas presto se rompe por su propio movimiento; fuera de que, estando una vez deshecha, no tendrá forma de reunirse. Pero el ejército romano, dividido en pequeños escuadrones, se sirve de todos los lugares y se acomoda en ellos: se une y se separa como quiere; desfila fácilmente y sin dificultad vuelve á juntarse; es propio para los destacamentos, para las reuniones, para todo género de conversiones y evoluciones que hace, ó todo entero, ó en parte, segun conviene; en fin, tiene mas diversidad de movimientos y por consiguiente mas accion y mas fuerza que la falanje. Concluyamos, pues, con Polibio, que era preciso que la falanje le cediese y que la Macedonia fuese vencida.

Con gusto hablamos de estas cosas que vemos practicadas bajo el reinado de Luis el Grande de un modo tan admirable, que no sé si la milicia romana ha tenido jamás cosa tan buena. Pero sin querer venir aquí á las manos con la milicia moderna, yo me contento con que se haya visto que la milicia romana, ya se atienda á su ciencia de tomar sus ventajas, ó quérase considerar su extrema severidad en hacer observar todas las órdenes de la guerra, excedió en mucho á todo lo que se habia visto en los siglos precedentes.

Después de la Macedonia nada hay que decir de la Grecia: porque, estando allí la superioridad, ella sola nos enseña á formar juicio de lo restante. Atenas nada mas produjo ya después de los tiempos de Alejandro. Los etolios, que se señalaron en diversas guerras, mas eran indóciles que libres, y mas brutales que valientes. Lacedemonia habia hecho su último esfuerzo criando á Cleomenes; y la liga de los aqueos, produciendo á Filopemenes. No peleó Roma con estos dos grandes capitanes; pero el último, que vivia en tiempo de Aníbal y Escipion, al ver operar á los romanos en la Macedonia, juzgó bien que estaba para espirar la libertad de la Grecia; y que no le quedaba mas recurso que retardar el momento de su caída (1). Así, los pueblos mas belicosos cedian á los romanos. Triunfaron estos del esfuerzo en los galos; del valor y del arte en los griegos; y de todo esto, sostenido de la política mas refinada, en Aníbal: de modo, que jamás tuvo igual la gloria de su milicia.

Así, nada hubo en todo su gobierno de que tanto se gloriasen como de su disciplina militar, considerándola siempre como fundamento de su imperio; y es cierto que fué la primera cosa que se descubrió en su estado y la última que en él se perdió; tan unida estaba á la constitucion de su república.

Una de las mejores prendas de la milicia romana era que en ella el valor falso ni era estimado ni aplaudido. Las máximas del falso honor que á tanta gente han hecho entre nosotros perecer, ni aun conocidas eran en una nacion tan ávida de honrosa gloria. Se observa de Escipion y de César, los dos primeros hombres de guerra y los mas valerosos que hubo entre los romanos (2), que jamás se expusieron sin precaucion y sin que lo pidiese una gran necesidad. No se esperaba cosa buena de un general que no sabia conocer

(1) Polyb. VI. 56. Tit. Liv. XXII. 57. 58. (2) Cic. de Of. III. (3) Sallus. de bell. Catil. 9. (4) Polib. II. 28. et seq. (5) Pol. XVII. in excep. c. 24. et seq. (6) Tit. Liv. IX. 19. XXXI. 39. etc.

(1) Plut. in Philop. (2) Pol. X. 13.

el cuidado que debia tener de su persona; y no reservaba para el verdadero servicio las acciones de un extraordinario arrojo (1). No querian los romanos batallas arriesgadas sin necesidad, ni victorias que costasen mucha sangre; de suerte, que no habia cosa mas atrevida ni tampoco mas previsora que los ejércitos romanos.

Pero, no basta saber perfectamente el arte de la guerra, si prudentemente no se examina la ocasion oportuna de intentarla y no se tiene antes bien ordenado el interior del estado; es tambien necesario hacer observar la profunda política del senado romano. Si se le considera en el buen tiempo de la república, no hubo jamás junta alguna en que los negocios fuesen tratados ni con mas madurez, ni con mas secreto, ni con mas larga prevision, ni en mayor concurso y con mayor zelo del bien público.

No se ha desdeñado la Escritura de notar esto en el libro de los Macabeos (2), ni de alabar la alta prudencia y los consejos vigorosos de aquel sabio congreso en que ninguna persona se atribuia mas autoridad que la que le daba la razon, y cuyos miembros todos conspiraban á la útilidad pública sin parcialidad y sin envidia.

Por lo que mira al secreto, nos propone Tito Livio un raro ejemplo (3). Entretanto que se meditaba la guerra contra Perseo, fué á Roma Eumenes, rey de Pérgamo, á coligarse para ella con el senado. Hizo sus proposiciones en plena asamblea, y el negocio fué resuelto por los votos de una junta compuesta de trescientos hombres. ¿Quién creeria que se hubiese guardado el secreto, y que nada se hubiese sabido de la deliberacion hasta cuatro años despues de acabada la guerra? Pero lo mas asombroso que hay, es, que Perseo tenia en Roma sus embajadores para observar á Eumenes. Todas las ciudades de Grecia y Asia, que temian ser envueltas en aquella contienda, habian enviado los suyos; y todos juntamente procuraban descubrir un negocio de tan gran consecuencia. En medio de tan hábiles agentes estuvo el senado impenetrable. Para hacer guardar el secreto, jamás se necesitó castigar ni prohibir el comercio con los extranjeros bajo penas rigurosas. Por sí mismo, y por su propia importancia, se recomendaba el negocio.

Cosa es que pasma en la conducta de Roma observar en ella al pueblo mirar casi siempre con ojeriza al senado, y no obstante, acudir á él enteramente en los grandes sucesos y principalmente en los grandes peligros. Veíase entónces á todo el pueblo volver los ojos á aquella sabia junta, y esperar sus resoluciones como otros tantos oráculos.

Una larga experiencia habia enseñado á los romanos que de allí habian salido todos los sabios consejos que habian salvado el estado. En el senado era donde se guardaban las antiguas máximas y el espíritu, por decirlo así, de la nacion. Allí era donde se formaban los designios que se veian sostenerse por su propia continuacion; y lo mayor que habia en el senado es, que jamás se tomaban en él resoluciones mas vigorosas que en los mayores extremos.

Así sucedió en el mas funesto estado de la república, cuando débil aun y recien nacida, se vió en el interior dividida por los tribunos, y en el exterior apretada por los volscos, que Coriolano irritado conducia contra su patria (4). Estos pueblos, siempre derrotados por los romanos, esperaban vengarse, teniendo á su frente el mayor hombre de Roma, el mas inteligente en la guerra, el mas liberal, el mas contrario á la injusticia, pero el mas rígido, el mas inexorable y el mas irritado. Querian ellos hacerse por fuerza ciudadanos; y, después de grandes conquistas, dueños de la campaña y del país, amenazaban arruinarlo todo sino se cedia á sus exigencias. No tenia Roma ejército, ni cabos, y no obstante, en este calamitoso estado, y cuando todo debia atemorizarla, se vió salir de improviso aquel atrevido decreto del senado, de que antes se pereceria que ceder al enemigo armado: y de que se le acordarian condiciones justas despues que hubiese retirado sus armas.

La madre de Coriolano que fué enviada para aplacarle, le decia entre otras razones: ¿No conoces tú á los romanos? ¿No sabes, hijo mio, que nada conseguirás sino con los ruegos, y que ninguna cosa ni grande ni pequeña obtendrás por la fuerza (1)? Dejóse vencer el severo Coriolano: costóle la vida, y los volscos eligieron otros generales; pero el senado persistió firme en sus máximas; y el decreto que espidió de no conceder por fuerza cosa alguna, pasó por una ley fundamental de la política romana de la cual ni un solo ejemplo hay de que los romanos se hayan desviado en todos los tiempos de la república (2). En sus mas calamitosas situaciones, ni aun oídos dieron á los consejos débiles; siempre eran mas tratables victoriosos que vencidos; tanto sabia el senado mantener las antiguas máximas de la república; y tanto sabia confirmar en ellas á los demás ciudadanos.

De este mismo espíritu salieron las resoluciones tantas veces tomadas en el senado, de vencer á los enemigos cuerpo á cuerpo, sin valerse de astucias ó artificios, ni aun de los permitidos en la guerra. Esto hacia el senado, nó por un vano pundonor ni por ignorar las leyes de la guerra, sino porque nada juzgaba mas eficaz para abatir á un enemigo orgulloso que el quitarle toda la opinion que podia haber concebido de sus fuerzas, á fin de que, vencido hasta en el corazon, no viese mas salud ni esperanza que la clemencia del vencedor.

Así, pues, se estableció por toda la tierra la alta opinion de las tropas romanas. La creencia difundida, y como derramada por todas partes, de que nada les resistia, hacia caer las armas de las manos de sus enemigos, y daba un invencible socorro á sus aliados. Ya vemos lo que vale en Europa una opinion semejante de las tropas modernas; y pasmado el mundo confiesa, que nadie es capaz, sino Dios solo, de poner límites á sus conquistas.

La conducta del senado romano, tan fuerte contra sus enemigos, no era menos admirable en el gobierno interior. Aquellos sabios senadores tenian una justa atencion alguna vez al pueblo, como cuando en una extrema necesidad no solo se impusieron un tributo superior al de los otros, lo cual hacian de ordinario, sí que tambien exoneraron al pueblo inferior de todas las imposiciones, diciendo: «Que los pobres pagaban «á la república un tributo bastante grande, alimen«tando á sus hijos (3).»

Mostró el senado con este decreto, que sabia bien en qué consistian las verdaderas riquezas de un estado: y este prudente dictámen, junto con las demostraciones de un paternal cariño, hizo tanta impresion en el ánimo de los pueblos, que se hicieron capaces de tolerar las mayores calamidades por la salud de su amada patria.

Pero, cuando el pueblo romano merecia ser vitupe-

(1) Pol. 29. (2) 1. Mach. VIII. 15. 16. (3) Tit. liv. XLII. 14. (4) Dion. Hal. VIII. Tit. Liv. II. 39.

(1) Dion. Hal. VIII. (2) Polib. VI. 56. Excerpt. de leg. 69. Dion. Hal. VIII. (3) Tit. Liv. II. 9.

rado, lo ejecutaba tambien el senado con una gravedad y un vigor digno de aquel sabio congreso, como sucedió en la contienda entre los de Ardea y de Aricia. Es memorable esta historia (1) y merece ser referida. Estaban en guerra estos dos pueblos por algunas tierras que ambos pretendian. Cansados, en fin, de ella, convinieron en sujetarse al juicio del pueblo romano cuya equidad era reverenciada por todos sus vecinos. Juntáronse los tribunos, y habiendo el pueblo conocido en el exámen que hizo que aquellas tierras pretendidas por otros le pertenecian de derecho, se las adjudicó. El senado, aunque convencido de que habia el pueblo substancialmente juzgado bien, no pudo sufrir que hubiesen los romanos desmentido su generosidad natural, ni villanamente engañado la esperanza de sus vecinos que se habian sujetado á su arbitrio. No hubo cosa que no hiciese aquella junta por impedir un juicio de tan pernicioso ejemplo en que tomaban para sí los jueces las tierras consultadas por las partes. Dada esta sentencia, los de Ardea, cuyo derecho parecia el mas aparente, indignados de un juicio tan inicuo, estaban para vengarse con las armas. No pudo menos el senado de declararles públicamente que no le era menos sensible que á ellos la injuria que se les habia hecho: que, á la verdad, él no podia anular un decreto del pueblo; pero que, si aun recibida aquella ofensa, querian fiarle la reparacion que justamente podian pretender, tendria el senado tal cuidado en hacerles justicia, que no les quedaria motivo para lamentarse. Fiáronse los ardeotas de esta palabra. Sucedióles que estuvieron á punto de ver arruinada toda su ciudad, y recibieron un tan pronto socorro de órden del senado, que se creyeron muy bien pagados de la tierra que se les habia quitado; y no cuidaban mas que de mostrarse agradecidos á tan fieles amigos. Mas no quedó contento el senado hasta que, haciendo volverles la tierra, que el pueblo romano se habia adjudicado, borró la memoria de tan infame juicio (2).

No intentamos referir aquí cuántas acciones semejantes á esta hizo el senado; cuántos ciudadanos perjuros que no querian cumplir su palabra ó que trampeaban sus juramentos, puso en poder de sus enemigos; cuántos malos consejos, que tuvieron feliz éxito, condenó. Solamente diremos que aquel augusto congreso nada influia al pueblo romano que no fuese grande; y daba en todas ocasiones una alta idea de sus consejos, persuadido de que la reputacion sola era el mas firme apoyo y la coluna de los estados ó reinos.

Bien puede creerse que en un pueblo, tan sabiamente dirigido, las recompensas y los castigos estarian ordenados con grande consideracion. Á mas de que el servicio y el zelo por el bien del estado eran el medio mas seguro para adelantarse en los cargos, las acciones militares tenian mil recompensas que nada costaban al público y eran de infinito precio para los particulares; porque estaba en ellas fijada la honrosa gloria tan amada de aquel pueblo belicoso. Una corona de oro muy delgada, y mas frecuentemente una corona de hojas de encina, de laurel ó de alguna yerba, aun mas insignificante, se hacia inestimable entre los soldados que no conocian mas honrosas señas que las de la virtud, ni mas noble distincion que la que procedia de las acciones gloriosas.

El senado, cuya aprobacion tenia veces de recompensa, sabia alabar y vituperar cuando convenia. Inmediatamente después del combate los cónsules y demás generales daban públicamente á los soldados y á los oficiales la alabanza ó el vituperio que merecian; y ellos mismos esperaban suspensos el juicio del senado que juzgaba de la sabiduría de los consejos sin dejarse deslumbrar de la felicidad de las acciones.

Eran preciosas las alabanzas porque se daban con conocimiento; el vituperio picaba en lo vivo de los corazones generosos, y contenia en su obligacion á los débiles ó afeminados. Los castigos que seguian á las malas acciones, tenian á los soldados en temor, al paso que las recompensas y la gloria, bien distribuidas, los hacian superiores á sí mismos.

Quién puede imprimir en el ánimo de los pueblos la gloria, la paciencia en los trabajos, la grandeza de la nacion y el amor de la patria, puede tambien gloriarse de haber hallado la constitucion del estado mas propia para producir grandes hombres; y los grandes hombres son sin duda aquellos en quienes consiste la fuerza de un imperio. No deja la naturaleza de criar en todos los países espíritus y ánimos elevados, pero es necesario ayudarla á formarlos. Lo que los forma y los perfecciona son los sentimientos fuertes y las nobles impresiones que se difunden en todos los ánimos y pasan del uno al otro. ¿Qué es lo que hace á nuestra nobleza tan altiva en los combates y tan atrevida en las empresas? Es la opinion recibida desde la infancia y establecida por dictámen unánime de la nacion; pues un caballero sin valor se degrada él mismo y se hace ya indigno de ver la luz. Todos los romanos estaban criados con estos sentimientos, y el pueblo disputaba con la nobleza á quién obraria mas por estas vigorosas máximas. Durante los buenos tiempos de Roma era tambien la infancia ejercitada en los trabajos; no se oia hablar allí de otra cosa que de la grandeza del nombre romano. Era preciso ir á la guerra cuando la república lo ordenaba, y trabajar en ella incesantemente; acamparse en el invierno y en el verano, obedecer sin resistencia, morir ó vencer. Los padres que no criaban á sus hijos con estas máximas, y como debian, para hacerlos capaces de servir al estado, eran llamados á juicio por los magistrados y juzgados reos de un atentado contra el pueblo. Cuando se ha empezado á marchar así, unos á otros se hacen grandes hombres; y si Roma ha tenido mayor número de ellos que cualquier otra ciudad que haya habido antes ó después de ella, no ha sido por fortuna ó casualidad, y sí porque el estado romano, constituido del modo que hemos visto, era, por decirlo así, de tal temperamento, que debia ser el mas fecundo en héroes.

Un estado que se siente formado así, se reconoce tambien al mismo tiempo con una fuerza incomparable, y jamás cree hallarse sin remedio. Así, vemos que los romanos nunca desesperaron de sus cosas; ni cuando Pórsena, rey de Etruria, los acorraló dentro de sus murallas; ni cuando los galos, después de haber abrasado su ciudad, inundaban todo su país y les tenian cerrados en el Capitolio; ni cuando Pirro, rey de los epirotas, no menos hábil que atrevido, los atemorizaba con sus elefantes y deshacia todos sus ejércitos; ni cuando Aníbal, ya tantas veces vencedor, les mató mas de cincuenta mil hombres de su mejor milicia en la memorable batalla de Canas.

Entónces el cónsul Terencio Varron, que acababa de perder por culpa suya una tan gran batalla, fue recibido en Roma como si hubiese quedado victorioso, solo porque en tan grande infortunio no habia desesperado de las cosas de la república. Dióle el senado

(1) Tit. Liv. III. 71. IV. 7. 9. 10. (2) Polyb. Tit. Liv. Cic. de Off. I. II. etc.

públicamente las gracias, y se resolvió desde entónces, segun sus antiguas máximas, no dar absolutamente oidos en aquel triste estado á proposicion alguna de paz. Quedó el enemigo pasmado, recobró el ánimo el pueblo, y creyó tener algunos remedios que conoceria el senado con su prudencia y madurez tan acreditada.

En efecto, la constancia de aquella sabia junta en medio de tantas desgracias, que llegaban una sobre otra, no procedia de una resolucion obstinada de no ceder jamás á la adversa fortuna, y sí solo de un profundo conocimiento de las fuerzas romanas y de las enemigas. Sabia Roma por su censo, esto es, por la estadística de sus ciudadanos, siempre exacta desde Servio Tulio, cuántos hombres tenia capaces de tomar armas y lo que podia esperar de la juventud que cada dia se criaba. Así, conservaba sus fuerzas contra un enemigo venido desde la costa de África, á quien solo el tiempo debia destruir en un país extranjero á donde llegaban tan tardos los socorros, y á quien sus mismas victorias, que tanta sangre le costaban, eran fatales. Por esto, si sucedia cualquiera pérdida, el senado, siempre noticioso de los buenos soldados que le quedaban, no debia hacer mas que acomodarse al tiempo y no rendirse jamás á las desgracias. Cuando, por la derrota de Canas, y por las alteraciones que se siguieron, vió las fuerzas de la república de tal suerte disminuidas que apenas habria podido defenderse si el enemigo hubiese avanzado, se sostuvo con su esfuerzo; y sin turbarse por sus pérdidas, se puso á observar los movimientos del vencedor. Luego que advirtió que Aníbal, en vez de seguir su victoria, no pensaba durante algun tiempo sino en regocijarse por ella, volvió á tranquilizarse el senado, y conoció bien, que un enemigo capaz de no aprovecharse de su próspera fortuna y de dejarse deslumbrar por sus grandes ventajas, no habia nacido para vencer á los romanos. Desde entónces hizo Roma todos los dias mayores progresos; y Aníbal, aunque tan hábil, tan esforzado y tan victorioso, no pudo ya resistirla.

Fácil es juzgar por este solo acaecimiento quién debia por último prevalecer. Aníbal, desvanecido por sus grandes y felices sucesos, creyó muy fácil tomar á Roma, y relajó sus fuerzas. Roma, en medio de sus desgracias, no perdió el valor ni la confianza, é intentó mayores cosas que nunca. Después de la insinuada derrota de Canas fué cuando sitió á Siracusa y Capua; la una infiel á los tratados y la otra rebelde. No pudo Siracusa defenderse ni con sus fortificaciones ni con las invenciones de Arquímedes. El ejército victorioso de Aníbal fué sin fruto al socorro de Capua. Además de esto hicieron los romanos levantar á este capitan el sitio de Nola. Poco después los cartagineses deshicieron y mataron en España á los dos Escipiones. No sucedió en toda aquella guerra cosa mas sensible ni mas funesta para los romanos. Obligóles esta pérdida á hacer los mayores esfuerzos; el jóven Escipion, hijo de uno de aquellos generales, no contento con haber restablecido en España las cosas de Roma, llevó la guerra á los cartagineses dentro de su propia ciudad, y dió el último golpe á su imperio.

No permitia el estado de aquella ciudad, que hallase en ella Escipion la misma resistencia que Aníbal encontraba de la parte de Roma; y quedaremos de esto bien persuadidos, por poco que consideremos la constitucion de aquellas dos ciudades.

Roma estaba en su fuerza; Cartago, que habia comenzado á declinar, sosteníase únicamente por Aníbal (1). Roma tenia unido su senado; y era puntualmente en aquellos tiempos cuando se halló en el aquel homogéneo parecer tan alabado en el libro de los Macabeos. El senado de Cartago estaba dividido por antiguas facciones irreconciliables; y la ruina de Aníbal habria sido la alegría de la principal parte de los grandes señores. Roma, pobre aun y dada á la agricultura, criaba una milicia admirable que solo respiraba gloriosa honra, y no cuidaba sino de engrandecer el nombre romano. Cartago, enriquecida por su tráfico, veia á todos sus ciudadanos asidos á sus riquezas y nada ejercitados en la guerra. Cuando los ejércitos romanos estaban cuasi todos compuestos de ciudadanos, Cartago al contrario, tenia por máxima no servirse sino de tropas extranjeras, de ordinario tan para temidas de los que las pagan, como de aquellos contra quienes se emplean.

Estos defectos, en parte provenian de la primera institucion de la república de Cartago, y en parte se habian introducido con el tiempo. Cartago amó siempre las riquezas; y Aristóteles la acusa de estar tan asida á ellas, que sus ciudadanos las preferian á la virtud. Por eso, una república toda hecha para la guerra, como lo observa el mismo Aristóteles, al fin se descuidó en ejercitarla. No la reprende este filósofo de servirse solamente de tropas extranjeras; y así es creible que no cayese en este error hasta mucho tiempo después. Pero las riquezas conducen naturalmente á esto, á una república mercantil, donde todos quieren gozar de sus bienes y creen hallarlo todo en su dinero, en lo cual sin duda se engañan. Creíase Cartago fuerte porque tenia muchos soldados; y no habia podido aprender, con tantas alteraciones que habia visto suceder en los últimos tiempos, que no hay cosa mas infeliz que un estado que únicamente se sostiene por los extranjeros, en quienes ni se halla celo, seguridad, ni obediencia exacta (2).

Verdad es, que el genio asombroso de Aníbal parecia haber remediado los defectos de su república. Mírase como un prodigio que en un país extranjero, y por el curso de diez y ocho años enteros, no hubiese jamás habido, no digo sedicion, sino ni aun murmullos en un ejército compuesto de pueblos diversos, que, sin entenderse entre sí, concordaban solo en entender las órdenes de su general. Pero no podia la habilidad de Aníbal sostener á Cartago, cuando, atacada dentro de sus murallas por un general como Escipion, se halló sin fuerzas. Fué preciso llamar á Aníbal, cuando ya no le quedaban sino unas tropas, debilitadas mas por sus propias victorias que por las de los romanos, y que acabaron de arruinarse con tan largo viaje. Así Aníbal fué derrotado; y Cartago, antes señora de toda el África, del mar Mediterráneo y de todo el comercio del universo, forzada á sujetarse al yugo que Escipion le puso.

Véase ahí el fruto glorioso de la paciencia romana. Unos pueblos que se enardecian y se fortificaban con sus desgracias, razon tenian para creer que todo se salvaria como no se perdiese la esperanza: y Polibio concluyó muy bien que al fin Cartago habia de obedecer á Roma por sola la diversa naturaleza de las dos repúblicas.

Y, si los romanos se hubiesen solamente servido de aquellas grandes calidades políticas y militares para conservar en paz su estado ó para protejer á sus aliados oprimidos, como aparentemente manifestaban, no menos alabanzas se darian á su equidad que á su prudencia y su valor. Pero, después que probaron la

(1) Polyb. l. III. IV. 19. etc. (2) Ibid. XI. 17.

dulzura de la victoria, quisieron que todo les cediese, y no menos pretendieron que poner, primero á sus vecinos, y despues á todo el universo, bajo sus leyes.

Para llegar á este fin, supieron perfectamente conservar sus aliados, unirlos entre sí, sembrar discordia y envidiosos celos entre los enemigos, penetrar sus consejos, descubrir sus inteligencias y prevenir sus intentos.

No solamente observaban los movimientos de sus enemigos, sí que tambien todos los progresos de sus vecinos; solícitos, sobre todo, de dividir ó de contrapesar por alguna parte las potencias que se hacian muy formidables ó que ponian grandes impedimentos á sus conquistas.

Así, los griegos se persuadian sin razon en tiempo de Polibio, que mas se engrandecia Roma por fortuna que por sabiduría (1). Estaban muy apasionados por su nacion y eran muy celosos de los pueblos que veian elevarse sobre ellos; ó quizá viendo desde lejos adelantarse tan velozmente el imperio romano, sin penetrar los consejos que hacian mover á aquel gran cuerpo, atribuyesen á la suerte, segun la costumbre de los hombres, los efectos cuyas causas ignoraban. Pero Polibio, á quien su estrecha familiaridad con los romanos habia hecho penetrar el secreto de los negocios, y que tan de cerca observaba la política romana durante las guerras púnicas, tuvo mas equidad que los demás griegos, y vió que las conquistas de Roma eran consecuencias de un designio bien formado. Porque él veia á los romanos, en medio del Mediterráneo, extender por todas partes la vista, desde sus contornos hasta España y hasta la Siria; observar lo que allí pasaba; adelantarse regularmente y paso á paso; afirmarse antes de extenderse; no cargarse de muchos negocios; disimular algun tiempo y declararse oportunamente; esperar que Aníbal fuese vencido para desarmar á Filipo, rey de Macedonia, que le habia favorecido: despues de haber empezado un negocio no cansarse ni contentarse hasta perfeccionarle enteramente; no dejar á los macedonios instante alguno para recobrarse; y despues de haberlos vencido restituir por un decreto público á la Grecia, tan largo tiempo cautiva, la libertad en que ya no pensaba: esparcir de este modo, por una parte el terror, y por otra la veneracion á su nombre; lo cual es bastante para concluir, que los grandes progresos de los romanos en la conquista del mundo, no eran efectos de la suerte, sino consecuencias de su exacta y acertada conducta

Esto es lo que Polibio vió en el tiempo de los progresos de Roma. Dionisio Halicarnasio (2), que escribió despues del establecimiento del imperio y del tiempo de Augusto, concluyó lo mismo, tomando desde su origen las antiguas instituciones de la república romana, tan propias por su naturaleza para formar un pueblo invencible y dominante. Ya hemos dicho lo que basta para ser del mismo sentir que estos sabios historiadores, y para condenar á Plutarco (3), quien, muy apasionado siempre por sus griegos, atribuye á la fortuna sola la grandeza romana, y á sola la virtud la de Alejandro.

Pero cuanto mas hacen ver estos historiadores el designio de Roma en sus conquistas, tanto mas declaran su injusticia. Es inseparable este vicio del deseo de dominar, y así se halla justamente condenado por las reglas del Evangelio. Mas la filosofía sola basta para hacernos entender, que no se nos ha dado la fuerza para usurpar el bien ageno, y sí solo para conservar el propio. Ciceron lo reconoció (1); y las reglas que dió para hacer la guerra, son una manifiesta condenacion de la conducta romana.

Es cierto que al principio de su república se mostraron bastante justos los romanos. Parecia que ellos mismos quisiesen moderar su genio guerrero, conteniéndolo dentro de los límites que la equidad prescribia. ¿Qué cosa hay mas buena ni mas santa que el consejo de los Feciales, ya sea cierto que Numa fué su fundador, como dice Dionisio Halicarnasio (2), ó que lo hubiese sido Anco Marcio, como quiere Tito Livio (3)? Era establecido este consejo para juzgar si la guerra era justa; antes que el senado la propusiese ó que la resolviese el pueblo, este exámen de equidad precedia siempre. Cuando la justicia de la guerra era reconocida, tomaba el senado sus medidas para emprenderla, pero primero enviaba á pedir al usurpador, con toda formalidad, lo que injustamente habia quitado; y no llegaba al extremo del rigor hasta haber apurado todos los medios de la suavidad. Santa institucion entre cuantas haya habido; y que avergüenza á los cristianos de no haberse dejado reducir á la caridad ni á la paz, tras de haber venido un Dios al mundo para pacificarlo todo.

¿Pero de qué sirven las mejores instituciones, cuando, en fin, degeneran en puras ceremonias? La dulzura de vencer y de dominar corrompió bien presto en los romanos lo que la equidad natural les habia dado de rectitud. No fueron despues las deliberaciones de los Feciales sino una inútil formalidad; y aunque ejercitasen con sus mayores enemigos acciones de equidad grande y aun de gran clemencia, no permitia la ambicion á la justicia reinar en sus consejos.

Por lo demás, eran sus injusticias tanto mas perniciosas, cuanto mejor sabian cubrirlas con el velo de la equidad; y ponian insensiblemente bajo su yugo á los reyes y á las naciones, so color de ampararlas y defenderlas.

Añadamos tambien, que eran crueles con quien les resistia; condicion muy natural en los conquistadores que saben que el espanto hace mas de la mitad de las conquistas. ¿Débese acaso dominar á tanta costa? ¿Es tan dulce el mando que los hombres quieran comprarle con acciones inhumanas? Los romanos, para difundir en todas partes el terror, afectaban dejar en las ciudades tomadas unos espectáculos terribles de crueldad; eran desapiadados con el que les oponia resistencia (4); sin exceptuar á los reyes á quienes hacian inhumanamente morir despues de haberlos llevado en triunfo cargados de hierro y atados á los carros como esclavos.

Mas, si eran injustos y crueles para conquistar, gobernaban con equidad á las naciones conquistadas. Procuraban hacer probar su gobierno á los pueblos sujetos, y creian que era este el mejor modo de asegurar sus conquistas. El senado tenia refrenados á los gobernadores y hacia justicia á los pueblos. Era mirada esta junta como el asilo de los oprimidos: así, los cohechos y las violencias no fueron conocidos entre los romanos sino en los últimos tiempos de la república, y la moderacion de sus magistrados era la admiracion de todo el mundo.

No eran, pues, sus prendas las de aquellos conquistadores brutales y avaros que no respiran otra cosa que pillaje, ó que establecen su dominacion sobre la ruina de las provincias vencidas. Mejoraban los roma-

(1) Polyb. l. 63. (2) Dion. Hal. Ant. Rom. l. II. (3) Plut. de fort. Alex. et de sorc. Rom.

(1) Cic. de Offic. III. (2) Dion. Hal. II. Ant. Rom. (3) Tit. Liv. l. 32. (4) Polib. x. 15.

nos á todos los que ya tenian vencidos y por suyos, haciendo florecer entre ellos la justicia, la agricultura, el comercio, las artes y las ciencias, después que las habian una vez probado y tomado el gusto de ellas.

Esto es lo que les dió, así el mas florido y mejor establecido imperio, como el mas extenso que jamás hubo. Desde el Eufrates y el Tanais, hasta las columnas de Hércules y el mar Atlántico, todas las tierras y los mares les obedecian. En alguna manera desde el centro del Mediterráneo, abrazaban toda su extension penetrando á lo largo y á lo ancho todos los estados de su circunferencia, y siempre solícitos en conservar la comunicacion con su imperio. Aun causa espanto el considerar que las naciones que forman al presente reinos tan formidables, todas las Galias, todas las Españas, la Gran Bretaña casi toda entera, el Ilírico hasta el Danubio, la Germania hasta el Albis, el África hasta los desiertos espantosos é impenetrables, la Grecia, la Tracia, la Siria, el Egipto, todos los reinos del Asia menor y los que están comprendidos entre el Ponto-Euxino y el mar Caspio, y otros que puede ser olvidemos ó no sea necesario que refiramos, no hayan sido durante tantos siglos sino provincias romanas. Todos los pueblos de nuestro mundo, hasta los mas bárbaros, respetaron su poder; y los romanos establecieron casi por todo él, con su imperio, las leyes y la policía.

Especie es de prodigio que en un imperio tan vasto y que abraza tantas naciones y reinos, estuviesen los pueblos tan obedientes y fuesen tan raras las rebeliones. Á todo habia provisto la política romana por varios medios que expondremos en pocas palabras.

Las colonias romanas, establecidas por todas partes en el imperio, producian dos efectos maravillosos; uno, aliviar á la ciudad de un gran número de ciudadanos, la mayor parte pobres; el otro, guardar los puestos principales y acostumbrar, poco á poco, á los pueblos extranjeros á las costumbres romanas.

Aquellas colonias que llevaban consigo sus privilegios, permanecian siempre unidas al cuerpo de la república y poblaban todo el imperio de romanos.

Pero, á mas de las colonias, un gran número de ciudades obtenia para sus moradores el derecho de ciudadanos romanos; y unidas por su interés al pueblo dominante, tenian atentas á su deber las ciudades vecinas.

Sucedió finalmente, que todos los vasallos del pueblo romano se creyeron romanos. Comunicáronse poco á poco los honores del pueblo victorioso á los pueblos vencidos: fuéles abierto el senado y podian aspirar hasta al imperio. Así, por la clemencia romana, todas las naciones no eran ya sino una sola nacion, y Roma era mirada como la patria comun. ¡Qué facilidad no reportaria para la navegacion y el comercio aquella maravillosa union de todos los pueblos del mundo bajo un mismo imperio! Todo lo abrazaba la sociedad romana; y fuera de ciertas fronteras inquietadas alguna vez por los vecinos, gozaba de una paz profunda el resto del universo. Ni la Grecia, ni el Asia menor, ni la Siria, ni el Egipto, ni en fin, la mayor parte de las demás provincias, han estado jamás en guerra sino bajo el imperio romano; y es fácil comprender, cuánto serviria un comercio tan agradable entre las naciones para mantener en todo el cuerpo del imperio la concordia y la obediencia.

Las legiones distribuidas para la guardia de las fronteras, defendiéndole por fuera le afirmaban dentro. No solian los romanos tener ciudadelas en sus plazas ni fortificar sus fronteras, ni vemos que se apli-

casen mucho á este cuidado, hasta Valentiniano I. Poníase antes toda la fuerza y seguridad del imperio en las tropas, de tal manera distribuidas, que se daban la mano las unas á las otras. En cuanto á lo demás, como el órden era que siempre campeasen, no eran incómodas á los lugares; y la disciplina no permitia á los soldados derramarse por la campiña. De este modo, los ejércitos romanos no turbaban el comercio ni la labranza. Hacian en su campo una especie de ciudades que no se diferenciaban de las otras, sino en ser continuos los trabajos, la disciplina mas severa y el mando mas firme. Estaban siempre prontas al menor movimiento, y bastaba para contener á los pueblos en su obligacion mostrarles solamente en su vecindad aquella milicia invencible.

Pero nada mantenia tanto la paz del imperio como el órden de la justicia. Habíale establecido la antigua república; los emperadores y los sabios le explicaron sobre los mismos fundamentos; todos los pueblos, hasta los mas bárbaros, le miraban con admiracion; y á él debieron principalmente los romanos la opinion de ser dignos del dominio del mundo. Y, si las leyes romanas han parecido tan santas que aun dura su antigua majestad á pesar de la ruina de su imperio, es porque la razon, que es la maestra de la vida humana, reina en todas ellas, y que no puede hallarse mejor aplicacion de los principios de la equidad natural.

No obstante esta grandeza del nombre romano, y sin embargo de la política profunda y demás admirables instituciones de aquella famosa república, llevaba esta en su seno la causa de su ruina en la aversion perpétua del pueblo contra el senado, ó mas propiamente de los plebeyos contra los patricios. Habia Rómulo establecido esta diferencia (1), siendo bien necesario que los reyes tuviesen personas distinguidas que se uniesen á ellos con vínculos particulares, y que gobernasen por su medio lo restante del pueblo. Por eso Rómulo eligió los padres, de los que formó el cuerpo del senado. Llamábanlos así por su dignidad y por su edad; de ellos descendieron las familias patricias (2). En cuanto á lo demás, por grande autoridad que hubiese Rómulo reservado al pueblo, habia de muchos modos hecho á los plebeyos dependientes de los patricios; y esta subordinacion, necesaria á la majestad, habia sido conservada, no solo en tiempo de los reyes, sí que tambien en el de la república. De los patricios se elegian siempre los senadores. Á los patricios pertenecian los empleos, los mandos, las dignidades, hasta la del sacerdocio; y los padres que habian sido los autores de la libertad, no abandonaron jamás sus prerogativas. Pero bien presto se introdujeron los celos envidiosos de las dos clases; y no necesitamos hablar aquí de los caballeros romanos, tercer órden entre los patricios, ni del pueblo ordinario, que tan presto abrazaba el uno como el otro partido. Entre estos dos órdenes, pues, se introdujeron los celos que en diversas ocasiones se dispertaron; pero la causa profunda que los mantenia era el amor de la libertad.

La máxima fundamental de la república era mirar á la libertad como á una cosa inseparable del nombre romano. Un pueblo criado en este espíritu; digamos mas, un pueblo que se creia nacido para mandar á los demás pueblos, y á quien Virgilio por esta razon llama tan noblemente un pueblo rey, no queria recibir la ley sino de sí mismo.

Juzgábase necesaria la autoridad del senado para

(1) Dion. Hal. II. (2) Ibid.

moderar los consejos públicos que sin este temperamento hubieran sido tumultuarios. Pero realmente pertenecia al pueblo dar las órdenes, establecer las leyes y decidir sobre la paz y la guerra. Un pueblo que gozaba de los derechos mas esenciales de la majestad, participaba en algun modo del genio de los reyes. Queria ser aconsejado, pero no forzado por el senado. Todo lo que parecia muy imperioso, todo lo que descollaba sobre lo demás, todo lo que violaba ó parecia violar la igualdad que pide un estado libre, se hacia sospechoso á aquel pueblo delicado. El amor de la libertad, el de la gloria y el de las conquistas hacia difíciles de manejar semejantes ánimos; y la misma audacia, á cuyo impulso lo intentaban todo fuera de su casa, no podia dejar de traerles la division dentro de ella.

Así, Roma, tan celosa de su libertad, vió que este mismo amor, que era el fundamento de su estado, introducia la division entre los dos órdenes de que estaba compuesta. De allí nacieron los celos furiosos entre el senado y el pueblo; entre los patricios y los plebeyos; los unos, alegando siempre que la libertad excesiva se destruye al fin ella misma; y los otros, temiendo al contrario que la autoridad, que por su naturaleza siempre crece, degenerase al fin en tiranía.

Entre estos dos extremos, un pueblo, fuera de esto tan sabio, no supo hallar el medio. El interés particular que arrastra los ánimos á adelantar mas de lo preciso, y de lo que se ha calculado en beneficio público, no permitia que se mantuviesen en los consejos moderados. Los espíritus ambiciosos é inquietos excitaban los celos por prevalerse de ellos; y estos celos, ya mas cubiertos y ya mas declarados, segun los tiempos, pero siempre vivos en lo íntimo de los corazones, causaron en fin aquella grande y asombrosa mudanza que sucedió en tiempo de César y de los demás que le siguieron.

CAP. VII.—Explícase la continuacion de las notables revoluciones de Roma.

Fácil nos será descubrir todas las causas de ellas, si después de haber comprendido bien el genio de los romanos y la constitucion de su república, ponemos cuidado en observar cierto número de acaecimientos principales, que, aunque sucedidos en tiempos entre sí muy distantes, tienen un enlace manifiesto. Véamoslos aquí todos juntos para mayor fácilidad.

Rómulo, criado en la guerra y reputado por hijo de Marte, fundó á Roma y la pobló de gentes que allí se recogieron; pastores, esclavos y ladrones que habian ido á buscar la franquicia y la libertad en el asilo que habia abierto á cuantos llegasen: fueron tambien algunos mas calificados y de mejores costumbres.

Crióse este pueblo feroz en la máxima de intentar y emprenderlo todo por la fuerza; por este violento medio tuvieron hasta las mujeres con quienes casaron.

Rómulo estableció el órden y reprimió los espíritus con leyes muy santas (1). Empezó por la religion mirándola como principal y sólido fundamento de los estados. Hízola tan séria, tan grave y tan modesta cuanto lo permitian las tinieblas de la idolatría. Fueron prohibidas las religiones extranjeras y los sacrificios que no estuviesen establecidos por las costumbres romanas. Con el tiempo se dispensó de esta ley; pero la intencion de Rómulo era que fuese observada; y siempre lo fué en algo.

Escogió entre todo el pueblo lo mejor que habia para formar el consejo público á que dió el nombre de senado. Compúsole de doscientos senadores, cuyo número fué después aumentado, y de allí salieron las familias nobles que se llamaban patricias; las demás se llamaban plebeyas; esto es, el comun del pueblo.

El senado debia examinar y proponer todos los negocios. Reglaba algunos supremamente con el rey; pero los mas generales eran sometidos al pueblo que decidia de ellos.

Rómulo, en una junta en que de repente sobrevino una gran tempestad, fué hecho pedazos por los senadores, por reconocerle sobradamente imperioso; y desde entónces empezó á descubrirse en este órden el deseo de la independencia.

Por aplacar al pueblo, que amaba á su príncipe, y dar una grande idea del fundador de la ciudad, publicaron los senadores que le habian los dioses arrebatado al cielo, é hicieron erigirle altares.

Numa Pompilio, segundo rey, en una larga y profunda paz, acabó de formar las costumbres y reglar la milicia sobre los mismos fundamentos que habia Rómulo puesto.

Tulio Hostilio estableció con severos reglamentos la disciplina militar y los órdenes de la guerra que su sucesor Anco Marcio acompañó de ceremonias sagradas á fin de hacer la milicia santa y religiosa.

Después de él, Tarquino Prisco, por adquirirse servidores, aumentó el número de senadores hasta el de trescientos, en el que permanecieron fijos por muchos siglos; y empezó las grandes obras, que habian de servir para comodidad pública.

Servio Tulio proyectó el establecimiento de una república bajo el mando de dos magistrados anuales que serian elegidos por el pueblo.

En odio á Tarquino, el Soberbio, fué la dignidad real anulada con maldiciones contra los que intentasen restablecerla; y Bruto hizo jurar al pueblo que se mantendria eternamente en su libertad.

Sirviéronles de regla en esta mudanza las memorias de Servio Tulio. Los cónsules, elegidos por el pueblo entre los patricios, eran iguales á los reyes, excepto que eran dos; los cuales tenian un turno reglado para mandar, y todos los años se mudaban.

Colatino, nombrado cónsul con Bruto, por haber sido, juntamente con él, autor de la libertad, como marido de Lucrecia cuya muerte habia causado la mudanza, é interesado mas que todos en la venganza del ultraje que habia recibido, se hizo sospechoso por ser de la familia real y fué expelido.

Substituido Valerio en su lugar, á la vuelta de una expedicion en que habia librado á su patria de los veyentos y etrurios, hizo entrar al pueblo en la sospecha de que tendia á la tiranía, pues fabricaba su casa en una eminencia; y no solo cesó en la obra, sí que hecho popular, aunque patricio, estableció la ley que permite apelar al pueblo, y le atribuye en ciertos casos el derecho de juzgar en último recurso.

Por esta nueva ley el poder consular fué debilitado en su orígen, y el pueblo extendió sus derechos.

Con ocasion de las extorsiones que por cobrar de los pobres sus deudas hacian los ricos, sublevado el pueblo contra los cónsules y el senado, hizo aquella famosa retirada al monte Aventino (1).

No se hablaba en aquellas juntas sino de libertad, ni se creia seguro de ella el pueblo romano no teniendo medios legítimos con que resistir al senado. Fué forzoso concederle magistrados particulares, llamados tribunos del pueblo, que pudiesen juntarle y socorrerle

(1) Dion. Hal. II.

(1) Dion. Hal. VI.

contra la autoridad de los cónsules, por oposicion ó por apelacion.

Para adquirirse mayor autoridad, fomentaban estos magistrados la division entre los dos órdenes; y no cesaban de lisonjear al pueblo proponiendo que las tierras de los países vencidos, ó el precio que procediese de su venta, fuese repartido entre los ciudadanos.

Oponíase el senado constantemente á estas leyes arruinadoras del estado; y queria que fuese adjudicado al erario público el precio de las tierras.

Dejábase el pueblo llevar de sus sediciosos magistrados, y sin embargo conservaba bastante equidad para admirar la virtud de aquellos grandes hombres que le resistian.

Contra esas disensiones domésticas no hallaba el senado mejor remedio que hacer naciesen contínuas ocasiones de guerras extranjeras, las cuales impedian que las divisiones llegasen al extremo; y reunian los órdenes en defensa de la patria.

En tanto que las guerras son felices, y se aumentan las conquistas, los celos se despiertan.

Fatigados los dos partidos de tantas divisiones que amenazaban con la ruína del estado, convienen en hacer leyes para dar reposo á unos y á otros y establecer la igualdad que debia haber en una ciudad libre.

Pretende cada uno de los órdenes tocarle el establecimiento de estas leyes.

Alimentados los celos con estas pretensiones, hacen que de comun acuerdo vaya á Grecia una embajada para buscar las instituciones de aquel país, y principalmente las leyes de Solon que eran las mas populares. Establécense en consecuencia de esto las leyes de las XII tablas; y los decemviros que las habian coordinado fuéron privados del poder de que abusaban.

Pero cuando todo daba señas de gran tranquilidad, y parecia que unas leyes tan santas establecerían para siempre el público reposo, vuelven á encenderse las disensiones con nuevas pretensiones del pueblo, que aspira á los honores, y al consulado, reservado hasta entónces al primer órden.

Propónese la ley para admitirle. Pero antes que envilecer el consulado, consienten los padres en la creacion de tres nuevos magistrados que tengan la autoridad de cónsules, bajo el nombre de tribunos militares; á cuyo honor es admitido el pueblo.

Contento este con establecer su derecho, usa moderadamente de su victoria y continúa algun tiempo en dar el mando á todos los patricios.

Después de largas disputas, vuélvese á la pretension del consulado, y poco á poco hácense comunes los honores entre los dos órdenes, aunque los patricios sean siempre mas atendidos en las elecciones.

Las guerras continúan, y los romanos después de quinientos años sujetan á los galos cisalpinos, sus principales enemigos, y á toda la Italia (1).

Empiezan entónces las guerras púnicas, y toman tal altura las cosas, que cada uno de aquellos dos pueblos celosos cree no poder subsistir sin la ruína del otro.

Próxima Roma á ceder, se detiene principalmente por la constancia y sabiduría del senado.

Triunfa finalmente la paciencia romana; queda Aníbal vencido y Cartago sujetada por Escipion Africano.

Victoriosa Roma se extiende prodigiosamente en el curso de doscientos años por mar y tierra, y reduce á todo el universo poniéndole bajo su potestad.

En aquellos tiempos, y después de la ruína de Cartago, los cargos, cuya dignidad se aumentaba con el imperio, no menos que el provecho, fuéron codiciados con furor. Los pretendientes ambiciosos no cuidaban sino de lisonjear al pueblo; y la concordia de los órdenes, mantenida por la ocupacion de las guerras púnicas, se turbó mas que nunca. Pusiéronlo todo en confusion los Gracos; y sus sediciosas proposiciones fueron el principio de todas las guerras civiles (1).

Empezóse entónces á llevar armas, y á obrar con fuerza abierta en las juntas del pueblo romano, donde antes cada uno queria dominar por solos los medios legítimos y con la libertad de las opiniones.

La sabia conducta del senado y las grandes guerras sobrevenidas moderaron las alteraciones.

Mario, plebeyo, grande hombre de guerra, con su elocuencia militar, y con sus arengas sediciosas en las que no cesaba de perorar contra la altivez de la nobleza, dispertó los celos del pueblo y se elevó por este medio á los mayores honores.

Púsose al frente del partido Sila, patricio, y se hizo objeto de los celos de Mario.

Las negociaciones y la corrupcion lo pueden entónces todo en Roma, y se extingue el amor á la patria y el respeto á las leyes.

Para colmo de desgracia, las guerras de Asia enseñan á los romanos el lujo y aumentan la avaricia.

Empezaron los generales en este tiempo á ganarse los soldados, los cuales hasta entónces no habian mirado en ellos sino el carácter de la autoridad pública.

Sila en la guerra contra Mitridates dejaba enriquecer á los suyos con este fin.

Mario por su parte proponia á sus parciales repartimiento de dinero y de tierras.

Dueños por este medio de sus tropas, el uno con el pretexto de sostener al senado, y el otro con el nombre del pueblo, se hicieron una guerra furiosa hasta dentro del recinto de Roma.

El partido de Mario y del pueblo fué enteramente abatido: Sila, bajo el nombre de dictador, se convirtió en soberano.

Hizo estragos espantosos, y trató rígidamente al pueblo, así con obras como con palabras, hasta en las juntas legítimas.

Mas poderoso y mejor establecido que nunca, se redujo por sí mismo á la vida privada; pero después de haber probado que el pueblo romano podia tener un señor.

Pompeyo, á quien habia Sila elevado, sucedió en una gran parte de su poder: y para establecerse, ya lisonjeaba al pueblo ó ya al senado; pero su inclinacion y su interés le fijaron en fin en el último partido.

Vencedor de los piratas, de las Españas y de todo el oriente, se hace todo poderoso en la república, y principalmente en el senado.

César, que por lo menos quiere ser su igual, se pone de parte del pueblo, é imitando en su consulado á los mas sediciosos tribunos, propone con los repartimientos de tierras las leyes mas populares que pudo inventar.

La conquista de las Galias levantó al mas alto punto su gloria y su poder.

Únense él y Pompeyo por interés, y desúnense por celos. Enciéndese la guerra civil. Cree Pompeyo que solo su nombre lo sostendrá todo, y se descuida. Cé-

(1) App. Præf. op.

(1) Vell. Pater. II. 3.

sar, activo y perspicaz, consigue la victoria y se hace dueño.

Hace varias pruebas por ver si los romanos podrian acostumbrarse al nombre de rey; y no sirvieron sino para hacerle aborrecible. El senado, por aumentar el odio público, le decreta honores, hasta entónces inauditos en Roma; de suerte que le matan en pleno congreso como á un tirano.

Antonio, su hechura, que era cónsul al tiempo de su muerte, conmovió al pueblo contra los homicidas, y procuró aprovecharse de aquellos alborotos para usurpar la autoridad suprema. Lépido, que tenia tambien un gran mando cuando César, solicitó mantenerse en él. En fin, el jóven César, á la edad de diez y nueve años, se propuso vengar la muerte de su padre, y buscó la ocasion de suceder en su poder.

Supo servirse para sus intereses de los enemigos de su casa, y aun de sus competidores.

Entréganse las tropas de su padre, movidas del nombre de César, y de las preciosas liberalidades que les hizo.

Nada puede ya el senado; todo se hace por la fuerza y por los soldados, que son de quien mas les da.

En esta funesta coyuntura abatió el triumvirato todo lo mas animoso y opuesto á su partido que Roma encerraba. César y Antonio derrotaron á Bruto y Casio; la libertad espiró con ellos. Los defensores, después de haberse deshecho del débil Lépido, hicieron diversos acuerdos y repartimientos, en los que, hallando siempre César, como mas ingenioso, el modo de tener la mejor parte, incluyó á Roma en sus intereses y adquirió la superioridad. Antonio intenta en vano volver á levantarse; y en la batalla de Accio sujeta todo el imperio al poder de Augusto César. Roma, fatigada y exhausta por tantas guerras civiles, se ve precisada, para tener reposo, á renunciar á su libertad.

Apropiándose la casa de los Césares, bajo el gran nombre de emperadores, el mando de los ejércitos, usa de un poder absoluto.

Roma bajo los Césares, mas cuidadosa de conservarse que de extenderse, no hace casi mas conquistas que las necesarias para tener distantes á los bárbaros que intentaban entrar en el imperio.

Hallándose el senado á la muerte de Calígula en el punto de restablecer la libertad y el poder consular, se ve impedido por los militares que quieren un gefe perpétuo, y que este sea el señor.

En los alborotos causados por las violencias de Neron, cada ejército elige un emperador; y conocen los soldados que ellos son dueños del imperio.

Llegan hasta á venderle públicamente al mayor postor; y se acostumbran á sacudir el yugo. Juntamente con la obediencia se pierde ya la disciplina. Los buenos príncipes porfian inútilmente en conservarla; y su celo por mantener el órden antiguo de la milicia, solo sirve para exponerlos al furor de los soldados.

En las mudanzas de emperador, intentando cada ejército nombrar el suyo, suceden guerras civiles y sangrientos y espantosos estragos.

Así, el imperio se enerva por la relajacion de la disciplina; y juntamente se consume por tantas guerras internas.

Entre tantos desórdenes se va disminuyendo el temor y la majestad del nombre romano. Los partos, frecuentemente vencidos, se hacen formidables por la parte del oriente, bajo el nombre antiguo de persas que vuelven á tomar. Las naciones septentrionales, que habitaban tierras frias é incultas, atraidas de la hermosura y riqueza de las del imperio, tientan por todas partes la entrada en ellas.

No basta ya un hombre solo para sostener la pesadísima carga de un imperio tan vasto y tan fuertemente combatido.

La prodigiosa multitud de guerras, y el caprichoso genio de los soldados que apetecian ver á su frente emperadores y césares, obliga á multiplicarlos.

Mirado tambien el imperio como un bien hereditario, se multiplican naturalmente los emperadores por la muchedumbre de los hijos de los príncipes.

Marco Aurelio eligió á su hermano por compañero en el imperio. Severo hace emperadores á sus dos hijos. La urgencia de los negocios obliga á Diocleciano á partir el oriente y occidente entre él y Maximiano; agraviado cada uno de ellos del demasiado peso, se alivia de él eligiendo dos césares.

Con esta multitud de emperadores y césares, se halla el estado oprimido de un gasto excesivo; el cuerpo del imperio está ya desunido; y las guerras civiles se multiplican.

Constantino, hijo del emperador Constancio Cloro, reparte el imperio como si fuese un bien hereditario entre sus hijos: sigue la posteridad estos malos ejemplos, y casi nunca se ve ya un emperador solo.

La desidiosa flojedad de Honorio y de Valentiniano III, emperadores de occidente, causa una total ruina.

La Italia y Roma son diversas veces saqueadas, y se hacen despojo de los bárbaros.

Todo el occidente queda abandonado. Ocupan el África los vándalos; la España los visigodos; la Galia los francos; la Gran Bretaña los sajones; Roma y tambien la Italia los hérulos, y después los ostrogodos. Enciérranse en el oriente los emperadores romanos, y abandonan lo demás, hasta Roma é Italia.

Vuelve el imperio á tomar alguna forma en tiempo de Justiniano por el valor de Belisario y de Narsés. Roma, tomada y recobrada frecuentemente, queda en fin por los emperadores. Los sarracenos, hechos poderosos por la division de sus vecinos y por la negligencia de los emperadores, les quitan la mayor parte del oriente, y de tal modo los atormentan por aquel lado, que no cuidan ya mas de la Italia. Los lombardos ocupan sus mas ricas y bellas provincias. Roma, reducida al extremo por sus continuas invasiones, y dejada sin defensa por sus emperadores, se ve precisada á echarse en los brazos de los franceses. Pepino, rey de Francia, pasa los montes y reduce á los lombardos. Carlo-Magno, después de aquella extinguida dominacion se hace coronar rey de Italia donde sola su moderacion conserva algunos pequeños restos á los sucesores de los césares; y en el año 800, elegido emperador por los romanos, funda el nuevo imperio.

Ahora nos será fácil el perfecto conocimiento de las causas de la alta elevacion y de la caída de Roma.

Vemos que aquel estado, fundado sobre la guerra, y así naturalmente dispuesto á dominar á sus vecinos, puso todo el universo bajo su yugo, por haber levantado al mas alto punto la política y el arte militar.

Vemos aquí las causas de las divisiones ó discordias de la república, y finalmente, las de su caída en los celos de sus ciudadanos y en el extremado amor de la libertad, adelantado hasta un exceso y una delicadeza increible.

Ya no hay dificultad en distinguir todos los tiempos de Roma, ya se quiera considerarla en sí misma, ya se la coteje con los otros pueblos; y vemos las mudanzas que deben en cada tiempo ser consecuencia de la disposicion de las cosas y de las causas.

En sí misma la vemos al principio en un estado monárquico, establecido segun sus leyes primitivas; mas

adelante en el goce de su libertad; y en fin, sujeta otra vez al gobierno monárquico, pero por fuerza y por violencia.

Fácil nos será concebir de qué modo se formó el estado popular en consecuencia de los principios que tenia desde los tiempos de los reyes; y nó con menor evidencia hallamos como poco á poco se establecian sobre la libertad los fundamentos de la nueva monarquía.

Porque, del mismo modo que hemos visto el proyecto de la república formado en la monarquía por Servio Tulio, que dió como una primera prueba de la libertad al pueblo romano, así hemos observado que la tiranía de Sila, aunque transeunte y breve, hizo ver que Roma, á pesar de su fuerza, era tan capaz de sufrir el yugo, como los pueblos á quienes lo tenia puesto.

Para conocer lo que obraron sucesivamente aquellos celos furiosos entre los órdenes, solamente debemos distinguir los dos tiempos que le hemos señalado expresamente: el uno, en que el pueblo estaba contenido dentro de ciertos límites por los peligros que por todas partes le cercaban; y el otro, en que, no teniendo que temer por fuera, se abandonó sin reserva á su excesiva pasion dominante.

El carácter esencial de cada uno de esos dos tiempos es, que en el uno, el amor de la patria y de las leyes contenia los ánimos; y en el otro, todo se decidia por el interés y por la fuerza.

Seguíase tambien de esto, que en el primero de estos dos tiempos, los generales que aspiraban á los honores por medios legítimos, tenian refrenados los soldados y afectos á la república; y al contrario, en el otro, en que todo lo hacia la violencia, solo cuidaban de contemporizar con ellos para atraerlos á sus designios, á pesar de la autoridad del senado.

En este último estado era ya en Roma inevitable la guerra; y como en ella nada pueden las leyes y cede todo á la fuerza, era preciso que el mas fuerte quedase por señor, y por consiguiente que el imperio volviese al poder de uno solo.

Y se disponian de tal modo por sí mismas las cosas, digámoslo así, que Polibio (1), quien vivió en el tiempo mas florido de la república, previó por sola su disposicion que el estado de Roma volveria por último á ser monárquico.

La razon de esta mudanza es, que la division entre los órdenes no podia cesar entre los romanos, sino solo por la autoridad de un señor absoluto, y era fuera de esto tan amada la libertad, que no podia esperarse que voluntariamente la abandonasen. Era, pues, necesario irla debilitando poco á poco con pretextos especiosos, y facilitar de este modo que pudiese ser arruinada por la fuerza abierta.

El engaño, segun Aristóteles (2), habia de empezar lisonjeando al pueblo; y ser naturalmente seguido de la violencia.

Pero era preciso que de aquí se cayese en otro inconveniente por el poder de los soldados; mal inevitable en aquel estado.

En efecto, habiendo aquella monarquía que formaron los césares erigídose por las armas, debia forzosamente ser toda militar; y por eso se estableció bajo el nombre de emperador; título propio y natural del mando de los ejércitos.

De esto hemos podido deducir que, como la república tenia un defecto inevitable en los celos entre el pueblo y el senado, así la monarquía de los césares tenia tambien el suyo en la extremada licencia de los soldados que habian sido autores de su elevacion.

Porque no era posible que la milicia, que habia mudado el gobierno y establecido los emperadores, estuviese largo tiempo sin advertir que ella era en efecto la árbitra del imperio.

Ahora podemos juntar á los tiempos, que acabamos de observar, los que nos muestran el estado y la mudanza de la milicia; aquel en que está sujeta y afecta al senado y al pueblo romano; aquel en que está entregada á la voluntad de sus generales; aquel en que se eleva al poder absoluto bajo el título militar de emperadores; y aquel en que, señora en algun modo de los propios emperadores que creaba, los hacia y deshacia á su fantasía arbitraria. De allí nació la relajacion; de allí las sediciones y las guerras, que hemos visto; de allí, en fin, la ruina de la milicia con la del imperio.

Tales son los tiempos memorables que nos muestran las mudanzas del estado de Roma, considerada en sí misma. Y los que nos hacen conocerla cotejándola con los demás pueblos, no son menos fáciles de discernir.

Hay un tiempo en que guerrea contra sus iguales con peligro, el cual dura poco mas de quinientos años, y acaba con la ruina de los galos en Italia, y del imperio de los cartagineses.

Hay aquel en que pelea siempre mas fuerte y sin riesgo y por mas grandes que sean las guerras que emprende; y este dura doscientos años y llega hasta el establecimiento del imperio de los césares.

Hay aquel en que conserva su imperio y majestad, que dura cuatrocientos años, y fenece en el reinado de Teodosio el Grande.

Aquel, en fin, en que su imperio, combatido por todos lados, cae poco á poco. Este estado, que tambien dura cuatrocientos años, empieza en los hijos de Teodosio y acaba por último en Carlo Magno.

No ignoramos que podrian añadirse en las causas de la ruina de Roma muchos incidentes particulares.

Los rigores de los acreedores contra sus deudores excitaron grandes y frecuentes revoluciones. El prodigioso número de gladiadores y de esclavos, de que Roma é Italia estaban excesivamente cargadas, causó espantosas violencias y aun guerras sangrientas. Roma, exhausta por tantas guerras civiles y extranjeras, se hizo tantos y tan nuevos ciudadanos por negociacion ó por razon, que apenas podia conocerse á sí misma entre tantos extranjeros, que habia naturalizado. Llenábase el senado de bárbaros; la sangre romana se mezclaba con la suya; el amor de la patria, á cuyo impulso se habia Roma elevado sobre todos los pueblos del mundo, no era natural á aquellos ciudadanos forasteros; y enfriábase el de los otros con su mezcla. Multiplicábanse las parcialidades con aquella prodigiosa multitud de ciudadanos nuevos; y los espíritus inquietos hallaban nuevos medios de excitar turbaciones y practicar sus intentos.

Aumentábase con esto el número de los pobres por el lujo, por los desórdenes y por la holgazanería que se introducia. Los que se veian arruinados, no hallaban remedio sino en las sediciones, dándoles poco cuidado que en cualquiera caso pereciese todo después de ellos. Sabemos lo que causó la conjuracion de Catilina. Los grandes ambiciosos y los pobres, que tienen poco que perder, aman siempre la novedad. Estas dos especies de ciudadanos prevalecian en Roma; y siendo el mas débil el órden mediano, que sirve para tenerlo todo en equilibrio en los estados populares, era preciso que la república cayese.

(1) Pol. vi. 1. et seq. 11 et seq. (2) Pol. v. 1.

Puédese tambien juntar á esto el humor y genio particular de los que causaron las grandes inquietudes, es decir, de los Gracos, de Mario, de Sila, de Pompeyo, de Julio César, de Antonio y de Augusto. De esto algo hemos dicho ya; pero principalmente hemos procurado descubrir las causas universales y la raíz verdadera del mal; esto es, aquellos celos furiosos ó malignas envidias entre los dos órdenes, cuyas consecuencias todas era importante considerar.

CAP. VIII.—Conclusion de todo el precedente discurso, en que se demuestra que es preciso referirlo todo á una Providencia superior que lo dirige y gobierna con infinita sabiduría.

Pero acordémonos de que esta larga encadenacion de causas particulares que hacen y deshacen los imperios depende de los órdenes secretos de la Providencia. Dios tiene desde lo mas alto de los cielos las riendas de todos los reinos; tiene los corazones en su mano; ya contiene las pasiones, ya les suelta el freno y conmueve así á todo el género humano. Quiere hacer conquistadores: hace marchar delante de ellos el terror, é infúndeles, como tambien á sus soldados, una audacia invencible. Quiere hacer legisladores: envíales espíritu de sabiduría y de perspicaz prevision y háceles prevenir los males que amenazan á los estados y poner los fundamentos de la tranquilidad pública. Conoce que la sabiduría humana es siempre corta en todo: la aclara, dilata sus luces, y después la abandona á sus ignorancias; la ciega, la precipita, la confunde por sí misma; ella se enreda, se embaraza en sus propias sutilezas y le sirven de lazo sus precauciones, haciéndose infelices sus astucias, por mas que se premediten. De este modo ejerce Dios sus formidables juicios, segun las reglas de su justicia, siempre infalibles. El es quien prepara los efectos en las causas mas distantes, y despide aquellos grandes golpes cuyas consecuencias tanto se extienden. Cuando quiere disparar el último y trastornar los imperios, todo es débil é irregular en los humanos consejos. El Egipto, en otro tiempo tan sabio, vive ahora embriagado, aturdido y vacilante, porque el Señor ha derramado el espíritu de vértigos y aturdimiento en sus consejos; no sabe ya lo que hace; está perdido. Pero no se engañen en esto los hombres. Dios endereza, cuando quiere, la razon descaminada; y el que insultaba á la ceguedad de los otros, cae en mas densas tinieblas, sin que ordinariamente sea necesaria otra cosa para desordenarle la razon, que las mismas largas prosperidades que le embriagan.

Así reina Dios sobre todos los pueblos. No hablemos ya mas de suerte ni de fortuna, ó hablemos de ellas solamente como de un nombre con que encubrimos nuestra ignorancia. Lo que es casualidad, respecto de nuestros consejos inciertos, es un certísimo designio concertado en un consejo mas alto, esto es, en un consejo eterno que incluye todas las causas y todos los efectos en un mismo órden. Todo de esta suerte concurre al mismo fin; y es defecto de nuestra inteligencia en todo, el que hallemos casualidad ó irregularidad en las ocurrencias particulares.

De aquí se verifica lo que dice el apóstol (1) que «Dios es feliz y el solo poderoso rey de los reyes y señor de los señores.» Feliz, cuya quietud es inalterable; que ve mudarse todo sin mudarse él mismo; y que hace todas las mudanzas por un consejo inmóvil; que da y quita el poder; que le transfiere de un hombre á otro, de una casa á otra, de un pueblo á otro; para mostrar que ninguno de ellos le tiene sino prestado, y que él solo es en quien naturalmente preside siempre.

Por eso, todos los que gobiernan se sienten sujetos á una fuerza superior; hacen mas ó menos de lo que piensan; y sus consejos jamás han dejado de tener efectos inopinados. Ni ellos son dueños de las disposiciones que los siglos pasados pusieron en las cosas, ni son capaces de prever el curso que tomará lo por venir, y mucho menos de forzarle. Aquel solamente lo tiene todo en su omnipotente mano que sabe el nombre de lo que es y de lo que respecto del hombre aun no es; que preside á todos los tiempos y previene todos los consejos.

No creia Alejandro trabajar para sus capitanes, ni arruinar su casa con sus conquistas. Cuando Bruto encendia en el pueblo romano un amor inmenso á la libertad, no pensaba que infundia en los ánimos el principio de aquella licencia desenfrenada y que habia algun dia de restablecer, mas dura que bajo los Tarquinos, la tiranía que procuraba entónces destruir. Cuando los césares lisonjeaban á los soldados, no pensaban en dar señores á sus sucesores y al imperio. En una palabra, ningun poder humano hay que no sirva, á su pesar, á otros designios que los suyos. Dios solo sabe reducirlo todo á su voluntad. Todo es por eso pasmoso, á no mirar las causas particulares; y sin embargo, todo camina con una reglada continuacion. Muéstranoslo claramente este discurso; y, para no hablar ya mas de los otros imperios, vemos por cuántos consejos inopinados, pero siempre seguidos y conexos en sí mismos, ha sido conducida desde Rómulo la fortuna de Roma hasta Carlo Magno.

Puede ser que hubiera sido necesario decir algo mas de los galos y de Carlo Magno que inundó el nuevo imperio. Pero, á mas de que su historia forma una parte de la de Francia, me reservo hacer un segundo discurso, en que tendré razon precisa de hablar de la Francia, y de aquel gran conquistador, que, siendo igual á los mas gloriosos de la antigüedad, los excede en piedad, en sabiduría, y en justicia (1).

Este mismo discurso descubrirá las causas de los extraordinarios sucesos de Mahoma, y de sus sucesores. Este imperio, que empezó doscientos años antes de Carlo Magno, podia tener lugar en este discurso; pero he creido por mas acertado, hacer ver de una vez sus principios, y su decadencia.

Así, no tengo ya al presente mas que decir sobre la primera parte de la historia universal. Patentes están todos sus secretos; y únicamente dependerá ahora de la atencion hacer observar en ella la continuacion perpétua de la religion, y la varia alternativa é inconstancia de los grandes imperios hasta Carlo Magno.

En tanto que los veremos caer casi todos por sí mismos, y veremos tambien el culto sostenerse firme é inalterable siempre por su propia fuerza, conoceremos fácilmente cuál es la sólida grandeza, y donde un hombre cuerdo debe poner su mas segura esperanza.

(1) Tim. VI. 16.

(1) Bossuet habia prometido publicar un segundo discurso que versaria sobre la historia universal moderna; mas no llegó á escribirle; y por lo mismo termina aquí este magnífico trozo, solo comparable con los escritos mas elocuentes de los tiempos antiguos.

DISERTACION PRELIMINAR

SOBRE LAS DATAS

DE LOS DOCUMENTOS HISTÓRICOS, DIPLOMAS Y CRÓNICAS,

Y LAS VARIAS MANERAS DE COMENZAR LOS AÑOS PARA CONOCER

EL ARTE DE COMPROBAR LAS FECHAS.

Pocas materias hay en literatura de una útilidad mas extensa, y asimismo de una discusion mas espinosa que esta en que entramos. Todos cuantos se dedican á investigaciones históricas, y desean conocer á fondo la historia universal, estudiándola en sus fuentes, en los anales, y en las crónicas; todos cuantos leen las escrituras, las actas originales, y estudian las medallas y las inscripciones; los que se ocupan en descifrar, aclarar y ordenar los títulos de las familias antiguas, de los cabildos, de las comunidades; los depositarios de estos títulos que dejan imbuirse de su espíritu para usarlos; los magistrados que los consultan para dar sentencia en causas las mas de las veces muy célebres é importantes; los abogados que afianzan en ellos sus dictámenes y sus alegatos; en una palabra, todos cuantos por estado, interés ó aficion se dedican al estudio de los monumentos antiguos, saben cuán útil les es poder comprobar unas fechas frecuentemente cruzadas de dificultades, que para el mayor número de los lectores son insuperables, y para los mismos sabios son objeto de un penoso y poco brillante trabajo que los detiene á cada momento para poder allanarlas, y les hace perder un tiempo que emplearian con mucha mayor satisfaccion en lo que constituye el fondo de sus investigaciones.

Deseando ser útil á los mencionados, y generalmente á todos los que procuran conocer las fechas, comprobarlas y poner á la vista su mútua concordancia cuando las hallan multiplicadas y aglomeradas unas sobre otras, cosa muy frecuente, hemos compuesto una tabla cronológica (1), para que, en vista de ella, sin trabajo, sin cálculo, y al primer golpe de vista, se vean las principales fechas históricas concordadas, así desde la creacion hasta Jesucristo, como desde Jesucristo en adelante. Desde luego se conocerá cuánto trabajo ahorra semejante tabla. Nos atrevemos á decir, consultada una propia y larga experiencia, que no habria en ella el menor tropiezo, y que sus concordancias se comprobarian con la mayor facilidad, sin temor de engañarse, si los antiguos hubiesen andado en la apuntacion de las fechas tan exactos y acordes como fuera deseable: pero, como esta armonía está muy lejos de reinar entre ellos, necesita nuestro trabajo mayores aclaraciones y un eficaz auxilio para disipar las dudas nacidas de los distintos cómputos.

No bastarian para ello unas nociones ligeras y superficiales; sino que seria necesaria una disertacion escrita con meditacion y con esmero para discutir á fondo todo lo relativo á las fechas: cosa que hasta el presente nos falta. Poseemos en verdad numerosos y excelentes trozos sobre las eras de los orientales; Mabillon y Du-Cange han derramado luz sobre muchos datos cronológicos de los occidentales, tales como los años de Jesucristo, la era de España, las indicciones, etc.; pero no llegaron á distinguir el ciclo lunar, segun los judíos modernos, del ciclo de diez y nueve años, segun los griegos, á pesar de distinguirlos nuestros autores y nuestras escrituras, segun se verá mas adelante; pero nada dijeron, ó casi nada, de los regulares, de los concurrentes, de las epactas, de las claves de las fiestas movibles, de las lunas nuevas, etc.: no les faltaban (1) tales notas cronológicas en las escrituras, y sin embargo no hicieron uso de ellas ni aun para fijar la fecha de las mismas, por mas necesario que esto fuese para determinarlas cumplidamente, segun tendremos ocasion de observarlo. Tiempo ha que se habia notado esta falta, y los nuevos editores del GLOSARIO LATINO de Du-Cange creyeron suplirla imprimiendo muchas tablillas en la palabra AÑO. No lo consiguieron: pues, además de que el uso de esas tablillas exige operaciones las cuales no todos los lectores son capaces de llevar á cabo, pues hasta para los mas hábiles son embarazosas y penosas, distan por otra parte mucho de corresponder á toda la extension de la materia de las fechas, para disipar sus obscuridades, segun de ello quedó convencido Mauro de Antines, autor de las mismas tablas.

Hé aquí porque hemos escrito esta disertacion, á fin de allanar dificultades, explicando en ella, 1.° las partes que componen nuestra tabla cronológica; y 2.° otras épocas ó maneras de datar que no hemos creido oportuno incluir en la tabla, y cuyo conocimiento es sin embargo utilísimo. Así dividiremos lo relativo á las fechas en dos partes: la primera tendrá por objeto nuestra tabla cronológica; la segunda los demás pun-

(1) Todas las tablas de los benedictinos, y su complemento por Ortiz de la Vega irán al fin del tomo octavo y último.

(1) No mencionamos á los autores que han escrito sobre esto posteriormente al ARTE DE COMPROBAR LAS FECHAS, pues todos ellos han bebido en esta fuente.

tos que se rozan con el exacto conocimiento de la cronología, que es la luz de la HISTORIA.

En esta edicion debemos advertir que están colocadas una trás de otra las tablas cronológicas de antes y de después de Jesucristo, y para ilustracion de la primera se hace preciso explicar bien el período Juliano, la cuenta por los años del mundo, y la cuenta por los años antes de Cristo, lo que explanaremos al fin de la segunda parte de esta disertacion.

PRIMERA PARTE.

De las diferentes épocas que se citan en la tabla general cronológica que va al fin de la obra.

Nuestra tabla cronológica comprende las olimpíadas, los años de Cristo, la era de Julio César, la indiccion, la era alejandrina, la mundana antioquena, la constantinopolitana, la de los seléucidas ó de los griegos, la cesárea de Antioquía, la española, la de los mártires, la hégira, el ciclo pascual, el decemnovenal, el lunar, los regulares, las claves de las fiestas movibles, el ciclo solar, los concurrentes, las letras dominicales, el término pascual, la pascua y las epactas. Esto en la parte posterior á Jesucristo. La anterior comprende, además de algunas de estas, el período juliano, los años del mundo y la cuenta por los años antes de Cristo. Vamos, pues, á tratar separadamente de cada una de estas épocas.

1. DE LAS OLIMPÍADAS. —La era de los olimpíadas, que consiste en una revolucion de cuatro años, es la mas antigua y mas célebre de todas las que usaron los griegos, y la que adoptaron tambien los latinos, tanto para entenderse con aquellos, como para establecer con seguridad sus propios cómputos. No nos detendremos aquí en indagar su orígen; porque esta discusion toca á la historia antigua: lo que ahora importa es el determinar su correspondencia con los años de la encarnacion, y fijar el tiempo en que, á corta diferencia, se abandonó su uso.

Es comun opinion entre los cronólogos, que el primer año de la era vulgar de la encarnacion corresponde al año primero de la olimpíada 195; y por consiguiente el quinto año de Jesucristo coincide con el primero de la olimpíada 196. Hay que observar, sin embargo, que los años de las olimpíadas empiezan en el plenilunio que sigue al solsticio de verano, esto es, al rededor del 1.° de julio, que es el dia que los cronólogos han convenido en señalarles por primero; de donde nace que los seis primeros meses de un año de la encarnacion corresponden á un año de las olimpíadas, y á otro los seis últimos. Así, por ejemplo, cuando se dice que el primer año de la era cristiana corresponde al primero de la olimpíada 195, no debe esto entenderse mas que de los seis últimos meses de aquel, porque los seis primeros corresponden al año postrero de la olimpíada 194; de la misma manera que el año segundo de la olimpíada 195 no empieza hasta el 1.° de julio del año 2 de Cristo, y así en lo sucesivo. Téngase, pues, presente que cada año olímpico de los que expresa nuestra tabla cronológica empieza el primer dia de julio del año de Cristo que lleva indicado al frente, y acaba con el último dia de junio siguiente. Esa es la regla general; no faltan, sin embargo, algunas excepciones.

Efectivamente, hay autores que confunden el año olímpico con el civil de los griegos, dando principio á entrambos el dia 1.° de setiembre: así lo hace Eusebio en su crónica; y con este sistema se conforma tambien san Gerónimo, en su continuacion de aquella obra hasta la muerte del emperador Valente, acaecida el año 378 de Cristo, contando en esta última fecha 1155 años olímpicos, á pesar de que, segun el cómputo ordinario, no hubiesen transcurrido mas que 1154, y aun del último solos cuarenta dias. Sin embargo los diez meses en que adelantaba su cálculo respecto de nosotros, debian producir la diferencia de un año entre su cuenta y la nuestra. El historiador Sócrates es tambien otro de los que se apartan del uso comun en el modo de calcular las olimpíadas. Calvisio y el padre Petavio le acusan de que no guarda ninguna regla en esta parte, y de que lo confunde todo, hasta contradecirse muchas veces á sí mismo; pero el padre Pagi demuestra que han sido viciados los pasajes en que hay realmente contradiccion, y que por lo demás aquel historiador sigue fielmente el cómputo de Eusebio y de san Gerónimo. El cardenal Noris «(Cenotaf. de Pisa, Disert. II, cap. 6)» prueba que el uso de los sirios el comenzar el año olímpico al mismo tiempo que el año civil.

Otra manera hay tambien de contar las olimpíadas, seguida por Julio Africano, Jorge Syncelle y algunos otros antiguos cronógrafos, que ponen el principio de esta era dos años antes del que comunmente se fija. El primero, suponiendo que la pasion de Cristo sucedió el año 29 de la era cristiana, en el consulado de Gémino, reduce por consecuencia al segundo año de la olimpíada 202 el famoso eclipse de que habla Flegon; á pesar de que el mes de marzo del año 29 de la encarnacion corresponde al año 4 de la olimpíada 201, entónces corriente. Verdad es que en otro fragmento, citado por el mismo Syncelle (p. 323), reduce aquel eclipse, tan pronto á una como á otra de las dos épocas; pero, lejos de contradecirse por ello, demuestra, al contrario, que le eran conocidos los dos cómputos, y que los empleaba entrambos, para explicarse con mayor claridad. Lo mismo sucede cuando dice unas veces que Jesucristo padeció el año 15 de Tiberio, y otras el 16; pues se ve que lo hace solamente para conformarse con las dos maneras de contar los años de reinado de aquel príncipe, la una comenzando con el año civil, y la otra por el dia de su exaltacion.

Syncelle sigue con mas uniformidad su cómputo de las olimpíadas, sin que se descubra la menor variacion en su manera de contarlas; y lo mismo puede decirse de un antiguo cronista, cuya obra, citada en el tomo segundo de Canisio, empieza por la creacion. Aquel anónimo cuenta hasta la muerte del césar Alejandro 253 olimpíadas, ó sean 1012 años, pues dice: «Hasta el año XIII de Alejandro César, van CCLIII olimpíadas, equivalentes á años MXII.» Ahora bien, Alejandro murió el año 235 de Cristo, décimotercero de su reinado, durante el consulado de Severo y Quinciano; pero la olimpíada 253, segun vulgarmente se cuentan, no concluyó hasta el año 237 de la era cristiana: por donde se ve que aquel anónimo anticipaba tambien de dos años el punto de partida, del mismo modo que Julio Africano y Syncelle.

El establecimiento de la indiccion fué, segun dicen, la causa de que se omitiesen las olimpíadas en las fechas de los documentos públicos; pero, con todo, Cedreno atestigua que no fueron abolidas hasta el año décimosexto y último del reinado de Teodosio el Grande, por estas palabras: «Entónces cesó la fiesta de los juegos olímpicos, que solia celebrarse al fin de cada cuatro años,..... y empezó á contarse por indicciones.» Como quiera, lo cierto es que no faltan autores que continuaron usando de esta era, aun despues de Teodosio; y, por una rareza, quizás sin ejemplar, hasta se encuentra usada esta fecha por el rey de

Francia Felipe I, en uno de sus diplomas á favor de la iglesia de san Ambrosio de Bourges, citado por el padre Labbe, en su elogio de aquella villa, pág. 192; pues en él se lee: «Otorgóse esta liberalidad del señor rey Felipe el dia de la fiesta de san Ambrosio, que se celebra á mediados de octubre, en el año de la encarnacion del Señor MCII, indiccion quinta, olimpíada XXXII, epacta XX, durante el pontificado de Leodegario.» Es menester, sin embargo, no tomar al pié de la letra esta palabra olimpíada, al leer los escritores de la edad media; porque muy á menudo la emplean solamente para denotar un período de cuatro años, sin ninguna relacion á la era de que tratamos. En este sentido, respondiendo Sidonio Apolinar á Orosio, que le habia pedido algunos versos, le dice que hace ya tres olimpíadas, esto es, doce años, que se ha despedido de las musas; antes de él habia dicho tambien el poeta Ausonio, hablando de la edad de su padre, que habia vivido veinte y dos olimpíadas, esto es, ochenta y ocho años; y del mismo modo san Colombano, en una composicion métrica dirigida á Fedolo, le dice que sus años alcanzan ya á la olimpíada décima octava, para significarle que contaba á la sazon setenta y dos. En algunas escrituras de los siglos VIII y IX, se ven asimismo las olimpíadas aplicadas en igual sentido al reinado de los príncipes en cuyo tiempo fuéron aquellas otorgadas, como sucede en un diploma del rey de Inglaterra Etelredo, copiado por Spelman, en el cual se lee: «En prueba de mi consentimiento, lo suscribí con la señal de la santa cruz en la cuarta olimpíada de mi reinado, para denotar el año décimo sexto.» (Nues. Tra. de Diplom. tom. IV, pág. 703, y tom. V, pág. 756).

En nuestra tabla cronológica no hemos notado la era de las olimpíadas mas que hasta terminar el siglo IV; pero por lo que hemos dicho, será fácil reducirlas en los autores que las usaron mas adelante. Así, por ejemplo, en un diploma de Cluni se halla expresada esta fecha: «En el año de la encarnacion del Señor DCCCCLVI, año primero de la olimpíada, cerca de la última semana del mes de octubre.» La olimpíada, cuyo primer año se calenda en esta escritura, hubo de ser la 434, que empezó en el mes de julio del año 956.

2. DE LOS AÑOS DE JESUCRISTO: CUÁNDO SE COMENZÓ Á USARLOS EN OCCIDENTE, Y CUÁNTO HA VARIADO ESTE USO. — La era de Jesucristo, ó de la encarnacion, es propiamente la de los latinos, porque los griegos y demás orientales no la usaron nunca en sus documentos públicos (1), sino que emplearon otras fechas auténticas y otras épocas, cuyo pormenor explicaremos mas adelante. Para el occidente sirve, pues, principalmente lo que vamos á decir de los años de Jesucristo.

No trataremos aquí de averiguar cuál es el verdadero año del nacimiento del Salvador; porque en la cronología histórica del Nuevo Testamento ya demostraremos que sucedió cinco años antes del que comunmente se fija, y no ocho, como pretende cierto autor (2) cuyos conocimientos respetamos: aquí no se trata de discutir esas diferentes opiniones, pues no hemos ordenado nuestra tabla cronológica para rectificar las ideas de los autores, sino para aprender á contar como ellos; y poder entenderlos cuando leemos sus escritos. Pues bien, los antiguos, á lo menos la mayor parte, calculaban los años de Jesucristo de la misma manera que nosotros por la era vulgar, segun la cual contamos este año 1854, cuando, si siguiésemos á los cronólogos de que hemos hablado, deberíamos contar 1859.

El uso de contar los años por los de Jesucristo no se introdujo en Italia hasta el siglo VI, por Dionisio el Exíguo; y en Francia hasta el VII (1), bien que no llegó á generalizarse hasta el VIII, en tiempo de los reyes Pepino y Carlo Magno. Tenemos tres concilios, el de Germania, congregado en 742; el de Liptines ó Lestines, en 743, y el de Soissons, celebrado en 744, que todos están fechados por los años de la encarnacion; y de allí en adelante, mayormente desde Carlo Magno, todos los historiadores suelen expresar con esta era la fecha de los acontecimientos que refieren, aunque no convengan en el modo de principiar el año.

DE LAS DIFERENTES MANERAS DE COMENZAR EL AÑO ENTRE LOS LATINOS. — Cuéntanse diferentes maneras de comenzar el año entre los latinos: la primera, con el mes de marzo, como los antiguos romanos en tiempo de Rómulo; la segunda, por el mes de enero, como nosotros ahora y como los romanos desde los tiempos de Numa; la tercera, por navidad, á 25 de diciembre, y por consiguiente siete dias antes que nosotros; la cuarta, por el 25 de marzo, dia de la anunciacion de la Vírgen y encarnacion del Hijo de Dios, esto es, nueve meses y siete dias antes que nosotros; la quinta tambien por el mismo dia, pero un año después, de modo que así como algunos empezaban nueve meses y siete dias antes, contando, por ejemplo, el año 1000 desde el 25 de marzo de nuestro 999, otros al contrario, lo retardaban tres meses menos siete dias, y seguian contando el 999 hasta el 24 de marzo inclusive, del año 1000, que nosotros habíamos comenzado ya en 1.° de enero; la sexta, por pascua, anticipándolo ó retardándolo al igual de esta, y por consiguiente, comenzándolo unos tres meses mas tarde que nosotros, poco mas ó menos, segun que la pascua caia en marzo ó en abril; y la última, un año cabal antes que nosotros, poniendo por fecha, como verémos mas adelante, 1103, por ejemplo, cuando nosotros no contamos mas que 1102. Esos son los diversos principios que ha tenido el año de la encarnacion, segun lo que hemos observado en los antiguos; vamos ahora á suministrar algunas pruebas, aunque no sea mas que en compendio.

No nos detendremos en probar que Gregorio Turonense y otros escritores de los siglos VII y VIII comenzaron á contar algunas veces el año por el mes de marzo; porque el padre Mabillon lo demostró ya plenamente en su Diplomática, lib. 2, cap. 23, núm. 4: lo que sí dirémos es, que se ve tambien con-

(1) Decimos expresamente en sus documentos públicos, porque en los privados no dejaron de emplear muchas veces la era de la encarnacion, aunque añadiéndole comunmente otras épocas que les eran peculiares. Los griegos conocieron quizás esta era antes que los latinos; pero los demas pueblos de oriente no la usaron hasta mucho tiempo despues de los últimos; y aun los sirios, pretende Assemani (Bibliot. Orient., tom. I, pág. 289) que no comenzaron á emplearla hasta pasado el siglo X.

(2) El padre Magnan, mínimo, en su «Problema del año del nacimiento de Cristo,» obra publicada en Roma en 1772, y fuertemente impugnada por M. Rondet en su «Diario eclesiástico» de 1775.

(1) En la primera edicion de esta obra se indicó el siglo VIII como primero en que se introdujo en Francia el fechar por los años de Cristo; pero, ademas de que lo usa ya Gregorio Turonense, aunque confundiendo la era de la encarnacion con la de la pasion, se ve así expresado claramente en algunas escrituras privadas del siglo VII, y es de creer que se introdujo este uso en Francia casi al mismo tiempo que en Inglaterra, á donde le llevó san Agustin, apóstol de aquella isla. Con todo, es necesario reconocer, que hasta despues del reinado de Hugo Capeto, no se hizo ordinario el fechar los diplomas reales por los años de la encarnacion.

tinuado el mismo uso en el siglo VIII, en un decreto del concilio de Vern, celebrado en Francia en el año 755, en el que se dispone, «que el sínodo se reuna dos veces al año, la primera en el primer mes, «que empieza el dia de las calendas de marzo;» donde vemos claramente indicados como principios del año, no solamente el mes de marzo, sino, lo que es mas, su dia primero ó de las calendas (1). Para nuestro objeto es indiferente el examinar de qué clase de año habla aquel concilio, si del solar ó del lunar; porque si bien sabemos que se ha distinguido muy á menudo entre ambos años, comenzándolos de diferente manera, y que esta distincion, muy fundada, puede servir para soltar algunas dificultades; con todo, es de poco interés para nuestro caso, ya que solamente tratamos aquí de probar que se ha comenzado alguna vez el año por el mes de marzo, que es lo que importa para averiguar la exactitud de algunas fechas. Para esta averiguacion no hay ninguna necesidad de saber si en la fecha en que estriba la dificultad se ha contado por el año solar ó por el lunar: basta conocer que es una fecha que ha podido emplearse, y que resulta conforme de la una ó de la otra manera; pues los antiguos empleaban quizás ambos sistemas con entera indiferencia, como lo vemos en Gregorio Turonense, que comienza algunas veces el año por el mes de marzo, y otras por el mes de enero. Así, por ejemplo, principiándolo por marzo, cuenta por quinto mes el de julio en el capítulo IV del libro IV de los «Milagros de san Martin;» y comenzándolo por enero, llama quinto mes al de mayo, en el capítulo XXXV del mismo libro.

De que empezase el año en 18 de marzo no hemos hallado mas que un ejemplo en la carta del clero de Tréveris, sobre la diferencia de las cuatro témporas, publicada por Martene en el tom. I, pág. 295 de sus Anécdotas. Escribióla Sigeberto de Gemblours al principio del siglo XII, y en ella atestigua que aquel siglo habia empezado en 18 de marzo, por estas palabras: «Á mas de mediados de marzo, segun el cómputo de los gentiles, se fija el principio del siglo en el dia 18 de dicho mes, esto es, quince dias antes de las calendas de abril:» Sigeberto habla aquí sin duda del principio del año astronómico, que empieza con la primavera, y nó del año civil de los territorios de Lieja y Tréveris; pues no existe otorgada en aquellos países ninguna escritura que suponga comenzado el año en aquella fecha.

En cuanto á las otras dos maneras de principiarle, á saber: en 25 de diciembre ó en 25 de marzo, no hay mejor prueba que lo que se lee en los estatutos de las iglesias de Cahors, Rodez y Tule, ordenados en 1289 é impresos en el tom. IV de las Anécdotas de Martene y Durand. En el núm. 29, col. 764, se halla continuada esta observacion: «Nótese que el número lunar (es el número áureo) y la letra dominical se mudan cada año en el dia de la circuncision, pero el año de la encarnacion se muda en este país por la fiesta de la anunciacion de la Vírgen, y en algunas otras comarcas el dia de navidad.» Aquí tenemos claramente indicadas dos distintas maneras de comenzar el año de la encarnacion, la una por navidad, á 25 de diciembre, y la otra por la anunciacion, á 25 de marzo; pero, ¿debe entenderse esta última nueve meses y siete dias antes de nuestro 1.° de enero ó tres meses menos siete dias después? Aquel mismo documento nos lo aclara cuando añade: «De manera que en la fiesta de la circuncision del Señor, cuando se muda el número lunar, empiézase ya á contar el número del año de Cristo que comenzará á correr desde la próxima festividad de la anunciacion.» Cuyas palabras demuestran claramente y, sin dejar la menor duda, que el dia de la anunciacion ó 25 de marzo, que en 1289 era contado como primero del año en las provincias de Quercy, Rouergue y Bajo Lemosin, era el inmediato siguiente al 1.° de enero por el cual nosotros empezamos ahora; y por consecuencia, que en aquellas provincias comenzaban el año tres meses menos siete dias después de nosotros.

Vamos á probar ahora, que el dia de la anunciacion, anterior de nueve meses al del nacimiento del Salvador, y de nueve meses y siete dias á nuestro principio del año juliano, comenzándolo por enero, ha sido tambien contado por primer dia del año de la encarnacion. En cuanto á Italia no cabe la menor duda, y todos los sabios convienen en que Dionisio Exíguo estableció esta costumbre en aquel país cuando introdujo el contar por los años del Señor, costumbre que los pisanos siguieron en las fechas de sus escritos, hasta el año 1745, fundándose originariamente en que era mas natural anteponer el dia de la concepcion del Salvador al de su nacimiento, en vez de posponerle, como los que comenzaban el año por navidad. Al explicar la cronología de los papas, indicaremos ya quiénes fueron los que en sus bulas se sirvieron de este cómputo, que ahora llamamos pisano; pero aquí nos bastará demostrar que tambien estuvo vigente en Francia, al paso que España, Inglaterra y Alemania no le usaron nunca. Es probable que aquella costumbre pasase de Francia á Italia, como tantas otras que vinieron de Roma; pero no queremos contentarnos con meras probabilidades, y vamos á suministrar algunas pruebas, sacándolas de antiguos documentos, otorgados algunos por los mismos reyes.

En el Cartulario de san Mauro Des-Fossés se lee un privilegio del rey Roberto, cuya fecha está concebida en estos términos: «Á VII de las calendas de noviembre, indiccion XII, año XII de Roberto, rey..... y M de la encarnacion del Verbo.» Ahora bien, el año 1.° del reinado de Roberto, juntamente con su padre Hugo Capeto, corresponde al 988; y por consiguiente el duodécimo al 999 de nuestro cómputo actual, con el cual coincide tambien la indiccion XII. ¿Porqué, pues, el notario que extendió aquella escritura redujo el año 12 de Roberto y la indiccion tambien 12 al año 1000 de la encarnacion? Sin duda porque comenzó este último año en 25 de marzo, y por consiguiente nueve meses y siete dias antes que nosotros. Por igual motivo otro privilegio de aquel mismo rey, á favor de la abadía de san Pedro de Chalons sobre el Marne,

(1) La costumbre de comenzar el año por el dia 1.° de marzo pasó á Francia desde Alemania; pues vemos que las leyes alemanas emplean la expresion: «tres calendas de marzo» para denotar tres años, cuando dicen en el tít. 17, sec. V, «que luego de transcurridas tres calendas de marzo, no pueda en adelante la sierva permanecer en el malo público;» y que lo mismo dice el decreto de Tasilon, duque de Baviera en el siglo VIII, cap. II, sec. XII. El «malo público» que allí se cita era la asamblea general de la nacion, llamada por otro nombre «Campo de Marzo», porque empezaba á celebrarse el dia 1.° de dicho mes, y por consiguiente del año; hasta que mas adelante, en 755, segun los anales de Petavio, fué trasladada al mes de mayo, y se llamó desde entónces Campo de Mayo. «Vino Tasilon, se lee, al Campo de Marzo, y mudaron el campo al mes de mayo.» Sin embargo, parece que esta mudanza no alteró el principio del año; á pesar de que una carta del papa Zacarías á san Bonifacio, arzobispo de Maguncia, indique que en aquel mismo siglo, y aun en vida de aquel mismo Tasilon, empezaba el año en Alemania á 1.° de enero, pues dice: «Donde está prohibido á los germanos el celebrar como los paganos las calendas de enero y la entrada del invierno, ó solemnizar de alguna manera el año nuevo.»

lleva la siguiente fecha: «En París, en el año MXXVIII de la encarnacion del Señor, y XL del reinado de Roberto;» y por esto tambien vemos que otro diploma á favor de la abadía de Colombs, continuado por Du-Chene entre las pruebas de su historia de la casa de Montmorenci, pág. 14, está fechado en París, «en el año MXXVIII de la encarnacion del Verbo, y XL del reinado de Roberto.» Si el canciller ó el notario que extendió aquellos documentos no hubiese comenzado el año nueve meses y siete dias antes que nosotros, hubiera puesto sin duda el año 41 del reinado, y nó el 40, porque este no corresponde al de 1028, sino contando, como nosotros contamos ahora, por primer mes el de enero, nueve meses y siete dias después de la anunciacion (1). El cálculo de Helgaud en la vida de Roberto, conviene tambien con el de las escrituras que acabamos de citar, pues dice expresamente que aquel príncipe murió «en el año de la encarnacion 1032,» cuando hubiera debido decir 31, sino hubiese dado principio al año nueve meses y siete dias antes que nosotros, pues dicho rey murió efectivamente á 20 de julio del citado año 1031, como lo prueba el mismo Helgaud con las siguientes palabras: «Durmióse en el Señor á XIII de las calendas de agosto, al amanecer del dia tercero después del sábado,» esto es, el martes que coincidia con el dia XIII de las calendas de agosto, ó sea el dia 20 de julio de 1031, porque esta coincidencia no existió en 1032. Así se demuestra que Helgaud no se contradice, ni falta á la verdad de la historia; y así tambien pueden conciliarse algunas otras contradicciones aparentes, que no lo son sino porque ignoramos ó no consideramos los diferentes sistemas que siguieron los antiguos en su cómputos.

Las pruebas que acabamos de dar no dejan la menor duda por lo que toca al reinado de Roberto; vamos ahora á añadir algunas que se refieren al reinado siguiente, y entre ellas una que no puede ser mas evidente, y se halla en un diploma original del rey Enrique I, erigiendo en abadía el monasterio de la Chaise-Dieu en Auvernia, cuya fecha dice: «Otorgado en forma pública en el palacio de Vitriaco..... mes de setiembre, luna XI, indiccion V, en el año de la encarnacion del Señor DLII, y XXI del rey Enrique, á XII de las calendas de octubre.» Ahora bien, si todas estas fechas coinciden con el año 1031, y ninguna con el 1032, resultará evidente que el que redactó aquella escritura comenzaba el año por el 25 de marzo, ó sea nueve meses y siete dias antes que nosotros. Veamos, pues, si existe semejante coincidencia de fechas con el año 1031, y nó con el 1032. Efectivamente, el dia 12 antes de las calendas de octubre, en que suena otorgada la escritura, indica el 20 de setiembre, que era el XI de la luna en 1031, por haber caido el primero á 10 de setiembre, como puede verse en nuestro calendario lunar; al paso que aquel dia de la luna no puede corresponder de ninguna manera al citado 20 de setiembre en 1032. Lo mismo sucede con el año 21 del rey Enrique, que por lo que toca al mes de setiembre tampoco puede reducirse al 1032, sino al 1031, atendiendo á que aquel príncipe comenzó á reinar en 20 de julio del año 1031; y lo mismo tambien con la indiccion V, que conviene perfectamente con el repetido año 1031, comenzándola por el mes de setiembre, como se hacia muchas veces en Francia, segun lo explicaremos mas adelante al tratar de las indicciones. Esta demostracion nos parece concluyente.

El mismo resultado nos dará, si la analizamos, una escritura de la iglesia de Vabres, continuada entre las pruebas del tomo I de la nueva «Galia cristiana,» pág. 57 y 58, y cuya fecha está redactada en estos términos: «Otórgase esta donacion en el año de la encarnacion del Señor MLXII, indiccion XIV, el dia antes de los idus de junio, feria III, epacta XXVI, luna XIX.» Todas esas fechas están como corresponde, y todas, á excepcion de la primera, cuadran con el año 1061; pero para que no resulte errado el MLXII, basta comenzar el año nueve meses y siete dias antes que nosotros. Apesar de esto, los editores, no sabiendo cómo combinar aquellas diferentes fechas, redujeron la escritura al año 1062, y por consiguiente hubieron de suponer errado el número de la indiccion, que, segun ellos, habia de ser XV, y no XIV. Á las mismas equivocaciones y anacronismos estarán expuestos todos los críticos, que, atendiendo solamente á los años de Jesucristo y á las indicciones, no tomen en cuenta las demás notas cronológicas.

Falta que examinemos ahora un documento en que el P. Mabillon ha creido descubrir el uso de comenzar el año por el dia 25 de marzo, nueve meses y siete dias antes que nosotros, adoptado en la iglesia de Reims, á fines del siglo XIV. En su Diplomática, lib. II, cap. 32, núm. 7, inserta una escritura de Gui, abad de Saint-Basle, á tres leguas de Reims, cuya fecha dice: «Otórgase en nuestro monasterio de Saint-Basle, en el año del Señor MCCCXC, segun el cómputo de la iglesia de Reims, á los trece dias del mes de junio, año XII del pontificado de nuestro santo padre Clemente VII.» El padre Mabillon reduce esta fecha al año 1388, que en el mes de junio era el XII de Clemente VII, elegido en 1379, y de aquí deduce que á fines del siglo XIV es probable que se seguia en la iglesia de Reims el cómputo pisano. Su observacion seria justa, si aquel pontífice hubiese sido elegido antes del 13 de junio de dicho año; pero como la eleccion no se verificó hasta el 21 de setiembre, cae por sí misma la consecuencia que saca aquel autor. Para evidenciarlo, basta comenzar los años de aquel pontificado por este dia 21, que fué el de la eleccion, y se verá que á 13 de junio de 1390 estaba corriendo todavía el duodécimo del pontificado. No nos hubiéramos detenido en advertir la equivocacion de un sabio tan eminente, sino porque la fecha sobre que recae es una confirmacion de cuanto llevamos dicho acerca del principio del año nueve meses y siete dias antes que nosotros. Efectivamente, ¿qué pueden significar aquellas palabras: «segun el cómputo de la iglesia de Reims,» que necesariamente han de referirse al año del Señor MCCCXC, sino que en algunas iglesias se seguia á la sazon otra cuenta de los años del Salvador, y segun la cual hubiera debido contarse otro distinto del 1390? Si así es, claro está que se alude á la manera de contar de los que comenzaban el año por el 25 de marzo, nueve meses y siete dias antes que nosotros.

La conjetura que acabamos de exponer acerca del uso de la metrópoli de Reims de comenzar el año por la anunciacion, nueve meses y siete dias antes del nuestro, la confirma tambien la fecha del conci-

(1) No se crea por esto, que se observase constantemente la misma costumbre en todos los diplomas de Roberto, pues tenemos una prueba de lo contrario en un diploma de aquel príncipe, continuado en el tomo XI, del «Espicilegio,» página 292, y cuya fecha dice: «Al espirar el año MX, indiccion IX, epacta XIV, en el mes de febrero, feria II, luna XX, reinando el ilustrísimo Roberto, rey de Francia y de Aquitania.» Ese lúnes, 20 de la luna, corresponde al 26 de febrero del año 1011; y esto prueba que el que extendió la escritura comenzaba el año tres meses después que nosotros, por el 25 de marzo ó por pascua.

lio de Soissons, cuyas actas inserta el padre Labbe, en el tom. XIII, col. 1403; pues dice: « Otorgado en Soissons en el año del Señor MCCCCLVI, indiccion tercera, viernes á 11 de julio, año primero del pontificado de nuestro santísimo padre y señor el Papa, por la providencia de Dios, Calixto III.» Este pontífice fué elegido el dia 11 de julio; por consiguiente, cuanto hemos dicho hasta aquí, y cuanto nos queda que decir acerca de los diversos principios del año, viene en apoyo de nuestra doctrina.

Era muy comun en Francia, durante la tercera raza de sus reyes, el comenzar el año por pascua, unos tres meses mas tarde que nosotros; y para probarlo, nos contentaremos con uno de los muchísimos ejemplos que podríamos alegar, el cual se halla en Vaissete al principio del tomo cuarto de su Historia del Lenguadoc. En ella se ve que el rey Juan, durante su permanencia en la corte pontificia de Aviñon, otorgó dos escrituras, ambas en el año 1363, segun el cómputo que ahora usamos; y sin embargo, la primera está fechada « en Villanueva, cerca de Aviñon, el dia del viernes santo á 31 de marzo del año 1362, » principiando el año por pascua; y la otra « en Villanueva, cerca de Aviñon, el dia del sábado santo de pascua, despues de la bendicion del cirio, á 1.° de abril del año 1363. » La intencion con que se dice: « después de la bendicion del cirio, » da á conocer hasta cierto punto el primer instante del año nuevo, el cual empezaba con esta ceremonia, é inmediatamente después de ella (1). Y aquí viene muy al caso el recordar que antiguamente se ponia en el cirio pascual una inscripcion que expresaba el año corriente de Jesucristo, la indiccion y las demás notas cronológicas que cuadraban con aquel, como lo prueba Mabillon con algunos ejemplos (Diplomát., lib. II, cap. 23, núm. 8); y de aquí nació probablemente la costumbre de comenzar el año por aquella festividad.

Ciertamente no es posible señalar la época fija en que se introdujo semejante uso (2); pero sabemos á lo menos que duró hasta el edicto promulgado por Cárlos IX en enero de 1563 (antiguo estilo), y cuyo artículo trigésimo nono dispuso que en adelante se fechasen todas las escrituras públicas y privadas, empezando el año por el 1.° de enero: disposicion que fué después confirmada á 4 de agosto por el mismo monarca, con su sobre-carta expedida en Rosellon, en el Delfinado (3). Hasta después de esa ley no hubo en Francia uniformidad en las fechas; y así es que para los tiempos anteriores es muy necesario el tener presentes todos esos modos de comenzar el año, así como otro del cual trataremos luego, y que antecede un año cabal á nuestro cómputo: porque sin esto no seria posible concordar una infinidad de fechas puestas con toda exactitud, y se verian mil contradicciones donde no existe ninguna. Lo mismo puede decirse de los anales y las crónicas, que á primera vista se contradicen tambien muchísimas veces, refiriendo una por ejemplo, al año 1000 el mismo suceso que otra reduce al de 999. En estos casos será muy fácil que de golpe juzguemos errada la una de las dos, sin que realmente lo sea; porque quizá consista su divergencia en la diferente manera de comenzar el año. Es necesario, pues, que, al leer las escrituras, los anales ó las crónicas, tengamos muy presentes aquellos diversos cómputos. Respecto de las últimas, debemos hacer todavía otra observacion. Sucede á las veces que una misma crónica principia el año de diferentes maneras; y esto procede de que los que las escribieron no fuéron mas que compiladores ó copistas de varios autores reunidos en una misma obra, los cuales, sin ningun discernimiento, copiaron los años tales como se les presentaron delante, sin parar la atencion en que de los autores originales unos comenzasen á contar el año como nosotros ahora, otros mas temprano y otros mas tarde. Los anales de Metz y los de Moissac, reimpresos por Bouquet en el tomo quinto de sus Historiadores de Francia, nos ofrecen una prueba patente de esto que acabamos de decir; porque, apesar de estar fuera de duda que Carlo-Magno fué coronado emperador á 25 de diciembre, ó sea el dia de navidad del año 800 de nuestro cómputo actual, y que murió á 28 de enero del 814; sin embargo, ambos analistas ponen la coronacion en el año 801, y la muerte de aquel emperador en el 813. Sin atender á los diferentes principios que dieron al año ambos compiladores, copiándolo probablemente de otros autores originales,

(1) En algunas comarcas principiaban el año después de haber sido bendecidas las fuentes, como lo hemos visto en un contrato otorgado en Bethune, en el Artois, á 5 de abril de 1539, después de la bendicion de las fuentes. (Merc. de Fr. 1736, junio, pag. 111). De esta costumbre de comenzar el año por pascua, ó por suvigilia, nació el que algunas veces se contasen en un mismo año dos meses de abril casi completos. Así, por ejemplo, el de 1347 comenzó por una pascua, á 1.° de abril, y acabó por la siguiente, que cayó á 20 tambien de abril; por consiguiente tuvo un abril completo y dos tercios de otro. Existen no pocas escrituras fechadas de este mes de aquel año, en las que nada dá á conocer á cuál de los dos abriles corresponden, de manera que no puede adivinarse si son del año 1347 ó del 1348.

(2) Desde el siglo sexto empiezan á descubrirse algunos indicios de esta costumbre, á lo menos por lo que toca al año eclesiástico; pues el concilio Turonense, celebrado en el año 567, al señalar en su capítulo décimo octavo la distribucion del oficio divino para todo el año, la termina por pascua.

(3) El parlamento de Paris no adoptó esta ley hasta el año 1567, de manera que el anterior no tuvo mas que ocho meses y diez y siete dias, á contar desde el 14 de abril hasta el 31 de diciembre; pero mas tardó todavía la iglesia de Beauvais, que hasta el de 1580 no dió cumplimiento á la ordenanza del Rosellon. Los países vecinos á Francia imitaron tambien el ejemplo, y mas tarde ó mas temprano, todos reformaron su calendário.

Luego que el edicto de Cárlos IX fué conocido en el Franco Condado, los estados de la provincia recurrieron al parlamento de Dôle, y lograron en 1566, que se les hiciese un arreglo provisional conforme con el edicto, el cual les fué aprobado en 1575 por una declaracion de Felipe II. (Chevalier, historia de Poligni, tom. I, pag. 158). En este mismo año, el duque de Requesens, gobernador de los Países Bajos, promulgó en 16 de junio una órden para que se principiase el año á 1.° de enero; y en 1576 hizo lo mismo para el ducado de Borgoña el rey de España Felipe II, con su pragmática de 31 de julio. En los estados de Holanda hacia ya mucho tiempo que estaba en uso este cómputo: pues en 1532 estaban ya trabajando para introducirle (Historia de los Países Bajos, tom. V, pág. 381). El duque de Lorena, Cárlos III, estableció en sus dominios la misma costumbre, por una órden de 15 de noviembre de 1579; pues anteriormente, segun dice Calmet, no habia en el país ningun uso general, por manera que unos principiaban el año por navidad, otros por la anunciacion, y otros por pascua.

Aunque en Alemania no hubo nunca ley expresa que prescribiese comenzar el año por el dia 1.° de enero, parece, sin embargo, que por costumbre estaba allí generalizado mucho tiempo antes que en Francia; y nos inclinamos á creer que el emperador Maximiliano I fué el que lo introdujo en la cancilleria imperial, porque la ratificacion por aquel príncipe del famoso tratado de Cambray, celebrado á 10 de diciembre de 1508, está fechada en Malinas á 26 de diciembre del mismo año. Para que tampoco quede la menor sospecha de si el año empezaba por pascua ó por el 25 de marzo, continuaremos tambien aquí la fecha del tratado de la liga hereditaria que el mismo emperador ajustó entre las casas de Austria y Borgoña, de una parte, y de otra los cantones suizos, la cual está concebida en estos términos: « Otorgóse en Báden, en Argovia, viernes á 7 de febrero, en el año corriente de 1511 después de la natividad de nuestro Señor Jesucristo, en el 25 de nuestro reinado de romanos y 20 de nuestro reinado en Hungria.» Pues bien, el 7 de febrero cayó realmente en viernes en el año 1511 que comenzó á 1.° de enero.

seria imposible conciliarlos; pero, teniendo en cuenta aquella circunstancia, puede decirse que pusieron la coronacion de Carlo-Magno en 801, en vez de 800, porque entónces comenzaron el año por el 25 de diciembre, dia de navidad; pero que su muerte, ocurrida á 28 de enero, la adelantaron al año 813, en vez de ponerla en 814, porque en este caso no le principiaron hasta el mes de marzo, quizás por el dia 25 de este mes, ó quizás por pascua. Aquí tenemos, pues, dos principios de año notoriamente indicados en unos mismos anales, que sin duda fuéron compilados de diversos autores: por esto al darlos á la luz su sabio editor, hizo ya la misma observacion que nosotros, á la cual añadimos solamente, que, lo mismo que en los anales de Metz y de Moissac, se nota en la mayor parte de las crónicas de aquel tiempo y en muchas de las de los siglos posteriores.

Y si así sucede en una sola crónica, ¿no ha de resultar lo mismo, y con mayor razon, comparándolas unas con otras? ¿Puede nadie admirarse de que se observen en ellas todas las variaciones que hemos notado y notaremos aun respecto de las escrituras? Tan cierto es esto, que Gervasio de Cantórberi, escritor de á principios del siglo XIII, nos suministra ya una prueba de tales divergencias en unos tiempos en que las crónicas se multiplicaban hasta lo infinito. «Tambien hay entre los mismos cronistas, dice, no poca divergencia; pues siendo su principal objeto el ir apuntando con toda verdad los años del Señor y sus fechas, los cuentan de diversas maneras, introduciendo con ello no poca confusion y muchas falsedades en el culto. Los unos empiezan á contar los años del Señor por la anunciacion, los otros por navidad, estos por la circuncision, aquellos por la pasion;» y á esta lista de Gervasio puede añadirse lo que hemos manifestado anteriormente: «algunos por el mes de marzo, algunos otros por pascua.» Continuemos ahora las reflexiones que hace el mismo autor acerca de estas discrepancias. «¿Á quién habremos de creer entónces? El año solar, segun la tradicion romana y las costumbres de la iglesia de Dios, empieza en las calendas de enero, para terminar por las fiestas de navidad con el último dia de diciembre. ¿Cómo es posible, pues, que resulte conforme la cuenta, cuando el uno empieza á contar los años de la encarnacion por el principio, y el otro por el fin del año solar? Sin embargo, uno y otro citan el mismo número de años del Señor, cuando dicen que este ó aquel suceso se verificó en tal ó cual año de la encarnacion. Estas y otras semejantes causas no han dejado de producir muchas disidencias.»

Con esa declaracion tan terminante de un testigo ocular creemos que queda suficientemente probada la confusion que introdujeron en las crónicas aquellas diversas prácticas. Pero hay mas; el texto de Gervasio dice mas de lo que á primera vista parece; y examinándolo con detencion, creemos que hace mérito de otro principio de año, del cual hemos dicho antes dos palabras, aunque sin probarlo. Hé aquí en qué nos fundamos: «El año solar, dice aquel escritor, segun la tradicion romana y la costumbre de la iglesia de Dios, empieza en las calendas de enero, para terminar por las fiestas de navidad con el último dia de diciembre. ¿Cómo es posible, pues, que resulte conforme la cuenta, cuando el uno empieza á contar los años de la encarnacion por el principio, y el otro por el fin del año solar?» Ahora bien, no es de creer que las palabras que acabamos de citar se refieran á la divergencia entre los que comenzaban el año por el 25 de diciembre, dia del nacimiento del Salvador, y los que le principiaban por el mes de enero; porque en este caso la diferencia hubiera sido solamente de siete dias, y por tanto no hubiera podido producir la grande confusion de que se queja el monje Gervasio, cuando dice: «¿Cómo es posible, pues, etc.» Para nosotros en aquellas palabras se descubren claramente dos cosas: la primera, que en aquel tiempo habia escritores que principiaban el año con el mes de enero; y nó como nosotros ahora, sino precisamente un año menos siete dias antes que los que lo comenzaban por navidad; y la segunda, que tanto los unos como los otros, despreciando esta diferencia de unos doce meses, indicaban ambas fechas con el mismo año de la encarnacion. Si es este, como no puede dudarse, el sentido que tienen las palabras de Gervasio, podremos ya resolver una dificultad que propone á los sabios el padre Mabillon en su Diplomática, lib. II, cap. 25, núm. 9, acerca de dos bulas de Pascal II, consagrado papa á 14 de agosto del año 1099. La una de ellas lleva la fecha de 14 de febrero de 1103, y la otra, cuyo original tenia á la vista el padre Mabillon, de 23 de marzo del mismo año, y por consiguiente anteriores entrambas al 25 de este último mes: sin embargo, las demás notas cronológicas son en todas indiccion décima y año tercero del pontificado, las cuales corresponden al año 1102, y nó al 1103, que es el que expresan las bulas, á pesar de ser su fecha anterior al 25 de marzo. ¿De dónde procede esto? De que el canciller que extendió ambas bulas comenzaba el año de la encarnacion un año cabal antes que nosotros, y por lo mismo contaba ya 1103, cuando nosotros estábamos todavía en 1102. Las citadas palabras de Gervasio autorizan esta solucion, así como la fecha de ambas bulas favorece á la interpretacion que hemos dado antes al texto del cronista.

Fuera de esto, no es de extrañar que hubiese quien comenzase el año de la encarnacion doce meses antes que nosotros en un tiempo en que cada escritor parece que tenia la libertad de principiarle por donde mejor le pluguiese; y así es que aun los mismos que le empezaban por la anunciacion no dejaban de considerar el dia 1.º de enero como principio del año solar, conformándose con la costumbre romana, muy conocida y generalizada en occidente (1). De aquí nació naturalmente, que, para no apartarse de aquella costumbre, muchos escritores comenzasen ya desde el mes de enero á fechar sus relaciones por tal ó cual año de la encarnacion, por mas que no ignorasen que el año aquel al que se referian no debia principiarse hasta el 25 de marzo siguiente; y por esto tambien los autores que fechaban por los años de los reyes de Francia, contaban ya el segundo desde el primer mes de enero que se les ofrecia en aquel reinado, sin tener en cuenta el mes y el dia precisos en que habia empezado á reinar el soberano, y aunque tuviesen muy sabido que aquel mes y aquel dia eran en muchos casos muy posteriores al mes de enero. Cuando tratemos de la cronología de aquellos reyes tendremos ocasion de alegar mas de una prueba de lo que acabamos de apuntar (2);

(1) Algunas cédulas de indulto del año 1453, conservadas en los archivos, llevan la fecha del «1.º de enero, llamado comunmente primer dia del año.» Entonces se estilaba ya como ahora el dar aguinaldo el dia de año nuevo.

(2) Fredegario y su continuador empiezan el año en el dia 1.º de marzo (Véase á Pagi, II al año 736, n. 1,). La costumbre de contar por completos los años incompletos de los reinados no era peculiar de los escritores franceses, sino que se nota tambien en varios diplomas de los emperadores de Alemania. Le Mire cita uno de Oton I (Not. de la Igl. Belg., cap. 62), que lleva la fecha de 22 de enero del año 966 y 31 del reinado, apesar de que, no habiendo aquel príncipe ascendido al trono hasta primeros de julio del año 936, en 22

pero por ahora baste el dejar probado que ha habido quien comenzase el año de la encarnacion uno antes que nosotros, y el haber dado así noticia de una práctica poco conocida y tan distante de la que ahora seguimos.

Cuanto acabamos de manifestar acerca de los diferentes principios del año, á que se refieren las escrituras y las crónicas, demuestra con cuánta atencion deben leerse unas y otras, y cuán expuestos estamos á equivocarnos á cada paso, mayormente cuando los cronistas ó los notarios nada nos advierten sobre ello, como manifiesta muy bien el monje Gervasio, sino que todos se contentan con notar el año de la encarnacion, sin decirnos por qué dia entienden comenzarle. Son, pues, necesarios mucho cuidado y no poco discernimiento para no perderse en ese laberinto, formando un juicio temerario y precipitado de esas fechas, como sino ofreciesen la menor dificultad. No hagamos como los semi-sabios, que no tienen empacho en fallar lo que no entienden; y nó porque una fecha cualquiera no cuadre con nuestro cómputo, la hemos de dar por falsa, y por de ninguna autoridad la crónica ó instrumento en que la hallemos (1).

---

de enero de 966 no podia contarse mas que el 30, y nó el 31: lo que prueba que Oton ó su canciller, contando por completos los años incompletos, consideraron como entero el de 936, de la misma manera que si el reinado hubiese principiado en el dia 1.º de enero, sin hacer caso de que no hubiese abrazado mas que los últimos siete meses del año. A cada paso se nos ofrecen ejemplos de esta costumbre, nó solo en los diplomas de aquel emperador, sino tambien en los de su padre Enrique, en los de su hijo Oton II, los de Enrique II, Conrado II, Enrique III y Lotario II, los cuales pueden verse en el tomo primero de la Crónica de Gotwich. No solamente eso, pero aun en tiempos muy anteriores á los reyes de Francia y á los emperadores de Alemania hallaremos ya establecido este uso; pues el cardenal Noris, en su carta sobre una medalla de Herodes Antipas, nota con Kepler y el padre Petavio, que los judíos contaban los años de reinado de sus soberanos desde el mes de Nisan inmediatamente anterior á su exaltacion al trono, de manera que en el dia primero de Nisan siguiente comenzaban ya á contar el año segundo, por poco que aquellos hubiesen reinado antes de aquella fecha; y lo prueba alegando un texto de Josefo, que efectivamente no deja lugar á la menor duda. El Talmud está tambien muy claro en este punto, pues dice: « En el primer dia de Nisan empieza el nuevo año del reinado, y por él empezaban á contarse los años de los reyes en las escrituras, vales y demas instrumentos y diplomas que solian fecharse de este modo. » Sin embargo, por el citado libro y por otros monumentos, como lo prueba Samuel Petit, consta que los años de los emperadores y de otros príncipes extranjeros los contaban los judíos desde el mes de Tisri que precedió á su exaltacion al trono, aun cuando dentro de aquel año no hubiesen reinado mas que algunos meses, siquiera un solo dia. Fundándose en estos principios, es fácil explicar las fechas de los años de los príncipes judíos, que se hallan notadas en las medallas de Filipo el Tetrarca, de Herodes, rey de Calcida, de Herodes Antipas, de Agripa I y de Agripa el mozo.

Los egipcios, dice M. Bellei, á quien seguimos en esta materia, solian tambien contar un nuevo año de reinado en el mes de Thoth, ó primer dia de su año civil (29 de agosto), de manera que comenzaban luego el segundo con el mes de Thoth siguiente, aun en el caso de que el príncipe no hubiese reinado antes sino muy pocos dias; y el padre Pagi ha observado con razon, que sin esta circunstancia serian inexplicables las fechas de un segundo año de Galba y un un año quinto de un Eliogábalo, que se ven grabadas en algunas medallas egipcias. Tambien por los mismos principios ha explicado el baron de La Bastia el año II del emperador Probo, que se lee en otras medallas, acuñadas igualmente en Egipto.

El cardenal Noris demuestra que los habitantes de Antioquía y de Laodicéa, en Siria, contaban asimismo un nuevo año de reinado cada principio de su año civil; y la misma costumbre se seguia tambien en la ciudad de Tiro, como lo demostrará un ejemplo. Trajano fué adoptado por Nerva, creado César, y revestido de la potestad tribunicia, el dia 18 de setiembre del año 97 de Cristo; y sin embargo el dia 19 del siguiente octubre, primero del año civil en Tiro, comenzaron ya sus habitantes á contar el año segundo del reinado, así como contaron el veinte y uno KA desde el 19 de octubre del año 116. A no tomar en cuenta esta costumbre, seria imposible conciliar los monumentos con la duracion del reinado de Trajano, que no llegó á veinte años cabales.

Lo mismo se observaba en la ciudad de Seleucia, junto á las bocas del Orontes. Hemos visto, dice el mismo M. Bellei, en el museo de M. Rothelin, un hermoso medallon, acuñado por los habitantes de aquella ciudad para honrar á Galba, en el que se expresa el año segundo de aquel reinado. Ahora bien, Galba no reinó mas que nueve meses y trece dias, si se cuenta desde el dia 3 de abril del año 68, en el que fué proclamado Augusto en España, viviendo todavía Neron; ó siete meses y siete dias, contando desde la muerte de su predecesor, acaecida sobre el dia 12 de junio del mismo año 68: pues fué asesinado en Roma á 15 de enero del año 69. Es, pues, evidente que los habitantes de Seleucia contaron un año segundo de Galba, porque lo comenzaron con su año civil en el primer otoño que se siguió al advenimiento de aquel emperador.

(1) Ademas de cuanto hemos dicho hasta ahora, vamos á compilar aquí, como por suplemento, muchas otras maneras de comenzar el año, que hemos observado en diferentes comarcas de occidente.

El comenzarle por navidad fué muy corriente en Alemania ya desde el siglo X; y por esto dice Wipon en su vida de Conrado el Sálico: « Al entrar el año de la natividad, celebró Conrado en la misma Real corte el nacimiento del Señor. » El historiador Brunon, monje de la diócesis de Mersburgo, termina con las siguientes palabras la historia de la guerra de Sajonia, que escribió á fines del siglo XI: En el año 1082 (1081), « dia del protomártir san Estéban, Sigefrido, arzobispo de Maguncia, ungió por rey á Herman. » El analista sajon, que continuó aquella historia hasta el año 1139, comienza cada año de sus anales con estas ó semejantes palabras: « El emperador ha celebrado en esta villa la fiesta de navidad, en tal otra la epifanía, y en tal otra la purificacion. » Sin embargo, esta costumbre no era general en toda Alemania, pues en Colonia comenzaban el año por pascua. Verdad es que un concilio celebrado en esta ciudad en 1310, ordenó en su cánon tercero, que en adelante el año empezase siempre por navidad, « conforme lo usaba la iglesia romana; »pero este decreto no tuvo mas fuerza que para los eclesiásticos, y el año civil continuó empezando por pascua, que era lo que se llamaba « estilo de la corte. » Al mismo tiempo la universidad de aquella ciudad conservó su estilo particular de principiar el año por el dia 25 de marzo, y lo conservaba todavía en 1428, como lo atestigua el padre Hartzeim: estilo que se seguia tambien en el condado de La-Marck, segun lo afirma Haltaüs.

En Maguncia empezóse el año por navidad hasta el siglo XV; pero mas adelante se introdujo poco á poco el uso de comenzarle por el dia 1.º de enero. Así lo hemos visto en una carta que con fecha 9 de enero de 1783 escribió monseñor Wurdtwein, obispo sufragáneo y vicario general de aquel arzobispado, y editor de una importante coleccion en doce tomos, titulada « Subsidia Diplomática. » En cuanto á lo que se desea saber (son sus palabras) acerca de los varios estilos que hayan regido en la iglesia de Maguncia para comenzar el año, puedo responder categóricamente, que no nos hemos gobernado nunca por ninguna disposicion especial en la materia, sino que, así como antiguamente solia empezar el año por navidad, así en tiempos mas recientes, esto es, desde el siglo XV, se fué poco á poco introduciendo y generalizando la costumbre de comenzarle con el año civil en el primer dia de enero. En el prefacio y en los tomos X, XI y XII de los Subsidios Diplomáticos, se hallarán muchísimos diplomas que van fechados segun el estilo del obispado de Maguncia, segun el de Tréveris, segun el de Colonia, ó con otras fórmulas semejantes. A ellos he añadido los de las iglesias de Bélgica, de Italia y otras, de los cuales podrán deducirse consecuencias muy útiles y reglas casi siempre ciertas. »

Antes de ahora hemos hecho ya observar, que cuando Sigeberto señaló el dia 18 de marzo como primero del siglo XII, ó sea del año 1101, verosímilmente quiso hablar del año astronómico y nó del civil: pero Holtaüs se engañó ciertamente cuando dijo que el dia 19 de aquel mismo mes fué considerado como primero del año hasta el de 1287, en que se le sustituyó el 1.º de enero; porque esto es una pura ficcion que no se apoya en ningun documento, ni en ningun otro autor. Lo que sí consta es, que en la iglesia de Lieja, desde principios del siglo XIII, y aun antes, estaba en uso el comenzar el año por el sábado santo, luego despues de la bendicion del cirio pascual. Pruébalo el testimonio de Hocsem, canónigo de Lieja en el siglo XIV, cuando en el capítulo primero de la Vida del obispo Enrique de Güeldres dice: « Es de advertir, que, desde tiempo inmemorial, solia pintarse la suma de los años de Cristo en una tablilla que se ponia en el cirio pascual al consagrarle, y desde aquella hora en adelante comenzaba á correr el año nuevo. » Esta costumbre se mudó, segun el mismo autor, en 1334, por disposicion del obispo Adolfo, que señaló la fiesta de navidad en vez de la de pascua para dar principio al año.

No solamente podemos equivocarnos acerca de los años de la encarnacion, sino tambien acerca de los de la pasion; pues son muchas las escrituras en que ambos se hallan notados, como se ve en las tres que trae Du-Cange por ejemplo en su Glosario, bajo el vocablo «Annus». Para conciliar entre sí ambas fechas, no basta tener noticia de cómo contaban los antiguos los años de la encarnacion, sino que es necesario tambien saber cómo contaban los de la pasion, y á qué año reducian la muerte del Salvador acae-

---

En la misma época se fijó el 25 de marzo como principio de año en Tréveris; pero ahora, dice Brouver, escritor del siglo XVII, en sus anales de aquella ciudad, lib. 18, pág. 238, empieza el año en el dia 1.º de enero, y solamente los notarios y algunos escritores han conservado la costumbre de comenzarle por el 25 de marzo. Sin embargo, posteriormente quedó tambien abolida esta costumbre, en tiempo del elector Wanderleyen, que gobernó el electorado desde 1652 hasta 1676.

En Estrasburgo se conserva un calendario del siglo XI, en el que el año empieza por la circuncision: pero de aquí no puede inferirse que este fuese el primer dia del año civil, pues tenemos una prueba de lo contrario en una escritura del obispo Wernario ó Wercario, otorgada á principios del mismo siglo y guardada en el archivo de aquel obispado, en la cual se lee: «Fecho en el año de la encarnacion del Señor 1005, indiccion II, epacta XXII, concurrente sexto;» en cuya fecha las tres últimas datas cronológicas no pueden corresponder sino al año 1004, comenzándolo por el 1.º de enero; de lo que se desprende que dicha escritura hubo de ser otorgada entre el dia de navidad de aquel año, en el cual hacia comenzar el suyo Wernario, y el primero de enero siguiente, que era cuando se mudaban la indiccion, la epacta y el concurrente. Tenemos además otras pruebas aun mas antiguas de que el año empezaba en Alsacia por navidad; porque un antiguo calendario de fines del siglo XIII, publicado por M. Grandidier en las últimas páginas del tomo primero de su Historia de la iglesia de Estrasburgo, y que al parecer perteneció á algun monasterio de aquella diócesis, principia con estas palabras: «En el nombre de Cristo: aquí empieza el martirologio. A XIII de las calendas de enero, etc.;» y un ritual, casi tan antiguo como aquel calendario, y perteneciente á la abadía de Neuvillers, dice al principio: «Rúbrica en la Natividad del Señor.»

Finalmente, para concluir con lo que toca á esta materia respecto de Alemania, haremos notar que la corte imperial acostumbraba ya desde principios del siglo XVI comenzar el año por el dia 1.º de enero. Pruébalo el famoso tratado de Cambray, ajustado entre el papa Julio II, el emperador Maximiliano y el rey de Francia Luis XII contra los venecianos, el cual fué firmado á 10 de diciembre de 1508 por los plenipotenciarios del emperador; y sin embargo la ratificacion va fechada tambien del año 1508 (Coleccion de tratados de paz, etc. Amsterdam, 1700, tom. II, pág. 27); lo cual demuestra que Maximiliano no comenzaba el año por navidad. Mas para que no se diga que, por hallarse á la sazon el emperador en los Paises Bajos, quiso tal vez conformarse con la costumbre local de principiar el año por pascua, nos bastará copiar aquí la fecha del tratado de liga hereditaria, ajustado por el mismo monarca entre las casas de Austria y Borgoña, la cual dice: «Otorgóse en Baden, en Argovia, viernes á 7 de febrero, en el año corriente de 1511 despues de la natividad de nuestro Señor Jesucristo, en el 23 de nuestro reinado de Romanos y 20 de nuestro reinado en Hungría. El dia 7 de febrero que aquí se cita cayó realmente en viernes en el año 1511, contado desde 1.º de enero; por consiguiente no puede dudarse de que Maximiliano no comenzaba el año por navidad ni por pascua, sino por el primer dia de enero.

En Hungría empezaba el año por navidad ó por el 1.º de enero, como se ve en las fechas que citan los escritores de aquel país.

En Dinamarca, segun Olao Wermio, le comenzaban antiguamente unas veces por navidad, otras por la circuncision, y otras por el dia 12 de agosto, fiesta de S. Tiburcio; pero lo cierto es que en la biblioteca de Estrasburgo hay un antiquísimo calendario rúnico ó dinamarqués, que principia el año por la circuncision.

En Suiza, durante los siglos XIV y XV, le empezaban á 1.º de enero, exceptuándose el obispado de Lausana y el país de Vaud, donde, desde el concilio de Basilea, se consideró como principio de año el dia 25 de marzo.

En Milan empezaban á contarle desde navidad, durante los siglos XIII, XIV y XV; y así es que en una escritura que cita Du-Cange leemos: «En el año de la natividad del Señor 1377, indiccion I, segun el uso y costumbre de la ciudad de Milan, á 2 de diciembre, etc.» Otras pruebas alegaremos aun de la misma costumbre, respecto de sus duques.

La misma seguian tambien Roma y las mas de las ciudades de Italia, menos Florencia, donde desde el siglo X, empezaban el año por el 25 de marzo, tres meses menos siete dias mas tarde que nosotros, que es lo que se llamaba «cómputo ó era de Florencia.» Adoptaron tambien este estilo algunas otras ciudades: y muchos papas, hasta Clemente XIII, le siguieron en sus bulas, como lo demostraremos al tratar de ellos. Los florentinos no le abandonaron hasta que un decreto dado por el emperador Francisco, como gran duque de Toscana, en 1749, dispuso que el año 1750 y siguientes empezasen el dia 1.º de enero en todo aquel territorio. A este decreto alude la inscripcion que se grabó en una plancha de cobre colocada en el puente mayor de Florencia, y cuyo tenor, trasladado del latin, es como sigue: «El emperador y césar Francisco, pio, feliz, augusto, duque de Lorena y de Barri, gran duque de Toscana, nacido para bien de la república, guarda de la libertad, amplificador de la paz, restaurador de la concordia, para evitar la confusion y el desórden que nacian de que los pueblos de Toscana siguiesen diferente estilo en el cómputo de los años del nacimiento del Salvador, mandó por su decreto de 20 de noviembre de 1749, que en adelante se contase uniformemente con el imperio romano, y que en el próximo año de 1750 todos los toscanos tuviesen, notasen y celebrasen el dia 1.º de enero como dia de año nuevo, segun lo practicaban los demas pueblos.» El cómputo pisano, que precede un año cabal al de Florencia, se usó no solamente en Pisa, sino tambien en Luca, en Siena y en Lodi, y hasta lo emplearon muchos papas en las fechas de sus bulas, y no pocos emperadores de occidente en las de sus diplomas, mayormente desde el siglo IX.

En Venecia, aunque el año civil y ordinario empezaba el dia 1.º de enero, sin embargo, desde tiempo inmemorial el año legal, el que se seguia en los instrumentos públicos, se contaba desde 1.º de marzo.

Desde el mismo dia parece que se contaba tambien en Benevento en el siglo XII; pues Falcon, vecino de aquella ciudad, que escribió su crónica por los años de 1141, cuenta siempre el mes de febrero por último del año.

En Aragon, una pragmática del rey don Pedro, dada en Perpiñan á 16 de diciembre de 1350, dispuso que en adelante se comenzase el año por navidad, en vez de comenzarle como anteriormente á 25 de marzo, tres meses menos siete dias despues de aquella fecha.

Otra ley semejante se promulgó en Castilla en 1383 en las cortes de Segovia; y lo mismo dispuso en Portugal el rey don Juan I, en 1420. El famoso tratado entre el emperador Cárlos V y el rey Francisco I prueba que esta costumbre duraba todavía en el siglo XVI, pues su fecha está concebida en estos términos. «Otorgado, tratado, y ajustado en la villa de Madrid, del obispado de Toledo, domingo á 14 de enero de 1526, contando desde la natividad de nuestro Señor, á estilo de España (Véase el prefacio de don Gregorio Mayans á las obras cronológicas del marqués de Mondejar, publicadas en Valencia en 1744). Casi al mismo tiempo que Cárlos IX daba en Francia su famosa ordenanza de Roseilon, fué estableciéndose en España, aunque sin ley expresa, la práctica de empezar tambien el año por el dia 1.º de enero.

En Rusia y en el siglo XI, comenzaban el año por la primavera, segun lo afirma el príncipe Miguel Schtscherbatow en su historia de aquel imperio; pero mas adelante adoptaron el calendario griego.

En Sicilia solian empezarle por el 25 de marzo desde la invasion de los normandos hasta el siglo XVI, en el cual se adoptó el principiarle por el dia 1.º de enero. Sin embargo, Rocco Pirro, que escribia poco antes de mediados del siglo XVII, asegura que en su tiempo, á pesar de que el pueblo, y aun los tribunales, se conformaban con el nuevo estilo, los notarios continuaban observando el antiguo en las fechas de las escrituras que autorizaban (Not. de la Igl. de Palermo: año 1744).

En Chipre le principiaban por navidad; y lo prueba Du-Cange con una escritura que lleva la siguiente fecha: «En el año de la natividad del Señor 1378, indiccion I, á 7 de marzo, segun el cómputo del reino de Chipre.»

Así le comenzaban tambien en Inglaterra, segun puede rastrearse ya, desde el siglo VII, y duraba todavía la misma práctica en el XIII; pues Gervasio de Cantórberi, que vivia por aquel tiempo, y que, como hemos visto, se lamentaba tan amargamente de la divergencia que habia entre los cronistas sus contemporáneos en el modo de comenzar el año, asegura, sin embargo, que, casi todos los escritores de su nacion que le habian precedido, habian estado conformes en contarle desde navidad, como que en aquel dia terminase el sol su carrera para emprenderla de nuevo. «Esta fué la razon, dice, de que todos los que escribieron antes de mi conviniesen en comenzar cada año por la natividad de nuestro Señor.» A pesar de esto, parece que en la iglesia anglicana se estilaba desde el siglo XII el principiarle por el 25 de marzo; y sin duda que

eida, segun unos, á los treinta y dos, segun otros á los treinta y tres, y segun otros á los treinta y cuatro años de su edad. Así lo dice claramente el mismo Gervasio de Cantórberi en el prólogo de su crónica, quejándose que tambien hubiese en este punto tanta diversidad de pareceres, dando pié á que se cometiesen no pocas equivocaciones. Para no errar en este punto, es necesario tener muy presentes aquellas tres opiniones, y no olvidarse nunca de lo que acabamos de manifestar citando al mon-

por esto Edmero, que escribia á mediados de aquel siglo, llama á las témporas que vienen después de Pentecostes el ayuno del cuarto mes. En el siglo XIV se adoptó el mismo estilo en lo civil, pues entre los diplomas de Rymer (tom. V, pág. 101), se lee uno de Eduardo III, en el cual este príncipe empeña su corona á Balduino, arzobispo de Tréveris, y cuya fecha dice: «Otorgado en el año del Señor 1338, segun estilo y costumbre de la iglesia anglicana y de la provincia de Tréveris, en el penúltimo dia del mes de setiembre;» y hemos visto ya que en Tréveris empezaba el año por el 25 de marzo: costumbre que se siguió en Inglaterra hasta que por la adopcion del calendario reformado se señaló como principio de año el dia 1.º de enero. Para mayor claridad es necesario distinguir entre los ingleses tres clases de años, á saber: el histórico, el legal y el litúrgico; el primero, que empezaba desde muy antiguo á 1.º de enero; el segundo, usado en los instrumentos públicos, que principiaba por navidad hasta fines del siglo XIII, y mas adelante á 25 de marzo; y el tercero, que comienza por el primer domingo de adviento.

En los Paises Bajos, las provincias de Güeldres y la Frisa contaban el año desde navidad; y lo mismo se practicaba en Utrecht después del año 1333, aunque anteriormente le comenzaban por la anunciacion (Mabillon, «Diplomática,» pág. 238 y 310). En Delft, en Dordrecht y en el Brabante, solian comenzarle por el viernes santo; en Holanda, en Flandes y en Hainaut, por pascua; y así lo practicaban los notarios en sus escrituras; pero, cuando las fechas eran anteriores á la pascua, tenian la obligacion de añadir las palabras: «á estilo de la corte, ó antes de pascua, ó segun costumbre de Francia,» para que así no hubiese ninguna confusion. El tratado ajustado en Bruselas entre el emperador Maximiliano y el rey de Francia Luis XII lleva la fecha del 8 de febrero de 1508, «segun el estilo de la curia de Cambray,» la cual ha de reducirse al año 1509, porque la liga de Cambrai, ajustada á 10 de diciembre de 1508, fué anterior á este tratado.

El mismo estilo seguia tambien la córte de Saboya.

Por lo que toca á Francia, desde los tiempos de Cárlo Magno se acostumbraba á empezar el año por navidad, continuando así casi universalmente durante todo el siglo IX; y decimos casi universalmente, porque no dejaba de haber algunas excepciones. Efectivamente, desde mediados del siglo IX vemos ya que en algunos territorios principiaban a contar el año desde pascua, como lo prueba una escritura continuada en el tumbo del monasterio de Saint-Bertin, extendida por Folmar, cuya fecha dice: «Otorgóse en el monasterio de Aire, á VI de las calendas de abril, en el año de la encarnacion DCCCLVI y bisiesto, ASCENSU I, indiccion IV, año embolismico, sábado antes de media cuaresma, y año XVII del reinado de Cárlos con su hermano Luis y su sobrino Lotario.» Si redujésemos esta fecha al año 856 de nuestro cómputo, estaria llena de contradicciones; en primer lugar, porque aquel año la pascua caia á 29 de marzo, y por consiguiente el dia 6 de las calendas de abril, ó 27 de marzo, corresponde á un viernes; y luego, porque el año XVI del reinado de Cárlos el Calvo no principió hasta el 20 de junio, por haber muerto en igual dia del año 840 su padre Ludovico Pio. Todo empero puede conciliarse reduciendo la fecha al año 857, en que la pascua cayó efectivamente á 18 de abril, y por tanto el dia 27 de marzo fué el sábado de la tercera semana de cuaresma; y el dia siguiente, que fué el cuarto domingo de ella, era precisa y propiamente el que la promediaba. Corria tambien entónces, y duró hasta el 20 de junio, el año XVII del reinado de Cárlos el Calvo; y asimismo corria la indiccion IV, que, habiendo principiado por la pascua del año 856, no habia espirado todavía. Una dificultad se ofrece á primera vista, y es que el año 857 no fué bisiesto; mas como lo habia sido el de 856, se juzgaba tambien serlo la porcion del año siguiente á que se extendia el anterior; y lo mismo puede decirse del año lunar embolismico, que lo era realmente el de 856, por ser 2 su áureo número, pero que, como el solar, no terminaba hasta la pascua del 857. Finalmente, la expresion «ascensu I,» creemos que significa el regular, que era efectivamente 1. Consta, pues, de lo dicho, que desde el siglo IX empezaba el año por pascua en algunos territorios; pero con todo es menester confesar que no abundan los ejemplos. Posteriormente, ya no hubo ninguna regla constante y uniforme, segun se ha visto por lo que hasta aquí llevamos expuesto, sino que los unos le principiaron por el dia 24 de diciembre, los otros por el 25 de marzo, y los mas por el dia de pascua ó por su vigilia. Consignemos sobre esto algunas observaciones que podrán servir de guia al que consulte los antiguos monumentos de la historia de Francia. Fué costumbre casi invariable de sus reyes en sus diplomas, desde fines del siglo XI, y del parlamento de Paris, desde que pasó á tener residencia fija, hasta la pragmática que señaló el 1.º de enero, el comenzar el año por pascua, ó mas bien por el sábado santo, después de la bendicion del cirio pascual; pero, en las provincias dominadas por los ingleses, era mas comun el principiarle por navidad, de manera que si seguian otra cuenta, como cuando le empezaban por pascua ó por el 25 de marzo, añadian entónces á la fecha las palabras: «á estilo ó segun costumbre de Francia.»

En la provincia eclesiástica de Reims, en el siglo XIII empezaba el año por la anunciacion, como lo prueban las actas del concilio celebrado en su capital en 1235, con las palabras: «es de notar que, segun costumbre de Francia, el año del Señor se muda por la anunciacion» (Martenne, Tesoro de Anécdotas, tom. IV, col. 182.) La misma costumbre subsistió hasta el siglo XVI en la villa de Montdidier, segun se desprende de las órdenes del preboste real conservadas en el archivo del priorato de aquella villa, su fecha 8 de abril de 1441, «renovado el año de la encarnacion;» de los registros de las deliberaciones de aquel consejo, cuando dicen: á 25 de marzo, «mudado el año de la Encarnacion antes de pascua;» y de dos escrituras de venta otorgadas ante la misma municipalidad, la una á 2, y la otra á 9 de abril de 1528, en las cuales se lee en términos expresos: «Renovada la fecha en nuestro consejo el dia de la anunciacion de Nuestra Señora, próximo pasado, antes de pascua.»

En el obispado de Soissons comenzaban el año por navidad en el siglo XX; pues así lo prueba una escritura otorgada por el obispo Goslen, que se custodia en el archivo de aquella iglesia, y cuya fecha está concebida en los siguientes términos: «Otorgóse en las calendas de marzo del año de la encarnacion del Señor MCXXXV, contándolo desde la última fiesta de navidad, y antes de la próxima pascua.»

Lo contrario sucedia en Amiens, donde le principiaban por la vigilia de pascua, después de la bendicion del cirio, segun lo comprueba un protocolo de Francisco Martin, notario de aquella ciudad, en el cual se leen dos escrituras seguidas, la una con la fecha del «sábado 5 de abril de 1549, vigilia de pascua, antes de la bendicion del cirio,» y la otra del mismo dia «5 de abril, pero de 1550, antes de pascua y después de bendecido el cirio.»

De la misma manera se contaba en Perona en el siglo XV, pues en un registro capitular de la colegiata de San-Fursi se leen dos escrituras, de las cuales la una empieza: «Sábado, vigilia de pascua, á 14 de abril de 1487, después de la bendicion del cirio;» y la otra: «Sábado, vigilia de pascua, á 5 de abril de 1488 después de la bendicion del cirio.»

En muchas comarcas de Picardía comenzaban ya el año por el 1.º de enero desde mediados del siglo XIII; y por esto en una escritura del señor de Vignacourt, del año 1274, se lee: «En el mes de enero, un dia después del primero del año.» El mismo sistema siguió tambien Froissart en sus crónicas; pero, como difícilmente se hallará ninguna otra provincia en que haya habido mas variedad en este punto, es poco menos que imposible el señalar con alguna certeza la época que fué mas generalmente admitida como principio del año (D. Grenier, Historiografía de Picardía.)

«En el Lenguadoc, dice Menard (Historia de Nimes, prefacio), y en otras provincias meridionales empezaba el año por el dia 25 de marzo;» pero esta costumbre tenia muchísimas excepciones. Vaissete prueba que en aquella provincia era tambien muy comun el comenzarle por pascua durante los siglos XI, XII y XIII, pero que no habia regla fija; y nosotros podemos añadir por nuestra parte, que aun en el siglo XVI y antes del edicto de Rosellon, el parlamento de Tolosa continuaba principiándolo por aquella festividad, como lo prueba la fecha del registro de las órdenes de Enrique II para la reposicion del condestable de Montmorenci en el gobierno del Lenguadoc. Dice el despacho real: «Dado en San German en-Laye, á 12 de abril del año de gracia 1547, 1.º de nuestro reinado;» y luego se añade en el registro: «Publicado y registrado en Tolosa, en el parlamento, el dia 22 de enero de 1547. (Hist. del Leng., tom. V, pruebas, pág. 107, col. 2.)» Pruébalo tambien una carta del mismo parlamento á Cárlos IX, cuya fecha está concebida como sigue: «Escrita en Tolosa, en vuestro parlamento, á 12 de abril de 1563, después de pascua.» (Ibid., pág. 116, num. LXXX.)

je Gervasio. Debemos añadir tambien otra observacion importante; y es que el año de la pasion se confunde no pocas veces con el de la encarnacion, como lo prueba ostensiblemente un diploma de Teobaldo I, conde de Champaña, que Mabillon copió del original é insertó en el lib. VI de su Diplomática, cuya fecha dice: «Dado á V de las idus de enero, indiccion VI, año de la pasion del Señor MLXXXIII y XXIII del reinado de Felipe, y escrito de mano de Ingelrano, dean y cancelario de la iglesia carnotense,» sin que pueda suponerse que Ingelrano se equivocó poniendo «pasion» por «encarnacion», porque no es el único de su tiempo que contaba de esta manera. Tenemos un autor del mismo siglo, en su primer libro de los milagros de san Ailo, abad de Rabais, que toma tambien la «pasion» por la «encarnacion,» cuando dice: «Reinando Roberto en la Merovingia, llamada por otro nombre Francia, mil años despues de la pasion del Señor, cumplido ya el último año del millar etc.» Este texto expresa muy claramente que Roberto, rey de Francia, reinaba el año 1000 despues de la pasion: pero si esta última palabra la tomásemos en su sentido propio, no seria posible que aquel monarca reinase en el año 1000 de la pasion, habiendo muerto ya en el de 1031 de la encarnacion. El año 1000 de la pasion propiamente dicha no puede corresponder á ninguno de los años del reinado de Roberto, de cualquiera manera que se cuente, y sí solamente á los de 1032, 1033 ó 1034; por consiguiente hemos de decir que en el texto citado la voz pasion se toma por encarnacion, de la misma manera que en el mismo diploma de Teobaldo.

Otro nombre se dió tambien al año de la encarnacion, y fué el de «año de gracia». El primer ejemplar que hemos visto de esta costumbre, tan generalizada despues en tiempos mas modernos, es del año 1132 y se halla en una escritura de Hugo, señor de Chateau-Neuf, que puede verse continuada en el tom. IV del Espicilegio, pág. 261. El tantas veces citado Gervasio de Cantórberi, que, como hemos dicho, vivia á principios del siglo XIII, adoptó tambien este nombre, y comienza su crónica con las siguientes palabras: «En el año de gracia, segun Dionisio MC, y segun el evangelio MCXXII, entró á reinar Enrique en

---

En Narbona y en el distrito de Fox empezaba el año por navidad, pues en la misma Historia, entre las pruebas, se lee (tom. III, col. 187) un diploma de Raimundo Rogerio, conde de Fox, fechado «en el mes de marzo, domingo, dia de los idus del mismo mes, en el año de la encarnacion del Señor MCXCVIII,» en cuyo año, contado segun nuestro estilo, cayó efectivamente en domingo el dia de los idus, ó sea el 15 de marzo. El diploma con que Luis VII, hallándose en Magalona, confirmó á aquella iglesia sus privilegios lleva tambien la fecha del miércoles de ceniza, 9 de febrero de 1155; por donde se ve, añade Vaissete, que el año principiaba por navidad.

En el obispado de Limoges se señaló por primer dia del año el 25 de marzo, en vez del de pascua, en 1301: costumbre que duró hasta la promulgacion del edicto de 1564; así es que en los fragmentos de la historia de Aquitania recogidos por Etiennot se lee la siguiente advertencia: «Nótese que en el obispado de Limoges la fecha de las escrituras solia mudarse cada año por pascua, hasta que el maestro Pedro Fabre, canciller y guardasellos de Limoges, ordenó que en adelante se mudase el año por la fiesta de la anunciacion de la Vírgen María, lo que se verificó por primera vez en 1301.» Por esto los notarios lemosines, en sus protocolos y minutarios de los siglos XIV y XV, tenian cuidado de advertir, al llegar al 25 de marzo: «Aquí se muda el año.»

En las provincias de Poitou, Guiena, Normandía y Anjou, solia empezar el año por navidad, durante todo el tiempo que estuvieron en poder de los ingleses. Por lo que toca á la primera, tenemos de ello la prueba en una escritura otorgada en el lugar de Benaon por Oton de Brunswick, conde de Poitou, y luego emperador, IV de este nombre, «á 29 de diciembre de 1198,» en la cual no se titula mas que conde de Poitou, señal cierta de que no era todavía emperador. Por consiguiente, como no puede dudarse, y en ello están contestes todos los historiadores alemanes, de que fué coronado en Aquisgran el dia de Pentecostes de dicho año 1198, seria imposible resolver esa contradiccion aparente, sino dijésemos que el 1198 que nota la escritura debe entenderse contado desde navidad, y por tanto, que la fecha del 29 de diciembre ha de reducirse al de 1197 de nuestro cómputo actual. Sin embargo, antes de que el condado de Poitou pasase al dominio de los ingleses, el año empezaba ordinariamente por pascua, como lo está demostrando la crónica de Maillezais.

En el Delfinado lo mas general era comenzarle por el 25 de marzo, á lo menos hasta fines del siglo XIII; pero en el XIV ya era mas comun el principiarle por navidad, que era lo que se llamaba estilo delfinal, siguiendo tambien la misma cuenta para las indicciones (Valbonnais).

En la Provenza hubo en este punto muy poca uniformidad, á lo menos durante los siglos XI, XII y XIII; pues unos empezaban el año por navidad, otros por el dia 1.º de enero, otros por el 25 de marzo y otros por pascua. En la nueva historia de Provenza se hallarán ejemplares de todos esos estilos durante aquellos tres siglos. Ignoramos si en los siguientes se uniformó la práctica: no sabemos mas sino, por lo que toca al siglo XV, que el concilio de Aix, celebrado en 1409 para enviar diputados al de Pisa, lleva la fecha del 22 de enero, indiccion II; lo que prueba que contaron el año como nosotros ahora, ó por lo menos desde navidad, porque de otra suerte no cuadraria la indiccion II con el mes de enero de 1409.

Ya en tiempo del rey Gontran, esto es, en el siglo VI, si hemos de creer lo que dice M. Le-Beuf en su historia de Auxerre, tom. II, pág. 22, «habian empezado en Auxerre á abandonar en algun modo la costumbre pagana de dar principio al año por el mes de enero, segun el antiguo estilo de los romanos; y se habia introducido la práctica de comenzarle por pascua. Sin embargo, hasta en lo eclesiástico quedaron muchos vestigios de la costumbre de llamar al mes de enero el primero del año, y en el trato familiar se celebraban las calendas del mismo mes con el aguinaldo.»

Hablando del condado de Borgoña, dice Chevalier en su historia de Poligni, tom. I, pág. 158: «Tengo por cosa averiguada, que el año empezaba entre nosotros por la natividad de nuestro Señor, como en Roma, en Italia y en Alemania; y nó por pascua, como en Francia: solo andando los años, y despues de estar el país sometido á príncipes franceses, pudo el estilo francés generalizarse en el condado.» Verdad es que lo que aquí dice este autor no está muy conforme con las palabras del mismo, que hemos citado anteriormente.

En una cuenta de Mahalda de Artois, condesa de Borgoña, formalizada en el Artois por gastos hechos en el bailiaje de Aval, del condado de Borgoña, se lee que la pascua florida caia á 11 de abril en 1304, y que este año «acabó por la Pascua siguiente, en que empezó á contarse el de 1305.» Así es que en los acuerdos del parlamento del Franco Condado leemos: «á 8 de abril de 1545, despues de pascua; á 20 de abril de 1563, despues de pascua.»

En Besanzon los tribunales civiles principiaban el año por el 25 de marzo, y la curia por la circuncision, á lo menos desde el siglo XV. Esa divergencia movió, como lo dijimos anteriormente, á los estados de la provincia á pedir al parlamento que se señalase por principio de año el dia 1.º de enero, como se hizo en efecto por acuerdo de 20 de diciembre de 1574, seguido de un decreto de 31 de julio de 1575, y de un edicto de Felipe II, rey de España, de 9 de enero de 1576, en los que se daba esta disposicion. («Nota enviada por Droz, consejero en el palamento de Besanzon, y secretario de la academia de aquella ciudad.»)

En Montbelliard comenzaban el año, los unos por el 1.º de enero, y los otros por el 25 de marzo.

Finalmente, en Lorena «sobrevenian cada dia mil dificultades, dice Calmet, por la incertidumbre y variedad del año, que los unos principiaban por navidad, á 25 de diciembre, los otros, por la anunciacion de nuestra Señora, á 25 de marzo; y no pocos por pascua florida. Para salvar, pues, los inconvenientes que resultaban de esa discrepancia de fechas, é introducir una perfecta uniformidad en los actos judiciales y en los instrumentos públicos, dispuso el duque Cárlos, con edicto de 15 de noviembre de 1579 que en adelante en las actas, registros, cuentas, instrumentos, contratos, ordenanzas, edictos, cartas, y en una palabra, en todas las escrituras públicas y privadas se contase el año nuevo desde el dia 1.º del mes de enero siguiente, en el que principiaria el de 1580, con prohibicion á todos los jueces, notarios y demás á quienes tocase el emplear otro estilo.» (Historia de Lorena, lib. 32, núm. 114.) Anteriormente hemos citado ya otro texto del mismo autor, que dice casi lo mismo, aunque mas sucintamente y con menos claridad.

la monarquía de toda Inglaterra etc. » Aquí tenemos, pues, expresado bien claramente el año de gracia en vez del año de la encarnacion; pero no es esto lo mas notable que tiene el principio de aquella crónica, sino la distincion que hace el autor entre los años de la encarnacion segun Dionisio Exíguo, y los mismos segun el Evangelio, suponiendo que Dionisio se equivocó al calcular los años de Jesucristo, y que han de añadirse veinte y dos completos á su cómputo, para que resulte el año verdadero de la encarnacion segun el Evangelio. De la misma opinion fueron Mariano Escoto, que murió á fines del siglo XI, y algunos, aunque pocos, cronistas del siglo siguiente; y hasta se la ve consignada en un rescripto del papa Urbano II á favor de la abadía de Saint Mihel, inserto en la pág. 390 de la Diplomática de Mabillon, cuya fecha dice: «dado en Letran, á VII de las calendas de abril, en el año de la encarnacion del Señor MXCVIII, segun Dionisio, y MCXXI, segun la cuenta mas cierta del Evangelio, indiccion VI, epacta XV, concurrente IV». Como se ve, el papa Urbano y el monje Gervasio concuerdan en lo que dicen del cómputo de Dionisio el Exíguo, que para nosotros es el mismo que ahora usamos; pero difieren en el modo de contar los años « segun la verdad del Evangelio, » como ellos los llaman, porque segun la crónica de Gervasio deben añadirse veinte y dos cabales al cómputo de Dionisio para hallar el verdadero de la encarnacion, y segun el rescripto de Urbano hay que añadir veinte y tres. Mariano Escoto pensó tambien, como Gervasio, que no habian de añadirse mas que veinte y dos, y de la misma opinion fué Florencio Bravonio, monje de Vorchester, en la crónica que compuso á principios del siglo XII; pues, ordenando por las dos eras todos los sucesos que refiere, esto es, por la del Evangelio, designada con las dos letras S. E. (segun el Evangelio), y la dionisiana, que indica con la S. y la D. (segun Dionisio), menciona, por ejemplo, el viaje que Guillermo II, duque de Normandía, hizo á Inglaterra, refiriéndolo al año 1051 de la era de Dionisio, y 1073 de la evangélica; por donde se deja conocer claramente que tambien supone la primera de estas dos épocas veinte y dos años mas reciente que la segunda. Algunos otros, como Helinando, monje de Froimont, que escribia á fines del siglo XII, no adelantan mas que veinte y un años la era dionisiana; pues dice aquel al llegar al de 979: « en este año se cumplen los mil desde el nacimiento de Cristo, segun la verdad del Evangelio, los cuales no se cumplirán hasta veinte y un años después, segun el ciclo de Dionisio.» El que quiera saber las razones que tenian aquellos autores para hacer semejante distincion entre los años de Cristo segun Dionisio, y los mismos segun el Evangelio, las hallará explicadas en el lib. XII, cap. 5 de la obra del padre Petavio, « De Doctrina temporum, » y por lo mismo no nos detendremos aquí en exponerlas, y pasaremos á declarar otra expresion mucho mas usada para denotar en las fechas el año de la encarnacion.

Tal es el «Año de la Trabeacion de Cristo», que se ve citado en muchísimos documentos del siglo XI. Du-Cange en su Glosario le explicó erradamente, diciendo que significaba « el año en que Cristo fué clavado « en el madero ó trabe »; pero en la segunda edicion de aquella obra, en la voz « Trabeatio » se rectificó ya el error de aquel sabio, demostrando que «Año de la Trabeacion » es lo mismo que « Año de la Encarnacion. » Entre los muchos documentos que lo prueban, se cita el decreto de la eleccion de Borrell, obispo de Roda en Cataluña, inserto en el tomo II de las Capitulares de Baluzio, coluna 630, el cual empieza por estas palabras: « En el año de la Trabeacion de nuestro Señor Jesucristo MXVII, era MLV, indiccion XV, concurrente I, epacta XX»; fechas que concuerdan todas con el año 1017 de la encarnacion, del mismo modo que la que se lee al pié del decreto, y dice: «En el año XXI « del reinado de Roberto. » No puede, pues, caber la menor duda en que el año de la «Trabeacion» y el de la « Encarnacion » son una misma cosa; pero Du-Cange se equivocó, porque quiso hallar en la voz «trabs», trabe ó viga, la etimología de trabeacion, en vez de buscarla en «trabea», que significa la ropa talar de que se vestian antiguamente los reyes, y con la cual adornaban los paganos las estatuas de sus falsos dioses. En este último sentido dijo san Fulgencio en el sermon que pronunció el dia de san Estéban, cuya fiesta, como es sabido, se celebra el dia después de navidad: « Ayer se vistió nuestro rey la trabea de la carne»; y es muy probable que la voz «trabeacion» la sacaron los notarios de este texto de san Fulgencio, el cual oian recitar en las lecciones de maitines del dia de san Estéban. Sea como fuere, queda probado que la «trabeacion» y la «trabea de la carne» significan la encarnacion del Verbo, y esto es lo que basta saber para no equivocarse en las fechas que las expresan.

Una última advertencia nos queda que hacer acerca del cómputo de los años de la encarnacion; y es que algunas veces, para abreviar la fecha, mayormente si se halla repetida, se omite alguno de los guarismos. Así, por ejemplo, en la Historia de los obispos de Auxerre, leemos que Arduino fué trasladado á aquella silla «al principio del año MCCCL de la Natividad del Señor; » y luego allí mismo, doce líneas mas abajo, se nos dice que se le trasladó al obispado de Magalona, hoy de Montpeller, « en el año LIII, segun la cuenta de la curia romana (comenzando el año por navidad), y LII al estilo de Francia (principiando el año por pascua), en el dia de la fiesta de la purificacion de la Vírgen;» en cuya fecha el historiador omitió por dos veces los guarismos MCCC. Verdad es que allí es fácil suplirlos, porque la fecha está entera al principio de la narracion; pero otros escritos hay en los que no se nota esta circunstancia, y se observan, sin embargo, semejantes omisiones. Citaremos algunos ejemplos. La primera edicion de Marcial, en 4.°, dice: «Impreso en Ferrara el dia II de julio del año MLXXI, en vez de MCCCCLXXI; la primera edicion de Guillermo de París lleva la fecha del año MLV, en lugar del MDLV; la carta de Erasmo que va al frente de las obras de san Cipriano, está fechada del año MXIX, por el MDXIX (1); y hasta hay algunas fechas que solo expresan el año del siglo corriente, esto es, XXI, por MCCCCXXI, XXXIV, por MCCCCXXXIV, como sucede en un manuscrito de la Imitacion, perteneciente á la abadía de Molk, en el cual se dice que se acabó «en el dia de san Kiliano del año 34, por 1434, y en otra, año 21 por 1421. Mabillon (Diplom., lib. II, cap. 23, núm. 17) y otros autores han observado que las mismas omisiones se notan tambien en algunos documentos, como se ve en uno, otorgado en España, cuya

(1) Acerca de la fecha que se lee al fin de algunas antiguas ediciones, debe advertirse que no siempre se refiere a la impresion, sino muchas veces á la composicion de la obra; pues los primeros impresores solian hacer como los amanuenses, que copiaban literalmente todo lo que hallaban en el manuscrito. Por esto cuando al fin de la edicion del « Juan de Tambaco » De Consolatione Theologiæ, leemos que aquel tratado se concluyó en el año 1366, debemos entenderlo de la composicion, y nó de la impresion (D. Legipont, Discrt. Filológico-Bibliográficas, pág. 29 á 31).

fecha dice: «Corriendo la era LXII», esto es, en el año DCCCLXII de la era española, en tiempo del rey Alfonso, ó sea en el año 824 de Jesucristo. Los editores del Glosario de Du-Cange citan tambien una escritura que lleva por toda fecha el «año 64 del Señor», aunque no puede dudarse que corresponde al de 1364; y en el registro A del parlamento de Paris, fól. 1, se lee el privilegio concedido por Cárlos V á los estudiantes de aquella universidad, que en su fecha expresa solamente el año 366, en lugar del 1366. Demos fin á esta materia, trasladando por lo rara una fecha mas singular que ninguna de las que llevamos citadas: al pié del epitafio grabado sobre el sepulcro de Margarita de Levi, señora de Marli, que fué enterrada en Port-Royal-des-Champs, se leia antes de la destruccion de aquel célebre monasterio: EN EL AÑO M Y DOS VECES C: DOS VECES LX: UNA VEZ V: DOS VECES I; todo para expresar el año 1327. (Necrol. de Port-Royal, pág. 155.)

3. DE LA ERA JULIANA Ó DE JULIO CÉSAR.—La era juliana, anterior de cuarenta y cinco años á nuestra era vulgar, tiene por punto de partida la reforma que Julio César mandó hacer en el calendario romano. Trayendo orígen desde los tiempos de Numa, el desórden del año habia llegado ya á tal extremo, que los meses del invierno caian en otoño, los de la primavera en invierno, y así de las demás estaciones; quiso pues, remediarlo Julio César; y, auxiliado por el famoso astrónomo Sosígenes, dispuso primeramente que el año 707 de Roma se compusiese de quince meses, que sumarian cuatrocientos cuarenta y cinco dias, lo que dió motivo á que se le llamase «año de confusion»; y luego, que en lo sucesivo constase el año de trescientos sesenta y cinco dias, añadiéndole uno mas cada cuatro años, después del 6 de las calendas de marzo ó 24 de febrero, lo que fué causa de que se le llamase bisiesto, como que en él habian de contarse dos dias sextos de las calendas de marzo. Empezó á regir esta reforma en el año 708 de Roma (1), el cual fué bisiesto; pero como la entendieron malamente los encargados de la direccion del calendario romano despues de la muerte de César, en vez de poner aquel dia intercalado en el 5.° año, pusiéronle en el 4.°, y de aquí procedió que, durante los primeros treinta y siete años que se siguieron á la reforma, hubo doce intercalaciones en lugar de nueve, y por consiguiente retrocedió tres dias el año de Roma respecto del juliano. Advirtióse la diferencia al cabo de aquellos treinta y siete años; y, para corregirla, suprimiendo los tres dias que se habia adelantado de sobras el año juliano, dispuso Augusto que se suprimiesen las tres primeras intercalaciones que hubieran debido hacerse en los próximos años de 41, 45 y 49 de aquella era. Así quedó ya restablecida la igualdad en el mes de febrero del año 49, de manera que el 1.° de marzo romano volvió á coincidir con el 1.° de marzo juliano.

Basta, pues, añadir cuarenta y cinco á un año cualquiera de la era cristiana, para que resulte el equivalente de la de Julio César.

4. DE LAS INDICCIONES.—Se da el nombre de indicciones á una revolucion de quince años, al cabo de los cuales vuelve á comenzarse por la unidad; y cada una de ellas se cuenta separadamente, año por año, como los demás ciclos, á excepcion de las olimpíadas (1). Ignórase el orígen de este período, ni se sabe quién le introdujo ni con qué objeto; pero es lo cierto que no puede tener mayor antigüedad que desde los tiempos de Constantino (2), ni tampoco menor que desde los de Constancio. La primera vez que se ve citado es en el Código teodosiano, en el reinado de este emperador, muerto en el año 361 (3). Al principio es difícil reducir á años las indicciones, porque no todos los autores las comienzan en una misma época; pues algunos señalan la primera en el año 312, los mas en el de 313, otros en el de 314, y no falta quien la retarda hasta el de 315. En nuestra tabla cronológica hemos seguido la opinion mas comun, empezándolas en 313, contando una este año, dos el siguiente, hasta terminar el período, y principiarle de nuevo en el año 318.

Se distinguen comunmente tres clases de indicciones. Es la primera la constantinopolitana, que comienza con el mes de setiembre. Los emperadores griegos se sirvieron de ella, y tuvo tambien algun uso en Francia, como puede verse en la nueva edicion del Glosario de Du-Cange, en la voz «indictio.» En el párrafo 2.° citamos ya una escritura de Enrique I, en cuya fecha se nota la indiccion, contándola desde el dia 1.° de setiembre; y lo mismo se observa en muchos diplomas de otros reyes de Francia.

La segunda especie de indiccion, y la mas usada en Francia y en Inglaterra, es la imperial y constantiniana, llamada así por haberla introducido Constantino, y tambien cesárea, por haberse servido de ella los emperadores de occidente. Empieza á 24 de setiembre; y en el citado Glosario se hallarán claras y numerosas pruebas de su uso.

La tercera clase de indiccion empezaba á 25 de diciembre ó á 1.° de enero, segun comenzase el año por el uno ó por el otro de estos dos dias. Usáronla muy á menudo los papas en sus bulas, sobre todo los sucesores de Gregorio VII, y por esto se le da el nombre de romana ó pontifical. Tampoco fué desconocida en Francia; pues la citan alguna vez sus antiguos escritores y los diplomas de los emperadores

(1) El primer año juliano empieza el dia 1.° de enero del 780 de la fundacion de Roma, y nó del 709, el cual no principió hasta el 21 de abril del primer año juliano, cuarenta y cinco antes de la era vulgar. Este primer año del calendario reformado por Julio César tuvo trescientos sesenta y seis dias, porque fué bisiesto; pero en lo sucesivo en vez de hacerse la intercalacion en los años 5, 9, 13, 17, 21, 25, 29, 33 y 37, posteriores á la reforma, la hicieron los pontífices en los años 4, 7, 10, 13, 16, 19, 22, 25, 28, 31, 34 y 37, no dejando mas que dos años comunes entre cada bisiesto, lo que produjo un exceso de tres dias, resultado de las tres intercalaciones que se habian hecho de mas durante los primeros treinta y siete años julianos.

(1) Esta es la regla general y el uso mas comunmente adoptado; sin embargo, hemos dicho que en el siglo XII todas las actas capitulares de la abadía de Corbie están fechadas por indicciones, contadas colectivamente sus revoluciones, como las de las olimpíadas. Citaremos por ejemplo una del año 1172, cuya fecha está concebida en estos términos: «En el año MCLXXII de la encarnacion del Verbo, XIII del pontificado del papa Alejandro III, XXXV del reinado de nuestro señor el rey Luis..... indiccion LXXIX, año V, á XVII de las calendas de mayo, vigilia de pascua, en el capítulo de Corbie, de san Pedro apóstol. Aquí tenemos que en vez de contar sencillamente la indiccion V, se cuentan todas las revoluciones desde el primer año de Jesucristo; y como á mil ciento setenta y dos años corresponden setenta y ocho de aquellas, y sobran cinco años, por esto en aquella fecha se notó el año 5.° de indiccion LXXIX (Nuev. Trat. de Diplom. tom. IV, pág. 679.)

(2) Considerándola como una revolucion de quince años; porque en el significado de impuesto anual, se hace mencion de ella en una ley de Diocleciano y Maximiliano, promulgada en el año 286, en la que se dice: «La indiccion no se impone sobre las personas, sino sobre los bienes.»

(3) San Atanasio es el primer autor eclesiástico que empleó la fecha de la indiccion; y Victorio fué el primero que la introdujo en las Galias al mismo tiempo que su ciclo pascual, en 457, con un atraso de tres años.

carlovingios, y se usó casi exclusivamente en el Delfinado, durante el siglo XIV.

En los registros del parlamento de París, se halla tambien otra manera de contar la indiccion, comenzándola por el mes de octubre; pues en el número XXXV del legajo de acuerdos del parlamento del dia de san Martin del año 1446, existe una concordia entre el obispo y el cabildo de Clermont, cuyas fechas son del 9 y del 13 de diciembre del citado año, «indiccion X, contada desde el mes de octubre.»

En el nuevo tratado de Diplomática (tom. V, pág. 238, núm. 1.) se advierte que el papa Gregorio VII introdujo otra especie de indiccion que comenzaba por el 25 de marzo; y allí mismo (pág. 266, núm. 3), se pretende que hubo otra que principiaba por pascua. Fúndase esta opinion en las fechas de dos privilegios del papa Inocencio II, el primero «Dado en Campilio—á III de las nonas de marzo, indiccion XV, año de la encarnacion del Señor MCXXXVIII, y IX del pontificado del papa Inocencio,» y el segundo, «dado en Letran, en las calendas de mayo, indiccion I, año de la encarnacion del Señor MCXXXVIII, y IX del pontificado del papa Inocencio.» Es indudable que la indiccion XV, cuéntese como se quiera de cada una de las cinco maneras explicadas, corresponde al año 1137; por consiguiente, ¿es una nueva especie de indiccion la que se usa en aquellas bulas, ó hay allí un error del canciller que las extendió? No nos atrevemos á decidirlo.

De todos modos no serian las bulas del papa Inocencio II las únicas que tuviesen equivocada la indiccion; pues Baluzio y el padre Mabillon observaron ya, que durante todo el año 1207, X del pontificado de Inocencio III, el canciller de la curia romana puso constantemente en todos los despachos «indiccion IX,» en lugar de «indiccion X.» Sin embargo, semejante equivocacion no disminuye en lo mas mínimo la autenticidad de los documentos que la contienen; porque en general todos los sabios están conformes en que hay muchísimas escrituras en debida forma, que tienen errada la indiccion, ó á lo menos puesta de manera, que es muy difícil hacerla corresponder con las demás indicciones cronológicas. Vamos á citar una para que sirva de ejemplo, que quizás sea la única, ó á lo menos nosotros no la hemos visto igual en ninguno de los muchísimos documentos que hemos examinado. La escritura de fundacion de la iglesia de san Dionisio de Vergi, la cual hemos leido en el cartulario que se conserva en la biblioteca real de París, bajo el número 5529 A, tiene la fecha concebida en los siguientes términos: «Yo Guibuino la escribí, firmé y puse la fecha á V de las nonas de marzo, año MXXIII de la encarnacion de nuestro Señor Jesucristo, INDICCION XXI, reinando el rey Roberto, y por mandato del cancelario Odon.» La indiccion que verdaderamente correspondia al 3 de marzo del año 1023 era la VI; sin embargo, vemos allí notada la XXI, número á que no alcanza este período, cuya revolucion se cumple precisamente en el espacio de quince años. ¿Cómo pues, explicarlo? Quizás al notario se le antojó doblar aquel período, dándole una duracion de treinta años; y por esto notó la indiccion XXI, que es efectivamente la suma de las seis indicciones del período corriente unidas á los quince del anterior, que hubo de terminar en el año 1017.

Advertiremos por último, que al primer año de cada ciclo de la indiccion se le llama indiccion I, y así sucesivamente hasta completar el número de 15. Retrocediendo desde el año 312, se ve que al primero de la era cristiana le hubiera correspondido la indiccion IV, si entónces hubiese estado en uso este cómputo, de lo que se sigue, que para hallar una indiccion de un año cualquiera, despues de Jesucristo, basta añadir 3 al número dado, ó dividiendo la suma por 15, sino queda ningun residuo, esto denotará que la indiccion es 15, y de lo contrario, el número que restare será el de la indiccion. Así, por ejemplo, al año 1782 le corresponde la indiccion 15, porque añadiéndole 3 y partiendo la suma por 15 no queda ningun residuo.

5. DE LA ERA MUNDANA DE ALEJANDRÍA, Y DE LOS MAS ANTIGUOS CÁLCULOS CRONOLÓGICOS QUE COMIENZAN POR LA CREACION DEL MUNDO.—Aunque los primeros cristianos no tienen otro sistema de calcular el tiempo, que los que usaban ya los gentiles, con todo, los mas hábiles se esforzaron desde muy luego en arreglar la cronología sobre los años de la creacion del mundo. Habíanles dado el ejemplo los judíos; pero los cálculos de los unos diferian enormemente de los de los otros, aunque basados todos sobre el texto de los setenta. Vamos, pues, á dar noticia de los que son mas notables, ya porque se usaron con mas frecuencia, ya por la celebridad que la reputacion de sus autores les ha dado.

Empezando por el historiador Josefo, cuenta este desde Adan hasta la ruína del segundo templo, esto es, hasta el año 70 de la era cristiana, cuatro mil doscientos treinta y tres años; de manera que, segun su cómputo, el año I de Jesucristo corresponde al 4163 de la creacion del mundo. Clemente Alejandrino dice que los judíos helenistas de su tiempo contaban de otra manera, haciendo corresponder la muerte del emperador Cómodo al año del mundo 5818; y como este suceso, segun el mismo autor, se verificó en el año 194 de Cristo, resulta que hubieron de transcurrir cinco mil seiscientos veinte y cuatro años desde la creacion del mundo hasta la encarnacion del Señor. Teófilo de Antioquía supone que transcurrió menos tiempo de una á otra época, puesto que reduce al año del mundo 5624 la muerte del emperador Marco Aurelio, acaecida en el 180 de la era cristiana. Julio Africano, que acabó su crónica, como él mismo lo dice, en el consulado de Grato y Seleuco, por los años de Cristo 221, rebaja todavía quince años del cómputo que antecede, y para que le resulte cuenta redonda, pone el nacimiento del Redentor en el año del mundo 5499, de manera que el 5500 corresponda con el 1.° de la encarnacion. En cuanto al cálculo de Eusebio de Cesarea, hay variedad en los diferentes ejemplares manuscritos de su crónica; pero segun la version mas autorizada, reduce el nacimiento del Salvador al año 5199 de la creacion del mundo; y esta es la época que adoptaron muchos escritores de la edad media, y la que se juzgó conveniente seguir hasta nuestros dias en el martirologio romano.

Segun parece, ninguno de esos cómputos tuvo fuerza de ley en ninguna iglesia ni en ningun país; á excepcion del de Julio Africano, que fué adoptado por los alejandrinos, y ha dado orígen á la que se llama Era de Alejandría. Para entenderla como corresponde, es necesario tener presentes algunas circunstancias, cuyo olvido ha sido causa de que algunos cronólogos modernos hayan torturado en vano su ingenio para apurar la certeza y exactitud de semejante cómputo.

Debe advertirse ante todo, que Julio Africano anticipaba tres años la época de la encarnacion, respecto de nuestra era cristiana vulgar; porque en vez de reducirla al año 1.° de la olimpíada 195, la ponia en el 2.° de la 194; y así es que, segun su cuenta, el año 5503 de la creacion del mundo, y 4.° de Jesu-

cristo, es el que corresponde al 1.° de nuestra era de la encarnacion.

En segundo lugar ha de tenerse presente, que aquella discordancia se aumentó mas y mas con la supresion de diez años que se hizo en el cálculo de Julio Africano, al principiar el imperio de Diocleciano; pues en vez de contar entónces, como debian, el año 5787 del mundo y 287 de Jesucristo, no contaron mas que el 5777 y el 277 respectivamente, como lo prueba la Cronografía de Teófanes, que, estando basada sobre la era alejandrina, pone aquellas dos fechas al frente del imperio de Diocleciano, por el cual empieza. El padre Pagi conjetura, y con mucha verosimilitud, que se hizo aquella reforma á causa del ciclo decem-novenal, inventado á la sazon por Anatolio, obispo de Hieraplo; pues queriendo seguramente los alejandrinos que aquel ciclo comenzase una nueva revolucion con el imperio de Diocleciano, resolvieron abreviar de diez años la duracion del mundo, porque, efectivamente, si se parte por 19 el número 5777, no resulta mas que una unidad despues del cuociente. Todo esto produjo una diferencia de siete años entre nuestro cómputo y el suyo respecto de la era cristiana; pero en el concepto de que así como anteriormente se habian anticipado tres años, de manera que, sin la supresion que hicieron en el 1.° de Diocleciano, el que fué para nosotros 284 de la encarnacion hubiera sido ya para ellos 287; despues de aquella reforma se quedaron con siete de atraso, y el mismo 284 no lo contaron ya sino como 277. No en otra cosa consisten las dificultades que tanto embargaron á algunos cronólogos al leer los autores antiguos que, como san Máximo y Teófanes, se sirven de la era de Alejandría. Así, por ejemplo, cuando el primero de estos escritores en su Tratado del Cómputo, cap. 32, dice que el año 31 del imperio de Heraclio corresponde al 633 de Cristo, en vez de acusarle de error, no hay mas que añadir á esta fecha los siete años de atraso que hemos explicado, y resultará el de 640, en el cual, segun nuestro cómputo, comenzó efectivamente el año 31 de aquel emperador. Así tambien, cuando Teófanes reduce al año 356 de Jesucristo la exaltacion de Joviano al trono del imperio, bastará que se añadan los mismos siete años, para que coincida con nosotros, que en nuestro cómputo señalamos aquel suceso en el año 363. Sin embargo, es menester confesar que este cronógrafo difiere entre su cálculo y el nuestro en algunos casos de ocho y hasta de nueve años, pues el concilio Niceno, que nosotros suponemos celebrado en 325, lo reduce al año 316, y pone en el de 483 el principio del imperio de Zenon, que para nosotros comenzó en 491: mas como nota siempre la indiccion, esta puede servir de guía para rectificar su cuenta. Aun mas discrepancia se observa en Jorje Syncelle, ó vicario, cuyo continuador fué el citado Teófanes; pues reduce al año 279 de Jesucristo la exaltacion de Diocelciano, y pone tal enmarañamiento en las fechas de los reinados precedentes, que, como dice el padre Petavio, confunde á cada paso el cielo con la tierra. Suidas que, segun parece, adoptó tambien el cómputo de Julio Africano, seria menos inteligible todavía, si hubiésemos de atenernos al texto de su Léxico, tal como aparece aun en las mejores ediciones; pero aquel texto ha sido evidentemente adulterado en el artículo Adan, que es donde nota las épocas mas célebres, desde la creacion del mundo hasta el emperador Juan Zimisques. Lo contrario se observa en Elmacin, autor árabe de la Historia de los sarracenos, y que es seguramente el escritor que ha seguido con mas exactitud la era mundana de Alejandría. No falta quien diga que continúan sirviéndose de esta era los coptos ó cristianos de Egipto: á lo menos es muy cierto que la usaban todavía en el siglo XV, como lo prueba la carta que su patriarca, Juan XI, escribió al papa Eugenio IV, al terminarse el concilio de Florencia, y va inserta al pié de las actas del mismo concilio. Aquella carta está fechada « en el Cairo, á XII de setiembre, en el año 6940 de la era de los griegos; 1157 de la de los mártires, segun los jacobitas; y 1440 de la encarnacion del Señor; » por donde se ve que la era mundana, llamada aquí « de los griegos, » no es la de Constantinopla, sino la de Alejandría propiamente dicha, sin la reforma que en ella se hizo en el año de Cristo 284; y además, que los coptos convienen con nosotros en el modo de contar la era de la encarnacion.

6. DE LA ERA MUNDANA DE ANTIOQUÍA. — La reforma de los alejandrinos no fué la única que se hizo en el cálculo cronológico de Julio Africano; pues el monje egipcio Panodoro quiso tambien corregirle, dando por resultado una nueva era, que algunos pretenden haberse usado en la iglesia de Antioquía. El procedimiento de que se valió para lograr su objeto no pudo ser mas ingenioso ni mas sencillo: consistió en atrasar diez años la creacion del mundo y cuatro la encarnacion, de manera que, contando 5490 años hasta el segundo de la olimpíada 194, hizo coincidir el 1.° de la encarnacion con el 4.° de la citada olimpíada 194 y 1.° de la 195, comenzando el año por otoño, al estilo de los orientales. Por este medio, su año del mundo 5490 correspondia al 5500 de los alejandrinos, que para estos era 1.° de la encarnacion; el 5491, al 5501, y el 5492 al 5502, que segun aquellos era el 4.°, y segun Panodoro el 1.° de la era cristiana. Con semejante reforma ya no hubo mas discrepancia acerca de los años del mundo entre Panodoro y los alejandrinos, luego que estos hubieron hecho en su era la supresion de diez años, al empezar el imperio de Diocleciano; pero continuaron discordes en cuanto á la época de la encarnacion, porque el monje la hacia retroceder tres años como nosotros. Esto demuestra que se equivocó enteramente el padre Petavio, cuando dijo que la era de Panodoro concordaba con la de Alejandría en el cómputo de los años de la encarnacion, y que discordaba solamente al contar los de la creacion del mundo; pues precisamente sucede todo lo contrario, y por esto en nuestra tabla cronológica, al llegar al año 284 hemos reunido en una sola coluna la era de Alejandría y la mundana de Antioquía, conservándole el primer título, porque parece que este cómputo le usaron los alejandrinos mucho mas que los sirios (1), mayormente los antioquenos que á lo menos desde principios del siglo V adoptaron ya la era de Constantinopla, de la cual trataremos en el siguiente párrafo. Sobre la era de Panodoro fundó Pagi el período greco-romano que inventó para sustituirle al juliano de Escalígero, y en el Aparato de aquel hábil crítico pueden verse demostradas las ventajas que, segun él, produciria su sistema para la cronología; pero con todo, no ha podido merecer el aplauso de los sabios.

7. DE LA ERA DE CONSTANTINOPLA. — La era de

(1) Si Renaudot hubiese parado la atencion en la diferencia que va de la era de que aquí se trata, á la de Constantinopla, que es la que el sigue, no hubiera visto ningun error (Hist. de los Patr. de Alejand. pág. 439,) en que el diacono Mahud, historiador de los patriarcas jacobitas de Alejandría, haya reducido el año 788 de la era de los mártires al 6564 del mundo (V. la Tabla cronológica tom 8.).

Constantinopla empieza como la de Alejandría por la creacion del mundo. En este período el primer año de la encarnacion cae en el de 5509, y corresponde como en nuestra era vulgar, con el último de la olimpíada 194 y el primero de la siguiente. La iglesia griega se sirve todavía de este cómputo, y los rusos le conservaron tambien hasta el reinado de Pedro el Grande, después de haberle recibido de los griegos, junto con el cristianismo. Se cuentan en la misma era dos clases de años: el civil que empieza con el mes de setiembre; y el eclesiástico, que principiaba unas veces á 21 de marzo, y otras á 1.° de abril; pero nos guardarémos de decidir si el primero ha comenzado siempre en Constantinopla por el 1.° de setiembre, porque en el caso afirmativo resultaria que ha habido dos maneras de contarlo, al estilo romano ó consular, empezando á 1.° de enero como en Roma, y al estilo griego, principiando en el dicho dia 1.° de setiembre.

La era mundana de que tratamos se usaba ya en Constantinopla antes de mediar el siglo VII, como puede verse en el tratado del cómputo, de san Máximo, compuesto en el año 641. Las actas del sexto concilio general, terminado en el 681 de nuestra era vulgar, llevan la fecha del año del mundo 6189; y por consiguiente, si de esta suma se rebajan los 681, quedarán 5508, que son los que forman la era constantinopolitana, por la cual se ven fechados de allí adelante todos los documentos públicos del imperio griego.

8. DE LA ERA DE LOS SELÉUCIDAS Ó DE LOS GRIEGOS, LLAMADA TAMBIEN ERA DE ALEJANDRÍA.—Hay entre los griegos dos épocas que han tomado su denominacion de Alejandro el Grande, siendo cada una de ellas la que principia desde la muerte de aquel príncipe y exaltacion de su sucesor Filipo Arideo: sucesos ambos que corresponden al año 324 antes de Jesucristo. Aunque el uso de esta era estuviese poco generalizado, con todo, hay algunos escritores que la usan muy á menudo. «No falta, dice Montfaucon, quien cuenta los años desde la muerte de Alejandro y principio del reinado de Filipo Arideo. (Paleogr., lib. I, cap. 5).» Efectivamente, Censorino, por ejemplo, entre las varias fechas que cita para denotar el tiempo en que escribia su libro de «Die Natali», habla del consulado de Ulpio y Ponciano por los años 562 de Filipo, contándose aquellos desde la muerte de Alejandro (1). Ahora bien, el consulado de Ulpio, ó Pio, y Ponciano toca al año 238 de Jesucristo; por consiguiente, si se rebaja esta última suma de los 562, quedarán 324 años, que son los que mediaron desde la muerte de Alejandro hasta la encarnacion del Verbo. De la misma era se sirvió, como lo prueba Assemani en sus Actas de los mártires, tomo II, el autor sirio de las Actas de santa Teodora, señalando por época del martirio de la santa una feria sexta del mes de setiembre del año 642; porque efectivamente, si de este número se rebajan los 324, resultará el año 318 de Jesucristo, que es la época mas reciente y la única á que puede atribuirse aquel suceso, atendidas sus circunstancias.

De este período no hemos hecho mérito en nuestra tabla cronológica, porque fué de uso poco comun; pero hemos creido que á lo menos debíamos hacer mencion de él en este lugar, siquiera para que no se confundiese con la otra era llamada tambien algunas veces, aunque impropiamente, era de Alejandro, pero mas comunmente y mejor, era de los seléucidas ó de los griegos, y tambien era de los siro-macedonios, de la cual vamos á tratar.

Principia este período en el año 442 de la fundacion de Roma, doce después de la muerte de Alejandro y trescientos once con cuatro meses cabales antes de Jesucristo; al tiempo de las conquistas de Seleuco Nicator en aquella parte del oriente que formó mas adelante el vasto imperio de Siria. Los años que sirven para esa era, lo mismo que para la precedente, son años julianos, compuestos de meses romanos, aunque bautizados con nombres sirios; y se usó no solamente en la monarquía de los seléucidas, sino tambien en casi todos los pueblos de levante, donde algunos la han conservado hasta nuestros dias. Los griegos de Siria la hacian empezar por el dia primero del mes GORPIOEUS macedónico, ELUL sirio, que corresponde á nuestro mes de setiembre; y así lo estilan todavía los demás católicos de aquel país; pero los demás sirios la hacian comenzar por el primer dia del HIPERBERETOEUS macedónico, tisri I sirio que equivale á nuestro mes de octubre, como continúan haciéndolo los nestorianos y jacobitas del oriente.

Algunas ciudades de Siria, como se ve en medallas y en otros antiguos monumentos, tenian además su manera peculiar de comenzar la misma era; así vemos que en Tiro, por ejemplo, la principiaban por el 19 de octubre, en Gaza á 28 del propio mes, y en Damasco por el equinoccio de la primavera.

Luego de haber quedado los judíos sujetos á la dominacion de los reyes de Siria, adoptaron tambien la era de los seléucidas, llamándola «Tarik Dilkarnaim», ó era de los contratos, porque la empleaban principalmente en sus transacciones y demás actos civiles. Comenzábanla por el equinoccio de otoño; pero la abandonaron, segun dicen, mas de trescientos cincuenta años atrás, para substituirla con el otro cómputo de que se sirven ahora (1).

Los árabes, que se sirven todavía de la era de los seléucidas, la comienzan, unos por el 1.° de setiembre, como Alfragan, y otros por el 1.° de octubre, como Albategnio.

Además de todas esas diferencias respecto del dia

(1) No será fuera del caso el traducir aquí por extenso el texto de Censorino. Dice, pues, en el capítulo 31: «Y segun aquella cuenta, este año, al cual sirve como de regulador el consulado de Ulpio y de Ponciano, es el MXIV desde la primera olimpíada, á contar desde los dias de verano en que se celebraban los juegos olímpicos; el DCCCCXCI de la fundacion de Roma, contando desde las fiestas Palilias, que es como se cuentan estos años; el CCLXXXIII de los llamados julianos, partiendo del dia de las calendas de enero que Julio César señaló por principio del año; el CCLXV de los de Augusto, contados tambien desde las mismas calendas, á pesar de que dicho emperador fué aclamado Augusto por el senado y el pueblo, á propuesta de Lucio Munacio Planco, siendo este cónsul por séptima vez, y M. Vipsanio Agripa, por tercera. Sin embargo, los egipcios cuentan este mismo año por CCLXVII, partiendo desde la época en que quedaron sometidos á la dominacion del pueblo romano; porque entre ellos, lo mismo que entre nosotros, se ha perpetuado la memoria de ciertas épocas, como la de Nabonasar, que empieza en el primer año del reinado de este príncipe, y de la cual se cuenta ahora el de DCCCCLXXXVII. Asimismo si se cuentan los años de Filipo desde la muerte de Alejandro Magno, resulta ser ahora el de DLXII. A proposito de esto es menester advertir, que estos años los comienzan los egipcios por el primer dia del mes que ellos llaman «Thoth,» el cual recayó este año (alude al año vago de los egipcios) en el dia antes del 7 de las calendas de julio, cuando cien años atrás, imperando Antonino Pio y en el consulado de Brucio Presente, acertó á ser antes del 12 de las calendas de agosto, á la sazon en que comienza la canícula en Egipto.»

(1) Los judíos cuentan ahora por una era del mundo, que principia tres mil setecientos sesenta y un años antes de la cristiana. No falta quien asegure que la adoptaron desde el año 1040, cuando por haber sido echados del oriente se derramaron por diferentes paises del occidente. Mas adelante hablaremos con mayor extension de esta era.

que da principio á esa era, las hay tambien acerca del año que le sirve de punto de partida; pues mientras que los sirios, los judíos y los árabes señalan como tal el de 312 antes de Jesucristo, hay varios monumentos que prueban que los pueblos de Babilonia y algunos otros la retardaban un año, poniéndola en el de 311, y por consiguiente, contándola con una anticipacion de trescientos diez años completos, y nó de trescientos once como los otros, respecto de la de Cristo (1). Así lo estilan todavía los católicos de Siria.

Es por lo tanto necesario atender á todas esas diferencias, cuando se lean antiguos escritores; y aun así es á veces difícil advertirlas, de otro modo que por la comparacion de la fecha de la era con las demás notas cronológicas que la acompañan; pues no basta tener por reglas generales, que tal pueblo comenzaba la era de los seléucidas trescientos doce años antes de Jesucristo, y tal otro un año mas acá; y que los griegos principiaban su año por el dia 1.° de setiembre, y los sirios por el mes de octubre; porque todas esas reglas, como hemos visto, están sujetas á mil excepciones. Vamos á continuar aquí uno de los muchísimos ejemplos que podríamos alegar. El autor sirio de la Crónica de Edesa, publicada por Assemani en el tomo I de su Biblioteca Oriental, pone la muerte de san Simeon Estilita en el año de los griegos 771, un miércoles á 2 de setiembre; y Cosme, otro historiógrafo del mismo santo, aunque tambien sirio y contemporáneo, reduce aquel suceso al año 770, en el mismo dia del mes y de la semana, los cuales no pueden corresponder mas que al año 459 de Jesucristo, en que el 2 de setiembre caia efectivamente en miércoles. Esto supuesto, ó el autor de la Crónica de Edesa contaba la era de los seléucidas desde el año 312 antes de Jesucristo, y Cosme desde el 311, ó contándola entrambos desde el 311, el uno comenzaba el año por el mes de setiembre y el otro por el de octubre, lo que da el mismo resultado en el caso propuesto.

En nuestra tabla cronológica, para no separarnos de las demás que se han publicado hasta ahora, hemos reducido el año 313 de los griegos al 1.° de la encarnacion; pero es menester advertir que aquel no empieza hasta el otoño de este, y así sucesivamente. En cuanto á la era siria que se cuenta solamente desde trescientos diez años antes de Jesucristo, y que, segun el sabio académico Gibert, es la que propiamente debe llamarse era siro-macedonia, será fácil reducirla, rebajando un año, esto es, no contando el 313 hasta el otoño del año 2 de Jesucristo, y continuando así en lo sucesivo.

Vamos por último á continuar aquí los nombres griegos y sirios de cada mes con los de los meses romanos que les corresponden.

Meses sirios.	Meses griegos.	Meses romanos.
Elul.	Gorpieo.	Setiembre.
Tisri I.	Hiperbereteo.	Octubre.
Tisri II.	Dius.	Noviembre.
Canun I.	Apeleo.	Diciembre.
Canun II.	Audineo.	Enero.
Sabat.	Pericio.	Febrero.
Adar.	Distro.	Marzo.
Nisan.	Xantico.	Abril.
Jiar.	Artemisio.	Mayo.
Haziran.	Desio.	Junio.
Tamus.	Panemo.	Julio.
Ab.	Lus.	Agosto.

(1) Así hubo de contar Abulfeda, cuando señala la época del nacimiento de Mahoma á 10 del tercer mes, feria segunda, del año 881 de los griegos, lo cual no puede reducirse mas que al dia 10 de noviembre del año 570 de Jesucristo, como puede verse por nuestra Tabla cronológica y de nuestro calendario que corresponde a dicho año.

9. DE LA ERA CESÁREA DE ANTIOQUÍA.—La era cesárea de Antioquía es como un monumento levantado por aquella ciudad á Julio César, nó, como lo pretenden algunos, para demostrarle su gratitud por el sobrenombre que le habia concedido, sino en conmemoracion de la victoria alcanzada en los campos de Farsalia, en el año 706 de Roma, cuarenta y ocho antes de Jesucristo, á 9 del mes sextil, que despues se llamó agosto. Los sirios empezaron á contar este período desde el otoño, ó desde su primer tisri de aquel año; pero los griegos le comenzaron ya desde su mes gorpieo del año anterior, 705 de Roma y cuarenta y nueve antes de Cristo. El padre Pagi, al año 67 de Jesucristo, número 30, observa que los antioquenos en el corto espacio de treinta años se sirvieron de tres eras diferentes; de la Pompeyana, de la de Augusto y de la Cesárea; y lo mismo prueba Bellei en su Suplemento noveno á las Disertaciones del cardenal Noris sobre las épocas siro-macedónicas. Efectivamente, se conservan dos medallas acuñadas en Siria bajo el gobierno de Muciano, las cuales llevan ambas la fecha del año 117 de Antioquía, y sin embargo en la una se vé la cabeza de Galba, y otra representa la de Oton. Ahora bien, á Galba le mataron á 15 de enero del año 822 de Roma, 69 de Jesucristo; y Oton, su sucesor, murió á 15 de abril del mismo año; y por consiguiente en el decurso del año sirio que habia empezado por el otoño del 821 de Roma: siendo, pues, este año sirio el 117 de la era de Antioquía, como lo prueban aquellas dos medallas, es evidente que el año primero de la citada era hubo de principiar por el otoño del 705 de Roma, cuarenta y nueve antes de la encarnacion.

Por otra parte, algunos documentos sirios publicados por los Assemani justifican que la era de Antioquía no empezó hasta el año 706 de Roma, cuarenta y ocho antes de Jesucristo. Así vemos que al fin de las actas de san Simeon Estilita se lee, que «este libro de los triunfos del bienaventurado Simeon fué acabado un miércoles (feria IV) á 7 del mes de nisan (abril) del año 521 de la era de Antioquía»; cuya fecha ha de reducirse al 17 de abril del año 1227 de Roma y 474 de Jesucristo, en el cual la letra dominical era F y el dia 17 de abril caia efectivamente en el miércoles de la semana santa; lo que prueba que el año 521 de la era de Antioquía principió á correr desde el otoño del año 1226 de Roma, y por consiguiente, que el primero de la misma era comenzó cuarenta y ocho años antes de la era cristiana.

En la Biblioteca Oriental de los autores citados se hace tambien memoria de un terremoto que arruinó parte de la ciudad de Antioquía, un domingo á 14 del mes gorpieo (setiembre), del año 506 de la era antioquena y 770 de la de los griegos: indicaciones que no pueden convenir mas que al año 1211 de Roma y 458 de Jesucristo, en el cual cayó realmente en domingo el dia 14 de setiembre. Ahora, si de 1211 se rebajan 505, quedan 706; y este es realmente el año de Roma á que corresponde, segun aquel texto, el principio de la era de Antioquía.

Afligieron tambien á esta misma ciudad las violentas sacudidas de otro terremoto, un miércoles á 29 del segundo tisri (noviembre) del año 576 de la referida era antioquena; y consultando nuestra tabla cronológica y nuestro calendario solar perpétuo, hallaremos que aquel año sirio corresponde al 528 de

Jesucristo, que era el 1281 de Roma, en el cual cayó efectivamente en miércoles el dia 29 de noviembre. Por consiguiente, si de aquí vamos á buscar el principio de la era de Antioquía, le hallaremos en el otoño del año 706 de Roma, y cuarenta y ocho años antes de Jesucristo.

De lo dicho se desprende, para terminar con el célebre académico que nos sirve de guia en este punto, que algunas fechas que son en realidad las mismas en las medallas y en los documentos publicados por los Assemani, se diferencian entre sí de un año; y la razon de esta diferencia, que nadie habia podido adivinar antes de Bellei, consiste solamente en que los sirios adoptaron la era cesárea un año mas tarde que los griegos. Esta explicacion, tan sencilla, la hace aquel autor tan evidente que no queda ya lugar á la menor duda.

En nuestra tabla cronológica se hallará tambien esa era calculada bajo aquellas dos diferentes épocas. Contándola como se cuenta en las medallas, su año 49 principió en el otoño que precedió inmediatamente al primer año de la era cristiana; y calculándola segun los documentos, el principio de aquel mismo año 49 coincide con el otoño del primer año de Jesucristo. Evagrio, en su Historia eclesiástica, emplea la era cesárea de Antioquía; y el patriarca Nicéforo, en su Cronografía, habla de otra era de Antioquía que principiaba con el imperio de Augusto; pero esta es la misma era accíaca, de la cual trataremos en la segunda parte de esta disertacion.

10. DE LA ERA ESPAÑOLA.—En el año 715 de la fundacion de Roma, y 39 de nuestra era vulgar, acabó Augusto la conquista de España; y este suceso dió orígen á una nueva era, que empezó el dia 1.° de enero del año siguiente, y que no solamente se usó en España, sino que se extendió tambien á África (1) y á las provincias meridionales de Francia que estuvieron sujetas al dominio de los visigodos (2). Sin embargo, entrado el siglo IX, dejó ya de ser la única era que se expresó en las fechas, pues se le añadió comunmente la de la encarnacion. En Cataluña quedó abolido el uso de la era española en 1180, por un cánon del concilio de Tarragona que se celebró aquel año, y en el que se dispuso que se fechase por años de la encarnacion; lo mismo se hizo en el reino de Aragon en 1350, en el de Valencia en 1358, en el de Castilla en 1393, y en el de Portugal en 1422, ó, segun algunos, en 1415. En nuestra tabla cronológica hemos hecho corresponder el año 39 de este período con el 1.° de Cristo, principiando entrambos el dia 1.° de enero, porque la era española antecede á la cristiana treinta y ocho años completos.

En Portugal, parece que desde el principio de la monarquía no se usó en las fechas otra era que la de la encarnacion, designándola simplemente con el nombre absoluto de ERA. Así debe entenderse la fecha de un diploma en que Alfonso Enriquez, segundo rey de Portugal, pone su persona y su reino bajo la proteccion de Nuestra Señora de Claraval, concediendo á aquella casa una renta anual y perpétua de cincuenta maravedises de oro fino. «Fecha esta escritura, dice, en la iglesia de Lamego, cuatro dias antes de las calendas de mayo, en la era de MCXLIII (Archivo de Claraval).» Si esta fecha hubiese de entenderse de la era española, se referiria al año 1105 de Cristo, y por consiguiente seria diez años anterior á la fundacion de Claraval, que no tuvo lugar hasta el de 1115.

11. DE LA ERA DE DIOCLECIANO, Ó DE LOS MÁRTIRES.—La exaltacion de Diocleciano al imperio no solamente fué la época en que los alejandrinos reformaron, como lo hemos indicado anteriormente, la era del mundo que ellos habian adoptado, sino que dió orígen á una nueva era inventada por los mismos, y á la que dieron el nombre de aquel príncipe. Mas adelante tomó otra denominacion y se la llamó «Era de los Mártires,» para perpetuar la memoria de la cruel persecucion que aquel emperador movió contra los cristianos. Para entender perfectamente este período, y averiguar con certeza su correspondencia con nuestra era de la encarnacion, es necesario conocer en qué se diferenciaba del nuestro el calendario egipcio.

Antes de la reforma del calendario romano por Julio César, el año de los egipcios se componia de doce meses, de treinta dias cada uno, al fin de los cuales se añadian cinco dias, llamados por esto «epagomenos,» para completar así el número de trescientos sesenta y cinco. Pero como al fin de cada año quedaban unas seis horas que no entraban en cuenta, de aquí resultaba que en un período de cuatro años cada mes retrocedia un dia, de manera que en el espacio de mil cuatrocientos sesenta y un años, después de haber recorrido uno tras otro todas las estaciones, se hallaban todos en el mismo punto que al principio, pero con la diferencia de un año entero sobre la totalidad del período. Para remediar este inconveniente, idearon los astrónomos de Alejandría el añadir cada cuatro años un sexto epagomeno, á la manera que Julio César habia añadido al mes de febrero un dia veinte y nueve en el mismo espacio de tiempo; logrando así convertir su año en fijo, de vago que antes era, y darle la estabilidad y la regularidad del año juliano (1), á cuyo dia 29 del mes de agosto hicieron corresponder el dia 1.° de su año comun, para que en el dia siguiente comenzase su año intercalar. Acerca de esto, es menester observar con el padre Petavio, que este año intercalar no coincide precisamente con el bisiesto de los romanos, sino que le precede inmediatamente; y que en este calendario así reformado se funda la era de Diocleciano, cuyo principio corresponde al dia 29 (Rivaz dice al 27) de agosto de nuestro año cristiano 284, que fué el primero del reinado de aquel príncipe. Ateniéndonos á la otra denominacion que se le da tambien, de era de los mártires, parece que no deberia comenzar hasta el año de 303, en que aquel emperador promulgó su sangriento edicto contra los cristianos; pero ha prevalecido el uso contrario hasta nuestros dias, en que se sirven todavía de este cómputo los coptos y los etíopes. Al substituirla en nuestra tabla cronológica á la era alejandrina, hemos procurado señalar con un asterisco * los años intercalares, para que no se confundiesen con los del calendario romano.

Á continuacion ponemos ahora una tabla que demuestra la correspondencia entre el calendario egipcio y el nuestro, con los nombres que los egipcios y los etíopes (2) dan respectivamente á sus meses.

(1) La mayor parte de los concilios de Cartago están fechados por la era española.

(2) El concilio de Arles, celebrado el año 813 de Cristo, llevaba por data la era (española) 851.

(1) Esa reforma, ordenada por un decreto del senado de Roma en el año 16 de la era de Julio César, treinta antes de Cristo, no tuvo efecto hasta cinco años después, ni se cumplió mas que en Alejandría; pues lo demás de Egipto continuó aun por mucho tiempo sirviéndose del año vago.

(2) Los etíopes llaman «años de gracia» á los de la era de los mártires, pero no los cuentan seguidamente desde el 284 de Jesucristo, sino que se sirven de un período de quinientos treinta y dos años, al fin de los cuales empiezan de nuevo por la unidad. Además, para la era mundana siguen el cómputo de Julio Africano, y por consiguiente comienzan ocho años antes que nosotros la era cristiana.

MESES ROMANOS.		MESES EGIPCIOS.	MESES ETÍOPES.	SUMA RESULTANTE AL FIN DE CADA MES.	
Agosto,	dia 29.	Thoth.	Mascaran.	30	Dias.
Setiembre,	» 28.	Paofi.	Tikmith.	60	»
Octubre,	» 28.	Athyr.	Hadar.	90	»
Noviembre,	» 27.	Choeac, ó Cohiac.	Tacsam.	120	»
Diciembre,	» 27.	Tybi.	Tir.	150	»
Enero,	» 26.	Mechir, ó Machir.	Jacatith.	180	«
Febrero,	» 25.	Famenoth.	Magabith.	210	»
Marzo,	» 27.	Farmuti.	Miazia.	240	»
Abril,	» 26.	Pachon.	Gimboth.	270	»
Mayo,	» 26.	Payni.	Sené.	300	»
Junio,	» 25.	Epifi.	Hamit.	330	»
Julio,	» 25.	Mesori	Nahasé.	360	»
Agosto,	» 24.				
—	» 25.	EPAGOMENOS,		1	
—	» 26.	llamados Nisi por los coptos		2	
—	» 27.	modernos, cuando el año es		3	
—	» 28.	comun; y Kebus, cuando es		4	
—	» 29.	intercalar.		5	
		INTERCALAR.		6	

El año que sigue al intercalar empieza en 30 de agosto; pero como se cruza con un bisiesto romano, concluye en 28 de agosto siguiente, para comenzar el otro en el dia 29 inmediato.

12. DE LA HÉGIRA. —La era de que se sirven los árabes y todos los mahometanos se llama hégira, y comienza por el dia en que Mahoma huyó de la Meca á Medina, el cual corresponde, segun el uso civil, al viernes 16 de julio del año de Cristo 622, aunque los astrónomos, y aun algunos historiadores, le hacen corresponder al jueves precedente, esto es, al 15, adelantando de un dia toda la série de la hégira: observacion que es necesario tener muy presente, al leer los escritores árabes (1).

Los años que componen la hégira son años lunares, cuyo principio corresponde, á veces á una época, á veces á otra, de nuestro año solar, que, como es sabido, tiene once dias mas que aquel. Divídese su curso en ciclos de treinta años, los diez y nueve comunes, que constan de trescientos cincuenta y cuatro dias, y los otros once llamados intercalares ó abundantes, que tienen un dia mas, y son, mezclados con los primeros, el 2, el 5, el 7, el 10, el 13, el 16, el 18, el 21, el 24, el 26 y el 29. Cada año se divide en doce meses, de treinta y de veinte y nueve dias alternativamente, á excepcion del último, que en los años intercalares consta siempre de treinta dias. Para que en nuestra tabla cronológica se distinguiesen los años intercalares de los comunes van aquellos notados con un asterisco *.

Los meses de la hégira (2) se componen, como los nuestros, de semanas; y cada uno de sus dias, que llamaremos ferias, empieza al anochecer, despues de la puesta del sol, de manera que nuestro domingo es la primera feria de la semana árabe, y nuestro sábado es la séptima.

Estos son los elementos de esta famosa era. Los astrónomos poseen métodos seguros para demostrar perfectamente la correspondencia de este cómputo con el de la era cristiana; pero son sobrado complicados y abstractos para que puedan explicarse en esta disertacion, cuyo principal objeto es el poner estas materias al alcance del comun de los lectores. Nos hemos contentado, pues, con insertar sus resultados en nuestra tabla cronológica, donde hemos puesto la hégira al lado de la era de los mártires, con expresion del mes, dia y feria de nuestro año, á que corresponde el principio de cada uno de los de los árabes. Debe tambien observarse, que los astrónomos árabes llaman carácter del año ó del mes, la feria por la que empiezan el uno ó el otro, y que, por lo mismo, cada mes y cada año, tienen su carácter; pero como nuestra tabla cronológica no indica mas que el carácter del año, supliremos aquí esta falta por medio de otra tabla, que demuestre el carácter de cada mes para todas las cosas en que es conocido el del año.

(1) Hé aquí una prueba, á nuestro parecer concluyente, de que en el uso civil no debe fijarse por principio de la hégira el jueves 15 de julio del año 622. El canje del tratado de paz entre el Imperio y la Puerta, cuyos preliminares habian sido firmados el dia 1.° de setiembre del año de 1739, se verificó por el conde de Uhlefeldt, embajador del emperador Cárlos VI, y Gianihi-Alí Bajá, embajador del Gran Señor Mahmoud, sobre un puente construido á propósito en medio del Sava, entre Belgrado y Semlin. Ahora bien, este canje lleva por fecha en el acta que se levantó con este objeto, el viernes 10 de junio del año 1740 de Cristo, y el 15 de rabié primero del 1153 de la hégira; sin que, por consiguiente, quepa la menor duda de que á la sazon habian transcurrido ya mil ciento cincuenta y dos años dos meses y quince dias cumplidos de esta era, los cuales forman un total de 408,304 dias. Si contamos por otra parte cuántos dias hay desde el viernes 16 de julio del año 622, hasta el viernes 10 de junio del 1740, ambos inclusive, tendremos por resultado 1117 años julianos y 331 dias, los cuales nos dan precisamente la misma suma de 408,304 dias. Es, pues, evidente, que el punto de partida de la hégira debe fijarse en el viernes 16 de julio del año 622 de Cristo.

(1) Los verdaderos nombres árabes de los dias de la semana son: « Youm el-Ahad, » el primer dia, ó el domingo; « Youm el-Thani, » el dia segundo, ó el lúnes; « Youm el-Thaleth, » el dia tercero, ó el mártes; « Youm el-Arbaa, » el cuarto dia, ó el miércoles; « Youm el-Kamis, » el dia quinto, ó el jueves; « Youm el-Dgioumaa, » el dia de asamblea, ó el viernes; y « Youm el-Effabt, » el dia del descanso, ó el sábado.

El ciclo árabe consta de 10,631 dias, que equivalen á 29 años julianos, con 39 dias; pues aquella es la suma que resulta de los 365 dias y 1/4 multiplicados por los 29 años, y añadiendo aquellos 39 dias.

TABLA DE LOS CARACTÉRES DE LOS MESES DE LA HÉGIRA, SACADA EN PARTE DE GRAVIO.

NOMBRES DE LOS MESES Y NÚMERO DE DIAS DE CADA MES.		FERIAS INICIALES DE LOS MESES.						
Moharram, ó Muharram,	30 dias.	1	2	3	4	5	6	7
Sefer, ó Safar, ú Sufar,	29 »	3	4	5	6	7	1	2
Rabié 1.°, ó Rabí el-aoual, ó Rabiul-euvel,	30 »	4	5	6	7	1	2	3
Rabié 2.°, ó Rabi el-akher, ó Rabiul-achir,	29 »	6	7	1	2	3	4	5
Giumadi 1.°, ó Dgiumadi el-aoual, ó Giumaasil-euvel,	30 »	7	1	2	3	4	5	6
Giumadi 2.°, ó Dgiumadi el-aker, ó Giumaasil-achir,	29 »	2	3	4	5	6	7	1
Redgeb, ó Regihab,	30 »	3	4	5	6	7	1	2
Schaban, ó Sahaben, ó Sahaaban,	29 »	5	6	7	1	2	3	4
Ramadhan, ó Ramazan,	30 »	6	7	1	2	3	4	5
Schual, ó Schewal, ó Scherrall,	29 »	1	2	3	4	5	6	7
Dzulcaada, ó Dulkaiadath, ó Zilkaade,	30 »	2	3	4	5	6	7	1
Dzulegde, ó Dulkagiadath, ó Dulheggiah, ó Zilligge,	29 »	4	5	6	7	1	2	3
Y en los años intercalares,	30 »							

RESÚMEN DE LAS ERAS QUE COMPRENDE LA TABLA CRONOLÓGICA, CON SU EXACTA CORRESPONDENCIA Á LA ERA DE JESUCRISTO.

El primer año de la olimpíada 195 corresponde al 1.° de julio del año 1.° de Jesucristo.
El año 46 de la era de Julio César comienza á 1.° de enero del año 1.° de Jesucristo.
El cuarto año de la indiccion constantinopolitana empieza el 1.° de setiembre antes de Cristo; el cuarto año de la indiccion constantiniana, á 24 del mismo mes; y el cuarto tambien de la pontifical, el dia 1.° de enero siguiente.
El año 5503 de la era de Alejandría empieza á 29 de agosto del año inmediatamente anterior al 1.° de Jesucristo.
El año 5493 de la era mundana de Antioquía comienza el dia 1.° de setiembre antes de la era de Cristo.
El año 5509 de Constantinopla empieza tambien el dia 1.° de setiembre antes de la era de Cristo.
El año 313 de la era de los griegos empieza el dia 1.° de setiembre, segun unos, y el 1.° de octubre, segun otros, del primer año que precede inmediatamente á la era de Jesucristo; á pesar de que algunos pueblos no dan principio á este año 313 hasta el otoño del 2.° año de Cristo.
El año 49 de la era cesárea de Antioquía comienza, segun las medallas, el dia 1.° de setiembre anterior á la era cristiana; y segun las escrituras, el 1.° de setiembre del primer año de Cristo.
El año 39 de la era española corresponde al dia 1.° de enero del primer año de la era cristiana.
El año 1.° de la era de los mártires empieza á correr desde el 29 de agosto del año 284 de Cristo.
El primer año de la hégira se cuenta desde el 16 de julio del año 622 de Cristo.
Nótese que en nuestra tabla cronológica hemos hecho corresponder el año 1.° de la era de los mártires con el 285 de Cristo; pero ha sido comenzada aquella por el 29 de agosto anterior.

El sistema que se ha seguido en la formacion de esta tabla no puede ser mas sencillo. Los doce meses de que se compone el año árabe constan alternativamente, como dijimos, de treinta y de veinte y nueve dias: estos, que empiezan y acaban por la misma feria; y aquellos, que terminan por la feria que sigue á la que les ha dado principio. Así, por ejemplo, cuando Moharram, que tiene treinta dias, comienza por la primera feria, ó el domingo, acaba por la segunda, ó el lunes; el que le sigue, Sefer, como que no tiene mas que veinte y nueve dias empieza y acaba por la misma feria tercera, ó el mártes; el mes siguiente, Rabié 1.°, teniendo ya treinta dias, empieza por el miércoles, feria cuarta, y acaba por la feria quinta, ó el jueves; Rabié 2.°, que consta de veinte y nueve dias comienza y acaba por la misma feria sexta, ó el viernes, y así sucesivamente de todos los demás meses.

Experimentemos ahora el uso de esta misma tabla, para hallar en nuestro calendario solar perpétuo el principio de un año árabe cualquiera, por ejemplo, del año 891 de la hégira, cuyo primer dia, segun nuestra tabla cronológica, corresponde al 7 de enero del año cristiano 1486. El carácter de este año árabe es la feria 7, y la letra dominical de nuestro 1486 es A: busco, pues, en los diferentes calendarios que componen el solar perpétuo el que lleva el nombre de esta letra, y hallo que efectivamente el 7 de enero cae en sábado. Recorro en seguida la coluna perpendicular que lleva á la cabeza el número 7 en la tabla de los caractéres; veo que el mes de Sefer tiene por carácter 2, ó la segunda feria; y contando luego treinta dias en el calendario A, llego á un lunes, 6 de febrero, que es el primer dia de Sefer. Rabié 1.° tiene por carácter 3, ó feria tercera; contando, pues, veinte y nueve dias desde el 6 de febrero, hallaré que este mes árabe comienza á 7 de marzo, que es efectivamente un mártes. El carácter de Rabié 2.°, es 5, ó feria quinta, que corresponde al 6 de abril, treinta dias después del 7 de marzo. Giumadi 1.° tiene por carácter 6, ó feria sexta; por consiguiente empieza este mes el viernes, dia 5 de mayo, que es el vigésimo nono después del 6 de abril. El carácter de Giumadi 2.° es la feria primera, y por lo mismo el dia 1.° de este mes ha de ser el domingo, dia 4 de junio, treinta después del 5 de mayo. Redgeb tiene por carácter la feria segunda, ó el lunes, que corresponde á 3 de julio, veinte y nueve dias después del 4 de junio. La feria cuarta ó miércoles, es la que caracteriza el mes de Schaban; y así corresponde al 2 de agosto, treinta dias después del 3 de julio. El mes de Ramadan comienza por la feria quinta, ó jueves, que es el 31 del mismo mes de agosto. El primer dia de Schoual es el sábado 30 de setiembre, porque aquel mes tiene por carácter la feria séptima. El carácter del mes de Dzulcaada es 1, ó feria primera; por lo mismo el principio de este mes cae en domingo, á 29 de octubre. Por último, el mes de Dzulegde, empieza el mártes, á 28 de noviembre, porque tiene por carácter la feria tercera, y el dia 30, después del 29 de octubre, cae en aquel dia de la semana. Este duodécimo mes da fin al año 891 de la hégira en el dia 27 de diciembre, que es el que completa los treinta, contando con el 28 de noviembre; porque el año 891 es intercalar, y, como llevamos dicho, el último mes árabe es el de veinte y nueve dias en los años comunes, y de treinta en los intercalares, deduciéndose de aquí que el año 892 comenzó el dia 28 de diciembre, jueves, feria quinta, como se ve señalado en nuestra tabla cronológica. Aquí tenemos, pues, combinado todo el año árabe 891 con el 1486 de Cristo; pero lejos de suceder siempre, es muy raro que todo un año

de la hégira quepa dentro de otro de la era cristiana, y así, cuando uno de aquellos coje parte de dos de estos, es necesario continuar la operacion en el siguiente calendario, hasta terminarla, con tal de que el segundo de los dos años cristianos de que se trata, no sea bisiesto, porque si lo fuere, será menester entónces saltar aquel calendario y pasar al inmediato siguiente, como lo observaremos ya en la advertencia que irá impresa al principio de nuestro calendario solar perpétuo. Pongamos un ejemplo: para el primer año de la hégira, que comenzó á 16 de julio y corresponde á los 622 y 623 de Jesucristo, debe hacerse la reduccion por los calendarios C y B, propios para estos dos años comunes; pero el segundo, que comienza á 5 de julio del 623 de Cristo y acaba en el 624, debe reducirse primeramente por el calendario B, luego por el marcado G, dejando el que lleva la A, porque el año 624 fué bisiesto.

Lo dicho hasta aquí es lo que se nos ha ofrecido explicar acerca de la hégira, por lo que toca á la reduccion de las fechas: el que desee mas amplias noticias puede consultar el comentario de Gravio sobre Ulug-Beg, el de Christman sobre Alfragan, el libro VII de la obra del padre Petavio, «De doctrina temporum», el primer libro de la Cronología reformada del padre Riccioli, y el tomo IV de los Elementos de matemáticas de Volfio.

Finalmente, al pié de la tabla de los caractéres de los meses de la hégira hemos continuado tambien un resúmen de las diferentes eras que entran en la composicion de nuestra tabla cronológica, para que, así reunidas, tenga el lector á la vista la exacta correspondencia que tienen con los años de Jesucristo.

13. DEL CICLO PASCUAL. — El ciclo solar consta de veinte y ocho años, y de diez y nueve el lunar: de esos dos ciclos, pues, de veinte y ocho y de diez y nueve años, multiplicado el uno por el otro, se ha formado un tercer ciclo que se llama pascual, porque sirve para hallar la pascua. Consiste en una revolucion de quinientos treinta y dos años, al fin de los cuales los dos ciclos de la luna, los regulares, las claves de las fiestas movibles, el ciclo solar, los concurrentes, las letras dominicales, el término pascual, la pascua y las epactas con los novilunios, todo vuelve á empezar en el mismo punto en que se hallaba quinientos treinta y dos años atrás, para continuar por igual espacio de tiempo, de manera que el segundo curso es enteramente igual al primero, como el tercero y sucesivos lo son á los anteriores. Así puede verse en nuestra tabla cronológica, comparando los años del primer período, que comienza uno antes de la era cristiana, con los del segundo, que empieza en el de 532, y con los del tercero, en 1064. Mírense en ella el año 1.° de Jesucristo, el 533 y el 1065, y se verá que todos tres son segundos del ciclo pascual, y que por lo mismo llevan los caractéres siguientes: ciclo pascual, 2; ciclo decemnovenal, 2; ciclo lunar, 18; regular 1; claves de las fiestas movibles, 15; ciclo solar, 10; concurrente, 5; letra dominical, B; término pascual, 25 de marzo; pascua, 27 del mismo mes; y epacta, 11. Examínese luego nuestro calendario lunar, y tomando el número áureo 2, se hallará que todos los novilunios caen á 12 de enero, á 10 de febrero, á 12 de marzo, á 10 de abril, á 10 de mayo, á 8 de junio, á 8 de julio, á 6 de agosto, á 5 de setiembre, á 4 de octubre, á 3 de noviembre y á 2 de diciembre. Esta correspondencia es perfecta, de manera que los mismos años de cada revolucion del ciclo pascual llevan los mismos caractéres hasta la reforma del calendario hecha en 1582; pero desde esta época el ciclo pascual ha venido á ser inútil para todos los que abrazaron la reforma, y sirve solamente para los que no quisieron aceptarla (1).

(1) Los cristianos de la primitiva iglesia usaron diferentes ciclos para determinar el dia en que debian celebrar la pascua. San Próspero nos hace saber, que en el año 46 de la era vulgar comenzaron á servirse del ciclo de 84 años, tomándolo de los judíos (Véase mas adelante el Resúmen histórico de la forma del año entre los antiguos hebreos); pero como este ciclo era defectuoso, san Hipólito, obispo y mártir, introdujo un «cánon» ó ciclo de diez y seis años (que al parecer no es mas que una OCTAETÉRIDE doble) para arreglar la fiesta de pascua, el cual, repetido siete veces, forma un período de ciento y doce años, que debia servir desde el de 222 hasta el de 333. San Atanolio, obispo de Laodicea, compuso un nuevo cánon pascual, que contenia un ciclo de diez y nueve años, fijando el equinoccio de la primavera en el 22, en vez del 21 á que se habia ya adelantado, segun el cálculo de los alejandrinos; pero este ciclo, que comenzaba en el año 276, le entendieron muy pocos, porque contenia muchas paradojas, y por esto ha sido de poco uso en la iglesia.

Eusebio, obispo de Cesárea en Palestina, y uno de los prelados mas notables del concilio Niceno, coordinó, á su vuelta del concilio, un cánon pascual, ó ciclo de diez y nueve años, valiéndose del cánon de san Hipólito; pero el resultado de su trabajo no pudo reunir á su favor todos los sufragios. A los occidentales les costó mucho avenirse con este ciclo de diez y nueve años, y como por otra parte los pueblos de oriente y de Egipto repararon en sus inconvenientes, todos convinieron en la necesidad de reformarle. Por esto el emperador Teodosio, desde el primer año de su reinado, dió esta comision á Teófilo, sacerdote entónces, y despues obispo de Alejandría, quien ordenó primeramente cierto período compuesto de veinte y tres ENNEADECAETÉRIDAS ó ciclos de diez y nueve años, que juntos componian la suma de cuatrocientos treinta y siete años. Poco tiempo despues de terminado, le envió á san Gerónimo, para que le tradujese en latin; pero, viendo luego las dificultades que habria en publicarlo, ó en que fuese aceptado, compuso otro llamado «de cien años,» porque, á pesar de que no debia contar mas que cinco ciclos lunares de diez y nueve, sin embargo, indicaba la pascua para ciento, esto es, desde el año 380 hasta el de 479. Todo el imperio abrazó generalmente este ciclo; mas, á pesar de ser el mas perfecto de cuantos habia usado la iglesia hasta entónces, no satisfizo del todo á los latinos, quienes le hallaron dificultades que les movieron á adoptar de nuevo sus antiguos cómputos. Sin embargo san Cirilo, que habia sucedido á su tio Teófilo en el obispado de Alejandría, y se creia encargado por toda la iglesia de arreglar la pascua, quiso defender la obra de su antecesor, y demostró los defectos del cómputo romano con que se queria reemplazarla. Redujo, pues, el ciclo centenario de su tio á noventa y cinco años, que forman un período de cinco ciclos lunares de diez y nueve, y sin esperar á que hubiesen terminado los ciento del de Teófilo, dispuso que rigiese el suyo desde el año 437. A pesar de todo, los latinos, que consideraban como un pesado yugo la dependencia en que estaban respecto de los griegos y demas orientales para la celebracion de la pascua, hicieron trabajar sobre esta materia a Victorio, quien compuso el «período victoriano» publicado en el año 457, veinte despues de comenzado el ciclo de Teófilo, reducido á noventa y cinco por san Cirilo. Mas aunque aquel calculista adoptó por base el ciclo lunar de los griegos, en lo demas se conformó tan escrupulosamente con los cómputos de los latinos, que hizo enteramente inútil en occidente la obra de Teófilo, y san Cirilo. Todas estas variaciones fueron causa de que volviese á tropezarse muy luego con el inconveniente que el papa Leon habia querido evitar para siempre, á saber, el de las diversas prácticas que se seguian para la celebracion de la pascua, que el concilio Niceno habia dispuesto que se hiciese en un mismo dia en todas las iglesias; hasta que por último Dionisio el Exíguo trató de abolir á la vez el ciclo de Victorio y el antiguo de los latinos, y ordenó un nuevo cánon pascual, basado sobre el ciclo lunar de los alejandrinos, pero conservando el gran período de Victorio, compuesto de los dos ciclos, solar y lunar, multiplicados el uno por el otro. Este es el período llamado «Dionisiano,» que no se diferencia del victoriano, sino en estar fundado en los cálculos de los orientales ó alejandrinos, mas exactos que los de los latinos que empleó Victorio tan solo por halagar á los romanos. Dionisio publicó su nuevo ciclo en el año 526, con la idea de que reemplazase al de Teófilo, reformado por san Cirilo, que habia tenido principio en el año 437 y debia espirar en el de 531: por esto hizo comenzar el suyo en 532. Así pues, por mas que digan lo contrario Blondel y Guibert, esos dos sabios que se atienen mas bien a lo que hubiera debido hacerse, que á lo que realmente se hizo, insistimos en poner el principio del ciclo pascual en el último año que precede á la era cristiana, para conformarnos en esto á las fechas de esta clase que se hallan expresadas en los documentos y en las crónicas.

Si hemos continuado indicándolo en nuestra tabla cronológica, aun después del año 1582, ha sido, en primer lugar, porque no todos los que se conformaron con la reforma del calendario la adoptaron luego de publicada, sino que muchas iglesias protestantes continuaron siguiendo hasta poco tiempo atrás el calendario juliano; y luego para que el que quiera averiguar en qué dia de cada año celebran la pascua los que conservan el antiguo sistema, pueda hallarlo por medio de dicho ciclo pascual. Para esto, basta echar la vista sobre el año que sea de este ciclo, posterior á la reforma del calendario, y compararlo con el mismo año del ciclo que precedió á la reforma, porque la pascua cae en ambos años en un mismo dia, segun el antiguo calendario. Así, por ejemplo, si deseo saber en que dia celebraron la pascua los protestantes en el año 1600, miro la tabla cronológica y veo que este año era el quinto del ciclo pascual; retrocedo, pues, entónces hasta el ciclo precedente, y hallo que su año 5.° corresponde al 1068 de Cristo, en el que la pascua cayó á 23 de marzo; de donde deduzco, sin temor de engañarme, que en igual dia del año 1600 celebraron la suya los protestantes. De la misma manera pueden hallarse todas las demás, tanto para los que abandonaron últimamente el antiguo calendario, como para los que le siguen todavía, sea cual fuere el año que se busque. La pascua de estos se adelanta ó retarda á veces todo un mes respecto de la nuestra, mientras que otras veces ocurren entrambas casi en unos mismos dias; pero sus meses tampoco corresponden exactamente con los nuestros, de manera que para entendernos bien con ellos, es menester que en sus documentos públicos y en sus cartas misivas añadan la expresion «antiguo estilo» ó «nuevo estilo». La diferencia entre uno y otro era en 1787 de once dias, que el nuevo estilo adelanta sobre el antiguo, á causa de la supresion que se hizo en 1582, de la que hablaremos mas adelante; y por consiguiente el dia 1.° del mes segun los partidarios del antiguo estilo, es segun nosotros el 11, y el que para ellos es el 19 para nosotros es el 30. Esta diferente manera de contar exije alguna atencion, para que podamos entendernos con los que no siguen el calendario reformado. Volvamos ahora á tratar del ciclo pascual.

Algunos antiguos le llamaron «año magno;» otros, «círculo ó ciclo magno;» y nosotros le damos el nombre de «período victoriano,» porque le compuso Victorio, natural de Aquitania, á instancias de Hilario, arcediano de la iglesia de Roma, durante el pontificado de san Leon el Grande. El padre Pagi, en su crítica de Baronio, al tratar del año 469, número 3, prueba que Victorio compuso su obra en el año 457, con ocasion de la disputa que se habia suscitado entónces entre los griegos y los latinos sobre la celebracion de la pascua del año 455; y fija su principio en el año de la pasion del Señor que, segun la manera de contar de aquel antiguo autor, corresponde al 28 de la era cristiana, ó de la encarnacion, como decimos ahora. La muerte de san Juan de Reome, referida en el primer siglo de los santos de la órden de san Benito, lleva esta fecha: «En el año del Señor DXII, segun la cuenta del ciclo de Victorio:» la que reduce el padre Mabillon al año 539 de la encarnacion, comenzando el período victoriano con el 28 de Cristo.

Sin embargo, este modo de contar no fué duradero; pues Dionisio el Exíguo, que refundió aquel mismo período, le hizo comenzar un año antes de nuestra era vulgar, de manera, que el primer año de Cristo corresponde ahora al segundo del ciclo de Victorio así corregido por Dionisio. Mariano Escoto, en su Crónica, al llegar al año 531, dice: «concluyóse el ciclo magno pascual de quinientos treinta y dos años, en cuyo segundo año nació el Señor, segun la cuenta de Dionisio.» Bajo este mismo concepto lo hemos indicado nosotros en nuestra tabla cronológica; mas no por esto pretendemos que esta manera de contarle haya sido la única, ni aun después de Dionisio el Exíguo, ni tampoco que le hayan seguido todos los que contaron por este ciclo (1); al contrario, trasladaremos aquí una fecha que no se conforma con este principio. Hállase en una escritura inserta entre las pruebas de la nueva «Galia Cristiana,» tom. II, col. 385, y dice: «Hízose la carta de esta iglesia en el año de la encarnacion del Señor MLXXVI, indiccion XIV, ciclo pascual X, epacta XII, y concurrente V.» En nuestra tabla cronológica puede verse que el ciclo pascual X de esta data no corresponde con el órden que nosotros hemos seguido, y que, segun este, hubiera debido ser ciclo XIII.

Puede ser, sin embargo, que el «ciclo pascual» citado en aquel documento no sea el de que aquí tratamos, sino que se tome por el «ciclo lunar,» al que daria el nombre de «pascual» el que redactó la escritura, porque servia tambien á los judíos para conocer la pascua, sospecha que adquiere mayor fundamento, cuando se observa que, en efecto, el ciclo lunar X se reduce perfectamente al año 1076, siendo así que el ciclo propiamente pascual X corresponde á otro año diferente. Por lo demás, sea verdadera ó falsa esta conjetura, siempre resulta que el principio del ciclo pascual, como el de la mayor parte de las demás épocas de esta clase, ha sido contado de diferentes maneras (2).

(1) Al señalar en nuestra tabla cronológica las pascuas del antiguo calendario, segun este ciclo y de la manera que aquí lo explicamos, no hemos pretendido manifestar lo que se haya practicado universalmente por la iglesia hasta fines del siglo VIII, sino lo que hubiera debido hacerse, como lo explican las notas puestas al pié de cada pagina de aquella tabla.

(2) En un manuscrito del colegio de Clermont, segun el testimonio del padre Labbe (Elogios histór., tom. II, pág. 79), se halla calendada la muerte de Thierri IV, llamado «de Chelles,» rey de Francia, en estos términos: «Desde el nacimiento del Señor han transcurrido DCCXXXVII años hasta el presente, en el que murió Teodorico, rey de los francos, y en el cual contamos la indiccion V, epacta XV, concurrente I, ciclo lunar XIII, XIV, XII, en las calendas de abril, la pascua á IX de las mismas calendas, luna XVII y año XXIV del ciclo DXXXII años, segun los griegos.» Este ciclo de 532 años segun los griegos, habia empezado en el de 351 antes de Cristo; pues que de otro modo no hubiera corrido su año 24 en el de 737 de la encarnacion; y este es uno de los muchos ejemplos que podrian citarse de las diferentes maneras de comenzar el ciclo pascual.

En las anteriores ediciones de esta obra dijimos que no habiamos tropezado con ninguna escritura fechada por los años del ciclo pascual; pero despues se nos ha venido á la mano una en que se ve esa fecha mezclada con otras varias. Es una donacion de algunos campos situados en «villa Cianis» (lugar desconocido), otorgada por Recleno, pavorde de la iglesia de Chalons sobre el Saona, á favor de la abadía de Cluni, y que termina como sigue: «Otorgado en forma pública en la ciudad de Cabilon, en el año de la encarnacion del Señor MLXIII, indiccion I, epacta XVIII, concurrente II, ocupando la cátedra de Roma el muy discreto pontífice Alejandro, reinando en Francia el rey Felipe y en el año V de su reinado, en el segundo año magno compuesto de DXXXII años, á contar desde la encarnacion del Señor, corriendo el ciclo decemnovenal LXI á III de las nonas de junio (Arch. de Cluni). El año magno de que aquí se trata no es otro que el ciclo pascual, cuya segunda revolucion espiró en el año 1063 de Cristo, lo mismo que la 56 del ciclo decemnovenal.

Sigeberto, en su Crónica, dice en el año 1063, que aquel año terminaba el ciclo grande de 532 años, compuesto de 28 ciclos decemnovenales; por donde se ve que Mariano Escoto, Sigeberto y el que extendió la escritura últimamente citada, todos tuvieron por principio del ciclo pascual el año que precedió inmediatamente al que contamos por 1.° de nuestra era vulgar.

Blondel, en su calendario romano, supone que el ciclo de que tratamos, ó el período victoriano, tiene quizás un principio muy diferente del que nosotros le atribuimos, siguiendo á Dionisio. Dice aquel autor: « Si quisiésemos ir retrogradando á buscar la época en que comenzó este período, deberíamos remontarnos hasta el año 457 antes del nacimiento del Señor, en el que podríamos suponer que tuvieron principio ambos ciclos, si deseamos que, segun nuestra costumbre, el año 1.° de Cristo coincida con el 2.° del ciclo lunar y 10 del solar. Así resultaria que el primer período terminó en el año 75 de Jesucristo, en que contábamos 19 del ciclo lunar y 28 del solar, y por consiguiente, que el año 76, primero de ambos ciclos, fué el principio del segundo período, correspondiendo el del tercero al año 608, al 1140 el del cuarto, y últimamente al 1672 el del quinto, sino hubiese sido por la correccion del calendario. » Esas son las razones que alega Blondel, de las cuales resulta, nó lo que se ha practicado en la iglesia universal, sino solamente en algunas iglesias particulares; pero, por el extracto que acabamos de trasladar, puede conocerse que aquel autor, como muchos de los modernos, confunde el ciclo lunar con el decemnovenal, siendo así que es necesario distinguirlos, como vamos á verlo.

14. DEL CICLO LUNAR, Y DEL DECEMNOVENAL, LLAMADO MUY COMUNMENTE POR LOS MODERNOS ÁUREO NÚMERO.—Siguiendo á los antiguos computistas y fundados en algunas escrituras, distinguimos el ciclo lunar del decemnovenal, ó Áureo Número, por mas que se vean del todo confundidos en algunos autores y en mucho mayor número de documentos. Es efectivamente muy comun en antiguos diplomas el tomar indiferentemente el uno por el otro los ciclos lunar y decemnovenal: equivocacion nacida de la mucha semejanza que ambos tienen entre sí; porque uno y otro consisten en una revolucion de diez y nueve años, terminados los cuales, vuelve á empezarse por el número uno, y así sucesiva y perpétuamente, como puede verse en nuestra tabla cronológica, donde están indicados ambos ciclos; sin que haya entre ellos mas diferencia, sino que el lunar empieza tres años mas tarde que el decemnovenal. Esta diferencia procede de los griegos y de los judíos modernos; pues estos últimos se sirven del ciclo que nosotros llamamos lunar, comenzando por el equinoccio de otoño con su mes tisri. Sin embargo, nosotros, para conformarnos en nuestra tabla cronológica con el uso adoptado por los que redactaban las escrituras, hemos comenzado los años de este ciclo por el mes de enero, adelantándolos así nueve meses respecto de los del ciclo lunar de los judíos. Por consiguiente, este ciclo no sirve solamente, como lo indica el sabio Guibert, para envolver las epactas, sino que es un verdadero ciclo lunar invariable, adoptado por los judíos en el año 338 de nuestra era, y que forma la base de su actual calendario (Véase el Calendario de los judíos modernos.). El decemnovenal, que nosotros hemos hecho empezar con nuestro mes de enero, nos lo transmitieron los griegos de Alejandría. Al principio los cristianos se sirvieron de entrambos indistintamente; pero al cabo prevaleció el último, y los autores modernos han olvidado hasta tal punto el de los judíos, que no sabemos de ninguno que le haya hecho servir siquiera para explicar las fechas de este género que se leen en algunas escrituras.

En una de estas, sumamente notable por verse en ella expresados á la vez ambos ciclos, y otorgada por Enrique, conde de Eu, á favor de la abadía de san Luciano de Beauvais, se halla la fecha concebida en estos términos: « Otorgóse esta escritura en el año de la encarnacion del Señor MCCX, indiccion II, epacta XVII, concurrente III, ciclo lunar V, ciclo decemnovenal VIII, regular de la pascua III; término pascual á XIII de las calendas de mayo, dia pascual á VII de las mismas calendas, y luna del propio dia de pascua XXI. » (Mabillon, Diplom., pág. 594.) Todas esas fechas son exactísimas, y pueden comprobarse en nuestra tabla cronológica en el año 1109. Á la verdad son pocas las escrituras en que se expresen con tanta claridad ambos ciclos; pero tampoco es raro el ver algunas fechadas por el ciclo lunar segun los judíos modernos, en vez de serlo por el decemnovenal segun los griegos. Podemos citar entre ellas, la fundacion del monasterio de Quimperlé en 1209, que lleva por fecha « ciclo lunar I, » en vez de IV; una donacion hecha en la misma abadía en 1069, que dice « ciclo lunar III, » en lugar de VI; y últimamente una escritura de Baldrico, obispo de Dol, á favor de la abadía de san Florencio de Saumur, que lleva por fecha el « ciclo lunar V, » en vez del VIII. (Véase á Morice en sus pruebas de la historia de Bretaña, tom. I, col. 366, 432 y 517.)

Entre los documentos fechados por el ciclo lunar segun los judíos modernos no hemos hallado ninguno en que aquel ciclo no se suponga comenzado en el dia 1.° de enero; pero de los que llevan la fecha del ciclo decemnovenal, ó del lunar confundido en estotro, las hay que le cuentan desde 1.° de enero, y otros desde el mes de marzo, á pesar de que los alejandrinos le comenzaban al mismo tiempo que su año, esto es, á 29 de agosto. Es necesario poner mucha atencion en esas diferentes maneras de principiar el ciclo, para poder concordar algunas fechas que, sin serlo, parecen á primera vista equivocadas; y luego, porque sirven tambien por averiguar la época fija en que fueron otorgadas algunas escrituras que corresponden á los meses de enero ó febrero. Así sucede en la escritura de fundacion del priorato de Quiberon, inserta entre las pruebas de la nueva historia de Bretaña, tom. I, col. 363, cuyas fechas vamos á examinar, porque son una prueba de cuanto acabamos de decir. Léese allí: « En el año de la encarnacion del Señor MXXVII, ciclo lunar II, indiccion XI, epacta XXII, concurrente BI; » y de todas esas fechas se deduce que aquella escritura hubo de ser otorgada por los meses de enero y febrero del año 1028 de nuestro cómputo actual. El año es el MXXVII, porque entónces no le comenzaban comunmente hasta pascua; el « ciclo lunar » es el II, porque se toma aquí por el decemnovenal, y el que redactó la escritura calculó que el año 1028 de Jesucristo no era mas que el segundo del ciclo; aunque en realidad fuese el tercero, porque éste, segun su cuenta, no debia empezar hasta el mes de marzo, y la escritura era de fecha anterior; y por último, la indiccion XI y la « epacta » XXII denotan tambien el año citado de 1028, del mismo modo que el concurrente BI, esto es, bisiesto I. El haber puesto el notario concurrente I, en vez de concurrente XVII, » como hubiera podido tambien ponerse, ya que la escritura se otorgaba antes del 25 de febrero, prueba lo que diremos mas adelante al tratar de los concurrentes, esto es, que hay escrituras otorgadas en años bisiestos, en las que se halla notado ya desde el mes de enero el concurrente que en rigor no debe entrar hasta después del citado dia 25 de febrero. En cuanto á la « luna VII, » nos demuestra que el documento se otorgó á 7 de enero ó á 6 de febrero, como de ello podrá convencerse cualquiera,

consultando nuestro calendario lunar. Concuerdan, pues, perfectamente todas aquellas fechas; pero no sucederia lo mismo si no hiciésemos empezar por el mes de marzo el ciclo lunar, tomándole por el decemnovenal.

No faltan, sin embargo, algunas otras escrituras en las que el enero está considerado como primer mes de este último ciclo. Citaremos un ejemplo: entre las pruebas del tomo I de la nueva « Galia cristiana, » página 165, se halla un diploma de Gaston IV, vizconde de Bearn, en el cual se dice que fué « hecho en el año de la encarnacion del Verbo MCLXXXI, indiccion XIV, epacta III; concurrente III, ciclo decemnovenal IV, feria II, antes de los idus de febrero. » Esta feria segunda antes de los idus de febrero corresponde al dia 9 de dicho mes de 1181, con cuyo año convienen asimismo todas las demás fechas, partiendo del principio que el ciclo decemnovenal empiece con el mes de enero, porque si principiase en marzo, entónces hubiera debido ser ciclo III y nó IV: prueba evidente de que entre los antiguos habia algunos que comenzaban aquel ciclo por el dia 1.° de enero, al paso que otros le retardaban hasta el 1.° de marzo; de donde resulta, que la regla « muda el ciclo lunar en las calendas de enero, y el decemnovenal en las de marzo, » segun se lee en un manuscrito de san Sergio de Angers, del siglo II, es como los demás referentes á cómputos y cálculos de aquellos tiempos, que todos tienen mil excepciones; á lo menos así puede asegurarse por lo que toca al principio del ciclo decemnovenal en el mes de marzo.

Esos dos ciclos, el lunar segun los judíos, y el decemnovenal segun los griegos, son llamados tambien « Áureo Número, » segun se cree, porque en los antiguos calendarios los escribian con caractéres de oro, y así servian para dar á conocer en qué dia de los doce meses solares caia el novilunio de cada año de uno y otro ciclo. Para esto los notaban en frente del dia de cada mes solar en que caia el dicho novilunio, como las epactas en nuestros breviarios desde la reforma del calendario en 1582, y como se ve tambien en nuestro calendario lunar perpétuo, donde las hemos notado todas. Esas epactas, como lo explicaremos mas adelante, indican los novilunios de cada mes, segun el nuevo estilo; mientras que los números áureos los indicaban del mismo modo en el calendario de los romanos y en el antiguo de la iglesia, ordenado en tiempo del concilio Niceno, año 325. Al ordenar este último, fueron reemplazados con otros los números áureos que habia enfrente de los dias de cada mes en el calendario romano; y este cambio se hizo con arreglo al ciclo decemnovenal, introducido, segun hemos dicho, por los griegos. Por esto al indicar los novilunios en nuestro calendario lunar, lo hemos hecho en conformidad á este último ciclo, del mismo modo que se hallaban notados en el antiguo calendario; y por esto tambien, persuadidos de que lo dicho hasta aquí basta para entender el ciclo de los judíos modernos y el uso que tuvo en las fechas, vamos á dar ahora mas extensas explicaciones acerca del decemnovenal, tan célebre entre nuestros antiguos y aun en nuestros mismos dias.

Consta este ciclo de diez y nueve años lunares, los doce « comunes, » y los otros siete que se llaman « embolísmicos, » de la voz griega « embolismos ó embolimos, » que vale lo mismo que intercalar, ingerido, añadido. De los años comunes hay ocho de 354 dias, y cuatro de 355; y de los embolísmicos, seis tienen 384 dias, y uno, que es el último del ciclo decemnovenal, 383; de manera que componen un total de 120 meses enteros, sin contar los cuatro bisiestos (lo que es causa de que las lunaciones que en esos años acaban en el mes de marzo tengan treinta y un dias, en vez de los treinta que les corresponderian) y 115 faltos; arrojando juntos una suma de 6939 dias, enteramente igual á la de los diez y nueve años solares (1), segun el cómputo de los antiguos. Así es que, segun ellos, los diez y nueve años del ciclo lunar ó decemnovenal correspondian perfectamente á los diez y nueve años julianos ó solares, ó á lo menos lo suponian así en sus cómputos, para concordar unos con otros los años solares y los lunares. Bajo este mismo supuesto hemos ordenado nuestra tabla cronológica y nuestro calendario lunar; de manera que, transcurridos los diez y nueve años del ciclo demnovenal, los novilunios vuelven á caer en el mismo dia y á la misma hora en que cayeron diez y nueve años antes, hasta el punto que el ciclo que sigue resulta, respecto los novilunios, del todo semejante al que le precedió.

Sin embargo, por mas que los antiguos partieron siempre de este principio, no dejaba de haber error en el cálculo, porque diez y nueve años lunares no equivalen exactamente á otros tantos solares, sino que estos tienen dos horas y algunos minutos mas que los primeros. El no haber tomado en cuenta durante muchos siglos aquellas dos horas y minutos, produjo al cabo un considerable trastorno en los novilunios y en todo el antiguo calendario: trastorno que no nos detendremos en explicar aquí menudamente, y que fué remediado, como hemos dicho, por el pontífice Gregorio XIII en 1582, suprimiendo diez dias en el mes de octubre, para que el equinoccio vernal volviese á caer en el 21 de marzo en que se hallaba al tiempo de la celebracion del primer concilio Niceno, que fué el que ordenó el antiguo calendario; y anticipando los novilunios hasta reponerlos en los dias en que caen ahora (2). Tambien se mudó entónces el órden de los siete años embolísmicos del ciclo decemnovenal; pues así como antes de la reforma estos eran el 2.°, el 5.°, el 8.°, el 11.°, el 13.°, el 16.° y el 19.°, siendo los

(1) Diez y nueve años solares equivalen á 6939 dias y 18 horas, á razon de 365 dias y 6 horas cada uno; y diez y nueve años lunares, comprendidos los siete embolísmicos, ó de trece lunaciones, componen una suma igual de dias y de horas; porque contando doce lunaciones por año, dan en los diez y nueve un total de doscientas veinte y ocho, y como estos son alternativamente de 30 y de 29 dias, resultan ya con esto 6726 dias. Si á estos añadimos luego 209 dias por razon de los embolismos, y además 4 dias y 18 horas que deben intercalarse en cada ciclo lunar, por los años solares bisiestos que contiene, esas tres partidas juntas nos darán exactamente la citada suma de 6939 dias y 18 horas. Así razonaron los mas hábiles astrónomos que se ocuparon en la redaccion del calendario despues del concilio Niceno; pero sus cálculos resultaron errados, porque otras observaciones mas exactas han demostrado que la duracion media de una lunacion no era solamente de 29 dias y 12 horas, sino de 29 dias, 12 horas, 44 minutos y 3 segundos; y por consiguiente, multiplicadas estas últimas partidas por 235, que es el número de las lunaciones que comprende el ciclo, no dan por producto mas que 6939 dias, 16 horas, 31 minutos y 45 segundos, en vez de los 6939 dias y 18 horas. De aquí se deduce, que como la duracion del año trópico es solamente de 365 dias, 5 horas, 48 minutos y 45 segundos, las diez y nueve revoluciones solares verdaderas no suman mas que 6939 dias, 14 horas, 26 minutos y 15 segundos; y como por otra parte, 235 lunaciones medias comprenden 6939 dias, 16 horas, 31 minutos y 45 segundos, es evidente que el ciclo lunar se adelanta 2 horas, 5 minutos y 30 segundos en cada diez y nueve revoluciones solares. En esto consiste la anticipacion de los novilunios.

(2) En nuestro calendario lunar puede verse la diferencia que hay desde 1582 entre los novilunios del calendario gregoriano y los del antiguo: circunstancia que hacia falta en la primera edicion de esta obra, en la que se notaron solamente los novilunios del nuevo calendario, desde la fecha de su publicacion.

demás años comunes; despues de ella han quedado embolísmicos el 3.°, el 6.°, el 9.°, el 11.°, el 14.°, el 17.° y el 19.°, siendo los restantes comunes. Veamos ahora qué órden siguen los novilunios de estas dos clases de años en el antiguo y en el moderno calendario. Como cada mes lunar, segun el curso astronómico, debe durar á corta diferencia unos veinte y nueve dias y medio, por esto todos los computistas antiguos y modernos van contando uno de treinta dias, al que llaman entero, y otro de veinte y nueve, que se llama falto, alternando siempre de la misma manera, en cuanto de ellos depende. Partiendo de este principio dan treinta dias á la luna de enero, veinte y nueve á la de febrero, treinta á la de marzo, veinte y nueve á la de abril, treinta á la de mayo, veinte y nueve á la de junio, treinta á la de julio, veinte y nueve á la de agosto, treinta á la de setiembre, veinte y nueve á la de octubre, treinta á la de noviembre y veinte y nueve á la de diciembre; guardando puntualmente ese órden alternativo, contando siempre de treinta dias la lunacion de los meses impares y de veinte y nueve la de los pares, así antes como despues de la reforma del calendario. Para convencerse de esto, basta examinar nuestro calendario lunar y contar los dias de que consta cada lunacion en esos años comunes.

No sucede así en los años embolísmicos; porque en estos los computistas se han visto obligados á alterar la série de los meses lunares de treinta y veinte y nueve dias, á causa de la décimatercera lunacion que ha de intercalarse en ellos. Pongamos un ejemplo, y examinemos cuáles son las lunaciones del año décimonono del ciclo decemnovenal, que, como hemos dicho, es embolísmico segun todos los computistas tanto antiguos como modernos, antes y despues de la reforma. Ante todo, para que resulten trece meses lunares en este año décimonono, como en todos los demás embolísmicos, es necesario saber que la lunacion se adapta al mes en que termina, y nó al en que comienza, segun la máxima de los antiguos computistas que dice: «la lunacion va con el mes en que acaba (1);» y por consiguiente es menester que nos remontemos al mes de diciembre del año décimoctavo del ciclo decemnovenal, para saber cuántos dias corresponden á la lunacion del mes de enero del año décimonono. Bajo este supuesto, por medio de nuestro calendario lunar hallaremos que, antes de la reforma, la lunacion de enero del citado año empezaba el dia 6 del anterior mes de diciembre; que la de febrero comenzaba el 5 de enero; la de marzo, el 3 de febrero; la de abril, el 5 de mayo; la de marzo, el 4 de abril; la de junio, el 3 de mayo; la otra de junio (porque en este mes recae el embolismo, ó la lunacion intercalar del año décimonono del ciclo decemnovenal), el dia 2 del propio mes; la de julio, el dia 1.° del mismo mes; la de agosto, el 30 de julio; la de setiembre, el 28 de agosto; la de octubre, el 27 de setiembre; la de noviembre, el 26 de octubre; y últimamente la de diciembre, el 25 de noviembre. Esos son, á no dudarlo, los dias en que recayeron los novilunios en el año décimonono del ciclo decemnovenal antes de la reforma; pero para mayor seguridad, búsquese en nuestro calendario lunar el áureo número 19, y se verá como corresponde á todos los dias que acabamos de indicar, á excepcion del primero, esto es, el 6 de diciembre, al cual corresponde el áureo número 18, porque aquel mes pertenece al año décimoctavo del ciclo. Sabidos ya los dias en que principia cada una de las trece lunaciones del año décimonono del ciclo decemnovenario, es tambien fácil saber el número de dias que le señalaban los antiguos computistas, y con qué órden procedian. Á la lunacion de enero le daban treinte dias, veinte y nueve á la de febrero, treinta á la de marzo, treinta á la de abril, veinte y nueve á la de mayo, treinta á la primera de junio, veinte y nueve á la segunda, veinte y nueve á la de julio, veinte y nueve á la de agosto, treinta á la de setiembre, veinte y nueve á la de octubre, treinta á la de noviembre y veinte y nueve á la de diciembre: órden del todo diferente del de los años comunes, en los que todos los computistas antiguos y modernos señalan constantemente treinta dias de luna á los meses impares como enero, marzo, etc.; veinte y nueve á los pares, como febrero, abril y siguientes. Esa alternativa de los treinta y veinte y nueve dias que tienen las lunaciones sufre alguna alteracion en los años embolísmicos; pero no se verifica esto de una manera algo notable, sino en los años, octavo, onceno y décimonono del ciclo decemnovenal antes de la correccion gregoriana. En cuanto á los demás años embolísmicos, mayormente despues de la reforma, el embolismo, ó sea el décimotercero mes lunar que se les añade, altera muy poco el órden de las demás lunaciones. Así, por ejemplo, vemos que en el año décimonono del citado ciclo decemnovenal no hay mas variacion que la de contar dos lunaciones de veinte y nueve dias en el mes de diciembre; pues, fuera de esto, se sigue perfectamente el indicado órden alternativo.

Basta con lo dicho, sin entrar en mas pormenores, para que advertido el lector, al observar aquellas irregularidades en nuestro calendario lunar, no las tenga por errores que se nos han escapado en su redaccion; pues tanto en los años comunes, como en los embolísmicos, aquel calendario señala los novilunios en los verdaderos dias en que recaen, segun el estilo antiguo y segun el moderno, por mas que el cómputo no esté del todo conforme con el cálculo astronómico, porque hasta ahora no han conseguido los computistas el establecer una regla general que conviniese á todos los tiempos, ó fijase para siempre los novilunios con la misma precision con que los calculan los astrónomos. Á pesar de que en el nuevo calendario se procuró toda la exactitud posible, las epactas, que son las que en el sirven de regla para fijar dichos novilunios, no dejan de señalarlos uno ó dos dias, y á veces tres, mas tarde de lo que realmente se verifican; y de aquí procede que nosotros celebramos alguna vez la pascua el segundo domingo despues del décimocuarto de la luna, en lugar de celebrarla el primero, como deberíamos, segun la regla general. No dejaron de prever esta irregularidad los sabios que trabajaron en la correccion del calendario; pero no pudieron re-

(1) No todos los escritores convienen en este punto. Roudet, en una disertacion inserta en el «Diario eclesiástico» (enero de 1771), trata de probar que la luna pascual debe llamarse luna de marzo; pero de este modo se faltaria á la regla de los computistas que hemos citado, y al uso constante atestiguado por Clavio (part. 2, cap. 4, pág. 136), por Blondel, en su «Historia del calendario romano,» y por el autor de una memoria titulada: «Cuestion curiosa sobre el mes del año solar del cual debe tomar su nombre cada uno de los meses lunares.» (Diario de Trevoux, mayo de 1741.) El venerable Beda opinaba que el mes lunar debia tomar su nombre del mes solar en que caia el plenilunio, y esto seria lo mas natural; otros han pretendido que se le diese el nombre del mes civil á que correspondia su mayor número de dias; y otros, finalmente, el del mes en que se verificaba el novilunio. Sea como fuere, es necesario conformarse con la costumbre mas general, y segun esta, la luna de pascua no se ha tenido nunca por luna de marzo. Hemos de confesar, sin embargo, que esa denominacion de los meses lunares será siempre equivoca, que no la entenderán casi nunca ni aun la mayor parte de los mismos que la empleen, y que no existe ninguna razon, fundada en la naturaleza, para conservarla.

mediarla, sin exponerse á otro inconveniente que consideraron mucho mas grave, el de que, estableciendo otra regla, celebrásemos alguna vez la pascua en el mismo dia en que la celebran los judíos; que era lo que se trataba de evitar absolutamente. Aunque todo lo dicho tenga poco que ver con nuestra tabla cronológica, pues se refiere solamente á las pascuas que en ella hemos indicado, hemos querido advertirlo aquí como de paso, para los que ignoran la razon de que celebremos alguna vez aquella fiesta siete dias mas tarde de lo que deberíamos.

15. DE LOS REGULARES. — Hay dos clases de regulares, los solares y los lunares. Los primeros son un número invariable que va anexo á cada mes, como lo demuestra la siguiente tabla:

TABLA DE LOS REGULARES SOLARES QUE CORRESPONDEN Á CADA MES.

Enero.	Febrero	Marzo.	Abril.	Mayo.	Junio.
2	5	5	1	3	6
Julio.	**Agosto.**	**Setiemb.**	**Octubre**	**Noviem.**	**Diciemb.**
1	4	7	2	5	7

Los regulares servian junto con los concurrentes, de los que hablaremos en el párrafo XVIII, para averiguar á qué dia de la semana correspondia el primero de cada mes. Súmense los regulares del mes con los concurrentes del año, y si el total que resultare no pasa de siete, indicará el dia de la semana que se busca; pero, si pasa de siete, es necesario rebajar este número, y entónces el residuo será el que indique en qué dia de la semana caia el primero de cada mes del año de que se trate. Un ejemplo aclarará mas y mas lo que decimos. Supongamos el año 78 de Jesucristo, en el que se contaban 3 concurrentes, como puede verse en la tabla cronológica: si á este número añadimos el regular de enero, que es 2, resultará 5; y por consiguiente el 1.° de enero del citado año 78 hubo de ser feria quinta ó jueves. El regular de febrero es 5, y añadiendo á este número el 3 de los concurrentes, resultan 8: rebájense pues 7, y quedará 1, y así tendremos que el 1.° de febrero del referido año fué una feria primera ó domingo. Repitiendo, pues, la misma operacion para todos los demás meses de aquel año, resultará que el 1.° de marzo cayó en domingo, el 1.° de abril en miércoles, el 1.° de mayo en viernes, el 1.° de junio en lunes, el 1.° de julio en miércoles, el 1.° de agosto en sábado, el 1.° de setiembre en martes, el 1.° de octubre en jueves, el 1.° de noviembre en domingo y el 1.° de diciembre en martes. Para saber si ha habido equivocacion en esta cuenta, basta poner los ojos en nuestra tabla cronológica, donde veremos que en el año 78 la letra dominical era D; y buscando luego en el calendario D de nuestro calendario solar perpétuo á qué dia de la semana corresponde el primero de cada mes, hallaremos que efectivamente es el mismo que acabamos de referir. No hay que dudarlo, la regla que acabamos de explicar es infalible, tanto para los años comunes como para los bisiestos, con tal que en estos últimos se rebaje una unidad de los concurrentes, por lo que toca á los meses de enero y febrero; porque, como lo explicaremos mas adelante, en dichos años se muda el concurrente en el dia 25 de febrero. Por consiguiente, si en un año bisiesto hay, por ejemplo, dos concurrentes, es menester no contar mas que uno para hallar el primer dia de los meses de enero y de febrero, así como deberán contarse tres para los meses restantes.

Los regulares lunares son tambien un número invariable anexo á cada mes del año. Añadidos á las epactas, servian para conocer qué dia de la luna correspondia al primero de cada mes; pero como todos los antiguos computistas discordaban en el modo de principiar el año lunar, de aquí es, que tampoco convenian en el número de regulares lunares que debia aplicarse á cada uno de los meses. Los que comenzaban dicho año lunar por enero ó por marzo, daban á cada mes tantos regulares, cuantos dias tenia la luna en el primero de cada mes del primer año del ciclo decemnovenal, en el que, segun puede verse en nuestro calendario lunar, á 1.° de enero se contaba 9 de la luna, por haber recaido el novilunio nueve dias antes, esto es, el dia 24 del anterior diciembre. Siguiendo esta misma regla, aplicada á cada uno de los meses del año primero del mencionado ciclo decemnovenal, continuaremos aquí una tabla que demostrará cuántos regulares lunares señalaban á cada mes de cualquier año los antiguos computistas que comenzaban dicho año lunar por el 1.° de enero ó por el 1.° de marzo.

TABLA DE LOS REGULARES LUNARES, SEGUN LOS COMPUTISTAS QUE COMENZABAN EL AÑO POR EL MES DE ENERO Ó DE MARZO.

Enero.	Febrero	Marzo.	Abril.	Mayo.	Junio.
9	10	9	10	11	12
Julio.	**Agosto.**	**Setiemb.**	**Octubre**	**Noviem.**	**Diciemb.**
13	14	16	16	18	18

Para saber, pues, cuántos dias contaban de la lunacion el 1.° de enero del segundo año del ciclo decemnovenario, bastaba añadir el número de la epacta, que en aquel año era 11, como puede verse en nuestra tabla cronológica, á los 9 regulares del mes, y así resultaba que el dia 1.° de enero de dicho año era el 20 de la lunacion. Exceptuábanse, sin embargo, los años 8, 11 y 19, por ser embolísmicos; pues en ellos la suma de los regulares y de las epactas no daba con exactitud el número de dias de la lunacion en el 1.° de cada mes, porque el intercalar, ó añadido, alteraba el órden de las lunaciones completas, ó de treinta dias, y el de las cortas, ó de veinte y nueve, como lo hemos explicado ya en el párrafo anterior. En estos casos, los antiguos computistas suplian la falta de los regulares y de las epactas con el conocimiento que tenian de la irregularidad de aquellos años y de la manera como debian contarse entónces dichas lunaciones.

Los que daban principio al año lunar en el mes de setiembre como los egipcios, y por consiguiente cuatro meses antes del año juliano, atribuian cinco regulares lunares á los meses de setiembre y octubre, siete á los de noviembre y diciembre, y en cuanto á los demás seguian á los que comenzaban el año por los meses de enero ó marzo. La razon de esta diferencia salta á la vista, y consiste en que los citados meses de setiembre, octubre, noviembre y diciembre no eran los mismos para los unos que para los otros: para los que comenzaban el año en el mes de setiembre,

aquellos cuatro meses pertenecian á un año; y á otro distinto, que era el siguiente, para los que le principiaban por enero ó marzo. No es, pues, de extrañar que señalasen á aquellos meses diferente número de regulares. Para concordar ambos cómputos, basta añadir el número 11 de la epacta, que era el que contaban los que principiaban el año lunar en el mismo dia que el juliano; y de esta manera 5 y 11 darán 16, que son los regulares de setiembre y octubre, 7 y 11 sumarán 18, que son los regulares de noviembre y diciembre.

No será aquí fuera del caso el ilustrar una pequeña tabla de regulares lunares que se halla continuada en el Glosario de Du-Cange bajo el vocablo «Regulares». Dicha tabla está ordenada conforme á los que comenzaban el año por el mes de setiembre como los egipcios; pero hay en ella una coluna de guarismos, que, puestos al frente de cada mes, dicen: LXXX, LXXIX, y se hallan repetidos por seis veces alternativamente, sin que pueda atinarse de pronto lo que significan. Esto procede de haber sido mal impresos; pues debe leerse: L. XXX, L. XXIX, y entónces la abreviatura L significará « luna » y los guarismos XXX ó XXIX indicarán los dias que cuenta la lunacion, la cual ha de ser de treinta y de veinte y nueve dias, alternativamente segun los computistas, menos en los años embolísmicos, en los que se sigue otro órden como lo hemos explicado anteriormente. Hecha de paso esta advertencia, volvamos á tratar de los regulares, solares y lunares.

Lo que acerca de ellos hemos dicho hasta ahora tiene mas de curioso que de necesario para la inteligencia de nuestra tabla cronológica', donde no hemos hecho mérito de esta clase de regulares, primeramente, porque no los hemos hallado en ningun documento, y luego, porque tampoco tienen otro uso que el que hemos explicado. Hay ciertamente otros regulares lunares, que van anexos á los años, y se ven á las veces citados entre otras fechas en algunos instrumentos. En nuestra tabla cronológica, donde los hemos indicado, puede verse cuál era su correspondencia con los años del ciclo decemnovenal y con las demás notas cronológicas que acompañan á estos mismos años. Expliquemos, pues, su uso.

Los regulares anuales de la luna, servian, junto con los concurrentes, para saber en qué dia de la semana caia el primero de la luna pascual. Para esto, se sacaba la suma de los regulares y los concurrentes de un año, si el total no pasaba de siete, se conservaba entero este número, y el dia siguiente era el primero de la luna pascual; pero en caso contrario, se rebajaban dichos siete, y el resíduo daba á conocer entónces que el dia siguiente era el que se buscaba. Pongamos un ejemplo. En el año 874, que era el primero del ciclo decemnovenario, se contaban cuatro concurrentes y cinco regulares; ahora bien, 4 y 5 dan 9; rebájense 7, y quedan 2, que indican el segundo dia de la semana, ó el lunes; y por consiguiente, el martes fué el primer dia de la luna pascual. Para convencerse de que así fué efectivamente, examínese el calendario lunar, donde se verá que en el citado año 874 el primer dia de la luna pascual caia en 23 de marzo; recórrase luego á la tabla cronológica, donde se hallará que en aquel año la letra dominical era C, y examinando en seguida el calendario C, se verá como cayó realmente en martes el dia 23 de marzo.

Pongamos para mayor claridad un segundo ejemplo. En el año 875, que era el segundo del ciclo decemnovenal, se contaban un regular y cinco concurrentes; hágase, pues la misma operacion: 1 y 5 son 6; y como el 6 corresponde al viernes, se sigue que el primer dia de la luna pascual en aquel año hubo de ser un sábado. De la misma manera que la hemos hecho para la anterior, podemos hacer la prueba para este año; pero no lo creemos necesario, ni tampoco el poner mayor número de ejemplos, porque el lector inteligente puede ponerse por sí mismo los que le parezcan mas conducentes para asegurarse de la exactitud de la regla que hemos sentado acerca del uso de los regulares ánuos. Por nuestra parte, no dudamos de que se convencerá de dicha exactitud, como nos hemos convencido nosotros después de infinitos ejemplos que nos hemos propuesto y comprobado, al investigar el uso que de semejantes regulares podian hacer los antiguos.

16. DE LAS CLAVES DE LAS FIESTAS MOVIBLES. — Á estas, que nosotros llamamos claves de las fiestas movibles, las llamaban los antiguos « claves terminorum »; y les damos ahora aquel nombre, porque servian en otro tiempo para conocer en qué dia del mes caian aquellas fiestas, á saber, el domingo de septuagésima, el primer domingo de cuaresma, la pascua, el domingo de las letanías, y últimamente la Pentecostes. Como en algunas escrituras se hace mérito de esas claves entre las fechas, vamos á explicar de qué manera se servian de ellas los antiguos.

Segun su vocabulario, « el término » de la septuagésima era el 7 de enero; el del primer domingo de cuaresma, el 28 del propio mes; el de la pascua, el 11 de marzo; el de las letanías, el 15 de abril; y el de la de Pentecostes, el 29 del mismo mes; y de estos dias fijos era necesario partir, ó comenzar la cuenta, para hallar por medio de estas claves los dias á qué correspondian aquellas festividades. Así, por ejemplo, en el año 533 de Cristo, como puede verse en la tabla cronológica, teníamos el número 15 por clave de las fiestas movibles: quiero saber, pues, por medio de este número, en qué dia cayó en dicho año el domingo de septuagésima. Para esto empiezo á contar 1 el dia 7 de enero, 2 el 8, y así sucesivamente hasta 15 inclusive, en que contaré 21 del dicho mes, por consiguiente el primer domingo que siguió á este dia 21 fué el de septuagésima en el citado año, y por la letra dominical que fué B, conoceré que aquel domingo cayó en 23 de enero. La misma operacion puedo practicar para saber en qué dia cayó el primer domingo de cuaresma; pues comenzando á contar 1 el dia 28 de enero, contaré 15 á 11 de febrero, y como el primer domingo que siguió á esta última fecha hubo de ser el primero de cuaresma, por la misma letra dominical B hallaré que este domingo cayó á 13 de febrero en el citado año 533. Para averiguar el dia de pascua, empiezo á contar 1 á 11 de marzo, y repitiendo las mismas operaciones, resultará que esta festividad hubo de celebrarse á 27 de aquel mes. Asimismo comenzando á contar 1 á 15 de abril, hallaré que el domingo de las letanías, que es el quinto despues de pascua, cayó en el dia 1.° de mayo; y por último, si empiezo á contar 1 el dia 29 de abril, averiguaré por el mismo sistema, que la festividad de Pentecostes se celebró en el sobredicho año á 15 del mes de mayo. Este es el uso que hacian los antiguos de las fiestas movibles. Para asegurarnos de la exactitud del cálculo, no hay mas que pasar la vista por el calendario B de nuestro calendario solar perpétuo, donde veremos señalada la pascua para el 27 de marzo é indicadas todas las demás fiestas movibles del año; y al ver su perfecta correspondencia con el resultado que nos han dado las claves de que se ser-

vian los antiguos, habremos de concluir que no era malo el método que estos seguian, por mas que ahora haya venido á ser enteramente inútil, ya que tenemos á mano un calendario perpétuo que sin ninguna operacion ni el menor trabajo nos indica todas las fiestas del año, movibles y nó movibles.

17. DEL CICLO SOLAR.—El ciclo solar, ó del sol, es una revolucion de veinte y ocho años, que empieza por 1 y acaba por 28, para volver á comenzar y acabar sucesivamente de la misma manera, formando como una rueda ó círculo del que ha tomado su nombre. Para entender esto con claridad es necesario tener presente que hay dos clases de años, comunes y bisiestos; los primeros que constan de 365 dias, que suman 52 semanas y un dia; y los segundos, compuestos de 366 dias, ó sea de 52 semanas y dos dias, y llamados bisiestos de los dos vocablos latinos «bis sexto» (dos veces sexto), porque los romanos por su método peculiar de contar los dias en esos años, decian por dos veces «sexto calendas martias» (seis dias antes de las calendas de marzo), la una en el dia 24 de febrero, como en los años comunes, y, la otra en el siguiente dia 25, para indicar así que dicho mes tenia 29 dias en los años bisiestos y 28 solamente en los demás años.

Como lo dijimos ya en otro lugar, el año bisiesto le inventó Julio César para poner en consonancia el año civil con el solar; pues como el sol, para completar su curso anual y volver al mismo punto de partida, emplea 365 dias y unas seis horas, esas tantas horas repetidas cuatro veces forman un dia, y por consiguiente, para que el año civil concordase con el curso del sol, ordenó Julio César, que de cada cuatro años hubiese uno de 366 dias, al cual se llamó «bisiesto» por la razon que hemos manifestado. Los años comunes acaban con el mismo dia de la semana con que empiezan, porque se componen, como hemos dicho, de cincuenta y dos semanas y un dia; pero los bisiestos, que tienen cincuenta y dos semanas y dos dias, terminan por el dia que sigue al que les dió principio; por tanto, si un año comun ha principiado en lunes, concluirá tambien en lunes, y el martes será el primer dia del año siguiente; pero si el año es bisiesto, cuando comience en lunes acabará en martes, y el miércoles será el dia primero del año próximo. De lo dicho se desprende que si todos los años fuesen comunes, su primer dia (y lo mismo puede decirse de cada uno de los del mes) caeria sucesivamente y sin interrupcion en todos los de la semana, uno tras otro, formando así un ciclo setenario; pero como cada cuatro años alteran este órden los bisiestos, es preciso que el primer dia del año y cada uno de los del mes hayan recorrido los siete de la semana, aunque no sea seguidamente, antes de que empiece otra série de años que sean del todo semejantes á los que les precedieron, en cuanto á la relacion que tienen los dias del mes con los de la semana. En esto se funda el ciclo solar, que se compone de veinte y ocho años, porque es el producto de 7 multiplicado por 4, ó vice-versa. Si se examina nuestra tabla cronológica, se verá, que el año 20 de Jesucristo, que fué bisiesto, fué el primero del ciclo solar y tuvo por letras dominicales G F, que se hallan en la coluna siguiente; y que esas dos letras, que dan á conocer los domingos de aquel año, no vuelven á encontrarse hasta veinte y ocho años después, como puede comprobarse recorriendo uno tras otro los del ciclo que ponemos por ejemplo, y examinando las letras dominicales que les corresponden. Lo dicho, sin embargo, no debe entenderse sino respecto del antiguo calendario: ahora veremos el órden que se sigue en el nuevo.

Desde la correccion gregoriana, hecha en 1582, el ciclo solar deberia ser de 400 años, porque es necesario que haya transcurrido todo este número antes de que la letra dominical vuelva á hallarse en el mismo punto en que estaba el primer año del ciclo, para seguir nuevamente por espacio de otros 400 años el mismo curso que se siguió durante el otro igual período que se supone transcurrido. Este ciclo de cuatrocientos años empezó en 1601 y acabará en el año 2000; y como en ambos extremos dejaron de ser bisiestos los años de 1700 y 1800, y dejará tambien de serlo el de 1900, á pesar de haberlo sido todos los años centésimos que precedieron á aquellos, esta sola circunstancia ha bastado para alterar el órden de las letras dominicales, y por consecuencia, el del ciclo solar, al cual corresponden dichas letras. Nótense sino en nuestra tabla cronológica los años sobredichos de 1700, 1800 y 1900, y se verá que no traen mas que una letra dominical (1), en vez de las dos que, como lo explicaremos mas adelante, les corresponderian si fuesen bisiestos ó no se alterase el órden del ciclo de veinte y ocho años (2).

18. DE LOS CONCURRENTES Y DE LAS LETRAS DOMINICALES. — Los años comunes, como hemos visto, constan de cincuenta y dos semanas y un dia; y los bisiestos de cincuenta y dos semanas y dos dias. Estos uno ó dos dias supernumerarios son los que se llaman «concurrentes,» porque concurren con el ciclo solar ó siguen su curso, como lo vamos á demostrar.

En el primer año de este ciclo se cuenta un concurrente, en el segundo dos, en el tercero tres, en el cuarto cuatro, en el quinto seis en vez de cinco, por ser bisiesto; en el sexto siete, en el séptimo uno, en el octavo dos, en el noveno cuatro en vez de tres, por ser tambien bisiesto, y así consecutivamente, añadiendo siempre uno en los años comunes y dos en los bisiestos, y volviendo siempre á comenzar por uno después de haber contado hasta siete, porque tampoco hay mas que siete concurrentes, tantos como dias tiene la semana, y como son las letras dominicales (3).

---

(1) Hubiera sido, al parecer, mas conveniente el suprimir un bisiesto cada ciento veinte y ocho años, que el suprimir tres cada cuatro años seculares; porque de esta manera, no solamente los años hubieran correspondido mejor al movimiento del sol, sino que el cálculo hubiera resultado mucho mas exacto. Por el primer método, el año comun hubiera sido de 365 dias, 5 horas, 48 minutos, y 45 segundos, igual á corta diferencia á lo que resulta de las mejores observaciones, al paso que, segun contamos ahora por nuestro calendario, es de 365 dias, 5 horas, 49 minutos y 12 segundos, y por consiguiente unos 27 segundos mas largo de lo que deberia serlo.

(2) En 1761, en todos los calendarios y añalejos, al señalar el número del ciclo, se cometió la notabilísima falta de poner 7 en lugar de 6.

(3) «Sirvieron los concurrentes, dice Marca, para hallar el dia de la semana por medio de ellos y de los regulares de las calendas de cada mes. Los cristianos empezaron á valerse de este medio desde el tiempo del concilio Niceno, á fin de saber de fijo el dia en que caia la pascua; pues como esta debia celebrarse en domingo, para honrar la resurreccion, y nó en viernes, como lo pretendian erróneamente algunos cuartodecimanos, que de esta manera celebraban la pascua de la crucificacion, y nó la de la resurreccion; era necesario inventar un órden perpétuo que indicase con seguridad la feria primera. En occidente la indican con toda claridad las letras dominicales, como ya lo explicó Beda mas de mil años atrás; pero en oriente, donde los cristianos no usaban las siete letras del alfabeto para señalar los siete dias de la semana, hubieron de valerse de un medio mas ingenioso, como lo era el de los concurrentes y los regulares. Los antiguos calendarios latinos guardaron esa invencion, si no como necesaria, á lo menos por su sutileza; y por esto decia muy bien Escaligero, que era menester conservar la

Esas letras son la A, la B, la C, la D, la E, la F y la G, y sirven, como es sabido, para señalar los siete dias de la semana. La A indica el primer dia del año, la B el segundo, la C el tercero y así sucesivamente, formando un círculo perpétuo, hasta que aquel termina; pero como el año comun acaba por el mismo dia con que empieza de la semana, y el bisiesto por el siguiente, como lo hemos dicho ya, de aquí es que las letras dominicales, para indicar el dia de la semana, han de mudarse cada año en órden retrógrado, de manera, que si la letra G señala, por ejemplo, los domingos de un año comun, la F señalará los del año siguiente, si tambien es comun; pero si fuere bisiesto, dicha letra los indicará solamente hasta el 24 de febrero, inclusive, y de allí adelante, hasta fin de año, la sustituirá la E; lo cual sucede así en los años bisiestos, á causa del dia que se intercala en el mes de febrero. Aunque estas siete letras indican igualmente todos los dias de la semana, con todo, se llaman dominicales, porque el domingo es el primer dia de ella y para cuyo hallazgo principalmente fué adoptado su uso (1).

El concurrente 1 corresponde á la letra dominical F, el 2 á la E, el 3 á la D, el 4 á la C, el 5 á la B, el 6 á la A, y el 7 á la G. Fácil es el notarlo en nuestra tabla cronológica, donde hemos puesto los concurrentes junto á las letras dominicales del calendario juliano, porque hay muchas escrituras en cuyas fechas se hace mérito de ellos, llamándolos algunas veces « epactas del sol » para distinguirlas de las de la luna, llamadas simplemente « epactas, » como lo veremos mas adelante.

En la primera edicion de la tabla cronológica que acompaña á esta obra, se habian suprimido tanto los concurrentes como las letras dominicales del antiguo calendario, al pasar del año 1582; pero hemos creido ahora que seria conveniente continuarlos, unos y otras, porque sirven, como hemos visto, para regular los domingos de los que no han adoptado la correccion gregoriana.

19. DEL TÉRMINO PASCUAL. — Además del término pascual de que hemos hablado al tratar de las claves de las fiestas movibles, y que caia constantemente en el dia 11 de marzo, servíanse tambien los antiguos de otro medio para conocer el dia en que debia celebrarse la pascua. Este medio era el dia 14 de la lunacion, el cual precedia al domingo en que caia aquella festividad; y á este dia le llamaban « término pascual, » con cuyo nombre se le ve citado repetidas veces entre otras fechas en los instrumentos, como puede verse en alguno de los ejemplos que hemos continuado de vez en cuando, y como podrá tambien observarse en otros dos que vamos á continuar aquí. Es el primero una escritura inserta en el primer tomo, col. 566, de la nueva Historia de Bretaña, por Morice, y cuya fecha dice: « Año MCXXXII, indiccion X, epacta I, concurrente V, término pascual á II de las nonas de abril, siendo el dia de la misma pascua á IV de los idus (de dicho mes) y á XX de la lunacion. » Todas esas fechas están bien puestas, y en particular el « término pascual á dos de las nonas de abril, » que corresponden al dia 4 de este mes; porque con solo consultar nuestra tabla cronológica y nuestro calendario lunar, se verá que en el año 1132 el término pascual cayó efectivamente en el citado dia 4 de abril. Hállase el segundo ejemplo en el mismo tomo de Morice, col. 613, donde se lee: «Fecho fué todo esto en el año MCLII, epacta XII, indiccion XV, concurrente V, con bisiesto, ciclo lunar XIII, término pascual á IX de las calendas de abril, y la pascua á III de las calendas del mismo mes, en que se contaban XX dias de la lunacion. » El dia nueve de las calendas de abril se reduce al 24 de marzo; y por las mismas tablas que hemos citado antes podemos ver que en realidad cayó en dicho dia el término pascual, en el año 1152. En todas esas últimas fechas no se descubre otro yerro que el de haber puesto « concurrente V por concurrente II, » lo que puede muy bien haber sido culpa del copista, porque no hay cosa mas fácil que leer V por II y II por V, si no están bien separados los dos I, ó bien unidos por su pié los dos palos que forman el V.

Inútil es que nos extendamos ahora en mas amplias explicaciones acerca del término pascual, que no ofrece la menor dificultad. Para cerciorarse de la exactitud con que está marcado en nuestra tabla cronológica y en nuestro calendario lunar, basta compararlos, uno con otro, ó, mas sencillamente, contar por los dedos, tomando por punto de partida el primer dia de la luna de pascua indicada en nuestro calendario lunar; y así se verá que le hemos reducido siempre al dia del mes solar en que realmente cae, tanto segun el antiguo, como segun el moderno calendario.

20. DE LA PASCUA. — Contando con lo que hasta aquí hemos dicho acerca de la pascua, y con lo demás que habremos de decir luego en el siguiente párrafo, bastará que aquí nos concretemos á explicar históricamente la formacion del calendario gregoriano, cuyo principal objeto fué la celebracion de aquella solemnidad, y á dar razon de las diferentes épocas en que cada nacion adoptó aquella reforma.

Cuando Julio César dispuso la correccion del calendario, Sosígenes, que fué el principal astrónomo á quien encomendó este trabajo, fijó el equinoccio vernal en 25 de marzo; mas como habian de rebajarse, segun el cálculo astronómico, unos once minutos y doce segundos de los 365 dias y 6 horas que dió de duracion al curso anual del sol, de aquí resultó que en el espacio de ciento veinte y nueve años el equinoccio se habia anticipado ya un dia al 25 de marzo, y que en tiempo del concilio Niceno, celebrado, como es sabido, en el año 325, no caia ya á 25, sino á 21 de dicho mes. Este dia fué el que fijaron para en adelante los padres de aquel concilio; pero sin curarse de remediar la causa de aquella anticipacion, porque tampoco la sabian. Así fué que, continuando el mismo vicio, en el espacio de 341 años dicho equinoccio se habia adelantado ya tres dias al 21 de marzo, y que

ciencia de los concurrentes y abandonar su uso. Máximo el Monje, en su Cómputo Eclesiástico, publicado por el padre Petavio, explica con suma claridad esos concurrentes, llamándolos epactas del sol, así como los regulares, á los que da el nombre de dias aditicios. Paulo Alejandrino, que escribia en el año 377, y Vetio Valente, antioqueno, dan reglas para hallar el plinto, ó los concurrentes y los regulares, en los calendarios egipcio y etiópico; y lo mismo hace Juan Chrysococces para los años arábigo y persa. Quien desee saber el método particular que se observa en esos concurrentes, lea á Beda y Escaligero, y al padre Petavio en sus notas al Cómputo de Máximo. » (Hist. de Bearne, página 461.)

(1) En no pocos instrumentos se cita tambien la letra dominical entre las demás notas cronológicas; pero algunas veces, en lugar de nombrarla, se la designa por el número de órden que ocupa en el alfabeto, diciendo « letra 1, » en vez de « letra A, » « letra II » en vez de « letra B, » y así de todas las demás. Véase sino la fecha de una escritura otorgada por Raul, conde de Evreux, en la que se lee: « Fecho en el año de la encarnacion de nuestro Señor Jesucristo MXI, indiccion IX, letra VII, luna XVII á XVII de las calendas de octubre, reinando sobre los francos el rey Roberto, gobernando la Normandía Ricardo II, y ocupando la silla de Ruan el arzobispo Roberto. » (Pommeraye: « Historia de la abadía de Saint-Ouen de Ruan, » parl. I, pág. 422.)

en los 1257 que transcurrieron desde el de 325 al de 1582, esta anticipacion era ya de once dias, aunque no resultase mas que de diez, segun las tablas alfonsinas de que se valieron los redactores del calendario gregoriano. Muchísimo tiempo antes de Gregorio XIII se habia advertido ya este defecto del calendario juliano; pues el sabio astrónomo inglés Juan de Sacrobosco le hizo ya notar en 1260, mas adelante dieron algunas reglas para enmendarle Juan de Sajonia y Roberto Grosse-Tête, obispo de Lincoln, y en el siglo XII manifestaron tambien sus ideas en este punto Pedro Filumena, Nicolás Gregoras é Isaac Argyro. Á instancias del cardenal de Ailli, en el concilio de Constancia del 1414, y del cardenal Cusa, en el de Basilea de 1436 y 1439, se trató asimismo, aunque sin resultado, de esta reforma, en la que se propuso trabajar eficazmente el papa Sixto II llamando para esto á Roma al célebre matemático Juan Regiomontano, el cual murió en aquella ciudad en 1476, cuando habia apenas bosquejado su obra. Durante el siglo siguiente se hizo tambien presente la necesidad de la reforma al papa Leon X, y al concilio de Letran, cerrado en el año 1517; y luego se recurrió para el mismo objeto al pontífice Pio IV y al concilio de Trento; pero esta última vez con mejor éxito, porque dicho concilio ordenó efectivamente que se procediese á la correccion deseada, dando con esto ocasion á que se publicasen diversos escritos en los que cada autor proponia el plan que le parecia mejor para lograr el acierto. Por último, habiendo Gregorio XIII llamado á Roma á los hombres mas versados en la materia, y empleado diez años en discutir todas las fórmulas que le fueron presentadas, prefirió la de los hermanos Luis y Antonio Lilio, envió en 1577 copias á todos los príncipes, repúblicas y academias católicas, y teniendo así una seguridad de que convendrian en adoptar la reforma, publicó en 1582 su nuevo calendario, en el que se suprimieron diez dias de aquel año, saltando del 5 al 15 de octubre.

España, Portugal y una parte de Italia hicieron la supresion en el mismo dia en que se hizo en Roma; pero en Francia no se verificó hasta el siguiente mes de diciembre, saltando del 10 al 20, conforme á lo prevenido en la real cédula de Enrique III, de 3 del anterior noviembre.

En el mismo año, y á 10 de diciembre, Francisco de Francia, duque de Alenzon, y luego de Anjou, como soberano de los Paises Bajos, dirigió á los consejos de Brabante, Güeldres, Malinas, Flandes, Holanda, y Frisa, un edicto en que disponia que en aquellas provincias «después del próximo dia 14 de diciembre, en vez de contar 15 el dia siguiente, como correspondia segun el cómputo antiguo, se contase 25 y se tuviese por dia de navidad, terminando luego el año seis dias despues de dicha fiesta.» Brabante, Flandes, Artois, Hainaut y Holanda se conformaron con el edicto; pero Güeldres, Zutfen, Utrecht, Frisa, el país de Groninga y Over-Issel se opusieron y continuaron usando el antiguo estilo. Á 10 de enero del año siguiente, y después de la retirada del duque de Anjou, hallándose en Tornay el rey de España Felipe II, dió otro edicto ordenando á las diez y siete provincias de los Paises Bajos que adoptasen el nuevo calendario, y disponiendo que en consecuencia el dia 12 del siguiente febrero contasen 22, y el dia inmediato 23 fuese miércoles de ceniza. «Mudamos, pues,» añadia, «la letra F en B, de manera que el mes de febrero no tendrá por este año mas que 18 dias, en lugar de 28, aunque se cuente hasta este número inclusive.» A pesar de esto, las provincias que se habian negado á cumplir el edicto del duque de Anjou, tampoco hicieron caso del de Felipe II, contra cuya autoridad se habian rebelado; pero en 1700 vemos que los estados de Utrecht, á 24 de julio, dieron órden de que se adoptase el nuevo calendario, comenzando el dia 1.° de diciembre, en que se contaria 12, y que en el mismo año siguieron este ejemplo las provincias de Over-Issel, Güeldres, Frisa y Groninga. Esta es, pues, la época en que el nuevo estilo comenzó á regir uniformemente en todos los Paises Bajos.

«Á 24 de noviembre del año 1582 llegó á esta ciudad de Metz, dice Meurisse en su historia de los obispos de aquella silla, la noticia de la correccion del calendario; y luego los que ejercian la autoridad espiritual á nombre del obispo, Cárlos de Lorena, dispusieron, de acuerdo con todo el clero, que el dia 10 de diciembre se contase 20; que el dia siguiente fuese 21, celebrándose la fiesta de santo Tomás, y así consecutivamente.»

En Alemania el emperador Rodulfo II propuso en una de las últimas sesiones de la dieta de Ausburgo, abierta el dia 27 de junio de 1582, que se introdujese en el imperio el calendario gregoriano; pero su propuesta, aunque muy puesta en razon, fué desechada, sin duda, como dice Pfeffel, porque los estados se ofendieron del tono absoluto con que el papa les habia ordenado la admision de su obra. La oposicion fué por entónces unánime: pero en 1584 el emperador, secundado por Ernesto de Baviera, elector de Colonia, logró que los estados católicos del imperio aceptasen el nuevo calendario. Los protestantes entretanto continuaron usando el antiguo: solo la ciudad de Estrasburgo, que habia caido bajo el dominio de Francia, adoptó el gregoriano en 5 de febrero de 1682, por disposicion de M. de la Grange, intendente de Alsacia; entónces se suprimieron los diez últimos dias de aquel mes, comenzando por el 1.° de marzo el nuevo estilo. (Pontier, «Gabinete de los grandes,» pág. Schœflin, «Alsacia ilustrada,» tom. II, pág. 343.) Finalmente, en 1698 los protestantes del imperio empezaron á trabajar en la redaccion de un nuevo calendario, y á 14 de octubre (ant. est.) de aquel año, el sabio matemático de Jena, Echardo Weigel, propuso á la dieta de Ratisbona el medio de llevar á cabo aquella reforma. Ventilóse el negocio en el seno de los estados titulados evangélicos; consultóse al mismo tiempo á otros sabios matemáticos; y á 13 de setiembre de 1699 la asamblea de los protestantes resolvió y decretó, que en el año 1700 se le quitasen al mes de febrero los once últimos dias, y que se celebrase la pascua, nó segun el ciclo de Dionisio, adoptado en el calendario juliano, sino con arreglo al cálculo astronómico. En cumplimiento de esta resolucion, publicóse en 1700 un nuevo calendario con el título de «corregido,» que Weigel pretendió que era mas exacto que el gregoriano, con el cual á la verdad conviene en cuanto al número de los dias del año y á la disposicion de las semanas, pero del cual difiere en el modo de determinar la pascua y las demás fiestas movibles que de ella dependen; porque en vez de fijar invariablemente el equinoccio de la primavera á 21 de marzo, como el calendario gregoriano, le determina en virtud de un cálculo fundado en las tablas rudolfinas ó keplerianas de los movimientos celestes, sin valerse para nada del áureo número, de las epactas, ni de las letras dominicales; y como segun aquel cálculo el equinoccio es movible, y puede recaer tan pronto en el dia 19, como en el 20, 21, 22 ó 23 de marzo, de aquí resulta que los protestantes no siempre se conforman con nosotros en el dia de la cele-

bracion de la pascua. La celebrarán antes, siempre que, recayendo el equinoccio á 19 ó 20 de marzo, se verifica el plenilunio en uno de estos dias que sea sábado, pues entónces el dia siguiente será el de pascua, como sucedió en 1724, en cuyo año fué la nuestra á 16 de abril y la de los protestantes á 9 del propio mes; y en 1744 (1), en que los protestantes la celebraron á 29 de marzo y nosotros á 5 de abril. La celebrarán despues, siempre que el plenilunio se verifique á 21 de marzo; pues entónces nosotros podremos celebrarla el 22 ó el 23, en caso que cualquiera de estos dias acierte á ser domingo, y como es posible que el equinoccio, segun el calendario de los protestantes, no entre hasta el 22 ó el 23 de aquel mes, esto les obligará á diferir la pascua hasta el domingo siguiente, siete dias mas tarde que nosotros. Sin embargo, debemos consignar aquí una advertencia, y es, que el calendario reformado de que tratamos, no fué adoptado como definitivo y perpétuo, sino solamente como provisional, duradero hasta que desapareciesen los defectos que se achacaban al gregoriano (2).

Este último fué adoptado sucesivamente en Suiza por los cantones y estados católicos: Lucerna, Uri, Schwitz, Friburgo y Soleura le aceptaron en 1583; Underwalden en 1584; pero en los bailiajes que los católicos poseian en comun con los protestantes, estos últimos opusieron graves dificultades á la introduccion de aquel calendario, convirtiendo el negocio en cuestion religiosa, sin más que por haberle publicado el papa, hasta que en febrero de 1585 hicieron ambas partes un amistoso convenio, por el que se gobernasen los súbditos de uno y otro culto. Los cantones de Zurich, Berna, Gláris, Basilea y Schaffhouse, la villa de san Gallo, las Ligas Grisonas, Bienna, Mulhausen, Ginebra y Neufchatel conservaron en sus respectivos distritos el uso del calendario juliano. El canton de Appenzel, en donde la religion era mixta, adoptó al principio el calendario gregoriano, en 1584; mas luego, las graves turbulencias que esta reforma suscitó entre los secuaces de ambos cultos hubieran degenerado bien pronto en una guerra civil, á no haberse apaciguado por la mediacion de los demás cantones, esti-

(1) Así hubiera debido suceder tambien en 1778 y en 1798; pero como entónces la pascua de los cristianos coincidia con la de los judíos, los protestantes, despues de haber deliberado sobre ello desde el año 1724, resolvieron finalmente en la dieta de Ratisbona, á 30 de enero de 1733, que no celebrarian aquellas dos pascuas hasta ocho dias despues de los judíos; á saber, la de 1778 á 19 de abril, y la de 1798 á 8 del mismo mes, una y otra al mismo tiempo que los católicos. (Debemos esta noticia á Raillard, bibliotecario de la ciudad de Basilea.) Sin embargo, no todos los estados de Alemania se conformaron por de pronto con esta disposicion, pues en 1774 el ministro del rey de Prusia presentó de parte de su soberano á la dieta de Ratisbona un rescripto en que se decia, que «S. M. prusiana, previendo que en 1778 la pascua de los protestantes, no caerá en el mismo dia que la de los católicos romanos, y que su coincidencia con la fiesta de los ázimos de los judíos podria ser ocasion de algunos disturbios, desea que los estados del imperio adopten las medidas convenientes para que ambas comuniones cristianas celebren la referida pascua en un mismo dia, sobre todo en los estados en que ambos cultos están igualmente autorizados por las leyes.» En consecuencia, declaraba el rey, que, atendiendo á que en 1778 la fiesta de pascua corresponderia al dia 12 de abril, segun el calendario corregido, la trasladaba en sus estados al dia 19 del propio mes, por no celebrarla juntamente con los judíos, cuyo calendario la indicaba para el mismo dia que la de los protestantes. Movida, pues, la dieta de las razones en que se fundaba aquella disposicion, resolvió unánimamente, á fines de noviembre del citado año 1774, que en adelante se siguiese la correccion gregoriana para el señalamiento de la festividad de la pascua, reconociendo así con los católicos el inconveniente que hay en apartarse de su calendario bajo pretexto de una mayor exactitud astronómica.

Entre las obras de Juan Bernoulli (tom. IV, pág. 494), se halla una memoria dirigida en 1724 al senado de Basilea, en la cual prueba, que muy á menudo, por exacto que fuese el cálculo del equinoccio y del plenilunio, los cristianos no celebrarian todos al mismo tiempo la pascua, á causa de la mucha distancia de los lugares, y de la diferencia que el cambio de uno á otro meridiano produce en la hora de la salida del sol; de manera que si el plenilunio se verificaba para unos en sábado, para otros seria ya en domingo. Por esto aconsejaba que se convirtiese la pascua en fiesta fija é inmovible, en cuya celebracion conviniese todo el orbe cristiano; pero no se siguió su dictamen.

(1) A pesar de que el año solar, segun M. de la Lande, no consta mas que de 365 dias, 5 horas, 48 minutos y 46 segundos, con todo el calendario en su actual estado le supone de 365 dias, 5 horas, 49 minutos y 12 segundos; por consiguiente los que le redactaron hubieran hecho una correccion mas exacta, como lo advertimos ya antes de ahora, si hubiesen ordenado la supresion del bisiesto en cada periodo de 128 años; porque de este modo el año hubiera resultado ser de 365 dias, 5 horas, 48 minutos y 45 segundos, teniendo precisamente la misma duracion que el año astronómico. Sin embargo, debe tenerse tambien en cuenta, que entónces hubieran debido renunciar á la uniformidad de las intercalaciones del bisiesto, que han de hacerse cada cuatro años, á excepcion de los tres seculares, y á la intercalacion de cada bisiesto cada cuatrocientos años.

Hay además en nuestro calendario algunos otros defectos. Consiste el segundo de ellos en que los cálculos relativos á los movimientos de la luna se hicieron tomando por base la duracion «media» de sus revoluciones; y así no es de extrañar que los novilunios que marca el calendario se separen á veces uno ó dos dias, y aun tres, de los novilunios astronómicos, que están siempre calculados sobre el nacimiento «verdadero» de aquel planeta. Sin esto, el calendario señala solamente el novilunio en los dias en que se cree que comenzará á presentarse iluminado el borde del astro; y los efemérides, al contrario, le señalan en el instante mismo de conjuncion de la luna con el sol, lo que, segun todos los observadores, produce una diferencia de cerca de dos dias. Esta es la causa de que no anden conformes las lunaciones civiles y las astronómicas.

Otra falta se advierte tambien; y es, que algunas veces el domingo que, segun el concilio Niceno, deberia estar consagrado á la celebracion de la pascua, no lo está por culpa del calendario, como sucedió en 1724. En dicho año el equinoccio de la primavera comenzó entre las nueve y las diez de la mañana del dia 20 de marzo, y el plenilunio pascual astronómico cayó en sábado, á 8 de abril, á eso de las cuatro de la tarde; por consiguiente, los cristianos hubieran debido celebrar la pascua el dia siguiente, que se contaba 9 de abril: pero como el calendario no señalaba el plenilunio hasta el domingo, la iglesia hubo de diferir ocho dias la celebracion de aquella festividad, contra la intencion primitiva del concilio de Nicea. Lo mismo sucedió en 1744, en 1778 y 1798, en cuyos años se vió que el plenilunio pascual debia verificarse, segun las efemérides astronómicas, el dia 31 de marzo, hácia las nueve de la noche; y como aquel dia era sábado, la pascua hubiera debido celebrarse el dia siguiente, 1.º de abril. Sin embargo, segun el calendario la epacta correspondia á 19 de marzo, y por consiguiente el plenilunio á 1.º de abril, que era domingo, y así hubo de diferirse la celebracion de aquella fiesta hasta el domingo siguiente, á 8 de este último mes.

Este tercer defecto, que es una consecuencia del segundo, será inevitable mientras no se recurra al cálculo para fijar en particular cada novilunio; pero seria fácil disminuirle en gran parte, si en vez de las epactas de los novilunios, se notaban las de los plenilunios, como lo propuso el padre Mellton en una obra que publicó con el título de «La correccion gregoriana ilustrada, ampliada y vindicada.»

El cuarto defecto consiste en que Gregorio XIII, al ordenar una completa uniformidad en todos los estados católicos, respecto al dia en que debia celebrarse la pascua, no consideró que algunos paises cuentan un dia mas ó menos que nosotros, segun que se hallan situados mas al oriente ó al occidente, y que esta diferencia puede ser causa de que los cristianos que habitan aquellas comarcas celebren la pascua al mismo tiempo que los judíos. Verdad es que este inconveniente es ahora de muy poca monta, desde que en la iglesia no se habla ya de los «cuartodecimanos,» llamados así porque celebraban siempre aquella festividad el dia catorce de la luna, lo mismo que los judíos, y cuya tenacidad fué causa de tan grandes turbulencias, que obligaron al papa Víctor á que tratase de fulminar contra ellos un solemne anatema, como lo hubiera hecho, sin el prudente consejo de san Ireneo. Los protestantes tuvieron tambien sus cuestiones acerca del método que habrian de seguir para el señalamiento de las lunas pascuales; pero podemos repetir aquí lo que el célebre Juan Bernoulli decia en 1723 á los magistrados de Basilea, que le consultaron sobre esta materia: «Mas valdria que los cristianos no se mostra-

pulándose al cabo, en 1590, que los protestantes podrian celebrar nuevamente sus fiestas segun el antiguo calendario, hasta que el mismo quedó enteramente restablecido en la parte protestante del canton, cuando éste quedó dividido en dos distritos del todo distintos, católico el uno, y protestante el otro. La concordia que los cantones habian celebrado en 1585 para sus bailiajes comunes, en los cuales estaban autorizados ambos cultos, prevenia que los protestantes podrian conservar sus fiestas con arreglo al antiguo calendario, y que en ellas sus compatriotas católicos estarian obligados á abstenerse de trabajar hasta mediodía, y recíprocamente, que los católicos podrian celebrar las suyas siguiendo el nuevo calendario, y que á los protestantes, á su vez, les seria tambien prohibido el trabajar hasta la misma hora.

En el año de 1700, á instancia de los estados protestantes de Alemania, congregados en Ratisbona, los cuatro cantones de Zurich, Berna, Basilea y Schaffhouse adoptaron el calendario corregido por Weigel; y por consiguiente comenzaron el año 1701 por el dia 12 de enero del antiguo estilo, bajo el mismo pié que los católicos. Las ciudades de Ginebra, Bienna y Mulhausen, el condado de Neufchatel, y los bailiajes comunes de Baden, Turgovia, Sargans y Rheintal adoptaron tambien la misma reforma; pero esta no pudo introducirse en el canton de Glaris, donde la religion era mixta, ni en la parte protestante del de Appenzel, de manera que aun hoy dia se conserva allí el antiguo calendario. Hasta el año 1724 no adoptó el nuevo la ciudad de San Gallo; y los protestantes de las tres Ligas Grisonas han continuado desechándole, de modo que en ellas solamente le usan los católicos. Por esto en los decretos que comprenden á todos los habitantes de aquellas tres ligas se pone la fecha de ambas maneras, segun el antiguo y segun el nuevo calendario. (Hemos sacado estas noticias de una memoria que nos ha comunicado el señor baron de Zurlauben). Así tambien en el Tockemburgo, distrito de San Gallo, los protestantes continúan siguiendo el antiguo estilo, y han dejado á los católicos que sigan el moderno.

En Hungría, la dieta de Presburgo, celebrada á presencia del archiduque Ernesto en 1587, adoptó, tras empeñados debates, la correccion gregoriana. (De Sacy, « Historia de Hungría, » tom. II, pág. 92.)

En Polonia quiso introducir la misma reforma el rey Estéban Battori, en 1586; y aunque los habitantes de Riga se opusieron á ella y se amotinaron, apaciguados luego, prevaleció el nuevo calendario.

Introdújole en Suecia un edicto dado por el rey con acuerdo del senado, á 24 de febrero de 1752, y se fijó el 1.° de marzo de 1753 para que tuviese principio la reforma.

En Dinamarca se adoptó el nuevo calendario desde el año 1582; pero un edicto real de 20 de diciembre de 1699, dispuso que aquel fuese reformado con arreglo á las correcciones de Weigel, y desde entónces el cómputo de los dinamarqueses concuerda perfectamente con el de los protestantes de Alemania. Así nos lo ha manifestado Screibeir, consejero limosnero de la embajada de Dinamarca en la corte de Francia; y por consiguiente se equivocan aquellos escritores que dicen que el nuevo calendario no fué adoptado en aquel reino hasta 1745.

En Inglaterra, una acta del parlamento congregado en Westminster en 1751 dispuso que el año 1752 y los siguientes comenzasen por el 1.° de enero (entiéndase del antiguo estilo), y que para reducir al nuevo estilo la cronología inglesa, á 3 de setiembre de aquel año se contase 14 del propio mes; de manera que la dicha cronología no empezó á concordar con las demás reformadas hasta el expresado dia 14 de setiembre del año 1752, y que el de 1753 fué el primer año que comenzó puntualmente para todos en el mismo dia.

En resúmen, en el occidente no quedan ya mas que la Rusia y algunos distritos de Suiza que continúen siguiendo el calendario juliano; pero en el oriente ha sido universalmente desechada la correccion gregoriana, y todos los griegos siguen contando segun el antiguo estilo, por mas que asegure lo contrario un autor moderno. Verdad es que Jeremías II, patriarca de Constantinopla, se habia comprometido con el papa Gregorio XIII á introducir en su iglesia el nuevo calendario; pero Teolepto, metropolitano de Filipópolis le hizo deponer y encarcelar por aquella causa, como lo explicaremos muy extensamente cuando tratemos de aquel patriarca.

21. DE LAS EPACTAS. — El año solar comun consta, como lo dijimos anteriormente, de 365 dias, y el año lunar, tambien comun, de 354; por consiguiente tiene

---

sen tan escrupulosos en la eleccion del dia en que correspondo solemnizar la pascua, y que guardasen todo su celo para celebrarle, después de escogido, como corresponde á su fé, y para honrar debidamente á Dios y la gloriosa resurreccion de nuestro Señor Jesucristo. » El mismo Bernoulli deseaba muchísimo, que de una vez para siempre se fijase la pascua en el primer domingo después del equinoccio de la primavera; porque de esta manera hasta la gente del pueblo sabria á qué atenerse, y no sucederia como ahora, que no comprende la causa de los altos y bajos á que da lugar el sistema que se sigue, siendo poquísimas las personas, dun entre las que pasan por instruidas, que se han tomado la molestia de profundizar las razones en que se funda semejante uso; apesar de haberse escrito sobre el calendario un sin número de tratados, entre los cuales se distinguirá siempre el que se halla en el quinto tomo de las obras de Gassendi, en folio, por la claridad con que está redactado, como todas las demás obras de aquel grande hombre, cuyo mérito no será nunca bastante apreciado.

Apuntemos ahora otro defecto del calendario, y será el quinto y último. Está probado por una larga série de observaciones modernas, comparadas con muchísimas otras antiguas, que el año solar tiene 11 minutos y 15 segundos menos de lo que creyó Sosigenes; y como esos 11 minutos y 15 segundos, reducidos á partes del dia, equivalen á 1|128, resulta que la precesion de los equinoccios debe ser de 7 dias al cabo de nuevecientos años, y por consiguiente de 28 dias al cabo de 3600. Así pues, para conservar en el mismo punto el equinoccio de la primavera, es necesario rebajar los 28 dias de los 36 años seculares; y como esos 3600 años de 365 dias, 5 horas, 49 minutos y 12 segundos, suman 1.314,873 dias, y el año trópico no es mas que de 365 dias, 5 horas, 48 minutos y 45 segundos, de aquí se sigue que 3600 de estos años no suman mas que 1.314,871 dias, 21 horas, y por consiguiente, que 3600 años segun el calendario exceden en 1 dia y 3 horas á los 3600 años trópicos; en donde resultará que al cabo de treinta y seis siglos los cuales terminarán en el año 5200 de Cristo si no se corrige esta falta, se contará, nó un dia, sino 27 horas de sobra; y esas veinte y siete horas en ocho veces 36 siglos formarán 9 dias al cabo de 28,800 años. Sin embargo, los que redactaron el calendario gregoriano dispusieron que no se suprimiesen mas que tres bisiestos en cada período de cuatro cientos años y así nos pusieron en el caso, lo mismo que á los que vendrán después de nosotros, de no suprimir mas que 27 dias en cada treinta y seis siglos, de manera que los que existan al fin de ese largo período se hallarán con que el equinoccio se habrá adelantado un dia.

A pesar de todo, no habria cosa mas fácil que el remediar este defecto; porque bastaria suprimir siete bisiestos en cada nueve siglos, en lugar de suprimir tres cada cuatro; y si en vez de emplear la ecuacion lunar cada 312 años y 1|2, se la empleaba cinco veces en el espacio de once siglos, tampoco seria difícil el probar que la revolucion sinódica de la luna seria entónces tan exacta por el calendario, que no discreparia mas que un décimo de segundo de la que resulta de las mejores observaciones; de manera que seria necesario el transcurso de 146,700 años, para que esta diferencia produjese un solo dia de error en la indicacion de los novilunios de un calendario reformado segun esos principios, el cual, á no dudarlo, seria así mucho mas perfecto.

el primero once dias mas que el segundo. Así es que, para igualar el un año con el otro, ha sido menester añadir once dias al solar; y esa añadidura es la que forma las epactas, las cuales van ganando cada año igual número de dias, porque otros tantos adelanta la luna en su curso, respecto del sol. Como que los años bisiestos se componen de 366 dias, en ellos la luna se adelanta doce dias respecto del sol; pero los calendarios, tanto el antiguo como el corregido, están ordenados de manera que, sin tomar en consideracion aquellos años, se contentan con ir añadiendo constantemente á las epactas el número 11, como si fueran comunes. De esta regla no hay mas que dos excepciones: la una para el año del ciclo decemnovenal que concurrió con la epacta 29 hasta la reforma del calendario; y la otra para el que precede al que tiene 1 por áureo número, desde 1596 hasta 1900, exclusive; pues en ambos casos los computistas aumentan las epactas de 12 en lugar de 11, con el objeto de que al cabo de 19 años tanto las epactas como los novilunios vuelvan á comenzar en el mismo órden que durante el ciclo precedente. Así puede observarse en nuestra tabla, comparando los ciclos uno con otro; y allí mismo podrá verse tambien que las epactas aumentan de 12 en lugar de 11 en los años que coinciden con el último del ciclo decemnovenal.

Para descubrir mas fácilmente semejante uso, es necesario entender cómo proceden los computistas al añadir á cada año las epactas. Es de saber, por lo mismo, que aquellos, si en este año cuentan 11, contarán 22 el año próximo, añadiéndoles otros 11; y luego el año siguiente, añadiéndoles 11 mas, contarán 33, ó mejor, no contarán mas que 3, porque en llegando á un número que pase de 30, rebajan las tres decenas, y el número que resta es el de la epacta que buscan. Bajo este supuesto, es fácil de entender que en vez de 11 añaden 12 para el año que sigue á la epacta 29, desde Jesucristo hasta 1582; para el que sigue á la epacta 19, desde 1596 hasta 1700; y para el de después de la epacta 18, desde 1700 hasta 1900 exclusive; pues si en el año que sigue á la epacta 29 no se añadian mas que 11, no se contaria mas que epacta 10, porque 29 y 11 suman 40, y rebajando 30, son 10 las que restan; y sin embargo después de 29 se cuenta epacta 11, como puede verse en nuestra tabla cronológica, desde Jesucristo hasta el año 1582. Es, pues, necesario que los computistas añadan 12 para el año que sigue al que tiene por epacta 29. Lo mismo ha de suceder desde 1700 para el año siguiente á la epacta 18. Dicho año está indicado así * en nuestra tabla cronológica, donde el asterisco equivale á 30: ahora bien, 18 y 11 no suman mas que 29; por consiguiente es necesario que por epacta se hayan añadido 12 y nó 11, para todos los años que llevan aquel asterisco. Por lo dicho se ve que todos los computistas, tanto antiguos como modernos, convienen perfectamente en añadir 12 de epacta en lugar de 11, para un determinado año del ciclo decemnovenal; pero á pesar de todo están muy distantes de contar las epactas de igual manera.

Los modernos cuentan tantas epactas como dias tiene la luna á fin de diciembre del año anterior; y así, por ejemplo, en 1760 contaron epacta 12, porque el dia 31 de diciembre de 1759 era el 12 de la luna. Hay, sin embargo, una excepcion, y es, que desde 1596, en el primer año del ciclo decemnovenal se añade una unidad al número de dias que tenia la luna en el último del anterior diciembre. Por ejemplo: en 1785 la luna tenia 29 dias á 31 de diciembre; y sin embargo, se contó 30, ó epacta *, porque el año 1786 era el primero del ciclo decemnovenal que tenia por áureo número 1; por la misma razon, en el fondo, por la que se añaden 12 á las epactas 18, 19 y 29. Muy de otra manera procedian los antiguos computistas; pues estos contaban cada año tantas epactas como dias tenia la luna el 31 de marzo: « cada año, dice el venerable Beda, el número de la epacta es igual al de los dias que cuenta la luna á 11 de las calendas de abril; » y esas epactas antiguas, por las cuales están fechados los documentos, son las que hemos indicado en nuestra tabla cronológica, desde el primer año de nuestra era cristiana hasta la fecha de la correccion gregoriana en 1582. Hemos de advertir tambien, que no todos los antiguos las daban el mismo principio; pues los habia que empezaban á contarlas desde el mes de setiembre, como los egipcios, y por consiguiente cuatro meses cabales antes que los que seguian el uso romano, comenzándolas por el mes de enero. « Las epactas, añade el mismo venerable Beda, empiezan el dia de las calendas de setiembre, segun los egipcios; y el de las de enero, segun los romanos. » En nuestras escrituras hemos hallado que algunos notarios seguian el estilo egipcio, al paso que otros se conformaban con el de los romanos: pondremos, pues, algunos ejemplos, y en primer lugar de los que contaban como los egipcios. En el tomo I de las Anécdotas de Martenne, coluna 264, hay una escritura cuya fecha dice así: « Otorgóse en el año de la encarnacion del Señor MXCIII; indiccion I, epacta I. » En esta escritura está bien puesto epacta I, segun el estilo egipcio, porque su otorgacion no fué anterior al mes de setiembre; pero si hubiese sido anterior, ó si el que la extendió hubiese seguido el estilo de los romanos, entónces la epacta hubiera debido ser XX, como lo hemos notado en 1093 en nuestra tabla cronológica, donde hemos seguido el estilo romano en el modo de contar las epactas, prescindiendo del de los egipcios, porque no es posible indicarlo todo en una tabla que ante todo debe presentarse clara y sin ninguna confusion. El mismo tomo de las Anécdotas que acabamos de citar tiene continuada en su coluna 346 otra escritura de Luis el Gordo fechada en estos términos: « En el año del Señor MCXVII..... epacta XXVI, concurrentes VII. » Tambien aquí está como debe epacta XXVI, siguiendo el estilo egipcio; pero segun el romano hubiera debido decirse epacta XV, que es la que se ve notada en nuestra tabla cronológica para el año 1117. Lo mismo se observa en otra escritura citada por Vaissète en el tomo II, fol. 511, de las pruebas de su Historia de Languedoc, cuya fecha dice: « Se otorgó esta escritura en el mes de noviembre, feria VII, epacta VI, luna VI, en el año de la encarnacion del Señor MCXLIV, » ó mejor, MCXLV, que es como debe leerse, segun aquel mismo autor. Efectivamente, todas las fechas de esta escritura corresponden al año 1145; y la « feria VI y el mes de noviembre, juntos con la luna VI, » prueban que la otorgacion se hizo en el dicho año 1145, á los 24 de noviembre, que era un sábado, como puede verse en nuestros calendarios lunar y solar. En cuanto á la epacta VI, en vez de XV, no puede ya ofrecer ninguna dificultad, después de lo que acabamos de decir, que algunos notarios mudaban la epacta desde el mes de setiembre, como los egipcios. Hé aquí otra prueba evidentísima, sacada de las de la última historia de Bretaña, tomo I, coluna 612: « Otorgóse..... esta confirmacion..... en el año de la encarnacion del Señor MCLII, en el mes de setiembre, dia de la exaltacion de la santa Cruz, luna II, feria I, ciclo solar XIII, epacta XXIII, concurrentes II, claves de los térmi-

nos XIV, indiccion XV. » Segun el estilo de los romanos hubiera debido ponerse « epacta XII; » pero está bien « epacta XXIII, » contando como los egipcios, por haber sido otorgada la escritura en el mes de setiembre. Por lo demás, todas las otras fechas están exactas, á excepcion de la « luna II, » puesta así sin duda por yerro del copista, en vez de « luna XI. »

Es muy posible que esta costumbre de los egipcios haya tenido gran boga entre los antiguos; mas para probarlo seria necesario tener á la vista un gran número de escrituras que hubiesen sido otorgadas en los cuatro últimos meses del año, que es precisamente lo que nos falta, porque las otorgadas durante los ocho meses primeros, aunque muchas veces lleven notada la epacta, no pueden citarse como prueba, á causa de que en aquella temporada se confunden ambos estilos, el romano y el egipcio, y las fechas resultan las mismas segun el uno que segun el otro. Por esto advertimos desde ahora, que al citar, como vamos á hacerlo, algunas escrituras otorgadas desde el mes de enero al de agosto, inclusive, llevamos mas bien por objeto el probar la costumbre general de nuestros antiguos, que el demostrar el estilo particular de los romanos. Efectivamente, contaban aquellos las epactas de una manera tan diferente de nosotros, que es necesario probarlo con gran número de citas, para que no quede la menor duda acerca de lo que hemos sentado.

El primer ejemplo que se nos ofrece de las epactas añadidas á las fechas, le tenemos en una carta inserta en la Vida de san Benito de Aniano, en la cual los monjes de la abadía de Tudo, citan la muerte del santo en estos términos: « Murió, ya septuagenario, á III de los idus de febrero, en el año de la encarnacion del Señor DCCCXXI, indiccion XIV, concurrente I, epacta XIV.

Otro ejemplo del mismo siglo nos ofrece Rodrado, sacerdote de la villa de Amiens, poniendo en los siguientes términos la fecha de su ordenacion: « Yo Rodrado recibí el órden sacerdotal á IV de las nonas de marzo del año de la encarnacion del Señor DCCCLIII, indiccion I, epacta VII, concurrente VI, luna VII (ha de ser XIX), término pascual á IV de las calendas de abril.

El primer tomo de las Anécdotas de Martenne va á suministrarnos algunos otros ejemplos de los siguientes siglos. Un privilegio otorgado por Hugo, obispo de Teruana, á favor de la abadía de Fecamp (col. 214), lleva esta fecha: « Otorgado en Fiscano, en el capítulo, en el año de la encarnacion del Señor MLXXX, epacta XXVI, indiccion II. » En el mismo tomo, columna 260, hay un diploma del emperador Enrique III, fechado « á II de los idus de agosto.... del año de la encarnacion del Señor MXCII, indiccion XV, epacta IX»; y luego en la columna 584, hay tambien una escritura de Berta, duquesa de Lorena, que lleva la siguiente fecha: « Otorgóse en el año de la encarnacion del Señor MCLXXVI, indiccion IX, epacta VII, concurrente IV (1).

(1) Una escritura del cartulario de san Miguel de Tonerre, fol. 159, otorgada por el caballero Hugo de Maltalent, por su mujer Isabel, su hija Inés, y el caballero Hildebaldo, tio de Hugo, tiene esta fecha: «En el año de Cristo MCXVIII, en el mes de setiembre, que entre los hebreos es el VII, y entre los romanos el IX, tres dias antes de las calendas de octubre, epacta VII, concurrente II, luna XXIII, en el año I del pontificado de nuestro santísimo padre el papa Gelasio, llamado antes Juan Gaetano, gobernando el reino el rey Luis con su esposa Adelaida, en el año XI del reinado del rey, y IV de la reina, en el IV tambien del pontificado de Jocerano, obispo Lingonense, en el XVII de Hugo, duque de Borgoña, y en el XXIX de Guillermo, conde de Nevers.

En todas esas escrituras de diferentes paises se ven notadas las epactas con arreglo al sistema de nuestros antiguos computistas, los cuales, segun hemos dicho, contaban tantas epactas como dias tenia la luna en el 22 de marzo; y para convencerse de ello, no hay mas que examinar nuestra tabla cronológica y nuestro calendario lunar. No hay en esto la menor variacion; todas las escrituras están conformes en este punto, y todas llevan notadas las epactas de la misma manera, á excepcion de la que corresponde al primer año del ciclo decemnovenal, que en unas se expresa como « epacta XXIX »; y en otras como « epacta ninguna. » Deben, por lo mismo, tenerse presentes esas dos maneras de expresar una misma epacta, para saber, cuando se ofrezca, lo que es la « epacta ninguna », que nosotros no hemos indicado en nuestra tabla cronológica.

Veamos ahora en qué se fundaban los antiguos computistas para contar cada año tantas epactas como dias tenia la luna el 22 de marzo, y para qué les servian esas mismas epactas. Como la pascua no podia caer antes del 22 de marzo, importaba saber á cuántos se estaba de la luna en este dia, porque, sabido esto, ya se sabia al mismo tiempo si la luna que corria en aquel dia 22 era, ó nó, la luna pascual, pues si el número de las epactas pasaba de 16, esto indicaba que la luna del 22 de marzo, no era la luna pascual, sino que lo seria la siguiente; y al contrario, si el número de las epactas era menor de 16, este número demostraba que la luna del 22 de marzo de un año dado era efectivamente la pascual, y que ya no habia necesidad de buscar cuál otra lo fuese.

La aplicacion de esta regla á los dos primeros años del áureo número, ó ciclo decemnovenal, demostrará mas claramente lo que acabamos de explicar. En el año primero de este ciclo los antiguos contaban epacta 29; y como este número pasa de 16, es una prueba de que la luna del 22 de marzo de aquel año no era la pascual, sino que lo era la siguiente, cuyo primer dia correspondia al 23 de aquel mismo mes. En el segundo año del mismo ciclo contaban los antiguos epacta 11; y como este número es inferior á 16, esto prueba que en el año segundo del ciclo decemnovenal la luna que corria el 23 de marzo era la luna pascual. Así puede comprobarse en nuestra tabla cronológica y en nuestro calendario lunar. Este es el uso que hacian los antiguos de las epactas, además del que hemos indicado anteriormente. Debemos tambien advertir aquí, que no es raro hallar algunas escrituras del siglo XI, fechadas por dos diferentes epactas, la mayor y la menor; entendiéndose por mayor la solar, que se confunde con los concurrentes; y por menor la lunar, de la cual acabamos de tratar ahora.

Al presente nos servimos de las epactas para conocer los novilunios de cada mes durante el curso del año, como lo explicaremos mas extensamente en la advertencia que precede á nuestro calendario lunar, en el cual están notadas nuestras modernas epactas, como en todos los calendarios. Solamente haremos observar aquí anticipadamente, que esas epactas modernas, como lo hemos dicho ya antes de ahora, aunque mas exactas que las antiguas, no indican, sin embargo, los novilunios con toda la exactitud astronómica; pues muy á menudo los anticipan un dia, dos, y aun tres, y raras veces los ponen en el que exactamente les corresponde. Por esto se distingue el novilunio, segun el uso comun, del mismo segun el cálculo astronómico.

Para lograr toda esa exactitud, propuso Carouge

en el « Diario de los sábios », (agosto de 1775, página 561) el método que vamos á transcribir.

« Si se da el nombre de epacta al tiempo transcurrido desde el novilunio de diciembre hasta el instante en que empieza el siguiente mes de enero, no puede haber la menor duda de que el método que se emplea para hallar la dicha epacta es sumamente defectuoso, como lo demuestra la siguiente tabla, que contiene la edad de la luna al principio de cada año, desde 1760 hasta 1785, comparada con la epacta ordinaria.

Años.	Epactas ordinar.	Epactas calculadas. D.	H.	M.	Años.	Epactas ordinar.	Epactas calculadas. D.	H.	M.	Años.	Epactas ordinar.	Epactas calculadas. D.	H.	M.
1761	23	24	9	19	1770	3	3	19	53	1779	12	13	1	46
1762	4	5	14	58	1771	14	14	20	22	1780	23	24	1	22
1763	15	16	12	20	1772	25	25	15	37	1781	4	6	4	3
1764	26	27	2	28	1773	6	7	15	57	1782	15	16	17	42
1765	7	9	1	0	1774	17	18	1	48	1783	26	27	2	31
1766	18	19	9	5	1775	28	28	9	58	1784	7	8	0	23
1767	0	0	7	9	1776	9	9	8	41	1785	18	19	10	31
1768	11	10	19	34	1777	20	20	22	57					
1769	22	22	14	58	1778	1	2	1	57					

« Esta tabla demuestra que la epacta ordinaria discrepa casi siempre de un dia, y no pocas veces de dos; por consiguiente convendria no emplearla nunca para hallar el plenilunio pascual, sino dejar á los astrónomos que le calculasen, y determinasen en consecuencia el dia en que ha de celebrarse la pascua, y aun seria necesario, como lo advierte Bernoulli, que se adoptase un meridiano fijo.

« Los noventa y siete años intercalares en cada cuatro siglos han dado al calendario toda la perfeccion apetecible; porque si la duracion del año se supone con La-Lande de 365 dias, 5 horas, 48 minutos y 45 segundos, pasarán 3200 años antes que se note un solo dia de diferencia; si se calcula con La-Caille de 365 dias, 5 horas, 48 minutos y 48 segundos, solo hasta despues de 3600 años podrá contarse un dia de sobras; si se la estima con La-Hire en 365 dias, 5 horas y 47 minutos, transcurrirán 7200 años antes de que se cumpla este exceso de un dia; y finalmente, si el año es exactamente de 365 dias, 5 horas, 49 minutos y 12 segundos no se verificará nunca la menor discrepancia.

« Ya que el calendario tiene en esta parte toda la perfeccion posible, hubiera sido conveniente dársela mayor por otro lado, fijando el equinoccio de la primavera en el dia 1.° de abril, y dando á cada mes un número de dias mas conforme con el tiempo que el sol permanece en cada signo. Por consiguiente, ya que el sol emplea 89 dias, 1 hora y 45 minutos en recorrer los signos de invierno, 92 dias, 22 horas y 12 minutos en recorrer los de la primavera; 93 dias, 13 horas y 32 minutos en los de verano, y 89 dias, 16 horas y 20 minutos en los de otoño, hubieran debido señalarse treinta dias á los meses de enero, febrero y marzo, treinta y uno á los de abril, mayo, junio, julio, agosto y setiembre, treinta á los de octubre y noviembre, y veinte y nueve y treinta al de diciembre.

« De esto hubieran resultado las siguientes ventajas. Primera: el año hubiera principiado cuando el sol empieza á acercársenos y á crecer el dia. Segunda: el sol hubiera entrado en cada signo casi siempre el primer dia del mes. Tercera: cada estacion hubiera comenzado tambien por primer dia de mes, y hubiera durado tres meses cabales. Cuarta: hubiera sido mucho mas fácil el conservar en la memoria cuáles son los meses de treinta dias, y cuáles los de treinta y uno. Quinta: el dia intercalar puesto al fin de diciembre, hubiera servido de complemento al año bisiesto, y hubiera estado mejor colocado que no ahora, sin ningun motivo, despues de la fiesta de san Matías, etc.

« Poniendo el equinoccio en el dia 21 de marzo, se desperdiciaron todas esas ventajas. Verdad es que de todos modos era necesario fijar el equinoccio, porque de lo contrario, como lo observa Bernoulli, hubiera resultado que la fiesta de pascua muchas veces no se hubiera celebrado en el mismo dia, atendida la mucha distancia de unos á otros lugares, y la notable variacion que se observa en la salida y puesta del sol entre uno y otro meridiano; pero no me atreveré á decidir (ni nosotros tampoco) si la razon que se tuvo y que todos conocemos, para fijar el equinoccio en el 21 de marzo, fué bastante poderosa para que hubiesen de sacrificarse todas aquellas ventajas y no dar al calendario toda la sencillez y exactitud que hubiera tenido poniendo el equinoccio en el dia 1.° de abril. »

CONCLUSION DE LA PRIMERA PARTE.—Preguntaremos ahora: ¿hemos cumplido el designio que nos habiamos propuesto, y aclarado suficientemente esa aglomeracion de fechas obscuras que contiene nuestra tabla cronológica? ¿Será aquella tabla tan útil y tan usual como dijimos al principio de nuestra disertacion? El lector atento y juicioso podrá respondernos y darnos á conocer con su respuesta el éxito que podemos prometernos de nuestra obra. Por lo que á nosotros toca, que contamos ya con el voto de personas muy capaces de darle, tenemos la firme esperanza de que será muy útil á todos los que se servirán de ella, no solamente para comprobar todas las fechas de que allí se hace mérito, sino tambien para enmendar muchas otras visiblemente erradas, sin temor de equivocarse al corregirlas; para evitar que los copistas, que sean capaces de servirse de aquella tabla, cometan nuevos yerros poniendo una fecha por otra, cuando es difícil la lectura de los guarismos que la indican en los documentos originales; y últimamente, para determinar el año, el mes y el dia de algunas escrituras cuya fecha está expresada en términos tan vagos, que seria imposible fijar la época en que fueron otorgadas, sin la ayuda de nuestra tabla cronológica y de los calendarios lunar y solar que de ella dependen, ó sin una equivalente noticia, que con dificultad se hallará en ningun otro libro ni antiguo ni moderno. Vamos á probarlo.

Decimos en primer lugar, que nuestra tabla y nues-

tros calendarios pueden servir para corregir muchas fechas visiblemente erradas, sin temor de equivocarnos en la correccion, como lo hemos practicado ya repetidas veces en el contexto de esta misma disertacion; pero si se quieren mas pruebas de este uso, vamos á dar algunas sumamente claras.

La escritura de fundacion de la abadía de Savigni, que Martenne y Durand publicaron en el tomo primero de sus Anécdotas, coluna 333, lleva esta fecha: «Confirmóse esta donacion....en el año de la encarnacion del Señor MCXII, indiccion V, epacta XXI;» y sin embargo es evidente que ha de leerse «epacta XX,» como se halla en nuestra tabla cronológica en el año 1112, porque los antiguos computistas no tenian epacta XXI, la cual no empezó á usarse hasta el año 1587.

Los mismos computistas tampoco contaban mas que siete concurrentes, de los cuales se servian, como lo hemos explicado en el número 18, para denotar los siete dias de la semana. Así es, que cuando en una escritura, como recordamos haberlo reparado en algunas, se nos presenta la fecha «concurrente VIII ó concurrente VIII,» salta á la vista que ha de estar equivocada, y podemos enmendar el yerro por medio de nuestra tabla, en la cual están notados los concurrentes de cada año. Lo mismo puede decirse de los regulares anuales, que tampoco son mas que siete; y por consiguiente, si en algunas escrituras mal copiadas se ve notado un número mayor, es claro que ha de haber yerro, el cual podrá tambien corregirse por medio de nuestra tabla, en la cual están asimismo indicados los regulares. Otro tanto podemos decir de las lunas cuando sus dias están mal contados por culpa del copista. En el tomo II, columna 303 de la nueva Historia de Lenguadoc, se lee un documento, cuya fecha dice: «Otorgóse á V de los idus de agosto, un viernes á medio dia, luna VII, en escorpion, y sol en leo; en el año de la encarnacion del Señor MLXXIX, epacta XV, concurrente I, indiccion II; cuando deberia decir «luna VIII,» como es fácil probarlo por nuestra tabla cronológica y nuestro calendario lunar. Allí veremos por el guarismo 16 del áureo número ó ciclo decemnovenal, correspondiente á aquel año, que en 1079 el novilunio que comenzaba en agosto, cayó á 2 de aquel mes; y como el «V de los idus de agosto» indica el dia 9, bastará empezar á contar uno el dia 2, y así sucesivamente hasta el 9 inclusive, para convencerse de que en la escritura citada ha de leerse «luna VIII, en vez de luna VII.» Lo mismo podemos asegurar de todas las demás fechas notadas en nuestra tabla cronológica, por la cual pueden corregirse todas, sin excepcion, las que aparezcan equivocadas en las escrituras. Pongamos otro ejemplo. En la misma Historia de Lenguadoc, tom. II, col. 340, se lee: «Celebróse este plácito en Magalona en el año de la encarnacion del Señor MXCV.» (MXCVI, comenzándolo por pascua), «indiccion IV, concurrente II, epacta XXIV (léase XXIII, como se nota en nuestra tabla en el año 1096, pues los antiguos no conocian «epacta XXIII), feria V, á IV de los idus de abril, luna XIII» (léase XII, como podrá demostrarlo el áureo número), era MXXXIII (léase MCXXXIII). Nuestra tabla cronológica y nuestro calendario lunar nos han dado el medio de corregir todas esas fechas, con entera seguridad de no equivocarnos.

Así tambien, consultando la tabla y los calendarios, podrán evitar los copistas el cometer semejantes faltas; pues cuán espinoso y difícil sea leer en los antiguos manuscritos las fechas ó las cifras que las expresan, no lo ignora nadie que haya manejado algunos. Algunas veces no se ve bien claro si ha de leerse I, II, III, VI, etc.; porque se confunde fácilmente el V con el II, á causa de estar poco unidos por su pié los dos palos del V, ó poco separados los del II; el IV con el VI ó con el III, y éste con aquellos; el VII con el IIII, y del mismo modo algunos otros. Los hay á veces tan mal formados, ó de una manera tan equívoca, que es necesario, mas que leerlos, adivinarlos; y sucede muy á menudo que el copista los adivina mal. Para todos esos casos pueden prestar gran servicio nuestra tabla y nuestros calendarios, como lo demostrará el uso.

Servirán asimismo, como ya lo hemos dicho, para determinar el año, el mes y el dia de algunas escrituras, cuyas fechas están tan vagamente expresadas, que parece imposible fijarlas. Para demostrarlo, continuaremos aquí algunos ejemplos. Entre las pruebas de la nueva Historia de Lenguadoc, tom. II, col. 319, hay una escritura que lleva esta fecha: «Otorgada á V de las calendas de enero, en sábado, luna XXVII, reinando sobre los francos el rey Felipe.» Este Felipe era el I; mas ¿cómo podrá averiguarse en qué año de un tan largo reinado se otorgó aquel documento? No será esto difícil, con la ayuda de nuestra tabla y de nuestros calendarios. Probémoslo. Entre aquellas fechas se nota el 28 de diciembre (V de las calendas de diciembre) y se menciona el dia 27 de la luna. Ahora bien, para que el 28 de diciembre sea el 27 de la luna, es claro que el novilunio ha de haber caido en el dia 2; y tomando los números áureos de todos los años del reinado de Felipe I, veremos por nuestro calendario lunar si hay muchos de estos en que el novilunio haya sido á 2 de diciembre. Recorriendo, pues, aquel calendario desde 1060 hasta 1108, hallaremos que aquella circunstancia concurrió solamente en los de 1065, 1084 y 1103; por consiguiente tendremos ya, que la escritura de que tratamos hubo de ser otorgada precisamente en uno de aquellos tres años. Veamos ahora en cuál de ellos. Entre las pocas indicaciones cronológicas que contiene aquella fecha, se expresa el «sábado;» por consiguiente, hubo de ser otorgado el documento en un año en que el 28 de diciembre correspondiese á aquel dia de la semana; y para que esto se verifique, es necesario que la letra dominical sea F, como se ve en nuestro calendario solar perpétuo que lleva esta letra. Volviendo luego á nuestra tabla cronológica, examinemos los tres años 1065, 1084 y 1103, y veremos que solo en el de 1084 fué F la letra dominical. De todo esto deduciremos con cabal certeza, que la escritura de que se trata, y cuyas fechas parecen tan vagas, fué otorgada en el año 1084. Hé aquí las ventajas que en muchos casos pueden sacarse de nuestra tabla y de nuestros calendarios.

Añadamos finalmente, por via de ejemplo, algunos otros casos. Entre las pruebas de la nueva Historia de Bretaña, tom. I, col. 300, se halla una escritura con la siguiente fecha: «Otorgada....á IV de las calendas de agosto, un sábado á XX de la luna, en el reinado de Cárlos, y gobernando Salomon la Bretaña.» El reinado de Cárlos el Calvo en Francia, y el de Salomon en la Bretaña, nos indican ya que la escritura en cuestion hubo de otorgarse entre los años de 860 y 870; pero para saber en cuál de ellos, hemos de valernos de nuestra tabla cronológica y de nuestro calendario lunar. Dicho documento suena otorgado á «IV de las calendas de agosto,» ó sea á 29 de julio, en cuyo dia se contaban 20 de la luna: y para que así fuese, debió caer el novilunio á 10 del mismo mes. Bajo este supuesto, los números áureos notados en nuestra tabla cronológica y referidos á nuestro calendario lunar nos

indicarán que desde el año 846 hasta el 883 no hubo mas que el 864 en que el novilunio de julio cayese á 10 del propio mes; por tanto, no puede haber ya la menor duda de que el citado instrumento fué otorgado en el año 864. En este caso no necesitamos para nada el «sábado,» que tambien se menciona en aquella fecha; pero si le necesitásemos, tambien hallaríamos por la letra dominical A, y por nuestro calendario solar perpétuo, que efectivamente fué sábado el dia 29 de julio del año 864. No hay mas que examinarlo para convencerse de ello.

Aduzcamos, por último, un tercer ejemplo, sacado de las mismas pruebas de la nueva Historia de Bretaña, col. 302. «Hízose esta entrega, dice, un sábado á n de las nonas de marzo, luna XII, en el año VI del gobierno de Salomon en Bretaña.» Hemos escogido á propósito este ejemplo, en el que se halla notado el año del gobierno de Salomon, para que se vea que los mismos datos que nos sirven para determinar la fecha de un documento, pueden tambien servir para averiguar el principio del reinado de un príncipe. Así es, que si dudásemos del principio del reinado de Salomon en Bretaña, las fechas expresadas en la escritura que aquí examinamos nos darian á conocer que comenzó en el año de 857, porque todas convienen al de 863, que por lo visto fué el sexto. No nos detendremos ahora en demostrar que todas ellas cuadran efectivamente al citado año 863; porque el lector podrá ya comprobarlo por sí mismo, valiéndose de los mismos procedimientos que hemos seguido nosotros en los ejemplos que anteceden.

Si conviniese, podríamos alegar aun muchos otros ejemplos de escrituras cuya fecha está confusa, y puede aclararse por medio de nuestra tabla cronológica, y podríamos tambien demostrar cuán útil es para la historia el determinar la época en que aquellas fueron otorgadas, pues lo fueron casi siempre por personas dignas de ser conocidas, y firmadas muchas de ellas por testigos de alta jerarquía, sobre cuya vida y muerte se cuestiona repetidas veces, sin que sea posible conocerlas, sino por las escrituras en que intervinieron ya como aprobantes, ya como testigos. Esto, sin embargo, no hacemos mas que apuntarlo de paso; porque para los lectores inteligentes pocas palabras bastan. Con esto creemos haber ilustrado suficientemente las fechas de que se hace mérito en nuestra tabla cronológica, y haber probado con bastante extension el uso que puede hacerse de ella, para comprobar todas aquellas fechas, cuando se ven notadas en las escrituras ó en las crónicas; para corregirlas cuando están notoriamente equivocadas; para evitar que se cometan nuevos yerros al copiarlas; y finalmente, para demostrar el uso que puede hacerse del conocimiento de aquellas fechas, á fin de determinar como conviene la época en que fueron otorgados algunos documentos. Estas son las ventajas que nos hemos propuesto al publicar nuestra tabla, precedida de un tratado que explica todas sus partes, y seguida de dos calendarios, que sirven para hacer su aplicacion y su comprobacion. Si el público saca este fruto de nuestro trabajo, se verán cumplidos nuestros votos.

PARTE SEGUNDA.

De algunas eras de que no se hace mencion en nuestras tablas cronológicas.

1. DE LA ERA DE ABRAHAN.—La era de Abrahan, que empieza por la vocacion de este patriarca, principia el dia 1.° de octubre, dos mil quince años antes de la encarnacion; de manera que el dia 1.° de octubre del año inmediatamente anterior á nuestra era vulgar es el principio del año 2016 de Abrahan. Por esta era cuentan Eusebio é Idacio en sus crónicas.

2. DE LA ERA DE NABONASAR.—En las tablas de los antiguos astrólogos es muy famosa la era de Nabonasar, fundador del reino de los babilonios. Tolomeo fué de los que mas la usaron, pues la mayor parte de sus observaciones están basadas sobre esta época; y los que la han examinado notan que hubo de comenzar con miércoles, ó feria cuarta, á 26 de febrero del año 747 antes de Jesucristo. Los años de que se compone son vagos de 365 dias, sin ninguna intercalacion en el año cuarto, como en los de los antiguos egipcios, de donde resulta un año de exceso en cada 1460 años julianos. Por esto Censoriano, en el trozo que de él hemos copiado antes, cuenta ya 986 años de la era de Nabonasar en el 238 de la era cristiana, á pesar de no haber transcurrido mas que 985 años julianos. Nada mas diremos sobre esta época, porque en cronología se la usa mas para los años anteriores a Jesucristo, que para los posteriores.

3. DE LA ERA DE TIRO.—La era de Tiro comienza en el año 125 antes de Jesucristo, 628 de Roma, y 186 de la era de los seléucidas, de la cual se habian servido hasta entónces los tirios. Lo que les movió á establecer una nueva época en aquel año, fué su gratitud á Bala, rey de Siria, que á su exaltacion al trono les concedió la AUTONOMÍA, ó libertad de gobernarse por sus propias leyes. El 19 de octubre era el primer dia del año tirio, que comenzaba por el mes Hiperbereteo; y por consiguiente el primer año de nuestra era vulgar corresponde al 126 de la era de Tiro, comenzándola por el 19 de octubre, esto es, dos meses y trece dias antes de nuestro 1.° de enero. Existen muchas medallas que llevan notada esta era, y el cardenal Noris en su tratado «de la era Siro-Macedónica,» disert. 4.ª cap. 3.°, cita entre ellas las seis siguientes: una del año 219 de Tiro que corresponde al 94 de Jesucristo; otra del 236, que se reduce á nuestro 112; otra del 256, que coincide con el 131 de la encarnacion; otra del 279, que equivale á nuestro 153; y dos del 263 que corresponden al 138 de Jesucristo. Tambien algunos concilios están fechados por esta era, como tendremos cuidado de indicarlo al dar su cronología. Belley pretende que Tiro restableció la era de los seléucidas en tiempo de Heliogábalo; pero en este caso debió abandonarla nuevamente, porque los concilios en que se la ve notada son posteriores al reinado de aquel príncipe.

4. DE LA ERA ACCÍACA, Y DE LA ERA DE LOS AUGUSTOS.—La era accíaca trae su orígen y su nombre de la batalla de Accio, que hizo á Augusto dueño del Egipto y de todo el imperio romano, á 2, ó mejor, á 3 de setiembre del año 15 de la era juliana, 723 de Roma. La era accíaca empezó entre los romanos en el año 16 de la juliana, esto es, á 1.° de enero del 724 de Roma; pero en Egipto, donde tuvo orígen en el mismo año de la batalla y se conservó hasta el reinado de Diocleciano, principió por el mes Thoth, á 29 de agosto; y dos dias mas tarde, ó á 1.° de setiembre, entre los griegos de Antioquía. Estos la llamaban tambien era antioquena, y vemos que la usaban todavía en el siglo noveno. Á esta era deben reducirse las fechas de muchas medallas que la ciudad de Antioquía hizo acuñar para honrar á Augusto, y entre otras la de la que copia Morel, y que el padre Faure redujo malamente á la era de los augustos, de la cual hablaremos al fin de este párrafo. Esta medalla lleva en la una cara el nombre de «César Augusto», y en

la otra « en el año XXVI de su victoria, y XII de su consulado. » Ahora bien, el año XII del consulado de Augusto corresponde, segun los fastos consulares, al 41 de la era juliana que es exactamente el 26 despues de la batalla de Accio, y por consiguiente las fechas allí expresadas han de reducirse por precision á la era accíaca. En Siria la llamaban tambien era de Antioquía, como lo atestigua el patriarca Niceforo en su Cronografía, diciendo: « despues de Julio imperó sobre los romanos César Octaviano Augusto, cincuenta y seis años y seis meses: y de aquí cuentan sus años los antioquenos. » Se ve pues que el cardenal Noris se equivocó cuando dijo, que poco tiempo después de la muerte de Augusto se habia abandonado el contar por la era de aquel príncipe. Sin embargo, hemos de advertir que nó por ello cesó la era cesárea de Antioquía, de la cual hemos hablado en el número 8 de la primera parte de esta disertacion.

Además de la era accíaca, que sirvió de época á la total extincion del gobierno republicano en Roma, hubo tambien, y en ello convenimos con el P. Petavio, una era de los augustos que comenzó cuatro años mas tarde, en el 727 de Roma, y 27 antes de la encarnacion, esto es, en el año en que César Octavio, fingiendo que queria abdicar la autoridad soberana, de la cual se habia apoderado á la fuerza y contra la voluntad de sus ciudadanos, logró que le fuese confirmada por el senado y el pueblo romano; porque entónces efectivamente le fué adjudicado el imperio por un decreto público, entónces le fué concedido el título de Augusto, y las disposiciones que adoptó con el senado dieron una verdadera consistencia á aquel nuevo género de gobierno.

5. DE LA ERA DE LA ASCENSION.—No sabemos que nadie haya empleado la era de la ascencion, sino el autor de la Crónica de Alejandría, que, para explicar el año del martirio de san Menas de Cotys, dice: « En el año CCLVII de la ascension del Señor al cielo, y en el mismo consulado de Tusco y Anulino, padeció martirio san Menas de Cotys, el dia antes de los idus de noviembre. » Cuya fecha se reduce al 12 de noviembre del año 295 de la era vulgar. El mismo autor nota el martirio de san Gelasino con la siguiente fecha: « En el año CCLIX de la ascension del Señor al cielo, durante el consulado de los mismos Maximiano Heraclio, Augusto V, y Galeriano Maximiano, césar II, acabó su vida con el martirio san Gelasino, en Heliópolis, ciudad del Líbano; la cual se reduce al año 297 de nuestra era vulgar.

6. DE LA ERA DE LOS ARMENIOS.—Los armenios empezaron su era en el año de Cristo 552, mártes á 9 de julio, durante el concilio de Tíben, en el cual confirmaron la condenacion del sínodo de Calcedonia, pronunciada ya en el año 536 en el concilio de Thevis, y con la cual consumaron su cisma. « Los armenios, dice Freret (Memorias de la Academia de bellas letras, tom. 19, pág. 83), » se sirven ahora de un año compuesto, como el de los antiguos persas, de 12 meses de 30 dias cada uno, y de 5 epagomenos, que siendo absolutamente vago y sin ninguna intercalacion, va ganando un dia cada cuatro años respecto del juliano. Sirve en el país para las escrituras y para fechar las cartas; pero al mismo tiempo se usa otra clase de año, que propiamente puede llamarse eclesiástico, y sirve en la liturgia para disponer la celebracion de la pascua y de las fiestas, la época de los ayunos, y todo lo que se refiere á la religion. Este último es fijo, por medio de un sexto epagomeno que se le añade cada cuatro años; pero el nurus ó el primer dia del año, que comienza con el mes navazardi, hace mucho tiempo que ha sido fijado á 11 de agosto del año juliano, y no se mueve nunca de este dia.

« En lo sucesivo, añade el mismo autor, cuando los armenios se reconciliaron con la iglesia latina y una parte de ellos reconoció al papa, en una especie de concilio celebrado en Kerna en el siglo XIV (es el concilio cuarense, congregado en el año MCCCXXX de Cristo), admitieron la forma del año juliano, con la cual los habia familiarizado su comercio con los francos. Así es que, en el concilio de Sis se ven notados á la vez el año 756 de la era armenia y el 1307 de la vulgar, á 19 de marzo segun ambos cómputos. En el concilio de Adena, celebrado en 1316, y en el cual se trató del calendario, no se sirvieron mas que de meses julianos y de la era vulgar, y aun en nuestros dias, cuando los armenios tratan con los occidentales, no fechan por otros meses que por los julianos. » En una respuesta de Arnaud al ministro Claudio sobre la perpetuidad de la fé, impresa en 1671, hay una carta de Jacobo, católico de los armenios, fechada á 12 de abril, año 1120 de la era armenia, que corresponde á nuestra 1671. Añadiremos por último, que los armenios fechan tambien por los años del mundo, segun la era de Constantinopla, y que algunas veces usan de ambos cómputos en sus documentos.

MESES ROMANOS.	MESES ARMENIOS.	
11 Agosto.	Navazardi.	
10 Setiembre.	Hori.	
10 Octubre.	Sahomi.	
9 Noviembre.	Dré Thari	
9 Diciembre.	Kagoths.	Aceliacz, ó los cinco epagomenos, y los seis en los años abundantes.
8 Enero.	Aracz.	
7 Febrero.	Malegi.	
9 Marzo.	Archi.	
8 Abril.	Angi.	
8 Mayo.	Mariri.	
7 Junio.	Marcacz.	
7 Julio.	Herodiez.	

7. DE LA ERA DE IDEGERDES Y DE LA DE MALEK-SCHAH-DGELALEDDIN, LLAMADA ERA GELALEA.—La era de Isdegerdes (III de este nombre), rey de Persia, empieza, nó á la muerte de este príncipe, como algunos pretenden, sino á su advenimiento al trono, á 16 de junio del año DCXXXII de Jesucristo. Los años de que se compone constan de 365 dias, y cada mes de 30; pero al fin del mes ABEN solian añadirse cinco dias, aunque los astrónomos no los añadian hasta el fin del año. Los persas siguieron esta era, cuyos años eran vagos, como los de la era de Nabonasar, hasta Malek-Schah-Dgelaleddin, sultan del Korazan. En el año 467 de la hégira y MLXXV de Jesucrirto, reunió aquel príncipe un consejo de ocho astrónomos, y en él se acordó: que el equinoccio de la primavera seria á 14 de nuestro mes de marzo (1); que además de los cinco epagomenos, cada cuatro años y por siete veces consecutivas, se añadiria un sexto epagomeno; y que despues de esto no se haria la intercalacion sino una vez cada cinco años. Esta reforma fué adoptada por los persas que aun la siguen en nuestros dias, y se llamó gelalea ó malalea, del nombre de su autor.

NOMBRES DE LOS MESES PERSAS SEGUN ALFRAGAN.

Afrundi-meh.	Mehar-meh.	
Ardisascht-meh.	Aben-meh.	Musteraca ó los cinco epagomenos y los seis en los años abundantes.
Cardi-meh.	Adar-meh.	
Thir-meh.	Di-meh.	
Merded-meh.	Behen-meh.	
Schaharir-meh.	Affirer-meh.	

(1) La intercalacion de los persas supone el año de 365 dias, 5 horas, 49 minutos, 5 segundos y 5/11; y el autor de la Historia de las matemáticas observa que el método de que se valen para intercalar su dia 366, pone los equinoccios, con mucha exactitud, de acuerdo con el año civil.

Los persas no tienen semana y dan á cada dia del mes los nombres siguientes:

1 Hornozd.	13 Tir.	25 Erd.
2 Behman.	14 Dgiousch.	26 Aschstad.
3 Ardabahescht.	15 Dibameher.	27 Osman.
4 Schahrivar.	16 Meher.	28 Ramiad.
5 Esphendarmod.	17 Sourousch.	29 Marasfend.
6 Khordad.	18 Resch.	30 Aniran.
7 Mordad.	19 Fervardin.	EPAGOMENOS.
8 Dibadur.	20 Beheram.	1 Ahnoud.
9 Azur.	21 Ram.	2 Aschnoud.
10 Aben.	22 Bod.	3 Esphendarmez.
11 Khour.	23 Dibadin.	4 Vaheschl..
12 Mah.	24 Din.	5 Heschounesch.

8. DEL PERÍODO JULIANO. — El período juliano es una era ficticia inventada por José Escalígero para facilitar la reduccion de los años de una época dada á los de otra época cualquiera. Forma este período el producto del ciclo lunar, del solar, y de las indicciones, multiplicados unos por otros. Multipliquese pues 19, que es el ciclo lunar, por 28, que es el solar, y resultarán 532, cuyo producto, multiplicado á su vez por 15, que es el ciclo de las indicciones, arroja la suma de 7980 años, que son los que constituyen el período juliano. El primer año de nuestra era vulgar corresponde al 4714 de este período; de donde se sigue que para hallar en él un año cualquiera de Jesucristo, es necesario añadir á este 4713. Queremos saber por ejemplo á qué año del período juliano corresponde el 1854 de Jesucristo, añadirémosle pues 4713, y nos resultará 6567, que es el año que buscamos.

El primer año de la era constantinopolitana es el 795 antes del período juliano; y si añadimos á esta suma 4714, tendremos 5509 que fué el año primero de la era vulgar de la encarnacion.

El año primero de la era de Isdegerdes fué el 5345 del período juliano, y para probarlo, no hay mas que sumar las dos partidas 632 y 4713.

El período juliano sirve mucho para los años anteriores á la encarnacion; pero para despues de esta época tiene ya menos uso (1).

9. DE LOS AÑOS DEL MUNDO.—Distan mucho de estar acordes los cronólogos sobre el número de los años del mundo. Des-Vignoles (Cronología de la Historia Sagrada, prólogo) asegura que ha recogido mas de doscientos cálculos diferentes, de los cuales el mas corto solo cuenta 3483 años desde la creacion hasta la era vulgar, y 6984 el mas extenso. Tenemos pues una diferencia de treinta y cinco siglos.

AÑOS TRANSCURRIDOS DESDE ADAN HASTA EL NACIMIENTO DE JESUCRISTO SEGUN LOS CALCULOS DE LOS PRINCIPALES CRONÓLOGOS. (2)

	AÑO.	MES.
1. Alfonso X, rey de Castilla, muerto en (3) abril de 1284, en las tablas de Juan Muller, llamado tambien Regiomontanus.	6984	
2. El mismo Alfonso X en Strauchius.	6484	9
3. Onofre Panvini, religioso agustino, muerto en 1568.	6310	
4. Suidas, escritor griego, bajo el imperio de Alejo Commeno.	6000	
5. Cálculo de los Setenta, segun el padre Pezron.	5872	
6. Lactance (Lucio Celio Firmiano), muerto en 325.	5801	
Philastre, obispo de Brescia, muerto en 18 julio de 387.		
7. Niceforo, patriarca de Constantinopla, muerto en 828.	5700	
8. Juan Bautista Riccioli, segun la Cronología de los Setenta.	5634	
9. Clemente de Alejandría, muerto hácia el año 220.	5624	
10. El autor de los «Fasti Siculi.»	5608	
11. Isaac Vossius, muerto en 21 febrero de 1589, segun la Cronología de los griegos en Strauchius.	5595	
12. El mismo en Chevreau.	5590	
13. Teófilo, obispo de Antioquía, muerto al año 186.	5515	
14. Los Constantinopolitanos y los Setenta de Juan Ernesto Grabe (cálculo seguido por los rusos).	5508	3
15. Jorge Cedrenus, monje griego del siglo XI (en Chevreau).	5506	
16. Julio Africano, cristiano, que vivia por los años de 228.		
Jorge Teófanes, llamado Syncelle, monje griego, muerto en 818.	5500	
Eutiquio, patriarca de Alejandría, muerto el año 940.		
Y otros muchos cronólogos.		
17. Los Etíopes.	5499	9
18. Jorge Cedrenus, en Stranchius.	5493	9
19. Panodoro, monge egipcio, de fines del siglo IV.	5493	
20. Máximo, monje de Constantinopla, muerto en 13 agosto de 662.	5491	9
21. Sulpicio Severo, nacido en Agen, muerto hácia el año 422.	5469	
22. Víctor Giselin, médico flamenco, muerto en 1521, en sus Observaciones sobre Sulpicio.	5419	
23. San Agustin, obispo de Hippona, muerto en 28 agosto de 430 (en Genebrard).	5351	
24. San Isidoro, obispo de Sevilla, muerto en 4 abril de 636.	5344	
«Petrus de Aliaco,» Pedro d'Ailli, cardenal, muerto en 8 agosto de 1419.		
25. San Isidoro de Pelusa, solitario, muerto en 4 febrero de 440.	5336	
26. Albumazar, filósofo, médico, y astrólogo árabe del siglo IX.	5328	
27. «Rabanus Maurus,» Magnencio Raban Maur, abad de Fuldes, muerto en 856.	5296	
28. Isidoro de Sevilla (en Strauchius).	5210	
29. Pablo de Fossembrone.	5201	
30. Eusebio, obispo de Cesarea, muerto hácia el año 338.	5200	
31. El venerable Beda, muerto en 735 (en Strauchius).	5199	
32. Pablo Orosio, que vivia en 414.		
Felipe de Bérgamo (Santiago Felipe de Foresti) muerto en 1520.		
Y otros autores.	5198	
33. Philon, judío de Alejandría, enviado á Calígula, el año 40.	5196	
Sigeberto, monje de Gemblours, muerto en 1112.		
34. San Epifanio, obispo de Salamina, muerto en 403.	5049	
35. Metrodoro, autor cristiano.	5000	
36. Adon, arzobispo de Viena en el Delfinado, muerto en 16 diciembre de 875.	4832	
37. Juan Picot de Génova en sus tablas cronológicas, Génova 1808.	4700	
38. Flavio Josefo, historiador judío, corregido.	4698	
39. Casiodoro (Magnus Aurelius Cassiodorus), cónsul romano, muerto al año 562.	4697	
40. Juan Uphagen, cronólogo moderno.	4379	
41. Odiato ó Ebwico, segun la Historia universal, Odiaton ó Ebwicon, segun Moreri.	4320	
42. Mariano Escotus, monje escocés, muerto en 1086.	4192	9
43. Juan Bautista Riccioli, segun la Vulgata.	4184	
44. Lorenzo Codoman, aleman, muerto en 1590.	4141	9
45. El mismo, en Chevreau, que le llama L. Godomeau.	4140	
46. Francisco de Ribera, jesuita, muerto en 1591.	4095	
47. Gilberto Genebrard, profesor del colegio real, muerto en 16 febrero de 1597.	4090	
48. Arnaldo de Pontac, obispo de Bazas, muerto en 4 febrero de 1605.	4088	
49. Miguel Mœstlin, matemático, muerto en 1650.	4079	3
50. J. B. Riccioli (tercer sistema).	4062	3
51. Rabbi Moses ó Moisés Maimonide (Ben Maimon), rabino de Córdoba, muerto en 1209.	4058	

(1) Ya dijimos en el título de la obra que, para mayor comodidad de los lectores, las tablas de los benedictinos iran todas al fin del octavo y último tomo.

(2) Véanse las Memorias para servir á la Historia antigua del globo terrestre, tom. I, pag. 4, y sig.

(3) Ferreras pone la muerte de Alfonso X á 4 de abril; Garibay á 21; Ortiz de Zúñiga, en sus Anales de Sevilla, adopta la opinion de Garibay; Flores sigue la de Ferreras; otros la suponen acaecida á 24 del mismo mes; y por último, algunos muy caracterizados, apoyándose en un manuscrito de la Biblioteca Nacional (letra D., n.º 41,) afirman que fué su muerte á 5 de abril.

	AÑO.	MES.
52. Jaime Salian, jesuita de Aviñon, muerto en Paris en 1640 (en Strauchius).	4053	9
53. Juan Muller ó Regiomontanus, muerto en 1476 / Felipe Labbe, jesuita, muerto en Paris el 25 de marzo de 1667.	4053	
54. Jaime Salian, en Chevreau.	4052	
55. Enrique de Sponde, obispo de Pamiers, muerto en 18 mayo de 1643.	4051	9
56. Agustin Torniel, religioso barnabita, muerto en 1622.	4051	
57. Guillermo Langius (en Stranchius).	4041	9
58. El mismo en Chevreau.	4040	
59. Erasmo Rinhold, nacido en 1511 en Salfeldt, en Sajonia.	4021	3
60. Santiago Cappel, hijo de Luis, que vivia en 1650.	4005	9
61. Juan Wichman.	4004	9
62. Tomás Lidiat, cura de Okerton, muerto en 1646. / Lorenzo Eichstad. / El arzobispo Jaime Usher, en latin Usserius (en Moreri).	4004	
63. El texto Hebre , en Moreri, artículo Mundo.	4003	2
64. Eduardo Simson, teólogo inglés, en 1652. / Santiago Usher ó Usserius, arzobispo de Armagh, nacido en 1580 (en Chevreau). / Marco Antonio Cappel y Jaime Tirin, jesuita, cuentan tambien 4000 años, lo mismo que la Cronologia de los acontecimientos históricos en el diccionario de Chaudon.	4000	
65. Juan Decker, jesuita, muerto en Gratz, en 1619. / Juan Keppler, célebre astrónomo, muerto en 15 noviembre de 1630. / El padre Petavio, jesuita, muerto el 11 diciembre de 1652. / Y otros en Chevreau.	3984	
66. El padre Petavio en Strauchius.	3983	3
67. Felipe Lansbergue ó Landsberghe, muerto en 1632, ha presentado un cálculo, segun el cual, coloca el principio del mundo en el año 3998; pero corrigiendo el cálculo se encuentra.	3972	
68. Krentzheim.	3971	9
69. Abrahan Bucholtzer, cura de Freistadt, en Silesia, muerto en 1584, (en Strauchius).	3970	9
70. El mismo Bucholtzer en Chevreau. / Juan Cluvier, hijo del geógrafo Felipe Cluvier (en Chevreau). / Pantaleon, diácono de la iglesia de Constantinopla en el siglo XIII. / Marc-Zuerius Boxhorn, profesor en Leide, muerto el 30 de octubre de 1653. / Cornelio Jansenio, obispo de Ipres, muerto en 1638 y M. Dresser.	3970	
71. Crist. Matias y Juan Cluvier (en Strauchius).	3968	9
72. Enrique Bunting, de origen sajon, publicó su crónica en 1603 (en Strauchius).	3967	9
73. El mismo (en Chevreau) y Andrés Soelmatter.	3967	
74. Cristiano Longomontano, muerto en 1647.	3966	3
75. Pedro Opmeer, sabio cronólogo, muerto en Delft en 1595. / Gerardo Mercator, hábil geógrafo, muerto en Duisbourg en 1594.	3966	
76. Longomontano, en su Astronomia danesa. / Alfonso Tostado, obispo de Avila, muerto en 1454. / Felipe Melanchthon, muerto en Virtemberg, en 19 agosto de 1560. / Juan Funccio ó Funcius, ministro luterano, muerto en 1566, y otros (en Strauchius).	3964	
77. Jacobo Haynlinus.	3963	3
78. Alfonso Tostado (en Chevreau) / Felipe Melanchthon (en Chevreau). / Juan Funccio ó Funcius, y otros (en Chevreau).	3963	
79. Sixto de Siena, judío convertido, muerto en en 1569.	3962	
80. Joh. Lucidus Sculter ó Scultet. / Juan Lightfoot, vice-canciller de la universidad de Cambridge, muerto en 1675 y algunos otros.	3960	
81. Juan Pic, conde de Mirandola, muerto en 17 noviembre de 1494. / Alfonso Salmeron, jesuita, muerto en 13 febrero de 1585 (en Chevreau) y otros.	3959	
82. Felipe Landsberghe (en Strauchius). / Alfonso Salmeron (en Strauchius).	3958	
83. Juan Jorge Herwart de Hohenbourg, canciller de Baviera, en el siglo XVI.	3955	
84. El mismo Juan Jorge Herwart (en Chevreau) / El venerable Beda (en Chevreau). / Herman Lecontract ó Hermanus Contractus, muerto en 1057 (en Chevreau).	3952	
85. Cornelio Lápide ó Cornelio de Lapierre, muerto en 12 marzo de 1637.	3951	
86. José Justo Escaligero, muerto en 21 enero de 1609. / Ubbo Emmius, rector de la academia de Groninga, muerto en 1625.	3950	
87. Estos mismos sabios (en Strauchius). / Seth Calvisius, muerto en Leipsick (en Strauchius). / Behmius (en Strauchius). / Cristóbal Helvicus, muerto en 10 setiembre de 1616 (en Strauchius)	3949	3
88. David Origan, matemático, hácia 1554 / Andrés Angoli, matemático, muerto en 1657. / Juan Seybor.	3949	
89. Cristianus ó Cristian Schotonus, muerto en 1671.	3948	3
90. Juan Micrælius, muerto en 1658.	3948	
91. José Justo Escaligero (en Chevreau). / Seth Calvisius (en Chevreau). / Cristóbal Helvicus (en Chevreau). / Juan Enrique Alotedius, muerto en 1638, y otros.	3947	
92. Hermanus Contractus (en Strauchius).	3945	
93. Juan Carion, muerto en Berlin, en 1558.	3944	
94. S. Gerónimo, muerto en 30 setiembre de 420, en sus Quæs-Hebrai.	3941	
95. Gerardo Mercator, (segundo cálculo).	3928	
96. Mateo Beroald ó Beroalde, muerto en 1584.	3927	3
97. Santiago Gordon, jesuita escocés, muerto en 1641.	3880	
98. Benito Arias Montano, muerto en 1598.	3849	
99. Andrés Helwig.	3836	
100. Algunos Talmudistas.	3784	
101. Rabbi David Ganz, historiador judío del siglo XVI (en Chevreau).	3761	
102. El Cómputo ordinario de los judíos (1) / Rabbi David Ganz (en Strauchius) / Hierónimus á Sancta Fide ó Gerónimo de Santa Fé; judío que vivia en 1413. / Paulus de Sancta-Maria ó Pablo de Burgos, judío que vivia en 1445. / Pedro Galatin ó Galatinus, que vivia en 1532. / Georgius Venatus.	3760	
103. Rabbi Gerson y Rabbi Levi ó Rabbi Levi ben Gerson.	3754	
104. Rabbi Hahson ó Nahson (Tratado de los ciclos de las pascuas).	3740	
105. Rabbi Jason Nosen.	3734	
106. Rabbi Abrahan Zoccuth.	3671	
107. La crónica compendiada de los judíos.	3670	
108. Luis Lippoman, sabio veneciano, muerto en 1554.	3616	

En la presente obra, se coloca la creacion 4963 años antes de la era vulgar. Las causas y las razones en que se apoya esta opinion, se encuentran en las observaciones que preceden á la historia del Pueblo Hebreo, y en otras varias partes de este monumento histórico.

10. DE LOS AÑOS ANTERIORES Á LA ERA VULGAR.—Véase primero, lo que de la era vulgar se ha dicho en la parte primera de esta disertacion preliminar. Nos limitaremos á recordar que segun allí se dijo, el año verdadero del nacimiento del Salvador, es anterior en algunos años á la era vulgar.

Respecto á los años anteriores á la era vulgar, se cuentan de dos maneras distintas. Los astrónomos, señalan con cero, y la mayor parte de los cronólogos con la unidad, el año que precede inmediatamente al principio de la era vulgar. De aquí resulta, que á un mismo acontecimiento le señalan los astrónomos un año menos que los cronólogos. Esta doble manera de contar los años anteriores á Jesucristo, no carece de inconvenientes, y seria de desear, que se refiriesen todos á una sola. Al tomar una fecha de un autor se expone uno á engañarse, sino atiende á su manera de contar los años antes de Jesucristo. He aquí una prueba. En las tablas cronológicas del abate Lenglet Dufresnoi, se indica que fué observado en China un eclipse de sol, acaecido en 16 de setiembre del año 776 antes de Jesucristo. Añade además, que en este año tuvieron

(1) 3760 años 3 meses.

principio las olimpíadas. Se ha confundido aquí el eclipse del 6 de setiembre de 776 ,segun los astrónomos, y 777, segun los cronólogos. Este último es el que fué observado en China, y el contemporáneo del primer año olimpiádico. Los astrónomos le refieren al año 775 antes de Jesucristo.

Podíamos haber citado un tercer modo de contar los años de la era vulgar, y que consiste en comprender en el cálculo el primer año de esta era. Un ejemplo de esto se encuentra en el padre Petavio, que coloca el principio de las olimpíadas en el año 776, ó en el 777, segun que comprende ó nó en el cálculo el primer año de la era vulgar. Ya señalamos esta particularidad al tratar del período juliano, cuyo uso es preferible, para los tiempos anteriores á nuestra era vulgar, porque destruye toda ambigüedad.

Por medio del texto de Censorino, antes citado, es fácil ligar la era vulgar con las eras antiguas de que habla este autor. En efecto, estas eras diversas están comparadas con el consulado de Ulpio y Pontiano. Por otro lado los cronólogos refieren este consulado al año 238 después de Jesucristo. Nada mas sencillo, pués, que establecer una perfecta correspondencia entre estas eras y la de Jesucristo. Se ve, por ejemplo, que el año 238 de la era juliana, coincide con el año 238 de la era vulgar; quitando, pués, 238 de 283, el residuo 45 nos hará ver que la era de Julio César empezó 45 años antes que la de Dionisio el Pequeño, ó la era vulgar. De este modo, pues, determinaremos sucesivamente el orígen de las diversas eras de que habla Censorino, refiriéndolos á años antes de Jesucristo.

Es necesario muchas veces averiguar el año del período juliano, correspondiente á otro anterior á la era vulgar, y al contrario, cuya doble transformacion se logra fácilmente por medio de la siguiente regla: quítese de 4714 el número de años antes de Jesucristo; el resto será el año del período juliano; recíprocamente, quítese de 4714 el año del período juliano, la diferencia será el año anterior á la era vulgar. De este modo, sabiendo que las olimpíadas empezaron el año 776 antes de Jesucristo, se ve que corresponden al año 3938 del período juliano, quitando 776 de 4714. Recíprocamente, si se sabe que la era de Nabonasar tuvo principio el año 3967 del período juliano, se encuentra que fué el año 747 antes de la era vulgar, restando 3967 de 4714. Esta regla está fundada en una observacion muy sencilla, y es, que la suma de los años del período juliano y los anteriores á Jesucristo, es siempre igual á 4714, porque al pasar de un año al otro, su número aumenta por un lado, y disminuye por el otro, exactamente en la misma cantidad.

Después de la era cristiana, no es la suma, sino la diferencia la que es constantemente igual á 4713. Se pide, por ejemplo, cuál es el año de Jesucristo que corresponde al 5513 del período juliano, época de la elevacion de Carlo Magno al imperio. Quítese 4713 de 5513, y tendremos 800, que será el año después de Jesucristo. Recíprocamente: ¿á qué año del período juliano corresponde el de 1854? Respuesta; al de 6567, que se encuentra añadiendo 1854 á 4713, porque el período juliano precede en 4713 años completos á la era vulgar.

SOBRE LA FORMA DEL AÑO ANTIGUO (1).

Por mucho que los hombres hayan perfeccionado ó puedan perfeccionar en lo sucesivo las ciencias y las artes, es indudable que los principios de todas ellas fueron en extremo sencillos; y es esto tan evidente, que no necesita la menor demostracion. No debe, pues, exceptuarse de esta regla general el conocimiento de los tiempos; y su estudio por los primeros hombres hubo de comenzar necesariamente por las reflexiones mas sencillas.

Cuando Dios crió el cielo y la tierra, separó la luz de las tinieblas, dió á la primera el nombre de dia y llamó á las segundas noche; pero en lo sucesivo la palabra dia se hizo equívoca, y significa comunmente la luz y las tinieblas contenidas dentro una revolucion del sol alrededor de la tierra.

Como quiera que nos representemos á los primeros hombres, es imposible que no advirtiesen desde luego esta sucesion alternativa y regular de la luz, que los llamaba al trabajo, y de las tinieblas, que les convidaban al descanso. Por esto es muy natural que comenzasen á contar el tiempo por esas revoluciones ó por dias, y muy probable que considerasen la salida del sol como principio del dia. Véase, sino, lo que sobre esto dice Des-Vignoles en su Cronología, lib. III, cap. 1.°, sec. 6.ª, pág. 580. Si el sol fué criado para presidir al dia, la luna lo fué para presidir á la noche, durante la cual desempeña las funciones del primer planeta. Basta tener ojos para observarlo, pues, como dice Apuleyo: « Contemplamos al sol, autor del dia, y á la luna, émula del sol y ornamento de la noche. » Plinio llama á la luna « estrella puesta por la naturaleza para remediar las tinieblas »; y ella es la que consuela nuestros ojos de la pérdida del dia, como dijo un poeta. Su claridad, que disminuia el horror de las tinieblas, iluminando sucesivamente y bajo diversas formas primeramente el principio de la noche, luego la noche entera y finalmente su último tercio, era un espectáculo demasiado agradable y sobradamente variado para que no admirase á los primeros hombres.

Es, pues, natural que advirtiesen luego su revolucion particular mucho tiempo antes que la revolucion anual del sol, la cual es mucho mas difícil de ser observada, cuando nó por otras razones, por dos que están al alcance de todo el mundo: la primera, por su lentitud, pues la luna hace doce antes que el sol complete una sola; y la segunda, porque á la simple vista no parece posible distinguir ó fijar un dia en el que principie la revolucion del sol, al paso que la de la luna es muy sensible, no solamente con relacion al dia, sino tambien con relacion á determinada parte de este mismo dia, porque empieza precisamente al apartarse la luz ó á la entrada de la noche, volviendo á aparecer la luna en creciente, después de haberse ocultado por algunos dias. Observada esta revolucion no fué ya difícil señalarle el término de treinta dias, pues, como dice Petavio, « es muy antigua la costumbre de atribuir á los meses un período de treinta dias, porque este espacio de tiempo es el que parece acercarse con mas exactitud al que gasta la luna en dar la vuelta. » Y efectivamente, al cabo de este período acaba la luna su revolucion, sin mas diferencia que la mitad de un dia, y aun un poco menos.

Es de advertir tambien, que, como todos los hombres, menos algunos tracios, á quienes exceptúa Aristóteles, cuentan ordinariamente por los dedos, han establecido el número 10 por base de su revolucion aritmética, apesar de que el 12 hubiera sido seguramente mucho mas cómodo, porque además de la unidad tiene el 2, el 3, el 4 y el 6 por partes alicuotas, mientras que el 10 no tiene por tales mas que el 2 y el 5. « El sistema duodecimal, dice Huet,

(1) Cap. I, lib. VI, de la « Cronología de la Historia Sagrada, » por Des-Vignoles.

hubiera sido mucho mas útil que el decimal, porque el número 12 admite muchas mas divisiones que el 10. Sin embargo, los hombres se han acostumbrado á contar por 10 ó por 5, á causa del número de los dedos, los cuales emplearon primitivamente para denotar los números, acostumbrándose así á semejante sistema. » Bajo este supuesto, el número 30 era un número redondo para los primeros hombres, y esta fácilidad era una razon de mas para que asignasen treinta dias á la revolucion de la luna, que nosotros llamamos mes; pues nadie ignora que en los idiomas antiguos los meses se llamaron lunas ó lunaciones.

Después de haber transcurrido un número considerable de meses ó de lunaciones, tampoco era ya posible que no advirtiesen que el sol iba acercándose y alejándose alternativamente del sitio en que se hallaban entónces los hombres, y que con estas vicisitudes causaba una notable diferencia en la temperatura del aire y en las producciones de la tierra. Pero como les hubiera sido muy difícil el determinar en qué dia comenzaba el sol á producir esos cambios, todo lo que pudieron hacer se redujo á adaptar la cuenta de su revolucion á los meses ya establecidos. Por consiguiente, como esta se verifica poco mas ó menos en el espacio de doce meses, formaron de ellos un nuevo período de tiempo y le llamaron año, el cual de este modo resultó compuesto de trescientos y sesenta dias. Hé aquí, sino me engaño, cuán sencilla y naturalmente se formó el año al principio; y logrado esto, ya no es de admirar que subsistiese así durante muchos siglos, porque es sabido el adagio latino que dice: no muevas la piedra mal colocada; » máxima que los mismos latinos practicaron en un asunto muy semejante.

Desde la historia de la creacion del mundo hasta la de la salida de los israelitas del Egipto, no se halla en la Sagrada Escritura otra distincion de meses y de dias que en la narracion del diluvio; pero hasta Des-Vignoles nadie habia juzgado, que lo que ella dice fuese bastante para determinar cuál era la forma y la duracion del año en los primeros siglos.

Por los años de 1617, Juan Moltero, profesor de hebreo en la academia de Marburgo, publicó acerca de esta materia un tratado á propósito, que comienza con estas palabras: « Es antiquísima la forma del año con que Moisés describe el diluvio universal; » y luego añade en la página siguiente: « Pero no consta ni podrá constar nunca, como lo demostraremos luego, qué forma tuvieron los años del diluvio. » Después de haber explicado extensamente los métodos de que se valieron Escalígero, los judíos y Bunting, declara el suyo en estos términos: « Si ahora se nos pidiere nuestro parecer, dirémos que la forma del año del diluvio no puede absolutamente explicarse sino partiendo de hipótesis muy inciertas, » y luego concluye con las siguientes palabras: « De lo dicho deducimos, que trabajan en vano todos los que pretenden explicar la forma y la duracion del año del diluvio por lo que dice Moisés. » Con esto hay de sobras para fomentar la indolencia; porque, ¿cómo ha de imaginarse nadie que logrará lo que no pudieron lograr los judíos, y entre los cristianos Bunting y Escalígero? Probémoslo, sin embargo, aunque no sea sino para obtener una completa seguridad de que efectivamente es imposible el esclarecer esta materia.

La Escritura dice, entre otras cosas, que el diluvio comenzó el dia décimo séptimo del segundo mes, y que aquel mismo dia entró Noé en el arca con su familia. Añade en seguida; que las aguas cubrieron la tierra por espacio de ciento cincuenta dias, al cabo de los cuales comenzaron á menguar; y dice por último, que el dia décimo séptimo del séptimo mes se detuvo el arca en las montañas de Armenia.

El texto hebreo, que es el que seguimos, está en este punto del todo conforme con el Pentateuco samaritano; pero en la version de los Setenta se escribió por dos veces dia « vigésimo séptimo, » en vez de « décimo séptimo, » que para el caso arroja el mismo resultado, porque de todos modos median cinco meses cabales, tanto entre el dia diez y siete del segundo mes y el dia diez y siete del séptimo, y resultan siempre ciento cincuenta dias, que es el número que expresan la Vulgata y Josefo. Tocan, pues, á cada mes treinta dias; y así lo han juzgado casi todos los cronólogos, los cuales son tambien de parecer que en aquellos ciento y cincuenta dias deben contarse incluidos los cuarenta de lluvia.

Sin embargo, la Vulgata y Josefo ofrecen alguna dificultad, pues en la primera se lee que las aguas cubrieron la tierra desde el dia diez y siete del segundo mes, hasta el veinte y siete del séptimo, que son ciento y sesenta dias; y en el segundo, al contrario, desde veinte y siete del segundo mes, hasta siete del séptimo, que no son mas que ciento y cuarenta: pero necesariamente hubo de ser adulterado el texto por los copistas en estos pasajes, á no ser que digamos que sus autores tuvieron á la vista algunos ejemplares de la Biblia ya viciados.

En cuanto al texto de Josefo, es sabido, y de ello se quejan con razon los eruditos, que ha sufrido muchas alteraciones semejantes; y que algunos modernos traductores han contribuido á aumentar su número, por no haber sabido interpretar el original, ó por haber intentado corregirle. Así es, que el trozo á que aquí nos referimos, fué mal traducido por Gelenio, peor por Andilly, no muy bien por Rufino ó Casiodoro, y solo con exactitud por Hudson.

Los judíos creen comunmente que el año de aquellos tiempos debe entenderse lunar, y que sus meses constaban alternativamente de treinta y de veinte y nueve dias; en cuya opinion los han seguido no pocos cristianos, mayormente los que han estudiado mucho á los rabinos. Escalígero los refutó ya á todos por la primera de las razones que preceden.

Para desembarazarse de ella, contestó Luis Cappel, que el arca se paró sobre una montaña, nó el dia diez y siete, como se lee en el texto hebreo, sino el veinte y siete del séptimo mes, segun se halla en la version de los Setenta, prometiendo que así lo demostraria mas adelante; pero su demostracion se redujo á decir que esto era lo que le parecia mas verosímil, y que creia mas conforme la version de los Setenta.

Mas hubiera valido que hubiese guardado uniformidad, que no el haberse atenido á la Vulgata, conforme con el hebreo, para el primer pasaje, y á los Setenta para el segundo. De cualquier modo que se considere el proceder de Luis Cappel fué poco razonable; pues hubiera debido escoger lisa y llanamente entre ambos textos y así le hubieran resultado siempre ciento y cincuenta dias, ó cinco meses cabales, de treinta dias cada uno; tanto en el hebreo, como en los Setenta.

Así lo han reconocido casi todos los modernos cronólogos; pero en cambio pretenden, que en aquellos tiempos primitivos se reducian los años á solares, ya intercalando un mes entero cada ciento y veinte años, ya añadiendo cinco dias sueltos al fin de cada año, como los egipcios, que llamaban á estos dias epagomenos; ya, finalmente, suponiendo que en aquel entónces los años eran tambien de trescientos sesenta y

cinco dias y un cuarto, exactamente iguales á los nuestros.

El primer supuesto no es mas que una quimera, forjada, segun creemos, por el grande Escalígero, y adoptada luego por algunos autores que han escrito después de él. Fúndola principalmente en que Dios dijo antes del diluvio, sus dias serán ciento y veinte años; y pudieran tambien fundarlo en lo que dice un historiador romano: «Los mas sabios matemáticos, juzgan que se le han concedido al hombre ciento y veinte años de vida, y que nadie puede pasar de aquí.» Lo cierto es que este fué el tiempo que vivió Moisés; autor de la historia del diluvio.

La segunda suposicion tiene mas apariencias de verdad, porque efectivamente los egipcios antes del imperio de Augusto, añadian á los trescientos sesenta y cinco dias del año antiguo esos cinco que se llaman epagomenos: falta saber solamente, si esta añadidura se venia haciendo desde la antigüedad mas remota. El nombre «epagomenos,» que significa «añadidos,» da á creer que aquella adicion á los años antiguos se hizo posteriormente. Si se piden a estos cronólogos pruebas de su opinion, que se acerquen en lo posible á los tiempos del Éxodo, guardan el mas profundo silencio, y en vano, hasta Des-Vignoles, se les ha dirigido esta demanda desde hace doscientos años, pues nunca han contestado á ella, apesar de haber mas de ciento que se presentó la dificultad. El último que propuso alguna solucion fué el padre Bonjour, cuya obra dice que no pudo ver Des-Vignoles. Aquel autor pretende probar, segun Le-Clerc, que el año primitivo y patriarcal era de doce meses, cada uno de los cuales constaba de treinta dias, y que al fin de ellos se añadian cinco dias mas para componer el año solar, y uno cada cuatro años como en nuestros bisiestos. Pretende además que el año del diluvio fué de doce meses, de treinta dias cada uno, y de seis dias añadidos, habiendo comenzado á 18 de abril del año 2291 antes de Jesucristo, que corresponde al 2423 del período juliano. Por el extracto que nos ofrece Le-Clerc, nos ha parecido que este sistema estaba lleno de paralogismos y de falsos cálculos, porque el año que allí se fija no fué de ninguna manera bisiesto, ni inmediato á ninguno de los bisiestos cercanos, 2421 y 2425 del período juliano. Además, aun cuando esos cálculos fueran exactos, no hay ninguna prueba, ni siquiera apariencia, de que aquella forma de año la usase ningun pueblo antes del imperio de Augusto, por mas que la conociesen los sacerdotes egipcios.

Por todas estas razones nos atenemos á la sencillez de nuestro sistema, fundado en dos principios generalmente admitidos; el uno, que los meses antiguos eran de treinta dias cabales, y el otro, que el año antiguo constaba de doce meses. Si alguna modificacion quiere hacerse en este sistema, es necesario justificarla, sino con pruebas positivas y categóricas, á lo menos con muy fundadas conjeturas: tenemos de nuestra parte el axioma de los lógicos, «al que afirma, le toca el probar.»

La principal dificultad de la historia del diluvio consiste en los tres últimos meses del año; porque Moisés, después de habernos dicho que las aguas habian ido menguando hasta el décimo mes, añade, que el primer dia de este décimo mes empezaron á descubrirse los picos de los montes; que al cabo de cuarenta dias Noé soltó un cuervo, que no volvió; que en seguida soltó una paloma, que regresó al arca; que siete dias después soltó otra, la cual volvió tambien por la tarde, con una hoja de olivo en el pico; y finalmente, que otros siete dias después soltó una tercera paloma, que ya no regresó. Todos esos intervalos están expresados terminantemente en la Escritura; y tanto los judíos como nuestros mejores cronólogos convienen en que medió el mismo espacio de siete dias entre el envio del cuervo y el de la primera paloma; porque el texto sagrado, cuando habla de la segunda, dice claramente que Noé aguardó otros siete dias, lo que prueba que la primera habia sido soltada tambien siete después que el primer cuervo. No puede, pues, caber la menor duda en que mediaron tres semanas ó veinte y un dias entre el envio del cuervo, que no volvió, y el de la última paloma, que tampoco regresó al arca. Ahora bien, si se añaden esos veinte y un dias á los cuarenta que precedieron al envio del cuervo, desde el primer dia del décimo mes en que empezaron á descubrirse los picos de las montañas, resultarán sesenta y un dias; de lo cual podrá deducirse, que la última paloma fué soltada el dia primero del mes duodécimo de este año, que fué el sesenta y uno, á contar desde el dia primero del décimo mes.

Continuemos ahora la historia. Añade esta en seguida, que el primer dia del primer mes del año siguiente, abrió Noé la cubierta del arca y vió que la tierra estaba enjuta. Aquí tenemos un mes de intervalo, y si es verdad que se añadian entónces cinco dias al mes duodécimo ó al fin del año, resultará entónces, como lo reconoce Calvisio, que mediaron cinco semanas ó treinta y cinco dias entre el envio de la última paloma y el dia en que Noé abrió la cubierta del arca; y el mismo intervalo es el que supone Bunting, aunque distribuyendo de distinta manera el envio de las palomas.

Preguntaremos ahora al que haya leido con atencion este relato, si le parece probable, ni aun posible, después de haber manifestado Noé tanto empeño en saber cómo se hallaba la tierra, enviando uno tras otro cuatro mensajeros alados en el espacio de tres semanas, y después de haber podido conocer por el último, que ya no regresó, que aquella se habia secado, que tardase nada menos que cinco semanas en abrir la cubierta del arca para examinarlo por sí mismo, y sin enviar nuevos mensajeros para su mayor seguridad. Para nosotros lo probable, lo único que tiene visos de verdadero, es que abrió la cubierta del arca para examinar por sí mismo la tierra, luego de haber visto que no volvia la última paloma.

Escalígero y Jacobo Cappel conocieron desde luego lo grave de esta dificultad, y para salir del apuro, dispusieron los sucesos de tal manera, que la tercera paloma fuese soltada el último dia de los epagomenos, como ellos dicen, ó el último del año. Para esto supusieron que habian mediado cuarenta dias, y no siete, entre el envío del cuervo y el de la primera paloma; pero esta suposicion es absolutamente arbitraria, y lejos de tener ningun fundamento, está, como lo advierte Luis Cappel, hermano del mismo Jacobo, en abierta contradiccion con las palabras de la Escritura.

Des-Vignoles pide aquí permiso para argumentar sobre esas hipótesis, y espera que pueden conciliarse sin gran trabajo con los pormenores del diluvio, bastando para ello una sola observacion crítica, aunque es necesario dejarla bien probada, atendida su importancia.

Dice, pues, que ante todo, el mes décimo debe entenderse comprendido en la disminucion de las aguas de que habla Moisés; esto es, que continuaron menguando hasta el décimo mes inclusive, antes que asomasen las montañas; porque efectivamente, en la Sagrada Escri-

tura la voz HASTA incluye ordinariamente el tiempo en que se cumple, y así se dice en ella repetidas veces hasta en este dia, para denotar un tiempo que todavía duraba, como allí donde se lee: que el cordero pascual debia guardarse hasta el dia décimocuarto, en que se le degollaba; que la estimacion de un macho era de cincuenta ciclos hasta la edad de sesenta años, y de quince ciclos, si era mas viejo; y finalmente, que no hubo guerra hasta el año treinta y cinco de Asa, pero que en el treinta y seis fué á atacarle el rey de Israel.

Al igual del último ejemplo, dice en segundo lugar, que, habiendo disminuido las aguas hasta el mes décimo, empezaron á descubrirse los picos de las montañas, nó el primer dia de aquel mismo mes, como se lee en el texto hebreo y en la Vulgata, sino el primero del undécimo, como pusieron los Setenta. Verdad es que hay algunas ediciones de estos que se hallan aquí conformes con el hebreo, sobre el cual fueron corregidas; pero casi no puede caber la menor duda de que aquellos intérpretes pusieron verdaderamente el mes «undécimo;» pues así se lee en la version de Aldo, hecha en Venecia en 1518, en otras que se hicieron sobre ella, en la de Francfort de 1597, y en un precioso manuscrito de Alejandría, perteneciente al rey de Inglaterra; siendo sensible que Grabe, al publicar la primera parte de este manuscrito en Oxford en 1707, sacase al márgen aquella leccion como simple variante. En la biblioteca de Coislin, que habia pertenecido antes al canciller Seguier, existia tambien un excelente manuscrito del siglo VI, ó á lo mas del VII, que concuerda en muchos puntos con el de Alejandría, y está enteramente igual en este pasage: así tambien se lee en una version armenia que La Croze examinó escrupulosamente y cree ser antiquísima; lo mismo en una traduccion esclavona del siglo IX, y lo mismo por último en una version copta que posee Winkins y que pasa tambien por muy antigua. Á vista de tantas concordancias, no puede dudarse de que esta es la verdadera leccion de los Setenta, y es de creer que los copistas del texto hebreo pusieron décimo en lugar de undécimo, porque en las palabras que precedian inmediatamente se decia que las aguas habian continuado disminuyendo hasta el décimo mes.

El mismo trueque de palabras se observa en la historia de la creacion; pues el texto hebreo dice que Dios acabó su obra el séptimo dia, y que descansó el dia séptimo, mientras que en otra parte dice que hizo en seis dias el cielo y la tierra, y que descansó el séptimo, que es como lo han entendido siempre, tanto los judíos como los cristianos. ¿Por qué, pues, habla Moisés de una manera tan diferente en el primero de estos lugares, que es cabalmente el mas esencial? Los intérpretes no saben darnos ninguna razon satisfactoria de esta diferencia, y en vano se afanan en conciliar ambos pasajes, empeñados como están, en no admitir ningun error de copia en el texto hebreo. Sin embargo, el texto samaritano, la antigua version siríaca, hecha sobre el hebreo, y la griega de los Setenta, dicen todos que Dios acabó su obra en el dia sexto, y en este sentido citaron aquel trozo el judío Filon, san Ireneo y san Bernabé, apesar de que este último alteró un poco las últimas palabras del texto. Josefo parece que lo leyó tambien del mismo modo en el ejemplar del texto hebreo, pues se expresa con estas palabras: «Refiere Moisés que Dios crió en seis dias el mundo con todo lo que contiene, y que descansó el dia séptimo.» Lo que sucede cada dia á nuestros impresores y á nuestros copistas sucedió á un antiguo copista del texto hebreo, que, engañado por la inmediacion de dos números en el mismo versículo, escribió dos veces el segundo en la historia de la creacion, y al contrario, dos veces el primero en la historia del diluvio.

Restablecida en estos términos la verdadera leccion de los Setenta, partamos ahora de esta base para formular nuestro cálculo. Habiendo continuado las aguas disminuyendo hasta el fin del décimo mes, empezaron á descubrirse las cumbres de los montes el primer dia del mes undécimo. Al cabo de cuarenta dias, como se lee en el hebreo, esto es, segun el estilo ordinario de la Escritura, el dia cuadragésimo, que fué el décimo del duodécimo mes, soltó Noé el cuervo; siete dias después, á saber, el décimo séptimo, soltó la primera paloma; otros siete dias mas tarde, esto es, el 24, envió la segunda; y últimamente, al cabo de otros siete dias, á saber, el 1.° del mes siguiente, que Des-Vignoles pretende tambien que era el 1.° del año, soltó la tercera.

Como que la segunda paloma volvió ya con una hoja de olivo, y la tercera no regresó, nadie extrañará que Noé sintiese esta extraordinaria alegría, y que despues de haber estado encerrado en el arca por espacio de cerca de once meses, estuviese impaciente por ver la tierra; pero al contrario, parece casi increible, que despues de haber mostrado tanta prisa, permaneciese todo un mes sin asomarse siquiera á la ventana, ni aun enviar otras aves á explorar el país, si nos es lícito hablar así.

Digamos, pues, que Noé, teniendo ya esperanzas muy fundadas despues de tres semanas de haber soltado el cuervo, y viendo que no regresaba la última paloma, se apresuró en el mismo dia á abrir la cubierta del arca, y por esto, dice Moisés, que el primer dia del primer mes abrió Noé dicha cubierta, y que habiendo examinado la tierra, vió que su superficie estaba enjuta.

Des-Vignoles no presume que lo que acaba de manifestar sea una demostracion para todos, aunque para él lo sea; pero á lo menos ha de confesarse que al adoptar como sistema una idea que se les habia ocurrido ya á muchos sabios, ha sabido formularla bajo principios tan naturales y sencillos, como lo fueron en su principio los de todas las artes y ciencias; y que explicada así la historia del diluvio, no ofrece ninguna discordancia, cosa que se habia creido imposible demostrar.

Bajo este supuesto, se cree con derecho á sostener que los descendientes de Noé conservaron la misma forma del año sin ninguna alteracion, y que así debemos creerlo, á lo menos hasta que se nos aleguen pruebas contrarias, ó que al recorrer nosotros mismos las historias de los antiguos pueblos, descubramos, ya por medio de testimonios formales, ya de indicios vehementes, las alteraciones que los unos ó los otros hicieron.

Al contrario, si al practicar esta investigacion, descubrimos algun rastro de esta misma forma del año, ó algunos hechos que concuerden mejor con ella que con ninguna otra, tendremos entónces mejor derecho para alegarlos como pruebas, á lo menos á mayor abundamiento. Para guardar algun órden en esta investigacion Des-Vignoles examina en primer lugar la historia de Abrahan, décimo descendiente de Noé y el mas célebre de todos. Nació aquel patriarca en la Caldea, la cual abandonó por órden de Dios para establecerse en la tierra de Canaan, desde donde hizo un viaje á Egipto. Preténdese, con el testimonio del Beroso, de Eupolemo y de Artapanes, que Abrahan

conoció la astronomía y la enseñó á los fenicios y á los egipcios; añadiendo aun Josefo, que por su medio se comunicaron la aritmética y la astrología de los caldeos á los egipcios, y de los egipcios á los griegos. Des-Vignoles conjeturó: primeramente, que desde la mas remota antigüedad fué conocida de los sacerdotes ó de los sabios egipcios la duracion del año que llamamos juliano; y luego, que en aquella misma antigüedad, su año civil no constaba mas que de trescientos y sesenta dias, como el de la mayor parte de los demás pueblos. Para fundar estas dos conjeturas, y manifestar al mismo tiempo cómo se cambió en Egipto esta antigua forma del año, es menester ante todo comparar este año antiguo con el año secreto de los sacerdotes egipcios, que nosotros llamamos juliano.

Un año juliano ordinario excede en cinco dias á un año antiguo de los que suponemos de trescientos sesenta dias solamente, y por tanto tres años julianos tienen quince dias mas que tres de los antiguos; pero el cuarto año que nosotros llamamos bisiesto excede en seis dias á un año antiguo, y siendo esto así, cuatro años julianos tienen veinte y un dias mas que otros tantos años antiguos. Multiplicando ahora por diez y siete todos estos números, nos resultarán sesenta y ocho años julianos, iguales á sesenta y ocho de los antiguos, con un exceso en estos de trescientos sesenta y cinco dias; y esto nos demostrará desde luego, que sesenta y ocho años julianos son trescientos cincuenta y siete dias mas largos que otros tantos de los antiguos, lo que arroja una diferencia de un año menos tres dias. De lo dicho se desprende, que si en vez de calcular sobre los trescientos cincuenta y siete dias, contamos un año entero, se seguirá, que sesenta y ocho años julianos serán iguales á sesenta y nueve años antiguos menos tres dias, ó lo que es lo mismo que sesenta y nueve años antiguos serán tres dias mas largos que sesenta y ocho julianos.

Efectivamente, sesenta y nueve años antiguos suman 24,840 dias, y sesenta y ocho julianos no suman mas que 24,837, lo que da una diferencia en menos de tres dias, como puede verse por medio de la multiplicacion. Si al primero de los dos resultados que precede se añade por ambas partes un año juliano, ó su equivalente, resultará que setenta años antiguos tendrán dos dias y un cuarto menos que sesenta y nueve años julianos, de manera, que en cada una de esas ecuaciones siempre falta ó sobra, y que una y otra nos dan por resultado revoluciones imperfectas. Tomando, pues, alternativamente estas dos clases de revoluciones imperfectas, en las que sobra ó falta, hallaremos que su ecuacion será perfecta al cabo de siete revoluciones, y que cuatrocientos ochenta y siete años antiguos serán del todo iguales á cuatrocientos y ochenta julianos.

Para comprobar la exactitud de este resultado, no hay mas que multiplicar, por un lado, 480 años julianos por 365 dias y un cuarto; y por otro, 487 años antiguos por 360 dias; y tendremos dos sumas iguales, á saber, 175,320: lo que prueba, que al cabo de este tiempo las dos clases de años volverán á comenzar en el mismo dia.

Para evitar equivocaciones daremos á cada revolucion imperfecta el nombre de pequeño ciclo, y á la total, que es perfecta, el de ciclo antiguo, para que pueda distinguírsela del gran ciclo canicular, del cual hablaremos mas adelante.

Establecido ya el año civil como acabamos de suponerle, un hombre de setenta ó mas años de edad le habia visto pasar del invierno al otoño, del otoño al verano, del verano á la primavera, y volver luego al invierno, donde ya le habia visto. Por poca que fuese la relacion que esta especie de año tenia con las estaciones, necesariamente hubo de subsistir durante muchos siglos en la dispersion general de los hombres que sobrevino despues del diluvio, cuando cada familia se conducia como lo juzgaba mas conveniente; pero luego que los egipcios en particular hubieron formado sociedades y se hubieron reunido en reinos, en NOMAS ó en cantones, ó de cualquier otra manera, es muy probable que al cabo su interés comun y el peculiar á su país, esto es, á su agricultura, les obligase á buscar algun medio para regular el tiempo de sus trabajos en el campo.

Las inundaciones del Nilo, que tenian siempre lugar en verano, hácia el solsticio, fertilizando sus campos, segun venian mas ó menos crecidas, eran la principal esperanza de la cosecha, y soplando en aquella misma época los vientos periódicos del norte, llamados «etesios,» mantenian estos las aguas del Nilo en la superficie de la tierra, purificaban el aire y templaban el excesivo calor de la estacion. Sin embargo, como aquellas inundaciones y aquellos vientos comenzaban mas ó menos tarde en diferentes años, era imposible establecer en este punto alguna regularidad.

Tratóse, pues, de suplirlo con el auxilio de la astronomía. Naturalmente debian tomar por base el solsticio, época en que es mayor la inundacion y en que empezaba el sol á alejarse de ellos; pero como lo observa Escalígero, la observacion de los solsticios es muy penosa, y así pensaron en valerse para este objeto de la mas brillante de las estrellas fijas, que los egipcios llamaban «sothis,» y que nosotros llamamos canícula. Hácia la época del solsticio los rayos del sol la ocultan á la vista, pero algun tiempo despues puede descubrírsela distintamente al salir el sol, que es lo que comunmente se llama nacer la canícula. Los egipcios la escogieron, pues, para regular el tiempo con relacion á la agricultura, aunque sin alterar en lo mas mínimo la forma de su año civil.

Habiendo salido una vez esta estrella el primer dia de Thoth, que da principio al año, es fácil entender, despues de lo demostrado: primero, que al comenzar el año setenta hacia ya tres dias que habia nacido la canícula; segundo, que continuó siendo visible todo aquel año, hasta que á fines de él fué ocultada por el sol; tercero, que no volvió á salir hasta el tercer dia del año siguiente; cuarto, que en esta primera revolucion hubo un año, durante el cual la canícula no se dejó ver; quinto, que lo mismo sucedió en las cinco revoluciones siguientes, esto es, que en cada una hubo un año en que la canícula salió uno ó dos dias antes ó despues, y nó dentro del mismo año; y sexto, que despues de siete revoluciones, como estas, que suman cuatrocientos ochenta y siete años civiles, la canícula volvió á aparecer precisamente el dia primero de Thoth, como al principio.

Síguese de todo esto que en el espacio de 487 años civiles, ó de 175,320 dias, la canícula salió 480 veces solamente; por lo que, dividiendo por este último número el de los dias, el cuociente dará, como medida justa de la revolucion canicular, 365 dias y un cuarto. Es muy probable que, por medio de un cálculo semejante, para el cual bastan muy pocos conocimientos de aritmética, y de algunas observaciones de la canícula, para las cuales no se necesitaba mas que ojos, lograron los sacerdotes egipcios descubrir esta nueva especie de año. Mas adelante averiguaremos la época en que á corta diferencia hicieron este descubrimiento: pero por ahora basta esta observacion ge-

neral, que esperamos contribuirá muchísimo á facilitar la inteligencia de los mas antiguos monumentos que nos quedan de la cronología de los egipcios.

Principiemos, pues, ahora por la mas antigua dinastía, que es la que publicó Maneton, y que Syncelle insertó en su crónica.

Des-Vignoles hace en aquel catálogo tres alteraciones de poca importancia. Primera: en lugar de los 724 años de Vulcano, el editor puso 810, y Des-Vignoles pone este guarismo al extremo del corchete que abraza los años de Vulcano y los del sol, porque notoriamente es la suma de los dos primeros reinados. Segunda: en vez de atribuir treinta y cinco años á Osiris é Isis juntos, colocados en quinto lugar, y dejando vacío el sexto, Des-Vignoles los separa, dando veinte y ocho años á Osiris, segun Plutarco, y dejando los siete restantes para Isis. Tercera: en vez de los veinte y nueve años que en lo impreso se señalan á Typhon, Des-Vignoles le atribuye solamente veinte y ocho, para que las partidas sueltas concuerden con las sumas que Syncelle ha expresado de una manera que no permite atribuir ningun yerro al copista.

DIOSES.			P. J. DIAS.
1 Vulcano.	724	810	1263 + 202
2 El sol, su hijo.	86		
3 Agatodemon.		56	
4 Saturno.		40	
5 Osiris.	28	35	
6 Isis.	7		
7 Typhon		28	
		969 =	955 + 26
SEMIDIOSES.			
8 Horo.		25	2218 + 228
9 Marte		23	
10 Anubis.		17	
11 Hércules.		15	
12 Apolo.		25	
13 Ammon		30	
14 Tithoes		27	
15 Soso.		32	
16 Júpiter		20	
		214 =	211 — 27
		969	
		1183	2429 + 201

Segun estas sumas y las diferentes partidas que las integran, los dioses reinaron 969 años y los semidioses 214, lo que da un total de 1183 años. Este número sin duda no fué escogido á la ventura por un pueblo tan aficionado al misterio, y es de creer, al contrario, que con él quisieron expresar alguna revolucion de años completos. Hagamos pues el ensayo, y analicemos este número segun nuestros principios. Dos ciclos, cuyas revoluciones sean perfectas, suman 974 años; y tres ciclos pequeños, ó de revoluciones imperfectas, suman 209 años, los cuales, añadidos á los 974, arrojan un total de 1183 años. Hé aquí, segun Des-Vignoles, la razon de haber escogido aquel número; y para asegurarse de la exactitud del cálculo, le formula de otra manera. Los 1183 años multiplicados por 360 dias, suman 425,880 dias, que divididos por 365 y un cuarto, dan un cuociente de 1166 años julianos menos un dia y medio: y efectivamente, multiplicando al revés 1166 años julianos por 365 dias y un cuarto, tendremos otra suma de 425,881 dias y medio, que excederá á la anterior en un dia y medio.

Esta fraccion 1/2 puede indiferentemente despreciarse ó ser tomada en cuenta. Si se la desprecia, entónces este cálculo, mas exacto, concordará con el anterior, que ha sido hecho con menos escrupulosidad; pero, si se la quiere tomar en cuenta, debe estimársela por un dia entero, y en este caso los 1183 años de los dioses y de los semidioses serán dos dias mas cortos que los 1166 años julianos que les corresponden. Esta observacion, añade Des-Vignoles, podrá servir cuando demos una noticia abreviada del sistema cronológico de los egipcios, cuyo primer artículo versará sobre aquella dinastía de los dioses y los semidioses; mas por ahora, basta el haber hallado en ella una prueba, sino cierta, verosímil, de la forma del año antiguo, y del ciclo tambien antiguo que de ella resulta.

Confirmemos si es posible la verosimilidad de esta prueba particular con una autoridad mas expresa. Diodoro de Sicilia nombra casi todos los dioses de esa primera dinastía, como Vulcano, el Sol, Saturno, Osiris, Isis y Typhon y á muchos de los semidioses como, Horo, Anubis, Hércules, Apolo, Ammon, y Júpiter; añadiendo en particular, que el Sol fué el primer rey de Egipto, aunque segun algunos sacerdotes le precedió Vulcano, que despues de él reinó Saturno, á quien sucedieron sus hijos Osiris é Isis, que fueron casados el uno con el otro; y que Isis sobrevivió á su marido, muerto por su hermano Typhon, que reinó despues de ellos y tuvo por sucesor á Horo, hijo de Isis. Ahora bien, el mismo Diodoro refiere, que, muerto Osiris, Isis le hizo edificar un sepulcro, al rededor del cual mandó colocar trescientas y sesenta pilas, que los sacerdotes debian llenar de leche cada dia; y al fin del mismo libro cuenta además, que á ciento y veinte estadios de Memfis habia una pila, á donde los sacerdotes llevaban el agua del Nilo trescientas sesenta veces cada dia. ¿No indica esto bien claramente, que á la sazon se componia el año de trescientos y sesenta dias?

Hállanse además en el mismo historiador algunas otras particularidades, muy dignas de consideracion para nuestro asunto. En tiempo de Osiris, las aguas del Nilo tuvieron (al nacer la canícula) una extraordinaria avenida, que causó notables estragos; y aquel soberano empleó en su reparacion á Hércules, el cual le sucedió al cabo de cien años: cosa, por cierto, que nadie tiene de extraordinaria para aquellos tan antiguos tiempos. Pocas páginas antes nos habia dicho ya el citado historiador, que á Osiris algunos mitologistas le llamaron «la Canícula;» y mas adelante nos cita una inscripcion sepulcral, en la que Isis decia de sí misma: «Yo soy la que nazco con la canícula.» Por consiguiente, todo esto prueba que á lo menos en memoria de Osiris y de Isis, ó siguiendo su ejemplo, ó quizás por órden suya, observaron los egipcios con mayor cuidado la salida de la canícula, para que sirviese de época á la revolucion de sus ciclos; á no ser que la hubiesen ya observado anteriormente.

CATÁLOGO DE LOS REYES DE HELIÓPOLIS. — Syncelle pone este catálogo ciento veinte y cuatro años antes del de los reyes de Tebas. Por otra parte Heliópolis era la mas célebre residencia de los sacerdotes ó astrónomos egipcios, á la cual concurrieron durante largo tiempo Platon y Eudoxio, para aprender allí las ciencias. Finalmente, este catálogo, como lo advierte Des-Vignoles, tiene mas inmediata relacion con la cronología de la historia sagrada, porque comprende los reyes durante cuya dominacion residieron en Egipto los israelitas. Syncelle no nos dice si es él mismo el autor de este catálogo, ó si le copió de algun otro; pero, sea como fuere, continuaremos aquí sus diez primeros siglos, que son los que bastan para nuestro designio. Por una parte van añadidos en él, segun Marshan, los años de la era de Egipto, que Des-Vig-

noles llama tambien antiguo ciclo de los egipcios; y por otra los del período juliano anteriores á la era cristiana que les corresponden.

ERA DE EGIPTO.			AÑOS DEL PER. JUL.	AÑ. ANT. DE J. C.
1	1	Mestraim. 35	2429	2235
36	2	Curudes. 63	2464	2250
99	3	Aristarco. 34	2527	2187
133	4	Espanio. 36	2561	2153
169	5	— 6. 72	2597	2117
241	7	Sérapis 23	2669	2045
264	8	Sesoncosis 49	2692	2022
313	9	Amenemés. 29	2741	1973
342	10	Amasis. 2	2770	1944
344	11	Acesefires 13	2772	1942
357	12	Acoreo. 9	2785	1929
366	13	Armiyses. 4	2794	1920
370	14	Chamois. 12	2798	1916
382	15.	 14	2810	1904
396	16	Amesises. 65	2824	1890
461	17	Use. 50	2889	1825
511	18	— 24 Fam. Remeses. 185	2939	1775
696	25	Concharis 6	3124	1590
702	26	Silites 19	3130	1584
721	27	Beon. 44	3149	1565
765	28	Apachnas 36	3193	1521
801	29	Apophis. 61	3229	1485
862	30	Sethus, ... 50	3290	1424
912	31	Certus. 29	3340	1374
941	32	Aseth. 20	3369	1345
961	33	Amosis 22	3389	1325
		etc. (Mejor: 26)		

Considerando el método de Syncelle, se nota desde luego que dispuso este catálogo con arreglo á los años julianos, que eran los que se usaban en su tiempo; pues señala en cada rey los años del mundo, sin hacer ninguna reduccion, siendo así que hubiera debido hacerla por precision, si hubiesen sido de otra clase los años de los reinados que continuó en su catálogo, el cual comienza por Mestraim, que es el mismo que Menés, admitido generalmente por primer rey de Egipto, después de los dioses y los semidioses. De él tendremos ocasion de tratar mas adelante, cuando hablemos del segundo catálogo atribuido á Eratostenes.

El vigésimo quinto rey, llamado Concharis, empezó á reinar en el año 3124 del período juliano, segun Syncelle, y reinó seis años; de manera que el sexto y último año de su reinado, principió con el 3129 del período juliano, setecientos años cabales después del principio de Mestraim y del catálogo.

Así es que inmediatamente después de aquel rey, añade Syncelle la siguiente nota: «En el año quinto de Concharis, vigésimo quinto rey de Egipto, en tiempo de la dinastía décimasexta, terminaron los setecientos años del ciclo que Manethon llama canicular, contado desde Mestraim, primer rey de Egipto, esto es, desde el año 2429 del período juliano.»

Lo que para nosotros tiene mas importancia en este pasaje de Syncelle, es el haber comenzado su catálogo por el principio del ciclo canicular.

El rey trigésimo segundo, llamado Aseth, empezó á reinar en el año 3369 del período juliano, y reinó veinte años: pero traslademos aquí literalmente la nota de Syncelle, porque es de mucha importancia. Dice, pues: «Este rey añadió al año los cinco dias que se llaman epagomenos; y en su tiempo, segun dicen, se le señalaron al año egipcio trescientos sesenta y cinco dias, en vez de los trescientos y sesenta que tenia anteriormente.» Como este rey principió á reinar en el año 3369 del período juliano, segun Syncelle, el año veinte de su reinado hubo de concurrir necesariamente con el 3388 de aquel mismo período, y si además el año primero del ciclo canicular fué el 2429 del citado período, segun el referido autor y como lo hemos visto, resultará evidente que el año 3388 del período juliano, que fué el vigésimo del reinado de Aseth, hubo de ser el 960 del ciclo canicular.

Esto es lo mas interesante de aquel catálogo y de cuanto hemos visto hasta ahora, y lo que mas puede dar que discurrir á los cronólogos que siguen la opinion comun en cuanto á la forma del año antiguo, pues Syncelle dice formalmente, que entónces se añadieron cinco dias al año, que antes no tenia mas que trescientos y sesenta, y después constó de trescientos sesenta y cinco; y esto sin ninguna ambigüedad, de manera, que la única salida que puede hallarse consiste en decir que quizás aquel escritor no hizo mas que soñarlo. Supongamos, sin embargo, que á fuerza de cavilaciones quiera entenderse que se refieren sus palabras, nó á una nueva invencion, sino á una simple renovacion del ciclo antiguo; mas entónces, añade Des-Vignoles, preguntaré yo: ¿porqué fué á escoger precisamente el año 960 del ciclo precedente, y nó el 1460 ó el 1440, como hubiera debido?

Segun los principios de nuestro autor, esta dificultad se resuelve casi por sí misma; pues habiendo dicho que los años de que se sirve Syncelle en su catálogo deben entenderse julianos, como se usaban en su tiempo y como éste los emplea en toda su cronología, resulta, que novecientos sesenta años julianos componen exactamente dos ciclos antiguos de cuatrocientos ochenta años julianos cada uno, ó de cuatrocientos ochenta y siete años antiguos. Por consiguiente, el antiguo ciclo canicular terminó precisamente con el reinado de Aseth, para ser sustituido por otro nuevo; pero con la diferencia, de que en el antiguo el año de los egipcios no tenia mas que trescientos y sesenta dias, conforme á la tésis de nuestro autor, y en el nuevo constaba de trescientos sesenta y cinco.

Este aumento de cinco dias hecho al año antiguo de los egipcios, aproximaba el nuevo al que nosotros llamamos juliano, que pasaba entre ellos por año solar exacto; pero discrepaba en la cuarta parte de un dia, de manera que al cabo de cuatro años le faltaba un dia entero. De aquí se desprende, que, teniendo este nuevo año trescientos sesenta y cinco dias solamente, en cuatro veces trescientos sesenta y cinco años, esto es, en mil cuatrocientos y sesenta, se habia adelantado trescientos sesenta y cinco dias, que forman un año completo, el cual debia añadirse á los mil cuatrocientos y sesenta egipcios, si habian de resultar iguales á los mil cuatrocientos y sesenta julianos. Tenemos, pues, que mil cuatrocientos sesenta y uno de los nuevos años egipcios, equivalian perfectamente á mil cuatrocientos y sesenta julianos.

No hay mas que multiplicar, de un lado, 1460 años julianos por 365 dias y 1/4, y de otro, 1461 egipcios por 365 dias solamente, para ver que por ambas partes se obtiene la misma suma de 533,265 dias que forman lo que Des-Vignoles llama el gran ciclo canicular, y lo que se designa comunmente por Año Magno.

No solamente Censorino ha determinado con exactitud la duracion del gran ciclo canicular, sino que ha señalado su principio, ó á lo menos nos ha dejado indicios suficientes para descubrirle, atendidos los términos en que habla del año de los egipcios en otro lugar muy notable, cuyas palabras vamos á trasladar. «Estos comienzan siempre por el primer dia de aquel mes á que los egipcios dan el nombre de THOTH, y que en este año cayó VII dias antes de las calendas de

julio, y cien años atrás, durante el segundo consulado del emperador Antonino Pio y de Brucio Presente, XII dias antes de las calendas de agosto, en cuya época suele nacer la canícula en Egipto. Por consiguiente ha de saberse que ahora corre el año ciento de aquel año magno, que, como dije antes, se llama tambien solar y canicular, y año de Dios. »

Para sacar de este precioso pasaje todo el partido conveniente, es necesario advertir ante todo, que Censorino escribia en el año 238 de Jesucristo, pues habia dicho poco antes: « este año, el cual sirve como de regulador al consulado de Ulpio y Ponciano, » el cual coincide sin la menor duda con el año 991 de la fundacion de Roma, y corresponde al 238 de Jesucristo.

Otra indicacion, aunque menos terminante, se halla tambien en el trozo que acabamos de trasladar, cuando en él se dice, que en aquel año el « thoth » egipcio principió á siete de las calendas de julio, esto es, el 25 de junio, lo que se verificó precisamente desde el año 236 hasta el 239 de Jesucristo, inclusive.

Añádase además, que, cien años antes, durante el segundo consulado de Antonino Pio y de Brucio Presente, principió aquel mismo mes á doce de las calendas de agosto. Ahora bien, este consulado corresponde al año 139 de Jesucristo, y el dia doce de las calendas de agosto al 21 de julio; pero en este último número ha de haber un error de copia, porque desde el año 136 el primer dia de « thoth » habia dejado el 21 de julio para pasar al 20, con el cual coincidió hasta el año 139, inclusive. Es menester, pues, corregir en Censorino aquel guarismo, y leer « á trece de las calendas de agosto. »

En el año que el mismo escritor puso por fecha á su libro, el primer dia de « thoth » cayó á 25 de junio; y para hallar la época en que el primer dia del propio mes coincidió con el 20 de julio, Censorino comparó, retrogradando, los años egipcios con los julianos, comenzando por el 238 de Jesucristo en que escribia, hasta que llegado al año ciento, que era el 139 de Jesucristo, halló que el primer dia de « thoth » habia caido á 20 de julio, y con esto se paró, ya porque aquel número ciento fuese un número redondo, ya porque aquel año, que era el segundo del emperador Antonino, hubiese sido notable por diez ó doce observaciones astronómicas que hizo Tolomeo en Egipto, sobre el sol ó la luna, sobre Júpiter, Marte ó Neptuno, y sobre la estrella fija del corazon del leon; ya por alguna otra razon, que nos es absolutamente desconocida.

Sin embargo, como el año 139 de Jesucristo, en el cual se paró Censorino, precedió inmediatamente á un año bisiesto, que hace adelantar de un dia el egipcio, lo que Censorino dijo del año 139 de Jesucristo se verificó igualmente en los tres años anteriores 138, 137 y 136; pues, como dice Dodwel: « Durante cuatro años seguidos, desde el 136 hasta el 139, cayó á 20 de julio el principio del mes vago de thoth. » Efectivamente, consúltese á Bunting, á Calvicio ó á Petavio, y se verá que en el año 136 de Jesucristo, el año egipcio empezó á 20 de julio. Debia, pues, Censorino retrogradar hasta el dicho año 136, porque aquel fué efectivamente el en que el dia primero de thoth coincidió con el 20 de julio, dia característico del ciclo canicular. Ahora, para hallar el año del período juliano que le corresponde, añadamos el 136 de Cristo á los 4713 de aquel período, y resultará el año 4849, cuyo dia 20 de julio dió principio al nuevo ciclo canicular que corria en tiempo de Censorino. Rebajemos luego de esta suma un ciclo de 1460 años julianos, y tendremos al cabo, que el dia 20 de julio del año 3389 fué el principio del primer gran ciclo canicular que andábamos buscando. Casi todos los que han hablado de este ciclo, ó sea del año magno de los egipcios, han creido que comenzaba al nacer la canícula; pero sorprende la poca exactitud que se halla en este punto entre los antiguos, pues la mayor parte confundieron el nacimiento llamado cósmico, cuando el sol y la estrella nacen al mismo tiempo, con el que se llama heliaco, que es el que se verifica cuando la estrella se presenta visible antes de salir el sol; muy pocos hicieron la conveniente distincion de climas que produce una notable diferencia á medida que nos vamos apartando del ecuador; y los que lo verificaron se refirieron casi siempre á tradiciones inciertas, y nó á observaciones practicadas con escrupulosidad. Algunos tomaron la estrella del pequeño Can, llamada Procyon, y algunas veces Canícula, por la que se halla á la boca del gran Can, llamada propiamente Canícula ó « Sirio, » y por los egipcios « Sothis; » y muchos que no fueron bastante hábiles para hacer una comparacion exacta de los meses y de los dias de los diversos pueblos, señalaron la salida ó la puesta de las estrellas fijas mas pronto ó mas tarde que los astrónomos. De semejantes faltas está plagado el libro de Tolomeo, traducido por Nicolás Leónico. Por algunas ó por muchas de estas razones la entrada de la canícula se ha fijado en el calendario romano en los dias 24, 27 y 29 de junio, en el 2 de julio, desde el 15 hasta el 28 del mismo mes, y finalmente en el 2 y en el 7 de agosto; pero el mayor número de los calculistas y los mas exactos se han concretado al 19 al 20 ó al 21 de julio.

Kirch, que hizo el cálculo para el año 3389 del período juliano, ó sea 1325 antes de Jesucristo, halló que el dia 20 de julio la canícula habia salido astronómicamente á las cuatro horas en punto, hallándose entónces el sol á los 14° y 3' del signo de cáncer y á 11° y 52' debajo del horizonte, de manera que salió á las 5 y 4 minutos, esto es, una hora y cuatro minutos después de haber salido la canícula; pues este último intervalo no sufrió la menor alteracion por la refraccion que hizo aparecer un poco antes ambos astros, porque esta no hizo mas que anticipar un poco la hora de la salida, pero igualmente para los dos. Hé aquí pues un cálculo astronómico del todo circunstanciado, que cuadra perfectamente con el año 3389, el cual habia escogido ya Des-Vignoles, por otras razones, como primero del gran ciclo canicular.

Demostrada ya la época de este gran ciclo, cuanto lo permite un hecho tan remoto, probemos á hacer la misma demostracion para el ciclo canicular antiguo.

En tiempo de Alfragan, habia transcurrido ya la mitad del gran ciclo canicular que corria entónces: pero supongamos que durase hasta el fin; al año 136 de Jesucristo añadamos un ciclo de 1460 años, y tendremos el 1596 de Jesucristo. En este último año, segun el mismo Kirch, la canícula salió en Heliópolis el dia 23 de julio « juliano » á las 4 horas y 17 ó 18 minutos de la mañana, hallándose el sol á los 9° y 41' del leon, y á los 11° y 43' ó 44' debajo del horizonte, de manera que la salida de la canícula se retardó tres dias en el espacio de 2920 años desde el principio del gran ciclo canicular: apesar de no haber tenido ningun retardo en los 960 años anteriores, como vamos á verlo.

Este ciclo que principió con la era histórica del Egipto, fué anterior de 960 años al gran ciclo canicular que hemos fijado en el dia 20 de julio del año 3389 del período juliano, y por consiguiente hubo de em-

pezar, segun Des-Vignoles, á 20 de julio del año 2429 del período juliano, 58 mas tarde de lo que pretendió Marshan.

El mismo Kirch averiguó por medio de sus cálculos, que el año 2429 del período juliano, la canícula salió en los alrededores de Heliópolis el dia 20 de julio á las tres y cincuenta y siete minutos de la mañana, hallándose el sol á 12° y 6' debajo del horizonte y á los 6° y 38' de cáncer, y por consiguiente 7° y 25' menos adelantado en este signo, que 960 años después. Aquel año fué el 21 del ciclo solar, que tiene por letras dominicales C, B, la primera de las cuales sirve para después del mes de marzo, así como la letra E sirve de carácter invariable para el dia 20 de julio; por consiguiente aquel dia fué miércoles, dia de la semana notable por muchos conceptos.

Los egipcios han comenzado siempre su año por el mes á que dieron el nombre de « thoth », que se emplea comunmente para significar el dia de año nuevo, y segun el antiguo Sanchomiaton, citado por Eusebio, los egipcios llamaban « toith » y los alejandrinos « thoth », al que los griegos llamaban hermes. Bajo este supuesto, nadie ignora que el hermes de los griegos es lo mismo que el mercurio de los latinos. Hermes, dice Clemente Alejandrino, habia compuesto cuatro libros de astrología, el primero de la disposicion de los planetas, el segundo de las conjunciones y oposiciones del sol y de la luna, y los otros dos del nacimiento helíaco de las estrellas, y por consiguiente quizás por órden de este mismo Hermes, ó para honrarle, se puso su nombre al mes con que debia abrirse el año y al dia del planeta que daba principio al antiguo ciclo.

Moisés nos refiere, que en el cuarto dia de la semana, que fué el primer miércoles, Dios crió el sol, la luna y las estrellas, para regular las estaciones, los dias y los años; y quizás la tradicion de este hecho pudo conservarse entre los egipcios, cuyas ciencias no se desdeñó de estudiar el autor del Génesis.

Conservóse á lo menos entre algunos antiguos judíos, pues, como dice Selden, « hay algunos de estos que, averiguando desde el principio el órden de los tiempos, señalan como primer dia el miércoles », y cita sobre esto al rabino Eliezer, el cual ordena los dias de la semana de las dos maneras siguientes:

☿	♃	♀	♄	☉	☾	♂
1	2	3	4	5	6	7
☉	☾	♂	☿	♃	♀	♄

empezando la una por el miércoles, y la otra por el domingo.

No debemos tampoco dejar de advertir; que la célebre era de Nabonasar principió por un miércoles á 26 de febrero; y si bien fué una pura casualidad, como yo creo, que aquel año fuese el primero del reinado de Nabonasar, sin embargo, si los que inventaron aquella era se propusieron algun objeto con semejante eleccion, ¿no podríamos sospechar que quisieron principiarla por el mismo dia de la semana en que empezaba la antigua era de Egipto?

No se nos oculta que todas esas coincidencias no son verdaderas pruebas, pero Des-Vignoles tampoco las alega mas que como razones subsidiarias para robustecer los cálculos en que principalmente se funda; porque si para favorecer su sistema hubiese querido separarse de ellos, bastábale retardar tres años la época de la era de Egipto, y de esta manera hubiera principiado por un sábado del mismo modo que el gran ciclo canicular, y entónces ambos ciclos hubieran empezado en el mismo dia de la semana de los egipcios. Sin embargo, no quiere aquel autor seguir este método, sino que se deja guiar, en cuanto puede, por la razon imparcial y por sus propios cálculos. Hasta aquí todo concuerda perfectamente, y falta averiguar tan solo, cómo fué que la época inicial de aquellos ciclos pasase del miércoles al sábado. Al contrario de lo que sucede en nuestros años julianos, en los cuales la revolucion de las semanas no resulta cumplida hasta al cabo de veinte y ocho años, en los dos ciclos de los egipcios termina ya al cabo de siete años; y como del mismo modo se terminó en las ciento treinta y nueve semanas de años, que componen nuevecientos setenta y tres años, y en el de nuevecientos setenta y cuatro la revolucion de las semanas volvió á comenzar por un miércoles, siendo los tres últimos dias de aquel último año, miércoles, jueves y viernes, con el cual terminó el antiguo ciclo: resulta por una consecuencia necesaria, que el año siguiente, primero del nuevo ciclo en que fueron introducidos los epagomenos, hubo de comenzar por el sábado. (V. la « Cronología del catálogo de los reyes de Heliópolis). »

RESÚMEN DEL SISTEMA DE DES-VIGNOLES SOBRE LA FORMA DEL AÑO ANTIGUO. — 1.° Empieza dándonos una idea de cómo formaron los primeros hombres el mes y el año, y sostiene que este último aun antes del diluvio no constaba mas que de trescientos y sesenta dias.

2.° Sostiene que después del diluvio los descendientes de Noé conservaron la misma forma de año, sin ninguna alteracion.

3.° Que desde la mas remota antigüedad el año civil de los egipcios, como el de la mayor parte de los demás pueblos, tampoco tenia mas que trescientos y sesenta dias, y que en aquella misma antigüedad, la duracion del año llamado juliano la conocian los sacerdotes y los sabios egipcios. Des-Vignoles compara estas dos clases de años, y prueba por medio del cálculo que cuatrocientos ochenta y siete años antiguos, de trescientos sesenta dias, son enteramente iguales á cuatrocientos ochenta años julianos; de lo cual deduce que bastaba un cálculo muy sencillo, con algunas observaciones de la canícula, para descubrir aquella nueva especie de año. Á la revolucion de los cuatrocientos ochenta y siete años la llama antiguo ciclo canicular.

4.° Dice que el antiguo ciclo canicular, ó la era histórica de Egipto, empezó por un miércoles á 20 de julio del año 2429 del período juliano y 2285 antes de la era cristiana; y lo comprueba con una observacion astronómica de Kirch, segun el cual la canícula salió en los alrededores de Heliópolis á las tres y cincuenta y siete minutos de la mañana, hallándose el sol á 12° y 6' debajo del horizonte, y á los 6' y 38' de cáncer, y por consiguiente, con un atraso de 7° y 25', respecto del punto en que se halló nuevecientos sesenta años después, cuando fueron introducidos los epagomenos.

5.° Afirma que la introduccion de los epagomenos y el primer gran ciclo canicular, empezaron un sábado, á 20 de julio del año 3389 del período juliano, y 1325 antes de Jesucristo; corroborándolo con los cálculos de Kirch, segun el cual la canícula salió astronómicamente á las cuatro en punto, hallándose el sol á los 14°, 3' del signo de cáncer, y á 11° 52' debajo del horizonte, de manera que salió á las cinco y 4 minutos, esto es, una hora y 4 minutos mas tarde que aquella: sin que la refraccion alterase este intervalo, porque fué igual para los dos astros, y no hizo mas que anticipar de algunos minutos su salida.

OBSERVACIONES.—Parece que el sistema de Des-Vignoles, por lo que toca al uso del año de trescientos y sesenta dias y á la introduccion de los epagomenos, se funda solamente en dos pasajes de Syncelle, cuyas palabras son las que siguen:

En el primero, dice: «En el año quinto de Concharis, vigésimo quinto rey de Egipto, en tiempo de la dinastía décima sexta, terminaron los setecientos años del ciclo que Manethon llama canicular, contado desde Mestraim, primer rey de Egipto, esto es, desde el año 2429 del período juliano.»

En el segundo se lee: «Este rey (habla de Aseth) añadió al año los cinco dias que se llaman epagomenos; y en su tiempo, segun dicen, se le señalaron al año egipcio trescientos sesenta y cinco dias, en vez de los trescientos y sesenta que tenia anteriormente.»

Sin embargo, para fijar la época del gran ciclo canicular, Des-Vignoles cita un trozo notable de Censorino, que principia por las siguientes palabras. «Estos comienzan siempre por el primer dia de aquel mes,» etc.; y añade, que en el año 238 de Jesucristo, que fué el de la fecha del libro de Censorino, el primer dia de thoth coincidió con el 25 de junio; y que para averiguar este autor el tiempo en que el dicho primer dia de thoth cayó á 20 de julio, comparó retrogadando los años egipcios con los julianos, partiendo desde el 238 de Jesucristo, hasta que, llegado el año 100, que era el 139 de Cristo, halló que entónces el primer dia de toth habia caido efectivamente á 20 de julio, y se contentó con esto.

Segun Des-Vignoles, Censorino hubiera debido retrogadar hasta el año 136 de Jesucristo; porque este fué realmente el primero en que el primer dia de thoth coincidió con el 20 de julio, dia característico del ciclo canicular.

Despues de haber explicado en estos términos el pasaje de Censorino, Des-Vignoles supone comenzado el gran ciclo canicular tres años antes de los que señaló Freret, el cual se sirvió igualmente de la misma autoridad, para determinar la época inicial del ciclo que precedió al de que trata Censorino en su libro.

Parece, sin embargo, que Des-Vignoles tiene razon en haber adelantado tres años la época del gran ciclo canicular, porque efectivamente el primer dia de thoth se habia ya pasado al 20 de julio desde el año 1325 antes de la era cristiana, y el de 1322 que Freret nos da como primero de aquel ciclo, fué el último de los cuatro en que el primer dia de thoth coincidió con el mismo 20 de julio. Apesar de todo, como ambos sabios fundan su opinion en observaciones astronómicas, quizá seria lo mejor, que se calculasen de nuevo, para poder saber con certeza y puntualidad en qué tiempo se verificó en el Bajo Egipto el nacimiento heliaco de Sothis.

OBSERVACIONES CRONOLÓGICAS

sobre la duracion de las dos primeras edades del mundo, la una de las cuales empieza por la creacion y acaba por el diluvio, y la otra principia por el diluvio y termina con el nacimiento de Abrahan.

Es sabido que desde Adan hasta Noé, ambos inclusive, hubo diez generaciones, ó diez patriarcas llamados «antediluvianos»; y que desde Sem, hijo de Noé, hasta Abrahan, tambien inclusive, hubo otras diez generaciones ó patriarcas «postdiluvianos», suprimiendo á Cainan, que no se halla en el texto hebreo ni en nuestra Vulgata, á lo menos en el Génesis, y que si se ve citado en el capítulo tercero de san Lúcas, se debe seguramente á error ó distraccion de algun copiante.

Para saber con exactitud cuánto tiempo vivió cada uno de aquellos patriarcas, y por consiguiente la duracion de cada una de las edades del mundo, primera y segunda, no tenemos mas que tres medios, ya que para aquella época nos falta absolutamente el auxilio de los autores profanos: el primero, el texto hebreo; el segundo, el texto samaritano; y el tercero, el texto griego de los Setenta. Mas como cada uno de esos tres textos discrepa de los demás, á lo menos en su actual estado, vamos á examinar cuál de ellos debe merecernos la preferencia, empezando, como lo reclama el órden de los tiempos, por la primera edad ó primera época, desde la creacion hasta el fin del diluvio.

PRIMERA EDAD DEL MUNDO, Ó PRIMERA ÉPOCA. — Segun el texto hebreo, duró esta época 1656 años; segun el samaritano, 1307; y segun el griego de Ezzo, 2262. Por consiguiente, el griego excede al hebreo en 606 años, y en 955 al samaritano, el cual no difiere del hebreo sino en 349 años; y así es mucho mas fácil conciliar entre sí los dos primeros textos, que ninguno de ellos con el de Ezzo, siendo ya esta una de las principales razones que nos han movido á desechar el texto griego, como va á verse.

Primera proposicion.—Los dos primeros textos, á saber, el hebreo y el samaritano, deben ser preferidos al griego, por las siguientes razones.

1.ª Porque discrepan menos entre sí, que cada uno de ellos del de Ezzo; y aun en lo que difieren es tan fácil conciliarlos, que casi puede decirse que arrojan los dos el mismo resultado, en cuanto á la duracion de esta primera edad, como pensamos demostrarlo. Así es que, aun cuando no fuese mas que por mayoría, deberian llevarse la preferencia, porque son dos autoridades contra una sola.

2.ª Porque como ambos textos cuentan mucho mayor antigüedad que el griego, y están escritos en la misma lengua, aunque con diferentes caractéres, deben tenerse por mas auténticos y ser preferidos al de Ezzo, cuya cronología, por lo que toca á la primera edad del mundo, es notoriamente defectuosa.

3.ª Porque siguiendo una regla muy juiciosa, dada y practicada por san Agustin en la misma materia de que aquí tratamos, cuando algunos ejemplares de la Sagrada Escritura discrepan en algunos puntos, deben ser preferidos los que están escritos en la lengua primitiva y original, á menos de que medien razones muy poderosas en contrario. «Estoy cierto de que obra bien», dice en el lib. xv, cap. xxiii, de La ciudad de Dios; «el que al notar alguna discrepancia entre distintos códices,.... se atiene á aquel sobre el cual se ha hecho la traduccion». Por consiguiente, es claro que la cronología del texto hebreo, concretándonos á este, debe ser preferida á la del de Ezzo, mayormente si se atiende á que aquellos intérpretes hicieron su version sobre el mismo hebreo, el cual copiaron, y á que nadie podrá dudar de que merezca muchísimo mas respeto un texto original en la lengua primitiva, que no una simple copia hecha en idioma extraño.

Á esto puede añadirse, que la Vulgata, declarada auténtica por el concilio de Trento, está tambien conforme con el hebreo en el punto de que se trata; por tanto será siempre mejor y mas seguro atenerse á ella, y desechar la cronología de Ezzo acerca de la primera edad del mundo.

Veamos ahora si de los otros dos textos debe preferirse el hebreo ó el samaritano.

Segunda proposicion. — El texto griego debe ser preferido al samaritano; pero antes de probarlo, he-

mos de manifestar en qué discrepan el uno del otro en su actual estado.

Toda la diferencia consiste en la edad que tenian tres de los patriarcas antediluvianos, cuando engendraron, y que está expresada como sigue:

SEGUN EL TEXTO HEBREO.		SEGUN EL TEXTO SAMARITANO.	
Jared.	162 años.	Jared..	62 años.
Matusalen.. . .	187 »	Matusalen. . .	67 »
Lamec.	182 »	Lamec.	53 »

Bajo este concepto, para probar nuestra proposicion, demostraremos, que el texto samaritano, tal como existe ahora, está viciado por lo que toca á la edad de los dos últimos de esos tres patriarcas; pues san Gerónimo, en sus Cuestiones Hebráicas acerca del Génesis, tom. II, col. 512 y 513, nos asegura haber hallado, tanto en los libros samaritanos como en los hebreos, que Matusalen habia engendrado á la edad de ciento ochenta y siete años, y Lamec, á la de ciento ochenta y dos, pues dice categóricamente: «Tanto en los libros de los hebreos como en los de los samaritanos he hallado escrito: Matusalen vivió ciento ochenta y siete años y engendró á Lamec..... y fueron todos los dias de Matusalen nuevecientos sesenta y nueve años, y murió; y Lamec á los ciento ochenta y dos años de su vida engendró á Noé.»

Aun cuando desde el tiempo de san Gerónimo no se hubiesen deslizado en los ejemplares samaritanos mas que esas dos erratas tan notorias, serian ya mas que suficientes para decidirnos á favor del texto hebreo respecto á la cronología de los patriarcas antediluvianos.

En cuanto á la edad en que engendró Jared, es muy presumible que se haya cometido tambien otra errata en el actual texto samaritano, dándole no mas que sesenta y dos años, en vez de los ciento sesenta y dos que le atribuye el hebreo: errata que pudo escapársele facilísimamente al primer copiante que sirvió de patron á los demás, en atencion á que en la lengua samaritana original, que es la misma que la hebrea, la voz que significa «ciento» es brevísima, por no constar mas que de tres letras.

Como san Gerónimo nada dice de Jared, podria creerse que su silencio nace de que en su tiempo no habia ninguna diferencia entre el texto samaritano, y el hebreo, y que en los dos se leia igualmente «ciento sesenta y dos años;» lo que probaria la integridad del texto samaritano acerca de la cronología antediluviana, en tiempo de san Gerónimo, pues concordaria con el hebreo, y daria á conocer que las tres erratas que ahora se les notan son posteriores al siglo IV. Sin embargo, es muy verosímil que si el santo doctor no habló de Jared, fué porque nada tenia que ver con lo que él se proponia, que era el demostrar que Matusalen habia muerto antes de empezar el diluvio, como lo probaban los ejemplares griegos y los samaritanos; cuando al contrario, segun el texto griego, no hubiera tenido mas que nuevecientos cincuenta y cinco años al principiar el diluvio, y por consiguiente, hubiera debido sobrevivir aun otros catorce años, cosa diametralmente opuesta á la Sagrada Escritura, la cual nos dice que no entraron en el arca sino Noé y su mujer, con sus tres hijos y las tres mujeres de estos, y que todos los demás hombres perecieron en aquel tremendo cataclismo. Bastaria este solo error para que hubiéramos de desechar la cronología antediluviana del texto griego; de la misma manera que las otras tres de que hemos hablado nos obligan á abandonar el samaritano, tal como ahora se halla, y atenernos definitivamente al texto hebreo y á la version de la Vulgata, que es el primero de los dos puntos que nos habíamos propuesto examinar.

Pasemos ahora á la segunda época.

SEGUNDA EDAD DEL MUNDO, Ó SEGUNDA ÉPOCA. — Esta época comprende, como la primera, diez patriarcas que se sucedieron los unos á los otros inmediatamente después del diluvio: el cual terminó, segun el texto hebreo que nosotros seguimos, al principio del año 1657 de la creacion del mundo.

Hé aquí el nombre de esos patriarcas, con la edad que cada uno tenia cuando engendró al sucesor, segun los tres diferentes textos:

HEBREO.		SAMARITANO.		GRIEGO.	
Sem. . .	100	Sem. . .	100	Sem . . .	100
Arfaxad. .	35	Arfaxad. .	135	Arfaxad. .	135
				Cainan . .	130
Salé . . .	30	Salé . . .	130	Salé . . .	130
Herber . .	34	Herber . .	134	Heber . .	134
Faleg. . .	30	Faleg. . .	130	Faleg. . .	130
Reu . . .	32	Reu . . .	132	Reu . . .	132
Sarug. . .	30	Sarug. . .	130	Sarug. . .	130
Nacor. . .	29	Nacor. . .	79	Nacor. . .	179
Taré. . .	70	Taré. . .	70	Taré. . .	70
Abrahan. .	0	Abrahan. .	0	Abrahan. .	0
	390		1040		1270

Examinando esas tres sumas 390, 1040 y 1270, se ve que cada una de las dos últimas excede muchísimo á la primera, que es la del texto hebreo, tal como le tenemos ahora y como le siguió la Vulgata (Génesis XI, v. 10 y siguientes); al paso que la del texto griego no excede á la del samaritano sino en 230 años, los cuales quedan aun reducidos á 100, si se suprime, como creemos que debe hacerse, el Cainan de los griegos con sus 130 años; de manera que entónces toda la diferencia entre el griego y el samaritano no será mas que de cien años, que muy fácilmente pudieron ser añadidos al Nacor de los griegos por distraccion del copiante. Manifestemos ahora nuestro juicio acerca de estas tres cronologías, en el estado en que nos las presentan á lo menos el mayor número de ejemplares.

Primera proposicion. — El texto hebreo nos parece mucho menos correcto que los otros dos.

1.° Porque en él los seis primeros descendientes de Sem tienen cada uno precisamente cien años de menos que en el samaritano y el griego; por consiguiente, como resultan, al igual de lo que hemos dicho en otro caso semejante, dos autoridades contra una sola, esta es la que debe ceder.

2.° Siguiendo la cronología hebrea, la dispersion de los hijos de Noé, que se verificó en tiempo de Faleg, hubiera acaecido por los años 102 después del diluvio; y no es muy verosímil que al cabo de tan poco tiempo se hubiese multiplicado la posteridad de aquel patriarca hasta el punto que manifiesta la Escritura. Al contrario, segun los otros dos textos, aquella dispersion no se verificó hasta trescientos años mas tarde á lo menos, esto es, por los de 402 después del diluvio, y entónces ya no es de admirar que los habitantes de la tierra fuesen tan numerosos, que, no pudiendo ya caber en el mismo país, se viesen obligados á separarse, para ir á establecerse en comarcas mas espaciosas.

3.° No deja de ser un poco sorprendente que no habiendo Sem engendrado hasta á los cien años, se diga en seguida que su hijo Arfaxad engendró á los treinta y cinco, y al contrario, que Taré no engendró

hasta los setenta, después de haberlo hecho á los veinte y nueve su padre Nacor; pues no es esta la marcha regular de la naturaleza, que comunmente guarda mas uniformidad en sus operaciones. Esta uniformidad precisamente es la que se nota en los otros dos textos, donde no se observan esas extrañas diferencias entre la edad á que engendró cada uno de los patriarcas consecutivos: de ciento á treinta y cinco años, y luego de veinte y nueve á setenta, como se lee en el texto hebreo. Por consiguiente, ya que los otros dos convienen perfectamente sobre la edad de todos los patriarcas de esta segunda época, pues parece que es una errata del griego el señalar ciento setenta y nueve años á Nacor, en vez de los setenta y nueve que le atribuye el samaritano, por esto estamos convencidos de que la cronología del hebreo para los patriarcas postdiluvianos está corrompida y debe por lo mismo desecharse.

¿Á cuál de los otros dos textos daremos, pues, la preferencia? Veámoslo.

Segunda proposicion. — La cronología de los griegos para los patriarcas postdiluvianos no puede admitirse sin algunas correcciones.

1.° Porque emplea doscientos treinta años de sobras en un patriarca Cainan, que no se halla mencionado ni en el texto hebreo ni en el samaritano, ni aun en los antiguos ejemplares de los Setenta, vistos y citados por Julio Africano y por Eusebio.

Además Filon y Josefo, que sabian bien el número, el nombre y la sucesion de sus patriarcas, dicen constantemente que Arfaxad engendró á Salé, sin mencionar nunca á ese Cainan, llamado el segundo, porque hay otro del mismo nombre entre los patriarcas antediluvianos.

Aunque este segundo Cainan viene comprendido en la genealogía de Jesucristo explicada por san Lúcas en el cap. 3.°, hay razones muy poderosas para creer, como ya lo hemos manifestado, que fué añadido por algun copista, que, habiendo leido aquel nombre en los Setenta, creyó que habia sido pasado por alto en el texto de san Lúcas, y por consiguiente lo notó al márgen de su ejemplar; de donde pudo muy fácilmente introducirse en el texto por la ignorancia de algun otro copiante, que, creyéndolo continuado al márgen porque no habia cabido en el texto, lo intercaló por sí y ante sí, sin mas exámen. Esto manifiesta, cómo pudo pasar semejante error de uno á otro ejemplar y llegar hasta nosotros: consúltese, sino, á los autores que han tratado de esta materia, y entre otros al padre Alejandro en su Historia Eclesiástica de la segunda edad del mundo.

2.° Además de este primer yerro acerca del nombre y de los años del segundo Cainan, se deslizó tambien en el texto griego otro referente á la edad de Nacor, á quien se atribuyen ciento setenta y nueve años cuando engendró á Taré, siendo así que los autores arriba citados, y muchos otros con ellos, no le señalan mas que setenta y nueve, de conformidad con el texto samaritano. Parece tambien mas conforme al curso de la naturaleza, que, habiendo Taré, hijo de Nacor, engendrado á los setenta años, su padre hubiese engendrado á los setenta y nueve, mas bien que á los ciento setenta y nueve; mayormente si se considera que Abrahan, que no era sino su nieto, se hallaba ya en cierto modo demasiadamente viejo para tener un hijo á cien años, y si se atiende á que habiendo muerto á los ciento setenta y cinco, lleno de dias y á una edad muy avanzada, como nos dice la Escritura, resultaria que su abuelo se habria hallado en estado de tener hijos á una edad aun cuatro años mas avanzada que la que tenia Abrahan, su nieto, cuando murió de vejez, cosa que no es ciertamente muy verosímil, porque si bien entónces iba ya abreviándose la vida de los hombres, no es fácil de creer que se abreviase tanto en tan poco tiempo.

Sin embargo, aun sin dar á este argumento toda la fuerza que tiene, nos bastan las demás razones alegadas para convencernos de que el texto griego atribuye cien años de sobras á Nacor, los cuales, añadidos á los ciento y treinta del falso Cainan, producen la errada diferencia de doscientos y treinta años en la cronología de los Setenta. Suprimiendo, pues, aquel número, como creemos que debe hacerse, la cronología del texto hebreo para los patriarcas postdiluvianos resultará del todo conforme á la del samaritano, del cual vamos á hablar en seguida.

Tercera proposicion.—La cronología del texto samaritano para la segunda edad del mundo nos parece preferible á las otras dos.

1.° Porque en ella no hay las faltas que acabamos de notar en la de los Setenta, y que producen en esta un exceso de doscientos y treinta años, ni tiene tampoco las del texto hebreo, que, quitando cien años á cada uno de los seis patriarcas que siguen á Sem, y cincuenta á Nacor, reduce nada menos que de seiscientos y cincuenta años la cronología de esta segunda época.

2.° Porque solo por medio del texto samaritano puede soltarse la dificultad que ofrece la Escritura relativa á la edad que tenia Taré cuando murió. El texto hebreo, el de los Setenta y nuestra Vulgata, todos le hacen morir á los doscientos y cinco años, lo que parece contrario á lo que se dice en otra parte, á saber: primeramente que Taré engendró á Abrahan á la edad de setenta años (Génesis XI, v. 26.) que habiendo ido con su familia á Haran, allí murió (Ibid., v. 31 y 32.); y luego, que Abrahan tenia sesenta y cinco años cuando salió de Haran (Génesis XII, v. 4): y como no salió hasta despues de la muerte de su padre, este no podia tener mas que ciento cuarenta y cinco cuando murió, porque esta es la suma exacta que resulta de los 70 que tenia cuando engendró á Abrahan, añadidos á la setenta y cinco que contaba Abrahan cuando salió de Haran después de haber tributado á su padre las últimas honras. Ahora bien, solamente el texto samaritano es el que atribuye á Taré esta edad, concordando perfectamente en estos tres puntos con los tres lugares de la Escritura que acabamos de citar; mientras que para hallar que aquel patriarca murió á los doscientos y cinco años, ha de suponerse que no engendró á Abrahan hasta la edad de ciento y treinta años, y por tanto, que no solamente Abrahan no fué el primogénito de los hijos, aunque la Escritura le nombre siempre el primero, sino que no vino al mundo hasta sesenta años después que el primogénito, puesto que Taré empezó á engendrar á los setenta años. Todo ese tormento que debe darse al texto de la Sagrada Escritura para que resulten doscientos y cinco años de vida á Taré, es para nosotros una nueva razon que nos hace preferir el texto samaritano al hebreo para la cronología de los patriarcas postdiluvianos.

Debemos, empero, advertir aquí, que nó por preferir la cronología samaritana nos apartamos de la regla que hemos citado de san Agustin, que aconseja preferir los ejemplares escritos en la lengua original y primitiva á los que contienen traducciones en otros idiomas; porque el antiguo y verdadero samaritano no se diferencia del hebreo, como lo hemos dicho ya, sino en los caractéres, cuya forma verdadera y mas

antigua se ha conservado en aquel, mientras que los judíos de las dos tribus con su larga permanencia en Caldea se familiarizaron con la escritura de aquel país, dando así ocasion á que Esdras, después de su regreso á Jerusalen, transcribiese los libros sagrados en caractéres caldeos, que además de ser ya conocidos de los judíos, se presentaban mas limpios y tenian mejor vista que los samaritanos. Fuera de esto, el Pentateuco samaritano y el Pentateuco hebreo son del todo iguales, menos en los variantes y errores de copia que pueden hallarse en el uno y en el otro, como los hay en los demás libros de la Sagrada Escritura. No abandonamos, pues, la regla sentada por san Agustin, al dar la preferencia al texto samaritano sobre el texto hebreo; porque el primero no es una traduccion ni una copia del otro, sino que ambos están en el mismo idioma en que escribió Moisés el Pentateuco; sin que sea menester que añadamos, que si una de aquellas dos copias, ó la version de los Setenta fuese la exactamente conforme al texto original salido de manos del santo legislador, y supiésemos cuál es, no nos quedaria otro recurso que seguirla á ciegas con preferencia á todos los demás textos. Mas como no tenemos ninguna seguridad de que uno de los tres sea el conforme con el original, y aun cuando supiésemos que de los tres hay uno, no sabiendo á favor de cual está la ventaja, nos es lícito seguir el que creemos mas verdadero; y por esto preferimos la cronología del texto hebreo samaritano á la del hebreo puro para la segunda época, y á la de los Setenta, para las dos épocas, primera y segunda; apesar de que sea muy fácil, como lo dejamos ya manifestado, el conciliar esta última con la del samaritano, con solo suprimir el supuesto Cainan y rebajar cien años á Nacor, que son notoriamente dos erratas. Con estas pocas correcciones concordarian perfectamente el texto griego y el samaritano, tendríamos entónces dos autoridades contra una, y no sentiríamos el disgusto de habernos de separar del hebreo puro para la segunda edad, despues de haberle seguido para la primera; porque, á la verdad, debemos sentir no poderle adoptar igualmente para ambas edades, porque en la una y en la otra concuerda con nuestra Vulgata, que, como hemos dicho, fué declarada auténtica en el concilio de Trento; por mas que sea lícito á cualquiera el apartarse de ella en puntos de cronología, sin que por esto se falte al respeto que le es debido, como nos lo está demostrando la misma iglesia con un ejemplo bien patente, haciéndonos anunciar en su martirologio el nacimiento del Salvador, con arreglo á una cronología del todo diferente de la de los tres textos que acabamos de tratar.

Una de las ventajas no despreciables de la cronología que venimos siguiendo aquí desde el diluvio, consiste en que, dando á la segunda edad quinientos y noventa años mas de antigüedad que no le da el texto hebreo, nos facilita el distribuir las épocas y los sucesos de la historia profana, por mas que estos estén tan llenos de fábulas, que el no poder conciliarlos con la cronología de la Biblia sea mas bien una nueva prueba de la falsedad de dichos sucesos, que un motivo para impugnar la verdad de nuestros libros sagrados.

Como el nacimiento de Abrahan, con el cual terminó la segunda época, da principio á otra tercera que es de mucha importancia en la cronología sagrada, antes de concluir este breve escrito, emitiremos nuestro juicio acerca del año en que nació aquel santo patriarca, y el año del nacimiento nos indicará luego el de su vocacion, pues es sabido que fué llamado por el Señor á los setenta y cinco de su edad (Génesis XII, v. 4.).

NOTA PARTICULAR SOBRE EL AÑO EN QUE NACIÓ ABRAHAN.—Para saber puntualmente el año del mundo y el del diluvio en que nació Abrahan, segun los tres cómputos que hemos presentado anteriormente, es claro que de cada una de las tres sumas 390, 1040, 1270 ha de rebajarse la edad que tenia Sem al tiempo del diluvio, ya que por aquel triste suceso comienza la segunda edad de que se trata en aquellas tres tablas cronológicas.

Esto supuesto, ha de saberse que Sem tenia á la sazon noventa y ocho años; ó ciento menos dos, porque la Escritura nos dice que engendró á Arfaxad dos años después del diluvio, cuando contaba ciento de edad (Génesis XI, v. 10.).

Nació, pues, Arfaxad en el año 1658 de la creacion, puesto que el diluvio comenzó en el de 1656 y terminó al principio del de 1657, lo que podria hacer retrogradar de un año el nacimiento de este patriarca, refiriéndole al de 1659, porque las palabras « dos años, después del diluvio, » pueden significar dos años completos y cabales después de terminado este. Dejémosle sin embargo en el de 1658; porque, suponiéndole nacido á fines de este año, lo que quedaba del 1657 y todo el 1658 puede contarse por dos años, y corresponder á la expresion « dos años después del diluvio, » que usa el Génesis.

Recorriendo ahora la tabla cronológica del texto hebreo, sacada de la Sagrada Escritura, hallaremos que desde el nacimiento de Arfaxad hasta el año 70 de Taré habian transcurrido 290 años cabales; y que añadiéndoles los dos años que habian mediado entre el diluvio y el nacimiento de Arfaxad, resultan 292 años para la segunda época; los cuales, unidos á los 1656 de la primera, nos dan un total de 1948 años, transcurridos desde el primero de Adan hasta el setenta de Taré en el cual pone el nacimiento de Abrahan el texto hebreo; diciéndonos positivamente la Escritura, « que Taré, cumplidos setenta años de su vida, engendró á Abrahan, á Nacor y á Aran » (Génesis XI, v. 26): palabras, cuyo sentido propio y natural no puede ser otro, sino el de que Taré engendró á Abrahan á la edad de setenta años.

Así pues, segun el texto hebreo,

Abrahan nació en el año del mundo	1948.
En el año del diluvio	292.

Este año 292, contado desde que terminó el diluvio, es el mismo que consta por Josefo, el cual nos dice explícitamente: « Nacor engendró á Taré, padre de Abrahan, que fué el décimo después de Noé, y nació doscientos noventa y dos años después del diluvio, «pues Taré tenia setenta cuando engendró á Abrahan.» (lib. I de las Antig., cap. 6). Aquí tenemos consignada claramente la edad en que Taré engendró á Abrahan y el año del diluvio en que este nació; y como se sabe por la Escritura, que fué llamado por el Señor á la edad de setenta y cinco años, resulta que su vocacion ha de reducirse, segun el hebreo,

Al año del mundo.	2023.
Al año del diluvio.	367.

Tal vez se nos preguntará ahora, porqué en las tablas cronológicas de Vatable, de Vitré y de Sacy se pone siempre el nacimiento de Abrahan en el año 2008 apesar de que todos aquellos autores hacen alarde de seguir el texto hebreo, tanto para la primera como para la segunda edad del mundo. Vamos á dar la respuesta.

Para hallar que Taré vivió doscientos y cinco años, como se lee en el Génesis, cap. XI, v. 32, y que Abrahan fué llamado por el Señor á los setenta y cinco de edad, que era el último año de la vida de su padre, se han visto obligados á decir, como lo hemos indicado antes, que Taré contaba ciento y treinta años cuando engendró á Abrahan, los cuales, añadidos á los setenta y cinco que continuó viviendo con su hijo, suman realmente doscientos y cinco años. Mas, para obtener este resultado, han de añadirse sesenta años á los setenta que la Escritura señala á Taré cuando engendró á Abrahan, Nacor y Aran, siendo así que era tanto ó mas sencillo el rebajar esos mismos sesenta años de los doscientos y cinco de Taré, no dejándole mas que los setenta que tenia cuando engendró, y que unidos á los setenta y cinco que continuó viviendo hasta la vocacion de su hijo, sumaban puntualmente los ciento cuarenta y cinco años de vida que le da el texto samaritano, cuya autoridad debian preferir en esta circunstancia; porque concuerda mejor con lo que dice la Escritura, que Taré tenia setenta años de edad cuando engendró á Abrahan, Nacor y Aran, y porque puede habérsele escapado muy fácilmente una equivocacion al copiante del texto hebreo, dando á Taré doscientos y cinco años de vida, en lugar de ciento cuarenta y cinco.

Prescindiendo de esto, después de haber dado ciento y treinta años á Taré cuando engendró á Aran, en vez de los setenta que parece señalarle la Escritura, los autores de las citadas cronologías procedieron con consecuencia, fijando el nacimiento de Abrahan en el año del mundo 2008, porque los sesenta años de mas que atribuyen á Taré cuando engendró á Abrahan, añadidos á los 1948 que señala el texto hebreo para las dos primeras edades del mundo, suman puntualmente los 2008; y por consiguiente la vocacion de aquel santo patriarca debe ponerse, segun los mismos autores, en el de 2083; cuando, al contrario, si nos atenemos literalmente al texto hebreo, que no hace ninguna mencion de aquellos sesenta años debe reducírsela, como la hemos reducido nosotros, al año 2023 de la creacion y 367 del diluvio.

Lo dicho hasta aquí está conforme por lo que toca al cómputo del texto hebreo; pero, como nosotros no seguimos aquel texto para la segunda edad del mundo, hemos de ver qué nos dice el samaritano para esta segunda época, ya que no hay dificultad para la primera, puesto que reconocemos con el hebreo que fué de 1656 años.

La suma del cómputo samaritano que ya hemos declarado antes de ahora, es de 1040 años; y rebajando de estos los ciento menos dos ó sea los 98 que Sem tenia al tiempo del diluvio, restan 942 que fué efectivamente el año despues del diluvio en que nació Abrahan; y añadiendo luego esos 942 años á los 1656 de la primera edad, tendremos que el año de su nacimiento fué el 2598 de la creacion. Por consiguiente resulta, que, segun el texto samaritano que nosotros hemos adoptado para la segunda edad del mundo,

Abrahan nació en el año de la creacion.	2598.
Y en el del diluvio.	942.

Hemos visto ya, que, segun el texto hebreo, nació en el año del mundo 1948, lo que da una diferencia de 650 años de menos; y aun cuando fijásemos su nacimiento sesenta años mas tarde, como los cronólogos de que hemos hablado, esto es en el año 2008 de la creacion, resultarian siempre 590 años mas que en el texto hebreo. Por otra parte, si nos fijamos en el año 292 después del diluvio, resultan de menos 650 años, puesto que esta es la diferencia que va de 292 á 942, que fué el año del diluvio en que, como hemos visto, nació Abrahan. En cuanto al de su vocacion, todos convienen en este punto, porque la Escritura dice terminantemente que se verificó á los setenta y cinco años de su edad (Génesis, XI, v. 4).

Por consiguiente, añadiendo 75 á 2598, resultará el año del mundo 2673; y añadiendo los mismos 75 á los 942 tendremos el año después del diluvio 1017: y este último cómputo es el que nosotros seguimos, como mas conforme con la Sagrada Escritura y con la verdad.

Inútil seria el añadir aquí nada mas á lo que llevamos dicho acerca del cómputo griego de los Setenta: en primer lugar, porque le desechamos enteramente para la primera edad del mundo, y aun para la segunda, mientras se vea continuado allí el segundo Cainan, con sus ciento y treinta años, y subsistan los ciento que se atribuyen de mas á Nacor, produciendo así un error de doscientos y treinta; y luego, porque si se rebaja este exceso del cómputo griego para la segunda edad, estará entónces enteramente de acuerdo con el texto samaritano, y en este caso valdrán para el uno las mismas razones que valen para el otro.

Solamente (nos falta advertir) aquí, que el atribuir el texto griego cien años de mas á seis de los patriarcas de la primera edad antes que engendrasen, parece que nació de la ignorancia del que copió primeramente el ejemplar de los Setenta, sacado de la biblioteca del rey Filadelfo. Este primer copiante, verosímilmente extranjero entre los judíos, maravillado de los muchos años de vida que se atribuian á los patriarcas, imaginó quizás que aquellos años no eran mas que meses; y como, contando de esta manera, la edad de ciento y treinta años que la Escritura señala á Adan cuando engendró á Caín, le resultaba notoriamente sobrado corta para poder engendrar, le añadió cien años, los cuales rebajó luego de los que habia vivido despues de haber engendrado, y puso doscientos y treinta, en vez de ciento y treinta, aunque sin disminuir la suma total de la vida de Adan. De esta manera, en vez de lo que dice la Escritura que Adan tenia ciento y treinta años cuando engendró á Caín, y que vivió despues ochocientos, el copista puso doscientos treinta años antes, y setecientos después, obteniendo la misma suma de novecientos años para toda la vida de Adan. Lo mismo hubo de hacer con los otros cinco patriarcas siguientes, hasta Enoc, inclusive, aunque sin añadir nada al antecesor de este, Jared; porque, como su ejemplar griego le daba ciento sesenta y dos años; creyó que podia muy bien haber engendrado á esta edad, aun cuando el año no valiese mas que un mes: y por igual motivo no añadió tampoco nada á la edad de los tres últimos patriarcas, Matusalen, Lamec y Noé, porque la que vió notada en su ejemplar para cada uno de ellos, era todavía mayor que la de Jared cuando engendró.

Este es el parecer de san Agustin y el de muchos otros, sobre la causa de la diferencia que hay entre el texto griego de los Setenta y el de nuestra Vulgata, que sobre este punto de cronología está enteramente conforme con el hebreo, como ya lo hemos advertido.

En cuanto á los seis años que el griego añade al hebreo respecto de Lamec, pueden muy bien ser efecto de la distraccion de algun copiante posterior, al paso que no puede dudarse de que la añadidura de cien años á cada uno de los cinco primeros patriar-

cas, y al séptimo, ha de ser hija de un designio premeditado.

Demos ahora un breve resúmen de todo lo que acabamos de exponer.

RECAPITULACION

Se trata aquí de las dos primeras edades ó primeras épocas del mundo.

La primera edad se extiende desde la creacion hasta el principio del diluvio, y comprende los diez patriarcas, Adan, Seth, Enós, Cainan, Malaleel, Jared, Enoc, Matusalen, Lamec y Noé. En cuanto al tiempo en que vivió cada uno de ellos, ya antes, ya después de haber engendrado, y á la duracion de toda esta primera edad, seguimos puntualmente el texto hebreo, con el cual está conforme nuestra Vulgata, y fijamos dicha duracion en 1656 años.

La segunda edad comprende tambien otros diez patriarcas, cuyos nombres hemos explicado ya, así como la edad en que cada uno de ellos engendró á su sucesor, desde Sem hasta el nacimiento de Abrahan.

Por lo que toca á la duracion de la segunda edad, adoptamos el texto samaritano, que la fija en 942 años, lo que arroja una suma para las dos edades de 2598 años, é indica al mismo tiempo el año en que nació Abrahan, como va á verse.

Duracion de la primera edad. . .	1656.
Duracion de la segunda edad. . .	942.
Suma. . .	2598.

NACIMIENTO DE ABRAHAN.

Habiendo nacido Abrahan en el último año de esta segunda edad, debe reducirse este suceso al año del mundo 2598, y nó al 2008, como se lee en las tablas cronológicas de los que siguen el texto hebreo para las dos edades; lo que da una diferencia de 590 años de mas en el cómputo que nosotros seguimos: diferencia que se elevaria á 650 años, si de los 2008 se rebajaban los sesenta que el hebreo da á Taré de mas que el samaritano.

VOCACION DE ABRAHAN.

No es menester decir que la vocacion de Abrahan corresponde, segun nosotros, al

año del mundo.	2673
y segun los autores citados al . .	2083

pues basta añadir á los 2598 ó á los 2008 los 75 años que tenia de edad cuando le llamó el Señor.

CRONOLOGÍA DE LOS PATRIARCAS ANTEDILUVIANOS.

Como la cronología de estos patriarcas, segun el texto hebreo, no se diferencia de la del texto samaritano sino por lo que toca á la edad en que engendraron Jared, Matusalen y Lamec, habíamos creido primeramente que bastaria manifestar en qué consiste aquella diferencia, y decir en términos generales, que, segun el texto griego, los seis primeros patriarcas, dejando aparte á Jared, tenian cada uno, cuando engendraron, cien años mas que en el hebreo, y que aquel atribuia ochenta y ocho años á Lamec, cuando el hebreo no le señala mas que ochenta y dos.

Sin embargo, como puede convenirle á alguno el tener á la vista todas estas noticias detalladas, las cuales se presentarán así con mayor claridad, ponemos á continuacion estas tres cronologías, segun los tres textos, señalando en la primera columna de cada uno la edad que tenia el patriarca cuando engendró, y en la segunda el tiempo que vivió despues de haber engendrado.

HEBREO.

Adan.	130	800
Seth.	105	807
Enós.	90	815
Cainan.	70	840
Malaleel.	65	830
Jared.	162	800
Enoc.	65	300
Matusalen.	187	782
Lamec.	182	595
Noé.	500	450
	1556	

SAMARITANO.

Adan.	130	800
Seth.	105	807
Enós.	90	815
Cainan.	70	840
Malaleel.	65	830
Jared.	62	785
Enoc.	65	300
Matusalen.	67	653
Lamec.	53	600
Noe.	500	450
	1207	

GRIEGO DE LOS SETENTA.

Adan.	230	700
Seth.	205	707
Enós.	190	715
Cainan.	170	740
Malaleel.	165	730
Jared.	162	800
Enoc.	165	200
Matusalen.	187	782
Lamec.	188	565
Noé.	500	450
	2162	

Habiendo Noé entrado en el arca á la edad de seiscientos años, no hay mas que añadir cien años á cada una de las sumas anteriores, para que resulte el año del mundo en que principió el diluvio, segun cada uno de estos tres textos; y será el de 1656, segun el hebreo; el de 1307, segun el samaritano; y el de 1262, segun el griego de los Setenta, como lo hemos manifestado ya en otra parte.

El diluvio comenzó el dia diez y siete del segundo mes del año 600 de la vida de Noé (Génesis VII, v. 2), y terminó el dia veinte y siete del segundo mes del año 601, en cuyo dia salió Noé del arca (Ibid. VIII, v. 14, 15 y 16), donde habia permanecido un año y diez dias, segun el hebreo y nuestra Vulgata, que le hacen entrar en el dia diez y siete del segundo mes del año 600 de su vida; aunque segun el texto griego no permaneció allí mas que un año cabal, porque dice que no entró hasta el dia veinte y siete, y nó el diez y siete del mes segundo de su año 600.

Dejando aparte la diferencia que hay entre estas dos versiones, no cabe la menor duda en que el diluvio empezó en el segundo mes del año 600 de Noé, y terminó en el segundo mes de su año 601; pues en este punto están de acuerdo los tres textos, y no discrepan sino en el año del mundo á que debe reducirse el diluvio. Mas como, segun el hebreo que nosotros seguimos con nuestra Vulgata, el año 600 de Noé corresponde al 1656 de la creacion, á este mismo año reducimos nosotros el diluvio, y con él y su segundo mes damos fin á la primera edad del mundo.

OBSERVACIONES PARTICULARES.

Leyendo lo que ha escrito La Molette sobre la cronología de las dos primeras edades del mundo, hemos visto que reducia el nacimiento de Abrahan al año 391 del diluvio; y lo que nos ha parecido mas singular ha sido, que para autorizar esta fecha, dijese en el tomo 2.°, pág. 206: «Hemos demostrado que el el diluvio terminó, segun el hebreo, en el año del mundo 1657: rebajemos, pues, este número de 1948, que es el año del mundo en que nació Abrahan, segun el mismo texto, y hecha esta operacion, nos quedará un número 391, que expresa la verdadera diferencia entre uno y otro, y al mismo tiempo nos indicará puntualmente el año del diluvio en que nació el padre de los creyentes.»

Esto es lo que se lee en aquel libro; pero, en primer lugar, es evidente que rebajando 1657 de 1948, quedan 291, y nó 391, sin que pueda decirse que sea esto una errata de la impresion, porque en la misma página, cuatro líneas mas abajo, repite el autor que: «el nacimiento de Abrahan, segun el hebreo, corresponde al año del diluvio 391; y si se quiere absolutamente que esto sea una errata, concédase á lo menos, que es muy extraño que se halle repetida en tan breve espacio y en guarismos muy legibles, sin haberla advertido en el acto, ni notado despues en la fe de erratas.

En segundo lugar, aun dándola por corregida y suponiendo que se lea 291 en vez de 391, tampoco tiene razon el autor en decir que este es, segun el hebreo, el verdadero año del nacimiento de Abrahan; porque, contando desde el de Arfaxad hasta el setenta de Taré, resultan desde luego 290 años, segun la tabla cronológica del mismo autor; y añadiendo á ellos los dos que transcurrieron desde el diluvio hasta el nacimiento de Arfaxad, á quien engendró Sem á la edad de cien años, y «dos despues del diluvio,» como dice el Génesis en su capítulo xi, v. 10, resultan 292 años, y nó 291.

Concedemos, pues, al autor, que Abrahan nació en el año del mundo 1948, pero le negamos que, rebajando 1657 de 1948, queden 391; y aun cuando no sean 391, sino 291 como lo exige la exactitud de la cuenta, tampoco podemos admitir por verdadera esta fecha para el nacimiento de Abrahan despues del diluvio; porque, habiéndose verificado este en el año 1656 de la creacion, por mas que se añadan á estos los 291 del autor, no resultarán mas que 1947; al paso que el mismo reconoce, y en esto convenimos con él, que segun el texto hebreo, el nacimiento de Abrahan corresponde al año del mundo 1948 que es el 292, y nó el 291, y todavía menos el 391 del diluvio.

Si hubiese de corregirse aquella fecha de 292, no seria seguramente disminuyéndola, sino aumentándola un año, y contando 293; porque la Escritura, al decir que Sem engendró á Arfaxad «dos años despues del diluvio,» puede entenderse que quiso significar dos años completos y cabales desde que aquel hubo terminado; y como esto no se verificó hasta el año 1657 de la creacion, de aquí podria deducirse que Arfaxad nació en el 1649 del mundo. Añadiendo, pues, á los 1649 los 290 que mediaron entre el nacimiento de aquel patriarca y el año 70 de Taré, resulta el año del mundo 1949; y rebajando de este los 1656 que se contaban al tiempo del diluvio, quedarán 293, que indicarán el año del nacimiento de Abrahan despues del diluvio, segun el texto hebreo.

Sin embargo, no hay ninguna necesidad de reducir el nacimiento de Arfaxad al año 1659 de la creacion; porque, habiendo terminado el diluvio, segun el texto hebreo, en el segundo mes del año 1657, basta que Arfaxad naciese á fines del 1658, para que pueda decirse con verdad que nació dos años despues del diluvio; mayormente cuando en el lenguaje de la Escritura se dice muchas veces, que una cosa ha sucedido después ó al cabo de dos dias, de dos años ó de cualquier otro período, aunque haya sucedido en el segundo dia, el segundo año, etc. Así, cuando Jesucristo dice: «resucitaré al cabo de tres dias.» (Mateo, 27, v. 63), ó «conviene que muera el Hijo del hombre, para resucitar al cabo de tres dias» (Marcos, 8, v. 31), esto no significa que no resucitase hasta después de tres dias cumplidos, sino que debia resucitar en el que se contaba tercero después de su muerte. Así tambien, cuando la Escritura dice que Sem engendró á Arfaxad dos años después del diluvio, es obvio el creer que esto significa simplemente que le engendró en el segundo año.

Queda, pues, probado que Arfaxad nació en el año 1658 de la creacion; y como desde esta fecha hasta el año setenta de Taré mediaron 290 años, y 292 á contar desde el diluvio, por esto, siguiendo el sentido literal de la Escritura, hemos reducido á este último año el nacimiento de Abrahan, puesto que aquella dice que Taré engendró á la edad de setenta años á Abrahan, Nacor y Aran, lo que parece indicar claramente, que aquel era el mayor de los hermanos; mayormente cuando los que le quitan el derecho de primogenitura han de recurrir á hacerle nacer sesenta años mas tarde, fundándose solamente en lo que se dice en el versículo 32 del capítulo xi del Genesis, que Taré vivió doscientos y cinco años, lo que nos parece una errata manifiesta del texto hebreo, no solamente porque el samaritano no da á Taré sino setenta y cinco años de vida, sí que tambien por las demás razones que hemos alegado en nuestra breve disertacion sobre las dos primeras edades del mundo.

De lo dicho puede colegirse que, en cuanto al nacimiento de Abrahan, nos atenemos á lo que llevamos manifestado, á saber, que nació en el año 1948 de la creacion y 292 del diluvio, segun el texto hebreo.

No nos hubiéramos detenido en hacer notar esta falta que se halla en la cronología de La Molette, porque, prescindiendo de la causa que la haya producido, no somos amigos de criticar: pero debíamos precaver el error en que podria caer el lector poco advertido, al leer un libro que anda en manos de todos, que ciertamente lo merece, y que nos ha servido muchísimo en cuanto llevamos escrito sobre esta materia.

OBSERVACION SOBRE UN LUGAR DEL MERCURIO DE FRANCIA DEL MES DE AGOSTO DE 1775, PÁG. 68.

TEXTO:

«Cuando las siete vacas macilentas hubieron devorado á las siete vacas gordas y el Egipto experimentó el

hambre, yo creo que si Faraon ó el Faraon, hubiese tenido sentido comun, hubiera permitido á su pueblo que fuese á proveerse de trigo á Babilonia ó á Damasco; y si hubiese tenido corazon hubiera abierto sus graneros «gratis,» sin perjuicio de hacerse reembolsar luego, al cabo de los siete años que debia durar el hambre. El obligar á sus vasallos á que le vendiesen sus tierras, sus rebaños, sus MARMITAS, su libertad y hasta sus personas, me parece una accion muy desatentada, muy impracticable, y sobre todo muy tiránica.»

NOTAS.

En este pasaje se hacen dos cargos á Faraon ó mas bien á su ministro: el primero de no haber tenido «sentido comun,» y el segundo de no haber tenido corazon.

Mas adelante examinaremos el segundo; pero ¿quién podrá dudar de que el primero no sea muy fundado, al ver la prueba tan irrecusable que alega el autor del apólogo, diciendo: «Si Faraon ó el Faraon (no se atrevió á nombrar á José) hubiese tenido sentido comun, hubiera permitido á su pueblo que fuese á proveerse de trigo á Babilonia ó á Damasco.»

Díganos, empero, este autor, ¿dónde ha hallado que no fué permitido á los egipcios el ir á buscar trigo á donde pudiesen?

¿Por dónde ha sabido que en Babilonia ó en Damasco no se experimentó el hambre, y que la abundancia permitió allí abrir los graneros para que se abasteciesen los extraños?

Hasta que el fabricante de apólogos nos haya manifestado el decreto de prohibicion ó algun acto equivalente para el primero de los dos artículos, y algun título fehaciente para el segundo, no debe indignarse de que no le creamos bajo su palabra.

El segundo cargo es todavía mas grave, pero tambien, si cabe, menos fundado que el primero.

Hablando de Faraon ó del Faraon, añade el crítico en seguida: «Si hubiese tenido corazon, hubiera abierto sus graneros gratis;» y esta palabra «gratis» vino como de molde al censor para ejercer su crítica, porque sin ella no hubiera sabido cómo practicar su oficio, al ver que en realidad los graneros se abrieron luego que lo exigió la necesidad.

Sin embargo, ¿porqué habian de abrirse gratis, si los egipcios podian pagar, como podian, á lo menos durante los cinco primeros años del hambre? Por aquí se conoce á las claras, que el autor nada tenia que poner de lo suyo, y que así le era muy fácil el ser, como se dice comunmente, liberal con los bienes agenos. Conoció, no obstante, que este «gratis» era un poco exagerado, y por lo mismo añadió, «sin perjuicio de hacerse reembolsar al cabo de los siete años, etc.;» y nosotros añadiremos, sin perjuicio de que Faraon, durante todo aquel tiempo, para sostener la dignidad real, continuase pagando á su servidumbre, á sus soldados, y haciendo todos los demás gastos necesarios, sin exigir ningun tributo á sus súbditos, cosa ciertamente no muy fácil para un rey.

«El obligar á sus súbditos, añade el censor, á que le vendiesen sus tierras, sus rebaños, sus MARMITAS, su libertad, y hasta sus personas, me parece una accion muy desatentada, muy impracticable (y sin embargo se hizo), y sobre todo muy tiránica.»

No nos deslumbra toda esta declamacion tan hueca, porque no es lo mismo decir que un rey ha obligado á sus vasallos á vender sus tierras etc., ó que sus vasallos se han visto forzados por la desgracia y las circunstancias á vender sus tierras al rey. Hay entre los dos modos de expresarse muchísima diferencia, pero convenia hacer odioso de cualquier manera á Faraon ó á su ministro, ó mas bien á los dos juntos, y hasta se echó mano de la palabra «MARMITAS,» que no se halla en ninguna parte del texto sagrado, para dar algun chiste á la frase, á expensas del personaje de que en ella se trata.

Además, en el texto citado se confunden malamente dos cosas que deben ser enteramente distintas, porque la venta de las tierras no se hizo en el mismo año en que se verificó el trueque de los rebaños. José fué el que en el sexto año del hambre propuso este cambio á los egipcios, quienes le aceptaron voluntariamente, y no hay necesidad de «no tener corazon,» para proponer el aceptar, en pago, algun ganado en vez de dinero, sobre todo de parte de un ministro prudente é ilustrado, de quien no puede sospecharse que llevase otras miras que las de procurar el mayor bien, tanto del rey como de sus súbditos.

En cuanto á la venta de las tierras y de las personas, los mismos egipcios fueron los que la propusieron á José en el último año del hambre; y aun esta proposicion quedó muy modificada en lo sucesivo, porque, en lugar de las tierras y de las personas que José habia adquirido para su señor, no se retuvo mas que el quinto del producto de las tierras, y los egipcios continuaron poseyendo el resto en plena propiedad, y cultivándolas por su propia cuenta. Así es, que la venta de las tierras, de las personas y de la libertad que tanto se hace sonar, quedó reducida á un tributo anual del quinto de los frutos. Hé aquí la prueba.

Después de esto, añade el texto sagrado (Génesis, XLVII, v. 23 y sig.) dijo José á los pueblos. «Ya veis que Faraon queda dueño de vosotros y de vuestras tierras; sin embargo, voy á daros semillas para que podais sembrar vuestros campos y recoger sus frutos. Dareis al rey la quinta parte: las otras cuatro os las cedo para simiente, y para mantenimiento de vuestras familias y de vuestros hijos. Nuestra vida está en tus manos, respondieron ellos, con que nos mire favorablemente el Señor nuestro, alegres serviremos al rey.»

No quedó pues aquel pueblo tan despojado de sus tierras y de su libertad personal, como quiere darse á entender: á lo menos la gratitud que mostraron los egipcios por la gracia que se les otorgaba, y la promesa que hicieron de servir alegres al rey, no cuadran con el concepto que se quiere hacernos formar de la accion de José, el cual no hizo mas que sujetar mas estrechamente los súbditos á su príncipe y asegurar una renta fija al trono. Dignos son de lástima todos los que creen que aquella accion fué «la mas loca, la mas impracticable y la mas tiránica;» y confesamos ingenuamente, que preferiríamos muchísimo tener el corazon y sentido comun de Faraon, que el del censor, á quien le parece que aquel soberano no tuvo ninguna de las dos cosas.

Tablas de las medidas griegas y romanas que se han de tener presentes para la inteligencia de esta obra.

MEDIDAS GRECO-OLÍMPICAS DE SUPERFICIE.

Medidas griegas de superficie.	Metros cuadrados.
Pié cuadrado.	0,948
Acaina, cuadrado.	9,48
Aroura.	237
Plethron.	948

MEDIDAS GRECO-OLÍMPICAS DE LONGITUD.

Medidas griegas.	Metros.
1. Lactulos.	0,0192
2. Palaisti.	0,0770
3. Spithami.	0,2309
4. Ptous.	0,3078
5. Pichus.	0,4617
6. Bima.	0,7696
7. Orguiá.	1,8470
8. Acaina (1).	3,0783
9. Plèthron.	30,783
10. Stàdion.	184,70

MEDIDAS DE LONGITUD DE LOS ROMANOS.

	Metros.
1. Sicilicus.	0,0062
2. Semuncia.	0,0123
3. Digitus.	0,0185
4. Uncia.	0,0246
5. Sescuncia.	0,0369
6. Sextans.	0,0493
7. Quadrans, palmus.	0,0739
8. Triens.	0,0985
9. Quincunx.	0,1231
10. Semis, semipes.	0,1478
11. Septunx.	0,1724
12. Bes.	0,1970
13. Dodrans.	0,2216
14. Dextans.	0,2463
15. Deunx.	0,2709
16. Pes, PIÉ ROMANO	0,2955
17 Palmipes.	0,3694
18. Cubitus, CODO.	0,4433
19. Gradus.	0,7388
20. Passus, PASO.	1,4776
21. Decempeda.	2,9551
22. Actus.	35,4616
23. Stadium, ESTADIO	184,70
24. Mille passus, MILLA	1477,57
25. Leuca.	2216,35

(1) Medida de diez piés, á la cual da Ciceron el nombre de decempeda.

MEDIDAS DE SUPERFICIE DE LOS ROMANOS.

	Metros cuadrados.
1. Pes quadratus.	0,0873
2. Scripulum.	8,73
3. Uncia.	209,59
4. Clima.	314,38
5. Actus quadratus.	1257,53
6. Jugerum.	2515,06
7. Heredium.	5030,11
8. Centuria.	503011
9. Saltus.	2012044

HISTORIA
DEL PUEBLO HEBREO

DESDE EL PRINCIPIO DEL MUNDO.

ÉPOCA I. — Desde la creacion hasta el diluvio, inclusive.

(AÑO 4963 ANTES DE JESUCRISTO.)

« En el principio crió Dios el cielo y la tierra (1). » La Escritura sagrada desata con tan breves palabras el nudo de los problemas mas difíciles que hayan apurado la sagacidad de los filósofos, á saber, si la materia ha sido creada de la nada, y si existe desde toda la eternidad: cuestiones cuya oscuridad solo puede desvanecer la luz de la revelacion (2). Cuando Dios crió el mundo, no le dió de pronto toda la perfeccion que después tuvo, porque los elementos, confundidos al nacer, no formaban mas que un espantoso caos.

La tierra, saliendo de manos del Criador desnuda é informe, estaba sumergida en las aguas agitadas por un viento impetuoso, á que la Vulgata da el nombre de « espíritu de Dios, » para denotar su vehemencia. Así continuó por espacio de doce horas, al cabo de las cuales Dios creó la luz, á fin de dividir el dia de la noche (1). Esta fué la obra del primer dia, que duró veinte y cuatro horas, como los siguientes; porque el suponer que las tinieblas, que precedieron á la creacion de la luz, tuvieron una duracion indefinida, es burlarse de la Escritura, y atribuir á Moisés un lenguaje falaz, suponiendo que tomó en un sentido eminentemente forzado aquel dia, que dice claramente

(1) Las opiniones sobre la configuracion de la tierra han variado muchísimo. Hubo filósofos, y aun padres de la iglesia, que pretendieron que la tierra no era mas que una superficie llana, cuya parte inferior estaba inhabitada; pero bastan poquísimos conocimientos astronómicos para descubrir lo absurdo de esta opinion, atribuida á Heráclito, y sostenida por Lactancio y S. Agustin. Anaximandro, segun dicen, juzgó que la tierra era de forma cilíndrica, semejante al fuste de una columna; Leusipo queria que tuviese la forma de un tambor, y Demócrito pretendia que habia de ser llana, y cóncava en su parte media, como una concha. La forma esférica y perfectamente redonda es la que se le atribuyó comunmente despues del descubrimiento del Nuevo Mundo, porque en efecto es la que mas facilitaba la explicacion de la mayor parte de los fenómenos celestes, y la que resultaba de los experimentos de gran número de viajeros.

El determinar su circunferencia ha dado tambien mucho que hacer ó no pocos sabios, así antiguos como modernos. Los unos por medio de observaciones astronómicas, y los otros con operaciones geométricas se han esforzado en conseguirlo; pero esos diferentes medios no han producido igual resultado. El cálculo mas admitido daba á la circunferencia de un círculo máximo de la tierra 9000 leguas de 2280 toesas cada una. A consecuencia de su figura esférica se da á la tierra el nombre de globo terrestre, apesar de ser dudoso que sea un globo perfecto, y aun de resultar de las operaciones de varios académicos, que mas bien es una esferóide achatada por los polos. Sin embargo, no se ha creido que esta diferencia hubiese de producir ningun cambio en el sistema de la Geografía.

« La distancia del Ecuador al polo Boreal se calcula ahora en 5.130,740 toesas ó 1,000 miriámetros. La tierra es una esferóide achatada por los polos, y el eje de este esferóide y el diámetro del Ecuador están en relacion de 305 á 306. »

(2) « Cuando sin ninguna preocupacion, dice un filósofo moderno, comparo los diferentes sistemas de religion que existen en el mundo, juzgo que el de la revelacion es el mas sencillo y racional, y que solo le falta el haber sido propuesto el último para granjearse el sufragio de todos. Supongamos por un momento, que ahora que nuestros pretendidos filósofos han agotado sus extraños sistemas de fuerzas, probabilidades, fatalismo, necesidad, átomos, mundo animado, materia viviente, y por último, materialismo de toda especie, se levantase uno de ellos, que, proponiéndose ilustrar al mundo, anunciase al Ser de los seres, al dispensador de todas las cosas, y clamase á los hombres:

« Dios dijo, y todo quedó hecho; » es bien seguro que excitaria la admiracion universal, y que con unánime aplauso seria admitido un sistema tan grandioso, tan consolador, tan sublime, tan propio para levantar el alma y dar una base á la virtud, un sistema, en fin, tan atractivo, tan luminoso y tan sencillo, y que no ofrece al entendimiento humano fantas cosas incomprensibles como absurdas se las presentan los demás. »

(1) Segun explicaron algunos filósofos, nada tiene de contrario á la buena física el que Dios criase la luz antes que el sol y las estrellas: « Existe, decian ellos, en prueba de su aserto, una luz que da al parecer la vuelta al cielo en forma de ceñidor, y que segun todas las apariencias no dimana de ningun astro: tal es la Via Láctea. Verdad es que Cassini y algunos otros hábiles astrónomos creyeron que era una aglomeracion de estrellas, que no podian distinguirse por su pequeñez y su lejanía; pero el célebre La-Caille asegura, que por mas atencion que pusiese en observar aquella luz por medio de un telescopio de catorce piés nunca pudo descubrir allí ninguna estrella. (Mem. de la Acad. de Cien. de Paris, año 1775, pag. 193.) Mann conjetura, siguiendo en esto a Halley, uno de los mas grandes astrónomos que hayan existido, que aquella via no es mas que una masa de luz primordial, ó una aglomeracion de fluido electrico en cantidad mucho mas considerable que en ningun otro punto; y que aquella materia no es otra, que la de que fueron formados el sol y las estrellas: que es, como si dijéramos, que la materia de la Via Láctea es el excedente de la que se empleó en la formacion de los astros. » Sin embargo, esta opinion quedó destruida con el descubrimiento de innumerables estrellas muy distintas en la Via Láctea, hecho por Herschell con el auxilio de un telescopio de veinte y cuatro piés. No se diga por esto, que toda luz dimana de los astros, porque, aparte de ellos, existe realmente en el universo un fluido electrico, que aglomerado, puede producir una claridad capaz de alumbrar la tierra. Así es como puede concebirse la creacion de la luz antes de la de los astros.

compuesto de tarde y mañana, con las palabras: « Y de la tarde y de la mañana resultó el primer dia. »

En el dia segundo formó Dios en medio de las aguas una extension (RAKIA en hebreo, que significa espaciado ó extendido), para separar las aguas de arriba de las de abajo: lo que se entiende, segun la interpretacion mas verosímil, en el sentido de que separó el aire de las partículas terrestres de que estaba impregnado, haciéndole capaz de sostener las nubes y los vapores acuosos, que formaron las aguas superiores.

En el tercer dia hizo Dios salir la tierra de en medio de las aguas, recogiendo estas en un grande receptáculo, llamado el mar; y creó luego las yerbas, las plantas y los árboles, con los frutos y las semillas peculiares á cada especie.

En el cuarto dia crió Dios el sol, la luna y todos los demás astros, entre los cuales se comprenden los planetas, porque si bien de sí son opacos como la tierra, que es uno de ellos, pueden llamarse tambien luminosos, por la luz que reflejan del sol. Hablando Moisés en este mismo sentido, y comparando la luna con el sol, la llama « luminar menor, » porque devuelve á la tierra la luz que recibe de aquel astro.

En el quinto dia Dios crió los peces y todos los animales que viven en el agua, y creó tambien las aves, del mismo barro del que habia formado los peces.

En el dia sexto crió todos los animales y todos los reptiles, y luego dijo: « Hagamos al hombre á imágen y semejanza nuestra, y domine á los peces del mar, á las aves del cielo, á las bestias, á los reptiles, y en toda la tierra. » Formó pues Dios al hombre del polvo de la tierra, animó su semblante con un soplo de vida, y quedó hecho un ser viviente y animado. Criéle puro y sin tacha en el cuerpo y en el alma; sin esa inclinacion al mal, á que llamamos concupiscencia, y sin ningun estorbo para el bien, ni de parte del entendimiento ni de parte de la voluntad, segun convenia á una criatura que acababa de salir de las manos de la divinidad. El Señor le puso por nombre Adan, nombre que en hebreo significa « tierra roja, » para que el mismo nombre indicase que habia sido sacado de la tierra.

Adan fué colocado en el Eden ó paraíso terrenal, situado en la tierra de Chus, llamada ahora Chusistan, y conocida asimismo por Etiopía oriental, para distinguirla de la meridional, que linda con el Egipto. Era este sitio un jardin delicioso, poblado de toda suerte de excelentes árboles, de los cuales los dos mas notables, y únicos en su especie, eran el árbol de la vida, cuyo fruto debia servir para conservar al hombre la vida, la salud y el vigor, y el árbol de la sabiduría (experimental) del bien y del mal; pero Dios prohibió al hombre que probase el fruto de este último, conminándole con la muerte si quebrantaba el precepto.

Adan habia recibido del mismo Dios, juntamente con la inteligencia y la vida, el don de la palabra, esto es, no solamente la facultad de articular sonidos, sino tambien el lenguaje de que se sirvió para expresar pensamientos y comunicarlos á los demás, porque los que piensan que las lenguas (aun la primitiva), son absolutamente de invencion humana, y que no deben su orígen mas que á ciertas convenciones arbitrarias, adoptadas por el hombre para designar las cosas con determinados vocablos, no han considerado nunca con la debida atencion lo que dicen. Efectivamente, aunque no sea mas que para convenir en algunos puntos arbitrarios, es ya indispensable hablar y ser comprendido: es menester que el sonido articulado por un individuo despierte ya determinada idea en el ánimo del otro; y, en una palabra, es preciso que se hayan establecido ya comunicaciones de palabra, para que que puedan atribuirse significaciones nuevas ó vocablos tambien nuevos. Sin esto, los hombres serian todos mudos, los unos respecto de los otros, y solamente tendrian comunes la voces generales, ó mejor, los alaridos con que se expresan las pasiones y los movimientos violentos, en vez de tener expresiones que sirviesen para unir á los hombres unos con otros por medio de una comunicacion recíproca de sus pensamientos. La experiencia puede convencernos de esta verdad; pues vemos que basta haber nacido sordo para quedarse mudo toda la vida, y muchos sordos de nacimiento no podrán comunicarse nunca por medio de otro lenguaje, que el de los gestos y señales necesarios para darse á entender. Fué pues el beneficio de la palabra un don particular, por el cual el primer hombre y sus descendientes deben á Dios especial reconocimiento (1).

El primer uso que al parecer hizo Adan de tan señalado beneficio fué respecto de los animales; pues Dios se los presentó todos para que como señor les pusiese nombre, y « el que dió á cada uno de ellos, como dice la Escritura, es el que todavía llevan. » Este es el sentido de la Vulgata; y si estuviese conforme con el original, de lo que se duda, no cabria ya la menor duda de que el hebreo fué la lengua primitiva. Como quiera, en el número de las bestias que Dios hizo comparecer delante de Adan parece que no deben incluirse los peces, sino solamente los animales terrestres.

Faltábale al hombre una compañera para ayudarle y cooperar con él á la propagacion de su especie. Por esto Dios le sepultó en un profundo sueño, durante el cual le sacó una de sus costillas, y de ella formó á la mujer. Al dispertar Adan, la llamó « Eva, » porque, como lo indica su nombre, habia de ser madre de todos los vivientes. Así se terminó el sexto dia.

Descansó Dios (esto es, cesó de obrar) en el séptimo dia, bendiciéndolo y santificándolo (2); por cuya razon se le llamó sábado, y ha sido siempre santificado al fin de cada semana por el pueblo de Dios, hasta que la iglesia cristiana le substituyó el domingo, ó primer dia de la semana, en memoria de la resurreccion del Salvador. Se nos preguntará acaso, en qué estacion crió Dios el mundo, si en la primavera ó en el otoño, pues los cronólogos están divididos entre ambas estaciones; pero nos parece mas cierto que fuese en la última, porque todos los frutos se hallaban entónces en sazon.

Antes de la formacion del hombre, Dios habia criado otras sustancias puramente espirituales, como son los

(1) Juan Jacobo Rousseau, después de haber pesado las diversas opiniones acerca del orígen de las lenguas, acaba por decir, que se inclina á creerlas « un presente de la divinidad; » y así efectivamente lo comprueba la autoridad de la Sagrada Escritura, en la cual no creia aquel filósofo. No faltan, empero, algunos que profesan creer en ella, y que sin embargo apuran todos los argumentos para demostrar que las lenguas, aun la primitiva, son de institucion humana, sin pararse en que sea contradictorio su aserto con la narracion de Moisés.

(2) El decir con algunos filósofos modernos, que los dias que Dios empleó para la creacion no deben entenderse dias naturales, sino que significan quizas millares de años, es contradecir á la Escritura Sagrada, y atribuir á Moisés un lenguaje ininteligible, en una relacion redactada para instruccion del pueblo. En este caso mas le hubiera valido al autor del Génesis el suprimir por entero la historia de la creacion del mundo, que el reducir á un número determinado de seis dias, compuesto cada uno de « tarde y mañana, » el espacio de tiempo en que se verificó, si fuese cierto, como lo suponen, que se necesitaban á lo menos setenta mil años para aquella operacion.



Caín y Abel, ó el primer homicidio.

ángeles; pero, habiéndose rebelado contra su Criador una parte de aquellas inteligencias, fué precipitada en el infierno. El demonio, que este es el nombre que se da á los ángeles malos, no pudo entónces contemplar sin envidia la felicidad del hombre, y para hacérsela perder, tomó la figura de una serpiente, y con seductoras razones tentó á Eva á probar el fruto prohibido. Adan, á quien ella le ofreció en seguida, llevado de débil condescendencia, imitó su prevaricacion; y en aquel instante mismo, abriéndose sus ojos, reconocieron por la rebeldía de sus sentidos, que estaban desnudos, se avergonzaron de estarlo, y se apresuraron á cubrir su desnudez con algunas hojas de higuera (1). Recorriendo Dios el paraíso terrenal, en forma sensible, después de mediodía, llamó á Adan, quien se ocultó de pronto, hasta que obligado á responder, quiso excusar su falta achacándola á su mujer, y esta á su vez acusó á la serpiente de haberla seducido. Maldijo, pues, Dios á la serpiente; condenóla á arrastrarse sobre su vientre y á mantenerse de tierra todos los dias de su vida; declaró que suscitaria eterna enemistad entre ella y la mujer, entre los descendientes de la una y los de la otra; y le predijo que el hijo de la mujer, cuyo calcañar intentaria roer, seria el que le aplastaria la cabeza; lenguaje figurado, y que de ninguna manera puede entenderse literalmente, pues no hay ningun intérprete que no reconozca en este vaticinio una profecía de las mas expresas y mas claras del advenimiento del Mesías, libertador del linaje humano. Sin embargo, como la malicia del demonio no excusa á los seducidos, Dios condenó tambien al hombre y á la mujer y á su posteridad, á la que transmitieron su culpa (2), á llevar en la tierra una vida miserable, que habia de terminar con una muerte segura, y los echó en seguida del paraíso. Luego que hubieron salido de aquel sitio delicioso, puso el Señor, para guardarle, un querubin armado de una espada de fuego, á fin de que no pudiesen volver á entrar en él ni Adan ni ningun otro hombre.

Hay muchas probabilidades de que aquella morada encantadora, luego de abandonada, se convirtió en un país del todo semejante á los que le rodeaban, y que experimentó tambien los efectos de la maldicion que Dios dejó caer sobre la tierra por la desobediencia de Adan.

4962. Nacimiento de Caín. Eva le puso este nombre al darle á luz, y dijo: « He adquirido un hombre por la gracia del Señor. »

4961. Nacimiento de Abel. Esta palabra es profética, y significa « afliccion. » Abel se hace pastor, Caín se dedica á la agricultura, y ambos ofrecen sacrificios al Señor; Caín presentándole los frutos de la tierra, y Abel, los primogénitos de su rebaño con toda su gordura. Dios desecha los sacrificios de Caín, por su mala voluntad; pero acepta los de Abel, porque procedian de la fé en el venidero Mesías. Hé aquí, pues, establecidos desde el principio del mundo los sacrificios, y por consiguiente el culto exterior, nó por una invencion humana, sino por revelacion divina; pues solo Dios podia manifestar á los hombres de qué manera queria ser honrado exteriormente, ya que todos podemos reconocer en nosotros mismos, que la sola razon no basta para discernirlo. Tambien es verosímil que Dios declaró desde entónces las especies de animales que queria que le fuesen sacrificados, y que de aquí procedió la distincion entre animales puros é impuros. Por último, Dios hizo tambien conocer á los hombres, que aquellos sacrificios, incapaces por sí solos de honrarle y desarmarle, no eran mas que tipos y figuras de la verdadera víctima que mas adelante debia serle ofrecida por los pecados de todo el mundo. Enfurecido Caín por la preferencia que Dios dispensaba á su hermano Abel, llevóselo consigo al campo, y allí le mató. Asi acabó su vida, á la edad de ciento veinte y ocho años, y en el de 4833 (1), ese primer justo, dando el primer ejemplo de que no puede serlo el hombre impunemente, y de que el que quiere vivir en la piedad, debe esperar la persecucion. La sangre de Abel clamó al cielo pidiendo venganza; Dios afeó á Caín la enormidad de su crímen, y después de haberle maldecido, le condenó á llevar una vida errante y vagabunda. Caín dijo al Señor (segun el Hebreo): que la pena que se le imponia era superior á sus fuerzas; que no podria sobrellevarla, y que esperaba le daria la muerte el primero que hallase al paso; pero Dios le desvaneció este temor, imprimiéndole una señal espantosa, para impedir que los hombres atentasen contra su vida, ó mas bien, obrando á su presencia un milagro, para persuadirle que su vida estaria segura (Hebreo). Caín se retiró entónces al oriente de Eden.

4833. Nacimiento de Seth, nombre que significa « sustituido ». Su padre Adan le recibió como un don del cielo, previendo que por su piedad reemplazaria al piadoso Abel (2). Adan, cuando nació Seth, contaba ciento y treinta años de edad.

4729. Nacimiento de Enós, hijo de Seth y heredero de su virtud, cuando su padre tenia ciento y cinco años. La Escritura dice, que este fué el que empezó á invocar el nombre del Señor, esto es, á tributarle culto público acompañado de ciertas ceremonias. En su tiempo comenzó á darse á la familia de Seth el título de « hijos de Dios, » para distinguirla de la posteridad de Caín y de los demás habitantes de la tierra, que fueron llamados « hijos de los hombres. » Los primeros perseveraron en su piedad mientras no se mezclaron con los segundos, y ambas razas formaron, la una la ciudad de Dios, y la otra la ciudad del demonio.

4639. Nacimiento de Cainan, hijo de Enós, que tenia á la sazon noventa años.

4569. Nacimiento de Malaleel, hijo de Cainan, quien le tuvo á la edad de setenta años.

4504. Nacimiento de Jared, hijo de Malaleel, que tenia sesenta y cinco años.

4342. Nacimiento de Enoc, hijo de Jared, de edad de ciento sesenta y dos años. La Escritura dice de él, que anduvo en la presencia del Señor y que le fué grato por su fé. Después de haber vivido sobre la tierra por espacio de trescientos sesenta y cinco años,

(1) Quizás eran hojas de plátano, especie de higuera que no tiene ramas, y cuyas hojas se desprenden de la cima de su tronco con una longitud de cuatro á cinco piés, y una anchura proporcionada.

(2) Esto es lo que se llama el pecado original, que el hombre lleva al nacer y que es el origen de todas las miserias á que esta sujeto. « Misterio el mas incomprensible de todos, y sin el cual no podriamos tampoco comprendernos á nosotros mismos. En las profundidades de este abismo está el arcano de nuestra condicion, de manera que el hombre es mas incomprensible sin este misterio, de lo que este misterio es inconcebible al hombre. » (Pensamientos de Pascal.)

(1) En el año 128 del mundo, segun el cálculo de Whiston en su « Teoría de la tierra », y segun los autores de la Historia Universal, el número de hombres debia ser de cuatro mil. Stackhouse le aumenta hasta cien mil; pero el primer cálculo parece el mas verosímil.

(2) La Escritura no cita otros hijos de Adan que los que se acaban de nombrar, sin hacer mencion de ninguna hija; y solamente nos dice en general, que después de haber engendrado á Seth tuvo hijos é hijas (Génesis, cap. 5. v. 11.).

Dios le arrebató en el año 3978 antes de Jesucristo, eximiéndole de la muerte; y no volvió á parecer, por haber sido trasladado á un lugar desconocido, de donde ha de volver al fin de los siglos, para oponerse al Antecristo y enderezar á los pueblos por el camino de la penitencia y de la justicia.

4277. Nacimiento de Matusalen, hijo de Enoc, quien le tuvo á la edad de sesenta y cinco años.

4090. Nacimiento de Lamec, hijo de Matusalen, que contaba ciento ochenta y siete años de edad.

3908. Nacimiento de Noé, hijo de Lamec, cuando su padre tenia ciento ochenta y dos años. Su nombre significa «descanso ó alivio,» pues Lamec dijo al verle nacer: « Este niño nos consolará de los trabajos que padecemos, por la maldicion que Dios echó sobre la tierra. »

Después de haber dado la série de los descendientes de Seth, no será fuera del caso añadir aquí la de los de Caín, aunque la Escritura los indique muy por encima, sin explicar la época de su nacimiento ni la de su muerte.

Caín fué padre de Enoc, cuyo nombre puso á una ciudad que edificó después de haberle nacido este hijo, en un sitio que el historiador Josefo llama Naïs: prueba de que el linaje humano se habia multiplicado ya muchísimo por aquel tiempo, y de que Caín no continuó llevando siempre una vida errante hasta el fin de sus dias. Algunos le atribuyen la invencion del arco, que es sin duda la mas antigua de todas las armas, que ha estado en uso en todas las naciones civilizadas, y del cual se sirven todos los pueblos salvajes que se han descubierto hasta ahora. Aun entre los tirios, descendientes de los fenicios, que deben su orígen á los cananeos, hasta las mujeres llevaban ordinariamente aljaba y arco, como lo atestigua Virgilio en el libro 1.°, vers. 240 de su Enéida.

De Enoc nació Irad, y este engendró á Maviael, cuyo hijo Matusael fué padre de Lamec. Este tuvo dos mujeres á un tiempo, Ada y Sella, dando el primer ejemplo de la poligamia. De Ada tuvo dos hijos: á Jabel, que fué padre de los pastores y de los que habitan en tiendas, y á Jubal, que fué el inventor de los instrumentos de música, y enseñó á los hombres á tocarlos. Sella fué madre de un hijo y de una hija: el hijo Tubal-Caín, fué un artífice muy hábil en toda clase de obras de hierro, cobre, plata, y otros metales; en lo que se reconoce con evidencia el Vulcano de la fábula, pues convienen perfectamente su nombre y su oficio. La hija, llamada Noema, inventó el modo de hilar y tejer la lana. Esta es al parecer la Minerva de los griegos, á la que llamaban tambien Nemanun, segun Plutarco (De Isis y Osiris). Hasta aquí se extiende Moisés al tratar de la descendencia de Caín. Fué esta muy perversa, y corrompió á la de Seth por los enlaces que hubo entre una y otra. De ellos salieron esos mónstruos en el órden de la naturaleza y en el de la religion, esos gigantes famosos, como dice la Escritura, segun la Vulgata, por su estatura y sus depravadas costumbres, hombres sin freno, que abusaron de su fuerza para oprimir al débil y para hacerle cómplice de las abominaciones de que daban el ejemplo. Sin embargo, el texto hebreo y el de los Setenta parece que indican la existencia de gigantes ya antes de aquellos enlaces.

4033. Muere Adan á la edad de nuevecientos y treinta años. Durante el curso de tan larga vida, tuvo el dolor de ver por sus ojos cuán fecundo es un solo crímen y hasta dónde puede llegar la depravacion del corazon humano; pero este espectáculo le fué saludable, porque suscitó en su corazon los sentimientos de penitencia que le merecieron el perdon. Así quiso Dios que el primer ejemplo del autor de nuestras desgracias nos enseñase á no desconfiar nunca de su misericordia.

3931. Muere Seth á la edad de nuevecientos años. La depravacion de sus nietos acibaró sus últimos dias, y le hizo bajar con amargura al sepulcro.

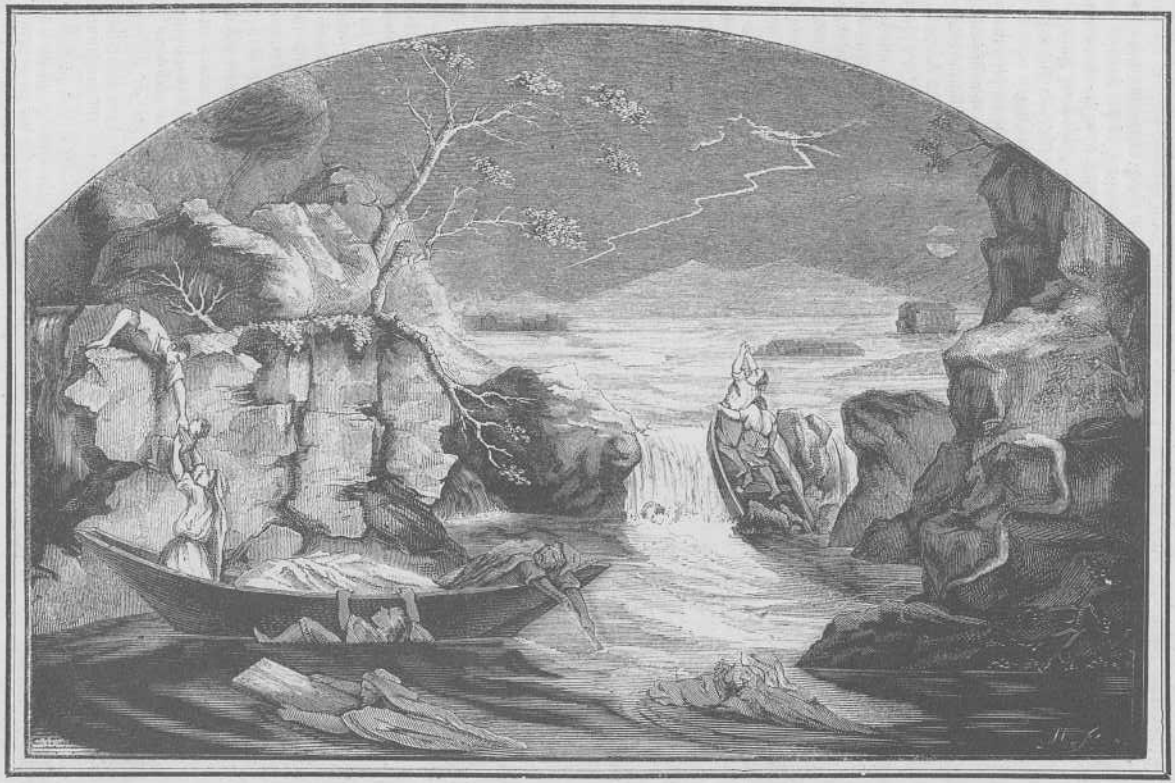
3824. Muerte de Enós, hijo de Seth, á la edad de nuevecientos y cinco años. Este fué uno de los últimos justos del antiguo mundo.

3729. Muerte de Cainan, hijo de Enós, á la edad de nuevecientos y diez años.

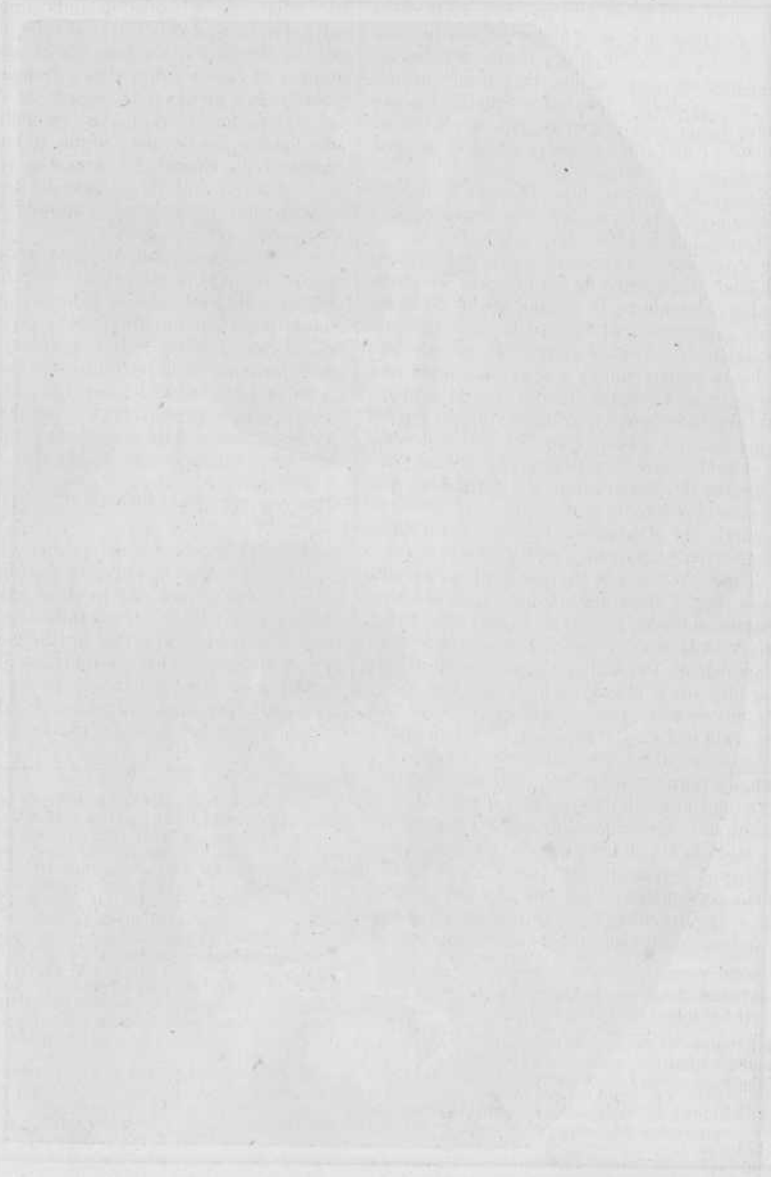
3674. Muerte de Malaleel, hijo de Cainan, á la edad de ochocientos noventa y cinco años.

3542. Muerte de Jared, hijo de Malaleel, á la edad de nuevecientos sesenta y dos años.

La impiedad iba haciendo nuevos progresos, y, mas contagiosa que la peste, continuaba infestando todo el linaje humano. En vista de esta corrupcion géneral, Dios se arrepintió, ó mejor, pareció como que se arrepentia de haber criado al hombre, y juró hacerle desaparecer de la tierra, no exceptuando de este anatema sino á Noé y su familia, única que habia conservado el verdadero culto, proscribiendo todas las demás y destinándolas á perecer sumergidas en las aguas de un diluvio universal. Dios anunció á Noé este desastre, ordenándole que construyese una arca de madera de ciprés, en la que pudiesen caber él y los suyos y un par de animales, macho y hembra, de cada especie, trazándole por sí mismo el plan y las medidas de aquella construccion, que tuvo ocupado á Noé por espacio de ciento y veinte años. Durante todo este tiempo no dejó el santo patriarca de exhortar á los hombres á que por medio de un arrepentimiento sincero lograsen apartar de sí todas las calamidades que les amenazaban; pero hablaba desgraciadamente á corazones endurecidos, que se burlaban de sus razones y calificaban de locura la obra en que estaba empeñado. Los incrédulos modernos no tienen ciertamente una idea mucho mas ventajosa de la empresa de aquel santo patriarca, ó mejor, de la descripcion que Moisés nos ha dejado de su obra; mas, para disipar sus objeciones, bastará dar una explicacion sencilla y literal del texto sagrado que se atreven á impugnar, y es en resúmen como sigue. La figura del arca era poco mas ó menos la de un grande cofre ó de un vasto edificio, cuyo techo no tuviese, como lo usan los orientales, mas elevacion que la necesaria para que vertiese las aguas pluviales. Noé abrió en el arca, nó una sola ventana alta de un codo, como dice la Vulgata, sino algunas ventanas ó tragaluces sin duda las necesarias para comunicar aire y luz á los diferentes pisos, como se lee en el texto hebreo. El arca tenia, segun Moisés, trescientos codos de largo, cincuenta de ancho y treinta de alto; de manera que, estimando el codo en veinte pulgadas y media de nuestra medida, esas dimensiones nos darán quinientos doce piés y medio de longitud, ochenta piés y cinco pulgadas de anchura, y cincuenta y un piés y tres pulgadas de elevacion, dividida en tres pisos, sin contar la sentina, que servia de depósito del agua para la provision de los hombres y de las bestias; debia contener el primero los cuadrúpedos, el segundo las aves y los reptiles, y el tercero no solamente á Noé con su familia, sino tambien todas las semillas, los aperos de labranza y el bastimento necesario para la manutencion de hombres y animales. El número de las especies que andan sobre la tierra ó que vuelan por los aires no es tan considerable como comunmente se imagina, porque está probado que las de los



El diluvio.



cuadrúpedos no pasan mucho de ciento y treinta, que las de las aves son á corta diferencia otras tantas, y que las de los reptiles que viven fuera del agua pueden reducirse á treinta poco mas ó menos. Entre las primeras no se conocen mas que seis que tengan mas corpulencia que el caballo, pocas le igualan, y las mas no llegan siquiera al tamaño de la oveja. De las aves hay muy pocas que sean tan corpulentas como el cisne, y casi todas le son muy inferiores; de donde resulta que en el arca habia á lo menos cuatro veces mas espacio del necesario para alojar á todos los animales que debian entrar en ella, y contener todos los alimentos necesarios para mantenerlas durante un año. Es además muy probable, que todos aquellos animales, privados allí de todo ejercicio, pasaron la mayor parte del tiempo como aletargados, y consumieron por lo mismo muy pocas provisiones.

3408. Nacimiento de Sem, hijo primogénito de Noé.

3407. Nacimiento de Cam, hijo segundo de Noé.

3406. Nacimiento de Jafet, tercer hijo de Noé.

Algunos cronólogos y comentadores del Génesis suponen á Jafet primogénito de los hijos de Noé, fundándose principalmente en la version de los Setenta; pero el texto samaritano, el hebreo, la paráfrasis caldea y la version siríaca están conformes en este pasaje, en dar la primogenitura á Sem, de modo que puede decirse con Flaminio Nobilio que la primera opinion no tiene mas apoyo que un hebraismo que se escapó á los Setenta. (Véanse las Nuevas ilustraciones sobre el Pentateuco samaritano, pág. 224 á 238.)

3313. Muerte de Lamec, hijo de Matusalen, á la edad de setecientos setenta y siete años.

3308. Muerte de Matusalen, hijo de Enoc, á la edad de nuevecientos sesenta y nueve años.

3308. Cuando Noé habia cumplido ya seiscientos años, el dia diez y siete del segundo mes del año, que comenzaba entónces por octubre, entró en el arca con su mujer, sus hijos y las mujeres de estos, en todo ocho personas. Los animales que Dios destinaba para poblar otra vez el mundo se le presentaron por sí mismos de dos en dos, y él escogió un macho y una hembra de cada una de las especies de los animales impuros y cuatro machos y tres hembras de cada uno de los animales puros, y los colocó en el arca que Dios mismo cerró por la parte exterior con todo lo que en ella hubo entrado. Abriéronse luego las cataratas del cielo (1), salieron las aguas y se precipitaron sobre el globo; al mismo tiempo que rompiendo sus diques las que estaban contenidas en las entrañas de la tierra lanzáronse á la superficie y sobrepujaron de quince codos (2) á las mas elevadas montañas. Así fué sumergido por el diluvio todo lo que se halló fuera del arca, hombres y animales; mas nó por esto hemos de imaginar que de este castigo temporal se siguió para todos los hombres su condenacion eterna; porque san Pedro nos asegura lo contrario, cuando nos dice que Jesucristo despues de su muerte «fué á predicar,» esto es, á anunciar su libertad «á los espíritus que estaban encarcelados y que antes habian sido incrédulos cuando en tiempo de Noé lo esperaban todo de la paciencia y de la bondad de Dios, mientras se preparaba el arca.» Cesó la lluvia al cabo de cuarenta dias; pero la inundacion continuó en el mismo estado por espacio de ciento y diez dias, después de los cuales empezaron á menguar las aguas. El dia diez y siete del séptimo mes (6 de mayo, en sentir de Usserio) el arca flotante fué llevada, segun la Vulgata, sobre la cumbre de las montañas de Ararat en Armenia (1), donde se detuvo; y el dia primero del décimo mes (como á 19 de julio) comenzaron á descubrirse los picos de los montes.

Noé estuvo esperando durante otros cuarenta dias, al cabo de los cuales hizo salir del arca al cuervo, y siete dias después soltó la paloma, que no habiendo podido posar en ningun punto, volvió aquel mismo dia. Al cabo de otros siete dias volvió á soltarla, y regresó llevando en el pico un ramo de olivo. Después de haber esperado siete dias mas, la hizo partir por tercera vez, y ya no regresó; por donde echó de ver que las aguas se habian retirado y que habia quedado descubierta la superficie de la tierra.

ÉPOCA II.—Desde la salida del arca, hasta la vocacion de Abrahan.

3307. El primer dia del primer mes (23 de octubre) levantó Noé la cubierta del arca, examinó la tierra y advirtió que su superficie estaba seca; y en el dia veinte y siete del segundo mes (18 de diciembre), cumpliendo la órden del Señor, salió del arca con su familia y todos los animales. Dios dijo á Noé y á sus hijos al salir del arca: «Teman todos los animales vuestra presencia, tiemblen al veros, tanto los terrestres como las aves del cielo» (Génesis, capítu-

(1) Los antiguos creian que habia en el cielo receptáculos de agua, y que siendo llana la tierra habia tambien en sus extremos abismos de agua. Así es que Moisés, que no pretendia dar lecciones de física ni de cosmografía, habla aquí segun el sistema admitido, y apropia su lenguaje á las ideas comunes. Por esto se ven cataratas del cielo que se abren, y abismos que cubren de agua toda la tierra.

(2) Se ha objetado que, habiéndose elevado el arca quince codos sobre las montañas mas altas, y por consiguiente mas arriba de la region media del aire, Noé y su familia no hubieran podido subsistir por falta de calor y de respiracion; pero no se ha advertido, que, á medida que se levantaban las aguas, se levantaba tambien proporcionalmente el aire, de donde resultó que la region media se halló durante el diluvio mucho mas arriba del espacio que ahora ocupa.

Algunos modernos pretenden que despues de aquel cataclismo el mar ha invadido el sitio que antes ocupaba la tierra, y que nuestro continente es el fondo que tenia el mar antes de aquel suceso. Contra esto puede decirse, que el Tigris y el Eufrates, que bañaban la morada de Adan, corren todavía por el Asia; que en los antiguos geógrafos se hallan indicios del Fison y del Gihon; y que aun cuando no conservase la historia ningun recuerdo de aquellos rios, ha habido en la tierra muchas otras revoluciones por las cuales puede explicarse su desaparicion. La respuesta de que antes del diluvio existian, en las tierras que despues fueron convertidas en mar, un pais llamado Asiria, y rios llamados Eufrates, el Tigris, etc., y que despues del diluvio se puso el mismo nombre á otro pais y á otros rios, nos parece muy poco satisfactoria; porque, al hablar de ellos Moisés, dice positivamente que son los mismos que subsistian aun en su tiempo. «El Fison, es este mismo rio que recorre todo el pais de Heviláth, donde se produce el oro,» y luego describe las regiones regadas por el Gihon y el Tigris, diciendo siempre: «es este mismo rio que serpentea y corre» (Gén. cap. 2.). Debemos esta nota á Royer (Diario del Delfin, tom. 4, página 200); pero estamos muy distantes de pretender que el continente sea ahora en todas sus partes el mismo que antes del diluvio.

(1) La voz hebrea «Ararat» no puede convenir á las montañas de Armenia, porque en otro lugar se dice que los hombres vinieron á oriente del pais del Senaar, y la Armenia, lejos de hallarse al oriente del Senaar, se halla al sudoeste. Esta alta montaña, donde se detuvo el arca, fué, pues, el Paropamiso, entre la Persia y el Mogol, que por ser de mucha altura y extremadamente inculta, no es extraño que en su cumbre se detuviese el arca, y que los primeros hombres, al bajar de allí, se apresurasen á abandonar el pais. Allí estaba la fortaleza de Clornos, que ganó Alejandro. Josefo dice tambien que el arca se detuvo en las montañas de Armenia, pero los conocimientos geográficos de Josefo no alcanzaban mucho mas allá de su Judea y su Galilea; por esto nos cuenta que en su tiempo aun no se la veia en aquellos montes. Un sabio aleman ha experimentado, midiendo las alturas, que el Monte Negro, donde nace el Danubio, es mucho mas alto que la montaña de Armenia que se ha convenido en llamar «Ararat.»

lo IX, v. 2) (1). Entónces levantó Noé un altar sobre el cual ofreció un sacrificio al Señor en accion de gracias; y Dios prometió no inundar otra vez la tierra con un segundo diluvio, y dióle por prenda de su palabra el arco iris, nó porque esta señal no existiese antes, sino porque debia durar tanto como el mundo (2). Permitió tambien al hombre que comiese de todo lo que es vivo y animado, prohibiéndole solamente el comer la carne mezclada con la sangre, para inspirarle mas horror al homicidio.

No puede dudarse de que nuestro globo experimentó una revolucion espantosa durante los ciento y cincuenta dias que estuvo inundado por el diluvio, y que en aquel sacudimiento terrible, que agitó el aire hasta romper las cataratas del cielo, hubo de conmoverse la tierra hasta en sus mismos cimientos. Con aquella irrupcion de las aguas contenidas en los abismos subterráneos hubieron de desmoronarse las tierras, quebrantarse los peñascos, partirse las montañas y formarse otras nuevas con las tierras que arrastraba la corriente de las aguas. Por una consecuencia necesaria de aquel mismo acontecimiento las aguas, después del diluvio, han debido retirarse á sitios mas profundos hasta los puntos en que pudieron hallar apoyo las grandes masas que se habian desplomado. Al mismo tiempo las aguas, deslizándose por las faldas de los vertientes, han cambiado de sitio en muchos puntos y han dejado en sus antiguos dominios, ahora habitados en gran parte por nosotros, las plantas marinas, los peces y los considerables bancos de fósiles cuyo descubrimiento tanto nos sorprende. En muchos sitios esos peces, esas plantas y todos esos fósiles se han petrificado con el tiempo, á causa de la filtracion de las aguas pluviales y de la mezcla de la arena y del barro. Si para explicar este fenómeno recorremos á la hipótesis de movimiento gradual de las aguas derramadas sucesivamente sobre toda la superficie de nuestro globo durante la larga duracion de los siglos, nos desmiente la misma naturaleza, mostrándonos por todas partes los sorprendentes efectos de un cataclismo universal sobrevenido de improviso en la parte exterior del globo, y de una dislocacion súbita y de un espantoso desplome de todas sus partes quebradizas. Guardémonos, sin embargo, de exagerar el hecho, atribuyendo al diluvio, como lo hacen algunos filósofos, la formacion de las montañas y la inclinacion de la eclíptica sobre el ecuador, principio de la variedad de las estaciones; como si antes de aquel sacudimiento hubiese sido todo nuestro globo una espaciosa llanura, y la temperatura del aire una perpétua primavera. Las montañas son y han sido siempre uno de los adornos de la tierra, cuya superficie modifican contribuyendo á distinguir sus diferentes comarcas: sin ellas no tendríamos fuentes ni rios; sus cumbres nos suministran las yerbas mas saludables y los mejores pastos; y las plantas mas deliciosas y los árboles mas útiles no medran sino en las colinas que se forman á la falda de los montes. ¿Acaso las montañas de la luna, mucho mas altas que las de la tierra, son tambien efecto de algun diluvio? En cuanto á la inclinacion de la eclíptica, si antes del diluvio se confundia su plan con el del ecuador, no veríamos razon alguna de que esos dos planos se crucen tambien en los demás planetas, y se vean inclinados el uno sobre el otro en distintos grados. La antigüedad pagana conservaba tambien algun vago recuerdo del diluvio, confundiendo al patriarca Noé con Deucalion, con Saturno y con Jisutro; la historia de Sem con la de Pluton, la de Jafet con la de Neptuno, y la de Cam con la de Júpiter.

3306. Nacimiento de Arfaxad, hijo de Sem.

Noé, después de haber plantado la vid, probó el vino sin conocer su fuerza, y se embriagó. Su hijo Cam le vió desnudo en su tienda, burlóse de él y fué á decírselo á sus hermanos; pero estos, tomando una capa y andando de espaldas, cubrieron á su padre para ocultar su desnudez, de manera que ni ellos mismos la vieron. Luego que Noé hubo vuelto en sí de su embriaguez, maldijo á Canaan (1), hijo de Cam, ó mas bien, segun el texto hebreo, predijo que aquella descendencia seria maldita por su perversidad. Al contrario, bendijo á Sem y á Jafet, es decir que les anunció (debe tenerse presente que todos los verbos están en futuro en el texto original) las bendiciones que Dios derramaria sobre los descendientes de ambos patriarcas.

3171. Arfaxad engendró á Salé (y nó á Cainan), á la edad de ciento treinta y cinco años. Los ejemplares que se han conservado de la version de los Setenta entre Arfaxad y Salé intercalan á Cainan, á quien suponen hijo de este último, y le hacen engendrar y morir á la misma edad que el otro Cainan, hijo de Enós. Sin embargo, hemos de advertir con Luis Cappel, que Eusebio y Julio Africano, aunque siguiendo entrambos la version de los Setenta, no hacen ninguna mencion de este segundo Cainan, el cual si bien se encuentra mencionado en el evangelio de san Lucas entre los antepasados de Jesucristo, en el mismo lugar que le señalan los Setenta, es de creer que ha sido solamente por una añadidura en el uno y en el otro texto (Véanse las «Nuevas ilustraciones sobre el Pentateuco samaritano» pág. 161).

3041. Salé engendra á Heber, á la edad de ciento y treinta años.

Muere Noé á los nuevecientos y cincuenta años de edad. Se cree que no tuvo ningun hijo después del diluvio, porque si hubiese tenido alguno, no hubiera dejado de indicarlo Moisés, ni nos diria que de Sem, Cam y Jafet descienden todos los pueblos del mundo (2).

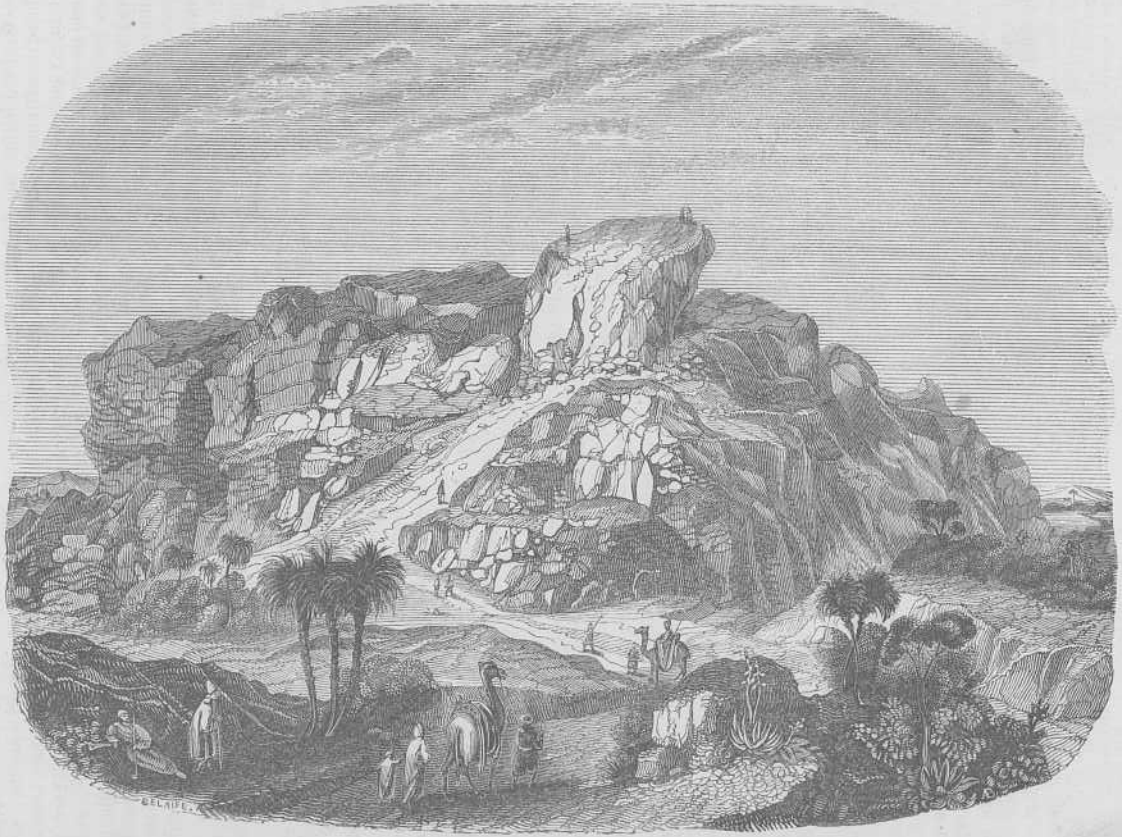
---

(1) Quedan todavía algunos vestigios del temor al hombre, que el Criador infundió desde el principio á los animales mas feroces. Sin embargo, es menester confesar, que por especial disposicion de Dios, aquel miedo hubo de ser mucho mayor inmediatamente después del diluvio que no lo es ahora; porque sin esto el linaje humano, reducido entónces á un corto número de individuos privados de armas con que atacar y defenderse, hubiera probablemente sido presa de los animales carnívoros.

(2) Quizás antes del diluvio no habia llovido nunca sobre la tierra, y tal vez para humedecerla reemplazaba á la lluvia un abundante rocío. Bajo este supuesto, que nada tiene de contrario á la Escritura, el arco iris no se habria formado nunca hasta entónces, porque no creemos que ningun físico diga que la lluvia del diluvio pudo producir aquel fenómeno.

(1) Este Canaan era hermano de Mitzraim ó Metzraim, y el mismo que Menés (tronco de los egipcios, y Isiris ú Osiris) y hermano tambien de Cusa, á quien los extranjeros llamaron Fénix, y del cual descendieron los fenicios.

(2) En tiempo del diluvio, segun el cómputo mas moderado de los que calculan la multiplicacion de la especie humana por la duracion de la vida de los patriarcas, la poblacion debia elevarse á 100.000.000,000, cuando ahora apenas llega á 1.000,000,000. Prevemos que se nos dirá, ¿cómo es posible que tantos millones de hombres pudiesen habitar en nuestro globo? A esto contestaremos, primeramente: que en el antiguo mundo el mar ocupaba mucho menor espacio que en el actual, porque la mayor parte de las aguas estaban encerradas en las entrañas de la tierra, formando un grande abismo que se abrió en tiempo del diluvio; y luego, que la tierra era mucho mas fértil antes que las aguas, que la cubrieron y trastornaron durante todo un año, la hubiesen desnaturalizado, alterando los principios de su fecundidad. El lector nos dirá si le satisface esta respuesta.



RUÍNAS DE LA TORRE DE BABEL.

2907. Heber engendra á Faleg, á la edad de ciento treinta y cuatro años.

Después del diluvio, todos los hombres vivian reunidos en las llanuras de Senaar, entre el Tigris y el Éufrates y en las regiones circunvecinas, segun lo atestiguan unánimes los historiadores profanos y los Libros Sagrados, como lo advierte Josefo. La necesidad de subsistir les obligaba muy á menudo á separarse los unos de los otros, y el temor de dispersarse sin poderse reunir de nuevo en sus frecuentes correrías, les obligó á adoptar las precauciones que juzgaron necesarias para precaver este contratiempo. Con esta mira trataron de edificar con ladrillos cocidos al sol y unidos con cierto betun, una ciudad, levantando en ella una torre de extremada altura, paraque descubriéndose de lejos, pudiese servirles de guía y les indicase el punto de reunion. Empresa era aquella que no entraba en los designios de la Providencia, que juzgaba necesaria la dispersion de los hombres para repoblar el universo. El linaje humano no hablaba á la sazon mas que una lengua, y el Supremo Hacedor rompiendo aquel lazo que unia tan estrechamente á los hombres, movió entre ellos tal confusion de idiomas, que, no entendiéndose ya los unos á los otros, abandonaron la obra y se derramaron por toda la tierra, cada uno segun su familia y segun la lengua que hablaba. Sem se quedó en oriente, y de él descienden todos los orientales desde los montes Amano y Tauro y desde el Éufrates hasta el mar de la India. De Cam descendieron los filisteos, los egipcios y los antiguos pueblos de África; y Jafet, que se encaminó al occidente, fué el padre de todos los pueblos de Europa y del Asia septentrional (1). Este fué el repartimiento que hicieron entre sí los hijos de Noé, nó por ningun convenio, sino por un secreto impulso de la Providencia, que queria que fuesen habitadas todas las partes de nuestro globo. Poco á poco y como por grados, fueron los hombres alejándose del centro de su dispersion, y á medida que la poblacion creció, empujándose las familias unas á otras, fueron conquistando terreno para establecerse con mayor holgura, y paulatinamente se acercaron hasta las extremidades de la tierra sin que advirtiesen siquiera la diferencia de los climas. Las guerras que luego se suscitaron entre ellos obligaron á muchos á pasar á las islas para buscar allí un refugio; y últimamente, después de una larga série de generaciones, se halló cubierta de habitantes toda la tierra.

2868. Muerte de Arfaxad, á la edad de cuatrocientos treinta y ocho años.

2808. Muere Sem, á la edad de seiscientos años.

2777. Faleg, á la edad ciento y treinta años, engendra á Reu ó Ragau.

2738. Muere Salé, á la edad de cuatrocientos treinta y tres años.

2668. Muerte de Faleg, á la edad de doscientos treinta y nueve años.

2645. Reu engendra á Sarug, á los ciento treinta y dos años de edad.

2637. Muerte de Heber, á la edad de cuatrocientos y cuatro años.

2515. Sarug, de ciento y treinta años, engendra á Nacor.

2486. Nacor, engendra á Taré, á la edad de setenta y nueve años.

2367. Muere Nacor, á los ciento cuarenta y ocho años de edad.

2366. Taré vivió setenta años, y engendró uno trás otro á «Abram,» á «Nacor» y á «Aran.» Gen. xi, v. 26. Este es, segun Moisés, el órden del nacimiento de esos tres hijos. Nó por su dignidad ni porque fuese padre de los creyentes, como lo pretenden algunos comentadores, se nombra el primero á Abram, sino porque era en realidad el primogénito; pues sin esto, seria inútil el notar la edad en que engendró Taré, ya que no tendria la menor importancia el señalar la época del nacimiento de cualquier otro de los hijos, que no fuese el de que descienden los judíos. Taré moraba con su familia en Ur de Caldea, ciudad que Amiano Marcelino coloca entre Nísibe y el Tigris, y allí tributaba culto á los ídolos.

2356. Nacimiento de Saraí, hija de Taré y de otra mujer distinta de la madre de Abram, con quien se casó.

2296. Dios aparece á Abram en figura de un ángel, y le manda alejarse de su patria, la ciudad de Ur en Caldea, para ir á establecerse en el país que le mostrará. «Yo os haré padre, le dijo, de un gran pueblo, os colmaré de bendiciones, haré célebre vuestro nombre, y todas las naciones de la tierra serán bendecidas en vos.» Abram por su nacimiento debia seguir el culto idólatra de los caldeos, que era el del fuego; y aunque se pretende, que en el mismo instante en que Dios le dirigió aquellas palabras empezó su conversion, es mas verosímil que ya de antes tenia conocimiento del verdadero Dios. Como quiera, obedeció sin vacilar; y acompañado de su padre Taré, de su esposa Saraí, y de Lot, hijo de su hermano Aran, llegó después de haber pasado el Éufrates á una ciudad de Mesopotamia llamada Harran ó Charran, que se cree ser la misma que Charres, tan famosa por la derrota que en ella sufrieron los romanos mandados por Craso.

ÉPOCA III. — Desde la vocacion de Abrahan hasta la entrada de Jacob en Egipto.

2291. Taré muere á la edad de ciento cuarenta y cinco años. Abram, que tenia á la sazon setenta y cinco, después de haber tributado las últimas honras á su padre, salió de aquella ciudad llevando en su compañía á su mujer Saraí, y á Lot, hijo de su hermano Aran, con todo cuanto poseia y con todas las personas que habian aumentado su familia, esto es, con los esclavos que habian adquirido, y fué á establecerse en la tierra de Canaan. Detúvose primeramente en un lugar, que después se llamó Siquem, del nombre de uno de los hijos de Hemor, y que estaba situado en el valle llamado «Ilustre,» no lejos de la montaña donde mas adelante fué edificada Samaria.

2290. Dios aparece por segunda vez á Abram, y le reitera la promesa que le habia hecho de dar aquel país á su posteridad.

2289. El hambre obliga á Abram á retirarse á Egipto, donde hace pasar á Saraí por hermana suya, como lo era realmente por parte de su padre, aunque nó por la de su madre. Faraon, nombre que se daba á todos los reyes de Egipto, enamorado de la belleza de Saraí, la hace robar; pero Dios castiga á su familia con terribles plagas que le obligan á devolverla á su esposo tan casta y tan pura como se la ha-

(1) Cuando la Escritura, en el ver. 5, cap. 10 del Génesis, habla de los descendientes de Jafet, dice, segun el texto hebreo: «Estos se repartieron las islas de las naciones y las diversas regiones, cada uno segun su propia lengua, familia y nacion.» «Aquí tenemos, dice Mann, que la Europa está calificada expresamente como una aglomeracion de islas, lo que será literalmente verdadero, si entónces el mar Caspio, el Negro, el Báltico y el mar Blanco tenian comunicacion entre sí.» Así lo cree efectivamente aquel autor, y lo prueba con tantas autoridades y tan buenas razones, que lo hacen á lo menos muy probable. Consúltese su Memoria sobre esta materia en el tom. 2, pags. 387 á 400, de las «Memorias de la Academia Imperial de Bruselas.»

bia arrebatado. El temor de que le diesen muerte los egipcios, impidió á aquel patriarca que declarase que aquella era su mujer; y este silencio no la expuso á caer en adulterio, porque lo que se siguió, demostró que Dios le habia anunciado interiormente que la preservaria de aquel crímen, por mas que el mismo Dios no autorice nunca con milagros la flaqueza ni la temeridad.

Luego que Abram y Lot estuvieron de regreso en la tierra de Canaan, hubieron de separarse por causa de sus numerosos rebaños, que no podian pacer juntos, y Lot se fué á vivir á Sodoma, en la Pentápolis. Dios se apareció á Abram en una nueva vision, y le hizo dos promesas; la una, que daria á su posteridad la tierra de Canaan, y la otra que multiplicaria su descendencia como las arenas del mar. Abram abandonó entónces su morada sita entre Hai y Betel, para ir á habitar en la llanura de Mambré, cerca de la ciudad de Arbrea, llamada después Hebron, en el país de los heteos; y al llegar á aquel sitio, levantó un altar al Señor, como solia hacerlo en todos los puntos donde se detenia.

2281. Los reyes de la Pentápolis estaban entónces sometidos á Codorlahomor, rey de Elám, esto es, de Elimaidis; pero, al cabo de doce años de sujecion, se rebelaron, y arrastraron con su ejemplo á los pueblos que desde el país de Canaan hasta Elam obedecian á quel príncipe. Codorlahomor marchó entónces contra ellos, con otros tres reyes aliados suyos, á saber, Amrafel, rey de Sinhar, ciudad situada en Mesopotamia al pié del monte Sinhar, llamado ahora Singaro; Arioc, rey del Ponto, ó mas bien de Abasar, en los confines de la Asiria; y Tadal, rey de algunas tribus árabes que habia logrado reunir en Goiam, en Mesopotamia. Estrechados los rebeldes, y habiendo los vencedores llegado ya al cabo de dos años á la Pentápolis, dieron batalla á los cinco reyes del país y los derrotaron; después de cuya victoria entraron en Sodoma, saqueándola y llevándose consigo á Lot entre los prisioneros. Luego que Abram tuvo noticia de aquel suceso, reunió con toda diligencia trescientos diez y ocho de sus criados, y juntándolos con los de sus aliados, los tres príncipes cananeos, Mambré, Aner y Escol, se puso á perseguir á los vencedores. Alcanzólos en Dan, junto á las fuentes del Jordan; cayó sobre ellos de noche, púsolos en completa derrota, persiguiólos hasta Koba á la izquierda de Damasco, y rescató á Lot con el botin y los prisioneros. Melquisedec, rey de Salem, salió á recibir á Abram cuando regresaba de su expedicion; bendíjole, y ofreció por él en sacrificio pan y vino, «porque era sacerdote del Altísimo,» como dice el texto sagrado. Abram, por su lado, quiso tambien honrar al Omnipotente en la persona de su sacerdote, y ofreció á Melquisedec el diezmo de todo lo que habia ganado. Este Melquisedec, de quien la Escritura no nombra al padre ni á la madre ni á ninguno de sus antepasados, que fué el que bendijo á aquel á quien habian sido hechas las promesas, y que como superior recibió el diezmo, es, segun san Pablo, la figura de Jesucristo, á quien David, en su salmo 109, califica de sacerdote segun el órden de Melquisedec, y nó segun el órden de Aaron.

Algunos intérpretes son aquí de parecer, aunque equivocadamente, que Melquisedec era el mismo verbo, el cual tomó en aquella circunstancia la misma figura con que después se manifestó á los hombres en la Encarnacion. Atengámonos, empero, á lo que dice san Pablo, que Melquisedec no era mas que la figura del Mesías; pero figura expresiva, tanto por su sacerdocio unido á la corona, y por la manera con que está representado en la Escritura, sin padre, sin madre, sin genealogía, esto es, sin decirnos quién era ni de dónde descendia, como por la superioridad que se atribuia sobre aquel á quien habian sido hechas las promesas, bendiciéndole y recibiendo de su mano el diezmo. En cuanto á la ciudad en que reinaba Melquisedec, la opinion comun la confunde con Jerusalen; pero san Gerónimo, en su carta á Evángelo, pretende que era otra, y la coloca junto á Escitópolis ó Betsan, á la distancia de setenta y cinco millas de Jerusalen, mas acá del Jordan, diciéndonos que en su tiempo se descubrian aun allí las ruínas del magnífico palacio que habia mandado edificar aquel rey pontífice.

Saraí, viéndose estéril, entregó su sirvienta Agar á su esposo, para que en ella pudiese tener hijos, dándonos el primer ejemplo de la poligamia después del diluvio; pero Dios la habia permitido, Saraí la exigió de su esposo, y este la usó con toda templanza. «Hombre admirable, exclama san Agustin, que usó como varon de las mujeres, de su esposa con templanza, con parsimonia de su esclava, y de ninguna con exceso (De la ciudad de Dios, lib. 16).»

2280. Nacimiento de Ismael, á quien Abram engendró en Agar, su sirvienta, á la edad de ochenta y seis años y á instancia de su esposa Saraí.

Ensoberbecida Agar por haber concebido de su señor, se creyó igual á Saraí y negóse á obedecerla; pero esta le impuso por su arrogancia tales castigos, que la hicieron resolver á alejarse. En el camino que va de Hebron á Egipto, en el desierto de Sur, hácia lo mas interior del mar Rojo, apareciósele un ángel á la esclava fugitiva, ordenándole que volviese á su señora, y advirtiéndole que con su humildad reconociese la justa autoridad que Saraí tenia sobre ella. Predíjole tambien que daria á luz un hijo, del cual descenderia una raza innumerable. «Pondrásle por nombre, añadió, Ismael, y será un hombre fiero que se levantará contra todos y todos se levantarán contra él» (Génesis, cap. 16, vers. 11 y 12); y efectivamente, los descendientes de Ismael han acreditado completamente este horóscopo de su padre. Debe advertirse aquí, que esta es la vez primera en que se hace mencion de ángeles en la Escritura.

2267. Dios hizo entónces nueva alianza con Abram, le prometió que le haria padre de muchas naciones, mudó su nombre de Abram en Abrahan (abreviatura de Ab-ram-ham, que significa padre de una grande multitud), y el de Saraí (mi princesa) que era el primitivo de su mujer, en Sara (princesa ó señora), y le ordenó al mismo tiempo que se circuncidase, apesar de tener ya noventa y nueve años de edad, con todos los varones de su familia: ley que debió extenderse á todos sus descendientes. «Esta señal de mi alianza, le dijo el Señor, será en vuestra carne, como una prenda de una alianza eterna.» Su hijo Ismael tenia entónces trece años, edad en que los descendientes de este último reciben aun la circuncision, práctica comunicada por los ismaelitas á muchos otros pueblos, y de la que han hecho un punto capital de su religion todos los sectarios del mahometismo. Abrahan, á poco de haber ejecutado esta órden del Señor, recibió la visita de tres ángeles en figura de hombres, los cuales le prometieron que Sara en el año próximo daria á luz un hijo; y el patriarca los convidó á comer sirviéndoles toda una ternera con la cantidad de pan que habia resultado de tres medidas de harina, y equivalente á unas cincuenta y seis libras de nuestro peso. «De aquí puede deducirse, dice un sabio, que los patriarcas eran muy comedores, quizás porque ha-

cian mucho ejercicio ó porque eran de mas aventajada estatura, por lo que contaban tambien con mas larga vida; y á esto ha de añadirse que no hacian mas que una comida por dia. » Al separarse los ángeles, anunciaron á Abrahan que iban á destruir las ciudades de la Pentápolis para castigar sus crímenes; y dos de ellos, pues el tercero era el mismo Hijo de Dios, segun la tradicion, fueron á alojarse en la casa de Lot en Sodoma. Los habitantes se agolparon delante de la casa, pidiendo furiosos que les fuesen entregados aquellos extranjeros, para ultrajarlos á ellos y á la naturaleza en sus personas; y los ángeles, anunciando á Lot la venganza divina que iba á caer sobre la ciudad, le instaron á que saliese de ella con su mujer y sus dos hijas. Apenas acababa de salir, cuando la ciudad se vió abrasada por una lluvia de azufre y fuego, que se extendió tambien á las de Gomorra, Seboin y Adama. Segor debia sufrir tambien la misma suerte; pero se la perdonó, porque Lot se refugió á ella. Estrabon atestigua que en su tiempo se descubrian aun las ruínas de Sodoma, aunque parece que fué despues reedificada, ó, mas probablemente, que se levantó una ciudad del mismo nombre cerca de las ruínas de la antigua.

Á causa de un terremoto se hundió por aquel mismo tiempo el valle llamado de los Bosques, donde estaban situadas aquellas cinco ciudades, convirtiéndose en un profundo lago formado por las aguas del Jordan que se detuvieron allí al atravesarlo, sin que haya podido saberse á donde iban á desembocar anteriormente (1). Este lago, llamado en la Escritura mar Muerto y en los autores profanos mar Asfaltites ó bituminoso, por el betun que sobrenada en su superficie en ciertas temporadas, tiene veinte y dos leguas de largo y cinco ó seis de ancho; pero en él no puede vivir ningun pez, ni posar sobre sus aguas ninguna de las aves acuáticas. Gran parte de sus orillas presenta el aspecto de una tierra quemada, dando así claros indicios de la esterilidad á que ha sido condenada, menos en su parte oriental, que, segun refiere un testigo ocular, el padre Nau, tiene algunas fértiles llanuras pobladas de gran número de árabes, la mayor parte cristianos.

Huyendo Lot de Sodoma, perdió en el camino á su mujer, que habia sido convertida en estátua de sal, por haber vuelto la vista atrás quebrantando la prohibicion del Señor; y Josefo atestigua en el libro 1.°, cap. 12 de sus «Antigüedades,» que él habia visto aquella estátua, y que en su tiempo la mostraban todavía.

Lot, que no se creia bastante seguro en Segor, se retiró con sus dos hijas á una caverna poco distante de dicha ciudad, donde la preocupacion de aquellas produjo un extraño efecto; pues, imaginándose que no habia ya mas hombres en la tierra, embriagaron á su padre y le hicieron cometer con ellas un doble incesto, del cual salieron dos hijos, Moab y Amon, que fueron los caudillos de los pueblos que habitaron la Celosira ó Siria hueca. Los moabitas en tiempo del historiador Josefo continuaban siendo un pueblo poderoso.

Abrahan se fué después á residir á Gerara, en la Arabia, Abimelec, rey de la comarca, robó á Sara, aunque esta fué libertada milagrosamente del atentado que en ella queria cometerse.

2266. Nace Isaac cuando su padre Abrahan tenia ya cien años, y noventa su madre Sara, y fué circuncidado al octavo dia, como lo han sido hasta ahora todos sus descendientes.

Isaac fué destetado al cabo de unos tres años, pues en oriente acostumbraban amamantar á los hijos hasta que se hallasen en estado de andar por sí solos, y Abrahan dió con este motivo un expléndido festin.

Viendo Sara que Ismael maltrataba á Isaac, pidió á Abrahan que los despidiese á él y á su madre: por consiguiente, el patriarca obedeció á su mujer por órden de Dios, y despidió á Agar cargándole á las espaldas un pan y un odre de agua. Partió, pues, ella con su hija al desierto de Faran, que caia á la parte del mar Rojo.

En el camino, Agar y su hijo se sintieron acosados por la sed, en el desierto árido y abrasador de Betsabé, sin hallar una gota de agua para apagarla; y viendo la madre á su hijo pronto á espirar al pié de un árbol, se alejó á la distancia de algunos pasos para no presenciar su muerte. Dios le envió entónces un ángel para consolarla, y le mostró una fuente, donde pudieron beber ella y su hijo, y llenar su odre para lo restante del viaje.

Ismael se casó después con una mujer egipcia, y llegó á ser el tronco de un pueblo numeroso como lo fué el de los árabes ismaelitas, el cual fué dividido en doce tribus, número igual al de los hijos de Ismael, cuyos nombres fueron: Nabat, Cedar, Abdeel, Edumas, Masam, Memas, Masmes, Codam, Teman, Getúr, Nafés y Gelmas. El país que ocuparon se extendia desde el mar Rojo hasta el Eufrates, y fué llamado Nabatea del nombre del hijo primogénito (1).

---

(1) Quizás iba á perderse el Jordan en las arenas á la extremidad del valle, ó se sumergia en alguna caverna, desde donde por conductos subterráneos iba á parar al Océano; á no ser que quedasen agotadas sus aguas por las sangrías que se le hacian para regar los campos. Así sucedia con el Crisoroas segun relacion de Plinio, el cual desaparecia, por la multitud de hijuelas que de él sacaban los cultivadores.

(1) Ismael, echado con su madre Agar de la casa paterna, se detuvo en el Hegiaz, que se extiende á lo largo del golfo Arábigo, entre la Arabia Petrea y la Arabia Feliz. Allí halló establecidos á los descendientes de «Jectan,» á quien los árabes llaman «Cahtan,» hijo del patriarca «Heber,» llamado «Hond» por los mismos árabes, y cuya sepultura se muestra todavía en la Arabia Feliz. «Yarab,» hijo de Jectan, fué el que dió nombre á la nacion. A los ismaelitas se les llamó «mozárabes,» esto es árabes mezclados, para distinguirlos de los descendientes de Jectan, que se llamaron árabes puros; y se les llamó tambien «agarenos,» del nombre de «Agar.» El de «sarracenos» les vino, nó de «Sara,» con quien nada tenia de comun su orígen, sino de un vocablo árabe, que significa orientales, y con el cual los designaban los griegos y los judíos porque la Arabia está al oriente de la Judea y de los países habitados por los griegos, pues los mismos árabes no se dieron nunca semejante nombre. Habiendo Ismael establecido su residencia en el mismo sitio donde el ángel mostró la fuente á su madre, levantó allí un templo al Señor, ayudándole, segun dicen los árabes, su padre Abrahan en la construccion del edificio. Este fué la famosa Caaba, ó cosa cuadrada, centro de la devocion musulmana, punto de la tierra al que deben volverse todos los mahometanos al hacer sus oraciones, y sitio que deben visitar á lo menos una vez en su vida. Algunos autores árabes pretenden que la «Caaba» existia ya mucho tiempo antes de Ismael; que Adan adoró allí al Señor en una tienda bajada del cielo; que su hijo Seth edificó en aquel mismo sitio un templo de piedra, que quedó destruido por el diluvio; y que Abrahan é Ismael no fueron mas que los restauradores de aquella fábrica. El pozo de «Zemzem,» contiguo al templo, es segun dichos autores, el mismo pozo de «Agar;» y muestran todavía sobre una piedra negra, muy reverenciada, la huella que dejaron los piés de Abrahan. Luego que alrededor de la «Caaba» se formó la ciudad de la Meca, tanto por la multiplicacion de los hijos de Ismael, como por la concurrencia de los extranjeros atraidos por la devocion, los descendientes de aquel patriarca fueron á un mismo tiempo príncipes de la Meca y sacerdotes del templo. Ismael tuvo doce hijos, de los cuales nació una posteridad numerosa, que se dividió en gran número de tribus. La de los «Coraiscitas,» en la que nació Mahoma, estuvo en posesion de la Meca y descendia de «Cedar,» á quien los árabes suponen primogénito de los hijos de Ismael, aunque los Libros Sagrados atribuyan la

2241. Dios quiso probar la fé de Abrahan, ordedándole que sacrificase á su hijo Isaac que tenia entónces veinte y cinco años; y Abrahan sin vacilar, le condujo á la distancia de tres jornadas de su residencia, sobre el monte Moria, que era un grupo de varias montañas, encima de una de las cuales fué mas adelante edificado un templo; y sobre otra, que después se llamó Calvario, fué crucificado Jesucristo. Allí debia verificarse el sacrificio de Abrahan. Llegado al pié de la montaña, el patriarca dió órden á los dos servidores que le acompañaban de que le esperasen allí; cargó sobre las espaldas de Isaac la leña destinada para el holocausto, subió con él hasta la cumbre, y disponiendo allí la hoguera para el sacrificio, anunció á su hijo, que él mismo era la víctima que debia ser inmolada. Cuando levantaba la cuchilla, detúvole un ángel; y, descubriendo cerca de allí un carnero, cuyas astas se habian enredado en la maleza, cogióle y le ofreció en sacrificio en lugar de su hijo. Dios le prometió en recompensa de su obediencia, que multiplicaria su raza como las estrellas del firmamento y las arenas del mar, y que bendeciria á todas las naciones en la persona de aquel que descenderia de él: prediccion manifiesta del Mesías.

2229. Muere Sara á la edad de ciento veinte y siete años, en Cariatarbea ó en Hebron. Abrahan, después de haberla llorado, conforme á la costumbre, por espacio de siete dias, la sepultó en la caverna que habia comprado á Efron de Betea, hijo de Seor, por el precio de cuatrocientos siclos, moneda del país (Génesis 23, v. 1 y 19) (1). Esto fué lo único que llegó á poseer en la tierra que Dios le habia prometido.

2226. Abrahan envia á Eliezer, mayordomo de su casa, á Mesopotamia, á buscar una mujer para su hijo Isaac, que tenia ya cuarenta años.

Eliezer rogó á Dios en el camino, que se dignase darle á conocer cuál era la destinada para el hijo de su señor, y Dios le declaró que era Rebeca, hija de Batuel, hijo de Nacor y de Melca. Al llegar Eliezer, la pidió á sus parientes, quienes se la concedieron desde luego, después de haber reconocido que aquella era la voluntad de Dios. Parece que el padre de Rebeca habia muerto ya entónces; porque la Escritura al hablar de los parientes á quienes Eliezer la pidió para el hijo de su señor, menciona solamente á la madre de Rebeca y á los hermanos de esta, Laban y Batuel. Rebeca partió con Eliezer para la tierra de Canaan, casóse Isaac con ella, y el cariño que le puso templó el dolor que sentia por la pérdida de su madre.

2224. Abrahan, á la edad de ciento cuarenta y dos años, se casó con Cetura, cananea, de la cual tuvo seis hijos que fueron padres de otras tantas tribus árabes. El mas conocido de todos es Madian, de quien descendieron los madianitas.

2206. Isaac, de edad de sesenta años, rogó al cielo por la fecundidad de su mujer; fueron oidas sus oraciones, y Rebeca quedó en cinta de dos gemelos. Estaban entrambos mal avenidos en el seno materno, lo que afligia en gran manera á Rebeca, que sentia ya el haber concebido. Fué, pues, á consultarlo al Señor, quien le anunció que los dos hijos que llevaba en su seno eran dos pueblos enemigos, pero que el primogénito estaria sometido al segundo. El que nació primeramente era rubio y cubierto enteramente de pelo, por cuyo motivo se le llamó Esaú; y el segundo siguió desde luego á su hermano, á quien tenia cogido por el pié y le llamaron Jacob, que significa suplantador ó el que tiene á otro por el calcañar.

2191. Murió Abrahan á la edad de ciento setenta y cinco años, dejando á Isaac por su único heredero, y á los demás hijos algunos presentes que les hizo antes de morir. Ismael é Isaac le enterraron al lado de su mujer Sara. Como quiera que se considere á Abrahan, no pueden dejar de notarse en él algunos rasgos de grandeza que le hacen igual á los mas famosos héroes de la antigüedad. Perfectamente libre y fuera de su patria, reinaba sobre su familia y servidumbre con soberana independencia, sin que le faltase nada de lo que enaltece á los reyes, sino los vanos títulos é incómodas ceremonias. Obedeciale una multitud de esclavos, que le formaban un pequeño estado, donde no reinaba mas autoridad que la suya: buscaban los príncipes su alianza, trataba con ellos de igual á igual; y declaraba la guerra ó la paz, como mejor le parecia. Poseedor de innumerables rebaños, que constituian la principal riqueza de aquel tiempo, nadaba en la abundancia, despreciaba los presentes, y no queria que nadie pudiese vanagloriarse de haberle enriquecido. En religion su fé era inmensa, ilimitada la confianza que tenia en las promesas del cielo, y ciega la sumision á sus órdenes. Si le hablaba Dios, creia en él contra todas las apariencias; esperaba cuando faltaba todo motivo de esperanza; y obedecia, por mucha que fuese la repugnancia de la naturaleza. En una palabra, Abrahan fué un hombre divino, el modelo y el padre de los verdaderos fieles.

La miseria que reinaba en el país de Canaan obligó á Isaac á trasladarse á Gerara, donde declaró que Rebeca era hermana suya, aunque no fuese mas que prima, porque el nombre de hermano tenia entónces una significacion mucho mas vaga que la que tiene en nuestros dias. Abimelec, rey de Gerara, supo que Rebeca era mujer de Isaac, y prohibió á sus súbditos, bajo pena de muerte, que la tocasen; mas luego los habitantes de aquella ciudad y el mismo rey obligaron á Isaac, cuyas riquezas excitaban su envidia, á que se volviese á Bersabé, de donde habia venido. Dios le reiteró entónces las promesas que habia hecho á su padre.

Volviendo Esaú de cazar, extenuado de cansancio y acosado por el hambre, vendió á Jacob su derecho de primogenitura por un plato de lentejas: figura y representacion de los condenados, que, por placeres pasajeros, renuncian al derecho que tienen á la herencia celestial. Por el color rojizo que tiene aquel manjar, se llamó á Esaú «Edom,» que significa «rojo» en lengua fenicia.

2166. Esaú, de edad de cuarenta años, casa con mujeres cananeas, que causaron á Isaac y Rebeca grandes amarguras, porque eran idólatras y de una raza maldita.

2143. Muere Ismael á la edad de ciento treinta y siete años.

2129. Isaac, á la edad de ciento treinta y siete

---

honra de primogenitura á Nabat, padre de los nabateos. La idolatría reinaba ya en Arabia cuando Ismael fué á establecer en ella la religion primitiva en que habia nacido; pero esta religion se conservó muy poco tiempo en su pureza. (Le Beau, Historia del Bajo Imperio, tom. XII, pág. 191.)

(1) S. Estéban en el discurso que dirigió al Sanedrin de los judíos, parece que contradice al Génesis en algunas de las circunstancias de la compra que hizo Abrahan de aquel sepulcro; pues dice: «Jacob bajó á Egipto y murió, él y nuestros padres que fueron transportados á Siquem y puestos en el sepulcro que «Abrahan» habia comprado á precio de plata á los hijos de Emor, hijo de Siquem. «No obstante debemos advertir aquí, primeramente, que el nombre «Abrahan» es una añadidura puesta al texto, como lo piensa Bochart (Hieroz lib. 2, cap. 43), y que los copistas la sustituyeron al pronombre «él,» que habia primitivamente en el texto, refiriéndose á Jacob; y luego, que el texto griego no dice precisamente que Emor fuese hijo de Siquem. Por consiguiente, el sepulcro de que aquí se trata es distinto del que compró Abrahan.

años llamó á Esaú para darle su bendicion y le mandó que antes de ella fuese á buscarle algunas piezas de caza. Jacob entónces, por consejo de su madre, púsose los mejores vestidos de Esaú, cubrióse con pieles las manos y el cuello para disimular la diferencia, porque Esaú era muy velludo y Jacob casi pelon, y en este estado presentó á su padre un plato de cabrito, diciéndole que él era Esaú, que habia vuelto de la caza. Isaac, que era ciego, cayó en el engaño y le bendijo; mas luego, advertido de su error con el regreso de Esaú, maravillóse de lo que habia ocurrido, aunque no quiso revocar la bendicion, sino que la confirmó, al contrario, apesar de las quejas y clamores del primogénito.

Temió Jacob el resentimiento de su hermano, y para evitarle se fué á Mesopotamia á la edad de setenta y siete años. Durante su viaje, tuvo en sueños una vision en que se le apareció una escalera misteriosa, en cuya parte superior estaba apoyado el Señor, y por cuyos escalones iban subiendo y bajando algunos ángeles. Dios bendijo á Jacob, el cual al despertar levantó un altar en aquel sitio, que se llamaba Luza, mudándole el nombre y poniéndole el de Betel. Luego, continuando su camino, llegó á Haran y á casa de su tio Laban, hermano de su madre, á cuyo servicio entró para guardar sus rebaños, bajo condicion de que le diese una de sus hijas por mujer.

Esaú se separó de su padre y fué á establecerse con su familia en los montes de Seir, al oriente del Jordan y del mar Muerto, en el país llamado Edomea ó Idumea, del sobrenombre Edom, que, como hemos dicho, se dió á Esaú, y allí se hizo muy poderoso. De Ada, hija de Helon, su primera mujer, tuvo á Elifas; de Olibama, que fué la segunda, le nacieron Jeús, Jolam y Coré; y de Basemat, hija de Ismael, que fué la tercera, tuvo á Raquel. Los descendientes de Esaú mudaron con el tiempo su domicilio, ó mas bien, una parte de ellos bajaron al mediodía de la Palestina y del mar Muerto, entre el territorio que ocupó despues la tribu de Judá y la Arabia Petrea.

2122. Jacob, después de haber permanecido por espacio de siete años en casa de Laban, se casó á los ochenta y cuatro de su edad con Lia, que era la hija primogénita, por una superchería de Laban, el cual se la dió en vez de Raquel, que era la menor y la que habia sido prometida. Esta no le fué entregada hasta al cabo de una semana, bajo condicion de que continuase sirviendo á Laban durante otros siete años. Era Raquel de una perfecta belleza, y Lia al contrario, pitarrosa; pero Dios la resarció de esta deformidad, concediéndole la fecundidad que negó á Raquel.

2119. Nacimiento de Ruben, hijo de Jacob y de Lia.

2118. Nace Simeon, segundo hijo de Jacob y de Lia.

2117. Nace Leví, hijo tercero de Jacob y de Lia.

2116. Lia da á luz un cuarto hijo, llamado Judá.

2116. Viéndose estéril Raquel, entrega su sirviente Bala á Jacob, quien tiene en ella un quinto hijo, llamado Dan.

2115. Bala da á luz un sexto hijo, por nombre Neftalí.

2115. Lia, por haber dejado de concebir, pone al lado de su esposo á su sirvienta Zelfa, de la cual nace un séptimo hijo llamado Gad.

2114. Zelfa da á luz á Azer, octavo hijo de Jacob.

2114. Lia recobra su fecundidad, y da á luz, al principio del año, un hijo llamado Isachar, y al fin del año otro que se llamó Zabulon.

2113. Nacimiento de Dina, hija de Jacob y de Lia.

2113. Dios se apiada por último de Raquel; y cesando el oprobio de la esterilidad que la tenia desconsolada, da luego á luz á José, undecimo hijo de Jacob.

2109. Habiendo Jacob servido por espacio de veinte años á su suegro Laban, le abandonó clandestinamente por su ingratitud; y se encaminó de nuevo á su país, llevándose consigo sus mujeres y sus rebaños. Tres dias después emprendió Laban la persecucion de su yerno, y le alcanzó, al cabo de otros siete, en una de las montañas de Galaad; pero, como Dios le habia prohibido en la noche anterior que hiciese ningun daño á Jacob, contentóse con reprenderle su marcha clandestina, y luego se reconcilió con él. Para asegurar esta reconciliacion y perpetuar su memoria, recogieron algunas piedras, formaron de ellas un monton y lo llamaron cada uno en su lengua «majano del testimonio;» después de lo cual se separaron.

Jacob continuó entónces su camino; y temeroso de encontrar á su hermano Esaú, le envió como presente quinientas ochenta cabezas de su rebaño, para calmar así su cólera. Por la noche se apareció á Jacob un hombre que luchó con él hasta el amanecer, sin que pudiese vencerle. Tocó el muslo de Jacob, púsole cojo, le bendijo, y le dió el nombre de «Israel,» que significa «el que ve á Dios.» Jacob dió á aquel sitio el nombre de Fanuel diciendo: «He visto á Dios cara á cara, y no he perdido la vida;» porque se creia entónces equivocadamente, como se creyó aun después por mucho tiempo, que el hombre no podia vivir después de haber visto á Dios. Mas adelante se edificó en aquel sitio una ciudad que llevó el mismo nombre.

Después de haber pasado el torrente Jabolk, encontró Jacob á su hermano Esaú que salia á recibirle con cuatrocientos hombres. Así que Jacob le descubrió, se postró siete veces en tierra en su presencia; voló Esaú á su encuentro, y abrazóle tiernamente, y le besó derramando copiosas lágrimas.

Luego de haberse separado los dos hermanos, Jacob se fué á vivir á Socot, de donde dos años mas tarde trasladó su domicilio cerca de la ciudad de Salem, llamada mas adelante Siquem, y luego Naplusa. Agradóle el sitio, y por lo mismo compró allí un campo á los hijos de Hemor, rey de aquel terrritorio, pagando por él cien carneros, como dice el Génesis, esto es, cien monedas de plata en las cuales estaba impresa la figura de un carnero; pues dice formalmente san Estéban, que Jacob compró aquel campo á precio de plata.

2097. Dina, hija de Jacob, de edad de diez y seis años, quiso ir á ver las fiestas de los siquemitas, pero esta curiosidad le fué funesta, porque fué robada y violada por el hijo del rey, el cual se presentó luego, acompañado de su padre, á pedirla á Jacob por mujer. Los hijos del patriarca fingieron entónces que accedian á la demanda, mientras el rey y su pueblo recibiesen la circuncision, porque dijeron que no les era permitido el enlazarse con incircuncisos. La condicion fué aceptada; el rey fué el primero en hacerse circuncidar, y siguieron su ejemplo todos los varones, de sus vasallos. Tres dias después de aquella operacion, cuando son mas vivos los dolores que causa la llaga, Simeon y Leví, hermanos de Dina, entraron en la ciudad espada en mano, llevando en su compañía á todos sus criados; degollaron á todos los varones, rescataron á su hermana Dina, y se llevaron todo lo que habia en Siquem, hombres, niños y rebaños. Semejante atrocidad, en la que no habia tenido Jacob la menor parte, le hizo odioso en todo el país, y por esto le ordenó Dios que saliese de allí y se fuése á residir á Betel.

2096. En el año siguiente partió de Betel para ir á establecerse cerca de la torre de Gader; pero, junto á Efrata, llamada después Belen, sorprendieron á Raquel los dolores del parto y murió dando á luz un hijo, á quien puso por nombre Benoni, esto es, « el hijo de mi dolor, » y que Jacob mudó después en el de Benjamin, que significa el hijo de mi derecho.

Por aquel mismo tiempo Judá se separó de sus hermanos, y á la edad de veinte años se casó con una mujer cananea, llamada Sué, hija de Hiran, de la cual tuvo sucesivamente tres hijos, que fueron Her, Onan y Sella. Dios quitó la vida á los dos primeros durante su juventud, porque eran perversos.

Jacob volvió últimamente al lado de su padre Isaac, en el valle de Mambré, donde se estableció; pero la mayor parte de sus hijos estuvieron muy distantes de imitar la piedad del padre. José acusó á sus hermanos de un gran crímen delante de Jacob; contóles tambien algun tiempo después un sueño misterioso que habia tenido, y que al parecer indicaba que todos debian estarle sometidos; y les dió así doble motivo para que todos le aborreciesen. En esto Jacob envió á José á ver á sus hermanos, que apacentaban sus rebaños á lo lejos, para tener noticia de ellos. En Siquem, donde José creia encontrarlos, supo que se hallaban en Dotaín á ocho leguas de distancia. Cuando llegó allá, deliberaron ellos si le matarian; pero cediendo á las consideraciones de Ruben, acabaron por venderle á unos mercaderes madianitas que acaso pasaban por allí, y enviaron á decir á su padre que una fiera se lo habia tragado, remitiéndole por prueba el vestido de la víctima manchado con la sangre de un cabrito. Luego que Jacob reconoció el vestido del hijo, no tuvo la menor duda de la verdad del caso, y en el exceso de su dolor rasgó sus vestiduras y rompió en amargo llanto. En vano los demás hijos, á su regreso, se esforzaron en consolarle, « yo bajaré, les decia, hasta el infierno para llorar á mi hijo. » Los que por la palabra « infierno » entienden aquí la sepultura, no advierten que José, segun lo que creia su padre, no tenia otro sepulcro que el estómago de algun animal carnicero, y por consiguiente que lo que Jacob queria ir á buscar habia de ser el alma de su hijo, y nó en el sepulcro, sino en el lugar donde las almas de los justos aguardaban la resurreccion del Señor.

2097. José, á la edad de diez y seis años cumplidos, es llevado á Egipto, donde entra al servicio de Putifar, oficial del rey.

2093. Instigado José al crímen por la mujer de Putifar, no accede á sus apasionados deseos; y ella, fuera de sí por la entereza del mancebo, dice á su marido que él habia tratado de violentarla. En seguida fué preso y encarcelado. Pero, el alcaide se apiada de él, llegando hasta á confiarle la custodia de los demás presos. Tenia á la sazon veinte años.

José interpreta dos sueños de los presos que habian tenido cargos principales en el palacio del rey. Al uno le predice que le será devuelto el empleo, y al otro que será puesto en cruz dentro de tres dias, realizándose en un todo entrambas predicciones.

2090. Faraon mandó comparecer á José que contaba ya veinte y tres años, á fin de que le explicase sus sueños, por no haber podido satisfacerle sus adivinos ordinarios. Le dice José que indican siete años de abundancia, trás de los cuales vendrán otros siete de carestía; y le propone además medios para librarse de la escasez. Faraon nombra á José mayordomo de su palacio y gobernador de todo el Egipto; le entrega el anillo con el cual sellaba sus órdenes soberanas; le casa con la hija de Putifar, sacerdote ó príncipe de Heliópolis, que ahora no es mas que un villorrio llamado Matarea, á unas tres leguas del Cairo. José recorrió el Egipto, guardando en depósito la quinta parte del trigo cosechado por espacio de siete años, al objeto de venderle luego en beneficio del real tesoro durante los años de esterilidad. Entre tanto, bendijo el Señor el matrimonio de José, y tuvo dos hijos. Al primogénito le llama Manasés, y Efraím al segundo.

2086. Isaac fallece á los ciento ochenta años de edad. Sus hijos Jacob y Esaú le hacen las debidas exequias.

2085. Esaú muere un año después de su padre, dejando una descendencia numerosa entre nietos y biznietos (1).

2083. Principio de los siete años de esterilidad.

2082. Jacob envia sus hijos á Egipto á comprar trigo. José los conoce, pero no quiere darse á conocer, y con el pretexto de que son unos espías, ordena que los encierren en la cárcel. Á los tres dias les mandó salir, haciéndoles prometer que el próximo viaje llevarian consigo á su hermano Benjamin que se habia quedado en casa al lado de Jacob. José guardó en rehenes á Simeon, al que mandó atar delante de ellos; y haciéndoles llenar de trigo los sacos, dispuso que dentro de los mismos pusieran secretamente el dinero que habian traido para el pago.

Jacob envia otra vez sus hijos á Egipto, contristándole el que Benjamin fuese con ellos; y después de tenerles José ansiosos por algun tiempo, se les da á conocer, los abraza cordialmente á todos, arrasados los ojos de lágrimas, é induciéndoles á ir á vivir á Egipto con su padre, sus hijos y sus ganados.

ÉPOCA IV.—Desde la llegada de Jacob á Egipto hasta su salida.

2076. Lleno Jacob de regocijo al saber que aun vivia José, sale con su familia para Egipto á los ciento treinta años de edad, con los carros que Faraon le habia enviado, doscientos quince años después de la vocacion de Abrahan. Dice Moisés (Gén. 46, v. 26.) que al entrar en Egipto esta familia, se componia de sesenta y seis almas, sin contar las mujeres de los hijos de Jacob; y san Estéban dice (Act. 7, v. 14.) que de setenta y cinco. Pero san Estéban cuenta las mujeres de los doce patriarcas, de cuyo número deben quitarse la mujer de Judá muerta en Canaan, la de José y el mismo José (2). Este presentó su padre al rey, con cinco hermanos suyos. Al saber Faraon que son pastores de ovejas, les cede la tierra de Gessén, situada en medio del Egipto, á la orilla oriental del Nilo. Era punto en que se hallaban los mejores pastos del reino. Á mas de esto, convenia tenerlos apartados de los egipcios, los cuales, por haber sacudido el yugo de los reyes pastores, y aun, por otros motivos, solian mirar de mal ojo á las personas de este oficio.

Al fin de los siete años de esterilidad, durante los cuales se vieron obligados los egipcios á vender sus tierras al rey, sus bienes muebles, y hasta sus personas para mantenerse, José les devolvió las tierras, dándoles además trigo para la siembra, con la condicion de que habian de pagar al rey el quinto de la cosecha,

(1) Elifaz, primogénito de los cinco hijos de Esaú, fué padre de seis, siendo el último, llamado Amalec, rama de los amalecitas, pueblo numeroso que habitó en la parte de Idumea mas próxima al mar Rojo.

(2) Verdad es que en el siguiente versículo del Génesis cuenta Moisés setenta personas. Pero va comprendido el mismo Jacob y José con sus dos hijos, cuatro personas que no incluyó al principio en su cuenta. Así debe entenderse igualmente el vers. 5.º del cap. 1.º del Exodo, en el que se halla tambien el mismo número de setenta personas procedentes de Jacob.



La hija de Faraon junto á la corriente del Nilo.

pasando á ser en adelante esta quinta parte un impuesto legal en Egipto. Así conciliaba Faraon sus intereses políticos con los intereses de sus súbditos. En efecto, reducir todas las contribuciones á una sola, que consistia en la quinta parte del producto de la tierra, es un medio que no pareceria todavía harto oneroso á varios pueblos civilizados.

2059. Conociendo Jacob que se acercaba su fin, reune á todos sus hijos, y después de darles la bendicion, predice á cada uno cuál será su porvenir. Á Judá le anuncia que el cetro no saldrá de su casa; es decir, que no cesará su tribu de formar un estado gobernado por jefes y magistrados hasta la venida del Mesías. Muere luego tranquilamente á la edad de ciento cuarenta años, después de pasar los diez y siete últimos en Egipto. José hizo embalsamar su cuerpo á la usanza del país; es decir, que por espacio de treinta dias le aplicaron sustancias aromáticas, poniéndole luego por otros cuarenta dias en una disolucion de sal y de nitro. En seguida José, acompañado de sus hermanos y de los principales de Egipto, lleva el cuerpo de su padre á tierra de Canaan, segun así lo habia él ordenado, para descansar al lado de Abrahan y de Isaac.

2037. Caath á los ochenta años es padre de Amram.

2003. Viendo José que se acercaba su muerte, reune á sus hermanos, asegurándoles que Dios permitirá vayan á la tierra que prometió á su padre, encargándoles que lleven con ellos sus restos cuando salieren de Egipto. Fallece á los ciento diez años de edad, siendo embalsamado su cuerpo como el de su padre, y encerrado en un ataud. Los israelitas tuvieron siempre á la vista este monumento, sirviéndoles de consuelo en las penas que les hicieron pasar los egipcios, dándoles esperanza de que algun dia habian de salir de cautiverio. Por esto, dice la Escritura, que los huesos de José profetizaron después de muerto.

Por las razones que luego aduciremos, suponemos una omision en el Génesis de muchas generaciones entre Caath y el nombrado por Moisés inmediatamente después de él, en los descendientes de Leví. Bajo esta suposicion vamos á continuar nuestra cronología.

1741. Nacimiento de María, hija de Amram y de su mujer Jocabed.

1728. Nacimiento de Aaron, hermano de María.

1725. Nacimiento de Moisés, hermano de María y de Aaron, en Tánis, capital de Egipto, donde se habia retirado su padre con la familia (1). Gemian entónces los hebreos ó israelitas en dura opresion. Reinaba un nuevo monarca, que no se acordaba de José, ni de los servicios que á su familia habia prestado. Viendo que los hebreos aumentaban mucho en número, comenzó á recelar. Por temor de que algun dia llegaran á apoderarse del reino, trató de acabar con ellos, imponiéndoles los trabajos mas penosos, y ocupándolos de continuo en edificar poblaciones, fortalezas y castillos. Pero, cuanto mas los oprimia, mas ellos se multiplicaban. Para cortar el mal de raiz, Faraon mandó á las comadres (2) que matasen á todos los varones que las mujeres hebreas dieran á luz. Pero, por compasion y por temor de Dios no cumplen las comadres con órden tan cruel. Horrorizólas la idea de aplicar á un ministerio de muerte manos avezadas á un ministerio de vida. Bien echó de ver Faraon que no era obedecido su mandato, y prorrumpió en palabras amenazadoras. Ellas trataron de calmar su enojo con una mentira. Dijeron que las mujeres hebreas daban á luz sus hijos con tanta fácilidad, que por mucha prisa que se dieran en llegar á tiempo, siempre las encontraban ya fuera del trance, sin que las fuese indispensable su auxilio. Librólas el Señor de la ira del rey, nó por su mentira, sino en atencion á su caridad. Faraon llegó por fin á emplear abiertamente la violencia, tratando hasta de hacer á todo el pueblo responsable de su crueldad. Ordenó á todos sus súbditos que echasen al Nilo á todos los hijos varones que nacieran de mujer de hebreo. En esa coyuntura vino Moisés al mundo. Su madre Jocabed, después de guardarle oculto por espacio de tres lunas, ó sea tres meses, se decide temerosa del castigo á exponerle en un canastillo calafateado con betun y pez á la orilla del Nilo, en un carrizal. La hija de Faraon va á bañarse allí mismo; podia hacerlo con toda seguridad, pues en aquella parte del rio no habia cocodrilos; y al ver al niño, que era muy lindo, le tomó en brazos; adoptándole por hijo, y haciéndole educar con el mayor esmero. Dice la Escritura que bien conoció la princesa que era un niño hebreo. Preguntan algunos en qué lo echó de ver. ¿Seria por estar expuesto á la orilla del Nilo? Pero, adviértase que ya tenia tres meses, y Faraon habia mandado que los hijos varones que tuvieran los hebreos fuesen echados al rio luego de nacidos. Por otra parte, el modo con que estaba expuesto indicaba suficientemente que no se habia tenido intencion de anegarle. La hija de Faraon solo pudo conocer que era hebreo por una señal, la circuncision; de lo que se ha de inferir que esta todavía no era practicada á la sazon por los egipcios.

Poco mas ó menos en esta misma época, segun la opinion mas antigua y comun, vivia Job, príncipe de la tierra de Hus, en la antigua Idumea, así llamada por Hus, nieto de Sehir-Horrehen. Mas adelante ese país fué llamado Ausítida. Guiado por la ley natural, y siguiendo por gracia singular el culto del Dios verdadero, Job fué varon enteramente justo. Las cuantiosas riquezas que poseia no le corrompieron el corazon, sobrellevando su pérdida con resignacion perfecta. Satanás, ángel de las tinieblas, se presentó un dia delante del Señor, en medio de la corte celeste, y tuvo la osadía de pedir que le fuese entregado Job para experimentar su virtud, á fin de saber si se hallaba á prueba de adversidades. Cedióle Dios todo cuanto poseia el santo varon, prohibiéndole tan solo el tocar á su persona. Poco tardó Satanás en emplear el poder que se le habia concedido con respecto á Job. Llegan consecutivamente cuatro mensajeros con las nuevas mas desastrosas. Participale el primero que los sabéos acaban de quitarle buena parte de su ganado, dando muerte á todos los encargados de guardarle. No bien habia este acabado de hablar, fué otro á decirle que parte de su ganado y sus pastores habian perecido en un incendio. Viene el tercero, y le anuncia que los caldeos, divididos en tres cuadrillas, le habian arrebatado los camellos, matando tambien á los mozos. Recibiendo estaba tan tristes noticias con la fortaleza de un justo sumiso á la voluntad del Eterno, cuando llegó el cuarto mensajero anunciándole azorado que mientras se estaban divirtiendo sus hijos é hijas en casa del hermano mayor, habia soplado del desierto

(1) Como hacia ya tiempo que la tierra, en que el rey de Egipto habia puesto á Jacob con su familia, no bastaba para contener á toda su descendencia, se habian ido esparciendo los hebreos por todas las ciudades y comarcas de Egipto, bien que en tierra de Gessén estuviese siempre el núcleo de la raza. Así lo atestiguan muchos pasajes de la Escritura. Mas, no parece improbable que, advertidos los de ese pueblo por Moisés cuando apareció para libertarle, se retirasen á Gessén todos los israelitas dispersos, con objeto de refugiarse en la comarca que iba á quedar libre de las plagas que habian de asolar á los demás de Egipto.

(2) La Escritura solo dice el nombre de dos comadres, Séfora y Fua. Eran sin duda las principales, encargadas de formar colegios en todas las ciudades, pues el reino de Egipto estaba muy civilizado.

un huracan espantoso que la habia derribado, quedando todos sepultados debajo de las ruinas, salvándose tan solo él que venia para participarle la catástrofe. En esto, Job cae de rodillas en el suelo, adorando la Providencia que le quita los bienes que le diera sin haberlos merecido.

El ángel del mal se presenta por segunda vez ante el trono del Eterno, y humillado por no haber conseguido triunfar desde luego de la paciencia de Job, bien que abrigando todavía la esperanza de vencerle, pide que le sea permitido probarle en la carne y en los huesos. Concedido que lo tuvo, mediante que no podia quitarle la vida, aflige á Job con una úlcera horrible que le cogia todo el cuerpo. Á tal estado se vió reducido, que hubo de recostarse sobre un monton de estiércol, teniendo que quitarse él mismo la podre de sus llagas con un casco de teja ó de tiesto. Para colmo de sus males, en vez de consolarle su mujer fortaleciéndole en la confianza en Dios, le exhorta á que reniegue de él. Rechaza Job con energía consejo tan insensato. Apiadados del desventurado tres príncipes vecinos suyos y amigos, van á verle; pero, después de un silencio de siete dias seguidos, le rompen al fin para darle vagamente á entender que padece por su culpa. Job rebate las reconvenciones de sus falsos amigos con victoriosas respuestas, saliendo en esa ocasion de sus labios lecciones de la moral mas sublime. El mismo Dios toma á su cargo la defensa de su servidor contra sus acusadores, mandándoles que ofrezcan un sacrificio para librarse de los castigos que merecen, y coronando al mismo tiempo con señaladísimas mercedes la virtud de Job. Los males de su cuerpo desaparecen de súbito, y sus bienes se multiplican con rapidez. Á los hijos que habia perdido reemplazan siete varones, y tres hijas, llegando á ser el padre mas afortunado de la tierra. Por espacio de ciento cuarenta años le duró esa felicidad temporal, al cabo de los cuales se durmió yendo á vivir en el seno del Señor.

Llegado Moisés á la edad en que podia figurar en la corte de Egipto, no quiere pasar por hijo de la hija de Faraon, «prefiriendo, dice san Pablo, padecer con el pueblo de Dios, que gozar de los fugaces deleites del pecado, considerando que el oprobio por Jesucristo era un tesoro mayor que todas las riquezas de Egipto, sin pensar ya mas que en la recompensa, y en el cumplimiento de las promesas divinas» (Heb. xi, vers. 25 y 26).

1685. Visita á sus hermanos á los cuarenta años de edad, y mata á un egipcio que maltrataba á un hebreo. Cuando el rey supo este atentado, se puso muy colérico contra Moisés; huye este á Madian; enlazándose allí con Séfora, una de las hijas de Raquel ó de Jetró, á quien la Vulgata llama Raquel, príncipe y sacerdote del país, en quien hubo dos hijos, Gersan y Eliezer.

1646. Los lamentos de los hijos de Israel llegan hasta el oído del Señor, que, acordándose de su alianza con Abrahan, Isaac y Jacob, se apiada de sus descendientes. Entretanto Moisés estaba apacentando en el desierto las ovejas de su suegro. Un dia guió su rebaño hasta la falda del monte Horeb, y allí vió en el monte Sinaí, que está inmediato, cómo estaba ardiendo una zarza sin que llegara á consumirse. Movido de aquella particularidad, fué aproximándose hácia la llama, y oye una voz que le manda quitarse el calzado, porque el suelo en que se halla es lugar santo. El mismo Dios le estaba hablando por medio de un ángel, y se da á conocer diciéndole que es el Dios de Abrahan, de Isaac y de Jacob. En seguida declara á Moisés que quiere enviarle á ver á Faraon para libertar á su pueblo de los males que en Egipto padecia, prometiéndole su proteccion; y para mayor garantía de su promesa, obra delante de él varios milagros, siendo el principal la transformacion de la vara que llevaba Moisés en serpiente, volviéndola luego otra vez á su primitivo estado.

Como Moisés alegara lo espinoso de aquella mision, por la poca fácilidad que en expresarse tenia, díjole Dios que llevase consigo á su hermano Aaron, para que hablaran juntos á quien fuese menester. Por fin, Moisés aceptó. Entónces Aaron estaba casado con Elizabet, hija de Aminadab, en la que tenia cuatro hijos; Nadab, Abiú, Eleazar é Itamar.

Después de despedirse de su suegro parte Moisés para Egipto con su mujer y sus hijos. Hallábase á la sazon en la edad de ochenta años. Se le aparece en el camino un ángel en el punto en que se habia detenido para pasar la noche, amenazándole con la muerte por no haber circuncidado á sus dos hijos Gersan y Eliezer. Séfora toma al instante un cuchillo, y habiéndolos circuncidado, precipitóse, segun la edicion griega de Mill (ó Millio), á los piés de Moisés, diciéndole: «Eres para mí un marido de sangre;» es decir, insiguiendo la paráfrasis de Onkelos, yo te he salvado, adquiriéndote de nuevo por esposo con la sangre de esta circuncision. Séfora hubo de pararse en aquel sitio con motivo de lo practicado en sus hijos, y dejando que Moisés siguiera solo su camino, se volvió después á casa de su padre.

De órden de Dios, Aaron salió al encuentro á Moisés. Juntos se presentan delante de Faraon, anunciándole que el Señor quiere que deje salir de Egipto á los hebreos para que vayan á ofrecerle un sacrificio en el desierto. Lejos de acceder el rey á sus deseos, impone á los hebreos trabajos todavía mas penosos. Quéjanse estos á Moisés de que así hubiese acrecentado el odio que les tenian Faraon y sus ministros.

1645. Dios tranquiliza á Moisés, mandándole que vuelva á ver á Faraon acompañado de su hermano. Para confundir su incredulidad hacen varios milagros, presenciando entre otras cosas el rey la transformacion en serpiente de la vara de Moisés. Los magos de Faraon, ó los medidores de agua (chartamain en hebreo) entre los cuales se distinguian Janés y Mambré, realizan el mismo prodigio con permiso de Dios. Solo que la vara de Moisés (1) devora las de esos impostores. Mas endurecido todavía Faraon después del milagro, Moisés y Aaron mudan en sangre todas las aguas que tocan. Lo mismo hicieron los magos con el agua que mandaron traer de la tierra de Gessén, hasta donde no habia llegado el milagro de Moisés, y tambien con el agua de los pozos abiertos en las orillas del Nilo; subiendo con esto de punto la obstinacion del rey. Esta primera plaga de los egipcios fué el dia 18 muy cerca, del sexto mes que correspondia á nuestro febrero, y duró siete dias.

«Tercer milagro y segunda plaga de Egipto.» Hácia el 25 del mismo mes, Moisés y Aaron hacen salir de las aguas de Egipto tantas ranas, que llegan á cubrir todo el país. Tambien hacen lo mismo los magos de Faraon por medio de sus encantamientos.

Dos dias después, Aaron hirió con su vara el polvo de la tierra, é hizo salir tantos mosquitos, llamados por los egipcios «conopes,» y por la Vulgata «Sciriphes,» que no dejaban sosegar á hombres ni animales. Ese cuarto prodigio (que es la plaga tercera)

(1) La Vulgata dice aquí que la vara devoradora fué la de Aaron.

pone á los magos fuera de sí, viéndose forzados á decir á Faraon: «Hay en esto el dedo de Dios.» Sin embargo, el rey persiste en su terquedad.

«Cuarta plaga de Egipto, el 29 del mismo mes.»—Unas moscas de tamaño extraordinario invaden la tierra, excepto la de Gessén. Faraon manda comparecer á Moisés y á su hermano, y les dice que pueden ofrecer sacrificio al Señor en Egipto. «En Egipto no podemos, le responden, porque sacrificaremos animales cuya muerte pareceria á los egipcios cosa abominable. Como ellos los adoran, si sacrificamos, nos apedrearán.» Faraon viene en dejarles salir; pero falta á su palabra, luego que por las preces de Moisés hubieron desaparecido las moscas.

«Quinta plaga de Egipto, el 2 del 7.° mes que después llamaron nisan, correspondiente á nuestro marzo.»—Dios envia una epizoótia terrible, en la que perecieron muchísimos animales, sin que muriese ninguno perteneciente á los israelitas.

«Sexta plaga el 4 del mismo mes.»—Á hombres y animales salen en todo el Egipto landres y úlceras. Como Faraon persiste en su endurecimiento, al dia siguiente un espantoso pedrisco acompañado de truenos y rayos, mata á hombres y bestias que se hallaban en los campos, y destruye la cebada y el vino: esta fué la séptima plaga. El trigo se salvó por mas tardío.

«Octava plaga.»—Tres dias después de la que antecede, envió Dios la langosta, que acabó de devorar lo que habia dejado el pedrisco (1). — Llama otra vez el rey á Moisés y á Aaron, pidiéndoles que procuren acabar con aquella calamidad. Dirígese Moisés al Señor, y un viento de poniente se lleva la langosta, arrojándola al mar Rojo.

No habiéndose ablandado con esos azotes el corazon del rey, manda Dios á Moisés que extienda la mano hácia al cielo, y desde luego unas espantosas tinieblas cubren todo el Egipto, tres dias duraron (desde el 10 hasta el 12 del 7.° mes). Y no obstante los hebreos continuaban disfrutando de la luz del dia en la tierra en que moraban. Entónces permitió Faraon á Moisés y á los israelitas que salieran de Egipto, pero, oponiéndose á que llevasen consigo sus ganados. Moisés declara que todos han de salir con ellos, sin quedar siquiera una pezuña; «pues añadió, debemos ofrecer sacrificios al Señor, y no podemos saber lo que debe inmolarse, hasta que lleguemos al punto designado.» Enojado Faraon con la respuesta, echa destempladamente de su palacio á Moisés amenazándole con la muerte si vuelve á parecer en su presencia. Moisés, antes de salir, predice al rey la muerte de todos los primogénitos de Egipto, ya de hombres ya de animales. Antes de azotar el Egipto con esa décima y postrera plaga, Dios habló á Moisés y á su hermano; y después de ordenarles declarar que ese 7.° mes será el primero del año Santo, mandóles igualmente que el 10 de este mes, que principiaba con la luna de marzo, ó el equinoccio, tomase cada familia un cordero ó un cabrito sin mácula, y le guardase hasta el 14 del mismo mes, inmolándole en ese dia, y comiéndole asado con panes sin levadura y lechugas silvestres, con vestido de viaje y el palo en la mano, haciendo además con la sangre de la víctima una señal en el dintel y los dos postes de sus puertas. Los hijos de Israel cumplieron con todo lo que el Señor habia mandado; y esta fué la primera pascua, que debian celebrar todos los años en el mismo dia; es decir, en el 14 de nisan. En las altas horas de aquella misma noche, el ángel del Señor hiere á todos los primogénitos, salvándose tan solo las casas señaladas con la sangre del cordero. Aterrado entónces Faraon, insta á los israelitas á que salgan de su reino. Pero, antes de partir, las mujeres de los israelitas piden á los egipcios vasos de oro y de plata, y joyas preciosas, nó en clase de préstamo, sino como donativo. Así lo habia dispuesto el Señor; y por el absoluto poder que en los corazones tiene, los egipcios dieron de buen grado todo cuanto les pedian (1). Aquí da fin la permanencia de los israelitas en Egipto que fué de cuatrocientos treinta años, segun vamos á verlo, contando desde la ida de Jacob á Egipto.

Antes de pasar á la época siguiente, observaremos que casi todos los cronólogos no cuentan mas que cuatrocientos treinta años desde la entrada de Abrahan en tierra de Canaan hasta el Éxodo, porque confunden la permanencia en la tierra prometida con el tiempo que los hijos de Jacob vivieron en Egipto, como si el tiempo en que Abrahan y su posteridad eran libres é independientes debiera confundirse con el en que los descendientes de ese patriarca estaban gimiendo en su esclavitud. Á mas de que, ¿ambas regiones no son acaso bien distintas? ¿Cómo es posible tomarlas por un mismo país? Sin embargo, segun la narracion de Moisés en el Génesis es cierto que Abrahan y su descendencia vivieron en la tierra prometida doscientos quince años antes de la ida de Jacob á Egipto. De modo que, segun los cronólogos modernos, los hijos de Israel tampoco habrian vivido en Egipto mas que doscientos quince años, espacio de tiempo, segun un buen escritor (Gotfridi Kohbreiffici, Chronol. Sacr.) que no es suficiente, sin recurrir á milagros, para que los hijos de Jacob pudiesen hallarse en número de seiscientos mil combatientes á la salida de Egipto, sin contar mujeres, niños y ancianos (2).

No obstante, Moisés dice positivamente (Éxodo XII, v, 40 y 41) que «el tiempo que los hijos de Israel

---

(1) En 1689 hubo en Polonia una plaga parecida, sin milagro.

«Una horrorosa nube de langosta empujada por un viento que soplaba del Asia cubrió los campos del reino hasta la altura de un pié, devorando todos los frutos de la tierra, y hasta la corteza de los árboles. Dos meses duró la calamidad, y cesó con motivo de un viento norte que mató de frio á las langostas, quedando así abonada la tierra para el año siguiente, que fué efectivamente de los mas abundantes.»

(Fastos de la Polonia.)

(1) «Direis á todo el pueblo, dijo el Señor á Moisés, que cada hombre pida á su amigo, y cada mujer á la vecina, vasos de oro y de plata, y el Señor hará que los egipcios otorguen lo que pidiere su pueblo.» (Éxodo XI, 2, 3.) Aquí no hay ninguna condicion, ni expresa ni tácita, segun así lo reconocen los expositores mas insignes. Tambien piensa lo mismo el historiador Josefo. «Los egipcios, dice, (Antiquit. Judáico, lib. 2, cap. 5, n.° 95), hasta les hicieron regalos, unos por la impaciencia que tenian por verlos marchar, y otros por la familiaridad que con ellos tenian; y aun demostraban con sus lágrimas que se arrepentian del mal trato que les habian dado.»

Por lo demás, esos donativos, en el ánimo de Dios, eran el legítimo salario de los inmensos trabajos que para los egipcios habian hecho los hebreos por espacio de cuarenta años.

(2) Segun el sistema de Wallace (autor de una Disertacion acerca de la poblacion de los tiempos antiguos) parece que el número de los descendientes de un solo matrimonio, al cabo de trece períodos, es decir, de 433 años y un tercio, asciende á 24,576 personas vivas. Insiguiendo este principio, ya que el número de varones en la familia de Jacob, cuando fué á establecerse en Egipto, era de 67, sin contar al patriarca, tendremos que multiplicado este número por 24,576, hará un total de 1.646,592 individuos á la salida de Egipto, advirtiendo que la permanencia fué de 430 años, contando desde la llegada de Jacob. De 1.646,592, debe quitarse la mitad para el sexo femenino y quedarán 823,296 varones, de los cuales rebajando la cuarta parte para ancianos y niños, quedarán 617,472 combatientes cuyo número no es superior sino de 17,472 al que trae el sagrado texto.

habian vivido en Egipto fué de cuatrocientos treinta años; después de los cuales todo el ejército del Señor salió de Egipto.» Por consiguiente, en virtud de este texto, hay bastante fundamento, prescindiendo de la genealogía de Moisés el cual pasó por alto muy probablemente algunos de sus mayores, para sentar que los israelitas permanecieron en Egipto por espacio de cuatrocientos treinta años, contaderos desde la ida de Jacob hasta el año de la salida exclusive.

ÉPOCA V.—Desde la salida de Egipto hasta la eleccion de Saúl.

1645. El 15 del primer mes (nisan) que corresponde á un jueves 15 de abril, estando el sol, segun el historiador Josefo (1), en el signo del carnero, salieron los israelitas de Ramesés, llevándose los restos del patriarca José. Es probable que cada tribu se llevó igualmente los restos de su patriarca; pues dice san Estéban claramente que todos fueron sepultados en Siquem (Act. VII, v. 16.). Fué verdaderamente maravilloso que en aquella muchedumbre (2) no hubiese un solo inválido, pudiendo partir los ancianos mas decrépitos. Al objeto de llegar por el camino mas corto á la tierra de Canaan, que era el fin del viaje, hubiera sido preciso dejar á la derecha á Hierópolis, y cruzar el desierto de Gaza, dejando á la izquierda á Pelusa, torciendo un poco al norte para penetrar en esa parte de Asia que llamamos oriente. Moisés, por inspiracion especial, tomó otro camino. Se inclinó á la derecha; no pasó el itsmo de Suez, sino que dejando á Hierópolis á la izquierda, se dirigió directamente al sud. Una nube maravillosa, que de dia era negra, y resplandeciente de noche á manera de aurora boreal, los iba precediendo para indicarles el camino que habian de seguir. Llegan el mismo dia á Socot, en un desfiladero, en medio de dos montes elevados, á unas catorce millas de Heliópolis. Al dia siguiente fueron á acampar á Etam, que se halla al extremo del desierto. Al otro dia, 17 del mes, que era un sábado, llegan, como si caminaran otra vez hácia Egipto, al estrecho de Phi-ha-hirot, entre Migdol ó Magdalo, y el mar Rojo. (Este es el nombre dado por los fenicios, y luego por los griegos, al golfo que separa el Egipto de la Arabia, nó por el color de la arena ó de sus aguas, sino porque Idumea, ó tierra de Edom, que en idioma fenicio significa «Rojo,» llegaba, segun se ha dicho ya, hasta sus orillas.

(1) En ese año, la nueva luna astronómica del equinoccio de primavera, segun las tablas mas exactas, llegó, bajo el meridiano de Alejandría, el 10 de marzo, á las 7 y 58 minutos de la mañana, y el equinoccio el 5 de abril. Pero, no habiendo principiado la luna civil ó visible hasta el dia siguiente por la tarde, es decir, el 22 de marzo, segun la costumbre de los judios, en este dia ha de fijarse el 1.º del mes nisan, cayendo por consiguiente el 14 del mismo en el 4 de abril. Siguese de aquí que los israelitas celebraron la primera pascua, nó en el dia del equinoccio, sino por la víspera. Se equivocaria el que infiriese de esto que el año 1645 antes de J. C. no fué el de la salida de Egipto; porque no puede citarse una sola ley que obligase á los antiguos judios á celebrar precisamente la pascua en el punto mismo del equinoccio. Es muy cierto que debian aproximarla al mismo en cuanto lo permitieran las circunstancias; pero, podian adelantarla de un dia, cuando ese punto coincidiese con el dia 15 de la luna. «At qui interea,» dice Selden (de anno civ. jud. cap. 21.) «immolare quidem Pascha rite ex sententia sua potuére illi pridie æquinoctii, sed non omnino diutius ante.» (Véase Des-Vignoles, tom. 1.º, pág. 359 y sig.).

(2) La multiplicacion de los israelitas, después de la órden dada hacia á lo menos 80 años (antes de nacer Moisés que á la sazon tenia esta edad) de destruir á los hijos varones que les nacieran, parece á algunos increible. Pero, ¿por qué el rey que dió la órden, ó su sucesor, no habia de poder revocarla? Y en verdad no es probable que el monarca reinante cuando los israelitas salieron de Egipto, fuese el mismo que estaba gobernando cuando nació Moisés.

Avergonzado Faraon de su debilidad, habia salido en persecucion de los emigrados con un numeroso ejército, compuesto de caballería y de carros de guerra. Hácia la caida de la tarde llega á vista de los israelitas, los cuales comenzaron á quejarse de Moisés. Entónces el ángel del Señor que estaba delante del campo de Israel, pone la nube detrás, siendo oscura por el lado que daba á los egipcios, mientras que por el lado opuesto estaba iluminando á los israelitas. En esto, Moisés extendió su vara sobre las aguas del mar, que se separaron, y quedando suspensas como dos montañas, y dejando entre sí un gran trecho libre. Principia á soplar al mismo tiempo un viento impetuoso y abrasador á la par, poniéndose el fondo del mar bastante seco para poder pasar con toda seguridad.

Los israelitas entran de noche en el mar. Oyen los egipcios el ruído, y les siguen al alcance, sin advertir que se hallan en el mar. Lo denso de la nube les ocultaba la claridad que despedia la luna que se hallaba entónces en su lleno. Del seno de esa misma nube salen rayos, y se levanta una tempestad que hace venir al suelo los carros de los egipcios, rompiéndolos en mil pedazos. El ejército de Faraon quedó aterrado, viendo por todas partes la imágen de la muerte. Empieza á rayar el dia, y los israelitas están ya en la otra orilla. Entónces pudo ver claramente Faraon como suspensas las olas á un lado y á otro. Álzase una exclamacion general de: «huyamos de Israel.» Desde luego tratan de retroceder. En esto Dios manda á Moisés que extienda la mano sobre el mar: al momento caen las olas, confundiéndose impetuosamente, y Faraon queda sepultado en las aguas con todo su ejército. El paso se efectuó á unas seis leguas de Suez, hácia el extremo del mar Rojo, en un paraje en que el mar no tiene mas allá de unas cuatro leguas de ancho (1).

No hay inconveniente en reconocer, que al extremo, el reflujo, principalmente en los equinoccios, deja sin agua cierto espacio de terreno. Pero en el punto en que pasaron los hebreos, solo en las orillas es sensible la marea, quedando el medio bajo el dominio de las olas, lo que no contradicen los que han examinado aquellos sitios.

Cántico de Moisés en accion de gracias por el gran milagro, cantado por los hombres á un lado, y al otro por María, hermana de Moisés, acompañándola las mujeres con la voz y con instrumentos músicos.—Este cantar admirable es el trozo mas antiguo que tenemos de poesía, habiendo servido de modelo para todos los himnos y odas en alabanza del Altísimo.

Pasado el mar de este modo, era imposible que los hijos de Israel pudieran retroceder á Egipto, que es lo que mas deseaba Moisés, habiendo preferido por lo mismo aquel camino. Veremos mas adelante que sin esta precaucion, hubiera sido necesario otro milagro para impedir al pueblo que volviese al país del que acababa de salir.

El pueblo de Israel salió de las orillas del mar, y entró en el desierto del sur, caminando tres dias sin que pudiese encontrar agua. Por fin, al llegar á Mara, la hallaron, pero amarga, por lo cual comenzaron á quejarse. Tranquilízales Moisés echando en el agua

(1) Por un pasaje de Artapano, conservado por Eusebio (Prep. evang. lib. 9, pág. 436), se vé que los habitantes de Memfis atribuian á una causa natural el paso del mar Rojo. Decian que como Moisés conocia mucho el país, habia hecho pasar á su pueblo durante las horas en que las aguas se habian retirado. Pero, ¿era cosa tan fácil combinarlo todo de tal suerte, que llegase precisamente á la hora del reflujo, y atravesase el espacio de cuatro leguas con tanta gente y tanto ganado, volviendo el flujo cada seis horas?

cierto madero que la hace potable: imágen expresiva de la cruz, que posee la virtud de endulzar las amarguras de esta vida.

Desde Mara siguieron hasta Elim, en donde hallaron doce fuentes de agua dulce. Luego volvieron hácia el mar Rojo, y atravesaron el desierto de Sin, á donde llegaron un sábado, que era el 15 del segundo mes (Jiar). Escaseando los víveres, comienzan á murmurar abiertamente contra Moisés, diciendo que no debia sacarlos de Egipto para que fueran á perecer de hambre en el desierto. Moisés participa sus quejas al Señor, el cual les envia por la tarde codornices en tanta cantidad, que cubrian todo el campo. Habíalas empujado hácia el desierto un viento súbito, siendo por otra parte aquella la estacion en que estas aves mudan de país (á mediados de abril). Todavía siguen en nuestros dias pasando muchísimas el mar por aquel punto, cogiéndose en abundancia por las costas. El milagro consiste pues principalmente, en que Dios las dirigió hácia el campamento á punto fijo, y en el momento prometido (Calmet). Al dia siguiente por la madrugada, Dios hizo llover el maná, á manera de rocío helado, ó de escarcha sustanciosa, que cayendo en adelante con regularidad todas las mañanas, menos el dia del sábado, sirvió para alimentarlos durante su peregrinacion (1). Aconsejóles Moisés que le recogiesen antes de salir el sol, porque el calor le derrite. Esto nos enseña que debemos aprovechar las mercedes cuando el Señor nos las ofrece. La negligencia hace muchas veces que desaparezcan.

El autor del libro de la Sabiduría (XVI, vers. 20 y 21) dice que el maná se adaptaba al paladar de cuantos le comian. Esto debe entenderse únicamente con los justos. Si hubiera sucedido así, ¿cómo se hubieran quejado algunos años despues de lo poco grato que les era el alimento? Pero, las personas buenas y puras le encontraban tan sabroso, que no echaban de menos ningun otro manjar.

Del desierto de Sin los israelitas pasaron á Rafidin, que fué su undécima estacion (2), y no encontraron agua. Nuevas quejas de su gente: pero Moisés, de órden del Señor, hiere con la vara la roca de Horeb, y sale de ella una fuente copiosa (3).

En aquella misma tierra los amalecitas, pueblo de la Arabia petrea, descendientes de Amalec, nieto de Esaú, por parte de su padre Elifaz, acometieron á los israelitas sin consideracion al orígen comun, pues todos provenian de Abrahan, y mataron bárbaramente á los rezagados. Moisés envió á Josué, hijo de Nem, contra los amalecitas. Entre tanto, él le coloca sobre el monte, permaneciendo durante la batalla con las manos levantadas al cielo, sosteniéndoselas Aaron y su cuñado Hur. La victoria fué completa. Tambien Jesucristo con extender sus brazos en la cruz triunfó del infierno. Es la realidad de la accion figurativa de Moisés. Levanta un monumento por aquella victoria, haciendo jurar al pueblo que en adelante procurará exterminar á los amalecitas, lo que fué llevado á efecto en el reinado de Saúl. Jetró, suegro de Moisés, va á encontrarle, y le presenta á su mujer é hijos. Aconseja á Moisés que se nombren jueces inferiores para los casos ordinarios de justicia, reservándose lo concerniente á negocios de religion. Este es el orígen que dan muchos al Sanedrin, ó Consejo general de la nacion. Pero, segun parece, ese consejo no subsistió invariablemente desde Moisés. Lo mas probable es que el Sanedrin no fué instituido hasta el gobierno de los macabeos. Jetró se vuelve á su casa despues de pactar alianza con los israelitas, dejándoles á su hijo Hobab para que les sirva de guia en el desierto.

El primer dia del mes tercero (Siban), correspondiente al 20 de mayo, cuarenta y seis dias despues de la salida de Egipto, llegan los israelitas al pié del monte Sinaí, que fué su duodécima estacion. Al dia siguiente, Moisés, de órden del Señor, sube al monte, hablando allí con él. Baja despues para proponer al pueblo que entable alianza con el Señor. La proposicion queda inmediatamente admitida, declarando el pueblo que está pronto á aceptar todas las condiciones. Vuelve Moisés á subir al monte, y participando al Señor la disposicion del pueblo, le envia otra vez para santificarle y disponerle aun mejor á recibir la ley. Prohíbese, con pena de la vida, á todos los israelitas, tanto á los sacerdotes (los primogénitos de las familias), como al pueblo, de subir al monte, y hasta de tocarle.

Al tercer dia (6.° del mes) se manifiesta en el monte la majestad del Señor, oyéndose en él un ruido parecido al de una bocina ó del trueno. El monte parece cubierto de fuego, aterrando á cuantos presenciaron aquel espectáculo. Moisés sube entónces temblando por entre una nube que despide relámpagos y rayos. El Señor le anuncia sus preceptos morales reasumidos en el Decálogo. No era mas que la ley natural grabada en el corazon de todos los hombres; solo que, ofuscados con las tinieblas de sus pasiones, apenas podian distinguir algunos resplandores de la misma. Baja Moisés, y comunica al pueblo lo que le habia dicho el Señor. Fiados los israelitas en sus propias fuerzas, prometen cumplir con lo que se les propone; pero, espantados por lo que estaban viendo, suplican á Moisés que les dirija la palabra él mismo, y nó el Señor, pues podrá acarrearles la muerte tan formidable majestad. Moisés les tranquiliza, y subiendo de nuevo al monte, recibe del Señor varios preceptos convenientes en substancia á la política religiosa y civil. En estas leyes, de que mas adelante hablaremos, Dios habla como árbitro soberano de todo, y además, como un rey particular que legisla para sus súbditos. Los hebreos habian deseado á Dios por soberano inmediato, y de su gobierno habia salido una verdadera teocracia. En seguida Moisés levanta al pié del monte doce altares de piedras informes, sobre los cuales se inmolan víctimas para la ratificacion de la alianza. Con la sangre de las mismas rocía el libro que contenia el pacto de la alianza, y además á todo el pueblo.

Hecho esto, Aaron, Nadab, Abin y los setenta ancianos de Israel suben tambien al monte, y contem-

(1) Me aseguraron en Basra, dice Niebuhr (Descripcion de la Arabia, pág. 129) que el maná, llamado «tarands jubin,» se recogia sobre zarzas en abundancia en la comarca de Ispahan. En Basra quise ver ese maná, y consiste en unos granitos redondos, amarillos, y por consiguiente, iguales en la forma á la descripcion que se hace del maná de los israelitas (Exod. XVI, 14, 31, y núm. XI, 7.) Tal vez es la misma sustancia con que se alimentaron los judíos durante su viaje pues hay muchas zarzas en el desierto del Sinaí, hallándose poco mas ó menos aquel punto á la misma altura del polo que Ispahan. Pero si los hijos de Israel tuvieron todo el año, solo pudo ser por milagro, porque el maná de «tarands jubin» no se halla mas que durante algunos meses. Yo no sé si en otros países, á mas del Yemen, se cultiva el azúcar; pero, aun cuando los judíos no hubieran encontrado en el desierto del Sinaí mas que el «tarands jubin» natural, les hubiera venido ya muy bien. En el Kurdistán, en Mosúl, Merdin, Diarbekir, Ispahan, y probablemente en otras ciudades, el maná se emplea en vez de azúcar para cosas de pastelería y otras.

(2) Estacion ó mansion, significa la parada de los israelitas en algun punto, mas ó menos tiempo.

(3) San Pablo (Corinth. x. 4.) dice, segun la Vulgata, que la piedra ó la roca seguia á los israelitas. El griego dice ACOLOYTHOYSIS PETRAS, que significa «obediente» y nó «subseqüente:» la piedra obediente, dócil (á la voluntad de Moisés). En el lib. 2.° de los Macabeos, cap. 8, v. 36, Nicanor usa el verbo ACOLOYTHEIN diciendo que los judíos son invencibles porque obedecen la voluntad de Dios.

plan la gloria del Señor. Bajaron todos el mismo dia, excepto Moisés y Josué, servidor suyo, que estuvieron en él por espacio de seis dias.

Al séptimo dia, Dios llama á Moisés á la cumbre del Sinaí, exponiéndole durante treinta y cuatro dias lo conveniente á su tabernáculo, el que debia servir de templo, y al sacerdocio y á los sacrificios. De manera, que Moisés permaneció en el monte cuarenta dias con sus noches. Habia desaparecido ya el tremebundo aparato con que el Señor se le habia aparecido; habian cesado los relámpagos y truenos junto con el sonido de la bocina, y hasta la nube que rodeaba el monte se habia disipado. Repuestos los israelitas de su terror, se les hacia pesada la ausencia de Moisés, y llegaron á figurarse que ya no volveria. Van á encontrar á Aaron, pidiéndole que les dé unos dioses que vayan delante de ellos, pues «en cuanto á Moisés, añaden, no sabemos qué ha sido de él.» Asustado Aaron al ver aquella actitud, les dice que le traigan los pendientes de sus mujeres é hijos. Habiéndolo fundido todo, formó un becerro á imitacion del buey Apis, una de las deidades principales de los egipcios. En seguida erigió un altar, bien que lo hizo temblando, anunciando para el dia siguiente una fiesta del Señor, para contener, si fuera posible, el frenético estravío del pueblo. Pero los israelitas colocan ellos mismos el becerro sobre el ara, y le ofrecen sacrificios, poniéndose después á bailar y á divertirse.

Dios notifica á Moisés lo que está sucediendo en su campamento, y mandándole que bajo, amenaza con el exterminio á los israelitas. Moisés aplaca con sus preces al Señor. Baja del monte el 17 de thamuz (5 de julio), y trae las dos tablas de piedra en las cuales Dios habia escrito la ley por las dos caras. Al aspecto del becerro de oro y de las danzas de los hebreos en torno suyo, quiebra de cólera las dos tablas al pié del monte, creyendo era inútil el dar leyes á un pueblo tan indócil y tan incapaz de observarlas; y poniéndose en seguida á la puerta del campamento, llama á los buenos creyentes en el Señor, después de echar en cara su debilidad á Aaron. Los levitas, que no habian tomado parte en la impiedad de los demás, vuelan á su lado, y luego les dice que entren en el campamento, dándoles órden de matar á cuantos encontraren, aunque fueran amigos ó parientes. Cumplióse su mandato, pereciendo en aquella ocasion á manos de los levitas unos tres mil hombres, segun el hebreo, el samaritano, los Setenta, la paráfrasis caldea y muchos padres, y nó veinte y tres mil, como dice la Vulgata, siendo probablemente aquellos tres mil los mas culpables, y los que estaban bailando en derredor del becerro de oro. Después de aquella matanza entra Moisés en el campo, derriba el ídolo, y arrojándole luego al fuego le hizo polvo, echándole en el agua que habia de beber el pueblo. Se ignora de qué modo Moisés pulverizó el oro; pero se conocen varios indicios para hacerlo prontamente. Por ejemplo, el tártaro mezclado con azufre disuelve el oro hasta reducirle á un polvo (Stahl); y el natron, sustancia comun en oriente, y sobre todo cerca del Nilo, produce el mismo efecto (Le Téure). Versado Moisés en todas las ciencias de Egipto, sabia perfectamente lo que estaba haciendo, pues no podia darse mas acertado castigo para la infidelidad de los israelitas que obligarles á beber aquel polvo. El agua así preparada es muy desagradable al paladar (1). Moisés manda al pueblo que se quite sus adornos, toma la tienda de campaña en que Dios pronunciaba los oráculos, mientras no existia templo, la coloca lejos del campo, y la llama «Tabernáculo de la Alianza,» para que tuviera presente el pueblo la alianza que habia contraido con el Señor, y que con tanta lijereza habia violado. Allí iba Moisés para consultar al Señor, y allí aparecia la coluna nebulosa en señal de la presencia de Dios. Moisés volvió á subir al monte, el 29 del mes (ab), y después de permanecer aun durante cuarenta dias y cuarenta noches (es decir, durante el mes etúl y los diez dias primeros de thisri), Dios le escribió de nuevo la ley en las tablas de piedra que habia vuelto á preparar. Moisés las trae al pueblo, siendo tan radiante su rostro, que los israelitas no pueden mirarle, teniendo que cubrirle con un velo. Después de comunicarles lo que prescribia el Señor tocante á la observancia del sábado, las primicias, las oblaciones, el tabernáculo, los sacrificios y sus diversas especies (1) el arca de la alianza y los vestidos sacerdotales, manifiesta que Bezeleel y Ooliab son los escogidos del Señor para ocuparse en los artefactos necesarios para su culto. Luego Moisés recibió de Dios para su pueblo en varias ocasiones otras leyes políticas, civiles y religiosas, formando en conjunto el código mas sabio que pudiera imaginarse. En otra parte se hablará sobre esto mas extensamente.

1641. El tabernáculo queda erigido el 1.° del primer mes (nisan) del año 2.° de la salida de Egipto. Era una tienda de campaña de treinta codos de largo, sobre diez de altura, hecha con ropas bordadas de gran precio, cubierta con otro tejido de pelo de cabra, tendiéndose pieles sobre ella á guisa de tejado, para guardarla de la inclemencia del tiempo. El interior estaba partido en dos partes por medio de un velo ó cortina tambien bordada, habiendo en la entrada otra cortina parecida. La parte anterior se llamaba el «Santuario» ó el «Santo,» y la que estaba detrás de la cortina divisoria «Santo de Santos,» ó «Santa Santorum.» Allí estaba colocada el arca de la alianza, que era como arca de madera preciosa, de dos codos y medio de largo, de ancho uno y medio, y lo mismo de alto, cubierta enteramente de oro por fuera y por dentro; y en esta arca estaban custodiadas las dos tablas de la ley, junto con una urna llena de maná, y además el libro de la ley, poniendo tambien mas adelante la vara de Aaron. La tapa era una plancha de oro macizo, formando como una mesita, y á los dos extremos habia dos querubines de oro, figuras cuya forma no es fácil determinar, pero que cubrian el arca con sus alas. Sobre esa plancha aparecia Dios en forma de nube. Allí pronunciaba el Señor sus oráculos de

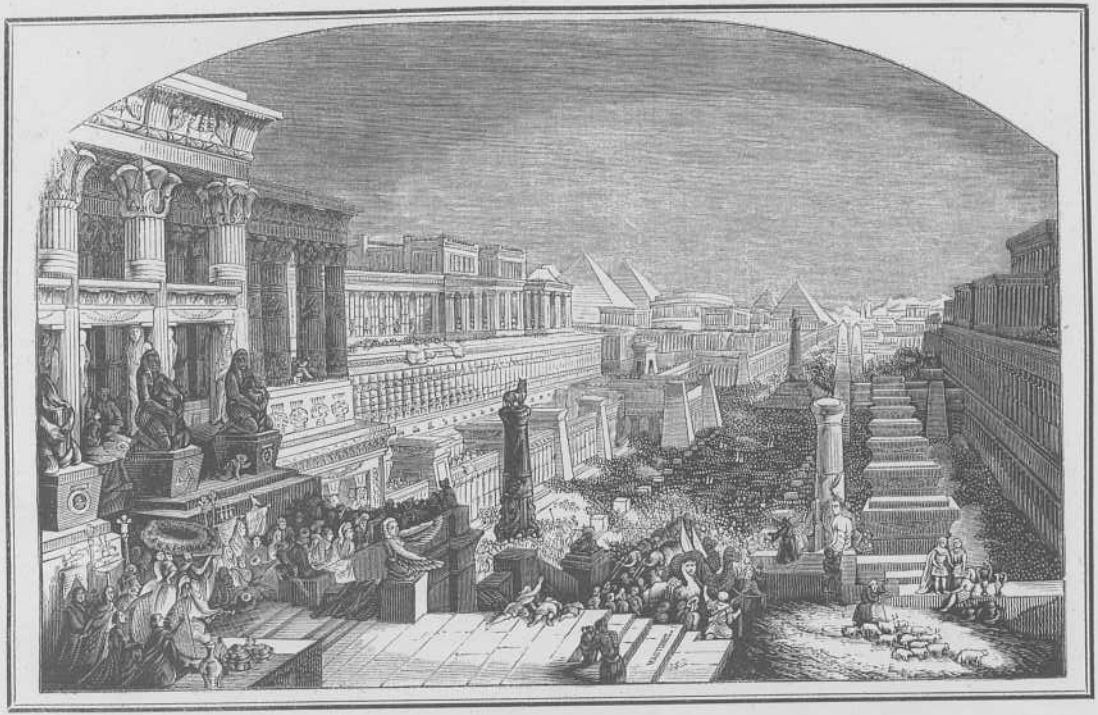
(1) Tambien puede decirse con el abate Contant que Moisés hizo moler ó limar el becerro de oro, hasta su reduccion á polvo fino cual le usaban los antiguos segun Bochart (Hierozoicon, part. I, lib. 2, cap. 34), para ponerle en la crin de sus caballos á fin de que brillasen con los rayos del sol; siendo esta explicacion mas conforme con el texto hebreo: (Ona itchnan ad ascher dag: Et moluit (Moisés) usque ad minutum.

(1) Habia dos clases de sacrificios, de sangre unos, y otros sin ella; cruentos ó incruentos. Los primeros eran de tres especies: 1.° el holocausto, en el cual la víctima se quemaba toda entera en el altar, después de derramar la sangre al pié del mismo altar; 2.° el sacrificio pacífico, en que el animal se dividia en tres partes, consumiéndose la primera en el fuego del mismo altar, quedándose el sacerdote con la segunda, y con la tercera los que ofrecian el sacrificio; 3.° el sacrificio por el pecado. El que ofrecia ese sacrificio ponia las manos sobre la víctima como para cargarla con todas las iniquidades. El sacerdote guardaba una parte para sí, quemándose todo lo restante en el altar, y estando prohibido el tomar la menor parte á todos aquellos para quienes se ofrecia el sacrificio.

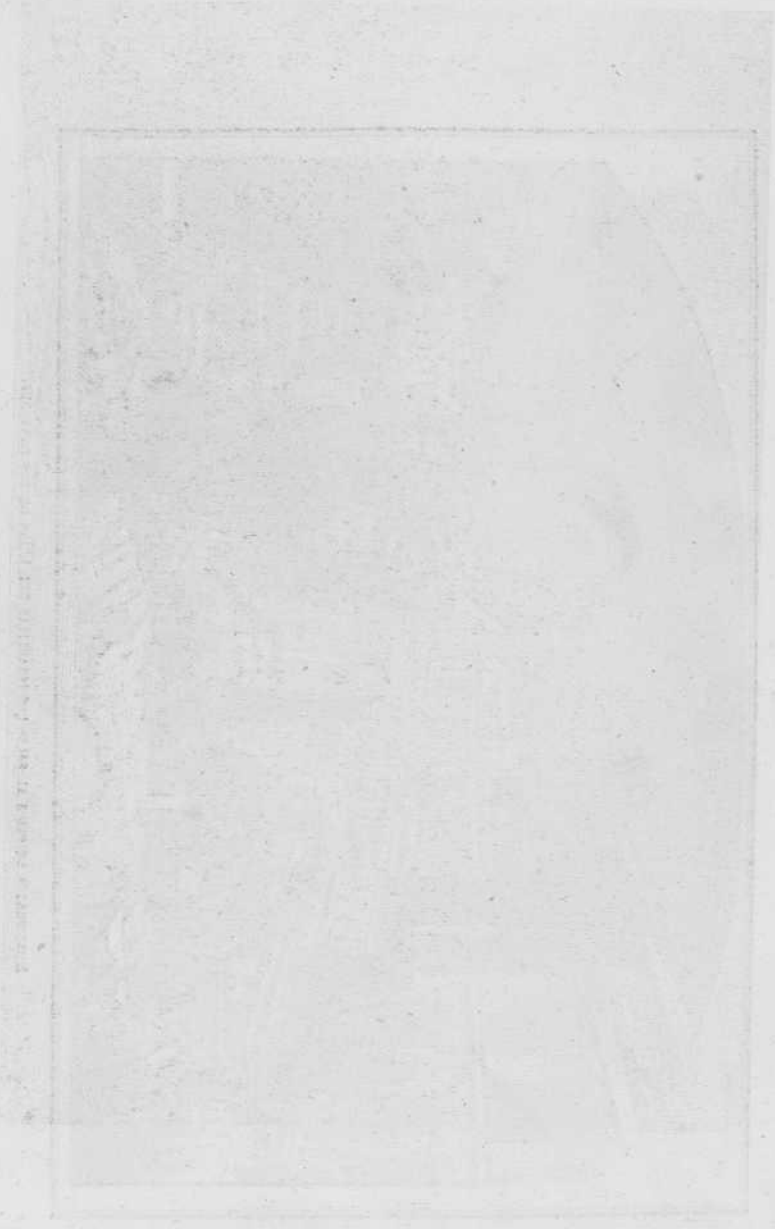
Los sacrificios sin sangre consistian en oblaciones de perfumes, en libaciones de vino de flor de harina meclada con aceite, que luego se esparcia por sobre las víctimas, ó en panecillos de harina pura amasados con aceite. Esas oblaciones se hacian siempre que habia sacrificios de sangre.



PASO DEL MAR ROJO.



MONUMENTOS EGIPCIOS AL SALIR LOS ISRAELITAS DEL REINO DE LOS FARAONES.





MOISÉS BAJANDO DEL SINAÍ

viva voz, proviniendo de ahí el nombre de propiciatorio y de oráculo. Al pié de ese trono iba Moisés á recibir las órdenes de Dios para transmitirlas al pueblo. El sumo sacerdote no podia entrar en él mas que una vez al año, segun se verá mas adelante para la expiacion solemne; debiendo tener al entrar teñidas las manos en la sangre de la víctima que iba á ofrecer: imágen expresiva de Jesucristo que habia de entrar en el cielo cubierto con su propia sangre. En el santuario habia á un lado el candelabro de oro de seis brazos, y al otro la mesa de los panes de la «proposicion,» habiendo siempre doce que se mudaban cada semana; y en medio el ara de los perfumes. Por fuera, y frente á la entrada del tabernáculo, se hallaba el altar de los holocaustos. Entre ese altar y el tabernáculo mediaba una pila de bronce en que los sacerdotes se lavaban antes de comenzar las funciones de su ministerio. Al rededor del tabernáculo y altares habia el «átrio,» recinto formado con cortinas puestas sobre sesenta columnas de madera de setim, que estaban cubiertas con algunas láminas de plata, teniendo además otros ornamentos del mismo metal.

1644. «Consagracion del tabernáculo, el dia 5 de nisan.» — Los jefes de las tribus presentaron en esa ocasion á Moisés treinta y seis bueyes, setenta y dos carneros con otros tantos corderos para ser inmolados al Señor. La nube que hasta entónces no habia pasado de la tienda de campaña que Moisés habia puesto fuera del campamento, apareció sobre el tabernáculo, llenándole de gloria del Señor. De dia era oscura, pero por la noche resplandecia como una luz: «Los hijos de Israel emprendian la marcha cuando se retiraba del tabernáculo, permaneciendo en el mismo sitio si la nube se quedaba parada encima de él.»

Moisés reune al pueblo delante del tabernáculo, declarándole que Dios ha elegido á Aaron y á sus hijos para ejercer las funciones del sacerdocio. Después de lavarlos con agua, les pone las vestiduras, y los consagra al Señor. El vestido de los sacerdotes consistia en un ropaje de lino, en un ancho cinturon de diferentes colores, y una tiara ó gorro de lino. Aaron tenia á mas de este, como pontífice soberano, un vestido de color de jacinto con campanillas debajo puestas entre granadas, y encima de este una túnica que llamaban «efód.» Esta era la prenda mas rica de su vestuario. Habia en ella oro, piedras preciosas, y el lino mas fino. El gran sacerdote llevaba grabados en los hombros los nombres de las doce tribus de Israel, en dos piedras de onix, seis en cada una. Sobre el pecho se le veia un cuadro, llamado «racional ó pectoral» que tenia bordadas en letras de oro estas dos palabras: «Urim y Tummim;» es decir luz y perfeccion. Tenia además doce piedras preciosas, y en cada una estaba grabado el nombre de cada una de las doce tribus. El gran sacerdote llevaba igualmente delante de la tiara una lámina de oro con estas palabras: «La santidad pertenece al Señor.» En los casos árduos el gran sacerdote consultaba á Dios teniendo fija la vista en las letras que componian las voces «Urim y Tummim,» y de la diferencia de su brillo inferia la respuesta del Señor.

Por los pormenores que acabamos de referir puede echarse de ver cuánto habian progresado ya las artes entre los judíos, en época en que la Grecia se hallaba todavía en la barbarie. Pero lo mas singular, es que dos hombres solos, Beseleel y Ooliab, hicieron estas obras tan diferentes entre sí. Sabian fundir y trabajar metales; esculpir en piedras preciosas; sabian hacer tapices y bordar: ¿Cómo podian reunir tantas industrias diversas? Por lo mismo nos dice la Escritura que Dios los habia colmado de saber.

Moisés instituyó, además del sábado, cinco fiestas principales; á saber: «La pascua,» el 14 del primer mes (nisan), la cual principiaba por la tarde como todas las fiestas de los israelitas, y duraba siete dias, durante los cuales estaba prohibido comer pan de levadura, y hasta tenerle en casa: luego la fiesta de «Pentecostes,» cincuenta dias después de la pascua en cuyo dia se ofrecian dos panes, como principio de la nueva cosecha: la fiesta «de las trompetas,» que se celebraba el 1.° de junio del séptimo mes eclesiástico (thisri), que era al mismo tiempo el primer mes civil: la de la «expiacion» en el 10 del mismo mes era el único dia, segun se ha visto ya, en que el gran sacerdote entraba en el «Sancta Sanctorum (1)» cuya fiesta era dia de ayuno, único que señalara Moisés para todo el año (desde el tiempo del profeta Zacarías, contábanse otros dos dias de ayuno, uno en el 5.° mes, y otro en el 10.°): luego habia la fiesta de los «tabernáculos ó tiendas,» el 15 del 7.° mes (thisri) y duraba ocho dias, no pudiéndose trabajar en el primero ni en el último. Á mas de esto, mandó Moises que cada siete años se celebrase el año sabático ó del «sábado,» durante el cual estaba prohibido arar y sembrar (2); y cada cincuenta años el año del jubileo, en el cual

(1) Conviene hablar mas circunstanciadamente de esa fiesta, por los misterios que contenia, y de los cuales habla extensamente san Pablo en su epístola á los hebreos. En aquel dia el sumo sacerdote, después de inmolar un becerro tomaba la sangre en la copa que traia en una mano, teniendo en la otra un incensario, debiéndole el humo del incienso ocultar la vista del arca de alianza hácia la cual se dirigia. Al llegar al «Sancta Sanctorum» en que estaba custodiada, sitio que por otra parte no recibia ninguna luz, con el dedo hacia siete veces aspersion de la sangre de la víctima hácia el propiciatorio. Así que salia del tabernáculo, le presentaban dos machos de cabrío por los pecados del pueblo. Inmolaba al que designaba la suerte, y tomando luego sangre suya, hacia la aspersion en todo el tabernáculo y sobre todo lo que contenia, á fin de purificar el lugar sagrado de todos los pecados del pueblo. Luego presentaba á Dios el otro macho cabrío que habia quedado vivo, y poniéndole las manos en la cabeza, confesaba públicamente los pecados del pueblo, haciéndolos recaer con imprecaciones sobre el animal. Después, habia un hombre, destinado ya para esto, que le llevaba fuera del campamento (y fuera de la ciudad cuando estuvo construido el templo) dirigiéndole hácia el desierto para que le devorasen las fieras. Por esto á aquel macho cabrío le llamaban «emisario,» que vale tanto como echado ó enviado fuera. El pontífice, después de lavarse, ofrecia en seguida su holocausto y el del pueblo. Y es cosa muy de notar en esa ceremonia destinada á la mas solemne expiacion de los pecados, que, no solo el que habia llevado al desierto al macho cabrío, emisario, y los que habian sacado del campamento el otro macho cabrío y el becerro inmolados, con cuya sangre se habia purificado el tabernáculo, sino hasta el mismo pontífice, lejos de quedar purificados, quedaban inmundos ó contaminados con la ceremonia, y estaban obligados á purificarse con la lavadura de sus vestidos.

Luego habia otro sacrificio particular de expiacion que no tenia dia fijo, y se renovaba siempre que lo exigian las circunstancias. Era el de la ternera bermeja que hacia inmolar el sumo sacerdote fuera del campamento, quemándola toda entera con palo de cedro, hisopo y grana. Se recogian luego las cenizas, distribuyéndolas á todos los israelitas. Con esa ceniza mezclada con agua se purificaban cuando era menester, haciéndolo con frecuencia. Y tambien se consideraban impuros hasta la noche el pontífice y el que habia recogido las cenizas, estando obligados á purificarse con motivo de aquella víctima destinada á expiar todas las impurezas legales (Plouden, trat. del sacrif. de J. C.).

(2) Al mandar á su pueblo que dejase descansar la tierra cada siete años, Dios le tranquiliza con respecto á la carestía: «Y si decís: ¿qué comeremos el séptimo año, si no hemos sembrado, y si no hemos cosechado frutos de nuestras tierras? Yo os daré mi bendicion en el sexto y este dará tanto fruto como tres de los otros. Sembrareis en el octavo año, alimentándoos con los frutos añejos hasta el noveno, hasta que vinieren los nuevos.» (Levit. 25, v. 21 y 22.) La prueba de que se cumplió la promesa del Señor, está en la observancia continua del año sabático, con pocas interrupciones. ¿Se habria expuesto toda una nacion á perecer de hambre por dejar erial la tierra, si no se hubiese visto que aquella promesa se cumplia?

debia darse libertad á todos los esclavos israelitas, con la devolucion de todas las posesiones rurales á los individuos de la nacion que los hubiesen enagenado.

1644. El dia 14 del primer mes del año 2.° de la salida de Egipto, los israelitas celebran la pascua (1). La Escritura no menciona ninguna otra pascua celebrada en el desierto por los judíos; pero, esto no quiere decir que tan solo celebrasen la que acabamos de citar. En esa segunda pascua hubo israelitas que, hallándose impuros por haber tocado muertos, no pudieron celebrarla el mismo dia en que estaba prescrita. Consultando Moisés y Aaron acerca de esto al Señor, obtuvieron por respuesta que aquellos la celebrasen el 14 del mes siguiente. Se formula igual disposicion para los que están viajando á lo lejos, pero, en cuanto al que estuviese entre el pueblo sin impureza legal, y no celebrase la pascua, «será extrañado de su pueblo (Núm. IX.).»

«Consagracion del tabernáculo, altares y sacerdotes, el dia 5 del mes segundo.»—En rigor no habia mas que dos altares; el de los holocaustos, puesto al aire libre en el vestíbulo ó átrio interior, y el de los perfumes, sito en el lugar santo junto al segundo velo ó cortinon, entre el candelero de oro y la mesa de los panes de proposicion. El primero, que tenia de largo cinco codos, con otros tantos de ancho, y tres de altura, era de madera de setim y hueso, con planchas de bronce por fuera y por dentro, y en medio un hornillo, en cuyo fondo caian las cenizas de la madera y víctimas, y en cada uno de los cuatro ángulos habia como un cuerno tambien de bronce. Todo sacrificio de sangre que no se ofreciera en ese altar se consideraba abominable á los ojos del Señor. Siete dias duró la consagracion de los sacerdotes. Moisés, despues de lavar á Aaron y á sus cuatro hijos, les puso las vestiduras, y tomando luego el óleo y preparado al efecto, ungió la cabeza de Aaron, y ofreció dos sacrificios al Señor, de expiacion el uno, y el otro en holocausto, rociando el altar con la sangre de las víctimas. Luego tocó la ternilla de la oreja, el pulgar de la mano derecha y del pié derecho del nuevo sumo pontífice y de sus hijos, rociándoles despues con la sangre de la víctima y el óleo de la uncion. Seis dias seguidos continuó la ceremonia, permaneciendo Aaron noche y dia á la entrada del tabernáculo. Por fin, al octavo dia, ofreció Aaron sacrificios por él y el pueblo, alzó las manos al cielo, y bendijo la asamblea. «Al mismo tiempo, un fuego salido del Señor (ó venido del cielo) devoró el holocausto, con los sebos que habia sobre el altar.» (Levit. IX, 24.) Y este es el fuego sagrado que recibieron órden de mantener siempre encendido los sacerdotes, só pena de muerte, poniendo leña cuando fuese necesario. Estaba prohibido servirse de otro fuego para los sacrificios, ó para encender las lámparas del tabernáculo, ó para quemar incienso. Lo sucedido al anochecer de aquel mismo dia dió una prueba de la exactitud con que el Señor queria ser obedecido acerca de esto. Nadab y Abiú, dos de los cuatro hijos de Aaron, pusieron en sus incensarios fuego diferente, y perecieron abrasados por llamas que salieron del altar: prohibió á su padre y á sus hermanos Eleazar é Itamar el llorar su muerte (1). Moisés, de parte de Dios, promulga varias ordenanzas, y las principales son las que siguen:

«Ley relativa á los primogénitos.»—Habia sido dictada á Moisés antes de la última plaga de Egipto. En virtud de esa ley, el Señor guarda para sí á todos los primogénitos tanto de hombres como de animales domésticos, para que se los consagrasen en conmemoracion de haberlos preservado cuando hirió de muerte á los de los egipcios. Todo primer nacido entre los hombres habia de rescatarse mediante cinco siclos de plata: en cuanto á los animales, se hace diferencia entre puros é inmundos, los primogénitos de los puros debian entregarse al sacerdote para que los ofreciese en sacrificio; pero, era preciso rescatar á los de los animales inmundos, ó darles muerte (2).

«Leyes relativas á los sacrificios.»—Estos eran de dos especies, segun se ha dicho, cruentos é incruentos. Dividíanse los primeros en holocaustos, en sacrificios pacíficos y en sacrificios de expiacion. En el holocausto, la víctima era consumida toda entera por el fuego del altar, y se ofrecia diariamente por la mañana y por la tarde. En el sacrificio pacífico, destinado á pedir mercedes al Señor, ó á darle gracias por las recibidas, y tambien á cumplir algun voto, despues de quemar el sacerdote el sebo y riñones de la víctima, guardaba para sí el pecho y la espaldilla derecha, dejando lo restante para el dueño del animal. La víctima por el pecado no se repartia del mismo modo. El que la habia presentado no llevaba nada; y excepto la grasa, que se quemaba en el altar, pertenecia todo á los sacerdotes para comerlo con sus hijos varones en la casa del Señor. Cinco especies de animales servian exclusivamente para los sacrificios: toros, vacas y becerros; carneros, ovejas y corderos; machos de cabrío, cabras y cabritos; pálomos y tórtolas. Por lo tocante á la víctima, luego de haber ver-

(2) Hé aquí las ceremonias de esa pascua, modelo de todas las que habian de seguir. El cordero pascual (al que podia sustituirse un cabrito), tenia un año; era macho y sin tacha. Fué separado del rebaño el 10 del mes nisan. Fué degollado el 14 del mismo mes en el átrio del tabernáculo, entre dos vísperas, lo que significa por la tarde, cantándose himnos. Los sacerdotes recibieron su sangre en un vaso que se iban pasando de uno á otro hasta el ministro que se hallaba junto al altar, al pié del cual este último la esparcia. El cordero fué desollado en el mismo sitio; y quitando lo que debia quemarse en el altar, entregaron lo restante á su dueño. Este, despues de mandarle asar, le comió, sin romper los huesos, con panes sin levadura y lechugas silvestres, en compañía de los convidados, que no habian de ser menos de diez, ni pasar de veinte.

(1) Le estaba vedado al sumo sacerdote el ponerse de luto por sus parientes, hasta por sus propios padres. Ni siquiera le estaba permitido entrar en casa donde hubiese algun cadáver, porque no quedara inmundo. Habia de casar con virgen. A fin de que no se menoscabara el respeto debido á su persona y carácter, debia ser bien formado. De modo que un cojo, tuerto, ó contrahecho, bien que fuese primogénito de la familia de Aaron, estaba excluido del sumo pontificado. En cuanto á los demas sacerdotes habia ya menos rigor. Podian contraer enlace con viudas; pero, cuando les correspondia por turno el servir en el tabernáculo ó en el templo, debian guardar continencia, bien que despues de haberse multiplicado con el tiempo, no les tocaba el turno sino muy de tarde en tarde; porque, mas adelante, fueron divididos en veinte y cuatro clases, y cada una en siete familias, sucediéndose una á otra en el ejercicio del culto.

(2) Desde el principio del mundo, segun se ha observado al hablar del arca de Noé, se habia establecido la distincion de animales en puros é inmundos. Pero no hay certeza sobre si la ley de la naturaleza estaba enteramente conforme con la de Moisés. Es probable que en la primera solo se tenian por inmundas las bestias dañinas, y aquellas cuyas carnes no eran sanas en ciertos climas. Pero en la ley de Moisés, no se atiende exclusivamente á la mala calidad de las carnes. El sabio legislador, dice un escritor moderno, queria que los hebreos tuvieran siempre presente su consagracion particular al Señor. La ley dice expresamente: «Os he separado de todas las naciones de la tierra, destinandoos para mi pueblo especial, dice el Señor; separad pues tambien vosotros lo puro de lo impuro, y no os contamineis comiendo animales que yo os he señalado como inmundos.» (Levit. 20.) «Carne mortuina, ó muerta por otra bestia, no comerán; ni se contaminarán con semejantes viandas. Yo el Señor.» (Levit. cap. 22.) Como si dijera: dejad para otra gente la comida de lobos y de aves carniceras.

tido su sangre al rededor del altar, era puesta encima del mismo para ser quemada, añadiendo una ofrenda de panecillos, ó pequeñas tortas fritas en sarten, ó cierta cantidad de flor de harina, con vino, aceite, sal é incienso, etc. Esto era lo que llamaban sacrificio incruento, del cual quedaba siempre para el sacerdote una parte.

Moisés dice minuciosamente cuáles son los animales puros y los que no lo son. Entre los cuadrúpedos, los que no rumian y no tienen hendida la pezuña se consideran impuros; como entre los volátiles las aves carnívoras y nocturnas, y entre los peces los que carecen de escamas ó de aletas.

« Leyes relativas al matrimonio. » — Se contraia sin ceremonias religiosas, y sin ministerio de sacerdotes. Si un casado moria sin hijos, el hermano del difunto habia de casar con la viuda, y si se negaba á ello, tenia su cuñada derecho para citarle ante el tribunal de los ancianos ó senadores, que se reunia á la puerta de la ciudad, le descalzaba de un pié, y le escupia á la cara diciendo: « así merece ser tratado el que no quisiere restaurar la casa de su hermano. » Los hijos que nacian del nuevo enlace se consideraban como pertenecientes al primer hermano. Esto es muy diferente de la religion cristiana, la que prohibe el matrimonio entre cuñados. Lo mismo sucede con el divorcio, el que permitió Dios á los israelitas con motivo de su dureza de corazon, sin otorgar á la repudiada la facultad de pasar á segundas nupcias durante la vida del primer marido. No fué esta la única condescendencia del Señor para impedir á los israelitas el que atentasen contra la vida de sus mujeres; tambien les permitió la prueba del agua de los celos. Si el hombre concebia sospecha de adulterio por parte de su mujer, podia conducirle ante el sacerdote, y este llenaba un jarro de agua, de la que contenia el gran receptáculo de bronce, y ponia en ella polvo del pavimento del templo: despues de conjurar á la mujer, que habia de responder « amen, » le daba á beber el agua, prometiéndola que no la causaria ningun daño si era inocente; pero, que si fuera culpable, su vientre y sus muslos se pudririan, segun así lo tenia dicho el Señor. Tan espantables eran las imprecaciones del sacerdote, y el aparato de la prueba tan terrible, que no consta que ninguna mujer criminal se haya atrevido jamás á arrostrarla.

« Leyes relativas á la guerra. » — Todo israelita nacia soldado, y al llegar á los veinte años estaba obligado á empuñar las armas en defensa de la patria. Solo que, cuando el ejército habia de salir á campaña, los jefes daban facultad para quedarse, dispensando del servicio por un año, á los que, teniendo una casa nueva, no hubiesen habitado en ella todavía, á los que, habiendo plantado una viña, no hubiesen cosechado el primer fruto que correspondia, y á los recien casados. (Deut. xx. 5 y 7).

Antes de llegar á las manos con el enemigo, hasta les decia el general que los que estuvieran espantados podian marcharse, por no contagiar con el vergonzoso mal del miedo á sus compañeros de armas. Los israelitas tenian prohibido emprender ninguna guerra por capricho, ambicion, ó espíritu de conquista. Antes de sitiar una ciudad, debian hacerse proposiciones de paz á sus moradores. Aceptándolas antes del asalto, solo quedaban tributarios y súbditos de los israelitas. En caso de resistencia, les estaba permitido tratar á discrecion á los vencidos. « Pasareis á cuchillo, dice la ley, á todos los hombres: » es decir, á todos los de armas tomar, pero no dice que hagan lo mismo con toda edad y todo sexo, como hacian los demás pueblos. Podian hacer cautivas á las mujeres, pero estaba vedado atentar contra su pudor. Si un israelita queria casar con una de esas cautivas, solo podia hacerlo al cabo de un mes á fin de que tuviese á lo menos algun tiempo libre para llorar á su padre y á su madre. Si luego le pesaba la union, habia de dejarla en libertad.

La brevedad nos obliga á suprimir otras muchas leyes dadas á los israelitas ya en el monte Sinaí, ya durante su peregrinacion, formando un todo tan completo, que mientras subsistió ese pueblo en república, no tuvo necesidad de añadir ni quitar nada. ¿Qué nacion pudiera gloriarse de tener desde su orígen un código semejante?

Habiendo los israelitas de mover el campo para dirigirse hácia la conquista de la tierra de Canaan, Dios manda á Moisés el primer dia del segundo mes que haga un nuevo empadronamiento de los hijos de Israel. (Se habia hecho ya el primero unos seis ó siete meses antes.) Era como una revista que se pasaba, como cuando un rey quiere saber el número de su gente antes de entrar en campaña. Se contaron los mismos 603,550 hombres aptos para las armas, desde veinte años á sesenta. Los levitas no fueron comprendidos en ese número, por no corresponderles mas servicio que el del culto. El Señor señala detalladamente el órden en que deben los israelitas estar acampados alrededor del tabernáculo, y el punto en que debe situarse cada tribu. De suerte, que el campamento israelita puede considerarse como una ciudad dividida en doce cuarteles, con el templo de Dios y el palacio del rey en medio de ella. Por lo demás, estaban las tribus tan separadas entre sí, que ni por medio de matrimonio les estaba permitido el confundirse. Con el tiempo se modificó esta ley, permitiendo á las mujeres casarse con varones de otras tribus. Solo que en ese caso tenian que dejar en las tribus de que salian los bienes inmuebles que tuvieran. Sin embargo, cada tribu conservaba con el mayor cuidado la memoria de su orígen respectivo, poniéndose mas adelante sus genealogías por escrito, y dejando públicamente depositada una copia auténtica.

« Consagracion de los levitas un mes despues de la de los sacerdotes. » — No parece que tuviesen los levitas vestiduras particulares para ejercer sus funciones. Dice Josefo que, en el reinado del jóven Agripa, poco antes de la ruina de Jerusalen, se les dió permiso para llevar túnica de lino como los sacerdotes. Á los veinte y cinco años entraban en su cargo, saliendo á los cincuenta; pues, como exigian sus tareas fuerza física, habian de ser robustos. Los jefes de las tribus ofrecen al Señor sus carros cubiertos, con doce bueyes. Moisés los da á los levitas para que les sirvan en el desempeño de sus cargos.

Despues de permanecer los israelitas acampados cerca de un año al pié del Sinaí, emprenden la marcha, precediéndoles la nube hácia el desierto de Tarán. Cansados ya de andar, murmuran contra Moisés, castigándolos Dios con un fuego que á muchos causó la muerte; y aun hubo Moisés de aplacar al Señor con sus plegarias. Se renueva el murmullo de los mas, clamando por alimentos mejores que el maná. Apurado Moisés por tamaña indocilidad, pide á Dios que le libre de tan pesada carga como era la de conducir á aquel pueblo. Dios le ordena entónces que elija setenta ancianos de Israel, los de mas saber y experiencia, para que le ayuden á llevar el peso de los negocios. Al mismo tiempo anuncia Moisés al pueblo, que el Señor le enviará carne para comer por espacio de un mes. En efecto, fueron á parar al campamento co-

dornices á millares; solo que casi al mismo tiempo castiga á los murmuradores con un azote que á muchos costó la vida.

Hasta María y Aaron llegaron á soltar palabras poco favorables á Moisés, con motivo de su mujer la cual era (Hushita), segun el texto hebreo; conviene á saber, de la tierra ocupada por los descendientes de Chus, hijo mayor de Cham. Moraba ese pueblo en la region de la Arabia que se extiende desde el Éufrates, á lo largo del golfo pérsico, hasta el océano: de lo cual infiere el padre Hubigant que esa mujer no era Séfora, hija de Jetró, sacerdote de Madian. El mismo Dios se encarga de defender á Moisés, castigando con lepra á María, teniendo que permanecer fuera del real siete dias, al cabo de los cuales vuelve á entrar completamente purificada.

En el desierto de Farán los israelitas permanecieron en puntos diversos, aproximándose cada vez mas hácia la tierra prometida, y llegando por fin á Cades-Barne. Desde ese punto envió Moisés doce hombres escogidos en las doce tribus para ir á reconocer la tierra de Canaan. Los enviados vuelven al campo á los cuarenta dias de haber salido para su exploracion, conviniendo en que era rico su suelo, y confirmando sus dichos con los hermosos frutos que traen. Cortaron un sarmiento con su racimo, trayéndole entre dos en un varal, ya por su peso, ya principalmente para que llegara mejor conservado (1). Pero empiezan á exagerar la dificultad de la conquista, pintando á los cananeos como á gigantes espantosos por su pujanza extraordinaria, y añadiendo que no habia que pensar en ganar á la fuerza sus ciudades por lo bien amuralladas que estaban. Amedrentado el pueblo con estas nuevas, trata de nombrar un jefe para volver á Egipto. Josué y Caleb, que habian salido tambien como exploradores de la tierra de Canaan, son los únicos entre los doce que tratan de animar al pueblo para entrar en ella, y disuadirle de sus cobardes intentos. Lejos de atender á sus razones, los israelitas quieren dar á los dos una muerte ignominiosa. Airado el Señor por tal comportamiento, condena á morir en el desierto á todos los israelitas de veinte años arriba. Solo esceptúa de la sentencia á Josué, y á Caleb, únicos á quienes promete que entrarán en la tierra prometida. Los diez exploradores infieles fueron castigados con una muerte repentina, y al dia siguiente se da órden al pueblo de levantar el real y caminar hácia el mar Rojo. El Señor queria ya que anduviesen los israelitas vagando por el desierto, hasta que la muerte hubiese ejecutado la sentencia de exclusion que acababa de pronunciar contra ellos. En vez de someterse á la órden del Señor, el pueblo resuelve ir á atacar, contra el dictámen de Moisés, á los cananeos y amalecitas, figurándose que así reparaba la falta cometida, siendo así que la hacia mas agravante. Salen los enemigos de Israel victoriosos, y vuelve el pueblo muy afligido al campo, moviéndole al dia siguiente para volverse á las primeras soledades que habia dejado. Durante la marcha un israelita fué condenado á morir apedreado fuera del campamento, por haber recogido leña en dia de sábado.

Coré, de la tribu de Leví, Datan y Abiron de la tribu de Rubén, se insurreccionan contra Moisés y Aaron. Coré aspiraba á la « sacrificatura. » Datan y Abiron, como descendientes del hijo mayor de Jacob, veian con impaciencia que estuviese concentrada toda la autoridad en un hombre de la tribu de Leví, como lo era Moisés. Pretextaban los sediciosos que Aaron habia usurpado el sacerdocio, acusando á Moisés de gobernar con tiranía. Doscientos cincuenta levitas de los principales entraron en la rebelion. Moisés intima á Coré que se presente al dia siguiente delante del Señor con los facciosos de su tribu, para ponerse á un lado con los incensarios en la mano, mientras que Aaron se pondria á otro lado con el suyo; y así verian cuáles eran los elegidos del Señor. Los levitas descontentos comparecieron, pero no hicieron lo mismo Datan y Abiron, á quienes habia citado Moisés delante del tabernáculo para que expusieran los motivos de sus quejas. Entónces Moisés fué á encontrarlos, ordenando al pueblo que se apartase de las tiendas de Datan y Abiron. En esto se abre la tierra, tragándoles vivos con todo cuanto les pertenecia. Al mismo tiempo los doscientos cincuenta levitas que con Coré estaban ofreciendo incienso en el tabernáculo quedaron devorados por un fuego que salió de la tierra. Por un nuevo milagro los hijos de Coré no perecieron con él. Dios mandó á Eleazar, hijo de Aaron, que recogiese los incensarios (1) de los levitas muertos. Con los mismos se hicieron planchas que fueron clavadas en el altar, sirviendo para monumento de aquella rebelion. Nuevas murmuraciones de los israelitas al dia siguiente, y nuevo castigo por un incendio en que mueren catorce mil setecientos. Aaron detiene el azote, ofreciendo incienso al Señor. Queda confirmado su sacerdocio con el milagro de su vara que florece y fructifica en el tabernáculo (2), sin que se observase el menor cambio en las varas de los otros jefes de tribus. Entónces puso Moisés la vara de su hermano en el arca de la alianza, en perpétuo testimonio de la indocilidad de aquel pueblo. Dios da instrucciones á Aaron tocante á cosas de su ministerio; prescribe reglas para sacerdotes y levitas, señalando las primicias para la subsistencia de los primeros, y los diezmos para la de los levitas, con la condicion de que habian de dar á los primeros el décimo de estos diezmos, prohibiendo á unos y otros otra participacion cualquiera en la tierra de Israel (3). No se sabe á punto fijo en qué año y en qué punto aconteció todo esto.

Desde el año segundo de su salida de Egipto hasta el cuadragésimo continuaron los israelitas viajando en el desierto, ora acercándose á la tierra de promision, ora alejándose de ella. La Escritura señala tan solo sus diferentes mansiones durante ese tiempo, sin entrar en pormenores, limitándose á decirnos que en el espacio de esos treinta y ocho años cayeron en varias idolatrías, y perecieron por fin á los golpes del Señor todos los que habian de perecer en virtud de su sentencia.

1606. Á fines del año 39 volvieron á Hazeroth, cerca

(1) Las viñas de Hebron, de Belen, de Sorec y de Jerusalen, dice un viajero moderno, llevan de ordinario uvas de siete libras, y en 1634, se encontró en el valle de Sorec una que pesó veinte y cinco libras y media (Roger, viaje á la Tierra Santa).

(1) Los incensarios eran unos braseritos que llevaban en la mano, continuando en esta forma durante los primeros siglos de la iglesia, hasta la invencion de los incensarios con cadenitas que tenemos ahora. Tambien servian en el interior de las casas para purificar el aire.

(2) Consistió el fruto en unas almendras.

(3) Los labradores habian de presentar ellos mismos los diezmos; y cuando era sobrada la distancia para el trasporte, traian el valor en dinero.

Los sacerdotes, segun se ha dicho ya, se dividieron con el tiempo en veinte y cuatro clases, subdivididas en siete familias, que iban sirviendo por turno. Marchaban á la cabeza del ejército, y despues de arengar á los soldados, daban con sus trompetas de plata la señal de ataque. Eran intérpretes natos de la ley del señor, y por lo mismo jueces en todo lo concerniente á negocios religiosos.

de Cades-Barne, en el desierto de Sin, punto diferente de aquel en que cayó el maná por la vez primera.

1605. Allí murió María, hermana de Moisés y de Aaron, en el primer mes del año siguiente, á los ciento veinte y nueve años de su edad no completos.

En el desierto de Rafidim estaba el pueblo falto de agua y comenzó á murmurar de nuevo. Moisés y Aaron acuden abatidos al Señor, el que dice á Moisés que se dirija con la gente á la roca de Oreb, que hable á la piedra y la hiera con su vara, que manará agua. En lugar de hablar Moisés á la roca la da dos veces con la vara, dando así una prueba de desconfianza. Inmediatamente salió agua en abundancia y la llamaron « agua de la contradiccion. » (1) Y entónces, por no haber tenido suficiente fé en aquel momento Moisés y Aaron, les dijo el Señor que no introducirian ellos á los israelitas en la tierra de Canaan, y que ni siquiera entrarian ellos mismos.

Desde Cades manda Moisés emisarios al rey de Idumea, pidiéndole paso libre por su tierra. Se niega el rey á ello, bien que antes permitiera á los israelitas que comprasen víveres en el país de su mando. Temeroso luego de que los israelitas no le abrieran paso con las armas, les sale al encuentro á la cabeza de un ejército para impedirlo. Moisés se va con su gente por otro camino, y llega á la falda del monte Hor, cercano á Idumea. En esta estacion falleció Aaron, cuatro meses después de su hermano. Moisés, de órden del Señor, le acompañó á la cima del monte, desnudó al padre de sus vestiduras sacerdotales, vistió con ellas á su hijo Eleazar, y hecho esto dió Aaron el último suspiro á los ciento veinte y cinco años de su edad, en el dia 1.° del quinto mes. (Ab.) Por espacio de treinta dias le lloraron los israelitas, segun tenian de costumbre para con sus jefes. En su mujer Isabel, hija de Aminabad, de la tribu de Judá, habia tenido cuatro hijos, Nadab, Abiú, Eleazar é Itamar, instituidos sacerdotes al mismo tiempo que su padre; perecieron los dos hermanos mayores de la manera trágica que hemos visto.

Deseosos los israelitas de entrar en la tierra prometida, tratan de penetrar en ella por el camino de los exploradores. Arad, uno de los príncipes de Canaan, que moraba en la parte del mediodía, les sale al encuentro para cortarles el paso, y obtiene alguna ventaja. Entónces los israelitas invocan al Señor, y quedan vencedores, apoderándose de la tierra, y destruyendo sus ciudades.

Cuando los israelitas salieron de Hor, caminaron hácia Im-Suf. Dios les habia prescrito que no pasasen por la Idumea, al objeto de evitar choques con los idumeos, que eran de la misma sangre. Quejábase la gente por el rodeo que daba, y Dios envió unas serpientes aladas, llamadas en hebreo «serafin,» que equivale á «ardientes ó abrasadoras.» Todos los años, por la primavera, pasan muchas de la Arabia petrea al Egipto. Hallábanse cabalmente los israelitas á la sazon en el primero de dichos países, y era la temporada de su paso. De suerte que el milagro está en que un viento las empujó hácia el campo de Israel. Cuantos fueron mordidos sintieron dolores parecidos á los que ocasiona una quemadura, y no pocos murieron de ese azote. El pueblo pide á Moisés que procure alejar el daño. Este, por prescripcion del Señor, enarbola á guisa de estandarte una serpiente de bronce, y quedan sanos los que la miran. Esa serpiente representaba evidentemente á Jesucristo, elevado en la cruz como la serpiente de Moisés.

Llegado que hubieron los israelitas á la frontera de los amorreos, cuya capital llamaban Hesebon, piden al príncipe, que era Sehon, que les deje franco el paso; pero este se prepara al combate. Dios entregó á Sehon en manos de los israelitas, que se hicieron dueños del país, y pasaron á cuchillo á sus moradores. Og, reyezuelo de Basan, hizo como Sehon y tuvo igual suerte, juntamente con sus súbditos. Era de estatura descomunal. «Todavía puede verse en Rabbat, capital de los amonitas, dice el autor sagrado (Deut. III, 11), su cama de yerro, que tiene de largo nueve codos y cuatro de ancho.» Con todo, segun los mejores críticos, la longitud de la cama era mayor que la del gigante. Con estas victorias los israelitas quedaron dueños de todo el país que se extiende desde el torrente de Arnon hasta las montañas de Hermon. Los moabitas, vecinos de los amorreos, empezaron á temblar. Viendo Balac, que era su rey (1), que se iban aproximando á su tierra, manda llamar al adivino ó profeta Balaam, el cual se hallaba en Fatura, en país de los amonitas, á fin de que les echara maldiciones. Balaam no sigue á los enviados del rey, por vedárselo el mismo Dios. Balac le invita por medio de nuevos mensajeros á que vaya, y como ve el Señor que Balaam se deja seducir con las promesas deslumbradoras del rey, le abandona á sus instintos. Enalbarda su borrica, y emprende la marcha. En el camino le sale al encuentro un ángel del Señor con espada desenvainada, sin que él le eche de ver. Pero le ve el animal en que cabalgaba, y desviándose primero del camino, acaba por dar consigo y con el ginete en el suelo. Como Balaam apalease á su burra, esta se le quejó en lenguaje humano. Entónces abrió el Señor los ojos de Balaam, reconviniéndole por la corrupcion de su alma, y prohibiéndole el decir nada contrario á lo que él le ordenase. Así que el profeta estuvo en presencia de Balac, le dice que ha de levantar siete aras ó altares, inmolando víctimas en ellos. Inspira el Señor á Balaam, y en vez de maldecir á los israelitas, no hace mas que ensalzarlos. Enojado Balac porque no correspondia á sus esperanzas, Balaam le contesta que solo habla por voluntad de Dios. Tres veces repite la prueba Balac en tres puntos diferentes, y otras tantas queda frustado su intento, pues siempre salen alabanzas para Israel de los labios del profeta. Pero, temiendo este que el rey no cumpliria con las magníficas promesas que le hizo, le aconseja que envie jóvenes madianitas al campamento israelita. Balac adoptó el consejo, y los madianitas extraviaron á los hebreos, pervirtiéndolos con el culto de Beelfegór. Airado el Señor, dijo á Moisés, segun el texto hebreo: « Toma todos los caudillos del pueblo (que son culpables), y mándalos ahorcar á la luz del sol, para que mi saña se retire de Israel.» En seguida, de órden del Señor, dijo Moisés á los jueces (á los setenta ancianos): « Cada uno de vosotros mate á aquellos de sus allegados (á los de su distrito) que se hubieren dado al culto de Beelfegór.» Y quedaron muertos veinte y cuatro mil hombres. No obstante esa terrible matanza, Zambri, que era cabeza de una fa-

(1) Con respecto á este milagro emite Tácito (Hist. lib. v, n.° 3), una opinion que no le hace mucho favor. « Tendidos por aquellos llanos, dice, iban á perecer de sed los israelitas, cuando unos asnos salvajes se dirigieron hácia una peña rodeada de árboles frondosos. Moisés fué allá y descubrió un copioso manantial, presumiendo desde luego, que habria agua en aquel punto, vista la vejetacion de su suelo.»
¿Cómo entre aquella multitud, tan suspicaz de sí y tan insubordinada, no hubo uno solo que viese lo que vió Moisés?

(1) Es sabido que en la Escritura la palabra « rex » ó rey, es sinónima de jefe ó gobernador.

milia de la tribu de Simeon, tuvo la osadía de entrar á vista de sus hermanos en la vivienda de una ramera madianita. Al ver esto Finéo, hijo de Eliazar, que lo era de Aaron, entró en pos del israelita en el lupanar, y allí mismo con su puñal mató á entrambos, hiriéndolos en las mismas partes vergonzosas. El celo de Finéo calmó la cólera del Señor, prometiéndole desde aquel dia el sacerdocio para él y su descendencia.

Dios manda á Moisés que entre en campaña contra los moabitas, cosa prohibida antes á los israelitas por su hermandad, pues descendian de Lot, sobrino de Abrahan. Moisés vuelve á contar en el llano de Moab á los israelitas de veinte años para arriba (era el tercer empadronamiento desde la salida de Egipto). El número de varones, sin contar veinte y tres mil levitas, los que no entraron en la numeracion, ascendió á 601,730. Ningun individuo comprendido en los censos anteriores fué hallado en este tercero, exceptuados Josué y Caleb.

Dios ordena á Moisés que suba al monte Abarim, para que desde él alcancen sus miradas á la tierra de Canaan, anunciándole, que luego de vista morirá, como Aaron, sin entrar en ella. Suplícale Moisés que nombre á otro para sustituirle en la direccion del pueblo. Dios le responde que ha elegido á Josué, y que «ponga la mano sobre él,» ejecútalo así Moisés, y preséntale al sumo sacerdote Eleazar, delante de todo el pueblo.

En esta estacion dispuso de qué manera habia de repartirse la tierra: «Os la repartireis por suerte, dice, dando al mayor número mayor parte de ella, y menor á los que sean menos en número. A cada cual se dará la heredad en el sitio que le cayere por suerte, haciéndose la particion por tribus y familias (Núm. xxxiii, 54).» Esos bienes no podian enajenarse mas que por un tiempo, recobrando el vendedor su propiedad en el año del jubileo, que tenia lugar cada cincuenta años. Si esta ley se hubiese observado rigurosamente, se habria perpetuado entre los israelitas la igualdad de fortuna; pero, segun parece, guardaron mas religiosamente el año sabático, prescrito á los israelitas como se ha visto, para que no acabaran con la fecundidad de la tierra, y para aprender al mismo tiempo á confiar en el Señor.

En otra ley se establecia que las hijas no tendrian parte en la sucesion de inmuebles, para que quedasen siempre los bienes en la misma familia, y poseidos por personas del mismo nombre. En esto, Salfad, de la tribu de Manasés, habia muerto en el desierto, dejando cinco hijas sin ningun hijo. Presentáronse delante de Moisés, del sumo sacerdote Eleazar, y de los príncipes del pueblo, reunidos á la puerta del tabernáculo, reclamando la herencia que correspondia á su padre. Después de consultar al Señor, aprueba Moisés la demanda de las hijas de Salfad, disponiendo que las hijas hereden al padre que muriere sin hijos varones, que si tampoco tuviere hijas, hereden sus hermanos, y sino sus deudos mas cercanos, con la condicion de que las mujeres herederas hayan de casarse con varones de la tribu á que perteneciesen los bienes, á fin de quedar cada tribu con la parte que tenia señalada.

Moisés, poco antes de morir, envió doce mil hombres contra los madianitas. Pasan á cuchillo á todos los varones, matando á cinco príncipes suyos junto con el profeta Balaam, dando cuartel á las mujeres. Pero Moisés llevó muy á mal aquella compasion, mandando que sean pasadas á cuchillo todas menos las doncellas, cuyo número ascendió á treinta y dos mil. Es de advertir que estos madianitas no deben confundirse con aquellos á quienes pertenecia Jetró, suegro de Moisés, que descendian de Madian, hijo de Chus y nieto de Cham, habitantes de la parte del mar Rojo llamada GOLFO DE ELAT: su país, cuya capital, situada al oriente del golfo, subsiste todavía con el mismo nombre de Madian, se extendia hasta la costa occidental, y aun segun algunos autores, hasta el Sinaí. Los otros que descendian de Madian y de Cetura, vivian en la orilla oriental del mar Muerto, y tambien se llamaba Madian su capital, que ya no existe.

Los hijos de Ruben y de Gad piden á Moisés las tierras conquistadas antes del paso del Jordan, y se las concede mediante la condicion de que han de seguir á la cabeza de sus hermanos hasta que estén en posesion de la tierra prometida.

Moisés junta á los israelitas, y les recuerda en resúmen los beneficios recibidos de Dios, igualmente que la ingratitud del pueblo. Fija las fronteras de la tierra de promision, designando cuarenta y ocho ciudades para los levitas, entre las cuales habrá seis que servirán de asilo á los que hubieren cometido algun homicidio involuntario. Predice á los israelitas que Dios les enviará un profeta como él; es decir, el Mesías, ó Jesucristo.

Nueva junta de los israelitas en el segundo mes, (schebat.) Después de exhortarles de nuevo Moisés á que guarden los preceptos del Decálogo, les ordena que exterminen á las siete naciones cananeas, vedándoles el contraer con ellas ninguna alianza, y previniéndoles, que si no lo hacen así serán á manera de espinas para sus ojos. Les promete felicidad temporal, si permanecieren fieles á la ley de Dios; mas, previendo sus estravíos, pronostica su dispersion por toda la tierra, su reconciliacion con el Señor en los últimos dias, la vuelta á su patria, y cómo las maldiciones contra ellos pronunciadas recaerán entónces sobre sus enemigos.

1605. Congregando finalmente Moisés el pueblo por la vez postrera, entrega á los sacerdotes el libro de la ley escrito de su mano, con órden de ponerle junto al arca, y leerle ante el pueblo reunido cada siete años, en la fiesta de los tabernáculos. Penetrado súbitamente de espíritu divino, compone el célebre cántico que principia con estas palabras: «Oid, cielos, lo que voy á proferir; escuche la tierra las palabras de la boca mia.» Es uno de los trozos mas sublimes de poesía que nos ha conservado la Escritura. Moisés encarga á los sacerdotes que le hagan aprender al pueblo y decorarle. Da en seguida su bendicion á las doce tribus, profetizando su porvenir. Esta fué su última despedida. Sube al monte Abarnú, y parándose en la colina de Nebo (en frente de Jericó), descubre desde aquel punto la tierra de Canaan, diciéndole el Señor: «Mira la tierra que prometí á Abrahan, á Isaac y á Jacob; te es dado el verla, pero nó entrar en ella.» Hemos visto que Dios habia querido castigar á Moisés, igualmente que á Aaron, por haber prevaricado contra él allá en «las aguas de contradiccion.» Moisés da su espíritu en aquel mismo punto, en el mes duodécimo (adar), á los ciento veinte años de su edad. Enterróle un ángel en el valle de Moab, en frente de Fagor, ó Belfegor, y «ningun hombre hasta ahora ha sabido su sepulcro,» dice la Escritura. Así lo permitió el Señor para que no degenerara en supersticion el respeto que al grande hombre profesaban los hebreos. El apóstol san Judas, á propósito del cuerpo de Moisés, habla de una extraña disputa entre san Miguel y Satanás.

Moisés es el autor del Pentateuco, ó de los cinco libros primeros de la Escritura, exceptuando los últimos versículos del Deuteronomio. Es esta una verdad con-

firmada por una tradicion tan constante, que solo por el odio á la religion puede negarse. El decir, que es obra de Esdras, compuesta después de volver del cautiverio, vale tanto como atribuir al mismo autor el libro de Josué, el de los salmos, y los escritos de los profetas, pues que en todas esas obras se hace mencion de la ley de Moisés, nombre que en lo antiguo se daba al Pentateuco (1). El primer libro se llama Génesis, y comprende lo sucedido desde la creacion del mundo hasta la muerte de José. El segundo tiene el nombre de Éxodo, y es continuacion de la Historia santa desde esa época hasta la construccion del tabernáculo, que se hizo al segundo año de la salida de Egipto. El tercero es el Levítico, que trata de lo concerniente al culto. El libro de los Números es el cuarto, así llamado porque en sus primeros capítulos hace Moisés varias numeraciones ó censos de los hijos de Israel aptos para las armas. Titúlase Deuteronomio el quinto, ó «segunda ley,» porque la ley escrita en los libros anteriores se reitera en este punto con los acontecimientos principales. Su último capítulo no puede ser escrito por el mismo Moisés, pues refiere las particularidades de su muerte; pero en los principios ese capítulo no pertenecia al Deuteronomio, sino al primero del libro de Josué, y en prueba de ello, véase como este empieza con la conjuncion Y. Ha de observarse además que se hallan en el Pentateuco algunas leyes añadidas en forma de aclaraciones, puestas después de muerto Moisés, pero puestas por profetas, ó por personas autorizadas para ello.

Si luego se pregunta de qué materia y de qué carácter de letra se sirvió Moisés para escribir sus libros, es muy fácil la respuesta. Tablitas de madera, cortezas de árboles preparadas, láminas de plomo, y aun el papiro de Egipto, todo eso se empleaba entónces para escribir. Hasta hemos visto Biblias escritas en hojas de palmera. En cuanto al carácter de letra empleado por Moisés, se conviene generalmente en que fué el fenicio, cual le conservan todavía los samaritanos en sus ejemplares del Pentateuco.

Tambien se atribuye á Moisés el libro de Job, y además el libro de «las Guerras del Señor,» que se ha perdido, pero que se cita en el libro de los Números (xxi, 14). Tambien pudo haberle escrito otra persona.

JOSUÉ.

1605. Josué sucede á Moisés en el cargo de dirigir al pueblo de Israel. El Señor se le aparece, prometiéndole estar con él como con Moisés. Antes de pasar el Jordan, Josué envia dos exploradores á la tierra de Canaan, para reconocer el país. Llegados que hubieron á Jericó, van á parar á casa de Raab, mujer pública, que puede significar acaso posadera. Sabe el rey de Jericó su llegada y trata de prenderles, pero Raab los oculta en su casa, facilitando luego su evasion mediante la promesa que la hicieron de salvarla con sus parientes cuando entrarian en la ciudad á saco. Mas adelante casó con el israelita Salmon, uno de los ascendientes de Jesucristo.

El dia 10 de nisan, precedidos los israelitas de larca que llevaban los sacerdotes, entraron en el Jordan, cuyas aguas se dividieron milagrosamente en aquel punto para dejar el paso libre, bien que vinieran entónces muy crecidas, y hasta salidas de madre. Al llegar á Gálgala, Josué hace circuncidar con cuchillos de pedernal á todos los varones, pues durante todo el tiempo en que habian estado en el desierto no habia habido circuncision.

El 14 del mismo mes celebran la pascua de Gálgala, á los cuarenta años cabales de la celebrada por sus padres en Egipto. Al dia siguiente comenzaron á comer frutos del país, y cesaron de alimentarse de maná.

El ejército israelita sigue hasta Jericó, cuyos muros vienen al suelo al sonido de las trompetas, después de haberlas dado vuelta en silencio durante siete dias consecutivos, segun lo habia prescrito Dios á Josué. Sus habitantes fueron pasados á cuchillo, menos Raab y su familia, degollados los animales, y el oro y la plata se consagró al Señor, con prohibicion absoluta de quedarse con la menor parte de esos metales. La ciudad fué dada á las llamas, maldiciendo de antemano al que quisiera reedificarla algun dia. En el reinado de Josafat, rey de Judá, se verá el efecto de la maldicion sobre la casa de Hiel. Josué destaca tres mil hombres para ir á sitiar á Hai. Quedaron derrotados, y por lo mismo consternado todo el ejército al saberlo. Consultado el Señor sobre esta desgracia por Josué, le responde que era debida á haber escondido un israelita en el saco de Jericó ciertas cosas por codicia, contra su voluntad expresa. Se echan suertes para descubrir al culpable, llamado Acan, y confiesa su falta. Fué preso inmediatamente con su mujer e hijos, y murió apedreado.

Salen luego contra Hai, tomándola por medio de un ardid de guerra. El rey de Hai cae prisionero, y Josué le condena á morir en un patíbulo.

Confederacion de los reyes de Canaan contra los hebreos, siendo el alma de ella Jabin, rey de Asor. — Reunido su ejército junto al lago de Semecon, situado entre el punto donde nace el Jordan y el lago de Tiberiade, Josué les sale al encuentro, y después de vencerlos, los persigue hasta la gran ciudad de Sidon y los campos de Masfa. Revuelve en seguida sobre Asor, la toma, y mata á su rey. Mas cautos los gabaonitas van á encontrar á Josué, rotos los vestidos, casi sin calzado de puro viejo, aparentando que venian de muy lejanas tierras para entablar alianza con un conquistador tan afamado como él. Accede Josué á sus deseos, pero luego que supo que le habian engañado, sin querer exterminarlos por no faltar al pacto de alianza que habia jurado, los condena á una especie de esclavitud á fin de que no quedase impune la mentira. Y dieron á los de Gabaon el nombre de «natineos,» es decir, «donados.»

Adonisedec, rey de Jerusalen, y otros cuatro reyes cananeos, salen á campaña contra los gabaonitas, á fin de castigarlos por el arreglo particular que habian hecho con los de Israel. Corre Josué en su auxilio, y hace trizas el ejército de los cinco reyes. Dios envia sobre los fugitivos una lluvia de piedras que aumentaron la matanza. Paráronse el sol y la luna á la órden de Josué, á fin de que tuviese mas tiempo para exterminar al enemigo (1). Después de la victoria, manda

(1) Al principio el Pentateuco no formaba mas que un solo libro. Los setenta intérpretes le dividieron en cinco libros, llamándole «Pentateuco», ó sea coleccion de cinco volúmenes, y dando á cada volúmen su nombre particular. Los judíos le han conservado el primitivo nombre de «Thora», que significa «ley», distribuyéndole en secciones para leer parte del Pentateuco en todas las semanas del año.

(1) Contra este milagro se hace la objecion siguiente: «Es evidente que parado el curso del sol y de la luna, hubo de variar la hora de las mareas. Su situacion con respecto á los demas astros hubo de variar tambien, y por fuerza hubieron de parar igualmente en su curso los demas planetas. Suspenso el movimiento de proyeccion y de gravitacion en todos los astros, se resentirian igualmente los cometas; y todo esto para acabar con algunos infelices que ya iban sucumbiendo bajo una lluvia de piedras.» (Cartas sobre los

sacar á los cinco reyes de una cueva en que se habian refugiado, y murieron en presencia del ejército israelita, dejando sus cuerpos todo el dia en el patíbulo. Durante seis años seguidos alcanzó Josué otras victorias en la tierra de Canaan. Los israelitas vencieron hasta treinta y un reyes, ya á las órdenes de Moisés, ya á las de Josué. El Señor habia dispuesto que las ciudades conquistadas por Josué lo fuesen espada en mano, endureciendo su corazon contra los israelitas, para que estos pudiesen exterminarlos sin remordimiento, segun las órdenes del Señor. Se echa de ver que esos pueblos se servian de carros armados con haces (Josué XVII, 16), uso que duró muchos siglos en oriente. Con todo, no todas las gentes conquistadas por Josué fueron exterminadas, solo lo fueron las que le resistieron con armas. Otras tomaron el partido de huir, yendo á establecerse en otras regiones (1).

Á principios de otoño Dios ordena á Josué que fije los límites de la tierra prometida, ó del país de Canaan. Escoge tres individuos de cada tribu para hacer el repartimiento, que no estuvo concluido hasta el siguiente año, y aun tal vez hasta mas tarde. Le erigió el tabernáculo en Silo, perteneciente á la tribu de Efraim, en el país de Siquem. Designadas por Josué las ciudades del asilo, tres aquende el Jordan, y tres allende, dió las cuarenta y ocho á los levitas segun la órden de Moisés, no habiéndose esta disposicion observado rigurosamente, ya porque no fuese la tribu de Leví bastante numerosa para ocuparlas todas, ya porque no hubiese tan pronto las suficientes ciudades para las demás. Ello es que los levitas vivieron en las ciudades que se les señalaron, sin que saliesen los que ya moraban en ellas (Véase Calmet).

Acabada la conquista de Canaan, Josué despide á las dos tribus de Gad y de Ruben, con la media tribu de Manasés, que habian tomado asiento mas allá del Jordan, felicitándolas por lo bien que se habian portado en la guerra. Las dos tribus y media erigen, al estar en su país, un altar de dimensiones colosales en la ribera del Jordan. Estrañáronlo los israelitas de Canaan, y mandaron diputados para que dijeran si esto indicaba apostasía. Las dos tribus y media dicen que no habian levantado el altar para inmolar víctimas, y que tan solo habia de servir de monumento perpétuo que atestiguase su union indisoluble con los demás israelitas de mas allá del rio.

1580. Reune Josué á los principales de las tribus en Silo, y recordándoles los beneficios del Señor, les predice males sin cuento si abandonan su ley. Fallece á los ciento y diez años de edad, y le sepultan en Tammat-Saré, en la montaña de Efraim, al norte del monte Gaas. No están unánimes los cronólogos relativamente al tiempo que vivió Josué, despues de muerto Moisés. Nosotros seguimos á Josefo el cual escribe que, despues de la muerte de Moisés, acaudilló el pueblo durante veinte y cinco años. Del mismo sentir es Julio Africano citado por Eusebio (Prepar. Evang. lib. XC. 10.) (1). Ningun israelita tuvo con Moisés tanta intimidad como Josué. Él le acompañó al Sinaí para recibir de mano del Señor las tablas de la ley; seguia á Moisés cuando este iba á pedir inspiraciones al Señor en el tabernáculo. Josué gobernó al pueblo con la misma sabiduría que el santo legislador (2).

Los restos de Josué están enterrados en Siquem, y en el mismo sitio lo fueron los de los demás patriarcas, hijos de Jacob y hermanos de José segun lo atestigua san Estéban (Act. VII, 16), y nó en Hebron, como dice el historiador Josefo, no vacilando en afirmar que todavía se veian en su tiempo los sepulcros.

GOBIERNO DE LOS ANCIANOS.

1580. Muerto Josué, creóse, segun la órden de Moisés, y probablemente del mismo Josué, un consejo de ancianos llamado en hebreo SOFETIM, para la gobernacion del pueblo de Israel. Cada ciudad tuvo además sus magistrados particulares, con los correspondientes

---

milagros, pág. 29, edic. francesa.) Respuesta. Primeramente, bastó para que se efectuara el milagro, detener el movimiento diurno de la tierra, ó disminuir su velocidad; esto ocasionó el retraso del de la luna, y pudo así continuar la claridad. ¿Qué importa la variacion de la hora en el flujo y reflujo? Todos los dias varian de algunos minutos. En segundo lugar, aun cuando en la situacion respectiva de los demás astros hubiese habido alguna alteracion por espacio de algunas horas, esto no hubiera dado lugar á ningun cataclismo, á bien que no se probará jamás que el movimiento del sol y la luna no pueda suspenderse sin que cese inmediatamente el de los otros globos. Pues qué, ¿Dios no es dueño de tocar su misma obra sin desordenarlo luego todo? Por fin, el milagro no se hizo tan solo para acabar con algunos infelices, y convencer á los hebreos de que Dios les protegia patentemente, sino además para dar á entender á los cananeos quién era el verdadero soberano del mundo ó de la naturaleza, y manifestarles lo absurdo de su culto y de su resistencia, y facilitarles ocasion de salvarse de su ruina total con ese conocimiento. Si permanecieron en su obstinacion, ellos tuvieron la culpa. (Bergier. Traité de la vraie Religion, tom. 1.º pág. 28.) Véase igualmente, acerca de este milagro, la disertacion preliminar de Calmet en su comentario sobre Josué.

(1) Dice Procopio (de bell. vandal, lib. 2, cap. 10), que al presentarse Josué á la cabeza de los hebreos en las fronteras de la Palestina, los gergeseos, los sebuceos y otros pueblos de aquella region, no pudiendo resistirle, abandonaron su patria y fuéron á establecerse en Egipto, y que, hallándose despues muy aumentada la poblacion, pasaron á poblar el Africa hasta las columnas de Hércules.

(1) No señala la Escritura á punto fijo la duracion del gobierno de Josué, pero Josefo dice expresamente que gobernó veinte y cinco años. A la autoridad de Josefo puede añadirse el extracto de una crónica de los samaritanos, la cual Escaligero encontró traducida en arábigo. Léese en ese extracto que «en el año 65 del Éxodo (salida), murió Josué á los ciento veinte años de edad, despues de haber regido á Israel por espacio de veinte y cinco años y algunos meses.»

(2) Para justificacion de las promesas que hizo el Señor á los israelitas por boca de Moisés, conviene dar á conocer el país en cuya posesion los puso Josué. ¿La tierra de Canaan, llamada ahora la Palestina, era, segun decia Moisés, tierra que manase leche y miel? Sin duda que sí, pues la regaban buenas aguas que, bajando de los montes, fertilizaban los valles, junto con los rocíos abundantes, y las lluvias periódicas de la primavera y del otoño. El suelo era ligero y de fácil cultivo. Hasta con asnos podia removerse. Producia en abundancia trigo, cebada, arroz y otros granos. Sus vinos eran celebrados en el extranjero, siendo los de mas nombradía los de Gaza, de Ascalon, y de Sarepta. No escaseaban las aceitunas, nueces, dátiles, higos, granadas y otros frutos. Hallábase la miel en las grietas de las piedras y en los árboles, y aun modernamente, segun dice Maundrell, en los llanos próximos al mar se siente olor de cera y de miel, como junto á enjambres de abejas que están en sus panales. Toda clase de ganado pastaba holgadamente en sus praderas. El país daba los perfumes mas suaves, y en particular el bálsamo de Jericó. El Jordan, el lago de Genesaret y las riberas del mar, abundaban en pescado. Habia lana, algodon y lino. Tenian en el lago Asfaltides toda la sal que podian necesitar, y, segun Galeno, era la mejor que pudiera desearse. Por fin, el clima era sano. Y en efecto, por fuerza habia de ser rica la tierra de Canaan, pues, sobre no tener mas que unas cuarenta leguas de longitud con unas veinte de latitud, bastaba para alimentar á israelitas y cananeos. Con todo, al ver su estado actual, es difícil reconocer la tierra tan afortunada antiguamente. Y todo consiste sin embargo en que antes hasta los montes se cultivaban cuidadosamente, mientras que ahora está todo abandonado por la indolencia de sus habitantes. Todavía se conservan señales evidentes del cultivo de unas montañas que actualmente vemos completamente áridas. Añádase que los pueblos de oriente son naturalmente sobrios, y se comprenderá muy bien lo que mirado superficialmente parece tan fuera de nuestro alcance.

ejecutores de los mandatos judiciales, llamados « soterin, » segun así lo entienden los judíos. Tambien dice la tradicion de los mismos que en cada ciudad habia veinte y tres jueces, debiendo estar reunidos todos para las sentencias á muerte, y siendo suficientes tres para negocios pecuniarios y otros menos importantes. La audiencia estaba á la puerta de la ciudad, por ser este el punto mas cómodo para hombres dedicados á trabajos del campo. Y no debe extrañarse que trabajasen en el campo y viviesen en la ciudad, pues, como dice Fleuri, no eran ciudades populosas como las nuestras, sino poblaciones que no tenian mas gente que la necesaria para el cultivo de su término. De ahí el ser tan numerosas. Solo á la tribu de Judá le tocaron ciento quince por su parte cuando la reparticion, sin las aldeas que cada una tenia bajo de su dependencia. Aquellas ciudades eran pues pequeñas y muy inmediatas entre sí, á manera de pueblos amurallados.

Apesar de sus victorias, todavía le habia quedado á Josué mucho que conquistar en la tierra de Canaan; y consultado el Señor por las doce tribus, nombra á la de Judá para ponerse al frente contra el enemigo comun. Judá se reune con Simeon, y las dos tribus vencen á los jebuseos cerca de Bezec, no lejos del Jordan, haciendo prisionero á su rey Adonibesec, á quien cortaron las extremidades de las manos y de los piés: este príncipe habia dado á setenta reyes un trato igual, teniéndoles luego debajo la mesa á comer lo que sobraba de sus platos. Á fin de destruir enteramente á los jebuseos, solo faltaba tomar á Jerusalen, capital en que se habian encerrado. Las tribus de Judá y de Benjamin van á embestirla, y ganan la parte baja de la ciudad que reducen á cenizas; pero la resistencia de la parte alta les hace desmayar. Consienten en que sus antiguos habitantes se queden con ella, pero se establecen ellos en la baja despues de edificarla de nuevo.

Los de la tribu de Judá se apoderaron de otras varias poblaciones, sometiendo el país de las montañas. Pero, no consiguieron echar de sus calles á los habitantes, por no tener en el Señor la fé suficiente para emprender la conquista.

La familia de José conquistó por su parte á Betél ó Luza, pasando sus moradores á cuchillo. Las tribus de Manasés, de Zabulon, de Azer y de Neftalí, no hicieron lo mismo con las ciudades que dominaron. Prefirieron tener por tributarios á sus habitantes, sin exterminarlos segun la órden del Señor. Con el tiempo hubieron de arrepentirse de ello, pues despues fueron tiranizados por los mismos á quienes salvaron las vidas, segun así se lo predijo un ángel enviado de Dios.

Los cineos, descendientes de Jetró, suegro de Moisés, que habian seguido á los israelitas á la tierra de Canaan, se establecen en medio de la tribu de Judá.

Primera guerra de Israel con motivo de lo que vamos á decir. Viajaba un levita con su mujer, y llegó al anochecer á Gabaa, ciudad de los benjamitas, parando en casa de un anciano que le dió hospitalidad. Al saber los jóvenes de la poblacion que habia llegado un forastero, se reunieron enfrente de la casa, y luego la cercaron pidiendo á voces que les fuese entregado para abusar de él infamemente. No pudiendo el anciano disuadirles de sus torpes intentos, les entrega la mujer del levita en vez del pobre marido. Después de servirles de juguete durante toda la noche, cayó muerta al rayar el dia delante de la puerta de su huésped. El marido partió el cadáver en doce partes, enviando una á cada tribu. Inmediatamente se congregaron en Masfat ó Masfa las once tribus que no tenian la menor parte en el crímen, resolviendo vengarse de la otra, y poniéndose al frente la tribu de Judá. En los dos primeros combates los benjamitas vencieron, pero al tercero quedó casi destruida toda la tribu de Benjamin. No se sabe de fijo cuando esto sucedió, poniéndolo la Escritura despues de la muerte de Sanson. Pero, basta una circunstancia para decidir la cuestion. Fineo, hijo de Eleazar, y nieto de Aaron, era en aquel tiempo gran sacerdote. (Lib. de los jueces, xx, 28.) Luego el acontecimiento se realizó durante el gobierno de los ancianos. Tal vez corresponde á la misma época el hecho que la Escritura menciona despues de este. Micas, que vivia en la montaña de Efraim, se hizo un ídolo, le puso en una capillita, y tomó por sacerdote á un jóven levita, llamado Jonatán, descendiente de Moisés por parte de Gerson. Unos aventureros de la tribu de Dan, le quitan el ídolo y el sacerdote, y habiendo conquistado á Lais, que luego llamaron Dan, erigieron un altar á aquella falsa deidad. Creen algunos que Micas no fabricó ningun ídolo, sino un altar portátil, dedicado al Dios verdadero: semejante al que estaba delante del tabernáculo. De todos modos, esto dió ocasion á extravíos por parte de los israelitas. Los pueblos de las cercanías, en vez de ir á adorar al Señor á Silo, que estaba distante, iban á Dan, durando esa mala costumbre mientras el arca estuvo en Silo.

Fin del gobierno de los ancianos, después de durar diez y ocho años, segun el historiador Josefo.

PRIMERA ESCLAVITUD.

1362. Muertos los ancianos que habian vivido en tiempo de Moisés, olvidan los israelitas al Señor y á su ley. No solo dejan de exterminar á los pueblos señalados por el Señor, sino que entran con ellos en relaciones de amistad, y se emparentan con los mismos casando con sus hijas, hasta ir á parar á la idolatría como ellos. Dios los somete en castigo á Chuzan-Rasataim, rey de Mesopotamia, y le estuvieron sujetos por espacio de ocho años.

GOBIERNO DE LOS JUECES.

OTONIEL.

1354. En su opresion los israelitas se acuerdan del Señor, que les envia á Otoniel, hijo de Cenez, hermano menor de Caleb, quien era tio y suegro á un tiempo de Otoniel. Gobernó el pueblo con el dictado de juez, y poco mas ó menos con la autoridad que tuvieron los cónsules en Roma, los reyes en Lacedemonia, y los suffetas en Cartago. Es decir, que la forma de aquel gobierno era republicana. Chuzan fué vencido por Otoniel, y los israelitas quedaron libertados. El espíritu del Señor estuvo con Otoniel, y fué juez de los israelitas por espacio de cuarenta años.

SEGUNDA ESCLAVITUD.

1314. Siguiendo los israelitas en sus transgresiones de la Santa Ley, quedan avasallados por Eglón, rey de los moabitas. Los tuvo sujetos durante diez y ocho años.

AHOD.

1296. Conmovido el Señor con los lamentos de los israelitas, les suscitó un libertador llamado Ahod, hijo de Gera, de la tribu de Benjamin. Ahod era ambidextro.

Trajo un dia el tributo de los israelitas al rey de Moab, y llamándole aparte, so color de comunicarle un secreto importante, saca de debajo el vestido una daga de dos cortes, se la sepulta en el vientre, y al verle tendido muerto en el suelo, sale, cierra la puerta y huye (1). Llegado que hubo á la montaña de Efraim, convocó á los israelitas, y á su cabeza persiguió á los moabitas dispersos por la tierra de Israel, matando hasta diez mil. Ahod fué magistrado supremo de Israel, procurándole un sosiego que duró ochenta años.

SAMGAR.

1416. Samgar reemplaza á Ahod, después de un combate en que mató á 600 filisteos con una reja de arado, ó con una gran aijada, que así puede entenderse segun el texto hebreo. Es de suponer que no tenia otras armas por habérselas arrebatado los filisteos, y prohibido su uso. Samgar murió en el mismo año.

TERCERA ESCLAVITUD.

1416. Como, muerto Ahod, volvieran los israelitas á sus iniquidades, Dios los somete á Jabin, rey cananeo reinante en Azor. Era príncipe poderoso, y tenia nuevecientos carros falcados, con la tropa correspondiente. El general de Jabin se llamaba Sísara. Durante veinte años tuvo oprimidos á los de Israel. Se dirigieron al Señor, y sus preces fueron oidas.

DÉBORA.

1396. Habia en Israel una profetisa llamada Débora, mujer de Lapidot, la que regia á los israelitas entre Rama y Betel, en el monte de Efraim. El pueblo acudia á ella en sus litigios por el respeto que la merecia, y porque entre los hebreos podian las mujeres ejercer oficiosamente funciones de juez (Calmet).

Débora envia á llamar á Barac de Neftalí, y parte con él hácia el Tabór á la cabeza de diez mil hombres. Sísara les salió al encuentro al pié de ese monte, y junto al torrente de Cison quedó derrotado, teniendo que saltar de su carro y escapar solo. Mientras que seguia la persecucion y la matanza de los suyos, fué á ocultarse en la tienda de Jahel, mujer de Haber, que era cineo, y vivia en paz con Jabin. Rendido Sísara de cansancio y de sed, Jahel le da un poco de leche, cubriéndole luego con ropa, y le hunde un clavo en la cabeza mientras estaba durmiendo. Inmediatamente fué á comunicar á Barac la muerte de Sísara. Animados con esta victoria los hijos de Israel, siguieron en su empresa contra Jabin, y acabaron por destruirle del todo. Lo mas de notar en esa guerra es que los israelitas carecian de buenas armas. No tenian escudos ni lanzas, de lo cual se infiere que entónces los hebreos no las fabricaban, ó que las fabricaban muy mal.

CUARTA ESCLAVITUD.

1356. Después de cuarenta años de libertad, airado el Señor contra los de Israel por sus nuevas infidelidades, los dejó caer en poder de los madianitas, quienes los oprimieron durante siete años. Á tal extremo se vieron reducidos, que hubieron de salir de sus casas y refugiarse en cuevas en las montañas; fortificándose allí con sus familias, y viviendo con lo poco que dejaban en sus campos los madianitas.

GEDEON.

1349. Los israelitas invocan al Señor, el cual les envia un profeta, y les echa en cara su ingratitud y su perversidad. Poco después se aparece un ángel á Gedeon (1), hijo de Joas, de la tribu de Manasés. Gedeon estaba trillando, y el ángel le anuncia que libertará á Israel. Le pidió Gedeon una señal á fin de que pudiese estar bien seguro de que se le confiaba aquella mision, y el ángel tocó con un báculo la carne de cabrito y los panes ázimos que Gedeon habia puesto sobre una piedra como en sacrificio, y al instante salió una llama que consumió la ofrenda, desapareciendo en esto el ángel. Sobre la misma piedra ofrece Gedeon un sacrificio al Señor, y destruye el altar de Baal en el bosquecillo que le estaba consagrado.

Los madianitas y amalecitas, junto con otros pueblos, fueron á acampar al valle de Jesrael. Pero, el espíritu de Dios se habia apoderado de Gedeon, y tocando este la trompeta, junta un ejército de treinta y dos mil hombres, y sale contra el enemigo que ascendia al número de ciento veinte mil campeones hácia los lindes de Harad. No quiso Dios sin embargo que Gedeon acometiese con sus treinta y dos mil hombres, y dió una señal á aquel caudillo para que pudiese reconocer á los escogidos, que solo fueron trescientos. Los armó con trompetas y vasijas de barro dentro de las cuales puso teas encendidas, y entrando de noche en el campo enemigo, al sonido de las trompetas, todo fué espanto, principalmente al ver además tantas luces, pues habia hecho romper las vasijas. Los enemigos en medio de tanta turbacion se mataban entre sí, huyendo los que no quedaron tendidos allí mismo. En esto, los israelitas de las tribus de Aser y de Neftalí, y toda la de Manasés, los persiguen hasta el Jordan, hacen prisioneros á Oreb y á Zeb, dos jefes suyos, á quienes dieron muerte, después de hacer trizas el resto del ejército enemigo.

Gedeon castiga luego á los principales de Soccot, con espinas y abrojos segun la Vulgata, por haberle negado pan para su gente; y, segun el hebreo, lo hizo para que les sirviera de correccion. Después arrasó la torre de Fanuel, y pasó á cuchillo á los moradores de la poblacion por no haber querido darle víveres imitando á los de Soccot, solo que se negaron sin duda con mayor insolencia. Trás de esto mandó matar á Zebeo y á Salmana, otros dos caudillos madianitas, que habia cogido prisioneros.

Mirando los israelitas á Gedeon como á su verdadero libertador, le piden que sea su rey, con poder hereditario, pero él les contesta: « No seré yo príncipe vuestro, ni tampoco lo será mi hijo, sino que será el Señor quien reine sobre vosotros. » Solo les pide los zarcillos de oro arrebatados al enemigo, ha-

(1) Ahod no merece el nombre de regicida. ¿En dónde está el tratado en el cual hubieran los hebreos reconocido á Eglon por soberano? Era Eglon un opresor, cuyo derecho adquirido por la fuerza solo podria legitimarse con una sumision voluntaria á su autoridad, y esta sumision no existia, pues era meramente forzosa. A mas de que, la Escritura no propone por modelo á Ahod, y aunque diga que suscitó un libertador á los hebreos, no quiere esto decir que le inspirase el asesinato y la mentira. Lo que se cita como un rasgo de valor, no siempre se entiende que sea un acto de justicia (Bergier.).

(1) A Gedeon se le nombra muchas veces en la Escritura Jerobaal ó Jerubbaal. Proviene esto de la siguiente aventura: Habiendo derribado en Efra el altar de Baal, que cabalmente pertenecia á su mismo padre Joa, los vecinos, al saber que era Gedeon, pidieron á su padre que se lo entregase para darle muerte. Joas les respondió: «¿Pues qué, sois vosotros los vengadores de Baal, para combatir por él?..... Si Baal es Dios vénguese él mismo del que ha destruido el altar.» Desde entonces fué llamado Jerobaal, que equivale á decir: « el que litiga con Baal. » (Judic. VI, 32).



JEFTÉ VOLVIENDO VICTORIOSO.

ciendo luego un efod, ornamento sacerdotal, y poniéndole en Efra, que era su patria. Esto hizo caer de nuevo á Israel, pues ocasionó el olvido del tabernáculo por parte del pueblo, dimanando de esto la ruina de la familia de Gedeon.

ABIMELEC.

1309. Abimelec, hijo de Gedeon, pero nacido de una concubina ó esclava suya, llamada Druma, natural de Siquem, induce á los habitantes de esta ciudad á que le nombren jefe supremo con preferencia á sus hermanos que eran setenta. Levanta un ejército, se pone á su cabeza, y va á la casa de su padre á degollar sobre una misma piedra á todos sus hermanos menos á Joatan que era el mas jóven, á quien pudieron ocultar para librarse de su crueldad. Después los siquemitas nombraron juez supremo ó rey, debajo de una encina, á Abimelec, con la esperanza de que los israelitas todos aprobarian la eleccion.

Desde la cumbre de Garizim, montaña próxima al sitio en que proclamaban á Abimelec, Joatan presenciaba la escena, y después de reconvenir á los siquemitas por su ingratitud con Gedeon, su crueldad con su familia, y por el acto que acababan de hacer, huyó precipitadamente, y se fué á vivir á Bora.

Por espacio de tres años gobernó tranquilamente Abimelec en Siquem. Pero, cansados de su administracion los siquemitas, se le rebelan durante su ausencia, armándole celadas para asesinarle á la vuelta. Zebul, á quien Abimelec habia dejado de gobernador en Siquem, le da parte de lo que estaba pasando, y á la vuelta, derrota por dos veces á los siquemitas, y luego toma por asalto la ciudad, arrasándola hasta en sus cimientos, y sembrándola de sal, después de pasar sus habitantes á cuchillo. Solo quedaba un torreon muy fuerte, dentro del cual estaba el templo de Baal-Berit, deidad de los cananeos. Los que pudieron salvarse de las armas de Abimelec se habian refugiado en el torreon, y él le prendió fuego, devorando las llamas á cuantos se hallaban dentro.

De allí partió para Tebas, poco distante de Siquem, que tambien se le habia insurreccionado, y cuyos principales habitantes se defendian desde una torre almenada que estaba en medio de la poblacion. Como Abimelec fuera al pié de la torre para pegarla fuego él mismo, una mujer le tiró á la cabeza un pedazo de muela, y quedó herido mortalmente. Sintiendo tener que morir de golpe de mujer, dijo á su escudero que le acabase de matar, y este cumplió su mandato.

TOLA.

1306. Tola, hijo de Fúa, hermano uterino de Gedeon, de la tribu de Isacar, fué aclamado juez de Israel después de la muerte de su sobrino Abimelec. Vivia en Samir, situada en el monte Efraim, y juzgó á Israel veinte y tres años.

JAIR.

1283. Jair, de Galaad en la tribu de Manasés, sucedió á Tola, y fué juez veinte y dos años. Tenia treinta hijos que cabalgaban en treinta pollinos, y gobernaban otras tantas poblaciones. Se dice que aquellas caballerías eran propias de la gente principal, segun opina Calmet. Los asnos de la Palestina eran ligeros y briosos, y todavía se ven algunos de esa raza en Arabia y aun en España. Los sarracenos, dice Ehingen (lib. 12, cap. 34), peleaban al principio montados en asnos lo mismo que en caballos los griegos. A Jair le sepultaron en un lugar llamado Camon.

QUINTA ESCLAVITUD.

1261. A fin de castigar á los israelitas por su reincidencia en la idolatría, Dios los entregó á los amonitas por espacio de diez y ocho años. Segun el padre Hubigant, puede ponerse el período de esta esclavitud en el de la gobernacion de Jair, pues no está escrito que les procurase la paz ó el reposo mientras fué su juez. Pero, en primer lugar, se habla de esta esclavitud ú opresion después de la muerte de Jair (Judic. x, 8); y además se lee en el mismo libro de los jueces (cap. 2, vers. 18): « Cuando el Señor les suscitaba jueces, mientras estos vivian se apiadaba de ellos, y oia los gemidos de los atribulados, y los libraba de la crueldad de sus verdugos. » Por consiguiente la opresion de que se trata es posterior á la muerte de Jair, y no debe corresponder á los años de su gobierno.

JEFTÉ.

1243. Tanto claman los israelitas que al fin oye sus plegarias el Señor. Inspira á los de Galaad, los mas expuestos á las correrías de los amonitas, la idea de llamar en su ayuda á Jefté, compatricio suyo, el cual habia tenido que huir de la casa paterna, echándole sus hermanos por haber nacido de una mujer ilegítima, y se hallaba á la sazon acaudillando una partida de aventureros. Jefté envió mensajeros á los amonitas, á fin de que dijeran los motivos que tenian para talar así la tierra de los israelitas. « Es porque, respondió el rey de los amonitas, Israel, al venir de Egipto, se apoderó de mi país desde los términos del Amon hasta Jacob y el Jordan: ahora, pues, restituyemele pacíficamente. » Replica Jefté, por medio de nueva embajada, que la tierra de Israel no habia pertenecido á los amonitas, sino á los amorreos, y que ellos la conquistaron por haberles negado el paso por ella, y además que la tenia por voluntad de Dios. Pues qué, añadia Jefté, ¿no crees tú que se deben á tí de derecho los países que posee tu dios (ó ídolo) Camos? (1). Es pues muy justo que tengamos nosotros lo que el Señor nuestro Dios se ha adquirido con la victoria. » Por fin, Jefté le opone la prescripcion. « Hace ya trescientos años que tenemos esta tierra. ¿Cómo en tanto tiempo nada habeis intentado sobre su restitucion? » (Jud. xi.) Era una triple prescripcion.

Viendo Jefté obstinados á los hijos de Amon, entra con una hueste en su país. A punto de trabarse la refriega, Jefté hace voto al Señor de ofrecerle en holocausto, si vuelve victorioso á su casa, lo primero que al llegar á sus umbrales le saliese al encuentro. Derrota á los amonitas, les toma veinte ciudades, y devasta toda su tierra. De regreso á Masfa, en donde moraba, su hija, que era única, es la primera que se le presenta. Después de permitirla que fuese á la montaña á llorar su virginidad por espacio de dos meses, es lo mas probable que la hizo degollar. Dice la Escritura que no conoció varon. De esto refieren algunos que solo fué condenada á celibato perpétuo. Pero esta opinion está expuesta á sérias dificultades. El historiador Josefo, que es de la opinion contraria, dice que el sacrificio de Jefté « no fué conforme á la ley, ni agradable al Señor. »

(1) « ¿Nonne ea quæ possidet Chamos, Deus tuus, tibi jure debentur? » Claro es que el raciocinio de Jefté es un argumento por « suposicion, » ó como decimos vulgarmente un argumento « ad hominem. » Así explican todos los intérpretes este pasaje. Lejos de establecer ninguna paridad entre el Dios de Israel y los de otras naciones, los verdaderos hebreos siempre han tenido á estos últimos por « ídolos vanos, » que así califica la Escritura á Camos y á Moloc.

Envidiosos los de la tribu de Efraim de la gloria adquirida por Jefté, le dicen coléricos porqué no les llamó para salir contra el enemigo comun. Jefté procura calmarlos, pero en vano, y comienzan á correr la tierra. Se pone Jefté á la cabeza de alguna gente y los derrota. Los fugitivos del bando efraimita habian de pasar el Jordan para volver á sus casas, y los vencedores se apostaron en los vados, resueltos á no dar cuartel á ninguno por los feos dichos que habian soltado contra su jefe. Los de mas allá del rio, en vez de decir «schibboleth,» que significa «espiga,» pronunciaban «Sibboleth:» y el efratio (ó efraimita) que se presentaba era reconocido en esto, y acuchillado al instante.

Jefté murió después de gobernar seis años. San Pablo (Heb. n) le pone en el número de los héroes de Israel, pero nó con motivo del sacrificio de su hija, del que nada dice, bien que habla del de Abrahan.

ABESAN.

1237. Abesan, natural de Belen, sucedió en la suprema magistratura á Jefté. Tuvo treinta hijos y treinta hijas, casándolas á todas, igualmente que á todos los hijos. Murió después de ser juez nueve años, y fué enterrado en Belen.

AHIALON.

1230. Ahialon, de la tribu de Zabulon, sucedió á Abesan, y tuvo el gobierno diez años. Le enterraron en Zabulon.

ABDON.

1220. Abdon, hijo de Illel de Taraton, fué el sucesor de Ahialon. Tuvo cuarenta hijos y treinta nietos, que todos cabalgaban en pollinos. La Escritura indica con esto que eran todos ricos y considerados. Abdon gobernó ocho años en Israel, y fué enterrado en Taraton, en tierra de Efraim, en el monte Amalec, cuya situacion se ignora.

Poco mas ó menos en este tiempo, obligado Elimelec á salir de su patria, que era Belen, con motivo de una carestía, fué á tierra de Moab con su mujer Noemí y sus dos hijos Chelion y Mahalon. Allí murió, siguiéndole al sepulcro, sin dejar descendencia, sus dos hijos que habian casado con dos mujeres de aquel país, llamadas una Orfa y la otra Rut. Al verse Noemí sola con sus dos nueras, trató de volverse á su país natal. Rut, movida de un cariño inspirado de Dios, quiso seguirla apesar de todas las observaciones de Noemí, asegurando que no queria tener mas Dios que el de su suegra, ni tampoco otra vivienda. Al llegar á Belen, Noemí quiso que casara con Booz, hijo (ó solo procedente) de Salmon y de Raab, por ser el deudo mas cercano de Chelion, su primer marido. De este enlace salió Obed, que tuvo un hijo llamado Isai ó Jessé, padre de David.

SEXTA ESCLAVITUD.

1212. Los hijos de Israel cayeron por sus nuevos crímenes bajo el yugo de los filisteos, y estuvieron esclavizados durante cuarenta años.

1192. Aparécese un ángel á la mujer de Manué, de la tribu de Dan, y le predice que tendrá un hijo, bien que hasta entónces fuera estéril. Se aparece de nuevo al marido y á la mujer juntos, elevándose hácia el Señor con la llama del sacrificio que ofrecieron.

1191. Nace á Manué un hijo, y le llama Sanson. El niño fué criado y educado, segun el precepto del ángel, como un nazareno, que significa especialmente consagrado al Señor, sin que probara bebidas fermentadas, y dejando crecer sus cabellos sin cortarlos. A medida que iba creciendo, Dios le iba dando una fuerza física extraordinaria.

SANSON.

1172. Iba Sanson á Tamnata, ciudad de los filisteos, á fin de ver á una jóven á quien amaba, cuando en el camino mató á un leon cachorro. Volviendo á Tamnata para casarse ya con la filistea, encontró un enjambre de abejas con un panal en la boca del leon muerto. Propuso lo ocurrido en forma de enigma á los convidados de la boda, quienes consiguieron explicarle, por debilidad de su mujer, á quien á fuerza de instancias habia manifestado el secreto. Como se habia hecho una apuesta de treinta vestidos sobre la interpretacion del enigma, Sanson tuvo que pagarlos. Irritado sobremanera por la pérdida, va á Ascalon, y mata á treinta hombres, con cuyos despojos desempeñó su palabra.

Habiendo ido Sanson á ver á su filistea, se encontró con que su padre la habia casado con otro. En venganza del ultraje, coje trescientas raposas, y atándolas apareadas cola con cola, ligó teas encendidas en medio, las soltó en medio de las mieses de los filisteos, y propagó de tal suerte las llamas, que hasta se quemaron las viñas. Al saber los filisteos la causa de la ira de Sanson, que tanto daño acaba de causarles, cojen á aquella mujer junto con el padre, y los queman vivos. No dándose todavía Sanson por satisfecho, salió al encuentro de los filisteos, é hizo en ellos gran matanza. Pero, tres mil hombres de la tribu de Judá, amilanados ante los filisteos, les entregan á Sanson atado con cuerdas nuevas. Sanson rompe sus ligaduras, y con una quijada de asno que por casualidad halló á mano, mató á mil filisteos. Pasado esto, llegó un dia, al caer de la tarde, á Gaza, una de las cinco capitales de los filisteos. Pensaron sus habitantes que no se les habia de escapar, y cerraron inmediatamente las puertas de su ciudad. Sanson se levantó de noche, y arrancando las dos hojas de una puerta, bien que guardada por centinelas, se las llevó en hombros con cerrojos y goznes hasta la cima de un monte. Enamoróse luego de otra filistea llamada Dalila (Amat pone Dálila). Esa mujer consigue descubrir á fuerza de ruegos y falsas caricias el secreto de su fuerza, declarándole Sanson que proviene de los cabellos. Dalila se los corta mientras estaba durmiendo con la cabeza reclinada en su regazo; entregándole luego á los filisteos que le sacaron los ojos, y le condenaron á mover la rueda de una tahona dentro de la cárcel.

Cierto dia en que los principales filisteos se hallaban reunidos en un espacioso edificio público de Gaza, mandaron traer á Sanson para que les sirviese de juguete, y objeto de mofa. Ya le habian renacido un poco los cabellos, y determinó vengarse una vez para siempre. Servíale de guia un niño, y le dice que le ponga arrimado junto á dos columnas que sostenian todo el edificio, para que pudiese descansar un poco. Entónces, invocando al Señor, y cogiendo con cada brazo una columna, da una sacudida, y viene abajo todo el edificio, sepultándose á sí mismo en las ruinas, pero aplastando al mismo tiempo mas filisteos que no habia muerto en su vida. Así murió Sanson. Habia gobernado á Israel veinte años. A aquel á quien pareciere harto sorprendente, dice Calmet, que un templo pudiera estribar en dos columnas, puede advertírsele que se ha visto el teatro de Roma sostenido sobre un solo quicio, y entre dos el anfiteatro.

« Ecce populus romanos universus, » dice Plinio (lib. XXXVI, cap. 15) « velut duobus navijiis impósitus, binis cardinibus sustinetur. » La parentela de Sanson fué á Gaza y se llevó el cuerpo, encerrándole en el sepulcro de su padre entre Saraa y Estaol.

HELÍ.

1152. Helí, que era gran sacerdote y descendia de Itamar, fué nombrado juez después de muerto Sanson. Muchos dicen que fué juez Sanson junto con Helí. Pero, no se alcanzan los motivos que pueden existir para esta opinion. Cuando la Escritura habla de Sanson no mienta ni una sola vez á Helí, principiándose á hablar de él en el libro primero de los Reyes.

Milagroso fué el nacimiento de Samuel hijo de Elcana, levita, de la familia de Coré, y de Ana, en Ramataim Sofim de las montañas de Efraim. Es consagrado al Señor desde su niñez, y educado en Silo en el mismo templo ó tabernáculo, comenzando á servir á doce años vestido con un « efod » de lino.

La avaricia é impiedad de los dos hijos de Helí, Ofni y Finéez llegan á cansar al Señor, el cual envia un profeta á Helí para anunciarle que su casa queda reprobada, que pronto morirán sus dos hijos en un mismo dia, que será castigado él tambien por su tolerancia con ellos, y que el sumo sacerdocio saldrá de su casa para no volver á ella, todo lo cual se cumplió, como veremos en el reinado de Salomon. Helí era el primer sumo sacerdote de su familia. Se ignora cómo pasó esta dignidad de la rama de Eleazar á la de Itamar.

El Señor revela de noche al jóven Samuel, que dormia junto á Helí cerca del tabernáculo, que se acerca la hora de ejecutar la sentencia que tiene pronunciada contra la casa del sumo sacerdote.

Guerra de los filisteos contra los israelitas en el año cuadragésimo de la magistratura de Helí, quedando los segundos vencidos entre Afec, en donde habian acampado los filisteos, y Eben Ezer que llamaron después « la piedra del socorro, » con pérdida de cuatro mil hombres. Resuelven los israelitas, en vista de la derrota, traer de Silo el arca de la alianza al campamento, pero quedan vencidos en una nueva batalla en la que perdieron treinta mil hombres, cayendo además el arca en poder del enemigo. Al saber Helí la pérdida del arca, cae repentinamente de su asiento, y muere de la caida á los noventa y ocho años de su edad, y á los cuarenta de su magistratura. Así terminaron los dias de aquel varon, venerable por su piedad, desgraciado por el crímen de sus hijos. La mujer de su hijo Finéez estaba en cinta y cercana al parto: dió á luz un hijo y espiró casi al mismo tiempo que su suegro.

ACHITOB.

1112. Achitob, hijo de Finéez, sucede á su abuelo Helí en el sumo sacerdocio. Dueños los filisteos del arca del Señor, la llevan á Azot, colocándola en el templo de su dios llamado Dagon (1). Dos veces seguidas cayó el ídolo Dagon, hallándose de repente plagados de enfermedades secretas (almorranas) los filisteos, que al cabo de siete meses se deciden á devolver el arca á Israel. Dos vacas que tiraban, sin que nadie las condujera, el carro en que iba el arca, toman el camino de Betsames, poblacion de la tribu de Judá, siguiendo adelante apesar de estar mugiendo de continuo por haber quedado encerrados sus ternerillos. No pararon hasta llegar á un campo del betsamita Josué. Era entónces el tiempo de la siega, y por lo mismo estaba la gente por los campos, acudiendo alborozada para ver el arca. Bajan el arca del carro, y la ponen sobre una gran piedra, y luego unos levitas (Betsames era ciudad suya) hacen pedazos el carro, y pegándoles fuego, inmolan las vacas, y las ofrecen en holocausto al Señor. Era esto atribuirse los levitas facultades que no tenian, pues solo los sacerdotes podian sacrificar. Con todo, como era aquel un caso extraordinario, parece que Dios no castigó el quebrantamiento de la ley. Lo que sí provoco su ira fué la curiosidad de los betsamitas en descubrir el arca y ver lo que contenia, siendo así que ni siquiera les estaba permitido tocarla. Su transgresion costó la vida á setenta personas. El texto hebreo y la Vulgata dicen que murieron setenta betsamitas principales y cincuenta mil individuos del pueblo; pero Kennicott, demuestra que el texto fué alterado en este pasaje, probando por medio de dos manuscritos hebreos que no hubo mas que setenta betsamitas muertos con motivo de su curiosidad, y debemos añadir á esto la autoridad del historiador Josefo que tampoco cuenta mas que setenta muertos. Los de Cariatarim trasportaron el arca á Gabaa, que formaba parte de su ciudad, en casa del levita Aminadab en la que estuvo custodiada durante veinte años por su hijo Eleazar previamente consagrado para ese objeto.

SAMUEL.

1092. Después de un interegno de veinte años, comenzó Samuel á desempeñar el cargo de juez en Masfa. Hace trasportar allí el arca, y renueva la alianza del pueblo con Dios.

Cuando supieron los filisteos que los israelitas estaban reunidos en Masfa, fueron á atacarlos mientras Samuel estaba ofreciendo su holocausto. Pero, en aquel mismo momento, el Señor « tronó con espantoso estruendo sobre los filisteos, » los cuales quedaron muy espantados, y fueron enteramente vencidos. Á esta victoria de los israelitas siguió la rendicion de las plazas que les habian quitado los filisteos desde Accaron hasta Get, y mientras duró el gobierno de Samuel, no osaron incomodar ya á los israelitas.

Viéndose Samuel ya anciano, puso en su lugar á sus dos hijos Jaél y Abiá. Pero, no siguieron las pisadas de su padre, antes se dejaron corromper y torcieron la vara de la justicia. Segun parece, entónces los filisteos invadieron nuevamente la tierra de Israel, é hicieron nuevas conquistas.

Los ancianos de Israel, prevalidos del mal gobierno de sus hijos, van á encontrarle en Ramataim, y le piden un rey, degradándose con ese paso y renunciando así á su mas augusto privilegio, el de no tener mas soberano que Dios. Con todo, el Señor otorgó á Israel lo que pedia.

ÉPOCA VI.—Desde la eleccion de Saúl hasta la destruccion del templo.

SAÚL.

1080. Saúl, hijo de Cis, de la tribu de Benjamin, y natural de Gabaa, estaba buscando unos pollinos de su padre que se habian estraviado fuera de su término, y fué á ver á Samuel por si le podria decir en dónde se hallaban. Dios revela al profeta que aquel jó-

(1) Decimos su dios, pero lo mismo pudiéramos decir « su diosa. » El idioma hebreo carece de voz para expresar una deidad femenina; y efectivamente, parece que el ídolo de que se trata era el de « Derceto, » ó la Venus de Ascalon, que representaba una mujer desde la cintura para arriba, terminando luego en pescado. A lo menos es positivo, segun Diodoro de Sicilia (lib. 2) que así era la deidad adorada en Ascalon (Véase la Biblia de Aviñon, tom. 1, disertacion sobre las deidades de los filisteos).

ven es cabalmente su elegido para regir á su pueblo. Samuel llama á Saúl á parte, y le consagra rey de Israel vertiendo el óleo santo sobre su cabeza. Tenia Saúl á la sazon veinte y dos años (1). Ese óleo ó bálsamo era el mismo que usaban los antiguos para perfumarse los cabellos cuando iban á algun banquete. A veces el óleo hasta caia sobre el vestido. Pero, se dice que estaba preparado con tal arte, que no dejaba manchas, cosa que parece muy difícil. Saúl se despide de Samuel con la conviccion de que han parecido sus pollinos, y de que Dios le ha dado un trono.

Pasados algunos dias, Samuel congregó al pueblo en Masfa, proponiéndole que eligiese por suerte un rey, nó sin reconvenirle antes por su ingratitud con el Señor (2). La suerte recae en Saúl, que no se halla allí presente. Se le descubre en el sitio en que se habia escondido, y le presentan al pueblo reunido, el cual admiró su gallardía y su elevada estatura, aventajando « lo que va de hombros arriba á los demás. » Queda proclamado rey, y luego Samuel explica al pueblo las leyes de la monarquía, del modo que Dios las habia mandado escribir en el Deuteronomio, previendo lo que habia de suceder. Vuelve Saúl á su patria, acompañado de alguna gente armada. No faltaron sin embargo algunos que se negaron á reconocerle por soberano, pero Saúl supo disimular prudentemente, segun convenia al principio de su elevacion.

Aquí da fin, estrictamente considerado todo, el gobierno de los jueces, el cual, habiendo principiado con Otoniel, duró cuatrocientos setenta y cuatro años, concordando esto con lo que dice san Pablo en los Hechos de los apóstoles (XIII, 20), á saber, « que por espacio de unos cuatrocientos cincuenta años dió el Señor (á los israelitas) jueces hasta el profeta Samuel; »

(1) Conforme la Vulgata con el texto hebreo, dice así: filius unius anni erat Saul, cum regnare cœpisset; duobus autem annis regnavit super Israel. (Reg. 1, cap. XIII, v. 1.) Mucho ha dado en que entender este pasaje á los cronólogos, los cuales se hubieran ahorrado no poco trabajo si hubiesen consultado al historiador judío. En el libro 6.º de su historia, despues de hablar extensamente del reinado de Saúl, y referido su muerte, concluye con estas palabras: «Reinó Saúl diez y ocho años durante la vida de Samuel, y veinte y dos años despues de su muerte.» Todas las ediciones griegas de este autor están iguales, concordando en esto perfectamente Josefo con san Pablo, que en los actos de los apóstoles, dice que Saúl reinó cuarenta años: « Dedit illis Saul, filium Cis, de tribu Benjamin, quadranginta annis. (Act. XIII, 21.) Parece pues que en el sagrado texto hay una alteracion en este punto, como dice Chateillon, habiéndose tal vez omitido en la primera parte del versículo el número 40 y en la segunda el 20.

Advertencia: A propósito del versículo á que hace referencia la nota que precede, diremos que Torres Amat le traduce como sigue: « Era Saúl cuando comenzó á reinar inocente como un niño de un año, y reinó así dos años sobre Israel.» Y luego añade, en nota, que puede traducirse así: « Un año llevaba Saúl desde que habia empezado á reinar, é iba corriendo el segundo de su reinado en Israel etc.»

(2) Hé aquí lo que de parte del Señor dijo Samuel al pueblo israelita, cuando le pidió un rey: « Esta será la potestad del rey que os ha de mandar: tomará vuestros hijos, y los destinará para guiar sus carros, y para ser guardias de á caballo, y para que corran delante de sus tiros de cuatro caballos.—De ellos sacará sus tribunos y centuriones, los cultivadores de sus tierras, los segadores de sus mieses, y los artífices de sus armas y de sus carros.—Hará asimismo que vuestras hijas sean sus perfumeras, sus cocineras y sus panaderas.—Y, lo que es mas, os quitara tambien lo mejor de vuestros campos, viñas y olivares, y lo dará á sus criados.—Además, diezmará vuestras mieses, y los productos de las viñas, para darlos á sus eunucos, y á otros de sus criados.—Diezmará asimismo vuestros ganados, y « todos » vosotros vendreis á ser esclavos suyos.—Por lo que alzareis el grito en aquel dia á causa del que os elegisteis: y entónces el Señor no querrá oir vuestros clamores, porque vosotros mismos lo pedisteis.» (Lib. 1.º de los Reyes, cap. VIII. Version de Torres Amat.)

pues Samuel siguió todavía en su magistratura durante muchos años, no obstante la elevacion de Saúl.

1062. Los de Jabes de Galaad envian mensajeros á Gabaa á pedir auxilio á Saúl contra Naas, rey de los amonitas, que estaba sitiando su ciudad. Saúl volvia entónces del campo, siguiendo pausadamente á su par de bueyes. Acabado que hubieron de hablar los mensajeros, mató los dos bueyes, y hechos inmediatamente trozos, los envió por todos los puntos de Israel, previniendo que lo que habia hecho con sus propios bueyes, se haria con todos aquellos israelitas que no saliesen á campaña con él. Pasa el Jordan, acompañándole Samuel junto con una buena hueste, sorprende á los amonitas, y reparte el botin á su gente. Este acontecimiento corresponde al año décimoctavo, y nó al primero de su reinado. (Véase á Des-Vignoles, Cronol. de la Hist. Sag., tomo I, páginas 136–155). Después de la victoria conduce Samuel el pueblo á Gálgala, en donde Saúl es confirmado rey con la mayor solemnidad, á fin de imponer así silencio á los que le negaban la obediencia. Allí recibe Saúl de sus súbditos el juramento de fidelidad, inmolándose en seguida víctimas pacíficas, y banqueteando en presencia del Señor. Esto dice la Escritura. Josefo añade que el profeta ungió entónces de nuevo á Saúl con el óleo santo, cosa que parece muy probable, pues la primera uncion fué hecha secretamente. Antes que se separase el pueblo, como Samuel queria renunciar enteramente á los negocios gubernativos, le habla con todo el peso de su autoridad y su prestigio. Pide primeramente si tienen los israelitas que formular algun agravio relativamente á su administracion, y como exclamaran todos á una que nó, pues ahora, dijo, yo voy á patentizaros cuán ingratos habeis sido con el Señor. Y el profeta reasume todos los beneficios que desde la salida de Egipto le debian, echándoles en cara sus idolatrías, y el ultraje de desecharle por soberano ó monarca. Una lluvia repentina acompañada de truenos (milagro tanto mas sensible, cuanto que á mas de verificarse á la voz del profeta, era aquel el tiempo de la siega durante el cual nunca llueve en Palestina) acaba de dar mas terrible gravedad á su discurso. El pueblo tiembla de espanto, y suplica al anciano profeta que no cese de interceder por él. Así lo promete Samuel, pero con la condicion de que han de observar mejor los mandamientos de Dios.

Todavía quedaban á los filisteos algunas guarniciones en ciertos puntos del país israelita, como en Macmas, en Betel y Gabaa. Escoge Saúl tres mil hombres para echarlos de estas tres poblaciones, componiendo la tercera parte de gente al mando de su hijo Jonatás. El jóven príncipe vá contra Macmas y la toma. Por la importancia que tuvo el hecho se encendió entre ambos pueblos nueva guerra. Formaron los filisteos un ejército de tres mil carros de guerra (1), seis mil caballos, con innumerable multitud de á pié, y fueron á acampar á Macmas. Por su parte los hebreos, convocados á son de trompa por Saúl, fueron á juntarse con él en Gálgala.

(1) La Vulgata dice treinta mil, igualmente que el texto hebreo. Seguimos las versiones siriaca y arábiga que traen tres mil, debiendo observarse que los carros se cuentan á veces por el número de combatientes que tienen. Y así se explican estos pasajes: « David mató siete mil carros á los sirios » (1. Paralip. XIX, 18.) « Y David les mató setecientos carros » (II. Reg. X, 18.)

Advertencia: Hé aquí sobre el número de los treinta mil carros lo que escribe en la nota correspondiente Torres Amat:.... La mayor parte de los críticos observan con razon que en lugar de « schetosch, » tres, se puso por equivocacion de algun amanuense « schelosehim, » treinta.

Pierden los israelitas el ánimo al ver al enemigo, nó tanto por su número como por hallarse mejor armado. En aquel tiempo no habia herreros en tierra de Israel, porque los filisteos, durante su dominacion, habian prohibido este oficio á los hebreos para que no pudiesen hacerse con espadas ni lanzas; de suerte, que en todo el ejército israelita, solo llevaban esas dos armas Saúl y su hijo. Las de los demás guerreros consistian en la honda, el arco, palos endurecidos al fuego, y otros instrumentos parecidos, poco á propósito para luchar con una nacion aguerrida y bien pertrechada. Se desbandan los de Saúl, y muchos van á guarecerse en cuevas y cisternas. Viendo esto el rey, y cansado de esperar á Samuel que prometió ir al campamento, se atreve á sacrificar él mismo el holocausto que solo debia ofrecer Samuel. Llega este pocos instantes despues, y le declara que en castigo de la falta que acaba de cometer Dios le quitará el reino. Al decir de algunos consistia la falta de Saúl en no haber aguardado al profeta segun se le habia avisado, y segun otros, en haber sacrificado él mismo sin ser sacerdote, ni aun levita. Con todo, vemos que David y Salomon ofrecieron igualmente sacrificios, bien que pertenecian á la tribu de Judá.

Samuel se vuelve á Gabaa con la poca gente que le quedó.

Dueños los filisteos del campo, destacaron partidas para que corriesen la tierra israelita. Entre Macmas y Gabaa habia un terreno escarpado. Sálvale Jonatás con su escudero, y los dos solos arremetieron hácia el enemigo tan repentinamente y con tanto brio, que consiguen matar á veinte hombres. Alarmados los filisteos, se figuran que les viene encima todo el ejército de Israel, y en medio de la confusion se matan unos á otros. Sábelo Saúl, y les sigue al alcance con seiscientos hombres que le habian quedado. En el calor de la persecucion maldice temerariamente á cualquiera que probare bocado antes de la noche, y antes de derrotar por completo al filisteo. Ignoraba Jonatás la imprecacion de su padre, y tomó al paso por un bosque un poco de miel que luego se aplicó á la boca. Al anochecer Saúl se retiró victorioso, pero rendida la gente de sed y de cansancio. Sabe por conducto sobrenatural que su hijo ha faltado á la prohibicion que tenia hecha, y trata de castigarle con la muerte. Pero debiendo todo el ejército su victoria al jóven príncipe, se opone al designio parricida, y le salva la vida.

Samuel ordena á Saúl, de parte del Señor, que vaya á mover guerra á los amalecitas, y que los destruya enteramente con todo cuanto tenian. Merecido era el castigo por haberse negado al paso de los israelitas cuando vinieron de Egipto, y además por otras abominaciones. Vence Saúl á los amalecitas, los pasa á cuchillo y devasta su tierra. Solo que guarda á su rey Agag, quedándose igualmente con lo mejor que tenia en alhajas y ganado. Fué Samuel á verle en Gálgala, anunciándole de nuevo que el Señor le ha vuelto á condenar por su inobediencia, y que su cetro pasará á otro mas digno que él. Dando luego órden de que hiciesen comparecer á Agag, hace pedazos su cuerpo (en represalias de las crueldades con que ese rey habia acostumbrado á tratar á sus prisioneros) y se despide de Saúl para siempre. Entónces el espíritu del Señor se aparta de Saúl, apoderándose de él el espíritu del mal.

1051. Acongojado estaba todavía Samuel por haber abandonado el Señor al rey Saúl, cuando le mandó Dios que fuése á consagrar por rey de Israel á uno de los hijos de Isaí ó Jessé, y que él le indicará cuál de ellos ha de ser. El profeta llega á casa de Isaí, los vé á todos, y escoge en presencia de los demás hermanos al mas jóven llamado David, sin indicar los motivos de la sucesion. David tenia á la sazon unos veinte años. Era rubio, de buena apostura, y hermoso de rostro. Tenia David una fuerza extraordinaria (1).

1050. David tocaba muy bien el harpa, y es presentado á Saúl, al objeto de calmar con la música la agitacion que le daba el espíritu maligno. Agrada al rey, y le hace escudero suyo, ó paje de armas.

1048. Júntanse de nuevo los filisteos, y van á acampar entre Soco de Judá y Azeca. Habia en su ejército un gigante de la ciudad de Get, llamado Goliat, cuya estatura era doble de la de los demás hombres, y siempre estaba provocando á los israelitas á que saliese uno contra él. Dice de él la Escritura: «Llevaba en su cabeza un morrion de bronce, é iba vestido de una coraza escamada del mismo metal, que pesaba cinco mil siclos: botines de bronce cubrian sus piernas, y defendia sus hombros un escudo de dicho metal. El astil de su lanza era grueso como el enjullo de un telar, y el hierro ó punta de la misma pesaba seiscientos siclos, é iba delante de él su escudero.» (Reg. 1, xvii, v. 5, 6 y 7). Examinado detenidamente por un autor el peso de esa armadura, dice que pasaba de doscientas libras, sin hablar de la espada, cuyo peso no se indica.

David habia ido á casa de su padre, y fué al real de los suyos cuando hacia ya cuarenta dias que se hallaban en frente del enemigo. Sin mas armas que su palo y la honda, se presenta para lidiar con el gigante. Embestirle y derribarle de una pedrada en la frente, todo fué á un tiempo, cortándole luego la cabeza con su misma espada. Aterrados los filisteos con el éxito de aquel desafío, echan á correr como derrotados de antemano. Siguen trás de ellos los israelitas, volviendo con la victoria despues de apoderarse de lo que habia en el campamento enemigo. Acabada la accion, David presenta á Saúl la cabeza de Goliat, y el rey le pregunta quién es su padre, nó porque le desconociera, sino porque queria saber el orígen de su familia, pues habia prometido la mano de su hija Merob al que venciera al gigante.

Los elogios que el pueblo daba al vencedor del terrible Goliat, despiertan la envidia de Saúl. En vez de darle por esposa hija Merob, la casa con Hadriel, y aun, durante sus arrebatos frenéticos, trató de matarle por dos veces con su lanza, mientras David le estaba aliviando con su harpa y sus cantares. David evitó entrambos golpes, y como su presencia se hacia ya insoportable al rey, este le alejó dándole el mando de mil soldados. Jonatás, que amaba á David tanto como le odiaba su padre, le viste antes de partir con su armadura, para que fuese así mas respetado. La segunda hija de Saúl, llamada Micol, estaba enamorada de David, y no ocultaba su pasion, ni el deseo que tenia de casarse con él. Saúl participa á David que puede contar con la mano de su hija, si le trae cien prepucios de filisteos, en prueba de que ha dado muerte á cien hombres de aquella gente incircuncisa. Esto lo ordenó Saúl por si el jóven perecia en

(1) El mismo David habla de sus fuerzas al presentarse á Saúl para pelear con Goliat: «Apacentaba tu siervo el rebaño de su padre, y venia un leon ó un oso, y apresaba un carnero de en medio de la manada y corria yo tras ellos y los mataba, y les quitaba la presa de entre los dientes, y al volverse ellos contra mí, los asia yo de las quijadas, y los ahogaba y mataba.» (Lib. 1, de los reyes, cap. xvii, véase 34 y 35.)

la empresa. Pero David le trajo doscientos en vez de cien, y Saúl hubo de permitir que se casase con Micol.

Furiosos los filisteos por el ultraje que David les acababa de hacer, invaden la tierra de Israel. El ejército de Saúl les sale al encuentro y los derrota, cabiéndole á David la mayor gloria en la jornada.

1047. Nueva invasion filistea, y nuevo triunfo de David, lo cual acaba de exasperar á Saúl por oir celebrar de continuo la bizarría de su yerno.—Supo un dia que estaba enfermo, y envia satélites suyos con el objeto de asesinarle; pero, avisado por Micol, David se escapa, quedando en su cama una estátua en su lugar. Como Saúl seguia encarnizado contra David, este se encaminó hácia Nobe, en donde estaba el arca, y el sumo sacerdote Aquimelec le dió para comer panes «de la proposicion» que sacó del tabernáculo, entregándole además la espada de Goliat que le estaba confiada en depósito. De allí se fué á refugiar entre los súbditos de Aquis, rey de Get. Poco tardó en salir de allí por no hallarse muy seguro, yendo á ocultarse en la cueva de Odollam, pasando á reunírsele en aquel punto algunos descontentos, y además sus parientes, entre los cuales se contaban sus tres sobrinos Joab, Abisaí y Asael, hijos de su hermana Sarvia.

El idumeo Doeg descubrió á Saúl la entrevista de David con Aquimelec. Manda llamar al pontífice, y le hace matar por el mismo Doeg junto con ochenta y cinco sacerdotes mas. Y además de esta venganza mandó destruir á Nobe. Abiatar, hijo de Aquimelec, puede salvarse de la matanza y se va con David.

1046. Los filisteos ponen sitio á Ceila, en la tribu de Judá, y David vuela en socorro de la plaza, consiguiendo salvarla. Sale precipitadamente Saúl para sitiarle en la misma poblacion que acababa de libertar, y despues de consultar David al Señor, el cual le responde que no puede fiar en los de Ceila, se va al desierto de Zif. Seguia Saúl en su persecucion, y David pasó al desierto de Maon. Estréchale Saúl de tal suerte que ya no puede escaparse, pero una irrupcion de los filisteos obliga al rey á dejarle.

Marcha David hácia Engaddi, y Saúl sale en su busca. Para una necesidad natural entra en una cueva, en la cual se halla precisamente David oculto con los suyos, quienes le instan á que mate al rey, y se contenta sin embargo con cortar una punta de su manto sin que aquel lo advirtiera, y mostrársela desde lejos, cuando Saúl estuvo otra vez en el llano. Reconoce el rey la generosidad de David y su injusticia, pero nó por esto cesa de perseguirle. No siempre la confesion del delito supone mudanza en el corazon.

1042. Muere Samuel á los noventa y ocho años de edad. Se le hace un pomposo entierro en su casa de Ramat, durando treinta dias el luto de Israel. La Escritura le alaba por su fidelidad á la ley del Señor, por su incorruptibilidad como juez, y por haber sido un varon enviado de Dios para salvar y reformar al pueblo israelita.

Hallándose David en el desierto de Farán, pide á Nabal, que era un rico del país, víveres para su gente. Como se negase á darlos, juró vengarse. Abigail, mujer de Nabal, aplaca á David con razones y con regalos. Muere súbitamente Nabal diez dias despues, y Abigail pasa á ser mujer de David. Saúl casa á Micol con Falti, y David toma otra mujer llamada Aquinoam, hija de Jesrael. Marcha Saúl con tres mil hombres contra David, que se hallaba en el desierto de Zif, y este penetra de noche en su tienda de campaña, llevándose la lanza del rey y una copa ó jarra que se hallaban junto á su cama, oponiéndose á que Abisaí le matase. Suben en seguida al monte y desde una altura llama á Abner, general de Saúl, echándole en cara su poca vigilancia. Luego devuelve la lanza á Saúl.

1041. Aquis, rey de Get, cedió á David la ciudad de Siceleg, para que estuviese en ella á salvo con su gente. Allí permaneció unos diez y seis meses, haciendo varias correrías por la parte de Gessuri, Gersi, y tierra de los amalecitas, pueblos infieles todos, que nada tenian que ver con los filisteos; solo que David daba á entender á Aquis que corria por tierras de israelitas. Es cosa que la Escritura menciona, pero que no aprueba. Con sus excursiones, David adquirió mucho botin.

1040. Nueva guerra de los filisteos contra Saúl. Vinieron á acampar en Sunam, á la falda del monte Gelboé. Saúl consulta al Señor, que no le da ninguna respuesta. Entónces se fué de noche disfrazado en busca de una pitonisa ó maga de Endor, y sin darse á conocer, la insta á que haga aparecer á Samuel. Aparece en efecto el profeta, nó por arte de la mujer, sino por la voluntad de Dios, y anuncia al rey su derrota y su muerte cercana: «Mañana, le dice, tú y tus hijos estareis entre los muertos, y tambien el Señor abandonará el campamento de Israel al poder de los filisteos.» Cúmplese en un todo la prediccion. Saúl pierde la batalla en el monte de Gelboé, muriendo en ella tres hijos suyos, y suicidándose él, ya mal herido. Contaba sesenta y dos años de edad, despues de reinar, segun se ha dicho, cuarenta años. Encontrado su cadáver por los filisteos, le cortaron la cabeza, y la pusieron en el templo de Astarot, que, segun parece, era la misma deidad que Astarté ó que Dagon. (Véase la Bib. de Aviñon tom. IV.) El tronco le colgaron de los muros de Betsan ó Segtópoli junto con los cuerpos de sus tres hijos, Jonatás, Abinadab y Melquisua. Pero los habitantes de Jabes fuéron á descolgarlos de noche, y se los llevaron, enterrando los huesos, quemados antes los cadáveres debajo de una encina, ayunando siete dias que duró el duelo. En esta campaña David habia acompañado á Aquis: solo que, temerosos los jefes filisteos de que durante la accion no se pasase á los israelitas, obligaron á Aquis á que le hiciese salir del campo. En esto los amalecitas sorprendieron la ciudad de Siceleg, y la dieron á las llamas, entrando á saco. Tres dias despues del desastre llegó David, y alcanzando á los amalecitas, los derrotó por completo, quitándoles el botin. Á los pocos dias de este suceso, supo David la derrota de Gelboé por conducto de un jóven amalecita, diciéndole que él fué quien mató á Saul á instancias del mismo rey, y para que diera crédito á sus palabras le presentó la diadema y el brazalete del príncipe. David, lejos de recompensarle, le manda matar, y entona un cantar fúnebre sobre la muerte de Saúl y de su querido Jonatás. El amalecita habia sido el primero que encontró el cuerpo de Saúl, y despues de quitarle la diadema y brazalete, se jactaba de haberle muerto por su mano.

DAVID.

1040. David, despues de consultar al Señor, se fué á Hebron, consagrándole rey la tribu de Judá. Tenia á la sazon sobre treinta años. Por su parte Abner hace proclamar rey por las demás tribus á Isboset, hijo de Saul, que tenia cuarenta años.

1038. Guerra entre la casa de David y la de Saúl. Sus respectivos ejércitos llegan á las manos cerca de Gabaon. Abner queda vencido, pero, perseguido en su fuga por Asael, hermano de Joab, el cual era general de David, revuelve contra Asael, y le quita la

vida de una lanzada, no sin decirle mas de una vez que cesase en su intento de seguirle.

Abner se indispone con Isboset, y resuelto á abandonarle, pide la amistad de David, otorgándosela este con la condicion de que le ha de devolver á Micol, casada con otro, lo que efectivamente hizo Abner. Así que Abner iba á poner á todo Israel bajo la autoridad de David, le mata Joab alevosamente, ya por vengar la muerte de su hermano Asael, ya por quitar de en medio un rival que podria reemplazarle en el ánimo de David, y en el mando de sus tropas. David lloró por la muerte de Abner, sintiendo aquel acto de perfidia.

1033. Otra villanía cometida apesar suyo, pero que fué favorable á sus intereses. Mientras estaba Isboset durmiendo, le cortan la cabeza dos allegados suyos, y la presentan á David. En vez de la recompensa que esperaban les hizo quitar la vida. Isboset habia reinado siete años, ó solo seis, contando el segundo año de la muerte de Saúl como el primero de su reinado. Así lo siente el padre Hubigant, el cual prueba, al parecer, que hay una alteracion manifiesta en el versículo 10 del capítulo 2.° del segundo libro de los reyes, en que se lee que Isboset reinó dos años.

Seis meses después de muerto Isboset, los ancianos de Israel fueron á Hebron á someterse á David, y quedó consagrado rey de Israel.

1032. David quita á los jebuseos la parte alta de la ciudad de Jerusalen. Era la gente mas belicosa de todos los cananeos. Hasta tal punto fiaban en su fuerza y en la ventaja de su posicion, que no opusieron á David mas que cojos y mancos. Pero, fueron vencidos los jebuseos, y David se aposentó en el alcázar de Sion.

1031. Proyectaba David construir en Jerusalen una casa correspondiente á su dignidad, enviando al objeto mensajeros á Hiram, rey de Tiro, para que le facilitara madera de cedro, y además albañiles y carpinteros, á lo que accedió Hiram.

1030. Guerra de los filisteos contra David. Quedaron derrotados en Baal Farasim perdiendo sus ídolos en la fuga, y después tambien en Gabaa, persiguiéndolos el ejército israelita hasta Gezer, que está cerca de Accaron.

1029. David manda trasportar el arca de Cariatiarim á Jerusalen. Colócanla sobre un carro nuevo tirado de cuatro bueyes. Los animales empezaron á colear y se temió que pudiera caer el arca, por lo cual Oza trató de afianzarla con su mano, castigándole Dios al instante con la muerte. Se supone comunmente que Oza era levita, como hijo que era de Abinadab, en cuya casa habia estado el arca, y que por lo mismo parece á algunos que no era muy culpable: pero solo á los de la familia de Caat estaba permitido llevar el arca, y aun envuelta con tres velos. Riguroso fué el castigo por un acto que pudo atribuirse solo á celo indiscreto, pero Dios quiso con esto que los israelitas tuviesen el debido respeto al símbolo de su presencia. Tengamos presente que Dios conducia con el temor á los hebreos, así como conduce á los cristianos con el amor.

Espantado David deja depositada por tres meses el arca en casa del levita Obededom, llamado el geteo en el libro 2.° de los Reyes (VI, v. 11), nó porque fuese de Get, poblacion filistea, sino porque habia vivido en ella con David. Y si le llamamos levita, es porque en el libro 1.° de los Paralipómenos (XV, 21 y 24) se le da el nombre de portero ó chantre. Sabedor David de que Dios bendecia á Obededom con motivo del arca, fué por ella, trayéndosela con mucha solemnidad á Jerusalen. Dice la Escritura que por el camino iba David delante del arca bailando, cubierto con el EFOD, ó túnica sacerdotal. Burlóse de él su mujer Micol por suponer que se habia rebajado á los ojos del pueblo con sus saltos y otras demostraciones de estrepitoso júbilo, pero Dios castigó su orgullo privándola de concebir. Colocó David el arca en el tabernáculo que tenia preparado en la montaña de Sion, destinando cierto número de levitas para que cantasen las glorias del Señor. Nombra sumo pontífice á Abiatar, hijo de Aquimelec, para Jerusalen, y sumo pontífice á Sadoc, para Gabaon, en donde quedaba el antiguo tabernáculo. De suerte que hubo entónces en Israel dos tabernáculos, y dos puntos en donde se sacrificaba. Y es de advertir que hasta entónces, desde que el arca salió del tabernáculo, no habian tenido los israelitas ningun punto determinado para los sacrificios.

1028. Aun seguia la tierra de Israel tributaria de los filisteos. David va á atacarlos en su mismo suelo, y los vence en varias refriegas, no retirándose hasta conseguir que renunciaran al tributo. Mas adelante salió muchas veces victorioso de los moabitas, de Adarezer, rey de Soba, de los sirios de Damasco, de los amonitas é idumeos. Todos estos pueblos fueron sojuzgados y hubieron de pagar tributo, de modo que la dominacion de David se extendió desde el Mediterráneo al Éufrates. Este era el poder del príncipe de quien ha dicho un escritor moderno que no era mas que un reyezuelo.

Con la conquista de la Idumea se halló dueño de Elat y de Asiongaber, dos ciudades sitas á orillas del mar Rojo, que de mucho sirvieron para facilitar el comercio de su país por el estrecho de Babelmandel, en el Océano. David cumplió con la palabra dada á Jonatás, de que ampararia á su familia cuando estuviera en el trono. Manda que se le presente Mofiboset, hijo suyo; le devuelve todas las tierras que tuvo su abuelo Saúl, y quiere que se siente todos los dias á la mesa con él (1).

1026. Supo David que habia muerto Naas, rey de los amonitas, que le habia dado asilo cuando salió de la corte de Aquis, rey de Get, y envió mensajeros á su hijo Hanon para consolarle. Este, aconsejado por sus cortesanos, trata de espías á los enviados de David, dándoles un trato ignominioso. En castigo de tamaña ingratitud, David envia á Joab y á su hermano Abisaí contra los amonitas, robustecidos con la alianza de los sirios. Salen vencedores los generales de Israel en una batalla que se trabó cerca de Medaba. Llaman los amonitas en su ayuda á los sirios de mas allá del Éufrates. David sale contra ellos con todo su ejército, y llega hasta Elam, en tierra de Persia. Los sirios son dispersados después de perder siete mil de á caballo, setecientos carros (habia en cada carro diez hombres), y cuarenta mil de á pié. Para esta numeracion seguimos la version del padre Hubigant.

1024. David ordena á Job que vaya á sitiar á Rabba ó Rabbat, capital de los amonitas, quedándose él en Jerusalen, y es adúltero con Betsabée, mujer de Urias, eteo, que se hallaba á la sazon en el ejército. Queriendo casar con Betsabée, escribe á Joab una carta para que haga de modo que Urias muera delante del enemigo. Por desgracia, su órden se cumple exactamente.

1023. Betsabée da á luz un hijo concebido en su adulterio. Envia Dios al profeta Natán, que reconviene

(1) Los hebreos, egipcios y griegos comian en lo antiguo sentados á la mesa. Los persas lo hacian recostados en lechos colocados en derredor de la mesa, y con el tiempo los demás pueblos adoptaron esta costumbre, principalmente los romanos.

á David por su doble crímen, anunciándole el castigo. Arrepiéntese David, se humilla, y el profeta le dice que está perdonado (1), pero le declara que no vivirá el hijo que ha tenido en Betsabée.

1022. Sale David para el sitio de Rabbat, y la toma por asalto despues de una resistencia de dos años. En el botin se encontró la corona de oro que llevaba su rey, ó tal vez la del ídolo Melcom, ó Moloc, que pesaba un talento de oro, sin las piedras preciosas que tenia. Dice la Escritura que fué puesta sobre la cabeza de David, lo que indica probablemente que la pusieron en su trono, puesto que pesaba mucho para llevarla. En cuanto á los moradores de Rabbat, mandó David, segun la Escritura, « que unos fuesen aserrados, haciendo pasar sobre otros, carros con ruedas de hierro, y despedazarlos con cuchillos, y arrojarlos en los hornos de ladrillos. » Esa manera de hacer la guerra era comun en aquellos tiempos, y los amonitas no hacian mas que sufrir la ley del talion, y aun debemos suponer que David obró así por órden del mismo Dios. No falta quien supone que los amonitas no fueron tratados tan cruelmente, y sobre esto puede consultarse la version hebrea de Pagnin, en la que se dice que fueron empleados en aserrar, etc.

1019. Amnon, primogénito de David, llegó á enamorarse perdidamente de Tamar, hermana suya por parte de padre, y habiéndose fingido enfermo con el objeto de llamar en su aposento á la princesa para calmar sus males, la violentó apesar de los ruegos de Tamar que le decia: Antes de deshonrarme así, pide mi mano al rey, « que no rehusará entregarme á tí. » De esto no ha de inferirse que entre los hebreos fuesen permitidos estos matrimonios. La ley de Moisés prohibe de un modo terminante estos enlaces, de que no hay ejemplo en la historia de esa nacion. Lo que dijo Tamar era solo con objeto de ver si podia librarse del oprobio con aquellas razones, ó tal vez en medio de su turbacion no acertaba á dar con otras. Saciado su apetito, Amnon echó brutalmente de su aposento á Tamar. Volvió al palacio de su padre llorosa y desesperada, y Absalon, que era hermano suyo por parte de padre y madre, procuró consolarla, prometiendo que vengaria el ultraje, como en efecto fué así.

1017. Da á luz Betsabée otro hijo, y David le da por nombre Salomon. Absalon, hijo de David y de Maaca, lo mismo que Tamar, venga á su hermana haciendo asesinar á Amnon en un banquete, en presencia de sus demás hermanos. La desgracia de Tamar fué mas pretexto que otra cosa para Absalon, el cual, quitando del medio á su hermano mayor, tenia luego libre el camino del trono, pues, muerto Amnon, él quedaba el mayor de todos los hermanos. Huyó Absalon á Gessar, en casa de Tolomai, su abuelo materno, y allí estuvo por espacio de tres años.

1014. Joab consigue que vuelva Absalon por medio de una comadre de Tecua, á la que induce á hablar al rey en favor del hijo.

1012. Absalon permanece dos años en Jerusalen sin poder ver al rey, mas por fin, llegan á reconciliarse enteramente. Absalon no puede contener ya por mas tiempo la ambicion que le devora. Trata de captarse el afecto del pueblo, y lo consigue. Se forma una guardia de caballería y de carros que le acompañaba á todas partes. Preparado ya todo para la ejecucion de sus designios, sale para Hebron, á reunirse allí con sus partidarios, pretextando el cumplimiento de un voto. Pero, así que estuvo en Hebron, se hizo proclamar rey á los cuatro años (1) de haber vuelto de Gessar.

1010. Llegan nuevas á David de que todo Israel se declara por Absalon, y tiene que huir á pié de Jerusalen con poca tropa. Ordena á los pontífices Sadoc y Abiatar que se vuelvan á la ciudad con el arca, pues tambien querian seguirle. Semei, de la famila de Saúl, maldice en el camino á David, y hasta le tira unas piedras. Abisaí queria luego matarle, pero se opone David. En esto, supo David, que Aquítofel, uno de sus mejores consejeros, se habia pasado al partido de Absalon, y pide al Señor que ofusque el ingenio de Aquítofel. Cusai se aviene con David, y aparentando abandonarle, se va á donde estaba Absalon.

Llegado que hubo Absalon á Jerusalen, por inspiracion de Aquítofel abusó de las mujeres de su padre, las cuales habia dejado este en el palacio, habiéndole sugerido esa diabólica idea el consejero, para que no hubiese ya reconciliacion posible entre padre é hijo. Aquítofel pide doce mil hombres de gente escogida para salir en persecucion de David, y Cusai, á quien consultó Absalon, le disuadió del intento, por voluntad del Señor. Previendo Aquítofel las funestas consecuencias del consejo de Cusai, fué á su casa y se ahorcó.

Pasa David el Jordan para ponerse en salvo. Reune Absalon su ejército compuesto de casi todo Israel, y marcha contra su padre que habia podido reunir ya bastante fuerza. David dividió su gente en tres cuerpos reuniéndolos á las órdenes de Joab, de Abisaí y de Etai. Quiere ir personalmente á atacar al hijo rebelde, pero se opone su tropa, haciendo que se quede en Mahanaim. Trábase la lid en el bosque de Efraim, y el ejército de Absalon, acaudillado por Amasa, primo de Joab, y sobrino de David por parte de su madre Abigaél, queda completamente derrotado. Iba huyendo Absalon montado sobre un mulo, y tan precipitada era la fuga, que se le enredó la cabellera por entre las ramas de una frondosa encina, y quedó colgado de ella, siguiendo el mulo adelante. Sabe Joab el apuro en que se hallaba Absalon, vuela hácia el príncipe, y le clava tres dardos en el corazon, tocando en seguida á retirar. Así murió el ambicioso Absalon. Refiere la Escritura que cada año se hacia cortar la cabellera por tenerla tan poblada que llegaba á incomodarle. Mucho se ha discutido sobre el peso de los famosos cabellos de Absalon, y aun sobre su valor. Tambien se ha observado que fué el primero en introducir caballos en Israel.

David llora amargamente á su hijo Absalon, habiendo encargado antes de la batalla á sus tropas que le salvasen la vida. Como Absalon no tenia hijos, se habia hecho erigir durante su vida un monumento en el « Valle del rey, » cerca de Jerusalen, para perpetuidad de su nombre. Llamábase la « mano de Absalon, » y todavía se conservaba en tiempo de Josefo á trescientos pasos de la ciudad.

Todas las tribus obedecen de nuevo á David; mas, no bien hubo pasado el Jordan, se promovió un altercado entre las demás tribus y la de Judá, que fué causa de nuevos disturbios. Seba, hijo de Bocrí, de la tribu de Benjamin, se pone á la cabeza de los descontentos, causando mas temor á David esta rebelion que

(1) Perdonado en cuanto á la culpa, mas nó en cuanto á la pena.

(1) La Vulgata dice á los cuarenta años: « Post cuadraginta autem annos; » pero, en antiguos escritos de nuestra Vulgata, y en el historiador Josefo, y en Teodoreto, y en las Versiones siriaca y arábiga se lee cuatro en vez de cuarenta. ¿Cómo, si Absalon hubiera tenido cuarenta años al ser alzado rey, diria la Escritura que desechó los consejos de los ancianos que sirvieron con su padre, por seguir los de los jóvenes que tenia á su lado?

la de su hijo. Habia perdonado á Amasa, y le dió el mando de todas las tropas de Judá para salir contra los amotinados. Por si no bastaba aquella fuerza, envia algunos dias despues á los ceretios y feletios de su guardia, y además su estado mayor á las órdenes de Abisaí. Iba tambien Joab, pero David le habia quitado el mando en jefe. Joab mató á traicion á Amasa por envidia que tenia de que le hubiese substituido, y se declara otra vez generalísimo. Así refiere la Escritura este hecho: «Dijo Joab á Amasa: Dios te guarde, hermano mio: y con la mano derecha asió la barbilla de Amasa en ademan de besarle. —Y no habiendo hecho Amasa ningun reparo en la daga que tenia Joab, le hirió este en el costado, y derramó por tierra sus entrañas, y sin repetir el golpe le dejó allí muerto. Luego Joab y Abisaí su hermano continuaron en seguimiento de Seba, hijo de Bocrí.» Es de advertir que los hebreos tenian por costumbre saludarse entre amigos cogiéndose mútuamente la barba, como la tocaban los griegos á la persona á la que pedian una gracia. Seba fué á encerrarse en Abela, y luego fué sitiado por Joab. Esta poblacion se halla junto al Líbano, y tenian fama sus habitantes de juiciosos entre los demás del país. Como Joab dirigia el sitio con mucha actividad, se presentó una mujer á hablarle desde lo alto de la muralla, y luego esta induce á los moradores á echarle la cabeza de Seba. Así que la tuvo Joab manda tocar retirada, y se alejó de Abela. Todas las tribus se sometieron á David. En castigo de las crueldades de Saúl contra los de Gabaon, envió el Señor una carestía de tres años. Nada dice la Escritura acerca de las crueldades de Saúl; pero, se supone con bastante fundamento, que despues de reducir á escombros á Nobe, como Saúl trataba de trasladar el tabernáculo á Gabaon, echó á los habitantes, como indignos de permanecer en una ciudad que iba á quedar santa con la presencia del santuario. De todos modos, el atroz comportamiento de Saúl para con gabaonitas era una violacion manifiesta del tratado de alianza perpétua, hecho con ellos por Josué. A fin de que pudieran vengarse, David les entregó á siete nietos de Saúl, á los que ahorcaron y crucificaron (1) al principio de la siega de la cebada; es decir, á mediados de marzo. Entre las siete víctimas de la venganza divina se halló un Mifiboset, que no debe confundirse con el hijo de Jonatás, pues este era hijo de Resfa.

David provoca la cólera del Señor por haber querido formar un padron general de su pueblo, que contenia ochocientos mil hombres aptos para la guerra en Israel, sin la tierra de Judá que tenia ella sola quinientos mil. El profeta Gad le propone la opcion entre tres azotes del cielo en expiacion de su ambiciosa curiosidad. David se decide por la peste, la que en tres dias arrebata setenta mil hombres; y ve al ángel del exterminio junto á la era del jebuseo Arcuna, en el monte Moria. Pide al Señor que le castigue á él solo, y se apiade de su pueblo que es inocente. Dios le manda que levante un altar en aquel mismo sitio, y ofrezca en él un sacrificio. Obedece David, baja hasta el altar el fuego celeste, y cesa la mortandad. Desde luego trata David de construir un templo en el mismo sitio en que se le habia aparecido el ángel, y á mas de los muchos materiales que preparó, declaró á su hijo Salomon que dejaba todavía en su tesoro mil talentos de oro (6 cuentos de cuentos, son 153 millones y 125 mil libras de á 4 reales vellon la libra); y además un millon de talentos de plata (4 cuentos de cuentos, 876 millones, con 187,500 libras de las mismas). Dice David que se habia hecho con estas cantidades, que no habia podido recojer mas dinero, y que contaba con que su hijo trataria de procurarse lo que faltase para concluir el templo (Paralip. 1, 22, v. 14). Pero, segun dice Le-Clerc, con estas cantidades, superiores á cuanto poseian todos los reyes de Asia juntos, habia para construir mas de cien templos tan magníficos como pudieran imaginarse. Si así se interpreta el sagrado texto, choca con la verosimilitud. Pero, lo que parece tan extraño se explica fácilmente. Se trata en la Escritura de talentos de cuenta y nó de talentos de peso, que son de muy diferente valor, y se diferenciaban realmente entre los antiguos, como hay entre nosotros libras convencionales y libras de peso (Véase sobre esto á Bullet, Respuestas á incrédulos, tom. 1).

Forma David el padron de los levitas desde treinta á sesenta años. Se halló que habia treinta y ocho mil, y fuéron divididos en veinte y cuatro clases, para que por semanas sirviesen en el templo, segun su turno. Para mayor regularidad puso á la cabeza de los chantres y músicos á Asaf, Heman, é Iditum.

1001. Adonías, hijo de David y de Aggit, el mayor de los hijos que tenia, se hace aclamar rey en un festin cerca de la fuente de Rogel. Antes de llegar á este extremo, habia dicho muchas veces, fundándose en el órden comun de la sucesion: «La corona me pertenece.» Pero, entónces no habia ninguna ley acerca de la sucesion á la corona. Por lo mismo la tentativa de Adonías era criminal. Comunicó Betsabée á David lo que pasaba, y este hizo consagrar rey en la fuente de Gihon (1) á su hijo Salomon, por el gran sacerdote Sadoc y por el profeta Natan. Poco tardó en caer el partido de Adonías, y Salomon le perdonó, dejando que volviese en paz á casa.

Junta David á los principales del ejército y de palacio, y entrega en su presencia á Salomon los planos de todas las partes del templo, y un estado de los sacerdotes y levitas, junto con una nota de los vasos que debian servir para la casa de Dios, añadiendo estas palabras. «Dios me ha dado todo esto escrito y dibujado de su propia mano, para que en virtud de este modelo, estuviera bien al corriente de todas las obras del templo.»

David muere á los setenta y un años de edad, despues de dar muy buenos consejos al nuevo rey. Habia reinado en Hebron siete años y seis meses, y treinta y tres años no cabales en Jerusalen, lo que completa los cuarenta años de reinado que dice la Escritura. Este príncipe fué representacion del Mesías en varios acontecimientos de su vida, profetizándole en sus salmos, que tienen principalmente por objeto á Jesucristo y sus misterios. Sus divinos cantares expresan además todos los sentimientos que puede inspirar la piedad mas acendrada; y llena la iglesia del mismo espíritu que los dictó, no cesará de repetirlos hasta la consumacion de los siglos. Algunos incrédulos se escandalizan, al parecer, por las imprecaciones de David contra sus enemigos, pero la lectura del texto original, si le entendieran, bastaria esto para reducirlos al silencio. Entónces comprenderian que no son otra cosa mas que

(1) La crucifixion es el suplicio mas antiguo y mas comun para los condenados á muerte; y de ahí proviene la voz latina «crutiatus» para designar el suplicio en general. Pero, no todas las cruces tenian igual hechura, ni todos eran atados á ella del mismo modo. Unas veces los sujetaban con cuerdas, y otras con clavos que atravesaban piés y manos. (V. los tratados de Justo Lipsio y de Gretzer sobre la cruz.)

(1) Sita al occidente de Jerusalen, regaban sus aguas por medio de un canal los jardines del rey.

predicciones de los castigos con que han de ser atormentados los impíos, si no se enmiendan, y no vuelven al Señor. David es tal vez el primero que tuvo ejército permanente. Tenia siempre dispuestos doce cuerpos de veinte y cuatro mil hombres cada uno, que iban sirviendo por meses. Ascendia su número á doscientos ochenta y ocho mil hombres. Cada cuerpo tenia su general, y á sus órdenes se hallaban jefes que mandaban una fuerza de mil hombres, repartidos en centurias, con sus jefes correspondientes, que eran los centuriones (1. Paralip. c. 27).

SALOMON.

1001. Salomon sucede á su padre á los diez y siete años de su edad. Apesar de haber sido perdonado Adonías ambicionaba el cetro. Á fin de conseguir su objeto, induce á Betsabée, á que le pida por mujer á la jóven Abisag, que habia estado siempre al lado de David en el último período de su vida. Penetrando Salomon sus miras ambiciosas le condena á muerte. Á Abiatar le despojó de la suprema autoridad sacerdotal, y puso en su lugar á Sadoc. Abiatar era rebiznieto de Helí, «con lo cual se cumplió la palabra pronunciada por el Señor en Silo contra la casa de Helí.» Aquí debe observarse que, desde los tiempos de David, Abiatar y Sadoc eran grandes sacrificadores ó pontífices. Á Joab, que habia seguido la parte de Adonías, le sacan á la fuerza del tabernáculo del Señor en el cual se habia refugiado, y le quitan la vida de órden de Salomon. Banaías, uno de los guerreros de David, fué el encargado de matarle. Joab era primo hermano de Salomon, pues era sobrino de David, como se ha visto, por parte de su madre Sarvia. Habia prestado grandes servicios con su valor, pero, se habia manchado con actos de la mas negra alevosía; y David, en su lecho de muerte, habia prescrito á Salomon que le diese la muerte. Semei obtiene que se le confirme el perdon otorgado por David acerca de las maldiciones que le dirigió cuando tuvo que fugarse, pero Salomon puso la condicion que no habia de salir de Jerusalen en su vida, y cuando Semei faltó á ella, Salomon mandó matarle.

Salomon concierta alianza con el rey de Egipto, y casa con una hija suya, bien que después de haberla hecho abrazar la religion judaica. Por la noche se le aparece el Señor, y le dice que puede pedir lo que le pareciere; Salomon pide la sabiduría. Se le concede junto con las riquezas y gloria, cosa que él no habia pedido. Al dia siguiente tuvo una buena ocasion para patentizar el dón que habia recibido. Dos mujeres públicas vivian en un mismo cuarto, y tenian cada una un niño recien-nacido. Reparó una de ellas que habia ahogado al suyo durmiendo por la noche. Ocurrióle el ir á ponerle con tiento al lado de la otra mujer que estaba durmiendo tambien, llevándose al mismo tiempo el niño vivo de la otra, y pretendiendo luego que era suyo. Fuéron á que decidiera Salomon entre las dos, y como no habia mas pruebas que los dichos de cada una, manda que partan con una cuchilla al niño vivo en dos, y que den á cada una su parte. La que no era madre conviene en ello, pero la verdadera, dice: pues quédate con el niño. En esto conoció Salomon cuál era la madre verdadera, y ordenó que le fuese entregado al instante. Todo Israel admiró esta sentencia.

1000. Dispuesto Salomon á construir el templo segun los diseños que le entregó su padre, entró en tratos con Hiram, rey de Tiro, para que le suministrase lo necesario. Hiram habia estado siempre en buenas relaciones con David, á quien habia cedido cedros del Líbano (1) para su palacio. Comprometióse igualmente con Salomon para los cedros y abetos que hubiese menester, trayéndoselos hasta el puerto de Joppe. Salomon le promete por su parte que le suministrará anualmente el trigo y aceite que necesitare Hiram para su casa.

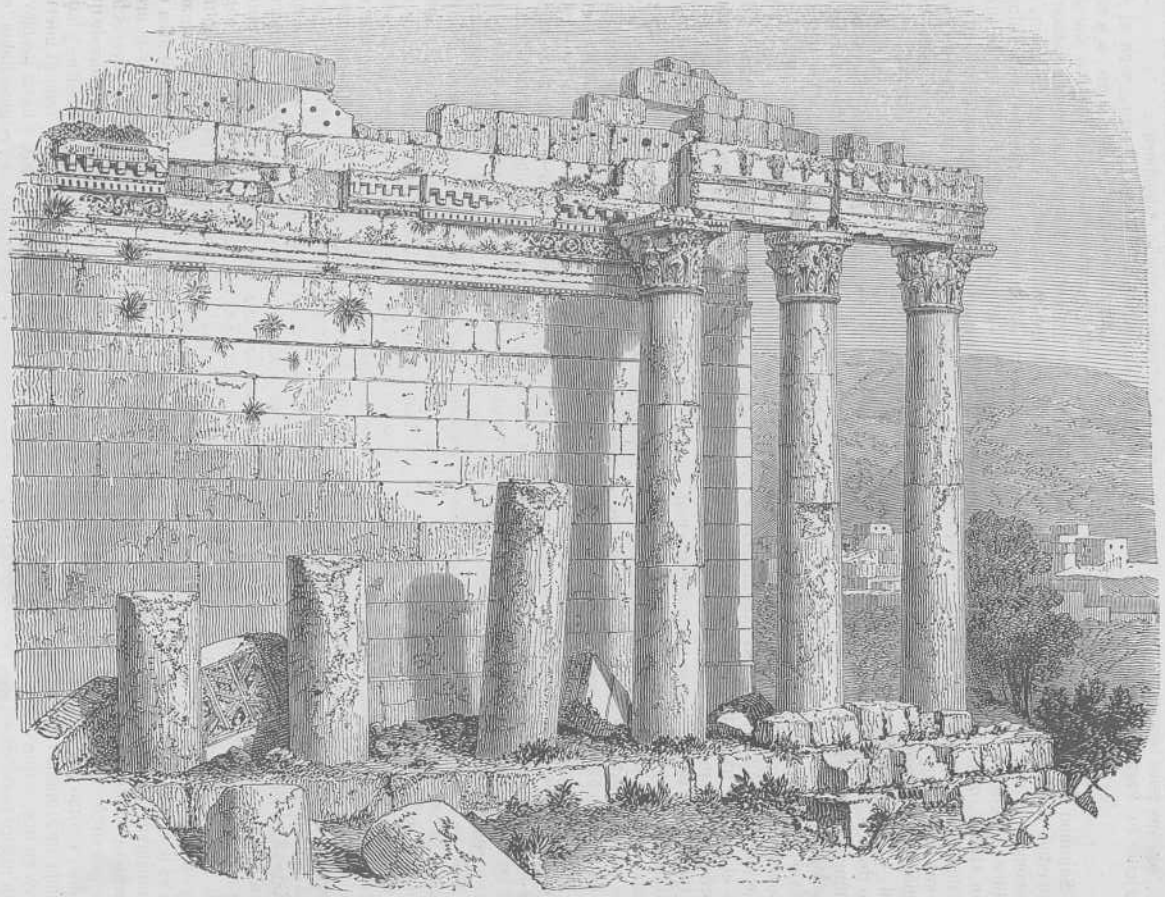
999. Muerte de Semei, de que hemos hablado ya, por haber salido de Jerusalen contra la prohibicion del rey. David habia dejado á Salomon libre de obrar con Semei como mejor lo entendiera.

998. En el cuarto año de su reinado, y en el segundo mes, llamado entónces «ziu, ó zio,» y mas adelante «jiar,» que corresponde parte á nuestro mes de abril, y parte á mayo, comenzó Salomon la construccion del templo, sobre el monte de Moria, en el sitio que se ha dicho. El texto hebreo y la Vulgata dicen que fué comenzado en el año 480 de la salida de Egipto. Pero, es muy probable que hay en este lugar equivocacion de escribiente, pues que san Pablo cuenta cuatrocientos cincuenta años, como hemos visto, solo para el tiempo de los jueces. Parece, pues, que se ha de leer seiscientos cuarenta y ocho. Salomon emplea en la obra ciento ochenta y tres mil y seiscientos hombres, sin contar los tirios y sidonios que cortaban los árboles en el Líbano, y los trasportaban hasta el mar. Y aquí observaremos, que como no se usaba todavía en Israel el cargar á lomo á los animales, los hombres tenian que llevarlo casi todo al hombro ó arrastrarlo, como hacen todavía los chinos.

992. En el año onceno del reinado de Salomon, segun la opinion mas admitida, por el mes de bul, (asi llamaban al octavo mes al que después dieron el nombre de marchesvan,) que corresponde á nuestros meses de octubre y noviembre, fué concluido el templo, después de transcurrir siete años y medio entre construccion y obras de ornato. La prontitud con que fué llevada á cabo una obra tan vasta, tan variada y suntuosa, es por cierto sorprendente, si se considera que el Asia entera estuvo doscientos cincuenta años para erigir el templo de Diana en Efeso, empleando cuatrocientos en adornarle (Plin. lib. 36, cap. 14), y que tardaron veinte años trescientos sesenta mil hombres en levantar una sola pirámide de las de Egipto (Plin. 1. 36, cap. 12.). Y además, ¿qué ingenio no se necesitaba para dirigir un edificio del que no habia ningun modelo? El templo estaba cubierto; tenia de alto treinta codos (2), de largo setenta de oriente á occidente, y veinte de ancho de norte á sud; lo que equivale á cincuenta y dos piés y medio de altura, ciento dos con seis pulgadas de longitud, y treinta y cuatro piés con dos pulgadas de ancho. La longitud del templo se dividió en tres partes, el santuario, el santo y el vestíbulo. En el santuario, llamado tambien «Sancta Sanctorum,» fué puesta el arca de la alianza entre querubines de cedro cubierto de oro, cobijando el arca debajo de sus alas. En las puertas habia querubines esculpidos; en las tablas de cedro de que estaban revestidas las paredes, habia molduras y bajos relieves figurando ángeles y palmas; todo el interior estaba cubierto con planchas de oro, y hasta los clavos eran del mismo metal. En torno del edificio habia tres pisos de habitaciones para los sacerdotes, y sobre los

(1) El monte Líbano no pertenecia al reino de Tiro, sino á Israel, desde que David le habia conquistado. Solo que los sirios pasaban por los mas expertos en la explotacion de la madera de aquel monte.

(2) Esta altura no debe entenderse de todo el edificio, sino tan solo del primer piso, pues habia tres, y el primero era el que tenia treinta codos. El codo hebráico equivalió á tres piés y tres cuartas partes.



LAS RUÍNAS DE PALMIRA.

mismos los tragaluces que daban luz al templo. El que deseare mas pormenores, vea el libro 3.° de los Reyes, cap. 6. En cuanto á la forma de los querubines del arca, ya hemos dicho que era muy difícil fijarla. Si eran parecidos, como es verosímil, á los de la vision de Ezequiel, habremos de decir que tenian el rostro de hombre, junto con los brazos y muslos, el cuello y pecho de leon, alas de águila con piés de ternero. El conjunto que á primera vista es extraño, era simbólico, representando con viveza y energía la ciencia, la fuerza, la prontitud y la dócilidad de los espíritus celestes.

El templo estaba rodeado además de muchos patios con varias galerías, que tenian habitaciones para los levitas y lugares necesarios para el servicio de la casa del Señor. En uno de estos patios, delante del vestíbulo, se hallaba el altar de los holocaustos, del cual arrancaban varias cañerías para dar salida á la sangre de las víctimas. Como los sacerdotes tenian que purificarse antes y después de los sacrificios, Salomon destinó para este uso una concha de bronce, á la que daban el nombre de « mar » por la gran cantidad de agua que podia contener. Era de una sola pieza, y tenia cinco codos de profundidad, diez de diámetro de uno á otro borde, y unos treinta de circunferencia. Adornaba el borde del receptáculo un cordon con manzanas y cabezas de bueyes. La concha estaba sostenida por una coluna hueca, y además por doce bueyes puestos en cuatro grupos, que dejaban cuatro pasos libres para ir á abrir las espitas de la coluna.

Segun Calmet toda la circunferencia del templo era de mil veinte y cinco piés reales. Durante la creacion del edificio no se oia ruído de martillos ni de hachas, porque las piedras se labraban en las canteras, y todo se iba fabricando fuera del recinto sagrado. El átrio del interior, ó el de los sacerdotes, estaba edificado con tres órdenes de piedras labradas, y un órden de maderas de cedro: modo particular de construccion que gustaba á los antiguos, principalmente á aquellas gentes (Calmet.).

991. El año siguiente, dia 8 del séptimo mes, llamado primero « etanim » y después « Tisri, » que corresponde á nuestros meses de setiembre y octubre, celebró Salomon la dedicacion del templo, después de haber trasladado á él con la mayor pompa el tabernáculo y el arca. Entónces la majestad del Señor llena el templo, y el fuego celeste desciende sobre las víctimas y las consume. Siete dias duró esa fiesta, seguida luego de la de los tabernáculos que tuvo igual duracion, despidiendo Salomon en el último dia de la segunda fiesta al pueblo, dándole primero su bendicion.

Este es el único templo cuya ereccion permitió Dios á los israelitas, queriendo dar con esto á entender su unidad, y prohibiendo con el mismo fin el que se le ofreciesen sacrificios en otros puntos. Ordenó que todo su pueblo fuése al templo tres veces al año á prestarle homenaje, para que viviese convencido de su autoridad soberana y de su inmensidad.

Concluido el templo, edificó Salomon el real palacio, con una arquitectura digna de tan alto monarca. La casa de placer ó de recreo, á la que dieron el nombre de quinta del Líbano, era tambien deliciosa. El palacio que hizo para la reina embelleció asimismo á Jerusalen. Todo era grandioso en aquellos edificios; salones, vestíbulos, galerías, terrados, el trono del rey, desde el cual administraba justicia. No se empleó en todo otra madera que la de cedro, y todo estaba resplandeciente por el oro y las pedrerías. Nacionales y extranjeros admiraban la grandeza del rey de Israel. Después de todas estas construcciones que duraron al todo trece años y medio, ponen los Setenta la dedicacion del templo, siguiéndoles en esto Sulpicio Severo y el venerable Beda, bien que sea cosa muy cuestionable.

Salomon funda ciudades, siendo la mas célebre la de Palmira ó Tadmor en la Arabia desierta, cuyas ruínas admiran aun en nuestros dias los viajeros que las ven, y fortifica las poblaciones fronterizas de los estados. Avasalla varios pueblos limítrofes, extendiendo su dominacion desde el Éufrates al Egipto. Como se interesaba mucho por el comercio marítimo, quiso ir á los dos puertos del mar Rojo, llamados Asiongaber ó Hesion-Gaber y Aila ó Elat, que su padre habia hecho construir, y los reparó y fortificó, haciéndolos mas espaciosos y poblando estos dos puntos con marinos que hizo venir de la Palestina. Hiram, que tambien tenia puertos en el mar Rojo, y cuyos súbditos tenian fama de ser los mejores marinos y comerciantes que se conocian, le cedió una escuadra, la que envió á Ofir, que, segun la opinion mas comun, es la tierra de Monomotapa. Pretenden otros que el país de Ofir es el mismo que se conoce por reino de Sofala en la Cafrería, en la costa de Mozambique, hácia el Zanguebar. Hállanse en efecto allí minas de oro y de hierro, y muchos elefantes. Sea como fuere, el viaje á Ofir fué repetido varias veces en tiempos de Salomon, y fué enriqueciendo hasta tal punto la Judea, que la plata habia llegado á tener muy poca estima. Continuaron aquel comercio sus sucesores, haciéndolo después en lugar de los reyes hebreos los de Siria. Tres años empleó la flota de Salomon en el viaje, doblando el cabo de Buena Esperanza, y navegando luego á lo largo de las costas del África occidental, para venir á aportar poco mas arriba de la embocadura del Guadalquivir, en donde habia una isla formada por un brazo de este rio, á la que llamaban « Tartessus ó Tarsis, » cuya riqueza y extension describe Bochart. De allí volvió á darse á la vela para Asiongaber, punto de su partida, con una prodigiosa cantidad de oro, plata, pedrería y ébano. Las rentas de Salomon ascendian á unos ciento ochenta y seis millones y cuatrocientos ochenta mil reales de nuestra moneda de vellon, ó sea seiscientos sesenta y seis talentos de oro, sin contar lo que le pagaban los reyes tributarios.

La reina de Saba (1) en la Arabia Feliz (y nó en la isla de Mervé, en Egipto), movida de lo que se contaba de Salomon, fué á Jerusalen con un lucido séquito, para cerciorarse de si correspondia la realidad á lo que la fama pregonaba. Después de examinarlo todo minuciosamente, confiesa que no sabia aun la mitad tocante á la grandeza del monarca hebreo. Admira su majestad, la sabiduría con que responde á las enigmáticas proposiciones que le dirige, el órden y la magnificencia de su casa, volviéndose por fin completamente satisfecha y colmada de presentes en cambio de los que hizo ella á Salomon. Entre las cosas raras que trajo de su tierra, dice Josefo (Antig. VIII, 2.) que habia la planta del bálsamo, siendo Prideaux de opinion que Jericó fué el único punto en que pudieron aclimatarla los judíos. Pero tiempo hace que los jardines en que se cultivaba la planta del bálsamo están destruidos.

Salomon quebrantó la ley tomando por esposas á mujeres extranjeras, lo que habia prohibido el Señor, y la transgresion le fué funesta. Llegó á tener hasta setecientas mujeres, todas con el título de reinas, y

(1) Los moradores de la Arabia Feliz enseñan aun en nuestros dias el sitio en que nació esta reina.

además trescientas concubinas, ó mujeres de segundo órden. Le pervirtieron el corazon, y ellas fueron causa de que permitiese en sus estados el libre culto de la idolatría. Por deferencia á sus deseos, levantó un templo á Camos, Dios de la embriaguez, en el monte llamado mas adelante de los Olivos. Luego erigió otro á Moloc, Dios de los amonitas, á quien se sacrificaban animales y niños, y otro á Astarte ó Astarot (la luna), diosa de los sidonios. No quedó impune su apostasía. Dios le predice que, después de muerto, será dividido su reino, quedando para su heredero la menor parte. Le suscita además varios enemigos que causan graves daños á Israel.

Salomon terraplenó la hondonada que habia entre la parte de la ciudad llamada « Jebus », y la parte alta habitada por David, que se llamaba « Sion »; haciendo levantar un muro por aquel lado. Esto era quitar al pueblo el terreno en el que solia tener sus juntas y mercados, pues en efecto, aquel valle era el punto de sus reuniones. Jeroboan tenia la superintendencia de los tributos de la casa de José; es decir de las tribus de Efraim y Manasés, y como muchos individuos de estas tribus estaban ocupados en las obras de que acabamos de hablar, pudo sublevarlos fácilmente. Encuéntrale el profeta Ahías un dia fuera de la ciudad, y le anuncia que reinará sobre diez tribus de Israel. Hay quien pretende que desde aquel año deben contarse los del reinado de Jeroboan, pero no tomó Jeroboan título de rey mientras vivió Salomon, y aun, después de muerto, reconoció al principio á Roboan. Viendo Jeroboan que Salomon le andaba buscando para prenderle, huyó á Egipto, á la corte del rey Sesac.

962. Muerte de Salomon á los cuarenta años no cabales de su reinado, y á los cincuenta y seis de edad, segun la Escritura. Josefo le da ochenta años de reinado, y noventa y cuatro de vida. Pretenden muchos padres que hizo penitencia; otros lo niegan, y nada se sabe de cierto con respecto á esto. Salomon fué el primer rey de Israel que tuvo una caballería regular. Hemos visto que antes de él los israelitas no montaban mas que asnos y mulos. « Salomon, decia la Escritura, tuvo en sus caballerías cuarenta mil caballos, doce mil carros y doce mil hombres de á caballo, repartidos por las ciudades que les estaban destinadas, y quedando la parte correspondiente en Jerusalen, para guardia de su persona. » Así es que era dueño, en parte, de la Arabia petrea y de la desierta, dos países en que hay buenos caballos, los cuales aun en nuestros dias constituyen el comercio de sus moradores y su fuerza.

Cuenta Josefo que cuando Salomon salia á campaña le precedia una escolta de caballeros jóvenes, de buena estatura y vestidos de púrpura, con el cabello empolvado de oro, parecidos al sol por el resplandor que despedian.

Tres obras compuso Salomon que forman parte de los sagrados libros: « los Proverbios, » que no son mas que un extracto de las tres mil parábolas que habia escrito; el « Eclesiastes » ó sea el « Predicador, » libro que está lleno de reflexiones y máximas morales (1), y el « Cantar de los cantares, » especie de epitalamio compuesto cuando casó con la hija del rey de Egipto, obra profunda en la que bajo el emblema del amor matrimonial está representada la union de Jesucristo con su iglesia. Otros libros habia escrito Salomon que se han perdido. Josefo le atribuye cinco mil cánticos que reducen otros á la composicion de mil quinientos, además de algunos tratados acerca de animales y plantas. Ya en su tiempo habia bastantes libros, quejándose él mismo de que se escribia mucho.

De tantas mujeres que tuvo, solo dejó un hijo, y dos hijas, llamadas Tafet y Basemat, las que vivieron oscuramente. Muerto Salomon, su hijo, llamado Roboan, fué á Siquem, en donde se habia congregado todo Israel con objeto de proclamarle rey. El pueblo, dirigido por Jeroboan, le pide la disminucion de impuestos con que le habia cargado su padre. Tres dias pide Roboan para deliberar, consultando durante ese intervalo á los ancianos que habian pertenecido al consejo de Salomon, y cuyo parecer fué que accediese á lo que le pedia el pueblo, pues le ven muy dispuesto á rebelarse. Consulta luego el negocio con sus amigos como él, mancebos, y le sugieren la mas dura é injuriosa respuesta. Al cabo de los tres dias dijo á los israelitas: « Mi padre os impuso un yugo pesado, pues yo añadiré aun mas peso á vuestro yugo: mi padre os azotó con correas, mas yo os azotaré con escorpiones. » Airado el pueblo con la respuesta abandona á Roboan. Solo le permanecieron fieles dos tribus, la de Judá y de Benjamin, proclamando las otras diez por rey á Jeroboan. Entónces hubo dos reinos separados, el de Judá y de Israel.

(1) Dudan algunos expositores, fundándose en razones algo frívolas, que Salomon sea autor del Eclesiastes, bien que convienen todos en que hubo de escribirse antes de la cautividad. En este libro, como en el de los Proverbios que nadie contesta á Salomon, se halla un testimonio formal á favor de la inmortalidad del alma. « Que el polvo, » dice en el cap. XII, v. 7, «vuelva» (después de la muerte) «á la tierra de donde vino, y que el espíritu vuelva al Señor que le dió:» Y en el segundo se lee (cap. XXV, v. 32:) « Muere el impío en su impiedad, pero el justo tiene esperanza al morir. » Luego el dogma de la inmortalidad era conocido de los judíos antes de su cautiverio en Babilonia.

CISMA DE LAS DIEZ TRIBUS.

REYES DE ISRAEL.

JEROBOAN.

962. Jeroboan, hijo de Nabat, de la tribu de Efraim, natural de Sareda, después de reconocido solemnemente como á rey por las diez tribus, estableció su asiento en Siquem, reedificada por él y fortificada: si bien que la trasladó después á Tersa.

Temiendo este príncipe que sus súbditos, yendo á las fiestas de Jerusalen, se sometan de nuevo á la casa de David, erige dos becerros de oro, uno á Betel y otro á Dan, y ordena á su pueblo que eleve sus preces en uno ú otro de estos lugares. Retíranse á Jerusalen los sacerdotes y levitas, y Jeroboan los reemplaza por sacrificadores sacados de la hez del pueblo: hace mas, se apropia los derechos y la dignidad de sacrificador. En tanto que ofrece sacrificios sobre estos altares por él erigidos, llega un profeta de Dios, y le dice que este mismo lugar será destruido por Josías, rey de Judá. Jeroboan extiende la mano para hacerle prender. Húndese el altar, su mano se seca, y no obtiene su

curacion sino por las oraciones del mismo profeta, que, obedeciendo las prohibiciones de Dios, se retira sin tomar alimento alguno en tal paraje. Noticioso de estas maravillas un anciano profeta de Betel, corre en seguimiento del inspirado de Dios, le conduce á su casa, y le invita á comer, fingiendo una revelacion que le autoriza para obrar de este modo. Puesto de nuevo en camino, después de la comida, el profeta de Dios es devorado por un leon, en castigo de su desobediencia.

Sin embargo, todos los israelitas temerosos de Dios, continuaron yendo á las solemnidades de Jerusalen.

959. Con objeto de apartarlos de esta costumbre estableció Roboan una fiesta semejante á la de los tabernáculos y la dedicó á Betel. Produjo su efecto esta política, y acabó de consumar el cisma de las tribus.

Cae gravemente enfermo Abia, hijo de Jeroboan, y este príncipe envia á su mujer á Silo á consultar al profeta Ahías, sobre la causa de esta enfermedad. Disfrázase la princesa para no ser conocida. Pero, aunque ciego, el profeta la reconoce en cuanto entra en su casa. La echó en cara los crímenes y la ingratitud de su esposo, declaró que su hijo no curaria, y la predijo la destruccion de su casa.

Abian, rey de Judá, derrota á Jeroboan, matándole quinientos mil hombres de los ochocientos mil que componian su ejército. Hiriólo Dios en seguida con una enfermedad de languidez, durante la cual su hijo Nadab tomó las riendas del gobierno.

943. Segun la Escritura, Jeroboan muere en el vigésimo segundo año de su reinado. Pero, es de creer que se ha deslizado aquí un error de copista, y que donde dice veinte y dos, debe leerse veinte.

NADAB.

943. Nadab, hijo de Jeroboan, le sucede en el reino de Israel en el año segundo del reinado de Asa, rey de Judá. Tan inicuo como su padre, no le igualó en valor. Reinó dos años enteros.

En el año tercero de Asa, rey de Judá, Baaza se levantó contra Nadab y le dió la muerte cerca de Gebbeton, ciudad de los filisteos que tenia sitiada.

BAAZA.

942. Baaza, hijo de Ahías, de la tribu de Isacar, se apodera del trono de Israel, después de haber dado muerte á Nadab; exterminó, como lo habia predicho el Señor por su profeta, la casa de Jeroboan, lo que no le impidió imitar sus impiedades. Empezó su reinado en el año tercero del de Asa, rey de Judá. Estos dos príncipes estuvieron en guerra frente uno de otro mientras duró su reinado. Pero las grandes hostilidades no comenzaron verdaderamente hasta el año catorce del reinado de Baaza (929, décimo sexto del de Asa, y trigésimo cuarto de la separacion de las tribus). Baaza entró entónces por las tierras de Judá con un poderoso ejército, y emprendió la fortificacion de Rama, ciudad situada en las gargantas de las montañas á seis ó siete millas de Jerusalen, á fin de impedir á sus súbditos el ir á ofrecer sacrificios en el templo del Señor. Para tener un sólido apoyo, alióse al mismo tiempo contra Asa con Ben-Hadad, rey de Siria. Pero, ganado por el oro del rey de Judá, Ben-Hadad revolvió contra Baaza y se apoderó de gran parte de su país. Esta irrupcion le obligó á abandonar su empresa para oponerse á la invasion del rey de Siria.

El profeta Jehú, hijo de Hananí, predijo á Baaza la ruina de su posteridad. Da este impío príncipe órden de matarle, y muere él á los veinte y cuatro años de su reinado, siendo sepultado en Tersa, capital de las diez tribus.

ELA.

919. Ela, sucede á Baaza su padre en el reino de Israel. En el segundo año de su reinado, Zamri, uno de sus generales, se levanta contra él, y sorprendiéndole en Tersa, le asesina hallándole embriagado en un festin.

ZAMRI.

918. Zamri ó Zambri, se hizo proclamar rey de Israel, empezando por destruir toda la familia de Baaza. Solo disfrutó siete dias de su usurpacion. Habiendo Amri llegado sobre Tersa, Zamri se encerró en su palacio, abrasándose con toda su familia.

AMRI.

918. Amri, ú Homri, es reconocido como rey por la mitad de los israelitas, declarándose los restantes por Tebni. Siendo mas fuerte el partido de Amri, y habiendo muerto en este intermedio Tebni, ó sido asesinado, segun Josefo, quedó Amri por único rey de Israel, después de cuatro años de guerra civil. Por esta razon la Escritura no empieza á contar los años del reinado de Amri hasta los treinta y uno del reinado de Asa, siendo asi que Zamri murió á los veinte y siete del reinado de este príncipe.

914. En el quinto año de su reinado Amri compró á Samer una montaña sobre la cual edificó una nueva ciudad, á la que dió el nombre de Samaria, y á la que hizo capital de sus estados. Antes residia en Tersa.

No contento este príncipe con arrastrar sus vasallos á la idolatría por medio de sus perniciosos discursos y de su ejemplo, les obligó á ello por medio de leyes. (Micheas. VI, 16.)

907. Muere Amri á los doce años de reinado á contar desde la muerte de Zamri.

ACAB.

907. Acab sucede á su padre Amri á los treinta y un años del reinado de Asa, rey de Judá. Desposóse con Jesabel, hija de Etbaal ó Itobal, rey de los sidonios, ó mejor de los tirios. Esta mujer le indujo á la adoracion de los ídolos fenicios, y en particular á la de Baal, al cual hizo levantar un templo, cometiendo otras mil abominaciones, de suerte que Acab, segun expresion de la Escritura, sobrepujó en impiedad á todos sus antecesores.

El hambre, causada por una espantosa sequía, se extendió por todo Israel; el profeta Elías de Tesba, en el país de Galaad, predice á Acab que no llovera hasta que el Señor lo ordene por su boca. Retírase en seguida á orillas del torrente Carit, donde todos los dias por la mañana y tarde le lleva un cuervo un pan y un pedazo de carne. De allí dirígese á Sarepta, ciudad de los sidonios, en donde resucita al hijo de una viuda que le habia dado hospitalidad. Es el primer difunto vuelto á la vida desde la creacion. Entretanto Acab hacia buscar por todas partes á Elías para sacrificarle á su venganza, mientras Jesabel por su parte hacia inmolar á todos los profetas del verdadero Dios. Cien de entre ellos sustrajo al furor de esta princesa, Acías, intendente de su casa, encerrándolos en dos cavernas en donde los mantuvo.

903. Cuando el hambre se hallaba en su mayor fuerza, preséntase Elías en el campo á Abdías, y le encarga anuncie su llegada al rey. Abdías se excusa por el temor de ser castigado á muerte, si el espíritu del Señor traslada el profeta á otra parte y no vuelve á

aparecer. Elías le tranquiliza, y él obedece.

Llega Acab delante de Elías, quien le promete que hará llover, y le induce á reunir los sacerdotes de Baal. Invítales el profeta á probar al pueblo por medio de un milagro la divinidad de su ídolo. Acéptase la proposicion. Dirígense al monte Carmelo, en donde cada parte levanta un altar sobre el que inmolan un buey. En vano los sacerdotes conjuran á Baal con gritos é incisiones hechas en sus cuerpos, para que se dé á conocer por cualquiera señal. El Dios no los ve ni los oye. Elías, á su vez invoca al Señor; cae el fuego celeste sobre la víctima, y la consume junto con el altar. Entónces todo el mundo se declara por el verdadero Dios. Por órden de Elías son presos los cuatrocientos cincuenta sacerdotes de Baal, y degollados junto al torrente Cisson, al pié del monte Carmelo. Haciendo degollar Elías á estos sacerdotes, no hizo mas que dar cumplimiento á la ley de Moisés, que impone la pena de muerte á los partidarios de la idolatría. Á esto sigue una lluvia abundante que devuelve la fertilidad á los campos, agostados por una sequía de tres años. Sabiendo Jesabel la muerte de los sacerdotes de Baal, jura la pérdida de Elías. Huye el profeta á un desierto de la Arabia pétrea. Quédase dormido al pié de un enebro, y al dispertarse encuentra á su lado las provisiones necesarias para reparar sus fuerzas. Dirígese de allí al monte Horeb, y aunque solo distante cuarenta leguas, anda cuarenta dias para llegar á él, porque Dios, para ejercitar su paciencia, no le indicó el verdadero camino, y anduvo todo este tiempo dando rodeos y sin tomar alimento. Llegado á la cima de esta montaña, el Señor le manifiesta su gloria. Después le ordena que se dirija á Damasco para consagrar rey de Siria á Azael, dar la uncion real á Jehú, hijo de Namsi, destinado á reinar en Israel, y establecer en calidad de profeta á Eliseo, hijo de Safat, para que le reemplace.

Ben-Hadad, rey de Siria, con treinta y dos reyes aliados, acomete á Samaria. Son enteramente destruidos y puestos en fuga por los criados de á pié de los gobernadores de las provincias, segun prediccion de un profeta.

El año siguiente Ben-Hadad presenta una segunda batalla al rey de Israel, en la llanura de Afec. Mátale Acab cien mil hombres y obtiene sobre él una completa victoria. El rey de Siria pónese entónces á la merced de Acab, quien no solo le concede la vida, sino que forma alianza con él. Reprende un profeta á Acab por esta conducta, y le anuncia que su vida responderá de la de Ben-Hadad, y su pueblo por el de Siria.

Habiendo establecido Acab su residencia en Jesrael, pide á Nabot su viña para unirla á su parque. No pudiéndola obtener, cae en una negra melancolía. Para sacarle de pena, imagina Jesabel un medio digno de su perversidad. Escribe á los ancianos de Jesrael, para inducirles á sobornar algunas personas que acusen á Nabot de un crímen capital. Estas cartas, aunque dirigidas sin conocimiento de Acab, estaban provistas de su sello. Tal era desde los primeros tiempos el carácter de autenticidad que se imprimia en los diplomas de los soberanos. Faraon, como se ha visto, remitió á José su anillo para que sellase con él los edictos que expidiese en su nombre. La costumbre de firmar al pié de los escritos es de invencion mucho mas moderna. Citado Nabot ante los jueces, es acusado, por dos falsos testigos, de haber blasfemado contra Dios y contra el rey. Por esta disposicion le condenan á ser apedreado. Después de ejecutada esta sentencia Acab se dirige á tomar posesion de la viña de Nabot por derecho de confiscacion. Sale Elías á su encuentro. «Habeis dado muerte al inocente» le dice, y «habeis usurpado su herencia, pero yo os profetizo que los perros lamerán vuestra sangre en el mismo lugar donde bebieron la de Nabot.» Añade otras predicciones igualmente funestas. Humíllase Acab, y hace penitencia con el saco y la ceniza. En vista de estas señales de arrepentimiento, calma Dios su ira, ó por mejor decir dilata la ejecucion del castigo.

888. De nuevo se enciende la guerra entre Acab y el rey de Siria con motivo de querer el primero reconquistar á Ramot, ciudad de Galaad y que poseia Ben-Hadad, cuyos antecesores la habian tomado á los reyes de Israel. Induce Acab á Josafat, rey de Judea, que habia ido á verle, á secundarle en esta guerra. Todos los profetas de Acab, en número de cuatrocientos, le predicen un éxito feliz. Semeías, uno de ellos, colocándose dos cuernos de hierro en la cabeza, le dijo: «Con estos cuernos chocareis con la Siria hasta exterminarla.» Solo se atreve á contradecirle Miqueas. Acab manda encarcelarle para hacerle matar á su vuelta. Toma por testigo al pueblo de que el rey encontrará la muerte en la batalla que va á presentar. Pónense en marcha los dos ejércitos. Vienen á las manos con los sirios cerca de Ramot. Acab, herido entre la confusion por una flecha disparada al azar, muere al retirarse. Lavan su carro en la piscina de Samaria, y los perros, segun la prediccion de Elías, lamen su sangre en el mismo paraje donde lamieron la de Nabot. La Escritura le señala veinte y dos años de reinado, pero es de suponer que este número se ha equivocado por los copistas. Porque habiendo comenzado el reinado de Josafat el año cuarto del de Acab, y subiendo al trono el sucesor de este en el décimoséptimo de Josafat, se deduce claramente que su reinado solo fué de veinte años. Príncipe valeroso, en sí no era malvado. Volviósele, sí, á causa del ascendiente que sobre su ánimo adquiriera Jesabel. Educada esta mujer en el culto de las divinidades fenicias, le estableció de tal suerte tambien en Israel que los sucesores de Acab no pudieron desterrarle enteramente de su reino.

Mandó Acab construir en Samaria un magnífico palacio que denominaba la casa de Marfil. Habia así mismo hecho levantar ó reedificar muchas ciudades principalmente las que habia reconquistado de los sirios.

OCOSÍAS.

888. Ocosías, hijo de Acab y de Jesabel, sucede á su padre en el reino, año diez y siete del reinado de Josafat, rey de Judá (Reg. III, c. XXII, v, 52.). Perseveró en el culto impío de Baal y de la diosa Astarté, que su madre habia establecido en Israel; mas no tardó en caer sobre él la venganza divina.

887. Cae este príncipe desde una plataforma de su palacio á una sala baja del mismo por una abertura destinada á dar la luz y se hiere de muerte, año segundo de su reinado. En este estado envia á consultar á Belzebú, dios de Accaron, sobre el éxito de su enfermedad. Preséntase el profeta Elías ante el mensajero, y le encarga diga á su dueño que por haber consultado al dios de Accaron, en lugar del Dios de Israel, no se levantará del lecho y que indudablemente morirá. Oida esta noticia Ocosías manda un capitan con cincuenta soldados para que prendan á Elías y le conduzcan á su presencia. Hace Elías descender fuego del cielo y quedan abrasados el capitan y sus cincuenta hombres. Otro capitan enviado con igual número de soldados experimenta la misma suerte. En fin, el tercero, humillándose delante del profeta, le persuade que

vaya á ver al rey. Elías confirma de viva voz á Ocosías, lo que le mandó decir.

Transportado, poco tiempo después, al otro lado del Jordan, el profeta es trasladado en un carro de fuego al paraíso terrenal. Eliseo que se hallaba presente recoge la capa que su maestro habia dejado caer. Al volverse golpea con ella el agua del Jordan, y le pasa á pié enjuto. Al subir á Betel, cuarenta y dos muchachos ó jóvenes (que ambas cosas significa una misma palabra en hebreo) se burlan de él llamándole calvo (una de las injurias mas atroces en lo antiguo, por cuanto á esta palabra iba unida la idea de un hombre vicioso y libertino). Maldice Eliseo á estos insolentes, y Dios venga el honor de su profeta, haciendo salir de repente dos osos que los despedazan. Muere Ocosías, año segundo de su reinado (887.) Los que pretenden que su padre le habia asociado al trono, confundiendo por esta razon los dos reinados para encontrar los veinte y dos años de Acab, no tienen mas garantía que su imaginacion en apoyo de su dictámen.

JORAM.

887. Joram sucede á su hermano Ocosías, que no habia dejado hijos, año décimo octavo del reinado de Josafat. Á principios de su reinado se vió obligado á marchar contra Mesa, rey de los moabitas, que después de muerto Acab, rehusaba pagar el tributo de cien mil corderos y otras tantas corderas á que le habia sujetado el mismo Acab. Unióse su ejército con el de Josafat, rey de Judá, y el del rey de los idumeos, los cuales se vieron próximos á perecer de sed en el desierto; pero Eliseo, en atencion al rey de Judá, milagrosamente los abasteció de agua, y les prometió además una completa victoria. En efecto, los moabitas fueron vencidos, su país arruinado, su capital Kirkareset, sitiada y pronto reducida al último extremo. El rey de Moab, en un exceso de desesperacion, sacrifica su propio hijo al dios Moloc en presencia de los sitiadores. Llenos de horror, los tres reyes, á vista de este espectáculo, abandonan el sitio y se retiran.

El profeta Eliseo, en el tiempo de la siega, entre Pascua y Pentecostes, resucita al hijo de una mujer de Sunam, en la tribu de Isacar, en cuya casa estaba alojado. El niño contaba solo tres años, y su nacimiento habia sido el premio de la hospitalidad dada al profeta. El hambre, que debia durar siete años, amagaba las tierras de Israel. Eliseo se lo previene á aquella mujer, y le aconseja se retire al país de los filisteos.

Hallándose Naaman, general de las tropas del rey de Siria, atacado de la lepra, por consejo de una esclava israelita que tenia en su casa, que le hablaba de los milagros del profeta, parte en su busca. Le ordena Eliseo que se bañe siete veces en el Jordan. Admirado de esta órden, duda si la cumplirá. Obedece por fin, y queda completamente curado. Rehusa Eliseo los presentes de Naaman, pero Giezi, criado de Eliseo, los admite para sí en ausencia de su dueño. Instruido el profeta de todo por revelacion, le arroja de su presencia, después de condenarle á padecer lepra él y su posteridad. Descubre Eliseo á Joram los designios del rey de Siria con quien estaba en guerra. Envia Ben-Hadad soldados para prender al profeta. Ofúscanse los ojos de estos soldados, le encuentran sin conocerle, y el profeta los conduce á Samaria. Pero impide que el rey los haga matar, y los remite á su dueño. Reunidas sus tropas, Ben-Hadad, llega á sitiar á Samaria.

Este sitio, que fué muy largo, causó tan horrible hambre en la ciudad, que dos mujeres convinieron en comerse juntas á sus hijos. Comido el de la primera, rehusaba la otra entregar el suyo. Preséntase aquella ante el rey, quien, desesperado por tan bárbaro incidente, rasga sus vestiduras, y enfurecido, atribuye á Eliseo la principal causa de estos males. En el primer arrebato manda un oficial á que le corte la cabeza; pero, arrepentido de una órden tan injusta, él mismo corre en su seguimiento, y habiendo llegado á la habitacion del profeta al mismo tiempo que su enviado, se exhala en lamentos sobre los males de su capital. Prométele Eliseo abundancia de víveres para el dia siguiente y la prediccion se cumple. Durante la noche apodérase de los enemigos un terror pánico que les obliga á abandonar el campo, y al siguiente dia los habitantes de Samaria, avisados por cuatro leprosos, corren á él y le saquean, llevándose un botin inmenso.

Habiéndose Eliseo trasladado á Damasco, el rey Ben-Hadad, enfermo en aquel entónces, le envia uno de sus principales oficiales, llamado Hazael, para consultarle sobre el término de su enfermedad. « Id, » le responde Eliseo, « decid á vuestro dueño que su enfermedad será curada; pero en cuanto á mí el Señor me ha revelado que el perecerá. » En seguida, mirándo fijamente á Hazael y derramando lágrimas, « veo, » le dice, « el cúmulo de males con que abrumareis á Israel: reducireis á cenizas sus fortalezas, pasareis á filo de espada su juventud, y desgarrareis las entrañas á las mujeres embarazadas. Dios me ha revelado que reinareis en Siria ». Como si le hubiese dicho: « La enfermedad del rey no es mortal, otra causa le quitará la vida. Conozco el designio que abrigais en el corazon, y sé tambien que tendrá buen éxito. Dareis muerte á vuestro dueño y os apoderareis del trono ». El suceso acreditó la profecía. De vuelta Hazael ahoga á Ben-Hadad; y reina en su lugar.

Reunen sus fuerzas Joram y Ocosías, rey de Judá, para atacar á Ramot de Galaad, siempre ocupada por los sirios. Tómase la ciudad; pero el rey de Israel, herido de gravedad, es transportado á Jesrael para curarle. Jehú, su general, permanece en Ramot, para asegurar esta nueva conquista. Llega á Ramot un discípulo de Eliseo comisionado por él mismo para consagrar rey de Israel á Jehú. Después de esta secreta consagracion, emprende Jehú la marcha para Jesrael. Sabiendo Joram que se acerca, le sale al encuentro. Atraviésale Jehú con una flecha y hace arrojar su cuerpo al campo de Rabot, en donde habia tenido lugar el encuentro. Llegado á Jesrael, manda echar á Jesabel de una elevada ventana, desde donde le insultaba (1): y el cuerpo de esta princesa, después de pisoteado por los caballos, es devorado por los perros segun la prediccion de Elías.

JEHÚ.

876. Jehú, hijo de Josafat, y nieto de Namsi, toma posesion del palacio, después de la muerte de Jesabel; pero aun le queda una sombra que desvanecer. Los principales de Samaria mantienen en sus casas setenta hijos de Acab; Jehú les da á escoger ó que nombren rey á uno de ellos, ó que den muerte á

(1) La Escritura dice que, noticiosa Jesabel de la llegada de Jehú (Reg. IV, c. 9, v. 30), se pintó los ojos y adornó la cabeza. Era costumbre entre las fenicias pintarse las cejas y los párpados con cierto afeite llamado « phouk » en su idioma, y que se cree ser el antimonio. Aun en el dia las mujeres sirias se ennegrecen todo el alrededor del ojo, y aun el párpado, y esta costumbre es comun en todo el oriente hasta en los mismos hombres. Ennegreciéndose así los ojos, pretenden conservarlos contra el ardor del sol, y hacerlos parecer mas grandes; esta última propiedad, ha hecho dar al antimonio el nombre de « stimuophtalmarum, » para significar que dilata y ensancha los ojos.

todos. Adoptan lo segundo y le presentan las setenta cabezas de estos príncipes. Encuentra Jehú en las calles de Samaria cuarenta y dos hermanos, esto es, próximos parientes de Ocosías, rey de Judá, y á todos sin excepcion los manda matar. Bajo pretexto de honrar á Baal, Jehú convoca á todos los sacerdotes de esta falsa deidad en el templo, y cuando todos sin faltar ninguno se hallan reunidos, los hace degollar. Sin embargo de que este príncipe, por política, no renunció al culto de los becerros de oro, le prometió el Señor que por haber cumplido puntualmente sus decretos contra la casa de Acab, reinarian sus hijos hasta la cuarta generacion.

Cansado Dios de los crímenes de los israelitas, permite que Hazael, rey de Siria, consiga sobre ellos grandes ventajas.

818. Jehú muere cumplidos veinte y ocho años de reinado. En tiempo de este príncipe vivia en Jerusalen Jonadad, hijo de Recab, descendiente de Jetró, suegro de Moisés; deseando establecer en su familia una vida mas perfecta, prohibió á sus hijos y á toda su posteridad, que bebiesen vino, ni ellos ni sus mujeres, plantar viñas, sembrar trigo, y edificar casas, mandándoles que viviesen bajo sus tiendas como extranjeros, género de vida que siguieron fielmente hasta la primera destruccion de Jerusalen.

JOACÁS.

848. Joacás, hijo de Jehú, le sucede, año vigésimo tercero del reinado de Joas en Judá. Siguió durante su reinado la senda trazada por Jeroboan, y mezclando el culto del verdadero Dios con el de los becerros de oro, atrajo Joacás sobre sí la cólera del Señor, que puso á los israelitas en manos de Hazael, rey de Siria, y de Ben-Hadad II, su hijo. Estos príncipes le hicieron todo el daño que vaticinara Eliseo.

En su afliccion humíllase Joacás ante el Señor, que se apiada de su pueblo; pero Israel, libre de los males que la afligian, continúa adorando los becerros de oro.

El año décimo séptimo de su reinado, muere Joacás.

JOAS.

832. Joas sucede á su padre Joacás, á los treinta y nueve años del reinado de Joas en Judá. El hebreo y la Vulgata dicen á los treinta y siete años de este príncipe; pero los Setenta, en la edicion de Alda, señalan el treinta y nueve, cuyo número está mas en armonía con los que preceden.

«Joas obró mal delante del Señor y no abandonó las abominaciones de Jeroboan, sino que siguió siempre su mismo camino.» Habiendo enfermado Eliseo, va Joas á visitarle y exclama llorando: «Padre mio, padre mio, vos sois el carro de guerra de Israel, y su caballería» (ó, segun la Vulgata, «su conductor»). Dícele Eliseo que tome unas flechas y que hiera con ellas el suelo. Como no lo golpee mas que tres veces, el profeta le demuestra su descontento, y le dice: «Si hubieses dado cinco, seis ó siete golpes, hubieras derrotado á la Siria hasta destruirla enteramente; pero con todo ahora la vencerás por tres veces.» Muere el profeta, y Joas le hace enterrar con magnificencia.

Invaden los moabitas las tierras de Israel. Algunas personas, que llevaban á enterrar un difunto, asustadas al ver á lo lejos algunos exploradores de aquella nacion, abondonan el cadáver á la ventura; queda precisamente sobre la tumba de Eliseo, y se escapan. En el momento mismo que toca los huesos del profeta, el muerto resucita, se levanta, y se va á su casa.

Muerto Hazael, reconquista Joas, en guerra contra Ben-Hadad II, todas las ciudades tomadas á Joacaz anteriormente. Derrota por tres veces á los sirios en batalla campal, segun la prediccion de Eliseo, se apodera de nuevo de todas las plazas que le tenian usurpadas en el reino de Israel, y vuelve la paz á sus estados. Provocado á un combate por Amasías, rey de Judá, le exhorta á permanecer en reposo por medio de un apólogo. Obstinándose Amasías en su resolucion marcha Joas contra él, dispersa su ejército, le hace prisionero, arrebata los tesoros del templo y del palacio de Jerusalen, y se retira cargado de despojos. Muere Joas á los diez y seis años de su reinado.

JEROBOAN II.

817. Jeroboan II sucede á su padre á los quince años del reinado de Amasías en Judá. Semejante á sus antecesores, no abandonó en nada las vías criminales de Jeroboan I. Con todo, fué un príncipe valiente y afortunado en sus empresas. Tomó á los reyes de Siria todo el país comprendido entre Hamat y el mar del desierto ó lago Asfaltide; pero su impiedad y la de sus súbditos acumularon los males, que después de él cayeron sobre los israelitas.

Bajo su reinado aparecieron muchos profetas célebres, Jonás, Oseas, Amós y Abdías. Dios le habia enviado á las diez tribus para exhortarlas á la penitencia, desviando de este modo los males que las amenazaban. Habiendo mandado Dios al primero de estos profetas que fuése á predicar la penitencia á Nínive, en lugar de obedecer, Jonás se embarca en Joppe para retirarse á Tarsis en Cilicia. Levántase de pronto una fuerte tempestad que pone en gran peligro la nave en donde iba. Jonás declara que él es la causa del riesgo que corren, advirtiendo que cesará la borrasca tan luego como le arrojen al mar: y le precipitan en seguida. Un mónstruo marino se lo traga y lo restituye á la vida pasados tres dias (1); figura de Jesucristo sepultado y resucitado. Jonás entónces, obedeciendo una nueva órden, lleva á cabo su mision; y los ninivitas, convertidos con sus discursos, hacen penitencia, salvando de este modo á su ciudad de la ruina que la amenazaba y que el profeta les habia anunciado. (Historia de Darcilo, rey de Babilonia y de Asiria). Durante la ausencia de Jonás, Jeroboan tomó muchas ciudades á los sirios, y restableció los antiguos límites de Israel, conquistando tambien á Damasco y á Emat.

Amos, pastor de Jema, profetiza en Betel, y amenaza con los mayores males á Israel y Judá. Amasías sacerdote de Betel, se lo acrimina delante del rey y va en persona á encontrar á Amós para prohibirle profetizar. Amós le predice que su mujer será deshon-

(1) La Escritura no determina la especie de este mónstruo. El texto hebreo dice: «Dag-gaddol,» gran pescado: el griego del nuevo testamento «ketos,» del que se ha formado el «cetus» de la Vulgata, ambas tan indeterminadas como el del hebreo. Muchos comentadores han opinado que seria la ballena, pero no teniendo el gaznate de esta mas que medio pié de ancho, no es suficiente para dar paso á un hombre. El mónstruo marino que se conoce capaz de haberse tragado á Jonás, es el lamia ó limia. Este pescado, dice Trevaux, es de tan prodigioso tamaño que se han encontrado en su estómago hombres enteros. Es el mas voraz de todos los peces. Sus dientes repartidos en seis órdenes son ásperos, largos, agudos, cortados como una sierra, y de figura irregular. Rondeled (l. XIII, c. 2) dice que se han visto lamias que pesaban hasta treinta mil libras; y que en Niza y en Marsella se han cogido algunos en cuyos estómagos se han encontrado hombres enteros, y aun armados del todo; y que en Saintonge se vió uno por cuyo gaznate pasó con facilidad un hombre alto y grueso. Añade que si se les mantiene la boca abierta con un aciaf, los perros entran cómodamente á comerse lo que tienen en el estómago.

rada, sus hijos pasados á cuchillo, y que él mismo será conducido cautivo.

Oseas, hijo de Beeri, que los rabinos creen ser de la tribu de Ruben, inspirado igualmente de Dios, viene en apoyo de Amós, cuyas predicciones confirma con las suyas. Para dar mayor fuerza á sus discursos, despósase sucesivamente por órden del Señor con dos mujeres disolutas, con las cuales figura las infidelidades multiplicadas de la casa de Israel. Al principio de su profecía se dice que ejerció su ministerio «en tiempo de Ozías, de Joatan, de Acaz» y de «Ezequías,» reyes de Judá, y en tiempo de Jeroboan rey de Israel, lo que comprende un espacio de casi sesenta años. Sospechan algunos que los nombres de los tres últimos reyes de Judá son una adicion hecha al texto ó bien á la inscripcion de esta profecía, como lo han hecho algunas veces en los salmos.

Muere el rey Jeroboan, año cuarenta y cinco de su reinado; segun el texto actual de la Escritura, pero es de suponer que antiguamente diria cincuenta y un años (cumplidos), á no suponer, como hacen todos los cronólogos, un interegno de once años entre Jeroboan y su sucesor, suposicion que no es muy verosímil. Preferimos pues la enmienda propuesta, tomada de Des-Vignoles, como la mas probable; y siguiendo, este principio no dejaremos ningun intervalo entre Jeroboan y su inmediato sucesor.

ZACARÍAS.

766. Zacarías sucede en edad muy tierna á su padre Jeroboan, el año treinta y ocho de Ozías, rey de Judá. El nuevo rey fué á los ojos del Señor tan criminal como su padre. Habiendo Sellum formado una conspiracion contra él, le mató á vista del pueblo á los seis meses de reinado, poniéndose en su lugar. Así se cumplió la promesa que Dios habia hecho á Jehú de que sus descendientes se sentarian en el trono de Israel, hasta la cuarta generacion.

SELLUM.

765. Sellum, hijo de Jabes, habiéndose apoderado del trono de Israel á los treinta y nueve años del reinado de Ozías, no gozó mas que un mes de su usurpacion, al cabo del cual fué vencido en una batalla y muerto en Samaria, por Manaem, venido de Tersa.

MANAEM.

765. Manaem, hijo de Gadi, después de haber muerto á Sellum se hizo proclamar rey, pero hubo muchas ciudades que no quisieron reconocerle. Una de ellas fué Tapsa, de la media tribu de Manasés, al otro lado del Jordan. Tomóla Manaem y mató á todas las mujeres embarazadas hendiéndolas el vientre. Tersa, que le habia negado la obediencia, tuvo que humillarse al yugo después de un largo sitio.

Viendo este príncipe su reino debilitado por las disensiones intestinas, hizo alianza con Ful, rey de Asiria, para que le socorriese. Ful entró en Israel, y, recibidos de Manaem mil talentos de oro, volvióse á sus estados sin detenerse en el país. Obsérvese que para reunir esta suma de mil talentos, cantidad exorbitante en el estado de postracion en que se encontraba el reino de Israel, Manaem se vió precisado á entregar al rey de Asiria uno de los becerros de oro. El profeta Oseas reprende á los israelitas por haber acudido á los extranjeros en vez de acudir al Señor, y los amenaza con que serán conducidos cautivos por estos mismos príncipes cuyo socorro compran. Segun la version de los Setenta una parte de esta profecía fué cumplida por el mismo Ful viviendo Manaem. Porque dice, «que en vida de Manaem, Ful, rey de Asiria, vino á Israel, y que Manaem le entregó mil talentos,» esto es, que Ful obligó al rey de Israel á pagar la misma cantidad todos los años en forma de tributo.

Manaem, príncipe tan malvado como sus predecesores, muere á los diez años de reinado.

FACEYA.

754. Faceya ó Pekaia, hijo de Manaem, empieza su reinado el año cincuenta de Ozías, rey de Judá.

Marcha este príncipe sobre las huellas de su padre, y como él sacrifica á los ídolos.

Faceo, general de sus tropas, se levanta contra él, le ataca en Samaria en la torre de palacio, y le da la muerte, año segundo de su reinado.

FACEA.

753. Facea ó Pekak, hijo de Romelia, después de dar la muerte á Faceya, se apodera del trono de Israel el año cincuenta del reinado de Ozías. «Fué impío delante del Señor, é imitó la vida criminal de Jeroboan.»

742. Para castigarle, envia Dios contra él á Teglatfalasar, rey de Asiria, que le toma muchas ciudades, se apodera de Galilea, de la tierra de Galaad y de toda la tribu de Neftalí, cautiva los habitantes de estas provincias, y los conduce á sus estados. No varia este desastre, por-espantoso que sea, el corazon del rey de Israel, sino que por el contrario solo logra endurecerle mas.

736. Después de la muerte de Joatan, rey de Judá, y puesto en el trono su hijo Acaz, colígase Facea con Rasin, rey de Damasco, para hacerle descender de él y poner en su lugar á Tabeel. Reunidas sus fuerzas, los dos aliados van á sitiar á Jerusalen. Pero la vigorosa defensa de la ciudad y algunos incidentes imprevistos, les obligan á levantar el sitio y á retirarse.

735. Vuelven el año siguiente, y divididas sus fuerzas atacan cada uno por su lado al rey de Judá, obteniendo sobre él ventajas muy considerables. Reducido al último extremo, Acaz implora los socorros del rey de Asiria que le liberta de Rasin después de hacerse dueño de Damasco, cuyos habitantes cautiva. Facea, perdido su aliado, permanece en reposo dejando en paz á Acaz, con el temor de que Teglatfalasar no vuelva á entrar en sus estados. «Oseas, hijo de Ela,» dice la Escritura (IV, Reg. XV, 30.), «formó una conspiracion contra Facea, hijo de Romelia, le atacó por sorpresa, le mató y reinó en su lugar el año 20 de Joatan, rey de Judá.» Pero Joatan, como se ha visto en su artículo, no reinó mas que quince años. Así opinamos con el padre Houbigant, que hay en este lugar error de copista, y que en vez del 20 año de Joatan debe leerse el 12 de Acaz, como está señalado en el capítulo XVII, v. 1, del libro 4.º de los Reyes. Así Facea habria muerto el año vigésimo octavo de su reinado y nó el vigésimo.

OSEAS Ú HOSEAS.

726. Oseas observó en el trono una conducta correspondiente á la manera con que habia subido á él. «Obró mal delante del Señor,» dice la Escritura, «mas no siempre,» añade, «como los reyes de Israel que le habian precedido.»

En efecto, retiró los guardas que mantenian sus antecesores en las fronteras de Judá para impedir á sus súbditos el ir á adorar al Señor en Jerusalen. Permitió tambien que gran número de israelitas fuésen

á Jerusalen para asistir á la pascua que Ezequías celebró el año segundo de su reinado.

724. Salmanasar, rey de Asiria, marcha contra Oseas, y después de quitarle muchas plazas, le hace su tributario. Entre los despojos que llevó consigo en esta expedicion contábase, si se ha de dar crédito á los rabinos, el becerro de oro que Jeroboan erigiera á Betel. El que se habia dedicado á Dan fué entregado, como se ha dicho, á Teglatfalasar.

Alíase Oseas con el rey de Egipto, y se levanta contra Salmanasar.

Cae el asirio sobre las Israel haciendo en ella una espantosa carnicería, y llenándola de horror. Embiste á Samaria, que, hallándose bien abastecida, resiste al sitiador por espacio de tres años.

718. Año 9.° de Oseas y 6.° de Ezequías, rey de Judá, apodérase el asirio de Samaria, y la reduce á un monton de escombros después de dar la muerte á todos sus moradores.

Hace prisionero á Oseas y cargado de cadenas le envia á Asiria, con una parte de su pueblo. Los demás israelitas permanecieron en su país bajo el dominio de los asirios, hasta el año cincuenta de Asaraddon, nieto de Salmanasar. Así terminó el reino de Israel, doscientos cuarenta y cuatro años después de la sublevacion de las diez tribus contra el nieto de David. Entre los cautivos que fueron conducidos á Asiria se contaba al profeta Naum, el que consoló á las diez tribus en su cautiverio y profetizó los últimos desastres de Nínive.

Del mismo número fué el santo varon Tobías, de la tribu de Neftalí, conducido como él mismo lo testifica á Nínive. Unido inseparablemente á una religion que habia seguido desde la infancia, no le abandonó en nada durante su cautiverio. Su virtud le alcanzó la gracia de Salmanasar, que le concedió el empleo de proveedor de su casa. Habiéndose declarado Senaquerib, sucesor de Salmanasar, enemigo de los judíos, proporcionó á Tobías el hacer brillar su caridad para con sus oprimidos hermanos, visitándolos, consolándolos y auxiliándolos segun sus facultades, y amortajando y dando sepultura á los difuntos. Llegando estos piadosos oficios á oidos del rey, pronunció contra él sentencia de muerte, de la que no pudo librarse sino con la fuga. Tuvo un hijo de un mismo nombre, que educó en el temor de Dios. La paciencia del padre fué puesta á prueba á la edad de cincuenta y ocho años, por un accidente desgraciado que le sobrevino en el ejercicio ordinario de su caridad. Un dia, rendido de cansancio, después de enterrar muchos muertos, habiéndose quedado dormido al pié de una pared, le cayó sobre los ojos el excremento, aun caliente, de un nido de golondrinas, con lo que quedó ciego. Sostuvo esta prueba con una resignacion que no imitó por cierto Ana su mujer. Reducido á la mendicidad, no le queda en este estado mas recurso que el recobro de diez talentos que habia prestado á su amigo Gabelo que moraba en Rages de la Media. Deseando enviar á su hijo Tobías á recobrar esta suma, su principal dificultad consistia en encontrar un guia para conducir al jóven. Preséntasele el ángel Rafael, bajo el nombre y figura de Azarías, y se ofrece á acompañarle. Consiente el padre y marchan los dos juntos. Por el camino, deseando el jóven Tobías bañarse en el Tigris, acométele un pez monstruoso, y el ángel le aconseja que le abra para sacarle la hiel, el hígado y el corazon, que destina para un remedio, muy importante: salan luego la carne para que les sirva de sustento en el curso de su viaje. Llegados á Ecbatana, en Media, se alojan en casa de Raquel, pariente del jóven Tobías, cuya hija llamada Sara se encontraba viuda de siete maridos que el demonio habia ahogado la noche misma de sus bodas. Persuade el ángel á su compañero que pida la jóven en matrimonio, sin temor de experimentar la suerte de sus antecesores. Siéndole concedida, y unidos, sanos y salvos, después de pasar en oracion las tres primeras noches, parten á reunirse con Tobías el padre. El venerable anciano muere á la edad de ciento dos años y á los cincuenta y dos del reinado de Manasés.

Los israelitas que Salmanasar dejó en su patria, vivieron en ella en paz durante mucho tiempo, regidos por gobernadores asirios. Pero, segun parece, algunos revoltosos los indujeron á rebelarse. Lo cierto es, que, viniendo á este país Asaraddon, hizo transportar sus habitantes al otro lado del Eufrates. Colocamos este suceso en el año 672 antes de la era cristiana, cumpliéndose así al pié de la letra la profecía hecha por Isaías (VII, 8.) al principio del reinado de Acaz: «sesenta años aun, y Efraim ya no será un pueblo.» Para que el país que acababa de despoblar no quedase desierto, hizo el rey de Asiria pasar á él los cutenos (que Escalígero cree haber sido sacados de Cuta ó Cutacia, en la Colquida) aradianos, ó bactrianos, ematienses de Siria, vecinos del Líbano, sefarvaimitas, dineanos, etc.

Estas nuevas colonias llevaron consigo las supersticiones de los lugares de su nacimiento, y continuaron practicándolas en el país á donde habian sido transportadas (1). La Escritura nos dice que no tenian ningun temor á Dios, lo que fué causa de que el Señor enviase leones que los devorasen. Informado Asaraddon de un desastre, que juzgó sobrenatural, hizo partir á un sacerdote israelita, que se hallaba entre los cautivos, para que fuése á enseñar á esos idólatras el conocimiento del Dios de Israel. Este sacerdote, llevando consigo el Pentateuco, estableció su residencia en Betel. Desde allí, con ese libro en la mano, fué á ejercer su mision por todo el país, cuyos habitantes fueron llamados desde entónces samaritanos. De este modo fué como abrazaron el culto del verdadero Dios. Sin embargo conservaron por largo tiempo entre ellos el de los ídolos, haciendo una mezcla monstruosa de ambas religiones. Pero en lo sucesivo renunciaron á la idolatría, y no se diferenciaron de los judíos mas que en el cisma.

REYES DE JUDÁ.

ROBOAN.

962. Roboan, hijo de Salomon y de Naama, princesa amonita, empieza su reinado sobre las dos tribus de Judá y Benjamin. Su edad, dice la Escritura, era entónces de cuarenta años. Pero este número está alterado en el texto por los copistas; por cuanto Sa-

(1) Dice la Escritura (Reg. IV, 17), que los babilonios establecieron «succoth-benoth» ó «tiendas de muchachas», esto es, lugares consagrados á Venus, en donde las jóvenes se prostituian una vez en su vida en honor de esta infame divinidad; que los cutenos hicieron un nergel ó nerghel, que unos interpretan un gallo, y otros un brasero perpétuo encendido en una cerca, á la manera de los persas que adoraban el fuego: que los hevenos hicieron nobahaz ó ídolos con cabeza de perro, para representar á Anubis, rey de Egipto, los ematienses «usimah» ó muchos cabrios silvestres; los sefarvaimitas, dos ídolos, de los cuales uno llamado Adramelec, representaba al sol, y otro llamado Hanamelec, representaba la luna: y tenian además la horrible costumbre de quemar á sus hijos en honor de esta divinidad.

lomon no tuvo mujeres extranjeras, prohibidas por la ley, hasta después de haber edificado su palacio y el de la reina, esto es, á lo mas en el año vigésimo cuarto de su reinado. Así pues, al tiempo de su muerte no podia Roboan tener mas allá de quince años.

Seguro ya en Jerusalen, reune este príncipe un ejército de ciento ochenta mil hombres, con el cual marcha contra Jeroboan. Mas, saliéndole al encuentro el profeta Semeías, le detiene, y de parte del Señor le prohibe proseguir en su intento, y le manda que vuelva á Jerusalen. Los sacerdotes y levitas que abandonaron á Jeroboan sostienen en Judá por espacio de tres años la verdadera religion.

959. En este intervalo dedícase Roboan á edificar ó fortificar diferentes ciudades. La Escritura (Paralip. lib. II, cap. 11) señala hasta quince.

Cae Roboan en la idolatría arrastrando trás de sí á su pueblo. Los judíos edifican altares y erigen estátuas en todas las alturas, y en todos los bosques que habian consagrado. No dejó Dios impune esta apostasía cuasi general.

958. Á solicitud de Jeroboan, Sesac, rey de Egipto ataca á Roboan con un ejército de mil doscientos carros de guerra y un número prodigioso de soldados. Apodérase de algunas ciudades en Judea, y se adelanta hasta Jerusalen. Sitia esta ciudad en donde se habia encerrado Roboan; la toma, saquea el templo y el palacio real, y se retira. Entre los despojos, señala la Escritura los doscientos escudos de oro, esto es, cubiertos de láminas de oro, que Salomon mandara construir para sus guardias. No cambia tamaña humillacion el ánimo de Roboan, y se le ve continuamente en guerra con Jeroboan.

946. Muerte de Roboan, á los treinta y dos años de edad, y á los diez y siete de reinado. Príncipe sin valor, sin prudencia y sin religion, reunió en un mismo punto la timidez con la fiereza, y la bajeza de alma con la elevacion de carácter. Tuvo diez y ocho esposas y sesenta concubinas, de las que dejó veinte y ocho hijos y sesenta hijas. Los profetas Semeías y Addo escribieron la historia de su reinado; pero su obra se ha perdido hace mucho tiempo.

ABIAM.

946. Abiam, hijo de Roboan y de Maaca, hija ó nieta de Absalon, empezó á reinar en Judá el décimoctavo año de Jeroboan (1). Su corazon no era perfecto delante del Señor como lo fué el de David; sino que, muy al contrario, siguió las huellas criminales de Roboan.

Sin embargo, hízole Dios ganar con cuatrocientos mil hombres una completa victoria sobre Jeroboan que le atacaba con ochocientos mil. Muere Abiam en el décimotercio año de su reinado. Dice la Escritura que tuvo catorce mujeres, veinte y dos hijos y catorce hijas. Es de suponer que alguno de estos vino al mundo después de la muerte de su padre. Seguramente escribió su vida el profeta Addo; pero su historia no ha llegado hasta nosotros.

ASA.

944. Asa, hijo de Abiam y de Ana, de la familia de Absalon ó de Abessalon, sucede, siendo muy jóven, á su padre, en el vigésimo año de Jeroboan, rey de Israel, bajo la tutela de su abuela Maaca. Aunque impía esta princesa, hizo disfrutar á los estados de su hijo una profunda paz durante los diez primeros años de su reinado; empleó este tiempo de calma en fortificar las ciudades de Judá, y en formar para su hijo un ejército de trescientos mil hombres; prevencion que le fué muy útil. Pero, por otra parte, la regencia de esta princesa fué muy funesta á la religion, porque, abusando de su autoridad, introdujo en Judá las mas abominables supersticiones de la idolatría. Asa, llegado á su mayor edad, quitó á su madre la intendencia de los sacrificios de Príapo, cortó los bosques consagrados á este ídolo infame, quemó su efigie á orillas del torrente Cedron, derribó la caverna en donde era adorado, restableció el templo del Señor, edificó nuevas fortalezas y acabó las empezadas por Maaca.

935. El año décimo, y nó décimoquinto de su reinado, Asa fué atacado por Zara, rey de de la Etiopía, antes del Chus: esto es, de la parte de la Arabia que confina con el estrecho de Babel-Mandel. Habia entrado Zara en el reino de Judá con un ejército de un millon de hombres, adelantándose hasta Maresa. Sálele Asa al encuentro, le vence y le persigue hasta Gerara, ciudad situada en el extremo de la Palestina, por la parte del mediodía; se apodera de varias ciudades vecinas, y vuelve triunfante á Jerusalen con su ejército cargado de botin. Esta milagrosa victoria fué el fruto de la confianza de Asa en los socorros del cielo. «El Señor, dice la Escritura (Paralip. 11, capítulo 14), hirió á los etíopes en presencia de Asa; fueron enteramente deshechos, porque el Señor los hizo pedazos en tanto que su ejército combatia.»

928. Baaza, rey de Israel, entró en Judá el año décimosexto del reinado de Asa, y fortificó á Rama con un muro al rededor, á fin de que ningun súbdito de Asa pudiese penetrar en su territorio, ni salir por este lado. Por un error manifiesto del copista coloca este suceso el texto sagrado en el año treinta y seis del reinado de Asa, por cuanto Baaza, que empezó á reinar el tercer año del reinado de aquel, no ocupó el solio mas que veinte y cuatro años. Tomó Asa todo el oro y la plata que se hallaban en los tesoros del templo y del palacio, é hizo de ello un presente á Ben-Hadad, rey de Siria, lo que le indujo á volver las armas contra el rey de Israel, y á contener los designios de Baaza.

Asa se apodera de todos los materiales reunidos en Rama por el rey de Israel, y con ellos fortifica á Gabaa de Benjamin y Masfa.

Reprende el profeta Ananías á Asa por haber puesto su confianza en el rey de Siria y nó en el Señor. Ofendido Asa de esta libertad, manda prender al profeta y castiga con la muerte á muchos del pueblo que habian tomado su defensa.

904. Muere de la gota este príncipe á los cuarenta y seis años de su edad, y cuarenta y uno de su reinado.

En sus funerales Asa fué colocado en un lecho lleno de perfumes, á los cuales pegaron fuego, nó para consumirle, sino para que introduciéndose en el cuerpo le conservasen (Paralip. XXVI, 14). Dedúcese de diversos pasajes de la Escritura que los judíos embalsamaban los cadáveres de un modo muy semejante al de los egipcios, rodeándolos de una gran porcion de materias disecantes, y, hecho esto, los encerraban en los sepulcros, que eran unas hendiduras ó retretes abiertos en la roca, cada uno de los cuales tenia una tabla sobre la cual se depositaba el cuerpo.

JOSAFAT.

904. Josafat sucede á su padre Asa, el año cuarto del reinado de Acab, rey de Israel. Contaba entónces,

(1) Aquí deberia leerse 17 en lugar de 18, y 19 en vez de 20 en el artículo de Asa. No se han podido hacer concordar de un modo satisfactorio estas fechas de la Escritura.

segun el texto hebreo y la Vulgata, treinta y cinco años; pero en este número se nota equivocacion del copista, y debe decir veinte y cinco. La madre de Josafat, hija de Salabi, se llamaba Azuba. Desde que empuñó las riendas del gobierno dedicóse este príncipe á desterrar del reino de Judá la ignorancia, la corrupcion de costumbres y la idolatría. Envió sacerdotes y levitas á todas las provincias de su obediencia para instruir á los pueblos en la ley del Señor. Díjoles (Paralip. 12, cap. 17, vers. 6), que destruyesen los lugares altos, y, (Reyes, lib. 3, cap. 22, v. 24), que no destruyesen los lugares altos. Esta aparente contradiccion queda desvanecida, si se atiende á que en la primera cita debe entenderse los lugares destinados á los falsos ídolos; y en la segunda los consagrados al verdadero Dios. Y en efecto, únicamente los primeros tenian bosques sagrados.

El tercer año de su reinado le dedicó especialmente Josafat á reformar la policía sin servirse para ello mas que de la ley de Moisés. Siguiendo esta regla estableció jueces en todo Judá. Erigió tambien dos tribunales supremos en Jerusalen, uno compuesto de sacerdotes y levitas, y el otro de los príncipes de la nacion.

El primero entendia en los negocios de religion: el segundo en todo lo concerniente al estado. El uno estaba presidido por el gran sacerdote Amarías ó Azarías, y el otro por Zabadías, príncipe de la nacion. Tuvo cuidado al mismo tiempo Josafat, de mantener bajo un pié respetable las fuerzas de su reino. Dice la Escritura, que tenia en Jerusalen, cerca de su persona, cinco cuerpos de ejército que formaban un total de un millon ciento sesenta mil hombres. No quiere decir esto que tuviese siempre junto á sí tan gran número de soldados, porque además de que servian solo por semestres, y que no les impedia esto el cuidado y cultivo de las tierras, la ciudad de Jerusalen no era bastante para contenerlos junto con sus habitantes. Así, se debe entender que estaban á disposicion del rey, prontos siempre á ejecutar sus órdenes, y á marchar á donde se les mandase. Por lo demás, de este gran número de soldados debe inferirse que contaba entónces la Judea cerca de seis millones de habitantes.

Una paz larga y profunda fué el fruto de la sabiduría, el zelo y la piedad de Josafat. Querido de sus pueblos, fué respetado por sus vecinos, que le enviaron ricos presentes y le pagaron tributos en dinero. « Los árabes le llevaron en rebaños siete mil setecientos carneros, y otros tantos machos cabríos. » (Paralip. II, cap. 17, vers. 11). Pero cometió una falta que tuvo muy funestos resultados, y fué casar á su hijo Joram con Atalía, hija de Acab y de Jesabel. El hecho siguiente es por su parte una nueva falta.

Habiendo determinado Acab reconquistar de los sirios la ciudad de Galaad, induce á Josafat á que le ayude en esta expedicion. Corre gran peligro su vida en esta jornada, y Acab recibe una herida de la cual muere.

De regreso á sus estados reprende á Josafat el profeta Jehú, hijo de Henaní, por haberse aliado con un príncipe impío como Acab. Recibe humilde la reprension; pero el porvenir demuestra que no le ha corregido enteramente. En tanto que se halla dedicado al arreglo interior de su reino, coalíganse contra él los moabitas y amonitas, y reuniendo todas sus fuerzas invaden de pronto sus estados. Prosternado el santo rey en el templo en medio de su pueblo, implora el auxilio divino con una ferviente plegaria. Animado por el profeta Jahaziel marcha confiado en busca del enemigo, llevando delante de su ejército á los levitas que entonan las alabanzas del Señor. Sin que se tomase la pena de combatir, y ni siquiera desenvainar la espada, le concede Dios una completa victoria sobre sus enemigos que se destruyen mutuamente.

Tan inmensos fueron por su valor y número los despojos que abandonaron en el campo, que apenas bastaron tres dias para recogerlos.

888. Forman nueva alianza Josafat y Acab, rey de Israel, y equipan una flota para extender su comercio á remotos países. Sale esta flota del puerto de Asiongaber; pero, apenas ha desplegado sus velas, cuando, impulsada por un viento impetuoso, que Dios hace soplar súbitamente, se estrella contra una cadena de rocas que se halla á la entrada del puerto. Llega al mismo tiempo un profeta á reprender á Josafat por haberse aliado con Acab, cuya impiedad le es bien notoria, declarándole que la pérdida de su flota es el castigo de esta alianza.

887. Retira Josafat sus buques de Asiongaber y los transporta á Elat, de donde hace partir el año siguiente una nueva flota, en la cual se negó á recibir las naves de Ocosías.

880. Muerte de Josafat después de un reinado de veinte y cinco años. El profeta Jehú habia escrito la historia de este príncipe, é insertádola en los anales de los reyes de Judá, cuya obra no existe.

Bajo su reinado fué cuando Hiel, rico habitante de Betel, emprendió la reedificacion de Jericó, apesar de la prohibicion de Josué, y de la maldicion lanzada contra el que se propusiese llevarla á cabo: así fué que experimentó los efectos de aquella maldicion. Perdió á su primogénito Abiram al abrir los cimientos de Jericó, y á su segundo hijo Segub al ponerla las puertas. Por lo demás, antes de este tiempo existia una ciudad de Jericó, de que á menudo hace mencion la Escritura, y edificada cerca del lugar ocupado por la antigua. Pero, luego que Hiel hubo reparado esta última, no se tuvo escrúpulo en ir á habitarla. No puede decirse tampoco si esta ciudad, perteneciente á la tribu de Benjamin, correspondia entónces al reino de Judá ó al de Israel. El mismo Josafat construyó, segun la Escritura, « fortalezas en Judá, en forma de torres, y ciudades circuidas de murallas. » (Part. II, cap. 17, vers. 12).

JORAM.

880. Joram sucedió á la edad de treinta y cinco años á Josafat, su padre, que le habia asociado al mando cuatro años antes (el quinto de Joram, rey de Israel). Esta especie de asociaciones no eran raras en oriente. Cuando algun monarca se preparaba para alguna expedicion peligrosa, tenia la precaucion de nombrarse sucesor, y hacerle dar el título de rey antes de su partida. Esto se observaba sobre todo en Persia.

Joram, para afirmarse en el trono, hizo matar á sus hermanas en número de seis, y ejerció la misma crueldad con los principales del reino, que mas habia querido su padre, é imitó la impiedad de los reyes de Israel. Su esposa Atalía, hija de Acab y de Jesabel, fué quien le pervirtió. Levántanse los idumeos, sujetados por David y se eligen un rey. Joram obtiene sobre ellos una señalada victoria, y sin embargo no logra sujetarlos. Así se cumplió la profecía de Isaac: « Esaú sacudirá el yugo de Jacob que pesa sobre su cuello. » Judá pierde entónces el puerto de Elat. Lobna, ciudad de la tribu de Judá, sacude asimismo el yugo, « porque Joram, dice la Escritura, habia abandonado al Señor. » Pero esta ciudad volvió muy pronto á pertenecer á Judá, por cuanto la veremos sitiada por Sennaquerib. Joram recibe una carta de Eliseo en la que

le reprende sus crímenes y vaticina el castigo. El texto sagrado dice Elías en vez de Eliseo; pero el primero no se hallaba en la tierra, hacia algunos años, y, sin embargo de lo que dicen los comentadores, para defender el texto, á saber, que por un milagro, único en su especie, recibió Joram esta carta, no parece muy verosímil, y es mas fácil creer que los copistas pusieron aquí Elías en vez de Eliseo. Sea lo que fuere, lo cierto es que Joram no hizo ningun caso de esta carta y siguió mas obcecado en el camino de la impiedad.

Invaden los filisteos y los árabes la Judea saqueándola impunemente. Entran en Jerusalen, arrebatan todas las riquezas que encerraba el palacio real, y llévanse cautivas las mujeres y los hijos del rey, no dejándole sino el mas jóven de todos. En fin, hiérele Dios á él mismo y muere entre horrorosos dolores á los dos años de una enfermedad incurable que le hiciera arrojar poco á poco casi todas las entrañas, y á los cuarenta de su edad (876 antes de J. C.), y séptimo de su reinado, contando desde la época en que su padre le asoció en el trono, conforme á lo que se lee en el texto ordinario. (Paralip. lib. II, cap. XXI, v. 20).

OCOSÍAS.

876. Ocosías, por otro nombre Joacaz, último hijo de Joram y de Atalía, sucede á su padre á la edad de veinte y dos años (Reg. IV, c. 8, v. 26) en el undécimo año de Joram. El libro de los Paralipómenos, por un error de copista, le señala cuarenta y dos años, contándole así dos años mas que á su padre. Las versiones siria, árabe y muchas ediciones de los Setenta evitan este error. Marcha Ocosías con Joram, rey de Israel, á Ramot de Galaad, con objeto de combatir á Hazael, rey de Siria. Habiendo quedado herido Joram en este combate, algun tiempo despues pasó Ocosías á Jesrael á visitarle. En aquel entónces fué la entrada de Jehú, el cual después de haber hecho matar á Joram, mandó perseguir á Ocosías que habia emprendido la fuga. Sorprendido este desgraciado príncipe en Mageddo, fué presentado á Jehú, quien le mandó matar el año primero de su reinado, ó segundo, si se considera que empezó á gobernar durante la larga y última enfermedad de su padre. La Escritura dice que siguió los pasos de este, porque su madre Atalía le arrastró á la impiedad.

INTEREGNO DE SEIS AÑOS.

ATALÍA.

876. Atalía, después de la muerte de su hijo, hizo asesinar á todos los de este, y se apoderó del trono. Josabet, hermana consanguínea de Ocosías, y esposa del gran sacerdote Joïada, llamado tambien Baraquías, salva de la carnicería á Joas, último hijo de Ocosías, que solo contaba un año. Esconde á aquel jóven príncipe junto con su nodriza en la casa del Señor, en donde fué criado ocultamente por espacio de seis años.

Saquea Atalía la casa del Señor para adornar con sus despojos el templo de Baal.

870. Joïada, reuniendo á todos los levitas y principales jefes de familia en la festividad de Pentecostes, les presenta á Joas y los induce á que le presten juramento. Reviste en seguida al jóven príncipe con los ornamentos reales, ciñele la diadema y coloca sobre su cabeza el libro ó rollo de la ley, luego le consagra, asistido de sus hijos, y toda la asamblea le proclama gritando « viva el rey. » Acude Atalía al ruido de las aclamaciones; el gran sacerdote manda que la saquen del templo y la den muerte; corre el pueblo al templo de Baal, construido por Atalía, y le destruye dando muerte á su sacrificador Matán.

JOAS.

870. Joas, hijo de Ocosías y de Sebia, es conducido con gran pompa á palacio, y sube al trono el año séptimo del reinado de Jehú, rey de Israel, y á los siete de su edad, bajo la tutela del gran sacerdote Joïada. En tanto que vivió este pontífice, Joas fué un modelo de justicia y de piedad. Ordena á los levitas que restauren el templo, muy descuidado desde la muerte de Josafat; pero, viendo que cumplian su cometido con muy poco cuidado, estableció un nuevo arreglo para que quedase completamente restaurado, lo que sucedió el año vigésimoséptimo de su reinado. Después de la muerte de Joïada, cuya vida habia Dios prolongado hasta la edad de ciento treinta años, seducido Joas por los grandes de su corte, abandona al Señor, hollando con sus plantas las leyes y la religion.

El gran sacerdote Zacarías, hijo de Joïada, le exhorta al arrepentimiento. Joas, en vez de escucharle se enfurece, llevando su impiedad é ingratitud hasta el extremo de hacerle apedrear en el templo y á su propia vista. Al crímen sigue el castigo: Hazael, rey de Siria, entra en el reino de Judá, toma á saco la ciudad de Get, y viene en seguida á sitiar á Jerusalen.

Consternado Joas con estos reveses, compra vergonzosamente la paz al vencedor, entregándole los tesoros del templo. Vuelve de nuevo á Judea el ejército del rey de Siria, entra en Jerusalen, mata á los principales del pueblo, envia un gran botin al de Damasco y trata á Joas con la mayor ignominia.

Retíranse los sirios dejando á este príncipe en una languidez extremada; y, para colmo de desdichas, muere asesinado en su lecho por dos de sus oficiales, á los cuarenta años de reinado y cuarenta y siete de edad.

Enterráronle en la ciudad de David; pero nó en la tumba de los reyes. Tan cierto es que á los reyes, cuyo gobierno no habia sido laudable, en mas de una ocasion les negaron los judíos los honores de la sepultura real.

AMASÍAS.

831. Amasías, hijo de Joas y de Joadan, natural de Jerusalen, sucede á su padre á los veinte y cinco años de edad, y segundo del reinado de Joas en Israel.

Señala este príncipe el principio de su reinado con actos de justicia y de piedad. Hace ejecutar á los asesinos de su padre, y conforme á la ley de Moisés perdona á sus hijos.

818. Amasías, el año catorce de su reinado, marcha contra los idumeos, y á la cabeza de trescientos mil hombres alcanza sobre ellos una completa victoria en el valle de Salinas en la parte meridional del mar Muerto. Tómales luego su principal fortaleza llamada Petra, y á la que él nombra Jectael, y se apodera de sus ídolos á los que acoge como dioses. Este fué el modo que tuvo de manifestar su reconocimiento al Ser Supremo. Repréndele un profeta por esta idolatría, y ni se digna escucharle.

Envanecido Amasías con esta victoria, declara la guerra á Joas rey de Israel, con intencion de sujetar á su obediencia á las diez tribus. Hallándose su ejército en Betsames, distante unas siete leguas de Jerusalen, emprende la fuga á vista del enemigo, y él mismo cae en poder de Joas, que le conduce á Jerusalen, en donde derriba un lienzo de muralla de cuatrocientos codos de largo, despoja el templo y el palacio, y dejando allí á Amasías, se vuelve á Samaria.

Una conspiracion obliga á Amasías á huir de Jerusalen y refugiarse en Laquis. Los conjurados mandan gente en su seguimiento, y es asesinado á los veinte y nueve años de reinado.

OZÍAS Ó AZARÍAS.

Ozías ó Azarías, cuya madre se llamaba Jequelia, quedó por sucesor de su padre el año siguiente al de su muerte, á los diez y seis de su edad, y á los quince del reinado de Jeroboan II, rey de Israel. La Escritura dice el año veinte y siete de este príncipe, pero esto es error de copista, como lo comprueban el que precede y el que sigue.

« Ozías, dice la Escritura, hizo todo lo que era justo á los ojos del Señor; sin embargo, añade, no destruyó los lugares altos, y el pueblo continuó quemando inciensos y haciendo sacrificios en ellos. »

Estos lugares altos eran aquellos en que Abrahan, Isaac y Jacob habian ofrecido sacrificios al verdadero Dios. Conservó siempre el pueblo tan grande veneracion á estos lugares, que no se le pudo impedir llevar allí sus becerros y ofrecer sacrificios, apesar de la prohibicion de estos en otros lugares que en el templo de Jerusalen.

Buscó Ozías al Señor mientras vivió el profeta Zacarías, diferente de aquel cuyas profecías conservamos, y en tanto que siguió este sendero, fué afortunado en todas sus empresas. Tuvo arsenales bien provistos, y numerosos ejércitos, con los cuales derrotó á los árabes, amonitas y filisteos, y los hizo sus tributarios. Aliado con Jeroboan II, rey de Israel, tuvo parte en sus conquistas sobre los sirios, y recobró las ciudades de Emat y Damasco, sujetas antiguamente á la Judea. Pero no conservó por mucho tiempo la última en su poder. Reconquistó de los idumeos la ciudad de Elat, arrojándoles de ella para que sus vasallos la ocupasen. Sirvióle esta conquista para restablecer en el mar Rojo el antiguo comercio de los judíos. Orgulloso por tantas prosperidades, olvida por último Ozías lo que debe al Señor. En una fiesta solemne entra en el templo y quiere ofrecer incienso en el altar de los perfumes. El gran sacerdote con otros ochenta se oponen á este atentado. Encolerízase Ozías y los amenaza. Castígale de repente Dios con la lepra, y los sacerdotes, como á inmundo, le arrojan del templo. Márchase confuso Ozías y se encierra en una casa retirada, en donde pasa el resto de sus dias. Josefo dice que en el momento mismo en que este príncipe trató de ofrecer incienso en el santo lugar, se dejó sentir un violento temblor de tierra, que, abriendo la bóveda del templo, dió paso á un rayo de sol, y, alumbrando este la frente del rey, la mostró cubierta de lepra. En el instante mismo, desprendiéndose la mitad de la montaña que se encuentra al occidente de Jerusalen, fué rodando por un espacio de cuatro estadios, sin detenerse hasta tropezar con otro monte, que hallándose al oriente interceptó el gran camino y cubrió los jardines del rey. Lo cierto es, que, durante el reinado de Ozías, tuvo lugar un terremoto tan espantoso, que, amedrentado el pueblo, segun el profeta Zacarías (XIV, 5), abandonó á Jerusalen por temor de ser aplastado bajo sus ruinas. Mientras Ozías estuvo retirado, ocupó su hijo Joatan el solio, empuñando las riendas del gobierno.

752. Muere Ozías á los sesenta y ocho años de su edad (Josefo) y á los cincuenta y dos de su reinado. Fué enterrado en el mismo campo en que lo habian sido los demás reyes; pero nó en los sepulcros reales, por ser leproso.

La Escritura (II, Paralip. XXVI) dice de Ozías, «que construyó en Jerusalen máquinas (de guerra) de una invencion particular, y las colocó sobre las torres y en los ángulos de las murallas para arrojar dardos y grandes piedras, y que su nombre se hizo célebre en remotos países por lo admirable de su método de fortificaciones.» ¿No indican estas expresiones que fué este príncipe el inventor de tales máquinas, y que antes de él no se habia visto cosa semejante? En efecto, en el sitio de Troya, el mas antiguo de los que nos ha conservado memoria la historia profana, no se observa ninguna de estas máquinas, ni tampoco hay líneas de circunvalacion: la entrada de la ciudad estuvo siempre libre (Calmet).

En el último año de Ozías empezó á profetizar Isaías, hijo de Amós.

JOATAN.

752. Joatan, hijo de Ozías y de Jerusa, hija de Sadoc, sucede á su padre á los veinte y cinco años de edad, y segundo del reinado de Faceo, rey de Israel, después de gobernar el estado durante el retiro de su padre. Observó religiosamente las leyes del Señor. Y en recompensa de su piedad obtuvo grandes ventajas sobre sus enemigos. Sin embargo, bajo su reinado, segun nos lo describe el profeta Isaías, las costumbres de los judíos estuvieron muy corrompidas.

Empieza á profetizar Miqueas de Morasti, predice las desgracias de Samaría, el nacimiento del Mesías en Belen, la conversion de los gentiles, la dispersion y regreso de los judíos.

737. Muere Joatan á los diez y seis años de reinado, y cuarenta y uno de edad.

ACAZ.

737. Acaz, ó segun el hebreo Acaaz, sucede á Joatan su padre el año décimo séptimo del reinado de Faceo, á los veinte y cinco años de edad ó á los veinte solamente segun el texto hebreo y la Vulgata; lo que contradicen los Setenta de la edicion de Lóndres, y las versiones árabe y siria; mas adelante se verá, bajo el reinado siguiente, que no puede menos de indicarse para este príncipe la edad de veinte y cinco años al subir al trono.

Imitó Acaz todas las impiedades de los reyes de Israel y las supersticiones de sus vecinos. Rasin, rey de Siria, y Faceo, rey de Israel, continúan las hostilidades contra la Judea, que habian empezado á atacar bajo el reinado de Joatan, encierran á Acaz en Jerusalen á la que ponen sitio, con intencion de extirpar la casa de David, y nombrar rey de Judá al hijo de Tabeel. No dice la Escritura quién fuese este hombre; con todo, es de presumir que seria algun judío rico, quien levantado contra Acaz, fomentó esta guerra con el designio de derribarle del trono y ocuparle en su lugar (Prideaux).

736. Sitio de Jerusalen por los dos reyes confederados. El profeta Isaías, hijo de Amós, y de sangre real, exhorta á Acaz á defenderse valerosamente, y le aconseja pida al Señor una señal que le asegure su libertad; Acaz lo rehusa, temeroso, segun dice, de tentar al Señor; pero á la verdad, por un principio de incredulidad.

El profeta le da dos señales en vez de una. La mujer de Isaías va á dar á luz un niño, y antes que este sepa distinguir el bien del mal, los dos príncipes confederados fracasarán en su empresa: hé ahí el primer signo. Una vírgen de la casa de David dará á luz al Mesías Emmanuel, esto es, Dios con nosotros: segunda señal. Estas dos predicciones tuvieron por objeto disipar los recelos de Acaz de caer en manos de los sitiadores, y perecer con toda su raza. Con respecto

á la primera, Rasin y Faceo levantan el sitio y se retiran sin haber hecho ninguna conquista este año en Judá; y un beneficio tan grande del cielo, lejos de convertir á Acaz, solo sirvió para endurecerle, pues llevó la impiedad al punto de hacer pasar á su hijo por el fuego en honor de Moloc, dios de los amonitas, especie de iniciacion religiosa, con que se consagraban los niños de ambos sexos á esa falsa divinidad.

735. Dios atrae el año siguiente sobre él los mismos enemigos de que le habia libertado, quienes, para dividir las fuerzas de Acaz, forman sus tropas en tres cuerpos, el uno mandado por Rasin, el otro por Faceo, y el tercero bajo las órdenes de Zecri, hombre poderoso de Efraim. Rasin, después de haber hecho gran número de cautivos y recogido inmensos despojos, conduce su ejército victorioso á Damasco; animado Acaz con la partida del rey de Siria, aventura una batalla con el de Israel, en la que pierde ciento veinte mil hombres, dispersándose precipitadamente el resto de su ejército. Zecri, victorioso tambien por su parte, hace matar á Maacías, hijo del rey, á Ezrica, gran maestre de la casa real, y á Elcana que ocupaba el segundo lugar después del rey.

Prideaux dice que Zecri se hizo dueño de Jerusalen, pero esto no se halla indicado en la Escritura. El ejército de los israelitas se retira cargado de botin y conduciendo doscientos mil cautivos. Sálele al encuentro el profeta Obed, y por sus exhortaciones sobre las crueldades que van á ejercer contra sus hermanos, logra que dejen en libertad á estos infortunados. Dieron además los israelitas, antes de soltarlos, notables pruebas de humanidad y compasion.

Aprovechándose la consternacion de los judíos, los idumeos y los filisteos hacen diferentes incursiones en su país, apoderándose de varias plazas y llevándose un botin considerable.

735. Rasin y Faceo entran de nuevo en la Judea con intento de sitiar á Jerusalen. Implora Acaz el socorro de Teglatfalasar, rey de Asiria, y para tenerle propicio le envia todo el oro y la plata del templo y del palacio real, sometiéndose á rendirle tributo. Accediendo el rey de Asiria á sus deseos, Acaz marcha contra Damasco, de cuya ciudad se apodera conduciendo sus habitantes á Cirenea, sobre el rio Cirus, y haciendo dar muerte á Rasin, se apodera de todos sus estados.

El famoso puerto de Elat sobre el mar Rojo, forma parte de las conquistas del rey de Asiria. Guardóle este príncipe y transmitió el comercio de aquel mar á los asirios, sin ninguna consideracion á las justas reclamaciones de Acaz su aliado. Por lo tanto quedaron privados los judíos del gran provecho que hasta entónces les produjera este comercio. Y aun cuando no le hubiesen sostenido siempre en el mismo grado de explendor que tuvo en tiempo de Salomon, no habia dejado de producirles grandes ventajas en tanto que les habia pertenecido.

Comprendia, en efecto, todos los negocios que se efectuaban con la India, la Persia, el África y la Arabia y que se hacian por el mar Rojo. Pero una vez desposeidos por Rasin, ya no tuvieron en él los judíos la menor participacion. Desde entónces ya no fueron transportadas á Jerusalen las mercancías llegadas por esta vía, sino á otros parajes (Prideaux).

Trasládase Acaz á Damasco para ver al rey de Asiria. Desde allí da órden al gran sacerdote Urías de construir un altar semejante al de Damasco, del cual le manda el modelo. Á su regreso hace quitar el altar antiguo, y sustituirle por el nuevo, sobre el cual ofrece sacrificios. Entónces el rey de Asiria vuélvese contra Acaz y va talando sus tierras. En lugar de dirigirse al Señor, Acaz toma los vasos del templo, los quiebra para enviarlos á Teglatfalasar, manda cerrar las puertas del templo, y eleva en todas las calles de Jerusalen altares á los dioses extranjeros, esto es, á los de Asiria, y les ofrece inciensos para tenerlos propicios. Al mismo tiempo que manda cerrar la casa del Señor, destierra de la Judea el culto del verdadero Dios, como para castigar á este por no haberle defendido contra sus enemigos: á tal extremo de locura y extravagancia le arrastró su impiedad, en la que segun la Escritura sobrepujó á todos los reyes sus predecesores, persistiendo en ella hasta el fin. El tiempo, á la verdad, no fué muy largo. Acaz murió á la edad de cuarenta años, hácia el fin del décimoquinto de su reinado (723). La Escritura dice el décimosexto, pero es de creer que este número está equivocado, á menos de suponer que un año antes de su muerte asoció en el trono á su hijo Ezequías. No dejó Acaz mas hijos que su sucesor, apesar de haber tenido muchas mujeres.

EZEQUÍAS.

723. Ezequías, hijo de Acaz y de Abia, sucede á su padre á los veinte y cinco años de edad, y á los cuatro del reinado de Oseas en Israel. El hebreo actual y la Vulgata señalan el tercer año de Oseas; pero habiendo este empezado á reinar el año duodécimo de Acaz, tendríamos, en el caso de que Ezequías hubiese subido al trono el año tercero de Oseas, que Acaz habria reinado tan solo catorce años; por esta razon creemos que se debe contar con Josefo el entronizamiento de Ezequías por año cuarto del reinado de Oseas, y que el hebreo en su orígen diria lo mismo. Otros, para encontrar los diez y seis años que la Escritura señala al reinado de Acaz, ponen el principio desde Ezequías en el año quinto de Oseas. Pero este aserto no ofrece ninguna garantía. Ezequías, uno de los reyes mas piadosos que hayan ocupado el trono de Judá, consagra los principios de su reinado á la destruccion de la idolatría, y al restablecimiento de la religion verdadera.

722. Dia 1.° del mes de nisan, empiezan por su órden los sacerdotes y los levitas á purificar los afueras del templo, y entrando en él el dia octavo le santifican durante ocho dias. Después de esta ceremonia sube Ezequías al templo seguido de los principales de Jerusalen, inmola víctimas, y restablece el culto del Señor.

La pascua de este año es trasladada al dia 14 del segundo mes, no pudiéndose verificar en el primero por no estar purificados todos los sacerdotes.

Ezequías envia cartas á todas las tribus convidándolas á que asistan á celebrar esta fiesta en Jerusalen. Muchos del reino de Israel se burlan de esta invitacion; sin embargo, otros, con el permiso tácito de su rey Oseas, acuden en gran número. Todos los del reino de Judá, trasladados á Jerusalen, celebran allí la pascua con gran solemnidad, en compañía de sus hermanos los israelitas. Segun la ley, debia esta fiesta terminar el séptimo dia; pero, para hacerla mas memorable, se dobló su duracion, siendo de catorce dias. Á su regreso, los judíos, animados de un santo celo, rompen por todas partes sus ídolos, cortan los bosques sagrados, derriban los lugares altos, y destruyen en general todos los monumentos de la idolatría en Judá y sus dependencias.

Hasta entónces se habia conservado la serpiente de bronce que elevara Moisés en el desierto; y, aun en los tiempos de impiedad, no habia sido mirada, lo mismo que la vara de Aaron y la vasija de maná que

se hallaban inmediatas al arca, mas que como una prueba de la proteccion de Dios para con su pueblo. Pero, viendo Ezequías que se habia convertido en objeto de idolatría, la hizo reducir á polvo.

719. En tanto que Salmanasar sitia á Samaria, repara Ezequías gran número de las pérdidas que la Judea habia sufrido bajo el reinado de su padre, y reconquista de los filisteos las plazas que habian tomado á Judá.

718. Dueño de Samaria y de todo el reino de Israel, Salmanasar hace pedir á Ezequías el tributo impuesto á su padre. Ezequías se lo niega con tanta mas justicia cuanto Teglatfalasar, como se ha visto mas arriba, violó las condiciones con las cuales se habia sometido Acaz á serle tributario. Ocupado Salmanasar en aquel entónces en la guerra contra los tirios, difiere para mas adelante su venganza contra Ezequías. Pero el éxito desgraciado de esta expedicion le obliga á volver en derechura á sus estados.

712. Muerto Salmanasar, su sucesor Senaquerib, pide de nuevo á Ezequías el pago del tributo, y en vista de su negativa, se dispone á hacerle la guerra. Ezequías por su parte se esfuerza en poner sus plazas fuertes, y sobre todo su capital, en buen estado de defensa. Ocupado en estos preparativos le asalta una peligrosa enfermedad, que se cree ser una úlcera pestilencial. Viene Isaías y le anuncia que morirá de ella. Viéndose sin herederos, el santo rey eleva al cielo una ferviente plegaria, que el Señor atiende. Entra de nuevo Isaías y le anuncia que Dios le ha concedido quince años mas de vida, y en prueba de ello el profeta hace retroceder diez grados ó líneas la sombra sobre el cuadrante de Acaz (1). (Reg. IV, cap. 20). Merodac-Baladan envia embajadores á cumplimentar á Ezequías por su restablecimiento. Tenian órden al mismo tiempo de informarse de la causa de la degradacion del sol (1). Impulsado por la vanidad, enseña Ezequías á estos embajadores todas sus riquezas, que eran considerables, sin ocultarles lo mas mínimo. Pero poco tiempo después de su partida preséntase Isaías al príncipe, y le predice que todo cuanto ha manifestado á los embajadores será transportado á Babilonia. El santo rey se humilla, y se resigna á la voluntad del Señor.

Poco tiempo después de lo que acabamos de referir, entra Senaquerib en Judea al frente de un innumerable ejército. Los principales señores de la corte de Jerusalen envian grandes presentes al rey de Egipto para obtener sus socorros. Instruido por una luz sobrenatural de la inútilidad de esta medida, el profeta Isaías nada descuida para hacer volver á los judíos de su ilusion. No produciendo efecto alguno los discursos que les dirige para persuadirles de su error, despójase del cilicio que ciñe sus riñones, abandona sus zapatos, y en una palabra, preséntase desnudo ante el público, para indicar la desnudez á que los asirios reducirán á los judíos sus prisioneros. Entretanto Senaquerib, marchando de conquista en conquista, se apodera sin resistencia de Haí, Betel, Gabaon y otros muchos lugares, y por último se presenta ante Laquis, la que se defiende tenazmente. Ezequías, en tanto que Senaquerib se detiene ante esta ciudad, saca del templo y de su propio tesoro todas las riquezas que contienen, y carga con ellas á los embajadores que envia á este príncipe para pedirle la paz.

Desarmado Senaquerib por estos presentes, y por la sumision de Ezequías, se retira sin imponer á este príncipe mas castigo que un tributo anual de trescientos talentos de plata y treinta de oro. Mas, por una insigne perfidia, apenas ha hecho algunas jornadas, cuando retrocediendo cae otra vez sobre Laquis, y desde allí manda á Rabsaces y otros dos oficiales para intimar á Ezequías que se someta á sus leyes y entregue su capital. Rabsaces pronuncia en hebreo, al pié de las murallas de Jerusalen y en presencia del pueblo, las mas altas blasfemias contra el Señor, y remite á los enviados de Ezequías las cartas de su dueño, escritas en el mismo tono. Isaías tranquiliza á Ezequías, prometiéndole los socorros del cielo, y en señal de la verdad de esta promesa: «comed este año, le dice, lo que encontreis, el año siguiente lo que la tierra producirá por sí (era un año sabático); pero el tercer año sembrad, segad, plantad viñas, y recojed sus frutos.» Habiendo vuelto Rabsaces á reunirse con su dueño, le encontró entretenido en el sitio de Lobna, que Larcher cree ser Pelusa, y dispuesto á marchar contra Taraca, rey de Chus ó de Etiopía, que se avanzaba contra él como aliado de los reyes de Egipto y de Judea. Saliendo Senaquerib al encuentro de Taraca, destroza su ejército, cuyas reliquias persigue hasta Egipto. Entra victorioso en este reino, pero la resistencia que encuentra en él le entretiene cerca de tres

(1) Este cuadrante le denomina el texto original, los «grados de Acaz» y la parafrasis caldea «La piedra de las horas.» Era un cuadrante solar dividido de diferente manera que los nuestros, y semejante á los que entónces estaban en uso en Babilonia. Porque es de suponer que Acaz la hizo construir por un matemático caldeo. En efecto, los judíos estaban entónces muy atrasados en astronomía para poder inventar una medida artificial del tiempo. La respuesta dada por Ezequías al profeta, cuando este le propuso hacer á su eleccion avanzar ó retroceder la sombra diez líneas sobre el cuadrante, demuestran cuán ignorante era el príncipe en esta ciencia. «Fácil es, dice, hacer adelantar la sombra, y no es esto lo que yo deseo del Señor, sino que la haga retroceder diez grados.» Ambas cosas eran igualmente difíciles.

Pero, dicen, el milagro obrado en favor de Ezequías debió causar los mayores desórdenes; debió, en efecto, trastornar para siempre el curso de los astros, y en particular el tiempo de los eclipses de sol y luna, y trastornar todas las efemérides. Vanas alarmas: nada hay variado en el curso de los astros; el tiempo de los eclipses de sol y luna, quedó el mismo, y las efemérides no variaron: no hubo necesidad de hacer retroceder el sol para obrar este milagro; una nube espesa puesta delante de él y que reflejase la luz contra el paraje de donde venia eran suficientes para obrar esta maravilla, y así fué como se operó; por tanto nada hay de variaciones en el curso de los astros, ni en las efemérides, ni en las épocas de los eclipses. La Escritura con efecto dice formalmente «que retrocedió el sol.» ¿Si en verdad hubiese retrocedido el sol, se expresaria de esta manera? ¿Habria omitido el menos por el mas? Es verdad que dice en Isaías que el sol retrogradó, pero aquí el sol está puesto por la sombra que produce: y hé aquí la prueba. El milagro se cumple del mismo modo ofrecido por el profeta. Es así que Isaías solo ofreceá Ezequías hacer retroceder la sombra del sol. Luego, en este prodigio, la sombra solo del sol retrocedió. Así, cuando Isaías, después de efectuado el milagro, dice que el sol ha retrocedido, usa el sol por la sombra que causa. Nada mas comun en todos los idiomas, y particularmente en el hebreo, que es tomar la causa por el efecto.» (Bullet.) Esta explicacion nos satisface mas que la dada por Goguet al fin de su tercer volúmen del «Origine des Lois etc.»

(1) Esto es otra prueba de que el sol no retrogradó en el milagro de Ezequías. Por cuanto, si hubiese acaecido, los embajadores del rey de Babilonia no habrian ido á Jerusalen á informarse de un prodigio que habrian presenciado lo mismo que Ezequías. Y en efecto, no hay un solo punto en nuestro hemisferio en donde no se hubiese percibido. Tambien advertiremos aquí que la enfermedad y curacion de Ezequías, no se mencionan en el libro de los reyes (Reg. xx), ni en el segundo de los Paralipómenos (cap. 32) hasta despues de levantado el sitio de Jerusalen: de donde infiere el padre Petavio, que la enfermedad y curacion de este príncipe siguieron á la llegada de Senaquerib frente de Jerusalen. Pero parece que hay aquí una transposicion de hechos, lo que no es muy raro en los libros santos, esto sin faltar en nada al respeto que se les debe, por cuanto se observa la misma falta en los escritores de mas nota.

años. Durante este tiempo se presenta Isaías en Jerusalen despojado de todos sus vestidos (exceptuando los que el pudor no permite quitarse) y sin zapatos, para con esto desengañar á los que creian que el rey de Asiria fracasaria en Egipto (Isaías, c. 20).

707. Vuelve, en efecto, Senaquerib triunfante del Egipto, llevando en pos de sí una multitud innumerable de cautivos, tales como Isaías los habia figurado (1). Marcha en derechura á Jerusalen con intento de sitiarla. Llegado delante de esta ciudad, sienta sus reales alrededor, y expide las órdenes oportunas para la ejecucion de su intento. Pero antes de disparar una sola flecha contra Jerusalen, segun la prediccion de Isaías, el ángel del Señor viene á su campo durante la noche, y hiere de muerte á los principales oficiales y á sus mejores tropas, en número de ciento ochenta mil hombres. Consternado el rey de Asiria con este desastre, huye precipitadamente á Nínive, donde, despreciado de sus vasallos, muere, mientras estaba orando en el templo del dios Nesroc, á manos de sus dos hijos irritados por la preferencia dada á su hermano menor, á quien habia destinado para sucederle en el trono. Este gran milagro de la libertad de Jerusalen se halla atestiguado por los mismos autores profanos, si bien algo disfrazado; por cuanto su odio á la nacion judía no les permite contar sin alguna alteracion las ventajas que podian redundar en su gloria.

La súbita retirada de los asirios dejó dueños de su campo á los judíos, que encontraron en él muchas riquezas abandonadas en su fuga. Volvió un gran número de estos que se habian refugiado en los países vecinos, y de nuevo se poblaron las ciudades y los campos; y todos rivalizaron á porfía para volver á la patria su felicidad primitiva.

Pasó Ezequías el resto de su vida en una completa tranquilidad, amado de sus vasallos, respetado de sus vecinos, y tan visiblemente protegido por el cielo que nadie se atrevió á levantarse contra él.

Su descanso no fué ocioso. Engrandeció á Jerusalen, la embelleció é hizo construir nuevos acueductos, estableciendo en ella buenos arsenales, abastecidos de todas las clases de armas que estaban en uso en aquel tiempo. Fundó nuevas ciudades y reparó las antiguas. La atencion con que miró al comercio y á la agricultura, fuentes de la pública riqueza, se observa en estas palabras de la Escritura: (Paralip. II, c. 32). «Reunió grandes tesoros en plata, oro, pedrería y aromas.... y en vasos de gran precio. Tenia asimismo grandes almacenes de trigo, vino y aceite, pesebres y caballerizas para toda clase de ganado mayor y de carga, y aperos para sus numerosos rebaños.... y le habia dado el Señor una abundancia extraordinaria de bienes.»

694. Ezequías muere á los cincuenta y cuatro años de edad y veinte y nueve de su reinado, y su cuerpo es colocado con gran solemnidad en el lugar mas elevado de los sepulcros de la casa de David. Estos sepulcros, que forman un vasto y soberbio edificio abierto en la roca, constan de un patio, una galería, una sala y varios aposentos rodeados de nichos, donde se hallan depositados los cuerpos. Subsisten aun en nuestros dias, y son, hablando con propiedad, lo único que queda de la antigua Jerusalen (Prideaux.).

MANASÉS.

694. Manasés, hijo de Ezequías y de Hapsiba, sucede á su padre á la edad de doce años. Seducido y dominado por ministros detestables, se entrega á toda clase de abominaciones é impiedades. Restablece los lugares altos que su padre habia destruido, adora á Baal con toda la milicia celeste, hace plantar un bosque en honor de Astarot, profana el templo colocando un ídolo en el santuario, después de quitar el arca de la alianza, y eleva alrededor del tabernáculo altares á los dioses extranjeros. Practica toda clase de sortilegios, hasta hacer pasar á un hijo suyo por el fuego en honor de Moloc, y persigue cruelmente á aquellos de sus súbditos que no quieren participar de sus impiedades. Inunda su reino en sangre, y su furor se ensaña contra los profetas que Dios le envia para volverle al buen camino. Hace morir un sin número de ellos, y segun una antigua tradicion, hizo aserrar por mitad del cuerpo al profeta Isaías sin que le librase el ser de sangre real, y suegro suyo, segun algunos. Tal fué la vida de este príncipe hasta el año vigésimo de su reinado.

673. Para castigar tal cúmulo de abominaciones, permite Dios que Asaraddon, rey de Babilonia, invada con un poderoso ejército la Judea. Manasés, vencido y y fugitivo, se esconde entre unas malezas. Descubierto por los que le persiguen, es conducido preso y cargado de cadenas á Babilonia junto con un gran número de judíos. Esta desgracia le abre los ojos, y le hace volver en sí. Aplacado el Señor con su arrepentimiento inclina el corazon del rey de Asiria á volverle la libertad. No se sabe fijamente la duracion de su cautiverio. Unos le suponen de un año, al paso que otros le prolongan hasta siete, en cuyo caso no le habria dado libertad Asaraddon, sino su sucesor. Vuelto Manasés á su reino junto con sus compañeros de cautiverio, se dedica enteramente á reparar los males que habia causado. Purifica el templo después de arrojar de él á los dioses extranjeros y al ídolo que colocara en el santuario, y restablece el altar, haciendo revivir el culto del Señor. Pero, apesar de todo, faltó mucho para que volviese á adquirir el estado floreciente que tenia al subir él al trono.

659. Saosduquin, (la Escritura le llama Nabucodonosor) sucesor de Asaraddon, habiendo en el año doce de su reinado declarado la guerra á Fraortes, rey de los medos, á quien el libro de Judit llama Arfaxad (1), alcanza sobre él una completa victoria en la

(1) Algunos modernos pretenden que Senaquerib habia conquistado el Egipto antes de penetrar en la Judea; pero las razones que alegan para ello, no nos parecen muy convincentes, y creemos poderles oponer otras mucho mas poderosas. En efecto, ¿cómo puede creerse que, viendo la Judea, el Egipto, y la Etiopía ligadas contra él, hubiese dejado el primero de estos estados, el mas próximo á los suyos, para caer sobre el Egipto, y que despues de haberle conquistado, en lugar de aprovecharse de la consternacion que este suceso debia necesariamente causar en la Judea y la Etiopía, para completar su triunfo sobre la liga, las dejase una al lado de la otra, volviéndose á sus estados? ¿Qué conquistador al presente imitaria semejante conducta? Además, si la conquista del Egipto se habia ya efectuado al entrar el rey de Asiria en la Judea, ¿porqué Rabsaces no le enumera, en la relacion de los pueblos sometidos á su dueño? «¿Dónde se hallan ahora,» dice, «los dioses de Emat y de Arfad?» ¿Qué se han hecho los dioses de «Sefarvaim, de Ana y de Ara? ¿Han libertado estas ciudades de mis manos? ¿Han libertado á Samaria?» (Reg. I. IV, c. 18, v. 34.) Pero ¿qué eran estos pequeños estados en comparacion del poderoso reino de Egipto? En fin, lo que acaba de demostrar que Senaquerib no fué á Egipto antes de entrar en Judea, son estas palabras dirigidas por Isaías á Jerusalen. Levantará su báculo sobre vosotros, al dirigirse á Egipto. Baculum suum levabit super te in via Ægipti. (X, 24.)

(1) Equivócase Userio cuando dice que Arfaxad es Deyoces, padre de Fraortes, error que se demuestra con facilidad.

1.° El nombre de Arfaxad, que debe escribirse segun el valor de las letras hebreas Arphac-schad es lo mismo que Aphra-artas nombre de Phraortes. «Arbac, Arpach, Aphrac, ó simplemente «Aphra,» segun las diversas maneras con que los escritores de diferentes naciones escriben este nombre, significa Arbaces; «Arta» ó «Artho,» significa «mag-

llanura de Ragaü ó de Rages. Embriagado con esta victoria forma el designio de someter á su imperio todas las naciones occidentales hasta el Mediterráneo. Mándales en consecuencia embajadores y les intima que se le sometan y le reconozcan por su soberano. Pónense todas de acuerdo para menospreciarle, y le remiten con oprobio sus embajadores. Lleno de cólera Saosduquin jura vengar esta afrenta con el hierro y el fuego. Elige para ministro de sus venganzas al general Holofernes, y le hace partir con un ejército innumerable. Precédele el terror que se apodera de todas las provincias y de todas las ciudades, las que se le someten voluntariamente, pero nó por esto son mejor tratadas, ni sus templos dejan de ser destruidos con el objeto de hacer adorar á su soberano como única divinidad.

Los judíos, lejos de imitar la pusilanimidad de esos pueblos, se preparan para una vigorosa defensa. En tanto que Manasés se ocupa en poner á Jerusalen en un buen estado de resistencia, el gran sacerdote Eliacim, haciendo las veces de primer ministro de Manasés, como lo hiciera el gran sacerdote Joïada, bajo el reinado de Joas, toma con los principales del país las medidas necesarias para cerrar la entrada al enemigo, recomendándoles empero que pongan su principal confianza en Dios, é incitándoles al ayuno y á la oracion.

658. De conquista en conquista llega por último Holofernes delante de Betulia, ciudad situada sobre una eminencia en la tribu de Neftalí, y á poca distancia del mar de Tiberiada, segun Bochard. (Calmet la coloca en la tribu de Simeon entre Get y Gaza, en el camino de Egipto). Admirado el general asirio de que los hijos de Israel tratasen de defenderse, preguntó á los jefes de las naciones vecinas que acababa de sojuzgar, qué nacion era aquella que osaba abrigar tamaña resolucion. Tomando la palabra Aquior, príncipe delos amonitas, le refiere todas las maravillas que Dios obrara en favor de los israelitas. « Felices han sido, dice al terminar su discurso, mientras no han pecado contra su Dios, porque su Dios aborrece la iniquidad. Así, habiéndose separado hace algunos años del camino que su Dios les trazara, fuéron destruidos por diversas naciones, y muchos de ellos reducidos al cautiverio en extraño país (1). Pero á poco, vueltos hácia el Señor su Dios, se han reunido de nuevo después de esta dispersion.... y otra vez poseen á Jerusalen en donde tienen su templo. Por lo tanto, informaos de si este pueblo ha cometido alguna falta contra su Dios, y si es así, corred á atacarle, porque su Dios os le entregará. Pero si este pueblo no ha ofendido á su Dios será imposible la resistencia. » Enfurecido Holofernes con este discurso, duda si dará la muerte á Aquior, pero juzga mas á propósito remitirle á Betulia, para que allí presencie la funesta suerte que destina á sus moradores.

Ciento veinte mil infantes y veinte y dos mil caballos de que se componia su ejército parecen asegurarle una fácil victoria. No se ocupa mas que del modo de abreviar el sitio, y cree haber encontrado el mas á propósito para sus intentos, haciendo cambiar el curso de la única fuente que proveia de agua á la plaza. Bien pronto la sed redujo á los sitiados al último extremo. Entónces piensan en rendirse y encargan á su jefe Ozías se aviste con el general asirio para los tratos. Promete Ozías hacerlo si el cielo no los socorre dentro de cinco dias.

Habitaba esta ciudad una viuda llamada Judit, rica y hermosa, apesar de llegar ya su edad á los cincuenta y cinco años; vivia retirada, ayunando y dedicándose á otros ejercicios de penitencia. Informada de la resolucion tomada por los ancianos, los reune y los reprende con calor por haber fijado un plazo a la misericordia del Señor. Les exhorta á que se humillen, les habla, con medias palabras, de un proyecto que ha concebido para la salud del pueblo, y les induce á encomendar el negocio á Dios.

Después de haber implorado los socorros del cielo, Judit se adorna con sus mas ricas galas (2), y Dios presta nuevo brillo á su hermosura. Sale de Betulia á la vista del pueblo que la admira y la desea toda clase de prosperidades. Así que la aperciben los centinelas avanzados de los asirios, la salen al encuentro y la conducen á la presencia de su general. Descúbrese á Holofernes como una fugitiva, descríbele el abatimiento de los sitiados y se obliga á hacerle dueño, nó solo de Betulia, sino de toda la Judea.

Prendado Holofernes de su hermosura, le permite que obre en su campamento con toda libertad. Cenan juntos, y el cuarto dia, embriagado el general durante el banquete, es trasladado á su lecho por sus servidores, dejándole solo con Judit y su criada. Judit entónces armándose de valor, invoca al Señor, coge la cimitarra de Holofernes, que colgaba de su cabecera, y con ella le corta la cabeza después de invocar al Señor, la mete en un saco, atraviesa con

---

no.» Así pues «Aphra-artas, que Herodoto ha escrito «Phra ortes,» significa «Arbaces-magno.» Del mismo modo los hebreos, habiendo, traducido este epiteto «Arta, magno, » por la palabra «Schad, » que tambien significa «magno,» le llamaron Arphac-Schad, que se ha combinado en Arphaxad. Bien es verdad que en estas palabras se nota una «r» transpuesta, y una «b» cambiada en «ph,» pero se encuentran otros mil ejemplos, de cambios semejantes en el griego, el hebreo y otros idiomas. No queda pues la menor duda de que Arphaxad y Phraortes son un mismo nombre, y que designan á un solo príncipe.

2.° Examinándole con atencion, se ve en el mismo Herodoto que lo que dice de Fraortes se aplica igualmente á Arfaxad. Puede probarse asimismo que Deyoces no murió el año duodécimo de Saosduquin, como lo supone Userio.

3.° Deyoces no ha hecho mas que empezar una ciudad. Quien la concluye, la rodea de murallas y le da el nombre de Ecbatana es Fraortes. Así dice con razon la Escritura segun la Vulgata «edificavit.» Pero el texto hebreo del libro de Judit dice claramente que la circuyó de murallas después de concluirla de edificar.

4.° Es positivo que fué Fraortes hijo de Deyoces, á quien venció Saosduquin, y que prisionero en la batalla le hizo morir de la manera mas cruel é indigna, lo que irritando á su hijo Ciájara, que sin embargo era de un carácter dulce y humano, le indujo á vengar esta muerte. Por esta causa fué por la que atacó á Nínive sin que lo prolongado del sitio amortiguase en nada el sentimiento que le habia inducido á emprenderle.

5.° La gran pérdida sufrida por el ejército de Saosduquin, después de la muerte de su general Holofernes, de la que fué consecuencia, debilitando al rey de Asiria, dió márgen á Ciájara para atacar con ventaja á este príncipe, y sitiar por primera vez á Nínive, que hubiera quizás tomado entónces, á no impedírselo la invasion de los escitas que dominaron en sus estados por espacio de veinte y ocho años. Pero después de su retirada alióse con Nabopolasar, rey de Babilonia para emprender de nuevo el sitio de Nínive, antes de hacer la guerra á Aliates, rey de Lidia, que habia facilitado la retirada á los escitas; guerra que duró seis años, y que terminó á causa de un eclipse de sol que separó á los combatientes, y les indujo á hacer la paz. Así los hechos, el tiempo, y todas las circunstancias demuestran, en contra de Userio y sus partidarios, que Fraortes es el Arfaxad del libro de Judit, lo mismo que la uniformidad que se encuentra entre las palabras « Arphaxad y Phraortes. »

(1) No debe entenderse aquí la cautividad general de los judíos en Babilonia en tiempo de Nabucodonosor, sino las irrupciones hechas por los egipcios, los sirios y los asirios en las tierras de Israel.

(2) El adorno de Judit, nos da una idea de cuál seria el de las mujeres judías de su tiempo. La Escritura (Judith x, 3 et seq.) dice que comenzó por lavarse y ungirse, que arregló sus cabellos, y se cubrió la cabeza con una mitra, púsose su vestido de fiesta, calzó sus sandalias, y se adornó con brazaletes, pendientes y sortijas.

ella el ejército de los asirios, y penetra en Betulia al salir el sol.

Consternados por este suceso, así que tienen noticia de él, los asirios emprenden la fuga abandonando armas y bagajes. Persíguenlos los judíos, los despedazan y se enriquecen con sus despojos. Pasando de Jerusalen á Betulia el gran sacerdote, llena á Judit de elogios y bendiciones. Entona ella un cántico en accion de gracias, y se perpetúa el recuerdo de esta victoria con el establecimiento de una fiesta anual. Vivió Judit ciento cinco años, muriendo el trigésimo primero, y último del reinado de Josías, cincuenta años después de la muerte de Holofernes y seiscientos ocho antes de Jesucristo. La historia de esta mujer ilustre está consignada en un libro que lleva su nombre, obra que los padres del concilio de Nicea, segun el testimonio de san Gerónimo, han colocado entre los libros canónicos.

Dos años con corta diferencia después de la retirada de los asirios, los escitas, vencedores de los medos, penetran en Judea y se apoderan de Betsan, ciudad de la tribu de Manasés, mas acá del Jordán, quedando dueños de ella durante su permanencia en Asia; esto es, por espacio de veinte y seis años; de aquí proviene el nombre de Escitópolis dado á esta ciudad (Syncelle).

640. Manasés precedió en el sepulcro á Judit de cerca treinta y tres años, habiendo muerto á los cincuenta y cinco de su reinado y sesenta y siete de su edad.

AMON.

640. Amon, hijo de Manasés le sucede á la edad de veinte y dos años. Llevó la impiedad mucho mas allá que su padre; pero sin imitar su penitencia.

Muere Amon asesinado por sus oficiales á los veinte y cuatro años de edad y dos de reinado. Venga el pueblo su muerte en sus asesinos, y pone á su hijo en su lugar. El manuscrito de Alejandría, en los Setenta, coloca la muerte de Amon en el año duodécimo de su reinado, lo que concuerda con otros ejemplares que habia visto san Gerónimo. Pero, segun Vallarsi, último editor de las obras de san Gerónimo, casi todos los ejemplares que nos quedan de los Setenta, concuerdan con el hebreo en no señalar á este príncipe mas que dos años de reinado.

JOSÍAS.

639. Josías, hijo de Amon, quedó por su sucesor á la edad de ocho años. Su madre se llamaba Idida. Tuvo la dicha este jóven príncipe de ser educado por ministros sabios é ilustrados que con sus consejos formaron de él un príncipe perfecto en virtud, en dulzura y en piedad. Sin embargo, muchos de los abusos, introducidos en el reinado de Amon, continuaron durante la minoridad de su hijo. El profeta Sofonio, que vivia entónces, echa en cara á los príncipes, sacerdotes y pueblo de Judá diferentes crímenes, tales como la idolatría, la avaricia y el fraude, por los que les amenaza con severos castigos.

632. Josías, toma en sus manos las riendas del gobierno á la edad de diez y seis años.

628. Empieza Josías á purificar el templo de todo lo que pertenecia á la idolatría, año duodécimo de su reinado. Manda destruir en seguida los altares de los falsos dioses, tala los bosques sacrílegos, hace trozos los ídolos que se adoraban, y arroja sus pedazos en las sepulturas de los que les habian ofrecido víctimas. No contento con haber destruido los lugares destinados á las falsas divinidades, proscribió tambien los lugares altos en donde se ofrecian sacrificios al Señor en contra de la prohibicion de la ley, y anuló en el uso de sus funciones á los sacerdotes que habian ejercido su ministerio en estos lugares prohibidos. Extendióse su celo hasta el territorio de las diez tribus de Israel, destruyendo en él todos los monumentos de la idolatría, particularmente en Betel en donde redujo á polvo el becerro de oro que colocara allí Jeroboan, mandó dar muerte á los sacerdotes, y profanó su altar haciendo quemar en él huesos de muerto. Así se cumplió lo que el profeta de Judá habia predicho trescientos años antes de Jeroboan.

627. El año trece del reinado de Josías, empezó á profetizar Jeremías, hijo de Helcías, uno de los sacerdotes que moraban en Anatot, en la tribu de Benjamin, á cuatro leguas de Jerusalen. Advirtió á los judíos de una desgracia que estaba próxima á caer sobre ellos del lado del septentrion, «porque, decia, hé ahí lo que dice el Señor: Yo haré venir las familias de los reinos de Aquilon, que colocarán sus tronos delante de las puertas de Jerusalen y de todas las ciudades de Judá.» (C. I, v. 14 y 15).

622. El año décimo octavo de su reinado, después de haber purificado el templo, y haber vuelto á su lugar el arca de la alianza que Manasés habia quitado, hizo terminar las reparaciones que necesitaba. El gran sacerdote Helcías encuentra en el templo el libro de la ley del Señor escrito de mano de Moisés; este es el que se cree comunmente el original del Deuteronomio. Pero es de creer que se equivocan: el libro de la ley significaba entónces todo el Pentateuco, que no habia sido aun dividido en varios libros (1). Helcías le pone en manos del secretario Safan, para que le entregue al rey, quien haciéndole leer en su presencia se espanta de los males que anuncia. Envia Josías á consultar á la profetisa Olda ú Holda, la que contesta que todo acaecerá del mismo modo que expresa el libro, pero que no tendrá lugar hasta después de la muerte de Josías.

Habiendo este príncipe hecho reunir á todos los ancianos de Judá, lee públicamente el libro que se habia encontrado en el templo, y renueva la alianza con el Señor. El pontífice Helcías y los demás sacerdotes arrojan fuera del templo, por órden del rey, todos los vasos que habian servido para el culto de los ídolos, quémanlos, y llevan sus cenizas á Betel. Josías destruyó los augurios, que eran los sacerdotes de Baal y de la milicia celeste, y los arrojó de sus estados. Hace colocar de nuevo en el santuario el arca del Señor que habia sido separada de él en tiempo de Manasés ó de Amon, y prohibe á los levitas el pasearla de lugar en lugar como antes hacian (Paralip. II, c. XXXV, v. 3).

(1) No se crea que se hubiesen perdido entónces todas las copias del Pentateuco. Esto era imposible atendida la necesidad que tenian los israelitas de consultarle en infinitas ocasiones. En efecto, era un libro que debian los sacerdotes, en el ejercicio de sus funciones, tenerle siempre presente, por cuanto no bastaba la mejor memoria para retener el número inmenso de ceremonias que prescribe, y de las cuales no podian olvidar una sola, bajo pena de hacerse culpables á los ojos del Señor. Tenian igual necesidad de él los magistrados, para conformar con él sus sentencias y las reglas de policía del Estado, por ser tambien este libro el código de la nacion. En fin debia el mismo pueblo consultarle diariamente, para saber cada cual los alimentos que debia tomar, su trabajo, las personas que podia frecuentar, las que debia evitar, para asegurar sus bienes, sus derechos, sus posesiones, su herencia, para conocer su estado, y para terminar sus diferencias. Un libro tan esparcido en una nacion y tan necesario á la misma no podia perecer sino con ella (Bullet.). Exagérese tanto como se quiera la corrupcion en que habian caido los judíos en los últimos reinados; ello es que, apesar de la horrorosa persecucion de Manasés, quedaba aun un gran número de estos fieles á su religion, y que por consiguiente no podian prescindir del libro de la ley.

Este año hace tambien Josías celebrar la pascua con una solemnidad no vista desde el tiempo de los jueces.

« Sin embargo, dice la Escritura, la cólera del Señor, irritada contra Judá á causa de los crímenes con que Manasés le provocara no se apaciguó. »

Habia el pueblo judío participado de los crímenes de aquel príncipe; pero no imitó su penitencia. Su conversion nada tenia de sólida. No era su nuevo fervor, efecto, como en Josías, de una piedad sincera, sino una disposicion pasajera y superficial. Así es que la alianza que renovó con el Señor por medio de este príncipe, no dió mejores resultados que los obtenidos en tiempo de Moisés, de los profetas, y de los piadosos reyes que la resucitaron.

609. Con la muerte de Josías, principian las desdichas de los judíos. Necos ó Necao, rey de Egipto, deseando contener los progresos de los asirios, adelanta con un ejército hácia el Éufrates, dirigiendo su marcha por la Judea. Josías se pone en camino para detenerle. En vano el egipcio le hace decir que nada quiere contra él, que va á combatir una potencia contra la cual Dios le ha ordenado marchar; en vano le anuncia que perecerá si se obstina en oponerse á su designio. El rey de Judá, sordo á estas representaciones, presenta batalla á Necao en la llanura de Mageddo, tres leguas mas acá del Jordan, recibe una herida mortal en el combate, y muere á los treinta y un años de reinado, llorado de su pueblo, y sobre todo de Jeremías que mejor que otro alguno conocia lo irreparable que era esta pérdida para la Judea.

La Escritura rinde testimonio á Josías, de « que ninguno de los reyes sus predecesores, se habia vuelto como él al Señor de todo corazon.....y que no se le asemejó ninguno de sus sucesores, » (Reg. IV, c. 23, v. 25). Habia tenido cuatro hijos, Johanan, muerto antes que él, Eliakim, Joacás y Sedecías que le sobrevivieron.

En el año trece del reinado de Josías, fué, como se ha dicho, cuando el Señor dirigió la palabra á Jeremías, hijo de Helcías, uno de los sacerdotes que moraban en Anatot, en la tribu de Benjamin. Era muy jóven entónces, no contando, segun san Gerónimo, mas que quince años, y veinte segun otros. Continuó, como se verá, ejerciendo su ministerio hasta despues de la extincion del reino de Judá.

JOACÁS.

609. Joacás, llamado tambien Sellum, tercer hijo de Josías, fué colocado sobre el trono por el pueblo así que llegó á Jerusalen la noticia de la muerte de su padre. Llamábase su madre Amital. Ignórase la razon porque le prefirieron á Eliakim su hermano mayor. Tal vez habiendo acompañado á su padre á la guerra, corrió al principio el rumor de que habia muerto con él. Sea lo que fuere, es lo cierto que el reinado de Joacás solo duró tres meses. Á la vuelta de su expedicion contra los asirios ó babilonios, Necao se apodera de Jerusalen; de allí habiendo ido á Rebla, ciudad de la tribu de Neftalí, conduce á Joacás á Egipto, y condena á los judíos á pagarle un talento de oro (unos 264,218 reales) y ciento de plata (1,849,400 reales). Joacás habia merecido esta desgracia por su conducta. No regresó de Egipto, en donde murió, como habia profetizado Jeremías. Los tres meses del reinado de este príncipe deben tomarse del último año de Josías y del siguiente, á fin de que el cuarto de su sucesor sea, como está señalado en la Escritura, el veinte y tres despues del décimotercio del reinado de Josías.

ELIAKIM Ó JOAQUIN.

608. Eliakim, hermano mayor de Joacás, fué sentado en el trono por el rey de Egipto antes de su partida. Contaba entónces veinte y cinco años. Para señalar su autoridad sobre él, Necao cambió su nombre de Eliakim en el Joaquin. Su madre se llamaba Zebida. Al principio del reinado de Joaquin y durante las fiestas de pascua, el profeta Jeremías dirige la palabra á todos los de las ciudades de Judá que se hallaban reunidos para adorar al Señor. Exhórtales al arrepentimiento, amenazándoles de parte de Dios con que si faltan reducirá el templo al mismo estado que Silo, que ya no subsistia, y convertirá á Jerusalen en objeto de maldicion para todas las naciones de la tierra.

Irritados los sacerdotes con esta libertad, se apoderan de él y le conducen al tribunal del rey, pidiendo que sea condenado á muerte. Pero los ancianos del pueblo, por las representaciones de Ahicam, hijo de Safan, que habia sido secretario de Josías, obtienen que le pongan en libertad, sin hacerle daño alguno. Otro profeta llamado Uria, que hacia predicciones semejantes, es perseguido hasta el Egipto, de donde, preso, es remitido á Jerusalen, y en seguida muerto. Confirma Jeremías las profecías de Uria, y las suyas propias con discursos enérgicos é imágenes expresivas. El sacerdote Fassur, intendente del templo, le rechaza con la fuerza, y le hace poner en prision, de donde le saca el dia siguiente. Jeremías le predice que morirá cautivo en Babilonia.

Créese que fué por este tiempo cuando apareció el profeta Jael. Otros colocan su mision con menos verosimilitud bajo el reinado de Osías.

Nabopolasar, rey de Babilonia, envia su hijo Nabucodonosor á hacer la guerra á la Siria y al Egipto. Los rechabitas, viendo el reino de Judá amenazado por los ejércitos caldeos, abandonan el campo donde vivian bajo de tiendas, y se retiran á Jerusalen. Jeremías, habiéndolos reunido en el templo, les invita á beber vino. Ellos lo rehusan, alegando la prohibicion que su padre Jonadab, hijo de Recab, les habia impuesto. El profeta toma de aquí ocasion para echar en cara á los judíos su desobediencia para con Dios, y en seguida predice á los rechabitas, que, en recompensa de su fidelidad á las órdenes de Jonadab, habrá siempre varones de su raza sirviendo en presencia del Señor. En efecto, dice Calmet, se sabe de los rechabitas que eran sochantres y porteros del templo despues del regreso de la cautividad de Babilonia.

606. En el año tercero de Joaquin, Nabucodonosor volviendo victorioso de Egipto sitia la ciudad de Jerusalen, y se hace dueño de ella. El templo es saqueado, una parte de los vasos sagrados transportados á Babilonia. Joaquin, cargado de cadenas, y tres mil veinte y tres judíos caen prisioneros, con algunos jóvenes señores, entre los que se contaban Daniel, Ananías, Azarías y Misael, los cuatro de la sangre real de Judá. Nabucodonosor pone luego en libertad á Joaquin, y le vuelve la corona con condicion de que le será tributario. Los demás cautivos son conducidos á Babilonia. Desde esta época deben empezarse á contar los setenta años de la cautividad.

605. Año cuarto del reinado de Joaquin: el rey de Egipto ataca á su vez á Nabucodonosor y es derrotado en Charcamis á orillas del Éufrates. Predice Jeremías (c. 25, v. 9 y 10) « que Dios » reunirá junto á Nabucodonosor, su servidor, todas las familias del Aquilon y las enviará contra Judá y sus habitantes; que estarán sujetos á los babilonios por espacio de setenta

años, y que después de cumplido este término, castigará al rey de Babilonia y arruinará el país de los caldeos.

Jeremías, que se habia ocultado, hizo escribir sus profecías por Baruc, al que ordenó fuése á leerlas en alta voz en el templo á presencia del pueblo, en un dia de ayuno solemne. Tiembla la mano del secretario al escribir estas terribles amenazas; y le llenan de abatimiento y consternacion. Jeremías le tranquiliza con promesas particulares.

CAUTIVIDAD DE BABILONIA. REINO DE JUDEA.

604. En Babilonia, Daniel y sus compañeros Ananías, Azarías y Misael, apenas salidos de la infancia, son educados en el palacio para servir junto al rey. Rehusan comer los manjares prohibidos por la ley de Moisés, y obtienen del eunuco encargado de su subsistencia que no los violente en este punto. Dios bendice esta fidelidad á su ley. Reducidos á solas legumbres, ofuscan por su robustez á los otros jóvenes alimentados en la mesa del rey.

El año quinto del reinado de Joaquin, cumpliendo Baruc con su comision, lee en el templo, y delante de todo el pueblo, las profecías de Jeremías, dia 29 del noveno mes (casleu), para el que se habia publicado un ayuno solemne. (Debia ser un ayuno extraordinario; por cuanto la ley no prescribe ninguno en este mes, que corresponde á nuestro diciembre.) Repite Baruc su lectura ante los grandes de Judá. El rey en vista de lo que le dicen, manda que le presenten el libro; pero apenas ha leido algunas páginas lo hace pedazos con un cuchillo, y le arroja al fuego. Llegan por órden suya algunos oficiales á prender á Baruc; pero Dios le oculta á su vista, y se sustrae á sus pesquisas. Dicta de nuevo Jeremías sus profecías á Baruc añadiendo otras que no se hallaban en las primeras. Anuncia, entre otras cosas, que Joaquin no tendrá heredero de su trono, que tendrá la sepultura del asno, y que su cadáver será arrojado fuera de las puertas de Jerusalen.

CAUTIVIDAD DE BABILONIA.

Trató con humanidad Nabucodonosor á los judíos que habia llevado cautivos á Babilonia. Libertad de conciencia, facultad de elegirse ellos mismos los magistrados para que los juzgasen, permiso de adquirir, cultivar las tierras y negociar; tales fueron los privilegios de que les dejó gozar.

603. El año segundo de este príncipe, sexto de Joaquin, dos magistrados judíos, de edad avanzada, acusan de adulterio, delante del pueblo, á Susana, hija de Helcías, de la tribu de Judá, y esposa de Joaquin, jóven, bella, rica, y mas que todo virtuosa, pues que en vano habian tratado de seducirla en un jardin en donde la sorprendieron en el acto de entrar en el baño. Sobre el testimonio que prestan de haberla encontrado en fragante delito con un jóven, es condenada á muerte. Pero al tiempo de llevarla al suplicio, inspira Dios al jóven Daniel para que dé á conocer su inocencia. Pide un nuevo exámen, interroga separadamente á los dos viejos y los convence de calumnia por sus respuestas contradictorias. Susana queda libre, y sus detractores sufren la pena del talion. « Desde este tiempo, » dice la Escritura, « Daniel empezó á tener una grande reputacion. » Apenas contaba entónces doce años.

603. El año cuarto de su reinado, segun la cuenta de los judíos, desde la época en que su padre Nabopolasar le asoció en el trono, espantó á Nabucodonosor un sueño del cual no pudo acordarse al despertar. En vano consulta á los sabios de su imperio para que le dén algun indicio que le recuerde su sueño, ninguno de ellos lo acierta. Lleno de desesperacion los condena todos á muerte. Viéndose comprendidos en esta medida Daniel y sus compañeros, piden un plazo para dejar satisfecho al monarca, y le obtienen. Habiéndose puesto en oracion van el dia señalado al encuentro de Nabucodonosor. « Príncipe, le dice Daniel, hé aquí lo que habeis soñado. Visteis una estátua de una altura enorme, y de mirada espantosa. Tenia la cabeza de oro, el pecho y los brazos de plata, el vientre y los muslos de bronce, las piernas de hierro, y los piés, en parte hierro y en parte barro. Mientras la contemplabais con atencion, una piedra desprendida de una montaña, sin el auxilio de nadie, choca con los piés de la estátua, y la derriba reduciéndola á polvo, y la piedra se convierte en una gran montaña que cubre toda la tierra. Hé aquí; oh rey! vuestro sueño, escuchad su explicacion. Vos sois el rey de los reyes. Dios os ha dado la fuerza, el imperio y la gloria. Sois vos, pues, la cabeza de oro. Después de vos se elevará un reino menos fuerte que el vuestro, que será de plata, y trás este un tercero que será de bronce, y al cual se someterá toda la tierra. El cuarto será de hierro, y lo reducirá todo á polvo. Pero como los piés de la estátua en parte eran de hierro y en parte de barro, este último reino en parte será fuerte y en parte frágil; y, así como habeis visto mezclado el hierro con el barro, del mismo modo se mezc arán ellos con alianzas humanas, sin embargo no permanecerán muy unidos así como el hierro no puede nunca ligar con el barro. En tiempo de esta última gobernacion, el Dios de Israel hará nacer un reino que subsistirá por mucho tiempo (la Vulgata dice eternamente); un reino que no pasará al dominio de otro pueblo, que destruirá á todas estas monarquías, y cuya duracion será de muchos siglos. » El primero de estos reinos es indudablemente el de los caldeos y asirios. Daniel lo declara así formalmente. Todos los intérpretes convienen en que el segundo es el de los persas, formado de la reunion de los caldeos con los medos y los persas bajo la dominacion de Ciro. Concuerdan asimismo en determinar en el tercero el imperio de los griegos fundado por Alejandro el Grande sobre las ruínas del de los persas. Pero se hallan discordes respecto al cuarto que unos suponen ser los sucesores de Alejandro el Grande (los seleúcidas y los lagidas) y los otros ven en él á los romanos. Esta última opinion es la seguida comunmente como mas plausible. En vano se objeta que las dos piernas de la estátua indican dos reinos distintos y paralelos. Porque además de ser de un solo metal se dice formalmente que indican un solo y mismo reino. « Et regnum cuartum erit velut ferrum. » Roma tuvo la fuerza y solidez del hierro en tanto que permaneció república. Y no solo dominó las provincias griegas sino que se extendió por África, Italia, Galia y parte de España. Nada de cuanto atacó pudo resistírsele, y no logró escapársele nada de cuanto dominó. Habiendo Augusto convertido en monarquía la república sostuvo su esplendor, y ensanchó sus límites. Pero enervóse el antiguo valor del gobierno romano bajo los sucesores de este príncipe, y esto es lo que los piés de la estátua representan. Sentado esto, ninguna duda tiene que la piedra desprendida de la montaña sin auxilio humano, que hiere los piés de hierro y barro de la estátua, y que se convierte en una montaña que cubre toda la tierra, es el Mesías. ¿De cuál otro reino, desde Jesucristo, podia decir el profeta,

« que no será destruido, que no pasará al dominio de otro pueblo, que derribará y reducirá á polvo todos los demás reinos y que subsistirá eternamente? » El que desee una explicacion mas extensa de esta profecía la encontrará en la disertacion sobre los cuatro imperios, puesta al principio del libro de Daniel por Rondet.

Lleno de admiracion, Nabucodonosor ensalza á Daniel, le llena de presentes y le nombra gobernador de todas las provincias de Babilonia. Tambien da empleos importantes á los ilustres compañeros del profeta.

EN JUDEA.

601. El octavo año de su reinado, se levanta Joaquin contra Nabucodonosor, después de estarle sujeto por espacio de tres años. Contaba con los socorros de Egipto, pero estos le faltaron. El rey de Babilonia envia contra la Judea tropas caldeas, sirias, amonitas y moabitas que desolan el país durante cuatro años. Á sus rapiñas se agrega el hambre, producida por una gran sequía.

Jeremías intercede por el pueblo cerca del Señor, y no es atendido.

Entretanto conquistaba Nabucodonosor las provincias egipcias situadas entre el Éufrates, y el rio que separa el Egipto de la Palestina. « Después de este tiempo, » dice la Escritura, « no se atrevió el rey de Egipto á salir de su país. »

598. En fin, el mismo Nabucodonosor llega á Judea, y entra triunfante en Jerusalen. Prende á Joaquin, le hace dar muerte, y manda que su cadáver sea arrojado fuera de las puertas de la ciudad (1), con prohibicion de enterrarle, como lo predijera Jeremías, diciendo que recibiria la sepultura del asno. El autor del segundo libro de los Paralipómenos (c. xxxvi, v. 8). dice que después de su muerte se le encontraron las señales de sus abominaciones, esto es, los signos que habia impreso en su carne, en honor de las divinidades á quienes servia segun costumbre de los idólatras.

JOAQUIN Ó JECONÍAS.

598. Joaquin, llamado tambien Conías ó Jeconías, hijo de Joaquin y de Noesta, fué colocado en el trono de Judea, después de la partida de Nabucodonosor, á la edad de diez y ohco años (y nó de ocho). Sabiendo este príncipe tal novedad en su camino, manda sus lugartenientes á sitiar á Jerusalen. Hallábase esta ciudad tan desprovista de víveres, que en poco tiempo se vió en tan horrible necesidad que un padre se comió á su hijo y una mujer á su hija.

El rey de Babilonia llega en persona á activar el sitio, que se sigue con nuevo ardor. En fin Jeconías toma el partido de presentarse á Nabucodonosor con toda su familia y principales oficiales. El rey de Babilonia los hace prisioneros, saquea el templo y el palacio, y entrega á las llamas una parte de la ciudad. Joaquin con su madre y los mas valientes de su ejército, en número de diez mil hombres, los artesanos y los obreros de hierro, son conducidos á Babilonia, y no quedan en el país sino los mas pobres. Entre estos cautivos fueron comprendidos Ezequiel, hijo del sacerdote Busi, y uno de los cuatro grandes profetas, y Mardoqueo. Joaquin, después de haber reinado tres meses y diez dias, llegó á Babilonia y fué encerrado en una cárcel de donde no salió hasta después de la muerte de Nabucodonosor.

(1) Tal vez fué muerto en una salida que hizo durante el sitio, y arrojado sobre el camino real fuera de las puertas de Jerusalen (Prideaux.).

SEDECÍAS.

597. Matanías, tio paterno de Joaquin, fué sentado en el trono de Judea por Nabucodonosor, que cambió su nombre en el de Sedecías; hizo con él un tratado, y debilitó cuanto le fué posible su reino, á fin de que se viese obligado á cumplir las condiciones que le prescribiera. Marcha Joaquin sobre las huellas de sus predecesores, y pone el colmo á la medida de sus iniquidades. En vano Jeremías se esfuerza en convertirle, no logra sino endurecerle mas y mas. El pueblo á su ejemplo desprecia las advertencias del profeta, y trata indignamente á cuantos le hablan en nombre del Señor.

Envia Sedecías embajadores á Nabucodonosor, y Jeremías aprovecha esta ocasion para escribir á los cautivos de Babilonia. En estas cartas les dice que su cautiverio durará setenta años, pasados los cuales volverán á su patria. Dos falsos profetas, Sedecías y Acab, los tenian engañados con mentidas predicciones de una próxima libertad, y Jeremías anuncia á estos dos impostores que Nabucodonosor los hará quemar á fuego lento.

Otro falso profeta, llamado Semeías, escribe desde Babilonia al gran sacerdote Sofonio y á todo el pueblo, una extensa carta llena de invectivas contra Jeremías. El gran sacerdote lee esta carta al profeta, y este le predice que Semeías será castigado.

596. El año segundo de su reinado, Sedecías recibe una embajada de los reyes de los amonitas, de los moabitas, de Tiro y de Sidonia, para formar con él una liga contra el rey de Babilonia. Jeremías se le presenta con un yugo de buey sobre el pescuezo, y las manos llenas de cadenas, que reparte entre varios dueños, anunciándoles que no habrá seguridad mas que para aquellos que permanecerán sujetos á Nabucodonosor. Habla del mismo modo á Sedecías y le exhorta á que desatienda los falsos profetas que le incitan á levantarse contra Nabucodonosor.

594. El quinto mes del año cuarto del reinado de Sedecías, uno de estos falsos profetas, llamado Hananías, se atreve á contradecir públicamente á Jeremías, y arrancándole el yugo que llevaba hacia dos años, le rompe diciendo que del mismo modo quebrará Dios dentro de otros dos años, el yugo del rey de Babilonia. Jeremías le anuncia que una muerte próxima le castigará por su impostura. Y en efecto, muere dos meses después.

Antes de la muerte de Hananías, y fiado en sus falsas predicciones, el rey de Judá habia enviado una nueva embajada á Nabucodonosor, para pedirle los vasos del templo que se habia llevado á Babilonia. Aprovechó Jeremías esta ocasion para hacer llegar á los cautivos de Babilonia una extensa profecía, sobre la futura ruína de esta ciudad, la destruccion del imperio de Babilonia y el venturoso regreso de las judíos á su país. Baruc, que acompañó á su hermano Seraya, jefe de la embajada, fué el portador de este escrito, que leyó á Jeconías y á los demás cautivos.

CAUTIVIDAD DE BABILONIA.

593. Año duodécimo de Nabucodonosor, quinto de Sedecías, y quinto dia del cuarto mes (junio), el sacerdote Ezequiel, empieza á profetizar entre los cautivos de Babilonia. Dios le enseña una imágen de su gloria en las orillas del rio Cobar, ramificacion al parecer del Éufrates. Se envia á anunciar su palabra á los cautivos. En otra vision, Dios le ordena trazar sobre una teja el plano del sitio de Jerusalen, como si él mismo sitiase esta ciudad; que coloque una plan-

cha de hierro entre él y el plano; que mire con semblante fijo y severo á Jerusalen y luego después se haga atar con cadenas y permanezca acostado trescientos noventa dias sobre el lado izquierdo, y cuarenta sobre el derecho. Decir con un moderno que esto debe entenderse solo de las noches de estos cuatrocientos dias, es dar una interpretacion violenta al texto sagrado, y combatir de frente á todos cuantos hasta el dia le han comentado. Durante este tiempo, el profeta, segun las órdenes del Señor, no se mantuvo mas que con pan cocido con estiércol de buey, con el que cubria la masa, para indicar el estado horroroso á que se verian reducidos los habitantes de Jerusalen. Y fué por condescendencia el prescribirle Dios este alimento tan poco sabroso, por cuanto primero le habia ordenado que hiciese cocer el pan con excremento humano, á lo cual exclamó el profeta. «¡Ay de mí, Señor, Dios mio! mi alma no se ha manchado aun, y desde mi infancia hasta el presente no ha entrado en mi boca carne de animal muerto naturalmente, ó por otra bestia, ni cosa alguna impura. «Id, le respondió el Señor, yo os doy excremento de buey en lugar del que sale del cuerpo humano y le mezclareis con vuestro pan» (Ezeq. IV, 12, 15.). ¿Se trata aquí simplemente de la necesidad á que están reducidos por la escasez de leña los árabes y aun algunos pueblos de la Francia meridional, de cocer su pan con excremento de animales, secado al sol? ¿Pero qué habrá querido el profeta significar con esto?

592. El año trece de Nabucodonosor, sexto de Sedecías, transporta Dios en espíritu á Ezequiel al templo, y le pone de manifiesto todas las abominaciones que en él se practican. Enséñale además un hombre colocado en medio de otros seis, que marca con un «Tau» la frente de los que gimen por tales escándalos, y á los otros seis que matan en el templo y en la ciudad á los que no llevan aquella señal. El «Tau» última letra del alfabeto hebreo, que corresponde á la T de los griegos, tenia en tiempo de Ezequías la forma de una cruz, símbolo de la de Jesucristo.

Vuelto de su éxtasis lo participa el profeta á sus compañeros de cautiverio. Pero algun tiempo después les ofreció un espectáculo que debió causarles mayor asombro. Viósele en mitad del dia, después de comer y beber precipitadamente, sacar sus muebles fuera de su casa como si cambiase de alojamiento, y por la tarde, sobre las espaldas de algunos hombres, cubierta la cara con un velo para no divisar la tierra, atravesar una pared que habia agujereado. Era una expresiva imágen del éxito del sitio de Jerusalen, y de la fuga de su rey. Los judíos de Palestina, á quienes dieron noticia de estas acciones simbólicas, comprendieron su sentido, pero nó por esto se convirtieron, mirando los males con que eran amenazados, ó como imaginarios, ó como reservados para tiempos muy remotos.

EN CALDEA.

590. Revela Dios á Ezequiel la perfidia que acaba de cometer Sedecías, para con el rey de Babilonia, aliándose con el rey de Egipto, en menosprecio del juramento de fidelidad que prestara á Nabucodonosor. Jura atraer la venganza, y anuncia el deplorable fin de Sedecías.

REINO DE JUDEA.

Sedecías, año octavo de su reinado, forma alianza con Faraon Efreo ó Apries, rey de Egipto, después de lo cual se levanta contra el rey de Babilonia.

Imitan los amonitas el ejemplo de los judíos.

El año nono del reinado de Sedecías, pónese en marcha, con todo su ejército, el rey de Babilonia para castigar la revuelta de los judíos y amonitas.

589. Llegado al extremo de un camino que se dividia en dos, uno de los cuales conducia á Rabbat, capital de los amonitas, y el otro á Jerusalen, duda cuál de los dos ha de seguir, y se remite á la suerte. Escribe sobre una flecha el nombre de Jerusalen, y en otra el de Rabbat, mételas en un carcaj, y la primera que sale es la que lleva escrita la palabra Jerusalen. En consecuencia, dirígese hácia esta ciudad que sitia en toda regla, el año noveno de Sedecías, y dia diez del décimo mes. El hecho que se acaba de referir nos hace ver claramente que un monarca en aquella época emprendia por lo comun una campaña sin plan, sin proyecto alguno, y sin ni siquiera saber á dónde conduciria su ejército.

El dia en que Nabucodonosor pone sitio á Jerusalen, Dios lo revela á Ezequiel. Muere en un mismo dia la mujer del profeta y Dios le prohibe que la llore.

Viéndose Sedecías acometido en su capital, manda que sean puestos en libertad los esclavos hebreos, conforme á lo dispuesto en la ley de Moisés, porque se hallaban entónces en un año sabático. Pero este acto de justicia, inspirado tan solo por el miedo, no apacigua la cólera del Señor.

588. En cumplimiento del tratado que hiciera con Sedecías el rey de Egipto, se avanza á socorrerle con un poderoso ejército. Á esta noticia levanta Nabucodonosor el sitio de Jerusalen, dia seis del onceno mes del año décimo de Sedecías; reune todas sus fuerzas, y se dirige al encuentro de Faraon.

Así que ven que el ejército caldeo se retira, arrepentidos los habitantes de Jerusalen de haber dado libertad á sus esclavos, los obligan á sujetarse de nuevo al yugo de la servidumbre. Repróchales Jeremías esta conducta advirtiéndoles que los caldeos volverán triunfantes á Jerusalen. Algunos falsos profetas le desmienten, y encuentran crédito en la corte y entre el pueblo. Persiste en sostener su prediccion. Lejos de darle crédito los grandes y los magnates forman una conspiracion para perderle. Acúsanle ante el rey de desalentar al pueblo con sus discursos y piden que sea castigado. Sedecías le entrega á sus acusadores. En este mismo tiempo, viendo el profeta la inutilidad de su ministerio, y queriendo prevenir la vuelta de los caldeos, toma el partido de retirarse tranquilamente á Anatol, su patria, en la tribu de Benjamin. Pero llegado á la puerta de la ciudad, es detenido como tránsfugo por el capitan de la guardia y remitido á los principales oficiales que le encierran en la casa del secretario Jonatán, la que habian convertido en cárcel pública: y este es el primero y único encierro de Jeremías, digan lo que quieran la mayor parte de los comentadores é historiadores que afirman que al principiar el sitio de Jerusalen fué puesto en prision por Sedecías.) Pasó el profeta por tres grados en esta prision. Colocado primero en el vestíbulo, gozó la misma libertad que los que entre los romanos estaban «in libera custodia.» El rey le hizo trasladar de allí al átrio, donde el profeta continuó sus predicciones. Entónces los príncipes, resueltos á hacerle perecer, le encerraron en un calabozo, donde permaneció entre el cieno y la inmundicia.

587. Batalla entre egipcios y caldeos, dia séptimo del primer mes (esto es á fines de marzo) del undécimo año del reinado de Sedecías. Son derrotados los primeros, y Faraon se vuelve á sus estados con los restos de su ejército, tan mal parado, que no puede rehacerse en lo sucesivo de tan gran pérdida. Después de emplear dos meses en perseguir á los egipcios hasta su propio país, vuelve Nabucodonosor á continuar el sitio de Jerusalen, dia veinte y nueve del segundo mes.

cincuenta y dos dias después de levantado el primer sitio. Atacan al mismo tiempo los caldeos á Laquis y Azeca, las dos únicas plazas fortificadas que le quedan á la Judea: y no oponen grande resistencia.

Abdemelec, etíope, y oficial del rey, compadecido de la suerte de Jeremías, va en persona á sacarle del calabozo por órden de Sedecías, quien hace comparecer al profeta delante de él, y le habla en secreto. Jeremías le aconseja que se rinda á los caldeos, le predice la suerte que le amenaza, y le pide que no le vuelva al calabozo pues perecerá en él. Teniendo en cuenta su ruego, manda que habite en el patio de la cárcel. Consternados los judíos con el regreso de los caldeos y viendo el ardor con que proseguian el sitio, creen en la verdad de las predicciones de Jeremías, pasan de la presuncion al abatimiento, y se juzgan perdidos sin remedio. Entónces el profeta muda de tono, y no se ocupa mas que en consolarlos. Promételes que después de llevados cautivos á Babilonia, volverán á su país, y para convencerles compra á su primo Hanameel, que habia ido á su prision á proponerle la venta, un campo situado cerca de Anatot, formaliza la escritura de adquisicion, y después de sellada la entrega á Baruc, para que la encierre en un vaso de barro, á fin de se conserve mas tiempo. Con esto trataba de probar á los judíos que terminaria el cautiverio que les amenazaba, y que regresarian á su patria.

Fin del nuevo sitio de Jerusalen.—Tan solo duró cuarenta dias, espacio de tiempo figurado por el en que Ezequiel permaneció acostado sobre el lado derecho. El dia nueve del cuarto mes (tamuz, que corresponde á junio y julio) cerca de media noche, los generales de Nabucodonosor se apoderan de la ciudad. Sedecías, aprovechando la oscuridad de la noche, se escapa con sus gentes de guerra, que estaban junto á él, por una abertura hecha en los muros de su jardin, con objeto de tomar el camino del desierto. Pero los caldeos, que estaban sobre aviso, le persiguen, y alcanzándole cerca de Jericó, le conducen á Nabucodonosor, que se hallaba en Reblata, en el país de Emat, ciudad que algunos toman por Apamea en Siria.

Dueños los caldeos de Jerusalen, se esparcen por todos los cuarteles, haciendo en ellos una horrible carnicería. Un mes después, séptimo dia del quinto mes, Nabuzardan, capitan de las guardias de Nabucodonosor, y general de sus ejércitos, llega á Jerusalen para dar cumplimiento á las órdenes de su señor. Lo primero que hizo, segun se le habia encargado, fué sacar á Jeremías de su prision y ponerle en libertad. En seguida los sacerdotes, por órden del profeta, sacan del templo el fuego sagrado que ardia sobre el altar de los holocaustos, y le arrojan á un pozo profundo y sin agua, sin que llegue á noticia de nadie. Él mismo, por órden especial de Dios, hace sacar el tabernáculo, el arca de la alianza y el altar de los perfumes, y los esconde en una caverna del monte Nebo, cuya entrada intercepta. Habiendo ido algunos de los que le acompañaron para señalar este lugar, no pudieron encontrarle. Sabiéndolo Jeremías, les afeó su curiosidad. «Este sitio, les dice, permanecerá desconocido hasta que Dios haya reunido su pueblo. Entónces el Señor, hará ver estos objetos, y la majestad de su gloria aparecerá de nuevo en una nube, como apareció ante Moisés y Salomon.» (Macab. II, 4 y seq.) Pero por otra parte el Señor, en Jeremías, (III, 14, 16) dice hablando á las diez tribus de Israel que hasta que las habrá reunido con la de Judá, no se dirá mas el arca de la alianza del Señor, no volverá mas en el espíritu, no se le llamará mas, y no se acordarán de él. No pueden concordarse fácilmente estas dos autoridades si no es aplicando lo que se predice de la nueva aparicion del arca, en la primera, á la transfiguracion de Jesucristo, arca viva de la nueva alianza.

587. Entretanto, el dia diez del quinto mes, tres dias después de su llegada, hace Nabuzardan incendiar el templo, el palacio real y las casas de la ciudad, después de haber sacado cuantos objetos de valor contenian, y hace derribar las murallas. Los vasos del templo son conducidos á Babilonia junto con los moradores que habian quedado en la ciudad, á excepcion de los mas pobres que Nabuzardan dejó en el país para que le cultivasen (1). Jeremías se halla al principio entre los cautivos; pero, habiéndole Nabuzardan reconocido en Rama, le hace quitar las cadenas, y le deja en libertad de escoger entre ir á Babilonia, ó quedarse en el país. Adopta este último partido. Elige Nabuzardan setenta y cuatro de los principales cautivos, entre ellos al gran sacerdote Sarayas, y los remite á Reblata, en donde se encontraba Nabucodonosor, quien les hace dar muerte. En cuanto á Sedecías, que le fué enviado á poco, después de hacerle presenciar el suplicio de dos hijos suyos, manda sacarle los ojos, y conducirle á Babilonia, en donde termina en una prision el resto de sus dias. Así quedó cumplida en él la profecía de Ezequiel en quele decia (c. XII, v. 13), que seria conducido á Babilonia, y que no la veria.

Dueño de ir á donde quiera, se une Jeremías á Godolías, hijo de Ahicam, á quien Nabucodonosor habia nombrado gobernador de la Judea. Entónces fué cuando el profeta compuso sus lamentaciones que han llegado hasta nosotros.

Los judíos, dispersos por la Judea, ó en sus alrededores, llegan á ponerse bajo la proteccion de Godolías, que los trata favorablemente. Pero el séptimo mes del año siguiente, Ismael, príncipe de sangre real, celoso de la preferencia que le habian dado sobre él le asesina en Masfa, lugar de su residencia, con las gentes de guerra, judíos y caldeos, que se hallaban con él. Hace prisioneros á los restantes del pueblo de Masfa, y se pone en camino para guarecerse entre los amonitas. Pero, poniéndose Joanan en su seguimiento, con algunas tropas, le alcanza cerca de Gabaon, le derrota, y le hace prisionero.

El miedo de la cólera de Nabucodonosor se apodera entónces de los judíos que habian permanecido en su país, y forman el proyecto de retirarse á Egipto. Hace Jeremías todos los esfuerzos posibles para que abandonen su proyecto, asegurándoles que encontrarán en Egipto todos los males que tratan de evitar. Lejos de escucharle le arrastran con ellos á aquel país, en el cual, apenas llegados, se entregan al culto de las falsas divinidades, despreciando las exhortaciones de Jeremías, que les predice que perecerán bajo el filo de la espada de Nabucodonosor, cosa que el suceso justificó algunos años después. Jeremías desaparece de la historia. Algunos se adelantan á decir que fué apedreado en la ciudad de Tafné, por los judíos que no podian sufrir los reproches que les dirigia por sus crímenes y sobre todo por su pertinacia en la idolatría.

---

(1) Es antigua tradicion entre los judíos españoles y portugueses, que Nabucodonosor hizo transportar á España las principales familias de la tribu de Judá de las cuales pretenden descender sin haberse mezclado ni confundido nunca en alianzas con los otros judíos. Aun en nuestros dias, si bien esparcidos por diferentes países, forman un cuerpo separado del resto de la nacion, teniendo costumbres particulares, sinagogas aparte, y no contrayendo matrimonios sino entre ellos. Son entre todos los judíos los mas opulentos, los mas piadosos y los mas apreciados.

Fin del reino de Judá, después de subsistir por espacio de trescientos setenta y cinco años, desde el principio del reinado de Roboan, hasta los primeros años de su cautiverio en Babilonia y sus contornos.

No se debe, sin embargo, considerar este cautiverio como el de nuestros prisioneros de guerra, ó como el de los esclavos cristianos en Berbería. No estaban entre hierros ni en prisiones. Eran gentes que Nabucodonosor sacó de Judea para debilitar el país y poblar á Babilonia. Nosotros lo llamaríamos una colonia. Así es, que la Escritura habla muchas veces de ella como de una simple transmigracion, ó sea el tránsito de un país á otro. Bien es verdad que los condujeron allí encadenados y con buena guardia, porque abandonaban de mala gana su país; pero luego que llegaron, vivieron entre los babilonios con libertad de adquirir capitales y haciendas, de gobernarse segun sus leyes, y de nombrar magistrados que dirimiesen sus contiendas: del mismo modo que los armenios, que un rey de Persia transportó en gran número de familias á un arrabal de Ispahan, los cuales viven aun en él siguiendo las costumbres de su nacion, profesando el cristianismo, y comerciando como en su país. Con todo, los judíos llamaron á su estado cautiverio, porque se hallaban en un país y bajo un dominio extraño (Mesengui).

ÉPOCA VII.—Desde la destruccion del templo hasta el regreso del cautiverio.

586. El siguiente año después de la destruccion de Jerusalen y del templo, hace construir Nabucodonosor una estátua de oro de sesenta codos de altura, y seis de grueso. Así, la estátua en cuestion debia ser una coluna ó pirámide sobre la que habian grabado muchas divinidades ó geroglíficos: colocan el ídolo en la llanura de Dura, provincia de Babilonia, y el rey manda á todos sus súbditos que la adoren. Rehusándolo los tres jóvenes hebreos Ananías, Azarías y Misael, son arrojados en un horno ardiendo en medio del cual se les ve pasearse como en un sitio de recreo. Admirado de este milagro el rey los hace sacar de allí y prohibe hablar mal del dios de los hebreos.

Por este tiempo fué, segun Calmet, cuando apareció el profeta Abdías, cuyas predicciones, segun el sentido literal, hablan contra la Idumea y señalan su ruina.

572. El tercer año de la ruina de Jerusalen y del templo, trigésimotercero del reinado de Nabucodonosor, habiéndose hecho dueño este príncipe de la ciudad de Tiro, después de un sitio de trece años, lleva su ejército victorioso á Egipto, destruye el país de un extremo á otro, y arrebata un inmenso botin. La mayor parte de sus habitantes perecieron por el hierro, el hambre ó la peste. Los judíos que se encontraban en Egipto, fueron comprendidos en este desastre, y no se salvaron mas que los que pudieron refugiarse en Judea.

570. Nabucodonosor ve en sueños un gran árbol, el cual es derribado por órden de Dios; pero cuyo tronco se conserva para reproducir nuevas ramas que reemplacen á las cortadas. Llamado Daniel para que explique este sueño, anuncia al rey que este árbol es él mismo.

569. Un año después, en tanto que este príncipe admirado de sí propio, contempla con orgullosa complacencia la extension de su poder, y la belleza de las obras que ha hecho en Babilonia, pierde de repente el sentido. Creyendo ser un animal silvestre, adopta todas sus inclinaciones. Es echado como un insensato de la compañía de los hombres, ó bien de su propia voluntad los abandona, y huyendo á los campos vive con los brutos, paciendo la yerba y mojándose como ellos con el rocío del cielo. Sus uñas creciendo se vuelven semejantes á las del grifo, cúbrese de pelo su cuerpo, y apenas le queda algun resto de las facciones humanas. En este estado permanece durante siete años en cuyo tiempo ejerce su hijo la autoridad soberana.

562. En fin, recobra la razon, eleva los ojos al cielo, y humillado ante la mano poderosa del Eterno, es restablecido en el trono. Pero apenas ha transcurrido un año, cuando desciende al sepulcro.

561. Evilmerodac, hijo y sucesor de Nabucodonosor, saca de la prision, después de treinta años de cautiverio, á Jeconías, rey de Judá, y le coloca sobre todos los reyes que se hallaban en su corte.

Era el ídolo de Bel, entre los caldeos, la divinidad que mas veneraban y cuyo mantenimiento era de los mas dispendiosos. Ofrecíanle cada dia, en Babilonia, doce medidas de la mejor harina, seis carneros y seis grandes vasos llenos de vino, todo lo cual era absorvido durante la siguiente noche. Instado Daniel por el rey Evilmerodac para que rinda homenaje á esta divinidad, se compromete á descubrir las artimañas de los setenta sacerdotes que la servian. Sabiendo que ellos pasaban al templo por unos subterráneos y quitaban durante la noche todas las ofrendas, hizo sellar la puerta con el anillo real, después de esparcir ceniza por el pavimento. Entrando al dia siguiente en el templo, junto con el rey, le hace observar impresas en la ceniza las huellas de los sacerdotes y sus familias. Desengañado con esto el monarca, condena á muerte á los sacerdotes, entrega el ídolo á Daniel, y hace derribar el templo.

No era Bel el único ídolo adorado en Babilonia: mantenian un enorme dragon, al que rendian igualmente honores divinos. Conducido por el rey delante de este animal para que le adore, Daniel se obliga, con permiso del rey, á matarle sin espada ni palo. Otorgado el permiso, compone una masa de pelo, pez y grasa, y la hace tragar al animal que revienta en seguida. Furiosos con tal suceso los babilonios obligan con sus amenazas al rey á que mande arrojar á Daniel en el lago de los leones, en donde mantenian siete de aquellos animales; mas estos respetan al profeta, sin hacerle ningun daño, por espacio de siete dias. Durante este tiempo el profeta Hababuc, transportado por un ángel desde Judea, lleva á Daniel la comida que tenia preparada para sus segadores.

Habiendo llegado allí el rey el séptimo dia para llorar á Daniel, le encuentra en medio de los leones sin haber recibido daño alguno; hácele sacar, y en su indignacion manda arrojar á las fieras los enemigos del profeta, que son devorados en un momento.

Estas dos historias ocupan el capítulo catorce de las profecías de Daniel. No le poseemos mas que en griego, traducido del hebreo por un judío llamado Tedotion. Por lo tanto, no ha sido inventado por los cristianos, como suponen Luis Cappel y otros protestantes.

553. Vision misteriosa de Daniel, año tercero del reinado de Baltasar, llamado tambien Nabonida y Labinet, rey de Babilonia. Hallábase entónces el profeta en el castillo de Susa, en el país de Elam, sobre el rio Euleo. Aparécesele un carnero que hiere con sus dos cuernos el occidente, el aquilon y el mediodía, triunfa do quiera que encuentra resistencia, hace cuanto quiere y llega á un alto grado de pujanza. Pero un macho cabrío, con un solo cuerno en la cabeza, viene de oriente con una lijereza admirable, acomete al carnero, le vence y le derriba á sus piés. Después de esto rómpesele el cuerno, cuando se hallaba en su mayor pujanza, y en lugar de este se le forman cuatro, dirigidos hácia los cuatro vientos del

cielo. De uno de estos cuernos, sale otro que se engrandece extraordinariamente; levántase contra el poder del cielo de donde hace caer algunas estrellas, derriba por tierra á la verdad, todo lo intenta, y es afortunado en todas sus empresas. Tal es la vision del profeta, y hé ahí la explicacion que de ella dió el ángel. El carnero de dos astas es el imperio de los medos y los persas, el macho cabrío que lo derriba, el rey de los griegos (Alejandro el Grande, vencedor de Dario), los cuatro cuernos que suceden al roto, los cuatro reinos formados de los restos de su pujanza (la Siria, el Egipto, la Tracia y la Macedonia), el cuerno pequeño salido de uno de los cuatro grandes señala un rey impío (Antíoco Epífanes, rey de Siria, perseguidor de los judíos y de su religion).

Desde entónces empezó el reino de los caldeos á inclinarse hácia su ruina, precipitándose después en ella con tanta rapidez, que quedó totalmente destruido en el espacio de quince años. Los dos instrumentos de que Dios se sirvió para derribar este inmenso coloso, fueron Ciájara, rey de los medos (llamado Dario el Medo por Daniel), y Ciro, rey de Persia. La rápida corriente de sus victorias los conduce delante de Babilonia y la ponen sitio. Tranquilos los habitantes de esta inmensa ciudad bajo el abrigo de sus torres y murallas, que no tienen rivales, desde su altura y fortaleza miran la empresa de los sitiadores como el colmo de la temeridad. El mismo rey Baltasar continúa entregándose al libertinaje y á la impiedad como en los tiempos de la mas profunda paz. En una comida que dá á los grandes de su corte, manda que le traigan los vasos sagrados del templo de Jerusalen para beber con ellos en honor de sus dioses. Pero al mismo tiempo ve frente de él una mano que traza en la pared tres palabras que no comprende. El espanto se apodera de sus sentidos, llama á todos sus magos para que le expliquen estos caractéres, y ninguno sabe contestarle. Hace venir á Daniel, quien le declara que encierran el decreto de su condenacion. Los sitiadores, despues de inmensos trabajos, habiendo logrado desviar el curso del Éufrates, penetran en la ciudad, vanse en derechura al palacio del rey, y allí le dan muerte junto con sus cortesanos. Por esta conquista el imperio de Babilonia pasó á los medos en la persona de Ciájara, y así fué como empezó á ejecutarse el anatema tantas veces fulminado contra esta soberbia ciudad, la dominadora de las naciones, y á la cual sus astrólogos prometian la eternidad. De aquí en adelante fué decayendo de dia en dia, y pasando el tiempo se ha sepultado de tal modo en sus ruinas, que ahora es imposible determinar con exactitud la situacion de esta antigua maravilla del mundo. Así se ve cumplido exactamente lo que dice el Señor en Isaías. Perderé á Babilonia y borraré hasta sus vestigios. «Perdam Babilonis nomen et reliquias» (c. 14, v. 22).

Conserva Daniel su crédito bajo la dominacion de los medos. Instruidos Ciájara ó Dario el medo, y Ciro, de su gran mérito, le ponen á la cabeza de los ciento veinte sátrapas que establecen para el gobierno de las diferentes provincias de su imperio. Celosos estos de la prosperidad de un extranjero, buscan ocasion para perderle. Creen encontrarla sugiriendo á Ciájara que dé un edicto prohibiendo á sus súbditos que por espacio de treinta dias dirijan á otro que á él sus plegarias. Daniel, como ellos habian con razon presumido, no hace mérito alguno de esta ley. Le espian, y ven que continúa adorando á su Dios tres veces al dia, de rodillas en su habitacion, las ventanas abiertas y el rostro vuelto hácia la ciudad santa. Acusado ante el rey como violador de su edicto y de los términos de la ley, le condena á ser arrojado al lago de los leones. Dios preserva por segunda vez á su servidor de la voracidad de estos animales, y al dia siguiente le encuentran lleno de vida. Manda entónces Ciájara que los acusadores del profeta sufran la pena del talion, y son devorados en seguida.

536. Instruido Daniel por las escrituras que muy pronto debe terminar la cautividad de su pueblo, redobla sus plegarias para apresurar este dichoso término. El ángel Gabriel, enviado para decirle que sus ruegos han sido oidos, le descubre tambien otro misterio. Declara al profeta que á contar del edicto que se expedirá para la reedificacion de Jerusalen, pasarán setenta semanas de años (cuatrocientos noventa años) después de los cuales serán abolidas todas las prevaricaciones, cesará la iniquidad, descenderá sobre sobre la tierra la justicia eterna, serán cumplidas las profecías, el Cristo muerto, su pueblo despreciado, el santuario destruido y Jerusalen reducida á un estado de desolacion, que no terminará hasta el fin de los siglos.

Esta vision data del primer año de Ciro, rey de los persas y de los asirios.

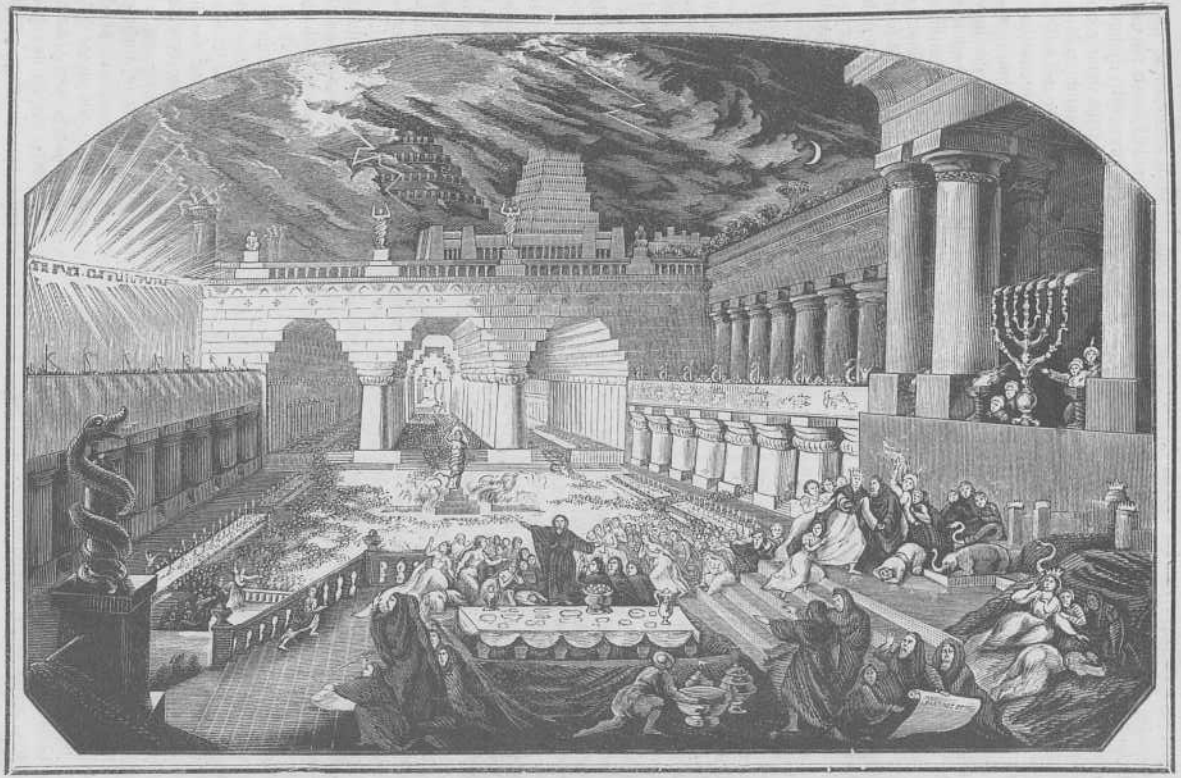
ÉPOCA VIII.—Desde el regreso del cautiverio hasta la venida del Mesías.

536. Admirado Ciro del estado en que ve á los judíos, se entretiene hablando con Daniel de su religion y de las causas que le llevaron al cautiverio. Contestále el profeta que los judíos han merecido los males que experimentan, por haber violado la alianza hecha con el Dios del cielo. Pero al mismo tiempo le advierte que se halla próximo el momento de su libertad, y que esta obra le está reservada á él. Para convencerle le enseña su nombre escrito en Isaías mas de doscientos años antes, y lo que predijera este profeta respecto de la proteccion que él daria á los judíos. Lisonjeado Ciro de verse objeto de una indudable profecía, y encontrando además un interés político en poblar de nuevo una provincia desierta de sus estados, y sobre todo en una de las fronteras, dá un edicto el primer año de su reinado, en Media, permitiendo á los judíos volver á su país y reedificar el templo de Jerusalen, con órden de devolverles todos los vasos de oro y plata que les quitara Nabucodonosor.

Parten bajo la direccion de Zorobabel, hijo de Salatiel, y del gran sacerdote Jesús ó Josué, hijo de Josedec, en número de cuarenta y dos mil trescientas sesenta personas, número muy pequeño en comparacion de los que prefirieron permanecer en Babilonia á volver á su patria.

Así hace notar la Escritura que no se aprovecharon del favor del edicto, sino aquellos á quienes Dios tocó el corazon. Del mismo modo, dicen los padres de la iglesia, la tierra que es para nosotros un lugar de destierro y cautiverio, se convierte en nuestra patria, hasta hacernos olvidar el cielo del que Jesucristo nos ha abierto las puertas, si Dios no toca nuestro corazon con su gracia. Llegados á Judea se establecieron unos en Jerusalen y otros en los lugares vecinos. Muchos de la tribu de Efraim y de la de Manasés, habiéndose unido con los judíos en su viaje, se establecieron en Jerusalen.

La ereccion del altar de los holocaustos fué la primera obra que emprendieron los judíos á su llegada á Jerusalen: el dia primero del séptimo mes (thisri), empezóse á ofrecer el sacrificio perpétuo de mañana y tarde. Tratan en seguida con los tirios y sidonios para hacer conducir cedros del Líbano al puerto de Joppé,



El festin de Baltasar.

ajustan operarios para trabajar las piedras y la madera, animanse al trabajo, y cada cual se conduce con el mayor ardor.

335. El año siguiente, segundo del regreso de los judíos, en el segundo mes (zius), ábrense los cimientos del templo en medio de una gritería confusa, formada por las exclamaciones de alegría de unos, y los lamentos de otros. Los primeros los daban los jóvenes que no habian visto el primer templo, el segundo era de los ancianos que preveían, atendida la impotencia de la nacion, que el nuevo templo no llegaria nunca á la magnificencia del antiguo.

Piden los samaritanos á Zorobabel y á los ancianos del pueblo ser admitidos, junto con los judíos, á la reedificacion del templo, alegando por motivo, que, después que Asaradon los ha trasladado á la tierra de Israel, siempre han sacrificado víctimas al Señor; pero sin añadir que al mismo tiempo ofrecian sacrificios á diferentes ídolos.

Desatienden los judíos la pretension de los samaritanos, porque tendia á adquirir el derecho de ofrecer sacrificios en el templo: derecho funesto que debia unir á los judíos con un pueblo que corrompia la pureza de la religion.

Irritados los samaritanos con esta negativa, tratan de desbaratar el plan de los judíos, y ganando con dádivas á los ministros del rey, logran al cabo que se suspendan los trabajos durante todo el reinado de Ciro.

Entónces los judíos, olvidando la casa del Señor, no se ocupan mas que en levantar para ellos suntuosos edificios.

Para castigarlos por esta indiferencia envia Dios la esterilidad al país.

320. Animados los judíos por los profetas Ageo y Zacarías, vuelven á emprender la obra del templo, año segundo del reinado de Dario, hijo de Histaspe (1) el 24 del sexto mes (elul). Para recompensar su celo, les envia Dios, segun la promesa de los dos profetas, un año de los mas abundantes.

El 21 del séptimo mes, Ageo, dirigiendo la palabra á Zorobabel, al gran sacerdote Josué y á todo el pueblo, les promete de parte del Señor que la gloria del nuevo templo sobrepujará á la del antiguo, porque le honrará con su presencia «el deseado de las naciones (el Mesías).»

319. Trata Asuero, el tercer año de su reinado, de ofrecer su magnificencia á los ojos de sus pueblos, en el mas suntuoso y mas prolongado festin de que nunca se haya oido hablar. Hízole preparar en Susa, capital de sus estados; fueron invitados á él todos los grandes de la corte y duró ciento ochenta dias, finidos los cuales dió otro á los habitantes de Susa en el vestíbulo de su palacio, cuya duracion fué de siete dias. Las señoras de la corte fueron obsequiadas del mismo modo por la reina Vasti, esposa de aquel monarca.

El séptimo y último dia, el rey, acalorado por el vino, manda á sus oficiales que conduzcan á la reina adornada con su diadema para ofrecerla á la vista de sus súbditos, porque era de una belleza extremada. Creyendo Vasti que este paso era indigno de su honor y calidad, rehusa cumplir las órdenes del rey. Irritado Asuero por esta negativa, la repudia con el parecer de su consejo, y publica con este motivo un edicto que se halla en el código de la nacion; pero, calmada su cólera, trata algun tiempo despues de volver á unirse con Vasti; sus oficiales, para distraerle de este intento que hubiera producido una revolucion, le aconsejan que se haga presentar las mas bellas jóvenes de sus estados, y que coloque en lugar de Vasti á la que mejor le parezca, y adopta esta idea. Entre las vírgenes que el eunuco ó chambelan Egeo reune en el palacio, el judío Mardoqueo, uno de sus porteros, hace admitir á su sobrina Edissa; presentada al monarca, después de un año de pruebas y cuidados, obtiene la preferencia sobre sus rivales, cambiando su nombre por el de Ester. Aumentado cada dia el poder de sus gracias, al cabo de cuatro años Asuero se desposa solemnemente con ella. Su tio, que no la perdia de vista, aunque sin poder hablar con ella, la hacia, sin embargo, comunicar avisos importantes. Un dia, habiendo descubierto la trama de dos eunucos contra el rey, lo hizo avisar á su sobrina, quien lo participó á aquel, nombrándole la persona que la habia avisado, pero sin decirle que fuese su pariente. Probado el crímen, los culpables fueron ahorcados, y todo quedó consignado en los anales del imperio.

310. Sin embargo, Mardoqueo tenia un poderoso enemigo en la persona de Amán, de la raza de Agag, de orígen amalecita. Llegado al mas alto favor con Asuero. Exigia Amán que todos los que se le presentaban doblasen ante él la rodilla; Mardoqueo, considerando este honor como una idolatría, se lo niega al favorito. Amán busca una ocasion para perder á Mardoqueo y á toda la nacion judía. Pero, en tanto que este proyecto da vueltas en su cabeza, el rey, en un insomnio, habiéndose hecho leer los anales de su reinado, fija la atencion en el paraje en donde tratan del importante servicio que le hiciera Mardoqueo; y preguntando qué recompensa se habia dado á ese fiel servidor, sabe que no ha obtenido ninguna. Entónces manda llamar á Amán, y le ordena que conduzca en pompa por toda la ciudad á Mardoqueo montado en su caballo; vuelto á su casa con el corazon henchido de rabia por esta humillante ceremonia, solo piensa Amán en los medios de destruir á los judíos, y logra á fuerza de calumnias persuadir al rey que por interés propio debe exterminarlos. Por fin se expide la órden para que en un mismo dia sean destruidos en todo el imperio. Consternado, como todos los judíos, por este cruel edicto, Mardoqueo insta á Ester para que se presente al rey y le pida su revocacion. Alega ella la ley que prohibe, bajo la pena de muerte, acercarse al trono sin ser llamado; insistiendo el tio, se arma de valor y se presenta al rey, que primero la recibe con semblante irritado, pero ella le desarma con su espanto, y obtiene de él que al dia siguiente vaya en compañía de Amán á comer con ella. Henchido con esta distincion el favorito se cree ya en la cumbre de sus deseos; invitado para una segunda comida acude á ella con el rey; pero encuentra la escena muy cambiada; la reina descubre al rey la perfidia del ministro, condénanle á ser ahorcado, y lo es en la misma horca que hiciera preparar para Mardoqueo. Triunfo de los judíos en todo el imperio; pues obtienen permiso para vengarse de cuantos habian tramado su pérdida. En conmemoracion de su libertad establecieron una fiesta perpétua el dia 13 del mes adar, que llaman Purimon, «Purim,» esto es, de las suertes, porque Amán habia echado suertes para saber qué dia haria matar á los judíos.

Del mismo modo prosperaban en Judea sus negocios. Interrogados por Tattanai, gobernador de las provincias de este lado del Eufrates, y por sus consejeros, con qué autorizacion reedificaban el templo, citaron en su favor el edicto de Ciro; sobre lo cual escribieron á Dario; el cual, encontrando el edicto en Ecbatana, mandó á sus oficiales que velasen por su ejecucion, bajo pena de muerte á los contravento-

(1) Es el mismo á quien la Escritura, segun Vatablo, y los mejores críticos, designa con el nombre de Asuero.

res, y ordenó al mismo tiempo que se les entregasen de su tesoro las sumas necesarias para reedificar el templo, y para las víctimas que en él se inmolasen, á fin, dice, de que los sacerdotes ofrezcan sacrificios al Dios del cielo, por la vida del rey y de sus hijos.

516. Año sexto del reinado de Dario, y décimotercio dia del mes adar; terminado ya el templo, hacen los judíos su dedicatoria con grandes regocijos (1).

Por este tiempo coloca, con alguna verosimilitud, un crítico moderno (Stilting) la muerte del profeta Zacarías, que pretende ser el mismo que segun testimonio de nuestro Salvador, fué muerto por los judíos entre el templo y el altar. En efecto, el profeta de quien se habla en el Evangelio, era hijo de Baraquías; y como no era permitido al pueblo entrar en el espacio comprendido entre el altar de los holocaustos y el templo propiamente dicho, es de suponer que esta muerte acaeció no estando concluido el templo, y antes de su dedicacion. No puede oponerse á esto mas que el silencio de la Escritura respecto á la muerte del profeta Zacarías; pero, ¿nos ha explicado la de Isaías, Jeremías y otros profetas que se cree haber sido víctimas de su celo?

El dia catorce del siguiente año (judaico) celebróse durante siete dias la pascua de la manera mas solemne: inmolaron al cordero los sacerdotes que se habian purificado, participando de él los hijos de Israel, junto con los samaritanos y otros pueblos vecinos que habian renunciado al culto de los ídolos para abrazar la religion de los judíos.

Durante la continuacion del reinado de Dario, que fué de treinta y seis años, y el de Jerjes, que fué de doce (2), permanecieron en paz los judíos en su país, gobernados por su religion, por el gran sacerdote y, en la policía y negocios ordinarios, por los jefes de Judá, pero siempre subordinados al gobernador persa de las provincias situadas mas acá del Éufrates.

473. Artajerjes Longimano, que ocupó en seguida el trono de Persia, dejó que gozase la Judea el mismo reposo que la concedieran sus predecesores.

467. Hallábase entónces entre los judíos establecidos en Babilonia, un sacerdote llamado Esdras que descendia de Eleazar, hijo mayor de Aaron. Era muy versado en el conocimiento de la ley de Moisés. La Escritura le califica de escriba; era entre los judíos lo que los magos en Persia, los filósofos entre los griegos, y los druidas entre los galos. Habiéndose dado á conocer al rey Artajerjes, obtuvo la comision de volver á Jerusalen con todos los de su nacion que quisiesen acompañarle, para arreglar, de la manera que juzgase mas á propósito, los negocios de la religion y del estado. Provisto de estos poderes, parte de Babilonia, dia primero del primer mes (nisan), del séptimo año de Artajerjes, con una multitud de sacerdotes, levitas, israelitas y natineos, y el primer dia del quinto mes (ab), llegan á Jerusalen. Después de remitir á los sacerdotes las ofrendas hechas por el rey, los nobles del país y los judíos de Babilonia, notifica á los oficiales del rey las órdenes de que es portador, y empieza el ejercicio de su comision. Sabe que los sacerdotes, los levitas y todo el pueblo han violado la ley de Moisés desposándose con mujeres idólatras. Lleno de dolor, los reune, les echa en cara su prevaricacion, y les induce á despedir sus mujeres, con los hijos que en ellas hubiesen tenido. La ternura paternal no les permitió sin duda despedirlas sin proveer lo necesario para su subsistencia. Esdras se dedicó particularmente á revisar los libros sagrados y á corregir las faltas que en ellos se habian introducido por la negligencia de los copistas, é hizo en ellos algunas lijeras adiciones para facilitar su inteligencia.

462. En Judea, muere el gran sacerdote Joaquin, y le reemplaza su hijo Eliasib.

454. El año vigésimo del reinado de Artajerjes, y en el mes de nisan, el judío Nehemías, copero de este príncipe, y de la clase de sacerdotes, obtiene de él permiso para hacer un viaje á Judea, por un edicto dado en Susa (1), para reedificar las murallas de Jerusalen. Desde la publicacion de este edicto, y nó del de Ciro, para reedificar el templo, deben empezar á contarse las setenta semanas de Daniel, «ab exitu verbi ut iterum ædificetur Jerusalem.» Estas setenta semanas forman un total de cuatrocientos noventa años, que nos conducen al año treinta y seis de la era cristiana, y como el profeta dice que el Cristo será muerto á la mitad de la última semana, se sigue de aquí que este suceso debió acaecer el año treinta y tres de la misma era. Y efectivamente, es la época en que, segun demostraremos á su tiempo, murió Jesucristo.

Llegado á Judea, declara Nehemías á los magistrados el objeto de su viaje. Todos lo aprueban. Pónese, sin vacilar, manos á la obra. Los sacerdotes y el pueblo se entregan con ardor á este trabajo. Senaballat de Horonaim, en el país de Moab, Tobías, amonita, Gossem, árabe, y los demás jefes de los pueblos vecinos á la Judea, se burlan de la empresa de los judíos, y viendo que Nehemías no hace caso de sus sarcasmos, tratan de oponerse á su continuacion. Estableció Nehemías un buen órden para proseguir la obra y rechazar al mismo tiempo al enemigo. En tanto que una parte de los jóvenes se ocupa en el trabajo, los otros se hallan sobre las armas, para evitar una sorpresa. Los mismos obreros trabajan con una mano, y con la otro empuñan la espada. Viendo que no pueden con la fuerza, los enemigos de Nehemías recurren al engaño. Tratan de intimidarle con falsos avisos, calumnias y predicciones siniestras. Seducen á algunos judíos y los arrastran á su partido. Apesar de estos obstáculos, la obra se adelanta en grande escala, y en cincuenta y dos dias queda terminada; dia 25 del mes elul.

Dedicacion de las murallas de Jerusalen, hecha con la mayor solemnidad. Divide Nehemías los sacerdotes, los levitas y los príncipes del pueblo en dos secciones. Marchan sobre las murallas, la una por el lado del mediodía, y la otra por el septentrion. Encuéntranse en el templo donde se inmolan gran número de víctimas, con transportes de júbilo. Establece en seguida Nehemías una regla para la guarda y seguridad de Jerusalen. No estando esta ciudad poblada, proporcionalmente á su extension, Nehemías indujo á los grandes y á la sexta parte del pueblo judío á que fijasen en en ella su residencia. El tiempo de la cautividad habia introducido la confusion en las familias. Nehemías busca la genealogía de los sacerdotes y levitas, y los que no pueden probar su orígen, son excluidos de su ministerio.

(1) «El templo,» dice Esdras, (l. I, c. VI, v. 15,) «quedó terminado el tercer dia del mes Adar» (ó duodécimo, que en parte corresponde á nuestro febrero, y en parte á marzo) «año sexto del reinado de Dario.» Así, cuando los judíos, (Joan c. II, v. 20) dicen á Jesucristo que han empleado cuarenta y seis años en reedificar el templo, ó bien ocultan la verdad, ó no debe entenderse precisamente el templo construido por Zorobabel, sino tal vez de todo el tiempo que Zorobabel, el gran sacerdote Simon, y el rey Herodes el Grande, emplearon en construirle y perfeccionar la obra.

(2) Segun Calmet, y la mayor parte de los cronólogos, fué de veinte.

(1) Los reyes de Siria pasaban el invierno y la primavera en Susa, y el verano y otoño en Ecbatana.

Sin embargo, continuaba Esdras en reunir, transcribir, poner en órden y corregir el libro de la ley, que dividió, por primera vez, en cinco partes, que forman otros tantos libros, llamados colectivamente Pentateuco, y designados con los nombres particulares de Génesis, Éxodo, Levítico, de los Números, y Deuteronomio.

453. El primer dia del séptimo mes eclesiástico (thisri), se reune en Jerusalen el pueblo todo de la Judea, para celebrar la fiesta de las Trompetas. Acababa entónces Esdras de dar la última mano á su trabajo. Ruégale el pueblo que lleve consigo el libro de Moisés. Subido Esdras á una tribuna lee públicamente este libro desde la mañana hasta el mediodía, teniendo á cada lado seis sacerdotes que explican en caldeo, lo que en hebreo les lee, porque los judíos, desde su cautividad, no entendian mas que el primero de estos idiomas. Todo el auditorio vierte lágrimas. Esdras y Nehemías le consuelan exhortándole á celebrar esta fiesta con alegría. Prosigue Esdras su lectura el dia siguiente, y llegado al paraje en que se trata de la fiesta de los tabernáculos, que correspondia precisamente al dia 15 del mes en que se hallaban, exhorta á celebrarla con todas las solemnidades prescritas por la ley. No dejó por esto de leer el Pentateuco. El método que observó, de empezar la lectura del texto hebreo, y dar luego la traduccion en caldeo, ha sido seguido desde entónces por los judíos en todas las sinagogas, ó asambleas públicas y religiosas de aquellos, y de aquí vinieron con el tiempo las paráfrasis caldeas, llamadas « Targum » por los judíos. Reconocióronlas necesarias, no solo para las reuniones públicas, sino tambien para las familiares, á fin de tener la Escritura en una lengua que el pueblo comprendiese. Presúmese que en la fiesta de que se acaba de hablar, fué cuando se descubrió el fuego sagrado, que los sacerdotes, al tomarse Jerusalen, habian arrojado dentro de un pozo enjuto. No era mas que cieno ó una agua espesa. Habiendo Nehemías hecho preparar un sacrificio, hizo rociar la leña y las víctimas con esta agua. Apareciendo entónces el sol, todo quedó abrasado con gran admiracion de los espectadores (Macab. I, v. 19 y sig). Informado de este prodigio el rey de Persia, hizo circuir de fuertes paredes el lugar en donde se habia encontrado el fuego sagrado, y dió grandes bienes á los sacerdotes.

El 24 del mismo mes, celebran los hijos de Israel un ayuno solemne, y se presentan delante del Señor revestidos de un saco y con la cabeza cubierta de ceniza: léese por cuatro veces la ley divina, y otras tantas bendicen al Señor. Nueva alianza de los israelitas con Dios, firmada por los sacerdotes y los ancianos, publicada por Nehemías, y confirmada por el pueblo, con un solemne juramento (1).

No se mejoraron los judíos, apesar de tan bellas apariencias. Siempre dominados por la avaricia, los ricos oprimen al pueblo con usuras hasta exigirles el interés de un centésimo cada mes. Apercibiéndose de ello Nehemías, les echa en cara vivamente esta dureza para con sus hermanos.

Para probar su arrepentimiento, consienten en volver á los pobres lo que de ellos tenian, esto es, sus hijos que habian reducido á la servidumbre, sus campos, sus viñas, sus olivares y sus mieses, obligándose al mismo tiempo dar por recibo lo que sus hermanos les deben.

442. Regreso de Nehemías á Persia, después de haber gobernado la Judea por espacio de doce años.

Por este tiempo debe colocarse la predicacion de Malaquías, que se considera como el último de los profetas. Basta leer su profecía para convencerse de la poca sinceridad de los judíos después de su regreso. La avaricia de los sacerdotes, que nada querian hacer gratuitamente, los casamientos ilícitos, los divorcios frecuentes y sin justa causa, la denegacion á pagar el diezmo, los perjurios, los adulterios, la opresion de las viudas, los huérfanos y los extranjeros, y las murmuraciones contra la Providencia, son los principales vicios que Malaquías echa en cara á su nacion. Declara al mismo tiempo que Dios desecha los sacrificios que le ofrecen, y promete un nuevo sacerdocio mas perfecto que el primero, y un nuevo sacrificio que será ofrecido al Señor por toda la tierra. Predice que el dominador deseado por los judíos, el ángel de la nueva alianza, el Mesías, en una palabra, vendrá por sí mismo al templo, que Elías aparecerá en los últimos tiempos para reconciliar á su pueblo con Dios, y que todas las cosas terminarán por la sentencia terrible y solemne que Dios pronunciará contra los impíos.

Malaquías es, como se ha dicho, el último de los profetas, en el órden de los tiempos. Desde él hasta la venida del Mesías queda un espacio de cerca de cuatrocientos años. « Debia Dios, por la majestad de su Hijo, hacer callar durante este tiempo á los profetas para que su pueblo estuviese en expectacion de aquel que debia ser el complemento de todos los oráculos » (Bossuet).

441. Muere el gran sacerdote Eliasib. Sucédele su hijo Joïada ó Joanan. Ni este ni sus sucesores reciben la uncion sacerdotal que habia cesado desde la destruccion del templo.

437. Nehemías regresa á Judea, y encuentra nuevos abusos que reformar. Durante su ausencia el gran sacerdote Eliasib, habia dado alojamiento en el vestíbulo del templo á Tobías, gobernador de los amonitas. Indignado por tal profanacion Nehemías, hace arrojar de allí todos los muebles de Tobías, y purificar el templo. Manasés, hijo de Joïada, se habia desposado con la hija de Senaballat de Horonaim, gobernador de los cutenos; Nehemías le exige que repare este escándalo remitiendo su mujer á su país. Niégase á hacerlo, y Nehemías le echa de Jerusalen. Retírase á Samaria al lado de su suegro. Descontentos muchos judíos de la firmeza con que Nehemías trata de hacerles dejar las mujeres idólatras con quienes se habian desposado, siguen en su retiro á ese desertor.

Constantemente ocupado Senaballat en perjudicar á los judíos, obtiene de Dario Noto, rey de Persia, permiso de edificar sobre el monte Garizim un templo semejante al de Jerusalen, y de dar á su yerno la dignidad de gran sacrificador. Fué entónces Samaria el refugio de todos los descontentos de la Judea, que eran recibidos con los brazos abiertos; lo que al fin cambia el estado de la religion en esta provincia. Hasta entónces los cutenos y demás pueblos, que los reyes de Asiria habian transportado allí en lugar de las diez tribus, mezclaban el culto del Dios de Israel con el de los ídolos asirios. Pero, desde la construccion del templo de Garizim, en donde se hacia el servicio di-

(1) Entre las promesas que hizo entónces el pueblo al Señor, se expresa en estos términos la de observar fielmente el año sabático: « Dejaremos el séptimo año la tierra sin cultivo. » (Nehem. x, 31.) Los judíos durante muchos siglos antes de la cautividad, habian descuidado el cumplimiento de esta ley, y esta fué una de las principales causas porque su tierra permaneció inculta por espacio de diez sábados ó setenta años, á fin de que se cumpliese la palabra del Señor que dice en boca de Jeremías que la tierra celebró sus sábados; porque permaneció en un contínuo sábado todo el tiempo de la desolacion, hasta tanto que se hubieron cumplido los setenta años (II, Paralipom. c, 36, v. 21.).

vino como en Jerusalen, el verdadero Dios fué el solo adorado en Samaria, y fueron observadas las ceremonias segun la ley de Moisés. Sin embargo, la construccion de este nuevo templo acaba de cimentar la antipatía y el odio que existe entre estos dos pueblos y que ha roto todo comercio entre ellos.

Es de presumir que Nehemías no existia ya en la época de la construccion de este templo, pues de lo contrario, empleado como estaba en la corte de Persia, habria interpuesto su valimiento para impedirlo. No se sabe precisamente ni el tiempo, ni el país en donde murió. Por Josefo sabemos que terminó su vida en una edad muy avanzada, lo que es muy cierto, porque cuando terminó el libro que lleva su nombre debia pasar de setenta años. Durante todo el tiempo de su administracion, distinguióse este grande hombre en su celo por la religion, su amor á la justicia, su desinterés y su apoyo á la hospitalidad. «Desde el dia, dice, en que el rey me dió el gobierno de la Judea, nada hemos tomado, ni mis hermanos ni yo, de las rentas asignadas á los demás gobernadores. Tampoco he comprado tierras, y lo mismo que todas mis gentes he trabajado en la reparacion de las murallas.» Los judíos y los magistrados en número de ciento cincuenta personas, y los que habian venido de las naciones vecinas, comian en mi mesa. Guisábanme cada dia un buey y seis escelentes carneros, sin contar la volatería. Servíanse en mi mesa diferentes clases de vinos. Daba yo multitud de otras cosas, porque nada rehusaba en mi encargo.»

En la misma incertidumbre que en la de Nehemías nos hallamos respecto á la época de la muerte de Esdras. El fué, como se ha dicho, el que de acuerdo con los mas sabios de la nacion judea, puso en órden los libros sagrados. No puede decirse cuál fué el órden que siguió, porque difieren en ello los varios ejemplares manuscritos que han llegado hasta nosotros. Preténdese tambien, aunque sin fundamento, que fué él quien trocó por los caldeos, los caractéres fenicios en que estos libros se hallaban escritos. Lo cierto es que mucho tiempo después de la cautividad, se servian aun los judíos de sus antiguas letras. Compruébase esto por las medallas acuñadas en Judea bajo los príncipes asmoneos. Tambien puede verse en las biblias ó paráfrasis caldeas, escritas en caractéres samaritanos ó fenicios en el siglo tercero de la Iglesia.

397. Muere el gran sacerdote Joïada. Sucédele su hijo Jonatán ó Juan, año sexto del reinado de Artajerjes Mnemon en Persia.

Jesús, hermano del gran sacerdote Jonatán, ambiciona su empleo. Para obtenerle, interesa en su favor á Bagoso ó Yagoso, gobernador de Siria y de Fenicia por el rey de Persia. Encontrándose los dos hermanos en el templo, empiezan ambos á disputar. Jonatán mata á su hermano en el lugar santo. «¡Crímen abominable! exclama el historiador Josefo, y sin ejemplar entre los griegos, y entre los pueblos mas bárbaros.» El mismo Bagoso se estremece de horror. Va á entrar en el templo para ver el lugar donde se ha cometido el asesinato. Opónense á ello los judíos alegando su impureza. «¿Me juzgais, por ventura, les dice, después de vencidos todos los obstáculos, mas impuro que este cadáver que veo aquí tendido?» Antes de retirarse, impone á los judíos, en castigo de este sacrilegio, un tributo de cincuenta dragmas por cada cordero que ofrezcan en sacrificio (unos 76 reales 15 maravedises por cordero). Esta especie de multa fué pagada hasta fines del reinado de Artajerjes Mnemon.

351. Habiendo tomado parte los judíos en la revuelta de la Fenicia contra Artajerjes Oco, sucesor de Mnemon, pasó este príncipe á Judea después de sofocada la revuelta, apoderándose de Jericó y otras plazas vecinas. El número de prisioneros que hizo en esta jornada fué tan excesivo, que, á mas de una gran parte que condujo á Egipto, cuya conquista intentaba, transportó una multitud considerable á Hircania, en donde los estableció á orillas del mar Caspio (Solin. c. 35, Orosio l. 31, c. 7. Josefo, «contra Apion» l. 1).

350. Muerte del gran sacerdote Jonatán, después de cuarenta y siete años de pontificado. Le sucede Jaddo su hijo.

332. Estando en el sitio de Tiro, Alejandro el Grande hace intimar á los judíos y á los samaritanos que se le sometan, y que proporcionen á su ejército las vituallas de que tenga necesidad. Los samaritanos se someten en seguida; pero los judíos se excusan con el juramento de fidelidad que prestaron á Dario, rey de Persia, declarando que mientras él viva, su conciencia no les permite reconocer otro soberano.

Alejandro, vencedor de Tiro, marcha contra Jerusalen, resuelto á dejar en esta ciudad un ejemplo memorable de su venganza. El gran sacerdote Jaddo, después de haber hecho abrir las puertas de la ciudad, y cubrir de flores sus calles, se presenta delante del príncipe, revestido con sus ornamentos pontificales, acompañado de los sacerdotes, con sus trajes de ceremonia, y seguido de todo el pueblo con vestiduras blancas. Sorprendido con el espectáculo de tan pomposa procesion, muda Alejandro sus intentos de repente. Se adelanta lleno de respeto hácia el gran sacerdote, le saluda, y adora el gran nombre de Dios que lleva en una lámina de oro sujeta á su frente. Al mismo tiempo el pueblo colocándose en círculo al rededor de él le desea toda suerte de prosperidades. Recibe Alejandro estos votos con aire de satisfacion. Las personas de su séquito que aguardaban muy diferente acogida no pueden creer á sus ojos. Parmenion, favorito del príncipe, le pregunta con su ordinaria familiaridad, la razon de esta mudanza. Alejandro le contesta que el mismo pontífice se le habia aparecido en Macedonia, animándole á que emprendiese las conquistas que meditaba. Hace en seguida su entrada en Jerusalen, llega al templo, y ofrece sacrificios al Dios verdadero. Jaddo le enseña las profecías de Daniel, que anuncian la destruccion del imperio de los persas por un rey de los griegos. Alejandro se reconoce en los rasgos que señalan á ese conquistador, y ya no duda del buen éxito de su empresa. Antes de su partida reune á los judíos, y á su ruego, les concede diferentes gracias, siendo una de las mas notables la exencion del tributo en todos los años sabáticos, en atencion á que en él ni siembran ni recogen (1). Piden los samaritanos la misma gracia, diciendo que ellos tuvieron el mismo orígen que los judíos, y siguen su misma ley. Alejandro promete complacerles á su regreso de Egipto, dado caso que puedan probar lo que han supuesto. Esta relacion, tomada de Josefo, es considerada como fábula en la Enciclopedia, por la razon de que no se habla de ella en la Sagrada Escritura. Por esta misma regla podria negarse tambien la existencia del gran sacerdote Jaddo, de quien no hacen mencion los libros santos: y nadie la pone en duda.

(1) Si es verdad que el año sabático iba precedido de una triple cosecha, era sin fundamento la peticion que hicieron los judíos de quedar en él exentos de tributo. Respóndese á esto que no habiendo prometido Dios preservar de esterilidad el año siguiente al sabático, obraron con mucha prudencia los judíos pidiendo al rey de Macedonia la gracia de que se trata. (Bullet.)

Sedicion de Samaria contra Andrómaco, gobernador de Egipto y Siria. Sitianle en su casa, á la que pegan fuego, y le asesinan. No deja Alejandro impune este atentado. Después de su expedicion á Egipto, vuelve á Palestina, castiga con la muerte á cuantos han tomado parte en la de Andrómaco, arroja á los demás habitantes de Samaria, y pone en su lugar una colonia de macedonios. Los samaritanos se retiran á Siquem sobre el monte Garizim. Esta ciudad fué entónces, como lo es en el dia, la metrópoli de su secta.

Alejandro, consumada la conquista de Egipto, funda la ciudad de Alejandría sobre uno de los brazos del Nilo, é invita á los judíos á que vayan á poblarla. Acuden en gran número, y junto con los macedonios, quedan comprendidos en la primera de las tres clases de habitantes.

324. Muerte del gran sacerdote Jaddo, después de veinte y seis años de pontificado. Sucédele su hijo Onías I.

323. Después de la muerte de Alejandro, y en la primera division de su herencia, la Siria, la Judea y la Fenicia son adjudicadas á Laomedon. Hacen los judíos punto de religion el permanecer fieles á su nuevo soberano.

320. Habiendo Tolomeo Soter, hijo y sucesor de Lago, derrotado á Laomedon, exige la obediencia de todos los pueblos que estaban sometidos á este príncipe. Los judíos se la niegan, temerosos de faltar al juramento de fidelidad que habian prestado á Laomedon.

Viendo Tolomeo que solo por la fuerza puede vencer á los judíos, penetra en su país y pone sitio á Jerusalen. Fuerte por su situacion y por las obras del arte, hallábase la ciudad en estado de sostener un sitio con probabilidades de buen éxito. Pero, segun se dice, un escrúpulo abrevió la duracion del sitio. Los judíos no se atrevieron á defenderse en dia de sábado por un respeto mal entendido á la ley. Tolomeo que se apercibió de ello, escogió este dia para un asalto general. El éxito correspondió á sus esperanzas. Los sitiados quedan en la inaccion, y permanecen pasivos espectadores de la toma de su ciudad. La conquista de Jerusalen arrastró tras sí la de toda la Judea. Tolomeo hizo transportar á Egipto cien mil cautivos, que fueron al principio tratados con dureza. Pero, reflexionando después Tolomeo sobre la fidelidad de los judíos á sus gobernadores y soberanos, rompe los grillos de los cautivos, escoge para su servicio á los mas distinguidos de entre ellos y les encarga la custodia de las mas importantes plazas de sus estados. Este hecho atrae un gran número de judíos á Egipto.

300. Muerte del gran sacerdote Onías I, después de veinte y un años de pontificado; le sucede su hijo Simon, llamado el Justo.

La Judea y las provincias vecinas pasan al dominio de Antígono y su hijo, que obligan á Tolomeo á cedérsela. Con este motivo se traslada á Egipto gran número de judíos, que prefieren vivir en un país extraño, bajo la dominacion de un príncipe generoso, que nó en su patria bajo el yugo de un tirano. Del número de estos fugitivos fué el sacerdote Ezequías, hombre sabio y virtuoso. Habiendo trabado conocimiento con Hecateo el Abderita, le instruyó en la religion, leyes y costumbres de los judíos, y le convenció, de modo que compuso una historia de aquella nacion, desde Abrahan hasta su tiempo. No poseemos de esta obra mas que los fragmentos favorables á los judíos, que cita Josefo. Hecateo habia figurado mucho en la corte de Alejandro el Magno, y gozaba de igual consideracion cerca de Tolomeo, por lo que contribuyó mucho su recomendacion para que obtuviesen los judíos las gracias que ese príncipe les concedió.

292. Muerte del gran sacerdote Simon, después de nueve años de un pontificado memorable, no solo por sus virtudes, sino por los grandes beneficios que en calidad de príncipe temporal dispensó á su nacion. Fortificó la ciudad y el templo con altas murallas, haciendo aumentos considerables en este último edificio. Mandó abrir en Jerusalen una cisterna cubierta de bronce, de tan grande capacidad, que mereció el nombre de mar (Eccles. lib. 50). Pero la mayor de sus obras fué el haber dado la última mano al cánon de los libros sagrados de los judíos. El fué, segun la opinion mas verosímil, quien insertó en ellos los libros de Esdras, de Nehemías y de las crónicas ó paralipómenos. Y en efecto, no puede decirse que sus autores las insertaran, por cuanto se hallan advertencias marginales, que debieron ser añadidas por algunos de sus sucesores, y algunas genealogías que se extienden hasta el tiempo de Alejandro el Grande. Tampoco se observa que desde aquel príncipe haya habido en Judea un hombre público que, como Simon, reuniese toda la sabiduría y capacidad necesarias para poner el sello á la coleccion de los libros divinos. Desde este tiempo no se han admitido nuevos libros en su catálogo.

Onías, hijo del gran sacerdote Simon, debia por derecho propio sucederle, pero como aun era muy jóven, su tio paterno Eleazar ejerció en su lugar las funciones de gran sacrificador.

284. Dueño de la Siria Seleuco Nicator, saca de la Judea trescientos talentos, y permite á los judíos que se gobiernen por sus leyes, regidos solo por sus soberanos pontífices.

279. Muerto Seleuco Nicator, pasa la Palestina al dominio del rey de Egipto.

277. Tolomeo Filadelfo, rey de Egipto, deseando tener en su biblioteca los libros de Moisés, por el ventajoso informe que de ellos le habian dado, hizo emprender la traduccion griega de estos libros, llamada de los « Setenta, » porque una antigua tradicion dice que trabajaron en ella setenta ó setenta y dos judíos. El hecho de la version mandada hacer por este príncipe se halla atestiguado por una fiesta que con este motivo establecieron los judíos para conservar la memoria de este suceso, que tiene lugar el dia 8 de tebet, mes que corresponde en parte á nuestro diciembre, y en parte á nuestro enero; mas las circunstancias de que se halla adornado en Josefo y en Filon, son en su mayor parte muy sospechosas.

260. Muerte de Eleazar, gran sacerdote interino. Debia sucederle Onías en cuyo nombre ejercia su dignidad; pero esta fué concedida, no se sabe porqué, á Manasés, hijo de Jaddo y tio del gran sacerdote Simon el Justo.

233. Onías II entra en las funciones de gran sacrificador al tiempo de la muerte de Manasés. Su carácter está bien determinado en el sobrenombre de Avaro que le dieron. Habian sus predecesores pagado regularmente á los reyes de Egipto el tributo anual de veinte talentos, como un homenaje rendido á esta corona; pero Onías, ocupado en aumentar sus tesoros, descuidó el pago.

225. Acumulados durante muchos años los réditos de estos tributos, envia el rey Tolomeo Evergetes á Judea uno de sus cortesanos, llamado Atenion, para pedir el pago, amenazando, en caso de una negativa, con arrojar á los judíos de su país, y establecer en él en su lugar una colonia de egipcios. José, sobrino de Onías por parte de madre, desvia con su prudencia la tempestad. Habiéndose hecho enviar en

clase de comisionado á Egipto, ganó las voluntades del rey y de la reina, hasta el punto de obtener la preferencia sobre muchos concurrentes ricos y poderosos, para la recaudacion de las rentas de la Fenicia y la Celosiria. Los beneficios obtenidos en este empleo que desempeñó por espacio de veinte y dos años, sirvieron para pagar al rey de Egipto la deuda de su nacion (Josefo antig. lib. XII, cap. 3).

219. Muerte del gran sacerdote Onías II. Le sucede su hijo Simon II (1).

(1) Por este tiempo fué cuando los judíos, no teniendo profetas que dirigiesen la instruccion pública, empezaron á dividirse en varias sectas, las de los fariseos, saduceos, esenienos ó esenienses. La primera, cuyo autor es desconocido, tomó nombre de una palabra hebrea, que significa separar, porque preciandose, de una gran regularidad de conducta, se mantenian separados del resto de los judíos como de gentes profanas, con los cuales hasta evitaban el comer. Además de los libros sagrados que los fariseos adoptaban, sin excepcion, habian recibido de los ancianos gran número de tradiciones, cuya mayor parte consistian en practicas minuciosas, de las cuales hacian ellos otros tantos preceptos divinos. En cuanto al dogma, juntaban el libre albedrío con la creencia de una predestinacion absoluta. Persuadidos de que el alma es inmortal, creian en un infierno en el que eran precipitados los malvados al salir de esta vida, para ser castigados eternamente: y en un lugar de reposo, en donde los justos recibian el premio de sus virtudes. Con la facultad, sin embargo, de poder volver á otro cuerpo, si así lo deseaban. Tal era en sustancia la doctrina de los fariseos, segun la describe Josefo, que pertenecia á esta secta, en el libro décimo octavo de sus antigüedades (c. 2, núm. 3.). No habla de la resurreccion general de los muertos, y Prideaux dice que Jesucristo fué el primero que enseñó esta verdad; como si no estuviese anunciada formalmente en el libro segundo de los Macabeos, (c. 12, v. 43), obra compuesta mucho tiempo antes de Jesucristo, segun opinion de todos los críticos. No se alejaban por cierto los fariseos de la doctrina de este libro: en prueba de ello vease el apóstrofe que hizo san Pablo al Sanedrin para dividir los fariseos y saduceos que le componian, y atraerse los primeros á su partido: «hermanos: yo soy fariseo é hijo de fariseo, y espero que me hayan citado á juicio á causa de la resurreccion de los muertos.» (Act. 23, v. 6.) Reconozcamos empero que la idea que de la otra vida tenian los fariseos, era muy grosera, en comparacion de la que nos expresa el Evangelio. Su paraiso era semejante al de los mahometanos; en él se comia, se bebia y se efectuaban matrimonios como en la vida presente. «Bienaventurado aquel que comerá el pan en la casa del Señor» (Luc. XIV, 15.) decia á Jesucristo el fariseo que le convidó á comer. Y la pregunta que hicieron los saduceos á Jesucristo, sobre qué marido tendria en la resurreccion aquella mujer, que, habia sobrevivido á siete maridos sin haber tenido hijos, ¿no parece una objecion sacada de la doctrina de los fariseos sobre el estado en la otra vida? Los mas hipócritas, soberbios, ambiciosos, vengativos y celosos de los judíos eran sin contradiccion los fariseos. En todo querian dominar, introduciéndose en todos los negocios públicos y particulares, y afectando un exterior humilde y mortificado, con las costumbres mas corrompidas, no sufrian que se les contradijese, ni que se les despreciase impunemente. Este retrato quedará en adelante completamente justificado por los hechos.

Los esenienses ó esenienos no difieren de los fariseos por su doctrina mas que porque no creen en la transmigracion de las almas, y, negando la resurreccion de los muertos, reconocen sin embargo la inmortalidad del alma, así como la eternidad de penas para el crímen y de recompensas para la virtud. Hé ahí en compendio lo que nos dicen los historiadores antiguos sobre su género de vida. Son una especie de filósofos, que viven entre sí en una perfecta union, y miran con horror á la voluptuosidad como si fuese un activo veneno. Nunca se casan, pero educan los hijos de los demas con el mismo afecto que si fuesen suyos, y les inspiran mientras jóvenes sus ideas y sus máximas. No es que condenen el matrimonio en sí... Pero estan siempre en guardia contra la intemperancia y la infidelidad de las mujeres. Miran las riquezas con la mayor indiferencia, y todo lo poseen en comun. Es para ellos un honor su apariencia austera; pero evitan el desaliño. Trabajan hasta la hora quinta, luego reunidos todos se bañan, y se retiran á sus celdas en donde no puede entrar ningun extraño. De allí pasan al refetorio comun, en donde cada uno recibe un pan y su racion correspondiente. Una oracion que pronuncia su sacerdote precede á la comida, y esta acabada, vuelve cada uno á su trabajo, en el que permanecen hasta la noche, en cuya hora vuelven al mismo refetorio en donde reciben la comida haciendo participantes de ella á los huéspedes, si alguno tienen.

219. Antíoco el Grande, rey de Siria, forma el proyecto de arrebatar la Palestina y la Celosiria ó Siria Creusa á Tolomeo Filopator, rey de Egipto. Somete la segunda, despues de una victoria alcanzada sobre el ejército egipcio. De allí entra en Galilea de la que se hace dueño sin trabajo; pasa al Jordan, subyuga el país de Galaad, toma á Rabbat, capital de los amonitas, y obliga á los árabes vecinos á sujetarse á sus leyes.

217. Batalla de Rafia, ganada por Filopator sobre Antíoco el Grande, y con la cual recobra todo lo que le habia quitado el rey de Siria.

Filopator visita las provincias que de nuevo han entrado en su dominio. Llegado á Jerusalen, ofrece sacrificios en el templo. Pero, no contento de verle desde el átrio en donde se hallaba el altar de los holocaustos, quiere penetrar hasta el «Sancta Sanctorum.» El gran sacerdote le representa la santidad del lugar, y la prohibicion expresa de Dios, que no permite entrar en él mas que al gran sacerdote, y este una vez al año, en el dia de las expiaciones. Insiste el rey en su resolucion. Adelántase en medio de los gritos y gemidos de los sacerdotes. Pero una mano invisible le empuja y le arroja al suelo; sácanle de allí medio muerto. Vuelto en sí, en lugar de humillarse no respira sino venganza (Macab. l. III, c. 1).

De vuelta á Egipto, este príncipe quiere hacer expiar á los judíos de Alejandría la afrenta que cree

Aunque dependientes en un todo de sus superiores, les queda, no obstante, la libertad de hacer bien á su prójimo siempre y hasta donde pueden. Observan su palabra religiosamente. Pero evitan el juramento lo mismo que el perjurio. Estudian las obras antiguas, buscando particularmente en ellas todo cuanto puede contribuir á la perfeccion del alma, y á conservar la santidad. Este estudio les hace al mismo tiempo perfectos conocedores de los remedios, simples, piedras y raices.» Habia además otros esenienses que adaptaban el matrimonio, y que, como los primeros, vivian en el campo. Dividíanse en dos clases, los activos, que se ocupaban de la agricultura y demas trabajos inocentes, y los contemplativos que se entregaban principalmente al estudio y á la contemplacion. A estos últimos se les llamó Terapeutas, de los cuales Fulan, en su obra sobre la vida contemplativa, hace una magnífica pintura que Eusebio de Cesarea, y otros autores antiguos despues de él, pretenden ser de los cristianos, opinion que, habiéndose renovado en nuestros dias, ha sido combatida victoriosamente. Añadiremos que se han de mirar con alguna desconfianza los pomposos elogios que rinden los dos autores judíos á las costumbres de los esenienses. Jesucristo, viniendo sobre la tierra, no ha encontrado, ni aun en la Judea, tan grande perfeccion. ¿Cómo los esenienses, rectos, sencillos y dedicados á la lectura de los libros santos, segun se supone, no le habrian reconocido por el Mesías, en vista de sus milagros, y con el exámen de su doctrina?

Contrastaban con los fariseos y esenienses, los saduceos, tanto por su doctrina como por sus costumbres. Desechando todas las tradiciones sin distincion alguna, no se atenian mas que á la palabra escrita de Dios; y aun admitian solo de las escrituras los cinco libros de Moisés. Pero no pararon aquí, y con el tiempo cayeron en opiniones impías. Las relaciones que entablaron con los epicúreos y el gusto que adquirieron por su doctrina, los condujeron á no reconocer, como aquellos filósofos, mas sustancia que la materia, y á negar en consecuencia la inmortalidad del alma, y la resurreccion. Sin embargo, admitian un Dios criador y conservador del mundo, el cual para gobernar ha establecido penas y recompensas, unas y otras limitadas á la vida presente. Esta secta, menos numerosa que la de los fariseos, se componia principalmente de las personas ricas y poderosas, esto es, las mas interesadas en apreciar la vida presente, sin tener ningun recelo para el porvenir. Con todo, creemos con Prideaux, que los saduceos no cayeron de una vez en estas impiedades, y que en un principio no se diferenciaban de los fariseos, mas que en atenerse solo á las escrituras, despreciando la tradicion, esto es, que eran judíos karaitas como los que aun existen en esta nacion. Y en efecto viéronse, bajo el reinado de los asmoneos, hombres que blasonaban, entre los saduceos, de un gran celo por la religion, de cuyo número fué el pontífice Hircan, de quien nunca se ha sospechado que hubiese caido en los groseros errores que se han echado en cara á aquella secta.

haber recibido de los de Jerusalen. Gozaban los primeros en Alejandría, como ya se ha dicho mas arriba, los mismos privilegios que los macedonios, y formaban con ellos la primera de las tres clases en que Alejandro habia dividido la poblacion de Alejandría (216). Manda Filopator en un edicto que sean rebajados á la tercera, que cada uno en particular vaya á empadronarse, y que en señal de su esclavitud y alistamiento, se les imprima en el cuerpo, con un hierro candente, una hoja de yedra, símbolo del dios Baco. Impónese la pena de muerte á los que se opongan con vías de hecho á la ejecucion de este edicto; mientras que se conservan los privilegios á los que se hagan iniciar en las divinidades del país (Josefo, Antig. l. XII, c. 1 y cont. Appion., l. II; Mach., l. III).

De muchos millares de judíos establecidos en Alejandría, tan solo trescientos aceptan estas ofertas. Los demás los miran como apóstatas, y no quieren tener ningun comercio con ellos.

Filopator, irritado por la constancia de los judíos, quiere hacer perecer á cuantos se hallan en Egipto. Con este intento, habiendo hecho reunir á todos los de las ciudades de su obediencia en el Hipódromo, hizo soltar contra ellos sus elefantes que habian sido irritados de antemano. Pero los animales, volviendo su furor contra sus conductores, los derriban y despedazan, haciendo en ellos una cruel carnicería. Admirado de tal prodigio, manda el rey poner en libertad á los judíos, les dá un público testimonio de su fidelidad, y prohibe que sean incomodados. Los judíos antes de partir, piden permiso para castigar á aquellos de sus hermanos que habian apostatado. Habiéndolo obtenido, dieron á todos muerte, como lo prescribe la ley de Moisés (Macab., l. III).

203. Muerto Filopator, la Celosiria y la Palestina caen bajo el dominio de Antíoco el Grande que se apodera de ellas en dos campañas.

202. Escopas enviado por Aristómeno gobernador por Tolomeo Epífanes, nuevo rey de Egipto, reconquista la Judea, y pone guarnicion en la fortaleza de Jerusalen.

201. Con los socorros de los judíos, arroja Antíoco la guarnicion de Escopas, y de nuevo se apodera de la Judea. Reconocido á la fidelidad de los judíos, manda que se les provea de todo lo necesario para los sacrificios y la reparacion del templo, les permite vivir segun sus leyes, y exime de tributo durante tres años á cuantos habitan en Jerusalen ó se establezcan en ella. Las guerras de los reyes de Egipto y Siria y las correrías que durante estas turbulencias hicieron los samaritanos en la Judea, habian dejado muy despoblada á Jerusalen.

198. Desposando á su hija Cleopatra con Tolomeo Epífanes, la da Antíoco en dote la Celosiria y la Palestina. De este modo la Judea vuelve al dominio del Egipto. No permanece en él mucho tiempo.

195. Muerte del gran sacerdote Simon II. Sucédele Onías III.

186. Descontento Seleuco Filopátor, rey de Siria, de Tolomeo Epífanes, aprovechóse de su muerte y de la minoridad de Filometor, su sucesor, para reconquistar la Celosiria y la Palestina.

176. Bajo el reinado de Seleuco Filopator, rey de Siria, goza la santa ciudad de una profunda paz. La piedad y la firmeza del gran sacerdote Onías, haciendo observar las leyes divinas, inspira á los mismos reyes idólatras un gran respeto por el templo del Señor. Honráronle con ricos presentes, y el rey Seleuco le asignó de sus rentas todo lo necesario para el ministerio de los sacrificios. Pero la perfidia de un judío llamado Simon, de la tribu de Benjamin, sumergió de repente la ciudad en una gran perturbacion. Mandaba la guardia del templo, y abusando de la autoridad de su cargo, cometió algunos atentados injustos, que Onías se creyó en el caso de reprimir. Resuelto á vengarse, Simon hace decir á Seleuco que en el templo se encuentran sumas inmensas y supérfluas, de que puede apropiarse. Pasa á Jerusalen Heliodoro, primer ministro de Seleuco, con objeto de arrebatarlas. En vano le representa el gran sacerdote que son depósitos y cantidades destinadas al sustento de las viudas y de los huérfanos: el ministro persiste en llevar á cabo su comision. En tanto que los sacerdotes y todas las clases de la ciudad elevan al cielo sus clamores, Heliodoro, acompañado de sus guardas, entra en el templo, y se prepara á quitar de él el tesoro. Pero de repente sus tropas son derribadas al suelo; un caballo, montado por un hombre de mirar espantoso, las pisotea; y dos ángeles que se colocan á sus lados hieren á Heliodoro que cae sin voz y sin esperanza de vida. Compadecido el gran sacerdote ofrece por él un sacrificio, y Dios le vuelve la vida; vuélvese al lado del rey su dueño, y publica las maravillas de que ha sido á la par testigo y objeto.

Prosigue Simon calumniando al gran sacerdote en la corte de Siria. Interesa en su favor á Apolonio, gobernador de la Celosiria y de la Fenicia. Fuerte con este apoyo, comete en Jerusalen nuevos atentados. La licencia de sus partidarios llega hasta el caso de cometer varios asesinatos en la ciudad. No pudiendo Onías contener el atrevimiento de Simon, pasa á la corte de Siria, para vindicarse de los crímenes que se le imputan é implorar la autoridad real. Acoge el rey favorablemente al pontífice, escucha con bondad su justificacion, y da órden de que Simon sea desterrado.

175. Muere poco después Seleuco Filopator, y le sucede su hermano Antíoco Epífanes.

El comercio con los griegos corrompe á los judíos. Algunos de ellos proponen aliarse con los gentiles, y adoptar sus usos. Habiendo parecido bien el consejo á la multitud, mandan para ello una diputacion á Antíoco á cuyo frente ponen á Josua ó Jesús, hermano del gran sacerdote, el cual habia cambiado su nombre por el de Jason para complacer á los griegos. Jason deseaba con ardor el pontificado. Ofrece al rey cuatrocientos cuarenta talentos, prometiéndole además ciento cincuenta, si le concede el permiso de establecer en Jerusalen una academia para la juventud, y nombra á sus habitantes ciudadanos de Antioquía. El rey, cuyo tesoro se hallaba exhausto por las sumas considerables que los romanos habian sacado á sus predecesores, acepta con alegría sus ofertas, concede á Jason todo lo que pretende, y permite á los judíos vivir segun las costumbres de los gentiles; al mismo tiempo manda expedir una órden á Onías para que traslade su residencia á Antioquía, precaucion necesaria para asegurar á su rival el goce tranquilo de su usurpacion. De vuelta á Jerusalen, hizo Jason adoptar á sus conciudadanos los usos y las costumbres de los idólatras; hizo construir un edificio destinado á los juegos públicos, debajo de la fortaleza, y no vacila en exponer en infames lugares los jóvenes mas ilustres. Acuden en masa los judíos á los espectáculos profanos que les ofrece, y los mismos sacerdotes descuidan el servicio divino para asistir á ellos. La apostasía empieza á ser general. Un gran número de judíos lleva la iniquidad hasta el punto de borrar de sus cuerpos las señales de la circuncision.

174. Antíoco celebra en Tiro los juegos olímpicos; y

Jason, queriendo á cualquier precio ganarse las voluntades de aquel príncipe, envia á la fiesta algunos de sus partidarios, con una cantidad de dinero, para celebrar sacrificios á Hércules. Menos impíos que él sus diputados la presentan para contribuir al restablecimiento de la marina. Antíoco visita la Celosiria, la Fenicia y la Palestina, advertido de que el rey de Egipto quiere tomarle estas provincias. Llegado á Jerusalen, es recibido por Jason con una magnificencia proporcionada al valor que daba á los favores del monarca.

172. Diputa Jason á Menelao, hijo de Tobías, hermano de Simon, prefecto del templo, á la córte de Antioquía para pagar el tributo anual. Menelao le hace traicion, y por sus manejos, lisonjas y ofertas, obtiene del rey el pontificado. Jerusalen se divide entre estos dos usurpadores. Mas poderoso el partido de Jason, obliga á Menelao á retirarse con sus principales secuaces cerca del rey de Siria. Antíoco le envia de nuevo á Judea con fuerzas suficientes para obligar á Jason á desampararla. Este, en efecto, obligado á guarecerse entre los amonitas, deja el campo libre á su antagonista. El nuevo usurpador del soberano sacerdocio, empieza, en cumplimiento de su promesa, por renunciar á la ley de Moisés. Pero descuida el pagar la suma, precio de su usurpacion. Sostrato, gobernador de la ciudadela de Jerusalen, le insta en vano para que cumpla su empeño. Sospechando el rey que están de acuerdo, los hace presentar á ambos en la corte. En tanto que se hallan en camino para Antioquía, una sedicion obliga al príncipe á dirigirse á Cilicia, y pone al partir las riendas del gobierno en manos de Andrónico. Presenta Menelao al ministro todo el dinero que puede reunir, pero, como no baste para satisfacer al rey, y necesite otras sumas para comprar el favor de los cortesanos, manda á su hermano Lisímaco que arrebate todos los vasos preciosos que pueda y que los haga vender en Tiro. El gran sacerdote Onías, que vivia en Antioquía, le reprende por tan sacrílego atentado.

171. Menelao insta á Andrónico para que le libre de su importuno censor. Onías se salva en el asilo de Dafne. Pero, habiéndole Andrónico inducido á salir de él con lisonjeras promesas, le hizo dar muerte el año veinte y cuatro de su pontificado. Toda la ciudad da á conocer el horror que le inspira tan negra perfidia. El mismo Antíoco se estremece á su vuelta. Manda que Andrónico sufra la pena del talion en el mismo lugar en donde murió el pontífice Onías. Menelao, mas culpable que Andrónico, evita el castigo á favor de grandes sumas que promete al rey. Á su mandato, Lisímaco no repara en violencias ni sacrilegios para abastecerle. El pueblo se subleva, y en su revuelta da muerte á tres mil de los satélites de Lisímaco, este último, perseguido hasta el templo, experimenta la misma suerte.

Llegado Antíoco á Tiro, pasan allí tres diputados del Sanedrin para justificar la muerte de Lisímaco, y acusar á Menelao como autor de todos los desórdenes. De tal modo abogan por su causa, que Menelao se ve próximo á sucumbir. Para evitar el golpe, se dirige á Tolomeo-Macron, favorito de Antíoco, y con la promesa de una suma considerable, le induce á que hable en su favor. Hace Tolomeo mudar de intento al rey, quien manda dar muerte á los tres diputados: é indignados los tirios por tamaña injusticia, les dan honrosa sepultura.

Ensoberbecido Menelao con tan infame victoria, entra triunfante en Jerusalen. Amedrentados los judíos con el trágico fin de sus comisionados, bajan la cabeza delante del impío, y no se atreven á oponerle resistencia. En tanto que gimen en silencio por los males presentes, otros mayores les presagian extraordinarias señales. Durante cuatro dias vénse en el aire, sobre Jerusalen y sus alrededores, gran número de hombres armados que se atacan unos á otros, llegando hasta los oídos de los espectadores el ruído de sus armas. Este prodigio llena de espanto á la ciudad. No se tardó mucho en experimentar lo que presagiaba.

170. En tanto que Antíoco se halla ocupado en conquistar el Egipto, circula el falso rumor de que ha sido muerto delante de Alejandría. Á esta noticia abandona Jason el país de los amonitas á donde se habia retirado, y corre á Jerusalen para recobrar su dignidad antigua. Entra en la ciudad, seguido de mil hombres, á los cuales se unen todos los enemigos de Menelao, al que obligan á refugiarse en la ciudadela. Dueño del terreno, Jason comete inauditas crueldades contra todos los que sospecha aficionados á su rival. Pero, noticioso de que Antíoco marcha contra él á la cabeza de su victorioso ejército, abandona precipitadamente la ciudad y el país. Pasó Jason, trás de esto, una vida miserable. Después de andar errante de un lado á otro, llegó por fin á Egipto, mas no considerándose seguro, pasó á Lacedemonia, en donde terminó el resto de sus dias, tan menospreciado, que después de su muerte no se dignaron concederle sepultura.

Llegado delante de Jerusalen, encuentra Antíoco cerradas las puertas. Era solo lo que debia esperar, llevando el intento de castigar á los judíos por la alegría que habian demostrado á la noticia de su muerte. Pone sitio á la ciudad, de la que al fin se hace dueño. Jerusalen se ve entregada al saqueo por tres dias. Cuarenta mil personas de todas edades, sexos y condiciones, son degolladas, é igual número cautivas y vendidas á los extranjeros. Satisfecha su venganza, quiere Antíoco calmar igualmente su avaricia, hácese conducir al templo por Menelao, y se lleva de allí el altar de los perfumes, la mesa de los panes de proposicion, el candelabro del santuario, todo de oro, y gran número de vasos preciosos, esto sin contar mil ochocientos talentos que arrebató del tesoro. Josefo añade que profanó el lugar santo haciendo inmolar cerdos en el altar de los holocaustos. Orgulloso con el buen éxito de tan horrible espedicion vuelve á Antioquía; «tan envanecido», dice el autor sagrado, «como si hubiese vuelto la tierra navegable, y trazado sobre el mar un sólido camino.» Al partir nombró gobernador de Judea á un frigio llamado Tulipo, hombre de un carácter terrible, y á Samaria, envió á Andrónico, de un carácter parecido. Menelao, el mas infame de los tres, quedó en posesion del soberano sacerdocio.

168. Habiendo pasado Antíoco á Egipto con intento de someter de nuevo aquel reino, le detienen en el camino los embajadores romanos, que, de parte del Senado, le ordenan que renuncie á su intento. Irritado con tal afrenta, hace caer todo el peso de su cólera sobre la Judea. Atravesando este país, destaca veinte y dos mil hombres, mandados por Apolonio, con órden de saquear todas las poblaciones, pasar á degüello los hombres, y vender las mujeres y los niños. Elige Apolonio un sábado para llevar á cabo su horrorosa mision. Los habitantes de Jerusalen, por respeto á la santidad del dia, se dejan matar sin resistencia. Después de esta carnicería entrega la ciudad al saqueo. Los sirios ponen fuego en muchos parajes, destruyen los mas bellos edificios, derriban las murallas, y arrastran cien mil cautivos que se habian salvado

de la carnicería. El servicio del templo quedó desde entónces enteramente interrumpido. De los materiales sacados de las ruínas de la ciudad, Apolonio hace construir una fortaleza, sobre una eminencia contigua á la ciudad de David. Para distinguirla de la de Sion, llamarémos, con los modernos, á esta fortaleza, Acra, nombre griego que conviene á todas las torres elevadas en las alturas. Construyó Apolonio una plaza de armas para tener sujetos á los judíos, y caer sobre los que fuésen á adorar al Señor en su templo. Entónces los judíos abandonan á Jerusalen.

167. Resuelto á abolir la religion judaica, Antíoco publica un decreto mandando á todos los pueblos sometidos á su dominio que abandonen sus dioses, para adorar á los del rey. Los samaritanos no tienen dificultad en conformarse con esta ley. Mandan una diputacion para pedir al rey que el templo que poseen sobre el monte Garizim sea dedicado á Júpiter Hospitalario; lo que les es concedido. Muchos judíos imitan la apostasía de los samaritanos.

Ateneas, ministro de Antíoco, llega á Jerusalen é inaugura su ministerio, dedicando el templo á Júpiter Olímpico, cuya estátua coloca en el altar de los holocaustos. Al mismo tiempo hace levantar altares y estátuas en todas las poblaciones de la Judea. Todos los que rehusan adorar á estos ídolos son muertos en el mismo punto: igual suerte experimentan los que celebran el sábado, las leyes de la circunscicion, ó algun otro rito prescrito por Moisés, ó que guardan alguno de los libros santos.

Muchos judíos, fieles á su religion, abandonan sus moradas, y se retiran á lugares desiertos.

Sabiendo Filipo, gobernador de Jerusalen, que una parte de estos judíos se hallan ocultos en una caverna inmediata á la ciudad, los acomete un dia de sábado, y ellos se dejan matar sin resistencia, por no quebrantar el reposo de este dia.

Llega Antíoco á Judea para completar el triunfo sobre los judíos, rebeldes á su voluntad. La primera víctima que inmola á su furor, es un doctor de la ley, de noventa años de edad, llamado Eleazar. Algunas personas, llenas de falsa compasion, exhortaban al anciano á fingir por lo menos que comia carne de tocino. Rechaza Eleazar un consejo tan indigno de su edad, y sufre generosamente la muerte (1).

Siete hermanos con su madre son conducidos inmediatamente delante del tirano. Antíoco les hace sufrir los mas atroces tormentos, sin poder quebrantar su constancia. Mueren en la tortura. Su madre, que no habia cesado de exhortarles en sus dolores, recibe despues de ellos la corona del martirio.

Por este mismo tiempo Matatías, sacerdote de la familia de Joarib, último nieto de Asmoneo, de quien tomó su familia el nombre de Asmonea, comenzó á dar brillantes muestras de su celo por la religion. Los horribles espectáculos que Apolonio y los judíos apóstatas daban en Jerusalen, le habian obligado á retirarse á Modin, su patria, con cinco hijos, jóvenes de buen corazon, y como él celosos por la ley de Dios. Eran sus nombres Johanan, por sobrenombre Caddis, Simon, llamado tambien Tassi, Judas, conocido por Macabeo, Eleazar ó Abaron, y Jonatan, á quien llamaban Apfus. Llega á la ciudad Apello, oficial del rey, para hacer ejecutar el impío edicto del príncipe. Habiendo reunido al pueblo se vale de las mas alhagadoras promesas para seducir á Matatías y á sus hijos. « Aun cuando todo el universo, exclama este en alta voz, se conformase con la voluntad del rey, mis hijos y yo permaneceríamos fieles á Dios hasta el último suspiro. »

Acaba apenas de pronunciar estas palabras, cuando un judío se adelanta para sacrificar á los ídolos. Lleno de dolor por este espectáculo, Matatías se arroja sobre el apóstata, y le mata en el mismo altar donde sacrificaba.

Animados del mismo celo, sus hijos dan muerte al oficial, derriban el altar, y exclaman, recorriendo toda la ciudad: « El que conserve algun celo por la ley, que nos siga. » Salen de la ciudad, y de todas partes acuden judíos á reunírseles desde las montañas y cavernas donde se habian retirado. Formando Matatías un cuerpo de tropas, se ensaña contra los infieles y prevaricadores, destruye los altares de la idolatría y liberta á los fieles judíos de la servidumbre de las naciones.

Los mas bravos, entre todos los que se les unieron, fueron los asideanos. Eran una asociacion de judíos, que habian hecho voto de observar la ley de una manera mas exacta y mas rígida que los demás, de donde les venia su denominacion

Sobre esto debe advertirse que, después del regreso de la cautividad se hallaban entre los que componian la nacion judía dos clases de personas. Contentábanse los primeros con observar lo que estaba escrito en la ley de Moisés, y los llamaban « Zaddikim » ó justos. Los segundos, además de la ley escrita, adoptaron las constituciones y tradiciones de los antiguos, y otras rígidas observancias, de las que hacian voto de voluntaria sujecion. Estos, que pasaban por haber llegado á mayor santidad que los primeros, tenian el dictado de « Chasidim », devotos. De los primeros se formaron las sectas de los samaritanos, saduceos, caraitas, y de los últimos las de los fariseos y esenienses, de quienes se habló antes (Prideaux. Hist. de los judíos, l. IX.).

Sabe Matatías, al principiar sus operaciones, que una porcion de judíos, afectos á la ley, se habian retirado al desierto con sus familias y ganados, y que, acometidos por los oficiales de Antíoco en un sábado, se habian dejado matar en número de mil sin oponer resistencia. Matatías y los suyos no aprueban la conducta de sus hermanos, porque decian: « Si todos hacemos lo mismo, y no combatimos en todo tiempo por nuestra religion contra nuestros enemigos, pronto nos tendrán exterminados. » Por lo tanto determinaron defenderse, en caso de ataque, aun cuando fuese en sábado. Habiendo hecho ratificar este decreto por todos los sacerdotes y ancianos que se encontraban entre ellos, mandaron copias á todos los que se mantenian fieles á la ley en todos los puntos de la Judea en donde se hallaban dispersos. Estos la recibieron, sirviéndoles de regla de conducta en todas las guerras que sostuvieron.

166. Sintiendo próximo su fin, exhorta Matatías á sus hijos á mostrarse verdaderos celadores de la ley. Recuérdales la piedad de sus antepasados, les representa la debilidad de sus enemigos, les manda que sigan los consejos de su hermano Simon, y que tomen por jefe de sus expediciones á Judas Macabeo.

Muere, y le entierran con gran sentimiento en Modin, en el sepulcro de sus padres.

Judas, tercer hijo de Matatías, ocupa el lugar de su padre. El sobrenombre de Macabeo, que le dan, cuyo orígen no es muy cierto, se hizo comun, no solo á

(1) El suplicio en que murió fué el de los palos, muy usado en Grecia, Roma y Judea; S. Pablo le llama «Timpanum» porque golpeaban al paciente con varas lo mismo que un tambor. Hacíanle acostar sobre el vientre con los piés en alto, y sujetos á una estaca, y en esta actitud le golpeaban todo el cuerpo.

sus hermanos, y á todos los que combatieron bajo sus estandartes, sino tambien á todos los judíos que sufrieron por la causa de Dios, bajo la dominacion de los reyes de Siria ó Egipto.

Los judíos, reunidos en torno de Judas, formaban un ejército de seis mil hombres, al frente de los cuales recorrió la Judea, como su padre lo habia empezado á hacer, antes que él, destruyendo por todas partes la idolatría, y exterminando á los idólatras y á los renegados. Después de haber libertado del yugo de la opresion á los secuaces de la ley, hace fortificar sus plazas y reparar las fortalezas, poniendo buenas guarniciones para su proteccion y defensa.

Apolonio, gobernador de Samaria y de la Judea, levanta un numeroso ejército para oponerse á los progresos de Judas, y marcha á su encuentro. Atácale el Macabeo con un puñado de valientes, y alcanza sobre él una señalada victoria. Apolonio queda tendido en el campo de batalla con un gran número de los suyos, y los restantes son puestos en fuga. Toma Judas la espada del general sirio, de la que se sirve en todas las guerras que emprende contra los enemigos de su nacion.

Antíoco, noticioso de esta derrota, jura exterminar á los judíos; pero, exhaustos sus tesoros por sus locas prodigalidades, le obligan á diferir su venganza, para cuando se halle en estado de satisfacerla. Entretanto Leron, comandante en la Celosiria, emprende una nueva expedicion contra los judíos, con la esperanza de adquirir una gran reputacion. Habiendo reunido todas las tropas de su departamento, presenta batalla á Judas, cerca de Betoron. Pero sufre la misma suerte que Apolonio; su ejército es derrotado y él muere en el combate.

Obligado Antíoco á pasar á Armenia para sojuzgar al rey Artaxis, que se habia sublevado, deja á Lisias, su pariente y ministro, la mitad de las tropas, con órden de que sin dilacion las haga marchar á la Judea. Lisias las envia, bajo las órdenes de Nicanor y de Georgias, que debian ceder el mando en jefe á Tolomeo Macron, gobernador de la Fenicia y de la Palestina. Llega y acampa en las llanuras de Emmaús. Resuelto Nicanor á dar una batalla, y no dudando del buen éxito, hace publicar por todas las ciudades y puertos que dará noventa prisioneros judíos por un talento. Contaba por este medio reunir la suma de dos mil talentos que Antíoco adeudaba á los romanos.

Judas se dispone al combate con oraciones, ayunos y demás ejercicios religiosos.

Despide, á tenor de la ley, á todos los recien casados, y á los que acaban de plantar una viña ó edificar una casa. Su ejército se encuentra con esto reducido á tres mil hombres. Ataca con tan pocas fuerzas el de Nicanor, en tanto que Georgias se habia separado para sorprenderle. Destrózale tres mil hombres, pone fuego á sus tiendas, y marcha en seguida al encuentro de Georgias, que emprende la fuga á vista de las llamas que se elevan del campo de su cólega.

Después de haber perseguido Judas á ese general, y derrotado su destacamento, reparte los despojos, no solo entre sus tropas, sino tambien entre las viudas y los huérfanos.

165. Timoteo y Bacchida, otros dos gobernadores sirios, reunen sus fuerzas con ánimo de vengar esta derrota. Pero experimentan igual suerte en una batalla en que Judas les mata veinte mil hombres, y recoge un botin considerable.

No se hallaba ya Nicanor en Judea. Después de la derrota de su ejército se habia salvado en Antioquía, disfrazado de esclavo, y alegando para justificarse, el invencible poder del Dios de los judíos.

164. Viendo Lisias destruido el ejército que enviára contra los judíos, levanta otro que conduce él mismo á Judea. Mas poderoso que los precedentes, se compone de sesenta mil infantes y cinco mil caballos: solo tiene Judas diez mil hombres que oponerle; pero, lleno de confianza en los socorros del cielo, marcha al enemigo, acampado junto á Betsura, plaza importante á veinte millas de Jerusalen, sobre el camino de Hebron. Trábase el combate: Judas y sus hermanos atacan á sus contrarios por cinco puntos á la vez, les matan cinco mil hombres, y el resto, amedrentado, huye, dejando á Judas dueño del campo de batalla.

Ganada esta victoria, suben Judas y sus soldados á la montaña de Sion, y encuentran los santos lugares desolados, el altar profanado, las puertas quemadas, el pavimento lleno de espinas y arbustos, y los departamentos de los sacerdotes arruinados. Á vista de tan tristes objetos se llenan sus ojos de lágrimas, elevan sus clamores al cielo, y se cubren la cabeza con ceniza. Apresúranse á volver las cosas á su estado, purifican todo lo que está mancillado, y levantan un nuevo altar de los Holocaustos en reemplazo del primero que habia sido profanado.

164. Cumplido este deber, hacen una nueva dedicacion del templo, dia 25 del noveno mes (casleu), el mismo dia precisamente en que, tres años antes, habia sido profanado por los gentiles. Duró esta solemnidad ocho dias (1) y por un decreto, dictado con el consentimiento unánime de las presentes, se fijó el aniversario de este acontecimiento en el mismo dia, bajo la denominacion de «Fiesta de las Dedicatorias», que es la misma que san Juan en su evangelio llama «Encomia»: corresponde al invierno, dura ocho dias, y se observa aun entre los judíos.

La fortaleza de Acra, edificada en una eminencia frente por frente del templo que dominaba, estaba aun ocupada por los sirios. En tanto que aguardaba una coyuntura favorable para arrojarlos de ella, hizo Judas fortificar el monte Sion, para poner al abrigo de sus insultos á los que fuésen á la casa del Señor.

A la noticia del restablecimiento del templo todas las naciones contiguas á la Judea molestan á los judíos que se encuentran entre ellos. Judas y su hermano Simon dividen sus fuerzas para socorrer á sus oprimidos hermanos. De las ciudades, en donde los tenian encerrados, á unas las sorprende Judas, y las restantes las toma á fuerza de armas, derrota por dos veces las tropas de Timoteo, y habiendo reunido todos los israelitas que se hallaban en el país de Galaad, forma un numeroso ejército que remite á Judá. Pero, á su vuelta, encuentra un contrapeso á sus victorias.

Al abandonar la Judea, habia dejado para mandar en su ausencia á José y á Azarías, con órden de permanecer á la defensiva sin emprender cosa alguna contra el enemigo. Pero, incitados por la vanagloria, convinieron en atacar la fuerte plaza marítima de Jamnia, situada entre Azot y Joppé. Su temeridad sufrió el merecido castigo. Gorgias, que se hallaba en la plaza, hizo una salida con su gente, les mató dos mil hombres, y puso en fuga á los restantes. Entretanto

(1) Josefo (Antig. l. XII, c. 10) refiere que los macabeos, después de haber purificado el templo, habiendo buscado aceite para alumbrar las lámparas del santuario, solo encontraron una botella, sellada con el sello del gran sacerdote, y que apenas contenia la cantidad suficiente para un dia: pero que milagrosamente duró ocho, hasta que pudieron proporcionarse mas.

Antioco Epífanes se hallaba aun en Persia. Arrojado de Persépolis (verosímilmente Pasargada), cuyo templo habia querido saquear, volvia lleno de vergüenza á sus estados. Sabe en el camino las victorias alcanzadas por los judíos sobre sus tropas. Á esta noticia llega al colmo su furor y jura que hará de Jerusalen la tumba de todos los judíos. Apresura la marcha para poner en obra su cruel designio. Pero en el camino da una caida que le magulla todo el cuerpo. Dios le hiere en seguida con fuertes dolores en las entrañas. En el exceso de sus sufrimientos, conoce el rayo de la venganza divina que cae sobre él. Humíllase entónces ante el Ser supremo, confiesa que ha perseguido injustamente á los judíos, se obliga á reparar todos los males que les ha hecho y hasta promete abrazar su religion. Pero Dios, cuya misericordia implora el desdichado, no le escucha, porque su penitencia no es sincera. En fin, después de haber recomendado los judíos á su hijo Antioco Eupator, muere en Tabes, en las fronteras de Persia y Babilonia (1), año 149 de la era de los Seleúcidas. No es fiel investigador el que no reconoce en Antioco Epífanes, á aquel rey de Aquilon, representado por Daniel, bajo la figura de un cuerno con dos ojos y una boca de la que salian palabras insultantes; que hacia la guerra á los santos, llevando ventaja sobre ellos, que se vanagloriaba de poder cambiar el tiempo y las leyes, que se levantó contra el jefe de la milicia celeste, destruyó su sacrificio perpétuo, y deshonró el lugar de su santuario (V. Daniel, c. VII, v. 7, 8, 21, 25).

Durante la enfermedad de Epífanes, alcanzaron los judíos nuevas ventajas sobre sus tropas. Habiendo entrado Timoteo en Judea con un ejército mas poderoso que los antecesores, se vanagloriaba de recobrar con una brillante victoria lo que en sus derrotas habia perdido. Pero Judas y los suyos, después de elevar sus preces delante del altar, cubierta la cabeza de ceniza y los riñones con un cilicio, se adelantan al amanecer llenos de confianza en busca del enemigo. Viéronse combatir á su frente cinco caballeros enviados del cielo. Veinte mil sirios quedan en el campo, y Timoteo se salva en una plaza fuerte llamada Gazara. Judas la escala y atropella á todos los que en ella encuentra. Timoteo se cuenta entre los muertos, y la guarnicion perece en el incendio de las torres en donde se habia refugiado. Sabiendo Lisias estas noticias trata de hacer el último esfuerzo para sujetar á la Judea. Habiendo levantado un nuevo ejército de ochenta mil hombres, sin contar la caballería y un gran número de elefantes, atraviesa las partes meridionales de la Judea, y sitia á Betsura cuyas fortificaciones habia hecho aumentar Judas. Pero el corto ejército de la Judea, dividido en varios cuerpos, le ataca por diferentes puntos, le mata once mil hombres y pone á los restantes con su jefe en vergonzosa fuga.

164. Cuando tenian lugar estos sucesos fué aproximadamente cuando acaeció la muerte de Epífanes. Sucédele su hijo Antioco Eupator, jóven príncipe cuya educacion, lo mismo que la de su tutela, usurpa Lisias, su pariente, en perjuicio de Filipo á quien Epífanes en su testamento habia confiado aquel cargo (Mac. 1, c. 6.).

Conociendo Lisias por sus pérdidas que el cielo combate por los judíos, resuelve convenirse con ellos. Les escribe, é induce á Eupator á que haga lo mismo, sobre el asunto. Los embajadores romanos Memmio y Manlio, que se encuentran en Siria, les escriben tambien. Las fechas de estas cartas son del año 148 de la era de los Seleúcidas, principio del otoño del año 311 (1) antes de Jesucristo. Pero la primera es del veinte y cuatro del mes « dioscorus, » el cual no se encuentra en ningun calendario: las otras son del mes « xantique, » que corresponde á fines de marzo.

Esta paz, al parecer obtenida del jóven rey tan solo por la influencia de Lisias, no fué observada por los demás generales sirios. Los gobernadores de los países cercanos á la Judea, continúan incomodando á los judíos, y los pueblos secundan su mala voluntad. Los habitantes de Joppé, habiendo invitado á los judíos á entrar en sus botes con sus mujeres é hijos, hicieron perecer cerca de doscientos. Judas venga con severidad tan negra traicion. Pone fuego al puerto durante la noche, quema sus embarcaciones, y da muerte á todos los que se salvan de las llamas. Gana por la mano á los de Jamnía que meditaban igual perfidia, y los trata como á los de Joppé.

163. Pasa Judas el Jordan para ir en busca de Timoteo, general sirio, distinto del que hemos hablado. Le acomete, le mata treinta mil hombres, y los restantes, con su jefe, emprenden la fuga. En su huida Timoteo cae en manos de Dositeo y de Sosipatro, oficiales judíos que le conceden la libertad bajo la promesa que él la volverá á muchos judíos que tiene prisioneros. De vuelta á su país, el general judío toma por asalto á Efron, que le habia negado el paso, y pasa su guarnicion á cuchillo.

Conduce Judas su ejército, después de haber celebrado Pentecostes en Jerusalen, contra Gorgias, gobernador de la Idumea. Gorgias obtiene al principio algunas ventajas sobre los judíos, pero al fin es derrotado por las oraciones de Judas.

Vuelve Judas con sus gentes á Odollam para celebrar el sábado. Vuelto el dia siguiente al campo de batalla para enterrar á sus hermanos muertos en el combate, encuentra debajo de sus vestidos varios objetos que habian sido consagrados á los ídolos de Jamnía, y que la ley prohibia á los judíos tomar para su uso. Mirando Judas entónces su muerte como un castigo divino, hace una cuesta cuyo producto se envia á Jerusalen, á fin de ofrecer sacrificios expiatorios por sus pecados.

Ocupada todavía la ciudadela de Jerusalen por los enemigos que cierran por aquel lado las avenidas del templo, incomodando á los judíos de mil maneras, toma Judas la determinacion de sitiarla. Todo el pueblo se coloca delante de esta plaza. Los sitiados instan al rey para que les envie socorros. Antíoco, acompañado de Lisias, su primer ministro, se pone en marcha con un ejército de cien mil infantes y trescientos carros armados de hoces. Iba Menelao en su seguimiento pensando que le restableceria en las funciones de gran sacerdote. Pero advertido el rey por Lisias de que él era la causa de todos los males, le condenó á morir en el suplicio de la ceniza, que sufrió en Berea, hoy Alepo. No ganaron gran cosa los judíos con la muerte de aquel impío. Antíoco confirió la dignidad de gran sacerdote á Jacimo ó Alcimo, de la familia de Aaron, en lugar de darla, como correspondia, á Onías, nieto del gran sacerdote Onías, muerto por Andrónico en Antioquía. Ofendido por esta injusticia, retírase Onías á Egipto, en donde obtiene del rey Filometor permiso para edificar un templo semejante al de Jerusalen, asegurándose para sí y sus

(1) Segun lo que se lee en el primer libro de los macabeos, (c. VI, v. XVI.). Josefo pone tambien esta muerte en el mismo año de la era de los Seleúcidas (V. Antig. jud. l. XII, c. XIII) que corresponde al año 164 antes de la era vulgar.

(1) Segun el autor del segundo libro de los Macabeos.

sucesores el soberano sacerdocio. Llamóse este templo Onion, y subsistió hasta el año 73 de Jesucristo, en que fué destruido por Paulino, gobernador romano en Egipto.

Entretanto Antíoco se adelanta lleno de furor contra los judíos. Estos, después de haber implorado los socorros del cielo con ayunos y oraciones, marchan contra el rey, atacan su campo durante la noche, le matan cuatro mil hombres y esparcen el miedo y el desórden. Apesar de esto presenta Antíoco al dia siguiente una batalla en regla. Al primer choque le desbarata Judas seiscientos hombres. Eleazar hiere en el vientre á un elefante, que creia llevaba al rey. El animal al caer le aplasta bajo su cuerpo, y Judas manda dar la señal de retirada. Antíoco le sigue á Jerusalen, toma en el camino por capitulacion á Betsura y pone en ella guarnicion.

162. Acomete Antíoco los santos lugares; y en tanto que los judíos los defienden con el mayor valor, sabe Lisias que Filipo trata de apoderarse del gobierno de la Siria. Á esta noticia, induce al rey á que firme la paz con los judíos; Antíoco ofrece sacrificios y hace donativos al templo; pero á su partida, rompe la paz dando órden de destruir los muros de la ciudad de Sion.

Escapado de Roma, en donde se hallaba en rehenes, llega Demetrio Soter á Siria, hace matar á Antíoco Eupator y á Lisias, y recobra la corona que Antíoco Epífanes su tio le usurpara.

El falso gran sacerdote Alcimo irrita á Demetrio contra Judas y los judíos. Envíale el príncipe á Judea acompañado de Bacchida, gobernador de la Mesopotamia. Tratan en vano de sorprender á Judas, que está sobre aviso. Después de hacer morir muchos judíos, vuelve Bacchida á reunirse con el rey, y deja á Alcimo el gobierno de la Judea.

Alcimo, apoyado por los judíos apóstatas que se le habian unido, hace todo el mal que puede á su nacion. Pero, contenido por Judas, va á encontrar al rey Demetrio para pedirle socorros. Ofrece al príncipe una corona de oro, y recibe un ejército mandado por Nicanor. Encontrando este general á Judas preparado, no se atreve á atacarle á campo abierto. Le manda hacer proposiciones de paz, que son aceptadas, y Judas y Nicanor viven juntos en la mayor intimidad.

Celoso Alcimo de esta union, desacredita á los dos generales en el ánimo del rey. Nicanor recibe órden de prender á Judas, y mandarle vivo y bien atado á Antioquía. Resuelto á cumplir esta órden, busca un medio para llevarla á cabo. Judas trasluce los designios de Nicanor, y en su consecuencia se retira. Marcha Nicanor contra Judas y le mata cinco mil hombres en una batalla dada cerca de Cafarsalama, no lejos de Jerusalen. El resto se retira al monte Sion. Sube Nicanor al templo, y presencia los sacrificios que se ofrecen para el rey, manifestando solo desprecio. Levanta la mano contra el templo, amenazando incendiarle, destruirle hasta los cimientos, y edificar sobre sus ruínas un nuevo templo dedicado á Baco, si no le entregan á Judas y su ejército. Envia Nicanor quinientos hombres para prender al judío Racias, anciano respetado de toda la nacion por su pureza de costumbres y amor á la ley. Racias, sitiado en su casa, y próximo á sucumbir, se hiere con su espada, se precipita desde lo alto de su casa, y en fin, levantándose de su caída, se arranca las entrañas y las arroja al pueblo. Accion en que el orgullo y la desesperacion tienen mas parte que la inspiracion divina.

161. Nicanor conduce un ejército de treinta y cinco mil hombres contra Judas, y va á acampar en Beteron, cerca de Samaria. Judas, que no cuenta mas que con tres mil, destroza su ejército, siendo Nicanor una de las primeras víctimas. Esta victoria alcanzada el 13 del mes adar, en dia de sábado, está consagrada en una fiesta anual, que se ha conservado constantemente bajo la denominacion de «Jornada de Nicanor.» Encontrado el dia siguiente el cuerpo de este general, le hace Judas cortar la cabeza y la mano derecha, expone la cabeza en lo alto de la ciudadela, la mano frente al templo, y da su lengua cortada en pedacitos á las aves del cielo. Quedan entónces dueños los judíos de la ciudad santa.

Envia Judas embajadores á Roma para tratar alianza con los romanos. Concluida, se esculpe el tratado en unas láminas de bronce, y el senado escribe á Demetrio, que cese de atormentar á los judíos, en atencion á que la república los ha tomado bajo su amparo.

En el intervalo, entre la partida y regreso de los embajadores, determinado Demetrio á vengar la muerte de Nicanor, envia de nuevo á Bacchida y Alcimo á Judea con sus mejores tropas. Acércanse á Jerusalen, y de allí se dirigen á Betel, con intento de atacar á Judas, que se hallaba acampado cerca de ella con tres mil hombres. Acepta Judas el combate. Pero, espantada su gente á vista del numeroso ejército de los enemigos, le abandona en su mayor parte, de modo que solo quedan con él ochocientos hombres. Judas, con tan pequeño número, derrota el ala derecha de sus enemigos, y la persigue hasta el monte Azot; pero, envuelto por el ala izquierda, sucumbe por fin, después de vender cara su vida. Así murió el invencible Judas Macabeo, seis años después que su padre Matatías. Todo Israel lloró amargamente la muerte de este heroe. Sus hermanos recogen su cadáver y le entierran en Modin, en el sepulcro de sus antepasados.

No teniendo ya jefe los judíos se ven, en su mayor parte, obligados á reconocer por su gobernador á Bacchida, quien persigue á todo trance á los enemigos de Judas. Viéndose en el último extremo, convencen á Jonatás, hermano de Judas, á que se ponga á su frente. Trata Bacchida de sorprender á Jonatás, quien huye con su ejército al desierto de Tekra.

Noticioso Jonatás de que Bacchida marcha contra él, encarga á Juan, su hermano, que transporte su gente y bagajes al país de los nabatienses sus aliados. Juan muere en el camino á manos de los lambrianos, tribu de árabes que vivian en Medaba, ciudad en otro tiempo de la tribu de Ruben. Venga Jonatás la muerte de su hermano, y se retira hácia el Jordan. Atácale Bacchida en dia de sábado, y el ejército de Jonatás, demasiado débil para resistirle, se retira atravesando el Jordan á nado, después de haberle muerto mil hombres. Bacchida conduce otra vez su ejército á Jerusalen, y se dedica á fortificar las plazas que cree á propósito para tener á raya á los judíos.

160. Viéndose Alcimo dueño de Jerusalen, hace demoler la pared del templo que separa el átrio de los sacerdotes del pueblo. Hiérele Dios de una paralisis que le impide el uso del habla, y muere sin haber pronunciado una palabra.

Sujetada ya la Judea, regresa Bacchida á Antioquía, después de lo cual judíos y gentiles viven en paz por espacio de dos años. Jonatás y su partido aprovechan este intervalo para fortificarse.

158. Á solicitud de los judíos apóstatas, envia Demetrio otra vez á Judea un poderoso ejército á las órdenes de Bacchida, con objeto de sorprender á Jonatás. Este, al aproximársele los enemigos, se retira á Betbessen, en el desierto de Jericó. Bacchida llega á si-

tiarle en esta plaza que habia tenido cuidado de fortificar. Jonatás y Simon su hermano hacen salidas afortunadas, y queman las máquinas de los sitiadores. Atacando en seguida su ejército, uno por la derecha y otro por la izquierda, le derrotan y obligan á levantar el sitio. Bacchida, desesperado, da muerte á los que le habian llamado á Judea. Hace la paz con Jonatás, y retrocede para no volver mas. Jonatás se establece en Macmas, y gobierna la Judea á la manera de los antiguos jueces de Israel.

153. Atacado Demetrio Soter por Alejandro Bala, que le disputaba la corona, escribe á Jonatás, para hacerle entrar en su partido. Le autoriza para levantar un ejército, y le entrega todas las plazas que posee en la Judea. Jonatás traslada su domicilio á Jerusalen, cuyas ruínas repara, y aumenta las fortificaciones.

152. Deseando á su vez Alejandro Bala tener á los judíos de su parte, escribe á Jonatás nombrándole gran sacerdote, y al mismo tiempo le remite un vestido de púrpura y una corona de oro. Sensible Jonatás á estas muestras de favor, se reviste con el traje sacerdotal en la fiesta de los tabernáculos, año nono de su gobernacion, y ciento sesenta del imperio de los griegos, después de haberse hecho elegir gran sacerdote por los sufragios de la nacion. Ya se ha hecho observar antes que era de la familia de Joarib, y por consiguiente de la primera clase entre los de la raza de Aaron.

Nueva carta, y nuevas promesas de Demetrio á Jonatás para atraerle á su partido. Jonatás prefiere el de Alejandro Bala, y le permanece constantemente afecto. La derrota y muerte de Demetrio acaecida poco después justifican esta preferencia.

150. Trasládase Jonatás con un numeroso séquito á Tolemaida, para asistir á las bodas de Alejandro Bala, que le habia invitado á ellas. Este príncipe añade otros honores á la dignidad de generalísimo de la Judea, que le habia conferido.

Algunos judíos mal intencionados acusan á Jonatás delante de Alejandro, y no son escuchados.

Onías, hijo del gran sacerdote, tercero de este nombre, habiendo podido obtener el soberano sacerdocio después de la muerte de su tio Menelao, se habia retirado á la corte de Alejandría, en donde por su valor y talentos políticos, habia conquistado el aprecio del rey Tolomeo Filometor. Queriendo absolutamente ejercer el cargo de su padre, obtiene permiso del monarca para edificar en la provincia de Heliópolis un templo al verdadero Dios, segun la planta del de Jerusalen. Los samaritanos se oponen á su empresa, pretendiendo que solo es permitido sacrificar al Señor en el monte Garizim. Pero, quedando mal sus defensores en las pruebas que ofrecieron, son condenados á muerte y acabado de construir el templo, cuyo supremo sacerdocio se reserva á Onías y á su posteridad, y se levanta á su alrededor una ciudad llamada Onion. Este edificio, como se ha dicho, subsistió hasta el tiempo de Vespasiano, que le hizo destruir (Josefo de bello Jud. lib. 7, cap. 30, y ant. lib. 13, cap. 6).

148. Demetrio Nicator, hijo de Demetrio Soter, llega de Creta á Cilicia, con intento de recobrar el trono de sus padres. Nombra general de sus tropas á Apolonio, gobernador de la Celosiria, que se habia declarado por él. Solicitado Jonatás para que abandone á Alejandro, le permanece fiel. Avánzase contra él Apolonio hasta Jamnia; Jonatás corre á su encuentro, y á vista del enemigo se apodera de la ciudad de Joppé, que le habia cerrado las puertas. Acomete en seguida al ejército de Apolonio, y le pone en fuga, quema Azot y el templo de Dagon en donde se habian encerrado muchos de los fugitivos, trata del mismo modo á las ciudades vecinas, excepto Accaron, y vuelve á Jerusalen cubierto de laureles y cargado de botin.

145. La fortaleza de Acra, frente del templo, se hallaba constantemente ocupada por los sirios. Jonatás la sitia. Citado con este motivo delante del rey Nicator, dueño entónces del trono de Siria, va á encontrarle á Tolemaida, y se justifica de tal modo que el rey le confirma en la dignidad de soberano pontífice, librando de todo tributo, nó solo á la Judea, sino á los gobiernos de Afarema ó Afara, Lidda y Ramata, agregados á ella hacia algun tiempo.

Sublevacion de la ciudad de Antioquía contra Demetrio Nicator. Jonatás envia al príncipe tres mil judíos que matan cien mil rebeldes, y apaciguan la sedicion.

144. Demetrio Nicator muda de conducta respecto á los judíos, pero poco tiempo después es arrojado del trono por Antíoco, hijo de Alejandro Bala. Jonatás y Simon su hermano, se declaran por Antíoco, quien los pone al frente de sus tropas. Someten las ciudades del otro lado del Jordan, que estaban por Demetrio. Vuelto Jonatás á Judea, cuyo país era víctima del pillaje que en él ejercian las tropas de Demetrio; las acomete, las derrota y las persigue hasta su campo Renueva Jonatás por medio de sus embajadores la alianza con los romanos y lacedemonios. El ejército de Demetrio trata de sorprenderle; pero él se adelanta, le pone en fuga con solo su presencia, le persigue sin poder alcanzarle, y vuelve sus armas contra las tribus árabes que seguian el partido de Demetrio, en tanto que Simon, su hermano, extiende sus conquistas por el lado de Joppé.

Jonatás, de vuelta á Jerusalen, es obsequiado por Simon. Reedifican los muros de la ciudad de Sion, y obligan á la guarnicion siria á evacuar la fortaleza de Acra.

141. Trifon, gobernador de Antíoco, con objeto de derribarle del trono, para colocarse en su lugar, tiende lazos á Jonatás, uno de los mas firmes apoyos de aquel príncipe. Á pretexto de ponerle en posesion de Tolemaida, le atrae á esta ciudad después de lograr que dejase una parte de sus tropas. Pero apenas ha entrado, seguido de solos mil hombres, cuando se cierran las puertas, y, hecho prisionero, ve asesinar á todo su séquito. Noticiosos de tan gran desastre los judíos, nombran por su general á Simon, en reemplazo de su hermano Jonatás.

Entra Trifon en Judea con un numeroso ejército, y marcha hácia Jerusalen; pero á la vista de las tropas que le opone Simon, hace decir á este que se ha apoderado de su hermano, tan solo para asegurar el pago de cien talentos que debe al rey, y que se lo entregará si él le da aquella suma, y le envia en rehenes los dos hijos de Jonatás. Simon desconfia al principio de esta proposicion, luego consiente en ella, por no tener que echarse en cara la muerte de su hermano. Pero el pérfido Trifon, teniendo en sus manos la suma y los hijos con su padre, se burla de la credulidad de Simon, y lo retiene todo. Entra de nuevo en Judea con un ejército mas numeroso que el anterior, determinado á pasarlo todo á sangre y fuego. Simon le sigue tan de cerca en sus marchas y contramarchas, que estorba todos sus intentos.

De vuelta Trifon á sus cuarteles de invierno en Bascama, en el país de Galaad, hace degollar á Jonatás y á sus dos hijos. Toda la Judea viste luto por la muerte de Jonatás. Simon envia á buscar sus restos que habian sido enterrados en Bascama, y haciéndolos trasladar á Modin al sepulcro de sus padres, manda cons-

truir luego un magnífico mausoleo de mármol blanco, cerca del cual coloca seis pirámides, y rodea el todo de un pórtico sostenido por columnas de mármol de una sola pieza. Este monumento, que se divisaba desde el mar á muy grande distancia, por hallarse sobre una eminencia, subsistia aun en tiempo de Eusebio, ó sea á principios del siglo IV de la era cristiana.

143. Simon repara las plazas de la Judea y levanta los muros de Jerusalen. Alíase con Demetrio contra Trifon, que ocupaba el trono de Siria, habiéndose deshecho de Antíoco. Libra Demetrio de todo impuesto á la Judea, y los judíos viéndose libres del yugo de los gentiles, empiezan á poner esta inscripcion en las lápidas y registros públicos: « Año primero de Simon, gran sacerdote, jefe y príncipe de los judíos. »

142. Regreso de los embajadores enviados á Roma por Simon. El senado los habia recibido con honor, y después de manifestar su sentimiento por la muerte de Jonatás, habia aplaudido la eleccion de Simon para sucederle. Simon se dedica á engrandecer y fortificar á Joppé, ciudad marítima, para hacer de ella el gran puerto de Jerusalen y de la Judea.

Quedaba aun por tomar la ciudadela de Jerusalen, siempre ocupada por los sirios; Simon la habia hecho circuir de una muralla, que impedia á sus defensores toda comunicacion con la ciudad; la escasez de víveres fuerza á la guarnicion á rendir la plaza y salir del país; Simon hace no solo derribar la ciudadela, sino allanar la eminencia sobre la que estaba edificada, porque dominaba la montaña del templo.

Da Simon el mando de las tropas de la Judea á su hijo Juan Hircan, y le envia á residir á Gazara, cerca de Joppé.

141. Reunion general de los judíos en Jerusalen, en la que declaran la autoridad soberana y el gran sacerdocio hereditarios en la familia de Simon; el acta levantada en toda forma, fué grabada en dos planchas de cobre, que se suspendieron en el santuario, y el original fué depositado en los archivos del templo. Tiene la fecha del 18 de elul del año ciento setenta y dos de la era de los Seleúcidas (18 setiembre del año 141 antes de Jesucristo), y tercero del pontificado de Simon.

Toma con esto Simon el carácter de soberano, fórmase una brillante corte, cubre con rica vajilla de oro y plata su mesa, y toma para que le sirvan gran número de oficiales.

140. Antíoco Sidetes, después del cautiverio de su hermano Demetrio, disputa con Trifon la corona de Siria; y escribe desde Rodas una carta á Simon llena de magníficas promesas, para atraerle á su partido.

139. Nueva embajada enviada por Simon á los romanos, cargada de ricos presentes, para renovar la alianza con ellos. Lisonjeado el senado particularmente por un escudo de oro que le presentaron los embajadores, escribe á todos los príncipes de oriente aliados de la república, en favor de los judíos; pero la carta destinada al rey de Siria la dirigen á Demetrio, porque el senado no reconocia á Antíoco ni á Trifon.

Antíoco, que por aquel entónces tenia encerrado á Trifon en Apamea, ofendido por la carta de los romanos, se irrita contra Simon, rechaza los socorros y presentes que le envia, y revoca todas las promesas que le habia hecho. Cendebeo, gobernador de las costas de Palestina, hace frecuentes correrías por la Judea, de órden de Antíoco, y mata, roba y destruye cuanto se le presenta con la mayor inhumanidad. Levanta Simon un ejército para contener sus irrupciones, pero demasiado achacoso para soportar las fatigas de la guerra, le pone á las órdenes de sus dos hijos Judas y Juan.

Batalla entre los judíos y los sirios: Cenbedeo, derrotado, y perdidos dos mil hombres, se ve obligado á emprender la fuga: Judas, herido en la accion, no puede seguirle; pero Juan persigue á los fugitivos hasta Azot, y dueño, de las torres y fuertes de esta ciudad, la pega fuego. Después de esta expedicion, los dos hermanos vuelven triunfantes á Jerusalen.

135. El mes de sabat (enero), visitando Simon con sus dos hijos Judas y Matatías, las ciudades de la Judea, llega á Jericó, cuyo gobernador era Tolomeo, hijo de Abobi, casado con una hija de Simon: el yerno convida al suegro y á los cuñados á una comida en un castillo cercano; asisten á ella sin desconfianza alguna, mas á la mitad del festin, Tolomeo los hace degollar por gentes apostadas de intento, con objeto de complacer á Antíoco, y apoderarse de este modo del gobierno de la Judea. Creyéndose ya dueño del país, después de una accion tan inicua, destaca una partida para que vaya á asesinar á Juan Hircan en Gazara. Informado Hircan de cuanto habia pasado, antes de que lleguen los asesinos, los ataca cuando se hallan próximos á la plaza, sin que se le escape uno: de allí se traslada á toda prisa á Jerusalen, y se asegura de la ciudad y de la montaña del templo, anticipándose á los agentes enviados por el traidor para apoderarse de ella. Después de establecido en la dignidad de gran sacrificador, sitia á Tolomeo en Dagon, fortaleza situada mas arriba de Jericó, pero su ternura para con su madre y sus dos hermanas, que se hallaban en poder de Tolomeo, que amenazaba con hacerlos morir si daba el asalto, le impide apoderarse de la plaza. Abandonado, pues, este sitio, y libre Tolomeo de la venganza de Hircan, hace matar á la madre y á las dos hermanas del príncipe judío, y se retira cerca de Zenon Cotila, tirano de Filadelfia. Después de lo cual no vuelve á mencionarle la historia.

Noticioso Antíoco Sidetes de la muerte de Simon y sus hijos, vuela con un considerable ejército á Judea, para reducir este país á sus leyes, y unirle al reino de Siria. Sitia á Jerusalen este príncipe, y habiendo dividido su ejército en siete cuerpos, estrecha fuertemente la ciudad con líneas de circunvalacion y contravalacion. Llegada la fiesta de los tabernáculos durante este sitio, Juan Hircan, sucesor de Hircan, su padre, pide y obtiene una suspension de armas para celebrarla, y el mismo Antíoco envia víctimas al templo; movido por tanta generosidad, Hircan solicita una entrevista para entrar en negociaciones. Antíoco se la concede, y se forma un tratado, por el cual Hircan consiente en que sean derribadas las murallas de Jerusalen, se somete á un tributo por Joppé y otras ciudades que los judíos poseian fuera de su país, y ofrece quinientos talentos por la ciudadela que Antíoco queria volver á levantar en Jerusalen.

Concluida la paz con estas condiciones, levántase el sitio, nueve meses después de la muerte de Simon.

132. El año treinta y ocho (1) del reinado de Tolomeo Fiscon, rey de Egipto, Jesús, hijo de Sirac, llega de Jerusalen á establecerse en aquel país, y traduce en griego el libro del Eclesiástico, que su abuelo Jesús habia escrito en hebreo. Los judíos se hallaban entónces en gran número y con mucho crédito en Egipto y países dependientes de él. Hé ahí cómo se expresa Estrabon en Josefo (Antig. l. 14, c 7). « La ciudad de Cirene está habitada por ciudadanos naci-

(1) A contar desde el año onceno del reinado de Filometor (Prideaux.).

dos en ella, por labradores, extranjeros y judíos. Estos últimos se encuentran en todas las ciudades, y no hay provincia alguna que no los haya recibido. Cirene y el Egipto, que hace mucho tiempo obedecen á unos mismos dueños, y muchos otros pueblos, han hecho siempre tanto caso de los hombres de aquella nacion, que han adoptado sus costumbres, mantienen un gran número en su seno, y acostumbrados á vivir con ellos, hasta han adoptado sus leyes. Los judíos poseen en Egipto muy buenos establecimientos, además del gran cuartel que tienen en Alejandría, ocupado solo por ellos, donde viven á su manera. Tienen un etnarca que los gobierna, juzga sus diferencias, cuida de su comercio, expide órdenes y las hace ejecutar, como lo haria el jefe de una república sólidamente establecida. »

131. Juan Hircan acompaña al rey Antíoco en su expedicion contra los partos. Ataca á los hircanos que formaban parte de aquella nacion, y de la victoria que alcanzó sobre ellos recibió el nombre de Hircan, que se le ha dado hasta aquí con anticipacion.

Habiendo perecido Antíoco en la expedicion, sacuden los judíos enteramente el yugo de los sirios haciendo conquistas aun sobre ellos mismos.

129. Toma Juan Hircan á Siquem, capital de los samaritanos, y pone fuego á su templo de Garizim, edificado, como se ha visto, doscientos años antes. Con todo, continuaron teniendo un altar en aquella montaña, y aun en el dia se conserva uno en el que ofrecen sacrificios segun la ley de Moisés.

Hircan conquista en seguida la Idumea, cuyos habitantes incorpora con la nacion judía, después de hacerles abrazar la ley de Moisés y recibir la circuncision.

128. Embajada enviada á los romanos por Juan Hircan, para renovar la alianza hecha con Simon, su padre. Es recibida favorablemente por el senado, quien revoca todo cuanto habia hecho Antíoco Sidetes en contra de aquel tratado, anula todas las condiciones onerosas que la necesidad del momento habia arrancado al príncipe judío en la última paz firmada en Jerusalen, y condena á los sirios á indemnizar á los judíos de todas las pérdidas que les habian causado. El decreto del senado tiene cumplida ejecucion.

127. Para demostrar su reconocimiento al senado, hace Hircan partir el año siguiente una nueva embajada, llena de magníficos presentes. Con este motivo expide el senado un nuevo decreto confirmando el primero. Todo esto se halla explicado con mucha extension en Josefo: pero, transpuesto, y del modo que se lee en el dia, parece que se hubiese dictado en tiempo de Hircan II. (V. Prideaux, « Historia de los judíos, » año 127).

En tanto que el Egipto y la Siria se aniquilan con guerras intestinas, Juan Hircan, á favor de la paz que reina en Judea, aumenta en poder y riquezas.

110. No estaba aun Samaria sometida enteramente á sus leyes. Emprende su conquista, y da el mando del sitio á sus dos hijos Aristóbulo y Antígono. Antíoco el Ciziceniense, rey de Damasco, llamado por los samaritanos, acude al socorro de la plaza. Sálenle al encuentro los dos hermanos. Batalla cerca de Escitópolis, en donde aquel príncipe, vencido y perseguido por los judíos, se salva con gran trabajo. Los dos hermanos vuelven triunfantes á estrechar el cerco de Samaria, de tal modo, que sus habitantes se ven otra vez en el caso de implorar los socorros del rey de Damasco. No contando Antíoco con suficientes tropas para obligar á los judíos á levantar el sitio, las pide á Tolomeo Latiro, rey de Egipto, que le concede seis mil hombres, contra el parecer de su madre Cleopatra, que no queria se indispusiese con los judíos. Cleopatra seguia en esto, no tanto las miras políticas como su afecto por esta nacion, pues estaba ella misma gobernada por ministros y generales judíos, Chelcías y Ananías, ambos hijos de Onías, el que habia edificado el templo de Egipto. Apesar de aquellos socorros no se atreve Antíoco á atacar á los sitiadores en su campo. Conténtase con hacer incursiones á la Judea, para ver si inducirá á los judíos á acudir en defensa de su país. Pero no logra su objeto. Obstinándose Hircan en llevar á cabo su empresa, destaca un cuerpo de tropas, que disipa algunas de las partidas de Antíoco; otras se debilitan por la desercion, ó por otros accidentes. Viendo el rey que su ejército va desapareciendo, se retira á Trípoli. De los dos generales, Callimandro y Epicrato, que deja en Judea, el primero muere en una empresa temeraria, el segundo trata secretamente con Hircan, y le vende Escitópolis, con todas las plazas que los sirios poseian en la Palestina.

109. Por último, Samaria, después de un año de sitio, se ve obligada á rendirse. Hircan la hace arrasar hasta los cimientos (Josefo, Antig. l. XII, c. XVII). Herodes, como veremos mas adelante, la hizo reedificar, dándole el nombre de Sabaste (1).

Dueño de toda la Judea, la Galilea, Samaria y muchas plazas fronterizas, impone Hircan respeto á sus vecinos, sin que ninguno se atreva á atacarle. Pero el reposo que en el exterior gozaba se turba en el interior. Los fariseos, en cuya secta Hircan habia sido educado, excitan algunos desórdenes, y Eleazar, uno de aquellos, tiene la audacia de echarle en cara, contra toda verdad, que era hijo de una esclava. Esto, segun los términos de la ley, era excluirle del supremo sacerdocio. Ofendido Hircan por esta calumniosa injuria, se vuelve en favor de los saduceos. Pero se duda si adoptó sus errores sobre la inmortalidad del alma y la resurreccion. Prideaux duda tambien con fundamento que entónces los hubiesen siquiera imaginado, y cree que los saduceos no se diferenciaban de los fariseos sino por el desprecio que hacian de las prácticas tradicionales de los últimos.

No sobrevive mucho tiempo Hircan á esta borrasca, y muere á los veinte y nueve años de su pontificado, dejando cinco hijos: Aristóbulo, que le sucede, Antígono, Alejandro, el cuarto cuyo nombre se ignora, y Absalon. Juan Hircan habia hecho edificar en la montaña del templo la fortaleza de Baris, que fué su residencia y la de los asmoneos, sus sucesores, en tanto que conservaron la soberanía; Herodes la aumentó titulándola Antonia.

ARISTÓBULO I.

107. Aristóbulo, hijo mayor de Juan Hircan, le sucede en el gran sacerdocio y en el gobierno del estado. Trata su madre de disputarle esta última dignidad en virtud del testamento de su esposo. Aristóbulo la hace arrestar y encerrar en una prision, en donde la deja morir de hambre. Tres de sus hermanos son igualmente encerrados por su órden, librándose tan solo Antígono á quien amaba hasta el punto de compartir con él los cuidados de la pública administracion.

---

(1) Equivócanse los que creen que fué por ir contra la secta de los samaritanos, tan odiosa á los judíos, por lo que trató tan severamente Hircan á su ciudad. No habia en Samaria mas que paganos desde que Alejandro el Grande arrojó de ella á los samaritanos de religion; y estos últimos hicieron de Siquem, á donde se habian retirado, la principal ciudad de su secta.

Viendo su autoridad bien afirmada, ciñese Aristóbulo la diadema, y toma el título de rey que ninguno de sus predecesores, después del cautiverio, habia tenido.

106. Lleva Aristóbulo la guerra á Iturea, y somete la mayor parte, esto es, la que se hallaba dentro de la Celosiria, y que algunas veces se llama la Auronita. Pone á los vencidos en la alternativa de abrazar la ley de Moisés ó de abandonar el país. Esta práctica fué una de las máximas fundamentales de los armenios. Prefiriendo los iturenses el primer partido, quedan en consecuencia reunidos al pueblo judío. No permitiendo una enfermedad á Aristóbulo acabar por sí mismo la conquista, déjala encargada á Antígono y pasa á Jerusalen á restablecerse.

Corresponde Antígono á la confianza de su hermano, y reduce lo que de la Iturea faltaba por sojuzgar. Sin embargo, celosa su cuñada, la reina Salomé, del favor que gozaba, se dedicó á hacerle sospechoso en el ánimo de su esposo. Llega Antígono á Jerusalen, y armado como estaba, va á dar gracias á Dios en el templo. Persuade la reina á Aristóbulo que Antígono debe acudir para asesinarle. Envia el rey á decir á su hermano que deje las armas antes de entrar en palacio, y al mismo tiempo ordena á sus guardias que le den muerte si acaso no obedece. El mensajero, corrompido por la reina, da la órden al príncipe en un sentido contrario, invitando á Antígono, de parte de su hermano, á que vaya con toda su armadura delante de él. En consecuencia, el jóven príncipe se encamina hácia palacio del mismo modo que se hallaba en el templo. Los guardias le matan así que se presenta. No tarda Aristóbulo en conocer la enormidad de su crímen, y juntándole con la muerte de su madre, concibe de todo tan intensos remordimientos, que al cabo de un año muere de desesperacion, después de haber arrojado parte de su sangre. La constante aficion que tenia á los griegos, le hizo dar el dictado de Filheleno. Después de su muerte Salomé hizo dar libertad á los tres hermanos de este príncipe, que hasta entónces habian permanecido presos (Josefo Antig. I, XIII. c. 19).

ALEJANDRO JANNEO.

106. Alejandro Janneo, el mayor de los tres hermanos de Aristóbulo, sube al trono, apesar de la oposicion del que le seguia en órden de su nacimiento. Para vengarse, lo primero que hizo, después de su coronacion, fué dar muerte á su rival. Pero concedió á su hermano Absalon su amistad y se la conservó durante su vida.

105. Aprovechándose la ciudad de Tolemaida de las turbulencias que agitaban la Siria, habia sacudido el yugo de aquella potencia, erigiéndose en república independiente. Entrando Alejandro muy á propósito para sus intentos en esta plaza, emprende su conquista, y llega á ponerla sitio. Tolomeo Latiro, rey de Chipre, corre á libertar á los sitiados que antes habian implorado su socorro; pero, habiendo mudado de parecer, le habian dado en seguida las gracias por sus servicios. Alejandro levanta el sitio para ir al encuentro de Latiro. Engaña á ese príncipe haciendo con él un tratado, que viola en seguida, contrayendo alianza con Cleopatra, reina de Egipto, madre y enemiga de Latiro.

104. El año siguiente, Latiro, para vengarse de la perfidia de Alejandro y de la inconstancia de los habitantes de Tolemaida, entra en Palestina con tan grandes fuerzas, que al mismo tiempo que sus generales ponen sitio á Tolemaida, cae él con un poderoso ejército sobre la Judea. Batalla en las orillas del Jordan entre Alejandro y Latiro. Queda vencido el primero, con pérdida de treinta mil hombres, sin contar los prisioneros hechos por Latiro después de la victoria.

103. En tal desastre, Alejandro acude á la reina de Egipto, y ella en persona viene con un numeroso ejército, mandado por los judíos Chelcías y Ananías. Marcha la princesa en derechura á Tolemaida, y emprende de nuevo un sitio mucho mas largo que el primero.

102. Muere Chelcías delante de esta plaza; pero Cleopatra, sin desanimarse, emprende con mayor ardor los trabajos, y obliga al fin á los sitiados á rendirse.

Alejandro viene á encontrar á Cleopatra en Tolemaida, cargado de ricos presentes, para captarse su benevolencia. Algunos aconsejan á la princesa que aproveche esta ocasion para hacerse dueña de la Judea. Pero el judío Ananías, pariente de Alejandro, la desvia de este intento por razon de honor.

Latiro, no pudiendo hacer frente á su madre, habia hecho una incursion á Egipto, para apoderarse de él en su ausencia, creyendo hallar el país desprovisto de tropas; pero fracasó en su empresa.

101. Después de un sitio de diez meses, Alejandro Janneo se apodera de Gadara: vuelve en seguida sus armas contra Amatus, otra plaza fuerte mas allá del Jordan, que rinde en mucho menos tiempo. Pero Teodoro, príncipe de Filadelfia, que guardaba su tesoro en Amatus, le acomete inesperadamente al regreso de esta expedicion, le mata diez mil hombres, y se apodera además de los bagajes de Alejandro. Este reves le deja en un profundo abatimiento; mas no desconcierta sus planes. Vuelto en sí, piensa en nuevas conquistas.

100. Resuelto á vengarse de Gaza que habia provisto de tropas á Latiro, toma á Rafia y Antedon, que servian como de baluarte á aquella plaza, que sitia cómodamente en seguida.

98. Dos años después convierte el sitio en bloqueo. Apolodoto, gobernador de Gaza, la defiende un año entero, con todo el valor y habilidad posibles. Tal vez hubiera logrado que los sitiadores levantasen el sitio; pero Lisímaco, su hermano, celoso de su gloria, forma una conjuracion contra él, y le hace asesinar. Después de dado este golpe, los conjurados entregan la plaza al enemigo. Entrado en ella (97) Alejandro, lo hace pasar todo á cuchillo. Pero los gazeenses venden cara su vida, matándole casi tanta gente como eran ellos. No sale Alejandro de Gaza hasta haber hecho de ella un monton de ruínas. Esta ciudad, andando el tiempo, fué reedificada por Pompeyo, después que hubo conquistado la Judea, y posteriormente por Gabinio; pero jamás volvió á recobrar su primitivo esplendor. Durante la ausencia de Alejandro, los fariseos, enemigos de su familia, se habian dedicado á hacerle despreciable á los ojos del pueblo, logrando su objeto tal como se lo propusieran. De vuelta á Jerusalen experimentó los efectos de tamaña disposicion, en un insulto que le hicieron. Celebrábase la fiesta de los tabernáculos. El último dia de esta solemnidad, y al tiempo de ir á ofrecer sacrificios, le arroja el pueblo, á porfía, el fruto de las ramas del limonero, que llevaban entónces, segun costumbre, y esta insolencia la acompañaron con apodos y dicterios. Irritado el pontífice manda á los guardas que arremetan al pueblo: lo que se ejecutó con tanta prontitud y ardor, que quedaron allí seis mil muertos. No queriendo Alejandro fiarse mas de los su nacion, toma á sueldo, para guarda de su persona, un cuerpo de seis mil pisilianos ó cilicianos. Puesto de nuevo en campaña (94) va á mover guerra á los árabes. Derró-

talos en diversos reencuentros, y hace tributarios á los moabitas, y á los habitantes de Gaload.

93. Siguiendo en sus conquistas, llega á los estados de Teodoto, hijo de Zenon Cotilas, príncipe de Filadelfia. Embístela con el objeto de apoderarse de la fortaleza de Amatus, en donde aquel príncipe tenia los tesoros que habia tomado y perdido en seguida, ocho años antes. Asustado Teodoto con su llegada, huye precipitadamente, dejando la ciudad vacía y desprovista de guarnicion. Alejandro la manda arrasar.

92. Nueva expedicion de Alejandro al otro lado del Jordan, contra Obodas, rey de los árabes. Afortunado al principio, cae luego en una emboscada que le prepararon los árabes, y pierde la mayor parte de su ejército.

Con la noticia de este desastre, se levantan contra Alejandro sus enemigos domésticos. Corre presuroso para sofocar la sedicion. Con su presencia solo logra aumentar el incendio, y da principio á una guerra civil, que dura seis años, costando la vida á cincuenta mil rebeldes.

87. Aunque siempre vencedor, se lanza Alejandro el primero á una guerra que tiende tan solo á la ruina de su propio país. Propone á los fariseos diferentes medios de arreglo, que son desechados en un todo. Háceles por último preguntar qué deberá hacer para dejarlos contentos. «Que se corte la cabeza, contestan, pena muy lijera para expiar la sangre que ha derramado.» Al oir tan brutal respuesta, comprende Alejandro que no hay avenencia posible con tales furiosos, y continúa la guerra con nuevo ardor.

Siempre vencidos los rebeldes, imploran el socorro de Demetrio Euchere, rey de Siria. Pasa este á Judea con cuarenta mil infantes y tres mil caballos. El ejército de Alejandro se componia de veinte y seis mil hombres, de los cuales seis mil eran griegos, y los restantes judíos, de la secta de los saduceos, por cuanto todo el que se llamaba fariseo estaba contra él. Los dos jefes, después de haber tratado en vano de atraerse las tropas del contrario, llegan por último á una batalla decisiva. Segun Josefo, celoso fariseo, Alejandro fué derrotado, retirándose á la montaña con muy pocos de los suyos. Pero el autor del libro cuarto de los Macabeos, dice, al contrario, que quedó vencedor, y persiguió al rey de Egipto hasta Antioquía, donde le tuvo sitiado durante tres años; y que al cabo de este tiempo, llegando Demetrio á las manos con él, fué muerto en la accion; y añade que después de esta segunda victoria, Alejandro fué recibido en Jerusalen con demostraciones de gozo. Lo cierto es que Demetrio, sea por muerte, sea porque se retirase, no vuelve á aparecer despues de esta batalla en Judea, y que Alejandro se encontró con mayores fuerzas que antes, para continuar la guerra contra los rebeldes.

87. Batalla decisiva entre los dos partidos, cerca de Betom. Alejandro alcanza una brillante victoria, y los vencidos se encierran en la plaza, donde son sitiados y obligados á rendirse el año siguiente. Ochocientos de ellos, conducidos á Jerusalen, son crucificados en el mismo lugar: y para colmo de barbarie, degüellan á su vista, en tanto que espiran, sus mujeres y sus hijos. Alejandro, á través de las ventanas de su palacio, contempla tan horroroso espectáculo, en medio de un festin que da á sus cortesanos.

Aturdido con tales horrores, el resto de los amotinados abandona el país, para no volver jamás. Su retirada termina una guerra civil de seis años, y deja á Alejandro, vencidos ya los enemigos interiores, completa libertad para dirigir sus armas contra los de fuera.

Ocupaba en aquel entónces el trono de Damasco, en Siria, Antíoco Dionisio. Queriendo invadir la Arabia petrea, atraviesa con su ejército una parte de la Judea, para tomar el camino mas corto. Advertido Alejandro de su intento, y temiendo por sus estados, hace construir un grande atrincheramiento desde Capasarbe, conocida bajo el nombre de Antipatrida, hasta el mar de Joppé, único camino por donde podia entrar. Fuerza Antíoco el paso, y penetra en la Arabia en donde muere poco tiempo después. Alejandro piensa entónces en hacer por su parte conquistas en la Arabia, sobre todo en recobrar el país de Moab y el de Galaad que ya habia tomado y que se vió precisado á devolver á los reyes árabes, para que no auxiliasen á sus vasallos rebeldes. Aretas, dueño de Damasco, después de la muerte de Antíoco, hace una irrupcion en la Judea, lo que obliga á Alejandro á retroceder.

Batalla entre estos dos príncipes. Alejandro vencido hace un tratado con Aretas, que le obliga á abandonar el país. Libre ya para proseguir sus conquistas, somete en el espacio de tres años el país regido por Demetrio, cuyas principales ciudades eran Dion, ó Dia, Pella, Esta, conocida bajo el nombre de Gerasa, Gaulona, Seleucia y Gamala.

82. De vuelta á Jerusalen se entrega á los placeres de la mesa y del vino. Su intemperancia le produce unas cuartanas, que no mitigan ni su afan de conquistas, ni su aficion á los placeres.

79. Aniquilado por las fatigas y excesos, muere Alejandro en las fronteras de los gerasenienses, teniendo sitiada á Ragaba, á los veinte y siete años de su reinado, y cuarenta y nueve de su edad. Dejó dos hijos, Hircan y Aristóbulo; pero las riendas del gobierno quedaron en manos de ALEJANDRA, su esposa, que se hallaba presente á su muerte. Alejandra oculta la muerte de su esposo hasta tanto que se rinda la plaza, y vuelve triunfante á Jerusalen. Reune en seguida á los jefes de los fariseos, y les declara que quiere regirse por sus consejos. Entónces toda su ira contra Alejandro se convierte en sentimiento por su pérdida; en vez de los dicterios é injurias que habian siempre proferido contra él, no se oyen mas que alabanzas y panegíricos, en donde ensalzan hasta la exageracion las grandes cualidades del difunto príncipe. El pueblo, de quien estos ambiciosos disponen á su albedrío, se convierte en eco suyo. Todo resuena en elogios á Alejandro, y le hacen el funeral mas honroso y con mas pompa que hubiesen tenido sus predecesores.

Establecida Alejandra como administradora general de la Judea, segun el testamento de su esposo, hace elevar á la dignidad de gran sacerdote á Hircan, su hijo mayor, de treinta y tres años de edad. Quedan entónces los fariseos dueños de los negocios. Uno de sus primeros actos fué anular el decreto que en sus últimos tiempos habia dictado Hircan I para abolir sus constituciones tradicionales. Las hacen revivir, añadiendo otras nuevas, cuya observancia exigen con rigor. Ahogada la ley escrita debajo de tanto fárrago, no tiene mas fuerza que la que quieren darla: sacan de las cárceles á los que gemian en ellas por profesar sus doctrinas, y llaman á los que por el mismo motivo se veian desterrados. Hallándose ya con fuerzas por el regreso de esos proscritos, usan de represalias con los saduceos, y tratan de vengar, en los que la habian aconsejado, la muerte de los ochocientos fariseos que Alejandro habia hecho crucificar. Diógenes, el principal confidente de Alejandro, es una de las primeras víctimas inmoladas á su venganza. Su muerte es como la señal de una persecucion general contra los enemigos de los fariseos. Ve la reina cada dia, con impotente pesar, á los mas

fieles servidores de su casa, caer bajo la cuchilla de sus enemigos.

73. Algunos jefes de la secta oprimida, escapados de la carnicería, ponen á su frente á Aristóbulo, y van á suplicar á la reina que haga cesar la calamidad. Sensible á sus peticiones, apoyadas por su propio hijo, les confia Alejandra la guarda de algunas plazas del reino para ponerlos al abrigo de la persecucion.

72. Aristóbulo, por órden de la reina su madre, marcha con un ejército contra Tolomeo, hijo de Menneo, príncipe de Calcis, al pié del monte Líbano, que era el azote de sus vecinos; pero nada notable hizo en esta expedicion, habiéndose dedicado principalmente á captarse la voluntad de los jefes del ejército para obtener la corona después de la muerte de su madre, en lugar de rechazar al opresor y alcanzar ventajas sobre él.

71. Nacimiento de Herodes el Grande, llamado el Ascolonita, del nombre de su patria. Su padre Antipas ó Antipater, habia sido nombrado gobernador de la Idumea, de donde era natural, por Alejandro Janneo, y profesaba por consiguiente la religion judaica, como todos sus compatriotas, después de sometidos por Janneo. Su madre Cipre era de una ilustre familia de Arabia.

71. Sitio de Tolemaida por Tigranes, rey de Armenia. Alejandra le envia una embajada para pedirle su amistad. Conociendo Tigranes que su presencia era necesaria en Armenia para ponerla á cubierto de los ataques de los romanos, dueños ya de una parte de la Capadocia y del Ponto, recibe con aparente alegría á los embajadores, finge abandonar su empresa por consideracion á la reina, y regresa á sus estados.

70. Muere la reina Alejandra á la edad de setenta y tres años. Princesa de una gran capacidad, su reinado hubiera sido perfecto sino hubiese dado tanto imperio á los fariseos, ó si hubiese podido contenerlos.

En su última enfermedad, habia nombrado heredero universal á Hircan, su hijo primogénito; pero Aristóbulo, su hijo segundo, habiéndose escapado á escondidas de Jerusalen, se hace dueño de todas las plazas fuertes, empresa fácil por cuanto los jefes de las guarniciones eran afectos á su padre.

HIRCAN II.

Hircan es reconocido rey por los fariseos, á los que siempre habia estado ciegamente sumiso; pero el pueblo, cansado de su tiranía, se declara por Aristóbulo. La mujer y los hijos de este último son arrestados por los fariseos y encerrados en la torre de Baris. Este revés desconcierta muy poco á Aristóbulo, que prosigue con igual ardor en sus pretensiones. Viendo los fariseos que su partido aumenta de dia en dia, levantan tropas que se preparan para la guerra. Batallan los dos hermanos cerca de Jericó. Hircan, puesto en fuga, se refugia en la misma fortaleza en dónde se hallaban encerrados la esposa é hijos de Aristóbulo (69). Su limitado talento no le permite encontrar recursos, y firma la paz con su hermano, concediéndole el trono y el sacerdocio, después de un reinado de tres meses.

ARISTÓBULO II.

65. No goza tranquilamente Aristóbulo los derechos que Hircan le cediera; el idumeo Antipater ó Antipas, amigo de este último, trata de restablecerle, temeroso por su propia seguridad. La primera dificultad que tiene que vencer, es la indolencia de Hircan, y su indiferencia por las dignidades que ha dejado. Logra al cabo convencerle de que su vida se halla en peligro si continúa sumiso á su hermano. Vuelto ambicioso por miedo, Hircan es conducido por Antipater á presencia de Aretas, rey de la Arabia Petrea, con quien firma una alianza con la promesa de que le volverá todo cuanto le han quitado los judíos. Sabiendo Aristóbulo que Aretas se ha puesto en marcha para restablecer á Hircan, le sale al encuentro para detenerle. Batallan en los confines de la Judea, y la victoria se declara por el rey de los árabes. Aristóbulo, puesto en fuga, se retira á Jerusalen; el vencedor le sigue; entra sin oposicion en aquella capital, y sitia á su enemigo en el templo en donde se ha encerrado. Llegada la pascua, muchos judíos, viendo que no pueden celebrarla en Judea con las solemnidades ordinarias, se retiran á Egipto para cumplir con este deber. Por otra parte, los sitiados piden víctimas á los sitiadores, ofreciéndoles mil dracmas por cada res, que pagan adelantado: pero, por una insigne mala fé, después de recibido el dinero se burlan de ellos, y les niegan las víctimas. Entretanto viéndose abandonado Aristóbulo de casi todos sus partidarios, recurre á Pompeyo, que hace triunfar las armas romanas sobre Tigranes, rey de Armenia.

Escaurus, lugar-teniente de Pompeyo, llega á los confines de la Judea desde donde escribe al rey de los árabes intimándole que levante el sitio de Jerusalen. Aretas obedece, por temor de atraer sobre sus estados las armas de los romanos. Persíguele Aristóbulo en su retirada, y alcanzándole en un lugar llamado Papirion, le mata siete mil hombres, entre los cuales se encuentra Cefalion, hermano de Antipater.

Trasladado Pompeyo á la Celosiria, los dos hermanos solicitan á porfía su proteccion, cada cual por medio de un embajador. Antipater va á encontrarle de parte de Hircan, y Nicodemo en nombre de Aristóbulo.

Después de escucharlos con bondad, el general romano suspende todo juicio, y ordena que las partes vayan en persona á pleitear delante de él.

64. En la primavera del siguiente año, van los dos hermanos á encontrar á Pompeyo en Damasco. Cada uno expone á su vez sus derechos y sus agravios respectivos. Mas de mil judíos ganados por Antipater, apoyan las quejas de Hircan; pero, elevando la voz otros en mayor número, piden que se les libre de la esclavitud á que se esfuerzan á reducirlos los dos hermanos. Pompeyo, inclinado al partido de Hircan, pero temeroso de que Aristóbulo le estorbe la expedicion que medita contra Aretas, se contenta con exhortar á los dos hermanos á la paz; prometiendo volver á Judea, después de haber sometido al rey de Arabia, para terminar sus diferencias.

Ofendido Aristóbulo por esta dilacion, sale bruscamente de Damasco sin solicitar la venia del general romano, y va á acantonarse en el castillo de Alejandrion, edificado por su padre en los confines de la Judea y Samaria.

Por su parte, Pompeyo, no ménos ofendido de la retirada de Aristóbulo, reune sus legiones y las conduce á Judea. Llegado á Choré, en las cercanías de Alejandrion, manda á Aristóbulo que se ponga á sus órdenes; comparece dos veces, y otras tantas es acogido favorablemente; pero, apenas se ha marchado, cuando Pompeyo le hace intimar que entregue todas las fortalezas: obedece, aunque poseido de un dolor que le hace tomar un partido desesperado. Va á encerrarse en Jerusalen resuelto á defenderse contra el ejército romano. Pompeyo le sigue de cerca. Aristóbulo viéndole aproximarse, reconoce su falta, se arroja á sus piés, y le desarma, nó tanto por su sumision como

por una gran suma de dinero que le ofrece. Envia Pompeyo en el acto á Gabinio, para que entre en la ciudad y reciba el dinero prometido, pero le cierran las puertas, negándole el dinero. El general romano venga en Aristóbulo esta doble afrenta; le pone entre prisiones, y se adelanta en seguida con su ejército hácia Jerusalen, en donde el partido de Hircan le hace abrir las puertas así que se presenta. Pero el de Aristóbulo se encierra en el templo resuelto á defenderse hasta el último extremo. Pompeyo le pone sitio, que dura tres meses; y habria sin duda sido mucho mas largo á no favorecerle la antigua y fatal supersticion de los judíos, que no les permitia en sábado estorbar los trabajos del enemigo, ni emprenderlos ellos, dejándoles solo la libertad de defenderse en caso de ataque. Aprovechándose los romanos de esta preocupacion, se abstienen de dirigirles sus tiros para ocuparse tan solo en levantar sus plataformas y adelantar sus máquinas, en tanto que los judíos permanecen ociosos por temor de infringir la ley.

63. La plaza es pues tomada á fuerza de armas el dia 9 del mes thamus, el mismo dia, pero nó el mismo mes, en que, quinientos cuarenta y tres años antes, Jerusalen habia sido tomada por Nabucodonosor. Mas de doce mil judíos son pasados al filo de la espada sin exceptuar á los sacerdotes, y sin atencion alguna á la santidad de su ministerio, que ¡cosa admirable! continuaban ejerciendo como si se hallasen en la mas profunda paz. Ocupados en este objeto, todos sin excepcion se dejan degollar sin oponer la menor resistencia. Este grande acontecimiento fué uno de los que señalaron el consulado de Ciceron, bajo el cual tuvo lugar.

Pompeyo da á Hircan la posesion del supremo sacerdocio; pero le prohibe tomar el título de rey. Hace destruir una gran parte de las murallas de Jerusalen, reduce la Judea á sus antiguos límites, quitándola las conquistas que los predecesores de Hircan habian hecho en la Celosiria y en Fenicia, para unirlas al gobierno de Siria. De este modo perdió la Judea las ciudades de Hipon, Escitópolis, Pella, Dion, Samaria, Marissa, Azot, Jamnía, Aretusa, Gaza, Joppé, Dora y muchas otras. Tales fueron los frutos de la ambicion de Aristóbulo, y de su imprudencia en llamar á los romanos á su socorro.

Antes de abandonar á Jerusalen tiene Pompeyo la curiosidad de ver el interior del templo: entra en él con varias personas de su séquito, y osa penetrar hasta el santo de los santos en donde solo podia entrar el gran sacerdote, y no mas que una vez al año (1). No dejó Dios impune tan sacrílego atentado. Pompeyo, que hasta entónces se habia cubierto de gloria, se vió abandonado de la fortuna en todas sus empresas, y se precipitó en una série de desgracias que fueron siempre en aumento, hasta su completa ruina en las llanuras de Farsalia.

Al partir para Roma, Pompeyo deja el gobierno de la Siria, con un buen cuerpo de tropas (Josefo dice dos legiones) á las órdenes de Escauro. Llévase consigo á Aristóbulo, á sus dos hijos Alejandro y Antígono, y á dos de sus hijas (otros dicen que las habia hecho marchar con anticipacion), para que sirvan de adorno á su triunfo. Pero Alejandro, habiéndose escapado por el camino, vuelve á Judea donde se dedica á excitar nuevas turbulencias.

62. Arrepentido Aretas, rey de Arabia, de la paz tan poco ventajosa que habia hecho con Pompeyo, apenas ve á este general fuera de la Palestina, cuando empieza de nuevo á molestar la Siria.

Habiéndose internado Escauro demasiado en los desiertos de la Arabia, se encuentra en un trance apurado por la falta de provisiones y de algunas otras cosas necesarias para la guerra. Hircan y Antipater le sacan de cuidados. El primero le envia todo lo que le hace falta; y el segundo, habiendo ido á avistarse con Aretas, le persuade á que compre la paz á Escauro por trescientos talentos de plata.

Sumido Hircan en su indolencia, deja las riendas del gobierno en manos de Antipater. Sin embargo, la Judea no se halla tranquila. Alejandro, reunidos los restos del partido de su padre, se apodera de varias fortalezas, siendo las principales Alejandrion, Hircanion y Maqueron, situadas al pié de las montañas de la Arabia, y desde las cuales hace frecuentes correrías por la Judea. Sus progresos sacan á su tio del entorpecimiento en que yace; pero no hallándose con suficientes fuerzas para reprimirle, aun cuando Alejandro no tiene mas que diez mil infantes y mil quinientos caballos, Hircan, por consejo de Antipater, implora los socorros de Gabinio, sucesor de Escauro en el gobierno de Siria.

61. Pompeyo, á la edad de cuarenta y cinco años, y en su natalicio, solemniza por espacio de dos dias consecutivos su triunfo con una pompa y gloria extraordinarias. Hace marchar delante de él los trescientos veinte y cuatro cautivos mas distinguidos, entre los cuales se encuentran Aristóbulo, rey de Judea, con su hijo Antígono; Oltaces, rey de Colcos, Tigranes, hijo de Tigranes, rey de Armenia, y cinco hijos con dos hijas de Mitridates. Lo que singulariza este triunfo es, que Pompeyo, en contra de la costumbre de los demás vencedores, no hizo morir, al entrar en la capital, á ninguno de los cautivos, sino que por el contrario les devolvió la libertad, enviándolos á su país á expensas del tesoro público, exceptuando sin embargo á Aristóbulo y Tigranes (Prideaux).

57. Batalla en las cercanías de Jerusalen entre Alejandro y Antipater asistido de Marco Antonio, lugarteniente de Gabinio. Vencido el primero con pérdida de tres mil hombres muertos en el campo, é igual número de prisioneros, se refugia en Alejandrion, donde Gabinio llega muy pronto á sitiarle. Pero, como la plaza se halle en estado de hacer una larga resistencia, convierte Gabinio el sitio en bloqueo, y se lleva una parte de sus tropas para reedificar las ciudades unidas por Pompeyo al gobierno de la Siria.

La madre de Alejandro, mujer de talento, negocia la paz con el general romano, y la obtiene entregándole las plazas que su hijo habia tomado. Con esta condicion, que ejecuta fielmente, vuelve Alejandro á la gracia de los romanos. Dueño Gabinio de la ciudad de Alejandrion, la hace arrasar; después de lo cual, llegado á Jerusalen, confirma á Hircan en el soberano sacerdocio, pero hace grandes cambios en el gobierno civil, porque de aristocrático que era, le convierte en monárquico.

Desde la vuelta de la cautividad de Babilonia, estaba la Judea gobernada por dos clases de consejos, el grande y el pequeño Sanedrin. El primero, compuesto de setenta y dos personas, tenia sus sesiones en Jerusalen, en el templo; presidia en general á todos los negocios de la nacion, interpretaba las leyes, haciendo en caso necesario reglamentos para su mejor eje-

(1) Josefo observa, sin embargo, que Pompeyo no tocó el tesoro del templo, en donde encontró dos mil talentos en plata acuñada, sin la vajilla de oro y plata, y otras cosas preciosas. Dejó todo esto para el objeto sagrado á que estaba destinado, y al dia siguiente ordenó que limpiasen y purificasen el templo, para continuar el servicio como de ordinario.

cucion, y recibia las apelaciones de los pequeños sanedrines, ó tribunales inferiores, repartidos por todas las ciudades. Gabinio, á estos tribunales que suprime, substituye otros cinco, independientes entre sí en sus respectivos distritos. El primero se establece en Jerusalen, el segundo en Jericó, el tercero en Gadara, el cuarto en Amatus, y el quinto en Seforis. Todo el país queda dividido en cinco provincias y cada una obligada á presentar sus recursos al tribunal correspondiente.

56. Entretanto Aristóbulo, escapado de la cárcel donde le tenian preso después de servir de adorno al triunfo de Pompeyo, llega á Judea con su hijo Antígono, al fin de este año. Corren á él de todas partes gran número de judíos, entre los cuales se encuentra Pitaüs, gobernador de Jerusalen, celoso partidario hasta entónces de Hircan y de los romanos. Pero como la mayor parte se encuentran sin armas, se ve obligado á despedirles, no quedándose mas que ocho mil hombres de los mas valientes. Para tener una plaza de armas, los emplea primero en reedificar el castillo de Alejandrion. No le da tiempo Gabinio para ello. Manda contra él á sus tres lugar-tenientes, Sisenna, su hijo, Marco Antonio y Servilio, quienes le atacan, le matan cinco mil hombres, y ponen el resto de su ejército en fuga. Aristóbulo logra reunir mil hombres, y se encierra en las ruínas de Maqueron. Hasta allí le persiguen los vencedores, y se defiende por espacio de diez dias, al fin de los cuales la plaza es tomada por asalto. Aristóbulo cubierto de heridas es hecho prisionero con su hijo Antígono, y ambos son enviados á Roma y encerrados en su primitiva cárcel. Á Antígono le devuelven la libertad algun tiempo después, con permiso de volver á la Judea, pero su padre permanece entre grillos.

55. Gabinio, invitado á pasar á Egipto para ayudar á Tolomeo Auletes á reconquistar su reino, es socorrido poderosamente por Hircan y Antipater, nó solo con armas y dinero, sino escribiendo á los judíos de Onion, cerca de Pelusa, llave del Egipto, para que favorezcan en todo cuanto de ellos dependa la empresa de los romanos. Antipater acudió en persona á esta expedicion que tuvo el éxito que se prometian.

Entretanto, aprovechándose Alejandro de la ausencia de Gabinio, y de la inexperiencia de Sisenna, que permanecia en Judea, habia tomado las armas, y atacando á los romanos en todas partes donde habia podido encontrarlos, alcanzó siempre ventajas, hasta ponerlos en estado de no poder sostener la campaña, y obligarles á retirarse al monte Garizim, en donde los habia sitiado. Tan desagradables nuevas atraen á Gabinio á la Judea. Antipater, el astuto político, va á encontrar á los revoltosos, y atrae una gran parte de ellos. Irritado Alejandro con esta defeccion, se decide á presentar una batalla con los treinta mil hombres que le quedan. Dase al pié del monte Tabor, y termina con la total destruccion de los judíos, que dejan diez mil hombres tendidos en el campo. De vuelta á Jerusalen, después de esta victoria, Gabinio acaba, con Antipater, de arreglar los negocios de los judíos, y da al gran sacerdote Hircan el título de etnarca. De allí marcha contra los nabatenses, los somete en poco tiempo; y á la vuelta sabe que Craso ha sido nombrado su sucesor en el gobierno de la Siria.

54. Determinado á hacer la guerra á los partos, é impulsado además por su avaricia, procura Craso amontonar dinero por todos medios, enterado por Pompeyo de que existen en el templo tesoros considerables á los cuales no habia osado tocar. Menos escrupuloso que él, entra con tropas en el templo para arrebatar sus riquezas. Era entónces tesorero del templo Eleazar. Entre las cosas preciosas que custodiaba, habia una barra de oro que pesaba trescientas minas del país, y para mejor ocultarla, dice Josefo (Antig., lib. XIV, cap. 13) que habia hecho abrir un agujero en una viga colocada encima de la entrada del santo de los santos, en donde la tenia escondida. Viendo que Craso tenia intencion de saquear el templo, trata de componerse con él proponiendo darle aquella barra, con la condicion de que dejará libre lo restante. Craso conviene en ello, y jura que si se le da no tocará nada mas. Eleazar hace en seguida sacar la barra de su escondite y la pone entre sus manos. Pero el pérfido Craso, apenas la tiene, cuando, olvidando sus juramentos, toma nó solo los dos mil talentos, sino todo cuanto precioso habia en el templo, que ascendió á ocho mil mas. No deja Dios impune tamaño sacrilegio (53). Craso perece en su expedicion contra los partos. Casio ocupa su puesto, y conduce los restos del ejército á Siria, en donde habian penetrado los vencedores. Después de haberlos arrojado de ella, marcha contra Pitolaus, quien, á favor de la derrota de los romanos, habia vuelto á levantar el partido de Aristóbulo. Le sitia en Tarichea (52) ciudad situada en la costa meridional de Genesaret, de donde se lleva treinta mil prisioneros y hace morir á Pitolaus, por consejo de Antipater. Alejandro pide y obtiene la paz.

49. Dueño de Roma á la sazon Julio César saca á Aristóbulo de la cárcel, y le envia con dos legiones á Judea, para impedir que la Siria se declare á favor de Pompeyo, su rival. Pero los amigos de este último encuentran medios de envenenarle. No tiene mejor suerte su hijo primogénito Alejandro. Metelo Escipion, que mandaba entónces en Siria, le arrestó por órden de Pompeyo, su suegro; y le hizo cortar la cabeza en Antioquía. Alejandra, viuda de Aristóbulo, se retira con Antígono, su hijo, y sus dos hijas á Ascalon. Desde allí envia á su hijo Antígono á Tolomeo, hijo de Menneo, príncipe de Calcida, que pedia á este jóven príncipe. Filipion, hijo de Tolomeo, se desposa con una de las hijas de Alejandra; pero su padre le hace morir poco tiempo después, y él mismo se casa con su nuera.

Antipater conduce tropas á César para ayudarle á conquistar el Egipto. Distínguese principalmente en el sitio de Pelusa, y en una batalla decisiva que sigue á la toma de esta plaza.

Antes de dejar á Alejandría, le nombra César procurador de la Judea, confirma á Hircan todos sus títulos de gran sacerdote y príncipe de los judíos, y devuelve á esta nacion todos sus privilegios con permiso de reedificar los muros de Jerusalen (Josefo Antig. Judai., lib. 14, cap. 15).

47. Antígono va á encontrar á César en Siria, á donde habia pasado después de su expedicion á Egipto. Expónele todos los males que en su servicio ha sufrido su familia, se lamenta de la tiranía de Hircan y de Antipater, y reclama el principado del que su padre habia sido despojado. Antipater, presente á este discurso, le refuta, y hace despedir con desprecio á Antígono como un faccioso y un rebelde. Ordena César que Hircan conserve las dignidades de gran sacerdote y príncipe de la Judea perpétuamente, para sí y su posteridad, y da á Antipater el cargo de procurador de la Judea, bajo el mando de aquel. Por su órden se graba este decreto sobre bronce, en griego y latin, y queda depositado en Tiro y en el capitolio de Siria. Habiendo César llegado á Judea abolió la forma de gobierno establecida por Gabinio, y volvió las cosas á su antiguo estado. Hircan le pide permiso para reedificar las murallas de Jerusalen, y le obtiene.

45. Antipater, nombrado procurador de Judea, bajo el dominio de Hircan, hace trabajar en el restablecimiento de las murallas de Jerusalen. El gobierno de esta capital se da á Fasael, su hijo mayor, y el de la Galilea á Herodes, su segundo hijo, de edad entónces de veinte y cinco años (Prideaux).

Herodes da principio á su gobierno haciendo prender á Ezequías, jefe de una banda de ladrones, y le hace decapitar, sin mas forma de proceso. Esta accion que merece los elogios de Sexto César, nuevo gobernador de Siria, disgusta á los judíos, que le acusan ante Hircan, de atentar á su autoridad. Citado Herodes ante el Sanedrin para responder á este y otros cargos, se presenta con una escolta capaz de defenderle en caso de ataque, y con cartas de recomendacion del gobernador de Siria. Todo en él, hasta su vestido de púrpura, impone á los jueces y les cierra la boca. Uno solo entre ellos, llamado Sameas, deponiendo el temor ante el deber, tiene valor para hablar. Extiéndese al principio contra la audacia y la violencia de Herodes que se atreve á presentarse con un traje muy poco á propósito para un acusado, y á mano armada, ante un tribunal soberano, para desafiarle é imponer silencio á las leyes; volviéndose luego contra el pontífice y hasta contra el mismo Sanedrin, les predice que aquel á quien temen, llegará dia que no les temerá, y servirá de instrumento á la venganza divina para castigarlos. Movidos por este discurso, la mayor parte de los jueces se disponen á pronunciarse contra el acusado. Pero Hircan, por inclinacion á él, y por temor á Sexto César, proroga el fallo hasta el dia siguiente. Herodes le corta con la fuga, y se retira á Damasco. Después de detenerse allí algun tiempo, obtiene de Sexto César, por sus manejos y regalos, el gobierno de la Celosiria; entónces levanta tropas, y entra en la Judea, resuelto á vengarse de la afrenta que Hircan y el Sanedrin, le habian hecho citándole ante su tribunal; pero Antipater y Fasael le disuaden de su intento.

44. Julio César, dictador perpétuo, por decreto del senado del año anterior, recibe en Roma una embajada de Hircan. Obtiene para los judíos diferentes favores, que desvanecen la muerte trágica de su bienhechor, acaecida en 15 de marzo de este año. Poco tiempo antes Sexto César habia perecido de un modo análogo por la traicion de Basso que se habia apoderado del gobierno de la Siria. Casio, uno de los asesinos de César, llega á esta provincia y sitia á Basso, en Apamea; pero no pudiendo vencerle en esta ciudad, le atrae á su partido, y se hace dueño de la Siria sin derramamiento de sangre.

Necesitando Casio dinero para mantener sus tropas impone á la Judea el pago de setecientos talentos. Antipater y sus dos hijos Fasael y Herodes, se apresuran á servirle en la recaudacion de este impuesto y merecen por ello su favor. Malico, ministro de Hircan, y rival de Antipater, no habiéndose conducido con igual diligencia en el departamento que le correspondia, incurre en la desgracia del general romano quien quiere acabar con él. Pero Hircan le salva, pagando de su propio dinero los cien talentos que tenia encargo de recaudar.

Malico, viendo aumentarse el crédito de Antipater y de sus hijos, en un arrebato de celos hace emponzoñar al padre por el copero de Hircan, en la mesa de este príncipe, en donde él mismo se hallaba sentado. Deja Antipater al morir cuatro hijos y una hija, habidos en su mujer Cipre, á saber: Fasael, Herodes, José, Feroras, y Salomé, que fué la furia de la nacion por las turbulencias que ocasionó.

43. Para vengar la muerte de su padre, hace Herodes asesinar á Malico por oficiales romanos, cerca de Tiro, y en presencia de Hircan, que se desmaya temiendo por sí mismo.

42. Habiendo partido Casio para unirse con Bruto en el alta Asia, los partidarios de Malico, teniendo á su frente al hermano de este, toman las armas, y logran ganar para su partido á Félix, gobernador de Jerusalen por los romanos. En tanto que el hermano de Malico toma á Massada, Félix ataca á Fasael; pero es arrojado de Jerusalen por este último, y obligado á encerrarse en una fortaleza, de donde sale por capitulacion. Herodes, que durante este tiempo habia estado enfermo en Damasco, llega á Jerusalen para reunirse con su hermano. Ambos echan en cara á Hircan su cobardía, que le habia impelido á permanecer ocioso espectador en las últimas turbulencias. Reconcilíanse en seguida, contratando el matrimonio de Mariana, nieta de Hircan, con Herodes. Esta alianza no se consumó hasta pasados algunos años.

Antígono permanecia aun en compañía de Tolomeo, hijo de Menneo, príncipe de Chalcis, su cuñado. Los enemigos de Herodes le invitan á que vuelva á Judea para renovar las pretensiones de su padre.

Encuentra Antígono medio de hacer entrar en sus intereses á Marion, príncipe de Tiro, y de ganar, á fuerza de dinero, á Fabio, gobernador de Damasco. Con los socorros de estos aliados, levanta un ejército considerable y le conduce á Judea; pero saliéndole Herodes al encuentro, le derrota, y vuelve triunfante á Jerusalen. Hircan y el pueblo llegan al encuentro del vencedor ofreciéndole coronas.

41. Después de la derrota de Bruto y Casio, Antonio, trasladado á Bitinia, recibe los embajadores de diversas naciones. De este número son algunos judíos principales, que, declamando contra Fasael y Herodes, le acusan de no dejar á Hircan mas que una sombra de autoridad. Ganado Antonio, por los presentes de Herodes que se encontraba allí, despide á los acusadores sin quererlos oir. Tan mala acogida no desconcierta á los enemigos de los dos hermanos. Vuelven á encontrar á Antonio en Dafne, arrabal de Antioquía, para renovar sus acusaciones contra los dos hermanos. Esta vez Antonio los recibe en presencia de Hircan, pero no por esto dejan de perder su causa. El triunviro nombra á los dos hermanos tetrarcas (1), y reduce á prision á sus mas ardientes acusadores. Condena tambien á algunos á muerte; pero Herodes los salva intercediendo por ellos. Esta generosidad solo sirvió para crear ingratos. Van en número de mil á aguardar á Antonio en Tiro. Ordena el triunviro á los magistrados de Tiro que los castiguen. Herodes les exhorta á que se retiren. Ellos se niegan, y los tirios se les echan encima haciendo pedazos á muchos de ellos.

Pacoro, hijo del rey de los partos, se habia apoderado de la Siria después de la derrota de los romanos. Trata Antígono con este príncipe por medio de Barsafernes, su general, que acababa de sojuzgar á Sidonia y Tolemaida. Con el incentivo de mil talentos y quinientas mujeres judías, que Antígono promete á Pacoro,

(1) El nombre y clase de tetrarcas, proviene de los galatas, que, habiendo conquistado tres provincias en el Asia menor, las dividieron en cuatro principados, cuyo gobierno confirieron á doce jefes, con el título de tetrarcas, porque cada uno gobernaba en una cuarta parte de la Galacia. Este título fué adoptado por diferentes pueblos del Asia, si bien cambiando de significacion, porque segun Plinio se dió á todos los señores independientes, aunque solo poseyesen una ciudad.

este se obliga á colocarle en el trono de Judea. En tanto que se adelanta hácia ese país con un numeroso ejército, Antígono, con un cuerpo de tropas, levantadas por él, sitia á Herodes y Fasael en el palacio de Jerusalen. Después de varios combates, en que cuasi siempre llevan ventaja los dos hermanos, empieza á hablarse de composicion. Tómase por árbitro al copero mayor de Pacoro. Persuade á Hircan y á Fasael que vayan á encontrar á Barsafernes, en Siria, dejando en rehenes á Herodes doscientos caballeros y diez voluntarios: y él mismo los guia.

Barsafernes, teniendo á los dos jefes en su poder, los trata al principio con decoro; pero luego, habiendo enviado al copero á Judea para asegurar á Herodes, los hace poner entre grillos, así que cree llegada la ocasion de que Herodes sea arrestado. Sin embargo, este no cae en el lazo. Temiendo la ordinaria perfidia de los partos, se habia escapado secretamente de Jerusalen con su familia, sus criados y sus mejores efectos, retirándose primero á Idumea y refugiándose luego junto al rey de los árabes, en donde siendo mal recibido, va á buscar un asilo en Egipto, donde le acoge la reina Cleopatra. Los modernos dan el nombre de « Malch » al dicho rey de los árabes, sin reparar, ó ignorando, que « Malch, » significa rey en aquel idioma.

ANTÍGONO.

40. Antígono queda sentado por los partos sobre el trono de Judea. Siéndole entregados Hircan y Fasael, poco tiempo después hace cortar las orejas al primero para que no pueda ejercer las funciones del supremo sacerdocio, y se dispone á hacer morir al segundo. Pero Fasael se libra de su venganza, rompiéndose la cabeza contra las paredes de su prision. Los partos, habiendo cumplido todo cuanto ofrecieran á Antígono, se retiran llevándose consigo á Hircan, temerosos de que su presencia no excite nuevas turbulencias en Jerusalen.

Herodes pasa de Egipto á Roma, en tanto que Antígono tiene su familia sitiada en el castillo de Massada, en Idumea, en donde la habia dejado bajo la custodia de su hermano José. El triunviro Antonio, á quien hace el relato de sus desgracias, le acoge favorable. La ambicion de Herodes se limitaba á ver colocado en el trono de Judea á Aristóbulo, hermano de Mariana, á fin de tener, bajo el gobierno de este príncipe, el mismo cargo que Hircan habia concedido á su padre Antipater. El objeto de sus deseos se hallaba justificado en que siendo nieto de Hircan, por su madre Alejandra, y su segundo sobrino, por su abuelo Aristóbulo, padre de Alejandro, su padre tenia el mejor derecho á la corona. Antonio procura para Herodes mas de lo que desea, pues de acuerdo con su colega Augusto le hace conceder por el senado el título de rey de Judea, apesar de ser extranjero para los judíos; separándose por primera vez aquella corporacion de una de sus máximas políticas que consistia en no apartar los cetros de las familias que los poseian.

HERODES.

40. Herodes, á últimos de setiembre, es conducido al capitolio por los cónsules C. Domitius Calvio y C. Asinio Polio, seguido de otros magistrados, y marchando entre Antonio y Augusto. Después de coronado con las ceremonias acostumbradas en semejante ocasion, emprende sin tardanza su vuelta á Judea, llegando á fines del año á Tolemaida.

Durante su ausencia, que habia sido de tres ó cuatro meses, no habia Antígono cesado de estrechar el sitio de Massada (39). Ventidio, enviado por Antonio contra los partos, con título de gobernador de Siria, llega á Judea, después de haberlos vencido, á abocarse con Herodes, y hace amago de socorrer á Massada. Pero deseando solo recibir algun dinero de Antígono, logrado su objeto, se retira. No menos avaro que él Silon, su lugar-teniente que deja en la Judea, sirve alternativamente á Herodes ó Antígono, segun el dinero que recibe de uno y otro. Ayuda al primero con las tropas que le proporciona á apoderarse de la Galilea, la Samaria y la ciudad de Joppé, después de lo cual Herodes, presentándose delante de Massada, obliga á su rival á levantar el sitio sin derramar sangre. Resuelto á sitiar en seguida á Jerusalen, induce á Silon á que le acompañe en esta empresa. Pero en vez de ir de concierto con él, Silon excita por bajo cuerda motines entre los soldados, que hacen fracasar la expedicion terminada con el saqueo de Jericó.

38. Herodes hace con buen éxito la guerra á los bandidos que desolaban la Galilea. Obligados á abandonar el llano se retiran á las cavernas y á las hendiduras de ciertas rocas y montañas inaccesibles llenas de precipicios. No se podia llegar á ellas, dice Josefo, mas que por senderos estrechos y tortuosos frente los cuales se veia una gran roca escarpada, que bajaba hasta el fondo del valle, surcado en varias direcciones por impetuosos torrentes. Un lugar de tan fuerte asiento, añade, dejó al principio confuso á Herodes, que no sabia cómo llevar á cabo su empresa. En fin concibió un medio, en el cual nadie habia pensado. Hizo bajar hasta la boca de las cavernas cofres muy fuertes con soldados que sacaban á los que se habian refugiado en ellas con sus familias, y metian fuego en las de aquellos que no querian rendirse. Después de haber exterminado tan funesta raza, Herodes marcha á Samaria con tres mil infantes y seiscientos caballos, para batallar contra Antígono. Este pequeño ejército debia reforzarse con dos legiones y mil caballos que Ventidio, después de la derrota y muerte de Pacoro, acaecida en 8 de junio, le enviaba por órden de Antonio. Trata Antígono de corromper con dinero á Macheras, que mandaba estos socorros. Macheras, en contra del dictámen de Herodes, se le aproxima, para reconocer el estado de sus negocios. Pero Antígono desconfiando de él le hace rechazar á pedradas. Retírase á Emaús, y sentido de verse burlado por el príncipe se ceba en todos los judíos que se le presentan, sin distincion de amigos y enemigos. Irritado Herodes de su proceder, le amenaza con llevar sus quejas á Antonio. Macheras va á encontrarle á Samaria y logra calmarle y reconciliarse con él. Herodes le deja con su hermano José, y parte con sus tropas á reunirse con Antonio, que sitiaba á Samosata, y le ayuda á hacerse dueño de la plaza. Durante su ausencia, José, apesar de las órdenes que le habia dejado al partir de aguardar tranquilo su regreso, ataca la ciudad de Jericó. Su temeridad encuentra pronto el castigo cayendo en una emboscada donde perece con la mayor parte de sus tropas. La Galilea y la Idumea aprovechan esta ocasion para sublevarse. Herodes con dos legiones que le da Antonio hace volver prontamente esta provincia á la obediencia. No le favorece tanto la suerte delante de Jericó, que sitia para vengar la muerte de su hermano. Antígono derrota su ejército y él mismo queda herido en la accion. Pero pronto toma un desquite derrotando á Pappus, general de Antígono, en una batalla en que destroza la mayor parte de sus enemigos junto con su jefe. Engáñanse Userio y el cadernal Noris, como lo demuestra el padre Magnan, al colocar estos suce-

sos en el año precedente (Magnan, « de anno nativ. Christi). »

37. Abre Herodes la siguiente campaña con el sitio de Jerusalen. Durante las primeras operaciones de esta importante empresa, se traslada á Samaria, donde consuma su matrimonio con Mariana. Las gracias, el talento y la virtud de esta princesa no fueron los únicos motivos que le indujeron á tomarla por esposa. Su principal objeto era captarse la voluntad de los judíos aliándose con la sangre de los asmoneos que les era tan querida. Á su regreso delante de Jerusalen, Sosio, gobernador de Siria, le conduce por órden de Antonio sus mejores tropas. Estrechan de concierto el sitio con el mayor vigor. Los sitiados, cuya guarnicion se habia formado de gentes llegadas de todos los puntos de la Judea, se defienden con mas bravura que arte. Tomada la ciudad baja, después de cincuenta y cinco dias de sitio, se ven obligados á refugiarse en la parte alta, y en el templo, en donde padecen bastante á causa del hambre, por ser aquel año sabático. En fin, el sexto mes después de principiado el sitio, el 9 del tercer mes del año judaico, empezando en Nisan, manda Herodes dar un asalto general, que obliga á la ciudad á rendirse, el mismo dia, dice Josefo, en que veinte y siete años antes la habia tomado Pompeyo.

Antígono desciende de la torre en donde se hallaba, y va á arrojarse á los piés del general romano. Indignado este de tanta bajeza, recibe con ironía su sumision, y le envia cargado de cadenas á Antonio que á la sazon se hallaba en Antioquía. Los soldados romanos quieren saquear el templo; mas Herodes se opone á tal profanacion, rescatando el saqueo con sus propios fondos. Pero no puede salvar la ciudad, que el soldado romano llena de sangre y carnicería. Para consolidar su reposo y tranquilidad, él á lo menos así lo cree, no le falta mas que deshacerse de Antígono. Obtiene de Antonio con presentes que se instruya el proceso del desgraciado príncipe. Es condenado á muerte; y dos lictores, después de azotarle con varas, le cortan la cabeza con sus segures en Antioquía: tratamiento bárbaro que los romanos no habian ejercido hasta entónces con ninguna testa coronada. Así terminó, después de ciento veinte y nueve años, la dominacion de los asmoneos. Josefo no cuenta mas que ciento veinte y seis, porque no hace empezar la soberanía de estos príncipes hasta que Judas Macabeo hubo firmado la paz que hizo con Antíoco Eupator: lo que es evidente por el consulado bajo el cual coloca la muerte de Antígono, que es el de Marco Vipsanio Agripa y Lucio Caninio Gallo, el año 37 antes de la era cristiana.

Afirmado ya Herodes sobre el trono de Judea con la toma de Jerusalen y con la muerte de Antígono, se ocupa en dos objetos. El primero llenar sus arcas exhaustas por las sumas considerables que se habia visto obligado á dar á los gobernadores y soldados romanos. El segundo extinguir los restos de la faccion de Antígono. Estos dos puntos de vista se hermanaron en la ejecucion, y el uno fué consecuencia del otro. Empezó por vengarse del gran Sanedrin, haciendo morir todos sus miembros, excepto dos, Sameas y Polion. Estos, que fuéron siempre sus mayores contrarios, se habian reconciliado con él durante el sitio de Jerusalen, exhortando de parte de Dios á los judíos á rendirse. El espíritu profético que afectaron en aquella ocasion, no era mas que una prevision que les hacia columbrar que la ciudad sucumbiria infaliblemente en atencion á las fuerzas superiores que la sitiaban. Como la mayor parte de los que Herodes condenó á muerte eran los mas ricos de Jerusalen, la confiscacion de sus bienes sirvió para satisfacer igualmente su avaricia y su encono. Permanecia en tanto Hircan entre los partos, si bien habia experimentado un gran cambio en su suerte. Habiendo subido al trono Fraates, movióse á compasion luego que conoció el orígen y el rango de su ilustre cautivo. Dió órden de quitarle las cadenas, y le permitió gozar de libertad en Babilonia. Grande fué el júbilo que esta medida causó á los judíos establecidos al otro lado del Éufrates. Era tan crecido su número, que casi igualaba al de los hombres que habia en Judea. Mirando á Hircan como al rey de su nacion, le tributaron todos los honores anexos á la dignidad real, y le señalaron una pension bastante para mantener su lustre. Su afecto y veneracion para con él aumentaron luego que tuvieron noticia de que Herodes habia conferido el soberano sacerdocio á un hombre que no merecia ninguna consideracion. Era, es verdad, de raza pontificia, pero de una familia oscura establecida en Babilonia desde la cautividad: su nombre era Ananel. Habíale escogido Herodes, y hecho venir á su país natal, nó porque reconociese en él algun mérito personal, sino porque no teniendo ninguno era el mas á propósito para no hacerle sombra. Sin embargo, lejos de felicitarse Hircan por hallarse fuera de su país en tan tristes circunstancias, solo suspiraba por volver á él. Contando con el reconocimiento de Herodes, resolvió irse á arrojar en sus brazos, apesar de las representaciones de sus amigos. El mismo Herodes deseaba ardientemente su regreso, nó porque le tuviese ningun afecto, sino porque creia que importaba á su seguridad el tenerlo en su poder. Escribió pues á Hircan en términos los mas seductores para inducirle á ir, segun decia, á repartir con él la potestad real. Al mismo tiempo envió una embajada á Fraates con grandes presentes para obtener de este príncipe el permiso para que Hircan saliese de sus estados. Concedido, parte Hircan, y es recibido por Herodes con demostraciones de la mas tierna amistad. Tan bellas apariencias duraron tanto como lo permitió el pérfido designio que ocultaban.

Quedaba aun un príncipe de la familia real, llamado Aristóbulo, hermano de Mariana, y por consiguiente cuñado de Herodes. Su madre Alejandra, mujer imperiosa y hábil, sufria con impaciencia que se hubiese preferido para el gran sacerdocio un babilonio á su hijo á quien correspondia como descendiente de Alejandro Janneo. Ligada por los vínculos de la amistad con Cleopatra, reina de Egipto, pudo tanto por su medio cerca de Antonio, que Herodes se vió obligado á deponer á Ananel, colocando en su lugar á Aristóbulo, que entónces contaba diez y siete años. Ananel era el tercer gran sacerdote depuesto, después de la cautividad; lo que en el fondo era ilegítimo, porque el pontificado, segun la ley de Moisés, era una dignidad vitalicia. Bien lo conocia Herodes, y fué esta una de las razones que primero alegó para eludir las órdenes de Antonio. El triunviro empero persistió en querer que le obedeciese, y el rey de Judea, cuya suerte se hallaba entre sus manos, vióse obligado á torcer la ley ante su voluntad. Pensó Herodes con esto haber restablecido la calma en su casa, pero se engañó. El hijo de Alejandra no tenia menos derecho á la corona, que á la tiara pontifical; era nieto, por su madre, de Hircan; y de Aristóbulo, hermano de Hircan, por Alejandro su padre. Ya que le hubo procurado Alejandra una de estas dignidades, renovó sus intrigas con Cleopatra para proporcionarle la otra. Pero la vigilancia de Herodes traspasó el espeso velo que ocultaba sus pasos. Todo fué

descubierto. En consecuencia, dióle Herodes su palacio por prision, y puso espías en torno de ella para que observasen su conducta. Indignada la princesa por un tratamiento tan indigno, trata de evadirse con su hijo, para unirse con Cleopatra, que les invitara á que fuésen á verla. Llévanse á los dos cerrados, cada uno en un ataud; pero son arrestados por el camino y enviados á Jerusalen. No atreviéndose á castigarles, aparenta Herodes que los perdona, y los pone en libertad. Pero no por esto son en su corazon menos violentos los deseos de perder á Aristóbulo. El hecho siguiente puso al colmo su furor precipitando sus efectos.

Llegada la fiesta de los Tabernáculos, una de las tres grandes solemnidades de los judíos, desempeña Aristóbulo, por la primera vez, las funciones de gran sacerdote. Las gracias naturales que le adornan, aumentadas por el esplendor de sus ornamentos pontificales, y el aire de dignidad con que llena las funciones de su ministerio, le atraen las miradas de los judíos, que, llenos de admiracion, quedan poseidos de celo y amor por el príncipe. Por todas partes, cuando se presenta en público, no se oyen mas que aclamaciones. Conoce entónces Herodes cuán indispensable le es deshacerse de un rival tan á propósito para suplantarle.

Un banquete que le dió Alejandra en Jericó, pocos dias después de la fiesta, ofrecióle ocasion de llevar á cabo el asesinato que meditada. Algunos jóvenes de su séquito, habiendo inducido á Aristóbulo á bañarse con ellos en un estanque cercano, le hacen zambullir, como por juego, y le tienen debajo el agua hasta que se ahoga. En vano afecta Herodes el mas profundo dolor por esta muerte, y manda hacer al príncipe suntuosos funerales. Nadie cree en su hipocresía. Dirígese otra vez Alejandra á Cleopatra para obtener justicia por la muerte de su hijo. La reina de Egipto se dispone á servir con tanta mas voluntad á la venganza de su amiga, cuanto cree, que, haciendo condenar á Herodes por Antonio, se aprovechará de sus despojos.

35. Citado Herodes, comparece delante del triunviro, en Laodicea, pero su artificiosa elocuencia, apoyada en ricos presentes, corrompe la equidad de su juez, y hace que el negocio se dilate. Antonio, para satisfacer en parte la avidez de Cleopatra, le dió la Celosiria en vez de la Judea. Desde aquel punto cesan todas las persecuciones, y Herodes obtiene permiso para volverse. Su tio José, gobernaba durante su ausencia. Dudoso del éxito de su causa, le habia dado, al partir, la órden de matar á su esposa Mariana, en caso de que él perdiese la vida. Los celos le habian inspirado tan cruel órden, temeroso de que muerto él pasase á los brazos de Antonio. Sabia en efecto que aquel hombre licencioso, por el simple retrato de la princesa, habia quedado vivamente prendado de sus gracias. José tuvo la flaqueza de revelar á Mariana el secreto de su comision, tan solo para probarla cuánto la amaba su esposo. Pero esta confidencia produjo un efecto contrario al que habia imaginado. Llena de horror Mariana á tal revelacion, solo vió en su esposo su verdugo, y en la familia de este, un objeto de su aversion. Salomé, hermana de Herodes, fué la primera que sufrió los efectos de tal disposicion. La reina, á quien pretendia igualar, se esmeró en rebajarla en diferentes ocasiones. Para vengarse, acusa á la reina, al regresar Herodes, de relaciones criminales con José. Interrogada la reina por su esposo, poco le cuesta justificarse. Pero á su defensa añade quejas sobre la bárbara órden que habia dado de hacerla morir. Furioso Herodes al ver descubierto su secreto, no puede persuadirse que su esposa no haya comprado tal confidencia sino á precio de su virtud. En el primer transporte de celos, va á clavarle un puñal; pero un rapto de ternura detiene su brazo. Descarga su cólera en José, á quien hace matar en seguida sin quererle escuchar, y poner en prision á Alejandra, como causa de los desórdenes de su casa.

34. Llega Cleopatra á Jerusalen de regreso de las márgenes del Éufrates á donde habia acompañado á Antonio. Aunque descontento de ella, Herodes la recibe por política, con todos los honores debidos á su dignidad. La acompaña hasta Pelusa; pero, de vuelta á Jerusalen, recibe una órden de Antonio, que ella misma habia solicitado, de marchar contra el rey de los árabes. Era la idea de Cleopatra recojer los despojos de aquel de los dos príncipes que quedase vencido. Herodes alcanza una brillante victoria sobre el enemigo. Pero, haciéndole traicion Atenion, general enviado con este intento por Cleopatra, pierde, con riesgo de caer en manos de sus enemigos, una batalla dada en Cana de Celosiria.

31. Gran terremoto en Judea, que derriba muchos edificios, bajo cuyas ruínas perece un número considerable de personas y animales. Tratan los árabes de aprovecharse del desastre para invadirla. Sáleles Heródes al encuentro, pasa el Jordan, y los derrota cerca de Filadelfia, en una batalla en la que pierden cinco mil hombres. Sitiándolos en seguida en su campo reduce un gran número de ellos por temor de perecer de sed, rindiéndose prisioneros el quinto dia; los restantes, después de haber intentado en vano abrirse paso con las armas en la mano, toman el partido de someterse y de reconocer á Herodes, como gobernador y protector de su nacion.

El éxito de la batalla de Accio cambia en tanto la faz del Oriente. Derrotado Antonio por Augusto, falto de recursos, abandona sus parciales á merced del vencedor. Herodes trata entónces de ganar á cualquier precio el favor de Augusto. Un obstáculo le quedaba. Los romanos habian tenido siempre predileccion por la raza de los asmoneos, y era favorable la ocasion para substituirle en su trono á Hircan. Á fin de apartar de ellos tal deseo, trata Heródes de perder el príncipe que le hace sombra. Para tener un pretexto, le sugiere, por medio de sus emisarios, el tratar con el rey de los árabes para su restablecimiento. Interceptadas las cartas que con tal objeto escribiera, Herodes le acusa de traicion, instrúyese el proceso, y le hace morir á la avanzada edad de ochenta años cumplidos (30). No le basta esta precaucion. Toma otra nueva haciendo encerrar á Mariana y á Alejandra, su madre, en el castillo de Alejandrion, bajo la guardia de sus dos mas fieles ministros José y Sohemo. Queriendo proveer tambien á la seguridad de su familia durante su ausencia, envia á su madre, á Salomé su hermana, y todos sus mas allegados, á la fortaleza de Massada, las recomienda á su hermano Feroras, á quien nombra regente del reino, y después marcha á encontrar á Augusto en Rodas.

30. Comparece Herodes delante del príncipe con todos los ornamentos reales, excepto la diadema, y le habla con la confianza de un hombre seguro de obtener lo que habia ido á demandar. Le recuerda lo afecto que habia sido á Antonio y los honrosos motivos en que basaba la resolucion que habia hecho de perseverar en su fidelidad, si el mismo Antonio no se hubiese perdido á sí mismo, por su conducta; y termina por ofrecer á Augusto la misma adhesion, si la juzga digna de ser acceptada, con las mismas prue-

bas de fidelidad. Admirado de su franqueza, Augusto acepta sus ofertas, le entrega la diadema, y le hace confirmar por el senado en la posesion de su reino. Hace mas, le cede el territorio de Jericó, que Antonio le habia quitado, con los jardines donde crecia el bálsamo, para darle á Cleopatra: y le añade las ciudades de Gadara, Hippon y Samaria, en el interior del país, junto con Gaza, Antedon, Joppé, y la torre de Estraton en la costa.

Pensaba Herodes que, á su regreso, Mariana compartiria con él la alegría que le causaba tan feliz resultado; con esto hubiera puesto ella el colmo á su dicha; pero se engañó. La princesa le hace la acogida de una esposa que tiene el corazon ulcerado. Lejos de felicitarle no deja oir mas que lamentos y suspiros. ¿Merecia acaso otro recibimiento? El bárbaro, al tiempo de su partida, habia renovado á Soemo la cruel órden que habia dado á José al ir en busca de Antonio, y Mariana estaba instruida de ello. Esta última injuria habia abierto de nuevo sus antiguas heridas. En vano agota él toda su ternura para atraerse su afecto, ella le recibe con desden y aversion, hasta llegar en una nueva conversacion á acusarle de destructor de su familia, en términos tan duros, y que faltó poco para que él en un exceso de furor no la matase. Sabiendo Salomé la horrible agitacion en que se encuentra, se aprovecha de ella para satisfacer su odio contra su cuñada. Hace decir al rey, por su copero, á quien habia sobornado, que Mariana habia solicitado á este oficial para emponzoñarle. Herodes hace en seguida poner en el tormento al eunuco, confidente de la reina, para sacarle la verdad. Todo lo que la tortura puede recabar de él, es que el mal humor de Mariana provenia de una confianza que Soemo le habia hecho. Herodes deduce que la traicion de Soemo, fiel hasta entónces, era el precio de los favores criminales de su esposa. Condena á muerte al ministro, y hace instruir jurídicamente el proceso de Mariana, por jueces vendidos á su voluntad. Siendo él mismo el acusador, hace recaer contra ella una sentencia de muerte. Hállase incierto sobre si la hará ó no ejecutar. Pero su hermana Salomé y Cipre su madre, irritadas por las muestras de desprecio que tantas veces les diera Mariana, no dejan en reposo á Herodes hasta que decreta su muerte. Pronúnciase por fin la palabra fatal. Marcha la reina con paso firme al suplicio. Su madre ¡cosa repugnante! la ultraja por el camino, echándola en cara su pretendida ingratitud para con su esposo. Alejandra representaba tan denigrante papel por temor de ser envuelta en la desgracia de su hija. Mariana prosigue su marcha sin contestarla, demostrando tan solo en los ademanes el dolor que le causa la extraña conducta de su madre. Llegada al lugar de la ejecucion, ve sin perder el color los preparativos y la proximidad de la muerte, y espira por fin con la misma grandeza de alma y la misma entereza con que habia vivido.

Apenas la sangre de Mariana ha apagado la ira de su esposo, cuando, recobrando su imperio el amor, la hace presa de los mas crueles remordimientos. Inútilmente prueba todos los medios posibles para disiparlos. La imágen de Mariana le persigue por todas partes, su razon se turba; y la llama como si todavía existiese. Cae en tan profunda melancolía, que abandona las riendas del gobierno. La peste que al mismo tiempo devasta la Judea acaba de abrumarle. Retírase á Samaria y cae peligrosamente enfermo. Alejandra, que le cree sin esperanzas de vida, forma el proyecto de quedarse con el gobierno. Dos fortalezas eran como las dos llaves del reino, la una que dominaba el templo, y la otra la ciudad. Tenta Alejandra la fidelidad de los gobernadores de ambas plazas, con el especioso pretexto de conservar el reino para los hijos de Herodes habidos en Mariana. Pero da con oficiales incorruptibles que dan parte al rey de las intrigas de la princesa. Recobrada la salud, ordena que la den muerte.

26. Herodes inmola á su furor una nueva víctima en la persona de su cuñado Costóbaro, gobernador de la Idumea. Malquistada con él su esposa Salomé, le habia dado cartas de divorcio, cosa hasta entónces inusitada de parte de las mujeres en Judea. No contenta con estar separada de él, trata de perderle, y se sale con su intento, acusándole de haber formado un complot contra la vida del rey. Los hijos de Bobas, partidarios de los asmoneos, y protegidos por Costóbaro, son envueltos en su ruina.

26. Libre Herodes de todos los que le hacian sombra, se crea con sus imprudencias nuevos enemigos. Para lisonjear á Augusto, establece juegos públicos en su honor, que debian celebrarse cada cinco años. En consecuencia hace levantar en Jerusalen un teatro, y un anfiteatro en sus afueras, para practicar en ellos todos los ejercicios acostumbrados por los griegos y los romanos. Escandalizados los judíos por tal empresa, no ven en su príncipe mas que un idólatra y un tirano. Algunos de entre ellos conspiran para darle de puñaladas en el teatro. Advertido del complot hace un terrible ejemplar en los culpables, que solo sirve para presentarle mas odioso. Admira el pueblo la constancia con que las víctimas mueren entre los mayores tormentos. Para evitar la general revuelta que le amenaza, hace fortificar las plazas que le parecen mas á propósito para contener á los judíos en su deber. Las principales son Samaria, la torre de Estraton, en la costa de Fenicia, Gabala, en Galilea, y Eschmanítida en Perea. Cambia el nombre de Samaria en el de Sebaste, que en griego significa Augusto, dedicándose no solo á reedificar y aumentar sus fortificaciones, sino decorándole con bellos edificios, el mas suntuoso de los cuales es un templo edificado para uso de los samaritanos.

25. La torre de Estraton, que llamó Cesarea, no era antes de él mas que una plaza de poca importancia, pero las obras que la añadió, los edificios de que la rodeó, y sobre todo el gran muelle que hizo construir á costa de inmensos gastos para poner su puerto al abrigo de las tempestades, la hicieron una de las ciudades mas considerables y mas comerciales de la Palestina. Fué después de reducida la Judea á provincia romana la ordinaria residencia de los gobernadores del país.

En tanto que Herodes se halla ocupado en tan nobles trabajos, el hambre, causada por la sequía, y la peste devastan la Judea. El monarca aprovecha esta ocasion para reconquistar el amor de sus súbditos. Hace fundir todo su oro y plata, con que fabrica moneda que remite á Egipto para comprar trigo. Tuvo tambien cuidado en proveer de vestidos á los pobres, á quienes la mortandad de los ganados privaba de la lana necesaria. Tan generoso proceder obtiene el resultado que de él se prometia, y la rabia de los judíos se cambia en admiracion. Pero volviendo de nuevo á excesos de crueldad, agria otra vez los ánimos, y continúa siendo un objeto de aversion hasta la muerte.

23. Semejante á las fieras, su corazon, inaccesible á la piedad, no lo era á las impresiones del amor. El sacerdote Simon, hijo de Boeto, tenia una hija de rara belleza, llamada Mariana. Prendado de ella, quiere Herodes tomarla por esposa; y para hacerlo

con mas decencia, nombra á su padre gran sacerdote, despojando de esta dignidad, al que de ella estaba revestido, á Jesús, hijo de Fabi.

Continúa, sin embargo, el príncipe las obras que emprendiera. Concluidas, hace edificar, tanto para su seguridad como para su recreo, á siete millas próximamente de Jerusalen, y en la cima de una montaña, un palacio en forma de fortaleza, al cual dió el nombre de Herodion. Pero aun le falta un domicilio en Jerusalen, que por la magnificencia corresponda á su gusto. Ocúpase en este objeto, y habiendo concebido el plan de un vasto y soberbio edificio, agota sus riquezas y los conocimientos de los mas célebres artistas para ejecutarlo. Entre las muchas habitaciones que componen este palacio, designa las dos principales con los nombres de Augusto la una, y de Agripa la otra. Con estas pequeñas atenciones, hacia la corte á sus bienhechores. Pero para dar una mas grande prueba de su adhesion al emperador, hace pasar á Roma para que sean educados á su vista sus dos hijos habidos en la primera Mariana, Alejandro y Aristóbulo. Habia encargado á su amigo Polion que les preparase alojamiento; pero Augusto le evitó tal cuidado alojando á los príncipes en su palacio.

Complacido por la confianza que Herodes le manifestaba, el emperador le permitió que nombrase por su sucesor á cualquiera de los dos hijos que le habia enviado. Á este favor añadió el donativo de tres distritos de la Traconita, para que los uniese á su reino. Zenodoro, á quien con justa causa los habia quitado, hace grandes é inútiles esfuerzos para recobrarlos (20). Habiendo llegado el emperador á Siria, intentó de concierto con los gadarenienses, muchas y muy graves acusaciones contra Herodes que se hallaba presente. Defendióse este, y su apología fué escuchada con un aire de prevencion tan marcada, que sus acusadores, temiendo serle entregados, se mataron desesperados la siguiente noche. La tetrarquía que Zenodoro dejaba vacante con su muerte, fué dada á Herodes. Hallábase situada entre la Traconita y la Galilea. Augusto hizo tambien á Feroras, hermano de Herodes, presente de otra tetrarquía, cuya verdadera situacion se ignora.

Muchas ciudades habian erigido templos á Augusto, como á una divinidad. Aunque judío, no teme Herodes imitar tal ejemplo para demostrar reconocimiento hácia aquel príncipe. Después de acompañarle hasta el lugar de su embarque, hace construir en honor suyo un magnífico templo de mármol blanco, cerca de Panium en las márgenes del Jordan. Escandalizados los judíos por tanta impiedad, dan á conocer su indignacion. Para apaciguarlos, les rebaja un tercio de los impuestos, con el pretexto de que puedan recobrarse del lastimoso estado á que el hambre los habia reducido. Pero lo que mas les halagó fué el proyecto de reedificar el templo de Jerusalen (19). La proposicion que de ello hizo al pueblo en las fiestas de pascua, del año décimo octavo de su reinado, encontró algunos obstáculos, por el temor de que una vez destruido el antiguo templo, no se hallaria en estado de edificar el nuevo. Pero, con la promesa que les hizo de no destruir nada hasta tener acopiados todos los materiales, dió al pueblo su consentimiento. Herodes cumple su palabra. Diez mil operarios, dirigidos por mil sacerdotes, reunen en menos de dos años la piedra y la madera necesarias para la nueva construccion (17). Entónces hace derribar el antiguo, y levantar con la mayor diligencia, el grande y magestuoso edificio, cuyo plano habia combinado con los mas hábiles arquitectos. El templo, en cuanto tenia de esencial, quedó terminado al cabo de nueve años y medio, al fin de los cuales se halló en estado de celebrarse en él el servicio divino. Pero considerándole anejo á los edificios exteriores que le rodeaban, se pasaron en su construccion cuarenta y seis años, ó por mejor decir, despues de cuarenta y seis años de trabajo no se hallaba concluido, como lo acreditan las palabras de los judíos al Salvador, segun la mas exacta traduccion: « Hace cuarenta y seis años que se trabaja en este templo ¿y vos en tres dias le reedificareis? » (Joan. II, 20.) Grande era la admiracion que causaba, sea por su bella estructura, sea por el grandor y calidad de los mármoles de que estaba formado (1). Tácito (Hist., l. v, c. 8.) la llama «obra de inmensa riqueza.» Aunque diferente del que habian construido al regresar de la cautividad de Babilonia, pasó por el mismo entre los judíos. De aquí es que Tácito, hablando de la destruccion del templo por Tito, dice que otra vez habia sido tomado por asalto por Pompeyo. Autores de nota pretenden que no fué enteramente reedificado por Herodes, y que este príncipe conservó las partes principales, que se contentó con adornar y engrandecer. Lo cierto es que en tanto que se trabajó en él, no se interrumpieron los sacrificios, ni el resto del servicio divino, porque, á medida que se construia, tenian cuidado de que hubiese siempre un paraje á propósito, en el antiguo ó en el nuevo, en donde se hiciesen aquellas ceremonias.

16. Viaje de Herodes á Roma, para hacer la corte al emperador y para llevarse á sus hijos, que habian sido educados en los ejercicios y ciencias convenientes á su edad y á su condicion. Por el camino, se detiene en Grecia, y preside los juegos de la ciento noventa y una olimpíada. Á su regreso, casa á Alejandro con Glafira, hija de Arquelao, rey de Capadoccia, y á Aristóbulo con Berenice, hija de Salomé. Uno y otro cautivan el afecto de la nacion por las cualidades apreciables que habian adquirido en una corte igualmente sabia que política. Embelesábanse los judíos viendo á estos dos preciosos vástagos de sus antiguos reyes, y elevaban al cielo sus votos por su felicidad.

15. Agripa, yerno de Augusto, llega á Judea. Herodes, después de hacerle visitar las ciudades de Sebaste, Alejandrion y Cesarea, que acababa de edificar, le conduce á Jerusalen. Los habitantes de esta capital se presentan á Agripa, magníficamente vestidos. Ofrece una hecatomba en el templo, y abandona el Asia, plenamente satisfecho de los judíos.

14. Por la primavera, Herodes, va á encontrar impensadamente á Agripa en las orillas del Bósforo, con un considerable refuerzo de hombres y provisiones, causándole una agradable sorpresa.

Durante su ausencia, los dos príncipes, sus hijos, excitados por los emisarios de Feroras y de Salomé, se habian expresado muchas veces con imprudencia, sobre el trato indigno y cruel que habia dado á su madre y sobre la maldad de los ministros de su furor. Estos discursos, le son referidos á su vuelta, ponderándolos de modo que le hagan temer siniestros designios contra su persona. Para humillar á los príncipes y reducirlos al silencio, hace venir á la corte á Antipater, su hermano mayor, que tenia alejado en una especie de destierro. Era el fruto de su comercio, cuando no era mas que un particular, con una mujer del pueblo, llamada Doris, segun Josefo, y Dorotea, segun el autor del libro cuarto de los Macabeos. Afecta dar á este príncipe una marcada preferencia sobre sus hermanos, insinuando que debe sucederle. Mas irritados que abatidos por este proceder los hijos de

(1) Véase mas adelante en Josefo la descripcion que hace del templo, tal como le habia visto antes de su destruccion.

Mariana, redoblan sus quejas contra Antipater y contra su padre.

13. Esto sirve para perderlos enteramente en el ánimo de Herodes cuya ternura se reconcentra en el hijo, objeto de tanto odio.

12. Agripa se hallaba por entónces en Siria. Herodes envia á él á Antipater, y obtiene que le permita acompañarle á Roma, para darse á conocer á Augusto y á los principales de la corte.

No impidió la distancia á que se encontraba el hijo de Herodes y de Doris, el que trabajase en la pérdida de sus hermanos. Fiel á su resentimiento, alienta por medio de cartas dirigidas á su padre, y por los emisarios que habia dejado en torno de él, los recelos que al monarca le inspiran los hijos de Mariana. En fin sus enemigos logran persuadir á Herodes, que, olvidando las leyes de la naturaleza, sus hijos llegaban al extremo de quererle envenenar. Esta injusta y funesta prevencion, atormentándole de contínuo, le hace tomar el partido de conducirlos á Roma, para acusarlos delante de Augusto. Como este príncipe se hallaba por aquel entónces en Aquilea, allí es donde Herodes los hace comparecer y entabla su acusacion. Pero ellos se defienden con tanta entereza que el emperador juzgándolos inocentes pone todo su cuidado en reconciliar al padre con los hijos, y cree haberlo conseguido. Se engaña, sin embargo, porque solo consigue una reconciliacion aparente. Vuelto Herodes á Jerusalen con el permiso de ceder la corona á cualquiera de sus tres hijos, reune al pueblo, en consecuencia, y designa por su inmediato sucesor á Antipater, y después de él á los otros dos hijos. No se necesitaba tanto para encender de nuevo la discordia entre los tres hermanos.

Por este tiempo fué cuando Herodes, viendo su tesoro exhausto, por sus muchas prodigalidades, hizo abrir de noche los sepulcros de David y Salomon esperando sacar de ellos con que rellenar sus arcas. No encontró el numerario que esperaba, pero sí una gran cantidad de vasos preciosos trabajados con mucho arte, y que hizo sacar. Queriendo en seguida expiar esta profanacion á los ojos del pueblo, que murmuraba altamente de ello, hizo elevar sobre aquel sepulcro un monumento de mármol blanco; obra que sirvió mas para perpetuar la memoria de su crímen que la de su arrepentimiento.

Las disensiones que se renovaron poco tiempo después en su familia, miráronse como el castigo de este sacrilegio. Por un lado la conducta de su hermano Feroras, enamorado de una esclava jóven, hasta el punto de renunciar á una de sus hijas, que le ofrecia en matrimonio; por otro le desgarraban el corazon los chismes de Antipater y Salomé, contra los hijos de Mariana, Alejandro y Aristóbulo, sin dejarle en reposo un solo instante. Los dos príncipes llegaron, sin embargo, á desengañarle sobre este punto. Pero, apenas conjurada la tempestad por este lado, Salomé levanta de nuevo otra con sus imputaciones. Tenia Herodes tres oficiales á quienes apreciaba singularmente. Habiéndoles hecho Alejandro algunos presentes, los emisarios de Salomé los acusan ante el rey de haberse dejado corromper para destronarle y colocar en su lugar á su hija.

El suspicaz monarca los hace en seguida arrestar. Los ponen en el tormento, y, á fuerza de torturas, les arrancan la confesion de su pretendido crímen. Van mas adelante, y acusan de complicidad á la córte y al ejército. Herodes fuera de sí, mira á los que le rodean como otros tantos enemigos y traidores. Cuanto mas cerca está uno de su persona, mas le contempla con recelos. No contento de poner preso á Alejandro le asocia un gran número de personas designadas por sus sospechas ó por los delatores. Toda la corte resuena con los clamores de los desgraciados á quienes atormentan, ó con los lamentos de los que por su suerte se interesan. Alejandro, lleno de desesperacion, trata de desesperar á su padre. No contento con declararse culpable de la conspiracion que le atribuyen, complica en ella á Feroras y á Salomé. A tan tristes nuevas Arquelao, rey de Capadocia y suegro de Alejandro, pasa á Jerusalen. Habiéndolo examinado todo con detencion, desengaña á Herodes con la sabiduría de sus discursos, y restablece la calma en su casa.

9. Edicto del emperador Augusto, dando órden á los gobernadores del imperio romano para hacer el padron de todas las personas comprendidas en su provincia (Luc. II, 1, 2). Este alistamiento que fué el primero, se hizo, segun san Lúcas, bajo el gobierno de Quirinio, presidente y gobernador de Siria (Evangelio II, 2). Pero en la época de que se trata gobernaba la Siria Quintilio Varo, y nó Quirinio, que segun Tácito, (Hist. l. v), no fué enviado de Roma hasta pasados diez años, para reemplazar á Varo. Por lo demás es muy sorprendente, segun observa Tillemont, que los historiadores profanos no hayan siquiera mentado este padron que forma un acontecimiento tanto mas notable cuanto es el único en el imperio romano. Pero, debemos advertir, que únicamente Dion ha escrito una historia seguida del reinado de Augusto, y que se han perdido los diez años de esta historia en donde debia mencionarse el tal alistamiento; esto es, desde el año 748 de Roma, hasta el 758. Preciso es, sin embargo, que fuese una cosa célebre, pues que san Justino y Tertuliano remiten á los paganos y herejes á los registros públicos que aun se conservaban. Pero ¿porqué se dice que este alistamiento se hizo bajo la presidencia de Varo, y nó bajo la de Quirinio? Porque no terminó hasta el gobierno del segundo, por cuanto, estando entónces la Judea bajo la dependencia de Herodes, de la que pasó á la de Arquelao, procedióse con mucha lentitud al empadronamiento bajo estos reinados, en atencion á que no producian para el imperio ninguna útilidad real, mirándose solo como negocio de pura curiosidad. Pero, luego que Arquelao fué depuesto del reino, y sus estados reducidos á provincia romana, entónces se activó el alistamiento para conocer á punto fijo el número de contribuyentes.

Pasó Herodes á Roma para informar al emperador de su reconciliacion con su hijo, contra el cual le habia prevenido. Durante su ausencia, se levantan los habitantes de la Traconita, volviendo á ejercer sus rapiñas en las tierras de los judíos. Pero no quedan impunes. Saliendo en su persecucion los generales de Herodes, obligan á los jefes á refugiarse en Arabia, en donde los acoje Silleo, ministro del rey Obodas. Persigue Herodes á los bandidos, destruye la fortaleza en donde se habian refugiado, y mató un gran número de ellos.

7. A su regreso, Herodes, reclama á los fugitivos, junto con una suma considerable de dinero que habia prestado á Silleo. Negadas ambas cosas, y después de obtenido permiso de Saturnino y Volumnio, gobernadores de la Siria, entra á mano armada en Arabia. Los bandidos son arrojados de su retiro. Así terminó la expedicion, después de la cual, de vuelta Herodes á Judea con tres mil hombres de tropas idumeas, las envia á contener las correrías de los habitantes de la Traconita. Pero, habiendo Silleo ido á Roma, hizo entender á Augusto las cosas de distinta manera, pintándole con colores tan atroces la conducta de Herodes en la

Arabia, que le hizo concebir contra este príncipe un vivo resentimiento. Envia Herodes una embajada al emperador para justificarse. No logra audiencia ni mucho ménos hacer aceptar los presentes de que va cargada. Remite otra segunda, al frente de la cual pone al célebre Nicolás de Damasco. Este hábil embajador logra, con su elocuencia y su destreza, volver á Augusto favorable á Herodes. Pero en tanto que negocia la paz de su dueño en Roma, algunos intrigantes trabajan en renovar la pasada tormenta en el seno de su familia. Mezclan con tanto artificio sus imposturas, que Herodes se deja persuadir al cabo de que sus hijos habian convenido en hacerle morir en la caza. Habiéndose asegurado de sus personas, escribe al emperador participándole sus penas y pidiéndole permiso para formar causa á los pretendidos parricidas. En su respuesta, Augusto, le otorga su demanda, compadeciéndole de tener hijos tan desnaturalizados; pero, para no dejar lugar á la pasion, en negocio de tanta gravedad, ordena que la causa sea examinada, discutida y juzgada, en Berita, domicilio de los romanos, en un consistorio público, en presencia de los gobernadores de Siria, del rey de Capadocia, y de un gran número de personas distinguidas por su mérito ó rango. Herodes se conforma con las órdenes del emperador, excepto que no llama al rey de Capadocia; la circunstancia de ser suegro de Alejandro le hacia muy sospechoso. Habla ante sus jueces, contra sus hijos, sin dejarles libertad de defenderse, y obtiene por pluralidad de votos, una sentencia que los condena á muerte. Habiéndolos conducido Herodes á Cesarea, hace apedrear por el pueblo á todos aquellos de sus oficiales que se le habian designado como cómplices de sus hijos. De allí envia á los dos príncipes á Sebaste, la antigua Samaria, donde son estrangulados por órden suya. Con este motivo fué cuando dijo Augusto que valia mas ser el cerdo de Herodes que su hijo. Sus cuerpos fueron despues depositados en Alejandrion, en la tumba de los asmoneos sus antepasados. El primero, cuya esposa Glafira, después de su muerte, fué devuelta con su dote al rey su padre, dejó dos hijos, Tigranes y Alejandro, que fueron sucesivamente reyes de Armenia. Tres hijos y dos hijas sobrevivieron al segundo, con su madre Berenice, hija de Salomé, que casó en segundas nupcias con el tio materno de su cuñado Antipater. Los hijos son, Herodes III, llamado Agripa, que veremos ocupando el trono en Judea; Aristóbulo, esposo de Jotapa, hija de Sampsigoran, rey de los emecenienses, y Herodes, rey de Chalcis. Las hijas son, Herodías, mujer de Filipo Herodes, su tio, á quien fué arrebatada por Herodes Antipas, rey de Judea, hermano del mismo Filipo; y Mariana, esposa de Antipater, su tio, hijo mayor de Herodes.

Libre ya de los hijos de Mariana, y no viendo mas rival que á su padre para ocupar el trono resuelve Antipater abrirse paso de todos modos, para llegar á él. Conspira con su tio Feroras para envenenar á Herodes. Feroras estaba malquistado con el rey, su hermano, hacia algun tiempo, á causa de haberse negado á tomar por esposa una de las hijas de Mariana que le ofreciera en matrimonio.

Tio y sobrino se separaron, después de haber urdido la trama de tan abominable complot. Para no ser testigos ni uno ni otro de su ejecucion, Feroras se retira á su tetrarquía, y Antipater parte para Roma, á donde por medio de sus amigos se habia hecho llamar por Augusto. Al marcharse lleva consigo el testamento de su padre, en que le declara su sucesor, y en su defecto á Herodes, otro hijo que habia tenido en Mariana, hija del gran sacerdote Simon. Algun tiempo después, ataca á Feroras una grave enfermedad, durante la cual es constantemente visitado por el rey su hermano. Sucumbe por fin, y muere, dejando hijos, cuya suerte es desconocida, ó á lo ménos muy incierta. Léese en Josefo que el emperador Augusto hizo casar á Rojana y Salomé, hijas de Herodes, con los hijos de Feroras, dando á cada una doscientas circuenta mil piezas de plata acuñada (Josefo. Antig XVII, 13).

El cuerpo de Feroras es trasladado á Jerusalen, en donde el rey le manda celebrar magníficos funerales.

6. Hace Herodes prestar juramento de fidelidad al emperador Augusto por los judíos que se reconocian entónces sujetos al imperio. El 25 de marzo de este año, anterior en seis á la era vulgar, fué cuando el ángel Gabriel bajó del cielo á Nazaret en Galilea, enviando á María, vírgen de la casa de David, casada hacia poco tiempo con José, de la misma descendencia, aunque simple trabajador en madera, ó carpintero segun opinion comun, para anunciarla que concebiria, por obra del Espíritu Santo, al Verbo, hijo de Dios, revestido de nuestra carne. Nueve meses después, María se traslada con José á Belen para hacerse ambos inscribir en el padron general de los súbditos del imperio, ordenado tres años antes, pero que no habia podido ejecutarse en la Judea antes de prestar juramento de fidelidad al emperador. Llenas las hospederías por el gran número de forasteros que con el mismo objeto habian acudido á Belen, no encuentra María refugio para ella y su esposo mas que en un pesebre. Llegado habia la hora de su alumbramiento, y á media noche sale al mundo el hijo de Dios, tan milagrosamente como fuera concebido. Este dia, para siempre memorable, fué, segun una constante tradicion, el 25 de diciembre.

Dos libertos de Feroras llegan á quejarse á Herodes de que su dueño ha muerto envenenado, y cuentan de este modo el suceso. El dia en que le asaltó la enfermedad habia comido en el aposento de su esposa, en donde le habian dado á beber un brevaje que su madre y su hermana habian comprado á una mujer árabe que pasaba por una gran envenenadora. Sabiendo esto, Herodes hace dar tormento á todas las mujeres que estaban al servicio de Feroras. Lo que declaran es, que Antipater y Feroras habian formado el proyecto de emponzoñar á Herodes. Citada delante de este príncipe la viuda de Feroras, promete decir verdad, pero escapándose, llena de desesperacion, se arroja de lo alto de una galería; el golpe no es mortal, porque cae de piés. Vuelta en sí, declara que Antífilo habia traido de Egipto un veneno preparado por su hermano el médico que permanecia en aquel país. Complicada tambien en la primera acusacion Doris, madre de Antipater, la arroja Herodes de su palacio después de despojarla de todo. Al mismo tiempo llega de Roma Batillo, liberto de Antipater, y puesto en el tormento, confiesa que trae un veneno para ponerle en manos de la madre de Antipater, y en las de Feroras, á fin de que si el primero, destinado á Herodes, no ha producido su efecto, recurran al segundo. Ignorando Antipater lo que pasa en Judea llega á este país de regreso de Roma, y habiéndose prosternado delante de su padre para abrazarle, este le rechaza y le hace arrestar por su órden; y, convencido ante Quintilio Varo, gobernador de Siria, de haber querido atentar con veneno á los dias de su padre, es condenado á muerte. Su sentencia, confirmada por Augusto, fué ejecutada sin dilacion. No podia Herodes precipitarla mas para satisfacer su rabia, porque él mismo muere cinco dias después.

NOTICIA DE ALGUNOS REYES CUYA HISTORIA ACLARA LA DEL PUEBLO HEBREO.

REYES DE ELIMAIDA.

ELIMAIDA ó Elímatida, era una provincia persa, situada entre los rios Euleo y Oroate, que se extendia desde los confines de la Media hasta el golfo Pérsico. No se debe confundir la Elimaida de que hablámos ahora, que fué capital de un reino de este nombre, con otra Elimaida, situada en la Pérsida. Es de presumir que esta provincia, que se hallaba dividida en tres grandes distritos, no se constituyó en reino, hasta después de la destruccion de la monarquía de los persas, en la cual fueron gobernados por sus príncipes, sin haber sufrido jamás ningun yugo extraño.

192 (antes de C.). La Historia hace á menudo mencion de los reyes de Elimaida sin designar empero ninguno. Todo lo que de ellos sabemos es que socorrieron á Antíoco el Grande en sus guerras contra los romanos, que destrozaron á este príncipe y á su ejército, para vengar la sacrílega empresa que habia intentado, de saquear el magnífico templo consagrado á Diana en Elimaida (187), y que Antíoco Epífanes hubiera experimentado la misma suerte, sino se hubiese refugiado en Media (164). Los elimeos, bajo el gobierno de su rey, se empeñaron en una guerra contra los babilonios y los susianos, con cuya ocasion recibieron un refuerzo de treinta mil arqueros, enviados por los coseenses que probablemente se hallaban entónces sujetos á los reyes de Elimaida. En tiempo de Pompeyo los elimaitas se hallaban aun gobernados por sus propios reyes, de los cuales ignoramos los nombres y los hechos.

REYES DE CHARACENA.

La Characena era la parte mas meridional de la Susiana, provincia de Persia. Llamada así de su capital Charax. Esta ciudad fué al principio llamada Alejandría, del nombre de su fundador Alejandro el Grande, luego Antioquía, de Antíoco V (Eupator), rey de Siria, quien la reparó y embelleció, y por último Characena ó «Charax Spasinæ ó Pasinæ,» es decir, el muelle de Spasine, rey árabe que la sustrajo de los desbordamientos del Tigris por medio de un muelle muy elevado de tres millas de longitud, y que en algun modo servia al país de baluarte.

PASINE ó HISPASINE, era hijo de Sogdonaco, rey de los árabes cercanos á Siria. Invadió el reducido distrito de Characena durante las turbulencias de la familia de los seleucidas, y le erigió en reino que gobernó por mucho tiempo, terminando sus dias á la edad de ochenta y cinco años.

TERENO, reinó en la Characena, y murió á la edad de noventa y dos años.

ARTABACES, séptimo rey de Characena, después de arrojado del trono por sus súbditos, fué repuesto en él por los partos.

REYES DE COMAGENA.

La Comagena formaba parte de la Siria, y en tiempo de Antíoco el Grande pertenecia á los sirios. Este príncipe la conservó en el tratado de paz que hizo con los romanos después de la batalla de Magnesia. Es de suponer que alguno de los seleucidas se apoderó de esta provincia durante las turbulencias de esta familia, formándose un reino aparte. En efecto, la historia no habla de los reyes de Comagena hasta el tiempo de Pompeyo, cuando la Siria se hallaba ya sujeta y reducida á provincia romana. Samosata era la capital de la Comagena.

66. ANTÍOCO I, fué el primer rey de la Comagena después de la derrota de Tigranes. Pero, habiendo perdido una batalla, Antíoco se sometió al vencedor que le volvió el reino (64) añadiéndole además una parte de la Mesopotamia (49). En la guerra civil entre César y Pompeyo, el rey de Comagena envió al segundo un refuerzo de doscientos caballos, en las llanuras de Farsalia (48). Después creyó que debia tomar partido en favor de Pacoro, rey de los partos, y con este motivo fué sitiado por Ventidio en la ciudad de Samosata (39); y compró la paz á Antonio, mediante trescientos talentos. Créese que Antíoco fué padre de los reyes siguientes.

MITRIDATES I, sucedió á Antíoco, y proporcionó tropas á Marco Antonio, cuando la batalla de Actium (31). Ambicioso de su corona su hermano Antíoco, tendióle lazos, se arrojó sobre él é hizo asesinar en la misma Roma á un embajador que Mitridates habia enviado para quejarse de él, y se apoderó del trono.

ANTÍOCO II, cuando apenas habia tomado posesion del fruto de su crímen, fué citado á Roma por órden de Augusto (29). Habiéndole el emperador encontrado culpable del asesinato del embajador, le condenó á muerte; pero Mitridates no fué restablecido en el trono, porque dos años antes se habia declarado por Antonio.

MITRIDATES II, sucesor de Antíoco, no era ni su hermano ni su pariente. Era hijo de otro Mitridates que habia prestado grandes servicios á los romanos durante sus guerras con Antonio y Cleopatra, y que habia sido muerto por el rey de Comagena. El emperador creyó deber recompensar en su hijo su celo por la república, y le dió la corona de Comagena, aun cuando se hallaba casi en la infancia (20). Esta minoridad causó en el reino grandes turbulencias, que no se apaciguaron con la muerte del hijo de Antíoco II, acaecida este año (17); entónces, no queriendo el pueblo obedecer á un príncipe extranjero, y pidiendo los nobles un magistrado romano, pasó Germánico, por órden del emperador, á oriente, redujo la Comagena á provincia romana, y estableció por su prefecto á Q. Servæus.

37 (después de J. C.). ANTÍOCO IV, subió sobre el trono de Comagena, luego de muerto el emperador Tiberio, por el favor de Calígula, que añadió á este reino la costa marítima de Cilicia que habia obedecido á su padre Antíoco III. El nuevo rey destrozó á los cilicienses que no querian reconocerle, hizo prisionero á su jefe, y le condenó á muerte junto con los principales conjurados (52).

Epífano, hijo mayor de Antíoco, para poderse desposar con Drusilla, hija de Agripa, rey de Judea, que contaba entónces sobre unos seis años, prometió hacerse judío, y bajo esta condicion obtuvo cuanto deseaba (54). Ligado de este modo con Agripa, el rey Antíoco se unió con él para proveer de tropas al emperador Neron contra los partos. Reconocido Neron á los buenos oficios del rey de Comagena, aumentó sus estados con una parte de la Armenia, que confinaba con su reino (60). Antíoco prosiguió afecto á los romanos hasta después de la muerte de Neron y de Galba (69). Habiendo entónces las legiones de oriente conferido el imperio á Vespasiano, el rey de Comagena, el mas rico de todos los príncipes tributarios de la república, envió el año siguiente socorros á este, contra Vitelio (70). Auxilió á Tito, hijo de Vespasiano en el sitio de Jerusalen, en el que se distinguió por su valor; pero habiéndose hecho en breve tiempo sospechoso de mantener inteligencia con los partos,

fué preso por Cesenio, y enviado cargado de cadenas á Vespasiano, quien le desterró á Lacedemonia (72); pero algun tiempo despues le permitió vivir en Roma como simple particular. Antíoco estaba casado con Jotape, en la que habia tenido á Antíoco, por sobrenombre Epífanes. Este habia servido con distincion bajo el mando de Oton, contra Vitelio, y bajo el imperio de Vespasiano, acompañando á su padre durante el sitio de Jerusalen. Antíoco IV tuvo, además, un hijo llamado Callinico, y una hija llamada Jotape, que casó con Alejandro, hijo de Tigranes, rey de Armenia, viznieto de Herodes el Grande, y que fué rey de Lesis, en Cilicia, ó de Sebaste.

No queriendo Vespasiano que ninguno de los hijos de Antíoco ocupase el trono de Comagena, redujo para siempre este reino en provincia romana, que andando el tiempo pasó á formar parte de la de Eufratesia.

REYES DE CALCIDENA.

La Calcidena era una de las mas fértiles provincias de la Siria. Llamósela Calcidena, de Calcis, capital de la provincia, situada al pié del monte Líbano.

Tolomeo, hijo de Menneo, se apoderó de la Calcidena durante las turbulencias de la Siria, bajo los reinados de Antíoco Gripus, y de Antíoco el Ciziceniense, y formó un reino, en tanto que los árabes, los judíos y otros muchos tiranos se apoderaban á su sabor de las provincias sirias; y Tigranes, rey de Armenia, de la alta Siria. Después de la muerte de Antíoco, Dionisio trató de hacerse dueño de Damasco y de toda la Celosiria (83); pero los habitantes que le detestaban á causa de su crueldad, prefirieron someterse á Aretas, rey de Arabia, por quien Antíoco y todo su ejército habian sido derrotados. Algunos años después, el rey de Calcidena hizo nuevos esfuerzos para apoderarse de Damasco. Alejandra, viuda de Alejandro Janneo, envió á su hijo Aristóbulo con un ejército á Damasco, contra Tolomeo que era muy incómodo vecino de esta ciudad. Ignórase el éxito de esta guerra.

Tolomeo II, hijo del anterior, sucedió á su padre, ignórase en qué año. Quiso impedir á Pompeyo que penetrase en la Siria (66); pero tuvo la desgracia de ser derrotado, hecho prisionero y condenado á muerte. Ablandado Pompeyo por un presente de mil talentos, déjale la vida y el reino. Parece que Tolomeo reinó desde entónces en paz. Recibió en sus estados á los hijos de Aristóbulo rey de los judíos (49) á quien Escipion hizo cortar la cabeza, después de lo cual, envió á su hijo Filipion á Ascalon, para que condujese á Calcis á Alejandra, hija del difunto rey Aristóbulo, á fin de casarse con ella. Filipion, enamorado de la princesa, se desposó con ella en el mismo camino. Á su llegada castiga Tolomeo su audacia con la muerte, y se casa con la viuda de su hijo. Esta fué la causa de que auxiliase con todas sus fuerzas á Antígono, segundo hermano de Aristóbulo, quien apesar de todo fué completamente deshecho por Herodes. Algunos años después (44) el rey de Calcidena proveyó de tropas á Cecilio Basso, sitiado en Apamea. No impidieron estos socorros que Basso fuese derrotado, y muerto por órden de Julio César.

39. Tolomeo murió en el mismo año en que Pacoro, hijo del rey de los partos, invadió la Siria.

Lisias ó Lisanias, hijo de Tolomeo II, fué su sucesor. Abrazó con tanto calor como su padre la causa de los asmoneos, y prometió á Barsafarne, que mandaba el ejército de los partos, y á Pacoro, hijo del rey, mil talentos y quinientas mujeres, en caso de que pusiesen á Antígono en posesion del reino de Judea, deponiendo en consecuencia á Hircan. Poco tiempo después (36) el mismo Lisias fué muerto por órden de Marco Antonio, á instigacion de Cleopatra, que queria enriquecerse con sus despojos.

Muerto Lisias, el reino de Calcidena pasó á manos de Cleopatra (30) y despues de la muerte de esta princesa, una parte quedó sometida á Herodes y á su hijo Felipe, y la otra parte, que estaba cercana á Abila, obedeció á otro Lisanias.

Josefo cita á Herodes, hermano de Agripa, como rey de Calcidena. Agripa habia obtenido este reino de Claudio, nuevo emperador romano, y le dió á su hermano que hizo desposar con su hija Berenice. Herodes murió el año cuarto del imperio de Claudio (48).

Agripa, hijo segundo de Agripa, rey de los judíos, sucedió á Herodes, su tio paterno. Cuatro años después, fué trasladado á un reino mas considerable por el mismo emperador Claudio.

Aristóbulo, último rey conocido de Calcidena, socorrió á Cesenio, prefecto de Siria por los romanos, contra Antíoco IV, rey de Comagena.

CRONOLOGÍA

DE LOS GRANDES SACERDOTES HEBREOS (*).

Ha parecido conveniente aquí consignar la sucesion de los grandes sacerdotes hebreos que tan grande influencia ejercieron en los destinos de su patria.

Nadie ignora que el sacerdocio, entre los hebreos, iba unido á la familia de Aaron en la que era hereditario, y que, para ejercer sus funciones, bastaba haber nacido en esta familia, y llegar á la edad señalada por la ley de Moisés. De ahí el afan de los aaronitas en conservar sus registros genealógicos, y en arrojar de su corporacion á los que intentaban introducirse en ella á favor de un orígen desconocido y remoto. De aquí tambien su cuidado en no tomar mujeres de otras tribus, ni mucho menos desposarse con las que hubiesen estado sujetas al yugo del cautiverio. Estas precauciones eran mucho mayores respecto al gran sacerdote, al jefe del órden sacerdotal, y de la religion. Eran tales, que, refiriéndonos á Josefo y á su tiempo, « después de dos mil años, se encontraba entre los judíos una sucesion contínua y no interrumpida de soberanos pontífices en órden de padres á hijos. » De desear era que se nos hubiese sido transmitida en su totalidad por este historiador con la duracion del pontificado de cada uno de los grandes sacerdotes. Con esto hubiera ahorrado á los sabios muchas investigaciones, penosas é infructuosas cuasi siempre. Daremos pues esta lista segun Calmet y el nuevo editor de su comentario, refundido con el de Carriere y el del abate de Vence. Pero antes convendrá, á nuestro propósito, dar á conocer, siguiendo á los mismos autores, las prerogativas inherentes á la dignidad de soberano pontífice.

El gran sacerdote, como se ha dicho, era el jefe de todo el clero hebreo, y poseía, como se sabe, la primera dignidad religiosa. Tenia el exclusivo privilegio de penetrar en el santuario, y aun esto una sola vez al año, el dia de la solemne expiacion. Era el presidente de la justicia y el árbitro en todos los grandes negocios concernientes á la religion. Debia ser

(*) Se han señalado en lo posible las épocas ciertas de la muerte de los grandes sacerdotes, las demas se han deducido por conjeturas.

puro su nacimiento, y libre su cuerpo de ciertos defectos determinados por la ley. Le estaba prohibido llevar luto por los muertos. Por una prerogativa especial habia Dios unido á su persona el oráculo de la verdad, y anunciaba los sucesos futuros, cuando se hallaba revestido con sus ornamentos pontificales. En el templo sus vestidos eran de una magnificencia digna de su rango y de la majestad de su ministerio, y sus rentas proporcionadas á su alta clase. Los levitas que recogian el diezmo de todas las tribus de Israel, daban á los sacerdotes el décimo de este diezmo, cuya mayor parte correspondia al gran sacrificador. Tantas ventajas y prerogativas le daban en el estado una dignidad en nada inferior á la del soberano. Mas de una vez se han visto reunidas en una sola mano la autoridad civil y la religion. Fineo y Helí fueron á un mismo tiempo jefes de la nacion, y soberanos sacerdotes del Señor. Durante el reinado de Joas, el gran sacerdote Joïada, gozaba de un gran poder en el estado. Eliacim, uno de sus sucesores, estaba al frente de los negocios, bajo el reinado de Manasés. Desde el regreso de la cautividad hasta la persecucion de Antioco Epífanes, los grandes sacerdotes tuvieron mucha autoridad en la nacion, y después de la muerte de aquel príncipe, habiendo recaido el pontificado en la familia de los asmoneos, estuvo cuasi siempre unido al gobierno y á la autoridad soberana. Herodes el Grande fué el que, por un rasgo de su política, quitó el sumo sacerdocio de esta familia, haciendo esta dignidad electiva y arbitraria á gusto de los príncipes.

Moisés ejerció el sumo sacerdocio en el desierto, al consagrar á Aaron y sus hijos. Pero aquí terminó su pontificado, y sus descendientes fueron tan solo ministros de los sacerdotes, como toda la posteridad de Leví que no era de la raza de Aaron.

1.° AARON, hermano de Moisés, descendiente de Caat, el segundo de los hijos de Leví, cuyo primogénito se llamaba Gerson, y el tercero Merari, fué escogido por Dios, y consagrado por mano de Moisés el primer mes del año 1644 antes de Jesucristo, para ejercer las funciones del sacerdocio entre el pueblo de Israel, él, su familia con él, y después de él su posteridad. Desempeñó este ministerio, durante todo el tiempo que Dios hizo viajar á su pueblo por el desierto. El año 40 después de la salida de Egipto, antes de Jesucristo 1605, habiendo subido, por órden del Señor, al monte Hor, murió en él, el dia primero del quinto mes, á la edad de ciento veinte y tres años. Tuvo cuatro hijos Nadab, Abiu, Eleazar é Itamar, que compartieron con él las funciones del sacerdocio. Pero habiendo los dos primeros ofrecido al Señor fuego profano, fueron heridos de muerte el año 1644 antes de Jusucristo, sin dejar sucesion. Los otros dos formaron con el tiempo dos ramas sacerdotales.

2.° ELEAZAR, el mayor de los dos hijos de Aaron, que le sobrevinieron, sucedió como Dios lo habia ordenado, á su padre, quien le envió al morir sus vestidos pontificales, con los cuales le revistió Moisés en el acto. La dignidad de gran sacerdote permaneció en la familia de Eleazar, hasta el tiempo de Helí, en que pasó á la de Itamar. La muerte de Eleazar acaeció casi al mismo tiempo que la de Josué.

3.° FINEO, hijo de Eleazar, le sucedió en la dignidad de gran sacrificador. Dios se la habia prometido á él y á su posteridad, para premiar el celo que habia manifestado cuando, siguiendo á un israelita que habia entrado en la tienda de una madianita, atravesó á ambos de un lanzazo. Encuéntrase á Fineo ejerciendo el cargo de sumo sacerdote en tiempo de la guerra de las diez tribus contra la de Benjamin, esto es, en el intervalo del gobierno de Josué y de los jueces. No puede determinarse á punto fijo la duracion de su pontificado. El mismo inconveniente se encuentra en la cronología de la mayor parte de los grandes sacerdotes y sobre todo de los primeros.

4.° ABISUÉ, segun Josefo, fué el sucesor del gran sacerdote Fineo, su padre.

5.° BOCCI, hijo de Abisué, segun el mismo autor, le sucedió en el soberano sacerdocio.

6.° OZI, ó ABIEZER, fué gran sacerdote después de su padre Abisué. Nómbranse en los Paralipómenos, y en Esdras, estos tres descendientes de Fineo, pero solo Josefo los titula grandes sacerdotes.

7.° HELÍ, descendiente de Itamar, ascendió á gran sacrificador por muerte de Ozi. El texto hebreo del primer libro de los Reyes, y la version de la Vulgata, le señalan cuarenta años de pontificado. Esta opinion es preferible á la de la version griega, segun la edicion romana, que solo le da veinte, pues de otro modo seria forzoso suponer que los seis pontífices que le precedieron habian llenado, ejerciendo su ministerio, el espacio de tres siglos. Al fin de su vida sus hijos Ofni y Fineo se encargaron de las principales funciones del sacerdocio. Pero, irritado Dios por sus indignas profanaciones, permitió que el arca fuese tomada, muertos ellos mismos, y que Helí su padre, cayendo de su asiento al saber tan tristes nuevas, muriese del golpe. No hay conformidad en señalarle sucesor.

8.° ACHITOB, hijo de Fineo y nieto de Helí, sucedió á su abuelo segun la opinion mas general.

9.° ACHIAS ó ACHIMELEC, llamado tambien algunas veces Abiatar, hijo de Achitob, obtuvo el sumo sacerdocio después de la muerte de su padre. Es el que Saúl hizo morir, junto con ochenta y cinco sacerdotes, por haber proporcionado víveres y armas á David y á los suyos.

10.° ABIATAR, hijo de Achimelec, habiéndose salvado al lado de David después de la muerte de su padre, fué reconocido gran sacerdote por aquel príncipe y las gentes de su partido. Pero Saúl transfirió la dignidad á la familia de Eleazar, confiriéndola á SADOC, que era de esta familia, sea por odio á Achimelec, ó bien porque en el país de su obediencia no hubiese otra persona de la familia de Itamar capaz de desempeñar las funciones de soberano pontífice. Ya rey de Israel, David, conservó estos dos pontífices, que ejercieron sus funciones al mismo tiempo, Sadoc en el altar de Gabaon, y Abiatar en Jerusalen en el tabernáculo elevado por David.

Abiatar cayó en desgracia á fines del reinado de David, por haberse unido al jóven Ananías consagrándole rey en perjuicio de Salomon, su hermano. Habiendo este último subido al trono, como Dios lo habia ordenado, destituyó á Abiatar, siendo reconocido Sadoc como el único gran sacerdote. Así se cumplieron dos profecías, una de las cuales predijo á Helí que su familia seria despojada del soberano sacerdocio, y la otra que habia prometido á Fineo la perpetuidad de esta dignidad en su casa.

11.° ACHIMAAS, hijo de Sadoc, le sucedió, segun el historiador Josefo. La crónica de los judíos dice que ejerció sus funciones bajo el reinado de Roboan.

12.° AZABIAS I, fué el sucesor de su padre Achimaas. La crónica de los judíos coloca su pontificado bajo el reinado de Abia; pero como el reinado de este solo duró tres años, es verosímil que Azarías continuase en el ejercicio de sus funciones bajo el de su sucesor Aza.

13.° JOACAZ, hijo de Azarías, segun la crónica, ejerció el cargo de gran sacrificador, bajo los reinados de Aza y Josafat.

14. JOIARIB, llamado JORAM, por Josefo, es tal vez el Amarías de que habla la Escritura bajo el reinado de Josafat (2 Paralip. XIX, XII): sucedió al gran sacerdote Joacaz.

15.° JOSAFAT, el mismo, segun todas las apariencias, que Josefo llama Isus, entró en las funciones de soberano sacrificador después de la muerte de Joiarib.

16.° JOIADA Ó JOANAM, á quien Josefo llama Axioram, entró en el pontificado bajo el reinado de Ocosías. Después de la muerte de este príncipe, tuvo oculto en su casa al pequeño Joas, que su mujer Jocabed habia sustraido de la matanza de los hijos de Ocosías, le colocó en el trono y tuvo gran parte en el gobierno de la nacion durante su reinado. Á su muerte, fué inhumado en el sepulcro de los reyes de Jerusalen.

17.° ZACARÍAS, á quien la crónica de los judíos llama Fadea, y Josefo Fideas, sucedió á su padre Joïada en el supremo sacerdocio. La libertad con que reprendió los desórdenes en que Joas habia caido después de la muerte de Joïada, irritó al príncipe, que le hizo dar muerte entre el templo y el altar.

840 (antes de C.). 18.° SEDECIAS llamado SOUDEAS, por Josefo, fué el sucesor de Zacarías. Ignórase si sobrevivió al rey Joas.

810. 19.° AZARIAS II, llamado AMARIAS, en el libro primero de los Paralip. (VI, 11), y en Esdras (VII, 3.) es el mismo segun Calmet y su compendiador que el gran sacerdote Joel de la crónica de los judíos, llamado Julio por Josefo. Sea como quiera, Azarías señaló su pontificado por el celo con que se opuso al rey Ozías, que queria ofrecer incienso á Dios sobre su altar.

780. 20.° JOTAN Ó JOTAM, sucesor de Azarías ó de Julio, segun Josefo, parece ser el mismo Achitob, hijo de Amarías, de quien se hace mencion en el libro de Esdras, y en el capítulo segundo del primer libro de los Paralipómenos. Ejerció el soberano pontificado bajo el reinado de Joatan.

750. 21.° URIAS, que se cree ser el mismo que MARAIOT, gozó de la dignidad de gran sacerdote bajo el reinado de Acaz.

720. 22.° NERIAS, sucesor de Urias ó Maraiot, segun Josefo, puede ser el mismo HELECIAS, padre de Eliacim, gran maestre de la casa real, bajo el reinado de Ezequías.

680. 23.° ODEAS, que Josefo pone después del pontífice Nerias, es conocido por Hosaiah en la crónica de los judíos que coloca su pontificado bajo el reinado de Manasés. Conjetúrase que es el mismo ELIACIM, hijo de Helcías, que, después de haber sido gran maestre de la casa de Ezequías, pasó á soberano pontífice bajo el reinado de Manasés, y tomó durante este, gran parte en los negocios del estado, segun se desprende de la historia de Judit. Tambien se le edentifica con Sadoc, padre de Selum ó Mosolam, segun el texto de Esdras, de Nehemías, y de los cap. 6 y 9 del primer libro de los Paralipómenos.

650. 24.° SELUM, llamado SALUM por Josefo, hijo segun Esdras y el cap. 6 del primer libro de los Paralipómenos, de SADOC, el mismo que ELIACIM, parece no diferir de MOSOLAM, continuado como hijo de Sadoc en los textos de Nehemías y del cap. 9 del primer libro de los Paralipómenos. Estaba en el ejercicio del soberano sacerdocio, bajo el reinado de Amon.

635. 25.° HELCIAS, hijo de Selum, le sucedió en el soberano pontificado. A él fué á quien el rey encargó el cuidado de reparar el templo, y el que encontró en el santuario un ejemplar de la ley que hizo presentar al príncipe.

610. 26.° AZARÍAS III, llamado tambien SARAÍAS y JOAQUIN, ascendió al soberano pontificado después de la muerte de su padre Helcías. Ejerció su ministerio bajo los reinados de Joaquin y Sedecías y fué comprendido en el número de los que fueron conducidos al cautiverio después de tomada Jerusalen.

588. 27.° JOSEDECH, hijo de Azarías, cautivo como su padre en Babilonia, le sucedió en el título de gran sacerdote. No volvió á su patria porque le sobrevino la muerte antes de cumplirse los setenta años de cautividad.

550. 28.° JESÚS Ó JOSUÉ, hijo y sucesor de Josedec, aprovéchase de la libertad dada por Ciro á su nacion, para regresar á su patria. Ejerció durante muchos años las funciones de su ministerio. Encuéntrase su nombre en Esdras (III, 2 et alibi) en Nehemías (XII, 10 et alibi). En Ageo (I, 1) y en Ageo (II, 3).

29.° JOACIM, fué el sucesor de su padre el gran sacerdote Jesús. Háblase de él en Nehemías (XII, 10) y en las antigüedades de Josefo (XI, 5). Murió el año 462 antes de Jesucristo.

30.° ELIASIB Ó JOASIB, sucedió al gran sacerdote Joacim, su padre

31.° JOIADA II, Ó JOANAN, hijo de Eliasib, entró después de él en el soberano sacerdocio. Esdras le fué á encontrar y se encerró en su habitacion para llorar con él el pecado de los israelitas, que se habian desposado con mujeres extranjeras, y concertar entre los dos el modo de reparar su falta.

32.° JONATAN Ó JUAN, como le llaman Josefo y Eusebio, ejerció el supremo pontificado después de la muerte de Joïada, su padre. Véase lo que se ha dicho de él y de Jesús su hermano, hácia el año 397 antes de Jesucristo. Jonatan murió por los años de 350 antes de Jesucristo después de 18 de pontificado

33.° JADDO Ó JEDOA, gran sacerdote después de Jonatan, su padre, es célebre en la historia de los judíos, porque tuvo el honor de recibir á Alejandro el Grande en Jerusalen. Tuvo un hermano llamado Manasés, si se ha de dar crédito á Josefo (Ant. 10, 8). Jaddo murió el año 324 antes de Jesucristo, después de 26 de pontificado.

34.° ONIAS I, sucedió á su padre Jaddo. Murió el año 300 antes de Jesucristo, después de 24 de pontificado, dejando dos hijos, Simon que le sucedió, y Eleazar.

35.° SIMON, llamado el justo, ocupó el destino de Onías I, su padre. Murió el año 292 antes de Jesucristo, dejando un hijo de corta edad, llamado Onías.

36.° ELEAZAR, hermano de Simon, tuvo el encargo de ejercer las funciones de gran sacrificador durante la minoridad de su sobrino Onías, hijo de Simon el justo. Las ejerció por espacio de mas de treinta años. Véase lo que se ha dicho de él hacia el año 277.

37.° MANASÉS, hijo de Jaddo, suplantó en el pontificado á Onías II, á quien correspondia esta dignidad, gozando de ella hasta su muerte acaecida hácia el año 233 antes de Jesucristo.

218. 38.° ONIAS II, sucedió por fin á Manasés: su pontificado fué de cerca 14 años. Se ha hecho su retrato, tomado de Josefo, hácia el año 233.

195. 39.° SIMON II, hijo de Onías II, y su sucesor, ejerció el soberano sacerdocio por espacio de 20 años. Este fué el que se opuso al rey Tolomeo Filopator que queria penetrar en el santuario.

40.° ONIAS III, de quien el Eclesiástico (cap. I) hace un brillante elogio, llegó al sacerdocio después de la muerte de su padre Simon II.

41.° JASON, hermano de Onías III, indignado de ver la dignidad de gran sacerdote en poder de su hermano, tomó la resolucion de despojarle de ella, y la

obtuvo de Antíoco Epífanes, ofreciéndole una gran suma de dinero.

42.° MENELAO, prefecto del templo y hermano de Simon, habiendo sido enviado por Jason al rey Antíoco, le ofreció mayor suma que Jason para que le confiara el supremo sacerdocio. El avaro príncipe, alhagado con la oferta, se la concede después de haber despojado á Jason. Pero el nuevo pontífice, no creyéndose en el deber de pagar la cantidad prometida, es llamado á Antioquía para dar cuenta de su conducta. Durante este tiempo pasó lo siguiente:

43.° LISÍMACO, hermano de Jason, quien le habia dejado en Jerusalen para ejercer sus funciones, durante su ausencia, abusa de su autoridad, y sacando del templo muchos vasos preciosos, los envia á Menelao. Este da algunos á Andrónico, y vende los restantes. Instruido el pueblo de tamaño sacrilegio, da muerte á Lisímaco.

Menelao, después de haber hecho matar á Onías III en Antioquía por órden de Andrónico, continuó gozando de la dignidad de soberano sacerdote, hasta el fin del reinado de Antíoco Epífanes, y principios del de Eupator; pero al segundo año del reinado de este príncipe, es arrojado en una torre llena de ceniza.

162. 44.° JUDAS MACABEO entra en el ejercicio del soberano pontificado después de la muerte de Menelao; Nicanor, general de Antíoco Eupator, le reconoce en esta dignidad (2 Macab. IV.).

162. 45.° ALCIMO, de raza pontificia, pero nó de una familia que hubiese ejercido el soberano sacerdocio, fué revestido de esta dignidad por Antíoco Eupator, al mismo tiempo que Judas Macabeo entraba en posesion de ella. Este, en tanto que vivió, impidió á su rival que ejerciese su ministerio. Pero después de la muerte de este grande hombre, acaecida el año 161 antes de Jesucristo, no encontró ya mas obstáculos para gozar de su usurpacion. Sin embargo, su pontificado fué muy corto, porque murió de parálisis tres ó cuatro años después de haberle obtenido.

Después de la muerte de Judas Macabeo la dignidad pontificia estuvo vacante cerca de nueve años.

152. 46.° JONATÁS, hermano de Judas Macabeo, se revistió los ornamentos pontificales, cerca de nueve años después de la muerte de su hermano. Murió en 143 antes de Jesucristo.

143. 47.° SIMON fué el sucesor de Jonatás, su hermano, en el gran sacerdocio, lo mismo que en el gobierno civil de la Judea. Disfrutó ambas dignidades hasta su muerte acaecida en 135 antes de Jesucristo.

135. 48.° JUAN HIRCAN, hijo de Simon, le sucedió, y murió el año 107 antes de Jesucristo.

107. 49.° ARISTÓBULO I, hijo y sucesor de Juan Hircan, unió á la de gran sacerdote la dignidad real. Murió en 105 antes de Jesucristo.

105. 50.° ALEJANDRO JANNEO, hermano de Aristóbulo, habiéndole sucedido, gobernó veinte y siete años. Viéndose próximo á morir, dejó la regencia del estado á su esposa Salomé, con facultad de conferir la dignidad de gran sacerdote á aquel de sus hijos que ella escogiera.

78. 51.° HIRCAN II, fué el escogido por su madre para desempeñar el supremo sacerdocio.

66. 52.° ARISTÓBULO II, obligó á su hermano á cederle la corona y el sacerdocio; pero al cabo de dos años se vió obligado á volverle uno y otro, luego de hecho prisionero, y conducido á Roma por Pompeyo.

40. 53.° ANTÍGONO, hijo de Aristóbulo, habiendo hecho prisionero á Hircan en la guerra que le promovió con el socorro de los partos, le inutilizó para ejercer las funciones de soberano sacerdote, haciéndole cortar las orejas. Entónces se hizo dueño de la Judea; pero tres años y algunos meses después fué decapitado por órden de Marco Antonio. El rey Herodes se apoderó de los ornamentos del gran sacerdote, que guardó en la torre Antonia, poniéndose en estado de conferir y de poner los soberanos pontífices.

35. 54.° HANANEL, de la raza de los grandes sacerdotes, fué elevado á la dignidad de sumo pontífice por Herodes el Grande, quien le depuso en seguida para colocar en su lugar á

55.° ARISTÓBULO II, sobrino de Antígono; pero, habiendo hecho perecer en seguida á Aristóbulo, restableció á Hananel.

30. 56.° JESUS, hijo de Fabi, hombre de poca valía, ascendió al supremo sacerdocio por dimision voluntaria ó forzada de Hananel. Ignórase si era de la raza de Aaron, porque después de la muerte de Aristóbulo III, no se atendió para conferir la dignidad de gran sacerdote ni al mérito personal ni al nacimiento. Los príncipes y los gobernadores de provincia disponian de ella á su albedrío, sin tomarse la pena de ver si sus escogidos eran ó nó de la familia de Aaron.

23. 57.° SIMON, hijo de Boetus, fué sustituido al gran sacerdote Jesús, por el rey Herodes, á fin de poderse casar con mas decoro con su hija Mariana. Pero, habiéndose hecho sospechoso de complicidad en la conjuracion de Antipater y de Feroras contra el príncipe, fué despojado del sacerdocio.

6. 58.° MATÍAS, hijo de Teófilo, fué colocado por Herodes en lugar del gran sacerdote Simon, á quien habia depuesto. Bajo este pontificado nació el Salvador. Herodes depuso tambien á este pontífice por haber sido uno de los que arrancaron el águila de oro, que habia hecho colocar sobre una de las puertas del templo.

4. 59.° JOAZAR fué el sucesor de Matías. Era hijo de Boetus y hermano de la reina Mariana. Arquelao, hijo y sucesor de Herodes, le depuso bajo el pretexto de que habia tomado parte en las sediciones que se levantaron contra él al principio de su reinado.

60.° ELEAZAR fué nombrado gran sacerdote por Arquelao después de la deposicion de Joazar, pero poseyó por muy poco tiempo esta dignidad. Arquelao le dió por sucesor á

61.° JESÚS, hijo de Siah: su pontificado fué tan corto como el de su predecesor. Joazar que habia sido gran sacerdote después de Matías, declarándose por los romanos, fué elevado otra vez al soberano sacerdocio; pero llegando á Judea Cirenio ó Quirinio, le obligó á abandonar por segunda vez el puesto, y le substituyó.

7 (después de J. C.). 62.° Ananus, hijo de Set. El Evangelio le llama Anás. Poseyó esta dignidad por espacio de once años, y después de haberla dejado, conservó el título, y tuvo mucha parte en los negocios, como se ve en el Evangelio, que le llama pontífice con Caifás, cuando san Juan Bautista entró en el ejército de su ministerio. Tuvo cinco hijos grandes sacerdotes, lo que no habia acaecido á ninguno de sus predecesores.

63.° ISMAEL, hijo de Fabi, fué colocado en lugar de Ananus, por Valerio Grato; pero apenas estuvo en posesion de su dignidad, cuando Grato le desposeyó para poner en su lugar á

64.° ELEAZAR, hijo del gran sacerdote Ananus: ignórase la duracion de su pontificado, y lo que hizo mientras permaneció en él.

65.° SIMON, hijo de Camit, fué gran sacerdote después de Eleazar. Apenas habia entrado en el ejercicio de sus funciones cuando Grato le sustituyó.

66.° José Caifás, yerno del pontífice Ananus. Bajo

este pontificado fué puesto en cruz nuestro Salvador. Créese que ejerció el supremo sacerdocio durante ocho ó nueve años. Fué depuesto por Vitelio, procónsul de Siria, que puso en su lugar á

67.° JONATÁS, hijo del pontífice Ananus. Este se vió obligado en seguida á ceder el puesto á

68.° TEOFILO, su hermano á quien Vitelio nombró gran sacerdote pasando por Jerusalen al ir á hacer la guerra á los árabes.

69.° SIMON CÁNTARAS, hijo del gran sacerdote Simon, hijo de Boetus, fué creado pontífice, bajo el imperio de Claudio, por Agripa, rey de Judea.

70.° MATÍAS, hijo de Ananus, sucedió por eleccion de Agripa al gran sacerdote Simon.

71.° ALIONAUS Ó ELIONEAS, hijo de Citeus. Herodes, rey de Calcida, obtuvo por este tiempo del emperador Claudio, el poder nombrar los grandes sacerdotes, privilegio que de él pasó á sus sucesores; hizo uso de él por primera vez deponiendo á Alionaus, y poniendo en su lugar á

72.° JOSÉ hijo de Camí ó de Camide.

73.° ANANÍAS, hijo de Nebedeo, fué elevado al pontificado por Herodes, después de la muerte ó deposicion de José. Como era saduceo, dióle por cólega á Jonatás de la secta de los fariseos.

74.° ISMAEL, hijo de Fabeo, fué sustituido á Jonatás por el rey Agripa.

Habiéndose unido los pontífices depuestos, pretendieron ser dueños de los décimos y de las oblaciones, destinadas á sustentar á los simples sacerdotes; estos sostuvieron sus derechos, y fueron apoyados por los judíos principales: encendióse con este motivo una especie de guerra entre los sacerdotes y sus jefes, llegando algunas veces á golpes aun en el mismo santuario. Queriendo el rey Agripa II derribar una parte del templo que impedia la vista á su palacio, halló oposicion en Ismael, que hizo un viaje á Roma para impedirlo. Pope, combleza de Neron, y favorable á los judíos, apoyó tan eficazmente al pontífice, que obtuvo lo que solicitaba; pero fué detenido en Roma, y Agripa, para vengarse, le depuso.

75.° JOSÉ, hijo de Simon, por sobrenombre CABÍ Ó GADDÍS, fué colocado en lugar de Ismael por Agripa. No permaneció mucho tiempo en el pontificado, y tuvo por sucesor á

61. 76.° ANANUS, hijo y sucesor del gran sacerdote Ananías, y, como él, de la secta de los saduceos; era hombre cruel é inhumano: creyó ganarse el efecto del pueblo haciendo morir á san Jáime, obispo de Jerusalen, pero esta accion le atrajo el ódio público, y fué depuesto á los tres meses de pontificado.

77.° JESÚS, hijo de Ananus, fué nombrado por Agripa sucesor del pontífice Ananus; pero algun tiempo después, habiendo querido sustituirle á Jesús, hijo de Gamaliel, los dos rivales, apoyado cada uno por sus partidarios, tomaron las armas, y se disputaron el pontificado espada en mano; para cortar esta sangrienta y escandalosa disputa, depusieron á los dos pretendientes.

78.° MATÍAS, hijo de Teófilo, ocupó la plaza de los dos Jesús que acababan de ser depuestos. Bajo su pontificado, estalló la guerra de los judíos contra los romanos. Los fanáticos sediciosos, que se titulaban celadores, habiéndose arrogado el derecho de disponer del pontificado, le depusieron, verosímilmente porque no correspondia á sus furiosos designios.

79.° FANAIAS Ó FANNAS, hijo de Samuel, fué substituido, por los celadores á Matías: parece que su eleccion se confió á la suerte, porque los celadores, segun Josefo, pretendian que de este modo se elegia antiguamente el gran sacerdote. Error manifiesto, con el cual confundian el modo de proveer al gran sacerdocio, con el que se habia señalado tocante al órden y disposicion de las familias sacerdotales, que debian servir cada una en su clase. Verdad es que en otro tiempo se sorteaban aquellas; pero no sucedia lo mismo con el gran sacerdote; fué testigo de la gran catástrofe que abolió el sacerdocio, con la entera ruína del templo, y que causó la dispersion de los judíos, con la toma de Jerusalen.

Consignados los principales acontecimientos de que nos hablan los libros sagrados, falta ahora que coloquemos los mas culminantes bajo un punto de vista que permita conocer toda su importancia con una sola mirada. Lo que se conseguirá por medio del siguiente

CUADRO CRONOLÓGICO

DE LA HISTORIA SAGRADA.

ÉPOCA I.—Desde la creacion hasta el fin del diluvio

P. Jul. anticipado.	Antes de J. C.			
7731	4963	Creacion de Adan.		
7860	4834	Nacimiento de Set, siendo Adan de edad de.	130	
7965	4729	Nacimiento de Enós, siendo Set de.	105	
P. Jul.	Antes de J. C.			
75	4639	Nacimiento de Cainan, siendo Enós de.	90	
145	4569	Nacimiento de Malaleel, siendo Cainan de.	70	1656
210	4504	Nacimiento de Jared, siendo Malaleel de.	65	
372	4342	Nacimiento de Enoc, siendo Jared de.	162	
437	4277	Nacimiento de Matusalen, siendo Enoc de.	65	
624	4090	Nacimiento de Lamec, siendo Matusalen de.	187	
806	3908	Nacimiento de Noé, siendo Lamec de.	182	
1306	3408	Nacimiento de Sem, siendo Noé de.	500	
1406	3308	Y llegó el diluvio, siendo Sem de.	100	

Total de las épocas anteriores al diluvio. 1656

ÉPOCA II.—Desde el fin del diluvio hasta la vocacion de Abrahan.

1408	3306	Nacimiento de Arfaxad, desde el fin del diluvio.	2	
1543	3171	Nacimiento de Salé, siendo Arfaxad de.	135	
1673	3041	Nacimiento de Heber, siendo Salé de.	130	
1807	2907	Nacimiento de Faleg, siendo Heber de.	134	
1937	2777	Nacimiento de Ragaü ó Reü, siendo Faleg de.	130	1017
2069	2645	Nacimiento de Sarug, siendo Ragaü de.	132	
2199	2515	Nacimiento de Nacor, siendo Sarug de.	130	
2278	2436	Nacimiento de Taré, siendo Nacor de.	79	
2348	2366	Nacimiento de Abrahan, siendo Taré de.	70	
2423	2291	Y Abrahan se estableció en la tierra de Canaan á la edad de.	75	

2673

ÉPOCA III.—Desde la vocacion de Abrahan, hasta la ida de Jacob á Egipto.

		Suma anterior.		2673
2448	2266	Nacimiento de Isaac, desde la vocacion de su padre.	25	215
2508	2206	Nacimiento de Jacob, siendo Isaac de.	60	
2638	2076	Y Jacob descendia á la tierra de Egipto siendo de.	130	

ÉPOCA IV.—Desde la llegada de Jacob á Egipto, hasta su salida.

P. Jul.	Antes de J. C.		
		La mayor parte de los cronólogos solo cuentan 430 años desde la entrada de Abrahan en la tierra de Canaan, hasta el Éxodo, á causa de que confunden la permanencia en la tierra de promision, con el tiempo que los hijos de Jacob moraron en Egipto, como si el tiempo en que Abrahan y su posteridad eran enteramente libres é independientes, debiese confundirse con el en que los descendientes del patriarca estaban en la servidumbre. Por lo demás, ¿no están estas regiones bastante determinadas que puedan tomarse por un país? Sin embargo en la relacion de Moisés en el Génesis, se vé claramente que Abrahan y su posteridad permanecieron en la tierra prometida doscientos quince años antes que Jacob descendiese á Egipto: de este modo, segun los modernos cronólogos, los hijos de Israel no habian morado mas que ciento quince años en este último país, tiempo, que segun la observacion de una persona inteligente no bastaba sin recurrir á un prodigio para que á su salida los hijos de Jacob fuesen en número de seiscientos mil combatientes, sin comprender las mujeres, niños y ancianos (1).	
		Sea lo que fuere, Moisés dice terminantemente (Exodo, c. XII, v. 40 y 41.): « El tiempo que permanecieron en Egipto los hijos de Israel, fué de cuatrocientos treinta años, después de los cuales y en el mismo dia todo el ejército del Señor salió del Egipto. » Por consiguiente, segun aquel texto, sin parar la atencion en la genealogía de Moisés, que indudablemente olvidaria alguno de sus antepasados, podemos decir con fundamento que la permanencia de los israelitas en Egipto fué de cuatrocientos treinta años contados desde la llegada de Jacob, hasta el de la salida exclusive. Así. (2).	430
		Total de años desde la creacion hasta la salida.	3318

(1) Segun el sistema de Wallace (autor de una disertacion sobre la poblacion en los antiguos tiempos, impresa en Amsterdam en 1769) parece que los descendientes de una sola pareja al cabo de trece períodos, esto es, de cuatrocientos treinta y tres años completos, es de 24,576 personas vivas. Así pues, segun este principio, y supuesto que el número de varones de la familia de Jacob, cuando se estableció en Egipto, era de 67, sin comprender á aquel patriarca, se sigue que, multiplicando este número por 24,576, se tendrá un total de 1.646,592, personas vivas á su salida de Egipto, suponiendo que su permanencia fuese de cuatrocientos treinta años, contando desde la llegada de Jacob. De esta cantidad de 1.646,592 debe quitarse la mitad que será el número de mujeres, y quedarán 823.296 varones, que, deduciendo la cuarta parte, número de niños y ancianos incapaces de tomar las armas, tendremos 617,472 combatientes, número que solo excede de 17,472 al que señala el texto sagrado.

(2) Ya se han insertado estas observaciones en la nota que acompaña el final de la cuarta época. Su repeticion parece corresponder aquí por la recapitulacion que se hace.

CRONOLOGÍA DE LA HISTORIA SAGRADA. Desde la salida de Egipto hasta el regreso de la cautividad de Babilonia.

P. Jul.	Antes de J. C.		Años de gobierno.
3069	1645	Moisés en el desierto durante.	40
3109	1605	Josué, durante.	25
3134	1580	Anarquía de.	18
3152	1562	PRIMERA SERVIDUMBRE, que fué de	8
3160	1554	Otoniel, gobernó.	40
3200	1514	SEGUNDA SERVIDUMBRE, de.	18
3218	1496	Ahod, gobernó.	80
3298	1416	TERCERA SERVIDUMBRE, de.	20
3318	1396	Débora y Barac, gobernaron.	40
3358	1356	CUARTA SERVIDUMBRE, de.	7
3365	1349	Gedeon, gobernó.	40
3405	1309	Abimelec, gobernó.	3
3408	1306	Tola, gobernó.	23
3431	1283	Jair, gobernó.	22
3453	1261	QUINTA SERVIDUMBRE, de.	18
3471	1243	Jefté, gobernó.	6
3477	1237	Abesan, gobernó.	7
3484	1230	Ajalon, gobernó.	10
3494	1220	Abdon, gobernó.	8
3502	1212	SEXTA SERVIDUMBRE, de.	40
3542	1172	Samson, gobernó.	20
3562	1152	Heli, gobernó.	40
3602	1112	Interregno de.	20
3622	1092	Samuel, cuyo gobierno antes de la eleccion de Saúl, fué de.	12
		Total de años desde la salida de Egipto hasta la eleccion de Saúl.	565

DESDE EL PRINCIPIO DEL REINADO DE SAÚL HASTA EL FIN DEL REINO DE JUDÁ.

P. Jul.	Antes de J. C.		Años de reinado. Años.	Ms.	Ds.
3634	1080	Saúl, primer rey, gobernó.	40	»	»
3674	1040	David (1).	39	»	»
3713	1001	Salomon.	39	»	»
3752	962	Roboam.	16	»	»
3768	946	Abiam.	2	»	»
3770	944	Asa.	49	»	»
3810	904	Josafat.	25	»	»
3835	879	Joram, reinó cuatro años con su padre, y tres solo; así.	3	»	»
3838	876	Ocosías.	1	»	»
3839	875	Atalía.	5	»	»
3844	870	Joas.	39	»	»
3883	831	Amasías.	28	»	»
3911	803	Azarías.	51	»	»
3962	752	Joatán.	15	»	»
3977	737	Acaz.	14	»	»
3991	723	Ezequías.	29	»	»
4020	694	Manasés.	54	»	»
4074	640	Amon.	1	»	»
4075	639	Josías.	31	»	»
»	»	Joacaz, durante tres meses del año trigésimo primero de su padre.	»	3	»
4106	608	Joaquin (2).	11	»	»
»	»	Jeconías, durante tres meses y diez dias del año undécimo de su padre.	»	3	10
4117	597	Sedecías (3).	10	»	»
		Total de años transcurridos desde el principio del reinado de Saúl, hasta la rendicion de Jerusalen y cautividad de Sedecías.	493	6	10
4128	586	Destruccion el templo, el décimo dia del quinto mes. (4).	1	»	»
4178	536	Regreso de la cautividad, el primer año del reinado de Ciro.	50	»	»

(1) Des-Vignoles disminuye de un año el reinado de este príncipe, así como el de todos sus sucesores, por la razon, dice, de que el último año de cada rey y el de su sucesor, no forman mas que uno, y hace empezar los años de los reinados de los reyes de Israel y de Judá por el mes de nisan.

(2) En el año tercero de Joaquin, esto es, en el año 4108 del período juliano, antes de Jesucristo 606, empiezan los setenta años de la cautividad, que terminaron el primero del reinado de Ciro en Babilonia.

(3) Fin del reino de Judá, cuya duracion es de trescientos setenta y cinco años, contados desde el primer año de Roboan, hasta la cautividad de Sedecías, ó cuatrocientos noventa y tres empezando desde el primer año de Saúl.

(4) Cuatrocientos doce años después de su fundacion, que

REYES DE ISRAEL, SEGUN DES-VIGNOLES.

P. Jul.	Antes de J. C.		Años de reinado. Años.	Ms.	Ds.
3751	963	Jeroboan I.	20	»	»
3771	943	Nadab.	1	»	»
3772	942	Baasa.	23	»	»
3795	919	Ela.	1	»	»
3796	918	Zamri.		»	7
		Homri.	11	»	»
3807	907	Acab.	19	»	»
3826	888	Ocosías.	1	»	»
3827	887	Joram.	11	»	»
3838	876	Jehu.	28	»	»
3866	848	Joacás.	16	»	»
3882	832	Joas.	15	»	»
3897	817	Jeroboan II.	41	»	»
3938	776	Interregno.	10	»	»
3948	766	Zacarías.	»	6	»
3949	765	Sellum.	»	1	»
			»	»	»
		Manahem.	11	»	»
3960	754	Pecaía.	1	»	»
3961	753	Pekah.	27	»	»
3988	726	Ooseas.	8	»	»
		Total de reinados.	241	7	7

Oseas, rey de Israel, perdió la ciudad de Samaria y fué conducido cautivo á Asiria al principiar el noveno año de su reinado, que corresponde al sexto de Ezequías, rey de Judá, esto es, al año 3996 del período juliano, antes de Jesucristo 718. Así el reino de Israel fué destruido doscientos cuarenta y cuatro años siete meses y siete dias después de su creacion, contados desde el primer año del reinado de Jeroboan I.

Se observará que Des-Vignoles coloca el principio del reino de Jeroboan en el año del período juliano 3751 antes de Jesucristo 963, un año antes del de Roboan, en el cual debia vivir tambien Salomon, fundándose en que, en los cismas políticos de los estados, es muy comun en los príncipes sublevados, y sostenidos en su empeño, contar los años de su reinado desde la época en que fueron elegidos por sus partidarios, aun cuando vivan sus rivales ó predecesores. Así pues, añade, supuesto que es indudable que Jeroboan se rebeló viviendo Salomon, después de haber sido designado por un profeta en virtud de una órden divina, coloca el primer año de su reinado antes del de Roboan.

RESÚMEN HISTÓRICO.

DE LA FORMACION DEL AÑO ENTRE LOS ANTIGUOS HEBREOS, Y DEL ESTABLECIMIENTO DEL CALENDARIO ENTRE LOS JUDÍOS MODERNOS.

Antes de su regreso de Egipto, los antiguos hebreos empezaban su año en el equinoccio de otoño. Pero, habiendo acaecido aquel grande suceso en el mes de «nisan,» para solemnizar la memoria de su libertad, hicieron empezar su año en este mes, que correspondia siempre al equinoccio de primavera; y este fué su año eclesiástico, por el cual regulaban sus ayunos, festividades, y todo lo que mira á la religion; pero, para los negocios puramente civiles, como las actas y los contratos seculares, se conservó la antigua forma que le hacia empezar por el mes de «thisri,» en el otro equinoccio. Segun esta última forma se arreglaban los jubileos, los años sabáticos, y demás fechas de los negocios civiles; de este modo empiezan aun sus años por la creacion, y los de sus eras de los contratos: las dos solas épocas de que se sirven.

La forma antigua de su año era muy grosera; no se hallaba fundada en ninguna regla ni cálculo astronómico; componíase solo de cierto número de meses lunares, cuya duracion regulaba la simple vista. En cuanto veian la luna nueva contaban un nuevo mes, que debia ser, por consiguiente, ya de veinte y nueve, ya de treinta dias, segun que aparecia la luna nueva mas ó menos tarde, porque el curso sinódico de la luna, que es el tiempo que transcurre de una luna nueva á la otra, es de veinte y nueve dias y medio, cuyo medio dia, unido á medio del mes siguiente, forma un dia, que constituye de treinta el segundo mes, de modo, que los suyos eran alternativamente de veinte y nueve ó treinta dias. Como habian observado que no habia ninguno que tuviese menos de veinte y nueve dias, no buscaban la luna nueva hasta la noche siguiente al dia 29. Si aparecia, el dia siguiente era el primero del nuevo mes. Por otra parte, su mes no pasaba jamás de treinta dias, y por consiguiente no buscaban nunca la luna nueva despues de la noche que correspondia al dia 30 si entónces no la divisaban con el curso que provenia de algunas nubes que la ocultaban, y sin aguardar mas, tomaban el dia siguiente como el primero del nuevo mes. Doce meses componian su año comun. Pero como doce meses lunares tienen once dias menos que el año solar, cada uno de estos años terminaba once dias antes de lo que le correspondia; de modo, que, retrocediendo todos los años, al cabo de treinta y tres, el primer dia del año habia recorrido todas las estaciones, llegando casi al mismo punto avanzando de un año al sol: esto es, que al recorrer treinta y tres años lunares, no habrian transcurrido mas que treinta y dos solares, como acaece entre los turcos que se sirven del año puramente lunar. Para evitar este inconveniente, que hubiera trastornado todas las estaciones, añadian los israelitas cada dos ó tres años al suyo ordinario un mes intercalar, que equilibraba, aunque algo groseramente, con el año solar, el suyo compuesto de meses lunares, impidiendo así que estos dos años llegasen á separarse en mas de un mes.

Sus festividades eran las que les obligaban á tomar tales precauciones, porque la pascua, cuyo primer dia correspondia á la mitad del mes de «nisan» exigia, á mas del cordero pascual, las gavillas como primicias de la recoleccion de la cebada, y el Pentecostes, que se celebraba cincuenta dias después del 16 de «nisan» (dia en que se ofrecia la cebada) exigia tambien, que se ofreciesen panes como primicias de la cosecha del trigo, y en fin, la fiesta de los tabernáculos, que empezaba siempre en 15 de «thisri,» se colocaba al fin de la recoleccion. Claro está que la pascua no podia celebrarse en forma, sino en la época en que los corderos estuviesen ya para comerse, y la cebada próxima á segarse; y el Pentecostes, cuando el trigo estuviese en su sazon; y la fiesta de los tabernáculos despues de la vendimia y de recogida la aceituna. Estando estas fiestas fijadas por la ley en las diferentes estaciones, era indispensable recurrir á la intercalacion, que les conducia siempre, á lo mas con la diferencia de un mes, á la misma época del año solar del que dependen las estaciones.

Hé aquí la regla que se habian formado para ello. Segun el curso ordinario, cuando el 15 «nisan,» que era el primer dia de los panes ácimos y de la pascua, debia llegar antes del equinoccio de primavera, intercalaban un mes, lo que hacia retroceder la pascua un mes entero, y del mismo modo todas las demás festividades que dependian de ella. Porque Pentecostes

---

data del año cuarto del reinado de Salomon esto es el año 3716 del período juliano, antes de Jesucristo 998.

correspondia cincuenta dias después, á contar del segundo de pascua ó del 16 «nisan,» en que se ofrecian las gavillas; y la fiesta de los tabernáculos, seis meses después, supuesto que el primer dia de pascua era el 15 de «nisan» (pues aun cuando el cordero pascual debiese degollarse entre las dos vísperas del 14, esto no era mas que la vigilia de la solemnidad), y el 15 de «thisri,» seis meses después, era tambien el primero de la fiesta de los tabernáculos.

Para tener una idea exacta de esto, es preciso observar la siguiente lista de los meses hebreos: «1.° nisan, 2.° jiar, 3.° siban, 4.° thamuz, 5.° ab, 6.° elul, 7.° thisri, 8.° marchesvan, 9.° casleu, 10°. tebeth, 11.° sabath y 12.° adar.» Estos doce meses componian su año ordinario, pero en su año extraordinario añadian uno que intercalaban después de «adar,» y que por esta razon llamaban «veadar, segundo adar,» de modo, que el año extraordinario tenia trece meses. Sentemos, pues, ahora, que el equinoccio de primavera debe acaecer, por ejemplo, sobre el 21 de marzo, lo que acontece con poca diferencia entre nosotros, y que el 15 de «nisan» (primer dia de la festividad de pascua), correspondia en el curso ordinario sobre el 20 de marzo, un dia antes del equinoccio. Cuando supieron bastante astronomía para preveer esto, intercalaron un mes después del de «adar,» y este mes era de veinte y nueve ó treinta dias, segun se encontrase en el curso ordinario de la luna: aquí le supondremos de treinta. Por medio de esta intercalacion, el primero de «nisan,» que principia el año, en lugar de corresponder al 6 de marzo, como habria acaecido en el curso ordinario, queda trasladado treinta dias después al 5 de abril, y la pascua al 19 del mismo mes. Pero el año siguiente, empezando, por la razon que se ha visto, once dias antes, el primero de «nisan» corresponderá al 25 de marzo, y el de pascua al 8 de abril; el año siguiente el primero de «nisan» será por la misma razon el 14 de marzo, y el primero de pascua el 28. El año siguiente á este último, en el curso regular de este cálculo, el primero de «nisan» corresponderá al 3 de marzo, y el primero de la pascua al 17; lo que obligaria á una nueva intercalacion de un mes, porque el 17 de marzo es anterior al equinoccio, y así sucesivamente para los demás años. De modo, que el primer dia de «nisan,» que era tambien el primero de su año, correspondia siempre entre los quince dias que preceden á los quince siguientes al equinoccio de primavera, esto es, en el espacio de treinta dias, en medio de los cuales está el equinoccio, y una vez fijado este primer dia de «nisan,» determinaba los principios de los demás, así como las fiestas y los ayunos que estaban determinados para ciertos dias de estos meses.

Pero este modo grosero de formar sus meses y años, solo estuvo en uso en tanto que se hallaron en posesion del país de Canaan, en donde los que se hallaban encargados de estos negocios, estaban en situacion de hacer saber prontamente lo que habian determinado. Su dispersion les obligó á buscar un método mas seguro y mas constante, recurriendo al cálculo astronómico y á los ciclos, para arreglar sus lunas nuevas, sus intercalaciones, sus festividades y demás, de una manera uniforme en todos los puntos por donde se hallaban dispersos.

El primer ciclo que emplearon fué de ochenta y cuatro años. Sirviéronse de él para fijar sus pascuas, y lo restante del año. Pero aquí es del caso observar, que apesar de los diversos edictos de los reyes de Persia en favor de los judíos, y que les permitian regresar á su patria, hubo un gran número que rehusaron aprovecharse de ellos y que permanecieron en Caldea, en la Siria, y en las demás provincias orientales de este reino, á donde habian sido transportados. Es tambien muy verosímil que fueron los mas considerables y los mas ricos los que tomaron este partido. Y es natural, que habiendo adquirido casas y tierras en aquel país no se hallasen muy dispuestos á abandonar buenos establecimientos, para ir á desmontar y cultivar un país que habian dejado yermo y abandonado durante muchos años; porque de las veinte y cuatro clases de los hijos de Aaron que fuéron transportados á ellas, solo cuatro regresaron, lo que hizo que, durante el tiempo del segundo templo, y mucho después, se acrecentasen de tal modo los judíos en la Caldea, Asiria y Persia, que pasasen por ser en mucho mayor número que los judíos de la Palestina, en el tiempo en que la Judea estaba mas poblada. Ignórase el modo como estos judíos de oriente arreglaban sus fiestas. Sin embargo, supuesto que tenian lo que llamaban su príncipe del cautiverio que les gobernaba en todo, segun la ley, y un Sanedrin, que le auxiliaba con sus consejos, sin duda tendrian un método fijo para ello, fundado sobre las mejores reglas de astronomía, tanto mas, cuanto esta ciencia se habia elevado en aquel país á un grado de perfeccion que no alcanzara en ningun otro. Es muy probable que tenian un ciclo astronómico para determinar las lunas nuevas, de que todo dependia.

En cuanto á los demás judíos es muy cierto que se servian todos de un ciclo de 84 años. Algunos padres de la iglesia hablan de él, diciendo que los judíos le usaban hacia mucho tiempo, y que los primeros cristianos le habian tomado de ellos para determinar la época de sus pascuas; y que fué el primer ciclo de que se habian servido para ello. Bucherius refiere el principio de este ciclo al año 162 antes de Jesucristo. Parece haberse formado de la union de los períodos calípico y octaetérido; porque contiene exactamente el número de dias que forman juntos estos dos períodos, con tal que se les cuente bajo el pié de los años julianos; por cuanto los 76 años del período calípico forman 27759 dias, que equivalen á 940 meses lunares, y el octaetérido contiene 2922 dias, que forman 99 meses lunares, y los dos juntos nos dan la suma de 30681, número exacto de los dias necesarios para formar los 84 años del período juliano, que comprende este ciclo.

Entre los padres de la iglesia que hablan de este ciclo, podemos citar á san Epifanio, san Cirilo de Alejandría y san Próspero; pero como no han juzgado á propósito transmitirnos los elementos, no podemos dar mas que conjeturas sobre este asunto. Con todo, creemos que los judíos empezaron por servirse del período de Calipo, y que después le añadieron el octaetéride, en parte para perfeccionarle con referencia al uso que de él hacian, y al mismo tiempo para hacerle pasar por cosa de su invencion. No nos parece imposible que se hiciese esto el año 162 antes de Jesucristo, como lo afirma Bucherius. Pero no es muy probable que los judíos que solo acababan de recobrar su templo por el celo de los macabeos, y de restablecer el culto del verdadero Dios, en tanto que estaban ocupados en extirpar los usos paganos establecidos entre ellos, introdujesen en su país un ciclo tomado de los mismos paganos, sirviéndose de él en su religion para fijar sus lunas nuevas y sus festividades. La conjetura que parece mas probable es que, los judíos, en su dispersion, en tiempo de Alejandro el Grande, conocieron la necesidad que tenian de recurrir á los cálculos astronómicos; y que establecieron

reglas para determinar sus lunas nuevas y sus festividades, á fin de celebrarlas todas en un mismo dia, en los diversos países por donde estaban esparcidos. El principio de este primer ciclo le coloca Prideaux en el año 291 antes de Jesucristo. De este modo, siguiendo al mismo autor, el segundo empezó en 207, el tercero en 123; el cuarto en 39 antes de Jesucristo, y el quinto en el 46 de la era vulgar.

Sábese que Calipo, pretendia por medio de su período ajustar el movimiento de la luna con el del sol, y que este período era el que estaba mas en uso entre los griegos, de quienes, segun todas las apariencias, le tomaron los judíos. Mas para disimular su orígen le añadieron el octaetéride, á fin de darle cierto tinte de originalidad, formando por este medio su ciclo de 84 años.

Pero lejos de perfeccionarle con esta adicion, solo le desvirtuaron, porque si bien el período de Calipo no ajustaba tan exactamente el movimiento de las dos lumbreras que no sobrasen en el conjunto 5 h. 53'; pero como era en el transcurso de 940 lunaciones medias, de que se componia este período, se aproximaba bastante á la última exactitud; en vez de que la adicion de ocho años hacia esta diferencia de un dia 6 h. 41' 57" menos de las 1039 lunaciones que debia haber, segun nosotros, en el ciclo de 84 años.

Como quiera que sea, es cierto, segun testimonio de san Próspero, que el año 46 de Jesucristo los primeros cristianos empezaron á servirse de este ciclo, que habian tomado de los judíos, y vieron que tenia defectos que se fueron descubriendo con el tiempo. En consecuencia, los padres del concilio de Nicea decretaron: 1.° que la fiesta de pascua se celebrase el primer domingo después del plenilunio que corresponde al mismo dia del equinoccio de primavera ó después de este equinoccio, que se fijó al dia 21 de marzo: 2.° que el plenilunio seria constantemente catorce dias después de la luna nueva, inclusive. Encargaron á la iglesia de Alejandría la ejecucion de estas disposiciones, y ella las cumplió adoptando el ciclo de Meton, que es el de 19 años.

Los judíos, á ejemplo de los cristianos, hicieron lo mismo, casi en igual tiempo, y sobre este ciclo se funda en el dia la formacion de su año.

El primero que trabajó en darle la forma que tiene fué Rabbi Samuel, rector de la escuela judía de Sora, en la Mesopotamia. Rabbi Adda, hábil astrónomo, siguió su plan, y después de él le dió la última mano Rabbi Hillel, el año 360 de Jesucristo, y siendo «nasi» ó presidente del sanedrin, introdujo la forma del año, que se ha conservado hasta nuestros dias, y que dicen debe durar hasta la venida del Mesías (Extracto de la Historia de los judíos, por Prideaux).

Como los judíos del dia guardan aun religiosamente la práctica de las fiestas que les prescribe su ley, ó sus tradiciones, tienen, para que les dirija, un calendario arreglado, del cual bastará extractar cuanto tiene relacion con el dia fijado para la celebracion de la solemnidad pascual, ayudándonos en particular de lo que dice Venture en el libro que publicó en Amsterdam, bajo el título de calendario hebreo.

IDEA DEL CALENDARIO JUDAICO.

Aunque los judíos reconocen con nosotros un año solar compuesto de 365 dias en los años comunes, y de 366 en los bisiestos; sin embargo, para regular el tiempo de sus festividades y sobre todo el de la pascua, se rigen por el curso de la luna; así, podemos decir, que el año que corresponde propiamente á su calendario, es un año puramente lunar, compuesto de doce meses, cuyos nombres hemos dado ya mas arriba, segun el órden que siguen en su año legal ó eclesiástico.

De estos doce meses, á alguno de los cuales da diferente nombre la Escritura, cinco son constantemente de treinta dias, á saber: el primero, el tercero, el quinto, el séptimo y el onceno, que son «nisan, siban, ab, thisri y sabath. Entre los otros siete hay igualmente otros cinco que tienen siempre veinte y nueve dias, á saber: «jiar, thamuz, elul, tebeth y adar;» pero este tiene 30 en los años bisiestos solares. Los dos restantes, á saber, «marchesvan y casleu,» algunas veces tienen 29 dias, otras 30 uno y 29 el otro, y en varias épocas 30 los dos. Y esta variedad se refleja necesariamente en el número de dias de su año lunar; porque, segun sean estos dos meses completos ó diminutos, ó que el uno sea diminuto y el otro completo, el año debe ser de 353 dias, de 354 ó de 355, y como dan el nombre de «perfectos y defectuosos» á los meses, segun sean completos ó diminutos, del mismo modo llaman «perfecto» al año en que «marchesvan y casleu» tienen cada uno 30 dias, y «defectuoso» al en que ambos tienen solos 29 dias, reservando la denominacion de «comun ú ordinario» al en que uno solo de estos meses es defectuoso, y por esto se compone aquel de 354 dias como nuestros años lunares comunes.

En el órden civil y político los judíos empiezan su año por el séptimo mes que es «Thisri,» y que corresponde en parte á nuestro setiembre, y en parte á nuestro octubre, de modo que cada uno de sus meses restantes corresponde igualmente á dos de los nuestros, en parte mas ó menos grande, segun que la luna se renueva al principio ó al fin de nuestros meses comunes y solares. De suerte, que su primer mes legal que es «nisan» corresponde siempre en parte á nuestro marzo, y en parte al de abril; «jiar» á los de abril y mayo, y así sucesivamente en los años comunes.

Aunque entre los judíos el principio de sus meses civiles corresponde ordinariamente con el dia de la luna nueva, no es extraño ver empezar el mes legal un dia y á veces dos, después de aquel, lo que tienen cuidado de señalar en su calendario para distinguir el primer dia del mes civil del principio del mes legal que designan con la palabra «roshode» el dia á que corresponde este suceso, ó al segundo del mes si el precedente es defectuoso, ó al tercero si es perfecto, esto es, de 30 dias, y estos «roshode» ó principio de mes (que esto es lo que significa la palabra «roshode») segun el órden de los dias de la semana; esto es, que si el «roshode de nisan,» por ejemplo, es un sábado, el de «jiar» será lunes, porque «nisan» tiene 30 dias; y como «jiar» solo tiene 29, el «roshode de siban» será mártes, y así en los demás. Pero la Neomenia ó luna nueva, que era un dia consagrado á Dios con un sacrificio especial (núm. 10, v. 10), es casi siempre el primer dia del mes civil de los hebreos, lo que hace que en nuestra Vulgata se designe comunmente la Neomenia, por la palabra «calendas,» que, como se sabe, indica el primer dia del mes. Á mas de los doce meses, de que acabamos de hablar, tenian los judíos un décimotercio, que llamaban, «ve adar ó segundo adar,» que, como se ha visto antes, es el duodécimo y último de su año legal, y se sirven, con corta diferencia como nosotros, de este mes intercalar para reducir de tiempo en tiempo los años lunares á los solares; lo que necesita alguna explicacion.

El ciclo lunar de los judíos es lo mismo que nuestro ciclo de 19 años, al que sin embargo dan un principio diferente, porque el primer año de nuestra era, es el segundo en número, y, segun ellos, hasta el otoño de este mismo año no empieza el año 19.° de su 198.° ciclo lunar. Entre los 19 años de que se compone, distinguen siete, á saber: el tercero, sexto, octavo, onceno, décimocuato, décimoséptimo y décimonono, que los hacen «embolísmicos,» esto es, que al fin de cada uno de estos años añadian un mes de 30 dias, y esto fundado en que el año lunar ordinario no tiene mas que 354 dias, en tanto que el solar tiene 365, encontrándose por consiguiente que al cabo de 3 años, este sobrepuja en 33 dias al primero, de los que reteniendo treinta para formar el mes intercalar «ve adar,» quedan 3 dias, que se añaden á los 11 del año siguiente (sacando siempre 30, cuando es posible), para el «segundo adar.» Continuando del mismo modo hasta el último año del ciclo, y contando los otros doce, por los años lunares comunes, acaece que al volver á empezar el ciclo, el sol y la luna se encuentran respectivamente en la misma posicion con poca diferencia, en que se hallaban 19 años antes, y que de este modo al cabo de este término los dos astros vuelven á marchar, por decirlo así, sobre la misma línea. La posicion de la luna no adelanta de un ciclo al otro, mas que cerca de una hora y media, esto es, 1 hora, 27'31''55'''.

Si entre los judíos el año lunar de doce meses era siempre de 354 dias, el de 13 meses seria constantemente de 384 dias, pero, pudiendo ser aun el primero de estos dos años ó defectuoso, ó perfecto ó comun, se sigue que el segundo podia ser de 383, 384 ó 385 dias, sin que con todo, esta diferencia se note en la suma de los años del ciclo; á los mas cortos les compensaban los mas largos.

Se ve con esto que, para reducir los años lunares á solares, y volver á encontrar la luna nueva en el mismo dia, y casi á la misma hora que diez y nueve años antes, empleaban los judíos, con corta diferencia lo mismo que nosotros, el ciclo de 19 años; lo que hace que pasemos un poco por alto este artículo.

Aquí haremos notar tan solo, que, retardando tres años sobre el nuestro el ciclo de los judíos, la luna debe tener tres dias al principiar el primer año de este ciclo; catorce tendrá al fin de este mismo año, á los cuales si se añaden 22 por las dos siguientes, se tendrán 36 dias, que forman primero un mes completo, que convertirá en «embolísmico» el tercer año; y quedarán seis dias, á los cuales, añadiendo los 33 que provienen de los tres años siguientes, el sexto deberá ser tambien «embolísmico;» porque de estos 39 dias es preciso destinar 30 ó un mes completo al año sexto, despues de lo que, añadiendo solamente dos veces 11 ó 22 á los nueve que han quedado, se encontrará que el año octavo del ciclo debe ser «embolísmico;» en lugar que en nuestro número de oro, es el noveno; añadiendo el dia que resta de los 31 que se acaban de encontrar á los 33 de los tres años siguientes, y continuando del mismo modo, se verá que los siete años «embolísmicos» deben seguir el órden señalado antes, y que por lo tanto el citado órden no es arbitrario; pero es preciso advertir que, para la regularidad del cálculo, el último mes intercalar no debe tener mas que 29 dias, á fin de que de los 32 que se encuentran al fin del año diez y nueve, queden 3 para volver á empezar el ciclo, siempre bajo el mismo pié, que es contar que la luna tiene tres dias al principiar el primer año, si bien que, á pesar de todo, supuesto esto, para mayor uniformidad, se podrian dar 30 dias á este último mes, como á todos los demás intercalares.

Aun cuando los judíos modernos se sirven, ó á lo menos pueden servirse, del ciclo de diez y nueve años, del modo que se acaba de decir, no es menos cierto que todos los calendarios hebreos, segun Venture, giran solo sobre catorce años, siete comunes y siete bisiestos; lo que verosímilmente debe entenderse de años lunares, de los cuales los comunes son de trescientos cincuenta y cuatro dias, y los bisiestos ó mejor «embolísmicos» son de trescientos ochenta y cuatro dias. Estos calendarios, añade el mismo autor, solo sirven para las «roshodes, sábados, fiestas y ayunos del año,» por medio de una tabla que indica el año del calendario de que se han de servir; advierte en el mismo lugar que es preciso servirse de otras tablas para las lunas nuevas, por no corresponder todos los años al mismo dia ni á la misma hora.

Como estaba prescrito por la ley á los judíos que debian celebrar sus fiestas de una tarde á la otra, «á vespera usque ad vesperam celebrabitis sabbata vestra (Lev. XXIII, 32)» puede que consistiese en esto el que empezasen un dia natural al ponerse el sol, y que le terminasen en el ocaso siguiente; aunque bien podian celebrar sus fiestas de una tarde á la otra, empezando el dia de diverso modo que lo hacen, á la manera, con poca diferencia, que en la iglesia católica se empieza la celebracion de las festividades, por las vísperas de la vigilia, sin empezar el dia natural á la hora de vísperas. Sea lo que quiera de este modo de empezar los dias naturales, que es el que usan aun los italianos, los judíos señalan, como nosotros, veinte y cuatro horas al dia, doce para el tiempo en que el sol permanece sobre el horizonte y doce para el en que está oculto, dividiendo las doce horas del dia artificial en cuatro partes de tres horas cada una, dándoles los nombres de primera, tercera, sexta, y nona horas, que equivale á nuestras voces vulgares de «prima, tercia, sexta y nona.»

La primera hora de «prima,» empieza siempre, segun ellos, al salir el sol, la de «tercia» sigue tres horas después, y lo mismo «sexta y nona», por lo que estas horas deben ser mas largas ó mas cortas, segun el sol se halla mas ó menos tiempo sobre el horizonte, y empezar mas ó menos tarde siguiendo la misma proporcion; de suerte que ellos cuentan por lo tanto siempre el mediodía por la hora «sexta» ó por la primera hora de «sexta» en cualquier tiempo del año en que se encuentran. Las doce horas de la noche las dividen tambien como los romanos, en cuatro partes ó velas, cada una de tres horas, mas ó menos largas segun la duracion de la noche.

En cuanto á la hora comun ó vigésima cuarta parte del dia natural, que nosotros dividimos en sesenta minutos, ellos la reparten en mil ochenta partes, porque este número tiene muchos divisores exactos, y diez y ocho partes de el equivalen á uno de nuestros minutos.

Todo cuanto se acaba de decir respecto de los años, meses y dias de los judíos modernos, no sirve propiamente mas que para señalar el tiempo de la celebracion de sus fiestas, y en particular de tres principales, de las que la primera es la pascua, que llaman de mejor gana «fiesta de las Ázimos,» y en hebreo «Pessah,» que significa propiamente paso, «transitus,» y que corresponde siempre al quince de su primer mes lunar, que es «nisan,» esto es, al plenilunio del mismo mes. La segunda de estas tres fiestas era la de Pentecostes ó de las Semanas, en hebreo «Sebuhot,» que corresponde siempre siete sema-

nas ó cincuenta dias después del « Pessah, » y de la que por consiguiente depende, por el tiempo en que debe celebrarse; en Judea era la época de la recoleccion. La tercera, en fin, es la fiesta de los Tabernáculos, en hebreo « Succot, » y á la que tambien llaman Scenopegía, palabra griega que significa « erecciones de las tiendas, » la cual corresponde al quince de su séptimo mes, esto es, al plenilunio de « thisri » (ó de setiembre).

Estas tres festividades se encuentran señaladas y juntas en un solo y mismo punto de la Sagrada Escritura. « Tribus vicibus per annum, apparebit omne masculinum tuum in conspectu Domini tui, in loco quem elegerit: in solemnitate Azymorum, in solemnitate Hebdomadorum et in solemnitate Tabernaculorum. » (Deuter. XVI, 16); y el tiempo está señalado en diversos parajes de los libros santos, sobre todo respecto á su « pessah » que regula el dia del « Sebuhot, » é igualmente todas las demás festividades del año.

En el calendario hebreo cada una de estas festividades se encuentra señalada en dos dias consecutivos del mes á que corresponden: á saber: Pessah, el quince y el diez y seis de « nisan, Sebuat, » el seis y el siete de « siban; Succot » el quince y el diez y seis de « thisri. »

Los judíos tienen ciertos dias por los cuales no quieren que principie el año temerosos de que la fiesta de pascua corresponda en estos mismos dias. Á las demás les llaman « Kebiés » por los que se les permite comenzar el año. Llaman tambien « Rosch-Hachana » al principio del año civil. Para no empezar el año ó celebrar sus fiestas en dia prohibido, hacen una traslacion de feria cuando el caso lo exige. El método para hacer esta traslacion está fundado sobre este proverbio: « Numquam Nisan in Badu, numquam thisri in Adu. » He aquí el significado de este proverbio « Badu » corresponde á los números 2, 4, 6, y « Adu » á los 1, 4, 6; los judíos pretenden pues decir con estas palabras, « Numquam nisan in Badu » que es preciso no encontrar jamás la Neomenia ó luna nueva de « nisan, » ni por consiguiente, la pascua que corresponde siempre al 15 de esta luna, en las ferias 2, 4, 6; y por las de « numquam thisri in adu, » que no se debe celebrar jamás la luna nueva de thisri, por la cual se inaugura el año civil, ni empezar las fiestas de los Tabernáculos: por las ferias 1, 4, 6, y como Pentecostes corresponde al dia quincuagésimo después de pascua, y debe por consiguiente concertar con la feria, que sigue á la en que la pascua se ha celebrado, quieren tambien que no se celebre la fiesta de Pentecostes en las ferias 3, 5, 7. De este modo remiten sus ferias á los dias lícitos que llaman « Kebias ». Una vez fijada la « Kebia de thisri, ven ya de que especie será el año; para esto quitan la Kebia de este año de la del siguiente, y añadiendo siete, sino se puede verificar la substraccion, y segun que la resta sea 3, 4, ó 5 concluyen que el año es defectuoso, comun ó perfecto; que si la diferencia es 5, 6 ó 7 dicen que es embolismico, bien sea defectuoso ó comun ó perfecto. Supongamos, pues, que la « Kebia » de este año sea la feria 3, y que la « Kebia » del siguiente sea la feria 7, quítese 3 de 7, nos dará 4, con lo cual sabremos que el año es comun y ordinario.

De modo, que de todo cuanto acabamos de decir, resulta que el primero de « Pessah » que es siempre el 15 de « nisan, » no cae nunca en lunes, miércoles y viernes, ni el primer dia de « Sebuhot, » en mártes, jueves ni sábado, ni tampoco el primero de « Succot, » en domingo, miércoles ni viernes, para hablar como Venture, que efectivamente ha dispuesto su calendario de modo que el primero de los dos dias de estas tres festividades, no se encuentra jamás señalado bajo ninguno de los dias prohibidos de la semana, y esto para no trastornar el órden de otras fiestas que se rigen por las tres primeras, y en particular por los primeros dias de « Pessah, » como se ha dicho.

Ahora debiendo este « Pessah » celebrarse siempre en el plenilunio de su primer mes legal, que es « nisan, les es indispensable un medio para conocer este plenilunio, sea inmediatamente en él, sea por medio de la luna nueva de este mismo mes; y sobre esto no se verian embarazados los judíos modernos, que á mas de su calendario anual, tienen tablas particulares para todas las lunas nuevas de muchos años; pero sin necesidad de tales tablas, les basta conocer el dia y la hora de la luna nueva de cualquier mes, para encontrar bastante aproximada la luna nueva del mes siguiente. El método usado para ello es tan sencillo como natural, y consiste en añadir una lunacion entera á la nueva luna conocida, esto es, un mes sinódico lunar, que es de 29 dias 12 horas 44' y 3''.

He aquí como se hace la adicion: toman, como primero de estos veinte y nueve dias, aquel en que ha tenido lugar la luna nueva; para reemplazar lo que falta de este dia añaden las horas y los minutos transcurridos hasta esta luna nueva á las 12 horas y 44' de la lunacion, despreciando los 3 segundos, y esta suma total de dias, horas y minutos conduce á la luna nueva del mes siguiente, con corta diferencia. Por ejemplo, en el año 1785, la luna nueva de « nisan » se señala en el calendario hebreo, el jueves 10 de marzo, á las 11 horas 45' de la noche, ó á las 23 horas 45' de este mismo jueves. Á estas 23 horas y 45' añádanse primero 12 horas 44' de la lunacion, y se tendrán 1 dia 12 horas 29', á los que juntando los 29 dias después, comprendiendo el jueves 10 de marzo, se hallará el sábado 9 abril á las 12 y 29' tiempo de la luna nueva del mes siguiente, á saber, de « jiar. » Esta operacion se puede hacer tambien por via de sustraccion, de esta otra manera que nos parece algo mas clara y por lo comun mas breve y mas cómoda. Quítese del mes sinódico el tiempo transcurrido desde la luna nueva; pero sin contar este dia, la resta nos dará el dia, la hora y el minuto de la luna nueva en el mes siguiente. Así, en el ejemplo propuesto, la « luna de nisan, » nueva el jueves 10 de marzo á las 23 horas 45' no tenia en todo á las 24 horas de este dia mas que 15' que restados de 29 dias 12 horas 44' y contando la resta al principio del 11 de marzo, tendremos igualmente el 9 de abril á 29' después del mediodía: número expresado en el calendario de Venture por 29' de la noche, la que es lo mismo, porque él cuenta las horas como nosotros. Si se compara el tiempo de esta última luna nueva con el tiempo astronómico, solo se la encontrará atrasada de cerca 16 horas 35'; porque en las efemérides de 1785 esta luna está señalada como nueva en 8 abril á las 7 horas y 54' de la tarde.

Si, en el calendario hebreo, la luna de marzo hubiese estado señalada como en las efemérides, la de abril, haciendo la operacion indicada, se encontraria el 8 á las 11 y 26' de la noche, esto es, cerca de 19' antes que en el calendario, y 16 horas 35' en todo, mas tarde que en las efemérides: lo que prueba que, para conocer el tiempo verdadero de una luna nueva, no basta siempre añadir una lunacion perfecta á la anterior tomada astronómicamente; pero á lo menos parece que por este medio la luna judía, no se apartará jamás un dia entero de la luna astronómica,

y puede suceder que esta quede algunas veces detrás de la de los judíos á causa de la irregularidad de los movimientos de la luna.

Se observará además que en el calendario de Venture, está el año 1785 como el 16 del ciclo lunar; pero este año décimo sexto del ciclo solo sirve desde nuestro mes de enero hasta el equinoccio de otoño, ó por mejor decir hasta su mes de « thisri » esclusive, y entónces empieza su décimo séptimo año del mismo ciclo; esto es consecuencia natural de que los judíos modernos hacen subir este ciclo al otoño del año 3761, antes de nuestra era, en el que colocan la creacion; porque aun cuando su ciclo esté compuesto como el nuestro de 19 años, retarda 3 años, aproximadamente, al que está en uso entre nosotros, como ya se ha dicho.

Hé aquí, pues, cuanto hay de notable en lo relativo al calendario de los judíos modernos, que hacen subir su orígen al año 338 porque pretenden que el año 1431 después de su fundacion corresponde al 1769 de nuestra era vulgar, lo que probaria en sus antiguos rabinos un conocimiento poco comun en aquella época del curso y movimientos de la luna, cuya revolucion sinódica se encuentra señalada en su calendario de un modo tan exacto y preciso como en nuestros mejores libros de astronomía. Pero no parece que hayan conocido tan bien el curso del sol, ni tampoco que se ocupasen mucho de ello, sea que no hubiesen sospechado ningun error en el cálculo de Sosígenes, que habia dado al año juliano 365 dias y 6 horas, cuando faltan cerca de once minutos y quince segundos; sea mas bien porque refiriéndose todas sus festividades á los meses lunares, solo tenian necesidad de conocer exactamente el curso de la luna.

Pero si se dice que, entre los judíos, el « Pessah » no dependia menos del equinoccio de primavera que del plenilunio de « nisan, » y que de este modo los antiguos rabinos no podian excusarse de investigar el tiempo verdadero de este equinoccio, es muy fácil contestar que este exámen les era bastante inútil, porque « nisan » no empezaba hasta muy poco antes del mes de marzo, ó en los primeros dias de abril cuando se hallaba precedido del « veadar: » de aquí se sigue que el primer « Pessah » que corresponde siempre al 15 de nisan, no podrá preceder al equinoccio de primavera, lo que seria contra la ley (Deut. XVI, 1). Digo el primer « pessah, » porque habia un segundo para aquellos que por cualquier impureza legal, ó porque estuviesen viajando en un país lejano, no hubiesen podido celebrar el primero, y este segundo pessah, que los estaba formalmente permitido por la ley (Número IX, 10, 11), debia celebrarse en el segundo mes legal, que es « jiar, » y en el plenilunio, del mismo modo que el primero; y este segundo mes pascual se encuentra señalado en sus libros con el nombre de « Pessah Seheni. »

El tiempo de estas dos pascuas judías está señalado en la Escritura de una manera tan precisa, que no deja lugar á duda. « Al anochecer del dia 14 de « nisan ó jiar » (Quartodécimo die mensis et vesperam, ibid et alibi) inmolaban el cordero pascual, y lo comian en la primera hora de la noche ó principio del dia 15 del mes, y primero de la festividad pascual que duraba siete dias. Pero no es, por cierto, lo mismo en la pascua cristiana, primero porque el dia no está señalado en el Nuevo Testamento, y luego porque la iglesia á quien únicamente toca decidir sobre este punto, no diciendo nada la Escritura, no ha juzgado á propósito ajustar esta fiesta á una porcion determinada de los meses de marzo ó abril, sino á un domingo que sea el dia 14 de la luna, que cuenta por la de marzo, que es el primer plenilunio, comprendiendo el 21 de este mismo mes, como saben los que han estudiado un poco el calendario romano. Es preciso convenir, pues, que nuestro modo de encontrar el dia de pascua, no es tan sencillo como el de que se servian los judíos para hallar el dia de la suya, y que además su método para conocer el tiempo de la luna nueva de cada mes, da este tiempo algo mas ajustado que nuestras epactas.

Pero tambien su cálculo sobre este último punto, no es ni tan sencillo ni tan popular como el nuestro porque les es preciso saber primero el tiempo del novilunio precedente, y luego añadir una revolucion astronómica que no es conocida de todo el mundo. Así la ventaja del calendario judío sobre el nuestro reformado no es tan grande como á primera vista parece.

Con referencia á su método para encontrar el novilunio de cada mes, añadiremos por final, que á mas de ser poco popular para nuestro cálculo eclesiástico, es de una latitud enfadosa, cuando el mes cuyo novilunio se busca está en un año lejano (antes ó después) de aquel en que se halla el mes cuyo novilunio se conoce. Así, para evitarse trabajo tan fatigoso, necesitan, segun Venture, tablas especiales en las que se hallen determinados sus novilunios para muchos años, cuando con nuestras epactas basta un pequeño cálculo para encontrarlas en el año que se quiera durante una larga série de siglos, y que además con un pequeño cambio pueden dar los novilunios con tanta exactitud como pueda hacerlo el cálculo de los judíos.

Para no omitir nada de cuanto pueda darnos una idea del calendario de los judíos modernos, atendido á que el de Venture nos ha parecido algo oscuro, hé aquí el órden y la disposicion de los meses y de las principales festividades de uno de sus años legales, « comun y ordinario, » esto es, compuesto de 354 dias, distribuidos en doce meses lunares, que son alternativamente de 30 y de 29 dias.

CALENDARIO JUDIO

Ú ORDEN Y DISPOSICION DE UN AÑO LEGAL, COMUN Y ORDINARIO, DE LOS JUDÍOS MODERNOS, EL QUE EMPIEZA EL MARTES 23 DE MARZO DE 1784, Y TERMINA EL VIERNES 11 DE MARZO DE 1785.

	Dias	1.º NISAN, 30 dias.
Marzo.	Judíos.	
23	1	Roshode.
24	2	Muerte de los hijos de Aaron.
25	3	
26	4	
27	5	Sábado.
28	6	
29	7	
30	8	
31	9	
Abril.		
1	10	Ayuno por la muerte de María, hermana de Moisés.
2	11	
3	12	Sábado.
4	13	
5	14	Inmolan el cordero pascual Tecufa. 12. h. de la m.
6	15	Pascua, Pessah, ó fiesta de los Ázimos.
7	16	Primicias de la cosecha de la cebada.
8	17	
9	18	
10	19	Sábado de Pessah.
11	20	
12	21	Séptimo dia de los Ázimos.
13	22	Octavo dia de los Ázimos.
14	23	

Abril.	Dias judios.	
15	24	
16	25	
17	26	Sábado y primer Pereq.
18	27	Ayuno por la muerte de Josué.
19	28	
20	29	
21	30	Roshode.
Abril.		2.º JIAR, 29 dias.
22	1	Roshode.
23	2	
24	3	Sábado y segundo Pereq.
25	4	
26	5	
27	6	
28	7	Dedicacion del templo de Jerusalen, despues de la profanacion de Antíoco Epifanes.
29	8	
30	9	
Mayo.		
1	10	Sábado y tercer Pereq.
2	11	Ayuno por la muerte de Elías y la toma del Arca.
3	12	
4	13	
5	14	Pessah scheni en favor de los que no han podido celebrar la primera.
6	15	
7	16	
8	17	Sábado y cuarto Pereq.
9	18	Laglaomer.
10	19	
11	20	
12	21	
13	22	
14	23	
15	24	Sábado y quinto Pereq.
16	25	
17	26	
18	27	Fiesta por la expulsion de los coronados. Ayuno por la muerte de Samuel.
19	28	
20	29	
Mayo.		3.º SIBAN, 30 dias.
21	1	Roshode.
22	2	Sábado y sexto Pereq.
23	3	
24	4	
25	5	
26	6	Pentecostes ó fiesta de las semanas. En este dia, cincuenta despues de la salida de Egipto, les dió Moisés la ley.
27	7	
28	8	
29	9	Sábado.
30	10	
31	11	
Junio.		
1	12	
2	13	
3	14	
4	15	
5	16	Sábado.
6	17	
7	18	
8	19	
9	20	
10	21	
11	22	
12	23	Sábado.
13	24	Ayuno por el cisma de Jeroboan.
14	25	
15	26	
16	27	
17	28	
18	29	
19	30	Sábado, Roshode.
Junio.		4.º THAMUZ, 29 dias.
20	1	Roshode.
21	2	
22	3	
23	4	
24	5	
25	6	
26	7	Sábado.
27	8	
28	9	
29	10	
30	11	

Julio.	Dias judios	
1	12	
2	13	
3	14	Sábado.
4	15	
5	16	Tecufa 8 h. 52 m. de la tarde.
6	17	Tablas de la ley, rotas por Moisés. Toma de Jerusalen por Tito. Ayuno de Tamuz.
7	18	
8	19	
9	20	
10	21	Sábado.
11	22	
12	23	
13	24	
14	25	
15	26	
16	27	
17	28	Sábado.
18	29	
Julio.		5.º AB, 30 dias.
19	1	Roshode. Ayuno por la muerte de Aaron.
20	2	
21	3	
22	4	
23	5	
24	6	Sábado.
25	7	
26	8	
27	9	El templo quemado por los caldeos y luego por Tito: ayuno por este motivo.
28	10	
29	11	
30	12	
31	13	Sábado.
Agosto.		
1	14	
2	15	Tubeab.
3	16	
4	17	
5	18	Ayuno porque la lámpara de la noche se apagó en tiempo de Acaz.
6	19	
7	20	Sábado.
8	21	Fiesta en la cual se llevaba al templo la leña necesaria para los sacrificios.
9	22	
10	23	
11	24	
12	25	
13	26	
14	27	Sábado.
15	28	
16	29	
17	30	Roshode.
Agosto.		6.º ELUL, 29 dias.
18	1	Roshode.
19	2	
20	3	Selihot.
21	4	Sábado.
22	5	
23	6	
24	7	Dedicacion de las murallas de Jerusalen por Nehemías.
25	8	
26	9	
27	10	
28	11	Sábado.
29	12	
30	13	
31	14	
Setiembre.		
1	15	
2	16	
3	17	Fiesta por la expulsion de los griegos, que impedian á los hebreos el casarse.
4	18	Sábado.
5	19	
6	20	
7	21	
8	22	
9	23	
10	24	
11	25	
12	26	
13	27	
14	28	
15	29	

	Dias judios.	7.º THISRI, 30 dias
Setiembre.		
16	1	Roshode. Ros-haschana: principio del año civil, que se celebra durante este dia y el siguiente.
17	2	Fiesta de las trompetas.
18	3	Sábado.
19	4	Ayuno por la muerte de Guedalia, ó Godolias, y abolicion de los contratos por escrito.
20	5	
21	6	
22	7	Ayuno por el becerro de oro.
23	8	
24	9	
25	10	Sábado Quippur. Ayuno de las expiaciones.
26	11	
27	12	
28	13	
29	14	
30	15	Fiesta de los tabernáculos.
Octubre.		
1	16	
2	17	Sábado de Succot.
3	18	
4	19	
4	20	Tecufa. 3 h. 4 m. de la mañana.
6	21	Hossanna Rabba ó fiesta de los Ramos.
7	22	Semini Hasseret.
8	23	Regocijo por la ley. Dedicacion del templo. Simha-Tora.
9	24	Sábado. Bereschit.
10	25	
11	26	
12	27	
13	28	
14	29	
15	30	Roshode.
		8.º MARCHESVAN, 29 dias.
Octubre.		
16	1	Sábado. Roshode.
17	2	
18	3	
19	4	
20	5	
21	6	Ayuno por la primera ruina de Jerusalen.
22	7	
23	8	Sábado.
24	9	
25	10	
26	11	
27	12	
28	13	
29	14	
30	15	Sábado.
31	16	
Noviembre.		
1	17	
2	18	
3	19	
4	20	
5	21	
6	22	Sábado.
7	23	
8	24	
9	25	
10	26	
11	27	
12	28	
13	29	Sábado.
		9.º CASIEU, 30 dias.
Noviembre.		
14	1	Roshode.
15	2	
16	3	
17	4	
18	5	
19	6	Ayuno con ocasion del libro de Jeremias, roto y quemado.
20	7	Sábado. Muerte de Herodes.
21	8	
22	9	
23	10	
24	11	
25	12	
26	13	
27	14	Sábado.
28	15	
29	16	
30	17	

	Dias judios.	
Diciembre.		
1	18	
2	19	
3	20	Oracion por la lluvia.
4	21	Sábado. Fiesta del Monte-Garizim.
5	22	
6	23	
7	24	
8	25	Fiesta de las luces ó purificacion del templo bajo Antioco.
9	26	
10	27	
11	28	Sábado.
12	29	Siembra.
13	30	Roshode.
		10. TEBETH, 29 dias.
Diciembre.		
14	1	Roshode.
15	2	
16	3	
17	4	
18	5	Sábado.
19	6	
20	7	
21	8	Ayuno por la version de los Setenta.
22	9	Ayuno cuya causa se ignora, dice Calmet, pero segun otros fiesta por la libertad de Egipto.
23	10	Ayuno por el sitio de Jerusalen por Nabucodonosor.
24	11	
25	12	Sábado.
26	13	
27	14	
28	15	
29	16	
30	17	
31	18	
Enero.		
1	19	Sábado.
2	20	
3	21	
4	22	Tecufa, 10 h. 55' de la mañana.
5	23	
6	24	
7	25	
8	26	Sábado.
9	27	
10	28	Fiesta por la expulsion de los Saduceos fuera del Sanedrin.
11	29	
Enero.	judios.	11. SABAT, 30 dias.
12	1	Roshode.
13	2	
14	3	
15	4	Sábado.
16	5	
17	6	
18	7	
19	8	
20	9	
21	10	
22	11	Sábado.
23	12	
24	13	
25	14	
26	15	Primer dia del año de los árboles.
27	16	
28	17	
29	18	Sábado.
30	19	
31	20	
Febrero.		
1	21	
2	22	
3	23	
4	24	
5	25	Sábado.
6	26	
7	27	
8	28	
9	29	Muerte de Antioco Epifanes.
10	30	Roshode.
Febrero.		12. ADAR, 29 dias.
11	1	Roshode.
12	2	Sábado.
13	3	
14	4	
15	5	
16	6	
17	7	Ayuno por la muerte de Moisés.
18	8	Fiesta de las trompetas por las lluvias.

Febrero.	Dias judíos.	
19	9	Sábado.
20	10	
21	11	
22	12	
23	13	Ayuno de Ester.
24	14	Primer Purim ó Furim, grande fiesta de suertes.
25	15	Segundo Purim ó Furim, gran fiesta de suertes.
26	16	Sábado.
27	17	
28	18	
Marzo.		
1	19	
2	20	
3	21	
4	22	
5	23	Sábado. Dedicacion del templo de Zorobabel.
6	24	
7	25	
8	26	
9	27	
10	28	Revocacion del edicto de Antioco.
11	29	

Hemos puesto cuidado en insertar en este calendario los « Roshodes, los Tecufa, los sábados, las fiestas y los ayunos del año » con la atencion de colocar en el dia siguiente los ayunos que corresponden en sábado, á excepcion del de las expiaciones que no se pospone, dice Venture. Haremos observar aquí que entre los sábados ó sabbat, dias tan solemnes para los judíos antiguos y modernos, distinguian aquellos que se encuentran entre pascua y Pentecostes; puesto que en el intervalo de estas dos fiestas hay siempre siete sábados, de los cuales, el que corresponde á la semana de los Ázimos, se llama « sábado de Pessah; » pero si el último dia después de la pascua acaece ser el último dia de los Ázimos, se le llama « octavo de Pessah, » los seis siguientes se designan con la denominacion comun de « Pereq, » esto es, seccion ó capítulo. Estos seis sábados se designan en el calendario hebreo con la palabra « Pereq, » para advertir que en estos dias se lee en la Sinagoga un capítulo ó seccion del libro de « Abod, » el que se halla inserto en el Talmud. Por esta razon es por lo que el sábado segundo despues de pascua se llama « primer pereq, » porque en este dia empieza á leerse el primer capítulo de aquel libro, y del mismo modo los demás, de manera que el sexto y último capítulo, está siempre afecto al sábado que precede inmediatamente ó « Sabouhot, » ó fiesta de las semanas: y esta denominacion de los sábados, que se encuentran en este espacio, puede servir para inteligencia de lo que dice san Lúcas (VI, 1): « un dia de sábado, llamado el segundo primero, cuando Jesús pasaba á lo largo de los trigos: in sabbato secundo primo, » porque por este sábado solo quiere dar á entender el evangelista el segundo sábado despues de la solemnidad de la pascua, y efectivamente, este sábado es el segundo, aunque llamado segundo primo, atendido á que en este sábado, como ya se ha dicho, es el en que empezaba la lectura del primer capítulo de « Abod, » ó por mejor decir, como en aquel tiempo, la doctrina contenida en este libro no se hallaba aun escrita, la enseñaba de viva voz uno de los ancianos de la Sinagoga. Pueden tambien consultarse sobre este punto los intérpretes de la sagrada Escritura. Para no dejar nada que desear, vamos á dar una corta, pero razonada reseña, de las fiestas, solemnidades y ayunos de los judíos, sacada de su calendario para el año 1779.

El sábado era una de las festividades mas solemnes de los judíos; su institucion es tan antigua como el mundo; se celebra en memoria de la conclusion de la obra de los seis dias, y del reposo del Eterno en este mismo dia (Gen. II, 2 y 3). La palabra sabbat en hebreo significa término y reposo. Está prohibido á los judíos hacer en estos dias ninguna obra servil, escribir, tratar de sus negocios, viajar, y aun alejarse mas de dos mil pasos de la ciudad, llevar ningun arma, tocar el fuego, disponer la comida, llevar lo que se necesita de un lugar á otro, y tocar instrumentos. El viernes, cerca de media hora antes de ponerse el sol, empieza la fiesta encendiendo con esta ocasion las lámparas, y todo debe ya tenerse preparado para la cena y comida del siguiente dia. La fiesta no queda terminada del todo hasta la noche del sábado después de la oracion vespertina; hacen, sin embargo, encender fuego por algun extranjero no judío, para calentar las viandas para los ancianos, enfermos y niños, y guarecerse del rigor del frio. Los enfermos de peligro, y las mujeres en los primeros dias del parto, pueden hacerse servir por un israelita, sin tener que acudir á los extranjeros. Léese en la Sinagoga una seccion del Pentateuco, todos los sábados del año, y algunas veces dos, de modo que en un año se leen todos los libros de Moisés, que han dividido en cincuenta y cuatro secciones ó lecciones.

Empiezan á leerlas el primer sábado después de la fiesta de los tabernáculos, al que dan el nombre de « Sabbat Bereschid, » del nombre de la seccion; celebran una pequeña fiesta, y se concluye el Pentateuco el dia de Simha-tora. Véase el artículo de las fiestas de los tabernáculos.

Hay en el año cuatro sábados distinguidos en los cuales se leen algunos trozos del Pentateuco, además de la seccion del dia, los cuales toman el nombre de estas lecturas, y son: 1.° el sábado « Seekalim, » esto es, de los siclos, en memoria de los siclos de plata, que Amán prometió al rey Asuero para que le entregase el pueblo judío (Ester. III, 9); este sábado está antes ó se confunde con el « roshode adar; » 2.° el sábado « Zachar, » esto es, del recuerdo, en memoria de la derrota de los amalecitas, de los cuales descendia Amán, y con motivo de leerse el fragmento del Deuteronomio, que hace mencion de ello, y que empieza por la palabra zachar; este sábado precede á la fiesta de « Purim; » 3.° el sábado « Para, » esto es, de la vaca, en conmemoracion de la que Moisés hizo sacrificar en el desierto, para purificar con sus cenizas á cuantos estaban impuros (Núm. XIX, 1 y sig.); este sábado es el penúltimo, y algunas veces el último de los « roshodes de adar; » 4.° el sábado « Hahodes, » esto es, del mes, en memoria del primer mes del año, en el cual el pueblo judío salió de la esclavitud de Egipto, y en el que Dios manifestó sus milagros, salvándole por medio de Moisés, su legislador; y hé aquí porque se lee la parte del Éxodo XII, 1, 2 etc., que empieza por la palabra « hahodes, » este sábado es anterior al « roshode de nisan » ó conviene con él. En cuanto al sábado « Hagadol, » véase el artículo de las pascuas. Los sábados de « hafsaca ó separacion, » son los que se encuentran algunas veces entre los que se acaban de mencionar.

Los sábados que se encuentran en las fiestas toman el nombre de aquellos á que pertenecen, como sábado de « Pessah, de Souccot, de Hanoucca, de Roshode, etc. » Los que se encuentran entre el ayuno de « tamuz, » y el de « ab, » se llaman comunmente sábado « Dibré, » sábado « Simhouz » y sábado « Hazon ó Echa, » á causa de las lecciones lúgubres de los profetas que se leen, y que empiezan por estas palabras (Jeremías I y II, Isaías I). El sábado que se en-

cuentra inmediatamente después del ayuno de «ab,» se llama sábado « Nahamon, » palabra por la que empieza la leccion XL del profeta Isaías, que significa « consolaos. » Se llama, en fin, sábado de « Teschouba ó Schouba aquel que se encuentra entre los dias de « Ros-haschana, y el de Quippour, » porque se encuentran en los dias de penitencia.

LA PASCUA es, como se ha dicho, la fiesta mas solemne de los judíos, que la celebran el dia 14 de nisan en el plenilunio de marzo, primer mes del año eclesiástico. Por la tarde, ó mejor, entre las dos vísperas, esto es, desde medio dia y medio, y después de haber inmolado el sacrificio perpétuo, hasta la puesta del sol, se inmolaba el cordero pascual, primero en el tabernáculo, y luego en el átrio del templo; asábanlo y comíanlo en familia, al principio de la siguiente noche, al comenzar el dia 15, con lechugas amargas, y pan sin levadura. En el espacio de cinco ó seis horas se inmolaba un número inmenso de víctimas. El nombre de esta festividad, en la que se inmolaba y se comia el cordero pascual, era el de « Pessah, » esto es, TRÁNSITO, de la palabra hebrea « Pessah,» ha pasado, ha saltado, porque el ángel del Señor pasando para dar muerte á todos los primogénitos de los egipcios, hizo gracia á las casas de los hijos de Israel, cuyas puertas estaban teñidas con la sangre del cordero pascual, que, por órden de Dios, habian inmolado (Ex. XII, 3). Los primogénitos ayunan todos los años en este dia, en conmemoracion de aquella preservacion.

La ceremonia que hicieron en Egipto de tomar el cordero el décimo dia, y guardarle hasta el décimocuarto, tan solo fué para aquel año, y nó para los nuevos. Aquel décimo dia fué un sábado, porque el dia de la salida de Egipto, que fué el 15, era jueves. Y á causa del milagro que hizo Dios haciendo tomar este dia en presencia de los egipcios el cordero, que era el ídolo que adoraban, le llamaron « sábado Hagadol, esto es, el gran sábado, » y este es el que sigue inmediatamente á la pascua.

Los que estaban enfermos ó impuros, ó que viajaban, ó que tenian algun impedimento legítimo, que no les permitia celebrar la pascua en su tiempo, estaban, como hemos dicho, obligados á celebrarla el dia 14 del mes siguiente; á esta llamaban « Pessah Scheni, » esto es, segunda pascua (Núm. IX, 10, 11, etc.). El dia 15 del mes pascual es la fiesta de los Ázimos, en memoria de la salida de Egipto. Dura, segun la ley, siete dias (Ex. XII): de este modo la observan aun los que habitan en la Tierra Santa, haciendo solo solemnes el primero y el último. Pero los que habitan fuera de ella, la hacen durar ocho dias, segun la institucion de los antiguos rabinos, fundados en la costumbre de sus predecesores, que, estando alejados de la Palestina, y no sabiendo precisamente cuando el « Sanedrin » señalaba los dias de los novilunios, se veian precisados, por ignorar el dia de la festividad, á añadir un dia mas á fin de celebrarla en su tiempo, por cuanto entónces aun no estaba en uso el calendario. Los dos primeros y los dos últimos dias son solemnes, en los cuales no se puede trabajar ni tratar de negocios; lo que se observa casi como el sábado; pero está permitido tocar el fuego, preparar la comida, y llevar de un lugar á otro todo cuanto se necesite. Llámase á estos dos dias además de la festividad, «los segundos dias de la fiesta de la cautividad.» Durante los cuatro dias intermedios, que llaman «Hob-homahed, esto es, los dias profanos de la fiesta,» no se debe trabajar mas que en ciertas cosas urgentes, y que podrian perderse si se dejasen para después de la fiesta. Pero durante los ocho dias está prohibido comer, ó tener en su poder panes con levadura ó cualquier cosa fermentada, por cuya razon se tiene gran cuidado en quitarla de las casas, y solo se sirven de los utensilios de mesa y de cocina, que han servido los años anteriores para estos mismos dias.

El HOMER, que significa « medida ó gavilla, » es el nombre que se da á las primicias de las mieses, que se ofrecen en el templo el 16 del mes « nisan. » La ley no determina de qué clase de granos deben ser estas gavillas, pero la tradicion enseña que estas primicias deben ser de cebada, porque este grano está antes en sazon. No se podian segar estas mieses antes de hacer esta oblacion. Y desde el dia en que se habian ofrecido en el templo estas primicias con toda la magnificencia y solemnidad posibles, se contaban siete semanas, ó cuarenta y nueve dias (Levit. XXVIII, 10 y 15). Por esto es que se tiene cuidado de contar el « Homer, » esto es, los cuarenta y nueve dias del « Homer, » desde el segundo dia de pascua hasta la fiesta de las semanas, que es el dia cincuenta del « Homer. »

LA GLAHOMER, es decir, el dia treinta y tres del «Homer,» es una pequeña fiesta instituida en memoria del término de la mortandad de los discípulos del rabino « Hakiba, » que empezaron á morir el primer dia del « Homer,» y terminaron el treinta y tres. No está prohibido el trabajar; muchos judíos tienen la costumbre de no hacerse afeitar durante estos dias, para mostrar el dolor de la muerte de aquellos discípulos.

FIESTA DE LAS SEMANAS Ó SABOUHOT. Una vez contadas siete semanas completas después del dia 16 de nisan, los judíos celebran con gran solemnidad el dia cincuenta, que es el 6 del mes « siban » ó de la luna de mayo. Esta fiesta se celebra por dos dias enteros, que se observan al igual de los dias solemnes de la pascua. Los habitantes de la Tierra Santa solo la hacen durar un dia. Llámase « Fiesta de las Semanas, fiesta de la Recoleccion, y dia de las Primicias, » porque transcurridas las siete semanas, ofrecen á Dios dos panes de trigo nuevo, como primicias de su cosecha (Ex. y Levit. XXIII). Llaman á este dia la « Hatseret, » que es como si dijésemos: «término de la solemnidad,» porque este dia terminaba enteramente la solemnidad pascual. En igual dia, esto es, el cincuenta después que los israelitas hubieron salido de Egipto, se dió la ley á Moisés. Es un dia de regocijo en el que acostumbran adornar con flores las sinagogas y las casas.

FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS Ó SOUCCOT, llamado tambien SCENOPEGIA, palabra griega que significa ereccion de las tiendas. El quince del mes de «thisri,» ó de la luna de setiembre celebraban los judíos durante nueve dias la fiesta de los « tabernáculos, de las tiendas ó de las cabañas, » en memoria del dia en que los judíos acamparon á su salida de Egipto; llámanla tambien la « fiesta de la recoleccion, » porque se celebra en el otoño, después de la recoleccion de los frutos. Cada uno levanta en su casa, en un lugar descubierto, una cabaña cubierta de hojarasca, y tapizada y adornada con todo el lujo posible, y durante estos siete dias no les está permitido comer, beber, ni aun dormir, si es posible, sino debajo de las cabañas. Así se dice en el Levítico. XV, 23; « habitareis siete dias en las cabañas.» Además de esto, se llevan á la sinagoga, el primer dia, y en los demás, el fruto de un hermoso árbol como el cedro, la palmera, y ramas de mirto y de sauce (Levit. XXIII,) y se regocijan « delante del Señor. » Los dos primeros dias de esta festividad son solemnes como los de pascua, y los cinco que les si-

guen son como los cuatro intermedios de la pascua. Los que habitan en la Tierra Santa solo tienen un dia solemne, y los seis restantes profanos. En todos los dias de esta solemnidad se da la vuelta al rededor del altar, con palmas, ramas de mirto y sauce, y el fruto del cedro; excepto el sábado, en que no se da la vuelta, ni tiene lugar ninguna de las ceremonias que la acompañan. El séptimo dia, que se llama «Hoschahana Rabba,» esto es, el dia del grande «Hosana,» se da siete veces la vuelta al rededor del altar. Una de las principales ceremonias de esta fiesta es la de sacar agua de un pozo y verterla sobre el altar con grande regocijo, llámanle «el regocijo del manantial.»

Al octavo dia de esta solemnidad le llaman «Schemini haghatseret,» esto es, «la conclusion de la solemnidad,» y este dia está consagrado á Dios especialmente. Se celebra del mismo modo que el primero, y el dia nueve, que es igualmente muy solemne, se llama «Sim-hatora,» que quiere decir «la alegría de la ley,» porque se acaba de leer en él todo el Pentateuco, conforme á la division que se ha hecho para cada semana, y como entónces termina el año para la lectura de la ley, se escogen dos hombres en la sinagoga, á los que llaman «esposos,» uno de los cuales lee el fin, y el otro sigue inmediatamente con el principio: lo que va acompañado de algunas muestras de alegría. El que lee el fin se llama «el esposo de la ley,» y el que lee el comienzo, «esposo del principio de la ley.» El sábado siguiente se llama «sabbat Bereschit,» del nombre de la primera lectura del Pentateuco, que empieza por la palaba «Bereschid» (en el principio). Los que habitan en la Tierra Santa celebran el «Sim-ha-tora,» el octavo dia, porque este dia octavo es el de la institucion de los rabinos, como se ha expresado en el artículo de la fiesta de pascua.

ROS-HASCANA, esto es, principio del año, es la fiesta del comienzo del año civil, que celebran los judíos durante los dos primeros dias de «thisri,» ó de la luna de setiembre, como se dice en el Levítico (XXIII y XXIV), en memoria de la creacion del hombre; porque, segun la opinion mas comun entre los rabinos, el mundo fué criado en otoño. Durante estos dos dias que los judíos llaman «dias de juicio, dias de recuerdo, dias de tribulacion, dias terribles,» y por último «dias de penitencia,» se abstienen de toda obra servil, y los miran como los dias en que Dios juzga á los hombres, con respecto á las acciones del año pasado, y dispone los acontecimientos del que entra. Hacen mas plegarias en estos dos dias que en ningun otro de los festivos, y recuerdan las acciones mas memorables de los antiguos patriarcas, y sobre todo el sacrificio de Isaac, que se hizo en estos mismos dias; tocan el «schophar,» que es una especie de trompeta curva, de cerca un pié y medio, hecha del cuerno de un carnero, en memoria del que sirvió de holocausto en lugar de Isaac. Esta trompeta estaba muy en uso entre los antiguos judíos, de que se servian al principio para convocar la asamblea, para indicar la salida de las tropas y para señalar el año del jubileo. Josué se sirvió de ella para derribar las murallas de Jericó. Usábanse junto al tabernáculo en las fiestas solemnes cuando se inmolaban los holocaustos y las víctimas pacíficas; y luego se usaron en el mismo templo para anunciar las fiestas solemnes, la entrada del sábado, y los dias del novilunio. Tambien está mandado en el Levítico (XXIII) y en los Números (XVI), que se toque al principiar el año, para hacer pensar en el juicio de Dios, intimidar á los pecadores y conducirlos al arrepentimiento. El sábado que sigue inmediatamente á estos dos dias, se llama «sabbat de Teschouba,» esto es «sábado de penitencia» porque se encuentra entre los diez dias de penitencia, que se cuentan desde el primer dia del año hasta el de la expiacion inclusive.

El dia siguiente al Roshode-elul, ó del novilunio de agosto, que es la luna que precede á la del dia del año nuevo, se empiezan á recitar en las oraciones de la aurora y de la tarde las preces de indulgencia, hasta el dia de la expiacion, sin dejar de contar ninguno, excepto los sábados y los dos dias de «Roshaschana.» Son plegarias que se hacen por espacio de cuarenta dias para pedir perdon á Dios de las culpas cometidas durante el año, y para prepararse á la penitencia antes del dia de la expiacion, en memoria de los cuarenta dias que permaneció Moisés en el monte Sinaí, para recibir las últimas tablas de la ley, y obtener de Dios misericordia para su pueblo. Los judíos alemanes empiezan esta plegaria la semana antes del «Roshachana.» Muchos judíos tienen la costumbre de ayunar durante estos cuarenta dias, otros no ayunan mas que los lúnes y los jueves, y algunos solamente los diez dias de penitencia: en los sábados y el primer dia del año no ayunan.

QUIPPOUR Ó DIA DE EXPIACION, es el dia en que Moisés, despues de haber obtenido de Dios el perdon de su pueblo, por el becerro de oro, descendió del monte Sinaí llevando las dos últimas tablas de la ley. Se celebra el 10 del mes «Thisri» ó de la luna de setiembre, ordenado por el Levítico (XXIII). Llamábase dia de expiacion, porque el sumo sacerdote ofrecia á Dios un sacrificio expiatorio, durante el cual hacia delante del Señor la confesion de sus culpas y las de su pueblo, pedia la remision de ellas, y purificaba el santuario, el altar y á todos los israelitas. Durante este dia toda obra servil cesa, como en dia de sábado, se abstienen de comer, beber, lavarse, ungirse, calzar zapatos de cuero, y de tener comunicacion con sus mujeres; hacen muchas buenas obras, y todo cuanto, en concepto de los judíos, debe acompañar á una buena penitencia, y permanecen todo el dia en la sinagoga, recitando muchas veces plegarias de indulgencia y otras, confesándose de sus pecados, y refiriendo lo que el sumo sacerdote hace en el santo de los santos, en donde no le está permitido entrar mas que en este dia del año. Durante la víspera de este terrible dia se preparan con actos de piedad, van á visitar á los enfermos, tratan de reconciliarse con los que los han ofendido ó se dan mútua satisfaccion de sus faltas, se purifican en los rios ó en otra corriente, hacen limosnas, cenan antes de ponerse el sol, se mudan toda la ropa, se quitan los zapatos en señal de penitencia, y permanecen sin comer ni beber hasta el anochecer del dia siguiente. Las mujeres que han parido recientemente, las enfermas de peligro y las niñas menores de trece años no están obligadas á ayunar.

El (ó la) ROSHODE, este es el primero del mes ó el novilunio, es un dia festivo, y algunas veces hay dos seguidos, uno de los cuales termina el mes precedente. Hácese en el que empieza el mes un nuevo sacrificio de expiacion. Aun cuando no se prohiba el trabajo, las mujeres tienen la costumbre de abstenerse de él.

Cuando el «roshode» no es mas que de un dia, el novilunio debe acaecer, lo mas tarde, la vigilia anterior al mediodía de este dia, si hay dos «roshodes» el novilunio puede tener lugar en la noche del primer dia «roshode.» Se empiezan á contar los dias del mes por el segundo cuando hay dos «ros-

hodes.» Todos los meses precedidos por uno de 30 dias tienen dos «roshodes,» y por el contrario solo tienen uno aquellos á quienes precede otro de 29. «Nisan, siban, ab, thisri y sabath,» no tienen nunca mas que un solo roshode; «jiar, tamuz, elul, marchesvan, adar y veadar,» en los años embolísmicos, tienen siempre dos; «casleu y tebeth» á veces tienen uno, y á veces dos.

LA FIESTA DE HANOUCA Ó DE LA DEDICACION, empieza el 25 de casleu ó de la luna de noviembre, y dura ocho dias. Celébrase en memoria de la dedicacion del templo por los macabeos y de la victoria que alcanzaron sobre el impío Antíoco, el año 3632 de la creacion y 128 antes de la era cristiana. Enciéndense las lámparas durante estos ocho dias á causa del milagro que tuvo lugar aumentándose el aceite. Después que los macaceos hubieron purificado el templo, profanado por los griegos, buscaron aceite consagrado para encender de nuevo las lámparas, que permanecieron apagadas, y encontraron únicamente una botella sellada con el anillo de sumo sacerdote, en la que no habia mas que la cantidad suficiente para un solo dia: pero milagrosamente duró ocho, hasta que se hubieron proporcionado mas. No está prohibido trabajar en estos dias, sin embargo se abstienen de hacerlo por las tardes mientras las lámparas permanecen encendidas (Josefo, Ant., l. 13, c. 10).

EL PURIM Ó LA FIESTA DE LAS SUERTES, se celebra durante dos dias, el 14 y el 15 del mes «adar» ó de la luna de febrero, en memoria de las suertes que echó el tirano Aman para perder á los judíos bajo el reinado de Asuero, y por el modo milagroso con que Dios salvó á su pueblo cerca de dos años antes del restablecimiento del segundo templo de Jerusalen. En estos dias tienen la costumbre de no trabajar, los pasan en grandes festines y regocijos, envíanse recíprocamente presentes, y se dan aguinaldos en señal de alegría. La víspera, que es el 13, ayunan si no es sábado, en memoria del ayuno que la reina Ester instituyó en este tiempo (Esth. VIII, IX y sig.). Si la víspera es sábado, ayunan el dia precedente, que es el 11. Si el año es embolísmico, celebran esta fiesta en el segundo «adar ó ve-adar,» y en el primer «adar» tienen otra menos solemne que llaman PURIM RISCHON, LA PRIMERA FIESTA DE LAS SUERTES, en conmemoracion del «gran Purim,» y no ayunan la víspera.

ROS HASCHANA DE LOS ÁRBOLES, esto es, PRINCIPIO DEL AÑO DE LOS ÁRBOLES, es una pequeña fiesta que se celebra el primero de «sabat» ó de la luna de enero, con motivo de que los árboles empiezan á brotar entónces en la Tierra Santa, y de la primera estacion del año.

TOUBEAB, ó el 15 del mes «ab» ó de la luna de julio es una pequeña fiesta que se celebra porque antiguamente, en el mismo dia, las muchachas judías salian vestidas de blanco á bailar en el campo, y á mostrarse de este modo á los jóvenes que querian contraer matrimonio.

LA ORACION PARA LA LLUVIA, es una plegaria que hacen los judíos para pedir á Dios la lluvia de que tienen necesidad los bienes de la tierra para la abundancia del año: empieza regularmente sesenta dias después de la «Tecufa de thisri.»

Las TECUFOT plural de «Tecufa,» son propiamente las cuatro témporas de los judíos, con la diferencia de que las de los cristianos son dias de ayuno movibles, en lugar de que los judíos no ayunan en los dias de «Tecufot,» que son además inmovibles, porque correspondieron durante todo el curso del siglo XVIII del siguiente modo: «Tecufa de nisan» al 5 y 6 de abril, la de «tamuz» al 5 y 6 de julio, la de «thisri» al 4 y 5 de octubre, y la de «tebet» al 4 y 5 de enero: pero las Tecufot adelantan un dia en el siglo XIX.

Es verosímil, dice Woeff, sabio judío á quien hemos consultado, que los judíos modernos con sus «Tecufot,» han querido designar el cambio de estaciones, á saber los dos solsticios y los dos equinoccios; pero sea por desprecio, sea por ignorancia, han hecho retroceder los puntos cardinales con la celebracion de esta especie de fiestas, de cerca quince dias. Por lo demás, los judíos atribuyen á estos dias ciertas supersticiones ridículas, que no merecen mencionarse.

AYUNOS Y ABSTINENCIAS DEL AÑO Á MAS DE LOS MENCIONADOS. El 9 del mes de «ab» ó de la luna de julio, que se llama «tishabeab,» ayunan por la destruccion del primer y segundo templo de Jerusalen. La primera destruccion por Nabucodonosor acaeció el año del mundo 3338, y 432 antes de la era cristiana, y la segunda por Tito Vespasiano, el año del mundo 3830 y 70 de la era vulgar. Se le considera como el dia mas triste del año, léense en él las lamentaciones de Jeremías, y muchas otras relativas á la fatal ruína de la ciudad y del templo de Jerusalen, y á la dispersion del pueblo, obsérvanse las mismas abstinencias que en el dia de la expiacion, y está prohibido darse á ninguna diversion, ni menos afeitarse desde el primero del mes. Muchos judíos tienen la costumbre de abstenerse de carne durante los nueve dias, escepto el sábado, para el cual pueden tambien afeitarse la víspera; y otros observan estas abstinencias desde el ayuno de «tamuz» que es tres semanas antes del ayuno de «ab.» Zacarías (VIII), llama á este ayuno el quinto.

EL AYUNO DE TAMUZ, fijado para el 17 de este mes, ó de la luna de julio, fué establecido en conmemoracion de cinco desgracias que acaecieron por este mismo tiempo al pueblo judío: 1.° Moisés rompió las primeras tablas de la ley; 2.° Los griegos colocaron un ídolo en el templo de Jerusalen; 3.° y quemaron el libro de la ley; 4.° la lámpara del «contínuo» se extinguió; 5.° en fin, los romanos abrieron una brecha en los muros de la Ciudad Santa. Zacarías (VIII) llama á este ayuno el cuarto.

EL AYUNO DE TEBET, en el diez de este mes, ó de la luna de diciembre, en memoria del sitio de Jerusalen por Nabucodonosor (II. Reyes, XXV) es el décimo ayuno, segun Zacarías en el lugar citado.

EL AYUNO DE GUEDALIA, en 3 de «thisri» ó de la luna de setiembre, fijóse en memoria del asesinato que Ismael, hijo de Natanía, y sus cómplices cometieron en la persona de Guedalia (Godolías) hijo de Ahicam á quien Nabucodonosor habia nombrado gobernador de la Judea, después de la destruccion del primer templo. (Jerem. XL y XLI). Zacarías le llama el séptimo ayuno.

Los precedentes ayunos, excepto el de la expiacion, cuando caen en sábado, se trasladan al dia siguiente. Muchos judíos tienen la costumbre de ayunar todas las vísperas de los «roshodes,» que llaman «mismara», esto es, vigilia, excepto las de los «roshodes jiar, marchesvan y tebet,» porque se encuentran en dias en los cuales no pueden ayunar; el ayuno de la víspera del dia de año nuevo es casi general. Hay tambien judíos que por devocion ayunan durante tres semanas todos los lunes y jueves; empiezan en el lunes de la semana en el cual se lee la seccion «Schemot,» y terminan el jueves de la en que se lee la de «Mischpatin.» Llaman á estos ayunos el «Schobabim» palabra hebrea ficticia en la cual van comprendidas las seis secciones que se leen durante las semanas de estos

doce ayunos. La voz SCHIN, significa «Schmot;» la «VAU Vauera;» la BETH, «Boel Parho;» la otra BETH, «Beschaba;» la JOD, «Itro;» y la MEM «Mischpatim.»

Algunos ayunan tambien el 7 de «Adar» ó de la luna de febrero, por la muerte de Moisés, que acaeció en este mismo dia.

SUPPUTACION DE LOS TIEMPOS SEGUN EL CÁLCULO DE LOS JUDÍOS MODERNOS HASTA EL AÑO 1785 DE LA ERA CRISTIANA.

De la creacion del mundo al año 1795 van.	5545
Del diluvio universal.	3890
Del nacimiento de Abrahan.	3598
De la torre de Babel y division de las lenguas. . . .	3550
Del nacimiento de Isaac.	3498
Del sacrificio de Abrahan.	3461
Del nacimiento de Jacob.	3438
De la llegada de los hebreos á Egipto.	3308
Del nacimiento de Moisés.	3178
De la libertad de los hebreos de Egipto.	3098
De la entrada y posesion de la Tierra Santa. . . .	3058
De la division de la Tierra Santa por Josué.	3034
De la monarquía del rey David.	2662
De la construccion del primer templo.	2618
De su destruccion por Nabucodonosor.	2207
De la construccion del segundo templo.	2140
Del fin de las profecías.	2097
De la monarquía de los macabeos.	1914
Del año vulgar.	1785
De la destruccion del segundo templo por Tito. . .	1715
De la formacion del calendario judío.	1447
De la posesion de la Tierra Santa por los turcos. . .	468

Cuentan tambien el año 1785 como el segundo del ciclo solar de veinte y ocho años, en lo que concuerdan con nosotros. Pero este mismo año no le cuentan sino como el diez y siete del ciclo lunar, lo que prueba lo que hemos dicho, de que el ciclo de que ellos se sirven está tres años atrasado respecto al nuestro, ó para hablar con mas exactitud y mas correctamente, su cálculo, con relacion á los años de este ciclo, no difiere del nuestro mas que de dos años en la primera parte de su año civil, y de tres en la segunda parte. Así en 1785 en que hemos tenido diez y nueve del número de oro desde el mes de enero, ellos no empezaron á contar diez y siete de su ciclo lunar hasta el mes de thisri (en setiembre) de 1786, en lugar de que, desde el principio de este mismo año, contemos uno de nuestro ciclo de diez y nueve años ó número de oro. Es del caso fijar la atencion en esto para no confundir los dos ciclos que se emplean en nuestras cartas. Para conocer el ciclo lunar de un año cualquiera, añádase 17 al año propuesto, si se trata de los 9 primeros meses; pero si es en los 3 últimos meses se añadirá 18, luego se divide el total por 19, y el resíduo de la division dará el año del ciclo que se pide. La razon de añadir 17 para la primera parte de nuestro año, y 18 para la última, es porque habian transcurrido 17 años de este ciclo al llegar al otoño del que precede á nuestra era, año que empieza, como ya se sabe, con nuestro mes de enero. Así añadiendo 17 á 1785 resultará 1802, divídase este número por 19, y nos dará por resíduo 16, lo que indica que es el año décimo sexto del ciclo, el cual ha empezado con el mes judío «thisri» de nuestro año 1784; pero si al año 1785 se añaden 18, se tendrá, despues de la division por 19, 17 por resíduo, que es el cielo lunar del año judío empezado en el otoño de nuestro 1785.

CRONOLOGÍA HISTÓRICA

DE LOS PREFECTOS Y PROCURADORES DE LA JUDEA Y GOBERNADORES DE LA SIRIA.

Antes de J. C.

63. POMPEYO, después de haber conquistado la Siria y sojuzgado la Judea, conduce á Roma el rey Aristóbulo II, dejando el soberano sacerdocio á Hircan, y el gobierno de la Siria al procuestor MARCO EMILIO SCAURO.

59. LUCIO MARCIO FILIPO, pretor, sucedió á Scauro, y no gozó mas que un año del gobierno de la Siria.

58. CN. CORN. LENTULO MARCELINO, pretor, ocupó el lugar de Filipo, y fué reemplazado el año siguiente.

57. AULO GABINIO, procónsul, llegó á Siria el año 697 de Roma segun Apiano en sus Siriacas, para suceder a Marcelino en el gobierno de Siria.

54. MARCO LUCINIO CRASO, procónsul, nombrado sucesor de Gabinio el año 700 de Roma, fué muerto el año siguiente por los partos.

53. CAYO CASIO LONGINO, procuestor, tuvo el gobierno general de Siria despues de la muerte de Craso.

51. MARCO CALPURNIO BÍBULO, procónsul, tomó posesion del gobierno de la Siria á principios del otoño del año 703 de Roma.

50. VEIENTO, de la familia de Fabricio, lugarteniente de Bíbulo, le sucedió el año 704 de Roma.

49. Q. METELO ESCIPION, procónsul, tuvo el gobierno de la Siria después de Bíbulo, y gozó de él hasta el mes de agosto del año 706 de Roma. Entonces los sirios, después de la batalla de Farsalia, se declararon por Julio César.

47. SEXTO CÉSAR, cuestor, fué nombrado gobernador de la Siria, por el dictador Julio César, su pariente.

46. Q. CECILIO BASSO, partidario de Pompeyo, hace matar á Sexto César, se apoderó del gobierno de la Siria.

45. CAYO ANTISTIO VETO, cuestor, establecido en el gobierno de la Siria por el dictador Julio César, hizo la guerra á Basso.

44. L. STACIO MURCO, pretor, y Q. CRISPO, su cólega. El primero cedió el gobierno, este mismo año, á Cayo Casio, uno de los jefes de la conspiracion contra Julio César, y que habia mandado en esta provincia después de la muerte de Craso. Este mismo Casio tomó de su propia autoridad el título de procónsul.

43. PUBLIO CORNELIO DOLABELLA, procónsul enviado por Marco Antonio á Siria, fué recibido por los Laodiceos, el mes de mayo; pero poco después Laodicea fué sorprendida por Casio, y Dolabella pereció con sus oficiales en la misma ciudad.

42. MARCO ANTONIO, triunviro, después de la batalla de Filipes, en Macedonia, ganada sobre Bruto y Casio, que perecieron en ella, se apoderó de toda el Asia y la Siria, antes de terminar este año.

41. PUBLIO DECILIO SAXA, lugarteniente de Marco Antonio, fué nombrado gobernador de Siria por este triunviro, cuando se hallaba aun en el país. Habiendo el año siguiente derrotado los partos á Saxa, se apoderaron de la Siria, en la primavera del mismo año, y habiéndose adelantado hasta Jerusalen, sitiada por Antígono, se apoderaron de ella por capitulacion (V. la Historia de los judíos).

39. PUBLIO VENTIDIO BASSO, después de haber arrojado á los partos de la Siria, toma posesion del gobierno de la provincia.

38. CAYO SOSIO, queda nombrado gobernador de la Siria desde el 8 de junio, dia en que Ventidio ganó á los partos una gran batalla en la que fué muerto Pacoro.

34. LUCIO MUNACIO PLANCO, reemplazó á mediados de este año, en el gobierno de Siria, á Cayo Sosio, que habiendo sido nombrado procónsul, recibió en Roma los honores del triunfo, el 3 de setiembre del año 719 de Roma, segun los fastos capitolinos, que corresponde al 720, segun el cálculo de Varron.

LUCIO CALPURNIO BÍBULO, fué el sucesor de L. Munacio Planco, en el gobierno de Siria, pero se ignora en qué año: sábese sí que Bíbulo murió en su provincia á fines del 722 ó principio del 723 de Roma.

31. QUINTO DIDIO, era gobernador de Siria en 723 de Roma. Tomó el partido de Octavio algun tiempo antes de la muerte de Marco Antonio.

30. MARCO VALERIO MESSALA, sustituyó en el gobierno de Siria á Q. Didio, poco tiempo después que Octavio se hubo apoderado de Alejandría, esto es, en 29 de agosto del año 724 de Roma.

29. MARCO CICERON, hijo del orador, nombrado cónsul subrogado, en el otoño del año precedente, dióse el gobierno de Siria en lugar de Messala que pasó á las Galias, donde obtuvo victorias que le merecieron los honores del triunfo en Roma, año 727.

Antes de J. C.

26. VARRON, tuvo el gobierno de Siria, algunos años antes que Agripa obtuviese el general de oriente.
23. AGRIPA, fué nombrado gobernador de Siria, y encargado de la administracion de todas las provincias de oriente, el año 731 de Roma, pero él se detuvo en Mitilena y envió para gobernar la Siria á sus lugartenientes cuyos nombres se ignoran.
16. AGRIPA, se trasladó por fin á su gobierno de Siria, en donde permaneció hasta el año 742.
12. SENCIO SATURNINO y TITO VOLUMNIO, sucedieron en el gobierno de la Siria á Agripa, que habia sido llamado.
6. AUGUSTO, los designa para juzgar á los hijos de Herodes Alejandro y Aristóbulo acusados por su padre.
5. QUINTILIO VARO, reemplaza á Sencio Saturnino. Condena á muerte á Antipater, hijo mayor de Herodes, acusado tambien por su padre.

QUINTILLO VARO, nombrado gobernador de Siria el año cinco antes Jesucristo, lo era aun el año tercero de nuestra era vulgar. Habia entrado pobre en esta provincia; y salió de ella, rico de espoliaciones, para ir á encargarse del gobierno de Germania, en donde, dejándose sorprender, con su ejército, por Arminio, el año nueve, fué completamente derrotado. Este revés, al que no creyó poder sobrevivir, fué causa de que se diese la muerte. Ignórase quién fué su inmediato sucesor en el gobierno de Siria.

Años de J. C.

DE LA ERA VULGAR.

5. VOLUSTIO SATURNINO, era gobernador de Siria el año treinta y cinco del imperio de Augusto, quinto de nuestra era vulgar, como lo prueba el abate Longuerne por medio de las medallas.
6. PUBL. SULPI. QUIRINIO, ó CIRENIO, es nombrado gobernador de la Siria, despues de Saturnino. Habiendo sido reducida este mismo año la Judea á provincia, despues del destierro de Arquelao, Coponio, caballero romano, fué enviado para gobernarla en calidad de procurador imperial. Fué llamado el año 10 de Jesucristo.
10. MARIO AMBIVIO fué el sucesor de Coponio en la Judea.
11. Q. CECILIO-METELO-CRÉTICO-SILANO, recibió de Tiberio el gobierno de Siria.
13. ANNIO RUFO sucedió á Coponio en la prefectura de Judea (Josefo, l. 18, c. 13.)
15. VALERIO GRATO, fué enviado por Tiberio para reemplazar en Judea á Annio Rufo.
17. CN. CALPURNIO PISO, fué nombrado gobernador de Siria por Tiberio, en lugar de Silano á quien llamó por creerle amigo de César Germánico, que iba á mandar los ejércitos de oriente. Pison y su mujer Plancina, sirvieron para satisfacer el odio que Tiberio profesaba á Germánico y á su esposa Agripina. Su insolencia, con respecto á los dos, obligó á Germánico el año 19 de nuestra era á destituir á Pison y á mandarle abandonar su gobierno. Pison obedeció, pero al partir hizo dar al príncipe un veneno lento, que le condujo al sepulcro. Germánico al morir exhortó á su mujer y á sus amigos á que vengasen su muerte. Agripina, fiel á las últimas disposiciones de su esposo, pasó á Roma, y acusó ante el senado á Pison, que previno su fallo dándose la muerte.
19. CN. SENCIO SATURNINO, elegido en Antioquía por los magistrados romanos, despues de la partida de Pison, para gobernar la Siria, desempeñó este encargo por espacio de tres años; por cuanto ELIUS LAMIA á quien Tiberio le habia confiado, no salió de Roma; por lo que no debe colocarse entre los gobernadores de Siria.
22. POMPONIO FLACO fué enviado por Tiberio para gobernar la Siria, despues de llamado Saturnino. «Estos gobernadores, dice el abate de Longuerne, enviados por Tiberio, no continuaron ya en las medallas, acuñadas en Antioquía, los años de la monarquía de Augusto, sino la época vulgar de la ciudad de Antioquía, lo que se ve en una medalla de Flaco, acuñada el año 84, porque esta época no puede corresponder á la monarquía de Augusto, por cuanto Flaco murió en su provincia, año de Roma, 786, segun Tácito, esto es, el año 62 ó 63 de la monarquía de Augusto (33 de Jesucristo).» Tiberio, despues de la muerte de Flaco, dejó vacante por dos años el gobierno de Siria.
26. PONCIO PILATOS sucede á «Grato» en el cargo de procurador de la Judea.
33. LUCIO VITELIO, nombrado gobernador de Siria, llegó á esta provincia el año 36 de Jesucristo. En vista de las quejas que le dieron contra Pilatos, le depuso el año 38, y le envió á Roma para responder á las acusaciones de los judíos, que le hicieron condenar á destierro.

Años de J. C.

38. MARCELO, sucedió á Pilatos por nombramiento de Vitelio, confirmado por el emperador Calígula.
39. PUBLIO PETRONIO TURPILIANO, nombrado gobernador de Siria, en reemplazo de «Vitelio,» se condujo en esta provincia con mucha prudencia.
42. VIBIO MARSO, fué el sucesor de Petronio en el gobierno de la Siria. Tuvo frecuentes contestaciones con Agripa, rey de Judea, que obtuvo del emperador su destitucion el año mismo de su muerte.
44. CUSPIO FADO, fué nombrado gobernador ó profeta de la Judea por Claudio, despues de la muerte de Agripa.
45. CAYO CASIO LONGINO, obtuvo el gobierno de Siria despues de llamado «Marso.»
46. TIBERIO ALEJANDRO, reemplazó á «Fado» en la prefectura de Judea.
48. VENTIDIO CUMANO, sucede á Tiberio Alejandro.
52. CAYO NUMIDIO CUADRATO, sucede á Casio en el gobierno de la Siria, que tiene por espacio de dos años. Uno de sus primeros actos fué la deposicion de «Cumano.» «Claudio Felix, hermano del liberto Pallas y procurador entónces de Samaria y Galilea, reunió al suyo el cargo de «Cumano.» Sirvió para arruinarlo todo. Los asesinos y los impostores ocasionaron bajo su mando toda clase de males al pueblo.
60. DOMICIO CORBULON, que mandaba los ejércitos romanos en oriente, se encargó del gobierno de la Siria, despues de la muerte de «Cuadrato.»

PORCIO FESTO, reemplaza en el mismo año, á Claudio Felix, en la prefectura de Judea. Murió en ella el año siguiente.

61. ALBINO, sucesor de «Festo» en Judea, no gobernó con mas equidad que él. El año 64, sabiendo que estaba destituido, abrió todas las cárceles, infestando de ladrones la Judea.
63. GESSIO FLORO, substituto del profeta Albino, hizo olvidar á los judíos, con la atrocidad de su conducta, todo el mal que les habian hecho sus predecesores.
65. LUCIO CESTIO GALLO, tuvo el gobierno de la Siria, despues de Corbulon. Habiendo sido derrotado por los judíos el 8 de noviembre del año 66, envió la relacion de estos sucesos á Neron, que se encontraba en Acaya, dando la culpa á Floro. Murió poco tiempo despues.
67. LICINIO MUCIANO, fué enviado por Neron para suceder á «Gallo,» y al mismo tiempo encargó á Flavio Vespasiano la guerra contra los judíos.

GRANDES SACERDOTES DE LOS JUDÍOS DESPUÉS DE JESUCRISTO.

MATÍAS, hijo de Teófilo, fué nombrado sumo pontífice por Herodes el Grande, en lugar de Simon Boeta, á quien habia depuesto. Solo conservó esta dignidad por espacio de un año. Herodes en su última enfermedad le destituyó, por no haberse opuesto á la empresa de los judíos, que derribaron el águila de oro que habia colocado sobre la puerta del templo.

JOAZAR, hijo del gran sacerdote Simon Boete, fué substituido á Matías por el rey Herodes, su cuñado. El año seis, con corta diferencia, de nuestra era vulgar, le depuso el rey Arquelao.

6. ELEAZAR, hermano de Joazar, fué el sucesor que le dió Arquelao el cual le destituyó poco tiempo despues.

JESUS, hijo de Sié, sucesor del gran sacerdote Eleazar, apenas gozó un mes de esta dignidad.

JOAZAR reaparece en seguida en la historia desempeñando las funciones de soberano sacerdote, sin que se hable de su restablecimiento. El gobernador Quirino le depuso el año siguiente, aunque habia inducido á los judíos á conformarse con la estimacion que de sus bienes habia hecho este magistrado.

7. ANANUS ó ANAS (el mismo de quien se habla en el Evangelio), hijo de Set, fué colocado por Quirino en el lugar de Joazar. Josefo (Antiq. lib. 20, c. 8), le presenta como á un hombre muy afortunado, que, despues de haber ejercido el pontificado por mucho tiempo, habia visto cinco hijos suyos revestidos de la misma dignidad, á saber: Eleazar, Jonatas, Teófilo, Matías y Ananus (débese añadirse tambien Caifás, su yerno). Fué depuesto el año 16 de nuestra era, segun de Tillemont; y el 23 segun el abate de Longuerue.
23. ISMAEL, hijo de Febi, sucedió al gran sacerdote Ananus, y no ejerció sus funciones mas que cerca de un año.
24. ELEAZAR, hijo de Anás y sucesor de Ismael, no permaneció mucho mas tiempo en su lugar.
25. SIMON, hijo de Camide, fué revestido del soberano pontificado despues de Eleazar por el prefecto Gratus, y destituido el año siguiente lo mas tarde.
26. JOSÉ CAIFE ó CAIFAS, yerno del gran sacerdote Anás, y sucesor de Simon, fué depuesto el año 36 por L. Vite-

Años de J. C.

lio, gobernador de Siria, en las fiestas de Pascua, se mató, segun dicen, desesperado.

36. JONATUS ó JONATAN, hijo mayor del gran sacerdote Anás, fué substituido á su cuñado Caifas en esta dignidad, por Vitelio, que le depuso el año siguiente.

37. TEOFILO, hermano de Jonatás, fué nombrado por Vitelio para sucederle. Conservó el pontificado hasta el año 41 en que llegando Agripa por las fiestas de Pascua á Jerusalen le destituyó.

41. SIMON CANTARE, cuyo padre Simon Boete y su hermano Joazar, habian desempeñado el soberano sacerdocio, fué elevado á la misma dignidad, despues de la deposicion de Teófilo, por Agripa. El mismo rey, habiéndosela quitado poco tiempo despues, quiso transmitirla á Jonatás, hijo de Ananus, pero este se excusó diciendo que le bastaba haber merecido ya una vez semejante honor, del que no se conocia tan digno como se pensaba; pero que tenia un hermano á quien creia mas capaz para ello, exento de faltas para con Dios y para con el príncipe. Agripa ensalzó su modestia, y dió el pontificado á su hermano.

41. MATÍAS, hijo de Ananus; su pontificado no duró mas de un año.

42. ELIONEO, hijo de Cété, dejó de grado ó por fuerza el pontificado, casi al momento de nombrarle.

43. SIMON CANTARE, se sentó otra vez en la silla pontificia, despues de Elioneo, y la ocupó aun por espacio de dos años.

45. JOSÉ, hijo de Camide, gozó del pontificado cerca de tres años.

48. ANANÍAS, hijo de Zebedeo, fué elevado al pontificado por Herodes, rey de Calcida, despues que este príncipe hubo desposeido á José. Pero, como era saduceo, le dió por colega á Jonatás, que habia ejercido el supremo sacerdocio once años antes. El prefecto Claudio Félix, cansado de las representaciones que le hacia Jonatás, por los desórdenes que toleraba, le hizo matar el año 55 de Jesucristo. No tuvo mejor fin Ananías; destituido al cabo de diez años, fué muerto por los celadores el 7 setiembre del 66.

58. ISMAEL, hijo de Febi, distinto del pontífice del mismo nombre, que tenia este cargo treinta y cuatro años antes, obtuvo la misma dignidad, despues de Ananías. El año 61 los judíos le pusieron al frente de la diputacion que enviaron al emperador Neron, para impedir que Agripa II demoliese los muros que habian levantado entre su palacio y el templo, á fin de que no pudiese ver lo que pasaba en lo interior del santuario. Agripa le castigó á su vuelta, destituyéndole. Algun tiempo despues fué decapitado en Cirene (De Tillemont).

61. JOSÉ CABI, fué substituido al gran sacerdote Ismael, y depuesto en el mismo año.

61. ANANÍAS, el jóven, ó Ananus, quinto hijo del gran sacerdote Anás, parecido á su padre en la ferocidad de su carácter, fué ascendido á esta dignidad por Agripa, á fines de enero. Fué el que hizo morir á san Jaime, obispo de Jerusalen, y algunos otros en la festividad de pascua. Esta disposicion, que disgustó á todo el mundo, fué causa de que le depusiese Agripa para satisfacer la pública indignacion.

63. JESUS, hijo de Danneo, fué colocado en lugar del gran sacerdote Ananías por Agripa.

63. JESUS, hijo de Gamaliel ó de Gamala, reemplazó al hijo de Danneo en el pontificado. Este último quiso mantenerse por la fuerza. Los dos rivales reunieron, cada uno por su lado, gentes sin temor ni honor, que de las injurias vinieron á las manos. El prefecto Albino los puso en paz deponiendo al nuevo pontífice. El año 68 fué muerto por los idumeos, al querer los convencer de que no se uniesen á los celadores, que los habian llamado en su ausilio.

64. MATÍAS, que sucedió á Jesús, hijo de Gamaliel, fué decapitado en el mes de junio del año 70, por órden de Simon, hijo de Gioras, á quien habia hecho recibir en Jerusalen. Los celadores, en verdad, le substituyeron un paisano, llamado Fannías. Pero además de que se duda que fuese de la raza de Aaron, es cierto que no ejerció ninguna de las funciones de gran sacerdote.

CONTINUACION

DE LA HISTORIA DEL PUEBLO HEBREO HASTA LA RUÍNA DEL TEMPLO.

ANTES DE LA ERA VULGAR.

6. En el año 747 (1) de la fundacion de Roma, segun Varron, en el consulado de C. Antistio Veto y Décimo Lelio Balbo, en el año 40 de la era juliana, el 39 de Augusto, despues de la muerte de Julio César, ó el 25 despues de la batalla de Accio, el 35 desde que Herodes habia sido proclamado rey de Judea, el 2.° de la olimpiada 193.ª, y en el 4708 del período juliano; es decir, cinco años, nueve meses y siete dias antes de la era vulgar, llegado el tiempo de la redencion del género humano, desde el desliz del primer hombre, prometida, pronosticada por todos los profetas, figurada por todas las ceremonias de la ley antigua, esperada de todos los justos, el 25 de marzo, fué enviado del cielo el ángel Gabriel á Nazaret, ciudad de Galilea, á una vírgen llamada María, de la familia de David, casada con José (2), de la misma sangre (3) para anunciarla que concebirá en su seno, por obra del Espíritu Santo, un niño que será llamado «el hijo del Altísimo, y reinará perpétuamente sobre la casa de Jacob.» Al ver perturbada despues de es-

(1) La opinion que tenemos por mas probable (pues tampoco la damos como absolutamente cierta) tocante al año del nacimiento del Salvador, es la del franciscano Antonio Cappelli, extensamente expuesta por Saint-Georges en una sabia disertacion, que se imprimió en Paris en 1693. Es extraño que Freret, el cual ventiló esta cuestion en las Memorias de la Academia de Bellas Letras (tom. 21, pag. 278 y siguientes) diese la preferencia á la opinion del padre Petavio y otros cronólogos que retrasan de un año el acontecimiento de que se trata, no poniéndole sino tres meses antes de la muerte de Herodes, ocurrida, segun así lo reconocen con Josefo, pocos dias antes de pascua, á los treinta y siete años de haberle dado los romanos el trono, lo cual corresponde el año 42 de la era juliana, 749 de la fundacion de Roma, año cuarto antes de nuestra era vulgar. Por cierto que esto es estrechar dentro de un período muy corto todo lo que entre esas dos épocas pone el Evangelio. En efecto, no cabe duda que la Vírgen cumplió con la ley de la purificacion, pues así consta por testimonio de san Lúcas, regresando despues, segun el mismo evangelista, á Nazaret, y volviendo en seguida otra vez á Belen, como se verá mas adelante. Ahora bien, la purificacion de la Vírgen es anterior á la adoracion de los magos, cualquiera que fuere el intervalo que se señalare entre el nacimiento del Señor y su llegada á Belen; pues dice san Mateo, que, despues de su partida, avisó el ángel á José que llevase consigo á Egipto á la madre con el niño. Por consiguiente, primero hay que contar los cuarenta dias que transcurrieron desde el nacimiento del Señor hasta la purificacion de María, luego poner la llegada de los magos, en seguida la huida á Egipto, la que necesitó muchos dias distando Jerusalen unas cuarenta leguas de la frontera de Egipto, y por fin, el tiempo, por muy limitado que le supongamos, que José permaneció en dicho país, del cual es positivo que no volvió hasta despues de muerto Herodes. Es poco probable que todo esto haya podido ocurrir en el poco tiempo que media entre el 25 de diciembre de un año y el fin de marzo del siguiente. De lo que se desprende que el Señor nació en el año 40 juliano, y 747 de la fundacion de Roma, conviniendo esto con la antigua tradicion que le da dos años cuando volvió de Egipto.

(2) Entre los judíos los matrimonios se contraian en una junta de parientes y amigos, sin que intervinieran ministros de la religion. De suerte que cuando los pintores representan el casamiento de María y José en el templo, haciéndolos unir por el sumo sacerdote, faltan á la realidad de las cosas.

(3) San Mateo y san Lúcas escribieron dos genealogías de Jesucristo, y en las dos desciende de David; bien que se nota en ellas alguna diferencia, lo cual prueba que no se concertaron para escribirlas, pero no que se contradigan. Uno nombró los ascendientes de J. C. segun la naturaleza, el otro segun la ley de Moisés, en virtud de la cual una mujer que enviudaba sin hijos, casaba otra vez con el hermano ó con el deudo mas próximo del marido difunto, á quien se suponía que pertenecian los hijos que nacieran del nuevo enlace



LA VISITACION.

(Lámina en bronce.)

tas palabras á la vírgen, la tranquiliza con decirla que su prima Isabel, esposa del sacerdote Zacarías, entrada ya en años y estéril hasta entónces, « ha concebido un hijo en su vejez, hallándose ya en el sexto mes de su embarazo, porque nada, añade, es imposible al Señor. » Cree María en la palabra del ángel, y luego se dirige hácia los montes de Judea á encontrar á Isabel (tal vez á Hebron, ciudad sacerdotal, á unas veinte y cinco leguas de Nazaret). Tres meses estuvo en su compañía. En aquella temporada, ó poco después de haberse marchado María, Isabel dió á luz un niño, al que llamaron Juan. Era el nombre que indicó su padre Zacarías por inspiracion divina, teniendo que escribirle por haber perdido la voz en castigo de no haber creido al ángel cuando este le anunció la concepcion de su mujer. Pero soltósele la lengua después del parto, y cantó un himno en accion de gracias, en el cual predice que Juan ha de ser el profeta del Altísimo, y el precursor del Mesías.

6. Por el mes de diciembre siguiente, va María con José á Belen, que era de la tribu de Judá, y en la que habia nacido David, para poner su familia en el padron general que Augusto habia mandado hacer tres años antes, pero que no se habia llevado á cabo en Judea, por no haberse prestado hasta entónces el juramento de fidelidad. Llenas estaban las posadas de Belen por los muchos forasteros que de los lugares circunvecinos habian acudido con el mismo objeto, y María con su esposo no encontraron mas albergue que una cueva que servia de establo (1). Como habia llegado la hora del parto de esa vírgen, dió allí mismo á luz, sobre la media noche, al Hijo de Dios, siendo tan miraculoso el parto como la concepcion. Fué á 25 de diciembre, segun la tradicion admitida y constante.

Habia unos pastores que de noche guardaban sus rebaños en un sitio llamado la torre de Ader. Fué un ángel á notificarles la feliz nueva del nacimiento del Salvador; y al mismo tiempo se unen al divino mensajero muchos espíritus celestes que cantan la gloria del Supremo Hacedor, y bendicen á los hombres justos. Alborozados los pastores con lo que acaban de oir, van á Belen, entran en el establo, encuentran al niño recostado en el pesebre, envuelto ya en pañales, le adoran, y se vuelven alabando á Dios, y publicando las maravillas que han presenciado.

5. Á los ocho dias de nacido, circuncidan al hijo de María, y en esta ceremonia le ponen el nombre de Jesús (es decir, Salvador) como, antes que naciera, el ángel así lo habia indicado á José. Era la circuncision señal de pecado, y no parecia bien, á primera vista, que el Hijo de Dios recibiera en su carne impresiones destinadas para la impureza. Sin embargo, era conveniente, y hasta necesario, que fuese circuncidado, porque sino no hubiera podido comunicar con los judíos, á quienes antes que á los gentiles debia ser anunciado el Evangelio, siendo él mismo el ministro, segun la voluntad del padre, por lo que hacia á los hijos de Israel (1).

Hallábase entónces la tierra en un período de paz universal, circunstancia plausible para el nacimiento del « príncipe de la Paz, » que así le llaman los profetas. Solo que no duró doce años, como escribe Paulo Orosio, escritor del siglo v, pues, segun los historiadores del tiempo de Augusto y de Tiberio, desde el año cuarto antes de la era vulgar, hubo guerras contínuas en las fronteras del imperio romano.

Dos libertos de Feroras, hermano de Herodes, acusan ante el rey á la viuda de su difunto hermano de haberle envenenado. Á fin de aclarar el hecho Herodes manda dar tormento á varias personas. Al hacer investigaciones sobre la muerte de su hermano, descubre la verdadera trama urdida por su propio hijo Antípatro, ó Antipater, y Feroras para envenenarle á él. El afecto que el desnaturalizado hijo tenia se mudó en odio. No obstante supo disimular, esperando para romper con él, que le tuviese en sus manos. Antípatro se hallaba á la sazon en Roma, á donde se habia retirado, para aguardar el resultado de sus maquinaciones.

5. Á los cuarenta dias María lleva su hijo al templo en el dia 2 de febrero. Se presenta al Señor, y como solian los pobres, ofrece en sacrificio dos tórtolas (las mujeres ricas ofrecian un cordero), una en accion de gracias, y otra por el pecado, es decir, por la impureza legal que, como las demás mujeres, parecia haber contraido á consecuencia del parto. Un anciano venerable, llamado Simeon, á quien tenia prometido el Espíritu Santo que no habia de morir sin ver antes al Cristo del Señor, á quien estaba esperando, llega en esa ocasion al templo por inspiracion divina, y cogiendo en brazos al niño, bendice al Señor con un cántico, y al entregarle otra vez á su madre, le predice que aquel niño ha nacido para ruina y levantamiento de muchos, que sufrirá contradicciones, y que su mismo corazon maternal será traspasado por ello como con un acero. Una mujer, viuda ya desde jóven, llamada Ana, y que tenia ochenta y cuatro años, vino tambien á aquel punto, y habló con admiracion del niño á los que estaban esperando la redencion de Israel.

Después de esta ceremonia, José y María pasaron otra vez á Nazaret, donde habitaban, pero estuvieron allí poco tiempo, y volvieron á Belen (2), probablemente á instigacion de personas de piedad, que en vista de las maravillas que habian acompañado el nacimiento del niño, estaban decididas á considerarle ya como el verdadero Mesías.

Hacia algun tiempo que un metéoro luminoso, con el resplandor y forma de una estrella, aparecia en el horizonte de un país situado al oriente de Judea, dando en que cavilar á los magos, filósofos que se dedicaban principalmente á los estudios astronómicos. Por fin saben algunos de ellos por revelacion, que el fe-

(1) Belen estaba edificada sobre un monte peñascoso y dentro de las mismas peñas se habian hecho viviendas. Todavía se vé el establo en que nació el Señor, y en el mismo sitio se construyó una iglesia, en que hay tres monasterios, griegos, armenios y latinos, y cuya descripcion hizo el misionero Nau en su viaje á Palestina. Es de presumir que en el establo habia animales cuando se guarecieron en él José y María. De modo que los pintores y escultores no abusan mucho de la licencia que tienen para fingir, cuando ponen un buey y un asno en el nacimiento del Señor. Lo cierto es que desde los primeros tiempos ponian ya en sus imágenes los accesorios de que hablamos, segun se vé en las pinturas antiguas y en sepulcros del siglo IV (véase Bottari y Gori.). Por otra parte, esto se halla literalmente conforme con el texto de Isaías (I. 2.) y de Habacuc (III. 2.) explicado por algunos modernos alegóricamente con bastante ligereza. El pesebre en que pusieron al Señor era de madera. En el siglo VII le llevaron á Roma, depositándole en santa María Mayor donde se halla todavía (Bened. XIV, de canonisat. S.S. lib. 4, parr. 2.).

(1) Ordinariamente la circuncision la hacia en la misma casa un pariente ó amigo, y á veces el mismo padre ó madre, y nó siempre se ponia nombre al niño en esa ceremonia.

(2) Hé aquí la prueba de la vuelta. Cuando José volvia de Egipto con el niño, temió, dice la Escritura, el ir á Judea, porque le dijeron que no reinaba Herodes, pero que ocupaba el trono su hijo Arquelao. Luego su primera intencion habia sido el ir á vivir á aquel país; y esto supone que ya habitaba en Judea, antes de ir á Egipto. En efecto, de Belen salió para Egipto con el niño y la madre.

nómeno anuncia el nacimiento de un rey de los judíos, el cual ha de salvar á su nacion y al mundo todo. Se ponen en camino para ir á adorarle, y al llegar á Jerusalen preguntan por el rey de los judíos que acababa de nacer. Confunde la pregunta á los de la ciudad, asustándose Herodes por temor de que aparezca algun rival para destronarle. Reune á los doctores judíos para que le digan en dónde ha de nacer el Cristo, pues no dudaba de que ese niño era el Mesías cuya venida creian muy cercana los judíos. Le contestan que en Belen de Judá, como está escrito en los libros de los profetas. Llama en seguida á los magos, y les pregunta en qué tiempo se les apareció la estrella, y, antes de despedirse de ellos, les encarga muy particularmente que se informen con exactitud de todo lo concerniente al recien nacido, para que á su vuelta puedan enterarle bien. Así que los magos emprendieron otra vez la marcha, aparece de nuevo la estrella que habian visto en oriente (1) yendo delante de ellos para guiarles, y parándose en el punto donde estaba el niño. «Entrado que hubieron en la casa, le hallan con su madre María, y le adoran de rodillas, y abiertos luego sus tesoros, sacan oro, incienso y mirra (2) y se lo ofrecen.» Pero un ángel les advierte en sueños la noche siguiente, que al volverse á su tierra no pasen por Jerusalen. Exasperado Herodes porque los magos le han faltado á la palabra, ordena la matanza de los niños de dos años para abajo, nacidos en Belen y sus cercanías, á fin de que no pueda el Mesías escaparse (3). Pero da el ángel á José aviso de esa órden cruel, y le prescribe que se vaya con el niño y su madre á Egipto. Josefo no habla de esta degollacion, pero suple su silencio un autor pagano de fines del siglo IV de la iglesia (Macrob. Saturn. lib. II, cap. 4).

Ignorando Antípatro lo que estaba sucediendo en la corte de su padre, y creyendo que habria producido su efecto el tósigo que mandó preparar para él antes de marcharse, sale de Roma y se dirige á Judea. Sabe en Tarento que Feroras no existe ya, y que la perfidia de su tio quedó descubierta despues de su muerte. Trata de retroceder, y sus amigos le disuaden de ello. Así que llega á Sebaste, los judíos le reciben con maldiciones, llamándole en altas voces asesino de los suyos. Llega por fin á Jerusalen, y se le pone preso inmediatamente, instruyéndose su proceso ante Herodes y Quintilio Varo, gobernador de Siria. Nicolás de Damasco, primer ministro de Herodes, es el fiscal en ese negocio. Apesar de su artificiosa defensa, Antípatro queda reo convicto y condenado á muerte. La sentencia pasa á la aprobacion del emperador, que la confirma con poco gusto. Entonces fué cuando exclamó Antípatro, segun dicen: «Mas vale ser cerdo de Herodes que su hijo.»

En esto, Herodes enferma de gravedad. Matías, hijo de Margalote, y Judas, hijo de Sarifeo, dos intérpretes de la ley, aprovechan la coyuntura para inducir á sus discípulos á que quiten el águila de oro que Herodes habia puesto en la puerta del templo, pues lo tenian por una profanacion. Imputa Herodes el hecho á todos los judíos y se va á Jericó, en donde reune á los principales de la nacion. Procuran evitar la responsabilidad del acto nombrando á los verdaderos autores, y Herodes los hace quemar vivos. Dice Josefo, que la víspera misma de la ejecucion de esa sentencia hubo eclipse de luna, que efectivamente ocurrió á 13 de marzo del 42 de la era juliana, sobre las dos y media de la madrugada, segun las tablas astronómicas. La enfermedad de Herodes va en aumento, y los judíos se alegran pública y anticipadamente por su muerte, llegando esto á los oídos del mismo rey. Furioso de despecho, manda encerrar á los principales del país en el circo, encargando á su hermana Salomé y á su marido Alejas, que así que haya expirado los haga exterminar. «Así, dice, entiendo yo reprimir la ira y maligna alegría del pueblo, obligándole á la fuerza á llorar cuando yo muriere.» Cunde la falsa noticia de la muerte de Herodes, penetrando hasta la prision de Antípatro. En vano pide al alcaide que le desate manifestando esperanzas de subir al trono. Sábelo Herodes, y envia inmediatamente un guardia para que le mate, mandando que sea enterrado sin pompa ninguna en el castillo de Hircanion: cúmplese lo ordenado. Finalmente, muere ese rey cinco dias despues, y algunos antes de pascua, segun Josefo y nó á mediados de otoño como dice el actual calendario de los judíos, cuatro años antes de nuestra era vulgar, á los setenta de su edad, treinta y siete de su reinado, y treinta y cuatro años después de la muerte de Antígono. No cabe duda en que el dia de su muerte fué para los judíos de mucho regocijo, porque Alexas y Salomé no inmolaron las víctimas que Herodes habia destinado para sus exequias. Pocos príncipes, antecesores suyos, dejaron tan odiosos recuerdos. Esclavo de los romanos, tirano de sus súbditos, verdugo de su familia, implacable en sus odios, sin mas ley que la de su ambicion y su capricho, era al mismo tiempo animoso y emprendedor; de modo que tenia los vicios y el talento de los malvados ilustres. Por esta mezcla de defectos y calidades brillantes se le dió el renombre de GRANDE.

Habia tenido diez mujeres; á Doris, Mariana, hija de Alejandro Janneo, Maltace, samaritana, Cleopatra, otra Mariana, hija del sacerdote Simon, á quien hizo sumo sacerdote y luego destituyó, á Palla, á Fedra, á Elpide, y á otras dos en las que no tuvo hijos. Tuvo en la primera á Antípatro, quien, de Antígona, su primera mujer, hija de Antígono, asmoneo, y de Mariana, segunda mujer del mismo Antígono y sobrina suya, dejó un hijo casado con la hija de su tio Feroras. En Mariana, hija de Janneo, Herodes tuvo á Alejandro y á Aristóbulo (á quienes hizo matar), y dos hijas, á Salamsa, casada con su primo Fasael, y Cipre con Antípatro, hijo de Salomé. Maltace hizo á Herodes padre de Arquelao y de Herodes Antipas. En Cleopatra tuvo á Filipo, y en la segunda Mariana á Herodes-Filipo, marido de Herodías, sobrina suya, hija de Aristóbulo. En su testamento, ratificado después por Augusto, Herodes instituyó heredero del reino á Arquelao; Antipas fué tetrarca de la Galilea y de Perea, y Filipo, hijo de Cleopatra, tetrarca de la Gaulonita, de la Traconita, de la Batanea, y de Paneas ó Cesarea, con sus territorios, formando todo lo que se llamaba Iturea. En cuanto á Herodes-Filipo, que tambien sobrevivió á su padre, no tuvo mas que dinero, sin estados. Eusebio de Cesarea aun atribuye á Herodes otro hijo llamado Lisanias, que, segun san Lúcas, fué tetrarca de Abilena, país situado entre el Líbano y el Anti-Líbano, cuya capital era Abiaa, hoy Belinas. Otros piensan mas fundadamente que Lisanias era nieto de Tolomeo Meneo, por parte de su padre Lisanias, á quien la reina Cleopatra hizo quitar la vida.

(1) Créese comunmente que la estrella guió á los magos desde su tierra hasta Jerusalen, pero esto no lo dice el Evangelio.

(2) El ser tres las cosas ofrecidas ó regaladas, sirvió de fundamento para poner tambien tres magos.

(3) En ninguna parte consta el número de los niños que murieron en esa matanza. Pero, como Belen era poblacion de corto vecindario, no podian pasar mucho de un centenar.



UNA ESCENA DEL DEGUELLO DE LOS INOCENTES.

4. Arquelao es proclamado rey de Judea en una gran asamblea convocada en Jericó por Alexas y Salomé luego de muerto su padre Herodes (1), á pesar de que el testamento, leido públicamente por su secretario Tolomeo, prevenia expresamente que no tuviesen efecto sus disposiciones hasta que estuviesen confirmadas por Augusto. Por esto no quiso Arquelao ponerse la corona antes que estuviese cumplida esta formalidad. Lo primero que hizo, luego de concluida la asamblea, fué ocuparse de las exequias de su padre, que fueron magníficas. El cuerpo de Herodes, vestido de rey, iba en una litera de oro, llena de pedrería. Los hijos y deudos del difunto seguian al cuerpo. La gente de guerra, armada como en un dia de batalla venia detrás de ellos, distinguiéndose por naciones. Cerraban el fúnebre acompañamiento quinientos oficiales que llevaban perfumes. Así anduvieron durante una milla hasta el castillo de Herodion en el que fué enterrado Herodes, tal como lo habia dispuesto.

Luego Arquelao guardó riguroso luto por espacio de siete dias, segun se acostumbraba; subiendo después al templo se sentó en un trono de oro, y habló bondadosamente al pueblo que le victoreó. Se le prodigaron demostraciones de afecto, deseando que volviese de Roma, hácia donde iba á marchar, con la confirmacion de la corona. Pero, pocos dias después, algunos judíos movieron una sedicion por las fiestas de pascua, pidiendo venganza por la muerte de Matías y otros sacrificados por Herodes con motivo del águila que se quitó del templo. Se les agregaron muchos forasteros que habian ido á las fiestas. Arquelao hubo de acudir á la fuerza para calmar el motin. Perecieron tres mil rebeldes junto al templo, y los demás se dispersaron.

Arquelao parte para Roma en compañía de su madre Maltace, de su tia Salomé y otros deudos suyos, de Nicolás de Damasco, consejero principal de Herodes, y de varios amigos. Tambien va con él su hermano Herodes Antipas, con la idea de pedir para sí la Judea, confiando en un primer testamento de su padre. Apoyó la peticion de Antipas, Antípatro, hijo de Salomé, jóven elocuente, y muy enemigo de Arquelao. Este tiene á Nicolás de Damasco por defensor, que refuta todo lo alegado contra él, y por una y otra parte se entregan escritos que son examinados por los consejeros del emperador.

Entretanto, la Judea era teatro de nuevas agitaciones. En Jerusalen los judíos se habian amotinado contra Sabino, intendente de Augusto, enviado por el emperador para apoderarse de los tesoros de Herodes. La guarnicion romana incendió los pórticos del templo, en donde se habian parapetado los judíos, entró en el recinto sagrado, y le saqueó. Exasperados los judíos con tan sacrílega violacion, cercaron en su palacio á Sabino, y tanto le apremiaron, que tuvo que llamar en su socorro á Varo, que se hallaba de gobernador en Siria. En varios puntos de Judea habia aventureros que engañaban al pueblo, y aspiraban al trono. Súpose esto en Roma, y casi al mismo tiempo llegó allá una diputacion de Judea, pidiendo la abolicion del trono y la agregacion de su país al de Siria para la gobernacion del mismo. Oyó Augusto á los enviados, y comenzó á separar de la sucesion de Herodes las ciudades de Gaza, Gadara é Hipo, que agregó á la Siria; luego dió la mitad de la Judea con título de etnarquía á Arquelao, la otra mitad á Filipo y á su hermano Antipas, y á Salomé las ciudades de Jamnía, Azot y Fazaélide. Cúpole á Arquelao la Idumea y la Samaria; á Antipas Galilea y el país trans-jordánico, y á Filipo la Hurania y la Traconita. Todos se marcharon de Roma para sus respectivos señoríos en Palestina.

Por este tiempo apareció á José el ángel del Señor en Egipto, y le dijo: «Tomad al niño (Jesús) con su madre, y volveos á la tierra de Israel, porque ya no existen los que querian matar al niño.» José obedeció, pero al saber en el camino que Arquelao reinaba en Judea temió el ir allá. Un nuevo aviso del cielo recibido en sueños le induce á pasar á la Galilea, en la que gobernaba Antipas, y se establece en Nazaret. Allí permaneció el Señor hasta el tiempo de su predicacion.

ERA VULGAR.

En los primeros años de la gobernacion de Arquelao, reinó la paz en Judea. Pero, cansado ya de refrenarse y de disimular, se entregó á sus malos ins-

(1) DESCENDIENTES DE HERODES MENCIONADOS EN EL NUEVO TESTAMENTO.

HERODES EL GRANDE tuvo:

- EN MARIANA, hija de Alejandro Janeo:
  - ARISTÓBULO, condenado á muerte por su padre: tuvo á
    - HERODES AGRIPA, que con el tiempo llegó á ser rey de Judea, hizo quitar la vida á Santiago, y aprisionar á S. Pedro, y murió en Cesarea. (Act. XII, 1-4 y 19-23.) tuvo á
      - AGRIPA, rey de Calcida que sucedió á su tio Herodes.
      - BERENICE, que casó con su tio Herodes, rey de Calcida.
        - Festo, gobernador de Judea, hizo parecer en su presencia á S. Pablo. (Ac. XXV, 13 y sig).
      - DRUSILA, que casó con Aziz, rey de Emeso, á quien dejó para desposarse con Félix, gobernador de Judea, con quien vivia cuando pareció S. Pablo ante él. (Ac. XXIV, 24, 25.)
- EN MARIANA, hija de Simon,
  - FILIPO, ó HERODES-FILIPO, primer esposo de Herodiada; sobrina suya. (Marc. 6, 17.)
    - HERODES, rey de Calcida, casó con su sobrina Berenice.
    - HERODIADE que casó con sus tios Filipo y Antipas (Math. XIV 3, Marc. VI, 17. Luc. III, 19.)
- EN MALTACE,
  - ARQUELAO, tetrarca de Judea, que sucedió á su padre Herodes, y fué relegado á Viena (Math. II, 22.).
  - HERODES-ANTIPAS, tetrarca de Galilea, que casó con Herodiade, mujer de su hermano; mandó matar á san Juan Bautista, despreció á Jesucristo, y fué relegado á Lion. (Luc. III, 1, 19 y 20. Math, XIV 1, y sig. Marc. VI. 14 y sig. Luc. IX, 7 y sig. y XXIII, 6 y sig.)
- EN CLEOPATRA,
  - FILIPO, tetrarca de Iturea y de la Traconita (Luc. III, 1.). No hubo hijos de su mujer Salomé, hija de Herodes Filipo, su hermano y de Herodiade.

tintos y se hizo odioso por sus actos de injusticia. Al fin, judíos y samaritanos enviaron una comision á Roma, á exponer sus agravios al emperador. Era esto á los diez años del reinado de Arquelao. Oidas las quejas, Augusto le mandó ir á Roma, y atendidas sus razones y las de sus acusadores, le confinó á Viena de la Galia (en el antiguo delfinado), confiscándole los bienes. Habia repudiado á su mujer Mariana, para casarse con Glafira, hija de Arquelao, rey de Capadocia, y viuda de su hermano Alejandro, de quien ella hubo hijos, por lo cual Arquelao faltó doblemente á la ley de Moisés.

6. Después de esto, quedó incorporada la Judea para su gobierno á la Siria.

7. Cirenio, ó Quirinio, gobernador de Siria, va á Palestina con objeto de hacer el nuevo censo del que habla san Lúcas (II, 2), el cual recuerda al mismo tiempo el empadronamiento afectuado tambien de órden de Augusto el año en que nació el Señor.

Concluida su comision, no sin descontentar en gran manera á los judíos por haberles aumentado la contribucion, Quirinio se vuelve á Siria, dejando el gobierno de Judea á Coponio. El gaulonita Judas, y Sadoc el fariseo, se levantan contra los impuestos. Con muchos partidarios que se les adhieren, fanatizados hasta el extremo, persiguen sin distincion á hierro y á fuego á cuantos no los secundan, ya sean judíos ya gentiles. Hubo, por consiguiente, guerra civil, y guerra con extranjeros, la que trajo el hambre, y su compañera la peste; de suerte que todo tendia á la ruina de esa nacion criminal y desventurada.

Llegado que hubo Jesús á los doce años, le acompañan á Jerusalen por las fiestas de pascua. Era aquella la edad en que todos los niños varones debian ir al templo, en las tres fiestas principales. Jesús se quedó en el templo solo, marchándose sus padres sin él, pensando que estaba con algunos deudos ó amigos. Pero, como no pareció por la noche en la posada, vuelven á Jerusalen, y al tercer dia le hallan en el templo, sentado en medio de los doctores, escuchando sus razonamientos, y proponiéndoles varias cuestiones. Riñele su madre por la zozobra en que los ha dejado: «¿Porqué me buscabais? la respondió, ¿no sabeis que yo debo ocuparme en la obra de mi padre?» María y José se le llevan, y permaneció en su compañía hasta la época de su manifestacion. San Marcos (VI, 3) nos dice que era artesano como José «Taber,» y particularizando mas la tradicion, añade que era carpintero.

10. Ambivio reemplazó á Coponio en la administracion de Judea.

11. Muerte de Salomé, hermana de Herodes. En su testamento instituyó heredera á Livia, mujer de Augusto, de suerte que esta tuvo entónces á Jamnía, á Fasaélide ó Faselis y á Arquelaide, muy nombrada por sus palmeras y sus dátiles.

13. Tras de Ambivio fué nombrado Anio Rufo, y este gobernaba la Judea, cuando murió Augusto en el año 14 de Jesucristo, ó de la era vulgar.

El fin de Arquelao en nada influyó contra Herodes Antipas, ni contra Filipo, hermanos suyos. Siguieron gobernando sus tetrarquías durante el imperio de Augusto y de Tiberio. Por halagar á Livia, Antipas dió el nombre de Liviada á la ciudad de Betaramfsa, que fortificó y hermoseó. Á orillas del lago de Genezaret edificó otra que llamó Tiberiada, así que Tiberio hubo sucedido á Augusto. Mas adelante el lago tomó el nombre de la ciudad.

Por su parte, Filipo engrandeció á Pancade, situada cerca del nacimiento del Jordan, y la nombró Cesarea. Tambien llamó Juliada, en honor de Julia, hija de Augusto, al pueblo de Betzaide, en las riberas del mar de Genezaret, hermoseándole bastante.

15. Tiberio envia á Judea de gobernador á Valerio Grato, en reemplazo de Anio Rufo.

19. Arrojan de Roma á los judíos por intrigas de Sejano, que no fiaba en ellos para la realizacion de sus planes contra el emperador (Filon).

26. Poncio Pilato reemplaza á Valerio Grato en el gobierno de Judea. Filon y Josefo pintan avaro á Pilatos, altamente egoista, injusto, y duro hasta la crueldad. Su conducta corresponde á esa pintura.

Los gobernadores precedentes habian tenido la atencion de no enarbolar dentro de Jerusalen las enseñas romanas por no exasperar á los judíos, cuya religion tenia por abominables las figuras de hombres y de animales que en las enseñas habia. Pareciendo á Pilatos indigna de él tal condescendencia, las manda un dia levantar en la ciudad santa, después de haberlas hecho entrar de noche en secreto, y él se va á Cesarea. Espantados los judíos, corren á aquella ciudad, pidiéndole encarecidamente que retire aquel objeto de escándalo para la nacion toda. Seis dias estuvo inflexible, y no cedió sino al ver cómo aquellos infelices inclinaban espontáneamente las cervices ante los soldados que él habia llamado para pasarlos á cuchillo.

No tardó en imaginar otra cosa igualmente triste para los judíos. Puso en palacio unos escudos consagrados á Tiberio, y tenian inscripciones contrarias á la ley de Moisés. En vano suplicaron á Pilatos los magistrados de la ciudad que desistiese de escandalizar al pueblo; se dirigieron al emperador, y este reprendió á Pilatos, ordenando que sacase los escudos de Jerusalen, y los pusiese en otra ciudad, de modo que fueron llevados á Cesarea.

Josefo y Filon refieren otro atentado de Pilatos, sin fijar la época, como tampoco fijan la de los dos que anteceden. No ignoraba que el tesoro del templo era considerable. Á fin de apoderarse de él, pensó en la construccion de un acueducto de doscientos estadios para proveer de agua á Jerusalen, y propuso á los judíos que se sacase del tesoro la cantidad necesaria para la obra. Convocado el pueblo, fué la proposicion unánimamente rechazada, como así lo presumió; pero tenia repartidos soldados entre aquella gente congregada, y á una señal suya emprendieron á palos con el pueblo indefenso, hiriendo y atropellando á muchísimas personas. Los judíos no pudieron hacer mas que huir y maldecirle. El odio á Pilatos era sin duda lo único en que no estaban discordes los judíos. Divididos en sectas de fariseos, saduceos, herodianos y esenienses, fraccionados con motivo de los falsos Mesías que iban apareciendo, merced á la espectacion general del verdadero, y destrozados por banderías que las mas veces hasta de objeto carecian: así se hallaban los judíos cuando salió Jesucristo de la obscuridad del hogar doméstico para manifestarse á los hombres.

30. Retirado Juan al desierto desde su niñez, estaba á la sazon predicando la penitencia, y bautizando en Betábara (y nó en Betania, como dice la Vulgata), á orillas del Jordan, cerca de Jericó. Principió á ejercer su ministerio corriendo el año décimoquinto del reinado de Tiberio. Aquel año correspondia al de un jubileo que celebraban los judíos, principiándole á 10 del mes de «thisri» con un ayuno general que llamaban de «expiacion.» Se cree que en ese mismo dia comenzó Juan su mision, que tenia por objeto anunciar un jubileo de nueva especie, figurado por los anteriores, pero que habia de ser saludable, nó ya para



San Mateo, evangelista.

los judíos solos, sino para las naciones todas. En la austeridad de su vida, Juan imitaba á los profetas antiguos. Iba vestido con corta diferencia como Elías, es decir, una túnica de pelo de camello, con un cinturon de cuero. Vivia de miel silvestre y de langosta, alimento comun en varios puntos de Asia (1). No pocos le tenian por el Mesías, á quien estaban esperando próximamente todas las naciones orientales. Pero Juan decia que no era mas que su precursor, reconociendo que no era digno ni aun de desatarle la correa del calzado, y añadiendo que ni el nombre de profeta merecia. « Yo bautizo, decia, en agua; pero él os bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego. » Todo el pueblo hebreo acudia para ser bautizado por Juan, y tambien fué Jesús para lo mismo. Mas, reconociéndole Juan por una luz sobrenatural: « á mí me toca, le dijo, recibir de vos el bautismo. » Jesús insiste, y Juan obedece. Así que hubo salido del agua, se puso á orar, y el Espíritu Santo descendió sobre él en forma de paloma, y se oyó una voz del cielo que decia: « Este es mi Hijo predilecto. »

« Lleno Jesús del Espíritu Santo, salió de las riberas del Jordan, y desde luego el Espíritu le impele hácia el desierto. » Allí permaneció en contínuo ayuno cuarenta dias y cuarenta noches, y como entónces tuvo hambre, sufrió que el diablo le tentase de tres maneras diferentes, para ver si era en realidad Hijo de Dios (2). Como el tentador hubo de retirarse lleno de confusion, los ángeles sirvieron luego de comer á Jesús. Vuelve Jesús al Jordan, en donde seguia Juan bautizando, y este al verle pasar da testimonio de la mision del hijo de María en presencia del pueblo. Al oir dos discípulos suyos que le llamaba cordero de Dios, van á reunirse con Jesús. En seguida uno de ellos, Andrés, le presentó á Simon, su hermano menor, cuyo nombre muda Jesús por el de Cefas, es decir, Piedra, ó Pedro. Los dos hermanos eran hijos de Jonás, y de oficio pescadores. Yendo Jesús al dia siguiente á Galilea, encuentra á Felipe (Filipo), natural de Betsaida, como Andrés y Pedro, y le manda que le siga. Felipe encontró á Natanael, y le aseguró que Jesús era el Mesías. Se cree que Natanael es san Bartolomé. Así que Jesús le ve, alaba su candor, y extrañándolo Natanael, le dice cómo le conoce. Jesús le recuerda que una vez se ocultó en una higuera. Seguro de que nadie pudo verle en aquella ocasion: « Maestro, exclamó, vos sois el Hijo de Dios, vos sois el rey de Israel. »

31. Tres dias después (1) convidan á Jesús con su madre y discípulos á una boda en Caná de Galilea. Falta el vino en medio de la comida, y á peticion de su madre cambia el agua en vino (2). Fué el primer milagro que hizo para manifestar su gloria y darse á conocer á sus discípulos.

De Caná Jesús fué á Cafarnaúm, de la tribu de Neftalí, y capital de la Decápoli, sita en el punto en que el lago de Genezaret, ó mar de Tiberiada, recibe al Jordan. Era la poblacion mejor situada, mas comercial, y menos morigerada, no tan solo de la Decápoli, sino de todas las demás poblaciones que tenian las tribus de Neftalí y de Zabulon. Allí estuvo Jesús algunos dias, y luego se fué hácia Jerusalen, pues iba acercándose la Pascua. Al entrar en el templo, estalla su indignacion al ver el tráfico que en él se hacia de bueyes, carneros y palomos. Trata desde luego de vindicar la profanacion de la casa de Dios, su padre; y haciendo un látigo allí mismo, echa del lugar santo á los mercaderes, y tira por el suelo el dinero que allí habia. El servicio del templo era el pretexto de aquel tráfico, cuyo único móvil no era mas que la codicia.

Enamorado Herodes Antipas de su cuñada y sobrina Herodíada, hija de Aristóbulo, y mujer de Filipo, hermano suyo consanguíneo, repudia á su mujer legítima, hija de Aretas, rey de Arabia, y despues de arrebatarla á su marido, se casa con ella escandalizando á los buenos. Juan Bautista le reconviene por ello sin que Filipo haga caso, y solo consigue irritar á Herodíada. Envidiosos los fariseos del prestigio que entre el pueblo tenia, se avienen con Herodíada para perderle, dicen á Herodes que las doctrinas de Juan podian trastornar el Estado. Esto bastó para que el profeta se viese preso, y conducido al castillo de Maqueron, con la idea de quitarle la vida; solo que contuvo á Herodes el temor del afecto que el pueblo le tenia, pues le consideraba como profeta. Hasta llegó mas adelante á tenerle afecto, persuadido por las pláticas que con él tuvo, de que en efecto era un santo varon. Sabe Jesús la captura de Juan; sale de Judea por librarse de Herodes, y vase á la comarca no sometida á ese príncipe; es decir, á la parte mas marítima, en donde se hallaban Betsaide y Cafarnaum. Al pasar por la Samaria, se detuvo cerca de Si-

(1) « Los europeos, dice Niebur (descrip. de la Arab.), no aciertan á comprender cómo pueden los árabes comer con gusto esos insectos, y por su parte los árabes que no saben de usos europeos, extrañan que los cristianos coman ostras, cangrejos y animales parecidos..... En todas las ciudades asiáticas desde Babelmandel á Basra, se lleva la langosta al mercado. En el monte de Samara vi á un árabe que habia cogido un saco lleno. Comen la langosta de varias maneras..... Cuando tienen mucha, la cuecen en el horno, ó hervida en agua la comen en ensalada..... Los del reino de Marruecos la ponen á hervir un poco en agua, y luego la dejan expuesta al sol en los tejados.

Por lo que hace á la miel silvestre, se halla, segun el mismo autor, en un árbol, muy comun en Persia.

(2) La primera tentacion consistió en retarle, á que, si era hijo de Dios, mudase las piedras en pan. La segunda, en llevarle á Jerusalen, y ponerle en lo alto del templo, exhortándole en seguida á que se echase abajo, asegurándole, apoyado en palabras de la Escritura, que los ángeles le sostendrian para que no se hiciera daño. Fué la tercera el transporte á un elevado monte, desde el cual le mostró los reinos de la tierra con todas sus glorias, diciéndole: « Todo esto te daré, si reconoces mi poderío, y me adoras. » Rechazó Jesus al espíritu del mal en las tres tentaciones, y confundio al tentador con la autoridad de la misma Escritura de que él se habia valido. Pero, se objeta contra la segunda tentacion, que, estando el tejado del templo, segun dice Josefo, lleno de ramos de oro, tan puntiagudos, que ni los pájaros podian posarse encima, Jesús no hubiera podido sostenerse. Así estaba en efecto el tejado del templo en sí, compuesto del santo y del santa santorum. Pero, el edificio tenia sus alas, destinadas para habitacion de los sacerdotes, y depósito de objetos necesarios para el culto. El diablo puso á Jesús en lo alto de una de esas alas, y así lo dice formalmente el texto original: « y le puso sobre el ala del templo, y no sobre el « pináculo, » como dice la Vulgata. » Contra la tercera tentacion se dice que no hay ningun monte desde el cual pueda verse toda la tierra. A esto se responde que el diablo le hizo la descripcion de lo que no podia verse desde aquel punto.

(1) Durante estos dias elegiria probablemente Jesús otros dos discípulos, Juan el evangelista, y su hermano Santiago, llamado el Mayor, tambien de Betsaida los dos pescadores, hijos de Zebedeo y Salomé, la santa mujer que mas adelante seguia á Jesús para servirle. Ambos hermanos se hallaban con su padre en una barca, cuando les dijo Jesús: « venid conmigo, y sereis pescadores de hombres, » é inmediatamente dejaron á su padre y abandonaron las redes, para seguir al Salvador. Juan fué su discípulo muy amado, que así lo dice él mismo en su Evangelio.

(2) Hay algunas traducciones en que se lee que Jesús mandó que llevasen el agua así mudada en vino al « repostero. » ¿Cómo habia repostero en casa de personas pobres, como lo eran sin duda los novios de Caná? Pero, en otras lenguas no parece tan chocante, y por ejemplo el texto latino dice « architosclinus, » al encargado del arreglo y órden de una comida cualquiera.

car ó Siquem, y se sentó juntó á un pozo que en otro tiempo sirvió para el patriarca Jacob y para el ganado de su familia. Mientras van sus discípulos á la ciudad á comprar provisiones, llega una mujer con un jarro para llenarle en el pozo. Jesús le pide agua. Estraña la mujer aquellas palabras, siendo Jesús judío y samaritana ella, pues no mediaban relaciones entre ambos pueblos. Jesús la instruye, dice su vida pasada, y añade que es el que ha de restablecerlo todo como corresponde; deja entónces el jarro y vuelve á la ciudad, induciendo á sus moradores á que vayan á ver á un hombre, que ha adivinado todo lo que ha hecho en su vida, y cree ella que es el Mesías (1). Los habitantes se llevan á Jesús á la ciudad, está con ellos dos dias, y les deja plenamente convencidos de la divinidad de su mision.

Al llegar Jesús á Galilea, sus moradores le recibieron con júbilo, pues la mayor parte habian presenciado las maravillas que hizo cuando la fiesta de Jerusalen. Va un sábado á la sinagoga, oye la lectura de los sagrados libros, y poniéndose en pié, toma la palabra, dejando absortos á todos con la fuerza del raciocinio y la sublimidad de la doctrina. Allí habia un endemoniado. Atormentado el espíritu impuro con la presencia de Jesús, suelta un grito en que reconoce su grandeza. Jesús le reduce al silencio, y le manda que deje aquel hombre; hízolo al instante, con lo cual quedaron todos nuevamente asombrados.

Luego de salir de la sinagoga, entra en casa de Simon-Pedro, y cura á la suegra del discípulo, la que tenia fuerte calentura. Por la tarde, trajeron ante la puerta de la casa en que paraba Jesús á todos los enfermos de la ciudad, y á todos los curó.

De Cafarnaúm, en algun modo el punto central de su mision, recorre Jesús la Galilea; predica y hace milagros para confirmar su doctrina. Llegado que hubo á orillas del mar de Tiberiada, se embarca con sus discípulos para ir al país de los gadarenios ó gerasenios. Levántase una recia tempestad, mientras estaba él durmiendo sosegadamente en la popa. Veíanse sus discípulos próximos á perecer, y le despiertan suplicándole que los salve. Manda á los vientos y á las aguas que cesen en su agitacion, y renace la calma del mar. Es de observar que esa es la única vez que habla la Escritura del sueño de Jesús. Verdad es que en otro lugar (Marc. I. 35) lo insinúa; pero, á menudo nos dice que pasaba la noche en oracion.

Al salir de la barca, se presentan á Jesús dos endemoniados, que con su furor tenian aterrado al país. Uno habia tan violento y de tanta fuerza, que rompia hasta las cadenas. Á los dos libertó Jesús, segun dice san Mateo, bien que san Lucas solo habla del mas indómito, porque era, en sentir de san Agustin, el mas temible. Hallábase poseido de una legion entera de espíritus malos, como así lo declaró su jefe, al preguntarle Jesús su nombre. Temieron que no los arrojase desde luego al abismo, y le suplicaron que les permitiera entrar en una manada de cerdos que por allí cerca estaban. Vino Jesús en ello, y así que hubieron entrado en los cerdos, fueron á arrojarse al lago, y se ahogaron en él.

Vuelto Jesús á Cafarnaúm, acuden muchos á su casa, para oirle unos, y otros para que remediara sus males. Habia entre ellos un paralítico; pero, como estaba con tanta gente cerrada ya la entrada de la casa, hubo quien imaginó el abrir el tejado, y bajar con cuerdas al enfermo tendido en su camilla; de suerte que así se halló en frente de Jesús. « Hijo mio, le dijo, tened confianza, que os serán perdonados los pecados, » palabras que escandalizaron á los fariseos. « Y quién, sino el mismo Dios, dicen, puede perdonar los pecados? » Quiso Jesús confundirlos, y mandó al paralítico que se levantara y que llevase consigo la camilla, lo que así se verificó con asombro de los circunstantes.

Vocacion del publicano Leví, llamado tambien Mateo, hijo de Alfeo. Al pasar Jesús delante de él, que estaba en su despacho, le dice que deje su profesion y que le siga, siendo al instante obedecido. Prescindiendo de la gracia interior, puede decirse que con los milagros hechos ya por Jesús en Cafarnaúm, estaba Mateo preparado para reconocerle por el Mesías, y servirle.

31. Jairo, jefe de una sinagoga, va á llamar á Jesús, rogándole que salve la vida á su hija moribunda. Sale Jesús para ir á verla, seguido de sus discípulos. Acompáñale mucha gente para presenciar el milagro. Por el camino se le acerca una mujer por detrás, y toca su vestido, creyendo que esto será suficiente para que quede curada de un flujo de sangre de que hace doce años está padeciendo. Al instante conoce que está perfectamente restablecida. Pregunta Jesús quién le ha tocado, diciendo que ha salido de él una virtud. La mujer confiesa temblando lo que acaba de hacer, y Jesús, alaba su fé, y le dice que vaya en paz. Hablando estaba todavía, cuando fueron á decir á Jairo, que ya su hija habia muerto. Jesús sigue en su camino, llega á la casa, echa fuera á los músicos y á todas las plañideras, quedándose con solos sus discípulos y los padres de la jóven, á quienes, después de cojerla la mano la presenta llena de vida.

Al salir de esa casa, siguiéronle dos ciegos, pidiéndole á voces que les devolviese la vista. Jesús satisface sus deseos, y en seguida le presentan un mudo poseido del demonio, al que curó igualmente.

Acercábase ya la pascua. Fué Jesús á Jerusalen para celebrarla, y un dia de sábado se dirigió á la piscina de las ovejas llamada en hebreo Bethsaida, y en siríaco Bethzeda. Estaba próxima á la puerta llamada del «rebaño» en el libro segundo de Esdras, y se hallaba rodeada de una galería que tenia cinco pórticos. Allí iban muchos enfermos, ciegos, cojos y baldados, aguardando todos la ocasion para entrar en el agua. En un momento dado, bajaba un ángel del Señor á remover el agua de la piscina, y el primero que entraba en ella quedaba sano, cualquiera que fuese su mal. Entre los demás habia un hombre lisiado hacia ya treinta y ocho años, y por no tener quien le bajase así que se agitaba el agua, nunca podia ser el primero. Al verle Jesús, le pregunta si quiere sanar. El pobre paralítico le manifiesta su desgracia. Levántate, le dice Jesús, toma tu camilla, y anda. Así lo hace, y en vez de alabar aquellos judíos al Señor por el milagro, se escandalizan por haber cargado á aquel hombre con la camilla en dia de sábado. Poco después curó Jesús tambien en ese dia á un estropea-

(1) La mujer habló á Jesús de la cuestion sobre la cual judíos y samaritanos discutian, relativa al punto en que estaba permitido el sacrificar. «Nuestros mayores, dice la mujer, adoraron en este monte, y vosotros (los judíos) decís que el lugar en que debe adorarse está en Jerusalen.» Está claro, dice Nicole, que aquí «adorar» significa «sacrificar.» «Digo, añade el mismo autor que esto es así, porque nunca pretendieron los judíos que no fuese permitido el adorar á Dios fuera de Jerusalen, sino el sacrificar. En su respuesta, Jesús empleó esta voz en el mismo sentido, cuando dijo que habia llegado el tiempo de la nueva ley, y que esta permitiria adorar, ó sea ofrecer el sacrificio en cualquier punto, manifestando con esto claramente que la nueva ley tendria su sacrificio exterior, pues que aquí no se trata de sacrificios puramente interiores, en atencion á que estos siempre fueron permitidos en cualquier parte.»

do de la mano, y se indignaron en gran manera los fariseos, concertándose para su pérdida, con los herodianos (1). Penetra su intento Jesús, y se retira hácia el mar con sus discípulos; de todas las partes de la Judea, Galilea, é Idumea iban gentes á oirle, y enfermos á pedirle remedio: y sana á cuantos toca. Sube después á un monte, y entre sus discípulos escoje á doce apóstoles, poniendo á Pedro á la cabeza, y allí les hace un sermon, que contiene en resúmen toda la moral del Evangelio.

Baja del monte, y le sigue gran muchedumbre, pero se separa de ella, y cerca de Cafarnaúm encuentra á un leproso á quien cura sin mas que tocarle, solo que le prohibe el hablar del milagro, diciéndole únicamente que se presente al sacerdote para que vea como está ya sano, y admisible para el trato comun, pues los leprosos se excluian de toda relacion social, y hasta les estaba prohibido el entrar en las poblaciones. Hallábase en Cafarnaúm, cuando le pidieron que fuese á curar á un pobre paralítico, pero en el camino el amo del enfermo le mandó á decir que se consideraba indigno de recibirle en su casa, que dijese una palabra, y que bastaria su voluntad para la salud del paciente. Jesús admiró su fé, y el paralítico sanó.

Al dia siguiente, iba Jesús hácia Naím, de la tribu de Isacar, y cerca del torrente de Cison, entre Nazaret y Afec, encuentra en la puerta de la ciudad el cuerpo de un jóven, hijo único de una viuda, que iban á enterrar. La madre iba llorando. Compadecido Jesús, dice á los que llevan el cuerpo que se paren, y manda al muerto que se levante. El jóven se pone en pié, y comienza á hablar, quedando atónitos los que lo presenciaron.

Los discípulos de Juan Bautista le contaron en su prision esas maravillas, y envia dos de ellos á Jesús, á preguntarle si era él el verdadero Mesías, ó si habia que esperar otro. No le cabia á Juan sobre eso la menor duda, solo queria que sus discípulos supiesen por el mismo Jesús la divinidad de su mision. Jesús hace delante de ellos algunos milagros, diciéndoles que participen á Juan lo que acaban de ver, añadiendo que bienaventurado será aquel que no se escandalizare ni cayere con motivo de sus doctrinas y sus actos. Jesús se hallaba todavía en Naím, cuando recibió á los mensajeros de Juan. Un fariseo de la misma ciudad, llamado Simon, le convida á comer. Cuando estaban en la mesa, una mujer de mala vida, que no era, como así lo opinan los mejores críticos, ni María la Magdalena, ni la María hermana de Lázaro, acude con un vaso de alabastro, lleno de un aceite odorífero. Se coloca detrás de Jesús, y después de regarle con lágrimas los piés, de enjugarlos con sus cabellos, y besarlos, los perfuma. El fariseo no manifiesta mas que desprecio por un acto tan tierno, porque se figura que la arrepentida es indigna de perdon, y porque no tiene á Jesús por profeta verdadero, pues que en su opinion, no conoce á la mujer que está á sus pies. Jesús le prueba por medio de una parábola que está equivocado, despachando en seguida á la mujer, á la que asegura que tiene perdonados sus pecados.

En otra ocasion, Jesús habia entrado en una casa (probablemente de Cafarnaúm), para comer con sus discípulos; y tal fué la afluencia de gente, que apenas se podia respirar. Supiéronlo sus deudos, y fueron allá tratándole de loco, pues no creian en él. En aquel mismo momento curó á un endemoniado, ciego y mudo, cuyo milagro dejó lleno de admiracion á todo el pueblo. Pero los fariseos le atribuyeron maliciosamente á Belcebú, príncipe de las tinieblas, y á propósito de esto le dice Jesús: si yo echo á los demonios en nombre de Belcebú, ¿en nombre de quién los echarán vuestros hijos? y luego añadió, como para que sintieran mejor cuán horrenda era la calumnia; «En verdad os digo, que habrá remision para todas las blasfemias de los hombres, menos para los que profirieren contra el Espíritu Santo.»

De allí fué á Nazaret, en donde habia pasado la infancia. Entra un sábado en la Sinagoga, y acerca de un pasaje de Isaías que cabalmente le concierne, pronuncia un discurso, que deja maravillados á los oyentes. ¿De dónde le viene esa sabiduría? dicen todos. Pues, ¿y no es ese el artesano, cuyos padres conocemos, y hermanos y hermanas (es decir, primos y primas), gente del vulgo, sin mas luces que las propias de su oficio? Esto les impide el creer en una doctrina que sin embargo se ven obligados á admirar.

---

(1) Por lo que indica el Evangelio tocante á los herodianos, dice Prideaux (Hist. de los judios, tom. 5, lib. 13.), era al parecer una secta judaica, que se diferenciaba de las demas en algunos puntos de la religion y de la ley. Se nombran con los fariseos, distinguiéndolos, sin embargo, de suerte que debe ser una secta parecida á la suya. Tambien se dice de ellos, como de los fariseos, que tenian una levadura particular; es decir, algunos dogmas falsos y perniciosos, que adulteraban la masa en que entraban, y advirtió Jesús á sus discípulos que se guardasen con cuidado de la levadura de unos y de otros; y pues que la denomina levadura de Herodes, sin duda fué Herodes el inventor de los peligrosos dogmas que distinguian su secta de las demás en que se dividian los judios. Llamando herodianos á los partidarios de esos dogmas, altos dignatarios casi todos, ó empleados de palacio, y familias de los mismos. La traduccion siriaca, siempre pone «criados de Herodes» cada vez que el texto original dice herodianos. Como esa traduccion se hizo muy al principio, para el uso de la iglesia de Antioquía, los que la hicieron no distaban mucho de la época en que nació esa secta, y por lo mismo podian conocerla mejor. Creo pues que los herodianos formaban una secta, á que dió origen Herodes el Grande.

Pero, ¿cuáles eran los dogmas de esa secta? No tenemos mas medio para averiguarlo que ver en qué se diferenciaba de los demas judios su fundador. Se encontrará que Herodes no convenia con los judios en dos puntos; el primero, en que puso la nacion bajo el dominio romano, y el segundo, en que por dar gusto á los romanos, seguia muchos usos del paganismo. En esto consistiria la diferencia. Habia el precepto del deutoronomio (17, v. 15.) «Nombrarás rey entre tus hermanos. No podrás tomar por rey un extranjero que no fuere tu hermano,» y los fariseos decian que en virtud de estas palabras no era permitido someterse al emperador romano, ni pagarle tributo. Pero, Herodes y los suyos distinguian entre el someterse de buen grado ó á la fuerza, y en el segundo caso, no tenia la sumision por contraria á la ley. Tenian pues con respecto á eso fariseos y herodianos pareceres opuestos; y los que trataban de armar lazos á Jesús para perderle, comisionaron individuos de las dos sectas opuestas, para que le propusiesen á la vez esta cuestion capciosa: (Math. 13, v. 16.)«¿Es ó nó permitido pagar tributo á César?» Pensaban que de cualquier modo que respondiera, habria motivo para hacerle daño. Si decia que nó, los herodianos le declaraban enemigo del César de Roma, y diciendo que sí, los fariseos le denunciarian al pueblo como un enemigo de su nacionalidad y sus derechos; pues el pueblo estaba contra el tributo. Pero, Jesús penetraba los designios de todos, y á todos confundió con su respuesta. Sin embargo, infiérese de las palabras en que está concebida la respuesta, que los herodianos nada podian decir contra la misma, y por lo mismo, la mala levadura de Herodes á que aludia Jesús, consistiria en su segunda opinion; á saber, que en caso de fuerza mayor, es lícito obedecer, y hacer actos de idolatría, si así lo exigiese el que manda. Es muy cierto que Herodes seguia ese cobarde principio, y es probable que formó su secta para justificarle. Josefo nos dice que, por halagar á Augusto y á los altos dignatarios de Roma, habia hecho muchas cosas prohibidas por la ley y la religion de los judios, que habia construido templos y erigido estátuas para un culto idolátrico, disculpándose con la necesidad, y alegando que no eran actos criminales porque no eran voluntarios. Por esto le tratan á veces de semi-judio. Creyó, por lo mismo, que los de su secta, eran tan solo semi-judios como él, gente que sabia acomodarse á las circunstancias. Casi todos los saduceos cayeron en el herodianismo, llegando hasta á confundirse unos con otros, pues á los mismos que en su Evangelio se da el nombre de herodianos, en otro se les da el de saduceos. Esta secta se perdió del todo, pues no se habló mas de ella después de la doctrina del Salvador.

Aprovecha Jesús la ocasion para probarlos con ejemplos, que jamás un profeta es bien recibido en su tierra. Como les reconvino por su incredulidad, llegaron á ensañarse de tal suerte, que querian despeñarle de las rocas sobre las cuales estaba edificada la ciudad. Pero Jesús pasa en medio de ellos, sin que puedan hacerle daño alguno.

32. En su prision, Juan seguia desaprobando el casamiento de Herodiada con Herodes, y por su parte, no cesaba esa mala mujer de armar lazos al profeta para quitarle la vida. Llegó por fin la ocasion que ella tanto anhelaba. Fué en el dia del cumpleaños de Herodes. El príncipe convidaba aquel dia á los grandes de su corte, y á los principales de Galilea, y durante el festin salió á bailar Salomé, hija de Herodiada, la que tanto gustó al rey, que juró darla cuanto le pidiera, aunque fuere la mitad de su reino. Salomé fué á consultar con su madre lo que podria pedir, y esta le dijo que la cabeza de Juan Bautista. Sorprendió á Herodes la peticion, y la concedió con pena, mas no se atrevió á violar el juramento, y además temió disgustar á la jóven princesa. Traen la cabeza á Salomé en una bandeja, y esta la entrega á su madre. Un guardia habia ido á cortársela en la cárcel.

Al saber Jesús la muerte de Juan, se sale de Galilea. Vuelve después de algun tiempo, y no cesa de hacer milagros, que van aumentando su nombradía. Se habla de él en la corte de Herodes, y este llega á figurarse que Jesús es Juan Bautista que ha resucitado. Refieren á Jesús lo que Herodes piensa de él, y se va con sus discípulos hácia el mar de Tiberiada á embarcarse, retirándose al desierto de Betsaida, que estaba enfrente de la ciudad de este nombre, con el lago en medio. El pueblo le vió salir, y quiso seguirle. Compadecido Jesús de aquella muchedumbre, que veia abandonada á sí misma, como rebaño sin pastor, les dijo muchas cosas para instruirles, curando al mismo tiempo á los enfermos. Manifestáronle después sus discípulos que iba siendo tarde, y que despidiese á aquella gente, pues no habia en el desierto con qué dar de comer á tantos. Pregunta Jesús á sus discípulos cuántos panes tienen, y le contestan que solo habia cinco panes y dos peces: les dice que los hagan sentar á todos en el suelo, sobre el césped, puestos en filas; en seguida bendice los panes con los peces, y se los entrega para que los repartan. Hasta tal punto se multiplicó ese alimento que hubo para saciar á cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños. Absortos todos con el milagro, tratan de alzar á Jesús por rey, pero se da prisa en separarse, yéndose al monte á orar.

Entretanto, sus discípulos se habian embarcado para ir á Cafarnaúm. Iban remando contra el viento, cuando se les aparece Jesús de noche, andando sobre las aguas. Pídele Pedro licencia para ir hácia él, y luego de concedida, salta de la barca para reunírsele. Espántale una oleada, y se hunde implorando el socorro de su maestro. Jesús le da la mano, y le reconviene por su poca fé.

Llegado á Genezaret, vuelve la salud á los enfermos que acuden de toda la comarca. Pasa por poblaciones grandes y pequeñas yendo hácia el Mediterráneo, haciendo siempre milagros. Vino á encontrarle una mujer cananea hácia los confines de Tiro y de Sidonia, y le pide de rodillas la curacion de su hija, que estaba endemoniada. Responde Jesús con aparente dureza. Ella insiste con tanta fé, que hasta al mismo Jesús sorprende, y le otorga lo que pide.

En todas partes el pueblo va en pos de él, siguiéndole mucha gente á un sitio desierto, en donde estuvo res dias sin comer, embebida en la contemplacion de sus doctrinas y sus actos. No quiere Jesús despedir en ayunas á la muchedumbre, y manda á los discípulos que repartan siete panes y algunos panecillos, que era cuanto tenian. Tanto se fueron aumentando entre sus manos, que hubo para saciar á cuatro mil hombres, sin contar mujeres y niños, sobrando aun para llenar siete canastos.

32. Jesús va á Betsaide en Galilea, y allí da vista á un ciego, y luego se dirige hácia Cesarea de Filipo (1). Á poco de llegar á la ciudad, preguntó á sus discípulos: « ¿Qué dicen las gentes del hijo del hombre? ¿Quién dicen que soy? » y le contestaron, que unos le tenian por Juan Bautista, otros por Jeremías, ú otro profeta resucitado. « Y vosotros, repuso, ¿qué pensais? » « Que sois Cristo, el Hijo del Dios vivo, » dijo Pedro. Alaba Jesús la respuesta de Pedro, pero declara que el padre celestial se la ha sugerido, y añade: « Pues yo te digo que eres Pedro; que sobre esa piedra edificaré mi iglesia, y que no prevalecerán contra ella las puertas del infierno: » indicando estas palabras la primacía de san Pedro, y la perpetuidad de la iglesia. Unos ocho dias después, toma Jesús á Pedro, Juan y Santiago, y va á orar con ellos solos á un alto monte. Se cree, pero sin fundamento, que es el Tabor. Mientras está en oracion se transfigura: su rostro se pone resplandeciente como el sol, sus vestidos despiden rayos de luz, y parecen blancos como la nieve. Al mismo tiempo aparecen platicando con él dos varones llenos de majestad y de gloria; eran Moisés y Elías que le hablaban del modo con que habia de terminar su vida mortal en Jerusalen. Sus voces despiertan á los tres discípulos que estaban fatigados, y contemplan ese espectáculo arrebatados de admiracion. Pero al ver que cubre una nube á los dos varones así que se separaban de Jesús, se quedan yertos de terror, acrecentándose este todavía al oir una voz salida de la nube que decia: « Este es mi Hijo predilecto, dadle oidos. » Entónces cayeron en tierra, y Jesús los levantó, tranquilizándolos luego, y prohibiéndoles el que hablaran á ningun nacido de lo que acababan de ver, hasta que resucitase.

Al bajar Jesús del monte al dia siguiente, encontró á una gran muchedumbre que le estaba aguardando. Le presentan un niño mudo y lunático, á quien no habian podido sanar sus discípulos. Después de reconvenirles por su poca fé, manda al espíritu impuro que salga del cuerpo de ese niño, y es obedecido. Pregúntanle los discípulos cómo no han podido ellos curar al niño. « Esa clase de demonios, les responde, no pueden echarse sino con la plegaria y el ayuno. » Tal vez haya lectores poco versados en historia, que extrañen hubiese tantos endemoniados en tiempo del Mesías. Á esto contesta el doctor Stackouse lo siguiente: « Si nunca se habia hablado tanto de demoníacos como entónces, fué por no haberse desplegado jamás con tanta energía la potestad miraculosa para hacer pública y sensible á los ojos de todos la malicia de esos espíritus. Conocidas eran sin duda las enfermedades ocasionadas por los demonios, pero ignorábase la verdadera causa de las mismas, hasta que el gran libertador de esa clase de enfermos vino á patentizar su

(1) Esta ciudad, sita al pié del Líbano, cerca del lugar en que nace el Jordan, habia mudado de nombre muchas veces. Primeramente la llamaban Laís, y pertenecia á los sidonios, cuando, durante el gobierno de los jueces de Israel, la entraron á la fuerza seiscientos hombres de la tribu de Dan, y la redujeron á cenizas. Edificaronla de nuevo, y la dieron el nombre de Dan. Mas tarde se llamó Paneos, por estar cerca del monte Paneo. Por fin, Filipo, hijo de Herodes el Grande, la embelleció en honor de Tiberio, y nó de Calígula, como dice un moderno, y la llamó Cesarea de Filipo.

triste estado. Acaso se manifieste de nuevo algun dia esa virtud divina, y entónces vuelva á admirar el mundo iguales efectos. La razon y los sentidos nos enseñan muy poca cosa acerca de la existencia y operaciones de los demonios. No nos es dado percibir con claridad en qué casos debemos tenerles por los causantes inmediatos de ciertos efectos que impresionan los sentidos. Pero, ¿quién sabe si todavía esos espíritus tienen parte en las calamidades que afligen al género humano? (Stackhouse, disert. tomo III, página 164).

Acercábase la fiesta de los tabernáculos, y los parientes de Jesús (que no creian en él pero querian sacar partido de sus milagros), le exhortan á que vaya para darse mas á conocer. Responde á esos ambiciosos que su tiempo no ha llegado todavía, y les deja que partan ellos. Pero después emprendió la marcha para ir él tambien. Al pasar por tierra de Samaria encuentra á diez leprosos, que al verle imploran desde lejos su auxilio. Les dice Jesús que pueden ir á ver á los sacerdotes, y en el camino quedan sanos. Solo uno, que era samaritano, vuelve atrás para dar las gracias al autor de la curacion. Buscan los judíos á Jesús durante la fiesta, y es objeto de sus conversaciones. De repente aparece en el templo en medio de la solemnidad, y deja admirado al pueblo con su doctrina. Los fariseos y los príncipes de los sacerdotes dan á satélites suyos órden de prenderle, pero por el respeto que les inspira dejan de cumplir con lo mandado. Como volvieron sin traer preso á Jesús, contestaron á las reconvenciones que se les hicieron con estas palabras: «Jamás hombre alguno ha hablado como este.»

Después de la fiesta, Jesús sube al monte de los Olivos, y al dia siguiente, al rayar el alba vuelve al templo, y el pueblo se agrupa en torno suyo para oirle. Ocupado estaba en instruirles, cuando los escribas y fariseos le presentan una mujer adúltera. Á los reos de ese crímen condenábalos la ley de Moisés á morir apedreados. Tratan de comprometer á Jesús pidiéndole la opinion acerca de lo que debe hacerse con la mujer, porque si la condenaba, le acusarian de cruel, y si la absolvia de poco respetuoso con la ley de Moisés. Jesús desbarató su plan con la siguiente respuesta: «Aquel de vosotros que se hallare sin pecado, que le tire la primera piedra.» Después Jesús se quedó solo con la mujer, y la despidió diciéndola que no pecase mas. Continuó sus pláticas en el templo, y volvieron los fariseos, que principiaron á discutir con él. Les prueba que tiene mision de Dios, su padre, á quien ellos no conocen; que solo por odio á la verdad le aborrecen; que no son ya verdaderos descendientes de Abrahan, pues que no tienen su fé, sino hijos del diablo, á quien imitan con sus homicidios y mentiras. Á tan legítimas reconvenciones contestan con atroces injurias, y le llaman samaritano y demoníaco. Con la respuesta moderada á la par que enérgica que les hace, acaban de encenderse en ira, y tratan de quitarle la vida á pedradas; pero, se les escapa milagrosamente, y se retira al monte de los Olivos.

Allí fueron á encontrarle sus discípulos, y escoge setenta y dos, enviándolos de dos en dos á las poblaciones á donde se propone ir. Á su vuelta le participan alborozados que hasta los demonios les están sometidos. Templa Jesús el exceso de su alegría, amonestándoles cómo deben emplear el don de hacer milagros que les ha dado.

Acercábase la dedicacion del templo, la que se celebraba el 25 de «casleu,» correspondiente al mes de diciembre, en conmemoracion de la purificacion del templo hecha por Judas Macabeo, después de vencer á Nicanor. Volviendo Jesús á Jerusalen para esa fiesta, encuentra en dia de sábado, cerca de la ciudad, á un ciego de nacimiento, y sus discípulos le dicen: «Maestro, ¿el haber este hombre nacido ciego previene de sus pecados ó de los de sus padres?» Esto indica que casi todos los judíos creian en la preexistencia de las almas; pues á no ser así, careceria de sentido la pregunta como tampoco la tendrian las palabras de Jesús que les contestó no prevenia su ceguera de pecado particular suyo ni de sus padres, sino que Dios lo habia permitido así para manifestacion de su gloria. En seguida se acerca al ciego, le unta los ojos con tierra mojada en saliva, y le envia luego á la fuente de Siloé á que se los lave. La fuente estaba á oriente junto á los muros de Jerusalen. Luego de lavado, volvió el ciego con vista, lo que acabó de confundir á los fariseos. Estos hacen que el «miraculado» se presente á su asamblea, y le dirigen preguntas acerca de la curacion, que refiere con admirable sencillez. No convencidos con sus palabras, llaman á su padre y á su madre, los cuales dicen por timidez que su hijo nació ciego, y que ignoran cómo vé. Querian entónces los fariseos que aquel hombre tratase á Jesús de impío por haberle curado en sábado, en violacion de la santidad del dia, y como se negase á ello, le echan de la sinagoga.

Paseábase Jesús en el templo durante la fiesta por la galería de Salomon, y de repente se vé rodeado de muchos judíos que desean saber de su boca misma si es realmente el Cristo. Responde que sus obras son bastante evidentes, que su incredulidad es dimanada de que ellos no pertenecen á su rebaño; que Dios es su padre, y que él y su padre son como una misma cosa. Al oir estas palabras, aquellos judíos tratan de apedrearle por blasfemo. Jesús quiere justificar sus palabras, y solo consigue exasperarlos mas. Pero, se les escapa, y se va hácia el Jordan, en donde Juan habia bautizado en otro tiempo, y allí permanece algunos dias. Luego que se supo su llegada á dicho punto, acudió mucho gentío, y siguió instruyéndola. Allí supo que el hermano de Marta y de María, llamado Lázaro, á quien Jesús amaba particularmente, estaba enfermo de gravedad. No fué inmediatamente, sino que hasta pasados dos dias no salió de allí, y luego en el camino dijo á sus discípulos que Lázaro habia muerto. Cuando llegó á Betania, hacia ya cuatro dias que su amigo estaba enterrado. Acompáñanle al sepulcro, que era una cueva, dice delante de muchas personas, que levanten la losa que le cubria, y llama en voz alta al difunto. Sale Lázaro de la sepultura lleno de vida, envuelto todavía del modo que suelen los judíos colocar á los muertos. Jesús le hace quitar la mortaja, y Lázaro se vuelve á su casa. «Este milagro, dice Nicole, fué acompañado de circunstancias que confunden la incredulidad de los hombres, y todos abrazarian la fé verdadera, si valieran razones contra la obstinacion y las preocupaciones. Jesucristo resucita delante de muchos un muerto enterrado ya, que se hallaba en estado de descomposicion completa. De tal suerte está descrito el milagro en el Evangelio, que no puede dejar ninguna duda en cuanto á su autenticidad. Y, con todo, aun cuando fuera un milagro supuesto, en nada oscureceria la verdad de toda la religion cristiana.» Muchos de los que le presenciaron creyeron en Jesús; pero, á los principales de la nacion se les aumentó el odio que le tenian. Reúnense en consejo setenta y dos

individuos á fin de pensar un medio para prenderle y quitarle la vida. Parecíales necesario acabar con él, porque con tantos milagros el pueblo podria reconocerle por su rey y señor, atentado que, decian ellos, los romanos castigarian con la destruccion de la ciudad y del templo, y aun con la dispersion de todos los judíos. Caifás (1), que en aquel año era gran sacerdote, les dice que en efecto les conviene que muera un hombre, para que no perezca toda la nacion. Caifás hablaba así por egoísmo, ignorando que Dios le hacia profetizar el bien que la muerte de Jesús habia de traer al mundo.

33. Sabedor Jesús de que trataban de matarle, se retira al desierto de Efreme ó Efraím, pequeña poblacion, á unas seis leguas de Jerusalen, al norte. Pero, como llegaba la pascua, y habia de consumar el grande objeto de su mision, estuvo poco en aquel punto (2) se volvió hácia Jerusalen, y llegó á Betania seis dias antes de la fiesta. Allí cenó con Simon, el leproso; y Lázaro, el resucitado, se hallaba entre los convidados. Mientras les estaba Marta sirviendo, su hermana María perfumaba los piés de Jesús con una libra de aceite oloroso. El apóstol Judas Iscariote, reprueba en voz alta el acto, que trata de profusion inútil. «Pues, ¿y no hubiera sido mejor dar á los pobres el valor de este aceite?» Se expresaba de esta suerte, dice el Evangelio, porque él llevaba la bolsa, pues en realidad poco le importaban los pobres: Jesús disculpa á María con suavidad.

Al dia siguiente, llegado cerca del monte de los Olivos, á una milla de Jerusalen, envia dos discípulos á un pueblo de la inmediaciones, llamado Betfagé, con órden de traer un pollino que encontrarian atado junto á la madre. Volvieron con entrambos animales, y haciendo que subiese su maestro sobre el pollino, á quien seguia la madre, todos los discípulos le acompañaron hasta Jerusalen. El acompañamiento fué aumentando con el mucho gentío que iba á la fiesta. Unos tienden sus vestidos en el camino (3), otros toman ramas de árboles, y claman todos: «Hosana (salud y gloria) al hijo de David; bendito el que viene en nombre del Señor.» Cuando estuvo cerca de la ciudad, contemplóla y se puso á llorar, pronosticando que vendrian para ella tiempos aciagos en que sus enemigos la cercarian por todas partes y la destruirian junto con sus moradores, sin dejar piedra sobre piedra. Ya se verá mas adelante el cumplimiento de la profecía. Pero, los vítores continuan, y Jesús entra como triunfalmente en Jerusalen, que se conmueve al verle. Así que hubo subido al templo, se enciende en santa indignacion al presenciar las profanaciones de la casa de su padre. Echa fuera, como la otra vez, á los traficantes y usureros, hace su plegaria, habla al pueblo, cura á los cojos y ciegos que se le presentan, y al anochecer se vuelve con sus doce apóstoles á Betania. Allí pasó la noche, y al dia siguiente, fué otra vez á Jerusalen. Sintió gana de comer, y vió en el camino una higuera. Tenia hojas, mas nó fruto, bien que Jesús le buscara en vano, porque no era temporada de higos, segun dice la Vulgata. La antigua traduccion sajona dice por el contrario que en aquella comarca era tiempo de higos, y la version griega puede muy bien interpretarse tambien de este modo, que nos parece el mejor. Jesús maldijo la higuera, y esta se quedó seca, haciéndolo notar al dia siguiente al maestro los apóstoles pasando por el mismo sitio. Aquel dia era un martes, y Jesús le empleó como los dos anteriores instruyendo al pueblo en el templo con parábolas. Poco importa que grandes enemigos de la religion cristiana hayan llamado «bajas y groseras» estas parábolas; tan apasionada calificacion solo manifiesta su estravío, pues mientras haya razon imparcial en la tierra, aun prescindiendo de la fé, siempre serán tenidas por altísimas y nó por bajas las parábolas del hijo de María. Los principales del país, y los sacerdotes tratan de sorprenderle. Primero se presentan los emisarios mas ruines y astutos de los fariseos, concertados con los herodianos, que quisieron armarle un lazo con la pregunta de que hemos hablado ya sobre el pago del tributo al César, siendo la respuesta de Jesús admirable de todo punto.

Los saduceos trataron igualmente de confundirle, proponiéndole una dificultad tocante á la resurreccion de los muertos, en la que ellos no creian. Dijéronle lo siguiente: «Una mujer casó sucesivamente, segun la ley, con siete hermanos, sin haber tenido hijos de ninguno; ¿de quién será mujer el dia de la resurreccion, habiéndolo sido de todos?» Con su respuesta les demostró Jesús que ni comprendian las Escrituras, ni el poder de Dios. «Porque, cuando resucitaren los muertos, no habrá maridos ni esposas, sino que hombres y mujeres estarán como los ángeles del cielo. Con esto confundia igualmente á los saduceos, que negaban la resurreccion, y á los fariseos que la entendian mal, pues se figuraban que en la otra vida se comia y se bebia, y existian enlaces carnales como en esta.

Así que salia del templo, ocurre á sus discípulos el hablarle de la magnificencia del edificio, y él les predice que será destruido de tal suerte, que no quedará piedra sobre piedra. Por la tarde se retira con los mismos al monte de los Olivos, y responde á su pregunta sobre la ruina de Jerusalen y la del templo, y sobre las señales que precederán el acontecimiento. Al mismo tiempo les habla del fin del mundo, y dice cómo podrá conocerse que la gran catástrofe se acerca.

Al dia siguiente, que era miércoles, vuelve Jesús al templo muy de mañana, y todo el pueblo se agrupa para oirle. Los primeros dignatarios del sacerdocio y del senado, cuya hipocresía y malicia ponia de manifiesto con sus discursos, no pueden aguantar por mas tiempo. Júntanse en casa del gran sacerdote Caifás, al objeto de buscar un medio de prenderle como á escondidas, pues no se atreven á hacerlo públicamente, y sobre todo en dia de fiesta, por admirar el pueblo su doctrina, y tenerle por profeta. En esto, se les presenta Judas Iscariote, y les ofrece entregarles á su maestro por treinta dineros de plata ó treinta siclos, que convienen en darle. Esto valia un esclavo. Si alguno moria de algun accidente desgraciado, se satisfacia á su señor con esa cantidad.

Iba llegando la pascua (la cuarta después del bautismo de Jesús) que en aquel año caia en viernes (3 de abril, 15 de nisan). Los judíos habian adoptado la costumbre de trasladar al sábado la pascua que caia en viernes, porque dos dias seguidos de fiesta, en que no les era lícito enterrar á los difuntos ni cocer alimentos, tenian muchos inconvenientes. Jesucristo toleró la costumbre, pero él quiso sin embargo celebrar la pascua el mismo dia señalado por la ley. Por

(1) Caifás era gran sacerdote hacia ya siete años y todavia siguió siéndolo por espacio de tres años mas. Parece que Anás y su yerno Caifás eran los dos grandes sacerdotes á un tiempo, pero que alternaban en el servicio del templo.

(2) Dice Calmet que estuvo desde el 24 de febrero al 24 de marzo.

(3) Plutarco, en la vida de Caton de Utica, dice que sus soldados tendieron sus vestidos por el camino en que habia de pasar. Tambien dice Ateneo que en las procesiones en que llevaban la estatua de Juno, el pueblo hacia lo mismo al pasar la diosa.



Los vendedores son arrojados del templo.



La cuesta del Calvario.

consiguiente, el jueves, dia verdadero de los Ázimos, mandó dos discípulos á Jerusalen á preparar para él y los apóstoles la cena del cordero pascual (1): y les dijo durante la cena que uno de ellos le era traidor. Consternó con esto á los apóstoles, y Judas tuvo la desvergüenza de preguntar si era él: Tú lo has dicho, le respondió Jesús.

Después de la cena, toma Jesús agua y una toalla, y lava los piés á sus discípulos, á fin de enseñarles cómo debian servirse mútuamente hasta en las cosas mas humildes. Siéntase otra vez á la mesa, é instituye el sacramento de la Eucaristía, y luego comienza su discurso admirable para consolar á sus discípulos sobre su próxima muerte. Sale de la casa con ellos, y habla del mismo asunto al caminar hácia el monte de los Olivos

Habia allí un huerto, bastante espacioso, que llamaban Getsemaní, y al que solia ir Jesús con sus discípulos. Al entrar en él les recomendó la oracion, para no caer en tentaciones. Él se retira aparte con Pedro, Santiago (Jacobo), y Juan, y aun se va á un tiro de piedra de estos tres, para pedir de rodillas á su padre que, si fuere posible, aparte de él el cáliz, es decir, el suplicio preparado. Tres veces repite la oracion, efecto de una voluntad natural, plenamente sometida por otra parte á la voluntad del padre, y tal era el fervor con que oraba, que hasta salian de su cuerpo, segun el Evangelio, como gotas de sangre. En esa especie de agonía vino un ángel á fortalecerle. Entretanto Judas, que se habia separado de él, luego que hubieron cenado, para ir á consumar el crímen, habia salido ya, guiando á los satélites que los del Sanedrin le habian dado para prenderle. Jesús se acerca á sus discípulos á quienes rendia el sueño, y les dice que ha llegado su hora. En el mismo instante llega la cohorte, y adelantándose un poco Judas da un beso á Jesús, para indicar que él era á quien habian de prender. Jesús les sale al encuentro, y les dice: «¿Á quién buscais?» «Á Jesús de Nazaret,» respondieron. «Soy yo,» respondió Jesús, y á estas palabras caen todos en tierra. Al levantarse, se le echan encima y le llevan maniatado, primero á casa de Anás, suegro de Caifás, que, segun se ha dicho, era aquel año gran sacerdote. Después le conducen á casa del mismo Caifás, y los judíos principales se juntan allí para procesarle. Preguntado por el sumo sacerdote acerca de su doctrina, responde que ha hablado públicamente, que siempre ha enseñado en el templo y en la sinagoga, y que pueden dirigirse á los que le han oido. Proferida esta respuesta, que pareció irreverente para el sumo sacerdote, un oficial le dió una bofetada.

Se presentan varios testigos falsos para acusar á Jesús, pero están discordes en sus declaraciones. El sumo sacerdote le requiere, en nombre del Dios-vivo, á que le declare si es el Cristo, hijo de Dios. «Vos lo habeis dicho, le contesta el mismo.» Entónces el pontífice dice colérico que ha blasfemado, rasga sus vestiduras faltando á la ley, la que le prohibia cualquiera señal de luto: solo que Dios permitió que el mismo Caifás se degradase así, quedando abolido en él el sacerdocio de Aaron. Todos los que allí estaban aplauden la exclamacion de Caifás, y opinan que Jesús merece la muerte. Le entregan en manos de ministriles, que le vendan los ojos, le escupen en el rostro, le dan de bofetadas, y le dicen que adivine quien le trata tan ignominiosamente.

Pedro deseaba ver el fin de la tragedia, y estaba en medio del patio, calentándose á la lumbre con la servidumbre del pontífice. Es conocido, y niega por tres veces seguidas que sea discípulo de Jesús, verificando así una prediccion que le hizo su maestro, al prometerle él que le seguiria hasta la muerte. Pero, apiadado Jesús, le recuerda su dignidad, y le hace arrepentir de su falta. Sale Pedro de allí, y se va solo á llorar, apenas principiaba el dia. Entónces los príncipes de los sacerdotes, conviene á saber, los jefes de cada clase sacerdotal, los senadores y todo el consejo de los judíos, se reunieron en el salon del templo, en donde tenia las sesiones el Sanedrin, y dictaron la sentencia de muerte contra Jesús.

Al saber Judas que habian condenado á su maestro, empieza á sentir cuán horrenda era su traicion. Vuelve el dinero al Sanedrin, confesando que era precio de sangre inocente. Solo se le responde con insultante ironía. Tira el dinero en el templo mismo, y va á ahorcarse lleno de desesperacion.

Para que la sentencia fuese ejecutoria, la habia de confirmar el gobernador romano; pues, desde que estaba reducido su pais á provincia romana, esta era la regla, y aun el derecho, sobre todo en circunstancias normales. Conducen á Jesús al palacio de Pilatos, y le acusan ante él de blasfemo, de sedicioso y de aspirante al trono. Pilatos le pregunta en particular y admira la sabiduría de sus respuestas. Luego sale para hablar en favor del acusado á los judíos, que estan á la puerta, por no contaminarse con entrar la morada de un idólatra, é imposibilitarse así para la comida del cordero pascual (1). Los judíos se empeñan en que Jesús merece la muerte. Al ver aquella insistencia, Pilatos hace sufrir á Jesús un nuevo interrogatorio, pero este no contesta. Extraña Pilato el silencio. Vuelve á decir á los judíos que á su modo de ver aquel hombre nada tiene de criminal. Pero, aun piden la muerte con mas instancia que la vez primera. En esto, llega á sus oídos que Jesús es de Galilea, y como Herodes era rey de aquella tierra, y se hallaba á la sazon en Jerusalen, manda Pilatos que le conduzcan ante él. Herodes deseaba verle, por si haria algun milagro en su presencia, pero ni siquiera respondió Jesús á sus preguntas. Airado el príncipe, dice que pueden llevarle otra vez vestido de blanco á Pilatos, para que viesen todos con cuánto desprecio miraba su título de rey. En esta ocasion se reconcilian el gobernador y Herodes, que no estaban en buenas relaciones. Trata Pilatos de salvar la vida á Jesús, dando al mismo tiempo satisfaccion á los judíos, y le condena á ser azotado. Los soldados le hicieron sufrir la pena en la sala del pretorio, pusiéronle luego un manto colorado, una corona de espinas en la cabeza, y una caña en la mano á guisa de cetro: en seguida hincaron la rodilla, y le saludaron por rey de los judíos, acompañando la irrision con bofetadas y feos insultos. Entónces Pilatos le presenta en este estado á los judíos para moverles á compasion; mas, lejos de enternecerse, los principales sacerdotes y sus partidarios claman desaforadamente para que sea cru-

(1) Los judíos, dice el abate de Longuerue, nunca comieron el cordero pascual sino en Jerusalen, por mas que digan algunos que han tomado la pascua conmemorativa por la pascua legal. Todavia celebran ahora esa pascua conmemorativa, que consiste en comer un pedazo de carne muy asada, pero que no es de cordero ni de cabrito, con lechugas y pan ázimo. El asarla tanto, es porque no quede sangre, y este es tambien el motivo por el cual los mahometanos no comen carne que maten cristianos.

(1) Sin embargo, en ninguna parte estaba escrito en la ley de Moisés que contaminase la entrada en casa de un pagano. Solo era una tradicion acreditada por los fariseos.

cificado. Insiste Pilatos todavía en absolverle: « Si le dejais libre, le dicen, os declarais enemigo de César, pues dice que es rey. » Amedrentado con estas palabras, ordena el gobernador que se cumpla lo que piden los judíos, y les entrega á Jesús, para que le pongan en cruz.

Cogen otra vez los soldados al Salvador, y se lo llevan con la cruz á cuestas al sitio en que se ajusticiaba, llamado Gólgota en hebreo, y en latin Calvario. Era una altura á poca distancia de Jerusalen, al occidente. Allí los sayones le despojan de sus vestiduras, y clavado de piés y manos en la cruz, le enarbolan así entre dos ladrones crucificados al mismo tiempo.

Lejos de irritarle la crueldad de sus opresores, pide á su padre que los perdone con motivo de su ignorancia, plegaria que, en sentir de san Agustin, tuvo su eficacia, pues entre aquella turba frenética veia á algunos que habian de creer en él. Los sacerdotes y escribas insultaban, junto con los soldados, la agonía del Salvador. Hasta uno de los dos ladrones crucificado junto á él le dijo blasfemando: Si eres el Cristo, sálvate de este trance, y sálvanos á nosotros. Pero, el otro le afea aquellas palabras, pide á Jesús que le tenga presente cuando estuviere en posesion de su reino, y recibe la siguiente respuesta: « En verdad os digo que hoy mismo estareis conmigo en el paraíso. »

En medio de sus crueles tormentos, Jesús se queja con dulzura á su padre de que le haya abandonado. Pero, no por esto se olvida él de los suyos. Al pié de la cruz vé á su madre, y á su discípulo Juan. « Mujer, dijo á su madre, ahí teneis á vuestro hijo, » y al discípulo, « ahí tienes á tu madre. » Desde entónces María estuvo con Juan.

Para que se cumpliera la postrera palabra de la Escritura, dice Jesús que tiene sed. Desde luego un soldado le aplica á la boca una esponja mojada en vinagre y puesta en el extremo de un palo de hisopo, que en Palestina era como un árbol, lo mismo que la malva. Así que hubo probado el vinagre, dijo: « Todo está consumado, » y encomendándose á su padre con una fuerte exclamacion, inclina la cabeza y espira.

Era esto á la hora novena del dia, ó sea á las tres de la tarde. En el mismo instante, densas tinieblas que habian principiado ya á formarse á las doce, y habian ido aumentando por grados, cubren la superficie de la tierra, prodigio tanto mas sorprendente, cuanto que se estaba entónces en luna llena, y no podia haber eclipse de sol; sintióse al mismo tiempo un terremoto tan violento, que hasta se abrieron las piedras (1). Tan aterrados quedan todos que muchos al salir de allí, reconocen arrepentidos que era hijo de Dios el que acababa de morir.

No hubo de ser menor el espanto en Jerusalen, al ver que en la misma hora, el velo del templo, el que separaba el lugar santo del sancta sanctorum, se rasgaba de arriba abajo, y dejaba por lo mismo descubierta la parte del templo en que el mismo sumo sacerdote no podia entrar mas que una vez al año. Era la hora en que el sacerdote y los levitas que estaban de semana se reunian con el pueblo para el sacrificio de la tarde, hora en que el sacerdote inmolaba su cordero en el altar de los holocaustos, y quemaba perfumes en la mesa de oro colocada en el santo. Por consiguiente, el milagro tuvo muchos testigos. ¿Y qué significa el que una mano invisible abriese así el velo del templo? ¿No es evidente que manifiesta la abolicion del sacerdocio legal? No habiendo ya santa santorum, el sacrificio solemne de expiacion no podia ya celebrarse, y como todos los demás dependian de este, necesariamente habian de cesar con él. Así debian haberlo entendido los judíos, si hubieran meditado bien sobre la ley de Moisés, solo que les cegó el odio á Jesús y su doctrina.

Por la tarde misma de este dia, José de Arimatía, discípulo de Jesús, consiguió que Pilatos le cediese su cuerpo. Le baja de la cruz, y le encierra en un sepulcro nuevo que habia hecho abrir en la peña misma del Calvario (1). Quiso la Providencia que el sepulcro de Jesús fuese nuevo, á fin de que no pudiendo confundirse su cuerpo con otro, el milagro de la resurreccion fuese innegable.

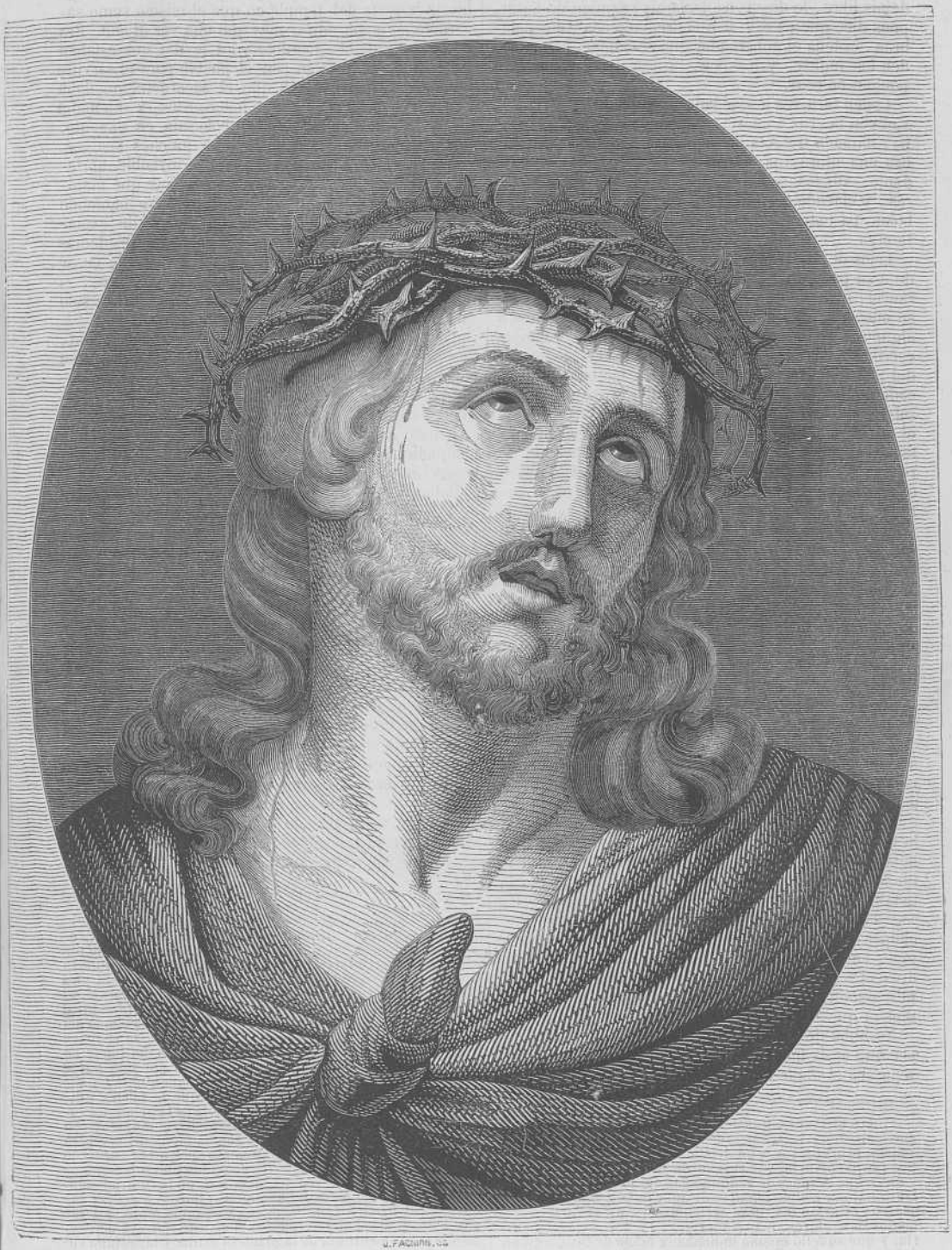
Como Jesús habia predicho que resucitaria dentro de tres dias, los principales judíos temieron que sus discípulos irian á sacarle del sepulcro, y por esto pusieron una guardia delante del mismo, cerrando con sellos la entrada á fin de evitar cualquiera supercheria.

Pasó sin novedad la primera noche y luego el dia del sábado. Pero, poco antes de concluir la segunda noche, sintióse un gran terremoto; bajó un ángel, quitó la piedra que cerraba el sepulcro, y se sentó encima de la misma. Al ver su rostro refulgente como un relámpago, y su blanquísima vestidura, echan á correr los guardas despavoridos, y van á referir á los príncipes de los sacerdotes lo que acababa de suceder. Reunióse con este motivo el Sanedrin, y convinieron en que se daria á los guardas una cantidad para que dijesen que durante su sueño se habian llevado el cuerpo los discípulos de Jesús. La impostura toma cuerpo, pues fué aceptado el dinero, y esta ilusion, segun dice san Mateo, subsiste todavía entre los judíos.

(1) San Cirilo de Jerusalen dice que el gólgota ó calvario mostraba todavia señales de haberse abierto las piedras cuando murió Jesús. « Un deista de talento y buen matemático fué al calvario, y le enseñaron las grietas de las rocas, y dicen que despues de examinarlas opinó que solo por milagro habian podido partirse de aquel modo. Decia que á no ser así, estarian las rocas agrietadas en otras direcciones menos irregulares, mas conformes á las leyes de la materia, y que aquello mismo indicaba la mano de Dios, á quien daba gracias de todo corazon de haberle dado á conocer así la mision verdaderamente celestial de Jesucristo. » (Millar, Hist. de la propag. del Cristian. y rum. del paganis.)

Otros viajeros célebres han reconocido igualmente que las aberturas de las rocas del calvario manifestaban un sacudimiento sobrenatural.

(1) No cabe duda, dice un célebre intérprete del Evangelio en el siglo xvii, atendida la descripcion que hace Brochard del sepulcro de nuestro Señor, y tambien un embajador francés en Constantinopla, en que es una gruta abierta en la peña, parecida á una habitacion, de unos siete piés cuadrados, y tiene muy baja la puerta que da al oriente. El sitio en que fué depositado el cuerpo de Jesucristo está al norte; tiene la forma de una mesa, y se eleva poco mas del nivel de la gruta. Antes de entrar en esa gruta se encuentra otra de igual forma y capacidad (separada del lugar en que descansaba el cuerpo de Jesús tan solo por una pared sencilla) y en ella se halla la puerta tan baja que se ha dicho. De este modo no es difícil entender que la piedra quitada del sepulcro por el ángel, cerraba la de la primera gruta, hallándose hasta cierto punto fuera del monumento en que se habia puesto el cuerpo del Señor, bien que por otra parte pertenecia al mismo monumento, por estar contiguo á la primera gruta, formando las dos como una sola tumba. » Esta descripcion, dice Duguet, disipa algunas contradicciones aparentes del texto del Evangelio; pues, en primer lugar, se vé cómo invitaba el ángel á las santas mujeres á que entrasen en el sepulcro, como si él no estuviera ya dentro. Hallábase á la entrada de la primera gruta, y las estaba enseñando la de la segunda. Así se esplica cómo era grande la piedra que cerraba el sepulcro, es decir, su primera entrada, bien que la entrada de la segunda fuese estrecha y baja. De manera, que se entraba con facilidad en la una, mientras que era difícil penetrar en la otra, teniendo que agacharse para ello.



LA PASION.

(Lámina en bronce.)

Entretanto María Magdalena, María madre de Santiago, y Salomé con otras santas mujeres, venian de Jerusalen al sepulcro, con perfumes para embalsamar el cuerpo. Llegan á la salida del sol, y encuentran por el suelo la piedra que cerraba el sepulcro. Era muy grande, y habian ido discurriendo por el camino, cómo podrian quitarla. Mas no fué poco su asombro al ver que no habia en el sepulcro mas que las sábanas en que habian envuelto el cuerpo de Jesús. Figúranse que le han robado, y Magdalena va á decirlo á los apóstoles. Las demás mujeres se quedan en el sepulcro, y se les aparece de nuevo el ángel que á su llegada se habia hecho invisible, y aun vieron dos, diciéndoles uno (seria el que quitó la piedra) que Jesús ha resucitado. «Id, añadió, á participar la noticia á sus discípulos, y decidles que le verán en Galilea.» Salen inmediatamente para allá, caminando sin decir á nadie el objeto de su viaje, pues estaban maravilladas.

Pedro y Juan van al sepulcro sin encontrar en el camino á las mujeres. Al entrar, no vieron mas que lo que vió la Magdalena, pues el ángel se habia hecho tambien invisible para probar su fé. Creyeron entónces lo que les habia dicho la Magdalena; que Jesús no estaba ya en el sepulcro, pero no creyeron todavía que hubiese resucitado. Así que se iban ya, Magdalena vuelve al sepulcro persuadida de que se han llevado el cuerpo de Jesús, y prorumpe en sollozos. Pero, al bajarse para mirar el monumento, ve á los dos ángeles que le preguntan porqué está llorando. Responde que se han llevado á su maestro, y no sabe dónde le han puesto. En esto oye ruido á sus espaldas, y vuelve la cabeza. Era que se iba acercando al mismo Jesús, pero parecido á un hortelano, y ella le dice si ha quitado él el cuerpo, y sabe dónde está para llevárselo ella. Jesús la llama por su nombre, y entónces le conoce, y alborozada se prosterna para besarle los piés. Jesús le dice: «No me toques, pues que todavía no he subido á la morada de mi padre.» Esto equivalia á decir que vendria la ocasion de manifestar su gozo. Pero todo cuanto contaron á los apóstoles y discípulos les pareció un sueño, y no quisieron dar á ello crédito.

Por la tarde de aquel mismo dia, iban dos discípulos al pueblo de Emaús, á unas dos leguas de Jerusalen; y Jesús se les reunió en el camino, sin que se diera á conocer. Como parecia que estaban tristes, les pide los motivos de su pesadumbre. Cabalmente estaban hablando, sin darlas crédito, de lo que habian dicho las primeras mujeres que habian ido al sepulcro. Jesús les reconviene por no creer en un acontecimiento tan claramente anunciado por los profetas; probándoles en seguida por medio de la Escritura, que era preciso que el Cristo padeciera lo que habian visto, y brillase despues con todo su esplendor. Entusiasmados los discípulos con sus discursos, le invitan á que se quede con ellos en el pueblo. Durante la cena, Jesús partió el pan del modo que lo habia hecho al instituir la Eucaristía. Entónces se abrieron sus ojos y le conocieron, pero desapareció inmediatamente.

Levántanse al instante de la mesa, vuelven á Jerusalen, y se dirigen hácia el punto donde estaban reunidos los apóstoles con otros discípulos. Allí les dicen que Jesús se habia aparecido á Simon Pedro, y ellos refieren á su vez lo que les acaba de suceder. Sin embargo, no todos creian aun en estos relatos. Juntos estaban platicando con las puertas bien cerradas, por temor de los judíos, cuando se les presenta de súbito Jesús, y les tranquiliza; reprende á los que no querian creer, les enseña piés y manos, y el costado atravesado de una lanzada que le habia dado un soldado despues de muerto; les dice que pueden tocarle para que no crean que era una fantasma (pues algunos se lo figuraban); y por fin, hasta come en su presencia, dejándolos llenos de gozo y de admiracion.

El apóstol Tomás no se hallaba en la reunion, y así que llegó le dijeron los demás que habian visto al Señor. «No lo creeré, dijo, hasta que vea en sus manos la señal de los clavos que las atravesaron, y toque con mis dedos los agujeros, y la llaga del costado.» Ocho dias después, reunidos todavía los discípulos en el mismo sitio, aparece Jesús como la vez primera, y después de darles el saludo, se dirige á Tomás, presentándole sus manos y costado para que se cerciore. Tomás toca los agujeros, y bien convencido de que es realmente Jesús, dice: «Mi Señor y mi Dios,» palabras que no han de tomarse por una exclamacion sino por una confesion explícita de la divinidad de Jesucristo.

Durante los cuarenta dias que Jesús estuvo en la tierra después de la resurreccion, se manifestó otras veces á sus discípulos (1). Sobre todo una vez se apareció á mas de quinientos reunidos, y se cree que fué la última. Sea como fuere, así que iba á reunirse con su padre, llevó á sus discípulos al monte de los Olivos. Allí se despidió de ellos, dándoles de nuevo la órden de ir á predicar y bautizar por toda la tierra, con la promesa de estar con ellos hasta el fin de los siglos, y luego dándoles su bendicion, se elevó en una nube que le ocultó á sus miradas. Mirando hácia el cielo estaban todavía, cuando les vinieron dos ángeles anunciándoles que un dia vendria Jesús de la celeste morada para juzgar á todos los hombres. Entónces los discípulos bajaron del monte y se fueron á Jerusalen.

Al concluir su Evangelio, el apóstol san Juan dice, segun la Vulgata, «que todavía hizo Jesús otras muchas cosas, y que si hubieran de referirse circunstanciadamente, no bastaria el mundo á contener los libros que pudieran escribirse.» Esto solo quiere decir que los hombres no acertarian á concebir lo mucho que pudiera decirse.

Los magistrados romanos tenian la costumbre de consignar los hechos de alguna importancia que acontecian en su provincia, y participarlos al emperador. Pilatos envió á Tiberio la crucifixion de Jesús con una carta que mencionan el mártir san Justino, Tertuliano,

---

(1) ¿Porqué, dice el incrédulo, no se mostró Jesús al pueblo judío después de su resurreccion? No tenia mas que presentarse para tapar la boca á sus enemigos. Los mas obstinados no hubieran podido menos de rendir homenaje á su divinidad. El incrédulo vive equivocado. ¿Por ventura convenció la resurreccion de Lázaro á los judíos de la divinidad de la mision de Jesús? Por el contrario, aun se ensañaron mas contra él. Si Jesús resucitado se hubiese manifestado públicamente á sus contemporaneos, el incrédulo tampoco estaria satisfecho. Pediria que se apareciese á las demás generaciones, diria, como Rousseau, que era preciso que él le viese y le hablase. ¿Y cómo, añade el incrédulo, atenerse al testimonio de sus discípulos con respecto á un prodigio tan grande? ¿y porqué nó, cuando viene acompañado el testimonio de tantos milagros? Después de la resurreccion de Jesús, hicieron milagros de toda clase, y principalmente el de dar á los idiotas el don de varias lenguas, solo con tocarles con las manos. Ese don era tan comun en los principios de la iglesia, que hasta llegaba á haber á veces confusion en las reuniones de los fieles, por la indiscrecion de los que le habian recibido. Era al mismo tiempo tan extraordinario, que á menudo el que hablaba una lengua extranjera no sabia interpretarla, lo que obligó á san Pablo á establecer reglas á los corintios para el uso de esos dones. (I. Corinth. XIV.) Finalmente, los que aseguraron que habian visto á Jesús resucitado, sellaron la afirmacion con su sangre, y jamás los testigos falsos llevan hasta ese punto el fanatismo.

Eusebio, y otros escritores igualmente respetables, que se refieren sobre esto á los archivos del senado romano. La carta de Pilatos en resúmen decia: que se habia visto, muy á pesar suyo, obligado á crucificar á Jesús para evitar un motin: « Pues, jamás se habia visto, y probablemente no volverá á verse, un hombre de tanta rectitud y probidad. Pero el gran Sacerdote y el Sanedrin han dado cumplimiento con este acto á los oráculos de sus profetas y de muestras sibilas. Mientras estuvo en la cruz, añadió Pilatos, cubrióse la tierra con tan espantosa oscuridad, que parecia iba á acabar el mundo. Pretenden sus discípulos haberle visto resucitado, y elevándose después al cielo; le reconocen por su Dios, y se muestran por sus costumbres dignos de su maestro. » Á consecuencia de este escrito, que ya no existe, á lo menos en su pureza original, Tiberio propuso al senado el colocar á Jesús entre los dioses, pero fué desechada la proposicion.

Pero, ¿debe sorprendernos el testimonio de Pilatos á favor de Jesús y su doctrina, después de lo que ha dicho en nuestros dias el escritor mas elocuente entre los incrédulos? Como es un pasaje tan bello vamos á citarle entero. «La santidad del Evangelio, dice, habla á mi corazon. Ved los libros de los filósofos, ¡qué pequeños son comparados con este! ¿Cómo pudiera ser obra de hombres un libro tan sublime y tan sencillo á un tiempo? ¿Cómo puede ser esa historia la de un hombre? ¿Es acaso este el tono de un visionario, ó de un sectario ambicioso? ¡Cuánta pureza y suavidad en sus costumbres! ¡Cuán conmovedoras y eficaces sus doctrinas! ¡Cuánta elevacion en sus máximas, y ¡cuán profunda su sabiduría! ¡Qué presencia de espíritu, qué acierto en sus respuestas! ¡Qué imperio en sus pasiones! ¿En dónde está el hombre, en dónde el sabio que sabe obrar, sufrir y morir sin debilidad y sin ostentacion? Cuando Platon pinta á un justo ideal, cubierto con todo el oprobio del crímen, y merecedor sin embargo de todos los premios de la virtud, representa exactamente á Jesucristo. Tanta semejanza hay, que todos los autores la han echado de ver, y es en efecto imposible desconocerla..... Sócrates muere sin tormentos, sin ignominia; y no le es difícil sostenerse dignamente hasta el fin; y tal vez, sin esa fácil muerte que le honra dudaríamos si fué al fin y al cabo otra cosa que un sofista, que, á pesar de todo su ingenio, no inventó mas que la moral. Otros antes de él la habian puesto en práctica; él dijo lo que habian hecho, y redujo á lecciones sus ejemplos. Arístides habia sido justo antes que dijera Sócrates qué era justicia: Leonidas habia muerto por su patria sin hablar de su amor á esta. En Esparta florecia la sobriedad antes de ensalzarla Sócrates; y antes de dar la definicion de la virtud, abundaba la Grecia en hombres virtuosos. Pero, ¿qué judío enseñó á Jesús la pura y elevadísima moral, cuyas lecciones y cuyo ejemplo le son peculiares?... La muerte de Sócrates, filosofando tranquilamente con sus amigos es la mas dulce que pudiere desearse; la de Jesús, espirando en dolorosa agonía entre injurias, befas y maldiciones del pueblo, es por el contrario la mas horrible. Sócrates, al tomar la copa envenenada, bendice al que se la presenta llorando; pero Jesús, en medio de un suplicio atroz, ruega á Dios por sus verdugos. Para vivir y morir como Sócrates, es preciso ser hombre de filosofía y virtudes, sin duda alguna, pero solo un Dios vive y muere como Jesús. ¿Dirémos que la historia del Evangelio es una mera ficcion? Nó, que las ficciones no tienen ese carácter, y menos probados están que los de Jesucristo los hechos de Sócrates, en los cuales nadie pone duda. Sin embargo, esto es eludir la dificultad, y nada mas. Mas extraño y mas inconcebible fuera que muchos hombres hubieran compuesto este libro, que no el que uno solo haya dado motivo á ello. ¿De dónde habian de sacar los autores judíos ese tono y esa moral? Tiene el Evangelio caractéres de verdad tan grandes, tan singulares, tan perfectamente inimitables, que el que le hubiese imaginado, llegaria á ser aun mas prodigioso que el mismo héroe del libro divino (J. J. Rousseau, Emil. tom. 3.°).

CRONOLOGÍA APOSTÓLICA.

33. Después de la ascension del maestro, fueron los discípulos á Jerusalen, y en número de ciento veinte personas, con la madre de Jesús á la cabeza, subieron á una sala espaciosa en el último piso, al objeto de esperar en silencio y en oracion la venida del Espíritu Santo que él habia prometido enviarles. Era el dia que habia de llenarles de luz y de fortaleza, para ejercer su mision y propagar el Evangelio por entre las naciones.

Faltaba un apóstol en el colegio de los doce con la muerte del traidor Judas. Aun cuando Jesús, después de resucitar, no nombró otro, la plaza no quedaba por esto suprimida, mas estaba escrito (Salm. 108.) que otro la ocuparia. Para que se verificase la prediccion, se levanta Pedro, y propone á aquella reunion que se nombre allí mismo á un nuevo apóstol. Se procede á la eleccion, y se dividen los votos entre José, llamado el Justo, y Matías. Entónces los discípulos se ponen en oracion, y viéneles la inspiracion de acudir á la suerte para saber cuál es el electo del Señor. La suerte designa á Matías, que entra inmediatamente en el apostolado.

Llega la fiesta de Pentecostes, cincuenta dias después de pascua, y once después de la junta de que acabamos de hablar. Por la mañana, á la hora de tercia (á las nueve) oyen en la casa en que estaban un ruido extraordinario, como de un viento impetuoso, y al mismo tiempo ven bajar unas lenguas de fuego, ó sean llamas que figuraban lenguas, que se reparten entre todos ellos. Desde aquel momento quedaron llenos del Espíritu Santo, y comenzaron á hablar varias lenguas á instigacion del mismo Espíritu.

Parece que aquel ruido se oyó tambien en toda la ciudad, pues que al salir, vieron delante de la casa mucha gente reunida. Habia á la sazon en Jerusalen gran número de personas con motivo de la fiesta, y no faltaban extranjeros, que no quedaron poco maravillados al oir que los discípulos de Jesús, que aquellos galileos, les hablaron en su idioma nativo. Cada cual hacia sus conjeturas para explicar aquella novedad, y entre otras cosas se decia que los apóstoles estaban beodos. (La Vulgata dice, llenos de mosto, y el texto griego, ébrios de vino dulce.) Pero, Pedro, les demuestra por medio de la Escritura que es obra del Espíritu Santo, resultado de la crucifixion de Jesús, y prueba de su resurreccion; exhortándoles á hacer penitencia, y á merecer por medio del bautismo, junto con la fé en Jesús, la remision de los pecados y el don del Espíritu Santo. Tres mil personas se convirtieron con esa predicacion. Iba en aumento el número de fieles, y no formaban todos mas que un corazon y una alma. Todo era comun entre ellos; vendian sus bienes y entregaban el producto á los apóstoles, que le iban distribuyendo segun correspondia. Se reunian



San Marcos, evangelista.

en el templo para orar, y en sus casas para celebrar el misterio eucarístico, y comer en comun fraternidad.

Pedro y Juan suben al templo, y en una puerta llamada « la bella, » un hombre lisiado de las piernas les pide limosna; mírale Pedro, y en nombre de Jesús Nazareno le ordena que se levante y ande. Así lo efectúa, entrando con ellos en el templo alabando al Señor. Toda la gente que se hallaba en el templo se agrupa al ver el milagro en torno de los dos apóstoles, que aprovechan la ocasion para predicar el Evangelio. Hablando estaban todavía, cuando se presenta el capitan de la guardia del templo con los saduceos, irritados porque predicaban la resurreccion de los muertos á propósito de Jesucristo. Era ya tarde, y los llevaron á la cárcel hasta el dia siguiente. Reunido aquel dia el consejo de los judíos por la mañana, manda comparecer á los apóstoles y les pregunta en virtud de qué poder habian curado á aquel cojo de nacimiento. Pedro responde sin vacilar que por poder de Jesucristo. Prohíbeles el consejo el que hablen de Jesús, y enseñen en su nombre. « Vosotros mismos, dijeron los apóstoles, podeis deliberar en conciencia, si es justo obedecer vuestros mandatos y nó los de Dios. Por nuestra parte, nos es imposible callar lo que hemos visto y oido. » Los judíos les dejaron en libertad, pues no podian contestar. Siguen los apóstoles predicando, y apoyando con milagros su doctrina, aumentando así mas y mas el número de fieles. Furiosos el sumo sacerdote y los saduceos con los progresos del Evangelio, prenden otra vez á los apóstoles. Un ángel les abre de noche las puertas de la cárcel, y les manda que vayan al templo á predicar. Dan parte al Sanedrin, que se habia reunido ya para juzgarlos. « Esos hombres presos ayer de órden vuestra, dicen, ya los teneis otra vez libres, y volviendo á predicar en el templo delante del pueblo. » Mandan ir á la cárcel para saber en qué consistia aquello; la cárcel estaba bien guardada, solo que los presos no estaban. No los contiene el milagro, sino que mandan que se les presenten los predicadores: y el gran sacerdote, en nombre del consejo, les reconviene por haber faltado á sus órdenes. Tomando entónces Pedro la palabra, dice resueltamente que él y sus compañeros no pueden obrar de otra manera. Se discute si se les sentenciará á muerte; pero un doctor de la ley, llamado Gamaliel, impide con sus razones el que prevaleciera ese dictámen. Fueron sin embargo condenados á sufrir la pena de azotes delante del mismo consejo. Esa afrenta por Jesucristo, llena de júbilo á los apóstoles, y les infunde nuevo valor para seguir en su ministerio.

El número de los adeptos no disminuia su concordia, y á fin de que entre ellos no hubiese pobres ni ricos, ponian, como se ha dicho ya, en comun cuanto poseian. Y sucedió que Ananías, y su mujer Esfira, vendieron sus bienes como los demás; solo que no entregaron á san Pedro sino parte del precio, quedándose con lo restante. Pregúntales separadamente el apóstol si está allí todo el producto de la venta, responden afirmativamente, y en el mismo momento los dos caen muertos á sus piés. Esto aterró á los fieles, ¡ y qué horror no les inspiraria la mentira!

Aunque reinaba entre ellos la igualdad en la distribucion cotidiana de alimentos, los que la hacian, daban la preferencia á las viudas de los hebreos puros, cuidando poco de las viudas de los judíos helenos ó extranjeros. Esto dió lugar á murmuraciones. Para acallarlas, juntan los apóstoles á todos los discípulos, y les proponen que elijan siete individuos de probidad reconocida, llenos del Espíritu Santo, para lo concerniente al ministerio de las mesas, « á fin de que no tuviesen ellos que dejar la predicacion de la palabra de Dios para ocuparse en aquella tarea. » Gustó á todos la proposicion, y se eligieron siete diáconos ó ministros, sobre los cuales impusieron luego sus manos los apóstoles. Así se instituyó el diaconato, que no tuvo primitivamente por objeto exclusivo la distribucion á los fieles de los alimentos corruptibles, sino además la del cuerpo y sangre de Jesucristo, con cuya consagracion terminaban comunmente las comidas de los primeros fieles.

Estéban, el primero de los siete diáconos, varon lleno de gracia y de energía, hacia muchos milagros. Habia en Jerusalen varias sinagogas, que eran como colegios en donde estudiaban los jóvenes judíos, y acudian á ellas de todos los puntos en que habitaban gentes de esa nacion. En la sinagoga que llamaban de los libertos (1), de los cireneos, de los alejandrinos, de los cilicios y de los asiáticos, hubo individuos que quisieron disputar con Estéban. Pero él les demostró con pruebas irrecusables que Jesús era el Mesías. Como no podian responderle, le acusaron ante el Sanedrin de blasfemador contra Dios y contra Moisés, delante del consejo. Estéban habló á los jueces con un brio que los puso coléricos. Todos se echan encima de él, y en uno de esos arrebatos que llamaban « juicios de celo, » le sacan de la ciudad, y apesar de su inocencia muere apedreado como un verdadero blasfemador. Los testigos, segun lo prescribia la ley de Moisés, le arrojaron las primeras piedras. Estéban exclamó: « Señor, no se lo imputeis á pecado, » y dió el espíritu. » Este fué el primer mártir (así llamaron en adelante á los que sellaron la fé con su sangre), y esta fué la primera señal de la persecucion que se movió contra la iglesia de Jerusalen. Espantados los fieles, salen de la capital, menos los apóstoles, y se esparcen por Judea y Samaria. Solo que antes de esa huída, muchos fueron presos, y probablemente muertos algunos.

Uno de los mas encarnizados contra ellos era un jóven llamado Saulo, natural de Tarsis, en Cilicia, ciudad autonóma, es decir, independiente y con legislacion propia, pero que no era colonia romana, ni municipio, y no tenian por consiguiente sus habitantes, segun dicen algunos, derecho de ciudadanos romanos. Pero Saulo tenia ese derecho por su familia, como así lo declaró al tribuno Lisias, cuando este quiso ponerle á cuestion de tormento, antes de estar sentenciado. Luego era, únicamente porque descendia de ciudadanos romanos (Grocio), pero habia nacido judío, de la tribu de Benjamin, y era discípulo del doctor Gamaliel, de la secta de los fariseos. Ya habia contribuido al martirio de san Estéban, con guardar la ropa de los testigos que comenzaron á apedrearle. Obtuvo luego poderes de los príncipes de los sacerdotes para entrar en las casas, arrebatar á hombres y mujeres y llevarlos á la cárcel.

Apesar de la persecucion iban multiplicándose los fieles, sobre todo, fuera de Jerusalen. El diácono Felipe fué á Samaria y predicó el Evangelio, escuchándole atentamente los samaritanos al ver las maravillas que hacia. Habia entre ellos un mago llamado Simon, que los tenia seducidos con sus encantamientos, y hasta les habia hecho creer que tenia en él la gran virtud de Dios. Testigo de los milagros de Felipe, creyó, ó afectó creer como los demás, y recibió el bautismo. Los apóstoles Pedro y Juan fueron allá para

(1) Eran los que Pompeyo habia llevado cautivos á Roma, y que luego habian recobrado la libertad.

hacer la imposicion de manos á los neófitos, y para que así participasen del Espíritu Santo, porque como Felipe no era mas que diácono, no le competia la facultad que á los apóstoles y á sus sucesores. Á esto se ha llamado mas adelante sacramento de confirmacion.

Tal fué el efecto visible de ese sacramento en aquellos á quienes fué conferido por ambos apóstoles, que luego de recibido comenzaron á hablar varias lenguas, á profetizar, y á hacer milagros. Simon estaba fuera de sí al ver el efecto producido por los apóstoles solo con la imposicion de las manos, y les ofreció dinero para adquirir igual poder. San Pedro rechaza horrorizado la propuesta, y maldice á Simon, el cual desde entónces se declara enemigo de los apóstoles. Se hizo jefe de una secta particular, enseñando que él era la potestad suprema, y que se habia manifestado á los samaritanos como padre, á los judíos como hijo, y á los gentiles como Espíritu Santo. Con sus prestigios dió bastante crédito á estas estravagancias, y engañó á muchos ignorantes. Es el primer heresiarca. Se han llamado simoniacos, por la oferta de dinero á san Pedro, todos cuantos se han valido después de presentes y otros medios de seduccion directa ó indirecta para lo relativo al ministerio eclesiástico.

Instruidos los fieles de Samaria, y predicado el Evangelio por los pueblos comarcanos, los apóstoles volvieron á Jerusalen. Por su parte Felipe va de órden de un ángel á un lugar desierto, por el camino que conduce de Jerusalen á Gaza. Allí se encuentra con el mayordomo de Candaces, reina de Etiopía, que volvia de Jerusalen, leyendo dentro de un carro las profecías de Isaías. Habia ido á adorar al Señor en el templo. La reina á quien servia gobernaba en la península de Meroe sobre el Egipto, al sud, y el nombre que le da la Escritura era genérico, como el de Faraon para los reyes de Egipto. Conociendo Felipe por revelacion lo que estaba leyendo aquel hombre, le dice si lo entiende bien. « ¿Cómo entenderlo, respondió, sin un intérprete? » Pide á Felipe que suba con él en el carro, y el pasaje de que se trataba era el siguiente: « Como una oveja le han conducido al matadero, sin que abriese la boca, lo mismo que un cordero que conserva su mansedumbre y no la agota jamás, etc.» (Isaías XIII, 7). Enséñale Felipe que no se trata aquí del profeta sino de Jesús, y le explica en resúmen la doctrina del Evangelio. El hombre pide el bautismo. Bajan juntos á un arroyo, y luego de bautizado el mayordomo, desapareció Felipe, hallándose trasportado de repente á Azot, que distaba siete ú ocho leguas de Gaza.

34. Así iba fructificando el Evangelio en medio de las persecuciones. No contento Saulo con perseguir á los fieles de Judea, va á Damasco, pues sabe que hay allí muchos, y sale con poderes del sumo sacerdote para que pueda traer á cuantos encuentre. Damasco no pertenecia á los judíos, pero el rey Aretas les permitia que vivieran allí segun su ley, y les dejaba que castigasen ellos mismos las infracciones de la misma. El celo descarriado de Saulo se inflama á medida que se va aproximando. Á poca distancia se hallaba ya de Damasco, cuando en medio del dia se siente herido de una luz del cielo, que le hace venir al suelo completamente deslumbrado. Y al mismo tiempo oye á Jesús que se queja de que esté persiguiendo á sus servidores predilectos. Pregunta Pablo qué debe hacer, y le responde Jesús que lo sabrá en la ciudad. Levántanle los de su séquito, pero, como nada veia, condujéronle por la mano hasta Damasco. Tres dias permaneció en ayuno y oracion, y después fué á visitarle Ananías, un fiel de Damasco, imponiéndole de órden del Señor las manos para recobrar la vista, y bautizándole en seguida. Inmediatamente queda Saulo lleno del Espíritu Santo, y se convierte en fervoroso apóstol, comenzando á predicar la doctrina de Jesús en las sinagogas de Damasco, con asombro de cuantos sabian el objeto á que habia ido allá. Hechos algunos prosélitos en esa ciudad, dirígese á la vecina Arabia (1); luego vuelve á Damasco y durante tres años sigue en su predicacion, disputando con los judíos mas instruidos, y confundiéndoles con la autoridad de la Escritura. En esto, la iglesia habia recobrado la paz en toda la Palestina, y todos los dias iba en aumento. San Pedro salió de Jerusalen, recorrió aquel país, para fortificar á los hermanos en la gracia que habian recibido. En Lidde, llamada después Diópolis, le presentaron á un paralítico, que lo era hacia ocho años. Se llamaba Eneas. Pedro le dijo que se levantase, y arreglase él mismo su cama en señal de que estaba curado. El enfermo hace lo que san Pedro le dice, y todos los habitantes de Lidde se convierten con ese milagro, y hasta los del distrito de Sarona, que se extendia desde esta ciudad á Cesarea.

35. En Joppé, á tres leguas de Lidde, se supo pronto el milagro de san Pedro, coincidiendo la noticia con un acontecimiento que sumia en la afliccion á los moradores de Joppé. Acababa de morir allí una piadosa mujer, llamada Tabite, que los mantenia con sus limosnas; los fieles mandan á decir á san Pedro que vaya allá. Va efectivamente, y encuentra el cuerpo de Tabite rodeado de viudas desconsoladas. Manda que todos salgan del aposento, y se pone en oracion, luego se dirige hácia el cuerpo de Tabite, y dice que se levante, lo que se realiza al momento.

Durante la permanencia de Pedro en Joppé, que fué de muchos dias, tuvo una vision singular, haciendo su plegaria de mediodía, en el tejado de la casa en que vivia. Todavía estaba en ayunas, y de repente sintió una gana de comer extraordinaria. Al mismo tiempo vió bajar del cielo un gran mantel atado por las cuatro puntas, lleno de animales de varias especies, puros é impuros. En esto, una voz le dice que mate y coma indiferentemente de todo. Pedro responde que jamás ha entrado en su boca nada impuro: « no llames impuro, le contesta la voz, lo que el Señor ha santificado. » Por tres veces seguidas se repitió la vision, elevándose por fin el mantel, que ya no volvió á aparecer. Estaba Pedro cavilando sobre lo que acababa de ver, cuando le advierte la misma voz que se le presentarán tres hombres y que no tenga dificultad en seguirles. Eran unos enviados de un centurion de Cesarea, llamado Cornelio, varon religioso y muy caritativo, á quien el Señor habia recomendado por medio de otra vision que llamase á Pedro para su salvacion. Recíbelos Pedro, y al dia siguiente, va con ellos á ver á Cornelio, y le instruye en el Evangelio, igualmente que á los demás de su familia. Así que les estaba enseñando, baja el Espíritu Santo sobre los catequizados, con asombro de los judíos que se hallaban con él, por figurarse que solo podian salvarse los de su nacion, ó los que se habian hecho judíos con la observancia de la ley de Moisés.

36. San Pedro fué de Cesarea á Antioquía, en la que fundó una iglesia. Así lo dan por sentado Orígenes, Eusebio, san Crisóstomo, san Gregorio Magno, y casi todos los antiguos. Solo que al principio esa

(1) Capel, á quien siguen Harduino y Berruyer, pretende que estuvo tres años en Arabia, cosa nada verosímil, pues san Lúcas, en los hechos de los apóstoles, ni siquiera menciona ese viaje, lo cual prueba que fué corto.

iglesia no se compuso mas que de judíos. Así se concilian las autoridades que se acaban de citar con lo que dice san Lúcas (Act. XI, 20) tocante á la predicacion de aquellos fieles de la Cirenaica y Chipre, que fueron sobre el año 41 á Antioquía, y dieron á conocer la doctrina de Jesús á los gentiles, sabido lo cual por la iglesia de Jerusalen, añade el mismo escritor, envió á Bernabé para dar mayor perfeccion á la obra.

Vitelio, gobernador de Siria, va á Jerusalen por las fiestas de pascua. Satisfecho con el recibimiento que le hicieron, quitó el derecho de los frutos que se vendian en el mercado, y permitió á los sacerdotes guardar el EFOD y demás ornamentos del pontífice, que se hallaban á la sazon en la fortaleza «Antonia,» bajo la custodia de un oficial romano. Al mismo tiempo quitó al gran sacerdote Caifás, y puso en su lugar á Jonatás, hijo de Anano, volviéndose en seguida á Antioquía.

Muere Filipo el tetrarca, hermano de Herodes Antipas, en Juliada, su capital, sita en la embocadura del Jordan en el mar Muerto. Fué á los treinta y siete años de su reinado, y á los veinte y dos del de Tiberio, segun la verdadera leccion de Josefo (Antig. lib. 18, c. 4.). Como no dejaba hijos de su mujer Salomé, que era sobrina suya, pues era hija de Herodes Filipo y de Herodiade, fueron reunidos sus estados al gobierno de Siria. Salomé casó de nuevo con su primo hermano Aristóbulo, hijo de Herodes, rey de Calcida, hermano de Agripa y de Herodiade, y tuvo muchos hijos.

Un impostor sedujo á los samaritanos, y los indujo á reunirse con él en el monte Garizim, prometiendo que les enseñaria los vasos sagrados que Moisés, segun él les decia, habia ocultado en él. Supo Pilatos que esa gente estaba armada, y envió contra ella fuerzas de infantería y caballería, que la dispersaron muy pronto. Los principales prisioneros sufrieron pena de muerte. Enconados los ánimos en Samaria con aquel tratamiento, se quejan á Vitelio, el gobernador de Siria, de quien dependia el de Judea. Al mismo tiempo alegan otros cargos contra Pilatos, por lo cual Vitelio le manda que vaya á Roma á responder á aquellas acusaciones.

Aretas, rey de Petrea, no habia olvidado la afrenta que á su hija hizo Herodes Antipas, repudiándola por casar con Herodiade: procuró allegar fuerzas suficientes; le declaró la guerra, y obtuvo sobre él una victoria, que atribuyeron los judíos, segun dice Josefo, (Antig. lib. 18, c. 5) á justo castigo por la muerte de Juan Bautista. Herodes implora el auxilio de Tiberio, quien manda á Vitelio que le remita la cabeza de Aretas, ó sino que le envie a Roma encadenado.

Dirígese Vitelio hácia Petrea con objeto de sitiarla, pero en Jerusalen supo la muerte de Tiberio, ocurrida en 16 de marzo del 37 de la era cristiana, y abandonó la empresa.

Después de recorrer la Siria y la Judea, llegó Pedro á Jerusalen, y al saber varios judíos convertidos que habia estado en casa del centurion Cornelio, le echan en cara el haber vivido con incircuncisos. El apóstol se justifica modestamente, refiriendo cómo habia ido á casa de Cornelio, y los de mas celo quedaron satisfechos, admirando la bondad del Señor, que así llamaba tambien hácia el buen camino á los gentiles.

37. Los progresos que en Damasco estaba haciendo con su predicacion Saulo, que ya se llamaba Paulo ó Pablo, el próspero estado de la iglesia que allí habia fundado, encendieron de nuevo el furor de los judíos incrédulos. Compraron al ministro de Aretas, á fin de que le prendiese, y quitase la vida. Estaba entónces Aretas en guerra con el tetrarca Herodes y los romanos, y tenia muy guardadas las puertas de la ciudad para que no entrase algun espía, ó saliese algun traidor. Es de presumir que los judíos, para excitar al rey contra Pablo, le acusaron de inteligencia con los romanos. Sea como fuere, los discípulos supieron la trama, é hicieron escapar á Pablo, descolgándole por una ventana que daba al campo.

De Damasco, Pablo se fué á Jerusalen. No era todavía muy sabida su conversion bien que solo distenentre sí estas ciudades unas sesenta leguas. Pero, la guerra habia interrumpido las relaciones, así es que esa ignorancia no es extraña. Temblaron los fieles de Jerusalen con la llegada de Pablo, pues recordaban la tenacidad con que les habia perseguido. Bernabé, condiscípulo suyo, segun dicen, en la escuela de Gamaliel, disipó sus temores, refiriéndoles el milagro de su conversion. El objeto de Pablo era principalmente el ver á Pedro, jefe del apostolado, y conferenciar con él acerca del Evangelio. Durante los quince dias que estuvieron juntos, nada dijo Pedro á su colega relativo á la via del Señor. Vió Pablo al mismo tiempo á Jacobo, hermano del Señor (es decir, primo), y obispo de Jerusalen. Fueron los únicos apóstoles que visitó, sin duda porque los demás estarian ausentes. En esta temporada estuvo disputando con los judíos helenistas, á quienes conocia mas particularmente. Pero, orando un dia en el templo, se le apareció Jesús en una vision, y le mandó que saliese de la ciudad con la mayor prontitud, porque no creerian en su palabra. En efecto, los judíos trataban de acabar con él, ó por traicion, ó por juicio de celo, como lo habian hecho con san Estéban. Los hermanos acompañaron á Pablo á Cesarea, y de allí pasaron á Tarsis, que era su patria. Segun san Crisóstomo, anunció el Evangelio á sus compatricios, bien que diga Orígenes que se abstuvo de predicar por la consideracion de que nadie es profeta en su patria.

Herodes Agripa, llamado sencillamente Herodes por san Lúcas, hijo de Aristóbulo, vuelve triunfante á Judea. La vida de ese príncipe era bastante azarosa. Habia ido á Roma con su madre Berenice, poco antes de morir Herodes el Grande, y se habia hecho íntimo con Druso, hijo de Tiberio. Mientras vivió su madre, esta pudo contenerle, pero á poco de muerta, comenzó á hacer gastos excesivos. Pronto le redujo el fausto á la miseria, y tuvo que volver á Palestina, confinándose en un castillo cercano á Malata, en Idumea. Allí recordaba sus deudas, y su idea dominante era el suicidio. Bien lo conoció su mujer Cipros, y lo participó á su hermana Herodiade, que de acuerdo con su esposo Herodes Antipas, le señaló por morada la ciudad de Tiberiade con una renta decente. Pero, sus profusiones le hundieron de nuevo en la indigencia, y se encaminó á Roma, pidiendo antes prestada á un liberto de Berenice, llamado Pedro, una cantidad para el viaje. Druso habia muerto, pero Cayo Calígula fué para él lo que habia sido Druso. Con todo, esa amistad ocasionó una nueva desgracia al príncipe judío. Paseaban un dia en un mismo carro, y al hablar de Tiberio, Agripa expresó harto vivamente el deseo que tenia de ver en el trono á Cayo, mas digno, en su sentir, que el emperador á la sazon reinante. Oyó la manifestacion el cochero de Agripa llamado Eutico, y por entónces guardó silencio. Pero, por un robo que hizo un dia á su amo, este le entregó al gobernador de Roma, y entónces Eutico pidió que le presentasen ante el emperador diciendo que tenia que comunicarle un secreto importante. Le conducen á Caprea, y á

su llegada le metieron en la cárcel. Pasado algun tiempo le presentaron á Tiberio, y le contó lo que le habia dicho su amo. Tiberio le deja libre y manda prender en Roma á Agripa. Á poco murió Tiberio, y su sucesor Calígula dió libertad al príncipe judío. Púsole además la corona, y le declaró rey de la tetrarquía de Filipo y de la de Lisanias. Á esto añadió un regalo de una cadena de oro, igual en peso á la de hierro que habia llevado. Al pasar Agripa por Alejandría, fué insultado por el pueblo, permitiéndolo el gobernador Flaco, envidioso del favor de Agripa. Los alejandrinos, después de escarnecer al príncipe, se ensañaron con los judíos que vivian en la ciudad. Cinco barrios tenia Alejandría, y dos se llamaban judaicos, por ser judíos la mayor parte de los que vivian en ellos, bien que tambien los habia que habitaban en los demás. Después de saquear sus casas, se les redujo á vivir en un solo barrio, se les prohibió el ejercer todo oficio, quedando muchos reducidos á la miseria. Se cerraron sus sinagogas, y fueron declarados extranjeros, y privados no tan solo del derecho de ciudadanos, sino además del derecho de accionar en justicia, ni para demandar, ni para defenderse. Para colmo de desgracia, muchos fueron aprisionados, azotados y muertos, y hasta á mujeres se dió tormento. El emperador aprobó la persecucion, porque sabia que los judíos no estaban muy dispuestos á tributarle honores divinos (Filon. in Flac.). Estos fueron los preludios de la terrible venganza que Dios tenia preparada á esa nacion, para expiar el deicidio que habia cometido con matar á Jesucristo; sin embargo, el autor de aquella tragedia no recogió el fruto de su perversidad. Flaco se habia figurado que con esto recobraria el favor de Calígula, á cuya madre habia delatado, pero se equivocó. El emperador envió á Alejandría al centurion Baso, y este le puso preso en medio de un festin que daba en el dia de la Scenopegía, ó fiesta de los tabernáculos, que celebraban los judíos, enviándole luego á Roma, desde donde fué conducido de órden del emperador á Andros, y muerto poco despues.

39. Agripa habia salido muy pronto de Alejandría, sin que presenciase las escenas de que acabamos de hablar contra sus compatricios, y cuando le vió su hermana Herodiade con título de rey, tuvo envidia. Para que su esposo Herodes Antipas no fuese menos en dignidad que él, le induce á que vaya á Roma á solicitar los mismos honores. Agripa despacha, luego de saber su partida, á su liberto Fortunato, con una carta para el emperador, en la cual acusa á Herodes de estar en inteligencia con los partos. El emperador confina á Antipas á Leon de Francia, en virtud de la acusacion. Á poco se escapó con su mujer hácia España, en dónde perecieron ambos miserablemente (De excid. Hierosol. lib. 2, c. 2). Calígula dió á Agripa la tetrarquía de Herodes y todo cuanto tenia.

Pilatos, á quien por malversador habia quitado el César la gobernacion de Judea el año anterior, se suicida en el año 3.° de la olimpíada 204ª, segun Eusebio, lo que corresponde al 39 ó 40 de Jesucristo. El obispo Adon, que lo era en el siglo IX, dice que murió en la ciudad de Viena, á donde habia sido desterrado.

40. Como Calígula queria ser adorado como una deidad, unos extranjeros que vivian en Jamnía, en la Judea, le erigieron á toda prisa un altar con ladrillos, que derribaron al instante los judíos. El mismo prefecto, llamado Capiton, que era muy avaro, movió secretamente el tumulto para tener ocasion de maltratar á los judíos, y dió parte al emperador del derribo del altar, pintándole con los colores mas negros á fin de provocar la venganza imperial. Expide Calígula un rescripto, por el cual encarga á Petronio, gobernador de Siria, que ponga un coloso dorado en el templo de Jerusalen. Petronio era hombre sensato, y preveia las consecuencias que la medida podria ocasionar; así fué que procuró contemporizar, y en vez de hacer trasportar á Jerusalen una estátua colosal de las que habia en las provincias limítrofes, mandó venir los mejores artistas de Fenicia, y trató con ellos para fundir una nueva en Sidon, dándoles el metal.

Mientras se estaba haciendo la estátua, se arma con motivo de ella un motin entre los ciudadanos de Alejandría y los judíos. Cada parte envió cinco comisionados al emperador. El gramático Apion, declamador tan vano como vocinglero, á quien Tiberio llamaba por esto «tambor del mundo», estaba á la cabeza de los primeros, y Filon, el mas sabio de los judíos, á la de los otros. Fuéron á presentarse al emperador, en el campo de Marte, así que salia de los jardines de su madre. Mucho esperaron de la afabilidad con que les recibió el emperador, menos Filon, que por su edad y experiencia tuvo desde luego por sospechosa aquella cortesanía. Los comisionados judíos siguieron á Calígula, hasta Pouzzoles, y allí supieron que se habia dado de nuevo órden de poner en el templo una estátua colosal de Júpiter. Filon refiere las particularidades de esa mision, y consigna cuánto afligió á todos los comisionados aquella resolucion. Lo mismo sucedió en Judea. Ancianos, jóvenes, mujeres y niños salieron de sus hogares para ir á Fenicia á prosternarse ante Petronio, pidiéndole la muerte, si así habia de ser profanado su templo. Conmovido Petronio, escribe al emperador, y pide que se esperen otros tiempos para hacer una cosa que exasperará á una nacion entera. Agripa, que habia vuelto á Roma, viviendo en ella desde el año 38, sabe por el mismo Calígula lo que está sucediendo en su país, y tanto le impresiona la noticia, que pierde el sentido. Le llevaron á su casa medio muerto. Luego de volver en sí, escribe á Calígula á favor de su país y este accedió á que Petronio no erigiese la estátua en Jerusalen; pero la concesion no se entiende para las demás ciudades de Judea. La muerte del emperador insensato, que aconteció á 24 de enero del año 41, libró á los judíos de zozobra.

41. Declarado Claudio emperador á 25 de enero, nombra á Agripa rey de Judea, y á su hermano Herodes rey de Calcida. Á solicitud del primero, da dos edictos favorables á los judíos, uno para el restablecimiento ó confirmacion de los derechos que en tiempo de Augusto tenian los judíos de Alejandría, y otro para el libre ejercicio de su culto en todo el imperio. Solo les prohibe las reuniones en Roma (Josefo, Antig. lib. 20, cap. 1).

El Evangelio entretanto progresaba. Unos fieles de la isla de Chipre y de la Cirenaica fuéron en el año 41 á Antioquía, y convirtieron muchos griegos, porque san Pedro, que fundó la iglesia en el año 36, solo habia catequizado á los judíos. El mismo Bernabé, que era chiprio, comisionado por la iglesia de Jerusalen de ir á confirmar en la fé á aquellos neófitos, se va á Tarsis á ver á Pablo, y se dirigen juntos á Antioquía, en donde permanecian un año, instruyendo con fruto. Entónces se principió á llamar cristianos á los fieles. Pero los judíos incrédulos seguian llamándolos, desdeñosamente, y los llaman todavía nazarenos.

42. Al volver Agripa á Judea, procura granjearse el afecto de los judíos con actos generosos. Invierte crecidas sumas en edificar, por la parte del norte, un nuevo barrio en Jerusalen, y al que llamó Bezeta ó



El evangelista San Juan.

villa nueva. En Berito construye un teatro en que dia combates de gladiadores, y se muestra dadivoso con el pueblo; pero mueve una persecucion contra los fieles, y hace cortar la cabeza al apóstol Santiago, hermano del evangelista Juan. Al ver que los judíos lo llevaban á bien, manda prender tambien á Pedro, con objeto de quitarle igualmente la vida, pasada la pascua, que estaba próxima. Un ángel despierta de noche á Pedro y le quita las cadenas, acompañándole hasta las puertas de la ciudad que se abren por sí mismas. Entónces Pedro se encaminó hácia Roma por inspiracion divina (Foggini, S. Petri Rom. iter. Mamachi orig. Christ., tom. v, Saccarelli Hist. Eclesiast. tom. 1). Allí encontró á Simon el mago que habia llegado á adquirir tanta nombradía y prestigio, que, segun dice san Justino, en la isla del Tiber le habian erigido una estátua con esta inscripcion: « Á Simon, Dios santo. »

En este mismo tiempo puede ponerse la dispersion de los demás apóstoles por la tierra. Es de tradicion que antes de separarse compusieron un resúmen de la fé, para servir como de santo y seña á los fieles, y se denominó Símbolo. San Juan pasó al Asia con la madre de Jesús, y se estableció en Éfeso, en donde Pedro habia fundado ya una iglesia. En su provincia él fundó tambien muchas. San Andrés fué á la Escitia, y desde allí al Epiro y á la Grecia; santo Tomás fué á instruir á los partos, san Bartolomé á la Armenia mayor, san Simon á Persia, san Judás á Mesopotamia, san Mateo á Etiopía, en donde predicó su evangelio, que habia compuesto en hebreo, y que luego fué traducido en griego.

43. El profeta Agabo pronosticó una gran carestía para Siria y Palestina, y en efecto se realizó en el 44. En aquella ocasion los judíos fueron muy socorridos por Elena, viuda de Monobazo, rey del Adiabeno, y por su hijo Izates, que habian abrazado su religion. Los fieles de Antioquía tambien dieron para los de Judea abundantes limosnas, cuya distribucion se encargó á Pablo y á Bernabé.

Herodes Agripa dispone en Cesarea juegos en honor de Claudio. Los de Tiro y de Sidonia, con los cuales no estaba en buenas relaciones por motivos que se ignoran, comparecen ante él el segundo dia de la fiesta y le piden perdon. Les convenia tanto mas, cuanto que, teniendo poca tierra para muchos habitantes, necesitaban trigo de este príncipe, y con la escasez que á la sazon habia, no podian ir por él á otra parte. Se entendieron con el mayordomo de Agripa, y obtuvieron una audiencia en el teatro. Agripa fué á la audiencia con mucho aparato, y allí arengó al pueblo con tanta gracia, que casi todos decian: « es la voz de un Dios y nó de un hombre. » Tuvo la debilidad de envanecerse con la lisonja, en vez de rechazarla como una blasfemia. Fué castigado con una cruel enfermedad, y murió roido de gusanos pocos dias después, á los cincuenta y cuatro años de su edad, en el cuarto de su reinado sobre la Judea entera, y séptimo desde que Calígula le habia coronado. Los mismos de Cesarea que le habian dado el elogio que ocasionó su muerte, olvidaron sus beneficios, é injuriaron su nombre. Los soldados hasta llegaron á quitar las estátuas de sus hijas y llevarlas á casas de prostitutas (Josefo, Antig. lib. 19, cap. 8). El emperador Claudio sintió esos ultrajes. El príncipe dejaba un hijo de diez y siete años, llamado tambien Agripa, á quien queria el emperador dar la corona de su padre, y al efecto le hacia educar en su corte. Mas le manifestaron sus amigos y libertos que era sobrado jóven para gobernar un país de gente tan indócil, y nombró gobernador de Judea á Cuspio Fado. Sin embargo, Herodes, rey de Calcida obtuvo del emperador, para él y sus descendientes, la prefectura ó gobernacion del templo, con la facultad de nombrar gran sacerdote, y en virtud de la misma quitó á Cantera el supremo sacerdocio, y le dió á José, hijo de Camides. Agripa dejó además tres hijas: Berenice, de seis años de edad, Mariana de diez, y Drusila de seis. Habia desposado á la primera con su hermano Herodes. Tambien Mariana habia contraido esponsales con Julio Arquelao, hijo de Quelcías; mas ella prefirió después casar con Demetrio, « alabarca » de los judíos de Alejandría. Drusila casó en el año 52 con Aziz, rey de Emeso, quien abrazó la religion judaica para obtener su mano, y del cual ella se separó antes del 55, año en que murió ese príncipe, para casar con Félix, gobernador de Judea, de quien hubo á Agripa, aquel que, con su mujer, pereció en la erupcion del volcan del Vesubio en el reinado de Tito.

45. Pablo y Bernabé, seguidos de Juan Marcos, primo del segundo, van á Chipre, recorren la isla evangelizando, y llegan á Pafos, en la que residia el procónsul Sergio Paulo. Era un hombre de moralidad y de prudencia; habia oido hablar de sus predicaciones, y deseaba oir la palabra del Señor. Van á anunciárselo; pero un falso profeta judío, llamado Elimas, y por otro nombre Bar-Jesu, procura impedir los efectos de la doctrina cristiana en el ánimo del procónsul. Indignado Pablo, hace que ciegue súbitamente el impostor, delante del mismo procónsul, que se convierte con el milagro. Entónces el apóstol dejó el nombre de Saulo por el de Paulo (1), y con este se halla en adelante designado en los Hechos de los apóstoles, y en sus epístolas.

De Chipre pasan los dos apóstoles, junto con su compañero, á Pamfilia, y después á Antioquía de Pisidia, entrando en dia de sábado en una sinagoga que allí tenian los judíos. Los principales de la reunion les invitan á que pronuncien algun discurso edificante: Pablo toma la palabra, y demuestra de tal modo que Jesús es el verdadero Mesías, que al salir de la sinagoga le piden que el próximo sábado trate del mismo asunto. Pero como fueron tantas las conversiones que efectuó Pablo con el mencionado discurso, tuvieron algunos envidia, y consiguieron que los dos apóstoles fuesen echados de la ciudad. Estos sacudieron al salir el polvo de sus sandalias, y fuéron á Icona, en donde no los trataron mejor. Perseguidos á pedradas por los judíos, se refugiaron en Listres de Licaonia. Allí sana Pablo á un cojo. El pueblo, que ve el milagro, cree que los apóstoles son dioses, y quiere ofrecerles sacrificios, costándoles trabajo el impedirlo. Solo que los judíos les hicieron variar de opinion, tratándolos de impostores, y los mismos que un momento antes querian adorar á Pablo, le apedrean, y le dejan por muerto. Al dia siguiente, merced á los auxilios que le dieron algunos fieles, se halló en estado de salir para Derbe.

46. Un tal Teudas, judío que queria pasar plaza de profeta, mueve á muchos compatricios suyos á tomar cuanto tenian, y seguirle allende el Jordan, cuyas aguas promete separar para la fácilidad del paso. El gobernador Cuspio Fado manda tras de ellos una par-

(1) Como los apóstoles y discípulos habian de propagar el Evangelio por el mundo, algunas veces sus nombres hubieran podido parecer de difícil pronunciacion, y los modificaban de manera que sonasen mejor al oido. En vez de decir Cefas los latinos dijeron « Petrus, » Paul (ó Paulo) « Paulus, » nombre que gustaba á los romanos. Dijeron igualmente « Matthœus » por Leví, « Jacobus » por Jacob, « Bartolomœus, por Natanael « Silvanus » por Silas.

tida de caballería, que los sorprende y acuchilla, haciendo buen número de prisioneros, incluso el mismo Teudas, á quien se cortó la cabeza, enviándola á Jerusalen (Josef. lib. 20, c. 2.) No debe confundirse á ese impostor con aquel de quien habla Gamaliel en el discurso que pronunció en el Sanedrin, pues habia muerto mucho antes de que Fado fuése á Judea.

47. Tiberio Alejandro, que abjuró el judaismo después de haberle abrazado, sucede á Cuspio Fado en la gobernacion de la Judea. Dice Josefo (lib. 20, c. 3), que le llamaban alabarca, que Escalígero interpreta por intendente de rentas ó recaudador general de impuestos. Á este parece que fué erigida en Roma una estátua, que excitó el génio sarcástico de Juvenal.

48. La opinion mas probable, bien que no puede darse como cierta, pone en el año 48 la muerte de la madre del Señor, siendo todavía menos cierto el lugar de su defuncion y de su sepultura. Quieren unos que esté enterrada cerca de Jerusalen, en el valle de Getsemaní, y un obispo de Jerusalen del siglo 5.°, llamado Juvenal, es el primero de que se tiene noticia que lo haya dicho en una carta al emperador Marciano, y á la emperatriz Pulgueria. Aseguran otros que murió en Éfeso, y el concilio general que hubo en dicha ciudad en 431, decide al parecer la cuestion á favor de ellos.

Á Tiberio Alejandro le reemplazó Cumano en el gobierno de Judea, antes de pascua. Temeroso de que con tantos forasteros que acudian á la fiesta no hubiese tumulto, puso en los pórticos del templo, como ya lo hacian sus predecesores, una cohorte de retén. Pero, al cuarto dia de la fiesta, ocurrió á un soldado el descubrirse indecentemente en público, y los judíos le trataron clamorosamente de sacrílego, como si hubiese ofendido á Dios en el interior del mismo templo. Maldicen al gobernador, creyendo que el soldado ha obrado á instigacion suya. Preséntase Cumano, y les exhorta á que durante la fiesta no traten de promover alborotos. Al ver que no hacian caso, manda venir á toda la guarnicion, y el pueblo quiso huir; pero como las salidas eran harto estrechas, hubo mas de diez mil personas que perecieron de sufocacion. Algunos fugitivos encontraron á cien estadios de la ciudad á un criado del emperador llamado Estéban, y le desnudaron. Ese desagravio humano hizo saquear los pueblos circunvecinos al sitio en que habia ocurrido la tropelía. Un soldado encuentra en aquella ocasion el libro de Moisés, y le hace pedazos entre mil blasfemias que profiere. Los judíos se quejaron en Cesarea de la conducta del soldado, y Cumano le hizo quitar la vida.

49. Los judíos no solo movian trastornos en su patria, sino que en Roma hacian lo mismo, y su furor no tenia límites con respecto á los de su nacion que no se convertian al cristianismo. Claudio, sin hacer diferencia, dió un edicto, en que á todos los expulsaba de Roma. Entónces san Pedro volvió á Judea.

Agripa el jóven, por el favor de Claudio, sucede en el reino de Calcida y la gobernacion del templo, en verano, á su tio Herodes, muerto en el año anterior. Su viuda Berenice se retira al lado del jóven rey, que era hermano suyo, viviendo con él de una manera que dió mucho en que murmurar. Casó de nuevo con Polemon rey de Ponto, de quien no tardó en separarse. Se pretende que Tito la conoció en Judea antes de ser emperador, y que quiso desposarse con ella, pero que luego al llegar al trono imperial olvidó su palabra. Pero, es probable, pues Berenice tenia 12 años mas que Tito.

50. De súbito fué turbada la paz de la iglesia de Antioquía por la llegada de algunos hermanos de Judea, por pretender que judíos y gentiles, bautizados que estuviesen, habian de observar igualmente todos la ley de Moisés. Pablo y Bernabé se opusieron á ese celo exajerado. Pero dividiéronse con este motivo los fieles, y se resolvió que Pablo y Bernabé irian á Jerusalen á consultarlo con aquella iglesia. El dictámen de la asamblea presidida por Pedro se consignó en una epístola á los fieles de Antioquía. Traia en substancia que no debia prescribírseles sino que se abstuvieran de la fornicacion, de carnes inmoladas á ídolos, de animales ahogados, y de sangre (véanse los concilios). Este es el segundo viaje de san Pablo á Jerusalen desde su conversion, cartorce años después del primero, segun el mismo dice (Galat. II, 1).

51. Cuando los de Galilea iban á Jerusalen á las fiestas principales, solian atravesar la Samaria. En uno de esos viajes una partida de galileos fué acometida por samaritanos, que quitaron á muchos la vida. Los jefes de los galileos pidieron justicia á Cumano, pero no fueron atendidas sus reclamaciones por haberle corrompido los samaritanos con dinero. Esto enfureció á los judíos, que tomaron por caudillo á un jefe de bandoleros llamado Eleazar, y fuéron á talar la tierra de Samaria. Cumano manda salir cuatro cohortes, y junto con los samaritanos, destrozan á los galileos, y hacen muchos prisioneros.

52. Sabe esto Cuadrato, gobernador de Siria, y va á Samaria. Prende á los principales judíos y samaritanos, y los envia todos á Roma con el gobernador Cumano y el tribuno Celer, á disposicion del emperador. Las dos partes alegan sus razones ante Claudio, que condena á muerte al jefe de los samaritanos, destierra á Cumano, y le substituye con Félix, hermano del liberto Palas, su primer ministro. Hallábase á la sazon Agripa en Roma, y mucho se interesó por los judíos (Josefo, Antig. 20, c. 5.).

52. Va Pedro á visitar la iglesia de Antioquía, y no pone dificultad en comer con fieles incircuncisos. Solo que vinieron despues cristianos que eran de la nacion judaica y se separó de los primeros para conversar únicamente con los segundos. Pablo le reconvino por ello delante de todos, y Pedro recibió la leccion con mucha docilidad.

Pablo propone á Bernabé el visitar de nuevo las iglesias en que habian predicado juntos. Viene en ello Bernabé, con la condicion de que habia de seguirles Juan Marcos. Se opone Pablo, porque los habia abandonado en Pamfilia. Los dos apóstoles se separan con motivo de este incidente. Bernabé se va con Marcos á la isla de Chipre, y Pablo, con Silas ó Silvano, á recorrer la Siria y la Cilicia. Juan Marcos volvió mas adelante á bienquistarse con Pablo, el cual estando en el año 62 en Roma, le hizo venir de oriente, pidiéndole á Timoteo como ministro útil. Este Timoteo era un ministro que trajo san Pablo de Listres, en un tercer viaje que hizo allí en el año 52. Como nació de padre gentil, bien que de madre judía, el apóstol tuvo á bien circuncidarle, para que pudiese trabajar mejor en la conversion de los judíos, y contribuir así, como dice san Crisóstomo, á abolir la misma circuncision.

Por ese tiempo vino igualmente Lúcas, médico de Antioquía, á reunirse con Pablo, cuyo fiel compañero fué en adelante. Juntos partieron de la Tróyada con Silas y Timoteo, para Macedonia, á donde iba Pablo de órden del cielo. En Filipia, ó Filipolis, convierten á una mujer que comerciaba en púrpura, llamada Lidia, que les invita á hospedarse en su casa. Pablo libra en esa ciudad á una pitonisa del maligno espíritu que la inspiraba. Cabalmente era una esclava,

y como sus adivinanzas eran beneficiosas para sus amos, movieron un motin contra Pablo y sus compañeros. Tratados como extranjeros, fueron apaleados y encarcelados. Por la noche sintióse en la cárcel una violenta sacudida; las puertas se abren, rómpense los hierros de los presos, y creyendo el alcaide que se habian fugado, trata ya de suicidarse. Pablo le tranquiliza, le enseña el camino del Señor, y le bautiza con toda su familia. Al saber los magistrados que Pablo era ciudadano romano, sienten haberle maltratado, y le dicen cortesmente que puede salir de la ciudad, que era una colonia romana (1).

De allí Pablo y Silas pasan á Tesalónica, y hacen prosélitos entre los judíos, y mucho mas entre los gentiles. Nada mas bello que el testimonio que da el apóstol de su docilidad en recibir la divina palabra, y de su buena voluntad en practicar sus máximas. Pero, los judíos incrédulos acusaron á los nuevos predicadores de oponer un nuevo soberano al emperador. Por librar á Pablo, algunos hermanos le acompañan á Berea. Encontró á los judíos que habia en esa ciudad mejor dispuestos que los de Tesalónica. Cada dia comparaban con la Escritura lo que él les anunciaba, y el resultado fué una conviccion completa de la verdad de su doctrina. Pronto se supieron en Tesalónica los buenos frutos de Berea, y los enemigos de la primera ciudad fuéron á la segunda á alborotar al pueblo contra Pablo, que tuvo que escaparse.

Conducido á Atenas por sus amigos, inflámase su celo santo al ver cómo esa ciudad tan nombrada, emporio de las ciencias, está entregada á mil supersticiones. Entra en las sinagogas á discutir con los judíos, y disputa igualmente durante ocho dias en calles y plazas con cuantos se le presentan. Su doctrina sorprende por lo nueva. Le llevan al Areopago para que la desenvuelve ampliamente. En el discurso que en él pronuncia, insiste principalmente sobre la vanidad de los ídolos, y sobre el dia de la resurreccion general, en que todos han de comparecer ante Jesucristo. Riéronse de la resurreccion los epicúreos; quisieron otros oirle todavía acerca de esos mismos puntos. Algunos adoptaron plenamente la doctrina, y entre ellos Dionisio, que llegó á ser obispo de Atenas.

52. Claudio, á los doce años de su reinado, favorece de nuevo al jóven Herodes Agripa, dándole la tetrarquía de Filipo, la Batanea, la Traconita, y Abilena que tuvo el tetrarca Lisanias; pero le quita la Calcida, que conservaba hacia cuatro años.

Desde Atenas queria Pablo volver á Tesalónica, pero por dos veces se lo impidió el espíritu del mal. En su lugar envió allá á Timoteo y á Silvano, y á fines de año se fué á Corinto, en donde permaneció año y medio. Allí fué á verle Aquila, judío converso del Ponto; y vivieron juntos dados al mismo oficio, que consistia en hacer tiendas de campaña, y con esto subsistia Pablo, para no ser gravoso á nadie.

53. Timoteo y Silvano vuelven de Tesalónica, y dan cuenta al apóstol del floreciente estado en que han dejado aquella iglesia, no obstante las persecuciones. En efecto, los idólatras habian robado sus bienes á los fieles de Tesalónica, y hecho otros ultrajes que habian sufrido hasta gustosos. No tardó el apóstol en escribirles para felicitarles por la firmeza de su fé, repitiéndoles los preceptos que les dió de viva voz. A poco supo que les perturbaban falsos doctores, anunciándoles como muy cercano el fin del mundo. Con este motivo les escribió una segunda carta para tranquilizarlos, indicándoles los señales que ha de haber antes de llegar el gran acontecimiento. Se echa de ver en la carta que habian supuesto un escrito suyo para autorizar el error que está combatiendo.

Los judíos de Corinto sentian amargamente que fuese multiplicándose el número de fieles con la predicacion de Pablo, que confirmaba con milagros su doctrina. Movieron contra él un tumulto, y le llevaron en medio de una turba ante el procónsul Galion, hermano mayor del filósofo Séneca. Pero, como viese el magistrado que solo se trataba de cuestiones concernientes á su ley, despidió á los judíos, diciéndoles que no queria conocer en esas materias religiosas.

54. Plagada estaba á la sazon la Judea de impostores y bandidos. El gobernador Claudio-Félix, por intervencion del sumo sacerdote Jonatás, sorprendió á su jefe Eleazar y le envió preso á Roma. Pero, cansado Félix de las quejas de Jonatás acerca de los desórdenes que estaba tolerando, le hizo matar por Doras, el hombre en quien mas fiaba el pontífice. La impunidad del asesinato dió lugar á otros muchos. Jonatás era colega de Ananías, que tuvo por sucesor á Ismael, durante cuyo pontificado hubo un gran conflicto entre el órden de los pontífices y el de los sacerdotes, á propósito de la parte que á los primeros correspondia en los diezmos. Habia muchos que habian sido grandes sacerdotes, porque casi todos los años los mudaban; pero estos pretendian que habian de conservar los emolumentos de aquella dignidad mientras viviesen. Á tal punto llegó su osadía que enviaban á las eras hombres armados á tomar el diezmo á la fuerza (1), quedando así reducidos algunos sacerdotes y levitas á suicidarse de necesidad. Trataron otros de defenderse, validos de aventureros. Félix cogió prisioneros á algunos, y los envió á Roma, pero volvieron después de algunos años de prision, por no haber sido considerados por aquello como merecedores de la muerte. En aquel tiempo, salió en Jerusalen un egipcio, que se decia profeta. Indujo al pueblo á que subiese con él al monte de los Olivos, prometiéndoles que luego haria caer á la vista de todos las murallas de la ciudad, para que así pudiesen entrar y salir todos libremente. El gobernador hizo disipar la reunion, pero el egipcio se escapó y no volvió á parecer.

55. Pablo se cortó los cabellos para cumplir con un voto de nazareno, se embarcó en Cencrea, cerca de Corinto, para Éfeso, con Aquila y su mujer Priscila. Luego de su llegada, fué, segun su costumbre, á predicar el Evangelio en la sinagoga. Pocos dias después fué á Cesarea, y luego á Jerusalen á saludar la iglesia, saliendo otra vez para á Antioquía, y volviendo por tierra á Éfeso. Tres años estuvo en esta ciudad, enseñando todos los dias en la escuela de uno que se llamaba Tirano. Lo primero que preguntó á los fieles fué si habian recibido el Espíritu Santo desde que habian abrazado la fé. Contestáronle que ni siquiera habian oido decir que existiese un Espíritu Santo. De manera que solo habian recibido el bautismo de Juan y nó otro. Bautizólos entónces el apóstol en nombre de Jesucristo, y los confirmó con la imposicion de las manos. Bajó el Espíritu sobre ellos y comenzaron á hablar diversas lenguas, y á profetizar. Pablo seguia haciendo milagros, y se convertian muchos gentiles.

(1) Dice Ciceron que era un atentado el poner en cadenas á un ciudadano romano, un crímen el pegarle, y casi un parricidio el quitarle la vida, sin mediar todas las formalidades debidas.

(1) Segun la ley de Moisés, los levitas recibian del pueblo los diezmos, y luego los entregaban á los sacerdotes. Estos daban luego al gran sacrificador lo necesario para sostener su dignidad, y se repartian lo restante.

Siete hermanos judíos, hijos de Esceva, príncipe de los sacerdotes, es decir, uno de los jefes de las veinte y cuatro familias sacerdotales, iban por el mundo exorcisando. Al ver tantas maravillas, pronunciaron el nombre de Jesús para sanar á un endemoniado. Al momento se arrojó sobre ellos el poseido del espíritu maligno, rasgó sus vestidos, y apenas pudieron escapar desnudos. Este suceso causó mucha sensacion en la ciudad. En Éfeso muchos se daban á la mágia, hasta algunos fieles. Confesáronlo muchos á Pablo, que hizo quemar públicamente los libros en que se trataba de curiosidades tan vanas como peligrosas.

En Éfeso, por personas de la familia de Cloé, matrona cristiana de Corinto, supo Pablo que reinaba la discordia en aquella iglesia, fijándose unos especialmente en Pablo, otros en Pedro, y otros en alguna persona autorizada y amiga de los apóstoles, como si Jesucristo debiera dividirse. Á mas de esto, en los agapas, ó banquetes fraternales, los ricos tenian sus manjares especiales de que no daban parte á los pobres; de modo que unos se saciaban y otros quedaban hambrientos. Las doncellas iban sin velo á la congregacion. Los fieles en sus querellas acudian á jueces idólatras; muchos comian sin escrúpulo carnes sacrificadas á los ídolos; hasta en el don de las lenguas habia confusion. Y por fin, se toleraba entre los fieles á uno que tenia incestuosas relaciones con su suegra. Afligióse en extremo el apóstol al saber estas tristes particularidades, y escribió á los corintios una carta llena de luz y de energía para poner remedio á esos desórdenes.

Una tormenta se formaba, sin embargo, contra él en Éfeso. El culto de Jesucristo á medida que se extendia iba destruyendo el de Diana, patrona de esta ciudad, dejando desierto el magnífico templo que le estaba dedicado. Un platero llamado Demetrio, viendo disminuir el beneficio que obtenia fabricando figuritas de plata que representaban el dicho templo, reune sus operarios, y con ellos subleva contra Pablo toda la ciudad. El apóstol quiere ir á presentarse al teatro á donde el pueblo habia acudido en tumulto; pero los fieles se lo estorban, obligándole á ocultarse.

Apaciguado ya el tumulto, Pablo convoca á todos los fieles, se despide de ellos y recorre la Macedonia. Pasó en ella tres meses, durante los cuales, « Tertius, » su discípulo, escribia, dictada por él, su epístola á los romanos, que la recibieron de manos de Teba, diácono de Cencrea. Los judíos y los gentiles de la iglesia de Roma se disputaban la preferencia tocante á la vocacion. Para humillar á unos y á otros probándoles que todos eran igualmente indignos de la gracia de la fé, fué por lo que san Pablo escribió esta carta, en la que trata admirablemente el misterio de la predestinacion. Hallándose en Filipes, en la misma provincia, escribió á los corintios su segunda epístola, cuyo portador fué Tito, su discípulo. Tal es su resúmen: después de excusarse por la imposibilidad en que se halla de no poderlos ir á ver, levanta, en atencion á la saludable tristeza que su primera carta les habia causado, el látigo de la excomunion con que los habia herido: les da preceptos y consejos sobre diversos puntos, y amenaza á los penitentes con no cuidarse de ellos, sino se corrigen.

De la Macedonia pasó Pablo á Grecia, y de aquí á la Tróada en la pequeña Frigia, sobre el Helesponto, donde permaneció una semana. El sábado, dispuesto á partir el dia siguiente, reunió á los fieles en una sala alta, y les hizo un discurso que duró hasta media noche. Entre sus oyentes, un jóven, llamado Eutiquio, estaba sentado sobre la ventana, y habiéndose dormido, cae desde un tercer piso, y le hallan muerto. Baja san Pablo, vuélvele la vida abrazándole, sube otra vez, celebra la Eucaristía, prosigue su discurso, y se pone en camino al amanecer; su deseo era, á ser posible, llegar á Jerusalen por Pentecostes.

Llegado por tierra á una ciudad de la Misia, llamada Asson, juntóse en ella con sus compañeros Sosipatro, Aristarco, Segundo, Gayo, Timoteo, Ticico y Trofimo, que habian hecho el viaje por mar. Todos juntos se embarcaron en el puerto de Asson, y en cuatro dias llegaron á Mileto. Reuniendo Pablo á los sacerdotes de Éfeso, les hizo un discurso patético sobre sus deberes, y persuadido de que se acercaba la hora de su sacrificio, terminó diciéndoles que no volverian á verle. Á estas últimas palabras, el dolor de sus oyentes se manifestó entre lágrimas y sollozos.

Pablo se embarca de nuevo, y va á abordar en Tiro, en donde por espacio de siete dias que allí permaneció, le predijeron muchos discípulos las cadenas y las tribulaciones que le aguardaban en Jerusalen. En Cesarea, en donde se alojó en casa del diácono Felipe, el profeta Agabo hizo las mismas predicciones. Sus amigos entónces le conjuran llorando, que no vaya á una ciudad en donde la libertad le ha de ser quitada. Pablo se enternece con sus lágrimas; pero protesta que está pronto á sufrir la prision y la misma muerte en nombre del Señor Jesús. Entónces dejan de instarle, diciendo: « hágase la voluntad del Señor. » Llegado por fin á Jerusalen, y pasando á casa de Santiago, obispo de esta ciudad, todos los sacerdotes van á encontrarle en ella. Adviértenle que está acusado de enseñar á los judíos convertidos que deben abandonar enteramente la ley de Moisés; y para disipar este rumor, le aconsejan que se una á cuatro nazarenos que habian llegado para cumplir su voto, que se purifique con ellos y que contribuya á los gastos del sacrificio que deben ofrecer. Sigue este consejo; pero el dia séptimo de su purificacion, los judíos de África, habiéndole encontrado en el templo, se arrojan sobre él, le sacan fuera, llaman al pueblo en su auxilio, y quieren darle muerte. Afortunadamente, llegando con su cohorte el tribuno Lisias, le arranca de sus manos, y le conduce á la ciudadela. Al dia siguiente le hace llevar al Sanedrin, para saber la causa del tumulto de la víspera. En cuanto empieza á hablar, el gran sacerdote Anano manda á los que están cerca de él que le abofeteen. « Dios os herirá á vos, pared blanqueada, le dice Pablo con espíritu profético: ¡pues qué, estando sentado para juzgarme segun la ley, contra la ley mandais que me abofeteen! » Repróchanle que él mismo viola la ley maldiciendo al gran sacerdote de Dios. Excúsase diciendo que ignoraba que fuése el gran sacerdote. Prosiguiendo luego su apología, y apercebido de que la reunion se hallaba compuesta de fariseos y saduceos, pone en contestaciones á los unos con los otros, y se coloca al lado de los primeros, declarándose por la resurreccion de los muertos. En tanto que la disputa se anima, temiendo el tribuno que Pablo sea hecho pedazos, le hace retirar, y volver á su cárcel. El dia siguiente, instruido por el sobrino de Pablo, de que se ha formado una conspiracion contra él por cuarenta judíos, le hace partir de noche y con buena escolta á Cesarea, con una carta para el gobernador Félix. Este le hace encerrar en el pretorio de Herodes hasta la llegada de sus acusadores. No tardaron en acudir, llevando al frente al gran sacerdote Anano. Pablo, llamado á comparecer, refuta victoriosamente los alegatos de Tertulio, su orador. Permaneció, sin embargo prisionero todo el tiempo de la prefectura de Félix, cuya avaricia esperaba hacerle comprar á pre-



El evangelista San Lucas.

cio de dinero su libertad, y al partir, creyó conciliarse los buenos recuerdos de los judíos, dejando á Pablo entre cadenas. Sin embargo, no por esto le persiguieron menos en Roma á causa de sus malversaciones. Pero obtuvo gracia por el crédito de su hermano Palla s.

60. PORCIO FESTO, sucesor de Félix, llega á Jerusalen tres dias después de su entrada en la provincia. Los judíos le piden haga venir á Pablo para juzgarle, y negándose á ello, se trasladan á Cesarea. Pablo es confrontado con ellos, y viendo al gobernador dispuesto á enviarle á Jerusalen para juzgarle él mismo, apela de ello á César. Decidido ya que será conducido á Roma, le oyen antes de partir en una audiencia solemne tenida en presencia del rey Agripa y de su hermana Berenice, á quienes admira con su doctrina. Parte, y le embarcan con otros prisioneros en un navío de Adramite, ciudad de la Misia (y nó de Adrumet en África, como dice la Vulgata) bajo la custodia de un centurion llamado Julio.

En Limira, ciudad marítima de Licia (la Vulgata dice Listres en Licaonia, que está muy distante del mar) le trasladan con todo el equipage á una nave de Alejandría que hacia ruta para Italia. Lenta la navegacion por efecto de los vientos contrarios, ganan con dificultad el lugar llamado Puertos Bellos, cerca de la ciudad de Labea ó Talassa, al mediodía de la isla de Creta. Hallábanse entónces en el séptimo mes hebreo (thisri), que corresponde á los de setiembre y octubre. Pablo aconseja al centurion que los deje en libertad para pasar allí el invierno, preveyendo un grave mal, si continúa navegando en esta estacion. No siendo escuchado, lo que habia previsto se efectúa: una gran tempestad se levanta algun tiempo después, y se oscurece de tal modo el cielo, que durante catorce dias no divisan ni el sol ni las estrellas. Pablo consuela á la tripulacion consternada, asegurándoles que el Dios á quien sirve le ha concedido en una vision la vida de todos sus compañeros de viaje (eran en número de doscientos setenta y seis). En fin, habiéndose estrellado el buque contra una lengua de tierra, los unos se salvan á nado, y los otros sobre los restos de la embarcacion, y todos llegan á la isla de Malta en donde el gobernador « Publio » y los habitantes los reciben con la mayor humanidad. Su primer cuidado fué encender un gran fuego para que se calentasen y secasen. Una víbora salida de una haz de leña, que Pablo habia arrojado á la hoguera, se asió á su mano, y permaneció colgada en ella. Pablo sacudió el animal en el fuego, sin sentir ningun mal, lo que hizo que los bárbaros le mirasen como una divinidad.

61. Entretanto se renovaron las turbulencias en Judea. Un edicto de Neron, obtenido por « Burro, » su gobernador, á solicitud de los sirios de Cesarea, habia privado del derecho de ciudadanos romanos á los judíos establecidos en esta ciudad. De aquí tomaron estos ocasion para un levantamiento, que se propagó por toda la provincia. Pronto se vió inundada de bandidos, los mas terribles de los cuales eran los sicarios, llamados así por unos alfanges corvos al estilo persa, que llevaban sobre sus vestidos. Hábiles en desfigurarse, se mezclaban en las reuniones de mucho concurso, donde cometian asesinatos, de los que fingian en seguida sentir indignacion. Á este desastre se unió la discordia que se introdujo entre el rey Agripa y el órden sacerdotal. Este príncipe habia construido en el palacio de Herodes, en donde moraba durante su permanencia en Jerusalen, un edificio de tal altura, que desde su aposento se veia todo el interior del templo alrededor del santuario. Los sacerdotes se ofendieron de esta empresa como de un atentado sacrílego, permitiendo la ley tan solo á ellos, ver lo que pasaba en el interior del templo, sobre todo cuando se celebraban los sacrificios. Para contrarestar al monarca, levantaron, frente su palacio, una pared que quitaba la vista, nó solo á aquel edificio, sino á la galería en donde hacian guardia los romanos en las grandes festividades. Agripa y Festo se reunieron para hacer derribar la pared; pero los judíos los contuvieron por medio de una diputacion que enviaron al emperador, al frente de la cual iba el gran sacerdote Ismael. Neron, ganado por su querida Popea, falló en favor de los judíos, y ordenó que la pared subsistiese. Agripa se venga de Ismael deponiéndole. Josefo (de Bello Jud. lib. VIII, cap. 9), dice que este pontífice, andando el tiempo, fué degollado en Cirena, sin decir por órden de quién ni con qué pretexto se ejecutó.

61. Pablo y sus compañeros abandonan la isla de Malta, después de una permanencia de tres meses, durante la cual el apóstol sanó muchos enfermos. Habiéndose reembarcado, abordaron en Siracusa, en donde se detuvieron tres dias. Pasaron en seguida á Rege, y en dos dias llegaron á Puzole, en donde san Pablo permaneció siete dias, transcurridos los cuales se trasladó á Roma por el camino de Apio y por las Tres-Tabernas (1).

Habiendo el centurion Julio enviado los prisioneros al prefecto del pretorio, « Afranio Burro, » fuéle permitido á Pablo permanecer en su propia casa, bajo la custodia de un soldado, que no le abandonó un punto: estaba además encadenado con él por el cuerpo y la mano derecha, de modo que solo podian andar juntos.

Tres dias después de su llegada, hizo Pablo suplicar á los principales judíos, que fuésen á verle, para protestarles de su inocencia, exponiéndoles la causa de su apelacion. Habiéndole escuchado, le aseguraron que nada habian sabido, ni de palabra ni por escrito, que fuese en desventaja suya. Pero manifestaron curiosidad de conocer de él mismo el fondo de sus sentimientos, y habiendo señalado dia para ello, acudieron en mucho mayor número. Pablo en un discurso, que duró desde la mañana á la noche, les explicó la doctrina del Evangelio, y convenció á muchos. Persistiendo otros en su endurecimiento, el apóstol, para excitar sus celos, les declara que va á volverse del lado de los gentiles, que recibirán, dice, la palabra de salud que vosotros despreciais. Después de esto se retiran, disputando entre ellos vivamente.

San Pablo permaneció dos años en Roma. Este tiempo le empleó en predicar el Evangelio á cuantos se le aproximaban, sin que nadie se le opusiese. Los judíos, apesar del odio que le profesaban, tenian muy poco crédito en esta ciudad, para impedir su predicacion. Tenia por cooperador á san Lúcas, que no le habia abandonado en su viaje, á Timoteo, Aristarco, y algunos otros de sus discípulos.

Los Filipenses, sabiendo que estaba cautivo en Roma, se apresuraron á enviarle á su obispo Epafrodito, con ricos presentes para atender á sus necesidades. Una grave enfermedad retuvo en Roma á este enviado mucho mas tiempo del que creia. En cuanto empezó á restablecerse, san Pablo le envió prontamente á su iglesia, para poner fin á las inquietudes que su estado habia causado á sus ovejas. Lo que acredita en la carta

(1) Hoy Cesarillo, lugar pequeño en la campiña de Roma, sobre la via Apia, entre el 43 y 44 miliares de Roma; vense aun allí los vestigios de una ciudad destruida; sobre lo que es del caso consultar el « Vetus Latium » del cardenal Marcelino Conradino (Tom. II. lib. II. pág. 2.).

que le encargó para su iglesia, carta en la que, después de haberles asegurado de la ternura de su afecto, y de darles las gracias por la parte que habian tomado en su cautiverio, les exhorta á la concordia, y los pone en guardia contra los falsos apóstoles, que los predicaban la observancia de la ley como necesaria á la salud. Al principio de esta epístola añade á su nombre el de Timoteo, y promete que este pasará á verlos luego que los asuntos se lo permitan.

62. Por este mismo tiempo, Onésimo, esclavo de Filemon, ciudadano distinguido de la ciudad de Colosa en Frigia, y discípulo de san Pablo, habiéndose fugado después de robar á su dueño, vino á Roma, fué á encontrar al apóstol, quien habiéndole hecho entrar en sí mismo, le instruyó, le bautizó y le envió en seguida á Filemon con una carta muy patética y muy ingeniosa, para inducirle á admitir en su gracia á aquel servidor que el bautismo habia hecho su hermano. Ticico acompañó á Onésimo á su regreso. Con esta ocasion escribió á los colosienses, cuyo obispo Epafras, que los habia convertido, habia venido á encontrarle á Roma, para darle cuenta del estado de esta naciente iglesia. De la relacion que le hizo Epafras, era de temer que los colosienses se dejasen corromper por los discursos capciosos de ciertos seductores de la clase de los que se habian deslizado entre los filipenses. Todas sus insinuaciones tendian á inspirarles el judaismo y les obligaban á la distincion de viandas y de dias, separándolos de la fé de Jesucristo para inclinarlos á un culto supersticioso respecto á los ángeles. Estas ilusiones son las que el apóstol pretende disipar en esta epístola, en la que desenvuelve de una manera admirable toda la belleza de la religion cristiana. Timoteo le servia de secretario al escribirla, y solo hay de su mano, como él mismo lo acredita, la salutacion que se encuentra al fin.

Ticico, por su parte, fué encargado de una epístola para la iglesia de Éfeso. La sublimidad de los asuntos de que trata, en los primeros capítulos (1), la hacen obscura; á pesar de ser tan rica la lengua griega, no podia, dice san Agustin, proporcionar á su corazon ni á la extension de sus pensamientos expresiones bastante enérgicas ni bastante duras. El resto está mas al alcance de todas las inteligencias: gira sobre los deberes propios de cada estado.

63. En fin, después de dos años de una cautividad que le hizo célebre en todos los tribunales de Roma, que animó á muchos de sus discípulos á predicar mas altamente la fé, y que le hizo prosélitos hasta en la misma córte de Neron, san Pablo fué puesto en libertad, sin que se sepa, dice Tillemont, de qué modo acaeció. Entónces emprendió nuevos viajes para ofrecer nuevas conquistas á Jesucristo. Pero antes de abandonar la Italia, escribió una carta á los hebreos, que Timoteo, partiendo para Palestina, se encargó de remitírles. Era tal la prevencion de los judíos, aun de los mismos convertidos, para con san Pablo, que cuanto les venia de él, les parecia sospechoso. Esta es la razon porque no puso su nombre en esta epístola; lo que ha inducido á muchos antiguos á dudar que fuese suya. Pero san Gerónimo asegura que, en su tiempo, las iglesias de oriente acordaron mirarla como á otra de sus obras. En el dia no hay dudas sobre esto. Fué escrita en hebreo vulgar ó siríaco; tal es lo que se cree, como se vé en nuestras biblias políglotas. El objeto del apóstol es demostrar que la verdadera justicia no viene de la ley, sino de la fé que nos ha sido dada por Jesucristo, y por su espíritu, y para establecer esta verdad sienta: 1.° La grandeza de Jesucristo, hijo de Dios, que le ha hecho sentar á su diestra superior á Moisés, que no es mas que su servidor, superior á los ángeles que no son mas que los ejecutores de sus órdenes. 2.° La excelencia de sacerdocio de Jesucristo, de que el de Aaron no era mas que una figura, y la de su sacrificio por el cual todos los de la ley han sido abolidos como inútiles y de ningun efecto. Al fin de esta epístola promete san Pablo á los hebreos ir á visitarlos, con tal que Timoteo no tarde en volver.

64. El regreso del mensajero fué pronto, y el apóstol cumplió su palabra. Pero en su camino hizo muchas estaciones, bastante largas, ya para fundar nuevas iglesias, ya para confirmar en la fé á las establecidas. Permaneció poco tiempo en Judea, y habiéndose embarcado para el occidente, arribó á Éfeso (1) en donde dejó á Timoteo que le habia acompañado, encargándole el cuidado del Asia. Créese que fué en seguida á Coloses, como se lo habia prometido á Filemon. Lo mas cierto es que pasó de Asia á Macedonia, en donde, sin duda, no faltó á la promesa que de visitarles habia hecho á los filipenses. Tillemont piensa que fué desde Macedonia de donde escribió á Timoteo su primera carta, cuyo principal objeto es el de trazarle los deberes de un obispo. La que escribió hácia la misma época á Tito, que habia nombrado obispo de Creta ó de Candía, en su viaje, versa sobre el mismo asunto. El apóstol le manda que vaya á encontrarle á Nicópolis á donde está próximo á llegar, y en donde habia pensado pasar el invierno.

65. Llegada la primavera, volvióse san Pablo para el Asia, como lo habia hecho esperar á Timoteo. Pasando á Tróada, se alojó en casa de su discípulo Carpe, en donde dejó uno de estos vestidos de campo, que los antiguos llamaban «pénula» (era una especie de capa para la lluvia) con libros (sus epístolas, segun san Crisóstomo), y membranas (2) que podian ser

(1) En los escritos de los antiguos, no habia originariamente ninguna division, ni capítulos, ni párrafos, ni artículos, ni mucho menos separaciones de palabras, excepto un punto ó cualquiera otra señal, que ponian entre los diversos miembros de un mismo período. San Gerónimo fué el que indujo la Esticometría, para distinguir los versículos en los manuscritos de la sagrada Escritura, ó facilitar su inteligencia á los simples fieles. Pero, para la distincion de cada palabra, no quedó bien establecida hasta el siglo IX.

(1) Sin embargo, el apóstol lo habia anunciado así, siete años antes á los Efesios, al decirles que no volverian á verle. Así lo creia entónces, porque sabia que en Jerusalen á donde iba le aguardaban cadenas.

(2) Escribíase antiguamente sobre cuatro materias diferentes: 1.° sobre tablitas de cera barnizada, con un estilo puntiagudo de un cabo para grabar las letras, y aplanado del otro para borrar las letras, cuando se juzgaba á propósito: 2.° sobre papel de Egipto, llamado en latin «papirus,» especie de caña que crece en el Nilo, de las que se sacaban los diversos películos, para componer, colocándolos dos á dos uno contra otro en sentido contrario diferentes hojas, anchas algunas veces de dos piés: 3.° de las cortezas de árboles, principalmente de haya y de tilo silvestre, pero no las cortezas exteriores, sino las interiores, preparadas con corta diferencia como las del papel de Egipto: 4.° sobre pieles de animales preparadas, á las que llaman pergamino, «pergamenum,» cuya invencion se atribuye á Eumenes, rey de Pérgamo. En estas tres últimas clases se escribió, como hacen aun en el dia los orientales, con una caña cortada, y con una tinta semejante á la nuestra.

El papel de trapo viejo de que nos servimos, no tiene mas antigüedad que el siglo XIII. Los chinos, sin embargo, se hallan en posesion desde mas remoto tiempo de su papel de seda en el cual escriben con un pincel, y cuya extraordinaria finura no permite que se escriba por las dos caras. Los griegos tienen tambien, á lo menos desde el siglo IX, su papel de algodon, que ha servido de modelo para el nuestro actual.

los volúmenes de la sagrada Escritura (II Timot. I, 4). Timoteo le volvió á ver en Éfeso, con una alegría que atestiguaron las lágrimas que derramó cuando partia (Ibid. IV, 20). Después de haberla abandonado, pasó el apóstol á Mileto, en donde dejó enfermo á Trofimo (Ibid. II, 2). Dios le habia revelado, segun san Atanasio y otros padres, que debia sufrir el martirio en Roma. Impaciente por obtener el efecto de esta prediccion, volvió á Roma, tan luego como hubo terminado los asuntos que le habian llamado al Asia. Á su llegada se encontró con san Pedro, con el que compartió, pero sin perjuicio de la primacía del primero, el gobierno de la iglesia romana. Igual fué el celo en ambos para la conversion de los judíos y de los gentiles. Pedro se inclinaba mas á los primeros porque eran el objeto principal de su ministerio. Pablo hacia mas progresos entre los gentiles cuyo apostolado le habia sido conferido. La persecucion en tanto se hallaba abierta en Roma contra los cristianos, después que Neron les hubo imputado calumniosamente el incendio de esta capital del universo. Los dos jefes del Cristianismo no faltaron en serle entregados. San Pablo fué arrestado y puesto en prision. Llamado en seguida para comparecer ante el príncipe, vióse abandonado de todo el mundo en esta importante ocasion; pero le asistió el Señor que le comunicó fuerzas y valor para que cumpliese lo que le faltaba llenar de su ministerio. Esto es lo que encarga en su segunda epístola á Timoteo (IV, 16). Vése en ella, que habiendo escapado por esta vez de la muerte, permaneció cargado de cadenas. Pero la palabra del Señor salió libre de su boca, y terminó en su cárcel la conversion de una concubina de Neron, la mas querida, y la de su copero, que habia empezado cuando se hallaba en libertad. Furioso el tirano de verse arrebatar de este modo á dos cómplices de sus desórdenes, y sabiendo que Pedro era colega de Pablo, condenó á muerte á los dos apóstoles. Fueron ejecutados el mismo dia 29 de junio, pero nó con el mismo suplicio. Á Pablo, como á ciudadano romano, le cortaron la cabeza en el lugar llamado las «Aguas salvianas». Una dama romana, llamada Lucía, le hizo inhumar en un terreno suyo sobre el camino de Ostia. El suplicio de Pedro fué el de la cruz, que sufrió en la cumbre del monte Janículo; pero con la cabeza hácia abajo, como lo habia solicitado. Volvamos á la historia de los judíos.

La Judea se hallaba entónces en la mayor agitacion. Muerto «Festo», gobernador ó prefecto de esta provincia, el año 61 de Jesucristo (7.° de Neron), tuvo por sucesor á Albino. Pero en tanto que se hallaba en camino para su gobierno, el gran sacerdote «Anano» fariseo de los mas feroces, segun Josefo (y no saduceo, como dice un moderno), habiendo reunido el Sanedrin, hizo condenar á muerte al apóstol Santiago, obispo de Jerusalen, con algunos otros cristianos. Albino, desde Alejandría, en donde supo este proceder irregular, escribió una carta amenazadora al pontífice. El rey Agripa, temiendo las consecuencias de este asunto, se apresuró á deponer á «Anano», antes de la llegada de Albino, y á poner en su lugar á Jesús, hijo de Damneo.

62. Dedicó sus primeros cuidados el nuevo prefecto, á destruir á los bandidos, cuyo número y atrevimiento crecian de dia en dia. Pero no pudo lograrlo. Su avaricia tuvo en ello mucha parte, porque por dinero puso en libertad á gran número de los que cayeron en sus manos. El gran sacerdote Jesús, hijo de Damneo, depuesto por Agripa, algunos meses después de su exaltacion, tomó á sueldo una partida de ellos para hacer la guerra á Jesús, hijo de Gamaliel, que le habia substituido. «Parece, dice Tillemont, que Anano tuvo tambien su faccion aparte, y la mas poderosa de todas porque era el mas rico.» Agripa por este tiempo estableció una novedad que disgustó á la mayoría de la nacion. Hasta entónces los levitas, segun la ley de Moisés, no tenian traje que los diferenciase de los laicos. Este príncipe, en su calidad de superintendente del templo, les concedió el vestido de lino y otros privilegios propios de los sacerdotes. La contienda entre estos y los pontífices continuaba aun, con motivo de los diezmos de que tomaban la mayor parte los mas fuertes. En fin, terminándose el templo á mediados de este año, diez y ocho mil obreros se encontraron sin ocupacion. Agripa propuso emplearlos en empedrar las calles con piedras blancas. Pero si la empresa tuvo principio, se abandonó muy pronto, y el número de bandidos se acrecentó con esta multitud de trabajadores reducidos á la ociosidad.

En este mismo año 62, cuatro años, dice Josefo, antes de la guerra (de que vamos á hablar), siete antes del sitio de Jerusalen, un paisano llamado Jesús, hijo de Anano, habiendo ido á Jerusalen á la fiesta de los tabernáculos, empezó de pronto á gritar: «Desgracia al templo, desgracia al templo, voz del lado de oriente, voz del lado de los cuatro vientos; voz contra Jerusalen y contra el templo; voz contra todo el pueblo.» Corrió dia y noche por las calles de la ciudad que llenó de tristeza con estos gritos funestos. Continuó así hasta el tiempo del sitio, sin ofenderse de los malos tratos que le daban para imponerle silencio, ni dar las gracias á los que le proporcionaban alimento. Josefo dice que el prefecto Albino habiéndole hecho arrestar le desolló á latigazos, sin que profiriese otras palabras que las referidas, y que en seguida le soltó como á loco. En fin, viendo la ciudad sitiada, dando vueltas alrededor de ella, se puso á gritar con voz mas alta: «Desgracia, desgracia sobre la ciudad; desgracia sobre el templo; desgracia sobre el pueblo; desgracia tambien sobre mí» y, en este momento, una piedra lanzada por una máquina le tendió muerto.

Hacia ya tres años que daba estas exclamaciones, cuando se vieron, el año 65, diversos prodigios que parecian á propósito para confirmarlas. En la fiesta de pascua, que este año correspondia al 8 de abril, el templo, sobre tres horas después de media noche, se encontró durante media hora alumbrado como en mitad del dia, lo que los mas juiciosos tomaron por una señal del fuego que le consumió pocos años después. En la misma festividad, una puerta de bronce, que cerraba el templo interior, y tan pesada que veinte hombres bastaban apenas para cerrarla, se encontró abierta por sí misma á media noche; con esto anunciaba que Dios abriria este templo á los enemigos. El 21 del mes siguiente, al ponerse el sol, se vieron en el aire, por todo el país, carros de guerra y batallones de hombres, atravesar las nubes y distribuirse alrededor de las ciudades, como para sitiarlas. Este prodigio, lo mismo que los precedentes, referido por Josefo, («de Bello Jud.» lib. VI, c. 31), no ha sido olvidado por Tácito («Hist.» lib. V, c. 13). En la siguiente festividad de Pentecostes, los sacerdotes, habiendo entrado de noche en el templo, oyeron primero ruido como de personas que se movian, y luego una voz que decia: «Salgamos de aquí» (Josefo «Ibid.»).

64. Después de haber gobernado la Judea cerca de dos años fué Albino reemplazado por Gesio Floro,

cuyos crímenes hicieron olvidar los de sus predecesores. Se condujo, dice Josefo, nó como magistrado encargado del gobierno de un pueblo, sino como un verdugo comisionado para ejecutar á los criminales (y esto entraba precisamente en el órden de la divina justicia). Los ladrones no tuvieron el trabajo de acomodarse con él; obtuvieron el permiso de robarlo todo, dándole parte del botin; lo que obligó á gran número de personas á abandonar el país para establecerse fuera, y convirtió en desiertos muchos puntos de la Judea.

66. Tantos males, sufridos en el transcurso de dos años, cansaron por fin la paciencia de los judíos. Habiendo llegado á Jerusalen, por la fiesta de los Ázimos, el gobernador de la Siria Cæstio Gallo, aprovecharon los judíos esta ocasion para elevarle sus quejas contra su prefecto. Gallo prometió que Floro cambiaria de conducta. Pero este no tuvo en cuenta su promesa; y en un viaje á Cesarea, en el que acompañó á Gallo, logró engañarle con sus mentiras. Libre entónces de temor, no pensó en otra cosa que en atormentar mas y mas á los judíos, para obligarles á sublevarse. Era el medio que le parecia mas seguro para ponerse á cubierto de sus acusaciones; este medio al fin dió su resultado.

Después de haber puesto presos, por una injusticia que les hizo, á los judíos que se hallaban establecidos en Cesarea con los sirios de la misma ciudad, envió á tomar de Jerusalen diez y siete talentos (1) de plata en el templo. Esta especie de sacrilegio causó un tumulto en el pueblo, que le llenó de maldiciones. Los mas prudentes, sin embargo, encerraron en el silencio su descontento, y lograron, con sus demostraciones, impedir una sedicion. Poco tiempo después, los jerosolimitanos, sabiendo que Floro viene á su ciudad, se le presentan para rendirle homenaje. Pero cincuenta ginetes que le preceden les obligan á retirarse. El siguiente dia de su llegada, intima á los principales habitantes para que le presenten á los que le habian ultrajado. Suplícanle que olvide este desacato de un populacho imprudente. Lejos de atender esta súplica manda á sus soldados que vayan inmediatamente á apoderarse del alto mercado y que maten á cuantos en él encuentren. Tres mil seiscientas personas de todos sexos y edades fueron asesinadas en esta jornada, que fué el 16 de mayo del segundo año del gobierno de Floro, el 12 del imperio de Neron, y 17 del reinado de Agripa; que se reduce al año 66 de nuestra era vulgar.

Floro, uno ó dos dias después, habiendo excitado un nuevo tumulto, quiere aprovecharse de él para robar toda la plata que se encontraba en el interior del templo. Pero los judíos, subidos sobre los tejados de las casas, le detienen á flechazos, y rompen la galería que juntaba el templo con la torre Antonia, lo que obligó á Floro á renunciar á su intento.

Parte, dejando el temor de que reuna nuevas fuerzas. El rey Agripa, que por entónces se encontraba en Jerusalen, trabaja en dar alguna satisfaccion al prefecto. Habiendo arengado al pueblo, le induce á reedificar la galería que habia destruido, y á proporcionar prontamente lo que se debia á los romanos. Pero le subleva en otra reunion, exhortándole á permanecer sumiso á Floro hasta que el emperador le haya dado un sustituto. Le arrojan piedras y le obligan á ocultarse. Su partida fué la señal de una revuelta de los judíos contra los romanos. Los bandidos, á quienes su presencia habia intimidado, habiéndose introducido en el castillo de Masada, cerca del lago Asfáltides, se establecieron en él, después de haber degollado á la guarnicion romana. Hácia el mismo tiempo, en Jerusalen, Eleazar, hijo del gran sacerdote Anano, jóven atrevido, y entónces capitan del templo, persuadió á los sacrificadores á que no recibiesen víctimas mas que de los judíos, y á no ofrecerlas ya por el emperador ni por los romanos, como acostumbraban hacerlo. Los principales de la ciudad, viendo las consecuencias de este atentado, avisaron de ello, por medio de sus diputados, al prefecto que se encontraba en Cesarea, y al rey Agripa, suplicándoles á uno y otro que enviasen tropas para contener la revolucion en sus principios. Floro, en quien el desórden aseguraba la impunidad, no hizo ningun caso del aviso. Agripa hizo partir para Jerusalen tres mil caballos, que, favorecidos por los ciudadanos mas distinguidos y mas sabios, se hicieron dueños de la ciudad alta, en tanto que Eleazar y su faccion tenian la parte baja. Tuvo entónces lugar un combate entre los dos partidos, que duró siete dias, y en el que tuvieron casi la misma pérdida ambas partes. Pero los sediciosos, reforzados por los sicarios ó asesinos, forzaron la ciudad alta, el 14 de agosto, quemaron la casa del pontífice Anano, con el palacio de Agripa y de Berenice, y extendieron el incendio sobre el tesoro de los archivos. Su objeto era destruir por este medio todas las actas que contenian las obligaciones de los particulares, para atraer así á su partido á los trabajadores. Tres dias después, se apoderaron de la fortaleza Antonia, que redujeron á cenizas; el 6 de setiembre siguiente, habiendo invadido el alto palacio, dieron muerte al pontífice Anano, y verificaron de este modo la prediccion que san Pablo le habia hecho en el Sanedrin. La guarnicion romana se habia retirado del palacio á tres torres vecinas. Eleazar, el capitan del templo, les hizo intimar la rendicion. Solo pidieron que se les salvase la vida, lo que les prometió; pero faltó á su palabra.

En el mismo dia y hora, perecieron veinte mil judíos en Cesarea, en un motin de los gentiles contra ellos, excitados, ó á lo menos favorecidos por Floro, que envió á las galeras á los que escaparon de la carnicería. La nacion judía se vengó en muchas ciudades y villas de la siria, cercanas á la Judea. Estos hicieron lo mismo con los judíos en los lugares en que eran mas fuertes, cometiendo en ellos una horrible matanza. De este modo cada ciudad estaba dividida como en dos ejércitos, y toda la Siria en una horrorosa confusion. La ciudad de Alejandría manifestó al mismo tiempo su rabia contra los judíos, atacando su cuartel, llamado Delta, el que inundó con su sangre.

Gestio Gallo, viendo sublevada toda la Judea, creyó no deber permanecer mas en reposo. Parte de Antioquía con la duodécima legion, con la cual reunieron sus fuerzas Antíoco y Agripa; quema en la fiesta de los tabernáculos la ciudad de Lidda; y habiéndose aproximado á Jerusalen, á la distancia de sesenta estadios, viene á las manos cerca de Beteron con los judíos que en gran número habian salido á su encuentro. La victoria quedó indecisa. Pero Gallo, recibidas nuevas fuerzas, rechazó á los judíos dentro de sus murallas, y se adelantó hasta el lugar llamado Escopas, distante siete estadios de la ciudad. Después de haber aguardado inútilmente por espacio de tres dias á que fuésen á someterse, el cuarto, que era el 30 de de octubre, hizo una irrupcion en la ciudad cuya parte baja ocu-

(1) El talento hebreo se componia de tres mil ciclos, cada uno de los cuales valia unos siete rs. con corta diferencia, lo que haria la suma de 17,100 rs.

pó; y obligó á los rebeldes á refugiarse en el último circuito cerca del templo.

Si el general romano hubiese querido aprovecharse de esta ventaja, fácil le hubiera sido, segun Josefo, forzar á los rebeldes en sus últimos atrincheramientos y poner con ello término á la guerra. Pero sus oficiales, corrompidos por el oro de Floro, que queria prolongar la guerra, le contuvieron: próximo ya á apoderarse del templo, después de seis dias de asalto, le aconsejaron que no pasase adelante. Pone término pues á los ataques sin haber sufrido ningun contratiempo, sale de la ciudad, y vuelve á Escopas. Animados por esta retirada los judíos, persiguen al ejército romano y le toman el bagaje, y sobre todo las máquinas de guerra, despues de matarle cerca de cinco mil hombres en los desfiladeros. Esta accion tuvo lugar el 8 de noviembre.

Después de esta victoria, ocupados en los medios de sostener la guerra, eligieron los judíos los mas valientes entre ellos para mandar en las plazas y en los diversos cantones de la Judea. José, hijo de Gorion, y el gran sacerdote Anano, tuvieron el mando en Jerusalen; Josefo, el célebre historiador de esta guerra, hombre de talento, del órden de los sacerdotes, obtuvo el gobierno de las dos Galileas; y Eleazar, jefe de los que se llamaban celadores, tuvo el de la Iturea. Muerto Cestio Gallo, poco tiempo después (Tac. Hist. l. v, c. 10), y habiendo sido muerto Floro (Josefo de vita sua), Neron envia desde Acaya, en donde se encontraba, á Vespasiano, para reemplazar al primero. Tito, hijo de Vespasiano, parte al mismo tiempo por órden de su padre, para conducirle desde Alejandría de Siria la quinta y décima legiones. En tanto que se hallan en marcha, reune Vespasiano con toda diligencia al rededor de esta ciudad las tropas de su gobierno y las de los reinos vecinos sometidos á los romanos.

67. Llega Tito durante el invierno con sus legiones á Tolemaida, á donde habia ido su padre á aguardarle. Encontrándose entónces Vespasiano al frente de sesenta mil hombres, sitia el 4 de mayo á Jotapa, en donde mandaba el historiador Josefo, toma la plaza por asalto al cabo de cuarenta dias, la entrega á las llamas, y conserva la vida al comandante á quien sin embargo retiene prisionero. Tiberiada, que sitia en seguida, le abre las puertas á pesar de los sediciosos, y obtiene gracia del incendio á ruegos del rey Agripa. Taricea, que sostiene un sitio, es reducida á cenizas. Gamala experimenta la misma suerte, después de un mes de resistencia. Juan de Giscala, defendia entretanto la ciudad cuyo nombre habia adoptado, contra Tito, que le hizo prometer la vida si se rindia. Finge aceptar la oferta, y se salva con los suyos durante la noche en Jerusalen. No habia ya cristianos en esta ciudad. Viendo aproximarse su ruina, que habia predicho el Salvador, se habian retirado de ella; y los mas avisados entre los principales ciudadanos los habian imitado. Pero no habia mucha mas seguridad para ellos en el resto de la Judea, á lo menos mas acá del Jordan. Todo estaba lleno de bandidos, que robaban y mataban á los que hablaban de rendirse á los romanos, ó á los que ellos acusaban de este pretendido crímen. El depósito de sus rapiñas era Jerusalen, de la que la discordia habia hecho un teatro de horrores. Los celadores, perseguidos por el pueblo, que habian irritado con sus violencias, se refugian en el templo como en una plaza de armas. Pronto se ven sitiados por Anano, hermano del pontífice de este nombre. Preparábanse á darle el asalto; pero habiéndoles hecho avisar Juan de Giscala, hacen venir apresuradamente veinte mil idumeos, y los introducen, en una salida nocturna, primero en la ciudad y luego en el templo. Murieron en esta ocasion ocho mil hombres del pueblo. La carnicería continuó los dias siguientes; á doce mil ascendieron los ciudadanos distinguidos, en cuyo número se contaba el capitan Ananías, que quedaron envueltos en este desastre. Reconociendo entónces los idumeos que los celadores los han engañado, se retiran, después de poner en libertad á dos mil hombres, que aquellos furiosos retenian entre hierros: pero su retirada no aminoró la rabia de los últimos. Aunque divididos entre sí los celadores se unieron para robar y asesinar al pueblo. Vespasiano dejaba que los judíos se destruyesen mútuamente, esperando que la fuerza de sus males los induciria á someterse de voluntad propia á los romanos; ó que los haria mas fáciles de sojuzgar. Sin embargo, excitado por los gritos de muchos ciudadanos, determinóse por último á sitiar á Jerusalen. Pero, para no dejar á las espaldas nada que pudiera causarle inquietud, condujo sus armas á la Petrea, que sometió por entero, menos el castillo de Macheron, después de lo cual dejó su ejército en cuarteles de invierno, y fuese á tomar el suyo en Cesarea.

68. En la siguiente primavera quiso aun asegurarse de la Idumea, y habiéndola reducido por la fuerza, encaminóse por el mes de junio á Jericó, que encontró enteramente abandonada; en fin se aproximó á Jerusalen, en torno de la cual hizo levantar torres. Supo entónces en Judea que Neron acababa de ser asesinado, y Galba puesto en su lugar. Al oir esta novedad, Vespasiano hizo suspender el sitio, é hizo partir á Tito, para que en su nombre fuése á saludar al nuevo emperador, y tomase sus órdenes sobre los asuntos de la Judea; que se enredaban mas y mas. Los habitantes de Jerusalen, no pudiendo resistir á las violencias de Eleazar y de los celadores encerrados en el templo, hicieron venir á Simon, hijo de Gioras, que devastaba la campiña al frente de un cuerpo de galileos, y le introdujeron con sus gentes en la ciudad. Hubo entónces tres facciones en Jerusalen; la de Eleazar, en el templo; la de Juan Giscala, cuyos partidarios llevaban tambien el nombre de celadores; y la de Simon, igualmente enemigo de uno y otro. La division reinaba tambien entre los que ocupaban el templo, que vinieron muchas veces á las manos hasta en el mismo santuario, que mancharon con su sangre y cubrieron con sus cadáveres.

69. Tito llevó de Acaya (que no habia ido mas lejos), la noticia de la muerte de Galba, y, casi al mismo tiempo, el ejército de Egipto proclamó emperador á Vespasiano el 1 ° de julio en Alejandría. Obligado á pasar á Roma, dejó el cuidado de la guerra de Judea á Tito, con prohibicion de hacer ninguna gracia á los judíos. Pero antes de partir puso en libertad al historiador Josefo por haberle pronosticado que ascenderia al imperio. (70) Tito empleó el resto del año en hacer sus preparativos para proseguir el sitio de Jerusalen. Habiéndose puesto en campaña, luego que la estacion lo permitió, fué á acampar con una parte de sus tropas hácia Gabath-Saül, este es, segun interpretacion de Josefo, « el valle de las Espinas, » á treinta estadios ó cerca de una legua y media distante de Jerusalen. De allí, habiéndose adelantado con solo seiscientos caballos para reconocer la plaza, se vió envuelto por una tropa de los enemigos. Debió haber quedado preso; y solo escapó de sus manos casi milagrosamente.

La fiesta de pascua, que correspondia este año el 14 de abril, se aproximaba, y con este motivo, una infinidad de judíos, se dirigian de todas partes á Jerusalen. Entónces fué cuando Tito, por órden, nó del

destino, sino de la divina sabiduría, hizo embestir la ciudad para coger toda la nacion como en una red. Creyó Eleazar que no podia excusarse de abrir las puertas del templo á esa multitud. Pero los partidarios de Giscala, mezclados con la turba, descubrieron en cuanto se hallaron dentro las armas que llevaban escondidas bajo los vestidos, y se hicieron dueños del interior del templo. Vivieron en él de las oblaciones y otras cosas consagradas á Dios, como los demás, y con muy poca circunspeccion y arreglo, sin tener cuidado de purificarse, y embriagándose. Pronto tuvieron consumidas las provisiones del templo, porque ellos eran en número de ocho mil cuatrocientos, y entónces empezaron á saquear la ciudad para poder subsistir.

Entretanto Tito la estrechaba de tal modo, que, abierta una brecha con sus arietes, entró en ella el 28 del mes xantique, ó de abril, y se encontró dueño de toda la parte septentrional, hasta el torrente Cedron. Pero por este lado, Jerusalen tenia triples murallas. Tito, antes de pasar adelante, envió al historiador Josefo á hacer proposiciones de paz á los judíos. Desechadas estas, cuatro dias después, los romanos, forzada la segunda cerca, penetraron en la ciudad nueva, hasta la fortaleza « Antonia. » Pero casi al mismo tiempo les obligaron los judíos á repasar la muralla, que acababan de tomar. Fueron menester cuatro dias de trabajos y esfuerzos inmensos para recobrar el terreno perdido. Nueva diputacion de Josefo á los sitiados para inducirlos á rendirse. En vano agotó su no mediana elocuencia, empleando ya las amenazas, ya las súplicas y las promesas: nada pudo recabar de ellos. Esta obstinacion no era á la verdad mas que efecto de la criminalidad de los jefes de la sedicion, á quienes la enormidad de sus delitos no les permitia esperar perdon. El pueblo, que veia crecer de dia en dia la miseria, detestaba á esos facinerosos y no se atrevia á resistirles. Muchos, sin embargo, habiéndose sustraido á su tiranía, fuéron con sus familias, á ponerse á discrecion del general romano, que les dió libertad para ir á donde quisiesen. Pero Simon y Juan de Giscala, apercebidos de ello, dieron órden de que no dejasen salir á nadie por las puertas. Solo los pobres se atrevieron á salir fuera, para buscar al rededor de la ciudad y en los fosos, yerbas con que sustentarse, dejando dentro en rehenes de su vuelta á sus mujeres é hijos. Los romanos sorprendieron un gran número de estos infelices, á quienes Tito hizo crucificar á vista de los sitiados, para intimidarlos. Los mas acomodados de la ciudad se encontraron reducidos á la condicion de pobres, faltos igualmente de sustento. Disputábanse y se arrancaban unos á otros, sin distincion de parientes y amigos, los mas viles alimentos. Los sediciosos, no menos hambrientos que los demás, se echaban sobre las casas, tomaban á la fuerza cuantos víveres encontraban, y mataban ó maltrataban á los que habian burlado su avidez. Hé aquí un hecho que no es posible referir sin estremecerse. Una mujer judía, del otro lado del Jordan, habia ido á la fiesta, con un niño de pecho á quien criaba. Vencida por el hambre, se resolvió, en su desesperacion, á matarle; y habiéndole cocido, comióse la mitad. Los soldados atraidos por el olor de la carne, entran en su casa, y la obligan á enseñarles lo que tenia preparado. Pero, habiendo visto la mitad de un niño, se retiraron llenos de horror. De este modo se cumplió la prediccion de Jesucristo á las mujeres de Jerusalen: dia vendrá en que se diga; bienaventuradas las estériles y los pechos que no darán leche.

El hambre produjo su efecto ordinario, la mortandad; y esta fué tal, que, no habiendo bastantes vivos para enterrar á los muertos, se contentaban con encerrar la mayor parte de los cadáveres en las casas que habian quedado vacías.

Apesar de tantos desastres, no se sostenia el sitio con menos vigor. Solo después de combates furiosos y multiplicados, se apoderaron los romanos de la torre « Antonia. » Habiéndola hecho arruinar, llegaron hasta el templo. Era el 17 de julio, dia en el cual el « Tamid, » ó sacrificio perpétuo, que no se habia interrumpido desde que Judas Macabeo le habia restablecido, cesó por falta de ministros que le ofreciesen. El sacerdocio terminó casi en el mismo tiempo, con la muerte del gran sacerdote Matías, á quien Simon, hijo de Gioras, hizo ejecutar, junto con tres hijos suyos y otras diez y siete personas, por la acusacion verdadera ó falsa de mantener correspondencia con los romanos.

Deseando Tito conservar el templo, hizo proponer, antes de atacarle, una amnistía á los facciosos, por Josefo, que fué peor atendido que las otras veces, pues, en tanto que hablaba, recibió una pedrada, que le hizo caer en tierra como muerto. Algunos soldados romanos pudieron salvarle y le hicieron volver de su desmayo. El sitio del templo quedó pues, resuelto. Después de la pérdida de la torre « Antonia, » habian por sí mismo los facciosos pegado fuego á la galería, por donde comunicaba la torre con aquel edificio. Los romanos hicieron lo mismo, el 27 de julio, con una parte de las que rodeaban el templo, y lo hicieron á vista de los judíos, que se contentaron con echarles maldiciones, sin hacer nada para cortar el progreso de las llamas. La segunda cerca quedó así en descubierto; Tito la hizo aplicar los arietes, que produjeron muy poco efecto: tan bien unidas estaban las enormes piedras que componian las murallas. Intentaron los romanos repetidas veces escalarla, pero sin resultado. Tomaron entónces el partido de pegar fuego á las puertas del templo, y como estaban cubiertas de láminas de plata, duró el incendio todo el dia y noche siguientes. Este era el 8 de agosto. Al dia siguiente, Tito, reunido su consejo, señaló el dia siguiente, 10 de agosto, 9 del mes judío « ab, » que este año era viernes, para el asalto general. Los sitiados, que le aguardaban, le previnieron haciendo por la noche que precedió á este dia dos salidas sobre los romanos, que no dieron ningun resultado. Cada vez los sitiadores los rechazaron tras un rudo combate. El general, después de esto, se encerró en su tienda. Entónces, un soldado romano, de su propia inspiracion, se hizo levantar, junto al muro, por uno de sus compañeros, y cogiendo un gran tizon encendido, le arrojó por una ventana, en una de las piezas que rodeaban el santuario. El fuego tomó pié inmediatamente en esta pieza, y comunicándose con rapidez á las inmediatas, consumió todo el templo. Este desastre acaeció en el mismo mes y dia en que Nabucodonosor habia incendiado el templo de Salomon. Tito, al resplandor del incendio, acudió para hacerle apagar; pero la confusion era tan grande que no pudo hacerse obedecer, ni aun lograr que le escuchasen. Los romanos solo pensaban en matar judíos y en dar pábulo á las llamas. El príncipe entró en el lugar llamado el Santo, y en el santuario, cuya riqueza y magnificencia le parecieron superiores á lo que publicaba la fama. Del primero de estos lugares salvó el candelero de oro, la mesa de los panes de proposicion, el altar de los perfumes, todo de oro puro. Los soldados romanos saquearon todo cuanto de precioso pudieron arrancar á las llamas, y se llevaron un botin inmenso.

Entretanto, los sediciosos se abrieron paso á través de los vencedores, y se salvaron en la parte de la ciudad de la que aun no se habian apoderado los romanos. Algunos sacerdotes se retiraron sobre una pared elevada, de ocho codos de espesor, en donde permanecieron cinco dias, rodeados por los romanos, á fin de que no pudiesen huir. Obligados por el hambre á rendirse, fueron conducidos á Tito y le pidieron la vida; pero él les respondió que el tiempo de la misericordia habia pasado, y los envió al suplicio.

Los judíos se defendieron aun, cerca de un mes, en la ciudad alta, en tanto que los romanos saqueaban la parte baja, que incendiaron luego. La ciudad alta se rindió por fin el 7 de setiembre, y entrados en ella los vencedores, enarbolaron en las torres sus enseñas. Espantosa fué la carnicería en este dia y el siguiente 8 de setiembre en el que Tito entró en esta plaza.

No teniendo ya mas que saquear, ni matar, empleáronse los romanos por órden de Tito, en destruir lo que quedaba del templo hasta sus cimientos, á fin de cumplir (aun cuando no lo imaginasen) la prediccion de Jesucristo de que no quedaria piedra sobre piedra de este soberbio edificio (1). Dió la misma órden respecto á toda la ciudad, reservando tan solo las tres torres de Hípica, de Fasael y Mariana, para dar á conocer á la posteridad lo que habia sido, con la muralla que rodeaba la parte occidental, á fin de que sirviese de campo á la segunda legion, que allí dejaba. Tal fué, segun Josefo, el fin de Jerusalen, esta ciudad tan ilustre y famosa en toda la tierra. Es necesario leer íntegro á este autor para formarse una cabal idea de tan tremenda catástrofe: y por lo mismo insertamos á continuacion el siguiente complemento de la « Historia del Pueblo Hebreo. »

(1) Esta prediccion no tuvo con todo entero cumplimiento hasta el imperio de Juliano, como lo veremos en el artículo de este príncipe.

COMPLEMENTO

DE LA

HISTORIA DEL PUEBLO HEBREO:

GUERRA DE LOS JUDÍOS

Y DESTRUCCION DEL TEMPLO Y CIUDAD DE JERUSALEN,

POR EL HEBREO FLAVIO JOSEFO.

PRELIMINAR.

Porque la guerra que los romanos hicieron con los judíos, es la mayor de cuantas nuestra edad y nuestros tiempos vieron, y mayor que cuantas habemos jamás oido de ciudades contra ciudades y de gentes contra gentes, hay algunos que la escriben, nó por haberse en ella hallado, recogiendo y juntando cosas vanas é indecentes á las orejas de los que las oyen, á manera de oradores: y los que en ella se hallaron, cuentan cosas falsas, ó por ser muy aceptos á los romanos, ó por aborrecer en gran manera á los judíos, atribuyéndoles á las veces en sus escritos vituperio, y otras loándolos y levantándolos; pero no se halla en ellos jamás la verdad que la historia requiere: por tanto yo, Josefo, hijo de Matatías, hebreo de linaje, sacerdote de Jerusalen, pues al principio peleé contra los romanos, y después, siendo á ello por necesidad forzado, me hallé en todo cuanto pasó, he determinado ahora el hacer saber en lengua griega, á todos cuantos reconocen el imperio romano, lo mismo que antes habia escrito á los bárbaros en lengua de mi patria: porque, cuando, como dije, se movió esta gravísima guerra, estaba con guerras civiles y domésticas muy revuelta la república romana: los judíos esforzados en la edad, pero faltos de juicio, viendo que florecian, no menos en riquezas que en fuerzas grandes, supiéronse servir tan mal del tiempo, que se levantaron con esperanza de poseer el oriente: no menos que los romanos, con miedo de perderle, en gran manera se amedrentaron. Pensaron los judíos que se habian de rebelar con ellos contra los romanos todos los demás que de la otra parte del Éufrates estaban. Molestaban á los romanos los galos que les son vecinos: no reposaban los alemanes: estaba el universo lleno de discordias después del imperio de Neron: habia muchos que con la ocasion de los tiempos y revueltas tan grandes pretendian alzarse con el imperio; y los ejércitos todos, por tener esperanza de mayor ganancia, deseaban revolverlo todo. Por cosa, pues, indigna tuve el dejar de contar la verdad de lo que en cosas tan grandes pasa, y no hacer saber á los partos, á los de Babilonia, á los mas apartados árabes, y á los de mi nacion que viven á la otra parte del Éufrates, y á los adiabenos, por diligencia mia, qué tal y cuál haya sido el principio de tan gran guerra, y cuántas muertes, y qué estrago

de gente pasó en ella, y qué fin tuvo: pues los griegos y muchos de los romanos, aquellos á lo menos que no siguieron la guerra, engañados con mentiras y con cosas fingidas con lisonja, no lo entienden ni lo alcanzan, y osan escribir historias: las cuales, segun mi parecer, además que no saben cosa alguna de lo que verdaderamente pasó, pecan tambien en que pierden el hilo de la historia, y se paran á contar otras cosas: porque, queriendo levantar demasiado á los romanos, desprecian en gran manera á los judíos y todas sus cosas. No entiendo yo ciertamente como pueden parecer grandes los que han acabado cosas de poco momento. No se avergüenzan del largo tiempo que en la guerra gastaron, ni de la muchedumbre de romanos que en estas guerras luengo tiempo con gran trabajo fueron detenidos, ni de la grandeza de los capitanes, cuya gloria en verdad es menoscabada, si habiendo trabajado y sufrido mucho por ganar á Jerusalen, se les quita parte ó algo del loor, que por haber tan prósperamente acabado cosas tan importantes merecen. No he determinado levantar con alabanzas á los mios, por contradecir á los que dan tanto loor, y levantan tanto á los romanos: antes quiero contar los hechos de los unos y de los otros, sin mentira y sin lisonja, conformando las palabras con los hechos, perdonando al dolor y aficion en llorar y lamentar las muertes y destrucciones de mi patria y ciudades: porque, testigo es de ello el emperador y César Tito, que lo ganó todo, como fué destruida por las discordias grandes de los naturales, los cuales fueron causa, junto con los tiranos grandes que se habian levantado, de que los romanos pusiesen fuego á todo, y abrasasen el sacrosanto templo, teniendo todo el tiempo de la guerra misericordia grande del pobre pueblo, el cual era prohibido de hacer lo que queria por aquellos revolvedores y sediciosos: y aun muchas veces alargó su cerco mas tiempo de lo que fuera necesario, por no destruir la ciudad, solamente porque los que eran autores de tan gran guerra, tuviesen tiempo para arrepentirse. Si por ventura alguno viere que hablo mal contra los tiranos ó de ellos, ó de los grandes latrocinios y robos que hacian, ó que me alargo en lamentar las miserias de mi patria, algo mas de lo que la ley de la verdadera historia requiere, suplícole dé perdon al dolor que á ello me fuerza; porque de todas las ciudades que reconocen y obedecen al imperio de los romanos, no hubo alguna que llegase jamás á la cumbre de toda felicidad, sino la nuestra; ni hubo tampoco alguna que tanta miseria padeciese, y á la fin fuese tan miserablemente destruida. Si finalmente quisiésemos comparar todas las adversidades y destrucciones que despues de criado el universo han acontecido con la destruccion de los judíos, todas las otras son ciertamente inferiores y de menos tomo: no podemos, pero, decir haber sido de ellas autor, ni causa hombre alguno extraño, por lo cual será imposible dejar de derramar muchas lágrimas y quejas. Si hallare algun lector endurecido, y juez sin misericordia, las cosas que hallará contadas, recíbalas por historia verdadera; y las lágrimas y llantos atribúyalas al historiador de ellas, aunque con todo puedo maravillarme y aun reprehender á los mas hábiles y excelentes griegos, que, habiendo pasado en sus tiempos cosas tan grandes, con las cuales si queremos comparar todas las guerras pasadas parecen muy pequeñas y de poca importancia, se burlan de la elegancia y facundia de los otros, sin hacer ellos algo; á los cuales aunque, por tener mas doctrina y ser mas elegantes, los venzan, son todavía de ellos vencidos por el buen intento que tuvieron y por haber hecho mas que no otros. Escriben ellos los hechos de los asirios y de los medos, como que hayan sido mal escritos por los historiadores antiguos; y despues, viniendo á escribirlos, son vencidos no menos en contar la verdad de lo que en realidad pasó, que lo son tambien en la órden buena y elegancia: porque trabajaba cada uno en escribir lo que habia visto y en verdad pasaba; parte por haberse hallado en ello, y parte tambien para cumplir con eficacia lo prometido: teniendo por cosa deshonesta mentir entre aquellos que sabian muy bien la verdad de lo que pasaba. Escribir cosas nuevas y no sabidas antes, y encomendar á sus descendientes las cosas que en sus tiempos pasaron, digno es ciertamente de loor y digno tambien que se crea. Por cosa de mas ingenio y de mayor industria se tiene hacer una historia nueva, y de cosas nuevas, que no trocar la órden y disposicion dada por otro; pero yo, con gastos y con trabajo muy grande, siendo extranjero y de otra nacion, quiero hacer historia de las cosas que pasaron, por dejarlas en memoria á los griegos y romanos. Los naturales tienen las bocas abiertas y aparejadas para pleitos y ganancias: para esto tienen sueltas las lenguas; pero para la historia, en la cual han de contar la verdad, y han de recoger todo lo que pasó con grande ayuda y trabajo, en esto se enmudecen y conceden licencia y poder á los que menos saben, y menos pueden para escribir los hechos y hazañas hechas por los príncipes. Entre nosotros se honra la verdad de la historia; esta entre los griegos es menospreciada: contar el principio de los judíos, quiénes hayan sido, y de qué manera se libraron de los egipcios, qué tierras, y cuán diversas hayan pasado, cuáles hayan habitado y cómo hayan de ellas partido, no es cosa que este tiempo la requeria; y además de esto, por supérfluo é impertinente lo tengo: porque hubo muchos judíos antes de mí, que dieron de todo muy verdadera relacion en escrituras públicas; y algunos griegos, vertiendo en su lengua lo que habian los otros escrito, no se apartaron muy lejos de la verdad; pero tomaré yo el principio de mi historia, adonde ellos y nuestros profetas acabaron. Contaré la guerra hecha en mis tiempos con la mayor diligencia y lo mas largamente que me fuere posible; lo que pasó antes de mi edad y es mas antiguo, lo pasaré muy breve y sumariamente. De qué manera Antíoco, llamado Epífanes, habiendo ganado á Jerusalen, y habiéndola tenido tres años y seis meses bajo de su imperio, fué echado de ella por los hijos de Asamoneo: despues, cómo los descendientes de estos, por disensiones grandes que sobre el reino tuvieron, movieron á Pompeyo y á los romanos, que viniesen á desposeerlos y privarles de su libertad. De qué manera Herodes, hijo de Antípatro, dió fin á la prosperidad y potencia de ellos, con la ayuda y socorro de Sosio. Cómo tambien despues de muerto Herodes nació la discordia entre ellos y el pueblo, siendo emperador Augusto, y gobernando las provincias y tierras de Judea Quintilio Varon: qué guerra se levantó á los doce años del imperio de Neron: de cuántas cosas y daños fué causa Cestio: cuántas cosas ganaron los judíos luego en el principio: de qué manera fortalecieron su gente natural; y cómo Neron, por causa del daño recibido por Cestio, temiendo mucho el estado del universo, hizo capitan general á Vespasiano; y este despues entró por Judea con el hijo mayor que tenia, y con cuán grande ejército de gente romana; cuán gran parte de la gente que de socorro tenia fué muerta por toda Galilea; y cómo tomó de ella algunas ciudades por fuerza, y otras por habérsele entregado. Contaré tambien brevemente la disciplina y usanza de los romanos en las cosas de la guerra: el cuidado que de

sus cosas tienen; la largura y espacio de las dos Galileas y su naturaleza: los fines y términos de la Judea. Pondré particularmente la calidad de esta tierra; las lagunas; las fuentes, los males que las ciudades, que por fuerza tomaron, padecieron; y en contarlo no pasaré de lo que á la verdad fielmente he visto y aun padecido: no callaré mis miserias y desdichas, pues las cuento á quien las sabe y las vió. Después, estando ya el estado de los judíos muy quebrantado, cómo Neron murió, y cómo Vespasiano, habiendo tomado su camino hácia Jerusalen, fué detenido por causa del imperio: las señales que le fuéron mostradas por declaracion de su imperio: las mudanzas y revueltas que hubo en Roma, y cómo fué declarado emperador contra su voluntad por toda la gente de guerra: y cómo partiendo después para Egipto por reformar las cosas del imperio, fué perturbado el estado y todas las cosas de los judíos por revueltas y sediciones domésticas: de qué manera fueron sujetados á tiranos; y cómo estos después los movieron á discordias y sediciones muy grandes. Volviendo Tito después de Egipto vino dos veces contra Judea, y entró las tierras: de qué manera juntó su ejército, y en qué lugar: cuántas veces fué la ciudad afligida, estando él presente con internas sediciones; los montes ó caballeros que contra la ciudad levantó: diré tambien la grandeza y cerco de los muros: la municion y fortaleza de la ciudad: la disposicion y órden del templo: el espacio del altar y su mesura: contaré algunas costumbres de las fiestas, y las siete lustraciones y oficios del sacerdote. Hablaré de las vestiduras del pontífice: y de qué manera eran las cosas santas del templo tambien lo contaré, sin callar de todo algo, y sin añadir palabra en todo cuanto habia. Declararé después la crueldad de los tiranos que en Judea se levantaron contra sus mismos naturales: la humanidad y clemencia de los romanos con la gente extranjera: cuántas veces Tito, deseando guardar la ciudad y conservar el templo, compelió á los revolvedores á buscar y pedir la paz y la concordia. Daré particular razon y cuenta de las llagas y desdichas de todo el pueblo; y cuántos males sufrieron, unas veces por guerra, otras por sediciones y revueltas, otras por hambre; y como á la postre fuéron presos. No dejaré de contar las muertes de los que huian, ni el castigo y suplicio que los cautivos recibieron: menos como fué quemado contra la voluntad del César todo el templo: cuánto tesoro y cuán grandes riquezas con el fuego perecieron; ni la general matanza y destruccion de la principal ciudad, en la cual todo el estado de Judea cargaba. Contaré las señales y portentos maravillosos que antes de acontecer casos tan horrendos se mostraron: cómo fueron cautivados y presos los tiranos; y quiénes fueron los que vinieron en servidumbre; y cuán gran muchedumbre: qué fortuna hubieron finalmente todos. Cómo los romanos prosiguieron su victoria, y derribaron de raíz todos los fuertes y defensas de los judíos: y cómo ganando Tito todas esas tierras, las redujo á su mandado, y su vuelta después á Italia, y luego su triunfo. Todo esto que he dicho lo he escrito en siete libros, mas por causa de los que desean saber la verdad, que por los que con ello se huelgan, trabajando que no pueda ser vituperado por los que saben como pasaron tales cosas, ni por los que en ellas se hallaron. Daré principio á mi historia con el mismo órden que sumariamente lo he contado.

LIBRO PRIMERO.

ARGUMENTO DE ESTE LIBRO.

I. En el cual se trata de la destruccion de Jerusalen hecha por Antioco.—II. De los príncipes que sucedieron desde Jonatas hasta Aristóbulo.—III. Que trata de los hechos de Aristóbulo, Antígono, Judas Eseo, Alejandro, Teodoro y Demetrio.—IV. De la guerra de Alejandro con Antioco y Areta, y de Alejandro é Hircano.—V. De la guerra que tuvo Hircano con los árabes, y como fué tomada la ciudad de Jerusalen.—VI. De la guerra que Alejandro tuvo con Hircano y Aristóbulo.—VII. De la muerte de Aristóbulo, y de la guerra de Antípatro contra Mitridates.—VIII. De cómo fué acusado Antípatro delante de César, del pontificado Hircano, y cómo Herodes movió guerra.—IX. De las discordias y diferencias de los romanos después de la muerte de César, y de las asechanzas y engaños de Malico.—X. Cómo fué Herodes acusado, y cómo se vengó de la acusacion.—XI. De la guerra de los partos contra los judíos, y de la huida de Herodes y de su fortuna.—XII. De la guerra de Herodes, en el tiempo que volvia de Roma por Jerusalen, contra los ladrones.—XIII. De la muerte de Josefo, y del cerco de Jerusalen puesto por Herodes, y de la muerte de Antígono.—XIV. De las asechanzas de Cleopatra contra Herodes, y de la guerra de Herodes contra los árabes, y un muy grande temblor de tierra que entónces aconteció.—XV. Cómo Herodes fué proclamado por rey de toda Judea.—XVI. De las ciudades y edificios renovados y nuevamente edificados por Herodes, y de la magnificencia y liberalidad que usaba con las gentes extranjeras y de toda su prosperidad.—XVII. De la discordia de Herodes con sus hijos Alejandro y Aristóbulo.—XVIII. De la conjuracion de Antípatro contra su padre.—XIX. De la ponzoña que quisieron dar á Herodes, y cómo fué hallado.—XX. De cómo fueron halladas y vengadas las traiciones y maldades de Antípatro contra Herodes.—XXI. De la águila de oro, y de la muerte de Antípatro y Herodes.

I. Estando discordes entre sí los príncipes de los judíos en el tiempo que Antíoco, llamado Epífanes, contendia con Tolomeo el VI sobre el imperio de Siria, que tanto codiciaba, cuya discordia era sobre el señorío, porque cada cual de ellos, siendo honrado y poderoso, tenia por cosa grave sufrir sujecion de sus semejantes: Onías, uno de los pontífices, prevaleciendo sobre los otros, echó de la ciudad á los hijos de Tobías. Estos entónces vinieron á Antíoco, suplicándole muy humildes, armase ejército contra Judea, que ellos le guiarian. Y por estar el rey de sí muy deseoso de este negocio, fácilmente consintió con lo que ellos suplicaban. De manera que con mucha gente de guerra, salió á seguir la empresa; y después de haber combatido la ciudad con gran fuerza, la tomó; y mató muchedumbre de los amigos de Tolomeo; y dando licencia á los suyos para saquear la ciudad, él mismo robó todo el templo, y prohibió por tiempo de tres años y seis meses la continuacion de la religion pública. El pontífice Onías se fué huyendo á Tolomeo; y alcanzando de él un solar en la religion heliopolitana, fundó allí un pueblo muy semejante al de Jerusalen, y edificó un templo. De las cuales cosas con mas oportunidad haremos mencion á su tiempo. Pero no se contentó Antíoco con haber tomado la ciudad, sin que tal confiase, ni con haberla destruido, ni con tantas muertes, antes desenfrenado en sus vicios, acordándose de lo que habia sufrido en el cerco de Jerusalen, comenzó á ordenar á los judíos, que, desechada la costumbre de la patria, no circuncidasen sus niños, y que sacrificasen puercos sobre el ara: á las cuales cosas todas contradecian, y los que se mostraban buenos en defender esta causa, eran por ello muertos. Y hecho capitan Bachides de la guarnicion de la ciudad por Antíoco, obedeciendo á todo lo que le habia mandado, segun su natural crueldad, toda maldad excedió, azotando uno á uno á todos los varones dignos de honra, representándoles cada dia, y poniéndoles delante de los ojos la ruina de la ciudad

en tanta manera, que por la crueldad de los daños que recibian, fueron todos movidos á vengarse. Finalmente Matatías, hijo de Asmoneo, uno de los sacerdotes del lugar nombrado Modin, con la gente de su casa (porque tenia cinco hijos) se puso en armas, y mató á Bachides; y temeroso de la gente que estaba en guarnicion, huyóse hácia los montes. Pero descendió con gran esperanza, habiéndosele juntado muchos del pueblo; y peleando, venció á los capitanes de Antíoco, y los echó de todos los términos de Judea. Hecho señor, y el mas poderoso con el próspero suceso, con voluntad de todos los suyos, porque los habia librado de los extranjeros, murió dejando por príncipe y señor á Judas, que era hijo suyo mayor. Este, pensando que Antíoco no habia de sufrir aquello, juntó ejército de gente suya natural, y fué el primero que hizo amistad con los romanos, é hizo retroceder con gran pérdida á Antíoco Epífanes, el cual otra vez se entraba por Judea. Y siendo aun nueva y reciente esta victoria, vino contra la guarnicion de Jerusalen, porque no la habian aun echado ni rendido: y habiendo peleado con ellos, los forzó á bajar de la parte alta de la ciudad, que se llama sagrada, á la baja; y habiéndose apoderado del templo, limpió todo aquel lugar, cercóle de muro, y puso vasos para el servicio y culto divino, los cuales procuró que se hiciesen nuevos, dado que los que solian estar antes, estuviesen ya profanados, edificó otra ara, y dió comienzo á su religion. Apenas habia cobrado la ciudad el rito y ceremonias suyas sagradas, cuando Antíoco murió. Quedó por heredero de su reino, y aun del odio contra los judíos, su hijo llamado tambien Antíoco. Por lo cual, juntando cincuenta mil hombres de á pié, y casi cinco mil de á caballo, y ochenta elefantes, vínose á los montes de Judea, acometiendo por diversas partes, y tomó un lugar llamado Betsura. Salióle al encuentro Judas con su gente en un lugar llamado Betzacharia, cuya entrada era difícil; y antes que los escuadrones se trabasen, su hermano Eleazar, habiendo visto un elefante mayor que los otros, el cual traia una gran torre muy adornada de oro, pensando, que venia allí Antíoco, salió corriendo de entre los suyos, y rompiendo por medio de sus enemigos, llegó al elefante; pero no pudo alcanzar aquel que pensaba el ser el rey: porque venia muy alto, é hirió la bestia en el vientre, y derribóla sobre él mismo, y murió hecho pedazos, sin hacer otra cosa; sino que habiendo emprendido y acometido una cosa digna de gran nombre, tuvo en mas la gloria, que su propia vida. Pero el que regia el elefante, era un hombre privado y particular: y aunque en aquel caso se hallara Antíoco, no le aprovechara á Eleazar su atrevimiento, sino haber tenido en poco la muerte por la esperanza de una hazaña tan memorable. Esto fué á su hermano manifiesta señal y declaracion de los sucesos de toda la guerra, porque pelearon los judíos mucho tiempo y muy valerosamente: pero fuéron finalmente vencidos por los del rey, siéndoles la fortuna muy próspera, y excediéndo tambien en el número y muchedumbre: y muertos muchos de los judíos, Judas con los demás huyó á la comarca llamada Gnofnítica. Partiendo Antíoco de allí para Jerusalen, y habiéndose detenido algunos dias, retiróse por la falta de los mantenimientos, dejando de guarnicion la gente que le pareció que bastaba, y llevóse los demás á alojar y pasar el invierno á Siria. Cuando el rey fué partido no se reposó Judas, antes animado con los muchos, que de su gente se le llegaban, y juntando aquellos, que le habian sobrado de la guerra pasada, fué á pelear con los capitanes de Antíoco en un lugar llamado Adasa: y haciéndose conocer en la batalla, matando á muchos de sus enemigos, fué muerto, y dentro de pocos dias fué tambien muerto su hermano Juan, preso por asechanzas de aquellos que eran parciales de Antíoco y le favorecian.

II. Habiéndole sucedido su hermano Jonatás, rigiéndose mas proveida y cuerdamente en todo lo que pertenecia á sus naturales, trabajando en fortificar su potencia con la amistad de los romanos, ganó tambien amistad con el hijo de Antíoco: pero no le aprovecharon todas estas cosas para excusar el peligro. Porque Trifon, tirano, tutor del hijo de Antíoco, acechándole, y trabajando en apartarle de todas aquellas amistades, prendió engañosamente á Jonatás, habiendo venido á Tolemaida con poca gente para hablar con Antíoco: y deteniéndole muy atado, levantó su ejército contra Judea; y siendo echado de allá, y vencido por Simon hermano de Jonatás, muy airado por esto mató á Jonatás. Y ocupándose Simon en regir valerosamente todas las cosas, tomó á Zara, á Joppé y á Jamnia. Y venciendo las guarniciones, derribó y puso por el suelo á Acaron, y socorrió á Antíoco contra Trifon, el cual estaba en el cerco de Dora, antes que fuése contra los medos. Pero no pudo con esto hartar la codicia del rey, aunque le hubiese tambien ayudado á matar á Trifon. Porque no mucho después Antíoco envió un capitan de los suyos, Cendebeo por nombre, con ejército, para que destruyese á Judea, y pusiese en servidumbre y cautivase á Simon. Pero este, que administraba las cosas de la guerra, aunque era viejo, con ardor de mancebo, envió delante á sus hijos, con los mas valientes y esforzados; y él, acompañado con parte del pueblo, acometió por el otro lado; y teniendo puestas muchas espías y celadas por muchos lugares de los montes, los venció en todas partes; y alcanzando una victoria muy excelente y muy nombrada, fué hecho y declarado pontífice, y libertó los judíos de la sujecion y señorío de los de Macedonia, en la cual habian estado doscientos y setenta años. Este finalmente murió en un convite, preso por asechanzas de Tolomeo su yerno, el cual aprisionó á su mujer y á dos hijos suyos, y envió ciertos hombres de los suyos para que matasen á Juan III, que por otro nombre fué llamado Hircano. Entendiendo lo que se trataba y cuanto se determinaba, el mozo vino con gran priesa á la ciudad confiado en mucha parte del pueblo, acordándose de la virtud y memoria de su padre, y porque tambien la maldad de Tolomeo era aborrecida de todos. Tolomeo quiso, por la otra puerta, entrar en la ciudad; pero fué echado por todo el pueblo, el cual antes habia ya recibido en mejor tiempo á Hircano. Y luego partió de allí á un castillo, llamado Dagon, que estaba á la otra parte de Jericunta. Habiendo, pues, Hircano alcanzado la honra y dignidad de pontífice, la cual solia poseer su padre después de haber hecho sacrificios á Dios, salió con diligencia contra Tolomeo, por socorrer á su madre y á sus propios hermanos; y combatiendo el castillo, era vencedor de todo, y veníale á él juntamente el solo dolor. Porque Tolomeo, cuando era apretado, sacaba la madre de Hircano y sus hermanos á la parte mas alta del muro, porque pudiesen ser vistos por todos, y los azotaba, amenazando que los echaria de allí abajo si en la misma hora no se retiraba. Este caso movia á Hircano á misericordia y temor, mas que á ira ni saña. Pero su madre, no desanimada por las llagas y muerte que le amenazaba, ni amedrentada tampoco, alzando las manos rogaba á su hijo, que, movido por las injurias que ella padecia, no perdonase al impío Tolomeo, porque ella tenia en mas la muerte, con que Tolomeo le ame-

nazaba, y la preciaba mucho mas que no la vida é inmortalidad, con tal que él pagase la pena que debia por la impía crueldad que habia hecho contra su casa, contra toda razon y derecho. Viendo Juan á su madre tan pertinaz en esto, y obedeciendo á lo que ella le rogaba, una vez era movido á combatir, y otra perdia el ánimo, viendo los azotes que padecia, y como la rompian en partes, sentia mucho este dolor. Alargando en esto muchos dias el cerco, vino el año de la fiesta, la cual suelen los judíos celebrar muy solemnemente cada siete años, por ejemplo del séptimo dia, cesando en toda obra; y alcanzando con esto Tolomeo reposo de su cerco, habiendo muerto á los hermanos de Juan y á la madre, huyó en busca de Zenon, llamado Cotilas por sobrenombre, tirano de Filadelfia. Enojado Antíoco por las cosas que habia sufrido de Simon, juntó ejército y vino contra Judea; y llegándose á Jerusalen, cercó á Hircano. Este, habiendo abierto el sepulcro de David, que habia sido el mas rico de todos los reyes, y sacado de allí mas de tres mil talentos en dinero, persuadió á Antíoco, después de haberle dado trescientos talentos, á que dejase el cerco, y fué el primer judío que tuvo gente extranjera á sueldo dentro de la ciudad á costa suya. Y alcanzado tiempo para vengarse, dándoselo Antíoco ocupado en la guerra de los medos, luego se levantó contra las ciudades vecinas de Siria, pensando que no habria gente que las defendiese, lo cual fué así. Tomó á Medaba y á Samea con los lugares de allí cercanos: á Sichima y á Garizo, y además de estos, tambien á la gente de los cuteos, que vivian en los lugares comarcanos de allí, cerca de aquel templo, que habia sido edificado á semejanza del de Jerusalen. Tomó otras muchas ciudades de Idumea, y á Doreon y Marifa. Después, pasando hasta Samaria donde está ahora fundada por el rey Herodes, la ciudad de Sebaste, encerróla por todas partes é hizo capitanes de la gente que quedaba en el cerco, á sus dos hijos Aristóbulo y Antígono. Los cuales, no faltando en nada, los que estaban dentro de la ciudad vinieron en tan grande hambre que eran forzados á comer la carne que nunca habian acostumbrado. Llamaron pues, para que en esto les ayudase á Antíoco, llamado por sobrenombre Espondio, el cual mostrándose prontamente dispuesto á obedecerles fué vencido por Aristóbulo y por Antígono, y él huyó hasta Escitópolis, persiguiéndole siempre los dos hermanos dichos; los cuales, volviéndose después á Samaria, encerraron otra vez la muchedumbre de gente dentro del muro, y ganando la ciudad la destruyeron y desolaron, llevándose presos á todos los que allí dentro moraban. Sucediéndoles las cosas de esta manera prósperamente, no permitian ni consentian que aquella alegría se resfriase; antes pasando adelante con el ejército hasta Escitópolis, la tomaron, y partiéronse todos los campos y tierras que estaban dentro del Carmelo.

III. La envidia de las hazañas y sucesos prósperos de Juan y sus hijos movió los gentiles á discordia y sedicion, y juntándose muchos contra ellos no reposaron, hasta que todos fueron vencidos en guerra pública. Viviendo, pues, todo el otro tiempo Juan muy prósperamente y habiendo administrado y regido muy bien todo el gobierno de las cosas, por espacio de treinta y tres años, dejando cinco hijos murió, varon ciertamente bienaventurado, el cual no habia dado ocasion alguna por la cual alguno se pudiese quejar de la fortuna. Tenia tres cosas solamente él solo, porque era príncipe de los judíos, pontífice y además de esto profeta, con quien Dios hablaba de tal manera que nunca ignoraba algo de lo que habia de acontecer. Tambien supo y profetizó cómo sus dos hijos mayores no habian de quedar señores de sus cosas, los cuales qué fin hayan tenido en la vida, pienso que no será cosa indigna de contarlo ni de oirlo, y cuán lejos hayan estado de la prosperidad y dicha de su padre. Porque Aristóbulo, que era el hijo mayor, luego que su padre fué muerto, transfiriendo su señorío en reino, fué el primero que se puso corona de rey cuatrocientos ochenta y un años y tres meses después que el pueblo de los judíos habia venido en la posesion de aquellas tierras, libre ya de la servidumbre y cautividad de Babilonia. Honraba á su hermano Antígono, que era en la sucesion segundo, porque mostraba amarle, con igual honra, pero puso á los otros hermanos en cárcel muy atados y con guardas; encarceló tambien á su madre por haberle resistido en algo en el señorío, porque Juan la habia dejado por señora de todo el gobierno, y fué tan cruel con ella que teniéndola atada y en cárcel, la dejó morir de hambre. Pagó todos estos hechos y maldades con la muerte de su hermano Antígono, á quién él amaba mucho, y á quién habia hecho partícipe en su reino, porque tambien le mató con acusaciones falsas que le fingieron los revolvedores del reino. Al principio Aristóbulo no creia lo que le decian, porque tenia en mucho á su hermano, y tambien porque pensaba ser lo mas de lo que le decian falso y fingido, con la envidia que le tenian. Pero siendo Antígono vuelto de la guerra con muy buen nombre, en los dias de las fiestas que ellos, segun costumbre de la patria, celebraban á Dios puestos los tabernáculos, sucedió en el mismo tiempo que Aristóbulo cayó enfermo: y Antígono, al fin de las fiestas y solemnidades, acompañado de hombres armados, vino con gran deseo á hacer oracion al templo, y subió mas honrado de lo que subiera por honra de su hermano; y entónces, viniendo acusadores llenos de toda maldad delante del rey, alegaban y reprendian la pompa de las armas, y la arrogancia y soberbia de Antígono, como mayor de lo que convenia, diciendo haber venido allí con multitud de gente de armas para matarle: porque, pudiendo él ser rey, claro estaba que no se habia de contentar con la honra que su hermano procuraba que el reino le hiciese. Creyó poco á poco estas cosas Aristóbulo, aunque forzado, y por no mostrar sospecha de alguna cosa, queriendo guardarse de lo que le era incierto, y proveerse mirándolo todo, mandó pasar la gente de su guarda á un lugar oscuro y como sótano; y el estaba enfermo en el castillo llamado antes Baro, el cual después fué llamado Antoma, y mandóles que si viniese desarmado, no le hiciesen algo, y si Antígono viniese con armas que le matasen. Además de esto envió gente que avisase á Antígono, y le mandase venir sin armas. Para todas estas cosas la reina tomó consejo astuto con los que estaban en asechanza y en celada; porque persuadió á los que el rey enviaba, que callasen lo que el rey les habia mandado; y que dijesen á Antígono que su hermano habia oido como se habia hecho muy lindas armas y lindo aparejo de guerra en Galilea, las cuales no habia podido ver particularmente á su voluntad, impedido con su enfermedad, y que ahora le querria con toda voluntad ver armado, principalmente sabiendo que habia de partir, é irse á otra parte. Oidas estas cosas, Antígono, no pudiendo pensar mal, por el amor y aficion que le tenia su hermano, venia aprisa armado con todas sus armas por mostrarse. Pero cuando llegó á un paso oscuro, que se llamaba la torre de Estraton, fué muerto por los de la guarda: y dió cierto y manifiesto documento, que toda benevo-

lencia y derecho de naturaleza, es vencido con las acriminaciones y envidias calumniosas; y que ninguna buena aficion vale tanto que pueda perpétuamente resistir y refrenar la envidia. En esto tambien ¿quién no se maravillará de Judas? Era eseo de linaje el cual nunca erró en profetizar ni jamás mintió. Pasando Antígono por el templo, luego que le vió Judas dijo con voz alta á los conocidos que allí estaban, porque tenia muchos discípulos y hombres que venian á pedirle consejo. Ahora me es á mí bueno morir, pues la verdad murió, quedando yo en vida, y se ha hallado alguna cosa falsa, en lo que yo tenia profetizado, pues vive este Antígono el cual debia ser hoy muerto. Tenia ya por suerte señalado lugar para su muerte en la torre de Estraton, que está á seiscientos estadios lejos de aquí: son ya cuatro horas del dia y el tiempo pasa, y con él mi adivinanza. Cuando el viejo hubo hablado esto, púsose á pensar entre sí muchas cosas con mucho cuidado y con la cara muy triste. Luego poco después vino nueva como Antígono habia sido muerto en un sótano, llamado por el mismo nombre que solia ser la marítima Cesarea, la torre de Estraton, y esto fué lo que engañó al profeta. En la misma hora, con el pesar de tan gran maldad se le aumentó la enfermedad á Aristóbulo, y estando siempre con el pensamiento de aquel hecho muy solícito, con el ánimo perturbado se corrompia, hasta tanto que por la amargura del dolor, rotas en partes sus entrañas, echaba toda la sangre por la boca, la cual tomó uno de los que la servian, y por providencia y voluntad de Dios, sin que el criado tal supiese echó la sangre del matador sobre las manchas que habia dejado con la suya Antígono en aquel lugar donde fué muerto. Pero levantándose un gran llanto y ahullido de los que habian visto esto, como que el muchacho hubiese adrede echado la sangre en aquel lugar, vino á noticia del del rey el clamor y requirió, que le contasen la causa: pero como no hubiese alguno que la osase contar, mas se encendian en él los deseos de saberla. Al fin, haciendo él fuerza y amenazándoles, contáronle la verdad de todo lo que pasaba; y él hinchiendo sus ojos de lágrimas, y gimiendo en su corazon tanto cuanto le era posible, dijo esto: no era por cierto cosa para esperar que hubiese Dios de ignorar mis maldades muy grandes, siéndole todo manifiesto, pues luego me persigue la justicia en venganza de la muerte de mi hermano. ¡Oh malvado cuerpo! ¿hasta cuándo detendrás el alma condenada por la muerte de mi madre y de mi hermano? ¿Cuánto tiempo les sacrificaré mi propia sangre? Tómenlo todo junto, y no se burle, ni escarnezca la fortuna lo bajo de mis entrañas. Dicho esto, luego murió habiendo reinado un solo año. Su mujer entonces sacó de la cárcel al hermano Alejandro é hízole rey, el cual era mayor en la edad y aun parecia tambien ser mas modesto. Pero alcanzando este el reino, y viéndose poderoso, mató á su otro hermano, por verle ambicioso de reinar, y teníase consigo al otro privadamente, habiéndole quitado todas sus cosas. Hizo guerra con Tolomeo Látiro, el cual le habia tomado á Asoco, y mató muchos de sus enemigos: pero Tolomeo fué el vencedor. Después que él fué echado por su madre Cleopatra, vínose á Egipto, y Alejandro tomó por fuerza á Gadara y el castillo de Amaton, que es el mayor de todos los que hay á la otra parte del Jordan, á donde estaban segun se tenia por cierto, los bienes y joyas de Teodoro, hijo de Zenon. Mas sobreviniendo presto Teodoro, cobra lo que era suyo: llévase el carruaje del rey, y mata casi diez mil judíos. Alejandro, cobrando después de esta matanza fuerzas, entró por las partes cercanas de la mar las cuales llamaremos marítimas: tomó á Rafia, á Gaza y á Antedon, la cual fué llamada del rey Herodes Agripia. Domados y sujetos todos estos, un dia de fiesta el pueblo de los judíos se levantó contra él. Porque muchas veces se revuelven los pueblos por los convites y comidas; y no le parecia que podia apaciguar y deshacer aquellas asechanzas, si los pisidas y cilicos, pagándolos él, no le ayudaban, no hacia caso de tener los sirios á sueldo por la discordia que tienen naturalmente con los judíos. Y habiendo muerto mas de ocho mil de la multitud que se habia rebelado, hizo guerra contra Arabia. Y vencidos allí los galaaditas y moabitas, los hizo tributarios, y volvióse para Amaton. Y estando Teodoro amedrentado, por ver que tan prósperamente le sucedian las cosas, derribó de raíz un castillo, que halló sin gente; y peleando después con Oboda, rey de Arabia, el cual habia ocupado un lugar oportuno y cómodo para el engaño en la region de Galaad, preso con las asechanzas que le habian hecho, perdió todo su ejército, se vió forzado á recojerse á un valle muy alto, y fué destronado por la multitud de los camellos. Librándose él de aquí y viniendo á Jerusalen, inflamó la gente, que antiguamente le era muy enemiga, á mover novedades con la gran matanza que le habia sido hecha. Con esto tambien se alzó á mayores, y mató en muchas batallas no menos de cincuenta mil judíos en seis años: pero no se holgaba con estas victorias, porque se gastaban y consumian en ellas todas las fuerzas de su reino. Por lo cual, dejando las armas y la guerra, trabajaba con buenas palabras para volver en amistad con aquellos que tenia sujetos. Tenian ellos tan aborrecida la inconstancia y variedad que este tenia en sus costumbres, que, preguntando él qué manera tendria para apaciguarlos, respondieron que con su muerte; porque aun no sabian si muerto le perdonarian por tantas maldades como habia cometido. Junto con esto tomaron el socorro de Demetrio llamado Acero, el cual con esperanza de ganar, y de haber mayor premio, fácilmente les obedeció y consintió; y viniendo con ejército, juntóse para ayudar á los judíos cerca de Sichima. Pero recibiólos Alejandro con mil de á caballo, y con seis mil soldados de sueldo, teniendo tambien consigo cerca de diez mil judíos que le eran todos muy amigos: siendo los de la parte contraria tres mil de á caballo y cuarenta mil de á pié. Antes que se juntasen ambos ejércitos, por medio de los mensajeros y trompetas los reyes trabajaban cada uno por sí en atraerse la gente el uno del otro. Demetrio pensaba que la gente de sueldo de Alejandro le faltaria; y Alejandro esperaba que los judíos que seguian á Demetrio, se le habian de rebelar y seguirle á él. Pero como los judíos tuviesen muy firme su juramento, y los griegos su fé y promesa, comenzaron á acercarse y pelear todos. Venció esta batalla Demetrio, aunque la gente de Alejandro hubiese hecho muchas cosas fuerte y animosamente. El éxito de ella fué favorable á los dos sin que juntamente entrambos lo esperasen. Porque los que habian llamado á Demetrio no quisieron seguirle, aunque vencedor; antes seis mil de los judíos se pasaron á Alejandro, que habia huido hácia los montes, por tener misericordia de él, viendo que se le habia mudado tanto la fortuna. No pudo sufrir falta tan importante Demetrio; antes pensando que Alejandro, recojidas y juntadas ya sus fuerzas, seria bastante para esperar la batalla, porque toda la gente se le pasaba, retiróse luego de allí; pero la demás gente, por habérseles ido y apartado aquella parte del socorro y

ejército no perdió su ira y enemistad; antes peleaba en continuas guerras con Alejandro, hasta tanto que muerta gran parte de ellos, los acorraló este en la ciudad de Bemeselis; y habiéndola después tomado llevóse los cautivos á Jerusalen. Y la ira inmoderada de este por ser muy desenfrenada, hizo que su crueldad llegase á términos de toda impiedad; porque en medio de la ciudad ahorcó ochocientos de los cautivos, y mató las mujeres de ellos é hijos, delante de sus propias madres, y él lo estaba mirando bebiendo y holgando junto con sus concubinas y mancebas. Tomó todo el pueblo tan gran temor de ver esto, que aun los que á entrambas partes estaban aficionados, luego la siguiente noche salieron huyendo como desterrados de toda Judea, cuyo destierro tuvo fin con la muerte de Alejandro. Habiendo, pues, buscado el reposo del reino con tales hechos, cesó la guerra.

IV. Otra vez dió principio á ella la revuelta Antíoco, llamado tambien Dionisio, hermano de Demetrio; pero el postrero de aquellos que tenian á Seleuco por principio y autor de su linaje. Porque temiendo á este, el cual habia echado y vencido los árabes en la guerra, hizo un foso muy grande al rededor de Antipátrida en todo el espacio que hay allí cercano á los montes, y entre las riberas de Joppé; y delante del foso edificó un muro muy alto y unas torres de madera, para defender la entrada; pero no pudo detener con todo esto á Antíoco. Porque, quemadas las torres, y habiendo llenado los fosos pasó con su ejército, y menospreciando la venganza, de la cual debia usar con aquel que le habia prohibido la entrada, luego siguió la empresa contra los árabes. El rey de estos apartóse, á parte mas cómoda para su gente; pero luego volvió á la pelea con diez mil hombres, y acometió á la gente de Antíoco sin darla tiempo para pensar en ello, ni aparejarse. Y trabada una valerosa batalla, mientras Antíoco estaba salvo, su ejército permanecia resistiendo, aunque los árabes poco á poco le despedazasen y acabasen. Pero, después que este fué muerto, porque socorriendo á los vencidos no temia los peligros, todos huyeron, muriendo la mayor parte de ellos peleando y huyendo. Los demás, habiendo venido á parar al lugar de Caná, todos murieron de hambre, excepto muy pocos. Por ello los damascenos, enojados con Tolomeo, hijo de Mineo, juntanse con Areta, y hácenlo rey de Celosiria: el cual, habiendo hecho guerra contra Judea, después de haber vencido en la batalla á Alejandro, hizo partido con él y retiróse. Alejandro, tomada Pela, fuése otra vez para Gerasa, deseoso de las riquezas de Teodoro; y habiendo cercado con tres sitios á los que la querian defender, ganó el lugar. Tomó tambien á Gaulana y á Seleucia, y sojuzgó aquella que se llama la Farange de Antíoco. Además de lo dicho, habiendo tambien tomado el fuerte castillo de Gamala, y preso al capitan de él, Demetrio, revuelto en muchos crímenes y culpas vuélvese á Judea, acabados tres años en la guerra, y fué recibido por los suyos con grande alegría por el próspero suceso de sus cosas. Pero sucedióle, estando en reposo y acabada la guerra, el principio de su dolencia; y porque le fatigaba la cuartana, pensó que echaria de sí aquella calentura si se volvia otra vez á poner en los negocios y ocupaba en ellos su ánimo; dióse á la guerra y trabajos militares, sin tener cuenta con el tiempo: y fatigando su cuerpo mas de lo que podia sufrir, en medio de las revueltas, murió después de treinta y siete años que reinaba, dejando el reino á Alejandra, su mujer, pensando que los judíos obedecerian á cuanto ella mandase; porque, siendo muy desemejante á él en la crueldad, resistiendo á toda maldad, enteramente habia ganado la voluntad de todo el pueblo. Y no le engañó la esperanza, porque por ser tenida por mujer muy pia alcanzó el reino y principado. Porque sabia muy bien la costumbre que los de su patria tenian, y aborrecia desde el principio al que quebrantaba las leyes sagradas. Como esta tuviese dos hijos habidos de Alejandro, al mayor llamado Hircano, parte por ser primogénito, le declaró pontífice, y parte tambien porque era mas reposado, sin que pudiese tenerse esperanza que seria molesto á alguno, le hizo rey: y el menor, llamado Aristóbulo, quiso mas que viviese privadamente, porque mostraba ser mas bullicioso y levantado. Juntóse con el señorío de esta mujer una parte de los judíos que era la de los fariseos, los cuales honraban y acataban mas la religion, al parecer, que todos los demás, y declaraban mas agudamente las leyes, y por esta causa los tenia en mas Alejandra, sirviendo á la religion divina supersticiosamente. Estos, disimulando con la simple mujer, eran tenidos ya como procuradores de ella, mudando á sus voluntades, quitando y poniendo, encarcelando y librando á cuantos les parecian; de tal manera, que parecian ser ya ellos los reyes, segun gozaban de los provechos reales: y Alejandra habia de pagar las expensas y gastos, y sufrir todos los trabajos. Pero esta tenia un maravilloso tacto en saber regir y administrar las cosas mas altas y mas importantes; y puesta toda en acrecentar su gente hizo dos ejércitos, con no pocos socorros que hubo por su sueldo, con los cuales nó solo fortificó el estado de su gente, sino que se hizo aun de temer al poder de los extranjeros. Y como mandase á todos, ella sola obedecia á los fariseos de su buena voluntad. Mataron finalmente á Diógenes, varon muy señalado, que habia sido muy amigo de Alejandro; dando por causa de su muerte, que aquellos ochocientos, de los cuales hemos hablado arriba, fuéron puestos en cruz por el rey á instancia de este, y trabajaban en inducir y persuadir á Alejandra que matase á todos los demás, por cuya autoridad y consejo se habia movido contra ellos Alejandro. Estando ella tan puesta en obedecer con demasiada supersticion á estos fariseos, á los cuales no queria contradecir en nada, mataban á quien querian con tal cubierta, hasta que todos los mejores que estaban en peligro se vinieron huyendo á Aristóbulo; y este persuadió á su madre que los perdonase por la dignidad que tenian, y á los que pensaba ser dañosos, los echase de la ciudad. Alcanzando estos licencia esparciéronse por toda la tierra. Alejandra envió un ejército á Damasco, porque Tolomeo tenia en grande y muy continuo aprieto la ciudad, la cual ella tomó sin hacer cosa alguna memorable. Solicitó con pactos y dones al rey de Armenia Tigranes que cercaba á Cleopatra, habiendo juntado su gente con Tolomeo. Pero él se habia retirado ya mucho antes, por el levantamiento y discordia que habia entre los suyos, después de haberse Lúculo entrado por Armenia. Estando en esto enfermó Alejandra; y su hijo menor Aristóbulo, con todos sus criados, que solian ser muchos y muy fieles, y estar en la flor de su edad, se apoderó de todos los castillos; y con el dinero que en ellos halló, hizo gente de sueldo, y levantóse por rey. Por esto la madre de Hircano, con misericordia de las quejas que el pueblo la echaba, encerró á la mujer de Aristóbulo en un castillo que está edificado cerca del templo á la parte del septentrion: llamábase este, como antes dijimos, Baro, y después le llamaron torre Antonia, siendo Antonio emperador, así del nombre de Augusto y de Agripa, fueron llamadas como las otras ciudades Sebaste y Agripia. Pero antes murió Alejandra que tomase venganza en Aristóbulo de

las injurias de su hermano Hircano, al cual habia trabajado por echar del reino, donde habia ella reinado nueve años. Quedó por heredero de todo Hircano, á quien ella, siendo aun viva, habia encomendado todo el reino. Pero llevábale gran ventaja en esfuerzo y autoridad Aristóbulo: y habiendo peleado entrambos cerca de Jericó por quién seria señor de todo, muchos, dejando á Hircano, se pasaron á Aristóbulo. De donde huyendo Hircano llegó al castillo llamado Antonia, en donde se recogió; y alcanzando allí rehenes para seguridad de su salud y vida, porque (segun arriba hemos contado) aquí estaban con guardas los hijos y mujer con Aristóbulo: antes que le aconteciese algo que fuese peor, volvió en concordia y amistad con tal ley, que quedase el reino por Aristóbulo; y que él lo dejase, contentándose, como hermano del rey, con otras honras. Reconciliados y hechos de esta manera amigos dentro del templo, habiendo el uno abrazado al otro, delante de todo el pueblo que allí estaba, truecan las cosas y Aristóbulo toma posesion de la casa real, é Hircano de la casa de Aristóbulo.

V. Creció en todos sus enemigos el miedo, por ver que mandaba, y que habia alcanzado el señorío tan contra la esperanza que tenian, aunque principalmente á Antípatro, el cual era el mal cabido delante de Aristóbulo y muy aborrecido. Era este de linaje idumeo, principal entre toda su gente tanto en nobleza, como en riqueza. Este, pues, amonestaba y trabajaba en inducir á Hircano, que recurriese á Areta, rey de los árabes, y con su ayuda cobrase el reino: por otra parte trabajaba en persuadir á Areta, que recibiese en su reino á Hircano y se lo llevase consigo, menoscabando y diciendo mal de las costumbres de Aristóbulo, loando y levantando mucho á Hircano: y junto con esto amonestaba, que á él convenia, presidiendo á un reino tan esclarecido, dar la mano á los que estaban oprimidos por maldad é injusticia; y que Hircano padecia la injuria, el cual habia perdido el reino, que por derecho de sucesion le pertenecia. Instruidos, pues, y apercibidos entrambos de esta manera, una noche salió de la ciudad juntamente con Hircano, y púsose en salvo con la gran diligencia que se dió en correr, y así se vino á recoger á un lugar que se llama Petra, á donde tiene su asiento el rey de Arabia. Y después que entregó en manos del rey Areta á Hircano, recabó de aquel con muchas palabras y muchos dones, que socorriese á Hircano para hacerle cobrar su reino. Hízolo con cincuenta mil hombres de á pié y de á caballo, á los cuales no pudo resistir Aristóbulo, antes vencido en el primer encuentro fué forzado á huir hácia Jerusalen: y fuera ciertamente preso, si el capitan de los romanos Escauro no sobreviniera é hiciera levantar el cerco que tenia, porque este habia sido enviado por Pompeyo Magno, que entónces tenia guerra con Tigranes, de Armenia á Siria; pero cuando llegó á Damasco, halló que la ciudad era nuevamente tomada por Metolio y Lolio. Habiendo, pues, apartado y echado á aquellos de allí, y sabiendo lo que pasaba en Judea, determinó el correr allá como á negocio de ganancia y provecho. En la hora que hubo entrado dentro de los términos de Judea, viénenle embajadores de los judíos por los dos hermanos, rogándole entrambos, cada uno por sí, que viniese antes en su ayuda que nó en la del otro. Pero, corrompido por trescientos talentos que Aristóbulo le envió, menospreció la justicia: porque después de haber recibido este dinero, Escauro envió embajadores á Hircano y á los árabes, trayéndole delante y amenazando con el nombre de los romanos y de Pompeyo, si no deshacian el cerco de la villa. Por lo cual amedrentado Areta sálese de Judea, y recógese en Filadelfia, y Escauro vuélvese á Damasco. Aristóbulo, mientras no lo veía preso, no pensó que le bastaba: pero, recogiendo todo el ejército que tenia, trabajaba en perseguir en todas maneras á los enemigos, y trabando batalla cerca de un lugar que se llama Papirona mató de ellos mas de seis mil hombres, entre los cuales fué uno Céfalo, hermano de Antípatro. Hircano y Antípatro, privados ya del socorro de los árabes, pusieron sus esperanzas en los contrarios; y como hubiese llegado Pompeyo á Damasco, despues de haber entrado en Siria, recurrieron á él, y dándole muchos dones, comienzan á contarle todas aquellas cosas que antes habian tambien dicho á Areta, rogándole mucho, que venciendo la fuerza y violencia de Aristóbulo, restituyese el reino á Hircano, á quien era debido, tanto por edad, como por bondad de costumbres: pero Aristóbulo no se durmió en esto, confiando en Escauro por el dinero que le habia dado. Habia venido tan adornado y vestido tan regiamente como le habia sido posible, y enojado despues por la sujecion, y pensando que no era cosa digna que un rey tuviese tanta cuenta con el provecho, volvíase de Diópolis. Enojado por esto Pompeyo, viene contra Aristóbulo persuadiéndoselo Hircano y sus compañeros con el ejército romano, y seguido tambien del socorro de los de Siria. Y habiendo pasado por Pela y por Escitópolis viene á Coreas, en donde comienza el señorío de los judíos y los términos de sus tierras, entrando en los lugares mediterráneos. Y entendiendo que Aristóbulo se habia recogido á Alejandrio, que es un castillo magníficamente edificado en un alto monte, envió gente que le hiciesen salir y descender de allí. Pero él tenia determinado, pues era la contienda por el reino, de querer antes poner en peligro su vida, que no sujetarse al imperio y mando de otro: veia que el pueblo estaba muy amedrentado y que sus amigos le aconsejaban que pensase en el poder y fuerza de los romanos, la cual no habia de poder sufrir. Por lo cual, obedeciendo al consejo de todos estos, viénese delante de Pompeyo á quien como hubiesen hecho entender cuán justamente reinaba, mandóle que se volviese al castillo; y saliendo otra vez desafiado por su hermano, habiendo primero tratado con él de su derecho, volvió al castillo, sin que Pompeyo se lo prohibiese. Estaba con esperanza y temor y venia con intencion de suplicar á Pompeyo que le dejase en libertad para que volviese al monte, porque no pareciese derogar y afrentar la real dignidad. Pero porque Pompeyo le mandaba salir de los castillos y aconsejaba á los presidentes y capitanes de ellos que se saliesen, á los cuales él habia mandado que no obedeciesen sin ver primero cartas de su mano propia escritas, hizo lo que mandaba: pero vínose á Jerusalen muy indignado, y pensaba en averiguar aquello con Pompeyo por las armas. Pero este no tuvo por cosa buena ni de consejo darle tiempo para que se aparejase para la guerra, antes luego comienza á perseguirle. Mucha alegría habia cobrado por saber la muerte de Mitridates, estando ya cerca de Jericó, donde la tierra es muy fértil y hay muchas palmas y mucho bálsamo: de cuyo árbol ó tronco, cortado con unas piedras muy agudas, se destilan unas gotas como lágrimas, las cuales ellos recogen. Habiéndose, pues, detenido allí toda una noche, luego á la mañana veníase con gran priesa á Jerusalen. Espantado Aristóbulo con esta nueva, y con el ímpetu del contrario, sálele al encuentro, suplicando, prometiendo dinero, y diciendo que él y la ciudad se le rendirian; y con esto amansó la saña de Pompeyo. Pero nada de lo que habia prometido cum-

plió: porque siendo enviado Gabinio paro cobrar el dinero prometido, los compañeros de Aristóbulo no quisieron ni aun recibirle en la ciudad. Movido con estas cosas Pompeyo prende á Aristóbulo, y mándale poner preso; y partiendo para la ciudad descubria y miraba por qué parte tenia mejor y mas fácil entrada: porque no veia de qué manera pudiese combatir los muros que estaban muy fuertes, y un foso al rededor del muro muy espantable, y estaba allí muy cerca el templo cercado y rodeado de tan segura defensa, que aunque tomasen la ciudad, todavía tenian allí los enemigos muy seguro lugar para recogerse. Estando, pues, él mucho tiempo dudando y pensando sobre esto, levantóse una sedicion y revuelta dentro de la ciudad: los compañeros y amigos de Aristóbulo decian y eran de parecer que se hiciese guerra, y que se debia trabajar por librar á su rey; pero los que eran de la parcialidad de Hircano decian, que debian abrir las puertas, y dar entrada á Pompeyo. Y el miedo de los otros hacia mayor el número de éstos, pensando y teniendo delante el valor y constancia de los romanos. Vencida, pues, al fin la parte de Aristóbulo, fuése huyendo al templo, y derribando un puente, con el cual el templo se juntaba con la ciudad, todos se aparejaban para resistirle, y sufrir en él cuanto posible les fuese. Y como los otros que quedaban hubiesen recibido á los romanos dentro de la ciudad, y les hubiesen entregado la casa y palacio real; para ver estas cosas Pompeyo, envió uno de sus capitanes, llamado Pison, con muchos soldados; y puestos de guarnicion dentro la ciudad, no pudiendo persuadir la paz á los que se habian recogido dentro del templo, aparejaba todo cuanto podia y hallaba al rededor de allí, para combatirlos, pues Hircano y sus amigos estaban muy firmes y muy prontos para seguir el acuerdo, aconsejar lo necesario, y obedecer á cuanto les fuese mandado. Él estaba á la parte septentrional llenando el foso aquel tan hondo con todo cuanto los soldados le podian traer, siendo esta obra de sí muy difícil por la gran hondura del foso, y tambien porque los judíos trabajaban por la parte alta en resistirles de toda manera: y quedara el trabajo imperfecto, y sin acabar, si Pompeyo no tuviera gran cuenta con los dias que suelen guardar por sus fiestas los judios, que por su religion tienen mandado guardar el séptimo dia, sin hacer nada; en los cuales mandó, que pues los soldados de dentro no salian á defenderse, los suyos no peleasen, antes con gran diligencia llenasen el foso. Porque los judíos no tienen licencia de hacer nada en las fiestas, sino solo defender su cuerpo si algo les acontece. Henchido, pues, el foso, y puestas sus máquinas, las cuales habia traido de Tiro, y hechas sus torres encima de sus montecillos, comenzaron á combatir los muros. Los de arriba fácilmente los echaban de ellos con piedras, aunque mucho tiempo resistiesen á las torres excelentes en grandeza y gentileza, y sufriesen la fuerza de los que contra ellos peleaban. Pero, cansados entónces los romanos, Pompeyo maravillábase al ver el trabajo grande que los judíos sufrian con gran tolerancia; y principalmente porque estando entre las armas, no dejaban perder punto, ni cosa alguna de lo que tocaba á sus ceremonias, antes, ni mas ni menos que si tuvieran muy sosegada paz, celebraban cada dia los sacrificios y ofrendas, y honraban á Dios con muy gran diligencia. Ni aun en el mismo tiempo que los mataban cerca del ara, dejaban de hacer todo aquello á que legítimamente estaban obligados para cumplir con su religion. Tres meses después que tenian puesto el cerco, sin haber casi derribado ni una torre, dieron el asalto, y el primero que osó subir por el muro, fué Fausto Cornelio, hijo de Sila, y después dos centuriones con él, Furio y Fabio, con sus escuadras: y habiendo rodeado por todas partes el templo, mataron á cuantos se retiraban á otra parte, y á los que en algo les resistian. Á donde, aunque muchos de los sacerdotes viesen venir con las espadas desnudas los enemigos contra ellos, no por eso dejaban de entender las cosas divinas y tocantes al servicio de Dios, tan sin miedo como antes solian, y en el servicio del templo y sacrificios los mataban, teniendo en mas la religion que su salud. Los naturales y amigos de la otra parte mataban muchos de estos; muchos se despeñaban, otros se echaban á los enemigos como furiosos, encendidos todos los que estaban por el muro en gran ira y desesperacion. Murieron finalmente en esto doce mil judíos y muy pocos romanos, aunque hubo muchos heridos. Nada pareció mas grave, ni de mayor pérdida á los judíos, que fué descubrirse aquel secreto santo é inviolado, no visto antes por ninguno, á todos los extranjeros. Entrando, pues, finalmente Pompeyo juntamente con sus caballeros dentro del templo, á donde no era lícito á ninguno entrar, excepto al pontífice, vió y miró los candeleros que allí habia encendidos, y las mesas, en las cuales acostumbraban celebrar sus sacrificios y quemar sus inciensos: vió tambien la multitud de perfumes y olores que tenian, y el dinero consagrado, que era bien la suma de dos mil talentos. Pero no tocó, ni á esto, ni á otra cosa alguna de las riquezas del sagrario, antes el siguiente dia, después de la matanza, mandó limpiar el templo á los sacristanes, y que celebrasen sus solemnidades sagradas. Entónces les declaró por pontífice á Hircano, por haberse regido y mostrado con él en todo, y principalmente en el tiempo del cerco, muy valeroso, y por haber retirado gran muchedumbre de villanos de los que seguian la parte de Aristóbulo, con lo cual ganó la amistad de todo el pueblo, mas por benevolencia y mansedumbre, segun conviene á cualquier buen emperador, que por temor ni amenazas. Fué preso entre los cautivos el suegro de Aristóbulo, que le era tambien tio, hermano de su padre, y descabezó á todos los que supo que habian sido principalmente causa de aquella guerra. Dió muchos dones á Fausto, y á todos los demás que se habian batido valerosamente en la guerra, puso en tributo á Jerusalen; y mandó que las ciudades que habia tomado á los judíos en Celosiria, obedeciesen al presidente romano ó gobernador que entónces era, y encerrólos dentro de sus mismos términos solamente. Renovó tambien, por amor de un liberto suyo, llamado Demetrio Gadarense, á Gadara, la cual habian derribado los judíos. Libró del imperio de aquellos las ciudades mediterráneas, las cuales no habian derribado, por ser allí alcanzados y prevenidos antes, á saber, Hipon, Escitópolis, Pela, Samaria, Marisa y Azoto, Yana y Aretusa, y con ellas las marítimas tambien, Gaza, Joppé, Dora, y aquella á donde estaba la torre de Estraton, aunque después fueron edificados aquí en esta ciudad muy lindos edificios por el rey Herodes, y fué llamada Cesarea. Y habiéndolas vuelto todas á sus naturales ciudadanos, juntólas con la provincia de Siria. Y dejando la administracion de Siria, de Judea y de todo lo demás hasta los términos de Egipto y el rio Éufrates con dos legiones ó compañías de gente á Escauro, él se volvió con gran prisa á Roma por Cilicia, llevándose cautivo á Aristóbulo con toda su familia. Tenia dos hijas y otros tantos hijos, de los cuales el uno, llamado Alejandro, se le huyó en el camino, y el menor que era Anti-

gono, fué llevado á Roma con sus hermanas.

VI. Habiendo entretanto Escauro entrado en Arabia no podia llegar á la que ahora se llama Petreya, por la dificultad y aspereza del camino, pero talaba y destruia cuanto habia al rededor, aunque estaba afligido con muchos males en estas tierras: el ejército padecia hambre, é Hircano proveyó de todo lo necesario, por medio de Antípatro, para su mantenimiento, al cual Escauro le envió por embajador como muy familiar y amigo de Areta, para que dejase la guerra é hiciesen conciertos de paz. De esta manera en fin persuadieron al árabe que diese trescientos talentos, y Escauro entónces retrajo de Arabia su ejército. Pero Alejandro, hijo de Aristóbulo, aquel que se habia huido de Pompeyo, habiendo juntado mucha gente en este medio tiempo, venia hácia Hircano muy enojado y destruia y robaba á Judea, pensando que presto la podria ganar y vencerle á él porque confiaba que el muro de Jerusalen, que habia sido derribado por Pompeyo, estaria ya renovado si Gabinio, sucesor de Escauro, el cual habia sido enviado á Siriano, se mostrara muy fuerte y valeroso en lo demás, pero principalmente contra Alejandro, con su ejército. Por lo cual, temiendo aquel la fuerza de este Gabinio, trabajaba en acrecentar el número de su gente; hasta tanto que llegaron á número de diez mil de á pié y mil quinientos caballos, y fortalecia los lugares y villas que le parecian ser buenos para resistir á la fuerza; como Alejandrio, Hircanio y Macherunta que están no lejos de los montes de Arabia. Gabinio, pues, habiendo enviado delante á Marco Antonio con parte de su ejército, le seguia con todo lo demás. Los compañeros escogidos de Antípatro y la otra multitud de los judíos, cuyos príncipes eran Malico y Pitolao, habiendo juntado sus fuerzas con Marco Antonio salieron al encuentro á Alejandro; pero no estaba muy lejos ni muy atrás de este Gabinio con toda su gente. Viendo Alejandro que no podia resistir ni sufrir tanta multitud de enemigos huyó. Y habiendo llegado ya cerca de Jerusalen fué forzado á pelear; y habiendo perdido seis mil hombres de los suyos, tres mil presos y tres mil derribados, salvóse con los demás. Pero cuando Gabinio llegó al castillo de Alejandrio, habiendo sabido que muchos habian desamparado el ejército, prometiendo á todos general perdon, trabajaba de llegarlos á él y juntarlos consigo antes que darles batalla; pero como ellos no humillasen su pensamiento ni quisiesen conceder lo que Gabinio queria, mató á muchos de ellos y cerró á los demás en el castillo. En esta guerra el capitan Marco Antonio hizo muchas cosas de nombre, y aunque siempre y en toda parte se habia mostrado varon muy fuerte y muy valeroso, pero ahora últimamente venció todo nombre y dió de sí mucho mayor ejemplo que hasta el presente habia dado. Dejando Gabinio gente para combatir el castillo, él se vino á todas las otras ciudades, confirmando las que no habian sido ocupadas, reparando y levantando de nuevo las que habian sido derribadas. Finalmente, por mandamiento de este se comenzó á habitar en Escitópolis, en Samaria, en Antedon, en Apolonia, en Jamnía, en Rafia, en Marisa, en Dora, en Gadara, en Azoto, y en otras muchas con grande alegría de los ciudadanos; porque de todas partes venian para habitar en ellas. Ordenadas estas cosas de esta manera, volviéndose á Alejandrio, apretaba mucho mas el cerco. Por lo que Alejandro muy espantado le envió embajadores, desconfiando ya de todo y rogando que le perdonase, y él le entregaria sin alguna falta los castillos que le obedecian, los cuales eran el de Hircanio, y el otro el de Macherunta; tambien le dió y dejó en su poder Alejandrio. Gabinio lo derribó todo de raíz por consejo de la madre de Alejandro, porque no fuesen ocasion de otra guerra, ú de recogimiento para ella. Estaba ella con Gabinio para ablandarle con sus regalos, temiendo algun peligro para su marido y los demás que habian sido llevados cautivos á Roma. Pasadas todas estas cosas, habiendo Gabinio llevado á Jerusalen á Hircano y habiéndole encomendado el cargo del templo, puso por presidentes de toda la otra república á los mas principales de los judíos. Dividió en cinco partes, como congregaciones, toda la gente de los judíos: la una de estas puso en Jerusalen, la otra en Doris, la tercera mandó que estuviese en la parte de Amatunta, la cuarta en Jericó, y la quinta fué dada á Séfora, ciudad de Galilea. Los judíos entónces, librados del imperio y señorío de uno, eran regidos por sus príncipes con gran contentamiento; pero no mucho después acaeció, que, habiéndose librado de Roma Aristóbulo les fué principio de discordias y revueltas; el cual, juntando mucha gente de los judíos, parte por ser deseosa de mudanzas y novedades, parte tambien por el amor que antiguamente le solian tener, tomó primero á Alejandrio, y trabajaba para cercarla con muro. Después, sabido como Gabinio enviaba contra él tres capitanes, Sisena, Antonio y Servilio, vínose á Macherunta: y dejando la gente vulgar y que no era de guerra, la cual antes le era carga que no ayuda, salió trayendo consigo de gente muy en órden y bien armada no mas de ocho mil; entre los cuales venia tambien Pitolao, regidor de la segunda congregacion que habemos dicho, habiendo huido de Jerusalen con número de mil hombres. Los romanos los seguian, y dada la batalla, Aristóbulo detuvo á los suyos peleando muy fuertemente algun tiempo, hasta tanto que fueron vencidos por la fuerza y poder grande de los romanos: allí murieron cinco mil hombres, y dos mil se recogieron á una gran cueva, y los otros mil rompieron por medio de los romanos, y cerráronse en Macherunta. Habiendo, pues llegado allí á primera hora de la noche ó sobretarde el rey, y puesto su campo en aquel lugar que estaba destruido, confiaba que haria treguas; y durando estas juntaria otra vez gente, y fortaleceria muy bien el castillo. Pero habiendo sostenido la furia de los romanos por espacio de dos dias mas de lo que le era posible, á la postre fué tomado y llevado delante de Gabinio atado junto con Antígono su hijo, el cual habia estado en la cárcel con él, y de allí fué llevado á Roma. Pero el senado le mandó poner en la cárcel, y pasó los hijos de este á Judea: porque Gabinio habia escrito en varias cartas, que los habia prometido á la mujer de Aristóbulo, por haberle entregado los castillos. Habiéndose después Gabinio aparejado para hacer guerra con los partos, fuéle impedimento Tolomeo: el cual, habiendo vuelto del Éufrates, venia á Egipto sirviéndose de Hircano y de Antípatro, como de amigos para todo cuanto su ejército tenia necesidad: porque Antípatro le ayudó con dineros, armas, mantenimientos y con gente de guerra. Y guardando los judíos los caminos que están hácia la vía de Pelusio, persuadió que enviasen allá á Gabinio: pero con la partida de Gabinio la otra parte de Siria se revolvió; y Alejandro, hijo de Aristóbulo, movió otra vez los judíos á que se rebelasen: y juntando gran muchedumbre de ellos, mataba y destrozaba á cuantos romanos hallaba por aquellas tierras. Gabinio, temiéndose de esto, porque ya habia vuelto de Egipto, y viendo la revuelta que se aparejaba, envió delante á Antípatro, y persuadió á algunos de los que estaban revueltos que se concordasen con ellos é hiciesen amigos. Habian quedado con Alejandro trein-

ta mil hombres, por lo cual estaba, y de sí lo era él tambien, muy dispuesto para la guerra. Salió finalmente al campo y viniéronle los judíos al encuentro; y peleando cerca del monte Tabor, murieron diez mil de ellos; y los que quedaron salváronse huyendo por diversas partes. Vuelto Gabinio á Jerusalen, porque esto quiso Antípatro, apaciguó y compuso su república: después, partiendo de aquí, venció en batalla á los nabateos, y dejó ir escondidamente á Mitridates y á Orsanes procedentes de los partos persuadiendo á los soldados que se habian huido. En este medio fuéle dado por sucesor Craso, el cual gobernó la parte de Siria. Este, para el gasto de la guerra de los partos, tomó todo el resto del tesoro del templo que estaba en Jerusalen, que eran aquellos dos mil talentos, á los cuales Pompeyo no habia querido tocar. Después, pasando el Éufrates, él y todo su ejército perecieron; de lo cual ahora no se hablará, por no ser este su tiempo ni oportunidad. Después de Craso, Casio, siendo recibido en aquella provincia, detuvo y refrenó á los partos que se entraban por la Siria, y con el favor de este venia á prisa grande para Judea; y prendiendo á los tariceos, puso en servidumbre y cautiverio tres mil de ellos. Mató tambien á Pitolao, persuadiéndoselo Antípatro, porque recogia todos los revolvedores y parciales de Aristóbulo. Tuvo este por esposa una noble mujer de Arabia llamada Cipria, de la cual hubo cuatro hijos, Faselo, Herodes, rey, Josefo Ferora, y una hija llamada Salomé. Y como procurase ganar la amistad de cuantos sabia que eran poderosos, recibiendo á todos con mucha familiaridad, mostrándose con todos huésped y buen amigo, principalmente juntó consigo al rey de Arabia por casamiento y parentesco; y encomendando á su bondad y fé sus hijos, él se los envió: porque habia determinado y tomado á cargo el hacer guerra contra Aristóbulo. Casio, habiendo compelido y forzado á Alejandro á que descansase, volvióse hácia el Éufrates para defender sus riberas contra los partos, de los cuales en otro lugar después trataremos.

VII. Habiéndose César apoderado de Roma y de todo el imperio, después de haber huido el senado y Pompeyo de la otra parte del mar Jonio, librando de la cárcel á Aristóbulo, enviólo con diligencia con dos compañías á Siria, pensando que fácilmente podria sujetar á ella y á los lugares vecinos de Judea; pero la esperanza de César y la alegría de Aristóbulo las aguó la envidia. Porque muerto este con ponzoña por los amigos de Pompeyo, estuvo sin sepultura en su misma patria algun tiempo, y guardaban el cuerpo del muerto embalsamado con miel, hasta tanto que Antonio proveyó que fuese sepultado por los judíos en los sepulcros reales. Fué tambien muerto su hijo Alejandro mandado descabezar por Escipion en Antioquía, segun cartas de Pompeyo, habiéndose primero examinado su causa públicamente sobre todo lo que habia cometido contra los romanos. Tolomeo, hijo de Meneo, que tenia asiento en Calcidia bajo del monte Líbano, prendiendo á sus propios hermanos, envió á su hijo Filipion á Ascalona que los detuviese é hiciese recoger; y él, sacando á Antígono del poder de la mujer de Aristóbulo, y á sus hermanas tambien, llevólas á su padre. Y enamorándose de la menor de ellas, casóse con ella; por lo cual fué después muerto por su padre. Y Tolomeo, después de muerto el hijo, tomó por mujer á Alejandra; y por causa de este parentesco y afinidad, miraba por sus hermanos con mayor cuidado. Muerto Pompeyo, Antípatro se pasó á la amistad de César: y porque Mitridates Pergameno estaba detenido con el ejército que llevaba á Egipto en Ascalona, imposibilitado de pasar á Pelusio, no solo movió los árabes, aunque fuese él extranjero y huésped en aquellas tierras, á que le ayudasen, pero tambien compelió á los judíos que le socorriesen con cerca de tres mil hombres, todos muy armados. Movió tambien en socorro y ayuda suya á los poderosos de Siria; y á Tolomeo que habitaba en el monte Líbano, y á Jamblico, y al otro Tolomeo; y por causa de ellos, las ciudades de aquella region emprendieron y comenzaron la guerra con ánimo pronto todas, y muy alegre. Confiado ya de esta manera Mitridates por verse poderoso con la gente y ejército de Antípatro vínose á Pelusio; y siéndole prohibido el pasaje, puso cerco á la villa, y Antípatro se mostró mucho en este cerco. Porque habiendo roto el muro de aquella parte que á él le cupo, fué el primero que dió asalto á la ciudad con los suyos; y así fué tomada Pelusio; pero los judíos de Egipto, aquellos que habitaban en las tierras que se llaman Onías, no los dejaban pasar mas adelante. Y Antípatro, no solo persuadió á los suyos que no los estorbasen ni impidiesen, sino que les diesen lo necesario para mantenimiento. De donde sucedió, que los mentitas no fuesen combatidos; antes voluntariamente se entregaron á Mitridates: y habiendo este proseguido adelante su camino por las tierras de Delto, peleó con los otros egipcios en un lugar que se llama Castra de los judíos el cual libró á Antípatro por su parte, que era la derecha, de todo mal: y yendo al rededor del rio con buen órden, vencia el escuadron que estaba á la parte izquierda fácilmente. Y arremetiendo contra aquellos que iban persiguiendo á Mitridates, mató á muchos de ellos y persiguió tanto á los que quedaban y huian, que vino á ganar el campo y tiendas de los enemigos, habiendo perdido no mas de ochenta de los suyos. Pero Mitridates huyendo perdió de los suyos ochocientos: y saliendo él de la batalla salvo sin que tal se confiase, vino delante de César como testigo, sin envidia de las cosas hechas por Antípatro. Por lo cual él movió á Antípatro entónces con esperanza y loores grandes, á que menospreciase todo peligro por su causa; y así fué hallado en todo como hombre de guerra muy esforzado y valeroso: porque habiendo sufrido muchas heridas tenia por todo el cuerpo las señales en prueba de su valor. Después, cuando habiendo apaciguado las cosas de Egipto se volvió á Siria, nombróle ciudadano de Roma, dejándole gozar de todas las libertades, honrándole en todas las cosas, y mostrándole en todo mucha amistad: hizo que los otros se esforzasen mucho en imitarle, como á hombre muy digno; y por causa y favor suyo confirmó el pontificado á Hircano.

VIII. En el mismo tiempo Antígono, hijo de Aristóbulo, habiendo venido á César, fué causa que Antípatro ganase gran honra y mayor opinion de la que él pensaba alcanzar. Porque habiéndose de quejar de la muerte de su padre, envenenado por la enemistad de Pompeyo, segun lo que se podia juzgar, y debiendo acusar á Escipion de la crueldad que habia usado contra su hermano, sin mezclar alguna señal de su envidia con casos tan miserables, acusaba á Hircano y á Antípatro, porque lo echaban injustamente de su propio lugar y patria: y hacian muchas injurias á su gente, diciéndoles que no habian ayudado ni socorrido á César estando en Egipto por amistad, sino por temor de la discordia antigua, y por ser perdonados por haber favorecido á Pompeyo. Á estas cosas Antípatro, quitados sus vestidos, mostraba las llagas y heridas que habia recibido, y dijo no serle necesario mostrar con palabras el amor y fidelidad que habia guardado con César, pues tenia por manifiesto testigo su cuer-

po que claramente lo mostraba; y que antes se maravillaba él mucho del grande atrevimiento de Antígono, que, siendo enemigo de los romanos é hijo de otro enemigo huido de su poder, deseando perturbar las cosas, no menos que habia hecho su padre con sediciosas revueltas, osase parecer y acusar á otros delante del príncipe de los romanos, y quisiese tentar de alcanzar algun bien, debiéndose contentar con ver que le dejaban con vida. Pues él ahora no deseaba bienes, porque estuviese pobre, sino para revolver con los judíos aquellos que se los hubiesen dado. Cuando César hubo oido estas cosas, juzgó por mas digno del pontificado á Hircano; pero dejó después escoger á Antípatro la dignidad que quisiese. Este, dejándolo todo en poder de aquel que se lo entrégaba, fué declarado por procurador de toda la Judea; y además de esto impetró que le dejasen renovar y edificar otra vez los muros de su patria, que habian sido derribados. Estas honras mandó César que fuesen pintadas en tablas de metal, y puestas en el capitolio, para dejar á Antípatro y á sus descendientes memoria de su virtud. Habiendo, pues, acompañado á César desde Siria, Antípatro se volvió á Judea; y lo primero que hizo fué edificar otra vez los muros que habian sido derribados por Pompeyo, visitándolo todo porque no se levantasen algunas revueltas en todas aquellas regiones; amonestando una vez con consejo, otras amenazando; persuadiendo á todos que si corrian conformes con Hircano, vivirian en reposo, descansados y con abundancia de toda cosa, gozando cada uno de su bien y estado, y de la paz comun de toda la república; pero si se movian con la vana esperanza de aquellos que por hacerse ricos estaban deseando y aun buscando novedades y revueltas, entónces no le habian de tener á él como procurador del reino, sino como á señor de todo; y que Hircano les seria entónces tirano por rey, y habian de tener á César y á todos los romanos por capitales enemigos; los cuales les solian ser á todos muy buenos amigos y regidores, porque no habian de sufrir que se perdiese y menospreciase la potencia de este, al cual ellos habian elegido por rey. Pero, aunque decia esto, todavia él por sí, viendo que Hircano era algo mas negligente que se requeria, ni para tanto cuanto el reino tenia necesidad, regia el estado de toda la provincia, y le tenia muy ordenado. Hizo capitan de los soldados al hijo suyo mayor, llamado Faselo, en Jerusalen y en todo su territorio: y á Herodes, que era menor y demasiado mozo, enviólo por capitan de Galilea que tuviese el mismo cargo que el otro: y siendo de su naturaleza muy esforzado, halló presto materia y ocasion para mostrar y ejercitar la grandeza de su ánimo: porque, habiendo preso al príncipe de los ladrones y salteadores, Ezequías, al cual halló robando con mucha gente en las tierras cercanas á Siria, le mató á él y á muchos otros ladrones que le seguian. Fué esta cosa tan acepta y contentó tanto á los sirios, que iba Herodes cantado y divulgado por boca de todos en los barrios y lugares, como que él les hubiese restituido y vuelto la paz y sus posesiones. Por la gloria, pues, de esta obra, fué conocido por Sexto César, pariente muy cercano del gran César que estaba entónces en la administracion de toda la Siria. Y Faselo trabajaba en vencer con honesta contienda la virtuosa inclinacion y el nombre que su hermano habia ganado, acrecentando el amor que todos los de Jerusalen le tenian; y poseyendo esta ciudad, no hacia algo ni cometia cosa con la cual afrentase á alguno con soberbia del poderoso cargo que tenia. Por esto era Antípatro obedecido y honrado con honras de rey, reconociéndole todos como á señor, aunque nó por esto dejó de ser tan fiel y tan amigo de Hircano, como antes era. Pero no es posible que estando uno en toda su prosperidad carezca de envidia: porque Hircano, aunque antes le pesaba por ver la honra y gloria de los mancebos, y principalmente por las cosas hechas por Herodes, viéndose fatigar con tantos mensajeros y embajadores que levantaban y ensalzaban sus hechos, y que muchos envidiosos que suelen ser enojosos y aun fatales á los reyes, á los cuales dañaban la bondad de Antípatro y de sus hijos, le movian é instigaban, diciendo: que habia dejado todas las cosas á Antípatro y á sus hijos, contentándose solamente con un pequeño lugar para pasar su vida particularmente con tener solo el nombre de rey de balde y sin provecho alguno; y que hasta cuándo le habia de durar tal error de dejar alzar contra sí los otros por reyes. De manera que no se curaban ya de ser procuradores, si es que se querian mostrar señores desechando á él; porque sin mandarlo él y sin escribírselo, habia Herodes muerto tanta muchedumbre contra la ley de los judíos: y que si Herodes no era ya rey sino hombre particular, debia venir á ser juzgado por aquello, y dar cuenta al rey y á las leyes de su patria, las cuales no permiten ni sufren que alguno muera sin causa y sin ser condenado. Con estas cosas poco á poco encendian á Hircano; y á la postre, manifestando y descubriendo su ira, mandó llamar á Herodes que viniese á defender su causa; y él, por mandárselo su padre y con la confianza que las cosas que habia hecho le daban, dejando gente de guarnicion en Galilea, vino á ver al rey. Venia acompañado con alguna gente esforzada y muy en órden, por no parecer que derogaba á Hircano si traia muchos; ó por no parecer desautorizado, y dar lugar á la envidia de estos, si venia solo. Pero Sexto César, temiendo no le aconteciese algo al mancebo, y que sus enemigos hallándole solo no le hiciesen algun daño, envió mensajeros á Hircano que manifiestamente le denunciasen que librase á Herodes del crímen y culpa que le ponian y levantaban de homicida ó matador. Hircano, que de sí le amaba y deseaba esto mucho, absolvióle y dióle libertad. Él entónces pensando que habia salido contra la voluntad del rey, vínose á Damasco adonde estaba Sexto con ánimo de no obedecerle, si otra vez fuese llamado. Los revolvedores y malos hombres trabajaban de revolver otra vez y mover á Hircano contra Herodes, los cuales decian que Herodes se habia ido muy airado, por darse priesa para armarse contra él. Pensando Hircano ser esto así verdad, no sabia qué hacer porque veia ser su enemigo mas poderoso. Y como fuese Herodes publicado por capitan en toda Siria y Samaria por Sexto César; y no solo fuese tenido, por el favor que la gente le hacia, por muy esforzado, pero aun tambien por sus propias fuerzas, vino á temerlo en gran manera pensando que luego en la misma hora habia de mover su gente y traer el ejército contra él. Y no le engañó el pensamiento, porque Herodes, con la ira de cómo le habian acusado, traia gran número de gente consigo á Jerusalen, para quitar del reino á Hircano. Y lo hubiera ciertamente hecho así, si saliéndole al encuentro su padre y su hermano, no detuvieran su fuerza é ímpetu, rogando que se vengase con amenazarlos y con haberse enojado é indignado contra ellos, y que perdonase al rey, por cuyo favor habia alcanzado el poder que tenia: y que si por haber sido llamado y haber comparecido en juicio se enojaba y tomaba indignacion, que hiciese gracias por haber sido librado, y no satisfaciese solo á la parte que le habia eno-

jado y causado desplacer; pero tambien que no fuese ingrato á la otra que le habia librado salvamente. Y que si pensaba deberse tener cuenta con los sucesos de las guerras, considerase cuán inicua cosa es la malicia, y no se confiase del todo vencedor, habiendo de pelear con un rey muy allegado en amistad, y á quien él con razon debia mucho, pues no se habia mostrado jamás con él cruel ni poderoso, sino que por consejo de malos hombres y que mal les querian, habia mostrado y tentado contra él una sola sombra de injusticia. Herodes fué contento y obedeció á lo que le dijeron, pensando que bastaba, para lo que él confiaba, haber mostrado á toda su nacion su poder y fuerzas. Estando en estas cosas levantóse una discordia y revuelta entre los romanos estando cerca de Apamia: porque Celio Baso por favor de Pompeyo habia muerto con engaños á Sexto César, y se habia apoderado de la gente de guerra que Sexto tenia. Los otros capitanes de César perseguian con todo su poder á Baso, por vengar su muerte. Á los cuales Antípatro con sus hijos socorrió, por ser muy amigo de entrambos, es á saber del César muerto y del otro que vivia; y durando esta guerra vino Marco de Italia, sucesor de Sexto, de quien antes hablamos.

IX. En el mismo tiempo se levantó gran guerra entre los romanos, por engaños de Casio y de Bruto, muerto César despues de haber tenido aquel principado tres años y siete meses. Movido, pues, muy gran levantamiento por la muerte de este, y estando los principales hombres muy discordes entre sí, cada uno se movia por su propia esperanza á lo que veia y pensaba ser lo mejor y mas cómodo. Así vino Casio á Siria por ocupar y tomar bajo sí los soldados que estaban en el cerco de Apamia, donde hizo amigos á Marco y á toda la gente que estaba en discordia con Baso, y libró del cerco la ciudad. Y llevándose el ejército ponia pecho á las ciudades que por allí habia, sin tener medida en lo que pedia. Habiendo, pues, mandado á los judíos que ellos tambien le diesen setecientos talentos, temiendo Antípatro sus amenazas, dió cargo de llevar aquel dinero á sus hijos y amigos y principalmente á un amigo suyo, llamado Malico: tanto le apretaba la necesidad. Herodes por su parte trajo de Galilea cien talentos con los cuales ganó el favor de Casio, por lo cual era contado por uno de los amigos suyos mayores. Pero, reprendiendo á los demás porque se tardaban, enojábase con las ciudades, y habiendo destruido por esta causa á Gofna y Amaunta y otras dos ciudades las mas pequeñas y que menos valian, venia como para matar á Malico, por haber sido mas flojo y mas remiso en buscar y pedir el dinero de lo que él tenia necesidad. Pero Antípatro socorrió á la necesidad de este y de las otras ciudades, amansando á Casio con cien talentos que le envió. Mas, después de la partida de Casio, no se acordó Malico de los beneficios que Antípatro le habia hecho, antes buscaba peligros y ocasiones muchas para echar á perder á Antípatro, al cual solia él llamar defensor y protector suyo, trabajando en romper el freno de su maldad y quitar del mundo aquel que le impedia ejecutar sus malos deseos. De esta manera Antípatro, temiéndose de su fuerza, de su poder y de su maña, pasó el rio Jordan, para allegar ejército con el cual se pudiese vengar de las injurias. Y descubierto Malico, venció con su desvergüenza á los hijos de Antípatro tomándolos descuidados, porque importunó á Faselo que estaba por capitan en Jerusalen; y Herodes, que tenia cargo de las armas, con muchas escusaciones y sacramentos que lo reconciliasen con Antípatro por intercesion y medio de ellos mismos. Y vencido otra vez nuevamente Marco por los ruegos de Antípatro, estando por capitan de la gente de guerra en Siria, fué perdonado Malico, habiendo Marco determinado de matarle, por haber trabajado en revolver las cosas é innovar el estado que tenian. Guerreando el mancebo César y Antonio con Bruto y con Casio, Marco y Casio, habiendo juntado un ejército en Siria, por haberles ayudado mucho Herodes en tiempo que tenia necesidad, hácenle procurador de toda Siria, dándole parte de la gente de á caballo y de á pié, y Casio le prometió que si la guerra se acababa, le daria tambien en su regimiento todo el reino de Judea. Pero después aconteció que la esperanza y fortaleza del hijo, fuese causa de la muerte á su padre Antípatro. Porque Malico, por miedo de estos, habiendo sobornado y corrompido un criado de los del rey, dándole mucho dinero, le persuadió que le diese ponzoña junto con lo que habia de beber. Y la muerte de este después del convite fué premio y paga de la gran injusticia de Malico, habiendo sido varon esforzado y muy idóneo para el gobierno de las cosas, el cual habia cobrado y conservado el reino para Hircano. Viendo Malico enojado y levantado el pueblo por la sospecha que tenia de haber muerto con ponzoña al rey, trabajaba para aplacarle con negar el hecho, y buscaba gente de armas para poder estar mas seguro y mas fuerte: porque no pensaba que Herodes habia de cesar ni reposarse, sin venir en la hora con grande ejército, por vengar la muerte de su padre. Pero por consejo de su hermano Faselo, el cual decia que no le debian perseguir públicamente por no revolver el pueblo, y tambien porque Malico hacia diligencias para excusarse, recibiendo con la paciencia que mejor pudo la excusacion y dándole libre de toda sospecha, celebró honradísimamente las exequias al enterramiento de su padre. Vuelto después á Samaria, apaciguó la ciudad que se habia revuelto y casi levantado, y para las fiestas volvíase á Jerusalen, habiendo primero enviado gente de armas, y acompañado de ella tambien; mas Hircano le denunció, persuadiéndoselo Malico, por el miedo que tenia que no entrase con gente extranjera entre los ciudadanos que celebraban casta y santamente su fiesta. Pero Herodes menospreciando el mandamiento y aun á quien se lo mandaba tambien, entróse de noche. Y presentándosele Malico delante, lloraba la muerte de Antípatro. Herodes por el contrario, padeciendo dentro de su alma aquel dolor, disimulaba el engaño como mejor podia. Pero quejóse por cartas de la muerte de su padre con Casio, á quien era Malico por esta causa muy aborrecido. Respondióle finalmente, no solo que se vengase de la muerte de su padre, pero tambien mandó secretamente á todos los tribunos y gobernadores que tenia bajo de su mando, que ayudasen á Herodes en aquella causa que tan justa era. Y porque después, tomada Laodicea, venian á Herodes los principales con dones y con coronas, él tenia determinado este tiempo para la venganza. Malico pensaba que habia esto de ser en Tiro, por lo cual determinó el sacar á su hijo, que estaba entre los tirios en rehenes, y él se determinó de huir á Judea. Y por estar desesperado de su salud, pensaba cosas grandes y mas importantes: porque confió que habia de revolver la gente de los judíos contra los romanos, estando Casio ocupado en la guerra contra Antonio, y que echando á Hircano, alcanzaria fácilmente el reino. Por lo que sus hados tenian determinado, se burlaba de su esperanza vana: porque, sospechándose Herodes fácilmente de lo que habia determinado este en su ánimo y de cuanto trataba, llamóle á él y á Hircano, que se vi-

niesen á cenar con él. Y luego envió uno de los criados con órden de que fuese á aparejar el convite: pero mandóle que fuese á avisar á los tribunos y gobernadores, que le saliesen como espías. Ellos entónces, acordándose de lo que Casio les habia mandado, sálenle al encuentro todos armados á la ribera cercana de la ciudad, y rodeando á Malico diéronle tantas heridas que lo mataron. Espantóse Hircano y perdió el ánimo al oir esto; pero recobrándose algun poco y volviendo apenas en su sentido, preguntaba á Herodes que quién habia muerto á Malico, y respondió uno de los tribunos, que el mandamiento de Casio. Ciertamente, dijo, Casio me guarda á mí, y á mi reino salvó, pues él mató á aquel que buscaba la muerte de entrambos; pero no se sabe si lo dijo de ánimo y de su corazon, ó porque el temor que tenia le hacia comprobar el hecho. Y de esta manera tomó Herodes venganza de Malico.

X. Después que Casio salió de Siria, otra vez se levantó revuelta en Jerusalen, habiendo Félix venido con ejército contra Faselo y contra Herodes, queriendo con la pena de su hermano vengar la muerte de Malico. Sucedió por caso, que Herodes vivia en este tiempo en Damasco, con el capitan de los romanos Fabio; y cuando deseaba que Fabio no le pudiese socorrer, enfermó de grave dolencia. En este medio Faselo sin ayuda de alguno venció tambien á Félix, é injuriaba á Hircano llamándole ingrato, diciendo que habia hecho las partes de Félix y habia permitido que su hermano ocupase y se hiciese señor de los castillos de Malico; porque ya tenian muchos de ellos, y el mas fuerte y mas seguro, que era el de Masada. Pero no le pudo aprovechar algo contra la fuerza de Herodes, el cual después que convaleció, tomó todos los demás y dejóle ir de Masada, por rogárselo mucho y por mostrarse muy humilde; y echó á Marion, tirano de los tirios de Galilea, el cual poseia tres castillos, y perdonó la vida á todos los tirios que habia preso, y aun á algunos dió muchos dones y libertad que se fuésen; ganando con esto la benevolencia y amistad de la ciudad, él por su parte, y haciendo aborrecer el tirano á los otros. Este Marion habia ganado la tiranía en nombre de Casio, que habia puesto por capitanes en Siria muchos tiranos; pero por la enemistad de Herodes, traíase consigo á Antígono, hijo de Aristóbulo, y á Tolomeo, por causa de Fabio, el cual era compañero de Antígono, corrompido por dinero para ayudar á poner en efecto lo que tenia comenzado. Tolomeo servia y proveia con todo lo necesario á su yerno Antígono. Habiéndose armado contra estos Herodes y dádoles la batalla cerca de los términos de Judea, hubo la victoria; y habiendo hecho huir á Antígono, volvióse á Jerusalen y fué muy amado de todos, por haber tan prósperamente acabado todo aquello, en tanta manera, que aquellos que antes le eran enemigos y le menospreciaban, entónces se ofrecieron muy amigos á él, por la deuda y parentesco con Hircano. Porque este Herodes habia ya mucho tiempo antes tomado por mujer una de las naturales de allí, y noble, la cual se llamaba Doris, y habia habido en ella un hijo llamado Antípatro. Y entónces estaba casado con la hija de Alejandro, hijo de Aristóbulo, y llamábase Mariana nieta de Hircano, hija de su hija y por esto era muy amiga y familiar con el rey. Pero cuando Casio fué muerto en los campos filípicos, César se pasó á Italia, y Antonio se fué á Asia. Habiendo las otras ciudades enviado embajadores á Antonio en Bitinia, vinieron tambien los principales de los judíos á acusar á Faselo y á Herodes: porque, poseyendo ellos todo lo que habia, y haciéndose señores de todos, solamente dejaban á Hircano con el nombre de honrado. Á lo cual respondió Herodes muy aparejado, y con mucho dinero supo aplacar de tal manera á Antonio que despues no podia sufrir una palabra de sus enemigos; y así se hubieron entónces de partir. Pero como otra vez hubiesen venido á Antonio que estaba en Dasnes, ciudad cerca de Antioquía, enamorado ya de Cleopatra, cien varones de los mas principales elegidos por los judíos mas excelentes en elocuencia y en dignidad, propusieron su acusacion contra los dos hermanos; á los cuales respondia Mesala como defensor de aquella causa, estando presente Hircano por la afinidad y deudo. Oidas, pues, ambas partes, Antonio preguntaba á Hircano, cuáles fuesen los mejores para regir las cosas de aquellas regiones. Habiendo este señalado á Herodes y sus hermanos mas que á todos los otros y muy lleno de placer, porque su padre les habia sido muy buen huésped, y recibido por Antípatro muy humanamente en el tiempo que vino á Judea con Gabinio, él los hizo y declaró á entrambos por tetrarcas, dejándoles el cargo y procuracion de toda la Judea. Pero tomando esto á mal los embajadores, prendió quince de ellos y púsolos en la cárcel, á los cuales tambien mató. Á los otros todos echó con injurias, por lo cual se levantó mayor ruído en Jerusalen. Por esta causa otra vez enviaron mil embajadores á Tiro, á donde estaba entónces Antonio aparejado para venir contra Jerusalen; y estando ellos gritando á voces muy altas, el principal de los tirios vínose contra ellos alcanzando licencia para matar á cuantos prendiese: pero mandado por mandamiento especial que tuviese cuidado de confirmar el poder de aquellos que habian sido hechos tetrarcas por consentimiento y aprobacion de Antonio, antes que todo esto pasase, Herodes se vino hasta la orilla de la mar juntamente con Hircano, y amonestábalos con muchas razones, que no le fuesen á él causa de la muerte, y de guerra á su patria y tierra, estando en contenciones y revueltas tan sin consideracion. Pero indignándose ellos mas, cuanta mas razon les daban, Antonio envió gente muy en órden y muy bien armada y mataron muchos de ellos, é hirieron á muchos, é Hircano tuvo por bien de hacer curar á los heridos y dar á los muertos sepultura. Y con todo, no por esto los que habian huido se reposaban: porque perturbando y revolviendo la ciudad, movian é incitaban á Antonio, para que matase tambien á todos los que tenia presos.

XI. Estando Barzafarnes, sátrapa de los partos, apoderado dos años de la Siria con Pacoro, hijo del rey Lisanias, sucesor de su padre Tolomeo, hijo de Mineo, persuadió al sátrapa, después de haberle prometido mil talentos y quinientas mujeres, que pusiese á Antígono dentro del reino, y que sacase á Hircano de la posesion que tenia. Movido, pues, por este Pacoro, hizo su camino por los lugares que están hácia la mar, y mandó que Barzafarnes fuése por la tierra adentro. Pero la gente marítima de los sirios echó á Pacoro, habiéndole solo recibido los tolemaidos y los sidonios. Y él mandó á un criado que servia la copa al rey y tenia su mismo nombre, dándole parte de su caballería, que se viniese á Judea por saber lo que determinaban los enemigos; porque cuando fuese necesario pudiese socorrer á Antígono: mas, robando aquellos á Carmelo y destruyéndolo, muchos judíos se venian á Antígono muy aparejados para hacerles guerra y echarlos de allí. Él, entónces, enviólos que tomasen el lugar llamado Drimos. Trabando allí la batalla, y habiendo echado y hecho huir los enemigos, venian á priesa á Jerusalen, y habiéndose aumentado mucho el número de la gen-

te, llegaron hasta el palacio. Pero saliéndoles al encuentro Hircano y Faselo pelearon valerosamente en medio de la plaza, y siendo forzados á huir los de la parte de Herodes, los hicieron recoger en el templo, y puso sesenta varones en las casas que habia por allí cerca que los guardasen: pero el pueblo los quemó á todos, por estar airado contra los dos hermanos. Herodes, enojado por la muerte de estos, salió contra el pueblo, mató á muchos, y persiguiéndose cada dia unos á otros con asechanzas muchas, sucedian todos los dias muchas muertes. Llegada después la fiesta que ellos llamaban Pentecostes, toda la ciudad estuvo llena de gente popular, y la mayor parte de ella muy armada. Faselo en este tiempo guardaba los muros, y Herodes con poca gente el palacio real: acometiendo un dia á los enemigos súbitamente en un barrio de la ciudad mató muchos de ellos, é hizo huir los demás cerrando parte de ellos en la ciudad, otros en el templo, y otros en el postrer cerco ó muro. En este medio, Antígono suplicó que recibiesen á Pacoro, que venia para tratar de la paz. Habiendo impetrado esto de Faselo, recibió al parto dentro de su ciudad y hospedaje con quinientos caballeros, el cual venia con nombre y cubierta de querer apaciguar la gente que estaba revuelta, pero á la verdad su venida no era sino por ayudar á Antígono. Movió finalmente é incitó á Faselo engañosamente que enviase un embajador á Barzafarnes para tratar la paz, aunque Herodes era en esto muy contrario y trabajaba en disuadirlo, diciendo que matase aquel que le habia de ser traidor, y amonestando que no fiase en sus engaños, porque de su natural los bárbaros no guardan ni precian la fé, ni lo que prometen. Salió tambien por dar menos sospecha Pacoro con Hircano, y dejando con Herodes algunos caballeros, los cuales se llaman eleuteros, él con los demás seguia á Faselo. Cuando llegaron á Galilea, hallaron los naturales de allí muy revueltos y muy armados, y hablaron con el sátrapa que sabia encubrir harto astutamente, y con todo cumplimiento y muestras de amistad los engaños que trataba. Después de haberles finalmente dado muchos dones, púsoles muchas espías y asechanzas para la vuelta. Llegados ellos ya á un lugar marítimo llamado Ecdipon, entendieron el engaño; porque allí supieron de los mil talentos que le habian sido prometidos, y de las quinientas mujeres que Antígono habia ofrecido á los partos, entre las cuales estaban contadas muchas de las de ellos: y que los bárbaros buscaban siempre asechanzas para matarlos y que antes fueran presos, sino fuera porque se tardaron algo mas de lo que convenia, por prender en Jerusalen á Herodes, antes que proveido sabiendo aquello, se pudiese guardar. No eran ya estas cosas burlas ni palabras: porque veia que las guardas no estaban muy lejos, y con todo Faselo no permitió que desamparasen á Hircano, aunque Ofilio le amonestase muchas veces que huyese, á quien Saramala, hombre riquísimo entre los de Siria, habia dicho como le estaban puestas asechanzas y tenia armada la traicion. Pero él quiso mas venir á hablar con el sátrapa y decirle las injurias que merecia en la cara, por haberle armado aquellas traiciones y asechanzas; y principalmente, porque se mostraba ser tal por causa del dinero, y cómo estuviese él aparejado para dar mas por su salud y vida, que no le habia Antígono prometido por haber el reino. Respondiendo el parto, y satisfaciendo á todo esto engañosamente, echando con juramento de sí toda sospecha, vínose hácia Pacoro, y luego Faselo é Hircano fueron presos por aquellos partos que habian allí quedado mandados para aquel negocio, maldiciendo y blasfemando de él, como de hombre pérfido y perjuro. El copero, de quien habemos arriba hablado, trabajaba en prender á Herodes siendo enviado para esto solo, y tentaba de engañarle, haciéndole salir fuera del muro segun le habian mandado. Herodes, que solia tener mala sospecha de los bárbaros, y no dudando que las cartas que descubrian aquella traicion y asechanzas hubiesen venido á manos de los enemigos, no queria salir aunque Pacoro, fingiendo, pretendia que tenia harto idónea y razonable causa, diciendo que debia salir al encuentro á los que le traian cartas, porque no habian sido presos por los enemigos, ni se trataba en ellas algo de la traicion y asechanzas, antes solo lo que habia hecho Faselo venia escrito en ellas. Pero ya habia tiempo que Herodes sabia por otros como su hermano Faselo estaba preso, y la hija de Hircano Mariana, mujer prudentísima, le rogaba y suplicaba en gran manera, que no saliese ni se fiase ya en lo que manifiestamente mostraban que querian los bárbaros. Estando Pacoro tratando con los suyos de qué manera pudiese secretamente armar la traicion y asechanzas, porque no era posible que un varon tan sabio fuese salteado así á las descubiertas, una noche Herodes con los mas allegados y mas amigos vínose á Idumea sin que los enemigos lo supiesen. Sabiendo esto los partos comiénzanle á perseguir, y él habia mandado á su madre y hermanos, y á su esposa con su madre y al hermano menor, que se adelantasen por el camino adelante, y él con consejo muy remirado daba en los bárbaros; y habiendo muerto muchos de ellos en las peleas, veníase á recojer apriesa al castillo llamado Masada, y allí experimentó que eran mas graves de sufrir huyendo los judíos, que no los partos. Los cuales aunque le fueron siempre molestos y muy enojosos, todavía tambien pelearon á sesenta estadios de la ciudad algun tiempo. Saliendo Herodes con la victoria, habiendo muerto á muchos, honró aquel lugar con un lindo palacio que mandó edificar allí, y una torre muy fortalecida, en memoria de sus nobles y prósperos hechos, poniéndole nombre del suyo propio, llamándola Herodion. Y como iba entónces huyendo, así iba recogiendo gente y ganando la amistad de muchos. Después que hubo llegado á Tresa, ciudad de Idumea, salióle al encuentro su hermano Josefo, y persuadióle que dejase parte de la gente que traia, porque Masada no podria recojer tanta muchedumbre: llegaban bien á mas de nueve mil hombres. Tomando Herodes el consejo de su hermano, dió licencia á los que menos le podian ayudar en la necesidad que se fuésen por Idumeá, proveyéndoles de lo necesario, y detuvo con él los mas escogidos y mas amigos, y de esta manera fué recibido dentro del castillo. Después, dejando allí ochocientos hombres de guarnicion, para defender las mujeres y harto mantenimiento aunque los enemigos los cercasen, él pasó á Petra, ciudad de Arabia: pero los partos, volviendo á dar saco á Jerusalen, entrábanse por las casas de los que huian, y en el palacio real, perdonando solamente á las riquezas y bienes de Hircano, que eran mas de trescientos talentos, hallaron mucho menos de lo que todos de los otros esperaban, porque Herodes, temiéndose mucho antes de la infidelidad de los bárbaros, habia salvado todo cuanto tenia entre sus riquezas que fuese precioso, y todos sus compañeros y amigos habian hecho lo mismo. Después de haber ya los partos gozado del saco, revolvieron toda la tierra y moviéronla á discordias y guerras: destruyeron tambien la ciudad de Marisa, y no se contentaron con hacer á Antígono rey; pero aun pusieron en sus manos á Faselo y á Hircano para que los azotase. Antígono quitó las orejas á Hir-

cano con sus propios dientes á bocados: porque si en algun tiempo se librába, sucediendo las cosas de otra manera, no pudiese ser pontífice: porque conviene que los que celebran las cosas sagradas, sean todos muy enteros de sus miembros. Pero por el valor de Faselo fué prevenido Antígono, pues como aquel no tuviese armas ni las manos sueltas porque estaba atado, quebróse con una piedra que tenia allí cerca la cabeza, y murió: probando de esta manera, como era verdadero hermano de Herodes, y como Hircano habia degenerado: murió varonilmente, alcanzando digna muerte de los hechos que habia antes animosamente consumado. Dícese tambien otra cosa, que cobró su sentido después de aquella llaga: pero que Antígono envió un médico como porque lo curase, y le llenó la llaga de muy malas ponzoñas, y de esta manera le mató. Sea lo que fuere, todavía el principio de este hecho fué muy notable. Y dícese mas, que antes que le saliese el alma del cuerpo, sabiendo de una mujercilla, que Herodes habia escapado libre, dijo: Ahora me partiré con buen ánimo, pues dejo quien me vengará de mis enemigos: y de esta manera Faselo murió. Los partos, aunque no alcanzaron las mujeres, que era la cosa que mas deseaban, poniendo gran reposo, y apaciguando las cosas en Jerusalen con Antígono, llevároнse preso con ellos á Hircano, á Partia. Pensando Herodes que su hermano vivia aun, venia muy obstinado á Arabia, por tomar dineros del rey con los cuales solos tenia esperanzas de libertar á su hermano de la avaricia grande de los bárbaros. Porque pensaba que si el árabe no se acordaba de la amistad de su padre, y se queria mostrar mas avaro y escaso de lo que á un ánimo liberal y franco convenia, él le pediria aquella suma de dinero prestada por lo menos, para dar por el rescate de su hermano, dejándole por prendas al hijo, el cual él despues libertaria: porque tenia consigo un hijo de su hermano, de edad de siete años, y habia determinado ya el dar trescientos talentos, poniendo por rogadores á los tirios. Pero la fortuna y desdicha se habia adelantado antes al amor y aficion buena del hermano, y siendo ya muerto Faselo, por demás era el amor que Herodes mostraba. Y aun en los árabes no halló salva ni entera la amistad que tener pensaba. Porque Malico, rey de ellos, enviando antes embajadores que se lo hiciesen saber, le mandaba que luego en la hora saliese de sus términos, fingiendo que los partos le habian enviado embajadores para que mandase salir á Herodes de toda la Arabia; y la causa cierta de esto fué, porque habia determinado de negar la deuda que débia á Antípatro, sin volverle, ni satisfacer en algo á sus hijos por tantos beneficios como de él habia recibido, teniendo en aquel tiempo tanta necesidad de consolacion. Tenia hombres que le persuadian esta desvergüenza, los cuales querian hacer que negase lo que era obligado á dar Antípatro. Y estaban cerca de él los mas poderosos de toda Arabia. Por esto Herodes, en hallar que los árabes le eran enemigos por esta causa, por la cual él pensaba que le eran muy amigos, respondió á los mensageros aquello que su dolor le permitió: y volvióse hácia Egipto, y en la noche primera, estando tomando la compañía de los que habia dejado, apartóse á un templo que estaba en el campo. Ese otro dia, habiendo llegado á Rinocolura, fué-le contada la muerte de su hermano, recibiendo tan gran pesar, y haciendo tan gran llanto cuanto habia ya perdido el cuidado de verle: mas proseguia su camino adelante. Pero tarde se arrepintió de su hecho el árabe, aunque envió harto presto gente que volviese á llamar á quien él habia antes echado con afrenta.

Habia ya en este tiempo Herodes llegado á Pelusio, é impidiéndole allí el paso los que eran atalayas de aquel negocio, vínose á los regidores los cuales por la fama que de él tenian, y reverenciando su dignidad, acompañáronle hasta Alejandría. Entrado que hubo en la ciudad, fué magníficamente recibido por Cleopatra, pensando que seria capitan de su gente para hacer aquello que ella pretendia y determinaba. Pero, menospreciando los ruegos que la reina le hacia, no temió la asperidad del invierno, ni los peligros de la marcha pudieron estorbarle que no navegase luego en la hora para Roma. Y peligrando cerca de Panfilia, echó la mayor parte de la carga que llevaba, y al fin llegó salvo á Rodio, que estaba muy fatigada entónces con la guerra de Casio. Y recibido aquí por sus amigos Tolomeo y Safinio, aunque padeciese gran falta de dinero, mandó hacer allí una gran galeaza, y fué llevado en ella él y sus amigos á Brundusio (hoy Brindis) y partiendo de allí luego para Roma, fuése primeramente á ver con Antonio, por causa de la antigua amistad y familiaridad de su padre: y cuéntale la pérdida suya, y las muertes de todos los suyos, y cómo habiendo dejado á todos cuantos amaba en un castillo, y muy rodeados de enemigos, se habia venido á él muy humilde en medio del invierno navegando. Teniendo compasion y misericordia Antonio de la miseria de Herodes, y acordándose de la amistad que habia tenido con Antípatro, movido tambien por la virtud del que le estaba presente, determinó entónces el hacerle rey de Judea, al cual antes habia hecho tetrarca ó procurador. No se movia Antonio á hacer esto, mas por amor de Herodes, que por aborrecimiento grande de Antígono. Porque pensaba y tenia por muy cierto, que este era sedicioso, y muy gran enemigo de los romanos. Tenia por otra parte á César mas aparejado que entendia en rehacer el ejército de Antípatro, por lo que habia sufrido con su padre estando en Egipto, y por el hospedaje y amistad que en toda cosa habia en él hallado, teniendo tambien además de todo lo dicho cuenta con la virtud y esfuerzo de Herodes. Pero convocaba al senado, adonde delante de todos Mesala, y después de este Atratino, contaban los merecimientos que su padre habia alcanzado del pueblo romano, estando Herodes presente, y la fé y lealtad guardada por el mismo Herodes; y esto para mostrar que Antígono les era enemigo, y que no habia solo poco tiempo que habia mostrado con este diferencias: pero aun antes despreciando al pueblo romano, con la ayuda y consejo de los partos, habia procurado alzarse con el reino. Movido todo el senado con estas cosas, como Antonio, haciendo guerra tambien con los partos, dijese, que seria cosa muy útil y muy provechosa, que levantasen por rey á Herodes, todos en ello consintieron. Y acabado el consejo y consulta sobre esto, Antonio y César salian, llevando en medio á Herodes. Los cónsules y los otros magistrados y oficios romanos iban delante, por hacer sus sacrificios, y poner lo que el senado habia determinado en el capitolio, y el primer dia del reinado de Herodes todos cenaron con Antonio.

XII. En el mismo tiempo Antígono cercaba á los que estaban cerrados en Masada: estos tenian todo mantenimiento en abundancia, y faltábales el agua: por lo cual determinaba Josefo huir de allí á los árabes con doscientos amigos y familiares; habiendo oido y entendido, que á Malico le pesaba por lo que habia cometido contra Herodes, y hubiera sin duda desamparado el castillo, si á la tarde de la misma noche que habia determinado salir, no lloviera y sobrevinieran muy grandes aguas. Porque, pues, los po-

zos estaban ya llenos, no tenian razon de huir por falta de agua: pudo esto tanto, que ya osaban salir de grado á pelear con la gente de Antígono, y mataban a muchos, á unos en pública pelea, y á otros con asechanzas: pero no siempre les acontecian ni sucedian las cosas segun ellos confiaban: porque algunas veces se volvian descalabrados. Estando en esto, fué enviado un capitan de los romanos, llamado por nombre Ventidio, con gente que detuviese á los partos que no entrasen en Siria, y vino siguiéndolos hasta Judea, diciendo que iba á socorrer á Josefo y á los que con él estaban cercados; pero á la verdad no era su venida sino por quitar el dinero á Antígono. Habiéndose, pues, detenido cerca de Jerusalen, y recogido el dinero que pudo y quiso, él se fué con la mayor parte del ejército. Dejó á Silon con algunos, porque no se conociese su hurto, si se iba con toda la gente. Pero confiado Antígono que los partos le habian de ayudar, otra vez trabajaba en aplacar á Silon, porque, colgado de la esperanza, no moviese alguna revuelta ú desasosiego. Llegado ya Herodes por la mar á Tolemaida desde Italia, habiendo ajuntado no poco número de gente extranjera, y de la suya, venia con gran priesa por Galilea contra Antígono, confiado en el socorro y ayuda de Ventidio y de Silon, á los cuales Gelio, enviado por Antonio, persuadió que acompañasen y pusiesen á Herodes dentro del reino. Ventidio apaciguaba todas las revueltas que habian sucedido en aquellas ciudades por los partos, y Antígono habia corrompido con dinero á Silon dentro de Judea. Pero no tenia Herodes necesidad de su socorro ni de ayuda, porque de dia en dia, cuanto mas andaba, tanto mas se le acrecentaba el ejército en tanta manera, que toda Galilea, exceptuando muy pocos, se vino á juntar con él, y él tenia determinado de venir primero á lo mas necesario, que era Masada, por librar del cerco á sus parientes y amigos; pero Joppé le fué gran impedimento. Porque antes que los enemigos se apoderasen de ella, determinó ocuparla, á fin de que no tuviesen allí recogimiento mientras él pasase á Jerusalen. Silon junta sus escuadrones, y toda la gente se contenta mucho por haber ocasion de resistir, porque los judíos le apretaban y perseguian. Pero Herodes los hizo huir á todos espantados, con haber corrido un pequeño escuadron, y sacó de peligro á Silon, que mal sabia resistir y defenderse. Después, tomada Joppé, venia muy aprisa por librar á su gente que estaba en Masada juntando de los naturales consigo muchos; unos por la amistad que habian tenido con su padre, otros por la gloria y buen nombre que habia alcanzado, otros por corresponder á lo que eran debidamente á uno y otro obligados; pero los mas por la esperanza, sabiendo que ciertamente era rey. Habia, pues, ya buscado las compañías de soldados mas fuertes y esforzados, mas Antígono le era gran impedimento en su camino, preocupándole todos los lugares oportunos con asechanzas, desde los cuales dañaba muy poco á sus enemigos. Librados de Masada los parientes y prendas de Herodes y todas sus cosas, partió del castillo hácia Jerusalen. Juntáronse con la gente de Silon, y muchos otros de la ciudad, amedrentados por ver su gran poder y su fuerza. Asentando entónces su campo hácia la parte occidental de la ciudad, las guardas de aquella parte trabajaban para resistirle con muchas saetas y dardos que tiraban: algunos otros corrian á cuadrillas y acometian la gente que estaba en la vanguardia. Pero Herodes mandó primero declarar á pregon de trompeta alrededor de los muros, cómo habia venido para bien y salud de la ciudad, y que de ninguno, por mas que le hubiese sido enemigo, habia de tomar venganza; antes habia de perdonar aun á los que le habian movido mayor discordia, y le habian mas ofendido. Como por otra parte los que favorecian á Antígono se opusiesen á esto con clamores y hablas, de tal manera que ni pudiesen oir los pregones, ni hubiese alguno que pudiese mudar su voluntad, viendo Herodes que no habia remedio, mandó á su gente que derribasen á los que defendian los muros, y ellos luego con sus saetas los hicieron huir á todos. Y aquí entónces fué descubierta la corrupcion y engaño de Silon. Porque, sobornados muchos soldados para que diesen el grito de que les faltaba lo necesario, y pidiesen dinero para proveerse de mantenimientos, movia é incitaba al ejército á que pidiese licencia para recogerse en lugares oportunos para pasar el invierno, porque cerca de la ciudad habia unos desiertos proveidos ya mucho antes por Antígono: y aun él mismo trabajaba por retirarse. Herodes, no solo á los capitanes que seguian á Silon, si es que tambien á los soldados, viniendo á donde veia que habia muchedumbre de ellos, rogaba á todos que no le faltasen, ni le quisiesen desamparar, pues sabian que César y Antonio, le habian puesto en aquello, y ellos por su autoridad le habian traido, prometiendo sacarlos en un dia de toda necesidad. Después de haber impetrado esto de ellos, salióse á correr por los campos, y dióles tanta abundancia de mantenimientos y de toda provision, que venció y deshizo todas las acusaciones de Silon: y proveyendo que de allí en adelante no les pudiese faltar algo, escribia á los moradores de Samaria, porque esta ciudad se habia entregado y encomendado á su fé y amistad, que trajesen hácia la Hiericunta toda provision de vino, aceite y ganado. Al saber esto Antígono, luego envió gente que prohibiese sacar el trigo y provisiones para sus enemigos, y que matasen á cuantos hallasen por los campos. Obedeciendo, pues, á este mandamiento, habíase ya juntado gran escuadron de gente muy armada sobre Hiericunta. Estaban apartados unos de otros en aquellos montes, asechando con gran diligencia si verian algunos que trajesen alguna provision de la que tenian tanta necesidad. Pero en esto no estaba Herodes ocioso, antes, acompañado con diez escuadrones ó compañías de gentes, cinco de romanos y cinco de los judíos, entre los cuales habia trescientos mezclados de los que recibian sueldo, y con algunos caballos, llegó á Hiericunta, y halló que estaba la ciudad vacía y sin quien habitase en ella, y que quinientos con sus mujeres y familia se habian subido á lo alto de sus montes; prendió á estos y después los soltó: pero los romanos echáronse á la ciudad y saqueáronla, hallando las casas muy llenas de todo género de riquezas; y el rey habiendo dejado allí gente de guarnicion, volvióse y dió licencia á los soldados romanos que se pudiesen recoger á pasar el invierno en aquellas ciudades que se le habian dado: es á saber, en Idumea, Galilea y en Samaria. Antígono tambien alcanzó, por haber sido corrompido Silon, que los lidenses tomasen parte del ejército en su favor. Estando, pues, los romanos sin algun cuidado de las armas, abundaban de toda cosa, sin que les faltase algo. Pero Herodes no reposaba ni se estaba descuidado, antes fortaleció á Idumea con dos mil hombres de á pié y cuatrocientos caballos, enviando con ellos á su hermano Josefo, porque no tuviesen ocasion de mover alguna novedad ó revuelta con Antígono. Él, pasando su madre, con todos sus parientes y amigos, á los cuales habia librado de Masada en Samaria, y puesta allí gente muy segura, partióse luego para destruir lo restante de Galilea, y acabar de echar todas las guarniciones y compañías de An-

tígono. Y habiendo llegado á Séforis, aunque con grandes nieves, tomó facilmente la ciudad, puesta en huida la gente de guarda antes que él llegase, y habiendo rehecho su ejército, porque venia con el invierno y tempestades algo fatigado, pues habia allí gran abundancia de mantenimientos y provisiones, determinó de ir contra los ladrones que estaban en las cuevas, que por allí habia, los cuales hacian no menos daño á los que moraban en aquellas partes, que si sufrieran entre ellos muy gran matanza y guerras. Y enviando delante tres compañías de á pié y una de á caballo al lugar llamado Arbela, en cuarenta dias, con lo demás del ejército él fué con ellos. Pero los enemigos no temieron su venida, antes muy en órden le salieron al encuentro, confiados en la destreza de hombres de guerra y en la soberbia y ferocidad que acostumbran tener los ladrones. Dándose después la batalla, los de la mano derecha de los enemigos hicieron huir á los de la mano izquierda de Herodes. Saliendo él entónces por la mano derecha, y rodeándolos á todos muy presto, los socorrió é hizo detener á los suyos que huian, y dando de esta manera en ellos, refrenaba el ímpetu y fuerza de sus enemigos, hasta tanto que los de la vanguardia faltaron con la gran fuerza de la gente de Herodes, pero todavía los perseguia peleando siempre hasta el Jordan, y muerta la mayor parte de ellos, los que quedaban se salvaron pasando el rio. De esta manera fué librada del miedo que tenia Galilea, sino que se habian algunos recogido y quedado en las cuevas, por cuya causa se hubieron de detener algun tiempo. Herodes, lo primero que hacia era repartir el fruto que se ganaba con trabajo entre todos los soldados: daba á cada uno ciento y cincuenta dracmas de plata, y á los capitanes enviábales mucha mayor suma para pasar el invierno. Escribió á su hermano el menor Ferora, que mirase en el mercado cómo se vendian las cosas, y cercase con muro el castillo de Alejandrio: lo cual todo fué por él hecho. En este tiempo Antonio estaba en Atenas, y Ventidio mandó llamar á Silon y á Herodes para la guerra contra los partos: mandóles por sus cartas, que dejasen apaciguadas las cosas de Judea y de todo aquel reino, antes que de allí saliesen. Pero Herodes, dejando ir de grado á Silon á verse con Ventidio, hizo marchar su ejército contra los ladrones que estaban en aquellas cuevas. Estaban estas cuevas y retraimientos en las alturas y hendiduras de los montes, muy dificultosas de hallar con muy difícil y muy angosta entrada; tenian tambien una peña que de la vista de ella y delantera, llegaba hasta lo mas hondo de la cueva, y venia á dar encima de aquellos valles: eran pasos tan dificultosos, que el rey estaba muchas veces en gran duda de lo que se debia hacer. Á la postre quiso servirse de un instrumento harto peligroso: porque todos los mas valientes fuéron puestos abajo á las puertas de las cuevas, y de esta manera los mataban á ellos y á toda su familia, metiéndoles fuego si querian resistir. Y como Herodes quisiese librar algunos, mandólos llamar con son de trompetas: pero no hubo alguno que se presentase de grado, antes cuantos él habia preso, todos, ó la mayor parte, quisieron mas morir que quedar cautivos. Adonde tambien fué muerto un viejo, padre de siete hijos, el cual mató á los mozos junto con su madre, porque le rogaban los dejase salir á los conciertos prometidos: de esta manera mandólos salir cada uno por sí, y él estaba á la puerta, y como salia cada uno de los hijos así tambien le mataba. Viendo esto Herodes de la otra cueva á donde estaba, moríase de dolor y tendia las manos rogándole que perdonase á sus hijos. Pero este, no haciendo cuenta de lo que Herodes le decia, con no menos crueldad acabó lo que habia comenzado, y además de esto reprendia é injuriaba á Herodes, por haber tenido el ánimo tan humilde. Después de haber este muerto á sus hijos, mató á su mujer, y despeñando los que habia muerto, él mismo tambien últimamente se despeñó. Habiendo Herodes deshecho ya y quitado todos aquellos peligros que en aquellas cuevas habia, dejando la parte de su ejército, que pensó bastar para prohibir toda rebelion en aquellas tierras, y nombrando por capitan de ella á Tolomeo, volvióse á Samaria con tres mil hombres muy bien armados, y seiscientos caballos, para ir contra Antígono. Y viendo ocasion, los que solian revolver la Galilea, con la partida de Herodes, acometiendo á Tolomeo, sin que él tal temiese ni pensase, le mataron. Talaban y destruian todos los campos, recogiéndose á las lagunas y lugares muy secretos. Sabiendo esto Herodes socorrió con tiempo y consumió matando muy gran muchedumbre de ellos. Y librados ya todos aquellos castillos del cerco que tenian por causa de esta mudanza y revueltas, pidió á las ciudades que le ayudasen con cien talentos. Y echados ya los partos y muerto Pacoro, Ventidio amonestado por letras de Antonio, socorrió á Herodes con mil caballos y dos legiones de soldados: Antígono envió cartas y embajadores á Maquera, capitan de esta gente, que le viniese á ayudar quejándose mucho de las injurias y sin razon que Herodes les hacia, prometiendo darle dinero. Pero este, no pensando que debia dejar á aquellos, á los cuales era enviado, principalmente dándole mas Herodes, no quiso consentir en su traicion, aunque fingiendo amistad, vino por saber el consejo y determinaciones de Antígono, no queriendo admitir el consejo de Herodes, que se lo disuadia. Entendiendo Antígono lo que Maquera habia determinado, y lo que trataba, cerróle la ciudad, y echábale de los muros, como á enemigo suyo, hasta tanto que el mismo Maquera se afrentó de lo que habia comenzado, y partióse para Amaton, adonde estaba Herodes. Y enojado porque la cosa no le habia sucedido segun él confiaba, venia matando á cuantos judíos hallaba, sin perdonar ni aun á los de Herodes, antes los trataba como á los mismos de Antígono. Sintiéndose de esto Herodes, quiso tomar venganza de Maquera como de su propio enemigo: pero detuvo y disimuló su ira; determinando el venir á verse con Antonio, para acusar de maldad é injusticia á Maquera. Este, pensando en su delito, vino en alcance del rey, é impetró de él su amistad con muchos ruegos. Pero no mudó Herodes su parecer en lo de su ida, antes proseguia su camino por verse con Antonio. Y como oyese que estaba con todas sus fuerzas peleando por ganar á Samosata, ciudad muy fuerte cerca del Éufrates, dábase mayor prisa por llegar allá, viendo que era este el tiempo y la oportunidad para mostrar su virtud y valor, y para acrecentar el amor y amistad de Antonio para con él. Así en la hora que llegó luego dió fin al cerco, matando á muchos de aquellos bárbaros y tomando gran parte del saqueo y de las cosas que habian allí robado de los enemigos, de tal manera, que Antonio aunque antes le tenia en mucho y se maravillaba de su esfuerzo, fué entónces nuevamente muy confirmado en su opinion, aumentando mucho la esperanza de sus honras y de su reino. Antíoco fué con esto forzado á entregar y rendir á Samosata.

XIII. Estando ocupados en esto, las cosas de Herodes en Judea sucedieron muy mal. Porque habia dejado á Josefo su hermano por procurador general de todo, y habíale mandado que no moviese algo contra Antígono, antes que él volviese porque no tenia

por firme la amistad y socorro de Maquera, segun lo que antes habia en sus faltas experimentado. Pero Josefo, viendo que su hermano estaba ya lejos de allí, olvidado de lo que le habia tanto encomendado, vínose para Hiericunta con cinco compañías que habia enviado Maquera con él, para que al tiempo y sazon de las mieses robase todo el trigo. Y entrando por en medio de los enemigos, por aquellos lugares montañosos y ásperos, él tambien murió, alcanzando en aquella batalla nombre y gloria de varon muy fuerte y muy esforzado, y perecieron con él todos los soldados romanos. Las compañías que se habian recogido en Siria, eran todas de bisoños, y no tenian algun soldado viejo entre ellas que pudiese socorrer á los que no eran ejercitados en la guerra. No se contentó Antígono con esta victoria; antes recibió tan grande ira, que tomando el cuerpo muerto de Josefo, le azotó y le cortó la cabeza, aunque el hermano Feroras le diese por redimirla cincuenta talentos. Sucedió tan gran novedad después de la victoria de Antígono en Galilea, que á los que favorecian mas á la parte de este, sacando los mayores amigos y favorecedores de Herodes, los ahogaban en una laguna; mudábanse tambien con muchas novedades las cosas en Idumea, estando Maquera renovando los muros de un castillo llamado Gita, y Herodes no sabia nada de todo cuanto pasaba. Porque, habiendo Antonio preso á los de Samosata y hecho capitan de Siria á Sosio, mandóle que ayudase con su ejército á Herodes contra Antígono, y él fuese á Egipto. Así Sosio, habiendo enviado delante dos compañías á Judea de las cuales Herodes se sirviese, venia él después poco á poco siguiendo con toda la otra gente. Y estando Herodes cerca de la ciudad de Dafnis en Antioquía, soñó como su hermano ciertamente habia sido muerto; y como se levantase turbado de la cama, los mensajeros de la muerte del hermano entraron por su casa. Por lo cual, quejándose un poco con la grandeza del dolor, dejando la mayor parte de su llanto para otro tiempo, veníase con mayor prisa de lo que sus fuerzas podian contra los enemigos, y cuando llegó al monte Líbano tomó consigo ochocientos hombres de los que vivian por aquellos montes; y juntando con ellos una compañía de romanos, una mañana, sin que tal pensasen, viénese á Galilea y desbarata los enemigos que halló en aquel lugar que habia dejado y trabajaba muy continuamente para tomar combatiendo aquel castillo á donde sus enemigos estaban. Pero antes que le ganase, forzado por la aspereza del invierno, hubo de apartarse y recogerse con los suyos al primer barrio ó lugar. Pocos dias después, acrecentando el número de su gente con otra compañía mas, la cual habia enviado Antonio, movió á tan gran espanto los enemigos, que les hizo una noche desamparar el castillo muy amedrentados. Pasaba, pues, ya por Hiericunta con gran prisa por poderse vengar muy presto de los matadores de su hermano, á donde tambien le aconteció un caso maravilloso y casi monstruoso, mas librándose de él contra lo que él confiaba, alcanzó y vino á creer que Dios le amaba; porque, como muchos hombres de honra hubiesen cenado con él aquella noche, después que acabado el convite todos se fueron, luego el cenáculo aquel donde habian cenado se asoló. Tomando esto por señal comun y buen agüero, tanto para los peligros que esperaba pasar, cuanto para los sucesos prósperos en lo que tocaba á la guerra que determinaba hacer, luego á la mañana hace marchar su gente, y descendiendo cerca de seis mil hombres de los enemigos por aquellos montes, acometió los primeros escuadrones. No se osaban ellos trabar ni asir con los romanos; pero de lejos con piedras y saetas los herian y maltrataban; aquí fué tambien herido Herodes en un costado con una saeta. Y deseando Antígono mostrarse, no solo mas valiente con el esfuerzo de los suyos, pero aun tambien mayor en el número, envia á uno de sus domésticos llamado Papo, con un escuadron de gente á Samaria, para la cual Maquera habia de ser el premio de la victoria. Habiendo, pues, Herodes corrido la tierra de los enemigos, tomó cinco lugares y mató dos mil vecinos y habitadores de ellos; y habiendo quemado todas las casas, vuélvese á su ejército que iba hácia el barrio ó lugar llamado Caná. Acrecentábasele cada dia el ejército con la muchedumbre de judíos que se le juntaban, los cuales salian de Hiericunta y de las otras partes de toda aquella region; moviéndose unos por aborrecer á Antígono, y otros por los hechos memorables y gloriosos de Herodes. Habia muchos otros que sin razon ni causa, solo por ser amigos de novedades y de mudar señores, se juntaban con él. Apresurándose Herodes por venir á las manos, la gente de Papo sin temer á la muchedumbre de los enemigos y la fuerza que mostraban, salia muy animosamente por la otra parte á la batalla; pero trabándose los escuadrones vinieron á detenerse algun poco todos. Peleando Herodes con mayor peligro, acordándose de la muerte de su hermano solo por vengarse de los que le habian muerto, fácilmente venció á la gente contraria, y viniendo después sobre los otros nuevos que estaban aun enteros, hízolos huir á todos: y era muy grande la carnicería y muertes que se hacian. Siendo los otros forzados á recojerse al lugar de donde habian salido, Herodes era el que mas los perseguia; y persiguiéndolos mataba á muchos. A la postre, echándose por entre los enemigos que iban en huida, entró en el lugar, y halló todas las casas llenas de gente muy armada y los tejados con hombres que trabajaban para defenderse; á los que de fuera hallaba, los vencia fácilmente buscando las casas; sacaba á los que se habian escondido, y á otros mataba derribándolos: de esta manera murieron muchos. Pero si algunos se iban huyendo, la gente que estaba armada los recibia, matándolos á todos; vino á morir tanta multitud de hombres, que los mismos vencedores no podian salir de entre los cadáveres. Pudieron tan poco sufrir esta matanza los enemigos, que, viendo á tantos muertos de dentro, los que quedaban con vida quisieron huir; y Herodes, confiado en estos sucesos, luego se viniera á Jerusalen si no fuera detenido por la aspereza grande del invierno; porque este le fué impedimento que no pudiese perfectamente gozar de su victoria, y fué causa que Antígono no fuese del todo desbaratado, vencido y muerto, estando ya con pensamiento de dejar la ciudad. Y como venia la noche, y hubiese Herodes dejado ir sus amigos, por dar algun poco de descanso á sus cuerpos, que estaban muy fatigados y muy calurosos de las armas, veníase á lavar segun la costumbre que tenian los soldados, siguiéndole un muchacho solo. Y antes de llegar al baño vínole uno de los enemigos al encuentro muy armado, y luego otro y otro, y muchos. Estos habian huido todos armados de su escuadron al baño; pero, amedrentados al ver al rey, y escondiéndose todos temblando, dejáronle estando él desarmado, buscando aprisa por donde librarse. Y como acaso no hubiese quien los pudiese prender, contentándose Herodes con no haber recibido daño alguno de ellos, todos huyeron. Luego ese otro dia mandó degollar á Papo, capitan de la gente de Antígono, y envió su cabeza á Ferora su hermano, capitan del ejército, por vengan-

za de la muerte de su hermano, porque Papo era el que habia muerto á Josefo. Pasado después el rigor del invierno, volvióse á Jerusalen y cercó los muros con su gente, porque ya era el tercer año que él era declarado por rey en Roma, y puso la mayor fuerza suya hácia la parte del templo, por donde pensaba tener mas fácilmente entrada, y Pompeyo habia tomado antes la ciudad. Dividido, pues, en partes su ejército, y dado á cada parte en que se ejercitase, mandó levantar tres montezuelos sobre los cuales edificó tres torres; y dejando los mas diligentes de sus amigos, porque tuviesen cargo de dar prisa en acabar aquello, él se vino á Samaria por tomar la mujer, con la cual se habia desposado, que era la hija de Aristóbulo hijo de Alejandro, por celebrar sus bodas mientras estaban en el cerco menospreciando ya á sus enemigos. Hecho esto, vuélvese luego á Jerusalen con mucha mas gente, y juntóse con él Sosio, con gran número de caballos y de infantería, el cual enviando delante su gente por tierra, él se fué por Fenicia. Juntándose después todo el ejército, que serian once legiones de gente de á pié y seis mil caballos, sin el socorro de los siros, que no eran pocos, pusieron el campo cerca del muro á la parte septentrional; confiándose Herodes en la determinacion del senado, con la cual habia sido declarado por rey, y Sosio en Antonio, que le habia enviado con aquella gente para que viniese en ayuda de Herodes. Los judíos que habia dentro de la ciudad estaban en este tiempo muy perturbados, porque la gente que era para menos vínose cerca del templo; y como furiosos todos, parecia que divinamente predecian ó profetizaban muchas cosas de los tiempos: los que eran algo mas atrevidos, juntados en tropas, iban saqueando toda la ciudad, y principalmente los lugares que por allí cerca habia, robando lo que les era necesario para mantenerse, sin dejar mantenimiento ni para los hombres ni para los caballos. Y puestos los mas esforzados contra los que los cercaban, estorbaban é impedian la obra de aquellos montezuelos, y no les faltaba jamás algun nuevo impedimento contra la fuerza é instrumentos de los que los cercaban. Aunque no se mostraban en nada mas diestros que en las minas que les hacian, el rey pensó cierta cosa con la cual sus soldados prohibiesen los hurtos y robos que los judíos les hacian, y para detenerlos que no saliesen á correr hizo que fuésen proveidos de mantenimientos traidos de partes muy lejos: y aunque los que resistian y peleaban vencian á todo esfuerzo, todavía eran vencidos por la destreza de los romanos; mas no dejaban de pelear con estos descubiertamente aunque viesen la muerte muy cierta. Pero, saliendo contra los romanos de improviso por las minas que habian hecho antes que se derribase algo de los muros, guarnecian la otra parte y no faltaban ni con sus manos ni con sus máquinas é instrumentos en algo, porque habian determinado resistirles en todo lo que posible les fuese. Estando, pues, de esta manera, sufrieron el cerco de tantos millares de hombres por espacio de cinco meses, hasta tanto que algunos de los escogidos de Herodes osando pasar por el muro dieron en la ciudad, y luego los centuriones de Sosio los siguieron. Primero, pues, tomaron de esta manera todo lo que mas cerca estaba del templo, y entrando ya todo el ejército haciase gran matanza en todas partes, pues estaban enojados los romanos por haberse detenido tanto tiempo en el cerco; y el escuadron de Herodes, siendo todo de judíos, estaba muy puesto en que ninguno de los enemigos escapase con la vida, y mataba á muchos recogiéndose por los barrios mas estrechos de la ciudad, y á otros forzados á recogerse en las casas; y tambien aunque se huyesen al templo, sin misericordia de viejos ni de mujeres, eran todos universalmente muertos. Y aunque el rey enviase á todas partes y rogase que los perdonasen, no por eso habia alguno que se refrenase ó detuviese de ello, antes como furiosos perseguian á toda edad y sexo. Antígono baja de su casa tambien sin pensar en la fortuna que en tiempo pasado habia tenido ni aun en la del presente, y échase á los piés de Sosio: pero este sin tener compasion, por causa de tan gran mudanza en las cosas, burlóse sin vergüenza de él y por escarnio lo llamó como mujer Antígona, pero no lo dejó como á tal sin guardas: y así lo guardaban á este muy atado. Habiendo, pues, Herodes vencido á los enemigos, proveia en hacer detener la gente de socorro, porque todos los extranjeros tenian muy gran deseo de ver el templo y las cosas santas que ellos tanto guardaban. Por esta causa los detenia á unos con amenazas, á otros con ruegos y á otros con castigo, pensando que le seria mas amarga y cruel la victoria que si fuera vencido, si por su culpa se viese aquello que no era lícito ni razonable que fuese visto. Luego tambien prohibió el saqueo en la ciudad, diciendo con enojo muchas cosas á Sosio, si vaciando los hombres y los bienes de la ciudad, los romanos le dejaban rey de las paredes solas, juzgando por cosa vil y muy apocada el imperio de todo el universo, si con muertes y estrago de tantas vidas de hombres y ciudadanos se habia de alcanzar. Pero respondiendo él que era cosa muy justa que los soldados, por los trabajos que habian tenido en el cerco, robasen y saqueasen la ciudad, prometió entónces Herodes que él satisfaria á todos con sus propios bienes. Y redimiendo de esta manera lo que quedaba en la tierra, satisfizo á todo lo que habia prometido, porque dió muchos dones á los soldados, segun el merecimiento de cada uno, y á los capitanes, y remuneró como rey muy realmente á Sosio de tal modo, que ninguno quedó descontento. Después de esto Sosio se volvió á Jerusalen habiendo ofrecido á Dios una corona de oro, y llevándose consigo muy atado á Antígono para presentarle á Antonio. Y este, confiando vanamente cada dia que habia de alcanzar la vida, fué dignamente descabezado. El rey Herodes entónces dividiendo la gente de la ciudad, trataba muy honradamente á los que favorecian su bando para hacerlos amigos, y mataba á los que favorecian á Antígono; y faltándole el dinero envió á Antonio y á sus compañeros todas cuantas joyas y ornamentos tenia: pero con esto no pudo redimirse ni librarse del todo que no sufriese algo, porque ya estaba Antonio corrompido con los amores de Cleopatra, y se habia dado á la avaricia en toda cosa: porque Cleopatra, después que hubo perseguido toda su generacion y parientes de tal manera que ya casi no le quedaba ninguno, pasó la rabiosa saña que tenia contra los extranjeros. Y acusando á los principales de la Siria, persuadia á Antonio que los matase, para que de esta manera alcanzase y viniese seguramente á gozar de cuanto poseian. Y después que hubo extendido su avaricia hasta los judíos y árabes, trataba escondidamente que matasen á sus reyes ambos reinos: es á saber, á Herodes y á Malico. Y aunque de palabra se lo concediese Antonio, tuvo este por cosa muy injusta matar reyes tan grandes y tan buenos hombres: pero no los tuvo ya mas por amigos, antes les quitó mucha parte de sus señoríos y de las tierras que poseian, y dió á Cleopatra la parte de Hiericunta donde se cria el bálsamo y todas las ciudades que están dentro del rio Eleutero, exceptuando solamente á Tiro y á Sidonia. Hecha señora de todo esto

vino hasta el rio Éufrates siguiendo á Antonio que hacia guerra con los partos, y vínose por Apamia y por Damasco á Judea. Y como hubiese Herodes con grandes dones y presentes aplacado el ánimo de esta, muy enojada contra él, todavía alcanzó de ella que le arrendase la parte que de su tierra y posesiones le habia quitado por doscientos talentos cada año; y aplacándola con toda amistad y blandura de palabras, acompañóla hasta Pelusio. Antes que pasase mucho tiempo Antonio volvió de los partos, y traia por presente y don á Cleopatra á Artabazano, hijo de Tigranes, el cual le presentó con todo el dinero y saco que habia hecho.

XIV. Movida la guerra acáca, Herodes estaba aparejado para ir con Antonio librado ya de todas las revueltas de Judea y habido á Hircanio, el cual lugar poseia la hermana de Antígono; pero fué muy astutamente detenido, porque no le cupiese parte de los peligros de Antonio. Porque, como dijimos arriba, asechando por quitar la vida á los reyes, persuadió á Antonio que diese cargo á Herodes de la guerra contra los árabes, para que si los venciese fuese hecha señora de toda Arabia, y si era vencido le viniese el señorío de toda Judea, y de esta manera castigaria el un poderoso con el otro. Pero el consejo de esta sucedió prósperamente á Herodes, porque primero con su ejército y caballería, que era muy grande, vino contra los siros, y enviándole cerca de Dióspoli, por mas varonil y esforzadamente que le resistiesen, los venció. Vencidos estos, luego los árabes movieron gran revuelta; y juntándose un ejército casi infinito en Canatam, lugar de Siria, vinieron por aguardar á los judíos. Como Herodes los quisiese acometer aquí, trabajaba de hacer su guerra muy atentadamente y con consejo, y mandaba que hiciesen muro por delante de todo su ejército y de sus guarniciones. Pero la muchedumbre del ejército no le quiso obedecer, antes confiados en la victoria pasada acometen á los árabes, y á la primer corrida venciéndolos hiciéronlos volver atrás; pero siguiéndolos pasó gran peligro Herodes por los que le estaban puestos en asechanzas por Antonio, que siempre le fué entre todos los capitanes de Cleopatra muy enemigo. Porque, aliviados los árabes y rehechos por la corrida y ayuda de estos, vuelven á la batalla; y juntos los escuadrones entre unos lugares llenos de piedras y peñascos muy apartados de buen camino, hicieron huir la gente de Herodes habiendo muerto á muchos de ellos: los que se salvaron, recogiéronse luego á un lugar llamado Ormiza, en donde tambien fueron todos tomados por los árabes con todo el bagaje y cuanto tenian. No estaba muy lejos Herodes después de este daño con la gente que traia de socorro, pero mas tarde de lo que la necesidad requeria. La causa de esta pérdida fué no haber los capitanes querido dar fé ni crédito á lo que Herodes les habia mandado, pues se habian querido echar sin mas miramiento ni consideracion, porque si se dieran prisa en dar la batalla, no tuviera Antonio tiempo para hacer sus asechanzas: pero todavía otra vez se vengó de los árabes entrándose muchas veces y corriéndoles las tierras, y se pagó de aquella manera cuando fué vencido, y persiguiendo á los enemigos le sucedió por voluntad de Dios otra desdicha á los siete años de su reinado, y en tiempo que hervia la guerra acíaca, porque al principio de la primavera hubo un temblor de tierra, con el cual murió infinito ganado y perecieron treinta mil hombres, quedando salvo y entero todo su ejército porque estaba en el campo. Por lo cual entónces los árabes se ensoberbecieron mucho con aquella nueva, la cual siempre se suele acrecentar algo mas de lo que es yendo de boca en boca: movidos con ella, pensando que toda Judea estaria, sin que alguno quedase, destruida y asolada, con esperanza de poseer la tierra, juntan su ejército y viénense contra ella matando primero á los embajadores que los judíos les enviaban. Herodes en este tiempo, viendo la mayor parte de su gente amedrentada con la venida de los enemigos, tanto por las grandes adversidades y desdichas que les habian acontecido, cuanto por haber sido muchas y muy contínuas, esforzábalos á resistir y dábales ánimo con estas palabras: « No parece razonable cosa que por lo que al presente habeis visto que ha sucedido esteis tan amedrentados: porque no me maravillo que os espante la llaga que por voluntad é ira de Dios contra nosotros ha acontecido; pero tengo por cosa de afrenta y cobardía que penseis tanto en ella teniendo los enemigos tan cerca, habiendo antes de trabajar en deshacerlos y echarlos de vuestras tierras: porque tan lejos estoy yo de temer los enemigos después de este tan gran temblor de tierra, que pienso haber sido como regalo para ellos para después castigarlos; porque sabed que no vienen tan confiados en sus armas y esfuerzo como en nuestras desdichas y muertes. La esperanza, pues, que no está fundada y sustentada en sus propias fuerzas, sino en las adversidades de su contrario, sabed que es muy engañosa. No tenemos los hombres seguridad de prosperidad alguna ni de adversidad, antes vereis que la fortuna se vuelve ligeramente á todas partes, lo cual podeis comprobar con vuestros propios ejemplos. Fuimos en la guerra pasada vencedores; luego fuimos tambien vencidos por los enemigos, y ahora, segun se puede y es lícito pensar, serán ellos vencidos viniendo con pensamiento de ser vencedores: porque el que demasiado se confia no suele estar proveido, y el miedo es el maestro y el que enseña á proveerse. Á mí, pues, lo que vosotros temeis tanto, me da muy gran confianza, porque cuando fuisteis mas feroces y atrevidos de lo que fuera conveniente y necesario, saliendo contra mi voluntad á pelear, Antonio tuvo tiempo y ocasion para sus asechanzas y para hacer lo que hizo ahora vuestra tardanza, que casi mostrais rehusarla; y vuestros ánimos entristecidos, segun veo, me prometen victoria muy ciertamente. Pero conviene antes de la batalla estar animados con tal pensamiento, y estando en ella, mostrar su virtud ejercitándola, y manifestar á los enemigos llenos de maldad que ni mal alguno de los que humanamente suelen acontecer á los hombres, ni la ira del cielo es causa que los judíos muestren en sus cosas algo menos de fortaleza y esfuerzo, entretanto que les dura esta vida: ¿sufrirá alguno que los árabes sean señores de sus cosas, á los cuales en otro tiempo se les podia llevar por cautivos? No os espante en nada el miedo de las cosas sin ánima y sin sentido, ni penseis que este temblor de tierra sea señal de alguna matanza ó muertes que se deban esperar, porque naturales vicios son tambien de los elementos, y no pueden hacer algun daño sino en lo que es de ellos. Porque debeis todos pensar y saber que viniendo alguna señal de pestilencia ó hambre, ó de algun temblor de tierra mientras el daño tarda, entónces se debe temer algo; pero cuando ya han hecho su curso, viénense á acabar y consumir ellas mismas en sí por ser tan grandes. ¿Qué cosa hay en que nos pueda hacer mayor daño á nosotros ahora esta guerra, aunque seamos vencidos, que ha sido el que hemos recibido por el temblor de la tierra? Antes en verdad ha acontecido á nuestros enemigos, en señal de su destruccion, una cosa la mas horrenda del mundo por voluntad propia

de ellos, sin entender otro en ella, en haber muerto cruelmente á nuestros embajadores contra toda ley de hombres, y han sacrificado á Dios por el suceso de la guerra la vida de ellos: porque no podrán huir la lumbre divina ni la venganza de la mano invencible de Dios: antes luego pagarán lo que han cometido si levantados nosotros con ánimo por nuestra patria, nos animamos para tomar venganza de la paz y conciertos por ellos interrumpidos. Ea, pues, todos haced vuestro camino á ellos, nó como que querais pelear por vuestras mujeres, ni por vuestros hijos, ni por vuestra propia patria, sino para vengar la muerte de nuestros propios embajadores. Ellos mismos regirán mejor y guiarán nuestro ejército, que nosotros que estamos en la vida; y obedeciéndome vosotros, pondréme yo por todos en peligro: y sabed ciertamente que no podrán sufrir ni sostener vuestras fuerzas, sino os dañare la osadía atrevida y temeraria. » Habiendo amonestado con tales palabras á sus soldados viéndolos muy alegres y muy contentos celebró á Dios luego sus sacrificios, y después pasó el rio Jordan con todo su ejército. Y puesto su campo en Filadelfia, no muy lejos de los enemigos, hizo muestra que queria tomar un castillo que estaba en medio: movia la batalla de lejos deseando juntarse muy presto, porque los enemigos habian enviado gente que ocupase el castillo. Pero los del rey fácilmente los vencieron y alcanzaron el collado; y él sacando cada dia su gente muy en órden á la batalla, provocaba á los árabes y los desafiaba. Mas como ninguno osase salir porque estaban con muy gran miedo amedrentados, y mas que todos pasmado y temblando como medio muerto el capitan Antonio: acometiendo el valle donde estaban, Herodes los desbarató; y forzados de esta manera á salir á la batalla, mezclándose una gente con otra los de á caballo con los de á pié, salen todos; y si los enemigos eran muchos mas, todavía el esfuerzo y la alegría era mucho menor, aunque por estar todos sin esperanza de alcanzar victoria eran muy atrevidos. Entretanto que trabajaron en resistir, no fué grande la matanza que se hizo; pero al volver las espaldas fueron muchos muertos, unos por los judíos que los perseguian, otros fueron pisados por ellos mismos huyendo: murieron finalmente en la huida cinco mil, los demás fueron forzados á recogerse dentro del valle; pero luego Herodes tomándolos en medio los cercó, y aunque la muerte no les estaba muy lejos por fuerza de las armas de Herodes, todavía sintieron mucho la falta del agua; y como el rey menospreciase muy soberbiamente á los embajadores que le ofrecian, porque fuesen librados, cincuenta talentos, haciéndoles mayor fuerza ardiendo con la gran sed, salian á manadas y dábanse á los judíos de tal manera, que dentro de cinco dias fueron presos cuatro mil de ellos; pero el sexto dia, desesperando ya de la salud y vida, salieron los que quedaban á pelear. Trabándose la batalla con ellos, los de Herodes mataron otra vez siete mil; y habiéndose vengado de Arabia con llaga tan grande, muerta la mayor parte de la gente y vencida ya la fuerza de ella, pudo tanto que todos los de aquella tierra le deseaban por señor.

XV. No le faltó luego otro nuevo cuidado, por causa de la amistad con Antonio, después de la victoria que César hubo en Accio; pero tenia mayor temor que debia, porque César no tenia por vencido á Antonio, entretanto que Herodes quedase con él vivo. Por lo cual el rey quiso socorrer á los peligros; y pasando á Rodo, á donde en este tiempo estaba César, vino á verse con él sin corona, vestido como un hombre particular; pero con pompa y compañía real, y sin disimular la verdad díjole delante estas palabras: « Sepas, ó César, que siendo yo hecho rey por Antonio, confieso que he sido rey provechoso para Antonio, ni quiero encubrirte ahora cuán importuno enemigo me halláras con él, si la guerra de los árabes no me detuviera. Pero en fin, yo le he socorrido segun han sido mis fuerzas con gente y con trigo, ni en su desdicha recibida en Accio le desamparé, porque se lo debia. Y aunque no fué mi socorro tan grande cuanto entónces yo quisiera, todavía le dí un buen consejo, diciéndole que la muerte de Cleopatra sola bastaba para corregir sus adversidades, y prometíle que si la mataba, yo le socorreria con dinero y con muros para defenderse, y con ejército; y prometíme yo mismo por compañero para unírmelo con toda mi fuerza contra tí. Pero por cierto los amores de Cleopatra le hicieron sordo á mis consejos, y Dios tambien, el cual te ha concedido á tí la victoria. Vencido soy, pues, yo juntamente con Antonio, y por tanto me he quitado la corona de la cabeza con toda la fortuna y prosperidad de mi reino. He venido ahora á ofrecerme delante de tu presencia, confiando en alcanzar por tu virtud la vida, dándome prisa porque fuese examinada la amistad que con alguno he tenido. » Á esto respondió César: « antes ahora tente por salvo, y séate confirmado el reino; porque cierto mereces muy debidamente regir á muchos, pues trabajas de mostrar y defender la amistad tan fielmente. Y experiméntame con tal que seas fiel siendo mas prosperado, porque yo concibo grande esperanza en ver tu ánimo preclaro y muy magnánimo. Pero bien hizo Antonio en dar mas crédito á Cleopatra que á tus consejos, porque por su locura te hemos ganado á tí; y á lo que puedo juzgar, tú comenzaste á hacerle primero beneficios, segun Ventidio me escribe, pues le socorriste con socorro bastante contra los que le perseguian. Por tanto ahora por mi decreto y determinacion quiero que seas confirmado en el reino: y quiero yo tambien hacerte ahora algun bien, porque no tengas ocasion de desear á Antonio. » Habiendo tan benignamente amonestado César al rey que no dudase algo en su amistad, le puso la corona real y confirmóle el perdon de todo lo que habia hasta allí pasado, en el cual puso muchas cosas en loor de Herodes: este habiendo dado algunos dones y presentes á César, rogábale que mandase librar á Alejandro, que era uno de los amigos de Antonio. Pero, estando César muy airado, no lo quiso hacer diciendo que aquel por quien él rogaba habia hecho muchas cosas muy graves contra él, y con esto no quiso hacer lo que Herodes le suplicaba. Después, yendo César á Egipto por Siria, Herodes le recibió con toda la riqueza del reino; y mirando entónces muy bien todo su ejército, vínose primero á Tolemaida y allí le dió una cena muy magnífica con todos sus amigos, y repartió tambien á su ejército una comida muy abundantemente. Proveyó tambien, que, pasando por caminos muy secos hácia Pelusio, para los que de allá volviesen, no faltase agua, ni padeciese el ejército necesidad de cosa alguna. Por tantos merecimientes, no solo César sino todo su ejército tambien tuvieron en poco el reino que le habia sido dado; y por tanto cuando vino á Egipto, muerto ya Antonio y Cleopatra, nó solo le acrecentó todas las honras que antes le habia dado, sino que tambien le añadió á su reino parte de aquello que Cleopatra le habia antes quitado. Dióle tambien á Gadara, Hipon y Samaria; y de las ciudades marítimas á Gaza, Antedon, Joppe y el Pirgo ó Torre de Estraton. Dióle además de todo esto cuatrocientos franceses que fuésen en su guarda, los cuales tenia antes Cleopatra; y ninguna cosa incitaba tanto el ánimo y

liberalidad de César á hacerle beneficios, cuanto era el verle tan animoso y magnánimo. Además de lo que primero le habia dado, le dió tambien después toda la region llamada Tracon y Batanea que le está muy cerca, y Auranitis, todas por la misma causa. Zenodoro entónces, que tenia en su gobierno la casa y hacienda de Lisania, no cesó jamás de regirla, y aquella llamada Tracon de enviar ladrones á los damascenos para que los robasen. Ellos viendo esto acudieron á Varon el cual era entónces regidor de Siria, y le rogaron que hiciese saber á César las miserias que sufrian. Sabidas por César estas cosas, en la misma hora le envió á decir que tuviese cuidado en procurar de matar aquellos ladrones: y así Varon vino con mucha gente á todos los lugares, de los cuales sospechaba, y limpió toda la tierra de aquellos ladrones, y quitóla del gobierno de Zenodoro; y César la dió á Herodes, porque no se hiciese otra vez recogimiento y cueva de ladrones contra Damasco: y además de todo esto hízole tambien procurador de toda la Siria. Volviéndose después el décimo año á su provincia, mandó á todos los procuradores que habia puesto que ninguno osase determinar algo sin hacérselo saber y darle de todo razon: y aun después de muerto Zenodoro, César le dió toda aquella parte de tierra que está entre Tracon y Galilea: y lo que Herodes tenia en mas que todo esto, era ver que después de Agripa era él el mas amado de César; y después de César, el mas amado de Agripa. Levantado, pues, de esta manera al mas alto grado de prosperidad y hecho mas animoso, la mayor parte de su trabajo y providencia puso en las cosas de la religion.

XVI. Á los quince años de su reinado renovó el templo é hizo cercar de muro muy fuerte doblado espacio de tierra al rededor del templo, de lo que antes solia tener con expensa y gastos muy grandes, y con magnificencia muy singular de la cual daban señal los claustros grandes que hizo labrar, y el castillo que mandó edificar junto con ellos hácia la parte del septentrion: aquellos levantó él de principio y de sus fundamentos, y renovó el castillo con grandes gastos, como asiento de aquella ciudad y de todo el reino, y púsole por nombre Antonia, en honra de Antonio. Y habiendo tambien edificado para sí un palacio real en la parte mas alta de la ciudad, edificó en él dos aposentos de mucha grandeza y gentileza, y á ambos puso los nombres de sus amigos; llamando al uno Cesareo y al otro Agripio. Y por memoria de ellos, nó solo escribió y mandó pintar estos nombres en los techos, sino tambien mostró en todas las otras ciudades su gran liberalidad: porque en la region de Samaria, habiendo cerrado de muro una ciudad muy hermosa que tenia mas de veinte estadios de cerco, llamóla Sebaste y llevó allá seis mil vecinos, y dióles tierras muy fértiles, en donde edificó tambien un templo muy grande entre aquellos edificios, y cerca de él una plaza de tres estadios y medio, lo cual todo dedicó á César, y concedió á los vecinos de esta ciudad leyes muy favorables. Y habiéndole dado César por estas cosas la posesion de otra tierra, edificóle otro templo cerca de la fuente del rio Jordan todo de mármol muy blanco y muy reluciente, en un lugar que se llamó Panio, á donde la sumidad y altura de un monte muy elevado, descubre una cueva muy umbrosa por causa de un valle que le está al lado, en donde de unas peñas muy altas se recoge el agua que de allí mana, la cual es tanta, que no tiene ni se puede tomar ni hallar hondo en ella. Por la parte de fuera de la raíz de la cueva nacen unas fuentes, las cuales segun algunos piensan son el principio y manantial del rio Jordan: pero después al fin mostraremos lo que se debe creer como muy verdadero. Tambien junto á las casas y palacios reales que habia en Hiericunta, entre el castillo de Cipro y las primeras, edificó otras mejores que fuesen mas cómodas para los que viniesen, y púsole los nombres arriba dichos de sus amigos. No habia lugar en todo el reino que fuese bueno, el cual no honrase con el nombre de César. Después de haber henchido todo el reino de Judea de templos, quiso ensanchar tambien su honra en la provincia; y en muchas ciudades edificó templos, los cuales llamó Cesareos. Y como entre las ciudades que estaban hácia la mar hubiese visto una muy antigua y muy vieja, que se llamaba la Torre ó Pirgo de Estraton; y que segun era el lugar podia emplear en ella su magnificencia, habiéndola toda reparado de piedra blanca y muy luciente, edificó en ella un palacio muy lindo, y mostró en él la grandeza que naturalmente su ánimo tenia. Porque entre Doras y Joppé, en medio de las cuales esta ciudad está edificada, no hay parte alguna en toda aquella mar á donde se pudiese tomar puerto, de tal manera, que cuantos pasaban de Fenicia á Egipto eran forzados á correr aquella mar con gran miedo del viento áfrico, cuya fuerza, por moderada que sea, levanta tan grandes hondas, que al retraerse es necesario que la mar se revuelva por algun espacio de tiempo. Pero venciendo el rey con liberalidad y gastos muy grandes á la naturaleza, hizo allí un puerto mayor que el de Pireo; y mas adentro hizo lugar apto y muy grande, á donde se pudiesen recoger todas las naves que viniesen. Y aunque el lugar le era manifiestamente contrario, quiso él todavía contender con él de tal manera, que la firmeza de sus edificios no pudiese ser quebrada por los ímpetus de la mar, ni por el poder de la fortuna: y era la gentileza de ellos tanta, que parecia no haber sido jamás contraria la dificultad del lugar á la obra y ornamento: porque habiendo medido el espacio conveniente, segun dijimos arriba, echó veinte varas en el hondo grandes piedras, de las cuales habia muchas que tenian cincuenta piés de largo, nueve de alto y diez de ancho, y aun hubo algunas que fueron mayores. Habiendo levantado este lugar, que solia ser antes cubierto con las olas, ensanchó doscientos piés el muro, de los cuales quiso que fuesen los ciento para resistir á las bravas ondas que venian, y echarlas, por lo cual tambien se llamaron con nombre que lo significase, Procimia. Los otros ciento tiene el muro que rodea y ciñe el puerto, puestas grandes torres entre ellos, de las cuales la mayor y la mas gentil llamaron Drusio, por el nombre del sobrino de César. Habia tambien allí muchas bóvedas y lugares para recoger todo lo que se trajese al puerto; y cerca de ellos habia como una lonja de piedra y muy ancha para pasear, y á donde se recibian las naves; y la entrada de este puerto estaba hácia el septentrion; porque para él, segun el asiento de aquel lugar, era el mas próspero viento el de Bóreas. Á la puerta habia tres estátuas, las cuales por ambas partes afirmaban sobre unas columnas, á las que sustentaba una torre á la entrada á mano izquierda, y á la derecha dos piedras de extraña grandeza y altura, mas altas aun que la torre que estaba en el otro lado edificada. Las casas que estaban juntas con el puerto, de piedra muy blanca y muy clara, con igual medida de los espacios, llegaban hasta el puerto. En el collado que está antes de la entrada del puerto edificó un templo á César muy grande y muy hermoso, y puso en él una estátua de César, no menor que es la de Júpiter en Olimpia, á cuyo ejemplo y manera fué hecha igual con la que

está en Roma, y á la de Juno que está en Argos. Dedicó la ciudad á toda aquella provincia, y el puerto á las mercaderías que viniesen, y á César la honra del que lo edificó, por lo cual quiso que la ciudad se llamase Cesarea. Todas las otras obras y edificios, la plaza, el teatro, y el anfiteatro hizo que fuesen dignas del nombre que les ponia; y habiendo ordenado unos juegos y luchas que se hiciesen cada cinco años, púsoles tambien el nombre de César. Fué el primero que en la olimpíada centésima nonagésima segunda propuso grandes premios, para que nó solo los vencedores, sino sus descendientes segundos y terceros pudiesen gozar de la libertad y riqueza real. Habiendo tambien renovado la ciudad de Antedon, llamóla Agripia, y por su sobrado amor escribió tambien el nombre de su amigo en la puerta que hizo en el templo. No ha habido por cierto quien tanto amase á sus padres, porque á donde estaba el monumento y sepultura de su padre en la parte mejor de todo el reino, fundó allí una ciudad muy rica con la ribera y arboleda que tenia cerca, la cual llamó en memoria de su padre, Antipatria. Y cercó de muro un castillo que está sobre Hiericunta en un lugar de sí muy fuerte; pero en gentileza el principal y por honra de su madre le llamó Cipre. Edificó tambien á su hermano Faselo una torre en Jerusalen la cual llamó Fasélida, cuya liberalidad en la grandeza y cerco después se declarará. Puso tambien el nombre de Faselo á otra ciudad que está después de Hiericunta hácia el norte. Habiéndose, pues, acordado de la gloria y honra de sus parientes y amigos, no quiso olvidarse de sí mismo, antes quiso que un castillo, que está delante de un monte por el costado de Arabia muy fuerte y muy guarnecido, se llamase Herodio, segun su nombre. Y un edificio que estaba sesenta estadios de Jerusalen, á manera de una teta, poniéndole su mismo nombre, mandó que fuese renovado mas magníficamente, porque rodeó la altura de este con unas torres redondas, y en el circúito mandó edificar las casas reales, gastando mucho tesoro en ellas, y haciendo que no solo tuviesen extraña gentileza por dentro, sino que mostrasen tambien la riqueza por fuera, las techumbres y paredes, y todo lo demás que pudiera verse. Hizo tambien que fuese abundante de agua, la cual hizo venir con muchos gastos, y mandó edificar de mármol muy claro doscientas gradas por donde viniese, porque todo aquel edificio era como collado hecho con artificio y de muy gran altura. Edificó á los piés á raíz de este collado otros edificios muy grandes y muy suntuosos para que fuesen recogimiento á muchos amigos, y á las cargas y caballos: de tal manera estaba esto, que, segun era la abundancia de todas las cosas, parecia mas ser una ciudad que nó un castillo, y en el cerco y vista por defuera, mostraba muy claramente que era un palacio real. Edificados ya tantos y tan extraños edificios, mostró tambien su liberalidad y la grandeza de su ánimo en muchas ciudades, las cuales no le eran propias, porque en Trípoli, en Damasco y en Tolemaida edificó baños públicos: cercó de muro la ciudad de Biblio; hizo cátedras, lonjas, plazas y templos en Brito y en Tiro; tambien en Sidonia y en Damasco edificó teatros. Hizo tambien aparejo y lugar para llevar agua á los laodicenses, que están hácia la parte de la mar, y en Ascalona hizo lagunas muy hermosas y muy hondas; muchos baños, muchos pátios muy labrados, con admirable grandeza y obra, cerrados todos de columnas; en muchos hizo puerto: dió muchos campos á muchas ciudades que estaban cerca de su reino, y le eran muy amigas. Para los baños hizo rentas públicas y perpetuólas, como en Cois, porque no pudiesen faltar jamás sus beneficios. Proveyó de trigo á cuantos tenian necesidad. Dió muchos dineros á los rodios para armar sus flotas y reparó á Pitio, que habia sido abrasada, todo con su gasto. ¿Para qué me alargaré en contar su liberalidad con los licios y samios? ¿Quién contará los dones que dió en toda Jonia, dando á cada uno segun lo que deseaba? ¿Los atenienses, los lacedemonios, los nicopolitanos y el Pérgamo de Misia, no está todo esto lleno de los dones de Herodes? Por ventura, ¿no adornó la plaza de los antioquenses de Siria, y la allanó por veinte estadios de largo, toda de mármol muy excelente para que por allí pasasen y se escurriesen las aguas y lluvias del cielo, como antes estuviese muy llena de cieno y mucha suciedad? Pero alguno dirá que estas cosas fuéron propias de aquellos pueblos, á los cuales fueron dadas; pues lo que hizo por los elindenses no parece cierto comun al pueblo de Acaya solamente, sino á todo el universo, por el cual se esparce la gloria de los juegos y luchas olímpicas. Porque viendo que esto faltaba por pobreza, y porque no habia quien gastase en ello, y que solo faltaba lo que se esperaba de la Grecia antigua, lo cual no era cosa bastante, nó solo quiso aquellos cinco años ser él el capitan cuando hubo de pasar por allí para ir á Roma, sino que ordenó rentas perpétuas: porque, mientras de él hubiese memoria, no dejase jamás el oficio ni el nombre de buen capitan. Cosa seria para jamás acabar, ponerse á contar los tributos y deudas que perdonó, y no quiso cobrar, quitando toda la sujecion de los faselitas y balneotas, y á muchos otros lugares cerca de Cilicia, los cuales estaban obligados á muchos pechos, aunque el miedo que tuvo tenia las riendas á la grandeza de su ánimo, por no mover las gentes á que le tuviesen envidia y le levantasen revueltas, como á hombre que queria levantarse mas de lo que debia, si hacia y procuraba mayor bien á las ciudades, que á los regidores de ellas. Aprovechábase de su cuerpo en todo cuanto convenia para su ánimo, y siendo como era gran cazador, en esto mismo se habia hecho tan diestro en cabalgar, que alcanzaba en un caballo todo cuanto queria. Un dia finalmente le aconteció matar cuarenta fieras: y aquella region tiene muchos puercos monteses, pero muchos mas ciervos y cebras ó asnos salvajes: era tan fuerte de sí, que ninguno le podia sufrir, con lo cual espantaba á muchos, aun ejercitándolos, pareciendo á todos muy excelente tirador de dardos y de saetas. Y además de la virtud de su ánimo grande y fuerza de su cuerpo, fuéle tambien fortuna muy próspera, porque muy raramente en las cosas de la guerra le sucedió contra su voluntad; y si alguna vez le aconteció alguna desdicha, no fué por causa suya, sino por traicion de algunos ó por atrevimiento y poca consideracion de sus soldados.

XVII. Las tristezas y fatigas domésticas tuvieron envidia de la dicha y prosperidad pública de Herodes, y sus adversidades comenzaron por su mujer, á la cual él mucho amaba. Porque, después que alcanzó las honras y poder de rey, dejando la mujer que antes habia tomado, natural de Jerusalen, y por nombre llamada Doris, juntóse con Mariana, hija de Alejandro, hijo de Aristóbulo, por lo cual vino en discordia su casa: y principalmente, aunque antes tambien, mucho mas claramente después de su venida de Roma. Porque por causa de los hijos que habia habido de Mariana, echó de la ciudad á su hijo Antípatro habido de Doris, dándole licencia de entrar en ella solamente los dias de fiesta. Después, por sospecharse del abuelo de su mujer, Hircano, que habia ya tornado de los

partos le mató, habiéndoselo llevado preso Barzafarnes después que ocupó la Siria; y por haber tenido misericordia de él, le habian librado los gentiles, que vivian en la otra parte del rio Eufrates. Y si los hubiera él creido cuando le decian que no pasase á Herodes, no fuera muerto; pero atrájole el deseo del matrimonio de Herodes con su nieta, porque, confiándose en él, y con mayor deseo de ver su propia patria, vino. Y movióse Herodes á esto, nó porque Hircano desease ni procurase haber el reino; sino por saber y conocer ciertamente, que le era debido por ley y por razon. Y de cinco hijos que tuvo Herodes de Mariana, los tres eran varones, las otras dos eran hijas. Y siendo muerto el menor de estos en los estudios en Roma, los otros dos por la nobleza de la madre, y porque habian nacido siendo él ya rey, criábalos tambien muy realmente y con gran fausto. Ayudábales á estos el grande amor que tenia con Mariana, el cual acrecentándose cada dia encendia á Herodes en tanta manera, que no podia sentir algo de lo que le dolia por causa de aquella á quien tanto amaba. Porque, tan grande era el odio y aborrecimiento de Mariana para Herodes, cuanto era grande el amor que Herodes tenia á Mariana. Teniendo, pues, causas probables de la enemistad por las cosas que habia visto, y teniendo confianza en el amor, solíale cada dia zaherir lo que habia hecho con su abuelo Hircano y con su hermano Aristóbulo, porque ni á este perdonaba, aunque era muchacho, al cual después de haberle dado la honra pontifical á los diez y siete años de su edad, luego le mató: porque como él, vistiéndose con las vestiduras sagradas para aquel oficio, se llegó al altar un dia de gran fiesta para todo el pueblo, entónces lloró, y enviándole después á Hiericunta en la noche, fué ahogado por los franceses, segun él tenia mandado, en una laguna. Todas estas cosas le decia Mariana á Herodes por injuria, y deshonraba á su madre y á su hermana con palabras muy pesadas y muy deshonestas, aunque él á todo esto callaba con el grande amor que tenia. Pero las mujeres estaban muy ensañadas contra Mariana; y para mover á Herodes contra ella, la acusaban de adulterio; y además de muchas otras cosas que le levantaban aparentes y como verdaderas, acusábanla tambien que habia enviado á Egipto un retrato suyo á Antonio; y así, por el desordenado deseo y lujuria suya, habia trabajado de mostrarse en ausencia á un hombre que estaba loco trás las mujeres, y que las podia forzar. Esto perturbó á Herodes no menos que si le cayera un rayo del cielo encima, y principalmente, porque estaba encendido en celos por el grande amor que la tenia, y tambien pensando por otra parte en la crueldad de Cleopatra, por cuya causa habia sido muerto el rey Lisanias y Malico el árabe. No tenia ya cuenta con perder á su mujer, sino con el peligro que podia acontecer si él perdia la vida. Habiéndose, pues, de partir de allí para Roma, encomendó su mujer á Josefo, marido de su hermana Salomé, al cual tenia por fiel; y segun era el deudo, teníale por amigo, mandándole secretamente que la matase, si Antonio le mataba á él. Pero Josefo, nó por malicia, mas deseando mostrar á la mujer la voluntad y amor de su marido, el cual no podia sufrir ser apartado de ella, aunque fuese muerto, descubrióle todo lo que Herodes le habia secretamente encomendado. Siendo después vuelto ya Herodes, y hablando y jurando de su amor y voluntad, como nunca habia tenido amores con otra mujer en el mundo, respondió ella: muy comprobado está tu amor conmigo, con el mandamiento que hiciste á Josefo, cuando de aquí partiste, mandándole que me matase. Habiendo Herodes oido estas cosas, las cuales él pensaba que estaban secretas entre él y Josefo, desatinaba; y pensando que Josefo no habia de descubrir jamás lo que entre ellos habia pasado, sino juntándose deshonestamente con ella, recibió de esto tan gran dolor, que casi enloquecia: y levantándose de la cama comenzóse á pasear por el palacio; y tomando ocasion entónces allí su hermana Salomé para acusar á Josefo, confirmóle la sospecha. Furioso Herodes con el grande amor y celos que tenia, mandó que á entrambos los matasen á la hora: y después que fué esta locura hecha, le pesaba y se arrepentia por ella; pero pasado el enojo encendíase poco á poco en amor. Y era tanta la fuerza de este amor y deseo que de ella tenia, que no pensaba que era muerta; antes con la tristeza grande que tenia, la hablaba en su cámara como si allí estuviera con él viva: hasta tanto que con el tiempo, sabiendo de su muerte y enterramiento igualó bien sus llantos y su tristeza con el grande amor que siendo viva le tenia. Sucedió que sus hijos, tomando la muerte de la madre por propia, pensando muy bien en la maldad tan grande y tan cruel, tenian á su propio padre como á enemigo; y esto fué cuando estaban en Roma estudiando, y fué tambien después de venidos á Judea mucho mas; porque como crecian y se les aumentaba la edad, así tambien la aficion y amor maternal tomaba fuerzas. Llegados ya á tiempo de casarse, el uno tomó por mujer á la hija de su tia Salomé que habia acusado la madre de entrambos; y el otro la hija de Arquelao, rey de Capadocia. De aquí alcanzó el odio la libertad que queria; y de la confianza que en ello tenian, tomaron ocasion los malsines. Por lo cual hablaban mas claramente con el rey, diciéndole como ambos hijos le asechaban para matarle; y que el uno daba gente á su hermano para que vengase la muerte de la madre; y el otro, es á saber el yerno de Arquelao, confiado en su suegro, se aparejaba para huir y acusarle delante de César. Lleno, pues, Herodes de estas acusaciones, trajo á su hijo Antípatro que fuese en su ayuda contra sus hijos, el cual era tambien hijo suyo de Doris, y comenzó de adelantarlo y tenerlo en mas en todo cuanto emprendia que á todos los otros: los cuales, no teniendo por cosa digna sufrir esta mudanza tan grande, y viendo que se adelantaba el hermano, nacido de baja madre, no podian refrenar su enojo ellos con su nobleza, antes en todo cuanto podian trabajaban de ofenderle y mostrar su ira é indignacion. Menospreciábalos Herodes cada dia mas; y Antípatro por causa de ellos era muy favorecido, porque sabia lisonjear astutamente á su padre, y decíale muchas cosas contra sus hermanos; algunas veces él mismo, otras ponia amigos suyos que dijesen otras cosas, hasta tanto que sus hermanos perdieron toda la esperanza que del reino tenian, porque en el testamento estaba tambien declarado por sucesor. Fué finalmente enviado á César como rey, y con aparato y compañía real servido de todo lo que á rey pertenecia, excepto que no llevaba corona. Y con el tiempo pudo hacer que su madre se juntase con Herodes y viniese á la cámara donde Mariana solia dormir; y usando de dos géneros de armas contra sus hermanos, de las cuales las unas eran lisonjas y las otras eran invenciones y calumnias nuevas, pudo con Herodes tanto que le hacia pensar cómo matase á sus hijos: por lo cual acusó delante de César á Alejandro, el cual se habia llevado con él á Roma, porque le habia dado ponzoña; pero alcanzando licencia para defenderse Alejandro, aunque el juez era muy imprudente, era todavía mas prudente que no Herodes y Antípatro: calló con vergüenza los delitos del padre, y disculpóse muy elegantemente de

lo que le habian levantado; y después que hubo mostrado ser tambien sin culpa su hermano, dió quejas de la malicia é injurias de Antípatro, ayudándole para ello además de su inocencia la grande elocuencia que tenia: porque tenia gran vehemencia en el hablar, dando por fin de su habla que de buena voluntad el padre los mataria si pudiese; acusóle de este crímen é hizo llorar á todos los que estaban presentes; pero pudo tanto con César, que fueron todas las acusaciones menospreciadas, é hízolos á todos muy amigos de Herodes. Fué la amistad hecha con tal ley, que los mancebos hubiesen de ser en todo muy obedientes al padre, y que el padre pudiese hacer heredero del reino á quien quisiese. Habiéndose después vuelto el rey á Judea, aunque parecia haber perdonado y excusado de las culpas á sus hijos, no estaba libre de toda sospecha: porque Antípatro proseguia su enemistad, aunque por vergüenza de César, que los habia hecho amigos, no osaba claramente manifestarla. Y como navegando pasase por Cilicia y llegase á Eleusa, recibióle allí con mucha amistad Arquelao, haciéndole muchas gracias por haber defendido la causa de su yerno con mucha alegría y amistad, porque habia escrito á Roma á todos sus amigos que favoreciesen la causa de Alejandro, y así le acompañó hasta Zefirio, haciéndole un presente de treinta talentos. Después que hubo llegado á Jerusalen, Herodes convocó á todo el pueblo: estando delante tambien sus tres hijos, dió á todos razon de su partida: hizo muchas gracias primero á Dios, muchas á César porque habia quitado toda la discordia que en su casa habia y entre los suyos; y lo que era principal y de tener en mas que no el reino, porque habia puesto amistad entre sus hijos, la cual dijo que él trabajaria en juntarla mas estrechamente: porque César me ha hecho señor de todo, y juez de los que me han de suceder. Yo, pues, ahora delante de todos le hago con todo mi provecho muchas gracias por ello; y dejo por reyes á mis tres hijos; y de este parecer y sentencia mia quiero y ruego á Dios, que el primero sea el comprobador, y vosotros todos después. Al uno manda la edad que sea alzado por rey después de mí, y á los otros la nobleza, aunque su grandeza basta para mucho mas. Pues tened reverencia á lo que César os manda y el padre os ordena, honrándolos á todos igualmente y con la honra que todos merecen: porque no puede darse tanta alegría en obedecer al uno, cuanto pesar le dará el que le menospreciare. Yo señalaré los parientes que han de estar con cada uno, y los amigos tambien para que puedan conservarlos en concordia y unanimidad: entendiendo y sabiendo como cosa muy cierta, que toda la discordia y contienda que en las repúblicas suelen nacer procede de los amigos, consejeros y domésticos: y si estos fueren buenos, suelen conservar el amor y benevolencia. Una cosa ruego, y es, que no solo estos, sino los principales de mi ejército tengan al presente esperanza en mí solo: porque no doy á mis hijos el reino aunque les dé la honra de él, y que se gocen con placer como que ellos lo rigiesen: el peso de las cosas y el cuidado de todo á mí toca, y yo he de proveer á todo, aunque querria verme libre de ello. Considere cada uno de vosotros mi edad y el órden con que yo vivo, y juntamente la piedad y religion que tengo: porque no soy tan viejo que se deba tan presto desesperar de mí, ni estoy tan acostumbrado á placeres ni á deleites, los cuales suelen acabar mas presto de lo que acabarian las vidas de los mancebos, hemos tenido tanta observancia y honra á Dios eterno, que creemos tener que vivir mucho tiempo y muy largos años. Y si alguno por menosprecio mio quisiere complacer á mis hijos, ese me lo pagará por él y por ellos; porque yo no quiero dejar de honrar á los que he engendrado, porque les tenga envidia; pero por saber que estas cosas suelen hacer mas atrevidos á los mancebos y ensoberbecerlos. Si pensaren, pues, los que los siguen y se dan á ellos, que los que fueren buenos tienen aparejado el galardon y premio en mi poder; y los malos han de hallar en aquellos mismos, á quien favorecen, castigo de sus maldades; todos por cierto serán conformes conmigo, es á saber, con mis hijos: porque á ellos conviene que yo reine, y á ellos les será muy gran provecho tenerme á mí por amigo, y finalmente por padre con gran concordia. Y vosotros, mis buenos y amados hijos, poned delante de vosotros primero á Dios que es poderoso, para mandar á todo fiero animal, y dadle la honra que debeis: después de él á César, que nos ha recibido con todo favor, y con el que nos ha conservado; y á mí terceramente que os ruego lo que me es muy lícito mandaros, que permanezcais siempre como verdaderos hermanos y muy concordes. De ahora en adelante yo os quiero dar vestidos y honras reales: quiero que como á tales todos os obedezcan, y ruego á Dios que conserve mi juicio, si vosotros quedais concordes. Acabado su razonamiento, saludólos á todos y despidió al pueblo: unos se iban deseando que fuese así, segun habia Herodes dicho: y los que deseaban revueltas y mudanzas en los estados, fingian no haber oido nada. Pero no faltó contienda á los hermanos, antes sospechando algo peor, apartáronse unos de otros: porque Alejandro y Aristóbulo no sufrian bien ver que su hermano Antípatro fuese confirmado en el reino; y Antípatro se enojaba porque sus hermanos fuesen tenidos por segundos: mas este segun la variedad de sus costumbres sabia callar los secretos y encubrir el odio que les tenia muy secretamente. Ellos, por verse de noble sangre, osaban decir cuanto les parecia: habia tambien muchos que les movian é incitaban; otros muchos habia que se les mostraban muy amigos por saber la voluntad de ellos. De tal manera pasaba esto, que, cuanto se trataba delante de Alejandro, luego á la hora estaba delante de Antípatro; y lo mismo, añadiéndole siempre algo, luego tambien Herodes lo sabia; y por mas que el mancebo dijese algo, sin pensarlo luego le era atribuido á culpa, y trocábanle las palabras en graves ofensas; y cuando se alargaba en hablar en algo, luego le levantaban, por poco que fuese lo que decia, alguna cosa mucho mayor. Antípatro sobornaba siempre algunos que lo indujesen á hablar, porque sus mentiras tuviesen alguna buena ocasion y mejor entrada; y de esta manera, habiendo divulgado muchas cosas falsamente, bastase para dar crédito á todas, hallar que una fuese verdadera. Pero los amigos de este mancebo ó eran de su natural muy callados, ó con dádivas los hacian callar porque no descubriesen alguna cosa ni errasen en algo si descubrian algun secreto á la malicia de Antípatro. Habia corrompido los amigos de Alejandro, á unos con dineros, á otros con halagos y buenas palabras, tentando toda cosa y ganando su voluntad de tal manera, que los que contra él hablasen ó hiciesen algo, fuesen tenidos por ladrones secretos y por traidores. Y rigiéndose con gran consejo y astucia en todo, trabajaba por venir delante de Herodes y dar sus acusaciones muy astutamente; y haciendo la persona y partes de su hermano, servíase de otros malsines sobornados para el mismo negocio. Si se decia algo contra Alejandro, con disimulacion de quererle favorecer, volvia por él; luego le sabia astutamente urdir y traer á tal punto, que movia y ensa-

ñaba al rey contra Alejandro: y mostrando al padre cómo su hijo Alejandro le buscaba la muerte con asechanzas, no habia cosa que tanto lo hiciese creer, ni que tanta fé diese á sus engaños, como era ver que Antípatro trabajaba en defenderle. Movido con estas cosas Herodes, cuanto menos amaba á los otros, tanto mas se le acrecentaba la voluntad con Antípatro. El pueblo tambien se inclinó á la misma parte, los unos de grado y los otros por ser forzados á ello, como fueron Tolomeo, el mejor de sus amigos, los hermanos del rey y toda su generacion y parientes. Porque todos estaban puestos en Antípatro, y todo parecia pender de su voluntad; y lo peor y mas amargo para la destruccion de Alejandro era la madre de Antípatro, por cuyo consejo se trataba entónces todo. Era esta peor que madrastra, y aborrecíalos mas que si fueran entenados á aquellos que eran hijos de la que antes habia sido reina. Pero aunque la esperanza era mayor para mover á todos que obedeciesen á Antípatro, todavía los consejos de Herodes que era rey, apartaban los corazones y voluntades de todos que no se aficionasen á los mancebos; porque habia mandado á los mas cercanos y mas amigos, que ninguno fuése con Aristóbulo ni con su hermano, y que ninguno les descubriese su ánimo. No solo se temian de hacer esto los amigos y domésticos suyos; pero aun tambien los extraños que de fuera vivian: porque no habia César concedido tanto poder á ningun rey que le fuese lícito sacar de todas las ciudades, aunque no le fuesen sujetas, á todos cuantos mereciesen castigo ó huyesen de él. Los mancebos no sabian algo de todo aquello que les habian levantado, y por esta causa los prendian menos prevenidos. Ninguno era acusado ni reprendido por su padre públicamente; pero templando su ira hacia que poco á poco le entendiesen, y tambien ellos se movian mas ásperamente con el dolor y pena de aquellas cosas que les levantaban. De la misma manera movió á su tio Feroras y á su tia Salomé contra ellos Antípatro hablando con ellos muchas veces muy familiarmente, como con su mujer propia, por levantarlos contra sus hermanos. Acrecentaban esta enemistad Glafira, mujer de Alejandro, levantando mucho su nobleza; y diciendo que ella era señora de todo aquel reino y de cuanto en él habia; y que descendia por parte de padre de Temeno, y por parte de madre de Darío, hijo de Histaspe, y menospreciaba mucho la bajeza del linaje de la hermana y mujeres de Herodes, las cuales él habia tomado y escogido por la gentileza que tenian, y nó por la nobleza. Arriba dijimos ya que Herodes habia tenido muchas mujeres: porque á los judíos les era cosa lícita, segun costumbres de su tierra, tener muchas, tambien porque el rey se pudiese deleitar con muchas. Por las injurias y soberbia de Glafira, era aborrecido Alejandro de todos: y Aristóbulo hizo su enemiga á Salomé aunque le fuese suegra, por las malas palabras de Glafira, porque muchas veces le solia echar en cara la bajeza del linaje á la mujer, después tambien porque él habia tomado una mujer privada y plebeya, y su hermano Alejandro una de sangre real. La hija de Salomé contaba todo esto á su madre derramando muchas lágrimas. Añadia tambien, que el mismo Alejandro y Aristóbulo la habian amenazado que si alcanzaban el reino, habian de poner las madres de los otros hermanos con las criadas, á tejer en un telar con las mozas; y á ellos por escribanos de las aldeas y lugares, burlándose de ellos porque estudiaban. Movida Salomé con estas cosas, no pudiendo refrenar su ira, descubrióselo todo á Herodes, y parecia harto bastante para hablar contra su yerno. Además de estas cosas, divulgóse tambien otra nueva acusacion la cual movió mucho al rey. Habia oido que Alejandro y Aristóbulo rogaban y suplicaban muchas veces á su madre, y lloraban gimiendo su desdicha, y á veces la maldecian; porque, dividiendo el rey los vestidos de Mariana con las otras mujeres, le amenazaban que presto las harian vestir de luto, por los vestidos reales y deleites que entónces tenian. Con esto, aunque Herodes temiese algo, viendo el ánimo constante de los mancebos, no quiso desesperar de la correccion de ellos; antes los llamó á todos, porque él habia de partir para Roma; y habiéndoles como rey hecho algunas amenazas, aconsejóles amonestando como padre muchas cosas, y rogóles que se amasen como hermanos, prometiendo perdon de lo cometido hasta entónces, si de allí en adelante se corregian y se enmendaban. Y ellos decian que eran acusaciones falsas y fingidas, y que por las obras podia conocer cuán poca ocasion y causa tuviese para darles culpa; y que él no debia creer tan ligeramente, antes debia cerrar sus oídos y no dar entrada á los que decian mal de ellos, porque no faltarian jamás malsines, mientras tuviesen cabida en su presencia. Habiendo amansado la ira del padre con semejantes palabras, dejando el miedo que por la presente causa tenian, comenzaron á entristecerse y llorar por lo que esperaban que habia de ser. Entendieron que estaba enojada con ellos Salomé y con el tio Feroras: ambos eran personas graves y muy fieras; pero mas Feroras, el cual era compañero del rey en todas las cosas que al rey no pertenecian, sino solo en la corona; y era hombre de cien talentos de renta propia, y tomaba todos los frutos de las tierras que habia de esa otra parte del Jordan, las cuales le habia dado graciosamente su hermano, y Herodes habia alcanzado de César que pudiese ser tetrarca ó procurador, y lo habia honrado dándole en matrimonio la hermana de su propia mujer; después de cuya muerte le habia prometido la mayor de sus hijas, y le habia dado por dote trescientos talentos. Pero Feroras habia desechado el matrimonio real porque tenia amores con una criada: por lo cual Herodes, enojado, dió su hija en casamiento al hijo de su hermano, aquel que fué después muerto por los partos. Después, no mucho, perdonando Herodes el error de Feroras, volvieron en amistad; y teníase de este una vieja opinion, que en vida de la reina habia querido matar á Herodes con ponzoña. Pero en este tiempo todos los malsines tenian cabida; de manera, que, aunque Herodes quisiese estar en amistad con su hermano, todavía por dar algun crédito á las cosas que habia oido no lo osaba hacer, antes estaba amedrentado. Haciendo, pues, exámen de muchos, de los cuales se tenia entónces sospecha, vinieron tambien al fin á los amigos de Feroras, los cuales no confesaron algo manifiestamente; pero solamente dijeron que habia pensado de huirse con la amiga á los partos; y que Aristóbulo, marido de Salomé, á quien el rey se la habia dado por mujer después de muerto el primero por causa del adulterio, era partícipe en esta ida, y que él la sabia. No quedó libre Salomé de acusacion; porque su hermano Feroras la acusaba que se habia prometido de casar con Sileo, procurador de Obada, rey de Arabia, el cual era muy enemigo de Herodes: y siendo vencida en esto y en cuanto mas la acusaba Feroras, alcanzó perdon y el rey perdonó y libró todas las acusaciones á Feroras con las cuales habia sido acusado. Todas estas revueltas y tempestades se pasaron á casa de Alejandro, y todo colgó y vino á caer sobre su cabeza. Tenia el rey tres eunucos mucho mas amados que todos los otros, sin que hubiese alguno que lo ignorase · uno

tenia cargo de servirle de copa; otro de poner la cena, y el tercero de la cama, y este solia dormir con él. Á estos habia Alejandro sobornado con grandes dones, y habíales ganado la voluntad. Después que el rey supo todo esto, dióles tormento y confesaron la verdad de todo lo que pasaba, y mostraron claramente por cuya sobornacion y ruegos habian sido movidos y cómo los habia engañado Alejandro, diciendo que no debian tener esperanza alguna en Herodes, viejo malo, aunque él sabia teñirse los cabellos porque los que le viesen pensasen y le tuviesen por mancebo: y que á él debian honrar, pues que á pesar y á fuerza de Herodes habia de ser sucesor en el reino, y habia de dar castigo á sus enemigos, y hacer bienaventurados y muy dichosos á sus amigos, y entre todos mas á ellos tres. Dijeron tambien que todos los poderosos de Judea obedecian secretamente á Alejandro, y los capitanes de la gente de guerra y los príncipes de todas las órdenes. Amedrentóse Herodes tanto de estas cosas, que no osaba manifestar públicamente lo que estos habian confesado: pero, poniendo hombres que de dia y de noche tuviesen cargo de mirar en ello, trabajaba de escudriñar de esta manera todo cuanto se decia y cuanto se trataba: y luego daba la muerte á cuantos le causaban alguna sospecha. De esta manera en fin fué lleno su reino de toda maldad y alevosía; porque cada uno fingia segun el odio y enemistad que tenia, y muchos usaban mal de la ira del rey, el cual deseaba la muerte á todos sus alevosos; y todas las mentiras eran presto creidas, y el castigo era mas presto hecho que no eran las acusacionos publicadas. Y al que poco antes habia acusado, no faltaba quien luego le acusase, y era castigado junto con aquel á quien antes él habia acusado: porque la menor pena que se daba en los negocios que tocaban al rey, era la muerte: vino á ser tan cruel, que no miraba mas humanamente á los que no eran acusados, antes con los amigos se mostraba no menos airado que con los enemigos. Desterró de esta manera á muchos, y á los que no llegaba ni podia llegar su poder, á estos llegaban sus injurias. Añadióse después á todos estos malos, Antípatro con muchos de sus parientes y allegados, y no dejó género alguno de acusacion, del cual no fuesen sus hermanos acusados. Tomó tanto miedo el rey con la bellaquería de este y con las mentiras de los acusadores y malsines, que le parecia que veia delante de sí á Alejandro como con una espada desnuda venir contra él, por lo cual tambien le mandó prender á la hora, y mandó dar tormento á todos sus amigos. Muchos morian pacientemente callando, sin decir algo de cuanto sabian: otros, los que no podian sufrir los dolores, mentian diciendo que él habia entendido en poner asechanzas para matar á su padre; y que contaba muy bien su tiempo, para que habiéndole muerto cazando huyesen presto á Roma. Y aunque estas cosas no fuesen ni verdaderas ni á la verdad semejantes, porque forzados por los tormentos las fingian prontamente sin pensar mas en ellas, todavía el rey las creia con buen ánimo, tomándolo para consolacion y respuesta de lo que le podian decir, y en haber puesto en cárceles á su hijo injustamente. Pero no pensando Alejandro que habia de poder acabar de hacer que su padre perdiese la sospecha que de él tenia, determinó confesar cuanto le habian levantado; y habiendo puesto todas sus acusaciones en cuatro libros, confesó ser verdad que habia asechado por dar muerte á su padre, escribiendo como no era él solo en aquello; porque tenia muchos compañeros de los cuales los principales eran Feroras y Salomé, y que esta una vez se habia juntado con él, forzándole una noche contra su voluntad. Tenia, pues, ya Herodes estos libros ó informaciones en sus manos, en los cuales habia muchas cosas y muy graves contra los principales del reino, cuando Arquelao vino á buen tiempo á Judea temiendo no sucediese á su yerno y á su hija algun peligro, á los cuales socorrió con muy buen consejo, y deshizo las amenazas del rey, amansando su ira muy artificiosamente. Porque en la hora que él entró á ver el rey, dijo gritando á voces altas: ¿á dónde está aquel yerno mio malvado? ¿ó á dónde podré yo ver ahora la cabeza del que queria matar á su padre? la cual yo mismo con mis propias manos romperé en partes, y daré mi hija á buen marido: porque aunque no es partícipe de tal consejo, todavía está ensuciada por haber sido mujer de tan mal varon. Maravíllome mucho de tu paciencia Herodes, cuya vida y cuyo peligro aquí se trata que viva aun Alejandro, porque yo venia con tan gran priesa de Capadocia, pensando que habria ya mucho tiempo que fuera él castigado y sentenciado por su culpa, para tratar contigo de mi hija, la cual le habia dado á él por mujer teniendo á tí solo respeto, y considerando tu real dignidad. Pero ahora debemos tomar consejo sobre entrambos, aunque tú te muestras demasiado serle padre, y muestras menos fortaleza en castigar al hijo que te ha querido matar. Troquemos, pues, yo y tú las manos; y el uno tome venganza del otro: castiga tú á mi hija, y yo castigaré á tu hijo. De esta manera, aunque Herodes estaba muy indignado, todavía fué engañado. Presentóle que leyese los libros que Alejandro le habia enviado; y deteniéndose en pensar sobre cada capítulo, determinaban ambos juntos sobre ello. Tomando ocasion con aquello de ejecutar lo que traia Arquelao pensado, pasó poco á poco la causa á los demás que en la acusacion estaban escritos, y tambien contra Feroras; y viendo que el rey daba crédito á cuanto él decia, dijo: aquí se debe ahora considerar que el pobre mozo no sea acusado con asechanzas de tantos males, y si por ventura las ha él armado contra tí, porque no hay causa para pensar del mancebo tan grande maldad como sea que él gozase ahora del reino, y esperase tambien la sucesion haber de ser en él muy ciertamente, si ya por ventura no tuvo algunos que le han movido á ello y le han persuadido tal cosa, los cuales le han pervertido y aconsejado; y como su edad por ser poca es mudable, hánle hecho escoger la peor parte: y de tales hombres no solo suelen ser los mancebos engañados: pero aun tambien los viejos y las casas grandes y de gran nombre, los señoríos y reinos suelen ser por tales hombres revueltos y destruidos. Consentia Herodes en cuanto le decia, y poco á poco iba perdiendo y amansando su ira contra Alejandro, y enojábase contra Feroras, porque en él se fundaban aquellos cuatro libros ó acusaciones que habia Herodes recibido de Alejandro. Cuando aquel entendió que el rey estaba tan enojado contra él, y que prevalecia con el rey la amistad de Arquelao, buscó de salvarse y darse cobro desvergonzadamente, pues veia que honestamente no le era posible: y dejando á Alejandro acudió á Arquelao: este díjole que no veia ocasion para salvarse de tantas acusaciones como las en que él estaba envuelto, con las cuales manifiestamente era convencido á confesar, haber querido con tantas asechanzas engañar al rey, y que él era causa de tantos males y trabajos, como al presente el mancebo tenia, si ya no queria, dejando todas sus astucias y su pertinacia en negarlo, confesar todo aquello de lo cual era acusado y pedir perdon á su hermano, principalmente sabiendo que él le amaba: y que si esto hacia, él le

ayudaria de todas las maneras que le fuesen posibles. Obedeció Feroras á Arquelao en todo, y tomando unos vestidos negros, vino llorando por mostrarse mas miserable, y moverle á mayor compasion, y echóse á los piés de Herodes pidiendo perdon, el cual alcanzó confesándose por malo y muy lleno de toda maldad, porque de todo cuanto le acusaba él lo habia hecho, y que la causa de ello habia sido falta de entendimiento y locura, la cual tenia por los amores de su mujer. Después que Feroras se hubo acusado y fué testigo contra sí, entónces tomó la mano Arquelao por excusarle; y amansaba la ira de Herodes, usando en excusarle de propios ejemplos: porque él mismo habia sufrido de su hermano peores cosas y mas graves; y que habia tenido en mas el derecho natural, que nó la venganza. Porque en los reinos acontece lo que vemos en los cuerpos grandes, que con el grave peso siempre se suele hinchar alguna parte, la cual no conviene que sea cortada, pero que sea poco á poco con mucho miramiento curada. Habiendo hablado Arquelao y dicho muchas cosas de esta manera, puso amistad entre Herodes y Feroras; y él todavía mostraba gran ira contra Alejandro; y decia que se habia de llevar á su hija consigo. Pudo esto tanto con Herodes, que le movió á rogar él mismo por la vida de su propio hijo y que le dejase su hija: y Arquelao mostraba hacerlo esto mucho contra su voluntad; porque no la hubiera él dejado á ninguno del reino, sino fuera á Alejandro, porque convenia mirar mucho, en que quedase salvo el derecho del parentesco y deudo entre ellos, habiéndole dado á él el rey su hijo sino deshacia el matrimonio; y que esto no era ya posible, porque tenian ya hijos, y el mancebo amaba mucho á su mujer, la cual si se la dejaba, seria causa que todo lo cometido hasta allí fuese olvidado, y que si se iba, seria causa para desesperar de todo, y el atrevimiento se suele castigar con distraerlo en cuidados y amor de su casa. Fué en fin contento y acabó cuanto quiso; volvió en gracia y amistad con el mancebo, y reconcilióle tambien en la amistad de su padre: pero díjole, que sin duda le debia enviar á Roma, que hablase con César; porque él le habia dado razon de todo lo que pasaba con sus cartas. Acabado, pues, ya todo lo que Arquelao habia determinado y hecho á su voluntad, habiendo con su consejo librado á su yerno, y puestos todos en gran concordia, vivian, comian y conversaban todos juntamente. Pero al tiempo de su partida, Herodes le dió setenta talentos, y una silla y dosel real labrado con mucha perlería: dióle tambien muchos eunucos, y una concubina llamada por nombre Paniquis, y dió muchos dones á todos sus amigos, á cada uno segun era el merecimiento. Los parientes tambien del rey, todos dieron muchos dones á Arquelao, y él y los principales señores acompañáronle hasta Antioquía. No mucho despues vino otro á Judea mucho mas poderoso que no eran los consejeros de Arquelao, el cual no solo hizo que la amistad de Alejandro con Herodes fuese quebrantada; pero tambien fué causa de la muerte del mancebo. Era este de linaje lacon, y llamábase Euricles, estaba corrompido con deseo de reinar, por amor grande que tenia del dinero y por avaricia; porque ya la casa real no podia sufrir sus gastos y superfluidades. Habiendo este dado y presentado muchos dones á Herodes, como cebo para cazar lo que tanto deseaba, habiéndoselos Herodes vuelto todos muy multiplicados, no preciaba la liberalidad sin engaño alguno, sino la mezclaba y la alcanzaba con la sangre real. Salteó, pues, este al rey con muchas lisonjas y muchas astucias, entendiendo la condicion de Herodes muy á su placer, y obedecíale tanto en palabras, cuanto en las obras en todo, por lo cual vino á ganar con el rey muy grande amistad: porque el rey y todos los principales que con él estaban, preciaban y tenian en gran estima al ciudadano de Esparta. Pero cuando él vió la flaqueza de la casa real y las enemistades de los hermanos, y conoció tambien que tal ánimo tuviese el padre con cada uno de los hijos, posaba en casa de Antípatro, y engañaba á Alejandro con amistad muy fingida, suponiendo que en otro tiempo habia sido muy amigo de Arquelao y muy compañero; y así tambien se entró por esta parte algo mas presto, porque luego fué muy encomendado á Aristóbulo por su hermano Alejandro. Y habiendo experimentado á todos, tomaba á unos de una manera y á otros cebaba con otra. Así, primero quiso recibir sueldo de Antípatro y vender á Alejandro: reprendia á Antípatro, porque, siendo el mayor de sus hermanos, menospreciase tantos como andaban asechando por quitarle la esperanza que tenia: reprendia por otra parte á Alejandro, porque, siendo hijo de una reina y marido de otra, sufriese que un hijo de una mujer privada y de poco, sucediese en el reino, mayormente teniendo tan grande ocasion con Arquelao, que parecia mostrarle todo favor y persuadirle lo que para él era mejor y mas conveniente, esto creia mas fácilmente el mancebo por ver que le hablaba de la amistad de Arquelao. Por lo cual, no temiendo nada Alejandro, quejábase con él de Antípatro, y contábale las causas que á ello le movian; y que no era de maravillar, por ver que Herodes los privase del reino, pues habia muerto á la madre de ellos. Fingiendo Euricles con esto que se dolia y tenia compasion de ellos, movió é incitó á Aristóbulo á que dijese lo mismo, y habiéndolos forzado á quejarse de su padre, vínose á Antípatro, y contóselo todo, haciéndole saber las quejas de sus hermanos. Fingiendo mas aun, que sus hermanos le habian buscado asechanzas para matarle, y que estaban muy aparejados para quitarle la vida siempre que pudiesen. Habiéndole dado por estas cosas Antípatro mucho dinero, loábale delante de su padre. Vino finalmente á comprar la muerte de sus hermanos Alejandro y Aristóbulo, haciendo él mismo las partes de acusador, y llegando delante de Herodes, díjole que confesaba deberle la vida por beneficios que le habia hecho, en pago de los cuales estaba muy pronto á perderla: y que Alejandro habia poco antes pensado matarle y se lo habia á él prometido con juramento, mas habia sido impedido, que no pusiese por obra tan gran maldad por causa de la compañía: y Alejandro decia que Herodes no lo hacia bien con él que hubiese venido á reinar en un reino extraño, y después de haberles muerto á su madre, les hubiese quitado el debido ser de príncipes; y con esto aun no contento, habia hecho heredero á un hombre bajo y sin nobleza, y queria dar á Antípatro, hijo nó legítimo, el reino á ellos debido por sus antepasados y primeros abuelos, y que por tanto queria él venir para vengar las armas de Hircano y de Mariana: porque no convenia recibir de tal padre la sucesion del reino, sin darle la muerte, y que cada dia era movido á hacerlo por muchas ocasiones que le daba, pues no tenia licencia de hablar algo sin ser engañado y acusado; porque, si se trataba de la nobleza de los otros, era él injuriado sin razon, diciendo el padre por burla que solo Alejandro era noble y generoso, á quien su padre le es afrenta por falta de nobleza; y que si yendo á caza callaba, ofendia, y si hablaba algo en su loor, le decian luego que era engañador y que en todo hallaba cruel á su padre, el cual á solo Antípatro regalaba,

por lo cual no queria dejar de morir, sino le sucedian sus asechanzas y engaños como querian, y que si le mataba, el primer socorro que habia de tener seria el de Arquelao su suegro, á quien fácilmente podia acudir, y después á César que hasta este tiempo ignoraba las costumbres de Herodes, y que no le habia ahora de favorecer como antes habia hecho, temiendo la presencia de su padre, y que no solo habia de hablar de sus culpas, si es que primero habia de contar las desdichas de la gente, y habia de divulgar, que los hacia pechar y pagar tributos hasta la muerte: y después habia de decir, en qué placeres y en qué hechos se gastaban los dineros que con tantas vidas de hombres y derramando tanta sangre se han alcanzado, qué hombres, y cuáles han con ellos enriquecido, qué haya sido la causa de su afliccion en la ciudad, y que en esto habia de llorar y lamentar la muerte de su abuelo y de su madre, descubriendo todas las maldades del rey, para que los que lo supiesen no pudiesen juzgar ni tenerlo por matador de su padre. Habiendo Euricles dicho todas estas cosas contra Alejandro falsamente loaba mucho á Antípatro, diciendo y afirmando, que él era solo el que amaba á su padre y el que impedia que las asechanzas puestas no alcanzasen su fin. Habiendo el rey oido esto, no teniendo sosegado su corazon aun de la sospecha pasada ni pasado aun el dolor, fué con ello de nuevo en gran manera perturbado. Alcanzando Antípatro esta ocasion, movió otros acusadores que acusasen á sus hermanos, y dijesen que los habian visto tratar secretamente con Jucundo y con Tiranio, principales hombres de caballería del rey en otro tiempo, y por algunas ofensas hechas ahora, eran desechados de su órden. Movido, pues, y muy enojado Herodes con esto, mandólos luego poner á tormento: pero ellos solamente confesaron que nada sabian en todo aquello de lo cual los habian acusado. Fué presentada en este tiempo una carta escrita como de Alejandro al capitan del castillo de Alejandría, en la cual le rogaba que se recogiese con su hermano Aristóbulo en el castillo, si mataban al padre, y los dejase servir tanto de armas como de todo lo demás que necesidad tuviesen. Respondió á esto Alejandro que era maldad y mentira muy grande de Diofanto, el cual era notario y escribano del rey, hombre muy atrevido, astuto y muy diestro en imitar y contrahacer la letra de cuantas manos quisiese. Este á la postre, habiendo escrito muchas cosas falsamente, murió por esta causa. Habiendo después atormentado al capitan del castillo, que arriba dijimos, no pudo Herodes entender ni alcanzar de este algo, conforme á las acusaciones. pero aunque ninguna certidumbre se pudiese alcanzar de todo cuanto pedia, todavía mandó que sus hijos fuesen muy bien guardados, y dió á Euricles, que era la pestilencia de su casa y el autor de aquella maldad, cincuenta talentos, diciendo que le debia mucho. y que era el que le habia dado la salud y la vida. Y antes que la cosa mas se divulgase, vínose Euricles corriendo á Arquelao, y dióle á entender como habia reconciliado á Herodes con Alejandro, por lo cual recibió tambien aquí mucho dinero. Pasando luego de aquí á Acaya, usó de las mismas maldades y traiciones, pensando alcanzar mas de lo mal ganado; pero á la postre todo lo perdió: porque fué acusado delante de César, que habia revuelto toda Acaya y robado las ciudades, por lo cual fué desterrado, y de esta manera le persiguieron las penas que habia hecho padecer á Aristóbulo y Alejandro. Digna cosa me parece hacer comparacion de Coo Evarato con este Esparciata, del cual habemos hasta aquí tratado: porque siendo aquel muy amigo de Alejandro, y habiendo venido en el mismo tiempo que estaba Euricles allí pidiéndole el rey, que le dijese si sabia algo en todas aquellas cosas de las cuales eran los mancebos acusados, respondió y juró, que nunca tal habia oido. Pero no aprovechó esto á los desdichados con Herodes, el cual solamente daba oído á los acusadores y maldicientes, y juzgaba por muy amigo suyo al que creyese lo mismo que él creia, y se moviese con las mismas cosas. Incitaba y movia tambien Salomé su crueldad contra los hijos. Porque Aristóbulo por ponerla en peligro y en revueltas, le habia enviado á decir á esta, pues le era tia y suegra, que se proveyese y mirase por sí; porque el rey la queria matar, por haberle otra vez hecho enojo y asechado: porque, deseando casarse con Sileo, árabe, el cual sabia ella que era enemigo de Herodes, le descubria secretamente los secretos del rey. Esto fué lo postrero y lo mayor, con lo cual fuéron los mancebos atormentados; ni mas ni menos que si fueran arrebatados de un torbellino. Luego Salomé se vino al rey y descúbrele lo que Aristóbulo le aconsejaba. No pudiendo sufrir el rey esto, antes encendiéndose con muy gran ira, mandó atarlos cada uno por sí, y mandólos poner apartados el uno del otro, que fuesen muy bien guardados. Después mandó á Volumnio, maestro y capitan de la gente de guerra, y á un amigo suyo muy privado llamado Olimpo con todas las acusaciones que partiesen para donde César estaba, y llegado que hubieron á Roma, presentaron las letras del rey. Á César le pesó mucho por los mancebos; pero no tuvo por bien quitar el derecho y poder que el padre tiene en los hijos; y escribióle que fuese él de aquella causa justo juez como señor de su libre albedrío: pero que seria mejor si se quejaba de ellos y proponia su causa delante de todos sus parientes cercanos y regidores, quejándose de lo que contra él habian cometido, y que si los hallaba culpados dignamente en aquello de lo cual eran acusados, en la hora misma los hiciese morir: pero si hallaba que solamente habian pensado de huirse, que se contentase con pena y castigo mesurado. Herodes obedeció á lo que César le habia escrito, y habiendo llegado á Berito adonde César le mandaba, juntó su consejo, y fueron presidentes aquellos á los cuales César habia escrito: Saturnino y Pedanio fueron legados ó embajadores, y con ellos el procurador Volumnio, y los amigos y allegados del rey, tambien fué con ellos Salomé y Feroras, después de estos los principales de Siria, excepto el rey Arquelao, porque Herodes lo tenia por sospechoso, por ser suegro de Alejandro. Pero fué muy cuerdo en no sacar á sus hijos al juicio: porque sabia que si los vieran, fácilmente se movieran á misericordia todos los que habian de juzgarlos, y que si alcanzaban licencia para responder, Alejandro solo bastaba para deshacer todas las acusaciones y cuanto les era levantado. Estaban, pues, guardados en un lugar llamado Platane, el cual era de los sidonios. Comenzando, pues, el rey sus acusaciones, hablaba como si los tuviera delante, y proponíales las asechanzas que le habian buscado algo temeroso, porque las pruebas para esto faltaban: pero decia muchas malas palabras, muchas injurias, y afrentas, y muchas cosas que habian hecho contra él, y mostraba á los jueces cómo eran cosas aquellas mas graves que la muerte. Al fin, como ninguno le contradijese, comenzóse á quejar de sí mismo, diciendo que alcanzaba una victoria muy amarga, pero rogóles á todos que cada uno dijese su parecer contra sus hijos. El primero fué Saturnino, que dijo merecer los mancebos pena, pero nó la muerte: porque

no es cosa lícita, ni le era permitido, teniendo allí presentes tres hijos, condenar á muerte los hijos de otro. Lo mismo pareció al otro legado, y á estos siguieron algunos de los otros. Volumnio fué el primero que pronunció la sentencia triste, los demás luego tras él, unos por envidia otros por enemistad, y ninguno dijo que los hijos debian ser sentenciados por enojo ni por indignacion. Estaba entónces toda la Judea y toda la Siria suspensa, aguardando el fin de esta tragedia, pero ninguno pensaba que Herodes habia de ser tan cruel que matase sus propios hijos. Herodes trajo consigo á sus hijos á Tiro, y de allí los llevó luego, poniéndose en una nao hasta Cesarea, y comenzó á pensar con qué género de muerte los sentenciaria. Estando en esto, habia un soldado viejo del rey, llamado por nombre Tiron, el cual tenia un hijo muy amigo y aliado con Alejandro; amaba él tambien mucho á esos mancebos, y con grande enojo rodeaba la ciudad, y gritaba con la voz muy alta: que la justicia era pisada, y que iba por bajo de los piés, la verdad habia perecido, la naturaleza estaba confusa, la vida de los hombres estaba ya muy llena de maldades, y mas todo aquello que podia decir con enojo menospreciando su vida. Después, osando parecer delante del rey, dijo estas palabras: parécesme ser el mas desdichado del mundo, pues das fé contra tus propios y amados hijos á los malos hombres del mundo: porque Feroras y Salomé tienen crédito contigo en todo cuanto contra tus hijos dicen, los cuales tú mismo has muchas veces juzgado muy dignos de la muerte; ¿y no ves que no entienden ni tratan otro, sino que hecho huérfano de tus justos herederos, quedes con solo Antípatro, deseando alzarse con el reino y prender al rey? Y piensa si será aborrecido de todos los soldados Antípatro por la muerte de sus hermanos; ninguno hay que no tenga gran compasion de estos mancebos, y sepas que muchos príncipes están por ello muy enojados, y trabajan ya para mostrarte el enojo que por ello tienen. Diciendo estas cosas, nombraba por sus nombres todos aquellos á los cuales pesaba por ello, y parecia cosa muy indigna y muy injusta. Entónces un barbero del rey, llamado por nombre Trifon, no sé con qué locura movido, salió delante de Herodes, mostrándose en medio de todos, y dijo: á mí me persuadió este Tiron, que cuando te afeitase, te degollase con mi navaja, y me prometia que si lo hiciese, Alejandro me daria muy grandes dones. Habiendo Herodes oido estas cosas mandó prender á Tiron á su hijo, y al barbero, ordenando que les diesen tormento. Como Tiron y su hijo negasen y el barbero no dijese ya nada, mandó atormentar mas reciamente á Tiron, y el hijo, movido por tener gran lástima y piedad de su padre, prometió al rey descubrirle la verdad de todo cuanto pasaba, si mandaba perdonar á su padre, y que cesasen los tormentos. Habiéndolo hecho Herodes, después de mandado librar de ellos, dijo el hijo que su padre habia tenido voluntad de matarlo movido para ello por Alejandro. Bien conocian muchos que esto era fingido por el hijo, por librar á su padre de la pena y tormentos, otros habia que lo tenian por gran verdad. Pero Herodes acusando los príncipes de sus soldados y á Tiron, movió al pueblo contra ellos, de tal manera que todos, y el barbero tambien, murieron á palos y á pedradas; y enviando sus hijos ambos á Sebaste, ciudad no muy lejos de Cesarea, mandólos ahogar, y puesta diligencia en este negocio, mandólos traer al castillo Alejandrio, después de muertos, para que fuesen sepultados con Alejandro, abuelo de ellos de parte de la madre. Este, pues, fué el fin de la vida de Alejandro y Aristóbulo.

XVIII. Como Antípatro tuviese ya muy cierta esperanza del reino sin contradiccion alguna, fué muy aborrecido por todo el pueblo, sabiendo todos que él habia buscado asechanzas á sus hermanos por hacerlos morir, y no estaba él tambien sin temor muy grande, viendo que los hijos de los hermanos muertos crecian. Habia dos hijos de Alejandro nacidos de Glafira, el uno se llamaba Tigranes y el otro Alejandro. Habia tambien de Aristóbulo y de Berenice, hija de Salomé, tres, el uno llamado Herodes, el otro Agripa y el otro Aristóbulo, y dos hijas tambien que tuvo, la una llamada Herodía y la otra Mariana. Herodes habia dejado á Glafira que se fuése con todo su dote á Capadocia después de haber muerto á Alejandro, y dió la esposa de Aristóbulo Berenice á un tio de Antípatro por mujer: porque Antípatro inventó este casamiento por reconciliarle, y trabar amistad con Salomé, que antes solia estar muy enojada contra él. Tambien andaba por tomar amistad con Feroras, dándole muchos dones y haciéndole muchos servicios, lo mismo hacia con todos los que sabia que eran amigos de César, enviando á Roma mucho dinero. Habia dado muchos dones á Saturnino con todos los otros que estaban en Siria; y cuanto él mas daba, tanto mas era aborrecido por todos, porque parecia no dar tanta riqueza, por parecer liberal, cuanto por gastar todo eso por causa del gran miedo que tenia. De aquí procedia, que no aprovechaba en la voluntad de aquellos que recibian sus dones, antes le eran mayores enemigos que aquellos que no habian recibido de él algo. Mostrábase cada dia mas liberal en repartir las cosas, y en hacer grandes dádivas, viendo cuán contra la esperanza que él tenia, Herodes mostraba cuidado de los niños huérfanos y entendia por la lástima que le veia tener de los hijos, cuanto le pesaba por los muertos. Y habiendo un dia juntado todos sus deudos cercanos y amigos, estando delante los niños huérfanos, hinchó sus ojos de lágrimas, y llorando dijo: una desventura muy triste me ha quitado los padres de estos; pero la naturaleza y la misericordia que unos á otros debemos, me encomienda á mí los mozos. Quiero, pues, experimentar y probarme, que pues he sido padre desdichado y muy desventurado, sea para estos bien proveido abuelo, y dejarles he los amigos mios mayores para que después de yo muerto los puedan regir. Para esto, pues, prometo, ó Feroras, tu hija al hijo mayor de Alejandro por mujer, porque le seas curador y pariente, y á tu hijo, ó Antípatro, la hija de Aristóbulo, porque de esta manera serás padre de la huérfana. A su hermana tomará mi Herodes, descendido de mi abuelo de parte de madre, que fué pontífice. Y de estas cosas esta es mi voluntad, y esto dejo ordenado, á lo cual ninguno de los que me aman contradiga ni repugne. Y ruego á Dios por bien de mi reino y de mis nietos que los junte como yo tengo señalado en casamientos, y que pueda ver á estos hijos mas tiempo, y lograr de ellos con mejores ojos que no he hecho de sus padres. Después de haber hablado estas palabras lloró algun poco é hizo que se diesen las manos derechas los muchachos, y saludando á cada uno de los demás que allí estaban, despidió todo el consejo y ayuntamiento. Luego Antípatro se apartó, y no hubo alguno de los mozuelos que ignorase cuánto pesar hubiese recibido Antípatro por aquello: porque pensaba que su padre le habia quitado parte de su honra, y que en todo habia peligro si los hijos de Alejandro, además de tener á su abuelo Arquelao, tenian tambien al tetrarca Feroras por curador y ayuda. Pensaba tambien y veia cuán aborrecido era de

todo el pueblo, por ver que habia quitado la vida á los padres de aquellos muchachos: con esto todo el pueblo se movia á gran compasion, veia cuán amados eran los muchachos de todos, y cuán gran memoria quedaba á todos los judíos, de los que por su maldad habian sido muertos. Por tanto determinó en todas maneras desbaratar aquellos desposorios y ayuntamientos. Temióse de comenzar por su padre, viendo que estaba muy vigilante y con gran cuidado en cuanto se hacia; pero atrevióse á venir públicamente muy humilde y pedirle en su presencia que no le privase de la honra, de que pensaba y juzgaba ser él digno, y no le dejase el solo nombre de rey; dejando á los otros el señorío; y no podia él alcanzar el señorío del reino, si aun además del abuelo Arquelao, era juntado por su suegro con los hijos de Alejandro Feroras: y rogaba muy ahincadamente y con gran instancia que por ser muchos los de la generacion real mudase aquellos casamientos. El rey tuvo nueve mujeres; de las siete tenia hijos: de Doris, á Antípatro: de la hija del pontífice llamada Mariana tenia á Herodes; y de Maltace de Samaria á Antípatro y Arquelao; y una hija llamada Olimpiada que habia sido mujer de su hermano Josefo y de Cleopatra, natural de Jerusalen, á Herodes y á Felipo y á Faselo: de Palada tenia tambien otras hijas mas, Rojana y Salomé; la una de Fedra, y la otra habida de Elpide; y dos mujeres sin hijos, la una era su sobrina, y la otra hija natural de su hermano: hubo de Mariana dos hijas hermanas de Alejandro y de Aristóbulo. Como hubiese, pues, tanta abundancia de hijos é hijas deseaba Antípatro que se hiciesen otros casamientos, y que se juntasen de otra manera. Entendiendo el rey el ánimo de Antípatro y lo que tenia en el pensamiento contra los muchachos, hubo muy gran enojo, y fué muy airado porque pensando en la muerte que habia hecho padecer á sus hijos, temia que ellos en algun tiempo no quisiesen pagarse de las acusaciones que Antípatro habia hecho contra sus padres; pero quísolo encubrir, mostrándose enojado con Antípatro, y diciéndole malas palabras. Después, movido y persuadido Herodes con las lisonjas y buenas palabras de Antípatro, mudó lo que antes habia ordenado. Dió primeramente á Antípatro por mujer la hija de Aristóbulo, y su hijo á la hija de Feroras. De aquí se puede sacar muy fácilmente cuánto pudieron las lisonjas de Antípatro, no habiendo podido Salomé antes alcanzar lo mismo en la misma causa, porque aunque esta le era hermana y muchas veces se lo habia suplicado, poniendo por medio á Julia, mujer de César, no habia querido permitir que se casase con Sileo el Árabe, antes dijo que la tendria muy enemiga si no dejaba tal pensamiento y deseo. Y después la dió forzada y contra su voluntad por mujer á Alejo, amigo suyo; y de dos hijas suyas dió la una al hijo de Alejandro, y la otra al tio de Antípatro: y de las hijas de Mariana, la una tenia el hijo de su hermana Antípatro, y la otra Faselo hijo de su hermano. Cortada, pues, la esperanza de sus pupilos, y juntados los parientes á placer y provecho de Antípatro, tenia ya muy cierta confianza; y juntándola con su maldad, no habia quien le pudiese sufrir, porque no pudiendo quitar el odio y aborrecimiento que cada uno le tenia, hacíase seguro con el miedo que se hacia tener, obedeciéndole tambien Feroras como á propio rey. Movian tambien nuevos ruídos y revueltas las mujeres en el palacio; porque la mujer de Feroras con su madre y hermana y con la madre de Antípatro, hacian todas estas muchas cosas atrevidamente y mas de lo que acostumbraban, osando tambien injuriar con muchos denuestos á dos hijas del rey, por lo cual era principalmente tenida en poco por Antípatro. Como, pues, fuesen muy enojosas y muy aborrecidas estas mujeres, habia otras que le obedecian en todo y seguian su voluntad: sola era Salomé la que trabajaba para ponerlas en discordia, y decia al rey que no se venian á juntar allí por su bien. Sabiendo las mujeres como eran acusadas por ello y que Herodes habia recibido enojo, guardáronse de allí adelante de juntarse manifiestamente, y no se mostraban tan familiares unas con otras como antes, y fingian delante del rey que estaban discordes; y andaba de tal manera este negocio, que delante de todos no dejaba de ofender Antípatro á Feroras: pero en secreto se juntaban y se hacian grandes convites, y tenian sus consejos de noche. Por ver esto tan secreto, se confirmó mucho la sospecha, sabiéndolo todo de Salomé y contándoselo á Herodes. Y enojado por esto en gran manera, principalmente contra la mujer de Feroras, porque á esta acusaba Salomé mas que á las otras: y juntando todos sus amigos y parientes en consejo, dióle en la cara con las afrentas que habia hecho á sus hijas, además de muchas otras cosas que dijo y que habia dado dádivas y muchos dones á los fariseos, porque se levantasen contra él; y habiendo dado ponzoñas á su hermano y hechizos, le habia puesto en grande enemistad con él. Después ya á la postre, tornando su habla á Feroras, preguntóle que á quién queria él mas, ¿á su hermano ó á su mujer? Respondióle Feroras que primero careceria de la vida que nó de su mujer. Estando incierto de lo que debia hacer, púsose á hablar con Antípatro; y mandóle que no tuviese que hacer con Feroras, ni con su mujer, ni con algo que á ellos tocase. Y obedecíale públicamente á lo que mostraba; mas secretamente de noche estábase con ellos; y temiendo que Salomé no le hallase, hizo con los amigos que tenia en Italia que hubiese de partir para Roma, enviando ellos cartas de esto, en las cuales tambien mandó escribir, que poco tiempo después partiese tras él Antípatro, porque convenia que hablase con César. Por lo cual Herodes luego en la hora le envió muy en órden y muy proveido de todo lo necesario dándole mucho dinero. Y dióle tambien que llevase consigo su testamento, en el cual Antípatro estaba constituido rey y heredero del reino, y, por sucesor de Antípatro, Herodes nacido de Mariana, hija del pontífice. Sileo Árabe tambien se vino á Roma menospreciando el mandamiento de César, por averiguar con Antípatro todo aquello que antes habia tratado con Nicolao. Tenia este con Areta su rey una grave contienda, cuyos amigos él habia muerto; y á Sohemo en la ciudad llamada Petra, el cual era hombre muy poderoso; y habiendo dado dinero á Fabato procurador de César, teníale porque le favoreciese: pero dando Herodes mayor cantidad de dineros á Fabato, le desvió de Sileo; y por via de este pedia lo que César mandaba. Y como aquel le hubiese dado muy poco ó casi nada, acusaba á Fabato delante de César diciendo que era dispensador, nó de lo que á él convenia, sino de lo que era en provecho de Herodes. Movido á saña Fabato con estas cosas, siendo tenido aun por muy honrado por Herodes, manifestó los secretos de Sileo, y descubrióselos al rey diciendo que Sileo habia corrompido con dinero á Corinto su guarda, y que convenia mucho mirar por sí y tomar á este preso. No dudó Herodes en hacerlo; porque este Corinto, aunque hubiese sido siempre criado en la corte del rey, todavía era árabe de su natural. Poco después mandó nó á este solo, pero prendió tambien con él á otros dos árabes, el uno llamado Filarco y el otro grande amigo de Sileo. Puesta la causa de estos en juicio,

confesaron que habian acabado con Corinto, dándole mucha cantidad de dineros, que matase á Herodes: disputada tambien esta causa por Saturnino, regidor entónces de Siria, fueron enviados á Roma.

XIX. Herodes en este tiempo apretaba mucho á Feroras que dejase á su mujer, y no podia hallar manera para castigarla teniendo muchas causas para ello; hasta tanto que enojado en gran manera contra ella y contra el hermano, los echó á entrambos. Habiendo recibido Feroras esta injuria y sufriéndola con buen ánimo, vínose á su tetrarquía, jurando que sola la muerte de Herodes habia de ser fin de su destierro, y que no le habia de ver mas mientras viviese. Por esto no quiso venir á ver á su hermano, aunque fuese muy rogado, estando enfermo, queriéndole aconsejar algunas cosas, por pensar ya que su muerte era llegada; pero convaleció, sin que de ello se tuviese esperanza. Y cayendo Feroras en enfermedad, mostró Herodes con él su paciencia; porque vínole á ver y quiso que fuese muy bien curado: pero no pudo vencer ni resistir á la dolencia, con la cual dentro de pocos dias murió. Y aunque Herodes amó á este hasta el postrer dia de su vida, todavía fué divulgado que él le habia muerto con ponzoña. Trajeron su cuerpo á Jerusalen, con el cual la gente hizo gran llanto é hizo que fuese muy noblemente sepultado: y así este matador de Alejandro y Aristóbulo feneció su vida. Pasóse la pena y castigo de esta maldad en Antípatro, autor de ella, tomando principio en la muerte de Feroras: porque como algunos de sus libertos se hubiesen presentado muy tristes al rey, decian que su hermano Feroras habia sido muerto con ponzoña, porque su mujer le habia dado cierta cosa á comer después de la cual luego habia caido enfermo, y que dos dias antes habia venido de Arabia una mujer hechicera, llamada por su madre y su hermana, para que diese á Feroras un hechizo amatorio, y que en lugar de aquel le habia dado ponzoñoso, por consejo de Sileo, como muy conocida suya. Estando el rey muy sospechoso por estas cosas, mandó prender algunas de las libertas y atormentarlas; y una de ellas, impaciente por el gran dolor, dijo en alta voz: Dios, que rige el cielo y la tierra, tome venganza en la madre de Antípatro, que es causa de todas estas cosas; pero sabido por principio esto, trabajaba para alcanzar la verdad y descubrir todo el negocio. Descubrióle la mujer la amistad de la madre de Antípatro con Feroras y con sus mujeres, y los secretos ayuntamientos que hacian; y que Feroras y Antípatro, viniendo de hablar con él, acostumbraban estarse toda la noche bebiendo juntamente ellos solos, echando todos los criados y criadas defuera. Una de las libertas presas descubrió todo esto: y siendo atormentadas todas las otras, mostróse como unas con otras enteramente concordaban, por la cual cosa adrede habia Antípatro puesto diligencia en venirse á Roma, y Feroras de esa otra parte del rio: porque muchas veces habian ellos dicho, que, después de la muerte de Alejandro y Aristóbulo, habia Herodes de pasar á hacer justicia de ellos y de sus mujeres. Porque imposible era que quien no habia perdonado ni dejado de matar á Mariana y á sus hijos, pudiese perdonar á la sangre de los otros; y que por tanto era mucho mejor huir y apartarse muy lejos de bestia tan fiera. Y que muchas veces habia dicho Antípatro á su madre, quejándose que él estaba ya viejo y blanco, y su padre de dia en dia se volvia mas mancebo, y que por ventura moriria primero él que comenzase de reinar, ó que si en algun tiempo moria, y esto ¿qué cuándo habia de ser? poco tiempo le podia durar el gozo de sucederle por rey. Y que las cabezas de aquella hidra se levantaban ya; es á saber, los hijos de Alejandro y de Aristóbulo: y que por causa tambien de su padre, habia perdido él la esperanza de tener hijos que fuesen algo, pues no habia querido dejar la sucesion del reino, sino al hijo de Mariana. Y que en esto ciertamente él no atinaba, antes era muy gran locura, por lo cual no se debia creer á su testamento; y que él trabajaria que no quedase raza de toda su generacion. Y como fuese mayor el odio que tenia contra sus hijos, que no tuvieron jamás cuantos padres fueron, tenia aun mayor odio; y mucho mas aborrecia á sus hermanos propios. Y que ahora postreramente le habia dado cien talentos, porque no hablase con Feroras: y como Feroras dijese, ¿qué daño le hacemos nosotros? Antípatro habia respondido: pluguiese á Dios que nos lo quitase todo, y nos dejase á lo menos vivir. Pero no era posible que alguno huyese de las manos de bestia tan mortífera y tan ponzoñosa, con la cual aun los muy amigos no podian vivir. Ahora, pues, que nos habemos juntado aquí secretamente, lícito nos será y posible mostrarnos á todos si somos hombres y si tenemos espíritu y manos. Estas cosas manifestaron y descubrieron aquellas criadas estando en el tormento, y que Feroras habia determinado de huir con ellas á Petra. Y por lo que dijeron de los cien talentos, Herodes las creyó: porque á solo Antípatro habia él hablado de ellos. La primera en quien mostró Herodes su furor y saña fué la madre de Antípatro; y desnudándola de todos cuantos ornamentos le habia dado, comprados con mucho tesoro, la echó de sí y abandonóla. Amansándose después su ira, consolaba á las mujeres de Feroras de los tormentos que habian padecido; pero tenia siempre gran temor y estábase muy amedrentado: movíase fácilmente con toda sospecha, y daba tormento á muchos que estaban sin culpa alguna, por miedo de no dejar entre ellos alguno de los que estaban culpados. Después vuelve su enojo contra Antípatro Samaritano, el cual era procurador de Antípatro; y por los tormentos que le dió, descubrió que Antípatro se habia hecho traer de Egipto para matarle cierto veneno y ponzoña muy pestilencial por medio de un amigo de Antífilo; y que Teudion, tio de Antípatro, le habia recibido y le habia dado á Feroras, á quien Antípatro habia encomendado y dado cargo de matar á Herodes, entretanto que él estaba fuera de allí, por carecer de toda sospecha, y que Feroras habia dado la ponzoña á su mujer porque la guardase. Y mandándole el rey traer delante de sí, mandóle que trajese lo que le habia sido encomendado. Ella entónces, saliendo como para traer aquello que le habia sido pedido, dejóse caer del techo abajo por excusar todas las pruebas y librarse de todos los tormentos. Pero la providencia de Dios, segun fácilmente se puede juzgar, quiso, porque Antípatro lo pagase todo, salvarla, y hacer que cayendo no diese de cabeza, pero de lado solamente, con lo cual se libró de la muerte. Y traida delante del rey cuando habia ya cobrado salud, porque aquel caso la habia turbado mucho, preguntándola porqué se habia así echado, prometiéndola el rey que la perdonaria si le contaba toda la verdad del negocio, y que si preciaba mas decirle falsedades, habia de quitarle la vida y despedazar su cuerpo con tormentos, sin dejar algo para la sepultura, calló ella un poco, y después dijo: ¿para qué guardo yo los secretos, siendo muerto Feroras y habiendo de servir á Antípatro que nos ha hecho perder á todos? Oye rey lo que quiero decirte, y quiero que Dios me sea testigo de lo que diré, el que no es posible sea engañado. Estando sentada, cabe de Fero-

ras á la hora de su muerte, llamóme en secreto que me llegase á él, y díjome; sepas, mujer, que me he engañado en gran manera con el amor de mi hermano, porque he aborrecido á un hombre que tanto me amaba y habia pensado matarle: doliéndose él tanto de mí, aunque no soy aun muerto y teniendo tan gran dolor; pero yo me llevo el premio de tan grande crueldad como he usado con él: tráeme presto la ponzoña que tú guardas, aquella que Antípatro nos dejó; y derrámala delante de mí, porque no lleve mi conciencia ensuciada de tal maldad, la cual tome de mí venganza en los infiernos. Hice lo que me mandaba; trújesela, y eché gran parte de ella en el fuego delante de él mismo; guardéme algo de ella, para casos que suelen acontecer y por temor que tenia de tí. Habiendo puesto fin á sus palabras, mostró una bujeta adonde lo tenia reservado: y el rey entónces pasó aquella contienda con la madre y hermano de Antífilo. Estos confesaban tambien que Antífilo habia traido aquella bujeta consigo de Egipto, y que habia habido aquella ponzoña de un hermano suyo, que era médico en Alejandría. Las almas de Alejandro y de Aristóbulo buscaban todo el reino por descubrir las cosas que estaban muy encubiertas, y hacian venir á probar su causa á los que de ellos estaban muy apartados y eran mas agenos de toda sospecha. Pensó finalmente, que tambien sabia su parte en estos consejos y tratos la hija del pontífice llamada Mariana: porque esto fué descubierto después que sus hermanos fueron atormentados. Y el rey castigó el atrevimiento de la madre con la pena que dió al hijo, quitando de su testamento á su hijo Herodes, el cual habia quedado por heredero del reino.

XX. No hubo tampoco de faltar en la aprobacion de estas cosas, por resolucion y fé de todo lo probado contra Antípatro, Batilo su liberto, el cual trajo consigo otra ponzoña; es á saber, veneno de serpientes muy ponzoñosas; para que si el primero no aprovechase, pudiese Feroras y su mujer armarse con este otro. Este mismo, además del atrevimiento que habia emprendido contra su padre, tenia como obra consiguiente á su empresa, las cartas compuestas por Antípatro contra sus hermanos. Estaban en este tiempo en Roma estudiando Arquelao y Filipo, mozuelos ya de grande ánimo é hijos del rey, y deseando Antípatro quitarlos de allí, porque le estorbaban la esperanza que tenia, fingió ciertas cartas contra ellos él mismo, en nombre de los amigos que vivian en Roma. Y habiendo corrompido algunos de ellos, les persuadió á escribir que estos mozos decian mucho mal de su padre y se quejaban públicamente de la muerte de sus padres Alejandro y Aristóbulo, y sentian mucho que Herodes tan presto los llamase, porque habia mandado ya que se volviesen, por lo cual Antípatro tenia gran pesar: y antes que partiesen, estando Antípatro aun en Judea, enviaba mucho dinero á Roma porque escribiesen tales cartas: y viniendo á su padre por evitar toda sospecha, fingia pretextos para excusarlos, diciendo que algunas cosas se habian escrito falsamente; y las otras se les debian perdonar como á mozos, porque eran liviandades de mancebos. En este mismo tiempo trabajaba para encubrir las señales y apariencia que manifiestamente se mostraban, de los gastos que hacia en dar tanto dinero á los que tales cartas escribian: traia muy ricos vestidos, muchos atavíos muy galanos; compraba muchos vasos de oro y de plata para su vajilla, porque con estos gastos disimulase y encubriese los dones que habia dado á los falsarios de aquellas cartas. Hallóse que habia espendido en estas cosas doscientos talentos, y la causa y ocasion de todo esto habia sido Sileo. Pero todos los males estaban cubiertos con el mayor; y aunque los tormentos que habian dado á tantos gritasen y publicasen como habia querido matar á su padre, y las cartas mostraban claramente que habia hecho matar á sus hermanos, no hubo alguno de cuantos venian de Judea que le avisase, ni le hiciese saber en qué estado estaban las cosas de su casa, aunque en probar esta maldad y en su vuelta de Roma, habian pasado siete meses; tan aborrecido era por todos: y por ventura los que tenian voluntad de descubrirlo, se lo callaban por instinto de las almas de los hermanos muertos. Envió cartas de Roma que luego vendria, haciendo saber con cuánta honra le habia César dado licencia para que se volviese: pero deseando el rey tener en sus manos á este acechador, temiéndose que no se guardase si por ventura lo sabia, él tambien fingió gran amor y benevolencia con sus cartas, escribiéndole muchas cosas; y la que principalmente le encargaba, era que trabajase en que su vuelta fuese muy presto: porque si daba priesa en su venida, podria apaciguar la riña que tenia con su madre, la cual sabia bien Antípatro que habia sido desechada. Habia recibido estando en Trento una carta, en la cual le hacian saber la muerte de Feroras y habia llorado mucho por él, y esto parecia bien á algunos que se doliese del tio, hermano de su padre; pero segun lo que se podia entender la causa de aquel dolor era, porque sus asechanzas y tratos no le habian sucedido á su voluntad; y no lloraba tanto la muerte de Feroras por serle tio, como por ser hombre que habia entendido en aquellos maleficios, y era bueno para hacer otros tales. Estaba tambien amedrentado por las cosas que habia hecho, temiendo no fuese hallado ó sabido por ventura lo que habia tratado de la ponzoña. Y como estando en Cilicia le fuese dada aquella carta de su padre, de la cual habemos hablado arriba, apresuraba con gran priesa su camino; pero después que hubo llegado á Celenderis, vínole cierto pensamiento de su madre, adivinando su alma ya de sí misma todo lo que de verdad pasaba. Los amigos mas allegados y mas prudentes le aconsejaban que no se juntase con su padre, antes de saber ciertamente la causa por la cual habia sido desechada su madre, porque temian que no se añadiese algo mas á los pecados de su madre. Los menos prudentes, y mas deseosos de ver su tierra que de mirar y considerar el provecho de Antípatro, aconsejábanle que se diese priesa, porque no diese ocasion de sospechar algo, viendo que se tardaba; y porque los malsines no tuviesen lugar para calumniarle. Y que si hasta allí se habia hecho ó movido algo, era por estar él ausente, porque en su presencia no habia alguno que tal osara hacer: y que parecia cosa muy fea carecer de bien cierto por sospecha incierta, y no presentarse á su padre, y recibir el reino de sus manos, el cual pendia de él solo. Siguió este parecer Antípatro, y la fortuna le echó á Sebaste, puerto de Cesarea, y vióse allí en mucha soledad, porque todos huian de él y ninguno se osaba llegársele. Porque aunque siempre fué igualmente aborrecido, todavía entónces tenia libertad para mostrarle la voluntad y el odio. Muchos no osaban venir delante del rey por el miedo que tenian, y todas las ciudades estaban ya llenas de la venida de Antípatro y de sus cosas, y solo Antípatro ignoraba lo que se trataba de él. No habia sido hombre mas noblemente acompañado hasta allí, que él en su partida para Roma, ni menos bien recibido á su vuelta. Sabiendo él las muertes que habian pasado en los de su casa, encubríalas astutamente; y muerto casi de

temor dentro el corazon, mostraba á todos gran contento en la cara. No tenia esperanza de poder huir, ni podia salir de tantos males con cuantos cercado estaba: y no habia hombre que le dijese algo de cierto de todo cuanto en su casa se trataba, porque el rey lo habia vedado debajo de muy gran pena. Asi estaba una vez con esperanza muy alegre, haciendo creer que no se habia hallado algo; y que si por dicha se habia algo descubierto con su atrevida desvergüenza lo excusaria, y con sus engaños los cuales le eran como instrumentos para alcanzar salud. Armado, pues, con ellos, vínose al palacio sin algunos amigos, los cuales fueron echados con afrenta de la puerta primera. Quiso la fortuna que Varon, regidor de Siria, estaba allí dentro; y entrando á ver á su padre, con atrevimiento grande muy osado, llegábase cerca como para saludarle. Echándole Herodes mano, inclinando su cabeza á una parte un poco, dijo en voz alta: cosa es esta de hombre que quiere matar á su padre, quererme ahora abrazar estando acusado de tantos maleficios y maldades. Perezcas mal hombre é impio, y no me toques antes de mostrarte sin culpa y excusarte de tantas maldades como eres acusado. Yo te daré juicio y por juez á Varon, el cual se halló aquí á buen tiempo. Vete, pues, de aquí presto y piensa cómo te excusarás para mañana; porque segun tus maldades y astucias, pésame que te doy tanto tiempo. Amedrentado mucho Antípatro con estas cosas, no pudiendo responderle palabra, volvió el rostro y fuése. Y como su madre y mujer le viniesen delante, contáronle todas las pruebas que habia hechas contra él: y él, volviendo entónces en sí, pensaba de qué manera se defenderia. Luego otro dia juntando el rey consejo de todos sus amigos y allegadas, llamó tambien á los amigos de Antípatro; y estando él asentado junto con Varon, mandó traer todas las probanzas y testigos contra Antípatro, entre los cuales habia tambien unos que eran ya presos de mucho tiempo, esclavos de la madre de Antípatro, los cuales habian traido de esta ciertas cartas al hijo, escritas de esta manera. Porque tu padre entiende todas aquellas cosas, guárdate de venirle cerca, si no hubieres socorro de César. Traidas, pues, estas cosas y muchas otras, entró Antípatro, y arrodillándose á los piés de su padre, dijo: suplícote, padre mio, no quieras juzgar de mí algo antes de dar oido y escuchar primero mi satisfaccion enteramente; porque si tú quieres, yo mostraré y probaré mi disculpa. Entónces mandándole, en alta voz que callase, habló con Varon lo siguiente: ciertamente sé, que tú, Varon, y cualquier otro juez juzgará á Antípatro por digno de la muerte. Temo mucho que tú mismo no aborrezcas mucho mi fortuna, y me tengas por digno de toda desdicha, porque he engendrado tales hijos: pues por esta causa has de tener mayor compasion de mí por haber sido tan misericordioso contra tan malos hombres; porque siendo aun aquellos dos primeros muy mozos, yo les habia hecho donacion de mi reino: y habiéndolos hecho criar en Roma, habíalos puesto en gran amistad con César; pero aquellos que habia puesto para que imitasen á otros reyes, los he hallado enemigos de mi salud y de mi vida, cuyas muertes han mucho aprovechado á Antípatro: á este buscaba seguridad, principalmente por haber de serme sucesor en el reino y por ser mancebo. Pero esta bestia habiendo experimentado en mí mas paciencia de la que debia yo mostrarle, quiso echar en mí su hartura; y pareciale vivir mas de lo que me convenia, no pudiendo sufrir mi vejez, por lo cual no quiso ser hecho rey, sin que primero matase á su padre. Muy bien entiendo de qué manera vino á pensar esto, porque le tiré cierto del campo adonde estaba, menospreciando y echando los hijos que me habian nacido de la reina, le habia declarado por vicario mio en mi reino, y después de mí por rey. Confiésote, pues, á tí, Varon, en esto el error grande que tenia asentado en mi entendimiento. Yo he movido estos hijos contra mí, pues por hacer favor á Antípatro, les corté todas las esperanzas. ¿Qué me debian los otros, que no me debiese este mucho mas? Habiéndole concedido casi todo mi poder y mando, aun viviendo yo dejándolo por heredero de todo mi reino, y además de haberle dado renta ordenada de cincuenta talentos cada año, cada dia le hacia todos sus gastos con mis dineros, y habiéndose de ir para Roma, ahora le dí trescientos talentos; y encomendélo á él solo, como guarda de su padre á César; mas ¿qué cosas hicieron aquellos que fuesen tan gran maldad, como las de Antípatro? ¿Qué indicios ó probanzas tuve yo de aquellos, así como tengo de las cosas de este? Y mas de esto puedo probar, que ha osado hacer algo el matador de su padre y perverso parricida, para que tú, Varon, te guardes, pues aun piensa de encubrir la verdad con sus engaños. Mira, que yo conozco bien esta bestia, y veo ya de lejos, que ha de defenderse con razones semejantes á verdad, y que te ha de mover con sus lágrimas. Este es el que en otro tiempo me solia amonestar que me guardase de Alejandro, entretanto que vivia, y que no fiase mi cuerpo de todos: este es el que solia entrarse hasta mi cámara, y mirar que alguno no me tuviese puestas asechanzas: este era el que me guardaba mientras yo dormia: este me aseguraba: este me consolaba en el llanto y dolor de los muertos: este era el juez de la voluntad de los hermanos que quedaban en vida: este era mi defensa y mi guarda. Cuando me acuerdo, y me viene al pensamiento, Varon, su astucia, y cómo disimulaba cada cosa, apenas puedo creer que estoy en la vida, y me maravillo mucho de qué manera he podido quitar y huir un hombre que tantas asechanzas me ha puesto para matarme. Pero, pues, mi desdicha levanta y revuelve mi propia sangre contra mí, y los mas allegados me son siempre contrarios y muy enemigos, lloraré mi mala dicha y gemiré mi soledad conmigo mismo. Pero ninguno que tuviere sed de mi sangre me escapará, aunque haya de pasar la venganza por toda mi generacion. Diciendo estas cosas, hubo de cortar su habla y callar por el gran dolor que le confundia; pero mandó á uno de sus amigos, llamado Nicolao, declarar todas las pruebas que se habian hallado contra Antípatro. Estando en esto levantó Antípatro la cabeza, y quedando arrodillado delante de su padre, dijo en alta voz: tú, padre mio, has ofendido mi causa, porque ¿de qué manera habia yo de buscarte asechanzas para darte la muerte, diciendo tú mismo que siempre te he guardado y defendido? Y si el amor y piedad mia para tí, mi padre, dices que ha sido fingida y cautelosa, ¿cómo he sido en todas las cosas tan astuto, y en esta sola tan simple y sin sentido, que no entendiese que si los hombres no alcanzaban tan gran maldad, no podia serle escondida al juez celestial el cual está en todo lugar, y de allá arriba lo ve y lo mira todo? ¿Por ventura ignoraba yo el fin que mis hermanos debian hacer, de los cuales Dios ha tomado venganza manifiestamente, porque pensaban mal contra tí? ¿Pues qué cosa ha habido por la cual hubiese de ofenderme tu salud? ¿La esperanza de reinar? Nó, porque ya yo reinaba. ¿La sospecha de ser aborrecido? Menos, porque antes era

muy amado. ¿Por ventura algun miedo que yo tuviese de tí? Antes por guardarte á ti, los otros huyen de mí, y me temian. ¿Por ventura fué causa la pobreza? Mucho menos, porque ¿quién hubo que tanto espendiese, y quién mas á su voluntad? Si yo fuera el mas perdido hombre del mundo y tuviese, nó ánimo de hombre sino de bestia y muy cruel, debia ciertamente ser vencido con los beneficios tantos y tan grandes que de tí he recibido como de padre verdadero, habiéndome, segun tú has dicho, puesto en tu gracia y tenido en mas que á todos los otros hijos, habiéndome declarado en vida tuya por rey; y con muchos otros bienes muy grandes que me has concedido, has hecho que todos me tuviesen envidia. ¡O desdichado yo, y amarga partida y peregrinaje mio! cuánto tiempo y cuánto lugar he dado á mis enemigos para ejecutar su mala voluntad y envidia contra mí; pero, padre mio, por tí y por tus cosas me habia ya ido, porque no menospreciase Sileo tu vejez honrada: Roma es testigo del amor y piedad mia de verdadero hijo; y el Príncipe y Señor del universo, César, el cual me llamaba muchas veces amador de mi padre. Toma, padre, estas cartas suyas. Estas son mas verdaderas que no las acusaciones fingidas contra mí, con ellas me defiendo. Estos son argumentos y señal muy cierta de mi amor y aficion de hijo. Acuérdate cuán forzado y cuán á mi pesar haya partido de aquí, sabiendo claramente las enemistades que muchos tienen conmigo. Tú me has, ó padre, echado á perder imprudentemente y sin pensarlo. Tú has sido causa que diese yo tiempo y ocasion á todas las acusaciones contra mí; pero quiero venir á las señales que de ello tengo, todos me ven aquí presente, sin haber sufrido ni en la tierra ni la mar algo que sea digno de un hijo que quiere matar á su padre: pero no me excuses aun, ni me ames por esto, porque yo sé, que soy delante de Dios y delante de tí, mi padre, condenado. Y como tal te ruego, que no des fé á lo que los otros han confesado en sus tormentos; venga el fuego contra mí, abráseme las entrañas y desháganlas á pedazos los instrumentos que suelen dar pena, no perdones á cuerpo tan malo; porque si yo soy matador de mi padre, no debo escapar sin gran pena y sin gran tormento. Diciendo con gritos y voces altas lo presente, derramando muchas lágrimas y dando gemidos, movió á todos y á Varon tambien á misericordia; solo Herodes con la grande ira que tenia no lloraba, estando tan bien visto en la verdad de aquel negocio, y en las pruebas. Nicolao dijo allí muchas cosas por mandado del rey, de las astucias y maldades de Antípatro, con las cuales quitó la esperanza de tener de él misericordia, y comenzó una grave acusacion, imputándole todos los maleficios y maldades que se habian hecho en el reino: pero principalmente las muertes de sus hermanos, las cuales mostraba haber acontecido por calumnias de él, y que no contento con ellas aun acechaba á los vivos, como que le hubiesen de quitar la herencia y sucesion en el reino. Porque aquel que da ponzoña á su padre, mucho mas fácilmente y con menos miedo la daria á sus hermanos. Viniendo después á probar la verdad de la ponzoña, mostraba las confesiones por su órden, aumentando tambien la maldad de Feroras, como que Antípatro le hubiera hecho matador de su hermano; y habiendo corrompido á los mayores amigos del rey, habia henchido de maldad toda la casa Real. Habiendo dicho, pues, estas y muchas cosas tales, y habiéndolas todas probado, acabó. Mandó Varon á Antípatro que respondiese, el cual no respondió ni dijo otra cosa sino: Dios es testigo de mi inocencia y disculpa; y estando echado en tierra humilde y callado, pidió Varon la ponzoña y dióla á beber á uno de los condenados á morir, y siendo en la misma hora muerto, habiendo hablado algo en secreto con Herodes, escribió todo lo que se habia tratado en el Consejo, y al otro dia después se partió de allí. Pero el rey con todo esto dejando á Antípatro muy á buen recaudo, envió embajadores á César haciéndole saber lo que se habia tratado de su muerte. Tambien era acusado Antípatro, que habia asechado á Salomé para matarla. Habia venido un criado ó esclavo de Antifilo de Roma, con cartas de una cierta criada de Julia llamada Acmes, con las cuales la hacia saber al rey, cómo entre las cartas de Julia se habian hallado ciertas cartas de Salomé, escritas para mostrarle la buena voluntad que le tenia. En las letras de Salomé habia muchas cosas dichas malamente contra el rey, y muy grandes acusaciones: pero todo esto era fingido por Antípatro, el cual habiendo dado mucho dinero á Acmes, la habia persuadido que las escribiese y enviase á Herodes; porque la carta escrita por esta mujercilla lo manifestó, pues sus palabras eran estas: yo he escrito á tu padre, segun tu voluntad, y le he enviado otras cartas, con las cuales ciertamente sé que el rey no le podrá perdonar, si las viere y le fueren leidas. Harás muy bien, si después de hecho todo te tienes á lo prometido, y te acordares de ello. Hallada esta carta y todo lo que fué fingido contra Salomé, vínole al rey un pensamiento, que no fuese por ventura muerto Alejandro por falsas informaciones y cartas fingidas; y fatigábase, pensando que casi hubiera muerto á su hermana por causa de Antípatro. No quiso, pues, esperar mas ni tardarse, que no tomase venganza y castigo de todo en Antípatro: pero sucedióle una dolencia muy grave, la cual fué causa que no pudo poner por obra ni ejecutar lo que habia determinado. Envió con todo letras á César, haciéndole saber lo de la criada Acmes, y de lo que habian levantado á Salomé; y por esto mudó su testamento, quitando el nombre de Antípatro: hizo heredero del reino á Antipa, después de Arquelao y de Filipo, hijos mayores, porque tambien á estos habia asechado Antípatro, y acusado falsamente. Envió á César, además de muchos otros dones y presentes, mil talentos; y á sus amigos, libertos, mujer é hijos casi cincuenta: dió á todos los otros muchos dineros y muchas tierras y posesiones, y honró á su hermana Salomé con dones tambien muy ricos, y corrigió lo que habemos dicho en su testamento.

XXI. Acrecentábasele la enfermedad cada dia, fatigándole mucho su vejez y tristeza que tenia siendo ya de setenta años: tenia su ánimo tan afligido por la muerte de sus hijos, que estando con toda sanidad no podia recibir placer alguno. Pero ver en vida á Antípatro, le doblaba su enfermedad á quien queria dar la muerte muy de pronto en cobrando salud: además de todas estas desdichas, no faltó tampoco cierto ruido que se levantó entre el pueblo. Habia dos sofistas en la ciudad que fingian ser sabios, á los cuales parecia que ellos sabian todas las leyes muy perfectamente de la patria, por lo cual eran de todos muy alabados y muy honrados. El uno era Judas, hijo de Seforeo, y el otro era Matías, hijo de Margalo. Seguíalos la mayor parte de la juventud mientras declaraban las leyes, y poco á poco cada dia juntaban ejército de los mas mozos; habiendo estos oido que el rey estaba muy al cabo, parte por su tristeza, y parte por su enfermedad, hablaban con sus amigos y conocidos, diciendo que ya era venido el tiempo para que Dios fuese vengado, y las obras que se habian hecho contra las le-

yes de la patria, fuesen destruidas; porque no era lícito, antes era cosa muy abominable, tener en el templo imágenes, ni figuras de animales cualesquier que fuesen. Decíase esto porque encima de la puerta mayor del templo habia puesta una águila de oro. Y aquellos sofistas amonestaban entónces á todos que la quitasen, diciendo, que seria cosa muy gentil, que aunque se pudiese de allí seguir algun peligro, mostrasen su esfuerzo en querer morir por las leyes de su patria; porque los que por esto perdian la vida, llevaban su ánima inmortal y la fama quedaba siempre, si por buenas cosas era ganada: pero que los que no tenian esta fortaleza en su ánimo, amaban su alma neciamente, y preciaban mas morir por dolencia, que usar de virtud. Estando ellos en estas cosas, hubo fama entre todos que el rey se moria: con esta nueva tomaron mayor ánimo todos los mozos, y pusieron en efecto su empresa mas osadamente; y luego después de medio dia, estando multitud de gente en el templo, deslizándose por unas maromas, cortaban con hachas la águila de oro que estaba en aquel techo. Sabiendo esto el capitan del rey, vínose apriesa acompañado de mucha gente, y prendió casi cuarenta mancebos, y presentóselos al rey; los cuales siendo primero interrogados, si ellos habian sido en destruir el águila, confesaron que sí: preguntáronles mas, que ¿quién se lo habia mandado? dijeron las leyes de su patria: preguntados después, ¿porqué causa estaban tan contentos, estando tan cercanos de la muerte? respondieron: porque después de ella, tenian esperanza de gozar de muchos bienes. Movido el rey con estas cosas, pudo mas su ira que su enfermedad, por lo cual salió á hablarles; y después de haberles dicho muchas cosas como sacrílegos, y que con excusa de guardar la ley de la patria habian tentado de hacer otras cosas, juzgólos por dignos de muerte como hombres impíos. El pueblo cuando vió esto, temiendo que no se derramase aquella pena entre muchos mas, suplicaba que tomase castigo en los que habian persuadido tal maldad, y en los que habian preso en la obra, y que mandase perdonar á todos los demás: alcanzando en fin esto del rey, mandó que los sofistas y los que habian sido hallados en la obra fuesen quemados vivos, y los otros que fuéron presos tambien con aquellos, fuéron dados á los verdugos, para que ejecutasen en ellos sentencia, y los hiciesen cuartos. Estaba Herodes atormentado con muchos dolores, tenia calentura muy grande, y una comezon muy importuna por todo su cuerpo, y muy intolerable. Atormentábanle dolores del cuello muy contínuos; los piés se le hincharon como entre cuero y carne; hinchósele tambien el vientre, y se le podria su miembro viril con muchos gusanos: tenia gran pena con un aliento tras otro: fatigábanle mucho tantos suspiros y un encogimiento de todos sus miembros; y los que consideraban esto segun Dios, decian que era venganza de los sofistas; y aunque él se veia abrumado con tantos tormentos y enfermedades como tenia, todavía deseaba aun la vida y pensaba cobrar salud pensando remedios: quiso pasarse á la otra parte del Jordan y que le bañasen en las aguas calientes, las cuales entran en aquel lago fértil de betun, llamado Asfalte, dulces para beber. Echado allí su cuerpo, el cual querian los médicos que fuese consolado y untado con aceite, se paró de tal manera que torcia sus ojos como si muerto estuviera; y perturbados los que tenian cargo de curarle allí, pareció que con los clamores que movian él los miró. Desconfiando ya de su salud, mandó dar á sus soldados cincuenta dracmas, y mandó repartir mucho dinero entre los regidores y amigos que tenia: y como volviendo hubiese ya llegado á Hiericunta corrompida su sangre, parecia casi amenazar él á la muerte, y entónces pensó una cosa muy mala y muy nefanda: porque, mandando juntar los nobles de todos los lugares y ciudades de Judea en un lugar llamado Hipodromo, mandólos cerrar allí. Después, llamando á su hermana Salomé y al marido de esta, Alejo, dijo: muy bien sé que los judíos han de celebrar fiestas y regocijos por mi muerte: pero podré ser llorado por otra ocasion, y alcanzar gran honra en mi sepultura, si hiciéredes lo que yo os mandare: matad todos estos varones que he hecho poner en guarda, en la hora que yo fuere muerto; porque toda Judea y todas las casas me hayan de llorar á pesar y á mal grado de ellas. Habiendo mandado estas cosas, luego al mismo tiempo se tuvieron cartas de Roma, por los embajadores que habia enviado, por los cuales le hacian saber como Acmes, criada de Julia, habia sido por mandamiento de César degollada, y que Antípatro venia condenado á muerte. Tambien le permitia César que si quisiese mas desterrarle que darle la muerte, lo hiciese muy francamente. Habiéndose con esta embajada alegrado y recreado algun poco Herodes; pero vencido otra vez por los grandes dolores que padecia, porque la falta de comer y la tos grande le atormentaban en tanta manera que él mismo trabajó para adelantarse á la muerte antes de su tiempo, y pidió una manzana y un cuchillo tambien, porque así lo acostumbraba de comer; después mirando bien no hubiese al rededor alguno que le pudiese ser de impedimento, alzó la mano como que él mismo se quisiese matar, pero corriéndole al encuentro Arquiabo su sobrino, y habiéndole tenido la mano, levantóse muy grande llanto y ahullidos en el palacio, como que el rey fuera muerto. Oyéndolo Antípatro, tomó confianza, y muy alegre con esto, rogaba á sus guardas que le desatasen y dejasen ir, y prometíales mucho dinero, á lo cual no solo no quiso el principal de ellos consentir; pero aun lo hizo luego saber al rey. El rey entónces levantando una voz mas alta de lo que con su enfermedad podia, envió luego gente para que matasen á Antípatro, y después de muerto le mandó sepultar en Hircanio. Y corrigió otra vez su testamento, y dejó por sucesor suyo á Arquelao, hijo mayor, hermano de Antipa, é hizo á Antipa tetrarca, ó procurador del reino. Pasados después cinco dias de la muerte del hijo, murió Herodes, habiendo reinado treinta y cuatro años después que mató á Antígono, y treinta y siete años después que fué declarado rey por los romanos. En todo lo demás le fué fortuna muy próspera, tanto como á cualquier otro; porque un reino que habia alcanzado por su diligencia, siendo antes un hombre bajo y habiéndole conservado tanto tiempo, le dejó después á sus hijos; pero fué muy desdichado en las cosas de su casa y muy infeliz. Salomé, juntamente con su marido, antes que supiese el ejército la muerte del rey, habia salido por dar libertad á los presos que Herodes habia mandado matar, diciendo que él habia mudado de parecer y que habia mandado que cada uno se fuese á su casa. Después que estos fueron ya libres y se habian marchado, fuéles descubierta la muerte de Herodes á todos los soldados. Mandados después juntar en el anfiteatro en Hiericunta, Tolomeo guarda del sello del rey, con el cual solia sellar las cosas del reino, comenzó de loar al rey y consolar á toda aquella muchedumbre de gente. Leyóles la carta públicamente que Herodes le habia dejado, en la cual rogaba á todos ahincadamente que recibiesen con buen ánimo á su sucesor; y después de haberles leido sus

cartas, mostróles claramente su testamento: en el cual habia dejado por heredero de Tracon y de aquellas regiones de allí cercanas, á Antipa, y por rey á Arquelao; y le habia mandado llevar su sello á César, y una informacion de todo lo que habia administrado en el reino, porque quiso que César confirmase todo cuanto él habia ordenado como señor de todo; pero que lo demás fuese cumplido y guardado segun voluntad de su testamento. Leido el testamento, levantaron todos grandes voces, dando el parabien á Arquelao, y ellos y el pueblo todo, discurriendo por todas partes, rogaban á Dios que les diese paz, y ellos de su parte tambien la prometian. De aquí partieron á poner diligencia en la sepultura del rey: celebróla Arquelao tan honradamente, como le fué posible; mostró toda su pompa en honrar el enterramiento y toda su riqueza: porque habíanlo puesto en una cama de oro toda labrada con perlas y piedras preciosas; el estrado guarnecido de púrpura; el cuerpo venia tambien vestido de púrpura ó grana; llevaba una corona en la cabeza, un cetro real en la mano derecha: al rededor de la cama estaban los hijos y los parientes; después todos los de su guarda, un escuadron de gente de Tracia, de alemanes y franceses: todos armados y en órden de guerra iban delante, todos los otros soldados seguian á sus capitanes después muy convenientemente. Quinientos esclavos y libertos traian olores; y así fué llevado el cuerpo camino de doscientos estadios al castillo llamado Herodion, y allí fué sepultado, segun él mismo habia mandado. Este fué el fin de la vida y hechos del rey Herodes.

LIBRO SEGUNDO.

ARGUMENTO DE ESTE LIBRO.

I. De los sucesores de Herodes, y de la venganza del águila de oro que robaron.—II. De la batalla y muertes que hubo en Jerusalen entre los judíos y sabinianos.—III. De lo que Varon hizo con los judios que mandó ahorcar.—IV. De las acusaciones contra Arquelao, y de la division de todo el reino hecha por César.—V. Del mancebo que fingió falsamente ser Alejandro, y cómo fué preso.—VI. Del destierro de Arquelao.—VII. De Simon Galileo, y de las tres sectas que hubo entre los judios.—VIII. Del regimiento de Pilato y de su gobierno.—IX. De la soberbia grande de Cayo y de Petronio su presidente en Judea.—X. Del imperio de Claudio, del reinado de Agripa y de su muerte.—XI. De muchas y varias revueltas que se levantaron en Judea y en Samaria.—XII. De las revueltas que acontecieron en Judea en tiempo de Félix.—XIII. De Albino y Floro, presidentes de Judea.—XIV. De la crueldad que Floro ejecutaba contra los de Cesarea y Jerusalen.—XV. De otra matanza y destruccion hecha en Jerusalen.—XVI. De lo que hizo el Tribuno Policiano, y del razonamiento que Agripa hizo á los judios, aconsejándoles que obedeciesen á los romanos.—XVII. En el cual se trata cómo comenzaron los judios á rebelarse contra los romanos.—XVIII. De la muerte del pontífice Ananias, de la de Manahemo y de los soldados romanos.—XIX. Del estrago y matanza grande de los judios, hecha en Cesarea y en toda Siria.—XX. De otra muy gran matanza de los judios.—XXI. Cómo los judios que vivian en Alejandria fuéron muertos.—XXII. Del estrago y muertes que Cestio mandó hacer de los judios.—XXIII. De la guerra de Cestio contra Jerusalen.—XXIV. De cómo Cestio puso cerco á Jerusalen, y del estrago que en ella hizo.—XXV. De la crueldad que los damascenos usaron contra los judíos, y de la diligencia de Josefo, autor de esta historia, hecha en Galilea.—XXVI. De los peligros que pasó Josefo, y cómo se libró de ellos, y de la malicia y maldad de Juan Giscaleo.—XXVII. Cómo Josefo cobró á Tiberia y Séfora.—XXVIII. De qué manera se aparejaron y pusieron en órden los de Jerusalen para la guerra, y de la de Simon Giora.

I. Principio fué de nuevas discordias y revueltas en el pueblo, la partida de Arquelao para Roma: porque después de haberse detenido siete dias en el luto y llantos acostumbrados abundantemente, y en las comidas dadas con pompa á todo el pueblo, cuya costumbre puso á muchos de los judíos en pobreza por que tenian por impío al que no lo hacia, salió al templo vestido de una vestidura blanca: y recibido aquí con mucho favor y con mucha pompa, él tambien asentado en un alto tribunal, debajo un dosel de oro, recibió al pueblo muy humanamente: hizo á todos muchas gracias, por el cuidado que de la sepultura de su padre habian tenido, y por la honra que le habian hecho á él ya como á rey de ellos; pero dijo que no queria servirse, ni del nombre tampoco, hasta que César le confirmase como á heredero, pues habia sido dejado por Señor de todo en el testamento de su padre. Y que por tanto, queriéndole los soldados coronar, estando en Hiericunta, no lo habia él querido permitir ni consentir en ello; antes resistió á la voluntad de todos ellos. Pero prometió, tanto al pueblo como á los soldados, de satisfacerles por la alegría y voluntad que le habian mostrado, si el que era señor del imperio le confirmaba en su reino: y que no habia de trabajar en otra cosa sino en hacer que no conociesen la falta de su padre, mostrándose mejor con todos en cuanto posible le fuese. Holgándose con estas palabras el pueblo, luego le comenzaron á tentar pidiéndole grandes dones: unos le pedian que disminuyese los tributos: otros que quitase algunos del todo: otros pedian con grande instancia que los librase de las guardas. Concedíalo todo Arquelao, por ganar el favor del pueblo. Después de hechos sus sacrificios, dió grandes convites á todos sus amigos: y veis aquí que, súbitamente, después de comer, habiéndose juntado muchos de los que deseaban revueltas y novedades, pasado el llanto y luto comun por el rey, comienzan á lamentar su propia causa, y lloran la desdicha de aquellos que Herodes habia condenado por causa de la águila de oro que estaba en el templo. No era este dolor secreto, antes las quejas eran muy claras; sentíase el llanto por toda la ciudad, por aquellos hombres que decian ser muertos por las leyes de la patria y por la honra de su templo. Y que debian pagar las muertes de estos, aquellos que habian recibido por ello dineros de Herodes: y lo primero que debian hacer, era echar á aquel que él habia dejado por pontífice, y escoger otro que fuese mejor y mas pio, y que se debia desear mas limpio y mas puro. Aunque Arquelao era movido á castigar estas revueltas, detenía le la priesa que ponia en su partida, porque temia que si se hacia enemigo de su pueblo, no se hubiese de impedir ó detenerse por ello. Por tanto trabajaba mas con buenas palabras y con enconsejo en apaciguar su pueblo que por fuerza; y enviando al maestro de campo les rogaba que se apaciguasen. En llegando este al templo, los que levantaban y eran autores de aquellas revueltas, antes que él hablase hiciéronle volver atrás á pedradas; y enviando después á otros muchos para apaciguarlos, respondieron á todos muy sañosamente; y si fuera mayor el número, bien mostraban entre ellos que hicieran algo. Y llegándose ya el dia de la Pascua, dia de mucha abundancia y de gran multitud de cosas para sacrificar, venia muchedumbre de gente de todos los lugares cercanos al templo, á donde estaban los que lloraban á los sofistas, buscando ocasion y manera para mover algun escándalo. Temiéndose de esto Arquelao, antes que todo el pueblo se corrompiese con aquella opinion, envió un tribuno con gente que prendiese á los que movian la revuelta. Contra estos se movió todo el vulgo del pueblo que allí estaba: mataron muchos á pedradas y salvóse el tribuno con gran

pena, aunque muy herido; y ellos luego se volvieron á celebrar sus sacrificios como si no se hubiera hecho mal alguno. Pero ya le parecia á Arquelao que aquella muchedumbre de gente no se refrenaria sin matanza y gran estrago: por esta causa envió todo el ejército contra ellos; y entrando la gente de á pié por la ciudad toda junta, y los de á caballo por el campo, y acometiendo á la gente que estaba ocupada en los sacrificios, mataron cerca de tres mil hombres, é hicieron huir todos los otros por los montes de allí cercanos: y aun muchos pregoneros, trás de Arquelao, amonestaban á todos que se recogiesen á sus casas. Finalmente de esta manera, dejando atrás la festividad del dia, todos se fuéron; y él descendió á la mar con Popla, Tolomeo y Nicolao, sus amigos, dejando á Filipo por procurador del reino y curador de las cosas de su casa. Salió tambien juntamente con sus hijos Salomé y los hijos del hermano del rey y el yerno, con muestras de querer ayudar á Arquelao, que alcanzase y poseyese lo que en herencia le habia sido dejado; pero á la verdad no se habia movido, sino por acusar lo que se habia hecho en el templo contra las leyes. Vínoles en este mismo tiempo al encuentro, estando en Cesarea, Sabino, procurador de Siria, el cual venia á Judea por guardar el dinero de Herodes: á quien Varon prohibió que pasase adelante, movido á esto por ruegos de Arquelao y por intercesion de Tolomeo. Entónces Sabino, por hacer placer á Varon, no puso diligencia en venir á los castillos, ni quiso cerrar á Arquelao los tesoros y dinero de su padre; pero prometiendo de no hacer algo hasta que César lo supiese, deteníase en Cesarea. Después que uno de los que le impedian se fué á Antioquía, el otro, es á saber Arquelao, navegó para Roma: yéndose á Jerusalen, entróse en el palacio real, y llamando á los capitanes de la guarda y mayordomos, trabajaba por tomarles cuenta del dinero y entrar en posesion de todos los castillos: pero los guardas no se habian olvidado de lo que Arquelao les habia encomendado, antes estaban todos muy vigilantes en guardarlo todo, diciendo que mas lo guardaban por causa de César, que por la de Arquelao. Antipas en este mismo tiempo tambien contendia por alcanzar el reino, queriendo defender que el testamento que habia hecho antes del postrero, era el mas firme y mas verdadero, en el cual estaba él declarado por sucesor del reino, y que Salomé y muchos otros parientes que habian navegado con Arquelao, le habian prometido de ayudarle en ello. Llevaba consigo á su madre y al hermano de Nicolao Tolomeo, el cual le parecia ser hombre importante, segun lo que le habia visto hacer con Herodes, porque le habia sido el mejor y mas amado amigo de todos. Confiábase tambien mucho en Ireneo, orador excelente y muy eficaz en su hablar, lo cual fué por él tenido en tanto, que no quiso escuchar ni obedecer á ninguno de tantos como le decian y aconsejaban que no contendiese con Arquelao, que era mayor de edad y dejado heredero por voluntad del último testamento. Vinieron á él de Roma todos aquellos cercanos parientes y amigos que tenian odio á Arquelao, y le tenian muy aborrecido principalmente todos los que deseaban verse libres y fuera de toda sujecion, y ser regidos por los gobernadores romanos; ó si no podian alcanzar esto, querian á lo menos haber por rey á Antipas. Ayudábale á Antipas en esta causa mucho Sabino, el cual habia acusado, por cartas escritas á César, á Arquelao, y habia loado mucho á Antipas. De esta manera Salomé y los demás que eran de su parecer, diéronle á César las acusaciones muy por órden, y el anillo y sello del rey, y el regimiento y administracion del reino fué presentada á César por Tolomeo. Entónces, pensando muy bien en lo que cada una de las partes alegaba, entendiendo la grandeza del reino y la mucha renta que daba, viendo la familia de Herodes tan grande, y leyendo las cartas que Varon y Sabino le habian escrito, llamó á todos los principales de Roma, juntólos en consejo, cuyo presidente quiso entónces que fuese Cayo, nacido de Agripa y de Cayo, é hijo suyo adoptivo; y dió licencia á las partes que cada uno prosiguiese por haber su derecho. Antípatro, pues, hijo de Salomé, este era orador de la causa muy recio contra Arquelao, propuso la acusacion, fingiendo que Arquelao se queria mostrar que trataba de la contienda del reino solamente con palabras; porque á la verdad ya habia muchos dias que habia sido hecho rey, y ahora venia por tratar maldades delante de César y cavilaciones, no habiendo antes querido aguardar su juicio; y que él determinase quién queria que fuese el sucesor de Herodes. Porque después que este fué muerto, habiendo sobornado á algunos porque lo coronasen, asentado como rey en el estrado y debajo el dosel real, habia en parte mudado la órden de la milicia y gente de guerra, y parte tambien habia quitado de las rentas; y además de todo esto él habia consentido como rey todo cuanto el pueblo pedia: y habia librado muchos culpados de culpas muy graves, que estaban puestos en la cárcel por mandado de su padre; y habiendo hecho todo esto, venia ahora fingiendo que pedia á su señor el reino, habiéndose ya antes alzado con todo, por mostrar que César era señor, nó de las cosas, sino de solo el nombre. Acusábale tambien que habia fingido el luto y llantos tan grandes por su padre, haciendo de dia muestras y vistas de dolor y gran tristeza, y bebiendo de noche como en bodas, en banquetes y convites. Decia finalmente que el pueblo se habia movido y revuelto por estos tan grandes escándalos suyos. Confirmaba toda su acusacion con aquella multitud de hombres que dijimos haber sido muertos al rededor del templo; porque estos, habiendo venido por celebrar segun su costumbre la fiesta, habian sido muertos y degollados estando todos ocupados en sus sacrificios; y habian sido tantas las muertes dentro del templo, cuantas jamás habian ellos visto haber acaecido en alguna otra guerra por gente extranjera, por grande y por cruel que hubiese sido. Y sabiendo tambien Herodes la crueldad de este mucho antes, no le pareció jamás digno de darle esperanza de su reino, sino cuando ya estaba loco, con el ánimo mas enfermo que no el cuerpo, ignorando tambien á quién hiciese heredero y sucesor en su segundo testamento: principalmente no pudiendo acusar en algo al que habia dejado en el primer testamento por sucesor suyo, estando con toda sanidad así del cuerpo como del ánimo. Pero para que cualquiera piense y crea haber sido aquel postrer juicio de ánimo doliente y muy enfermo, él mismo habia echado y desheredado de la real dignidad á Arquelao, porque habia cometido y hecho muchas cosas contra ella. Porque ¿qué tal podian esperar que seria si César le dejaba y concedia la dignidad real, aquel que antes de concedérsela habia hecho tan gran matanza? Habiendo Antípatro dicho muchas cosas tales; y habiendo mostrado por testigos á muchos de los parientes que estaban presentes en todo cuanto le habia acusado, acabó. Levantóse entónces Nicolao, procurador y abogado de Arquelao; y antes de hablar de cosa alguna, mostró cuán necesaria fué la matanza que habia sido hecha en el templo; porque las muertes de aquellos por las cuales era Arquelao acusado, eran necesarias no solo

al reposo y paz del reino, pero tambien á la del juez de aquella causa; es á saber, de César; porque todos le eran enemigos, y supo mostrar cómo todos los que le acusaban de otras faltas, le eran enemigos muy grandes y muy contrarios. Y por esta causa pedia él que fuese tenido por firme el segundo testamento de Herodes, porque habia dejado en poder de César la libertad de hacer sucesor suyo y rey á quien quisiese. Porque uno que sabia tanto, que no osaba mandar algo contra el emperador en lo que él mismo podia, antes le dejaba á él por juez de todo, no podia haber errado en hacer juicio y elegir heredero, pues con corazon y entendimiento muy bueno habia escogido aquel que queria que lo fuese, pues que no habia ignorado quién tuviese poder para hacerle y ordenarle, y lo habia dejado todo en su poder y mando. Pero como declarado todo cuanto tenia que decir, hubiese acabado sus razones Nicolao, salió en medio de todos Arquelao, y llegóse á los piés de César con diligencia. Mandóle César levantar; mostró á todos que era digno de suceder á su padre en el reino, y determinadamente no juzgó por entónces algo. Pero el mismo dia, habiendo despedido á todos los del consejo, él mismo pensaba solo entre sí lo que debia hacer: si por ventura conviniese hacer alguno de los que estaban señalados en el testamento sucesor del reino, ó si lo partiria todo en aquella familia; porque eran tantos, que tenian ciertamente necesidad de socorro.

II. Antes que César determinase algo de lo que convenia que fuese hecho, murió de enfermedad la madre de Arquelao, Maltace. Y fueron traidas muchas cartas de Siria, que decian como los judíos se habian alborotado; por lo cual Varon, pensando haber de ser así, después de la partida y navegacion de Arquelao á Roma, vínose á Jerusalen porque pudiese estorbar é impedir á los autores del alboroto y escándalo. Y pareciéndole que el pueblo no se sosegaria, de las tres legiones de gente que habia traido consigo desde Siria, dejó la una en la ciudad y volvióse él luego á Antioquía. Pero, como después llegase Sabino á Jerusalen, dió á los judíos ocasion de mover cosas nuevas, haciendo una vez fuerza á la gente de guarda porque le entregasen y rindiesen las armas y castillos; y otra pidiendo inicuamente los dineros del rey. Y no confiaba este en los soldados que Varon habia dejado allí; sino tambien en la multitud de criados que tenia, los cuales estaban todos armados como ministros de su avaricia. Y un dia, que era el quincuagésimo después de la fiesta, el cual llamaban los judíos Pentecostes, siete semanas después de la Pascua, el cual del número de los dias ha alcanzado tal nombre, juntóse el pueblo, nó por la solemnidad de la fiesta, pero por el enojo é indignacion que tenia. Vínose á juntar gran muchedumbre de gente de Galilea, Idumea, Hiericunta, y de las regiones y lugares que están de la otra parte del Jordan con todos los naturales de la ciudad, hicieron tres escuadrones y asentaron en tres diversas partes sus campos; la una en la parte septentrional del templo; la otra hácia el mediodía, cerca de la carrera de los caballos; y la tercera hácia la parte occidental, no lejos del palacio real: y rodeando de esta manera á los romanos, los tenian cercados por todas partes. Espantado Sabino por ver tanta muchedumbre, y el ánimo y atrevimiento grande, hacia muchos ruegos á Varon con muchos mensageros que le enviaba que le socorriese muy presto, porque si tardaba se perderia toda la gente que tenia: y él recogióse en la mas alta y mas honda torre de todo el castillo, la cual se llamaba Faselo; que era el nombre del hermano aquel de Herodes que los partos mataron. De allí daba señal á la gente que acometiesen á los enemigos; porque con el temor grande que tenia, no osaba parecer ni aun delante de aquellos que tenia bajo de su potestad y mandamiento. Pero, obedeciendo los soldados á lo que Sabino mandaba, corren al templo y traban una gran pelea con los judíos; y como ninguno los ayudase ni les diese consejo, eran vencidos, no sabiendo las cosas de la guerra, por aquellos que las sabian y estaban diestros en ella. Pero ocupando muchos de los judíos los portales y entradas angostas, tirándoles muchas saetas de allí arriba; muchos con esto caían, y no podian vengarse fácilmente de los que de lo alto les tiraban, ni podian sufrirlos cuando se llegaban á pelear con ellos. Pero afligidos con unos y con otros, ponen fuego á los portales, maravillados por la grandeza, obra y ornamento de ellos; y eran presos muchos en aquel medio, ó quemados en medio de las llamas, ó saltando entre los enemigos eran por ellos muertos: otros volvian atrás y se dejaban caer por el muro abajo; y algunos, desconfiando de poder alcanzar salud, adelantaban sus muertes al peligro del fuego, y ellos mismos se mataban. Pero los que salian de los muros y venian contra los romanos, espantados y amedrentados con gran miedo, eran vencidos fácilmente y sin algun trabajo, hasta tanto que, muertos todos ú derramados con gran temor, dejado el tesoro de Dios por los que le defendian, pusieron los soldados las manos en él y robaron de él cuarenta talentos; y los que no fueron robados, estos se los llevó Sabino. Pero fué tan grande la pérdida de los judíos, así de hombres como de riquezas, que se movió gran muchedumbre de ellos á venir contra los romanos; y habiendo cercado el palacio real, amenazábanlos con la muerte si no salian de allí presto, dando licencia á Sabino con toda su gente para salirse. Ayudábanles muchos de los del rey que se habian juntado con ellos; pero la parte mas belicosa y ejercitada en la guerra, eran tres mil sebastenos, cuyos capitanes eran Rufo y Grato: el uno de la gente de á pié, y Rufo de la gente de á caballo: los cuales ambos solos, con la fuerza de sus cuerpos y con la prudencia que tenian, dieran mucho que hacer á los romanos, aunque no tuvieran gente que favorecieran á sus partes. Dábanse, pues, priesa y apretaban el cerco los judíos; y con esto juntamente tentaban de derribar los muros: daban gritos á Sabino que se fuése y no les quisiese prohibir de alcanzar, después de tanto tiempo, la libertad que tanto habian deseado: pero no les osaba Sabino dar crédito, aunque deseaba mucho salvarse, porque sospechaba que la blandura y buenas palabras de los judíos eran para engañarle; y esperando cada hora el socorro de Varon, sufria el peligro del cerco. Habia muchos ruidos y revueltas en este mismo tiempo por Judea; y muchos con la ocasion del tiempo codiciaban el reino: porque en Idumea habia dos mil soldados de los viejos, que habian seguido la guerra con Herodes; y muy armados contendian con los del rey, á los cuales trabajaba de resistir Aquiabo, primo del rey, desde aquellos lugares adonde estaba muy bien fortalecido y proveido, rehusando de salir con ellos á pelear al campo. En Séforis, ciudad de Galilea, estaba Judas, hijo de Ezequías, príncipe de los ladrones, preso algun tiempo por Herodes el rey, el cual habia entónces destruido todas aquellas regiones, juntando muchedumbre de gente, rompiendo á los que guardaban el ganado del rey, y armando á todos los que pudo haber en su compañía, venia contra los que deseaban alzarse con el reino. De la otra parte del rio estaba uno de los criados del rey, llamado Simon, el

cual, confiando en su gentileza y fuerzas, se puso una corona en la cabeza; y con los ladrones que él habia juntado, quemó el palacio de Hiericunta y muchos otros edificios que habia muy galanos por allí, discurriendo por todas partes, y ganó en quemar todo esto fácilmente gran tesoro. Hubiera este quemado ciertamente todos los edificios y casas gentiles que habia por allí, si Grato, capitan de la gente de á pié del rey, no se diera priesa y diligencia en resistirle, sacando de Tracon los arqueros y la gente de guerra de los sebastenos. Murieron muchos de la gente de á pié; pero supo dar recaudo en haber á Simon y atajarle los pasos, aunque él iba huyendo por los recuestos y alturas de un valle; al fin con una saeta le derribó. Fueron quemados todos los aposentos y casas reales que estaban cerca del Jordan; y en Betarantes se levantaron algunos otros, venidos de la otra parte del rio: porque hubo un pastor llamado Atrongeo, que confiaba alcanzar el reino, dándole alas para esto su fuerza y la confianza que en su ánimo grande tenia, el cual menospreciaba la muerte y tambien los ánimos valerosos, si tal nombre merecen, de cuatro hermanos que tenia, y su esfuerzo, de los cuales se servia como de cuatro capitanes y sátrapas, dando á cada uno su escuadron y compañía de gente armada: y él, como rey, entendia y tenia cargo de negocios mas importantes, y entónces él tambien se coronó. No estuvo después poco tiempo con sus hermanos destruyendo todas aquellas tierras sin que alguno de los judíos le pudiese huir de cuantos sabia él que le podian dar algo: y mataba tambien á todos los romanos que podia haber y á la gente del rey. Osaron tambien cercar un escuadron de romanos, el cual hallaron cerca de Amatunta, que llevaba trigo y armas á los soldados. Mataron aquí al centurion Ario y á cuarenta hombres mas de los mas esforzados: y puestos todos los otros en el mismo peligro, libráronse con el socorro de Grato que les vino encima con los sebastenos. Hechas muchas cosas de esta manera, tanto contra los naturales como contra los extranjeros, pasado algun tiempo, fueron presos tres de estos; al mayor de edad prendió Arquelao, y los dos después del mayor, vinieron en manos de Grato y de Tolomeo: porque al cuarto perdonó Arquelao haciendo pactos con él; pero en fin, todos alcanzaron fin de esta manera; y entónces con guerra de ladrones ardia toda Judea.

III. Después que Varon hubo recibido las cartas de Sabino y de los otros príncipes, temiendo no peligrase toda la gente, dábase priesa por socorrerles: por esta causa vino hácia Tolemaida con las otras dos legiones que tenia, y cuatro escuadras de gente de á caballo: adonde mandó que se juntasen todos los socorros de los reyes y de la gente principal. Tomó tambien, además de estos, mil y quinientos hombres de armas de los Beritos. Cuando hubo llegado á Tolemaida el rey de los árabes Areta con mucha gente de á pié y mucha de á caballo, envió luego parte de su ejército á Galilea, que estaba cerca de Tolemaida, poniendo por capitan de ella al hijo de su amigo Galbo; el cual hizo presto huir á todos aquellos contra los cuales habia ido; y tomando la ciudad de Séforis, quemóla y cautivó á todos los ciudadanos de allí. Habiendo, pues, Varon, alcanzado el mando y apoderádose de toda Samaria, no quiso hacer algun daño en toda la ciudad, porque halló no haber ella movido algo en todas aquellas revueltas: pero, puesto su campo en un lugar llamado Arun, el cual solia poseer Tolomeo, y habia sido saqueado por los árabes, por el enojo que tenian contra los amigos de Herodes, de allí partió para el otro lugar llamado Saso, el cual era muy seguro, y saquearon todo el lugar y todo lo que allí hallaron; todo estaba lleno de fuego y de sangre, y no habia alguno que refrenase ni impidiese los robos grandes que los árabes hacian. Fué tambien quemada la ciudad de Amaus, por mandado de Varon, enojado por la muerte de Ario y de los otros, y fueron esparcidos los ciudadanos huyendo de allí. De aquí partió para Jerusalen con todo su ejército; y en solo verle venir, los judíos todos huyeron: unos dejando el campo y sus cosas, otros se escondian por los campos por salvarse; pero los que estaban dentro de la ciudad, recibiéronle y echaban la culpa de aquella revuelta y levantamiento en los otros, diciendo que ellos nada sabian en todo lo que habia sucedido; pero que por causa de la fiesta les habia sido fuerza y necesario recibir tanta muchedumbre de dentro la ciudad, y que ellos habian sido con los romanos cercados; mas no se habian ciertamente levantado con los que huyeron. Habíanle salido antes al encuentro, Josefo, primo de Arquelao, y Rufo con Grato, los cuales traian el ejército del rey. Venian los soldados sebastenos y los romanos vestidos á su manera acostumbrada: porque Sabino se habia salido hácia la mar, por temor de venir delante de Varon. Este, dividiendo su ejército en partes, enviólos á todos por los campos á buscar los autores de aquel motin y revuelta levantada: y presentándole muchos de ellos, á los que eran menos culpados, mandábalos guardar; pero de los que era manifiesta su deuda y se sabia claramente el daño que habian hecho, ahorcó casi dos mil. Y habiéndole dicho que cerca de Idumea habia diez mil hombres armados, mandó luego á los árabes que se retirasen á sus casas, porque no servian en la guerra como hombres que peleaban por ayudarles, sino por su codicia de ellos, viendo tambien que destruian y talaban los campos muy contra su voluntad: y después, acompañado de sus escuadrones, iba al alcance de los enemigos: pero ellos, por consejo de Aquiabo, se dieron á Varon, antes que fuésen presos por fuerza, y perdonando al vulgo y muchedumbre, envió los capitanes á César, porque fuesen examinados. Y como hubiese perdonado á todos los otros, castigó á algunos parientes del rey, entre los cuales habia muchos muy allegados de Herodes, por haberse armado contra su rey. Así Varon, habiendo apaciguado las cosas en Jerusalen, y dejando allí aquella legion ó compañía de gente que solia estar antes en guarda de la ciudad, volvióse á Antioquía.

IV. Luego los judíos le levantaron á Arquelao otro nuevo pleito en Roma, aquellos que habian salido, permitiéndolo Varon, por embajadores antes de la revuelta y escándalo, por pedir la libertad que su gente solia tener. Habian venido cincuenta hombres, y estaban en favor de ellos mas de ocho mil judíos, los cuales vivian en Roma. Por esto, juntando César consejo de los mas nobles romanos, y mas amigos, dentro del templo de Apolo Palatino, el cual era edificio privado suyo adornado muy ricamente, vino la muchedumbre de los judíos con todos sus embajadores á presentarse á César, y Arquelao tambien por otra parte con todos sus amigos: habia de cada parte muchos amigos de sus propios parientes muy secretamente, porque unos rehusaban de estar con Arquelao, por el odio y envidia que le tenian, y tenian por vergüenza y fealdad verse delante de César con los acusadores. Entre estos estaba tambien Filipo, hermano de Arquelao, enviado con buena voluntad por Varon, movido á ello por dos causas: la una, porque socorriese á Arquelao, y la otra, porque si le placia á César dividir el reino que Herodes habia tenido entre todos sus pa-

rientes, se pudiese él llevar algo por su parte. Mandó César que declarasen primero en qué habia Herodes pecado contra sus leyes: respondieron todos á una voz, que habian sufrido nó rey, y sí el mayor tirano que se hubiese hasta aquellos tiempos visto; y quejábanse, que además de haber muerto gran muchedumbre de ellos, los que quedaban en vida habian sufrido tales cosas de él, que se tuvieran todos por mas bienaventurados si fueran muertos. Porque no solo él habia despedazado los cuerpos de sus súbditos con varios y diversos tormentos, pero aun despoblando las ciudades de sus vecinos y gente propia suya, las habia dado á gente extraña y puéstolos á ellos en sujecion de ella, y habia dado la sangre de los judíos á pueblos extranjeros; y por aquella dicha y prosperidad que antiguamente todos tener solian, y por las leyes de su patria, habia henchido toda su nacion de tanta pobreza y tantas maldades, que ciertamente habian sufrido mas muertes y matanzas de Herodes en pocos años, que no habian sus padres antepasados sufrido jamás en todo el tiempo después de la cautividad de Babilonia, en tiempo que reinaba Gerjes: pero que habian aprendido tanta paciencia y modestia por casos tan miserables y por tan contraria fortuna, que tenian por bien empleada de propia voluntad la servidumbre amarga, á la cual estaban sujetos: pues habian levantado sin tardanza por rey á Arquelao, hijo de tan gran tirano, después de muerto el padre; y habian llorado juntamente con la muerte de Herodes, y celebrado sus sacrificios por su sucesor. Y él, como temiendo de no parecer su hijo tan verdadero, habia comenzado su reino con muerte de tres mil ciudadanos, y mostrando que merecia ser príncipe de todos, habia hecho sacrificios de tantos hombres; y habia un dia de fiesta henchido el templo de tantos cuerpos muertos. Los que quedaban, pues, habian hecho muy bien después de tantas adversidades y desdichas en considerar daños tan grandes, y desear por ley de guerra padecer: por lo cual humildemente todos rogaban á los romanos que tuviesen por bien haber misericordia de lo que de Judea sobraba salvo, y no diesen lo que de toda esta nacion quedaba en vida, á hombres que tan cruelmente los trataban: pero que juntasen con los fines y términos de Siria los de Judea, y determinasen jueces romanos que los rigiesen y amonestasen: y de esta manera experimentarian que los judíos que ahora les parecian deseosos de guerra y revolvedores, saben obedecer á los buenos regidores. De esta manera y con tal suplicacion acabaron su acusacion los judíos. Levantándose entónces Nicolao contra ellos, deshizo primero todas las acusaciones que habian hecho contra sus reyes: y después comenzó á reprender y acusar la nacion judaica, diciendo, que muy dificultosamente podia ser gobernada, y que de natural les venia no querer obedecer á sus reyes: acusaba tambien á los deudos de Arquelao que se habian pasado á favorecer los acusadores suyos. Oidas ambas partes, despidió César el ayuntamiento, y pocos dias después dió á Arquelao la mitad del reino con nombre de tetrarquía, prometiéndole de hacerle rey, si hacia obras que lo mereciesen. Dividió la parte que quedaba en dos tetrarquías ó principados, y diólas á los otros dos hijos de Herodes: el uno á Filipo, y el otro á Antipas, el que habia tenido contienda con Arquelao sobre la sucesion del reino. Habíanle caído á este por su parte las regiones que están de la otra parte del rio y Galilea; de las cuales tierras habia cada año doscientos talentos. A Filipo le fué dada Batanea, Tracon, Auranitis y algunas partes de la casa de Zenon, cerca de Jamnía, cuya renta subia cada año á cien talentos. El principado de Arquelao comprendia á Samaria, Idumea y á Judea: pero habíales sido quitada la cuarta parte de los tributos que solian pagar, porque él no se habia rebelado ni levantado con los otros. Fuéronle entregadas las ciudades que habia de regir, y eran la torre de Estraton, Sebaste, Joppé y Jerusalen: las otras, es á saber, Gaza, Gadara é Hipon, fueron quitadas por César del mando del reino, y juntadas con el de Siria. Tenia Arquelao de renta cuarenta talentos: y quiso tambien César, que fuese Salomé señora de Jamnía, de Azoto y de Fasélides, además de todo lo que la habia sido dejado en el testamento del rey. Dióle tambien un palacio en Ascalona, y valíale todo lo que tenia sesenta talentos: pero quiso que su casa estuviese sujeta á Arquelao. Habiendo, pues, dado á cada uno de los otros parientes de Herodes, conforme á lo que hallaba en su testamento escrito, dió aun de mas del testamento á dos hijas suyas doncellas quinientos mil dineros, y casólas con los hijos de Feroras. Y habiendo dividido y partido de esta manera todos los bienes que habia Herodes dejado; repartió tambien entre todos aquellos mil talentos, que le habian sido á él dejados, exceptuando algunas cosas de muy poco precio, que él quiso retener para sí por memoria y honra del difunto.

V. En este tiempo un mancebo, judío de nacion, criado en un lugar de los sidonios con un liberto de los romanos, fingiendo que era Alejandro, aquel que Herodes habia muerto, porque á la verdad le era muy semejante, vínose á Roma con pensamiento de engañarlos. Tenia por compañero á un otro judío de su tierra, el cual sabia muy bien todo lo que en el reino habia pasado. Instruido, pues, por este, y hecho sabedor de todo, afirmaba que por misericordia de aquellos que habian venido á matar á él y á Aristóbulo, los habian librado de la muerte, poniendo otros cuerpos semejantes á los suyos. Habia ya engañado con estas palabras á muchos judíos de los que vivian en Creta, y sido recibido allí harto magnífica y liberalmente, y pasando á Melo, donde juntó mayores tesoros, habia tambien movido á muchos de sus huéspedes con gran semejanza de verdad, que navegasen con él á Roma. Al fin, llegado á Dicearquía, habiendo recibido allí muchos dones de los judíos, acompañábanle los amigos de Herodes, no menos que si fuera rey. Era este tan semejante en la cara á Alejandro, que los que habian visto y conocido al muerto, juraban y tenian que era él mismo. Con esto, todos los judíos de Roma salian por verle y juntábase gran multitud de gente en las calles por donde habia de pasar. Habian muchos sido tan locos, que le llevaban en una silla y le hacian acatamiento con sus propios gastos y despensas como si fuera realmente rey. Pero, conociendo César muy bien la cara de Alejandro, porque habia sido antes acusado y traido delante de él, por su padre Herodes, aunque antes de juntarse con él habia conocido el engaño de la semejanza que tenia con el muerto, pensó todavía dejarle holgar algun rato con su esperanza, y envió á un hombre llamado Celado, que conocia muy bien á Alejandro, á que trujese el mancebo delante de él. En la hora que le vió, conoció luego la diferencia del uno al otro, y principalmente cuando vió, que era su cuerpo tan rústico y su manera tan servil, entendió la burla y ficcion muy claramente. Pero fué muy movido y enojado con el atrevimiento de sus palabras, porque á los que le preguntaban de Aristóbulo, respondió que estaba vivo y salvo, pero que no habia querido venir adrede y con consejo, porque estaba en Cipre guardándose de todas las asechanzas que le podian hacer, porque estando

ellos dos apartados, menos podian ser presos, que si estuviesen juntos. Apartóle de todos los que allí estaban, y díjole, que César le salvaria la vida, si le descubria y manifestaba quién habia sido el autor de tan gran maldad y engaño. Prometiéndolo de hacer, fué llevado delante de César, y señalóle el judío, y díjole como se habia malamente y con engaño servido de la semejanza por hacer ganancia y allegar dineros, afirmándole que habia recibido de las ciudades no menos dones, antes muchos mas que si fuera el mismo Alejandro. Rióse con esto César, y puso al falso Alejandro, por tener cuerpo para ello, en sus galeras por remador, y mandó matar al que tal habia persuadido. Temiendo que era harto castigo de la locura de los de Melo, perder los gastos que habian hecho con este mancebo.

VI. Recibida la tierra que á Arquelao tocaba, acordándose de la discordia pasada, no quiso mostrarse cruel con los judíos ni tampoco con todos los de Samaria; y nueve años después que le fué dado aquel principado y mando, enviando embajadores ambas partes á César para acusarle, fué desterrado en una ciudad de Francia llamada Viena, y su patrimonio le fué confiscado por César. Dícese, que antes que fuese llevado delante de César, habia visto un sueño de esta manera. Habia soñado que los bueyes comian nueve espigas, las mayores y mas llenas; y llamando después sus adivinos y algunos de los caldeos, habíales preguntado, que le dijesen su parecer de aquel sueño. Como eran hombres diversos, así tambien las declaraciones eran diversas. Uno, llamado Simon, y eseno de linaje, dijo, que las espigas denotaban años; y los bueyes las mudanzas grandes de las cosas: porque arando ellos los campos, volvian toda la tierra y la trocaban; y que habia de reinar él tantos años cuantas eran las espigas que habia soñado; y que después de haber visto y experimentado muchas mutaciones en todas sus cosas, habia de morir. Cinco dias después de haber oido estas cosas, fué Arquelao llamado á juicio, y á defender su causa: tambien pareció cosa digna de hacer saber y contar aquí, el sueño de su mujer Glafira, hija de Arquelao, rey de Capadocia: la cual fué mujer primero de Alejandro, hermano de este de quien hablamos é hijo del rey Herodes, por quien fué muerto, como habemos contado; casada después con Yuba, rey de Libia, y muerto este, habiéndose vuelto á su tierra quedando viuda en la casa de su padre, cuando la vió Arquelao príncipe de aquella tierra, tomóle tan gran amor, que luego quiso casarse con ella, desechando á su mujer Mariana. Esta, pues, poco después que volvió á Judea, le pareció que vió en sueños á Alejandro delante de sí que le decia estas palabras: bastábate el matrimonio del rey de Libia, pero tú, no contenta con él, vuelves otra vez á mis tierras, codiciosa de tener tercer marido; y lo que me es mas grave, juntástete con mi hermano en matrimonio: pues yo te prometo que no disimularé la injuria que en ello me haces, y á pesar tuyo yo te recobraré. Y declarado este sueño, apenas vivió después dos dias mas.

VII. Reducidos los límites de Arquelao en una provincia de los romanos, fué enviado un caballero romano, llamado Coponio, por procurador de ella, dándole César poder para ello. Estando este en el gobierno, hubo un galileo, llamado por nombre Simon, el cual fué acusado que se habia rebelado: reprendiendo á sus naturales que sufrian pagar tributo á los romanos, y que sufrian por señor accepto á Dios los hombres mortales. Era este cierto sofista por sí y de propia secta, enteramente contraria á todas las otras: habia entre los judíos tres géneros de filosofía; el uno seguian los fariseos, el otro los saduceos, y el tercero, que todos piensan ser el mas aprobado, era el de los esenos, judíos naturales, pero muy ajuntados con amor y amistad, y los que mas de todos huian todo ocio y deleite torpe, y mostrando á ser continentes y no sujetarse á la codicia, tenian esto por muy gran virtud. Estos aborrecen los casamientos, y tienen por parientes propios los hijos extraños que les son dados para doctrinarlos; muéstranles é instrúyenlos con sus costumbres, nó porque sean ellos de parecer deberse quitar ó acabar la sucesion y generacion humana, pero porque piensan deberse todos guardar de la intemperancia y lujuria, creyendo que no hay mujer que guarde la fé con su marido castamente, segun debe. Suelen tambien menospreciar las riquezas, y tienen por muy loada la comunicacion de los bienes, uno con otro: no se halla que uno sea mas rico que otro: tienen por ley que quien quisiere seguir la disciplina de esta secta ha de poner todos sus bienes en comun, para servicio de todos; porque de esta manera, ni la pobreza se mostrase, ni la riqueza ensoberbeciese: pero, mezclado todo junto, como hacienda de hermanos, fuese todo un comun patrimonio. Tienen por cosa de afrenta el aceite, y si alguno fuere untado con él contra su voluntad, luego con otras cosas hace limpiar su cuerpo, porque tienen lo feo por hermoso, salvo que sus vestidos estén siempre muy limpios: tienen procuradores ciertos para todas sus cosas, en comun y juntos. No tienen una ciudad cierta á donde se recojan; pero en cada una viven muchos, y viniendo algunos de los maestros de la secta, ofrécenle todo cuanto tienen, como si le fuese cosa propia; vénse con ellos, aunque nunca los hayan visto, como muy amigos y muy acostumbrados; por esto en sus peregrinaciones no se arman, sino por causa de los ladrones, y no llevan consigo cosa alguna: en cada ciudad tienen cierto procurador del mismo colegio, el cual tiene cargo de recibir todos los huéspedes que vienen, y este tiene cuidado de guardar los vestidos, y proveer lo de mas necesario á su uso. Los muchachos que están aun debajo de sus maestros, no tienen todos mas de una manera de vestir, y el calzar es á todos semejante; no mudan jamás vestido ni zapatos, hasta que los primeros sean, ó rotos ó consumidos con el uso del traer y servicio: no compran entre ellos algo ni lo venden, dando cada uno lo que tiene al que está necesitado; comunícanse cuanto tienen de tal manera, que cada uno toma lo que le falta, aunque sin dar uno por otro y sin este trueco, tienen todos libertad de tomar de cada uno que les pareciere, aquello que les es necesario. Tienen mucha religion y reverencia, á Dios principalmente; no hablan, antes que el sol salga, algo que sea profano, antes le suelen celebrar ciertos sacrificios y oraciones, como rogándole que salga: después los procuradores dejan ir á cada uno en sus cosas, y después, que ha entendido cada uno en su arte como debe, júntanse todos, y cubiertos con unas toallas blancas de lino, lávanse con agua fria sus cuerpos: hecho esto, recógense todos en ciertos lugares adonde no puede entrar hombre de otra secta. Limpiados, pues, y purificados de esta manera, entran en su cenáculo, no de otra manera que si entrasen en un santo templo, y sentados con órden y con silencio, ponéseles á cada uno el pan delante, y el cocinero una escudilla con su potaje, y luego el sacerdote bendice la comida porque no les es lícito comer bocado, sin hacer primero oracion á Dios: después de haber comido hacen sus gracias, porque en el principio y en el fin de la comida, dan gracias y

alabanzas á Dios, como que de él todo procede, y es el que les da mantenimiento: después, dejando aquellos vestimentos casi como sagrados, vuelven á sus ejercicios hasta la noche, y recogiéndose entónces en sus casas cenan, y junto con ellos los huéspedes tambien, si algunos hallaren. No suele haber aquí entre ellos, ni clamor, ni gritos, ni ruído alguno; porque aun en el hablar guardan órden grande, dando los unos lugar á los otros, y el silencio que guardan parece á los que están fuera de allí, una cosa muy secreta y muy venerable: la causa de esto es, la gran templanza que guardan en el comer y beber, porque ninguno llega á mas de aquello que sabe serle necesario, pero aunque no hacen algo, en todo cuanto hacen sin consentimiento del procurador ó maestro de todos, todavía son libres en dos cosas y son estas, ayudar al que tiene de ellos necesidad, y tener compasion de los afligidos; porque permitido es á cada uno socorrer á los que fueren de ello dignos, segun su voluntad, y dar á los pobres mantenimiento. Solamente les está prohibido dar algo á sus parientes y deudos, sin pedir licencia á sus curadores; saben moderar muy bien y templar su ira, desechar toda indignacion, guardar su fé, obedecer á la paz, guardar y cumplir cuanto dicen, como si con juramento estuviesen obligados: son muy recatados en el jurar, porque piensan que es cosa de perjuros, porque tienen por mentiroso á aquel á quien no se puede dar crédito sin que llame á Dios por testigo. Hacen gran estudio de las escrituras de los antiguos, sacando de ellas principalmente aquello que conviene para sus almas y cuerpos, y por tanto suelen alcanzar la virtud de muchas yerbas, plantas, raíces y piedras, saben la fuerza y poder de todas, y esto escudriñan con gran diligencia. A los que desean entrar en esta secta, no los reciben luego en sus ayuntamientos, pero dánles de fuera un año entero de comer y beber, con la misma órden que si con ellos estuviesen juntamente; dándoles tambien una túnica, una vestidura blanca y una azadilla: después que con el tiempo ha dado señal de su virtud y continencia, recíbenle á comer con ellos y participa de sus aguas y lavatorios, por causa de recibir con ellos la castidad que debe guardar, pero no le juntan á comer con ellos; porque después que ha mostrado su continencia, experimentan sus costumbres por espacio de dos años mas, y pareciendo digno, es recibido entónces en la compañía. Antes que comience á comer de las mismas comidas de ellos, hace grandes juramentos y votos de honrar á Dios, y después que con los hombres guardará toda justicia, y no dañará de voluntad, ni de su grado á alguno, ni aunque se lo manden; y que ha de aborrecer á todos los malos, y que trabajará con los que siguen la justicia de guardar verdad con todos, y principalmente con los príncipes; porque sin voluntad de Dios, ninguno puede llegar á ser rey ni príncipe: y si aconteciere que él venga á ser presidente de todos, jura y promete que no se ensoberbecerá, ni usará mal de su poder, para hacer afrenta á los suyos: pero que ni se vestirá de otra diferente manera que van todos, no mas rico, ni mas pomposo y que siempre amará la verdad, con propósito é intencion de convencer á los mentirosos; tambien promete de guardar sus manos limpias de todo hurto, y su ánima pura y limpia de provechos injustos; y que no encubrirá á los que tiene por compañeros y que le siguen algun misterio; y que no publicará algo de ellos á la gente profana, aunque alguno le quiera forzar amenazándole con la muerte. Añaden tambien que no ordenará reglas nuevas, ni cosa alguna mas de aquellas que ellos han recibido. Huirán todo latrocinio y hurto; conservarán los libros de sus leyes, y honrarán los nombres de los ángeles. Con estos juramentos, prueban y experimentan á los que reciben en sus compañías; y fortalécenlos con ellos: á los que hallan en pecados échanlos de la compañía; y el que es condenado muchas veces, le hacen morir de muerte miserable; los que están obligados á estos juramentos y ordenanzas no pueden recibir de alguno otro comer ni beber, pero comiendo como bestias las yerbas crudas, de tal manera que se les vienen á adelgazar tanto sus miembros con la hambre, que vienen finalmente á morir; por lo cual teniendo muchas veces compasion de muchos, los recibieron ya estando en lo último de su vida, creyendo y juzgando que bastaba la pena recibida por los delitos y pecados cometidos, pues los habia llevado á la muerte. Son muy diligentes en el juzgar y muy justos: entienden en los juicios que hacen no menos de cien hombres juntos, y lo que determinan se guarda y observa muy firmemente: después de Dios, tienen en gran honra á Moisés, fundador de sus leyes, de tal manera, que si alguno habla mal contra él, es condenado á la muerte. Obedecer á los viejos y á los demás que algo ordenan ó mandan, tiénenlo por cosa muy aprobada; si diez estan juntos, no hay alguno que hable á pesar de los otros: guárdanse de escupir en medio ó á la parte diestra, y honran la fiesta del sábado, mas particularmente y con mas diligencia que todos los otros judíos; y no solo aparejan un dia antes por no encender fuego el dia de fiesta, pero ni aun osan mudar un vaso de una parte en otra, ni purgan sus vientres, aunque tengan necesidad de hacerlo. Los otros dias cavan en tierra un pié de hondo, con aquella azadilla que dijimos arriba que se da á los novicios, y por no hacer injuria al resplandor divino, hacen sus secretos allí cubiertos, y después vuelven á ponerle encima la tierra que sacaron antes, y aun esto lo suelen hacer en lugares muy secretos, y siendo esta purgacion natural, todavía tienen por cosa muy solemne, limpiarse de esta manera: distínguense unos de otros, segun el tiempo de la abstinencia que han tenido y guardado, en cuatro órdenes, y los mas nuevos son tenidos en menos que los que les preceden, tanto, que si tocan alguno de ellos se lavan y limpian, no menos que si hubiesen tocado algun extranjero: viven mucho tiempo, de tal manera que hay muchos que llegan hasta cien años, por comer siempre ordenados comeres y muy sencillos; y segun pienso, por la gran templanza que guardan. Menosprecian tambien las adversidades, y vencen los tormentos con la constancia, paciencia y consejo; y morir con honra, júzganlo por mejor que vivir: la guerra que tuvieron estos con los romanos, mostró el grande ánimo que en todas cosas tenian, porque aunque sus miembros eran despedazados por fuego y diversos tormentos, no pudieron hacer que hablasen algo contra el dolor de la ley, ni que comiesen alguna cosa vedada, y aun no rogaron á los que los atormentaban, ni lloraron siendo atormentados; antes riendo en sus pasiones y penas grandes, y burlándose de los que se las mandaban dar, perdian la vida con alegría grande muy constante y firmemente, teniendo por cierto que no la perdian, pues la habian de cobrar otra vez. Tienen una opinion por muy verdadera que los cuerpos son corruptibles, y la materia de ellos no ser perpétua; pero las almas quedan siempre inmortales, y siendo de un aire muy sutil, son puestas dentro de los cuerpos, como en cárceles, retiradas con halagos naturales: pero cuando son libradas de estos nudos y cárceles, libradas como de servidum-

bre muy grande y muy larga, luego reciben alegría y se levantan á lo alto; y las buenas, conformándose en esto con la sentencia de los griegos, viven á la otra parte del mar Océano, á donde tienen su gozo y su descanso, porque aquella region no está fatigada con calores, ni con aguas, ni con frios, ni con nieves, pero muy fresca con el viento occidental que sale del Océano, y venteada muy suavemente, está muy deleitable. Las malas ánimas tienen otro lugar lejos de allí, muy tempestuoso y muy frio, lleno de gemidos y dolores, á donde son atormentadas con pena sin fin. Paréceme á mí que con el mismo sentido los griegos, han apartado á todos aquellos que llaman Héroes y medio dioses en unas islas de bienaventurados, y á los malos les han dado un lugar allá en el centro de la tierra, llamado infierno, á donde fuesen los impíos atormentados: aquí fingieron algunos que son atormentados los sisifos, los tántalos, los ixiones y los tirios, teniendo por cierto al principio que las ánimas son inmortales, y aquello por el cuidado que tienen de seguir la virtud, y menospreciar los vicios: porque los buenos, conservando esta vida, se hacen mejores, por la esperanza que tienen de los bienes eternos después de esta vida, y que los malos son detenidos: porque aunque estando en la vida han estado como escondidos, serán después de la muerte atormentados eternalmente. Esta, pues, es la filosofía de los esenos, la cual cierto tiene un halago, si una vez se comienza á gustar, muy inevitable. Hay entre ellos algunos que dicen saber las cosas por venir, por sus libros sagrados y por muchas santificaciones y muy conformes con los dichos de los profetas desde su primer tiempo; y muy pocas veces acontece que lo que ellos predicen, de lo que ha de suceder, no sea así como ellos señalan. Hay tambien otro colegio de esenos; los cuales tienen el comer, costumbres y leyes semejantes á las dichas, pero difiere en la opinion del matrimonio: y dicen que la mayor parte de la vida del hombre es por la sucesion, y que los que aquello dicen la cortan, porque si todos fuesen de este parecer, luego el género humano faltaria: pero todavía tienen ellos sus ajuntamientos tan moderados, que gastan tres años en experimentar á sus mujeres, y si en sus purgaciones les parecen idóneas y aptas para parir, tómanlas entónces y cásanse con ellas. Ninguno de ellos se llega á su mujer si está preñada, para mostrar que las bodas y ayuntamientos de marido y mujer no son por deleite, sino por el acrecentamiento y multiplicacion de los hombres: las mujeres cuando se lavan, tienen sus túnicas ó camisas de la manera de los hombres: y estas son las costumbres de este ayuntamiento. Los fariseos son, de las dos órdenes arriba primeramente dichas, los que tienen mas cierta vigilancia y conocimiento de la ley: estos suelen atribuir cuanto se hace á Dios y á la fortuna, y que hacer bien ó mal, dicen estar en manos del hombre, pero que en todo les puede ayudar la fortuna. Dicen tambien, que todas las ánimas son incorruptibles; pero que pasan en los cuerpos de otros solamente las buenas, y las malas son atormentadas con suplicios y tormentos que nunca fenecen ni se acaban. Los de la segunda órden, que es la de los saduceos, quitan todo poder á la fortuna y dicen, que Dios, ni hace algun mal, ni tampoco lo ve: dicen tambien que les es propuesto el bien y el mal, y que cada uno toma y escoge lo que quiere, segun su voluntad: niegan generalmente las honras y penas de las ánimas, y no les dan, ni gloria, ni tormento. Los fariseos ámanse entre sí unos á otros, deséanse bien, y júntanse con amor; pero los saduceos difieren y desconforman entre sí con costumbres muy fieras, no ven con buenos ojos á los extranjeros, antes son muy inhumanos para con ellos. Estas cosas son las que hallé para decir de las sectas de los judíos: volveré ahora á lo comenzado.

VIII. Reducido el reino de Arquelao en órden de provincia, los otros, es á saber, Filipo y Herodes, llamado por sobrenombre Antipas, regian sus tetrarquías; porque Salomé muriendo, dejó en su testamento á Julia, mujer de Augusto, la parte que habia tenido en su regimiento, y los palmares en Fasélide. Viniendo después á ser emperador Tiberio, hijo de Julia, después de la muerte de Augusto, que fué emperador cincuenta y siete años, seis meses y dos dias, quedando en sus tetrarquías Herodes y Filipo; este, cerca de las fuentes de adonde nace el rio Jordan, hizo y fundó una ciudad en Paneade, la cual llamó Cesarea, y otra en Gaulantide la baja, la cual quiso llamar Juliada; y Herodes fundó en Galilea otra que llamó Tiberiada y en Perea otra, por nombre Julia. Siendo enviado Pilato por Tiberio á Judea, y habiendo tomado en su regimiento aquella region, una noche muy callada, trajo las estatuas de César y las metió dentro de Jerusalen; y esto tres dias después fué causa de gran revuelta en Jerusalen entre los judíos; porque los que esto vieron, fueron movidos con gran espanto y maravilla, como que ya sus leyes fueran con aquel hecho profanadas; porque no tenian por cosa lícita poner en la ciudad estátuas ó imágenes de alguno, y con las quejas y grita de los ciudadanos de Jerusalen, llegáronse tambien muchos de los lugares vecinos, y viniendo luego á Cesarea por hablar á Pilato, suplicábanle con grande aficion que quitase aquellas imágenes de Jerusalen, y que les guardase y defendiese el derecho de su patria de ellos. No queriendo Pilato hacer lo que le suplicaban, echáronse por tierra cerca de su casa, y estuvieron allí sin moverse cinco dias y cinco noches continuas. Después, viniendo Pilato á su tribunal, convocó con gran deseo toda la muchedumbre de los judíos delante de él como que quisiese darles respuesta, y tan presto como fueron delante, hecha la señal, luego hubo multitud de soldados, porque así estaba ya ordenado, que los cercaron muy armados, y rodeándolos con tres escuadrones de gente, espantáronse mucho los judíos, viendo aquella novedad, cosa que ninguno esperaba: entónces denuncióles Pilato que los despedazaria á todos si no recibian las imágenes y estátuas de César, y señaló á los soldados que sacasen de la vaina sus espadas todos. Los judíos viendo esto, como si lo trajeran así concertado, échanse súbitamente á tierra y aparejaron sus gargantas para recibir los golpes, gritando que mas querian morir todos que permitir, siendo vivos, que fuese la ley que tenían violada y profanada. Entónces Pilato, maravillándose de ver la religion grande de estos, mandó luego quitar las estátuas de Jerusalen, y después movió otra revuelta. Tienen los judíos un tesoro sagrado, al cual llaman Corbonan, y mandólo gastar en traer la agua, la cual hizo que viniese de trescientos estadios lejos; por esto, pues, el vulgo y todo el pueblo echaba quejas, de tal manera que viniendo á Jerusalen Pilato, y saliendo á su tribunal, le cercaron los judíos, pero él habíase ya para ello proveido, porque habia puesto soldados armados entre el pueblo, cubiertos con vestidos y disimulados, mandóles que no los hiriesen con las espadas, pero que les diesen de palos si se movian á algo. Ordenadas, pues, de esta manera las cosas, dió señal del tribunal, adonde estaba, y herian de esta manera á los judíos, de los cuales murieron muchos con las heridas grandes que de allí recibieron, y muchos otros perecieron pi-

sados por huir miserablemente. Viendo entónces el pueblo la muchedumbre de los muertos, atónito por ello, callóse; y por esto Agripa, hijo de Aristóbulo, á quien Herodes mandó matar, y el que acusó á Herodes el tetrarca, vínose á Tiberio: pero, no queriendo recibir este sus acusaciones, residiendo en Roma, hacíase conocer y trabajaba en ganar las amistades de todos los poderosos; era muy servidor y amaba en gran manera á Cayo, hijo de Germánico, siendo aun privado y hombre particular. Y estando un dia en un solemne banquete con él convidado, al fin de la comida levantó ambas manos al cielo, y comenzó á rogar á Dios manifiestamente que le pudiese ver señor de todo, después de la muerte de Tiberio; pero como uno de sus familiares amigos hubiese hecho saber esto á Tiberio, mandó luego poner en la cárcel á Agripa, el cual fué detenido allí por espacio de seis meses con grandísimo trabajo, hasta la muerte de Tiberio. Muerto este, después de haber reinado veinte y dos años, seis meses y tres dias, sucediéndole Cayo, libró de la cárcel á Agripa, y dióle la tetrarquía de Filipo, porque este era ya muerto, y llamóle rey. Habiendo después llegado Agripa al reino, movió por envidia la codicia de Herodes Tetrarca: movíale en gran manera á esperanzas de alcanzar el reino Herodia su mujer, reprendiendo su negligencia, y diciendo que por no haber querido navegar á verse con Cayo carecia de mayor poder que no tenia: porque como habia hecho á Agripa rey, de hombre que era particular, ¿cómo dudaban en confiar que á él, que era tetrarca, no le concediese la misma honra? Movido Herodes con estas cosas, vínose á Cayo; y reprendido de muy avaro, huyóse á España, porque le habia seguido su acusador Agripa, á quien Cayo dió la tetrarquía que Herodes poseia. Y peregrinando de esta manera Herodes en España, su mujer tambien se fué con él.

IX. Supo tan mal servirse de la fortuna Cayo y usar de la prosperidad, que queria ser llamado Dios, y se tenia por tal. Dió la muerte á muchos nobles de su patria y extendió su crueldad impía aun hasta Judea. Envió á Petronio con ejército y gente á Jerusalen, mandándole que pusiese sus estátuas en el templo, y que si los judíos no las querian recibir, que matase á los que repugnasen, y tomase presos á todos los demás. Esto cierto movia y enojaba á Dios. Petronio, pues, con tres legiones y gran ayuda que habia tomado en Siria, veníase apriesa á Judea; y muchos judíos no creian que fuese verdad lo que oian decir de la guerra, y los que lo creian no podian resistirle ni pensar en ello; y así les vino un súbito temor á todos generalmente, porque el ejército habia llegado ya á Tolemaida. Está esta ciudad edificada en un gran territorio y llanura á la ribera de Galilea; ródeanla los montes por la parte de Oriente, y duran hasta sesenta estadios de largo algun poco apartados; pero todos son del señorío de Galilea: por la parte de Mediodía tiene la montaña llamada Carmelo, y alárgase la ciudad á ciento y veinte estadios: por la parte septentrional tiene otro monte muy alto, el cual llaman los que le habitan escala de tirios, y este está á espacio de cien estadios. A dos estadios de esta ciudad corre un rio que llaman Beleo pequeño, y cerca de allí está el sepulcro de Memnon, el cual tiene casi cien codos, y es muy digno de ser visto y tenido en mucho. Es á la vista como un valle redondo, y sale de allí mucha arena de vidrio, y aunque carguen de ella muchas naos, que llegan allí todas juntas, luego en la hora se muestra otra vez lleno: porque los vientos muestran poner diligencia en traer de aquellos recuestos altos que por allí hay esta arena comun con la otra, y como aquel lugar es minero de metal, fácilmente la muda presto en vidrio. Aun me parece esto mas maravilloso que las arenas convertidas ya en vidrio, y si fueran echadas por los lados de este lugar, se convierten otra vez en arena comun. Esta, pues, es la natura y calidad de esta tierra. Habiéndose juntado los judíos, sus hijos y mujeres en Tolemaida, suplicaban á Petronio, primero por las leyes de la patria, y después por el estado y reposo de todos ellos. Movido este por ver tantos como se lo rogaban, dejó su ejército y las estátuas que traia en Tolemaida: y pasando á Galilea, convocó en Tiberiada todo el pueblo de los judíos y toda la gente noble, y comenzóles á declarar la fuerza del ejército y poder romano, y las amenazas de César, añadiendo tambien cuánta injuria y desplacer le causaba la súplica que los judíos le hacian, pues todas las gentes que obedeciendo reconocian al pueblo romano, tenian en sus ciudades, entre los otros dioses, las imágenes tambien del emperador; y que solamente los judíos no lo querian consentir, y que esto era ya apartarse del mando del imperio aun con injuria de su presidente. Alegaban por el contrario los judíos la costumbre de su patria y las leyes, mostrando no serles lícito tener, nó de hombres solo, si es que ni la imágen de Dios en su templo, y no solo en el templo, si es que ni tampoco en sus casas ni en lugar alguno por mas profano que sea en toda su region. Entendiendo Petronio esta razon, respondió: pues sabed, que yo he de cumplir lo que mi señor me ha mandado, y si no le obedezco, seré agradable á vosotros, y justamente mereceré ser castigado Haráos fuerza, nó Pretonio, pero aquel que me ha enviado, porque á mí me conviene hacer lo que me ha sido mandado, tambien como á vosotros obedecerme y cumplir con lo que yo digo. Contradijo todo el pueblo á esto, diciendo: que mas querian padecer todo peligro y daño, que no sufrir, que les fuesen quebrantadas ó rotas sus leyes. Habiendo puesto silencio en la grita que tenian, Petronio les dijo: ¿estais, pues, aparejados para pelear y hacer guerra con César? Respondieron los judíos, que ellos cada dia ofrecian á Dios sacrificios por la vida de César y de todo el pueblo romano: pero si pensaba deberse poner las imágenes en el templo, primero debia hacer sacrificio de todos los judíos, porque ellos y sus mujeres é hijos se ofrecian para ello á que los matasen. Maravillóse otra vez Petronio viendo esto, y túvoles compasion, viendo la gran religion de estos hombres, y viendo tantos tan prontos para recibir la muerte; y fuéronse todos sin hacer algo. Despues comenzó á tomar por sí á cada uno de los mas principales y persuadirles aquello: hablaba tambien públicamente al pueblo, amonestándole unas veces con muchos consejos, y otras tambien le amenazaba, ensalzando la virtud y poder de los romanos y la indignacion de César, y entre estas cosas declarábales cuán necesario le fuese cumplir lo que le habia sido mandado. Viendo que no querian consentir ellos en algo de todo cuanto les decia, y que la fertilidad de aquella region se perderia, porque era el tiempo aquel de sembrar, y habia estado todo el pueblo casi ocioso cincuenta dias en la ciudad, á la postre convócolos á todos, y díjoles que queria emprender una cosa peligrosa para él mismo, porque dijo: ó amansaré á César ayudándome Dios, y salvarme he con vosotros, ó si se moviere él á venganza con enojo, perderé la vida por tanta muchedumbre, y por tan gran pueblo. Despidiendo con esto á todo el pueblo, el cual hacia muchos ruegos y sacrificios por Petronio, retiró su ejército de Tolemaida á

Antioquía: y de allí envió luego embajadores á Cayo, que le contasen é hiciesen saber, con qué aparejo y órden hubiese venido contra Judea, y lo que toda la gente le habia suplicado, y que si determinaba negarles lo que pedian, debia saber que los hombres y las tierras todas se perderian: porque ellos guardaban en esto la ley de su patria, y con gran ánimo contradecian á todo mandamiento nuevo. Respondió Cayo á estas cartas muy enojado, amenazando con la muerte á Petronio, porque habia sido negligente en ejecutar su mandamiento. Pero aconteció, que los mensageros que llevaban las cartas fueron detenidos tres meses en el camino por las grandes y continuas tempestades y otros llegaron mas prósperamente con la nueva de la muerte de Cayo, porque antes de veinte y siete dias recibió cartas de ello Petronio, las cuales le hacian saber el fin de la vida de Cayo, primero que no viniesen aquellos que traian las cartas de las amenazas.

X. Muerto Cayo por maldad y traicion, después de haber imperado tres años y seis meses, fué hecho, por el ejército que estaba en Roma, emperador Claudio. Y todo el senado por relacion de los cónsules de aquel año Septimio Saturnino y Pomponio Segundo, mandó que las tres companías que estaban en la ciudad tuviesen cargo de guardarla, y juntáronse todos los senadores en el capitolio, y por la crueldad de Cayo determinaban de hacer la guerra con Claudio, porque querian que el imperio fuese regido por los principales, y que fuesen elegidos como antes los mejores para que fuesen emperadores. En este medio vino Agripa, y como fuese llamado por el senado, que se juntase en consejo, y por el César, que le ayudase en su ejército, por servirse de él en lo que sucediese y le fuese necesario, viendo Agripa que Claudio con su poder era ya César, juntóse con él; el César le envió luego por embajador al senado porque mostrase su determinacion y propósito diciendo, que le habian elegido los soldados contra su voluntad, y le habian llevado consigo, y que fuera cosa injusta dejar la aficion que todos le tenian y desecharla, porque sino la recibiera, no se tenia por seguro, diciendo que le bastara esto, para moverle envidia, haber sido llamado para reinar, y no lo haber querido aceptar, y que estaba aparejado para administrar el imperio, nó como tirano, mas como benigno y clemente príncipe, porque bastante le era á él la honra del nombre, y que dejando todo lo demás al parecer de todos, si él de su natural no era modesto, tenia ejemplo para serlo y para refrenar su poder, viendo la muerte de Cayo. Como Agripa hubiese dicho todas estas cosas, respondióle el senado casi confiando en su ejército y en sus consejos, que no queria venir en servidumbre de su grado. Y recibida la respuesta de los senadores, volvióles á enviar otra vez Agripa, diciendo: que no podia él entender porqué los habia de engañar y habia de buscar daño para los que le habian encumbrado tanto, y que lo habian hecho emperador; y que forzado habia de mover guerra contra ellos y contra su voluntad, con los cuales no quisiera él pelear en alguna manera del mundo, y que por tanto debian escoger un lugar fuera de la ciudad, en el cual peleasen, porque no era lícito ensuciar su patria con sangre de los ciudadanos, por causa de la obstinacion de ellos. Dijo Agripa esta embajada al senado. Estando en esto, uno de aquellos soldados que estaban con los senadores desenvainó su espada, y dijo: compañeros ¿porqué causa queremos ser matadores y salir contra nuestros propios parientes que siguen á Claudio? Teniendo principalmente emperador, á quien no podemos dar culpa en alguna manera, y á quien debemos recibir antes disculpándonos, que nó con armas. Diciendo estas cosas, salióse por medio del senado, siguiéndole todos los otros soldados. Desamparados los senadores por causa de este hombre, comenzaron á temer, y viendo que no les era cosa cómoda ni segura contradecir, siguiendo á los soldados, presentáronse al César. Saliéndoles al encuentro con las espadas desenvainadas los que ambiciosamente lisonjeaban al emperador y á su fortuna, y mataran á cinco en la salida, antes que el César pudiese saber el ímpetu de los soldados, si Agripa corriendo no le denunciara el peligro grande que habia, diciendo, que si no refrenaba el atrevimiento de su gente que mostraba furor contra la sangre y vida de los ciudadanos, que perderia á aquellos que daban lustre al imperio, y seria emperador de la soledad. Oyendo esto Claudio, detuvo á los soldados y recibió en sus tiendas á todos los senadores; y haciendo á todos gran honra, salió de allí é hizo á Dios sus sacrificios, segun tienen de costumbre hacer sus rogarias. Luego tambien hizo donacion á Agripa de todo el reino de su padre, añadiéndole mas todo aquello que Augusto habia dado antes á Herodes; es á saber, la region Traconitide y de Auranitide, y además de esto otro reino que solian llamar Lisania. Hizo que con pregon fuese publicada esa donacion, y mandó á los senadores que la pusiesen en el Capitolio escrita en tablas de cobre. Dió tambien muchos dones al hermano de Agripa, Herodes, el cual era yerno del mismo Agripa, casado con Berenice, reina de Calcidia. Veníale á Agripa, de lo que le habia sido dado, mayor renta de lo que se podia pensar, aunque no la gastaba en cosas inútiles y desaprovechadas; pero comenzó á hacer un muro en Jerusalen, que si se pudiera acabar fuera bastante para deshacer el cerco de los romanos cuando cercaban la ciudad; pero antes que esta obra se acabase, él murió en Cesarea, después de haber reinado tres años, y antes habia sido tetrarca otros tres: dejó tres hijas nacidas de su mujer Cípride, Berenice, Mariana y Drusila, y un hijo de la misma mujer llamado Agripa. Como fuese aquel reino muy pequeño, Claudio le convirtió en provincia enviando allá por procurador de todo á Cestio Festo, y después de este á Tiberio Alejandro, los cuales no trocando algo de las costumbres que los judíos tenian, tuvieron muy pacíficas todas aquellas tierras. Murió después Herodes, que reinaba en Calcidia, dejando dos hijos de su mujer Berenice, hija de su hermano: el uno llamado Bereniciano y el otro Hircano: y de la primera mujer Mariana dejó á Aristóbulo. El otro hermano suyo, llamado Aristóbulo, murió tambien privadamente, dejando una hija llamada Jopata. Estos eran, pues, los hijos, segun dijimos, de Aristóbulo, que fué hijo de Herodes. Alejandro y Aristóbulo eran hijos de Herodes y de Mariana, á los cuales su madre misma hizo matar. Los descendientes de Alejandro reinaron en Armenia la mayor.

XI. Después de la muerte de Herodes, que reinó en Calcidia, Claudio puso en el reino del tio á Agripa, hijo de Agripa. Tomó el cargo de la otra provincia, después de Alejandro, Cumano, debajo del cual comenzaron á nacer nuevos alborotos, y vinieron nuevos daños á todos los judíos: porque juntándose el pueblo en Jerusalen para celebrar la fiesta de la pascua, estando una compañía de gente romana en los claustros del templo, como era costumbre haber guarda de gente de armas los dias festivos, porque los pueblos que allí se juntaban no moviesen alguna novedad, un soldado destacándose mostró á todos los judíos que allí estaban las vergüenzas de atrás, echando una voz

no diferente de la obra que hacia. Por este hecho comenzóse todo aquel pueblo á quejarse en tanta manera que se presentaron todos á Cumano pidiendo á voces que fuese castigado y sentenciado aquel soldado. Los mancebos poco considerados y naturalmente aparejados para mover revueltas, comenzaron á revolverse y echar los soldados á pedradas. Temiendo entónces Cumano no se levantase todo el pueblo contra él, llamó mucha gente de armas, y poniéndolos en los claustros del templo hubieron gran temor todos los judíos; y dejando el templo comenzaron á recogerse todos y huir de allí: pasaron al salir tan grande aprieto al pasar por la gente armada, que murieron pisados con la priesa del salir mas de diez mil hombres, y fué la fiesta de muchas lágrimas para todos, y por cada casa se oian los llantos. Además de esto, hubo tambien otro ruído, el cual movieron los ladrones: porque cerca de Betoron, en el público camino, un criado de César traia el aparato de una casa y cierta ropa con él: y saliéndole ladrones en el camino se la robaron toda. Enviando después Cumano en pesquisa de ellos, mandó que le trajesen presos y muy atados los de aquellos lugares cercanos, acusándolos que no habian prendido á los ladrones: por esta ocasion, hallando un soldado en una aldea de aquella los libros sagrados de la ley, los rompió y quemó. Viendo esto los judíos, parecióles que les habian destruido y quemado toda su religion: juntáronse de todas partes y vinieron juntos con una voz movidos por su supersticion, casi del todo armados delante de Cumano á Cesarea, rogándole no dejase sin castigo un hombre que tan gran maldad é injuria habia hecho á todo el pueblo. Viendo esto Cumano, conociendo que no se habia de sosegar toda aquella multitud de gente, sino quedaba satisfecha con el castigo del hombre, condenó al soldado y mándolo llevar públicamente á ejecutar su sentencia; y de esta manera amansados ya los judíos se fuéron. Levantóse otra revuelta nuevamente entre los galileos y samaritanos, porque en un lugar llamado Geman, que está en el gran campo de Samaria, viniendo un galileo y un judío por ver y gozar de la festividad, fué muerto. Por este hecho hubo luego junta de gran parte de los de Galilea para pelear con los samaritanos. La gente mas principal y mas noble de estos vinieron á Cumano, suplicándole que bajase á Galilea antes que sucediese peor destruccion y ruína, y vengase la muerte del galileo, matando á los culpados en ella. Pero teniendo en mas Cumano lo que tenia entónces entre manos que no todas estas súplicas y ruegos, despidió á los que se lo rogaban, sin acabar ni hacer algo en ello. Sabida esta muerte en Jerusalen, movióse todo el pueblo; y dejando la solemnidad del dia y de la fiesta, vino la gente popular contra Samaria sin capitan y sin querer consentir con príncipe alguno de los suyos que trabajaban por detenerlos. Los príncipes de aquellos ladronicios y de todas aquellas revueltas eran un Eleázaro, hijo de Dineo y Alejandra, los cuales corriendo por los campos cercanos ó vecinos á la region Acrabatana, hicieron gran matanza; y matando así á hombres como á mujeres y niños, sin perdonar á edad alguna, quemaron tambien todos los lugares. Oyendo Cumano estas cosas, trajo consigo una compañía de gente de á caballo, la cual se llama de los sebastenos, por socorrer á los que eran destruidos; y así prendió muchos de aquellos que habian seguido á Eleázaro, y mató muchos mas. A toda la otra gente que habia venido por destruir y talar los campos de Samaria, saliéronles al encuentro los principales de Jerusalen; y cubiertos sus cuerpos con ásperos cilicios y con sus cabezas llenas de ceniza, rogábanles humildemente que dejasen lo que habian comenzado, y no moviesen, por vengarse de los samaritanos, á los romanos para que destruyesen á Jerusalen; y que tuviesen compasion y misericordia de su patria y de su templo, de sus hijos y mujeres propias, sin que quisiesen ponerlo todo en peligro y hacer que por venganza de un galileo todos pereciesen. Conformándose con esto los judíos, dejaron lo que tenian comenzado y volviéronse. Muchos habia en este mismo tiempo que se juntaban para robar, pues suele comunmente acaecer que el atrevimiento crece estando las cosas muy reposadas, los cuales no dejaban region alguna sin robo y rapiña; y el que mas atrevido era, este se mostraba mas tambien en hacer fuerza. Entónces, viniendo los principales de Samaria á Tiro delante de Numidio Quadrato, procurador de toda la Siria, pidiendo justicia y venganza de los que les habian robado todas las tierras, vinieron tambien prontamente allí los mas nobles de todos los judíos; y Jonatás, hijo de Anano, príncipe de los sacerdotes, alegaba contra los que les habian objetado, que los samaritanos habian sido principio de toda aquella revuelta, pues habian ellos muerto al hombre contra toda ley; pero que la causa de las otras adversidades que después habian sucedido, habia sido Cumano, en no haber querido tomar venganza ni dar castigo á los autores de aquella muerte. Diferió Quadrato la causa de ambas partes, diciendo que cuando él viniese á todas aquellas regiones, haria su diligencia en examinarlo todo; y pasando de allí á Cesarea, ahorcó todos los que Cumano habia preso. Llegando, pues, á Lida, oyó otra vez las quejas de los samaritanos; y trayendo diez y ocho judíos que sabia haber sido causa y participantes en la revuelta, mandóles cortar la cabeza. Envió dos príncipes de los sacerdotes, Jonatás y Ananías, y al hijo de este Anano y algunos otros nobles de los judíos al César; y envió tambien parte de la nobleza de Samaria, y mandó al tribuno Celero y á Cumano que navegasen para Roma, á dar cuenta á Claudio de todo lo que habia pasado, y darle razon de cuanto habia hecho. Sosegadas ya y puestas en paz todas estas cosas, veníase de Lida á Jerusalen; y hallando que el pueblo celebraba la fiesta de la pascua sin ruído y sin perturbacion alguna, volvióse á Antioquía. Oidas ambas partes en Roma por César y visto lo que Cumano alegaba y lo que los samaritanos, estaba allí tambien Agripa defendiendo con gran instancia la causa de los judíos; porque Cumano tenia consigo y en su favor gran parte de la gente principal: dió sentencia contra los samaritanos, y mandó matar tres de los mas nobles de todos ellos; y desterró á Cumano, y dió á los judíos, para que lo llevasen á Jerusalen, el tribuno Celero; y que arrastrándole por la ciudad delante de todos le sentenciasen. Envió después de ya pasadas estas cosas á Félix, hermano de Palante, á los judíos, por procurador de toda la provincia y region de ellos, de Galilea y Samaria. Levantó tambien á Agripa mas de lo que ser solia en Calcidia, dándole tambien aquella parte que solia ser administrada por Félix. Eran estas las regiones de Tracon, Batanea y Gaulanitis: dióle tambien el reino de Lisania y la tetrarquía que Varon habia tenido en regimiento; y él murió habiendo sido emperador tres años, ocho meses y treinta dias, dejando por sucesor á Neron, á quien habia elegido para que fuese emperador por consejos y persuasiones de Agripina su mujer, teniendo hijo legítimo llamado Británico, nacido de su primera mujer Mesalina; y una hija llamada Octavia, la cual habia dado en casamiento á Neron, entenado suyo. Habia tenido de su mujer Agripina una

hija llamada Antonia. Dejaré de contar ahora al presente, por saber que sería inoportuno, de qué manera Neron, levantado en los bienes de la fortuna y prosperidad, supo tan mal servirse de todo; y como mató á su hermano, á su madre y á su mujer, convirtiendo después su crueldad contra todos, viniendo á la postre á enloquecer y hacer cosas de hombre indiscreto y sin cordura.

XII. Trataré solamente aquí lo que Neron hizo contra los judíos. Puso por rey de Armenia á Aristóbulo, hijo de Herodes. Ensanchó el reino de Agripa con cuatro ciudades y mas los campos á ellas pertenecientes en la region Perea, Avila, Juliada, Galilea, Taricea y Tiberiada: toda la otra parte de Judea dejó debajo del regimiento de Félix. Este prendió al príncipe de los ladrones Eleázaro, el cual habia robado todas aquellas tierras por espacio de veinte años, y prendió muchos otros con él y enviólos presos á Roma. Prendió tambien innumerable muchedumbre de ladrones y encubridores de hurtos, los cuales todos ahorcó. Y limpiadas aquellas tierras de esta basura de hombres, levantábase luego otro género de ladrones dentro de Jerusalen: estos se llamaban matadores ó sicarios, porque en el medio de la ciudad, y á mediodía, solian hacer matanza de unos y otros. Mezclábanse principalmente los dias de las fiestas entre el pueblo, trayendo encubiertas sus armas ó puñales, y con ellos mataban á sus enemigos; mezclándose entre los otros, ellos se quejaban tambien de aquella maldad; y con este engaño quedábanse, sin que de ellos se pudiese sospechar algo, muriendo los otros. Fué muerto por estos Jonatás, pontífice; y además de este mataron cada dia á muchos otros, y era mayor el miedo que los ciudadanos tenian, que no era el daño que recibian; porque todos aguardaban la muerte cada hora, no menos que si estuviesen en una campal batalla. Miraban de lejos todos los que se llegaban, y no podian ni aun fiarse de sus mismos amigos, viendo que con tantas sospechas y miramientos, y poniendo tanta guarda en ello, no se podian guardar de la muerte; antes con todo esto eran muertos: tanta era la locura, atrevimiento y arte ó astucia en esconderse. Otro ayuntamiento hubo de malos hombres que no mataban; pero con consejos pestíferos y muy malos corrompieron el próspero estado y felicidad de toda la ciudad, no menos que hicieron aquellos matadores y ladrones. Porque aquellos hombres engañadores del pueblo, pretendiendo con sombra y nombre de religion hacer muchas novedades, hicieron que enloqueciese todo el vulgo y gente popular, porque se salian á los desiertos y soledades, prometiéndoles y haciéndoles creer que Dios les mostraba allí señales de la libertad que habian de tener. Envió contra estos Félix, pareciéndole que eran señales manifiestas de traicion y rebelion, gente de á caballo y de á pié; todos muy armados: mataron gran muchedumbre de judíos. Pero mayor daño causó á todos los judíos un hombre egipcio, falso profeta: porque viniendo para halagarlos, siendo mago, queríase poner nombre de profeta, y juntó con él casi treinta mil hombres, engañándolos con vanidades y trayéndolos consigo de la soledad en donde estaban, al monte que se llama de las Olivas; trabajaba de venir de allí á Jerusalen, y echar la guarnicion de los romanos y hacerse señor de todo el pueblo. Habíase juntado para poner por obra esta maldad mucha gente de guarda: pero viendo esto Félix proveyó en ello; y saliéndole con la gente romana muy armada y en órden, y ayudándole toda la otra muchedumbre de judíos, dióle la batalla. Huyó salvo el egipcio con algunos; y presos los otros, muchos fueron puestos en la cárcel, y los demás se volvieron á sus tierras. Apaciguado ya este alboroto, no faltó otra llaga y apostema, como suele acontecer en el cuerpo que está muy enfermo. Juntándose algunos magos y ladrones, ponian en gran trabajo y afliccion á muchos, proclamando la libertad y amenazando á los que quisiesen obedecer á los romanos, por apartar aquellos que sufrian servidumbre voluntaria, aunque no quisiesen. Desparcidos, pues, por todas aquellas tierras, robaban las casas de todos los principales; y además de esto los mataban cruelmente: ponian fuego á los lugares de tal manera, que toda Judea estaba ya casi desesperada por causa de estos. Crecia cada dia mas esta gente y desasosiego. Por Cesarea se levantó tambien otro ruído entre los judíos y siros que por allí vivian. Los judíos pedian que la ciudad tomase el nombre de ellos y les fuese propia, pues un judío la habia fundado; es á saber, el rey Herodes: los siros que les contrariaban, confesaban bien haber sido el fundador de ella judío; pero querian decir que la ciudad habia sido de gentiles y lo debia ser, porque si el fundador quisiera que fuera de los judíos, no hubiera dejado hacer allí imágenes, ni estátuas, ni templos: y por estas causas estaban ambos pueblos en discordia. Pasaba tan adelante esta contienda, que venian todos á las armas, y cada dia habia gente de ambas partes que por ello peleaban. Los padres y hombres mas viejos de los judíos trabajaban por detenerlos y refrenarlos, pero no podian; y á los griegos tambien les parecia cosa muy mala mostrarse ser para menos que no eran los judíos: los judíos les eran superiores tanto en las fuerzas del cuerpo, como en las riquezas que tenian. Pero los griegos tenian mayor socorro de los soldados y gente romana, porque casi toda la gente romana que estaba en Siria se les habia juntado, y estaban aparejados y como aparentados para ayudar todos á los siros; pero los capitanes y regidores de los soldados trabajaban en apaciguar aquella revuelta; y prendiendo á los capitanes, movedores de ella, azotaban de ellos algunos, y tenian presos y en cárcel á muchos otros. Y el castigo de los que prendian, no era parte para poner temor ni paz entre los otros; antes viendo esto se movian mas á venganza y á revolverlo todo. Entónces Félix mandó con pregon so pena de la vida, que los que eran contumaces y porfiaban en ello, se saliesen en la hora de la ciudad; y habiendo muchos que no le quisieron obedecer, envió sus soldados que los matasen, y robáronles tambien todos sus bienes. Y estando aun esta revuelta en pié, envió la gente mas noble de ambas partes por embajadores á Neron, para que en su presencia se disputase la causa y se averiguase lo que de derecho convenia. Después de Felix sucedió Festo en el gobierno; y persiguiendo á todos los que revolvian aquellas tierras, prendió muchos ladrones, y mató gran parte de ellos.

XIII. Pero su sucesor Albino no se hubo tan bien en su regimiento ni en el gobierno de las cosas, porque no habia maldad alguna de la cual no se sirviese; no solo hacia muy grandes hurtos en las causas civiles que trataba de cada uno, robándoles los bienes; y no solo hacia agravio á todo el pueblo con los grandes tributos que cargaba á todos; si que tambien libraba de la cárcel á los ladrones que los regidores de las ciudades habian preso; y tomando gran dinero de los parientes de ellos, libraba tambien aquellos que los presidentes y gobernadores pasados habian puesto en la cárcel, dejando preso, como á muy mal culpado, solo á aquel que no le daba algo. Creció tambien el atrevimiento de aquellos que deseaban en este mismo tiempo novedades, y revolverlo todo en Jeru-

salen. Los que eran entre estos mas ricos y poderosos, presentando muchos dones á Albino, hacian que no se enojase con ellos; y la parte del pueblo, que no se holgaba en el reposo general, juntábase con los amigos y parciales de Albino. Cada uno, pues, de estos malos, armado con escuadron y compañía de su misma gente, se mostraba entre ellos como príncipe de los ladrones y como tirano, y servíase de la gente de guarda suya para robar á los de mediano estado; y por tanto, aquellos cuyas casas eran destruidas, mansamente callaban; y los que eran libres de estos daños, con el miedo grande que tenian que no fuese hecho á ellos otro tanto, mostrábanse muy amigos y comedidos, sabiendo por otra parte cuán dignos eran de muy gran castigo. Perdido habian toda la esperanza de verse jamás libres. Habia muchos señores y parecia que ya echaban simiente en este tiempo, de la cual naciese la cautividad que les habia de nacer y acontecer. Siendo tal Albino y de tales costumbres, el que le sucedió Gesio Floro fué tal, que comparado con Albino parecia haber este sido muy bueno: porque Albino habia hecho mucho daño y muchos engaños, pero secretamente; y Gesio mostraba su maldad con todos y excitábala gloriándose con ella; y regíase, nó como regidor ni gobernador de una provincia, sino como enviado por verdugo y para dar castigo y pena, condenando á todos sin dejar de usar de todo ladronicio y rapiña, y sin dejar de hacer todo mal y afliccion. Contra los pobres y gente miserable usaba de toda crueldad, y en cometer fealdades y maldades diversas no tenia vergüenza: porque no hubo alguno que tanto encubriese ni engañase con sus engaños la verdad, ni que supiese con mentiras y ficciones dañar tan astutamente. Parecióle que seria cosa de poco, dañar á cada uno particularmente, y con ello hacerse rico; pero desnudaba y robaba todas las ciudades generalmente, dando á todos licencia para robar en su region, con tal que de lo que robasen le hiciesen todos parte. Este, finalmente, fué causa que toda la region de Judea se despoblase de tal manera, que muchos, dejando el asiento de su patria, se pasaban á vivir á provincias estrañas. Y hasta que Cestio Galo fué regidor en la provincia de Siria, no hubo alguno de los judíos que osase enviar embajadores contra Floro. Y como llegando la fiesta la de pascua se viniese Galo á Jerusalen, salióle al encuentro la muchedumbre de la gente que seria bien de ciento treinta mil hombres, suplicándole que socorriese á tanta destruccion y ruína de la gente, y daban todos voces que echase de la provincia una ponzoña tan pestilencial como era Floro; y oyendo las voces que todo el pueblo daba, estábase sentado, cabe Galo: y no solo no se movia de alguna manera, pero aun se burlaba de ellos y se reia de oir los clamores que todos echaban. Y amansando algun tanto el ímpetu y furor del pueblo, Cestio les dijo que él haria que Floro de allí adelante les fuese mas amigo, y volvióse á Antioquía. Acompañóle Floro hasta Cesarea, burlándose con mil mentiras, y fingiendo con gran diligencia guerra contra los judíos, y amenazábales con ella porque sabia bastar aquello para encubrir sus maldades: porque si los dejaba en paz, tenia por cierto que le acusarian delante de César; pero si les procuraba revueltas, con mayor mal se libraria de la envidia, y con mayor daño cubriria los pecados suyos y faltas menores. De esta manera cada dia acrecentaba las destrucciones y daños, por hacer que la gente se rebelase contra el imperio romano. En este mismo tiempo alcanzaron victoria delante de Neron, y ganaron el pleito los de Cesarea contra los judíos, y trajeron letras firmadas en testimonio de ello: y con estas cosas la guerra de los judíos tomaba principio á los doce años del imperio de Neron, y á los diez y siete del reino de Agripa en el mes de mayo.

XIV. No se sabe haber habido causas bastantes ni idóneas para mover tantos y tan grandes males como se levantaron, por lo que arriba hemos dicho. Los judíos que vivian y habitaban en Cesarea tenian su sinagoga cerca de un lugar, cuyo señor era un gentil natural de Cesarea; y muchas veces habian trabajado por quitarle la señoría que tenia sobre él y todo su derecho, ofreciendo de darle mucho mas que la cosa valia. Pero el señor del lugar no se contentó con despreciar los ruegos que le hacian por aquello; antes por hacerles pesar y causarles mayor dolor, edificó en el mismo lugar muchas tabernas, dejándoles muy estrecho camino y muy angosto lugar para pasar. Al principio algunos de los mas mancebos trabajaban en resistirle y vedar la edificacion. Y como Floro los refrenase que no lo vedasen, no sabiendo los nobles entre los judíos qué hiciesen, corrompieron á Floro con ocho talentos que le dieron porque vedase la edificacion. Prometió este de hacer todo lo que le pedian, teniendo ojo solamente á cobrar lo que le habian prometido. Recibido el dinero, salióse luego de Cesarea y fuése á Sebaste, dando licencia y permitiendo que revolviesen el pueblo, ni mas ni menos que si hubiera vendido á la gente principal de los judíos, lugar para que peleasen. Luego al otro dia siguiente, que era un sábado, fiesta de los judíos, juntándose el pueblo en la sinagoga, un hombre de Cesarea, sedicioso y amigo de revueltas, puso delante del lugar por donde todos habian de entrar un vaso de Samo, y allí sacrificaban las aves. Este hecho encendió á los judíos y los movió á mucha ira, porque decian haber sido la ley de ellos injuriada y quebrantada, y que el lugar habia sido ensuciado feamente. La parte de los judíos mas moderada y mas constante determinaba quejarse delante de los jueces otra vez nuevamente por esta injuria: pero la juventud y cuantos judíos habia mancebos y amigos tambien de revueltas, viendo esto se movian á contiendas. Los revolvedores de Cesarea estaban tambien aparejados para pelear, porque adrede habian enviado aquel hombre que hiciese allí aquellos sacrificios; y de esta manera, concurriendo ambas partes, fácilmente se trabaron á la pelea. Pero sobreviniendo allí Jucundo, capitan de la caballería, el cual habia sido dejado allí para vedarles que no peleasen, mandó quitar luego el vaso que habia sido puesto por el Cesariano, y trabajaba por apaciguar el ruído. Siendo vencido este por la fuerza de los cesarianos, los judíos luego arrebatando los libros de la ley, apartáronse hácia Narvata: es esta una region de ellos, lejos de Cesarea sesenta estadios; y doce de los principales con Juan se vinieron á Sebaste delante de Floro, quejándose de lo que habia acontecido, y rogábanle que los ayudase haciéndole acordar de los diez talentos que le habian dado, aunque con arte y disimulacion: mas él los mandó prender, acusándolos, que por qué causa habian osado sacar las leyes de Cesarea. Por esto se indignaban mucho los de Jerusalen, pero refrenaban aun su ira, como mejor les era posible. Floro, como que no entendiese en otra cosa, sino en moverlos é incitarlos á guerra, envió al tesoro sagrado hombres que sacasen diez y siete talentos, fingiendo que los gastos que César hacia, requerian todo aquel dinero. Visto esto, el pueblo se tuvo por muy confuso, y corriendo todos al templo, con grandes voces apellidaban todos á César, suplicándole que los librase de la tiranía de Floro. Algu-

nos habia entre estos que buscaban revueltas mayores, maldecian á Floro, y decian de él muchas injurias; y tomando una canasta iban por la ciudad pidiendo limosna para él, como que estuviera en la mayor miseria y pobreza del mundo. Pero con todas estas cosas no hizo mutacion alguna en sus codicias, antes fué mucho mas movido á robarlos: y como finalmente debiera, viniendo á Cesarea, matar el fuego de la guerra que se levantaba, y quitar toda la causa de revueltas, por lo cual habia antes recibido paga y lo habia prometido, dejando todo esto, vínose con ejército de á pié y de á caballo para servirse de él en todo lo que queria, y para poner miedo y amenazas grandes en la ciudad. Queriendo amansar su ira el pueblo, salió al encuentro á todos los soldados, con los favores acostumbrados, y para hacer las honras á Floro que antes solian hacer á todos: pero él, enviando delante un capitan llamado Capiton, con cincuenta hombres de á caballo, les mandó que se volviesen; y que habiendo dicho antes tanto mal de él, no queria que se burlasen, haciéndole honras falsas y fingidas: porque convenia, si eran valerosos hombres y varones constantes y de ánimo firme, afrentarle ahora tambien en su presencia, y mostrar el deseo y voluntad que tienen de la libertad, no solo con palabras, sino tambien con las armas. Espantado el pueblo con estas palabras, y echándose los soldados que habian venido con Capiton por medio, los judíos se esparcieron huyendo antes de saludar á Floro y antes de hacer algo con los soldados de todo lo que se solia hacer. Recogiéndose, pues, cada uno en su casa, pasaron sin dormir toda aquella noche. Floro se aposentó en el palacio real, y luego al otro dia después saliendo en tribunal contra ellos, sentóse mas alto de lo que solia; y juntándose los principales de los sacerdotes y toda la nobleza de la ciudad, vinieron todos delante del tribunal: y mandóles Floro, que luego le diesen todos aquellos que habian dicho mal de él, amenazándoles, que tomaria en ellos venganza, si no le presentaban y hacian saber quiénes eran. Respondieron los judíos, que su pueblo no habia hablado mal de él; y que si alguno habia errado en el hablar, suplicábanle que le perdonase, porque en tanta muchedumbre de gente, no era de maravillar que se hallasen algunos malos y sin cordura, mozos y de poca prudencia, y que les era imposible señalar los que en aquello habian pecado, viendo que á todos generalmente pesaba, y se mostraban aparejados para negarlo con el temor que todos tenian. Pero dijeron, que si él buscaba el reposo de la gente, y si queria guardar y conservar la ciudad bajo el imperio romano, debia antes dar perdon á tan pocos que lo habian ofendido, teniendo mayor cuenta con tantos como estaban sin culpa, que no perturbar y poner en revuelta tantos buenos como habia, por dar castigo á muy pocos malos. Respondió él á esto muy indignado y airado, mandando á sus soldados que robasen el mercado ó plaza en donde las cosas se vendian, que era esto en la parte mas alta de la ciudad, y que matasen á cuantos les viniesen al encuentro. Ellos entónces, con la codicia grande que tenian y con la licencia y mandamiento que su señor les habia dado, robaron, no solo el lugar que les era mandado, sino aun saltando por todas las casas de los ciudadanos, matábanlos á todos: y huyendo todos por las estrechuras de las calles, mataban los que podian hallar, sin que hubiese ningun término ni fin en lo que robaban. Prendiendo tambien á muchos de los nobles, llevábanlos á Floro, á los cuales después de haberlos mandado cruelmente azotar, mandábalos ahorcar. Mataron aquel dia entre mujeres y niños con los demás, porque no perdonaron aun á los niños de teta, seiscientos treinta. Hacia mas grave esta destruccion la novedad que los romanos usaban: porque osó Floro, lo que hombre ninguno antes habia hecho, azotar á los nobles y caballeros en su mismo tribunal, y después los ahorcó; y aunque estos eran de su natural judíos, todavía la honra y dignidad de ellos era romana.

XV. En este mismo tiempo el rey Agripa habia pasado á Alejandría para visitar como huésped á Alejandro, enviado por Neron por procurador y regidor de todo Egipto. Pero su hermana Berenice, que estaba entónces en Jerusalen, viendo la maldad que los soldados usaban con los judíos, recibió por ello gran pena y gran tristeza; y enviando muchas veces los capitanes de su caballería, algunas otras las guardas de su propia persona, suplicaba á Floro que cesase y dejase de hacer tan grandes matanzas. No teniendo cuenta Floro con la muchedumbre de los muertos y no haciendo caso de cuanto la reina le rogaba, ni de su nobleza; y teniendo solo ojo á su ganancia, que se acrecentaba con los robos que hacian, menosprecióla; y sus soldados tambien se osaron atrever contra la reina: porque no solo mataban á los que le venian al encuentro, pero á ella misma si no se recogiera en su palacio la hubieran muerto. Allí pasó toda la noche sin dormir, puesta muy en órden su guarda, temiéndose no le diesen asalto los soldados. Habia ella venido por hacer oracion á Dios y cumplir sus votos á Jerusalen: porque todos los que caen en enfermedad ó en otras necesidades, tienen de costumbre estar treinta dias en oracion antes de hacer algun sacrificio, y abstinencia de beber vino, y raerse la cabeza. Cumpliendo, pues, esta costumbre la reina Berenice, vino con los piés descalzos delante del tribunal de Floro, por suplicarle lo que antes habia hecho; y además de que no la hizo alguna honra, estuvo en peligro de perder la vida. Pasaron estas cosas á los diez y seis dias del mes de mayo. Juntándose después ese otro dia gran muchedumbre de gente en la plaza que arriba dijimos, quejábase á grandes voces por los que habian sido muertos, y principalmente contra Floro. Temiéndose la gente principal de esto, y los pontífices rompiendo sus vestiduras y tomando á cada uno particularmente, pedíanles que no hablasen tales palabras, por las cuales habian sufrido ya tantos males y daños, rogando á todos que no quisiesen mover á Floro á mayor indignacion. Apaciguóse el pueblo de esta manera, tanto por reverencia de los que les rogaban, cuanto por la esperanza que tenian que Floro no volveria otra vez su crueldad contra ellos. Pesaba mucho á Floro ver el pueblo apaciguado, y deseando otra vez moverlos en revuelta, mandó que viniesen delante de él los pontífices y toda la nobleza, y les dijo: que para hacer que no tuviesen ya mas revueltas y novedades, solamente veia un remedio y era, que saliese el pueblo á recibir los soldados que venian de Cesarea, que eran hasta dos capitanías ó compañías de gente: y habiéndose juntado el pueblo para esto, mandó á los centuriones ó capitanes de ellos, que no saludasen á los judíos cuando les saliesen al encuentro y que si sintiendo esto hablaban algo atrevidamente, que diesen todos en ellos. Juntando, pues, el pueblo en el templo, los pontífices rogaban á todos que saliesen á recibir á los romanos y que hiciesen su salutacion á las compañías que venian, antes que les sucediese algun mayor daño. Los escandalosos y gente amiga de revueltas no querian obedecer á estos ruegos y amonestaciones; y todos los demás por el gran dolor que tenian de ver tantas muertes, como habian

malamente cometido, tampoco les querian obedecer: antes se juntaban con los que estaban aparejados para revolverlos. Entónces, viendo esto los sacerdotes y levitas, sacaron todos los ornamentos del templo y todos los vasos sagrados: salieron tambien todos los músicos, cantores y órganos, y echábanse delante del pueblo, rogándoles encarecidamente, que concediesen aquello por guardar la honra del templo, y por no mover con injurias á que los romanos les robasen el templo y las cosas sagradas. Era cosa de ver los príncipes de los sacerdotes con las cabezas llenas de ceniza, y rotas las vestiduras de sus pechos, mostrarlos desnudos, moviendo á todos los nobles, nombrando á cada uno por su nombre; y otra vez á todo el pueblo juntamente, rogando que no quisiesen por un pecado pequeño entregar su patria á gentes que tanto deseaban robarlos y darles saco: porque ¿qué provecho podian sacar los soldados de que los judíos los saludasen, ó qué correccion podian dar á todo lo que habia acontecido, si al presente no se refrenaban y detenian su fuerza? Mas si al contrario recibian solemnemente á los soldados que venian, quitaban á Floro toda ocasion de batalla y de revueltas, y ellos salvaban su patria: y además de esto, excusaban de verse en peligro que no experimentasen y sufriesen algo que les fuese peor. Decian mas, que si tanta muchedumbre se juntaba con tan pocos revolvedores, debia ser esto mas para darles consejo de paz, que nó de mayor revuelta y escándalo. Doblegando con estas amonestaciones y consejos á la muchedumbre, amansaron tambien á los revolvedores: á unos con amenazas, á otros con su autoridad y reverencia; y salieron ellos primero siguiéndoles después todo el pueblo al encuentro para recibir á los soldados que venian. Acercándose unos á otros, los judíos los saludaron; y no respondiendo algo los soldados, los judíos revolvedores comenzaron á decir á voces, que todo aquello se hacia por consejo de Floro. Oyendo esto los soldados, prendiéronlos y comenzaron á apalearlos; y persiguiendo á los que huian, matábanlos bajo de los piés de los caballos. En esta persecucion morian muchos heridos por los romanos y muchos mas entre los piés, como caian huyendo: y en las puertas se hizo muy grave daño, adonde muchos se ahogaron; y deseando los unos pasar primero que los otros, detenianse mucho mas: y la muerte de los que caian, era muy difícil y penosa porque morian ahogados y pisados de todos, y ninguno podia quedar conocido por sus parientes, para que después pudiese ser sepultado. Hacíanles tambien fuerza los soldados sin alguna templanza, matando á cuantos podian haber; y por la calle ó entrada llamada Bezeta, oprimian la muchedumbre de la gente por apoderarse de la torre Antonia y del templo. Alcanzándolos Floro, sacó del palacio la gente que con él estaba y trabajaba de pasarse á la torre. Pero fué burlada su fuerza, porque ensañándose el pueblo contra ellos, subíanse por las techumbres de las casas, y de lo alto, á pedradas mataban á los romanos; y siendo vencidos por la muchedumbre de saetas que de allá arriba les tiraban, ni pudiendo defenderse de la muchedumbre que trabajaba de pasar por aquellas entradas muy estrechas, recogiéronse al otro ejército que estaba en el palacio. Pero temiendo los revolvedores, que sobreviniendo Floro no les entrase en el templo y tomase posesion de él, subiéronse al templo por la torre Antonia, cortaron y derribaron los portales por donde se juntaba el templo con la torre; por refrenar, ya desesperados, la grande avaricia de Floro: porque teniendo codicia y gran deseo de los tesoros sagrados, no trabajase para pasar por la torre Antonia por solo haberlos. Viendo cortados y derribados los medios que habia para ello, perdió el ímpetu que traia y quísose reposar; y convocando todos los principales de los sacerdotes y toda la corte, dijo: que él se salia de la ciudad; pero que dejaba en ella guarnicion de gente, tanta cuanta ellos mismos quisiesen. Respondieron ellos á esto que ninguna novedad habria ni menos se levantaria algo, si solamente dejaba una compañía, con tal que no fuese aquella que poco antes habia peleado y tenido revuelta con los ciudadanos, porque el pueblo estaba enojado y muy sentido de lo que de ellos han bian todos sufrido: y mudándoles la compañía segun le rogaban, volvióse á Cesarea con todo el otro ejército.

XVI. Inventando otro consejo nuevo para moverlos á guerra, acusóles delante de Cestio, diciendo como se habian querido rebelar; y mintiendo desvergonzadamente, dijo haber sido ellos la causa de todo lo que habian padecido. No callaron los príncipes de Jerusalen lo que habia pasado; antes ellos, juntamente con Berenice, vinieron á contar y hacer saber á Cestio todo cuanto Floro habia hecho en la ciudad injusta é inicuamente. Tomando él las cartas de ambas partes, aconsejábase con sus príncipes sobre lo que le convenia hacer: algunos eran de parecer que Cestio debia venirse con su ejército á Judea á vengarse y castigar la rebelion, si habia pasado como se contaba, ó asegurar mas á los judíos y vecinos naturales de aquel reino: pero á él le pareció y agradó mas enviar delante á uno de los principales de los suyos, que le pudiese traer certidumbre de los negocios y consejos de los judíos: para esto envió un tribuno llamado Policiano, el cual viniendo á encontrarse cerca de Pamnia con Agripa, que volvia de Alejandría, descubrióle á donde iba, y tambien la causa por qué era enviado. Habian trabajado por hallarse con ellos los pontífices de los judíos y toda la nobleza y gente de su corte, haciendo su acatamiento, por renovar los oficios reales. Después que le hubieron recibido con la honra y benignidad que les fué posible, quejáronse de las injurias que les habian sido hechas, con tantas lágrimas cuantas pudieron, y contáronle la crueldad que habia Floro usado con ellos: aunque la reprendió Agripa, todavía convirtió sus quejas contra los judíos, de quienes él tenia muy gran compasion y piedad, con intencion de enfrenarlos y apaciguarlos; porque haciéndoles entender que no habian padecido alguna injuria, perdiesen la voluntad y deseo que tenian de venganza. Viendo esto todos los buenos y los que por conservar sus bienes y posesiones deseaban la paz y reposo comun, entendian claramente que la reprension del rey estaba llena de toda clemencia. El pueblo de Jerusalen salió sesenta estadios, que son cerca de siete millas afuera, para recibir á Agripa y á Policiano y hacer en ello su deber; pero las mujeres lamentaban con grandes llantos las muertes de sus maridos: y como las oyese todo el otro pueblo, comenzó tambien á llorar, suplicando á Agripa que tuviese misericordia y compasion en aconsejar toda aquella gente: decian tambien á voces á Policiano que entrase dentro de la ciudad, y que viese lo que Floro habia hecho. Así le mostraron todo el mercado despoblado de gente, destruidas las casas; y después, por medio de Agripa, persuadieron á Policiano que él con un solo criado rodease toda la ciudad hasta Siloa, hasta que conociese y viese claramente con sus ojos, que los judíos obedecian á todos los otros romanos; y que á solo Floro contradecian, por la gran crueldad que contra ellos habia usado. Habiendo, pues, él rodeado la ciudad y te-

niendo harto manifiesta señal y experiencia de la mansedumbre del pueblo, subió al templo, adonde quiso que la muchedumbre del pueblo fuese llamada, y habiendo loado muy largamente la fidelidad de ellos, para con los romanos, habiendo hecho muchas amonestaciones para que todos trabajasen en conservar la paz, adoró á Dios y sus cosas santas; pero no pasó del lugar que la religion de los judíos le permitia, y acabado todo esto volvióse á Cestio. El pueblo de los judíos convirtiendo sus llantos al rey y á los pontífices, suplicaba que se enviasen embajadores á Neron sobre las cosas que Floro habia hecho, porque no diesen ocasion de sospechar haber querido ellos hacer alguna traicion, si por ventura callaban tan gran matanza, como habia sido hecha; y parecíales que cierto mostraran haber sido ellos causa y principio de todo lo que habia pasado, si no se adelantaran en mostrar haber sido Floro la causa y el comienzo de todo lo hecho: y érale manifiesto ciertamente que el pueblo no se reposara, si alguno quisiera impedir, ó prohibirles que no enviasen esta embajada. Parecíale á Agripa que moveria envidia contra sí, si él ordenaba embajadores que fuésen á acusar delante del César á Floro; y por otra parte veia no serle cosa conveniente menospreciar á los judíos que estaban ya movidos para hacer guerra: por tanto, convocó el pueblo en un ancho portal, y poniendo en lo alto á su hermana Berenice en la casa de los asamoneos, porque venia esta á dar encima de aquel portal, contra la parte mas alta de la ciudad, porque el templo se juntaba con este portal con un puente que habia en medio, hízoles este razonamiento: no me hubiera atrevido á parecer delante de vosotros, y mucho menos á aconsejaros lo necesario, si viera que estábades todos prontos y con voluntad de hacer guerra con los romanos, y que la parte mayor y mejor de todo el pueblo, no desease guardar y conservar la paz, porque de balde y supérfluo pienso yo que es tratar delante del pueblo de las cosas provechosas, cuando la intencion, el ánimo y el consentimiento de todos es aparejado, é inclinado á seguir la peor parte; pero porque la edad hace á algunos de los que estais presentes ignorantes, y sin experiencia de los males de la guerra; á otros la esperanza mal considerada de la libertad; y que algunos se inflaman y encienden con la avaricia, pensando que cuando todo esté confuso con la revuelta y confusion, se han de aprovechar y enriquecer: me pareció cosa muy necesaria mostraros á todos juntamente lo que me parece seros conveniente y provechoso, á fin de que los que en tal error están, se corrijan y desengañen, y por consejos malos de pocos, no perezcan tambien todos los buenos: por tanto ruego no me sea alguno impedimento, ni estorbo en lo que diré aunque no oiga lo que su avaricia pide y desea; y los que están movidos con ánimo de rebelarse, sin que haya esperanza de poder ser revocados á otro parecer, muy bien podrán permanecer después de mi habla y consejo en su determinacion y voluntad: pero si todos juntamente no me conceden licencia y silencio para hablar, serán causa que no me puedan oir aquellos que tanto lo desean. Sabido tengo haber muchos que encarecen las injurias recibidas por los gobernadores de las provincias, y levantan trágicamente con loores la libertad. Antes que yo me ponga á mirar y descubriros quién seais y cuáles vosotros, y quiénes aquellos contra los cuales presumis de emprender guerra, quiero hacer una division de las causas que vosotros pensais estar muy juntas: porque si pretendeis vengaros de los que os han injuriado, ¿qué necesidad hay de ensalzar con tan grandes loores la libertad? Y si os parece que el estar sujetos es cosa indigna que se sufra, de balde juzgo que es quejaros de los regidores: porque por mucho que sean moderados con vosotros, no será por esto menos torpe y feo estar en servidumbre. Pues considerad ahora cada cosa particularmente, y conoced cuán pequeña causa y ocasion tengais para moveros á guerra. Considerad primero los errores y faltas de los regidores: debeis saber que los poderosos han de ser honrados, y nó tentados con riñas é injurias: mas si quereis pesar tanto pecados tan pequeños, moveis ciertamente contra vosotros á aquellos á quienes injuriais de tal manera, que los que antes secreta y escondidamente y con vergüenza os dañaban, son después movidos á robaros y dañaros pública y seguramente. No hay cosa que tanto detenga y reprima las aflicciones como es la paciencia y quietud de aquellos, á los cuales es hecho el daño, y tanto avergüence y ponga en confusion á los que de él suelen ser causa: pues poned por caso que los que los romanos envian por regidores á las provincias, son muy molestos y muy enojosos; no por eso debeis echar la culpa á los romanos, y decir que ellos os injurian, ni al César tampoco contra quien quereis ahora mover guerra. No debeis creer que por su mandado sea malo alguno de los que os envia por gobernadores, ni pueden ver los que están en occidente, lo que se hace en oriente, ni aun tampoco allá se puede oir ni saber fácilmente lo que por acá se trata; y así seria cosa muy importuna moverse con pequeña causa contra tan grandes señores, pues ellos no saben las cosas de que nos quejamos. De los daños que nos han sido hechos, fácilmente tendremos enmienda y correccion, porque no tendrá siempre este Floro la administracion de esta provincia, antes es cosa creible que los que le sucederán serán mas modestos y mejor regidos: mas la guerra, si una vez es comenzada, no es tan fácil dejarla ni tampoco sostenerla. Los que son tan sedientos de la libertad, debieran primero trabajar y proveer en guardarla y conservarla: porque la novedad de verse en servidumbre, suele ser muy importuna y molesta, y por no venir á ella parece ser justa cosa emprender la guerra: pero aquel que ya una vez está sujetado y después falta, mas parece cierto esclavo rebelde y contumaz, que no amador de libertad: por esto se debiera hacer toda cosa en trabajar y hacer que no fueran recibidos los romanos, cuando Pompeyo comenzó á entrar en este reino y provincia. Nuestros antepasados y sus reyes, siendo en dineros, cuerpos y ánimos muy mas poderosos y valerosos que no vosotros, no pudieron resistir á una pequeña parte del poder y fuerza de los romanos; y vosotros que habeis recibido esta obediencia y sujecion, casi como herencia, y sois en todas las cosas menores, y para menos que no fueron los que primero les obedecieron, ¿pensais poder resistir contra todo el imperio romano? Los atenienses que por la libertad de la gente griega dieron en otro tiempo fuego á su propia patria, y persiguieron muy gloriosamente cerca de Salamina la pequeña á Gerjes, rey soberbísimo que iba en un navío, el cual por las tierras navegaba, y caminaba por las mares, cuya flota y armada á gran pena cabia en la anchura de la mar, y tenia un ejército mayor que toda Europa: ellos digo que resistieron á tantas riquezas de Asia, ahora sirven á los romanos y les son sujetos, y aquella real ciudad de Grecia es ahora administrada por regidores romanos. Los lacedemonios tambien, después de tantas victorias habidas en Termópila, Platea; y después de haber Agesilao descubierto y seño-

reado toda la Asia, honran y reconocen á los romanos por señores. Los macedonios, que aun les parece tener delante á Filipo y á Alejandro, prometiéndoles el imperio de todo el mundo, sufren la gran mudanza de las cosas y adoran ahora á aquellos, á los cuales la fortuna se pasó y tanto favorece. Otras muchas gentes hay que siendo mucho mayores y confiadas en mayor fuerza, para conservar su libertad, las vemos todavía ahora reconocer y se sujetan en todo á los romanos; y vosotros solos os afrentais, y no quereis estar sujetos á los romanos, á cuya potencia veis cuanto hay estar sujeto. ¿En qué ejércitos, ó en qué armas os confiais? ¿dónde teneis la flota y armada que pueda discurrir por el mar de los romanos? ¿dónde están los tesoros que puedan bastar para tan grandes gastos? ¿Por ventura pensais que moveis guerra contra los árabes ó egipcios? ¿No considerais la potencia del imperio romano? ¿No mirais para cuán poco basta vuestra fuerza? ¿No sabeis que muchas veces vuestros propios vecinos os han vencido y preso en vuestra ciudad? Mas la virtud y poder invencible de los romanos pasa por todo el mundo, y aun algo mas han buscado de lo contenido en este mundo, porque no les basta á la parte del oriente tener todo el Éufrates; ni al de septentrion el Istro ó Danubio, ni les faltan por escudriñar los desiertos de Libia hácia el mediodía, ni Gades al occidente; mas aun además del Océano buscaron otro mundo, y vinieron hasta las Bretañas, que es Inglaterra, tierras antes no descubiertas ni conocidas, y allá pasaron su ejército. ¿Pues qué? ¿Sois vosotros mas ricos que los galos, mas fuertes que los alemanes, y mas prudentes y sabios que los griegos? ¿Sois por ventura mas que todos los del mundo? ¿Pues qué confianza os levanta contra los romanos? Responderá alguno, diciendo, que servir es cosa muy molesta y enojosa. ¿Cuánto mas molesto será esto á los griegos, que parecian tener ventaja en nobleza á todos los del universo, y poco ha que eran señores de una provincia tan grande y tan ancha, que ahora obedecen y están sujetos á seis varas que se suelen traer delante de los cónsules romanos? Á otras tantas obedecen los macedonios, los cuales por cierto mas justamente que vosotros podrian defender su libertad. ¿Pues qué diremos de quinientas ciudades que hay en el Asia? ¿Por ventura no obedecen todas á un gobernador sin gente alguna de guarnicion, y están sujetas todas á una vara del cónsul romano? ¿Pues para qué me alargaré en contar y hacer mencion de los heniocos, de los colcos y de los que viven en el monte Tauro? Y los bosforanos, las naciones que habitan en la costa del mar del Ponto y las gentes meóticas, las cuales en otro tiempo ningun señor conocian aunque fuese natural, y ahora están sujetas á tres mil soldados; y cuarenta galeras guardan pacífica la mar que no solia ser antes navegable. Pues cuán grande y cuán poderosa era Bitinia, y Capadocia, y la gente de Panfilia, la de Lidia y la de Cilicia; ¿cuántas cosas podrian todas hacer por su libertad? Ahora las vemos que pagan sus tributos todas, sin que fuerza de armas les fuerce á ello. ¿Pues los de Tracia? Estos poseen una provincia de la cual apenas se puede andar la anchura en cinco dias, y en siete dias lo que tiene de largo; tierra mas áspera y fuerte que la vuestra, la cual detiene á los que allá pasan con el hielo tan grande: y ahora obedecen á los romanos con dos mil hombres que hay allá de guarnicion. Despues de estos, los de Dalmacia y los híricos que vienen, cabe el Istro, tambien están sujetos con solas dos compañías de soldados que están allá, con las cuales se defienden de los de Dacia: pues los mismos de Dalmacia que trabajaron tanto por guardar y conservar su libertad, siendo muchas veces presos, se rebelaron una vez con muy gran furia, y ahora vienen reposados en sujecion de una legion ó tercio de romanos: pero si algunos habia que tuviesen causas y razones para moverse á defender su libertad eran los galos, por estar naturalmente proveidos de tantos amparos y defensas; porque por la parte del oriente tienen los Alpes, por la de septentrion, tienen el rio Rin, por la del mediodía los montes Pirineos, y por la parte occidental el ancho Océano: pero con toda esta defensa, y siendo tan populosos que tienen trescientas y quince naciones diversas en sí; y siendo tan abundosa su region en fuentes que casi la riegan toda, lo cual es gran felicidad doméstica, todavía son sujetos á los romanos y les pagan pechos, y tienen puesta toda su dicha y prosperidad en la de los romanos: nó por flojedad de ánimos ni por falta de nobleza de linaje, pues han peleado y hecho guerra por la libertad mas de ochenta años; pero maravillados de la fuerza de esta gente y de la fortuna y prosperidad de los romanos, los han temido, porque con ella han muchas veces alcanzado mucho mas que no con las guerras: y finalmente están sujetos á mil y doscientos soldados, teniendo casi mayor número de ciudades. Ni á los españoles pudo bastar el oro que les nace en los campos, ni las guerras que hacian por su libertad, ni les valió la gente tan apartada de Roma por tierra y por mar, como eran los portugueses y belicosos vizcainos, ni la vecindad del mar Océano, que aun á los que moran cerca de él es terrible y espantoso con sus bramidos; mas los romanos pusieron á todos en su sujecion alargando las armas y extendiendo su poder mas allá de las columnas de Hércules: pasaron las nubes por las alturas de los Pirineos, los cuales sujetaron á su imperio. Y de esta manera á gente tan belicosa y tan apartada, segun arriba dijimos, les basta ahora una legion para tenerlos domados. Quién de vosotros no ha oido hablar de la muchedumbre de los alemanes: la fortaleza y grandor de sus cuerpos, segun pienso, todos la habeis visto muchas veces; porque los romanos los tienen en todas partes cautivos, los cuales poseen unas regiones tan espaciosas y grandes, y tienen mayores ánimos que los cuerpos, y no temen la muerte, y son mas vehementes en la ira é indignacion, que no las bestias fieras: todavía tienen ahora el Rin por término, y son domados por ocho legiones de romanos; y los que están presos sirven como esclavos, y toda la otra gente pone su salud en la huida y nó en las armas. Considerad, pues, tambien ahora los muros de los ingleses, vosotros que tanto confiais en los de Jerusalen. Aquellos están rodeados con el Océano, y su tierra es casi tan grande como la nuestra; y los romanos con sus navegaciones los han sujetado, y cuatro legiones de gente romana guardan y tienen en paz una isla de tanta grandeza. ¿Pero qué necesidad hay de mas palabras, pues vemos que los partos, gente tan belicosa y que mandaba antes á tantos pueblos, abundosos de tantas riquezas, envian ahora rehenes á los romanos; y vemos que toda la principal nobleza del oriente, sirve ahora en Italia con nombre y muestras de paz? Pues qué, todos los que viven debajo del cielo temen y honran las armas de los romanos, ¿y quereis vosotros solos hacerles guerra? ¿No considerareis el fin que han tenido los cartagineses, los cuales gloriándose con aquel gran Aníbal, y descendiendo ellos de la generacion y cepa de los de Fenicia, fueron todos vencidos y derribados por Escipion? Los cireneos des-

cendiendo de Lacedemon, ni los marmaridas, cuyo poder se ensanchaba hasta aquellos desiertos solos y secos: ni los terribles y valerosos sirtas, los nasamones y mauros, ni la muchedumbre del pueblo de Numidia impidieron ni estorbaron el poder y virtud de los romanos. Mas la tercera parte del mundo, en la cual hay tantas naciones que no se podrian ligeramente contar; porque desde el mar Atlántico y las columnas de Hércules hasta el mar Bermejo, en diversos lugares hay infinito número de etíopes, todavía la tomaron toda por armas: y además del trigo y provision que cada año envian á los romanos, pagan tambien otro tributo, y sirven de voluntad con otros gastos al imperio: no tienen por cosa de afrenta hacer cuanto les es mandado como vosotros, y no hay con todos ellos mas de una legion romana. ¿Pero qué necesidad hay de tomar ejemplos tan de lejos para declarar la potencia de los romanos? Podeisla ver, y conocer claramente con ejemplo de Egipto vecina vuestra: porque alargándose esta tierra hasta la Etiopía y hasta la fértil y felice Arabia; y siendo tambien cercana á la India, pues confina con ella, teniendo setecientos y cincuenta cuentos de gentes, sin el pueblo de Alejandría, paga muy de voluntad sus tributos; la cantidad de los cuales fácilmente se puede estimar por el número de la gente, y no se afrentan ni se tienen por indignos de estar sujetos al imperio romano, aunque sea incitada á rebelion por Alejandría, abundosa de gentes y riquezas, y no menor en grandeza; porque tiene de largo treinta estadios y de ancho no menos de diez, y paga mucho mayores tributos cada mes que no pagais vosotros cada año; y además del dinero provee de pan á los romanos por espacio de cuatro meses. Está fortalecida por todas partes, ó de desierto nunca andado, ó de mar adonde no se puede tomar puerto, ó de rios y lagunas; mas ninguna cosa de estas fué tan fuerte como la fortuna de los romanos: porque dos legiones que quedan en la ciudad, refrenan á Egipto y á toda la nobleza de Macedonia. ¿Pues á quiénes tomareis por compañeros para la guerra de todos los desiertos? Todos los que viven en el mundo habitable son romanos, ó á ellos sujetos, sino es que alguno de vosotros extienda sus esperanzas mas allá del Éufrates, y piense que la gente de los adiabenos, por ser de su parentesco, le ha de venir á ayudar. Mas estos no querrán por una cosa sin razon envolverse en una guerra tan grande; y aunque quisiesen hacer cosa tan afrentosa, no se lo consentirian los partos: porque tienen cuidado de guardar la amistad que tienen con los romanos; y pensarán ser rota la confederacion, si alguno de los que están sujetos á su imperio y mando, intentaba guerra contra los romanos. Pues no hay otra ayuda ni socorro sino el de Dios, mas á este tambien le tienen los romanos: porque sin ayuda particular suya, imposible seria que imperio tal y tan grande permaneciese y se conservase. Considerad tambien cuán difícil cosa será en la guerra guardar bien vuestra religion, á que tanta aficion teneis, aunque tuviésedes guerra con hombres de mucho menos poder que vosotros; y que trasposándola ofendeis á Dios, pensando que por ella os ha de ayudar: porque si quereis segun la costumbre guardar los sábados sin daros á alguna obra, sereis fácilmente presos. Así lo han experimentado vuestros antepasados cuando Pompeyo trabajó por pelear principalmente en estos dias, en los cuales los que eran acometidos estaban en reposo. Y si en la guerra quebrantais la ley de vuestra patria, no sé porqué peleais por ella. Vuestro intento ahora no es mas de hacer que no sean quebrantadas las leyes de vuestra patria: ¿de qué manera, pues, osareis llamar é invocar á Dios que os ayude, si violais de vuestra voluntad la honra que todos le debeis tan debidamente? Todos los que emprenden hacer guerra, ó confian en el socorro y ayuda de Dios, ó en el poder y fuerzas humanas; y cuando ambas cosas para acabar le faltan, los que quieren pelear sin duda van á caer en manifiesto cautiverio por su propia voluntad. ¿Pues quién os vedará que no despedaceis vuestros propios hijos y mujeres con vuestras propias manos, y que no deis fuego y abraseis á vuestra patria tan querida y tan amada? Lo menos que ganareis, si poneis por obra tal locura, será la afrenta y daño que suele suceder á los vencidos. Mas vale, amados amigos mios, y es mejor guardarse de la tempestad que está por venir, entretanto que la nao está en el puerto, que no temblar cuando ya esteis en trabajo en medio de la tempestad; porque los que caen en males sin pensarlos y sin proveerse para ello, parecen dignos algun tanto que de ellos se tenga lástima y compasion; pero los que se echan en peligros manifiestos, dignos son de toda reprension é injuria. Si ya no piensa por ventura alguno de vosotros que los romanos se atarán á pactos y condiciones peleando, ó que se moderarán saliendo vencedores; y que por dar ejemplo á todas las naciones, no pondrán fuego en esta ciudad sagrada, y darán muerte á toda la generacion de los judíos; y los que quedareis vivos después de esta guerra, no tendreis algun lugar adonde recogeros, teniendo ya los romanos á todas las naciones y gentes sujetas á su imperio, ó teniendo todas las demás miedo muy grande de estarles sujetadas. Y no estareis vosotros solos en peligro, mas tambien todos los judíos que viven en las otras ciudades, porque no hay pueblo en todo el universo donde no haya algunos de vuestra gente; los cuales todos sin duda, si vosotros os rebelâredes, por muerte muy cruel serán acabados; y por consejos malos de muy pocos hombres serán bañadas todas las ciudades en sangre de los judíos. Los que tal hicieren quedarán excusados, por ser á ello por nuestra falta forzados; y aunque dejaran de ejecutar tal cosa, poneos á considerar cuán impía cosa sea mover guerra contra gente tan benigna. Tened, pues, compasion y misericordia; si no la tuviéredes de vuestros hijos y mujeres, á lo menos de esta ciudad que se llama la madre de las ciudades de vuestra region. Conservad los muros sagrados y los santos lugares, y guardad para vosotros el templo Santa Santorum, porque venciendo los romanos, no dejarán de poner mano en todo esto, pues que no les ha sido agradecido lo que la primera vez les han conservado. Yo protesto á todas cuantas cosas teneis por santas y sagradas, y á todos los ángeles de Dios y á la comun patria de todos, que no os he dejado de aconsejar todo lo que me pareció seros conveniente. Si vosotros determinâredes lo que es justo y razonable, tendreis paz y amistad conmigo; pero si estais pertinaces en vuestra saña y determinais pasar adelante, sin mí os pondreis á todo peligro. Habiendo acabado su razonamiento delante de su propia hermana, que cerca de él estaba, comenzó á llorar; y con sus lágrimas quebrantó y venció gran parte del ímpetu que tenian, y daban voces diciendo que ellos no movian guerra contra los romanos, sino solamente contra Floro, por lo que de él habian padecido. Respondióles el rey Agripa: las obras son tales como si peleásedes contra los romanos; pues no habeis pagado el tributo que debeis á César, y habeis puesto fuego á los portales de la torre Antonia. Cubrireis la causa y sospecha de vuestra rebelion, si los volveis á rehacer, y si os dais priesa á pagar los tri-

butos: porque esta fortaleza no es de Floro, ni tampoco dareis á él los dineros. Siguió el pueblo estos consejos; y viniendo al templo con el rey y con su hermana Berenice, comenzaron luego á edificar aquellos portales. Y los príncipes y decuriones esparciéronse por toda la region, y trabajaban en recoger y juntar el tributo; y así juntaron en breve tiempo cuarenta talentos, porque tanto restaban á deber. De esta manera quitó é impidió Agripa la guerra que se aparejaba, y después trabajaba en persuadirles que obedeciesen á Floro, hasta tanto que el César proveyese de otro gobernador. Encendióse tanto la ira del pueblo contra el rey por esto, que no pudiendo dejar de decirle muchas injurias, echáronle luego de la ciudad y atreviéronse tambien algunos de los revolvedores y amigos de contiendas á tirarle piedras. Viendo el rey el ímpetu tan grande de aquella gente y que era imposible apaciguarlos, quejándose de la injuria que le habia sido hecha, envió los príncipes y poderosos de los judíos á Floro en Cesarea, para que él escogiese de todos ellos quienes quisiese que recogiesen el tributo, y él partióse para su reino.

XVII. En este mismo tiempo, juntándose algunos de los que revolvian el pueblo y movian la guerra, entraron con fuerza y secretamente en una fortaleza que se llamaba Masada, y mataron á todos los romanos que hallaron dentro y pusieron otra guardia de su gente. En el templo de Jerusalen habia un hombre llamado por nombre Eleázaro, hijo del pontífice Ananías, mancebo muy atrevido, capitan en aquel tiempo de los soldados, quien persuadió á los que servian en los sacrificios, que no recibiesen algun don y ofrenda de hombre nacido que no fuese judío. Esto era ya principio y materia para la guerra de los romanos, porque desecharon el sacrificio del César que se solia ofrecer por el pueblo romano. Y aunque rogaban los pontífices y la otra gente noble que allí estaba, que no dejasen aquella buena costumbre que tenian de rogar por los reyes, no quisieron los judíos consentir en ello, confiándose mucho en la muchedumbre del pueblo; y acrecentábales la voluntad que tenian, ver la fuerza de los que deseaban revueltas y novedades; y tenian tambien muy gran cuenta con Eleázaro, que era en este mismo tiempo príncipe, como hemos dicho. Juntáronse, pues, todos los poderosos con los pontífices y con los mas nobles de los fariseos; y viendo los grandes males que se recrecian para la ciudad, determinaron de experimentar los ánimos de los escandalosos y revolvedores; y juntada la muchedumbre del pueblo delante de la puerta que llamaban de cobre, la cual estaba en la parte interior del templo hácia el oriente, quejáronse mucho de aquella loca rebelion, y que movian tan gran guerra contra su patria; reprendian tambien la sinrazon que á ella les movia, diciendo: que sus antepasados habian ordenado su templo con muchos dones y presentes de gentiles, y habian siempre recibido dones de los pueblos extranjeros; y que no solo no habian prohibido los sacrificios de alguno, porque esto fuera cosa muy impía, mas aun los habian puesto por ornamento y honra del templo, á donde se pudiesen ver y conservar hasta el tiempo presente, y que ahora los que querian incitar y mover las armas romanas y hacer guerra contra ellas, les ordenaban nueva religion; y harian que con menos peligro su ciudad seria tenida por impía, si prohibian que ningun extranjero que no fuese judío pudiese sacrificar en ella, ni permitir llegar á hacer oracion. Y cuando esta ley se hubiese de guardar contra una persona privada, podríasenos acusar ciertamente de inhumanos; mas con esto los romanos son menospreciados y afrentados, y el César es tenido y juzgado por hombre profano. Por tanto, es de temer que los que desechan los sacrificios que se hacen por los romanos, no sean prohibidos después de sacrificar por sí mismos: y que sea sacada esta ciudad del lugar y principado que ahora tiene, si no mudaren su propósito y sacrificaren luego, antes que la fama de tan grande atrevimiento se divulgue en presencia de aquellos á quienes la injuria ha sido hecha. Diciendo estas cosas, ponían les delante, los que mas y mejor sabian, las costumbres de sus padres antiguos, y á los sacerdotes, porque todos contasen de qué manera y cómo habian recibido sus antepasados los sacrificios y dones de gentes extranjeras. Mas ninguno de aquellos que deseaban las revueltas y la guerra, querian escuchar ni entender lo que se decia, ni los ministros del altar venian allí dando ya casi materia para la guerra. Viendo, pues, toda la nobleza que estaba ya el pueblo tan levantado y tan movido para la guerra, que no podia ya ser en alguna manera con su autoridad refrenado, y que ellos habian de padecer el peligro de las armas romanas primero que no el pueblo, trabajaban todo su posible en disminuir las causas que para ello tenian: y así enviaron á Floro otros embajadores, de los cuales era el principal Simon, hijo de Ananías, y enviaron otros á Agripa; y de estos eran principales Saulo, Antipas y Costobano, todos parientes muy cercanos del rey; y rogaban á entrambos muy humildemente que recogiesen sus ejércitos y viniesen contra la ciudad de Jerusalen, y apaciguasen la revuelta quitando aquellos escándalos tan grandes que se movian, antes que se hiciese insufrible é irremediable. A Floro fué este mal como buena nueva; y queriendo encender mas la guerra, no dió respuesta á los embajadores. Mas Agripa, mirando igualmente por la una y otra parte, á saber los judíos que se rebelaban, y los romanos contra quienes la guerra se movia, queriendo conservar los judíos debajo del imperio y potencia romana[1], y queriendo conservar para los judíos el templo y la patria, sabiendo muy bien que no le convenia á él esta revuelta, envió en ayuda del pueblo tres mil de á caballo de los auranitas, bataneos y traconitas; dándoles por capitan á Darío, y por general á Filipo, hijo de Jaquimo. Con la venida de estos, todos los principales con los sacerdotes y todos los otros que deseaban y procuraban la paz, pusiéronse en la parte mas alta de la ciudad, porque la baja y el templo estaba en poder de los sediciosos. Usaban ambas partes de dardos y de hondas, tirando sin cesar, tirábanse muchas saetas continuamente; algunas veces salian algunos con asechanzas y escaramuceaban de muy cerca. Los revolvedores eran, cierto, mas atrevidos; pero los del rey eran mucho mas ejercitados en las cosas de la guerra: tenian estos muy determinado de ganar el templo, y echar de él á aquellos que tanto le profanaban. Los sediciosos y revolvedores, que estaban de la parte de Eleázaro pretendian, además de lo que ya poseian, ganar la parte alta de la ciudad y combatirla. Duró la matanza de ambas partes muy grave siete dias arreo, sin que alguna de ellas perdiese su lugar. Viniendo después aquella festividad que se llama Xilofonia, en la cual tienen de costumbre todos traer y juntar gran cantidad de leña en el templo, porque no falte jamás la materia para el fuego, el cual conviene que siempre esté ardiendo sin apagarse, no quisieron recibir á sus contrarios en aquella honra y culto, antes los desecharon con gran afrenta, y por medio del pueblo que no estaba armado entraron con ímpetu muchos de aquellos matadores ó sicarios, que así llaman los ladrones que llevan en los senos los puñales escondidos, y aun-

que hallaban gran resistencia, no dejaron de proseguir lo que habian comenzado; y los del rey fueron vencidos por la muchedumbre y su osadía, y se retrajeron de la parte mas alta de la ciudad, en la cual se echaron luego los rebeldes, y pusieron fuego á la casa del pontífice Ananías, y en el palacio de Agripa y de Berenice. Después de esto, dieron tambien fuego á las arcas adonde estaban todas las escrituras de los deudores y acreedores, porque no quedase algo por donde se pudiese saber las deudas, por atraer á sí la muchedumbre de los deudores; y para dar libre poder y facultad á los pobres de levantarse contra los ricos, y huyendo las guardas de las escrituras públicas, echaron fuego á las casas; y quemando lo principal y mas fuerte de la ciudad, comenzaron á perseguir á sus enemigos. Salváronse algunos de los nobles y pontífices, escondiéndose en los albañares y lugares sucios, y algunos, con los del rey, recogiéronse en lo alto del palacio, cerrando con diligencia y cubriendo muy bien las puertas. Entre estos estaban tambien el pontífice Ananías y su hermano Ezequías, y los que dijimos haber sido enviados á Agripa por embajadores: contentos entónces con la victoria y con lo que habian quemado y destruido, cesaron. Otro dia después, que eran á los quince de agosto, dieron asalto á la fortaleza Antonia; y habiéndola tenido cercada por espacio de dos dias, la tomaron y mataron á cuantos habia dentro; y después pusieron fuego á todo. De aquí pasaron luego al palacio, adonde se habian recogido los soldados del rey; y partiendo su campo en cuatro partes, trabajaban para echar á tierra los muros. De los que de dentro estaban, ninguno osaba salir á resistirles por la muchedumbre de los enemigos; mas repartiéndose por las fuerzas y torreones, mataban de allí á sus enemigos y derribaban de esta manera muchos de aquellos ladrones. No cesaban de pelear de dia ni de noche, porque pensaban los revoltosos constreñir á los que estaban en aquel fuerte á desesperacion por falta de mantenimiento; y los del rey creian que los enemigos no habian de sufrir tanto trabajo. En este medio, habia un hombre llamado Manahemo, hijo de aquel Judas Galileo, sofista muy astuto, que antes, siendo Cirenio gobernador, habia injuriado y echado en el rostro á los judíos, que después de Dios eran sujetos á los romanos, tomando consigo algunos de los nobles, caminó á Masada, adonde estaban todas las armas del rey Herodes; y quebrando las puertas, armó con gran diligencia la gente del pueblo y algunos ladrones con ellos, y volvióse con todos como con gente de su guarda á Jerusalen; y haciéndose principal de la revuelta, aparejaba á la cercar y tomar. Y como tenia falta de máquinas y aparatos de guerra y no podia públicamente acabar los muros por los dardos que de arriba los enemigos le echaban, comenzó á cavar de muy lejos un minero hasta llegar debajo de una torre, y pusieron leños muy fuertes que la sostuviesen, y después, poniéndoles fuego salieron. Quemados los leños, luego la torre cayó; mas luego se vió otro muro, edificado por dentro: porque los del rey, sabiendo antes y sintiendo bien lo que los enemigos hacian, y tambien por ventura por el temblar de la torre, edificaron con diligencia otro muro. Con esto, los que los combatian y pensaban haber de ser presto vencedores, con ver el muro nuevo, quedaron muy espantados y aflojados: y todavía los del rey enviaban á suplicar á Manahemo y á los otros príncipes de aquella revuelta que los dejasen salir de allí. Habiendo acordado y consentido Manahemo esto solamente á los del rey y á los de su religion, se partieron luego. Y á los romanos, porque quedaron solos, faltó el ánimo: porque no tenian igual fuerza para tanta muchedumbre de gente; y rogarles que los dejasen salir, teniánlo por cosa de afrenta, y aun no lo tenian por seguro, aunque les fuese concedido. Dejando, pues, el lugar de abajo que se llama Estratopedon, como que era fácil de tomar, recogiéronse á las torres del palacio, de las cuales la una se llamaba Hipicos, la otra Faselo y la tercera Mariana. La gente que estaba con Manahemo dieron luego en aquellos lugares, de los cuales los soldados habian huido, pasando á cuchillo á cuantos hallaban, y robando todo el otro aparejo que hallaron, quemaron todo el Estratopedon. Todo esto fué hecho á los seis del mes de setiembre.

XVIII. El dia siguiente fué preso el pontífice Ananías, que estaba escondido en los albañares de la casa del rey con su hermano, y ambos fueron muertos por los ladrones, y cercando las torres con diligencia los sediciosos, trabajaban que ningun soldado pudiese salir de sus manos. Ensoberbecióse Manahemo con ver destruidas aquellas plazas fuertes y con la muerte del pontífice, de tal manera y con tanta crueldad, que pensando no tener ya en el mundo hombre que se le igualase, era insufrible tirano. Levantáronse entónces dos compañeros de Eleázaro; y habiendo hablado entre sí que á los que se habian rebelado contra los romanos por guardar su libertad, no convenia darla á un hombre privado y sufrirle por señor; el cual aunque no les hacia fuerza, era mas bajo que no ellos: y si era menester que uno fuese el superior de todos, que á cualquier otro convenia mas que no á Manahemo. Habiendo acordado en esto, arremeten á él en el templo, adonde habia él venido con muy gran fausto por hacer su oracion, vestido como rey, acompañado con todos sus parciales muy armados. Y como los que estaban con Eleázaro se volvian contra él, arrebató todo el otro pueblo piedras, y apedrearon al sofista, pensando que después de muerto se apaciguaria toda aquella revuelta. Trabajaban en resistirles algun tanto los de su guarda; pero cuando vieron venir contra sí tan gran muchedumbre de gente, cada uno huyó donde pudo. Así mataban á cuantos podian hallar, y buscaban tambien á cuantos se escondian: algunos huyeron á Masada, con los cuales fué Eleázaro, hijo de Jairo, muy cercano de Manahemo en linaje, el cual tambien después fué tirano en Masada. Habiendo Manahemo huido hácia un lugar que se llama Ofias, y escondídose allí secretamente, prendiéronle y sacaron á lugar público y con muchos géneros de tormentos le mataron. Mataron tambien toda la gente principal de su parte y que vivia con él, y al principal favorecedor de su tiranía, llamado por nombre Absalomon. Ayudó en esto, como arriba dije, el pueblo, creyendo que habia de ser aquello para correccion de aquellas revueltas. Pero estos no mataron á Manahemo por refrenar con su muerte la guerra, antes por tener mayor licencia y facultad para ella. Y cuanto mas el pueblo les rogase que dejasen de hacer fuerza á los soldados, tanto mas se hacian en ello mas pertinaces, hasta que no pudiendo ya resistirles mas, Metelio, capitan de los romanos, y los demas, enviaron á suplicar á Eleázaro, que les dejase solamente sus vidas y que les tomase las armas y todo lo que tenian, pues de voluntad lo querian entregar. Aceptando el concierto, volviéronles á enviar luego á la hora á Gorion, hijo de Nicodemus, y Ananías Saduceo, y á Judas hijo de Jonatás, para que les diesen las manos y jurasen que lo harian. Hechas estas cosas, salió Metelio con sus soldados: pero mientras los romanos tuvieron las armas, ninguno hubo de los malos y revolvedores que moviese contra ellos algun engaño; pero después que de-

jaron sus espadas y escudos y todas las armas segun habian prometido, y se iban sin mas pensar en algo, los de la guarda de Eleázaro arremetieron á ellos y mataban á cuantos prendian; sin que les resistiesen ni suplicasen por sus vidas, dando gritos solamente, que ¿á dónde estaban los juramentos y palabra que les habian hecho y prometido? Fueron, pues, estos muertos cruelmente, excepto Metelio, al cual solo perdonaron y dejaron en vida por muchos ruegos que hizo, prometiendo que se circuncidaria y viviria como judío. Poco fué el daño que los romanos recibieron, porque de los ejércitos que habia, pocos fueron los muertos; pero parecia ser esto principio de la cautividad de los judíos. Viendo ser ya grandes las causas de la guerra, y que la ciudad estaba ya llena de grandes maldades, que no podia tardar la venganza divina, aunque no temieran la de los romanos, lloraban todos públicamente, y la ciudad estaba muy triste y congojada. Los que querian la paz y reposo de todos, estaban perturbados y muy amedrentados, pensando que habian de pagar justos por pecadores; porque habian sido hechas y cometidas aquellas muertes en dia de sábado, en el cual dia, por su religion, suelen cesar todos, no solo de lo que no les es lícito, sino que de las obras tambien buenas y santas.

XIX. Al mismo dia y á la misma hora los de Cesarea mataron, como por cierta divina providencia, á cuantos judíos allí vivian, de manera que murieron en un mismo tiempo mas de veinte mil hombres, y quedó vacía de todos los judíos la ciudad de Cesarea; porque aun aquellos que habian huido fueron presos por Floro, y todos muertos en la plaza donde suelen esgrimir. Después de esta matanza, la gente se volvió mas fiera, y esparciéndose los judíos, destruyeron muchos lugares y muchas ciudades, de las cuales fueron Filadelfia, Gebonitis, Gerasa, Pela y Escitópolis. Entráronse después por Gadara y Filipon destruyendo los unos y quemando los otros: pasaron por Cedasa de los Tirios, por Tolemaida y por Gaba, veníanse derechos á Cesarea. No les pudo resistir, ni Sebaste ni Ascalon; pero habiendo destruido y quemado todas estas, derribaron tambien á Gaza y la ciudad de Antedon. Hacíanse grandes robos en los fines y términos de estas ciudades, tanto en los lugares y aldeas como en los campos, y se hacia matanza en los varones que se tomaban presos. No hicieron menor daño en los judíos los siros, mas tomaron presos los que moraban en las ciudades y los mataban: y esto no solo por la ira y odio antiguo que contra ellos tenian, sino tambien por evitar y guardarse del peligro que parecia estar ya muy cerca. Estaba, pues, toda Siria muy revuelta, y cada ciudad estaba dividida en parcialidades; la salud de entrambas era trabajar en adelantarse y anticiparse en dar la muerte á la parte contraria: los dias se gastaban en derramar sangre de hombres, y el temor hacia las noches muy molestas: porque aunque desechaban á los judíos, todavía eran forzados á tener sospecha de otra mucha gente que judaizaba; y por parecerles esto dudoso, no les parecia cordura matarlos tan temerariamente y sin razon; y por otra parte, viéndolos tan mezclados en su religion, eran forzados á temerlos como si fuera gente extraña. La avaricia movia á muchos, que antes eran modestos, á dar muerte á sus contrarios; y aun aquellos que antes se habian mostrado muy amigos, porque robaban toda la hacienda de los muertos; y como vencedores, traspasaron el robo de los que habian muerto en otras casas. Tenian por mas valeroso á aquel que mas robaba, como al que mas gente matara y venciera con sus fuerzas y virtud. Era lástima el ver todas las ciudades llenas de cuerpos muertos, sin que fuesen sepultados; ver derribados los cuerpos de los hombres, así viejos como mancebos, niños y muchas mujeres tambien con los cuerpos y vergüenzas todas descubiertas. Estaba toda la provincia llena de muchas adversidades y destrucciones, y temian mayores males y daños que hasta ahora habian pasado. Hasta aquí pelearon los judíos con los extranjeros; mas queriendo saltear los fines de Escitópolis, vinieron á ganar por enemigos los judíos que allí habia: porque conjurando con los de Escitópolis, y teniendo en mas la útilidad y provecho comun que no la amistad y deudo, que con los judíos tenian juntamente con los escitopolistas, peleaban contra ellos. Mas la codicia que estos tenian de la guerra, los hizo sospechosos. Por tanto, temiendo los escitopolistas que no se alzasen una noche con la ciudad, y después se excusasen delante los ciudadanos con grande calamidad suya, mandáronles que si querian tener fidelidad y unanimidad entre sí y mostrar la fé con los extranjeros, que se pasasen ellos y todas sus familias al bosque de su ídolo, y haciendo esto sin tener sospecha, estuvieron los escitopolistas dos dias en paz y en reposo. La tercera noche acometen los espías á los unos desprevenidos y á los otros durmiendo, y mataron de presto á todos cuantos habia, los cuales eran en número de trece mil; y después diéronles saco y robaron todos cuantos bienes tenian. Cosa es tambien digna de contar la muerte de Simon; este, pues, hijo de cierto Saulo, varon noble, muy señalado por la fortaleza de su cuerpo y osadía de su ánimo; pero sirvióse de entrambas cosas muy á daño de su propia y natural gente, pues mataba cada dia muchos judíos que moraban cerca de Escitópolis, y muchas veces habia derribado escuadrones enteros: así pues él solo era el poder de todo un ejército; pero pagó las muertes de tantos ciudadanos con digna pena: porque como los escitopolistas, rodeados de los judíos, matasen por aquel bosque sagrado á muchos de ellos, Simon estaba allí con las armas en las manos, y no hacia fuerza contra alguno de los enemigos, porque veía claramente que no podia él aprovechar algo contra tantos, antes dijo miserablemente en alta voz: merced digna recibo de mis merecimientos, ó escitopolistas, por haber mostrado á vosotros tanta benignidad con la muerte de tantos ciudadanos mios; dignamente nos es infiel la gente extraña, siendo nosotros tan impíos y malos para nuestros ciudadanos. Muero yo aquí como impío profano con mis propias manos, porque no conviene ser muerto por manos de enemigos. Morir de esta manera, me será pena digna de mi maldad, y honra conveniente á mi virtud hacer que ninguno de mis enemigos se pueda honrar, ni haber gloria de mi muerte, ni triunfe y se ensoberbezca, por verme en tierra derribado. Diciendo estas cosas, miró toda su familia con los ojos furiosos, y lleno de lástima y compasion: tenia mujer, tenia hijos, y tenia padres y parientes muy viejos. Tomando, pues, primeramente á su padre por los cabellos, y echándose de piés sobre él, le pasó con su espada: después mató á su madre, nó contra su voluntad; y después de estos quitó la vida á sus hijos y mujer, tomando cada uno de estos de voluntad la muerte, por no caer en manos de sus enemigos. Habiendo ya muerto á todos los suyos, estando aun encima de los muertos, levantó su mano, así que todos lo pudiesen ver y saber, y pasó la espada por sus propias entrañas, siendo un mancebo cierto digno que se tuviese de él gran lástima por la fuerza de su cuerpo, y firmeza de su ánimo; pero por haber sido fiel con la gente extranjera, tuvo digna muerte y fin de su vida.

XX. Sabida la matanza y estrago hecho en Escitópolis, todas las otras ciudades se levantaban contra los judíos que moraban en ellas, y los de Ascalon mataron dos mil y quinientos de ellos, y los de Tolemaida otros dos mil. Los tirios tambien prendieron muchos, y tambien mataron á muchos; pero fueron mas los presos y puestos en cárceles. Los hipenos y gadarenses mataron á los atrevidos, y los temerosos se guardaron con diligencia. Todas las otras ciudades, segun era el temor, ó el odio y aborrecimiento que contra los judíos tenian, así tambien lo hacian con ellos. Solos los de Antioquía, Sidonia y los apamenos no dañaron á los que con ellos vivian, ni mataron, ni encarcelaron á judío alguno, menospreciando por ventura cuanto podian hacer: porque no eran tantos que les pudiesen mover revuelta alguna: aunque á mí me parece que lo dejaron de hacer, movidos mas de compasion y de lástima, viendo que no entendian en algun levantamiento, ni revuelta. Los gerasenos tampoco hicieron algun mal á cuantos quisieron quedar allí con ellos; antes acompañaron hasta sus términos á todos los que quisieron salirse de sus tierras: levantóse en el reino de Agripa otra destruccion contra los judíos: porque él mismo habia ido á Antioquía por hablar con Cestio Galo, dejando la administracion del reino á uno de sus amigos llamado Varon, pariente del rey Sohemo. Vinieron de la region Batanea setenta varones los mas nobles y mas sabios de toda aquella tierra, para pedirles socorro; porque si se levantaba algo tambien entre ellos, tuviesen guarda y gente que los defendiesen, y para que con ella pudiesen apaciguar toda revuelta. Enviando Varon alguna gente de guerra del rey delante, mató á todos en el camino. Esta maldad hizo él sin consejo de Agripa, y movido por su gran avaricia, no dejó de hacer tan impía cosa contra su propia gente, mas corrompió y echó á perder todo el reino, no dejando de ejecutar lo mismo, después que tal hubo comenzado contra todos los judíos; hasta que inquiriendo y haciendo Agripa pesquisa de todo, no osó castigarlo por ser deudo tan cercano del rey Sohemo; pero quitóle la procuracion de todo el reino. Los sediciosos y amigos de revueltas, tomando la fortaleza que se llama Cipro, cercana á los fines y raya de Hiericunta, mataron á los que allí estaban de guarda y destruyeron toda la fortaleza y municion que allí habia. La muchedumbre de los judíos que estaba en Maquerunta, en este mismo tiempo, persuadia á los romanos que allí habia de guarnicion, que dejasen el castillo y lo entregasen á ellos; y temiendo ser forzados á hacer lo que entónces les rogaban, prometieron de partirse, y tomando la palabra de ellos, entregáronles la fortaleza, la cual comenzaron á poner en buena guarda los maqueruntios.

XXI. En Alejandría siempre habia discordia y revuelta entre los naturales y los judíos: desde aquel tiempo que Alejandro dió á los valerosos y esforzados judíos libertad de vivir en Alejandría, por haberle valerosamente ayudado en la guerra que tuvo contra los egipcios, concedióles todas las libertades que tenian los mismos gentiles de Alejandría: conservaban la misma honra con los sucesores de Alejandro, y aun les habian diputado cierta parte de la ciudad, para que allí viviesen y pudiesen tener mas limpia conversacion entre sí, apartados de la comunicacion de los gentiles, y concediéronles que tambien pudiesen llamarse macedonios. Después, viniendo Egipto en la sujecion de los romanos, ni el primer César, ni otro alguno de los que le sucedieron quitaron á los judíos lo que Alejandro les habia concedido, y estos casi cada dia peleaban con los griegos; y como los jueces castigaban á muchos de ambas partes, acrecentábase la discordia y riña entre ellos; y como tambien en las otras partes estaba todo revuelto, se encendió mas el alboroto: porque habiendo hecho los de Alejandría ayuntamiento para determinar embajadores que fuésen á Neron sobre ciertos negocios, muchos judíos vinieron al anfiteatro mezclados entre los griegos. Siendo vistos por sus contrarios, comenzaron á dar luego voces que los judíos les eran enemigos, y venian por espías. Además de esto pusieron las manos en ellos, y todos fuéron por la huida desparcidos, excepto tres, que arrebataban como si los hubieran de quemar vivos. Y con esto son conmovidos todos los judíos á socorrerlos, y comenzaron á tirar piedras contra los griegos, y después arrebataron manojos de leña en el fuego, y vinieron con ímpetu al anfiteatro, amenazándoles de poner fuego á todo, y quemarlos allí vivos; y ejecutaran ciertamente lo que amenazaban, si Alejandro Tiberio, gobernador de la ciudad, no refrenara la ira grande que tenian. No comenzó este á amansarlos al principio con armas ni con fuerza; pero poniendo á los mas nobles de los judíos por medio, amonestábales que no moviesen contra sí los soldados romanos. Mas los sediciosos burlábanse del benigno ruego, y aun á voces injuriaban á Tiberio: viendo, pues, este, que ya no se podian apaciguar sin gran calamidad aquellos revolvedores, hizo que dos legiones de los romanos viniesen contra ellos, las cuales estaban en la ciudad, y con ellas cinco mil soldados, que acaso habian venido de Libia, para destruccion de los judíos; y mandó que no solo los matasen, mas que después de muertos lo robasen todo, y les pusiesen fuego á las casas. Obedeciendo ellos á la hora, corrieron contra los judíos en un lugar que se llamaba Delta, porque allí estaban los judíos todos juntos, y ejecutaban valerosamente lo que les habia sido mandado; pero no fué este hecho sin victoria muy sangrienta; porque los judíos se habian juntado en uno, y puesto delante de los que estaban mejor armados, y así resistiéronles algun tiempo; mas siendo una vez forzados á huir, fueron todos muertos, y no murieron todos de una manera, porque los unos fueron alcanzados en las calles y en los campos, y los otros cerrados en sus casas y con ellas quemados vivos, robando primero lo que dentro hallaban, sin que los moviese ni refrenase la honra que debian guardar con la vejez de muchos, ni la misericordia de los niños; antes mataban igualmente á todos. De donde abundaba de sangre todo aquel lugar, porque fueron hallados cincuenta mil cuerpos muertos, y no quedara rastro de ellos, si no se pusieran á rogar y pedir perdon. Y Alejandro Tiberio, teniendo de ellos compasion, mandó á los romanos que se fuésen: y los soldados acostumbrados á obedecer á sus mandamientos, luego cesaron; mas la gente y pueblo comun de Alejandría apenas podian retenerse de lo que habian comenzado, por el gran odio que con los judíos tenian, y aun apenas se podian apartar de los muertos. Este, pues, fué el caso de Alejandría.

XXII. Pareció á Cestio que era tiempo de estar quedo, pues que los judíos eran en todas partes aborrecidos y desechados; y así, trayendo consigo la legion duodécima toda entera desde Antioquía, y mas de dos mil de gente de á pié escogida de las otras, y cuatro escuadras de gente de á caballo, además de esta el socorro de los reyes: es á saber, de Antíoco dos mil caballos y tres mil de á pié, y todos su flecheros: de Agripa hubo otros tantos de á pié y mil caballos; y siguiendo Sohemo salió de Tolemaida

acompañado con cuatro mil, de los cuales la tercera parte era de gente de á caballo, y los demás eran flecheros. Muchos de las ciudades se juntaron de socorro, no tan diestros como los soldados, mas lo que les faltaba en el saber, suplian con presteza y odio que tenian contra los judíos. Agripa tambien venia con Cestio, como capitan, para dar consejo, en todo lo que era necesario, como por donde habian de caminar: y Cestio, sacada consigo una parte del ejército, fué contra la mas fuerte ciudad de Galilea, llamada Zabulon de los varones, la cual aparta á Tolemaida de los fines y términos de los judíos: y hallándola desamparada de todos sus ciudadanos, porque la muchedumbre se habia huido á los montes, pero llena de todas las cosas y riquezas, concedió á sus soldados que las robasen, y mandó quemar la villa toda, aunque se maravilló de ver su gentileza, porque habia casas edificadas de la misma manera que en Sidonia, Tiro y Berito. Después discurrió por todo el territorio, y robó y destruyó todo cuanto halló en el camino; y quemados todos los lugares que al rededor habia, volvióse á Tolemaida. Estando aun los siros ocupados en el saco, y principalmente los beritios, cobrando algun ánimo y esperanza los judíos, porque ya habian sabido que se habia partido Cestio, dieron presto en los que habian quedado, y mataron casi dos mil. Partiéndose Cestio de Tolemaida, vínose á Cesarea, y envió delante parte de su ejército á Joppé, con tal mandamiento que guardasen la villa si la pudiesen ganar, y que si los ciudadanos de allí sentian lo que querian hacer, esperasen hasta que él y la otra gente de guerra llegase. Partiéndose, pues, los unos por la mar, y los otros por la tierra, tomaron de las dos partes fácilmente á Joppé, de tal manera, que los que allí vivian, aun no podian ni tenian lugar ni ocasion para huir, cuanto menos para aparejarse á la pelea. Arremetiendo la gente contra los judíos, matáronlos á todos con sus familias; y habiendo robado la ciudad, diéronla fuego. El número de los muertos llegó á ocho mil cuatrocientos.

XXIII. Tambien envió Cestio á la toparquía de Barbatana, cercana á Samaria, un cuerpo de caballería, que trás de un rico botin, mató á muchos habitantes, é incendió las poblaciones. Mandó igualmente á la Galilea á Cesenio Galo, con la duodécima legion, y la demás fuerza que creyó necesaria para avasallar la provincia. La ciudad de Séforis, que es la mas fuerte, le abrió las puertas, imitando las demás su ejemplo. Pero, los amigos de revueltas y de pillaje se fuéron al monte Azamon, que atraviesa la Galilea. Allá fué Galo á atacarlos, y mientras pudieron aquellos pelear desde mayor altura, se mantuvieron firmes, matando á mas de doscientos romanos; pero, al notar que los romanos habian llegado á lo alto después de circuir el monte, ya no resistieron mas, perdiendo la vida mas de mil, salvándose muy pocos en parajes inaccesibles. Viendo entónces Galo que ya nada habia que hacer en Galilea, se fué otra vez con su hueste á Cesarea, y Cestio se dirigió con todas sus fuerzas á Antipátrida. Allí supo que muchos judíos se habian fortificado en la torre de Afec. Mandó gente contra ellos, pero ya se habian fugado, y los romanos saquearon la plaza y prendieron fuego á los pueblos comarcanos. Al salir Cestio de Antipátrida, fué á Lida. Solo encontró en ella cincuenta habitantes, pues habian ido los demás á Jerusalen para la fiesta de los Tabernáculos. Todos fueron pasados á cuchillo, reducida la ciudad á cenizas, y Cestio siguió entónces por Beteron hasta Gabaon, en donde fijó su real, distante cincuenta estadios de Jerusalen. Al ver los judíos la guerra tan próxima á la capital, no se ocuparon ya mas de la gran fiesta, y hasta dejaron de guardar el sábado para correr á las armas. Fiados en el número, acometieron sin órden á los romanos, y tan ciegos los tenia su coraje, el cual les habia hecho prescindir de sus deberes religiosos, que penetraron por entre las filas de los romanos, sin cuya caballería hubieran quedado estos enteramente destrozados. No perdieron en el combate mas que veinte y dos hombres, los romanos quinientos setenta y cinco, los cuatrocientos de infantería, y los restantes de á caballo. Entre los judíos, Monobazo y Zenebeo, parientes de Monobazo, rey de Adiabenas; Nigro, Peraita y el babilonio Silas, que habia dejado las banderas del rey Agripa después de servirle por mucho tiempo, se señalaron en esa jornada por su valor. Rechazados por fin los judíos, los romanos se retiraron á Beterona; pero Gioras atacó su retaguardia, mató á muchos, y les tomó buena parte de bagajes, que llevó á Jerusalen. Tres dias estuvo Cestio parado sin atreverse á continuar en su retirada, pues los judíos se habian apoderado de las alturas, y bien daban á entender que trataban de impedirle en su marcha. Visto por el rey Agripa el peligro en que se hallaban los romanos, amenazados por tanto número de judíos, pensó en ablandarlos, esperando que así cesaria la guerra, ó á lo menos, que muchos darian oído á sus razones. Envióles al objeto á Boreo y á Febo, dos caudillos suyos á quienes ellos mucho conocian, para prometerles, en nombre de Cestio, olvido completo de lo pasado, si querian someterse. Temieron los mas facciosos que con la esperanza de la seguridad seguiria el pueblo el consejo de los enviados, y resolvieron darles muerte. De suerte que, sin que se les dejase hablar, quitaron la vida á Febo, salvándose Boreo mal herido. El pueblo desaprobó altamente la perfidia, y á pedradas y á palos obligó á los perpetradores del crímen á escaparse hácia la ciudad.

XXIV. Quiso Cestio valerse de la division de los ánimos, y acometió á los facciosos, los dispersó y persiguió hasta Jerusalen. A siete estadios de la ciudad puso su campo, en un sitio que llamaban Escopo, permaneciendo tres dias sin hacer nada, pensando que tal vez irian á atacarle. Contentóse con enviar á los soldados á buscar trigo á los lugares circunvecinos. Al cuarto dia, que era el 13 de octubre, avanzó en buen órden contra la ciudad, y tanto amedrentó á los judíos el ver la disciplinada hueste romana, que todo lo abandonaron, refugiándose en el templo. Cestio atravesó é incendió á Beseta, Escenópolis, y el mercado que llaman de los «Materiales;» acuartelándose en la ciudad alta, cerca del real palacio; y á asaltar entónces á Jerusalen, la hubiera tomado y dado fin á la guerra. Pero los maestres de campo Tirano y Prisco, y muchos oficiales de caballería le disuadieron de intentarlo, siendo ellos causa de la prolongacion que después tuvo la guerra, sufriendo ahora mucho mas los judíos que no si hubiese concluido todo á la sazon. Anano, hijo de Jonatás, y otros judíos principales, ofrecieron á Cestio el abrirles las puertas; pero fuese rumor ó desconfianza, no hizo caso de la proposicion, y descubierto por los facciosos su designio, los acometieron á pedradas, y les obligaron á precipitarse por las murallas para escapar con la vida. Ocuparon en seguida las torres para defenderse, é hicieron por espacio de cinco dias inútiles los ataques de los romanos. Al sesto dia, con ballesteros y otra gente escogida, atacó Cestio el templo por la parte del norte, y tanto se defendieron los judíos desde lo alto de sus pórticos, que hubieron de volver atrás mas de una

vez. En esto, los romanos que iban en primera línea, se cubrieron el cuerpo con los escudos, apoyándolos contra la pared; los que venian inmediatamente detrás de ellos juntaban sus escudos con los primeros, haciendo todos lo mismo de fila en fila, formando así esa especie de bóveda que llaman ellos «testúz». Puestos de esta suerte á cubierto de las flechas enemigas, se ocuparon sin peligro en socavar los muros, procurando prender fuego á las puertas del templo. Tan asustados quedaron los facciosos, que muchos de ellos huyeron de la ciudad, creyéndose ya perdidos; el pueblo, por el contrario, lo veia con gusto, pensando únicamente en abrir las puertas á Cestio, á quien tenia por su bienhechor, porque trataba de libertarle de la tiranía facciosa. Si continuara el sitio, pronto hubiera sido suya la plaza, pero no quiso Dios, en su cólera, que la guerra se acabara tan presto. Tan poco al corriente estuvo Cestio tocante al pánico de los facciosos, y al afecto que el pueblo le tenia, que levantó el sitio cuando mas podia contar con el buen éxito. Tomaron los sitiados tan extraña retirada por una fuga, y cobraron nuevos bríos; de modo que, atacando la retaguardia, mataron algunos de á caballo, y algunos infantes. En aquel mismo dia entró Cestio en el campamento que habia fortificado cerca de Séforis prosiguiendo el dia siguiente su camino. La precipitacion alentó aun mas á los judíos. Volvieron á acometer la retaguardia matando á muchos, por no atreverse los romanos á salir de sus filas, á fin de no exponerse con su pesada armadura, á correr con enemigos mas lijeros, cuyo número creian además mas superior de lo que era en realidad, de modo que recibian daño, quedando impunes los judíos. Así siguió la retirada, hasta que los romanos, después de perder á Prisco, caudillo de la sexta legion, al tribuno Longino, y á Emilio Jucundo, jefe de un regimiento de caballería, y abandonados todos los bagajes llegaron otra vez á Gabaon. Dos dias estuvo allí sin tomar resolucion ninguna; y al ver el tercer dia que iba en aumento el número de enemigos, tuvo por funesto el detenerse mas. Á fin de escapar mas fácilmente, mandó matar todos los animales de carga; escepto los necesarios para llevar los dardos y maquinaria de guerra, y aun recelaba que habian de quedar en poder del enemigo. En ese estado salieron hácia Beteron, sin ser acometidos mientras estuvieron en terreno despejado; mas luego de pasar por puntos algo escabrosos, les salian delante para estorbarles el paso, atacando al mismo tiempo por detrás, acorralándolos hácia los valles, cuyas alturas se hallaban cubiertas de multitud de enemigos, que disparaban á mansalva. Apurada se hallaba la infantería romana, y mas aun la caballería, perdiendo el órden con tantos tiros, é imposibilitados de batirse con ventaja en aquellos sitios. Al verse los romanos en aquel trance, hasta llegaron á llorar de despecho y de dolor. Los judíos seguian haciendo carnicería, poblando los aires con victoriosos alaridos. Sin la noche, que dió lugar á los romanos para escapar hasta Betrones, quedaba del todo aniquilado el ejército de Cestio. Allí le cercaron otra vez los judíos por todas partes, y viendo Cestio que ya no podia salir abiertamente acudió á su ingenio. Escogió 400 soldados, y dióles órden de subirse á los tejados y de ir dando el «Quién vive,» como los centinelas para que se creyese estaba dentro todavía. Y él salió luego de noche, silenciosamente con la demás gente, haciendo 30 estadios de camino. Vieron al dia siguiente los judíos que se habia escapado el ejército, y arrojándose sobre los 400 hombres, los mataron á flechazos y corrieron al alcance de Cestio. Pero este caminó aun mas aquel dia que la noche anterior, bien que abandonando toda la maquinaria de sitio, que luego emplearon los judíos contra los romanos. Hasta Antipátrida le persiguieron, mas al ver que no llegaban á alcanzarle, retrocedieron con las máquinas; recogieron el botin, y volvieron alborozados á Jerusalen con muy poca pérdida, siendo así que por la otra parte, entre romanos y aliados suyos, hubo la pérdida de 4,000 de á pié y 380 de á caballo: esto fué á 8 de noviembre corriendo el duodécimo año del reinado de Neron.

XXV. Sabida la desgracia de Cestio, muchos judíos principales salieron de Jerusalen, como de un buque próximo á zozobrar. Los hermanos Costabaro y Saúl, y Filipo, hijo de Joaquin, general que fué del rey Agripa, fueron á reunirse con Cestio, y mas adelante se verá cómo los sediciosos mataron á Antipas, que sitiado en el real palacio con los que se acaban de nombrar, no quiso huir con ellos. Cestio envió á Neron, que se hallaba en la Acaya, á Saúl y los demás para participarle la triste nueva, acusando de promotor de la guerra á Floro, por evitar la cólera imperial. Al saber los de Damasco el desastre de los romanos, trataron de degollar á los judíos de aquella ciudad. No lo comunicaron á sus mujeres, porque la mayor parte habian abrazado nuestra religion. Aprovecharon la ocasion en que se hallaban reunidos todos en junta pública, y como los judíos estaban desarmados mataron hasta 10,000. Luego de estar de vuelta á Jerusalen los que habian perseguido á Cestio, se valieron de halagos y amenazas para captarse á los que simpatizaban con los romanos: y congregados en el templo eligieron jefes para la direccion de la guerra. La custodia de la ciudad y restauracion de las murallas se confiaron á José, hijo de Gorion, y al sacrificador Anano. Tocante á Eleazar, hijo de Simon, bien que cargado con despojos de romanos, y que tuviere el dinero de Cestio, y hubiese sacado además mucho del erario, con todo, traslucíase que aspiraba á la tiranía, valiéndose de sus mas adictos como de una guardia personal: y no se le confirió ningun cargo de importancia. Pero supo con sus mañas captarse hasta tal punto el favor del pueblo, que se alzó con el mando efectivo en todas cosas. Para acaudillar á las fuerzas de Idumea, fueron nombrados Jesús, hijo de Safas, uno de los grandes sacrificadores, y Eleazar, hijo del gran sacrificador nuevo, mandando á Nigro (ó Niger), á la sazon gobernador de dicha provincia, oriundo de mas allá del Jordan, por lo cual le apellidaban «Peraita», que obedeciese á entrambos. Se envió á José, hijo de Simon, á Jericó; á Manesés, de allende el rio, y á Juan, el esenio, á Tamna, dándole además el mando de Lisa, Joppé, y Amaús, como una toparquía. Tambien se confió á Juan, hijo de Ananías, el gobierno de la Gosnítica y Acrabatana, y á José, hijo de Matías, el de la Galilea alta y baja, dándole además Gamala, la plaza mas fuerte del país. Cada gobernador se portó segun su capacidad ó sus pasiones; pero, lo primero que hizo el hijo de Matías, fué granjearse el afecto de los pueblos, como para neutralizar las faltas que pudiera cometer. Por captarse al mismo tiempo la voluntad de los grandes, admitiéndolos en el poder, escogió 70 de entre los mas instruidos y mas probos para la administracion de la provincia, dando así la satisfaccion al pueblo de un gobierno de hombres del país, versados en sus usos y fueros. Puso además en cada ciudad 7 jueces que conociesen las causas de menor cuantía, reservándose conocer él de las de mayor importancia. Arreglado ya lo interior, ocupóse en la defensa del país, y bien persuadido de que los romanos le invadirian otra vez, hizo cerrar con murallas

las plazas de la baja Galilea que suponia en mayor peligro; á saber, Jotapat, Bersabea, Salamino, Pereco, Jafa, Sigog, Tariquea y Tiberiada, fortificando además el monte Taburino, con las cuevas sitas junto al lago de Genesaret. En la alta Galilea hizo fortificar igualmente á Petra, por otro nombre Acabaron, Sef, Jamit y Moro, y en la Galaunita á Seleucia, Sogan y Galama. Solo á los habitantes de Séforis permitió amurallar su ciudad, porque eran ricos, belicosos, y algo indóciles. Tambien ordenó á Juan, hijo de Levías, que fortificase á Giscala. En cuanto á las demás plazas, iba él personalmente á ver lo que mas podia convenir para la defensa. Alistó para el servicio hasta cien mil galileos los mas aptos, recogiendo por todas partes las armas viejas que pudo haber á mano. No ignorando que la superioridad de los romanos en la guerra dimanaba de su disciplina, hizo cuanto pudo para hacer obediente su tropa, ya que no le era dado adiestrarla mucho en poco tiempo. Y como esto depende principalmente de que haya muchos jefes, dió muchos á su gente, á imitacion de los romanos, creando además de los de mayor graduacion, otros inferiores, á quienes enseñó las señales de toda clase; el toque de generala, de ataque y retirada. Enteróles de cómo las fuerzas que aun no han entrado en accion han de sostener á las que cejan, instruyéndolos en lo que mas podia fortalecer su ánimo, y ejercitándolos en las fatigas del cuerpo. Hablábales sin cesar de la admirable disciplina de los romanos, añadiendo que tendrian que habérselas con hombres cuyo denuedo y robustez les habian granjeado casi el imperio del orbe. Les decia que habian de renunciar á todo instinto de robo y al atropello de sus compatricios, haciéndoles presente que los que obran mal tienen que cargar luego con el odio de los hombres y la ira del Señor. Así los iba instruyendo y aconsejando, y tenia ya voluntarios 60,000 infantes, 250 de á caballo, 4,500 extranjeros en quienes mucho fiaba, con 600 soldados escogidos para su guardia. La manutencion de esa gente, menos de los extranjeros, corria de cuenta de las ciudades, que suministraban gustosas lo necesario, pues una mitad de habitantes iba á la guerra, y la otra daba los víveres, repartiéndose así las cargas para el interés comun.

XXVI. Así procedia en Galilea Josefo, cuando se le presentó Juan, hijo de Levías, natural de Giscala. Era malo, artero, disimulado y mentiroso. El fraude era para él virtud, y hasta á sus mas allegados engañaba. Tenia grande esperanza de ganar y hacerse rico, habiendo deseado siempre las cosas muy inmoderamente, y habia sustentado su esperanza hasta allí con maldades algo menores. Era ladron muy grande de su costumbre, trabajaba por ser solo, mas halló compañía para sus atrevimientos: al principio algo menor, despues fué creciendo con el tiempo. Tenia gran diligencia en no tomar consigo alguno que fuese descuidado, cobarde ni perezoso; antes escogia hombres muy dispuestos, de grande ánimo y muy ejercitados en las cosas de la guerra: hizo tanto, que juntó cuatrocientos hombres, de los cuales era la mayor parte de los tirios, y de aquellos lugares vecinos. Este, pues, iba robando y destruyendo toda la Galilea, y hacia gran daño á muchos con el miedo de la guerra deteniéndolos suspensos. La pobreza y falta de dinero lo retardaba y detenia que no pusiese por obra sus deseos, los cuales eran mucho mayores de lo que él de sí podia: deseaba ser tambien capitan y regir gente, mas no podia: y como viese que Josefo se holgaba con verle con tanta industria, persuadióle que le dejase el cargo de hacer el muro á su patria, y con esto ganó mucho y allegó gran dinero de la gente rica. Ordenando después un engaño muy grande, porque dió á entender á todos los judíos que estaban en Siria que se guardasen de tocar el aceite que no estuviese hecho por los suyos, pidió que pudiese enviar de él á todos los lugares vecinos de allí: y por un dinero de los tirios, que hace cuatro de los áticos, compraba cuatro redomas y vendíalo doblado; y siendo Galilea muy fértil y abundante de aceite, y como en aquel tiempo principalmente hubiese gran abundancia, enviando mucho de él á las partes y ciudades que carecian y tenian necesidad, juntó gran cantidad de dinero, del cual no mucho después se sirvió contra aquel que le habia concedido poder de ganarlo: y pensando luego que si sacaba á Josefo, seria sin duda él regidor de toda Galilea, mandó á los ladrones, cuyo capitan era, que robasen toda la tierra, á fin de que levantándose muchas novedades en estas regiones, pudiese, ó matar con sus traiciones al regidor de Galilea, si queria socorrer á alguno, ó si dejase y permitia que fuesen robados, pudiese con esta ocasion acusarle delante de los naturales. Mucho antes habia ya esparcido un rumor y fama, diciendo que Josefo queria entregar las cosas de Galilea á los romanos, y juntaba de esta manera muchas cosas por dar ruína á Josefo, y destruirle totalmente. Como, pues, en este tiempo algunos vecinos del lugar de los dabaritas estuviesen en el gran campo de guardia, acometieron á Tolomeo, procurador de Agripa y Berenice, y le quitaron cuanto consigo traia, entre lo cual habia muchos vestidos muy ricos, muchos vasos de plata y seiscientos de oro: y como no pudiesen guardar tan gran robo, secretamente trujéronlo todo á Josefo que estaba entónces en Tariquea. Sabida por Josefo la fuerza que habia sido hecha á los del rey, reprendióla y mandó que las cosas que habian sido robadas, fuesen puestas en poder de alguno de los poderosos de aquella ciudad, mostrándose muy pronto para enviarlas á su dueño y señor: de lo cual le recreció á Josefo gran peligro, porque, viendo los que habian hecho aquel robo que no tenian parte alguna en todo, tomáronlo á mal; y viendo tambien que Josefo habia determinado de volver á los reyes lo que ellos habian trabajado, iban por todos los lugares de noche y daban tambien á entender á todos que Josefo era traidor, é hincheron con este mismo ruído todas las ciudades vecinas: de tal manera, que luego al otro dia fuéron cien mil hombres armados juntos contra Josefo. Llegando después toda aquella muchedumbre de gente á Tariquea, y juntándose allí, echaron todos grandes voces y muy airados contra Josefo: unos decian que debia ser echado, y otros que debia ser quemado como traidor: los mas eran movidos é incitados á ello por Juan y por Jesús, hijo de Safa, que regia entónces el magistrado y gobierno de Tiberiada. Con esto huyeron todos los amigos de Josefo; y toda la gente que tenia de guarda se le esparció, por temor de tanta muchedumbre como se habia juntado, escepto solos cuatro hombres que con él quedaron. Estando Josefo durmiendo al tiempo que ponian fuego en su casa, se levantó, y aconsejándole los cuatro que habian quedado con él que huyese, no se movió por la soledad en que estaba, ni por la muchedumbre de gente que contra él venia; antes se vino prestamente delante de todos con las vestiduras todas rasgadas, la cabeza llena de polvo, vueltas las manos atrás y con una espada colgada al cuello. Viendo estas cosas sus amigos, y los de Tariquea principalmente, se movieron á piedad: pero el pueblo, que era algo mas rústico y grosero, y los mas vecinos y cercanos de allí que le tenian por mas molesto, man-

dábanle sacar el dinero público, diciéndole muchas injurias, y querian que confesase su traicion: porque segun él venia vestido, pensaban que nada negaria de lo que les habia nacido tan gran sospecha, pensando todos haber hecho aquello por alcanzar perdon y moverlos á misericordia. Esta humildad fortalecia su determinacion y consejo; y poniéndose delante de ellos, engañó de esta manera á los que contra él venian muy enojados: y para moverlos á discordia entre sí, les prometió decirles todo lo que en verdad pasaba. Concediéndole después licencia para hablar, dijo: ni yo pensaba enviar á Agripa estos dineros, ni hacer de ellos ganancia propia para mí, porque no manda Dios que tenga yo por amigo al que es á vosotros enemigo, ó que yo haga ganancia alguna con lo que á todos generalmente dañase. Pero porque veía que vuestra ciudad, ¡oh tariqueos! tenia gran necesidad de ser abastecida, y que no teníades dinero para edificar los muros, y temia tambien al pueblo tiberiense y las otras ciudades que estaban todas con gran sed de este dinero, habia determinado de retenerlo con mucho tiento poco á poco, para cercar vuestra ciudad de muros. Si no os parece bien lo que yo tengo determinado, soy contento de sacarlo y darlo, para que sea repartido; mas si yo he hecho bien y sabiamente, por cierto vosotros quereis emplear y dar trabajo á un hombre que os tiene muy obligados á todos. Los tariqueos oyeron con buen ánimo todo esto de Josefo, pero los tiberienses con los demás tomándolo á mal, amenazaban á los otros; y así ambas partes dejando á Josefo reñian entre sí. Viendo Josefo que habia algunos que defendian su parte, confiándose en ellos, porque los tariqueos eran casi cuarenta mil hombres, hablaba con mayor libertad á todos: y habiéndose quejado muy largamente de la temeridad y locura del pueblo dijo que Tariquea debia ser fortalecida con aquel dinero; y que él tenia cuidado que las otras ciudades estuviesen tambien seguras. Y que no le faltarian dineros, si querian estar acordes con los que los habian de proveer, y no moverse contra el que los habia de buscar. Así, pues, se volvia toda la otra gente, que habia sido engañada, con enojo; y dos mil de los que tenian armas vinieron contra él, y habiéndose él recogido en una casa amenazábanle mucho. Otra vez usó Josefo de cierto engaño contra estos; porque subiéndose á una cámara alta, habiendo puesto gran silencio señalando con su mano, dijo que no sabia qué era lo que le pedian, porque no podia entender tantas voces juntas; y que era contento de hacer todo lo que quisiesen y mandasen, si enviaban algunos que hablasen allí de dentro con él reposadamente. Oidas estas cosas, luego la nobleza y los regidores entraron. Viéndolos Josefo, retrájolos consigo en lo mas adentro y secreto de la casa; y cerrando las puertas, mandóles dar tantos azotes, hasta que los desollaron todos hasta las entrañas. Estaba en este medio al rededor de la casa el pueblo, el cual pensaba que se tardaban mucho en hacer sus conciertos, cuando Josefo, abriendo presto las puertas, dejó ir los que habia metido en su casa todos muy ensangrentados: amedrentáronse tanto con esto todos los que estaban amenazando y aparejados para hacerles fuerza, que echando las armas dieron á huir luego. Con estas cosas crecia mas y mas la envidia de Juan, y trabajaba en hacer otras asechanzas y traiciones á Josefo, por lo cual fingió que estaba muy enfermo; y suplicó con una carta que para convalecer le fuese lícito usar de las aguas calientes y baños de Tiberiada. Como Josefo no tuviese aun sospecha de este, escribió á los regidores de la ciudad que diesen á Juan de voluntad todo lo necesario, y que le hiciesen buen hospedaje cuando allí llegase. Habiéndose este servido dos dias de los baños á su placer, determinó, después de hacer aquello, poner por obra lo que le habia movido á venir: y engañando á los unos con palabras y dando á los otros mucho dinero, les persuadió que dejasen á Josefo. Sabiendo estas cosas Silas, capitan de la guardia, puesto por Josefo, con diligencia le hizo saber todas las traiciones que contra él se trataban y hacian; y recibiendo cartas de ello Josefo, en la hora partió la misma noche, y llegó á la mañana á Tiberiada. Salióle todo el pueblo al encuentro; y Juan, aunque sospechaba que venia contra él, quiso enviarle uno de sus conocidos, fingiendo que estaba en la cama enfermo, que le dijese que por la enfermedad se detenia sin venir á verle, obedeciendo á lo que debia y era obligado. Y estando en el camino los tiberienses juntados por Josefo para contarles lo que le habia sido escrito, Juan envió gente de armas que le matasen. Como estos llegasen á él, y algo lejos los viese desenvainar las espadas, dió voces el pueblo: oyéndolas Josefo, y viendo las espadas ya cerca de su garganta, saltó del lugar donde estaba, hablando con el pueblo hasta la ribera que tenia seis codos de alto; y entrándose él y dos de los suyos en un navío pequeño, que habia por dicha llegado allí, se metió dentro del mar; pero sus soldados arrebataron sus armas y quisieron dar con los traidores. Temiendo Josefo que moviendo guerra civil entre ellos, por la maldad de pocos no se destruyese la ciudad, envió un mensagero á los suyos que les dijesen tuviesen solamente cuenta con guardar sus vidas, y no hiciesen fuerza ni matasen alguno de los que tenian la culpa de todo aquello. Obedeciendo su gente á lo que mandaba, todos se sosegaron; y los que vivian al rededor de las ciudades por los campos, oidas las asechanzas que habian sido hechas contra Josefo y sabiendo quién era el autor y maestro de ellas, viniéronse todos contra Juan. Súpose este guardar antes que venir en tal contienda huyendo á Giscala, que era su tierra natural. Los galileos en este tiempo venian á Josefo de todas las ciudades; y juntáronse muchos millares de gente de armas, que todos decian venir contra Juan traidor comun de todos, y contra la ciudad que le habia recibido y recogido dentro, y para poner fuego á él y á ella. Respondiéndoles Josefo que recibia y loaba la pronta voluntad y benevolencia; pero que debian refrenar algun tanto el ímpetu y fuerza con que venian, deseando vencer á sus enemigos mas con prudencia que con muerte. Y nombrando por sus propios nombres á los de cada ciudad, que con Juan se habian rebelado, porque cada pueblo mostraba con alegría los suyos, mandó publicar con pregon que todos cuantos se hallasen en compañía de Juan, después de cinco dias, habian de ser sus casas, bienes y familias todas quemadas, y sus patrimonios robados. Con esto atrajo á sí tres mil hombres que Juan tenia consigo, los cuales huyendo dejaron sus armas, y se arrodillaron á sus piés. Juan se salvó con los demás, que serian casi mil de los que de Siria habian huido; y determinó otra vez el ponerse en asechanzas y hacer solapadas traiciones, pues las hechas hasta allí habian sido públicas: y enviando á Jerusalen mensageros secretamente, acusaba á Josefo que habia juntado grande ejército; y que si no daban diligencia en socorrer al tirano, determinaba ya el venir á Jerusalen. Pero sabiendo lo que pasaba de verdad, el pueblo menospreció esta embajada. Algunos de los poderosos y regidores, por envidia y rencor que tenian, enviaron

secretamente dineros á Juan, que armase gente y juntase ejército á sueldo, para que pudiese así hacer guerra á Josefo; y determinaron entre sí de hacer que Josefo dejase la administracion de la gente de guerra que tenia. Y aun no pensaban que todo esto les bastaba, y por tanto enviaron dos mil y quinientos hombres muy bien armados, y cuatro hombres nobles: el uno era Joázaro, hijo del letrado excelentísimo, y Ananías Saduceo, y Simon y Judas, hijos de Jonatás, hombres todos elocuentes, para que por consejos de ellos apartasen la voluntad que todos tenian á Josefo; y si él venia de grado á sometérseles, que le permitiesen dar razon de lo hecho: y si era pertinaz y determinaba quedar, que le tuviesen por enemigo, y como á tal le persiguiesen. Los amigos de Josefo le hicieron saber como venia gente á él, mas no le dijeron á qué ni por qué causa: porque el consejo de sus enemigos fué muy secreto, de lo cual sucedió, que no pudiendo guardarse ni proveer antes en ello, cuatro ciudades se pasaron luego á los enemigos, las cuales fueron Séforis, Gamala, Giscala y Tiberíada. Mas luego las volvió á cobrar sin alguna fuerza y sin armas. Y prendiendo aquellos cuatro capitanes que eran los mas valientes, así en las armas como en sus consejos, volvió á enviarlos á Jerusalen, á los cuales el pueblo muy enojado, hubiera muerto tanto á ellos, como á los que los enviaban, si en huir no pusieran diligencia.

XXVII. El temor que Juan á Josefo tenia, le hacia estar recogido dentro de los muros de Giscala. Pocos dias después se tornó á rebelar Tiberiada, porque los naturales llamaron á Agripa: y como este no viniese el dia que estaba entre ellos determinado, y eran allí venidos algunos caballeros romanos, retiráronse á la otra parte contra Josefo. Sabido esto por Josefo en Tariquea, el cual, habiendo enviado sus soldados por trigo y mantenimientos, no osaba salir solo contra los que se rebelaban; ni podia por otra parte detenerse, temiendo que entre tanto que él se tardase, no se alzase la gente del rey con la ciudad: porque veía que ese otro dia no le era posible hacer algo por ser sábado, determinó de tomar por engaño aquellos que le habian faltado. Mandó cerrar las puertas de los tariqueos, porque no osase ni pudiese alguno descubrir lo que determinaba; y juntando todas las barcas que halló en aquel lago, las cuales llegaron al número de doscientas treinta, y en cada una cuatro marineros, vínose con tiempo y buena sazon á Tiberiada: y estando aun tan lejos de ella, que no pudiese ser visto fácilmente, dejando las barcas vacías en el mar, llegóse él, llevando consigo cuatro compañeros desarmados, hombres de su guarda, tan cerca, que pudiese ser visto por todos. Como los enemigos le viesen desde el muro donde estaban, echándole maldiciones, espantados y con temor, pensando que todas aquellas barcas estaban llenas de gentes de armas, echaron presto las armas; y puestas las manos, rogábanles todos que los perdonase. Después que Josefo los castigó, reprendiendo y amenazándolos cuanto á lo primero, porque habiendo comenzado guerra contra el pueblo romano consumian y deshacian sus fuerzas con disensiones entre sí y discordias intestinas, y con esto cumplian la voluntad y deseo de los enemigos, y tambien porque se daban priesa y trabajaban en quitar la vida á uno que no buscaba otro sino asegurarles y buscarles reposo: y no se avergonzaban de cerrarle la ciudad, habiendo él hecho el muro para la defensa de ellos. Pero en fin, prometióles de aceptar la disculpa de ellos, si habia algunos que la satisfaciesen; y que dándole tales medios que fuesen convenientes, él afirmaria la amistad con la ciudad. Por esto vinieron á él diez hombres los mas nobles de Tiberiada, y mandándoles entrar en una navecilla de pescadores, apartándolos lejos, mandó que viniesen otros cincuenta senadores, que eran los hombres mas nobles que habia, como que le fuese necesario tomar tambien la palabra y fé de todos estos. Y pensando luego después otros nuevos achaques, hacia salir mas y mas gente bajo de aquella promesa que les habia hecho, mandando á los maestres de los tariqueos, que se volviesen á buen tiempo con las barcas llenas de gente, y que pusiesen en la cárcel á cuantos consigo llevasen, hasta tanto que tuvo presa toda la corte, que era hasta seiscientos hombres, y además dos mil hombres, gente baja y popular: y llevólos todos consigo á Tariquea, dando voces el pueblo que cierto hombre llamado Clito era autor de toda aquella discordia y rebelion, y que debia hartarse su ira con la pena y castigo de este solo, rogándoselo todos. Josefo á ninguno queria matar: pero mandó salir á uno de su guarda, llamado Levia, que cortase las manos á Clito. Y como este no osase obedecerle, díjole movido de temor, que él solo no se atreveria contra tanta gente; y como Clito viese que Josefo en la barca á donde estaba se enojaba y queria salir solo para castigarle, rogábale que por lo menos le quisiese hacer merced de dejarle una mano. Concediéndole esto Josefo, con tal que el mismo Clito se la cortase, desenvainó la espada con su mano derecha, y se cortó la mano izquierda, por el gran miedo que de Josefo tenia. De manera, que Josefo con barcas vacías y con sólos siete hombres tomó todo aquel pueblo, y ganó otra vez la amistad de Tiberiada; y poco después dió saqueo á Giscala, que se habia rebelado con los seforitas; y volvió todo el robo á la gente del pueblo. Lo mismo hizo tambien con los seforitas y tiberienses: porque habiendo preso á estos, quiso corregirlos con dejarlos robar y reconciliarse su gracia y amistad con volverles lo que les habia quitado.

XXVIII. Hasta ahora duraron las disensiones y discordias en Galilea entre los ciudadanos y naturales de allí; pero después de apaciguados todos, ponianse en órden contra los romanos. En Jerusalen trabajaba el pontífice Anano, y la gente poderosa enemiga de los romanos en renovar los muros; hacíanse dentro de la ciudad muchos instrumentos de guerra, muchas saetas y otras armas; y los mancebos eran muy diligentes en hacer lo que les mandaban. Estaba toda la ciudad llena de ruído, y los que buscaban y querian la paz, tenian gran tristeza; y muchos que consideraban las grandes muertes que habia de haber, no podian dejar de llorar, pareciéndoles que todo era muy dañoso, y que se habian de destruir. Los que deseaban la guerra y la encendian, fingian á la hora cuanto les parecia; y ya se mostraba la ciudad en estado de ser destruida antes que los romanos viniesen. Anano trabajó en dejar todo aquel aparejo que se hacia para la guerra, y apaciguar los zelotos, que eran los que todo lo revolvian, procurando de hacerles mudar de su locura en bien: pero ¿de qué manera fué este vencido y qué fin alcanzó? después lo contaremos. En la toparquía y region Acrabatana, un hijo de Giora llamado Simon, habiendo juntado consigo muchos de los que amaban y procuraban novedades y revueltas, comenzó á robar y hacer hurtos, y no solo se entraba por fuerza en las casas de gente rica y poderosa, sino que además de robarlos, los azotaba muy cruelmente, y comenzaba ya á hacerse públicamente tirano. Habiendo Anano enviado los soldados de sus capitanes, huyó á los ladrones que estaban

en Masada con los que consigo ya tenia; y estando allí retraido hasta tanto que fueron muertos Anano y los otros enemigos suyos, destruia y talaba con sus compañeros toda la Idumea en tanta manera, que los magistrados y regidores de esta gente, por la muchedumbre de las muertes y robos continuos que hacian, determinaron guardar las calles y lugares con soldados y gente de guarnicion. En esto, pues, estaban al presente tiempo las cosas de los judíos.

LIBRO TERCERO.

ARGUMENTO DE ESTE LIBRO.

I. De la venida del capitan Vespasiano, y de dos batallas de los judíos.—II. En el cual se describen Galilea, Samaria y Judea.—III. Del socorro que fué enviado á los señoritas, y de la disciplina y usanza de los romanos en las cosas de la guerra.—IV. Cómo Plácido vino contra Jotapata.—V. Cómo Vespasiano vino contra las ciudades de Galilea.—VI. Cómo fué combatida Gadara.—VII. Del cerco de Jotapata.—VIII. Del cerco de los de Jotapata por Vespasiano, de la diligencia de Josefo, y de lo que los judíos hicieron contra los romanos.—IX. Cómo Vespasiano combatió á Jotapata, de los ingenios y otros instrumentos de guerra que para ello tenia.—X. De otro combate que los romanos dieron á los de Jotapata.—XI. Cómo Trajano y Tito ganaron combatiendo á Jafa y de la matanza que allí hicieron.—XII. Cómo Cercalo venció á los de Samaria.—XIII. La destruccion de Jotapata.—XIV. De qué manera se libró Josefo de la muerte.—XV. Cómo Joppé fué tomada otra vez y destruida.—XVI. Cómo se rindió Tiberiada.—XVII. De cómo fué cercada Tariquea.—XVIII. De la Laguna Genesar, y de las fuentes del Jordan.—XIX. De la destruccion de Tariquea.

I. Como Neron supo no haber sucedido las cosas en Judea prósperamente, fué muy amedrentado, pero guardólo en secreto porque era así necesario. Y fingiéndose airado delante de todos voluntariamente, se indignaba diciendo: que habia todo aquello sucedido, mas por la negligencia de sus capitanes, que por la virtud y valor de los enemigos: pero pensaba serle muy conveniente menospreciar lo acontecido, teniendo respeto al peso del gran imperio que regia: y por parecer que tenia mayor ánimo de lo que las adversidades requerian, aunque el cuidado que tenia mostraba claramente, cuán turbados tuviese sus pensamientos, y cuán triste estuviese en pensar á quién pudiese seguramente encomendar el cargo de todo el oriente, que tan revuelto estaba, el cual tomase venganza de los judíos que se rebelaban, y prendiese todas las otras regiones y naciones cercanas á estas, que con el mismo mal estaban ya corrompidas. Halló, pues, para estas necesidades á Vespasiano con ánimo no menor que las cosas requerian, el cual emprendiese una guerra tan importante; porque era varon ejercitado en ella desde sus primeros años hasta la vejez; y porque habia ya dado señal de su virtud manifiesta al pueblo romano, en apaciguar el occidente que estaba muy revuelto por los alemanes, y habia sujetado con armas toda la Bretaña, que es Inglaterra, la cual nunca fué combatida de los romanos hasta entónces, por lo cual fué causa que Claudio su padre triunfase sin poner trabajo en alcanzarlo. Teniendo Neron su confianza en esto, y viendo tambien que Vespasiano era hombre de madura edad y diestro en las cosas de la guerra, y que sus hijos eran prenda y rehenes de la fidelidad que le habia de guardar de tal manera, que la edad floreciente de los hijos le daban manos para su trabajo, porque Dios aun no habia ordenado el estado de la república, envióle á regir los ejércitos que estaban en Siria, animándole con blandas palabras y ofrecimientos segun el tiempo requeria. Luego él, desde Acaya, á donde estaba con Neron, envió su hijo Tito á Alejandría para sacar de allí la quinta y la décima legion de la gente; y pasando él al Helesponto, vínose por tierra á Siria y allí juntó toda la fuerza romana, y tomó socorro grande de los reyes vecinos y comarcanos. Los judíos ensoberbecidos con la victoria que de Cestio hubieron, no podian reposarse ni refrenarse; pero moviéndolos segun parecia la fortuna, determinaban aun de hacer guerra. Por lo cual juntaron la mas gente de guerra que pudieron, y vinieron á Ascalona, que es una ciudad antigua, edificada á setecientos veinte estadios de Jerusalen, enemiga siempre de ellos, lo cual fué parte que pareciese algo mas cerca que todas las otras para dar en ella el primer combate. Tenia tres varones por capitanes de esta empresa, muy esforzados en las armas y muy prudentes; el uno era Peraita Nigro, el otro Sila Babilonio, y el tercero Juan Eseno. Estaba Ascalona rodeada de un muro muy fuerte, mas tenia dentro muy poca guarnicion, porque solamente habia una compañía de gente de á pié y otra de á caballo, cuyo capitan era Antonio. Habiendo, pues, ellos con la ira que llevaban hecho este camino con mucha diligencia, llegaron tan presto y tan en órden, como si vinieran de alguna otra parte muy cerca. Antonio, no sabiendo el ímpetu y fuerza que traian, habia ya salido con su caballería; y sin temor de la muchedumbre que venia ni del atrevimiento y audacia grande con que venian, resistió valerosamente á los primeros encuentros de los enemigos; y llegándose á combatir el muro, los hizo retirar. Los judíos, pues, ignorantes en las cosas de la guerra, en comparacion de la destreza de aquellos, la gente de á pié con la de á caballo, y los sin órden con los muy bien ordenados, y los mal armados con los bien proveidos, confiándose mas en el enojo é indignacion que tenian, que en el consejo y prevision buena, peleaban con los que estaban bien acostumbrados, y no hacian algo sin consejo ni mandamiento de su capitan; y así fácilmente fuéron desbaratados: porque en la hora que los escuadrones primeros fuéron desbaratados por la gente de á caballo de Antonio, todos los otros huyeron; y siendo forzados á huir hácia el muro, ellos mismos se eran enemigos; hasta tanto que, vencidos todos por la gente de á caballo, fuéron desparcidos por todo el campo, el cual era muy ancho y muy cómodo para la caballería. Esto ayudó mucho á los romanos para la matanza y estrago grande que hicieron en los judíos: porque turbábanlos y desordenábanlos como iban huyendo, y mataban á cuantos alcanzaban: los otros, viéndose todos rodeados de enemigos, por cualquier parte que se volvian eran muertos con saetas y dardos. Parecíales á los judíos que estaban solos y sin compañía alguna, aunque era grande la compañía que tenian: tan desesperados estaban de alcanzar salud ó remedio. Los romanos, aunque eran pocos, con haberles sucedido todo prósperamente, pensaban ser demasiados. Queriendo, pues, los judíos vencer el caso adverso que les habia acontecido, avergonzándose de huir tan presto, confiaban que la fortuna se mudaria: y no fatigándose los romanos en proseguir la victoria, alargaron la pelea casi por todo el dia, hasta tanto que los judíos que aquí murieron llegaron al número de diez mil; y dos capitanes, Juan y Silas: los demás, quedando la mayor parte herida y maltratada, huyeron con Nigro, el cual solo quedó vivo de los capitanes, á un lugar de Idumeo que se llama Salis. Algunos de los romanos fuéron tambien heridos en esta batalla: pero no se aplacaron

los ánimos de los judíos con tan gran matanza, antes los incitó el dolor que tenian á mayor atrevimiento; y menospreciando tantos muertos como veian delante de sus piés, movíanse á otra matanza, acordándose de los sucesos prósperos que antes les habian acaecido. Por lo cual, pasando algun tiempo en este medio, aunque no tanto cuanto fuera necesario, para que los que estaban heridos pudiesen convalecer, juntando todas las fuerzas que pudieron y mucho mayor número de gente que antes vinieron, volvian á Ascalona algo mas enojados que la primera vez, acompañándoles siempre, además de la poca destreza y otras faltas que en las cosas de la guerra tenian, la misma fortuna. Porque habiendo puesto Antonio asechanzas por donde habian de pasar, cayendo de improviso en sus manos y rodeado de los de á caballo, antes que los judíos pudiesen ordenarse para pelear, mataron mas de ocho mil de ellos; los otros todos escaparon, huyendo con ellos el capitan Nigro, quien mostró bien la grandeza de su ánimo en muchas cosas que en huyendo hizo, recogiéndose todos; porque ya los enemigos estaban muy cerca en un castillo muy fuerte y muy seguro de un lugar que se llamaba Bezedel. Viendo Antonio que la torre ó castillo era inexpugnable, por no perder allí mucho tiempo en cercarle y por no dejar vivo al capitan mas valeroso de todos sus enemigos, puso gran fuego al muro; y quemando la torre los romanos, se volvieron con gran alegría pensando que Nigro sería tambien quemado; pero este se supo guardar y librarse de este peligro, saltando de la torre á una gran cueva del castillo; y tres dias después buscándole allí sus compañeros para sepultarle pareció, por lo cual tuvieron los judíos placer muy grande, como por un capitan guardado por providencia divina para las cosas que habian de suceder después. Vespasiano, llegado su ejército á Antioquía, que es la principal ciudad de Siria, y tiene sin duda el tercer lugar entre todas cuantas están sujetas al imperio de los romanos, tanto en su grandeza como en su ser fértil y abundante de toda cosa, halló allí al rey Agripa que le aguardaba con su ejército, y así vino á Tolemaida. En esta ciudad le salieron al encuentro los seforitas, ciudadanos de un lugar de Galilea, solos estos pacíficos por el cuidado que de su propia salud tenian, y por saber tambien las fuerzas de los romanos; y antes que Vespasiano viniese se habian juntado con Cestio Galo, y con toda amistad habian tomado socorro de su gente y guarnicion, los cuales recibiendo entónces muy benignamente al capitan enviado por el emperador, le prometieron ayudarle contra sus propios naturales. Dióles por guarnicion Vespasiano tanta gente de á pié y de á caballo, cuanta entendió serles necesaria para defenderse de toda fuerza que les quisiesen hacer, si los judíos por ventura querian innovar algo; porque parecióle que no era pequeño peligro, si Séforis, que era la mayor ciudad de Galilea, les fuese quitada: porque era fundada en un lugar muy seguro, y habia de ser para guarda y socorro de toda la gente.

II. Dos Galileas hay: la una se llama superior y la otra inferior, rodeadas entrambas con el reino de Fenicia y de Siria. Por la parte del occidente las apartan de los fines y términos de su territorio Tolemais con el monte de Carmelo que solia ser de los galileos y está ahora sujeto á los tirios, con el cual está junta Gabaa, ciudad que se llama de los caballeros, porque fueron enviados caballeros por el rey Herodes que la poblasen. Hácia el mediodía confina con los samaritas y los de Escitópolis hasta el rio Jordan: y al oriente tiene Hipona y Gadaria, y acaba en los Gaulanitas, que son tambien fines y términos del reino de Agripa. Lo largo de ella se llega por el septentrion hasta los términos de Tiro y por todas aquellas tierras. Galilea la inferior se extiende desde Tiberíada hasta Zabulon, que tiene vecindad con Tolemaida en la parte marítima: de ancho se extiende, desde el lugar llamado Xalot, que está en el campo grande, hasta Bersabé, en donde comienza la anchura de la superior Galilea, hasta el lugar llamado Baca, que aparta la tierra de los tirios. Lo largo de ella se extiende desde un lugar cercano al Jordan, que se llama Tela, hasta Merot. Y siendo entrambas tan grandes y rodeadas de tantas gentes extranjeras, siempre resistieron á todas las guerras y peligros; porque de su naturaleza son los galileos gente de guerra, y en todo tiempo suelen ser muchos, y nunca mostraron miedo ni faltaron jamás hombres: son sus tierras muy fértiles, llenas de todo género de árboles en tanta manera, que mueven con su fertilidad á la labranza á los que de ello no tienen ni voluntad ni costumbre. Por esta causa no hay lugar en todas ellas sin que sea labrado por los que allí habitan, ni hay parte alguna de tierra que esté ociosa. Hay tambien muchas ciudades; y por la fertilidad y hartura grande de esta tierra están todos los lugares muy poblados, en tanto que el menor lugar de todos pasa de quince mil vecinos; y aunque pueden decir que es la menor de todas las regiones que están de la otra parte del rio, pueden tambien decir que es la mas fuerte y mas abastecida de toda cosa, porque toda ella se ara y se ejercita; es toda muy fértil de frutos, y aquella que está de la otra parte de la ribera, aunque sea mucho mayor, es por la mayor parte muy áspera, desierta é inhábil para frutos que dan mantenimiento. La blandura y naturaleza de Perea es muy fértil, tiene los campos muy llenos de árboles y frutos, y principalmente de olivos, viñas y palmas. Es regada abundantemente por arroyos que descienden por las montañas, y con fuentes vivas que continuo manan agua muy clara y muy limpia, cuando los arroyos por el gran calor del estío no dan el agua que es necesaria. Tiene extension desde Maquerunta hasta Pela, y de ancho desde Filadelfia hasta el Jordan; y la Pela, que habemos dicho, la tiene hácia el septentrion, y por la parte occidental tiene el Jordan; al mediodía tiene la region de los moabitas, y al oriente tiene la Arabia, Silbonitida, Filadelfia, y ciérrase con los Gerasos. La region y tierras de Samaria están entre Judea y Galilea: porque comenzando en un lugar que está en el llano, el cual se llama Guinea, viene á acabar en la toparquía y señorío Acrabatano; pero no es tierra esta diferente en su naturaleza de Judea, porque ambas regiones son muy montañosas y tienen muy grandes campos despoblados, y son para arar muy buenos, muy blandos y están tambien muy llenos de árboles. Son muy abundantes de manzanas, tanto de las silvestres como de las domésticas, porque de su natural estas tierras son secas; pero sobreviéneles el agua del cielo, de la cual tienen siempre mucha, y con ella se hacen las aguas muy dulces, y dan de sí muy gran copia y abundancia de heno y yerbas, con la cual ellas mas que algunas otras tierras tienen siempre el ganado muy lleno y abundante de leche; y la mayor señal de la continua fertilidad y abundancia de estas tierras, es ver que todas están llenas de gente. Confina con ellas el lugar llamado Anat, que tambien se suele llamar Borceos, el cual es límite de Judea por la parte de septentrion. Por la parte de mediodía, si tomares lo largo, tiene por términos un lugar que está en los fines de Arabia, el cual por nombre se llama Jordan: la anchura se extiende del rio Jordan hasta Joppé. En me-

dio de estos está Jerusalen, por lo cual algunos con razon la llamaron el ombligo de estas regiones, queriendo decir el medio. Y no carece Judea de los deleites de la mar, porque se extiende por las partes marítimas hasta Tolemaida: está dividida en once partes, ciudades principales, de las cuales la principal y la real es Jerusalen: esta sobrepuja á todas las otras, ni mas ni menos que la cabeza á los otros miembros; entre las demás están repartidos los regimientos ó toparquías. La segunda es Gosna, y luego después es Acrabata: siguen Tamna, Lidda, Amaus, Pela, Idumea, Engada, Herodio y Jericó. Después Jamnía y Joppé gobiernan y mandan á las comarcanas. Además de estas Gamalítica tambien, Gaulanitis, Batanea y Traconitis, que son parte del reino de Agripa. La misma tierra, comenzando del monte Líbano y fuentes del Jordan, se extiende de ancho hasta la laguna que está cerca de Tiberíada; y se dilata desde un lugar que se llama Arfas, hasta Juliada; y habitan en estas tierras judíos y gentes de Siria todos mezclados.

III. Contado habemos arriba, lo mas brevemente que nos ha sido posible, el sitio y cerco de Judea. El socorro que Vespasiano habia enviado á los seforitas, que era mil caballos y seis mil infantes, asentó su campo en un gran llano que allí habia, siendo regidor y capitan Plácido Tribuno, y le dividió en dos partes. La infantería estaba dentro de la ciudad por guardarla, y la otra gente de á caballo estaba en el campo; pero saliendo muchas veces ambas partes á correr todos aquellos lugares cercanos allí, hacian gran daño á Josefo y á sus compañeros, aunque ellos se estaban reposados: robaban además de esto las ciudades por defuera, y resistian á la fuerza y empresa de los ciudadanos, si alguna vez salian con confianza á correr alguna tierra. Quiso, con todo, Josefo venir contra la ciudad, pensando, y aun confiando que le podria tomar, aunque él le habia hecho un muro antes que se rebelase contra los galileos, que cierto era inexpugnable, nó para ellos solos, si es que tambien para los romanos. En esto su esperanza fué burlada, no pudiendo traer á lo que queria, ni persuadir á los seforitas aquello, y movió mas la guerra en Judea, indignándose con los romanos con enojo, por ver las asechanzas que les armaban; por lo cual, ni de dia ni de noche dejaban de destruir y talar todas las tierras, robando todo cuanto hallaban, y matando á los que eran experimentados en las cosas de la guerra y valientes: prendian á los que no lo eran, y teníanlos en servidumbre. Toda la Galilea estaba llena de fuego y de sangre, sin que hubiese alguno exceptuado de esta destruccion y mortandad; los que huian solamente tenian esperanza de salvarse en las ciudades, las cuales Josefo habia antes cercado de muy buenos muros. Enviado Tito de Acaya en Alejandría mas presto de lo que por el invierno se esperaba, tomó los soldados á su cargo por los cuales habia venido; y habiendo así con diligencia proseguido su camino, vínose temprano á Tolemaida: y hallando allí á su padre con las dos legiones que consigo tenia, eran cierto las mejores y mas nobles, es á saber, la quinta y la décima, juntó con ellas tambien la décima quinta, que consigo Tito trajo. Después de estas seguian diez y ocho compañías, con las cuales se juntaron otras cinco que estaban en Cesarea, un escuadron de caballos y cinco de gente de á caballo de Siria: cada una de las diez compañías tenia mil hombres de á pié, y cada una de las otras trece seiscientos hombres de á pié y ciento veinte de á caballo: juntóse tambien harto gran socorro con los que los reyes comarcanos enviaron; porque Antíoco, Agripa y Sohemo enviaron dos mil hombres de á pié, y mil flecheros de á caballo. Envióle tambien Malco, rey de Arabia, además de cinco mil infantes, mil caballos, cuya mayor parte eran tambien flecheros, de manera, que contando junto todo este ejército, llegó casi á sesenta mil hombres entre los de á pié y los de á caballo, además de otros muchos que seguian el campo, los cuales por estar ya muy experimentados en las cosas de la guerra, nó diferian de gente de guerra, porque en tiempo de paz habian estado en los ejercicios de sus señores, y experimentado con ellos los peligros de la guerra, y si no era por sus señores, no podian ser vencidos por algun otro tanto en sus fuerzas, como en la destreza y maña en las cosas de la guerra. En esto, por cierto, pensará alguno ser digna de muy gran admiracion la providencia de los romanos que se saben servir de los que les son sujetos en las necesidades de la guerra además de todas las otras cosas en que se suelen servir de ellos; y los que consideran la otra disciplina y arte que tienen en las cosas de la guerra conocerán claramente haber ellos alcanzado tan grande imperio, nó por bien ni prosperidad de la fortuna, sino por propia virtud y esfuerzo. No comienzan á ejercitar primeramente las armas en la guerra, y no solo hacen cuando les es necesario sus ejercicios de guerra, antes estando muy en paz, jamás dejan de ejercitarse en las armas, ni mas ni menos que si les fuesen naturales, ni quieren tener algun tiempo treguas con ellas, pues ni aun con el tiempo tienen cuenta, y sus pruebas en los ejercicios de la guerra no son desemejantes á la verdadera pelea, porque cada dia todos los soldados salen armados á ejercitarse como si saliesen á la batalla, y de aquí es que sufren tan animosamente toda guerra. No se desbaratan menospreciando la órden que deben guardar; no los espanta el miedo, ni los consume el cansancio, de lo cual siempre les sigue la victoria, y siempre vencen á los que no hallan tan ejercitados ni tan diestros como ellos; ni errará el que dijere sus pruebas y ejercicios de armas ser batallas sin sangre; y al contrario, sus verdaderas batallas ser pruebas y ejercicios con derramamiento de sangre. No pueden ser vencidos por súbita arremetida de enemigos, antes en cualquier tierra que entran no comienzan la guerra antes de poner en órden y asentar muy diestramente su campo, el cual no fortifican con alguna cosa ligera, ó en algun lugar que no sea muy cómodo, ni ordenado sin mucha cordura; mas si la tierra es desigual, primero allánanla toda y señálanla con cuatro cantones, y suelen siempre hacer cuatro partes el ejército, rodeándose los unos con los otros: sigue siempre al ejército gran muchedumbre de herreros y copia grande de instrumentos para las armas, segun la necesidad y uso de ellos requiere. La parte del campo que está por dentro, está dividida por sus tiendas y alojamientos, y el cerco por defuera está como un muro; ordenan tambien con igual distancia sus caballeros: en el espacio que hay entre uno y otro suelen echar abundancia de máquinas, instrumentos y ballestas, con las cuales tiran las piedras, de tal manera, que no les falte jamás todo género de armas; y edifican cuatro puertas altas, y tan buenas para recogerse y entrar así ellos como todos sus jumentos y caballos, á fin que si fuere necesario puedan recogerse y tengan todos lugar dentro. Las calles por dentro apartan los reales con igual espacio y lugar; en medio de todo asientan las tiendas de los regidores, y allí ponen tambien un como templo, de tal manera, que cierto parece una ciudad edificada y alzada de presto: tienen tambien su merca-

do donde las cosas se venden, y los oficiales todos tienen su recogimiento: los regidores y capitanes de los soldados tienen lugar para dar sus sentencias adonde se suele juzgar siempre que sucede algo que tenga necesidad de ello, y si algo acontece dudoso. Pues este cerco y todo lo que de dentro de él se contiene es tan presto puesto en órden con la diligencia y destreza de los oficiales, que no se puede pensar; y cuando la necesidad lo requiere sábenlo cercar de foso por todo el rededor, haciéndole cuatro brazas de hondo, y otras tantas de ancho; y rodeados todos de armas estánse en sus alojamientos y tiendas gentilmente reposados, y de tienda en tienda se trata todo cuanto hacen con gran silencio y prevision, comunicándose unos á otros aquello que falta, si por ventura carecen de leña, ú de agua ó trigo. No tienen libertad de comer ni cenar cuando quieren; todos se acuestan á una misma hora; las horas de guarda hácenlas saber con son de trompeta, y no se hace jamás algo sin que se sepa por pregon y mandamiento público. En las mañanas, los soldados van á dar los buenos dias á sus centuriones, y estos danlos á los tribunos con los cuales se juntan, y vienen á los capitanes con toda la otra gente, y así se presentan todos al general y maestre de todo el campo. Este entónces da á cada uno de los capitanes y á todos los otros la señal que quiere, segun el cargo que cada uno tiene, para que ellos y cada uno por sí la haga saber á los que están en su regimiento. Con estas cosas, cuando están en el campo y en la pelea, fácilmente son llevados adonde los capitanes quieren, y arremeten todos juntamente, y tambien todos juntamente se recogen: cuando han de salir al campo, dan de ello señal con una trompeta, y ninguno se detiene ni se está ocioso; antes en señalarles la hora, disparan y recogen sus tiendas, y ordénanlo todo para partirse. Luego la trompeta les vuelve á señalar que estén aparejados; y ellos, habiendo cargado todo el bagaje que tienen, están esperando la señal, no menos que si hubiesen de dar la batalla: suelen quemar todo cuanto dejan, porque no les es difícil volverlo á hacer cuando les es necesario, y tambien porque los enemigos no se puedan servir ni aprovechar de ello: á la tercera vez que la trompeta tañe es señal de partir, y dan gran priesa, porque ninguno quede ni pierda su órden y lugar. Está una trompeta á la mano derecha del capitan, y pregunta á todos en su lengua tres veces con la voz muy alta si están aparejados para pelear; ellos suelen responder con mucha alegría y esfuerzo otras tres veces, y decir que sí, y aun se suelen adelantar algunas veces en decirlo primero que les sea preguntado, y levantan á las voces con gran ánimo que da cada uno y con esfuerzo, el brazo derecho. Después hacen poco á poco su camino, marchan con órden, y con la honra que á cada uno conviene, no menos que si estuviesen en la batalla, van con las mismas armas; la gente de á pié lleva sus coseletes y cascos, y una espada en cada lado: la de la mano izquierda es mucho mas larga, porque la de la mano derecha no suele ser mayor de un palmo, que es lo que ahora llamamos puñal ó daga. La guardia del general suele ser de la gente mas escogida de á pié, y llevan escudos y lanzas, la otra gente toda lleva dardos y paveses largos; traen tambien una sierra, una canastilla con una destral y muchas otras cosas, y en ella llevan tambien de comer para tres dias, de suerte que hay poca diferencia entre ellos y un jumento cargado. Los de á caballo tienen á la mano derecha una espada mas larga, y en la mano un palo y un broquel atravesado al lado del caballo; en la aljaba suelen llevar tres dardillos ó flechas largas, ó pocas mas con los hierros algo anchos, poco diferentes en la grandeza de los dardos: llevan tambien unos capacetes y coseletes semejantes á los de á pié, y los de la guardia del general no suelen ir en algo diferentes de los otros; va delante siempre aquel á quien le viene por suerte. Tales, pues, son las maneras que los romanos guardan en sus caminos, y en asentar un campo, y tal es la variedad que guardan en las armas: no hacen nada sin determinar y tomar consejo primero sobre ello en las cosas de la guerra, y lo que determinan es conforme á lo que hacen, y lo que hacen conforme á lo que han determinado; y antes de poner en efecto algo, primero lo proponen en consejo: por esto suelen, ó errar en muy pocas cosas, ó si por ventura les acontece algun yerro, es fácil cosa enmendarlo. Las cosas que suceden con consejo, suélenlas tener, por contrarias y adversas que les sean, por mucho mejores que no son los sucesos y acontecimientos de la fortuna, por próspera y favorable que sea, por no mostrarse tener en mas los bienes y esperanzas de la fortuna que las de su consejo: pero las cosas que son antes de ejecutarlas bien pensadas, aunque no sucedan prósperamente, las tienen por muy buenas, guardándose y proveyéndose que otra vez no les acontezca lo mismo, porque de los bienes que por fortuna acaecen, no suele ser causa ni autor de ellos aquel á quien acontecen, y de lo que acontece por desdicha, aunque venga contra consejo, consuélanse con pensar á lo menos no haberles acontecido por falta de consejo y miramiento. Con el ejercicio que hacen de las armas, no solo se ejercitan las fuerzas del cuerpo, sino que tambien fortalecen sus ánimos: del temor que tienen les nace mayor diligencia porque tienen leyes, las cuales quieren la muerte y condenacion, no solo de los que grandemente faltan, sino que aun tambien por pequeña falta que tengan, incurren en pena de la muerte: los capitanes suelen ser mas justicieros que las mismas leyes, y dando galardon á los que lo merecen, hacen que no parezcan crueles en castigar á los que cometen faltas, ni en corregirlos. Suelen ser todos tan obedientes á sus regidores, que en la paz les suele ser muy gran honra, y en la guerra ó batalla todo el ejército no parece mas de un cuerpo, con tanta órden están juntos todos los escuadrones, con tanta presteza se mueven, tan atentos están á escuchar lo que les será mandado, tan abiertos tienen los ojos en mirar las señales que les serán hechas, tan prontas tienen las manos en las obras, por lo cual suelen ser todos muy valerosos en dañar á sus enemigos, y son muy pocas veces dañados por ellos. Los que pelean no saben jamás la muchedumbre ni el número de los enemigos, ni lo que los capitanes determinan entre sí, ni las dificultades de las tierras; pero ni aun quieren sujetarse á la fortuna, aunque piensen serles mas cierta por esta parte la victoria. Pues qué maravilla es, si estos, cuyos hechos siempre están fundados con consejo, y cuyo ejército sabe ejecutar tambien lo que los capitanes han determinado, han ensanchado y alargado su imperio desde el Éufrates al oriente, y del océano al occidente, y desde las regiones fértiles de África, hácia el mediodía, hasta las del Danubio y Rin por el septentrion, de los cuales se podria muy bien decir que es mucho menos lo que poseen, de lo que los que lo poseen merecen. He querido tratar todo esto, nó por loar á los romanos, sino por consolacion de los vencidos, y para espantar á los que desean novedades y revueltas: porque podrá ser aproveche por ventura á los que desean bien ejerci-

tarse en estas artes buenas, saber la manera y ejercicios de los romanos en las armas, pero ahora vuelvo á lo que habia antes dejado.

IV. Detenianse en este tiempo en Tolemaida Vespasiano y su hijo Tito ordenando su ejército; pero Plácido ya habia entrado por Galilea, adonde mató muy gran muchedumbre de los que prendia, y fué esta de la gente de Galilea, ignorante en las cosas de la guerra y falta de ánimo, y viendo que los de guerra se recogian en las ciudades fuertes que Josefo habia abastecido, pasó su fuerza contra Jotapata, que era la mas fuerte y mas segura ciudad de todas, pensando tomarla fácilmente con acometerla de súbito, y que con esto alcanzaria gran nombre y gloria de todos los regidores, y haria camino mas fácil para acabar lo demás cómodamente y presto, pensando que tomada la principal y mas fuerte ciudad, las otras todas se rendirian fácilmente. Pero mucho le engañó su opinion, porque los de Jotapata sabiendo su fuerza, y como venia ya cerca de la ciudad, recibiéronle, y saliendo á combatir con él muchos muy bien armados y muy alegres, porque peleaban por la salud propia de ellos, de sus mujeres, hijos, y de su patria, hiciéronlos huir, é hirieron á muchos, matando solos siete hombres, porque ni se habian retirado de la pelea sin órden, y rodeados por todas partes habian sido ligeramente heridos, teniéndose los judíos por mas seguros en pelear de lejos, que no juntarse á las manos estando los unos armados y los otros nó. Cayeron en esta pelea tres judíos y quedaron algunos pocos mas heridos: Plácido, pues, echado de la ciudad huyó.

V. Teniendo Vespasiano deseo y determinacion de venir contra Galilea, pártese de Tolemaida con sus jornadas ordenadas á su gente, segun tienen de costumbre los romanos, y mandó que la gente de socorro que venia algo menos armada que la otra, y todos los ballesteros se adelantasen para refrenar y detener á los enemigos que salian á correr; y para que mirasen muy bien los lugares buenos y cómodos para poner sus asechanzas y celadas. Seguíalos luego parte de la gente de á pié romana y parte de la caballería; luego sucedian diez hombres de cada compañía, los cuales llevaban sus armas y la mesura que habian de tomar para asentar su campo: seguian después los que allanan las calles, los malos pasos y asperidades de los caminos, cortan las selvas cuando les impiden porque no se canse el ejército con la dificultad del camino: después vienen sus cargas y las de los regidores que á él están sujetos, y por guarda de estos ordenó con ellos muchos de á caballo. Después de todo esto venia él, traia consigo la gente mas escogida, así de á pié como de á caballo, y además de toda esta tropa, acompañábale tambien el escuadron de su gente: de cada compañía tenia escogidos para su servicio ciento veinte caballeros, trás estos venian los que traian los otros instrumentos para combatir las ciudades, las máquinas y cosas necesarias para ello; luego seguian los regidores y los tribunos señalados á cada compañía, rodeados de soldados muy escogidos. Venia tambien la bandera del águila; y con ella juntas otras muchas, la cual manda á todas las otras, porque es reina de todas las aves, y es la mas esforzada: piensan en verla que es una señal y buen agüero de la victoria, y de su potencia contra cuantos salen á pelear. Seguian á las sagradas imágenes de las banderas ciertos tañedores de cornetas, y después el escuadron de soldados de seis en seis, y venia con ellos un capitan ó centurion, el cual procuraba de hacer que se guardase la órden y disciplina militar: los criados de cada compañía estaban todos con la gente de á pié, y traian los mulos y cargas de la gente: en el escuadron postrero adonde venian los que ganaban sueldo venia tambien mucha gente de á pié armada, y mucha de á caballo. Habiendo pasado su camino Vespasiano, llegó á los términos de Galilea, y habiendo puesto allí su campo, aunque tenia toda su gente muy pronta para la guerra, todavía la detenia, y mostraba á los enemigos para amedrentarlos, y tambien para darles tiempo para rendirse, si antes de darles asalto ó la batalla alguno se quisiese pasar á su parte; pero con todo esto él hacia su muro para defenderse: así sola la vista del capitan fué causa que muchos de los que se habian rebelado huyeron, y todos generalmente fueron muy amedrentados. Los compañeros de Josefo que habian puesto su campo cerca de Séforis, cuando entendieron que la guerra se acercaba, y que ya los romanos estaban para dar con ellos, no solo huyeron antes de llegar á tal caso sino aun antes de ver á los enemigos. Quedó solo Josefo con muy pocos; mas él, viendo que no tenia gente para esperar á los enemigos, que eran tantos, y que á los judíos les habia faltado el ánimo, y que si se confiaba en aquellos, los mas se habian de pasar á los enemigos, determinó entónces dejar del todo la guerra, y apartarse muy lejos de todo peligro, y llevando consigo los que con él quedaron, retiróse á Tiberíada.

VI. Habiendo acometido Vespasiano la ciudad de los gadarenses, al primer asaltó la tomó, porque estaba vacía de toda la gente de guerra. Pasando luego de aquí mas adentro, mató á todos, y aun hasta los muchachos, sin que tuviesen los romanos compasion ni misericordia de alguno, acordándose de las muertes que habian sido cometidas contra Cestio, y tambien por el odio y aborrecimiento grande que contra los judíos tenian; y dió fuego no solo á la ciudad, sino tambien quemó todos los lugares que al rededor habia, y los lugarejos que estaban casi desolados, tomando toda la gente que en ellos hallaba. Josefo hinchó de miedo la ciudad que habia deseado para defenderse: porque los tiberienses no creian que habia de huir jamás, sino perdidas todas las esperanzas de poder salvarse, y en esto no les engañaba la opinion de lo que Josefo quisiera. Veia este en qué habian de parar las cosas de los judíos, y que solo tenian un camino para salvarse y alcanzar salud, el cual era mudar su propósito y voluntad: él por su parte, aunque confiase que los romanos no le habian de matar, todavía quisiera muchas veces mas morir que vivir, y tener prosperidad entre aquellos con afrenta del cargo que le habia sido encomendado, antes que hacer traicion á su propia patria, contra la cual habia sido antes enviado. Por tanto, determinó escribir á los principales de Jerusalen, y hacerles saber fielmente en qué estado estuviesen las cosas, porque levantando demasiado las fuerzas de los enemigos no le tuviesen por temeroso, ó disminuyéndolas algo mas de lo que á la verdad eran, no les moviese á soberbia y ferocidad, sin darles lugar de arrepentirse de lo hecho hasta allí, y que si les placia el concierto, luego se lo hiciesen saber, y si determinaban que prosiguiese la guerra, le enviasen ejército bastante para resistir á los romanos: escritas estas cartas, enviólas con diligencia á Jerusalen.

VII. Deseoso Vespasiano de destruir á Jotapata, por haber entendido que gran parte de los enemigos se habian allí recogido, y por saber que era el mas fuerte recogimiento de Galilea, envió delante la infantería y caballería, porque allanasen el camino que era montañoso, muy áspero con las peñas, difícil á la gente de á pié, é imposible á la de á caballo. Estos,

pues, en cuatro dias huyeron, acabado lo que les habia sido mandado, é hicieron muy ancho camino por donde el ejército pasase: al quinto dia, que era á los veinte y uno de mayo, primero vino Josefo de Tiberíada á Jotapata, y esforzó á todos los judíos que tenian perdido el ánimo. Habiendo un hombre de allá huido, y contado esto á Vespasiano, le movió á que se diese muy gran priesa en venir contra aquella ciudad, porque le habia de ser muy fácil cosa tomar toda la Judea, si tomaba aquella ciudad, y cautivaba á Josefo. Sabiendo esta nueva, como cosa muy buena y muy próspera, Vespasiano pensó que por divina providencia habia sucedido, que el mas prudente de todos los enemigos se pasase de grado á su parte; envió luego á Plácido con mil de á caballo; y juntamente con él al capitan principal Ebucio, varon no menos prudente que esforzado: mandó hacer un foso al rededor de la ciudad, porque Josefo que allí estaba no pudiese escaparse escondidamente. Luego esotro dia Vespasiano fué con ellos acompañado de todo el ejército, y después de medio dia llegó á Jotapata, y puso su campo á la parte de septentrion en una montañuela á siete estadios de la ciudad. Trabajaba mucho en que sus enemigos le pudiesen ver, porque viéndole se amedrentasen, y sucedió así, porque en la hora que le vieron, con el gran miedo no hubo alguno que osase salir fuera de los muros: no quisieron los romanos acometer luego la ciudad, porque venian cansados del camino: por esta causa habiéndola cercado á doble cerco, pusieron tambien defuera el escuadron de la gente de á caballo, procurando con diligencia que no tuviesen los judíos lugar para huir ni escaparse. Pero esto hizo á los judíos mas atrevidos, y los esforzó mas, verse sin esperanzas de poder librarse; y en la guerra no hay cosa alguna que tanto esfuerce como es la necesidad y fuerza. Luego al siguiente dia acometieron el muro: al principio, estando los judíos en su lugar, resistian á los romanos que tenian el campo delante de los muros; después, cuando Vespasiano permitió, poniendo toda la gente de su campo, que les pudiesen tirar; y haciendo él con la gente de á pié la fuerza que podia, por aquella parte del montecillo, por la cual era cosa mas fácil combatir el muro, entónces Josefo con todo el otro pueblo, temiendo no tomasen la ciudad, salió contra los romanos; y echándose todos juntos contra ellos, hiciéronlos recoger lejos de los muros, haciendo muchas hazañas, no menos con sus fuerzas que con su audacia y atrevimiento. Pero no padecian menos de los enemigos, que los enemigos de ellos: porque cuanto los judíos se encendian por tener perdidas las esperanzas de poderse salvar y librar, tanto mas los romanos se encendian de vergüenza; y estos estaban armados de saber y destreza en las cosas de la guerra; aquellos, teniendo por capitan la ira grande, armábalos la ferocidad. Habiendo finalmente peleado todo el dia, la noche los despartió; hallároнse muchos romanos heridos y trece de ellos muertos: fueron tambien heridos seiscientos judíos, y muertos diez y siete. Al dia siguiente, viniendo los romanos á dar en ellos, saliéronles al encuentro los judíos; y resistiéronles mas fuertemente, tomando nueva esperanza por ver que el dia antes les habian resistido sin que tal confiasen; pero tambien experimentaron mas fuertes esta vez á los romanos; porque la vergüenza que tenian, les habia movido y encendido la ira y la saña, pensando que sino vencian presto habian de ser vencidos. No cesaron, pues, los romanos de combatirlos cinco dias consecutivos. Los de Jotapata tambien hacian sus corridas, y principalmente hacian fuerza en combatir los muros. Los judíos no temian las fuerzas de los enemigos, ni los romanos se fatigaban con la dificultad que tenian en tomar la ciudad. Jotapata casi toda era fundada sobre rocas y peñas muy grandes: tiene por todas partes valles muy grandes, y mas altos de lo que es posible alcanzar con la vista; pero por una sola parte, que es hácia el septentrion, tiene entrada á donde está edificada en una ladera de un monte que viene allí á acabarse; y esta parte la habia cerrado Josefo con el muro que habia hecho á la ciudad, porque no tuviesen los enemigos entrada por las alturas de aquella parte. Y cubierta con los otros montes que están al rededor, no puede ser vista ni descubierta antes de llegar á ella: esta, pues, era la fuerza de Jotapata. Pensando Vespasiano que habia tambien de pelear con las dificultades de aquella tierra, y con la audacia y atrevimiento de los judíos, determinó de cercarla muy de hecho; y llamando á los regidores de su ejército, tomó consejo sobre ello. Y como hubiese mandado levantar un monte, en la parte por donde se podia fácilmente entrar, envió todo su ejército que trajese recado para ello; y habiendo cortado los montes que estaban cerca de la ciudad, juntando gran copia de leños y piedras, puso amparos para evitar las saetas y dardos que les echasen por todos los fosos: cubiertos con ellos hacian poco á poco su monte, sin que les dañasen en algo ó en muy poco los dardos y saetas que les tiraban de los muros. Los otros les traian tierra de los montes que deshacian sin impedírselo alguno; y de esta manera, divididos todos en tres partes, ninguno estaba ocioso. Los judíos trabajaban en echarles piedras muy grandes encima de aquellas mantas ó amparos que habian puesto, y echábanles tambien dardos y muchas saetas, los cuales aunque no pasasen á los que estaban por dentro, hacian todavía gran ruído, y eran gran impedimento á los que estaban debajo trabajando. Entónces Vespasiano hizo poner al rededor las máquinas que tenia é ingenios para combatirlos, los cuales llegaban al número de ciento sesenta, y mandó tirar contra los que estaban encima del muro: echaban muchas lanzas y tiraban muy grandes piedras con aquellos ingenios y máquinas, y procuraban tirar todo género de armas dañosas, mucho fuego, muchas saetas y dardos, con lo cual hicieron que no solo no llegasen al muro los judíos, sino que se retrajesen hasta donde las saetas y los otros ingenios no llegaban. El escuadron de los árabes, los que tiraban saetas y con hondas, y todas las máquinas que tenian puestas hacian cada una su oficio. No dejaban con todo los judíos de defenderse y desviar la fuerza de los romanos; pero salian como por unas minas, como suelen hacer los ladrones, y destruian las mantas de los que obraban; y destruidas, heríanlos muy gravemente. Por lo cual, habiéndose los romanos recogido, deshacian lo que sus enemigos habian hecho, y echaban fuego á todas cuantas fuerzas los romanos habian trabajado de hacer, hasta tanto que, entendiendo Vespasiano proceder aquel daño por causa de haber repartido mal las obras, y haber dejado espacio entre unos y otros para que los judíos saliesen, juntó las mantas; y de esta manera, teniendo sus fuerzas juntas, fueron desbaratadas las salidas y corridas de los enemigos. Levantado ya el monte tanto casi como los torreones y fuertes, tuvo Josefo por cosa indigna no hacer algo contra esto, en defensa y amparo de la ciudad, por lo cual mandó llamar oficiales y que alzasen el muro. Y respondiendo estos que no podian edificar por causa de tantas saetas y dardos como les tiraban, pensó en hacerles este amparo: puso en tierra unos palos

altos, y mandó extender por ellos cueros de buey frescos, que pudiesen recibir los golpes de las piedras que aquellas máquinas echaban y diesen en vacío las otras armas, y el fuego pudiese matarse con el agua. Puestas, pues, estas cosas en órden delante de los que alzaban el muro, trabajando los dias y las noches, alzaron el muro veinte codos mas, y edificaron muchas torres en él muy fuertes. Cuando los romanos, que pensaban tener ya ganada la ciudad, vieron esto, recibieron por ello muy grande pesar, espantados mucho por ver la diligencia que Josefo habia hecho en fortalecerse, y por ver los que de dentro estaban tan obstinados.

VIII. Movíase con mayor enojo Vespasiano, por ver el astuto consejo y el atrevimiento grande de sus enemigos, porque recibida ya alguna esperanza de haberse fortalecido, osaban salir contra los romanos á correrles el campo; salian cada dia compañías á pelear; hacíanse mil engaños, mil ládronicios y rapiñas de todo lo que se ofrecia; y quemaban lo que no podian haber, hasta tanto que Vespasiano, deteniendo los soldados que no peleasen, se quiso poner á cercar la ciudad para tomarla por hambre: porque pensaba que, forzados por pobreza y hambre, se habian de rendir; ó si querian ser pertinaces y porfiados, que habian todos de perecer de hambre; y que seria mucho mas fácil tomarlos y combatirlos, si los dejaba reposar un poco, haciendo que ellos mismos enflaqueciesen y se disminuyese la fuerza de ellos con el hambre. Mandó poner guarda en todas las partes por donde salian y podian salir. Estaban de dentro muy bien proveidos, así de trigo como de toda otra cosa, excepto de sal; la falta de agua los fatigaba mucho, porque no tenian dentro de la ciudad ninguna fuente: y contentos los que de dentro vivian de la agua del cielo, pues en el verano suele llover en aquellas partes muy poco, daba esto á los cercados mucha mayor pena que todo lo otro, ver que les era ya quitado lo que ellos habian pensado para defenderse, y matar la sed: parecíales que les faltaba ya toda la agua, y por ello estaban todos con tristeza. Viendo Josefo que la ciudad abundaba de todas las otras cosas; y viendo los hombres animosos y esforzados, por alargar el cerco de los romanos mas de lo que estos pensaban, determinó de darles el agua para beber con medida. Cuando los judíos vieron que les era dada de esta manera el agua, parecíales esto cosa mas grave que no era la falta misma de ella; y movíales mayor deseo y sed, por ver que no tenian libertad de beber cuando querian, y no trabajaban ya en algo mas que si estuvieran muertos con la gran sed que padecian. Estando, pues, de esta manera, no podian dejar de saberlo los romanos, porque por el collado que estaba en aquella parte los veian venir á todos á un lugar y tomar el agua cada uno con medida, y aun allí llegaban los tiros de las ballestas y mataban á muchos. No mucho después, consumida ya y acabada toda el agua de los pozos, Vespasiano pensaba que por la necesidad habia de rendirse y entregarse la ciudad: pero para quitarle estas esperanzas y pensamientos, mandó Josefo que colgasen por los muros mucha ropa mojada, tanto que el agua corriese de ella. Los romanos cuando vieron esto, tuvieron gran tristeza y temor, por entender que en cosa que no aprovechaba gastaban tanta agua, pensando ellos que para mantenerse tenian muy grande necesidad y falta de ella. Determinó al fin el mismo Vespasiano, desesperando de poder tomar por hambre ni por sed la ciudad, llevarla por fuerza y batirla: los judíos tambien deseaban esto mucho, porque creian que ni ellos ni la ciudad se podia salvar, y antes deseaban morir peleando y en la guerra, que morir de hambre y de sed. Inventó Josefo otra cosa para proveer su ciudad por un valle muy apartado del camino, y por tanto menos visto por los enemigos. Enviando, pues, cartas á los judíos que queria, los cuales moraban fuera de la ciudad hácia el occidente, recibia de ellos todo lo que le era necesario y faltaba en la ciudad, mandábalos venir á las noches, cubiertas sus espaldas con unos pellejos; porque si algunos los veian y descubrian, pensasen que eran canes ó perros; y esto se hizo de esta manera, hasta tanto que las guardas que estaban de noche por centinelas lo pudieron descubrir y cerraron el valle. Viendo entónces Josefo que no podia ya defender por mucho tiempo la ciudad, y desesperado de alcanzar salud, si queria porfiar en defenderse, trataba con la gente principal de huirse todos: pero vino esto á oídos del pueblo, y todos se llegaron á él suplicándole no los desamparase, pues en él solo confiaban; porque no veian otra salud ni amparo para la ciudad, sino su presencia, como que todos habian de pelear con ánimo pronto y valeroso por su causa, viéndole presente; y que si eran presos, les seria consolacion verle á él con ellos y que le convenia á él no huir de los enemigos, ni desamparar á sus amigos, ni saltar como de una nave que estaba en medio de la tempestad, habiendo venido á ella con próspero tiempo; porque de esta manera se echaria mas al fondo, y en destruccion la ciudad, sin que osase ya alguno de ellos repugnar ni hacer fuerza contra los enemigos, si él, en quien todos confiaban, se retiraba. Y Josefo, encubriendo que queria él librarse, decíales que por su provecho de ellos queria salir, porque no habia de hacer algo con quedar dentro de la ciudad, ni aprovecharles mucho aunque se defendiesen; y que habia de morir si era preso con ellos; mas si podia librarse y salir del cerco, podíales traer grande ayuda y socorro: porque juntaria los vecinos de Galilea, y traeríalos contra los romanos, con lo cual los haria recoger y alzar el cerco que tenian puesto; y quedando, no veia qué provecho les causaba, sino era incitar mas y mover á los romanos á que estuviesen firmes en el cerco, viendo que tenian en mucho prenderle á él: y si entendian que habia huido, aflojarian de cierto y perderian gran parte del ánimo que contra ellos tenian. No pudo con estas palabras Josefo vencer al pueblo, antes le movió á que le guardase mas: venian los mozos, los viejos, los niños y mujeres, y echábanse llorando á los piés de Josefo; y teníanle abrazándose con él, suplicándole con muchas lágrimas y gemidos, que quedase y quisiese ser compañero y parte de la dicha ó desdicha de todos: no porque, segun pienso, tuviesen envidia de su salud y vida, sino por la esperanza que en él todos tenian, confiando que no les habia de acontecer ningun mal, quedando Josefo con ellos. Viendo él que si de grado no consentia en lo que era rogado, y si queria salirse, habia de ser detenido y guardado por fuerza, aunque mucho habia mudado su parecer, movido á misericordia, por ver tantas lágrimas como derramaban por él, determinó quedar, y armado con la desesperacion que toda la ciudad tenia, y diciendo que era aquel el tiempo para comenzar á pelear cuando no habia esperanza alguna de salud: viendo que era linda cosa perder la vida por alcanzar loor y honra para sus descendientes, muriendo con hacer alguna hazaña fuerte y valerosa, determinó de ponerse en ello. Saliendo, pues, con la demás gente de guerra que pudo, echando las guardas, corria hasta el campo de los romanos, y una vez les quitaba las pieles

que tenian puestas en sus guarniciones y defensas, debajo de las cuales los romanos estaban: otra vez ponia fuego en cuanto ellos trabajaban, y al dia siguiente y aun el tercero no cesaba de pelear siempre, sin mostrar ninguna manera de cansancio: pero viendo Vespasiano maltratados á los romanos con estas corridas que sus enemigos hacian, porque tenia vergüenza de huir y no podian perseguirlos, aunque huyesen por el peso de las armas, y los judíos en haciendo algo luego se recogian á la ciudad, antes de padecer daño, mandó á su gente que se recogiesen, y no se trabasen á pelear con hombres que tanto deseaban la muerte, porque no hay cosa mas fuerte que los hombres desesperados; y la fuerza que traian se disminuiria, si no tenian en quien trabar, no menos que la llama del fuego no hallando materia. Además de esto, tambien porque convenia que los romanos tuviesen la victoria mas libremente porque peleaban, nó por necesidad como aquellos, sino por engrandecer su señorío. Por la parte que estaban los flecheros de Arabia y la gente de Siria, y con las piedras que con sus máquinas echaban, muchas veces hacian gran daño á los judíos, y los hacia recoger, porque usaban de todos sus ingenios de armas, y de todas las máquinas que tenian. Los judíos, viendo el daño que con esto recibian, recogíanse, pero de lejos hacian daño á los romanos, tanto cuanto podian alcanzarlos, sin tener cuenta con sus vidas, ni con sus almas, peleaban de cada parte valerosamente, y socorrian á los que tenian necesidad y estaban en aprieto.

IX. Pareciendo, pues, á Vespasiano por la largueza del tiempo y muchas salidas de los enemigos, que él mismo era el cercado; llegando ya sus bastiones á la altura de los muros, determinó servirse entónces de aquel ingenio que llamaban el ariete; este ariete era un madero grueso como un mástil de nao; el un cabo está guarnecido con un hierro muy grande y muy fuerte, hecho á manera de un carnero, de donde le vino el nombre. Cuelga de unas cuerdas fuertes, con las cuales está atado por medio con dos grandes vigas de las cuales cuelga como una balanza de peso, y muchos hombres juntos por la parte de atrás lo echan con fuerza hácia adelante; y con la cabeza de carnero que es de hierro dá con gran fuerza en los muros, y no hay fuerza tan fuerte, ni muro, ni torre que no sea finalmente con él derribada, aunque á los primeros golpes resista. Quiso el capitan romano venir á esto, por el deseo y priesa grande que ponia en tomar la ciudad, pareciéndole que le era dañoso estar en el cerco tanto tiempo, no reposándose los judíos en algo. Tiraban, pues, los romanos sus ballestas, y todas las otras cosas que para pelear tenian, por herir mas fácilmente á los que quisiesen resistirles del muro, los ballesteros y los que tiraban piedras no estaban lejos de allí, por lo cual no pudiendo, ni osando alguno subir al muro, allegaban ellos el ariete al muro; cercáronle de pieles, tanto porque no le destruyesen, cuanto por defenderse de los que le movian. Al primer ímpetu rompieron el muro, y levantóse de dentro tan gran ruído y grita, como si ya fueran presos. Viendo Josefo que daban continuamente en un mismo lugar, y que no podian dejar de derribar todo el muro, pensó algo con que impidiese y estorbase la fuerza de aquel ingenio que tanto daño hacia: mandó henchir unas sacas grandes de paja, y ponerlas delante de la parte á donde daba el ímpetu y fuerza del ariete, para que ó no acertasen los golpes, ó cuando acertasen, no hiciesen mal ni daño alguno con la flojedad de la paja. Esta cosa detuvo mucho á los romanos, porque á donde quiera que asentasen su máquina ó ariete, aquellos que estaban encima del muro mudaban allá los sacos y ponían delante en la parte á donde el habia de dar; y de esta manera no podian hacer alguna señal en el muro con su ingenio, ni con sus golpes; hasta tanto que los romanos inventaron tambien otra cosa contra esto; porque aparejaron unos palos largos, y ataron en ellos unas hoces para cortar las cuerdas, en las cuales estaban atadas aquellas sacas. Como, pues, hecho esto, los golpes que el ariete daba aprovechasen, y el muro que estaba nuevamente edificado fuese derribado, Josefo y sus compañeros acudieron al fuego, que era el remedio postrero que tenian; y quemaron todo lo que pudieron, poniendo fuego por tres partes en lo que se podia quemar, y quemaron con él las máquinas y reparos de los romanos; deshiciéronles los montes que tenian hechos: no podian socorrer á esto los romanos sin gran daño suyo propio, espantándose mucho y aun amedrentándose, con ver el grande atrevimiento de los judíos: la llama y fuego por otra parte les estorbaba y era gran impedimento, el cual como llegó á las cuerdas que estaban secas, y á toda la otra materia que era betun, pez y piedra azufre, todo lo quemaba y hacia volar por el aire. De esta manera lo que los romanos habian trabajado con tanto trabajo é industria, fué todo en espacio de una hora destruido. Un varon judío hubo aquí, digno de loor y memoria, hijo fué de Sameo, y llamábase Eleázaro, el cual era natural de Saab, lugar de Galilea: este, pues, levantó una piedra muy grande muy en alto y dejóla caer con tanta fuerza encima la cabeza del ariete, este se llama hoy vaiven en nuestra era, que rompió la cabeza de aquella máquina; y saltando en medio de sus enemigos, la sacó de entre ellos y sin miedo alguno se la trajo consigo al muro. Saliendo después á la postre para dar señal que peleasen á sus enemigos, desnudo en carnes fué pasado con cinco saetas; y sin tener miramiento á los golpes ni á las heridas que tenia, subióse encima de los muros, en parte que pudiese ser visto por todos, y estúvose allí un rato con grande atrevimiento; y forzado con el gran dolor de sus llagas, cayó con el ariete. Además de este fueron tambien muy valerosos dos hermanos, Netira y Filipo, galileos ambos, de un lugar llamado Ruma, los cuales saltando en medio de los soldados de la décima legion, entraron por ellos con tan gran ímpetu, y con tanta fuerza que rompieron el escuadron de los romanos, hicieron huir á todos aquellos contra los cuales habian ido; y demás de esto Josefo y todos los otros pusieron fuego á todas las máquinas é ingenios, y á todas las obras de la quinta legion, y de la décima que habia huido. Los otros que después de estos siguieron, echaron á perder y destruyeron sus ingenios y fortalezas que tenian los romanos hechas. Llegando la noche los romanos volvieron á poner su ariete en aquella parte del muro que habia sido poco antes rota; y aquí, uno de los que defendian el muro hirió con una saeta á Vespasiano en el pié; pero fué pequeña la herida, porque la fuerza que traia le faltó con venir de tan lejos. Perturbó mucho á los romanos esto, porque los que cerca estaban, espantados con ver la sangre, divulgáronlo, y corrió la fama por todo el ejército, y muchos dejaban el lugar que tenian en el cerco, y corrian á ver al capitan Vespasiano; fué Tito el primero que á él vino, temiéndose de la vida de su padre. De aquí sucedió que el amor que tenian á su capitan y el temor del hijo, desbarató el ejército y lo confundió todo: pero el padre libró fácilmente al hijo del temor grande que tenia, y puso en órden su ejército, porque venciendo el dolor que la llaga ó la

herida lo daba, y deseando que todos los que por su causa habian temido lo viesen, movió mas cruel guerra contra los judíos: porque cada uno parecia querer ser el vengador de la injuria que habia sido hecha á su capitan, é incitando con gritos y amonestando unos á otros, venian todos contra el muro. Josefo y su gente, aunque muchos de ellos eran derribados con las muchas saetas que tiraban, y con las otras armas, no por esto se espantaban, ni se movian del muro, antes les resistian con fuego, armas y con muchas piedras; y principalmente á los que movian el ariete, aunque estaban cubiertos con aquellos cueros que arriba dijimos. Pero ya no les aprovechaban cierto algo ó muy poco, porque morian sin cuenta puestos delante de sus enemigos, á los cuales ellos por el contrario no podian ver, porque estaba tan claro con el fuego que tenian, como si fuera al mediodía y daban señal cierta con la luz á los enemigos á donde habian de asestar sus tiros; y no pudiendo ver de lejos las máquinas que contra sí tenian puestas, no podian guardarse de las armas de los romanos. Así eran heridos con las saetas y dardos que tiraban, y muchos eran derribados; y las piedras grandes que echaban con sus máquinas, aseguraban á los romanos, porque no habia judío que osase pararse delante: derribaban tambien las torres y no habia hombres tan bien armados ni tan fortalecidos, que no fuesen derribados todos hasta la órden postrera. Podrá cualquiera entender la fuerza de esta máquina, llamada ariete por nombre, de lo que aquella noche se hizo. Uno de los que estaban junto á Josefo perdió la vida con sacudirle una piedra en la cabeza, la cual le fué quitada de los hombros y arrojada á tres estadios lejos de allí, como si la hubieran echado con una honda: entre dia dió otra piedra en el vientre de una mujer preñada, y echó el infante que tenia dentro medio estadio lejos: tanta fué la fuerza de esta máquina; pues aun era mayor la fuerza de la gente romana, la muchedumbre de saetas y tiros que tiraban que no la de las máquinas. Derribando, pues, tantos por los muros, hacian gran ruído y levantaban muy grandes gritos las mujeres que de dentro estaban; y por de fuera se oian tambien llantos y gemidos de los que morian, y estaba todo el cerco del muro en donde peleaban lleno de sangre, y podian ya subir al muro por encima de los cuerpos que habia muertos. A las voces resonaban los montes de tal manera, que aumentaban el temor de todos, sin que faltase algo en toda aquella noche, lo cual pudiese dejar de dar espanto muy grande á los ojos y oídos de los hombres. Muchos, peleando valerosamente murieron por defender su ciudad; muchos fueron heridos; y con todo esto apenas pudieron hacer señal con los golpes de sus máquinas en el muro hasta la mañana. Entónces ellos con los cuerpos muertos y sus armas guarnecieron aquella parte del muro que habia sido derribada, antes que los romanos pusiesen sus puentes para entrar por allí en la ciudad.

X. Venida la mañana, llegábase ya Vespasiano á tomar la ciudad con todo su ejército, después de haber descansado algun tanto del trabajo que habian pasado aquella noche. Y deseando echar los que defendian el muro por la parte que de él habia derribado, ordenó la gente mas fuerte de á caballo de tres en tres, dejados atrás los caballos, haciendo que cercasen aquella parte que habian derribado por todas partes, para que comenzando á poner los puentes, entrasen ellos primero; y luego ordenó trás ellos la gente de á pié mas esforzada y fuerte: extendió toda la otra caballería que tenia por el cerco del muro en aquellos lugares montañosos, porque no pudiese alguno huirse de la matanza pública. Puso después, para que los siguiesen, á los flecheros, mandando á todos que estuviesen con las saetas aparejadas, y los que tiraban de honda tambien por lo semejante, y púsolos á estos cerca de las máquinas é ingenios que para combatirlos tenia. Mandó llegar muchas escalas á los muros, para que acudiendo á defender y prohibirles esto, desamparasen la parte que estaba derribada; y los demás fuesen forzados á recogerse con la fuerza de la gente que entrase. Entendiendo este consejo Josefo, puso por la parte del muro que estaba entera, los mas viejos y mas cansados del trabajo, como casi seguros de ser dañados; pero en la parte que estaba derribada, puso la gente mas esforzada y poderosa, y eligió de todos principalmente á seis varones, entre los cuales se puso él mismo en la parte mas peligrosa, y mandóles que se tapasen las orejas, porque no fuesen amedrentados con la vocería y grita de los escuadrones, y se armasen con fuertes escudos contra los tiros de las saetas, y se fuesen recogiendo atrás hasta tanto que á los enemigos les faltasen las saetas; y que si los romanos querian ponerles puentes, les saliesen al encuentro á defender y prohibirlo, persuadiéndoles á resistir á los enemigos con sus mismos instrumentos de ellos, diciendo á todos que habian de pelear, nó como para conservar la patria, sino como para cobrarla y sacarla de manos de los enemigos: díjoles tambien que debian ponerse delante de los ojos, ver matar los viejos, padres, hijos y mujeres, y ser todos presos por los enemigos; y habian de mostrar sus fuerzas contra la fuerza de los enemigos; y contra las muertes hechas entre los suyos; y de esta manera proveyó á entrambas partes. El vulgo y gente del pueblo de la ciudad, los que no eran para las armas, las mujeres y muchachos, cuando vieron la ciudad cercada con tres escuadrones, sin ver alguno de los que estaban de guardia mudado de su lugar, y vieron los enemigos con las espadas desenvainadas, que hacian gran fuerza en aquella parte del muro que estaba derribada, cuando vieron un árabe con diligencia proveer de saetas á todos los ballesteros, dieron todos muy grandes gritos, no menores que si fuera tomada la ciudad, de tal manera, que parecia estar ya todo el mal con ellos no cerca, sino dentro. Cuando Josefo sintió esto, encerró todas las mujeres dentro de las casas amenazándolas mucho, y mandándolas callar: porque siendo oidas de los suyos, no se moviesen á misericordia, y faltasen á lo que la razon les obligaba con los grandes clamores y gritos que todos daban, y él se pasó á la parte del muro que por suerte le cupo: no quiso ocuparse en resistir y desechar á los que trabajaban en poner las escalas á los muros; y sí tenia solo cuenta con la muchedumbre de saetas que les tiraban. Entónces comenzaron á tañer todas las trompetas de todas las legiones y escuadrones del campo; comienzan tambien á dar gran grita todos, y haciendo señal para dar el asalto á la villa, comenzaron á disparar las ballestas de tal manera por ambas partes, que obscurecian la luz; tantas echaban. Acordábanse los compañeros de Josefo de lo que él les habia aconsejado: y con las orejas tapadas por no oir los clamores grandes que todos daban, y armados muy bien contra los golpes y heridas de las saetas, al llegar las máquinas que los romanos acercaban para hacer sus puentes, saltáronles ellos delante, y antes que los enemigos pusiesen los piés en ellas, ocupáronlas los judíos, y trabajando los romanos por subir, eran fácilmente echados con sus armas: mostraron estos judíos gran fuerza, así en sus brazos como fortaleza en sus ánimos con muchas hazañas que hicieron, y trabajaban en no pa-

recer menos valerosos en tan gran necesidad y aprieto como ellos estaban, que eran fuertes y esforzados sus enemigos no estando en algun peligro, y no podian ser antes apartados de los romanos, que, ó muriesen ó los matasen á todos. Peleando, pues, continuamente los judíos, sin tener otra gente que pudiesen poner en su lugar, como hacian los romanos que siempre quitaban la gente cansada y ponian luego otra; y á los que la fuerza de los judíos derribaba, luego les sucedian otros en su lugar, los cuales esforzándose unos á otros juntábanse todos, y cubiertos por encima con unos escudos algo largos, hízose como un monton de ellos; y haciéndose todo el escuadron un cuerpo, venian contra los judíos, y ya casi ponian los piés en el muro. Entónces, viéndose tan apretado Josefo, puso consejo y trabajó de remediar aquella necesidad tan grande: dióse priesa en inventar algunas máquinas, desesperando ya de la vida: así mandó tomar mucho aceite hirviendo y echarle por encima de los soldados, aunque estaban defendidos por encima con los duros escudos con que tenian sus cuerpos muy bien armados. Muchos de los judíos que tenian gran abundancia de aceite y muy aparejado, hicieron presto lo que Josefo mandaba, y echaron encima de los romanos las calderas del aceite hirviendo. Esto arredró y derramó todo el escuadron de los romanos, y con muy cruel dolor los echó del muro. Porque pasaba el aceite desde la cabeza por todo el cuerpo, y quemábales las carnes no menos que si fueran llamas de fuego: porque de su natural se calentaba fácilmente y se resfriaba tarde, segun la gordura que de sí tiene. No podian huir el fuego, porque tenian las armas y cascos muy apretados, y saltando unas veces y otras encorvándose con el dolor que sentian, caian del puente. No podian, además de lo dicho, recogerse seguramente á los suyos que peleaban; porque los judíos persiguiéndolos, los maltrataban. Pero no faltó virtud ni esfuerzo á los romanos en sus adversidades, ni tampoco faltó prudencia á los judíos: porque aunque parecian y mostraban sufrir muy gran dolor los romanos con el aceite que les echaban encima, todavía movíanse con furor contra los que les echaban, y corrian contra los que les iban delante, como que aquellos detuviesen sus fuerzas. Los judíos los engañaron con otro engaño que de nuevo hicieron, porque hinchieron los tablados de los puentes de heno griego muy cocido, y queriendo subir los enemigos se deslizaban resbalando, de manera que no habia alguno, ni de los que venian de nuevo, ni de los que querian huir, que no cayese: unos morian pisados debajo de los piés encima de las mismas tablas de los puentes, y muchos eran derribados y echados encima de los montes que los romanos habian hecho; y los que allí caian eran heridos por los judíos, los cuales viéndose ya libres de la batalla por huir los romanos y caer de los puentes, fácilmente les podian tirar y herirlos con sus armas. Viendo el capitan Vespasiano, que su gente padecia mucho mal en este asalto, mandóla recogerse á la tarde, de los cuales fueron no pocos los muertos, pero muchos mas los heridos y maltratados. De los vecinos de Jotapata fueron seis muertos y mas de trescientos los heridos. Esta fué, pues, la pelea que tuvieron á los veinte de junio. Consoló á todo el ejército Vespasiano, excusando lo que habia acontecido; y viendo la ira grande y furor que todos tenian, conociendo tambien que buscaban mas pelear que no reposarse, levantó sus montes mas de lo que ya estaban, y mandó alzar tambien tres torres, cada una de cincuenta piés, cubiertas de hierro por todas partes, porque estuviesen firmes, y fuesen de esta manera defendidas del fuego, y púsolas encima de los montes que habia levantado llenas de flecheros y ballesteros, y de todas las otras armas que ellos solian tirar. Como, pues, no pudiesen ser vistos los que aquí dentro estaban, por estar tan altas y tan bien cubiertas estas torres, herian fácilmente y muy á su salvo á los que veian estar encima de los muros con sus saetas. No pudiendo los judíos guardarse, ni aun ver fácilmente por dónde les venian tantas saetas; y no pudiendo vengarse de los que no podian ver ni descubrir la altura de ellas, les hacia dar en vano todo cuanto ellos les tiraban, y la guarnicion que tenian de hierro las defendia y resistia del fuego que les ponian, con lo cual hubieron de desamparar la defensa del muro, y vinieron á pelear contra los que trabajaban en entrar dentro de la ciudad. De esta manera trabajaban en resistirse los de Jotapata, aunque muchos morian cada dia sin que hiciesen algun daño á sus enemigos, porque no los podian rechazar sin peligro muy grande.

XI. En estos mismos dias fué llamado Vespasiano á combatir una ciudad muy cerca de Jotapata, la cual se llamaba Jafa por nombre, porque trabajaba de innovar las cosas, y principalmente por haber oido que los de Jotapata resistian, sin que de ellos tal confiase, se ensoberbecian y levantaban: envió allá á Trajano, capitan de la legion décima, dándole dos mil hombres de á pié y mil de á caballo. Hallando este muy fuerte la ciudad, y viendo que era muy difícil tomarla, porque además de ser naturalmente fuerte, estaba cerrada á doble muro, y que los que en ella habitaban habian salido muy en órden contra él, dióles la batalla: y resistiéndole al principio un poco, á la postre volvieron las espaldas, y huyeron; persiguiéndolos los romanos, entraron trás ellos en el cerco del primer muro; pero viéndolos venir mas adelante, los ciudadanos les cerraron las puertas del otro, temiendo que con ellos no se entrasen tambien los enemigos. Y por cierto Dios daba tantas muertes de los galileos á los romanos de su grado, el cual dió á los enemigos todo aquel pueblo echado fuera de los muros de su propia ciudad, para que todos pereciesen: porque muchos echándose junto á las puertas y dando voces á los que las guardaban que les abriesen, mientras estaban rogando esto, los romanos los mataban, teniéndoles á la vez cerrado el un muro y el otro los mismos ciudadanos que dentro estaban, por lo cual tomados entre el un muro y el otro con las mismas armas de sus amigos, unos á otros se mataban: pero muchos mas caian con las armas de los romanos, sin que tuviesen esperanza de vengar tantas muertes en algun tiempo; porque además del miedo y temor de los enemigos, les habia hecho perder el ánimo á todos, ver la traicion que los mismos naturales les hacian. Finalmente, morian maldiciendo, nó á los romanos sino á los judíos, hasta que todos murieron, y fué el número de los muertos hasta doce mil judíos: por lo cual pensando Trajano que la ciudad estaba vacía de gente de guerra, y que aunque hubiese dentro algunos, no habian de osar hacer algo contra él, con el gran temor que le tenian, quiso guardar la conquista de la ciudad para el mismo capitan y emperador Vespasiano. Así le envió embajadores que le rogasen quisiese enviarle á su hijo Tito, para que diese fin á la victoria que él habia alcanzado. Pensó Vespasiano que habia aun algun trabajo, y por esto envióle su hijo con gente, que fueron mil hombres de á pié y quinientos caballos. Llegando, pues, á buen tiempo á la ciudad, ordenó su ejército de esta manera. Puso á la mano izquierda á Trajano, y él púsose á la mano derecha en el cerco. Allegando, pues, los

soldados las escalas á los muros, habiéndoles resistido algun tanto por arriba los galileos, luego desampararon el muro, y saltando Tito y toda su gente con diligencia dentro, tomaron fácilmente la ciudad, y aquí se trabó con los que dentro estaban juntos una fiera batalla, echándose unas veces por las estrechuras de las calles los mas esforzados y valerosos soldados, otras veces echando las mujeres por los tejados las armas que hallar podian. De esta manera alargaron la pelea hasta las seis horas de la tarde; pero derribada ya toda la gente de guerra que habia, todo el otro pueblo que estaba por las calles y dentro de las casas, mancebos y viejos, todos los pasaban con las espadas y eran muertos. De los hombres no quedó alguno con la vida, excepto los niños y las mujeres que fueron cautivas: el número de los que en esto murieron, así de dentro la ciudad como entre los muros, al primer combate llegó á quince mil hombres, y fueron los cautivos dos mil ciento treinta. Toda esta matanza fué hecha en Galilea á los veinte y cinco dias del mes de junio.

XII. Pero tampoco quedaron los samaritanos sin ser destruidos; porque juntos estos en el monte llamado Garizis, el cual tienen ellos por muy santo, estaban esperando lo que habia de ser: este ayuntamiento bien pretendia y aun amenazaba guerra á los romanos, sin quererse corregir, por los males y daños que sus vecinos habian recibido; antes sin considerar las pocas fuerzas que tenian, espantados porque todo les sucedia tan prósperamente á los romanos, todavía estaban con voluntad pronta para pelear con ellos. Holgábase Vespasiano con escusar estas revueltas, y ganarlos antes que experimentasen los judíos sus fuerzas; porque aunque toda la region de Samaria era muy fuerte y abastecida de todo, temíase mas de la muchedumbre que se habia juntado, y temia tambien algun levantamiento. Por esta causa envió á Cercalo, tribuno y gobernador de la legion quinta, con 600 caballos y 3,000 infantes. Cuando este llegó no tuvo por cosa cuerda ni segura llegarse al monte y pelear con los enemigos, viendo que era tan grande el número de ellos. Pero los soldados pusieron su campo á las raíces del monte, y defendíales que no descendiesen. Aconteció, que no teniendo los samaritanos agua, los aquejaba gran sed, porque era en medio del verano, y el pueblo no se habia proveido de las cosas necesarias; y fué tan grande, que hubo algunos que de ella murieron: habia muchos que querian mas ser puestos en servidumbre y cautivos, que no morir: estos se pasaban huyendo á los romanos, de los cuales supo Cercalo, como los que arriba quedaban, tenian ánimo de resistirle, sin estar aun con tantos males vencidos y quebrantados: subió al monte, y puesto su campo al rededor de sus enemigos, al principio quísose concertar con ellos y tomarlos con paz: rogábales que preciasen y tuviesen en mas la vida y salud propia que no sus muertes: asegurábales tambien la vida y bienes, si dejaban las armas; pero viendo que no podia persuadirles aquello, dió en ellos y matólos á todos. Fueron los muertos once mil y seiscientos: la matanza fué hecha á 27 dias del mes de junio: con estas muertes y destrucciones fueron los samaritanos vencidos.

XIII. Permaneciendo los de Jotapata y sufriendo las adversidades contra toda esperanza, pasados 47 dias, los montes que los romanos hacian fueron mas altos que no eran los muros de la ciudad. Este mismo dia vino uno huyendo á Vespasiano, el cual le contó la poca gente y menos fuerza que dentro habia; y como fatigados y consumidos, con las vigilias y batallas que habian tenido, no podian ya mas resistirles, mas que podian todavía ser presos todos con cierto engaño, si querian ejecutarlo: porque á la última vigilia de guarda, cuando á ellos les parecia tener algun reposo de sus males, y los que están de guarda se vienen á dormir á la mañana, decia, que esta era la hora cuando debia dar el asalto. Vespasiano, que sabian cuán fieles se son los judíos entre sí, los unos á los otros, y cuán en poco tenian sus tormentos, sospechábase del huidizo, porque poco antes, siendo preso uno de Jotapata, habia sufrido con gran esfuerzo todo género de tormentos; y no queriendo decir á los enemigos lo que se hacia dentro, por mas que el fuego y las llamas le forzasen, burlándose de la muerte, fué ahorcado. Pero las conjeturas que de ello tenian, daban crédito á lo que el traidor decia, y hacian creer que por ventura decia verdad; y no temiendo que le sucediese algo de sus engaños, mandó que le fuese aquel hombre muy bien guardado, y ordenaba su ejército para dar asalto á la ciudad. A la hora, pues, que le fué dicha, llegábase con silencio á los muros: iba primero delante de todos Tito con un tribuno llamado Domicio Sabino, en compañía de algunos pocos de la quincena legion; y matando á los que estaban de guarda, entraron en la ciudad; siguiólos luego Sexto Cercalo, Tribuno y Plácido con toda su gente. Ganada la torre, estando los enemigos en medio de la ciudad, siendo ya venido el día, los mismos que estaban presos no sentian aun algo, ni sabian su destruccion; tan trabajados y tan adormecidos estaban: y si alguno se despertara, la niebla grande que acaso entónces hacia, le quitara la vista hasta tanto que todo el ejército estuvo dentro, despertándolos solamente el peligro y daño grande en el cual estaban, no viendo sus muertes hasta que estaban en ellas. Acordándose los romanos de todo lo que habian sufrido en aquel cerco, no tenian cuidado ni de perdonar á alguno ni de usar de misericordia; antes haciendo bajar y salir de la torre al pueblo por aquellos recuestos, los mataban á todos, en partes á donde la dificultad y asperidad del lugar negaban la ocasion de defenderse á cuantos eran, por muy esforzados que fuesen; porque, apretados por las estrechuras de las calles, y cayendo por aquellos altos y bajos que habia, eran despedazados y muertos todos. Esto, pues, movió á que muchos de los principales que estaban cerca de Josefo, se matasen por librarse ellos mismos de toda sujecion, con sus propias manos: porque, viendo que no podian matar alguno de los romanos por no venir en las manos de estos, prevenian ellos y adelantábanse en darse la muerte; y así juntándose al cabo de la ciudad, ellos mismos se mataron. Los que primero estaban de guarda y entendieron ser ya la ciudad tomada, recogiéronse huyendo en una torre que estaba hácia el septentrion, y resistiéronles algun tanto; pero rodeados después por los muchos enemigos, rendíanse y fué tarde, pues hubieron de padecer muerte por los enemigos que á todos los mataron. Pudieran honrarse los romanos de haber tomado aquella ciudad sin derramar sangre y haber puesto fin al cerco, si un centurion de ellos no fuera á traicion muerto, el cual se llamaba Antonio: porque uno de aquellos que se habian recogido en las cuevas, eran estos muchos, rogaba á Antonio que le diese la mano para que pudiese subir seguramente, prometiéndole su fé de guardarlo y defenderlo. Como, pues, este sin mas mirar ni proveerse, le creyese y le diese la mano, el otro le hirió con la lanza en la ingle, y le derribó y mató. Aquel dia gastaron los romanos en matar todos los judíos que públicamente se hallaban: los

dias siguientes buscaban y escudriñaban los rincones, las cuevas y lugares escondidos, y usaron de su crueldad contra cuantos hallaban, sin tener respeto á la edad, escepto solamente los niños y mujeres. Fueron aquí cautivos mil y doscientos, y llegaron á número de cuarenta mil los que murieron estando la ciudad cercada y en el asalto. Mandó Vespasiano derribar la ciudad y quemar todos los castillos: de tal manera, pues, fué vencida la fuerte ciudad de Jotapata á los trece años del imperio de Neron, á las calendas de julio, que es el primer dia del mes.

XIV. Hacian diligencia los romanos en buscar á Josefo por estar muy enojados contra él, y por parecer digna cosa al emperador Vespasiano: porque siendo este preso, la mayor parte de la guerra era acabada: trabajaban en buscarle entre los muertos y entre los que se habian escondido; pero él, en aquella destruccion de la ciudad, sirvióse de lo que la fortuna le ayudó: huyóse del medio de sus enemigos, y escondióse saltando en un hondo pozo, que está junto con una grande selva por el un lado, á donde no le pudiesen ver por mas que trabajasen en buscarle; y aquí halló cuarenta varones de los mas señalados escondidos, con aparejo de las cosas necesarias para hartos dias. Pero habiéndolo todo rodeado los enemigos, estábase de dia muy escondido; y saliendo cuando la noche llegaba, estaba aguardando tiempo cómodo para huir. Y como por su causa todas las partes estuviesen muy bien guardadas y proveidas, y no hubiese ni aun esperanzas de engañarlos, descendióse otra vez á la cueva, y estúvose allí escondido dos dias enteros. Al tercero dia, siendo presa una mujer que con ellos habia estado, le descubrió. Luego Vespasiano envió dos tribunos con diligencia, el uno fué Paulino y el otro Galicano, los cuales prometiesen paz á Josefo, y le persuadiesen que viniese á Vespasiano; á los cuales no quiso él creer ni obedecer por mucho que se lo rogaron, y le prometieron el dejarle sin hacerle daño alguno. Temíase él mucho mas por lo que veia ser razon, que aquel mas padeciese que mas habia errado y cometido, que no se confiaba en la clemencia y mansedumbre natural de los que le rogaban, y pensaba que iban trás él por castigarle y darle la muerte, hasta tanto que Vespasiano envió al tercer tribuno llamado Nicanor, amigo de Josefo, y que solia tener con él antes mucha familiaridad. Este pues, le hizo saber cuán mansos eran los romanos contra los que habian vencido y sojuzgado, diciéndole como era Josefo mas buscado por su admirable virtud y esfuerzo que aborrecido, y tenia el emperador voluntad nó de hacerlo matar porque esto fácilmente lo podia hacer sin que se rindiese, si queria, pero que queria guardar la vida á un varon esforzado y valeroso. Añadia mas: que si Vespasiano queria hacerle alguna traicion, no habia de enviarle para ello á un amigo; es á saber, una cosa buena, para poner por obra y ejecutar otra mala; dando á la buena amistad nombre de quebrantamiento de fé y traicion: mas ni aun él mismo le habia de obedecer, por dar lugar que engañase á un amigo suyo. Habiendo dicho esto Nicanor, Josefo aun dudaba: por lo cual enojados los soldados querian poner fuego á la cueva; pero detenialos el capitan que preciaba mucho prender vivo á Josefo. Dándole tanta prisa Nicanor, en la hora que Josefo supo lo que los enemigos le amenazaban, acordáronsele los sueños que habia de noche soñado, en los cuales le habia Dios hecho saber las muertes que habian de padecer los judíos, y lo que habia de acontecer á los príncipes romanos. Era tambien muy hábil en declarar un sueño, y sabia acertar lo que Dios dudosamente proponia, porque sabia muy bien los libros de los profetas, porque tambien era sacerdote, hijo de padres sacerdotes. Así, pues, aquella hora, como hombre alumbrado por Dios, tomando las imaginaciones espantables que se le habian representado, comienza á hacer oraciones á Dios secretamente, diciendo: pues te pareció á tí, criador de todas las cosas, echar á tierra y deshacer el estado y cosas de los judíos, pasándose la fortuna del todo y por todo á los romanos; y has elegido á mí para que diga lo que ha de acontecer, yo me sujeto de voluntad propia á los romanos, y quiero vivir y póngote, Señor, por testigo que quiero parecer delante de ellos, nó como traidor, sino como ministro tuyo. Dichas estas palabras accedió á lo que Nicanor le pedia: pero los judíos que habian huido junto con Josefo cuando supieron como Josefo habia consentido con los que le rogaban, daban todos al rededor grandes gritos, y lloraban en gran manera las leyes de sus patrias. ¿A dónde están las promesas, dijeron todos, que Dios hace á los judíos, prometiendo dar eterna vida á los que despreciaren sus muertes? ¿Ahora Josefo tienes deseo de vivir, y quieres gozar de la luz del mundo puesto en servidumbre y cautiverio? ¿Cómo te has olvidado tan presto de tí mismo? ¿A cuántos persuadiste la muerte por conservar la libertad? Falsa semejanza y apariencia de fortaleza tenias por cierto, y prudencia era la tuya muy falsa, si confias ó esperas alcanzar salud entre aquellos con quienes has peleado de tal manera: ó por ventura, aunque esto sea verdad y sea muy cierto, ¿deseas que ellos te den la vida? Pero aunque la fortuna y prosperidad de los romanos te haga olvidar de tí mismo, aquí estamos nosotros que te daremos manos y cuchillo con que pierdas la vida por la honra y gloria de tu patria. Tú, si murieres de tu voluntad, morirás como capitan valeroso de los judíos; y si forzado, morirás como traidor. Apenas hubieron hablado estas cosas, cuando desenvainando todos sus espadas hicieron muestras de quererle matar si obedecia á los romanos. Temiendo, pues, el ímpetu y furor de estos Josefo, y pensando que seria traidor á lo que Dios le habia mandado, si no lo denunciaba; viéndose tan cercano á la muerte, comenzó á traerles argumentos filosóficos, para quitarles tal cosa del pensamiento. ¿Porqué causa, dijo, ó compañeros, deseamos tanto cada uno su propia muerte? ¿O porqué ponemos discordia entre dos cosas tan aliadas, como son el cuerpo y el alma? ¿Dirá por ventura alguno de vosotros, que me haya yo mudado ó que no sea aquel que antes ser solia? Mas los romanos saben esto. ¿Es linda cosa morir en la guerra? Sí, mas por ley de guerra; es á saber, morir peleando por manos de aquel que fuere vencedor: por tanto, si yo pido misericordia á los romanos, y les ruego que me perdonen, confieso que soy digno de darme yo mismo con mi propia espada la muerte: mas si ellos tienen por cosa muy justa y digna perdonar á su enemigo, cuánto mas justamente debemos nosotros perdonarnos los unos á los otros. Locura es por cierto y muy grande, cometer nosotros mismos contra nosotros aquello, por lo cual estamos con ellos discordes; es á saber, quitarnos nosotros mismos la vida, la cual ellos querian quitarnos. Morir por la libertad no niego yo que no sea cosa muy de hombre, pero peleando, y en las manos de aquellos que trabajan por quitárnosla: ahora todos vemos que la guerra y batalla ya pasó, y ellos no nos quieren matar. Por hombre temeroso y cobarde tengo yo al que no quiere morir cuando conviene, y tengo tambien por hombre sin cordura al que quiere

morir, cuando no le es necesario. Además de esto, ¿qué causa hay para temer el venir delante de los romanos? ¿Por ventura el temor de la muerte? Pues si tenemos miedo no nos la den los enemigos y nos dudamos de ello, ¿porqué no la buscaremos nosotros mismos? Dirá alguno, que por temor de venir en servidumbre: muy libres estamos ahora ciertamente. Direis que es cosa de varon animoso y fuerte matarse: antes digo yo ser cosa de hombre muy cobarde, segun lo que yo alcanzo: por mal diestro, y por muy temeroso tengo yo el gobernador de la nao, que temeroso de alguna gran tempestad, antes de verse en ella, echa la nao al hondo. Tambien matarse el hombre á sí mismo, ya sabeis que es cosa muy agena de la naturaleza de todos los animales, además de ser maldad muy grande contra Dios, criador nuestro: ningun animal hay que se de él mismo la muerte, ó que quiera morir por su voluntad. La ley natural de todos es desear la vida: por tanto tenemos por enemigos á los que nos la quieren quitar, y perseguimos con mucha pena á los que tal nos van acechando. ¿No teneis por cierto que Dios se enoja mucho, cuando ve que el hombre menosprecia su casa y edificio? De su mano tenemos el ser y la vida: debemos, pues, tambien dejar en su mano quitárnosla y darnos la muerte. Todos, segun la parte inferior que es nuestro cuerpo, somos mortales y de materia caduca y corruptible: pero el alma, que es la parte superior, es siempre inmortal, y una partecilla divina, puesta y encerrada en nuestros cuerpos. Quien quiera, pues, que maltratare ó quitare lo que ha sido encomendado al hombre, luego es tenido por malo y por quebrantador de la fé. Pues si alguno quiere echar de su cuerpo lo que le ha sido encomendado por Dios, ¿pensará por ventura, que aquel á quien se hace la ofensa lo ha de ignorar, ó serle escondido? Por justa cosa se tiene castigar un esclavo, cuando se huye, aunque huya de un señor que es malo: pues huyendo nosotros de Dios, y de tan buen Dios, ¿no seremos tenidos por muy malos y por muy impíos? ¿Por dicha ignorais, que aquellos que acaban su vida naturalmente y pagan la deuda que á Dios deben, cuando aquel á quien es debido quiere ser pagado, alcanzan perpétuo loor; y tanto su casa como su familia gozan y permanecen? Las almas limpias que puramente invocan al Señor, alcanzan un lugar en el cielo muy santo; y después de muchos tiempos, andando los siglos, volverán á tomar sus cuerpos. Pero aquellos cuyas manos se levantaron contra sí mismos, los tales alcanzan un lugar de tinieblas infernales, y Dios, padre comun de todos, toma venganza de ellos por toda la generacion: por tanto es cosa la cual Dios aborrece mucho, y la prohibe el muy sabio fundador de nuestras leyes. Si acaso algunos se mataren, determinado está entre nosotros, que no sean sepultados, hasta que las tinieblas y noche vengan, siéndonos lícito enterrar aun á nuestros enemigos: y entre otros les mandan cortar las manos derechas á los que de esta manera mueren, por haberse contra ellas mismas levantado, pensando no ser menos agena la mano derecha, que tal comete, de todo el cuerpo, que es el alma del propio cuerpo. Cosa es, pues, linda, compañeros mios, juzgar bien de este negocio, y no añadir, además de las muertes de los hombres, ofensa contra Dios nuestro criador con tanta impiedad. Si queremos ser salvos y sin daño, seámoslo: porque no será mengua vivir entre aquellos á quienes habemos dado á conocer nuestra virtud con tantas obras. Y si nos place morir, cosa será muy honrosa para todos, morir en las manos de aquellos que nos prendieren. No me pasaré á mis enemigos, por ser yo traidor á mí mismo; porque mucho mas loco y sin seso seria, que son los que de grado se pasan á sus enemigos: porque estos tales hácenlo por guardar sus vidas, y yo haríalo por ganar mi propia muerte. Es verdad que busco y deseo que los romanos me quiten la vida; y si ellos me mataren habiéndome asegurado la vida, y después de habernos dado las manos por amistad, moriré muy aparejado y esforzadamente, llevándome por victoria y consolacion mia, la traicion y perfidia que conmigo usaren. Muchas cosas tales decia Josefo, por apartarles de delante á sus compañeros la voluntad que de matarse tenian; pero teniendo ellos ya cerradas las orejas á todo con la desesperacion que habian tomado, determinados muchos á darse á sí mismos la muerte, movíanse á ello y reprendíanse, corriendo los unos á los otros con las espadas, como cobardes: acometíanse unos á otros como hombres, que se habian sin duda de matar. Llamando Josefo al uno por su nombre; al otro mirando como capitan severo y grave; á otro tomando por la mano; á otro trabajando de rogarle y persuadirle, turbado su entendimiento, como en tal necesidad acontece, detenia las armas de todos que no le diesen la muerte, nó de otra manera que suele una fiera rodeada volverse contra aquel que á ella mas se allega, para hacerle daño. Las manos de aquellos que pensaban deber guardar reverencia al capitan, en aquel postrer trance eran debilitadas, y caíanseles las espadas de las manos; y llegándose muchos para sacudirle, venian á dejar de grado las armas. Con tanta desesperacion, no faltó á Josefo buen consejo, antes confiado en la divina mano y providencia de Dios, puso su vida en peligro: pues estais, dijo, determinados á mataros, acabemos ya; echemos suertes quién matará á quién; y aquel á quien cayere que muera por el que le sigue, y pasará de esta manera por todos la misma sentencia, porque no conviene que uno se mate á sí mismo: y seria cosa muy injusta, que muertos todos los otros, quede alguno en vida pesándole de matarse. Parecióles que decia verdad, y pusiéronlo por obra: segun la suerte á cada uno caia, así recibia la muerte del otro que le sucedia, como que en fin habia luego de morir tambien con ellos su capitan: porque parecíales mas dulce cosa morir con su capitan Josefo, que vivir. Vino á quedar él y un otro, no sé si por fortuna, ó por divina providencia, y proveyendo que no se pudiese quejar de su suerte, ó que si quedaba libre no hubiese de ser muerto por manos de un gentil, dióle la palabra y concertóse con él que entrambos quedasen vivos. Librados, pues, de esta manera de la guerra de los romanos, y de la de los suyos propia, llevábale Nicanor á Vespasiano. Salíanle todos los romanos al encuentro por solo verle: y como saliese tanta muchedumbre de gente, llevábanle en gran aprieto, y habia muy gran ruído entre todos. Unos se gozaban por verle preso; otros le amenazaban; otros se querian llegar y verle de mas cerca: los que estaban lejos daban grandes voces, diciendo que debian matar al enemigo: los que le estaban cerca, teniendo cuenta con lo que Josefo habia hecho, maravillábanse de ver tan gran mudanza. De los regidores, ninguno hubo que viéndole no se amansase, por mas que antes estuviese contra él airado. Tito, además de todos los otros, se maravillaba y movia á misericordia por ver el gran ánimo que en tantas adversidades habia tenido, y por verle tambien ya de mucha edad, acordándose de lo que antes habia hecho en las guerras, y que tal se mostra-

ba á quien le veia en manos de sus enemigos puesto: demás de esto, ventale tambien al pensamiento el gran poder de la fortuna y cuán mudables sean los sucesos de las guerras. Pensaba tambien que no habia en el mundo cosa alguna sujeta al hombre que fuese firme y estable, antes todo corruptible y mudable. Con esto movió á muchos que tuviesen compasion de él: y la mayor parte de su vida y salud fué Tito ciertamente delante de su padre: pero Vespasiano mandó que fuése muy bien guardado, como que queria enviarle al César. Oyendo esto Josefo, díjole que le queria hablar algo á él solo. Haciendo, pues, apartar de cerca de ellos á todos, escepto Tito y dos otros amigos, dijo: tú no piensas, Vespasiano, mas de tener cautivo á Josefo: sepas, pues, que te soy embajador enviado por Dios, y por tal vengo, de cosas mucho mayores y mas altas; porque de otra manera, muy bien sabia yo lo que la ley de los judíos manda, y de qué manera conviene que un capitan de un ejército muera. ¿Envíasme á Neron? ¿Por qué causa? ¿Como qué haya de haber otro entre los sucesores de Neron sino tú solo? Tú eres, Vespasiano, César y emperador, y este hijo tuyo Tito: guárdame, pues, tú muy atado, porque hágote saber que eres, ó César, Señor, nó de mí solo, pero tambien de la tierra y de la mar y de todos los hombres. Conviene que sea yo guardado para mayor castigo, si miento en lo que digo, ó si lo finjo súbitamente por verme apretado y en peligro. Cuando hubo dicho esto, Vespasiano luego no le quiso creer, y pensaba que Josefo fingia aquello por librarse; pero poco á poco se movia á darle crédito, por ver que Dios le levantaba ya mucho habia al imperio, mostrándole con muchas señales haber de ser suyo el cetro y el imperio, y habia hallado ser verdad lo que Josefo habia dicho en todas las otras cosas. Decia uno de los amigos que allí estaban en aquel secreto, que se maravillaba mucho de qué manera, si no era burla lo que decia, ó por qué causa no habia avisado á los de Jotapata de las muertes y destruccion que les estaba aparejada, y cómo no se habia él proveido para no ser cautivo adivinándolo antes. Respondió Josefo, que dicho les habia que después de cuarenta y siete dias habian de ser muertos y destruidos; y que él habia de quedar vivo, cautivo en poder de ellos. Hizo diligencia Vespasiano por saber esto de los que estaban cautivos; y sabiendo ser verdad lo que decia, tuvo tambien por cosa creible lo que de él habia dicho; pero no por eso mandó que librasen á Josefo, antes le tenia muy bien guardado, no dejando con todo de hacerle todo buen tratamiento y darle vestidos y otros dones muy benignamente, ayudando Tito mucho porque fuese honrado. Á los cuatro dias del mes de julio, habiéndose vuelto Vespasiano á Tolemaida, partió luego por los lugares hácia la mar, y vino á parar á Cesarea que es la mayor ciudad de Judea, cuya gente es la mayor parte de ella griegos. Recibieron, pues, los naturales de allí, con voluntad buena y con mucha amistad á él y á su ejército; parte porque querian bien á los romanos, y mucho mas por el odio grande y aborrecimiento que tenian con aquellos que habian sido muertos, por lo cual habia muchos que rogaban y pedian á grandes voces, que diesen la muerte al capitan de ellos Josefo. Satisfizo á esta peticion y demanda Vespasiano callando, por ver que le pedia el pueblo una cosa mal considerada; y dejó dos legiones que invernasen en Cesarea, por ser bueno el alojamiento; y envió á Escitópolis la décima y la quinta, por no dar trabajo á los de Cesarea con todo su ejército. No era menos recogida esta ciudad en el invierno, que caliente en el verano, por estar en llano y cerca de la mar.

XV. Estando en este estado las cosas juntóse mucha gente de los que habian huido de las ciudades destruidas, y de los que habian tambien huido de los romanos, por discordias y sediciones; y renovaron á Joppé, destruida antes por Cestio, y pusieron allí dentro su asiento. Por estar apretados en aquella tierra que habia sido antes tan destruida, determinaron entrar por la mar; y haciendo naos y galeras de cosarios, pasaban á Siria, Fenicia y á Egipto, y hacian allí grandes ladronicios: de tal manera iba esto, que no habia ya quien osase salir á ellos, ni aun navegar por la mar de aquellas partes. Pero, sabiendo Vespasiano lo que habian estos determinado hacer, envió gente de á caballo y de á pié, y entraron de noche en la ciudad, la cual estaba sin guarda alguna. Sintiendo esto los que dentro vivian, espantados con temor grande, recogiéronse huyendo á las naos, por no hacer fuerza á los romanos; y estuviéronse dentro de ellas toda la noche mas adentro de un tiro de saeta. Mas como de su natural no tuviese puerto Joppé, porque viene á dar en una áspera orilla, corvada algun tanto por ambas partes; y extendiéndose á lo ancho, se mueve gran tempestad en esta mar, adonde tambien se muestran aun las señales de las cadenas de Andrómeda, por fé de la fábula antigua; y el viento aquilonal llamado nordeste, da en aquella marina y levanta las ondas, dando en las peñas que allí hay muy altas, y la soledad es causa que el lugar es menos seguro. Estando los jopenos ondeando en aquel mar, á la mañana algo mas fuertemente, por sobrevenir á estas horas un viento que llaman los que por allá navegan melamborea, dieron las unas con las otras, y otras en aquellos peñascos que por allí habia; y entrándose otras por fuerza, contra el viento mas adentro, porque temian la orilla que estaba llena de peñas y piedras, y temian tambien á los enemigos que allí estaban: levantadas en alta mar se hundian y no teniendo lugar para huir, ni esperanza de salud si quedaban, siendo echados de una parte por violencia de los vientos y de la ciudad, por la fuerza de los romanos. Oíanse muchos gemidos de los que estaban dentro las naos, que se encontraban las unas con otras; y oíase tambien el ruído que quebrándose hacian. Muerta, pues, parte de ellos en las ondas del mar de Joppé, y otros ocupados en salvarse, morian: algunos se mataban con sus espadas adelantándose en darse la muerte, teniendo por mejor aquella que no morir ahogados; y muchos levantados con la braveza de las ondas, daban en aquellos peñascos, iba esto de tal manera, que la mar estaba llena de sangre, y todas las orillas del mar estaban tambien llenas de cuerpos muertos; porque los romanos ayudaban en ello y quitaban la vida á cuantos llegaban á las orillas: hallaronse echados cuatro mil y doscientos cuerpos muertos. Tomando, pues, sin guerra y sin resistencia alguna los romanos aquella ciudad, la derribaron toda; y de esta manera en breve tiempo fué presa y destruida dos veces la ciudad de Joppé por los romanos. Dejó allí Vespasiano, porque no viniesen otra vez ladrones y cosarios á recogerse, gente de á caballo con alguna de á pié en un fuerte, para que la gente de á pié estuviese allí sin moverse y defendiese el fuerte; y los de á caballo buscasen todas aquellas tierras de Joppé, y quemasen todos los lugares y aldeas que por allí hallasen. Obedecióle la caballería, y corriendo todos los dias talaban y destruian todas aquellas tierras. Cuando los de Jerusalén supieron el caso adverso que habia acontecido á los de Jotapata, al principio ninguno lo creia por ser la desdicha tan grande como

habian oido; y tambien por no ver alguno que se hubiese hallado en ella, ni hubiese visto lo que entónces se decia, porque no habia quedado alguno que pudiese ser embajador de lo que habia sucedido; pero la fama sola divulgaba la gran destruccion que habia sido hecha, fama que suele ser mensagera diligente de las cosas tristes y adversas. Mostrábase ya la verdad entre todos los lugares de allí vecinos y en todas las ciudades cercanas, y era ya entre todos mas cierto que dudoso. Añadianse á lo hecho y sucedido muchas cosas, ni hechas jamás, ni sucedidas; y decíase que Josefo habia sido muerto en la destruccion de la ciudad, por lo cual hubo grandes llantos dentro de Jerusalen. Cada casa lloraba su pérdida; pero el llanto por el capitan era comun á todos: unos lloraban á sus huéspedes, otros á sus deudos, otros á sus amigos, algunos otros á sus hermanos, y todos en general á Josefo: en tanta manera, que duraron los llantos treinta dias continuamente, uno trás otro; y para cantar sus lamentaciones pagaban gran dinero á los tañedores. Pero sabiéndose la verdad con el tiempo, y sabiendo cómo pasó en verdad lo de Jotapata, y que lo divulgado de la muerte de Josefo era mentira, hallándose claramente que vivia y estaba con los romanos; y como estos le hacian mayor honra de la que á un cautivo debian, tomaron tanta ira contra él, cuanta era la voluntad y benevolencia que le tuvieron antes, pensando que era muerto. Unos le llamaban cobarde, y otros le llamaban traidor: la ciudad toda estaba muy indignada contra él, y decianle muchas injurias. Con estas adversidades se movian voluntariamente, y eran mas encendidos con ver tan grandes llagas; y la ofensa que suele dar ocasion á los prudentes de guardarse, por no sufrir otro tanto, los movia y era como aguijon para mayor ruína y destruccion, y comenzaban nuevos males por el fin de otros. Por tanto era mayor la saña que contra los romanos tomaban, como que juntamente se hubiesen de vengar de ellos, y principalmente de Josefo: estas, pues, eran las revueltas que habia en Jerusalen.

XVI. Movido Vespasiano con deseo de ver el reino de Agripa, porque el mismo rey le convidaba y mostraba querer recibir al regidor, capitan de los romanos, con todas las riquezas que posibles le fuesen y en su casa tenia, y apaciguar allí lo que demas quedaba del reino, hizo marchar su ejército de adonde lo habia dejado, que era de Cesarea, cabe la mar, y pasó á la otra Cesarea que dicen de Filipo; y habiendo rehecho y refrescado su ejército por espacio de veinte dias, él mismo quiso dar gracias á Dios por lo que hasta aquí le habia sucedido, y darse á banquetes y convites. Pero después que entendió como Tiberíada andaba trás de innovar el estado de las cosas, y sabiendo como Tariquea se habia rebelado, ambas ciudades eran sujetas al reino de Agripa, determinando de quitar la vida á cuantos judíos hallase y destruirlos, pensó que seria cosa oportuna y buena mover contra ellos su campo, por satisfacer al buen recogimiento que Agripa le habia hecho, entregando las ciudades en sus manos y poder. Para hacer esto envió su hijo á Cesarea y que pasase la gente que allí estaba á Escitópolis: esta es una ciudad la mayor de las diez, y vecina de Tiberíada. Cuando él aquí llegó, aguardaba en esta ciudad á su hijo; y pasando después con tres legiones de gente mas adelante, asentó su campo treinta estadios de Tiberíada en un muy buen lugar, y que podia ser muy bien visto por los que son amigos de novedades, el cual se llama Enabro; y de aquí envió su capitan Valeriano con cincuenta caballeros, porque hablase pacíficamente á los de la ciudad y les mostrase toda amistad. Habia ya antes oido que el pueblo no pedia sino paz; mas era forzado y estaba en discordia por algunos que le revolvian con guerras y discordias. Al haber, pues, Valeriano llegado al muro, saltó del caballo y mandó á sus compañeros que hiciesen lo mismo, por no mostrar ni dar á entender que habia venido por moverlos á la guerra. Y antes que hablase una sola palabra, los amigos de sediciones y revueltas le corrieron delante, los cuales eran cierto muy poderosos, trayendo por capitan uno llamado Jesús, hijo de Tobías, príncipe y capitan de los ladrones. No osó Valeriano pelear con ellos por no traer para ello licencia de su capitan, aunque fuese muy cierto que habia de salir vencedor, viendo ser peligroso el pelear, siendo pocos, y sus enemigos muchos, y estando los enemigos muy armados, y los suyos nó: espantado tambien mucho con el atrevimiento de los judíos, recogióse á pié como estaba, y cinco otros con él, dejando todos sus caballos, los cuales trujo Jesús y sus compañeros con alegría grande como que fueran presos en batalla, y nó por traicion, dentro de la ciudad. Temiéndose por esto los mas viejos y mas principales de la ciudad, y de todo el pueblo, vinieron corriendo al campo de los romanos; y juntos con el rey, llegaron humildes de rodillas á Vespasiano, suplicándole no los despreciase, ni pensase haber consentido toda la ciudad en la locura que algunos pocos habian cometido; pero que perdonase, y quisiese amistad con el pueblo que habia siempre sido amigo de los romano, y procurado su amistad, y que quisiese mas vengarse de los que eran causa de aquel levantamiento, que los habian detenido, mucho tiempo habia, á todos que no viniesen á tratar amistad y concierto con ellos. Consintió Vespasiano en lo que estos le rogaban, aunque cierto por haberle sido robados los caballos, estaba contra toda la ciudad muy enojado; y veia tambien que Agripa temblaba por causa de esta ciudad: prometiendo, pues, á estos de no hacer daño alguno á todo el pueblo, Jesús y sus compañeros no se tuvieron por seguros en quedar en Tiberíada, antes determinaron huir á Tariquea. El dia siguiente, Vespasiano envió con gente de á caballo á Trajano, á la torre y fuerte, por saber del pueblo si querian todos paz; y sabiendo como el pueblo era del mismo parecer que eran aquellos que por él habian rogado, traia su ejército á la ciudad. Abriéronle todas las puertas, y le salieron al encuentro con grandes alegrías y señales de bien venido, llamándole todos autor de la salud y vida de ellos, reconociendo las mercedes que en ello les hacia. Y como los soldados se hubiesen de detener, por ser estrecha la entrada, mucho tiempo, mandó derribar una parte del muro hácia la parte del mediodía, y de esta manera ensanchó la entrada, y por causa del rey, y por hacerle favor mandó á su gente, so pena de gran castigo, que no robasen ni injuriasen al pueblo, y por causa de él mismo no quiso derribar los muros, porque prometia de hacer que los ciudadanos de esta villa serian de allí adelante muy concordes con todos, y así reparó de otras maneras la ciudad que habia sido muy afligida con infinitos males.

XVII. Partiendo de Tiberíada Vespasiano, puso su campo entre esta ciudad y Tariquea, y fortaleciólo con un muro que mandó hacer con diligencia, viendo que se habia de detener aquí en esta guerra; porque veia que todo el pueblo que buscaba revueltas se recogia aquí en esta ciudad, confiándose en su fuerza y en su guarnicion, y en un lago que se llama, entre los de allí naturales, Genasar. La ciudad tiene el mis-

mo asiento de Tiberíada, á la falda de un monte; y por la parte que no la cercaba aquel lago de Genasar, Josefo la habia cercado de un muro muy fuerte; pero menor que era el de Tiberíada, y habíala proveido al principio que se comenzaron á rebelar, de mucho dinero y de todo lo necesario para defenderse, y habian las sobras tambien aprovechado á Tariquea. Tenian muchas barcas aparejadas en el lago, para que si eran vencidos por tierra, se pudiesen recoger en ellas, y salvarse: y tambien estaban proveidas de armas, para que si fuese necesario, pudiesen pelear en el agua. Estando los romanos ocupados en asentar y guarnecer su campo: Jesús y sus compañeros, sin considerar la muchedumbre de enemigos, ni las fuerzas y uso de las armas de ellos, vinieron contra ellos, y en la primera arremetida desbarataron á los que edificaban el muro, y derribaron alguna parte de lo que estaba edificado; pero viendo que la gente de armas que de dentro estaba se comenzaba á juntar antes de sufrir y padecer algun mal ó daño, recogiéronse á los suyos, y persiguiéndolos los romanos, les fué forzado recogerse á sus barcas ó navíos dentro del agua. Y habiéndose ellos recogido hácia dentro, tanto que pudiesen herirlos con sus saetas, echaron áncoras, y juntando muchas naos entre sí, no menos que suelen hacer los escuadrones, peleaban con sus enemigos que allí estaban. Sabiendo Vespasiano como gran parte de ellos se habia juntado en un llano cerca de la ciudad, envió allá á su hijo con seiscientos caballos escogidos: hallando este ser grande el número de enemigos, envió luego á la hora mensageros á su padre, para hacerle saber que tenia necesidad de mas gente y de mayor socorro. Y antes que este viniese, viendo muchos de sus caballeros muy alegres y muy animosos, y viendo que algunos estaban amedrentados por ver tan gran muchedumbre de judíos junta, púsose en un lugar, del cual pudiese ser oido por todos, y dijo: ¡oh romanos! por cosa tengo muy buena amonestaros al principio de mi habla, que os querais acordar de vuestra virtud y linaje, y sepais quién sois, y quién son aquellos con los cuales habemos de pelear: ningun enemigo nuestro ha podido escapar de nuestras manos en todo el universo. Los judíos, á fin de que de ellos digamos tambien algo, hasta ahora han sido siempre vencidos, y jamás se han levantado; conviene pues, ya que siéndoles á ellos la fortuna y sucesos tan contrarios, pelean todavía tan constante y esforzadamente, que nosotros peleemos y trabajemos con mayor perseverancia, siéndonos la fortuna en todo muy próspera. Mucho me huelgo por ver y conocer claramente la alegría grande que todos teneis, pero témome que alguno de vosotros no tenga temor por ver tanta muchedumbre de enemigos: piense pues, cada uno de vosotros otra vez, quién ha de pelear y con quién, y por qué los judíos, aunque sean harto atrevidos menospreciando la muerte, sabemos todos que son gente sin órden, y poco experimentada en las cosas de la guerra, y merecen mas nombre de pueblo desordenado que de ejército: pues de vuestra órden, saber y destreza en las cosas de la guerra, ¿qué necesidad hay que yo me alargue ahora en hablar de ella? Por esta causa nos ejercitamos ciertamente en el tiempo de paz nosotros solos en las armas, por no tener cuenta en la guerra con el número de nuestros enemigos. Porque ¿qué provecho, ó qué bien nos viene de ejercitar siempre la milicia y las armas, si salimos con igual número de gente con los que no están en esto ejercitados? antes pensad que salimos armados con gente de á pié, y seguros con consejo y regimiento de capitan proveido, contra hombres sin regidor y sin regimiento; y que estas virtudes engrandecen nuestro número; y los vicios dichos quitan gran parte y gran fuerza del número de los enemigos. Sabed tambien, que en la guerra no vence la sola muchedumbre de los hombres; y sí la fortaleza, aunque sea de pocos, porque estos se pueden ordenar fácilmente, y ayudarse unos á otros: los grandes ejércitos mas daño reciben de sí mismos que de sus propios enemigos. Los judíos se mueven por audacia, por ferocidad y desesperacion ó crueldad de sus propios entendimientos, y dureza de corazon: estas cosas, cuando todo es muy próspero, suelen aprovechar algo; pero por poco que sea esto ofendido, y por poca resistencia que sienta luego está todo muy marchito y muerto: á nosotros nos rige la virtud, la voluntad conforme á razon, y muy obediente la fortaleza, y esto suele florecer cuando la fortuna es próspera, y no suele ser quebrantado por la adversa y contraria. Nosotros tenemos mayor causa para pelear que los judíos, porque si ellos sufren por su libertad y patria tantos peligros, ¿qué tenemos nosotros mas excelente ú de mas estima que la ínclita fama y nombre? ¿Y qué después de haber alcanzado el imperio de todo el orbe, no parezcamos tener por enemigos y contrarios á los judíos solamente? Considerad además de todo esto dicho, que no tenemos miedo de sufrir cosa que sea intolerable, porque tenemos muchos que nos ayudarán y están muy cerca de nosotros. Podemos alzarnos con la victoria, y conviene adelantarse antes que venga la ayuda y socorro que esperamos de mi padre, á fin que sea nuestra virtud mayor, y no tenga su efecto mas compañeros en quien repartirse: pienso yo que vosotros haceis de mí y mi padre un mismo juicio, y que si él es digno de nombre y de gloria por las cosas hechas hasta aquí gloriosamente, sabed que yo le soy hijo, y vosotros sois soldados mios: él tiene costumbre de vencer, ¿y yo podré llegarme á él vencido? ¿De qué manera, pues, vosotros no os avergonzareis en no vencer, viendo á vuestro capitan ponerse en medio de los enemigos, y correr delante á todo peligro? Creedme cierto, que yo mismo buscaré el peligro, y romperé primero con los enemigos. Ninguno de vosotros se aparte de mí, teniendo por muy cierto, que mi fuerza será guiada y sustentada con la ayuda y socorro de Dios, y tened por muy cierto, que haremos mucho mas mezclados con nuestros enemigos, que si peleásemos de lejos. Habiendo Tito tratado esto con su gente, los soldados recibieron alegría casi divina, y pesábales mucho que Trajano venia con cuatrocientos de á caballo antes de darles la batalla, como que la victoria se disminuyese con la compañía que venia. Envió tambien Vespasiano á Antonio Silon con dos mil flecheros, para que, ocupada la montaña que estaba delante de la ciudad, echasen de allí los que quisiesen defender los muros: y cercaron á sus enemigos como les fué mandado, los cuales estaban procurando socorrer á sus fuerzas. Partió primero de todos con su caballo corriendo contra los enemigos, Tito; siguiéronle luego los que con él estaban con gran grita, tan derramados como era necesario para tomar á los enemigos en medio, y esto fué causa que pareciesen muchos mas que no eran. Los judíos, aunque espantados con la arremetida de los romanos y con la manera que tenian en pelear, todavía resistieron al principio algun poco; pero, heridos con lanzas, y desordenados con la fuerza de los caballos, fueron desbaratados, y matando á muchos de ellos entre los piés de los caballos, huyeron á la ciudad segun cada uno mas podia. Tito perseguia á unos que huian, á otros mataba de pasada, y corriéndoles delante á mu-

chos, dábales por frente, y matábalos, echando los unos sobre los otros, y saltándoles adelante, cuando todos se recogian á los muros, los echaba al campo, hasta tanto que cargando tanta muchedumbre tuvieron lugar para recogerse: y entrevino allí gran discordia entre todos, porque á los naturales les pesaba en gran manera la guerra hecha del principio, parte por causa de sus bienes, y parte tambien por causa de la ciudad, y principalmente viendo que no les habia sucedido bien, antes malamente, y que el pueblo de los extranjeros y advenedizos, que eran muchos, hacia fuerza en ello; y así habia entre todos clamores, como que ya tomasen todos armas y se aparejasen para pelear. Tito, que no estaba lejos de los muros, cuando les oyó comenzó á gritar: este es el tiempo, compañeros mios, ¿porqué nos detenemos? Recibid la victoria que Dios os envia, poniendo en vuestras manos los judíos: ¿no oís los grandes gritos? Discordes están los que han escapado de nuestras manos. La ciudad es nuestra, si nos damos priesa; pero es necesario tener gran ánimo juntamente con ser diligentes, porque debeis saber no poderse hacer cosa señalada, en la cual no haya peligro: y no solo debemos trabajar por prevenirlos y adelantarnos antes que los enemigos se concorden, los cuales viéndose en necesidad, no podrán dejar de concordar todos y venir en amistad; mas tambien debemos procurar en dar en ellos antes que nuestro socorro venga, para que además de la victoria, en la cual vencemos tan pocos á tan gran muchedumbre, podamos tambien gozar solos de la ciudad. Dicho esto sube en su caballo, y corre hasta la laguna, y éntrase por allí dentro de la ciudad siguiéndole toda la otra gente suya. La osadía grande que tuvo, puso gran miedo en los que estaban por guardas del muro, de tal manera, que no hubo alguno que pudiese pelear ni prohibir que no entrase. Jesús y sus compañeros, dejando la defensa de la ciudad, huyéronse á los campos, y otros corriendo á recogerse á la laguna, daban en las manos de sus enemigos que les salian por delante, unos eran muertos, queriendo subir en sus navíos, y otros trabajando para alcanzarlos nadando. Mataban tambien los romanos dentro de la ciudad mucha gente de los advenedizos que no habian huido, antes trabajaban por resistirles, y los de allí naturales morian sin pelear, porque las esperanzas de concertarse y saber que no habian sido aconsejados en aquella guerra los detenia sin que peleasen, hasta tanto que Tito, muertos los que resistian, teniendo compasion y misericordia de los naturales, hizo cesar la matanza: los que habian huido al lago, cuando vieron que era tomada la ciudad, alejáronse mucho de los enemigos: Tito envió caballeros por embajadores que contasen á su padre todo lo que habia hecho. Cuando el padre lo supo, proveyó de lo que era necesario, alegre en gran manera por la virtud que de su hijo habia entendido, y por la grandeza de aquella hazaña, porque le parecia haberle quitado gran parte de la guerra; mandó luego rodear de gente de guarda la ciudad, porque ninguno pudiese huir escondidamente, y librarse de la muerte, y luego esotro dia, habiendo bajado á la laguna, mandó hacer navíos para perseguir á los que habian huido, los cuales con la materia que tenian abundante, y oficiales muchos y muy diestros, fueron presto hechos y puestos en órden.

XVIII. Esta laguna se llama Genasar, tomando el nombre de la tierra que contiene; tiene de ancho cuarenta estadios, y ciento de largo: el agua es dulce, y buena de beber; porque con ser gruesa la de la laguna, esta es algo mas delgada de lo que en las otras suele ser. Viene á hacer orilla arenosa por todas partes, suele ser muy limpia y muy templada para beber: es mas delgada que las aguas de la ribera ú de las fuentes, y está siempre mas fria de lo que la anchura de la laguna permite, y en las noches que hace gran calor dejan entrar el agua, y de esta manera se refrescan, lo cual tienen de costumbre, y lo suelen así hacer los que son de allí naturales. Hay aquí muchas maneras de pescados diferentes de los pescados de otras partes, tanto en sabor como en su género, y pártese por medio con el rio Jordan: parece ser del Jordan la fuente Panio, pero á la verdad viene por debajo de tierra de aquel lugar que se llama Fiala, y este está por aquella parte que suben á Traconitida, á ciento y veinte estadios lejos de Cesarea, hácia la mano derecha, no muy apartado del camino. Y de la redondez se llama el lago de Fiala por ser redondo como una rueda: detiénese siempre dentro de sí el agua, de tal manera, que ni falta, ni en algun tiempo crece; y como antes no se supiese ser esto el principio del rio Jordan, Filipo Tetrarca, que solia ser procurador de Traconitida, lo descubrió: porque echando este mucha paja en Fiala, la vino á hallar después en Panio, de adonde pensaban antes que manaba y nacia este rio. Panio de su natural solia ser muy linda fuente, y fué mas alindada con las riquezas y poder de Agripa. Comenzando, pues, en esta cueva el rio Jordan, pasa por medio de las lagunas de Semeconitis, y de aquí ciento y veinte estadios mas adelante, después de la villa llamada Juliada, pasa por el medio del lago Genasar, de adonde viene á salir al lago de Asfalte, por muchos desiertos y soledades: alárgase la tierra con el mismo nombre del lago Genasar, muy lindo y admirable, tanto de su natural, como por su gentileza. Ningun árbol deja de crecer con la fertilidad que de sí da, y los labradores la tenian muy llena de todas suertes de plantas y árboles, y la templanza del cielo es muy cómoda para diversidad de árboles: las nueces, que es fruta que desea mucho el frio, aquí abundan y florecen; las palmas, que tambien requieren calor y verano: las higueras y olivos que quieren el tiempo mas blando, de manera que dirá alguno haber mostrado aquí la naturaleza su magnificencia y fertilidad, haciendo fuerza en que convengan entre sí, y concorden las cosas que de sí son muy repugnantes y discordes, favoreciendo á la tierra en la contrariedad de los tiempos del año con particular favor. No solo produce diversas pomas ó manzanas en mayor diversidad que es posible pensar, pero aun tambien las conserva que parezcan ser en su propio tiempo siempre: hállanse en esta tierra uvas los diez meses del año, y muchos higos y pasas, y todos los otros frutos duran todo el año; porque además de la serenidad del viento, que es muy manso, riégase tambien con una fuente muy abundante, la cual llaman los naturales de allí Capernao. Piensan algunos que es alguna vena del Nilo, porque produce y engendra pescados semejantes á las corvinas de Alejandría: esta region se alarga treinta estadios por la parte que se llama laguna, y se ensancha veinte, cuya naturaleza es la que habemos dicho.

XIX. Acabados los navíos, y puestos en órden, Vespasiano puso dentro la gente que le pareció necesaria, y juntamente con ella él mismo tambien partió en persecucion de los que por la laguna habian huido. Estos, ni podian salir á tierra salvamente, siéndoles todo contrario, ni podian pelear en el agua con igual condicion, porque sus barcas eran pequeñas, y lo que estaba aparejado para los corsarios era muy débil contra los navíos que los romanos habian hecho, y

habiendo poca gente en cada una temian de llegarse á los romanos, que eran muchos, y estaban muy juntos. Pero andándoles al rededor, y algunas otras llegándose algo mas de lejos tiraban muchas piedras á los romanos, y heríanlos á las veces de cerca: mas daño recibian de ambas maneras ellos mismos, porque con las piedras que ellos tiraban no hacian otra cosa sino solo gran ruído, estando los romanos contra quien ellos tiraban muy bien armados: los que algo se acercaban luego eran heridos con sus saetas, y los que se osaban llegar mas cerca, antes que ellos dañasen ni hiciesen algo, eran heridos y derribados, y eran echados al hondo con sus mismas barcas: muchos de los que tentaban herir á los romanos, á los cuales podian alcanzar estos con sus dardos, derribaban con sus armas á los unos en sus mismas barcas, á otros prendian con ellas, tomándolos en medio con sus navíos. Los que caían en el agua, y levantaban la cabeza, ó eran muertos con saetas, ó eran presos y puestos dentro los navíos, y si desesperados tentaban de librarse nadando, quitábanles las cabezas, ó cortábanles las manos, y de esta manera morian muchos de ellos, hasta tanto que siendo forzados á huir, los que quedaron en vida llegaron á tierra, dejando rodeados sus navichuelos de los enemigos: de los que se echaban en el agua, muchos hubo muertos con las saetas y dardos de los romanos, y muchos saliendo á tierra fueron tambien muertos: así que estaba toda aquella laguna llena de sangre y de cuerpos muertos, porque ninguno se escapó con la vida. Pasando después algunos dias, se levantó en estas tierras un hedor muy malo, y una vista muy cruel y muy amarga de ver: estaban las orillas llenas de barcas quebrantadas, de hombres ahogados en el agua y de cuerpos hinchados, calentándose después y podreciéndose los muertos, corrompian toda aquella region, en tanta manera, que no solo parecia este caso miserable á los judíos solos; sino tambien los que lo habian hecho lo aborrecian, y les era muy dañoso. Este fué, pues, el suceso y fin de la guerra naval hecha por los tariqueos: murieron entre estos y los que fueron muertos antes en la ciudad seis mil y quinientos; acabada esta pelea, Vespasiano quiso parecer en el tribunal de Tariquea, y apartaba los extranjeros de los naturales de la ciudad, porque aquellos parecian haber sido causa de aquella guerra, y tomaba consejo de los regidores y capitanes suyos, si debia perdonarlos: respondióle uno que si los libraba le podrian hacer daño, y que dejándolos vivos no reposarian por ser hombres sin patria y sin lugar cierto, y estaban prontos todos, y eran bastantes para hacer guerra contra cualquiera que huyese y se recogiese. Vespasiano bien conocia que eran indignos de quedar con vida, y veia bien que se habian de levantar y revolver contra los mismos que les diesen la vida, pero todavía estaba dudando cómo los mataria; porque si los mataba allí mismo, sospechábase que los naturales no sufrian que fuesen muertos aquellos que les pedian perdon y suplicaban por la vida, y avergonzábase de hacer fuerza á los que se habian rendido por medio de su fé y prometimiento: pero vencíanle sus amigos, diciendo ser todo cosa lícita contra los judíos, y que lo que era mas útil, debia ser tenido tambien en mas que lo que era honesto, cuando no podian hacerse entrambas cosas. Concedióles, pues, licencia para salir por el camino de Tiberíada solamente, y creyendo ellos fácilmente aquello que tanto deseaban, se iban acompañados, sin tener algo sobre sí, ni sus riquezas: los romanos ocuparon todo el camino, que ninguno pudiese salir ni escaparse, y encerrados en la ciudad, luego Vespasiano fué con ellos, y púsolos todos en un lugar público, y mandó matar los viejos y los que no podian pelear, que eran hasta mil y doscientos, y envió á Istmon, adonde Neron entónces estaba, seis mil hombres, los mancebos y mas escogidos: vendiendo toda la otra muchedumbre, que eran treinta mil y cuatrocientos, además de otros muchos que habia dado á Agripa: porque permitió á los que eran de su reino hacer lo que quisiese Agripa, y el rey tambien los vendió. Todo el pueblo era de los de Traconitida, Gaulanitida, hipenos y muchos gadaritas sediciosos, revolvedores y gente huidiza, hombres que no pueden ver la paz, antes todo lo hacen y convierten en guerra: estos fueron presos á los ocho de setiembre.

LIBRO CUARTO.

ARGUMENTO DE ESTE LIBRO.

I. De cómo fuéron cercados los gamalenses.—II. Cómo Plácido ganó el monte Itaburio.—III. De la destruccion de Gamala.—IV Cómo Tito tomó a Giscala.—V. En el cual se comienza á contar el principio de la destruccion de Jerusalen.—VI. De la venida de los idumeos en socorro de Jerusalen, y de lo que allí hiciéron.—VII. De la matanza hecha por los idumeos.

I. Todos los galileos, que después de destruida Jotapata se levantaron contra los romanos, después de vencidos los tariqueos se volvian á juntar con ellos: y tenian ya tomados los romanos todas las ciudades y castillos, excepto á Giscala, y aquellos que habian ocupado el monte Itaburio. Habíase con estos rebelado la ciudad de Gamala, fundada mas allá de la laguna, y pertenece á los términos y señorío de Agripa, y con esta tambien Sogana y Seleucia. Entrambas eran de las tierras de Gaulanitida; Sogana era de la parte alta que se llama Gaulana, y de la baja inferior Gamala. Seleucia está cabe la laguna llamada Semeconita, que tiene treinta estadios, que son casi cuatro millas de ancho y cuarenta estadios de largo, y tiene sus lagunas que se extienden hasta Dafne. Esta region suele ser muy deleitable; principalmente tiene fuentes que sustentan al Jordan que llaman menor, y le llevan por debajo del templo Aureo de Júpiter, hasta dar en el mayor. Agripa, cuando estas tierras se comenzaron á rebelar, juntó en su amistad á Sagana y á Seleucia. Gamala estaba soberbia sin querer obedecerle, confiándose en la dificultad y aspereza de las tierras, aun mas que Jotapata. Tiene una áspera descendida de un alto monte levantada en medio algun tanto; y á donde se levanta, allí se alarga no menos hácia abajo que por las espaldas, á manera del lomo de un camello, de lo cual alcanzó el nombre que tiene, sino que los naturales no pueden retener la significacion expresa del vocablo en la pronunciacion. Por los lados y por la parte de delante, pártese en ciertos valles muy dificultosos é imposibles para caminar por ellos, y por la parte que pende del monte es algun poco menos difícil. Pero los naturales que allí vivian la habian hecho muy dificultosa é imposible, con un foso atravesado y muy hondo. Habia muchas casas edificadas y muy juntas por aquellas cuestas, y parecia que venia á tierra toda la ciudad dentro de sí, hácia la parte del mediodía. El collado que está hácia la parte austral es tan alto que sirve á la ciudad como de torre ó fuerte sin muro; y la peña que está mas alta, tiene ojo á defender el valle. Habia una fuente dentro, en la cual venia á acabar la ciudad. Aunque

fuese esta ciudad naturalmente tan fuerte que no se pudiese tomar, todavía Josefo la fortaleció mas cuando la cercó de muro, haciéndole muy buen foso y minándola. Los naturales de aquí confiábanse mas, por saber que era el lugar muy fuerte, que los de Jotapata; pero habia mucho menos gente y menos ejercitada; y confiados en la aspereza del lugar, pensaban ser muchos mas que no eran los enemigos, porque la ciudad tambien estaba llena de gente que se recogia allí, por saber que la ciudad era muy fuerte. Y habiendo enviado antes Agripa gente que la cercase, le resistieron siete meses contínuos. Partiendo Vespasiano de Amaunta, á donde habia asentado su campo para tomar á Tiberíada, (quien quisiere declarar lo que aquel nombre significa, sepa que Amaus quiere decir aguas calientes, porque allí hay una fuente tal, muy buena para sanar enfermos y lisiados) llegó á Gamala y no podia cercar toda la ciudad por estar edificada de la manera que habemos arriba dicho; pero puso su guarda y ordenó su gente como mejor fué posible, ocupó el monte que estaba en la parte alta y puesto allí su campo, segun acostumbraba, al fin trabajaron en alzar sus montezuelos. Por la parte del oriente, en un lugar que daba encima de la ciudad muy alto, habia una torre, á donde estaba la quincena legion y la quinta que trabajaban en dar contra el medio de la ciudad: la décima hizo diligencia en henchir los fosos y valles. Estando en esto el rey Agripa, llegóse á los muros procurando hablar con los que defendian la ciudad, para hacer que se rindiesen: uno de los que tiraban con ondas le sacudió con una piedra en el codo; por esto sus amigos le detuvieron. Los romanos fueron movidos á poner cerco á la villa; parte por la ira que tenian contra ella por causa del rey, y parte tambien por tener miedo, pensando que los judíos no dejarian de usar de toda crueldad contra los enemigos y extranjeros; pues contra su mismo natural, que es persuadir lo que les convenia y les era provecho, se habian mostrado tan fieros y tan crueles. Levantados con diligencia los montes, y con la continuacion que en ellos pusieron, fueron acabados presto y pusieron ya en ellos sus máquinas. Chares y Josefo, estos eran los principales de la ciudad, ordenaron la gente de armas, aunque estaban todos muy amedrentados, y aunque pensaban no poder defenderse mucho tiempo, por ver que les faltaba el agua y muchas otras cosas necesarias; pero en fin, animándolos á todos, los sacaron al muro. Resistieron algun poco á los golpes de las máquinas; pero heridos con la muchedumbre de saetas y dardos que les tiraban, hubieron de recogerse dentro de la ciudad. Habiendo, pues, los romanos dado el asalto á la ciudad por tres partes, derribaron el muro con sus ingenios; y por las partes que estaba derribado entraron todos con gran furia de armas; y tañendo las trompetas, dando tambien ellos grandes voces, peleaban con los de la ciudad. A los primeros encuentros estuvieron los de la ciudad firmes, y resistieron prohibiendo á los romanos que pasasen mas adelante. Pero vencidos por la fuerza y muchedumbre que cargaba, huyeron todos á las partes altas de la ciudad, volviendo después á dar sobre sus enemigos; y echándolos por allí abajo, los mataban sin poderse librar por ser el lugar muy difícil y muy estrecho. Como, pues, los romanos no pudiesen resistir á los que los herian de lo alto, ni se pudiesen librar por alguna parte con el aprieto en que los enemigos los ponian en aquella cuesta, recogíanse en las casas de sus propios enemigos las que estaban en lo llano de la ciudad; y como cargase en ellas tanta gente, daban con todo en tierra, por no poder sostener el peso; y una que caia derribaba muchas de las que debajo estaban, y estas muchas otras. Esto fué causa que muchos romanos pereciesen, porque estando inciertos y sin saber lo que hiciesen, aunque veian caer los techos y paredes sobre sí, no por eso dejaban de recogerse allí; creo que mas por morir de cualquier otra cosa, que no á manos de los judíos: de esta manera muchos cierto morian. Muchos de los que huian eran lisiados en sus miembros y muchos morian ahogados con el polvo. Pero todo esto pensaron los naturales de Gamala que sucedia en provecho de ellos; y menospreciando el daño que por esta parte les venia, peleaban con mayor esfuerzo y hacian mayor fuerza, y hacian recoger en sus propias casas á los enemigos; y los que caian por las estrechuras de las calles, estos eran muertos con las saetas y dardos que de lo alto por encima les tiraban. La destruccion de las casas derribadas les daba abundancia de piedras, y los enemigos muertos abundancia tambien de armas, porque quitábanles las armas y daban con ellas á los demás que estaban medio muertos. Muchos, cayendo los techos de las casas, morian echándose de allí abajo ellos mismos, y queriendo volver atrás no podian fácilmente. Porque no sabiendo las calles y con el gran polvo que se levantaba, unos daban en otros sin conocerse ellos mismos, y quedaban rendidos y muertos: pero hallando con gran pena puerta para salir, alejáronse de la ciudad. Vespasiano, que siempre estuvo con los suyos en todos los trabajos, sintió gran dolor en ver que la ciudad caia sobre sus soldados; y no teniendo su vida en algo, antes menospreciando la muerte con ánimo esforzado halló lugar escondidamente para ganar la parte alta de la ciudad, y fué dejado casi solo con muy poca gente en medio de aquellos peligros. No estaba con él su hijo Tito entónces, el cual habia sido enviado antes á Muciano á Siria. Volver las espaldas y huir no lo tenia por cosa segura ni honesta, acordándose de las cosas que desde su juventud habia hecho; y teniendo memoria de su virtud, pareció que divinamente juntó su gente y las armas que pudo; y descendiendo de lo alto con su compañía, resistia y hacia guerra á sus enemigos, sin temer la muchedumbre que de ellos habia ni sus armas, hasta tanto que los enemigos, viendo la obstinacion que en su ánimo tenia contra ellos, pensaron que divinamente la tenia, y aflojaron su fuerza: por lo cual, peleando ellos ya algo menos, y mas flacamente de lo que habian acostumbrado, poco á poco Vespasiano se recogia; pero con tal miramiento que no les mostró las espaldas hasta que se vió fuera de los muros. Mucha gente de los romanos murieron en este asalto y pelea; fué entre ellos el uno el gobernador Ebucio, varon cierto muy conocido y de gran esfuerzo, no solo en esta pelea, pero probado por muy valeroso en muchas otras antes, y habia hecho muy mal á los judíos. Estuvo tambien escondido en esta pelea un centurion ó capitan de cien hombres llamado por nombre Galo, con diez soldados dentro de una casa; y como los que allí dentro vivian, cenasen una noche y tratasen entre sí del consejo que el pueblo de los judíos habia tenido contra los romanos, y él lo oyese, siendo él siro y los que con él estaban tambien, en la misma noche dió en ellos, y matándolos á todos, libróse salvo con todos los suyos, y vínose á los romanos. Viendo Vespasiano el dolor y tristeza que su ejército tenia por los casos adversos y tan contrarios que le habian acontecido, y por ver que no le habian acontecido tantas muertes en guerra alguna como en esta; y viéndolos aun mas afrentados y con vergüenza por haber dejado á su capitan en el campo y peligros, solo pensó que los debia consolar sin decir

algo de sí, por no parecer que daba culpa y se quejaba de alguno. Díjoles: que convenia sufrir valerosamente y con esfuerzo las adversidades comunes, acordándose de lo que naturalmente suele acontecer cada dia en las guerras, y como sin sangre es imposible haber alguna victoria, y que no habia dado la fortuna todo lo que tenia, antes si hasta allí habia sido contraria, ser podia que volviese atrás y se mudase en próspera; y que habiendo muerto entónces tantos millares de judíos, no era maravilla que pidiese la fortuna enemiga el diezmo de los nuestros ó la parte que se le debia. Y como es de hombres soberbios y arrogantes ensoberbecerse con la demasiada prosperidad, así no menos es cosa de hombres de poco amedrentarse en las adversidades. Porque, dijo, ligeramente y fácil se mudan estas cosas ahora en lo uno y luego en lo otro, y aquel es tenido por varon esforzado que tiene ánimo valeroso en las cosas que no le suceden prósperamente y queda con su mismo esfuerzo para corregir con consejo las desdichas y adversidades que le habrán acontecido. Aunque estas cosas no nos han sucedido ahora á nosotros por nuestra flojedad ni por la virtud y esfuerzo de nuestros enemigos, porque la dificultad del lugar les ha concedido á ellos buen suceso y á nosotros malo. En esta cosa bien veo claramente que podria cualquiera reprender la osadía vuestra como temeraria, porque habiéndose recogido los enemigos á lo alto, debíades vosotros todos refrenaros entónces, y no poneros en peligro que habia en perseguirlos hasta arriba: antes, pues habíades tomado la parte baja de la ciudad, debíades trabajar en hacer salir á los enemigos que se habian recogido á que peleasen en lugar que fuese mas cómodo y mas seguro para todos vosotros: no tuvisteis cuenta con mirar cuán fuera de consejo fuese esto por priesa demasiada que pusisteis en proseguir vuestra victoria: el ímpetu y fuerza sin consejo en la guerra, no es de los romanos, ni suelen hacer ellos algo de tal manera; antes nada hacemos que no sea con gran órden y destreza: á los bárbaros conviene aquello y á los judíos por cuya causa hemos ganado lo que de ellos tenemos. Conviene, pues, que recorramos á nuestra virtud y enojarnos mas con la adversidad y ofensa que indignamente la fortuna nos ha hecho, que no entristecernos por ella. Cada uno procure en buscar con su esfuerzo el descanso, porque de esta manera nos vengaremos de los que habemos perdido en aquellos por quienes han sido muertos. De mi parte os prometo, que haré no menos que me habeis visto hacer hasta ahora; antes peleando vosotros, y haciendo lo que debeis, yo me pondré siempre el primero y seré el postrero que de la pelea partirá. Con estas palabras esforzó Vespasiano su ejército. Los gamalenses, por otra parte, con el suceso próspero que habian tenido, cobraron mayor ánimo, por haber sido tan sin razon grandes, y haberles sucedido todo tan próspera y magníficamente. Poco después, pensando que habian perdido ya todas las esperanzas de trabar amistad con los romanos y de hacer algun concierto, y viendo que no les era posible salvarse, porque ya les faltaba el mantenimiento, tenian gran pesar y dolor por ello, y habian perdido parte del buen ánimo que antes tenian. Con todo, no dejaban de hacer lo que posible les era en defenderse, guardando tambien las partes del muro muy fuerte que habia sido derribado, como las que estaban enteras. Los romanos estaban haciendo sus montes, y procuraban otra vez dar el asalto, por lo cual habia muchos de los de dentro la ciudad, que procuraban salirse por los valles y fosos apartados, á donde no habia alguno de guarda, y huian tambien por los albañares; los que quedaban allí por miedo que no fuesen presos, eran consumidos por la pobreza y la falta de mantenimiento, porque solamente eran proveidos los que podian pelear. Todavía con todas estas adversidades permanecian.

II. Con el cuidado que Vespasiano tenia del cerco, no dejó de proveer en lo demás contra aquellos que habian ocupado el monte Itaburio, el cual está entre la ciudad de Escitópolis y un gran campo; levántase treinta estadios en alto por la parte del septentrion: no es posible llegar á él en lo alto; extiéndese lo llano hasta veinte estadios, y estaba todo cercado de muro. Este cerco tan grande mandó hacer Josefo dentro de cuarenta dias: dándole materia y aparejo necesario para ello los lugares que abajo estaban, porque arriba no tenian otra agua sino la que del cielo venia. Habiéndose, pues, juntado aquí gran número de judíos, Vespasiano envió allí á Plácido con seiscientos caballos. Este no podia hallar manera para tomar este monte: á muchos aconsejaba que se concertasen, y prometiéndoles perdon, los amonestaba que quisiesen la paz. Ellos tambien descendian á él, pero con asechanzas y para hacerle daño; porque Plácido les hablaba mansamente y con toda amistad, por moverlos á que descendiesen á lo bajo y allí tomarlos á su voluntad, y ellos mostrándose, quererle obedecer y complacerle en lo que queria, llegábanse á él por tomarlo descuidado. Pero el saber y astucia de Plácido pudo mas y venció, porque comenzando la pelea los judíos, hizo como que huyese; y moviendo con esto á los judíos que lo persiguiesen hasta llegar al campo grande, vuelve contra ellos con todos los de á caballo, y haciendo huir muchos, mató tambien algunos, y detuvo á la otra muchedumbre que no subiese. Por esto, los otros dejando el monte Itaburio, recogíanse hácia Jerusalen. Los naturales de allí tomaron la palabra de Plácido, y por haberles faltado el agua, rindiéronse ellos y entregáronle tambien el monte.

III. Los mas atrevidos de Gamala se habian esparcido huyendo y estaban muy escondidos; y los que no eran para pelear, estos se morian de hambre. Los que peleaban sostenian el cerco, hasta tanto que á los veinte y dos de octubre aconteció que tres soldados de la décima quinta legion, á la mañana se hallaron con una torre mas alta que todas las otras que en la parte de ellos habia, y escondidamente la minaron, sin que los que estaban en ella de guarda lo sintiesen, ni cuando venian ni cuando entendian en la obra, porque era noche. Estos mismos soldados, guardándose mucho de hacer ruído, saltaron de presto, quitando cinco piedras que habia muy grandes, y súbitamente la torre cayó con gran ruído, y fuéron derribados los que de guarda estaban juntamente con ella. Espantados los que en las otras partes estaban y turbados con esto, huyeron, y los romanos mataron á muchos de los que osaban salir de dentro: entre los cuales Josefo que estaba encima de la parte del muro, que estaba derribada, fué muerto por un soldado que le hirió con una saeta. Los que dentro de la ciudad estaban, amedrentados con el estruendo grande, tenian gran temor y corrian por todas partes, no menos que si los enemigos hubieran ya ganado la ciudad. Entónces murió Cares, que estaba enfermo en la cama, ayudándole á morir el gran temor que tenia. Pero los romanos, acordándose muy bien de las muertes pasadas, no entraron en la ciudad hasta los veinte y tres dias del susodicho mes. Tito, que allí estaba, indignado por la llaga que los romanos habian recibido estando él ausente, entró diligentísimamente en la ciudad con doscientos caballos los mas escogidos, además

de la gente de á pié; y habiendo entrado he aquí que los que de guarda estaban, lo sintieron, y venian con grandes clamores á las armas para resistirles. Sabiendo los que dentro estaban, como los romanos habian entrado, los unos se recogian á la torre arrebatando sus hijos y mujeres con gritos y clamores grandes que daban: otros salian al encuentro á Tito, y eran allí todos muertos; y los que eran prohibidos de recogerse á la torre, no sabiendo qué hacer de sí mismos, daban en la guarnicion de los romanos, y en todas partes se oian los gemidos de gente que moria: la sangre que corria por aquellos lugares, que estaban altos y recostados, henchia toda la ciudad. Vespasiano pasó todo su ejército contra los que se habian recogido á la torre: era lo alto de aquella torre muy peñascoso y muy alto, y estaba muy lleno de rocas al rededor, que parecia estar para dar en tierra. De aquí los judíos trabajaban parte con saetas y dardos, y parte con piedras para echar á los romanos que contra ellos venian con fuerza, sin que les pudiesen á ellos alcanzar ni hacer daño alguno las saetas y armas de los romanos por estar en un lugar muy alto. Pero levantóse un viento por la voluntad de Dios, para dar muerte y destruccion á estos, el cual llevaba las saetas y dardos de los romanos contra ellos, y echaba los de ellos de tal manera, que no dañaban á los romanos; ni podian estar en las alturas de las peñas, tan movible estaba todo con la violencia y fuerza del viento, ni podian tampoco ver cuando sus enemigos llegaban. Saltando, pues, los romanos allí arriba, rodeáronlos á todos, y tomaban á unos antes que se valiesen, y á otros rindiéndose; pero con todos mostraban su ira y crueldad, acordándose de la gente que habian perdido en el primer asalto. Muchos, rodeados por todas partes y cercados, desesperando de alcanzar salud, se dejaban caer en el valle que estaba debajo de la torre muy honda. Aconteció tambien que los romanos eran mas mansos contra ellos que nó ellos mismos entre sí, porque los muertos con armas fueron cuatro mil, y los que se echaron desesperados de alto á bajo llegaron al número de cinco mil: y no escapó alguno, excepto dos solas mujeres, las cuales eran hermanas, hijas de Filipo, hijo de Joaquin, varon señalado, el cual habia sido capitan del ejército de Agripa. Estas escaparon por haberse escondido al tiempo de la matanza de las manos de los romanos, porque no perdonaron ni aun á los niños que mamaban, de los cuales fueron echados muchos de la torre abajo. De esta manera, pues, fué destruida Gamala á los veinte y tres del mes de octubre, la cual se comenzó rebelar á los veinte y uno de setiembre.

IV. Solo quedaba por tomar un lugarejo de Galilea llamado Giscala. El pueblo pedia la paz, porque la mayor parte de él eran labradores y tenian siempre sus esperanzas en los frutos; pero estaban corrompidos con un gran escuadron de ladrones que se habia mezclado entre ellos, y algunos de los principales ciudadanos se picaban de lo mismo. Movíalos á que se rebelasen un hijo de Levías, llamado por nombre Juan, hombre engañador, hombre de costumbres muy mudables y muy varias, aparejado para esperar lo que no tenia razon ni moderamiento; hombre para hacer cuanto le venia á la cabeza, y sabido por todos que por hacerse poderoso movia la guerra. La compañía de los sediciosos y amigos de maldades obedecia á este, y hacian todos lo que este mandaba y por causa de este todo aquel pueblo, que cierto hubiera enviado á los romanos embajadores para rendirse con toda paz, estaba esperando en parte la pelea con ellos. Vespasiano envió contra estos á su hijo Tito con mil de á caballo; y envió la décima legion á Escitópolis, y él se volvió á Cesarea con las otras dos, pensando que convenia dar algun tiempo á esta gente, para que descansase y se rehiciese con la abundancia que en las ciudades hallase, teniendo por cierto que convenia dejarles espacio para que se diesen algun buen rato, para tomar ánimo para las batallas que esperaba tener y dar, porque sabia no quedar poco trabajo aun en conquistar á Jerusalen, que era ciudad real mas fuerte y mas abastecida que todas las de Judea. Veia que los que huir podian, se recogian allí; y además de esto, la fuerza que de sí tenia y guarnicion y los muros fuertes, hacian estar muy solícito á Vespasiano, pensando en la fuerza y atrevimiento de los judíos, y que era ciudad inexpugnable tambien, aun sin la fuerza de los muros; por tanto sabia convenirle tener mucho cuidado en que fuesen sus soldados antes muy puestos en órden y muy bien proveidos, no menos que suelen hacer los luchadores, antes que salgan á la pelea. Parecíale á Tito cosa difícil tomar por asalto la ciudad de Giscala, porque cabalgando se habia llegado allá; pero sabiendo que si la tomaba por fuerza, los soldados matarian todo el pueblo, estaba ya este harto de ver muertes, teniendo compasion de este pueblo que habia de morir sin perdonarse á alguno entre los malos que allí habia, y sin que alguno fuese de ellos exceptuado: por tanto queria probar de tomar esta ciudad por amistad y concierto antes que por fuerza. Estando, pues, los muros llenos de hombres, de los cuales era la mayor parte de los perdidos y revolvedores, les dijo: que se maravillaba mucho, con qué consejo confiados, tomadas ya todas las tres ciudades, determinaban ellos solos de querer probar tambien las armas y fuerzas de los romanos, viendo muchas otras ciudades mas fortalecidas y mas proveidas de toda cosa, derribadas todas; y que aquellos que habian creido á los romanos y se habian confiado en la fé que les prometian, estaban salvos. La misma, pues, dijo estaba aparejado para darles toda su amistad, sin que se enojase por la soberbia que le habia sido mostrado, por pensar y saber, que se debia perdonar aquello por la esperanza de la libertad; pero no cierto si alguno perseveraba en querer alcanzar lo que le era imposible. Y que si no querian obedecer estas palabras de tanta clemencia y benignidad, y querian creer á sus promesas, experimentarian las crueles armas romanas; y que luego, luego conocerian que sus muros eran cosa de juego y de burla para las máquinas romanas, en las cuales ellos tanto se confiaban, mostrándose, entre los galileos, ellos solos arrogantes y soberbios cautivos. Dicho esto, no fué lícito á alguno de los del pueblo responder; pero ni aun subir al muro, porque todo le habian ocupado los ladrones: habia guardas puestas á las puertas, porque ninguno pudiese salir á concierto, ni pudiese recibir alguno de los caballeros dentro de la ciudad. Respondió Juan, que él recibia el pacto y le daba por hecho; y que ó él lo persuadiria á todos, ó que les mostraria serles necesario pelear, si rehusaban condescender con lo que les diria. Pero dijo, que convenia no tratarse algo aquel dia por la ley de los judíos, porque como tenian por cosa nefanda y contra ley pelear aquel dia, así tambien pensaban no serles lícito hacer conciertos de paz: porque los romanos sabian como el séptimo dia solia ser á todos los judíos muy gran fiesta; y que si la quebrantaban, cometian gran pecado, no menos ellos que aquellos por cuya causa era quebrantada y el mismo Tito tambien; y que no debia temerse por la tardanza de una noche,

ni pensar que lo habia hecho porque la gente huyese, siéndole principalmente lícito tener miramiento y guardas sobre ello, estando él reposado, y que él ganaba mucho en no menospreciar en algo las costumbres de la patria: y que á él convenia, pues ofrecia tan de voluntad la paz á los que no la esperaban, guardar tambien la ley á los cercados. Con estas palabras trabajaba Juan para engañar á Tito, no tan cuidadoso de que se guardase el séptimo dia que era la fiesta, como por procurar su salud. Temíase que tomada la ciudad no fuese dejado solo, habiendo él puesto toda la esperanza de su vida en la noche, y en huirse: pero cierto por voluntad de Dios, que deseaba la vida de Juan para la destruccion de Jerusalen, no solo creyó y admitió Tito lo que pedia de las treguas por todo aquel dia, mas aun quiso asentar su campo en la parte alta de la ciudad, cerca de Cidesa, que es un lugar de los tirios mediterráneo, y muy fuerte, y muy aborrecido siempre de los galileos. Como, pues, venida la noche viese Juan que los romanos no tenian algunas guardas cerca de la ciudad, no dejando perder esta ocasion, tomó su camino huyendo á Jerusalen, y con él, no solo aquella gente de armas que tenia consigo, pero aun muchos de los mas viejos con todas sus familias. Hasta veinte estadios bien le parecia á él que le seguirian las mujeres y niños, y toda la otra gente que consigo llevaba, aunque era hombre que tenia miedo de ser cautivo, y tenia miedo de no salvarse; y pasando mas adelante, dejaba su gente, y levantábanse aquí llantos muy tristes de los que atrás quedaban: porque cuanto mas lejos cada uno estaba de los suyos, tanto mas cerca les parecia estar de los enemigos. Y pensando ya estarles muy cerca los que habian de prenderlos, estaban ciertamente muy amedrentados; y con el ruido que ellos hacian corriendo, volvíanse muchas veces á mirar atrás; como que aquellos, de los cuales ellos huian, les estuviesen ya encima: y así huyendo, caian muchos y habia pelea entre ellos mismos sobre quien mas huiria, pisándose unos á otros. Las muertes de las mujeres y niños era cosa muy miserable. Si alguna voz daban ellas, era rogar algunas á sus maridos, y otras á sus parientes que las esperasen: pero mas podia la exhortacion de Juan, que gritaba á voces que se salvasen y huyesen allá todos; porque si los romanos los prendian, además de cautivarlos con los que quedaban, los habian tambien de matar. Todos los que huyeron se desparcieron segun les fué posible, y segun era la fuerza de cada uno. Venida la mañana, Tito estaba ya en los muros, por causa de aquel concierto que arriba dijimos, y abriéndole el pueblo las puertas, salieron todos con sus mujeres como á hombre que les habia hecho gran bien, y habia librado de guardas la ciudad con voces muy altas; y haciéndole saber cómo Juan habia huido, rogaban á Tito que á ellos les perdonase y diese castigo á los revolvedores de la ciudad que allí quedaban. Por satisfacer á lo que el pueblo le rogaba, envió parte de su caballería en el alcance de Juan; pero no pudieron alcanzarle, porque antes que estos llegasen, él ya se habia recogido dentro de Jerusalen; pero todavía mataron dos mil de los que huian, y tomaron poco menos de tres mil mujeres y niños, y trajéronselas consigo. Pesábale mucho á Tito, y sentíalo en gran manera que no hubiese luego dado castigo á Juan, segun merecia; y aunque estaba muy airado, por ver sus esperanzas burladas, pensó que le esperaba la muchedumbre de gente que habia sido presa, y los que habian sido traidos cautivos: así entró con gran furor dentro de la ciudad, y mandando á los soldados rompiesen parte de los muros, con amenazas castigaba á los revolvedores de la ciudad, antes que con darles la muerte, porque creia que muchos habian de fingir acusaciones sin culpa ni causa, por el odio que entre sí muchos se tenian; y tenia por mejor dejar sin castigo al culpado con temor, que matar por él al que no tenia culpa. Pensaba tambien, que el tal seria de allí adelante mas honesto y remirado en sus cosas, ó por miedo que no fuese castigado, ó por avergonzarse de lo que hasta allí habia cometido; pero la pena que se daba á los que sin causa morian, no podia ser pagada de alguna manera, ni corregida: puso todavía guarnicion á la ciudad, que tuviese cargo de castigar á los que estudiaban en levantar novedades, y para confirmar en su propósito á los que querian la paz, pues los habia de dejar allí. De esta manera, pues, fué tomada y destruida toda Galilea, después de haber dado tanto trabajo á los romanos.

V. Derramado estaba todo el pueblo de Jerusalen con la venida de Juan; y mucha gente junta con cada uno de los que habian huido, preguntaban todos cómo les habia ido por fuera, y qué matanza habia sido hecha. Apenas podian ellos resollar, de lo cual se podia harto claramente entender la necesidad que habian padecido: pero aun en sus males estaban soberbios, y decian que no los habia forzado la fuerza de los romanos, antes habian venido de voluntad propia, por poder pelear con ellos en lugar que fuese mas seguro: porque cosa era de hombres mal considerados, inútiles y desprovistos de consejo, ponerse en peligro por unos lugares ó ciudades pequeñas, conviniendo tomar las armas con esfuerzo por la ciudad principal y guardarlas para esto; y sabiendo la destruccion de los de Giscala, descubrieron tambien haber sido la partida honesta que decian ellos de Giscala, huida antes que otra cosa. Todavía habiendo oido lo que aquel pueblo cautivo habia sufrido y padecido tristemente, estaban con esto todos muy perturbados: pensaban ser esto gran argumento para creer la destruccion de ellos mismos. No se avergonzaba Juan por causa de aquellos que habia dejado huyendo, antes yendo por todas partes, incitaba á todos á la guerra, trayéndoles delante la flaqueza de los enemigos, y levantando las propias fuerzas, y con esta cavilacion y engaño engañaba á los simples que no sabian algo en las cosas de la guerra, diciendo que, aunque los romanos volasen, no podrian jamás entrarles dentro de los muros, por haber sufrido tanto daño en tomar las ciudades y villas de Galilea, y que todos los ingenios y máquinas que tenian de guerra, estaban ya gastados en derribar los muros. Con estas palabras corrompia gran parte de los mancebos; pero ninguno habia de los viejos, ni de los prudentes, que no llorase ya la ciudad como perdida, juzgando bien lo que habia de suceder. De esta manera, pues, estaba todo el pueblo confuso: la compañía de los labradores y gente rústica, vecina de Jerusalen, antes de la revuelta y sedicion que en Jerusalen se levantó, comenzó á discordar y mover riñas entre sí. Tito habia venido de Giscala á Cesarea, y Vespasiano partiendo para Jamnía y Azoto tomó entrambas ciudades, y poniendo guarnicion en ellas volvíase, trayendo consigo gran parte de aquellos que se habian juntado con él por amistad y concierto. Todas las ciudades estaban revueltas con guerra que entre sí tenian, y las horas que los romanos aflojaban contra ellos su fuerza, ellos mismos se mataban los unos á los otros, teniendo grande y cruel contienda entre sí los que deseaban la paz, y los que amaban la guerra y la procuraban; y esta discordia encendíase luego por dentro de las casas, y después los mas amigos

del pueblo estaban discordes, y cada uno se juntaba con su parcialidad y con los que queria defender: así estaba todo el pueblo dividido en ayuntamientos, y se rebelaba. Habia, pues, grandes disensiones entre todos: los que deseaban revueltas y las armas, eran mas mancebos y mas atrevidos que los viejos y que aquellos que procuraban la paz. Los naturales, pues, comenzaron á robar é iban haciendo ladronicios á manadas por toda aquella tierra de tal manera, que en lo que toca á la crueldad é injusticia no diferian de los romanos; y los que eran en esto destruidos, mucho mas deseaban cierto la muerte por manos de los romanos, porque les parecia ser mucho menos que lo que de sus naturales sufrian. Los que estaban de guarnicion en la misma ciudad, parte por no fatigarse y parte tambien por tener esta nacion muy aborrecida, no ayudaban en algo ó en muy poco á los que eran maltratados; hasta que juntándose las compañías de aquellos robos y los príncipes de ladronicios tan grandes, y haciendo todos juntos un escuadron, entraron por fuerza en Jerusalen. Esta ciudad no era regida por alguno particularmente: acogia, segun la costumbre de la patria, á todos los que quisiesen morar en ella. Pensaban los naturales viendo entrar tanta gente, que todos venian por la benevolencia y amor que les tenian á ayudarlos. Esto castigó después á la ciudad, y fué muy gran trabajo, sin discordia ni disension alguna, por haber acogido gente inútil y sin provecho, la cual se comió los mantenimientos que hubieran bastado para los hombres de guerra; y con ellos, además de la guerra, ganó hambre, mayor sedicion y revuelta; y algunos otros ladrones que entraron tambien por aquellos lugarejos y campos, juntándose con los que de dentro hallaban, que eran mas crueles, no dejaban de cometer toda maldad por cruel y por grande que fuese. No se contentaba el atrevimiento de estos con robar y desnudar á los hombres; pero aun se alargaban á matar, no escondidamente ni de noche, ni á gente particular ó cualquiera, antes á los mas nobles. Primero prendieron á Antipa, varon del linaje real, y ciudadano tan poderoso, que le habian sido encomendados los tesoros públicos. Después de este á cierto Lenia, varon muy señalado; y á Sofa, hijo de Raguel, ambos de familia real, y más todos los que parecian ser mas nobles que los otros. Estaba el pueblo en gran manera muy amedrentado, y cada uno procuraba su salud, no menos que si la ciudad fuera ya tomada por los enemigos. Estos con todo no se contentaron con tener aquella gente en la cárcel y muy cerrada, ni pensaban serles cosa segura de tener cerrados varones tan poderosos, porque veían que muchos hombres entraban y salian en las casas de estos y que eran muy visitados, por lo cual fácilmente podian ser vengados, y por otra parte por ventura el pueblo se levantaria, movido por maldad tan grande. Enviaron, pues, con determinacion de matarlos á cierto Juan, hombre de la compañía de ellos, muy pronto para dar muerte á todos, el cual en la lengua de la patria se llamaba hijo de Dorcades; y juntándose con él otros diez muy bien armados, le siguieron hasta la cárcel, y mataron á cuantos hallaron. Dieron por excusa de maldad tan grande, que habian concertado de entregar la ciudad á los romanos, y que habian muerto á los que eran traidores contra la libertad de todos, honrándose y gloriándose con su atrevimiento, como que hubiesen guardado y defendido la ciudad. Vino el pueblo á sujetarse tanto y á tanto amedrentarse; y vinieron estos á tanto ensoberbecerse, que estaba en mano de ellos la eleccion del pontífice. Dejando, pues, las familias, de cuyos sucesores eran los pontífices creados y elegidos, hacian nuevos, que ni eran nobles ni eran tampoco conocidos, por tener compañeros de sus maldades: porque los que habian alcanzado mayores honras y dignidades de lo que merecian necesariamente, obedeciesen á los mismos que se las habian dado; y con palabras y ficciones engañaban á los que podian prohibirles, y de esta manera cometian cualquier maldad, hasta que hartos ya de perseguir á los hombres quisieron injuriar á Dios, y comenzaron á entrar con sus piés sucios y dañados en el lugar que les era prohibido. Levantado el pueblo contra ellos, por autoridad de Anano, el mayor de los pontífices en el tiempo, es á saber, el primero y el mas sabio, y el que por ventura conservara la ciudad, si pudiera huir ó librarse de los que tanto le acechaban, del templo y de la casa de Dios hicieron castillo y fuerte para defenderse contra el pueblo, y así les era este como habitacion y casa adonde se recogian aquellos tiranos. Mezclábase con estos males tan grandes otro engaño que movia mayor dolor que todo lo hecho. Quisieron tentar el miedo que el pueblo tenia y probar sus fuerzas; y para hacer esto trabajaron en elegir pontífices por suertes, aunque, segun arriba dijimos, fuese esta dignidad por sucesion y linaje. Para este engaño echaban por argumento la antigua costumbre, diciendo que antiguamente se solia dar por suertes esta dignidad; pero á la verdad era solamente destruir la ley mas firme y mas recibida, por causa de aquellos que se tomaban licencia para poder señalar los magistrados y dar aquellos oficios á quien querian. Juntándose, pues, una de las tribus consagradas, la cual se llama Eniaquin, echaban suerte en quién seria pontífice: cayó por caso la suerte en un hombre, por cuyo medio mostraron todos la maldad grande que en el corazon tenian; llamábase Fanie, era hijo de Samuel, natural de un lugar llamado Aftago, el cual no solamente no era del linaje de los pontífices, sino que ni aun sabia qué cosa fuese ser pontífice: tan rústico y grosero era. Haciéndolo, pues, venir á pesar suyo de sus campos, hiciéronle representar otro papel de lo que solia, no menos que suele hacerse en las farsas: y así vistiéndole con las vestiduras de pontífice, presto trabajaron en mostrarle lo que debia hacer, y pensaban que era cosa de burlas y juego tan gran maldad. Todos los otros sacerdotes miraban de lejos; y viendo que se burlaban de la ley, apenas podian detener las lágrimas y gemian entre sí todos, por ver que la honra de sus sacerdotes y sagradas cosas fuese tan escarnecida y burlada. No pudo sufrir el pueblo tan grande atrevimiento, antes todos procuraban desechar y quitarse de encima tan gran tiranía: porque los que se mostraban tener alguna excelencia mas que los otros, Gorion, hijo de Josefo, y Simeon, hijo de Gamaliel, tomando á cada uno particularmente, y tomándolos á todos juntos, los amonestaban con muchos consejos y razonamientos que les hacian que tomasen ya venganza de aquellos que les quitaban la libertad, y que se diesen prisa por echar hombres tan malos del santo lugar, y trabajasen en limpiarle. Los pontífices que estaban entre ellos muy abonados, Gamala, hijo de Jesús, y Anano, hijo de Anano, movian al pueblo en sus ayuntamientos contra los zelotas, reprendiendo la flojedad que todos mostraban. Este nombre habian tomado estos revolvedores de la ciudad, como queriendo decirse celosos de la libertad y profesiones buenas, y nó hombres mas malos que la misma maldad. Juntado ya todo el pueblo para oir el razonamiento, estaban todos muy enojados viendo el templo y las cosas sagradas ocupadas: las rapiñas, hurtos y

muertes que se hacian; pero no se veian aun bastantes para tomar venganza, por tener á los zelotas, y era así á la verdad, por muy inexpugnables: estando en medio de ellos Anano, y mirando muchas veces sus leyes, dijo con los ojos llenos de lágrimas: Mas razon seria cierto que yo muriese antes de ver cosas tan malas y nefandas en la casa de Dios, y antes que ver los lugares santos y secretos, tan frecuentados por piés de hombres malos; pero aun vivo yo vestido con vestidura sacerdotal, tengo y poseo el nombre y oficio de los nombres santos y venerables: aun me detiene el amor de mi vida, sin que sufra por mi vejez la muerte que me seria gloriosa. Sólo, pues, yo iré y daré mi ánima, ofreciéndola á Dios como en soledad. ¿Qué cumple vivir entre un pueblo que no siente su propio daño, ni el estrago que se le hace, y entre hombres, de los cuales no hay alguno que ose prohibir tantos males como al presente padecemos? Sufris ser desnudados, y siendo azotados cerrais vuestras bocas, y no hay alguno que llore ni dé algun gemido por los que han sido muertos. ¡Oh señoría muy amarga! ¿qué me he de quejar de los tiranos? ¿Por ventura no han sido levantados y criados con vuestro propio poder? ¿Por ventura no habeis vosotros acrecentado el número de ellos, pues siendo en tiempo que los podiades corregir y menospreciar, por ser ellos pocos los quisisteis sufrir? ¿Y habeis vuelto las armas de ellos contra vosotros, cuando convenia quebrantarles las fuerzas al principio, cuando injuriaban á vuestros propios parientes y cercanos? Menospreciando vosotros á los culpados, los habeis movido é incitado á robar, no teniendo cuenta con las casas que ellos destruian. Prendian á los principales, llevábanlos presos delante de vuestros ojos y ninguno los ayudaba. Pues vosotros los entregasteis, ellos los encarcelaron: no quiero decir quiénes fueron ni cuáles, pero digo, que viéndolos sin ser acusados y sin ser condenados estando en la cárcel, ninguno los ayudó. ¿Pues qué otra cosa faltaba sino solo verlos degollar y despedazar públicamente? Tambien habemos visto esto, que siendo sacados como del rebaño de los otros los principales para ser sacrificados y muertos, ninguno dió una sola voz, sino que ni aun alzó la mano. ¿Sufrireis, pues, sufrireis vosotros ser las cosas sagradas pisadas y puestas debajo de los piés? Y habiendo permitido que hombres tan malos se atreviesen á toda maldad, ¿os avergonzais ahora de verlos tan altos y tan acatados? Aun por cierto ahora algo mas adelante pasaria el atrevimiento de ellos, si veian algo que poder destruir. Tienen ellos ahora la parte mas fuerte de la ciudad y mas proveida de toda cosa; solíase llamar templo, pero á la verdad ahora no es sino una torre fuerte ó un castillo. Viendo, pues, tan gran tiranía levantada y armada contra vosotros, y viendo sobre las cabezas ya los enemigos, ¿qué cosa pensais? ¿ó qué determinais hacer? ¿Aguardais por ventura á los romanos que os ayuden á librar vuestras cosas? Así van, pues, las cosas de nuestra ciudad, y hemos llegado ya á tan mal punto, que nos convenga que nuestros enemigos se compadezcan de nosotros. ¿No os levantareis, pues, ¡oh miserables! vosotros, y vistas y consideradas vuestras llagas, porque las fieras bestias esto hacen, no ireis á tomar venganza de los que os han dañado tanto? ¿No se acordará cada uno de las muertes que le han sido hechas, y poniéndose delante de los ojos lo que cada uno ha sufrido, no será parte para moveros á procurar vuestra venganza? Creo ciertamente, si no me engaño, que pereció entre vosotros la cosa que debe ser mas amada y mas deseada por ser la mas natural; es á saber, la libertad: hemos sido hechos ahora amigos de servidumbre, y nos hemos acostumbrado á estar sujetos á señores. Ellos, pues, han sufrido muchas guerras y muy grandes por solo vivir en su libertad, por no someterse á la sujecion y mando de los egipcios ni de los medos, y por no hacer lo que estos les mandaban. ¿Mas qué necesidad hay que me alargue en hablar de nuestros antepasados? Esta misma guerra que tenemos ahora con los romanos, no quiero decir si nos es cómoda y provechosa, ni si nos es dañosa; ¿qué otra causa la mueve sino sola la libertad? Pues no pudiendo sufrir que sean señores de nosotros los que lo son de todo el mundo, ¿habemos de sufrir la tiranía de nuestra propia gente? Los que obedecen á señores extraños culpan á la fortuna, por cuya injuria han sido vencidos; pero dejar señorear los malos entre los propios naturales, es cosa muy abatida, y es cosa de hombres que desean estar en servidumbre. Pero pues habemos hecho mencion de los romanos, y no quiero encubriros lo que estando hablando con vosotros se ha hecho, y me ha turbado algun poco; porque aunque seamos presos por estos (guárdenos Dios de ello), no podemos experimentar los mas crueles que han sido contra nosotros nuestros naturales. ¿De qué manera quereis que no llore, viendo en el templo dones de los romanos, y viendo robos de los naturales que nos han robado la nobleza de esta ciudad, que era la mayor de todas, y mas rica: y ver despedazados y muertos tales varones, á los cuales los romanos mismos, aunque salieran vencedores, les obedecieran? ¿Los romanos no osaron jamás pasar los límites, ni entrar en los lugares nuestros secretos, no osaron violar nuestras costumbres, antes de lejos se amedrentaban con solo mirar nuestros santuarios; y algunos de nuestros naturales, nacidos entre nosotros, criados con nuestras leyes y costumbres y con el mismo nombre de judíos se pasean por medio de los lugares santos, que á ellos les son prohibidos, con las manos calientes aun de las muertes de sus mismos naturales? ¿Quién, pues, temerá la guerra de los extranjeros, si considerare la de los mismos ciudadanos naturales? Mucho mas justamente se han con nosotros nuestros enemigos, porque si debemos acomodar los vocablos propiamente segun son las cosas, por ventura se hallará, que los romanos han sido conservadores de nuestras leyes, y los enemigos de ellas son los nuestros naturales; pero cierta cosa es, que no se puede pensar castigo tan grande, como merecen las maldades de estos. Lo mismo sé que teneis persuadido vosotros, sin que yo de ello hablase, y que estais todos movidos contra ellos por las cosas que de ellos habeis sufrido: y puede ser que los mas temeis la grande audacia y fuerza de estos, parte por ser muchos, y parte tambien por verlos en el lugar alto; pero como estas cosas han sucedido por negligencia vuestra, así tambien mas se valdrán de ella, si nos detenemos, y no trabajamos en resistirles. El número les crece cada dia mas, porque no hay bellaco que no busque su semejante; levántales tambien mayor atrevimiento ver que no les han hecho hasta ahora algun impedimento ni resistencia, y servirse han cierto del lugar que tienen con toda provision y aparejo, si no proveemos, y si le dejáremos tiempo para ello. Si comenzamos á resistirles é ir contra ellos, cierto humillaránse, porque sus propias conciencias, y pensar la maldad grande que hacen, les hará perder lo que por causa de tener el lugar mas alto han ganado. Podrá tambien ser que la divina majestad de Dios, viéndose menospreciada por ellos, convertirá contra ellos mismos las

armas que contra nosotros tienen, y con sus mismos dardos y saetas, ellos serán muertos: para que sean vencidos, basta cierto que nos vean, aunque tambien es cosa muy buena, que, si hay algun peligro, muramos por defender las cosas nuestras sagradas, y sino, por nuestras propias mujeres é hijos, aventuremos nuestras vidas á lo menos por Dios y por sus cosas: serviré yo en ello con mi parecer y con mis fuerzas, y no os faltará consejo ni cosa alguna para provision y guarda vuestra, y no vereis que yo me excuse de algun trabajo. Con estas cosas levantaba y amonestaba Anano al pueblo contra los que arriba dijimos zelotas, nó porque no supiese ser casi imposible vencerlos por el gran número y muchedumbre que se habia juntado, sino por ver la juventud y pertinacia de sus ánimos, y mucho mas por saber lo que cometian, porque no confiaban alcanzar perdon jamás de los pecados hasta entónces cometidos; pero todavía queria antes sufrir cualquier cosa, que dejar á su república en tanta necesidad y aprieto. El pueblo le esforzaba contra aquellos, y daba priesa en querer venir contra los que Anano habia rogado, y todos estaban muy prontos para sufrir todo peligro: pero estando Anano ocupado en apartar y escoger los mas aptos é idóneos para la guerra, sabiendo los zelotas lo que este determinaba, porque tenia ya espías puestas, que todo se lo hacian saber, vinieron contra el pontífice, unas veces escondidamente, y otras en compañía todos juntos salieron contra él, y no perdonaban á cuantos podian encontrar. En la hora juntó Anano el pueblo, cuyo número era mayor, pero en las armas no eran menores los zelotas, y la alegría suplia por cada parte lo que le faltaba: los ciudadanos habian tomado mayor ira con las armas, y los que habian salido del templo tenian mayor audacia y mas grande atrevimiento que cuantos habia, porque pensaba no poder vivir en la ciudad, sino quitaban la vida á cuantos zelotas habia; y estos por otra parte pensaban, que si no eran vencedores, no podian dejar de recibir todo castigo por manos del pueblo. Trabóse, pues, entre estos la pelea, obedeciendo todos á la ira y movimiento de sus ánimos como á capitan: al principio comenzaron á tirar piedras algo lejos delante del templo, los unos contra los otros, y si algunos huian, los vencedores entónces con sus espadas los perseguian, y como los heridos de ambas partes fuesen muchos, las muertes eran tambien muchas. Los del pueblo cuando caian, eran llevados á sus casas por su gente; pero cualquiera de los zelotas que fuese herido, subíase al templo y henchia la tierra y el suelo consagrado con su sangre, de tal manera que, podria bien decir alguno, haber sido la religion violada con sola la sangre de estos: los ladrones podian siempre mas en sus corridas, pero los del pueblo, tomando gran ira contra ellos, y acrecentándoseles mas el número, reprendiendo á los perezosos y cobardes, y á los que no los seguian, forzábanlos á pelear sin dejarles lugar ni ocasion para recogerse, y de esta manera movíeronlos á todos que peleasen. Íbanse recogiendo en este tiempo, no pudiendo los enemigos sufrir ya la fuerza, hácia el templo; pero Anano con sus compañeros dió en ellos, de lo cual sucedió, que aquellos se amedrentaron que estaban por el cerco de fuera, por lo cual, recogidos huyendo dentro el muro interior, cerraron oportunamente las puertas. No estaba contento Anano, ni le parecia bien hacer fuerza alguna contra las puertas del templo sagrado, estando tambien los enemigos por encima tirando muchas saetas, y pensaba ser cosa ilícita y muy nefanda, aunque ciertamente fuese vencedor, hacer que su pueblo entrase dentro sin proveerse segun su costumbre. De toda aquella gente que con él venia, escogió seis mil hombres muy bien armados, y púsolos que guardasen las puertas y entradas de las calles: puso otros que después les sucediesen en la guarda; pero los principales escogieron muchos de los mas honestos y mas hombres de bien, y estos buscaron gente pobre para ponerla en guarnicion, dándole sueldo. Sobrevino entre estos Juan, el que dijimos arriba haber huido de Giscala, el cual los echó á perder á todos, y los hizo morir: porque este, lleno de engaños, y con el deseo que tenia tan grande de mandar y ser señor de todos, estaba acechando ya mucho habia al bien comun. Fingiendo este que era del mismo parecer del pueblo, juntábase con Anano, tanto en el tomar consejo entre dia con la gente principal, como de noche entre tanto que daba vista por todas las guarniciones, y este hacia saber á los zelotas todos los secretos de Anano, y cuanto el pueblo determinaba, en la hora, por causa y medio de este, los enemigos lo sabian. Lisongeaba en gran manera á Anano y á todos los principales del pueblo, procurando no venir ni caer en alguna sospecha; pero esta honra al contrario se entendia, porque por la variedad de sus lisonjas sospechaban de él mucho, y tambien por ver que se metia en todo, aunque no lo llamasen, era tenido por traidor y descubridor de los secretos que entre sí trataban. Veía Anano claramente que todos sus consejos y cuanto se trataba entre él y los suyos, era sabido por los enemigos, y lo que Juan hacia daba claramente testimonio de sus traiciones: mas no era cosa fácil echarle de entre ellos, ni aun era posible, porque podia mucho su malicia y maldad; y además de esto no le faltaba favor de muchos nobles que entraban en los consejos. Parecióles, pues, por tanto pedirle, y hacerle hacer juramento por confirmacion de su amistad y benevolencia; y no dudando él en hacerlo, juró que seria muy fiel, y guardaria toda lealtad con el pueblo, y que no descubriria á los enemigos hechos ni consejos algunos de los que entre ellos se tratasen, y que juntamente con su consejo, con su fuerza y vida, trabajaria en echar y resistir á los rebeldes. Creyéndole, pues, Anano y sus compañeros, después de su juramento, recibíanle en todos sus consejos, y luego enviáronle ellos mismos por embajador á los zelotas, porque tenian gran cuidado que por culpa propia de ellos no se ensuciase el templo con la sangre, ni se contaminase, si alguno de los judíos perecia allí dentro. Este, como que no hubiera hecho aquel juramento, sino por los zelotas, entrando á hablarles, púsose en medio de ellos, y dijo: que muchas veces habia estado por causa de ellos en gran peligro porque no ignorasen lo que secretamente trataban entre sí Anano y sus compañeros; y que ahora se habia de poner en un trabajo muy grande juntamente con ellos, si presto no era divinamente socorrido; porque Anano venia con gran priesa, y habia persuadido al pueblo que enviasen embajadores á Vespasiano que se diese priesa en venir á tomar la ciudad, y que para ese otro dia estaba concertado cierto alarde, y que entrando con ocasion de hacer lo que á su religion debian, habian de pelear por fuerza con todos: y que él no sabia ni alcanzaba hasta cuándo habian de sufrir el cerco, ó cuándo ni de qué manera habian de pelear con aquella muchedumbre, siendo ellos tan pocos: añadia además de esto, que él habia sido enviado como por divina providencia con la embajada de quererse pasar como amigos, porque Anano queria con esta esperanza cebarlos, y súbitamente acometerlos, sin que tal pensasen: y que por tanto convenia, si alguno determinaba deberse guar-

dar la vida, ó rendirse á los que los cercaban, ó pedir algun socorro por defuera: y que los que tenian esperanza, si acaso eran vencidos, de ser perdonados, el los tenia por olvidados de su atrevimiento si pensaban tambien haber de hallar toda amistad con aquellos, contra quienes habia hecho y cometido tantas cosas; porque el arrepentimiento, por grande que sea, siempre suele ser aborrecido en aquellos principalmente de quien se ha recibido daño alguno: y la ira se encrudelecia en los que habian sido enojados, con la licencia y poder que alcanzaban contra ellos. Díjoles tambien, que los parientes y deudos de los que ellos mismos habian muerto les estaban ya encima, y todo el pueblo muy airado por ver sus leyes quebrantadas, entre los cuales, aunque hubiese algunos que los recibiesen con amistad y misericordia, todavía habia de poder mas la ira y furor de la mayor parte. Estas cosas, pues, trataba Juan contrarias de las á que habia sido enviado, amedrentando á todos los que allí dentro estaban, y no osaba mostrarles ni descubrirles la ayuda y socorro de los defuera que les habia señalado, diciéndolo por los idumeos, y para mover los príncipes y capitanes de los zelotas particularmente arguia á Anano, y decia: que era muy cruel: mostrando y confirmando cuantas amenazas les hacia.

VI. Estaba allí Eleázaro, hijo de Simon, el cual además de muchos otros era hombre de muy buen consejo, y sabia muy bien ejecutar lo que determinaba, y Zacarías, hijo de Anficalo, ambos del linaje de los sacerdotes. Habiendo sabido estos, además de lo que comunmente se decia, lo que particularmente habian amenazado y que por hacerse Anano poderoso él y su parte, habian llamado á los romanos que los socorriesen, porque entre las mentiras de Juan esta era una; dudaban mucho lo que en tal caso harian, apretados con el tiempo que tenian tan corto. Veian el pueblo no menos pronto para pelear con ellos que ellos mismos, y que les habia sido quitada la libertad de llamar, ó enviar por algun socorro, con la diligencia que los enemigos habian hecho en poner en ello guardas: todavía quisieron llamar á los idumeos que los ayudasen, y escribiéndoles una breve carta, diciendo la mayor parte de lo que querian á los mensageros de palabra, hiciéronles saber como Anano queria entregar la metrópoli, que era la ciudad principal, á los romanos, y que ellos estaban cerrados en el templo, por haber discordado con ellos, por defender la libertad, y que no confiaban vivir mucho tiempo, segun lo poco que Anano les prometia: por lo cual decian que si no les socorrian presto, todos se entregarian en manos de Anano y de los enemigos, y la ciudad tambien seria presto entregada á los romanos. Para llevar esta embajada escogieron dos varones esforzados, muy elocuentes en el hablar, bastantes para persuadir toda cosa que quisiesen, y lo que mas provechoso era en negocios semejantes, eran muy diligentes en hacer su camino. Tenian ellos por cierto que los idumeos les habian de obedecer y ayudarles luego, sabiendo que era gente muy amiga de revueltas y fiera, y sabiendo tambien que se alegraban con toda mutacion, y que por pocos ruegos que les hiciesen estaban prontos para la guerra, y que venian tan de voluntad á ella, como á ver alguna fiesta muy solemne. Dijeron á sus mensageros que fuesen muy diligentes, y ellos estaban por ello con toda alegría: ambos se llamaban Ananías. Venido habian ya delante los regidores de Idumea, los cuales viendo la carta y lo que por los embajadores les demandaban, comenzaron todos como furiosos á convocar la gente, á armarse y pregonar la guerra: apenas fué dicho, que antes la gente estuvo junta, que fuese divulgado, y todos tomaron armas por defender la metrópoli; es á saber, la ciudad principal de Judea y su libertad. Habiéndose, pues, juntado casi veinte mil hombres, con cuatro capitanes, llegaron á Jerusalen. Fueron estos Juan y Diego, hijos de Sosa, Simon de Gatla y Finea, hijo de Clusot. No entendió Anano, ni sus guardas la partida de estos embajadores; pero bien supieron el ímpetu de los judíos: porque entendiéndolo antes, cerróles las puertas y puso guardas á los muros; pero no les pareció pelear con estos, sino persuadirles con palabras la paz y la concordia general. Estando, pues, Jesús, en una torre contraria, el cual era el pontífice mas antiguo de todos, excepto Anano, dijo: entre muchas revueltas que esta ciudad ha tenido, de cosa ninguna nos debemos maravillar de la fortuna, tanto como de esta, que es ver que aun á los malos ayuda lo que no confian. Vosotros habeis venido para ayuda y socorro de los hombres mas perdidos del mundo contra nosotros, con tanta alegría, cuanta no os conviniera venir contra los mas bárbaros del universo, aunque toda la república os llamara; y si viese ciertamente, que vuestra venida era semejante al ánimo que tienen los que os han rogado que viniésedes, no dudaria en decir que era vuestra fuerza é ímpetu loco y sin razon. Porque yo os hago saber, que no hay cosa en el mundo que tanto conserve la concordia entre los hombres, como es la semejanza en las costumbres. Ahora, pues, estos, si queremos mirar á cada uno por sí, hallaremos que son dignos de mil muertes: porque después que han usado de su muy sobrado atrevimiento en todos los lugares y ciudades, comiendo con su demasiada lujuria sus patrimonios, y siendo la mas servil gente del pueblo, mas rústica y mas apocada, se han entrado escondidamente en la ciudad sagrada como ladrones, y han ensuciado el suelo sagrado con maldades muchas y muy grandes: y los vereis fácilmente beodos de vino entre las cosas que tenemos por sagradas, y consumen los despojos de los muertos con la codicia insaciable de sus vientres. Pues la muchedumbre de vuestra gente, y tantas armas no vienen de otra manera que viniérades si por dicha la ciudad y consejo os pidiera socorro contra los extranjeros, que podrá, pues, decir alguno: ¿Qué es esto sino injurias grandes de la fortuna? viendo que os juntais por favorecer á gente tan dañada, y para ello juntais las armas todas de vuestra nacion. Mucho ha que no puedo hallar qué haya sido la causa, por la cual os habeis movido tan de rebato: porque bien creo no haber podido ser pequeña, pues habeis todos tomado armas para venir contra el pueblo, qué os ha sido siempre muy amigo, en favor de tales ladrones. ¿Pues qué, habeis oido por ventura algo de los romanos, ú de alguna traicion? Algunos de los vuestros lo decian ahora, y se enojaban poco ha, diciendo que habian venido por librar la ciudad: maravillado nos habemos cierto, además de muchas otras cosas, por saber tan gran maldad; porque contra los hombres que naturalmente aman la libertad y están aparejados á pelear con los extranjeros enemigos por defenderla, no os podíades levantar vosotros con tanta fiereza, si no os hubieran mentido muy falsamente, y dicho que la queríamos entregar á los romanos; pero debeis considerar vosotros quiénes son nuestros acusadores y sacar la verdad, nó de las mentiras de estos, sino juzgarla por el estado de las cosas de todos en comun. ¿Por qué razon ó causa nos habíamos de entregar ahora á los romanos, pues desde el principio podíamos ó nó rebelarnos contra

ellos, ó ya que nos habíamos rebelado, presto podíamos tornar en amistad, antes que permitir que toda comarca fuese destruida? Porque aunque quisiésemos, ya no nos es posible pasarnos á ellos, habiéndose ellos ensoberbecido con haber sujetado y destruido á toda Galilea; y tambien porque mas feo nos seria que la muerte, querer amansarlos ahora que se acercan. Yo, en cuanto á lo que á mí me toca, en mas tengo y mucho mas querria la paz que la muerte: pero habiéndose ya una vez puesto en la guerra, después de dada ya la batalla, mucho mas precio morir gloriosamente, que vivir cautivo en miseria. Pero dicen que nosotros habemos enviado, como principales entre todo el pueblo secretamente alguno á los romanos, ó que tambien fué hecho por consentimiento comun de todo el pueblo. Dígannos pues, ¿qué amigos habemos enviado, qué criados han sido ministros de la traicion que nos levantan? ¿Por ventura prendieron ellos alguno, ó yendo, ó viniendo, ó han alcanzado algunas cartas nuestras? ¿Cómo, pues, nos podíamos esconder de tantos ciudadanos tratando con ellos siempre, y á todas las horas del dia? ¿Siendo concierto de pocos, y aun estando esos cerrados en el templo, porque no pudiesen salir á lo público de la ciudad, cómo pudieron saber lo que fuera la ciudad secretamente se trataba? ¿Por ventura hanlo sabido ahora, cuando han de ser castigados por sus atrevimientos? Entre tanto que estuvieron sin temor, no pensaban que alguno de nosotros fuese traidor. Si echan la culpa de esto al pueblo, consejo se tuvo público sobre ello: todos fueron presentes en este ayuntamiento, por lo cual mas manifiesta corriera la fama como mensagero presto. ¿Pues qué necesidad habia de enviar embajadores para ello, teniendo determinado ciertamente de entregarnos á ellos? Digan quién fué señalado para tal embajada: pero excusas son estas de los que malamente han de perecer, y de los que trabajan por excusarse de la pena que les está muy cerca. Y si estaba ya ordenado en vuestra ventura, que hubiésemos de entregar la ciudad, tambien pienso que lo hicieran los mismos que nos acusan, á cuyo atrevimiento no le falta sino el mal de traicion solamente. Conviene, pues, que vosotros ya que estais juntados con las armas, ayudeis á vuestra ciudad principal, lo cual es cosa muy justa, y trabajeis en echar por tierra juntamente con nosotros á estos tiranos, que han quebrantado todos nuestros derechos; y menospreciando las leyes, han querido sujetarlas á sus piés con la fuerza de sus armas: prendieron á los varones nobles, sin ser acusados por ninguno de la ciudad, y pusiéronlos en cárceles muy injustamente; y después sin doblarse, ni perder su fiereza con los ruegos y consejos que les daban, los mandaron matar. Lícito os será á vosotros entrando en esta ciudad, nó como hombres de guerra, ver señal de esto que digo claramente, y ver las casas desoladas y destruidas con los robos: las mujeres de los muertos, parientes y familia, todos llenos de luto, oireis los gemidos y llantos que hay por toda la ciudad, porque no hay alguno que no haya sufrido algo de la persecucion de estos impíos y perversos. Los cuales se han atrevido á tanta locura, que han mostrado el atrevimiento de ladrones, no solo en los lugares y ciudades extranjeras y lo pasado en esta, que es la principal y cabeza de toda Judea y de toda nuestra gente; pero aun tambien lo que de la ciudad misma robaban, lo pasaban al templo: este habian escogido para recogerse; aquí se confiscaba lo que de nosotros, y contra nosotros malamente ganaban: y el lugar venerable á todo el universo, honrado por todos cuantos extranjeros de los fines del mundo venian, solo por verlo, es ahora pisado y destruido por los malos que entre nosotros mismos son nacidos. Gózanse en vernos ya desesperados, como un pueblo se levanta contra el otro, y una ciudad contra otra, y en ver que los extranjeros tienen cabida y entrada tan fácil en sus propias cosas, debiendo vosotros, segun dije, que seria lo mejor y mas conveniente á todos, dar muerte con nosotros juntamente á los que tanto daño causan, y tomar venganza de tan gran engaño, que se han atrevido á pedir y tomar socorro de vosotros, á los cuales debian todos temer como vengadores de tan gran maldad. Si pensais por ventura que los ruegos de tales hombres deben ser tenidos en mucho y reverenciados, lícito os es entrar en la ciudad con hábito de amigos y parientes, dejando las armas á una parte, y ser jueces de nuestras discordias, como medios entre los enemigos y nosotros, aunque debeis pensar el provecho que podrán traer, pues han de hablar delante de vosotros de pecados y culpas tan manifiestas y tan grandes, los que no han querido permitir que los que no eran acusados hablasen una palabra: pues alcancen ahora esta gracia con nuestra venida. Si no quereis enojaros con nosotros, ni ser por nuestra parte, queda pues que seais lo tercero; es á saber, que dejando entrambas partes, no ayudeis á nuestra matanza, ni quedeis con los que acechan á la salud de la ciudad: porque aunque pensais que alguno de nosotros ha hablado con los romanos, licencia teneis de mirar todo el camino, y defender entónces vuestra ciudad, cuando algo tal hallárede de lo que habemos sido acusados, y tomar venganza de los que nos han tal levantado, hallando no ser así. No os salteen los enemigos teniendo vuestros asientos cerca de la ciudad. Si nada de esto os agrada ni os parece razonable, no os maravilleis que os hayan cerrado las puertas, entre tanto que estuviéredes con las armas: estas cosas estaba hablando Jesús. La muchedumbre de los idumeos no advertia todo esto, ardiendo con la ira, por no haberles sido lícito entrar como querian; y los capitanes entre sí se enojaban por lo que tocaba á dejar las armas, pensando y teniéndose por no menos que cautivos, si por mandarlo algunos de ellos las dejaban. Uno de los capitanes llamado Simon, hijo de Calla, apenas estaban los suyos apaciguados, cuando poniéndose en un lugar adonde lo pudiesen fácilmente oir los pontífices, dijo: no me maravillo yo ya que los defensores de la libertad fuesen cercados, cerrados en el templo, habiendo cerrado la puerta que solia ser comun antes á toda aquella gente, y estaban por ventura aparejados para recibir á los romanos con fiesta, y hablaban con los idumeos por las torres y por los muros, y les mandaban echar las armas que por la libertad han tomado; y no encomendando, ni fiando de sus parientes y cercanos la guardia de la ciudad, quieren que sean jueces de sus discordias, y acusando á los otros de que han muerto á los ciudadanos sin culpa, afrentan y condenan con deshonra á toda la nacion, y habeis ahora finalmente cerrado la ciudad á nuestros domésticos y amigos, que solia siempre estar abierta á todos los extranjeros por la religion. Gran priesa nos dábamos cierto en venir contra vosotros, y por hacer guerra contra los gentiles, habiéndonos dado priesa en ser aquí muy presto, por defender y guardar vuestra libertad. Yo pienso que los que cercais os han dañado de la misma manera; y que vosotros ahora buscais y andais cogiendo sospechas semejantes contra ellos. Además de esto, teneis presos dentro á los que defienden vuestra ciudad, y teneisla cerrada á

todos los que os son muy adeudados en sangre y linaje, y decís que sufris gran tiranía, mandándonos obedecer á mandamientos de tanta afrenta, y echais á los otros el nombre siendo vosotros mismos los tiranos. ¿Quién, pues, sufrirá vuestro hablar tan engañoso, viendo la contradiccion y repugnancia de las cosas? Porque echando vosotros de la ciudad á los idumeos, pues tambien nos prohibis de las cosas sagradas que tenemos en nuestras tierras acostumbradas, alguno podrá reprender buenamente á los que están presos y detenidos en el templo: porque habiendo osado castigar á los traidores, que vosotros por ser compañeros de vuestra maldad llamais varones nobles, no han comenzado el castigo por vosotros y por no haber cortado los miembros principales de esta grande traicion. Pero sea así que ellos hayan sido algo mas flojos de lo que el caso requeria, nosotros que somos idumeos, guardaremos la morada de Dios y pelearemos por el bien comun de la patria, teniendo tanta cuenta en los que por defuera osaren armarnos asechanzas algunas, tomando de todos venganza, como de enemigos nuestros. Quedaremos aquí armados en guardia y defension de los muros, hasta que ó los romanos, teniendo cuenta con vosotros, os den la libertad que pedis, ó hasta tanto que vosotros mismos mudeis de parecer, recobrando el cuidado que debeis tener por vuestra libertad.

VII. Dichas estas cosas, los idumeos todos con voz alta asintieron en ello, y Jesús se fué triste, viendo que los idumeos no podian venir ni consentir en cosa alguna moderada y de razon, y viendo tambien que la ciudad estaba combatida por dos partes, y por dos diversas gentes. La soberbia y ánimo levantado de los idumeos no podia reposarse, no pudiendo sufrir la injuria que les habia sido hecha, en haberles prohibido la entrada de la ciudad: y temiéndose que la fuerza de aquellos zelotas era muy firme y era muy grande, pesábales ya de haber venido, pues vieron no tener algo que pudiese ayudarles: pero la vergüenza que tenian de volverse, sin haber hecho cosa alguna, vencia su pesar. Puestos, pues, sus alojamientos allí mismo cerca del muro, determinaron quedarse. Sucedió que aquella noche hizo muy gran frio, levantáronse vientos muy bravos, y vino grande agua, muchos rayos y horribles truenos: sintieron que la tierra temblaba, por lo cual todos estaban ya muy ciertos, que por destruccion de los hombres el estado del mundo se confundia: porque aquellas señales no manifestaban ser de algo que poco importase. Los idumeos y los de la ciudad conformaban en esto, pensando que Dios estaba enojado contra aquellos, por haber venido para hacer la guerra, y que no podian escapar si determinaban pelear contra la ciudad. Anano y sus compañeros por otra parte pensaban haber ya sin batalla vencido, y creian que Dios queria hacer la guerra por ellos. Ciertamente mal declaraban lo que habia de ser, y atribuian lo que ellos habian de padecer á los enemigos. Estaban los idumeos repartidos, y rehaciéndose lo mejor que podian, á camaradas y ayuntamientos, y habiendo puesto sus escudos encima de sus cabezas, no eran tan enojados por el agua. Los zelotas temian mas el peligro, y se fatigaban mas por ellos que nó por sí mismos; y así determinaban juntos buscarles alguna máquina si la pudiesen hallar, con la cual los pudiesen amparar y socorrerles. A los que mas con la juventud ardian, parecíales acometer por fuerza contra la ciudad, y abrir públicamente las puertas á los que venian de socorro: porque pensaban que la mayor parte de las guardas estaban sin armas, y eran hombres no ejercitados en la guerra, y que por tanto serian fácilmente desbaratados: además de esto, los ciudadanos dificultosamente se podian juntar, porque cada uno se estaba recogido á causa del frio y tempestad grande que hacia; y aunque interviniese en ello algun peligro, querian mas sufrir toda cosa, que menospreciar el provecho de tanta gente, y permitir que feamente pereciesen. Los que eran mas prudentes y aseados, trabajaban en persuadirles que no les hiciesen fuerza, porque no acrecentaban el numero de las guardas por causa de ellos solamente; pero veian tambien que guardaban con mayor diligencia el muro, porque los idumeos no entrasen: y que Anano no faltaba en algun lugar, antes todas las horas del dia estaba con las guardas y se recataba mucho, lo cual habia sido verdad todas las otras noches; pero aquella se habia reposado, nó por pereza ni por negligencia suya, sino por morir él y las guardas tambien todas, segun estaba en su hado ordenado: porque pasada ya gran parte de la noche con el gran frio que hacia, estando las guardas ordenadas en sus puertas, se durmieron. Vínoles un consejo á los zelotas, á saber, que con las mujeres consagradas al servicio del templo saliesen y cerrasen las puertas: para este hecho tuvieron en favor, porque no fuesen oidos, el ruído grande de los vientos, los truenos muchos que hacia; y saliendo del templo, vinieron secretamente al muro, y abrieron la puerta que estaba á la parte donde los idumeos estaban. Al principio sospecharon estos, que era algun ardid que Anano les armaba: pusieron con tiempo todos mano á sus armas, como para resistirles; pero después que fueron conocidos, entraron poco á poco: si quisieran ejecutar y mostrar su fuerza contra la ciudad, no habia quien les prohibiese que no matasen todo el pueblo: tan grande era la ira que todos traian consigo. Dábanse los zelotas al principio gran priesa en librarse de las guardas: rogábanles tambien, pues les habian recibido dentro, que no los menospreciasen estando cercados de tantos males, pues, no habian venido sino por favorecerles, y que se guardasen de causarles mayor peligro y mas amarga pérdida: porque presas una vez las guardas, mas fácilmente podrian combatir la ciudad; pero si por ventura los movian, no podrian contenerse, que en sintiéndolos no se juntasen y quisiesen prohibirles la subida. Pareció bien esto mismo á los idumeos, y así venian ya subiendo por medio de la ciudad al templo, estando suspensos los zelotas aguardando su venida. Habiendo finalmente entrado, osaron salir del recogimiento del templo tambien ellos, y mezclándose con los idumeos vinieron contra las guardas. Muertos algunos de los que hallaron durmiendo, despertóse toda la muchedumbre con los gritos y clamores de los que velaban; y tomando armas para resistirles, dábanse priesa no sin gran miedo y espanto. Sospecharon primero que los zelotas querian hacer algo: confiaban vencerlos con ser muchos mas ellos en número, y viendo los otros que de fuera entraban, entendieron que los idumeos habian tambien entrado. Por donde la mayor parte de ellos, dejando las armas y perdiendo el ánimo, comenzó á querellarse: pocos de los mancebos muy bien armados y muy en órden, ocurrieron á los idumeos: defendian algun tanto al pueblo que estaba con muy poco ánimo: otros hacian saber á todos la destruccion de la ciudad, pero ninguno osaba socorrerles ni ayudarles, sabiendo que los idumeos habian entrado: respondian ellos tambien con llantos grandes, ser ya por demás todo socorro: levantábanse grandes gritos de las mujeres, siempre que veian en peligro alguno de los que estaban de guarda. Por otra parte los zelotas doblaban los clamores de los idu-

meos; y la tempestad grande que hacia, era causa que las voces de todos pareciesen mas horribles y espantosas. Los idumeos á ninguno perdonaron, porque de su natural son estos muy crueles en dar la muerte, y érales muy enojoso aquel frio y tempestad, y tenian por enemigos á los que los habian hecho padecer fuera de la ciudad tanto tiempo, enojándose no menos con los que rogaban, que con los otros que les resistian. Muchos, poniéndoles delante que eran sus parientes, y rogándoles que tuviesen reverencia al templo comun de todos, eran muertos. No tenian lugar para huir ni tenian alguna esperanza de salvarse; y no teniendo espacio para apartarse ni para irse, morian mas con la fuerza de juntarse unos con otros, que con la de los enemigos, aunque los matadores jamás se amansaban. Estando, pues, inciertos y sin saber qué hiciesen, echábanse dentro de la ciudad, causándose ellos mismos, segun mi parecer, mas crueles muertes, porque huian hasta tanto que todo el cerco del templo por defuera estuvo lleno de sangre. Cuando llegó el dia, halláronse ocho mil y quinientos hombres muertos. No se hartó con esto la ira de los idumeos, antes volvieron sus manos y sus fuerzas contra la ciudad, y robaban todas las casas; y al que acaso hallaban, luego le mataban. Pensaban ser por demás las muertes de todo el pueblo, por lo cual hacian diligencia en buscar á los pontífices: en esto se ocupaba la mayor parte; y en la hora que los hallaban, luego eran despedazados: y poniéndose de piés encima de los cuerpos de estos muertos, burlábanse y escarnecian ahora la amistad y amor de Anano para el pueblo, y luego lo que Jesús les habia dicho del muro. Llegaron á mostrar su impía crueldad, hasta dejarlos sin sepultar, teniendo principalmente tanto cuidado los judíos de la sepultura, que aun los que por malhechores son ajusticiados, suelen ser sepultados cuando el sol es puesto: y no pienso que erraria ciertamente, si decia haber sido principio de la destruccion de la ciudad la muerte de Anano; y que aquel dia fueron destruidos los muros, y pereció el público bien de los judíos, cuando vieron delante sus ojos al pontífice y regidor de la salud de todos en medio de la ciudad degollado. Además de la dignidad que este tenia, era por sí varon muy justo y digno de loor; y demás de la nobleza, dignidad y honra suya, era varon que se holgaba mucho en mostrarse igual con todos por bajos que fuesen. Era gran favorecedor de la libertad, y deseaba mucho ver á su pueblo señor. Tenia siempre en mas el provecho y utilidad comun, que la propia y particular; y trabajaba principalmente en ganar la paz y conservarla. Sabia que los romanos no podian ser vencidos; y consideraba, que si los judíos no sabian vivir pacíficamente, ciertamente habian de perecer del todo: y para que brevemente concluya, vivieran, mientras Anano no viniera á rendírseles y pasarse á los romanos. Era maravilloso en tratar una cosa, y mas maravilloso en persuadir al pueblo todo lo que queria. Tenia ya vencidos á los que lo impedian y querian la guerra, por lo cual creo que bajo de tal capitan gran trabajo dieran á los romanos, y mucho mas tiempo les hicieran gastar. Estaba con él Jesús, mejor que Anano, si con él se comparaba; pero mayor que todos los otros, y pensaria cierto que Dios quiso quitar la vida á estos dos defensores que tanto amaban á su ciudad, queriendo que como sucia y contaminada, pereciese con fuego, y con incendio grande fuesen limpiadas las cosas santas y sagradas de ella. Vieras, pues, en tierra desnudos, echados á los perros y á las fieras, los que poco antes estaban vestidos con las vestiduras sagradas, ministros de la religion célebre por todo el universo, los cuales solian ser honrados y muy acatados por cuantos extranjeros en la ciudad entraban. Pienso que gimió la virtud por estos varones, doliéndose lastimada por haber tenido entónces los vicios tanta fuerza.

LIBRO QUINTO.

ARGUMENTO DE ESTE LIBRO.

I. De otro estrago hecho en Jerusalen, y cómo los idumeos se volvieron, y de la crueldad de los zelotas.—II. De la discordia que habia entre los de Jerusalen.—III. Del estrago de los hadarenses, y cómo se rindieron.—IV. De ciertos lugares que fueron tomados, y la descripcion de la ciudad de Hiericunta.—V. De la laguna del Asfalte—VI. De la destruccion de Gerasa, y juntamente de la muerte de Neron, Galba y Oton.—VII. De Simon Geraseno príncipe de la nueva conjuracion.—VIII. En la cual secuenta el fin de Galba, Oton, Vitelio, y lo que Vespasiano hacia.—IX. De los hechos de Simon contra los zelotas.—X. De cómo Vespasiano fué elegido por emperador.—XI. De la descripcion de Egipto y de Faro.—XII. De cómo el emperador Vespasiano dió libertad á Josefo.—XIII. De las costumbres de Vitelio y de su muerte.—XIV. Cómo Vespasiano envió á su hijo Tito para acabar la guerra con los judíos.

I. Anano, pues, y Jesús tal fin hubieron, como habemos arriba contado. Después de estos, así los zelotas como los idumeos echábanse todos contra el pueblo, y mataban á todos cuantos hallaban; no menos que si fueran manadas de sucios animales, eran muertos do quiera que fuesen hallados, prendian á todos los mancebos nobles que podian haber, y poníanlos en la cárcel muy bien atados, confiando ganar la amistad de alguno de ellos, difiriendo la muerte: pero con estas cosas ninguno se movia, antes todos deseaban la muerte por no levantarse contra su propia y comun patria de todos: fueron todos azotados muy cruelísimamente antes de darles la muerte: fueron con las llagas y con los tormentos todos abiertos, y no pudiendo ya sostener mayor pena los cuerpos de estos, eran á la postre degollados. Los que de dia prendian de noche los encarcelaban, y sacándolos de allí, si acaso acontecia que algunos muriesen, luego los echaban, porque los otros que quedaban á otros hiciesen lugar. Estaba todo el pueblo tan amedrentado, y con tanto temor, que no habia alguno que osase llorar públicamente, ni sepultar el cuerpo por mas cercano que le fuese: los encarcelados tambien lloraban secretamente, y porque alguno de los que los guardaban no los oyesen gemian entre sí, y secretamente se entendian, porque luego en la hora eran castigados y muertos los que lloraban, de la misma manera que fueron aquellos, por los cuales derramaban ellos sus lágrimas. De noche cubrian con algun poco de tierra los muertos que podian; y algunos que eran mas osados atrevíanse á ello alguna vez de dia: de esta manera murieron doce mil hombres de los nobles: estando ya estos hartos de matar por sus propias manos sentenciábanlos sin vergüenza, como por juicio y justicia. Habiendo, pues, así determinado de matar á uno de aquellos varones nobles llamado Zacarías, hijo de Baruc, porque enojábanse de verle tan enemigo de los malos y amigo de los buenos, y que además de esto era rico, y no solo confiaban robarle sus bienes, sino que pensaban que quitarian la vida á un varon harto poderoso, para derribarlos á ellos convocaron setenta varones del pueblo, los mas honrados de todos, á manera de jueces, aunque no tenian tal poder, y fué delante de ellos acusado Zacarías por descubridor de sus cosas á los

romanos, y decian haber enviado gente por traicion á Vespasiano: pero ni habia argumento para creer tal, ni aun tampoco para probar tal cosa: mas ellos dijeron haber sido enviado, y tratado esto, y querian que esto fuese creido y tenido por muy cierto. Viendo Zacarías que no tenia esperanza de alcanzar salud de alguna manera, fué traido con engaños, nó á ser juzgado, sino á ser puesto en la cárcel, y con estar desconfiado de alcanzar salud ni tener mas vida, tuvo mayor libertad para hablar, y comenzando, burlóse de todas las acusaciones, como fingidas y no verdaderas, deshizo todo aquello, de lo cual era acusado, y convirtiendo después su habla contra sus acusadores, prosiguió con órden contando todas las maldades de ellos; y daba muchas quejas, por haber sido las cosas tan perturbadas y revueltas. Ensañados los zelotas, apenas se podian contener ni dejar de hacer fuerza con sus armas, deseando que los engaños y cavilaciones que habian hecho quedasen y alcanzasen lo que pretendian, y además de esto querian experimentar si en tiempo peligroso los jueces tenian cuenta con la justicia. Así, pues, todos los setenta jueces juzgaron en favor de él, y quisieron mas morir por él, que no causar que se les pudiese achacar después que habia sido muerto por causa de ellos. Librado que fué este, luego las voces y clamores de los zelotas se levantaron, enojábanse todos con los jueces; porque no habian entendido á qué causa les habia sido dado tal poder. Acometiendo dos de los mas atrevidos á Zacarías, matáronle en medio del templo, y burlándose de él dijeron; ahora tienes mejor sentencia de nosotros, y estás mejor y mas ciertamente librado, y luego, sacándole del templo, le echaron en el valle. Volvieron después su furor contra los jueces, hiriéndolos con sus espadas, echáronlos del templo, dejando de matarlos, porque echados y esparcidos por toda la ciudad fuesen mensageros á todos de la servidumbre general en que habian venido; ya les pesaba cierto á los idumeos de haber venido, y no les contentaba lo que habia sido hecho. Estando todos juntos, uno de los zelotas secretamente les descubria todo el consejo que habian malamente tenido aquellos que los habian llamado, dijo que habian tomado las armas contra ellos, como porque los pontífices querian entregar á los romanos la ciudad, pero que ninguna señal habian hallado de esta traicion, ni habian descubierto algo, por lo cual lo hubiesen de creer: y que aquellos que fingian querla defender de esto, debian ser ya desde el principio prohibidos de ello como tiranos y revolvedores; pero, pues habian entrado en la compañía de las muertes que entre ellos se habian cometido, debian trabajar en dar fin á tantas culpas y delitos tan graves, y no ayudar á hombres que no iban sino trás de destruir la costumbre de los padres antiguos: porque aunque sintiesen ellos mucho haberles cerrado la puertas, y haberles prohibido el entrar en la ciudad, ya habian sido castigados los que de ello habian sido causa, muerto era ya Anano, y casi muerto y consumido todo el pueblo en una noche. Bien sabia que habia muchos que se arrepentian de estas cosas, mas debian mirar la gran crueldad de aquellos que los habian llamado en su socorro, que aun no tenian vergüenza de aquellos, por los cuales habian sido librados, ni de cometer tantas maldades delante de los mismos que habian venido para ayudarlos, y atribuirlas á los idumeos, porque no las prohibian ni se apartaban de ellos. Debian, pues, siéndoles ya manifiesto haber sido maldad grande lo que de traicion habian levantado, pues estaban sin algun temor de los romanos, y que el poder que se habia juntado y fortalecido contra la ciudad era inexpugnable, todos ellos volverse á sus casas, y guardándose de la compañía de los malos, deshacer la culpa de tan grandes maldades, de las cuales ellos habian sido parte, nó de grado, antes muy engañados. Persuadido fué esto á los idumeos; así libertaron primero á los que estaban presos, que eran casi dos mil hombres del pueblo, y dejando luego la ciudad, vinieron á Simon, de quien después hablaremos, y de allí fuéronse á sus casas, dejando á Jerusalen: á entrambas partes pareció haber sido sin pensar en ella la partida de estos, porque el pueblo, que no sabia de qué les habia de pesar, rehízose y recreóse algun tanto con la esperanza, como ya libre de los enemigos, y acrecentóse la maldad y atrevimiento de los zelotas, como que no les habia faltado todo socorro, antes habian sido librados de aquellos, por cuya vergüenza y empacho dejaban de cometer muchas maldades; así, pues, ya no habia ley alguna, ni templanza en cometer todo engaño y toda maldad, sirviéndose de consejo poco y muy arrebatado en todo, y era hecho cuanto querian antes que pensado. Señalábanse mas en dar muerte á los varones mas señalados, consumian toda la nobleza de la ciudad con gran envidia por miedo de la virtud, teniendo por seguridad única y muy grande quitar la vida á todos los principales: así fué muerto Gorion con otros muchos, hombre muy principal en dignidad y linaje, y hombre que se holgaba en ver al pueblo mas poderoso, hombre de gran espíritu y entendimiento, amador de la libertad mas que cuantos judíos habia, y así entre las otras virtudes suyas, la libertad principalmente le echó á perder. No pudo tampoco huir de las manos de estos Piraita Nigro, varon muy conocido en las guerras hechas con los romanos; era llevado este por medio de la ciudad muchas veces gritando y mostrando las llagas que le habian sido hechas, llegando ya fuera de las puertas, desconfiando de su salud y vida, suplicaba, que por lo menos después de muerto le sepultasen: al principio dijéronle, que ni aun la tierra que él tanto deseaba le seria concedida, y luego después le mataron; pero estando ya cerca de la muerte, suplicó á Dios, que los romanos le vengasen de ella, y maldíjoles con hambre, y además de la guerra con pestilencia, y mas de todo esto con discordia y enemistad de entre ellos mismos los unos contra los otros, y todo lo cumplió Dios con estos impíos, haciendo lo que fué muy justo, que primero unos se levantasen contra los otros, y con la discordia entre sí experimentasen sus atrevidas fuerzas. La muerte de Nigro les quitó el miedo que tenian de ser oprimidos: ninguna parte habia del pueblo á la cual no le fuese buscada la muerte: unos eran muertos por haber resistido y contradicho á los otros ciudadanos, y para los que no habian ofendido en algo, no les faltaban sus causas en tiempo de paz: á los que no se ofrecian á ellos libremente y de voluntad propia, pensaban que los menospreciaban; y los que les obedecian eran tenidos por traidores; una era, y muy semejante la pena, así de los graves delitos, como de los que poco importaban, la cual era la muerte, y no se escaparon de ella sino los que ó eran muy bajos, ó tenian muy pocos bienes.

II. Todos los romanos tenian el ánimo en la ciudad, juzgando que la discordia de los enemigos era ganancia para ellos, y por tanto incitaban á Vespasiano, que tenia el poder y regimiento de todo, diciendo: que por providencia divina los enemigos tenian entre sí tal discordia; pero que breve y fácilmente se podian mudar de aquel estado, y luego habian de volver en concordia los judíos, ó por estar cansados de

los daños que de ellos mismos recibian, ó por arrepentirse. Respondió á estos Vespasiano, que ignoraban ciertamente en gran manera lo que hacer convenia, deseando mas mostrar como en teatro lo que con sus armas y esfuerzo podian con peligro, que pensar entre sí lo que mas conveniente fuese, mas útil y mas provechoso: porque si luego daban asalto á la ciudad, ellos mismos habian de ser causa que los enemigos se concordasen y aviniesen, y levantarian las fuerzas de ellos contra sí mismos, las cuales aun estaban en su vigor y fortaleza; pero si se aguardaban tendrian menos enemigos y menos resistencia cuando por discordia interna de ellos mismos fuesen consumidos. Dios ciertamente ordena mejor las cosas que vosotros, pues queria entregar los judíos á los romanos, sin que en ello tuviésemos trabajo, y queria dar á nuestro ejército la victoria sin algun peligro, y que por tanto, pues los enemigos con sus propias manos se mataban con tan gran daño, es á saber, tan revueltos, debémoslos nosotros mirar y dejarlos en tal peligro, antes que pelear con hombres que desean la muerte, y que están con la rabia de sus corazones enloquecidos. Si alguno pensare que la gloria de la victoria se disminuye y es menoscabada por no haber batalla, debe saber que es mucho mejor acabar cómodamente lo que se determina, que ponerlo en esperanza de las armas, y en fin incierto; porque no son de menos loor dignos los que con prudencia, consejo y moderacion dan fin á un negocio, que son aquellos que con hechos de su mano le acaban: y él pensaba que entretanto que los enemigos se disminuian, tenian los soldados tiempo para esforzarse y rehacerse de sus trabajos. Este tiempo tambien, demás de lo dicho, no era conveniente para ocupar con sazon la honra de la victoria, porque los judíos no se ocupaban en edificar muros ni hacer armas, ni en juntar socorro, del cual pudiese proceder daño, si se detenian, antes estaban en guerra ellos entre sí mismos, y cada dia se empeoraba su estado mucho mas que los romanos mismos podrian, ni bastarian á hacer después de entrados: por tanto, pues, los que consideraren nuestro bien y nuestra seguridad, dirán que los debemos dejar que se consuman ellos mismos, y los que tuvieren cuenta con la gloria de nuestros hechos hallarán no deber poner nosotros las manos entre los que padecen por sí mismos, porque fácilmente y con razon se diria después, que la causa de nuestra victoria habia sido estar los enemigos en discordia, y nó nuestro esfuerzo. Diciendo estas cosas Vespasiano, los regidores y capitanes consentian, y eran del mismo parecer, y luego se conoció cuán provechoso fué su consejo y determinacion: porque cada dia muchos se pasaban á su parte, huyendo de la crueldad de los zelotas; pero era muy difícil huir de estos, porque todas las salidas y lugares por donde se podian salvar estaban con muchas guardas: y si alguno, por cualquiera causa que fuese, era allí preso, á la hora le mataban, diciendo: que queria pasarse á los enemigos, mas quien les daba dinero, este todavía se libraba, y solo era tenido por traidor aquel que no lo daba. Así, pues, salvando sus vidas los ricos con el dinero, los pobres solamente eran los muertos: juntaban por todas las calles los muertos, que eran cierto muchos, y muchos de los que querian huir á los romanos no osaban, y deseaban mas morir en su ciudad, porque parecíales algo mejor morir en su patria por la esperanza que de ser sepultados tenian. Habíanse encrudelecido estos zelotas en tanta manera, que ni á los que de dentro mataban, ni á los que por los caminos, permitian sepultura ni que fuesen enterrados, antes parecia que, además de querer quebrantar las leyes de su patria, querian tambien romper todo derecho natural, y ensuciar las cosas sagradas con su injusticia contra los hombres; de tal manera sufrian, que los muertos se podreciesen delante de los ojos de todos. Los que osaban sepultar á los cuerpos muertos de los suyos caian en el mismo peligro que aquellos que huian, y así luego tenia necesidad de sepultura aquel que osaba sepultar á otro, y para decir lo que conviene brevemente, ninguna calidad del entendimiento estaba mas perdida entre estos, que era la caridad y la misericordia, y con estas cosas los malos mas se indignaban, viendo la misericordia que los vivos tenian con los muertos, y pasaban la ira que á los muertos tenian contra los que quedaban vivos. Estando los que quedaban en vida tan amedrentados, parecian los muertos haber alcanzado mas reposo que no los vivos, y mas bienaventuranza: y los que estaban presos, considerando los tormentos que padecian, tenian por mucho mas dichosos á aquellos que eran muertos, y estaban sin sepultura, que á ellos mismos: quebrantaban todo derecho de hombres, reíanse de Dios y de sus cosas; burlábanse de los profetas y de cuanto habian profetizado, no menos que si fueran respuestas fabulosas. Habiendo, pues, ya menospreciado todas las leyes y ordenanzas que tenian hechas por sus antepasados en las cosas pertenecientes á la virtud, comprobaron con la experiencia lo que mucho antes habia sido profetizado de Jerusalen; iba entre ellos aquella antigua profecía que la ciudad habia de ser presa, y que sus leyes santas, y las cosas sagradas habian de ser quemadas por ley de guerra, naciendo revuelta y sedicion entre ellos, habiendo ellos mismos primero ensuciado y violado el templo con sus propias manos. De estas cosas se quisieron mostrar ministros y ejecutores los zelotas, como hombres que en ello no dudaban.

III. Pretendiendo Juan hacerse tirano, teníase por afrentado en no ser tenido en mas que los otros, y juntándose con los peores que podia hallar, trabajaba en apartarse de aquellos con los cuales estaba: hacíase conocer y sentir en no obedecer á los pareceres y determinacion de los otros, en mandar mas soberbiamente lo que queria. Juntábanse con él algunos por miedo, otros de grado, porque era hombre maravilloso en engañar y persuadir lo que queria, muchos por ver que les era mas seguridad seguirle, y hacer que la causa de las culpas cometidas se atribuyese á uno, y nó á todos: tambien porque era hombre muy esforzado, y de buen consejo, tenia muchos de su guarda, aunque muchos de la otra parte contraria le habian ya dejado por tenerle envidia, pensando ser cosa grave sujetarse á uno que poco antes era igual con ellos: tenian por cierto, que si una vez él tomaba fuerzas, seria muy difícil derribarle, y temian que por haberle ellos resistido al principio, no tomase ocasion fácilmente contra ellos para darles la muerte: por tanto pues cada uno preciaba mas sufrir cualquiera cosa en la guerra, que entregándose de voluntad perecer como esclavos. En esto, pues, se levantaron las parcialidades y revueltas, y Juan reinaba en la parte contraria y discordante con la otra: tenian estos todas sus cosas muy en órden y muy fuertes con sus guardas, y así nada se hacia, ó ciertamente poco, aunque alguna vez acontecia trabarse en alguna pelea ó escaramuza: tomaron principalmente contienda contra el pueblo, y todos trabajaban por quién mas robaria. Estando, pues, la ciudad muy trabajada con estas tres cosas, guerra, señorío y revueltas ó sediciones, parecióle al pueblo

el menor mal de todos estos tres, comparados entre sí, el de la guerra, por lo cual, dejando los asientos de su patria natural, huian á los extranjeros, y por beneficio de los romanos alcanzaban salud, la cual no hallaban entre los suyos mismos naturales. El cuarto mal que padecian, y que se movió por destruccion de esta gente, fué que cerca de Jerusalen habia un fuerte castillo hecho para poner en él las riquezas necesarias para la guerra, edificado por los reyes antiguos para defender en él sus vidas, y curar sus cuerpos: llamábase por nombre Masada, y habia sido este ocupado por aquellos matadores, porque detenían y recogían allí con temor de robar cosas que fuesen mas importantes. Viendo estos que el ejército de los romanos estaba ocioso, y que los judíos habian salido de Jerusalen, por temor de venir en servidumbre, y por la discordia que entre ellos tenian, atrevióronse á peores cosas, y á mayores maldades. El dia de la fiesta de la pascua, que era fiesta solemnemente celebrada por los judíos, en memoria de la libertad y salida de la servidumbre de Egipto, engañados una noche los contrarios dieron asalto á un fuerte de Engada, de donde echaron peleando á todos los judíos esparcidos antes que pudiesen valerse ni tomar armas; pero de los que no pudieron huir, ó se cansaron huyendo, entre muchachos y mujeres mataron mas de setecientos, y dando después saqueo á las casas, robaron los frutos que estaban ya maduros, y llevárónselos á Masada, y estos andaban robando todos los lugarejos que estaban al rededor del castillo, y destruyendo toda aquella region. Allegándose cada dia muchedumbre de aquellos hombres perdidos, movióronse tambien á robar todos los lugares y partes de Judea que estaban aun sin revueltas: y como suele acontecer, que cuando es fatigado el principal miembro del cuerpo con algun dolor, es necesario que todos los otros miembros lo sientan, y se condolezcan, así tambien por la revuelta de la ciudad, y por la discordia que tenian, hallaron ocasion y licencia los ladrones malos y perversos que defuera estaban. Habiendo, pues, cada uno por sí dado saqueo á su propio lugar, huíanse después á la soledad ó al desierto, conjurándose á compañías, y juntándose unos con otros, eran menos que ejército, pero muchos mas que una compañía de ladrones; admitian y entrábanse por todos los lugares y templos que habia: seguíase de aquí, como suele ser en las guerras, que eran muchas veces maltratados por aquellos que ellos mismos acometian: pero proveíanse ellos antes de la venganza, huyendo luego después que habian robado, y de esta manera ninguna parte habia de Judea, la cual juntamente con Jerusalen, ciudad excelentísima, no pereciese. Dieron nuevas de esto á Vespasiano los que se huian y se pasaban á él como mejor podian; porque aunque los revolvedores y amotinados guardaban todos los pasos, y cuando alguno se llegaba á ellos luego á la hora le mataban, pero habia siempre algunos que huian, y se pasaban á los romanos secretamente, y amonestaban al capitan romano que socorriese á la ciudad, y conservase lo que del pueblo quedaba, porque muchos habian sido muertos por haber deseado bien á los romanos, y muchos habia aun vivos en peligro por la misma causa. Teniendo compasion Vespasiano y misericordia de la destruccion de estos, llegóse mas cerca, como para poner cerco á Jerusalen, aunque á la verdad no venia sino por librarlos del cerco de aquellos malos, con la esperanza principal de sujetarlos sin dejar por defuera algun impedimento que pudiese obstarle é impedirle el cerco. Como, pues, ya hubiese llegado á Gadara, ciudad principal y la mas fuerte de la region de la otra parte del rio, á los cuatro dias del mes de marzo entró en la ciudad: la gente principal de esta ciudad habia ya enviado á Vespasiano embajadores, haciéndole saber como estaban prestos para rendirse, y esto no menos por deseo de tener paz, que por guardar sus bienes y patrimonios. Habia muchos ricos en Gadara, y los enemigos no sabian nada de la embajada que ellos habian enviado á los romanos, sino que conociéronlo por ver que Vespasiano llegaba á la ciudad: desconfiaban de poder guardar la ciudad, por ser en número menos que los enemigos que dentro de ella habia, y por otra parte veian que los romanos ya no estaban lejos: pues si determinaban huir, teníanlo por deshonra irse sin dar castigo, y sin derramar sangre por los daños que habian recibido: por esta causa prendieron á Doleso; era este en su dignidad y nobleza príncipe de la ciudad, y aun habia sido autor de darse á los romanos, y luego le mataron; y con la ira demasiada que tenian, habiendo azotado á este después de muerto, saliéronse de la ciudad. Llegándose ya después algo mas cerca el ejército de los romanos, con voces y alegrías grandes recibió todo el pueblo á Vespasiano dentro de la ciudad, y tomáronle la mano y su fé, por señal que serian libres de todo daño, y así envió parte de la gente que tenia de á pié y de á caballo contra los que huian: los muros habian sido destruidos antes que los romanos llegasen para dar fé y crédito que deseaban la paz, sí, aunque quisiesen hacer guerra, se mostraba serles imposible. Habiendo Vespasiano enviado á Plácido con quinientos caballos y tres mil infantes contra los que de Gadara habian huido, volvíase con toda la otra gente á Cesarea. Los que huian, viendo los que venian detrás á perseguirlos, antes de venir á manos de ellos, recogiéronse en un lugar que se llamaba Betenabro; y hallando allí muchos mancebos, armaron á unos de grado y á otros por fuerza, y salieron locamente contra Plácido y contra la gente que con él venia. Al principio, cuando los romanos los vieron, hicieron como que huian algun poco y esto fué por hacer retirar á los enemigos de los muros; pero después, cercándolos en un lugar oportuno, heríanlos con sus armas bravamente. Los judíos que huian eran salteados por la gente de á caballo romana; y los que se trababan á pelear eran muertos y despedazados por la gente de á pié, sin que pudiesen mostrar ya mas atrevimiento, pues quisieron acometer á los romanos, estando estos juntos y muy en órden, rodeados con sus armas no menos que de un muro muy fuerte de tal manera, que las armas y saetas que contra ellos echaban, no hallaban entrada ni cabida alguna; además de esto no eran bastantes para romper el escuadron, y eran muy heridos con las saetas y armas de los romanos; y con todo se echaban á ellos, muriendo como crueles bestias: unos con las armas de los romanos, y otros esparcidos y derramados por la gente de á caballo. Porque Plácido hacia gran diligencia en cerrarles la vuelta al lugar, por lo cual corria muchas veces hácia aquella parte; y haciendo volver á los que iba hiriendo, aprovechábase tambien contra ellos de saetas y dardos: mataba así á los que mas cerca estaban; y ponia tan gran miedo á los que huian, que los hacia volver, hasta tanto que escapándose los que pudieron ser mas fuertes, recogiéronse al muro. Las guardas de él no sabian lo que debian hacer. No podian sufrir que por causa de los suyos fuesen los gadarenses echados; y si los recibian, veian que habian de morir juntamente con ellos, lo cual tambien sucedió como pensaban: porque sien-

do forzados á recogerse al muro, saltaron contra ellos los caballos romanos; y cerrando las puertas antes, Plácido allegó su gente, y estuvo combatiendo el muro hasta la tarde, hasta tanto que lo ganó, y con él tambien ganó el lugar. Aquí era entónces muerto el ignorante vulgo y desarmado; pero huian los que mas fuertes eran: las casas eran robadas por los soldados, y el lugar fué todo quemado. Los que se libraron huyendo de allí, movieron á que toda aquella region huyese; y levantaban mas de lo que era su propia destruccion, diciendo que todo el ejército de los romanos venia: hinchiéronlo todo de temor y todo lo amedrentaron, y juntándose gran número de ellos huyeron á Jericó: esta ciudad les daba alguna esperanza de salud, por saber que era fuerte y muy bien poblada. Plácido determinó seguirlos con su gente, confiado en el suceso que habia tenido próspero, matando siempre á cuantos hallaba, hasta que llegó al Jordan. Y hallando toda la muchedumbre que huia, ajuntada y detenida por el gran ímpetu y fuerza del rio, que venia tan grande y tan lleno con las aguas de las lluvias, aun no era posible pasar el vado, y allí juntos los acometió. Fueron, pues, forzados á pelear, porque no podian huir; y extendidos por lo largo de la ribera recibian las armas de los de á caballo, con las cuales muchos cayeron en la ribera heridos: los que por sus manos de ellos fueron muertos, llegaron á número de trece mil; otros, no pudiendo sostener tanta fuerza, echáronse ellos mismos de grado en el rio Jordan: este número era infinito: fueron tambien presos dos mil y doscientos hombres con gran robo de ovejas, asnos, camellos y bueyes. Esta llaga que los judíos recibieron, aunque era igual á todas las pasadas, pareció todavía mayor en sí de lo que era: no solo por haber henchido toda aquella region, de la cual habian huido, de cuerpos muertos, sino que tambien porque el Jordan no podia hacer su camino: tan lleno estaba de hombres muertos. La laguna de Asfalte estaba tambien llena de ellos, los cuales después fueron desparcidos por muchas riberas. Habiéndole sucedido á Plácido todo prósperamente, determinó el ir á los lugares cercanos de allí y fuertes; y habiendo tomado á Juliada, Ávila y Besemot, pueblos sitos hácia la laguna de Asfalte, puso en cada uno de ellos los que le parecieron idóneos de los que á él se habian pasado. Poniendo después su gente en navíos, sujetó á los que se habian recogido al lago. Toda aquella region se rindió á los romanos de la otra parte del rio, y todo fué hasta Maquerunta sujetado.

IV. Estando aquí las cosas en este estado, súpose cierta revuelta que en Francia habia, y como el juez ó regidor, juntamente con los principales naturales de allí, se habian rebelado contra Neron, de los cuales en otro lugar habemos con diligencia mas largamente escrito. Movieron con todo á Vespasiano, sabidas estas cosas, á darse priesa en acabar aquella guerra, viendo que ya no habian de faltar guerras civiles y peligros á todo el imperio romano, pensando que, pacificadas las partes del oriente, Italia estaria mas segura y tendria menos que temer. Pero prohibiéndole el invierno que no ejecutase su propósito y determinacion, ponia su gente por guarnicion en los lugares y fuertes que habia por allí sujetado; y poniendo ciertos regidores en las ciudades, á los cuales llamaban decuriones, trabajaba en restaurar muchas cosas de las que habian sido destruidas. Vínose primero acompañado de toda la gente con que habia venido á Cesarea Antipátrida; y habiendo puesto órden en esta ciudad, deteniéndose en ella dos dias, el tercero veníase para Lida y Jamnía, destruyendo y quemando toda la region que estaba al rededor del señorío de Tamna. Y habiéndose dado estas dos ciudades y sujetado á su fuerza, ordenó gente que quedase allí para habitarlas, y él vínose á Amaunta, y ocupando la salida para la metrópoli que era Jerusalen, cercó de muro su campo; y dejando allí la quinta legion, partióse con toda la otra gente hácia la tierra de Betlepton, y después de haberle dado fuego y quemado toda la region vecina y cercana de Idumea, guarneció todos los castillos y proveyó los que estaban en buen lugar. Y habiendo tomado dos lugares que estaban en medio de Idumea, era el uno Begabro, y el otro Cafartofo, mató allí mas de diez mil hombres, y prendió casi mil; y sacando toda la otra gente que habia, puso en ellos gran parte de sus soldados, los cuales iban destruyendo todos aquellos lugares y atacando todas aquellas montañas. Volvióse después él con lo que le quedaba de su ejército á Jamnía, y de aquí vino por Samaritida y por Nápoles, la cual llaman los naturales de allí Maborta, á los dos dias del mes de junio, á Hiericunta, á donde uno de los regidores, llamado por nombre Trajano, juntó con el ejército de Vespasiano todos los soldados que pudo llegar por la otra parte del Jordan, habiendo ya vencido á cuantos allí estaban. El pueblo de Hiericunta antes que los romanos viniesen se habia recogido á una region montañosa que estaba frente de Jerusalen, y fueron muertos muchos que allí quedaron: halló desolada la ciudad, la cual está en un llano fundada. Levántase hácia ella una montaña alta muy estéril, y es muy larga: llega desde la parte de septentrion hasta los campos de Escitópolis; y por la parte del mediodía hasta Sodoma, y extiéndese por los términos del lago del Asfalte: es todo muy áspero, y por no traer alguna fruta á él, creo que no se habita. Hay cerca de este monte otro al rededor del Jordan; comienza desde Julia hácia el septentrion, alárgase por el mediodía hasta Sacra, que aparta la ciudad de Arabia, llamada Petrea, de estos términos. Está en esta parte aquel monte que se llama Férreo: extiéndese hasta la tierra de Moab. Hay una region entre estos dos montes que se llama el campo grande; este se ensancha desde el lugar llamado Gennabara, hasta la laguna de Asfalte: tiene de largo doscientos y treinta, y de ancho ciento y veinte estadios, y pártelo el Jordan. Hay allí dos lagos grandes, el de Asfalte y el de Tiberia, y entrambos son contrarios de su naturaleza: el uno es salado y estéril, y el de Tiberia vulgarmente, y por lo mas, es muy dulce y muy fértil; y en tiempo del verano aquel llano se enciende con el ardor del sol, y gástase cuanto ocupa con el mal aire que allí reina: secánsele todas las cosas que tiene al rededor de él, excepto el Jordan, de adonde procede que las palmas que están en aquella ribera florecen mas y mejor, y las que están de allí lejos mucho menos. Hay cerca de Jericó una fuente muy grande y muy abundante para regar todos aquellos campos: nace cerca de la ciudad vieja que Jesús, hijo de Nava, capitan del pueblo de los judíos, habia primero ganado en la tierra de los cananeos. Dícese de esta fuente, que, no solo podia corromper los frutos de la tierra y árboles, sino aun dañaba á las mujeres preñadas, y lo corrompia todo con enfermedades y pestilencia: pero después perdió este furor, y habia sido hecha muy saludable y muy fértil por el profeta Eliseo, amigo y sucesor de Elías: porque habiéndole los de Jericó hecho buen acogimiento, y habiendo hallado en ellos toda amistad, satisfizo y pagólo á ellos y á toda su region con una gracia que les hizo, que, partiendo para la fuente, tomó un vaso lleno de sal, y echólo en el agua. Des-

pués, levantando sus manos al cielo y echando algunos alientos suyos en la fuente, rogaba que se amansase y que mostrase sus aguas mas dulces, convirtiendo la amargura en dulzura y fertilidad grande, y hacia oracion á Dios que templase con mejor viento las aguas y aires de aquella tierra, y concediese que los vecinos de allí pudiesen gozar de la fertilidad de sus frutos, y dejase sucesion de sus generaciones é hijos, y que no pudiese dañarles ni faltarles el agua que suele ser el sustentamiento de los hijos, entretanto que ellos fuesen buenos y justos. Con estos ruegos, habiendo hecho muchas cosas que sabia hacer por sus manos, mudó las aguas de la fuente; y las que les solian ser antes causa de esterilidad y horfandad grande, les eran en este tiempo causa de abundancia en frutos, en sus hijos y generaciones. Es, pues, ahora su regadío tan fértil y de tanta fuerza, que en tocar la tierra solamente se hace mas fértil que quedando mucho encima de la tierra de tal manera, que, los que gastan mucho de esta agua, esos tienen menos provecho, y los que menos de ella gastan, estos tienen mucho mas. Regia esta fuente muchas mas tierras que todas las otras; pasa setenta estadios de largo y veinte de ancho. Cria por allí huertos como paraísos, y muchos y muy abundantes principalmente de palmas diversas, no menos en el sabor que en el nombre: de las cuales hay algunas que son mas fértiles, cuyo fruto puesto en prensa, da de sí mucha miel no peor que la otra, aunque da tambien mucha miel esta region; y es muy fértil de bálsamo, que es el fruto mejor y mas precioso que allí nace. Produce tambien mucha alheña y maribolano, de manera, que quien dijere ser esta parte de tierra muy mirada y amada por Dios no errará, en la cual lo bueno y lo que es tan caro y tan preciado, nace tan fértil y abundantemente: pero ni aun en todos los otros frutos que produce, hay region alguna en todo el universo que se pueda comparar con esta: en tan gran manera multiplica y acrecienta lo que en ella se siembra. La causa de esto, segun yo creo, es la fuerza fértil del agua y el calor del aire que recrea todo cuanto allí nace: aprieta esta agua todas las raíces de los árboles: dales fuerza en el verano, en el cual dificultosamente con el gran calor y ardor del sol puede producir algo la tierra. Si sacan de esta agua antes que nazca el sol, con el viento que corre se resfria, y toma contraria naturaleza de la del aire: en el invierno se calienta, y hace muy buena para regar lo que está bajo de la tierra: es el cielo de esta region tan templado, que cuando en otras partes de Judea nieva, los naturales de allí van vestidos de lino: está lejos de Jerusalen ciento y cincuenta estadios y á sesenta estadios del Jordan: el camino hácia Jerusalen es desierto y peñascoso; hácia el Jordan y la laguna del Asfalte, aunque es tierra mas baja, todavía no es menos estéril y menos cultivada que la otra: pero basta lo dicho de la fertilidad de Jericó.

V. Digna cosa pienso será, que sea contada y declarada la naturaleza de la laguna Asfalte. Esta es salada y muy estéril, y las cosas que de sí son muy pesadas, echadas en este lago, se hacen muy ligeras, y salen sobre el agua, y apenas hay quien se pueda ahondar, ni ahogar en el hondo de ella. Vespasiano finalmente, que habia venido allí por verla, mandó que fuesen echados en ella hombres que no supiesen nadar con entrambas manos atadas á las espaldas; é hízolos echar de alto que cayesen en la laguna, y sucedió que todos volvieron como por fuerza del aire á parecer encima del agua. Múdase tambien la color de esta agua maravillosamente tres veces cada dia, y resplandece de diversos colores con los rayos del sol: echa de sí como terrones de pez en muchas partes, los cuales van nadando por encima del agua tan grandes como toros sin cabezas, ó por lo menos muy semejantes. Los que conocen y saben de esta laguna, vienen á coger lo que haber pueden de la pez, y llevánselo á las naos; pero aunque cuando la toman y ponen en ellas, está entonces mas amiga y mas blanda, después no pueden romperla, antes parece que tiene atado el navío, hasta tanto que con la orina y purgacion de la mujer se despega. No es solo provechosa para las naos, pero aun tambien se pone de ello en muchas cosas para curas y medicinas del cuerpo humano: tiene este lago quinientos y ochenta estadios de largo, y extiéndese hasta Zoara, ciudad de Arabia, y tiene de ancho ciento y cincuenta estadios. Vecina es de este lago la tierra de Sodoma, fértil en otro tiempo, tanto en sus frutos, como en la riqueza; ahora toda está quemada, y tiénese por cierto haber sucedido, y haber sido destruido por la impiedad é injusticia grande de los que allí habitaban con rayos y con fuego del cielo, pues aun hoy hay señales y reliquias de este fuego enviado por Dios, y puédense ver aun las señales de los cinco lugares ó ciudades, y los frutos que nacen en aquellas cenizas: son los colores de ellos, no menos aparentes que si fuesen muy buenos para comer; pero en las manos del que los toma se resuelven en ceniza y en humo: por lo que parece ahora en la tierra de Sodoma, se cree fácilmente, ser así lo que fué y pasó en ella.

VI. Deseando Vespasiano cercar por todas partes los moradores de Jerusalen, levantó unos castillos en Jericó y en Adida; puso en ambas partes guarnicion de gente romana, y de la que le habia venido en socorro. Envió tambien á Gerasa á Lucio Annio, dándole parte de su caballería y mucha infantería: este, en el primer combate que dió á la villa, la tomó y mató mil mancebos que estaban de guardia, que no pudieron salvarse: llevó cautivas todas las familias, y permitió que sus soldados diesen saco á toda la ciudad: y habiendo después puesto fuego á todas las casas, dió contra los lugares que habia por allí cerca. Huian los que eran poderosos: los que no lo eran, eran muertos; y todo cuanto podian haber era puesto á fuego y destruidos todos los lugares por la fuerza de la guerra, así los de las montañas, como los que estaban por lo llano: los que vivian en Jerusalen no podian salir de allí, porque los que deseaban huir, eran detenidos por los zelotas; y los que eran enemigos de los romanos, estaban rodeados y cerrados por el ejército. Habiendo, pues, Vespasiano vuelto á Cesarea, y aparejádose para ir con todo su ejército contra Jerusalen, fuéle contada la muerte de Neron, el cual habia sido muerto después de trece años y ocho dias de su imperio. Dejo de contar, con cuántas deshonestidades afeó el imperio, con aquellos bellacos Ninfidio y Tigilino, dejando la república romana á hombres muy indignos de ella: y cómo preso por asechanzas de sus mismos criados y libertos, desamparado de toda la ayuda de los senadores, huyó con cuatro criados suyos de los mas fieles á un burgo, adonde se mató él mismo, y cómo fueron después de mucho tiempo muertos aquellos que le acompañaron, y cómo se acabó la guerra de Francia; tambien, cómo vino de España Sergio Galba elegido por emperador, y cómo fué muerto en medio de la plaza, reprendido por los soldados, como hombre mujeril, afeminado y para poco, y fué declarado Oton por emperador, y cómo trajo su gente contra el ejército de Vitelio. No me alargo en contar todas las revueltas que Vitelio

causó, ni la batalla que se dió cerca del Capitolio: menos, cómo Antonio, Primo y Muciano mataron á Vitelio, y apaciguaron los ejércitos de los germanos: todo esto paso por silencio, confiado que muchos, así griegos, como romanos, se han ocupado en dar de ello larga cuenta; pero por la órden y continuacion del tiempo, por no truncar la historia, y por no cortarla en parte alguna, he tocado lo principal sumariamente. Vespasiano, pues, alargaba y diferia la guerra con los de Jerusalen, esperando á quién eligirian por emperador después de Neron: mas después que supo que Galba imperaba, no hacia cuenta de nada; antes tenia muy determinado el no fatigarse, ni trabajar en algo, sin que el dicho Galba le escribiese primero sobre las cosas de la guerra. Todavía le envió á su hijo Tito para darle el parabien, y que supiese lo que mandaba que hiciese de la guerra que con los judíos tenia comenzada. Por esta misma causa navegó Agripa á verse con Galba, y pasando á Acaya con sus naos en el invierno, aconteció que Galba fué muerto después de siete meses, y otros tantos dias que era emperador. Sucedióle Otoñ en el imperio, y gobernó la república tres meses. No se espantó con todas estas mutaciones Agripa; antes prosiguió su camino á Roma. Tito pasó de Acaya á Siria, casi movido por voluntad de Dios, y de allí vínose á Cesarea á su padre muy oportunamente y muy á tiempo. Estando, pues, suspensos de todo, ondeando el imperio y señorío romano, sin saber en quién se sostendria, menospreciaban y no tenian tanta cuenta con la guerra de los judíos; y teniendo miedo no sucediese algo á su patria, temíanse de acometer y de emprender guerra contra los extranjeros.

VII. En este medio se levantó otra guerra dentro de Jerusalen. Habia un hombre llamado Simon, hijo de Giora, natural de Gerasa, mancebo en la edad, y menos viejo que Juan en sus astucias, el cual hacia mucho tiempo que se habia apoderado de la ciudad; mas era mucho mas esforzado y atrevido que Juan. Por lo cual, después que fué echado de la gobernacion Acrabatana principal por el pontífice Anano, habíase juntado con los ladrones que se habian alzado con Masada: al principio teníase de este gran sospecha, que le mandaron pasar al castillo que estaba mas bajo con las mujeres que habia consigo traido, y ellos estábanse en el mas alto; otras veces por ser tan conformes y tan parientes en las costumbres, parecia ser hombre muy fiel, porque él era capitan de los que salian á robar: robaba y destruia todo aquel territorio de Masada juntamente con los otros, sin tener temor de ellos, esforzándolos para cosas mayores. Era muy deseado de señorear y codiciaba hacer muy grandes cosas; pero al saber la muerte de Anano, salióse hácia las montañas, y prometiendo con voz de pregon á sus esclavos la libertad y gran premio á los que eran libres, juntó consigo cuantos bellacos habia en todas aquellas partes: y habiendo alcanzado ya bastante ejército, iba robando todos aquellos lugares que por los montes habia. Y juntándosele siempre muchos en compañía, osaba bajarse á los lugares que estaban por bajo; iba ya de tal manera que las ciudades se temian de él ciertamente; muchos de los mas poderosos estaban amedrentados por ver su fuerza, y cuán prósperamente le sucedian las cosas, y no era ya ejército de esclavos y ladrones solamente; pero aun muchos de los del pueblo le obedecian, no menos que á rey. Corrian toda la tierra Acrabatana, y toda la Idumea mayor. Tenia un lugar llamado Nain por nombre, cercado de muro como castillo para su guarda. En el valle que llaman de Faran ensanchó muchas cuevas, además de muchas otras que halló aparejadas y muy en órden, de las cuales se servia de lugar para guardar lo que robaba: ponia allí todos los frutos que hurtaba; y habia muchas compañías que allí se recogian y no se dudaba sino que daria qué hacer á los de Jerusalen con su gente y aparejo. Por esto, temiendo los zelotas algunas asechanzas, y deseando cortar el hilo al que veian subir demasiado contra ellos, salieron muchos armados. Vínoles delante Simon, y trabando pelea entre ellos, mató á muchos, é hizo que se retirasen todos los demás á la ciudad: pero no osó cercarlos por no confiar tanto en sus fuerzas, y así trabajó en sujetar primero á Idumea. Venia con veinte mil hombres en órden de guerra contra ella: los principales idumeos, juntaron de aquellos campos y lugares casi veinte y cinco mil hombres, de los que eran mas aptos para la guerra; y dejando muchos mas que guardasen sus casas y haciendas, por causa de aquellos salteadores que estaban en Masada, vinieron á esperar á Simon en los términos de Idumea, á donde rompieron ambas partes; y peleando todo el dia, fuése después sin vencer y sin ser vencido. Él fué á un lugar llamado Nain, y los idumeos se volvieron á sus tierras. No mucho después venia Simon con ejército mayor contra ellos, y puesto su campo en un lugar que se llama Tecue, envió á los que estaban en guarda del castillo Herodion, el cual estaba cerca, un compañero suyo llamado Eleázaro, para persuadirles que le entregasen el castillo: tomáronle las guardas, no sabiendo aun la causa de su venida, aunque después que les hubo hablado y dicho que se rindiesen, acudieron contra él y persiguiéronle, hasta tanto que no hallando lugar ni manera para huir, se echó del muro en el foso, y de esta manera luego murió. Temiendo los idumeos las fuerzas de Simon, parecióles antes de salir á la batalla probar á descubrir la gente que el enemigo traia: ofrecióse para hacer esto prontamente Diego, uno de los regidores, pensando hacerles traicion. Partiendo, pues, de Oluro, porque en este lugar estaba el ejército de los idumeos recogido, vínose á Simon, y concertóse primero con él de entregarle su propia patria; y tomándole la palabra y la fé, que seria siempre mucho su amigo, prometióle lo mismo de toda la Idumea. Habiéndole Simon por estos conciertos hecho un gran banquete con mucha amistad, animado con grandes promesas, en la hora que volvió á los suyos, fingia con maldad que el ejército de Simon era mucho mayor; y habiendo después amedrentado á los capitanes y regidores, y á toda la otra gente popular, trabajaba en persuadirles que recibiesen á Simon y le dejasen el señorío y mando sobre todos, sin pelear sobre ello. Tratando estas cosas, enviaba tambien mensageros que hiciesen que Simon saliese hácia ellos, prometiendo derribar y vencer á los idumeos, lo cual tambien ejecutó: porque llegándose ya el ejército, saltó luego en su caballo, y huyó con todos los compañeros que en aquella maldad estaban corrompidos. Amedrentóse con esto todo el pueblo, y antes que viniesen á pelear, rompieron la órden con que venian, y volvióse cada uno á su casa. De esta manera, pues, entró Simon, sin que tal pensase, en Idumea, sin derramamiento alguno de sangre: y acometiendo el primer fuerte que era Hebron, le tomó improvisamente; y allí hizo gran saco, y robó muchos frutos. Los naturales de aquí dicen, que Hebron no solo es mas antiguo que todos los lugares y villas de Idumea, mas aun tambien que Menfis en Egipto, y se cuentan dos mil y trescientos años después de su edificacion: y cuentan que fué habitacion de Abrahan, padre de los

judíos, después que dejó los asientos de Mesopotamia, y que sus descendientes pasaron de aquí á Egipto, cuyos monumentos y antigüedades aun parecen en la misma ciudad, hechos de mármol muy hermoso. Á seis estadios de este lugar está aquel grande árbol Terebinto, y dícese, que dura hasta ahora, criado desde el principio del mundo. De aquí pasó Simon por toda la Idumea, robando no solamente las ciudades y lugares adonde entraba, si es que talando y destruyendo las tierras; porque además de la gente de armas que le seguia, iban mas con él cuarenta mil hombres, y por ser tantos no tenian bastante provision de las cosas necesarias. Añadíase la crueldad de Simon con todas estas necesidades, y además de esto su ira, con la cual causó mayor destruccion á toda Idumea. Y como suele parecer el campo sin hojas, después que la langosta ha pasado por él, así tambien por donde quiera que el ejército de Simon pasase cuanto atrás dejaba, todo quedaba desierto y destruido: quemaba lo uno, destruia y derribaba lo otro; y poniendo bajo de los piés cuanto dentro de la ciudad ó en los campos habia nacido, caminando por la tierra labrada la hacian mas dura que si fuera la mas estéril del mundo; de manera, que por donde ellos pasaban y adonde echaban la mano, no quedaba señal para conocer haber sido algo en otro tiempo. Todas estas cosas movieron á los zelotas á que otra vez se revolviesen; pero temieron de salir á pelear con ellos, y descubiertamente hacerles guerra: mas poniendo asechanzas y espías por los caminos, hurtaron la mujer de Simon, y muchos mas de aquellos que le obedecian y estaban en su servicio, y luego se vinieron á su ciudad, nó con menor alegría que si hubieran preso á Simon, confiando que luego el dicho Simon dejaria las armas, y vendria á suplicarles por su mujer. Por haberse llevado los enemigos á su mujer no se amansó Simon, antes mucho mas airado, en llegar á los muros de Jerusalen, como una fiera herida y embravecida por no poder tomar á aquellos que la han herido, así mostraba su furia y su locura contra cuantos hallaba: y habiendo unos salido fuera de las puertas por traer yerbas, sarmientos y otras hortalizas, tanto los viejos como los mozos, á todos los azotaba hasta la muerte: de tal manera, que solamente parecia que no le quedaba otro manjar segun era la ira é indignacion de su ánimo, sino comer y hartarse de los cuerpos de los muertos: á muchos cortaba las manos, y dejábalos volver á la ciudad, haciendo con esto que sus enemigos se amedrentasen y le tuviesen gran miedo, y tambien por excusar tantos daños, y detener al pueblo con ello. Mandábales que dijesen, como Simon juraba por el Dios regidor de todas las cosas, que si no le volvian muy presto su mujer, derribaria el muro de la ciudad, y daria el mismo castigo á cuantos dentro estaban, sin perdonar á viejo ni mozo de cualquiera edad que fuese; y los que no merecian pena, pagarian tambien la culpa con los pecadores, hasta tanto que hizo con estos mandamientos, que se amedrentase no solo el pueblo, sino que tambien con él los zelotas, y le enviaron á su mujer, con lo cual él ablandó su ira y su fiereza un poco, y cesó en la matanza grande que hacia.

VIII. No solo habia revueltas en Judea en este mismo tiempo, sino que toda Italia estaba en discordia y guerras civiles: porque después que Galba fué muerto en medio de la plaza, Oton fué elegido por emperador, y este guerreaba con Vitelio, el cual se queria levantar con el imperio, porque la gente alemana le habia ya escogido y nombrado por emperador. Y habiendo dado la batalla en Brebiaco, ciudad de Italia, á Valente y Cecina, capitanes de Vitelio: el primer dia fué Oton vencedor; pero luego el siguiente los de Vitelio, después de muchos muertos y de haber entendido que la parte contraria habia alcanzado victoria, Oton mismo se mató estando en Brixelo, después de haber imperado dos años y tres meses. Sucedió que la gente de Oton se juntó con los capitanes de Vitelio, y Vitelio ya se venia á Roma, cuando á los cinco dias de junio, Vespasiano, partiendo de Cesarea, vino contra las tierras de Judea que no habia aun sujetado: así subió primero á las montañas, y sujetó dos señorías: la una era la de Gosnitica y la otra la Acrabatana; luego después á Betel y á Efrem que eran dos fuertes: y poniendo en ellos su gente de guarnicion, veníase ya hácia Jerusalen. A muchos que hallaba en el camino mataba, y á muchos otros prendia. Uno de los capitanes, llamado Cercalo, con parte de la caballería y parte de la infantería, destruia la Idumea que se dice superior, y dió fuego al castillo Cafetra, el cual tomó de camino, y combatia con su gente el otro que se llama Cafaris, el cual era harto fuerte por estar cercado de un alto muro; y pensando que se detendria allí algun tiempo, los de la ciudad abriéronle las puertas y humildes se entregaron. Sujetados estos, Cercalo partió para Cebron, otra ciudad muy antigua, fundada, como dije, en las partes montañosas, no muy lejos de Jerusalen; y entrando por fuerza, mató á cuantos dentro hallar pudo, así mozos, como niños y viejos; y quemó después la ciudad. Habiéndolo, pues, ya ganado todo, excepto el castillo llamado Herodio, Masada y Maquerunta, que estaban entónces por los ladrones y salteadores, ya no tenian los romanos otra cosa sobre los ojos sino á Jerusalen, la cual ciudad solamente faltaba por ganar.

IX. Habiendo Simon recibido de los zelotas su mujer, púsose en camino para seguir lo que de Idumea le quedaba: afligidos, pues, por todas partes, hizo que muchos huyesen á Jerusalen, y él tambien aparejaba su camino para allá. Cercando, pues, los muros, si hallaba que alguno de los trabajadores, viniendo del campo se llegaba al pueblo, luego le mataba. Mas cruel era Simon con el pueblo que hallaba por defuera, que los romanos: y los zelotas por de dentro eran mucho mas crueles que Simon y que los romanos, porque los galileos los incitaban y movian con nuevas invenciones y con hechos muy atrevidos. Ellos habian levantado y hecho poderoso á Juan, y Juan, por agradecerles lo que habian hecho por él, permitíales hacer cuanto querian. Los hurtos y la codicia de todos eran insaciables, y la inquisicion que hacian en las casas de los ricos. Mataban los hombres y deshonraban las mujeres por juego y pasatiempo; y comiendo la sangre y bienes de la gente sin temor y sin algun miedo después de haberse hartado, ardiendo de lujuria y deseo desordenado de las mujeres, vestidos con hábito de las mujeres, arreados los cabellos y lavados con ungüentos, hermoseábanse los ojos por aplacer con su forma y gentileza: imitaban no solo la manera de las mujeres en el vestir, pero aun tambien la desvergüenza de ellas, y con fealdad y suciedad demasiada, hacian ayuntamientos contra toda ley y derecho: estaban como en un lugar deshonesto y público, y profanaban la ciudad con maldades y hechos muy sucios y sin vergüenza. Todavía aunque parecian mujeres en la cara, eran muy prontos para hacer matanzas y dar muerte á muchos: y perdiendo sus fuerzas con las cosas que hacian, todavía saliendo á pelear, luego estaban muy hábiles; y sacando las espadas debajo los vestidos que de diversos colores traian, mataban á cuantos acaso les venian al

encuentro. Los que huian de Juan, daban en manos mas crueles; es á saber, de Simon: y de esta manera el que huia del tirano de dentro, daba en poder del otro que cerca estaba, y era luego muerto. Estaba cerrado por todas partes el paso á los que quisiesen huir y recogerse á los romanos. Los idumeos que estaban entre las compañías de Juan, discordaban: y apartándose de los otros, armáronse contra el tirano, no menos por envidia de verle tan poderoso, que por odio de ver su gran crueldad: y peleando con la otra parte, mataron muchos de los zelotas, é hicieron recoger todo lo restante de la gente al palacio real que habia Grapta edificado: esta era una parienta de Izata, rey de los adiabenos. Entrando, pues, en él con fuerza los idumeos, hicieron que los zelotas se recogiesen en el templo, después de lo cual robaban el dinero que Juan allí tenia, porque él solia vivir en el palacio, y habia puesto y dejado allí los despojos del tirano. Estando en estas cosas los zelotas, que andaban esparcidos por la ciudad, juntáronse con aquellos que habian huido al templo, y Juan determinaba hacerlos salir contra el pueblo y contra los idumeos. No se habia de temer tanto la fuerza de estos, cuanto el atrevimiento que no saliesen de noche calladamente del templo: y desesperándose ellos mismos, no pusiesen fuego á la ciudad. Por esto, junto con los pontífices, buscaban manera para guardarse de ello: pero Dios mudó aun en peor el parecer de esta gente, que pensaba alcanzar remedio con cosa peor aun que la muerte; porque determinaban echar á Juan, recibir á Simon, y dar lugar al otro tirano, y aun suplicárselo con ruegos. Pusieron esta determinacion en efecto, y enviaron al pontífice Matías, que rogase á Simon, á quien antes habian muchas veces temido, que viniese y entrase: lo mismo tambien juntamente con estos rogaban á aquellos que habian huido de Jerusalen por temor de los zelotas, con deseo cada uno de cobrar su casa y su hacienda. Prometiéndoles él de hacerse señor de todo demasiado soberbiamente, entró como por librar la ciudad de tantos agravios: gritándole todos delante como á hombre que les traia la salud; y viéndose dentro con su gente, luego pensó en alzarse con todo, y tenia por no menos enemigos á aquellos que le habian llamado, que á los otros contra quienes habia venido. Siéndole prohibido á Juan salir del templo, con la muchedumbre de los zelotas que consigo tenia, habiendo perdido cuanto tenia en la ciudad, porque Simon con sus compañeros lo habian todo robado, desesperaba ya de alcanzar salud. Acometió Simon el templo, ayudándole el pueblo: aquellos trabajaban en resistirle por los portales y torres que habia, y muchos de la parte de Simon eran derribados, y muchos se recogian heridos, porque los zelotas hácia la mano derecha eran mas poderosos, y allí no podian ser heridos. Y aunque de sí el lugar les favorecia, habian tambien hecho cuatro grandes torres, para poder tirar de allí sus armas contra los enemigos: una á la parte oriental, otra hácia el septentrion, la tercera encima del portal: en la otra ladera, hácia la parte baja de la ciudad, estaba la cuarta sobre el aposento de los sacerdotes, á donde segun tenian costumbre, solia un sacerdote ponerse al mediodía como en un púlpito, y hacer saber significándolo con son de trompeta, cuándo era el sábado de cada semana, y luego á la noche cuándo se acababa: y hacian saber al pueblo cuáles eran los dias de trabajo y cuáles los de fiesta. Ordenaron por estas torres muchas ballestas é ingenios, para echar grandes piedras, y pusieron tambien muchos ballesteros y hombres hábiles en tirar la honda. Con estas cosas algo con menos ánimo se movia Simon á hacerles fuerza, como muchos de los suyos allojasen; pero confiando en que tenia mayor ejército, llegábase mas cerca, porque las saetas é ingenios que tiraban, como alcanzaban á muchos, así tambien los mataban.

X. No faltaron males á los romanos en este mismo tiempo, porque Vitelio habia venido de Alemania con ejército y muchedumbre de otra gente; y como no pudiesen caber en el lugar y alojamiento que les habia sido señalado, servíase de toda la ciudad como de tal, é hinchó todas las casas de gente de armas; y como estos viesen las riquezas de los romanos, cosa muy nueva delante de ellos, espantados con ver tanto oro y tanta plata, apenas podian refrenar su codicia de tal manera, que ya se daban á robar y mataban á los que trabajaban en defenderse y prohibirlos: las cosas, pues, de Italia en tal estado estaban. Habiendo ya Vespasiano destruido todo cuanto cerca de Jerusalen habia, volvíase hácia Cesarea; y entendió las revueltas de los romanos, y que Vitelio era el príncipe de ellas. Con esto recibió grande enojo, nó porque no supiese tambien sufrir el imperio de otro, como imperar el mismo; pero por tener por señor muy indigno á aquel que se habia alzado con el imperio. No podia, pues, sufrir este dolor con el tormento que le daba, ni podia tampoco entender ni dar razon en otras guerras, viendo que su patria era destruida. Pero cuanto la ira le movia á tomar venganza de esto, tanto tambien se detenia por ver cuán lejos estaba: y la fortuna podia innovar mucho las cosas, antes que él llegase á Italia, principalmente siendo invierno, y con esto trabajaba en refrenar algo mas su ira. Los capitanes, juntamente con los soldados, trataban ya públicamente de aquellas mutaciones tan grandes, y daban gritos muy indignados y con enojo, por saber que habia alojado gente de guerra dentro de Roma, diciendo que estaba holgazana y perdian la reputacion y nombre que de hombres de guerra tenian, pudiendo dar el imperio á quien quisiesen, y elegir emperadores con la esperanza que de su propia ganancia tenian. Y que ellos que estaban envejecidos con las armas, después de tantos trabajos, á otros daban la potencia, pues tenian entre ellos varon que mas dignamente merecia el imperio; y que si dejaban perder esta ocasion, ¿cuándo podrian mejor con mas justa y razonable causa hacerle gracias y pagarle segun su amistad y benevolencia requeria? Y que tanto era mas justo que fuese elegido por emperador Vespasiano y nó Vitelio, cuanto eran mas dignos, y para mas ellos mismos, que no aquellos que le habian declarado y elegido: porque no habian ellos sufrido menos guerras, que aquellos que habian venido de Alemania; ni eran para menos en las cosas de las armas ellos, que aquellos que sacaban de Alemania el tirano. Y que en elegir á Vespasiano no habria duda ni revuelta alguna, porque el senado ni el pueblo romano habrian de querer mas las codicias y deshonestidades de Vitelio, que la bondad y vergüenza de Vespasiano: ni por un emperador bueno, un cruel tirano; ni habrian de desear por príncipe al hijo y desechar al padre: porque gran seguridad y defensa es de la paz la verdadera bondad en el emperador. Pues por tanto, si el imperio se debia dar á quien fuese viejo, sabio y experimentado, ya tenian á Vespasiano; y si á quien fuese mancebo y esforzado, con ellos estaba Tito, y que de la edad de entrambos podian elegir lo que mas fuese conveniente; y que no solo mostrarian ellos haber de valer el emperador que ellos habian declarado, teniendo tres legiones y mas ayuda de tantos reyes; pero aun tambien todo el oriente y parte de Europa

que no temian á Vitelio: y además de esto tenian en defensa de Vespasiano en Italia un hermano suyo, y un otro hijo; el uno de los cuales confiaba que habia de juntar consigo la mayor parte de los mancebos y juventud romana; y el otro era regidor de la ciudad, que es parte muy principal en la eleccion del emperador. Y si finalmente ellos cesasen, por ventura el senado romano les declararia un tal príncipe á quien no tuviesen por bastante ni suficiente los soldados. Estas cosas se hablaban al principio en secreto; y después animando los unos á los otros, proclamaron por emperador á Vespasiano, y rogábanle que defendiese el imperio que en tan gran peligro estaba. Este habia tenido en otro tiempo cuidado de todo; pero en fin ahora no queria imperar, teniéndose por sus hechos por muy digno de ello: preciaba mas tener segura su vida, que ponerse en peligro por ensalzar y engrandecer su fortuna. Cuanto mas él rehusaba, tanto mas los capitanes le importunaban y los soldados le amenazaban, rodeándole y poniéndole en medio de sus armas que le matarian, si no queria vivir y recibir la honra que sus hechos merecian: mas en fin, aunque lo rehusó mucho tiempo, hubo de recibir el imperio, no pudiendo excusarse ni hacer otro con aquellos que le habian declarado por emperador.

XI. Determinó dar primero razon á las cosas de Alejandría, aunque Muciano y todos los otros capitanes, regidores y todo el ejército le daban grita, y le movian á que los llevase contra los enemigos; y sabia que la mayor parte del imperio era Egipto, por causa del mucho trigo que allí se cogia; y si una vez le podia ganar y apoderarse de él, confiaba derribar á Vitelio por fuerza, si aun perseveraba en su porfía de querer ser emperador: porque el pueblo, muriéndose de hambre, no habia de poderlo sufrir. Deseaba tambien juntar con su gente dos legiones que estaban en Alejandría. Pensaba que aquellas tierras le servirian para defenderse contra toda adversidad, si algo sucedia de mal; porque es esta una tierra muy difícil de entrar, porque no tiene puerto por la mar: tiene tambien por la parte occidental la Libia seca: y por el mediodía tiene un límite que aparta á Siena de Etiopía; no es parte esta navegable, por causa de los grandes sumideros del rio Nilo. Tiene por el oriente el mar Bermejo, el cual se ensancha hasta la ciudad de Copton: tiene por la parte septentrional otra defensa y fuerte, que es la tierra hasta Siria y el golfo que llaman de Egipto sin algun puerto. De esta manera, pues, está Egipto seguro por todas partes. Alárgase entre Pelusio y Siena por dos mil estadios; y de Plintina hasta Pelusio hay navegacion de tres mil y seiscientos estadios: por el Nilo se sube hasta una ciudad que se llama Elefantina con naos; porque los sumideros, como arriba dijimos, prohiben el camino por tierra. El puerto tambien de Alejandría, por mucha paz que haya, siempre suele ser muy difícil de entrar en él, porque tiene la entrada muy angosta; y con las rocas que tiene escondidas en sí, apártase de su camino derecho: por la parte izquierda se le hacen como unos brazos: á la parte diestra tiene la isla de Faro, adonde hay una gran torre que alumbra á los navegantes por trescientos estadios, para que de muy lejos se puedan guardar y proveerse en la necesidad que tienen para llegar y recoger sus naos. Al rededor de esta isla hay muros hechos con obra grande y maravillosa, en los cuales bate la mar; y rompiendo en ellos las olas, hácese mas dificultosa la entrada y tanto mas peligrosa; pero ya cuando están dentro del puerto, están muy seguros: es grande mas de treinta estadios, y llegan allí cuantas cosas faltan á esta tierra, y sale tambien de lo que ella tiene para todo el mundo. Por esto, pues, no sin causa deseaba ganar Vespasiano las cosas de Alejandría, para confirmar todo el imperio. Queriendo poner esto en efecto, envió cartas á Tiberio Alejandro, el cual regia estas partes y á todo Egipto, mostrándole en ellas la alegría de su gente; y que habiendo él recibido, por serle tan necesario el imperio, queria que le ayudase, y se queria servir de su diligencia. En la hora que Alejandro leyó la epístola de Vespasiano, con ánimo muy pronto tomó el juramento á sus legiones y á todo el pueblo: obedeciéronle todos con pronta voluntad, conociendo la virtud y valor de Vespasiano, y lo que antes habia hecho y administrado. Este, pues, con el poder que le fué concedido, aparejaba lo que era necesario para la venida del emperador, y todo lo que el imperio requeria.

XII. Sabido antes de lo que es posible pensar, que Vespasiano era elegido por emperador en el oriente, luego la fama se divulgó en todas partes. Todas las ciudades hacian fiestas y celebraban sacrificios por la alegría de tal embajada. Las legiones y gente que habia en Mesia y en Panonia, que poco antes se habian levantado, por saber el atrevimiento y audacia de Vitelio, prometieron el servir á Vespasiano con mayor alegría y gozo. Habiendo después Vespasiano vuelto de Cesarea y llegado á Beritot á donde recibió muchos embajadores que le venian delante de Siria y de otras muchas provincias, presentándole cada uno por sí las coronas, y dándole el parabien muy solemnemente. Presentóse tambien Muciano, regidor de Egipto, denunciándole la general alegría y contentamiento de todos aquellos pueblos, y haciéndole saber el juramento que habia hecho hacer, y como todos le habian recibido por príncipe y señor. Sucedíale á Vespasiano su fortuna en todas partes conforme á sus deseos; y viendo la mayor parte de las cosas inclinadas á su parte, comenzó á pensar que no habia recibido la administracion del imperio sin providencia de Dios, y que su justa suerte le habia traido y hecho llegar á ser el príncipe mayor del universo. Acordándose de muchas señales y otras cosas, porque muchas cosas le habian acontecido que le mostraban manifiestamente haber de ser emperador, acordóse tambien de lo que Josefo le habia dicho, viviendo aun Neron, dándole el nombre de emperador: maravillábase de este varon, el cual aun estaba en la cárcel ó con guardas, por lo cual, llamando á Muciano con sus amigos y regidores, contóles cuán valeroso habia sido Josefo, y cuánto trabajo habia sufrido en vencer á los de Jotapata por su causa: después tambien les dijo como le habia profetizado estas honras, las cuales él pensaba que por temor eran fingidas; mas el tiempo habia mostrado la verdad de ellas, y descubierto que habian sido hechos divinamente, confirmándolas y aprobándolas aquello que sucedido habia. Dijo entónces que era cosa deshonesta hacer que aquel que primero habia sido buen agorero de su imperio, ministro y embajador de la voz de Dios, fuese detenido cautivo en adversa y contraria fortuna, y así llamó á Josefo y mandólo librar. Viendo los regidores la gracia y favor que habia hecho á un extranjero, confiaban tambien para sí cosas maravillosas y excelentes. Tito, que estaba con su padre en este mismo tiempo, dijo: Justo es por cierto, padre mio, que además de libertar á Josefo de la cárcel, se le vuelva la honra que le ha sido quitada; porque será como si no hubiera sido cautivo jamás, si le quebrantamos las cadenas; y no quitándoselas solamente, porque con aquello le libraremos de la infamia, haciendo que sea como sino fuera encarcelado: esto se suele

hacer á los que son injustamente encarcelados. Plugo lo mismo á Vespasiano; é interviniendo uno con una hacha de armas quebrantó sus cadenas: así fué Josefo puesto en libertad por lo que habia antes dicho á Vespasiano, y fuéle de esta manera vuelta su fama como por premio, y era ya tenido por hombre digno de crédito en cuanto dijese de las cosas que habian de acontecer.

XIII. Habiendo dado respuesta Vespasiano á todos los embajadores, y habiendo ordenado regidores para administrar aquellas tierras, segun cada uno merecia, vínose á Antioquía; y pensando á donde iria primero, parecióle mejor entender en las cosas de Roma, que en el camino que habia determinado para Alejandría, porque Alejandría estaba sosegada, y las cosas de Roma estaban por Vitelio perturbadas y en revuelta; envió, pues, á Italia á Muciano con mucha gente de á pié y de á caballo; pero temiendo este el ponerse en la mar por ser en el invierno, llevó su ejército por Capadocia y Frigia: en este medio, Antonio tomó la tercera legion de la gente que estaba en Mesia, porque esta provincia tenia él en su regimiento, y determinaba venir á hacer guerra con Vitelio: cuando Vitelio lo supo, envióle luego á Cecina con grande ejército que le resistiese. Partiendo, pues, este de Roma, luego en la hora alcanzó á Antonio cerca de Cremona, por aquella parte que ahora es de la Italia, y habiendo visto allí la órden y muchedumbre de enemigos, no osaba darle la batalla, y pensando que volverse le seria cosa peligrosa, trataba de hacer traicion: por lo cual, llamados sus capitanes y los tribunos de su gente, persuadíales que se pasasen á Antonio, menguando las cosas de Vitelio, y levantando el poder de Vespasiano, diciendo: que el uno tenia solamente el nombre de emperador, y el otro tenia la virtud y la fuerza para serlo: y que para ellos seria mucho mejor hacer de grado lo que era necesario, y sabiendo que habian de ser vencidos por la mucha gente, era cosa bien mirada excusar de voluntad todo peligro: porque Vespasiano mismo era muy bastante y poderoso, sin toda aquella fuerza, para tomar venganza de todos los otros, y que Vitelio no osaria parecer en su presencia con cuanto podia, aunque tomase en compañía á ellos todos. Habiéndoles dicho muchas cosas tales á este propósito, persuadióles lo que quiso, y aquí se pasó con toda su gente á la parte de Antonio: la misma noche todos sus soldados se arrepintieron por temor de no ser vencidos por aquel que los habia enviado, y amedrentados con esto, sacaron sus espadas, y quisieron matar á Cecina, y ciertamente lo hicieran sino fuera porque los tribunos se mezclaron entre ellos, y muy rogados en fin no lo hicieron, pero teníanle muy atado para enviarle á Vitelio que le castigase como á traidor. Habiendo oido estas cosas Antonio, luego hizo que su gente marchase, é hízolos venir con todas sus armas contra aquellos que se rebelaban: ordenados ellos para dar la batalla, resistieron poco á poco, pero luego fuéron echados del lugar donde estaban, y huyeron á Cremona. La compañía primera de la gente de á caballo les atajó el camino, y cerrándolos delante la ciudad, mataron la mayor parte de ellos, y acometiendo todos los otros, permitió á sus soldados que saqueasen la ciudad, en la cual murieron muchos mercaderes extranjeros, y muchos tambien de los naturales, y todo el ejército de Vitelio, que eran mas de treinta mil y doscientos hombres; tambien perdió Antonio Primo cuatro mil y quinientos hombres de la gente que habia sacado de Mesia, y habiendo librado á Cecina, envióle por embajador á Vespasiano, el cual habiendo llegado, fué muy bien venido y muy loado, y reparó la deshonra y afrenta que tenia del traidor con honras que él no esperaba. Cuando Sabino, que estaba en Roma, entendió que Antonio ya se llegaba, tomó esperanza, y tomando las compañías de la gente de guarda, apoderóse una noche del Capitolio, y venida la mañana, muchos de los nobles se juntaron con él; y Domiciano, hijo de su hermano, fué gran parte para conseguir esta victoria: pero no se curaba Vitelio de Primo, antes enojado con aquellos que con Sabino le habian faltado, sediento con la crueldad que de su natural tenia de la sangre de los nobles, envió contra el Capitolio la gente que habia traido consigo. Aquí fueron hechas muchas cosas esforzadamente, tanto por aquellos que habian venido, cuanto por los otros que tenian ya el templo; pero los alemanes siendo muchos mas, ganaron el collado, y Domiciano con muchos varones muy señalados de los romanos, pudo huir afortunadamente, y salvarse: toda la muchedumbre que allí fué hallada fué muerta y despedazada: tambien siendo Sabino llevado delante de Vitelio fué muerto, y los soldados, dado saco al templo, pusiéronle fuego y todo lo quemaron: al otro dia llegó con su ejército Antonio, y fué recibido por los soldados y gente de Vitelio, y trabando entre ellos por tres maneras batalla dentro de la ciudad, perecieron todos. Viendo esto Vitelio, salió de su palacio beodo, y como suele acontecer á los que de tal manera viven, y tan pródigamente se quieren hartar, fué llevado por fuerza por medio de todo el pueblo, y afrentado y deshonrado con todo género de afrentas y deshonras, fué degollado en medio de la ciudad, habiendo gozado del imperio ocho meses y cinco dias, el cual si mas tiempo pudiera vivir, ó si alcanzara mas larga vida, no pudiera bastar á sus pródigos gastos todo el imperio: y fué aquí el número de los otros que murieron mas de cincuenta mil. Pasaron estas cosas á los tres dias del mes de octubre; el dia siguiente Muciano entró en la ciudad con su ejército, y deteniendo á los soldados de Antonio en la matanza que hacian, porque aun andaban escudriñando los mesones, y mataban los soldados de Vitelio con otra mucha gente del pueblo que habia con él consentido, adelantándose con la ira á la diligencia que en examinar esto debian poner, mandó venir allí á Domiciano, y dióle por regidor al pueblo hasta que su padre viniese. Librado, pues, ya el pueblo de todo temor, publicaba por emperador á Vespasiano, y juntamente se alegraban y regocijaban todos, celebrando fiestas por ser confirmado en el imperio, y ser Vitelio derribado y muerto.

XIV. Cuando Vespasiano llegó á Alejandría, fuéle contado todo lo que en Roma habia sido hecho, y tuvo allí embajadores de casi todo el universo, dándole el parabien del imperio: y siendo esta ciudad la mayor después de Roma, parecia muy pequeña, segun era la muchedumbre de gente que habia venido. Confirmado, pues, ya por emperador en todo el universo, y conservadas las cosas del pueblo romano contra la esperanza que de ello tenian, determinó Vespasiano dar fin á la guerra de Judea. Pasado, pues, el invierno, él se aparejaba á partir para Roma, y determinaba poner asiento y concordia en las cosas de Alejandría; así envió su hijo Tito que diese fin á la guerra de los judíos, y tomase á Jerusalen: el cual se vino por tierra hasta Nicópolis, ciudad lejos de Alejandría, veinte estadios de camino, y allí puso su gente en naos muy grandes, y vínose hasta Turno navegando por el Nilo, y dejando las tierras de Mendesio: saliendo á tierra, detúvose en la ciudad de Tanin: de aquí partiendo, hizo estancia en otra ciudad llamada

Heraclea, y vino á hacer la tercera á Pelusio. Dió de tiempo á su gente dos dias para descansar, y rehacerse: al tercer dia salió de los fines y términos de Pelusio, y pasando una jornada por los desiertos y soledades, puso su campo cerca del templo de Júpiter Casio, y luego el dia siguiente en Ostracina, que es tambien esta tierra muy falta de agua, por lo cual los que de allí son naturales se sirven de otra que hacen traer: de aquí se reposó en Rinocolura, y saliendo de allí, vino á hacer su cuarta estancia ó jornada á Rafia, que es la ciudad primera que por aquella parte ocurre de Siria. La quinta jornada llegó su gente á reposar á Gaza, y luego de allí á Ascalona, de aquí á Jamnía, y luego á Joppé, y de Joppé, llegó á Cesarea, determinando el juntar consigo toda la otra gente de guerra.

LIBRO SEXTO.

ARGUMENTO DE ESTE LIBRO.

I. De los tres bandos en que estaba dividida Jerusalen y de los males que por ellos se hacian.—II. Del peligro en que Tito se vió queriendo poner sitio á Jerusalen.—III. De las escaramuzas y salidas de los judíos contra los romanos, mientras estos asentaban su campo.—IV. De una pelea ó revuelta que los judíos tuvieron entre sí el dia de la fiesta del pan cenceño.—V. Del engaño que los judíos hicieron á los soldados romanos.—VI. De la descripcion notable de la ciudad y templo de Jerusalen.—VII. En el cual se cuenta cómo los judíos rehusaron el rendirse á los romanos y cómo los acometieron.—VIII. De cómo cayó una torre y cómo los romanos ganaron los dos muros.—IX. De cómo un judío llamado Castro se burlaba de los romanos.—X. De cómo los romanos ganaron dos veces el segundo muro.—XI. De los montes que Tito mandó levantar contra el tercer muro, y de la larga oracion que Josefo hizo á los de la ciudad, porque se diesen; del hambre que los de dentro estando cercados padecieron.—XII. En el cual se trata de los judíos que fueron crucificados, y de los montes que fueron quemados.—XIII. Del muro que los romanos levantaron en el cerco de Jerusalen en espacio de tres dias.—XIV. Del hambre que los de Jerusalen padecieron y cómo fué el segundo muro levantado.—XV. De la matanza que fué hecha en los judíos, de fuera y dentro de Jerusalen.—XVI. Del sacrilegio que se hacia en el templo, y del número de los muertos en la ciudad y del hambre que dentro padecieron.

I. Habiendo ya Tito pasado la soledad de Egipto hasta Siria, y habiendo llegado á Cesarea, venia determinado á ordenar allí su ejército: pero estando él aun con su padre Vespasiano, á quien Dios poco antes habia concedido el imperio, ordenando sus cosas, aconteció que la revuelta y levantamiento que habia en Jerusalen se partió en tres parcialidades, de tal manera que los unos venian contra los otros; lo cual alguno dirá ser lo mejor entre los malos, y ser hecho justamente. Arriba habemos declarado con diligencia de adonde nació el principio de los zelotas y el señorío que sobre el pueblo tenian, lo cual era causa principal de la destruccion de la ciudad; tambien dijimos por quiénes fué acrecentado: y ciertamente no erraria el que dijese haber nacido aquí una revuelta y levantamiento de otro, no menos que suele una fiera rabiosa mostrar su crueldad contra sus mismas entrañas, no hallando defuera algo en que asir: así Eleázaro, hijo de Simon, el cual desde el principio habia apartado del templo á los zelotas, fingiendo que se enojaba por las cosas que Juan cada dia atrevidamente cometia, no dejando él por su parte de causar y buscar á muchos la muerte, y no sufriendo á la verdad estar él sujeto al tirano que después de él se habia levantado con el deseo de ser señor de todo y con la codicia de su propio poder; este digo faltó á los otros, habiendo tomado en su compañia á Judas, hijo de Chelcia, y á Simon, hijo de Ezron, ambos muy poderosos, además de los cuales tambien estaba con él Ezequías, hijo de Chobaro, varon noble: á cada uno de ellos seguian muchos de los zelotas, y mas principales; y habiéndose apoderado de la parte del templo de dentro, pusieron encima de las puertas sagradas sus armas, y tenian confianza que no les habia de faltar lo necesario, porque tenian abundancia de todas las cosas sagradas, pues no tenian por impío y contra toda religion cometer todo flagicio y maldad; pero temiéndose por verse pocos, los mas se estaban ociosos en sus lugares, y sin hacer algo. Cuanto Juan era mas poderoso en la muchedumbre de gente que tenia, tanto era el lugar á donde estaba peor, y los enemigos le vencian, porque teniendo ellos el lugar mas alto, no podia acometer algo sin gran miedo, ni podia retirarse ni cesar con la ira grande que tenia; y padeciendo mucho mayor daño que no causaba ni hacia él á la parte de Eleázaro, todavía se estaba firme, y no aflojaba en algo, porque habia muchas arremetidas y escaramuzas, y echábanse muchos dardos, de manera que el templo estaba lleno de hombres muertos. El hijo de Giora, llamado Simon, á quien el pueblo habia llamado y hecho entrar y dentro la ciudad como tirano, viéndose ya todos desesperados, por la esperanza que en su socorro quedaba, teniendo la parte alta de la ciudad, y aun buena parte tambien de la baja, acometia á Juan y su gente mas animosamente, como combatido por la parte de arriba, y estaba sujeto á las manos de aquellos, no menos que estaban ellos á los de arriba que estaban en lo mas alto; y de esta manera acontecia que Juan padecia dos guerras, y que dañaba y era dañado; y en cuanto era vencido por tener mas ruín lugar, en esto mismo tanto mas daño hacia, puesto en mas alto lugar que Simon, defendiéndose de todas las acometidas que por abajo le hacian muy fácilmente y sin trabajo con su gente, y espantaba con sus máquinas á los que por arriba del templo le tiraban. Servíase de ballesteros y de lanzas tambien no pocas, y máquinas de piedras, con las cuales no solo tomaba venganza de los que peleaban, pero aun mataba tambien á muchos de los que estaban ocupados en celebrar las cosas sagradas. Y aunque no dejaban los suyos de cometer rabiosos toda maldad, por impía que fuese, todavía recibian pacíficamente á los que venian á sacrificar, remirando con diligencia, con sospecha y como guardas todos los naturales y los huéspedes y extranjeros que alcanzaban licencia de ellos para entrar: cuando después querian salir los acababan, y consumian con sus levantamientos y sediciones ordinarias. Las saetas y dardos que tiraban con la fuerza de las máquinas é ingenios que tenian, llegaban hasta el templo y hasta el altar, y daban en los que estaban allí celebrando sus sacrificios; y muchos que habian venido de las últimas partes del mundo con gran diligencia, por ver el lugar santísimo, fueron muertos estando delante del altar y de los sacrificios: é hinchéronlo de su sangre, aunque debiese ser muy adorado por todos los griegos y los bárbaros. Con los naturales que habia muertos, habia tambien muchos extranjeros mezclados, y con los sacerdotes muchos tambien de la gente profana; y lo que solia ser antes lugar divino, era hecho, con la sangre que de los muertos habia, estanque de diversos cuerpos muertos. ¡Oh ciudad desdichada y miserable! ¿qué sufriste de los romanos para comparar con esto, los cuales entraron para limpiarte de tus cubiertas maldades con fuego y con llamas? No

eras ya templo ni lugar donde Dios habitase, ni podias tampoco permanecerlo, siendo hecha sepulcro de tus domésticos y naturales habiendo hecho tu templo sepultura para la guerra civil de tus propios ciudadanos: bien podrás volver otra vez nuevamente á tu estado; podrás ciertamente, si primero procuras aplacar la ira de Dios que te destruye: pero la ley del historiador manda que calle el dolor, pues no es tiempo este de llorar el daño de los mios, sino de contar la cosa como pasa: por tanto, pues, proseguiré mi historia en contar todas las otras maldades que en estas revueltas y sediciones se cometian. Repartidos, como dije, en tres bandos estos traidores, Eleázaro y sus compañeros, que guardaban las cosas sagradas y ofrendas, venian beodos contra Juan: los que seguian la parcialidad de este robando al pueblo, levantábanse contra Simon, que tenia en su ayuda toda la ciudad contra todos los que eran contrarios. Si algunas veces venian entrambas partes contra Juan, poníales delante sus compañeros; y saliendo de la ciudad, con lo que tiraban de los portales y del templo, con sus máquinas é ingenios que para ello tenian, se vengaba. Y cuando los que por arriba le podian apretar no le dañaban, porque muchas veces de cansados y beodos no hacian algo, entrábase por la gente de Simon mas libremente con muchos de los suyos. Y siempre cuanto ganaba en la ciudad, haciendo huir á sus enemigos, y las casas llenas de trigo, poníales fuego, con todas las otras cosas que hallaba deputadas para el servicio: y volviéndose después, seguíale Simon y hacia lo mismo quemando y gastándolo todo; y parecia que aparejaban todos camino y daban plaza á los romanos, destruyendo todo cuanto estaba preparado y prevenido contra el cerco de los contrarios; cortaban todas las fuerzas que contra ellos tenian aparejadas. Aconteció, pues, á la postre, que todo lo que habia al rededor del templo fué quemado, y fué hecha la ciudad plaza ó campo para pelear los mismos naturales y ciudadanos de ella; y fué quemado casi todo el trigo, que pudiera haber bastado para muchos años á los cercados: fueron finalmente vencidos y presos por hambre, lo que no fueran, si ellos mismos no se la causaran y hubieran buscado. El pueblo era roto en partes, no menos que si fuera un cuerpo grande, siendo combatida la ciudad, parte por los bellacos y traidores que entre ellos habia, y parte tambien por los vecinos y gente que cerca moraban. Los viejos y las mujeres espantadas y atónitas, con tantos males como dentro padecian, hacian solemnes votos por la victoria de los romanos, y deseaban la guerra de los de fuera, por verse libres del daño que en las casas de sus naturales recibian. Estaban con gran miedo y con terrible espanto, y no tenian ya tiempo para tomar consejo sobre lo que debian hacer, por mudar el parecer y voluntad, ni tenian esperanza de algun concierto, ni de poder huir de alguna manera: porque todo lo tenian muy guardado; y estando discordes aquellos príncipes de los ladrones, á cuantos hallaban que tenian paz con los romanos, ó entendian que se querian pasar á ellos, los mataban, no menos que si fueran enemigos de todos; pero todos estos estaban muy concordes en matar á cuantos buenos y dignos de la vida habia. La grita y voces de los que peleaban eran continuas de dia y de noche, mas eran mas amargas las quejas y mas tristeza causaban los que lloraban por el miedo grande que tenian: daban por causa de tantos llantos y lamentaciones, las continuas destrucciones que padecian; pero el temor grande detenia el llanto y los gritos que todos daban, y enmudeciendo con el dolor eran afligidos y atormentados con gemidos callados dentro de su corazon. No respetaban ya los vivos á sus naturales y domésticos, ni se ponia diligencia en sepultar á los muertos: la causa de estas cosas era la desesperacion que cada uno de sí y de sus cosas tenia. Los que no estaban con los revolvedores y sediciosos, habian ya perdido todo el ánimo y esfuerzo, como que ya les fuese imposible dejar de morir. Los sediciosos y revolvedores de la ciudad, allegados los cuerpos muertos en uno, pisándolos peleaban; y tomando mayor atrevimiento por ver tantos muertos y todos debajo de sus piés, mostraban mayor crueldad: pensando siempre algo contra sí que fuese dañoso, y haciendo todo cuanto les parecia sin alguna misericordia ni piedad, no dejaron de ejecutar toda crueldad y muerte: en tanta manera, que aun de las cosas que estaban consagradas al templo, Juan abusaba y se servia de ellas para hacer máquinas é ingenios para la guerra. Porque queriendo los pontífices y pueblo antiguamente fortalecer el templo y alzarle veinte codos mas de lo que ya estaba, el rey Agripa trajo del monte Líbano la materia y aparejo para ello con grandes gastos; es á saber, la madera digna de ver por ser tan grande y tan derecha como se requeria para tal obra: pero cesando la obra por haber intervenido la guerra, Juan cortó lo que le pareció que le bastaba, y edificó con ello torres, y púsolas contra los que peleaban contra él por lo alto del templo, fuera del muro hácia la parte occidental, adonde solamente las podian asentar, porque las otras partes estaban ocupadas á la larga con las gradas. Habiendo, pues, este hecho estas máquinas impiamente, confió que habia de vencer y sujetar á sus enemigos con ellas: pero Dios mostró haber sido su trabajo en balde y perdido; y antes de poner en ellas algo, trajo á los romanos que lo echasen á perder, porque después que Tito hubo juntado y recogido parte de su ejército consigo, escribió á toda la otra gente que llegasen á Jerusalen, y él partióse para Cesarea. Habia tres legiones, las cuales debajo del regimiento de su padre Vespasiano habian ya destruido y arruinado á Judea; y la duodécima, cuyos sucesos antiguamente con Cestio, capitan de ella, se habian probado en las peleas, la cual aunque por esto mas se señalaba en esfuerzo, tambien acordándose de lo que antes habia padecido, venia con mejor ánimo y mas esforzadamente contra ellos. Mandó que la quinta legion le saliese al encuentro por Amaunta, y que la décima subiese por Hiericunta; y él con todos los otros salió, trayendo en compañía de ellas socorros de reyes mayores que antes, y con ellos tambien le acompañaban muchos de los de Siria para el mismo efecto. Y de esta manera se hizo cumplimiento, y se hincheron las cuatro legiones de los que con Tito habian venido por aquellos que Vespasiano habia escogido para enviar á Italia. Dos mil hombres escogidos del ejército de Alejandría, y tres mil de la gente del Éufrates seguian á Tito, y con ellos venia tambien su grande amigo Tiberio Alejandro, varon muy prudente, el cual habia tenido antes la administracion y regimiento de Egipto; y fué juzgado por digno de que rigiese y gobernase el ejército, por la grande amistad que con Vespasiano habia tenido el primero en el tiempo que su imperio comenzaba y se juntó con él muy de buena fé, siéndole aun la fortuna y suceso muy incierto: y así este mismo era el principal hombre de consejo en las cosas de la guerra por la mucha edad, saber y experiencia que de ellas tenia.

II. Entrando ya Tito en la tierra de los enemigos, iba delante de él toda la gente que para su ayuda ha-

bia tenido de los reyes: luego después los gastadores que allanaban el camino, y que tomaban lugar para asentar el campo: después seguia el bagaje, y luego la gente de armas. Venia trás estos Tito con gente de su guarda de la mas escogida y su alférez: después de ellos seguian los caballeros: estos iban delante de sus máquinas é ingenios que de guerra traian: luego, cerca de esta gente escogida, seguian los tribunos y capitanes con sus compañías; después, al rededor del águila, que era como principal bandera, venian muchas otras: iban delante de estas sus trompetas, y luego seguian los escuadrones de los mas viejos soldados por su órden muy concertados. Venia el vulgo de los criados detrás de cada legion de gente; y delante de ellos venia todo el bagaje: postreros iban los que ganaban sueldo, y por guardas de estos venian los sargentos y cabos de escuadras. Haciendo, pues, segun tienen los romanos de costumbre muy en órden su camino, vino por Samaria á Gofna, la cual habia sido antes ganada por su padre, y estaba aun en este tiempo con gente de guarnicion. Habiéndose detenido allí una noche, luego á la mañana partió, y después de haber caminado todo el dia, acabada su jornada puso su campo en una parte que llaman los judíos en lengua hebrea Acantonaulona, cerca del lugar llamado por nombre Gbat Saúl, que quiere decir, el valle de Saúl, lejos de Jerusalen casi treinta estadios. Partió de aquí con seiscientos caballeros escogidos y de los mas principales, por dar vista á la ciudad y descubrir la fortaleza que tenia, y saber lo que los judíos en sus ánimos determinaban, si por ventura viendo su presencia se rendirian de miedo, antes que peleasen. Habian oido lo que á la verdad pasaba, que todo el pueblo muy afligido y trabajado por causa de los ladrones y sediciosos, deseaba mucho la paz; pero no osaba hacer algo, ni aun moverse, por verse menos poderoso, que no eran los enemigos y revolvedores. Entretanto que fué cabalgando á dar vista por los muros, ninguno pareció delante de las puertas; mas apartándose al camino de la torre Pesefinon, y poniendo allí su escuadron de gente de á caballo, salióle al encuentro infinito número de judíos, por la parte que se llama las torres de las mujeres; y saliendo por la parte que está frente del monumento de Helena, rompieron por la gente de á caballo, y prohibieron á los unos que no se juntasen con los otros que estaban apartados, y atajaron á Tito con algunos pocos mas. No podia este pasar mas adelante, porque de allí hasta el muro habia grandes fosos, habia muchas huertas y muchos cercados de piedras; pues recorrer á los suyos que estaban en la montaña juntos, érales imposible por causa de los enemigos que estaban en medio: la mayor parte de la gente no sabia el peligro en que Tito, capitan de ellos, estaba; pero pensando que volvia tambien con ellos, todos huian. Viendo que toda la esperanza de la salud general colgaba de su esfuerzo y fortaleza, vuelve riendas á su caballo; y exhortando á voces á los suyos que le siguiesen, échase por medio de los enemigos, trabajando en pasar por fuerza á los suyos que en la otra parte estaban. De esto solo, y de lo que en este tiempo sucedió, se puede colegir fácilmente tener Dios cuidado de los sucesos de las guerras y de los peligros de los capitanes y emperadores: porque habiendo tirado tantos dardos y saetas contra Tito, no estando armado ni á punto de guerra, porque, como dije, no habia venido para pelear, sino para descubrir la fuerza de sus enemigos, con ninguno fué herido, antes parecia que todos volaban por el aire, como que no fuesen tirados para herirle; y echándolos lejos de sí con su espada los que á él se llegaban por los lados, y derribando muchos delante, corria con su caballo pisando los que caian. Habia grandes alaridos, que los judíos daban por ver el ánimo y audacia del emperador: amonestaban los unos á los otros que le acometiesen: otros, llegándose hácia ellos Tito, se partian apriesa huyendo de donde quiera que él llegaba. Habíanse juntado con él algunos que se quisieron poner en el mismo peligro, mas fuéron echados, parte por las espaldas y parte por los lados; y no tenia mas de una esperanza de alcanzar salud cada uno, que era abrir el camino juntamente con Tito, antes que morir en mano de aquellos pisado ú oprimido. Así fueron de los mas porfiados y pertinaces, uno herido, él y su caballo, y otro derribado y muerto, y su caballo fué tomado por los enemigos. Tito se salvó con todos los demás y se vino á su campo. Habiendo visto los judíos que en la primera escaramuza ó combate habian sido vencedores, levantaron sus ánimos ensoberbecidos con la esperanza mal considerada; y aquel breve acaecimiento y de poca importancia les ganó para después atrevimiento y buena esperanza, pero poco duradera.

III. Después que César hubo tomado la legion que estaba en Amaunta en su compañía, en una noche, partiendo luego por la mañana de allí, llegó á Escopon, de donde ya se descubria la ciudad y la grandeza del templo claramente por la parte que propiamente se llama Escopos, por ser lugar algo mas bajo, el cual toca la ciudad por la parte septentrional, lejos de ella á siete estadios; y habiendo puesto allí sus legiones juntas, mandó que la quinta asentase su campo tres estadios mas atrás, y parecióle que pasasen los soldados mas adelante por causa del cansancio que traian del camino, para que pudiesen hacer sin algun temor su muro. Comenzado el edificio, vino la décima legion por Hiericunta, lugar ganado antes por Vespasiano, en el cual habia tambien dejado parte de la gente que tenia por guarnicion de aquella tierra. Habíales sido á estos mandado que pusiesen á seis estadios de Jerusalen su campo, en aquella parte donde está el monte llamado Eleon, delante de la ciudad por la parte del oriente, y se aparta de ella con un hondo valle llamado Cedron. La disension y revuelta que los de dentro de la ciudad tenian, fué apaciguada y refrenada por la gran guerra que vieron sobrevenirles por de fuera; y mirando aquellos alborotadores con espanto el campo y asiento de los romanos, los que estaban divididos entre parcialidades, se juntaron é hicieron muy amigos: trataban entre sí y requerian la causa, porqué se detenian ó qué miraban, sufriendo que tres campos ó tres muros se hiciesen para destruccion y ruína de sus vidas; y que viendo ya la guerra tan encendida, se estuviesen ellos mirando lo que hacian, como quien mira algunas buenas obras útiles y provechosas para ellos, con los muros cerrados, dejadas las armas y aun cogidas las manos. Dió voces aquí uno, y dijo: Ciertamente nosotros somos fuertes y esforzados contra nosotros mismos: la ciudad se rendirá para bien y provecho de los romanos, sin algun derramamiento de sangre, y esto todo por nuestras revueltas y sediciones. Con estas palabras juntaban á unos y á otros, y los encendian en furor, por lo cual, tomando cada uno sus armas, dieron todos en la décima legion; y entrando por el valle con ímpetu, acometieron á los romanos con grandes clamores, los cuales estaban edificando su muro. Estando, pues, estos muy puestos en el edificio y ocupados en ello, teniendo los mas dejadas las armas por esta causa, fueron algo mas de lo que pensaban desbaratados,

porque no creian que se habian de atrever los judíos á tal cosa, por mucho que quisiesen hacer, pensando que con las revueltas y sediciones que dentro tenian, estarian muy distraidos, de manera que, dejando todos la obra que entre manos tenian, unos se fuéron con gran diligencia, y muchos otros que determinaban de tomar armas, antes que las alcanzasen y viniesen contra los enemigos eran mal heridos. El número de los judíos se acrecentaba siempre, confiados en la victoria que los que primero habian acometido huyeron; y aun siendo pocos, parecia á ellos mismos y aun á los enemigos tambien ser muchos, por serles la fortuna entónces próspera y favorable. Los romanos, avezados á pelear con gran órden y diestros en hacer la guerra con honra y saber, viéndose tan perturbados estaban con miedo; y los que eran acometidos, volvian las espaldas ciertamente: pero si alguna vez les volvian el rostro, queriendo resistirles cercados por los que los perseguian, detenian á los judíos y herian á los que menos con el gran ímpetu se guardaban. Creciendo el número y la persecucion, fuéron los romanos desbaratados en gran manera, hasta tanto que fuéron echados de sus reales, y parecia estar toda esta legion entónces en gran peligro, si habiendo llegado la nueva de este suceso á Tito, luego no los socorriera y los mandara volver, reprendiendo con muchas palabras la cobardía y poco ánimo de su gente; y si metiéndose él mismo entre los judíos con la gente que consigo tenia muy escogida, no matara muchos, hiriera muchos mas, é hiciera que todos los otros huyesen y se recogiesen con gran rebato en el valle que allí habia. En bajar y recogerse en este valle padecieron los judíos gran daño; pero en fin, pasando á la parte contraria de la que los romanos estaban, volvian otra vez y peleaban con los romanos, estando aquel valle en medio: de esta manera, pues, duró la pelea hasta mediodía. Poco después, habiendo Tito puesto los que con él estaban allí por guarnicion y guarda, y habiendo puesto otra gente de sus compañías contra los que salian á escaramucear con ellos, envió toda la otra gente al monte para que acabasen de edificar en lo mas alto el muro comenzado. Parecia esto á los judíos, que los romanos huian de ellos: y como la centinela y descubridor que habian puesto en el muro les hiciese señal moviendo su ropa, saltó con gran ímpetu mucha gente que parecian ciertamente ser bestias sin freno y muy crueles. Ninguno pudo en fin resistir ni sostener la fuerza é ímpetu grande que traian, antes en la misma hora se derramaron y huyeron al monte como si fueran con alguna máquina grande muy heridos. En medio de aquella subida fué dejado Tito con algunos pocos; y aconsejándole mucho los amigos, que por tener reverencia y acatamiento á su capitan y emperador habian permanecido con él y menospreciado todos los peligros, que guardase su vida, pues los judíos le perseguian tanto; y que por haber victoria de ellos, no quisiese ponerse él en peligro, cuya vida era de tener en mucho mas que la de todos los judíos, y que tuviese antes miramiento y consideracion de su fortuna y dignidad, porque no usaba él de oficio de soldado; sino que era señor no menos de toda aquella guerra que de todo el universo, y que en tan importante huida no se quisiese él detener, en quien cargaba y en cuya vida estaba todo el universo. Tito, fingiendo que no oia estas cosas, resistia á los que contra él venian; é hiriéndolos por delante, trabajando ellos en hacerle fuerza, eran por él muertos; y persiguiéndolos por lo bajo de aquel valle, echaba y turbaba á toda aquella muchedumbre. Espantados los judíos, parte por ver sus fuerzas tan grandes y parte tambien por verle tan constante, ni aun entónces con todo esto huyeron á la ciudad; pero apartándose de él por cada lado, comenzaron á perseguir otra vez á los que huian, y entrando por un lado de ellos refrenaba su ímpetu. Estando en lo que tenemos contado, aquellos que fortalecian el campo que estaba en la parte alta, viendo que los de abajo huian, fueron muy turbados y muy amedrentados: desapareciόse todo aquel escuadron, sospechando y teniendo por muy cierto que no podrian sostener el ímpetu y fuerza de los enemigos; y que Tito habia sido forzado á huir, porque quedando él, nunca los otros huyeran ni le desampararan. Rodeados, pues, por todas partes de temor muy grande, el uno se iba por una parte y el otro por otra, hasta tanto que algunos vieron al emperador en medio del campo; y temiéndose mucho, le hicieron saber á grandes voces el peligro en que toda su legion estaba. Vueltos de vergüenza otra vez á su órden, avergonzándose aun mas por haber dejado á su capitan y emperador que por haber huido, peleaban con todas sus fuerzas contra los judíos; y habiéndolos echado una vez, reforzaban en ello y echábanlos por los bajos de aquel valle. Peleaban todavía los judíos, recogiéndose poco á poco; y como los romanos fuesen mas poderosos y vencedores, por estar en mejor y mas alto lugar, juntáronse todos en el valle. Estaba Tito contra los que le cupieron en un lugar alto, y mandó que la legion de gente volviese á acabar la obra y fábrica del muro; y quedando él con los que antes tenia, resistia á los enemigos y aun los maltrataba. Así, pues, si conviene que escriba la verdad sin adulacion alguna y sin hacer por envidia perjuicio, Tito libró dos veces toda la legion de peligro; y de esta manera dió facultad y poder á su gente para fortalecer su campo, y acabar la obra que habian comenzado.

IV. Habiendo aflojado algun poco la fuerza y guerra que por defuera se hacia, luego se levantó otra dentro de la ciudad. Y llegando ya el dia de los panes cenceños, que era el catorceno del mes de abril, porque en este tiempo piensan todos los judíos que fueron librados de Egipto, Eleázaro con sus compañeros y parcialidad quiso abrir la puerta; deseaba que algunos del pueblo entrasen, los cuales querian adorar en el templo. Juan quiso cubrir sus engaños y asechanzas bajo nombre y cubierta del dia de la fiesta; y mandó que viniesen algunos de los suyos, de los que menos fuesen conocidos, con las armas escondidas bajo de sus vestidos, gente mala y muy impura para ocupar y alzarse con el templo: estos, después que hubieron entrado, echando sus vestidos, parecieron presto muy armados. Habia luego con esto gran muchedumbre de gente, y gran ruído, cabe el templo: el pueblo que estaba muy ageno de toda sedicion y revuelta, pensaba que eran puestas asechanzas á todos ellos; pero los zelotas pensaban ser solamente puestas contra ellos. Estos, dejada la guarda de las puertas, y saliendo algunos otros de los fuertes que tenian antes de trabarse y venir á la pelea, se recogieron en los albañares del templo. Los del pueblo, llegando hasta el altar, y por cerca del templo, eran derribados y pisados, siendo con palos y con otras armas heridos. Los enemigos de los muertos, por odio y enemistad particular, mataban á sus compañeros mismos, no menos que si fueran de otra parcialidad. Y cualquiera que antes de ahora hallase alguno de los que iban acechando, era luego llevado á morir como si fuera alguno de los zelotas. Pero los que con sobrada crueldad afligian y atormentaban á los que no merecian pena alguna, concedieron treguas á los malhechores;

y habiendo salido de los albañares, adonde se habian escondido, dejáronlos ir, y teniendo ellos ya el templo y todas las cosas que dentro de él habia, peleaban contra Simon con mayor atrevimiento y confianza. De esta manera fué partida la gente en dos partes, y de las tres parcialidades fueron hechas dos. Por otra parte Tito, deseando mudar su campo de Escopon, en parte que estuviese mas cerca de la ciudad, puso gente de á pié y de á caballo, por guarda de todas las salidas de los enemigos, y mandó que toda la otra gente de su ejército, se ocupase en allanar el camino que habia desde allí hasta la ciudad. Destruidas, pues, todas las albarradas de piedras y otros impedimentos, los cuales habian puesto defensa y guarda á sus huertos y campos, y cortado toda aquella selva, y aunque era muy provechosa pues les estaba de frente, hincheron todos los fosos y valles que habia; y cortadas las mayores y mas eminentes piedras con sus instrumentos, hicieron todo aquel camino desde Escopon adonde entónces estaban, hasta el monumento de Herodes, muy llano, y todo el cerco del estanque que de las serpientes fué llamado Betara antiguamente.

V. En estos mismos dias los judíos engañaron á los soldados romanos de esta manera. Los mas atrevidos de aquellos revolvedores y sediciosos que habia, salieron fuera de las torres que llamaban de las mujeres, fingiendo que los que deseaban la paz, los hacian salir; y por temer el ímpetu grande y la fuerza de los romanos, estábanse con ellos; y el uno se escondia como recelándose del otro. Otros, puestos en órden por los muros, y fingiendo que tenian la voz del pueblo, daban altas voces demandando la paz, y pidiendo concierto y amistad con los romanos, convidábanlos prometiendo abrirles las puertas. Dando aquí estas voces, echaban tambien contra los suyos propios muchas piedras como por echarlos de las puertas, y fingian que querian abrir por fuerza las puertas y darles entrada, y rogaban á los ciudadanos de la ciudad, que los recibiesen. Esta astucia y engaño no entendian los romanos, antes creian ser así muy ciertamente, por lo cual determinaban comenzar su obra, como que ya estos estuviesen en sus manos para castigarlos, y confiasen que los otros les habian de abrir y dar entrada dentro de la ciudad. Sospechábase con todo Tito al ver que tan voluntariamente los convidaban y movian á ello, porque no lo veia fundado en razon, como dos dias antes les hubiese movido á concierto con Josefo, y no habia conocido en ellos algo que fuese razonable y justo, por lo cual mandó que su gente quedase en su lugar, y que ninguno se moviese. Habia ya algunos aparejados para efectuar esta obra; y arrebatadas las armas, habian comenzado á correr á las puertas. Los que se mostraban haber sido echados, al principio dábanles lugar, recogiéndose poco á poco. Después, cuando ya se llegaban á las torres de la puerta, corren contra ellos, tomándolos en medio, y dan en ellos por las espaldas; los que estaban en el muro, tiraban contra ellos muchedumbre de piedras y dardos y otras armas dañosas, de tal manera, que mataban muchos y herian muchos mas, porque no les era posible huir del muro: otros hacíanles fuerza por las espaldas, y además de esto la vergüenza de ver que los regidores y capitanes principales les habian pecado en esto, y el miedo juntamente les persuadia que permaneciesen en el delito. Por lo cual estando mucho tiempo peleando, y habiendo recibido gran daño, aunque no habian hecho menos en sus enemigos, al fin vinieron á hacer huir á aquellos que los habian cercado; pero al recogerse, los judíos los perseguian con sus armas y dardos hasta el monumento de Helena, y después, maldiciendo con soberbia á la fortuna, vituperaban á los romanos por haberlos engañado; y levantando en alto sus escudos, hacian gestos y alegrías y saltaban; y con placer daban grandes voces. Los capitanes, y Tito general de todos, reprendieron á su gente por aquel error cometido, con estas palabras: Los judíos que son regidos por sola desesperacion, hacen todas cosas muy de pensado y con mucha prudencia, armando los engaños y asechanzas que pueden, favoreciéndoles en ello la fortuna, solo porque son obedientes y fieles los unos á los otros: y los romanos, á los cuales les sirve la fortuna por el uso y disciplina militar, y por la costumbre buena que tienen en obedecer á sus capitanes y regidores, pecan ahora en lo contrario, y son vencidos por no poder refrenar sus manos; y lo que es de todo peor, estando presente vuestro emperador y capitan, peleais sin hombre que os rija y gobierne. Ciertamente, dijo, mucho se dolerán y aun gemirán las leyes de la guerra y de la milicia: mucho se dolerá mi padre, cuando supiere este destrozo y esta llaga que nos ha sido hecha. Este, porque habiendo envejecido en la guerra, nunca le ha acontecido tal error; y las leyes, porque teniendo costumbre de tomar venganza muy grande, y dar la muerte á los que pasan la ley, ordenanza puesta, verán ahora todo un ejército haber faltado. Ahora podrán entender todos los que con soberbia y arrogancia han cometido esto, que entre los romanos es tenido por gran infamia, aun el vencer sin licencia y permision de su capitan. Estas cosas dijo Tito muy enojado á los regidores, sabiendo bien el castigo que habia de usar con ellos, pues todos le merecian. Perdieron estos el ánimo todos como hombres que justamente merecian la muerte. Las legiones que estaban asentadas y derramadas por todo el campo, rogaban á Tito que perdonase á los compañeros, y suplicaban que tuviese cuenta con la obediencia general de todos, por lo cual olvidase el error particular y de pocos, porque el pecado que habian cometido entónces, trabajaban en enmendarlo y corregirlo con la virtud y esfuerzo, que en lo que quedaba por hacer mostrarian. Con los ruegos y con el provecho que en este vió César, luego fué aplacado y vuelto muy manso: porque pensaba que el castigo que uno merecia debíase ejecutar; pero el yerro general y á todos comun, debia tambien ser perdonado. Recogióse, pues, é hízose amigo de los soldados, amonestándolos y dando muchos consejos, que se remirasen todos en hacer sus cosas muy prudentemente, y él púsose á pensar, de qué manera podria tomar venganza de aquel engaño y traicion que los judíos habian hecho á su gente. Habiendo igualado el camino que habia desde el lugar adonde tenia el campo, hasta los muros de la ciudad en cuatro dias, deseando pasar todo su bagaje y gente seguramente y sin algun peligro, ordenó los mas esforzados y mas valerosos de sus soldados, por la parte septentrional al occidente, delante del muro, de siete en siete por sus hileras: los de á pié estaban en la delantera, y después, ordenada la caballería en tres escuadrones luego detrás, puso en medio los ballesteros y flecheros. Estando con esta defensa tan grande muy seguros y sin temor que no los corriesen los enemigos, pasaron todo el bagaje de las tres legiones y toda la otra gente sin algun temor. Tito, estando no mas de dos estadios lejos del muro de la ciudad, puso su campo en un lugar hácia la parte que está delante de la torre, que se llama Pesefinos, á la cual llega el cerco del muro por la parte aquilonal, y vuelve corriendo hácia el occidente. La otra parte del ejército, puesta hácia aquella torre que se llama

Hipicos, cércase de muro lejos tambien de la ciudad á dos estadios de camino; pero la legion décima siempre quedaba en el monte Eleon, adonde antes se estaba.

VI. Estaba cercada la ciudad de Jerusalen de tres muros, excepto aquellas partes, por las cuales era ceñida de valles hondísimos, porque por estas solamente tenia un muro. Estaba ella edificada sobre dos grandes collados, de frente el uno del otro; pero apartados por un valle que habia en medio, en el cual habia muchas casas. El uno de estos collados, en el cual la parte de la ciudad mas alta está asentada, es mucho mas alto y mas derecho á lo largo; y por ser tan fuerte, era llamado antiguamente el castillo de David (este fué padre de Salomon, el que primero edificó el templo) y nosotros lo llamamos el mercado alto. El otro que se llama Acra, sostiene la parte mas baja de la ciudad, y está como en cuesta por todas partes. Habia otro collado tercero contra este, mas bajo naturalmente que no el del Acra, y dividido por otro valle muy ancho, pero después que los afameos reinaban, hincheron el valle, por juntar con el templo la ciudad; y cortando de la parte alta de Acra, hiciéronla mas baja porque de ella pudiesen tambien ver el templo levantado mas alto y mas eminente. El valle que se llama Tiroplon, por donde dijimos que el collado alto se divide y aparta del de abajo, llega hasta Siloa: este es el nombre de aquella dulce fuente y muy abundante. Por defuera estaban aquellos dos collados ceñidos con valles y fosos muy hondos, y no podia llegarse á ellos por alguna parte, prohibiéndolo las rocas y peñas grandes que allí habia. El muro mas antiguo de los tres no podia ser tomado sino con gran dificultad, por causa de los valles y por el collado que estaba muy alto, en el cual estaba fundado; y tambien por ser este el mejor lugar, era fundado mejor y mas fuertemente con los grandes gastos que David y Salomon y otros muchos reyes en esta obra hicieron. Comenzando, pues, aquí en esta parte de la torre que se llama por nombre Hipicos, y llegando hasta aquella llamada Sixto, y juntándose después con la torre, venia á acabar en el portal del templo, que está al occidente. Por la otra parte se alarga desde allí hasta el occidente, por aquel que es llamado Betison, descendiendo á la puerta que llamaban de los Esenos; y volviendo de allí al oriente, por donde está el estanque dicho de Salomon, tocando el lugar que llaman Oflan, júntase con la puerta oriental del templo. El segundo muro tenia principio desde la puerta que llamaban Genet, la cual era del muro primero; y rodeando solamente la parte septentrional, subia hasta la torre Antonia. La torre de Hipicos daba principio al muro tercero, de donde, cercando por la parte aquilonal, venia á la torre Pesefina, contra el monumento de Helena, que fué reina de los adiabenos, y madre del rey Izata, y por las cuevas del rey se extendió á lo largo: torcia su camino de la torre que está en aquel cabo contra el sepulcro que dicen de Fulon: y juntado con el cerco viejo de la ciudad, venia á dar en el valle que llaman de Cedron. Con este muro habia cercado Agripa aquella parte de la ciudad que él habia añadido, como estuviese antes abierta y sin cerco alguno, porque con la muchedumbre de gente que tenia, se salia poco á poco fuera de los muros, y se habia alargado por la parte septentrional del templo cercana al collado y á la ciudad. Pues tambien estaba poblado de gente el cuarto collado que se llama Bezeta; tiene este su asiento delante la torre Antonia, pero apartado con fosos muy hondos hechos adrede, porque si se juntase la torre y fuerte de Antonia con los fundamentos ó piés del collado, no fuese mas expugnable, y menos alta, por lo cual la hondura del foso hacia mas altas aquellas torres. Fué llamada la parte que añadieron á la ciudad con vocablo natural Bezeta, que quiere decir en nuestra vulgar habla la nueva ciudad: y deseando que fuesen aquellas partes habitadas, el padre de este rey, llamado tambien Agripa, habia comenzado segun dijimos el muro, y temiendo que Claudio, emperador, viendo la magnificencia y fortaleza del edificio, no sospechase querer innovar algo, ó poner alguna discordia, cesó, y no quiso que su edificio pasase adelante, habiendo hecho solamente los fundamentos; porque ciertamente no fuera posible ganar esta ciudad, si este acabara los muros que habia comenzado. Estaban unas piedras como entretejidas de veinte codos de largo y diez de ancho, las cuales no podian ser cavadas ni rotas con hierro, ni movidas con todas las máquinas del mundo, y con estas se ensanchaba el muro, pues de alto ciertamente mas tuvieran, si la magnificencia de aquel que habia comenzado y emprendido el muro no fuera forzado á cesar de su obra, y le fuera prohibido pasar adelante. Otra vez fué edificado este muro por voluntad y deseo de los judíos, y creció veinte codos mas que ser solia; tenia á cada dos codos unas como grandes tetas, y sus torreones á cada tres, y toda la altura de él era de veinte y cinco codos; las torres estaban mas levantadas y mas altas que el muro veinte codos, y otros veinte mas anchas; era el edificio de estas cuadrado, muy llenas y muy fuertes, no menos que el mismo muro: el edificio y gentileza de estas piedras no era menor que las del templo: en lo mas alto de todas estas torres, que estaban veinte codos mas levantadas, habia unas cámaras y salas ó cenáculos, habia algibes que recibian en sí el agua del cielo y la lluvia: la subida de ellas todas como en caracol; pero era muy ancha en cada una: el tercer muro tenia de estas tales torres noventa, el espacio de una á otra era de doscientos codos, el muro que estaba en medio tenia catorce, y el muro antiguo estaba dividido en sesenta: tenia la ciudad toda de cerco treinta y tres estadios. Como fuese, pues, cosa maravillosa el tercer muro, levantándose en un canton hácia el occidente y septentrion una torre llamada Pesefina por la parte que Tito habia asentado su campo, porque estando encima de esta que estaba levantada mas de setenta codos en alto, nacido el sol, se descubria Arabia y la mar, y hasta los últimos fines de las tierras de los hebreos, estaba edificado con ocho esquinas: contra estas habia una otra llamada Hipicos, y luego cerca otras dos, las cuales el rey Herodes habia edificado en el muro antiguo, y eran mas excelentes, tanto en gentileza cuanto en grandeza y fortaleza, que cuantas hay en el universo: porque además de la natural liberalidad del rey por amor y aficion que á la ciudad tenia, quiso hacer esta obra señalada, y remirarse mucho en ella poniéndoles á las tres los nombres de tres amigos, y personas que mas amaba: la una nombró con el nombre de su hermano, la otra de un amigo suyo, y la tercera dedicó á su mujer, á esta por causa, como dice, que fué muerta por el grande amor, y á ellos por ser muertos en las guerras, después de haber peleado valerosamente. La torre llamada Hipicos, que tenia el nombre de su amigo, tenia cuatro esquinas: cada una tenia veinte y cinco codos en ancho, y otros tantos en largo, y tenia tambien cada una treinta en alto, muy fuertes y muy macizas todas: encima de lo mas fuerte, adonde están juntas las piedras con órden, habia un pozo hondo de veinte codos para recoger la lluvia, y encima de este habia como una casa con dos techos de veinte y cinco codos en alto, partida

en diversas partes, y en lo alto habia á cada dos codos sus llenos como tetas, y los torreones ó defensas á cada tres, de manera que venia á ser toda la altura de ochenta y cinco codos. La segunda torre que habia llamada Faleson, del nombre de su hermano, era muy igual en ancho, y largo de cuarenta codos; levantábase otros cuarenta redonda como una pelota y firme: en la parte de arriba habia una como galería levantada diez codos mas alta, edificada con pilares, y rodeada de sus defensas: en medio de esta galería habia otra torre muy alta, en la cual habia muy ricos aposentos y baños, porque no pareciese faltarle algo de lo que al Estado real convenia: tenia la parte alta adornada con sus llenos y defensas, y era toda la altura de esta de casi noventa codos. Parecia al verla muy semejante á la torre de Faro, que muestra lumbre á los que navegan para Alejandría; pero su cerco era mayor y mas ancho, y esta era entónces recogimiento para la tiranía de Simon. La tercera torre, llamada Mariamnes, porque este era el nombre de la reina, tenia de alto y macizo hasta veinte codos, de ancho otros veinte, y los aposentos y recogimientos de esta eran mas magníficos y mas adornados, porque pensó el rey que esto le era propio á él, y digno de su magestad que la torre que tenia el nombre de su mujer fuese mas linda de ver que no las que retenian el nombre de los amigos, no menos que eran las de ellos mas fuertes que esta, la cual tenia nombre de una mujer, y cuya altura en todo era hasta cincuenta y cinco codos: aunque estas tres torres eran de tanta grandeza, parecian aun mucho mayores por el lugar donde estaban fundadas; porque el muro antiguo donde estaban era edificado en un lugar alto, y el collado estaba tambien treinta codos mas alto, y siendo las torres edificadas sobre este estaban muy levantadas. Fué tambien maravillosa la grandeza de las piedras, porque no eran piedras de las que comunmente edificamos, ni que los hombres las pudiesen traer, pero eran cortadas de mármol muy blando y reluciente, cada una de veinte codos de largo, diez de ancho y cinco de alto, y con tales habian sido edificadas: estaban tan bien juntas unas con otras, que cada torre de estas no parecia mas de una piedra, y estaban tan bien labradas y edificadas por aquellos oficiales, con sus muestras y sus esquinas, que no se parecia por ninguna parte alguna juntura. Estando estas edificadas en la parte septentrional, juntábase con ellas por dentro el palacio del rey, mucho mas hermoso de lo que es posible declarar con palabras; porque no era posible exceder á esta obra en magnificencia ningun edificio en cosa alguna: estaba toda cercada de muro muy fuerte levantado en alto treinta codos, y estaba tambien rodeada de torres muy lindas y muy adornadas, en igual distancia edificadas, con sus apartamientos, que pudiesen recibir dentro muchos hombres y cien camas: la variedad de los mármoles que habia en ella era maravillosa de ver porque habian puesto y recogido allí muchos que en pocas partes se hallan, los cuales hermoseaban el edificio, las alturas y cumbres, con la altura de las vigas, ornamentos y gentileza grande, digna de admiracion. La multitud de recogimientos, y las diversas maneras que habia de edificios llenos de toda alhaja y de todo lo necesario, de lo cual era la mayor parte de oro y de plata, tenia tambien muchas galerías hechas en círculo una con otra, y en cada una sus colunas, y los espacios que estaban abiertos al aire muy bien variados con selvas y mucha verdura: tenia unas correderas y lugares de paseo muy largos, ceñidos de otras fuentes hechas con mucho artificio, y cisternas con muchas figuras de metal, por las cuales se vertia el agua, y muchas torres llenas de palomares al rededor de las aguas. Pero no es posible contar ni declarar la lindeza de este palacio, y da cierto gran pena acordarse de ello para contar cuántas cosas destruyó el fuego de los ladrones, porque no fueron estas cosas quemadas por los romanos, sino por los naturales revolvedores y amigos de toda traicion, segun habemos contado arriba en el principio de la disension y discordia de esta gente: y de la torre Antonia que comenzó el fuego, pasó tambien por el palacio real, y llevóse los techos de las tres torres. El templo, pues, como dije, estaba edificado sobre un collado muy fuerte; al principio apenas bastaba para el templo, ni para la plaza el llano que habia en lo mas alto del collado, el cual era como recuesto: pero como el rey Salomon, el cual habia edificado el templo, hubiese cercado la parte de hácia el oriente de muro, edificó allí un claustro junto con el collado, y quedaba por las otras partes desnudo, hasta que los siglos después, añadiendo el pueblo algo á la montaña, fué igualada con el collado, y hecho mas ancho, y roto tambien el muro de la parte septentrional, para lo cual tomaron tanto espacio cuanto después mostraba el templo haber comprendido. Cercado, pues, el collado de tres muros, vino á ser la obra mayor y mas importante de lo que se esperaba: en lo cual se gastaron cierto muchos años, y todo el tesoro sagrado recogido de muchos dones que habian enviado de todas las partes del universo para ofrecer á Dios, tanto en lo que se habia edificado en el cerco alto, cuanto en el bajo: de estas partes la que era mas baja estaba fortalecida y ensanchada de trescientos codos, y aun en algunos lugares mas, pero la hondura de los fundamentos no podia verse toda, porque por igualar las calles estrechas de la ciudad, estaban todos los valles muy llenos: las piedras eran de cuarenta codos cada una, porque la abundancia del dinero y la liberalidad del pueblo se esforzaba á hacer mas de lo que á mí al presente me es posible explicar, y lo que no pensaba poder jamás acabar, parecia que con el tiempo y continua diligencia se ponia por obra, y acababa. La obra que estaba edificada era ciertamente digna de tales y tan grandes fundamentos: los portales estaban dobles de dos en dos, cargaban sobre colunas de veinte y cinco codos cada una de alto, y todas cortadas de mármol blanco: era la cubierta de lazos de cedro muy excelente, cuya natural magnificencia, por ser de madera muy lisa, y juntar tan lindamente, era cosa mucho de ver, y de mucha estima á los que lo miraban; por defuera ninguna pintura tenian, ni obra de pintor alguno ni entallador: eran anchas de treinta codos, y el cerco de todo con el de la torre Antonia era de seis estadios. Estaba todo el espacio del patio muy variado, enlosado de todo género y diversidad de piedras muy gentiles: por la parte que se iba á la segunda parte del templo estaba rodeado de barandas altas de tres codos, cuya labor deleitaba á cuantos las miraban, adonde habia unas colunas puestas en iguales espacios que mostraban la ley de la castidad, las unas con letras griegas, y las otras con latinas, que decian no deber ningun extranjero entrar, ni ser admitido en el lugar sagrado; porque esta parte del templo se llamaba el templo santo, y subíase á él por catorce gradas: el primero era en lo alto cuadrado y cercado de otro muro que tenia para sí propio, cuya altura, aunque por defuera pasaba de cuarenta codos, pero estaba cubierta con las gradas que tenia: la de dentro tenia veinte y cinco codos, porque, edificada por gradas en lugar mas alto, no se podia ver toda la parte de dentro cubierta algun tanto con el collado: habia

después de estas catorce gradas un espacio hasta el muro, llano y de trescientos codos; y de aquí salian otras cinco gradas, y veníase á las puertas por unas escaleras, ocho de la parte septentrional y de mediodía, cuatro de cada parte, y dos por la parte del oriente; porque fué necesario que las mujeres tuviesen lugar propio apartado con muro por causa de la religion que lo mandaba, y parecia que era necesario hubiese otra entrada al efecto: y así frente de la primera habia una puerta apartada de las otras regiones, puesta al mediodía, y otra á la parte septentrional, por las cuales se podia entrar adonde las mujeres estaban, porque por otra parte entrar á ellas era prohibido: no les era lícito pasar su puerta por el muro; era abierto este lugar tanto á las mujeres naturales, cuanto á las extranjeras que venian por ver la religion que guardaban: la parte que respondia al occidente ninguna puerta tenia; pero habia allí edificado un muro contínuo y fuerte: entre las puertas habia muchos portales dentro del muro edificados casi en frente del lugar adonde estaba recogido el tesoro, sosteniéndolos unas colunas muy altas y muy galanas; eran tambien muy sencillas, y no diferian en algo de las que estaban abajo sino en sola la grandeza. Estaban unas de estas puertas guarnecidas y cubiertas todas de oro y plata, y no menos los postigos de ellas y los umbrales, pero la una que está fuera del templo estaba guarnecida de cobre de Corinto, la cual tenia gran ventaja, y era de tenerse en mas que no las de oro ni las de plata; cada una tenia dos puertas de treinta codos de alto y quince de ancho; despues de haber entrado adonde se ensanchaban algo mas, tenian á cada treinta codos de entrambas partes unas sillas magníficas á manera de torres, hechas largas y anchas, y levantadas en alto mas de veinte codos: sostenian á cada una de estas, dos colunas de doce codos de grueso: las otras puertas todas eran iguales; pero la que estaba sobre la corintia por la parte que las mujeres entraban, abríase por la parte de oriente; la puerta del templo era sin duda mayor, porque era de cincuenta codos de alto, y tenia las puertas de cuarenta, y mucho mas magníficamente adornadas, porque tenia mas oro y mas plata, lo cual habia Alejandro, padre de Tiberio, puesto y repartido en las nueve puertas. Las quince gradas del muro que apartaban las mujeres venian á dar á la puerta principal, y eran cinco gradas menores que las que llevaban el camino á las otras puertas: estaba el templo, es á saber, el templo sacrosanto en medio, y subian á él por doce gradas; la altura y anchura por de frente era de cien codos, y por la parte de detrás era cuarenta codos mas angosto, porque las fronteras y entradas se alargaban como dos hombros, veinte codos por cada parte: la primera puerta tenia setenta codos en alto y veinte y cinco de ancho, y esta no tenia puertas, con lo cual se significaba estar el cielo muy abierto para todos, y claro por todas partes: todas las delanteras estaban cubiertas de oro, la primera entrada estaba por defuera toda muy reluciente, y todo lo de dentro del templo se ofrecia muy lleno de oro á los que lo miraban; y como la parte de dentro estuviese partida, y hecha de tablas, la primera entrada se mostraba con una altura muy seguida levantada noventa codos, y tenia de largo cuarenta, y de ancho veinte. La puerta que de dentro habia estaba toda dorada, segun dije, y al rededor de ella habia una pared muy dorada, tenia en lo alto de ella unos pámpanos de oro, de los cuales colgaban unos racimos de estatura de un hombre, grandes, y porque con el tablado se dividia, parecia ser el templo mas bajo que el que estaba defuera: tenia las puertas de oro altas de cincuenta y cinco codos y diez y seis de ancho; tenia mas una cortina de la misma largura, es á saber, el velo que llamaban de Babilonia, variado y tejido de colores; es á saber, cárdeno y como leonado, de grana y de carmesí muy excelente, hecho y trabajado con obra maravillosa, y que habia mucho que ver en la mezcla de los colores, porque parecia allí una imágen y semejanza de todo el universo: con la grana parecia que se representaba el fuego, con el leonado la tierra, con el cárdeno el aire, y con el color carmesí se representaba el mar, parte de esto por los colores ser tales; pero el carmesí y el color leonado, porque la tierra le produce y nace de ella, y de la mar el carmesí, y estaba pintada allí toda la órden y movimiento de los cielos, excepto los signos. Los que entraban venian á dar en otra parte mas baja, cuya altura tenia bien sesenta codos, y la largura otros tantos, y la anchura veinte, divididos otra vez en cuarenta: la primera parte estaba apartada cuarenta codos, y tenia tres cosas muy maravillosas y dignas de ser por todos muy alabadas, un candelero, una mesa y un incensario: habia en este candelero siete candelas que significaban los siete planetas, en la mesa habia puestos doce panes que significaban el curso de los signos y de todo el año. El incensario con trece aromas diferentes, con los cuales se hincha, traidos de mares extraños y tierras inhabitables, significaba que todo era de Dios, y á Dios todo servia: la parte del templo mas adentro era de veinte codos; apartábase de la defuera con otro semejante velo, y en esta no habia algo: ninguno la podia ver ni llegar á ella, porque era muy inviolada, y esta era la que llamaban Sancta Santorum: por los lados del templo mas bajos habia muchos repartimientos y galerías hechas á tres, y á cada lado habia entrada para recogerse en ellas: la parte del templo superior no tenia los mismos apartamientos por donde era mas estrecha, y de cuarenta codos mas alta, y no tan ancha ni de tanto cerco como la inferior. Toda la altura tenia cien codos, y por bajo no tenia mas de cuarenta: la que por defuera se mostraba estaba de tal manera, que no habia ojos ni ánimo que lo viesen y considerasen, que no se maravillasen mucho. Estaba toda cubierta con unas planchas de oro muy pesadas, relucia despues de salido el sol con un resplandor como de fuego, de tal manera, que los ojos de los que lo miraban no podian sostener la vista, no menos que mirando los rayos que el sol suele echar: á los extranjeros que venian de lejos solia parecer una montaña blanca de nieve, porque adonde el templo estaba dorado era muy blanco: habia en la techumbre y altura unas puas muy agudas de oro, porque no pudiesen sentarse aves allí y ensuciarlo: y la largura de algunas piedras que allí habia era de cuarenta y cinco codos, la altura de cinco, y la anchura de seis; el altar que estaba delante del templo tenia de alto quince codos, de ancho y de largo tenia por cada parte cuarenta, y siendo cuadrado, se levantaba como con ciertas esquinas á manera de cuernos, y la parte por donde se subia aquí hácia el mediodía se levantaba poco á poco, y habia sido edificada toda sin hierro, ni jamás hierro lo habia tocado. Estaba el templo y este dicho altar rodeado con un cerco muy agradable de piedra muy gentil que salia levantada hasta un codo, y apartaba la gente del pueblo de los sacerdotes: los gonorreos, que son aquellos que no pueden detener su simiente, y los leprosos eran echados de toda la ciudad, y á las mujeres tambien que tenian flujo de sangre les estaba cerrada, y les era prohibido el entrar, y aun las mujeres lim-

pias de todo esto no podian, ni les era lícito llegar al lugar arriba dicho. Los varones que no eran del todo castos no podian llegarse á esta parte de dentro, y los que lo eran, aunque muy puros, no podian llegar á los sacerdotes. Los que descendian del linaje sacerdotal, y no usaban del oficio por ser ciegos, podian estar dentro de aquel lugar adonde estaban los que eran de todo mal y enfermedad libres y sanos, y alcanzaban esto por via del linaje, del cual descendian: vestian vestidos populares y semejantes á los del pueblo, porque las vestiduras sacerdotales solamente eran lícitas á los sacerdotes que celebraban los sacrificios: los que se llegaban al templo y al altar habian de ser sacerdotes sin algun yicio, vestidos con una vestidura de color como leonado, y principalmente aquellos que eran en el beber mas templados, y que mas se abstenian del vino, y eran mas sobrios y recatados por el miedo grande que á su religion tenian, porque no pecasen en algo, ni faltasen celebrando sus sacrificios: subia con ellos el pontífice, aunque no siempre, sino cada siete dias y en el de las calendas, que es el primero de cada mes, ó si algunas veces celebraba todo el pueblo la fiesta de la patria, que solia venir cada año, solia sacrificar ceñido con un velo, y cubierto con él hasta la cintura y hasta los muslos, y tenia debajo un camison de lino que le llegaba hasta los piés, y encima una vestidura de color cárdeno redonda, de la cual colgaban como unos ropacejos ó cintas: en un nudo colgaba una campanilla de oro, y en otro una granada, entendiendo por la campanilla los truenos, y por la granada los relámpagos. El vestido de encima los pechos estaba ceñido con unas hazalejas ó toajas variadas de cinco colores, es á saber, de oro, de carmesí, de grana, de cárdeno, y aquel color como leonado, de los cuales dijimos ser tejido el velo del templo; y tenia un como sayo variado con los mismos colores, en el cual habia mas oro; y el hábito y manera era semejante á un jubon ancho con dos hebillas de oro, que se venian á atar á manera de serpientes, y estaban engastadas entre ellas piedras muy grandes y muy preciosas, en las cuales estaban escritos los nombres de las doce tribus de Israel: de la otra parte colgaban otras doce piedras partidas en cuatro partes, en cada una tres, y eran sardio, topacio, esmeralda, carbunco, jaspe, zafir, ágata, amatista, lincurio, cornerina, beril y crisólito: y en cada una de ellas habia escrito su nombre; cubríale la cabeza una mitra ó tiara con una corona hecha de jacinto; y al rededor de ella habia otra corona de oro, la cual traia las letras sagradas, que son las cuatro letras vocales. No solia ir siempre vestido con esta misma vestidura, sino con otra que era tambien rica, mas no tanto, y vestíase de aquella cuando entraba en el sagrario: solia aquí entrar una vez y nó mas en todo un año, y este dia que entraba solia ayunar todo el pueblo; pero otra vez hablaremos de la ciudad, del templo, de las costumbres y leyes con mayor diligencia, porque no nos queda poco aun que declarar. Estaba la torre Antonia edificada en una esquina ó canto de las puertas de la parte primera del templo, que estaba al occidente y al septentrion: estaba fundada y edificada sobre una peña alta de cincuenta codos, y cortada por todas partes, lo cual fué obra del rey Herodes, en la cual mostró la magnificencia y alteza de su ingenio en gran manera. Estaba esta piedra cubierta á lo primero de una corteza algo ligera, como una hoja de metal, por dar hora á la obra, y porque pudiesen fácilmente caer los que intentasen subir ó bajar: habia delante de la torre, además de lo dicho, por todo su cerco, un muro de tres codos en lo alto; el espacio de la torre Antonia en lo alto dentro del muro, se alzaba hasta cuarenta codos: por dentro tenia anchura y manera de un palacio, repartido en todo género y manera de cámaras y apartamientos para posar en ellas; tenia sus salas, sus baños y cámaras muy buenas y muy cómodas para un fuerte, de tal manera, que en cuanto tocaba al uso necesario, parecia una pequeña ciudad, y en la magnificencia de ella parecia un palacio muy alindado; pero estaba muy á manera de torre edificada, y por los otros cantones estaba rodeada con otras cuatro torres, las cuales eran todas de cincuenta codos altas: la que estaba hácia la parte del mediodía y del oriente, se levantaba setenta codos de alto, de tal manera, que de ella se descubria y podia ver todo el templo; y por la parte que se juntaba con las galerías tenia por ambas partes ciertos declives, por los cuales entraban y salian las guardas, porque siempre habia en ella soldados romanos, y estas guardas eran puestas allí con armas porque mirasen con diligencia que el pueblo no innovase algo de los dias de las fiestas. Estaba el templo dentro de la ciudad como una torre y fuerte, y para guarda del templo estaba la torre Antonia: en esta parte habia tambien guardas; y en la parte alta de la ciudad, el palacio real de Herodes, el cual era como un castillo: el collado llamado Bezeta, segun arriba dije, estaba apartado de la torre Antonia, el cual, como fuese el mas alto de todos, estaba tambien junto con la parte nueva de la ciudad; y estaba este solo opuesto al templo por la parte septentrional: pero deseando escribir de la ciudad y de los muros de ella otra vez en otra parte mas largamente, bastará lo dicho por ahora.

VII. La gente mas de guerra y mas esforzada estaba con Simon, y eran hasta diez mil hombres sin los idumeos: estos diez mil tenian cincuenta capitanes, á todos los cuales mandaba y era Simon superior. Los idumeos tenian diez capitanes de su misma gente, y eran hasta cinco mil: mostrábanse principales entre estos, Diego, hijo de Sosa, y Simon, el hijo de Catla. Juan, que se habia apoderado del templo, tenia seis mil hombres armados; y estos eran regidos por veinte capitanes, y habíanse entónces juntado con el dos mil y cuatrocientos de los zelotas, dejadas aparte las discordias que tenian, con los capitanes que antes se solian tener Eleázaro y Simon, hijo de Arino. Estando, pues, estos puestos en guerras y discordias, como dijimos, por haber el poder sobre los que no hacian lo mismo que ellos, ambas parcialidades los robaban. Simon tenia toda la parte alta de la ciudad y el muro mayor hasta Cedron, y tenia tambien del antiguo muro toda la parte de Siloa hasta el oriente, y todo lo que baja hasta el palacio de Monobazo: este era un rey y señor extraño de gente Diabena, el que habitaba la otra parte del Éufrates. Tenia tambien en su sujecion el monte de Acra, que es la parte de la ciudad inferior, hasta el palacio de Elena, la que fué madre de Monobazo. Estaba Juan apoderado del templo, y con alguna parte de allí al rededor, tenia tambien á Opla y el valle que se llama Cedron; y puesto fuego á todos los lugares que habia en medio, hicieron plaza en medio con sus armas y guerras que entre sí tenian: porque no cesaba la sedicion y revuelta dentro de la ciudad, aunque veian el campo de los romanos estar muy cerca de los muros; pero al primer asalto é ímpetu que los romanos quisieron hacer, ellos se reposaron algun poco; mas luego volvieron á su antigua enfermedad, y dividiéndose en partes otra vez, cada uno por sí peleaba, haciendo todo lo que los romanos, que los tenian cercados, deseaban. Porque no mostraron tanto

rigor ni usaron los romanos de tanta crueldad con ellos cuanto ellos mismos unos contra otros ejecutaban, ni experimentó en su daño algo de nuevo de los romanos la ciudad: porque padeció ciertamente mas graves casos antes de ser destruida; y los que la ganaron hicieron algo mas y de mas nombre, porque juzgo haber sido destruida por las sediciones y revueltas que dentro habia, las cuales fueron combatidas y deshechas por los romanos; y eran mucho mas fuertes cierto que los muros, de lo cual se puede harto claramente conocer que la adversidad y destruccion se debe atribuir á ellos y la justicia á los romanos, de donde se entenderá claramente que el tiempo mostró y pagó á cada uno segun lo que merecia. Pero pasando estas cosas de dentro, Tito iba mirando el cerco y rondando toda la ciudad con sus principales caballeros, por descubrir por qué parte le vendria mejor dar el asalto y combatir el muro. Estando, pues, en gran duda, por ver que no podia pasar por aquella parte por donde los valles estaban; y por el otro lado, el primer muro parecia mas fuerte que las máquinas que Tito tenia, parecióle bien acometer por el sepulcro de Juan Pontífice: porque esta parte solo era mas baja, y era la primera y no estaba junto con el segundo muro, no habiendo tenido en cuenta con guarnecerla; porque como era nueva la ciudad, no era tan frecuentada. De esta manera, pues, tenian por aquí mas fácil entrada en el tercer muro por el cual pensaba poder tomar la parte superior y mas alta de la ciudad, y por la torre Antonia el templo. Mirando Tito estas cosas con diligencia, fué herido en el hombro izquierdo con una saeta uno de sus amigos, llamado por nombre Nicanor, hombre hábil y elocuente, habiéndose llegado juntamente con Josefo, por persuadirles la paz á los que estaban en los muros. De donde conoció el emperador lo que ellos trabajaban viendo que aun no perdonaron á los que les amonestaban y buscaban su salud: determinó pues cercarlos de hecho; y dió juntamente licencia á sus soldados, que diesen saco á los arrabales que la ciudad tenia: y juntando para ello el aparejo, mandó edificar un montezuelo. Y partiendo su ejército en tres partes, para acabar aquella obra, puso los tiradores y flecheros en medio: delante de estos, en la vanguardia, puso muchos ballesteros, y todas las otras máquinas é ingenios de guerra, con los cuales pudiese defender su gente de los enemigos, si por ventura salian á estorbarlos á los muros é impedirlos mientras estaban ocupados en poner en órden sus obras. Habiendo, pues, cortado todos los árboles, mostráronse descubiertos todos los arrabales; para poder después acabar las obras, estando todo el ejército de los romanos muy atento y muy puesto en rematarlas. Los judíos no eran menos diligentes en este mismo tiempo. El pueblo que estaba puesto entre tales ladrones y matadores, tenia grande esperanza que habia algun tiempo de alcanzar un poco de sosiego estando aquellos divertidos contra los enemigos; y confiaba que habian de alcanzar tiempo que pudiesen pedir venganza de tanto daño como les era hecho por sus mismos naturales, si los romanos salian con la victoria. Juan con todo estábase quedo sin moverse, temiéndose de Simon, aunque su gente queria salir contra los enemigos extranjeros: pero con todo, Simon no reposaba, porque estaba muy cerca de los enemigos, antes con sus dardos en órden por los muros, los cuales habia poco antes quitado á los romanos, y aquellos que habian sido tambien tomados en la torre Antonia, les hacia guerra. No era provechoso á muchos usar de estos; porque siendo mal diestros en tirarlos, antes se dañaban á sí mismos, y pocos habia que habiéndolo aprendido de los enemigos que habian huido, no se lastimasen. Mas con piedras y con saetas daban encima de los que trabajaban en hacer el monte; y saliendo tambien por algunas callejas peleaban con ellos. Cubríanse los que entendian en la obra como con unas mantas puestas contra el valle, y tenian todas las legiones unas máquinas y obras para su defensa muy maravillosas: los ballesteros de la décima legion eran principalmente mayores y de mayor vehemencia y fuerza: los ingenios tambien, con que echaban las piedras, con las cuales eran derribados, no solo los que osaban salir al encuentro, sino que tambien aquellos que estaban sobre el muro, porque cada piedra pesaba un talento largamente, y tiraban mas lejos y mas largo de un estadio de camino, y el golpe que con estos ingenios y máquinas daban, era insufrible, no solo á los primeros en quien daban, sino que alguna vez tambien era intolerable á los postreros. Guardábanse los judíos de las piedras, porque eran claras y blancas; y no solo se conocian con el ruído ó sonido que hacian, sino que tambien se veian con el reflejo que daban. Los que estaban, pues, de guarda y por centinelas en las torres los avisaban cuando echaban sus golpes con las máquinas que para ello tenian; y cuando movian ó echaban el hierro, gritaban en lengua de la patria ciertas palabras, diciendo: el hijo viene; y de esta manera sabian antes contra cuales aquellas armas viniesen, y así se guardaban de ellas; y de esto sucedia que guardándose ellos, caian las piedras sin provecho y sin hacer algo. Por tanto pensaron los romanos el hacer piedras con tinta negra; y echadas de esta manera no daban tan en vano como solian antes, y derribaban á muchos juntamente; pero por mas maltratados que los judíos aquí eran, no por eso daban mas licencia y libertad á los romanos que edificasen sus fuertes, antes les impedian toda obra y todo atrevimiento, no menos de noche que de dia. Acabadas en fin las obras que los romanos hacian, habiendo echado el plomo y la cuerda, midieron el espacio y distancia que habia de donde ellos estaban hasta el muro, porque no podia hacerse esto de otra manera, por la resistencia que por arriba les impedian. Y habiendo hallado unos que llamaremos arietes, iguales, llegáronlos en parte cómoda; y ordenadas sus máquinas segun quiso, mandó Tito que combatiesen por tres partes el muro, porque no pudiesen impedirle ni causar algun estorbo á sus arietes. Era tan grande el ruído que se sentia con esto por toda la ciudad, que levantaron grandes voces todos los ciudadanos, y los sediciosos y revolvedores fueron muy amedrentados. Y porque pensaban que este peligro habia de ser á todos comun, determinaban todos resistir juntamente, aunque los que eran discordes y enemigos gritaban entre sí, que cuanto hacian era en provecho de los romanos, y que ya que Dios no les quiera conceder perpétua concordia, por lo menos al presente tiempo les convenia á todos concordar y hacer generalmente resistencia á los romanos. Envió tambien Simon un trompeta, y dió licencia y facultad que los que quisiesen pudiesen salir del templo y venir al muro: lo mismo hizo Juan, aunque este menos se fiaba. Olvidando ellos sus enemistades y discordias, júntanse en uno; y repartidos por el muro, echaban mucho fuego contra las máquinas de los romanos, y contra los que movian aquellos ingenios que los romanos tenian hechos, y tirábanles sin cesar. Saliendo tambien los mas atrevidos á manadas, deshacian las cubiertas de las máquinas é ingenios de los enemigos; y poniéndose contra ellas, hacian mucho con el gran atrevimiento que tenian; pero poco

con saber y destreza. Estaba siempre Tito ocupado en ayudar á los que por él trabajaban; y habiendo ordenado la gente de á caballo, cerca de aquellas máquinas é ingenios que habia puesto y sus flecheros, defendia y prohibia á los que echaban el fuego, y hacia recoger de las torres á los que tiraban, dando espacio y tiempo á los que tenian puestos sus ingenios y máquinas para que les hiciesen daño y efectuasen su intento: con todo esto no podian derribar el muro, sino que el ingenio de la quinta legion movió algun tanto la una esquina de la torre; y el muro permanecia siempre muy entero, porque no sintió luego su peligro, como hizo la torre que era mucho mas alta; y aunque ella cayese no podia hacer ningun daño al muro. Reposándose ya algun tanto, y dejando de salir con los romanos, tuvieron ojo á que estaban atentos y divertidos en sus obras y en su campo, porque pensaban que los judíos se habian ido por el trabajo y miedo que tenian: salieron todos secretamente por la puerta donde esta la torre de Hipicos, y echaron fuego á todas las obras que los romanos habian hecho. Salian armados contra los romanos, hasta llegarse á los fuertes que tenian estos hechos delante de su campo; pero fueron movidos para mal de los judíos, tanto los que allí estaban cerca, como los de mas lejos. La disciplina y uso de las armas que los romanos tenian vencia el atrevimiento y audacia de los judíos; y habiendo hecho huir á los primeros que hallaron, hacian fuerza contra los otros que se recogian. Trabóse una fiera pelea cerca de las máquinas é ingenios de los romanos, procurando los judíos ponerles fuego en sus ingenios y máquinas, resistiendo y trabajando los romanos en defenderlos, y así se levantaban las voces al cielo de ambas partes; y muchos de los que estaban en la vanguardia y delantera murieron. El atrevimiento de los judíos era mayor; por lo cual eran superiores y habia ya tomado el fuego en las obras de los romanos; y fuera ciertamente todo abrasado, si los mas escogidos de Alejandría no hubieran resistido, peleando muchos de ellos mas esforzadamente de lo que de ellos se esperaba: porque ciertamente se adelantaron en esta guerra á los mas valerosos, hasta tanto que el capitan y emperador Tito, acompañado con los mas esforzados caballeros de los suyos, dió en los enemigos, y él, por su parte, mató doce hombres de la parte contraria que le vinieron delante; y por temor de la matanza que se hacia en los judíos, forzados todos á huir, hízolos recoger dentro la ciudad, y de esta manera libró sus máquinas é ingenios del fuego. Aconteció que en esta pelea fué preso un judío vivo, y mandó Tito crucificarle delante del muro, por ver si por ventura los otros que dentro estaban, espantados con esto se rendirian. Después de haberse partido de aquí el capitan de los idumeos, llamado Juan, estando hablando delante de los muros con un soldado conocido, fué herido en el pecho por un árabe con una saeta, y luego en la misma hora murió, y dejó cierto gran dolor y llanto á los judíos, y tristeza mucha á los revolvedores, porque era hombre pronto en sus manos, y esforzado y muy sabio.

VIII. Y luego la noche siguiente se levantó grande alteracion y alboroto entre los romanos, porque habiendo mandado Tito que se hiciesen tres torres de cincuenta codos de alto, para que puestas estas encima de cada una de las montañas que habian hecho, pudiesen mejor y mas fácilmente derribar y hacer huir los enemigos, la una de ellas cayó una noche muy serena, sin hacerle fuerza alguna; y fué tan grande el ruído y estruendo que hizo, que amedrentó todo el ejército. Y sospechando que los judíos trabajaban para hacerles algo, tomaron luego las armas, y con esto se revolvieron las legiones y se alborotaron: y como ninguno pudiese decir nada de lo que habia acontecido, echando muchas quejas, unos pensaban una cosa y otros pensaban otra; de esta manera temíanse todos de sí mismos, sin ver enemigos: los unos pedian á los otros alguna señal, como que los judíos ya les tuviesen ganado el campo. Mostraban estar todos espantados, no menos que de alguna vision, hasta tanto que Tito, habiendo sabido lo que pasaba, mandó que fuese descubierto y manifestado lo que era á todos; y cuando fué sabido, se reposaron. Sufrian los judíos toda fuerza cuanta les hacian valerosamente; pero fueron maltratados de las torres, porque de allí los herian con las máquinas menores y mas ligeras, los tiradores, flecheros y los ingenios que echaban las piedras. Y no pudiendo ellos igualar con la altura de estas torres, ni teniendo esperanza de poderlas destruir, pues no les era posible derribarlas por su gran peso, ni poner fuego en ellas por causa que estaban cubiertas de hierro, huian mas lejos que un tiro de saeta, y no podian aun guardarse de los golpes de aquellos ingenios que los romanos tenian puestos: los cuales, perseverando en su obra é hiriendo siempre, ganaban y aprovechaban algo poco á poco. Rompiendo ya de esta manera el muro, por la parte que estaba aquel grande ingenio de los romanos, el cual llamaban los judíos Nicona, porque todo lo vencia, aunque estaban ya cansados de pelear y de trasnochar, estando de guarda lejos de la ciudad, quisieron tambien con mas negligencia ó por tener mal consejo, pensando tener un muro demasiado, pues les quedaban otros dos y esos muy fuertes, dejar el primero; y así, muchos cansados, se alejaron y retrajeron al segundo muro. Como los romanos hubiesen subido por la parte del muro que habia sido con aquella gran máquina hendido, abiertas las puertas, recibieron de dentro á todo el ejército. Y habiendo ganado de esta manera este muro á los dos de mayo, derribaron gran parte de él y la parte de la ciudad que estaba al septentrion, la cual habia ya antes Cestio destruido. Habiendo Tito advertido á dónde estaba el fuerte de los Asarios, pasó su gente, tomando toda aquella tierra que habia entre él y el Cedron; y apartado mas de un tiro de saeta del segundo muro comenzó luego á combatirle. Aquí resistieron los judíos valerosamente, repartiendo entre sí el muro: Juan y los suyos peleaban desde la torre Antonia hasta la puerta septentrional del templo y hasta el monumento de Alejandro. La gente de Simon habia cerrado, desde aquel monumento adonde Juan llegaba, hasta la puerta por donde entraba el agua en la torre de Hipicos. Muchas veces salian de las puertas y peleaban de mas cerca; y siendo forzados á recogerse dentro de sus muros, al pelear eran vencidos por la disciplina militar y ejercicio que los romanos tenian, en lo cual eran los judíos muy poco ejercitados; pero en pelear desde el muro, eran vencidos los romanos, porque estos vencian con la próspera fortuna que tenian, y con la ciencia en las cosas de la guerra, y los judíos se sustentaban y defendian con el atrevimiento, regido por el miedo grande, y por ser muy fuertes en sufrir adversidades. Tenian aun estos esperanza de salud, no menos que los romanos de alcanzar la victoria: ninguno por su parte se cansaba: eran muchas las acometidas y combates que daban al muro y las corridas que se hacian de ambas partes cada dia: peleábase de todas maneras, y duraban mucho las peleas que en amaneciendo se comenzaban; la noche, la cual les era mas pesada que el dia, porque no dormian, temerosos los judíos de que el muro seria ciertamente luego

ganado, y los romanos por otra parte temian que no los acometiesen y entrasen por su campo. Estando, pues, toda la noche en guarda muy armados, luego al amanecer se mostraban aparejados para pelear. Los judíos contendian quién primero, y quién mas prontamente se ofreciese á los peligros, porque de este manera alcanzasen favor de sus capitanes: movíalos principalmente la reverencia y miedo que tenian á Simon: y de esta manera todos los que le estaban sujetos, le acataban tanto que estaban prontos para matarse ellos mismos si él lo mandase. La costumbre que los romanos tenian de vencerlos, persuadia y levantaba su virtud, porque no eran acostumbrados á ser vencidos, y por las muchas guerras y por el continuo ejercicio de las armas y grandeza del imperio, y lo principal por ver á su capitan y emperador estar siempre presente: porque, acobardarse en presencia de su emperador y aun ayudándoles él, teníanlo por maldad muy grande, y estaba como testigo presente de aquel que bien pelease, para dar á la virtud el debido premio: habia tambien provecho en esto, que por lo menos hacia manifiesto al príncipe, cuán valiente y esforzado varon fuese: por esto, muchos se esforzaron mas, y se mostraron prontos para hacer mas de lo que sus fuerzas les bastaban. Estos mismos dias finalmente, habiéndose ordenado delante del muro un escuadron de los mas esforzados judíos y hombres de guerra, tirando muchas saetas y dardos de ambas partes, adelantóse uno del escuadron de la gente de á caballo, llamado Longino, y echóse por medio del escuadron de los judíos; y haciendo camino por medio, mató dos de ellos los mas esforzados: al uno que le reencontró dió en la cara, y sacando la misma saeta, dió con ella al otro que se iba retirando, y luego saltó de entre los enemigos y se vino á los suyos. Este, pues, por su valor, era muy señalado; pero hubo muchos que hicieron lo mismo. No teniendo los judíos cuenta con el quebranto que recibian, solamente tenian ojo á hacer daño á los romanos y despreciaban mucho la muerte, con tal que muriesen matando á alguno de sus enemigos. Tito con todo no tenia menos cuenta con la salud de los soldados, que con la victoria que esperaba alcanzar, diciendo que el ímpetu y fuerza temeraria y sin consejo, no era fuerza, sino desesperacion; y que solamente era virtud trabajar en pelear prudentemente y con cordura, sin recibir daño, y que en esto se mostraba el ánimo del varon esforzado.

IX. Así mandó sentar en la parte septentrional aquel ingenio llamado ariete, delante de la torre, á donde un judío astuto y engañador, llamado Castor, se habia escondido con otros diez soldados, después de huidos todos los otros por el gran miedo que de las saetas tenian. Habiendo estos estado algun tiempo durmiendo armados, oyendo como combatian la torre, ellos se levantaban: y Castor, extendiendo sus manos, pedia el socorro y ayuda de César muy humilde, suplicando con voz de gran compasion, que los perdonase. Creyendo esto simplemente Tito, pensando ya que los judíos se arrepentian de la guerra, y que les pesaba por ella, mandó que sus ingenios y máquinas cesasen, y que no tirase su gente á los que le suplicaban; y permitió á Castor que dijese lo que queria. Respondiendo él que queria salir á hacer concierto con él, dijo Tito, que lo tenia á bien y se holgaria mucho que todos fuesen del mismo parecer, porque él estaba muy pronto para tener paz con todos los de la ciudad. Pero como de aquellos compañeros de Castor, los cinco fingiesen que eran del mismo parecer, los otros cinco comenzaron á gritar que no habian de sujetarse jamás á los romanos, entretanto que pudiesen morir con su libertad. Estando, pues, ellos dudando sobre esto, cesaba en este tiempo la fuerza y combate que les daban. Mientras en esto se detenian, enviaba Castor á Simon algunos mensageros, por los cuales le decia, que proveyese mientras podia y mirase en lo que le era necesario; porque por un poco de tiempo él se burlaria de Tito, capitan de los romanos: y mostrábase tambien persuadir y aconsejar á los suyos que contradecian esto mismo, entretanto que trataba aquello con Simon. Y no pudiendo sufrir lo que les decia, pusieron sus espadas en sus corazas, y sacudiéndose con ellas, dejáronse caer como muertos. Maravillóse Tito y sus compañeros cuando los vieron tan pertinaces, no pudiendo ver bien á la verdad del lugar donde estaban, por ser mas bajo, lo que pasaba: maravillábanse de ver el grande atrevimiento y osadía que tenian, y tenian tambien compasion de ver la ruína y destruccion que se les aparejaba. En este medio tiró uno una saeta é hirió á Castor en una nalga; y sacándose él mismo de la herida la saeta, mostróla al emperador quejándose que sufria cosa indigna y muy injusta. Reprendió Tito al que le habia tirado, y envió á Josefo que estaba con él, que diese las manos á Castor y le recibiese en su amistad; pero este respondió que no lo haria, porque no pensaban algun bien en todo cuanto pedian y con humildad suplicaban, y detuvo á los amigos que quisieron ir. Diciendo uno de los que se habian huido, llamado Eneas por nombre, que iria á verse con él, moviéndole á ello Castor, y diciéndole que trajese algo en que llevar la plata que tenia, corrió este con las manos abiertas, con mucha aficion y codicia: así como llegó dejóle caer encima una piedra muy grande, pero no pudo herirle, porque él se guardó é hirió á otro soldado que allí tambien estaba. Teniendo, pues, Tito, conocido ya el engaño, conoció tambien claramente, que la misericordia y amistad daña en la guerra; y que la crueldad es menos engañada con la astucia, por lo cual, airado por el engaño, mandaba con mayor diligencia usar de su ingenio contra la torre. Cuando Castor y sus compañeros vieron que la torre andaba ya con tantos golpes de caída, pusiéronla fuego; y echándose por medio de las llamas en las minas que la misma torre tenia, alcanzaron otra vez nombre de hombres muy animosos entre los romanos, como que se hubieran echado en el fuego. Tomó, pues, por esta parte Tito el muro, cinco dias después de tomado el primero; y haciendo huir de allí á todos los judíos, entró dentro con mil hombres de los mejores que tenia cabe sí en las armas, á donde estaba la nueva ciudad, y aquellos que vendian la lana y los paños y los herreros: aquí tambien estaba el mercado de los vestidos, é íbase de aquí al muro por unas sendas y calles muy angostas. Ciertamente que si él hubiera destruido la mayor parte del muro, ó hubiera arruinado lo que habia tomado hasta allí segun ley y usanza de la guerra, no creo que hiciera con su victoria daño alguno; pero ahora, confiando que alcanzaria de los judíos que se entregasen, dilató su partida, pudiendo partirse fácilmente: y esto, porque no pensaba que aquellos á los cuales él daba buen consejo, le habian de armar asechanzas.

X. Ganado, pues, el segundo muro, y entrado que hubo Tito dentro, no consintió que su gente matase á alguno de los que prendian, ni que quemasen las casas; antes daba tanta libertad á los revolvedores y sediciosos de la ciudad para pelear si quisiesen, cuanto prometia de volver á todos sus bienes y posesiones si se rendian: porque muchos suplicaban que les guardase la ciudad; y que en la ciudad guar-

dase y defendiese que no fuese destruido el templo. Estaba ya de antes el pueblo muy conforme con lo que él aconsejaba; pero la juventud y gente deseosa de guerra, tenian por cosa muy apocada la humanidad de Tito, y pensaban que por cobardía y poco ánimo, viendo que no podia alcanzar ni ganar lo que les quedaba de la ciudad, les proponia todas aquellas condiciones. Por lo cual denunciaron á todo el pueblo la muerte, si habia alguno que osase hablar ó hacer mencion de rendirse á los romanos, ó de trazar paz con ellos: á los que habian entrado resistian unos por las estrechuras de las calles, otros desde sus propias casas y otros, que habian subido por encima del muro, comenzaban á pelear; con tales cosas fueron los que estaban de guarda muy turbados, y echáronse por el muro abajo; y dejando las torres en cuya guarda estaban, recogiéronse entre su gente. Oíanse los clamores de los soldados que estaban dentro de la ciudad cercados de enemigos: los que estaban fuera, cerrados en sus alojamientos y tiendas, por el miedo que tenian, y creciendo el número de los judíos, prevalecian tambien por saber mejor que los romanos las calles y todos aquellos caminos, y muchos romanos eran muertos y despedazados; y cuanto mas ellos por el aprieto y necesidad en que estaban resistian, tanto mas eran echados. No podian huir por la estrechura del muro muchos juntos, y fueran por cierto muertos todos los que habian pasado, si Tito no les socorriera: porque habiendo ordenado por los cabos de las calles sus flecheros, y estando él allá donde estaba el mayor número de judíos, echaba á los enemigos con muchas saetas y dardos que le tiraban: estaba tambien allí con él Domicio Sabino, varon muy bueno y probado por tal en esta guerra, y perseveró allí, echándolos con sus saetas y armas, hasta tanto que todos los soldados pudieron librarse. Habiendo, pues, ganado de esta manera á los romanos el segundo muro, pues hubieron de recogerse estos al primero, crecióles el ánimo y orgullo á los que dentro de la ciudad estaban, y mucho mas á los que eran hombres de guerra; y con las cosas prósperas que les sucedian, estaban como locos y sin sentido: porque pensaban, que pues no les habia sucedido bien á la primera, no habian de osar llegarse mas á la ciudad; y que no podian ellos ser vencidos, si salian á pelear, porque Dios era contrario á los romanos y á sus empresas, por ser tan malos como eran; y veian por otra parte, no ser mucho mayor la fuerza que quedaba entre los romanos, que era aquella que habia sido rota poco antes: del hambre tampoco, la cual poco á poco entraba, no se acordaban de ella, porque aun se sustentaban con el mal público del pueblo, bebiendo la sangre de toda la ciudad. Mucho tiempo habia ya que todos los buenos padecian pobreza y necesidad, y muchos se habian ya consumido de hambre, y por falta de mantenimientos los revolvedores y sediciosos, parece que se consolaban de los males que padecian con la muerte y destruccion universal del pueblo, deseando que aquellos solamente se salvasen, á quienes no aprovechasen la paz ni la concordia, y los que quisiesen vivir en su libertad á pesar de los romanos. Holgábanse que la muchedumbre que en esto les era contraria, fuese consumida poco á poco, no menos que una carga muy pesada é importuna, y esta era la buena aficion que con sus propios naturales tenian. La gente que habia de armas allí, prohibió á los romanos el entrar en la ciudad aunque otra vez lo procuraban; y haciendo reparo de las partes derribadas del muro para su defensa, sostuvieron tres dias, peleando siempre valerosamente. El cuarto dia no pudieron contener á Tito que los acometió con mayor fuerza, antes forzados se recogieron otra vez á donde antes habian hallado reparo: pero habiendo en este medio ganado Tito el muro, derribó toda la parte que estaba al septentrion, y puso sus guarniciones por la de mediodía, en las torres y fuertes que habia.

XI. Pensaba ya Tito de qué manera podria combatir el tercer muro, y parecíale haber durado poco tiempo su cerco en lo que habia ganado, por lo cual determinó dar tiempo á sus enemigos, para que tomasen consejo entre sí, y ver si aflojaria la pertinacia de ellos, viendo ya ganado el segundo muro, ó por lo menos, por el miedo grande del hambre. Porque era imposible, que lo que robaban bastase ya para mas, y por esto él se estaba á su placer muy ocioso: venido el dia, cuando convenia repartir los mantenimientos entre los soldados, puestos los enemigos en un lugar que se mostraba á todos, mandó que los capitanes ordenasen su gente, y pagasen á todos. Salieron entónces muy en órden con sus armas descubiertas: los caballeros llevaban sus caballos muy adornados, y todos aquellos arrabales relucian con el oro y con la plata, desde muy lejos. No habia espectáculo ni vista por la cual los soldados mas se alegrasen, ni habia cosa que á los enemigos fuese tan espantable. Estaban los muros antiguos y toda la parte septentrional llena de pueblo que los miraba, tambien estaban las casas llenas de gente que miraban lo mismo, y no habia alguna parte ni rincon en toda la ciudad que no estuviese lleno, é hirviendo de gentío, aunque los mas atrevidos habian sido con esta vista amedrentados, viendo la gentileza de las armas y la órden tan excelente de los soldados. Y pudiera ser que con esta vista mudaran aquellos sediciosos y revolvedores de su parecer, sino desesperaran de poder alcanzar perdon de los romanos, de tantos y tan grandes daños y maldades como habian cometido contra el pueblo: teniendo, pues, por muy cierto que si dejaban de proseguir su fuerza adelante, no les habia de faltar el castigo de la muerte, tuvieron por mejor proseguir la guerra, y morir antes peleando. Prevalecia tambien lo que Dios tenia determinado: es á saber, que muriesen tanto los sin culpa é inocentes, como los muy culpados, y que fuese la ciudad toda con todos los revolvedores destruida. Duró, pues, el repartir de los mantenimientos entre los de cada legion cuatro dias: venido que fué el quinto, habiendo entendido Tito que los judíos no tenian pensamientos de concordar con él ni hacer paz, repartido su ejército en dos partes, comenzó á levantar montes contra la torre Antonia cerca del monumento de Juan: pensando, que por aquí podia tomar la parte alta de la ciudad, y que tomada la torre Antonia, después tomaria el templo, porque si no lo ganaba, era imposible tener seguramente la ciudad. Por esta causa, en cada una de estas dos partes, levantaba dos montes, cada legion el suyo. Los que trabajaban cerca del monumento dicho, eran contenidos por los judíos y compañeros de Simon, que les hacian gran estorbo y daño; y los que trabajaban cerca de la torre Antonia eran desbaratados por los compañeros de Juan, y por muchos de los zelotas, no solo por la ventaja que en el lugar, por ser mas alto tenian, sino tambien porque habian ya aprendido el uso de las máquinas é ingenios de guerra de los romanos, con el uso y experiencia cotidiana: tenian trescientos ballesteros, y cuarenta tiros de piedras, con los cuales impedian á los romanos, y les hacian mucho estorbo para que no acabasen sus edificios y fuertes. Sabiendo Tito que la fortuna le habia de ser próspera, y que la

ciudad habia de ser destruida, y perecer todos, hacia juntamente dos cosas: la una era, dar diligencia y priesa grande en el cerco; y la otra era, no cesar de aconsejar á los judíos, que se redujesen á la paz y obediencia romana; y representándoles sus hechos juntamente con su consejo, y entendiendo que muchas veces suele ser mas fuerte y mas poderosa con los hombres la habla y tratamiento, tanto les rogaba que mirasen por su salud, entregándole la ciudad, la cual era ya casi toda tomada, cuanto tambien les alegaba á Josefo, el cual les hablaria en lengua de la patria, confiando que por consejo y amonestacion de un hombre natural, dejarian de pasar mas adelante en su pertinacia. Yendo, pues, Josefo por todo el cerco del muro, lejos cuanto un tiro de ballesta, por donde pensaba que seria oido mas fácilmente, rogábales mucho que se guardasen ellos y todo el pueblo, que no fuesen causa de la destruccion del templo y de la patria, y que no quisiesen mostrarse mas duros en esto y mas pertinaces, que eran los mismos enemigos extranjeros: porque los romanos tenian gran reverencia á las cosas sagradas de los templos de aquellos con quienes no tenian una ley comun, y que cuanto á esto, todos refrenaban sus manos grandemente: y que ellos, es á saber, los judíos, estaban muy dados á echarse á perder de grado y á buscár la muerte, pudiéndose guardar de ella. Pero que mirasen ya los muros mas fuertes derribados por tierra, y que solamente los que menos eran, quedaban. Dijoles, que conociesen no poder sostener ni resistir á la fuerza de los romanos, y que no era cosa nueva ni por experimentar de los judíos, estar sujetos á los romanos. Porque aunque es linda cosa pelear por la libertad, esto se debe hacer en el principio; porque el que ha estado una vez sujeto y ha obedecido al imperio mucho tiempo, si por ventura queria salir de esta carga y rehusar este yugo, no se mostraba ciertamente amador de la libertad, sino deseoso de morir malamente. Y que se debian afrentar de estar sujetos, y tener por señores á los que fuesen de menor estado y condicion que ellos; y nó á los romanos, á cuyo poder estaba todo sujeto. Porque ¿qué cosa hay tan fuerte, que se haya librado de los romanos, ó no la hayan ellos sujetado á su imperio, si no lo que, ó por el calor ó por el frio, es intolerable y nunca habitado? Antes la fortuna de todas partes se les ha pasado; y el Dios que regia en todas las naciones el imperio, ahora, si lo mirais, hallareis que está en Italia. Pues esta es ley general, á la cual están sujetas las bestias y fieros animales, que el mas poderoso esté sujeto á aquel que es menos, y la victoria está siempre con aquellos con quienes está tambien la mayor fuerza de las armas. Por tanto, vuestros padres y antepasados, aunque eran muy mas esforzados y animosos que ellos y mejor proveidos de toda cosa, no resistieron á los romanos; antes les estuvieron siempre sujetos, á los cuales nunca sirvieran ni hubieran sufrido, si no fuera por saber que Dios les favorecia. ¿Pues en qué os confiais ahora vosotros, siendo ya tomada la mayor parte de la ciudad? ¿Y aunque los muros estuviesen todos enteros, siendo los ciudadanos casi todos muertos? Muy bien saben los romanos el hambre que la ciudad padece, y como el pueblo es ahora consumido, y que de aquí á poco han de perecer aun los mas esforzados: porque aunque los romanos cesen y dejen el cerco, y aunque no hagan fuerza con sus armas, ni á vosotros ni á la ciudad, todavía teneis, ó judíos, dentro guerra inexpugnable, la cual cada hora crece, si ya por ventura no tomais tambien contra el hambre las armas, y podeis vencer la fortuna y desdicha vuestra. Añadia tambien á lo dicho, cuánto mejor era antes de la destruccion intolerable mudar de parecer y seguir el consejo mas saludable, entretanto que les era lícito y posible: porque los romanos no se enojaban de lo hecho hasta el presente, si no eran pertinaces en lo que habian comenzado: naturalmente son hombres que aman la paz y mansedumbre, y prefieren á la ira lo que es mas provechoso. Esto pensaban que era haber la ciudad no vacía de hombres ni la provincia desierta; y que por tanto queria el emperador Tito tener paz con ellos; porque si por fuerza y por asalto tomaba la ciudad, no habia de perdonar á alguno, ni permitir que quedase hombre vivo, por ver principalmente que viendo tantas destrucciones, no le habian querido obedecer, rogándoles él mismo. El muro tercero será presto ganado, de lo cual dan fé los dos que habian ya alcanzado; y cuando no pudiesen ganarles sus defensas, el hambre que habian de padecer pelearia por los romanos. Muchos que estaban en el muro vituperaban y decian muchas injurias á Josefo, que tan buenos consejos les daba: algunos tambien le tiraban sus dardos y saetas. Viendo él que con mostrarles claramente las desdichas y destrucciones que padecian, y las que se les esperaban no podia doblarlos, púsose á contarles historias hechas entre gentiles y batallas ganadas por los romanos, dijo gritando: ¡Oh malaventurados de vosotros! olvidados de los que están prontos para ayudaros, guerreais con vuestras armas y vuestras manos con los romanos, ¿pues qué gente habemos jamás vencido nosotros de esta manera? ¿Qué tiempo ha habido en el cual no defendiese Dios, criador de todas las cosas, á los judíos si eran molestados? ¿No cobrareis, pues, sentido? ¿No mirareis de á dónde salis á pelear, y que haceis injuria á tan grande ayuda como en todo teneis? ¿No se os acuerdan las divinas obras de vuestros padres, y cuántas guerras nos excusó este santo lugar, adonde ahora estais? Las hazañas grandes y maravillosas que Dios ha hecho con nosotros, sabed que me amedrento de contarlas; pero oid todavía, para que conozcais que resistis, no solo á los romanos, sino á Dios tambien con ellos. Nequías, rey de los egipcios, llamado por otro nombre Faraon, vino con ejército infinito y hurtónos la reina Sara, madre de nuestro linaje. ¿Qué hizo, pues, su marido Abrahan, bisabuelo nuestro entónces? Pues ciertamente que tenia trescientos diez y ocho capitanes, de los cuales cada uno tenia infinita gente que le obedecia. ¿Por ventura quiso mas reposarse y no hacer algo sin Dios? Nó, antes levantando sus manos puras y limpias de pecado, escogió para su milicia una ayuda invencible. ¿El segundo dia despues no le fué enviada su mujer á su casa, sin padecer corrupcion? El egipcio huyó temblando, y amedrentado con sueños venidos en las noches, despues de haber adorado ese mismo lugar que vosotros habeis ensangrentado con las muertes de vuestros propios naturales, despues de haber dado y ofrecido muchos dones al templo y á los judíos, por ver que eran tan amigos de Dios. Diré algo de cómo el asiento de los nuestros pasó á Egipto, y cómo estando allí pudiesen hacer conocer con sus armas, si estaban sujetos á reyes extraños ó á tiranos, no quisieron mover algo, antes todo lo dejaron en manos de Dios. ¿Quién no sabe haber sido henchido todo Egipto de serpientes de todo género y manera, y con toda dolencia corrompido? ¿Quién no sabe haber sido la tierra hecha estéril y sin fruto? ¿Quién no sabe cómo les vino á faltar el Nilo, y las diez plagas que recibieron? Por las cuales salieron nuestros padres y antepasados sin derramar sangre con gran ayuda, guiándolos Dios como á sacerdotes suyos. ¿Por

ventura Palestina y el ídolo de Dagon no acataron el arca del Señor, que los asirios nos habian quitado; y nó ellos solos, sino que tambien todos los que con ellos fueron? Y corrompidas todas las partes secretas y escondidas de sus cuerpos, y comidas sus entrañas con cuanto ellos comian, nos la volvieron con son de trompetas y atambores con sus manos propias, y muy culpadas, trabajando en alcanzar perdon con humildes súplicas y oraciones á Dios. Dios era cierto el que todo esto administraba y regia por nuestros padres; porque dejadas las armas y dejada la fuerza á parte, se sujetaron á su poder y mandamiento. El rey de los asirios, llamado Senaquerib, como hubiese puesto cerco á esta ciudad con toda la Asia que consigo traia, ¿por ventura perdió este lo que pretendia, por impedírselo las manos de los hombres? ¿No estaban todos en oracion, dejadas las armas, y mató el ángel de Dios en una noche un ejército infinito? ¿Y luego ese otro dia, al dispertar el rey asirio, no halló ciento ochenta y cinco mil hombres muertos, y así huia, con los que quedaron de los que estaban desarmados y no le perseguian? Sabeis tambien la servidumbre y cautiverio que en Babilonia padecimos, adonde estuvo desterrado todo el pueblo setenta años; y no cobró su libertad antes que Dios se la diese por las manos de Ciro, el cual tambien los amó y dió licencia que saliesen de servidumdre; y los acompañó de tal manera, que volvieron en su estado y reconocieron á Dios, sirviéndole segun tenia de costumbre. Quiero, pues, concluir brevemente: ninguna cosa hicieron los nuestros señalada, ni de memoria con las armas, ni dejaron tampoco de alcanzar cuanto pidieron con ruegos y con oraciones, dejándolo todo á Dios: vencian los jueces nuestros como querian, estándose en casa, y peleando jamás alcanzaron lo que deseaban: porque habiendo el rey de Babilonia puesto cerco á la ciudad, quiso el rey Sedecías pelear con él contra el consejo y predicacion de Jeremías, por lo cual fué él preso, y la ciudad toda y el templo fueron destruidos. Pues mirad cuánto era mas justo y moderado aquel rey, que no son vuestros capitanes, y cuánto era mas pacífico aquel pueblo que no sois todos vosotros. Finalmente, dando voces Jeremías, y diciendo que el Señor estaba enojado contra todos, por los pecados grandes que habian cometido, y que habia de ser tomada la ciudad si no la entregaban ellos mismos, fueron de esta manera ellos y la ciudad salvos. Pero vosotros, callando ahora lo que dentro se ha hecho, pues no puedo bastantemente contra vuestra maldad, andaisme buscando á mí que trabajo de persuadiros lo que os es tan saludable, y airados quereisme matar con vuestras armas, porque os amonesto que os acordeis de vuestros pecados, y no sufris que se digan las maldades que cometeis cada dia todos. Lo mismo aconteció tambien entónces con Antíoco, llamado Epífanes, el cual cercaba la ciudad; y saliendo contra él nuestros mayores y antepasados con las armas, habiendo ofendido á Dios de muchas maneras, todos fueron muertos peleando; y fué saqueada por los enemigos la ciudad, destruido y desolado el templo santo del todo, por espacio de tres años y seis meses. ¿Qué necesidad hay ya de mas palabras? ¿Quién ha movido á los romanos á venir contra los judíos? ¿No os parece que ha sido la impiedad de los naturales de Judea? ¿De á dónde nos vino el principio de toda nuestra servidumbre y cautiverio? ¿No sucedió por la discordia de nuestros antepasados, cuando la riña y division entre Aristóbulo é Hircano, movió á Pompeyo á que entrase en la ciudad, y sujetó Dios los judíos á los romanos como indignos de la libertad? Estando finalmente tres meses cercados, aunque no habian cometido algo semejante de lo que vosotros contra las leyes y contra el templo inviolado; y aunque tenian mayor poder y fuerzas que vosotros, todavía se rindieron. ¿No sabemos el fin que hubo Antígono, el hijo de Aristóbulo? Rigiendo este todo el reino, otra vez Dios perseguia á todo el pueblo por sus pecados: y Herodes, hijo de Antípatro, trajo el ejército de Sosio y el romano, con el cual cercados por espacio de seis meses, vinieron á ser presos y pagaron dignamente lo que por sus culpas merecian, y fué saqueada por los enemigos la ciudad; de esta manera jamás las armas fueron concedidas á los nuestros: pues ciertamente combatida la ciudad, no puede faltar destruccion. Por tanto, segun yo pienso, conviene que los que poseen ahora este santo lugar dejen el juicio de todo lo que se ha de hacer á Dios, y entónces menospreciarán el poder y fuerzas humanas, cuando estuvieren conformes con lo que Dios quiere. Vosotros, ¿qué habeis hecho de todo cuanto bien dejó ordenado el que nos fundó la ley? ¿Ó qué habeis dejado sin hacer de todo cuanto aborreció y maldijo? Cuando ha sido mayor vuestra impía maldad, que la de aquellos que luego perecieron: porque teniéndoos por apocados en cometer secretamente maldades y pecados; es á saber, hurtar, engañar y adulterar, contendeis ahora, en quién hara mayores robos y quién mejor matará, y habeis pensado nuevas vías y maneras de hacer maleficios. Habeis hecho que el templo sea acogimiento de todos los tales, y ha sido ahora por los mismos naturales malamente ensuciado el lugar que los romanos de muy lejos adoraban, reverenciando nuestras leyes mas que no sus costumbres. Pues veamos: ¿esperais que aquel os ha de ayudar, contra quien habeis sido todos tan impíos? Muy justos sois por cierto con las manos limpias y puras de pecado: ¿venis humildes á rogarle que os ayude? Con tales palabras y otras suplicó nuestro rey á Dios contra los asirios, cuando fué derribado en una noche y muerto tan grande ejército: poco semejantes cosas cometen los romanos ahora como hacian los asirios, para que confieis que habeis de ser así vengados: porque aquel, habiendo recibido mucho dinero de nuestro rey, porque no viniese contra la ciudad, menospreció y quebrantó su juramento y vino á poner fuego al templo: pero los romanos no piden otra cosa que el tributo que les era por vosotros debido, el cual vuestros padres les pagaban. Y si esto hiciéredes, ni destruirán la ciudad ni tocarán á vuestro templo, y concederán que tengais vuestras familias y gentes libres, y todas vuestras posesiones y bienes, y que vuestras leyes permanezcan salvas é invioladas. Locura es, pues, por cierto confiar que Dios se ha de mostrar tal para los que son justos y no piden si no lo que es muy conforme á razon, cual se mostró en tiempo pasado contra los que eran injustos, sabiendo que suele vengarse presto cuando es necesario y conveniente. Rompió finalmente el campo de los asirios la primera noche que llegó delante de la ciudad. Si por ventura librase á toda vuestra generacion, y juzgase que los romanos eran dignos del suplicio y pena, luego mostrára su ira con obras manifiestas con ellos, como hizo contra los asirios, y en el mismo tiempo pagára Pompeyo la fuerza que hacia, pagárala tambien Sosio, que después vino: Vespasiano que destruyó á Galilea; finalmente, no osaria Tito llegarse ahora á la ciudad; pero, ni el gran Pompeyo ni Sosio recibieron daño alguno, y hubieron entrambos de la ciudad gran victoria; pues Vespasiano con la guerra que con nosotros hizo alcanzó á ser emperador. Las fuentes que á nosotros se nos habian secado, ahora nacen y manan mejor, y mas abun-

dantes á Tito: sabeis que antes de su venida, la fuente de Siloa y todas las otras que están fuera de la ciudad se habian secado en tanta manera, que se compraba el agua para todo, y ahora son tan abundantes para nuestros enemigos, que no solo bastan para ellos y para todas sus cosas, pero aun tambien para regar los huertos. De esta maravilla ya antes se tuvo experiencia en la destruccion de la ciudad, cuando vino el rey de Babilonia, de quien antes habemos hablado, el cual destruyó la ciudad despues de haberla tomado, y quemó el templo, aunque segun yo pienso, no habia cometido nuestra gente entónces lo que habemos nosotros osado impía y malamente. Quiero, pues, finalmente decir, que dejando á parte los santos, Dios mismo apartó los ojos de esta ciudad, y los puso en estos con los cuales ahora vosotros guerreais. ¿Por ventura huirá el buen varon de una casa adonde se cometen maldades, y aborrecerá la familia que las comete, y pensais que Dios querrá estar junto con tantas maldades vuestras, sabiendo todo lo secreto, y entendiendo todo cuanto se calla? ¿Pero qué cosa se calla entre vosotros? ¿Qué cosa se cubre? ¿Qué hay de todo cuanto haceis, lo cual no entiendan los enemigos? Ninguno ignora vuestras maldades, y cada dia contendeis entre vosotros mismos por quién será peor, trabajais en mostrar vuestra maldad y descubrirla á todos, no menos que si fuese alguna virtud: solamente os queda un camino para salvaros y libraros, si quisiéredes, y Dios se suele amansar y aplacar cuando está enojado, si ve que los que le enojaron lo confiesan, y se arrepienten por lo hecho. Dejad las armas, y echadlas á una parte, avergonzaos de vuestra patria que está ya toda destruida, volved vuestros ojos, y mirad con diligencia, cuál y cuán grande gentileza destruis, qué ciudad, qué templo y dones ó presentes de gentes, cuántas y cuán diversas. ¿Quién trae el fuego y las llamas contra todas estas cosas? ¿Ó quién hay ya que no desee que todo quede salvo y muy entero? ¿Qué cosa hay mas digna ni mas excelente ó que mas merezca no ser dañada ni destruida? ¡Oh endurecida gente, y mas sin sentido que no son las piedras! Si no veis claramente ser así lo que digo, tened á lo menos compasion y lástima de vuestra gente y familias. Vivan los hijos delante de los padres, vivan los padres y vivan las mujeres; los cuales han de ser todos antes de mucho, ó vencidos y muertos en la guerra, ó consumidos por el hambre: bien sé que está juntamente con vosotros mi madre y mi mujer en el mismo peligro, y mi familia harto noble, y mi casa, que solia ser en otro tiempo de grande nombre. Habrá, creo, alguno que pensará persuadiros que hablo estas cosas por respecto de lo dicho: matadlos á todos, tomad por premio y paga de vuestra salud mi sangre, y yo me ofrezco pronto y aparejado para morir, si despues de mi muerte advertis y considerais lo que os he dicho. Diciendo Josefo estas cosas llorando y dando voces: los malos y revolvedores de la ciudad no por eso se movieron ni juzgaron serles cosa segura hacer alguna mudanza: el pueblo fué movido á huir lo mas lejos que podia, por lo cual unos vendian sus posesiones como mejor podian, y otros las cosas que mucho amaban: otros tragaban el oro, porque no los hallasen con él los ladrones, y los robasen, y despues, en llegando á los romanos, echábanlo del cuerpo, y compraban con él lo que les era necesario: Tito dejaba ir á muchos de ellos por los campos adonde quisiesen, y esto los movia á mas huir, ver que estaban libres de los daños que dentro padecian, y estaban libres de toda servidumbre entre los romanos. Juan y Simon con su gente trabajaban en cerrar no menos la salida de estos que la entrada de los romanos, y el que daba señal de ello, por ligera que fuese, era luego por ello muerto: los ricos morian, no menos por huir, que por quedar, pues eran muertos por una misma causa; es á saber, por robarles el patrimonio, no menos que si quisieran huir. Crecia con el hambre la desesperacion de los revolvedores y sediciosos, y cada dia se acrecentaban mucho estos dos males: en lo público no habia trigo alguno; pero entrábanse por fuerza en las casas, y todo lo buscaban y escudriñaban; si hallaban algo, azotaban á los que lo negaban, y si no hallaban cosa alguna, tambien los atormentaban, como que lo tuviesen encerrado y escondido mas secretamente. Por argumento y señal que tenian algo escondido, era ver los cuerpos de los miserables, pensando que no faltaba que comer á los que no faltaban las fuerzas: los enfermos eran acabados de matar, y les parecia cosa razonable matar á los que luego habian de morir de hambre: muchos de los mas ricos daban secretamente todos sus bienes por una medida de trigo, y los que no lo eran tanto, los trocaban por una de órdeo ó de cebada, y así encerrados dentro de la mas secreta parte de sus casas, comian escondidamente el trigo podrecido; otros amasaban el pan segun mejor la necesidad y el miedo les permitia: en ninguna parte se ponia la mesa, antes sacaban del fuego las viandas, y mal cocidas las tomaban y se las comian. Era vida esta muy miserable, y era un espectáculo muy digno de lágrimas sufriendo demasiado los mas poderosos, y los flacos se quejaban de tan grande injuria y daño, porque el hambre mataba y estragaba mas gente que los enemigos: no hay cosa que tanto dañe al hombre, ni le eche á perder como la desvergüenza, porque lo que es digno de reverencia, en tiempo de hambre se menosprecia; de esta manera quitaban lo que comian de la boca, las mujeres á los maridos, los hijos á los padres, y lo que peor y mas miserable parecia, era ver las madres quitar de la boca de sus hijuelos la comida, y muriéndose de hambre los hijos entre sus brazos, no por eso lo dejaban de hacer, ni de tomarles la sangre con que habian de vivir; pues no faltaba luego quien sabia los que comian tales cosas, y se las hurtaban: porque si veian cerrada alguna casa, luego con este indicio pensaban que comian los que estaban dentro, y rompiendo en la misma hora las puertas, se entraban, y casi les sacaban los bocados medio mascados de la boca, ahogándoles por ellos. Los viejos eran heridos, si querian defender esto; las mujeres despedazadas porque escondian lo que tenian en las manos; no habia misericordia, ni del viejo, por cano que fuese, ni del niño por niño que era; pero apartaban á los niños que estaban colgados del bocado de la madre, y echábanlos á tierra, y si alguno se les adelantaba, y se comia lo que ellos habian de robar, eran contra este no menos crueles que si hubieran sido por él muy dañados. Pensaban nuevas maneras de tormentos, por solo hallar y descubrir mantenimiento para sustentarse: unas veces atormentaban las partes secretas y vergonzosas de los hombres, otras pasaban por las partas de atrás unas varas muy agudas, y uno padeció cosas espantables de oir, por no confesar que tenia escondido un pan, y porque mostrase un puñado que tenia de harina. Aquellos crueles atormentadores no tenian hambre, porque no pareciera cosa tan cruel ni mala si lo hicieran por necesidad; pero prosiguiendo su locura desenfrenadamente, y aparejando mantenimiento y provision para seis dias, y saliendo con esto al encuentro á los que de noche se habian escapado de las guardas de los romanos por buscar algu-

nas yerbas y cosas agrestes, cuando pensaban haberse ya librado de los enemigos daban en ellos, y robábanles cuanto traian, y rogándoles mucho que les diesen algo para ellos, por el terrible nombre de Dios, de lo que habian traido y alcanzado con tanto peligro, no lo querian hacer, y aun les parecia recibir merced, si después de haberles quitado todo lo que tenian no los mataban. Estas cosas, pues, sufrian los del pueblo de aquellos que todo lo revolvian: los mas honrados y mas ricos eran llevados delante de los tiranos, y los unos eran muertos por ser acusados falsamente de asechanzas, y los otros diciendo y levantándoles, que querian entregar la ciudad á los romanos. Salia el mismo acusador sobornado á ello muchas veces, á probar con acusaciones falsas que habian querido huir: y cuando Simon habia robado á alguno, luego le enviaba á Juan, y á quien este desnudaba de lo que tenia, enviábale á Simon semejantemente; y de esta manera se hacian fiesta los unos á los otros con la sangre de los del pueblo, y repartíanse entre ellos los cuerpos muertos de los miserables y desdichados. No faltaba entre estos dos disension grande por quién seria el señor de todo, consentian solamente y concordaban ambos en solas sus maldades. Era tenido por muy mal hombre el que todo se lo guardaba y tomaba para sí, sin dar de ello parte al otro del mal que hacia, y el que no la tomaba, porque carecia de parte de la crueldad, como que se doliese del mal y daño hecho á algun bueno. No podré cierto contar particularmente las maldades de todos estos, y para decir de lo mucho que querria lo menos que podré, no pienso que hubo ciudad en algun tiempo en todo el mundo que tal sufriese, ni creo que hubo nacion en el mundo tan feroz, y tan bastante para toda maldad y bellaquería: maldecian tambien finalmente á los mismos judíos por parecer menos impíos y menos malos contra los extranjeros; pero confesaron todavía lo que eran, es á saber, siervos, esclavos y gente bastarda, sin honra y sin nobleza, nó judíos naturales, sino generacion mala y muy perversa. Ellos mismos en fin destruyeron la ciudad, y fueron causa que los romanos hubiesen esta triste victoria, y asolaron ellos mismos la ciudad, y trajeron el fuego al templo, que no viniera tan presto, casi con sus propias manos. Habiendo, pues, estos visto arder la parte alta de la ciudad, ni se dolieron, ni por ello les salió lágrima, hallando entre los romanos quien por ello se dolia y le pesaba de tal destruccion: pero estas cosas dejémoslas ahora para cuando trataremos de otras adonde vendrán mejor.

XII. Aprovechábanle mucho á Tito los montes levantados, aunque sus soldados eran maltratados desde los muros, y enviando parte de su caballería, mandó que se pusiesen de guardia y en asechanzas por aquellos valles contra aquellos que salian á tomar la provision y mantenimientos. Venian entre estos algunos de la gente de pelea de los judíos, por no bastarles ya lo que robaban; pero la mayor parte era de la gente mas pobre y popular, los cuales no osaban huir á los romanos de miedo de los suyos, porque no veian manera para huir escondidamente, sin que los que buscaban las revueltas y sediciones los sintiesen, con sus hijos y mujeres, temiendo el dejarlos en poder de ladrones tales, para que fuesen por causa de ellos degollados. Dábales atrevimiento para salir el hambre que padecian, y no faltaba sino que los que estaban escondidos en guardia de ellos saliesen, y fuesen todos presos: los que aquí eran presos habian de resistir necesariamente por miedo del castigo; porque parecian rendirse tarde: de esta manera, pues, azotados cruelmente después de haber peleado, y atormentados de muchas maneras antes de morir, eran finalmente colgados en una cruz delante del muro: no dejaba de parecer esta destruccion muy miserable al mismo emperador Tito, prendiendo cada dia sus quinientos, y aun muchas veces mas; pero no tenia por cosa segura dejar libres á los que prendia: y por otra parte guardar tanta muchedumbre de judíos, parecíale requerir mas gente para hacer esto. No quiso con todo prohibirlo, por pensar que viendo los de la ciudad esto, aflojarian y doblarian en terneza sus ánimos, poniéndose delante que habian de padecer aun peormente si no se rendian. Los soldados romanos ahorcaban á los judíos de diversas maneras, y con ira y con odio hacíanles muchas injurias: habian ya tomado tanta gente, que faltaba lugar adonde poner las horcas, y aun faltaban tambien horcas para colgar á tantos como habia. Pero estuvieron los revolvedores de Jerusalen tan lejos de moverse, ni doblarse con esta tal matanza de los suyos, que aun fué lo hecho para efecto contrario; es á saber, para espantar á los que quedaban: porque sacaban al muro los amigos de aquellos que se habian huido, y los del pueblo que estaban mas inclinados á la paz, y mostrábanles de allí lo que padecian de los romanos los que á ellos huian: y los que estaban presos no decian que eran cautivos, pero muy siervos y muy despreciados; y así con esto espantaban todo el otro pueblo que habia. Esto fué causa que muchos de los que querian pasarse á los romanos se detuvieron, hasta tanto que entendieron la verdad de lo que era. Hubo algunos que luego huyeron, dispuestos á todo, no menos que si hubieran deseado morir: porque padecer la muerte por manos de los enemigos, parecia que les era reposo, antes que perecer de hambre. Á muchos de los cautivos mandó Tito que les fuesen cortadas las manos, y enviólos á Juan y á Simon, porque no pareciesen haber huido, ni aun osasen pensar tal de ellos, amonestándolos que quisiesen ya cesar y romper su pertinacia, y no forzarle á que destruyese la ciudad; pero que ya ahora estando en el fin y extremo tiempo quisiesen ganar sus almas, trocando la voluntad, y conservasen tan gran patria y ciudad como perderian, y el templo, cuyo, ni par, ni igual habia en todo el universo. No dejaba con esto de hacer diligencia en mirar su gente, rodeando los montes hechos para combatir la ciudad; y animando á los que trabajaban, dábales gran priesa, como quien habia de poner presto en efecto las palabras que decia. Los que estaban en el muro maldecian á Tito y á su padre: decian con voces muchas injurias, y que preciaban mucho mas la muerte que venir en servidumbre de ellos. Confiando, pues, que habian de hacer mucho mal á los romanos, no teniendo cuenta consigo mismos, ni con su patria, aunque Tito les decia que habian todos de perecer; porque era mejor que el templo quedase sin alguno de ellos, aunque sabian que Dios lo habia de guardar: mas pensando ellos que les habia de ayudar tambien, no tenian en algo, ni preciaban todas sus amenazas, pues no habian de tener el efecto que pensaban, porque el fin de todo lo que habia de suceder estaba en las manos de Dios. Esto gritaban los judíos, mezclándolo con muchas injurias y denuestos que decian. Estando en esto vino Antíoco Epífanes con mucha gente de armas que trajo consigo, y con muchos de su guardia, los cuales eran macedonios, todos iguales en edad muy mancebos, enseñados y hábiles en las cosas de las armas, de la misma manera que suelen ser los de Macedonia, de donde tambien retenian el nom-

bre, y muchos habia que no se podian igualar con la virtud y fuerzas de esta gente: porque de todos los reyes que obedecian y reconocian al imperio de los romanos, el mas principal y mas felice fué el de los comagenos, antes que la fortuna se les mudase. Mostró tambien este en su vejez, que ninguno por viejo que sea, antes de la muerte se puede llamar bienaventurado: pero estando allí en su presencia su propio hijo, decia que se maravillaba, por qué causa no osaban los romanos llegarse á los muros. Este de su natural era muy hombre de guerra, y muy pronto para pelear; y era hombre de tan grandes fuerzas que era demasiado atrevido y audace. Y como oyendo esto Tito se riese disimuladamente, y dijese que habia de ser este trabajo comun entre todos, Antíoco luego arremetió con su gente de la misma manera que estaba con todos sus macedonios. Él con sus fuerzas y destreza guardábase muy bien de todos los tiros de los judíos, tirándoles muchas saetas: pero todos los mancebos fueron derribados y muertos, escepto muy pocos: porque por vergüenza de lo que habian prometido, habian peleado mas tiempo de lo que convenia; y al fin los mas se hubieron de recoger muy heridos, pensando y teniendo por muy cierto que queriendo vencer los macedonios, era necesaria la próspera fortuna de Alejandro. Comenzados aquellos montes que levantaban los romanos á los doce del mes de mayo, apenas fueron acabados á los veinte y nueve del mismo mes, habiendo trabajado todos los diez y siete dias, porque fueron levantados cuatro muy grandes; el uno en aquella parte adonde está la torre Antonia, el cual habia levantado la quinta legion, frente de aquel medio estanque, que llamaban Estrutio: el otro de la legion duodécima, á veinte codos del susodicho. La décima legion, que era la mejor, habia edificado su obra en la parte septentrional, adonde está el estanque llamado Amigdalon. Estaba edificado el de la legion décimaquinta, á treinta codos lejos, cerca del monumento del pontífice. Llegando, pues, ya sus montes é ingenios, Juan minó por bajo hasta llegar á los montes de los romanos, que estaban en la parte de la torre Antonia: puso unos maderos gruesos, que sostuviesen la obra, y dentro mucha leña untada de pez y betun; lo cual hecho, dióle fuego, por lo cual, quemados los fundamentos que la sostenian, se hundió la mina muy repentinamente, y los montes cayeron con gran sonido de la mina: levantóse un humo grande con el polvo hácia arriba, porque lo que habia caido tenia cerrado el fuego, y consumida la materia que lo cerraba y cubria: la llama comenzó á parecer y descubrirse mas claramente. Viendo los romanos aquello, sobrevenido tan de repente, espantáronse mucho y tenian gran pesar, por lo que los judíos habian hecho, por lo cual, pensando que ya habian vencido, resfrióseles con este caso la esperanza, y parecíales que seria cosa sin provecho resistir al fuego, pues aunque lo apagasen del todo, habia de aprovecharles poco, pues estaban ya destruidos los montes é ingenios que habian hecho. Dos dias después, Simon con sus compañeros, acometen á los otros, porque por esta parte habian comenzado á combatir y derribar el muro los romanos con los ingenios suyos, llamados arietes ó vaivenes; y un hombre llamado Teppeo, natural de Garsa, ciudad de Galilea, y Megasaro, criado de la reina Mariana, y con estos un adiabeno, hijo de Nabateo, llamado por caso Agiras, que quiere decir cojo, arrebatando fuego en sus manos, fueron corriendo á ponerlo en las máquinas de Tito. No hubo quien se mostrase mas valiente que estos soldados, mas atrevido para toda cosa, ni tampoco mas espantoso: porque así arremetieron como si fueran á verse con amigos suyos y no se detuvieron, como que fuesen contra enemigos; antes entrando con ímpetu y con fuerza por medio de todos los enemigos, dieron fuego á las máquinas que Tito habia mandado hacer: echados con muchos dardos y saetas, con las espadas no los pudieron derribar, ni hacer volver atrás antes de haber puesto fuego á todo lo que pretendian quemar. Levantada la llama en alto, salian los romanos de sus tiendas para socorrer al fuego; y los judíos desde el muro adonde estaban los embestian, y trabábanse á pelear con los que venian á defender que no entrase en todo el fuego, no perdonando en algo al trabajo y peligro de sus cuerpos: trabajaban los romanos en tirar sus ingenios que llamamos arietes de en medio del fuego, viendo que la cosa con que estaban cubiertos ya se quemaba; y los judíos por el contrario mostraban sus fuerzas en retenerlos, sin tener miedo, ni al fuego ni á las llamas; y aunque alcanzasen con sus manos el hierro ardiente, no por eso lo dejaban, ni perdieron los arietes. De aquí pasó el fuego á los montes, y antes eran quemados y hechos todos fuego, que pudiesen socorrerles ni defenderlos. De esta manera, pues, rodeados de fuego los romanos y de llamas, pensando no poder ya defender sus obras, desesperados se recogieron á su campo y tiendas. Los judíos viendo esto, mas los perseguian: acrecentábaseles mucho cada hora el ejército, viniéndoles gran ayuda de los de la ciudad, y confiados en la victoria que les sucedia, descuidábanse algo mas de lo que debian; y saliendo hasta los fuertes del campo de los romanos, peleaban allí con los que estaban de guardia. Habia guardias diversas de gente de armas, repartidas por sus horas sucesivamente: las leyes que los romanos tenian en esto eran muy severas y muy exactamente guardadas de tal manera, que quien quiera que se moviese de su lugar, por cualquiera causa que fuese, era muerto: por lo cual preciando y teniendo estos en mas morir gloriosamente y con buen nombre, que haber de morir así como así por haber huido, estuvieron muy firmes, y por verlos en trabajo y en tan gran necesidad, muchos de los que huian volvieron; y ordenando sus ballesteros por el muro, impedian que la gente que venia de la ciudad sin armas algunas para defenderse y guardar sus vidas y cuerpos no osase llegar. Peleaban los judíos con todos los que les venian delante, y echándose á las lanzas de los enemigos, heríanlos con sus mismos cuerpos; pero no vencian estos mas por sus hechos, que por la esperanza que tenian: por otra parte, los romanos les daban lugar, mas por ver el atrevimiento grande de los judíos, que por el daño que les hacian. Habia ya venido Tito de Antonia, adonde habia ido, por ver en qué lugar fuese mejor levantar los otros montes: y habiendo reprendido gravemente á sus soldados, por ver que teniendo los muros de los enemigos en su poder sin peligro, eran dañados en los suyos propios, y por ganar lo ageno, perdiesen lo que era de ellos: y dejando salir de su poder á los judíos como de la cárcel, para que salidos les hiciesen daño, y les quebrasen las cabezas, haciéndoles padecer lo que padecerian, si estaban cercados. Tito, pues, con gente muy escogida cercó á los enemigos por el un lado; y como estos fuesen heridos por delante, estaban muy firmes todavía, peleando contra los romanos; y trabada la gente y la pelea, el polvo que levantaban quitaba la vista de los ojos: y eran tan grandes los clamores, que no habia quien se oyese, ni podian conocer quién era de los suyos, ni quién de

los contrarios, quién amigo, ni quién enemigo. Perseverando los judíos, no tanto por confiar mucho en sus fuerzas, cuanto por estar ya del todo desesperados, tambien los romanos se esforzaron, y tomaron gran ánimo por la vergüenza de las armas y de su honra de ellos y gloria, y por estar su capitan y emperador presente en el mismo peligro. Por lo cual osaria pensar que pelearan hasta el fin con la ferocidad de ánimos que tenian, y que acabaran y consumieran entónces toda la muchedumbre de los judíos que habian salido, si estos no se recogieran presto á su ciudad, huyendo el peligro de la batalla. Todavía, aunque esto les habia sucedido bien, estaban aun muy tristes los romanos por ver sus máquinas y cuanto habian hecho en tanto tiempo, y con tanto trabajo, destruido tan presto y tan prontamente, y aun habia muchos que viéndolo desesperaban de poder tomar la ciudad en algun tiempo.

XIII. Estaba Tito deliberando y tomando parecer de sus capitanes, sobre lo que se debia hacer; á los mas viejos y mas ejercitados, parecíales que con toda la gente combatiesen el muro: porque aunque los judíos habian peleado con alguna parte del ejército, pero á todo junto no lo podrian sostener ni sufrir, con tal que les cubriesen de saetas. Los mas prudentes, persuadian que levantase otra vez sus montes y fuertes. Otros decian que podian combatirlos y asentar su campo sin hacer esto, teniendo solamente cuenta y miramiento con que no saliesen, aconsejando mucho que se hiciese gran diligencia en procurar, que en ninguna manera pudiesen ser provistos de mantenimientos, dejándolos perecer á todos de hambre: porque no convenia trabarse á pelear con los enemigos, cuya pertinacia era invencible, los cuales no deseaban sino morir peleando ó aun matarse ellos mismos sin hierro, lo cual es mas cruel y mas desenfrenada codicia. No le parecia cosa honesta á Tito estarse sin hacer algo, teniendo tan grande ejército consigo: y por otra parte, parecíale tambien ser trabajo perdido pelear con gente, que no podia ella misma dejar de perderse muy presto. Tenia por muy trabajoso edificar otra vez sus fuertes y montes, por la falta que tenia de aparejos para ello, y por mucho mas difícil guardar, que los judíos no pudiesen salir de la ciudad: porque no podia cercarla con su ejército por la grandeza y lugares ásperos y difíciles que en algunas partes de su cerco habia, ni podia proveer que no saliesen á correr: porque ya que él les quisiese cerrar el camino hecho, los judíos hallarian otras vias secretas, tanto por la necesidad que de ello tenian, cuanto tambien por saber muy bien la tierra: pues si hacian algo secretamente, seria para mas alargarles el cerco; y era cosa digna de temer, que por detenerse mucho tiempo, no se disminuyese la gloria de la victoria. Y todo era posible hacerse, pero antes de alcanzar esta hora, convenia hacer su diligencia: y para poner esta en efecto y usar en todo de buen consejo y prudencia, conoció que debia cercar de muro la ciudad. Porque de esta manera estaria cerrado el paso y todas las partes, porque los judíos no saliesen; y que entónces, viéndose de todas maneras desesperados, habian, ó de entregarles la ciudad, ó vencidos por el hambre que padecerian, serian presos muy presto, y muy fácilmente; porque de otra manera era imposible que ellos reposasen. Pues de levantar los montes tambien dijo que se acordaria; pero nó antes que los enemigos que lo prohibiesen fuesen menos. Y si alguno le parecia obra demasiada y muy difícil, debia considerar que no convenia á los romanos detenerse en cosa tan poca; antes les era propio poner trabajo en cosas importantes, pues sin trabajo no es posible hacer cosa grande. Habiendo con tales palabras aconsejado y animado á sus capitanes, mandó que cada uno ordenase y dispusiese su gente en la obra. Tomáronla los soldados maravillosamente muy á pecho; y repartiendo entre sí el cerco, no solo contendian entre sí los mismos regidores, por quien mas diligentemente trabajaba, pero aun tambien las órdenes y compañías de la gente. Estaban repartidos de tal manera, que el que mandaba á diez hombres, tenia cuenta con satisfacer y contentar á su cabo de escuadra: este al caporal, el caporal á los capitanes de mil hombres: estos á los coroneles y general del campo, de los cuales venia después á Tito, el cual cada dia iba mirando á todos, y reconociendo la obra que hacian. Comenzando el muro del campo de los asirios adonde él habia puesto su campo, trájolo hasta la nueva villa baja, y luego de aquí, volviendo por Cedron, al monte Eleon, tomó el monte de las Olivas por la parte del mediodía, hasta la piedra que llamaban Peristereonos, y por el collado que le está cerca encima del valle de Siloa; y volviendo de aquí el edificio á la parte occidental, descendió al valle de la fuente; y de aquí entrando por el monumento del pontífice Ánano, rodeando el monte adonde habia puesto su campo Pompeyo, volviendo hácia el septentrion, de donde alargándose por el lugar llamado Erebintónico, cerró después de este el monumento de Herodes, por el oriente, y juntólo con su campo, hasta donde habia comenzado. Era el cerco del muro un estadio menos grande de cuarenta: edificó por defuera cerca de él trece castillos, los cuales tenian cerco de diez estadios. Fué edificada toda esta obra en tres dias; y siendo cosa que parecia requerir muchos meses, apenas era creible, que hubiese sido posible acabarse tan presto. Cercada, pues, ya la ciudad con el muro, y puesta gente de guarnicion en los castillos, él mismo hacia la primera guarda de la noche; la segunda hacia Alejandro, la tercera cupo á los capitanes de las legiones. Tenian tambien las horas de guarda ordenadas por fuertes, é iban toda la noche guardando y mirando muy diligentemente todo el cerco de los castillos.

XIV. Fuéles quitada á los judíos la licencia y facultad que tenian de salir, y con esto perdieron el esperanza de alcanzar salud ni poder salvarse; la hambre habia ya entrado en todas las casas generalmente y en todas las familias. Estaban las casas llenas de mujeres muertas de hambre, y de niños, y las estrechuras de las calles estaban tambien llenas de hombres viejos muertos: los mozos y mancebos andaban sin color casi como muertos por los mercados y plazas; y cuando sucedia que alguno muriese, todos quedaban muy amedrentados, pues no podian sepultar los muertos por el gran trabajo: y aquellos en quien aun alguna fuerza quedaba, avergonzábanse y no podian hacerlo, parte por ver tanta muchedumbre, y parte tambien porque no sabian el fin que ellos mismos habian de alcanzar. Morian finalmente muchos encima de los que sepultaban: muchos huian á sepultarse vivos antes de llegarse el fin de sus dias, y no se oian en tan grandes males, llantos ni gemidos, porque el hambre grande que padecian no daba lugar para ello. Los que morian postreros miraban á los muertos primeros con los ojos muy secos y sin virtud para poder echar una lágrima, y con las bocas y vientres corrompidos. Estaba la ciudad con gran silencio, toda llena de tinieblas de la muerte, y aun los ladrones causaban mayor amargura y llanto que

todo lo otro. Vaciaban las casas que no eran entónces mas que sepulcros de muertos, y desnudaban los muertos; y quitándoles las ropas y coberturas de encima, saliánse riendo y burlando. Probaban en ellos las puntas de sus espadas; y por probar ó experimentar sus armas, pasaban con ellas á algunos que aun tenian vida. Cuando alguno les rogaba que le ayudasen ó que acabasen de matarle por librarse del peligro del hambre, era menospreciado muy soberbiamente. Los que morian, volvian sus ojos hácia el templo, pesándoles y sintiendo mucho que dejaban vivos á los revolvedores solamente. Estos al principio con gastos públicos tenian cuidado de hacer sepultar los muertos, no pudiendo sufrir el hedor grande; pero no bastando después á ello, por ser tantos, no hacian sino echarlos por el muro en los valles y fosos. Como Tito, que andaba rodeando la ciudad, los viese tan llenos de cuerpos muertos, y la corrupcion que de ellos salia por estar podrecidos, condolióse mucho y gimió, y extendiendo las manos altas á Dios, decia con alta voz que no era él causa de tanto daño: de esta manera, pues, estaba toda la ciudad. Viendo los romanos que ninguno de aquellos revolvedores osaba salir, porque ya la tristeza y hambre tambien les tocaba, pasaban sus dias con placer, teniendo abundancia de trigo y de todo mantenimiento, el cual traian de Siria y de todas las otras provincias vecinas y cercanas de allí. Muchos de los que estaban cerca de los muros, mostrándoles la gran abundancia que tenian de pan y mantenimientos, encendian mas con esto el hambre de todos. Con estas destrucciones y daños no se movieron aquellos revolvedores y sediciosos que dentro de la ciudad estaban, y sintiéndolo mucho Tito y teniendo compasion de todo el pueblo que vivo quedaba, dábase priesa por librar á lo menos á los que quedaban. Por lo cual comenzaba otra vez á levantar sus montes, aunque dificultosamente podia alcanzar el aparejo y materia, á lo menos la que era para ellos necesaria: porque en levantar los primeros, habian ya gastado todas las selvas vecinas de la ciudad; pero los soldados proveian todavía de ello, lo cual traian de noventa estadios de allí lejos; y levantaban sus montes por cuatro partes delante de la torre Antonia, mayores aun que no habian sido los primeros. Iba Tito rodeando la obra, animando su gente; y dándoles prisa á todos, mostraba claramente á los ladrones que ya estaban en sus manos. Pero, ellos habian ya perdido todo su arrepentimiento: y serviánse de sí mismos como de cosas extrañas y ajenas, ó como si no tuviesen ambas cosas juntas; es á saber, sus almas y sus cuerpos: porque, ni ellos tenian en sus almas señal alguna ni aficion de mansedumbre, ni sentian en sus cuerpos el gran dolor que los atormentaba; antes despedazaban como perros los muertos, y encarcelaban á los enfermos que se quejaban.

XV. Simon en fin mató á Matías, el que le habia entregado la ciudad, después de haberle hecho padecer muchos tormentos. Era este, hijo de Boeto, el mas fiel y mas amado por el pueblo de todos los pontífices. Este, siendo el pueblo mal tratado por los zelotas, con los cuales se habia ya juntado Juan, habia persuadido á todos, que tomasen en su ayuda á Simon, sin hacer con él pacto ni concierto alguno, y sin temer algun mal. Habiendo este entrado, después de haber sojuzgado á su mandado casi toda la ciudad, decia que Matías era enemigo no menos que todos los otros: habiendo este con su consejo favorecido á Simon, decia que lo hacia de simpleza; y así sacándolo en público, y acusándolo, diciendo que consentia con los romanos, condenó á muerte á él y á tres hijos suyos, sin darles tiempo para excusar ni defender su causa; el cuarto habia antes huido á Tito. Y como le rogase que le matase á él primero que á sus hijos, pidiendo esto por merced de la que le habia hecho en recibirle dentro de la ciudad: por acrecentar mas su dolor, le mandó matar postrero. Y así fué muerto sobre sus hijos, los cuales fuéron muertos en su presencia, y fué sacado delante de los romanos: porque así lo habia mandado hacer Simon á Anano, hijo de Bamado, el cual era el mas cruel de todos los de su guarda, diciendo con mentira, que los viniesen á ayudar aquellos á quien querian ayudar; y prohibió que fuesen los cuerpos sepultados. Después de esto mandó matar al pontífice llamado Ananías, hijo de Masbalo, varon noble, escribano de la corte y valeroso, el cual descendia de Amaunta; y con estos otros quince los demás en nombre de todo el pueblo. Guardaban muy cerrado al padre de Josefo; y enviando un pregonero, publicaron que ninguno de los que vivian en la ciudad hablase ni se juntase con él, so pena de ser tenido por traidor: y á los que veian quejarse por esto antes de venir en pleito los mataban. Viendo esto un hombre, llamado Judas, hijo de Judas, que era uno del número de los adelantados de Simon, el cual estaba en guarda de la torre que le habian encomendado, movido por ventura de lástima y misericordia de los que cruelmente perecian, pero principalmente por proveerse él y salvarse, convocando diez de los suyos los mas principales, les dijo: ¿hasta cuándo habemos de sufrir nosotros tantos males? ¿ó qué esperanza tenemos de salvarnos, guardando la fé y guardando lealtad con tan mal hombre? Ya veis que nos combate el hambre; los romanos están casi dentro; Simon se nos muestra justamente infiel con lo que merecemos; veis el miedo que tenemos si quedamos con él, y la certidumbre tambien de la amistad de los romanos. Ea, pues, ahora rindamos el muro, y guardemos de esta manera nuestras vidas, y juntamente con ellas la ciudad: no por esto sufrirá Simon algo peor de lo que merece, si desesperando fuere mas presto muerto. Habiendo los otros diez conformado con este, luego en la mañana, porque no se descubriese algo de lo tratado, dejó ir á todos los que consigo tenia por diversas partes, y quedando él en la torre, llamaba en voz alta á los romanos: estos le menospreciaban; los unos con soberbia, los otros no le creian; otros se afrentaban, como que presto hubiesen de tomar la ciudad sin trabajo alguno. Como en este medio llegase Tito al muro con gente de armas, entendió Simon antes el negocio, y vino á ocupar luego la torre, y mirándolo los romanos, mató á todos los que estaban dentro, y echó los cuerpos de los muertos por el muro abajo; andaba por allí Josefo, porque no dejaba de irles rogando, é hiriéndole en la cabeza con una piedra, atónito y sin sentido cayó. Viendo los judíos que habia caido, luego diligentes corrieron para tomarle, y fuera cierto preso y llevado dentro de la ciudad, sino fuera porque César envió presto gente que le guardase y defendiese: peleando, pues, ellos con los romanos, fué sacado de allí en medio Josefo, sin sentir algo ó muy poco lo que se hacia, y los sediciosos y revolvedores dieron muchas voces de alegría, como que fuera muerto aquel á quien todos deseaban matar: esparcióse esta nueva por la ciudad, y todo el otro pueblo, ciertamente con ella se dolió mucho, pensando que á la verdad habia sido muerto aquel, por cuyo medio pensaban ellos escapar. La madre de Josefo, que estaba en la cárcel, habiendo oido que su hijo era muerto, dijo á los guardas, que

era gente de Jotapata, que ella sin duda lo creia, y que ya no podia gozar de él vivo: dijo tambien llorando secretamente á sus criadas, que este era fruto de su parto que habia tenido, y no le era lícito sepultar á su hijo, de quien esperaba ella ser sepultada; pero no fué mucho tiempo engañada ni congojada con la mentira, ni aquellos ladrones de la ciudad con ello se convirtieron, porque luego curada la herida de Josefo, cobró el sentido y sanidad, y saliendo á ellos gritaba, que antes de mucho seria vengado de la herida que ellos le habian hecho. Aconsejaba otra vez al pueblo á que se rindiese, y viéndole el pueblo tomó nueva esperanza, y los revolvedores y amotinados tambien se espantaron mucho por la misma causa: los que habian huido saltaban, los unos por los muros, por serles necesario, otros tomaban en sus manos piedras, y fingiendo que iban á pelear se salian y venian á los romanos; pues mas grave y mas adversa fortuna les sucedia entónces, que la que dentro la ciudad habian endurecidamente sufrido, la hartura que en poder de los romanos hallaban les causaba mas presto la muerte, que no el hambre que dentro de la ciudad habian sufrido: venian hinchados y llenos de cierta acuosidad entre el cuero y la carne por causa del hambre que habian padecido, é hinchando los cuerpos que habian antes tenido tan vacíos de viandas y bebidas reventaban, sino que algunos de los mas discretos templaban sus deseos en el comer, y avezaban poco á poco sus cuerpos á lo que estaban tan desacostumbrados: pero aun estos que de esta manera se guardaban fuéron llagados de otra llaga. Entre los de Siria fué hallado uno que sacaba dinero y oro de su cuerpo, porque segun antes dijimos, se lo tragaban de miedo que los amotinados y revolvedores no lo robasen, mirando y buscándolos todos, y hubo dentro de la ciudad gran número de tesoro, y solian comprar entónces por doce dineros lo que antes compraban por veinte y cinco. Descubierto esto por uno, levantóse un ruído y fama de ello por todo el campo, diciendo: que los que huian venian llenos de oro: sabido por los árabes y sirios que habia, amenazábanles que les habian de abrir los vientres: no pienso por cierto que tuvieron matanza mas cruel los judíos entre todas cuantas padecieron, que fué esta; porque en una noche abrieron las entrañas á dos mil hombres. Sabiendo Tito tal injusticia como se habia hecho, casi quisiera mandar á su gente de á caballo que alanzasen á todos los que tal habian cometido, si no fuera por ver la muchedumbre grande que tenia culpa en lo hecho, y habian de ser castigados muchos mas que no habian sido los muertos: mas convocando los capitanes de la gente romana, y de la que por ayuda le era dada de reyes extranjeros, porque tambien habian entendido en esto algunos de los soldados romanos, decia á todos muy airado: si algunos de mis soldados cometieran tal por alguna ganancia incierta se avergonzaran de haberse armado, y valido de sus armas por ganar oro y plata, pues los árabes y sirios en guerra que por otros hacen, cometen cosas con demasiada licencia; y atribuyen la crueldad en el matar, y el odio contra los judíos á los romanos: dijo tambien, que sabia haber algunos de sus soldados que tenian parte en esta matanza, á los cuales amenazó de hacer matar, si alguno de ellos fuese otra vez hallado en semejante caso y atrevimiento; mandó á sus legiones que hiciesen diligencia en saber quiénes habian entendido en este caso, y que se lo trujesen delante: pero en fin la avaricia todo suplicio menosprecia; y los hombres que de sí son crueles, todos son muy deseosos de ganar, y no hay adversidad ni daño tan grande que se pueda comparar con la avaricia y deseo de tener mas, porque todas las otras tienen término, y con el miedo se refrenan. Dios omnipotente, que tenia ya condenado á este pueblo, habíales hecho que todos los caminos que para salvarse tenian les fuesen convertidos en destruccion grande; y si alguno se huia á ellos, antes que los romanos lo viesen, lo despedazaban, y secretamente ejecutaban lo que el emperador les habia á todos prohibido, y así sacaban un provecho muy ilícito y nefando de las entrañas de otro; pero el oro en pocos era hallado, aunque con la esperanza eran los mas de ellos consumidos y muertos. Este caso, pues, hizo que muchos de los que huian se volviesen.

XVI. No habiendo ya que robar en el pueblo, Juan se puso á hacer sacrilegios, y dar saco al templo, y hurtó muchas cosas de las que habian presentado, y muchos vasos de los necesarios para el servicio y honra divina, muchas copas, tazas y mesas, y aun tampoco dejó de tomar aquellos jarros que Augusto César, emperador, habia presentado. Los emperadores romanos habian siempre honrado mucho el templo, y habian presentado muchos ornamentos, y entónces un natural judío los destruia y sacaba: decia á sus compañeros, sin miedo alguno, que debian mal usar de las cosas sagradas, y que los que guerrean por la honra de Dios y por la del templo, debian ser alimentados y mantenidos con las riquezas que él tenia, y que por tanto les era cosa muy lícita derramar el aceite que los sacerdotes para sus sacrificios guardaban y conservaban, tomar el vino mas sagrado, por lo cual lo repartió entre toda su gente, y ellos se untaban y bebian de él, sin algun acatamiento: pues no dejaré de decir lo que el dolor me fuerza que no calle. Pienso que si los romanos se detuvieran algun tiempo, y tardaran en venir contra esta gente tan mala, ó que la tierra se abriera y tragara la ciudad, ó pereciera por diluvio, ó que habia de padecer y ser abrasada con el fuego de Sodoma, porque muy peor y mas impía era esta gente, que aquella que lo habia padecido: murió finalmente todo el pueblo y pereció por la pertinacia y desesperacion de estos. ¿Qué necesidad hay ahora de contar particularmente las muertes que dentro se hicieron? Manneo, hijo de Lázaro, habiéndose pasado á Tito, dijo: que por una puerta, la cual le habia sido á él encomendada en guarda, habian sacado de la ciudad ciento quince mil ochocientos y ochenta hombres muertos: desde el dia que fué puesto el cerco á la ciudad, es á saber, desde los catorce de abril hasta el primero de julio, pues este número es ciertamente muy grande y no estaba él siempre en la puerta; pero repartiendo y pagando á los que sacaban los muertos, habíalos de contar por fuerza, porque los otros que morian eran sepultados por sus parientes y allegados: la sepultura que les era dada era echarlos fuera de la ciudad. Además de esto los nobles que habian huido decian que era el número de todos los pobres que habian sido muertos mas de seiscientos mil, y que el número de los otros no era posible decirlo, pero no pudiendo bastar á sacar los muertos pobres, habian sido los cuerpos recogidos en casas muy grandes, y la mesura del trigo haber sido vendida por un talento. Cuando fué la ciudad cercada de muro, no siéndoles ya lícito ni posible coger, ni aun las yerbas, fueron algunos necesitados y forzados á escudriñar los albañares, y se apacentaban con el estiércol antiguo de los bueyes allí cogido, cosa indigna de ver, y esto les era mantenimiento. Oyendo los romanos estas cosas, fueron movidos á misericordia grande y compa-

sion; pero los bellacos, revolvedores y sediciosos, por verlo no se arrepentian, antes sufrian que tal necesidad llegase hasta este punto: su ventura y suerte los habia cegado, y la destruccion que ya estaba muy cerca de ellos y de la ciudad.

LIBRO SÉPTIMO.

ARGUMENTO DE ESTE LIBRO.

I. De cómo fueron minados los muros y quemados los montes de los romanos, y de cómo Sabino defendia el muro.—II. De cómo los romanos acometieron la torre Antonia, y cómo fueron de allí echados por los judíos.—III. Del esfuerzo de un soldado romano llamado Julian.—IV. De la habla y razonamiento que Josefo hizo á los judíos, para que se rindiesen, y el socorro que estos tuvieron.—V. De cómo se renovó la pelea: cómo otra vez se ordenaron las trincheras, y de lo que los judíos hacian.—VI. De cómo los romanos perecieron en las llamas y fuego, engañados por los judíos, y de lo que un hombre llamado Artorto hizo.—VII. De la hambre de los judíos.—VIII. De una mujer que habia cocido á un hijo suyo por causa de una gran hambre.—IX. Cómo fué combatido el muro, y del incendio del templo.—X. Cómo fué encendido y quemado el templo contra la voluntad de Tito.—XI. De los sacerdotes y destruccion del Gosofilacion ó tesoro del templo.—XII. De las señales principales que precedieron y se mostraron antes de la ruina y destruccion de Jerusalen.—XIII. Del imperio de Tito, y de cómo los sacerdotes fueron muertos.—XIV. De los robos que los sediciosos hacian y cómo fué la ciudad interior quemada.—XV. Cómo fué combatida la superior ó mas alta parte de la ciudad, y cómo algunos judíos se pasaron y huyeron á Tito.—XVI. Cómo los romanos ganaron toda la otra parte que de la ciudad quedaba.—XVII. Del número de los que tomaron cautivos y de los que murieron.—XVIII. En el cual se escribe brevemente una historia de las cosas de Jerusalen.—XIX. Del premio y remuneracion que los soldados hubieron por haber bien peleado.—XX. De la navegacion de Vespasiano y de la prision de Simon y espectáculo que fué hecho en su fiesta.—XXI. De la destruccion de los judíos hecha en Antioquía.—XXII. De qué manera volviendo Vespasiano fué recibido de los romanos.—XXIII. En el cual se cuentan los hechos de Domiciano contra los alemanes y franceses.—XXIV. Del rio Sabático que pasa por el reino de Agripa, y del triunfo celebérrimo hecho en Roma á Vespasiano y á Tito.—XXV. Cómo Varon tomó á Heredio y á Maquero.—XXVI. De los judíos que mató Baso, y cómo la tierra de Judea fué vendida.—XXVII. De la matanza que fué hecha en los del rey Antioco, y de la salida de los alanos contra Armenia.—XXVIII. Cómo fué el castillo fuerte de Masada destruido y abrasado.—XXIX. De cómo fueron muertos los matadores que habian huido á Alejandría y á Tebas.—XXX. Cómo fué cerrado el templo de Onías que estaba en Alejandría.—XXXI. De los judíos que fueron muertos en Cirene.

I. Las muertes de los judíos cada dia iban de mal en peor, encendiéndose los revolvedores cada dia mas viéndose cercados con tanta adversidad, pues estaban ya ellos con todo el pueblo aquejados del hambre. La muchedumbre de los muertos, que dentro de la ciudad habia, era espantable de ver y daba un hedor muy pestilencial, el cual detenia la fuerza y corridas de los que peleaban: porque eran forzados á pisar los muertos, no menos que si estuviesen en el campo ó en la batalla, de los cuales era el número muy grande y los que los pisaban, ni se compadecian de ello, ni se amedrentaban, ni aun tenian por mal agüero ver la afrenta de los muertos. Y ensuciados con las muertes de sus propios ciudadanos, preparábanse ya y aparejábanse para la guerra con los extranjeros, casi como injuriando á Dios, segun á mí me parece, porque tardaba tanto en darles el suplicio y castigo que ellos merecian: porque la mayor parte de ellos peleaba, nó porque tuviesen esperanza de alcanzar salud, sino solamente por verse desesperados, y esto era parte para pelear más ferozmente. Los romanos aunque trabajaban mucho en juntar el aparejo para lo que edificaban, todavía levantaron sus fuertes en espacio de veinte y un dias; derribados todos los bosques para ello y cortados todos los árboles, que habia noventa estadios al rededor de la ciudad. Lo que se mostraba de la tierra movia á gran compasion: porque lo que antes solia estar lleno de árboles, y tan adornado que parecia un paraíso, entónces se mostraba desierto, cortados todos los árboles que movian deleitacion grande, ni habia extranjero alguno que hubiese antes visto la ciudad y los arrabales que tenia muy alindados, el cual viendo en este tiempo la soledad y destruccion, pudiese dejar de llorar ó gemir, por ver cuánto daño habian hecho las revueltas y mutaciones al estado que los antiguos solian tener. Habia destruido la guerra todas las cosas señaladas y de gentileza que habia, de tal manera, que si alguno viniera de nuevo, el cual hubiese visto esta ciudad antes, cuando estaba en su integridad floreciente, no la conociera ciertamente, antes estando con sus ojos presente la buscara. La obra acabada de los fuertes era principio de temor nuevo, no menos á los romanos que á los mismos judíos: porque estos pensaban ya ser sin duda presa de la ciudad, si no ponian diligencia en no ponerles otra vez fuego; y los romanos por otra parte no tenian por ventura voluntad de hacer otros, si les destruian estos, porque ya la materia para ellos les faltaba; y faltaba tambien el esfuerzo á los soldados para otro tanto trabajo, porque ya habian perdido parte del buen ánimo que antes tener solian, con haber sido tantas veces ofendidos. La matanza que dentro la ciudad se hacia causaba mayor dolor y tristeza á los romanos, que á los mismos ciudadanos que en la ciudad vivian: porque para los males que de allí les nacian, tenian tambien gente de guerra, no menos diligente que los judíos mismos, de la cual se servian: pero perdian la esperanza, viendo que sus fuerzas eran deshechas con las asechanzas que les hacian: las máquinas, con la fortaleza de los muros y sus manos, eran vencidas en las peleas, y con el atrevimiento grande de los judíos; y principalmente por ver que con tener tantas revueltas dentro de la ciudad, tanta hambre y tanta guerra, estaban los judíos mas animosos, por lo cual pensaban serles imposible acabarlos de vencer, y que la grandeza del ánimo que se cria y sustenta con adversidades es invencible: porque ¿quién podrá resistir con prosperidad á los que con males y adversidades demuestran y levantan con mayor ánimo su valor? por lo cual los romanos se proveian de guardas mas diligentemente. La gente de Juan estaba en la torre Antonia, y proveíase para lo que temian, si por ventura era el muro derribado; y antes que las máquinas y montes dichos se asentasen, daban diligencia en resistir á ello, pero todo el trabajo que en ello ponian era perdido; porque habiendo acometido el fuerte de los romanos con fuego que en él quisieron poner, engañóles la esperanza y hubieron de volver atrás y recogerse: al principio parecia que no tenian un consejo, ni estaban entre sí concordes, saliendo poco á poco y á sus tiempos con miedo, y, para que concluya, nó segun los judíos tenian de costumbre, porque les faltaba todo lo que antes les solia ser propio, es á saber, la audacia, el correr, la fuerza general y el no volver atrás sin hacer daño á los enemigos; pero habiendo salido con menos fuerza que antes solian, ofendieron todavía á los romanos mas prontamente que tenian antes acostumbrado: porque tenian estos cercados sus fuertes con tanta diligencia con sus cuerpos y armas, que no dejaron camino ni vía alguna para ponerles otra vez fuego en ellos; y

confirmados sus ánimos se esforzaron tanto, que ninguno se movia de su lugar antes de ser derribado y muerto: porque además de estar desesperados ya de toda cosa, si les eran quemadas aquellas obras y fuertes que habian hecho, quedaban todos muy avergonzados si la virtud de los romanos era vencida por las astucias de los judíos, ó sus fuerzas y armas por la temeridad y atrevimiento de estos, ó la experiencia y saber que ellos tenian en las cosas de la guerra, por el número y muchedumbre de los judíos, ó finalmente por ser ellos romanos y estos ser judíos. Ayudábanse con sus saetas, dardos y lanzas, las cuales tiraban contra los que delante venian; y el que caia primero era impedimento al que le seguia, y el peligro de los primeros amedrentaba y enternecia á todos los que seguian postreros. Pues los que osaban llegarse á un tiro de saeta, los unos espantados por ver la disciplina y uso que los enemigos en la guerra tenian, otros heridos con las lanzas habian de volver atrás y recogerse: y al fin reprendiendo el uno al otro de cobarde, volviánse todos sin acabar. Antes del primero de julio comenzaron á combatir; pero habiéndose ya partido de allí los judíos, pusieron los romanos todo lo que tenian hecho y aparejado, aunque les tiraban muchas piedras y otras armas y mucho fuego de la torre Antonia, y llegaron tambien todas las armas que pudo la necesidad darles contra sus enemigos: porque aunque los judíos confiaban mucho en sus muros, los cuales eran muy fuertes, y aunque menospreciaban las máquinas todas de los romanos, todavía trabajaban en impedirlos y hacer que no llegasen á ellos. Pensando, pues, los romanos que los judíos trabajaban en hacer que la torre Antonia no recibiese daño alguno por estar ya los muros menos fuertes; y pensando que los fundamentos de esta torre no eran tan fuertes como quisieran, trabajaban en resistirles. Con todo esto, no se hacia señal, ni se mostraba algo de todos los golpes que daban en los muros; y los judíos, aunque les tiraban y recibian muchos golpes de saetas y dardos, trabajaban en defenderse y destruir los fuertes de los romanos, sin temor alguno de peligro, pero como pudiesen menos y fuesen mas flacos, porque eran quebrantados con las piedras, haciendo los unos pavesas de sus escudos, por guardar sus cuerpos, con las manos y con hierros trabajaban en minarles los fundamentos. Quebrantadas cuatro piedras con el contínuo trabajo, sobrevino la noche y hubieron todos de dejar lo comenzado y reposarse; y roto el muro con los arietes por aquella parte donde le habia Juan minado para derribar los fuertes primeros, cayó súbitamente por haberse roto el asiento en que se sustentaba; pero ambas partes recibieron alegría sin esperarla por este suceso: porque los judíos que debian haber tristeza, por haberles sucedido tan gran ruina sin haberse proveido contra ella, confiábanse, pues veian que les quedaba la torre Antonia: la alegría que los romanos tuvieron por ver los muros derribados, sin pensarlo fué presto perdida, cuando vieron el nuevo muro que Juan habia por dentro edificado; mas todavía les parecia que seria mas fácilmente combatido y derribado, que no el primero: porque el otro que estaba derribado tenia mas fácil la subida, y el muro era menos firme y menos fuerte, por ser reciente y mas nuevamente edificado que la torre Antonia, por la cual pensaban que podria ser mas presto destruido. Ninguno con todo osaba subir por él, sabiendo que el primero que á ello se atreviese tenia cierta la muerte. Pensando Tito animar á sus soldados y levantarlos con la esperanza y razonamiento, y que con amonestaciones y promesas muchas veces los hombres suelen olvidarse y despreciar todo peligro, y muchas veces tambien la muerte; haciendo juntar todos los mas esforzados, hablaba con ellos experimentando sus ánimos de esta manera. Reprendidos merecen ser ciertamente como cobardes y hombres de poco ánimo los que aconsejan y animan á sus compañeros para cosas de poco, y que no hay peligro en alcanzarlas; y no menos los rogados que los que los ruegan: por lo cual yo saco que solamente es necesario el consejo en las dudosas; y la amonestacion á tal hora es buena, porque conviene entónces mostrar cada uno por sí particularmente sus fuerzas. Bien veo y aun digo que teneis gran trabajo en subir este muro, porque la subida es muy difícil; pero quiero probar ahora y mostraros claramente cómo á los que desean alcanzar nombre y gloria, conviene mucho que peleen con trabajo; y alcanzar las cosas dificultosas con dificultad y morir con gloria, es gentil cosa y nó de poco provecho, si los primeros lo hicieren valerosamente. Pues levante vuestros ánimos esto: cuanto á lo primero, que podrá causar espanto á otros algunos, ver el ánimo paciente de los judíos y la firmeza y constancia endurecida que en sus adversidades tienen. Los romanos, y mas los soldados que tienen costumbre de ejercitarse en la guerra, estando en paz, y vencer cuando están en ella; que sean vencidos por los judíos, ó con sus manos, ó con su ánimo, es cosa muy fea, principalmente estando ya en el fin de la victoria y teniendo en todo la ayuda de Dios por nuestra parte porque debeis entender todos, que cuantos daños de los judíos recibimos, de desesperacion proceden. Y con el favor de Dios, y virtud y esfuerzo vuestro cada dia crecen sus muertes y destrucciones: porque las sediciones y revueltas, el hambre, el cerco, el caerse los muros sin hacerles fuerza, ¿qué otra cosa pensais ser, sino la ira de Dios contra ellos, y para ayuda nuestra? No conviene, pues, mostrar que valemos menos que los que no valen; y tampoco conviene ser perezosos á lo que Dios nos ayuda y promete. ¿De qué manera no os parecerá cosa torpe y fea que los judíos, gente que no se afrenta mucho de ser vencida, avezados á estar sujetos y en servidumbre, menosprecian ahora la muerte y todos los peligros por libertarse y excusarse de ello; y vienen á correr entre nosotros, nó por tener esperanza de victoria, sino solo por mostrarse: y nosotros, vencedores de casi todo el universo y de los mares, á quienes no vencer es gran injuria, estarémonos sentados, ociosos y sin osar acometer una vez á los enemigos atrevidamente, aguardando que perezcan por el hambre y su fortuna, pudiendo principalmente con poco peligro acabarlo todo? Si finalmente subimos á la torre Antonia y si la ganamos, tenemos ciertamente ganada la ciudad: porque si conviniere pelear contra los que están dentro, lo que yo no creo, nos promete manifiestamente gran victoria sobre todos nuestros enemigos. Dejaré de alargarme ahora en aquellos que perecieron en la guerra; y en contaros el nombre inmortal de los que peleando murieron, y ruego y deseo la muerte en tiempo de paz á los que al contrario sienten, cuyas almas y cuerpos, juntamente en morir ellos perecen y son cubiertos en la sepultura. ¿Quién hay, si es valeroso, que no sepa que las almas libradas con esfuerzo por las armas en la guerra de la cárcel de sus cuerpos, el cielo purísimo y muy claro las recibe, y les da asiento entre las estrellas, donde después se muestran generosos, buenos y muy favorables á sus descendientes? Pero las que mueren por enfermedad del cuerpo, y pudricion, aunque sean limpias de todo pecado y muy santas, son cubiertas de tinieblas debajo de la tierra;

son muy olvidadas, consumiendo sus cuerpos, acabando sus vidas y pereciendo toda la memoria de ellos. Si la muerte es comun á todos, y es necesario pasar todos por ella, ya sabeis que morir con las armas es mas ligero, y de tener en mucho menos que morir con enfermedad: porque no le parece malo, ni se acobarda de pagar de grado sirviendo, lo que después así como así habia de satisfacer por deuda y obligacion. Tratado he de esto como que fuese imposible guardarse por mas que en ello se trabaje, pues esperanza deben tener de salud en peligros por grandes que sean, los que tienen ánimo y esfuerzo varonil. Cuanto á lo primero, lo que veis caido del muro, puédese fácilmente andar: lo que está entero, y no ha sido aun combatido, puede ser muy fácilmente derribado, y saliendo muchos de vosotros á efectuar esto, los unos animareis á los otros y sereis gran ayuda: vuestra constancia y firmeza en el pelear quebrantará fácilmente el ánimo y audacia de los enemigos; y podrá ser que si tomamos esta torre, habremos toda la ciudad sin algun derramamiento de sangre. Subiendo nosotros, ellos trabajarán en resistirnos y prohibirnos que no subamos; pero si una vez les hacemos algun ardid, ó si les mostramos nuestras fuerzas, trabajando en hacer con ellos lo que nos fuere posible, no podrán cierto defenderse, ni sostener nuestra fuerza. Pues de mí os hago saber, que quiero ser tenido por muy ruin y muy afrentado hombre, si al primero que viere atreverse á esto, no le satisfago de tal manera sus trabajos que le tengan todos envidia: y el que quedare con la vida sea capitan de sus iguales; y los que murieren en ello, alcanzarán premio muy bienaventurado. Diciendo esto Tito, todos los suyos temieron la grandeza del peligro que claramente veian: uno de ellos que estaba debajo una compañía de las suyas, llamado por nombre Sabino, natural de Siria, se mostró muy esforzado no menos en el ánimo que en sus propias fuerzas, aunque si alguno lo viera antes cuanto á su manera, no lo tuviera cierto por soldado: era un hombre negro, flaco, mas en flaco sugeto tenia cierto un ánimo muy grande y muy heróico, y en pequeño cuerpo tenia grandes fuerzas encerradas. Levantándose, pues, este primero, dijo: Á ti, César, me entrego de muy alegre y entera voluntad, y quiero subir primero que todos al muro; y deseo que sean mis fuerzas y voluntad, nó menos prósperas, que es tu suerte y buena dicha: si mi dicha no fuere tal cual es mi ánimo, y si el suceso no me corresponde prósperamente, sepas que quiero por tí morir, nó porque espere haber de aquí bien alguno ó librarme salvo, pero solo por haberlo así determinado. Cuando hubo dicho estas palabras, levantó su escudo, haciendo con él amparo á su cabeza; y con la espada en su mano, á las seis horas del dia venia para el muro; seguíanle de todos los otros algunos que querian serle iguales y semejantes en la virtud hasta número de once hombres. Iba Sabino muy adelante, y el primero de todos, movido con fuerza é ímpetu divino; y los enemigos le tiraban dardos y saetas infinitas, y dejaban tambien caer piedras muy grandes, las cuales derribaron á algunos de los once dichos. Poniéndose Sabino delante de todo lo que los enemigos tiraban, aunque iba cubierto de saetas, no cesó hasta ganar lo mas alto del muro, y hacer huir á todos los enemigos que allí estaban: porque amedrentados por ver sus fuerzas tan grandes, y pensando que venian muchos allí con él, no osaron detenerse. Quién, pues, no maldecirá á la fortuna en este caso que contrasta y trabaja siempre con envidia en resistir á la virtud é impide todas las hazañas memorables; porque este varon no erró en lo que habia emprendido; y sacudiéndole con una gruesa piedra cayó á tierra. De lo cual sucedió, que volviendo los judíos cuando le vieron solo y derribado á tierra, tiráronle infinitas saetas. Arrodillándose él como mejor podia y cubierto con su escudo, al principio vengábase de los enemigos, é hirió á muchos de los que á él se llegaban; pero con las muchas heridas que tenia hubo de aflojar su fuerza, y al fin, antes de morir, fué cubierto de saetas, varon digno y merecedor por su esfuerzo de mejor prosperidad y dicha. Cayó empero y pereció habiendo acometido una cosa no menos alta que fué su ánimo. Habia otros tres que estaban ya casi en lo mas alto y perecieron á golpes de piedras, y los ocho fueron sacados de allí y puestos en sus tiendas muy heridos: todo esto pasó el tercero dia del mes de julio.

II. Dos dias luego después juntándose veinte hombres de los que estaban de guarda por las trincheras, llamaron á un alférez de su compañía, y dos otros de una compañía de gente de á caballo á un trompeta, y á las nueve horas viénense poco á poco por la parte derribada á la torre Antonia, y degollando á las primeras guardas que hallaron durmiendo, ganan el muro y mandan dar señal luego á su trompeta, con la cual fueron todos los demás que habia despiertos, y dan á huir antes de ver la muchedumbre que habia subido al muro: porque el temor que tenian, y el sonido de la trompeta les representó, y fué causa que creyesen haber subido gran muchedumbre de enemigos. Oyendo César la trompeta, ordenó presto su ejército y sube él con los principales capitanes acompañado, y con mucha gente de su guarda; pero como los judíos se hubiesen recogido dentro de la ciudad en el templo, entraron tambien los romanos por las minas que Juan habia abierto, cuando derribó y deshizo las trincheras de sus enemigos. Y ordenados los amotinados y revolvedores de entrambas partes, trabajaban en echar á los romanos, tanto la gente de Simon cuanto la de Juan, con fuerza y ánimo grande: porque creian ser llegada ya la fin y destruccion general de todos, si los romanos alcanzaban á entrar en el muy santo lugar, el cual les fué principio de la victoria. Trabóse en la misma entrada una brava pelea, trabajando los romanos en ganarles por fuerza el templo, y los judíos en hacerlos recoger con las armas que de la torre Antonia tiraban. Las saetas y lanzas á ninguna de ambas partes aprovechaban: pero peleaban todos con las espadas desenvainadas. Estaba la gente tan mezclada, que no se podian conocer peleando de qué parte eran; y eso por ser el lugar muy estrecho, confundiendo tambien las grandes voces que se daban el entendimiento y los sentidos; y eran tantos los muertos de entrambas partes, y las armas y cuerpos derribados por tierra, que impedian á los que peleaban. Siempre que la una parte era mas débil y la otra mas fuerte, los mas débiles echaban al cielo muchas quejas, y los mas fuertes con esto mucho mas se animaban y esforzaban unos á otros. No habia lugar ni tiempo para huir, ni aun tampoco para pelear, pero habia muchas mudanzas de los que peleaban; y una vez la victoria se inclinaba á una parte, y luego después á otra. Los que estaban primeros eran forzados á matar ó á morir: no podian volver atrás, porque los postreros de cada parte impedian á los suyos que pasasen primero, y no habian dejado lugar alguno vacío entre los que peleaban: pero como el ánimo obstinado de los judíos venciese la destreza que los romanos en pelear tenian, ya que era casi echado todo el escuadron, porque desde las nueve de la noche hasta las siete del otro dia habian peleado, todos

los judíos tenian por incitamento y estímulo de la virtud el peligro de la muerte, y la parte del ejército romano, porque no habian aun subido las legiones, y la esperanza de los que entónces peleaban cargaba sobre ellas, parecióles que por entónces les bastaba haber ganado la torre Antonia.

III. Un capitan de cien hombres, varon noble de Bitinia, llamado Julian, el cual fué el mas fuerte de ánimo, y mas diestro en las cosas de la guerra y mas esforzado en las fuerzas de sus brazos de cuantos yo conocí en esta guerra, cuando vió que los romanos resistian tan mal y que ya volvian atrás, estaba este por causa de Tito en la torre Antonia, saltó muy presto en medio, y persiguió él solo á los judíos que ya iban venciendo, hasta la parte de mas adentro del templo. Huíanle todos delante, pensando que no era aquello fuerza de uno, ni que tan gran atrevimiento era suyo: pero echándose él por medio de los enemigos, á los unos echaba por una parte, y á los otros cuantos le venian á su encuentro, todos los mataba. No se maravilló tanto César por cosa alguna, cuanto por ver esto; ni toda su gente vió cosa tan espantable y horrible. Perseguian tambien á este los hados, de los cuales no hay quien se pueda guardar: porque traia unos zapatos con muchos clavos y muy agudos, como suelen tener todos los otros soldados; y corriendo por un enlosado, resbaló y cayó, derribado con gran sonido de las armas, y volvieron entónces contra él los que antes iban huyendo. Levantóse un alarido grande en este medio, viéndolo los romanos que estaban en la torre Antonia, temiendo mucho que no fuese muerto. Heríanle los judíos con espadas y con lanzas por muchas partes: amparábase él de muchos tiros y golpes con su escudo; y trabajando muchas veces en levantarse, fué á la postre, con la muchedumbre de los que le herian, derribado: y aun estando en tierra hirió á muchos, porque no pudo ser presto muerto, por estar todos sus miembros, por donde lo hubieran podido matar, cubiertos de armas. Habia encogido su cabeza mucho tiempo, hasta tanto que cortados ya todos los otros miembros suyos, perdió sus fuerzas, no osando alguno de los suyos socorrerle. César fué con esto muy lastimado, por ver que un varon tan esforzado y valeroso, era muerto á vista de tanta gente: y viendo que el lugar era causa de no poder socorrerle, y que todos los otros soldados no pudiesen, detenfalos el miedo. Habiendo, pues, Julian luchado con la muerte mucho tiempo, habiendo dejado muchos de sus matadores muy heridos, fué muerto tristemente, con gran gloria suya, y nó solo esto entre los romanos y delante de César, sino aun tambien dejando gran nombre de sí entre los enemigos: los judíos arrebataron el cuerpo del muerto, é hicieron recoger á los romanos, huyendo á la torre Antonia. Pelearon aquí valerosamente Alejas y Gifteo del escuadron y gente de Juan: de la parte de Simon, Malaquías y Judas, hijo de Merton, y Diego, hijo de Sosa, capitan de los idumeos: y dos hermanos zelotas, hijos de Jairo, el uno llamado Simon, y el otro Judas.

IV. Mandó Tito á su gente que derribasen la torre Antonia desde sus fundamentos, para aparejar por allí subida fácilmente á todo el otro ejército. Él, llamando ante sí á Josefo, porque habia oido que aquel dia, que era el décimoséptimo de julio, habian cesado los sacrificios divinos, que se llaman entelequismos, por falta de hombres, y que el pueblo por ello se dolia mucho, mandó que dijese otra vez á Juan lo que antes le habia mandado; y que si alguno habia entre su gente que tuviese tan gran deseo de pelear, era contento de que saliese á pelear con quien quisiese, con tal que no muriese y feneciese con él la ciudad y templo juntamente; pero que se dejase de violar el santo templo, y no cometiese tal mal contra Dios, y que poder tenia tambien si quisiese para volver á celebrar con los judíos que quisiese escoger, las fiestas acostumbradas. Josefo, pues, porque no se imputasen á Juan solo estas cosas, sino aun tambien á muchos otros, púsose en lugar donde pudiese ser de todos bien oido, y declaróles lo que César queria y le habia mandado en lengua hebrea. Rogábales mucho que tuviesen cuenta con su patria, y no quisiesen destruirla, y echasen el fuego que estaba ya muy cercano al templo, é hiciesen sus sacrificios y ofrendas á Dios acostumbradas. Dichas estas cosas, estaba el pueblo muy triste y muy callado escuchando: habiendo dicho muchas injurias el tirano á Josefo, en respuesta de lo que la habia dicho, á la postre añadió, que no tenia él causa para temer su muerte ni destruccion, porque aquella ciudad era de Dios: entónces respondió Josefo con grande exclamacion: ciertamente por eso tú se la has conservado pura y limpia de toda mácula y pecado, y han quedado todas las cosas santas sin ser violadas, y tú no has cometido algo contra aquel, cuyo socorro y ayuda esperas ahora, mas sus acostumbrados sacrificios se celebran. ¿Pues si alguno te quitase lo que has de comer cada dia, tú le tendrias cierto por capital enemigo, y confias que Dios á quien tú has privado de toda la honra que á él le es debida, te haya en alguna manera de ayudar? ¿É imputas á los romanos la causa de ello, los cuales guardan y defienden aun ahora nuestras leyes, y trabajan porque sea vuelta á Dios la honra y sacrificios de que tú le has privado? ¿Quién, pues, no llorará la causa de tan gran destruccion y mudanza tan sin pesar, y quién no lamentará la destruccion de la ciudad? ¿Cómo, dices, que los extranjeros y tus propios enemigos trabajan en corregir tu impiedad? ¿Y tú, siendo judío, criado entre tus leyes te muestras mas cruel que no son ellos contra ellas? Pues sepas Juan que no es malo ni cosa torpe arrepentirse de los males hechos, viéndose ya al fin; y buen ejemplo tienes, si quieres guardar y conservar tu patria, en el rey Jeconías, el cual antiguamente moviéndole guerra los de Babilonia, y queriendo combatirle y tomarle la ciudad, se salió de ella de grado, y quiso sufrir cautiverio voluntariamente con toda su gente, por no entregar las cosas santas de la ciudad á los enemigos, y por no ver quemar la casa y templo de Dios. Por esta causa celebran los judíos sus loores y memoria, y de un tiempo á otro pasa su inmortal memoria por todos los siglos nuevos á sus descendientes: buen ejemplo es este, Juan, aunque esté el peligro tan cerca, pues yo te prometo perdon de parte de los romanos, con tal que te acuerdes que te doy este consejo como natural judío, y lo prometo á los judíos, y conviene mirar quién es el autor, y de dónde procede todo esto; porque no quiera Dios que viva yo jamás tan cautivo, que me haya de olvidar de mi linaje y de las leyes de mi patria. ¿Y aun en paga de esto te enojas, gritas y me maldices? Pues sepas que merezco aun cosas mas amargas y peormente dichas, pues gasto tiempo en persuadirte estas cosas contra lo que tu ventura y tus hados tienen determinado, y trabajo en defender y conservar á los que están condenados por sentencia y divinal juicio. ¿Quién ignora lo que dejaron escrito los profetas antiguos, y las amenazas hechas á esta miserable ciudad? Entónces profetizaron que habia de ser esta destruccion cuando la conjuracion de dentro comenzase á trabarse entre los mismos ciudadanos, y unos á otros se ma-

tasen: pues de vuestros cuerpos muertos está llena, nó solo la ciudad, sino aun tambien todo el templo: Dios por cierto, Dios mismo pone el fuego en la ciudad con los romanos para limpiarla, y quiérela quemar por estar llena de tan enormes maldades. Contando Josefo estas cosas con muchas lágrimas y llantos, faltóle la voz por el dolor, del cual teniendo compasion grande los romanos, todos se maravillaron: Juan y sus compañeros con estas cosas mas se movian, y eran incitados contra los romanos, deseando prender tambien á Josefo; mas hubo todavía muchos de los judíos nobles, que fueron movidos con su habla y razonamiento: y algunos de los sediciosos y revolvedores, temiéndose de las guardas, no se osaban mover, teniendo ya mucho habia por muy cierta la destruccion de ellos mismos y de toda la ciudad: hubo algunos que, aguardando con diligencia la ocasion y tiempo para ello, se huyeron á los romanos: entre los cuales era el uno el pontífice Josefo y Jesús; hubo algunos hijos de pontífices tambien, es á saber, de Ismael tres, el cual fué en Cirene degollado, cuatro de Matías, y de otro Matías uno, el cual habia huido después de muerto su padre, á quien mató Simon de Giora con tres hijos suyos, segun arriba dijimos: con los pontífices se pasaron tambien muchos de los nobles, á los cuales recibió Tito muy humanamente, haciéndoles cortesía en muchas cosas, y, principalmente, sabiendo que les era molesto y enojoso tratar con gente extraña, y hacerse á costumbres de gentiles, enviólos á Gofna, á donde pudiesen estar en este medio tiempo, prometiendo tambien el volver á muchos sus posesiones acabada la guerra; ellos se fuéron muy seguros á recoger á dicho lugar. Cuando los sediciosos y revolvedores que estaban dentro de la ciudad se recataron de los que habian huido, divulgaron otra vez un ruído, diciendo: que los romanos habian muerto á todos los que se habian pasado, para que los otros con esta fama amedrentados se detuviesen: aprovechóles algo esta astucia como la de antes, porque atemorizados con esto, no hubo quien osase huir, ni aun moverse; pero después que Tito les mandó volver de Gofna, é hizo que se paseasen todos por el cerco del muro, de tal manera, que los cercados los pudiesen ver juntamente con Josefo, muchos de los que dentro estaban se pasaban huyendo á los romanos: juntándose después todos en uno, rogaban con muchas lágrimas y gemidos á los revolvedores, que quisiesen, cuanto á lo primero, guardar la ciudad, y recibir dentro á los romanos, y si esto no les contentaba, que saliesen por lo menos del templo, y guardasen su templo para ellos; porque sabian no haber de osar poner fuego los romanos en el templo, sino con necesidad y fuerza muy grande: cuanto estos mas los rogaban, tanto mas los de dentro contradecian y adversaban; y habiendo dicho muchas injurias á los que habian huido á los romanos, ordenaron y dispusieron encima de las puertas del sagrado templo sus ballesteros, arcos y sus tiros de piedra, y esto para que el cerco del templo con la muchedumbre de muertos pareciese sepulcro, y el templo castillo fuerte. Entraban en los santos lugares, y en donde ninguno solia antes entrar ni aun llegar, llegaban ellos con las manos sacrílegas, ensangrentadas aun de las muertes de sus mismos ciudadanos y naturales; y atrevéronse á hacer á su ley tal injuria, que la indignacion y enojo que los judíos habian de tener contra los romanos, si tal cometieran, como ellos entónces cometian, la misma tenian los romanos entónces contra los judíos, por ver que locamente usaban mal de las cosas sagradas de su propio templo; porque ninguno hubo de estos que no honrase y acatase mucho el templo, y que no lo adorase, deseando que los ladrones se convirtiesen y reconociesen lo que hacian antes que aconteciese algun caso que no fuese posible remediarlo: y Tito, doliéndose de la desdicha y suerte de ellos, reprendia otra vez á Juan y á sus compañeros de esta manera: Decid, hombres perversos y llenos de toda maldad, ¿no habeis vosotros cercado el santo lugar con rejas? ¿No habeis hecho tablas escritas en letras griegas y romanas, con las cuales vedais y prohibis que ninguno ose pasar de lo que está cercado? ¿No os concedimos que mataseis á quien lo contrario hiciese, aunque fuese romano? ¿Pues para qué, ¡oh gente muy dañada! habeis puesto debajo de vuestros piés, y hollado los muertos en este mismo lugar? ¿Pues por qué causa habeis ensuciado el sagrado templo de sangre y muertes, no menos de vuestra gente natural, que de extraña y gentil? Por testigos llamo á los dioses de mi patria, y si hubo alguno que antes tuviese cuenta con esta ciudad, porque hasta ahora no sé yo alguno, llamo tambien por testigo á todo mi ejército, á los judíos que están aquí conmigo y á vosotros mismos, que no soy yo el que os mueve y os fuerza á violar vuestras cosas santas; antes si vuestra gente muda su asiento, y se pone en otro lugar, ni se llegará al templo ninguno de los romanos, ni irá cosa alguna que sea para su afrenta; antes, aunque vosotros no quereis, yo guardaré el templo.

V. Haciéndoles Josefo saber lo que el príncipe mandaba, los ladrones y tiranos pensando que lo decian, nó por voluntad buena que tuviesen, sino por temor y miedo que tenian, levantábanse mas soberbios: Tito que veia no tener ellos mismos de sí compasion ni misericordia, y veia que no querian excusar la destruccion del templo, determinó de efectuar su guerra: pero no podia, por ser pequeño el lugar, poner aquí toda su gente, y escogiendo de cada ciento de su gente treinta, los mas esforzados, de mas experiencia y escogidos capitanes, dió á cada uno el número de mil hombres, y dando por capitan general de todos á Cercalo, á las nueve de la noche mandó que acometiesen las guardas. Y estando él mismo tambien armado y determinado á bajar con ellos juntamente, los amigos le detuvieron por el grande peligro que habia, y por las palabras que sus capitanes le dijeron: que mucho mas provecho haria, poniéndose como presidente de la gente en la torre Antonia al tiempo de la pelea, que si se ponia en el mismo peligro, porque delante de los ojos de su emperador, todos habian de pelear valerosamente. Obedeció Tito á lo dicho: dijo después á los soldados, que solamente quedaba por juzgar y conocer cuál de todos mas valeroso se mostrase, y mas fuerte en pelear, y esto por no dejar sin hacer mercedes á todos los tales, quienes quiera que fuesen, y porque ninguno de los que cobardemente peleasen dejase de ser castigado, antes queria ser juez y testigo de todo, pues era el que tenia el señorío y mando para castigar y remunerar á todos, segun lo que mereciesen: así los envió y dejó salir á la pelea á la hora que dijimos: y poniéndose en la torre Antonia en una ventanilla como atalaya, estaba mirando lo que se hacia; pero la gente que fué enviada no halló durmiendo, segun confiaban, á los que estaban de guarda, antes con voces que dieron todos muy grandes, trabaron su pelea, haciendo con las voces que las guardas dieron, y con el gran ruído que hicieron, que todas las otras compañías saliesen. El ímpetu y fuerza de los primeros recibian los romanos, y los que mas atrás de estos venian daban en su

misma gente, y herian á muchos de ellos, no menos que si les fueran enemigos: la grita y clamores de entrambas partes era causa que no se pudiesen conocer los amigos ni los enemigos, y la noche y obscuridad era tambien causa que los ojos perdiesen su conocimiento: y como hubiese algunos ciegos con el furor grande que tenian, otros por la ira, y otros por el temor, era esto causa que á quien quiera que encontrasen, sin discrecion, le herian. Esta ignorancia menos daño hacia á los romanos cubiertos con sus escudos, y peleando en compañías, porque todos se acordaban de la seña que tenian: los judíos que venian derramados, arremetiendo y recogiéndose loca y temerariamente, muchas veces los unos se mostraban enemigos á los otros en la fuerza que se hacian, recibiendo como enemigo romano cualquiera de los suyos que entre tan gran obscuridad venir veian. De esta manera, pues, fueron muchos mas heridos por sus compañeros mismos que por los enemigos, hasta tanto que, salido el sol, ya se veian los unos á los otros que peleaban, y estando con órden en su escuadron, tiraban saetas y otros muchos tiros: ninguno declinaba ni se movia de su lugar, y ninguno tampoco con el trabajo se cansaba: pero los romanos, algunos por sí, y otros en compañía peleaban delante de su emperador, mostrando su esfuerzo y valentía; pensaba cada uno que le habia de ser este dia principio para levantarse, si peleaba valerosamente y para ganar nombre. Esforzábanse los judíos y tomaban audacia por temer cada uno su propio peligro, y por temer tambien la ruína y destruccion del templo, porque estaba el tirano rogando á unos y sacudiendo á otros, é incitando á algunos con amenazas que peleasen. Peleóse aquí lo mas de muy cerca, pero presto y en muy poco espacio se mudaba el estado de la gente, porque ninguna parte de ambas tenia mucho espacio ni lugar para huir ni para perseguir tampoco. Habia ruído en la torre Antonia por el buen suceso de las cosas de su gente, confiando que habian de ser vencedores; y por los que les animaban y gritaban que se detuviesen, si acaso huian, y peleasen animosamente; y era cierto esta torre como un teatro para juzgar la guerra: porque no ignoraba algo de cuanto se hacia, Tito ni los que con él estaban. Finalmente la pelea fué comenzada á las nueve de la noche, y á las cinco del dia se despartieron, no habiéndose partido alguno del lugar adonde habia comenzado á pelear para haber de huir; pero habian dejado la victoria entre medio de ambas partes por ser la guerra por ambas partes tan dudosa y tan igual. Muchos de los romanos pelearon aquí muy valerosamente. Pelearon así tambien los judíos de la parte de Simon, Judas hijo de Merton; y Simon, hijo de Josías; y dos idumeos, el uno llamado Diego y el otro Simon; este era hijo de Catla; y Diego era hijo de Sofa. De los compañeros aliados con Juan, Gipteo y Alejas: y de los zelotas, Simon, hijo de Jairo. Toda la otra gente de los romanos el séptimo dia, derribados los fundamentos de la torre Antonia, hizo camino muy ancho hasta el templo; y acercándose las legiones al muro, comenzaron luego á hacer sus montes ó caballeros: el uno contra la parte del templo interior, que estaba al oriente y septentrion: y el otro contra la parte donde los sacerdotes tenian su aposento, á la parte aquilonal entre las dos puertas: de los otros, el uno estaba contra la puerta de la parte del templo exterior occidental, y el otro contra la parte septentrional: pero proseguian su obra los romanos con gran trabajo y necesidad; porque traian el aparejo, para poner esto en órden, de mas de cien estadios lejos de allí. Algunas veces les hacian mucho daño las asechanzas que los judíos les hacian, porque no se guardaban ellos, por ver tan claramente la victoria en sus manos; y los judíos por otra parte se atrevian mucho mas, viéndose desesperados de toda salud: porque cuando algunos de los caballeros salian á traer leña ó heno, mientras esto hacian, quitaban los frenos á sus caballos y dejábanlos pacer; y saliendo los judíos por las minas y cuevas que tenian hechas, los hurtaban. Viendo César que tantas veces se hacia esto, pensando, y era así la verdad, que aquellos robos se hacian, mas por ser los romanos negligentes y de poco cuidado, que por tener los judíos poder ni esfuerzo para ello, castigó rigurosamente este caso; y quitando la vida á uno de los soldados que habia perdido su caballo, hizo que los otros se remirasen en guardarlos mejor, y de esta manera guardó y conservó todos los caballos de los otros: porque no los dejaban ya mas salir á pacer, antes salian con ellos á sus necesidades como si estuvieran atados en ellos naturalmente. Ellos, pues, hacian sus caballeros, y combatian el templo juntamente. Ese otro dia, luego después de la subida de ellos, muchos de los revolvedores de Jerusalen, no teniendo ya qué hurtar, aquejados por el hambre que padecian, juntándose en un cuerpo, dieron en la guarnicion de los romanos, que estaba asentada, cabe el monte Eleon, á las once horas del dia. Al principio confiaban tomarlos desprevenidos y sin pensar en ello; y que además de esto, estando ocupados en rehacerse del trabajo, estarian algo descuidados, y que así serian engañados fácilmente. Pero entendiendo los romanos lo que esta gente pretendia hacer, recogiendo la gente propia que estaba de guarda, trabajaban en resistirles por mas que querian romper el cerco con su fuerza; y trabándose aquí una fiera escaramuza, ambas partes hicieron muchas cosas valerosamente: los romanos con su destreza y arte en el pelear, además de la fuerza y fortaleza que mostraron, y los judíos tambien con ímpetu inmoderado, y con ánimo desenfrenado, movidos ya con desesperacion. Los romanos tenian por capitan la vergüenza y empacho grande, y los judíos la necesidad que á ello les forzaba. Porque escapar los judíos, que estaban ya como puestos en un lazo, parecia cosa muy torpe y muy fea á los romanos: y los judíos ponian la esperanza de su salud y vida en romper aquel muro. Y uno de los de á caballo, llamado Pedanio por nombre, habiendo huido de los judíos, y recogídose en un foso, pasado que hubo con su caballo lijero corriendo al monte que está de frente por un lado, arrebató por el pié uno de los enemigos que huia, mancebo de cuerpo grande y muy bien armado; tanto se abajó corriendo el caballo, y tanta era la fuerza de su brazo y de todo su cuerpo, y tanta destreza mostró en su manera de cabalgar, que trajo en sus manos al cautivo, como si fuera algun rico don, delante de César. Maravillándose mucho Tito, por ver las fuerzas del que lo habia preso, mandó matar al cautivo por haber osado acometer el muro: él tenia cuidado de dar órden, en que combatiesen el templo; y daba gran priesa y diligencia en que los montes ó caballeros fuesen acabados. Viéndose los judíos tan maltratados en tantas escaramuzas, y tomando mayores fuerzas la guerra, para mayor destruccion del templo, como vemos que sucede en un cuerpo podrecido, cortaban los miembros y partes de él como llenas de pestilencia, queriendo con esto guardarse, que no pasase mas adelante: porque habiendo puesto fuego á una parte de la galería del templo, la cual se juntaba con la torre Antonia, viniendo por la parte aquilonal al oriente, cortaron después hasta veinte codos, poniendo con sus

propias manos fuego á todos sus santuarios. Dos dias después, que fué á los veinte y cuatro del dicho mes, los romanos pusieron fuego á todo el portal; y pasando el fuego hasta catorce codos de largo, los judíos derribaron tambien la techumbre, no dejando con todo de hacer algo: cortaban por todas las partes que se pegaba con la torre Antonia, pudiendo y debiendo prohibir, que el incendio no pasase mas adelante. Puesto, pues, el fuego, mesuraban lo que se quemaba por provecho de ellos propios. No cesaron jamás las escaramuzas cerca del templo, antes poco á poco nunca faltaba quien á pelear saliese contra ellos. En estos mismos dias, uno de los judíos, varon pequeño de cuerpo, y de gesto feo, hombre de poco, no menos en linaje que en hacienda, llamado por nombre Jonatás, saliendo hasta el monumento del pontífice Juan, habló muchas cosas soberbiamente contra los romanos; y además de esto desafió al principal y mas esforzado de todos ellos que saliese á pelear con él. Los que se pusieron contra él, muchos se tenian por afrentados: habia tambien algunos, como suelen hallarse, que temian: algunos se movian con razon bien pensada, diciendo, que con un hombre que venia desesperado y con deseo de la muerte, ninguno debia pelear: porque los que han ya desesperado de alcanzar vida, no tienen fuerza de hombres de seso, ni tienen reverencia á Dios: y venir en contienda con hombres, de cuya victoria no se puede sacar gran honra, y con quienes es el ser vencido muy peligroso y deshonrado, no parecia cosa de hombre fuerte y valeroso, sino de fiero y loco. Y como estuviese mucho tiempo sin que alguno saliese, y el judío, hombre muy soberbio y arrogante se burlase con muchos escarnios, por ver á los romanos tan medrosos y cobardes: salió un romano de una compañía de gente de á caballo, aborreciendo mucho el atrevimiento y soberbia de este, levantado por ventura á ello, por ser tambien de pequeño cuerpo y baja estatura, salió digo inconsideradamente; y trabando su pelea con él, dió á todos que reir engañado por la fortuna: porque en llegando Jonatás le mató; y poniendo luego los piés sobre el muerto, teniendo su escudo en la mano izquierda, y reluciendo su espada ensangrentada en su mano derecha, y haciendo gran ruído con sus armas, soberbio contra el ejército y contra el muerto que á sus piés tenia, reprendia é injuriaba á los romanos que le miraban; hasta tanto que, estando bailando y diciendo vanidades, un capitan ó centurion llamado Prisco, le pasó con una saeta; y con este hecho se levantaron pareceres diversos entre los judíos y romanos. Pero lastimado este con gran dolor, dando vueltas al rededor, vino á caer encima del cuerpo de su enemigo, y mostró cuán presto sigue la venganza á la prosperidad y dicha que en la guerra procede sin razon.

VI. Estando los sediciosos y amotinados en posesion del templo, cada dia resistian manifiestamente á los soldados ordenados en sus trincheras. A los veinte y siete dias del dicho mes, pensaron hacer este engaño y maldad. El espacio y patio de la puerta del occidente, que estaba vacío y sin algo entre la techumbre y vigas, hinchéronlo de leña seca, de azufre y pez. Después, como vencidos, íbanse retrayendo: por lo cual muchos con temeridad y sin mas miramiento perseguíanlos y aun trabajaban en subir la puerta, poniendo muchas escalas para ello: los que eran mas prudentes y sagaces, viendo y pensando que los judíos no habian tenido causa ni ocasion alguna para huir, estábanse quedos y sin moverse; pero cuando la puerta estuvo llena de aquella gente que habia subido, los judíos pusiéronla fuego; y levantada la llama súbitamente por todas partes, los romanos, aun aquellos que estaban fuera del peligro, fueron muy espantados, y los que eran presos dentro del fuego desesperaban: porque cercados de fuego y de llamas, los unos se echaban atrás en la ciudad; otros en medio de los enemigos: muchos confiando de esta manera salvarse, echábanse en los pozos, y luego perecian: otros, trabajando en defenderse, eran tomados del fuego; otros se mataban ellos mismos con sus armas antes de ser abrasados con el fuego, y estaba ya el fuego tan encendido y tan derramado, que aun á los que huian alcanzaba. César, aunque se enojaba mucho, por ver que tanta gente moria, por haber subido al portal sin haberlo él mandado, todavía tuvo gran compasion y misericordia de ellos. Y como ninguno pudiese atajar ó contener el fuego que ya tan encendido estaba, tenian todos los que morian por consolacion grande, ver el gran dolor que sentia el emperador por quien ellos morian; el cual gritando y dando muchas voces, corria delante de todos, y rogó á sus compañeros que todos le ayudasen. Y tomando cada uno su voz y buena voluntad por gloriosa sepultura, morian de buena gana. Mas todavía algunos, recogidos en la mas ancha parte de la puerta, libráronse de las llamas y del incendio; pero cercados después de los judíos, resistieron con trabajo, aunque muy heridos, mucho tiempo; pero á la postre todos perecieron. Además de muchos otros, hubo un mancebo entre estos llamado Longo, que honró toda esta adversidad y destruccion acontecida; y aunque fueron todos los que murieron dignos de nombre y memoria, este fué el que se mostró mas fuerte y mas esforzado: al cual persuadian los judíos que bajase á ellos, prometiéndole fé y amistad, porque era varon muy esforzado, y porque deseaban mucho quitarle la vida. Su hermano Cornelio, que estaba de la otra parte, rogábale mucho que no deshonrase la gloria que habia ganado, y que no afrentase la milicia de los romanos, á quien él satisfizo y obedeció mas firmemente; y levantando en alto su espada, porque fuese visto de entrambas partes, él mismo se mató. De los que estaban cercados del fuego, uno llamado por nombre Artorio, guardó y conservó su vida con astucia y sagacidad. Porque llamando á un compañero suyo llamado Lucio, díjole: yo te hago heredero de todo mi patrimonio si me recibes: como este saliese á recibirle muy prontamente, él, que se echó en sus manos, vivió; y Lucio, oprimido con el peso, y resbalando á tierra, porque estaba empedrado todo aquello, luego murió. Esta adversidad entristeció algo á los romanos; pero hízolos mas prudentes para otra vez, y ayudóles mucho contra los engaños y asechanzas de los judíos, con las cuales eran muchas veces engañados, por no saber el lugar ni la costumbre de ellos. Quemada ya toda la galería y todo el patio tambien hasta la torre de Juan, la cual habia él edificado, en el tiempo que tenia guerra con Simon, encima de los maderos tan labrados que iban á dar en la lonja ó plaza del templo: todo lo demás que quedaba, los judíos lo cortaron: y los maderos quemados y consumidos todos los habian subido. Luego el siguiente dia los romanos pusieron tambien fuego á la puerta que estaba por la parte boreal, y quemaron hasta la parte de oriente; y esto contenia la torre llamada Cedrona, edificada encima del valle de adonde tambien se hacia muy alta y muy horrible su altura.

VII. Las cosas del templo de esta manera pasaban, y en este estado estaban. Moria infinita muchedumbre de los que por toda la ciudad se corrompian

de hambre. De esto sucedian muertes infinitas y muy innumerables: porque en cada casa adonde se descubria haber algo que comer, se movia gran guerra; y los que eran muy amigos peleaban y venian á las manos, por solo quitar los unos á los otros el mantenimiento: pues aun no querian dar crédito del hambre y necesidad que pasaban á los mismos hombres que morian; antes á los que veian que se les salia el alma, iban escudriñando los ladrones, porque no muriese alguno por ventura escondiendo lo que tenia para comer en su seno. Y la esperanza que de hallar algo tenian, con el hambre grande que como perros muy hambrientos padecian, los engañaba y hacian fuerza á las puertas, como si estuvieran borrachos, y entraban una y otra vez á buscar y escudriñar una misma cosa, como ya desesperados, y la necesidad grande que padecian les hacia á sus bocas buena toda cosa; y recogiendo todo lo que sucios animales no quisieran comer, ellos mismos lo comian. No dejaron finalmente de ejecutar su hambre en las correas y zapatos, y quitaban los escudos de sus cuerpos y se los comian. Tenian tambien por mantenimiento el añejo y podrido heno, y aun habia algunos que vendian la libra de ello por cuatro áticos, que era cierta moneda que tenian. ¿Qué necesidad hay ahora de declarar ni contar el hambre que padecian, diciendo que comian las cosas sin ánima y sin sentido? Un hecho he de contar no oido jamás entre griegos ni bárbaros, increible á los que lo oyeren; espantable y horrible al que lo cuenta. Cierto que dejaria de grado tal adversidad, porque no pensasen los que después de mí serán, que cuento mentiras y cosas que no pasaron, si no tuviese muchos testigos de ello; y haria por ventura poco servicio á mi propia patria, si queria callar ó cubrir en algo todo lo que por sus hados y desdichas tristemente padeció.

VIII. Una mujer, de las que vivian á la otra parte del rio Jordan, llamada María por nombre, hija de Eleázaro, natural del lugar ó barrio llamado Vetezobra, que quiere decir la casa de Isopo, noble en linaje y rica, huyendo con toda la otra gente, recogióse dentro de Jerusalen, y allí estaba cercada no menos que todos los otros. Todos los bienes que esta habia traido de su tierra, habíanselos ya robado los tiranos de Jerusalen: lo que le quedaba escondido y todo el mantenimiento que hallaban, se lo llevaban los amotinados que en su casa cada dia entraban. Enojábase con esto la mujer gravemente, porque maldiciendo cada dia los ladrones que en su casa entraban, ellos se movian contra ella mas ásperamente: viendo tambien que ninguno, por enojado que estuviese, ni por misericordia que hubiese, la queria acabar de matar; antes buscando que comer para ella, lo buscaba para otros. Érale quitada tambien la libertad y poder de tomar algo, y moríase ya de hambre no menos que los otros; y la ira que tenia la encendia mucho mas cierto que no hacia el hambre. Con la fuerza, pues, que su ánimo sufria, y con la necesidad movida, levantóse á hacer cosa contra toda humanidad y naturaleza: porque arrebatando un hijo que á sus pechos tenia, dijo: ¡Ó desdichado y miserable de tí! ¿para quién te guardaré yo entre tanta guerra, revuelta, sedicion y entre tan gran hambre? Ya que vivas, has de ser puesto en servidumbre debajo de los romanos, y los tuyos son aun mas crueles que estos dichos. Sírveme, pues, á mí con tus carnes de mantenimiento, y á los malos revolvedores de furia; y sirve de cuento en la vida humana de los hombres, lo cual solo falta en tan grandes destrucciones y adversidades de los judíos. Diciendo esto, mató á su hijo, y coció la mitad, y ella misma se lo comió, guardando la otra mitad muy bien cubierta. Veis aquí adonde los amotinados entran en su casa, y habiendo olido aquel olor tan malo y tan dañado de la carne, amenazábanla que luego la matarian si no les mostraba lo que habia aparejado para comer. Respondiendo ella que habia aun guardado la mayor parte de ello, entrególes lo que le sobraba del hijo que habia muerto. Ellos, viendo tal cosa, les tomó un tan temeroso horror y perturbacion, que perdieron el ánimo con ver cosa tan perversa y tan nefanda. Dijo empero la mujer: este, pues, es mi hijo y esta es mi hazaña; comed vosotros, porque yo he ya comido mi parte. No quiero que seais mas tiernos que una mujer, ó mas misericordiosos para el niño, que ha sido su propia madre. Si vosotros teneis piedad y honrais la religion y desechais mis sacrificios, yo ya he comido; quede tambien para mí lo que sobra. Amedrentados ellos, solo por haber visto cosa tan fiera, saliéronse temblando, aunque apenas pudieron dejar que la madre sola se hartase de esta vianda. Fué luego la ciudad toda llena de esta maldad, y divulgóse entre todos; y poniéndose cada uno delante aquella matanza, estaba amedrentado no menos que si él mismo hubiera acometido aquella maldad tan grande. Todos los que estaban hambrientos corrian buscando quién los matase, y eran llamados bienaventurados los que antes de padecer tal morian. Presto supieron tambien los romanos esta desdicha y adversidad, de los cuales unos no la creian, otros se condolian y compadecian grandemente, y muchos tomaron de aquí nuevo aborrecimiento á los judíos. César en esto estaba haciendo sus ruegos á Dios, si queria dar paz á los judíos, haciéndoles olvidar libremente de todo el daño que habian cometido: pero los judíos, en lugar de paz deseaban guerra; y por concordia, sedicion y revuelta: por hartura y abastecimiento, hambre; y habiendo ellos con sus propias manos comenzado á quemar el templo, el cual él les habia antes guardado, entendió claramente que eran muy dignos de estos mantenimientos: pero la maldad de esta comida tan ilícita y tan nefanda habíase de cubrir con la ruína y destruccion de la propia patria, ni se habia de sufrir que el sol saliese ni diese lumbre á la ciudad, en la cual las madres comian sus propios hijos. Los padres debian primero servirse de tales viandas antes que las madres, los cuales no dejaban las armas después de tales muertes. Diciendo estas cosas, pensó que ya todos los enemigos estaban desesperados, y que no habian de cobrar ya seso, pues habian padecido todo lo que, antes que lo padeciesen, pensaban haber de hacerles mudar sus ánimos y propósitos.

IX. Como á los ocho dias de agosto hubiesen acabado las dos legiones de hacer sus montes ó caballeros, mandó Tito que llegasen todos sus ingenios á la parte del templo exterior, por la parte occidental, pues seis dias antes el ariete ó ingenio mas fuerte combatió la pared sin cesar, y no habia podido hacer algo, ni habia siquiera aprovechado. Pero la grandeza y edificio de las piedras vencia la fuerza de este y de todos los otros arietes: unos minaban los fundamentos de la puerta que estaba al septentrion; y habiendo trabajado en ello mucho, solamente pudieron quitar las piedras que por defuera estaban, y las puertas cargaban y se sostenian sobre las que estaban por dentro; y duraron tanto tiempo en quererlas derribar, hasta que pensando ó no confiando que podrian derribarlas jamás con todos sus ingenios y fuerzas, determinaron llegar con escalas: pero los judíos, que para la defensa estaban apercibidos, sa-

lian á pelear con los romanos, y así derribaban á los unos atrás, mataban otros que corrian á socorrer á los que caian; y muchos que subian por las escalas que habian puesto antes de concederles tiempo para cubrirse y ampararse con sus escudos, eran muertos; y algunas escalas llenas de gente armada, volviéndolas á un lado las derribaron. De lo cual no pequeño daño y matanza sucedia entre la gente romana. Otros habia tambien que peleaban por cobrar sus banderas, las cuales los judíos les quitaban, teniéndose por muy afrentados que tales cosas les quitasen. Á la postre los judíos se las ganaron todas, y mataron además de esto toda la gente que habia subido: los demás, espantados por ver la matanza grande que hacian, bajábanse muy amedrentados: pero ninguno de los romanos murió en esta pelea, que no hiciese primero alguna cosa señalada y digna de nombre. Los revolvedores y amotinados de la ciudad, que antes en las primeras escaramuzas habian peleado bien, mostraron aquí tambien su esfuerzo, y principalmente Eleázaro, el hermano del tirano Simon. Como, pues, Tito viese que trabajando de guardar y no echar á perder un templo que era ageno y de otra gente, perdia sus soldados, y se habia de guardar con pérdida de tantos romanos, mandó que pusiesen en la misma hora fuego á las puertas. Viniéronle delante, estando en esto, huidos Ananó el de Amaunta, cruelísimo hombre de los de la guardia de Simon; y Arquelao, hijo de Magadato, confiando que por verse los judíos vencedores habian de alcanzar perdon de Tito. Oyendo Tito la crueldad que estos habian usado contra los judíos mismos, determinó matarlos á entrambos: porque decia haber venido á él, no cierto por voluntad ni de grado, mas por verse ya á ello forzados, y que no eran dignos de la vida hombres que desamparaban á su propia patria, abrasada por causa de ellos. Y aunque la fé y prometimiento que les habia hecho, refrenó su ira, y los dejó ir; pero no quiso que los dejasen adonde los otros estaban, por no tenerlos en la misma reputacion. Habian, pues, los soldados puesto ya fuego á las puertas; y derretida la plata, presto las puertas fueron quemadas; y pegándose mas el fuego, dió luego á los otros portales del templo. Viéndose los judíos cercados de fuego, perdieron no menos las fuerzas que los ánimos que tenian, y atónitos y muy espantados, ninguno hubo que osase ni trabajase en matar el fuego, estábanse pasmados mirándolo, y con todo no se dolian de lo que se destruia, con tal que pudiesen salvar lo que de mas tenian y les quedaba, por lo cual cobraban ánimo. Creció el fuego todo aquel dia y toda la noche siguiente, porque no pudieron poner fuego juntamente ni poco á poco á todos los portales: esotro dia luego mandando á parte de su gente que matase el fuego é incendio hecho, y allanase el camino hácia las puertas, porque mas fácilmente pudiese llegar su ejército, mandó llamar á sus capitanes, y escogiendo seis de los mas principales caballeros, Tiberio Alejandro, capitan de todo el ejército, Sexto Cercalo, capitan de la quinta legion, Largio Lepido, de la décima y Tito Frigio de la décimaquinta, con los cuales estaba tambien Eternio Fronto, maestro de dos legiones de Alejandría, y Marco Antonio Juliano, procurador de Judea; juntando tambien todos sus capitanes, aquellos que tenian á su mandado mil hombres cada uno, y todos los procuradores, propúsoles que determinasen el mejor consejo sobre lo que convenia hacer del templo: parecia á unos que se debia guardar la ley de la guerra en todo, porque los judíos no cesarian entretanto que el templo estuviese entero, adonde todos los que podian de todas partes se recogian: algunos otros decian, que si los judíos dejaban el templo, y no querian defenderle con las armas, debian ellos conservarle, y que si le ganaban peleando, debia ser quemado; porque ya cierto no parecia templo sino un castillo, y que quien le quemaria no cometeria mal alguno, ni cosa contra Dios, pues tendrian la culpa de ello aquellos, por cuya causa era quemado. Diciendo Tito, que aunque los judíos trabajasen en pelear, no por eso se debian ellos vengar de las paredes y piedras sin alma, y que no habia él de quemar obra tan excelente y tan magnífica, porque el daño seria ya de los romanos cierto, así como seria quedando entero, ornamento muy señalado de todo el imperio romano: estando ciertos, y entendiendo los que estaban juntados lo que pretendia, fueron de su parecer Fronto, Alejandro y Cercalo. Despidió su consejo entónces, y mandando á los soldados que ninguno moviese algo contra el templo, antes que todos se sosegasen, y los capitanes tambien, porque estuviesen aparejados todos para cuando fuese necesario, escogió del ejército gente que allanase el camino, y mandóles que matasen todo el fuego: el trabajo y el temor que los judíos tuvieron, los detuvo que no hiciesen aquel dia algo, pero esotro siguiente, recogiendo luego, y juntando sus fuerzas, y tomando nuevo ánimo y esperanza, salieron contra los que estaban en guarda del templo ú de la parte de fuera, á las dos horas después de mediodía: la primer fuerza valerosamente ellos la sostuvieron, y cubiertos con sus escudos, hacíanse muro delante de los enemigos: en tan espeso escuadron se pusieron. Todavía tenian por muy cierto, que los romanos no podrian resistir mucho tiempo, porque eran vencidos por el número de gente, y por la audacia y animosidad; pero César, antes que su gente volviese las espaldas á los enemigos, como estaba en la torre Antonia mirando lo que se hacia, vino con la gente de á caballo mas escogida á socorrerles; no pudieron resistir ni sostener tanta fuerza los judíos; antes muertos los que primero estaban, los demás huyeron, y retrayendo su fuerza los romanos contra ellos, volvian á resistirles, y como los romanos otra vez viniesen contra ellos luego huian, hasta que cerca de las cinco horas, forzados los judíos, se recogieron al templo, y fueron allí cerrados. Tito se volvió á Antonia, determinado á combatir el templo luego por la mañana con todo su ejército y poder; pero por juicio de Dios ya antes era condenado á fuego mucho tiempo habia, y habia ya pasado y corrido muchos tiempos, y estaba ya presente el dia determinado á ello, que era el décimo dia de agosto: en el dia mismo fué tambien antes quemado por el rey de Babilonia; pero todavía fueron causa y principio de este incendio los domésticos y naturales; porque habiéndose reposado algun poco los sediciosos y revolvedores, por haberse partido Tito, acometieron otra vez de nuevo á los romanos, y trabóse gran pelea entre los que trabajaban por defuera para matar el fuego, y los que estaban por guarda del templo, y habiendo los romanos hecho huir á los judíos, llegaron hasta el templo.

X. Aquí, entónces, un soldado, sin aguardar que alguno se lo mandase, y sin vergüenza de tal hecho, antes movido, parece, de furor é ímpetu divinamente, fué animado por uno de sus camaradas, y tomando del fuego, que aun habia parte, echólo á una ventana de oro, por donde habia entrada y paso á las otras partes del templo, hácia la parte del septentrion. Levantándose la llama, levantóse con ella un llanto y clamoreo dignos ciertamente de tal destruccion y ruína, y venian con priesa á socorrerle: determinando ya exponer sus

propias vidas, y no poner fin á sus fuerzas, viendo que habian perdido aquello que ellos para defenderse en tanto tenian. Fué llevada esta nueva á Tito presto por cierto hombre: él, que acaso estaba reposando en su cámara, por haber venido cansado de la pelea, luego en la hora saltó á caballo, y vino corriendo al templo para prohibir el incendio; seguíanle todos los capitanes y todo el ejército muy amedrentado: el ruído que tan gran ejército, viniendo sin órden y con gran grita movia, era muy grande: y César, dando voces, y haciendo señal con su mano á los que peleaban, mandaba matar el fuego; pero ni oian su voz, porque las voces que todos daban les cerraban los oídos, y no miraban las señales que él les hacia con sus manos, estando los unos divertidos en el pelear, y otros por la ira grande que tenian. Las amenazas ni los mandamientos de César no eran bastantes para detener el ímpetu de los que adentro corrian, antes iban adonde el furor airado que tenian los llevaba; y muchos quedaban muertos y pisados en el estrecho por donde entraban, queriendo entrar todos juntamente, y muchos cayendo en lo quemado de los portales, que aun ardian y abrasaban, padecian como los mismos enemigos. Cuando hubieron llegado al templo, fingiendo que no oian lo que César les mandaba, cada uno persuadia al que le iba delante que pusiese fuego al templo: no les quedaba ya esperanza alguna á los amotinados y revolvedores de poder socorrer ni impedir lo que se hacia; pero era la matanza general por todas partes, y huia cada uno segun mejor podia: la gente que no podia defenderse ni hacer algo do quiera que era presa y hallada, allí era muerta. Amontonábanse gran muchedumbre de muertos al rededor de donde estaba el altar, por las gradas del templo manaba la sangre, y los cuerpos que por allí caian nadaban con la mucha sangre, y corrian abajo: cuando César vió que no podia detener el ímpetu furioso de sus soldados, y vió que el fuego lo señoreaba todo, entró con sus regidores dentro, y miró todo el templo, y lo que se llamaba el lugar Santo, lo cual ciertamente excedia la fama que tenia, y aun era mas excelente, y no menos que lo que la gloria y loores que los judíos por ello se daban merecia; pero como no hubiese llegado aun por parte alguna la llama ni el fuego á lo interior del templo, ni hubiese tomado aun en algo de cuanto estaba al rededor, pensando, como era la verdad, que podria aun conservarse, saltó en medio de ellos, comenzó á rogar á su gente que matasen todos el fuego, y envió un capitan de cien hombres de los de su guarda, para que castigase á todos los que no cesasen ni quisiesen obedecerle y refrenarse: pero el furor embravecido de la gente, la fuerza é ímpetu grande que traian, y el odio que contra los judíos tenian, era causa que menospreciasen el mandamiento de su emperador con menos reverencia y acatamiento de lo que convenia, y que no temiesen al que habia venido para atajar y detener el fuego: algunos, ó los mas, se movian á esto por pensar que dentro estaria todo lleno de dinero, viendo que las puertas estaban hechas de oro. Un soldado de los que habian entrado, antes que César corriese á impedir y prohibirles que no pusiesen fuego, habia ya puesto fuego á una puerta, y entónces presto, viendo ya que la llama por de dentro relumbraba, partíase César y sus capitanes con él, y ninguno hizo mas fuerza á los que por defuera ponian el fuego. De esta manera, pues, fué quemado el templo contra la voluntad de Tito; pero aunque haya alguno que piense haber sido esta destruccion muy digna de lágrimas y de ser muy llorada, porque la obra era la mejor, mas excelente y mas maravillosa de cuantas habemos visto ú oido, tanto en su edificio, cuanto en su grandeza y magnificencia en cada cosa, y en la gloria y honra que á las cosas santas aquí se daba y hacia, todavía sé que se consolará mucho por saber que así estaba por Dios determinado, de lo cual no hay hombre, ni animal, ni edificio, ni cosa alguna que pueda evitar ni guardarse. Maravillaránse tambien por ver y saber la órden y verdad de los tiempos, porqué fué quemado ahora el mismo dia y el mismo mes que los babilonios antiguamente le quemaron, y de la primera edificacion, comenzada por el rey Salomon, hasta esta final destruccion, la cual aconteció el segundo año del imperio de Vespasiano, se cuenta haber pasado mil ciento treinta años, siete meses y quince dias, y de la postrera edificacion y renovacion que hizo Ageo el segundo año del reino de Siro, hasta la destruccion acontecida, imperando Vespasiano, pasaron seiscientos treinta y nueve años, un mes y quince dias.

XI. Ardiendo el templo, cuanto á las manos les venia á los soldados y podian haber, todo lo robaban, y la gente que mataban era infinita de cuantos hallaban. No hubo misericordia de edad, por vieja que fuese, ni hubo reverencia alguna á la castidad: antes niños y viejos, sacerdotes y gente profana, todos eran muertos y puestos á cuchillo, igualmente eran todos perseguidos de una misma manera, así los que los suplicaban, como los que les resistian; y el ruído del fuego con los gemidos y llanto de los que morian hacíase siempre mayor; pues por ser aquel collado muy alto, y la obra que se quemaba ser muy grande, parecia ciertamente que toda la ciudad ardia y estaba llena de fuego, y no hay clamor ni voces tan terribles y espantosas como aquí se oian; porque las legiones de los romanos levantaban ruído grande, y las voces de los sediciosos que estaban cercados de fuego y de armas, subian al cielo: huia el pueblo que de fuera hallaban á los enemigos con miedo grande, y las quejas que daban por tal destruccion pasaban al cielo. Los que estaban en el collado hacian retumbar el ruído por toda la ciudad; muchos que estaban marchitos y medio muertos, por el grande hambre que padecian, cerrados ya sus ojos por estar cerca de la muerte, viendo el fuego del templo, y las quejas que por todas partes daban, ganaron fuerzas, cobraban el habla, y comenzaron á dar grandes voces. Resonaba con el ruído toda la region que estaba de la otra parte del rio; y los montes que al rededor habia, hacian retumbar mas los alaridos, y los hacian mas graves, y todavía eran cierto las muertes que dentro se hacian mayores que no eran las voces y el ruído: porque cierto quien lo viera pensara que el collado, en el cual estaba edificado el templo, se abrasaba de raíz: tan lleno estaba por todas partes de fuego. Pues la sangre que manaba se mostraba aun mucho mas que no el fuego, y fueron muchos mas los muertos, que no eran los matadores; y estaba toda la tierra cubierta de muertos, y los soldados perseguian á los que huian corriendo por encima de los cuerpos muertos. Eran en fin los ladrones en tanto número, que hicieron recoger á los romanos en la parte de fuera del templo, y ellos acometieron á entrar en la ciudad, porque todo el pueblo que habia quedado habia huido á la puerta que estaba en la parte exterior. Habia tambien algunos sacerdotes, que al principio con unas puntas de hierro, y después con sus propias sillas, en donde se sentaban, las levantaban aun siendo de plomo, y tirábanlas á los romanos; pero viendo á la postre que nada aprovechaba, y que el fuego ya llegaba á ellos, apartábanse á un pared ancha de ocho codos, porque el fuego no

pudiese tomarlos, y estábanse allí. Dos de los nobles, como pudiesen librarse y guardarse de todo peligro huyendo á los romanos, ó permanecer en el mismo estado y fortuna de los otros, ellos mismos se echaron en el fuego, y fueron quemados juntamente con el templo: el uno era Meiro, hijo de Belga; el otro Josefo, hijo de Daleo. Los romanos, viendo que vanamente y por demás les era querer conservar los edificios que al rededor del templo estaban, ardiendo el templo, pusieron fuego á todo juntamente, y á cuanto quedaba aun de los portales y puertas, excepto una que habia por la parte de oriente, y otra por la parte de mediodía, las cuales después del todo derribaron y destruyeron. Dieron fuego tambien á las arcas donde estaba el tesoro, llamadas con propio nombre Gazofilacio, las cuales estaban llenas de dinero, de ropas y de muchos otros bienes; y concluyendo con esto brevemente, estaban dentro de ellas todos los bienes y riquezas de los judíos: porque todos los ricos habian vaciado sus casas en ellas y habian recogido sus tesoros. Vinieron tambien contra un solo portal que quedaba entero fuera del templo, á donde se habian recogido todas las mujeres y los muchachos, y otra muchedumbre á la revuelta, hasta seis mil personas. Pero antes que César determinase algo sobre las cosas que convenian hacerse de esta gente, y antes de mandar algo á sus capitanes, los soldados que ardian con la ira grande que tenian, pusiéronle fuego. De aquí sucedió, que los unos murieron queriendo echarse de allí abajo, y otros fueron con el fuego quemados, de manera que de número tan grande, ninguno se libró con la vida. Causa de la muerte de estos habia sido un falso profeta, el cual habia predicado el mismo dia en la ciudad, que Dios los mandaba subir al templo por darles señal y respuesta de su salud y salvacion: porque muchos profetas, sobornados entónces por los tiranos, denunciasen al pueblo que esperasen el socorro de Dios, y no tuviesen cuidado de guardarse y menos de huir de ellos; y los que no temian ni se guardaban, se detuviesen tambien mucho mejor con la esperanza que les daban estos falsos profetas. Y cuando un hombre está en adversidad, fácilmente se le persuade toda cosa: y si el que quiere engañar, promete haber de ser librado del mal que al presente padece, necesariamente el que lo padece es forzado á tener esperanza.

XII. El miserable pueblo, así pues, creia á los engañadores de Dios y del mundo: mostráronse señales muchas y prodigios, los cuales manifiestamente declaraban la destruccion presente; pero ni las advertian, ni aun las querian creer, antes como atónitos y sin sentido, como hombres ciegos y sin almas, disimulaban y cubrian todo cuanto Dios les mandaba y descubria: una vez, cuando pareció la estrella como una espada ardiente encima de la ciudad, y duró la cometa todo el espacio de un año entero: tambien cuando antes de la guerra y rebelion primera, el dia de la pascua juntándose el pueblo, segun tenian de costumbre, á ocho dias del mes de abril, á las nueve de la noche, se mostró tanta lumbre al rededor del altar y al rededor del templo, que parecia ciertamente ser un dia muy claro, y duró esto media hora larga; y aunque los ignorantes y la gente que no lo entendia lo tuviesen por muy buena señal, todavía los que lo entendian tuvieron por cierto y juzgaron lo que habia de ser. Este mismo dia, y en la misma fiesta, un buey que traian para sacrificar, parió un cordero en medio del templo. La puerta oriental del templo interior, siendo de cobre muy grande y muy pesada, la cual apenas podian cerrar cada noche veinte hombres, y tenia los cerrojos todos de hierro y las aldabas muy altas, las cuales daban en lo hondo de una piedra muy grande, que estaba en el umbral de la puerta, se mostró abierta una noche á las seis horas, sin que alguno llegase á ella. Cuando las guardas que estaban en el templo llegaron á hacer saber esto á los sacerdotes, á quienes el negocio pertenecia, vinieron todos y apenas la pudieron cerrar: pero esta señal parecia tambien buena á la gente idiota y popular. Decian que habia abierto Dios la puerta de los bienes. La gente mas prudente y sacerdotes del templo pensaban que sus fuerzas de grado se rompian y deshacian; y que abrirse las puertas era don y merced grande que los enemigos les hacian, y que esto significaba haber de suceder gran destruccion y soledad. Pocos dias después de los dias de las fiestas, á los veinte y uno del mes de mayo, se mostró otra señal increible á todos muy claramente. Podria ser que lo que quiero decir fuese tenido por fábula, si no viviesen aun algunos que lo vieron, y si no sucedieran los fines y muertes tan grandes como eran las señales: porque antes del sol puesto se mostraron en las legiones del aire muchos carros que corrian por todas partes y escuadrones armados, pasando por las nubes derramadas por toda la ciudad: pues el dia de la fiesta que llaman de Pentecostes, habiendo los sacerdotes entrado de noche en la parte del templo mas cerrada, para hacer, segun tenian de costumbre, sus sacrificios, al principio sintieron cierto movimiento y cierto ruído; y estando atentos á lo que seria, oyeron una súbita voz que decia: vámonos de aquí. Y lo que fué mas horrendo y aun mas espantoso que todo lo dicho, hubo un hombre rústico y plebeyo, llamado Jesus, hijo de Anano, cuatro años antes de comenzarse la guerra, estando la ciudad en gran paz y en gran abundancia, habiendo venido á la fiesta que entónces se celebraba, en la cual tienen de costumbre ataviar y adornar las cosas sagradas del templo por honra de Dios, comenzó á dar voces grandes repentinamente. «Voz por oriente, voz por occidente, voz por las cuatro partes de los vientos, voz contra Jerusalen y contra el templo, voz contra los recien casados y recien casadas, voz contra todo este pueblo.» Y dando tales voces, rodeaba todas las plazas y calles de la ciudad. Algunos de los varones de más nombre y mas señalados, pesándoles mucho por saber la suerte adversa y desdichada que aparejada les estaba, prendieron al hombre, y diéronle muchos azotes porque callase. No dejó él por esto de dar gritos de la misma suerte, sin tener cuenta, ni consigo, ni con aquellos que le maltrataban, ni habló algo secreto; antes perseveraba dando las mismas voces y diciendo lo mismo. Pensando los regidores de la ciudad lo que en verdad así era, que era este movimiento y voz divinamente enviada, trajéronle al presidente romano, adonde fué desollado hasta los huesos con azotes que le dieron; pero con eso no rogó jamás que le dejasen, ni le salió lágrima alguna, sino que como mejor podia, á cada azote ó golpe que le daban, bajaba algo su voz muy lamentablemente y decia: ¡Ay, ay de tí Jerusalen! Como Albino, que era entónces juez, le preguntase quién era, ú de dónde ó porqué razon daba tales voces, no le respondió, antes no cesó de gritar, ni llorar la desdicha de la ciudad miserable, hasta tanto que, juzgando Albino que estaba loco, le dejó libre: hasta el tiempo de la guerra no se veia con ciudadano alguno, ni hubo tampoco quien le oyese hablar; antes se estaba cada dia como elevado orando, y como casi quejándose, decia: ¡Ay, ay de tí Jerusalen! No maldijo á alguno como fuese cada dia maltratado, ni de-

cia bien tampoco á los que le traian de comer. Solamente tenia estas palabras en la boca, las cuales eran tristes nuevas y señales para todos. Daba voces principalmente los dias de fiesta, y perseverando en esto siete años y cinco meses de continuo, nunca enronqueció ni jamás se cansó: hasta tanto que, llegado ya el tiempo, cuando fué la ciudad cercada, entendiendo todos claramente lo que significaba, él se reposó. Y rodeando otra vez la ciudad por encima del muro, gritaba con la voz alta: ¡Ay, ay de tí, ciudad, templo y pueblo! Como llegando ya el fin de sus dias dijese: ay de mí tambien; una piedra echada con uno de aquellos tiros, luego le mató, y le hizo salir el alma que aun lloraba todo el daño y destruccion que tenia presente. El que pensare, pues, aquesto, hallará ciertamente, que Dios aconseja bien á los hombres, y les muestra en todas las maneras cómodas y posibles, lo que les es saludable y conveniente, y ellos mueren y perecen con males que ellos mismos por su locura y falta de entendimiento se acarrean. Pues los judíos, después que les fué tomada la torre Antonia, habian hecho cuadrado el templo, teniendo en sus libros sagrados escrito, que la ciudad y templo habia de ser tomado y destruido si el templo se hacia cuadrado: pero lo que á ellos principalmente les movió á ser pertinaces y guerrear, era una respuesta dudosa, hallada tambien en los libros y escrituras sagradas, la cual decia: que habia de ser en aquel tiempo, cuando un hombre nacido entre ellos habia de tener el imperio del orbe universo. Tomaron esto como propio, y muchos sabios se engañaban en declarar lo que esto significaba. Y esta profecía declaraba el imperio de Vespasiano, el cual fué elegido emperador estando en Judea. Pero no pueden los hombres excusar lo que ha de ser, aunque antes lo vean y lo entiendan. Estos interpretaron parte de estas señales, segun su codicia y lujuria: parte tambien menospreciaron, hasta tanto que, con la muerte y destruccion, así de ellos como de su patria, fué descubierta y castigada la maldad de esta gente.

XIII. Viendo los romanos que todos los sediciosos habian huido á la ciudad, pues el templo y todo lo que al rededor habia, estaba hecho brasa, pusieron sus banderas en el templo, delante de la puerta del oriente; y habiendo celebrado allí grandes sacrificios, declaraban por emperador con grandes voces á Tito: pero hurtaron tanto los soldados, que no valia en Siria un peso de oro sino la mitad de lo que antes solia valer. Entre los sacerdotes que habian permanecido y salvádose en la pared del templo, que arriba dijimos, habia un muchacho que, muriéndose de sed, pedia á los romanos que le recibiesen con paz, y confesaba la gran sed que tenia; y dándole la mano los romanos, movidos á compasion, no menos de su edad que de su necesidad, habiendo ya bebido y henchido el cántaro que consigo trajo, retiróse huyendo á los suyos. Y no hubo guarda alguna de las que allí habia que le pudiese alcanzar; pero maldecian y vituperaban su poca fé y su gran infidelidad. Respondíales él, que no habia hecho algo contra lo que les habia prometido: porque la promesa que él les habia hecho, no era que hubiese de quedar con ellos, sino para que solamente descendiese y tomase agua, y habiéndolo él hecho así, no tenian porqué decirle quebrantador de la fé, pues antes habia guardado todo lo prometido. Los que habian sido engañados maravillábanse de ver un muchacho de tan poca edad tan astuto. Cinco dias luego después descendieron los sacerdotes muertos ya de hambre; y los que estaban de guarda llevárónlos á Tito, los cuales solamente le pedian les guardase la vida y dejase salvos. Respondiendo este, que ya el tiempo para alcanzar perdon se les habia pasado, y habia ya perecido todo aquello, por lo cual él les habia de perdonar y dejarlos méritamente con la vida; y que convenia que los sacerdotes pereciesen con el templo, pues este era ya consumido, mandólos llevar á que fuesen todos degollados. Los tiranos con sus compañeros, por verse cercados por todas partes, sin manera ni esperanza de poder huir ni librarse, movieron á Tito que les hablase. Deseando este, por su benignidad natural, conservar lo que de la ciudad quedaba, y persuadiéndole lo mismo sus amigos, porque pensaban que los ladrones se habian algo moderado, paróse en la parte occidental del templo. Habia aquí encima del portal unas puertas y un puente que juntaba la ciudad por la parte alta con el templo, y este estaba entónces en medio de Tito y de los tiranos. Habia tambien muchos soldados de entrambas partes: los judíos miraban á Juan y Simon, confiando alcanzar perdon: y los romanos á su emperador, por ver y conocer con cuánto amor los recibiria. Habiendo mandado pregonar que refrenasen sus soldados la ira y las armas, puso Tito uno por lengua que les hablase: esto era lo que manifestaba ser él señor, y él mismo les dijo y comenzó á hablar primero de esta manera: ¿Estais ya, pues, hartos del daño y males, ó varones, que han acontecido á vuestra patria, habiéndoos olvidado de la mucha virtud de los romanos y de vuestra poca fuerza? pero con ímpetu mal considerado y furioso echais á perder la ciudad, el templo y todo el pueblo, y á la postre perecereis vosotros tambien muy justamente: pues que primero, despues que Pompeyo os venció valerosamente, nunca habeis dejado de buscar novedades é innovar vuestro estado; después levantasteis tambien y movisteis guerras contra el pueblo romano, por ventura confiados en que érades gran número de gente. Pues un escuadron pequeño de romanos os resistió: ¿por ventura confiábades que os habian otros de ayudar? ¿Qué gente no hay sujeta á nuestro imperio, que desease ayudar mas y servir á los judíos, que á los romanos? ¿Confiasteis, pues, en vuestras fuerzas y valentía? ¿No sabeis que los alemanes nos sirven y nos reconocen por señores? Os confiasteis en la fortaleza ó firmeza de vuestros muros: ¿pues qué mayor muro que todo el mar océano, y qué mayor obstáculo ó impedimento, con el cual estaban fortalecidos los ingleses y muy rodeados, y nos sirven ahora y adoran las armas de los romanos? ¿Pensasteis que habiais de vencer por ser de ánimo mas constante y firme, y tener capitanes mas prudentes y mas experimentados? ¿Sabíades todos haber sido presos por fuerzas nuestras los cartagineses? Os movió, pues, por cierto solamente contra nosotros la benignidad que en los romanos habeis experimentado; porque primeramente os dejamos libremente habitar en estas tierras: porque os dimos reyes de vuestra propia y natural gente: porque os habemos guardado y conservado las leyes de la patria: porque habemos permitido que viviéredes, nó solo apartados de la comunidad de las otras gentes, sino que viviendo vosotros con otros, os habemos dejado vivir á vuestra voluntad; y os concedimos, lo que es de tener en más, tomar tributo en nombre de Dios, y recoger dones en vuestro templo, sin detener ni vedarlo á los que los ofrecian; y todo esto para que fuésedes mas ricos enemigos nuestros, y con el dinero nuestro pudiésedes armaros contra nosotros. Habiéndoos, pues, hecho tantos beneficios, quisisteis mostrar cuán abundantes y hartos estábades de todo con-

tra aquellos que os los habian concedido; y, como suelen las fieras serpientes, echasteis la ponzoña de vuestros ánimos, contra aquellos que os halagaban y tanto bien hacian, pues asi menospreciasteis la negligencia de Neron; y como que se os hubiese quebrado algun miembro de vuestro cuerpo, ó se os hubiese encogido, no pudiendo bien reposar, descubristeis y fuisteis hallados en mayor vicio, y os alargasteis á tener esperanzas mas altas y peores de lo que os convenian y á codiciar cosas muy grandes y demasiadas. Vino mi padre á vuestras tierras, nó por tomar castigo de lo que merecíades, por lo que contra Cestio habíades hecho, sino por enmendaros y corregiros con consejo. Y como debiese, si tuviera intencion de destruir vuestra nacion, perseguiros á todos y desolar esta ciudad toda, quiso mas destruir á Galilea y á los lugares vecinos de allá, por daros tiempo para proveeros y pedir la paz, y para que mostrásedes señal alguna de arrepentimiento de todo lo hecho. Esta humanidad y clemencia suya os parecia cobardía y poca fuerza, y con nuestra mansedumbre habeis criado vuestro atrevimiento. Muerto Neron, hicisteis lo que acostumbran hacer todos los malos; y de las discordias que habeis sabido que habia entre los nuestros, tomasteis esperanza y nuevo atrevimiento: y habiendo yo partido con mi padre para Egipto, pensasteis que era este tiempo el propio y conveniente para mover la guerra. No tuvisteis vergüenza de perturbar y desordenar los príncipes y regidores que os dejamos declarados, á los cuales habíades experimentado todos por capitanes muy humanos y mansos. Viniendo finalmente el imperio á poder de mi padre, siendo todos en ello muy conformes, y enviando embajadores de todas partes para darle el parabien, segun se acostumbra hacer, luego otra vez los judíos se levantaron como enemigos: enviasteis luego de la otra parte del Éufrates embajadas para mover novedades; cercasteis nuevamente vuestros muros; levantáronse motines y revueltas entre vosotros, y tambien contiendas de tiranos y guerra entre vosotros mismos: cosas son estas ciertamente, que no convienen sino á hombres muy llenos de toda maldad. Habiendo yo venido muy mandado y contra voluntad de mi padre con tristes mandamientos para vuestra ciudad, alegrábame por ver que el pueblo tenia intencion de haber la paz. Antes de comenzar la guerra, yo os rogaba que cesásedes; y peleando tambien, en parte os perdonaba, no ejecutando en vosotros mis fuerzas, segun pudiera; dí libertad á los que de grado se rendian y pasaban á mi parte: guardé mi fé y mi palabra con todos los que á mí recurrian, y refrené á los que movian y encendian la guerra con azotes y castigo: llegué forzado y contra mi voluntad las máquinas y tiros mios á vuestros muros; refrené siempre á mis soldados que deseaban todos daros la muerte. Cuantas veces yo vencí, tantas trabajé en moveros y atraeros á pedirme paz, nó con menor ánimo que si yo fuera el vencido. Habiéndome llegado después cerca del templo, olvidándome adrede de lo que la ley de guerra manda, yo os suplicaba que quisiésedes excusar tal destruccion, y guardar y conservar vuestro templo y vuestras cosas sagradas; dábaos facultad y licencia para salir libremente, y para pelear en otro tiempo y en otro lugar, si pelear queríades. Todas estas cosas menospreciasteis, quemasteis vosotros mismos, y pusisteis fuego con vuestras manos al templo. Ahora, malvados, moveisme á que hable: ¿qué hay ya que guardar que sea tal como lo que ha sido destruido? ¿Qué salud pensais merecer vosotros mismos, después de haber sido causa que un templo tal fuese destruido? ¿Aun ahora os mostrais armados con las lanzas enristradas; y estando ya en vuestra final destruccion, no sois aun para humillaros? ¡Oh miserables! ¿con qué esperanza haceis esto? ¿Por ventura todo vuestro pueblo no está ya muerto y consumido? ¿Nó es destruido ya el templo, y la ciudad es ya mia? Vuestras almas y vidas están ya en mis manos: ¿y aun con todo esto pensais que es gloria de vuestra fortaleza morir pertinaces? No quiero contender ni pelear con vuestra pertinacia. Dejadas las armas aparte, entregándoos á mi poder, yo os perdono las vidas: y habiendo el Señor tomado venganza con mansedumbre, como en una casa privada ó particular suele acontecer, de las cosas mas graves y que mas ofendian, quiero conservar todo lo otro. Respondieron ellos á todo lo que habia dicho, que no podian ellos tomar la fé ni la palabra de Tito, porque habian jurado de jamás hacer tal cosa; y que solo pedian licencia para salir de entre sus fuerzas y municiones por la parte que habia cercado el muro, y con sus hijos y mujeres prometian irse á un desierto ó soledad, y dejarles la ciudad. Enojóse por esto Tito gravemente, viendo que siendo sujetos á reconocerse como vencidos, pedian condiciones de vencedores: mandó que les fuese declarado con son de trompeta, que ninguno de ellos recurriese mas á él, y que ninguno esperase ya alcanzar fé, ni promesa alguna, porque á ninguno habia de perdonar; y que peleasen con todas sus fuerzas, y trabajasen en hacer su posible por guardar y conservar sus vidas: porque determinado habia ejecutar en ellos el derecho y furor de la guerra. Entónces dió licencia á sus soldados que saqueasen la ciudad y la pusiesen fuego; pero ellos no hicieron luego algo en todo aquel dia: el siguiente, pusieron fuego al archivo adonde estaban todos los libros, á la corte del consejo real y á la villa alta y al lugar que llamaban Ofla; llegaba el fuego hasta el palacio real de Elena, el cual estaba en medio de la villa alta: y no ardian menos las calles y las casas de la ciudad llenas de cuerpos muertos. El mismo dia los hijos del rey Izata y sus hermanos, y muchos nobles del pueblo juntos, suplicaron á César que los perdonase y les diese su palabra: pero él, aunque estaba enojado con todos, no mudó su costumbre, antes los recibió. Mandó ponerlos á todos por entónces en guarda, y llevóse los hijos del rey y parientes, atados después á Roma, para tomar allí rehenes de la palabra y fé que prometido le habian.

XIV. Habiendo venido los sediciosos y amotinados de la ciudad á la casa real, donde habian muchos, por ser casa muy segura, puesto todos sus bienes, echaron de aquí á los romanos; y mataron todo el pueblo que allí se habia juntado, que era bien hasta ocho mil y cuatrocientos, y robaron todo el dinero que aquí hallaron. Tomaron dos soldados romanos vivos, uno de á caballo y otro de á pié: al infante mataron y arrastraron por toda la ciudad, como casi tomando de todos venganza en el cuerpo de un romano: el de á caballo, por haber prometido el descubrirles algo muy conveniente para la salud y amparo de todos, fué llevado delante de Simon; y no teniendo allí qué decir, fué entregado á uno de los capitanes llamado Ardaba por nombre. Este mandóle atar las manos atrás y tapar los ojos con una venda de lienzo, y sacóle delante de los romanos, en parte que pudiese ser de todos visto, y teníale como que le quisiese degollar. Mientras el judío sacaba su espada de la vaina, huyóse á los romanos: no sufrió ni quiso Tito que fuese muerto, pues habia huido de los enemigos; pero juzgóle por indigno de ser contado entre los soldados romanos, pues habia sido preso vivo; y quitándole las armas,

echóle de las compañías, lo cual parecia á todos los prudentes mas grave y peor de sufrir, que no la muerte. Ese otro dia siguiente, los romanos, habiendo hecho huir á los ladrones de la parte baja de la ciudad, quemaron todo cuanto delante les vino hasta Silea: y holgábanse de ver consumir la ciudad; pero no les quedaba algo á que dar saco: porque los ladrones, que lo habian ya vaciado todo, se recogian á la parte alta de la ciudad. Ningun arrepentimiento tenian de tanto mal cuanto hacian, y no tenian menos soberbia, que si les fuera todo muy próspero. Mirando, pues, con alegre cara cómo la ciudad ardia y se abrasaba, decian con voz muy alegre, que no deseaban sino la muerte; porque consumido el pueblo, quemado el templo, y ardiendo toda la ciudad, no habian de dejar algo para los enemigos. Trabajaba Josefo, estando ellos en la extrema necesidad, de rogar por lo que de la ciudad salvo restaba. Habiendo, pues, hablado muchas cosas contra la impiedad y crueldad de esta gente, y habiéndoles dado muchos consejos sobre lo que hacer les convenia para salvarse, todo fué nada; porque no querian entregarse ni rendirse por causa del juramento que habian hecho, ni podian ya pelear igualmente con los romanos cercados de ellos como de guardas: estaban tan avezados á morir y á ver matar, que ya no se les daba nada por ello. Íbanse desparcidos por toda la ciudad, escondiéndose entre lo que estaba derribado y destruido, acechando por donde mejormente podrian huir. Muchos eran presos y muertos, porque con el hambre que padecian, no tenian fuerzas para huir, y los muertos echábanlos á los perros. Parecíales, pues, todo género de muerte que padeciesen, mucho mejor que no era el hambre que los atormentaba; la cual era tan grande, que muchos sin licencia y sin tener esperanza de alcanzar misericordia huian á los romanos, y venian á dar en manos de los sediciosos y amotinados, los cuales no cesaban de matar: y no habia lugar vacío en toda la ciudad, pues todo estaba lleno de muertos consumidos, ó por el gran hambre, ó por las manos de aquellos ladrones amotinados, y estaba todo muy lleno de cuerpos muertos, de los que, ó por hambre ó por la revuelta de esta maldita gente habian perecido. Consolábanse los tiranos y los ladrones amotinados con la esperanza que tenian de salvarse en los albañares cuando todo les faltase; porque confiaban que si aquí se recogian, no serian hallados. Pero acabada de destruir la ciudad, y partidos ya de allí los romanos, pensaban poder salir y huir todos; pero esto no era sino un sueño: porque no podian esconderse, ó de Dios ó de los romanos. Confiados, pues, romo dije, en salvarse en albañares y cuevas que debajo de tierra tenian, quemaban ellos mucho mas que los mismos romanos; y los que huyendo del incendio se escondian en las cuevas, matábanlos malamente y los desnudaban. Tambien donde quiera que hallasen que comer, por mas lleno que estuviese antes de sangre, se lo tragaban. Tenian ya guerra entre sí, sobre quién mas robaria y pensaria; que si no fueran destruidos y muertos, que quisieran con su sobrada crueldad gustar y comer la carne de los muertos.

XV. Viendo Tito que era imposible tomar la parte alta de la ciudad sin hacer sus caballeros, por estar edificada y fundada en lugar heniesto por todas las partes, á los veinte dias del mes de agosto ordenó su gente en la obra. Traer el material para esto era cosa muy dificultosa y de gran trabajo, por haber sido gastados todos los ingenios y aparejos que para ello tenian de cien estadios al rededor en los primeros montes ó caballeros que habian hecho. Levantaron su obra las cuatro legiones en la parte occidental de la ciudad, delante del palacio real; el escuadron y gente de socorro con todos los demás, hácia el Jisto, y hácia la puente y torre de Simon: la cual habia este antes edificado para defenderse cuando guerreaba con Juan. Habiéndose juntado estos mismos dias los capitanes de los idumeos secretamente, tomaron consejo sobre la manera que tendrian para rendirse á los romanos: y habiendo enviado cinco hombres de los suyos á Tito, suplicábanle que quisiese concederles perdon, y pedian les concediese las vidas. Confiando Tito que, partidos los idumeos, los tiranos se habian de rendir, porque eran estos gran parte de la guerra, todavía, aunque tarde, les prometió la vida y les volvió á enviar los embajadores que le habian enviado. Estando estos ya aparejando su partida, súpolo Simon, y mató luego los cinco varones que habian salido á hablar con Tito; y encarceló á los capitanes, y al mas noble de ellos tambien, el cual era Diego, hijo de Sofa. Quitados los capitanes á esta muchedumbre de idumeos, los cuales no sabian lo que hiciesen, por no tener quien los rigiese, no quiso dejarlos sin capitanes, antes los puso debajo de guarda mas diligente; y con todo no podian las guardas detener á los que huian: porque, aunque muchos eran por esto muertos, habia muchos mas que huian. Á todos los recibian los romanos, por haber Tito olvidado las amenazas que antes les habia hecho por su demasiada mansedumbre y amistad: y los soldados, con la esperanza que de ganar tenian, y tambien por estar ya muy hartos, templábanse en matar á los que huian de ellos. Porque dejados aparte los nobles y principales, todo el otro vulgo, así hombres como mujeres, vendian por poco precio: y como fuesen muchos los vendidos, y hubiese pocos que los comprasen, aunque Tito habia mandado pregonar que ninguno huyese solo, porque tuviesen cuidado en traer consigo tambien todas sus familias; todavía, como quiera que viniesen, él los recibia, puesta diligencia y guarda, que mirasen los que eran dignos de castigo, y luego los matasen. Así, pues, fué gran número el de la gente que fué vendida. Fueron juntados y guardados mas de cincuenta mil de los ricos del pueblo, los cuales Tito dejó después ir como cada uno quiso. Estos mismos dias, uno de los sacerdotes, hijo de Tebuto, llamado por nombre Jesús, tomando la palabra del emperador en su seguridad, porque entregase algunas cosas de las que habian sido ofrecidas al templo, salió y entrególe de la pared del templo, dos candeleros semejantes y muy parecidos á los que estaban en el mismo templo, y muchas mesas, platos y tazas hechas todas de oro muy macizo y de gran peso. Entrególe tambien muchos velos y ornamentos de pontífices llenos de perlas y riqueza, y con esto, muchos vasos y aparejos, que para hacer sus sacrificios tenian muy ricos. Fué tambien preso el tesorero y guarda del dinero y riqueza del templo, llamado Fineas, el cual mostró los vestidos sacerdotales; mostróle tambien mucha púrpura y grana que estaba todo guardado en sus armarios para el uso necesario. Con estos habia algo de cinamomo de Casia, y otra muchedumbre de olores; de los cuales cada dia mezclando parte la ofrecian á Dios, y la quemaban en su nombre. Tambien le entregó este de otras riquezas mucha parte, y no pocos ornamentos hechos para el culto divino: por respecto de las cuales cosas, aunque fué preso por fuerza, le fué todavía concedido el perdon, no menos que á los que huian.

XVI. Acabadas ya las trincheras, y puesta en órden toda la gente, á los siete de setiembre, diez y ocho dias después de comenzada la obra, llegaban ya

los romanos sus máquinas y tiros que para combatir tenian. Parte de los sediciosos, desesperando ya de salud y de poder guardar su ciudad, desamparados los muros, recogíanse á la villa alta: otros se echaban por los albañares: otros muchos ordenándose, querian resistir á los romanos, que no pusiesen sus máquinas ni sus tiros como querian, pero vencíanlos los romanos, no menos en esfuerzo, que en el número grande de la gente que tenian: y lo que es de tener en mas, que estos estaban poderosos y alegres, y los judíos flacos y muy tristes. Siendo, pues, ya una parte del muro derribada, y habiendo caido algunas torres combatidas con las máquinas ó ingenios llamados arietes, luego los que estaban para defenderlos, huyeron. Y los tiranos fueron entónces mas amedrentados de lo que la necesidad les compelia: porque antes que los enemigos entrasen, estaban ya entorpecidos, y estaban tambien suspensos sin saber si huyesen ó qué debian hacer: vierais aquí los que poco antes solian ser muy soberbios y muy arrogantes en sus obras y hechos muy impíos, estar en este tiempo tan humildes y tan temblando, que cierto, puesto que eran muy bellacos y malos, movieran á compasion á quien los viera. Trabajaron en echar á los que guardaban el muro, roto el cerco que ceñia los muros de la ciudad y se empeñaron en salir; pero no hallando ya el socorro de todos aquellos que hasta allí les habian sido fieles, huia cada uno adonde la necesidad y fuerza le echaba. Y como viniesen otros y les hiciesen saber, que todo el muro hácia el occidente estaba ya derribado y por tierra; otros que les denunciaban, como los romanos habian entrado y se llegaban ya buscando; y los otros afirmaban que veian los enemigos estar en las torres, engañándoles la vista el miedo grande que tenian, echábanse de boca en tierrra, y quejábanse de sí mismos y de su locura, y estaban como cortados, sin saber á dónde mejor huir pudiesen para salvarse. De esto conocerá cualquiera la potencia y virtud de Dios contra los malos, y la dicha y gran prosperidad de los romanos. Privaronse aquí estos tiranos ellos mismos de su guarda y defensa, y bajáronse de su voluntad y de su grado de las torres que tenian, adonde no podia ser, por fuerza grande que se les hiciese, presos, si no era por hambre solamente; y los romanos que habian trabajado en solos los muros primeros y mas bajos, prendieron ahora por dicha y por su fortuna á los que antes no pudieron prender con sus artes ni sus fuerzas. Las tres torres que antes dijimos, eran cierto mas fuertes que todas cuantas máquinas é ingenios los romanos tenian. Desemparándolas, pues, á todas tres, ó, lo que es mas cierto, echados de ellas por voluntad de Dios, huyeron luego al valle de Siloa, y habiendo perdido por estar aquí algo del miedo grande que tenian, dieron por esta parte contra la guarnicion que cercaba el muro; pero fueron rechazados, mas por haber acometido con poca fuerza, que por necesidad y fuerza que los que estaban en guarnicion les hicieron, porque cierto de decir es, que tenian ya las fuerzas muy quebrantadas por el trabajo grande que pasaban, por el miedo que tenian, y por la gran destruccion y calamidad que delante sus ojos veian claramente, y escondiéronse como mejor pudieron en diversos albañares y lugares de suciedad. Habiendo ganado los romanos los muros, pusieron en las torres sus banderas, celebrando su victoria con grande alegría y cantares, por ver que les habia sido el fin de aquella guerra mucho mas fácil que no les habia sido el principio. Habiendo, pues, alcanzado sin derramamiento de sangre el muro, que no pensaban cierto que fuese el postrero, y no viendo alguno que les resistiese, maravillábanse como de cosa muy incierta: derramados, pues, por las estrechuras de las calles y plazas, con las espadas desenvainadas, mataban sin hacer diferencia alguna á cuantos hallaban, y quemaban todas las casas con los que en ellas se recogian juntamente. Destruyendo tambien, muchos de los que habian entrado por robarlas, hallaban en ellas las familias muertas, las cámaras y suelos llenos de muertos consumidos por el hambre: y así huian sin tomar algo, con las manos vacías, con horror de ver tan horrenda cosa; pero, aunque de los muertos de esta manera tenian compasion y lástima, no la tenian semejante de los vivos, antes matando á cuantos delante les venian, é hinchendo las calles angostas de cuerpos muertos, manaba toda la ciudad sangre, de tal manera, que gran parte del fuego se mataba con la sangre que de los muertos corria: de noche cesaba el matar, y crecia el fuego. Ardiendo, pues, y quemándose Jerusalen, amaneció el dia octavo del mes de setiembre, y si esta se hubiera bien servido desde el tiempo que fué fundada de todos los bienes que Dios le habia dado, así como se sirvió de tantas muertes cuantas experimentó, siendo cercada, hubiera sido ciertamente envidiada por todas las del universo: digna de tan grandes desdichas, no cierto por otra cosa, sino por haber engendrado y sufrido dentro de sí generacion tal, y tan perversa, que le causase tal y tan grande destruccion. Entrado que hubo Tito dentro de la ciudad, maravillábase de muchas cosas, y de ver principalmente las guarniciones, la altura y fortaleza de las torres, las cuales habian por su locura desamparado los tiranos. Habiendo mirado la firme altura de ellas, y la grandeza y la labor que cada piedra por sí tenia, cuán altas y cuán anchas fuesen cada una, segun el lugar que ocupaban, dijo: peleado habemos cierto con ayuda particular de Dios, y Dios es el que sacó de estos fuertes á los judíos: porque ¿qué máquinas, ó qué manos de hombres, por fuertes que fuesen, bastarian para tanto? Habló tambien entónces muchas cosas con sus amigos, y dió libertad á los que halló atados y presos en los castillos por los tiranos. Y como derribase todas las otras fuerzas de la ciudad y todos los muros, quiso dejar estas torres para memoria de su fortuna y buena victoria, por cuyo favor y ayuda habia alcanzado aquello que sin ellas no pudiera ser jamás tomado; y porque los soldados se fatigaban ya de matar, y quedaba aun gran muchedumbre de vivos, mandó César que fuesen solo muertos los que quisiesen resistirles, y que dejasen salvos y libres á todos los otros: los soldados mataban y despedazaban, juntamente con los que Tito habia mandado, cuantos viejos y débiles hallaban, no aptos ni buenos para pelear, é hicieron recoger los mancebos y hombres mas útiles dentro del templo, y cerráronlos en el lugar á donde solian estar las mujeres. Puso César por guarda de esta gente un liberto suyo y amigo, llamado Frontonio, el cual diese á cada uno el castigo ó galardon que mereciese: este mató á todos los ladrones, porque el uno acusaba al otro, y á todos los revolvedores, sediciosos y amotinados, y guardaba para el triunfo los mancebos mas escogidos, y de mas alto y lindo cuerpo, y todos los otros que hubo mayores de edad de diez y siete años, enviólos muy atados y con buena guarda á Egipto á que trabajasen: repartió la mayor parte Tito por todas aquellas provincias para que fuesen muertos en los espectáculos y fiestas por las bestias fieras; los que se hallaron de menor edad de diez y siete años fueron vendidos, y en los mismos dias que Frontonio hacia esta eleccion, murieron de hambre doce mil de ellos, á los cuales, parte

por odío que las guardas le tenian, no les daban que comer, y parte de ellos tambien porque estaban con hastío grande, sin poder comer lo que les daban: y era tanta la muchedumbre de la gente, que cierto tenian necesidad y mucha hambre de trigo.

XVII. Llegó el número de los cautivos que fueron presos en toda esta guerra al número de noventa y siete mil, y los que murieron durante el tiempo del cerco de la ciudad, llegaron á once veces cien mil hombres. Los mas de estos fueron judíos, pero no fueron todos naturales de Jerusalen, porque juntos de todas partes para los dias de las fiestas ó de su pascua, fueron súbitamente cercados de guerra, y primero por estar tan apretados les cercó gran pestilencia, y luego después el hambre. Pues para que la ciudad pudiese tener tanta gente, era claro y manifiesto lo que dijimos haberse hallado en tiempo de Cestio, presidente y gobernador de Jerusalen: porque, deseando este entónces hacer que Neron supiese la fuerza y poder de esta ciudad, viendo que menospreciaba mucho esta nacion, pidió á los pontífices, que si fuese posible en suerte alguna le diesen cuenta del número de la gente: y ellos, un dia solemne de sus fiestas, el cual llaman pascua, estando ocupados en matar animales para sus sacrificios desde las nueve hasta las once, estaban repartidos de diez en diez, no menos porque no les era lícito matar uno, sin que fuesen por lo menos diez, aunque se podian bien juntar veinte, y así contaron doscientos cincuenta y seis mil quinientos animales muertos para los sacrificios: y montan estos, no contando en cada uno mas de diez varones, dos millones y seiscientas cincuenta mil personas, siendo todos limpios, porque los albarazados, que es otro género de lepra blanca, y los que no pueden detener su simiente, los cuales se llaman gonoróicos, y las mujeres no limpias por estar con su regla, ni todos los otros enfermos, podian participar en los sacrificios, ni los que eran extranjeros, sino solo los que por causa de la religion hubiesen venido: y tan gran muchedumbre, claro está que de los de fuera se juntaba; pero entónces parece que por sus hados y ventura toda la gente se habia juntado como en una cárcel, y estaba cercada la ciudad muy llena de gente. Vence, pues, y excede en gran manera toda pestilencia, así humanamente venida, como por Dios enviada, el número grande de los que murieron públicamente, y de los que prendieron los romanos, porque, escudriñando los albañares, y desenterrándolos de los sepulcros, degollaban á cuantos hallaban. Fueron tambien aquí hallados mas de dos mil, de los cuales los unos se habian ellos mismos por sus propias manos muerto, y los mas se habian muerto unos á otros, y algunos otros corrompido por el hambre y trabajo que padecian: salia un hedor tan hediondo al encuentro de los que estaban, que hacia volver atrás á muchos de ellos: otros con el cuidado que de ganar mas tenian, pisando los cuerpos muertos que por el suelo habia juntos, no curaban sino de entrarse, porque hallábanse muchas riquezas escondidas en aquellas cuevas, y la codicia de ganar hacia camino por todas partes, y lo allanaba todo: libraban á muchos que los tiranos habian atado y encarcelado malamente, porque estando en su extrema necesidad, no habian aun dejado de mostrar su crueldad y tiranía; pero Dios tomó venganza de entrambos justamente; porque Juan, oprimido con el hambre y puesto con sus hermanos en los albañares, suplicaba y pedia á los romanos lo que tantas veces habia desechado con menosprecio, es á saber, que le perdonasen. Simon, habiendo luchado, y hecho su poder con la necesidad grande, como después mostraremos, se rindió. Fué el uno de estos guardado para el triunfo de Vespasiano, y Juan fué puesto en cárcel perpétua; y los romanos quemaron las partes postreras de la ciudad, y derribaron los muros del todo.

XVIII. Así, pues, fué tomada la ciudad de Jerusalen el segundo año del imperio de Vespasiano, á ocho dias del mes de setiembre; y habiendo sido antes tomada cinco veces, ahora fué del todo destruida. El rey de Egipto Asoqueo, y después Antíoco, luego Pompeyo, y después Sosio y Herodes la tomaron tambien y la conservaron; pero primero fué destruida antes por el rey de Babilonia: después de mil trescientos sesenta y ocho años, ocho meses y seis dias que fué fundada. El primero que la edificó ó fundó fué un poderoso cananeo, llamado Melquisedec, que quiere decir varon justo en lengua de la patria, y era cierto tal; por lo cual fué el primero que sirvió y administró á Dios el sacerdocio, y comenzó este á edificar el templo, y llamó á la ciudad Jerusalen, así como antes no se llamaba sino Isolima. Echado después el pueblo de los cananeos, el rey David la entregó á su pueblo, y cuatrocientos sesenta y cuatro años después y tres meses mas fué destruida y derribada por los de Babilonia. Después del rey David, que fué el primer rey judío que reinó en ella, hasta esta destruccion hecha por Tito, pasaron mil ciento treinta y nueve años, y de su primera fundacion hasta su última destruccion, dos mil ciento setenta y siete años: pero no le valió en fin su antigüedad, ni sus riquezas, ni la fama divulgada por todo el universo, ni la gloria grande de su religion, para que no fuese destruida y pereciese; este fué, pues, el fin del cerco y destruccion de Jerusalen. No teniendo ya los soldados á quién matar, ni qué robar, porque á la ira, que en sus ánimos contra los judíos tenian, todo parecia faltarles, porque por mas que tuvieran otra cosa en que ocuparse, no lo dejaran de hacer, mandóles César que acabasen de destruirla toda, y todo el templo tambien, dejando solamente aquellas torres que eran mas altas que todas las otras: la una de Faselo, la otra de Hipico, y la tercera la de Mariana; y tanto tambien del muro, cuanto estaba cercado de la ciudad por la parte de occidente. Este, porque sirviese de fuerte á los que quedasen allí de guarnicion, y las torres para que mostrasen á los que habian de suceder en los siglos por venir, qué ciudad, y cuán guarnecida y abastecida de toda cosa hubiesen ganado y sujetado los romanos. Derribaron todo el otro cerco de la ciudad, y de tal manera la allanaron toda, que cuantos á ella se llegasen, apenas creerian haber sido habitada en algun tiempo. La imprudencia y locura de los revolvedores del pueblo, y de los que amaban innovar las cosas, fué el fin y destruccion de Jerusalen, ciudad muy principal y de gran nombre, loada y predicada entre todos los hombres del mundo.

XIX. Determinó Tito dejar en guarnicion la décima legion, y alguna compañía de caballos y escuadrones de á pié. Habiendo, pues, administrado todas las cosas de la guerra muy bien, deseaba loar todo el ejército generalmente por haber hecho todas las cosas valerosamente y con grande ánimo, y queriendo dar el premio á los que principales se habian en esta guerra mostrado: mandando poner en órden un gran tribunal, en medio y delante de todos, salió él con la gente noble mas principal, y de la parte que podian todos los soldados oirle, hízoles muchas gracias, diciendo: que habia conocido el ánimo y benevolencia que habian con él usado y perseverado. Loábales principalmente porque le habian en todo obede-

cido, y por haber mostrado gran esfuerzo y fortaleza en muchas y muy grandes cosas, ensanchando con ello el imperio de la patria, y haciendo manifiesto á todos los hombres, que ni la muchedumbre de los enemigos, ni el abastecimiento de las tierras, ni la grandeza de las ciudades, ni el atrevimiento y audacia sin consideracion, ni las crueldades fieras y muy desenfrenadas pueden jamás huir las manos ni fuerzas de los romanos, por mas que hayan algunos tenido por favorable la fortuna en muchas cosas; dijo tambien, ser cosa muy gentil poner fin á las guerras, que mucho tiempo habian durado, porque no las habia él deseado cosa alguna mejor desde que se comenzaran: y que esto era mejor y mas digno de todo loor é inmortalidad, que los capitanes romanos y administradores del imperio recibian con toda honra, y muy dignamente al que ellos por emperador declaraban; y piensan ser cosa justa y razonable tenerse todos á lo que ellos habian determinado. Dijo: que se maravillaba de todos, é igualmente á todos los amaba, porque ninguno se mostró menos alegre en el trabajo, que esforzado á su tiempo; pero á los que con mayores fuerzas habian mas valerosamente peleado, y habian ganado con sus hechos valerosos nombre, é ilustrado su fama, ennobleciendo mas su milicia con mayores hazañas, dijo que él les satisfacia segun merecian, y los galardonaria tambien; y que ninguno de los que habian trabajado mas que los otros seria sin justísimo premio y galardon; porque él tenia gran diligencia puesta sobre ello, lo tenia muy á cargo, porque mas queria honrar la virtud y esfuerzo que habian mostrado en perseverar, como buenos compañeros de la guerra, que no castigar los yerros de los otros. Mandó entónces que aquellos que tenian de ello cargo, luego á la hora los nombrasen y declarasen, y llamando á cada uno por su nombre, loábalos mucho á todos en su presencia, como alegrándose por ver buen suceso en sus cosas, y poníales coronas de oro en sus cabezas, cadenas en sus cuellos y lanzas largas, daba otras insignias tambien hechas de plata, y mudaba las órdenes, adelantando á cada uno mas del estado que tenia. Repartió tambien del despojo y saco de la ciudad mucho oro y mucha plata, muchos vestidos y mucho de todo el otro robo liberalmente. Habiendo, pues, galardoneado á todos, segun lo que cada uno merecia, y habiendo hecho él con todo su ejército sus ruegos á Dios, haciendo gracias, descendió con gran aplauso y favor de todos, y púsose á celebrar sus sacrificios á Dios por causa de la célebre victoria, y estando gran muchedumbre de bueyes allí al rededor de las aras, habiéndolos todos sacrificado, diólos después á su ejército, para que celebrasen con ellos sus banquetes y regocijos, y habiéndose él holgado tambien por espacio de tres dias con los mas principales que con él estaban, dió licencia á toda su gente para que cada uno se fuése á donde mejor le pareciese. Encomendó la guarda de Jerusalen á la décima legion, poniéndola toda allí de guarnicion sin enviarla al Éufrates, á donde antes solia estar: la duodécima, acordándose que habia sido vencida por los judíos, la mandó salir toda de Siria, porque antes solia estar con los rafaneas, y envióla á Meliten, una villa ó ciudad así llamada: está esta edificada en la raya, ó delante los fines de Armenia y de Capadocia, y pensó que le bastaba á él por entónces tener consigo dos, hasta que llegase á Egipto, es á saber, la quinta y la décima quinta. Y habiendo de allí descendido á Cesarea, que es ciudad marítima, puso allí, y dejó todo lo que de Jerusalen consigo traia, y mandó que fuesen muy bien guardados todos los prisioneros y cautivos que consigo traia, porque por ser ya invierno érale imposible navegar por Italia.

XX. En el tiempo que Tito estaba en el cerco de Jerusalen detenido, Vespasiano vino en una nao hasta Rodas, y partiendo de aquí con galeras, después de haber visitado todas las ciudades, por las cuales navegando pasó, y después de muchos recibimientos que le fueron con toda alegría y solemnidad hechos, pasó de Jonia á Grecia, y saliendo después de Corcira llegó á Japigia, de donde comenzó á caminar por tierra. Vuelto Tito de la ciudad marítima de Cesarea, vino á la ciudad que se llama Cesarea de Filipo, á donde se detenia mucho por hacer fiesta y espectáculos diversos, en los cuales murieron muchos de los judíos que presos traian; los unos echados á las fieras, otros forzados á pelear entre sí, no menos que si fueran enemigos. Aquí halló presó á Simon, hijo de Giora: este Simon, durando el cerco de Jerusalen, y teniendo la parte alta de la ciudad bajo de su mando, después que habiendo entrado el ejército habia comenzado á destruir toda la ciudad, llamando los mas fieles que tenia por amigos, y los oficiales para ello necesarios cuantos le bastasen, escondióse con todos ellos dentro de un albañar muy secreto, y caminaban todo lo que por dentro podian, y cuando nó, mandaba á los oficiales que cavasen, confiando, que, pasando mas adelante hallarian camino y fácilidad para salir, y de esta manera se salvarian; pero el peligro del negocio les mostraba ser esta esperanza muy vana; porque apenas habian alargado los oficiales algo adelante el camino, cuando el mantenimiento, por mucho que se habian templado en el comer, ya les faltaba: entónces, pensando poder con algun espanto engañar á los romanos, vistióse con unas túnicas, ó como blancas camisas, trabadas con sus hebillas, y con una ropa larga de grana, salió de allí debajo de tierra por la parte á donde el templo fué edificado, y apareció delante de la gente de aquella manera: luego al principio los que lo vieron se espantaron mucho, y ninguno se osaba mover de su lugar. Llegándose después mas cerca, pidiéronle que dijese quién era: Simon á esto no respondia, pero mandaba que le llamasen delante al capitan, y llamado luego por los que se lo fueron á decir, vino Terencio Rufo, porque este habia sido dejado por regidor de toda aquella gente: y sabida toda la verdad, guardábale muy bien atado, é hizo saber á Tito como habia sido este hombre preso. Así, pues, de ésta manera puso Dios á Simon, para que se tomase en él venganza de la crueldad que habia con los suyos amarga y tiránicamente usado, en poder de sus enemigos, que tanto le tenian aborrecido y mal querian, no sujetándole á las manos de estos por fuerza, sino traido de su grado á recibir digno castigo, segun sus merecimientos por haber él muerto á muchos cruelmente, acusándolos con acusaciones falsas, y diciendo que querian pasarse á los romanos; porque en fin la maldad no puede huir la ira y castigo de la mano de Dios, ni es cosa de poca fuerza la justicia, antes alguna vez bien sabe tomar venganza de los que la violan y quebrantan, y dá mayor y mas grave pena á los culpados, cuando ya piensan estar del todo libres, por no haber sido castigados por lo que han cometido: esto aprendió tambien Simon después de haber caido en desgracia é ira de los romanos; su salida á muestra sobre la tierra fué causa que muchos de aquellos revolvedores y gente sediciosa fueran presos por ser hallados en aquellos albañares. Habiendo vuelto Tito á la ciudad de Cesarea, que llamamos marítima, fuéle presentado Simon muy bien atado, y mandó que le fuese muy bien guar-

dado para el triunfo que habia de hacer en Roma: deteniéndose aquí, celebró la fiesta del nacimiento de su hermano, matando por su honra en sus juegos gran parte de los cautivos que allí consigo tenia: porque el número de los que pelearon con las fieras, de los que fueron puestos al fuego, y el de los que perecieron peleando entre sí en sus luchas y escaramuzas, llegó á mas de dos mil y quinientos hombres: aun todo esto parecia á los romanos mucho menos de lo que todos ellos merecian, por mas que fuesen de mil maneras muertos y consumidos. Vínose después Tito á Berito; es esta una ciudad de la provincia de Fenicia, poblada por los romanos, y detúvose aquí tambien algun tiempo; haciendo mayor fiesta el dia que celebró el nacimiento de su padre, tanto en la magnificencia de los espectáculos, cuanto en muchos otros gastos nuevos, pereciendo tambien esta vez, no menos gente de los judíos cautivos, que en la otra fiesta del hermano.

XXI. Aconteció en este mismo tiempo, que los judíos que quedaban en Antioquía padecieron gran mal y gran matanza, levantándose contra ellos toda la ciudad de Antioquía, tanto por las acusaciones que al presente dieron contra ellos, cuanto por las que habian poco antes entendido, y habian sido hechas, de las cuales me parece necesario contar algo, para que después siguientemente podamos dar razon y cuenta de todo lo que sucedió; porque los judíos fueron muy desparcidos por todas las ciudades del universo extrañas; pero por la vecindad, pues habia en la ciudad de Antioquía gran parte, siendo tambien ciudad muy grande, y los reyes que habian sido después de Antíoco les habian dado gran libertad y poder para habitar en ella; porque Antíoco, el que fué llamado Epífanes, destruyendo la ciudad de Jerusalen, dió saco á todo el templo, y los que le sucedieron después en el reino, cuanto habian habido de los dones de cobre ofrecidos al templo, lo volvieron todo á los judíos que vivian en Antioquía, dedicándolo á su sinagoga, y concediéronles tanta libertad y derecho en la ciudad, como tenian los mismos griegos. Siendo tratados así mismo por todos los reyes que después sucedieron, creció el número de esta gente, y levantaron mucho mas solemnes edificios en su templo, y enriqueciéndole con muchos dones que le ofrecieron muy magníficos, y allegando á sí por su religion gran número de la gente pagana, hiciéronlos casi como parte ó naturales judíos: pero siendo proclamada y denunciada la guerra públicamente, y habiendo entónces llegado con una nao Vespasiano á Siria y creciendo el odio de los judíos en todas partes, entónces, uno de estos, llamado Antíoco, varon digno de mucha honra, por causa de su padre, porque era príncipe de los judíos de Antioquía, estando todo el pueblo de esta ciudad junto en un teatro, salió en medio de todos acusando á su padre y á todos los otros, fingiendo que querian todos poner fuego una noche á toda la ciudad, y descubrió algunos judíos de los que se habian hospedado allí como sabedores y partes de esto. Oidas estas cosas, no podia el pueblo refrenar su ira, antes luego mandaron traer mucho fuego y quemar á los que les habian sido entregados, y fueron todos quemados en el mismo teatro; y dábanse priesa por venir contra toda la muchedumbre de judíos que allí habia, pensando que tomando castigo de ellos, guardarian y defenderian á su patria. Pensó tambien Antíoco mover mas y mas la ira y saña de los paganos, con mostrar que habia mudado su voluntad en lo de su religion; porque sabia que aborrecia esta gente mucho las costumbres de los judíos, sacrificó él, segun los paganos acostumbraban, y mandó que todos los judíos hiciesen lo mismo, porque los que rehusasen hacerlo serian tenidos por traidores. Habiendo los de Antioquía hecho experimento de esto, hubo muy pocos que en ello consintieron, y todos los otros que no quisieron fueron muertos. Habiendo Antíoco tomado gente del capitan de los romanos, mostraba con ella su crueldad contra su natural gente, no dejándoles celebrar su fiesta al séptimo dia de la semana, segun tenian de costumbre, antes los forzaba á que hiciesen todo lo que los otros dias hacer acostumbraban, y forzólos á hacer esto en tanta manera y con tanta fuerza, que no solo fueron quebrantadas ya las fiestas en Antioquía solamente, sino que tomando de aquí principio, en breve tiempo fué hecho lo mismo en todas las otras ciudades. Habiendo, pues, padecido tanto daño en Antioquía, aconteciéles otra nueva destruccion; y con propósito de contarla, habemos relatado todo lo que habemos dicho: porque, quemándose el mercado y las arcas adonde las escrituras y procesos públicos estaban y otras cosas, apenas pudo ser detenido el fuego, ni muerto antes de quemarse toda la ciudad: tan gran poder habia tomado; y Antíoco acusó luego á los judíos como culpados en este hecho; y los naturales de Antioquía, aunque no tuvieran de mucho antes enojo alguno contra los judíos, fácilmente fueron movidos con la nueva acusacion del fuego; y con esto les persuadió mucho mas, y fué causa de que le diesen mayor crédito, de tal manera que pensaban y creian todos haber visto Antíoco como los judíos ponian fuego á la ciudad, y como furiosos vinieron con gran fuerza é ímpetu contra los que Antíoco acusaba: apenas pudo reprimir ni sosegar el alboroto levantado cierto cólega, embajador y mancebo, pidiendo que le dejasen hacer saber á César el alboroto levantado, porque ya Vespasiano les habia enviado al regidor de Siria, Sesenio Peto; pero este aun no habia llegado. Haciendo después Cólega gran pesquisa y diligencia, por saber la verdad de lo que pasaba, halló lo que buscaba; y descubrió como ninguno de los judíos de los que eran acusados por Antíoco tenian culpa alguna en todo aquello: porque unos hombres perdidos y bellacos habian cometido todo aquello por causa de muchas deudas que tenian, pensando que, quemada la corte y escrituras ó procesos públicos, serian libres de toda exaccion y demanda. Todavía los judíos, por saber las acusaciones grandes que les levantaban, aguardaban lo que seria de ellos; pero con temor muy grande, sin saber qué consejo en ello mejor tomasen.

XXII. Habiendo sabido Tito por un embajador que su padre le habia enviado, como habia llegado muy deseado y con gran fiesta á todas las ciudades de Italia, y principalmente la gran alegría y aplauso con que toda Roma le habia recibido, recibió por ello muy gran placer, librado ya de todos los cuidados que de él tenia, como deseaba. Amaban á Vespasiano, aunque de el estuviesen ausentes y muy lejos, los de Italia, no menos que si á todos les estuviera presente; confiando que la esperanza que de verle tenian, por el deseo con que lo deseaban, le hacia ya ver presente, teniendo todos de su grado voluntad y deseo franco, sin ser á ello forzados: porque el senado, acordándose bien de las revueltas pasadas, que por la variedad y mutacion de los príncipes habian acontecido, deseaba ver un emperador de madura edad, con hechos y memorias dignas de honra en las cosas de la guerra, cuya presencia sabia haber de servir mucho, y ser muy buena para la salud de todos sus vasallos y sujetos; y el pueblo, fatigado de los trabajos que habia hasta entónces pasado, deseaba mucho

mas su venida, confiando que con su presencia serian acabados de librar de toda sujecion y tiranía, y que recibirian otra vez y cobrarian su antigua libertad con toda prosperidad. Tenian principalmente los soldados ojos á él, porque estos conocian y sabian bien la grandeza de sus hazañas en las cosas de la guerra, y habiendo experimentado el poco saber y poca arte de los otros capitanes, deseaban ser librados de tan feo y torpe nombre como habian alcanzado, y suplicaban á Dios les dejase ver y recibir á aquel, el cual solo los podia librar, guardar y honrar á todos. Como, pues, todos le amasen y deseasen juntamente de esta manera, á los mas nobles y honrados parecíales cosa intolerable esperar tanto tiempo; pero todavía trabajaban en salir fuera de Roma á recibirle con toda la honra posible. Y no habia alguno que pudiese bien sufrir su larga ausencia; así se salian todos juntamente, que parecia á todos cosa mas fácil irle á buscar, que detenerse en algun lugar, de tal manera que la ciudad cierto mostraba holgarse en ver que la gente por algun tiempo disminuia: los que quedaban eran mucho menos que los que salian ciertamente. Cuando fué descubierto que él ya llegaba, contaban todos con cuánta mansedumbre y afabilidad habia recibido á los que habian ido primero, por lo cual toda la otra muchedumbre de gente le esperaba por las calles y caminos con mujeres é hijos; y por donde pasaba, loaban la voluntad que tenia de ver á todos, y declaraban con grandes voces la mansedumbre y alegría que en el rostro mostraba, llamándole todos á una voz muy merecidamente conservador de la patria y dador de la salud, y príncipe solo digno de los romanos. Estaba toda la ciudad como suele estar un templo lleno de ramos, flores y olores. Y pudiendo no sin gran pena llegar al palacio por la muchedumbre de gente, celebró él su buena venida, dando el parabien por ella á los dioses de la patria. El pueblo celebró públicos banquetes de alegría, haciendo convites por linajes, y entre amigos y vecinos, y sacrificaban á Dios solemnemente; y suplicábanle muy humildemente que perseverase mucho tiempo, y le conservase en el imperio á él y á su hijo, y á todos sus descendientes, para que fuesen príncipes grandes y dignos de memoria. Recibido, pues, en Roma Vespasiano de esta manera, sucedíale todo muy prósperamente.

XXIII. Antes de estos tiempos, estando aun Vespasiano en Alejandría, y Tito en el cerco de Jerusalen, rebeláronse gran parte de los alemanes, con los cuales juntándose los franceses que les son vecinos, habíanles dado gran esperanza que los librarian del imperio de los romanos. Movió á los alemanes á que se rebelasen y moviesen guerra contra el imperio, su naturaleza de ellos muy agena é inhábil de todo buen consejo, y que desea con poca esperanza de bienes, verse puesta en peligros; además de esto el odio de los príncipes, porque esta gente no sabe servir por fuerza, sino á solos los romanos. Dióles tambien grande esperanza ciertamente para esto el tiempo presente: porque como viesen que el imperio romano padecia tantas mutaciones en los emperadores con las discordias civiles, y conociendo que casi todo el universo que les era sujeto y los reconocia estaba en peligro, y sondeando á qué parte se tendria, pensaron que este tiempo que ahora por las discordias y mudanzas tantas que habian entre sí padecido se les ofrecia era el mejor y mas cómodo para rebelarse. Dábales este consejo, y engañábalos con esta esperanza uno llamado Clasico y otro llamado Civil; los mas poderosos de aquellos que en otro tiempo deseaban innovar y revolverlo todo: movidos, pues, con aquella ocasion, descubrieron lo que sentian y lo que tenian determinado de hacer. Habian ya deliberado sobre aquel consejo de experimentar qué ánimo tuviese el pueblo y la gente comun; pero habiéndoles prometido la mayor parte de los alemanes rebelarse juntamente, sin que alguno por ventura de los otros discordase, pareció que por divina providencia Vespasiano envió cartas á Pitilio Cercalo, el cual habia sido antes regidor de Alemania, con las cuales le declaró por cónsul, y mandóle partiese á administrar las Bretañas. Partiendo, pues, este para donde le habia sido mandado: haciendo su camino, y habiendo oido que los alemanes se habian rebelado, acometiólos estando ya muy grande ejército junto, é hizo en ellos gran matanza: y haciéndoles perder aquella locura y vanidad que habian concebido, hízoles recobrar sentido y sobriedad: pero si este no llegara á estas partes antes, todavía poco después fueran bastantemente castigados: porque en la misma hora que vino la embajada de esto á Roma, Domiciano, que era hijo de Vespasiano, emperador, habiéndolo oido y entendido, hizo, nó como hiciera otro si fuera de su edad, porque era muy mozo, no rehusando de emprender tan gran cosa, antes con la fortaleza y esfuerzo que naturalmente de su padre tenia, y ejercitado mas y mejor de lo que su edad sufria, partió luego contra los bárbaros. Entendiéndolo estos, y amedrentados por saber la gente y ejército que consigo traia, todos se rindieron, sacando de aquello esta gran ganancia, que fueron sujetados otra vez y puestos debajo del mismo yugo que antes estaban, sin algun derramamiento de sangre. Ordenadas, pues, todas las cosas de Alemania como convenia, porque no pudiesen moverse jamás así tan fácilmente, Domiciano, venciendo con su consejo muy señalado y esclarecido con sus obras y hechos á su edad, hechos que levantaban hasta el cielo el nombre de su patria, volvióse á Roma. Habíase juntado en este concierto de los alemanes el atrevimiento y osadía de los escitas: porque aquellos que se llamaban sármatas, pasando gran muchedumbre de ellos el rio Istro, que llamaban, Danubio con gran crueldad y fuerza, por haber arremetido con ímpetu y furor, y de improviso, mataron á muchos de los romanos que hallaron de guarnicion en las ciudades que ganaron: y el legado ó embajador que el cónsul enviaba, viniéndoles al encuentro, y habiendo con ellos peleado valerosamente, todavía fué muerto y entrábanse en todas las ciudades y regiones que al encuentro les venian, prendiendo, robando, matando y quemándolo todo, donde quiera que hallaban resistencia. Entendiendo esto Vespasiano, y sabiendo la destruccion hecha en Mesia, envió allá á Rubrio Galo, para que tomase castigo de ellos, el cual mató en diversos combates muchos de ellos; y los que pudieron salvarse y huir recogiéronse á sus tierras muy atemorizados. El maese del campo, acabada esta guerra, tuvo por bien de proveer, para que no pudiesen en otro tiempo rebelarse: porque puso en todos aquellos lugares mas guarniciones y mayores, de tal manera que no dejó paso, ni les era ya posible á los bárbaros pasar á aquellas tierras. Y esta fué la diligencia con que se dió fin á la guerra de Mesia.

XXIV. Deteníase algun tiempo en Berito el príncipe Tito, como arriba dijimos; pero volviendo de allá por todas las ciudades donde pasaba de Siria, celebrando magníficos espectáculos, usaba mal de los judíos que cautivos tenia, por mostrar la matanza hecha en ellos, y la victoria habida. Vió en su camino un rio muy digno que de él hablemos: pasa este por entre Arcas y Rafaena, ciudades del rey Agripa. Y tiene

una cosa muy maravillosa, porque siendo cuando nace y cuando corre muy abundante, de seis á seis dias falta de su manantial y lugar donde nace, y viene á mostrarse seco, sin correr mas. Luego despues, como que no hubiese pasado mutacion alguna, el dia séptimo nace muy abundante como solia, y háse hallado muy ciertamente, que guarda siempre este órden en su nacimiento: por lo cual fué llamado este rio Sabático, por causa que la sagrada fiesta de los judíos es tambien el sábado. El pueblo de la ciudad de Antioquía, entendiendo que ya Tito llegaba, era tan grande el gozo que por esto tenia, que no podia cierto detenerse dentro de los muros de la ciudad; antes todos se daban grande priesa por salir: y saliendo treinta estadios ó mas fuera, esperábanle, nó solo los varones todos, sino tambien las mujeres y muchachos: y como despues ya viesen que llegaba por ambos lados del camino, levantaban todos sus manos, saludándole y regocijándose por ver el gran favor que él á todos hacia y todos tambien le hacian; y volvíanse juntamente con él acompañándole. Y entre muchos loores que de él venian diciendo y celebrando, suplicábanle que echase los judíos de la ciudad: pero Tito no se movió por mucho que se lo rogaron; bien es verdad que oia muy reposado todo cuanto de ellos se decia. Los judíos estaban muy amedrentados por no saber lo que determinaba, ni lo que habia de hacer. No se detuvo Tito en Antioquía mucho tiempo, antes puso luego en órden su camino hácia el Éufrates á una ciudad llamada Zeugma: vinieron aquí embajadores enviados por Vologeso, rey de los partos; y presentándole la corona por la victoria que de los judíos habia alcanzado, recibida que la hubo, hizo un convite muy célebre á los del rey, y así se volvió para Antioquía. Suplicándole mucho el senado y todo el pueblo de Antioquía que entrase en el teatro, donde le estaban todos aguardando, él les obedeció muy fácilmente. Rogándole otra vez mucho, é importunándole muchas veces que echase de la ciudad á los judíos, respondióles muy aguda é ingeniosamente, diciendo: que habia ya perecido la patria donde ellos se podian recoger siendo echados, y que no habia ya lugar en parte alguna á donde fuesen recibidos. Visto esto, suplicáronle los de Antioquía otra cosa, por no haber podido alcanzar lo que antes le rogaban, y era que quitase las tablas de cobre, en las cuales tenian escritos los judíos sus privilegios y franquezas: pero ni esto quiso Tito concederles; antes dejando á los judíos en Antioquía como se estaban primero, y en su mismo estado, partióse de aquí para Egipto. Y como haciendo su camino hubiese llegado á Jerusalen, y comparase la triste soledad y desierto que allí entónces veia, con la gentileza que antiguamente esta ciudad solia tener, acordándose de las obras grandes, y de la hermosura con que en otro tiempo la habia visto, tenia cierto gran compasion por verla tan destruida, no alegrándose por cierto, ni regocijándose por haber destruido tal ciudad tan grande; antes maldiciendo á los que de ello fueron causa y á los que le movieron y forzaron á que así la destruyese, tan determinado estaba y cierto en no querer mostrar su virtud y esfuerzo en destruir y arruinar á los que tan destruidos habian sido. Hallábase aun, de las grandes riquezas que esta ciudad tenia, no pequeña parte entre lo que estaba derribado. Algunas cosas descubrian y sacaban los romanos, y muchas mas tomaban, mostrándoselas los que tenian cautivos, tanto de oro como de plata y otras cosas muy preciosas, las cuales habian enterrado y escondido en lo mas hondo de la tierra, por no saber el fin y suceso que habian de tener en la guerra comenzada. Despues, prosiguiendo su camino Tito para Egipto, como tenia determinado, pasando presto la soledad y desierto, llegó á Alejandría, y determinando navegar de aquí á Italia, teniendo en su compañía dos legiones, enviólas otra vez á cada una al mismo lugar de donde habian venido: la quinta á Mesia, y la décimaquinta á Pannonia; y mandó que los capitanes de los cautivos, Simon y Juan, y mas de setecientos hombres escogidos, que excedian á los otros, tanto en la grandeza del cuerpo, como en la gentileza, fuesen llevados á Italia, deseando servirse de ellos en el triunfo que en Roma esperaba hacer. Habiendo acabado su navegacion, como deseaba, estaba en Roma esperándolo con gran deseo, y enviole los mismos recibimientos que habia antes enviado á su padre. Fué causa de mayor honra á Tito su padre, que le vino al encuentro, y le recibió con triunfo grande. Los ciudadanos tenian muy grande alegría, por ver tres príncipes tales juntos. No muchos dias despues determinaron hacer un triunfo comun por las cosas sucedidas y hechas, aunque el senado habia determinado el hacer particularmente á cada uno el suyo. El dia que habia de ser el triunfo y pompa de la victoria, no hubo alguno de tan infinita muchedumbre como habia en la ciudad, que quedase en casa. Habiendo salido todos, ocupó cada uno, nó mas lugar del que era necesario para ver el triunfo y para ver á los emperadores, dejando el lugar necesario para que pasasen. Saliendo, pues, antes de amanecer toda la gente de guerra con sus capitanes y regidores, todos en compañías muy en órden, y puestos todos cerca de la puerta, nó del palacio alto, sino del templo de Isis, porque allí dormian los príncipes aquella noche, llegando ya la mañana, y comenzando á rayar el alba, salieron Vespasiano y Tito coronados de laurel, y vestidos con ropas de grana, segun la costumbre de su tierra, pasaron á los paseos que se llamaban de Octavio Augusto; porque aquí esperaban su venida el senado y los principales capitanes y caballeros de honra. Habian hecho delante de las puertas un tribunal como un grande y magnífico cadalso, y estaban con gran órden aparejadas en él sillas de marfil. Subiendo, pues, aquí, ellos se sentaron: fuéron luego recibidos con gran regocijo y alegría de todos los soldados, los cuales loaban la virtud de entrambos y la levantaban como testigos de todo. Estaban los príncipes desarmados, vestidos muy ricamente de seda, y coronados con sus coronas de laurel. Habiendo recibido Vespasiano muchos loores de ellos, como quisiesen aun decir mas, hizo señal que cesasen y tuviesen silencio. Estando, pues, todos con gran silencio y reposo, levantóse Vespasiano de la silla donde estaba sentado, y descubriendo casi toda su cabeza, hizo sus votos y solemnidades, y lo mismo tambien hizo Tito. Acabados sus votos y gracias que á Dios hicieron, Vespasiano habló con todos comunmente: envió los soldados al banquete que el emperador acostumbraba darles, y retiróse él hácia la puerta, la cual por entrar siempre por ella toda la pompa de los triunfos, tiene de ello nombre. Aquí primero comieron, y vestidos de vestiduras triunfales, habiendo sacrificado á los dioses que estaban puestos en las puertas, pasando por medio de todos los espectáculos que habia, llevaban el triunfo muy solemnemente, porque el pueblo y gente comun los pudiesen ver fácilmente. No podria ahora contar como conviene la muchedumbre que habia de espectáculos, ni la magnificencia de ellos en todo cuanto se puede pensar, ya miremos los hechos artificiosos y galanes, ó la abundancia de riquezas, ó las nuevas invenciones que traian: porque casi

cuantas cosas se hallaron entre hombres riquísimos, y que algun tiempo triunfaron de todo cuanto puede causar maravilla y magnificencia, todas ellas mostraron en este dia la grandeza del imperio romano. Porque dijeras cierto, viendo la abundancia de oro, plata y marfil, labrada toda de tan gentiles maneras, que no la llevaban como en pompa y por muestra, sino que todo estaba lleno de ello naturalmente. Traian vestiduras de diversos géneros de escarlatas y granas, las unas divisadas con pinturas, hechas á la manera y arte de Babilonia; y piedras excelentísimas, tantas y tan grandes, unas puestas en coronas de oro, y otras traidas puestas en otras cosas muy gentiles, de tal manera, que parecia haber muchas, y tan ricamente las llevaban, que no habian de ser ya preciadas en algo. Traian tambien muchos ídolos de los que esta gente tiene y adora por dioses, hechos de maravillosa grandeza y arte, y de todo esto no habia algo que no fuese de muy excelente materia. Salian tambien diversos géneros de animales, ornados á su natural cada uno: venia tambien muchedumbre de hombres para traerlos todos vestidos de púrpura y de oro; los que venian apartados de los otros para esta pompa venian con vestidos mucho mas ricos y mas magníficos: después de estos los cautivos venian muy ornados y muy bien tratados, en tal manera, que la variedad y gentileza de vestidos que consigo traian, quitaban la fealdad que sus cuerpos por el cansancio grande tenian: pero era maravilloso el ver la fábrica y pinturas de castillos y torres levantadas que traian, las cuales eran tan grandes y de tanta excelencia, que los que salian á verlas se temian no les faltasen las fuerzas á los que las traian: porque muchas de ellas venian mas altas y mas levantadas que de tres suelos y estados, y aun algunas otras de cuatro; y la magnificencia y fábrica movia cierto gran admiracion á los que las miraban, y deleitaba mucho la vista, y habia entre ellas gran cantidad de oro y mucho marfil. Venia pintada toda la guerra con pinturas y muestras muy excelentes diversamente: porque era de ver, aquí destruir una tierra muy fértil y muy abundante, y ver matar los escuadrones enteros; otros huir, otros ser cautivos, y los muros excelentes en grandeza verlos derribar con las máquinas é ingenios: ver quemar los fuertes y guarniciones de los castillos, y romper los muros de las ciudades muy populosas: ver entrar el ejército dentro de los muros; verlo todo lleno de matanza y de muertos: ver los ruegos que los que no podian pelear les hacian; el fuego puesto en los templos; el derribar y destruir las casas encima de sus mismos señores, después de haberlas robado y dado saqueo: ver la ribera cuánta tristeza mostraba, por correr ya, nó por su acostumbrado camino, ni para hartar la sed de los hombres y animales brutos, antes corriendo por toda la tierra. Todas estas cosas padecieron los judíos en la guerra; pero el arte y la grandeza de las cosas hechas mostraba claramente lo que habia pasado, á todos los que no lo sabian. Venia en cada torre ó castillo de estos el capitan de aquella ciudad, que habia sido tomada, de la misma manera y órden con que fué preso. Seguian tambien después muchas naves, y traian muchos otros despojos: pero mas se mostraban los que habian sido ganados en la ciudad de Jerusalen, y hallados en el templo: la mesa de oro de mas peso que un gran talento, y el candelero tambien todo hecho de oro; pero trocada venia ya su obra y manera de lo que solia servirnos á nosotros, porque la coluna de en medio de él estaba junta, y recalcaba sobre su pié, y salian de ella como unos canutos delgados, hechos á manera de un arrejaque, y cada uno parecia como una lámpara; bien es verdad que eran siete, y esto para mostrar la honra del séptimo dia, que es el que los judíos celebran y guardan. Seguia después de esto la ley de los judíos, que era la postrera de todos los despojos. Pasaban después muchos, trayendo imágenes y representaciones pintadas muy al vivo de esta victoria, todas hechas de oro y de marfil. Iba luego después Vespasiano, y luego tambien seguia con órden Tito. Venia Domiciano á caballo juntamente muy adornado de toda gentileza, con un caballo muy digno de ser visto. Acabóse la pompa al llegar al templo de Júpiter, el que llamaban Capitolino, pues todos allí pararon. Era costumbre esperar allí hasta tanto que hubiese alguno que denunciase la muerte del capitan de los enemigos. Era este Simon el hijo de Giora, el cual venia entre los cautivos en medio de la pompa; pero muy bien atado con una cuerda, con la cual habia de ser ahogado por los mismos que le llevaban, y era así llevado por medio de la plaza; y los que merecen la muerte por ley de los romanos, han de ser aquí en este lugar ó plaza muertos. Después que le fué denunciado de qué manera habia de acabar la vida, y hecha la exclamacion por todos, comenzaron sus sacrificios, y siendo ya acabados estos la segunda vez muy solemnemente, fuéronse al palacio: y recibieron con convites á los unos y á los otros, todos tenian aparejados muy magníficos y solemnes banquetes. Celebraba gran fiesta la ciudad de Roma este dia, por la alegría de la victoria habida de los enemigos, por el fin de las guerras civiles, y por la buena esperanza de la prosperidad de los príncipes. Después de los triunfos y después de confirmado el estado del imperio romano, determinó Vespasiano edificar un templo de la paz, el cual con presteza y diligencia maravillosa, mayor aun de la que es posible pensar, fué acabado: porque habiendo usado de la gran largueza y liberalidad, le quiso ornar de pinturas maravillosas y dignas de ser muy vistas: porque todas las cosas que antes movian á verlas á todos cuantos habia por el mundo universo, fueron puestas en este templo, deseando todos ver cómo estaba esto entre otra gente. Puso tambien aquí todos los ingenios y cosas que los judíos tenian con gran magnificencia suya. La ley y los velos que tenian en los lugares mas secretos, mandó que fuesen muy bien guardados y puestos dentro del palacio.

XXV. Enviado por embajador Lucio Baso á Judea tomando el ejército de Cercalo Vetiliano, tomó el castillo de Herodion con la guarnicion que tenia, porque se rindió. Allegando después toda la gente que pudo, porque habia mucha parte de ella desparcida, y juntándola con la décima legion, determinó combatir el castillo de Maquerunta. Parecíale muy necesaria cosa derribar este castillo, porque muchos, confiando en su fortaleza y guardia, serian movidos á rebelarse. La natural fortaleza del lugar, daba grande esperanza y ánimo de libertad á los que allí estaban; y á los que querian acometerlo, ponia gran miedo y duda: porque lo que está cercado de muro, es un collado alto y muy peñascoso, y por esto parece muy difícil de ser tomado; pero tenia aun, para que á él no se llegasen, cierta guarda naturalmente, que era un valle ó foso que lo cercaba al rededor, cuya hondura era tanta, que no se podia ver el suelo de él, y así era muy difícil pasarlo, ni podia ser en alguna manera henchido de tierra ó de otra cosa para hacer paso: porque el valle que lo parte por la parte occidental se extiende mas de sesenta estadios, y viene á dar casi en la laguna Asfalte, y por esta parte se levanta muy

alto el castillo de Maquero; ciñéndole por la parte de septentrion y mediodía los valles de la grandeza dicha arriba, y son tambien tan hondos y tan altos, que es imposible pasarlos ni combatirlos: y el valle que lo cerca por el oriente, tiene segun lo que se halla, mas de cien codos de alto, y viene á fenecer y acabar saliendo á un monte que está contrario de Maqueron. Habiendo entendido y sabido el rey Alejandro, que era este lugar tan fuerte, fué el primero que quiso fortalecer en él este castillo, el cual después Gabinio derribó en la guerra que con Aristóbulo tuvo. Pero reinando Herodes, parecióle que era lugar muy digno de tener cuenta con él, mucho mas que todos los otros, y de fortificarlo, por estar principalmente vecino de Arabia, adonde tiene muy oportuno asiento, y está por fuerte delante los términos de Arabia. Habiendo, pues, cercado de muro todo el lugar y de torres muy fuertes, hizo allí una ciudad, de donde se subia fácilmente al castillo. Habia tambien por lo alto del castillo hecho otro cerco de muro, y en los cantones habia levantadas ciertas torres de sesenta codos en alto. En medio de este cerco habia edificado un palacio muy rico y muy grande con muchas cámaras y aposentos muy gentiles. Habia hecho muchas cisternas, para que en ellas se recibiese y recogiese el agua, y la pudiesen tambien sacar abundamente en todos los lugares que pudieron hacerse cómodamente: parece, que, contendiendo con la dificultad y naturaleza de esta tierra, porque lo que ella habia hecho de sí muy expugnable, queria vencer él, y hacer con sus fuerzas inexpugnable, puso aquí gran muchedumbre de saetas y otras máquinas é ingenios de guerra, é inventó toda la fuerza para fortalecer esta tierra, de manera que pudiese menospreciar cualquier cerco que delante se osase poner. Habia en el palacio real un árbol de maravillosa grandeza, porque no habia higuera mas alta ni que mas grande fuese. Decian que aun duraba desde el tiempo del rey Herodes, y durara mas ciertamente; pero los judíos que se habian apoderado de aquel lugar, le habian arrancado. El un lugar del valle que cerca la ciudad por la parte septentrional, se llama Baaras, adonde nace ó se engendra una raíz semejante en el color á una llama de fuego, y cerca de la noche resplandece muy reluciente, y no se deja arrancar fácilmente, cuando quieren ó desean los hombres arrancarla; antes siempre resiste, hasta tanto que le echan de las aguas de una mujer ú de su purgacion, y aun entónces, si alguno la toca, tiene muy cierta la muerte si ya no se lleva la misma raíz en sus manos. Tómase tambien de otra manera sin peligro alguno, la cual es esta: cavan por todo al rededor, de tal manera, que quede muy poco de la raíz debajo de tierra; atan luego en ella un perro, y queriendo el perro seguir aquel que lo ha allí atado, arranca fácilmente la raíz; el perro luego muere casi como en lugar de aquel que habia de arrancar la yerba, y después se puede tomar por todos sin miedo. Es yerba digna de ser tomada con tantos peligros como tiene, por una sola virtud que tiene muy grande: porque los malos espíritus de los hombres, que por otro nombre llamamos demonios, cuando han entrado en el cuerpo de algun hombre, y los atormentan de tal manera que los matan si no les socorren, esta yerba los hace huir con tal que la lleguen, por poco que sea, á los que tal adversidad padecen. Nacen tambien de este mismo lugar fuentes de aguas calientes de muy diversos sabores: porque las unas son muy amargas y otras tan dulces, que mas no pueden ser. Hay tambien muchas aguas que nacen muy frias, y tienen fuentes unas después de otras, en los lugares altos y bajos; pero aun hay otra cosa, de la cual alguno se maravillará, que en un lugar muy cerca de aquí hay una cueva no muy honda, pero cubierta por encima de peña viva; y levántanse encima de esta como dos mojones á manera de tetas, la una apartada de la otra algun poco, y de la una nace una fuente muy caliente, y de la otra otra fuente muy fria; y mezclándose entrambas aguas, se hace de ellas un lavatorio muy suave y saludable para curar muchas dolencias y enfermedades: aprovecha principalmente para curar los nervios: tiene este mismo lugar muchos metales de azufre y de alumbre. Habiendo, pues, mirado Baso por todas partes muy bien toda esta tierra, determinó aparejar su entrada, hinchendo el valle que está por la parte del septentrion, y así comenzó su obra trabajando en levantar un monte ó hacer un caballero que pudiese servirle de fuerte para combatir de él fácilmente esta ciudad: los que fueron tomados de dentro, apartando los judíos de los extranjeros y gentiles, mandaron á estos que guardasen la parte baja de la ciudad, y recibiesen ellos primero la fuerza de los enemigos y el peligro, pensando que era gente vulgar y de poco: y ellos se recogieron en el castillo que estaba en lo alto, por estar muy bien guarnecido y por salvarse mas seguramente. Pensaban que si entregaban á los romanos la ciudad, habian de alcanzar con esto perdon: pero querian primero experimentar si podrian apartar del cerco á los romanos; y por tanto, con ánimos alegres, cada dia hacian algunas corridas, y trabándose á pelear con los que al encuentro les venian, morian muchos de ellos, y mataban tambien muchos romanos. Del tiempo se les acrecentaba á entrambas partes la victoria: de los judíos, si arremetian algo menos prevenidos de lo que convenia, y de los romanos si recibian sus escaramuzas en órden y con destreza bien armados: mas no era este el fin que habia de ser del cerco. Hízose una cosa á caso, la cual constriñó necesariamente á los judíos á que entregasen el castillo. Habia un mancebo entre los que estaban cercados, valiente por sus manos, atrevido y feroz, llamado por nombre Eleázaro; este habia en las peleas y corridas mostrado á los enemigos su nobleza; no le detenia el miedo que no hiciese saber á los enemigos su fuerza, saliendo contra muchos: y deseando echarlos del monte ó caballero que tenian levantado, maltrataba siempre á los romanos, y ayudando con su gran audacia á sus compañeros, les causaba que la fuerza que hacian é ímpetu que traian al arremeter les aprovechase; y tambien en el recoger solia ser el postrero que partia, y de esta manera les era causa que se recogiesen sin peligro. Habiendo, pues, un dia cesado la pelea entre ellos, y recogiéndose entrambas partes, pensando él que no habria ya enemigo que osase salir contra él, menospreciándolos á todos, quedóse fuera de la puerta, y hablaba con los que estaban en los muros, mirando muy atentamente lo que dirian ó harian. Vió esta oportunidad un egipcio del campo de los romanos, llamado Rufo, y viniendo contra él, cosa que ninguno lo pensara, tomándole con todas sus armas muy repentinamente, maravillándose de ver esto mucho los que estaban en el muro, pasóle consigo al campo de los romanos: pero después que mandó el capitan que le extendiesen desnudo, puesto en parte que pudiese ser visto por todos los de la ciudad, y que allí fuese muy rigurosamente azotado, los judíos viendo esto, que al valiente mancebo habia acontecido, estuvieron muy confusos, y toda la ciudad lloraba y se quejaba por la muerte de un tal varon. Advirtió esto Baso muy bien, y tomólo por principio de

sus consejos contra los enemigos, deseando acrecentar la compasion de los judíos, porque forzados á guardar la vida al dicho mancebo, le entregasen el castillo, y á la postre alcanzó lo que queria: porque mandó poner allí delante una horca, como que quisiese ahorcar á Eleázaro; y viéndola los que dentro del castillo estaban, fueron mucho mas amedrentados, y quejábanse con muchas lágrimas gritando y dando voces, que era aquella destruccion intolerable. Entónces Eleázaro les rogaba que no lo menospreciasen porque habia de morir muy malamente, y mirasen ellos mismos á su salud, pues que ya todos estaban sujetos á las fuerzas y poder de los romanos. Concediéndole los judíos, parte por lo que este les dijo, y parte tambien porque habia dentro muchos que por él rogaban, porque estaba muy emparentado con todos, fueron vencidos de misericordia y compasion, cosa contra su naturaleza de ellos; y enviando algunos por embajadores que con diligencia hablasen, decian que ellos rendirian el castillo, con que les volviesen á Eleázaro y los dejasen ir sin peligro y sin miedo. Consintiendo en esto el capitan romano, habiendo hecho concierto con los romanos, todo el pueblo, que estaba en la ciudad baja, determinó de huir venida la noche muy secretamente. Como ya hubiesen abierto las puertas, vino un mensagero á Baso de aquellos que le habian prometido rendirse, ó por envidia de la salud de ellos ó por miedo, por no dejarles ocasion para huirse; pero los mas valerosos que se habian adelantando se salvaron: de los que quedaron fueron muertos mil y setecientos varones: las mujeres y muchachos fueron llevados cautivos. Pero Baso tuvo por bueno guardar su palabra y lo que habia prometido á los que le habian entregado el castillo, y así los dejó ir libres y los volvió á Eleázaro.

XXVI. Acabadas estas cosas, trabajaba Baso en llevar su ejército á un paso ó bosque que se llama Lardes, porque se decia que habia aquí muchos judíos juntos que habian huido antes en el tiempo del cerco de Jerusalen y de Maquerunta. Habiendo, pues, llegado al sobredicho lugar, y hallando ser así lo que le habia sido dicho, cercó primero todo este lugar con su caballería, para que si algun judío intentase huir, no lo pudiese hacer sin dar en las manos de la caballería, y mandó que la infantería cortase una selva, en la cual se habian escondido. De esta manera fueron forzados á hacer algo que fuese nombrado y de hombres valerosos: porque, peleando animosamente y con audacia, les fuese por ventura posible huir y librarse. Juntos, pues, todos y con una voz, arremeten contra los que los habian cercado; pero ellos los recibian valerosamente, y atreviéndose á mucho los judíos, y los romanos resistiendo á todo, duró la pelea mucho tiempo, pero no fué el fin de ella semejante para todos, ni fué tampoco buena; porque murieron solamente doce hombres de los romanos, y fueron muy pocos los heridos; y ningun judío se salvó con la vida, antes como no fuesen menos de tres mil hombres todos fueron muertos; y el capitan de ellos, que era un hijo de Jairo, llamado Judas, del cual arriba hablamos, el cual se habia librado por un albañar, siendo capitan de un escuadron de gente entretanto que Jerusalen estaba cercada, tambien fué muerto. Escribió en este mismo tiempo César á Liberio Máximo, este era procurador, que vendiese toda la tierra de los judíos, porque no quiso edificar en ella ciudad para guardar el señorío de ella, ni toda la tierra. Mas dejando aquí ochocientos soldados solamente, dióles un lugar donde viviesen, llamado Amaus, el cual está á treinta estadios lejos de Jerusalen. Mandó que los judíos donde quiera que estuviesen pagasen sus parias y tributos, y que trajesen al Capitolio cada año dos dracmas, así como hasta aquí solian pagarlas al templo de Jerusalen. En este estado, pues, estaban las cosas de Jerusalen en este tiempo.

XXVII. Á los cuatro años del imperio de Vespasiano aconteció, que estando en Comagena el rey Antíoco con toda su familia y casa, incurrió en grandes muertes, por la causa siguiente: Cesenio Peto, que administraba por entónces las cosas de Siria, ó porque á la verdad así fuese, ó por la enemistad que con Antíoco tenia, porque lo cierto ciertamente no se supo, envió cartas á César, diciéndole que Antíoco se levantaba contra los romanos con su hijo Epifanio, haciendo sus conciertos con el rey de los partos, y que por esto debian ser antes presos; porque comenzando ellos á innovar las cosas y el estado, perturbarian y pondrian en revuelta y guerra todo el imperio romano. No habia de tener en poco César tal embajada como esta, porque ser estos reyes tan vecinos, era causa que debiese proveerse en ello con mayor diligencia. Es Samosata, una ciudad muy grande en Comagena, fundada cerca del Éufrates, para que pudiesen los partos tener pasaje fácil y nó por otra causa, y para que les fuese recogimiento seguro. Habiendo, pues, tomado la palabra de ellos, y acrecentado poder para hacer lo que le parecia convenir al caso, pensó que era negocio, del cual se debia tener mucha cuenta. Súbitamente, sin que tal pensase Antíoco ni su gente, entró por Comagena con la sexta legion y algunas compañías mas de infantería y de gente de á caballo: tenia en socorro suyo los reyes de Calcidia, Aristóbulo, y al de Emesa, llamado Sohemo. Entraron dentro sin fuerza alguna, porque ninguno de los naturales podia contradecirles. Habiendo recibido Antíoco tal nueva, la cual él no esperaba, no quiso mover guerra contra los romanos ni aun pensar en ella. Antes determinó el salirse él con su mujer é hijos del reino, y dejarlo en el estado en que estaba, pensando que con esto satisfaria y quitaria la sospecha que los romanos de él tenian; y saliendo lejos de la ciudad casi ciento y treinta estadios, puso su casa en medio del campo. Envió Peto gente á Samosata que la tomase, y con ellos teníase la ciudad, y él con todo el otro ejército determinó irse contra Antíoco: pero el rey con toda la necesidad que padecia, no se movió á querer hacer guerra ni resistir en algo á los romanos; mas quejándose de su desdicha y adversidad grande, determinaba padecer toda cosa: los mancebos y los ejercitados en la guerra, y sus hijos que eran mancebos muy esforzados, no podian sufrir aquello fácilmente: por lo cual, viniendo Epifanio y Calínico, juntamente quisieron salir por la virtud; y habiendo peleado todo el dia muy valerosamente y con gran fuerza, mostraron su esfuerzo, y se partieron sin habérseles menguado en algo sus fuerzas. No le parecia, por próspera que hubiese sido esta pelea á Antíoco, quedar en su lugar; antes tomando á su mujer é hijos, huyó á Cilicia, y con ausentarse él, quitó el ánimo á sus soldados, de manera que, desconfiando poder haber el reino, se pasaron á los romanos estando todos muy desesperados. Antes, pues, que les faltase todo socorro, era necesario que Epifanio se guardase de los enemigos, con todos los otros que tambien quisiesen, y juntáronse entre todos diez caballeros, los cuales pasaron juntos el rio Éufrates con sus caballos; y partiendo de aquí sin algun miedo muy seguros, llegando á Vologeso rey de los partos, no fueron despreciados ni tenidos en poco, como gen-

te que huia, antes fueron no menos honrados y estimados, que si tuvieran todo su estado, y permanecieran aun en su reino. Llegando Antioco á una ciudad de Cilicia, llamada Tarso, Peto le prendió y envióle preso á Roma con un capitan de cien hombres, al cual llamaban Centurion. No quiso Vespasiano que de esta manera le trajesen delante un rey, teniendo por mejor y por cosa mas digna, tener cuenta con la antigua amistad suya, que guardar su ira fiera é inexorable para la ocasion y segun la ley de guerra. Mandó, pues, viniendo, que le fuesen quitadas todas las ataduras con que venia atado, y dejándole partir para Roma en este medio, hizo que se detuviese en Lacedemonia, y proveyóle de gran dinero, para que pudiese ser tratado nó solo abundantemente, sino tambien con magnificencia real. Entendiendo estas cosas Epifanio, y los otros que antes tenian gran temor de los sucesos de su padre, fueron aliviados de muy gran cuidado, y tomaron ellos mismos la esperanza de haber la paz y reconciliarse con César. Y como Vologeso hubiese escrito á César de estas cosas, porque aunque prósperamente les sucediese, no podian vivir fuera del imperio romano; y como César con gran mansedumbre les permitió venir, vinieron á Roma; y trayéndoles de Lacedemonia á su padre, quedáronse allí por verse tan bien tratados. La gente de los alanos, que son los mismos de Escitia, que tienen sus asientos cerca del rio Tanais, y por el lago que se llama de Meotis (en otro lugar habemos hablado ya de ellos) tomando consejo en este mismo tiempo para entrar á robar la tierra de Media, y mas adentro aun, hablaron sobre ello con el rey de los hircanos, porque este es el señor de aquel pasaje, el cual le habia entregado Alejandro, y habia hecho que se cerrase con unas puertas de hierro muy firmes: pero dándoles entrada, entraron todos sin que los medos tal cosa sospechasen, y robaban todas las tierras, las cuales eran muy pobladas, y estaban llenas de todo género de ganado, sin que hubiese alguno que les osase resistir: porque Pacoro, que era rey de estas tierras, huyendo amedrentado por las partes mas desiertas y ásperas de ella, les dejó todos sus bienes, y alcanzó de ellos con gran pena dándoles cien talentos, que se llevasen su propia mujer y sus mancebas. Alcanzando, pues, tanto poder, y viendo que podian dar saco á toda aquella tierra, sin que les costase sangre, pasaron hasta Armenia destruyéndolo todo. Rey de esta tierra era Tiridates, el cual, como saliendo al encuentro de esta gente hubiese peleado, no estuvo muy lejos de ser preso en esta batalla: porque uno de sus enemigos le echó de lejos un lazo de cuerda para cogerle con él, sino que con su espada presto le rompió y huyó. Hechos los romanos, por los sucesos que habian alcanzado, algo mas fieros, destruyeron y despoblaron todas las tierras, y volvieron á sus recogimientos, llevándose gran muchedumbre de gente, y otro robo de estos dos reinos.

XXVIII. Muerto Baso en Judea, sucedióle en la administracion del cargo Flavio Silva, y viendo este que ya toda la tierra estaba sujeta al imperio romano, excepto un solo castillo, juntó toda la gente que por allí halló; y vino con ejército contra él por haberlo. El nombre del castillo era Masada, y el príncipe de aquellos que lo habian ocupado y lo poseian, era un hombre muy poderoso, llamado Eleázaro, del linaje de Judas, el cual habia antes persuadido á no pocos judíos, segun dijimos, cuando Cirenio fué enviado á Judea, que no le obedeciesen: entónces estos matadores se levantaron contra todos los que quisiesen obedecer á los romanos, y no los trataban de otra manera que si fueran enemigos, robando y destruyéndoles todos los bienes y poniéndoles fuego en sus casas. Porque decian que no diferian ellos de los extranjeros, pues les habian entregado su libertad, por la cual debian antes pelear muy bravamente, y habian mostrado desear mas estar debajo de la servidumbre de los romanos. Esto, pues, era su excusa, y con ella cubrian su crueldad y avaricia, la cual después claramente se mostró por experiencia: porque ellos mismos fueron los que los animaron á rebelarse, y emprendieron juntamente la guerra con los romanos. La causa que para ello tuvieron después se les empeoró, cuando vieron claramente que la ocasion, por la cual decian haberse movido, y los achaques que daban eran falsos, por lo cual trataban peormente á todos los que justamente reprendian la maldad de ellos. Pareció este tiempo, y fué ciertamente entre los judíos el mas abundante en todo género de maldades y bellaquerías, de tal manera que nada se dejaba de cuanto se emprendia sin acabar y sin dar remate á ello; y cuando alguno quisiese ponerse á innovar algo, no tendrian cierto en qué trabar, lo cual entónces no se cometiese. Tan conformes eran todos, no menos en particular que públicamente, y tanto trabajaba cada uno por sí en exceder y adelantarse en cometer toda maldad y toda impiedad contra sus prójimos: los poderosos maltrataban al pueblo, y el pueblo daba diligencia por arruinar y destruir á todos los poderosos: estos tenian codicia de señorear, y aquellos de resistirles y robar los bienes de los ricos: los primeros fueron matadores y autores de toda crueldad contra sus propios parientes, sin dejar de decir toda palabra injuriosa, ni sin dejar de cometer toda cosa para dar muerte, y destruir del todo á los que les acechaban: pero Juan mostró que ellos eran algo mas morijerados que él, porque no solo mataba á cuantos trabajaban en persuadirle lo que era necesario y provechoso, dando en ellos como contra los mas enemigos ciudadanos suyos, mas aun acarreó otros muchos daños y males á su patria, cuales hicieron que ya se atreviese á menospreciar á Dios impiamente. Servíase de mesa que no le era lícita; habia desterrado la castidad de la patria legítimamente debida, de tal manera, que no era ya de maravillar, si no mostraba mansedumbre, y trato humano con los hombres, el que habia furiosa y locamente menospreciado á Dios, su religion y piedad. Pues si consideramos lo que Simon Giora hizo, ¿qué maldad dejó de cometer, ó con cuya injuria, por grande que fuese contra los suyos naturales, se tuvo por contento, habiéndolo ellos mismos criado y elegido por su señor? ¿Pues qué amistad, qué deudo ó parentesco no los hizo mas feroces en darse unos á otros y buscarse la muerte? Porque maltratar á los extranjeros pareciales ser una maldad sin arte; pero pensaban que les nacia gloria muy esclarecida y muy grande, si mostraban su crueldad contra sus mismos naturales. Los idumeos imitaron el loco furor de esta gente, porque aquellos malvados, llenos de toda impiedad, después de haber muerto los pontífices, porque no pudiese conservarse parte de religion ni piedad para con Dios, acabaron de cortar todo lo que de bueno quedaba en la ciudad, y desterraron toda la justicia, haciendo que reinase la injusticia solamente, en la cual se mostró mas aquel linaje de hombres que llamamos zelotas, los cuales quisieron comprobar sus nombres con sus hechos: porque todo género de maldad cometieron, sin dejar de imitar cuantas maldades se retienen en memoria haberse cometido en tiempos pasados, aunque se habian puesto nombre á imitacion de buenos, los cuales engaña-

ban, trás su naturaleza fiera, con cavilaciones á todos los que querian dañar, teniendo los males, por grandes que fuesen, por bienes, recibiéndolos por tales. Hallaron empero su fin, segun la vida de ellos merecia, dándoles Dios la pena conforme á lo que todos merecian: porque todos los suplicios y penas que posibles son pasar por los hombres, pasaron por ellos juntamente, hasta que todos acabaron sus vidas con diversos tormentos. Dirá por ventura alguno, que sufrieron aun menos de lo que merecian, ¿pero qué pena les podia ser dada que fuese digna para compensar las maldades grandes que ellos habian cometido? No es este lugar para quejarse de la desdicha de aquellos que en este tiempo cayeron en medio de tanta crueldad. Otra vez, pues, vuelvo á contar lo que habia antes dejado: vino el capitan de los romanos contra Eleázaro, y contra los que tenian con el castillo de Masada, que eran todos matadores y gente mala: ganóles luego toda la tierra puestas sus guarniciones en todas partes y lugares que oportunos para ello le parecieron: cercó de muro el castillo, porque ninguno de cuantos allí habia cercados pudiese huir ó escaparse, y mandó poner gente de guarda muy diligente, y él por otra parte tomó lugar para poner su campo, muy idóneo, cierto y bueno, el que habia escogido para cercarlos, por la parte que las peñas del castillo se juntaban con el monte que estaba vecino; pero difícil para proveerse de las cosas necesarias para el uso y servicio del campo: porque no solo eran traidos todos los bastimentos con trabajo muy grande de los judíos y de parte muy lejos por aquellos á quienes era este cargo encomendado; pero aun tambien lo que el campo habia de beber se traia de partes muy apartadas, porque cerca de aquel lugar donde estaban ninguna fuente nacia. Ordenadas, pues, estas cosas, acometió Silva su cerco, que tenia cierto necesidad de arte y de no poco trabajo, por la fuerza del castillo, el cual estaba de esta manera edificado: una roca muy grande y redonda, muy alta, cerrada de valles muy hondos cortados en la misma roca, y en lo hondo que era imposible verse: tiene algunos riscos, y es imposible que animales algunos por ella puedan andar, sino que de mas dos maneras se pueda subir por esta roca, muy dificultosamente. Está el un camino por el lago Asfalte hácia el oriente, y el otro es algo mas fácil por la parte del occidente. El uno se llama la culebra por ser muy angosto, y por las muchas vueltas que da á manera de culebra: porque la peña que se levanta, le rompe: y juntándose muchas otras veces, viénese á alargar poco á poco; pero el que por aquí camina, conviene que vaya muy recatado y mudando su camino, háse de tener en un pié necesariamente, porque de otra manera el peligro está muy cierto y muy seguro para quien cayere: la altura de las rocas está enhiesta por entrambas partes, de tal manera, que el que mas atrevido fuere, quedará en este paso muy espantado. Por este camino cuando habrás subido ya bien hasta veinte estadios, lo que demás queda, no es trabajoso de andar, antes es harto llano por lo alto. Aquí edificó en esta roca el pontífice Jonatás primero que todos un castillo, y llamóle Masada. Despues Herodes, rey, se remiró mucho en alindar este edificio: porque por todo su cerco edificó un muro que tenia siete estadios, hecho todo de piedra blanca, alto de doce codos, y ancho de ocho: habia en él veinte y siete torres de cincuenta codos cada una en lo alto levantadas, por las cuales tenian entrada en las casas que estaban edificadas por todo lo de dentro del muro: porque el rey quiso que lo alto que era mas llano y mas fértil y aparejado para todo fruto y árboles, cuanto en otra tierra llana se pudiera hallar, fuese lleno de toda hortaliza, para que si alguna vez en algun tiempo por defuera sucediese alguna hambre ó necesidad, no la pudiesen sentir los que se hubiesen recogido á vivir en este castillo. Habíase tambien edificado aquí un palacio por la subida de la parte de occidente, puesto dentro del muro de la misma torre y vuelto hácia la parte del septentrion; y el palacio estaba rodeado de un muro muy grande, y tenia cuatro torres en sus cuatro cantones muy fuertes, altas de sesenta codos cada una. Pues los apartamientos que por dentro habia, los portales y paseos, los baños y todo lo demás, era muy alindado y de edificio maravilloso: nacian las columnas de piedras grandes, las cuales estaban puestas por todas partes: las paredes y cuartos del palacio estaban edificadas de piedras muy firmes, y estaban variadas de diversos colores. En cada habitáculo en lo mas alto, y al rededor del palacio, y delante de las torres habia hecho grandes pozos cavados en aquellas peñas vivas, para que en ellos se pudiese guardar el agua: é hizo que tuviesen tanta abundancia de ella, como los que tenian muchas fuentes muy vecinas. El foso llevaba camino desde el palacio hasta la torre grande, y por defuera ninguno le podia ver; pero ni aun de los caminos, que eran manifiestos, y estaban harto descubiertos, podian los romanos ó los enemigos que viniesen fácilmente servirse: porque el camino por la parte de oriente es de su natural tal, que es imposible llegar á hacer camino por él, como arriba dijimos; y el que está en la parte del occidente, aunque es muy difícil de sí mismo, quísolo cerrar con una gran torre, la cual estuviese lejos de la fortaleza y castillo, no menos de mil codos, y así no era posible pasar por aquí, y era casi imposible tomarla por fuerza. Era tan difícil salir de ella, que aun los que con licencia paseaban, entrados que eran, no podian aun salir sino con trabajo y dificultad. De esta manera, pues, estaba fortalecido este castillo contra toda fuerza que los enemigos quisiesen hacer, parte por la naturaleza del lugar á donde estaba, y parte tambien por la obra de manos que habian en él mandado hacer. Los aparejos y provisiones que dentro habia guardados conservaron este castillo mas luengo tiempo y mas ocultamente; porque dentro de él habia mucho trigo guardado, que pudiese bastar para mucho tiempo: habia tambien mucho vino y mucho aceite, y además de esto habia frutas, y todas maneras de legumbres y muchos dátiles. Todas estas cosas, pues, halló maduras Eleázaro y á su tiempo, habiéndose apoderado del castillo con su gente con muchos engaños y traiciones, y no era lo guardado peor que lo nuevo, aunque parece haber sido aparejado todo igualmente para la destruccion que los romanos hicieron de todo, y habian pasado casi cien años del tiempo que fueron estas cosas aparejadas, hasta que los romanos destruyeron el castillo; y los mismos romanos hallaron algunos frutos, los cuales no habian sido jamás en otro tiempo tocados. Quien pensare que la causa de guardarse esto tan largo tiempo era el buen viento que tenia, no errará, porque estaba la torre muy alta y muy apartada de todas las cosas que suelen engendrar en la tierra corrupcion. Hallóse tambien aquí gran muchedumbre de toda manera de armas encerradas por el rey, las cuales bastaban para armar mas de diez mil hombres: habia mucho hierro sin labrar, mucho plomo y mucho cobre, de tal manera que si lo vieras, dijeras ciertamente haber sido este aparejo con grandes causas. Dicen que Herodes habia mandado edificar este castillo para su recogimiento, temiéndose ó sospechando

dos peligros: el uno era del pueblo de los judíos, que no quisiesen privarle de su reino, y llamar al principado, á los que antes habian sido desechados; el otro mayor cierto y mas cruel, era por temerse de Cleopatra, reina de Egipto. Porque esta no encubria lo que deseaba, antes hablando muchas veces con Antonio, le pedia que matase á Herodes, y le suplicaba que diese á ella el reino de los judíos: pues aun se maravillaria alguno por saber que no la habia jamás querido obedecer Antonio, estando tan siervo y tan cautivo de su amor, antes que confiase ó pensase no habérselo dado. Por estar, pues, Herodes con miedo de estas dos cosas, dejó como trabajo postrero para los romanos este edificio de Masada. El capitan de los romanos, habiendo ya cercado por defuera todo el edificio del muro, segun arriba dijimos, y habiendo puesto diligencia y guarda grande, en que ninguno pudiese huir, comenzó á combatirlo, hallando solamente un lugar donde pudiesen hacer señal sus ingenios y máquinas que tenian: porque después de la torre, la cual por la parte del occidente cerraba el camino para el real, y el collado del monte, habia aquí una represa de una gran piedra muy ancha y muy larga, la cual estaba trescientos codos mas baja que el castillo de Masada, y llamábanla Leucen. Cuando Silva la vió aquí arriba, mandó llegar su gente y que trajesen todos sus máquinas é ingenios: viniendo todos ellos con gran alegría y ánimo á la obra, levantaron un monte de doscientos codos muy alto en firme: pero no les parecia que seria bastante este monte ó caballero para subir y sostener todas las máquinas que tenian; hicieron encima como un tribunal á manera de teatro con piedras muy grandes, alto y ancho de cincuenta codos. La fábrica ó manera de todos los instrumentos é ingenios y máquinas que estos tenian era semejante á la de los que habia tenido antes Vespasiano para combatir las tierras, y después de Vespasiano Tito su hijo; y vínose á hacer una torre de sesenta codos de alto, fortalecida y cubierta toda de hierro, de donde los romanos con muchas saetas y golpes de sus máquinas presto desecharon á los judíos que estaban peleando desde el muro, y les prohibieron que no osasen asomar la cabeza. Juntamente tambien mandó hacer uno de aquellos que arriba llamamos arietes, muy grande, é hizo Silva que diesen en el muro y á gran pena pudo derribar alguna parte de él. Los ladrones que dentro estaban presto previeron en esto, edificando por dentro otro nuevo muro, el cual no pudiese ser derribado con todos los ingenios de los romanos, porque estaba aun nuevamente edificado y blando, de tal manera que podia resistir á la fuerza de los ingenios, sin recibir daño por estar de esta manera edificado. Ordenaron vigas muy grandes en el alto que abrazaba todo el espacio: después, por donde eran aserradas, estaban ordenadas parejamente por dos partes: la una de la otra distaba tanto, cuanto era bien la anchura del muro, y entrambas henchian el espacio que habia de tierra como levantando un monte: pero porque no cayese la tierra, creciendo demasiado en lo alto este edificio, atábanla y fortalecíanla con otras vigas puestas á lo largo atravesadas. Érales, pues, semejante la obra á un edificio muy concertado. Los golpes que con sus máquinas y pertrechos daban eran baldíos y vanos, y como el lodo mejor se asentaba, tanto mas se fortalecia esta obra. Considerado que hubo Silva estas cosas, pensando tomar este muro con fuego mas fácilmente, mandó que echasen muchos manojos de cosas encendidas, y abrasando á los soldados que dentro estaban, el muro, cuya mayor parte era de madera, tomó el fuego presto y encendiéndose hasta lo mas hondo de él por lo ancho, levantó con gran llama muy grande lumbre. Aun cuando el fuego comenzaba, ya los romanos se espantaban con el gran viento que hacia, porque traia con su fuerza la llama hácia ellos, y habian ya desesperado de salvar algo, casi como que todo se hubiese ciertamente de quemar: pero mudándose el viento, luego después levantándose otro viento mas manso, como por divina voluntad, echó el fuego contra el muro que estaba contra este, y así todo se quemaba y ardia. Como, pues, los romanos tuviesen en su ayuda y favor á Dios, volvíanse á su campo alegres todos, determinados á dar asalto al castillo luego por la mañana, y hacer aquella noche mayor guarda, porque ninguno de los judíos pudiese huir ó salvarse en la noche. No pensaba el mismo Eleázaro en huir, ni tenia determinado el dar licencia, ni permitir que alguno huir pudiese; y viendo destruido y consumido con el fuego, y sabiendo que no le quedaba otra cosa, ni otro medio para librarse, ni otra virtud, antes poniéndose delante de los ojos lo que los romanos habian de hacer en sus hijos y mujeres, si vencian, tomó consejo cómo los mataria á todos; y pensando ser esto la mayor vergüenza que podia hacer, juntando aquella misma noche todos los compañeros que él tenia por mas valientes y de mayor ánimo, movíalos y convidábalos á esto con estas palabras: Habiendo determinado mucho tiempo ha, varones muy esforzados, el no sujetarme á servidumbre, ni de romanos, ni de cualquiera otra gente, sino de servir á Dios solamente, porque este es el solo justo y verdadero señor de los hombres: veis aquí, este es el tiempo en el cual conviene probar con las obras vuestros ánimos. No nos deshonremos, pues, habiendo sufrido antes servidumbre grande, y además de esta, habiendo de padecer penas intolerables, si aconteciere que vengamos vivos en manos y poder de los romanos. Somos los primeros que nos habemos rebelado contra ellos, y los postreros que con ellos guerreamos. Pienso que Dios nos ha concedido esta gracia que podamos morir libres, lo cual no ha sido concedido á todos los otros que han sido sin pensar tal vencidos y muertos. Nosotros tenemos la muerte y destruccion nuestra por muy cierta en amaneciendo. Libre, pues, es la manera del morir nuestro, con todos sus efectos, porque no pueden vendárnoslo los enemigos que no desean otra cosa sino prendernos vivos, y vemos claramente sernos imposible vencerlos nosotros peleando: porque por ventura convenia conocer la voluntad de Dios, desde el principio cuando deseando defender la libertad nuestra todas las cosas que emprendíamos nos sucedian mal, parte por nuestra culpa propia, y parte tambien por la de nuestros enemigos: y debíamos saber que el linaje y nacion de los judíos, que le habia sido en otro tiempo tan amiga, estaba ya condenada á ser del todo destruida y arruinada: porque si quedara y permaneciera Dios como ayuda y favor nuestro, ó por lo mas algun poco enojado contra nosotros, jamás hubiera permitido destruccion de tales y tan grandes hombres, ni pusiera su ciudad muy sagrada en las manos de los enemigos, para que la quemasen y destruyesen. Nosotros solamente habemos quedado de todos los judíos confiando vencer y conservar nuestra libertad, como que no hubiésemos cometido algo, ni faltado contra Dios, y como que no fuéramos parte en alguna culpa ni pecado, habiendo mostrado y enseñádolos á los otros. Ya veis, pues, claramente todos ahora como nos redarguye y muestra, que éramos vanos y confiábamos en vanidades, dándonos peores daños y males de lo

que era posible esperar de su mano por nuestros pecados. No nos ha aprovechado algo para salvarnos, estar en un castillo que es de su naturaleza fuerte ó inexpugnable, antes habemos perdido toda la esperanza por la voluntad de Dios, quitándonos el manifestísimamente todo el mantenimiento que teníamos juntado, la muchedumbre y abundancia de armas y todo el otro aparejo, que conservado estaba de todas las cosas necesarias. Veis que el fuego que antes dañaba é iba contra los enemigos, sin hacerle alguna fuerza, se ha vuelto de su grado contra el muro que teníamos nosotros edificado: pero ahora pagamos lo mucho que habemos cometido, y lo que habemos como locos y furiosos osado contra nuestros mismos naturales, por las cuales cosas no esperemos nosotros que tomen de ello castigo los romanos: pero tomémosle antes nosotros mismos por nuestras propias manos. Estas son mas mansas y mas moderadas que no son las de los romanos, porque morirán las mujeres sin ser injuriadas, y morirán los hijos sin experimentar qué cosa es servidumbre. Despues de muertos estos, sirvámonos los unos á los otros guardando nuestra libertad y encerrándola con nosotros en nuestras sepulturas: pero primero quememos y demos fuego al castillo, y al dinero que dentro de él tenemos: porque ciertamente sé que les pesará á los romanos, sino pudieren haber nuestros cuerpos, y se vieren libres de este trabajo. Dejemos solamente las provisiones, porque ellas nos serán testigos buenos como no habemos sido muertos por falta de comer, ni por hambre; mas somos muertos como habíamos antes determinado, precíando mas y anteponiendo la muerte á la triste servidumbre y cautiverio. Estas cosas decia Eleázaro: pero los pareceres de los que presentes estaban, no concordaban de la misma manera. Unos se daban priesa por obedecer á todo lo que Eleázaro habia dicho, y muy llenos de alegría, pensaban serles la muerte muy buena: pero los que eran mas tiernos con misericordia de sus hijos, mujeres ó amigos, ó por espantarse todos de ver claramente que ellos mismos se habian de matar y ser de sí mismos homicidas, mirándose el uno al otro, mostraban con sus lágrimas como eran de voluntad y parecer contrario. Como Eleázaro los viese amedrentados y con gran temor, y que sus ánimos no bastaban á ejecutar consejo tan grande, temió que aquellos mismos que habian antes entendido lo que habia dicho, y querian ejecutarlo valerosamente, no se afeminasen y perdiesen el ánimo, viendo á los que lloraban y estaban derramando muchas lágrimas. No dejó, pues, su amonestacion, antes mas levantado y mucho mas animoso, comenzó una habla mas clara de la inmortalidad del alma, y usando de una grande exclamacion, mirando á los que al rededor estaban llorando, dijo: Mucho me he engañado ciertamente, pensando que los varones esforzados y valerosos, peleando por la libertad, habian de querer mucho mas morir bien, que no vivir malamente. No teneis por cierto ventaja, ni os adelantais en algo vosotros, ni en virtud ni en audacia á algun hombre; pues habiendo de libraros de males muy grandes, temeis la muerte como si debiésedes sobre esto ni tardaros mas, ni esperar quién os lo aconsejase ó persuadiese. Antiguamente acostumbraban las oraciones sagradas de la patria á enseñarnos, confirmándolo los hechos y ánimos de nuestros antepasados y padres primeros, que la vida es dada al hombre; pero que el no morir era pena muy grande, porque la muerte que da la libertad á las almas, las envia al lugar que es propio de ellas, y puro de toda revuelta, para que permanezcan allí sin ser jamás corrompidas, antes duren, eterna y felizmente. Pero mientras están atadas ó encarceladas en el cuerpo, y padecen los males y accidentes que el cuerpo padece, están cierto como muertas, porque mala compañía hace lo mortal con lo inmortal y lo divino. Mucho puede el alma junto con el cuerpo, porque sírvese de el como de instrumento, muévele interiormente, y hácele hacer cosas agenas aun de su mortal naturaleza: mas librada de este grave peso que tanto la tira á tierra, y librada de esta carga pesada que de ella cuelga, cuando pudiere venir al lugar que le es propio y le está aparejado, entónces se fortalece y participa de la verdadera libertad y bienaventuranza, quedando no menos invisible á los ojos humanos que el mismo Dios, porque ni aun estando en el cuerpo es posible verla. Viene á él ocultamente; y cuando de él se parte, tampoco parece ni se muestra: teniendo ella siempre una naturaleza libre y muy agena de toda corrupcion, pero da al cuerpo ocasion y causa de mutacion, porque donde quiera que hubiere alma, allí habrá tambien vigor y vida, y de donde saliere este queda marchito y muerto; tanto le excede por su inmortalidad. Tomad por argumento de esto que digo al sueño, en el cual vereis que las almas que recogidas en sí, sin ser distraidas por ocupaciones del cuerpo, reposan con gozo grande muy descansadas viviendo en Dios por la semejanza y parentesco que con él tienen, están en todo lugar, y profetizan antes muchas cosas que despues han de ser: ¿por qué razon, pues, habemos de temer la muerte, deseando por otra parte el reposo del sueño? ¿No seria cosa muy loca y muy temeraria, que no tuviésemos envidia de nuestra inmortalidad, y quisiésemos seguir antes y amar mas la brevedad de la vida, y quisiésemos mas gozar de lo mortal que de lo inmortal? Convenia por cierto, que nosotros, criados é instruidos en nuestra ciudad domésticamente y como conviene, fuésemos ejemplo á los otros para prontamente recibir y padecer la muerte: pero si conviene pedir de los extranjeros aprobacion y conformacion de esto que digo, veamos ahora los maestros de sabiduría entre los judíos lo que dicen: porque estos, como sean buenos hombres, el tiempo que viven súfrenlo forzados como don necesario y cargo de naturaleza: pero trabajan por librar sus almas de la pesada é importuna carga del cuerpo, y sin mal ni enfermedad alguna por el deseo que de la inmortal conservacion tienen, dicen á los otros que han de partirse, ni hay quien resista ni lo impida, antes todos los llaman bien afortunados y dichosos, y envian á los amigos y familiares sus mandados, tan ciertamente creen ser esta la costumbre que los ánimos entre sí tienen; y habiendo ellos entendido y sabido lo que les encomiendan, dan al fuego sus cuerpos por morir con loores, porque se parta el alma del cuerpo pura, limpia y sin mácula; y los mas amigos mas fácilmente, y con mejor ánimo los acompañan á la muerte que ningun otro extraño acompaña sus propios ciudadanos, si han de partir para algunas tierras muy lejanas. Lloran despues por sí mismos, juzgando á los muertos por bienaventurados, por ver los que entran ya en el número de los que son inmortales. No nos habemos, pues, nosotros de avergonzar, si los mostráremos aun menos sabios que los judíos y mas necios, y si despreciáremos por cobardía nuestra y falta de ánimo las leyes de la patria, las cuales parecen á todos dignas de imitar y ser muy honradas. Pues aunque fuéramos instituidos al contrario de lo que ahora somos, y nos fuese dado á entender que es sumo bien el vivir, y el sumo mal y daño el morir, todavía este tiempo nos muestra y enseña claramente

que pasemos y suframos la muerte con buen ánimo, habiendo de morir de una manera ú de otra por la voluntad de Dios necesariamente. Esto tiene Dios de tiempo muy antiguo, segun lo que parece muy determinado contra todo el linaje de los judíos, que muriésemos y fuésemos privados de la vida, porque no nos habíamos de servir de ella segun convenia y era razonable. No oso atribuir la causa de ello á nosotros mismos, ni dar las gracias de ello á los romanos, porque la guerra que con nosotros han tenido nos ha consumido. No han acontecido estas cosas por las fuerzas y esfuerzo de ellos; pero otra causa intervino mas fuerte, y esta causó que pareciese ser ellos vencedores. Porque ¿con qué armas de los romanos fuéron muertos los judíos que vivian en Cesarea? Cuando estando sin ánimo de rebelarse contra ellos celebrando la fiesta del sábado ó séptimo dia, los acometió todo el pueblo de Cesarea, y matáronlos á todos con sus hijos y mujeres, sin hacer los judíos alguna resistencia, ni tuvieron vergüenza de los mismos romanos, los cuales no pensaban haber otros enemigos entre nosotros, si no éramos nosotros que nos habíamos contra ellos levantado. Pero dirá alguno, que los de Cesarea siempre tuvieron discordia con los judíos que allí dentro de la ciudad vivian; y alcanzando la ocasion, ejecutaron su odio y el aborrecimiento que contra ellos tenian: ¿pues qué diremos de los de Escitópolis? Atreviéronse aquellos á hacer guerra con nosotros por causa de los griegos, y no osaron juntarse con nosotros para tomar venganza de los romanos. Mucho, pues, les aprovechó á estos la fé y amistad de aquellos: todos fueron cierto despedazados y muertos con sus familias, hijos y parientes, y por haberles ayudado antes, estas gracias les hicieron; porque habiendo prohibido y estorbado que no padeciesen ellos esto de nosotros, hubiéronlo después de sufrir ellos de los mismos, como si ellos fueran los que querian matarlos. Largo é importuno seria, si me queria parar á contar particularmente todo lo sucedido. Todos sabeis que ninguna ciudad hay en el reino de Siria, la cual no haya muerto todos los judíos que en ella vivian, mostrándose mas enemigos todos con nosotros, que no fuéron los mismos romanos: adonde tambien los damascenos no pudiendo hallar para ello causa que fuese razonablemente probable, hincheron su ciudad de cuerpos de hombres muertos sin razon ni justicia, degollando diez y ocho mil judíos con sus familias y mujeres: y la muchedumbre que en Egipto murió de las llagas, sabemos haber pasado el número de sesenta mil. Murieron estos por ventura estando en tierra extraña, sin hallar quien á los enemigos contradijese; pero á los que en nuestras tierras emprendieron guerra contra los romanos, no les faltaba algo de cuanto les podia dar esperanza de alcanzar victoria muy cumplida: porque las armas, los muros, los castillos fuertes é inexpugnables y los ánimos valerosos y no amedrentados por defender la libertad, movieron á todos á que se rebelasen; pero habiéndoles durado todas estas cosas muy poco tiempo, y habiéndose ensoberbecido y levantado mas de lo que debian, fueron principio de mayores males. Todo ha sido tomado por los enemigos, y todo ha venido á parar en manos de ellos como que fuera aparejado para acrecentar y ennoblecerles mas la victoria, y nó para salud ni defensa de aquellos para quienes habia sido edificado y puesto en pié. Los que murieron en la guerra, debemos pensar que son bienaventurados, porque en fin murieron con su libertad trabajando por defenderla peleando; pero de la muchedumbre que ha sido sojuzgada por los romanos, ¿quién no tendrá de ella compasion y gran lástima? ¿ó quién antes que tal le acontezca, no se dará priesa en morir? De ellos fueron los unos atormentados, y perecieron con azotes y con fuego: otros medio comidos por las bestias fieras, son guardados para que de ellos se apacienten, y de todos los mas malaventurados y míseros son los que quedan aun en esta vida, los cuales deseando muchas veces la muerte, aun esta no pueden alcanzar. ¿Adónde está ahora aquella ciudad grande? ¿Ó adonde está la que fué metrópoli y ciudad principal de toda la gente de los judíos, fortalecida con tantos cercos de muro y con tantas torres y castillos delante de los muros, y en la cual apenas podia caber todo el aparejo que para la guerra habia, tanta muchedumbre tenia de gente que la defendiese? ¿qué se ha hecho ahora la que pensábamos ser guardada y conservada por la mano de Dios y que Dios moraba en ella? De raíz ha sido destruida; solamente quedan algunas antigüedades y memorias, las cuales guardan los que quedaron allí de guarnicion. Están los desdichados é infelices viejos, están entre las cenizas del templo, y algunas pocas mujeres reservadas por los enemigos, para afrenta muy torpe de su propia vergüenza. Pues pensando estas cosas, y poniéndose delante los ojos todo lo que yo he dicho, ¿habrá alguno que pueda ú ose alzar los ojos á mirar el sol, aunque pueda vivir muy seguro y sin peligro? ¿Quién es tan enemigo de su patria, quién tan poco de guerra ó de tan poco ánimo, que no se arrepienta de haber vivido hasta el presente? Pluguiera á Dios, y ojalá fuéramos todos muertos, antes que viéramos destruir y abrasar por manos de los enemigos aquella ciudad sagrada, antes de ver derribar de su raíz aquel santo templo: pero pues nos habia movido no mala esperanza, pensando que pudiéramos vengar lo hecho en ella, veis ahora que ya nos es imposible y nos ha dejado en nuestras necesidades solos, nuestra desdicha ó desventura: demos diligencia en que muramos bien; tengamos nosotros mismos compasion y misericordia, teniéndola de nuestras mujeres é hijos, entretanto que el tiempo nos lo concede. Nacidos somos para morir, y para lo mismo nacieron los que nosotros engendramos: no pueden huir la muerte los fuertes, por fuertes que sean; pero vernos injuriados y con servidumbre, ver que nos llevan nuestras mujeres é hijos con afrenta, no es este mal que se haya de sufrir naturalmente, antes lo sufren por su temeridad y locura, los que pudiendo morir rehusaron y dejaron de ejecutarlo. Nosotros, confiados mucho en nuestro esfuerzo, nos rebelamos contra los romanos, y aconsejándonos ellos mismos ahora lo que nos era saludable, no les obedecíamos. ¿Quién hay, pues, que ignore ó no le sea manifiesta la ira que contra nosotros tienen, si pudieren sojuzgarnos y prendernos vivos? Habráse de tener compasion grande de los mozos y mancebos, cuyas fuerzas bastarán ciertamente para sufrir muchos daños; y habráse de tener no menos de los que ya son de mas edad, viendo que estos no serán bastantes á sufrir la muerte que les será dada. Verá el uno que le quitan de su lado á su mujer: otro, atadas sus manos oirá la voz del hijo que pide su socorro. Ahora, pues, entretanto que quieren su libertad, y tienen las espadas en las manos, sírvannos para oficio tan bueno, sin experimentar la servidumbre que en poder de los enemigos les está aparejada. Muramos libres, y partamos de esta vida con nuestros hijos y mujeres. Las leyes nos mandan esto; estas cosas nos ruegan nuestros hijos y mujeres. Dios manda que pasemos por esto; los romanos lo contrario querian, y témense que alguno de nosotros no muera antes de la general matanza y destruccion. Démonos priesa, pues, y por el

deseo que de gozar de nosotros tienen, dejémosles causa para que se espanten por habernos dado nosotros mismos la muerte, y dejémosles memoria y ocasion de maravillarse por nuestro atrevimiento. Deseando Eleázaro decir mas, todos le interrumpian é impedian; y con un ímpetu muy desenfrenado, movíanse á ejecutar lo que habia sido dicho, y como movidos de furias, los unos trabajaban y deseaban adelantarse en dar la muerte á los otros, teniendo y pensando por muy cierto que era esto señal de grande esfuerzo y de buen consejo, hacer y trabajar cada uno por su parte por no ser el postrero. Tanto deseo les tomó á todos de matar á sus hijos y mujeres y á sí mismos, que, ni aun viniendo á la obra, cosa que no pensaria, se detuvieron ó amedrentaron algo, antes todos quisieron ejecutar aquel parecer que tomaron cuando Eleázaro les hablaba: retenian todos el afecto y amor propio que debian; pero dando lugar á la razon, y pensando que hacian en aquello lo que por sus hijos hacer debian, saludaban y despedíanse de sus mujeres, abrazándolas y quitándoles los hijos de las aldas y regazos: llorando en extrema manera los besaban y daban en ellos, como si fueran extraños de propia voluntad, matándolos á todos como antes fué dicho, consolándose de todos los males que habian de sufrir, sujetados que fuesen á sus enemigos, con pensar que les era necesario morir. Ninguno, pues, se halló que no tuviese para esto atrevimiento. Mataron á todos los mas allegados y mas amigos desdichados, que les fué necesaria tal cosa, y mas desdichados que tenian por el menor y menos mal matar sus propios hijos y mujeres. No pudiendo, pues, ya sufrir el dolor de tales hechos, por lo cual, pensando que causaban tristeza á todos los muertos si quedaban ellos vivos algun tiempo, de presto juntaron en uno todos los bienes que tenian, y pusiéronles fuego; y escogiendo luego diez hombres de entre todos por fuertes que fuesen, diestros y esforzados para matar todos los otros, ordenándose encima de los cuerpos de sus mismas mujeres é hijos, y abrazándolos á todos, se ofrecian muy aparejados todos para ser muertos por aquellos que habian de ejecutar tan desdichado servicio. Ellos entónces, pues todos eran ya sin algun temor, antes muy atrevidamente muertos, pusieron la misma ley para ser todos muertos, de manera que á quien la suerte le cupiese, cuando hubiese muerto á los otros, él mismo se hubiese de matar sobre los otros, y de tal manera se confiaban entre sí todos, que ninguno se tenia por inferior ni por mas principal que otro, no menos en el atrevimiento que tenian en cometer cualquier crueldad, que en sufrirla. Á la postre, todos se sujetaron á la muerte, y quedando el uno y el postrero viendo la muchedumbre de los muertos, porque no quedase por ventura, ó acaso alguno que pudiese tener necesidad de sus manos, cuando entendió que todos eran muertos, puso fuego al palacio; y pasándose toda su espada con gran fuerza por todo su cuerpo, murió encima de los suyos. Así fueron estos muertos, creyendo que ninguna ánima quedaba sujeta á los romanos. Estuvo una mujer muy vieja escondida, y otra parienta de Eleázaro mucho mas docta y mas sabia que no acostumbran á ser las mujeres, y cinco muchachos, por las minas que tenian hechas, por las cuales traian por bajo de tierra las aguas para beber, entretanto que los otros estaban ocupados en pensar de qué manera se darian ellos mismos la muerte, á otros que eran hasta número de novecientos y sesenta entre las mujeres y muchachos. Esta destruccion fué hecha á los quince dias del mes de abril. Los romanos que aguardaban aun, y pensaban haber de pelear, venida la mañana juntaban sus montes con los puentes de las escaleras, y acometian el muro; pero no viendo alguno de los enemigos, y viendo por todas partes gran soledad, y viendo el fuego con tan gran silencio, no podian descubrir, ni saber lo que habia sido hecho; y al fin, dando un gran golpe con mucho ímpetu con aquel ariete ó ingenio que tenian, dieron muy grandes gritos por saber si alguno habia que les respondiese. Oyeron los clamores las mujeres que estaban escondidas, por lo cual, saliendo de los albañares adonde estaban, descubrieron á los romanos todo lo que dentro habia sido hecho, contándolo una de ellas como habia pasado todo manifiestamente. Los romanos todavía no creian esto tan fácilmente, por no creer que se hubiesen atrevido á tanto los judíos: pero trabajaban en matar el fuego, y siguiendo su camino por donde el fuego venia, llegaron al palacio real, y viendo tan gran muchedumbre de muertos, no se gozaron de ello, como debian, por ser sus enemigos; antes se maravillaban de ver un consejo y determinacion de tanta crueldad, y un menosprecio tan obstinado en tan gran número de gente, para darse la muerte.

XXIX. Acabada la matanza de esta manera, el capitan dejó guarnicion en el castillo, y él luego se partió con su ejército para verse con César: porque ya no quedaba enemigo alguno en todas aquellas regiones; pues toda Judea habia sido ya destruida con la guerra larga que habia pasado, y aun muchos de los judíos que vivian en tierras muy extrañas y muy lejos de allí, se habian perturbado mucho y muy amedrentado. Aconteció que muchos murieron cerca de Alejandría, que es una ciudad de Egipto: porque todos los revolvedores que se pudieron allí salvar y recoger, no se tenian por contentos con estar seguros de peligro; pero aun allí trabajaban en levantar revueltas y novedades para defender su libertad, sin querer reconocer por mejores que ellos á los romanos, diciendo que solo Dios era el señor. Y como algunos de los judíos, nó de los mas bajos, les contradijesen, luego á la hora los mataron; y los otros les persuadian y daban priesa, diciendo y amonestándolos á que se rebelasen: y viendo los principales y mas viejos la pertinacia que estos tenian, no pensaban ya serles cosa segura querer refrenar en algo á esta gente; pero juntando á todos los judíos en uno, publicaban la locura y temeridad de aquellos matadores, mostrando que ellos eran causa de todos aquellos males, y decian que aunque estos huyesen, no les parecia que alcanzarian esperanza alguna de salud: porque al conocerlos los romanos, luego habian de perecer, y participarian ellos de lo que estos merecian, y se les debia, sin ser consentidores en algo, ni tener culpa alguna. Aconsejaban, pues, que debian todos guardarse de la muerte que estos les buscaban; y que entregándose y rindiéndose á los romanos, satisfaciesen ellos por su parte. Dichas estas cosas, y visto claramente el peligro grande que todos corrian, obedecieron á los que les rogaban; y acometiendo con gran ímpetu á todos aquellos matadores, refrenáronlos y prendieron luego seiscientos de ellos; y los que se escaparon huyendo hácia Egipto y Tebas, que es en la provincia y reino mismo, no mucho después fueron todos presos, por cuyo ánimo endurecido, atrevimiento y pertinacia de voluntad, no hay cierto alguno que no se maravillase y quedase atónito; porque con todos los géneros de tormentos que se pudieron contra ellos hallar ni pensar, no pudieron solamente con ellos acabar que llamasen señor á César, ni que lo confesasen, ni aun mostró alguno

tener voluntad de decir tal: antes todos viéndose en tal necesidad, se mostraron mas pertinaces, como que no sintiesen los tormentos ni tuviesen algo sino los cuerpos sucios, y nó las almas. Principalmente los muchachos movieron gran espanto y gran maravilla á cuantos los veian padecer, porque ninguno de ellos pudo ser jamás movido para que llamase señor á César: en tanta manera excedia y se adelantaba al poco esfuerzo, la audacia y atrevimiento grande que tenian.

XXX. Regidor de Alejandría era en este mismo tiempo Lupo, y luego hizo saber á César esta revuelta que habia pasado. Pensando este que debia proveer en quitar la ocasion á los judíos de innovar ó revolver algo, y temiendo no se juntasen otra vez todos, mandó á Lupo que se destruyese el templo de los judíos que estaba en la ciudad que llamaban de Onías. Esta ciudad es en Egipto, la cual por esta causa se comenzó á habitar, y de ella tomó el nombre un hijo de Simon llamado Onías, siendo uno de los pontífices, pues, forzado á huir de Jerusalen, teniendo en el tal tiempo guerra con los judíos Antíoco, rey de Siria, vínose á Alejandría, adonde fué recibido con grande amistad por Tolomeo, porque era enemigo de Antíoco, y dijo que juntaria en su ayuda toda la gente de los judíos, si queria obedecer á lo que él le mandase. Pero como el rey concediese todo lo que fué posible hacerse, rogóle que le permitiese edificar un templo en alguna parte de Egipto, y servir y honrar á Dios segun en su patria acostumbraban: porque de esta manera Antíoco seria mas odioso y aborrecido de los judíos, y ellos le serian mucho mas amigos: y con esta cubierta de la religion y templo, muchos judíos se pasarian á su parte. Fué de esto contento Tolomeo, y así le dió un lugar apartado de Memfis ciento y treinta estadios. Dícese esta tierra Heliopolitana, adonde habiendo edificado un castillo, edificó Onías un templo semejante al de Jerusalen: pero la torre hizo que fuese muy semejante, levantada sesenta codos en alto con piedras muy grandes. La fábrica y edificio de la torre, hizo que fuese como era el de Jerusalen: puso allí muchos dones y ornamentos semejantes á los del otro templo, excepto la manera del candelero: porque no hizo candelero, pero puso colgado de una cadena de oro cierta manera de linterna, cubierta por defuera y dentro de oro, que echaba rayos, como si fuera una muy resplandeciente estrella. Cercó todo el cerco del templo de una piedra cocida, é hizo que fuesen las puertas tambien de piedra. Concedióle el rey mucha parte de tierra y rentas, para que tuviesen los sacerdotes abundancia de todo lo que el culto y honra de Dios requiriese. Onías no hacia esto con voluntad sana, ni con buen ánimo: pero teniendo contienda con los judíos que vivian en Jerusalen, por la ira y memoria que de su huida tenia, pensaba que edificado este templo, habia de revocar y juntar consigo todo el pueblo que en Jerusalen estaba. Habia habido cierta profecía antigua de novecientos y setenta años: decia Isaías, que este templo habia de ser edificado en Egipto por un varon judío, y así era este templo edificado. Como Lupo, regidor de Alejandría, recibidas las cartas del emperador, hubiese llegado al templo, sacó algunos dones y joyas que dentro de él habia y cerrólo. Muerto Lupo, Paulino que le sucedió en la administracion, no dejó en él algo, porque hizo grandes amenazas á todos los sacerdotes, si no le descubrian cuanto habia, ni quiso permitir que los que venian al templo por cumplir con su religion, entrasen dentro de él: pero cerradas las puertas, hizo que no pudiesen llegarse á él, de tal manera que no quedase muestra ni señal alguna de haber sido jamás allí Dios honrado, ni acatado. Habian pasado desde el tiempo que fué edificado este templo, hasta que fué cerrado y arruinado, trescientos y treinta y tres años.

XXXI. El atrevimiento y audacia de estos matadores tambien habia llegado por todos los lugares y villas que hay al rededor de Cirene, no menos que una enfermedad que todo lo inficiona: porque huyendo allá Jonatás, hombre muy malo, urdidor de oficio, persuadió á muchos de los ignorantes que le esperasen, y llevólos por las soledades y desiertos, prometiéndoles el mostrarles señales é imágenes de las almas: unos haciendo él esto y engañándolos de esta manera, ignoraban lo que hacia: pero los principales y de mayor dignidad de los judíos de Cirene, hicieron que Cátulo, regidor de la Libia Pentapolitana, entendiese el aparejo que tenia y su partida tambien. Habiendo este luego enviado gente de á pié y de á caballo, fácilmente por estar los judíos desarmados los prendieron, aunque la mayor parte murió peleando; pero presos algunos vivos, fueron presentados á Cátulo. Quiso su ventura que Jonatás, que era autor de aquel consejo y junta, se escapó esta vez: pero después, buscado con diligencia grande por todas aquellas tierras, fué á la postre hallado, preso y llevado á Cátulo: cuando aquí fué, trabajaba en dilatar su muerte y castigo, y dió ocasion para que Cátulo entendiese en maldades: porque acusando él á los principales de los judíos, decia que ellos habian sido la causa para que tal emprendiese, y los que se lo habian aconsejado. Oia con alegre ánimo Cátulo todas estas acusaciones, y acrecentaba de muchas maneras las nuevas que habia oido, exagerándolas y engrandeciendo con sus muy pesadas palabras en gran manera, por mostrarse que habia él tambien acabado alguna guerra con los judíos; y lo que es aun peor, además de ser fácil en creerlo, mostrábale tambien culpar á los sicarios ó matadores. Habiéndole finalmente mandado que nombrase un judío que se llamaba por nombre Alejandro, con quien habia ya mucho tiempo mostrado su odio, por estar con él enojado, revolviendo tambien en sus acusaciones á su mujer, llamada Berenice, mató primero á estos, y luego después mató tres mil de los mas ricos y mas abundantes en dinero. Pensábase hacer todo esto muy seguramente, porque juntaba el patrimonio de estos con las rentas de César. Y porque algunos de los judíos que en otra parte vivian, no pudiesen descubrir su bellaquería y maldad, divulgó mas lejos la mentira, y persuadió á Jonatás y á algunos otros que tenia presos, que acusasen á los judíos de mas nombre que vivian en Roma y en Alejandría, y eran mas pacíficos, de revolvedores y amigos de novedades. De los que fueron en estas cosas acusados, fué el uno de ellos Josefo, autor de esta historia: pero no le sucedió al mentiroso Cátulo segun deseaba: porque vino á Roma, trayendo consigo presos y atados á Jonatás y á todos los otros, y pensaba que habia él de dar remate á aquella contienda y levantamiento que habia hecho. Sospechándose Vespasiano del negocio, requeria y hacia gran pesquisa por saber la verdad; y conocido que hubo haber sido estos hombres acusados sin razon, por ruegos de Tito, libró á todos los que habian sido acusados, y determinó con pública sentencia, que diesen el castigo merecido á Jonatás, el cual, después de muy azotado, fué quemado vivo: y sucedió, que Cátulo por la mansedumbre y bondad de los príncipes, no fué castigado, pero no mucho después enfermó de dolencias varias é incurables, y sufrió tormentos, no solo en su lastima-

do cuerpo, sino aun la enfermedad que en su ánimo padecia, era mas grave ciertamente, y mucho mas intolerable. Tenia ciertos espantos que le amedrentaban mucho, y veia las almas ó las sombras de los que habia malamente muerto, y daba voces: y como no pudiese ya mas tenerse, saltaba de su cama, no menos que si le atormentaran ó le echaran fuego. Acrecentándose mucho de dia en dia este mal, pudriéronsele las entrañas ó las tripas en el cuerpo: murió, conociéndose en esto la providencia y castigo de Dios sumamente en tomar venganza de los malos. Este es el fin de nuestra historia, la cual prometimos contar con toda verdad, á los que deseasen saber de qué manera pasó esta guerra entre los romanos y judíos: la manera y órden que en contar la verdad de ella se ha guardado, dejarémosla para que los lectores la juzguen; pero no me avergonzaré de decir en cuanto á la verdad de lo pasado, que no tuve otro intento, ni enderecé jamás todo mi escrito á otro fin.

Para maravilla grande y espanto general de todos, quise sacar aquí el número de todos los judíos que murieron en estas guerras y final destruccion, que declarados, vienen á ser todos la suma de un cuento, cuatrocientos veinte y cinco mil, seiscientos y treinta, los cuales murieron por fuerza de armas, por fuego, por hambre y pestilencia.

HISTORIA

DE LOS

REYES DE EGIPTO.

DISERTACION PRELIMINAR.

SISTEMA DE FRERET, SOBRE LA FORMACION DEL AÑO EGIPCIO.

Los egipcios tenian un año indeterminado de trescientos sesenta y cinco dias, cuyo principio variaba cada cuatro años en seis horas y algunos minutos. Era su año religioso: los sacerdotes hicieron de su conservacion un punto capital, á causa de su misma irregularidad que, cambiando cada cuatro años el dia de sus festividades, las hacian recorrer todas las estaciones, y santificaba sucesivamente, á su modo de ver, todos los dias del verdadero año solar.

Este último les era, sin embargo, conocido al mismo tiempo; y le empleaban para arreglar el cultivo de las tierras, el tiempo de los arrendamientos, el del pago de los impuestos: era en fin su año civil.

Los principios de estos dos años, de los cuales uno señalaba las fiestas y el otro servia para los diversos usos de la sociedad, se reunian al cabo de mil cuatrocientos sesenta años, por su concurso en el mismo punto de la ecliptica. Y como el año empezaba á la salida heliaca de la canícula, llamada « sothis » en Egipto, y « sircús » entre los griegos, este espacio de mil cuatrocientos sesenta años, cuyo primero y último instante estaban determinados por la vuelta comun de los dos años al mismo punto del cielo, formaba un ciclo, conocido por los astrónomos y cronólogos con el nombre de « ciclo sothiaco ó canicular. » La reunion del primer dia del año vago con la salida heliaca de la estrella sothis, bajo el clima de Egipto, señalaba el fin de uno de estos períodos y el principio del otro.

Segun el testimonio de Censorino, este concurso habia tenido lugar el año 139 de Jesucristo. Este año, que es el centésimo antes del en que aquel autor escribia, habia sido el principio de un ciclo canicular y el fin de otro, y por consiguiente tendremos que el ciclo anterior al de Censorino se remontaba al año 1322 ó 1323 antes de la era cristiana. Braimbrigde, astrónomo inglés, demuestra que en el año 1323 antes de la era cristiana, la salida heliaca de sothis, esto es, antes de salir el sol, tuvo lugar en el clima del bajo Egipto, que es el de que habla Censorino, cuando el sol se hallaba en el grado catorce de cáncer, el lunes 20 de julio del año juliano anticipado.

Freret va mas lejos, y considera como el segundo el ciclo que empieza en 1322, y defiende la existencia de otro ciclo cuyo principio se remonta al año 2782. En este ciclo, el mas antiguo de todos, coloca él los principales acontecimientos de la historia egipcia, tales como la invasion de los pastores, el establecimiento de la posteridad de Abrahan en una parte de este país, etc.

El uso del año de trescientos sesenta y cinco dias, es tan antiguo como el ciclo canicular, porque siendo los años partes del ciclo, no podia subsistir este sin aquellos; y la existencia probada del primero demuestra indudablemente la de los segundos.

Por último, esta cronología parece á Freret conforme al texto de la Escritura.

OBSERVACIONES.

Segun Des-Vignoles, se observa que el año 238 de Jesucristo, presentado por Censorino como á data en su libro de « Die Natali, » concurrió el primer dia de thoth con el 25 de junio, y que para encontrar el tiempo en que el primer dia de thoth correspondió al 20 de junio, compara Censorino remontándose, los años egipcios con los julianos, desde el año 238 de

Jesucristo en que escribia hasta el 139, encontrando que entónces el 1.° de thoth era el 20 de julio, y se detuvo. Sin embargo Censorino debia remontarse hasta el año 136 de Jesucristo, porque en el primer dia de thoth, convino con el 20 de julio, dia característico del ciclo canicular, y esta es la razon porque ha adelantado de tres años la época de este ciclo.

La tabla de los ciclos sotiacos ó caniculares que hemos formado, es una demostracion en favor del principio de Des-Vignoles, porque efectivamente, el primer dia de thoth se remonta al 20 de julio de 1325 antes de la era cristiana; el año 1322 que Freret señala para esta época, era el último de los cuatro en que el dia 1.° de thoth habia empezado en igual dia del mes juliano.

Se ha creido que sin inconveniente podia reducirse la tabla á la mitad de su extension, por medio de dos columnas de los años anteriores á Jesucristo, insertas la una al lado de la otra. La primera de estas columnas corresponde al primer ciclo, y la otra al segundo, por cuanto los dos ciclos caniculares son exactamente parecidos, respecto á los dias de los meses julianos en los cuales ha tenido principio el año egipcio: así pues, la tabla contiene los dos ciclos que precedieron á Censorino. Se hallará al fin del tomo 8.°

El primer ciclo empieza el lunes 20 de julio del año 2785 antes de Jesucristo, teniendo 25 del ciclo solar, y por letras dominicales E y D, y como el ciclo solar contiene mil cuatrocientos sesenta años julianos, termina el viernes 19 de julio del año 1325. El segundo principia el sábado 20 de julio de 1325 antes de Jesucristo, teniendo 1 de ciclo solar, y por letras dominicales G y F: este segundo ciclo termina el miércoles 19 de julio del año 136 de Jesucristo.

Obsérvese que los dos ciclos se asemejan en los dias del mes, pero nó en los de la semana, atendido á que no tienen las mismas letras dominicales.

Hé ahí los nombres que daban los egipcios á los doce meses que componian su año solar, cada uno de los cuales era de treinta dias, lo que formaba una duracion de trescientos sesenta dias, á los cuales añadian, para completar el año solar, otros cinco que llamaban epagómenos.

1.er mes	Tholto	30 d.
2.° mes.	Paophi	30 d.
3.er mes	Athyr	30 d.
4.° mes.	Chveac	30 d.
5.° mes.	Tybi	30 d.
6.° mes.	Mecbir	30 d.
7.° mes.	Phamenoth	30 d.
8.° mes.	Pharmuthi	30 d.
9.° mes.	Pachon	30 d.
10. mes.	Payni	30 d.
11. mes.	Epiphi	30 d.
12. mes.	Mesori	30 d.
Cinco epagómenos		5 d.
Total		365 d.

Pero á estos trescientos sesenta y cinco dias, debian añadirse además sobre unas seis horas para completar el curso del año solar, lo que producia cada cuatro años el aumento de un dia. Sin embargo, á pesar de serles bien conocido no usaban los egipcios este aumento, nó porque le despreciasen, sino con el objeto de que todas sus fiestas correspondiesen al mismo dia del año en el transcurso de mil cuatrocientos sesenta y un años egipcios (correspondientes á mil cuatrocientos sesenta julianos) que componian su ciclo canicular, empezando á la salida heliaca de la canícula.

CRONOLÓGIA DE LOS REYES DE EGIPTO SEGUN LAS VEINTE Y SIETE PRIMERAS DINASTIAS DE MANETON, Y CATÁLAGO DE LOS REYES DE TEBAS DE ERATOSTENES, DESDE EL PRINCIPIO DE MENES, 2467 AÑOS ANTES DE JESUCRISTO, HASTA LA CONQUISTA POR CAMBISES EN 526.

BAJO EGIPTO.

REYES DE LA MESTREA.

DINASTÍAS XVI y XVII.	A. de los reinados.	A. antes de J. C.
Curudes	63	2433
Spanius	36	2371
Dos anónimos	72	2335
Sesonchosis	49	2263
Amemmenes	29	2214
Amasis	2	2185
Aceseftheres	13	2183
Achoreus	9	2170
Amigses	4	2161
Chamois	12	2157
Amesises	65	2145
Un anónimo	14	2080
Usé	50	2066
Rameses	29	2016
Ramesso Menes	15	1987
Tisimares	31	1972
Ramessé Seus	23	1941
Ramessé Meno	19	1918
Ramessés	39	1899
Ramessés Vafris	29	1860
Concharis	6	1831
La monarquía de los Tanites se reune á la de Diósopolis, el año treinta y uno del reinado de Armeces-Miamun décimo quinto rey de la dinastía XVIII		1825

DINASTÍA XXI.

RESTABLECIMIENTO DEL REINO DEL BAJO EGIPTO.

Smedes	46	1246
Phunesés	56	1200
Nefelcheres	44	1144
Amenenophtis	39	1100
Osochor	26	1061
Pinaches	29	1035
Susennes	30	1006

DINASTÍA XXII.

Sesonchis, ó Sesac	21	976
Osoroth, ó Sara	25	955
Tres anónimos	15	930
Tacellotis	13	915
Tres anónimos	42	902

DINASTÍA XXIII.

Petabates	40	860
Osorcho	8	820
Psammus	10	812
Zet	31	802

DINASTÍA XXIV.

Bocchoris	6	771

DINASTÍA XXV.

Sabacon, ó Sué	50	765
Anysis	1	715
Sevecus, ó Tharaca	24	714
Anarquía	2	690
Gobierno de doce reyes	15	688

DINASTÍA XXVI.

Psammético	54	673
Nechus ó Necao	17	619
Psammis	6	602
Apriés ó Faraon Efreo	25	596
Amasis	44	571
Psamenito reinó solo seis meses, y fué muerto por Cambises		526

REYES DE DIÓSPOLIS DEL DELTA.

DINASTÍA XI.

Diez y seis anónimos	43	2433

DINASTÍA XII.

Ammenemes	16	2390
Sesonchoris	46	2374

	A. de los reinados.	A. antes de J. C.
Ammenemes II.	38	2328
Lachares.	8	2290
Ammeres.	8	2282
Ammenemes III.	8	2274
Scemiofris.	4	2266
DINASTÍA XIII		
Sesenta anónimos.	184	2262
DINASTÍA XVIII.		
Amós ó Themosis.	28	2078
Chebron.	13	2050
Amenofis.	21	2037
Amosis.	20	2016
Mefres.	13	1996
Themosis.	9	1983
Amenofis.	30	1974
Orus.	37	1944
Acencheres I.	12	1907
Ratosis.	9	1895
Acencheres II.	13	1886
Acencheres III.	12	1873
Armais.	4	1861
Ramassés.	1	1857
Armeces Miumum.	66	1856
Amenofis.	20	1790
DINASTÍA XIX.		
Sethos ó Sesostris.	59	1770
Pheron.	66	1711
Ammeneftes.	50	1645
Ramesses.	60	1595
Ammenemes.	36	1535
Amedes.	48	1479
Thuoris.	50	1431
DINASTÍA XX.		
Doce anónimos.	135	1381
Smedes, primer rey de la dinastía XXI, reune el reino de Diospolis al del bajo Egipto en		1246
REYES PASTORES.		
DINASTÍA XV.		
Salatis.	19	2333
Beon.	44	2316
Apachnas.	37	2272
Apofis.	61	2235
Janias.	50	2174
Asis.	49	2124
La permanencia en Egipto de los pastores fenicios fué de ciento setenta años. Salatis, su primer rey, estableció la capital de sus estados en Avaris, sobre las fronteras de Egipto. Su último rey Asis, después de experimentar frecuentes derrotas, se ve obligado á firmar un convenio con Themosis I, rey de la dinastía XVIII, ó IV de los Diospolitas, el tercer año del reinado de este último; en fin, siguiendo este tratado Asis abandona, al frente de su nacion, las partes del Egipto que ocupaba.		2075
REYES DE XOIS.		
DINASTÍA XIV.		
Setenta y seis anónimos.	184	2433
Este reino se reune al del bajo Egipto llamado entónces Heliópolis, el año catorce del reinado de Sesonchosis.		2249
REYES DE HERACLEÓPOLIS.		
DINASTÍA IX.		
Athothes y sus diez y ocho sucesores.	409	2433
DINASTIA X.		
Diez y nueve anónimos.	185	2024
Une este reino al del bajo Egipto, llamado entónces de Tanis, Ramesses Vafris, el año veinte y uno de su reinado.		1839

EGIPTO MEDIO.

REYES DE MEMFIS.

DINASTÍA III.

Orus ó Esculapio.	29	2405
Tyris.	7	2376
Mesochris.	17	2369
Soifis.	16	2352
Tosertasis.	19	2336
Achis.	42	2317
Sifuris.	30	2275
Cerpheres.	26	2245
DINASTÍA IV.		
Soris.	29	2219
Sufis.	66	2190
Mencheres.	63	2124
Ratoeses.	25	2061
Richeres.	22	2036
Zebercheres.	7	2014
Tamfthis.	9	2007
DINASTÍA VI.		
Othoes.	40	1998
Phuis.	53	1958
Metusufis.	7	1905
Phiops.	94	1898
Mentesufis.	1	1804
Nicotris.	12	1803
DINASTÍA VII.		
Setenta reyes que solo han reinado algunos dias.		
DINASTÍA VIII.		
Veinte y siete anónimos.	146	1791
Al fin de esta dinastía Ammeneftes, rey de Diospolis, y sucesor de Feron, destruyó el reino de Memfis.		1645

ALTO EGIPTO.

REYES DE TEBAS.

Athotes I.	59	2405
Athotes II.	32	2346
Diabides.	19	2314
Pemfos.	18	2295
Taegar.	79	2277
Stoecus.	6	2198
Gosormie.	30	2192
Mares.	26	2162
Anoyfes.	20	2136
Sirius.	18	2116
Chnubus Gnurus.	22	2098
Ravosses.	13	2076
Biyris.	10	2063
Saofis.	29	2053
Sensaofis.	27	2024
Moscheris.	31	1997
Musthis.	33	1966
Pammus Archondes.	35	1933
Apapus el Grande.	100	1898
Aschecus.	1	1798
Nitocris.	6	1797
Myrioens.	22	1791
Sesostris.	58	1769
Thyosimares.	12	1711
Thinillus.	8	1699
Semfrucrates.	18	1691
Chuter Taurus.	7	1673
Meures Filoscorus.	12	1666
Chomaesfta.	11	1654
Ancunius.	60	1643
Penteathyris.	16	1583
Stamenemes.	23	1567
Sistosichermes.	55	1544
Moris ó Moeris.	43	1489
Siphoas.	5	1446
Un anónimo.	14	1441
Furon.	5	1427
Amuthantæus.	63	1422
(Apolodoro habia dado á continuacion de estos reyes, los nombres de otros cincuenta y tres, que Jorje Syncelle no ha continuado por no ser, dice, de ninguna utilidad: sin embargo, los comprendemos aqui.)		
Cincuenta y tres anónimos.	159	1359
Después de la muerte del último de estos reyes, el reino de Tebas, se une al del bajo Egipto, el primer año del reinado de Funesés, segundo rey de la dinastía XXI.		1200

REYES DE THIS.	A. de los reinados.	A. antes de J. C.
DINASTÍA I.		
Athotes	59	2405
Cemenés	31	2346
Veneftes	23	2315
Usafedes	20	2292
Michidus	26	2272
Semempsis	18	2246
Biemaches	26	2228
DINASTÍA II.		
Boctus	38	2202
Keachos	39	2164
Binothris	47	2125
Tlas	17	2078
Sethenes	41	2061
Choeres	17	2020
Nefercheres	25	2003
Sesochris	48	1978
Cheneres	30	1930
El reino de This se une al de Tebas, el año treinta y tres del reinado de Pammus Archondes		1900
REYES DE ELEFANTINA.		
DINASTÍA V.		
Usercheris	28	2015
Sefres	13	1987
Nefercheres	20	1974
Sisiris	7	1954
Cheres	20	1947
Rathuris	44	1927
Mercheres	9	1883
Tarcheres	44	1874
Obnus	33	1830
Nitocris, último rey de la dinastía VI, de Manethon y III de los memfitas, habiendo conquistado la Tebaida, se presume que esta circunstancia pudo llevar trás sí el fin del reino de Elefantina		1797

REYES DE EGIPTO (1).

El Egipto, última provincia y la mas septentrional del África, atravesada de sur á norte en toda su longitud, que es de cerca doscientas leguas, por el Nilo, el único rio que le riega, limitado al oriente por la Troglodita, ó el istmo de Suez y el mar Rojo, y al occidente por la Libia, se designa con el nombre de Cam en la Escritura (Psal. 104 y 105), y aun en el dia la llaman en el país Cemia. Mesraim, llamado tambien Menes, hijo de Cam, fué el primero que se estableció en él con toda su familia, después de la dispersion de la posteridad de Noé. El Egipto se divide en tres partes, el alto, que empieza en las cataratas del Nilo, y termina en la extremidad de la Tebaida (2); el medio que termina al otro lado del Delta, esto es, el paraje en donde el Nilo empieza á dividirse en brazos para arrojarse al Mediterráneo por diversas bocas, y el inferior que comprende todo el espacio encerrado en el Delta, y las comarcas vecinas; á saber, al oriente la Augostómnica, llamada así por los romanos después de la conquista del Egipto, por Augusto sobre Cleopatra, y al occidente la Marcotida, cuya capital era Alejandría, y la Libia.

Á las inundaciones del Nilo debe el Egipto su fertilidad. Todos los años en el solsticio de estio empiezan sus aguas á elevarse, crecen hasta cerca del equinoccio de otoño, y hasta el solsticio de invierno dura su descenso. Cuando la llanura se encuentra cubierta, las casas y las poblaciones se comunican solo por medio de calzadas, pareciendo otras tantas islas en medio de un mar. Diez y seis codos de altura en los desbordamientos de este rio, sobre el Delta, fecundizan el suelo; una elevacion mayor ó menor produce la esterilidad.

Parece ser que de todos los pueblos, los egipcios fueron los primeros que cultivaron las ciencias. El anual desborde del Nilo cuyas aguas cubren la llanura por espacio de cerca seis meses, los puso en la necesidad de dedicarse á la geometría para reconocer las tierras que á cada particular correspondian. El cielo puro, sereno, y casi siempre sin nubes, los convidó á cultivar la astronomía. Estas ciencias, atrajeron otras, á las que juntamente se aficionaron, é hicieron mirar al Egipto como la nacion mas ilustrada del universo. La misma Escritura lo testifica, diciendo de Moisés, que estaba versado en toda la sabiduría de los egipcios (Act. c. 7.). De sus fuentes sacaron los sabios de la Grecia los conocimientos filosóficos. No cultivaban con menos éxito los egipcios las artes que las ciencias. Sin modelo alguno que imitar elevaron la arquitectura á un grado admirable de perfeccion. No se acabarán de admirar esas enormes masas conocidas bajo el nombre de pirámides, que sus reyes hicieron elevar para depositar en ellas sus despojos mortales; monumentos de su orgullo y al mismo tiempo de la persuacion en que estaban de que hay en el hombre un principio, un ser que sobrevive al cuerpo. Los palacios que habitaban en este mundo, dice el gran Bossuet, eran llamados hospederías, en las que se hallaban solo de paso, y durante una vida muy corta, para terminar nuestros designios. Pero convencidos de la inmortalidad del alma, añade, consideraban las tumbas, como la verdadera morada que debemos habitar por infinitos siglos. Los edificios de esta clase que ningun otro pueblo ha tratado de imitar, se encuentran repartidos por diferentes partes del Egipto; pero no iguala en mucho su número á los obeliscos de que el Egipto, por decirlo así, está sembrado. Son grandes colunas redondas ó cuadradas, que los príncipes hacian colocar en las ciudades para perpetuar la memoria de sus altos hechos. Hablemos tambien del famoso laberinto. «Yo he visto aquel edificio, dice Herodoto, y le he encontrado superior á toda ponderacion. Las obras, todos los monumentos de la Grecia, no pueden serle comparados ni en cuanto al trabajo ni en cuanto al coste; todos le son muy inferiores. Los templos de Efeso y de Samos, merecen sin duda ser admirados, pero las pirámides son superiores á cuanto puede expresarse, y cualquiera de ellas puede entrar en parangon con muchos edificios de la Grecia. El laberinto guarda la misma relacion con las pirámides. Compónese de doce patios cubiertos cuyas puertas se hallan opuestas, una á la otra, seis al norte y seis al sud, y todas contiguas: ciérralas el mismo cinto de paredes exteriores. Las habitaciones son dobles, mil quinientas hay debajo de tierra é igual número encima, al todo tres mil. No puede dejar de admirarse la diversidad de las salidas de las diferentes partes de este edificio, y de los rodeos que hay que pasar para llegar á los patios, des-

(1) Las cifras puestas entre paréntisis, en el curso de este escrito, indican los años anteriores á Jesucristo.

(2) Tebas, capital de Tebaida ó Egipto meridional, y la ciudad mas grande del universo, estaba tan poblada, segun Homero, que por cada una de sus cien puertas podian salir diez mil combatientes, lo que daria una poblacion de cinco ó seis millones de habitantes. Su superficie que subsiste aun bajo el nombre de Derah, era de cerca dos millones nuevecientas noventa y siete mil toesas cuadradas. La de Paris contiene, segun Lisle, cuatro millones diez mil tres cientas treinta y siete, de donde resulta que Tebas no llegaba de mucho á las tres cuartas partes de la superficie de Paris, en donde sin embargo no se cuenta mas que un millon de habitantes (Goguet. t. II. pág. 338). Diodoro dice que á los alrededores de Tebas se levantaron los célebres sepulcros de los reyes de Egipto cuya magnificencia no tuvo igual.



GRANDEZAS DE LOS EGIPCIOS.

Fachada de un SPEOS ó templo abierto en la peña.

pués de haber pasado por multitud de estancias que terminan en pórticos. Estas conducen á otros cuerpos de edificio cuyas habitaciones es preciso atravesar para penetrar en las otras. El techo de todas estas piezas es de piedra, lo mismo que las paredes cubiertas por todos lados de bajo relieves. Al rededor de cada pátio hay una columnata de piedras blancas, perfectamente unidas entre sí. En el ángulo donde termina el laberinto se levanta una pirámide en la que se han esculpido gran número de figuras de animales. » Tal era la habilidad de los egipcios en las ciencias y artes. Sin embargo, esta nacion que parecia deber con sus luces eclipsar á las demás, cayó en los errores mas groseros y mas opuestos á la sana razon. No contenta con divinizar á aquellos de sus reyes, que mas se habian distinguido, prostituyó en culto, rindiéndole á los animales y á las legumbres. Algunos lo dudan y creen que estos dioses eran solo símbolos.

No existe en la antigüedad historia cronológica mas difícil de aclarar, que la egipcia. Dioses, semi-dioses, y por fin hombres mortales reinaron en este país, en el espacio de treinta y seis mil quinientos veinte y cinco años, hasta el tercer siglo ántes de Jesucristo, si se ha de dar crédito al historiador Manetón que vivia en aquella época.

Menes, segun Diodoro de Sicilia que le cuenta por el primer rey de Egipto, vivia el año mil cuatrocientos noventa y cuatro antes de Jesucristo. Pero para tener una sucesion no interrumpida de los que trás él ocuparon el trono, es preciso descender hasta Moeris, á quien debió el Egipto el famoso lago de su nombre vaciado por mano de hombre en el Heptanomis, y diferente por consecuencia del lago del mismo nombre, de que hablan Estrabon y Tolomeo, dándole por obra de la naturaleza (d' Anville, Geogr. ant. p. 195). Multitud de monumentos ilustraron su reinado. « Hizo construir, dice Herodoto, l. II, el vestíbulo del templo de Vulcano, que mira al norte, hizo excavar el lago que lleva su nombre, y elevó las pirámides. Larcher coloca la muerte de Moeris en el año 3358 del período juliano (1356 antes de J-C.).

1356. Sesostris fué, segun Herodoto, el inmediato sucesor de Moeris. Fué el mayor conquistador que hasta entónces hubiese pisado la tierra. « Fué el primero, dice este historiador, l. II, segun relacion de los sacerdotes, á quienes interrogó, que con dos grandes navíos partió del golfo Arábigo, y sujetó á los pueblos que habitaban las orillas del mar Eritreo; dirigióse aun mas lejos hasta llegar á un mar innavegable á causa de las bajíos. Cuando encontraba pueblos valientes y celosos de su libertad, erigia en el país columnas, en las cuales hacia grabar una inscripcion que indicaba su nombre, su patria, y que habia vencido aquellos pueblos con la fuerza de sus armas. Recorriendo de este modo el continente, pasó de Asia á Europa, y sujetó á los escitas y á los tracios. Volviendo atrás por el mismo camino, llegado sobre las riberas del Zaro, no puedo asegurar, dice Herodoto, si dejó una parte de su ejército para cultivar el país, ó bien si algunos de sus soldados, cansados de tan largo viaje, se establecieron en los márgenes de aquel rio.

Al volver á Egipto de su grande expedicion, dice Diodoro de Sicilia, l. I, permaneció algun tiempo Sesostris I cerca de Peluza. Durante su morada en este punto, su hermano le tendió lazos en una comida á que habia sido invitado con su mujer é hijos. En cuanto estuvieron dormidos, después de haberlos embriagado, hizo colocar al rededor de la tienda del rey gran porcion de cañas secas á las cuales hizo pegar fuego: prendió de golpe la llama, y estando tomados del vino las guardias del rey, solo le dieron débiles socorros. El príncipe, levantando las manos al cielo, y haciendo votos á los dioses por su salud y la de su mujer é hijos, se salva por los intervalos de las llamas. Después de un reinado de cuarenta y cuatro años, muere Sesostris en 3402 del período juliano, segun el moderno traductor de Herodoto.

Este príncipe habia dividido el Egipto en treinta y seis nomos ó prefecturas, al frente de las que habia puesto igual número de oficiales, los mas experimentados, y los de su mayor confianza. Sus funciones consistian en recaudar las rentas del príncipe y entender en todos los negocios que se suscitasen en la extension de su departamento. Dividió tambien Sesostris el Egipto, segun Herodoto, en tantas partes, cuantas eran las porciones de habitantes que cada una de por sí pagase una cantidad determinada de las rentas. De todas las instituciones, dice Goguet, atribuidas á Sesostris, la mas notable, á mi modo de ver, es la division que hizo de sus vasallos en diferentes estados. Contábanse en Egipto siete órdenes distintos que sacaban sus nombres de la profesion que cada uno de ellos ejercia. Por este establecimiento, las diferentes profesiones de cada miembro del estado, se hallaban distinguidas y separadas las unas de las otras. No se permitia á los egipcios dedicarse á la profesion á que se sentian inclinados. Los hijos estaban obligados á seguir la de sus padres. Castigábase gravemente al que la dejaba para seguir otra. Los egipcios atribuyen á este príncipe la mayor parte de las ordenanzas relativas á las tropas y á la disciplina de los ejércitos.

Si se ha de dar crédito á Herodoto, Sesostris hizo el Egipto absolutamente impracticable á los caballos por la multitud de canales que hizo abrir; pero este aserto se halla desmentido por diferentes puntos de la Escritura, que atestiguan que en tiempo de los reyes judíos, habia en Egipto un número prodigioso de caballos, añadiendo además que eran muy estimados. (Reg. III, c. 10, vv. 28, 29; Paralip II, c. 12, v. 3. Isaías c. 36, v. 9. Cant. de los cant. c. 1, v. 8.). Vale mas decir con Diodoro, que este número prodigioso de canales es posterior al reinado de Sesostris.

1312. Feron ó Faraon, llamado tambien Sesostris II del nombre de su padre de quien, dice Herodoto, que fué el sucesor. Segun relacion de los sacerdotes egipcios, refiere este historiador que Faraon perdió la vista por una especie de milagro, y que la recobró seis años después, por otro aun mas absurdo. Hácese subir á diez y ocho el número de años de su reinado, terminando por consiguiente en 3420 del período juliano (1294 antes de J-C.).

1294. Proteo, llamado así por los griegos, y Ceros por los egipcios, sucedió inmediatamente á Feron, segun la cronología de Herodoto. La fábula le presenta como un pastor de los rebaños de Neptuno, atribuyéndole la facultad de metamorfosearse, tomando toda clase de formas, ya convirtiéndose en bruto, ya en riachuelo, etc. Su reinado fué de cincuenta años, segun Herodoto, y terminó su vida el año 3470 del período Juliano (1244 antes de J-C.).

1244. Rampsimite, llamado Ramis por Diodoro de Sicilia, sucedió, segun Manetón, á Proteo. « Su avaricia y sus extorsiones causaron graves daños á sus súbditos. Reunió cuatrocientos mil talentos en oro y plata, que á doce mil reales, que es el valor que ordinariamente se dá á cada talento, dan la increible suma de cuatro mil ochocientos millones». « Para tener en seguridad estas riquezas, dice Herodoto, l. II, hizo construir una torre de piedra, cuyas paredes estaban fuera del recinto del palacio. El arquitecto, mal in-

tencionado, colocó una de las piedras con tanto arte, que dos hombres, y aun uno solo, podian quitarla con facilidad. Terminado el edificio Rampsimite hizo trasladar á él sus riquezas. Algun tiempo después, sintiendo el arquitecto acercarse su fin, llamó á los dos hijos que tenia y les dijo que al construir el edificio en donde estaban los tesoros del rey, habia usado un artificio, á fin de proveer á sus necesidades, y de procurarles los medios de vivir en la abundancia, y les explicó claramente el modo de sacar la piedra, sus dimensiones y límites, añadiendo por fin, que si cumplian exactamente lo que les habia dicho, serian los dispensadores de los caudales del rey. Muerto el arquitecto ponen en seguida sus hijos manos á la obra. Fuéron de noche al palacio del rey, encontraron la piedra, la sacaron con fácilidad, y se llevaron crecidas cantidades. Habiendo un dia el rey visitado su tesoro, quedó sorprendido al ver disminuido considerablemente su dinero en los vasos donde le tenia, y no sabia á quien culpar, porque los sellos se hallaban enteros y todo bien cerrado. Volvió dos ó tres veces mas, y apercibiéndose siempre de que el dinero disminuia (por cuanto los ladrones no cesaban de quitarle) hizo colocar lazos al rededor de los vasos donde estaban sus tesoros. Llegan los ladrones como otras veces, y uno de ellos se dirige inmediatamente á uno de los vasos, cae en el lazo, y queda preso. En cuanto vió el estado á que se hallaba reducido, llama á su hermano, dícele el modo como se encuentra, conjurándole á entrar lo mas pronto posible y que le corte la cabeza, temeroso de ser causa de su pérdida. Este viendo que tenia razon, obedeció, puso la piedra en su lugar, y se fué á su casa con la cabeza de su hermano. Apenas entró el rey, cuando quedó lleno de admiracion viendo el cuerpo del ladron, sin cabeza, cogido y preso en el lazo. No lo quedó menos viendo que el edificio no habia recibido daño, y al no percibir entrada ni salida. En tal embarazo, hé aquí el partido que tomó; hizo colgar el cadáver en la pared, poniendo guardias al rededor con órden de presentarle al que llorase en vista de este espectáculo ó demostrase conmiseracion. La madre del ladron, indignada por este tratamiento, conjura á su hijo á no perder diligencia para descolgar el cuerpo de su hermano y llevárselo, amenazándole con que si se niega á darle esta satisfaccion, iria ella misma á denunciarle al rey; no pudiendo el jóven por mas que se esfuerza desviar á su madre de su intento, y temiendo por otra parte el efecto de sus amenazas, imagina este artificio. Cargó sobre dos asnos algunos pellejos de vino y los hizo marchar delante de sí, y en cuanto se halló cerca de los que guardaban el cuerpo de su hermano, desató el cuello de dos ó tres pellejos. El vino empezó á correr, y él á golpearse la cabeza, y á dar grandes alaridos como un hombre desesperado, y que no sabe á cuál de los asnos acudir primero. Viendo que se vierte el vino, corren los guardas á recogerlo, contando que todo seria beneficio para ellos. Finge el jóven encolerizarse, desahogándose en injurias contra ellos. Pero cuando trataban de consolarle, cesa en sus transportes, aparenta apaciguarse, vuelve los asnos al camino, y se dispone á atar los pellejos. Entretiénese luego con los guardas..., y les da uno de los pellejos. Siéntanse en el mismo lugar en donde se encuentran pensando tan solo en beber, instando al jóven para que se quede en su compañía. Déjase persuadir, y permanece con ellos.... y les da otro pellejo ». Herodoto añade que en cuanto vió á los guardas embriagados y rendidos del sueño, descolgó el cuerpo de su hermano, lo colocó sobre uno de los asnos, y se volvió á su casa después de haber ejecutado las órdenes de su madre. « Informado el rey, prosigue Herodoto, de cuanto habia pasado, concibió tan grande admiracion por aquel hombre, que le dió á su hija en matrimonio ».

Tambien se atribuye á Rampsimite, segun el mismo autor, el vestíbulo del templo de Vulcano en Memfis, que muchos reyes adornaron á competencia. La duracion de su reinado fué, segun Maneton, de sesenta y seis años, y por consiguiente terminó el año 3536 del período juliano (1178 antes de J-C.).

1178. Cheops ocupó el trono después de Rampsimite. « Hasta su tiempo, dijeron los sacerdotes á Herodoto, habia florecido la justicia, y reinado la abundancia en todo Egipto; pero no hubo iniquidad que su sucesor Cheops no ejercitase. Primeramente cerró todos los templos, y prohibió á los egipcios que ofreciesen sacrificios; después de esto les hizo trabajar para él. Unos se emplearon en sacar piedras de las canteras de Arabia y transportarlas desde allá al Nilo, y trasladarlas en barcas al otro lado del rio, allí las recibian otros y las llevaban á la montaña de Libia. Empleábanse en este trabajo cien mil hombres cada tres meses. En cuanto el tiempo en que el pueblo fué atormentado de este modo, pasáronse diez años en construir la calzada por donde debian conducirse las piedras; esta calzada no cede en mucho á mi modo de ver á la misma pirámide, porque tiene cinco estadios de longitud (unas cuatrocientas veinte y ocho toesas), sobre diez orgías (cincuenta y un piés tres pulgadas) de ancho, y ocho orgías (cuarenta y un piés) en su mayor altura, toda ella compuesta de piedras pulimentadas y adornadas con figuras de animales. Pasáronse diez años en construir esta calzada, sin contar el tiempo que emplearon para llevar á cabo las obras de la colina sobre la que se levantan las pirámides, y en los edificios subterráneos que hizo construir para su sepultura en una isla formada por las aguas del Nilo que introducia por un canal. La sola pirámide costó veinte años de trabajo. Su base es cuadrada, y cada una de sus faces tiene ocho pletros (ochocientos piés) en su mayor altura, está formada toda ella de piedras pulimentadas, perfectamente unidas entre sí, y de las cuales ni una tan solo hay que tenga menos de treinta piés. Construyóse esta pirámide en forma de gradería. Cuando se hubo empezado á construir de esta manera, levantaron las otras piedras, y con el auxilio de máquinas construidas de pedazos cortos de madera, las colocaron sobre la primera línea de gradas. Cuando una piedra llegaba allí, la colocaban en otra máquina semejante, que se hallaba en este primer escalon. Tal vez no tenian mas que una máquina, fácil de transportar de un puesto á otro. El reinado de Cheops fué de cincuenta años, terminando el año 3586 del período juliano (1128 antes de Jesucristo).

1128. Chefren ó Chabriem, hermano y sucesor de Cheops, reinó cincuenta y seis años. De este modo, dice Herodoto, sufrieron los egipcios toda clase de males por espacio de ciento seis años, durante cuyo tiempo, los templos permanecieron cerrados (1072 antes de Jesucristo). La muerte de Chefren debió acaecer el año 3642 del período juliano.

1072. Micerinus, hijo de Cheops, sube al trono después de la muerte de Chefren. Respiran los egipcios abrumados por las vejaciones sufridas en los dos reinados precedentes. El nuevo príncipe se hizo digno de su amor por la sabiduría de su gobierno. Hizo abrir los templos, y devolvió á sus súbditos la libertad de ofrecer sacrificios y de atender á sus negocios. Arrebatóle la muerte su hija única, pérdida que le afligió en gran manera, y para aliviar su dolor, hizo encer-

rar el cuerpo de la princesa en una ternera de madera dorada, que Herodoto afirma (lib. II) haber visto expuesta al público en la ciudad de Sais. Algun tiempo después, el oráculo de la ciudad de Buto, le anunció que solo le quedaban seis años de vida. Después de lamentarse inútilmente por este decreto, tomó el partido de pasar el tiempo que le quedaba entre festines y demás placeres sensuales. Llególe la muerte en el mismo tiempo que le habian predicho; año veinte de su reinado, murió en 3662 del período juliano (1052 antes de Jesucristo), dejando á medio concluir una pirámide cuadrada, de piedra de Etiopía, veinte piés mas pequeña que la de su padre.

1052. Asiquis, sucesor de Micerinus, hizo construir en el templo de Vulcano el vestíbulo que miraba al oriente. Este es, dice Herodoto, el mas grande y magnífico. Queriendo sobrepujar este príncipe á todos sus antecesores, dejó además por monumento de su grandeza una pirámide de ladrillos, en cuya inscripcion se leia, que era superior en todo á las demás pirámides como Júpiter lo era á los demás dioses. Su muerte se refiere al año 3702 del período juliano (1012 antes de Jesucristo).

1012. Anisis empezó á reinar siendo aun de muy corta edad, inmediatamente después de la muerte de Asiquis. Prevaliéndose de su tierna edad, un rey de Etiopía le arrebató la corona el año segundo de su reinado. Habiéndose salvado Anisis en la isla de Elbo, que la opinion mas comun coloca en el bajo Egipto, pasó en ella cincuenta años, durante cuyo tiempo el usurpador gobernó el Egipto con mucha sabiduría, y tanta humanidad, que no hizo morir á ningun criminal. Con todo, no dejó impunes á los culpables, pero segun la clase del crímen los condenaba, dice Herodoto, á las recolecciones ó á las calzadas cercanas á la ciudad de su nacimiento. De este modo, levantóse aun mas el asiento de las poblaciones, que ya habian levantado bastante Sesostris, y los demás que habian cruzado el Egipto de canales; pero lo fueron mucho mas bajo la dominacion del etíope. Como esta debia terminarse al cabo de cincuenta años, segun el oráculo que habia hecho consultar, pasado este tiempo tomó el partido de abandonar el Egipto. Informado Anisis de su retirada, salió de las lagunas en donde se habia encerrado, y volvió á sus estados gobernándolos aun por espacio de siete años, al cabo de los cuales murió pacíficamente en el del período juliano 3760 (954).

763. Después de la muerte de Anisis, hubo un intervalo de doscientos cuarenta y un años, en cuyo tiempo Sabacos, rey de Etiopía, hizo la conquista del Egipto, y gobernó por espacio de cincuenta años.

713. Setos, sacerdote de Vulcano, fué el sucesor de Anisis. Enemigo de la clase militar por carácter ó por capricho, la trató con desprecio, como si no debiese nunca tener necesidad de ella. Los reyes sus predecesores, por distincion, habian señalado á cada soldado doce arures de tierra, equivalentes cada una, segun Anville, á veinte toesas, diez piés y diez pulgadas en cuadro. Habiendo suprimido Setos esta gratificacion, se vió muy embarazado, cuando Sennaquerib, rey de Asiria, atacó el Egipto con un numeroso ejército. Negándose los militares á marchar al socorro de su patria, toma Setos todos los voluntarios que se le presentan, pónese á su cabeza, y va á acampar á Pelusa, que era la llave del Egipto. Su ejército se componia de mercaderes, artesanos, y la hez del pueblo; ni un solo militar le acompañó. Dice Herodoto, que, habiendo llegado estas tropas á Pelusa, se esparció un número prodigioso de ratas por el campo enemigo, y en una noche, royeron los correajes, las arcas y las correas que servian para sostener los escudos, de modo que al dia siguiente los asirios, viéndose sin armas, emprendieron la fuga, pereciendo la mayor parte. Es de suponer, segun todas las apariencias, que este suceso no es otro que la pérdida de ciento ochenta y cinco mil hombres que experimentó Sennaquerib, por mano del ángel exterminador, delante de Jerusalen, cuyo sitio se disponia á emprender. Pero no es verosímil, que el rey de Asiria, después de haber puesto sitio á Pelusa, se viese obligado á emprender la fuga, por cuanto se ve en Isaías (cap. xx), que empleó tres años en conquistar el Egipto, de donde sacó un gran número de prisioneros.

707. Habiendo dado muerte á Sennaquerib dos hijos suyos, el año 4007 del período juliano, recobra Setos sus estados, de que le habia despojado aquel príncipe. Su muerte acaeció el año cuarenta de su reinado, 4041 del período juliano (673). Doce reyes que le sucedieron á la vez, dividieron el Egipto en doce provincias, y para afianzar entre ellos la union la cimentaron por medio de matrimonios. Con todo, esta especie de anarquía duró tan solo doce años. Encontrándose reunidos estos doce príncipes para un sacrificio, acaeció que el sacerdote no encontró mas que once copas para presentarles. Uno de ellos, llamado Psammético, se sirvió, para beber, de su casco de bronce. Como, segun dicen, habia predicho el oráculo, que aquel de entre ellos que beberia en el bronce quedaria único rey, determinaron entre ellos proclamarle único soberano. Pero no queriendo depender absolutamente de él, le cercenaron poder, hasta que finalmente le confinaron á los pantanos. Deseando vengarse, consultó el oráculo de Latona en Buto, que segun dicen, le contestó que seria vengado por hombres de bronce, salidos del mar; lo que se cumplió muy pronto. Porque habiendo sabido que hombres de la Jonia y de la Caria, cubiertos de cobre, habian desembarcado en Egipto, los tomó á su servicio, y con su auxilio, echó á los once reyes sus rivales. Para manifestarles su reconocimiento les dió habitacion cerca del Nilo, siendo ellos los primeros que enseñaron en Egipto las letras griegas. Firme ya sobre el trono, después de quince años de contrariedades y obstáculos, Psammético volvióse conquistador, y trató de tomar á los sirios la ciudad de Asot. El sitio que la puso duró, segun Herodoto, veinte y nueve años. Es el mas largo que menciona la historia. La plaza se vió al fin obligada á rendirse. El reinado de este príncipe fué de cincuenta y cuatro años. Murió en 4097 del período juliano (617).

617. Necos ó Necao fué el sucesor de Psammético. Señaló su reinado con una empresa que solo un rey de Egipto podia llevar á cabo. Fué el proyecto de abrir un canal desde la boca Pelúsica hasta el mar Rojo, y como en este espacio se encuentra el monte Casio, que separa el Egipto de la Siria, era indispensable que para unir los dos mares hiciese en este canal grandes rodeos. Ciento veinte mil hombres, segun Herodoto, perecieron trabajando en él. Hizo el príncipe suspender la obra, por haberle dicho un oráculo que trabajaba para un extranjero. Entónces todos sus pensamientos se fijaron en las expediciones militares. Hizo construir gran número de triremes en los puertos del Mediterráneo y del mar Rojo, viéndose aun en tiempo de Herodoto los arsenales en donde los habia fabricado. Puesto en marcha para hacer la guerra á Nabopolasar, rey de Babilonia, encuentra en las llanuras de Mageddo, tres leguas mas acá del Jordan, á Josías, rey de Judá, con el cual ninguna querella tenia que aclarar. Á pesar de las representaciones de

los oficiales, quiere Josías entrar en batalla con el rey de Egipto. Perece en ella con gran número de los suyos. En tanto, Necos, después de esta victoria, se adelanta hácia la Siria, en donde conquista rápidamente Carquemias y otras plazas, después de lo cual, regresando á sus estados, toma á Jerusalen, que Herodoto llama Caditis, y conduce al nuevo rey de Judea, Joas, cautivo á Egipto (véase la Hist. de los judíos). Su reinado de diez y seis años, terminó en 4113 del período juliano (601).

601. Psammis, hijo de Necos, fué su sucesor. En su tiempo, segun Herodoto, á causa de la gran reputacion de su sabiduría, que habian adquirido los egipcios, los eleenses les enviaron embajadores para consultarles sobre las leyes que habian establecido para los juegos olímpicos. Sabiendo por ellos los egipcios que admitian hombres de su propio país entre los árbitros de los premios, se lo desaprobaron, diciendo que no podia su fallo estar exento de parcialidad. Por mas sabia que fuese esta respuesta, no se conformaron con ella los eleenses, pero con el tiempo tuvieron lugar de arrepentirse. El reinado de Psammis fué de seis años. Murió al regresar de una expedicion que habia hecho á Etiopía el año 4119 del período juliano (595).

595. Apries ú Hofra, hijo de Psammis, y su sucesor, experimentó grandes prosperidades al principio de su reinado, que fué de veinte y cinco años. Una de sus primeras expediciones se dirigió contra el rey de Tiro (Itobal II), á quien derrotó en un combate naval, cerca de Sidon. Después de haberle favorecido en diferentes empresas, la fortuna le volvió en fin la espalda. Un ejército, que habia enviado contra Cirena, hoy Curin, en la Libia, sufrió tan grande descalabro, que sublevó contra él los egipcios que imaginaban que de intento les habia enviado á una pérdida cierta. Amasis, enviado por él para apaciguarlos, burló sus esperanzas. En tanto que les exhortaba á entrar otra vez en su deber, segun Herodoto, ó mientras les incitaba á mantenerse en su rebelion, segun Diodoro de Sicilia, un egipcio que le acompañaba le cubrió por detrás la cabeza con un casco, que era el emblema de la dignidad real, diciéndole que era para ponerle en posesion de la corona. Sea lo que fuese, Amasis dió á conocer que no se habia hecho contra su voluntad, porque apenas los rebeldes le proclamaron rey, cuando se dispuso á marchar contra Apries. Con tal noticia, envia este príncipe á Patarbemis, uno de los egipcios mas distinguidos entre los que le habian permanecido fieles, con órden de conducirle á Amasis, vivo. Recibió Amasis al mensajero con desprecio, á caballo y en medio de su campo, encargándole dijese á su dueño, que pronto iria á encontrarle bien acompañado. Viéndole Apries volver sin Amasis, en un exceso de cólera, le hizo cortar las orejas y la nariz, lo que irritó de tal modo á los egipcios que le quedaban, que se pasaron al campo contrario. Reducido á solas sus tropas auxiliares se pone en marcha con ellas en busca de Amasis, á quien encuentra en Momemfis, sobre el lago Mareïa. Apenas se avistan los dos ejércitos cuando empieza el combate. Apries vencido, cae en manos de Amasis, que quiere salvarle la vida; pero que, cediendo á las reiteradas instancias de los rebeldes, se ve precisado á entregárselo, y ellos le extrangulan el año 4144 del período juliano (570).

570. Amasis, natural de Siuf, en la Nome-Saïte, después de derribar del trono á Apries, no encontró obstáculo para subir á él. Habiendo establecido su residencia en su patria, para disfrutar del magnífico palacio que su antecesor habia hecho construir, se atrajo con esto el desprecio de los egipcios, que le echaban en cara el contraste que hacia su nuevo estado con su oscuro nacimiento. Para convencerles de su injusticia, hizo fundir un barreño del que se servia para lavarse los piés, y formando con él un ídolo, lo presentó como nueva divinidad á la adoracion de los egipcios, y al ver cuán presurosos acudian á ofrecerle sus votos, les declaró cuál habia sido el primer uso que de él hiciera, y de este modo cesaron las burlas de que habia sido objeto. Pero para lograr su aprecio, procuró imitar en su conducta los buenos ejemplos que los mas sabios reyes de Egipto le habian dejado. Tenia audiencia pública todos los dias, y en ella juzgaba las cuestiones que entre sus vasallos se suscitaban. Hizo muchas leyes de las cuales una sola se recuerda, y esta es la que ordenaba que cada particular debia declarar, delante del monarca, bajo pena capital, la profesion que le proporcionaba la subsistencia. Solon, el legislador de Atenas, habiendo dejado su patria para viajar con objeto de ilustrarse, empezó por el Egipto, y tuvo con Amasis varias conferencias sobre la legislacion, de las que se aprovechó para establecer en su patria las leyes de que se acaba de hablar (Herodoto, l. II). Los inmensos tesoros de este monarca se emplearon en obras propias para inmortalizarle. Habiéndose incendiado furtivamente el templo de Delfos, dió Amasis para contribuir á su reconstruccion, segun Herodoto, mil talentos de alumbre. Hizo construir en Sais el pórtico del templo de Minerva, obra digna de admiracion, segun el mismo autor. Los principales adornos consistian en estátuas colosales, y andro-esfinges. Llevóse tambien de Elefantina, para reparar el templo, un monumento de una sola piedra, para cuya conduccion, por un espacio de veinte jornadas de navegacion, se emplearon durante tres años dos mil barqueros. Contrajo Amasis amistad con los cireneenses, haciendo con ellos una liga ofensiva y defensiva. Fué el primero que sojuzgó la isla de Chipre, cuyos habitantes habia Apries derrotado por mar. Hácia el fin de su vida, Amasis, que se habia sometido voluntariamente al gran Ciro, rey de Persia, luego que este hubo conquistado á Sardes, se agrió con Cambises, su hijo y sucesor, por el siguiente motivo. Cambises, por consejo de Fanes, oficial egipcio, que mal contento se habia retirado á Persia, pidió al rey de Egipto á su hija por esposa. En vez de enviarle su propia hija, á la que amaba tiernamente, le remitió la de Apries, única vástago que quedaba de aquel príncipe. Instruido por ella misma el rey de Persia, de la supercheria de Amasis, resolvió vengarse. Pero en tanto que se preparaba en hacerle la guerra, murió Amasis, después de un reinado de cuarenta y cuatro años, y á los 4188 del período juliano (526). Habíase casado con Laodicea, de Cirene. «Dícese, prosigue Herodoto, que jamás estuvo el Egipto tan floreciente, ni fué tan feliz, como bajo el reinado de Amasis, sea por la fertilidad que le comunicó el rio, sea por la abundancia de frutos de que la tierra proveia á los habitantes, pues habia entónces en aquel país veinte mil ciudades bien pobladas (L. II, párrafo 177).»

526. Psammenita, hijo de Amasis, se vió, al sucederle, expuesto á la venganza de Cambises, que ya se hallaba en marcha con un formidable ejército para caer sobre el Egipto. El rey de Persia, después de atravesar con increibles fatigas los desiertos áridos y abrasadores de la Arabia, llega finalmente á Egipto, y sienta sus reales frente al ejército enemigo. Los griegos y carios, á sueldo de Psammenita, indignados de

que Fanes hubiese conducido al Egipto un ejército extranjero, cogieron á sus hijas que habia dejado allí, y las degollaron. No tardó en trabarse el combate, y los egipcios, después de defenderse heróicamente, se vieron precisados á emprender la fuga. « Yo he visto, dice Herodoto (l. III), una cosa muy sorprendente que me hicieron observar los habitantes de aquel país. Los huesos de los que perecieron en esta jornada, se hallan aun dispersos, pero separados, de modo, que á un lado se ven los de los persas, y al otro los de los egipcios, en el mismo lugar en donde se hallaban desde el principio de la accion. Los cráneos de los persas son tan blandos, que se atraviesan con un guijarro, pero los de los egipcios son por el contrario, tan duros, que con dificultad se rompen á pedradas. Esplicáronme la causa de esta diferencia, diciéndome que consistia en que los egipcios tenian la costumbre de raparse la cabeza desde su mas tierna edad, por cuyo motivo, obrando sobre ella los rayos del sol la endurecian; al contrario de los persas, que tienen el cráneo débil, porque desde sus primeros años viven á la sombra, y cubren además la cabeza con una tiara. » Después de esta victoria, Cambises marchó sobre Memfis, cuyos habitantes habian despedazado á los embajadores que les enviara para intimarles la rendicion. Apoderándose de la plaza, en donde se habian refugiado Psammenita y los principales del reino, quiere vengar en las moradores el derecho de gentes violado en las personas de sus diputados. Exigió seis cabezas por cada una de las personas que habian muerto, y quiso que Psammenita presenciase la ejecucion, en la cual iban comprendidos un hijo y una hija suyos. Al pasar por delante de él las infelices víctimas, bajó los ojos, sin demostrar ninguna emocion. Pero al dia siguiente, habiendo percibido á uno de sus favoritos cubierto de harapos y mendigando su sustento, derramó torrentes de lágrimas con las señales del mas profundo dolor. Instruido y sorprendido á la vez de los diferentes efectos que su venganza habia producido en su cautivo, le hizo Cambises preguntar la causa. Psammenita respondió, que las desgracias de su familia eran demasiado grandes para que pudiese deplorarlas; pero que el triste estado de un amigo precipitado por los vaivenes del tiempo á la mendicidad desde la opulencia, le dejaba abandonarse al sentimiento. Encontró Cambises muy sensata esta respuesta, y no solo hizo á Psammenita gracia de la vida, sino que le señaló rentas suficientes para vivir con decencia. Solo una cosa faltaba á este príncipe para vivir tranquilo y olvidar que habia sido rey. Pero no alcanzó á tanto su filosofía. La imágen de su primer estado, que no se borró jamás de su memoria, hizo de él un súbdito ingrato y revoltoso. Cambises sofocó las primeras turbulencias que le suscitó y le hizo beber sangre de toro, á la que prontamente siguió la muerte. Tal fué el triste fin de Psammenita después de seis meses de reinado.

Dueños del Egipto los persas destruyeron todos los objetos del culto de esta nacion. Profanaron los templos con toda clase de abominaciones: los sacerdotes fueron ignominiosamente azotados. El buey Apis, después de pegarle y arrastrarle con desprecio, fué degollado á vista de sus adoradores. Devoraron los egipcios en silencio tantos ultrajes. Pero bajo el reinado de Darío Histaspes se sublevaron sin que se lograse apaciguarlos hasta el año segundo de Jerjes (484). Levantándose de nuevo el año tercero del reinado de Artajerjes Longimano (463), eligieron á Inaro, rey de Libia, para ocupar su trono. Los atenienses, llamados por los egipcios, y nó menos enemigos que ellos de los persas, acudieron á su auxilio, y les dieron la victoria en una gran batalla, en la que de trescientos mil hombres que componian el ejército enemigo, quedaron cien mil en el campo. Pero esta ventaja y otras que Inaro alcanzó sobre los persas en el transcurso de tres años, fueron contrabalanceadas por una derrota que sufrió, y cuya consecuencia fué la reduccion del Egipto. Inaro, á quien habian prometido la vida si se entregaba, fué conducido á Susa (458) por el general Megabise, su vencedor, y allí, por la mas insigne mala fé, fué crucificado á las reiteradas instancias de Amestris, madre de Artajerjes. Pero encontró un vengador en Armiteo de Sais, quien expulsó á los persas del Egipto y se hizo dueño de todo el país el año décimo del reinado de Darío Noto (414). Aliándose en seguida con los árabes, llevó la guerra á Fenicia. Pero habiendo acudido en persona Darío, le presentó una batalla, en la cual pereció ó sobrevivió muy poco á ella después de un reinado de seis años (Diodor. Sic. lib. XIII.).

408. Pausiris, egipcio de nacion, sucedió con el consentimiento de los persas al rey Pesammenita; pero fué tan solo una sombra de soberano, en cuyo nombre cometieron los persas toda clase de vejaciones. Su reinado fué corto, ignorándose empero que término tuvo.

Psammético II, descendiente de Psammético I, fué el sucesor de Pausiris. Solo se le conoce por un rasgo, que hace formar una idea poco favorable de su carácter. Habiendo Tamus abandonado á Memfis, su patria, para ir á probar fortuna entre los persas, habia llegado á la dignidad de almirante. En tal empleo habia hecho grandes favores á Psammético. Avergonzado, después, de servir á los enemigos de su patria, resolvió volver á Egipto, contando ser bien recibido por un príncipe á cuyo reconocimiento tenia derechos bien adquiridos. Pero noticioso Psammético de que llevaba consigo grandes tesoros, hizo dar muerte á él y á todo su séquito, y se apoderó de todas sus riquezas.

395. Nefereo, sube al trono después de Psammético, abrigando un odio mortal contra los opresores de su patria. Habiéndose coligado con los lacedemonios para hacer la guerra á los persas, les envió cien buques cargados de trigo. Pero este convoy no llegó á su destino, siendo apresado en la travesía por la armada persa anclada en la isla de Rodas.

389. Achoris, al suceder á Nefereo, heredó el mismo odio contra los persas. Formó contra ellos una liga, en la cual entraron Evágoras, rey de Chipre, los árabes, los tirios y los barceenses de la Libia. Evágoras, jefe de la liga, habiendo recibido de él algunas tropas, fué atacado y derrotado por los persas. Dirígese entónces al rey de Egipto, solicitando que reuna todas sus fuerzas para una guerra en que se ha de contrarestar todo el poder de la Persia. Temiendo Achoris exponer su país á una invasion de los persas si le desguarnecia, se contentó con proporcionarle una cantidad de dinero, que no encontrándola bastante á sus necesidades, obligó á Evágoras á tomar el partido de acomodarse con el rey de Persia (386). Abandonado el rey de Egipto por su aliado, encontró otro en la persona de Gaos, hijo de Tamus, el que habia sido cobardemente asesinado por el rey Psammético. Descontento Gaos del servicio de la Persia, cuya flota mandaba, la abandonó, para pasarse al rey de Egipto, arrastrando trás sí á los lacedemonios. Pero algun tiempo después su muerte, fruto de un asesinato, libertó á la Persia de un terrible enemigo. Privados de su defensor, recurrieron los egipcios á los atenienses, quienes le mandaron tropas bajo las órdenes de Cabrías, á quien substituyó en seguida Ifícrates

Pero Achoris murió (377) antes de empezar las hostilidades.

376. Psammutis, hijo de Achoris, ocupó el trono por espacio de un año.

Neferite ó Nefero, sucesor de Psammutis, reinó tan solo cuatro meses.

375. Nectanebys, colocado en el trono de Egipto después de Neferite, se vé atacado el segundo año de su reinado por los persas, que abrieron las hostilidades por el sitio de Pelusa, en el que fracasaron por la valerosa defensa que hizo el mismo rey puesto al frente de sus tropas. Introduciéndose luego la discordia entre los jefes enemigos, frustró las demás empresas. Habiendo sobrevenido la inundacion periódica del Nilo, libró al Egipto del espanto que le habian infundido los persas, á los que obligó á abandonar el país sin haber obtenido ninguna ventaja notable (Diodoro, Sículo, lib xv). Nectanebys terminó tranquilamente sus dias el año 4331 del período juliano.

363. Tachos, al suceder á Nectanebys, vió de nuevo al Egipto amenazado por los persas. Para ponerse en estado de defensa, recurrió á los lacedemonios, prometiéndoles nombrar general de su ejército al comandante de las tropas que ellos le proporcionasen. Su rey Agesilao, que mandaba en persona los socorros que habia ofrecido, tenia realmente un gran mérito; pero sin ninguna de aquellas prendas exteriores, á propósito para llamar la atencion de un monarca acostumbrado al fausto y al lujo. Era un anciano de figura vulgar, y acostumbrado á la vida sencilla y frugal de los espartanos. Juzgando por estas apariencias, creyóle Tachos poco digno del puesto que le habia prometido, y contentándose con ponerle al frente de las tropas auxiliares, dió el mando de su flota á Cabrías el ateniense, reservándose la suprema autoridad de mar y tierra. El plan de Agesilao era, que, supuesto que Tachos no estaba aun bien seguro en el trono, esperase al enemigo en su país para con su presencia contener los ánimos dispuestos á la revuelta. Tachos hizo enteramente lo contrario, llevando la guerra á Fenicia. Lo que habia previsto Agesilao se cumplió. Durante la ausencia del rey, los egipcios se sublevaron y colocaron en el trono á Nectanebys, que el mismo Agesilao reconoció, para vengarse del desprecio que le habia hecho Tachos. Este, habiéndose salvado á través de los desiertos de la Arabia, fué á arrojarse en brazos del rey de Persia.

Nectanebys II, se vió apenas en el trono, cuando un médico llamado Mutis, apoyado por cien mil hombres, trató de arrojarle de él para colocarse en su lugar. Era necesario, segun el consejo de Agesilao, atacar al enemigo antes que sus tropas formasen un cuerpo regular y disciplinado. Desconfiando Nectanebys del espartano después que habia abandonado á Tachos, permaneció pasivo espectador de los movimientos de su contrario. Acaeció lo que debia haber previsto. Perseguido por Mutis se vió obligado á encerrarse en una de sus ciudades que el enemigo embistió inmediatamente. Pero antes de que quedase terminada la circunvalacion, Nectanebys, por consejo de Agesilao, hizo una salida en la que derrotó á los sitiadores. Apoderándose en otro combate de la persona de su rival, quedó pacífico posesor del Egipto. Entra Nectanebys en una alianza con los fenicios y sidonios (360) que se habian sublevado, y les ayuda á sacudir el yugo de su opresor. Dario Oco, rey de Persia, trata de vengarse del Egipto, pero viendo que sus generales van alargando la guerra, él en persona se traslada allí (350) al frente de mas de trescientos mil hombres, que divide en tres cuerpos, bajo las órdenes de Lacharis el Tibense, de Nicóstrato y de Mentor el Rodio. No teniendo Nectanebys mas que cien mil hombres para oponerle, se mantiene á la defensiva. Clinio de Cos, su general, quiere contener á Nicostrato, que remonta el Nilo con una escuadra. Después de algunas escaramuzas, llegan á una accion general en la que Clinio pierde la vida junto con la mayor parte de los suyos. Nectanebys abandona, con esto, los puntos que defendia y se retira á Memfis. Encontrando los persas libre el camino, esparcen la consternacion por todo el Egipto. Apresúranse los gobernadores de las plazas á someterse al vencedor. Nectanebys, viéndose con esta desercion privado del reino, huye á Etiopía con sus tesoros, de donde no vuelve jamás, cumpliéndose de este modo la profecía de Ezequiel (c. xxx, v. 13): «No habrá mas príncipe en Egipto». De este modo quedó convertido el Egipto en provincia persa, en cuyo estado permaneció por espacio de diez y nueve años hasta que se extinguió aquella monarquía en la persona de Dario Codomano. Entónces un transfugo macedonio, llamado Amyntas, que habia pasado al servicio de Dario, se apoderó con destreza de la ciudad de Pelusa. Este buen resultado le incitó á tentar la conquista de todo el Egipto. Pero después de ganada una batalla á los persas, se dejó sorprender y hacer pedazos su ejército cerca de Memfis. En este intermedio, pasa Alejandro el Grande, de Gaza, que acababa de conquistar, á Pelusa. El sátrapa Mazare le rinde homenaje en nombre de todo el Egipto, y le ofrece además una suma de ochocientos talentos. Después de recorrer el Delta, visita á Memfis, considerada entónces como la metrópoli del país. De allí se dirigió en diez dias de marcha á través de arenas ardientes al templo de Júpiter Ammon, situado al extremo del Egipto meridional. Todo el fruto que sacó de tan peligroso viaje fué ser declarado hijo de Júpiter por los sacerdotes que servian en el templo, y esto en mengua de su madre Olimpías, que manifestó altamente su descontento. La forma del ídolo al que habian puesto cabeza de cordero era tan ridícula como su mismo culto.

331. A su regreso escogió Alejandro un terreno de ochenta estadios, entre el Mediterráneo y la laguna Meotidas, para edificar una ciudad de su propio nombre, á fin de dejar en Egipto un monumento duradero de su poder. Él mismo formó el plan y designó los lugares en donde debian estar los templos y demás monumentos públicos. Antes de abandonar el Egipto, proveyó á la seguridad de su conquista, distribuyéndole entre diferentes gobernadores, los cuales dependian directamente de él. Dadas estas disposiciones se pone en marcha para ir á completar la ruina de la monarquía persa. Pero siete años después de reunirla á sus estados, le arrebata la muerte á los treinta y tres años de edad (324 antes de J. C.), en medio de su mayor prosperidad. No habiendo dejado este príncipe descendientes legítimos, los jefes de su ejército, después de vivos, largos y sangrientos debates, dividieron entre ellos la sucesion (vide «Los reyes de Macedonia»).

TOLOMEO I, SOTER.

Tolomeo I á quien cupo en suerte el Egipto, era hijo de Arsinoe á quien Filipo, padre de Alejandro, después de tenerla por concubina, hizo casar con Lagus, macedonio oscuro. Pero habiendo nacido el niño antes del tiempo que correspondia al casamiento, no quiso Lagus reconocerle al principio por hijo suyo. Sin embargo, muy pronto la autoridad de Filipo le obligó á considerar como legítimo á aquel hijo equívoco. Desde sus primeros años probó Tolomeo que lo

merecia. Tan luego como se halló en estado de llevar las armas, Alejandro le colocó entre sus guardias. Habiendo luego acompañado al príncipe á la conquista de la monarquía persa, ascendió á general, distinguiéndose en todas ocasiones por su prudencia y valor. Después de la muerte de Alejandro, no se apresuró á tomar el título de rey de su provincia, sino que se contentó con el de gobernador, hasta que se vió su autoridad bien afianzada en Egipto. En él empezó la dinastía de los Lagidas que reinaron en este país por espacio de doscientos noventa y dos años, esto es, hasta la muerte de Cleopatra, después de la que el Egipto fué reducido á provincia romana por Augusto.

322. Una de las primeras operaciones de Tolomeo en su gobierno, fué la de trabajar en adquirir el cuerpo de Alejandro el Grande. Disputábanse muchos gobernadores este precioso depósito, porque cierto astrólogo habia predicho, que la tierra, en que seria depositado, gozaria un bienestar perfecto. Habiendo obtenido Tolomeo la preferencia sobre sus rivales, hizo transportar el cuerpo, primero á Memfis, y después á la ciudad que aquel héroe habia fundado y á la cual habia dado su nombre. Nada igualó en pompa y magnificencia á aquel entierro. Tolomeo hizo construir un templo en Alejandría, é instituyó juegos en honor de Alejandro.

La blandura con que Tolomeo ejerció su dominio, indujo á muchas oficiales á unirse á sus banderas. En vano Perdicas, regente del reino de Macedonia, intentó suplantarle. Llegado con este designio á Egipto con un numeroso ejército, fué vencido juntó á una fortaleza llamada «la muralla del camello». De allí, adelantándose hácia Memfis, fué muerto por sus tropas, á las que queria hacer vadear un brazo de rio para entrar en el Delta. Antipater, sucesor de Perdicas en la regencia, por renuncia de Tolomeo, usó con él de muchas consideraciones. Exigíalo tambien su propio interés, hallándose ocupado en contener á los diferentes gobernadores del Asia, divididos entre sí, y dispuestos á rebelarse. Tolomeo aprovecha aquellas turbulencias para unir á sus estados la Fenicia y la baja Siria después de haber hecho prisionero á Laomedon, que las gobernaba. Ya se ha hablado antes de la estratagema que usó para apoderarse de Jerusalen.

315. Seleuco, gobernador de Babilonia, puesto en el último extremo por la cruel ambicion de Antígono, se habia refugiado cerca de Tolomeo, su amigo, que le recibió tan bien como podia desear. Habiéndose ambos coligado con Casandro, gobernador de Macedonia, y Lisímaco, que lo era de la Tracia, contra el enemigo comun, unieron sus esfuerzos para contener sus progresos. A pesar del formidable ejército que le opusieron los aliados apoderóse Antígono el año siguiente de los mejores lugares de Fenicia, tomando tambien á Tiro, después de un sitio de quince meses, sujetando en menos tiempo las ciudades de Gaza y Joppé. Sin embargo, Tolomeo logró por su parte restablecer á Seleuco en Babilonia con las tropas que le dió.

312. Habiéndose fortificado en Gaza, Demetrio, hijo de Antígono, acudió Tolomeo á sitiarle, y en una salida que hizo le derrotó, obligándole á huir con pérdida de gran número de los suyos. El vencedor le remite sus bagajes y sus prisioneros, sin pedir rescate de ninguna especie. Esta victoria le puso en posesion de la Siria y la Fenicia; pero fué por poco tiempo. Habiendo vuelto Demetrio con nuevas fuerzas, hizo prisioneros un gran número de egipcios, con el general que los mandaba, recogiendo un rico botin, lo que le puso en estado de pagar á Tolomeo la generosidad que habia usado con él. Acudiendo luego Antígono á reunirse con su hijo no tardó en hacer entrar otra vez bajo sus leyes la Fenicia, la Judea y la Celosiria. Los jefes de los dos partidos firman al cabo la paz, conservándose á cada uno lo adquirido por concesion ó por derecho de conquista. Pero habiéndose encendido de nuevo la llama de la discordia, consumió los restos de la familia de Alejandro, que fueron todos degollados. No habiendo ya dueños legítimos que respetar, todos los jefes se creyeron iguales entre sí, y trabajaron á porfía en suplantarse los unos á los otros.

306. Habiendo caido la isla de Chipre en poder de Tolomeo, dirigióse Demetrio á Salamina, capital de la isla, derrotó ante la plaza á Menelao, hermano de Tolomeo, que le habia confiado su gobierno, siendo tambien á poco derrotado este último que acudió en persona á socorrer la isla. Entónces fué cuando Antígono y su hijo Demetrio se hicieron dar en Siria los honores reales, obteniéndolos al mismo tiempo Tolomeo en Egipto. Demetrio acomete la isla de Rodas sometida á Tolomeo, pero se vé precisado á retirarse por la larga y vigorosa resistencia que encuentra en ella. Con esta ocasion fué cuando los rodios reconocidos á los socorros que Tolomeo les habia enviado, le dieron en 304 el título de «soter» salvador, y le erigieron un templo bajo el nombre de Tolomeon (Pausamus, l. I, c. VI).

301. Batalla de Ipsus en Frigia, en la que todos los reyes de la tierra, segun expresion de Plutarco, esto es, los sucesores de Alejandro, se disputaron los vastos estados de aquel príncipe. Cuatro de ellos, Tolomeo, Seleuco, Lisímaco y Casandro se confederaron y combatieron contra Antígono y su hijo Demetrio. El padre pierde en ella la vida después de haber hecho prodigios de valor, y Demetrio consternado por su pérdida se retira á Efeso con los restos de su ejército. Los coaligados se repartieron el reino de Antígono. Desde la época de esta batalla debe contarse la division del imperio de Alejandro en cuatro reinos determinados, quedando con esto cumplida exactamente la profecía de Daniel. Si bien los sucesores de Alejandro se habian ya llamado reyes, no era mas que un título precario, que se habian apropiado, sin ser reconocidos por los demás. Pero después de la batalla de Ipsus, un tratado solemne hecho por los cuatro confederados, señala á cada uno de ellos los estados que le corresponden con el título de reino, libre é independiente de toda autoridad superior. Estos cuatro reyes son: Tolomeo, Seleuco, Lisímaco y Casandro. Tolomeo obtiene en él el Egipto, la Cirenaica, la Arabia, la Palestina y la Celosiria. Luego que se vió en posesion de sus estados se dedicó especialmente á hacerles gustar las dulzuras de la paz.

Forzado Demetrio á convenir en los arreglos hechos entre los reyes vencedores, habia enviado á Egipto al célebre Pirro, su cuñado, en clase de rehenes. No tardó Pirro en obtener la amistad de Tolomeo, quien el año 300, le hizo casar con Antígona, que Berenice, la mas querida de sus mujeres, habia tenido de Filipo el Macedonio, su primer esposo; obligándose además á restablecerle en el reino de Epiro, de donde habia sido echado, y cumplió su palabra.

287. El reconocimiento ligó á Pirro á los intereses de su suegro. Haciendo Demetrio nuevos esfuerzos para recobrar los estados de su padre, entra Pirro en la liga que Tolomeo acababa de renovar con Lisímaco y Seleuco, contra el primero, dueño entónces de la Ma-

cedonia. Á él se debió en su mayor parte la victoria alcanzada contra aquel, que, juguete perpétuo de la fortuna, se vió obligado á huir á Grecia, vestido de simple soldado.

No teniendo ya guerras que sostener, consagróse Tolomeo á la calma para bien de sus vasallos. Pero Alejandría, en donde habia establecido su corte, fué el objeto principal de sus cuidados. Hizo construir en uno de los arrabales, llamado Racotis, un templo magnífico en honor de Serapis, al que llamaron Serapeon, y que subsistió hasta el reinado de Teodosio el Grande, por cuya órden fué destruido á peticion del patriarca Teófilo. Al lado de este templo fundó el célebre museo, en donde abrió la mas rica biblioteca del universo para los sabios que se hallaban en el caso de consultarla.

Llegado á la edad de ochenta y cuatro años, se ocupaba Tolomeo en elegir su sucesor. Tenia dos hijos de su mismo nombre, distinguiéndose el mayor con el apodo de «Ceraunus» ó Rago, á causa de la violencia de su carácter, y el segundo fué conocido despues por el sobrenombre de Filadelfo. El célebre orador Demetrio de Falera, obligado á abandonar á Atenas, despues de haberla dominado por espacio de diez años, se encontraba entónces en la corte de Egipto. Viendo al rey vacilante entre sus dos hijos, se esforzó en vano á decidirle en favor del primero, prevaleciendo el segundo por mas que hizo. En cuanto se vió en el trono Filadelfo procuró vengarse del consejo que Demetrio diera á su padre, haciéndole encerrar en una prision, en donde murió de la mordedura de un áspid (Cicero pro Rabirio). Tolomeo Soter, despues de haber hecho coronar á Filadelfo, bajó del trono, poniéndose en clase de guarda del nuevo príncipe. Murió llorado de sus pueblos, á quienes habia gobernado con mucha moderacion, y defendido con igual valor. Tambien las letras le debieron su tributo de lágrimas, tanto por los importantes servicios que les habia hecho, como por las producciones de su ingenio, con que las habia enriquecido, y que nos ha robado el tiempo. Entre sus obras se recomienda sobre todo la vida de Alejandro el Grande. Soter conservó sobre el trono el amor á la sencillez y el desprecio al fausto, persuadido de que la verdadera grandeza de un rey no consiste en hacerse rico, sino en enriquecer á sus súbditos.

TOLOMEO II, FILADELFO.

Tolomeo II, hijo de Tolomeo Soter, justificó, por el modo como gobernó, la preferencia que su padre le habia dado sobre su hermano mayor para ceñir la corona. Su advenimiento al trono fué celebrado con una fiesta tan suntuosa y magnífica como es posible imaginar. Es la mas grande de que se habla en la antigüedad. Montfaucon la refiere en sus antigüedades. Fué una bacanal, en que la vida de Baco, su culto y sus orgías, estaban representados separadamente. Puede juzgarse de la perfeccion de las obras que figuraron en esta fiesta, por el vaso de ágata oriental que se halla en el tesoro de san Dionisio. Créese que es del tiempo de Filadelfo y se pretende que vale tanto como el resto del tesoro. Viéndose Cerauno suplantado en el trono por su hermano, se retiró á Macedonia de la que se apoderó despues de haber asesinado á Seleuco (280). Para conservar el fruto de su usurpacion, pidió socorros á Tolomeo, su hermano, quien al prometérselos tomó el sobrenombre de Filadelfo (279) (vide Seleuco, rey de Siria). Habiendo muerto Cerauno en una batalla dada contra los gaulos, le sucedió el año siguiente, Meleagro, uno de sus hermanos, que muy luego se vió precisado á abandonar el pais, y á refugiarse en Chipre. Tampoco permaneció allí tranquilo. Instruido Filadelfo del complot que contra él habia formado, con otro hermano suyo llamado Argeo, los condenó á ambos á muerte, por criminales contra el estado. Sin embargo, poco despues se vió próximo á ser víctima de una segunda conspiracion, tramada por Arsinoe, su esposa, hija de Lisimaco; mas humano con ella, se contentó con desterrarla á la isla de Coptos en Tebaida.

Tenia Tolomeo una hermana, llamada como su esposa Arsinoe. Segun una incestuosa costumbre establecida en Persia desde el tiempo de Cambises, pero detestada entre los griegos, ningun escrúpulo tuvo en desposarse con ella. Propúsose por modelo el gobierno de su padre, y como él logró hacerse amar de sus vasallos, y respetar de los enemigos. Viendo á Pirro, su cuñado, castigado en sus temerarias empresas por el cónsul Curio-Dentato, se procuró la alianza de los romanos (274). Alhagado el senado por la diputacion que le envió con este objeto, le correspondió, enviándole cuatro de sus miembros, para terminar el tratado que pedia. Cuatro coronas que les distribuyó al fin de una comida en que les trató espléndidamente, honraron tanto á su generoso y esclarecido desinterés, como á su liberalidad. En lugar de guardarlas para sí, los diputados las colocaron sobre cuatro estátuas del príncipe, quien lisonjeado por tan noble cortesanía, les hizo otros presentes que ellos llevaron á Roma para ofrecerlos al senado. Á su vez su conducta fué universalmente aplaudida, y por mandato del senado romano, les fué dicernido el precio de los presentes que conducian (Valer. Max.).

265. Magas, hermano uterino de Filadelfo, habia obtenido el gobierno de la Libia y de la Cirenaica. Muy distante de reconocer este favor que le retenia en la dependencia, intentó erigirse en rey. Hizo mas, trató de destronar á su bienhechor. Ya se hallaba cerca del Egipto al frente de un numeroso ejército de cireneos, para ejecutar su intento, cuando un levantamiento súbito de los marmáridas, pueblo de la Libia, le llamó á aquel país. Filadelfo, que ya se habia puesto en marcha para rechazarle, se vió precisado á retroceder, para sofocar la rebelion de cuatro mil galos, que tenia á sueldo. Habiendo tenido la destreza de conducirlos con algun pretexto á una isla formada por el Nilo, logró que se destruyesen unos á otros introduciendo entre ellos la discordia. Por su parte Magas, vencidos los marmaridas, volvió otra vez a sus designios contra el Egipto, arrastrando á su partido á Antíoco, el Dios, rey de Siria; pero Filadelfo previno el efecto de esta alianza, asolando las provincias marítimas de la Siria, lo que obligó á Antíoco á atender solamente á la defensa de sus estados. Viendo Magas á su aliado impotente para defenderle, toma el partido de arreglarse con su hermano, dando su hija Berenice al hijo mayor de este último, con la seguridad de su sucesion.

No teniendo Filadelfo mas guerras que sostener para la defensa del Egipto, entra en la liga formada por los atenienses y los espartanos contra Antígono Gonatas, rey de Macedonia, que se disponia á invadir la Grecia. Pero Patroclo, almirante de la armada que envió á los confederados, no habiendo podido ser secundado por Areus, rey de Esparta, vióse obligado á volver la proa á Egipto.

251. La pasion de Filadelfo por las bellas artes, le hizo buscar las obras de los mas distinguidos artistas griegos. Noticioso de ello Aratus de Sicyona, le mandó todo cuanto habia podido reunir de mas perfecto en los diferentes ramos de pintura y escultura. Pero un



GRANDEZAS DEL EGIPTO:

Atrio del templo de Isis en Philaé, obra del reinado de Tolomeo Evergetes II.

designio mas útil se agitaba en el cérebro de Filadelfo. Este era el de hacer florecer el Egipto, y de atraer á él las riquezas de Europa y del oriente. Para lograr su intento hizo construir dos ciudades marítimas, una en Fenicia, que llamó Tolemaida, y la otra sobre la costa occidental del mar Rojo, á la que dió el nombre de su madre Berenice. Pero á este último sustituyó después el de Mios-Hormos, que no se hallaba muy distante. Allí abordaban las mercancías que proveian la Arabia, la Etiopía, la Persia y la India; y para facilitar el transporte, hizo abrir un canal, desde el Nilo á Mios-Hormos, en cuyas orillas construyó hospederías para los viajeros y los animales de carga. Pronto se convirtieron estas dos ciudades en depósitos de las riquezas de todo el universo conocido. Dos flotas, una en el Mediterráneo y otra en el mar Rojo, protegian el comercio. El Egipto ha gozado de la opulencia que le procuró Filadelfo, hasta el año 1497, en que los portugueses descubrieron el paso para las Indias orientales por el cabo de Buena Esperanza.

249. Viendo Antíoco, el Dios, la prosperidad de que gozaban los estados de Filadelfo, se procuró su amistad, que obtuvo por un tratado á causa del cual el rey de Siria repudió á su esposa y hermana Laodicea, para casarse con Berenice, hija del rey de Egipto. Á pesar de su edad avanzada, y de sus enfermedades causadas por la incontinencia, acompañó á su hija á Siria.

247. Poco tiempo después de su regreso, perdió á Arsinoe, su hermana, y la mas querida de sus mujeres, cuyo nombre habia dado á nueve ciudades que hizo construir. Siguióla al sepulcro dos años después á los sesenta y cuatro de su edad y treinta y nueve de reinado.

Por órden de este príncipe fueron traducidos al griego, por setenta y dos judíos los libros de Moisés, sobre un ejemplar que le fué enviado de Jerusalen por el gran sacerdote. Es la llamada version de los Setenta, que se usa aun en las iglesias de oriente (Prideaux, hist. de los judíos, l. IX). Tambien salió á luz en el reinado de Filadelfo una historia de Egipto compuesta y dedicada á este príncipe por Maneton, sacerdote de Heliópolis. Al reinado de Filadelfo se refiere tambien la célebre torre del Faro, que pasa por una de las siete maravillas del mundo antiguo. Edificada el primer año del reinado de este príncipe, en una isla á siete estadios de Alejandría, con los fuegos que todas las noches se encendian en su cima, servia de faro á los buques que se dirigian á la capital. Con el tiempo una calzada unió la isla con la Tierra firme (Prideaux ibid.).

TOLOMEO III, EVERGETES.

246. Tolomeo III, hijo de Tolomeo Filadelfo y de Berenice, su primera esposa, subió al trono de Egipto, después de la muerte de su padre que ya se le habia asociado diez años antes. Antíoco el Dios, rey de Siria, luego que tuvo noticia de la muerte de su suegro Filadelfo, rompió el tratado que habia hecho con el Egipto, y volvió á unirse con su primera esposa Laodicea, después de haber repudiado á Berenice. Pero recelosa Laodicea de la lijereza de su esposo, le hizo perecer con el veneno. Berenice, amenazada de igual suerte, corrió á guarecerse en el asilo de Dafne. Perseguida allí por su rival, se defendió hasta el heroismo; pero sucumbió bajo los tiros de la perfidia, pues habiéndose dejado persuadir con bellas promesas de que abandonase su asilo, fué muerta, junto con su hijo y los egipcios que la acompañaban, por los guardas que habian fingido darla para su seguridad. No tardó el rey de Egipto en ponerse en campaña para vengar la muerte de su hermana. En cuanto apareció en Siria todo se le sometió. Llegado hasta el Tigris, solo le faltaba un paso para someter todo el país, cuando una revuelta le llamó á sus estados. Entre las inmensas riquezas, recogidas en esta expedicion, se contaban dos mil quinientos simulacros de divinidad, que Cambises habia arrebatado á los templos de Egipto cuando le redujo a su obediencia. Entusiasmados por la vuelta de los objetos de su culto, los egipcios dieron en recompensa á su soberano el dictado de «Evergetes ó Bienhechor.» Apaciguada la sedicion se trasladó á Jerusalen para dar gracias al rey del cielo por las prosperidades que le habia concedido (Josefo, l. II, contr. Apion. c. 2). Es de suponer que los judíos de Alejandría le habrian dicho que, habian sido vaticinadas tres siglos antes por el profeta Daniel (c. XI, 10, 8).

Cuando Tolomeo partio para su expedicion á Siria, su esposa Berenice hizo voto de consagrar sus cabellos si volvia sin accidente. Viéndole de regreso sano y salvo, y cubierto de gloria, cumplió su promesa haciéndoselos cortar y enviándolos al templo, que Tolomeo Filadelfo habia hecho construir en honor de su esposa Arsinoe, sobre el promontorio Zefirion en Chipre. Habiéndose perdido los cabellos, algun tiempo después, un célebre matemático de Alejandría llamado Conon, imaginó decir, por lisonja, que habian sido trasladados al cielo, y señaló siete estrellas cerca la cola del leon, que hasta entónces no habian formado parte de ninguna constelacion, y dijo que eran la cabellera de Berenice. Adoptando otros astrónomos esta ficcion ha continuado esta constelacion llamándose la «Cabellera de Berenice.» Tenemos sobre esto un poema de Cátulo «de Comà Berenices,» traducido del griego de Callimaco.

245. Seleuco, hijo y sucesor de Antíoco «el Dios,» habiendo recobrado tan pronto los estados de su padre, que le habian sido conquistados, declara, para vengarse, la guerra al rey de Egipto. Pero Evergetes derrotándole le obligó á huir hasta su capital. Determinado á rehacerse de este revés, Seleuco induce á su hermano Antíoco Hierax á que le envie todas las tropas que pueda reunir en su gobierno del monte Taurus. Viendo Evergetes dos cuerpos de ejército prontos á caer sobre el Egipto, toma el partido de firmar una tregua de diez años con el rey de Siria (243). No fué ocioso el descanso que le proporcionó. Amante de las ciencias y las artes, su principal ocupacion consistió en hacerlas florecer en Egipto. La biblioteca pública fundada por Soter y enriquecida por Filadelfo, se aumentó por sus cuidados, confiando su guarda á Eratosteno, cireneo de nacion, que habia hecho venir de Atenas en donde se hallaba establecido. Era un sabio universal. Compuso una historia de los reyes egipcios de Tebas, para servir de suplemento á la de Maneton. Entre los demás sabios de Grecia, que la liberalidad de Evergetes atrajo á Egipto, los mas notables fueron Licofron, Callimaco, nacido en Cirene, como su maestro Eratosteno, y de quien dice Suidas, que dejó mas de ochenta volúmenes, que han sido presa del tiempo, y Teócrito, que celebró á Tolomeo en algunos de sus idilios.

233. Habiendo expirado la tregua que Evergetes habia concluido con el rey de Egipto, fué convertida en un tratado de paz. Libre entónces para seguir otros proyectos de conquista, llevó sus armas á la Arabia, sometiendo todo cuanto se extendia á los dos lados del mar Rojo hasta la Etiopía, con tanta mas facilidad cuanto nadie estaba prevenido contra esta invasion. Sacó de esta expedicion un inmenso botin, que tuvo la

generosidad de repartir con las tropas que le habian acompañado.

Á su regreso envió socorros á Cleomeno, rey de Esparta, contra Antígono, rey de Macedonia, protector de los aqueenses, que habian sacudido el yugo de los espartanos. Pero habiendo sido derrotado Cleomeno en la batalla de Selasia, se vió obligado á buscar un refugio en Egipto. Tolomeo le recibió con grandes muestras de afecto y estima, le señaló una pension de veinte y cuatro talentos, y se obligó á reponerle en el trono. Pero antes que pudiese cumplir su promesa, la muerte le arrebató á los veinte y siete años de su reinado, á contar dos antes de la muerte de su padre en cuya época le asoció este al gobierno. Es el último de su raza que haya mostrado alguna virtud en el trono. Un célebre monumento, que bajo el título de « Nonumentum adulitanum, » fué publicado en Roma el año de 1631, por « Leo Allatius, » le califica de soberano de Egipto, de Libia, de Siria, de Fenicia, de Chipre, de Caria y de las Cícladas.

TOLOMEO IV, FILOPATOR.

221. Tolomeo, subió al trono de Egipto, después de la muerte de Evergetes, su padre. El sobrenombre de Filopator, si se ha de dar crédito á Justino (L. xxix, c. i.), le fué dado por antífrasis, porque fué acusado de haber adelantado con veneno la muerte de su padre. Pero parece que á ser cierto, no se hubieran atrevido á calificarle de este modo viviendo él, en las medallas acuñadas en su tiempo. Su vida ofrece muchos otros crímenes, cuya realidad no puede revocarse por la duda. En general, no fué mas que un tejido de extravagancias y de horrores. Entregado al vino, á las mujeres y á la torpeza mas asquerosa, no conocia ninguna decencia, ni respetaba ley alguna del pudor. Sospechando de su hermano Megas, le hizo matar, contra el consejo de Cleomeno, rey de Esparta, que se hallaba aun en su corte. A su madre que le reprendió por su parricidio, la dió igual tratamiento por consejo de su ministro Sosibiüs. Quiso deshacerse tambien del rey Cleomeno y empezó por hacerle arrestar; pero los espartanos que habian seguido á aquel príncipe á Egipto, en número de mas de tres mil, se armaron para libertarle y lograron su intento. Pero no pudieron sin embargo sublevar al pueblo de Alejandría. Viendo que el temor tenia embargados los ánimos, y que no podrian resistir á las fuerzas superiores que Sosibiüs conducia contra ellos, resolvieron darse mutuamente la muerte, y llevaron á cabo su proyecto. Todo esto tuvo lugar durante la ausencia de Filopator. Sabiendo á su regreso lo que habia pasado, hizo poner en cruz el cadáver de Cleomeno; pero, no bastando esto á su venganza, ejercitó su furor en la madre de Cleomeno y las demás mujeres de su séquito, que fueron degolladas por su órden.

Antioco III, rey de Siria, sintiendo la pérdida de la Celosiria, de que se habia apoderado Evergetes, se puso en inteligencia con Teodoto, gobernador de esta provincia, descontento de Filopator, para que se la entregase. Teodoto, hombre de corazon, avergonzado de servir á un dueño tan infame como Filopator, convino, sin dificultad, en entregarse al rey de Siria. Invitándole en consecuencia á que penetrase en su gobierno, le entregó en cuanto se presentó las plazas de Tiro y Tolemaida, cuya adquisicion le facilitó la conquista de toda la Celosiria, que sin embargo no terminó sino después de muchas campañas.

Tenia Filopator un general, llamado Nicolaüs, que aunque compatriota de Teodoto, no imitó su ejemplo, y permaneció constantemente afecto al rey de Egipto. Habiendo entrado en Celosiria con un poderoso ejército, obligó á Teodoto á encerrarse en Tolemaida, cuyo sitio estrechó vivamente con su infantería ligera, en tanto que las demás tropas pesadas sitiaban la fortaleza de Brok, situada en su camino á la orilla del lago. La llegada de Antioco, que acababa de tomar posesion de Tiro y Tolemaida le obligó á levantar el campo. Aquel príncipe pensó llevar en seguida la guerra á Egipto; pero noticioso de que se disponian para recibirle, cambió de intento, y se limitó á reducir las plazas de la Celosiria. Sin embargo, Agatocles y Sosibiüs, ministros de Egipto, hacian marchar tropas bajo el mando de Nicolaüs, á la Fenicia, en tanto que enviaban una flota á las costas de esta provincia. Habiéndose encontrado los dos ejércitos de tierra cerca del monte Líbano, se dieron una batalla, cuyas primeras ventajas obtuvo Nicolaüs. Pero desbandando Teodoto á los que se hallaban en la montaña, emprendió Nicolaüs la fuga dejando en el campo cuatro mil hombres entre muertos y heridos. No tuvo mejor suerte la flota egipcia mandada por Perigenes. El vencedor llevó sus conquistas hasta mas allá del Jordan, y se hizo dueño de la provincia de Samaria.

Furioso por estos desastres, quiso Filopator mandar en persona el ejército en la campaña siguiente. Habiendo partido de Alejandría con su mujer y hermana Arsinoe, al frente de setenta mil infantes, cinco mil caballos y setenta y tres elefantes, llegó á las llanuras de Rafia, la primera ciudad que se encuentra mas allá de Renocolura. Antíoco que se le habia adelantado, tenia allí establecido su campo. Los dos ejércitos permanecieron por espacio de cinco dias uno á la vista de otro, al cabo de los cuales, habiéndose puesto en movimiento, trabaron una batalla sangrienta en la cual hubiera Antíoco llevado la mejor parte si hubiese moderado su impetuosidad. Pero habiéndose puesto en persecucion del ala izquierda de los egipcios después de haberla destrozado, y viéndole distante, reanimóse el valor del ala derecha, que hizo un gran destrozo de sirios, arrancándole la victoria. El rey de Siria, de regreso á su capital por una pronta fuga, envió á proponer al vencedor una tregua, que aceptada, se convirtió mas adelante en un tratado de paz (Polib. l. v.).

217. Filopator, después de la victoria que acababa de alcanzar, permaneció tres meses en el país, para poner en órden su conquista. Por este tiempo fué cuando pasando á Jerusalen, tuvo la curiosidad de querer penetrar en el santuario del templo, á pesar de las protestas de los judíos: ya se ha visto en la cronología histórica de ese pueblo, el modo como Dios castigó al profanador, y la rabia con que se vengó de aquella afrenta. Vuelto á Egipto, Filopator emprendió de nuevo el curso de sus desórdenes abandonando á sus favoritos los negocios del estado. Su indolencia ocasionó varias revueltas, que sus ministros tuvieron mucho trabajo en sofocar. Su esposa Arsinoe, aunque madre de un niño, no tuvo mas parte en sus favores, y descontenta de verse olvidada y despreciada, rompió al fin en quejas. Sosibiüs, aquel antiguo ministro, ya acreditado, recibe del rey el encargo de poner fin á sus lamentos. Filammon, otro compañero de libertinaje del rey, acepta la comision de dar muerte á la reina, y es asesinada. Después de la muerte de esta princesa, dice Justino, nadie fué menos rey de Egipto, que el mismo rey. Sus mujeres y sus favoritos disponian de todos los empleos civiles y militares, ocupándose el príncipe solo en vergonzosos placeres; su cuerpo, aunque robusto y en la flor de su edad, no los pudo resistir, y sucumbió. Murió antes de cumplir

cuarenta años, á los diez y siete de su reinado. Ateneo dice que amaba las ciencias, y que cuando estaba en ayunas se entretenia con un filósofo, llamado Sefer; que consagró un templo á Homero, é hizo colocar al rededor de la estátua de este poeta, las figuras de las ciudades que se atribuian el honor de haberle dado á luz.

TOLOMEO EPÍFANES.

204. Tolomeo, á quien dieron el sobrenombre de Epífanes ó de Ilustre, contaba solo cinco años cuando la muerte de su padre á quien sucedió. El interés indujo á los ministros de este último á tener su muerte oculta por algun tiempo, á fin de apoderarse de la regencia. Pero, habiendo transpirado su designio, el pueblo para vengarse de su supercheria les dió muerte á todos, junto con sus familias. Procedióse en seguida al nombramiento de un tutor para el jóven príncipe, y la eleccion recayó en Aristómeno de Acarnania, que al mismo tiempo fué declarado regente del reino. Era un anciano respetable por su experiencia y probidad. Fué necesaria toda su sagacidad para librar al Egipto de dos enemigos igualmente poderosos, Antíoco el grande, rey de Siria, y Filipo, rey de Macedonia. Estos dos, habiéndose coligado, repartiéronse de antemano la monarquía egipcia de modo que el primero cediendo al otro el Egipto y la Caria, debia quedarse con la Fenicia y la Celosiria. Habiendo Antíoco comenzado las hostilidades en la Celosiria, fué en vano que Aristómeno se quejase de sus preparativos hostiles. Al mismo tiempo supo que Filipo estaba próximo á caer sobre la Caria. En este apuro, viendo el reino entre dos fuegos, recurrió á los romanos, por medio de una embajada, rogándoles que se acordasen de su antigua alianza con los tolomeos, y ofreciéndoles la tutela del jóven monarca. Agradeciendo la oferta despachó el senado á tres de sus miembros para que fuésen á restablecer la paz entre los tres soberanos. Emilio, el mas jóven de los diputados, se presentó á Filipo cuando sitiaba á Abidos sobre el Helesponto y le dió á conocer las órdenes de que estaba encargado, amenazándole de que atraeria sobre él las armas de los romanos, sino desistia de sus intentos contra el Egipto. «Jóven, le respondió Filipo, vuestra edad, vuestra figura, y mas que todo el nombre romano, os inspiran la audacia con que me hablais; pero mas os convendria desear que vuestra república observase el tratado que he hecho con ella. Sabed que si me declarais la guerra, me encontrareis pronto á sostenerla. Yo os haré ver, con el auxilio de los dioses, que el valor de los macedonios aventaja á la presuntuosa arrogancia de los romanos. (Tito Livio l. xxxi). »

Habiéndose retirado, pasó Emilio á Egipto en donde conquistó de tal modo el aprecio de la nacion que pusieron á su jóven soberano bajo de su amparo. No acogió Antíoco mejor que Filipo al embajador de Roma que habia ido á encontrarle. Entró, sin dilacion á mano armada en la Palestina. Hizo en ella tan rápidos progresos, que pronto hubiera subyugado todo el país sino hubiesen llamado su atencion los negocios de Asia, á donde acudió para auxiliar á Filipo contra Atalo, rey de Pérgamo.

200. Hacia algunos años que el Egipto tenia un gran guerrero en la persona de Scopas, etoliense de nacion, á quien su descontento habia obligado á abandonar su país para pasar al servicio de Epífanes, con seis mil hombres que le acompañaban. Nombrado por este príncipe general de sus ejércitos, entró con lo mas escogido de sus tropas en la Celosiria y la Palestina, en tanto que Antíoco hacia la guerra en Asia. La conquista de muchas de sus plazas le abrió el camino hasta Jerusalen, en cuya fortaleza puso guarnicion; después de lo cual, tomó otra vez, cubierto de gloria y de despojos, el camino de Alejandría. Pero Antíoco, habiendo cesado de hacer la guerra al rey de Pérgamo á solicitud de los romanos, acudió en persona, el año siguiente á la Celosiria, y probó al general egipcio, que solo á su ausencia debia las ventajas alcanzadas en la anterior campaña. Cayendo sobre él en la llanura de Paneas, destrozó su ejército, sitiándole á él mismo en Sidonia, en donde se habia encerrado con las tropas que le quedaban, y le obligó á rendir la plaza con la ignominiosa condicion de que él y su gente saldrian de ella enteramente desnudos. Tomó en seguida á Gaza, poniendo bajo sus leyes la Celosiria y la Palestina.

197. Para disipar la sombra que la suerte de sus armas podia dar á los romanos, hizo aceptar por esposa, al rey de Egipto, su hija Cleopatra, con la promesa de darle en dote la Celosiria, la Fenicia y la Palestina, cuando se hubiese efectuado el enlace. Creyéndose entónces libre para llevar á cabo sus intentos, reunió todas sus fuerzas de mar y tierra para ir á subyugar la Caria y muchas ciudades del Asia Menor, que pretendia haber pertenecido á Seleuco Nicator, fundador del reino de Siria. En el transcurso de esta expedicion que fué afortunada, extendióse el falso rumor de la muerte del rey de Egipto. La causa de ello habia sido la perfidia de Scopas, que contando con el valor y fidelidad de las tropas etolienses, que le habian seguido, se vanagloriaba de poder usurpar con fácilidad el trono de Egipto á un príncipe todavía niño. Pero el regente Aristómenes, habiendo descubierto sus intrigas, le convenció de su traicion ante un consejo de los señores del reino. No se vaciló en condenarle, y al dia siguiente se le hizo morir con veneno, junto con sus principales cómplices.

196. Habia llegado la época de la mayor edad del rey, fijada á los catorce años, y la de su coronacion. Aristómenes puso en sus manos el timon del estado. Vióse entónces á los cortesanos apresurarse á porfía á ganar su confianza. Habiendo prevalecido los mas diestros, su principal cuidado fué indisponerle contra Aristómenes, que habia conservado en el ministerio. Lo lograron de modo, que no viendo en su maestro mas que un censor importuno, se deshizo de él por medio del veneno (186). Desde este momento las pasiones del monarca no conocieron freno, y le precipitaron en el libertinaje y en la crueldad. Muchas ciudades irritadas por las vejaciones que sus oficiales ejercian en ellas impunemente, tomaron las armas para defenderse. Tolomeo envió contra ellas á Policrato que habia reemplazado á Aristómenes. Era un hábil general, que se habia distinguido principalmente en la batalla de Rafia. Habiéndose puesto al frente del ejercito real, estrechó tan vivamente el de los rebeldes, que diputaron á cuatro de ellos para renovar el juramento que habian quebrantado. Tolomeo habia prometido tratar á los diputados con humanidad. Pero, teniéndolos en su poder, los condenó al último suplicio después de arrastrarlos por las calles de Alejandría atados á su carro.

180. Los discursos de los tiranos, por poco ambiguos que sean, se toman siempre en mal sentido. Preparábase Tolomeo á hacer la guerra á Seleuco, nuevo rey de Siria, y como se sabia el desórden de su hacienda, alguno le preguntó en dónde encontraria los fondos para su expedicion. «En la bolsa de mis amigos» contestó. Esta respuesta equívoca, dió lugar

á temer nuevas exacciones de su parte. Para evitarlas, abreviaron sus dias con veneno, á los veinte y nueve años de su edad y veinte y cuatro de su reinado.

Tolomeo, por sobrenombre Filometro ó Filometor (el amigo de su madre), sucedió siendo de muy corta edad á su padre Epífanes, de quien era hijo mayor, bajo la regencia de Cleopatra, su madre, princesa superior á su sexo, que segun dicen gobernó el Egipto por espacio de siete años con mucha sabiduría. Sin embargo, se la puede echar en cara el haber confiado la educacion de su hijo á hombres perversos, que solo trataron de inspirarle horror al trabajo, el desprecio de las ciencias y la aficion á fútiles pasatiempos. En cuanto llegó á la mayor edad (173) le indujeron sus ministros á pedir al rey de Siria, Antíoco Epífanes, las provincias de Celosiria, Fenicia y Palestina, que su padre Antíoco el Grande habia, como se ha visto, señalado en dote á Cleopatra, al casarla con Tolomeo Epífanes. Negándose el rey de Siria, á ejemplo de su padre, á deshacerse de ellas, mandáronse por una y otra parte diputados á Roma, para someter la decision al juicio del senado. No habiendo producido efecto las cartas que escribió esta corporacion para reconciliar á los dos príncipes, pasó el rey de Siria con su ejército á Egipto, y encontró al de Filometro entre el Monte-Casio y Pelusa. La batalla que se dieron fué enteramente ventajosa á Antíoco (172). Sin embargo, por motivos secretos no se aprovechó de la victoria, emprendiendo incontinenti el camino de Antioquía. Pero poco tiempo después, se halló, sin desenvainar la espada, dueño de la isla de Chipre, que le entregó Macron, que la gobernaba por el rey de Egipto, y estaba descontento de Filometro.

El año siguiente, vuelto Antíoco á Egipto con todas sus fuerzas de mar y tierra, alcanza sobre Filometro una nueva victoria, de la que usó con tanta nobleza como humanidad, porque habiendo podido destruir el ejército enemigo, dejó que se retirase y fuése á encerrarse en Alejandría. Esta fué la única plaza que permaneció fiel al rey de Egipto. Á medida que el vencedor adelantaba en el país, acudian los pueblos en masa á rendírsele, no menos encantados de su grandeza de alma que indignados de la cobardía de su soberano. Este, por una aventura, que se refiere de varios modos, cayó en manos de Antíoco que le trató benignamente pero sin volverle la libertad. Los egipcios, para no dejar el trono vacante durante su cautiverio, le substituyeron á Tolomeo su hermano, llamado Fiscon ó el Panzudo á causa de su grande barriga. Sin embargo, el rey de Siria continuaba el sitio de Alejandría. Los embajadores de las diferentes repúblicas de Grecia que se encontraban en aquella ciudad, se interesaron con aquel príncipe para la pacificacion del Egipto. Fingió convenir en ello con dos condiciones, la primera que Filometro seria restablecido en el trono, y reinaria solo. La segunda, que guardaria para sí la ciudad de Pelusa, que le abria la puerta para entrar en Egipto cuando quisiese. Los dos hermanos conocieron que trataba de fomentar su discordia y tomaron sabiamente el partido de reconciliarse para evitar su comun ruína. Viendo Antíoco rotas con esto sus medidas, partió de su capital en donde habia pasado el invierno, y emprendió con nuevo ardor el sitio de Alejandría (169). En tanto que se hallaba ocupado en esta expedicion, llegaron de Roma á su campo tres embajadores encargados de un decreto del senado para restablecer la paz entre los reinos de Siria y Egipto. Habiendo Popilio Lenas, el primero de ellos, presentado el decreto á Antíoco, este, después de leerlo, le contestó friamente que lo consultaria con su consejo. Pero el orgulloso romano trazando con una varilla que llevaba un círculo en la arena al rededor de él, le intimó que se decidiese antes de salir de su circuito. Un proceder tan vivo é imperioso desconcertó á Antíoco, que después de un momento de reflexion contestó que se conformaba con los deseos del senado. Mantuvo su palabra, y el Egipto, después de su partida, gozó de perfecta tranquilidad por espacio de seis años (163). Pero habiendo introducido la discordia entre Fiscon y su hermano, aquel arroja á este, quien acude á Roma que envie comisarios para hacerles justicia en el mismo paraje. Llegados á Egipto, adjudican la isla de Chipre con la Libia y la Cirenaica á Fiscon, y lo restante del reino á Filometro. Esta division descontentó igualmente á los dos hermanos que tomando las armas trataron de despojarse mútuamente. Roma, á quien interesaba esta division, intervino á su vez é hizo otro reparto, que dió lugar á nuevas hostilidades. La isla de Chipre entraba en la parte de Filometro, mas su hermano retractó la dimision que habia hecho, trasladándose á ella con una armada considerable. Pero habiéndosele adelantado Filometro, le estrechó tan vivamente en la ciudad de Lapito, en donde se habia encerrado, que se hizo dueño de su persona. Hicieron entónces la paz, y su reconciliacion fué tan sólida, que no sufrió ninguna alteracion (Polib. in excerpt. Vales.)

Un impostor, llamado Alejandro Bala, que se titulaba hijo de Antíoco Epífanes, y disputaba el trono de Siria á Demetrio Soter, encontró en Tolomeo Filometro, en Attalo, rey de Pérgamo, y en Ariarate, rey de Capadocia, protectores que le mantuvieron en su usurpacion. Para afianzar su union con Bala, Filometro le dió en matrimonio su hija Cleopatra. Pero observando que Alejandro le pagaba con ingratitud, le quitó su hija para darla á Demetrio II, uniéndose á sus intereses. Habiendo entrado sin encontrar obstáculo en la Fenicia y la Palestina, penetró hasta Antioquía, cuyos habitantes advertidos de su llegada le abrieron las puertas. Alejandro, ocupado entónces en reducir la Cilicia, acudió con toda diligencia, le presentó una batalla (146) en la que Filometro quedó vencedor, pero con heridas que tres dias después le condujeron al sepulcro. Su humanidad le mereció las lágrimas de los egipcios. Las artes, el comercio y las ciencias florecieron bajo el reinado de este príncipe.

146. Tolomeo Fiscon, para asegurarse en el trono de Egipto después de la muerte de Filometro, su hermano, se casó con su viuda, y la misma noche de sus bodas mató sobre su mismo seno los hijos que ella habia tenido de su primer esposo. Su carácter se dió á conocer desde entónces por otras atrocidades. El curso de su reinado no desmintió los funestos presagios que habia hecho concebir. Sus desórdenes le atrajeron el desprecio universal, y su tiranía llegó á tal punto, que dejó casi desierta la ciudad de Alejandría. Para poblarla llamó á los extranjeros prometiéndoles grandes privilegios. Los artistas y los sabios á quienes habia obligado á huir, llevaron el gusto por las ciencias y las artes al Asia menor, y á las islas por donde se esparcieron.

Disgustado de la reina Cleopatra en la que habia tenido un hijo llamado Memfitis, del lugar de su nacimiento, Fiscon la repudió, y poco después hubo una sedicion en Alejandría, en donde el pueblo destruyó todas las estátuas del monarca. Creyendo que el autor de este levantamiento habia sido la reina, en el impulso de su furor hizo cortar en pedazos á su hijo Memfitis, que contaba entónces quince años, y envió tan fatal presente á la madre, el mismo dia del naci-

miento de esta princesa (129). Tan terrible espectáculo llenó de horror á la madre, y el pueblo participó de él con ella. Levantóse un ejército, que tuvo la desgracia de ser vencido en una batalla dada cerca de Alejandría. Fiscon, sin embargo, usó de esta victoria con mas moderacion de la que podia esperarse (127). El resto de su reinado, que fué aun de diez años, ofreció escenas menos horribles. La disipacion abrevió sus dias, cuyo fin se coloca en el año 117 antes de Jesucristo, á los setenta y seis de su edad, y veinte y nueve de reinado, desde la muerte de su hermano.

Pocos reinados han sido mas tiránicos y llenos de crímenes, que el de Fiscon. Sin embargo, este príncipe amaba las ciencias. Tenia tanta fácilidad en hablar sobre todas las materias, que le valió el sobrenombre de filólogo. Compuso una historia en veinte y cuatro libros, muy apreciada de los antiguos, y un sabio comentario sobre Homero. Enriqueció á costa de cuantiosos gastos la biblioteca de Alejandría con un número considerable de libros.

Tolomeo, por sobrenombre Latire, á causa de una irregularidad que tenia en la nariz, hijo mayor de Fiscon, le sucedió, siendo de muy corta edad, á pesar de los esfuerzos de Cleopatra, su madre, que queria recayese el cetro en manos de Alejandro, su hijo segundo. Pero los grandes, aun cuando esta princesa, por las disposiciones testamentarias de su esposo fuese llamada á la regencia, se opusieron á su intento. Logró sin embargo, cuando Alejandro llegó á su mayor edad, que se le confiase el gobierno de la isla de Chipre. Mas y mas animada siempre contra Latire, imaginó para quitarle la corona una de las mas negras perfidias, acusándole de haber querido atentar contra su vida. Para apoyar su calumnia, presentó en una grande asamblea á dos eunucos suyos, á quienes habia inducido á dejarse hacer heridas, pretendiendo que las habian recibido al defenderla contra su hijo que queria asesinarla. Seducido por estas apariencias, se indignó el pueblo de Alejandría contra Latire, y le hubiera hecho pedazos á no haberse salvado en una nave que se hizo prontamente á la vela para Siria. Latire se hallaba entónces en el décimo año de su reinado (Pausanias, lib. 1, cap. 9).

107. Tolomeo-Alejandro, después de la fuga de Latire, fué llamado por su madre del gobierno de Chipre, en donde se hallaba hacia ocho años, y colocado en el trono de Egipto. Latire entónces fué á ocupar su lugar en Chipre. Allí vivia pacíficamente, cuando los habitantes de Tolemaida, sitiados por Alejando Janneo, rey de los judíos y partidario de Cleopatra, le enviaron á suplicar que acudiese á su socorro. Habiéndose embarcado con un buen ejército para satisfacer sus demandas, desembarcó en Sicamin, desde donde se dirigió á Tolemaida. Pero los habitantes, á instigacion de Demanete, uno de los mas principales, habian mudado de intento, y no quisieron recibir sus embajadores, ni escuchar las proposiciones que enviaba á hacerles. Entónces resolvió hacer la guerra en su nombre, y sitió á Tolemaida de la que se habia alejado el rey de los judíos. Al mismo tiempo, cayendo con parte de sus tropas sobre Azot, se apoderó por asalto de esta plaza, de la que sacó diez mil esclavos, con un rico botin. De Azot pasa á Séforis, y de allí, habiendo vuelto hácia Azot, no lejos del Jordan, encuentra cerca de ella á Janneo, sobre el cual obtiene una sangrienta victoria. Animado por este suceso, va á apoderarse de Gaza, y en seguida revuelve contra Tolemaida, y la toma á la primera embestida. Cleopatra, su madre, sin desalentarse por esto, reunió todas sus fuerzas de mar y tierra, cuyo mando confió á dos judíos, Chelcías y Ananías. Envió su hijo Alejandro á Fenicia, para mantener esta provincia en la obediencia, y fué en persona á presentarse delante de Tolemaida, cuyos habitantes se vieron obligados á abrirle las puertas (103 antes de Jesucristo). Antes de abandonar el Egipto, habia proveido tan bien á su seguridad, que Latire encontró una barrera insuperable en todas las tentativas que hizo para penetrar en él.

De vuelta á Egipto, Cleopatra ejerció tan gran despotismo sobre su hijo Alejandro, que solo le dejó el título de rey. No contenta con haberle quitado toda la autoridad, quiso quitarle la vida que le habia dado (89 antes de Jesucristo). Apercibido de ello Alejandro se le adelantó, haciéndola perecer bajo la cuchilla de algunos asesinos (Justino, lib. xxxix). Pero habiendo descubierto al autor de este crímen, los egipcios, llenos de horror, echaron al parricida el año quince de su reinado.

89. La muerte de Cleopatra, y la fuga de Alejandro, facilitaron á Latire el volver á Egipto. Encontrando el trono vacante, subió á él sin obstáculo. Su primer cuidado fué poner remedio á los desórdenes ocasionados por las anteriores turbulencias. La ciudad de Tebas, en lo alto de Egipto, se niega á obedecerle, y trata de declararse independiente. Latire marcha en persona contra los rebeldes, los derrota en una batalla campal, y sitia su ciudad, que se resiste durante tres años con una constancia increible. Tómala al cabo de este tiempo, y es entregada á la avaricia y crueldad de los soldados, que casi la reducen á nada. Alejandro no habia, con todo, perdido la esperanza de ser restablecido. Retirado á la isla de Cos, reunió algunas naves, y se aventuró á atacar al hermano que le habia suplantado. Pero Pirro, almirante de este último, habiéndole derrotado, le obligó á refugiarse en Mira de Licia, de donde se trasladó á la isla de Chipre, lisonjeándose de que se declararia á su favor. Chereas, otro almirante de Latire, no le dió tiempo de hacer un desembarco. Habiéndole atacado le dispersó la flota en un combate en que pereció Alejandro, dejando un hijo de su mismo nombre. Este es el que los historiadores llaman Alejandro II (Euseb. Chr.). Era ya conocido por diversas aventuras, pues cuando la reina Cleopatra su abuela, condujo un ejército contra Latire, su hijo, le habia enviado con sus tesoros á la isla de Cos para que estuviesen en seguridad. Pero su prevision la engañó. Los habitantes de la isla entregaron al príncipe y las riquezas que habia llevado á Mitridates, rey del Ponto. Poco tiempo después, Alejandro, escapado de las manos de este, fué á ponerse entre las del dictador Sila, que hacia la guerra al rey del Ponto. Latire habia reinado treinta y seis años, á saber, diez junto con su madre en Egipto, diez y ocho en Chipre, y ocho, solo en Egipto, después de la muerte de su madre (Prideaux). Tolomeo el astrónomo en su catálago no hace mencion de Alejandro I: pero cuenta todo el tiempo desde la muerte de Tolomeo Fiscon hasta la de Latire, como correspondiente al reinado de este último. Lo mismo hemos hecho, señalando á Latire treinta y seis años de reinado; pero hemos observado que de estos pasó diez y ocho en Chipre, durante los cuales Alejandro y su madre ocuparon la corona de Egipto.

81. Berenice, hija del rey Tolomeo Latire, fué colocada sobre el trono de Egipto, á falta de varones, después de la muerte de su padre. Algunas escrituras la llaman Cleopatra, porque era una costumbre establecida en la casa de los reyes de Egipto, que todos los hijos llevasen el nombre de Tolomeo y las hi-

jas el de Cleopatra: después de los cuales añadian otros nombres propios para distinguirse los unos de los otros. Esta advertencia es necesaria, dice Prideaux, para aclarar las muchas cosas confusas que se encuentran en la historia de Egipto, que de otro modo embarazarian á los lectores.

Berenice gobernó solo al principio por espacio de seis meses, pasados los cuales el jóven Alejandro que Sila habia conducido á Roma para ponerle bajo la proteccion del senado, habiendo sido enviado á Egipto, recibió la mano de Berenice, con la cual compartió el trono. Pero, disgustado de ella, al cabo de diez y nueve dias, logró matarla por medio del veneno. Este rasgo de crueldad anunció la resolucion de Alejandro de pasar su reinado en la indolencia y el libertinaje. Su conducta acreditó el pronóstico. La muerte de Sila acaecida el año 78 antes de Jesucristo, arrebató á Alejandro, su mas zeloso defensor, y viéndole los egipcios sin este apoyo, hicieron estallar la indignacion que les inspiraba su vida infame, y le arrojaron del trono (65). Retiróse á Tiro en donde murió consumido por el pesar, despues de un reinado de quince años (Vaillant. Hist. de Tolom. p. 133).

Al morir hizo testamento en el que declaraba su heredero en el reino de Egipto al pueblo romano, no tanto por afecto que le profesase, cuanto para suscitar obstáculos á Auletes á quien los egipcios, después de su destitucion, habian sentado en el trono. Hubo grandes debates en el senado con motivo de esta sucesion. Contentáronse por el momento en hacerse conducir de Tiro todos los efectos que allí habia dejado Alejandro, lo que no constituia una renuncia del resto. El tiempo hizo ver que no era esta la intencion de los romanos.

Tolomeo, por sobrenombre Auletes ó el tocador de flauta, llamado tambien Dionisio I, hijo natural de Latire, fué colocado en el trono de Egipto después de la expulsion de Alejandro II. Tenia una hermana llamada Cleopatra, con la que se desposó, y un hermano que obtuvo el reino de Chipre. Igualmente perversos estos dos hermanos, se deshonraron con vicios diametralmente opuestos. El primero por su liberalidad, que le hizo disipar las rentas del estado en sus placeres, el segundo por una sórdida avaricia que le indujo á amontonar riquezas sobre riquezas, sin hacer de ellas ningun uso.

59. Cuando Julio César fué nombrado por primera vez cónsul, Auletes, para ganar su voluntad, le hizo un regalo de seis mil talentos. El rey de Chipre no se portó del mismo modo respecto á Claudio, caballero romano, distinguido por su nacimiento y talentos. Este, habiendo caido en manos de unos piratas en las costas de Cilicia, envió á pedir á este príncipe con qué pagase su rescate, y solo pudo obtener dos talentos. Mas generosos que él, los piratas, despreciando esta suma, dejaron en libertad á su prisionero sin exigirle nada. Clodio trató de vengarse á su vez de la mezquindad del rey de Chipre. Habiéndose hecho elegir tribuno, obtuvo del pueblo un decreto, que ordenaba á Caton, llamado después Utico, y su enemigo, que fuése á deponer al rey de Chipre, y tomar posesion de este reino, en nombre del pueblo romano, en virtud de un pretendido testamento de Alejandro I que le declaraba su heredero. Caton, el mas equitativo y moderado de los romanos, solo á la fuerza aceptó esta espinosa comision. Llegado á Rodas escribió al rey de Chipre dándole parte de las órdenes que se veia obligado á ejecutar, exhortándole á ceder sin resistencia su isla á los romanos, y prometiéndole que nada descuidaria para hacerle obtener una indemnizacion. Un rayo fué esta carta para el avaro y débil monarca que no encontrándose capaz ni de resistir á los romanos, ni de sobrevivir á la pérdida de sus tesoros, tomó el partido de envenenarse. Caton recibió con sorpresa esta noticia, pasó á Chipre para recoger la sucesion del rey difunto que ascendia á siete mil talentos, y todo lo hizo transportar á Roma sin retener nada para sí.

En tanto que Caton permanecia en Rodas, Tolomeo Auletes, arrojado por sus súbditos á causa de sus vicios y disipaciones, llegó para darle parte del designio que tenia de ir á implorar los socorros de Roma para su restablecimiento. Caton, después de haberle pintado la corrupcion que reinaba entre los grandes de Roma, le aconsejó, por el contrario, que volviese á sus estados, y procurase reconquistar á sus súbditos, ofreciéndose á acompañarle para arreglar su reconciliacion. Auletes, presto á seguir este consejo, le abandonó á causa de las instigaciones de aquellos de sus cortesanos que mas temian el furor del pueblo que habian oprimido. El monarca egipcio, en consecuencia, pasó á Roma, y conoció por experiencia la verdad de lo que Caton le habia dicho. Después de perder mucho tiempo mendigando con bajezas y presentes la proteccion de los ciudadanos de mas crédito en la república y el senado, viendo que sus asuntos no adelantaban un paso, partió para Éfeso, en el templo de Diana, que le sirvió de refugio y asilo.

Durante su ausencia, no sabiendo los alejandrinos, qué se habia hecho, imaginaron que desesperado se habria dado la muerte. En esta persuacion colocaron en el trono á su hija Berenice, llamada tambien Cleopatra y Trifena. Sabiendo después que se habia retirado á Roma, enviaron una grande embajada para justificarse de las acusaciones, que no dejaria de hacerles. No tuvo efecto ninguno, porque las disensiones que reinaban en el senado no permitieron ocuparse en este objeto. Sin embargo, para no dejar el cetro en manos de una mujer, los alejandrinos llamaron de Siria á Seleuco, hermano de Antíoco el Asiático, pariente de Berenice, para casarle y dividir el trono con ella. Era un mónstruo por su fealdad y la bajeza de sus inclinaciones, lo que le hizo dar el nombre de Cibiosacte, segun Estrabon. Llevó la avaricia hasta el punto de apoderarse de la urna de oro que encerraba las cenizas de Alejandro, substituyéndola por otra de vidrio. Esta accion le hizo tan horroroso á Berenice que pocos dias después le hizo extrangular. Tomó en seguida por esposo á Arquelao, gran sacerdote de Comane en el Ponto.

55. Auletes no habia, sin embargo, renunciado á ocupar otra vez el trono. Por recomendacion del gran Pompeyo, el procónsul Gabinio, gobernador de Siria, se encargó de restablecerle, mediante diez mil talentos, que le prometió este último. Gabinio, secundado por Marco Antonio, su lugar-teniente, alcanzó muchas victorias sobre Arquelao, que en la última perdió el trono y la vida, después de defenderse con el mayor valor. Habiendo Auletes, con esto, recobrado el trono, volvieron á aparecer los vicios que ocasionaron su caida. Empezó por dar muerte á su hija Berenice, para vengarse de la osadía que habia tenido de llevar la corona durante su desgracia. Para satisfacer la deuda que habia contraido con Gabinio, oprimió el Egipto con impuestos, é hizo morir con diferentes pretextos á los principales del país, cuyos bienes confiscó en provecho suyo. Segun espresion de Dion Casio (l. xxxix) derramó á torrentes la sangre de sus súbditos, para llenar sus cofres y tesoros. Los egipcios sufrian estas violencias sin murmurar, contenidos por la guarnicion romana que Gabinio, al partir, habia dejado en

Alejandría. Pero la muerte de un gato, divinidad del país, que un soldado romano mató por inadvertencia, puso al colmo su paciencia, y no pudo ser expiada mas que por la muerte del culpable á quien despedazaron, segun Diodoro, testigo ocular de este suceso (l. I, p. 74). Auletes empleó el resto de sus dias en vejar á sus súbditos, y murió al fin, con gran satisfaccion de todos, cuatro años y algunos dias despues de haber recobrado el cetro, dejando en su testamento á sus hijos bajo la proteccion de los romanos.

Todos los Tolomeos hasta el, no habian tenido mas distintivo de la dignidad real que la diadema, cinta sencilla que se ataban al rededor de la cabeza. Auletes fué el primero en llevar una corona realzada de puntos ó rayos agudos, tal como se atribuye á Baco, y quiso que se le representase de este modo en sus medallas, con un tridente á la espalda.

51. Tolomeo II, hijo mayor de Tolomeo Auletes, y por sobrenombre Dionisio, le sucedió á los trece años de edad, bajo la regencia de un consejo que su padre habia nombrado al morir. Al subir al trono, Tolomeo se casó, segun lo ordenado por su padre, con su hermana Cleopatra que contaba entónces diez y ocho años. Siendo aun menor Tolomeo, el eunuco Fotin y Aquilas, general del ejército egipcio, se apoderaron del gobierno queriendo excluir de el á Cleopatra á pesar de que habia llegado á su mayor edad. Rehusando la princesa doblegarse á su autoridad, lograron echarla. Pero pasando á Palestina, y de allí á Siria, cerca de su hermana Arsinoe, levantó tropas para hacer valer sus derechos á mano armada. Estaba en camino para entrar en Egipto, cuando se dió la batalla de Farsalia entre César y Pompeyo que se disputaban el imperio. El segundo, vencido, se retira á Egipto con su mujer Cornelia á la que habia encontrado en la isla de Lesbos. Lisonjeábase de ser bien recibido por el rey Tolomeo, cuyo padre le debia la corona. Pero este príncipe, gobernado por el eunuco Fotin, que ejercia cerca de él las funciones de primer ministro, por Aquilas, general de sus tropas, y por Teodoto, su preceptor, se determinó á hacerle morir. La esperanza de tan perniciosos consejos era la de procurarse con esto la amistad de César, y Aquilas se encargó de la ejecucion. Habiéndose avanzado en una chalupa frente el navío de Pompeyo, con Septimio, tribuno del ejército, y algunos soldados, le rogó que entrase en su lancha porque cerca de la costa no habia bastante fondo para su navío. Entra en él y en la travesía Aquilas y Septimio le matan á vista de su esposa que desde el navío en donde se habia quedado le seguia con los ojos.

48. César, que marchaba en persecucion de Pompeyo, tuvo noticia de su muerte cerca de Alejandría en donde le presentaron su cabeza. Este espectáculo le hizo derramar lágrimas. Despues de haber cumplido con este deber de la humanidad, entra en la ciudad, como cónsul, porque lo era este año por segunda vez, precedido de hachas y haces. Los alejandrinos se ofenden de que tome entre ellos este continente, y se preparan para castigarle. Fingiendo no conocer su mala voluntad, da fiestas, y asiste como en tiempo de plena paz á las conferencias de los hombres de letras, que esta ciudad contenia en gran número. Pero entre tanto, nada omite para atraerse los soldados de Pompeyo, dispersos en todas direcciones. Vuelta Cleopatra á Egipto, quiso juzgar las diferencias que habia con respecto á la herencia de su padre. El eunuco Fotin le recusa y se dispone á atacarle con un ejército de veinte y dos mil hombres que le proporcionó el general Aquilas. César por su parte habia tomado sus precauciones fortificando los cuarteles en donde se hallaba con dos legiones que le habian seguido, y asegurándose de la persona de Tolomeo. Rechaza á Aquilas que le ataca, y habiéndose apoderado de la torre del Faro, que dominaba la entrada del puerto, pone fuego á todos los buques que en él se encontraban. De allí, las llamas impulsadas por el viento, entraron en la biblioteca, llamada de Bruquion, rica en cuatrocientos mil volúmenes, cuya mayor parte se consumieron. Sin embargo, César indujo á Tolomeo á calmar la sublevacion de su pueblo, y habiéndose apercibido de la correspondencia de Fotin con Aquilas, hizo dar muerte á este orgulloso ministro.

Cleopatra hacia entónces negociar cerca de César su regreso á Egipto. Habiéndolo obtenido llegó secretamente al pié del castillo de Alejandría, y para burlar á la guardia egipcia de su hermano, se hizo envolver dentro de un fardo de ropa, y de este modo la llevaron al aposento de César, que quedó al verla agradablemente sorprendido. Pronto su juventud, las gracias de su persona y los encantos de su talento, cautivaron el corazon del romano; hasta el punto de hacerse enteramente dueño de él. Su hermana Arsinoe, de regreso tambien á Egipto, se trasladó al campo de Aquilas, pero no encontrando á este general bastante dócil á su voluntad, le hizo asesinar, y dió el mando de las tropas á Ganimedes. El nuevo general en un combate naval que le presentaron los romanos, les resistió tan valerosamente que les obligó á retirarse en desórden. César en esta ocasion dió pruebas de una gran presencia de ánimo. Su navío, en el que se habian refugiado gran número de fugitivos, estaba próximo á zozobrar. A vista del peligro, se arroja al mar, y nada; teniendo en una mano, fuera del agua, los papeles que le interesa conservar, y entre los dientes su cota de armas, se reune sano y salvo á su flota, á doscientos pasos de allí (Dion Cassio l. XLII, Plutarch. in César. Sueton in César). Llegado á ella, despacha chalupas al socorro de su gente, que lejos de desanimarse por el descalabro que acababan de experimentar, volviéronse por el contrario mas osados y temibles. Fingiendo entónces los alejandrinos querer rendirse, piden su rey Tolomeo, y César se lo devuelve con tanto mas placer, cuanto era para él una carga. Pero apenas se vió Tolomeo en libertad, cuando olvidando todos los deberes que impone el reconocimiento, se declaró contra su bienhechor, y solo pensó en dar nuevo impulso á la guerra. Recibió el castigo de su ingratitud, muriendo ahogado en un combate dado contra los romanos en las márgenes del Nilo.

47. César, cuya misericordia imploran otra vez los alejandrinos, les da por reina á Cleopatra, hermana del rey difunto, asociándola á su hermano Tolomeo, llamado el Niño, y expulsa á Arsinoe y á Ganimedes; entregado luego al ocio y á los placeres junto á Cleopatra, tuvo en ella un hijo llamado Cesarion. Obligado á regresar á Roma, en el mes de abril, César lleva consigo á Arsinoe, á quien habia hecho prisionera en la última guerra, y la hizo marchar en su triunfo, cargada de cadenas de oro, despues de lo que le devolvió la libertad, con prohibicion sin embargo de volver á Egipto. Algunos años despues Cleopatra la hizo asesinar en el templo de Efeso, en donde se habia refugiado (44). Tolomeo el Niño, su hermano y esposo, llegado á la edad de catorce años, tiempo señalado para su mayoridad, experimentó la misma suerte. Deshízose de él por medio del veneno, para reconcentrar en sus manos toda la autoridad (Josef. Antig., l. XV, c. 4).

Cleopatra, después de la muerte de Julio César, asesinado en 15 de marzo del año 44 antes de la era cristiana, no vaciló en declararse contra los asesinos de aquel grande hombre. Casio, uno de los principales, llegado á oriente, le hizo pedir, por dos veces, una armada considerable, que ella tenia equipada para emplearla en caso de necesidad. Contestóle, que solo podia enviarle el hambre y la peste que en aquel entónces afligia al Egipto. Habiendose Casio y Bruto, dado la muerte, después de la batalla de Filippes (42 ant. de J. C.), todo el poder romano se halló en manos del triunvirato, compuesto de Marco Antonio, Octavio (segundo sobrino por su madre Attia, de César que le habia adoptado) y Lepido.

41. Llegado Antonio á oriente, Cleopatra, después de reiteradas invitaciones fué á encontrarle en Tarsis de Cilicia, y costóle muy poco trabajo cautivar su corazon. Tuvo lugar entre los dos una lucha, con las fiestas tan delicadas como suntuosas que se dieron, viéndose obligado el triunviro á arruinar el Asia para igualar la prodigalidad de la reina. Pero ella le sobrepujó siempre en este punto. En una de estas orgías, la reina desprendió de sus pendientes una perla de un valor inestimable, la deslió en vinagre, y la bebió. Evalúose esta comida en un millon (Macrob. Satur. l. II, c. 13). En Egipto fué en donde se celebraron estas fiestas. Despues de pasar allí tres meses, fué Antonio llamado á Siria, á causa de la guerra que Pacoro, rey de los partos, acababa de declarar á los romanos y no tardó Cleopatra en juntársele. En reconocimiento de su adhesion, dióle Antonio la Fenicia, la baja Siria, las islas de Creta y Chipre, la Libia y la Cirenaica, á la que añadió algun tiempo despues el canton de la Judea, que produce el bálsamo, y el país de los nabateenses. Emprendió en seguida su expedicion contra los partos, y habiéndose desgraciado por su culpa, se dispuso á proseguirla el año siguiente. Pero, apenas habia salido de Siria, cuando las lágrimas de Cleopatra, que le habia acompañado hasta el Eufrates, le llamaron otra vez á Egipto. Mas la complacencia que tuvo con ella, maltratando á su esposa Octavia, hermana consanguínea de Octavio, y tratando de dividir el oriente entre los dos hijos que habia tenido con la primera, sublevó á los romanos incitados por Octavio y ocasionó la guerra civil que dividió todo el imperio, cambiando su faz enteramente. Después de hacerse por ambas partes grandes preparativos por tierra y mar, los dos triunviros se dieron un combate naval, bajo el promontorio de Actium, en el Epiro, treinta y un año antes de J. C. Fué decisivo; Cleopatra, que con su armada habia acompañado á Antonio, emprendió la fuga, arrastrándole tras sí por el temor de verse separado de ella. La armada de Antonio, aunque tan cobardemente abandonada por su general, sostuvo con firmeza el choque del enemigo, hasta que falta de todo, y entregada por sus jefes, se rindió siete dias despues de la batalla (Tito Livio, l. cxxxii). Habiendo Antonio alcanzado á Cleopatra en su fuga, entró en su navío y la acompañó hasta el promontorio de Tenaro en el Peloponeso, de donde singló hácia el África, en tanto que ella se dirigia á Egipto. Pero faltándole los socorros que creia encontrar en África, fué á Alejandría á reunirse con Cleopatra, á la que halló ocupada en el proyecto de transportar en carros, por tierra, todas las naves que la quedaban hasta el mar Rojo, con el intento de trasladarse á un país lejano en donde nada tuviese que temer. Octavio por su parte, llegado á Siria con su armada, hizo marchar su ejército de tierra á lo largo del África, para atacar el Egipto por todos lados. Acercándose á Alejandría, su presencia reanimó el valor de Antonio, que en una salida que hizo alcanzó algunas ventajas sobre la caballería enemiga. Pero á poco de este feliz resultado sucedió una desercion general en su ejército, que se declaró por Octavio; entónces, en los transportes de su furor, mandó á Eros, su liberto, que le atravesase con su espada. En lugar de obedecer Eros se sepulta un puñal en el seno y espira á los piés de su dueño. «Tú me enseñas lo que debo hacer», dijo entónces Antonio, y clavándose la espada en el cuerpo, cae sobre su cama. Cleopatra se habia, entretanto, encerrado con dos de sus mujeres en una torre que habia hecho construir para su sepultura. Antonio, moribundo, sabiendo que aun existe, manda que le lleven junto á ella. Temerosa de una sorpresa, Cleopatra se niega á abrir la puerta, y arroja por una ventana unos cordones, con los que atan á Antonio, después de lo cual le sube con el auxilio de sus dos mujeres, le abraza y le coloca en un lecho. Poco antes de morir dijo á la reina que tenia su rostro pegado al suyo: «Muero contento, pues la muerte me alcanza en vuestros brazos; no me avergüenzo de mi derrota, porque siendo romano un romano me ha vencido». Poco después de pronunciar estas palabras, expira á la edad de 56 años (Plutarc. in Anton.). A su muerte siguió de cerca la entrada de Octavio en Alejandría al frente de todas sus tropas. Prosternándose ante él todos los habitantes para implorar su clemencia, les perdonó, por respeto, dijo, á la memoria de Alejandro su fundador, á la hermosura de la ciudad y al mérito del filósofo Areus, su conciudadano, cuyo saber y virtud admiraba. En una visita que le hizo, conoció Cleopatra, por las respuestas vagas del vencedor, que el cetro estaba perdido sin recurso para ella y para sus hijos. Abandonándose entónces á la desesperacion se hizo picar en el brazo por un áspid, que tenia escondido en un cesto de higos, para burlar la vigilancia de los guardas que habian puesto á su alrededor. Murió pocos minutos despues sin convulsiones ni dolores. El efecto del veneno era el de causar profundo sopor. Cleopatra contaba entónces veinte y dos años de reinado y treinta y nueve (nó cuarenta y nueve) de edad. En ella terminó despues de doscientos noventa y cuatro años de duracion el reino de los lagidas; el Egipto quedó desde entónces reducido á provincia romana, y gobernado por un prefecto enviado de Roma. La batalla de Actium da lugar á una nueva era, llamada por los egipcios era accíaca (1): sin embargo, no empezó hasta un año después de esta célebre victoria, esto es el 29 de agosto del año 30 antes de J. C., que era el primer dia del año egipcio.

(1) La batalla de Actium se dió el 2 ó mas bien el 3 de setiembre del año 31 antes de J. C.

El año egipcio de que se trata aquí es el setecientos diez y nueve de Nabonasar. Empieza realmente el 31 de Agosto del calendario juliano bien comprendido, el año diez y seis después del establecimiento de aquel calendario. Pero como entre estos diez y seis años hubo seis bisiestos y nó cuatro, el primer dia del año egipcio habia pasado del 31 de agosto al 29 (vide el sabio Petavio de Doctr. temp. lib. x. cap. 49).

Se explicara en el articulo de los romanos esta intercalacion viciosa.



MARCO ANTONIO, Y CLEOPATRA.



CH. MARVILLE, DEL. E. WIESENER, SC.

DESEMBARCO DE CLEOPATRA.

(Lámina en bronce).

HISTORIA

DE LOS

REYES DE TIRO Y SIDONIA

Ó

REYES DE LA FENICIA.

La Fenicia, que los autores profanos confunden con el país de los filisteos, se presenta como distinta en los libros sagrados, que dan por límites á la primera al mediodía, el monte Carmelo, que la separa del segundo; al norte el monte Líbano; al poniente el Mediterráneo; y una larga cordillera de montañas á levante. El orígen de los filisteos y de los fenicios es aun mas diferente que su posicion. Estos eran cananeos, y aquellos descendian de Mesraim, hermano de Canaan. Sidon, primogénito de este último, fundó á orillas del Mediterráneo la ciudad de su nombre, que fué por mucho tiempo la metrópoli de la Fenicia. Agenor, príncipe de Tebas en Egipto, ó á lo menos uno de los mas distinguidos de esta ciudad, viéndose precisado á expatriarse en tiempo de Moisés, fué á establecerse á Sidonia, y tanto se hizo apreciar, que los sidonios le dieron su reino. Habia casado con Tiro, que dió nombre á la ciudad de Tiro, la cual fundó á orillas del mar, á una jornada distante de Sidonia, por la parte del mediodía. Agenor tuvo en ella cuatro hijos, Cadmo, Fénix, Síro y Cilix, y una hija llamada Europa, que fué robada por Tauro, rey de Chipre. Cadmo, enviado por su padre en busca de su hermana, no habiendo podido dar con ella, pasó á Beocia, en donde fundó la Nueva Tebas. Fénix sucedió en los estados de su padre, que de su nombre tomaron el de Fenicia. Los otros dos hermanos dieron su nombre á los países en donde se establecieron. Hé aquí cuanto nos dicen los escritores griegos tocante al orígen de los fenicios, pareciéndonos inútil buscar otro en inciertas etimologías de lenguas orientales.

El territorio de la Fenicia, poco fértil en sí, y encerrado además entre el mar y las montañas, no podia bastar á las necesidades de sus habitantes. La misma escasez los hizo industriosos. Inventaron para subsistir las artes y el comercio. A su sagacidad atribuyen los griegos y latinos el honor de la invencion de la escritura alfabética. Tal vez Agenor sacó ya este arte del Egipto, y sus súbditos no hicieron mas que perfeccionarle. Lo cierto es, que Cadmo le llevó á Grecia, de donde se esparció por el occidente. Si los primeros ensayos marítimos los tentaron otras naciones, tambien se puede asegurar que á la habilidad de los fenicios debió sus desarrollos.

Aprovechándose de las ventajas que les ofrecian sus puertos y los buques del monte Líbano, arrostraron todos los peligros del mar, sin mas guia que las estrellas del polo, y extendieron prodigiosamente su comercio. Las islas de Chipre y Rodas, Grecia, Sicilia y Cerdeña, recibieron sus colonias. Llegaron hasta España, y penetraron en el océano. Cádiz fué su depósito y principal escala. En particular sacaron de la Bética tan inmensas riquezas, que, sobrecargados de plata en un viaje, se vieron obligados á usarla en sus áncoras en lugar de plomo. El comercio, en fin, les hizo gozar todo cuanto precioso tenian los demás países. Ocultaban cuidadosos el secreto de su navegacion, por temor de tener que repartir con otros el provecho. Su viaje al rededor del África, de que muchas veces se ha hablado, es tanto mas admirable cuanto sus naves no podian apartarse mucho de la costa. La brújula facilita en el dia lo que entónces era casi imposible. La casualidad proporcionó á los fenicios su precioso color de púrpura. Un perro de pastor impelido por el hambre, rompe un marisco, y le queda teñida la garganta; aquel color pareció admirable; y encuentran medio de extraerlo de los mariscos de la misma especie y aplicarle á los tejidos. Pronto es la púrpura el adorno de los reyes. He aquí como la casualidad puede contribuir á los descubrimientos de la industria. Estos mariscos no se encuentran en el dia.

Sidonia era ya célebre por su opulencia, cuando Josué introdujo los israelitas en la Tierra de Promision. Esta ciudad, como toda la Fenicia, pertenecia á la tierra de Canaan, y por lo tanto debia entrar en su parte. Pero no pudieron conquistar á Sidonia ni á Tiro, aun cuando parece que bajo los reinados de David y Salomon, los reyes de Fenicia eran en cierto modo tributarios del reino de Israel. Tiro permaneció mucho tiempo en la oscuridad. Homero no habla de ella en la enumeracion que hace de las ciudades célebres, en cuyo número coloca á Sidonia. No empezó á merecer alguna consideracion hasta el tiempo en que una parte de los sidonios, sojuzgados por el rey de Ascalon, buscaron en ella un asilo. Las riquezas que llevaban con ellos los fugitivos, las artes que enseñaron á sus huéspedes, el gusto que les inculcaron por el comer-

cio marítimo, elevaron á Tiro á tan alto grado de esplendor, que sobrepujó, ó á lo menos igualó al de Sidonia. La hija, con el tiempo, se convirtió en señora de la madre, y fué la morada de los reyes de Fenicia, luego que todo el país se halló reunido bajo un mismo soberano, lo que no acaeció siempre, y este país se vió muy amenudo repartido entre varios príncipes. Josefo Teófilo de Antioquía y Syncelle, nos han dejado el catálogo de los reyes de Tiro, desde el tiempo de Saúl, rey de Israel, hasta la fundacion de Cartago. Estos tres escritores concuerdan entre sí en el número y nombres de los reyes; pero difieren en cuanto á la duracion de sus reinados.

ABIBAL, contemporáneo del primer rey de Israel, encabeza la lista de los de Tiro, cuyo nombre ha llegado hasta nosotros. Ningun rasgo de su vida ha pasado á la posteridad. Sin embargo, parece, segun opinion de un inteligente académico, que al principio fué enemigo de los hebreos, aliándose contra ellos con los filisteos, y que les envió tropas que fueron derrotadas por Samuel. Murió en los primeros años del reinado de David.

HIRAM ó HIROM.

1040. HIRAM ó HIROM, hijo y sucesor de Abibal, empezó á reinar, segun Des-Vignoles, el año 3674 del período juliano (1040 antes de Jesucristo). Tuvo amistad con David. Eupolemo dice que este último habia hecho tributarios á los tirios; lo que conduciria á suponer que David habia estado en guerra con Hiram antes de hacerse amigos (1031). Pero la paz que hicieron estos dos príncipes fué constante, lo mismo que la union que produjo. Habiendo David conquistado el reino de Edom, se encontró dueño de Elat y de Asiongaber, ciudades marítimas en el fondo del golfo Arábigo, lo que le facilitó el comercio de la Arabia, abriéndole por el estrecho de Babelmandel el camino del golfo Pérsico de la India y del África. No estaban aun los hebreos ejercitados en la navegacion, entendiendo aun menos el arte de construir naves. David acudió á Hiram, que le envió fenicios prácticos en ambos géneros. Con sus auxilios, el príncipe hebreo equipó una flota, y emprendió varios viajes, que le produjeron grandes sumas de oro y plata. Proyectando David la construccion de un palacio, se dirigió tambien al rey de Tiro para que le proporcionase obreros y piedras, cedro y abeto. Los tirios eran entónces célebres como arquitectos. El templo que habian levantado á Hércules en la isla en donde construyeron después la nueva Tiro, á media milla de la antigua, era en aquel entónces el mejor monumento del arte que habia en el universo. Hiram complació á David, y el palacio que sus gentes construyeron á este príncipe fué digno de su magnificencia y de la reputacion que los tirios habian adquirido. Al contribuir al embellecimiento de la capital de su vecino, no se descuidó Hiram en hermosear la suya. Era Astarté una divinidad comun á los fenicios y á los filisteos. Estos la llamaban Astarot, pero aun no tenia templos entre los primeros. Hiram le hizo levantar uno en Tiro, mandó construir otro á Júpiter Olímpico, y fortificó, segun Dio, antiguo historiador de Tiro, el cuartel oriental de la ciudad cuyo circúito aumentó. Pero la empresa mas importante de este príncipe fué la union de Tiro con la isla vecina, por medio de un muelle que debió costar sumas y trabajos inmensos; porque parece cierto que Des-Vignoles ha demostrado perfectamente, que él ejecutó esta grande obra, que con el tiempo fué destruida, y después reedificada. La isla estaba habitada hacia ya mucho tiempo; pero Hiram hizo de ella una ciudad con el gran número de edificios que la añadió. Así, hubo desde los tiempos de Hiram dos Tiros, la antigua en el continente, y la moderna en la isla. El autor á quien seguimos, por el contrario, á aquella la llama antigua, y moderna á esta, pretendiendo que se fundó primero, lo que no nos parece muy probable. Después de la muerte de David, sabiendo el rey de Tiro que su hijo Salomon le habia sucedido, envia una embajada al nuevo príncipe para cumplimentarle y pedirle su amistad, como habia obtenido la de David. Salomon hizo á esta embajada la acogida mas lisongera, y renovó solemnemente la alianza que habia existido entre David é Hiram. Tenia el mismo interés que su padre en tener contento á este príncipe, necesitando de él para las obras que meditaba. Dispuesto á edificar el templo de Jerusalen, hizo con Hiram un tratado por el cual se obligaba á cortar y labrar todos los cedros y abetos que necesitase, conduciéndoles por mar á Joppé, en donde los recibirian las gentes de Salomon para conducirlos á Jerusalen. Por su parte Salomon se obligaba á entregar cada año al rey de Tiro una cierta cantidad de aceite, vino y trigo, géneros que el terreno de Fenicia les negaba, y que no podian adquirir mas que por el comercio. Hiram envió además á Salomon maderas y carpinteros, con un artista hábil en fundir metales y elaborarlos, ya esculpiéndolos, ya cincelándolos. Era hijo de una mujer israelita de la tribu de Dan, y se llamaba, segun la vulgata, Hiram (1) como el rey. Alejandro Polihistor le llama Hiperos, y Syncelle..... Sirom. Nó sacó tan solo Salomon de la Fenicia maderas y operarios, sino que además Hiram le proporcionó metales, y sobre todo oro hasta la cantidad de ciento veinte talentos, cuyas materias sacaban en abundancia los comerciantes de los países en donde iban á traficar. Después de construido el templo con los operarios de Hiram, los tirios se emplearon en edificar dos palacios, uno para Salomon, y otro para la reina. Ninguna duda tiene, aun cuando la Escritura no habla de ello, que Salomon sacó tambien de Fenicia los operarios que tiñeron las ropas con que vistió y adornó su córte (985). Salomon é Hiram tenian puertos en el mar Rojo. Pero faltábale marina al primero. Hiram le abasteció de obreros que le construyeron buques, y de pilotos que enseñasen á los suyos la maniobra. Cuando tuvo una flota en estado de hacerse á la mar, el rey de Tiro tuvo aun la generosidad de cederle los pilotos y otros marinos para conducirla al país de Ofir ó de Tarsis, de donde sacó inmensas riquezas (vide Salomon en la Hist. de los Hebreos).

Tantos servicios prestados por el rey de Tiro, fueron mal reconocidos por Salomon. Veinte ciudades de la Galilea, que le dió, eran tan pobres y miserables, que habiéndolas visitado Hiram, no pudo contenerse y dijo con indignacion: ¿Es este, hermano mio, el presente que me haceis? Parece tambien en la Escritura, que no las quiso, y se las devolvió. Este descontento no alteró, sin embargo, la amistad entre estos dos príncipes. Dio, citado por Josefo, nos dice que se enviaban recíprocamente enigmas, y que el que no sabia acertar la palabra, pagaba al otro una multa. Josefo (lib. 1, contra Ap.), dice que en su tiempo se conservaban en Tiro muchas de las cartas que estos príncipes se escribieron. Este historiador,

(1) Nótese que este nombre parece anunciar algun defecto corporal; porque Harom, significa en hebreo un hombre que tiene un miembro corto, y designa ordinariamente un romo ó un cojo.

seguido por Teófilo de Antioquía y Syncelle, solo señala á Hiram treinta y cuatro años de reinado y cincuenta y tres de vida. Pero, ó hay alteracion en las cifras de Josefo, ó se han de distinguir dos Hiram, padre é hijo, que se sucedieron en el reino de Tiro, el primero de los cuales debió de reinar treinta años, y el segundo treinta y cuatro, porque el que fué contemporáneo de Salomon, no pudo morir antes del año 976 antes de Jesucristo. Sin embargo, el escritor sagrado, Josefo y los demás historiadores, hablan de un solo Hiram, rey de Tiro, el mismo que fué amigo de David y de Salomon, y que proporcionó á uno y á otro los materiales y obreros necesarios para los trabajos que emprendieron. « Sicut registi cum David patre meo, » decia al principio de su reinado Salomon á Hiram, « et misisti ei ligna cedrina, ut ædificaret sibi domum in quâ habitaret; sic fac mecum ut edificem domum domini. Domini Dei mei » (Paral. II, cap. II, vers. 3 y 4). Ved ahí bien claramente el mismo rey de Tiro, que habia contribuido á edificar el palacio de David y el templo de Salomon. Pero existen cuarenta años de intervalo entre una y otra construccion; porque la primera se refiere en la Escritura poco despues de tomada la fortaleza de Sion, suceso que corresponde á los primeros años del reinado de David. ¿Se dirá que el relato de esta construccion se ha hecho anticipadamente? Pero nada se adelanta con este efugio, imaginado tan solo para hacer retroceder el principio del reinado de Hiram hasta los últimos años del de David. En efecto, ¿no da á entender claramente la Escritura que estos príncipes vivieron largo tiempo unidos, cuando dice que Hiram habia sido en todo tiempo amigo de David? « Fuerat amicus David Hiram omne tempore » (Reg. III, cap. I, ver. 1). De todo lo cual concluimos, que ha habido un solo Hiram, rey de Tiro, cuyo reinado fué de sesenta y cuatro años, y la vida de ochenta y tres.

976. Baleazar ó Bazor, hijo de Hiram, reinó siete años, segun Josefo: siguióle

969. Abdastrate, su hijo, que reinó nueve años. Fué muerto por el hijo mayor de su nodriza, que se apoderó del trono, y le ocupó por espacio de doce años.

948. Astarté, hijo de Belcastarte, suplantó á su vez al usurpador y reinó doce años.

936. Aserim y Feles, ambos hermanos de Astarté, reinaron sucesivamente despues de él, el primero nueve años, y el segundo ocho meses. Preténdese que Aserim pereció á manos de Feles.

ITOBAL I.

926. Itobal aparece en seguida en la lista de los reyes de Tiro, dada por Josefo. Es el mismo que la Escritura designa con el nombre de Etbaal. Tenia una hija llamada Jésabel, que casó con Acab, rey de Israel. Esta princesa llevó de su país al reino de su esposo el culto impío de Baal, que hizo adoptar por el rey, y por la mayor parte de sus súbditos. Irritado el Señor por la idolatría de su pueblo, privó á Israel de las lluvias y los rocíos, lo que causó en este país una sequía que duró, segun san Lúcas (c. IV, v. 25) y san Jaime (c. V, v. 17) tres años y medio. Este azote se hizo sentir tambien en Fenicia, pero duró mucho menos si nos referimos á una cita de Menandro, continuada en Josefo (Ant. VIII, 13). «En tiempo de Itobal, dice, hubo una gran sequía, que duró desde el mes de hiperbereteo (setiembre), hasta el mismo mes del siguiente año. Este príncipe mandó hacer fervorosas rogativas que fueron seguidas de una gran tempestad. » A lo que añade Josefo: « Estas palabras indican sin duda la sequía acaecida en tiempo de Acab. » Pero para conciliar el escritor profano con el sagrado es necesario añadir, que habia dos años y medio que la tierra de Israel se veia afligida por aquel azote cuando empezó á sentirse en Fenicia. Respecto á las rogativas ordenadas por Itobal, y su pretendido efecto, sabemos á qué atenernos. El reinado de este príncipe fué de treinta y dos años, segun Josefo. Murió por consiguiente seis años antes que su yerno el rey de Israel. Menandro, en Josefo, le atribuye la fundacion de Botris en Fenicia, entre Biblos y Trípoli, y la de Auza en la Libia ó África.

894. Badezor, sucesor de Itobal, su padre, reinó seis años, y fué reemplazado por Matgene ó Mettinus su hijo, cuyo reinado fué de nueve años. Dejó al morir dos hijos Pigmalion y Barca, con dos hijas, Elisa y Ana.

PIGMALION.

879. Pigmalion subió al trono, después de la muerte de su padre, y á la edad de diez y seis años (algunos dicen de nueve). La avaricia ahogó en él los sentimientos de la naturaleza y de la religion. Elisa, su hermana mayor, mas conocida con el nombre de Dido, habia casado con Siqueo ó Sicarbas, su tio, sacerdote de Hércules, cuyas riquezas eran inmensas. Resuelto Pigmalion á apoderarse de sus tesoros, le asesinó, segun Virgilio, al pié del altar en donde sacrificaba. Dido, que adivinó el móvil de este atentado encubrió su dolor con el mas profundo disimulo. Continuó viviendo en buena inteligencia con su hermano, fingiendo ignorar el paraje en donde Siqueo habia escondido sus tesoros, sin demostrar ninguna priesa en poseerlos. Algun tiempo despues le pidió permiso para irse á establecer en Cartica (863), pequeña ciudad entre Tiro y Sidonia, con sus hermanos Barca y Ana. Pigmalion convino en ello con tanto mas placer cuanto contaba estar con mas libertad para buscar los tesoros que Siqueo habia ocultado. Dido obtuvo de él naves para transportar sus efectos. Hizo llevar á ellas de noche sus tesoros, y partió sin avisarle, con muchos tirios que quisieron seguir su suerte. Viéndose burlado, hizo Pigmalion que la persiguiesen, pero fué inútil. Llegó á la isla de Chipre sin que hubiesen podido alcanzarla. De allí, haciendo vela hácia el África, desembarcó en Utica, colonia tiria, que la recibió, junto con todos los que la acompañaban, con la mayor humanidad. Poco tiempo después escogió un terreno en donde fundó Cartago. Volvamos á Pigmalion. Sus antepasados habian hecho conquistas en Chipre. Estéban de Bizancio dice que edificó en ella la ciudad de Carpasia. Gades, hoy Cádiz, en la Bética, provincia de España, era otra colonia de tirios. Pigmalion envió á ella un presente magnífico para ser colocado en el templo de Hércules. Consistia en un olivo, cuyo tronco y ramas eran de oro, y el fruto de esmeraldas imitando perfectamente á los naturales (832). Josefo señala á Pigmalion cuarenta y siete años de reinado. Dejó un hijo, llamado Pafos, que, dueño de Chipre, como su padre, fundó en ella la ciudad de su nombre. Las de los que le sucedieron en el espacio de un siglo han quedado en el olvido.

ELULEO.

726. Eluleo, contemporáneo de Salmanasar, rey de Asiria, es el primer rey de Tiro que ofrece la historia después de Pigmalion. Menandro, en Josefo, nos

la da á conocer. «Habiéndose levantado los cittienses, dice aquel autor, marchó contra ellos Eluleo, con una flota para hacerles volver á la obediencia.» La mayor parte de los modernos, opinan que los rebeldes de que aquí se trata, son los habitantes de Get en el país de los filisteos. Pero no siendo esta ciudad marítima, no tenian los tirios necesidad de una flota para atacarlos. Creemos, pues, con Alfonso Des-Vignoles que son mas bien los habitantes de Cittium, patria del filósofo Zenon, en Chipre. Los cittienses, viéndose apurados, enviaron una diputacion á Salmanasar, rey de Asiria, para suplicarle que acudiese á su socorro.

717. En efecto, este príncipe llegó á Fenicia al frente de un ejército, á fin de llamar la atencion por aquel lado en favor de los que le habian llamado. Pero habiéndose Eluleo concertado con él, le indujo á retirarse. «Poco tiempo después de esta expedicion, dice Menandro, la ciudad de Ace (llamada después Tolemaida), la de Sidonia, la antigua Tiro, y muchas otras sacudieron el yugo para entregarse al rey de Asiria. Como los tirios (de la ciudad nueva) fueron los únicos que no quisieron sometérsele, marchó contra ellos enviando sesenta naves que habian equipado los fenicios, y en las cuales iban ochocientos remeros. Pero los tirios saliendo con doce navíos al encuentro de esa flota la disiparon, haciendo quinientos prisioneros y adquiriendo por esta victoria una gran reputacion. El rey de Asiria volvióse para su país; pero dejó gran número de tropas á lo largo del rio (que atravesaba la ciudad del continente) y de los acueductos (que conducian el agua á la otra ciudad), para impedirles que se aprovechasen de sus socorros, lo que habiendo durado por espacio de cinco años, los puso en la precision de abrir pozos.» Vénse aun en el dia gran parte de estos acueductos y de los algibes de donde partian, que son la admiracion de los viajeros.

712. La muerte de Salmanasar, que llamó sus tropas á su país, puso fin al bloqueo de Tiro. Después de esto se encuentra en la historia un vacío de ciento veinte años. En este intervalo, el muelle que unia las dos ciudades de Tiro, fué destruido por las olas, lo que hizo pasar á la del continente una parte de los moradores de la otra, que abandonaron la isla, para establecerse en tierra firme. Dedicáronse con nuevo ardor al comercio, elevando esta ciudad al mas alto punto de prosperidad. Tiro, segun expresion de Ezequiel, era mirada como la reina de las ciudades, y sus comerciantes corrian parejas con los príncipes en opulencia y en fausto. Las naves alimentaban en todas las plazas marítimas el lujo y la molicie. De este modo corrompió Tiro las costumbres sencillas y frugales de los países á donde se extendia su comercio, proporcionando incentivo á las pasiones; porque no se limitaba á los artículos de primera necesidad. Las telas mas ricas y trabajadas con el mayor primor, muebles raros, joyas, perfumes y otras cosas supérfluas, hé aquí lo que daban en cambio de los géneros que su país les negaba, y de las materias preciosas que recibia para labrarlas.

ITOBAL II.

591. Itobal II, aparece en el trono de Tiro en el tiempo en que Nabucodonosor reinaba en Babilonia. Este, dueño ya de la Judea, quiso apoderarse de la Fenicia. Sidonia y la mayor parte de las ciudades de este país, cedieron en poco tiempo al esfuerzo de sus tropas (585). Pero Tiro, á la que sitiaron en seguida, les opuso la mas vigorosa y obstinada resistencia. Permaneció Itobal trece años delante de esta plaza, sin economizar trabajos ni estratagemas para reducirla, de modo que en su ejército, segun la expresion de Ezequiel, «toda espalda se desolló, y toda cabeza quedó calva.» En fin, los sitiados, reducidos al último extremo, cargaron en las naves sus mejores efectos, y se refugiaron en la isla. Al entrar en Tiro, Nabucodonosor se vió cruelmente burlado en sus esperanzas. Furioso de encontrarla casi desierta, y desnuda de las grandes riquezas que habia prometido repartir con sus soldados para recompensarles sus fatigas, pasó á cuchillo á los habitantes que habian quedado, y en seguida hizo arrasar la ciudad hasta los cimientos. Tal fué el deplorable fin de la soberbia Tiro. Así se cumplieron las amenazadoras predicciones que anunciaban su destruccion. Véase en los capítulos XXVI y XXVII de Ezequiel la descripcion que hace de esta ciudad «que no tenia igual,» y las desgracias que Dios le anuncia por boca de su profeta. Créese que Itobal pereció durante este sitio. Era, segun el retrato que de él hace Ezequiel, un príncipe orgulloso é insolente, que se sentaba sobre un trono de oro, á quien habia embriagado la fortuna, y que cubierto de pedrería solo se ocupaba en admirarse, que pretendia conocer todos los secretos, y ser tan sabio como Daniel, mereciendo tambien ser colocado en el rango de los dioses, arrogancia que le atrajo esta severa sentencia: «porque vuestro corazon se ha levantado como si fuese el de un dios, haré acudir contra vos los extranjeros mas poderosos de entre todos los pueblos y vendrán con las espadas en la mano á exterminar vuestra sabiduría..., os darán muerte y arrojarán del trono (Ezequiel, c. XXVIII).» Retirados á la isla de los tirios cambiaron la forma de su gobierno, y en lugar de reyes establecieron suffetes ó jueces.

572. Baal fué el primer suffete de la nueva Tiro. Durante su gobierno, que fué de diez años, nada descuidó para fortificar su isla, embellecerla y hacerla en un todo semejante á la antigua Tiro; pero para evitar la suerte de esta última la hizo peculiar del rey de Asiria, lo que le aseguró una larga paz y entera seguridad para el comercio.

562. Ecnibal, Chelbis, Abbare, Mitgon y Gerastrate, fueron los suffetes, que siguieron á Baal, uno después del otro, á excepcion de los dos últimos que fueron colegas. Estos reinaron durante seis años, y los tres precedentes quince meses entre todos. Volvióse en seguida á la monarquía.

554. Balator fué creado rey de Tiro, con consentimiento de los asirios; pero solo ocupó el trono por espacio de un año.

553. Merbal, babilonio, fué elegido por los tirios, entre los que al parecer se habia establecido, para reemplazar al rey Balator. Su reinado fué de cuatro años.

549. Irom fué el sucesor de Merbal. El año catorce de su reinado, segun los anales de Fenicia, fué cuando Ciro subió al trono de Persia, por muerte de su padre Cambises. Estos mismos anales dan á Irom veinte años de reinado.

MAPEN.

529. Mapen, hijo y sucesor de Irom, sirvió en la flota de Jerjes, rey de Persia, y fué uno de los que aconsejaron á aquel príncipe que atacase la flota griega en Salamina. Consejo funesto, que no sabria muy bien á Jerjes, después del resultado. Mapen se hallaba entónces en el año 49 de su reinado. Parece que á su regreso á Tiro, murió en la siguiente revolucion. Los esclavos, que entónces los habia en gran número

en esta ciudad, habiendo formado una conspiracion contra sus dueños, los degollaron todos en una noche á excepcion de Estraton, á quien el suyo por afecto conservó secretamente la vida. Deliberando en seguida el modo de darse un rey elegido de entre ellos, prorogaron la sesion para el siguiente dia, y convinieron en que el primero que apercibiria los rayos del sol, seria reconocido por rey. El esclavo de Estraton, aconsejado por su dueño, llenó la condicion, volviéndose de espaldas al oriente, mirando los remates de los edificios. Instado para que diga quién le ha enseñado aquel secreto, nombra á Estraton. Corren en busca de este sabio ciudadano, nó para inmolarle, sino para coronarle. De este modo fué como Estraton llegó á ser rey. Inmortalizó su nombre dándole á una torre que hizo construir á la orilla del mar, al rededor de la cual, andando el tiempo, Herodes el Grande edificó una ciudad que llamó Cesarea, en honor del emperador Augusto: es el único rasgo conocido del gobierno de Estraton.

Después de su muerte, su hijo, cuyo nombre se ignora, fué colocado en el trono, y el cetro pasó de mano en mano entre sus descendientes, hasta AZELMIC, que fué el último rey de Tiro conocido. Este era contemporáneo de Alejandro el Grande. Cuando el curso de las conquistas de este príncipe le condujo á Fenicia, Azelmic le envió embajadores, con presentes para él, y provisiones para su ejército. Alejandro lo recibió todo favorablemente. Pero habiendo solicitado entrar en Tiro, bajo el pretexto de ofrecer un sacrificio á Hércules, recibió una negativa, que le irritó hasta tal punto, que resolvió tomar la ciudad por asalto (332). Estas amenazas no intimidaron á los tirios. Ninguna plaza estaba tan bien fortificada como Tiro. Las murallas que tenian ciento cincuenta piés de elevacion estaban bañadas en todas direcciones por el mar, y ocupando la ciudad todo el terreno de la isla, no dejaba lugar á los aproches, ni á las sorpresas. La plaza estaba además provista de toda clase de máquinas de guerra y víveres para mucho tiempo. Por otra parte los cartagineses, dueños entónces del mar, habian prometido sus socorros á los tirios. Conoció Alejandro las dificultades que se oponian á su empresa, mas solo sirvieron para animarle á seguirla. Sabiendo que en otro tiempo una calzada habia unido la isla con el continente, trató de reconstruirla, para lo cual empleó los materiales de la antigua Tiro, y los brazos de los pueblos vecinos que habia sojuzgado. La empresa estaba ya muy adelantada, cuando una tempestad destruyó todo cuanto habia hecho. No se desalentó Alejandro, y la emprendió con nuevo ardor. Los tirios, viendo los progresos de la obra, de que se habian burlado al principio, trataron seriamente de detenerla. Montados en sus naves, hostigaron tan incesantemente á los trabajadores, que los soldados se veian muy apurados en defenderlos. Sin embargo, Alejandro hizo venir su flota de Grecia. Cuando hubo llegado, y concluida ya la calzada, empezó á combatir la ciudad por mar y tierra. Son increibles el ardor, los esfuerzos y la obstinacion con que se dieron los ataques: y el valor, industria y constancia con que fuéron rechazados. Veinte veces se arrepentia Alejandro de haber emprendido este sitio, que estuvo á punto de abandonar. Se hubiera visto precisado á ello, si los cartagineses hubiesen proporcionado á Tiro los socorros que les habian ofrecido. Pero las turbulencias domésticas que les agitaban, no les permitieron cumplir su palabra. En fin, Tiro, después de haber perdido sus ingenieros mas hábiles, y sus mejores combatientes, y haber visto derribada una gran parte de sus murallas, fué tomada en un postrer asalto, al cabo de siete meses de sitio. El vencedor no la trató con la moderacion que merecia su valerosa defensa. Ocho mil de sus habitantes fueron pasados á cuchillo, dos mil crucificados, treinta mil vendidos en almoneda, y la ciudad incendiada y arrasada hasta sus cimientos. Alejandro, sin embargo, hizo gracia á los descendientes de Estraton. El rey Azelmic se habia refugiado en el templo de Hércules. Habiéndole sacado de aquel asilo, no tan solo le concedió la vida, sino que volvió otra vez la corona sobre su frente, queriendo que continuase reinando en Tiro, que hizo reedificar y poblar. Pero esta ciudad no recobró ya mas su antiguo esplendor, y la historia no vuelve á mencionarla hasta el tiempo de Herodes el Grande, en que se ve que estaba gobernada por un príncipe llamado MARION, que tomó el partido de Antígono contra Herodes. Marion fué derrotado, junto con su aliado, y el vencedor, dice el historiador de los judíos, trató á los tirios con tanta generosidad, que se concilió su afecto.

Después de destruida por Nabucodonosor la antigua Tiro, Sidonia, que se habia sometido voluntariamente á este príncipe, pasó del dominio de los caldeos al de los persas, y fué gobernada por los sátrapas que estos mandaban á Fenicia.

Descontentos los sidonios de aquel á quien Artajerjes Oco habia encargado esta provincia, trataron secretamente con Nectanebo, rey de Egipto, después de lo cual, habiéndose dado un rey, llamado TENNES, se sublevaron abiertamente contra los persas. El sátrapa trató de reducirlos. Pero habiendo caido en su poder, le arrastraron ignominiosamente al suplicio. No se detuvo aquí su furor, cortaron los árboles del jardin que el rey de Persia tenia cerca de Sidonia, y pegaron fuego al forraje destinado al mantenimiento de sus caballos. Los gobernadores de Siria y de Cilicia acudieron para atajar el mal en sus principios. Pero habiendo Tennes marchado contra ellos, los puso en fuga. Artajerjes, á la noticia de este descalabro, acudió en persona (351), con un ejército de trescientos mil hombres de infantería, y treinta mil caballos, teniendo además una flota de trescientas naves de guerra, con otras quinientas cargadas de provisiones, para atacar á Sidonia por mar y tierra. Los sidonios tenian por su parte una armada considerable, y buenas tropas que habian reunido en todas partes. Prevenidos de esta suerte, se hallaban en estado y en la determinacion de defenderse bien. Pero, después de algunos dias de sitio, su rey Tennes y su lugar teniente, dejándose corromper por los persas, los vendieron, entregando la ciudad al enemigo. El solo partido que les quedaba entónces que tomar, fué el de recurrir á la clemencia de Artajerjes. Diputaron, pues, para ablandarle, quinientos hombres con ramos de olivo en las manos. Pero el rey de Persia, lejos de escucharlos, mandó tirar sobre ellos, atravesándolos á flechazos. Reducidos á la desesperacion, los sidonios se encerraron en sus casas con sus mujeres é hijos, á las que pegando fuego, perecieron de este modo en número de cuarenta mil personas. De este modo se cumplieron las amenazas de los profetas contra esta ciudad, que, al igual de Tiro, ultrajaba al Señor con su impiedad, y corrompia con su lujo y depravadas costumbres las naciones con quienes comerciaba. Sidonia renació de sus cenizas. Cuando Alejandro llegó á Fenicia se le sometió voluntariamente, y le proporcionó además tropas para ayudarle á subyugar la ciudad de Tiro. Pero en el saqueo de esta, los sidonios, acordándose de su antigua fraternidad con los tirios, se portaron de tal suerte que escondieron á muchos

de estos y salvaron secretamente el mayor número que les fué posible.

OBSERVACION

SOBRE LA INVENCION DE LA ESCRITURA.

Al principiar el artículo de Tiro, se ha atribuido á los fenicios la invencion de la escritura; esta opinion es la que hace decir á Lucano en su Farsalia:

Phenicis primi (1), famæ si creditur, ausi
Mansuram tudibus vocem signare figuris

(1) Cadmo, hijo de Agenor y originario de Fenicia, llevó á Grecia, segun dicen, el conocimiento de las letras.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

Nota. La pauta para la colocacion de las láminas se dará al fin de la obra.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

		Pág.
PRÓLOGO DEL EDITOR.		1
INTRODUCCION GENERAL.—Discurso de Bossuet.		1
Objeto del mismo. Cuán importante y útil para todos es la historia, y especialmente para los príncipes.		id.
PARTE PRIMERA. Época primera. Adan ó la creacion.	Primera edad del mundo.	2
EPOCA II.	Noé ó el diluvio. Segunda edad del mundo.	3
— III.	La vocacion de Abrahan ó la alianza. Tercera edad del mundo.	4
— IV.	Moisés ó la ley escrita.	id.
— V.	La toma de Troya. Cuarta edad del mundo.	5
— VI.	Salomon ó el templo edificado. Quinta edad del mundo.	6
— VII.	Rómulo ó Roma fundada.	7
— VIII.	Ciro ó los judíos restablecidos. Sexta edad del mundo.	11
— IX.	Escipion ó Cartago vencida.	16
— X.	El nacimiento de Jesucristo. Séptima y última edad del mundo.	20
— XI.	Constantino ó la paz de la Iglesia.	24
— XII.	Carlomagno ó el establecimiento del nuevo imperio.	32
PARTE SEGUNDA.	La continuacion de la religion.	id.
CAPÍTULO I.	La creacion y los primeros tiempos.	id.
— II.	Abrahan y los patriarcas.	37
— III.	Moisés, la ley escrita, y la introduccion del pueblo de Dios en la tierra prometida.	39
— IV.	David, Salomon, los demás reyes y los profetas.	44
— V.	La vida y el ministerio profético: los juicios de Dios declarados por los profetas.	47
— VI.	Juicios de Dios contra Nabucodonosor, contra los reyes sus sucesores, y contra todo el imperio de Babilonia.	48
— VII.	Diversidad de los juicios de Dios: juicio de rigor contra Babilonia y juicio de misericordia sobre Jerusalen.	49
— VIII.	Regreso del pueblo en tiempo de Zorobabel, Esdras y Nehemías.	id.
— IX.	Dispuesto y pronto Dios á hacer que cesasen las profecías, derrama oportunamente sus luces con mas abundancia que nunca; y todo lo hace á su tiempo.	id.
— X.	Profecías de Zacarías y de Ageo.	50
— XI.	Profecías de Malaquías, que es el último de los profetas; y la conclusion del segundo templo.	51
— XII.	Los tiempos del segundo templo.—Frutos de los castigos y de las profecías.—Cesacion de la idolatría y de los falsos profetas.	id.
— XIII.	La dilatada paz que gozaban por quiénes fué predicha.	id.
— XIV.	Interrupcion y restablecimiento de la paz.—Disension en este pueblo santo.—Persecucion de Antíoco: todo lo cual estaba predicho.	52
— XV.	Expectacion de la venida del Mesías y sobre qué estaba fundada.—Preparacion de su reinado y de la conversion de los gentiles.	53
— XVI.	Monstruosa ceguedad de la idolatría antes de la venida del Mesías que era el que habia de disipar todas las tinieblas de la gentilidad.	54
CAPÍTULO XVII.	Corrupciones y supersticiones entre los judíos.—Falsas doctrinas de los fariseos.	id.
— XVIII.	Continuacion de las depravaciones entre los judíos.—Señal de su decadencia conforme Zacarías lo habia predicho.	55
— XIX.	Jesucristo, su celestial doctrina y su divina moral.	id.
— XX.	La venida del Espíritu Santo, el establecimiento de la iglesia, y los juicios de Dios sobre los judíos y los gentiles.	62
— XXI.	Reflexiones sobre la historia del castigo de los judíos y sobre las profecías de Jesucristo, que lo habia predicho.	65
— XXII.	Explícanse dos memorables profecías de Jesucristo, y se justifica su cumplimiento por la historia.	68
— XXIII.	Continuacion de los errores de los judíos, y el siniestro y abusivo modo con que explicaban las profecías.	71
— XXIV.	Circunstancias memorables de la manifiesta caida de los judíos.—Continuacion de sus falsas interpretaciones.	74
— XXV.	Reflexiones particulares sobre la conversion de los gentiles.—Profundos consejos.—Razonamiento sobre este modo de conversion.	76
— XXVI.	Diversas formas de idolatría: los sentidos, el interés, la ignorancia, el falso respeto de la antigüedad, la política, la filosofía y las herejías vienen á socorrer á la misma idolatría, pero en vano.	78
— XXVII.	Reflexion general sobre la historia de dicha continuacion y sobre la armoniosa y acorde relacion que hay entre los libros santos.	83
— XXVIII.	Las dificultades que se forjan contra los dichos libros son fáciles de vencer, y de ser disipadas por los hombres de sano criterio y de buena fé.	86
— XXIX.	Las predicciones reducidas á tres hechos constantes y palpables.—Parábola que establece la uniforme conexion entre ellos.	88
— XXX.	Constante y perpétua continuacion del culto, y su victoria contra todas las sectas.	id.
PARTE TERCERA.	De los imperios y su instabilidad.	90
CAPÍTULO I.	Las revoluciones de los imperios son regladas por la Providencia y sirven para humillar á los príncipes	id.
— II.	Las revoluciones de los imperios tienen causas particulares que los príncipes deben estudiar con toda detencion.	92
— III.	Los escitas, los etíopes y los egipcios.	id.
— IV.	Los asirios primeros y segundos, los medos y Ciro.	98
— V.	Los persas, los griegos y Alejandro.	100

		Pág.
CAPÍTULO VI.	El imperio de los romanos y el de Cartago con su mala constitucion.	104
— VII.	Explícase la continuacion de las notables revoluciones de Roma.	112
— VIII.	Conclusion de todo el precedente discurso, en que se demuestra que es preciso referirlo todo á una Providencia superior que lo dirige y gobierna con infinita sabiduría.	116
DISERTACION PRELIMINAR sobre las datas de los documentos históricos, diplomas y crónicas, y las varias maneras de comenzar los años para conocer el arte de comprobar las fechas.		117
PARTE PRIMERA. De las diferentes épocas que se citan en la tabla general cronológica que va al fin de la obra.		118
PARTE SEGUNDA. De algunas eras de que no se hace mencion en nuestras tablas cronológicas.		153
SOBRE LA FORMA DEL AÑO ANTIGUO.		157
OBSERVACIONES CRONOLOGICAS sobre la duracion de las dos primeras edades del mundo, la una de las cuales empieza por la creacion y acaba por el diluvio y la otra principia por el diluvio y termina con el nacimiento de Abrahan.		166
RECAPITULACION. Se trata aquí de las dos primeras edades ó primeras épocas del mundo.		171
OBSERVACIONES PARTICULARES.		172
TABLAS de las medidas griegas y romanas que se han de tener presentes para la inteligencia de esta obra.		173
HISTORIA DEL PUEBLO HEBREO desde el principio del mundo.		175
ÉPOCA I.	Desde la creacion hasta el diluvio, inclusive.	id.
— II.	Desde la salida del arca hasta la vocacion de Abrahan.	179
— III.	Desde la vocacion de Abrahan hasta la entrada de Jacob en Egipto.	181
— IV.	Desde la llegada de Jacob á Egipto hasta su salida.	186
— V.	Desde la salida de Egipto hasta la eleccion de Saúl.	190
	GOBIERNO DE LOS ANCIANOS.	200
	GOBIERNO DE LOS JUECES.	201
— VI.	Desde la eleccion de Saúl hasta la destruccion del templo.	205
	CISMA DE LAS DIEZ TRIBUS. Reyes de Israel.	214
	REYES DE JUDÁ.	220
ÉPOCA VII.	Desde la destruccion del templo hasta el regreso del cautiverio.	235
— VIII.	Desde el regreso del cautiverio hasta la venida del Mesías.	236
NOTICIA DE ALGUNOS REYES CUYA HISTORIA ACLARA LA DEL PUEBLO HEBREO.		265
CRONOLOGIA de los grandes sacerdotes hebreos.		266
CUADRO CRONOLÓGICO DE LA HISTORIA SAGRADA.		270
ÉPOCA I.	Desde la creacion hasta el fin del diluvio.	id.
— II.	Desde el fin del diluvio hasta la vocacion de Abrahan.	id.
— III.	Desde la vocacion de Abrahan, hasta la ida de Jacob á Egipto.	271
— IV.	Desde la llegada de Jacob á Egipto, hasta su salida.	id.
CRONOLOGÍA DE LA HISTORIA SAGRADA desde la salida de Egipto hasta el regreso de la cautividad de Babilonia.		id.
RESUMEN HISTÓRICO de la formacion del año entre los antiguos hebreos, y del establecimiento del calendario entre los judíos modernos.		272
CALENDARIO JUDÍO ú órden y disposicion de un año legal, comun y ordinario, de los judíos modernos, el que empieza el mártes 23 de marzo de 1784, y termina el viernes 11 de marzo de 1785.		277
CRONOLOGÍA HISTÓRICA de los prefectos y procuradores de la Judea y gobernadores de la Siria.		284
CONTINUACION de la historia del pueblo hebreo hasta la ruina del templo.		286
CRONOLOGÍA APOSTÓLICA.		300
COMPLEMENTO DE LA HISTORIA DEL PUEBLO HEBREO: Guerra de los judíos y destruccion del templo y ciudad de Jerusalen, por el hebreo Flavio Josefo. Preliminar.		315
LIBRO PRIMERO. Argumento de este libro.		317
LIBRO SEGUNDO. Argumento de este libro.		332
LIBRO TERCERO. Argumento de este libro.		379
LIBRO CUARTO. Argumento de este libro.		396
LIBRO QUINTO. Argumento de este libro.		407
LIBRO SEXTO. Argumento de este libro.		418
LIBRO SEPTIMO. Argumento de este libro.		439
HISTORIA DE LOS REYES DE EGIPTO. Disertacion preliminar. Sistema de Freret, sobre la formacion del año egipcio.		469
CRONOLOGÍA DE LOS REYES DE EGIPTO.		470
HISTORIA DE TIRO Y SIDONIA.		489

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

ADVERTENCIA. Encarecemos á nuestros suscritores la puntualidad en ir recogiendo las entregas en los puntos de suscricion, pues no se tiran ejemplares mas que para los que van tomando los cuadernos semanales.

HEROES

Y GRANDEZ

DE LA TIER

J

7124